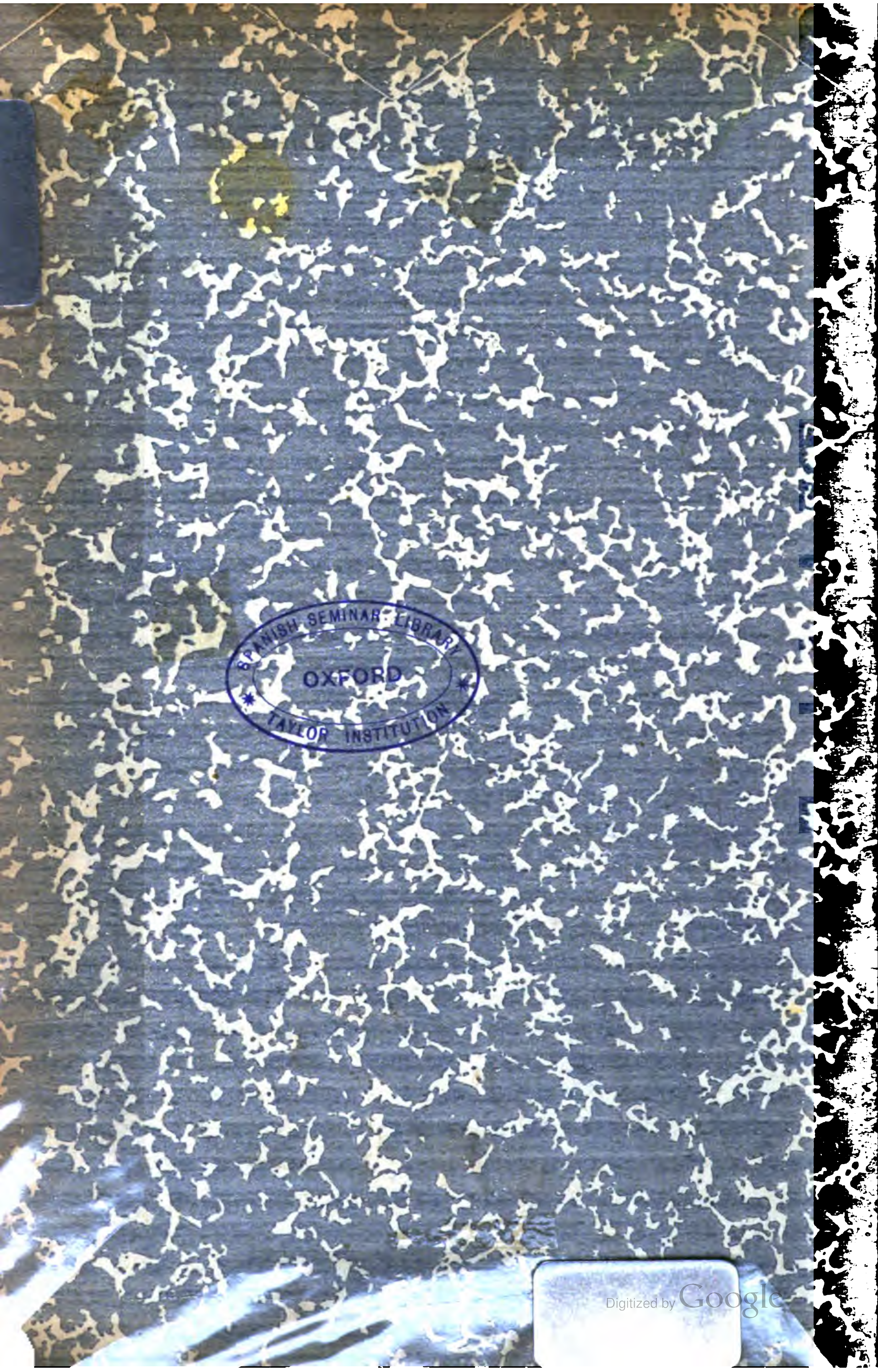
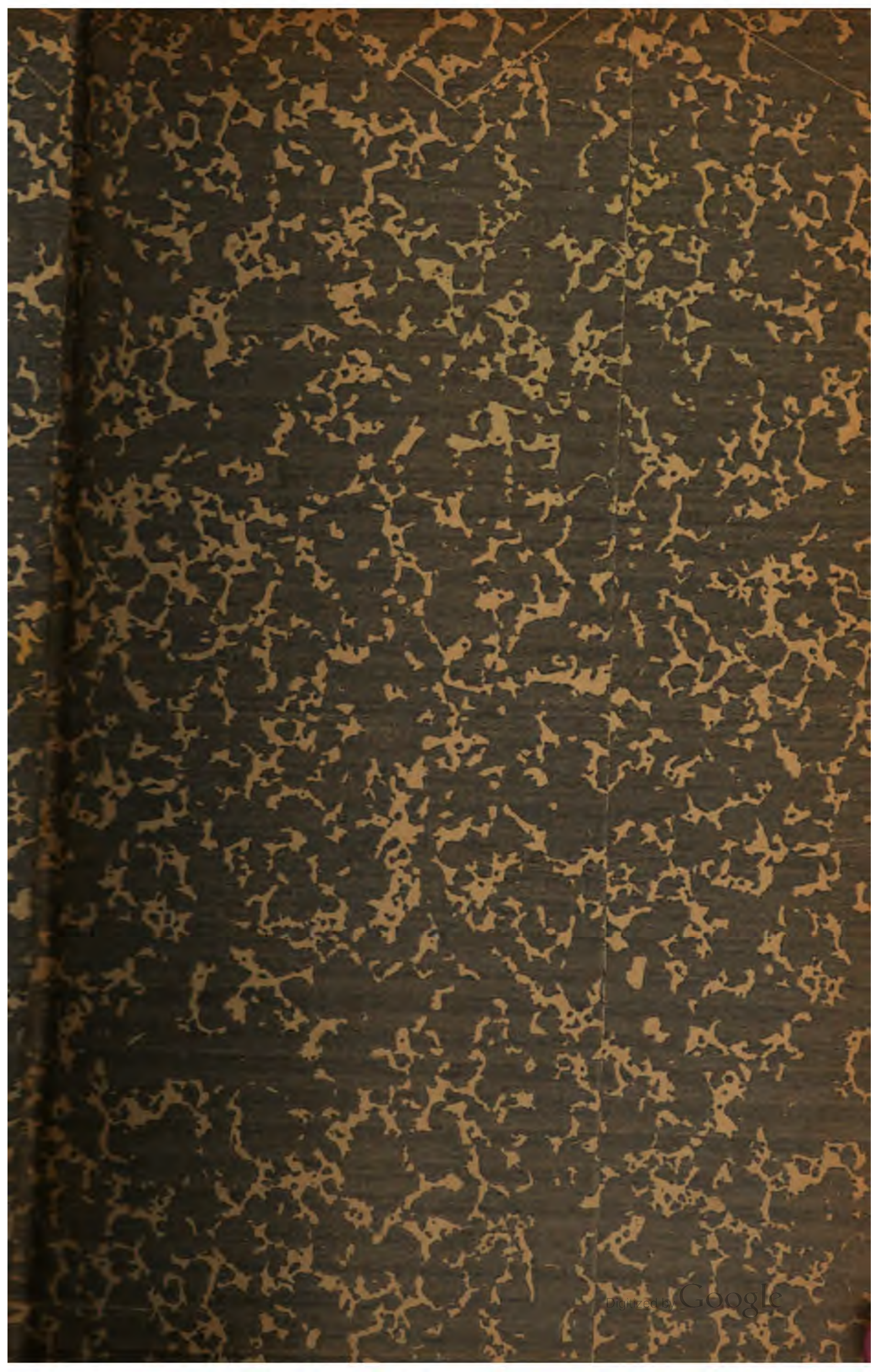
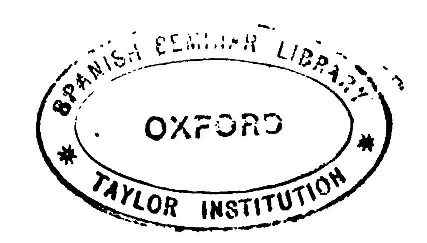

University of Oxford
Modern
Languages
Faculty Library
Digitized by Google


SPANISH SEMINAR LIBRARY
OXFORD
TAYLOR INSTITUTION
Digitized by Google







BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

(TOMO VI DE LA COLECCION.)

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

OBRAS

DEL

V. P. M. Fray LUIS DE GRANADA,

CON UN PRÓLOGO Y LA VIDA DEL AUTOR,

POR DON JOSÉ JOAQUIN DE MORA.

TOMO PRIMERO.



MADRID,
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,
CALLE DEL DUQUE DE OSUNA, 3.

1871.

PROLOGO.

Escritores mas graves y autorizados que el editor de esta obra, podrán atribuir el desden y la negligencia con que se mira en el dia la literatura religiosa á la corrupcion de las costumbres, al aletargamiento de las creencias y á la preponderancia que han adquirido, en esta era material y positiva, los goces, los intereses y las propensiones mundanas. Juzgando nosotros esta cuestion en un terreno mas limitado y en una esfera mas humilde, descubrimos, en aquella peculiaridad de las opiniones reinantes, uno de los muchos síntomas que revelan en la generacion presente la perversion del buen gusto literario y el extravío de los buenos principios en que debe apoyarse el cultivo de las bellas letras.

La literatura propiamente religiosa conserva en todas sus ramificaciones aquel carácter de elevacion y de dignidad que lleva en sí todo lo que tiene un orígen divino. Sea cual fuere el giro que se dé al pensamiento, cuando se aplica á las relaciones que ligan al hombre con su Criador, la naturaleza misma del asunto lo conduce á la region mas alta á que pueden elevarse las facultades de su inteligencia. La simple exposicion de las verdades reveladas excita una admiracion profunda y una reverente atencion, al poner á nuestra vista los augustos arcanos de una sabiduría tan recóndita en su orígen, tan encumbrada en sus manifestaciones, tan consoladora en sus promesas. La interpretacion de los libros santos pone en ejercicio toda nuestra aptitud de juzgar, de comparar y de deducir consecuencias, miéntras por otro lado arrebata nuestra fantasía y agita en diversos sentidos nuestros sentimientos, con aquellas admirables narraciones tan impregnadas de sencillez, de gracia y de verdad ; con aquellas imágenes grandiosas y terribles ; con aquella poesía elevada y majestuosa, á que no pueden llegar los mas ilustres esfuerzos del genio profano. ¿Qué ramo de saber iguala á la Etica Cristiana, en profundidad de doctrina, agudeza de exámen, solidez de raciocinios y eficacia de convencimientos? ¿Qué ramo de polémica filosófica requiere tanta perspicacia, tanta solidez de argumentacion, tanta copia de doctrina como la controversia? ¿Ni en qué lucha intelectual se han ostentado dotes mas eminentes, ni se han conseguido triunfos mas brillantes que en las que han sostenido S. Agustin, S. Bernardo y otros muchos padres, contra los herejes de los primeros siglos; Bossuet contra los del suyo; La Mennais, Wiseman y otros innumerables contra la incredulidad y el indiferentismo?

Si subimos á las regiones de la contemplacion, tan gratas al filósofo y al poeta, la literatura religiosa nos abre las puertas de la mística, donde despojado el hombre de todo lo que degrada y envilece su sér, de todo lo que lo asemeja á la naturaleza corpórea, de todo lo que empaña el lustre del destello que Dios imprimió en su alma, parece recobrar su candidez primitiva, como si se identificara con el manantial inefable de su espiritualidad. No ha sido desconocida por los hombres mundanos esta noble propension á separarse de las impresiones externas, y á romper toda comuni-

cacion entre la mente y el universo visible ; pero solo ha sido dado á la Religion el satisfacerla ; solo ha podido darle expresion y lenguaje la literatura religiosa. Platon adelantó en este sendero tanto cuanto podia aguardarse de las fuerzas del hombre abandonado á sí mismo. El fué el primer pensador que, sin los auxilios de la fe, descubrió en la divinidad la suma de todas las perfecciones ; el primero que vió en ella, no solo el orígen, sino la residencia y el foco de todos nuestros conocimientos. Mas por mucho que se exalte en la contemplacion de estas sublimes especulaciones, á cada paso se echa de ver en sus obras la impotencia de sus fuerzas. Faltábale el vínculo que forma la union del alma con Dios : la caridad, esa santa invencion del Cristianismo, la cual vino con él á la tierra para trasformar el órden moral de las sociedades, y para revelar á los hombres el camino del cielo. Mas tarde, en la degeneracion de la filosofía, á influjo de los delirios de la escuela alejandrina, Proclo inauguró un extravagante misticismo, tan repugnante á la razon como al espíritu y á la letra del Evangelio. Estos dos ejemplos, y sobre todo el primero, dado por uno de los hombres mas puros, mas inteligentes y mas consagrados á la verdad de cuantos sobresalen en el catálogo de los que han dedicado su vida al cultivo de la razon, prueban, á lo ménos, que el misticismo cristiano no es una exageracion de los sentimientos que la Religion dispierta en nuestros corazones ; no es una superfetacion extraña á su espíritu ; no es una secta fundada por un individuo, fuera de la region de las creencias comunes: sino la consecuencia forzosa de las condiciones de nuestra estructura intelectual ; el giro natural y propio de nuestro espíritu, cuando ha llegado á cierta eminencia y cuando se ha despojado hasta cierto punto de la envoltura palpable que lo encadena.

Tales son las principales ramificaciones en que se divide este género precioso de literatura, y ya hemos visto lijeramente indicadas las ventajas de cada una de ellas. Pero entre todas, la mas importante á los ojos de la verdadera filosofía, es la reaccion que su cultivo ejerce en el hombre, concentrándolo en su sér interior, y obligándolo á conocerse á sí mismo y á dar su verdadero precio á las prerogativas de que la Providencia lo ha dotado. En el espacio destinado á sus labores no hay mas que dos objetos : Dios y el hombre ; el primero inaccesible á nuestra comprension ; el segundo iluminado por aquel resplandor celestial, se descubre á sí mismo, mucho mas claramente que podria hacerlo la análisis filosófica, los misterios de su naturaleza, el alcance de sus facultades y el recto uso de sus operaciones. Miéntras la Ontología determina *à priori* las aventuradas esencias metafísicas ; miéntras la Psicología sujeta el alma á la observacion, para deducir un pequeñísimo número de datos ciertos ó verosímiles, en medio de una gran muchedumbre de otros dudosos ó imaginarios, la Religion, con su gran aforismo *nisi credideritis non intelligetis*, le manifiesta una nueva serie de verdades, á que nunca habria llegado la razon por sí sola. La fe es un principio intelectual de que no tuvieron la menor nocion los metafísicos y psicólogos anteriores á la venida de Jesucristo : una facultad que yacia desconocida, inactiva y paralizada en la conformacion de nuestra naturaleza, porque residia en el santuario de nuestra conciencia, sin que mano alguna hubiese alzado el velo que la cubria. ¡A cuántos estudios serios y profundos no ha dado lugar aquel descubrimiento! ¡Cuántos enigmas no ha descifrado, en cuya explicacion habian trabajado en vano los hombres mas eminentes de la antigüedad! Otro tanto puede decirse de las dos

leyes de nuestra condicion humana, tan lacónicamente indicadas por S. Pablo, y de que tanto uso han hecho los filósofos. ¡Qué latitud abren al pensamiento y á la imaginacion estos encumbrados asuntos! ¡Qué mina tan fecunda no presentan á los primores de la elocuencia! ¡Qué hombre sensible á las perfecciones de la composicion literaria desconocerá los tesoros con que la ha enriquecido este manantial inagotable de imágenes, de descripciones, de afectos, de raciocinios y de combates lógicos!

No es incompatible el cultivo de este género con los otros cuyo conjunto forma ese departamento del saber, que conocemos bajo los nombres de Bellas Letras ó Letras Humanas; así como no lo es la poesía épica con la dramática, ni la disertacion con la novela, ni la oracion retórica con el ensayo suelto y la polémica. La patria de Juan de la Cruz y de Teresa de Jesus ha sido la de Calderon y Cervántes, y el siglo que admiró la invencible crítica y la aterradora elocuencia de Bossuet, y las tiernas efusiones de Fenelon, aplaudió con entusiasmo las producciones inmortales de Racine y de Molière. Sobrevino despues de aquella época gloriosa la reaccion filosófica que extirpó la aficion á la lectura piadosa, ya en verdad harto desacreditada por el abuso que de ella habian hecho la intolerancia, el fanatismo y la falsa devocion. Mas apénas se hubo sosegado algun tanto el tumulto de pasiones que habia suscitado la revolucion francesa; apénas empezaron de nuevo los trabajos de la inteligencia, á la sombra de los laureles del Imperio, se despertó en los escritores y en el público la necesidad de santificar la literatura, si es lícito decirlo, con asuntos algo mas nobles y espirituales que los que suministraba una sociedad que habian despedazado y corrompido tantos excesos y tantos baldones. La Religion volvió á ocupar un lugar preeminente en la agitacion literaria, que produjeron las recompensas del poder y el deseo de goces tranquilos y cultos. Por desgracia habian desaparecido la fe sincera, el espíritu de abnegacion, la cándida sencillez de otros siglos, y para que las cosas santas, expresadas en el idioma de la poesía, ó en prosa cadenciosa y elegante, llamasen la atencion de la muchedumbre, fué preciso ofrecerlas á sus ojos bajo la proteccion de las imágenes, con que estaba familiarizada; fué preciso hacer la apología del Cristianismo, considerándolo bajo su punto de vista pintoresco; escoger entre los argumentos que debian probar su certeza, el buen efecto de la figura de un ermitaño en un paisaje; la impresion que hace en el alma el eco de la campana cuando interrumpe el silencio de las selvas; la oscuridad misteriosa de una catedral gótica, y el entusiasmo de los varones armados para la reconquista del Santo Sepulcro; fué preciso en fin que el amor sexual figurase al lado de la aspereza de la contricion y los rigores de la penitencia, y que Atala y René se exhibiesen al mundo como modelos acabados de esta extraña confusion de disposiciones y sentimientos. Tan léjos estamos de sindicar las rectas intenciones del hombre de genio que abrió esta nueva senda á sus contemporáneos, como de desconocer las sobresalientes dotes de su estilo y de su diccion. Mas esta persuasion no nos estorba creer que Chateaubriand no previó jamas los descarríos de la escuela que fundó, ni la profanacion que harian sus discípulos de los modelos que les ofrecian sus obras. No: la literatura religiosa no es un barniz fascinador destinado á disminuir la ignominia de nuestras flaquezas, ni un lazo que une los mas vergonzosos descarríos con los arrebatos de una devocion afectada, ni la impugnacion apasionada y declamatoria del espíritu de investigacion y del deseo de mejora social que caracteriza á nuestro siglo. Celosa de su jurisdiccion,

como la Religion misma lo es de la suya, no tolera los elementos impuros que la moda ha querido introducir en su santuario. Santa en su orígen, como en los objetos que le sirven de asunto, no puede vivir en los salones de las academias, ni en los gabinetes que adorna el lujo y perfuman sus adoradores. Sencilla en su expresion, como sincera en sus convencimientos, desdeña esa fraseología turbulenta y abrillantada, esas metáforas violentas y exóticas que le prestan los que, desconociendo su temple y sus límites, aspiran á reemplazar con un género bastardo, pueril, inconsistente y monstruoso, las reglas eternas del verdadero, sano y juicioso buen gusto.

Quizás podrá servir de dique eficaz á este torrente de depravacion y extravagancia la publicacion de alguna de las obras maestras en que la verdadera Religion ha empleado sus armas legítimas, y el lenguaje que le es natural y propio. Ninguna nacion de Europa puede competir en este género con España, donde la literatura religiosa no ha desmayado nunca en su actividad, desde su orígen, hasta principios del siglo presente, al traves de las vicisitudes de los tiempos, y á despecho de las causas que han influido eventualmente en la decadencia de todos los ramos de ilustracion, de produccion literaria y de cultura intelectual. Solo en el gran diccionario de D. Nicolas Antonio se mencionan cuatro mil cuarenta y cuatro nombres de autores de obras de este género, entre ellos los de Salmeron, Guevara, Astudillo, Avila, Nieremberg, Mariana, Yepes, Arias Montano, Palafox, La Cerda, Santa Teresa, Domingo de Soto, Granada, Leon, Cartagena, Rivadeneira y otros no ménos honoríficos á España y no ménos dignos de fama y admiracion.

El editor de esta coleccion se ha decidido en tanta variedad y opulencia de escritos, por las obras escogidas de Fr. Luis de Granada, fundando su preferencia en varias razones, las mas notables de las cuales son las siguientes :

1.ª Estas composiciones abrazan toda la diversidad de puntos de vista bajo los cuales pueden ser considerados estos elevados asuntos. En efecto, tal era la admirable flexibilidad de ingenio del ilustre granadino, que tan eminente se muestra en la propiedad de la aplicacion y en la sabiduría de los comentarios de textos sagrados, como en la lucidez y concision de sus explicaciones sobre los misterios de la fe y las obligaciones que el Cristianismo impone ; tan persuasivo y lógico en sus exhortaciones á la virtud, á la abnegacion y al arrepentimiento, como eficaz y urgente en la censura de los vicios opuestos, y en sus ataques á las ilusiones y sofismas con que se disfrazan y defienden.

2.ª Los escritos de Granada abundan en digresiones amenas, que suavizan la severidad del asunto á los ojos de los lectores vulgares. Muy versado en la lectura de los buenos autores griegos y latinos, así como en la de los filósofos de todos los siglos que precedieron al suyo, saca de aquellos diversos manantiales de saber y de ingenio, copiosas y agradables imágenes, ejemplos é ilustraciones, que adapta con singular destreza al esclarecimiento de las verdades que expone y de los principios que inculca. Era ademas admirador entusiasta de la naturaleza, aficionado á su estudio y sabio apreciador de sus maravillas. Poseia un conocimiento mas que mediano de las ciencias naturales, aunque en la imperfeccion que aquejaba en aquellos tiempos este género de estudios, y en el uso que hace de estas nociones, sobre todo en la explicacion del símbolo, se echan de ver los indicios de la observacion propia, mas bien que la copia de ajena sabiduría.

Por último, Fr. Luis de Granada debe considerarse como el verdadero fundador de la culta y limada prosa castellana, envuelta hasta sus dias en los embarazos y vacilaciones de la infancia, y menoscabada con inútiles latinismos, con locuciones groseras, intrincadas y viciosas, y con una frase sucesivamente áspera y floja, demasiado lacónica y superfluamente redundante, disuelta en miembros inconexos y aislados, ó prolongada indefinidamente en interminables períodos. Esta última circunstancia es la que confiere á nuestro autor mayores derechos á la admiracion de los aficionados al buen gusto literario. El fué en efecto el que fijó el período castellano, determinando sus dimensiones, proporcionando simétricamente sus miembros y dándole sonoras terminaciones y caidas. Ningun escritor de aquellos tiempos evitó con mas cuidadoso esmero las cacofonías, las asonancias y los sonidos ásperos é inarmónicos; ninguno se le aventajó en fluidez, tersura y elegancia. En su diccion se nota un trabajo sostenido y bien encaminado, tanto que puede considerarse como un verdadero purificador de su idioma, del que apartó innumerables voces que estaban en uso en su tiempo, unas por exóticas, y otras por toscas, inútiles, triviales é insignificantes. Trozos se leen en sus escritos que no deshonrarian los de Jovellanos y Quintana: lo que prueba cuán poco dejó que innovar en esta línea á sus sucesores. En fin, Fr. Luis de Granada es el mayor escritor español de su época, sobrepujado tan solo en las siguientes por los que aprendieron en su escuela y labraron sobre los cimientos que él habia echado.

Tal es el hombre grande cuyas mas distinguidas producciones ofrece el editor de esta coleccion al público, bien persuadido de que no desmerecen ser colocadas al lado de las que las preceden, y no podrán ménos de añadir al lustre y crédito de la empresa. Se le antepone la vida del autor que, aunque escrita con los escasos materiales preservados de la incuria de los tiempos, no deja de ser una narracion de algun interes para los que gustan de comparar al escritor con el hombre, y de observar la proporcion que guardan los trabajos de la pluma con la conducta moral y el arreglo de vida del que la maneja.

VIDA

DE

FRAY LUIS DE GRANADA.

No ha sido la nombradía de Fr. Luis de Granada escasa en propagadores, ni su vida en biógrafos, como las de otros muchos grandes ingenios que, para deshonra de sus contemporáneos, apénas dejaron huellas de su existencia en la memoria de los hombres. El primero que intentó consignar á la posteridad los sucesos del ilustre granadino, fué el boloñes Fr. Jerónimo Joannini Capuano. Su obra, precedida de un largo discurso, y escrita en italiano, vió la luz pública en Venecia, año de 1595. El P. M. Fr. Francisco Diego, cronista de la órden de Santo Domingo, en la provincia de Aragon, publicó en 1605 una breve relacion de la vida de nuestro autor, y con los datos que ella encierra y algunos otros, redactó otra biografía, que no ha sido impresa. Fr. Francisco de Olivera, amigo y compañero de Fr. Luis; Fr. Juan de Marieta en un sumario publicado en 1604; el obispo de Monópoli, cronista de la órden, y los PP. Fr. Luis de Cazegas y Fr. Luis de Sousa, que ejercieron el mismo cargo en la provincia de Portugal, no añaden cosa importante á las noticias que habian dejado sus predecesores. Por último, el licenciado Luis Muñoz escribió para la edicion completa de las obras de Fr. Luis, que se dió á luz en Valverde en 1730, la historia mas acabada que poseemos del ilustre escritor, bien que no le fué dado reparar los vacíos que en ella habia dejado la indolencia de sus contemporáneos. De esta vida hizo uso la viuda de Ibarra, en su hermosa y bien dirigida edicion de 1788.

Fué D. Luis Muñoz un hombre muy notable en su época, aunque empezó su carrera de simple procurador de los Consejos. Obtuvo despues el empleo de relator del patrimonio Real, y dedicó el tiempo que un destino poco laborioso le dejaba libre, al cultivo de las letras, y á la lectura de las obras piadosas. La biografía fué el ramo de literatura que escogió para ejercitar su pluma, y las obras que compuso en este género, le adquirieron gran reputacion entre sus contemporaneos. Estas obras fuéron :

Vida de San Cárlos Borromeo; Madrid, 1626, en 4.°

Vida del Venerable Siervo de Dios, Maestro Juan de Avila; Madrid, 1635, en 4.° : obra que tradujo en italiano un padre jesuita, y publicó en Milan, 1667.

Vida de Fr. Bartolomé de los Mártires, de la órden de Santo Domingo, Arzobispo y Señor de Braga, sacada de las historias que de él escribieron los PP. Fr. Luis de Granada, Fr. Luis de Cazegas y Fr. Luis de Sousona, de la misma órden; Madrid, 1645, en 4.°

Vida y virtudes del venerable varon el P. M. Fr. Luis de Granada; Madrid, 1639, en 4.°

Vida que el siervo de Dios Fr. Diego Lopez hizo en algunos lugares de la Nueva España; Madrid, 1642, en 4.°

Vida y virtudes del venerable P. Camilo de Lellis, fundador de los clérigos regulares, ministros de los enfermos, que llaman agonizantes; Madrid, 1653, en 4.°

Vida y virtudes de la Venerable Virgen doña Luisa de Carvajal y Mendoza, su jornada á Inglaterra y sucesos de aquel reino; Madrid, 1632, en 4.°

Vida de la Venerable Madre Mariana de San Josef, fundadora de la Recoleccion de las monjas

augustinas, Priora del real convento de la Encarnacion, hallada en unos papeles escritos de su mano; sus virtudes observadas de sus hijas; Madrid, 1645, en folio.

La vida de Fr. Luis de Granada, escrita por Muñoz, excede á todas las anteriores en copia de noticias, aunque dista mucho de la perfeccion, y omite no pocos datos relativos á los trabajos literarios de aquel varon distinguido. Ha suplido en parte esta falta D. Nicolas Antonio, en términos de no dejar nada que desear á los que gustan de esta clase de investigaciones. Con estos escasos materiales, y bien persuadidos de la inutilidad de cuantos esfuerzos podriamos hacer para llenar tan importantes vacíos, hemos trazado el siguiente bosquejo, en pro del cual reclamamos, vista la magnitud de la empresa, la benévola indulgencia de nuestros lectores.

Ignórase el dia y el mes del nacimiento de Fr. Luis: solo se sabe el año, que fué el de 1504, y su patria que fué Granada, conquistada doce años ántes á los moros por las armas de los Reyes Católicos. Llamábase su padre N. Sarriá, natural del pueblo del mismo nombre en Galicia, y fué uno de los muchos pobladores que acudieron á la ciudad atraidós por los grandes privilegios que á estos advenedizos se ofrecian. Murió en los primeros años de la niñez de su hijo, dejando á su familia en tal desamparo, que su viuda ganaba el sustento como lavandera del convento de dominicos recien fundado en aquella capital, y cuando esta labor le faltaba, vivia del pan que aquellos padres caritativamente le suministraban.

Una casualidad feliz, ó mas bien, uno de aquellos acaecimientos que la Providencia dispone para la conservacion de sus altos fines, sacó á Luis de su pobreza y desamparo. Jugaba un dia con otros niños de su edad en las inmediaciones de la Alhambra, y del juego resultó venir á las manos y maltratarse uno á otro. A la sazon se asomaba á una ventana de aquella fortaleza su alcaide el conde de Tendilla, el mismo que tremoló por primera vez en sus muros el pendon castellano el mismo dia de la rendicion. El Conde reprendió á los luchadores, con cuyo motivo se acercó sin empacho Luis, y con tan buenas razones, y en tan concertados términos procuró justificarse y paliar su falta, que el ilustre guerrero quedó prendado de su ingenio y compostura, y mandó hacer averiguacion de su familia y circunstancias. En vista del resultado, el Conde encargó á uno de sus familiares la manutencion y enseñanza del huérfano. Muy en breve granjeándose mas y mas la benevolencia de su protector, entró á servir como paje, y quizás como compañero de estudios y juegos, á los hijos del magnate. Con ellos bajaba todos los dias de la Alhambra á la ciudad, donde aquellos jóvenes asistian á una clase de gramática latina. Luis llevaba sus libros, y recibia las mismas lecciones que ellos.

Es tradicion conservada en Granada y en la órden de Santo Domingo, que Luis mostró una precocidad extraordinaria en los estudios; que desde muy temprano descubrió grandes disposiciones oratorias, y que inclinado á la carrera eclesiástica, que era entónces la de mas esperanzas y lucimiento, se inició en ella, no pudiendo aspirar á mas, como acólito de la Capilla Real de la iglesia catedral de aquella metrópoli. La asidua asistencia á los oficios divinos en que diariamente tomaba parte, desempeñando su modesto ministerio, fortificó en su alma los sentimientos religiosos, á que tanto se inclinaba, y ardiendo en deseos de perfeccion, como todos los hombres de luces privilegiadas y de carácter firme, se decidió á separarse del mundo, á dedicarse á la vida monástica, y á entrar en la gran familia de los Predicadores. A la edad cumplida de diez y nueve años, en el de 1524, tomó el hábito de novicio en el convento dominicano de Santa Cruz, fundado por los reyes conquistadores en uno de los mas bellos edificios que habian construido los árabes en la última y mas cara de sus posesiones. Un año despues, en 15 de junio de 1525, profesó en el mismo convento despues de un laborioso y edificante noviciado, y abandonando el apellido de su familia, lo reemplazó con el nombre de la ciudad de su nacimiento, bajo el cual ha ganado en el mundo literario tan excelsa nombradía.

Ni las obligaciones de su nuevo estado, ni su ferviente consagracion al estudio y á los ejercicios piadosos, impusieron silencio en su corazon á los sentimientos de la naturaleza, ni á las obligaciones que imponen sus vínculos. Su piedad no era de aquellas que concentrándose en el individuo, ofrecen tantas analogías con el egoismo mundano. En la soledad del cláustro no olvidó á su madre, y no pudiendo disponer de ninguna otra clase de auxilio, previa la licencia de su prelado, dividia con ella la pobre racion que le tocaba en el refectorio. Su afecto filial no se desmintió jamas, ni aun en medio de la celebridad que despues le granjearon su elocuen-

cia y su religiosidad en el púlpito. Predicando una vez rodeado de un concurso numerosísimo, y viendo entrar á su madre en la iglesia, interrumpió su discurso, para rogar á los oyentes abriesen paso á la venerable anciana.

La clase de corista, á la que pasaban los religiosos de la órden inmediatamente despues del noviciado, exigia un celo ardiente, un gran vigor de espíritu, y no pocas fuerzas físicas. Las horas canónicas que se rezaban en comunidad á media noche, en las primeras horas de la mañana, y en las últimas de la tarde, ocupaban una parte considerable del dia. Reclamaban el restante, la asistencia á las aulas, y el estudio necesario para el desempeño que ellas imponian. Cada convento de Santo Domingo era una especie de universidad en que se seguian cursos completos de letras humanas, filosofía, teología dogmática, escolástica y moral, y los otros estudios que á estos sirven de complemento y perfeccion, como la exposicion de la Biblia, las sabatinas ó conclusiones públicas y privadas, la lectura de los Santos Padres, y los ensayos prácticos de oratoria sagrada. En todos estos ejercicios sobresalió Fr. Luis; en todos excedió á sus compañeros; en todos atrajo la atencion y mereció los aplausos de sus superiores. No tardó en presentarse una ocasion oportuna de recompensar sus esfuerzos, y de poner en claro su superioridad.

Los colegios mayores eran á la sazon unas corporaciones distinguidas y privilegiadas, en que solo hallaban entrada los que, por sus aprovechamientos, meritoria conducta y grandes dotes de inteligencia y aplicacion, eran juzgados dignos de iniciarse en la parte sublime de las ciencias, para ejercer despues con éxito los deberes de la enseñanza universitaria. Distinguíase entre estos establecimientos el de San Gregorio de Valladolid, propio de la órden de Santo Domingo, fundacion de uno de sus mas ilustres hijos, D. Fr. Alonso de Búrgos, obispo de Cuenca, Córdoba y Palencia, y dotado por él con rentas pingües, y con un magnífico edificio para alojamiento de los colegiales. Cada convento de la provincia, y entre ellos el de Santa Cruz de Granada, nombraba dos de estos jóvenes, y reemplazaba sucesivamente las vacantes. Hallándose en este caso una de las prebendas ó becas de aquel colegio pertenecientes al convento de Santa Cruz, Fr. Luis fué designado por unanimidad de los padres electores, para obtener aquella honorífica distincion. En nuestras costumbres modernas no es fácil formar una justa idea de la importancia que se daba entónces á los estudios mayores, y á las prácticas escolásticas. El interes que excitaban estas materias era general é intenso. No estaba vulgarizada la política, ni erigida en ocupacion diaria la literatura amena, ni llamada la atencion pública por la lucha de los partidos, ni por el ansia de obtener empleos, ni por el espíritu de especulacion, ni por ninguna otra de las novedades que han traido consigo las revoluciones y las vicisitudes de los tiempos. Las órdenes religiosas y las universidades eran, despues del trono y la alta jerarquía eclesiástica, los puntos culminantes de la sociedad: ellas guiaban la opinion, despertaban el interes del público, daban subsistencia y bienestar á innumerables familias, y los honores que en aquellas regiones se obtenian, eran mas apetecidos y encumbrados en la opinion, que todos los que han inventado despues los monarcas y los gobiernos. La ciencia y la profesion religiosa eran independientes en sus fallos, y hasta cierto punto, democráticas en su organizacion. A lo ménos, en ellas la autoridad estaba en muchos casos vinculada en la mayoría, y ni la nobleza genealógica, ni el influjo del poder, ni el poderío de las clases altas preponderaban en los consejos de aquellas instituciones, sobre el mérito sólido, los servicios acendrados, y la reputacion bien adquirida. Para que un jóven nacido en la pobreza arrancase de un congreso de ancianos sabios y justos un galardon como el que obtuvo Fr. Luis de Granada en la ocasion á que nos referimos, era preciso que reuniese las prendas mas eminentes, las disposiciones mas felices, y las costumbres mas inocentes y puras.

La inauguracion de Fr. Luis en el colegio de Valladolid, se verificó en 11 de junio de 1529, y desde aquel dia se abrió á sus ojos una nueva perspectiva de adelanto y perfeccion. No satisfecho con el cultivo de la literatura en todos sus ramos, cuyas flores supo esparcir tan copiosamente en sus obras, ni con los estudios teológicos que el reglamento del colegio le imponia, ni con la aplicacion que daba á la oratoria del púlpito; resuelto como lo estaba á dedicarse con preferencia á este ejercicio, penetró en los recónditos arcanos de la teología mística, para la que tantos alicientes hallaba en la natural ternura de su corazon y en su imaginacion eminente-

mente exaltada y poética. Los progresos que hizo en esta ciencia divina han dejado rastros luminosísimos en muchos de sus escritos. De cerca de trescientos distinguidos escritores místicos y ascéticos con que se honra la literatura española, ninguno ha excedido á Fr. Luis de Granada en suavidad de estilo, variedad de imágenes, y cordura y sobriedad en los sentimientos; y debemos insistir muy particularmente en estas dos últimas cualidades, porque son las mas raras en los que cultivan esta parte sublime de la teología.

A esta época de la vida de nuestro autor se refiere una anécdota que ninguno de sus biógrafos ha omitido, y que acredita al mismo tiempo sus adelantos en el camino de la virtud, y la eleccion que en él habia hecho la Providencia divina, para que sirviese de instrumento á la salvacion de las almas. Vamos á referirla con las mismas palabras de Luis Muñoz, convencidos de que el estilo y las locuciones de aquellos tiempos se acomodan mas fácilmente á narraciones de esta clase, que la fraseología de nuestros dias.

«Estando una noche, cerca de las once, el devoto colegial disciplinándose asperísimamente, invocando al cielo, entre los golpes, amargos gemidos de lo último del corazon (música agradable á Dios, seguro que gozaba una gran soledad, y que no sería oido por la hora y el lugar que habia escogido, una celda apartada de las otras para poder con ménos nota darse á sus ejercicios), acertaron á pasar á esta sazon dos caballeros mozos, resueltos á lograr cierta ocasion, en gran ofensa de Dios, de las que han menester toda la oscuridad de la noche para ejecutarse. Yendo hablando en sus torpezas, oyeron al pasar por el colegio los golpes de los azotes, los suspiros que rompian los aires é interrumpian el silencio de la noche; detuviéronse, y viendo lo que era, admiraron la aspereza y el rigor; repararon en lo que veian y en lo que iban á hacer, y dijo el uno al otro: «¿qué es esto, que se esté azotando tan rigorosamente aquel santo religioso, no habiendo por ventura ofendido á Dios mortalmente en su vida, y nosotros á la misma hora y cargados de pecados, vamos á ofender á Dios de nuevo tan gravemente? ¿Pensais que ha sido esto acaso? Sin duda Dios nos trujo por este puesto en la ocasion que vemos, para reducir con este ejemplo nuestra dureza: no pasaré de aquí; ántes procuraré mañana saber quién es este religioso, para ofrecerme por suyo, y pedirle que me encomiende á Dios». El compañero no estaba fuera del mismo pensamiento: volviéronse confusos á sus casas. El dia siguiente vinieron al colegio, preguntaron con disimulacion por el morador de la postrera celda del dormitorio. Era la de Fr. Luis de Granada, el águila del colegio, el de mayores letras y virtudes. Quedaron con él á solas, echáronse á sus piés, y quisiéronselos besar. Retiróse el humilde religioso, contáronle el suceso, suplicáronle los recomendase á Dios. Quedó corrido Fr. Luis del descubrimiento de su penitencia; procuró de allí adelante mayor secreto, y esconderse de los ojos de los hombres.»

Los estudios del colegio de Valladolid tenian un período señalado, despues del cual los colegiales se restituian á sus respectivos conventos, y se dedicaban por regla general á la enseñanza. Fr. Luis volvió á Granada, y allí, y en otras varias casas de la misma órden en su provincia de Andalucía, desempeñó en calidad de lector varias cátedras de filosofía y teología, distinguiéndose tan señaladamente en ellas, que muy en breve recibió el grado de maestro en teología, el cual le fué conferido por Fr. Vicente Justiniano, despues Cardenal, y á la sazon Maestro General de la órden, y confirmado por el capítulo general de la misma, celebrado en Bolonia en 1564. Mas no hallando en aquel ejercicio un campo bastante dilatado para el celo que lo devoraba, ni pábulo suficiente á su laboriosidad y aplicacion, resolvió consagrarse á la predicacion, y se dispuso cuidadosamente á tan grave ministerio, acudiendo á las fuentes de donde la palabra de Dios saca toda su fuerza, y sus legítimos y propios adornos. Aunque las Sagradas Escrituras y los Santos Padres componian el círculo de sus estudios y meditaciones, dió especial preferencia á las profecías de Jeremías y á las obras de San Juan Crisóstomo, como mas análogas al temple de su ánimo, y mas en armonía con las dotes peculiares de su estilo. La primera escena de sus triunfos en esta carrera, fué la misma ciudad de Granada, donde sus sermones hicieron tanta impresion en la opinion pública, que no solo concurria á oirlos inmenso gentío de todas clases y profesiones, sino que llevaron la luz del convencimiento á muchos corazones rebeldes, y contribuyeron eficazmente á la reforma de las costumbres, harto estragadas allí en aquel tiempo, á efecto de las raices que habia dejado el mahometis-

mo, y de los desórdenes licenciosos que traen siempre en pos de sí la guerra y la conquista.

La elocuencia sagrada no habia caido aun en la corrupcion y abastardamiento que dieron lugar un siglo despues á una de las sátiras mas amargas que han provocado jamas los extravíos del mal gusto literario. Todavía no habian penetrado en el púlpito el gongorismo, la falsa erudicion, ni la afectacion pedantesca. La predicacion era sencilla, clara, sincera y piadosa. A veces degeneraba en vulgar y tosca; la correccion y la elegancia no eran sus dotes sobresalientes, ni sus triunfos se graduaban por los aplausos que se dan á los períodos sonoros y á las imágenes poéticas, sino por las conversiones que hacia, y el arrepentimiento y devocion que inspiraba. Del acierto con que Fr. Luis de Granada desempeñó aquellas altas funciones, habla en los términos siguientes su historiador Fr. Jerónimo Joannini: «Su predicar fué de hombre evangélico, no mirando á otra cosa que á hacer ganancia de las almas, y plantar en el pecho humano el amor del cielo. Tuvo la voz clara, suave y dulce; no le era necesario desear suavidad y enerjía para deleitar, porque sus palabras casi eran armónicas y penetraban los entendimientos que las oian. Mostró ser docto, pudiendo enseñar, y sabiendo dar á entender lo que queria, tan sazonada y aseadamente cuanto era necesario, conforme á la calidad de los oyentes. Sus conceptos eran todos sacados de la Escritura Sagrada, y los mas escogidos de los Santos Padres, latinos y griegos, y tejía de ellos la guirnalda de su decir, no ménos que si fuesen flores entre los conceptos. Su estilo fué puro, limpio; sencillo, mas alto; llano, mas significador; grave, mas agraciado; florido, mas cristiano, y no le faltando cosa alguna, pudo fácilmente arrebatar los corazones, y hacer aquel fruto que confiesan todos haber sido grande en todas partes. Acomodábase diestrísimamente á todos los géneros, y en todo argumento usaba lo que convenía, enseñando lo que era docto y facil igualmente. Increpando el pecado y el vicio, echaba llamas de la cara, y mostraba horror, que desmayaba y asombraba al pecador. Hablando de los misterios y beneficios que nos ha hecho Dios, con vivos y naturalísimos colores los ponia presentes. Razonando del cielo y de los santos, arrebataba los corazones, y consigo los levantaba en alto. Tratando de nuestra miseria, veíase quedar en nada. Exhortando á la conversion, salian las palabras todas amorosas, abrasadas y penetrantes con que se movian los mas duros corazones. Gastó en este ejercicio mas de cuarenta años en los púlpitos mayores de toda España: dejólo por la vejez y achaques.»

Pocos años habia residido Fr. Luis en Granada despues de su salida del colegio, cuando el extraordinario crédito que le habian granjeado sus virtudes, su saber y su elocuencia, le merecieron un testimonio glorioso de la confianza que inspiraba á sus superiores. Hallándose el General de la órden de Santo Domingo visitando los conventos de España, y noticioso del abandono y ruina en que se habia sumido el convento de Scala Cœli, situado en las montañas de Córdoba, nombró á Fr. Luis Prior de aquella casa: nombramiento que equivalia al encargo de fundarla de nuevo, ya que su degradacion habia llegado al extremo de no haber quedado allí mas que paredes, ni tener otros habitantes que los rebaños que en ellas se guarecian. Ligábanse á esta fundacion grandes y piadosos recuerdos, y daban sumo realce en la imaginacion de los devotos al estado deplorable de la casa y de la iglesia, los portentos que se referian de sus ruinas, de los gemidos que en ella se oían, y de las visiones que en sus ventanas destruidas se presentaban. Unidas estas circunstancias á lo áspero y montañoso del sitio, y á la profunda y lóbrega soledad que en torno reinaba, concurrian de consuno al vivo interes con que la órden entera miraba aquella joya deslustrada de sú corona, y á sus ardientes deseos de verla restituida á su antiguo esplendor. Ademas la historia de su fundacion ofrecia un asunto de tanto interes para las opiniones reinantes á la sazon, que no podemos abstenernos de referirla en este lugar, con la mayor brevedad posible.

Fr. Alvaro de Córdoba, religioso de la misma órden de Predicadores, habiendo adquirido gran renombre por sus trabajos apostólicos en España, Italia y Jerusalen, mereció ser llamado á la Corte de Juan II de Castilla, y ser nombrado confesor de aquel monarca. Pero su aficion á la vida contemplativa, el desprecio con que miraba las cosas de este mundo, y sus ardientes deseos de consagrarse totalmente á Dios, lo arrancaron á las turbulencias y desórdenes de palacio, y lo impulsaron á buscar, en escena mas análoga á sus sentimientos, campo mas abierto á los anhelos de su alma. Creyó haber encontrado lo que buscaba, en una áspera soledad, si-

tuada á una legua de Córdoba, en la elevada sierra que por partes circunda á la ciudad, y en donde la soledad, la escabrosidad del terreno, y el ingrato aspecto del paisaje, lo ponian á cubierto de las distracciones de la sociedad humana. Tenia tambien á sus ojos, aquella localidad, la recomendacion de asemejarse á la ciudad del Profeta en su distribucion topográfica. Así es que procuró copiarla en su nuevo establecimiento, imponiendo á los sitios en que se notaban estas analogías, los nombres de Calvario, Cedron, y Monte de las Olivas. Una cueva profunda, labrada naturalmente en la roca, fué á los principios su habitacion; mas habiéndosele reunido en breve otros religiosos, á quienes habia atraido la fama de sus virtudes, y á quienes animaba el mismo espíritu de abnegacion y ascetismo, con ellos, y ayudado por cuantiosas limosnas, fundó Fr. Alvaro un convento, donde no solo se observaba escrupulosamente la regla de la Orden, sino donde se practicaban las penitencias mas ásperas, y se trabajaba sin interrupcion en la perfeccion de la vida espiritual. La muerte del fundador no fué parte á enfriar el celo de sus compañeros. Por espacio de un siglo floreció aquel semillero de varones piadosos, con gran edificacion de los habitantes de la provincia. Las causas de su repentina decadencia nos son desconocidas; mas esta decadencia fué tan completa, que cuando Fr. Luis tomó posesion de su priorato, solo encontró allí ruinas y escombros.

No enfrió su ardor esta desconsoladora perspectiva, ni desmayó delante de los obstáculos que se oponian al éxito feliz de la empresa que se le habia confiado. Con las limosnas que le suministró la caridad, y con una buena eleccion de religiosos, dispuestos como él á volver por el honor de la Orden, consiguió restablecer á su esplendor primitivo la casa de Scala Cœli, esparcir su fama por toda la nacion, y propagar las buenas doctrinas y los buenos ejemplos en aquellas escabrosas regiones.

Los deberes de tan arduo ministerio no daban pábulo suficiente á la actividad infatigable de aquella alma privilegiada. Frecuentemente bajaba á la ciudad y á los pueblos comarcanos, para predicar la palabra de Dios y enseñar su doctrina: circunstancia que dió lugar á que cultivasen su trato, se sometiesen á su direccion, y contrajesen con él íntimas relaciones de amistad, muchos y muy distinguidos personajes de los que ilustraban entónces las provincias andaluzas: tales fuéron el marques de Priego, el conde de Feria, Fr. Lorenzo de Figueroa, obispo de Sigüenza, el P. Antonio de Córdoba, jesuita, y sobre todo, el célebre Maestro Juan de Avila.

Este eminente varon conoció á Fr. Luis en casa del marques de Priego, y desde aquel instante se entendieron y se amaron tiernamente dos hombres tan conformes en vida, letras y santidad. Ardua empresa sería decidir cuál de ellos se aventajaba al otro en estas perfecciones. Si hemos de dar crédito á las tradiciones que se han conservado en aquel pais, Fr. Luis, con la humildad de un verdadero cristiano, reconoció la superioridad del P. Avila, oyó con docilidad sus avisos, y confesó que estos le habian servido de mucho para mejorar la composicion y el estilo de sus sermones.

Ocho años habia pasado Fr. Luis á la cabeza de la comunidad de Scala Cœli, donde compuso algunas de sus mas estimadas obras, cuando, en razon del puesto que ocupaba en la Orden, tuvo que acudir al capítulo provincial de ella, que á la sazon era de grave importancia, no solo por los asuntos que en él debian ventilarse, sino tambien por hallarse presente el duque de Medinasidonia, grandemente estimado por los dominicos, como su generoso favorecedor, y como pariente de Santo Domingo. Los sermones que en estas grandes solemnidades se predicaban, eran, como entónces se decia, de *empeño*, y solo se confiaban á los oradores mas sabios y elocuentes. Uno de ellos fué encomendado á Fr. Luis, y tan acertadamente desempeñó su encargo, y tanta fué la elocuencia que ostentó en aquella ocasion, que el Duque, prendado de orador tan cumplido, exigió del Provincial que le permitiese llevarse consigo á Fr. Luis, para que ejerciese en su palacio de Sanlúcar el alto ministerio en que tan señalados triunfos obtenia. Fr. Luis obedeció el precepto de su superior, quien no pudo negarse á los deseos de tan elevado personaje; mas no duró largo tiempo este paréntesis de su vida conventual y retirada. La servidumbre del Duque, y los concurrentes á sus sermones tanto en Sanlúcar como en otros lugares del mismo señorío, parecian mas dispuestos á escuchar primores retóricos, que la sencilla palabra de Dios, y á prodigar elogios y aplausos al orador, mas bien por los méritos literarios de la composicion, que por la santidad de doctrinas que encerraba; se disgustó

sobremanera do su nueva ocupacion, y deseaba con ansia ponerle término. Ofrecióse muy en breve para esto una ocasion oportuna. Hacia mucho tiempo que se trataba de fundar un convento de dominicos en Badajoz, y mostraban mucho interes en esta empresa tanto los padres de la provincia de Andalucía, á cuya jurisdiccion deberia pertenecer aquella casa, como el duque de Medinasidonia, y los demas bienhechores de la Orden. Fr. Luis se ofreció espontáneamente á la ejecucion de este designio, para el cual se necesitaban cuantiosas limosnas, y una voz elocuente y eficaz que las arrancase á la piedad de los hombres. Aprobada su idea por los superiores, se trasladó á Extremadura, y comenzó su tarea con tan feliz éxito, que en breve tiempo se concluyó el edificio, y reunió la comunidad, compuesta de los religiosos que el mismo Fr. Luis habia escogido entre los de su provincia. Allí fué donde compuso su célebre *Guia de Pecadores*, libro que se propagó rápidamente por toda Europa, y mereció á su autor ilustres testimonios de aprecio y admiracion.

Llena ya Castilla de su nombre, pasó al reino vecino, donde el infante cardenal D. Enrique, hijo del rey D. Manuel, y nieto, por su madre Doña María, de nuestros Reyes Católicos, ocupaba la silla arzobispal de Evora, despues de haber ocupado algunos años la de Braga. Este personaje deseó tener á su lado al insigne varon, de quien tan grandes cosas oia, y cuyas obras le habian hecho conocer que no habia exageracion en aquellos elogios. A instancias suyas, el provincial mandó á Fr. Luis que se trasladase á Evora, donde fué acogido con las mas vivas demostraciones de afecto por el Infante, y donde empezó, á pocos dias de su llegada, á ejercer su favorito ministerio de la predicacion, con el mismo fruto que habia obtenido en todas partes. Tal fué la popularidad que adquirió entre los portugueses, y tan firme y afectuosa la amistad del Infante, que, no pudiendo este decidirse á separarse de un hombre de tan amables y relevantes prendas, ni privar á sus ovejas de la doctrina que con tanto acierto les enseñaba, pidió y obtuvo la traslacion de Fr. Luis á la provincia dominicana de Portugal, con lo que le abrió una nueva carrera de ascensos y de ilustracion, sin privar por esto á la literatura y al idioma de Castilla de las joyas con que siguió enriqueciéndolos.

En efecto, á los pocos años de residencia en Portugal, en el de 1557, habiendo vacado el provincialato á que estaban sujetos todos los conventos de aquel reino, reunidos en el célebre de Batalla los electores, entre los cuales se contaban varones eminentes en ciencia y virtudes, Fr. Luis de Granada, no obstante su calidad de extranjero, fué elegido provincial, cuya dignidad renunció con porfiado empeño, no admitiéndola, por último, sino cuando ya no tuvo nada que oponer á los ruegos é instancias de su ilustre amigo D. Enrique.

En el desempeño de sus nuevas funciones, se portó como en todos los oficios y cargos que hasta entónces habia servido, nunca satisfecho con el cumplimiento estricto del deber, sino aspirando á lo mejor, y procurando ensanchar la esfera del bien, á cuya extension podia contribuir. Entre los adelantos que recibió la provincia bajo su gobierno, se cuentan la trasformacion del vicariato de Santa María de la Luz de Pedrogaon, en convento vasto y bien construido; la fundacion del convento de San Antonio, en Montemayor el Nuevo, rica y floreciente poblacion de Alentejo, y la agregacion del monasterio de Ansede al convento de Santo Domingo de Lisboa, negocio grave, y de mucha importancia para la Orden, y del cual no habria podido salir airoso sin la decidida proteccion de la reina de Portugal Doña Catalina, esposa de D. Juan III, é hija de D. Felipe I de España.

Esta virtuosa princesa, no solo eligió á Fr. Luis por confesor; no solo consultaba con él los mas graves negocios del Estado, sino que, falleciendo á la sazon D. Fr. Baltasar de Lempo, arzobispo de Braga, se resolvió á conferir aquella mitra en una persona que por tantos títulos la merecia. Esta resolucion no se habia manifestado de un modo auténtico y positivo, cuando era sabido ya en toda la nacion, recibida con aplauso por el público, y con desazon por los amigos de Fr. Luis, los cuales, conociendo la mansedumbre de su carácter, y la bondad de su corazon, temian que sufriese graves contratiempos y amarguras en una ciudad notoria por la depravacion de costumbres de sus habitantes. En este sentido le escribió su especial y digno amigo Fr. Bartolomé de los Mártires, prior á la sazon del convento de Benfica, rogándole encarecidamente que no aceptase un cargo tan espinoso y que con tantas amarguras lo amenazaba.

Por fin, la Reina, á quien molestaban con empeños en favor de otros candidatos los personajes de su familia y de su corte, se resolvió á seguir los impulsos de su conciencia, y mandó á llamar á Fr. Luis, quien se hallaba entónces en Santaren, convaleciendo de los efectos de una caida. La Reina, despues de haberle recordado que en otra ocasion le habia ofrecido en vano la mitra de Viseu, le intimó su voluntad en los términos mas perentorios, declarándole que, por lo mismo que la desmoralizacion y la impiedad habian hecho tantos progresos en Braga, se requeria, para poner freno á tanto desórden, un hombre de su ánimo y de su reputacion, y que no habia encontrado uno mas capaz de tan escabrosa tarea, despues de haberlo meditado largamente, en términos de desconfiar de la salud de aquellas almas, si él, con su ejemplo y con sus palabras, no acudia pronto á socorrerlas. A estos argumentos añadió la Reina los derechos de su amistad, dando á entender con sentidas voces y afectuosas miradas, cuánta seria su satisfaccion al ver colocado en tan alto puesto á un hombre que tanta confianza le merecia, y de cuyo trato habia sacado tan copiosos frutos en bien de su alma.

Oyó Fr. Luis aquel razonamiento con profunda humildad y silencio respetuoso, y cuando la Reina hubo concluido, preparando diestramente su ánimo con un exordio lleno de suavidad y gratitud, insinuó poco á poco la magnitud de la empresa que pensaba confiarle, y concluyó negándose, con varonil y santa firmeza, á recibir una distincion tan opuesta á su carácter como á los hábitos de su vida modesta, retirada y laboriosa. La Reina conocia demasiado la veracidad y rectitud de su confesor para insistir en el infructuoso empeño de reducirlo. Así que, ahogando la pesadumbre que esta negativa le ocasionaba, mudó de sistema y puso en manos de Fr. Luis la eleccion del nuevo arzobispo. Fr. Luis aceptó gustoso este encargo, y pidió algun tiempo para meditar en su acertada ejecucion, trascurrido el cual se presentó en palacio, y designó, como persona eminentemente apta para tan alto y delicado oficio, al Maestro Fr. Bartolomé de los Mártires. Aprobada por D.ª Catalina esta indicacion, y llamado á su presencia Fr. Bartolomé, no es ponderable, dice uno de sus biógrafos, la consternacion de su alma al saber de boca de la misma princesa la resolucion que en su favor habia tomado. Presentáronse á su espíritu las mismas razones con que habia prevenido á Fr. Luis los riesgos de que aquella elevacion estaba circundada, y cuando se hubo recobrado algun tanto de su sorpresa, expuso á la Reina los motivos que lo asistian para rehusar, en aquella ocasion, el obedecimiento debido á sus mandatos. La Reina temerosa de los nuevos aprietos en que se veria, si le fuera preciso buscar otro sugeto, que no fuese de los muchos que ansiosamente solicitaban la eleccion, sostuvo con Fr. Bartolomé una larga conversacion, de la que no sacó provecho, ántes bien desaliento y enojo, viendo frustradas ya por dos veces sus buenas intenciones, y burladas las esperanzas que habia abrigado de hacer un nombramiento contra el cual ninguna objecion pudiese suscitarse.

Fr. Bartolomé salió tambien descontento y agitado de aquella audiencia; encerróse en su celda, y á riesgo de ser tenido por descortés, resolvió evitar toda ocasion de volver á palacio, y de exponerse á nuevas incomodidades.

La Reina, no obstante la penosa impresion que le habia hecho aquella entrevista, concibió tan alta idea de Fr. Bartolomé, y descubrió en él tantas dotes privilegiadas, que no quiso darse por vencida, ni desistir de su primera determinacion. Para llevar á cabo su empeño, mandó llamar á Fr. Luis de Granada, y lo comisionó cerca de su amigo, para que emplease todos los medios posibles en reducirlo á cumplir sus deseos, echando mano de su autoridad como superior, ya que no bastasen las persuasiones de la elocuencia y los ruegos de la amistad.

Fr. Luis se decidió á prestar entera obediencia á este mandato, porque lo calificó de justo y conveniente, atendidas las cualidades del prior de Benfica, sumamente acomodadas en su entender al destino que se trataba de conferirle. Fué pues á visitarlo, y tuvo con él una larga y animada conversacion, lucha obstinadamente sostenida por ambas partes, con todos los recursos que prestaban á los combatientes el saber profundo, la humildad cristiana y el deseo del bien de las almas. Fr. Bartolomé, sin embargo, se obstinó en su negativa, miéntras su amigo y superior se manifestaba cada vez mas empeñado en vencerlo. Al cabo, prefiriendo á toda consideracion humana el cumplimiento de lo que ya era para él una sagrada obligacion, un lúnes 8 de agosto de 1558, habiendo mandado tocar á capítulo, y reunida en el coro toda la

comunidad, puesto en pié Fr. Bartolomé por órden suya, despues de dirigirle una plática, en que sobresalian de consuno las sólidas doctrinas y los sentimientos afectuosos, le impuso solemnemente la obligacion de aceptar el arzobispado de Braga, para el que lo habia presentado la Reina, bajo pena de excomunion. Fr. Bartolomé, no teniendo ya recurso de que echar mano, dando grandes muestras de afliccion y abatimiento, protestó que obedecia por no mostrarse perjuro ni rebelde al precepto de su superior, y prometió no alterar en nada su método de vida, y no gastar las rentas de la mitra, sino con arreglo á los cánones y á los ejemplos y consejos de los santos. A esto respondió Fr. Luis, dirigiendo al candidato saludables amonestaciones sobre la conducta que debia observar en su nueva dignidad, las que Fr. Bartolomé puso inmediatamente por escrito, en un papel que le servia de registro en el breviario de su uso.

Acabado el término señalado por las constituciones de la Orden para el ejercicio del provincialato, Fr. Luis se retiró al convento de Lisboa, para observar con escrupulosidad, como lo hizo, todos los deberes de la vida cristiana y religiosa; no solo aquellos que se imponen á la generalidad de los hombres, como absolutamente necesarios á su salvacion, sino los que adoptan los espíritus privilegiados, para adelantar mas y mas en la perfeccion de sí mismo, y en la union con su Creador. De cuando en cuando, ni aun la soledad de su celda lo alejaba bastante, en su entender, de los peligros del mundo; y para dar mas desahogo á sus afectos, y acercarse mas al objeto continuo de sus meditaciones, se acogia al silencio de los campos, donde encontraba, al mismo tiempo, aquel deleite que siempre producian en su alma los espectáculos grandes y majestuosos de la naturaleza inculta. El sitio que, durante su residencia en Lisboa, escogió para tan piadosas expediciones, era ese mismo convento de Nuestra Señora de la Luz de Pedrogaon, de que hemos hecho mencion en otro lugar. Para describir dignamente esta localidad, no podemos hacer cosa mejor que trasladar la pintura que de ella hace el ya citado Muñoz, tanto porque la tenemos por fiel y exacta, como porque vemos en su estilo una no desacertada imitacion del que el mismo Fr. Luis usaba, cuando tocó semejantes puntos. «El sitio, dice, de la villa (Pedrogaon) es corona de una alta y descompuesta sierra: queda el monasterio á una ladera, por donde se baja al rio Zezere, acompañada toda de peñascos y árboles silvestres. Está en parte tan encumbrada y alta, que de cualquiera parte hay unos precipicios ó derrumbaderos, que, mirando abajo, hacen temblar el corazon mas animoso, causando miedo grande á la vista. Crece el pavor con la corriente de dos rios que en lo profundo de esta gran sierra se juntan: uno es Zezere, caudaloso de aguas, impetuoso en la corriente. El otro es Pera, menor en todo, y el vecino poderoso le quita el nombre y las aguas, y las hace propias al juntarse, dejando hecho un ángulo de piedra viva debajo del monasterio: de manera, que queda como cercado de ambos rios. Traen ambos grande ímpetu y se vienen furiosamente quebrando entre peñascos y lozas: causan un medroso ruido, que se hace oir muy de léjos. El que de moderada distancia considera la postura del convento, los riscos y matorrales que lo cercan, la profundidad y oscuridad con que los dos rios bañan las raices de los montes, y compelidos se aprietan por pasar entre los peñascos como pueden, de que resulta una consonancia triste; lo grueso y pesado del mas caudaloso, con el agudo y menos grave del Pera; el que mira las sierras desde léjos, de que están cercados, unas que suben hasta esconderse entre las nubes, otras mas bajas que, con malezas ásperas, son habitacion de jabalíes, lobos, y otros animales bravos que llegan hasta las cercas de la villa á hacer sus presas, representa todo junto aquel espantoso horror, y la soledad horrible que los santos antiguos nos dejaron pintados en sus escritos, de los desiertos de Siria y de Tebaida: horror que recoge el entendimiento, provoca á la devocion, y convida al espíritu á despreciar la tierra, buscar y penetrar las estrellas de que se halla vecino, y no descansar sino con el Señor de ellas.»

La gran reputacion de Fr. Luis de Granada, que ya en aquellos tiempos de que vamos hablando se habia esparcido por toda la cristiandad, padeció un injusto menoscabo (aunque muy en breve fué victoriosamente restablecida), de resultas de un suceso ocurrido á la sazon en Lisboa, y que hizo mucho ruido en el mundo. La priora del convento de la Anunciada de aquella ciudad, llamada María de la Visitacion, era entónces objeto de la admiracion pública, no solo en Portugal y en España, sino en otros reinos de Europa, y hasta en la misma capital del mundo cristiano. Contábanse de ella estupendos prodigios, como mercedes que le con-

feria la Omnipotencia en galardon de sus supuestas virtudes. Sus revelaciones eran frecuentes y asombrosas; tenia estampadas y abiertas, en los miembros correspondientes, las cinco llagas del Salvador; un resplandor sobrenatural la rodeaba frecuentemente, y á veces se levantaba del suelo, y quedaba suspensa en el aire. Fuéron innumerables los personajes, los teólogos, los frailes de alta dignidad que dieron crédito á estos portentos. De personas de sangre real, y otras de elevada condicion, recibia cuantiosos donativos de pedrerías y metales preciosos, y muchos varones doctos y piadosos aspiraron á ponerse bajo su direccion, y consultarla en sus tentaciones, dudas y escrúpulos. Sin llegar á estos extremos, Fr. Luis cayó, como otros muchos, en el engaño; y no solo admitió de buena fe cuanto se referia de aquella mujer, sino que censuró á los que de ella se burlaban, teniendo por fabulosas sus comunicaciones con la Divinidad, y por ruines artificios los que ella presentaba como señales evidentes de un favor especial.

Entre tanto el cardenal infante D. Alberto, gobernador é inquisidor general del Reino, habiendo concebido algunas sospechas acerca de la veracidad de la monja, nombró una comision para que indagase la realidad de aquellas maravillas. Componíanla dos obispos, dos consejeros, un jesuita y un prelado dominicano. En su primera declaracion, la impostora refirió con menuda prolijidad una larga serie de prodigios que Dios habia obrado con ella, y de gracias singulares y todas sobrenaturales que le habia concedido, algunas de ellas tan indignas de la majestad del Sér Supremo, tan incompatibles con su sabiduría, que su simple narracion bastaba para declarar convicta aquella mujer de profanacion, hipocresía y embuste. Mas no parece que los comisionados quedaron muy satisfechos de su superchería, sino que procedieron á examinar repetidas veces y personalmente las llagas, haciendo en ellas diversos experimentos para asegurarse de su realidad. Estas pruebas descubrieron el engaño; y entónces se echó de ver que aquella insensata no habia tenido siquiera la astucia necesaria para sostener su papel, y dar algunos visos de verosimilitud á sus fábulas. Viéndose ya descubierta, confesó paladinamente todos sus extravíos, mostróse vergonzosa y arrepentida, y fué condenada á una severa penitencia.

Aunque eran comunes en aquel siglo estos amaños de la falsa devocion, que, por desgracia se repiten con harta frecuencia en nuestros dias, el lance de la monja de Portugal causó terribles escándalos en la Iglesia, en términos que muchos hombres graves y eruditos tomaron la pluma para comentarlo, no habiendo faltado entre ellos quien aprovechase aquella ocasion de señalar el fanatismo, la supersticion y las creencias erróneas, como vicios que dominaban entónces en la sociedad, y que eran el principal orígen de la degradacion é ignorancia en que vivian sumergidos los pueblos. Uno de los mejores escritos que á la sazon se publicaron, fué obra del mismo Fr. Agustin Salucio, á quien ya hemos mencionado como biógrafo de Fr. Luis, y por ser breve la composicion, y por estar llena de buenas razones, y de sana crítica, hemos creido conveniente copiarla en este lugar. «Las cosas que por estos años se han dicho de esta religiosa, son, que Dios estos dias ha usado de tanta misericordia castigándola por sus ministros para su enmienda, como en los pasados de su inmensa bondad, sosteniéndola y esperándola. Podia decir con verdad, que nunca he dado mas crédito que el que me demandaba por fuerza la autoridad de las señaladas y principales personas, como eran las que tan confiadamente divulgaron sus alabanzas, y á quienes yo, miéntras vivieron, tuve respeto, y despues de muertas, reverencié como á varones de gran santidad. Y no procedia esta mi dificultad en creer, ni de prudencia ni de cautela, que no las conozco en mí mas que en cualquiera otro de mis vecinos: sino de cierta rusticidad de mi condicion, ó dureza de mi ingenio, que nunca se dobla á creer en las cosas á que la Iglesia no me obliga, mas de aquello donde alcanza su capacidad. Cautivo sin dificultad en servicio de la fe mi entendimiento: en estotras déjole usar de su franqueza; porque me parece que era poca cortesía la que á la fe hago, si usase de la misma en lo que no es ella. Con todo eso, desde que á hombres honrados y fidedignos oigo afirmar algunas cosas en que hallo dificultad, procuro cuanto puedo no señalarme en contradecillos, ni mostrarme descreido á sus sentencias; porque sería mucho atrevimiento no entender que no alcanzo yo la fuerza de las razones que los convencerán á hablar como hablan. Si algunos de quienes me constan ser pintores ó cantores eminentes en su facultad, cada

mo alabase en mi presencia una imágen ó compostura de música, aunque á mí no me pareciese bien lo uno ó lo otro, obligado estaba á sujetar el parecer de mis ojos y oídos al de su juicio; porque la razon dice, que á cada cual en su facultad se debe crédito: cuánto con mas razon se les debe dar en negocios de espíritu à aquellos que, por conocerlos por varones espirituales, podríamos juzgar tenian discrecion de espíritus; y dado que el tiempo ha descubierto, y la experiencia notado y dado á tocar que ellos, como hombres, se pudieron engañar, y de hecho se engañaron, no por esto tienen por qué quedar corridos los que los creyeron; pues es ménos mala condicion la de quien con razon yerra, que la de quien acierta acaso. Y así, dijo bien Ciceron, que era mejor errar con Platon, que acertar sigüiendo á otros filósofos. ¿Por qué no diré yo que no me afrento de haber errado con quien todo el mundo sabe que fué mas que Platon cristiano, en ciencia, elegancia y virtud? Pero, de esto luego dirémos mas largo. Ahora, volviendo al principio, digo que con ser así, he sido siempre muy en contra; mas en el crédito de las cosas que se han dicho, confieso que en todos los dias de mi vida (que aunque malos, no son pocos), he oido, ni visto, ni leido cosas que tan gran admiracion me hayan hecho, ni que en mí tantas neblinas de varios pensamientos hayan causado, y así como el dolor á los enfermos facilita en buscar remedios á sus males, y al fin buscándolos, las mas veces encuentran con algunos con que ó sanan, ó siquiera mitigan algo de sus trabajos, así yo, punzado de sentimientos no pequeños, he andado conmigo vacilando y confiriendo, y quise poner en escrito lo que he sacado, no solo porque no se me olvide, sino porque quizá será de provecho, para algunos que de la misma enfermedad adolezcan. Y diré lo primero lo que me ha causado admiracion, y lo segundo, lo que de haberme admirado he filosofado.

»No fuera mucho si el demonio, trasformado en ángel de luz, nos engañara, que es mas viejo, y sabe mas, por ser de naturaleza mas subida, y usa muchas veces de esa figura. Tampoco me hiciera maravilla, si algun ministro de Satanas, trasfigurado en ministro de justicia, hubiera hecho alguna burla, de las pesadas que suelen, ayudado de su maestro. Suelen tener partes para esto: letras, elocuencia, eficacia en decir, uso y práctica de cosas, experiencia en negocios, ingenio, mañas, artificios; son taimados, matreros, astutos como raposas: ¿qué maravilla que, de tales armas aprovechados, empezcan y dañen á gentes simples, y sin otras malicias? Mas que una mujer, y no vieja (para que la edad la pudiese haber mostrado á ser matrera, sino moza, y noble, y de buen parecer, que son indicios de ánimos simples y sencillos), y sobre todo esto, de mayor simplicidad de cuantas se han visto, á lo que parecia, fué la que ha engañado á virtuosos letrados, viejos, expertos, santos, solo fiados de que no podia haber engaño con la tan grandísima simplicidad encubierta. Presto hará dos años que estando yo en Madrid, escribí al P. Fr. Alberto de Aguayo, que á la sazon estaba en ciertos negocios en Lisboa, si le parecia que podia ir á Lisboa yo á ver aquesta monja, y comunicar con ella ciertas cosas de mi conciencia. Respondióme que no, porque en ella ninguna cosa habia digna de admiracion, sino la que causaba la bondad de nuestro Señor, que en tan gran simplicidad habia hecho mercedes tan insólitas. Porque era tan simple como una niña de seis años, y estaba en aquella inocencia, que sin duda es para mí de admiracion grandísima haber podido fingirse inocencia y simplicidad, cosas tan inimitables á toda hipocresía: aunque bien habia visto que era esto hacedero, quien nos avisó de guardarnos de profetas falsos, que se nos vienen de ovejas vestidos, siendo lobos de rapiña en lo interno; pero ahora quien quiera ve que estaba de molde el aviso, y de muy pocos fué ántes ver el daño de lo hecho. El ciego juzga, y no es mucho ver ahora que de tales cosas estamos avisados. Entenderlo ántes que sucediese, fué de muy pocos, ó quizá de ninguno; porque si alguno lo entendió, no fué creido, porque los ánimos de todos eran ocupados con el juicio de la simplicidad que en esta mujer se vió, de forma que no podian entender, sino que era envidia ó malicia decir mal de cosas que tan sencillas y sin culpa parecian.

»Lo segundo que me maravilla es cómo pudo haber engaño en cosa tan fácil de ver y tan clara. A tiro de piedra se conoce si la color que una mujer tiene en el rostro es de la que se vende, ó de la que da naturaleza; y en esto se pone toda la diligencia que las mujeres pueden poner en la cosa que mas desean, que es ser hermosas. Digo yo ahora: ¿qué cataratas tenia en los ojos, ó qué nubes tan crasas, quien cosa tan visible no vió, no digo yo por aberturas

tan claras como los rayos de las redes, sino aunque fuera por celosías muy angostas? ¿Con qué estaba templado aquel bermellon ó carmin, que no se deslavaba, ni se pegaba á la ropa, ó no daba de sí desde afuera el olor de semejantes pinturas? Item mas: si esto fuera uno ó dos dias; si aquella mujer estuviera en casa de por sí, donde no la vieran sino cuando ella quisiera, y se pudiera esconder para pintarse en su retrete, y de allí salir con aquellas llagas, ya pudiera tener esto alguna salida. Pero en un convento, y de monjas, donde todo está público y á vista de todas, y aun de algunas de vista tan de lince, que no solo ven lo que pasa tras la pared, sino lo que no pasa, ó lo que en los pensamientos pasa; cosa fuera de espantar que no lo viesen desde la primera hora, ó que, visto y aun sospechado, no lo juzgasen, no lo dijesen, no lo pregonasen, porque el vulgo esta opinion tiene de las monjas vulgares, que son muchas do quiera, y tienen muchos con quienes comunicar, y les dan crédito.

»Todas estas razones, y otras que habrán tenido otros, están advirtiendo que tres linajes de gentes fuéron los que en esta credulidad concurrieron: unos, santos y virtuosos, como fué el P. Fr. Luis de Granada, y algun confesor de la dicha monja, y tales otros pocos: á estos, su misma simplicidad les hizo creer lo que deseaban, sin poder juzgar una malicia tan insólita, donde tan poco se podia sospechar. Del P. M. Fr. Luis de Granada, aunque á la dicha monja habló muchas veces, jamas la vió, porque tenia tan corta vista, que era casi ciego, y sin antojos no veia sino lo que junto á los ojos tenia, y con ellos veia algo desde apartado; pero muy poco mas ó ménos. Y está claro que no se puso antojos para hablar á esta monja, ó para miralla, porque yo sé á quien dijo él que en su vida habia visto mujer, porque no la podia ver sin ponerse antojos, y era mucha curiosidad ponérselos para esto. Yo le vi hablar con la reina de Portugal, que Dios tenga en el cielo, pero sin antojos; que en esto siempre fué cuidadoso y bien mirado, y no de la condicion de algunos que para hablar se los ponen, como si fuera cosa que les importara para hablar las palabras que salen por la boca y entran por las orejas, y en los ojos no tocan cosa: á mí se me antoja que hablo con la tarasca, cuando hablo con estos antojadizos. Pues, como aquellas pinturas de la cabeza se viesen de léjos, y con deseo de que fuesen verdaderas y con crédito de que lo eran, por el bueno que de la dicha se tenia, no es de maravillar que hubiese engaño.

»La discrecion de espíritu tienen aquellos á quienes Dios la da, y este don es señaladamente para conocer y distinguir la buena de la mala doctrina, y así se dijo: «No querais creer á todo espíritu, sino probadlos si son de Dios». Si aquí hubiera algo de doctrina, y el P. Fr. Luis de Granada diera crédito en lo que no debia, perdiera de su santidad conmigo: dándole en esto, ántes lo gana.

»Algunos dias ha que tuve amistad con un fraile de mi órden, que yo tenia por muy aventajado en virtud, y no me engañé; porque su fin dió de ello gran testimonio. Leia en *Vitæ Patrum* mucho, y era cosa que á mí me pesaba, de que un hombre letrado y de buen intento, leyese en aquel libro, que yo tenia en muchas cosas por apócrifo, y así se lo dije algun dia. Respondióme: «Mirad, de leer en este libro, mi fe no corre ningun riesgo. Por otra parte, mi voluntad se edifica con esta leccion, y saco provecho para mí de estos ejemplos. No me parece que será bien dejar de leer, pues no hay daño ninguno, y provecho mucho». Para la devocion del P. Fr. Luis de Granada sin duda era gran medio ver aquella merced que la bondad de Dios habia querido mostrar en aquella religiosa, por su sola simplicidad que en ella se veia; que esto mismo que él sintió fué comunicando á otros, cuando les escribió lo que creia, con palabras tan sencillas y tan benévolas, que por este camino fuéron algunos pocos.

»Otros, traidos por esta fama, y por lo que este Padre decia, que aunque tenian buena vista, bastaba para cegallos el crédito que llevaban, que, como la experiencia enseña, no puede ménos que el miedo para que se crean las cosas que no son, ni es posible que sean. Recia cosa para con nuestros ánimos es la Religion, y muy poderosa. Llamamos Religion, extendiendo el vocablo á significar la supersticion en que la degeneran á veces algunos buenos hombres, que, movidos por la fama, fuéron de partes remotas á ver á esta monja, y no iban con intencion de examinar quién ella era, por las cosas que en ella viesen, ó que de ella oyesen: sino con un presupuesto que la llevaban canonizada en su imaginacion. Todo lo que en ella veian, lo que les decian de ella sus monjas, tenian por milagroso; que este engaño es muy

ordinario en todos los hombres, juzgar la fruta por el árbol, habiéndonos avisado Cristo, que conozcamos por sus frutos los árboles, y que era legítimo modo de juzgar de las cosas.

»Con todo eso, no tengo yo duda, ni nadie que supiese que yo la tenia, sino que hubo muy grande, no solo hipocresía, sino bellaquería, en algunas personas de las que la acreditaron; movidos algunos porque les habia ella untado las manos, y aun hinchírselas de cruzados, y de perlas, y de diamantes, que á ella le daban y le enviaban muchos portugueses de las Indias con mucha largueza, porque los encomendase á Dios (y de esto yo podré decir algo que supe de los que examinaron su vida), y no solo se dieron por desentendidos de lo que claramente vieron, pero contra Dios y su conciencia, aprobaron lo que debian condenar y reprobar por malo, con gran daño de los que de ellos se fiaron. Y en las mas, y de mas importancia, reinó otro intento, que fué por este camino, estorbar la entrada del rey Don Felipe en aquellos reinos, que de tan conocido derecho eran suyos; y no pudiéndose valer de armas y fuegos, y desamparados de justicia, quisieron por tan engañosos modos valerse de fraudes y de engaños, cautivando los ánimos del pueblo con supersticion, para con ella mesma tenerlos á su mano. Este fué sin duda el intento de muchos sátrapas; pero es odioso tratarlo; ni renovar la memoria de lo pasado es de provecho, y para mí lo ha sido la consideracion de esto, como dije al principio.»

Sirva de excusa á la extension del pasaje que acabamos de copiar, el deseo de vindicar la memoria de hombre tan benemérito como Fr. Luis, complaciéndonos, por otro lado, en demostrar, por medio de una autoridad tan respetable, cuán bien puede aliarse la piedad sólida, con la justa desconfianza que debe inspirar todo lo que se presenta con visos de sobrenatural y milagroso. ¡Cuántas veces no se ha tachado de incrédulo y enemigo de la fe, al hombre independiente y sesudo, que rechaza las imposturas de la hipocresía y las patrañas con que se alimenta la dócil credulidad del vulgo!

Animado de muy distintos sentimientos, recibió Fr. Luis aquel amargo desengaño, con mayor pesadumbre por la culpa en que habia incurrido la monja, que por la herida que podria recibir su propia reputacion. Léjos de obstinarse en su error, ó de dejar abatir su ánimo, á vista de un suceso que podia rebajarlo en la estimacion pública, dió gracias á Dios por haber permitido el descubrimiento de la verdad, y preservado á la Iglesia del desdoro que habria traido en sí el triunfo de la mentira. No satisfecho con la expresion devota y secreta de estos sentimientos, compuso un sermon, afamado entre los suyos, en que tomó por tema las palabras de S. Pablo: *Quis infirmatur et ego non infirmor? Quis scandalizatur et ego non uror?* El fin principal que tiene á la vista en esta composicion, es manifestar el aprovechamiento que pueden sacar las almas virtuosas de estos grandes escándalos, promovidos por los que cubren con el velo de la Religion la fealdad de los vicios y los excesos de una vanidad sacrílega. Reprende la extrañeza con que se reciben en el mundo los yerros de las personas consagradas á la Religion, ya que todo debe temerse de la flaqueza de la humanidad, y á todos comprende el dicho de S. Jerónimo: «Miéntras vivimos en este cuerpo frágil; miéntras tenemos este tesoro en vasos de barro quebradizo, y apetece el espíritu contra la carne, y la carne contra el espíritu, no puede haber victoria cierta»; exhorta á los cristianos á temer y desconfiar de sí mismos, por muy aventajados que se crean en la práctica de la virtud, viendo con cuánta facilidad caen en el pecado los que viven consagrados á Dios, y fuera del alcance de las tentaciones y peligros del mundo; habla del escándalo, manifestando en toda su fealdad la culpa del que lo comete, y la del que se aprovecha de aquella ocasion para desacreditar las prácticas religiosas, y denostar á los que viven en el retiro y la meditacion; amonesta con severas palabras á los flacos y pusilánimes, que por ver caido al que creian virtuoso, se desalientan y desmayan, abandonando las buenas obras y santos ejercicios, aconsejándoles que en vez de perder brios por los yerros de los malos, se estimulen y enardezcan con el ejemplo de los buenos y perseverantes; concluye con unas sábias y prudentes advertencias sobre el uso de los sacramentos. El autor se dió prisa á publicar el sermon, como para acreditar en esto su humildad, y hacer una confesion tácita del engaño en que habia caido. Fué obra que hizo mucho ruido en el mundo cristiano, y de la cual se publicaron varias reimpresiones.

Este fué el canto del cisne. Cuando empezó á componer este sermon, Fr. Luis sintió los primeros síntomas del mal que lo llevó al sepulcro. Dos graves enfermedades habia padecido

en épocas anteriores. En una de ellas perdió enteramente la vista, y creyendo que jamas la recobraria, se dedicó á tocar el órgano, aprovechando los conocimientos de música que habia adquirido en su juventud. Pero duró pocos meses esta calamidad. Algunos años despues, la relajacion de una quebradura, despues de ocasionarle graves tormentos, y tenerlo largas horas á las puertas de la muerte, produjo la salida de una parte de los intestinos, que nunca pudieron reducirse á su estado natural, con cuya incomodidad vivió años enteros, sin quejarse de las molestias que le producia, ni hablar jamas á nadie de sus padecimientos.

Ya habia cumplido nuestro autor los ochenta y cuatro años de su edad, y corria el de 1588, cuando, de resultas de la abstinencia en que habia pasado aquel adviento, se le vició la digestion, en términos de producirle una fiebre lenta, que pensaron curar los médicos por medio de fuertes estimulantes, á cuyo uso siguió la exasperacion de los síntomas. Conoció el peligro, y se dispuso á la última jornada con angélica resignacion, y al mismo tiempo con una fortaleza de ánimo, que solo puede ser hija de una conciencia pura. Su muerte fué una de las mas edificantes, piadosas y santas que recuerdan los anales del Cristianismo. Ocurrió á las nueve de la noche del dia 31 de diciembre del referido año. Al dia siguiente se celebró su entierro, con un numeroso concurso de gentes de todas clases, y al tiempo de depositarlo en la tierra, fué tal el tropel que acudió á recoger alguna reliquia de aquel varon santo, que fué preciso que defendiesen el cadáver, puñal en mano, los dos nobles portugueses marques de Villa-Real y Rui de Silva. Su gran amigo Francisco Duarte, proveedor de las armadas Reales, mandó inscribir sobre su sepulcro el siguiente epitafio :

FRATER LUDOVICUS GRANATENSIS EX PRÆDICATORUM FAMILIA,
CUIUS DOCTRINÆ MAIORA EXTANT MIRACULA,
GREGORII XIII. PONT. MAX. ORACULO,
QUAM SI CÆCIS VISUM, MORTUIS VITAM A DEO IMPETRASSET.
PONTIFICIA DIGNITATE SÆPIUS RECUSATA CLARIOR,
MIRA IN DEUM PIETATE, ET IN PAUPERES MISERICORDIA,
INSIGNIUMQUE LIBRORUM,
AC CONCIONUM VARIETATE TOTO ORBE ILLUSTRATO.
ÆTATIS ANNO LXXXIV.
ULYSIPONÆ MORITUR MAGNO REIPUBLICÆ CHRISTIANÆ DESIDERIO.
PRID. KAL. IANN. AN. M. D. LXXXIX.

En romance dice así.

FR. LUIS DE GRANADA, DE LA ÓRDEN DE LOS PREDICADORES,
POR CUYA DOCTRINA SE VEN MAYORES MILAGROS,
(ASÍ LO DIJO EL ORÁCULO DE GREGORIO XIII, PONTÍFICE MÁXIMO)
QUE SI HUBIERA ALCANZADO DE DIOS VISTA Á CIEGOS,
VIDA Á MUERTOS.
MUCHO MAS ESCLARECIDO
POR HABER REPUDIADO MUCHAS VECES OBISPADOS;
ILUSTRE POR SU ADMIRABLE PIEDAD CON DIOS,
Y MISERICORDIA CON LOS POBRES.
HABIENDO ILUSTRADO TODO EL ORBE
CON SUS INSIGNES LIBROS Y SERMONES.
Á LOS OCHENTA Y CUATRO AÑOS DE SU EDAD MURIÓ EN LISBOA,
CON GRAN SENTIMIENTO DE LA REPÚBLICA CRISTIANA,
EL DIA ÁNTES DEL PRIMERO DE ENERO DE M.D.LXXXIX.

El sepulcro de FR. LUIS estaba colocado en el antecoro del convento de Santo Domingo de Lisboa. Allí se conservó su cadáver, hasta el año de 1634, cuando por disposicion del P. Fr. Agustin de Sousa, provincial y vicario general de la provincia de Portugal, se construyó en una pieza inmediata á la capilla mayor de aquel convento, un bello monumento de mármol blanco y jaspes de diversos colores, adonde fuéron trasladados privadamente los restos del santo varon. Se costeó la obra con limosnas de los fieles, que recogió Fr. Gaspar de Toledo, religioso español, conventual de la misma casa.

Nos detendríamos demasiado, y excederíamos los límites en que los trabajos de esta especie deben encerrarse, si fuéramos á copiar, ni aun á indicar siquiera, los innumerables elogios que se han tributado al P. FR. LUIS DE GRANADA, por las plumas mas doctas de su época, y

de las posteriores. No ha habido jamas un autor mas popular, mas aplaudido ni mas estudiado, entre los infinitos que, tanto en España como en los paises extranjeros, han escrito obras de devocion y de instruccion religiosa. Los escritores jesuitas le han tributado las mas encumbradas alabanzas; y el mismo P. Mariana, tan severo en sus juicios, lo nombra, con encarecidos epítetos, en su inmortal Historia de España. El jesuita frances Gaulter, en sus Tablas Cronológicas, lo llama *insigne ornamentum Ordinis Sancti Dominici*. El P. Vasconcelos, en su historia latina de los Reyes de Portugal, lo designa como *vir egregiè pius*. El italiano Possevino, en su Aparato Sacro, se expresa en estos términos: *Ludovicus Granatæ, Hispanus, ordinis prædicatorum, theologus summè pius, orator et ecclesiastes insignis, suis operibus Christi Ecclesiam ita ditavit, ut uberrimos fructus in animis cujuslibet eos versantis ediderit.* «Fray Luis de Granada, español, de la órden de predicadores, teòlogo en alto grado piadoso, orador y predicador insigne, ha enriquecido de tal modo la Iglesia cristiana con sus obras, que ha producido copiosos frutos en los ánimos de aquellos que han frecuentado su lectura.»

En el *Sapiens fructuosus* del P. Juan Bonifacio, docto jesuita italiano, hallamos el pasaje siguiente, entre los consejos que dirige á los que se consagran á la predicacion: *sit elegans sermo noster, ornatus et pulcher, et cum voluptate salubritas, cum deliciis divitiæ conjungantur. Quam palmam Ludovico Granatensi reservatam videmus, cujus libri omnes Hispani, non minus jucunditatis, quam adjumenti lectoribus afferunt. Sic enim vir ille magnus suam dictionem temperavit, atque ita rexit stilum, ut qui legunt, incredibilem capiant voluptatem, et sententiarum pondere ipso ita rapiantur, ut non animadvertant delectationis aucupisem, numerosæque orationis harmoniam minus observent. Nam cum orationis ornamenta non desint, et sermonis quasi lautitiam nemo desideret, tamen eo eloquendi genere utitur, quod è divinis fontibus haustum, non ex Ciceronis et Quintiliani rivulis sumptum esse videatur.* «Sea nuestra diccion adornada y bella, de tal modo que aproveche tanto como agrade, y proporcione al mismo tiempo utilidad y deleite. Fué eminente en este género el P. Fr. Luis de Granada, cuyas obras castellanas sirven de tanto aprovechamiento como de regalo á los lectores. En efecto, de tal manera supo aquel gran hombre templar su diccion, y tan magistralmente regía su estilo, que el lector, deleitado de un modo increible, se deja arrebatar por el ímpetu de las sentencias, sin echar de ver el cebo que lo seduce, ni sepa percibir el artificio armónico de aquel sonoro lenguaje. Sin carecer de adornos oratorios, y sin que se eche de ménos el esmero de la diccion, no puede desconocerse que aquel género de elocuencia salió de la fuente divina, no de los manantiales de Ciceron y Quintiliano.»

En el artículo relativo á Fr. Luis de Granada, que introdujo el jesuita flamenco Andres Scott, en su *Bibliotheca Hispana*, se leen altos encomios de nuestro autor, interpolados con algunos datos sobre su vida y escritos. Son dignos de citarse los pasajes siguientes: *Hispanicè scripsit: quo in sermone adeo disertus, cum omnium admiratione sic excelluit, ut oraculum sit ævi sui habitus, longèque à plurimorum vitiis recesserit, qui partim arabicis, partim poeticis vocibus, affectando sublime nimis dicendi genus, orationem contaminant.* «En sus obras castellanas, sobresalió tanto como elocuente, que, con admiracion general, fué tenido por el oráculo de su siglo, habiéndose apartado grandemente de los vicios que cometen muchos escritores, contaminando el idioma con voces arábigas y poéticas, y afectando una exagerada sublimidad.» *Hic unus certè inter cæteros, decus et ornamentum non familiæ modò dominicanæ, sed et hispanicæ gentis, sivè pietatem spectes, qua enituit, seu eloquentiam, qua æquales omnes vicit.* «Debe considerarse este hombre con justicia, como honor y lustre, no solo de la familia dominicana, sino de toda la nacion española, ya por la piedad, en que tanto se distinguió, ya por la elocuencia, en que venció á todos sus contemporáneos.»

Las dos citas siguientes están sacadas del Origen de la Inquisicion, obra escrita en latin por Don Luis de Páramo, inquisidor de Sicilia: *Callebat hæc optimè frater Ludovicus Granatensis, in quo cognitio divinæ sapientiæ mirum in modum illuxit.* «Bien penetraba estas cosas Fr. Luis de Granada, en el cual brilló de un modo maravilloso el conocimiento de la sabiduría divina. *Fratrem Ludovicum Granatensem, virum illum, in quem Deus Optimus Maximus litterarum et virtutum, etc.*

Entre las muchas traducciones que se han hecho de las obras de Fr. Luis, se distingue por su correccion y elegancia la latina del Símbolo de la Fe, por el religioso italiano, Juan Pablo

Galucio. En ella inserta la carta siguiente, dirigida al ilustre autor : *Salve Pater Beate, iterum salve; scriptum est enim : beati pedes evangelizantium. Quod si quis hoc bonum nuntium hominibus attulit post Sanctissimos Apostolos, et illos priscos apostolicos viros, tu ex illis es : et ita ante hominum oculos hoc bonum proponis ut vel omnibus (modò tùm alios, tùm hos tuos libros legerint), hoc unum bonum compertissimum sit. ¿Quibus non uteris argumentis, ut homines Deum cognoscant, et quem ipse Deus misit, Dominum nostrum Jesum Christum? ¿Quin igitur mihi licet et jure optimo te beatum vocare? ¿Quin et patrem, cum in omnes tam sanctè patris numere fungaris? Tu enim, ut omnibus prodesses, ita vernacula lingua hos conscripsisti libros, ut qui latinam linguam ex tuis hispanis ignorant, possent ex his libris ea perdiscere, quæ salutis viam facilè studiosis tradunt. ¿Quám velles, cum hæc scribebas, posse his vocibus uti, quæ ab omnibus hominibus intelligerentur? Videor quidem videre te jam tunc sudantem, cum statuebas quænan lingua tibi scribendum esset : tequè, cum scribere incepisti, divinare fore, ut in alias linguas verterentur. At cum imitatio, ut philosophus testatur, sit re quam imitati sumus semper inferior, hinc facile videor conjectura assequi, longe præstantiores esse tuos libros hispanicè loquentes. At ego licet in hisce angustiis versarer, imò in difficiliori, tamen itálicos latinè verti.* «Dios te guarde, padre bienaventurado, y repito que Dios te guarde, porque escrito está : bienaventurados los piés de los que evangelizan. Si hay quienes, despues de los santísimos apóstoles, y de los varones apostólicos de los primeros tiempos, han publicado á los hombres la buena nueva del Evangelio, tú entras en aquel número, pues de tal modo presentas este bien á los ojos de todos, que el que lea esta y las demas obras tuyas, no podrán ménos de conocer que aquel solo es el bien verdadero. ¿De qué argumentos no echas mano para que los hombres conozcan á Dios, y á su enviado nuestro Señor Jesucristo? ¿Y no tengo harta razon para llamarte bienaventurado? ¿No he de llamar padre, al que tan santamente desempeña los deberes de tal? Tú, en comun provecho, escribistes estos libros en idioma patrio, á fin de que los españoles que no saben latin, pudiesen aprender fácilmente el camino de la salvacion. ¡Cuánto desearías, al escribir estas obras, emplear un lenguaje que pudiera ser entendido de todos los hombres! Me parece que te veo, cuando tal trabajo emprendiste, y dudabas acerca del idioma de que habias de hacer uso, adivinar que sería traducido en otras lenguas. Así sucedió el año pasado. Tus obras se publicaron en italiano, para que gozase Italia de tan gran ventura. Pero, si es cierto el dicho de un filósofo, que la imitacion es siempre inferior al modelo, fácil es colegir que la obra original española es superior á todas las versiones que de ella puedan hacerse. Yo, en medio de tantas dificultades, he emprendido una mayor, cual es la traduccion del italiano al latin.»

El erudito portugues Andres de Evora, á quien Fr. Luis habia aconsejado que escribiese su *Exempla Memorabilia*, le dedicó la edicion de Paris de 1565, expresándose en ella de este modo : *Vix hæc compleveras, christianæ doctor eloquentiæ, cum mihi jam plenissimè persuaseras. Subscribo, totusque in tuam sententiam abeo. Tui enim nominis dignitas, et expertæ probitatis splendor consultandi judicium absorpserat. Addis, humilitatis magister, humilitatis exemplum; adhortaris, obsecras, et qui consulendo præstabas officium, recepisse fateris, dum collectiones nostras non tantum tua expectatione, sed etiam lectione dignares : quasi tuæ eruditionis fluviis, non modò ex tenuissima officina nostra, sed nec ex ullo scriptorum genere, quippiam queat accrescere. ¿Quid enim græca philosophia, quid romana facundia, quid christiana pietas posteritati mandavit, quod tu non legeris, non memoriæ mandaveris? Ut cætera taceam, sint oculi tui testes, quos dum avidè sapientiam voras, cum lectione partitus es : idque forsan liberaliùs æquo. Minor enim tibi pars cessit, majorem sibi litteræ vendicarunt. Transeo spiritus tui dotes, quas divina musa non vulgari tecum mensura divisit : res enim est distanti dispar ingenio, et epistolæ commendatione dignior. Clamat orbis, docti pariter et indocti, exteri non minus quam hispani, Granatensem virum planè apostolicum imitatorem. Sit hæc in terris verissima tuæ sortis inscriptio dum augustior altera differtur in Cœlis. Labori meo verò huic gratulor, te consilii aucthorem, te editionis patronum sortito. Tuum itaque patrocinium quasi meo jure vendicans, opus tuum tibi commendo, ut quo te consultore conceptum est, te fautore feliciter provehatur.* «Apénas habias manifestado tu deseo, doctor de la elocuencia cristiana, ya me habias cumplidamente persuadido. Me rindo, y entrego ciegamente á tu voluntad : porque el brillo de tu nombre, y de tu notoria bondad, no dejan lugar á la deliberacion. Añades un ejemplo de humildad, como maestro que eres de esta

virtud: me exhortas, me ruegas, y te atribuyes á tí mismo el bien que yo recibo con tus consejos. No solo has honrado mis trabajos con el deseo, sino tambien con la lectura, como si mis débiles tareas pudieran añadir algo á los manantiales de tu sabiduría, lo que no podrian conseguir todos los escritores del mundo. ¿Qué nos han dejado, en verdad, la filosofía de Grecia, la facundia de Roma, la piedad de los autores cristianos, que tú no hayas leido y atesorado en la memoria? Podria citar, entre otras pruebas, el estado en que se halla la vista de tus ojos, de que te han privado tus continuas lecturas y tu ansia voraz de saber: en lo que has andado sobradamente liberal, sacrificando mucho mas de lo que en cambio recibias. Dejo aparte las prendas de la inteligencia, con que te ha dotado, de un modo no comun, la inspiracion divina: asunto que no basto yo á esclarecer, y demasiado elevado para el estilo de una carta. El orbe entero confiesa, por la voz unánime de los doctos y de los ignorantes, de los españoles y de los extranjeros, que Fr. Luis de Granada es un varon apostólico, y digno imitador de los apóstoles. Este es tu verdadero dictado en la tierra, miéntras el cielo te prepara otro mas augusto. Yo entre tanto, me felicito por este trabajo mio, siendo tú quien me lo aconsejaste, y saliendo la edicion bajo tu patrocinio. Reclamándolo pues con tan legítimo derecho, te recomiendo mi obra, para que, una vez que tuvo orígen en tu consejo, prospere con tu favor. Adios, ínclito padre; y como acustumbras, atrae á mí la proteccion divina.»

No fuéron solo los escritores y los individuos de las órdenes religiosas los encomiadores del distinguido varon de quien nos ocupamos, sino que halló justos apreciadores de su mérito en las clases mas ilustres y en las categorías mas elevadas. Vamos á hacer una lijera enumeracion de los personajes que mas se señalaron en este tributo, justamente pagado á las grandes dotes que en él sobresalieron.

El célebre duque de Alba, D. Fernando de Toledo, tan nombrado en la historia por sus campañas, y su gobierno de Flándes, admiraba de tal modo las obras de Fr. Luis, que costeó una magnífica edicion de ellas, escogiendo para llevarla á cabo, al famoso Cristóbal Plantino, cuyas prensas han dado tanta gloria á la tipografía. De esta edicion no sabemos mas sino que constaba de catorce volúmenes, impresos en grandes caractéres, y con todo el esmero que ha dado tanto crédito á las obras de aquel ilustre impresor. Vino á España un ejemplar, y se depositó en el monasterio del Escorial, donde lo leia con frecuencia Felipe II. El Duque conoció personalmente á Fr. Luis en Lisboa, cuando invadió el territorio portugues á la cabeza del ejército español; lo hizo director de su conciencia, y murió recibiendo sus auxilios espirituales: circunstancia á que se refieren los siguientes versos de un poema latino compuesto por Fr. Jerónimo Bermudez:

> Adstitit moribundo Aloysius ille;
> Granatæ splendor, lumen et Hesperiæ.

Ya en otra parte hicimos mencion de la particular estima que hacia de Fr. Luis el cardenal infante de Portugal, D. Enrique. En unas memorias manuscritas que se atribuyen al rey D. Sebastian, y que uno de los biógrafos de nuestro autor asegura haber visto en Madrid, en manos del arzobispo de Lisboa D. Rodrigo de Acuña, se leen las palabras siguientes: «Trataba el Cardenal, con afecto notable y celo católico, de limpiar el reino de la cizaña del judaismo, y cultivar la gentilidad de las Indias y conquistas, aprovechándose de la gran virtud y entendimiento del P. M. Fr. Luis de Granada, de la órden de Santo Domingo, cuya fama se ve extendida, con grande gloria de Dios, por toda la cristiandad». D. Juan III, el príncipe D. Juan, su hijo, y su esposa D.ª Juana, fundadora del convento real de las Descalzas de Madrid, y mas que todos, la reina D.ª Catalina, le prodigaron las mas inequívocas y públicas demostraciones de aprecio, veneracion y confianza. Siguió su ejemplo el malaventurado D. Sebastian, y en prueba de ello le ofreció muchos obispados, que el santo varon rehusó con su notoria y acostumbrada humildad. Felipe II, á quien Fr. Luis habia dedicado una coleccion de sus obras, publicada en 1579, hizo grande aprecio de su persona y de sus escritos, y lo visitó en su convento de Santo Domingo de Lisboa, habiendo permanecido con él en conversacion privada. En la misma ciudad, lo trató y consultó repetidas veces la emperatriz D.ª María; y su hijo, el cardenal archiduque Alberto, tuvo con él un trato íntimo, y se complacia en hacerle regalos, que pocas veces fuéron admitidos. Sería molesto referir todos los testimonios de admiracion

que recibió de los magnates mas ilustres de España, Portugal, Italia y casi todas las naciones de Europa.

No son ménos notables ni ménos honoríficas las distinciones de igual clase que le hicieron los príncipes eclesiásticos, entre los cuales se señalaron el cardenal Alejandrino (Fr. Miguel Boleno), sobrino de Pio V, y nombrado legado en los reinos de España, Francia y Portugal, con quien Fr. Luis sostuvo una larga correspondencia; el cardenal Riario, legado de Gregorio XIII en Lisboa; el patriarca D. Juan de Rivera, arzobispo de Valencia, quien solia enviarle considerables sumas de dinero, para que las distribuyese entre los pobres; el célebre obispo de Cuenca D. Bernardo de Fresneda; el de Novara, César Speciano, de quien se conserva una carta dirigida á Fr. Luis, llena de expresiones de veneracion y afecto; el arzobispo de Braga, D. Rodrigo de Acuña; el obispo de Barbastro, D. Jerónimo Bautista de Lanuza, autor de una aprobacion de las obras de Fr. Luis, á quien llama el *Ciceron de España*, y otros cuyos nombres suprimimos por no molestar al lector.

Mas no podemos pasar en silencio dos autoridades de la mas alta categoría, en la esfera de la santidad: Sta. Teresa de Jesus y S. Cárlos Borromeo. Sta. Teresa, no solo leia frecuentemente las obras de nuestro autor, considerándolo como uno de los escritores en materias religiosas, mas edificante y profundo, sino que estimulada por las instancias del arzobispo de Evora, D. Teutonio de Berganza, grande amigo de los dos, sostuvo con él una frecuente correspondencia, que empezó por la carta siguiente, grandemente encomiada por D. Juan Palafox, como un modelo de estilo y de piedad cristiana: «Al Padre Maestro Fr. Luis de Granada. La gracia del Espíritu Santo sea siempre con V. P., Amen. De las muchas personas que aman á V. P. en el Señor, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias á Su Majestad por haberla dado á V. P. para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una; y entiendo de mí, que por ningun trabajo hubiera dejado de ver á quien tanto me consuela oir sus palabras, si se sufriera conforme á mi estado y ser mujer; porque sin esta causa la he tenido de buscar personas semejantes, para asegurar los temores en que mi alma ha vivido algunos años. Y ya que esto no he merecido, heme consolado de que el Sr. D. Teutonio me ha mandado escrebir esta; mas fiada en la obediencia, espero en nuestro Señor me ha de aprovechar, para que V. P. se acuerde alguna vez de encomendarme á nuestro Señor: que tengo de ello gran necesidad, por andar con poco caudal puesta en los ojos del mundo, sin tener ninguno para hacer verdad algo de lo que imaginan de mí. Entender V. P. esto, basta á hacerme esta merced y limosna, pues tan bien entiende lo que hay en él, y el gran trabajo que es para quien ha vivido una vida harto ruin. Con serlo tanto, me he atrevido muchas veces á pedir á nuestro Señor la vida de V. P. sea muy larga. Plegue á Su Majestad me haga esta merced, y vaya V. P. creciendo en santidad y amor suyo: Amen. Indigna sierva y súbdita de V. P.—Teresa de Jesus, carmelita.»

De la alta estima que S. Cárlos Borromeo hacia de Fr. Luis de Granada, tenemos hartas pruebas en las cartas que se escribieron mutuamente estos piadosos varones, como igualmente en los dos pasajes que vamos á citar. El primero está en la vida del santo cardenal, escrita por el de Verona, Agustin Valerio, y dice así: *Patrem Aloysium Granatensem, Ordinis Prædicatorum, plurimi faciebat ejusque libros diligentissimè legere consueverat, locos ex ejus concionibus et opusculis sibi constituerat, quibus copiosè, ex improviso etiam, Evangelium, Epistolam, Missæ introitum, aut aliquos psalmorum versiculos posset explicare.* «Tuvo en alta opinion al P. Fr. Luis de Granada, del órden de Predicadores, cuyos libros acostumbraba leer con gran diligencia, habiendo hecho una coleccion de extractos de sus sermones y opúsculos, para explicar con ellos, y algunas veces de repente, el evangelio, la epístola, el introito de la misa, y algunos versos de los salmos.» En otra vida del mismo santo, escrita por el obispo de Novara, Cárlos Bascape, que habia sido su familiar, y conocia lo interior de su vida, leemos: *Ludovici Granatensis scriptis utebatur plurimùm: cujus hominis, alioqui penitùs ignoti, religionem, judicium, doctrinamque multis libris declaratum, adeò amavit et observavit, ut familiaritèr amicissimèque, per litteras salutaret: neque ipse solùm, quam ejus labores sibi grati essent, sæpius significavit: sed ut Pontifex Gregorius litteris suis idem publicè testaretur, effecit. Imo curasse scimus, ut in Cardenalium Collegium ille cooptaretur. Optimus verò senex eum contra ob singularem virtutem, religionemque*

collebat, observantia singulari : mirumque in modum ejus eximiis virtutibus, rebusque gestis lætabatur, de quibus ut scriberemus, sæpius urgendo nos appellavit, et ad rem perficiendam suis precibus vivens, et, ut spero, pos mortem amanter juvit.

«Hacia mucho uso de los escritos de Fr. Luis de Granada, y aunque no lo conoció de ningun otro modo, se prendó tanto de su piedad, de su sensatez y de su doctrina, tan manifiestas en sus obras, que mantuvo con él una familiar y amistosa correspondencia. Y no se satisfizo con expresarle cuán gratos le eran sus trabajos, sino que logró que Gregorio XIII se lo acreditase tambien por cartas. Hizo mas : pues nos consta que se empeñó en que entrase en el Sacro Colegio; pero aquel excelente anciano pagaba esta deuda, apreciando singularmente la virtud y la religion de Borromeo, gozándose mucho en sus heróicas prendas y acciones. Nos instó frecuentemente á que las escribiésemos, y para el acierto de la obra nos ayudó mucho con sus oraciones, durante su vida, y aun despues de su muerte, segun lo espero.»

Es digna de leerse la carta escrita por S. Cárlos al Papa, y mencionada en la precedente cita. No habiéndonos podido proporcionar el original latino, copiarémos aquí la traduccion que publicó el ya mencionado Luis Muñoz. Dice así : « Santísimo y Beatísimo Padre. Entre todos aquellos que hasta nuestros tiempos han escrito materias espirituales, que yo haya visto, se podrá afirmar que no hay alguno que haya escrito libros, ni en mayor número, ni mas escogidos y provechosos que el P. Fr. Luis de Granada. Experiméntolo cada dia en esta iglesia, viendo que todos los que están escritos en su lengua, ayudan grandemente á todo estado de personas a emprender el camino de la virtud y conseguirla. Y asimismo se sabe de cuánta ayuda sean los latinos, especialmente para instruir á los que han de predicar y enseñar al pueblo. De modo que no sé que en este género haya hoy hombre mas benemérito de la Iglesia que él, y mas á propósito para ayudar con semejantes trabajos á las almas, lo poco que le puede quedar de vida, siendo de ochenta años. Esto me ha dado aliento de poner en consideracion de Vuestra Santidad, si le pareciese sería bien de hacerle escribir alguna carta, mostrando Vuestra Santidad agradecerle su caridad en las obras que ha sacado, exhortándole á que saque otras. Servirá esto, no solo de dar testimonio de su virtud y piedad, que tiene tan merecido, mas seråle tambien motivo para que disponga con brevedad otros libros, que he entendido por cartas suyas, que trae entre manos para publicar; y servirá de animar á otros hombres doctos á dejar curiosidades y tomar aquel camino útil á las almas, que Dios les ha encomendado, para que las ayuden en el negocio de su salvacion. Hago este oficio tanto mas gustosamente, porque habiendo discurrido sobre esto con el cardenal Paleoto, ha mostrado ser del mismo parecer, y tener el mismo crédito de los méritos de Fr. Luis. Demas que algunas personas graves y de fe que han venido de España, y le han conocido y tratado, y oídole algunos sermones, me afirman que corresponde la vida llenamente á los escritos y á la religion verdaderamente grande que en ellos resplandece; y todos estos encarecen la grandeza de su bondad, y del gran nombre que tiene en aquellas partes, de lo cual puede Vuestra Beatitud informarse fácilmente de los que han sido nuncios en España. Por tanto, parece digno de otras mayores demostraciones que la de este solo testimonio. Esto hizo la Santidad de Pio V con Lorenzo Surio, y lo mismo otros sumos Pontífices con diferentes personas. Todo empero lo remito á su prudentísimo juicio, y humildemente le hago reverencia, besándole sus santísimos piés. De Monza á 28 de junio de 1582. Humildísimo y devotísimo siervo. — Cárlos, cardenal de Santa Praxede.»

A los veinte dias de recibida esta carta por el Papa, quien ya en diferentes ocasiones habia expresado su aprecio á Fr. Luis, y la alta estima en que tenia sus obras, satisfizo los deseos del santo cardenal, expidiendo el siguiente breve; en nuestro sentir el mas honorífico que ha emanado jamas de la sede apostólica, á una persona privada, y engrandecida por su solo mérito. *Dilecto Filio Aloysio Granatensi, Ordinis Prædicatorum. Gregorius Papa Decimustertius. Dilecte fili; salutem et apostolicam benedictionem. Diuturnus atque assiduus labor tuus in hominibus, tum à vitiis deterrendis, tum ad vitæ perfectionem vocandis, fuit semper novis gratissimus : iis verò ipsis qui suæ exterorumque salutis, et Dei gloriæ desiderio tenentur, fructuosissimus, jucumdissimusque. Multas olim conciones habuisti, libros prestanti doctrina et pietate refertos edidisti : idem quotidie facis, nec unquam cessas præsens, atque absens quamplurimos potes Christo acquirere. Gaudemus isto tum aliorum, tum tuo ipsius tam præstanti bono et fructu. Quot enim ex concioni-*

bus scriptisque tuis profecerunt (profecisse autem permultos quotidieque profecere certum est), totidem Christo filios genuisti: longeque illos majori beneficio affecisti, quam si cæcis aspectum, aut mortuis à Deo vitam impetrasses. Præstat enim multo sempiternam illam lucem et vitam beatissimam (quod mortalibus datum est) nosse, et piè sanctèque viventem ad eam aspirare, quam mortali hac vita et luce frui, omni cum terrenarum rerum affluentia et voluptate. Tibi vero ipsi quam multas à Deo coronas comparasti, dum omni cum charitate in eo studio versaris, quod constat esse longè maximum. Perge iterum, ut facis, in istam curam toto pectore incumbere, quæque habes inchoata, habere enim te nonnulla accepimus, perficere et proferre ad ægrotorum salutem, debilium confirmationem, valentium et robustorum lætitiam, utriusque tum militantis, tum triumphantis Ecclesiæ gloriam. Datum Romæ apud Sanctum Marcum, sub annulo Piscatoris, die XXI *Julii* M. D. LXXXII, *Pontificatus nostri anno undecimo. Antonius Baccipalulius.* «Al amado hijo nuestro Fr. Luis de Granada, de la órden de los Predicadores, Gregorio Papa XIII. Amado hijo, salud y bendicion apostólica. Nos ha sido siempre muy grato tu largo y asíduo trabajo en apartar á los hombres de los vicios, y conducirlos á la perfeccion de la vida; y de mucha utilidad y gozo, para los que están poseidos del deseo de su propia y ajena salvacion, y del incremento de la gloria de Dios. Mucho has predicado, y muchos libros has dado á luz, llenos de doctrina y piedad. Lo mismo continúas haciendo todos los dias, y no cesas, ausente ó presente, de ganar para Cristo cuantas almas puedes. Nos regocijamos en esta gran ventura y utilidad tuya y de los otros; porque cuantos han sacado provecho de tus sermones y escritos (y son muchos los que lo han sacado, y muchos los que continúan sacándolo), otros tantos son los hijos, á quienes has engendrado para Cristo, y mas alto beneficio les has hecho, que si estando ciegos ó muertos, hubieras obtenido de Dios la restitucion de la vista ó de la existencia. Vale en efecto mucho mas conocer aquella luz sempiterna y aquella vida bienhadada (en cuanto es dado á los mortales), y aspirar á ella por medio de una conducta piadosa y santa, que gozar de esta vida y luz mortal, con toda la abundancia y las delicias de las cosas terrenas. Para tí has obtenido de Dios muchas coronas, trabajando con caridad en aquella tarea, y nos consta que has trabajado mucho. Sigue pues como lo haces aplicando á ello todo tu celo, y da cabo á lo que tienes empezado (que no es poco, segun nos dicen), y suministra salud á los enfermos, firmeza á los débiles, gozo á los valientes y robustos, y gloria á las dos iglesias, militante y triunfante. Dado en Roma, en San Márcos, bajo el sello del Pescador, á 21 de julio de 1582, el año XI de nuestro pontificado.—Antonio Baccipaluli.»

Tantos y tan ilustres testimonios de los eminentes méritos que todo el mundo cristiano reconocia en Fr. Luis de Granada, no deben parecer extraños á los que tengan una idea aproximativa de sus muchos y admirables trabajos, ora se considere como propagador infatigable de las verdades de la Religion, ora como escritor correcto, puro, elegante, y de excelente y acrisolado gusto. Considerado bajo este segundo punto de vista, bien puede asegurarse que Fr. Luis se colocó á gran distancia de los buenos prosistas españoles que lo habian precedido. En estos se echan de ver todavía restos de locuciones vulgares, mezclados con no pocos pruritos de afectacion, y con mal disfrazadas imitaciones del latin. Sobre todo el período no se hallaba todavía fijado en sus verdaderos límites; era casi desconocido el arte de combinar la division del pensamiento con el encadenamiento periódico de la frase, y por no saber emplear acertadamente las voces conjuntivas, ni haberse inventado aun los artificios que las suplen, el concepto se diluía, digámoslo así, en una indefinida serie de proposiciones, en las que ademas, á efecto de la confusa intervencion de los relativos y de los posesivos, la atencion se extravía y el lector llega á perder de un todo el hilo del sentido principal. Acostumbrados los escritores á la composicion latina, cuya lengua estaba en posesion de ser exclusivamente el vehículo de las ciencias y de la literatura, trasladaron á su propio idioma el giro de aquellas frases tortuosas, de aquellas construcciones intrincadas que pueden sin inconveniente usarse, cuando la sintáxis suministra los medios de encontrar fácilmente el régimen y la concordancia. El mismo Fr. Luis de Leon, con todo su empeño de sacar á la prosa española de la especie de abajamiento en que yacia, no se preserva completamente de aquellas imperfecciones, y en sus escritos se hallan páginas enteras que no pueden leerse sin fatiga, ni entenderse sin dificultad. Era tambien harto comun en aquellas épocas el descuido de los recursos eufónicos y sonoros,

que son los que constituyen propiamente la armonía del estilo. Ni se evitaban las asonancias y cacofonías, ni se redondeaba la frase de modo que llenase agradablemente el oído. Nuestro autor parece haber fijado un esmero particular en evitar estos defectos, sin que se oscurezca por esto aquella sencillez candorosa, aquella sincera naturalidad, que tanto resplandecen en sus escritos. Sus períodos, generalmente hablando, guardan una justa proporcion, entre la laxitud asiática, y el comprimido y saltante laconismo, que puso despues á la moda, una escuela de afectacion y de mal gusto. Raras veces se encuentra en sus obras un período que salga de las barreras de este justo término medio, y aun en estos casos, maneja con tanto acierto el artificio, que no ofende en lo mas pequeño la claridad, ni obliga al lector á buscar penosamente la significacion. Sirva de ejemplo el pasaje siguiente, uno de los mas compactos é indivisos que escribió en sus libros castellanos: «Y porque la perfeccion de esta criatura (el hombre) consiste en la perfeccion de su entendimiento y voluntad (que son las dos principales potencias de nuestra ánima, la una de las cuales se perfecciona con la ciencia, y la otra con la virtud), por esto en el entendimiento creó los principios universales de todas las ciencias (de donde proceden las conclusiones de ellas), y en la voluntad crió la simiente de todas las virtudes; porque en ella puso una natural inclinacion á todo lo bueno, y un aborrecimiento á todo lo malo; la cual, así como naturalmente se huelga con lo uno, así tambien se entristece y murmura contra lo otro, como contra cosa que naturalmente aborrece; la cual inclinacion es tan natural y tan poderosa, que puesto caso que, con la costumbre larga del mal vivir, se puede enflaquecer y debilitar, mas nunca del todo se puede extinguir y acabar, así como acaece tambien á nuestro libre albedrío, el cual, aunque con el uso de pecar se debilita y enflaquece, mas nunca del todo muere». Es cierto que de este período podrian haberse formado tres ó cuatro distintos: mas no por estar fundado en uno se detiene un instante el entendimiento en la inteligencia del todo. Obsérvese la suma escasez del incómodo relativo *que* en estos renglones, y su acertado reemplazo por otros pronombres de la misma clase, de mas definida y clara significacion.

Su método general consiste en interpolar diestramente los períodos breves con los largos, evitando de este modo el fastidio consiguiente á una simétrica y artificiosa regularidad. Cuando quiere dar movimiento á su estilo, esta interpolacion observa un aumento progresivo, correspondiente al aumento de la persuasion, la cual adquiere mas fuerza á medida que se acumulan las razones, y que se siente el efecto de las primeras: por ejemplo, dice así hablando de la esperanza como virtud: «Ella es como un puerto seguro, adonde se acogen los justos en el tiempo de la tormenta. Es como un escudo muy fuerte con que se defienden de los mares y ondas de este siglo. Es como un depósito de pan en tiempo de hambre, adonde acuden todos los pobres y necesitados á pedir socorro. Es aquel tabernáculo y sombra que promete Dios por Isaías á sus escogidos, para que en él se escondan y defiendan de los calores del verano, y de las lluvias y torbellinos del invierno: esto es, de las prosperidades y adversidades de este mundo. Es finalmente una medicina y comun remedio de todos nuestros males, pues es verdad que todo lo que justa y sabiamente esperáremos de Dios, alcanzarémos, siendo cosa saludable». En verdad, poco le falta á este párrafo para figurar dignamente en una de las mejores producciones del mas acreditado de nuestros prosistas modernos.

Pero en ninguna parte resplandecen con mas vigor las dotes peculiares del estilo de Fr. Luis que en su admirable Introduccion del Símbolo de la Fe, donde quizás contribuyó en gran parte á la animacion de sus pensamientos, y al ensanche de su diccion, su aficion extraordinaria al campo, á las plantas, á los animales y á todas las producciones de la naturaleza. Esta inclinacion que va generalmente unida con las grandes prendas del ánimo, y que tanto escaseaba en el siglo XVI, entre los escritores españoles, por causas cuya averiguacion no es de este lugar, comunica forzosamente al ingenio imágenes plácidas y graciosas, y al lenguaje aquella flexible variedad y amena sencillez que tanto halagan al oído, y tan poderosamente encadenan la atencion. En verdad, hablar de historia natural en un escrito puramente religioso, debia parecer en los tiempos en que Fr. Luis escribia, una innovacion tan aventurada, que tuvo por conveniente justificarla en varios lugares de aquella produccion, y especialmente en el capítulo primero de la primera parte, que intitula: *Del fruto que se saca de la consideracion de las obras de natura-*

leza, y cómo los santos juntaron esta consideracion con la de las obras de gràcia. Pero en nuestro sentir, nada lo justifica tan plenamente como la elevacion del lenguaje, la pompa del estilo, la elevacion de pensamientos que supo emplear en la descripcion del universo, y en el exámen de sus fenómenos y maravillas. Es perfecto en este género el pasaje siguiente: «Primeramente miramos toda la tierra sólida, y redonda, y recogida con su natural movimiento dentro de sí misma: colocada en medio del mundo, vestida de flores, de yerbas, de árboles y de mieses; donde vemos una increible muchedumbre de cosas tan diferentes entre sí, que con su grande variedad nos son causa de un insaciable gusto y deleite. Juntemos con esto las fuentes perenales de aguas frias, los licores claros de los rios, los vestidos verdes de sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, la llanura de los campos. Añadamos á esto las venas escondidas de oro y plata, y la infinidad de los mármoles preciosos. Y demas de esto, ¡cuánta diversidad vemos de bestias, dellas mansas, dellas fieras! ¡Cuántos vuelos y cantos de aves! ¡Cuán grandes pastos para los ganados, y cuántos bosques para la vida de los animales silvestres!» Léanse con atencion los capítulos quinto de la misma obra: *Del sol, de sus efectos y hermosura;* el octavo *Del elemento del agua;* y sobre todo el décimo *De la fertilidad, y plantas, y frutos de la tierra*, en el cual se descubren cuántas facilidades poseia nuestro autor para ser un eminente naturalista, y para dar á la descripcion de los objetos naturales su verdadero y legítimo colorido.

Mucho mas podríamos extendernos en ilustrar esta materia, si nos lo permitiesen los límites á que debemos sujetarnos. Vamos pues á concluir nuestra labor, con el catálogo de las obras escritas por este varon ilustre.

Concionum de tempore, quatuor volumina: I. *De adventu usque ad quadragesimam*, con una adicion intitulada: *Conciones de Pœnitentia*, en la imprenta de Plantino, 1577, y en Milan, 1586, por Antonio Antonino. II. *De his quæ quartis et tertiis feriis et diebus dominicis quadragesimæ in Ecclesia haberi solent;* Ambéres, en casa de Plantino, 1581. III. *De his quæ a Paschate Resurrectionis usque ad festum Sanctissimi Corporis Christi;* Ambéres, en casa de Plantino, 1579, y en Milan, 1585. Lleva una adicion intitulada *Variarum sententiarum de oratione, meditatione et contemplatione.* IV. *De his quæ reliquo anni tempore usque ad adventum;* Ambéres por Plantino, 1582, Paris y Milan, 1585. La primera edicion es de Lisboa, por los años de 1575. Tambien hay ediciones de Leon de Francia y Salamanca, 1578 en cuarto, y otra de Venecia, 1580, por Antonio Ferrari. Entre estos sermones hay uno *de Judicio*, traducido al frances por Gabriel Sacconai.

Conciones de Sanctis, dos tomos. Se imprimieron en Ambéres, por Plantino, 1580, en octavo.

Retoricæ Ecclesiasticæ, sive de ratione concionandi. Lisboa, por Lázaro Rivero, 1576, en cuarto. Colonia, por los herederos de Arnaldo Birkmann, 1578 y 1582. Milan, por Miguel Tini, 1585, en cuarto.

Silva locorum, qui frequenter in concionibus occurrere solent. Leon de Francia, 1582, en octavo. Consta de tres partes: I. *Loca quæ, tum ad Deum Optimum Maximum, tum ad diversa genera personarum et statuum pertinent.* II. *De vitiis et virtutibus oppositis.* III. *De Beatitudinibus, et Donis, et Sacramentis aliquot, deque quatuor novissimis, ac de quibusdam aliis.* Se reimprimió en Salamanca, 1586, por Matías Guast, en cuarto. Esta obra y las diversas colecciones de sermones de que ya hemos hablado, fuéron recibidas en Europa con increible aplauso. La elocuencia sagrada no habia hecho en verdad notables progresos en los tiempos de Fr. Luis, y bajo este punto de vista, puede considerarse como fundador de una nueva escuela, fundada en los mismos principios que habian observado los Santos Padres. De la escasez de buenos predicadores en aquel siglo, es buen testimonio el Dr. Diego Payva, el cual en un prefacio que puso al segundo tomo de los sermones de Fr. Luis, se explica en estos términos: *Nescio enim, an cum Diogene, in tanta concionātorum copia, accensa lucerna, concionatorem quærere possimus, qui piè, qui modestè, qui graviter, qui liberè, qui eruditè, qui eloquenter, qui accommodatè, qui prudenter verbum Dei tractet.* «No sé si haciendo uso de la linterna de Diógenes, en la muchedumbre actual de predicadores, podriamos encontrar uno que enseñe la palabra de Dios con piedad, con modestia, con gravedad, con libertad, con erudicion, con elocuencia, con oportunidad y con prudencia.» El mismo autor caracteriza del modo siguiente los méritos de Fr. Luis, como

predicador y como maestro de la oratoria propia del púlpito. *Quare præclarissimè sanè de christiana illi Republica mereri videntur, qui in scribendis variis concionibus ita insudarunt, ut cum pia perpolitàque doctrina veterum Patrum, majorum nostrorum prudentiam, gravitatem atque studium, in concionatorum animis insculpant. Quos Reverendissimus Pater Ludovicus Granatensis, vir omni laude superior, ita præstitit, ut illum affirmare ausim nemini secundo hac in parte haberi merito ac jure posse. Orationem enim de industria ita moderatus est, ut neque politiores offendere propter barbariem, nec impolitos deterrere, propter nimium splendorem, posset. Nam cum in communem potius utilitatem, quam in nominis existimationem, oculos dum scriberet defixisset, sæpè quæ ornatè et eleganter potuit dicere, simpliciter dicit, si lectorem in humanioribus litteris non satis exercitatum, legendo retardari posse judicaret. In quo Divum Augustinum imitari mihi visus est, qui, cum valdè esset in dicendo exercitatus, tamen cum plebem erudiendam, hæreticorumque errores refellendos suscepit, litterisque illa mandare instituit, quæ in vulgus emanere opus erat, orationem ita depressit, ut omnium se captui facilè accommodarit. Res vero de quibus agit sunt ejusmodi, ut neque ingenium in inveniendo, nec judicium in eligendo, nec modum in objurgando, nec prudentiam in deliberando possis requirere. Quibus eximia etiam quædam pietas (quæ concionatoris summa laus est) accedit: ita enim est in amovendi, stimulis frequens, ignibusque adhibendis, quibus hominum mentes Dei amore inflammentur, ut nulla in re magis versari ea oratio videatur.* «Por lo que, muy beneméritos son de la república cristiana, los que trabajaron en escribir sermones con el designio de grabar en los ánimos de los predicadores la prudencia, la gravedad y el saber de nuestros antepasados, juntamente con la doctrina piadosa y culta de los antiguos padres. Así lo ejecutó de tal modo el R. P. Fr. Luis de Granada, varon superior á todo elogio, que me atrevo á decir no reconoce quien lo exceda en esta materia, en la que con justa razon ocupa el primer lugar, porque supo manejar con tal destreza el estilo, que no ofendiese por su tosquedad á los mas cultos, ni á los hombres vulgares por su demasiado brillo. Como escribia mas bien por la utilidad comun, que por adquirir reputacion, decia con la mayor sencillez lo que podia decir con mas gala y pulidez, por temor de retardar la inteligencia del lector no muy ejercitado en letras humanas. En lo que me parece que imitó á S. Agustin, el cual aunque muy diestro en el uso de la palabra, siempre que tomó á su cargo enseñar á la plebe, ó refutar los errores de los herejes, y puso estos trabajos por escrito para la lectura comun, moderó su estilo de manera que se acomodase á la capacidad de todos. Pero los asuntos de que trató Fr. Luis son de tal género que no exigen ingenio en la invencion, ni juicio en la eleccion, ni mesura en la reprehension, ni moderacion en los argumentos. A esto se agrega una piedad suma, que es gran prenda en los predicadores, pues con tanta vehemencia acumula las razones, para que los hombres se estimulen é inflamen en amor divino, que no parece haberse propuesto otro objeto al escribir aquellos sermones.»

De la alta estima en que estuvo tenido Fr. Luis como predicador y maestro de predicadores, nos da un glorioso testimonio el célebre cardenal Federico Borromeo, arzobispo de Milan, el cual, en una obra que escribió con el título *De sui temporis oratoribus sacris*, hablando de Fr. Luis, se expresa de este modo: *Fortassè non habuere claustra, qui nostra concionaretur ætate magis ad pastoralem spiritum et modum. Scripta testantur illius haud alium fuisse propositum, ipsi quam ut Christianos verè mores in hominum animos induceret, et vitia radicitus extirparet. Id in omni sermone, vel potius in qualibet parte sermonis apparet. Volebat omnino persuadere. Nec in eo munere satis habebat insectari mortalium culpas acerrimè: sed erigebatur altius illius oratio mirificèque de omni Christiana virtute philosophabatur. Eaque nunc est causa magnæ voluntatis et solatii quæ perfundi sese pectora piorum sentiunt, si cum aliqua divinarum rerum et animi sui notitia, ad scriptorem hunc accessere. Profunda doctrina fuit, et judicio etiam excellenti. Conciones istius ostendunt magnam rerum supellectilem eum habuisse præparatum et promptas in omni rerum varietate considerationes, auctoritates, argumenta, quæ è sacris interdum, sæpius è profanis, petebat scriptoribus, è divinarum vero literarum monumentis sæpissimè. Neque dubitamus quin ea quæ scripsit, aliquanto plus approbationis apud multas habitura, si profanis testimoniis parcius usus esset.* «Quizas no han producido los claustros en nuestra edad un hombre que predicase como este lo hizo, con mas arreglo al espíritu pastoral. Sus escritos atestiguan que el único fin

que se propuso fué inculcar las costumbres cristianas en los ánimos de sus oyentes, y extirpar de raiz los vicios. Esto es lo que se descubre en todos sus sermones, ó mas bien en todas las partes de ellos. Lo que mas que todo se proponia era persuadir. En el ejercicio de este deber, no se satisfacia con increpar agriamente á los mortales por sus culpas; sino que se elevaba á mas alta region su lenguaje, y filosofaba admirablemente sobre todas las virtudes cristianas. Por esto lo aprecian tanto, y experimentan tan suave deleite, los hombres piadosos que acuden á sus escritos con alguna noticia de las cosas santas, y del modo con que las trata este escritor. Fué hombre de profunda doctrina y juicio excelente. Sus sermones manifiestan que tenia una gran riqueza de ideas, de que podia hacer uso á cada instante: consideraciones sobre toda clase de asuntos, autoridades y argumentos, extractados algunas veces de los escritores sagrados; mas frecuentemente, de los profanos; pero sobre todo de los libros de la Sagrada Escritura. Parécenos, sin embargo, que sus obras habrian merecido mayor aprobacion de cierta clase de lectores, si hubiera sido mas parco en el uso de las autoridades profanas.» Y en otro lugar de la misma obra: *Sunt qui damnent in hujus viri scriptis, iterata frequenter eadem et repetita: quam sanè consuetudinem redeundi sæpius ad rem unam haud quaquam ego magnopere probandam puto. Sed fortasse id ille faciebat quo magis inhærerent in animis nonnulla quæ præ ceteris persuadere volebat: atque ut oratio plus etiam auctoritatis haberet, si ex intimo deprompta sensu videretur. Id principi oratorum Demostheni tantopere placuit, ut non solum argumenta, sed verba multis locis eadem reperiantur. Ego potius desideraverim in Granatensi acrimoniæ plus et artis quam certè adhibebat in principio concionum et fine. Sunt enim hæc duæ partes orationis magni momenti.* «Hay algunos que critican en los escritos de este autor la frecuente repeticion de las mismas ideas, y por cierto yo no encuentro muy digna de aprobacion esta costumbre de volver siempre á tratar de las mismas cosas. Pero quizas lo hacia con el objeto de que se arraigasen en los ánimos aquellos sentimientos que tenia mayor empeño en inspirarles, y para que fuese mas persuasivo el discurso, si parecia emanar de un convencimiento íntimo. Este sistema fué tan del agrado del príncipe de los oradores, Demóstenes, que no solo repetia en muchos lugares los mismos pensamientos, sino hasta las mismas palabras. Lo que yo desearia en Fr. Luis sería mas enerjía y arte en el principio y al fin de sus sermones, porque estas dos partes de la oracion son de mucha importancia.»

Collectanea Moralis Philosophiæ, en tres tomos. El primero contiene sentencias escogidas de todas la obras de Séneca; el segundo igual coleccion de extractos de los opúsculos morales de Plutarco; el tercero apotegmas de los príncipes mas célebres y de los hombres mas distinguidos de la antigüedad. Paris, por Guillermo Caudiere, 1582, en octavo. D. Nicolas Antonio cree que esta obra es la misma que se imprimió en Colonia en 1604, bajo el título de *Loci communes philosophiæ moralis.*

De officio et moribus Episcoporum. Lisboa, 1565. Solo se conoce de esta obra el título, y el lugar y fecha de la impresion.

Guia de Pecadores, en dos partes. Se publicó por primera vez en Salamanca, 1570, en octavo, y despues ha tenido innumerables ediciones, pudiendo asegurarse que ha sido una de las obras de devocion mas leidas y propagadas en todo el orbe cristiano. Su traduccion italiana por un anónimo se publicó en Venecia, por Giolitos, 1577. Del italiano fué traducida al latin, por Miguel de Isselt, Colonia, 1587 y 1590, en octavo. El jesuita Estanislao de Varsovia la tradujo al polaco, y una version griega se publicó en la imprenta del colegio Urbano, de *Propaganda fide*. El cardenal Duperron hizo en frances un compendio de esta obra.

Libro de la oracion y meditacion, dividido en tres partes. Primera, de la oracion y consideracion; segunda, de la devocion; tercera, de la oracion, del ayuno y de la limosna. Salamanca, 1567, en octavo. Medina del Campo, 1578, en octavo. Despues ha habido muchas ediciones. Miguel de Isselt la tradujo al italiano y al latin; Colonia, 1586 y 1592. Otra edicion italiana hizo en Venecia Juan Angellieri, 1601.

Memorial de la vida cristiana, en dos partes y siete tratados, á saber: I, Una exhortacion á la virtud. II, De la penitencia. III, De la sagrada comunion. IV, De las principales reglas de vivir. V, De la oracion vocal. VI, De la oracion mental. VII, Del amor de Dios. Salamanca y Alca-

lá, 1566. Ambéres, por Plantino, 1572, en dos tomos. Barcelona, 1614, en folio. Hay una traduccion alemana, por Felipe Dobernier; otra francesa por Godofredo de Billy, Paris, 1575, en dieziseisavo; otra italiana, de autor incierto.

Adiciones al memorial de la Vida Cristiana, en dos tratados: uno de la Perfeccion del amor de Dios; otro de algunos principales misterios de la vida de Cristo. Salamanca, 1577. Se agrega á esta obra un opúsculo intitulado : *De la Filomena de Fr. Buenaventura.*

Introduccion al Símbolo de la Fe, dividida en cuatro partes, á las que se añadió otra posteriormente. La primera edicion es de Salamanca, por los herederos de Matías Guast, 1582, en folio. Se tradujo en italiano y se publicó en Venecia, por Francisco de Franciscis, 1587, en cuarto, y en 1590, por Damian Zenaro. Hay una traduccion latina por Juan Pablo Galuzio, Venecia, 1587, y Colonia, en casa de Calenio, y los herederos de Quentelio, 1589. La parte relativa á los hechos de historia natural, fué traducida al latin en obra separada, por Gaspar Manzio, con el título de *Philosophia Christiana*, y otra en lengua japónica, impresa con tipos europeos, y publicada por los jesuitas del colegio de Arauco.

Con la *Introduccion* se publicaron : I, *Un breve tratado en el cual se declara de la manera que se podrá proponer la fe á los infieles que desean convertirse á ella.* II, *Un sermon fundado sobre estas palabras del Apóstol* : Quis infirmatur et ego non infirmor? *Corinth.* II, *en que se da aviso que en las caidas públicas de algunas personas, ni se pierda el crédito de la virtud de los buenos, ni cese ni se entibie el buen propósito de los flacos.* Tradújola al italiano con el titulo de *Tratato dello Scàndalo*, Juan Domingo Florencio Bergomi, y se publicó en Roma por Ticio y Pablo Diano, 1589, en cuarto, y en Venecia por Comino Ventura, 1593, cuarto. La edicion española del sermon separado es de Ambéres, 1590.

Todas estas obras espirituales se publicaron juntas por los herederos de Matías Guast, Salamanca, 1583, dos tomos en folio; en Barcelona, 1600; en Gerona, por Cornelio Bonarolo, 1622, y en Ambéres por Plantino, magnífica edicion, hecha bajo los auspicios de Fernando, duque de Alba, en catorce volúmenes en octavo. Hay una traduccion francesa por Simon Martini, publicada en Leon de Francia por Pedro Compañon, 1660.

Institucion y regla de bien vivir, para los que empiezan á servir á Dios, mayormente religiosos. Barcelona, por Claudio Bonardo, 1566, en octavo. Madrid, por Antonio Parra, 1618, en diez y seis.

Compendio de Doctrina Cristiana. Lo escribió en portugues, durante su residencia en Lisboa, por órden de la reina Catalina, hácia los años 1560. Fr. Enrique de Almeida, de la órden de Predicadores la tradujo al castellano, y la publicó en Madrid, 1595, juntamente con *catorce sermones de las principales fiestas del año.*

Doctrina espiritual, que es un compendio de sus obras espirituales. Barcelona, por Tomas Vassiana, 1650, en 24.

La vida del P. Maestro Avila, de sus virtudes y grandes predicaciones.

Diálogo de la Encarnacion de Nuestro Señor, entre S. Ambrosio y S. Agustin. Lo dió á luz Francisco Diago, con la vida de Fr. Luis, segun los datos comunicados por Francisco de Olgueira, á quien el mismo Fr. Luis los dictó.

Sermon que predicó á los portugueses, persuadiéndoles que les estaba bien que Portugal se uniese con Castilla. MS. de cuya autenticidad duda D. Nicolas Antonio, aunque D. Tomas Tamayo asegura haberlo visto.

Vida de Milicia Fernandez, portuguesa, gran sierva de Dios, dedicada á su parienta Doña Cecilia Mendoza, MS. que estuvo en manos de D. Fernando Alvis de Castro, vecino de Lisboa.

Vida de D.ª Elvira de Mendoza, viuda de D. Fernando Martinez Mascareñas, religiosa en el convento de la Anunciacion de Nuestra Señora de la villa de Montemar ó Novo. Se hace mencion de este escrito en la Historia de la órden de Santo Domingo, en la provincia de Portugal, por Luis de Cacegas.

Una carta escrita al Ilustrísimo patriarca de Antiochia y arzobispo de Valencia á 18 de marzo de 1584; en que se contiene la vida milagrosa de Soror María de la Visitacion, de la órden de

Santo Domingo en el convento de la Anunciata de Lisboa. Se imprimió en Roma, y se tradujo despues en italiano; Génova, por Juan Osmarini Giglioti, 1585, cuarto.

Libro llamado Contemptus Mundi, *de Tomas de Kempis.* Escribió incierto autor esta obra, y Fr. Luis la reformó, y corrigió sus muchas imperfecciones.

La Escala Espiritual de San Juan Clímaco, Madrid, Juan de la Cuesta, 1612.

Varias de las colecciones de las obras completas de Fr. Luis se han publicado en Madrid. La mejor de ellas es la de Muñoz que ya hemos citado.

OBRAS

DEL V. P. M. FRAY LUIS DE GRANADA.

GUIA DE PECADORES,

EN LA CUAL SE CONTIENE

UNA LARGA Y COPIOSA EXHORTACION A LA VIRTUD

Y GUARDA DE LOS MANDAMIENTOS DIVINOS.

SUMMARIO BREVE DE LAS INDULGENCIAS CONCEDIDAS A LOS QUE LEYEREN O OYEREN LEER LOS ESCRITOS DEL V. P. FRAY LUIS DE GRANADA.

El Eminentísimo Señor Cardenal y Arzobispo de Toledo, Don Pascual de Aragon, concedió cien dias de indulgencia á los que leyeren ó oyeren leer cualquier capítulo ó párrafo de los escritos del Venerable Padre; y cincuenta y dos Illustrísimos y Reverendísimos Señores arzobispos y obispos, cada uno cuarenta dias por lo mismo, como consta de sus cartas, que andan en otras impresiones, en que elogian á este sapientísimo autor, y encomiendan y exhortan á sus súbditos y á todos á que se dediquen á leer sus provechosos escritos.

A LA MUY MAGNIFICA SEÑORA

LA SEÑORA DOÑA ELVIRA DE MENDOZA,

EN MONTEMAYOR EL NUEVO.

CARTA DEL AUTOR.

Por muchas razones me moví á enviar á Vuestra Merced este libro, y particularmente por tener entendido con cuán alegre rostro suele Vuestra Merced recibir semejantes presentes, como quien la mayor parte del tiempo y de la vida gasta en ellos. Porque aunque el estado de casada y el cargo de la casa y familia sean cosas que muchas veces distrayan el ánimo destos sanctos ejercicios; pero á Vuestra Merced (por singular gracia y privilegio de Dios) cupo en suerte la compañía de tal marido, que no solamente no desfavorece los piadosos ejercicios de virtud y cristiandad, sino ántes tiene esta por summa y verdadera gloria de la nobleza cristiana, como en hecho de verdad lo es. Y lo mismo ha querido nuestro Señor que tengan otros muchos señores desta noble casa y familia, con lo cual hacen mas ilustre su sangre que con todos los otros títulos y blasones del mundo, los cuales como son de mundo, así mueren y acaban con él. Por tanto reciba Vuestra Merced este pequeño presente para sí y para todos esos señores, sus sobrinos y deudos, en quien (confío en nuestro Señor) será muy bien empleado. Y si algo hay en esto de servicio, no quiero por él otro galardon sino alguna pequeña parte de las continuas oraciones de Vuestra Merced, cuya vida y estado nuestro Señor prospere por largos tiempos en su servicio.

Nota. Esta es la primera Dedicatoria que hizo el V. P. Fray Luis de Granada para la *Guia de Pecadores*, y se halla en la edicion que de la misma se hizo, en dozavo, en Salamanca, en casa de Andrea de Portonariis, año de 1568.

A LA CATOLICA MAJESTAD

DEL REY DON FELIPE,

NUESTRO SEÑOR.

Algunas personas devotas insistieron conmigo, Católica Majestad, hiciese imprimir algunas escrituras mias en esta forma mayor (las cuales andaban repartidas en libros pequeños), porque en esta forma se podrian mejor perpetuar en las librerías comunes y defenderse de las injurias del tiempo; lo cual no pudiera tambien ser, andando ellos repartidos en muchos pedazos pequeños, que fácilmente se pierden y desaparecen. Mas para este efecto parece que no habrá otro medio mas conveniente que dedicarlos á Vuestra Majestad, porque desta manera con el resplandor y amparo de su real nombre, serán ellos mas perpetuos que con esta nueva forma con que agora salen á luz. Y allende desta razon, era justo que quien nasció y se crió y estudió en los reinos de Vuestra Majestad, y escribió parte de esta escriptura en ellos, con ella misma testificase la reverencia y acatamiento que los súbditos naturales, por todo derecho, deben á su natural Rey y Señor. Y por cumplir yo en esta parte lo que debo, perdonará Vuestra Majestad el atrevimiento de haber querido ofrescerle este tan pequeño servicio, y tan indigno de su real grandeza. La cual nuestro Señór conserve y prospere por muy largos tiempos, para gloria de su sancto nombre, amparo de su fe, y comun salud y defension de todo el pueblo cristiano.

De Lisboa á 19 de enero de 1579.

Siervo y vasallo menor de V. M.

FRAY LUIS DE GRANADA.

NOTA: Esta Dedicatoria se halla al principio de la *Guia de Pecadores*, impresa en Salamanca, en casa de Guillelmo Foquel, año de 1587.

PROLOGO GALEATO

ó

BREVE TRATADO

DEL

FRUCTO DE LA BUENA DOCTRINA,

PARA QUE CON MAS GUSTO Y APROVECHAMIENTO SE LEA ESTE LIBRO, CON LOS DEMAS,

compuesto

POR EL V. P. FRAY LUIS DE GRANADA.

Una de las cosas mas para sentir que hay hoy en la Iglesia cristiana, es la ignorancia que los cristianos tienen de las leyes y fundamentos de su religion. Porque apénas hay moro ni judío que, si le preguntais por los principales artículos y partes de su ley, no sepa dar alguna razon della. Mas entre los cristianos (que por haber recebido la doctrina del cielo, la habian de traer mas impresa en lo íntimo de su corazon) hay tanto descuido y negligencia, que no solamente los niños, mas aun los hombres de edad, apénas saben los primeros elementos desta celestial filosofía. Y si es verdad que de decir á hacer hay mucha distancia, ¡cuán léjos estarán de hacer lo que Dios manda, pues aun no saben, ni les pasa por el pensamiento lo que manda! ¿Qué pueden esperar estos sino aquella maldicion del profeta, que dice que el niño de cien años será maldito (*a*)? Esto es, el que despues de tener edad y juicio perfecto, todavía es niño en la ignorancia y en el juicio y sentimiento de las cosas de Dios. ¿Qué pueden esperar, sino el fin de aquellos de quien dice el mesmo profeta (*b*): Por tanto fué llevado cautivo mi pueblo, porque no tuvo ciencia, y los nobles dél murieron de hambre, y la muchedumbre dellos pereció de sed. Porque como la primera puerta por donde han de entrar todos los bienes á nuestra ánima sea el entendimiento, tomada esta primera puerta con la ignorancia, ¿qué bienes pueden entrar en ella? Si la primera rueda del reloj (que trae todas las otras) está parada, necesariamente han de parar todas las otras. Pues si la primera rueda deste espiritual reloj (que es el conoscimiento de Dios) nos falta, claro está que ha de faltar todo lo demas. Por lo cual todo el estudio de nuestro capital enemigo es quitarnos esta luz. La primera cosa que hicieron los filisteos (*c*) cuando tuvieron á Samson en su poder, fué sacarle los ojos; y hecho esto, no hubo dificultad en todo lo demas que quisieron, hasta hacerle moler como bestia en una atahona. Dellos mismos se escribe que ponian grandísimo recaudo en que no hubiese herrerías en el pueblo de Israel (*d*), sino que fuese necesario, para cualquier cosa deste menester, ir á la tierra dellos y servirse de sus oficinas; para que estando el pueblo desproveido y desarmado, fácilmente se apoderasen dél. Pues ¿cuáles son las armas de la caballería cristiana? ¿cuál la espada espiritual que corta los vicios, sino la palabra de Dios y la buena doctrina (*e*)? ¿Con qué otras armas peleó nuestro capitan en el desierto con el enemigo, sino repitiendo á cada tentacion una palabra de la Escritura divina (*f*)? Pues estas armas nos tienen robadas hoy en muchas

(*a*) Esai. 65. (*b*) Id. 5. (*c*) Iud. 16. (*d*) 1. Reg. 13. (*e*) Heb. 4. (*f*) Mat. 4.

partes del pueblo cristiano nuestros enemigos, y dejado en lugar dellas las armas de su milicia: que son los libros torpes y profanos, atizadores de vicios.

Y demas de lo dicho, es gran lástima y grande culpa no querer aprovecharse los cristianos de uno de los grandes beneficios que de la Divina bondad y misericordia habemos recebido; que fué declararnos por palabra su sanctísima voluntad (que es, lo que le agrada, y le ofende) para que siguiendo lo uno y huyendo de lo otro, vivamos en su amistad y gracia, y por este medio vengamos á ser participantes de su gloria. Pues cuán grande haya sido este beneficio y esta honra, decláralo Moysen al pueblo, diciendo (*a*): ¿Qué gente hay tan noble, que tenga las cerimonias y juicios, y las leyes de Dios, que yo os pondré hoy delante de vuestros ojos? Y en el salmo 147 alaba á Dios el profeta real, diciendo que habia denunciado su palabra á Jacob, y sus juicios á Israel: la cual merced á ninguno otro pueblo del mundo habia sido concedida. Pues si esta es tan alta y tan grande gloria, ¿de qué me sirve que ella sea tal, si yo no me aprovecho della? si no la leo? si no la platico? si no la traigo en el corazon y en las manos? si no clarifico con ella mis ignorancias? si no castigo con ella mis culpas? si no enfreno con ella mis apetitos? si no aficiono con ella mi corazon y mis deseos al cielo? Que la medicina sea eficacísima y de maravillosa virtud, ¿qué provecho me trae, si yo no quiero usar della? Porque no esta el bien del hombre en la excelencia de las cosas, sino en el uso dellas: para que con la participacion y uso del bien se haga bueno el que no lo es.

Cosa es por cierto maravillosa, cómo pudo caer en los hombres tan grande descuido de cosa que Dios tanto les encomendó, y de que tanto caso hizo para su provecho. El mismo escribió las leyes en que habíamos de vivir (*b*). Él mandó hacer un tabernáculo, y dentro dél mandó que se pusiese una arca dorada, hecha con grandísimo primor y artificio, y allí quiso que estuviese guardada y depositada esta ley para mayor veneracion della (*c*). El mandó á Josué que nunca apartase el libro desta ley de su boca, para leer siempre en él, y enseñarlo á los otros (*d*). Él mandó á quien hubiese de ser rey de Israel, que tuviese á par de sí este libro, escrito de su propria mano, si quisiese reinar prósperamente, y vivir largos dias sobre la tierra (*e*). Sobre el cual mandamiento dice Filon, nobilísimo escritor entre los judíos, que no se contentó Dios con que el rey tuviese este libro escrito por mano agena, sino quiso que él mismo lo escribiese por la suya propria, para que con esto quedasen mas impresas en la memoria las sentencias dél, escribiéndolas palabra por palabra de espacio; y para que mas estimase lo que él por su propria mano (siendo rey) hubiese escrito, teniendo muchos escribanos y oficiales á quien pudiera encomendar este trabajo, y por aquí creciese en él la estima de la ley de Dios, viendo que la primera vez se habia escripto ella con el dedo de Dios, y despues se escribia, no por la mano de cualesquier vulgares hombres, sino de los mismos reyes; y porque no pudiese caber olvido de cosa tan necesaria, mandó á Moysen que cuando los hijos de Israel entrasen en la tierra de promision, levantasen unas grandes piedras, y escribiesen en ellas las palabras desta ley, para que los que fuesen y viniesen por aquel camino, viesen aquellas letras y oyesen la voz de aquel mudo predicador (*f*). Y conforme á este tenor aconseja Salomon á aquel espiritual hijo que instruye en el libro de los Proverbios, diciendo (*g*): Guarda, hijo mio, los mandamientos de tu padre, y no desampares la ley de tu madre. Trabaja por traerla siempre atada á tu corazon, y colgada como una joya á tu cuello. Cuando anduvieres, ande contigo, y cuando durmieres, esté á tu cabecera, y cuando despertares, platica con ella; porque el mandamiento de Dios es una candela, y su ley es luz, y el castigo de la doctrina es camino para la vida. Mil lugares destos se pudieran traer aquí, tomados así destos libros como de todos los otros que llaman sapienciales, en los cuales son los hombres por mil maneras exhortados al amor y estudio de la divina sabiduría, que no es otra sino dia y noche leer, oir, pensar y meditar la ley de Dios, que es aquella buena parte que escogió María (*h*); la cual asentada á los piés de Cristo, oia con silencio su palabra. Pues ¿qué diré de las virtudes y afectos maravillosos desta palabra? Cuando Dios quiso revocar su pueblo de sus pecados, mandó á Hieremías (*i*) que escribiese todas las profecías que contra él le habia revelado, y que las leyese públicamente. La

(*a*) Deut. 4. (*b*) Exod. 34, 31. (*c*) Exod. 25. (*d*) Josué 1. (*e*) Deut. 17. (*f*) Deut. 27. (*g*) Prov. 6. (*h*) Lucae. 10. (*i*) Hiere. 36.

cual lecion dejó tan atónitos y pasmados á los oyentes, que se miraban á las caras unos á otros, llenos de espanto y confusion. Pues cuando el rey Josafat quiso reducir su reino al culto y obediencia de Dios, ¿qué otro medio tomó para esto, sino enviar sacerdotes y levitas por todas las ciudades de su reino, llevando el libro de la ley de Dios consigo, y leyéndolo al pueblo, y declarando la doctrina dél? Y para dar Dios á entender el fructo que desta maravillosa invencion habia resultado, añade luego estas palabras : Por lo cual puso Dios un tan grande temor en todos los reinos de la tierra, que no osaron tomar armas contra el rey Josafat, y así creció su gloria hasta el cielo, y fuéron grandes sus riquezas y señorío. Todo esto se escribe en el capítulo 17 del 2.° libro del Paralipomenon (*a*); el cual capítulo deseo yo que tuviesen escripto en su corazon todos los prelados de la Iglesia cristiana, para que imitasen el ejemplo deste sancto rey. Porque si ellos hiciesen lo que este hizo, sin duda no floreceria ménos agora el imperio de los cristianos, que entónces floreció este reino; pues es agora el mismo Dios que entónces, para hacer las mismas mercedes, si le hiciésemos los mismos servicios.

§. I.

De otros ejemplos que declaran el fructo de la buena leccion.

Mas sobre todos los ejemplos que se pueden traer para declarar el fructo de la buena doctrina, es digno de perpetua recordacion el del santísimo rey Josías, el cual me pareció engerir aquí de la manera que está escripto en los libros de los Reyes (*b*). Pues este buen rey comenzó á reinar de edad de ocho años, hallando el reino perdido por culpa de su padre Amon, y de su abuelo Manases, que fuéron perversísimos hombres, y derramadores de sangre de profetas. Mas á los doce años de su reinado le fué enviado, por mandado del sumo sacerdote Helchias, el libro de la ley de Dios, que halló en el templo, el cual no solo contenia lo que Dios mandaba, sino tambien los grandes galardones que prometia á los fieles guardadores de su ley, y los terribles y espantosos castigos y calamidades que amenazaba á los quebrantadores della. Pues como este libro se leyese en presencia del rey, fué tan grande el temor y el espanto que cayó sobre él, que rasgó sus vestiduras, y envió al sumo sacerdote susodicho con otros hombres principales á una santa mujer profetisa que moraba en Hierusalem, para que hiciese oracion á Dios por ellos, y supiese su determinacion y voluntad acerca de lo contenido en aquel libro. La cual les respondió desta manera : Esto dice el Señor : Yo enviaré sobre este lugar y sobre todos los moradores dél todas las plagas contenidas en ese libro que se leyó delante del rey; porque ellos me desampararon, y sacrificaron á dioses ajenos. Y á el rey que os envió á mí para que rogase á Dios por esta necesidad, diréis : Esto dice el Señor Dios de Israel : Por cuanto oiste las palabras dese libro, y se enterneció tu corazon con ellas, y te humillaste delante de mi acatamiento, con el temor y reverencia que de mí concebiste, y rasgaste tus vestiduras, y derramaste lágrimas delante de mí, yo tambien oí tu oracion, y recogerte he con tus padres, y serás sepultado pacíficamente en tu sepulcro, y no verán tus ojos las plagas y calamidades con que yo tengo de castigar este lugar con los moradores dél. Dieron pues los embajadores esta respuesta al rey, el cual mandó convocar todos los hombres principales del reino, con todos los sacerdotes y levitas, y con todo el pueblo, dende el menor hasta el mayor; y mandó leer aquel libro delante de todos, y él juntamente con ellos se ofrescieron al servicio y culto de Dios : sobre lo cual el rey pidió juramento á todos. Y no contento con esto, limpió la tierra de infinitas abominaciones que en ella habia, derribando todos los altares de los ídolos, y desenterrando los huesos de los sacerdotes que les sacrificaban, y quemándolos sobre sus altares. Y este rey fué tan santo, que, segun dice la Escriptura, ni ántes ni despues dél hubo otro mayor. Pues ¡qué mas grave argumento se puede traer para declarar el fructo de la buena doctrina que este, del cual tantos y tan admirables fructos se siguieron! Y ¿qué persona habrá tan enemiga de sí misma, que viendo tales fructos no se ofrezca á gastar un pedazo de tiempo en leer libros de católica y sana doctrina, para gozar de tan grandes bienes?

Pues con este memorable ejemplo se juntan otros muchos. Porque cuando el profeta Baruch

(*a*) 2. Par. 17. (*b*) 4. Reg. 22, 2. Par. 35.

quiso provocar á penitencia al pueblo que fuera llevado captivo á Babilonia, deste mismo medio se aprovechó, juntando en un lugar todos los captivos, y leyéndoles un pedazo desta doctrina. La cual lecion (dice la Escriptura Divina (a) que les hizo llorar y orar, y ayunar, y hacer penitencia de sus pecados, y juntar todos en comun sus limosnas, y enviarlas á Hierusalem para ofrescer sacrificios en el templo por sus pecados; con las cuales tambien enviaron el libro que se les habia leido, para que tambien ellos le leyesen, creyendo que aquella lectura obraria en aquellos que la leyesen lo que en ellos habia obrado.

Pues acabado este captiverio, despues de los setenta años ¿con qué se comenzó á fundar otra vez la ciudad, el templo y la religion, sino con esta misma lecion de la ley de Dios? Y así se escribe en el 2.° libro de Esdras (b), que en el séptimo mes concurrió todo el pueblo de sus ciudades á Hierusalem con un ánima y un corazon. Y ayuntados en una grande plaza, leyó Esdras siete dias arreo clara y distinctamente el libro de la ley y mandamientos de Dios, y el pueblo derramaba muchas lágrimas cuando esto se leia; y á los veinte y cuatro dias de aquel mes tornaron á continuar su lecion cuatro veces al dia, en los cuales tambien oraban y loaban á Dios. Y con estos dos ejercicios se movieron á penitencia y renovaron la religion que estaba caida, y acabaron con sus corazones una de las mayores hazañas que se hicieron en el mundo, que fué despedir las mujeres extranjeras con que se habian casado, para que no quedase el pueblo de Dios mezclado con el linage de los gentiles.

Finalmente la palabra de Dios todas las cosas obra y puede, como el mismo Dios; pues es instrumento suyo; y así con mucha razon se le atribuyen en su manera todos los efectos de la causa principal. Y así la palabra de Dios resuscita los muertos, reengendra los vivos, cura los enfermos, conserva los sanos, alumbra los ciegos, enciende los tibios, harta los hambrientos, esfuerza los flacos, y anima los desconfiados. Finalmente ella es aquel maná celestial, que tenia los sabores de todos los manjares; porque no hay gusto ni afecto que una ánima desee tener, que no le halle en las palabras de Dios. Con ellas se consuela el triste, y se enciende el indevoto, y se alegra el atribulado, y se mueve á penitencia el duro, y se derrite mas el que está blando. Muchos destos efectos explicó en pocas palabras el profeta, cuando dijo (c): La ley del Señor es limpia y sin mácula: la cual convierte las ánimas. El testimonio del Señor es fiel y verdadero: el cual da sabiduría á los pequeñuelos. Las justicias del Señor son derechas: las cuales alegran los corazones. El mandamiento del Señor es claro y resplandesciente, y alumbra los ojos del ánima. El temor del Señor permanece sancto en los siglos de los siglos, y los juicios de Dios (que son los decretos de sus leyes) son verdaderos y justificados en sí mismos, los cuales son mas para desear que el oro y las piedras preciosas, y mas dulces que el panal y la miel. En las cuales palabras el profeta explicó muchos efectos y virtudes de la ley y de las palabras de Dios; y en cabo declaró no solo el precio y dignidad dellas, sino tambien la grande suavidad que el ánima religiosa y pura recibe con ellas. De lo cual dice en otro salmo: ¡Cuán dulces son, Señor, para el paladar de mi ánima vuestras palabras! Mas dulces son para mí que la miel (d). Y no contento con estas alabanzas, declara tambien en el mismo salmo el amor, el estudio, la luz y sabiduría que alcanzan los que en esta divina lecion se ejercitan, diciendo así: ¡Cuán enamorado estoy, Señor de vuestra ley! Todo el dia se me pasa en meditar en ella. Ella me hizo mas prudente que todos mis enemigos; ella me hizo mas sabio que todos mis maestros, por estar yo siempre ocupado en el estudio y consideracion della; ella me hizo mas discreto que los viejos experimentados, por estar yo ocupado en guardalla.

§. II.

Llórase el olvido que en esta parte hay entre cristianos, y declárase esta necesidad con doctrina de los sanctos doctores.

Pues si tan grandes y tan maravillosos efectos obra en las ánimas esta luz, ¿qué cosa mas para llorar (como al principio dijimos) que ver tan desterrada esta luz del mundo? que ver tantas

(a) Baruc. 1. (b) Cap. 8. (c) Psal. 18. (d) Psal. 118.

tan palpables tinieblas? tanta ignorancia en los hijos? tanto descuido en los padres? y tanta rudeza y ceguedad en la mayor parte de los cristianos? ¿Qué cosa hay en el mundo mas digna de ser sabida que la ley de Dios, y qué cosa mas olvidada? ¿Qué cosa mas preciosa, y qué mas despreciada? ¿Quién entiende la grandeza de la obligacion que tenemos al amor y servicio de nuestro Criador? ¿Quién entiende la eficacia que tienen los misterios de nuestra religion para movernos á este amor? ¿Quién comprehende la fealdad y malicia de un pecado, para aborrecerlo sobre todo lo que se puede aborrecer? ¿Quién asiste á la misa y á los divinos oficios con la reverencia que merecen? ¿Quién sanctifica las fiestas con la devocion y recogimiento que debe? Vivimos como hombres encantados, ciegos entre tantas lumbres, insensibles entre tantos misterios, ingratos entre tantos beneficios, endurecidos y sordos entre tantos azotes y clamores, frios y congelados entre tantos ardores y resplandores de Dios. Si sabemos alguna cosa de los mandamientos y doctrina cristiana, sabémoslo como picazas, sin gusto, sin sentimiento ni consideracion alguna dellos. De manera que mas se puede decir que sabemos los nombres de las cosas, y los títulos de los misterios, que los mismos misterios.

Entre los remedios que para desterrar esta ignorancia hay, uno dellos, y no poco principal, es la lecion de los libros de católica y sana doctrina, que no se entremeten en tratar cosas subtiles y curiosas, sino doctrinas saludables y provechosas. Y por esta causa los sanctos Padres nos encomiendan mucho el ejercicio y estudio desta lecion. Sant Hierónimo escribiendo á una virgen nobilísima, por nombre Demetria (la cual gastaba todo su patrimonio con los pobres), la primera cosa que le encomienda es la lecion de la buena doctrina; aconsejándola que sembrase en la buena tierra de su corazon la semilla de la palabra de Dios, para que el fructo de la vida fuese conforme á ella. Y despues de otros muchos documentos que allí le da, al cabo dice que quiere juntar el fin de la carta con el principio, volviendo á exhortarla á la misma lecion. Y á Sancta Paula (porque era muy continua en derramar lágrimas de devocion) aconseja que temple este ejercicio, por guardar la vista para la lecion de la buena doctrina (*a*). A un amigo escribe, pidiéndole ciertos libros sanctos, dando por razon, que el verdadero pasto del ánima es pensar en la ley del Señor dia y noche (*b*). Sant Bernardo, escribiendo á una hermana suya, la aconseja este mismo estudio, declarándole muy por menudo los fructos y afectos de la buena lecion (*c*). Y (lo que mas es) el apóstol Sant Pablo aconseja á su discípulo Timoteo (*d*), que estaba lleno de Espíritu Sancto, que entretanto que él venia se ocupase en la lecion de las sanctas Escripturas, las cuales dende niño habia Timoteo aprendido. Mas sobre todos estos testimonios, es ilustrísimo y eficacísimo para rendir todos los entendimientos el de Moisen, el cual, despues de propuesta y declarada la ley de Dios, dice así (*e*): Estarán estas palabras que yo agora te propongo en tu corazon, y enseñarlas has á tus hijos, y pensarás en ellas estando en tu casa, y andando camino, y cuando te acostares, y levantares de dormir. Y atarlas has como una señal en tu mano, y estaran y moverse han delante de tus ojos, y escribirlas has en los lumbrales y en las puertas de tu casa. No sé con qué otras palabras se pudiera mas encarescer la consideracion y estudio de la ley y mandamientos de Dios, que con estas. Y como si todo esto fuera poco, vuelve luego en el cap. II (*f*) del mismo libro á repetir otra vez la misma encomienda con las mismas palabras (que es cosa que pocas veces se hace en la Escriptura), tan grande era el cuidado que este divino hombre (que hablaba con Dios cara á cára) queria que tuviésemos de pensar siempre en la ley de Dios, como quien tan bien conocia la obligacion que á esto tenemos, y los inestimables fructos y provechos que desto se siguen. Pues ¿quién no ve cuánto ayudará para esta consideracion tan continua que este profeta nos pide, la lecion de los libros de buena doctrina, que (aunque por diversos medios) siempre tratan de la hermosura y excelencia de la ley de Dios, y de la obligacion que tenemos á cumplirla? Porque sin la doctrina de la lecion, ¿en qué se podrá fundar y sustentar la meditacion, siendo tan conjuntas y hermanas estas dos cosas entre sí (que son lecion y meditacion), pues la una presenta el manjar, y la otra lo mastiga y digiere y traspasa en los senos del ánima?

Pudiera junto con lo dicho probar esta verdad con ejemplos de muchas personas que yo he

(*a*) Idem in Epitaph. Paulæ. (*b*) Ad Florent. (*c*) De modo benè viv. serm. 50. (*d*) I. Tim. 4. (*e*) Deut. 6. (*f*) Deut. II.

sabido haber mudado la vida, movidos por la lecion de buenos libros, y de otras que he oido, y de otras tambien que he leido, de las cuales algunas crecieron tanto en sanctidad y pureza de vida, tomando ocasion deste principio, que vinieron á ser fundadores de Religiones y Ordenes, en que otros tambien se salvasen como ellos. Entendió esto muy bien Enrique VIII, rey de Inglaterra, el cual pretendiendo traer á su error ciertos padres de la Cartuja, y viendo que con muchas vejaciones que para esto les hacia, no los podia inducir á su error, al cabo mandó que les quitasen todos los libros de buena y católica doctrina, pareciéndole que quitadas estas espirituales armas con que se defendian, fácilmente los podria rendir. En lo cual se ve la fuerza que estas armas tienen para defendernos de los engaños de los herejes, pues las queria quitar quien pretendia engañar. Pues si tal es la virtud destas armas, ¿por qué no trabajaremos de armar con ellas el pueblo cristiano? Vemos que uno de los grandes artificios que han tenido los herejes de nuestros tiempos para pervertir los hombres, ha sido derramar por todas partes libros de sus blasfemias. Pues si tanta parte es la mentira, pintada con los colores de las palabras, para engañar, ¿cuánto mas lo será la verdad bien explicada y declarada con sana doctrina, para aprovechar, pues tiene mucho mayor fuerza que la falsedad? Y si los herejes son tan cuidadosos y diligentes para destruir por este medio las ánimas, ¿por qué no serémos nosotros mas diligentes en usar destos y de otros semejantes medios para salvarlas?

§. III.

Declárase en particular la necesidad de la doctrina.

Y dado caso que bastaba y aun sobraba lo dicho para probar nuestro intento; pero todavía quiero pasar adelante y probar, con la necesidad de las obligaciones de la vida cristiana, la necesidad que tenemos de la doctrina della. El cual trabajo me paresció necesario por haber algunas personas graves que condenan los libros de buena doctrina, escriptos en lengua vulgar para el uso de los que no aprendieron latin; los cuales en una materia tienen razon, mas en otra no la alcanzamos. Porque razon tienen, si entienden que no se han de escribir en lengua vulgar ni cosas altas y escuras, ni tampoco se han de referir los errores de los herejes, aunque sea para confundirlos, ni otras cosas semejantes, ni cuestiones de teología, las cuales ni aun en los sermones populares consiente Sant Augustin que se traten (*a*). Pues ¿cuánto ménos se debe en esta lengua escribir lo que no conviene predicar? Con lo cual contesta el dicho del apóstol (*b*), pues no quiere que se prediquen cuestiones, sino doctrina que edifique (*c*). Asimismo libros de la sagrada Escriptura no conviene andar en lengua comun, porque hay en ellos muchas cosas escuras, que tienen necesidad de declaracion. Así que, cuanto á esto, razon tienen los que no quieren que haya estos libros; mas querer que no haya libros en esta comun lengua, que nos enseñen á vivir conforme á la religion cristiana, que en el santo baptismo profesamos, téngolo por tan grande inconveniente, como obligar á un hombre á la vida monástica, y no querer que lea y sepa las constituciones y estatutos della; pues no ménos obliga al cristiano esta primera profesion, que al religioso la segunda. Y cuán culpado sería el religioso si se descuidase en aprender las leyes de su religion, tanto lo será el cristiano en no querer aprender las leyes de la suya. Mas, aunque los ejemplos y autoridades de la sancta Escriptura que aquí habemos alegado, sean suficientísima prueba de lo dicho; pero todavía me paresció mostrar esto por tal medio, que las mismas cosas prueben y declaren la necesidad que dello hay.

Porque primeramente, si un hombre desea de verdad y de todo corazon ser cristiano, no por sola fe, sino por vida y costumbres conformes á esta fe, ha de saber ante todas las cosas los artículos de la fe que profesa, no solo en la fe de los mayores, sino explícita y distinctamente. De modo que no basta pronunciar las palabras del Credo como las diria un papagayo; sino ha de entender lo que pronuncia, porque no venga á formar conceptos y sentidos extraños de lo que cree, como escribe Sant Augustin, de Alipio su familiar amigo (*d*). Del cual dice que

(*a*) Aug. lib. 4 de Doct. Christ., t. III. (*b*) 2. Tim. 2. (*c*) Tit. 3. (*d*) August. in lib. 7, conf. cap. 19

ántes que le fuese declarado el misterio de la Encarnacion, tenia para sí que nuestro Salvador no habia tomado de nuestra humanidad mas que solo el cuerpo, y que la persona divina que dentro dél estaba, hacia el oficio del ánima. Asimesmo en el misterio de la Sanctísima Trinidad conviene que cuando el cristiano oye los nombres de Padre y Hijo, sepa que no ha de entender aquí cosa corporal, pues aquella divina generacion es toda espiritual, aunque natural. Y asimesmo entienda que este misterio ha de ser creido y adorado y no escudriñado: considerando en esto por una parte la majestad de aquella altísima substancia, que es inefable y incomprehensible, y por otra la cortedad y bajeza de su entendimiento, el cual para entender la alteza de las cosas divinas, es (segun dicen los filósofos) como los ojos de la lechuza para ver la claridad del sol. Esto conviene que presuponga el cristiano para no hacer argumento de su no entender, para no creer. Asimesmo ha de entender que este misterio, aunque sea sobre toda razon, no por eso implica contradicion, como algunos simples y ignorantes imaginaron; pues siendo esto así, necesario es que haya doctrina que excluya todas estas ignorancias en materias tan graves.

Demas desto tambien está obligado á saber los mandamientos, así de Dios como de la Iglesia, que es la ley en que ha de vivir, y entender que no solo se quebrantan por sola obra, sino tambien por pensamiento, que es por consentimiento en la mala obra. Y aun mas debe entender, que no solo con el mal propósito de la voluntad, sino tambien con el deleite del mal pensamiento, aunque no quiera ejecutarlo (que es lo que los teólogos llaman delectacion morosa), se comete pecado mortal en materia de pecado mortal. Allende desto, el buen cristiano está obligado á confesarse por lo ménos una vez en el año, lo cual debria hacer otras muchas veces si quiere vivir mas religiosamente. Pues para esto ha de saber examinar su consciencia, discurriendo por los mandamientos y pecados mortales, para ver en lo que ha desfallecido por obra, ó palabra, ó pensamiento; porque no sea como algunos brutos, que puestos á los piés del confesor, apénas saben decir una culpa á cabo de un año, donde han cometido tantas, si no dicen: Padre, preguntadme vos. Y no basta confesar los pecados, si no tenemos arrepentimiento y pesar dellos. Para lo cual es menester conocer la fealdad del pecado, y lo mucho que por él se pierde, y el estado en que deja al ánima miserable, y sobre todo, cuán ofensivo sea de la majestad de Dios, de quien tantos beneficios habemos recebido, con los cuales muchas veces le ofendemos. Porque dado caso que la contricion sea un muy especial don de Dios, pero este suele él dar á los que de su parte se disponen y hacen lo que pueden para alcanzarlo. Y porque á esta contricion pertenesce que esté con ella un muy firme propósito de no volver mas á pecar, y sea señal de poco arrepentimiento, si luego se repiten los pecados, conviene que se sepan los remedios y medicinas que hay para esto, cuales son evitar todas las ocasiones dellos, y el ejercicio de la oracion, y la frecuencia de los sacramentos, y la lecion de los buenos libros, y la templanza en el comer y beber, y la guarda de los sentidos, mayormente de la lengua, por la cual se cometen tantas culpas. Y no ménos es necesaria la guarda de los ojos, por donde muchas veces entra la muerte en nuestras ánimas. Y sobre todo esto es necesario resistir apresuradamente al principio de los malos pensamientos y movimientos, con la memoria de la pasion de Cristo, etc. Porque querer vivir virtuosamente en un mundo tan malo (donde tantas ocasiones hay para pecar), y estando cercados por una parte de una carne tan mal inclinada, y por otra de tantos demonios, y de algunos hombres perversos (que á veces nos hacen mas cruda guerra que los demonios); sin ayudarnos de todos estos pertrechos y armas espirituales, es querer subir al cielo sin escalera. Y por falta desto vemos cuán pocos sean los hombres que vivan sin pecados mortales. Pues ¿cuánto aprovechará para saber todas estas cosas leerlas en los libros que las enseñan?

Pues cuando el cristiano se llega á comulgar, ¿quién le declarará la alteza de aquel sacramento, la grandeza de aquel beneficio, y la soberanía de la majestad que allí está encerrada, para que por aquí entienda con cuánto temor y reverencia, y con cuánta pureza de conciencia, y con cuánta humildad y encogimiento se debe aparejar para recebir en su pobre chozuela al Señor de todo lo criado, para que así se haga participante de la gracia de aquel sacramento, y de las riquezas y consolaciones que él trae consigo? Porque comulgar sin el aparejo debido es,

como dice el apóstol (*a*), comer y beber juicio para quien así lo recibe; como paresce que comulgan el dia de hoy muchas personas, pues ninguna emienda vemos en sus vidas.

Es tambien oficio proprio del cristiano hacer oracion (que es cosa grandemente encomendada en las sanctas Escripturas), en la cual pida á nuestro Señor remedio para todas sus necesidades, así corporales como espirituales, que son innumerables. Pues para que su oracion sea eficaz, ha de saber las virtudes con que la ha de acompañar; las cuales (contándolas brevemente) son: atencion, devocion, humildad y perseverancia, y sobre todas fe y confianza, segun aquello del Salvador, que dice: Cualquiera cosa que pidiéredes, creed que la recebiréis, y darse os ha (*b*).

Con la oracion quiere el apóstol (*c*) que se junte el hacimiento de gracias por los beneficios recebidos, que es el sacrificio de las alabanzas divinas, que Dios tan encarecidamente pide en el salmo 49. Pues ¿cómo podrá un cristiano hacer este oficio con la devocion y sentimiento que conviene, si no supiere cuántos y cuán grandes sean estos beneficios?

Demas de lo dicho, tentaciones en esta vida no pueden faltar; pues, como dice el Sancto Job (*d*), toda la vida es una tentacion prolija. Y Sant Pedro dice que nuestro adversario, como leon rabioso, nos cerca por todas partes, buscando á quien trague (*e*). Y el apóstol Sant Pablo (*f*) encarece la fuerza y poder grande deste enemigo, y nos provee de diversos géneros de armas espirituales para contrastarlo. El cual tiene mil artes y mil maneras para acometernos: unas veces con pensamientos de blasfemias, otras con tentaciones de la fe, otras con iras, odios y deseos de venganza, y otras con apetitos sensuales, y otras veces mas disimuladamente, dándonos á beber la ponzoña azucarada, que es representándonos el vicio con máscara de virtud. Pues si el cristiano no estuviere advertido de todos estos bajos (donde suele peligrar la navecica de la inocencia), y no supiere siquiera medianamente los remedios destos peligros, ¿qué puede esperar, sino dar al traves á cada paso, y caer en el abismo de los pecados? Navegamos tambien en esta vida mortal con diversos vientos, unas veces con tormenta, y otras con bonanza: quiero decir, unas veces con prosperidades, y otras con adversidades. De las cuales las unas vanamente nos ensoberbecen y levantan, y hacen olvidar de Dios; mas las otras, como son de diversas maneras, así nos mueven unas veces á impaciencia, otras á desconfianza, otras á tristeza desordenada, otras á quejarnos de la divina Providencia, y otras á deseos de venganza. Pues si el que procura ser buen cristiano, no estuviere advertido y prevenido en tiempo de paz para los peligros de la guerra, ¿cómo podrá escapar destos dos tan ordinarios peligros? Y ¿quién le proveerá mas fácilmente para esto de saludables remedios, sino la doctrina y avisos de los buenos libros?

Son tambien para andar esta carrera del cielo cuatro virtudes grandemente necesarias, que son: amor de Dios, aborrescimiento del pecado, esperanza en la divina misericordia, y temor de su justicia; en las cuales virtudes consiste la suma de toda nuestra salvacion. Y llámanse estas virtudes afectivas, porque consisten en los movimientos y sentimientos de la voluntad. Pues como esta sea una potencia ciega (que no se mueve á ninguno destos afectos, sino representándole el entendimiento los motivos y causas que tiene para ellos), de aquí es, que ha menester el buen cristiano saber lo que á cada cosa destas le puede mover; porque aunque estas virtudes infunda Dios en las ánimas de los justos, mas debe el hombre ayudarse por su parte, y no librarlo todo en Dios, ayudándose de muchas consideraciones que para esto le pueden mover. Y pues esta materia es muy copiosa, ¿cuánto aprovechará á un buen cristiano saber algunas consideraciones que á cada una destas virtudes lo puedan mover? Lo cual todo nos enseñan los libros de buena doctrina.

Mas dirá alguno que pido mucho en tantas cosas como aquí he tocado. A lo cual respondo, que á quien paresce que basta ser cristiano con sola fe, y sin tener cuenta con la vida, todo esto parescerá mucho; mas á quien lo quiere ser en la pureza de la consciencia, apartándose de todo género de pecado mortal, no solo esto no parescerá mucho, mas ántes la experiencia de los peligros, y tentaciones, y ocasiones deste mundo, le enseñarán que todo

(*a*) 1. Cor. 21. (*b*) Marc. 11. (*c*) 1. Tim. 2. (*d*) Iob. 7. (*e*) 1. Pet. 5. (*f*) Ephes. 6.

esto y mas le es necesario; pues no es pequeño el camino que hay de la tierra al cielo. Y por eso todas las cosas susodichas son menester para este tan grande vuelo.

§. IV.

Respóndese á algunas objeciones.

Mas alguno por ventura, concediendo ser todo esto necesario, dirá que bastan los sermones ordinarios de la Iglesia para lo dicho, sin que haya lecion de buenos libros. A lo cual primeramente respondemos que en muchos lugares hay falta de sermones, y segun dice Sant Gregorio (*a*), así como los sermones cuando son muchos se desestiman, así cuando son muy pocos, aprovechan poco. Y demás desto, los predicadores comunmente no descienden á estas particularidades susodichas sino cuando mucho tratan en comun de las virtudes. Y la doctrina moral es poco provechosa cuando es comun y general. Y allende desto, muchos sermones hay que mas son para ejercitar la paciencia de los oyentes, que para edificarlos.

Dirá otro que de leer buenos libros toman motivo algunos para desestimar los sermones, ó para no oirlos. A esto se responde que la buena doctrina no es causa de despreciar la palabra de Dios, sino de estimarla. Y si algunos hacen eso, mas será culpa de su soberbia, que de la buena doctrina; y por la culpa de unos pocos soberbios, no es razon que sean defraudados de la buena lecion los muchos. Otros dicen que algunos toman motivo de la tal lecion para entregarse tanto á los ejercicios espirituales, que vienen á descuidarse de la gobernacion de sus casas y familias, y del servicio que deben á sus padres ó maridos. A esto se responde que ninguna cosa condena mas la buena doctrina que esta desórden; porque siempre aconseja que se antepongan las cosas de obligacion á las de devocion, y las de precepto á las de consejo, y las necesarias á las voluntarias, y las que Dios manda á las que el hombre por su devocion propone. De manera que esta desórden mas procede de la persona, que de la doctrina.

Otros dicen que de la buena lecion toman muchos ocasion para algunos errores. A esto se responde que ninguna cosa hay tan buena y tan perfecta, de que no pueda usar mal la malicia humana. ¿Qué doctrina mas perfecta que la de los Evangelios y Epístolas de Sant Pablo? Pues todos cuantos herejes ha habido presentes y pasados, pretenden fundar sus herejías en esta tan excelente doctrina. Por donde el apóstol Sant Pedro (*b*), haciendo mencion de las Epístolas de Sant Pablo, dice que hay en ellas algunas cosas dificultosas de entender, de que tomaron ocasion algunos malos hombres para fundar sus errores. Y añade mas, que de todas las sanctas Escripturas pretenden ayudarse los herejes, torciéndolas y falsificándolas, para dar color á sus errores. Y allende desto, ¿qué cosa hay en la vida humana tan necesaria y tan provechosa, que si hiciéremos mucho caso de los inconvenientes que trae consigo, no la hayamos de desechar? No casen los padres sus hijas; pues muchas mujeres mueren de parto, y otras á manos de sus maridos. No haya médicos ni medicinas; pues muchas veces ellos y ellas matan. No haya espadas ni armas; porque cada dia se matan los hombres con ellas. No se navegue la mar; pues tantos naufragios de vidas y haciendas se padescen en ella. No haya estudios de teología; pues todos los herejes, usando mal della, tomaron de ahí motivos para sus herejías. Mas ¿qué diré de las cosas de la tierra, pues aun las del cielo no carecen de inconvenientes? ¿Qué cosa mas necesaria para el gobierno deste mundo que el sol? Pues ¿cuántos hombres han enfermado y muerto con sus grandes calores? Y ¿qué digo destas cosas, pues de la bondad y misericordia, y de la pasion de Cristo nuestro salvador (que son las causas principales de todo nuestro bien) toman ocasion los malos para perseverar en sus pecados, ateniéndose á estas prendas? A todo esto añado una cosa de mucha consideracion. Pregunto: ¿qué cosa mas poderosa para convencer todos los entendimientos, y traerlos á la fe, que la resurreccion de Lázaro de cuatro dias enterrado, y hediendo; al cual resuscitó el Salvador con estas palabras (*b*): Lázaro, sal fuera? Y esto bastó para que ni las fuerzas de la muerte, ni las ataduras de piés y manos con que estaba preso, le detuviesen en el sepulcro. Pues ¿qué co-

(*a*) Mor cap 24, lib. 8, et. lib. 30, cap. 35. et lib. 5 in 1. Reg. cap. 14. (*b*) 2. Pet. 3. (*c*) Ioan. 11.

razon pudiera haber tan obstinado, que con esta tan grande maravilla no quedara asombrado, y rendido á la fe de aquel Señor? Mas, ¡ oh increible malicia del corazon humano! Esta tan espantosa maravilla no solo no bastó para convencer el corazon de los pontífices y fariseos; mas ántes de aquí tomaron ocasion para condenar á muerte al obrador de tan gran milagro, y no contentos con esto, trataban de matar á Lázaro, porque muchos por esto venian á creer en el Salvador. Pues si la malicia humana es tan grande, que de aquí sacó motivo para tan gran mal, ¿quién ha de hacer argumento del abuso con que los malos pervierten las cosas buenas, y las tuercen y aplican á sus dañadas voluntades, para que por eso se impida lo bueno?

Todo esto se ha dicho para que se entienda que ninguna cosa hay tan buena que carezca de inconvenientes, mas ocasionados por el abuso de los hombres que por la naturaleza de las cosas. Mas no por eso es razon que por la desórden y abuso de los pocos, pierdan los buenos y los muchos el fructo de la buena doctrina, lo cual abiertamente nos enseñó el Salvador en la parábola de la cizania (*a*), donde dice que preguntando los criados al padre de la familia, si arrancarian aquella mala yerba porque no hiciese daño á la sementera, respondió que la dejasen estar, porque podria ser que arrancando la mala yerba, á vueltas della arrancasen la buena. En la cual parábola nos enseña que ha de ser tan privilegiada la condicion de los buenos, que muchos inconvenientes se han de tragar á cuenta de no ser ellos agraviados.

A todo esto añado que la doctrina sana no solo no da motivos para errores, mas ántes ella es la que mas nos ayuda á la firmeza y confirmacion de la fe. Para lo cual me pareció referir aquí una cosa que me contó un señor del Consejo general de la sancta Inquisicion destos reinos de Portugal; la cual sirve grandemente para conocer el fructo de la buena lecion, y el daño de la mala. Contó pues este señor, que vino á pedir misericordia al Sancto Oficio por su propria voluntad, sin ser acusado, un hombre, el cual confesó que dándose á leer malos libros, vino á perder de tal manera la fe, que tenia para sí que no habia mas que nacer y morir. Mas que despues, por cierta ocasion que se ofreció, ó porque la Divina Providencia lo ordenó, comenzó á leer por libros de buena doctrina, y dándose mucho á esta lecion, vino á salir de aquella ceguedad en que estaba, y pidió perdon della, y lo alcanzó. Esto quíselo escribir aquí en favor y testimonio del fructo de la buena lecion. Otra cosa no ménos verdadera, ni ménos digna de ser notada, me contó Don Fernando Carrillo, siendo embajador en este reino, el cual me dijo que un moro captivo, por nombre creo que Hamete, tenia el libro de la oracion y meditacion, y leia muchas veces por él, de lo cual se reian los criados de casa, y le preguntaban: Hamete, ¿qué lees tú ahí? Y él respondia: Dejar á mí. Finalmente, continuando la lecion, aquel Señor que alumbró al eunuco de la reina de Etiopia, leyendo por Esaías (*b*), alumbró tambien á este; y él mismo finalmente vino á pedir el sancto baptismo, y hacerse cristiano. Pues estos dos ejemplos, y lo demas que está dicho, claramente nos dan á entender cuánto ayuda la buena doctrina, no ménos á la confirmacion de la fe, que á toda otra virtud.

La conclusion de todo este discurso es, que las leyes y el buen juicio no miran lo particular, sino lo comun y general: conviene á saber, no lo que acaesce á personas particulares, sino lo que toca generalmente al comun de todos, los cuales no es razon que pierdan por el abuso y desórden de los pocos. Ni tampoco mira á los particulares daños que traen las cosas, si son mayores los provechos que los daños, como se ve en la navegacion de la mar; porque si son grandes los daños de los naufragios, son mucho mayores los provechos de la navegacion.

Mas pido aquí perdon al cristiano lector de haber estendídome tanto en esta materia. Porque esto hice, para que se viese claramente la necesidad que tenemos de buena lecion, y no nos desquiciase deste juicio el parecer de algunos que sienten lo contrario. Y allende desto, poco nos podia aprovechar esto que aquí agora determino escrebir, si se tuviese por inútil ó dañosa la lecion de la doctrina escripta en lengua comun. Servirá este nuestro preámbulo como el prólogo de Sant Hierónimo, que llaman Galeato (en el cual aprueba su trasladacion de las sanctas Escripturas), para defension, no solo del libro presente, sino tambien de los que nos, y otros autores, han escripto en lengua vulgar.

(*a*) Math. 13. (*b*) Act. 8.

PROLOGO.

Dicite iusto quoniam bene (*a*). Quiere decir: Decid al justo que bien. Esta es una embajada que envió Dios con el profeta Isaías á todos los justos, la mas breve en palabras, y la mas larga en mercedes, que se pudiera enviar. Los hombres suelen ser muy largos en prometer, y muy cortos en cumplir; mas Dios por el contrario es largo y tan magnífico en el cumplir, que todo lo que suenan las palabras de sus promesas, queda muy bajo en comparacion de sus obras. Porque ¿qué cosa se pudiera decir mas breve que la sentencia susodicha: Decid al justo que bien? Mas ¡cuánto es lo que está encerrado debajo de esta palabra *bien!* La cual pienso que por eso se dejó así sin ninguna extension, ni distinccion, para que entendiesen los hombres que ni esto se podia estender como ello era, ni era necesario hacer distinccion destos, ni de aquellos bienes, sino que todas las suertes y maneras de bienes que se comprehenden debajo de esta palabra *bien*, se encerraban aquí sin alguna limitacion. Por donde así como preguntando Moysen á Dios por el nombre que tenia, respondió que se llamaba (*b*): El que es, sin añadir mas palabra, para dar á entender que su sér no era limitado é finito, sino universal (el cual comprehendia en sí todo género de sér y toda perfeccion que sin imperfeccion pertenesce al mismo sér; así tambien puso aquí esta tan breve palabra *bien*, sin añadirle otra alguna especificacion, para dar á entender que toda la universidad de bienes que el corazon humano puede bien desear, se hallaban juntos en este bien, el cual promete Dios al justo en premio de su virtud.

Pues este es el principal argumento que con el favor de nuestro Señor pretendo tratar en este libro, ayuntando á esto los avisos é reglas que debe el hombre seguir para ser virtuoso. Y segun esto se repartirá este libro en dos partes principales. En la primera se declararán las obligaciones grandes que tenemos á la virtud, é los fructos é bienes inestimables que se siguen della; y en la segunda tratarémos de la vida virtuosa, y de los avisos y documentos que para ella se requieren. Porque dos cosas son necesarias para hacer á un hombre virtuoso: la una, que quiera de verdad serlo; y la otra, que sepa de la manera que lo ha de ser: para la primera de las cuales servirá el primer libro, y para la otra el segundo. Porque (como dice muy bien Plutarco) los que convidan á la virtud, y no dan avisos para alcanzarla, son como los que atizan un candil, y no le echan aceite para que arda.

Mas con ser esta segunda parte tan necesaria, todavía lo es mucho mas la primera; porque para conocer lo bueno y lo malo, la misma lumbre y la ley natural, que con nosotros nace, nos ayuda; mas para amar lo uno, é aborrescer lo otro, hay grandes contradicciones y impedimentos (que nacieron del pecado), así dentro como fuera del hombre. Porque como él sea compuesto de espíritu y carne, y cada cosa destas naturalmente apetezca su semejante, la carne quiere cosas carnales (donde reinan los vicios), y el espíritu cosas espirituales (donde reinan las virtudes); y desta manera padesce el espíritu grandes contradicciones de su propria carne, la cual no tiene cuenta sino con lo que deleita. Cuyos deseos y apetitos, despues del pecado original, son vehementísimos, pues por él se perdió el freno de la justicia original con que estaban enfrenados. Y no solo contradice al espíritu la carne, sino tambien el mundo, que (como dice Sant Juan) está todo armado sobre vicios; y contradice tambien el demonio, enemigo capital de la virtud, y contradice otrosí el mal hábito, y la mala costumbre (que es otra segunda naturaleza), á lo ménos en aquellos que están de mucho tiempo mal habituados. Por lo cual romper por todas estas contradicciones é dificultades, é á pesar de la carne, y de todos sus aliados, desear de veras y de todo corazon la virtud, no se puede negar sino que es cosa de grande dificultad, y que ha menester socorro.

(*a*) Isai. 3. (*b*) Exód. 3.

Pues por acudir en alguna manera á esta parte, se ordenó el primero de estos tratados, en el cual trabajé con todas mis fuerzas por juntar todas las razones que la cualidad de esta escriptura sufria en favor de la virtud, poniendo ante los ojos los grandes provechos que andan en su compañía, así en esta vida como en la otra, y asimesmo las grandes obligaciones que á ella tenemos, por mandarla Dios, á quien estamos tan obligados, así por lo que él es en sí, como por lo que es para nosotros.

Movíme á tratar este argumento por ver que la mayor parte de los hombres, aunque alaban la virtud, siguen el vicio; é parecióme que entre otras muchas causas deste mal, una dellas era no entender los tales la condicion é naturaleza de la virtud, teniéndola por áspera, estéril é triste: por lo cual amancebados con los vicios (por parecerles mas sabrosos) andan descasados de la virtud, teniéndola por desabrida. Por tanto, condoliéndome deste engaño, quise tomar este trabajo en declarar aquí cuán grandes sean las riquezas, los deleites, los tesoros, la dignidad y la hermosura desta esposa celestial, é cuán mal conocida sea de los hombres; porque esto los ayudase á desengañarse, é enamorarse de una cosa tan preciosa. Porque si es verdad que una de las cosas mas excelentes que hay en el cielo y en la tierra, y mas digna de ser amada y estimada, es ella, gran lástima es ver á los hombres tan agenos deste conocimiento, y tan alejados deste bien. Por lo cual gran servicio hace á la vida comun quien quiera que trabaja por restituir su honra á esta señora, y asentarla en su trono real; pues ella es reina y señora de todas las cosas.

§. I.

Mas primero que esto comience, declararé por un ejemplo el intento con que esta escriptura se ha de leer. Escriben los gentiles de aquel su famoso Hércules, que como llegase á los primeros años de su mocedad (que es el tiempo en que los hombres suelen escoger el estado y manera de vida que han de seguir), se fué á un lugar solitario á pensar este negocio con grande atencion, y que allí se le representaron dos caminos de vida, el uno de la virtud, y el otro de los deleites; y que despues de haber pensado muy profundamente lo que habia en la una parte y en la otra, finalmente se determinó seguir el de la virtud, y dejar el de los deleites. Por cierto, si cosa hay en el mundo merecedora de consejo y determinacion, esta es. Porque si tantas veces tratamos de las cosas que pertenecen al uso de nuestra vida, ¿cuánto mas será razon tratar de la misma vida, especialmente habiendo en el mundo tantos nortes y maneras de vivir?

Pues esto es, hermano mio, lo que al presente querria yo que hicieses, y á lo que aquí te convido: conviene saber, que dejados por este breve espacio todos los cuidados y negocios del mundo, entrases agora en esta soledad espiritual, y te pusieses á considerar atentamente el camino y manera de vida que te conviene seguir.

Acuérdate que entre todas las cosas humanas, ninguna hay que con mayor acuerdo se deba tratar, ninguna sobre que mas tiempo convenga velar, que es sobre la eleccion de vida que debemos seguir. Porque si en este punto se acierta, todo lo demas es acertado; y por el contrario, si se yerra, cuasi todo lo demas irá errado. De manera que todos los otros acertamientos y yerros son particulares; mas este solo es general, que los comprehende todos. Si no, dime: ¿qué se puede bien edificar sobre mal cimiento? ¿Qué aprovechan todos los otros buenos sucesos y acertamientos, si la vida va desconcertada? Y ¿qué pueden dañar todas las adversidades y yerros, si la vida es bien regida? ¿Qué aprovecha al hombre (dice el Salvador) que sea señor del mundo, si despues viene a perderse, ó á padescer detrimento en sí mismo? De manera que debajo del cielo no se puede tratar negocio mayor que este, ni mas propio del hombre, ni en que mas le vaya; pues aquí no va hacienda ni honra, sino la vida del alma, y la gloria perdurable. No leas pues esto de corrida (como sueles otras cosas, pasando muchas hojas y deseando ver el fin de la escriptura), sino asiéntate como juez en el tribunal de tu corazon, y oye callando y con sosiego estas palabras. No es este negocio de priesa, sino de espacio, pues en él se trata del gobierno de toda la vida, y de lo que despues della depende. Mira cuán cernidos quieres que vayan los negocios del mundo, pues no te contentas en ellos con una sola sentencia, sino

quieres que haya vista y revista de muchas salas y jueces, porque por ventura no se yerren. Y pues en este negocio no se trata de tierra, sino de cielo, ni de tus cosas, sino de tí mismo, mira que no se debe considerar esto durmiendo, ni bostezando, sino con mucha atencion. Si hasta aquí has errado, haz cuenta que naces agora de nuevo, y entremos aquí en juicio, y cortemos el hilo de nuestros yerros, y comencemos á devanar esta madeja por otro camino. ¿Quién me diese agora que me creyeses, y que con oídos atentos me escuchases, y que como buen juez (segun lo alegado y probado) sentenciases? ¡Oh qué dichoso acertamiento! ¡oh qué bien empleado trabajo! Bien sé que deseo mucho, y que no es bastante ninguna escriptura para esto; mas por eso suplico yo agora en el principio desta á aquel que es virtud, y sabiduría del Padre (el cual tiene las llaves de David para abrir y cerrar á quien él quisiere (*a*), que se halle aquí presente, y se envuelva en estas palabras, y les dé espíritu y vida para mover á quien las leyere. Mas con todo eso, si otro fructo no sacare deste trabajo mas que haber dado á mi deseo este contentamiento, que es hartarme una vez de alabar una cosa tan digna de ser alabada, como es la virtud (que es cosa que muchos tiempos he deseado), solo esto tendré por suficiente premio de mi trabajo. Procuré en esta escriptura (como en todas las otras) de acomodarme á toda suerte de personas espirituales, y no espirituales, para que pues la causa y la necesidad era comun, tambien lo fuese la escriptura. Porque los buenos leyendo esto se confirmarán mas en el amor de la virtud, y echarán mas hondas raices en ella; é los que no lo fueren, por ventura por aquí podrán entender lo que pierden por no serlo. En esta escriptura podrán criar los buenos padres á sus hijos cuando chiquitos; porque dende estos primeros años se habitúen á tener grande veneracion é respecto á la virtud, é á ser muy devotos della: pues uno de los grandes contentamientos que un buen padre puede tener, es ver virtud en el hijo que ama.

Y señaladamente aprovechará esta doctrina á los que tienen por oficio en la Iglesia enseñar al pueblo, y persuadir la virtud; porque aquí se ponen por su órden los principales títulos y razones que á ello nos obligan, á los cuales se puede reducir (como á lugares comunes) cuasi todo cuanto desta materia está escripto. Y porque aquí se trata de los bienes de gracia que de presente se prometen á la virtud (donde se ponen doce singulares privilegios que ella tiene), y sea verdad que todas estas riquezas y bienes nos vinieron por Cristo, de aquí es que aprovecha tambien mucho esta doctrina para entender mejor aquellos libros de la Escriptura divina que señaladamente tratan del misterio de Cristo, y del beneficio inestimable de nuestra redempcion: de que muy en particular tratan el profeta Isaías, y Salomon en el libro de los Cantares, y otros semejantes.

(*a*) Apoc. 3. Isai. 22.

ARGUMENTO

DESTE PRIMERO LIBRO.

Este primero libro, cristiano lector, contiene una larga exhortacion á la virtud, que es á la guarda y obediencia de los mandamientos de Dios, en la cual consiste la verdadera virtud. Va repartida en tres partes principales. La primera persuade la virtud, alegando para esto todas las razones mas comunes que en esta materia suelen traer los sanctos, que son las obligaciones grandes que tenemos á Dios nuestro Señor, así por lo que él es en sí, como por lo que es para nosotros por razon de sus inestimables beneficios; y juntamente con esto, por lo que nos importa la misma virtud, lo cual bastantemente se prueba por las cuatro postrimerías del hombre, que son muerte, juicio, paraiso y infierno, de que en esta primera parte se trata.

En la segunda se persuade esto mismo, alegando otras nuevas razones, que son los bienes de gracia que de presente en esta vida se prometen á la virtud. Donde se ponen doce singulares privilegios que ella tiene, y se trata de cada uno en particular. Los cuales privilegios, aunque algunas veces tocan brevemente los sanctos, declarando la paz, y la luz, y la verdadera libertad y alegría de la buena consciencia, y las consolaciones del Espíritu Sancto (de que gozan los justos), que consigo trae comunmente la virtud; pero hasta agora no he visto yo quién de propósito tratase esta materia extendidamente y por su órden. Y por esto fué necesario un poco de mas trabajo, para entresacar y recoger todas estas cosas de diversos lugares de las sanctas Escripturas, y llamarlas por sus nombres, y ponerlas en órden, y explicar y acompañar cada una de ellas con diversos testimonios de sus mismas escripturas, y dichos de sanctos. La cual diligencia fué muy necesaria para que los que no se mueven al amor de la virtud con la esperanza de los bienes advenideros, por parecerles que están muy léjos, se moviesen siquiera con la utilidad inestimable de los que de presente andan en su compañía.

Mas porque no basta alegar todas las razones que hay para justificar una causa, si no se deshacen las de la parte contraria, para esto sirve la tercera parte deste libro, en la cual se responde á todas las excusas que los hombres viciosos suelen alegar para dar de mano á la virtud.

Y porque no se confunda el cristiano lector, sepa que este primer libro responde al primero de nuestro Memorial de la Vida Cristiana, el cual tambien contiene una exhortacion á la virtud; pero allí muy breve, como convenia á Memorial; mas aquí muy copiosa, donde se trata muy de propósito este tan necesario y noble argumento, al cual sirve todo lo bueno que en el mundo está escripto. Mas el segundo libro responde á la regla que allí escribimos brevemente de Vida Cristiana, la cual aquí va mucho mas extendida y acrecentada. Y porque la materia destos dos libros es la virtud, advierta el lector que por este vocablo no solo entendemos el hábito de la virtud, sino tambien los actos y oficios della, á los cuales este noble hábito se ordena; porque muy conocida figura es significar el efecto por el nombre de la causa, y el de la causa por su efecto.

COMIENZA EL PRIMER LIBRO

DE

LA GUIA DE PECADORES,

EL CUAL CONTIENE

UNA LARGA Y COPIOSA EXHORTACION A LA VIRTUD,

Y GUARDA DE LOS MANDAMIENTOS DIVINOS.

CAPITULO PRIMERO.

Del primero título que nos obliga á la virtud y servicio de Dios, que es ser él quien es; donde se trata de la excelencia de las perfecciones divinas.

Dos cosas señaladamente suelen mover las voluntades de los hombres, cristiano lector, á cualquier honesto trabajo. Una es la obligacion que por título de justicia tienen á él, y otra el fructo y provecho que se sigue dél. Y así es comun sentencia de todos los sabios, que estas dos cosas, conviene á saber, honestidad y utilidad, son las dos principales espuelas de nuestra voluntad, las cuales la mueven á todo lo que ha de hacer. Entre las cuales aunque la utilidad es comunmente mas deseada, pero la honestidad y justicia de suyo es mas poderosa. Porque ningun provecho hay en este mundo tan grande, que se iguale con la excelencia de la virtud: así como ninguna pérdida hay tan grande que el varon sabio no deba ántes escoger, que caer en un vicio, como Aristóteles enseña. Por lo cual siendo nuestro propósito en este libro convidar y aficionar los hombres á la hermosura de la virtud, será bien comenzar por esta parte mas principal, declarándoles la obligacion que tenemos á ella, por la que tenemos á Dios; el cual como sea la mesma bondad, ninguna otra cosa quiere, ni manda, ni estima, ni pide mas en este mundo que la virtud. Veamos pues agora con todo estudio y diligencia los títulos que este Señor tiene para pedirnos este tan debido tributo.

Mas como estos sean innumerables, solamente tocarémos aquí seis de los mas principales, por cada uno de los cuales le debe de derecho el hombre todo lo que puede y es, sin ninguna excepcion. Entre los cuales el primero y el mayor, y el que ménos se puede declarar, es ser él quien es; donde entra la grandeza de su majestad y de todas sus perfecciones: esto es, la inmensidad incomprehensible de su bondad, de su misericordia, de su justicia, de su sabiduría, de su omnipotencia, de su nobleza, de su hermosura, de su fidelidad, de su verdad, de su benignidad, de su felicidad, de su majestad, y de otras infinitas riquezas y perfecciones que hay en él. Las cuales son tantas y tan grandes, que (como dice un doctor) si todo el mundo se hinchese de libros, y todas las criaturas dél fuesen escriptores, y toda el agua de la mar tinta, ántes se hinchiria el mundo de libros, y se cansarian los escriptores, y se agotaria la mar, que se acabase de explicar una sola destas perfecciones, como ella es. Y añade mas este doctor, diciendo: Que si criase Dios un nuevo hombre, con un corazon que tuviese la grandeza y capacidad de todos los corazones del mundo, y este llegase á entender una destas perfecciones con alguna grande y desacostumbrada luz, corria gran peligro no desfalleciese del todo ó reventase con la grandeza de la suavidad y alegría que en él redundaria, si no fuese para esto especialmente confortado de Dios.

Esta es pues la primera y la mas principal razon por la cual estamos obligados á amar, servir y obedescer á este Señor. Lo cual es en tanto grado verdad, que hasta los mesmos filósofos epicúreos, destruidores de toda la filosofía (pues niegan la divina Providencia y la inmortalidad del ánima), no por eso niegan la religion, que es el culto y veneracion de Dios. Porque á lo ménos, disputando uno dellos, en los libros que Tulio escribió de la naturaleza de los dioses, confiesa y prueba eficacísimamente que hay Dios, y confiesa tambien la alteza y soberanía de sus perfecciones admirables, por las cuales dice que meresce ser adorado y venerado; porque esto se debe á la alteza y excelencia de aquella nobilísima substancia por solo este título, aunque mas no haya. Porque si acatamos y reverenciamos un rey aunque esté fuera de su reino, donde ningun beneficio recebimos dél, por sola la dignidad real de su persona, ¿cuánto mas se deberá esto á aquel Señor que, como dice Sant Juan (*a*), trae broslado en su vestidura y en su muslo, Rey de los reyes, y Señor de los señores? Él es el que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra; el cual dispone las causas, mueve los cielos, muda los tiempos, altera

(*a*) Apoc. 19. Isai. 40.

los elementos, reparte las aguas, produce los vientos, engendra las cosas, influye en los planetas, y como Rey y Señor universal da de comer á todas las criaturas. Y lo que mas es, que este reino y señorío no es por succesion, ni por eleccion, ni por herencia, sino por naturaleza. Porque así como el hombre naturalmente es mayor que una hormiga, así aquella nobilísima substancia sobrepuja tanto todas las otras substancias criadas, que todas ellas y todo este mundo tan grande, apénas es una hormiga delante dél. Pues si esta verdad reconoció y confesó un tan bárbaro y tan mal filósofo, ¿qué será razon que confiese la filosofía cristiana? Esta pues nos enseña, que aunque hay innumerables títulos por donde estamos obligados á Dios, este es el mayor de todos, y el que solo, aunque mas no hubiera, merecia todo el amor y servicio del hombre, aunque él tuviera infinitos corazones y cuerpos que emplear en él. Lo cual procuraron siempre cumplir todos los sanctos, cuyo amor era tan puro y tan desinteresado, que dice dél Sant Bernardo (*a*): El verdadero y perfecto amor, ni toma fuerzas con la confianza, ni siente los daños de la desconfianza. Queriendo decir: que ni se esfuerza á servir á Dios por lo que espera que le han de dar, ni desmayaria aunque supiese que nada le habian de dar; porque no se mueve á esto por interese, sino por puro amor debido á aquella infinita bondad.

Mas con ser este título el mas obligatorio, es el que ménos mueve á los ménos perfectos. Lo uno, porque tanto mas los mueve su interese, cuanto mas parte en ellos tiene el amor proprio; y lo otro, porque como aun rudos é ignorantes, no alcanzan á entender la dignidad y hermosura de aquella soberana bondad. Porque si desto tuviesen mas entera noticia, solo este resplandor de tal manera robaria sus corazones, que contentos con solo él, no buscarian mas que á él. Por lo cual no será fuera de propósito darles aquí un poco de luz para que puedan conoscer algo mas de la grandeza y dignidad deste Señor. Esta es tomada de aquel sumo teólogo Sant Dionisio, el cual en su mística teología, ninguna otra cosa mas pretende, que darnos á entender la diferencia del Sér divino á todo otro sér criado: enseñándonos (si queremos conoscer á Dios) á desviar los ojos de las perfecciones de todas las criaturas, para que no nos engañemos queriendo medir y sacar á Dios por ellas; sino que dejándolas todas acá bajo, nos levantemos á contemplar un sér sobre todo sér, una substancia sobre toda substancia, una luz sobre toda luz, ante la cual toda luz es tinieblas, y una hermosura sobre toda hermosura, en cuya comparacion es fealdad toda hermosura. Esto nos significa aquella escuridad en que entró Moysen á hablar con Dios (*b*), la cual le cubria la vista de todo lo que no era Dios, para que así pudiese mejor conocer á Dios (*c*). Y esto mesmo nos declara aquel cubrirse Elías los ojos con su palio, cuando vió pasar delante de sí la gloria de Dios; porque á todo lo de acá ha de cerrar el hombre los ojos (como á cosa tan baja y desproporcionada), cuando quisiere contemplar la gloria de Dios.

Esto se verá mas claro, si consideramos la diferencia grandísima que hay de aquel sér no criado á todo otro sér criado, que es del Criador á sus criaturas; porque todas ellas vemos que tuvieron principio, y pueden tener fin: mas él ni tiene principio ni puede tener fin. Todas ellas reconocen superior, y dependen de otro: él ni reconoce superior ni depende de nadie. Todas ellas son variables y subjetas á mudanzas: en él no cabe mudanza ni variedad. Todas ellas son compuestas cada cual de su manera; mas en él no hay composicion por su suma simplicidad; porque si fuera compuesto de partes, tuviera componedor que fuera primero que él, lo cual es imposible. Todas ellas pueden ser mas de lo que son, y tener mas de lo que tienen, y saber mas de lo que saben: mas él ni puede ser mas de lo que es, porque en él está todo el sér, ni tener mas de lo que tiene, porque él es el abismo de todas las riquezas, ni saber mas de lo que sabe, por la infinidad de su saber, y por la excelencia de su eternidad, á la cual todo está presente. Por la cual causa lo llama Aristóteles acto puro, que quiere decir, última y suma perfeccion, tal que no sufre añadidura; porque no es posible ser mas de lo que es, ni imaginarse cosa que le falte. Todas las criaturas militan debajo la bandera del movimiento, para que como pobres y necesitadas se puedan mover á buscar lo que les falta; mas él no tiene para que moverse, pues ninguna cosa le falta, y porque en todo lugar está presente. En todas las otras cosas, así como hay diversas partes, así se distinguen las unas de las otras: mas en él no puede haber distincion de partes diversas por suma simplicidad. De manera que su sér es su esencia, y su esencia es su poder, y su poder es su querer, y su querer es su voluntad, y su voluntad es su entendimiento, y su entendimiento es su entender, y su entender es su sér, y su sér es su sabiduría, y su sabiduría es su bondad, y su bondad es su justicia, y su justicia es su misericordia, la cual aunque tiene contrarios efectos que la justicia (cuales son perdonar y castigar), mas realmente en él son tan una cosa, que su mesma justicia es su misericordia, y su misericordia es su justicia. Y así en él caben obras y perfecciones al parecer contrarias y admirables, como dice Sant Augustin (*d*). Porque él es secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable é incomprehensible, sin lugar y en todo lugar, invisible y que todo lo ve, inmutable y que todo lo muda, el que siempre obra y siempre está quieto, el que todo lo hinche sin estar encerrado, y todo lo provee sin quedar distraido, el que es grande sin cuantidad, y por eso inmenso, y bueno sin cualidad, y por eso verdadera y sumamente bueno; ántes ninguno es bueno, sino solo él (*e*). Finalmente por abreviar, todas las cosas criadas, así como tienen limitada esencia que las comprehende, así tienen limitado poder á que se estienden, y limitadas obras en que se ejercitan, y limitados lugares adonde moran, y limitados nombres con que se significan, y particulares difiniciones con que se declaran, y señalados predicamentos, ó géneros donde se encierran. Mas aquella soberana substancia, así como es infinita en el sér, así tambien lo es en el poder, y en todo lo demas; y así ni tiene difinicion que la declare, ni género que la encierre, ni lugar que la determine, ni nombre que la signifique por su propio concepto. Antes, como dice Sant Dionisio, con no tener nombre, tiene todos los nombres; porque en sí contiene todas las perfecciones significadas por esos nombres. De donde se infiere que todas las criaturas, como son limitadas, así son comprehensibles; mas solo aquel sér divino, así como es infinito, así es incomprehensible á todo entendimiento criado. Porque como dice Aristóteles, lo que es infinito,

(*a*) Sup. Cant. serm. 83. (*b*) Exod. 24. (*c*) 3. Reg. 19.

(*d*) Lib. Medit. cap. 19. (*e*) Matth. 19.

como no tiene cabo, así con ningun entendimiento puede ser comprehendido ni abarcado, sino es con solo aquel que todo lo comprehende. ¿Qué otra cosa nos significan aquellos dos serafines que vió Isaías (*a*) puestos al lado de la majestad de Dios, que estaban sentados en un trono muy alto, cada uno con seis alas, con las dos de las cuales cubrian el rostro de Dios, y con las otras dos los piés del mismo Dios (segun declara un intérprete), sino dar á entender, que ni aun aquellos espíritus soberanos que tienen el mas alto lugar en el cielo, y están mas vecinos á Dios, pueden comprehender todo cuanto hay en Dios, ni llegar de cabo á cabo á conocerle, puesto caso que claramente le vean en su mesma esencia y hermosura? Porque como el que está á la orilla de la mar, realmente ve la mar en sí misma, mas no llega á ver, ni la profundidad, ni la largura della, así aquellos espíritus soberanos, con todos los otros escogidos que moran en el cielo, realmente ven á Dios, mas no pueden comprehender ni el abismo de su grandeza, ni la longura de su eternidad. Y por esto mesmo se dice que está Dios sentado sobre los querubines (*b*) (en quien están encerrados los tesoros de la sabiduría divina) mas con todo eso está sobre ellos, porque no le pueden ellos alcanzar ni comprehender.

Estas son aquellas tinieblas que el profeta David dice que puso Dios al derredor de su tabernáculo (*c*), para dar á entender lo que el apóstol significó mas claramente cuando dijo (*d*): Que Dios moraba en una luz inaccesible adonde nadie podia llegar; lo cual el profeta llama tinieblas, que impiden la vista y comprehension de Dios. Porque, segun dijo muy bien un filósofo, así como ninguna cosa hay mas clara, ni mas visible que el sol, pero con todo esto ninguna hay que ménos se vea por la excelencia de su claridad y por la flaqueza de nuestra vista, asi ninguna hay que de suyo sea mas inteligible que Dios, y ninguna que ménos en esta vida se entienda, por esta mesma razon.

Por donde el que en alguna manera le quisiere conocer, despues que haya llegado á lo último de las perfecciones que él pudiere entender, conozca que aun le queda infinito camino que andar; porque es infinito mayor de lo que él ha podido comprehender: y cuanto mas entendiere esta incomprehensibilidad, tanto mas habrá entendido dél. Por donde Sant Gregorio, sobre aquellas palabras de Job (*e*): El que hace cosas grandes é incomprehensibles sin número, dice así: Entónces hablamos con mayor elocuencia las obras de la omnipotencia divina, cuando quedando maravillados y atónitos, las callamos: y entónces el hombre alaba convenientemente callando, lo que no puede convenientemente significar hablando. Y así nos aconseja Sant Dionisio que honremos el secreto de aquella soberana deidad, que trasciende todos los entendimientos, con sagrada veneracion del ánima, y con un inefable y casto silencio. En las cuales palabras parece que alude á aquellas del profeta David (*f*), segun la translacion de Sant Hierónimo, que dicen: A ti calla el alabanza, Dios en Sion. Dando á entender que la mas perfecta alabanza de Dios es la que se hace callando; que es con este casto é inefable silencio, entendiendo nuestro no entender, y confesando la incomprehensibilidad y soberanía de aquella inefable substancia, cuyo sér es sobre todo sér, cuyo poder es sobre todo poder, cuya grandeza es sobre toda grandeza, y cuya substancia sobrepuja infinitamente, y se diferencia de toda otra substancia, así visible como invisible. Conforme á lo cual dice Sant Augustin (*g*): Cuando yo busco á mi Dios, no busco forma de cuerpo, ni hermosura de tiempo, ni blancura de luz, ni melodia de canto, ni olores de flores, ni ungüentos aromáticos, ni miel, ni maná deleitable al gusto, ni otra cosa que pueda ser tocada y abrazada con las manos: nada desto busco cuando busco á mi Dios. Mas con todo esto busco una luz sobre toda luz, que no ven los ojos; y una voz sobre toda voz, que no perciben los oídos; y un olor sobre todo olor, que no sienten las narices; y una dulzura sobre toda dulzura, que no conoce el gusto, y un abrazo sobre todo abrazo, que no siente el tacto: porque esta luz resplandesce donde no hay lugar, y esta voz suena donde el aire no la lleva, y este olor se siente donde el viento no le derrama, y este sabor deleita donde no hay paladar que guste, y este abrazo se recibe donde nunca jamas se aparta.

§. I.

Y si quieres por un pequeño ejemplo barruntar algo desta incomprehensible grandeza, pon los ojos en la fábrica deste mundo (*h*), que es obra de las manos de Dios (*i*), para que por la condicion del efecto, entiendas algo de la nobleza de la causa. Presuponiendo primero lo que dice Sant Dionisio, que en todas las cosas hay ser, poder y obrar, las cuales están de tal manera proporcionadas entre sí, que cual es el sér de las cosas, tal es su poder, y cual el poder, tal el obrar. Presupuesto este principio, mira luego cuán hermoso, cuán bien ordenado, y cuán grande es este mundo, pues hay algunas estrellas en el cielo, que segun dicen los astrólogos, son ochenta veces mayores que toda la tierra y agua juntas. Mira otrosí cuán poblado está de infinita variedad de cosas que moran en la tierra, y en el agua, y en el aire, y en todo lo demas: las cuales están fabricadas con tan grande perfeccion, que (sacados los monstruos á parte) en ninguna hasta hoy se halló, ni cosa que sobrase, ni que le faltase para el cumplimiento de su sér (*k*). Pues esta tan grande y tan admirable máquina del mundo (segun el parecer de Sant Augustin) crió Dios en un momento, y sacó de no ser á ser: y esto sin tener materiales de que la hiciese, ni oficiales de que se ayudase, ni herramienta de que se sirviese, ni modelos ó debujos exteriores en que la trazase, ni espacio de tiempo en que prosiguiendo la acabase, sino con sola una simple muestra de su voluntad, salió á luz esta grande universidad y ejército de todas las cosas. Y mira mas, que con la misma facilidad que crió este mundo, pudiera criar si quisiera, millares de cuentos de mundos, muy mas grandes, y mas hermosos, y mas poblados que este; y acabándolos de hacer, con la misma facilidad los pudiera aniquilar y deshacer, sin ninguna resistencia.

Pues dime agora, si como se presupuso de la doctrina de Sant Dionisio, por los efectos y obras de las cosas conocemos el poder de las cosas, y por el poder el sér, ¿cuál será el poder de donde esta obra procedió? Y si tal y tan incomprehensible es este poder, ¿cuál será el sér

(*a*) Isai 6. (*b*) Daniel. 3. Psal. 105. (*c*) Psal. 17. (*d*) 1. Tim. 6.
(*e*) Job 9. (*f*) Psal. 64.
(*g*) Lib. 10, confessionum, cap. 6, et in soliloq., cap. 31. (*h*) Psal. 18.
(*i*) Rom. 1. (*k*) Clemente Alejandrino. Fúndase en aquello Eccl. 18. *Ille autem qui vivit in æternum creavit omnia simul.*

que se conosce por tal poder? Esto sin duda sobrepuja todo encarecimiento, y entendimiento. Donde hay aun mas que pensar, que estas obras tan grandes, así las que son, como las que pueden ser, no igualan con la grandeza deste divino poder, ántes quedan infinitamente mas bajas, porque infinitamente mas es á lo que se estiende este infinito poder. Pues, ¿quién no queda atónito y pasmado, considerando la grandeza de tal sér y tal poder? Al cual aunque no vea con los ojos, á lo ménos no puede dejar de barruntar por esta razon, cuán grande sea, y cuán incomprehensible.

Esta inmensidad infinita de Dios declara Sancto Tomás en el compendio de la Teología, por este ejemplo. Vemos (dice él) que entre las cosas corporales, cuanto una es mas excelente, tanto es mayor en cuantidad. Y así vemos ser mayor el agua que la tierra, y mayor el aire que el agua, y mayor el fuego que el aire, y mayor el primer cielo que el elemento del fuego, y mayor el segundo cielo que el primero, y mayor el tercero que el segundo: y así subiendo hasta la décima esfera, y hasta el cielo empirio, que es de inestimable é incomparable grandeza. Lo cual se ve claro por cuán pequeña es la redondez de la tierra y del agua, en comparacion de los cielos; pues los astrólogos dicen que es un punto á respecto del cielo. Lo cual demuestran claramente, porque estando el cerco del cielo repartido en doce signos, por do anda el sol, de cualquier parte de la tierra se ven los seis perfectamente; porque la altura y eminencia de la tierra, no ocupa mas de lo que ocuparía una hoja de papel, ó una tabla que estuviese en medio del mundo, de donde sin impedimento se veria la mitad del cielo. Pues siendo el cielo empirio, que es el primero y el mas noble cuerpo del mundo, de tan inestimable grandeza sobre todos los otros cuerpos, por aquí se entiende (dice Sancto Tomás) cómo Dios que sin ninguna limitacion es el primero, y el mayor, y el mejor de todas las cosas, así espirituales como corporales, y el hacedor dellas, ha de sobrepujar á todas ellas con infinita grandeza; no en cuantidad (porque no es cuerpo) sino en la excelencia y nobleza de su perfectísimo sér.

Pues descendiendo agora á nuestro propósito, por aquí podrás en alguna manera entender cuáles sean las perfecciones y grandezas deste Señor; porque tales es necesario que sean, cual es su mesmo sér. Así lo confiesa el Eclesiástico (*a*) de su misericordia, diciendo: Cuan grande es el sér de Dios, tan grande es la misericordia de Dios; y no ménos lo son todas las otras perfecciones suyas: de manera que tal es su bondad, su benignidad, su majestad, su mansedumbre, su sabiduría, su dulzura, su nobleza, su hermosura, su omnipotencia, y tal tambien su justicia. Y así es infinitamente bueno, infinitamente suave, infinitamente amoroso, é infinitamente amable, é infinitamente digno de ser obedescido, temido, acatado, y reverenciado. De suerte que si en el corazon humano pudiese caber amor y temor infinito, y obediencia y reverencia infinita, todo esto era debido en ley de justicia á la dignidad y excelencia deste Señor. Porque si cuanto una persona es mas excelente y mas alta, tanto se le debe mayor reverencia, necesariamente se sigue, que siendo la excelencia de Dios infinita, se le debe reverencia infinita. De donde se infiere que todo lo que falta á nuestro amor y reverencia para llegar á esta medida, falta para lo que se debe á la dignidad desta grandeza.

Pues siendo esto así ¿qué tan grande es la obligacion que nos pide solo este título (aunque mas no hubiera) al amor y obediencia deste Señor? ¿Qué ama quien á esta bondad no ama? ¿Qué teme quien á esta Majestad no teme? ¿A quién sirve quien á este Señor no sirve? ¿Para qué se hizo la voluntad, sino para abrazar y amar al bien? Pues si este es el sumo bien, ¿cómo no lo abraza nuestra voluntad sobre todos los bienes? Y si tan grande mal es no amarlo y reverenciarlo sobre todas las cosas, ¿qué será tenerlo en ménos que todas ellas? ¿Quién pudiera creer que hasta aquí pudiese llegar la maldad del hombre? Pues realmente hasta aquí llegan los que por un deleite bestial, ó por un pundonor de honra, ó por dos maravedís de interese, desprecian y ofenden á esta bondad. Y aun mas adelante pasan los que pecan de balde, que es por sola maldad y costumbre, sin haber por eso algun interese. ¿A tanto ha llegado el desalmamiento del mundo? ¡Oh ceguedad incomparable! ¡Oh insensibilidad mas que de bestias! ¡Oh atrevimiento digno de los demonios! ¿Qué merece quien esto hace? ¿Con qué se castigará dignamente el desprecio de tan grande Majestad? Claro está que con ninguna pena menor que con la que está á los tales aparejada, que es arder para siempre en los fuegos del infierno, y con todo esto no se castiga dignamente.

Este es pues el primer título por donde estamos obligados al amor y servicio deste Señor; la cual obligacion es tan grande, que todas cuantas obligaciones podemos tener en el mundo á diversos géneros de personas por razon de sus excelencias y perfecciones, no se pueden llamar obligaciones, comparadas con esta. Porque así como todas las otras perfecciones criadas, comparadas con las divinas, no son perfecciones, así todas las obligaciones que nascen destas mismas excelencias y perfecciones, no se llaman obligaciones en presencia desta; como tampoco todas las ofensas hechas á puras criaturas se llaman ofensas, comparadas con la que se hace al Criador. Por lo cual dijo David en el salmo de la penitencia (*b*): Que contra solo Dios habia pecado; como quiera que tambien habia pecado contra Urías á quien mató, y contra su mujer á quien deshonró, y contra todo su reino á quien escandalizó. Mas con todo esto dice que habia pecado contra solo Dios, porque sabia él muy bien que todas estas ofensas y deformidades eran nada en comparacion de la fealdad que este pecado tenia, por ser contra lo que Dios mandó. Y así la consideracion desta deformidad lo afligia tanto, que no hacia caso de todas las otras en comparacion desta, porque así como Dios es infinitamente mayor que toda otra criatura, así es infinitamente mayor en su manera la obligacion que le tenemos, y la ofensa que le hacemos; y de finito á infinito no puede haber proporcion.

CAPITULO II.

Del segundo título que nos obliga á la virtud y servicio de nuestro Señor, por razon del beneficio de la creacion (*c*).

No solo estamos obligados á la virtud y obediencia de los mandamientos divinos, por lo que Dios es en sí, sino tambien por lo que es para nosotros: que es por razon

(*a*) Eccle. 2.

(*b*) Psal. 50. (*c*) De los beneficios divinos se trata en el libro de la Oracion, 1 p. en la consideracion del domingo en la noche; y en la 2 p. del Mem. y en las Addi.

de sus innumerables beneficios. De los cuales aunque habemos tratado en otros lugares para otros propósitos, pero aquí tratarémos dellos, para que por ellos veamos las grandes obligaciones que tenemos al servicio del dador.

Entre estos beneficios el primero es el de la creacion: del cual por ser tan conocido, solamente diré que por este beneficio está el hombre obligado á emplearse todo en el servicio del Señor que le crió, porque segun toda ley, es el hombre deudor de todo lo que ha recebido. Y pues por este beneficio recibió el sér que tiene (que es el cuerpo con todos sus sentidos, y el ánima con todas sus potencias) síguese que todo esto está obligado á emplear en su manera en el servicio del Hacedor, so pena de ser ladron y desconocido á quien tanto bien le hizo. Porque si un hombre hace una casa, ¿á quién ha de servir esta casa, sino al dueño que la hizo? Y si planta una viña, ¿cuyo ha de ser el fructo della, sino del que la plantó? Y si un padre tiene un hijo, ¿á cuyo servicio está mas obligado, que al del padre que le engendró? Y por esta causa dicen las leyes que es inestimable el poder del padre sobre sus hijos: el cual se estiende á tanto, que por derecho los puede vender estando en necesidad; porque por haberles dado el sér que tienen, queda hecho tan señor dellos, que puede disponer dellos en esta forma. Pues si tan grande es el señorío que el padre tiene sobre su hijo, ¿cuál será el que tiene aquel de quien se deriva todo el sér de padres en el cielo y en la tierra (*a*)? Y si, como dice Séneca, los que recibieron beneficios, son obligados á imitar las tierras fértiles, las cuales dan mucho mas de lo que recibieron, ¿cómo responderémos á Dios con esta manera de agradecimiento? pues no le podemos dar mas de lo que dél recebimos, por mucho que le démos. Y si no guarda esta ley el que no da mas de lo que recibió, ¿qué dirémos del que aun no da lo que recibió? Y si, como dice Aristóteles, á los dioses y á los padres no se puede pagar enteramente la deuda que se les debe, ¿qué se podrá pagar á Dios que tanto mas nos tiene dado que todos los padres del mundo? Y si tan grande mal es ser un hijo rebelde y desobediente á su padre, ¿qué será serlo á Dios, que por tantos títulos es padre, en cuya comparacion ninguno merece título de padre? Por esto, con mucha razon se queja él de los tales por un profeta, diciendo (*b*): Si yo soy vuestro Padre, ¿donde está la honra que me debeis? Y si soy vuestro Señor, ¿qué es del temor que me teneis? Y contra estos mismos se indigna otro profeta con palabras mas encendidas, diciendo (*c*): Generacion mala y adúltera, pueblo loco y necio, ¿esta es la paga de tantos beneficios que das á tu Señor? ¿Por ventura no es él tu Padre, que te hizo y te crió? Estos son los que ni levantan los ojos al cielo, ni los vuelven á sí mesmos acordándose de sí (*d*): porque si esto hiciesen, preguntarian á sí por sí, y procurarian saber su primer orígen y principio: que es, quien los hizo, y para qué los hizo, y por aquí entenderian lo que debian hacer. Mas porque esto no hacen, viven como si ellos mesmos se hubieran hecho: como vivia aquel malaventurado rey de Egipto, á quien amenaza Dios por un profeta, diciendo (*e*): Contigo lo habré yo, dragon grande, que estás tendido en medio de tus rios, y dices: mios son los rios, yo me hice á mí mesmo. Las cuales palabras, á lo ménos por la práctica, dicen todos aquellos que así viven descuidados de su Criador, como si ellos mesmos se hubieran hecho, y no reconocieran hacedor. Mejor lo hacia el bienaventurado Sant Augustin (*f*), el cual por este conocimiento de su principio, vino en conocimiento de su Criador. Y así dice él en un soliloquio: Volví á mí, y entré en mí, y preguntéme: tú ¿quién eres? Y respondíme: hombre racional y mortal. Y comencé á inquirir lo que esto era, y dije: ¿de dónde tuvo principio, Dios mio, este animal? ¿De dónde sino de tí? Tú eres el que me heciste, y no yo. Tú eres por quien yo vivo, y por quien todas las cosas son y viven. Porque ¿por ventura puede ser alguno artífice de sí mesmo? ¿Por ventura hay otro de quien se derive el ser y el vivir, sino de tí? ¿Por ventura no eres tú el sumo Sér de quien mana todo ser? ¿No eres fuente de vida de quien procede toda vida? Tú pues, Señor, me heciste, sin el cual nada se hace. Tú eres hacedor mio, y yo obra tuya. Gracias pues sean dadas á tí, Señor, por quien yo vivo, y todas las cosas viven. Gracias á tí, formador mio, porque tus manos me formaron é hicieron (*g*). Gracias á tí, luz mia, porque con tu luz hallé á tí, y hallé tambien á mí.

Este es pues el primero de los beneficios divinos, y el fundamento de todos los otros. Porque todos ellos presuponen ser, el cual por este beneficio se nos da; y así se comparan todos con él, como accidentes con la substancia donde se subjectan: para que por aquí veas cuán grande sea este beneficio, y cuán digno de ser agradecido. Pues si tanto cuidado tiene Dios de pedir agradecimiento por sus beneficios (aunque esto no por su provecho, sino por el nuestro) ¿qué pedirá por este, que es el fundamento de todos los otros? Mayormente siendo esta la condicion de Dios, que así como es liberalísimo en hacer mercedes, así es estrechísimo (si así se puede llamar) en pedir agradecimiento; no por razon de su provecho, sino por la obligacion de nuestro oficio. Y así leemos en el Testamento Viejo, que apénas acababa de hacer á su pueblo un beneficio, cuando luego daba órden cómo hubiese perpetua memoria y agradecimiento dél. Y así en sacando su pueblo de Egipto, luego á la hora, ántes aun de la salida, mandó que se hiciese una fiesta solemnísima cada año en memoria dél (*h*). Mató tambien para este fin todos los primogénitos de los egipcios, y luego mandó que todos los primogénitos del pueblo, que de ahí adelante naciesen, se le ofreciesen en memoria deste beneficio (*i*). Proveyóles luego de manná cuarenta años en el desierto, y en comenzándolo á enviar, mandó que se cogiese cierta cuantidad dél en un vaso, y se guardase en el sanctuario (*k*); para que todas las generaciones advenideras tuviesen memoria de aquel beneficio (*l*). De ahí á poco dióles una victoria muy señalada contra Amalec: y acabada la victoria, dijo luego á Moysen (*m*): Escribe esta victoria en un libro para perpetua memoria della, y entrégalo á Josué. Pues si tan especial cuidado tuvo este Señor de proveer cómo hubiese en la memoria de su pueblo eterno agradecimiento de beneficios temporales, ¿qué pedirá por este beneficio inmortal, pues el ánima que él nos dió es inmortal? De aquí procedia el cuidado que los sanctos patriarcas tenian de edificar altares (*n*), y hacer memorias cada vez que recebian algun particular beneficio de Dios (*o*): de tal manera, que aun en los nombres de los mesmos hi-

(*a*) Ephes. 3. (*b*) Mal. 1. (*c*) Deut. 32. (*d*) Psal. 16. (*e*) Ezech. 29.

(*f*) Lib. 10. Confess. c. 6, et in Solloq. c. 31. (*g*) b. 10. (*h*) Exod. 12. (*i*) Exod. 13. (*k*) Exod. 16. (*l*) Exod. 16. (*m*) Exd. 17. (*n*) Gen. 12, 13 et 22. (*o*) Gen. 41.

jos que les daba, escribian la memoria de los beneficios que recebian, para nunca jamas olvidarse dellos. Por donde concluye un sancto (*a*), que no habia el hombre de respirar tantas veces, cuantas se habia de acordar de Dios. Porque así como siempre es, así siempre habia de estar dando gracias por el sér inmortal que dél recibió.

Es tan grande el vínculo desta obligacion, que hasta los mesmos filósofos deste mundo dan voces á los hombres que no sean ingratos á Dios. Y así Epicteto, noble filósofo entre los estoicos, dice así: O hombre, no seas ingrato á aquella soberana potestad, sino por el sentido del ver y del oir, y mucho mas por la vida que te dió, y por las cosas con que ella se sustenta, por los fructos maduros, por el vinó, y por el aceite, y por todo lo demas le da gracias; y mucho mas porque te dió razon para que supieses usar de todas esas cosas, y conocer el valor dellas. Pues si este agradecimiento nos pide un filósofo gentil por estos comunes beneficios, ¿qué será razon que sienta un cristiano que tanto mayor lumbre tiene de fe, y tanto mas recibió?

Mas por ventura dirás: Esos comunes beneficios mas parecen obras de naturaleza que beneficios de Dios. ¿Qué debo yo pues particularmente por la órden y disposicion de las cosas, que se van siempre por su curso? No es esta voz de cristiano, sino de gentil; ni aun de gentil, sino de bestia. Y porque mas claramente lo veas, mira cómo la reprehende este mesmo filósofo, diciendo así: Dirás por ventura que la naturaleza te hace estos beneficios. ¡Oh desconocido! ¿No entiendes cuando esto dices que mudas el nombre á Dios? ¿Qué otra cosa es la naturaleza sino Dios, que es principal naturaleza? Así que, hombre desagradecido, no te excusas con decir que esta deuda la debes á la naturaleza, y no á Dios; pues no hay naturaleza sin Dios. Si hubieses recebido prestado algo de Lucio Séneca, y dijeses que quedabas obligado á Lucio, y no á Séneca, no por esto se mudaba el acreedor, sino solo el nombre dél.

§. II.

De otra razon por donde estamos obligados al servicio de nuestro Señor, por ser él nuestro Criador.

Mas no solo esta obligacion de justicia, sino tambien nuestra mesma necesidad y pobreza nos obliga á tener esta cuenta con nuestro Criador, si queremos despues de criados alcanzar nuestra mesma felicidad y perfeccion. Para lo cual es de saber que, generalmente hablando, todas las cosas que nascen, no nascen luego con toda su perfeccion. Algo tienen, y algo les falta que despues se haya de acabar; y el cumplimiento de lo que falta ha de dar el que comienza la obra: de manéra que á la mesma causa pertenece dar el cumplimiento del sér, que dió principio dél. Y por esto todos los efectos generalmente se vuelven á sus causas, para recebir dellas su última perfeccion. Las plantas trabajan por buscar el sol y arraigarse todo cuanto pueden en la tierra que las produjo: los peces no quieren salir fuera del agua que los engendró. El pollico que nasce, luego se pone debajo las alas de la gallina, y la sigue por do quiera que vaya; y lo mesmo hace el corderico, que luego se junta con los ijares de su madre, y entre mil madres que sean de una mesma color la reconoce, y siempre anda cosido con ella, como quien dice: Aquí me dieron lo que tengo, aquí me darán lo que me falta. Esto acaesce universalmente en las cosas naturales, y lo mesmo acaeceria en las artificiales, si tuviesen algun sentido ó movimiento. Si un pintor acabando de pintar una imágen dejase por acabar los ojos, y aquella imágen sintiese lo que le falta, ¿qué haria? ¿adónde iria? No iria cierto á casas de reyes ni príncipes, porque esos (en cuanto tales) no pueden satisfacer á su deseo, sino irse ia á la casa de su maestro, y suplicarle ia la acabase de perfeccionar. Pues, ó criatura racional, ¿qué otra causa es la tuya sino esta? No estás aun acabada de hacer. Mucho es lo que te falta para llegar al cumplimiento de tu perfeccion. Apénas está acabado el dibujo. Todo el lustre y hermosura de la obra queda por dar. Lo cual claramente muestra el apetito continuo de la mesma naturaleza, que como quien se siente necesitada, no reposa, sino siempre está piando y sospirando por mas. Quiso Dios tomarte por hambre, y que las mesmas necesidades te metiesen por sus puertas y te llevasen á él. Por eso no te quiso acabar dende el principio; por eso no te enriqueció dende luego: no por escaso, sino por amoroso: no porque fueses pobre, sino porque fueses humilde: no porque fueses necesitado, sino por tenerte siempre consigo. Pues si eres pobre, y ciego, y menesteroso, ¿por qué no te vas al padre que te crió, y al pintor que te comenzó, para que él acabe lo que te falta? Mira como lo hacia así el profeta David (*b*): Tus manos (dice él) me hicieron y me criaron: dame entendimiento para que aprenda tus mandamientos. Como si mas claramente dijera: Tus manos, Señor, hicieron todo lo que hay en mí; mas no está aun acabada esta obra: los ojos de mi ánima, entre otras partes, quedan por acabar: no tengo lumbre para saber lo que me conviene: ¿pues á quién pediré lo que me falta, sino á quien me ha dado lo que tengo? Pues dame, Señor, esta lumbre; clarifica los ojos deste ciego dende su nacimiento (*c*), para que con ellos te conozca; y así acaba lo que comenzaste en mí.

Pues así como á este Señor pertenece dar su última perfeccion al entendimiento, así tambien le pertenece darla á la voluntad, y á todas las otras potencias del ánima, para que así quede acabada la obra por el mesmo que la comenzó. Este pues solo, harta sin defecto, engrandece sin estruendo, enriquece sin aparato, y da descanso cumplido sin la posesion de muchas cosas. Còn él está la criatura pobre y contenta, rica y desnuda, sola y bienaventurada, desposeida de todas las cosas y señora de todas ellas. Por lo cual con mucha razon dijo el sabio (*d*): Hay un hombre que vive como rico, no teniendo nada; y hay otro que vive como pobre, teniendo muchas riquezas. Porque muy rico es el pobre que tiene á Dios, como lo era Sant Francisco; y muy pobre á quien falta Dios, aunque sea señor del mundo. Porque ¿qué le aprovechan al rico y poderoso todas sus riquezas, si con todo esto vive con mil maneras de cuidados y apetitos, que no puede cumplir con cuanto tiene? Y ¿qué parte es la vestidura preciosa, y la mesa delicada, y el arca llena, para quitar la congoja que está en el ánima? En la cama blanda da el rico muchos vuelcos en la noche larga, los cuales no puede excusar su rica bolsa. Resulta pues de todo lo dicho, cuán obligados estamos todos al servicio de nuestro Señor, no solo por la deuda deste beneficio, sino tambien por lo que toca al cumplimiento de nuestra felicidad y remedio.

(*a*) Aug. in Solilloq. c. 28 et in Man. c. 20, et in Medit. c. 6.

(*b*) Psal. 118. (*c*) Ioan. 9. (*d*) Prov. 13.

CAPITULO III.

Del tercero título por que estamos obligados á Dios, que es el beneficio de la conservacion y gobernacion

No solo está obligado el hombre á Dios por el beneficio de la creacion, sino tambien por el de la conservacion; porque él es el que te hizo, y el que te conserva despues de hecho. De manera que tan colgado estás agora de la mano de Dios, y tan poca parte eres para vivir sin él, como lo fuiste para ser sin él. No es menor beneficio este que el pasado; sino que aquel se hizo una vez, mas este siempre, porque siempre te está criando, pues siempre está conservando lo que crió: y no es menester menor poder ni menor amor para lo uno que para lo otro. Pues si tanto le debes porque en un punto te crió ¿cuánto le deberás porque en tantos te conserva? No das un paso, que no te mueve él para eso: no abres ni cierras los ojos, que no ponga él ahí su mano. Porque si tú no crees que Dios mueve tus miembros cuando tú los mueves, no eres cristiano; y si crees que él te hace esa merced, y con todo eso le ofendes, no acertaré á decir lo que eres. Dime agora, si estuviese un hombre en una torre altísima, y tuviese fuera de las almenas otro hombre colgado de un pequeño cordel, ¿osaría por ventura este que así estuviese desmandarse en palabras contra aquel que lo sostiene? Pues si tú estás colgado como de un hilico de la voluntad sola de Dios, de tal manera que si él te soltase, en un punto te volverias en nada, ¿cómo tienes atrevimiento para provocar á ira los ojos desa tan alta Majestad que te sostiene aun en ese mesmo tiempo que le ofendes? Porque como dice Sant Dionisio: Es tan excelente la virtud del sumo bien, que aun cuando las criaturas le contradicen, de su inmensa virtud reciben el sér y el poder con que le contradicen. Pues siendo esto así, ¿cómo osas con todos esos miembros y sentidos ofender al mesmo Señor que los conserva? ¡Oh rebeldía y ceguedad increible! ¿Quién nunca vió tal conjuracion, que los miembros se levanten contra su cabeza, siendo cosa tan natural ponerse á morir por ella? Dia vendrá que se deshaga este agravio, y que sean oidas á justicia las querellas de la honra divina (*a*). ¿Conjurastes contra Dios? Justo es que conjure toda la universidad del mundo contra vosotros, y arme Dios todas sus criaturas para vengar sus injurias, y pelee toda la redondez de la tierra contra los desconocidos; porque justo es que los que no quisieron abrir los ojos, convidados con tanta muchedumbre de beneficios, cuando tuvieron tiempo, los vengan á abrir con la muchedumbre de los azotes, cuando no tengan remedio.

¿Pues qué será juntar con esto toda esta mesa tan rica y tan abundosa del mundo, que crió este Señor para tu servicio? Todo cuanto hay debajo del cielo, ó es para el hombre, ó para cosas de que se ha de servir el hombre. Porque si él no come el mosquito que vuela por el aire, cómelo el pájaro de que él se mantiene; y si él no pace la yerba del campo, pácela el ganado de que él tiene necesidad. Tiende los ojos por todo ese mundo, y verás cuán anchos y espaciosos son los términos de tu hacienda, y cuán rica y abundosa tu heredad. Lo que anda sobre la tierra, y lo que nada en las aguas, y lo que vuela por el aire, y lo que resplandece en el cielo tuyo es (*b*). Ca todas esas cosas son beneficios de Dios, obras de su providencia, muestras de su hermosura, testimonios de su misericordia, centellas de su caridad, y predicadores de su largueza. Mira cuantos predicadores te invía Dios para que le conozcas. Todas cuantas cosas hay (dice Sant Augustin) en el cielo y en la tierra me dicen, Señor, que te ame, y no cesan de decirlo á todos, porque nadie se pueda escusar.

Si tuvieses oidos para entender las voces de las criaturas, sin duda verias como todas ellas á una te dicen que ames á Dios; porque todas ellas callando dicen que fueron criadas para tu servicio, porque tú amases y sirvieses por tí y por ellas al comun Señor. El cielo dice: yo te alumbro de dia y de noche con mis estrellas, porque no andes á escuras, y te invio diversas influencias para criar las cosas, porque no mueras de hambre. El aire dice: yo te doy aliento de vida y te refresco, y templo el calor de las entrañas, para que no te consuma, y tengo en mí muchas diferencias de aves, para que deleiten tus ojos con su hermosura, y tus oidos con su canto, y tu paladar con su sabor. El agua dice: yo te sirvo con las lluvias tempranas y tardías á sus tiempos, y con los rios y fuentes, para que te refresquen, y te crio infinitas diferencias de peces para que comas; riego tus sembrados y arboledas con que te sustentes, y doite camino breve y compendioso por los mares, para que te puedas servir de todo el mundo, y juntar las riquezas agenas con las tuyas. Pues la tierra ¿qué dirá, que es la comun madre de todas las cosas, y como una general oficina de todas las causas naturales? Esa pues tambien con mucha razon dirá: yo como madre te traigo acuestas; yo te crio los mantenimientos, y te sustento con los fructos de mis entrañas; yo tengo tratos y comunicacion con todos los elementos y con todos los cielos, y de todos recibo influencias y beneficios para tu servicio; yo finalmente, como buena madre, ni en vida ni en muerte te desamparo; porque en vida te traigo acuestas y te sustento, y en la muerte te doy lugar de reposo, y te recibo en mi regazo. Finalmente todo el mundo á muy grandes voces te está diciendo: mira cuánto es lo que te amó mi Señor y Hacedor, que por ti crió á mí, y por él quiere que sirva á tí, porque tú sirvas y ames á aquel que crió á mí por tí, y á tí por sí.

Estas son, cristiano, las voces de todas las criaturas: mira que no puede ser mayor sordedad, que estar á tales voces sordo y á tales beneficios ingrato. Si recibes el beneficio, paga la deuda del agradescimiento, porque no pases por la pena del ingrato. Ca toda criatura, segun dice un doctor (*c*), da estas tres voces al hombre: *Accipe, Redde, Cave. Hoc est: Accipe beneficium; Redde debitum; Cave (nisi reddideris) supplicium.* Que quiere decir: recibe, paga, y teme. Esto es: recibe el beneficio, paga la deuda del agradescimiento, y teme (si no la pagares) el castigo.

Y para que mas aun te maravilles, mira como esta mesma teología llegó á alcanzar Epicteto, filósofo (de quien arriba hecimos mencion), el cual quiere que en todas las cosas criadas oyamos y veamos al Criador, diciendo así: cuando el cuervo da voces, y con ellas te da á entender alguna mudanza del aire, no es el cuervo el que te avisa, sino Dios. Y si por las voces y palabras humanas eres avisado de algo, ¿no es tambien Dios el que crió ese hombre, y le dió esa facultad para poderte avisar, para que supieses que aquel divino poder usa de unos y otros medios para lo que quiere? Porque cuando

(*a*) Sap. 5. (*b*) Psal. 8.

(*c*) Richardus de S. Victore.

las cosas de que nos quiere avisar son grandes, estas invia él á decir por mas altos y nobles mensajeros. Y al cabo añade, diciendo: finalmente, cuando acabares de leer estos mis consejos, di entre tí mesmo: estas cosas no me las ha dicho Epicteto el filósofo, sino Dios; porque ¿de dónde tenia él facultad para decillas? pues no es él, sino Dios el que me las dijo por él. Hasta aquí son palabras de Epicteto. Pues ¿cuál cristiano no se afrentará de no llegar adonde un filósofo gentil llegó? Gran vergüenza es por cierto que los ojos esclarescidos con lumbre de fe, no vean lo que veian los que estaban asentados en las tinieblas de la razon.

§. I.

Colige de lo dicho, cuán indigna cosa sea no servir á nuestro Señor.

Pues siendo esto así, ¿qué linage de desconocimiento es andar nadando entre tantos beneficios de Dios, y no acordarse de quien los da? Dice Sant Pablo (*a*) que el que hace buenas obras á su enemigo, le echa carbones de fuego sobre la cabeza, para encenderlo en su amor. Pues si todas cuantas criaturas hay en este mundo son beneficios de Dios, ¿qué será todo este mundo, sino un fuego de tanta leña, cuantas criaturas hay en él? Pues ¿cuál es el corazon que andando en medio de un tan grande fuego, no solamente no se quema, mas aun no siente calor? ¿Cómo recibiendo á la continua tantos beneficios, no alzarás alguna vez los ojos al cielo á ver quien es ese que te hace tanto bien? Dime, ¿si andando tu camino, y asentándote al pié de una torre cansado y muerto de hambre, estuviese uno desde lo alto proveyéndote benignamente de todo lo necesario, ¿cómo te podrias contener, que no levantases alguna vez los ojos á ver quien es ese que así te provee? Pues ¿qué otra cosa hace Dios contigo dende lo alto, sino estar lloviendo siempre beneficios sobre tí? Dame una sola cosa de cuantas hay en el mundo, que no venga por especial providencia del cielo. Pues ¿cómo no levantarás alguna vez los ojos para conocer y amar á tan liberal y tan continuo bienhechor? ¿Qué es esto, sino haber perdido ya los hombres su mesma naturaleza, y héchose mas insensibles que bestias? Gran vergüenza es decir á quien somos en esto semejantes; mas tambien es razon que oiga el hombre su merecido. Somos semejantes en esto á los animales brutos que están debajo la encina, los cuales cuando les está su dueño dende lo alto vareando la bellota, ocupados ellos en comer y gruñir unos con otros sobre la comida, no miran á quien se la da, ni saben qué cosa es levantar los ojos para ver por cuya mano se les hace este beneficio. ¡Oh bestial ingratitud de los hijos de Adam, que teniendo demas de la razon la figura de vuestro cuerpo derecha, y los mesmos ojos enderezados al cielo, no quereis que los del ánima tiren tras ellos para ver á quien os hace tanto bien!

Y aun pluguiese á Dios que no nos hiciesen ventaja las bestias en esta parte. Porque es tan general la ley del agradecimiento, y es Dios en tanta manera amigo dél, que aun en las mesmas fieras imprimió esta tan noble inclinacion, como parece por muchos ejemplos que hallamos escriptos en esta materia. Porque ¿qué cosa mas fiera que el leon? Pues deste escribe Apion, autor griego, que porque un hombre que estaba escondido en una cueva le sacó una espina que traia hincada en un pié, el leon partia con él cada dia la carne que cazaba; y despues de muchos dias, siendo este hombre por sus maleficios echado á este mesmo leon en la plaza de Roma, el leon se puso á mirarlo, y le reconoció, y se llegó á él amorosamente, haciéndole los mesmos halagos que hace un perro á su señor cuando viene de fuera. Y despues desto se andaba tras él, sin hacer mal á nadie, por las calles de Roma. De otro leon tambien leemos que por el mesmo beneficio que habia recebido de un hombre que desembarcó en Africa, el leon le traia cada dia de la carne que cazaba, con que él y sus compañeros se mantenian, hasta que se tornaron á embarcar. Y no es de menor admiracion lo que se escribe de otro leon, que estando peleando con una sierpe (la cual lo tenia muy apretado y puesto en peligro de muerte), un caballero que por aquel lugar andaba monteando, socorrió al leon, matando la sierpe: por el cual beneficio el leon lo siguió siempre, y andando á caza le servia de lebrel; y embarcándose una vez el caballero, dejando el leon en tierra, él se echó á nado empos de su bienhechor, y sin poder ser socorrido se ahogó. Pues ¿qué diré de la lealtad y agradecimiento de los caballos? Plinio (*b*) escribe de algunos, que despues de muertos sus señores sintieron tanto sus muertes, que vinieron á derramar lágrimas por ellos; y de otros dice que se dejaron morir de hambre por esta causa: y de otros, que tomaron venganza de los matadores de sus señores despeñándolos ó despedazándolos á bocados. Pues ¿que diré del agradescimiento de los perros, de quien el mesmo autor cuenta cosas extrañas? De un perro escribe (*c*) que muerto su señor por unos ladrones, despues de haber por él peleado fuertemente contra ellos, se juntó con el cuerpo muerto, guardándolo y ojeando las aves y las bestias porque no lo comiesen. De otro escribe que viendo muerto á Jason Lucio su señor, nunca mas quiso comer, y así se dejó morir de hambre. Y en su tiempo escribe haber acaescido en Roma otra cosa mas memorable: porque habiendo sido condenado un hombre á muerte, un perro que tenia, ni en la cárcel se apartó jamas dél, ni despues de muerto le desamparó, ántes se estaba siempre á par dél dando tristes aullidos; y (lo que mas es) arrojándole un pedazo de pan, lo tomó en la boca, y lo llevó á la de su señor, y echado el cuerpo en el Tibre, el perro se arrojó tras él, y se ponia debajo dél para sustentarlo, porque no se fuese á fondo. ¿Qué cosa mas admirable, ni de mayor agradecimiento que esta? Pues si las bestias que no tienen razon, sino una sola centella de instincto natural con que reconocen el beneficio, así lo agradecen, y así lo sirven, y acompañan á sus bienhechores, el hombre que tiene tanta mayor lumbre para conocer el bien que recibe, ¿cómo vive tan olvidado de quien tanto bien le hace? ¿Cómo se deja vencer de las bestias en ley de humanidad, de lealtad y de agradescimiento? Especialmente siendo tanto mas lo que el hombre recibe de Dios, que cuanto pueden recebir las bestias de los hombres, y siendo tanto mas excelente la persona que lo da, y el amor con que lo da, y la intencion con que lo da, que no es por interese, sino por sola gracia y amor. Cosa es esta cierto de grande admiracion, y que manifiestamente declara haber demonios que cieguen á nuestros entendimientos y endurezcan nuestras voluntades, y estraguen nuestras memorias para no acordarse de tal bienhechor.

Y si tan grande mal es olvidarse de este Señor, ¿cuánto

(*a*) Rom. 12.

(*b*) Lib. 8, c. 40. (*c*) Ibid.

mayor será ofenderle, y ofenderle con sus mesmos beneficios? El primer grado de ingratitud, dice Séneca, que es no responder al bienhechor con beneficios; el segundo olvidarlos de corazon; el tercero es hacer mal á quien te hizo bien, y este parece el mayor. Pues ¿qué será hacer mal y ofender al bienhechor con los mesmos bienes que él te dió? No sé si ha habido hombre en el mundo que haya hecho con otro hombre lo que los hombres hacen con Dios. ¿Qué hombre habria (por inhumano que fuese) que acabando de recebir de un príncipe grandes mercedes, fuese luego á emplear todas aquellas mercedes en hacer gente contra él? Y tú, malaventurado, con esos mesmos bienes que Dios te dió, nunca cesas de hacer guerra contra él. Pues ¿qué cosa mas abominable? (*a*) ¿Cuál sería la traicion de una mujer casada, si las joyas que su marido le inviase para honrarla y provocarla mas á su amor, las diese ella á un adúltero para ganarle la voluntad y tener mas segura su aficion? Si alguna cosa fea se pudiese en el mundo pintar, esta parece que lo sería, y aquí la injuria no es mas que de hombre á hombre, que es de un igual á otro igual. Pues ¿cuánto mayor mal es, cuando esta mesma injuria se hace contra Dios? Pues ¿qué otra cosa hacen los hombres, cuando las fuerzas, y la salud, y los bienes que Dios les dió emplean en malas obras? Con las fuerzas se hacen mas soberbios, con la hermosura mas vanos, con la salud mas olvidados de Dios, con la hacienda mas poderosos para tragarse los flacos y competir con los mayores, y para regalar su carne, y comprar la castidad de la inocente doncella, y hacer que ella venda como otro Júdas (*b*) el precio de la sangre de Cristo, y ellos la compren por dinero, como hicieron los judíos. Pues ¿qué diré del abuso de todos los otros beneficios? De la mar se sirven para sus gulas, de la hermosura de las criaturas para sus lujurias, de los fructos y bienes de la tierra para sus avaricias, de las habilidades y gracias naturales para sus soberbias. Con las prosperidades se enloquecen, con las adversidades desmayan. De la noche se sirven para encubrir sus hurtos, y del dia para tender sus redes, como se escribe en Job (*c*). Finalmente todo lo que Dios crió en este mundo para gloria suya, han ellos ofrecido á los antojos de su locura.

Pues ¿qué diré de sus aguas de olores, de sus perfumes, de sus vestidos, de sus labrados, de sus potajes y diferencias de guisados, de que están por nuestros pecados, no solamente escriptos, sino tambien impresos libros? Tanto ha crecido la desvergüenza y el regalo. De todas estas cosas tan preciosas, por quien habian de dar á Dios alabanzas, usan para cebo de sus lujurias; pervertiendo todas las criaturas de Dios, y haciendo instrumentos de vanidad lo que habia de ser instrumento de virtud. Finalmente, todas las cosas del mundo tienen dedicadas para regalo de su carne, y ninguna para el prójimo, por Dios tan encomendado. Para solo este son pobres, para solo este se les acuerda que tienen deudas, para todo lo demas ni deben ni les falta.

No aguardes pues, hermano, á que á la hora de la muerte se te haga este cargo tan peligroso, que cuanto es mayor, tanto será mas estrecha la cuenta que se te pidiere. Linaje de juicio es dar mucho á quien lo agradece poco; y señal de reprobacion es darlo á quien siempre usa mal dello. Tengamos por último linaje de afrenta que las bestias nos hagan ventaja en esta virtud; pues ellas son agradecidas á sus bienhechores, y nosotros no. Porque si los varones de Nínive (*d*) se levantaran en juicio, y condenaran á los judíos porque no hicieron penitencia con la predicacion de Cristo, miremos no nos condene este mesmo Señor con ejemplo de las bestias; pues ellas amaron á sus bienhechores, y nosotros no.

(*a*) Ezech. 16. (*b*) Matth. 26. (*c*) Iob. 24.

CAPITULO IV.

Del cuarto título por donde estamos obligados á la virtud, que es el beneficio inestimable de nuestra redempcion.

Vengamos al beneficio inestimable de nuestra redempcion. Para hablar deste misterio, verdaderamente yo me hallo tan indigno, tan corto, y tan atajado, que ni sé por do comience, ni dónde acabe, ni qué deje, ni qué tome para decir. Si no tuviera la torpeza del hombre necesidad destos estímulos para bien vivir, mejor fuera adorar en silencio la alteza deste misterio, que borrallo con la rudeza de nuestra lengua. Cuentan de un famoso pintor, que habiendo pintado en una tabla la muerte de una doncella hija de un rey, y debujado en torno della los deudos con rostros en gran manera tristes, y á la madre mucho mas triste, cuando vino á querer debujar el rostro del padre, cubriólo de industria con una sombra: para dar á entender que allí ya faltaba el arte para exprimir cosa de tan gran dolor. Pues si todo lo que sabemos no basta para explicar solo el beneficio de la creacion, ¿qué elocuencia bastará para engrandecer el de la redempcion? Con una simple muestra de su voluntad crió Dios todas las cosas del mundo, y quedáronle las arcas llenas, y el brazo sano acabándolo de criar; mas para haberlo de redemir, sudó treinta y tres años y derramó toda su sangre, y no quedó en él miembro ni sentido que no padeciese su dolor. Menoscabo parece de tan grandes misterios ser con lengua de carne manifestados. Pues ¿qué haré? ¿Callaré, ó hablaré? Ni debo callar, ni puedo hablar. ¿Cómo callaré tan grandes misericordias? y cómo hablaré misterios tan inefables? Callar es desagradecimiento, y hablar parece temeridad. Por esto suplico yo agora, Dios mio, á vuestra infinita piedad, que entretanto que yo estuviere apocando vuestra gloria con mi rudeza, por no saber mas, deseando engrandecella y declaralla, estén allá en el cielo glorificándoos los que os saben alabar, y ellos compongan lo que yo descompongo, y doren ellos lo que el hombre desdora con su poco saber.

Despues de criado el hombre, y puesto por mano de Dios en aquel lugar de deleites en tan grande dignidad y gloria (*e*), estando tan obligado al servicio de su Criador cuanto mas dél habia recebido, alzóse con todo, y de donde habia de tomar mayores motivos para mas amarle, de ahí los tomó para hacerle traicion. Por esta causa fué lanzado del paraiso en el destierro deste mundo, y sobre esto condenado á las penas del infierno; para que, pues habia sido compañero del demonio en la culpa, tambien lo fuese en la sentencia. Dijo el profeta á su criado Giezi, despues que tomó los dones de Naaman leproso (*f*): ¿Tomaste la hacienda de Naaman? Pues la lepra de Naaman se pegará á tí, y á todos tus descendientes eternalmente. Este fué el juicio de Dios contra el hombre: que pues él quiso la riqueza de Lucifer, que fué la culpa de su soberbia, tambien se le pegase la lepra de Lucifer, que fué la pena della. Pues cata aquí al hombre comparado con el demonio, imitador de su culpa y compañero de su pena.

(*d*) Matth. 12. (*e*) Genes. 2 et 3. (*f*) 4. Reg. 5.

Estando pues el hombre tan caido en los ojos de Dios, y en tanta desgracia suya, tuvo por bien aquel Señor (no ménos grande en la misericordia que en la majestad) de mirar, no á la injuria de su bondad soberana, sino á la desventura de nuestra miseria: y teniendo mas lástima de nuestra culpa, que ira por su deshonra, determinó remediar al hombre por medio de su Unigénito Hijo, y reconciliarle consigo. Mas ¿cómo le reconcilió? ¿Cómo lo podrá eso hablar lengua mortal? Hizo tan grandes amistades entre Dios y el hombre, que vino á acabar, no solo que Dios perdonase al hombre, y le restituyese en su gracia, y se hiciese una cosa con él por amor, sino (lo que excede todo encarecimiento), llegó á hacerle tan una cosa consigo, que en todo lo que tiene criado no hay cosa mas una que son ya los dos; porque no solamente son uno en amor y gracia, sino tambien en persona. ¿Quién nunca jamas pensara que así se habia de soldar esta quiebra? ¿Quién imaginara que estas dos cosas, entre quien la naturaleza y la culpa habian puesto tan grande distancia, habian de venir á juntarse, no en una casa, ni en una mesa, ni en una gracia, sino en una persona? ¿Qué cosa mas distantes que Dios y el pecador? ¿Qué cosa agora mas junta que Dios y el hombre? Ninguna cosa hay, dice San Bernardo (*a*), mas alta que Dios, y ninguna mas baja que el cieno de que el hombre fué formado. Mas con tanta humildad descendió Dios al cieno, y con tanta dignidad subió el cieno á Dios, que todo lo que hizo Dios, se diga que lo hizo el cieno; y todo lo que sufrió el cieno, se diga que lo padesció Dios.

¿Quién dijera al hombre cuando tan desnudo y tan enemistado se sintió con Dios, que andaba buscando los rincones del paraiso terrenal para esconderse, que tiempo vendria en que se juntase aquella tan baja substancia en una persona con él? Fué tan estrecha esta junta y tan fiel, que cuando hubo de quebrar, que fué al tiempo de la pasion, ántes quebró que despegó; porque no faltó por la juntura, sino por lo sano: ca pudo la muerte apartar el ánima del cuerpo, que era junta de naturaleza; mas no pudo apartar á Dios, ni del ánima, ni del cuerpo, que era junta de la persona divina; porque lo que una vez por nuestro amor tomó, nunca jamas lo dejó.

Estas son las paces, y este el remedio que nos vino por manos de nuestro Salvador y medianero. Y aunque le seamos tan deudores por este remedio cuanto ninguna lengua criada puede explicar, no ménos lo somos por la manera del remediarnos, que por el mesmo remedio. Mucho os debo, Dios mio, porque me librastes del infierno, y me reconciliastes con vos; mas mucho mas os debo por la manera en que me librastes, que por la libertad que me distes. Todas vuestras obras en todo son maravillosas, y cuando le parece al hombre que no le queda espíritu para mirar sola una, deshácese esta maravilla cuando alza los ojos y mira otra. No es deshonra, Señor, de vuestras grandezas que se deshagan las unas con las otras, sino muestra de vuestra gloria.

Pues ¿qué medio tomastes, Señor, para remediarme? Infinitos medios habia con que pudiérades darme cumplida salud sin trabajo, y sin costa vuestra; pero fué tan grande y tan espantosa vuestra largueza, que por mostrarme mas claro la grandeza de vuestra bondad y amor, quisistes remediarme con tan grandes dolores, que solo pensarlos bastó para haceros sudar sangre (*b*), y el padecerlos, para hacer despedazar á las piedras de dolor. Alábenos, Señor, los cielos, y los ángeles prediquen siempre vuestras maravillas. ¿Qué necesidad teníades vos de nuestros bienes? ¿ni qué perjuicio os venia de nuestros males? Si pecares, dice Job (*c*), ¿qué mal le harás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿en qué le dañarás? Y si bien hicieres, ¿qué le darás? ¿ó qué podrá él recebir de tus manos? Pues aquel Dios tan rico y tan exempto de males, aquel cuyas riquezas, cuyo poder, cuya sabiduria ni puede crescer, ni ser mas de lo que es; aquel que ni ántes de la creacion del mundo, ni agora despues de criado, es mayor ni menor de lo que era: ni porque todos los ángeles y hombres se salven y le alaben, es en sí mas honrado; ni porque todos se condenen y le blasfemen, ménos glorioso. Este tan gran Señor, no por necesidad, sino por caridad, siendo nosotros sus enemigos y traidores, tuvo por bien de inclinar los cielos de su grandeza (*d*), y descender á este lugar de destierro, y vestirse de nuestra mortalidad, y tomar sobre sí todas nuestras deudas, y padescer por ellas los mayores tormentos que jamas se padescieron ni padescerán. Por mí, Señor, naciste en un establo (*e*), por mí fuiste reclinado en un pesebre, por mí circuncidado al octavo dia, por mí desterrado en Egipto; y por mí finalmente perseguido y maltratado con infinitas maneras de injurias (*f*). Por mí ayunaste, velaste, caminaste, sudaste, lloraste, y probaste por experiencia todos los males que habia merecido mi culpa, no siendo tú el culpado, sino el ofendido (*g*). Por mí finalmente fuiste preso, desamparado, vendido, negado, presentado ante unos y otros tribunales y jueces; y ante ellos acusado, abofeteado, infamado, escupido, escarnescido, azotado, blasfemado, muerto y sepultado (*h*). Finalmente remediástesme muriendo en una cruz, y acabando la vida en presencia de vuestra Santísima Madre (*i*), con tan grande pobreza que no tuvistes una sola gota de agua en la hora de vuestra muerte (*k*); y con tan gran desamparo de todas las cosas, que de vuestro mesmo Padre fuistes desamparado. Pues ¿qué cosa de mayor espanto que venir un Dios de tan grande majestád á acabar así la vida en un madero con título de malhechor?

Cuando un hombre, por bajo que sea, viene por su culpa á parar en este lugar, si por caso le conocias ántes, y te llegas á él de cara para mejor verle, apénas acabas de maravillarte, considerando á cuán baja suerte le trajo su miseria, que así viniese á acabar. Pues si es cosa de admiracion ver un hombre bajo en tal lugar, ¿qué será ver en el mesmo al Señor de todo lo criado? ¿Qué será ver á Dios en tal lugar, que para un malhechor es abatido? Y si cuanto la persona justiciada es mas alta y mas conocida, tanto mayor espanto nos pone su caida, vosotros, ángeles bienaventurados, que tan bien conoceis la alteza deste Señor, ¿qué sentistes, cuando allí lo vistes? Mirando se están uno á otro los querubines, que mandó Dios poner á los dos lados del arca del Testamento (*l*), vueltos los rostros al propiciatorio, con semblante de maravillados, para dar á entender cuán espantados están aquellos espíritus soberanos, considerando esta obra de tanta piedad, que es mirando á Dios hecho propiciatorio del mundo en aquel sancto madero. Como atónita queda la mesma naturaleza, suspensas están todas las criaturas, espántanse los principados y potestades del cielo de

(*a*) Vid. Ber. super Cantica hom. 59, et homil. 64. (*b*) Lucæ 22. Matt. 27.

(*c*) Iob. 35. (*d*) Ephes. 2. Colos. 2. Rom. 5. (*e*) Lucæ. 2. (*f*) Matt. 2. (*g*) Marci 1. (*h*) Matt. 26 et 27. (*i*) Joan. 19. (*k*) Psal. 21 et 68. Matt. 27. (*l*) Exod. 25.

tan inestimable bondad como por aquí conocen en Dios. Pues ¿quién no cae debajo de la ola de tan grandes maravillas? ¿Quién no se ahoga en este piélago de tanta piedad? ¿Quién no sale fuera de sí, como hizo Moysen en el monte, cuando mostrándole Dios la figura deste misterio, daba voces y decia (*a*): Misericordioso, piadoso, sufridor, Dios de gran misericordia: sin saber decir otra cosa mas que proclamar á gritos aquella gran misericordia que Dios allí le habia representado? ¿Quién no cubre aquí sus ojos como Elías (*b*) cuando ve pasar á Dios, no con pasos de majestad, sino de humildad; no trastornando los montes, y quebrantando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos, y haciendo despedazar á las piedras de compasion? Pues ¿quién no cerrará aquí los ojos de su entendimiento, y abrirá los senos de su voluntad, para que ella sienta la grandeza deste amor y beneficio, y ame cuanto pudiere, sin tasa y sin medida? ¡Oh alteza de caridad! ¡Oh bajeza de humildad! ¡Oh grandeza de misericordia! ¡Oh abismo de incomprehensible bondad!

Pues si tanto, Señor, os debo porque me redemistes, ¿cuánto os deberé por esta manera de remedio? Redemistesme con inestimables dolores y deshonras, y con venir á ser oprobrio de los hombres, y desecho del mundo (*c*): con estas deshonras me honrastes, con estas acusaciones me defendistes, con esta sangre me lavastes, con esta muerte me resuscitastes, y con esas lágrimas vuestras me librastes de aquel perpetuo llanto y crujir de dientes. ¡Oh buen padre que así amais á vuestros hijos! ¡Oh buen pastor que así os dais en pasto y mantenimiento a vuestro ganado! ¡Oh fiel guardador que asi os entregais a la muerte por los que os encargastes de guardar! Pues ¿con qué dádivas responderé á esta dádiva? ¿Con qué lágrimas á esas lágrimas? ¿Con qué vida pagaré esa vida? ¿Qué va de vida de hombre á vida de Dios, y de lágrimas de criatura á lágrimas de Criador?

Y si por ventura te paresce, hombre, que no le debes tanto porque no padesció por tí solo, sino tambien por todos los otros, no te engañes: porque realmente de tal manera padesció por todos, que tambien padesció por cada uno. Porque con su sabiduría infinita él tuvo todos aquellos por quien padesció tan presentes ante sus ojos, como si fueran uno solo, y con su caridad inmensa abrazo a todos y á cada uno, y derramó su sangre por él como por todos. Finalmente tan grande fué su caridad, que (como dicen los sanctos) si uno solo entre todos los hombres fuera culpado, por él solo padeciera lo que padesciera por todos. Mira pues agora cuánto debes á este Señor, que tanto hizo por tí; y que tanto mas hiciera de lo que hizo, si te fuera necesario.

§. I.

Colige de lo dicho cuán gran mal sea ofender á nuestro Señor.

Pues díganme agora todas las criaturas si puede ser beneficio mayor, ni obligacion mayor, ni gracia mayor. Digan todos los coros de los ángeles, si ha hecho Dios otro tanto por ellos. Pues ¿quién no se ofrecerá del todo al servicio de tal Señor? Tres veces (dice Sant Anselmo) te debo, Señor, todo lo que soy: porque me criaste, te debo todo lo que hay en mí; y porque despues me redemiste, te debo aun con mas justo título la mesma deuda; y porque despues de todo esto te me prometes en galardon, tambien me debo todo. Pues ¿cómo no me entregaré yo una vez á quien por tantos títulos me debo? ¡Oh ingratitud y dureza de corazon humano, si con tales beneficios no se vence! No hay cosa tan dura que por algun artificio no se pueda ablandar. Los metales se regalan con el fuego, el hierro se ablanda en la fragua, la dureza del diamante se doma y labra con sangre de animales. Mas ¡oh corazon mas que de piedra, mas que de hierro, mas que de diamante, á quien ni ablanda el fuego del infierno, ni el regalo de padre tan piadoso, ni la sangre del Cordero sin mancilla, derramada por tí!

Pues habiendo vos, Señor, descubierto á los hombres tal bondad y misericordia, ¿es cosa tolerable que haya quien no os ame? que haya quien deste beneficio se olvide? que haya quien con todo esto os ofenda? ¿A quién ama quien á vos no ama? ¿Qué beneficios agradesce quien los vuestros no agradesce? ¿Cómo no serviré yo á quien así me amó, así me buscó, así me remedió? Si yo, dice el Salvador (*d*), fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí. ¿Con qué fuerzas? ¿con qué cadenas? Con fuerzas de amor, y con cadenas de beneficios. Con las cuerdas de Adan lo traeré á mí, dice el Señor (*e*), y con ataduras de amor. Pues ¿quién no será llevado por estas cuerdas? ¿Quién no se dejará prender destas cadenas? ¿Quién no será vencido con tales beneficios?

Y si tan grande culpa es no amar este Señor, ¿qué será ofenderle y quebrar sus mandamientos? ¿Cómo puedes tener manos para ofender aquellas manos que tan liberales fuéron para contigo, hasta ponerse en una cruz? Cuando aquella mala mujer solicitaba al sancto patriarca Josef para que hiciese traicion á su Señor, defendióse el sancto mozo con estas palabras (*f*): Mira que todas cuantas cosas tiene mi señor, ha puesto en mis manos, sacando á tí sola, que eres su mujer: pues ¿cómo podré yo cometer tan gran maldad contra él, y pecar contra Dios? Como si dijera: si mi Señor ha sido tan bueno y tan largo para conmigo, si todo cuanto tiene ha puesto en mis manos, si así me ha honrado y fiado de mí todas las cosas, ¿cómo podré yo (estando preso con tantas cadenas de beneficios) tener manos para ofender á tan buen Señor? Y es de notar que no se contentó con decir: no debo, ó no es razon ofenderle; sino, ¿cómo podré ofenderle? Dando á entender que la grandeza de los beneficios, no solo debe quitar la voluntad, sino tambien en su manera las fuerzas, y la facultad para ofender al bienhechor. Pues si esta manera de agradescimiento merecian aquellos beneficios, ¿qué merecerán los de Dios? Aquel hombre puso en las manos de Josef cuanto tenia: Dios ha puesto en tus manos cuasi todo cuanto tiene. Mira pues cuánto es mas lo que Dios tiene, que lo que aquel tenia; porque tanto mas es lo que tú tienes recebido, que lo que aquel recibió. Si no, dime: ¿qué hacienda tiene Dios que no la haya puesto en tus manos? El cielo, la tierra, el sol, la luna, las estrellas, los rios, los mares, las aves, los peces, los árboles, los animales, y finalmente, todo cuanto hay debajo del cielo, en tus manos está puesto (*g*). Y no solo cuanto hay debajo del cielo, sino tambien cuanto hay sobre el cielo: que es la gloria de allá, y las riquezas y bienes de allá. Todas las cosas, dice el apóstol (*h*), son vuestras: sea Paulo, sea Apolo, sea Pedro, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo venidero: todo es vuestro; porque todo ayuda á vuestra salvacion. Y no solo lo que está sobre los cielos, sino

(*a*) Exod. 34. (*b*) 3. Reg. 19. (*c*) Psal. 21

(*d*) Ioan. 12. (*e*) Osee. 11. (*f*) Gen. 39. (*g*) Psal. 8. (*h*) 1. Cor 3.

tambien el mesmo Señor de los cielos se nos ha dado en mil maneras, en padre, en tutor, en salvador, en maestro, en médico, en precio, en ejemplo, en mantenimiento, en remedio, y en galardon. Finalmente, el Padre nos dió á su Hijo, el Hijo nos mereció al Espíritu Sancto, y el Espíritu Sancto nos hace merecer al mesmo Padre, é Hijo, de quien manan todos los bienes.

Pues si es verdad que cuanto Dios tiene lo ha puesto en tus manos, ¿cómo tienes tú manos para ofender tan larguísimo y piadosísimo bienhechor? Extremo mal parece no agradescer tan grandes bienes: pues ¿qué será añadir al desagradecimiento menosprecio y ofensas del bienhechor? Si aquel mancebo se hallaba tan captivo (*a*) y tan impotente para ofender á quien le habia puesto en las manos toda su casa: ¿cómo tienes tú fuerzas para ofender á quien el cielo y la tierra y á sí mesmo puso en tus manos? ¡Oh mas ingrato que los brutos animales, mas fiero que las fieras, y mas insensible que todas las cosas insensibles, si no sientes este mal! Porque, ¿qué fiera, qué leon, qué tigre se desmandó en hacer mal á quien bien le hace? De un perro escribe Sant Ambrosio (*b*) que estuvo toda una noche llorando y aullando á su señor, porque se lo habia muerto un su contrario; y como otro dia por la mañana se llegase mucha gente á ver el muerto, y tambien entre ellos el matador, arremetió luego contra él, y á bocados y ladridos dió á entender la culpa secreta del malhechor. Pues si los perros por un pedazo de pan, tal amor y fe tienen con sus señores, ¿cómo serás tú tan ingrato, que en ley de agradescimiento y humanidad te dejes vencer de un perro? Y si aquel animal tanto se indignaba contra quien le mató á su señor, ¿cómo no te indignarás tú contra los que mataron al tuyo? Y ¿quién son (si piensas) los que le mataron, sino tus pecados? Estos fuéron los que le prendieron, estos los que le ataron, azotaron y pusieron en cruz: tus pecados digo fuéron la causa. Porque no fueran los verdugos poderosos para esto, si tus pecados no lo fueran. Pues ¿por qué no te embravecerás contra estos tan crueles homicidas que quitaron la vida á tu Señor? ¿Por qué viéndole muerto ante ti y por ti, no crecerá mas en ti el amor para con él, y el aborrescimiento contra el pecado que le mató?

Especialmente sabiendo que todo lo que él en este mundo hizo, dijo y padeció, fué por causar en nuestros corazones aborrecimiento dél. Por matar el pecado murió: y por echarle clavos en piés y manos se dejó él enclavar en los suyos. Pues ¿por qué quieres tú hacer para ti vanos todos los trabajos y sudores de Cristo, pues te quieres quedar en aquella mesma servidumbre de que él con su sangre te libró? ¿Cómo no temblarás de solo el nombre del pecado, pues ves á Dios hacer tan extrañas cosas para destruirlo? ¿Qué mas habia que hacer para retraer á los hombres de pecar, que ponérseles el mesmo Dios delante atravesado en un madero? ¿Quién osaria ofender á Dios, si viese el paraíso y el infierno abierto delante de sí? Pues sin duda mayor cosa es ver á Dios puesto en la cruz, que todo esto. Por donde á quien no mueve esta hazaña tan grande, no sé que otra cosa le puede mover.

CAPITULO V.

Del quinto título, por dó estamos obligados á la virtud, que es el beneficio de nuestra justificacion.

Mas ¿qué nos aprovechará el beneficio de la redempcion si no se siguiera el de la justificacion, mediante la cual se nos aplica la virtud deste soberano beneficio? Porque así como no aprovechan las medicinas cuando no se aplican á las dolencias, así no aprovechara esta celestial medicina, si por medio deste beneficio no se nos aplicara. El cual oficio señaladamente pertenesce al Espíritu Sancto, á quien se atribuye la sanctificacion del hombre; porque él es el que previene al pecador con su misericordia, y prevenido le llama, y llamado le justifica, y justificado le guia derechamente por las sendas de la justicia; y así le lleva hasta el cabo con el don de la perseverancia, y despues le da la corona de la gloria: porque todos estos beneficios comprehende este tan grande beneficio.

§. I.

Entre los cuales el primero es el de la vocacion y justificacion: que es cuando por virtud deste Espíritu divino, quebradas las cadenas y lazos de nuestros pecados, sale el hombre de la tiranía y subjeccion del demonio, y resuscita de muerte á vida, y de pecador se hace justo, y de hijo de maldicion hijo de Dios. Lo cual en ninguna manera se puede hacer sin especial socorro y favor divino, como claramente lo testificó el Salvador, diciendo (*c*): Nadie puede venir á mí, si mi Padre no le trae. Dando á entender que ni el libre albedrío del hombre, ni todo el caudal de la naturaleza humana basta por sí solo para levantar un hombre del pecado á la gracia, si no entreviniere aquí el brazo de la potencia divina. Sobre las cuales palabras dice Sancto Tomas, que así como la piedra de su propria naturaleza se mueve á lo bajo, y no puede subir por sí á lo alto, si no hay alguna cosa de fuera que la levante, así tambien el hombre por la corrupcion del pecado (cuanto es de su cosecha) siempre tira para bajo, que es al amor y deseo de las cosas terrenas: mas si se ha de levantar á lo alto, que es al amor y deseo sobrenatural de las cosas del cielo, es necesaria la mano y socorro del cielo. La cual sentencia es mucho para notar, y aun para llorar; para que por ella conozca el hombre á sí mesmo, y entienda la corrupcion de su naturaleza, y la necesidad que tiene de pedir continuamente el socorro y favor divino.

Pues tornando al propósito: por esta causa no puede por sí el hombre levantarse del pecado á la gracia, si la omnipotente mano de Dios no le levanta. Mas ¿quién podrá explicar cuántos beneficios encierra en sí este beneficio? Porque como sea verdad que por este medio es desterrado el pecado del ánima, y el pecado cause innumerables males en ella, ¿qué tan grande será aquel bien que todos estos males echa fuera? Y porque la consideracion deste beneficio incita mucho al agradecimiento dél y al deseo de la virtud, declararé aquí en pocas palabras los grandes bienes que trae consigo este bien.

Porque primeramente por él es el hombre reconciliado con Dios, y restituido en su amistad. Porque el primero y el mayor de todos los males que el pecado mortal hace en un ánima, es hacer á Dios enemigo della: el cual como sea infinita bondad, conforme á esto tiene el aborrecimiento á la maldad. Y así dice el profeta (*d*): Aborreciste á todos los que obran maldad, y destruirás á los que hablan mentira; y al varon derramador de sangre y engañoso abominarlo ha el Señor. Este es el mayor de todos los males del mundo, y el causador de todos

(*a*) Gen., 39. (*b*) Idem dicit Plin., lib. 8, c. 4.

(*c*) Ioan. 6. (*d*) Psal. 5.

ellos; así como por el contrario el amarnos Dios es el mayor de todos los bienes, y la causa dellos. Pues deste mal tan grande somos librados por el beneficio de la justificacion, por el cual somos reconciliados con Dios, y de enemigos hechos amigos; y no en cualquier grado de amistad, sino en uno de los mayores que puede haber, que es amor de padre á hijos. Lo cual con mucha razon encaresce el amado evangelista Sant Juan, diciendo (a): Mirad que tan grande es el amor que Dios nos tiene, pues nos levantó á tanta honra, que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos. No se contentó con decir que nos llamásemos, sino añadió tambien que lo fuésemos, para que clara y distinctamente conociese la bajeza y desconfianza humana la largueza de la gracia divina, y que no solo era esta honra de nombre y de título, sino tambien de obras y de hecho. Pues si tan grande mal es estar en odio de Dios, ¿qué tan grande bien será estar en gracia con Dios? pues como dicen los filósofos, tanto una cosa es mas buena, cuanto mas mala es su contraria: por donde aquella será sumamente buena, que contradice á la sumamente mala, cual es el ser el hombre aborrescido de Dios. Y si acá en el mundo se tiene en tanto estar en gracia el hombre con su señor, con su padre, con su príncipe, con su prelado, y con su rey, ¿qué será estar en gracia con aquel sumo príncipe, y soberano padre, y altísimo señor, con quien comparadas todas las dignidades y principados de la tierra, así son como si no fuesen? La cual gracia tanto es mayor, cuanto mas graciosamente se da: pues es cierto que así como ántes del beneficio de la creacion no pudo el hombre hacer cosa por donde mereciese el sér (pues entónces no era), así despues de caido en pecado, no pudo hacer cosa merecedora deste tan grande bien: no porque no era, sino porque era malo y desagradable á Dios.

Otro beneficio es despues deste, librar al hombre de la condenacion de las penas eternas, á que por el pecado estaba obligado. Porque así como el pecado hace al hombre aborrescible á Dios (segun dijimos), y nadie pueda ser aborrecido dél sin grandísimo daño suyo, de aquí es que porque los malos pecando se apartan de Dios y le desprecian, merecen por esto ser ellos despreciados y desechados de la vista, y de la compañía, y de la casa hermosísima de Dios. Y porque apartándose de Dios, amaron desordenadamente las criaturas, es justo sean atormentados por todas ellas, y condenados á penas eternas, con las cuales comparadas todas las desta vida, mas parecen pintadas que verdaderas. Y con estos males se juntará aquel gusano inmortal (b) que siempre roerá y despedazará las entrañas y conciencias de los malos. Pues ¿qué diré de la compañía de todos aquellos perversos espíritus, y de todos los condenados, y de aquella tristísima y escurísima region llena de tinieblas y confusion (c), donde ningun órden hay, ninguna alegría, ningun reposo, ninguna paz, ningun descanso, ninguna satisfaccion, ninguna esperanza, sino eterno llanto, eterno crujir de dientes, eterna rabia, y eternas blasfemias y maldiciones? Pues de todos estos males tan grandes libra Dios á los que justifica, los cuales despues de reconciliados con él, y admitidos á su gracia, están libres desta ira, y del castigo desta venganza.

Otro beneficio mas espiritual es la renovacion y reformacion del hombre interior, que por el pecado quedó estragado y deformado. Porque el pecado primeramente despoja al ánima, no solamente de Dios, sino tambien de todas las fuerzas sobrenaturales, y de todas las riquezas y dones del Espíritu Sancto, con los cuales estaba ella hermoseada, armada y enriquecida; y siendo privada destos bienes de gracia, es luego herida y lisiada en las habilidades y dotes de naturaleza. Porque como el hombre sea criatura racional, y el pecado sea obra contra razon, y sea cosa tan natural destruir un contrario á otro contrario, de aquí es que cuanto mas se multiplican los pecados, tanto mas se estragan las potencias del ánima, no en sí mesmas, sino en las habilidades que tienen para obrar. Y así los pecados hacen al ánima miserable (d), enferma, tardía, é instable para todo lo bueno, é inclinada á todo lo malo; flaca para resistir á las tentaciones, y pesada para andar por el camino de los mandamientos divinos. Privanla tambien de la verdadera libertad y señorío del espíritu, y hácenla captiva del demonio, del mundo, y de la carne, y de sus proprios apetitos; y así vive en un muy mas duro y miserable captiverio que fué el de Babilonia y de Egipto (e). Y juntamente con esto entorpecen y hacen botos todos los sentidos espirituales de las ánimas, de tal manera que ni oyen las voces é inspiraciones de Dios, ni ven los grandes males que les estan aparejados, ni perciben el olor suavísimo de las virtudes y ejemplos de los sanctos, ni gustan cuán suave es el Señor, ni sienten los azotes ni los beneficios con que son provocados á su amor; y sobre todo esto, quitan la paz y alegría de la consciencia, apagan el fervor del espíritu y dejan al hombre sucio, feo y abominable en el acatamiento de Dios y de sus sanctos.

Pues de todos estos males nos libra este beneficio; porque no se contenta aquel abismo de misericordia con perdonar los pecados, y recebirnos en su gracia, si no destierra tambien todos estos males que consigo acarreó la culpa, reformando y renovando nuestro hombre interior. Y asi cura nuestras llagas, lava nuestras inmundicias, rompe las ataduras de los pecados, sacude el yugo de los malos deseos, líbranos de la servidumbre y captiverio del demonio, mitiga el furor de nuestras malas inclinaciones, restitúyenos la verdadera libertad y hermosura del ánima, vuélvenos la paz y alegría de la buena conciencia, aviva los sentidos interiores, hácenos lijeros para el bien, tardíos y pesados para el mal, fuertes y constantes para resistir las tentaciones, y con esto nos enriquece de buenas obras. Finalmente de tal manera repara nuestro hombre interior con todas sus potencias (f), que llama el apóstol á los que así están justificados, renovados, y nuevas criaturas. La cual renovacion es tan grande, que cuando se hace por el baptismo se llama regeneracion, y cuando por la penitencia, resurreccion (g): no solo porque resucita al ánima de la muerte del pecado á la vida de gracia, sino porque tambien imita en su manera la hermosura de la resurreccion advenidera. Lo cual es en tanto grado verdad, que ninguna lengua basta para declarar la hermosura de un ánima justificada, sino solo aquel espíritu divino que la hermosea, y hace templo y morada suya. Por donde si quisiéremos comparar todas las riquezas de la tierra, todas las honras del mundo, todas las gracias naturales, y todas las virtudes acquisitas con la hermosura y riqueza desta ánima, todas parecerán escurísimas y vilísimas en presencia della. Porque la ventaja que hace el cielo á la

(a) 1. Ioan. 3. (b) Isai. 66. Marci. 9. Eccle. 7. (c) Iob. 10.

(d) Ioann. 8, vers. 34. (e) Psal. 9, á vers. 20. vulgata. (f) Galat. 6. (g) Ad. Tit. 3.

tierra, y el espíritu al cuerpo, y la eternidad al tiempo, esa hace la vida de gracia á la vida de naturaleza, y la hermosura del ánima á la hermosura del cuerpo, y las riquezas interiores á las exteriores, y la fortaleza espiritual á la natural. Ca todas estas cosas son limitadas y temporales, y hermosas á solos los ojos corporales, para las cuales basta el concurso general de Dios: mas para estotra es menester concurso especial y sobrenatural, y no se pueden llamar temporales, pues nos llevan á la eternidad, ni tampoco del todo finitas, pues son merecedoras de Dios, en cuyos ojos son tan preciosas y de tanto valor, que lo enamoran de su hermosura.

Y pudiendo Dios obrar todas estas cosas con sola su asistencia y voluntad, no quiso sino adornar el ánima con todas las virtudes infusas y siete dones del Espíritu Sancto, con las cuales no sola la esencia del ánima, pero todas sus potencias quedan vestidas y ataviadas con todos estos hábitos celestiales.

Y sobre todos estos beneficios añade otro aquella infinita bondad y largueza, que es la presencia y asistencia del Espíritu Sancto, y de toda la Sanctísima Trinidad (*a*), que deciende á morar en el ánima del justificado, para enseñarle á usar de toda esta hacienda, como hace el buen padre, que no contento con dar su hacienda á su hijo, dale tambien un tutor y gobernador para que le sepa administrar. De manera que así como en el ánima del que está en pecado, moran víboras, dragones y serpientes, que es la muchedumbre de los espíritus malignos que en ella hacen su habitacion, como dice el Salvador por Sant Mateo (*b*), así por el contrario, en el ánima del justificado entra el Espíritu Sancto, y toda la Sanctísima Trinidad, y desterrados todos estos monstruos y fieras infernales, hace allí su templo y su habitacion, como expresamente lo testificó el Salvador diciendo (*c*): Si alguno me ama, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y á él vendrémos, y en él harémos nuestra morada. Por virtud de las cuales palabras confiesan todos los doctores sanctos, juntamente con los escolásticos, que el Espíritu Sancto por una especial manera mora en el ánima del justificado, haciendo distinccion entre el Espíritu Sancto; y sus dones, y confesando que no solo se dan á los tales dones del Espíritu Sancto, sino tambien el mesmo Espíritu Sancto, el cual entrando en la tal ánima, la hace templo y morada suya; y para esto él mesmo la limpia y sanctifica, y adorna con sus dones, para que sea morada digna de tal huésped.

A todos estos beneficios se añade otro maravilloso, que es hacerse todos los justificados miembros vivos de Cristo: los cuales ántes eran miembros muertos que no recebian sus influencias. De donde nascen otras grandes y nuevas prerogativas y excelencias: porque de aquí procede que el mesmo Hijo de Dios los ama como á sus miembros, y mira por ellos como por sus miembros, y tiene solícito cuidado dellos como de sus propios miembros, é influye en ellos continuamente su virtud como cabeza en sus miembros, y finalmente el Padre Eterno los mira con amorosos ojos, porque los mira como miembros vivos de su Unigénito Hijo, unidos é incorporados con él por la participacion de su espíritu; y así sus obras le son agradables y meritorias, por ser obras de miembros vivos de su Hijo, el cual obra en ellos todo lo bueno. De la cual dignidad procede, que cuando los tales piden mercedes á Dios, las piden con muy grande confianza: porque entienden que no piden tanto para sí, cuanto para el mesmo Hijo de Dios, que en ellos y con ellos es honrado. Porque como sea verdad que el bien que se hace á los miembros se hace á la cabeza, teniendo ellos á Cristo por cabeza, entienden que pidiendo para sí, piden para ella. Porque si es verdad, como el apóstol dice (*d*), que los que pecan contra los miembros de Cristo, pecan contra el mesmo Cristo, y el mesmo Cristo se tiene por perseguido, cuando por él son sus miembros perseguidos, como él lo dijo al mesmo apóstol, cuando perseguia la Iglesia (*e*), ¿qué maravilla es, que siendo esos miembros honrados, sea el mesmo Cristo honrado en ellos? Y siendo esto así, ¿qué confianza llevará el justo en la oracion, cuando considera que, pidiendo para sí, pide en su manera mercedes al Padre Eterno para su amantísimo Hijo? Pues nos consta que cuando se hacen mercedes á uno por amor de otro, á aquel principalmente se hacen por cuyo amor se hacen: como vemos que el que sirve al pobre por amor de Dios, no sirve tanto al pobre cuanto á Dios.

A todos estos beneficios se añade el postrero á quien los otros se ordenan, que es título y derecho que se da á los justificados de la vida eterna. Porque nuestro inmenso Dios (en quien tanto resplandesce la justicia juntamente con la misericordia) así como obliga á todos los pecadores impenitentes á los tormentos eternos, así accepta á todos los verdaderos penitentes á la vida perdurable: y pudiendo él perdonar los pecados, y admitir los hombres á su amistad y gracia, sin levantarnos á la participacion de su gloria, no lo quiso hacer así (*f*); sino á los que misericordiosamente perdonó, justificó, y á los que justificó, hizo hijos, y á los que hizo hijos, hizo tambien herederos y particioneros en su mesma heredad y hacienda con su Unigénito Hijo. Y de aquí nasce la esperanza viva que los alegra en todas sus tribulaciones con la prenda deste incomparable tesoro; porque aunque se vean cercados de todas las angustias, enfermedades y miserias desta vida, saben cierto que no igualan las pasiones deste siglo con la gloria advenidera que en ellos será revelada (*g*). Antes las tribulaciones momentáneas (*h*) y livianas que padescen, les son causa de un inestimable peso de gloria sobre todo lo que se puede encarecer.

Estos pues son los beneficios que comprehende en sí este inestimable beneficio y obra de la justificacion: la cual Sant Augustin (*i*) con mucha razon tiene en mas que la creacion del mundo, pues con una palabra crió Dios el mundo; mas para sanctificar al hombre derramó su sangre, y padesció tantos y tan grandes tormentos. Pues si tanto debemos á este Señor por el beneficio de la creacion, ¿cuánto mas le deberémos por el de la justificacion, que cuanto mas le costó, tanto mas con él nos obligó?

Y aunque nadie pueda saber con evidencia si está justificado, pero puede tener desto grandes conjeturas: entre las cuales no es la ménos principal la mudanza de la vida, cuando el que en un tiempo cometia con gran facilidad mil mortales pecados, agora por todo el mundo no cometerá uno. Vea pues el que así se halla, cuán obligado está al servicio de su sanctificador, que de tantos males le libró, y tantos bienes le hizo, cuantos aquí se han declarado. Mas si por ventura se halla en mal estado, no sé con qué lo pueda mas mover á salir dél, que

(*a*) Ioann. 14. (*b*) Matth. 12. Luc. 11. (*c*) Ioann. 14.

(*d*) 1. Cor. 6. (*e*) Act. 9. (*f*) Rom. 8. (*g*) Ibid. (*h*) 2. Cor. 4.
(*i*) Tract. 72, in Ioan., t. 9. et D. Thom. 1, 2, q. 113, art. 9.

con la representacion de tan grandes males como aquí ha visto que consigo trae el pecado, y con el tesoro de tan grandes bienes como consigo acarrea este incomparable beneficio.

§. II.

De los otros efectos que el Espíritu Sancto obra en el ánima del justificado, y del Sacramento de la Eucaristía.

Mas no paran aquí los beneficios y obras del Espíritu Sancto. Porque no se contenta este Divino espíritu con ayudarnos á entrar por la puerta de la justicia; mas ayúdanos tambien despues de entrados á andar por los caminos della, hasta llevarnos salvos y seguros por todas las ondas deste mar tempestuoso al puerto de la salud. Porque entrando mediante el beneficio susodicho en el ánima del justificado, no está allí ocioso; porque no se contenta con honrar la tal ánima con su presencia, sino tambien la sanctifica con su virtud, obrando en ella y con ella todo lo que conviene para su salud. Y así está allí como padre de familia en su casa, gobernándola; y como maestro en su escuela, enseñándola; y como hortelano en su huerta, cultivándola; y como rey en su proprio reino, rigiéndola; y como el sol en este mundo, alumbrándola; y finalmente como el ánima en su cuerpo dándole vida, sentido y movimiento: aunque no como forma en materia, sino como padre de familia en su casa. Pues ¿qué cosa mas rica, ni mas para desear que tener dentro de sí tal huésped, tal gobernador, tal guia, tal compañía, tal tutor y ayudador? El cual como sea todas las cosas, todo lo obra en las ánimas donde mora. Porque él primeramente como fuego alumbra nuestro entendimiento, inflama nuestra voluntad, y nos levanta de la tierra al cielo. Él otrosí como paloma nos hace sencillos, mansos, tratables y amigos unos de otros. Él tambien como nube nos defiende de los ardores de nuestra carne, y templa el fervor de nuestras pasiones, y él finalmente como viento vehementísimo mueve é inclina nuestra voluntad á todo lo bueno, y apártala y desaficiónala de todo lo malo. De donde vienen los justificados á aborrescer tanto los vicios que ántes amaban, y á amar tanto las virtudes que ántes aborrescian, como claramente lo representa en su persona el sancto rey David (*a*), el cual en una parte dice que aborrescia y abominaba toda maldad, y en otra dice (*b*) que amaba y se deleitaba en la ley de Dios, como en todas las riquezas del mundo. Y la causa desto era, porque el Espíritu Sancto (como buena madre) le habia puesto acíbar en los pechos del mundo, y miel suavísima en los mandamientos de Dios.

En lo cual parece claro como todos nuestros bienes, y todo nuestro aprovechamiento se deben á este espíritu divino: de tal manera que si nos apartamos del mal, por él nos apartamos, y si hacemos bien, por él le hacemos, y si perseveramos en él, por él perseveramos, y si nos dan galardon por este bien, él mesmo es el que lo da. Por donde se ve claro lo que dice Sant Augustin (*c*), que cuando Dios paga nuestros servicios, galardona sus beneficios, y así por una gracia nos da otra gracia, y por una merced otra merced. El sancto patriarca Josef (*d*) no se contentó con dar á sus hermanos el trigo que venian á comprar en Egipto, pero mandó tambien que á la boca de los costales en que lo llevaban, les pusiesen el dinero que traian para comprarlo; y lo mesmo hace en su manera con los suyos este Señor, porque él les da la vida eterna, y tambien la gracia, y la buena vida con que se compra. Conforme á lo cual dice muy bien Eusebio Emisseno: *Qui ideo colitur, ut misereatur, iam misertus est, ut coleretur.* Quiere decir: el que es servido y venerado porque use con nosotros de su misericordia, ya usó de misericordia, cuando nos dió que así le sirviésemos y venerásemos.

Ponga pues el hombre los ojos en su vida, y mire, como dice este mesmo doctor, cuántos bienes ha hecho, y de cuántos males, de cuántos engaños, de cuántos adulterios, de cuántos robos, de cuántos sacrilegios el Señor le ha librado; y por aquí verá cuánto le debe por todo esto. Porque, como dice Sant Augustin (*e*), no es menor misericordia haber prevenido él estos males para que no los hiciese, que perdonárselos despues de hechos, sino mucho mayor. Y así dice él escribiendo á una vírgen: todos los pecados ha de hacer cuenta el hombre que le perdonó el que le dió gracia para que no los cometiese, y por tanto no quieras amar poco, como si te perdonaran poco; mas ántes ama mucho, porque te fué dado mucho. Ca si ama mucho aquel á quien fué concedido que no pagase, ¿cuánto mas debe amar aquel á quien fué dado que poseyese? Porque quien quiera que dende el principio de su vida perseveró casto, por él es regido; y quien de deshonesto se hizo honesto, por él es corregido; y quien hasta el fin permanesce deshonesto, por él es justamente desamparado. Pues siendo esto así, ¿qué resta, sino que con el profeta digamos (*f*): Sea llena, Señor, mi boca de alabanza, para que cante tu gloria todo el dia. Sobre las cuales palabras dice el mesmo Sant Augustin: ¿qué cosa es todo el dia? Perpetuamente y sin cesar. En las prosperidades os alabaré, Señor, porque me consolais; y en las adversidades, porque me castigais. Antes que fuese, porque me hecistes; y despues que soy, porque me distes sér. Cuando pequé, porque me perdonastes; cuando me volví á vos, porque me ayudastes; y cuando perseveré hasta el fin de la vida, porque me coronastes. Por esto será mi boca llena de alabanza, y cantaré vuestra gloria todo el dia.

Aquí se ofrecia materia para tratar del beneficio de los Sacramentos (que son los instrumentos de nuestra justificacion) y señaladamente del Sancto Baptismo, y de la lumbre de fe y gracia que con él se nos dió. Mas porque desta materia tratamos en otros lugares (*g*), al presente no diré mas: aunque no se puede callar aquella gracia de gracias, y Sacramento de Sacramentos, por el cual quiso Dios morar en la tierra con los hombres, y dárseles cada dia en mantenimiento y en remedio. Una vez fué ofrescido en sacrificio por nosotros en la cruz; mas aquí cada dia se ofresce en el altar por nuestros pecados. Cada vez (dice él) que esto hiciéredes (*h*), hacedlo en memoria de mí. ¡Oh memorial de salud! ¡Oh sacrificio singular, hostia agradable, pan de vida, mantenimiento suave, manjar de reyes, y manná que en sí contiene toda suavidad! ¿Quién te podrá cumplidamente alabar (*i*)? ¿Quién dignamente recibir? ¿Quién con debido acatamiento venerar? Desfallece mi ánima pensando en ti (*k*), no puede mi lengua hablar de ti, ni puedo cuanto deseo engrandecer tus maravillas.

Y si este beneficio concediera el Señor á solos innocentes y limpios, aun fuera dádiva inestimable; mas ¿qué diré, que por el mesmo caso que se quiso comunicar á

(*a*) Psal. 118. (*b*) Psal. 118. (*c*) Lib. 1. Confess. c. 20. (*d*) Gen. 42.

(*e*) Lib. 2. Confess. c. 7. (*f*) Psal. 70. (*g*) del Mem. (*h*) Luc. 22. 1. Cor. 11. (*i*) Sap 16. (*k*) Psal. 118

estos, se obligó á pasar por las manos de muchos malos ministros, cuyas ánimas son moradas de Satanás, cuyos cuerpos son vasos de corrupcion, cuya vida se gasta en torpezas y vicios? Y con todo esto por visitar y consolar á sus amigos, consiente ser tratado destos, y tratado con sus manos sucias, y recebido en sus bocas sacrílegas, y sepultado en sus cuerpos hediondos. Una sola vez fué vendido su cuerpo, mas millares de veces lo es en este Sacramento; una vez fué escarnecido y menospreciado en su pasion, mas mil veces lo es de los malos en la mesa del altar; una vez se vió puesto entre dos ladrones, y mil veces se ve aqui envuelto en manos de pecadores.

Pues ¿con qué podrémos servir á un Señor que por tantas vias y maneras pretende nuestro bien? ¿Qué le darémos por este tan admirable mantenimiento? Si los criados sirven á sus amos porque les den de comer; si los hombres de guerra se meten por hierro y por fuego por esta mesma causa, ¿qué deberémos al Señor por este pasto celestial? Y si tanto agradescimiento pedia Dios en la ley por aquel manná que invió de lo alto *(a)*, que era manjar corruptible, ¿qué pedirá por este manjar que no solo es incorruptible, sino que tambien hace incorruptibles á los que dignamente lo reciben *(b)*? Y si el mesmo Hijo de Dios da gracias en el Evangelio á su Padre por una comida de pan de cebada, ¿qué gracias deben los hombres dar por este pan de vida? Si tanto debemos por el mantenimiento con que se sustenta el sér, ¿cuánto mas por aquel con que se conserva el buen sér? Porque no alabamos el caballo por caballo, sino por buen caballo; ni al vino por vino, sino por excelente vino; ni al hombre por hombre, sino por buen hombre. Pues si tanto debes al que te hizo hombre, ¿cuánto le deberás porque te hizo buen hombre? Si tanto por los bienes del cuerpo, ¿cuánto por los bienes del ánima? Si tanto por los bienes de naturaleza, ¿cuánto por los bienes de gracia? Finalmente, si tanto le debes porque te hizo hijo de Adam *(c)*, ¿cuánto mas le deberás porque te hizo hijo de Dios? Pues es cierto (como dice Eusebio Emisseno) que mucho mejor es el dia en que nacemos para la eternidad, que aquel en que nacemos para los peligros del mundo.

Cata aquí pues, hermano, otro nuevo título, que es otra nueva cadena; la cual juntamente con las pasadas prende tu corazon, y te obliga mas á la virtud y al servicio deste Señor.

CAPITULO VI.

Del sexto título por donde estamos obligados á la virtud, que es el beneficio inestimable de la divina predestinacion.

A todos estos beneficios se añade el de la eleccion, que es de solos aquellos que Dios ab eterno escogió para la vida perdurable. Por el cual beneficio el apóstol da gracias en nombre suyo y de todos los escogidos, escribiendo á los de Efeso por estas palabras *(d)*: Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual nos bendijo con todo género de bendiciones espirituales por Cristo: así como por él nos escogió ántes de la creacion del mundo para que fuésemos santos y limpios en sus ojos divinos: y nos predestinó por hijos suyos adoptivos por Jesucristo su Hijo. Este mesmo beneficio engrandesce el profeta real cuando dice *(e)*: Bienaventurado, Señor, aquel que tú escogiste y tomaste para ti; porque este tal morará con tus escogidos en tu casa. Este pues con mucha razon se puede llamar beneficio de beneficios, y gracia de gracias. Es gracia de gracias, porque se da ante todo merescimiento por sola la infinita bondad y largueza de Dios: el cual no haciendo injuria á nadie, ántes dando á cada uno suficiente ayuda para su salvacion, estiende para con otros la inmensidad de su misericordia, como liberalísimo y absoluto señor de su hacienda.

Es otrosí beneficio de beneficios, no solo porque es el mayor de los beneficios, sino porque es el causador de todos los otros. Porque despues de escogido el hombre para la gloria por medio deste beneficio, luego le provee el Señor de todos los otros beneficios y medios que se requieren para conseguirla; como él mesmo lo testificó por un profeta, diciendo *(f)*: Yo te amé con perpetua caridad, y por eso te traje á mí: conviene saber, llamándote á mi gracia, para que por ella alcanzases mi gloria. Pero mas claramente significó esto el apóstol, cuando dijo *(g)*: Los que el Señor predestinó para que fuesen conformes á la imágen de su Hijo (el cual es primogénito entre muchos hermanos) á estos llamó: y á los que llamó, justificó: y á los que justificó, finalmente glorificó. La razon desto es, porque como Dios disponga todas las cosas ordenada y suavemente, despues que tiene por bien escoger á uno para su gloria, por esta gracia le hace otras muchas gracias: porque por esto le provee de todo lo que para conseguir esta primera gracia se requiere. De manera que así como el padre que cria un hijo para clérigo, ó letrado, dende niño le comienza á ocupar en cosas de Iglesia, ó en ejercicios de letras, y todos los pasos de su vida endereza á este fin; así tambien despues que aquel Eterno Padre escoge un hombre para su gloria (á la cual nos lleva el camino de la justicia) siempre procura guiarlo por este camino, para que así alcance el fin determinado.

Pues por este tan grande y tan antiguo beneficio deben dar gracias al Señor los que en sí reconocieren señales dél. Porque dado caso que esté este secreto encubierto á los ojos de los hombres, todavía como hay señales de la justificacion, las hay tambien de la divina eleccion. Y así como entre aquellas la principal es la emienda de la vida, así entre estas lo es la perseverancia en la buena vida. Porque el que ha muchos años que vive en temor de Dios, y con solícito cuidado de huir todo pecado mortal, piadosamente puede creer que, como dice el apóstol *(h)*, le guardará Dios hasta el fin sin pecado para el dia de su venida, y acabará en él lo que comenzó.

Verdad es que no por esto se debe nadie tener por seguro; pues vemos que aquel tan gran sábio Salomon *(i)*, despues de haber tanto tiempo bien vivido, al fin de la vida fué engañado. Pero estas son excepciones particulares de la costumbre general, que es la que el apóstol díce *(k)*, y la que el mesmo Salomon en sus Próverbios enseñó, diciendo *(l)*: Proverbio es, que el mancebo no desamparará en la vejez el camino que siguió en la mocedad. De manera que si fué virtuoso siendo mozo, tambien lo será cuando viejo. Pues con estas y con otras semejantes conjecturas que los sanctos escriben, puede uno humilmente presumir de la infinita bondad de Dios que le tendrá puesto en el número de sus escogidos. Y así como espera en la misericordia deste Señor que se ha de

(a) Exod. 16. *(b)* Ioan. 6. *(c)* Ioan. 1. *(d)* Ephes. 1. *(e)* Psal. 64.

(f) Hierem. 31. *(g)* Rom. 8. *(h)* 1. Cor. 1. *(i)* 3. Reg. 11. *(k)* 1. Cor. 1. *(l)* Prov. 22.



salvar; así puede humilmente presumir que es del número de los que se han de salvar, pues lo uno presupone lo otro.

Siendo esto así, ¡cuán obligado estará el hombre á servir á Dios por un tan grande beneficio como es estar escripto en aquel libro de que el Señor dijo á sus apóstoles (*a*): No os alegreis porque los espíritus malos os obedecen; sino alegráos porque vuestros nombres estan escriptos en los cielos! Pues que tan grande beneficio es ser amado y escogido ab eterno, dende que Dios es Dios, y estar aposentado en su pecho amoroso dende los años de la eternidad, y ser escogido por hijo adoptivo de Dios, cuando fué engendrado el hijo natural de Dios entre los resplandores de los sanctos, que en el entendimiento divino estaban presentes (*b*).

Mira pues atentamente todas las circunstancias desta eleccion, y verás como cada una dellas por sí es un grande beneficio, y una nueva obligacion. Mira cuán digno es el elector que te escogió, que es el mesmo Dios infinitamente rico, y bienaventurado, y que ni de tí ni de nadie tenia necesidad. Mira cuán indigno por sí era el electo, que es una criatura miserable y mortal, subjecta á todas las pobrezas, enfermedades y miserias de esta vida, y obligada á las penas eternas de la otra por su culpa. Mira cuán alta es la eleccion, pues fuiste elegido para un fin tan soberano, que no puede ser otro mayor, que es para ser hijo de Dios, heredero de su reino, y particionero de su gloria. Mira tambien cuán graciosa fue esta eleccion, pues fué (como dijimos) ante todo merescimiento, por solo el beneplácito de la divina voluntad, y, como el apóstol dice (*c*), para gloria y alabanza de la inmensa liberalidad de Dios y de su gracia; porque cuanto es el beneficio mas gracioso, tanto deja al hombre mas obligado. Mira otrosí la antigüedad desta eleccion: pues no comenzó con el mundo, ántes es mas antigua que el mundo, pues corre á la pareja con Dios, el cual así como es ab eterno, así ab eterno amó sus escogidos, y dende entonces los tuvo y tiene delante, y los mira con ojos paternales y amorosos, estando siempre determinado de hacerles un tan grande bien. Mira otrosí la singularidad desta merced, pues entre tanta infinidad de bárbaras naciones, y de condenados, quiso el que te cupiese á tí esta suerte tan dichosa en el número de los escogidos: y así te apartó y entresacó de aquella masa dañada del género humano por el pecado, é hizo pan de ángeles lo que era levadura de corrupcion. En esta circunstancia hay poco que se deba escrebir, pero mucho que se pueda sentir y considerar, para saber agradescer al Señor la singularidad deste beneficio, tanto mayor, cuanto es menor el número de los escogidos, y mayor el de los perdidos, que, como dice Salomon, es infinito (*d*). Y si nada desto te moviere, muévate á lo ménos la grandeza de las expensas que este soberano elector determinó hacer en esta demanda, que fué gastar en ella la vida y sangre de su Unigénito Hijo, el cual ab eterno determinó enviar al mundo para que fuese el ejecutor desta divina determinacion.

Pues siendo esto así, ¿qué tiempo bastará para pensar tantas misericordias? ¿qué lengua para manifestarlas? ¿qué corazon para sentirlas? ¿qué servicios para pagarlas? ¿Con qué amor responderá el hombre á este amor eterno de Dios? ¿Quién aguardará á amar en la vejez á aquel que lo amó dende la eternidad? ¿Quién trocará este amigo por otro cualquier amigo? Porque si en la Escriptura divina es tan preciado el amigo antiguo (*e*); ¿cuánto mas lo será el eterno? Y si por ningun amigo nuevo se debe trocar el viejo, ¿quién trocará la posesion y gracia deste amador tan antiguo por todos los amigos del mundo? Y si la posesion del tiempo inmemorial da derecho á quien no lo tiene, ¿qué hará la de la eternidad á quien nos tiene poseidos por título desta amistad, para que así nos tengamos por suyos?

Pues segun esto, ¿qué bienes hay en el mundo que se deban trocar por este bien? y ¿qué males que no se deban padescer alegremente por él? ¿Qué hombre habria tan desalmado, que si supiese por revelacion de Dios de un pobre mendigo que pasa por la calle, que estaba así predestinado, que no besase la tierra que él hollase? que no fuese en pos dél, y puesto de rodillas no le diese mil bendiciones, y le dijese: ¡Oh dichoso tú! ¡Oh bienaventurado tú! ¿Es posible que tú seas de aquel felicísimo número de los escogidos? ¿Es posible que tú hayas de ver á Dios en su mesma hermosura? ¿Tú has de ser compañero y hermano de todos los escogidos? ¿Tú has de estar entre los coros de los ángeles? ¿Tú has de gozar de aquella música celestial? ¿Tú has de reinar en los siglos de los siglos? ¿Tú has de ver la cara resplandeciente de Cristo, y de su Sanctísima Madre? ¡Oh bienaventurado el dia en que naciste, y mucho mas aquel en que morirás, pues entonces para siempre vivirás! ¡Bienaventurado el pan que comes, y la tierra que huellas, pues tiene sobre sí un incomparable tesoro, y mucho mas bienaventurados los trabajos que padesces, y las menguas que sufres, pues esas te abren camino para el descanso de la eternidad! Porque ¿qué nublado habrá tan triste, qué tribulacion tan grave, que no se deshaga con las prendas desta esperanza?

Con estos ojos pues mirariamos un predestinado, si conociésemos que lo es. Porque si cuando pasa un príncipe, heredero de un gran reino, por la calle, salen todos á mirarle, maravillándose de la suerte tan dichosa (segun el juicio del mundo) que á aquel mozo le cupo, naciendo heredero de un grande reino: ¿cuánto mas seria para maravillar esta tan dichosa suerte, que es nascer un hombre ante todo merescimiento escogido, no para ser rey temporal de la tierra, sino para reinar eternalmente en el cielo?

Por aquí pues podrás ver, hermano, la obligacion que tienen los escogidos al Señor por este tan grande beneficio, del cual ninguno se debe tener por excluido, si quiere hacer lo que es de su parte: ántes cada uno trabaje, como dice Sant Pedro (*f*), por hacer cierta su eleccion con buenas obras; porque sabemos cierto que el que las hiciere se salvará, y sabemos tambien que el favor y gracia divina á nadie faltó jamas, ni faltará. Y con la firmeza destas dos verdades continuemos las buenas obras, y así serémos deste número tan glorioso.

CAPITULO VII.

Del séptimo título por donde el hombre está obligado á la virtud, por razon de la primera de sus cuatro postrimerías, que es la muerte.

Cualquiera de todos estos títulos susodichos era bastante para que el hombre se emplease todo en el servicio de un Señor á quien por tantas y tan grandes razones está obligado. Mas porque la mayor parte de los hombres mas se mueve por el interese de la ganancia, que

(*a*) Luc. 10. (*b*) Psal. 109. (*c*) Ephes. 1. (*d*) Eccles. 1.

(*e*) Eccli. 9. et Prov. 27. (*f*) 2. Petr. 1.

por obligacion de justicia, por tanto añadirémos á lo dicho los provechos grandes que de presente y de futuro se prometen á la virtud: y primero los dos mayores entre todos, que es la gloria que por ella se da, y la pena que por ella se escusa. Estos son los dos principales remos desta navegacion, y las dos principales espuelas con que se anda este camino. Por la cual causa el bienaventurado Sant Francisco en su regla, y nuestro padre Sancto Domingo en la suya, ambos con un mesmo espíritu, y con unas mesmas palabras, mandan á sus predicadores que no prediquen mas que vicios y virtudes, pena y gloria: lo uno para enseñarnos á bien vivir, y lo otro para inclinarnos al deseo de bien vivir. Sentencia es otrosí comun de filosófos (*a*), que las dos pesas con que se mueve ordenadamente el reloj de la vida humana, son castigo y galardon. Porque es tan grande nuestra miseria, que nadie quiere la virtud desnuda, si no viene, ó apremiada con castigo, ó acompañada con provecho. Y porque ningun castigo ni galardon puede ser mayor que pena y gloria para siempre, por eso tratarémos aquí destas dos cosas, á las cuales añadirémos otras dos, que preceden á estas, que son la muerte y el juicio universal; porque cada cosa destas bien considerada, sirve mucho para amar la virtud, y aborrescer el vicio, segun aquello del sabio, que dice (*b*): Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamas pecarás. Por las cuales postrimerías entiende estas cuatro que aquí habemos nombrado, de que al presente para nuestro propósito nos conviene tratar.

§. I.

Comenzando pues por la primera que es la muerte, esta es tanto mas poderosa para movernos, cuanto es mas cierta, mas cuotidiana, y mas familiar. Mayormente si consideramos el juicio particular que en ella ha de haber de nuestra vida, el cual no se ha de alterar en el universal: porque lo que entonces fuere de nosotros, eso será para siempre. Mas cuán estrecho haya de ser este juicio, y la cuenta que en él se ha de pedir, no quiero yo que lo creas á mí, sino á una historia que Sant Joan Clímaco (*c*), como testigo de vista, refiere, que sin duda es una de las mas temerosas que yo he leido. Escribe pues él, que en un cierto monasterio de su tiempo habia un monge descuidado en su vida, el cual llegando á punto de muerte, fué arrebatado en espíritu por un grande espacio, donde vió el rigor y severidad espantosa deste particular juicio. Y como despues por especial dispensacion de Dios alcanzase espacio de penitencia, rogó á todos los monges que presentes estábamos, que nos saliésemos de su celda, y cerrando él la puerta á piedra y lodo, quedóse dentro hasta el dia que murió, que fué por espacio de doce años, sin salir jamas de allí, ni hablar palabra á nadie, ni comer otra cosa todo aquel tiempo, sino solo pan y agua. Y asentado en su celda, estaba como atónito, revolviendo en su corazon lo que habia visto en aquel arrebatamiento. Y tenia tan fijo el pensamiento en ello, que así tambien tenia el rostro fijo en un lugar, sin volverlo á una parte ni á otra, derramando á la continua muy fervientes lágrimas, las cuales corrian hilo á hilo por sus ojos. Y llegada la hora de su muerte, rompimos la puerta, que estaba (como dije) cerrada, y entramos todos los monges de aquel desierto en su celda, y rogámosle con toda humildad nos dijese alguna palabra de edificacion; y no dijo mas que sola esta: Dígoos de verdad, padres, que si los hombres entendiesen cuán espantoso es este último trance y juicio de la muerte, estarian muy léjos de ofender á Dios. Todas estas son palabras de Sant Joan Clímaco, que se halló presente á este negocio, y da testimonio de lo que vió. De manera que en el hecho (aunque parezca increible) no hay que dudar, pues tan fiel es el testigo: y en lo demas hay mucho porque temer, considerando la vida que este sancto hizo, y mucho mas la grandeza de aquella vision que vió, de donde procedió esta manera de vida. Lo cual bastantemente nos declara cuán verdadera sea aquella sentencia del sabio, que dice (*d*): Acuérdate de tus postrimerías, y eternalmente nunca pecarás. Pues si tanto nos ayuda esta consideracion para no pecar, corramos agora brevemente por todos los pasos y trances della, para alcanzar tan grande bien.

Acuérdate pues agora, hermano mio, que eres cristiano, y que eres hombre: por la parte que eres hombre, sabes cierto que has de morir, y por la que eres cristiano, sabes tambien que has de dar cuenta de tu vida acabando de morir. En esta parte no nos deja dudar la fe que profesamos, ni en la otra la experiencia de lo que vemos. Así que no puede nadie escusar este trago, que sea rey, que sea papa. Dia vendrá en que amanezcas y no anochezcas, ó anochezcas y no amanezcas. Dia vendrá (y no sabes cuando, si hoy, si mañana) en el cual tú mesmo que estás agora leyendo esta escriptura, sano y bueno de todos tus miembros y sentidos, midiendo los dias de tu vida conforme á tus negocios y deseos, te has de ver en una cama, con una vela en la mano, esperando el golpe de la muerte, y la sentencia dada contra todo el linage humano (*e*), de la cual no hay apelacion, ni suplicacion. Considera pues primeramente cuán incierta sea esta hora, porque ordinariamente suele venir al tiempo que el hombre está mas descuidado (*f*), y menos piensa que ha de venir, echando sus cuentas, y haciendo sus trazas para adelante. Y por esto se dice que viene como ladron, el cual suele venir al tiempo que los hombres estan mas seguros y mas dormidos. Antes de la muerte precede la enfermedad grave que la ha de causar, con todos los accidentes, dolores, hastíos, tristezas, medicinas, molestias, y noches largas, que allí nos han de fatigar, lo cual todo es camino y disposicion para morir. Porque así como ántes de entrarse por fuerza un castillo, suele preceder una recia batería que atormenta, y finalmente derriba los muros por tierra, y tras desto es luego entrado y conquistado, así suele preceder á la muerte una grandísima enfermedad, la cual de tal manera bate noche y dia sin parar las fuerzas naturales, y los miembros principales de nuestro cuerpo, que el ánima no pudiéndose ya mas defender ni conservar en ellos, los desampara y se va.

Pues cuando ya la enfermedad pasa mas adelante, ó el médico, ó ella nos desengañan, y quitan la esperanza de la vida, ¡cuáles suelen ser entonces las angustias que allí nos aprietan! Porque allí luego se representa la salida desta vida, y el apartamiento de todas las cosas que amábamos en ella: hijos, mujer, amigos, parientes, hacienda, honra, títulos y oficios que se acaban con la mesma vida. Despues de lo cual se siguen los postreros accidentes, que intervienen en la mesma muerte, que

(*a*) Cicer., lib. de finibus bonorum et malorum. (*b*) Eccles. 7.
(*c*) Cap. 6. al fin.

(*d*) Eccl. 7. (*e*) Marc. 24. (*f*) Luc. 12. 1. Thesal. 1. 2. Petr. 3.

son aun mayores que los pasados. Porque luego se mueren los piés, afílanse las narices, y la lengua no acierta ya á hacer su oficio: y, finalmente, con la prisa de la partida, todos los miembros y sentidos se comienzan á turbar. Desta manera viene el hombre á pagar en la salida de la vida las angustias agenas con que entró en ella, padeciendo los dolores al tiempo del salir, que su madre padeció al tiempo del parir. Y así concuerda muy bien la entrada con la salida, pues la una y la otra es con dolores: aunque la una con los agenos y la otra con los proprios.

Aquí pues se representa luego el agonía de la muerte, el término de la vida, el horror de la sepultura, la suerte del cuerpo, que vendrá á ser manjar de gusanos, y mucho mas la del ánima, que entónces está dentro del cuerpo, y de ahí á dos horas no sabes donde estará. Aquí pues te parecerá que estás ya presente en el juicio de Dios, y que todos tus pecados te estan acusando, y poniendo demanda delante dél. Aquí verás abiertamente cuán grandes males eran los que tú tan fácilmente cometias, y maldirás muchas veces el dia en que pecaste, y el deleite que te hizo pecar. Aquí no acabarás de maravillarte de ti mesmo, viendo cómo por cosas tan livianas (cuales eran las que desordenadamente amabas) te pusiste en peligro de padescer dolores tan grandes como allí comenzarás á sentir: porque como los deleites sean ya pasados, y el juicio dellos comience ya á parescer, lo que de suyo era poco, y deja de ser, paresce nada, y lo que de suyo es mucho, y está presente, paresce mas claro lo que es. Pues como tú veas que por cosas tan vanas estás en término de perder tanto bien, y mirando á todas partes te veas de todas cercado y atribulado (porque ni queda mas tiempo de vida, ni hay mas plazo de penitencia, y el curso de tus dias es ya fenescido, y ni los amigos, ni los ídolos que adoraste te pueden allí valer, ántes las cosas que mas amabas, y preciabas, te han de dar allí mayor tormento) díme ruégote, cuando te veas en este trance, ¿qué sentirás? ¿dónde irás? ¿qué harás? ¿á quién llamarás? Volver atras es imposible; pasar adelante es intolerable; estarte así no se concede: pues ¿qué harás? Entónces, dice Dios por el profeta (*a*), se pondrá el sol á los malos en medio del dia, y haré que se les escurezca la tierra en dia claro; y convertiré sus fiestas en llanto, y sus postrimerías en dia amargo. ¡Qué palabras estas tan para temer! Entónces (dice) se les pondrá el sol en medio del dia; porque representándose á los malos en aquella hora la muchedumbre de sus pecados, y viendo que la justicia de Dios les comienza ya á cerrar los términos de la vida, vienen muchos dellos á tener tan grandes temores y desconfianzas, que les paresce que estan ya desahuciados y despedidos de la misericordia divina. Y estando aun en medio del dia (esto es dentro del término de la vida, que es tiempo de merescer y desmerescer) les parescerá que para ellos no hay lugar de mérito, ni de demérito, sino que todo les está ya como cerrado. Poderosa es la pasion del temor, la cual de las cosas pequeñas hace grandes, y de las ausentes presentes. Y si esto hace á las veces un temor liviano, ¿qué hará entónces el temor de tan justo y verdadero peligro? Vénse en esta vida aun entre sus amigos, y parésceles que ya comienzan á sentir el dolor de los condenados. Juntamente les paresce que estan vivos y muertos; y doliéndose de los bienes presentes que dejan, comienzan á padescer los males venideros que barruntan. Tienen por dichosos á los que acá se quedan, y créceles con esta invidia la causa de su dolor. Pues entónces se les pondrá el sol en medio del dia, cuando á do quiera que volvieren los ojos, les parescerá que por todas partes les está cerrado el camino del cielo, y que ningun rayo se les descubre de luz. Porque si miran á la misericordia de Dios, parésceles que la tienen desmerescida; si á la justicia, parésceles que viene ya á dar sobre su cabeza, y que hasta allí ha sido su dia, y que dende allí comienza ya á ser el dia de Dios. Si miran á la vida pasada, cuasi toda ella los está acusando; si al tiempo presente, ven que se estan muriendo; si un poco mas adelante, parésceles que ven al juez que los está esperando. Pues entre tantos objectos y causas de temor, ¿qué harán, adónde irán?

Dice mas: que se les convertirá en tinieblas la luz en el dia claro. Quiere decir, que las cosas que les solian dar ántes mayor alegría, entónces les darán mayor dolor. Alegre cosa es para el que vive la vista de sus hijos, y de sus amigos, y de su casa y hacienda, y de todo lo que ama. Mas entónces se convertirá esta luz en tinieblas; porque todas estas cosas darán allí mayor tormento, y serán mas crueles verdugos de sus amadores. Porque natural cosa es, que así como la posesion y presencia de lo que se ama da alegría, así el apartamiento y la pérdida da dolor. Y por esto quitan á los dulces hijos de la presencia del padre que se está muriendo, y se esconde la buena mujer en este tiempo, por no dar y tomar tan crueles dolores con su presencia. Y con ser la partida para tan léjos, y la despedida para tan largo camino, no deja guardar el dolor los términos de la buena crianza, ni da lugar al que se parte para decir á los amigos, quedáos adios. Si tú has llegado á este punto, en todo esto verás que digo verdad; mas si aun no has llegado á él, cree á los que por aquí han pasado; pues, como dice el sabio (*b*): Los que navegan la mar cuentan los peligros della.

§. II.

Y si tales son las cosas que pasan ántes de la salida, ¿qué serán las que pasarán despues della? Si tal es la víspera y la vigilia, ¿qué tal será la fiesta y el dia? Porque luego despues de la muerte se sigue la cuenta y la tela de aquel juicio divino: el cual cuánto sea para temer, no lo has de preguntar á los hombres del mundo, los cuales así como moran en Egipto, que quiere decir tinieblas, así viven en intolerables errores y ceguedades, sino pregúntalo á los sanctos que moran en la tierra de Jessé (*c*), donde resplandesce siempre la luz de la verdad, y esos te dirán no solo por palabras, sino por obras, cuanto sea esta cuenta para temer. Porque sancto era David, y con todo esto era tan grande el temor que tenia desta cuenta, que hacia oracion á Dios, diciendo (*d*): No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no será justificado ante tí ninguno de los vivientes. Y sancto era tambien Arsenio, el cual estando ya para morir, cercado de sus discípulos, comenzó á temer este trance de tal manera, que los discípulos entendiendo su temor, le dijeron: padre, ¿y tú agora temes? A los cuales respondió el sancto varon: hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él. Y del bienaventurado Agathon se escribe que estando en este paso con esta

(*a*) Amós. 8.

(*b*) Eccle. 43. (*c*) Exod. 19. (*d*) Psal. 142.

mesmo temor, y preguntado, por qué temia habiendo vivido con tanta innocencia, respondió, que porque eran muy diferentes los juicios de Dios de los de los hombres. Y no es ménos temeroso el ejemplo que Sant Joan Climaco, varon sanctísimo, escribe de otro sancto monje, el cual (por ser cosa mucho para notar) referiré aquí por sus mesmas palabras (*a*). Un religioso (dice él) que moraba en este lugar, llamado Estéfano, deseó mucho la vida quieta y solitarias, el cual despues de haberse ejercitado en los trabajos de la vida monástica muchos años, y alcanzado gracia de lágrimas y de ayunos, con otros muchos privilegios de virtudes, edificó una celda á la raiz del monte, donde Elias en los tiempos pasados vió aquella sagrada vision. Este padre de tan religiosa vida, deseando aun mayor rigor y trabajo de penitencia, pasóse de ahí á otro lugar llamado Sidey, que era de los monges Anacoritas, que viven en soledad. Y despues de haber vivido con grandísimo rigor en esta manera de vida (por estar aquel lugar apartado de toda humana consolacion, y desviado setenta millas de poblado) al fin de la vida vínose de allí, deseando morar en la primera celda de aquel sagrado monte. Tenia él ahí dos discípulos muy religiosos, de la tierra de Palestina, que tenian en guarda la dicha celda. Y despues de haber vivido unos pocos dias en ella, cayó en una enfermedad de que murió. Un dia pues ántes de su muerte súbitamente quedó atónito, y teniendo los ojos abiertos, miraba á la una parte del lecho, y á la otra, y como si estuvieran allí algunos que le pidieran cuenta, respondia él en presencia de todos los que allí estaban, diciendo algunas veces: Así cierto, mas por eso ayuné tantos años. Otras veces decia: No es así, mentis, no hice tal cosa. Otras decia: Así es verdad, mas lloré, y serví tantas veces á los prójimos por eso. Y otra vez decia: Verdaderamente me acusais, así es, y no tengo que decir, sino que hay en Dios misericordia. Y era por cierto espectáculo horrible y temoroso ver aquel invisible y riguroso juicio. ¡Miserable de mí! ¿Qué será de mí? Pues aquel tan grande seguidor de soledad y quietud, en algunos de sus pecados decia que no tenia que responder, el cual habia cuarenta años que era monje, y habia alcanzado gracia de lágrimas. Algunos hubo que de verdad me afirmaron que estando este padre en el yermo, daba de comer á un leon pardo por su mano. Y siendo tal, partió desta vida pidiéndosele tan estrecha cuenta, dejándonos inciertos cuál fuese su juicio, cuál su término, y cuál la sentencia de su causa. Hasta aquí son palabras de Sant Joan Climaco, las cuales asaz declaran cuánto deban temer esta salida los descuidados y négligentes, pues en tanto estrecho se vieron en ella tan grandes sanctos.

Y si preguntares, cuál sea la causa por donde los sanctos tuvieron tan gran temor en este paso, á esto responde Sant Gregorio en el vigésimocuarto libro de los Morales, diciendo (*b*): Los sanctos varones considerando atentamente cuán justo sea el juez que les ha de tomar cuenta, cada dia ponen ante los ojos el término de su vida; y examinan con cuidado, qué es lo que podrian responder al juez en esta demanda. Y si por ventura se hallan libres de todas las malas obras en que pudieron caer, temen si por ventura lo están de los malos pensamientos que en cada momento el corazon humano suele representar. Porque aunque sea fácil cosa vencer las tentaciones de las malas obras, no lo es defenderse de la guerra continua de los malos pensamientos. Y como quiera que en todo tiempo teman los secretos juicios deste tan justo juez, entónces señaladamente los temen, cuando se llegan ya á pagar la comun deuda de la naturaleza humana, y se ven acercar á la presencia de su juez. Y crece aun este temor, cuando el ánima se quiere ya desatar de la carne, porque en este tiempo cesan los vanos pensamientos y fantasías de la imaginacion, y ninguna cosa deste siglo se representa al que está ya casi fuera del siglo. De manera que entónces los que están muriendo, solamente miran á sí, y á Dios, ante quien se hallan presentes, y todo lo demas (como ya no necesario) vienen á echar en olvido. Y si en este paso se acuerdan que nunca dejaron de hacer los bienes que entendian, temen si por ventura dejaron de hacer los que no entendian, porque no saben juzgarse ni conocerse perfectamente. Y por esto al tiempo de la salida, son combatidos con mayores y mas secretos temores, porque ven que de ahí á un poquito espacio hallarán lo que para siempre nunca mudarán. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio, las cuales bastantemente nos declaran cuánto mas para temer sea esta cuenta y esta hora, de lo que los hombres mundanos imaginan.

Pues si tan riguroso es este juicio, y si tanto y con tanta razon le temieron los sanctos, ¿qué será justo que hagan los que no lo son? ¿Los que la mayor parte de la vida gastaron en vanidades? ¿Los que tantas veces despreciaron á Dios? ¿Los que tan olvidados vivieron de su salud, y tan poca cuenta tuvieron para aparejarse para esta hora? Si tanto teme el justo, ¿qué debe hacer el pecador? ¿Qué hará la vara del desierto, cuando así estremece el cedro del monte Lybano? Y si, como dice Sant Pedro (*c*), el justo apenas se salvará, ¿el pecador y malo dónde parecerá? Dime pues: ¿qué sentirás en aquella hora, cuando salido ya desta vida, entres en aquel divino juicio, solo, pobre, y desnudo, sin mas valedores que tus buenas obras, y sin mas compañía que la de tu propria conciencia? Y esto en un tribunal tan riguroso, donde no se trata de perder la vida temporal, sino de vida y muerte perdurable. Y si en la tela deste juicio te hallares alcanzado de cuenta, ¿cuáles serán entonces los desmayos de tu corazon? ¿Cuán confuso te hallarás, y cuán arrepentido? Grande fué el desmayo de los príncipes de Judá (*d*) cuando vieron la espada vencedora de Sesach, rey de Egipto, volar por las plazas de Hierusalem (*e*), cuando por la pena del castigo presente conocieron la culpa del yerro pasado. Mas ¿qué es todo esto en comparacion de la confusion en que allí los malos se verán? ¿Qué harán? ¿Dónde irán? ¿Con qué se defenderán? Lágrimas allí no valen; arrepentimientos allí no aprovechan; oraciones allí no se oyen; promesas para adelante allí no se admiten; tiempo de penitencia allí no se da; porque acabado el postrer punto de la vida, ya no hay mas tiempo de penitencia. Pues riquezas, y linage, y favor del mundo, mucho ménos aprovecharán, porque, como dice el sabio (*f*): No aprovecharán las riquezas en el dia de la venganza; mas la justicia sola librará de la muerte. Pues cuando el ánima miserable se vea cercada de tantas angustias, ¿qué hará, sino decir con el profeta (*g*): Cercado me han gemidos de muerte, y dolores del infierno me han rodeado? ¡Oh miserable de mí, y en qué

(*a*) Capit. 7. en la 2 p. del cap. (*b*) Capit. 16, 17 et 18.

(*c*) 1. Petr. 4. (*d*) 3. Reg. 14, v. 25. (*e*) 2. Par. 12. (*f*) Prov. 11. (*g*) Psal. 114.

cerco me han puesto agora mis pecados! ¡Cuán súbitamente me ha salteado esta hora! ¡Cuán sin pensarlo se ha llegado! ¡Qué me aprovechan agora todas mis honras y dignidades pasadas! ¡Qué todos mis amigos y criados! ¡Qué todas las riquezas y bienes que poseí, pues agora me han de hacer pago con siete piés de tierra, y con una pobre mortaja! Y lo que peor es, que las riquezas han de quedar acá para que las desperdicien otros, y los pecados que hice en mal ganarlas han de ir conmigo allá, para que lo pague yo. ¿Qué me aprovechan otrosí agora todos mis deleites y contentamientos pasados, pues ya los deleites se acabaron, y no quedan agora mas que las heces dellos, que son los escrúpulos, y el remordimiento de la consciencia, las espinas que atraviesan agora mi corazon, y para siempre lo atormentarán? ¿Cómo no aparejé para esta hora? ¿Cuántas veces me avisaron desto, y me hice sordo? ¿Por qué aborrescí la diciplina, y no quise obedecer á mis maestros, ni hice caso de las voces de los que me enseñaban (a)? En todo género de pecados he vivido en medio de la iglesia, y del pueblo.

Estas pues serán las ansias, las congojas, y las consideraciones de los malos en esta hora. Pues porque tú, hermano mio, no te veas en este aprieto, ruégote agora quieras de todo lo que hasta aquí está dicho, considerar y retener estos tres puntos en la memoria. El primero sea, considerar que tan grande ha de ser la pena que á la hora de la muerte recibirás por todas las ofensas que heciste contra Dios. El segundo, que tanto es lo que allí desearás haberle servido y agradado, para tenerle para aquella hora propicio. El tercero, qué linage de penitencia desearás allí hacer, si para esto se te diese tiempo; porque de tal manera trabajes por vivir agora, como entónces desearás haber vivido.

CAPITULO VIII.

Del octavo título por donde el hombre está obligado á virtud, por causa de la segunda postrimería, que es el juicio final.

Despues de la muerte se sigue el juicio particular de cada uno, y despues deste, el universal de todos, cuando se cumplirá aquello que dice el apóstol (b): Todos conviene que seamos presentados ante el tribunal de Cristo, para que dé cada uno cuenta del bien ó mal que hizo en este cuerpo. Y porque de las señales terribles que han de preceder á este juicio, y de toda la historia dél tratamos en otro lugar (c); al presente no diré mas que del rigor de la cuenta que se ha de pedir en él, y lo que despues della se ha de seguir, para que por aquí vea el hombre cuánta obligacion tiene á la virtud.

Lo primero es tanto para sentir, que una de las cosas de que aquel sanctísimo Job mas se maravillaba, es ver cómo siendo el hombre una criatura tan liviana y tan mal inclinada, se pone un tan grande Dios en tanto rigor con ella, que no hay palabra, ni pensamiento, ni movimiento desordenado que no lo tenga escripto en los libros y procesos de su justicia para pedir dello muy menuda cuenta. Y así prosigue él á la larga esta materia, diciendo (d): ¿Por qué, Señor, escondes tu cara de mí, y me tratas como á enemigo? ¿Por qué quieres declarar la grandeza de tu poder contra una hoja que se mueve á cada viento, y persigues una paja tan liviana? ¿Por qué escribes en tus libros contra mí las penas amarguísimas con que me has de castigar, y quieres consumirme por los pecados de mi mocedad? Pusiste mis piés en un cepo (prendiendo mis apetitos con la ley de tus mandamientos), y miraste con grande atencion todas las sendas de mi vida, y consideraste el rastro de mis pisadas, siendo yo como una cosa podrida, que dentro de si se está consumiendo, y como una vestidura que se gasta con la polilla. Y prosiguiendo la mesma materia añade luego y dice así (e): El hombre nascido de mujer vive poco tiempo, está lleno de muchas miserias, sale como una flor, y luego se marchita, y huye como sombra, y nunca permanesce en un mesmo estado. Y con ser el hombre este, ¿tienes por cosa digna de tu grandeza traer los ojos tan abiertos sobre todos los pasos de su vida, y ponerte con él á juicio? ¿Quién puede hacer limpia una criatura concebida de masa sucia, sino tú solo? Todas estas palabras, dice el sancto Job, maravillándose grandemente de la severidad de la Divina justicia para con una criatura tan frágil, tan mal inclinada, y que tan fácilmente bebe los pecados como agua. Porque si este rigor fuera con los ángeles (que son criaturas espirituales y muy perfectas), no era tanto de maravillar; pero ser con hombres, cuyas malas inclinaciones son innumerables, y que con todo esto sea tan estrecha la cuenta de sus vidas, que no se les disimule una sola palabra ociosa, ni un punto de tiempo mal gastado, esto es cosa que sobrepuja toda admiracion. Porque ¿á quién no espantan aquellas palabras del Salvador (f): En verdad, os digo, que de cualquiera palabra ociosa que hablaren los hombres darán cuenta el dia del juicio? Pues si destas palabras (que á nadie hacen mal) se ha de pedir cuenta, ¿qué será de las palabras deshonestas, y de los pensamientos sucios, y de las manos sangrientas, y de los ojos adúlteros, y finalmente de todo el tiempo de la vida expendido en malas obras? Si esto es verdad (como lo es), ¿qué se puede decir del rigor deste juicio, que no sea menos de lo que es? ¿Cuán asombrado quedará el hombre cuando en presencia de un tan gran senado se le haga cargo de una palabrilla que tal dia habló sin propósito? ¿A quién no pone en admiracion esta tan nueva demanda? ¿Quién osara decir esto, si Dios no lo dijera? ¿Qué rey jamas pidió cuenta á alguno de sus criados de un cabo de una agujeta? ¡Oh alteza de la religion cristiana, cuán grande es la pureza que enseñas, y cuán estrecha la cuenta que pides, y con cuan riguroso juicio la examinas!

¿Cuál será tambien la vergüenza que allí los malos pasarán, cuando todas las maldades que ellos tenian encubiertas con las paredes de sus casas, y todas las deshonestidades que cometieron dende sus primeros años, con todos los rincones y secretos de sus consciencias, sean pregonadas en la plaza y ojos de todo el mundo? Pues ¿quién tendrá la consciencia tan limpia que no comience dende agora á mudar las colores, y temer esta vergüenza? Porque si descubrir el hombre sus culpas á un confesor en un fuero tan secreto como el de la confesion, es cosa tan vergonzosa, que algunos por esto se tragan el pecado y lo encubren, ¿qué hará allí la vergüenza de Dios, y de todos los siglos presentes, pasados y venideros? Será tan grande esta vergüenza, que como el profeta dice (g): Darán voces á los montes, diciendo: ¡Oh montes! caed sobre nosotros, y sumidnos en los abismos, donde nunca mas parezcamos con tan grande vergüenza y confusion.

¿Pues qué será sobre todo esto esperar el rayo de aque-

(a) Prov. 5. (b) 2. Cor. 5. (c) Libro de la Oracion en la consideracion del jueves en la noche. (d) Iob. 13.

(e) Iob. 14. (f) Matt., 12. (g) Oseæ, 10.

la sentencia final, que dirá (*a*): Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles? ¿Qué sentirán los malaventurados con esta palabra? Si apénas podemos, dice el sancto Job (*b*), oir la mas pequeña de sus palabras, ¿quién podrá esperar aquel espantoso trueno de su grandeza? Esta palabra será tan espantosa y de tanta virtud, que por ella se abrirá la tierra en un momento, y serán sumidos y despeñados en los abismos los que, como dice el mesmo Job (*c*), tañian aquí el pandero y la vihuela, y se holgaban con la suavidad y música de los órganos, y gastaban todos sus dias y horas en deleites. Esta caida escribe Sant Joan en el Apocalipsi por estas palabras (*d*): Vi (dice él) un ángel que decendia del cielo con gran poder, y con tanta claridad, que hacia resplandecer toda la tierra, y dió una grande voz diciendo: cayó, cayó aquella gran ciudad de Babilonia, y es hecha morada de demonios, y cárcel de todos los espíritus sucios, y de todas las aves sucias y abominables. Y añade luego el Sancto Evangelista, diciendo: Que tomó el ángel una gran piedra de molino, y dejándola caer dende lo alto en la mar, dijo: con este ímpetu será arrojada aquella gran ciudad de Babilonia en el profundo, y nunca mas volverá á ser. Desta manera, pues, caerán los malos en aquel despeñadero, y en aquella cárcel de tinieblas y confusion, que son aquí entendidos por Babilonia.

Mas ¿qué lengua podrá esplicar la muchedumbre de penas que allí padecerán (*e*)? Allí arderán sus cuerpos en vivas llamas que nunca se apagarán. Allí estarán sus ánimas carcomiéndose y despedazándose con aquel gusano remordedor de la consciencia, que nunca cesará de morder. Allí será aquel perpetuo llanto y crugir de dientes, con que tantas veces nos amenazan las Escrituras divinas. Allí los malaventurados con una cruel desesperacion y rabia volverán las iras contra Dios y contra sí, comiendo sus carnes á bocados, rompiendo sus entrañas con sospiros, quebrantando sus dientes á tenazadas, y despedazando rabiosamente sus carnes con sus uñas, y blasfemando siempre del juez que así los mandó penar. Allí cada uno dellos maldirá su desastrada suerte y su desdichado nascimiento, repitiendo siempre aquellas tristes lamentaciones y palabras de Job, aunque con muy diferente corazon (*f*): Perezca el dia en que nací, y la noche en que fué dicho: concebido es este hombre. Aquel dia se vuelva en tinieblas; no tenga Dios cuenta con él, ni sea alumbrado con lumbre. Escurézcanlo las tinieblas y sombra de muerte; sea lleno de escuridad y amargura. En aquella noche corra un torbellino tenebroso, no sea contado en el número de los dias ni de los meses del año. ¿Por qué no me tomó la muerte en el vientre de mi madre? ¿Por qué luego como acabé de nascer no perecí? ¿Por qué me recibieron en el regazo? ¿Por qué me dieron leche á los pechos? Esta será la música, estas las canciones, estos los maitines continuos que aquellos malaventurados eternalmente cantarán. ¡Oh desdichadas lenguas, que ninguna otra palabra hablaréis sino blasfemias! ¡Oh miserables oidos, que ninguna otra cosa oiréis sino gemidos! ¡Oh desventurados ojos, que ninguna otra cosa veréis sino miserias! ¡Oh tristes cuerpos, que ninguno otro refrigerio tendréis sino llamas! ¿Cuáles estarán entonces los que toda su vida gastaron en deleites y pasatiempos? ¡Oh cuán breve delectacion hizo tan larga soga de miserias! ¡Oh locos y desventurados! ¿Qué os aprovechan agora todos aquellos pasatiempos de que tan poco espacio gozastes, pues agora eternalmente lloraréis? ¿Qué se hicieron vuestras riquezas (*g*)? ¿Dónde están vuestros tesoros? ¿Dónde vuestros deleites y alegrías? Pasáronse los siete años de fertilidad, y sucedieron otros siete de tanta esterilidad, que se tragaron toda la abundancia de los pasados, sin que quedase della rastro ni memoria (*h*). Pereció ya vuestra gloria, y hundióse vuestra felicidad en ese piélago de dolor. A tanta esterilidad sois venidos, que ni una sola gota de agua se os concede para templar esa tan rabiosa sed que os atormenta (*i*). Y no solo no os aprovechará esa prosperidad, mas ántes esa es una de las cosas que mas cruelmente os atormentará. Porque ahí se cumplirá aquello que se escribe en el libro de Job (*k*): conviene á saber, que la dulcedumbre de los malos vendria á parar en gusanos, cuando, como declara Sant Gregorio (*l*), la memoria de los deleites pasados les haga sentir mas el amargura de los dolores presentes, acordándose de la manera que un tiempo se vieron, y de la que agora se ven, y como por lo que tan presto se acabó, padescen lo que nunca se acabará. Entónces claramente conoscerán la burla del enemigo, y caidos ya en la cuenta (aunque tarde) comenzarán á decir aquellas palabras del libro de la Sabiduría (*m*): ¡Desventurados de nosotros! ¡Cómo se ve agora que erramos el camino de la verdad, y que la lumbre de justicia no nos alumbró, y que el sol de inteligencia no salió sobre nosotros! Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdicion, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultosos, y el camino del Señor tan llano nunca supimos atinarlo. Estas serán las querellas, este el arrepentimiento, esta la penitencia perpetua que allí los malaventurados harán, la cual nada les aprovechará; porque ya pasó el tiempo de aprovechar.

Todas estas cosas bien consideradas son un grande estímulo y despertador de la virtud, y así por este medio nos incita muchas veces á ella el bienaventurado Sant Crisóstomo en muchos lugares de sus Homilías, donde dice así (*n*): Porque trabajes que tu ánima sea templo y morada de Dios, acúerdate de aquel terrible y espantoso dia en que todos habemos de asistir ante el trono de Cristo, para dar razon de todas nuestras obras (*o*). Mira, pues, de la manera que este Señor viene á juzgar vivos y muertos. Mira cuantos millares de ángeles le vienen acompañando, y haz cuenta que tus oidos oyen ya el sonido de aquella temerosa voz de Cristo que ha de sentenciar al mundo; mira cómo despues desta sentencia unos son echados en las tinieblas exteriores, otros despedidos de las puertas del cielo, despues del mucho trabajo de su virginidad; otros atados como haces de mala yerba, son lanzados en el fuego, y otros entregados al gusano que nunca muere, y al perpetuo llanto y crugir de dientes. Pues siendo esto así, ¿por qué no clamarémos agora con el profeta, diciendo (*p*): ¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré dia y noche? Por tanto, venid agora, hermanos, que es tiempo, y prevengamos al juez con la confesion de nues-

(*a*) Matt. 25. (*b*) Iob. 26, in fine. (*c*) Iob. 21. (*d*) Apoc. 18. (*e*) Isai. 66, et Marci, 9. Eccli. 7. Matt. 8 et 13. et cap. 22. et c, 24. et c. 25. et Luc. 13. (*f*) Iob. 3.

(*g*) Sap. 5. (*h*) Genes. 41. (*i*) Luc. 16. (*k*) Iob. 24. (*l*) Lib. 15. Mor. cap. 26. et lib. 16. cap. 31. (*m*) Sap. 5. (*n*) 2. Cor. 5. (*o*) Chrys. in Ps. 7. circa med. et deinceps, et tom. 2. ex cap. 25. Matth. hom. 79 ex c. 16. hom. 54. et tom. 3. ex c. 5. Ioann. hom. 38. et in imper. hom. 49. Matt., 13 et 25.
(*p*) Hierem. 9.

tras culpas, pues está escripto (*a*): En el infierno, Señor, ¿quién se confesará á tí?

Miremos atentamente que nos dió nuestro Señor dos ojos, dos oidos, dos piés y dos manos, por donde si perdemos el uno destos miembros, con el otro nos remediamos; pero ánima no nos dió mas que una, pues si esta se condena, ¿con qué vivirémos aquella inmortal y gloriosa vida? Tengamos, pues, sumo cuidado della, pues ella es la que juntamente con el cuerpo ha de ser juzgada ó defendida, y la que ha de parecer ante el tribunal de Cristo, donde si te quisieres escusar, diciendo que los dineros te engañaron, responderte ha el juez, que ya te habia él avisado, diciendo (*b*): ¿Qué aprovecha al hombre alcanzar el señorío de todo el mundo, si viene á perder su ánima y padescer detrimento en sí mesmo? Si dijeres: el diablo me engañó, decirte ha él tambien, que no le aprovechó á Eva decir (*c*): La serpiente me engañó.

Lee las Escripturas sagradas y mira como el profeta Hieremías vió primero una vara que velaba (*d*), y despues una gran caldera de metal puesta sobre las brasas, que hervia, para darnos á entender de la manera que procede Dios con el hombre, primero amenazando, y despues castigando. Mas el que no quisiere recebir la correccion de la vara que amenaza, padecerá despues el tormento de la caldera que hierve. Lee tambien las escripturas del Evangelios y ahí verás como nadie ayudó á todos aquellos que por el Señor fueron condenados: no hermano á hermano, ni amigo á amigo, ni hijo á padre, ni padre á hijo. ¿Mas qué digo destos, que son hombres pecadores, pues ni aunque venga Noé, Daniel y Job, serán poderosos para mudar la sentencia del juez (*e*)? Si no mira tú aquel que fué desechado del convite de las bodas, cómo ninguno habló palabra por él (*f*). Mira tambien cómo nadie rogó por aquel que habia recebido el talento de su Señor, y no quiso negociar con él (*g*). Mira otrosí las cinco vírgenes despedidas de las puertas del cielo, sin que nadie abogase por ellas, las cuales Cristo llamó locas, porque despues de haber despreciado los deleites de la carne, y mortificado el fuego de la concupiscencia, en cabo fueron tenidas por locas; porque habiendo guardado el consejo grande de la virginidad, no guardaron el mandamiento pequeño de la humildad, pues se ensoberbecieron con la gloria de su virginidad. Tambien habrás oido cómo aquel rico avariento (*h*) que nunca tuvo compasion de Lázaro, estando ardiendo en el lugar de la venganza, deseó una gota de agua, y no por eso el sancto patriarca quiso mitigar con tan pequeño socorro el tormento de su pasion. Pues siendo esto así, ¿por qué no nos ayudarémos con caridad unos á otros? ¿Por qué no darémos gloria á Dios ántes que se nos ponga el sol de justicia, y se nos cierre el dia? Mejor es traer aquí un poco la lengua seca á poder de ayunos, que trayéndola contenta y regalada desear allí una gota de agua y no alcanzarla. Y si somos tan delicados que apénas podemos sufrir aquí una calentura de tres dias, ¿cómo sufrirémos allí el fuego de una eternidad? Si nos espanta una sentencia de muerte de un juez de la tierra que nos priva de cuarenta ó cincuenta años de vida; ¿cómo no temerémos la sentencia de aquel juez que priva de la vida perdurable? Espántanos ver algunas maneras de justicias rigorosas que se hacen acá en la tierra contra los malhechores, cuando vemos cómo los verdugos los llevan por fuerza, cómo los azotan, descoyuntan, desmiembran, despedazan y abrasan con planchas de fuego. ¿Pues qué es todo esto sino risa y sombra en comparacion de los tormentos de la otra vida? Porque todo esto finalmente con la vida se acaba; mas allí, ni el gusano muere, ni la vida fenesce, ni el atormentador se cansa, ni el fuego se apagará jamas. De manera que todo cuanto quisieres comparar con estas penas, sea fuego, sea hierro, sean bestias, sea otro cualquier tormento, todo es como sueño y sombra en su comparacion.

Pues los malaventurados que despedidos de aquellos tan grandes bienes fueren condenados á estos males, ¿qué harán? ¿qué dirán? ¿cómo se acusarán? ¿cómo gemirán y sospirarán? Y todo en vano. Porque ni los marineros despues de sumido el navío sirven para nada, ni los médicos despues que el enfermo acabó la vida. Pues entonces vendrán (aunque tarde) á caer en la cuenta de sus yerros, y allí será decir: esto ó lo otro nos convenia hacer, y bien fuimos muchas veces avisados dello y no nos aprovechó. Porque tambien entónces los judíos conoscerán al que vino en el nombre del Señor; mas no les aprovechará este conoscimiento, porque no lo tuvieron en su tiempo. Mas ¿qué podremos (¡miserables de nosotros!) alegar en este dia, cuando el cielo y la tierra, y el sol y la luna, los dias y las noches, y todo el mundo estará dando voces contra nosotros, y testificando nuestros males? ¿Y dónde (aunque todas las cosas callen), nuestra mesma conciencia se levantará contra nosotros y nos acusará? Cuasi todas estas son palabras de Sant Crisóstomo, por las cuales verá el hombre el temor que debe siempre tener deste dia, si se halla alcanzado de cuenta. Así muestra que lo tenia Sant Ambrosio (aunque estaba tan bien apercebido) el cual escribiendo sobre Sant Lúcas, dice asi: ¡Ay de mí, si no llorare mis pecados! ¡ay de mí, si no me levantare á la media noche á confesar, Señor, tu sancto nombre! ¡ay de mí, si engañare á mi prójimo! ¡si no hablare verdad! porque ya está puesto el cuchillo á la raiz del árbol. Por tanto trabaje por dar fructo el que pudiere, de gracia, y el que es deudor de penitencia. Porque el Señor está cerca, que viene á buscar el fructo, el cual dará vida á los fieles trabajadores, y condenará á los estériles y negligentes.

CAPITULO IX.

Del noveno título que nos obliga á la virtud, que es la tercera de nuestras postrimerías, la cual es la gloria del paraiso.

Bastaba cualquier cosa de las susodichas para inclinar nuestros corazones al amor de la virtud. Mas porque es tan grande la rebeldía del corazon humano, que muchas veces ni con todo esto se vence, añadiré aquí otro motivo no ménos eficaz que los pasados, que es la grandeza del premio que se promete á la virtud, que es la gloria del paraiso. Donde se nos ofrescen dos cosas señaladas que considerar: la una es la hermosura y excelencia deste lugar (que es el cielo Empíreo) y la otra es la hermosura y excelencia del Rey que mora en él con todos sus escogidos.

Y cuanto á lo primero, qué tan grande sea la hermosura y riquezas deste lugar, no hay lengua mortal que lo pueda explicar. Mas todavía por algunas conjecturas podrémos como de léjos barruntar algo de lo que esto es.

(*a*) Psal. 6. (*b*) Matth. 16. Marc. 8. Luc. 9. (*c*) Genes. 3. (*d*) Hierem. 1. (*e*) Ezech. 14. (*f*) Matth. 22. (*g*) Matth. 25. (*h*) Luc. 16.

Entre las cuales la primera es el fin desta obra; porque esta es una de las circunstancias que mas suelen declarar la condicion y excelencia de las cosas. Pues el fin para que nuestro Señor edificó y aparejó este lugar, es para manifestacion de su gloria. Porque aunque todas las cosas haya criado este Señor para su gloria, como dice Salomon (*a*), pero esta señaladamente se dice haber criado para este fin: porque en ella singularmente resplandesce la grandeza y magnificencia dél. Por donde así como aquel grande rey Assuero, que reinó en Asia sobre ciento y veinte y siete provincias (*b*), celebró un convite solemnísimo en la ciudad de Susa por espacio de ciento y ochenta dias, con toda la opulencia y grandeza que se puede imaginar, para descubrir por este medio á todos sus reinos la grandeza de su poder y de sus riquezas, así tambien este rey soberano determinó hacer en el cielo otro convite solemnísimo, no por espacio de ciento y ochenta dias, sino de toda la eternidad, para manifestar en él la inmensidad de sus riquezas, de su sabiduría, de su largueza y de su bondad. Este es el convite de que habla Isaías, cuando dice (*c*): Hará el Señor en este monte un solemne convite á todos los pueblos, de vinos y manjares muy delicados, esto es, de cosas de grandísimo valor y suavidad. Pues si este tan solemne convite hace Dios á fin de que por él sea manifestada la grandeza de su gloria, y esta gloria es tan grande, ¿qué tal será la fiesta y las riquezas que para este propósito servirán?

Esto se entenderá aun mas claramente, si consideramos la grandeza del poder y de las riquezas deste Señor. Es tan grande su poder, que con una sola palabra crió toda esta máquina tan admirable del mundo, y con otra sola la podria destruir; y no solo un mundo, mas mil cuentos de mundos podria él criar con una sola palabra, y tornarlos á deshacer con otra. Y demas desto, lo que hace, hácelo tan sin trabajo, que con la facilidad que crió la menor de las hormigas, crió el mayor de los serafines; porque no gime, ni suda debajo de la carga mayor, ni se alivia con la menor, porque todo lo que quiere puede, y todo lo que quiere obra con solo querer. Pues dime agora: si la omnipotencia deste Señor es tan grande, y la gloria de su sancto nombre tan grande, y el amor della tan grande, ¿cuál será la casa, la fiesta y el convite que tendrá aparejado para este fin? ¿Qué falta aquí para que no sea perfectísima esta obra? Falta de manos aquí no la hay, porque el Hacedor es infinitamente poderoso. Falta de cabeza aquí no la hay, porque es infinitamente sabio. Falta de querer aquí no la hay, porque es infinitamente bueno. Falta de riquezas aquí no la hay, porque él es el piélago de todas ellas. Pues luego ¿qué tal será la obra donde tales aparejos hay para que sea tan grande? ¿Qué tal será la obra que saldrá desta oficina donde concurren tales oficiales, como son la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo, y la bondad del Espíritu Sancto? ¿Donde la bondad quiere, la sabiduría ordena, y la omnipotencia puede todo aquello que quiere la infinita bondad, y ordena el infinito saber, aunque todo esto sea uno en todas las divinas personas?

Hay otra consideracion para este propósito semejante á esta. Porque no solo aparejó Dios esta casa para honra suya, sino tambien para honra y gloria de todos sus escogidos. Pues que tan grande sea el cuidado que este Señor tiene de honrarlos, y de cumplir aquello que él mesmo dijo (*d*): Yo honro á los que me honran; claramente se ve por las obras, pues aun viviendo ellos en este mundo, puso debajo de su obediencia el señorío de todos las cosas (*e*). ¿Qué cosa es ver al sancto Josué (*f*) mandar al sol que se parase en medio del cielo, y que, como si él tuviera en la mano las riendas de toda la maquina del mundo, así lo hiciese detener, obedesciendo (como dice la Escriptura) Dios á la voz de un hombre (*g*)? ¿Qué cosa es ver al profeta Isaías dar á escoger al rey Ezequías, qué queria que hiciese del mesmo sol (*h*)? ¿Si queria que le mandase ir adelante, ó que volviese atras? Que con la mesma facilidad que haria lo uno, haria lo otro (*i*). ¿Qué cosa es ver al profeta Elías suspender las aguas y las nubes del cielo por todo el tiempo que quiso, y mandarlas otra vez volver con la virtud y palabra de su oracion (*k*)? Y no solo en la vida, sino tambien en muerte los honró tanto, que dió este mesmo señorío y poder á sus huesos y cenizas. ¿Quién no alaba á Dios viendo que los huesos de Eliseo muerto, resuscitaron un muerto, que acaso unos ladrones echaron en su sepulcro (*l*)? ¿Quién no ve el regalo de Dios para con sus sanctos, cuando lee que el dia de la pasion de Sant Clemente mártir, se abria la mar por espacio de tres millas, para que entrasen los hombres á ver los huesos de un hombre que padesció trabajos por su amor? A la cadena de Sant Pedro quiso Dios que se hiciese fiesta general en toda la Iglesia, para que se vea en cuanto estima él los cuerpos de los sanctos, pues las cadenas infames de las cárceles, por haber tocado en ellos, quiere que se tengan en tanta veneracion. Mas ¿qué es todo esto en comparacion de aquella honra tan grande que hizo Dios, no ya á la cadena deste apóstol, ni á sus huesos, ni á su cuerpo, sino á la sombra de su cuerpo, pues le dió aquella virtud que escribe Sant Lúcas en los Actos de los Apóstoles (*m*), que todos los enfermos que tocaban en ella, sanaban? ¡Oh admirable Dios! ¡Oh sumamente bueno, y honrador de buenos! pues dió á este hombre lo que para sí no tomó; porque no se lee de Cristo que con su sombra sanase los enfermos, como se lee de Sant Pedro. Pues si en tanta manera es amigo Dios de honrar sus sanctos (aun en el tiempo y lugar que no es proprio de galardonar, sino de trabajar), ¿qué tal podrémos entender que será la gloria que él tiene deputada para honrarlos, y para ser honrado en ellos? Quien tanto desea honrarlos, y tanto puede y sabe hacer en que los honre, ¿qué es lo que les debe tener allá aparejado para esto?

Considera otrosí demas desto, cuán largo sea este Señor en pagar los servicios que se le hacen. Mandó Dios al patriarca Abraham que le sacrificase un hijo que tanto amaba (*n*), y estando él para sacrificarlo, díjole Dios: no lo sacrifiques; porque ya tengo vista tu lealtad y obediencia. Mas yo te juro por quien yo soy, de darte por ese hijo tantos hijos cuantas estrellas hay en el cielo, y arenas en la mar, y entre ellos uno, que sea Salvador del mundo, el cual sea juntamente hijo tuyo, y Hijo de Dios. ¿Parécete que es buena paga esta? Esta es paga digna de Dios, porque Dios en to las las cosas ha de ser Dios: Dios en pagar, y Dios en castigar, y Dios en todo lo demas.

Púsose David una noche á pensar como él tenia casa,

(*a*) Prov. 16. (*b*) Esth. 1. (*c*) Isai. 25.

(*d*) 1. Reg. 2. (*e*) Psal. 8. (*f*) Ios. 10. (*g*) Eccl 46. (*h*) Isai. 38. (*i*) 4. Reg. 20. (*k*) 3. Reg. 17. et. 18. (*l*) 4. Reg. 13. (*m*) Act. 5. (*n*) Gen. 22.

y el arca de Dios no la tenia, y trató en su pensamiento de edificarle una casa (a). Otro dia por la mañana invióle Dios un profeta que le dijese: Porque trataste en tu corazon de edificarme una casa, yo te juro de edificar para tí y para tus decendientes una casa eterna y un reino perpetuo, de quien nunca jamas apartaré mi misericordia. Así lo dijo, y así lo cumplió; porque hasta que vino Cristo reinaron hombres de la familia de David en la casa de Israel; y luego nació Cristo, hijo de David, que en los siglos de los siglos reinará en ella (b). Pues si no es otra cosa la gloria del paraiso, sino una gratificacion y paga universal de los servicios de todos los sanctos, y tan largo es este Señor en esta parte, ¿qué tal podrémos por aquí conjecturar, que será esta gloria? Aquí hay mucho que pensar y que ahondar.

Hay tambien otra conjectura para esto, que es considerar cuán grande sea el precio que Dios pide por esta gloria, siendo él tan liberal y tan magnífico como es. Pues para darnos esta gloria no se contentó con otro menor precio, despues del pecado, que la sangre y muerte de su Unigénito Hijo. De manera que por la muerte de Dios se da al hombre vida de Dios; por las tristezas de Dios se le da alegría de Dios, y porque estuvo Dios en la cruz entre dos ladrones, se da al hombre que esté entre los coros de los ángeles. Pues dime agora (si se puede decir): ¿cuál es aquel bien que para que se te diese fué menester que sudase Dios gotas de sangre, y que fuese preso, azotado, escupido, abofeteado y puesto en cruz? ¿Qué es lo que tendrá Dios aparejado (siendo como es tan magnífico), para dar por este precio? Quien supiese ahondar en este abismo, mas entenderia por aquí la grandeza de la gloria, que por todos los otros medios que se pueden imaginar.

Y demas desto nos pide este Señor, como por añadidura, lo último que se puede á un hombre pedir (c). Esto es, que tomemos nuestra cruz acuestas, y que saquemos el ojo derecho si nos escandalizare, y que no tengamos ley con padre ni madre, ni con otra cosa criada, cuando se encontrare con lo que manda Dios. Y sobre todo esto que por nuestra parte hacemos, dice aquel soberano Señor, que nos da la gloria de gracia (d). Y así dice por Sant Juan (e): Yo soy principio y fin de todas las cosas; yo daré al que tuviere sed á beber agua de vida de balde. Pues dime agora: ¿qué tal bien será aquel por quien tanto nos pide Dios? ¿Y despues de todo esto dado, dice que nos lo da de balde? Y digo de balde, mirando lo que nuestras obras por sí valen, no por el valor que por parte de la gracia tienen. Pues dime, si este Señor es tan largo en hacer mercedes; si su divina magnificencia concedió en esta vida á todos los hombres tantas diferencias de cosas; si á todos indiferentemente sirven las criaturas del cielo y de la tierra; y de los justos é injustos es comun la posesion deste mundo, ¿qué bienes tendrá guardados para solos los justos? Quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿qué dará á quien los tuviere debidos? Quien tan liberal es en hacer mercedes, ¿cuánto mas lo será en pagar servicios? Si tan inestimable es la largueza del que da, ¿cuánta será la magnificencia del que restituye? Sin duda no se puede con palabras declarar la gloria que dará á los agradecidos, pues tales cosas dió aun á los ingratos.

(a) 2. Reg. 7. (b) Luc. 1. (c) Matth. 10 et 16 et Luc. 9 et 14. et Marc. 9, etc. (d) Matth. 5. (e) Apoc. 21.

§. II.

Tambien declara algo desta gloria el sitio y alteza del lugar diputado para ella, que es el cielo empíreo, el cual así como es el mayor de todos los cielos, así es el mas noble y mas hermoso, y de mayor dignidad. Llámase en la Escriptura tierra de los que viven (f); por donde entenderás que esta en que aquí moramos, es tierra de los que mueren. Pues si en esta tierra de muertos hay cosas tan excelentes y tan vistosas, ¿qué habrá en aquella tierra de los que para siempre viven? Tiende los ojos por todo este mundo visible, y mira cuántas y cuán hermosas cosas hay en él. ¿Cuánta es la grandeza de los cielos, cuánta la claridad y resplandor del sol, y de la luna, y de las estrellas? ¿Cuánta la hermosura de la tierra, de los árboles, de las aves y de todos los otros animales? ¿Qué es ver la llanura de los campos, la altura de los montes, la verdura de los valles, la frescura de las fuentes, la gracia de los rios repartidos como venas por todo el cuerpo de la tierra? y sobre todo la anchura de los mares poblados de tantas diversidades y maravillas de cosas. ¿Qué son los estanques y lagunas de aguas claras, sino unos como ojos de la tierra, ó como espejos del cielo? ¿Qué son los prados verdes entretejidos de rosas y flores, sino como un cielo estrellado en una noche serena? ¿Qué diré de las venas de oro y plata, y de otros tan preciosos metales? ¿Qué de los rubíes, y esmeraldas, y diamantes, y otras piedras preciosas, que parecen competir con las mesmas estrellas en claridad y hermosura? ¿Qué de las pinturas y colores de las aves, de los animales, de las flores y de otras cosas infinitas? Juntóse con la gracia de la naturaleza tambien la del arte, y doblóse la hermosura de las cosas. De aquí nascieron las vajillas de oro resplandescientes, los debujos perfectos y acabados, los jardines bien ordenados, los edificios de los templos y de los palacios reales, vestidos de oro y mármol, con otras cosas innumerables. Pues si en este elemento que es el mas bajo de todos (segun dijimos), y tierra de los que mueren, hay tantas cosas que deleitan, ¿qué habrá en aquel supremo lugar, que cuanto está mas alto que todos los cielos y elementos, tanto es mas noble, mas rico y mas hermoso? Especialmente si consideramos que estas cosas del cielo que se descubren á nuestros ojos (como son las estrellas, el sol y la luna) sobrepujan en claridad, virtud, hermosura y perpetuidad á todas las cosas de acá con tan grandes ventajas: pues ¿qué será lo que desotra banda está descubierto á los ojos inmortales? Apénas se puede esto bastantemente conjecturar.

Sabemos tambien que tres maneras de lugares convienen al hombre en tres diferencias de tiempos que tiene de vida. El primero es el vientre de su madre despues de concebido, el segundo es este mundo despues de nascido, el tercero es el cielo despues de muerto, si hubiere bien vivido. Entre estos tres lugares hay esta órden y proporcion: que la ventaja que hace el segundo al primero, esa hace el tercero al segundo, así en la duracion, como en la grandeza y hermosura y en todo lo demas. Y en la duracion está claro; porque la duracion de la vida del primero es de nueve meses, la del segundo, á veces pasa de cien años; mas la del tercero dura para siempre. Item la grandeza del primero es del tamaño del vientre de una mujer, la del segundo es todo este mundo visible; mas la del tercero, segun esta pro-

(f) Psal. 26.

porcion, es tanto mayor que la del segundo, cuanto la del segundo es mayor que la del primero. Y la ventaja que en esto le hace, esa mesma le hace en la riqueza, en la hermosura y en todo lo demas. Pues si este mundo es tan grande y tan hermoso (como habemos dicho), y estotro le excede con tan grandes ventajas (como agora decimos), ¿qué tanta podrémos por aquí entender será la grandeza y hermosura dél?

Tambien nos declara esto la diferencia de los moradores destos dos lugares; porque la forma y excelencia de los edificios ha de ser conforme á la condicion de los moradores dellos. Esta es pues (como deciamos) tierra de los que mueren, aquella de los que viven, ésta de pecadores; aquella de justos; esta de hombres, aquella de ángeles; esta de penitentes, aquella de perdonados, esta de los que pelean, aquella de los que triunfan; finalmente, esta de amigos y enemigos, aquella de solos; amigos y escogidos. Pues siendo tan diferentes los moradores destos dos lugares, ¿qué tanto lo serán los mesmos lugares, pues todos los lugares crió Dios conforme á los moradores dellos? Verdaderamente gloriosas cosas nos han dicho de tí, ciudad de Dios (*a*). Grande eres en tu anchura, hermosísima en la hechura, preciosísima en la materia, nobilísima en la compañía, suavísima en los ejercicios, riquísima en todos los bienes, y libre y exempta de todos los males. En todo eres grande, porque es grandísimo el que te hizo, y altísimo el fin para que te hizo, y nobilísimos aquellos bienaventuradores moradores para quien te hizo.

§. III.

Todo esto pertenesce á la gloria accidental de los sanctos. Mas aun hay otra gloria sin comparacion mayor, que es la que llaman esencial; la cual consiste en la vision y posesion del mesmo Dios, de la cual dice Sant Augustin (*b*): El premio de la virtud será el mesmo que dió la virtud, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio. De manera que este galardon es el mayor que puede ser; porque ni es cielo, ni tierra, ni mar, ni otra alguna criatura, sino el mesmo Criador y Señor de todo, el cual aunque sea uno, y simplicísimo bien, en él está la suma de todos los bienes.

Para cuyo entendimiento es de saber que una de las grandes maravillas que hay en aquella divina substancia, es, que con ser una y simplicísima, encierra en sí con infinita eminencia las perfecciones de todas las cosas criadas. Porque como él sea el hacedor y criador dellas, y el que las gobierna y encamina á sus últimos fines y perfecciones, no puede él carescer de lo que da, ni estar falto en sí de lo que parte con los otros. De donde nasce que todos aquellos bienaventurados espíritus, en él solo gozarán y verán todas las cosas, cada uno segun la parte que le cupiere de gloria. Porque así como agora las criaturas son espejo en que en alguna manera se ve la hermosura de Dios, así entónces Dios será espejo en que se vea la de las criaturas: y esto muy mas perfectamente que si se viesen en sí mesmas. De manera que allí será Dios bien universal de todos los sanctos, y perfecta felicidad y cumplimiento de todos sus deseos. Allí será espejo á nuestros ojos, música á nuestros oidos, miel á nuestro gusto, y bálsamo suavísimo al sentido del oler. Allí veremos la variedad y hermosura de los tiempos, la frescura del verano, la claridad del estío, la abundancia del otoño, y el descanso y reposo del invierno, y allí finalmente estará todo lo que á todos estos sentidos y potencias de nuestra ánima puede alegrar. Allí (como dice Sant Bernardo) será Dios plenitud de luz á nuestro entendimiento, muchedumbre de paz á nuestra voluntad, y continuacion de eternidad á nuestra memoria. Allí paresceráignorancia la sabiduría de Salomon, y fealdad la hermosura de Absalom, y flaqueza la fortaleza de Samson, y mortalidad la vida de los primeros hombres del mundo, y pobreza la riqueza de todos los reyes de la tierra.

Pues, ¡oh hombre miserable! si esto es así (como de verdad lo es), ¿en qué te andas por la tierra de Egipto (*c*) buscando pajas y bebiendo en todos los charquillos de agua turbia, dejando aquella vena de felicidad y fuente de aguas vivas? ¿Por qué andas mendigando y buscando á pedazos lo que hallarás recogido y aventajado en este todo? Si deleites deseas, levanta tu corazon, y considera cuán deleitable será aquel bien que contiene en sí los deleites de todos los bienes. Si te agrada esta vida criada, ¿cuánto mas aquella que todo lo crió? Si te agrada la salud hecha, ¿cuánto mas aquella que todo lo hizo? Si es dulce el conoscimiento de las criaturas, ¿cuánto mas el del mesmo Criador? Si te deleita la hermosura, él es de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan. Si el linage y la nobleza, él es el primer orígen y solar de toda nobleza. Si larga vida y sanidad, allí hay sanidad, y longura de dias. Si hartura y abundancia, allí está la suma de todos los bienes. Si música y melodía, allí cantan los ángeles, y suenan dulcemente los órganos de los sanctos en la ciudad de Dios. Si te deleitan las amistades y la buena compañía, allí está la de todos los escogidos, hechos un ánima y un corazon. Si honras y riquezas, gloria y riquezas hay en la casa del Señor. Finalmente si deseas carescer de todo género de trabajos y penas, allí es donde está la libertad y exempcion de todas ellas. Al octavo dia mandó Dios celebrar el sacramento de la Circuncision en la vieja ley (*d*), para dar á entender que al octavo dia de la resurreccion general (que sucederá á la semana desta vida), circuncidará Dios todos los trabajos y penas de aquellos que por su amor hubieren circuncidado todas sus demasías y culpas. Pues ¿qué cosa mas bienaventurada que una tal manera de vida, tan libre de todo género de miserias? donde (como dice Sant Augustin (*e*), no habrá jamas temor de pobreza, no flaqueza de enfermedades; donde ninguno se aíra, ninguno tiene invidia de otro, ninguna necesidad de comer ni de beber, ninguna ambicion de honras ni de poderes mundanos, ningunas asechanzas del demonio, ningun temor de penas del infierno, muerte, ni de cuerpo ni de ánima; sino vida siempre alegre con gracia de inmortalidad. No habrá allí jamas discordia, porque todas las cosas están en suma paz y concordia.

A todo esto se añade el vivir en compañía de los ángeles, y gozar de la vista de todos aquellos soberanos espíritus, y ver los ejércitos de los sanctos, mas claros que las estrellas del cielo, resplandesciendo con la sanctidad y obediencia de los patriarcas, con la esperanza de los profetas, con las coronas coloradas de los mártires, y con las guirnaldas blancas y floridas de las vírgenes. Mas del Rey soberano que en medio dellos reside, ¿qué lengua podrá hablar? Ciertamente si nos fuese necesario

(*a*) Psal. 86. (*b*) 22. de Civitate Dei, c. 30. tom. 5

(*c*) Exod. 5. Hierem. 2. (*d*) Gen. 17. Lev. 12. (*e*) In Solil. c. 35.

padescer cada dia tormentos, y sufrir por algun tiempo las mesmas penas del infierno por ver á este Señor en su gloria, y gozar de la compañía de sus escogidos, ¿no sería bien empleado pasar todo esto por gozar de tanto bien? Hasta aquí son palabras de Sant Augustin (a).

Pues si tan grande y tan universal es este bien, ¿cuál será la felicidad y gloria de aquellos bienaventurados ojos que en él se apacentarán? ¿Qué será ver la hermosura de aquella ciudad? ¿la gloria de aquellos ciudadanos? ¿la cara del Criador? ¿la gracia de aquellos edificios? ¿la riqueza de aquellos palacios? ¿y el alegría comun de aquella patria? ¿Qué será ver las órdenes de aquellos bienaventurados espíritus, y la autoridad de aquel sacro Senado, y la majestad de aquellos nobles ancianos, que vió Sant Joan asentados en sus tronos en presencia de Dios (b)? ¿Qué será oir aquellas voces angélicas, y aquellos cantores y cantoras, y aquella música tan acordada, no de cuatro voces, como la de acá, sino de tantas diferencias de voces, cuanto es el número de los escogidos? ¿Qué alegría será oirles cantar aquella suavísima cancion que les oyó Sant Joan en el Apocalipsi, cuando decian (c): Bendicion, y claridad, y sabiduría, y hacimiento de gracias, honra, y virtud y fortaleza sea á nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amen? Y si es tan deleitable cosa oir esta consonancia y armonía de voces, ¿cuánto mas lo será ver la concordia de los cuerpos y ánimas tan conformes? Y ¿cuánto mas la de los hombres y ángeles? Y ¿cuánto mas la de los hombres y Dios? Y sobre todo esto, ¿qué será ver aquellos campos de hermosura? ¿aquellas fuentes de vida? ¿aquellos pastos abundosos sobre los montes de Israel (d)? ¿Qué será asentarse á aquella mesa, y tener silla entre tales convidados, y meter la mano con Dios en un plato, que es gozar de su mesma gloria? Allí descansarán, y gozarán, y cantarán, y alabarán, y entrando y saliendo hallarán pastos de inestimable suavidad. Pues si tales y tan grandes bienes promete nuestra sancta fe católica en premio de la virtud, ¿cuál es el ciego y desatinado que no se mueve á ella con la esperanza de tan grande galardon?

CAPITULO X.

Del décimo título, por el cual estamos obligados á la virtud, que es la cuarta postrimería del hombre; donde se trata de las penas del infierno.

Bastaba la menor parte deste galardon para mover nuestros corazones al amor de la virtud, por la cual tanto bien se alcanza. Pues ¿qué será, si con la grandeza desta gloria juntamos tambien la grandeza de la pena que está á los malos aparejada? Porque no se puede aquí el malo consolar diciendo: si fuere malo, todo lo hace no ir á gozar de Dios; y en lo demas ni tendré pena ni gloria. No es así, sino que forzadamente nos ha de caber una destas dos suertes tan desiguales: porque ó habemos de reinar para siempre con Dios, ó arder para siempre con los demonios, ca no se da medio entre estos dos extremos, sino es el limbo, ó el purgatorio. Estas son en figura aquellas dos canastas que mostró Dios al profeta Hieremías ante las puertas del templo en una vision (e): la una llena de higos buenos, en gran manera buenos, y la otra de higos malos, y tan malos, que no se podian comer. En lo cual quiso significar Dios al profeta dos maneras de personas, unas con quien habia de usar de misericordia, y otras con quien habia de usar de justicia; y la suerte de los unos era tan buena, que no podia ser mejor, y la de los otros tan mala, que no podia ser peor: pues la suerte de los buenos es ver á Dios, que es el mayor bien de los bienes, y la de los malos carescer eternalmente de Dios, que es el mayor mal de los males.

Esto debian considerar los que se atreven á cometer un pecado mortal, para ver la carga que toman sobre sí. Los hombres que viven de llevar y traer cargas acuestas, cuando son alquilados para llevar alguna, primero la miran muy bien, y prueban á levantarla, para ver si podrán con ella. Pues tú, miserable, que estás cebado en la golosina del pecado, y por ese precio te obligas á llevar sobre tí la carga dél, mira, ruégote, primero lo que esa carga pesa (que es la pena que por él se da), para ver si tienes hombros en que llevarla. Y porque mejor puedas hacer esto, quiero ponerte aquí algunas consideraciones, por las cuales podrás entender algo de la grandeza desta pena, para que mas claro veas la grandeza de la carga que sobre ti tomas cuando pecas. Y aunque desta materia tratamos en otros lugares (f); pero aquí la tratarémos por otros medios diferentes (que es por algunas razones y consideraciones que esto nos declaren), porque ella es tan copiosa, que da motivo para todo esto y mucho mas.

Entre las cuales la primera es considerar la inmensidad y grandeza de Dios, que ha de castigar el pecado: el cual en todas sus obras es Dios: quiero decir, en todas grande y admirable, no solo en la mar, y en la tierra, y en el cielo, sino tambien en el infierno, y en todo lo al. Pues si este Señor en todas sus obras es Dios, y paresce Dios, no ménos lo parescerá en la ira, y en la justicia, y en el castigo del pecado. Por esta consideracion dijo el mesmo Señor por Hieremías (g): ¿A mí no temeréis? ¿y de mí no temblaréis? Pues yo soy el que puse las arenas por término de la mar, con tan fijo y perpetuo mandamiento, que nunca jamas lo traspasará. Y aunque se embravezcan sus olas, y se levanten hasta el cielo, no serán poderosas para pasar la raya que yo les tengo señalada. Como si mas claramente dijera: ¿No será razon que temais el brazo de un Dios tan poderoso, cuanto declara la grandeza desta obra? El cual así como es grande y admirable en todas sus obras, así tambien lo será en sus castigos, y que así como por lo uno es dignísimo de ser engrandecido y adorado, así por lo otro meresce ser temido y reverenciado. Pues por esto temia y temblaba este mesmo profeta (aunque era inocente y sanctificado en el vientre de su madre), cuando decia (h): ¿Quién no temblará de tí, Rey de las gentes? Porque tuya, Señor, es la gloria. Y en otro lugar (i): Estaba yo (dice él) solo y apartado de la compañía de los hombres, por estar, Señor, mi corazon lleno de temor de vuestras amenazas. Y aunque sabia muy bien este profeta que las amenazas no eran contra él, todavía ellas eran tales, que le hacian temblar. Y por esta causa se dice con razon, que tiemblan las columnas del cielo ante la majestad de Dios, y que tremen otrosí delante dél aquellos grandes principados y poderes soberanos: no porque no están seguros de su gloria, sino porque les pone espanto y admiracion la grandeza de la majestad divina. Pues si estos

(a) In Manual. c. 16. (b) Apoc. 4. (c) Apoc. 7. (d) Ezech. 34.
(e) Hier. 24.

(f) Libro de la Oracion, en la consideracion del viernes en la noche, y en la primera parte del Memorial al principio, y en la segunda parte al fin del Vita Christi. (g) Hierem. 5. (h) Hierem. 10. (i) Hierem. 15.

no carescen de temor, ¿qué deben hacer los culpados? ¿los menospreciadores de Dios? pues estos son sobre quien él ha de descargar el torbellino de su ira. Esta es pues una de las principales causas que hay para temer la grandeza deste castigo, como claramente nos lo enseña Sant Joan en su Apocalipsi, donde (hablando de los azotes y castigos de Dios) dice así (*a*): En un dia vendrán sobre Babilonia todas sus plagas, muerte, llanto, hambre, y fuego; porque fuerte es Dios que la ha de juzgar. Y porque conocia muy bien el apóstol la fortaleza deste Señor, dijo que era cosa horrible caer en las manos de Dios (*b*). No es cosa horrible caer en las manos de los hombres, porque ni son tan poderosas que nadie se pueda escapar dellas, ni tan fuertes que basten para echar un ánima en el infierno. Por donde decia el Salvador á sus discípulos (*c*): No querais temer aquellos que no pueden hacer mas que matar el cuerpo, y despues no les queda que hacer. Quiéroos yo mostrar á quien hayais de temer. Temed á aquel que despues de muerto el cuerpo, tiene poder para echar el ánima en el infierno. Esto os digo yo que es para temer. Estas pues son las manos en las cuales, con mucha razon, dice el apóstol que es horrible cosa caer. Y así paresce que tenian bien conoscido á qué sabian estas manos, aquellos que en el Ecclesiástico decian (*d*): Si no hiciéremos penitencia, caerémos en las manos de Dios, y no de los hombres. Las cuales cosas todas dan bien á entender, que así como Dios es grande en el poder, y en la majestad, y en todas sus obras, así tambien lo será en la ira, en la justicia, y en el castigo de los malos.

Lo mesmo paresce aun mas claro, considerando en especial la grandeza de la divina justicia, cuya obra es este castigo. Esta se nos trasluce algun tanto por sus efectos, que es por los castigos espantosos de Dios, de que están llenas las Escripturas divinas. ¿Qué castigo tan espantoso fué aquel de Datan y Abiron (*e*), y de todos sus consortes, los cuales tragó la tierra vivos, y sumió en el profundo de los infiernos, porque se levantaron contra sus prelados? ¿Quién jamas oyó tal linaje de amenazas y maldiciones como aquellas que leemos en el Deuteronomio contra los quebrantadores de la ley? Donde (entre otras terribles y espantosas amenazas) dice Dios así (*f*): Enviaré contra vosotros ejércitos de enemigos, los cuales cercarán vuestras ciudades, y os pondrán en tan grande aprieto y necesidad, que la señora delicada que no se podia tener en los piés por su grande delicadeza y ternura, cuando pariere, vendrá á comer las pares, y la sangre y las heces en que salió envuelta la criatura: y esto á escondidas de su marido, por no darle parte dellas: tan grande será la hambre que padescerá. Espantosos castigos son estos. Mas así estos como todos los que se ejecutaron en esta vida, no son mas que una pequeña sombra y figura de los que están guardados para la otra; que es el tiempo en que ha de resplandescer la divina justicia en aquellos que aquí despreciaron su misericordia. Pues si tal y tan temerosa es la sombra, ¿cuál será la mesma verdad? Y si agora (cuando la justicia anda tan templada con la misericordia, y el cáliz de la ira del Señor se da tan aguado) es tan desabrido (*g*), ¿qué hará cuando se dé puro, y cuando se haga juicio siu misericordia con los que no hubieren usado de misericordia, aunque sea siempre menor el castigo de lo que meresce el pecado?

Mas no solo la grandeza de la justicia, sino tambien la de la mesma misericordia (con quien tanto se favorescen los malos), nos da á entender la grandeza deste castigo. Porque ¿qué cosa de mayor espanto que ver á Dios vestido de carne padescer en ella todos los tormentos y deshonras que padesció, hasta acabar la vida en un madero? ¿Qué mayor misericordia que descender él á tomar sobre sí todas las deudas del mundo, para descargar dellas al mundo, y derramar su sangre por aquellos mesmos que la derramaban? Pues así como son espantables las obras de la divina misericordia, así tambien lo han de ser las de su justicia; porque como en Dios no haya cosa mayor ni menor (pues todo lo que hay en Dios, es Dios), cuan grande es su misericordia, tan grande es necesario que sea su justicia, cuanto es de parte della. Por donde así como por la cuantidad de un brazo sacamos la del otro, así por la grandeza del brazo de la misericordia se conosce la del brazo de la justicia; pues ambos son de una mesma manera. Pues ruégote agora me digas, si en el tiempo que Dios quiso mostrar al mundo la grandeza de su misericordia, hizo cosas tan admirables, y tan increibles al mundo, que el mesmo mundo las vino á tener por locura (*h*), cuando se llegare el tiempo de la segunda venida, diputado para declarar la grandeza de su justicia, ¿qué te parece que hará, mayormente habiendo tantas causas para usar de justicia, cuántas son las maldades del mundo? Porque la misericordia no tuvo quien de fuera así la ayudase; pues no habia de parte de nuestra humanidad cosa que la meresciese: mas la justicia tendrá tantas ayudas y estímulos para declararse, cuantos pecados ha habido en el mundo, para que por aquí puedas conjecturar qué tan espantable será.

Esto declara muy bien Sant Bernardo en un sermon de Epifanía por estas palabras (*i*): Así como en la primera venida se mostró el Señor muy fácil para perdonar, así en la segunda será muy riguroso en castigar. Y como agora ninguno hay que no se pueda reconciliar con él, así entónces ninguno habrá que lo pueda hacer. Porque así como la benignidad en la primera venida se descubrió sobre toda manera, así será el rigor de la justicia que en la postrera se mostrará. Ca inmenso es Dios, é infinito en la justicia, así como en la misericordia. Grande para perdonar, y grande para castigar: aunque la misericordia tiene el primer lugar, si nosotros procuráremos que no halle la justicia sobre que descargue su rigor. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, por las cuales vemos como la mesma misericordia de Dios nos declara cuan grande será su justicia, y lo uno y lo otro divinamente explicó el salmista, cuando dijo (*k*): Nuestro Dios es Dios, cuyo oficio es salvar los hombres, y librarlos de las puertas de la muerte; mas con todo eso él quebrantará las cabezas de sus enemigos hasta el postrer pelo, de los que perseveran en sus delictos. ¿Ves luego como siendo tan blando para los que á él se convierten, es tan riguroso para los endurecidos y rebeldes?

Lo mesmo tambien nos declara la paciencia de Dios, así para con todo el mundo, como para con cada uno de los malos. Porque vemos muchos hombres tan desalmados, que dende que abrieron los ojos de la razon hasta los postreros años de su vida, la mayor parte della gas-

(*a*) Apoc. 18. (*b*) Hebr. 10. (*c*) Matth. 10. (*d*) Eccli. 2. (*e*) Num. 16. (*f*) Deut. 28. (*g*) Psal. 74.

(*h*) 1. Cor. 1. (*i*) 1. circa med. (*k*) Psal. 67.

taron en ofender á Dios, y despreciar sus mandamientos, sin hacer caso ni de sus promesas, ni de sus amenazas, ni de sus beneficios, ni de sus avisos, ni de otra cosa alguna. Y en todo este tiempo los aguardó aquella suma bondad y paciencia, sin cortarles el hilo de la vida, y sin dejar de llamarlos por muchas vias á penitencia, sin ver en ellos enmienda. Pues cuando acabada toda esta tan larga paciencia suelte él contra ellos la represa de su ira (que por tantos años se ha ido poco á poco recogiendo en el seno de su justicia), ¿con qué ímpetu, con qué fuerza vendrá á dar sobre ellos? ¿Qué otra cosa quiso significar el apóstol, cuando dijo (a): ¿No miras hombre que la benignidad de Dios te aguarda, y te llama á penitencia? Mas tú por tu gran dureza, y por ese corazon tan cerrado á penitencia, atesoras contra ti ira para el dia del justo juicio de Dios, el cual dará á cada uno segun sus obras. Pues ¿qué quiere decir, atesoras ira, sino dar á entender que como el que allega tesoro, va cada dia añadiendo dineros á dineros, y riquezas á riquezas, para que así crezca el monton, así tambien Dios va cada dia y cada hora acrescentando mas y mas el tesoro de su ira, así como el malo con sus malas obras va siempre acrescentando las causas della? Pues dime agora, si un hombre se díese tanta prisa á juntar tesoro, que no se pasase dia ni hora que no acrescentase algo en él, y esto por espacio de cincuenta ó sesenta años, cuando despues deste tiempo abriese sus arcas, ¿qué tan gran tesoro hallaria? Pues, ¡oh miserable de tí, que apénas hay dia ni hora que se te pase sin acrescentar contra ti el tesoro desta ira divina, la cual crece á cada hora con cada uno de tus pecados! Porque aunque no hubiese mas que las vistas deshonestas de tus ojos, y los malos deseos y odios de tu corazon, y las palabras y juramentos de tu boca, esto solo bastaba para hinchir un mundo. Pues cuando con esto se juntare todo lo demas, ¿qué tesoro de ira tendrás allegado contra ti á cabo de tantos años?

La ingratitud tambien de los malos y su malicia (si bien se mira), da á entender por su parte cuán grande haya de ser este castigo. Si no, ponte á considerar por una parte la inmensa benignidad y largueza de Dios para con los hombres; lo que en este mundo tiene hecho, y dicho, y padescido por ellos; los aparejos y oportunidades que para bien vivir les ha dado; lo que les ha disimulado y perdonado; los bienes que les ha hecho; los males de que los ha librado, con otras muchas maneras de favores y beneficios que cada dia les hace. Mira por otra parte el olvido de los hombres para con Dios; su ingratitud, su rebeldía, su deslealtad, sus blasfemias; el menosprecio dél y de sus mandamientos, el cual es tan grande, que no solo por cualquier interese que se les ofrezca, sino muchas veces de balde y sin propósito, por sola maldad y desvergüenza ponen debajo los piés todo cuanto manda Dios. Pues quien desta manera desprecia aquella tan grande majestad, como si fuera un Dios de palo; quien tantas veces, como dice Sant Pablo (b), pisó al Hijo de Dios, y despreció la sangre de su testamento; quien tantas veces lo crucificó y abofeteó con peores obras que hiciera un pagano, ¿qué puede esperar, sino que cuando llegue la hora de la cuenta, se haga á costa del malo tan grande recompensa de la honra de Dios, cuan grande fué la injuria hecha contra él? Porque pues Dios es justo juez, á él pertenesce hacer igualdad y recompensa suficiente entre el castigo del que injurió, con la deshonra del injuriado. Pues si Dios es aquí el injuriado, ¿qué entrega se hará en el cuerpo y ánima del condenado, para que del cuero salgan las correas, y de sus dolores la recompensa de tales injurias? Y si fué menester la sangre del Hijo de Dios para hacer recompensa de las ofensas de Dios (supliéndose con la dignidad de la persona lo que faltaba de rigor á la pena), ¿qué será donde se haya de hacer esta recompensa, no con la dignidad de la persona, sino con sola la grandeza de la pena?

Considera otrosí (demas de la condicion del juez), tambien la del verdugo que ha de ejecutar su sentencia (que es el demonio), para que por aquí veas lo que de tales manos puedes esperar. Y para entender algo de la crueldad deste ejecutor, mira cuál paró á un hombre sobre quien le fué dado poder, que fué el sancto Job (c). Porque todo cuanto fué posible hacer contra una criatura racional, hizo, sin tener respecto á ningun género de blandura ni piedad. Quemóle las ovejas, robóle todos los otros ganados mayores, captivóle los criados, derribóle las casas, matóle todos los hijos, cubrióle de piés á cabeza de cáncer y de gusanos, sin dejarle otro refrigerio mas que un muladar en que se asentase, y un pedazo de teja con que rayese la materia que de sus llagas corria; y sobre todo esto dejóle la mujer, y los amigos (á quien con mayor crueldad perdonó, que matara), para que ellos con sus palabras le fuesen otros gusanos mas crueles, que llegasen hasta roerle las entrañas. Esto hizo con el sancto Job. Mas ¿qué hizo con el Salvador del mundo en aquella dolorosa noche en que fué entregado al poder de las tinieblas? Esto no se puede explicar en pocas palabras.

Pues si este enemigo y todos sus consortes son tan fieros, tan inhumanos, tan carniceros, tan amigos de sangre, tan enemigos del linaje humano, y tan poderosos para dañar; cuando tú, miserable, te veas en sus manos para que ejecuten en tí todas las crueldades que quisieren (segun la dispensacion de la divina justicia), y esto no por una noche y un dia, sino por todos los siglos de los siglos, ¿parécete que estarás bien librado en tales manos? ¡Oh qué dia tan escuro será aquel, cuando así te veas en poder de tales lobos!

Y porque mejor entiendas el tratamiento que destas manos puedes esperar, referiré aquí un ejemplo memorable que escribe Sant Gregorio en sus diálogos (d), donde cuenta que en un monasterio suyo acaesció llegar á punto de muerte un religioso mancebo, no ménos en las costumbres que en los años. Y como los religiosos del monasterio acudiesen á este tiempo á ayudarle á morir, y se pusiesen todos al derredor de su cama haciendo oracion por él, comenzó él á dar voces, y decir: íos, íos de aquí, padres, íos y dejad á este dragon que me acabe de tragar; porque ya me tiene metida la cabeza entre sus gargantas encendidas, y con sus escamas (como con unos dientes de sierra) me aprieta y atormenta grandemente. Ios luego todos, y apartáos de aquí, porque por vuestra presencia no me acaba de matar, y así me atormenta mas cruelmente. Y como dijesen los religiosos que hiciese la señal de la cruz, respondió diciendo: ¿Cómo la podré hacer, que me tiene enroscados los piés y las manos con las vueltas de su cola, y no soy señor de mí? Entonces los religiosos, no por eso desmayando, comenzaron á hacer oracion por él con grandes gemidos, y con mayor instancia: con lo cual el Padre

(a) Rom. 2. (b) Hebr. 10.

(c) Job 1. et 2. (d) 4. lib. Dialogorum. cap. 37.

de las misericordias, movido á su acostumbrada piedad, libró al enfermo de aquella tan grande agonía: con la cual quedó tan escarmentado, que de ahí adelante ordenó su vida de tal manera que no mereciese verse otra vez en tal aprieto.

De los mesmos demonios habla aun por mas horribles figuras Sant Joan en su Apocalipsi, diciendo (*a*): Ví una estrella que cayó del cielo en la tierra, á la cual fueron dadas las llaves del pozo del abismo, y abriendo la puerta deste pozo, salió dél una grande humareda, como las que suelen salir de los grandes hornos de fuego; y del humo deste pozo saltaron unas langostas en tierra, á las cuales fué dado poder para herir, como hieren los escorpiones, y fuéles mandado que no hiciesen daño en el heno de la tierra, ni en los árboles, ni en cosa verde, si no en solos aquellos que no tuviesen la señal de Dios en su frente. En este tiempo andarán los hombres buscando la muerte, y no la hallarán; y la figura destas langostas era como de caballos armados para pelear, y sobre sus cabezas tenian unas coronas de oro, y las caras eran como caras de hombres, y los cabellos como cabellos de mujeres, y los dientes como dientes de leones, y tenian vestidas unas lorigas como lorigas de hierro, y el estruendo que hacian con sus alas, era como el de muchos carros y caballos cuando arremeten á pelear. Y tenian las colas como de escorpiones, y en ellas traian sus aguijones para herir. Hasta aquí son palabras de Sant Joan. Ruégote pues agora me digas ¿qué pretendia el Espíritu Sancto (que es el autor de esta escriptura), cuando debajo destas tan horribles figuras nunca oidas, nos quiso dar á entender la grandeza de los azotes de la divina justicia? ¿Qué pretendia sino avisarnos por el horror espantable destas cosas, cuáles serán las iras de Dios, cuáles los instrumentos de su justicia, cuáles los castigos de los malos, cuáles las fuerzas de nuestros adversarios, para que con el horror de tan grandes cosas temblásemos de ofender á Dios? Porque ¿qué estrella es esta que cayó del cielo, á quien fueron dadas las llaves del abismo, sino aquel ángel tan resplandesciente que de allí cayó, á quien fué dado el principado de las tinieblas? Y ¿quién son aquellas langostas tan fieras y tan armadas, sino las furias y armas de los otros sus coadjutores y ministros, que son los demonios? ¿Quién las plantas verdes, á quien ellos no pueden dañar, sino los justos que florecen con el humor de la divina gracia, y dan fructos de vida eterna? ¿Quién los que no tienen sobre sí la señal de Dios, sino los que carecen de su espíritu, que es la señal de sus siervos, y de las ovejas de su manada? Pues contra estos miserables se apareja aquel ejército de la divina justicia, para que en esta vida y en la otra (en cada cual de su manera) sean atormentados por los mesmos demonios á quien sirvieron, así como los egipcios fueron atormentados por las moscas y mosquitos á quien ellos adoraban (*b*). Pues ¿qué será ver en aquel lugar estos monstruos y máscaras tan horribles? ¿Qué será ver allí aquel dragon hambriento, y aquella culebra enroscada, y aquel grande Behemoth, de que se escribe en Job, que aprieta la cola como cedro, que bebe los rios y pace los montes (*c*)?

Todas estas cosas bien consideradas nos declaran asaz qué tan grandes hayan de ser las penas de los malos. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de todas estas grandezas que aquí se han dicho, sino grandísimos castigos? ¿Qué se puede esperar de la inmensidad y grandeza de Dios, y de la grandeza de su justicia para castigar los pecados, y de la grandeza de su paciencia para sufrir los pecadores, y de la muchedumbre de los beneficios con que tantas veces los procuró traer á sí, y de la grandeza del odio con que aborresce al pecado (pues por ser ofensivo de infinita majestad, merece odio infinito), y de la grandeza del furor de nuestros enemigos, tan poderosos para atormentarnos, y tan rabiosos para mal querernos? ¿Qué se puede pues esperar de todas estas causas de grandeza, sino grandísimo castigo del pecado? Pues si tan grande es la pena que está aparejada para el pecado, y en esto no puede haber falta (pues así nos lo predica la fe), ¿por qué causa los que esto creen y confiesan no mirarán la carga que sobre sí toman cuando pecan, pues por el mesmo caso que cometen un pecado, se obligan á una pena que por tantos títulos se prueba ser tan grande?

§. I.

De la duracion destas penas.

Mas aunque todas estas consideraciones sean mucho para causar temor, mucho mas lo es si consideramos la duracion destas penas. Porque si en ellas hubiera alguna manera de término ó de alivio á cabo de muchos millares de años, todavía fuera este gran consuelo para los malos. Mas ¿qué diré de la eternidad que ningun término reconosce, sino que iguala por una parte con la mesma duracion de Dios? El cual espacio es tan grande, que (como dice un doctor), si uno de aquellos malaventurados en cada mil años derramase una sola lágrima material, mas agua saldria de sus ojos, que cupiese en todo el mundo. Pues ¿qué cosa mas para temer? Verdaderamente cosa es esta tan grande, que si todas cuantas penas hay en el infierno, no fueran mas que una sola punzada de un alfiler (habiendo de durar para siempre), solo esto debiera bastar para que los hombres se pusiesen á todos los trabajos del mundo por evitar esta pena. ¡Oh si esta duracion, oh si este para siempre hiciese manida en tu corazon, cuánto provecho te haria! De un hombre del mundo leemos que poniéndose una vez á pensar muy de propósito en esta duracion de penas, y espantado de cosa tan prolija, hizo entre sí esta consideracion: ningun hombre cuerdo hay que aceptase el imperio del mundo con condicion que le obligasen á estar acostado en una cama (aunque fuese de rosas y flores), por espacio de treinta ó cuarenta años. Pues siendo esto así, ¿qué desatino es, por cosas tan menores, ponerse en ventura de estar acostado en una cama de fuego por siglos infinitos? Esta sola consideracion cavó tanto, y obró tanto en este hombre, que le hizo mudar la vida, y tan mudada que vino despues á ser grande sancto, y prelado de una iglesia. Pues ¿qué responden á esto los regalados, los que con el zumbido de un mosquito están toda la noche desvelados, cuando se vean tendidos en esta cama de fuego, cercados de llamas por todas partes, y esto no por una sola noche de verano, sino por una eternidad? Esta pregunta hace á estos el profeta Isaías, diciendo (*d*): ¿Quién de vosotros podrá morar con los ardores eternos? ¿Quién se atreverá á hacer vida con el fuego tragador? ¿Qué espaldas habrá tan duras, que puedan sufrir esta calda por espacio tan largo? ¡Oh gentes sin seso! ¡Oh hombres embaucados por aquel antiguo engañador y

(*a*) Apoc. 9. (*b*) Exod. 8. (*c*) Iob. 40.

(*d*) Isai. 33.

trastornador del mundo! Porque ¿qué cosa mas ajena de razon, que siendo los hombres tan solícitos en proveerse para todas las nonadas desta vida, ser por otra parte tan insensibles para cosas de tanta importancia? ¿Qué vemos, si esto no vemos? ¿Qué tememos, si esto no tememos? ¿Qué proveemos, si esto no proveemos?

Pues siendo esto así, ¿cómo no seguirémos de buena gana el partido de la virtud, aunque fuese muy trabajoso, por huir de tanto mal? Porque es cierto que si hiciese agora Dios este partido con un hombre que le dijese: tú has de tener todo el tiempo que vivieres un dolor de gota ó de una sola muela, pero tan agudo, que no te deje reposar noche ni dia; ó si quieres ahorrar este dolor, has de ser fraile cartujo, ó descalzo, ó hacer la penitencia que ellos hacen toda la vida: mira cuál destas dos cosas quieres. No hay hombre tan perdido, que usando de buena razon (siquiera por el amor que tiene á sí mesmo), no escogiese cualquier profesion destas, ántes que padescer este martirio por este espacio. Pues siendo tanto mayores los tormentos de que hablamos, y siendo tanto mayor el espacio que duran, y siendo tanto ménos lo que Dios nos pide, que ser fraile descalzo, ó cartujo, ¿cómo no aceptamos un tan pequeño trabajo, por evitar un tan prolijo tormento? ¿Quién no ve ser este el mayor de todos los engaños del mundo?

Mas la pena dél será, que pues el hombre no quiso con un poco de penitencia redimir aquí tanto mal, que haga allí eterna penitencia, y nada le aproveche. En figura de lo cual leemos (*a*), que aquel horno de fuego que encendió Nabucodonosor en Babilonia, con levantar las llamas cuarenta y nueve cobdos en alto, por falta de un cobdo no llegó al número de cincuenta (que hace año de jubileo), para dar á entender que la llama de aquel eternal humo de Babilonia (que es el infierno), aunque arde tanto, y atormenta tan gravemente aquellos malaventurados, no por eso les alcanza la remision y gracia del jubileo verdadero. ¡Oh penas infructuosas! ¡Oh estériles lágrimas! ¡Oh rigurosa penitencia, y sin ninguna esperanza! ¡Cuán poquito de lo que allí padescen sin fructo, si se tomara aquí de voluntad, bastara para darles remedio! ¡Cuán fácilmente se podrian aquí redimir tantos males con tan livianos trabajos! Salgan pues fuentes de agua por nuestros ojos, y no cesen los gemidos de nuestro corazon. Por eso planteаré y lloraré, dice el Profeta (*b*), y salirme he por esos caminos despojado y desnudo. Haré llanto como de dragones, y sentimiento como de avestruces; porque ya está desahuciada su llaga, y no tiene cura este mal.

Y si los hombres no tuviesen todas estas cosas por verdad, ó no por tan grande verdad, no era mucho caer en ellos este descuido. Mas teniendo todo esto por fe, y sabiendo cierto que, como dice el Salvador (*c*), ántes faltará el cielo y la tierra, que dejar esto de ser, y que con todo esto vivan los que esto creen con tan extraño descuido, esto es cosa que excede toda admiracion. Dime, hombre ciego y perdido, ¿qué miel puedes tú hallar en todas las riquezas y bienes del mundo, que merezca ser comprada por este precio? Si tuvieses, dice Sant Hierónimo (*d*), la sabiduría de Salomon, y la hermosura de Absalom, y las fuerzas de Samson, y los años y vida de Enoch, y las riquezas de Creso, y el poder de Octaviano, ¿qué te pueden aprovechar todas estas cosas, si al fin de la vida el cuerpo se entregare á los gusanos, y el ánima á los demonios, para ser atormentada con el rico avariento en los tormentos eternos?

Esto baste cuanto á la primera parte de la exhortacion á la virtud. Ahora tratarémos de los privilegios singulares que en esta vida se le prometen.

(*a*) Dan. 3.

(*b*) Michæ. 1. (*c*) Luc. 21. (*d*) 3. Reg. 4. 2. Reg. 14. Iudic. 14. et 15. Genes. 5. Eccl. 44.

SEGUNDA PARTE DESTE PRIMERO LIBRO,

EN LA CUAL SE TRATA DE LOS BIENES ESPIRITUALES Y TEMPORALES QUE EN ESTA VIDA SE PROMETEN Á LA VIRTUD, Y SEÑALADAMENTE DE DOCE SINGULARES PRIVILEGIOS QUE TIENE.

CAPITULO XI.

[illegible], por el cual estamos obligados á seguir la virtud, por causa de los bienes inestimables que de presente se le prometen en esta vida.

No sé qué linaje de excusas puedan alegar los hombres para dejar de seguir la virtud, pues tantas razones se presentan por parte della. Porque no es pequeña cosa alegar por esta parte lo que Dios es, lo que merece, lo que nos ha dado, lo que nos promete, y lo que nos amenaza. Por lo cual hay mucha razon para preguntar cuál sea la causa por donde entre los cristianos que todo esto creen y confiesan, haya tantos que se dén tan poco por la virtud. Porque los infieles que no conoscen la virtud, no es maravilla que no precien lo que no conoscen, como hace el rústico cavador, que si halla una piedra preciosa, no hace caso della, porque no conoce lo que vale. Mas que el cristiano que sabe todo esto, viva como si nada desto creyese, tan olvidado de Dios, tan captivo de los vicios, tan subjecto á sus pasiones, tan aficionado á las cosas visibles, tan olvidado de las invisibles, y tan suelto en todo genero de pecados, como si no esperase muerte, ni juicio, ni paraíso, ni infierno, esto es cosa que pone grande admiracion. Por donde (como dije) hay razon para preguntar, de donde nazca este pasmo, esta modorra, y (si decir se puede) esta manera de encantamiento.

Este mal tan grande no tiene una sola raiz, sino muchas y diversas. Entre las cuales no es la menor un general engaño en que los hombres del mundo viven, creyendo que todo lo que promete Dios á la virtud, se guarda para la otra vida, y que de presente no se le da nada. Porque como los hombres sean tan interesables, y se muevan tanto con la presencia de los objectos, como no ven nada de presente, hacen poco caso de lo

futuro. Así paresce que lo hacian en tiempo de los profetas. Porque cuando el profeta Ezequiel les proponia grandes promesas ó amenazas de parte de Dios, burlábanse ellos, diciendo : Las revelaciones que este predica son para de aquí á muchos dias, y sus profecías son para de aquí á largos tiempos. Y escarneciendo otrosí del profeta Isaías por la mesma causa, contrahacian sus palabras, diciendo (*a*) : Espera y reespera, espera y reespera : manda y remanda, manda y remanda: de aquí á un poco, y de aquí á otro poco. Esta es pues una de las principales cosas que hace apelar á los malos de los mandamientos de Dios, pareciéndoles que nada se les da de presente, y que todo se libra para adelante. Así lo sintió aquel gran sabio Salomon, cuando dijo (*b*): Porque no se ejecuta luego contra los malos su sentencia, de aquí nace que los hijos de los hombres sin temor alguno se derraman por todos los vicios. Donde añade el mesmo, diciendo : Que la peor cosa de cuantas hay en la vida, y que mas ocasion da para hacer males, es suceder todas las cosas (á lo que por defuera parece) de una mesma manera al bueno y al malo ; al sucio y al limpio ; al que ofresce sacrificios, y al que no hace caso dellos. De donde nasce que los corazones de los hombres se hinchen de malicia, y despues van á parar á los infiernos, por parecerles que igualmente corren los favores y los disfavores por las casas de los buenos y de los malos. Y lo mesmo que Salomon dice, claramente lo confiesan los malos por el profeta Malaquías, diciendo (*c*) : Vana cosa es servir á Dios ; porque ¿qué fructo nos ha acarreado haber guardado sus mandamientos, y haber andado tristes delante del Señor de los ejércitos? Por esto tenemos por bienaventurados los soberbios, pues los vemos medrados y prosperados viviendo tan rotamente ; y habiendo tentado á Dios, estan en salvo. Este es el lenguaje de los malos, y uno de los mayores motivos que tienen para serlo. Porque (como dice Sant Ambrosio) parésceles cosa muy agra comprar esperanzas con peligros : esto es, comprar bienes de futuro con daños de presente, y soltar de la mano lo que tienen, por lo que adelante se les puede dar.

Pues para deshacer este engaño tan perjudicial, no sé qué otro principio pueda yo agora tomar que aquellas palabras y lágrimas del Salvador ; el cual viendo la miserable ciudad de Hierusalem, comenzó á llorar sobre ella, diciendo (*d*) : ¡Si conocieses agora tú la paz y los bienes que en este dia tuyo te venian! Mas todo esto está agora escondido de tus ojos. Consideraba el Salvador por una parte, cuán grandes eran los bienes que juntamente con su persona habian venido á aquel pueblo (pues todas las gracias y tesoros del cielo habian decendido con el Señor de los cielos), y por otra, cómo él (escandalizado con el humilde hábito, y apariencia del Señor), no le habia de recebir ; y cómo por este pecado no solo habia de perder las riquezas y gracia de su visitacion, sino tambien su república y su ciudad. Lastimado pues con este dolor, derramó estas lágrimas, y dijo estas palabras, así breves y no acabadas; porque tanto mas significaban, cuanto mas breves eran. Pues este mesmo sentimiento y estas mesmas palabras, se pueden en su manera aplicar al propósito de que hablamos. Porque considerando por una parte la hermosura de la virtud, y las grandes riquezas y gracias que andan en su compañía, y visto por otra cuán encubierto está esto á

(*a*) Isai. 28. (*b*) Eclesi. 8. (*c*) Mal. 3. (*d*) Luc. 19.

los ojos de los hombres carnales, y cuán desterrada anda ella por esto del mundo, ¿no te parece que tenemos aquí tambien la mesma causa para derramar las mesmas lágrimas, y decir con el Señor : ¡Oh, si conocieses agora tú, esto es : oh si te abriese agora Dios los ojos para que vieses los tesoros, los regalos, las riquezas, la paz, la libertad, la tranquilidad, la luz, los deleites, los favores, y los otros bienes que andan en compañía de la virtud, en cuánto la preciarias, cuánto la desearias, y con cuánto estudio y trabajo la buscarias! Mas todo esto está escondido de los ojos carnales ; porque no mirando mas que la corteza dura de la virtud, y no habiendo experimentado la suavidad interior della, paréceles que no hay en ella cosa que no sea áspera, triste y desabrida, y que no es moneda que corre en esta vida, sino en la otra ; porque si algo tiene de bien, para el otro mundo es, no para este. Por lo cual, filosofando segun la carne, dicen que no quieren comprar esperanzas con peligros, y aventurar lo presente por lo futuro.

Esto dicen escandalizados con la figura exterior de la virtud ; porque no entienden que la filosofía de Cristo es semejante al mesmo Cristo, el cual mostrando por defuera imágen de hombre, y hombre tan humilde, dentro era Dios y Señor de todo lo criado. Por lo cual se dice de los fieles (*e*), que están muertos al mundo, mas que su vida está escondida con Cristo en Dios. Porque así como la gloria de Cristo estaba desta manera escondida, así tambien lo está la de todos los imitadores de su vida. Leemos que antiguamente hacian los hombres unas imágines que llamaban Silenos (*f*), las cuales por defuera parecian muy viles y toscas, y dentro estaban muy ricamente labradas : de suerte que siendo la fealdad pública, la hermosura era secreta, y engañando con lo uno á los ojos de los ignorantes, con lo otro atraian á sí los de los sabios. Tal fué por cierto la vida de los profetas, tal la de los apóstoles, y tal la de los perfectos cristianos : como fué la del Señor de todos ellos.

Y si todavía dices que la virtud es áspera y dificultosa de ejercitar, debrias tambien poner los ojos en las ayudas que Dios para esto tiene proveidas con las virtudes infusas, con los dones del Espíritu Sancto, con los sacramentos de la ley nueva, y con todos los otros favores y socorros divinos, que son como remos y velas en la galera para navegar, ó como las alas en el ave para volar. Debrias mirar al mesmo nombre y sér de la virtud, la cual esencialmente es hábito, y muy noble hábito : y si lo es, de aquí se sigue que (regularmente hablando), nos ha de hacer obrar con suavidad y facilidad ; porque esto es proprio de todos los hábitos. Debrias tambien considerar que no solo tiene prometidos el Señor á los suyos bienes de gloria, sino tambien de gracia : los unos para la otra vida, y los otros para esta (segun que el Profeta dice (*g*) : Gracia y gloria dará el Señor : que son como dos alforjas llenas de bienes, la una para la vida presente, y la otra para la advenidera), para entender siquiera por aquí, que algo mas debe haber en la virtud de lo que por defuera paresce. Debrias otrosí mirar que pues el autor de la naturaleza no falta en las cosas necesarias (pues tan perfectamente proveyó las criaturas de todo lo que habian menester) ; no habiendo en el mundo cosa mas necesaria, ni mas importante que la virtud, no la habia de dejar desamparada á beneficio de un solo libre albedrío tan flaco, y de un entendimiento tan ciego, y

(*e*) Colos. 3. (*f*) Vid. Erasmum in Chilia. (*g*) Psal. 83

de una voluntad tan enferma, y de un apetito tan mal inclinado, y finalmente de una naturaleza por el pecado tan estragada, sin proveerle de habilidades y remos con que poder navegar por este golfo. Porque no era razon que pues la providencia divina habia sido tan solícita en proveer al mosquito, á la araña, y á la hormiga de habilidades, y instrumentos bastantes para conservar su vida, se descuidase de proveer al hombre de lo necesario para conseguir la virtud.

Y añado aun mas: que si el mundo y el demonio proveen de tantas maneras de gustos y contentamientos (á lo ménos aparentes), á los suyos por el servicio que le hacen, ¿cómo es posible que Dios sea tan estéril para sus fieles amigos y servidores, que los deje ayunos y boquisecos en medio de sus trabajos? ¡Cómo! ¿y por tan caido tienes tú el partido de la virtud, y por tan subido el de los vicios, que permitiese Dios haber tantas ventajas en lo uno, y tanto menoscabo y disfavor en lo otro? Pues ¿qué quiere decir lo que responde Dios por el profeta Malaquías á las palabras y quejas de los malos, diciendo (*a*): Convertíos á mí, y veréis la diferencia que hay entre el bueno y el malo, y entre el que sirve á Dios y no le sirve? De manera que no se contenta con la ventaja que habrá en la otra vida (de que mas abajo trata), sino luego de presente dice: Convertíos, y veréis, etc. Como si dijese: no quiero que espereis por el tiempo de la otra vida para conocer esta ventaja, sino convertíos, y luego entenderéis la diferencia que hay del bueno al malo; las riquezas del uno, y la pobreza del otro; el alegría del uno, y la tristeza del otro; la paz del uno, y las guerras del otro; el contentamiento del uno, y los descontentamientos del otro; la lumbre en que vive el uno, y las tinieblas en que anda el otro; y veréis por experiencia cuánto mas aventajado es este partido de lo que vosotros pensais.

Cuasi la mesma respuesta da Dios á otros tales como estos: los cuales por esta mesma persuasion y engaño hacian burla de los buenos, diciendo por Isaías (*b*): Declare Dios la grandeza de su poder y de su gloria, haciéndoos grandes mercedes; para que por esta via conozcamos la prosperidad y ventaja de los que sirven á Dios, á los que no le sirven. Y acabando de decir esto, y declarando luego los azotes y castigos grandes que á los malos estaban aparejados, trata luego del alegría y prosperidad de los buenos, diciendo así (*c*): Alegráos con Hierusalem (que es el ánima del justo) todos los que bien la quereis, y gozáos con alegría todos los que fuistes participantes de su tristeza; para que seais llenos de los pechos de su consolacion, y seais abastados de deleites por la grandeza de la gloria que le ha de venir. Porque yo enviaré sobre ella como un rio de paz, y como un rio lleno de gloria, del cual todos beberéis. A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os halagaré: de la manera que la madre regala un hijo chiquito, así yo os consolaré, y en Hierusalem (que es en mi casa) seréis consolados. Veréis el cumplimiento de todo esto, y gozarse ha vuestro corazon; y vuestros huesos así como las plantas reverdecerán; y en este tiempo conocerán los siervos de Dios la mano poderosa del Señor. Quiere decir: que así como los hombres por la grandeza del cielo, y de la tierra, y de la mar, y por la hermosura del sol, y de la luna, y de las estrellas vienen á conocer la omnipotencia y hermosura de Dios, por ser estas obras tan señaladas; así tambien los justos vendrán á conocer la grandeza del poder, y de las riquezas y bondad de Dios, por las grandezas de las mercedes y favores que dél recibirán, y que en sí mesmos experimentarán. De suerte que así como por los azotes y plagas que Dios envió á Faraon, declaró al mundo la grandeza de su severidad para con los malos, así por los favores y beneficios admirables que hará á los buenos, declarará la grandeza de su bondad y amor para con ellos. Dichosa por cierto el ánima con cuyos beneficios y favores mostrará Dios la grandeza de tal bondad, y desdichada aquella con cuyos azotes y castigos descubrirá la grandeza de tal justicia: porque como cada cosa destas sea de tan inestimable grandeza ¿cuáles serán los rios que de tan caudalosas fuentes manarán?

Añado mas á todo esto: que si te parece estéril y triste el camino de la virtud, ¿qué quiso decir la divina Sabiduría cuando hablando de sí mesmo, dijo (*d*): Andaré por los caminos de la justicia, y por medio de las sendas del juicio, para enriquecer á los que me aman, y hinchirles las arcas de mis bienes? Pues ¿qué riquezas y bienes son estos, sino los desta sabiduría celestial, que sobrepujan á todas las riquezas del mundo, las cuales se comunican á los que andan por el camino de la justicia, que es la mesma virtud de que hablamos? Porque si aquí no se hallaran riquezas mas dignas deste nombre que todas las otras, ¿cómo diera el Apóstol gracias á Dios por los de Corinto, diciendo (*e*) que estaban ricos en todo género de riquezas espirituales, llamando estos á boca llena ricos, como quiera que á los otros no llama absolutamente ricos, sino ricos deste siglo (*f*)?

§. I.

Confirma lo dicho con una autoridad muy notable del Evangelio.

Mas sobre todo esto añade, para confirmacion desta verdad, aquella tan notable sentencia del Salvador, el cual respondiendo á Sant Pedro (*g*) cuando preguntó por el galardon que habian de recebir los que por él habian dejado todas las cosas (segun refiere Sant Márcos), dice así (*h*): En verdad os digo que ninguno hay que deje casa, hermanos ó hermanas, padre ó madre, hijos ó heredades por amor de mi, y por el Evangelio, que no reciba agora en este tiempo presente ciento tanto mas de lo que dejó, y despues en el siglo advenidero la vida eterna. Estas palabras son de Cristo, por las cuales no es razon pasemos de corrida. Porque lo primero, no me puedes negar, sino que expresamente hace aquí distinccion entre el galardon que se da á los buenos en esta vida, y en la otra: prometiendo uno de futuro, y ofreciendo otro de presente. Tampoco me negarás que no puede haber falta en el cumplimiento desa promesa (*i*), pues es cierto que ántes faltará el cielo y la tierra, que un tilde, ó una palabra destas por imposible que parezca. Porque así como creemos que Dios es trino y uno, porque él lo dijo, aunque este misterio sea sobre toda razon, así estamos obligados á creer esta mesma verdad, aunque sobrepuje todo entendimiento; pues tiene por sí el testimonio del mesmo autor. Pues dime agora, ¿qué ciento tanto es este que de presente se da á los justos en esta vida? Porque no vemos comunmente que se les dén grandes estados, ni riquezas, ó dignidades temporales, ni aparato de cosas de mundo: ántes muchos dellos vi-

(*a*) Mal. 3. (*b*) Isai. 66. (*c*) Ibid.

(*d*) Prov. 4. (*e*) 1. Cor. 1. (*f*) 1. Tim. 6. (*g*) Math. 19. (*h*) Marc. 10. (*i*) Luc. 21.

ven arrinconados y olvidados del mundo, en grandes pobrezas, miserias y enfermedades. Pues siendo esto así, ¿cómo se podrá salvar la infalible verdad desta sentencia, sino confesando que los provee Dios de tales y tantos dones y riquezas espirituales, que sin ninguno destos aparatos del mundo bastan para darles mayor felicidad, mayor alegría, mayor contentamiento y descanso, que la posesion de todos los bienes del mundo? Y no es esto mucho de espantar, porque así como leemos (*a*) que no está Dios atado á dar mantenimiento á los cuerpos de los hombres con solo pan (pues tiene otros muchos medios para eso), así tampoco lo está para dar hartura y contentamiento á sus ánimas con solos estos bienes temporales, pues sin estos lo puede él muy bien hacer: como á la verdad lo hizo con todos los sanctos, cuyas oraciones, cuyos ejercicios, cuyas lágrimas, cuyos deleites sobrepujaron á todas las consolaciones y deleites del mundo. Y desta manera se verifica con mucha razon que reciben ciento tanto mas de lo que dejaron; pues por los bienes mentirosos y contrahechos, reciben los verdaderos; por los dudosos, los ciertos; por los corporales, los espirituales; por los cuidados, reposo; por las congojas, tranquilidad, y por la vida viciosa y abominable, vida virtuosa y deleitable. De manera que si despreciaste los bienes temporales por amor de Cristo, en él hallarás inestimables tesoros; si desechaste las honras falsas, en él hallarás las verdaderas; si renunciaste el amor de tus padres, por eso te recreará con mayores regalos el Padre Eterno; y si despediste de tí los pestíferos y ponzoñosos deleites, en él hallarás otros mas dulces y mas nobles deleites. Y cuando aquí hubieres llegado, verás claramente que todas aquellas cosas que ántes te agradaban, no solo no te agradarán, mas ántes te causarán aborrecimiento y hastío. Porque despues que aquella luz celestial ha tocado y esclarecido nuestros ojos, luego nace otra diversa y nueva faz á todas las cosas, con la cual se nos representan de otra muy diferente figura. Y así lo que poco ántes parescia dulce, agora te parescerá amargo; y lo que parescia amargo, agora se hace dulce; y lo que ántes espantaba, agora contenta, y lo que ántes parescia hermoso, agora paresce feo (aunque ántes tambien lo era, sino que no se conoscia). Desta manera pues se verifica la promesa de Cristo: el cual, por los bienes temporales del cuerpo, nos da bienes espirituales del ánima, y por los bienes que llaman de fortuna, nos da los bienes de gracia, que sin comparacion son mayores y mas poderosos para enriquecer y contentar el corazon del hombre. Y para confirmacion desto no dejaré de referir aquí un ejemplo notable que se escribe en el libro de los Varones ilustres de la órden de Cister. Escríbese pues ahí, que predicando Sant Bernardo en Flándes con un encendidísimo deseo de traer los hombres á Dios, entre otros que por especial tocamiento del Espíritu Sancto se convirtieron, fué un caballero muy principal de aquella tierra, llamado Arnulfo, al cual tenia el mundo preso con grandes cadenas; y como él finalmente, dejado el mundo, tomase el hábito en el monasterio de Clarevale, alegróse tanto el bienaventurado Padre con esta conversion, que dijo en presencia de todos, que no era ménos admirable Cristo en la conversion de Fr. Arnulfo, que en la resurreccion de Lázaro (*b*); pues estando él ligado con las ataduras de tantos vicios, y sepultado en el profundo de tantos deleites, le resuscitó Cristo, y trajo á aquella nueva vida: la cual no fué ménos admirable en el suceso, que lo fué en la conversion. Y porque sería muy largo contar en particular todas sus virtudes, vengo á lo que hace á nuestro caso. Padescia este sancto varon muchas veces una enfermedad de cólica, la cual le causaba tan grandes dolores, que le llegaban á punto de muerte. Y estando una vez así, cuasi sin sentido, perdida la habla, y tambien la esperanza de la vida, diéronle la Extrema-Uncion, y él de ahí á poco volviendo sobre sí, comenzó súbitamente á alabar á Dios, y decir á grandes voces: Verdaderas son todas las cosas que dijiste, ó buen Iesu. Y como él repitiese muchas veces esta palabra, espantándose los monges desto, y preguntándole cómo estaba, y por qué decia aquello, ninguna cosa respondia, sino replicando la mesma sentencia: Verdaderas son todas las cosas que dijiste, ó buen Iesu. Algunos de los que allí estaban, decian que la grandeza de los dolores le habia privado de su juicio, y que por esto decia aquellas palabras. Él entónces respondió: No es así, hermanos mios, no es así, sino que con todo mi juicio y entendimiento digo que son verdaderas todas las cosas que habló nuestro Salvador Iesu. Ellos respondieron: Nosotros tambien confesamos eso; mas ¿á qué propósito lo dices tú? Respondió él: Porque el Señor dice en su Evangelio (*c*) que quien quiera que renunciare por su amor todas las aficiones de sus parientes, recebirá ciento tanto mas en este siglo, y despues la vida eterna en el otro. Pues yo experimento agora en mí, y confieso que de presente recibo este ciento tanto mas en esta vida; porque os hago saber que la grandeza inmensa deste dolor que padezco, me es tan sabrosa por la firmeza de la esperanza que por ella me han agora dado de mi salvacion, que no la trocaria por ciento tanto mas de lo que en este mundo dejé. Y si yo siendo tan grande pecador, tal consolacion recibo con mis angustias, ¿cuál será la que los sanctos y perfectos varones recibirán en sus alegrías? Porque verdaderamente el gozo espiritual que me causa esta esperanza, cien mil veces sobrepuja el gozo mundano que de presente en el mundo recibia. Diciendo él esto, maravilláronse todos de ver que un religioso lego y sin letras tales palabras dijese: sino manifiestamente se conocia que el Espíritu Sancto, que en su ánima moraba, las decia.

En lo cual se ve claramente cómo sin el estruendo y aparato de los bienes temporales del mundo, da Dios á los suyos mayor contentamiento, y mayores cosas que las que por él dejaron; y por consiguiente, cuán engañados viven los que no creen que de presente se dé nada desto á la virtud.

Pues para destierro deste engaño tan peligroso (demas de lo dicho) servirán los doce capítulos siguientes, en los cuales tratarémos de doce maravillosos fructos y privilegios que acompañan en esta vida á la virtud, para que por aquí vean los amadores del mundo, que hay mas miel en ella de lo que ellos piensan. Y dado caso que para entender esto perfectamente era necesaria la experiencia, y uso de la mesma virtud (porque esta es la que mejor conosce sus riquezas); pero la falta desto suplirá la fe, la cual confiesa la verdad de las Escripturas sagradas, con cuyos testimonios entiendo probar todo lo que en esta parte dijere, porque á nadie quede lugar para dubdar desta verdad.

(*a*) Matth. 4. (*b*) Ioann. 11

(*c*) Marc. 10.

CAPITULO XII.

Del doceno título por donde estamos obligados á la virtud, por razon del primer privilegio della, que es la providencia especial que Dios tiene de los buenos para encaminarlos á todo bien, y de la que tiene de los malos para castigo de su maldad.

Pues entre estos privilegios y favores el primero y mas principal (del cual como de una fuente caudalosa manan todos los otros) es la providencia y cuidado paternal que Dios tiene de los que le sirven. Porque aunque él tenga general providencia de todas las criaturas, pero tiénela muy mas especial de los que ha recebido por suyos. Porque como él tenga estos en lugar de hijos, y les haya dado espíritu y corazon de hijos, él tambien por su parte tiene corazon de padre amantísimo para con ellos, y conforme á este amor tiene el cuidado y providencia dellos.

Mas que tan grande sea esta providencia, en ninguna manera lo podrá entender sino el que la hubiere experimentado, ó el que con estudio y atencion hubiere leido las Escripturas sagradas, y notado con diligencia los pasos que desto tratan. Porque quien así lo hiciere, verá que cuasi toda la Escriptura divina, dende el principio hasta el fin, generalmente trata desto. Ca toda ella se mueve sobre estos dos puntos (como el mundo sobre dos polos), que son pedir y prometer. En los cuales por una parte pide Dios al hombre la obediencia y guarda de sus mandamientos, y por otra promete grandísimos premios al que los guardare, así como amenaza grandísimos castigos al que los quebrantare. La cual doctrina está de tal manera repartida, que todos los libros morales de la Escriptura divina piden y prometen, y todos los Historiales verifican el cumplimiento de lo uno y de lo otro, mostrando por las obras cuán diferente se hubo Dios con los buenos y con los malos. Mas como Dios sea tan largo y tan magnífico, y el hombre tan flaco y tan miserable: él tan rico para prometer, y el hombre tan pobre para dar: es muy diferente la proporcion que hay entre lo que pide, y lo que da; porque pide poco, y da mucho: pide amor y obediencia, que él mesmo nos da, y por esto nos ofresce bienes inestimables de gracia y de gloria para esta vida y para la otra. Entre los cuales ponemos aquí en el primer lugar este amor y providencia paternal que él tiene de los que recibe por hijos: la cual sobrepuja á todos los amores y providencias que todos los padres de la tierra tienen y pueden tener á los suyos. La razon desto es, porque ningun padre hasta hoy atesoró, ni aparejó tan gran bien á sus hijos, cuanto Dios tiene aparejado y prometido á los suyos, que es la participacion de su mesma gloria: ni trabajó tanto por ellos como él, pues por esta derramó su sangre; ni tiene tan continuo cuidado dellos como él, pues los tiene presentes ante sus ojos, y ayuda en todos sus trabajos. Así lo confiesa David, cuando dice (*a*): A mí, Señor, recebiste por mi inocencia, y me confirmaste siempre en tu presencia. Esto es: nunca apartaste tus ojos de mí, por el cuidado perpetuo que de mí tienes. Y en otro salmo (*b*): Los ojos (dice) del Señor están puestos sobre los justos, y sus oidos en las oraciones dellos. Mas su rostro airado está sobre los que hacen mal, para destruir de la tierra la memoria dellos.

Mas porque la mayor riqueza del buen cristiano es esta providencia que Dios tiene dél, y cuanto es mayor la certidumbre que tiene desto, tanto es mayor su alegría y confianza; será bien juntar aquí algunos testimonios de la Escriptura divina, porque cada uno destos es como una cédula real, y una nueva confirmacion destas tan ricas promesas y mandas del testamento de Dios. El Ecclesiástico pues dice (*c*): Los ojos del Señor están puestos sobre los que le temen: él es su guarnicion poderosa, su lugar de refugio, escudo de su defension, amparo contra el calor del estío, sombra para el mediodia, socorro en sus peligros, y ayuda en todas sus caidas: él es el que levanta sus ánimas, alumbra sus entendimientos, y el que les da salud, vida y bendicion. Hasta aquí son palabras del Ecclesiástico, en las cuales ves cuantas maneras de oficios ejercita este Señor para con los suyos. El profeta David en un salmo dice (*d*): El Señor tendrá cuidado de regir y enderezar los pasos del justo: y cuando cayere no se quebrantará, porque él pondrá debajo su mano para que no se lastime. Mira tú ¿qué podrá empecer la caida al que cae sobre una almohada tan blanda como es la mano divina? En otro lugar dice (*e*): Muchas son las tribulaciones de los justos; mas de todas ellas los librará el Señor, porque él tiene cuénta con todos los huesos dellos, de tal manera que ni uno solo será quebrado. Mas en el sancto Evangelio se encaresce mas esta providencia, donde dice el Salvador (*f*) que no solo tiene contados todos sus huesos, mas tambien todos sus cabellos, porque ni uno solo se pierda: para significar con esto la grandísima y especialísima providencia que tiene dellos. Porque ¿de qué no tendrá cuidado quien lo tiene de los cabellos? Y si esto te paresce mucho, no es ménos lo que significó el profeta Zacarías, diciendo (*g*): Quien á vosotros tocare, toca á mí en la lumbre de los ojos. Harto fuera decir: quien tocare á vosotros, toca á mí; pero mucho mas fué decir: quien tocare en vosotros en cualquiera parte que sea, me toca en la lumbre de los ojos.

Y no solo por sí, sino tambien por el ministerio de los ángeles entiende en nuestra guarda; y así dice en un salmo (*h*): A los ángeles tiene Dios mandado de tí, que te guarden en todos tus caminos, y te traigan en las palmas de las manos, para que no tropiecen tus piés en alguna piedra. ¿Viste nunca tú tal coche, ó tal litera como son las manos de los ángeles para andar en ellas? Pues desta manera los sanctos ángeles (que son como nuestros hermanos mayores) traen en sus brazos á los justos, que son sus hermanos menores, que no saben andar por sí, sino en brazos ajenos; y en estos los traen los ángeles, no solo en vida, sino tambien en muerte: como paresce claro en aquel pobre Lázaro del Evangelio (*i*), que despues de muerto fué llevado por manos dellos al seno de Abraham. En otro salmo dice (*k*): El ángel del Señor anda al derredor de los que le temen, para librarlos de los peligros. Y cuán poderosa sea esta guarda, decláralo mas la translacion de Sant Hierónimo, que en lugar destas palabras dice así: El ángel del Señor tiene asentados sus reales al derredor de los que le temen, para librarlos. Pues ¿qué rey hay en el mundo que tal guarda traiga consigo como esta? La cual manifiestamente se vió en el libro de los Reyes (*l*), donde viniendo el ejército del rey de Siria á prender al profeta Heliseo, y temblando su criado de miedo, hizo el sancto profeta oracion á Dios, suplicándole abriese los ojos de aquel desconfiado mozo, para que viese cuánto mayor

(*a*) Psalm. 40. (*b*) Psal. 33.

(*c*) Eccles. 34. (*d*) Psal. 36. (*e*) Psal. 33. (*f*) Lucæ. 12. et 21.
(*g*) Zach. 2. (*h*) Psal. 90. (*i*) Luc. 16. (*k*) Psal. 33. (*l*) 4. Reg. 6.

ejército tenia él en su favor que sus contrarios: y abrió Dios los ojos del mozo, y vió todo el monte lleno de caballos y carros de fuego al derredor de Heliseo. Y esta mesma guarnicion es aquella de que se escribe en el libro de los Cantares, por estas palabras (*a*): ¿Qué verás tú en la Sunamítes (que es figura de la Iglesia, y del ánima que está en gracia), sino compañías de reales, que son la guarda de los sanctos ángeles? Y esto mesmo significa el Esposo en el mesmo libro por otra figura, diciendo (*b*): La litera de Salomon guardan sesenta fuertes de los mas esforzados de Israel: y todos ellos tienen sus espadas en las manos, y son muy diestros en pelear. Cada uno tiene su espada sobre el muslo por los temores de la noche. Pues ¿qué es esto sino declararnos el Espíritu Sancto por tantas figuras el recaudo que la divina Providencia tiene sobre las ánimas de los justos? Porque ¿de dónde nasce que un hombre concebido en pecado, viviendo en una carne tan mal inclinada, y entre tantos millares de lazos y peligros, viva muchos años sin desbarrar ni en un solo pensamiento que sea pecado mortal, sino desta tan grande guarda y providencia divina?

La cual es tan grande, que no solamente los libra de los males, y encamina á todos los bienes, sino muchas veces los mesmos males en que alguna vez por divina permision caen, los hace materia de bienes, cuando con ellos se hacen mas cautos, mas humildes, y mas agradescidos á quien los sacó de tales peligros, y les perdonó tantos pecados. Porque en este sentido dice el Apóstol (*c*) que á los que aman á Dios todas las cosas les ayudan y sirven para su bien.

Y si estos favores son dignos de grande admiracion, mucho mas lo es que no solo tiene Dios esta cuenta con sus siervos, sino tambien con sus hijos y decendientes, y con todo lo que toca á ellos; como el mesmo Señor lo testificó, diciendo (*d*): Yo soy Señor Dios, fuerte y celoso, que visito la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion, y uso de misericordia en millares de generaciones con aquellos que me aman y guardan mis mandamientos. Así lo mostró él con David (*e*), cuyos hijos á cabo de tantos años no quiso destruir (aunque lo merescian muchas veces sus pecados), por respecto de su padre David. Y así lo mostró tambien con Abraham (*f*), á cuyos hijos tantas veces perdonó por amor de sus padres: y al mesmo Ismael, que era hijo de esclava, prometió de multiplicar y engrandescer en la tierra, por ser hijo de Abraham. Y hasta su mesmo criado enderezó en el camino y negocio que llevaba á cargo, de buscar mujer para el hijo de su señor, porque era criado dél (*g*). Y no solo tuvo respecto al criado por amor del buen señor, pero (lo que mas es) aun al señor malo, por amor del buen criado. Y así leemos haber hecho él grandes mercedes á su amo de Josef (*h*), que era idólatra, por amor del sancto mozo que tenia en su casa. Pues ¿qué mayor benignidad y providencia que esta? ¿Quién no se determinará de servir á un señor tan largo, tan fiel y tan agradescido para con todos los que le sirven, y para con todas sus cosas?

§. I.

De los nombres que en la Escriptura divina se atribuyen á nuestro Señor por razon desta providencia.

Pues como esta divina providencia se extienda á tantos y tan maravillosos efectos, por eso tiene Dios en la Escriptura divina muchos y diversos nombres; pero el mas celebrado y mas usado es llamarse Padre, como lo llama su amantísimo Hijo á cada paso en el Evangelio (*i*). Y no solo en el Evangelio, mas tambien en muchos lugares del Viejo Testamento; como lo significó el Profeta en el Salmo, cuando dijo (*k*): De la manera que el padre se compadesce de sus hijos, así se compadesce el Señor de todos los que le temen; porque él conosce la flaqueza de nuestra humanidad.

Y porque aun le parescia poco á otro profeta llamar á Dios padre (pues su amor y providencia sobrepuja á la de todos los padres), dijo estas palabras (*l*): Señor, vos sois nuestro padre, y Abraham no nos conosció, é Israel no tuvo que ver con nosotros. Dando á entender que estos que eran padres carnales, no merescian este nombre en comparacion de Dios. Mas porque entre estos amores de padres el de las madres suele ser, ó mas vehemente, ó mas tierno, no se contenta este Señor con llamarse padre, sino llámase tambien madre, y mas que madre. Y así dice él por Isaías estas dulcísimas palabras (*m*): ¿Qué madre hay que se olvide de su hijo chiquito, y que no tenga corazon para apiadarse de lo que salió de sus entrañas? Pues si fuere posible que haya alguna madre en quien pueda caber este olvido, en mí nunca jamas cabrá: porque en mis manos te tengo escripto, y tus muros están siempre delante de mí (*n*). Pues ¿qué palabras de mayor ternura y providencia que estas? ¿Quién será tan ciego, ó tan desconfiado que no se alegre, que no resuscite y levante cabeza con tales prendas de tal providencia y amor? Porque quien considerare que el que estas palabras dice es Dios, cuya verdad no puede faltar, cuyas riquezas no tienen término, cuyo poder es infinito, ¿qué temerá? qué no esperará? cómo no se alegrará con tales palabras? con tales prendas? con tal providencia? y con tal significacion de amor?

Pues pasa el negocio aun mas adelante; porque no contento este Señor con comparar este su amor con el vulgar y comun amor de las madres, escogió una entre todas ellas, que es la mas afamada en este amor, la cual (segun dicen) es el águila; y con el desta comparó su amor y providencia, diciendo (*o*): De la manera que lo hace el águila, así este Señor defendió su nido, y amó sus hijos: y así extendió sus alas, y los puso encima dellas, y los trajo sobre sus hombros. Lo cual aun mas abiertamente declaró el mesmo profeta al mesmo pueblo, despues de llegado á la tierra de promision, diciendo (*p*): Hate traido el Señor en todo este camino por do has caminado, de la manera que un padre trae un hijo chiquito en sus brazos, hasta ponerte en este lugar.

Y así como él toma para sí nombre de padre y de madre, así tambien da á nosotros nombre de hijos, y de hijos muy regalados; como claramente lo testifica él por Hieremías, diciendo (*q*): Hijo mio, muy honrado es Efraim, y niño delicado; porque despues que comencé á tratar con él, siempre he tenido memoria dél: y por tanto mis entrañas se han enternescido sobre él, y apiadando, me apiadaré dél. Cada palabra destas (pues es de Dios) era mucho para ponderar, y para estimar, y para regalar y enternescer nuestro corazon para con Dios; pues así se enternesció el de Dios para con tan pobres criaturas.

(*a*) Cantic. 7. (*b*) Cantic. 3. (*c*) Rom. 8. (*d*) Exod. 20. (*e*) 2. Reg. 3 et 15. 4. Reg. 8, 19. (*f*) Genes. 17 et Exod. 33. (*g*) Gen. 24. (*h*) Gen 39.

(*i*) Ioan. 5, 6, 10. Mat. 5, 6, 18, 23. (*k*) Psal. 102. (*l*) Isai. 63. (*m*) Isai. 49.
(*n*) Estos muros son la custodia Angélica. *Qui semper vident faciem Patris Matth.* 18. (*o*) Exod. 19. (*p*) Deut. 32. (*q*) Hierem. 31.



Y por razon desta mesma providencia, despues del nombre de padre, se llama él tambien pastor, como se llama en su Evangelio. Y para declarar hasta donde llegaba el amor y cuidado desta providencia pastoral, dijo estas palabras (*a*): Yo soy buen pastor, y conozco á mis ovejas, y ellas conoscen á mí. ¿De qué manera, Señor, las conosceis? ¿Con qué ojos las mirais? Con los ojos (dice él) que mi Padre mira á mí, y yo á él, con esos miro yo á mis ovejas, y ellas miran á mí. ¡Oh bienaventurados ojos! ¡Oh dichosa vista! ¡Oh dichosa providencia! Pues ¿qué mayor gloria, qué mayor tesoro puede nadie desear, que ser mirado del Hijo de Dios con tales ojos, que es con los ojos que su Padre mira á él? Porque aunque la comparacion no sea igual en todo (pues mas meresce el hijo natural que los adoptivos), pero asaz es grande gloria ser ella tal, que merezca ser comparada con esta. Mas cuáles sean las obras y beneficios desta providencia, declara y promete Dios copiosísima y elegantísimamente por el profeta Ezequiel, diciendo así (*b*): Yo buscaré mis ovejas, y las visitaré. De la manera que visita el pastor su ganado cuando lo halla descarriado, así yo visitaré mis ovejas, y las sacaré de todos los lugares por donde andaban descarriadas en el dia de la nube y de la escuridad: y sacarlas he de entre los pueblos, y juntarlas he de diversas tierras, y traerlas he á la suya, y apascentarlas he en los montes de Israel, en los rios, y en todos los otros lugares de la tierra: y apascentarlas he en abundantísimos pastos, que será en los montes altos de Israel, donde descansarán sobre las yerbas verdes, y serán apascentadas en pastos muy abundosos. Yo apascentaré mis ovejas, y les daré sueño reposado, dice el Señor. Yo buscaré lo perdido, y recobraré lo hurtado, y ataré lo que estuviere quebrado, y esforzaré lo flaco, y guardaré lo que estuviere fuerte, y apascentarlas he en juicio, que es con grande recaudo y providencia. Y un poco mas abajo añade luego, diciendo: Y haré con ellas un contrato de paz, y ojearé todas las malas bestias de la tierra; y los que moran en el desierto estarán seguros en los bosques. Y puestas al derredor de mi collado, derramaré sobre ellas mi bendicion, y inviaré las aguas lluvias á su tiempo, las cuales serán benditas: esto es, saludables y provechosas, y no dañosas á los pastos del ganado. Hasta aquí son palabras de Ezequiel. Dime agora pues: ¿qué mas habia que prometer? ¿ni con qué mas dulces, y amorosas, y elegantes palabras se pudiera todo esto representar? Porque es cierto que ni habla el Señor aquí del ganado material, sino del espiritual (que son los hombres), como el mesmo texto expresamente lo dice: ni ménos promete yerbas y abundancia de bienes temporales (que son comunes á buenos y á malos), sino abundancia de favores, y gracias, y providencias especiales, con las cuales rige Dios y gobierna este espiritual ganado, á manera de pastor, como él mesmo lo explica por Isaías, diciendo (*c*): Así como pastor apascentará su ganado, y con su brazo juntará los corderos, y los traerá en su seno, y las ovejas paridas y preñadas él las llevará sobre sus hombros. Pues ¿qué cosa mas tierna ni mas dulce que esta? Destos mesmos oficios y beneficios de pastor habla y trata todo aquel divino salmo que comienza (*d*): *Dominus regit me.* En lugar de las cuales palabras traslada Sant Hierónimo mas claramente: *Dominus pastor meus est.* Y propuesto este principio, prosigue luego en todo el salmo todos los oficios de pastor: los cuales no pongo aquí, porque quien quiera los podrá por sí leer y entender.

Y de la manera que se llama pastor, porque nos rige, así tambien rey, porque nos defiende; y maestro, porque nos enseña; y médico, porque nos cura; y ayo, porque nos trae en sus brazos; y guarda, por el cuidado que tiene de velar sobre nosotros y guardarnos. De los cuales nombres están llenas todas las Escripturas divinas. Mas entre todos estos nombres el mas tierno, y mas regalado, y que mas descubre esta providencia, es el nombre de esposo, con que se llama en el libro de los Cantares, y en otros muchos lugares de la Escriptura. Y así convida él al ánima del pecador que lo quiera llamar, diciendo (*e*): Si quiera agora me llama padre mio, y guia de mi virginidad. El cual nombre celebra el Apóstol con grande encarescimiento. Porque despues de aquellas palabras que dijo el primer hombre á la primera mujer, conviene saber: Por esta dejará el hombre padre y madre, y allegarse ha á su mujer, y serán dos en una carne; añade el Apóstol, y dice (*f*): Este sacramento es grande, entendido como yo lo entiendo, de Cristo y de la Iglesia, que es esposa suya; y así lo es tambien en su manera, de cualquiera de las ánimas que están en gracia. Pues ¿qué no se podrá esperar de quien tal nombre como este tiene, pues no lo tiene de balde?

Mas ¿para qué es andar buscando en las Escripturas sagradas un nombre de aquí, otro de allí? pues los nombres que de sí prometen algun bien, competen á este Señor; pues quien quiera que le ame, y le busque, hallará en él todo lo que desea. Por lo cual dice Sant Ambrosio en un sermon: Todas las cosas tenemos en Cristo, y todas ellas nos es Cristo. Si deseas ser curado de tus llagas, médico es: si ardes con calenturas, fuente es: si te fatiga la carga de los pecados, justicia es: si tienes necesidad de ayuda, fortaleza es: si temes la muerte, vida es: si quieres huir de las tinieblas, luz es: si deseas ir al cielo, camino es: si tienes necesidad de manjar, mantenimiento es. Cata aquí pues, hermano, cuantas maneras de nombres tiene este Señor, que en sí es uno y simplicísimo; porque aunque sea uno en sí, á nosotros es todas las cosas para remedio de todas nuestras necesidades, que son innumerables.

No acabariamos á este paso de referir todas las autoridades que sobre esta materia se ofrescen en las Escripturas divinas. Mas estas he referido para consuelo y esfuerzo de los que sirven á Dios, y para atraer con ellas á su servicio á los que no le sirven: pues es cierto que ningun tesoro hay debajo del cielo mayor que este. Por donde así como los que han servido á los reyes en algunas grandes jornadas por mandamientos y cartas suyas en que se les prometen grandes premios por estos trabajos, guardan estas cartas con todo recaudo, y con ellas se animan y alegran en esos mesmos trabajos, y con ellas piden despues la remuneracion de sus servicios, así los siervos de Dios guardan dentro de su corazon todas estas palabras y cédulas divinas, muy mas ciertas que todas las de los reyes de la tierra. En ellas tienen su esperanza, con ellas se esfuerzan en sus trabajos, por ellas confian en sus peligros, con ellas se consuelan en sus angustias, á ellas recurren en todas sus necesidades: ellas los encienden en el amor de tal Señor, y les obligan á entregarse del todo á su servicio; pues él tan fielmente les promete de emplearse todo en su provecho,

(*a*) Ioan. 10. Luc. 15. (*b*) Ezech. 34. (*c*) Isai. 40. (*d*) Psal. 22.

(*e*) Hierem. 3. (*f*) Ephes. 5.

siéndoles todo en todas las cosas. En lo cual paresce que uno de los principales fundamentos de la vida cristiana es el conoscimiento práctico desta verdad.

Pues dime agora, ruégote, ¿si es posible imaginarse cosa alguna mas rica, mas preciosa y mas para estimar y desear que esta, y si se puede imaginar en esta vida algun mayor bien que tener á Dios por padre, por madre, por pastor, por médico, por maestro, por ayo, por muro, por defensor, por valedor, y (lo que mas es) por esposo, y finalmente por todas las cosas? ¿Qué tiene el mundo que poder dar á sus amadores, que iguale con esto? Pues cuánta razon tienen los que este bien poseen para alegrarse, consolarse, y esforzarse y gloriarse en él sobre todas las cosas? Alegráos, dice el Profeta (*a*), en el Señor los justos, y gloriáos en él todos los rectos de corazon. Como si mas claramente dijera: Alégrense los otros en las riquezas y honras del mundo; otros en la nobleza de sus linajes; otros en los favores y privanzas de los príncipes; otros en la preeminencia de sus oficios y dignidades: mas vosotros que presumis tener á Dios por vuestro, que es vuestra heredad y vuestra posesion, alegráos y gloriáos mas de verdad en este bien; pues es tanto mayor que todos los otros, cuanto es mas Dios que todas las cosas. Así lo confiesa expresamente David en un salmo, diciendo (*b*): Líbrame, Señor, de las manos de los que están fuera de tu servicio y de tu casa: los cuales no tienen boca sino para hablar vanidad, ni brazo sino para obrar maldad; cuyos hijos andan en su juventud lozanos y frescos, como los árboles nuevos y recien plantados; cuyas hijas andan ataviadas y compuestas á manera de templos; cuyas despensas están llenas y abastadas de todos los bienes; cuyas ovejas están gordas y llenas de hijos. Por bienaventurado tuvieron al pueblo lleno de todos estos bienes; mas yo digo que bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios. ¿Por qué, David? La razon está muy clara: porque en él solo posee un bien en quien está todo lo que se puede desear. Por tanto gloríense los otros en todas estas cosas; mas yo, aunque muy rico y muy poderoso rey, en él solo me gloriaré. Así se gloriaba aquel sancto profeta que decia (*c*): Yo me gozaré en el Señor, y alegrarme he en Dios mi Salvador; porque él es mi Dios, y mi fortaleza, y el que hará mis piés lijeros como los de los ciervos para correr sin tropiezo por los caminos desta vida, y hará que ande yo sobre los altos montes cantándole salmos y alabanzas. Este es pues el tesoro, esta la gloria que está aparejada en este mundo para los que sirven á Dios. Y esta es una de las grandes razones que hay para que todos le deseen servir, y una de las justísimas querellas que él tiene contra los que no le sirven; siendo él tan buen Señor, y tan fiel ayudador y defensor dellos: y con esta queja envió al profeta Hieremías á quejarse de su pueblo, diciendo (*d*): ¿Qué aspereza hallaron vuestros padres en mí, por qué se alejaron de mí, y se fuéron en pos de la vanidad, y se hicieron vanos? Y mas abajo: ¿Por ventura he sido yo á este pueblo tierra yerma, y tardía, y desaprovechada? Como si dijese: Claro está que no; pues tantas victorias y prosperidades les han venido por mi mano. Pues ¿por qué ha dicho este pueblo, ya nos habemos apartado de tu servicio, y no queremos mas volver á tí? ¿Por ventura olvidarse ha la doncella del mas hermoso de sus atavíos, y de la faja rica con que se ciñe los pechos? Pues ¿por qué mi pueblo se ha olvidado de mí por tantos dias, siendo yo todo su ornamento, su gloria, y su hermosura? Pues si de aquellos se quejaba Dios en el tiempo de la ley (donde las mercedes eran mas cortas), ¿cuánta mas razon tendrá agora de quejarse, cuando son tanto mas largas, cuanto mas espirituales y mas divinas?

§. II.

De la manera de la providencia que tiene Dios de los malos para castigo de sus maldades.

Y si no nos mueve tanto el amor desta felicísima providencia de que gozan los buenos, muévanos siquiera el temor de la providencia (si así se puede llamar) que tiene Dios de los malos: la cual es medirlos con su propria medida, y tratarlos cónforme al olvido y menosprecio que tienen de su Majestad, olvidándose de los que le olvidan, y despreciando á los que le desprecian. Y para significar esto mas palpablemente, mandó al profeta Oseas (*e*) que se casase con una mujer fornicaria: para dar á entender la fornicacion espiritual en que habia caido aquel pueblo, que habia desamparado á su legítimo esposo y Señor. Y á un hijo que deste matrimonio le nasció, mandó poner por nombre una palabra hebrea que quiere decir: No mi pueblo vosotros; para dar á entender, que pues ellos con sus pecados no le reconocieron, ni sirvieron como á Dios, él tampoco los reconoceria, y trataria como á pueblo. Y en confirmacion de la mesma sentencia añade luego mas abajo, diciendo: Juzgad á vuestra madre, juzgadla; porque ni ella es mi mujer, ni yo soy su marido (*f*). Dando á entender que así como ella no le habia guardado fe y obediencia de buena mujer, así él no tendria para con ella el amor y providencia de verdadero marido. Ves pues cuán abiertamente nos enseña aquí este Señor cómo mide á cada uno con su mesma medida; siendo tal para con el hombre, como el hombre es para con él.

Pues desta manera viven los malos, como olvidados de Dios; y así están en este mundo como hacienda sin dueño, como escuela sin maestro, como navío sin gobernalle, y finalmente como ganado descarriado sin pastor, que nunca escapa de lobos. Y así les dice Dios por el profeta Zacarías (*g*): No quiero ya tener mas cargo de apascentaros: lo que muriere, muérase; y lo que mataren, mátenlo; y los demas, que se coman á bocados unos á otros. Y lo mesmo significó en el cántico de Moysen, diciendo (*h*): Apartaré mis ojos dellos, y estarme he mirando las miserias y calamidades en que finalmente han de parar, sin proveerles de remedio.

Pero aun mas copiosamente declara él esta manera de providencia por Isaías (*i*), hablando de su pueblo en nombre de viña: contra la cual (porque despues de labrada y cultivada con muchos beneficios, no habia acudido con el fructo que era razon) pronuncia él esta sentencia, diciendo: Quiero declararos lo que yo haré con esta mi viña. Quitarle he el vallado, y será robada: derribarle he la cerca, y será hollada: y haré que quede como una tierra desierta. No será podada, ni cavada, cubrirse ha de zarzas y espinas, y á las nubes mandaré que no llluevan sobre ella. Esto es: quitarle he todos los socorros y ayudas eficaces de que la habia proveido, de donde se seguirá su total caida y destruicion. ¿Parécete pues que es mucho para recelar tal manera de providencia?

Pues dime agora: ¿qué mayor peligro, y qué mayor

(*a*) Psal. 31. (*b*) Psal. 143. (*c*) Habac. 3. (*d*) Hierem. 2.

(*e*) Oseæ 1. (*f*) Oseæ 2. (*g*) Zacha. 11. (*h*) Deut. 32. (*i*) Isai. 5.

miseria, que vivir fuera desta tutela y providencia paternal de Dios, y quedar expuesto á todos los encuentros del mundo, y á todas las calamidades y injurias desta vida? Porque como este mundo sea por una parte un mar tempestuoso, un desierto lleno de tantos salteadores y bestias fieras, y sean tantos los desastres y acaescimientos de la vida humana, tantos y tan fuertes los enemigos que nos combaten, tantos y tan ciegos los lazos que nos arman, y tantos los abrojos que nos tienen por todas partes sembrados; y por otra parte el hombre sea una criatura tan flaca y tan desnuda, tan ciega, tan desarmada, y tan pobre de esfuerzo y de consejo: si le falta esta sombra, y este arrimo y favor de Dios, ¿qué hará el flaco entre tantos fuertes, el enano entre tantos gigantes, el ciego entre tantos lazos, y el solo y desarmado entre tantos y tan poderosos enemigos?

Pues aun no pára el negocio en esto; porque no se contenta esta providencia con desviar sus ojos de los malos (de donde se sigue que caigan en tantas maneras de penas y trabajos); mas ántes ella mesma se los acarrea y procura. De tal manera que los ojos que ántes velaban para su provecho, agora velen para su castigo: como claramente lo testificó él por Amós, diciendo (*a*): Pondré mis ojos sobre ellos; mas esto será para su mal, y no para su bien. Como si mas claramente dijera: trocarse ha de tal manera la providencia que tenia dellos, que yo, que ántes los miraba para defenderlos, agora los miraré para castigarlos, y darles el pago que sus maldades merescen. Asi lo declaró aun mas expresamente por el profeta Oseas, diciendo (*b*): Yo seré como polilla de Efraim, y como carcoma de Israel para los ir castigando y destruyendo, como se destruye la ropa con la polilla. Y porque esta manera de persecucion parescia prolija y blanda, añade luego otra mas acelerada y furiosa, diciendo: Yo seré como leona á Efraim, y como cachorro de leona á Judá; yo iré y los prenderé, y los tomaré, y no habrá quien los libre de mis manos. Pues ¿qué mayor miseria quieres que esta?

Y no es ménos claro testimonio deste linaje de providencia el que leemos en el profeta Amós (*c*), en el cual despues de haber dicho Dios que habia de meter á espada todos los malos por los pecados de su avaricia, añade luego, y dice así (*d*): Y no piensen escapar de mis manos los que huyen. Porque si decendieren hasta el infierno, de allí los sacará mi mano; y si subieren á lo alto, de allí los derribaré; y si subieren á lo mas alto del monte Carmelo, ahí los buscaré y los tomaré; y si se escondieron de mis ojos en el profundo de la mar, ahí mandaré á la serpiente, y morderlos ha; y si fueren captivos á tierra de sus enemigos, ahí mandaré al cuchillo, y matarlos ha; y pondré mis ojos sobre ellos para su mal, y no para su bien. Hasta aquí son palabras del Profeta. Pues dime agora: ¿qué hombre hay que leyendo estas palabras, y acordándose que son de Dios, y viendo cuál sea esta manera de providencia que él tiene de los malos, no se estremezca todo de ver cuán poderoso enemigo tiene contra sí, el cual con tan grande estudio y diligencia le busque, y le cerque, y le tome todos los caminos, y vele para su destruicion? ¿Cómo tendrá reposo? ¿cómo comerá bocado que bien le sepa, teniendo tales ojos, tal furor, tal perseguidor, y tal brazo contra sí? Porque si tan grande mal es carecer del favor y providencia del Señor, ¿cuánto mayor lo será haber convertido contra sí las armas desta mesma providencia, y que el espada que estaba desenvainada contra tus enemigos, se vuelva contra tí? y los ojos que velaban para defenderte, velen agora para destruirte? y el brazo que era para sostenerte, sea agora para derribarte? y el corazon que pensaba sobre tí pensamientos de paz y de amor, piense agora pensamientos de afliccion y dolor? y el que habia de ser tu escudo, tu sombra y tu amparo, venga á ser agora polilla para comerte, y leon para despedazarte? ¿Cómo puede dormir seguro el que sabe que cuando él duerme está Dios, como aquella vara de Hieremías (*e*), velando para su castigo y afliccion? ¿Qué consejo habrá contra este consejo? qué brazo contra este brazo? y qué providencia contra esta providencia? ¿Quién jamas, como se escribe en Job (*f*), se puso en armas contra Dios, y le resistió, que tuviese paz?

Finalmente tal es y tan grande este mal, que uno de los mayores castigos con que Dios suele castigar ó amenazar á los malos en esta vida, es levantar dellos la mano de su paternal providencia, como él mesmo lo testifica en muchos lugares de la sancta Escriptura. Porque en una parte dice (*g*): No quiso mi pueblo oir mi voz, ni tener cuenta conmigo; pues yo tampoco la quise tener con él de la manera que ántes la tenia. Y así permití que fuesen llevados de los deseos de su corazon: de donde se seguirá que vayan cada dia de mal en peor. Y por el profeta Oseas dice (*h*): Olvidástete de la ley de tu Dios, olvidarme he yo tambien de tus hijos. De suerte que así como uno de los mayores males que le pueden venir á una mujer, es darle su buen marido libello de repudio, y abrir mano della; y á una viña desampararla su señor, y dejar de labrarla (porque luego de viña se hace monte): así uno de los mayores males que pueden venir á un ánima, es levantar Dios la mano della. Porque ¿qué podrá ser un ánima sin Dios, sino una viña sin viñador, una huerta sin hortelano, un navío sin piloto, un ejército sin capitan, y una república sin cabeza, ó por mejor decir, un cuerpo sin ánima?

Cata aquí pues, hermano mio, cómo por todas partes te cerca Dios, y te cerca esa razon: porque si no basta para mover tu corazon el amor y deseo de aquella paternal providencia, muévate siquiera el temor deste desamparo; porque á los que no suele mover el deseo de los bienes, mueve muchas veces el temor de grandes males.

CAPITULO XIV.

Del segundo privilegio de la virtud, que es la gracia del Espíritu Sancto que se da á los virtuosos.

Esta paternal providencia es (como dijimos) la fuente de todos los otros privilegios y beneficios que Dios hace á los suyos. Porque á esta providencia pertenesce proveerles de todos los medios necesarios para conseguir su fin (que es su última perfeccion y felicidad), así ayudándoles y dándoles la mano en todas sus necesidades, como criando en sus ánimas todas aquellas habilidades y virtudes, y todos los hábitos infusos que para esto se requieren. Entre los cuales el primero es la gracia del Espíritu Sancto, que despues desta divina providencia es el principio de todos los otros privilegios y dones celestiales. Y así esta es aquella primera vestidura que se dió al hijo pródigo cuando fué recebido en la casa de su padre (*i*). Y si me preguntares qué cosa sea esta gracia, dígote que gracia, como declaran los teólo-

(*a*) Amos 9. (*b*) Ose 5. (*c*) Amos 9. (*d*) Psal. 138.

(*e*) Hierem. 1. (*f*) Iob 9. (*g*) Psal. 80. (*h*) Oseæ 4. (*i*) Luc. 15.

gos (*a*), es una participacion de la naturaleza divina, esto es, de la sanctidad, de la bondad, de la pureza y nobleza de Dios, mediante la cual despide el hombre de sí la bajeza y villanía que le viene por parte de Adam, y se hace participante de la sanctidad y nobleza divina, despojándose de sí, y vistiéndose de Cristo. Esto declaran los sanctos con un comun ejemplo del hierro echado en el fuego; el cual sin dejar de ser hierro, sale de ahí todo abrasado y resplandesciente como el mesmo fuego: de manera que permaneciendo la mesma substancia y nombre de hierro, el resplandor, y el calor, y otros tales accidentes son de fuego. Pues desta manera la gracia (que es una cualidad celestial, la cual infunde Dios en el ánima) tiene esta maravillosa virtud de transformar el hombre en Dios; de tal manera que, sin dejar de ser hombre, participe en su manera las virtudes y pureza de Dios, como las habia participado aquel que decia (*b*): Vivo yo, ya no yo; mas vive en mí Cristo.

Gracia es otrosí una forma sobrenatural y divina, la cual hace al hombre vivir tal vida, cual es el principio y forma de do procede, que es tambien sobrenatural y divina. En lo cual resplandesce maravillosamente la providencia de Dios, que así como quiso que el hombre viviese dos vidas, una natural y otra sobrenatural, así para esto le proveyó de dos formas (que son como dos ánimas destas vidas), una para vivir la una, y otra para la otra.

De donde así como del ánima (que es forma natural) proceden todas las potencias y sentidos con que se vive la vida natural, así de la gracia (que es forma sobrenatural) proceden todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, con que se vive la otra vida sobrenatural: que es como quien proveyese á un hombre que tuviese dos oficios, de dos maneras de instrumentos para entender en ellos.

Gracia otrosí es un atavío y ornamento espiritual del ánima, hecho por mano del Espíritu Sancto, el cual la hace tan graciosa y hermosa en los ojos de Dios, que la recibe por hija y por esposa suya. En el cual atavío se gloriaba el Profeta cuando decia (*c*): Gozando me gozaré en el Señor, y mi ánima se alegrará en mi Dios; porque él me ha vestido con vestidura de salud, y cercado de ropas de justicia, y así como á esposo me ha puesto una corona en la cabeza, y como á esposa me ha ataviado con todas sus joyas y atavíos, que son todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, con que el ánima del justo está adornada y ataviada por mano de Dios. Esta es aquella vestidura de muchas colores de que está vestida la hija del Rey, y asentada á la diestra de su esposo (*d*); porque de la gracia proceden las colores de todas las virtudes y hábitos celestiales, en que está su hermosura.

De lo dicho se puede luego entender cuáles sean los efectos que esta gracia obra en el ánima donde mora. Porque un efecto suyo, y el mas principal, es hacer el ánima tan graciosa y hermosa en los ojos de Dios, que la tome (como dijimos) por hija, por esposa, por templo y morada suya, donde tenga sus deleites con los hijos de los hombres. Otro efecto es, no solo hermosearla, sino tambien fortalecerla mediante las virtudes que della proceden, que son como otros cabellos de Samson (*e*), en los cuales consiste no solo la hermosura, sino tambien la fortaleza del ánima. Y de lo uno y de lo otro es alabada en el libro de los Cantares, cuando maravillándose los ángeles de su hermosura, dicen (*f*): ¿Quién es esta que sube á lo alto como la mañana cuando se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como las haces de los reales bien ordenados? Por do parece que la gracia es como un arnes tranzado que arma el hombre de piés á cabeza, y le hace fuerte y hermoso: y tan fuerte, que, como dice Sancto Tomas (*g*), el menor grado de gracia basta para vencer todos los demonios y todos los pecados del mundo.

Otro efecto suyo es hacer al hombre tan grato y de tanta dignidad en los ojos de Dios, que todas cuantas obras deliberadas hace, que no sean pecados, le son gratas y merecedoras de vida eterna. De suerte que no solo los actos de las virtudes, mas las obras naturales, como son el comer, el beber y el dormir, etc., son gratas á Dios, y merecedoras deste tan grande bien, porque por serle tan agradable el subyecto, es agradable y meritorio todo cuanto hace no siendo malo.

Otro efecto es hacer al hombre hijo de Dios por adopcion, y heredero de su reino, y escribirle en el libro de vida, donde están escriptos todos los justos: y así tener derecho á aquella riquísima heredad del cielo. Este es aquel privilegio que encarecia el Salvador á sus discípulos, cuando viniendo ellos muy ufanos por ver que hasta los demonios les obedescian en su nombre, les respondió, diciendo (*h*): No teneis de qué alegraros por tener señorío sobre los demonios; mas alegráos porque vuestros nombres están escriptos en el reino de los cielos: pues está claro que este es el mayor bien que el corazon humano en esta vida puede desear.

Finalmente, por abreviar, la gracia es la que habilita al hombre para todo bien: la que allana el camino del cielo: la que hace el yugo de Dios suave: la que hace correr al hombre por el camino de las virtudes: la que restituye y sana la naturaleza enferma; y así hace que le sea lijero lo que ántes (cuando estaba enferma) le era pesado: y la que por una manera inefable reforma y arma, mediante las virtudes que della proceden, todas las potencias de nuestra ánima, alumbrando el entendimiento, encendiendo la voluntad, recogiendo la memoria, esforzando el libre albedrío, templando la parte concupiscible para que no se desperezca por lo malo, y esforzando la irascible para que no se acobarde para lo bueno. Y demas desto, porque todas las pasiones naturales que están en estas dos fuerzas inferiores de nuestro apetito, son unos como padrastros de la virtud, y unos postigos y entraderos por donde los demonios suelen entrar en nuestras ánimas: para remedio desto pone una guarda, y uno como alcaide en cada uno destos lugares para guardar aquel paso, que es una virtud infusa venida del cielo, y que allí asiste para asegurarnos del peligro que por parte de aquella pasion nos podria venir. Y así para defendernos del apetito de la gula, pone la virtud de la templanza; para el de la carne, la de la castidad; para el de la honra, la de la humildad, y así en todos los demas.

Y sobre todo esto la gracia aposenta á Dios en el ánima, para que morando en ella la gobierne, defienda y encamine al cielo; y así está en ella como rey en su reino, como capitan en su ejército, como padre de familia en su casa, como maestro en su escuela, y como pastor en su ganado, para que allí ejercite y use espiri-

(*a*) S. Thom. 1. 2. q. 110. art. 3. et alibi sæpè. (*b*) Galat. 2. (*c*) Isai. 61. (*d*) Psal. 44. (*e*) Iudic. 16.

(*f*) Cant. 6. (*g*) 3. part. q. 62. art. 6, ad 3, et q. 70. art. 4. (*h*) Luc. 10.

tualmente todos estos oficios y providencias. Pues si esta perla tan preciosa (de que tantos bienes proceden) es perpetua compañera de la virtud, ¿quién habrá que no huelgue de buena gana de imitar la prudencia de aquel sabio mercader del Evangelio, que dió todo cuanto tenia por alcanzarla (*a*)?

CAPITULO XV.

Del tercero privilegio de la virtud, que es la lumbre y conoscimiento sobrenatural que da nuestro Señor á los virtuosos.

El tercero privilegio que se concede á la virtud, es una especial lumbre y sabiduría que nuestro Señor comunica á los justos, la cual procede de la mesma gracia que dijimos, así como todos los otros. La razon desto es, porque como á la gracia pertenesce sanar la naturaleza, así como cura el apetito y la voluntad enferma por el pecado, así tambien cura el entendimiento, que no ménos quedó escurecido por el mesmo pecado: para que así con lo uno entienda el hombre lo que debe hacer, y con lo otro lo pueda hacer. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio en los Morales: Pena es que fué dada por el pecado no poder cumplir el hombre lo que entendia: y tambien fué pena no entenderlo. Por lo cual dijo el Profeta (*b*): El Señor es mi lumbre contra la ignorancia, y él es mi salud contra la impotencia. En lo uno le enseña lo que debe desear, y en lo otro le da fuerzas para que lo pueda alcanzar; y así lo uno como lo otro pertenesce á la mesma gracia. Para lo cual, demas del hábito de la fe y de la prudencia infusa que alumbran nuestro entendimiento para saber lo que ha de creer y lo que ha de obrar, se añaden los dones del Espíritu Sancto: entre los cuales los cuatro pertenescen al entendimiento, que son el don de la sabiduría, para darnos conoscimiento de las cosas mas altas; el de la ciencia, para las mas bajas; el del entendimiento, para penetrar los misterios divinos, y la conveniencia y hermosura dellos; y el del consejo, para sabernos haber en las perplejidades que muchas veces se ofrescen en esta vida. Todos estos rayos y resplandores proceden de la gracia; la cual por eso se llama en las Escripturas divinas uncion, que, como dice Sant Juan (*c*), nos enseña todas las cosas. Porque así como el olio entre los otros licuores señaladamente sirve para sustentar la lumbre y para curar las llagas; así esta divina uncion hace lo uno y lo otro, curando las llagas de nuestra voluntad, y alumbrando las tinieblas de nuestro entendimiento. Y este es aquel olio preciosísimo sobre todos los bálsamos, de que el sancto rey David se preciaba, cuando decia (*d*): Ungiste, Señor, mi cabeza con abundancia de olio; porque está claro que no hablaba él aquí ni de la cabeza material, ni tampoco del olio material, sino de la cabeza espiritual, que es la mas alta parte de nuestra ánima (donde está el entendimiento, como Didimo declara sobre este paso), y del olio espiritual, que es la lumbre del Espíritu Sancto con que esta lámpara se sustenta. Pues de la lumbre deste olio tenia grande abundancia este sancto rey; lo cual él confiesa en otro salmo, donde dice (*e*), que le habia Dios manifestado las cosas inciertas y ocultas de su sabiduría.

Hay tambien otra razon para esto. Porque como el oficio de la gracia sea hacer á un hombre virtuoso, y esto no pueda ser sino induciéndole á tener dolor y arrepentimiento de la vida pasada, amor de Dios, aborrescimiento del pecado, deseo de los bienes del cielo, y desprecio del mundo: claro está que nunca podrá la voluntad tener estos y otros tales afectos, si no tuviere en el entendimiento lumbre y conoscimiento proporcionado que los despierte; pues la voluntad es potencia ciega, que no puede dar paso sin que el entendimiento vaya delante alumbrándola, y declarándole el mal ó bien de todas las cosas, para que conforme á esto se aficione ó desaficione á ellas; por lo cual dice Sancto Tomas (*f*), que así como cresce en el ánima del justo el amor de Dios, así tambien cresce el conoscimiento de la bondad, amabilidad y hermosura de Dios en la mesma proporcion: de tal modo que si cien grados cresce lo uno, otros tantos cresce lo otro; porque quien mucho ama, muchas razones de amor conosce en la cosa que ama, y quien poco, pocas. Y lo que se entiende claro del amor de Dios, tambien se entiende del temor y de la esperanza, y del aborrescimiento del pecado: el cual nadie aborrescerá sobre todas las cosas, si no entendiere que es él un tan grande mal, que meresce ser aborrescido sobre todas ellas. Pues así como el Espíritu Sancto quiere que haya estos efectos en el ánima del justo, así también ha de querer que haya causas que los produzcan: así como queriendo que hubiese diversidad de efectos en la tierra, quiso tambien que la hubiese en las causas y influencias del cielo.

Y demas desto: si es verdad que la gracia aposenta á Dios en el ánima del justo (segun arriba declaramos), y Dios, como tantas veces dice Sant Juan (*g*), es lumbre que alumbra á todo hombre que viene á este mundo: claro está que miéntras mas pura y limpia la hallare, mas resplandescerán en ella los rayos de su divina luz, como lo hacen los del sol en un espejo muy acicalado y limpio. Por lo cual llama Sant Augustin á Dios, sabiduría del ánima purificada; porque esta tal esclaresce él con los rayos de su luz, enseñándole lo que le conviene para su salvacion. Mas ¿qué maravilla es hacer él esto con los hombres, pues lo mesmo hace en su manera con todas las otras criaturas, las cuales por instincto del autor de la naturaleza saben todo aquello que conviene para su conservacion? ¿Quién enseña á la oveja entre tantas especies de yerbas como hay en el campo, la que le ha de dañar, y la que le ha de aprovechar, y así pasce la una, y deja la otra; y conoscer otrosí el animal que es su amigo y el que es su enemigo, y así huir del lobo, y seguir al mastin, sino este mesmo Señor? Pues si este conoscimiento da Dios á los brutos para que se conserven en la vida natural, ¡cuánto mas proveerá á los justos de otro mayor conoscimiento para que se conserven en la espiritual, pues no tiene menor necesidad el hombre dél para las cosas que son sobre su naturaleza, que el bruto para las que son conformes á la suya! Porque si tan solícita fué la divina Providencia en la provision de las obras de naturaleza, ¿cuánto mas lo será en las de gracia, que son tanto mas excelentes, y que tan levantadas están sobre toda la facultad del hombre?

Y aun este ejemplo no solo prueba que haya este conoscimiento, sino declara tambien de la manera que es; porque no es tanto conoscimiento especulativo, cuanto práctico; porque no se da para saber, sino para obrar: no para hacer sabios disputadores, sino virtuosos obradores. Por lo cual no se queda en solo el entendimiento (como el que se alcanza en las escuelas), sino comunica

(*a*) Matth. 13. (*b*) Psal. 26. (*c*) 1. Ioan. 2. (*d*) Psal. 22. (*e*) Psal. 50.

(*f*) 1, 2, q. 66 art. 3, in corp. et q. 68, art. 3, 4, 5. (*g*) Ioann. 1, 3, 8.

su virtud á la voluntad, inclinándola á todo aquello á que la despierta y llama el tal conoscimiento. Porque esto es proprio de los instinctos del Espíritu Sancto, el cual como perfectísimo maestro enseña muchas veces con esta perfeccion á los suyos lo que les conviene saber. Conforme á lo cual dice la Esposa en los Cantares (*a*): Mi ánima se derritió despues que habló mi amado. En lo cual se muestra claro la diferencia que hay desta doctrina á las otras, pues las otras no hacen mas que alumbrar el entendimiento; mas esta regala tambien y mueve la voluntad, y penetra con su virtud todos los rincones y senos de nuestra ánima, obrando en cada uno aquello que conviene para su reformacion: segun que lo declara el Apóstol, diciendo (*b*): Viva es la palabra de Dios, y eficaz: la cual penetra mas que un cuchillo de dos filos agudo; pues llega á hacer division entre la parte animal y espiritual del hombre, apartando lo uno de lo otro, y deshaciendo la mala liga que suele haber entre carne y espíritu, cuando el espíritu juntándose con la mala mujer de su carne (*c*) se hace una cosa con ella. La cual liga deshace la virtud y eficacia de la palabra divina, haciendo que el hombre viva por sí vida espiritual y no carnal.

§. I.

Este es pues uno de los principales efectos de la gracia, y uno de los señalados privilegios que tienen los virtuosos en esta vida. Y porque esto (aunque probado por tan claras razones) por ventura parescerá á los hombres carnales escuro de entender, ó dificultoso de creer, probarlo hemos agora evidentísimamente por muchos testimonios, así del Viejo como del Nuevo Testamento. En el nuevo dice el Señor por Sant Juan así (*d*): El Espíritu Sancto, consolador que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas, y repetirá las liciones que yo os he leido, y os las traerá á la memoria. Y en otro lugar (*e*): Escripto está (dice él) en los profetas, que ha de venir tiempo en que los hombres sean enseñados de Dios. Pues todo aquel que ha dado oidos á este maestro (que es mi Padre), y aprendido dél, viene á mí. Conforme á lo cual dice el mesmo Señor por Hieremias (*f*): Yo haré que mis leyes se escriban en los corazones de los hombres, y yo mesmo (que un tiempo las escrebí en tablas de piedra) las escribiré en sus entrañas, y así vendrán todos á ser enseñados de Dios. Y por el profeta Isaías, declarando el Señor la prosperidad de su Iglesia, dice así (*g*): Pobrecita, derribada con la fuerza de las tempestades que te han cercado, yo te volveré á reedificar, y asentaré por órden las piedras de tu edificio, y te fundaré sobre piedras preciosas, y haré tus baluartes de jaspe, y serán todos tus hijos enseñados por el Señor. Y mas arriba por el mesmo profeta declara lo mesmo, diciendo (*h*): Yo soy tu Señor Dios que te enseño lo que te conviene saber, el que te gobierno por este camino que andas. En las cuales palabras entendemos que hay dos maneras de ciencias, una de sanctos, y otra de sabios: una de justos, y otra de letrados (*i*); y la de los sanctos es aquella que dice Salomon (*k*): La ciencia de los sanctos es prudencia. Porque la ciencia es para saber; mas la prudencia para obrar: y tal es la ciencia que á los sanctos se da.

(*a*) Cant. 5. (*b*) Hebr. 4. (*c*) 1. Cor. 6. (*d*) Ioan. 14. (*e*) Ioan. 6. (*f*) Hierem. 31. (*g*) Isai. 54. (*h*) Ibid. 48. (*i*) Psal. 48. (*k*) Prov. 2, 9. Sap. 10.

Pues en los Salmos de David ¿cuántas veces hallamos prometida esta mesma sabiduría? En un salmo dice (*l*): La boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua hablará juicio. En otro promete el mesmo Señor al varon justo, diciendo (*m*): Yo te daré entendimiento, y te enseñaré lo que has de hacer en este camino por donde andas, y pondré mis ojos sobre tí. Y ántes mas arriba, como cosa de grande precio y admiracion, pregunta el mesmo profeta, diciendo (*n*): ¿Quién es este varon que teme á Dios; á quien él hará tan grande merced, que él será su maestro, y le enseñará la ley en que ha de vivir, y el camino que ha de llevar? Y en el mesmo salmo, donde nosotros leemos: Firmeza es el Señor de los que le temen; traslada Sant Hierónimo: El secreto del Señor se descubre á los que le temen; y su testamento (que son sus leyes sanctísimas), son á ellos manifestadas y declaradas: cuya declaracion es grande luz del entendimiento, dulce pasto de la voluntad, y recreacion para todo el hombre, de grande suavidad. El cual conoscimiento unas veces llama el mesmo profeta pasto de su ánima, en que Dios le habia puesto (*o*); otras, agua de refeccion con que le habia recreado; y otras, mesa de fortaleza con cuyos manjares se esforzaba contra toda la furia de sus enemigos.

Por la cual causa el mesmo profeta en aquel divino salmo que comienza (*p*): *Beati immaculati in via*, pide tantas veces esta lumbre y enseñanza interior; y así una vez dice: Siervo tuyo soy yo, Señor, dame entendimiento para que sepa tus mandamientos; otras dice: Esclaresce, Señor, mis ojos para que vea las maravillas de tu ley; en otra dice: Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley, y guardarla he con todo mi corazon. Finalmente, esta es la peticion que mas veces aquí repite; la cual nunca pidiera con tanta instancia, si no entendiera muy bien la eficacia desta doctrina, y la costumbre que el Señor tiene de comunicarla.

Pues siendo esto así, ¿qué mayor gloria que tener tal maestro, y cursar en tal escuela donde el Señor lee de cátedra, y enseña la sabiduría del cielo á sus escogidos? Si iban los hombres, como dice Sant Hierónimo (*q*), dende los últimos términos de España y Francia hasta Roma, por ver á Tito Livio, que tan afamado era de elocuente; y si aquel gran sabio Appolonio, segun algunos lo estiman, rodeó el monte Cáucaso, y mucha parte del mundo por ver á Hiarcas asentado en un trono de oro entre unos pocos de discípulos, disputando del movimiento de los cielos y de las estrellas, ¿qué debian hacer los hombres por oir á Dios asentado en el trono de su corazon, enseñándoles, no de la manera que se mueven los cielos, sino de cómo se ganan los cielos?

Y porque no pienses que esta doctrina es así como quiera, oye lo que de la excelencia della dice el profeta David (*r*), aunque esta luz no sea tan general y comun para todos: Mas supe que todos cuantos me enseñaban; porque me ocupaba en pensar tus mandamientos: y mas que todos los viejos y ancianos; porque me empleaba en guardarlos. Pero aun mucho mas promete el Señor por Isaías á los suyos, diciendo (*s*): Darte ha el Señor descanso por todas partes, y hinchirá tu ánima de resplandores; y serás como un vergel de regadío, y como una fuente que siempre corre, y nunca le falta agua. Pues

(*l*) Psal. 36. (*m*) Psal. 31. (*n*) Psal. 24. (*o*) Psal. 22. (*p*) Psal. 118. (*q*) In ep. ad Paulinum quæ incipit: Frater Ambros. In principio Bibl. (*r*) Psal. 118. (*s*) Isai. 58.

¿qué resplandores son estos de que hinche Dios las ánimas de los suyos, sino el conoscimiento que les da de las cosas de su salud? Porque allí les enseña cuán grande sea la hermosura de la virtud, la fealdad del vicio, la vanidad del mundo, la dignidad de la gracia, la grandeza de la gloria, la suavidad de las consolaciones del Espíritu Sancto, la bondad de Dios, la malicia del demonio, la brevedad desta vida, y el engaño comun cuasi de todos los que viven en ella. Y con este conoscimiento, como dice el mismo profeta (*a*), los levanta muchas veces sobre las alturas de los montes, y dende allí contemplan al Rey en su hermosura, y sus ojos ven la tierra de léjos. De donde nasce que los bienes del cielo les parezcan lo que son; porque los miran como de cerca, y los de la tierra muy pequeños; porque demas de serlo, los miran de léjos. Lo contrario de lo que acaesce á los malos, como quien tan de léjos mira las cosas del cielo, y tan de cerca las de la tierra.

Y esta es la causa por donde los que participan este don celestial, ni se envanescen con las cosas prósperas, ni desmayan con las adversas; porque con esta luz ven cuán poco es todo cuanto el mundo puede dar y quitar en comparacion de lo que Dios da. Y así dice Salomon (*b*): Que el justo permanesce de una mesma manera en su sabiduría como el sol; mas el loco á cada hora se muda como la luna. Sobre las cuales palabras dice Sant Ambrosio en una epístola: El sabio no se quebranta con el temor, no se muda con el poder, no se levanta con las cosas prósperas, no se ahoga con las adversas. Porque donde está la sabiduría, ahí está la virtud, ahí la constancia, ahí la fortaleza. De manera que siempre se es el mesmo en su ánimo, y ni se hace mayor ni menor con las mudanzas de las cosas, ni se deja llevar de todos los vientos de doctrina, sino persevera perfecto en Cristo, fundado en caridad, y arraigado en la fe.

Y no se debe nadie maravillar que esta sabiduría sea de tan grande virtud; porque no es ella (como ya dijimos) sabiduría de la tierra, sino del cielo; no la que envanesce, sino la que edifica; no la que solamente alumbra con su especulacion el entendimiento, sino la que mueve con su calor la voluntad, de la manera que movia la de Sant Augustin, de quien escribe él mesmo (*c*): Que lloraba cuando oia los salmos y voces de la Iglesia, que dulcemente resonaban; las cuales voces entraban por sus oidos á lo íntimo de su corazon, y allí con el calor de la devocion se derretia la verdad en sus entrañas, y corrian lágrimas por sus ojos, con las cuales dice que le iba muy bien. ¡Oh bienaventuradas lágrimas, y bienaventurada escuela, bienaventurada sabiduría, que tales sanctos da! ¿Qué se puede comparar con esta sabiduría? No se dará, dice Job (*d*), por ella el oro precioso, ni se trocará por toda la plata del mundo. No igualarán con ella los paños de Indias labrados de diversos colores, ni las piedras preciosas de gran valor. No tienen que ver con ella los vasos de oro y vidrio ricamente labrados, ni otra cosa alguna por grande y eminente que sea. Despues de las cuales alabanzas concluye el sancto varon, diciendo: Mirad que el amor de Dios es esta sabiduría, y apartarse del pecado es la verdadera inteligencia.

Este es pues, hermano, uno de los grandes premios con que te convidamos á la virtud, pues ella es la que tiene las llaves deste tesoro. Y así por este medio nos convidó á ella Salomon en sus Proverbios (*e*), diciendo que si guardare el hombre sus palabras, y escondiere sus mandamientos en su corazon, entónces entenderá el temor del Señor, y hallará la ciencia de Dios; porque el Señor es el que da la sabiduría, y de su boca procede la prudencia y la ciencia. La cual sabiduría no permanesce en un mismo sér; porque cada dia cresce con nuevos resplandores y conoscimientos, como el mesmo sabio lo significó, diciendo (*f*): La senda de los justos resplandesce como luz; y así va procediendo y cresciendo hasta el perfecto dia, que es el de aquella bienaventurada eternidad, donde ya no dirémos con los amigos de Job (*g*), que recibimos como á hurto las secretas inspiraciones de Dios, sino que claramente verémos y oirémos al mesmo Dios.

Esta es pues la sabiduría de que gozan los hijos de la luz; mas los malos por el contrario viven en aquellas tan horribles tinieblas de Egipto que se podian palpar con las manos (*h*). En figura de lo cual leemos, que en la tierra de Jesé (donde moraban los hijos de Israel) habia siempre luz; mas en la de Egipto dia y noche habia estas tinieblas; las cuales nos representan la horrible ceguedad y noche escura en que viven los malos; como ellos mesmos lo confiesan por Isaías, diciendo (*i*): Esperamos la luz, y vinieron tinieblas; y anduvimos como ciegos palpando las paredes, y como si no tuviéramos ojos, así atentábamos con las manos. Caíamos en medio del dia como si fuera de noche, y en los lugares escuros como cuerpos muertos. Si no, dime: ¿qué mayores ceguedades y desatinos que en los que cada paso caen los malos? qué mayor ceguedad que vender el reino del cielo por las golosinas del mundo, que no temer el infierno, no buscar el paraíso, no temer el pecado, no hacer caso del juicio divino, no estimar las promesas ni las amenazas de Dios, no recelar la muerte, que á cada hora nos aguarda, no aparejarse para la cuenta, y no ver que es momentáneo lo que deleita, y eterno lo que atormenta? No supieron, dice el Profeta (*k*), ni entendieron: en tinieblas andan perpetuamente; y así por unas tinieblas caminan á otras tinieblas; esto es, por las interiores á las exteriores, y por las desta vida á las de la otra.

A cabo de toda esta materia me paresció avisar que aunque todo lo que está dicho desta celestial sabiduría y lumbre del Espíritu Sancto sea grande verdad, mas no por eso ha de dejar nadie (por muy justificado que sea) de subjectarse humilmente al parescer y juicio de los mayores, y señaladamente de los que están puestos por maestros y doctores de la Iglesia (*l*), como en otra parte mas á la larga dijimos. Porque ¿quién mas lleno de luz que el apóstol Sant Pablo, ni que Moisen, que hablaba con Dios cara á cara (*m*)? Y con todo eso el uno vino á Hierusalem á comunicar con los apóstoles el Evangelio (*n*) que habia aprendido en el tercero cielo, y el otro no despreció el consejo de Ietro, su suegro, aunque gentil. La razon desto es, porque las ayudas y socorros interiores de la gracia no excluyen las exteriores de la Iglesia; pues de una y de otra manera quiso la divina Providencia proveer á nuestra flaqueza, que de todo tenia necesidad. Por donde así como el calor natural de los cuerpos se ayuda con el calor exterior de los cie-

(*a*) Isai. 58. et 33. (*b*) Eccles. 27. (*c*) 9. Confess. c 6. (*d*) Iob 28.

(*e*) Prov. 2. (*f*) Prov. 4. (*g*) Iob 4. (*h*) Exod. 10. (*i*) Isai. 59. (*k*) Psal. 81. (*l*) 1 Cor. 12. (*m*) Exod. 34. Galat. 2. (*n*) Exod. 18.

los; y la naturaleza que procura cuanto puede la salud de su individuo, es tambien ayudada con las medicinas exteriores que para esto fuéron criadas: así tambien las lumbres y favores interiores de la gracia, son grandemente ayudados con la luz y doctrina de la Iglesia; y no será merescedor de los unos, el que no se quisiere húmilmente subjectar á los otros.

CAPITULO XVI.

Del cuarto privilegio de la virtud, que son las consolaciones del Espíritu Sancto que se dan á los buenos.

Bien pudiera yo poner aquí ahora por cuarto privilegio de la virtud (despues de la lumbre interior del Espíritu Sancto, con que se esclarescen las tinieblas de nuestro entendimiento) la caridad y amor de Dios, con que se enciende nuestra voluntad, mayormente pues á ella pone el Apóstol por el primero de los fructos del Espíritu Sancto (*a*). Mas porque aquí mas tratamos de los favores y privilegios que se dan á la virtud, que de la mesma virtud; y la caridad es virtud, y la mas excelente de las virtudes; por eso no tratarémos aquí della, puesto caso que la pudiéramos muy bien poner en esta lista, no en cuanto virtud, sino en cuanto un maravilloso don que da Dios á los virtuosos; el cual por una manera inefable interiormente inflama su voluntud, y la inclina á amar á Dios sobre todo cuanto se puede amar; el cual amor cuanto es mas perfecto, tanto es mas dulce y mas deleitable; y por esta parte bien pudiera entrar en este número como fructo y premio de las otras virtudes, y de sí mesma. Mas por no parescer ambicioso alabador de la virtud (donde tantas otras cosas hay que decir en su favor), pondré en el cuarto lugar el alegría y gozo del Espíritu Sancto, que es propiedad natural desa mesma caridad, y uno de los principales fructos del mesmo Espíritu, como lo refiere Sant Pablo.

Este privilegio se deriva del pasado. Porque (como ya dijimos) aquella luz y conoscimiento que da nuestro Señor á los suyos, no pára en solo el entendimiento, sino deciende á la voluntad, donde echa sus rayos y resplandores, con los cuales la regala y alegra por una manera maravillosa en Dios. De suerte que así como la luz material produce de sí este calor que experimentamos, así esta luz espiritual produce en el ánima esta alegría espiritual de que hablamos, segun aquello del Profeta, que dice (*b*): Amanesció la luz al justo, y á los derechos de corazon el alegría. Y aunque desta materia tratamos en otro lugar, pero ella es tan rica y tan copiosa que hay para hacer muchos tratados della, sin encontrarse uno con otro.

Conviénenos pues agora para el intento deste libro declarar qué tan grande sea esta alegría; porque el conoscimiento desta verdad hará mucho al caso para aficionar los hombres á la virtud. Porque sabida cosa es, que así como todas las maneras de males que hay se hallan en el vicio, así tambien todas las maneras de bienes, así de honestidad como de utilidad, se hallan perfectísimamente en la virtud, sino es deleite y suavidad, de que los malos dicen que caresce. Por lo cual (como el corazon humano sea tan goloso y amigo de deleites) dicen los tales (á lo ménos por la obra) que mas quieren lo que les deleita con todas esas quiebras, que lo que caresce de deleite con todas sus ventajas. Esto dice Lactancio Firmiano por estas palabras: Porque las virtudes están mezcladas con amargura, y los vicios acompañados con deleites ofendidos los hombres con lo uno y cebados con lo otro, se van de boca en pos de los vicios y desamparan la virtud. Esta es pues la causa de este tan grande mal; por lo cual no haria pequeño beneficio á los hombres quien los sacase deste engaño, y evidentemente les probase ser muy mas deleitable el camino de la virtud que el de los vicios. Pues esto es lo que agora entiendo probar por evidentes razones, y señaladamente por autoridades y testimonios de la Escriptura divina (*c*); porque estas son las mas firmes y ciertas probanzas que hay en todas estas materias; pues ántes faltará el cielo y la tierra que faltar estas verdades.

Pues dime agora, hombre ciego y engañado: si el camino de Dios es tan triste y tan desabrido como tú lo pintas, ¿qué quiso significar el profeta David, cuando dijo (*d*): ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, la cual tienes escondida para los que te temen! En las cuales palabras no solo declara cuán grande sea esta dulzura que se da á los buenos, sino tambien la causa de no conoscerla los malos, que es tenerla Dios escondida de sus ojos. Item: ¿qué quiso significar el mesmo profeta, cuando dijo (*e*): Mi ánima se alegrará en el Señor, y se gozará en Dios autor de su salud; y todos mis huesos (esto es, todas las fuerzas y potencias de mi ánima) dirán: Señor, ¿quién es como tú? Pues ¿qué es esto, sino dar á entender que el alegría del justo es tan grande, que aunque ella derechamente se reciba en el espíritu, viene á redundar en la carne, de tal manera que la carne que no sabe deleitarse sino en cosas carnales, viene por la comunicacion del espíritu á deleitarse en las espirituales, y alegrarse en Dios vivo; y esto con tan grande alegría, que todos los huesos del cuerpo recreados con esta maravillosa suavidad, dan al hombre motivo para dar voces y decir: Señor, ¿quién es como vos? Qué deleites hay como los vuestros? Qué alegría, qué amor, qué paz, qué contentamiento puede dar ninguna criatura como el que dais vos?

¿Qué quiso otrosí significar al mesmo profeta, cuando dijo (*f*): Voz de salud y alegría suena en las moradas de los justos; sino dar á entender que la verdadera salud y verdadera alegría no se halla en las casas de los pecadores, sino en las ánimas de los justos? ¿Qué quiso tambien significar cuando dijo (*g*): Alégrense los justos y sean recreados y banqueteados en presencia de Dios, y gócense con alegría; sino dar á entender las fiestas y los banquetes espirituales con que Dios muchas veces maravillosamente recrea las ánimas de sus escogidos con el gusto de las cosas celestiales? En los cuales banquetes se da á beber aquel vino suavísimo que el mesmo profeta alaba, diciendo (*h*): Serán, Señor, vuestros siervos embriagados con el abundancia de los bienes de vuestra casa, y darles heis á beber del arroyo impetuoso de vuestros deleites. ¿Con qué palabras pues pudiera mejor significar la grandeza destos deleites, que llamándolos embriaguez y arroyo arrebatado, para declarar la fuerza que tienen para arrebatar el corazon del hombre y transportarlo en Dios? Y esto mesmo significa la embriaguez; porque así como el hombre que ha bebido mucho vino, pierde el uso de los sentidos, y está por entónces como muerto con la fuerza del vino, así el hombre que está tomado deste vino celestial, viene á

(*a*) Galat. 5. (*b*) Psal. 96.

(*c*) Lucæ. 21. (*d*) Psal. 30. (*e*) Psal. 34. (*f*) Psal. 117. (*g*) Psal. 67. (*h*) Psal. 35.

morir al mundo, y á todos los gustos y sentidos desordenados de las cosas dél.

Item: ¿qué quiso significar el mismo profeta, cuando dijo (*a*): Bienaventurado el pueblo que sabe qué cosa es jubilacion? Otros por ventura dijeran: Bienaventurado el pueblo que es abastado y proveido de todas las cosas, y cercado de buenos muros y baluartes, y guardado con muy buena gente de guarnicion. Mas el sancto Rey (que de todo esto sabia mucho) no dice sino que aquel es bienaventurado, que sabe por experiencia qué cosa sea alegrarse y gozarse en Dios, no con cualquier manera de gozo, sino con aquel que meresce nombre de jubilacion; el cual, como dice Sant Gregorio (*b*), es un gozo del espíritu tan grande, que ni se puede explicar con palabras, ni se deja de manifestar con muestras y obras exteriores. Pues bienaventurado el pueblo que así ha crescido y aprovechado en el gusto y amor de Dios, que sabe por experiencia qué cosa sea esta jubilacion, la cual no alcanzó á saber ni el sabio Platon, ni Demóstenes el elocuente, sino el corazon puro y humilde donde mora Dios. Pues si el mismo Dios es el autor deste gozo y jubilacion, ¿qué tal será el gozo causado por Dios? Porque cierto es que así como (generalmente hablando) el castigo de Dios es conforme al mesmo Dios; así tambien el consuelo de Dios suele ser conforme á él. Pues si tan grandes son los castigos cuando castiga, ¿qué tan grande serán los consuelos cuando consuela? Si tan pesada tiene la mano cuando la carga para azotar, ¿qué tan blanda la tendrá cuando la extiende para regalar, mayormente mostrándose este Señor muy mas admirable en las obras de misericordia que en las de justicia?

Sobre todo esto dime: ¿qué bodega es aquella de vinos preciosos donde la esposa se gloría que la habia llevado su esposo y ordenado en ella la caridad (*c*)? Y ¿qué linaje otrosí de convite es aquel á que nos convida el mesmo esposo, diciendo (*d*): Bebed, amigos, y embriagáos los muy amados? Pues ¿qué embriaguez es esta, sino la grandeza deste divino dulzor, el cual de tal manera transporta y enajena los corazones de los hombres, que los hace andar como fuera de sí? Porque entónces solemos decir que está un hombre embriagado, cuando es mas el vino que ha bebido del que puede digerir su calor natural; por donde viene el vino á subirse á la cabeza, y enseñorearse de tal manera dél, que ya no se rige por sí, sino por el vino que está en él. Pues si esto es así, dime: ¿qué tal estará un ánima cuando esté tan tomada deste vino celestial? cuando esté tan llena de Dios y de su amor que no pueda ella con tan grande carga de deleites ni baste toda su capacidad y virtud para sufrir tan grande felicidad? Así se escribe del sancto Efrén (*e*), que muchas veces era tan poderosamente arrebatado deste vino de la suavidad celestial, que no pudiendo ya la flaqueza del subjecto sufrir la grandeza destos deleites, era compelido á clamar á Dios, diciendo: Señor, apartáos un poco de mí; porque no puede la flaqueza de mi cuerpo sufrir la grandeza de vuestros deleites. ¡Oh maravillosa bondad! ¡Oh inmensa suavidad deste soberano Señor, que con tan larga mano se comunica á sus criaturas, que no baste la fortaleza de su corazon para sufrir la abundancia de tan grandes alegrías!

Pues con esta celestial embriaguez se adormescen los sentidos del ánima: con esta goza de un sueño de paz y de vida: con esta se levanta sobre sí mesma, y conosce y ama, y gusta sobre todo lo que alcanza el sér natural. De donde así como el agua que está sobre el fuego, cuando está muy caliente, cuasi olvidada de su propria naturaleza (que es pesada y tira para bajo), da saltos hácia arriba imitando la lijereza y naturaleza del fuego de que está tomada, así la tal ánima, inflamada desta llama celestial, se levanta sobre sí mesma, y esforzándose por subir con el espíritu de la tierra al cielo (de donde le viene esta llama), hierve con deseo encendidísimo de Dios, y así corre con arrebatados ímpetus por abrazarse con él, y tiende los brazos en alto por ver si podrá alcanzar aquel que tanto ama; y como ni puede alcanzarlo ni dejar de desearlo, desfallesce con la grandeza del deseo no cumplido, y no le queda otro consuelo sino enviar sospiros y deseos entrañables al cielo, diciendo con la Esposa en los Cantares (*f*): Haced saber á mi amado que estoy enferma de amor; la cual manera de enfermedad dicen los sanctos que procede de impedírsele y dilatársele el cumplimiento deste tan grande y tan poderoso deseo. Pero no desmayes por eso (dice un doctor), oh amoroso espíritu, porque esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella (*g*). Mas ¿qué lengua podrá declarar la grandeza de los deleites que pasan entre estos amados en aquel florido lecho de Salomon (*h*), labrado de madera de Líbano, con sus columnas de plata, y reclinatorio de oro? Este es el lugar de los desposorios espirituales, el cual por eso se llama lecho, porque es lugar de descanso y de amor, y de cumplido reposo y de sueño de vida, y de celestiales deleites. Los cuales qué tan grandes sean no lo puede saber nadie sino aquel que los ha probado, como Sant Juan dice en su Apocalipsi (*i*). Mas todavía no faltan gravísimas conjecturas por donde nosotros tambien podamos barruntar algo de lo que esto es. Porque quien considerare la inmensidad de la bondad y caridad del Hijo de Dios para con los hombres, la cual llegó á padescer tan extrañas maneras de tormentos y deshonras por ellos, ¿cómo extrañará lo que aquí encarecemos, pues todo esto es como nada en comparacion de aquello? ¿Qué no hará por amor de los justos quien hasta aquí llegó por justos y injustos? ¿Qué regalos no hará á los amigos quien todos aquellos dolores padesció por amigos y enemigos? Algun indicio tenemos desto en el libro de los Cantares, donde son tantos los favores y regalos que se escriben del Esposo celestial para con su Esposa (que es la Iglesia, y cada una de las ánimas que están en gracia), y tan dulces y amorosas palabras las que se dicen de parte á parte, que ninguna elocuencia ni amor del mundo las podrá fingir mayores.

Otra conjectura tambien hay de parte de los hombres (digo de los justos y amigos verdaderos de Dios). Porque si miras al corazon destos, hallarás que el mayor deseo que tienen, y en lo que andan ocupados perpetuamente, es pensando cómo servirán á Dios, y cómo harán de sí mil manjares para agradar en algo á quien tanto aman, y á quien tanto hizo y hace cada dia por ellos, y con tanta blandura los trata y los consuela. Pues dime agora: si el hombre siendo por sí una criatura tan desleal, y tan poco de sí para todo lo bueno, llega á tener esta fe y lealtad con Dios, ¿qué hará para con él aquel cuya bondad, cuya caridad, cuya lealtad

(*a*) Psal. 88. (*b*) Lib. 28 Mor. cap. 15. (*c*) Cant. 2. (*d*) Cant. 5. (*e*) S. Juan. Clim. c. 29.

(*f*) Cant. 5. (*g*) Ioann. 11 (*h*) Cant. 3. (*i*) Apoc. 2.

es infinitamente mayor? Si, como dice el Profeta (*a*), es proprio de Dios ser sancto con el sancto, y bueno para con el bueno, y la bondad del hombre llega hasta aquí, ¿adónde llegará la de Dios? Si Dios se pone á competir con los buenos en bondad, ¿qué ventaja les hará en esta competencia tan gloriosa? Pues si (como dijimos) tantos potajes desea hacer de sí el varon justo que arde en amor de Dios para agradar al mesmo Dios, ¿que hará el mesmo Dios para regalar y consolar al justo? Esto ni se puede explicar, ni se puede entender; porque por esto dijo el profeta Isaías (*b*) que ni ojos vieron, ni oidos oyeron, ni en corazon humano pudo caber lo que Dios tiene aparejado para los que esperan en él. Lo cual no solo se entiende de los bienes de gloria, sino tambien de los de gracia, como declara Sant Pablo (*c*).

¿Parécete pues, hermano, que está este camino de la virtud bastantemente proveido de deleites? ¿Parécete que podrán todos los deleites de los hombres mundanos compararse con estos? ¿Qué comparacion puede haber entre la luz y las tinieblas, y entre Cristo y Belial? ¿Qué comparacion puede haber entre deleites de tierra y deleites de cielo, deleites de carne y deleites de espíritu, deleites de criatura y deleites de Criador? Porque claro está que cuanto las cosas son mas nobles y mas excelentes, tanto son mas poderosas para causar mayores deleites. Si no, dime, ¿qué otra cosa quiso significar el Profeta, cuando dijo: Mas vale el poquito del justo, que las muchas riquezas de los pecadores (*d*)? Y en otro lugar (*e*): Mas vale, Señor, un dia en vuestra casa, que mil dias de fiesta fuera della; por lo cual quise yo mas estar abatido en la casa de mi Dios, que morar en las casas soberbias de los pecadores. Finalmente ¿qué otra cosa quiso significar la Esposa en los Cantares, cuando dijo (*f*): Mas valen, Señor, tus pechos que el vino; y luego mas abajo repite lo mesmo, diciendo: Gozarnos hemos, Señor, y alegrarnos hemos en tí, acordándonos de tus pechos, los cuales son mas dulces que el vino. Esto es: acordándonos de la leche suavísima de las consolaciones y regalos con que recreas y crias á tus pechos tus espirituales hijos, los cuales son mas suaves que el vino; por el cual claro está que no entiende este vino material (como ni la leche de los pechos divinos tampoco lo es), sino por él entiende todos los deleites del mundo, los cuales da á beber aquella mala mujer del Apocalipsi (*g*), que está asentada sobre las muchas aguas con una ropa de oro, con que emborracha y trastorna el seso de todos los moradores de Babilonia, para que no sientan su perdicion.

§. I.

De cómo en la oracion señaladamente gozan los virtuosos destas consolaciones divinas.

Y si (prosiguiendo mas adelante esta materia) me preguntares, ¿dónde señaladamente gozan los virtuosos destas consolaciones que habemos dicho? á esto responde el Señor por el profeta Isaías (*h*): A los hijos de los extranjeros que se llegan al Señor para servirle y amarle, y guardar las leyes de su amistad, yo los llevaré á mi sancto monte, y alegrarlos he en la casa de mi corazon. De manera que en este sancto ejercicio señaladamente alegra el Señor á sus escogidos. Porque (como dice Sant Lorenzo Justiniano) en la oracion se enciende el corazon de los justos en el amor de su Criador: y allí á veces se levantan sobre sí mesmos, y parésceles que están ya entre los coros de los ángeles; y allí en presencia del Criador cantan y aman, gimen y alaban, lloran y gózanse, comen y han hambre, beben y han sed, y con todas las fuerzas de su amor trabajan, Señor, por transformarse en vos, á quien contemplan con la fe, acatan con la humildad, buscan con el deseo, y gozan con la caridad. Entónces conocen por experiencia ser verdad lo que dijistes (*i*): Mi gozo será cumplido en ellos: el cual como un rio de paz se extiende por las potencias del ánima, esclaresciendo el entendimiento, alegrando la voluntad, y recogiendo la memoria y todos sus pensamientos en Dios: y aquí con unos brazos de amor abrazan, y tienen una cosa dentro de sí, y no saben qué es; mas desean con todas sus fuerzas tenerla que no se les vaya. Y así como el patriarca Jacob luchaba con aquel ángel (*k*), y no le queria soltar de las manos, así acá lucha en su manera el corazon con aquel divino dulzor porque no se le vaya, como cosa en que halló todo lo que deseaba. Y así dice con Sant Pedro en el monte (*l*): Señor, bueno es que nos estémos aquí, y no nos vamos deste lugar. Aquí luego entiende el ánima todo aquel lenguaje de amor que se habla en los Cantares, y canta ella tambien en su manera todas aquellas suavísimas canciones, diciendo (*m*): Su mano siniestra tiene debajo de mi cabeza, y con la diestra me abrazará. Y allí mas arriba dice: Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, que estoy enferma de amor. Entónces el ánima encendida con esta divina llama, desea con gran deseo salir desta cárcel, y sus lágrimas le son pan de dia y de noche, miéntras se dilata esta partida (*n*). La muerte tiene en deseo, y la vida en paciencia, diciendo á la continua aquellas palabras de la mesma Esposa (*o*): ¡Quién te me diese, hermano mio, que te mantienes de los pechos de mi madre, que te hallase yo allá fuera, y te diese besos de paz! Entónces maravillándose de sí mesma, como tales tesoros le estaban escondidos en los tiempos pasados, y viendo que todos los hombres son capaces de tan grande bien, desea salir por todas las plazas y calles, y dar voces á los hombres, y decir: ¡Oh locos! Oh desvariados! ¿En qué andais? qué buscais? cómo no os dais priesa por gozar de tan grande bien? Gustad y ved cuán suave es el Señor (*p*). Bienaventurado el varon que espera en él. Aquí gustada ya la dulcedumbre espiritual, toda carne le es desabrida. La compañía le es cárcel, la soledad tiene por paraíso, y sus deleites son estar con el Señor que ama. La honra le es carga pesada, y la gobernacion de la casa y hacienda tiene por un linaje de cruz. No querria que el cielo ni la tierra le estorbasen sus deleites, y por esto trabaja que no se le trabe el corazon de cosa alguna. No tiene mas de un amor y un deseo: todas las cosas ama en uno, y uno es el amado en todas las cosas. Sabe muy bien decir con el Profeta (*q*): ¿Qué tengo yo que querer en el cielo, ni qué bienes te pido yo, Señor, en la tierra? Desfallescido ha mi carne y mi corazon, Dios de mi corazon, y mi única y sola parte, Dios para siempre.

No le parece que tiene ya tan escuro conocimiento de las cosas sagradas, sino que las ve con otros ojos; porque tales movimientos y mudanzas siente en su corazon, que le son grandísimos argumentos y testimonios de las verdades de la fe. El dia le es enojoso cuando

(*a*) Psalm. 17. (*b*) Isai. 64, et 1. Cor. 2. (*c*) Ibi. (*d*) Psalm. 36. (*e*) Psalm. 83. (*f*) Cant. 1. (*g*) Apoc. 17. (*h*) Isai. 56.

(*i*) Ioann. 17. (*k*) Gen. 32. (*l*) Matt. 17. (*m*) Cant. 2. (*n*) Psal. 41. (*o*) Cant. 8. (*p*) Psal. 33. (*q*) Psal. 72.



amanesce con sus cuidados, y desea la noche quieta para gastarla con Dios.

Ninguna noche tiene por larga, ántes la mas larga le paresce la mejor. Y si la noche fuere serena, alza los ojos á mirar la hermosura de los cielos, y el resplandor de la luna y de las estrellas, y mira todas estas cosas con otros diferentes ojos, y con otros muy diferentes gozos. Míralas como á unas muestras de la hermosura de su Criador; como á unos espejos de su gloria; como á unos intérpretes y mensajeros que le traen nuevas dél; como á unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias, y como á unos presentes y dones, que el esposo envia á su esposa para enamorarla y entretenerla hasta el dia que se hayan de tomar las manos, y celebrarse aquel eterno casamiento en el cielo. Todo el mundo le es un libro que le paresce que habla siempre de Dios, y una carta mensajera que su amado le envia, y un largo proceso y testimonio de su amor. Estas son, hermano mio, las noches de los amadores de Dios, y este es el sueño que duermen. Pues con el dulce y blando ruido de la noche sosegada, con la dulce música y armonía de las criaturas, arróllase dentro de sí el ánima, y comienza á dormir aquel sueño velador, de quien se dice (*a*): yo duermo, y vela mi corazon. Y como el esposo dulcísimo la ve en sus brazos adormecida, guárdale aquel sueño de vida; y manda que nadie sea osado á la despertar, diciendo (*b*): Conjúroos, hijas de Hierusalem, por los gamos y por los ciervos de los campos, que no desperteis á mi amada hasta que ella quiera despertar.

Pues ¿qué tales te parecen estas noches, hermano? ¿Cuáles son mejores: estas, ó las de los hijos deste siglo, que andan á estas horas asechando á la castidad de la inocente doncella para destruir su honra y su alma, cargados de hierro, de temores y sospechas, trayendo las ánimas en peligro, y atesorando ira para el dia de su perdicion (*c*)?

§. II.

De las consolaciones de los que comienzan á servir á Dios.

Posible sería que á todo esto me respondieses con una sola cosa, diciendo que estos favores tan grandes, de que habemos hablado, no se conceden á todos, sino solamente á los perfectos, y que hay mucho camino que andar hasta serlo. Verdad es que para los tales son tales bienes; mas tambien previene nuestro Señor con bendiciones de dulcedumbre á los que comienzan (*d*), y les da primero leche dulce como á niños, y despues les enseña á comer pan con corteza. ¿No miras las fiestas que se hicieron en la venida del hijo pródigo (*e*), los convites, los convidados, la música que sonaba por todas partes? Pues ¿qué es esto sino figura del alegría espiritual que pasa dentro del ánima cuando se ve salida de Egipto, y libre del captiverio de Faraon, y de la servidumbre del demonio? Porque ¿cómo el que así se ve libre, no hará fiesta por tan grande beneficio? ¿cómo no convidará á todas las criaturas para que le ayuden á dar gracias á su libertador por él, diciendo (*f*): Cantemos al Señor que tan gloriosamente ha triunfado; pues al caballo y al caballero arrojó en la mar?

Y si esto no fuese así, ¿dónde estaria la providencia de Dios, que á cada criatura provee perfectísimamente segun su naturaleza, su flaqueza, su edad y su capacidad? Pues cierto es que no podrian los hombres aun carnales y mundanos andar por este nuevo camino, y poner debajo de los piés al mundo, si el Señor no los proveyese de semejantes favores. Y por esto á su divina providencia pertenesce (ya que se determina sacarlos del mundo) hacerles este camino tan llano, que puedan fácilmente caminar por él, sin que las dificultades dél los hagan volver atras. Desto es evidentísima figura aquel camino por donde Dios llevó á los hijos de Israel á la tierra de promision, del cual escribe Moysen estas palabras (*g*): Cuando sacó el Señor á los hijos de Israel de la tierra de Egipto, no los quiso llevar por la tierra de los filisteos (por donde era mas corta la jornada), porque no se arrepintiesen á medio camino, y se volviesen á Egipto viendo las guerras que por aquella parte se les levantaban. Pues este mesmo Señor que entónces usó desta providencia para llevar á su pueblo á la tierra de promision cuando lo sacó de Egipto; ese mesmo usa agora de otra semejante á esta, para llevar al cielo á los que él quiere llevar, cuando los saca del mundo.

Antes quiero que sepas que aunque los favores y consolaciones de los perfectos sean muy altas, pero es tan grande la piedad de nuestro Señor para con los pequeñuelos, que mirando su pobreza, él mesmo les ayuda á poner casa de nuevo; y viendo que se están todavía entre las ocasiones de pecar, y que tienen aun sus pasiones por mortificar; para alcanzar victoria dellas, y para descarnarlos de su carne, y destetarlos de la leche del mundo, y apretarlos consigo con tan fuertes vínculos de amor que no se le vayan de casa; por todas estas causas los provee de una tan poderosa consolacion y alegría, que aunque ellos sean principiantes, tiene semejanza en su proporcion con el alegría de los perfectos. Si no, dime: ¿qué otra cosa quiso Dios significar en aquellas sus fiestas del Testamento viejo, cuando decia (*h*) que el primer dia y el postrero fuesen de igual veneracion y solemnidad? Los otros seis dias de enmedio eran como de entre semana; mas estos dos extremos eran señalados y aventajados entre todos los otros. Pues ¿qué es esto, sino imágen y figura de lo que hablamos? En el primer dia quiere Dios que se haga fiesta como en el postrero; para dar á entender que en el principio de la conversion y en el fin de la perfeccion, hace nuestro Señor grande fiesta á todos sus siervos, considerando en los unos el merescimiento, y en los otros la necesidad; y usando con los unos de justicia, y con los otros de su gracia; dando á unos lo que merescen por su virtud, y á otros mas de lo que merescen por su necesidad.

Cuando los árboles florescen y cuando madura la fruta, están mas hermosos de mirar. El dia del desposorio, y tambien del casamiento, son dias de fiesta señalados. En los principios se desposa nuestro Señor con el ánima, y como la toma en camisa, él hace la fiesta á su costa; y así la fiesta es, no conforme á los merescimientos de su esposa, sino conforme á la riqueza del esposo, que lo pone todo de su casa; y así dice él (*i*): Nuestra hermana es pequeña y no tiene pechos, y segun esto con leche ajena ha de criar su criatura. Por esto dice la mesma Esposa hablando con su esposo (*k*): Las doncellicas te amaron mucho. No dice las doucellas, que son las ánimas ya mas fundadas en la virtud, sino

(*a*) Cant. 5. (*b*) Cant. 2. (*c*) Rom. 2. (*d*) Psal. 20. (*e*) Luc. 15. (*f*) Exod. 15.

(*g*) Exod. 13. (*h*) Levit. 23. Num. 29. (*i*) Cantic. 8. (*k*) Cantic. 1.

las de mas tierna edad, que son las que comienzan á abrir los ojos á aquella nueva luz: esas (dice ella) te amaron mucho. Porque las tales suelen tener en su comienzo grandes movimientos de amor, como Sancto Tomas lo declara en un opúsculo. Y la causa desto, entre otras, dice él que es la novedad del estado, del amor, de la luz y conoscimiento de las cosas divinas que de presente conoscen, que hasta allí no conoscian. Porque la novedad deste conoscimiento causa en ellas una grande admiracion, acompañada con una grande suavidad y agradescimiento de quien tanto bien les hizo, y que de tales tinieblas las sacó. Vemos que cuando un hombre entra de nuevo en una grande y famosa ciudad, ó en un palacio real, los primeros dias anda como abobado y suspenso con la novedad y hermosura de las cosas que ve; mas despues que ya las ha visto muchas veces, descrece aquella admiracion y gusto con que al principio las miraba. Pues lo mesmo acaesce en su manera á los que entran en esta nueva region de la gracia, por la novedad de las cosas que se les descubren en ella. Por lo cual no es maravilla que algunas veces los nuevos devotos sientan mayores fervores en sus ánimas que los mas antiguos; porque la novedad de la luz y sentimiento de las cosas divinas causa en ellos mayor alteracion. Y de aquí viene lo que muy bien notó Sant Bernardo (*a*): Que no mintió el hermano mayor del hijo pródigo cuando se querelló de su buen padre, diciendo que habiéndole él servido tantos años sin traspasar sus mandamientos, no habia recebido tan grandes favores como los que el hijo desperdiciado recibió cuando se tornó á su casa. Hierve tambien el amor nuevo, como el vino nuevo, en los principios, y la olla da por cima luego como siente la llama, y comienza á experimentar el extraño y nuevo calor del fuego: adelante es el calor mas fuerte y mas sosegado; pero á los principios mas fervoroso.

Muy buen recibimiento hace el Señor á los que de nuevo entran en su casa. Los primeros dias comen de balde, y todo se les hace lijero. Hace con ellos el Señor como el mercader, que la primera muestra de la hacienda que quiere vender, da de balde, como quiera que lo demas venda por su justo valor. El amor que se tiene á los hijos chiquitos, aunque no es mayor que el de los que están ya criados, pero es mas tierno y mas regalado. A estos llevan en brazos; los otros andan por su pié: á los otros ponen en trabajos; á estos de propósito se los quitan, y sin buscar ellos la comida, muchas veces les ruegan con ella, y aun se la ponen en la boca.

Pues deste buen tratamiento del Señor, y destos favores tan conocidos, nasce en los que comienzan aquella alegría espiritual que el Profeta significó, cuando dijo (*b*): Con las gotas del agua lluvia que de lo alto caen, se alegrará la nueva planta que comienza á florescer. Pues ¿qué planta es esta, y qué gotas de agua estas, sino el rocío de la divina gracia, con que se riegan las espirituales plantas que de nuevo son transplantadas del mundo en la huerta del Señor? Pues destas dice el Profeta que se alegrarán con las gotas desta agua que caen de lo alto: para significar la grande alegría que los tales reciben con las primicias desta nueva visitacion y beneficio celestial. Y no pienses que estos favores, porque se llaman gotas, es tan pequeña su virtud como su nombre; porque (como dice Sant Augustin) el que bebiere del rio del paraíso (del cual sola una gota es mayor que todo el mar Occeano), cierto es que sola esta bastará para apagar en él toda la sed del mundo.

Ni es argumento contra esto decir que tú no sientes estas consolaciones y alegrías aunque pienses en Dios. Porque si cuando el paladar está corrompido con malos humores, no juzga bien de los sabores (porque lo amargo les paresce dulce, y lo dulce amargo), ¿qué maravilla es que teniendo tú el ánima corrompida con tantos malos humores de vicios y aficiones desordenadas, y tan hecho á las ollas podridas de Egipto, tengas hastío del manná del cielo, y del pan de los ángeles? Purga tú ese paladar con las lágrimas de la penitencia, y así purgado y limpio podrá gustar y ver cuán suave es el Señor.

Pues siendo esto así, dime agora, hermano: ¿qué bienes hay en el mundo que no sean basura comparados con estos? Dos bienaventuranzas ponen los sanctos: una comenzada y otra acabada; de la acabada gozan los bienaventurados en la gloria, y de la comenzada los justos en esta vida. Pues ¿qué mas quieres tú que comenzar dende agora á ser bienaventurado, y recebir dende acá las arras de aquel divino casamiento, que allí se celebra por palabras de presente, y aquí se comienza por palabras de futuro? ¡Oh hombre! (dice Ricardo) pues en este paraíso puedes vivir y gozar deste tesoro (*c*), ve y vende todo lo que tienes, y compra esta tan preciosa posesion, que no te será cara; porque el mercader es Cristo, que la da cuasi de balde. No lo dilates para adelante; porque un punto que agora pierdes, vale mas que todos los tesoros del mundo. Y aunque adelante se te diese, sé, y cierto, que has de vivir con grande dolor de lo que pierdes, y llorar siempre con Sant Augustin, diciendo (*d*): Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Este sancto lloraba siempre la tardanza de la vuelta, aunque no fué despojado de la corona: mira tú no vengas á llorarlo todo, si por un cabo pierdes los bienes de gloria, de que gozan los sanctos en la vida venidera, y por otro los de gracia, de que los justos gozan en la presente.

CAPITULO XVII.

Del quinto privilegio de la virtud, que es el alegría de la buena consciencia de que gozan los buenos, y del tormento y remordimiento interior que padescen los malos.

Con el alegría de las consolaciones del Espíritu Sancto se junta otra manera de alegría (*e*) que tienen los justos con el testimonio de la buena consciencia. Para entender la dignidad y condicion deste privilegio, es de saber que la divina Providencia (la cual á todas las criaturas proveyó de lo necesario para su conservacion y perfeccion), queriendo que la criatura racional fuese perfecta, proveyóle suficientemente de todo lo que para esto era necesario. Y porque la perfeccion desta criatura consiste en la perfeccion de su entendimiento y voluntad (que son las dos principales potencias de nuestra ánima, la una de las cuales se perfecciona con la ciencia, y la otra con la virtud); por esto en el entendimiento crió los principios universales de todas las ciencias (de donde proceden las conclusiones dellas), y en la voluntad crió la simiente de todas las virtudes; porque en ella puso una natural inclinacion á todo lo bueno, y un aborrescimiento á todo lo malo: la cual así como naturalmente se huelga con lo uno, así tambien se entristece y murmura contra lo otro, como contra cosa que naturalmente abor-

(*a*) Luc. 15. (*b*) Psal. 64.

(*c*) Matth. 13. (*d*) Lib. 10. Confess. cap. 27. et in Soliloq. c. 31.
(*e*) S. Ioan. Climac. c. 6.

resce: la cual inclinacion es tan natural y tan poderosa, que puesto caso que con la costumbre larga del mal vivir se puede enflaquecer y debilitar, mas nunca del todo se puede extinguir y acabar: así como acaesce tambien á nuestro libre albedrío, el cual, aunque con el uso del pecar se debilita y enflaquece, mas nunca del todo muere. Y en figura desto leemos que entre todas las calamidades y pérdidas del sancto Job (*a*), nunca faltó un criado que escapase de aquella rota, el cual le viniese á dar cuenta della. Y desta manera nunca falta al que peca este criado (que los doctores llaman sindéresis de la consciencia), que entre todas las otras pérdidas queda salvo, y entre todas las otras muertes vivo: el cual no deja de representar al malo los bienes que perdió cuando pecó, y el estado miserable en que cayó.

En lo cual maravillosamente resplandesce el cuidado de la Providencia divina, y el amor que tiene á la virtud; pues así nos proveyó de un perpetuo despertador que nunca durmiese, y de un perpetuo predicador que nunca se enmudeciese, de un maestro y ayo que siempre nos encaminase al bien. Esto entendió maravillosamente Epicteto, filósofo estoico, el cual dice que así como los padres suelen encomendar sus hijos cuando son pequeños á algun ayo que tenga cuidado de apartarlos de todo vicio, y encaminarlos á toda virtud, así Dios como padre nuestro, despues de ya criados, nos entregó á esta natural virtud, que llamamos consciencia, como á otro ayo, para que ella nos estuviese siempre enseñando y encaminando á todo bien, y acusando y remordiendo en el mal.

Pues así como esta consciencia es ayo y maestro de los buenos, así por el contrario es verdugo y azote de los malos, que interiormente los azota y acusa por los males que hacen, y echa acíbar en todos sus placeres, de tal manera, que apénas han dado el bocado en la cebolla de Egipto, cuando luego les salta la lágrima viva en el ojo. Y esta es una de las penas con que Dios amenaza á los malos por Isaías, diciendo (*b*): Que entregará á Babilonia en poder del erizo; porque por justo juicio de Dios es entregado el corazon del malo (que es aquí entendido por Babilonia) á los erizos, que son los demonios, y son tambien las espinas de los aguijones y remordimientos de la consciencia, que consigo traen los pecados: los cuales como espinas muy agudas atormentan y punzan su corazon. Y si quieres saber qué espinas sean estas, digo que una espina es la mesma fealdad y enormidad del pecado, la cual de sí es tan abominable, que decia un filósofo: Si supiese que los dioses me habian de perdonar, y los hombres no lo habian de barruntar, todavía no osaría cometer un pecado por sola la fealdad que hay en él. Otra espina es, cuando el pecado trae consigo perjuicio de partes; porque entónces se representa él como aquel derramamiento de la sangre de Abel (*c*), que estaba clamando á Dios, y pidiendo venganza. Y así se escribe en el primer libro de los Macabeos (*d*) que se le representaban al rey Antioco los grandes males y agravios que habia hecho en Hierusalem; los cuales tanto le apretaron, que le causaron tristeza y mal de la muerte. Y así estando él para morir, dijo: Acuérdome de los males que hice en Hierusalem, de donde tomé tantos tesoros de oro y plata, y destruí los moradores de la ciudad sin causa: por donde conozco que me vinieron todos estos males que padezco, y así muero agora con tristeza grande en tierra ajena. Otra espina es la infamia que se sigue del mesmo pecado; la cual el malo ni puede dejar de barruntar, ni puede dejar de sentir; pues naturalmente desean los hombres ser bienquistos, y sienten mucho ser malquistos, pues como dijo un sabio: No hay en el mundo mayor tormento que el público odio. Otra espina es el temor necesario de la muerte, y la incertidumbre de la vida; el recelo de la cuenta, y el horror de la pena eterna; porque cada cosa destas es una espina que hiere y punza muy agudamente el corazon del malo; tanto, que todas cuantas veces se le ofrece la memoria de la muerte, por un cabo tan cierta, y por otro tan incierta, no puede dejar de entristecerse, como el Ecclesiástico dice (*e*), porque ve que aquel dia ha de vengar sus maldades, y poner fin á todos sus vicios y deleites: la cual memoria nadie puede desechar de sí, pues no hay cosa mas natural al mortal que morir. Y de aquí nasce que con cualquiera mala disposicion que tenga, luego está lleno de temores y sobresaltos: si morirá, si no morirá; porque la vehemencia del amor proprio, y la pasion del temor le hacen haber miedo de las sombras, y temer donde no hay que temer. Pues ya si hay en la tierra comunes enfermedades, si muertes, temblores de tierra, ó truenos, ó relámpagos, luego se turba y altera con el miedo de su mala consciencia, figurándosele que todo aquello puede venir por su causa.

Pues todas estas espinas juntas atormentan y punzan el corazon de los malos, como muy á la larga lo escribe uno de aquellos amigos del sancto Job, cuyas palabras en sentencia referiré aquí para mayor luz desta doctrina (*f*). Todos los dias de su vida (dice él) persevera el malo en su soberbia, siendo tan incierto el número de los años de su tiranía. Siempre suenan en sus oidos voces de temor y de espanto, que son los clamores de la mala consciencia, que le está siempre remordiendo y acusando. En medio de la paz teme celadas de enemigos (porque por muy pacífico y contento que viva, nunca faltan temores y sobresaltos á la mala consciencia). No puede acabar de creer que le sea posible venir de las tinieblas á la luz. Esto es, no cree que sea posible salir de las tinieblas de aquel miserable estado en que vive, y alcanzar la serenidad y tranquilidad de la buena consciencia: la cual como una luz hermosísima alegra y esclaresce todos los senos y rincones del ánima; porque siempre le paresce que por todas partes ve la espada delante de sí desnuda; de tal manera, que aun cuando se asienta á comer á la mesa (donde generalmente se suelen los hombres alegrar), allí no le faltan temores, y sobresaltos, y desconfianzas, paresciéndole que le está aguardando el dia de las tinieblas, que es el dia de la muerte, y del juicio, y de la sentencia final. De manera que las tribulaciones y angustias le espantan y cercan por todas partes, así como va cercado un rey de su gente cuando entra en la batalla. Desta manera, pues, escribe aquí este amigo de Job la cruel carnicería que pasa en el corazon destos miserables; porque, como dijo muy bien un filósofo, por ley eterna de Dios siempre persigue el temor á los malos. Lo cual concuerda muy bien con aquella sentencia de Salomon, que dice (*g*): Huye el malo sin que nadie lo persiga; mas el justo está confiado y esforzado como un leon.

Todo esto comprehende en pocas palabras Sant Augus-

(*a*) Iob. 1. (*b*) Isai. 14. (*c*) Gen. 4. (*d*) 1. Mach. 6.

(*e*) Eccl. 41. (*f*) Iob. 15. (*g*) Prov. 28.

tin, diciendo (*a*): Mandásteslo, Señor, y verdaderamente ello es así, que el ánimo desordenado sea tormento de sí mesmo. Lo cual generalmente se halla en todas las cosas. Porque ¿qué cosa hay en el mundo, que estando desordenada, no esté naturalmente inquieta y descontenta? El hueso que está fuera de su juntura y lugar natural, ¡qué dolores causa! El elemento que está fuera de su centro, ¡qué violencia padesce! Los humores del cuerpo humano cuando están fuera de aquella proporcion y templanza natural que habian de tener, ¡qué enfermedades causan! Pues como sea cosa tan propria y tan debida á la criatura racional vivir por órden y por razon, siendo la vida desordenada y fuera de razon ¿cómo no ha de padescer y reclamar la naturaleza desta criatura? Muy bien dijo el sancto Job (*b*): ¿Quién jamas resistió á Dios y vivió en paz? Sobre las cuales palabras dice Sant Gregorio (*c*): Que así como Dios crió las cosas maravillosamente, así las dispuso muy ordenadamente; para que así se conservasen, y permaneciesen en su sér. De donde se infiere que quien resiste á la disposicion y órden del Criador, deshace el concierto de la paz que dello se seguia: porque no pueden estar quietas las cosas que salen del compas de la divina disposicion. Y así las que permanesciendo en la subjeccion de Dios, vivian en órden y en paz, salidas desta subjeccion, juntamente con el órden pierden la paz. Como se ve claro en el primero hombre, y en el ángel que cayeron (*d*): los cuales, porque haciendo su voluntad salieron de la órden y subjeccion de Dios, juntamente con la órden perdieron la felicidad y paz en que vivian; y el hombre, que estando subjecto era señor de sí, cuando perdió esta subjeccion, halló la guerra y la rebelion dentro de sí.

Este es pues el tormento en que por justo juicio de Dios viven los malos, que es una de las grandes miserias que en esta vida padescen. Así lo predican generalmente todos los sanctos: Sant Ambrosio en el libro de sus oficios dice: ¿Qué pena hay mas grave que la llaga interior de la consciencia? Por ventura ¿no es este mal mas para huir que la muerte, que las pérdidas de la hacienda, que el destierro, que la enfermedad y el dolor? Sant Isidoro dice: De todas las cosas puede huir el hombre, sino de sí mesmo. Porque do quiera que fuere, no le ha de desamparar el tormento de la mala consciencia. Y en otro lugar dice el mesmo: Ninguna pena hay mayor que la de la mala consciencia: por tanto, si quieres nunca estar triste, vive bien. Lo cual es en tanta manera verdad, que hasta los mesmos filósofos gentiles (sin conoscer ni creer las penas con que nuestra fe castiga á los malos) confiesan esta mesma verdad. Y así dice Séneca: ¿Qué aprovecha esconderse y huir de los ojos y oidos de los hombres? La buena consciencia llama por testigos á todo el mundo; pero la mala, aunque esté en la soledad, está solícita y congojosa. Si es bueno lo que haces, sépanlo todos; si es malo, ¿qué hace al caso que no lo sepan los otros, si lo sabes tú? ¡Oh miserable de tí, si menosprecias este testigo! pues es cierto que la propria consciencia vale (como dicen) por mil testigos. Y el mesmo en otra parte dice, que la mayor pena que se puede dar á una culpa, es haberla cometido. Y en otra repite lo mesmo, diciendo: A ningun testigo de tus pecados debes temer mas que á tí mesmo; porque de todos los otros puedes huir, mas de tí no; como sea cierto que la maldad sea pena de sí mesma. Tulio en una oracion dice: Grande es la fuerza de la consciencia en cualquiera de las partes; y así nunca temen los que no hicieron por qué; como quiera que siempre viven en temor los que algo hicieron.

Este es pues uno de los tormentos que perpetuamente padescen los malos: el cual se comienza en esta vida, y se continuará en la otra; porque este es aquel gusano inmortal, segun lo llama Isaías (*e*), que eternalmente roerá y atormentará la consciencia de los malos (*f*). Y esto dice Sant Isidoro que es llamar un abismo á otro abismo, cuando los malos pasen del juicio de su consciencia al juicio de la condemnacion eterna.

§ I.

De la alegría de la buena consciencia de que gozan los buenos.

Pues deste azote y carnicería tan cruel están libres los buenos, pues carescen de todos estos aguijones y estímulos de la consciencia, y gozan de las flores y fructos suavísimos de la virtud, que el Espíritu Sancto planta en sus ánimas, como un paraiso terrenal, y vergel cercado en que él se deleita. Así lo llama Sant Augustin, escribiendo sobre el Génesi, donde dice (*g*): El alegría de la buena consciencia que hay en el bueno, paraíso es. Por donde la Iglesia en aquellos que viven con justicia, piedad y templanza, convenientemente se llama paraíso adornado con abundancia de gracias y de castos deleites. Y en el libro que trata de cómo se han de enseñar los ignorantes, dice así (*h*): Tú que buscas el verdadero descanso, el cual se promete á los cristianos despues de la muerte, ten por cierto que tambien lo hallarás entre las molestias amarguísimas desta vida, si amares los mandamientos de aquel que lo prometió; porque en muy poco espacio verás por experiencia cómo son mas dulces los fructos de la justicia, que los de la maldad: y mas verdadera y dulcemente te alegrarás de la buena consciencia en medio de las tribulaciones, que de la mala entre los deleites. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin. Por las cuales entenderás ser tanta la alegría de la buena consciencia, que así como la miel no solamente es dulce, mas hace tambien dulces las cosas desabridas con que se junta; así la buena consciencia es tan alegre, que hace alegres todas las molestias de la vida. Y así como dijimos que la mesma fealdad y enormidad del pecado atormentaba los malos; así por el contrario la mesma hermosura y dignidad de la virtud alegra y consuela á los buenos, como claramente lo significó el profeta David, cuando dijo (*i*): Los juicios del Señor (que son sus sanctos mandamientos) son verdaderos y justificados en sí mesmos, y son mas preciosos que el oro y piedras preciosas, y mas dulces que el panal y la miel. Y así como en tales se deleitaba él mesmo en la guarda dellos; como él lo testificó en otro salmo, diciendo (*k*): En el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité, así como en todas las riquezas del mundo. La cual sentencia confirma su hijo Salomon en sus Proverbios, diciendo (*l*): Alegría es al justo hacer justicia; que es lo mesmo que hacer virtud, y cumplir con las obligaciones que el hombre tiene sobre sí. La cual alegría aunque proceda de otras muchas causas, pero señaladamente procede de la mesma dignidad y hermosura

(*a*) Lib. 1. Confess. c. 12. (*b*) Iob. 9. (*c*) 9. Mor. c. 2.
(*d*) Gen. 3. Isai. 14.

(*e*) Isai. 66. Marc. 9. Eccles. 7. (*f*) Psal. 41. (*g*) Cont. Manich. lib. 2, cap. 9. (*h*) Tom. 4. lib. 1. de Catec. rudib. cap. 16. in fine. (*i*) Psal. 18.
(*k*) Psal. 118. (*l*) Prov. 21.

de la virtud, la cual (como dijo Platon) es de inestimable hermosura. Finalmente es tan grande el fructo y gusto de la buena consciencia, que en ella pone Sant Ambrosio en el libro de sus oficios la felicidad de los justos en esta vida; y así dice él: Tan grande es el resplandor de la virtud, que basta para hacer nuestra vida bienaventurada la tranquilidad de la consciencia, y la seguridad de la innocencia.

Y así como los filósofos sin lumbre de fe conoscieron el tormento de la mala consciencia, así conoscieron el alegría de la buena, como lo muestra Tulio en el libro de las cuestiones Tusculanas, donde dice así: La vida que se ha empleado en honestos y nobles ejercicios, trae consigo tanta consolacion, que los que desta manera vivieron, ó no sienten trabajo, ó lo tienen por muy liviano. El mesmo dice en otro lugar, que ningun teatro hay mas público, ni mas honroso para la virtud, que el testimonio de la buena consciencia. Sócrates, preguntado quién podria vivir sin pasion, respondió que el que viviese bien. Y Bias otrosí filósofo insigne, preguntado quién habia en la vida que caresciese de miedo, respondió que la buena consciencia. Y Séneca en una carta dice así: El sabio nunca vive sin alegría, y esta alegría le viene de la buena consciencia. En lo cual verás cuánto concuerda esta sentencia con aquella de Salomon que dice (*a*): Todos los dias del pobre son malos (conviene saber, trabajosos y penosos); mas el ánima segura es como un banquete perpetuo. No se podia mas decir en tan pocas palabras; en las cuales se nos da á entender, que así como el que está en un convite, se alegra con la variedad de los manjares, y con la presencia de los amigos con quien los come, así el justo se alegra con el testimonio de la buena consciencia, y con el olor de la presencia divina, de la cual tiene grandes prendas y conjecturas en su ánima. Sino la diferencia es esta: que aquella alegría del convite es bestial y terrena; mas esta es perpetua; aquella se comienza con hambre, y se acaba con hastío; esta se comienza con la buena vida, y se continúa con la perseverancia, y se acaba con la gloria. Pues si los filósofos en tanto estimaban esta alegría, sin esperar nada en la otra vida por ella, el cristiano que sabe cuántos bienes tiene Dios aparejados para galardonarla en la vida advenidera, y cuántos en la presente, cuánto mas se alegrará? Y aunque este testimonio no deba carescer de un sancto y religioso temor, pero este tal temor no solo no desmaya, mas ántes por una maravillosa manera esfuerza al que lo tiene; porque tácitamente nos da á entender que es mas legítima y sana nuestra confianza, pues está acompañada y rectificada con este sancto temor: del cual si caresciese, no sería confianza, sino falsa seguridad y presumpcion.

Cata aquí pues, hermano, otro nuevo privilegio de que gozan los buenos, del cual dice el Apóstol (*b*): Nuestra gloria es el testimonio de nuestra consciencia, que es haber vivido con simplicidad de corazon, y con pureza y sinceridad, y no con sabiduría carnal.

Esto es lo que con palabras se puede significar deste privilegio. Mas ni estas ni otras muchas son mas parte para declarar la excelencia dél, á quien no tiene experiencia della, que quien quisiese con palabras dar á entender el sabor de un manjar esquisito á quien nunca lo probó. Porque sin duda esta alegría es tan grande, que muchas veces cuando el bueno se halla triste y atribulado, y volviendo los ojos á todas partes no ve cosa que le consuele, volviendo los ojos hácia dentro, y mirando la paz de su consciencia, y el testimonio della, se consuela y esfuerza; porque entiende bien que todo lo demas, como quiera que suceda, ni hace ni deshace á su caso, sino solo esto. Y aunque (como dije) no pueda tener evidencia desto; mas así como el sol por la mañana ántes que se descubra, esclaresce el mundo con la vecindad de su resplandor, así la buena consciencia, aunque no se conozca por evidencia, todavía alegra con el resplandor de su testimonio al ánima. Lo cual es en tanto grado verdad, que dice Sant Crisóstomo estas palabras: Toda abundancia de tristeza, cayendo en una buena consciencia, así se apaga como una centella de fuego, cayendo en un lago muy profundo de agua.

(*a*) Prov. 15. (*b*) 2. Cor. 1.

CAPITULO XVIII.

Del sexto privilegio de la virtud, que es la confianza y esperanza en la divina misericordia de que gozan los buenos; y de la vana y miserable confianza en que viven los malos.

Con el alegría de la buena consciencia se junta la de la confianza y esperanza en que viven los buenos, de la cual dice el Apóstol: *Spe gaudentes, in tribulatione patientes* (*c*), aconsejándonos que nos alegremos con la esperanza, y con ella tengamos en las tribulaciones paciencia; pues tan grande ayudador y galardonador de nuestros trabajos nos dice ella que tenemos en Dios. Este es uno de los grandes tesoros de la vida cristiana, estas las Indias y patrimonios de los hijos de Dios, y este el comun puerto y remedio de todas las miserias desta vida.

Mas aquí es de notar (porque no nos engañemos) que así como hay dos maneras de fe, una muerta que no hace obras de vida (cual es la de los malos cristianos), y otra viva, y formada con caridad (cual es la que tienen los justos con que hacen obras de vida), así tambien hay dos maneras de esperanza: una muerta, que ni da vida al ánima, ni la aviva y esfuerza en sus obras, ni la anima y consuela en sus trabajos (cual es la que tienen los malos), y otra viva, como la llama Sant Pedro (*d*), la cual, como cosa que tiene vida, tiene tambien efectos de vida, que son animarnos, consolarnos, alegrarnos, y esforzanos en el camino del cielo, y darnos aliento y confianza en medio de los trabajos del mundo: como la tenia aquella bienaventurada Susana, de quien se dice que estando ya sentenciada á muerte, y llevándola por las calles públicas á apedrear, con todo esto su corazon estaba esforzado y confiado en Dios. Y tal era tambien la confianza que tenia David, cuando decia (*e*): Acuérdate, Señor, de la palabra que tienes dada á tu siervo, con la cual me diste esperanza; porque esta me esforzó y consoló en la afliccion de mis trabajos.

Pues esta esperanza viva obra muchos y muy admirables efectos en el ánima donde mora; y tanto mas, cuanto mas participa de la caridad y amor de Dios, que es el que le da la vida (*f*). Entre los cuales efectos el primero es esforzar al hombre en el camino de la virtud con la esperanza del galardon; porque cuanto mas firmes prendas tiene desto, tanto mas alegremente pasa por los trabajos del mundo, como todos los sanctos á una voz testifican. Sant Gregorio dice: La virtud de la esperanza de tal manera levanta nuestro corazon á los bienes de la eternidad, que nos hace no sentir los males desta mortalidad. Orígenes dice: La esperanza de la glo-

(*c*) Rom. 12. (*d*) 1. Petr. 1. (*e*) Psal. 118. (*f*) 1. Ioan. 3.

ria advenidera da descanso á los que por ella trabajan en esta vida, así como mitiga el dolor de las heridas que el soldado recibe en la guerra la esperanza de la corona. Sant Ambrosio dice: La esperanza firme del galardon esconde los trabajos, y hurta el cuerpo á los peligros. Sant Hierónimo dice: Toda obra se hace liviana cuando se estima el precio della, y así la esperanza del premio diminuye la fuerza del trabajo. Esto mesmo explica Crisóstomo aun mas copiosamente por estas palabras: Si las temerosas ondas de la mar no desmayan á los marineros, ni la lluvia de las tempestades é inviernos á los labradores, ni las heridas y muertes á los soldados, ni los golpes y caidas á los luchadores, cuando ponen los ojos en las esperanzas engañosas de lo que por esto pretenden; mucho ménos habian de sentir los trabajos los que esperan el reino de Dios. No mires pues, ó cristiano, que el camino de las virtudes es áspero, sino dónde va á parar; ni que el de los vicios es dulce, sino el paradero que tiene. Dice por cierto muy bien este sancto. Porque ¿quién irá de buena gana por un camino de rosas y flores, si va á parar en la muerte; y quién rehusará un camino áspero y dificultoso, si va á parar á la vida?

Mas no solo sirve la esperanza para alcanzar este tan deseado fin, sino tambien para todos los medios que para él se requieren, y generalmente para todas las necesidades y miserias desta vida. Porque por ellas es el hombre socorrido en sus tribulaciones, defendido en sus peligros, consolado en sus dolores, ayudado en sus enfermedades, proveido en sus necesidades; pues por ella se alcanza el favor y misericordia de Dios, que para todas las cosas nos ayuda. Desto tenemos evidentísimas prendas y testimonios en todas las Escripturas divinas, mayormente en los Salmos de David; porque apénas se hallará salmo que no engrandezca esta virtud, y predique los fructos della: lo cual sin duda es una de las mayores riquezas y consolaciones que los buenos tienen en esta vida. Por lo cual no se me debe tener por prolijidad referir aquí algunas dellas; pues es cierto que muchas mas son las que callo, que las que podré referir. En el libro segundo del Paralipomenon dijo un profeta al rey Asá (*a*): Los ojos del Señor contemplan toda la tierra, y dan fortaleza á todos los que esperan en él. Hieremías dice (*b*): Bueno es el Señor á los que esperan en él, y al ánima del que le busca. Y en otro lugar (*c*): Bueno es el Señor, el cual esfuerza á los suyos en el tiempo de la tribulacion, y conosce á todos los que esperan en él: esto es, tiene cuenta con ellos para socorrerlos y ayudarlos. Isaías dice (*d*): Si os volviéredes á mí, y estuviéredes en mí quietos, seréis salvos; en silencio y esperanza estará vuestra fortaleza. Y entiende aquí por silencio la quietud y reposo interior del ánima en medio de los trabajos, que es efecto desta esperanza, la cual destierra della toda solicitud y congoja desordenada, con el favor que espera de la misericordia divina. El Ecclesiástico dice (*e*): Los que temeis al Señor, fiáos dél, y no perderéis vuestro galardon. Los que temeis al Señor, esperad en el, y su misericordia será para vuestra consolacion y alegría. Mirad, hijos, á todas las naciones de los hombres, y sabed cierto que nadie esperó en el Señor, que le saliese en vano su esperanza. Salomon en sus Proverbios dice (*f*): Descubre tu corazon al Señor, y espera en él; porque él te guiará y enderezará en tus caminos. El profeta David en un salmo dice (*g*): Esperen, Señor, en ti los que conoscen tu nombre; porque nunca desamparaste á los que te buscan. En otro dice (*h*): Yo, Señor, esperé en ti; y así me alegraré y gozaré en tu misericordia. En otro dice (*i*): A los que esperan en el Señor cercará la misericordia. Y dice muy bien cercará, para dar á entender que por todas partes los guardará, así como el rey que está cercado de su gente, para que vaya mas seguro. Y en otro salmo prosigue mas á la larga esta materia, diciendo (*k*): Esperando esperé en el Señor, y él miró por mí, y sacóme del lago de la miseria, y del lodo en que estaba atollado, y asentó mis piés sobre una firme piedra, y enderezó todos mis pasos, y puso en mi boca un cantar nuevo, y un himno en alabanza de nuestro Dios. Verán esto los justos, y alabarán á Dios, y esperarán en él: bienaventurado el varon que puso su esperanza en el Señor, y no puso sus ojos en las vanidades y locuras engañosas del mundo. En las cuales palabras hallarás aun otro efecto maravilloso desta virtud, que es abrir la boca y los ojos del hombre para conoscer por experencia la bondad y providencia paternal de Dios, y cantarle un cantar nuevo, con nuevo gusto y nueva alegría, por el nuevo beneficio recebido con el socorro esperado. No acabariamos á este paso de traer versos, y aun salmos enteros deste profeta. Porque todo el salmo (*l*): *Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion*, desto habla. Y asimesmo todo el salmo (*m*): *Qui habitat in adiutorio altissimi*, se gasta en contar los grandes fructos y provechos de los que esperan en Dios, y viven debajo de su proteccion. Donde sobre una palabra deste salmo, que dice: Tú eres, Señor, mi esperanza, escribe Sant Bernardo así: Para cualquier cosa que deba yo hacer ó no hacer, sufrir ó desear, tú eres, Señor, mi esperanza. Esta es la causa del cumplimiento de todas tus promesas: esta es la principal razon y fundamento de mi esperanza. Alegue otro sus virtudes, gloríese que ha sufrido todo el peso del dia, y del calor (*n*): diga con el Farisco que ayuna dos dias cada semana, y que no es él como los otros hombres (*o*); mas yó, Señor, diré con el Profeta (*p*): Bueno es á mí llegarme á Dios, y poner en él mi esperanza. Si me prometen premios, por vos esperaré que los alcanzaré; si se levantaren contra mí batallas, por vos espero que las venceré; si se embraveciere contra mí el mundo, si bramare el demonio, si la mesma carne se levantare contra el espíritu, en vos esperaré (*q*). Pues siendo esto así, ¿por qué no desechamos luego de nosotros todas estas vanas y engañosas esperanzas, y no nos apegamos con todo fervor y devocion á esta esperanza tan segura? Y mas abajo añade el mesmo sancto, diciendo: La fe dice. Grandes y inestimables bienes tiene Dios aparejados para sus fieles. Mas la esperanza dice: Para mí los tiene guardados. Y no contenta con esto, hace á la caridad que diga: Pues yo me daré prisa por gozarlos.

Cata aquí pues, hermano, cuán grande sea el fructo desta virtud, y para cuántas cosas nos aprovecha. Ella es como un puerto seguro adonde se acogen los justos en el tiempo de la tormenta. Es como un escudo muy fuerte con que se defienden de los mares y ondas deste siglo. Es como un depósito de pan en tiempo de hambre, adonde acuden todos los pobres y necesitados á pedir socorro. Es aquel tabernáculo y sombra que promete

(*a*) 2. Paral. 16. (*b*) Thren. 3. (*c*) Nahum 1. (*d*) Isai. 30. (*e*) Eccl. 2. (*f*) Prov. 3.


(*g*) Psal. 9. (*h*) Psal. 30. (*i*) Psal. 31. (*k*) Psal. 39. (*l*) Psal. 124. (*m*) Psal. 90. (*n*) Matth. 20. (*o*) Luc. 18. (*p*) Psal. 72. (*q*) Psalm.

Dios por Isaías á sus escogidos (*a*); para que en él se escondan y defiendan de los calores del verano, y de las lluvias y torbellinos del invierno: esto es, de las prosperidades y adversidades deste mundo. Es finalmente una medicina y comun remedio de todos nuestros males; pues es verdad que todo lo que justa, fiel y sabiamente esperáremos de Dios, alcanzarémos, siendo cosa saludable. Por donde dice Cipriano que la misericordia de Dios es la fuente de los remedios; y que la esperanza es el vaso que los coge; y que segun la cuantidad deste vaso, así será la del remedio; porque por parte de la fuente no puede el agua de la misericordia faltar. De suerte que así como dijo Dios á los hijos de Israel, que toda la tierra sobre que pusiesen sus piés, sería suya (*b*), así toda la misericordia sobre que el hombre llegare á poner los piés de su esperanza, será suya. Y segun esto, el que movido de Dios esperare todas las cosas, todas las alcanzará. En lo cual paresce que esta esperanza es una imitacion de la virtud y poder de Dios, la cual redunda en gloria del mesmo Dios. Porque, como dice muy bien Sant Bernardo, no hay cosa que tanto declare la omnipotencia de Dios, como ver que no solo él es todopoderoso, mas que tambien hace en su manera todopoderosos á los que esperan en él. Si no, dime, ¿no participaba desta omnipotencia el que dende la tierra mandaba al sol que se parase en el cielo (*c*), y el que daba á escoger al rey Ezequías, si queria que mandase al mesmo sol volver atras, ó pasar adelante (*d*)? Esto es lo que señaladamente engrandesce la gloria de Dios, hacer los suyos tan poderosos. Porque si se gloriaba aquel soberbio rey de los asirios, diciendo que los príncipes que le servian, eran tambien reyes como él (*e*), ¡cuánto mas se puede gloriar nuestro Señor Dios, diciendo que tambien son dioses en su manera, los que sirven á él, pues tanto participan de su poder (*f*)!

§. I.

De la esperanza vana de los malos.

Este es pues el tesoro de la esperanza de que gozan los buenos, del cual caresoen los malos; porque aunque tienen esperanza, no la tienen viva, sino muerta; porque el pecado le quitó la vida, y así no obra en ellos estos efectos que habemos dicho. Porque así como ninguna cosa hay que mas avive la esperanza, que la buena consciencia, así una de las cosas que mas la derriba y desmaya, es la mala; pues esta (como dijimos) ordinariamente anda á sombra de tejados; y así teme y desconfía, por entender que no tiene merescido, sino desmerescido el favor de la divina gracia. De donde así como la sombra sigue al cuerpo do quiera que va, así el temor y la desconfianza acompañan á la mala consciencia por do quiera que ande. En lo cual paresce que cual es su felicidad, tal es su confianza; porque así como tiene su felicidad en los bienes del mundo, así en ellos tiene su confianza, pues en ellos se gloría, y á ellos se socorre en el tiempo de la tribulacion. De la cual esperanza hallamos escrito en el libro de la Sabiduría (*g*): La esperanza del malo es como el pelito de lana que se lleva el viento, y como la espuma delgada, que deshace la ola, y como el vapor del humo, que esparce el aire. ¿Ves pues cuán sana sea esta confianza?

Pues aun mas mal tiene que este; porque no solo es vana, sino tambien perjudicial y engañosa, como lo significó el Señor por el profeta Isaías, diciendo (*h*): Ay de vosotros, hijos desamparadores de vuestro padre, que tomastes consejo, y no conmigo; y urdistes una tela, y no con mi espíritu, para añadir pecados á pecados; é inviastes á Egipto á pedir socorro, y no tomastes consejo conmigo, esperando ayuda en la fortaleza de Faraon, y poniendo vuestra confianza en la sombra de Egipto. Y volvérseos ha la fortaleza de Faraon en confusion, y la confianza en la sombra de Egipto, en ignominia. Todos quedaron confundidos esperando en el pueblo que no los socorrió, ni les aprovechó nada, ántes les fué materia de mayor vergüenza y confusion. Hasta aquí son palabras de Isaías, el cual (no contento con lo dicho) torna en el capítulo siguiente á repetir esta mesma reprehension, diciendo (*i*): ¡Ay de aquellos que van á Egipto á pedir socorro, esperando en sus caballos, y teniendo confianza en sus carros, porque son muchos; y en sus caballeros, porque son muy esforzados; y no pusieron su confianza en el sancto de Israel, ni buscaron al Señor! Porque Egipto es hombre, y no Dios; y sus caballos son carne, y no espíritu; y el Señor extenderá su mano, y caerá el ayudador, y tambien el que es ayudado; y unos y otros serán juntamente confundidos y burlados.

Cata aquí pues la diferencia que hay entre la esperanza de los buenos y de los malos; porque la de los unos es carne, y la de los otros es espíritu; y (si esto es poco) la de los unos es hombre, y la de los otros es Dios: por do paresce que lo que va de Dios á hombre, eso va de esperanza á esperanza. Por lo cual con mucha razon nos aparta el Profeta de la una esperanza, y nos convida á la otra, diciendo (*k*): No querais confiar en los príncipes de la tierra, ni en los hijos de los hombres, que no son parte para dar salud. Acabarse ha la vida dellos, y volverse han en la mesma tierra de que fuéron formados, y en este dia perecerán todos los pensamientos de los que confiaban en ellos. Bienaventurado el varon que tiene á Dios por su ayudador, y en él tiene puesta su esperanza: el cual hizo el cielo, la tierra, la mar y todo lo que en ellos es. ¿Ves pues aquí claro la diferencia que va de la una esperanza á la otra? Y en otro salmo declara el mesmo profeta esta mesma diferencia de esperanzas, diciendo (*l*): Estos confían en sus carros y caballos, y nosotros en el nombre del Señor. Ellos se enlazaron y cayeron; mas nosotros nos levantamos y estamos en pié. Mira pues cuán bien responde aquí el fructo de la confianza á los estribos y fundamentos della; pues de la una se sigue la caida, y de la otra levantamiento y victoria.

Por lo cual con mucha razon se comparan los unos con aquel hombre del Evangelio (*m*) que edificó su casa sobre arena, la cual á la primera tempestad que se levantó, dió consigo en tierra; y los otros con el que la edificó sobre peña viva, y por eso estuvo firme y segura contra todas las aguas y torbellinos desta vida. Y no ménos elegantemente declara el profeta Hieremías por otra muy hermosa comparacion esta mesma diferencia por estas palabras (*n*): Maldito sea el hombre que confía en otro hombre, y el que apartando su corazon del Señor, pone la carne flaca por brazo y amparo de su vida. Porque este tal será como el arbolillo silvestre, que nasce en

(*a*) Isai. 4. (*b*) Iosue 1 (*c*) Iosue 10. (*d*) 4. Reg. 20. Isai. 38. (*e*) Isai. 10. (*f*) Psal. 81. (*g*) Sapient. 5.

(*h*) Isai. 30. (*i*) Isai. 31. (*k*) Psal. 145. (*l*) Psal. 19. (*m*) Matth. 7. (*n*) Hier. 17.

el desierto, que no verá el bien cuando viniere, sino ántes estará desmedrado en perpetua sequedad, y en tierra salobre é inhabitable. Mas, por el contrario, del varon justo dice luego así: Bendito sea el varon que tiene su esperanza en el Señor, porque él será su ayudador. Este tal será como un árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que con la virtud del humor vecino extenderá sus raices, y en el año de la sequedad estará seguro de la fuerza del estío y sus hojas estarán siempre verdes, y nunca dejará de dar su fructo. Hasta aquí son palabras del profeta. Pues dime, ruégote, ¿qué mas era menester (si tuviesen los hombres seso) para ver la diferencia que hay solo por parte de la esperanza entre la suerte de los buenos y de los malos, y entre la prosperidad de los unos y de los otros? ¿Qué mayor bien puede tener un árbol, que estar plantado de la manera que aquí nos lo pinta este profeta? Pues tal es en su manera el estado del justo, á quien todas las cosas succeden prósperamente, por estar plantado par de las corrientes del agua de la divina gracia. Mas, por el contrario, ninguna peor suerte puede caber á un árbol, que ser infructuoso y silvestre, y estar en mala tierra, y fuera de la vista y culto de los hombres: para que por aquí vean los malos que no pueden tener en esta vida otro mas miserable estado que tener desviados sus ojos y corazon de Dios (que es fuente de aguas vivas), y tenerlos puestos en los arrimos de las criaturas frágiles y engañosas; que es la tierra desierta, seca, y inhabitable. Por donde verás muy bien cuán digno de ser llorado es el mundo, que en tan mala tierra está plantado; pues en tan flacos estribos tiene puesta su esperanza, que no es esperanza, sino engaño y confusion, como arriba se declaró.

Pues dime, ruégote, ¿qué mayor miseria puede ser que esta? ¿Qué mayor pobreza, que vivir sin esta manera de esperanza? Porque si el hombre quedó por el pecado tan pobre y desnudo, como arriba tratamos (*a*), y para su remedio era tan necesaria la esperanza de la divina misericordia; ¿qué será dél, quebrada esta áncora en la cual se sostenia? Vemos que todos los otros animales nascen en su manera perfectos, y proveidos de todo lo necesario para su vida. Mas el hombre por el pecado quedó medio deshecho, de tal manera que cuasi ninguna cosa de las que ha menester tiene dentro de sí; sino que todo le ha de venir de acarreo, y de limosna por mano de la divina misericordia. Pues quitada esta de por medio, ¿qué tal podrá ser su vida, sino coja, y manca, y llena de mil defectos? ¿Qué cosa es vivir sin esperanza, sino vivir sin Dios? ¿Pues qué le quedó al hombre de su antiguo patrimonio para vivir sin este arrimo? ¿Qué nacion hay en el mundo tan bárbara, que no tenga alguna noticia de Dios y que no le honre con alguna manera de honra, y que no espere algun beneficio de su providencia? Un poco de tiempo que se ausentó Moisen de los hijos de Israel, pensaron que estaban sin Dios, y como rudos y groseros dieron luego voces á Aaron, diciendo que les hiciese algun dios, porque no se atrevian á caminar sin él (*b*). En lo cual paresce que la mesma naturaleza humana, aunque no siempre conosce al verdadero Dios, conosce que tiene necesidad de Dios; y aunque no conozca la causa de su flaqueza, conosce su flaqueza: y por eso naturalmente busca á Dios para remedio della.

(*a*) Cap. 5. (*b*) Exod. 32.

De suerte que así como la yedra busca el arrimo del árbol para subir á lo alto, porque por sí no puede; y así como la mujer naturalmente busca el arrimo y sombra del varon, porque como animal imperfecto entiende la necesidad que tiene deste arrimo, así la mesma naturaleza humana, como pobre y necesitada, busca la sombra y amparo de Dios. Pues siendo esto así, ¿cuál será la vida de los hombres que viven en tan triste viudez y desamparo de Dios?

Querria saber: los que desta manera viven ¿con quién se consuelan en sus trabajos? á quién se acogen en sus peligros? con quién se curan en sus enfermedades? á quién dan parte de sus penas? con quién se aconsejan en sus negocios? á quién piden socorro en sus necesidades? con quién tratan? con quién conversan? con quién platican? con quién se acuestan? y con quién se levantan? y finalmente, cómo pasan por todos los trances desta vida los que no tienen este recurso? Si un cuerpo no puede vivir sin ánima, ¿cómo un ánima puede vivir sin Dios? pues no es ménos necesario Dios para la una vida, que el ánima para la otra. Y si (como arriba dijimos) la esperanza viva es el áncora de nuestra vida, ¿cómo osa nadie entrar en el golfo deste siglo tan tempestuoso sin el socorro desta áncora? Y si la esperanza deciamos que era el escudo con que nos defendemos del enemigo, ¿cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Si la esperanza es el báculo con que se sostiene la naturaleza humana despues de aquella general dolencia, ¿qué será del hombre flaco sin el arrimo deste báculo?

Queda pues aquí bastantemente declarado lo que va de la esperanza de los buenos á la de los malos, y por consiguiente lo que va de la suerte de los unos á la de los otros; pues los unos tienen á Dios por defensor y valedor, y los otros el báculo de Egipto, que si os quisiéredes afirmar sobre él, quebrarse ha, y entrarse ha por la mano del que estriba sobre él (*c*). Porque basta la culpa que el hombre comete en poner aquí toda su confianza, para que Dios la cure con el desengaño de su caida: como él lo significó por Hieremías, el cual profetizando la destruicion del reino de Moab, y la causa della, dice así (*d*): Porque tuviste confianza en tus muros y en tus tesoros, tú tambien serás presa y destruida, y Chamós (que es el Dios en que confías) será llevado captivo, y sus sacerdotes y príncipes tambien con él. Mira pues agora tú cuál sea este linaje de socorro, pues el mesmo confiar en él y procurarlo es perderlo.

Esto baste cuanto á este privilegio de la esperanza; el cual aunque paresce ser el mesmo que el de la providencia especial de Dios para con los suyos (de que arriba tratamos), pero no lo es, ántes se diferencia dél como efecto de su causa. Porque como sean muchos los fundamentos y causas desta esperanza (cuales son la bondad y la verdad de Dios, y los méritos de Cristo, etc.), uno de los principales es esta paternal providencia, de la cual procede esta confianza. Porque saber que tiene Dios este cuidado dellos, causa esta confianza en ellos.

(*c*) Isai. 36. (*d*) Hier. 48.

CAPITULO XIX.

Del séptimo privilegio de la virtud, que es la verdadera libertad de que gozan los buenos; y de la miserable y no conoscida servidumbre en que viven los malos.

De todos estos privilegios susodichos, y señaladamente del segundo y del cuarto (que es de la gracia del Espíritu Sancto, y de las consolaciones divinas), se sigue otro maravilloso de que gozan los buenos; que es la verdadera libertad del ánima, la cual el Hijo de Dios trajo al mundo, y por la cual tiene apellido de Redentor del género humano; por haberlo rescatado de la verdadera y miserable servidumbre en que vivia, y puesto en verdadera libertad. Este es uno de los principales bienes que este Señor trajo al mundo, y uno de los mas señalados beneficios del Evangelio, y uno de los principales efectos del Espíritu Sancto; porque donde este espíritu mora, ahí está la verdadera libertad; como dice el Apóstol (*a*): Finalmente, este es uno de los grandes premios que en esta vida se prometen á los siervos de Dios, como el mesmo Señor lo prometió á unos que le querian comenzar á servir, diciendo (*b*): Si vosotros permaneciéredes en mis palabras, seréis de verdad mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os librará, esto es, la verdad os dará verdadera libertad. Y respondiendo ellos: Hijos somos de Abraham, y nunca servimos á nadie; ¿cómo dices tú agora que serémos libres? respondió el Señor: En verdad os digo que quien quiera que comete pecado, es siervo del pecado, y el siervo no permanesce en la casa para siempre; mas el hijo permanesce siempre, y por tanto, si el hijo os libertare, seréis de verdad libres.

En las cuales palabras manifiestamente da el Señor á entender que hay dos maneras de libertad: una falsa (que paresce libertad y no lo es), y otra verdadera, que lo es. Falsa es la de aquellos que teniendo el cuerpo libre, tienen el ánimo captivo y subjecto á la tiranía de sus pasiones y pecados: como era la de Alejandro Magno, que siendo señor del mundo, era esclavo de sus vicios. Mas verdadera es la de aquellos que tienen el ánima libre de todos estos tiranos; como quiera que esté el cuerpo ora suelto, ora captivo: cual era la del apóstol Sant Pablo, que estando preso en una cadena, con el espíritu volaba por el cielo, y con sus cartas y doctrina libertaba el mundo.

La razon de llamar esta á boca llena libertad, y la otra no, es porque como entre las dos partes principales del hombre, el ánima sea sin comparacion mas noble, y cuasi el todo del hombre; y el cuerpo no sea mas que la materia, y el subjecto ó la caja en que está el ánima encerrada, de aquí nasce que aquel se debe decir de verdad libre, que tiene esta tan principal parte libre; y aquel falsamente libre, que teniendo esta captiva, el cuerpo trae por do quiere suelto y libre.

§. I.

De la servidumbre en que viven los malos.

Y si preguntares de quién es captivo el que desta manera lo es, digo que lo es del mas feo, torpe, y abominable tirano de cuantos se pueden imaginar, que es el pecado. Porque la mas abominable cosa que hay en el mundo, es el tormento del infierno; y peor y mas abominable es el pecado, que es causa dese tormento. Y deste son siervos y esclavos los malos, como claramente lo viste en las palabras del Señor arriba dichas (*c*): Quien quiera que comete pecado, esclavo es y siervo del pecado. Pues ¿qué servidumbre puede ser mas miserable que esta?

Y no solo es siervo del pecado, mas tambien de los principales atizadores y movedores del pecado, que son: el demonio, el mundo, y nuestra propria carne, corrompida por el mesmo pecado, con todos los apetitos desordenados que della proceden. Porque quien es esclavo de un hijo, tambien lo es de los padres que lo engendraron; y cónstanos que estos tres son los padres del pecado, por lo cual se llaman enemigos del ánima; porque le hacen tan grande mal como es captivarla y entregarla en poder deste tan abominable tirano.

Y aunque todos tres de consuno concuerden en esto, pero con alguna diferencia. Porque los dos primeros se sirven del tercero, que es la carne, como de otra Eva para engañar á Adam; ó como de un muy proprio instrumento y despertador con que nos mueven á todo mal. Por la cual causa el Apóstol mas claramente la llama pecado (*d*), poniendo el nombre del efecto á la causa; porque ella es la que nos atiza y mueve á todo género de pecados. Y por la mesma razon la llaman los teólogos *Fomes peccati*, que quiere decir, cebo y nutrimento del pecado; porque es el aceite y la leña con que se sustenta el fuego del pecado. Mas nosotros comunmente le llamamos sensualidad, carne ó concupiscencia, que por términos mas claros es nuestro apetito sensitivo (de quien nascen todas las pasiones) en cuanto corrompido y estragado por el pecado; porque este es el atizador, y despertador, y como un manantial de todos los pecados; y por esto señaladamente se sirven dél, y de todos sus apetitos los otros dos enemigos para hacernos guerra por él. Por lo cual divinamente dijo Sant Basilio que las principales armas con que nos hacia guerra el demonio, eran nuestros deseos; porque la demasiada aficion de las cosas que deseamos, nos hace procurarlas á tuerto ó á derecho, y romper por todo lo que se nos pone delante, aunque sea prohibido por la ley de Dios: de donde nascen todos los pecados.

Pues este tal apetito es uno de los mas principales tiranos á quien están los malos subjectos, y, como dice el Apóstol (*e*), vendidos por esclavos. Y llámalos aquí vendidos como esclavos, no porque por el pecado perdiesen ellos el libre albedrío con que fuéron criados (porque ni se perdió, ni perderá jamas cuanto á su esencia, por mas pecados que se hagan, sino porque por el pecado quedó por una parte este libre albedrío tan flaco, y por otra el apetito tan fuerte, que por la mayor parte prevalesce lo fuerte contra lo flaco, y quiebra la soga por lo mas delgado.)

Pues ¿qué cosa mas para sentir, que ver cómo teniendo el hombre un ánima criada á imágen de Dios, esclarescida con lumbre del cielo, y un entendimiento que sube con su delicadeza sobre todo lo criado, hasta hallar á Dios; que menospreciadas todas estas grandezas, venga á subjectarse y regirse por el ímpetu furioso de su apetito bestial; y este corrompido por el pecado, y sobre todo movido y atizado por el demonio? ¿Qué se puede esperar deste regimiento, y desta guia, sino despeñaderos, y desastres, y caidas, y males incomparables?

Y porque mas claramente veas la fealdad desta servidumbre, quiero traerte para esto un ejemplo muy pal-

(*a*) 2. Cor. 3. (*b*) Ioann. 8.

(*c*) Ioan. 8. (*d*) Rom. 7. (*e*) Rom. 7.

pable. Imaginemos agora que estuviese un hombre casado con una mujer, en quien cupiese toda la nobleza, hermosura y discrecion que en una mujer puede caber; y que estando él así muy bien casado, una mulata criada suya, y grande hechicera, teniendo invidia desto le diese algunos bebedizos, con los cuales de tal manera le trastornase el seso, que despreciada la mujer, y puesta á un rincon de casa se entregase todo á la mulata, y la hiciese asentar en el estrado de su mujer, y con ella comiese, y durmiese, y se aconsejase, y tratase todos los negocios de su casa, y por su mandamiento gastase y disipase toda la hacienda en comidas, y fiestas, y juegos, y cosas semejantes; y no contento con esto, llegase su desatino á tales términos, que obligase á su propria mujer á servir como esclava á esta mala mujer en todo lo que ella le mandase. ¿Quién podria imaginar que hasta aquí llegase el embaucamiento de un hombre? Y si hasta aquí llegase, ¿cómo extrañarian esto los que lo supiesen? ¿Qué indignacion tendrian contra aquella mala hembra, y qué compasion de la noble mujer, y qué quejas del desatinado marido? Indignísima cosa paresce esta; pero mucho mayor es sin comparacion la que al presente tratamos. Porque has de saber que dentro de nuestra mesma ánima hay estas dos tan diferentes mujeres, que son espíritu y carne, las cuales por otros nombres los teólogos llaman porcion superior y inferior. Porcion superior es aquella parte de nuestra ánima en que está la voluntad y la razon, que es la lumbre natural con que Dios nos crió (*a*), cuya hermosura y nobleza es tan grande, que por ella es el hombre imágen de Dios, capaz de Dios y hermano de los ángeles. Y esta es la noble mujer con que casó Dios al hombre, para que hiciese vida con ella, guiando todas sus cosas por su consejo, que es por esta lumbre celestial. Mas en la porcion inferior está el apetito sensitivo, de que habemos tratado, que nos fué dado para apetecer las cosas necesarias á la vida, y á la conservacion de la especie humana; mas esto por la tasa y órden que por la razon le fuese puesta, así como el despensero que compra de comer por la órden que le manda su señor. Pues este apetito es la esclava de que hablamos; que por carecer de lumbre de razon, no se hizo para guiar ni mandar, sino para ser guiada y mandada. Y siendo esto así, el malaventurado del hombre de tal manera viene á aficionarse y entregarse á los gustos y deseos desta mala mujer, que desamparando el consejo de la razon, por quien debiera guiarse, viene á regirse por ella, haciendo cuanto le dice: que es poniendo por obra todos sus malos deseos y apetitos. Porque hombres vemos tan sensuales, tan desenfrenados, y tan entregados á los deseos de su corazon, que cuasi en todas las cosas como unas bestias le obedescen y siguen, sin tener cuenta con ley de justicia ni de razon. Pues ¿qué es esto sino entregar todo el gobierno de su vida á la sucia y torpe esclava de la carne, empleándose en todos los juegos, y pasatiempos, y deleites que ella pide, desamparando el consejo de la nobilísima y legítima mujer, que es la razon?

Y lo que peor y mas intolerable es, que no contentos con esto, hacen á esta mesma señora que sirva á esta tan mala esclava, y que se desvele noche y dia, inventando y procurando todo lo que conviene para el gusto y contentamiento della. Porque cuando un hombre emplea toda su razon y entendimiento en trazar tantas invenciones y maneras de atavíos, de edificios tan curiosos, de potajes y guisados tan exquisitos, de aderezos de casa y de tratos y negocios para granjear todo lo que para esto se requiere, ¿qué es esto, sino desquiciar el ánima de los ejercicios espirituales de su propria nobleza, y hacer que sea esclava, cocinera y despensera de quien le fué dada por captiva? Y cuando un hombre carnal aficionado á una mujer, para vencer su castidad emplea toda su razon y entendimiento en escribir cartas, en componer sonetos llenos de agudeza y sentencias, y en buscar todas las minas y contraminas que para estos tratos se requieren, ¿qué hace en esto (si piensas) sino servir á la esclava la que era señora, ocupándose aquella lumbre celestial y divina en buscar medios para las vilezas y apetitos de su carne? Y cuando el rey David usó de tantas maneras de medios para encubrir el hurto de Bersabé, mandando venir al marido de la guerra, y convidándolo á cenar, y emborrachándolo en la cena, y despues dándole cartas con avisos y industrias para que el inocente muriese (*b*); estas trazas ¿quién las hacia sino el entendimiento y la razon? y ¿quién instigaba á hacerlas sino la carne perversa, para encubrir ó gozar mas á su salvo de sus deleites? Cosas son todas estas de que Séneca, con ser filósofo gentil, se afrentaba y avergonzaba, y así decia: Mayor soy, y para mayores cosas nascido que para ser esclavo de mi carne. Pues si nos espantara el embaucamiento de aquel hombre enhechizado y perdido, ¿cuánto mas nos debe espantar esto por lo cual tanto mayores bienes se desperdician, y tanto mayores males se ganan?

Y con ser esta una cosa por una parte tan monstruosa y tan lastimera, y por otra tan usada, pasamos por ella lijeramente sin que nadie pasme de tan gran desórden por estar el mundo tan desordenado. Porque (como dice muy bien Sant Bernardo) no se siente el hedor abominable de los viciosos, por ser tantos los que lo son. Porque así como en la tierra donde todos nascen prietos, no se tiene por injuria la negrura, y donde todos generalmente son beodos, no se tiene por deshonrada la embriaguez, siendo cosa tan vil; así como en todo el mundo generalmente haya esta monstruosidad, apénas hay quien la conozca por tal. Todo esto pues bastantemente nos declara cuán miserable sea esta servidumbre; y juntamente con esto á cuán espantable pena fué el hombre condenado por el pecado, pues por él fué entregada una criatura tan noble á un tan torpe tirano. Y por tal lo tenia el Ecclesiástico (*c*) cuando hacia oracion á Dios, pidiéndole que lo librase de los deseos desordenados del vientre, y de la deshonestidad, y que no le entregase en poder de un ánima desvergonzada y desenfrenada; como quien pide no ser entregado á algun grande verdugo ó tirano, porque por tal tenia él este apetito.

§. II.

Pues ya si quieres saber qué tan grande sea la potencia deste tirano, puédeslo claramente colegir considerando lo que ha hecho el mundo y hace cada dia. Y no quiero para esto ponerte ante los ojos las fábulas que los poetas fingieron, representándonos aquel tan famoso Hércules, el cual despues de vencidos y domados todos los monstruos del mundo, dicen que vencido del amor torpe de una mujer, dejada la maza, se asentaba entre sus cria-

(*a*) Psal. 4.

(*b*) 2. Reg. 11. (*c*) Eccl. 23.

das á hilar con una rueca en la cinta; porque ella se lo mandaba, y amenazábale si no lo hiciese. Lo cual sabiamente fingieron los poetas para significar por aquí la tiranía y potencia deste apetito. Ni tampoco quiero traer aquí las verdades antiguas de las Escrituras divinas, donde se nos propone un Salomon (*a*), por una parte lleno de tan grande sanctidad y sabiduría, y por otra adorando los ídolos, y edificándoles templos, por complacer á sus mujeres (que no ménos declara la tirannía desta pasion); sino los ejemplos cuotidianos que nos pasan por las manos cada dia. Mira pues á lo que se pone una mujer adúltera por obedecer á un apetito desordenado (porque en esta pasion quiero agora poner ejemplo, para que por esta se vea la fuerza de las otras). Sabe esta muy bien que si el marido la tomare con el hurto en las manos, la matará; y que en un mesmo punto perderá la vida, la honra, la hacienda, y el alma con todo lo demas que en este mundo y en el otro se puede perder (que es la mayor y mas universal pérdida de cuantas hay), y que juntamente con esto dejará á sus hijos, y padres, y hermanos, y todo su linaje deshonrado, y con perpetua materia de dolor: y con todo esto es tan grande la fuerza deste apetito ó (por mejor decir) la potencia deste tiranno, que le hace pasar por todo esto, y beber todos estos tragos tan horribles con grandísima facilidad, por hacer lo que él le manda. Pues ¿qué tiranno obligó jamás á un captivo que tuviese, á obedescer con tan grande riesgo á lo que él le mandase? ¿qué mas duro y miserable captiverio quieres que este?

Pues en este estado generalmente viven los malos, como claramente lo significó el Profeta, cuando dijo (*b*): Asentados están en tinieblas y sombra de muerte, padesciendo hambre, y estando presos con cadenas de hierro. Pues ¿qué tinieblas son estas, sino la ceguedad en que viven los malos (de que arriba tratamos), pues ni conoscen á sí, ni á Dios como conviene, ni para qué viven, ni para qué fin fuéron criados, ni la vanidad de las cosas que aman, ni el mesmo captiverio y servidumbre en que viven? Y ¿qué cadenas son estas con que están presos, sino las fuerzas de las aficiones con que están sus corazones aferrados con las cosas que desordenadamente aman? Y ¿qué hambre es esta que padescen sino el apetito insaciable que tienen de infinitas cosas que no alcanzan? Pues ¿qué mayor captiverio quieres que este?

Veamos esto mesmo por otros ejemplos. Pon los ojos en Amnon, hijo primogénito de David: el cual, despues que puso los suyos en su hermana Thamar, de tal manera se cegó con estas tinieblas, y se prendió con estas cadenas, y se afligió con esta hambre, que vino á perder el comer, el beber, el sueño, la salud, y caer en cama enfermo con la fuerza desta pasion (*c*). Pues dime: ¿qué tales eran las cadenas de la aficion y aprehension con que estaba su corazon captivo, pues tal impresion hicieron en la carne y en los mesmos humores del cuerpo, que bastaron para causarle tan grande enfermedad? Y porque no pienses que la cura desta dolencia es alcanzarse lo que se desea, mira bien cómo quedó mas enfermo y mas perdido despues que alcanzó lo que deseaba, de lo que estaba ántes. Porque muy mayor dice la Escriptura que fué el odio con que aborresció despues á la hermana, que el amor que ántes le habia tenido. De manera que no quedó con el vicio libre de la pasion, sino trocóla por otra mayor. Pues ¿hay tiranno en el mundo que así vuelva y revuelva sus prisioneros, y así les haga tejer y destejer, andar y desandar los mesmos caminos?

Tales pues son todos los que están tirannizados deste vicio, los cuales apénas son señores de sí mesmos, pues ni comen, ni beben, ni piensan, ni hablan, ni sueñan sino en él; sin que ni el temor de Dios, ni el ánima, ni la consciencia, ni paraíso, ni infierno, ni muerte, ni juicio, ni aun á veces la mesma vida y honra (que ellos tanto aman), sea parte para revocarlos deste camino, ni romper esta cadena. Pues ¿qué diré de los celos destos, de los temores, de las sospechas, y de los sobresaltos y peligros en que andan noche y dia aventurando las almas y las vidas por estas golosinas? ¿Hay pues tiranno en el mundo que así se apodere del cuerpo de su esclavo, como este vicio del corazon? Porque nunca un esclavo está tan atado al servicio de su señor, que no le queden muchos ratos de dia y de noche en que huelgue, y entienda en lo que le cumple. Mas tal es este vicio y otros semejantes, que despues que se apoderan del corazon, de tal manera lo prenden y se lo beben todo, que apénas le queda al hombre valor ni habilidad, ni tiempo, ni entendimiento para otra cosa. Por lo cual no en balde dijo el Ecclesiástico (*d*) que las mujeres y el vino robaban el corazon de los sabios, porque cuasi tan alienado queda un hombre con este vicio por sabio que sea, y tan inhábil para todas las cosas que son proprias de hombre, como si hubiese bebido una cuba de vino. Y para significar esto el ingenioso poeta, finge de aquella famosa reina Dido, que en el punto que se cegó con la aficion de Enéas, luego desistió de todos los públicos ejercicios y reparos de la ciudad. De manera que ni los muros comenzados iban adelante, ni la juventud ejercitaba las armas, ni los oficiales públicos entendian en fortalescer los puertos, ni en los otros pertrechos necesarios para defension de la patria. Porque este tiranno de tal manera dice que prendió todos los sentidos desta mujer, que para todo quedó inhábil, si no solo para aquel cuidado, el cual cuanto mas se apoderó del corazon, tanto ménos le dejó de valor para todo lo demas. ¡Oh vicio pestilencial, destruidor de las repúblicas, cuchillo de los buenos ejercicios, muerte de las virtudes, niebla de los buenos ingenios, enajenamiento del hombre, embriaguez de los sabios, locura de los viejos, furor y fuego de los mozos, y comun pestilencia del género humano!

Y no solo en este vicio, mas en todos los otros hay esta mesma tirannía. Si no, pon los ojos en el ambicioso y vanaglorioso que anda perdido por el humo de la honra, y mira cuán subjecto vive á este deseo, cuán apetitoso de gloria, cuán diligente en procurarla; pues toda la vida y todas las cosas ordena para este fin: el servicio, el acompañamiento, el vestido, el calzado, la mesa, la cama, el aparato de casa, los criados, los gestos, los meneos, la manera del andar, y del hablar, y del mirar, y finalmente todo cuanto hace, para este fin lo hace, pues de tal manera lo hace como mas convenga para parecer mejor, y ser loado, y alcanzar este soplo de viento. De manera que si bien lo miras, todo lo que ordinariamente dice y hace, es armar lazos y redes para cazar este aplauso y aire popular. Y si nos maravillamos del otro emperador que gastaba todas las siestas en andar á caza de moscas con un punzon en la mano; ¿cuánto es mas de maravillar la locura deste miserable, que no solo las

(*a*) 3. Reg. 3. et 11. (*b*) Psal. 106. (*c*) 2. Reg. 13.

(*d*) Eccles. 19.

siestas, sino toda la vida gasta en cazar este mundo y airecico del mundo? Por lo cual el triste ni hace lo que quiere, ni viste como quiere, ni va donde quiere; pues deja muchas veces de ir aun á las iglesias, y tratar con los buenos, por miedo de lo que el mundo (á quien él vive subjecto) dirá. Y (lo que mas es) por esto gasta mucho mas de lo que quiere, y de lo que tiene, y se pone en mil necesidades con que infierna su ánima, y tambien las de sus decendientes, á los cuales deja por herederos de sus deudas, y imitadores de sus locuras. Pues ¿qué pena merescen estos, sino la que escriben haber dado un rey á un hombre muy ambicioso, al cual mandó que diesen humo á narices hasta que muriese, diciendo que justamente era castigado con muerte de humo, pues toda la vida habia gastado en procurar humo de vanidad? Pues ¿qué mayor miseria que esta?

¿Qué diré tambien del avariento cobdicioso, que no solo es esclavo, sino tambien idólatra de su dinero, á quien sirve, á quien adora, á quien obedesce en todo cuanto le manda, por quien ayuna y se quita el pan de la boca, y á quien finalmente ama mas que á Dios, pues por él mil veces ofende á Dios? En él tiene su descanso, en él su gloria, en él su esperanza, en él todo su corazon y pensamiento; con él se acuesta, con él se levanta, y toda la vida y todos los sentidos emplea en tratar dél, olvidado de sí y de todo lo al. Deste tal, ¿dirémos que es señor del dinero para hacer dél lo que quisiere, ó esclavo y captivo dél, pues no ordena el dinero para sí, sino á sí para el dinero, quitándolo de la boca y aun del ánima, para ponerlo en él?

Pues ¿qué mayor captiverio puede ser que éste? Porque si llamais captivo al que está encerrado en una mazmorra, ó al que tiene los piés en un cepo ¿cómo no estará preso el que tiene el ánima presa con la aficion desordenada de lo que ama? Porque cuando esto hay, ninguna potencia queda al hombre perfectamente libre, ni es señor de sí mesmo, sino esclavo de aquello que desordenadamente ama; porque donde está su amor, allí está preso su corazon, aunque no se pierda por eso su libre albedrío. Y no hace al caso con qué género de ataduras estés preso, si la mejor y mayor parte de tí lo está; ni disminuye la servidumbre desta prision, que estés voluntariamente preso; porque si ella es verdadera prision, tanto será mas peligrosa, cuanto fuere mas voluntaria; pues vemos que no diminuye la malicia del veneno ser muy dulce, si él es de verdad veneno. Y no puede ser mayor prision que la que de tal manera tira por tí, y te tiene preso, que te hace cerrar los ojos á Dios, á la verdad, á la honestidad, y á las leyes de justicia; y de tal manera te tiene tirannizado, que así como el beodo no es señor de sí mesmo, sino el vino, así el que desta manera está preso, no es del todo señor de sí mesmo sino de su pasion, aunque no por esto pierda su libre albedrío. Y si el captiverio es tormento; ¡qué mayor tormento que el que uno destos miserables padesce, pues infinitas veces ni puede alcanzar lo que desea, ni quiere dejar de desearlo, ni sabe qué se haga, ni qué camino se tome! Y con esta perplejidad viene á decir lo que el otro poeta dijo á una mujer mal acondicionada: aborrézcote, y ámote juntamente; y si me preguntas la causa, la causa es, porque ni puedo vivir contigo, ni puedo pasar sin ti. Pues ya si alguna vez acomete á romper estas cadenas, y vencer estas aficiones, halla luego tan grande resistencia, que muchas veces desespera de la victoria, y así se torna el miserable otra vez á meter de piés en la mesma cadena. ¿Paréscete pues que se puede llamar tormento y captiverio este?

Y si fuese esta una sola cadena, ménos mal sería; porque estando el hombre preso con una sola prision, y peleando con un solo enemigo, ménos desconfiaria de vencerlo. Mas ¿qué dirémos de otras prisiones de aficiones con que este miserable está preso? Porque como la vida humana está subjecta á tantas maneras de necesidades, todas estas son cadenas y motivos de cobdicias; porque son grandes lazos con que se prende nuestro corazon, aunque esto sea mas en unos que en otros. Porque hay algunos hombres naturalmente tan aprehensivos, que apénas pueden desasirse de lo que una vez aprehenden. Otros hay melancólicos, á quien tambien hace aprehensivos y vehementes en sus deseos este humor. Otros hay pusilánimes, á quien todas las cosas parescen grandes y muy dignas de ser estimadas y deseadas por pequeñas que sean, porque al corazon pequeño todo le paresce grande por poco que sea, como Séneca dijo. Otros hay naturalmente vehementes en todas las cosas que desean (como son ordinariamente las mujeres), las cuales dice un filósofo que aman ó aborrescen, porque no saben tener medio en sus aficiones. Todos estos pues padescen muy duro y áspero captiverio con la fuerza de las pasiones que los captivan. Pues si tan grande miseria es estar preso con una sola cadena, y ser esclavo de un solo señor, ¿qué será estar preso con tantas cadenas, y ser esclavo de tantos señores, como lo es el malo, el cual tantos señores tiene, cuantas son las pasiones á que obedesce, y los vicios á que sirve?

Pues ¿qué mayor miseria que esta? Si toda la dignidad del hombre, en cuanto hombre, consiste en dos cosas, que son razon y libre albedrío, ¿qué cosa mas contraria á lo uno y á lo otro que la pasion, que ciega la razon, y lleva tras sí el libre albedrío? Por donde verás cuán perjudicial y dañosa sea cualquiera desordenada pasion; pues así derriba al hombre de la silla de su dignidad, escureciéndole la razon, y pervirtiéndole el libre albedrío, sin las cuales dos cosas el hombre no es hombre, sino bestia. Esta es pues, hermano, la miserable servidumbre en que viven todos los malos, como gente que no se rige por Dios, ni por razon, sino por apetito y pasion.

§. III.

De la libertad en que viven los buenos.

Pues desta tan miserable servidumbre nos vino á librar el Hijo de Dios; y esta es la libertad y victoria que celebra el profeta Isaías, cuando dice (*a*): Alegrarse han, Señor, en tí tus redemidos, como los labradores cuando cogen el fructo de sus labranzas, y como se alegran los vencedores despues de tomada la presa, cuando reparten los despojos. Porque tú, Señor, quitaste de encima dellos el yugo pesado que los apremiaba, y la vara que los heria, y el sceptro del tiranno que con tributos desaforados los oprimia. Todos estos nombres de yugo, de vara, de sceptro, convienen á la tirannía y fuerza de nuestro apetito, porque dél, como de muy proprio instrumento, se aprovecha el demonio (que es el príncipe deste mundo) para tirannizar los hombres y subjectarlos al pecado. Pues de toda esta fuerza y potencia nos libró el Hijo de Dios con la abundancia de la gracia que con

(*a*) Isai. 9.

el sacrificio de su muerte nos ganó. Por lo cual dice el Apóstol que nuestro viejo hombre fué juntamente crucificado con él (*a*). Y llama aquí viejo hombre este apetito, que se desordenó por aquel primer pecado. Porque por aquel grande sacrificio y mérito de su pasion, nos alcanza gracia para sojuzgar este tiranno, y ponerlo debajo los piés, y hacerlo pasar por la pena del Talion; crucificando á quien ántes nos crucificaba, y captivando á quien ántes nos tenia captivos. Y así viene á cumplirse lo que el mesmo Isaías en otra parte profetizó diciendo (*b*): Prenderán á los que ántes los prendian, y subjectarán á sus opresores. Porque ántes de la gracia nuestro apetito sensual traia subjecto y tirannizado á nuestro espíritu, haciéndolo servir á sus malos deseos (como arriba se declaró); mas recebida la gracia, de tal manera es ayudado por ella, que prevalesce contra este tiranno, y le subjecta y hace obedescer á lo que es razon.

Esto fué maravillosamente figurado en la muerte de Adonibezec, rey de Hierusalem, á quien mataron los hijos de Israel, cortándole primero los piés y las manos (*c*); el cual como así se viese y se acordase de las crueldades y tirannías que hasta allí habia usado, dijo estas palabras: Sesenta reyés cortados los piés y las manos comian debajo de mi mesa las migajas que della caian, y agora veo que de la manera que yo lo hice, así lo ha hecho Dios conmigo. Y añade la Escriptura que lo llevaron así como estaba á Hierusalem, y que ahí murió. Este tan cruel tiranno, figura es del príncipe deste mundo; el cual ántes de la venida del hijo de Dios generalmente mancaba los hombres de piés y de manos, destroncándolos y inhabilitándolos para servir á Dios, cortándoles las manos para no hacer bien, y los piés para no desearlo; y demas desto haciéndolos andar comiendo las migajuelas pobres que de su mesa caian: que son los deleites mundanales y sensuales, con que este mal príncipe apacienta á sus servidores; los cuales con mucha razon se llaman migajas y no pedazos de pan, por la escaseza grande con que este tiranno reparte á los suyos estos relieves, pues nunca se los da en la hartura y abundancia que ellos desean. Mas despues que el Salvador vino al mundo, hizo pasar á este tiranno por la pena que él daba á los otros, cortándole los piés y las manos: esto es, deshaciendo y quebrantando todas sus fuerzas. Cuya muerte señaladamente se dice fué en Hierusalem; porque ahí fué donde el Salvador del mundo, muriendo, mató al príncipe deste mundo; y donde siendo él crucificado, le crucifijó, y ató de piés y manos, y le quitó su poder. Y así luego despues de su sacratísima pasion comenzaron los hombres á triunfar deste tiranno, enseñoreándose tan poderosamente del mundo, del demonio y de todos sus vicios y apetitos, que todos los tormentos y halagos del mundo no fuéron bastantes para derribarlos en un pecado mortal.

§. IV.

De las causas de do procede esta libertad.

¿Preguntarás por ventura de dónde procede esta tan maravillosa victoria y libertad? A esto digo que despues de Dios procede primeramente (como ya dijimos) de la divina gracia, la cual mediante las virtudes que della proceden, de tal manera adormesce y templa el furor de nuestras pasiones, que no las deja prevalescer contra la razon. Por donde así como los encantadores suelen con algunas palabras encantar las serpientes para que no hagan mal á nadie (de manera que estando vivas no son ponzoñosas, y teniendo veneno no dañan con él), así tambien esta divina gracia de tal modo encanta estas ponzoñosas serpientes de nuestras pasiones, que estándose ellas vivas y enteras en el sér de naturaleza, no lo están en la malicia de la ponzoña; pues no bastan (como ántes hacian) para emponzoñar nuestra vida. Lo cual divinamente significó el profeta Isaías, cuando dijo (*d*): Alegrarse ha el niño de teta sobre los agujeros de la serpiente; y el que estuviere ya destetado meterá seguramente la mano en la cueva del basilisco. No harán mal ni matarán en todo mi sancto monte; porque la tierra estará tan llena del conoscimiento de Dios, como de las aguas del mar que la cubre. Pues claro está que no habla aquí el profeta de las serpientes materiales, sino de las espirituales que son nuestras pasiones y malas inclinaciones, que cuando se desmandan, bastan para emponzoñar el mundo. Ni tampoco habla de niños corporales, sino espirituales; entre los cuales se llama niño de teta el que comienza á servir á Dios, que aun ha menester leche para criarse; y destetado el que está ya mas aprovechado, que puede andar por su pié, y comer pan con corteza. Pues tratando de los unos y de los otros, dice de los primeros, que se alegrarán de ver cómo estando en compañía destas espirituales serpientes, por virtud de la divina gracia no recibirán dellas daño mortal, consintiendo en el pecado; mas de los postreros que están ya destetados, y adelantados en el camino de Dios, dice que meterán la mano en la cueva del basilisco: esto es, que los guardará Dios aun entre mayores peligros; porque en ellos se cumplirá aquella promesa del Salmo, que dice: Sobre la serpiente y basilisco andarás, y pondrás los piés sobre el leon y el dragon (*e*). Pues estos son los que metiendo las manos en la cueva del basilisco, no recebirán daño; porque la abundancia de la gracia que se derramará sobre la tierra, de tal manera encantará estas serpientes, que no sean parte para hacer daño á los hijos de Dios.

Esto mesmo aun mas claramente y sin metáforas esplicó el Apóstol, cuando despues de haber tratado muy copiosamente de la tirannía de nuestros apetitos y de nuestra carne, al cabo exclamó diciendo (*f*): Miserable de mí, ¿quién me librará del cuerpo desta muerte? responde él mesmo en una palabra, diciendo: La gracia de Dios que se nos da por Cristo. En el cual lugar no entiende él por el cuerpo de muerte este cuerpo subjecto á la muerte natural que todos esperamos, sino el que en otro lugar llama él cuerpo de pecado (*g*), que es nuestro apetito mal inclinado, del cual (como de un cuerpo) proceden los miembros de todas las pasiones y deseos desordenados que nos llevan á pecar. Y deste tal cuerpo (como de un cruel tiranno) dice el Apóstol que nos libra la gracia que se da por Cristo, como está dicho.

Despues de la cual la segunda y muy principal causa es la grandeza del alegría y de las consolaciones espirituales de que los justos gozan, segun que arriba declaramos. La cual de tal manera apaga la sed de todos sus deseos, que con esto fácilmente vencen y despiden de sí todos los apetitos y deseos; y hallada esta fuente de todos los bienes, luego pierden el apetito congojoso de todos los otros bienes, como el Señor lo declaró á la mujer samaritana, diciendo (*h*): Quien be-

(*a*) Rom. 6. (*b*) Isai. 14. (*c*) Iudic. 1.

(*d*) Isai. 11. (*e*) Psal. 90. (*f*) Rom. 7. (*g*) Rom. 6. (*h*) Ioann. 4.

biere del agua que yo le daré (que es la divina gracia) nunca jamas padecerá sed. Lo cual dice Sant Gregorio en una homilía por estas palabras (*a*): El que perfectamente ha conocido la dulcedumbre de la vida celestial, luego desampara todas las cosas que sensualmente amaba, deja lo que poseia, derrama lo que allegaba, enciéndesele el corazon con deseos del cielo, desagrádale todo lo que hay en la tierra, y paréscele feo todo lo que ántes le era hermoso; porque solo el resplandor desta preciosa margarita reluce en su ánima. Pues desta manera lleno el vaso de nuestro corazon deste licuor celestial, y apagada con él la sed de nuestra ánima, no tiene por qué andar hambreando y procurando los bienes perecederos desta vida; y así queda libre de las cadenas de las aficiones dellos, porque donde no hay deseo ni amor, no hay cadena ni prision. Y desta manera el corazon que vino á hallar al Señor de todo, se halla él tambien en su manera señor de todo; pues tiene resumidos los otros bienes en este bien.

Con estos dos favores de Dios (que para esta libertad nos ayuda) se junta tambien la diligencia y cuidado que los buenos tienen de subjectar la carne al espíritu, y las pasiones á la razon, con la cual vienen ellas poco á poco á mortificarse, y habituarse á lo bueno, y á perder muy gran parte del furor y brio que ántes tenian. Porque (como dice Sant Crisóstomo) si las bestias fieras acostumbradas á tratar con los hombres, vienen por tiempo á perder su natural fiereza, y envestirse de la blandura y mansedumbre de los hombres (por donde dijo el Poeta, que el tiempo y la costumbre hacia á los leones obedescer á los hombres), ¿qué mucho es que nuestras pasiones naturales, acostumbradas á obedescer á la rázon, vengan poco á poco á razonarse y domesticarse: esto es, á participar en algo la condicion del espíritu y de la razon, y holgar con las obras della? Y si para esto basta el uso y la buena costumbre, ¿cuánto mas bastará la gracia ayudada con la mesma costumbre?

Pues de aquí nasce que muchas veces los siervos de Dios sensualmente (si decirse puede), huelguen mas con el recogimiento, y con el silencio, y con la licion, y oracion, y meditacion, y con otros tales ejercicios, que nunca holgaran con el juego, y con la caza, y con todas las conversaciones y recreaciones del mundo; las cuales ellos tienen por tormento: de tal manera que aun la mesma carne viene á aborrescer lo que ántes amaba, y tomar gusto y contentamiento en lo que ántes aborrescia. Lo cual es en tanta manera verdad, que muchas veces (como dice Sant Buenaventura en el prólogo del estímulo del amor de Dios) se deleita tanto la parte inferior de nuestra ánima en los ejercicios de la oracion y comunicacion con Dios, que recibe tormento cuando por algun justo impedimento la apartan de allí. Y esto es lo que quiso significar el Profeta, cuando dijo (*b*): Alabaré yo al Señor, porque me dió entendimiento; y tambien porque de noche mis rehenes me reprehenden, ó (como trasladó otro intérprete) me enseñan. Esta es cierto una señalada obra de la divina gracia. Porque por las rehenes entienden aquí los exponedores, los afectos y movimientos interiores del hombre, que suelen ser (como ya dijimos) estímulos y despertadores de pecar: los cuales por virtud de la gracia, muchas veces no solo no nos incitan al mal de la manera que solian; mas ántes á veces ayudan al bien; y no solo no sirven al demonio (en cuyos reales servian), mas ántes pasándose á los de Cristo, vuelven las armas contra el enemigo. Lo cual aunque en muchos ejercicios de vida espiritual se pueda ver, pero señaladamente en el afecto de la contricion y dolor de los pecados, en el cual tiene tambien su parte la porcion inferior de nuestra ánima, afligiéndose y derramando lágrimas por ellos. Y por esto dice el sancto Profeta que de noche, cuando suelen los justos al cabo del dia examinar su consciencia y llorar sus culpas; cuando este profeta dice en otra parte, que barria su espíritu con este ejercicio, entónces le reprehendian sus rehenes (*c*); porque con el desabrimiento que en esta parte de su ánima sentia por haber ofendido á Dios, quedaba castigado y escarmentado para no volver á cometer lo que tanto le habia dolido. Por lo cual con mucha razon da gracias al Señor, porque no solo la parte superior de su ánima (donde está la razon) le convidaba al bien, mas tambien la parte inferior della, que comunmente suele ser incentivo y despertador de mal. Mas aunque esto en su manera sea verdad (y sea esta una grande gloria de la redempcion de Cristo, que, como perfectísimo Redemptor, perfectísimamente nos redimió y libertó); no por eso debe nadie descuidarse ni fiarse de su carne (por muy mortificada que esté), miéntras vive en esta vida mortal.

Estas pues son las causas principales desta maravillosa libertad: de la cual (entre otros efectos) se sigue un nuevo conoscimiento de Dios, y una confirmacion de la fe y religion que profesamos: como claramente lo testifica el mesmo Señor por Ezequiel, diciendo (*d*): Conocerán los hombres que soy Dios, cuando quebrare las cadenas del yugo dellos, y los librare de las manos de los que los tenian tirannizados. Este yugo ya dijimos que era la sensualidad, ó apetito desordenado de pecar, que dentro de nuestra carne mora, y nos oprime, y subjecta al pecado. Las cadenas deste yugo son las malas inclinaciones con que el demonio nos prende y lleva tras sí; las cuales son tanto mas fuertes, cuanto mas confirmadas están con la mala costumbre, como Sant Augustin lo confiesa en sí mesmo, diciendo (*e*): Preso estaba yo, no con hierro, sino con mi propia voluntad, que era mas dura que hierro. Mi querer tenia en sus manos mi enemigo, y de mí habia hecho cadena contra mí, con la cual me tenia preso. Porque de mi perversa voluntad nasció mi mal deseo, y del mal deseo el vicio, y de la continuacion del vicio la costumbre; y esta era la cadena con que el demonio tenia preso mi corazon. Pues cuando un hombre se vió algun tiempo desta manera preso (como se vió este mesmo sancto), y probando muchas veces á salir deste captiverio, halló tan dificultosa la salida (como él mesmo la halló), cuando despues de vuelto á Dios ve quebradas estas cadenas, y mortificadas estas pasiones, y se halla libre y señor de sus apetitos, y ve puesto debajo de sus piés el yugo que tenia sobre sus hombros; ¿qué ha de hacer sino conjecturar por aquí que es Dios el que quebró tales cadenas, y quitó aquel yugo tan pesado de su cerviz? ¿Qué ha de hacer sino alabar á Dios con el Profeta, diciendo (*f*): Quebrastes, Señor, mis ataduras; á ti sacrificaré sacrificio de alabanza, y invocaré tu sancto nombre.

(*a*) Hom. 11. in Evang. (*b*) Psal. 15.

(*c*) Psal. 76. (*d*) Ezech. 34. (*e*) Lib. 8. Conf. c. 5. (*f*) Psal. 115.

CAPITULO XX.

Del octavo privilegio de la virtud, que es la bienaventurada paz y quietud interior de que gozan los buenos, y de la miserable guerra y desasosiego que dentro de sí padescen los malos.

Deste privilegio susodicho (que es la libertad de los hijos de Dios) se sigue otro no menor, que es la paz y sosiego interior en que viven los tales. Para cuyo entendimiento es de saber que hay tres maneras de paz. Una con los prójimos, otra con Dios, y otra consigo mesmo. La paz con los prójimos es estar en gracia y amistad con ellos, sin querer mal á nadie: la cual tenia David, cuando decia (*a*): Con los que aborrescian la paz era yo pacífico, y cuando les hablaba con mansedumbre me hacian guerra sin causa. Esta paz nos encomienda el apóstol Sant Pablo (*b*), amonestándonos que trabajemos todo lo posible (á lo ménos cuanto es de nuestra parte) por tener paz con todos los hombres. La segunda paz, que es con Dios, consiste tambien en la gracia y amistad de Dios, que se alcanza por medio de la justificacion, la cual reconcilía el hombre con Dios, y hace que Dios ame al hombre, y el hombre á Dios, sin que haya guerra ni contradiccion de parte á parte. De la cual dijo el Apóstol (*c*): Pues estamos ya justificados mediante la fe y amor por Cristo nuestro Salvador, por el cual alcanzamos esta gracia, tengamos paz con Dios. La tercera paz es la que el hombre tiene consigo mesmo, de lo cual nadie se debe maravillar; pues nos consta que en un mesmo hombre hay dos hombres tan contrarios entre sí, como son el interior y el exterior, que son espíritu y carne, pasiones y razon; las cuales no solo hacen guerra cruel y contradiccion al espíritu, mas tambien inquietan con sus apetitos y deseos encendidos, y con su hambre canina á todo el hombre, con lo cual perturban la paz interior, que es el sosiego y reposo de nuestro espíritu.

§. I.

De la guerra y desasosiego interior de los malos.

Esta es pues la guerra y desasosiego continuo en que generalmente viven todos los hombres carnales. Porque como ellos por una parte carezcan de gracia, que es el freno con que se mortifican las pasiones; y por otra tengan tan desenfrenado y suelto su apetito, que apénas saben qué cosa sea resistirle en nada; de aquí nasce que viven con infinitas maneras de deseos de cosas diversas: unos de honras, otros de oficios, otros de privanzas, otros de dignidades, otros de hacienda, otros de tales y tales casamientos, y otros de diversas maneras de pasatiempos y deleites; porque este apetito es como un fuego insaciable que nunca dice basta, ó como una bestia tragadora que jamas se harta, ó como aquella sanguijuela chupadora de sangre, de quien dice Salomon (*d*) que tiene dos hijas, las cuales siempre dicen: daca, daca. Esta sanguijuela es el apetito insaciable de nuestro corazon; y estas dos hijas suyas son, por una parte la necesidad, y por otra la cobdicia: de las cuales la una es como sed verdadera, la otra como falsa, y no ménos aflige la una que la otra; puesto caso que la una sea necesidad verdadera, y la otra falsa. De donde nasce que ni los pobres, ni los ricos (si son malos) tienen sosiego; porque en los unos la necesidad, y en los otros la cobdicia, siempre está solicitando el corazon, y diciendo: daca, daca. Pues ¿qué descanso, qué reposo, qué paz puede tener el hombre estando siempre estos dos solicitadores perpetuos llamando á la puerta, y pidiéndole infinitas cosas que no está en su mano dárselas? ¿Qué reposo podria tener el corazon de una madre, si viese diez ó doce hijos al derredor de sí dando voces, y pidiéndole pan, sin tenerlo? Pues esta es una de las principales miserias de los malos. Los cuales, como dice el Salmista (*e*), están pereciendo de hambre y de sed, y desfallesciendo su ánima en ellos. Porque como esté tan apoderado dellos el amor proprio (cuyos son estos deseos), y tengan puesta toda su felicidad en estos bienes visibles; de aquí nasce esta sed y hambre canina que tienen de aquellas cosas en que piensan que consiste esta felicidad; y como no todas veces pueden alcanzar lo que desean (porque se lo defienden otros mas golosos, ó mas poderosos), de aquí vienen á perturbarse y congojarse, de la manera que hace el niño goloso y regalado, que cuando le niegan lo que pide, llora y patea, y está para reventar. Porque así como es árbol de vida el cumplimiento del deseo, segun dice el Sabio (*f*), así no hay otro mayor desabrimiento, que desear, y no alcanzar lo deseado; porque esto es como perescer de hambre, y no tener que comer. Y es lo bueno, que miéntras mas se les defiende lo que desean, mas les cresce con esta prohibicion el deseo, y con el deseo no cumplido, el tormento; y ansí andan siempre en una rueda viva sin reposo.

Este es aquel estado miserable que significó muy altamente el Salvador en aquella parábola del hijo pródigo, de quien dice (*g*) que salido de la casa de su padre, se fué á una region muy léjos, donde hubo una grande hambre, de la cual alcanzó á él tanta parte, que la necesidad le hizo venir á guardar puercos, siendo hijo de tan noble padre; y lo que mas es, que deseaba henchir el vientre de aquel manjar vil que comian los puercos, y no habia quien se lo diese. ¿Con qué otros colores se pudiera pintar mas al proprio todo el discurso y miserias de la vida de los malos? ¿Quién es este hijo pródigo que sale de la casa de su padre, sino el miserable pecador que se aparta de Dios, y se derrama por los vicios, y usa mal de todos los beneficios divinos? ¿Qué region es esta de tanta hambre, sino este mundo miserable, donde es tan insaciable el apetito de los mundanos, que jamas se ven hartos ni contentos con las cosas que poseen, sino que siempre andan como lobos hambrientos, deseando y suspirando por mas? ¿Y cuál es, si piensas, el oficio en que estos entienden toda la vida, sino en apascentar puercos; que es en buscar hartura y contentamiento para sus apetitos sucios y deshonestos? Si no, párate á mirar los pasos que da un hombre muy verde, y muy metido en el mundo, desde la mañana hasta la noche, y aun desde la noche hasta la mañana, y hallarás que todo se le va en buscar cómo apascentar y deleitar alguno destos sentidos bestiales, ó la vista, ó el gusto, ó el oido, ó el tacto, ó los demas: como unos puros dicípulos de Epicuro, y no de Cristo; como si no tuviesen mas que solos cuerpos de bestias; como si no creyesen que hay otro fin, sino para deleites sensuales: así en ninguna otra cosa entienden, sino, hoy aquí, mañana allí, andar á caza de gustos y pasatiempos con que apascentar algunos destos sentidos. ¿Qué otra cosa son sus galas, sus fiestas, sus banquetes, sus regalos, sus camas, sus músicas, sus conversaciones, sus vistas y sus salidas, si-

(*a*) Psal. 119. (*b*) Rom. 12. (*c*) Rom. 5. (*d*) Prov. 30.

(*e*) Psal. 106. (*f*) Prov. 13. (*g*) Luc. 15.

no andar buscando pasto para este linaje de puercos? Ponle tú á eso el nombre que quisieres: llámalo gentileza, ó grandeza, ó (si quisieres) cortesanía; que en el vocabulario de Dios no se llama eso, sino apascentar puercos. Porque así como los puercos son un linaje de animales que se huelgan con el cieno hediondo, y se apascientan de manjares viles y sucios, así los corazones de los tales no se deleitan sino con el cieno sucio y hediondo de los deleites carnales.

Y lo que excede á toda miseria es que el hijo de tan noble padre, criado para mantenerse en la mesa de Dios con manjares de ángeles, aun no puede hartarse destos manjares tan viles, segun es grande la carestía dellos; porque como son tantos los merchantes desta mercaduría, los unos se impiden á los otros; y así se quedan todos ayunos. Quiero decir, que como son tantos los que andan á la rebatiña, no puede dejar de haber entre ellos mucha contienda; ni es posible que los puercos debajo de la encina no gruñan, y se dén de navajadas unos á otros sobre quién tendrá mas parte en la bellota.

Este es aquel estado miserable, y aquella hambre que describe tambien el Profeta, cuando dice (*a*): Anduvieron por lugares yermos y solitarios, y por grandes páramos y sequedades peresciendo de sed y hambre hasta venir á desfallescer. Pues ¿qué hambre es esta, y qué sed, sino el apetito encendido que los malos tienen de las cosas del mundo, el cual mientra mas se cumple mas se enciende, y mientra mas bebe mas sed padesce, y mientra mas leña le echan mas arde? ¡Oh gente miserable! ¿y de dónde os nasce esta sed tan encendida, sino de que habeis desamparado la fuente de las aguas vivas, y os vais á beber á los aljibes rotos, que no pueden retener las aguas (*b*)? Faltóos el rio de la verdadera felicidad, y por eso andais perdidos por los desiertos, y por los charquillos y lagunas turbias de los bienes perecederos á matar la sed. Artificio fué este de aquel cruel Holoférnes, que cuando cercó la ciudad de Betulia, mandó cortar los caños por do entraba el agua á la ciudad; y así no les quedaron á los pobres cercados, sino unas fuentezuelas junto á los muros, donde á hurto bebian algunas gotillas de agua, mas para untar los labios, que para matar la sed (*c*). ¿Pues qué otra cosa haceis los amadores de deleites, los cazadores de honras, los amigos de regalos, despues que perdistes la vena de las aguas vivas, sino andar bebiendo á hurto desas pobres fuentezuelas de las criaturas que hallais á mano, que mas son para untar los labios y atizar la sed, que para matarla? ¡Oh miserable criatura, en qué andas, como dice el Profeta (*d*), por el camino de los Asirios á beber agua turbia y cenagosa! ¿Qué agua puede ser mas cenagosa que el deleite sensual, pues no se puede beber sin mal olor, y mal sabor? Porque ¿qué peor olor que la infamia del pecado? y qué peor sabor que el remordimiento de consciencia, que dél proceden? que (como dice muy bien un filósofo) son dos perpetuos compañeros del deleite carnal.

Y acaesce aun mas, que como este apetito sea ciego, y no haga diferencia de lo que se puede, ó no se puede alcanzar, y muchas veces la fuerza del deseo haga parescer fácil lo que es mas difícil: de aquí nasce desear muchas cosas que no puede alcanzar; porque no hay cosa mucho para desear, que no tenga otros muchos deseosos que anden en pos della, y muchos amadores y contendores que la defiendan; y como el apetito quiere, y no puede; cobdicia, y no alcanza; tiene hambre, y no hay quien le dé de comer; y muchas veces tiende los brazos en balde, y madruga de mañana, y nada le sucede; y á veces subiendo ya por la escala le derriban de los muros abajo, y le quitan de las manos lo que paresce que ya tenia: de aquí procede el morir, y el reventar, y el congojarse, y despedazarse dentro de sí mesmo, por verse tan alejado de lo que desea. Porque como estas dos tan principales fuerzas del ánima (que son irascible y concupiscible), están entre sí de tal manera ordenadas, que la una sirve á la otra, claro está que mientra la parte concupiscible no alcanzare lo que desea, luego la irascible ha de salir por ella, congojándose, y embraveciéndose, y poniéndose á todos los encuentros y peligros que pudiere, por dar contentamiento á su hermana, cuando la ve triste y descontenta. Pues desta confusion de deseos nasce este desasosiego interior de que tratamos, el cual llama guerra el apóstol Sanctiago, cuando dice (*e*): ¿De dónde proceden las guerras y las contiendas que hay entre vosotros, sino de las cobdicias y apetitos que militan y pelean en vuestras ánimas, cuando cobdiciais las cosas, y no podeis alcanzarlas? Y llama la guerra con mucha razon, por la lucha y contradiccion natural que hay entre el espíritu y la carne, y los deseos de la una parte y de la otra.

Y aun acaesce en este género de cosas otra mas para sentir, y es: que muchas veces vienen los hombres á alcanzar todo lo que paresce que bastaba para tener el contentamiento que ellos habian deseado; y estando en tal estado que podrian si quisiesen vivir á su placer, con todo esto viene á metérseles en la cabeza, que les conviene pretender tal manera de honra, ó de título, ó de lugar, ó de precedencia, ó de cosa semejante, la cual si procuran y no alcanzan, vienen á entristecerse, y congojarse, y recebir mayor tormento con aquella nonada que les falta, que contentamiento con todo cuanto les queda; y así viven con esta espina, ó por mejor decir, con este perpetuo azote toda la vida, que les agua y vierte toda su prosperidad, y se la convierte en humo. Esto llamo yo enclavar el artillería, que es cosa que suelen hacer los enemigos en la guerra, lo cual basta para que un tiro muy grueso y muy poderoso no sea de provecho, quedándose tan entero y tan grande como de ántes; porque solo esto bastó para deshacer toda su fuerza. Y deste mesmo artificio usa Dios con los malos, para que clarísimamente entiendan (si ellos quisiesen abrir los ojos), que la felicidad y contentamiento del corazon humano es dádiva de Dios, y que él la da cuando quiere, y á quien quiere, sin ninguno destos aparatos, y la quita cuando quiere, con solo enclavar (como dijimos) el artillería, que es permitiendo alguno destos desaguadores y vertederos de su prosperidad. Por donde quedándose tan ricos y tan prósperos en lo que paresce por defuera, por solo esta falta secreta viven tan tristes y descontentos como si nada tuvieran. Y esto es lo que divinamente significó el mesmo Señor por Isaías, hablando contra la soberbia y potencia del rey de los Asirios, diciendo que él pondría flaqueza en medio de su grosura, y fuego debajo de su gloria, con el cual ardiese (*f*). Para que por aquí se vea como sabe Dios dar un barreno al navío que prósperamente nave-

(*a*) Psal. 106. (*b*) Hierem. 2. (*c*) Iudit 7. (*d*) Hierem. 2.

(*e*) Iacob 4. (*f*) Isai. 10.

gaba, y poner flaqueza en medio de la fortaleza, y miseria en medio de la prosperidad. Lo mesmo tambien nos es significado en el libro de Job, donde se dice que los gigantes gimen debajo de las aguas (*a*), para que se vea que tambien para estos tiene Dios sus honduras y sus trabajos, como para los pequeñuelos que parescen estar mas subjectos á las injurias del mundo. Pero muy mas claramente significó esto Salomon, cuando entre las grandes miserias del mundo contó esta por una de las mayores, diciendo (*b*): Hay aun otro mal que vi debajo del sol, y muy comun en el mundo. Veréis un hombre á quien Dios dió riquezas, y hacienda, y honra, y ningun bien falta á su ánima de todos los que desea, y con todo esto no le dió poder para comer de lo que tiene, sino que otro extraño se lo tragará. ¿Pues qué es no tener el hombre poder para comer de lo que tiene, sino no lograr las cosas que posee, ni tener con ellas aquel contentamiento que le pudieran dar? Porque con un desaguadero destos que dijimos, ordena Dios que se vierta toda su felicidad, para que por aquí se entienda que así como la verdadera sabiduría no la dan letras muertas, sino Dios, así la verdadera paz y contentamiento, tampoco lo dan las riquezas y bienes del mundo, sino Dios.

Pues tornando al propósito, si aun los que tienen todas las cosas que desean, no teniendo á Dios, viven tan descontentos y desabridos, ¿qué harán aquellos á quien todas las cosas faltan; pues cada una destas faltas es una hambre, y una sed que los fatiga, y una espina que traen hincada en el corazon? ¿Pues qué paz, qué sosiego puede haber en el ánima donde hay tanta importunidad, tanta guerra, y tanto desasosiego de apetitos y pensamientos? Muy bien dijo el Profeta de los tales (*c*): El corazon del malo es como la mar cuando anda en tormenta, que no puede reposar. Porque ¿qué mar, ni qué olas y vientos pueden ser mas furiosos que las pasiones y apetitos de los malos? las cuales suelen á veces revolver mares y mundos. Y aun acontesce muchas veces levantarse en este mar vientos contrarios, que es otro linaje de tormenta mayor. Ca muchas veces los mesmos apetitos pelean entre sí unos contra otros, como vientos contrarios; porque lo que quiere la carne, no quiere la honra; y lo que quiere la honra, no quiere la hacienda; y lo que quiere la hacienda, no quiere la fama; y lo que quiere la fama, no quiere la pereza, y el amor del regalo: y así acaesce que deseándolo todo, no saben qué desearse, y aun ellos mesmos no se entienden, ni saben qué tomar ni qué dejar, por encontrarse los apetitos unos con otros, como hacen los malos humores en las enfermedades complicadas, donde apénas halla la medicina lo que deba hacer; porque lo que es saludable contra un humor, es contrario para otro. Esta es aquella confusion de las lenguas de Babilonia (*d*), y aquella contradiccion contra la cual el Profeta hace oracion á Dios, diciendo (*e*): Destruye, Señor, y divide sus lenguas; porque vi maldad y contradiccion en la ciudad. Pues ¿qué division de lenguas, y qué maldad y contradiccion es esta, sino la que pasa en el corazon de los hombres mundanos, entre la diversidad de sus apetitos, cuando se encuentran unos con otros, deseando cosas contrarias, y aborresciendo uno lo que quiere el otro?

(*a*) Iob. 26. (*b*) Eccl. 6. (*c*) Isai. 57. (*d*) Gen. 11. (*e*) Psal. 54.

§. II.

De la paz y sosiego interior en que viven los buenos.

Esta es pues la suerte de los malos; mas los buenos por el contrario, como tienen tan bien gobernados todos sus apetitos y deseos; como tienen tan domadas y mortificadas sus pasiones; como tienen puesta su felicidad, no en estos falsos y perecederos bienes, sino en solo Dios (que es el centro de su felicidad), y en aquellos eternos y verdaderos bienes que nadie les puede quitar; como tienen por enemigo perpetuo el amor proprio, y su carne propria, con toda la cuadrilla de sus apetitos y deseos; y como tienen finalmente su voluntad tan resignada y puesta en las manos de Dios: de aquí nasce que ninguna destas molestias los inquieta y perturba, de tal manera que les haga perder su paz.

Pues este es uno de los principales galardones entre otros muchos que promete Dios á los amadores de la virtud, lo cual nos testifican á cada paso todas las Escripturas divinas. El real Profeta dice (*f*): Mucha paz tienen, Señor, los que guardan vuestra ley; y no hay cosa que los escandalice. Y por Isaías dice el mesmo Señor (*g*): Ojalá hubieras tenido cuenta con mis mandamientos, porque fuera tu paz como un rio caudaloso, y tu justicia como las aguas de la mar. Y llama aquí esta paz rio, por la gran virtud que ella tiene para apagar las llamas de nuestros apetitos, y templar el ardor de nuestras cobdicias, y regar las venas estériles y secas de nuestro corazon, y dar á nuestras ánimas refrigerio. Lo mesmo tambien significó divinamente (aunque con grande brevedad) Salomon, diciendo (*h*): Cuando hubieren agradado á Dios los caminos del hombre, él hará que sus enemigos tengan paz con él. Pues ¿qué enemigos son estos que hacen guerra al hombre, sino sus proprias pasiones, y malas inclinaciones de su carne, que pelea siempre contra el espíritu? Pues estas dice el Señor que hará venir á tener paz con él, cuando por virtud de la gracia y de la buena costumbre vienen á habituarse á las obras del espíritu, y así tienen paz con él; porque no le hacen tan cruel guerra como ántes solian. Porque aunque la virtud en sus principios sienta grande contradiccion en las pasiones; despues que llega á su perfeccion, obra con gran suavidad y facilidad, y con mucho menor contradiccion. Finalmente, esta es aquella paz que por otro nombre llama el profeta David anchura de corazon, cuando dice (*i*): Ensanchaste, Señor, mis pasos debajo de mí, y no se enflaquecieron ni debilitaron mis piés. Por las cuales palabras quiso el Profeta declarar la diferencia que hay del camino de los buenos al de los malos. Porque los unos andan con los corazones apretados y congojosos por los temores y cuidados con que viven, como el caminante que va por una senda muy estrecha entre grandes barrancos y despeñaderos, temiendo caer á cada paso; mas el otro camina holgado y seguro, como el que va por un camino llano y espacioso, que no tiene por qué temer. Esto entienden mucho mejor los justos por la práctica que por la teórica; porque todos ellos reconoscen la diferencia que hay de su corazon en el tiempo que sirvieron al mundo, y en el que se ofrecieron al servicio de Dios; porque entónces á cada ocasion de trabajos todo eran congojas, y sobresaltos, y temores, y apretamientos de corazon; mas despues que dejado el camino del mundo,

(*f*) Psal. 118. (*g*) Isai. 48. (*h*) Prov. 16. (*i*) Psal 17.

trasladaron su corazon al amor de los bienes eternos, y pusieron toda su felicidad y confianza en Dios, pasan ordinariamente por todas estas cosas con un corazon tan ancho, tan quieto, y tan rendido á la voluntad de Dios, que muchas veces ellos mesmos se espantan tanto desta mudanza, que les paresce no ser ellos los que ántes eran, ó que les han trocado los corazones: tan mudados se hallan. Y á la verdad son ellos, y no son ellos; porque aunque sean ellos cuanto á la naturaleza, no son ellos mesmos cuanto á la gracia; pues della procede esta mudanza, aunque nadie pueda tener evidencia della. Esto es lo que promete el mesmo Señor por Isaías, diciendo (*a*): Cuando pasares por las aguas estaré contigo, y los rios no te cubrirán, y en medio del fuego no te quemarás. Pues ¿qué aguas son estas, sino los arroyos de las tribulaciones desta vida, y el diluvio de las miserias innumerables que cada dia se ofrecen en ella? Y ¿qué fuego es este, sino el ardor de nuestra carne, que es aquel horno de Babilonia que atizan los ministros de Nabucodonosor, que son los demonios (*b*), de donde se levantan las llamas de nuestros desordenados apetitos y deseos? Pues el que en medio destas aguas y destas llamas en que todo el mundo generalmente peligra, persevera sin quemarse; ¿cómo no barruntará por aquí la presencia del Espíritu Sancto, y la virtud del favor divino? Esta es aquella paz que, como dice el Apóstol (*c*), sobrepuja todo sentido; porque ella es un tan alto, y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por sí solo entender cómo sea posible que un corazon de carne esté quieto, y pacífico, y consolado en medio de los torbellinos y tempestades del mundo.

Mas el que esto siente, alaba y reconosce al hacedor destas maravillas, diciendo con el Profeta (*d*): Venid y ved las obras del Señor, y las maravillas que ha obrado en la tierra. Ca él hizo pedazos el arco, y quebró las armas, y los escudos quemó en el fuego, diciendo: Dejad las armas, y vivid en paz y reposo; para que veais como yo soy Dios, ensalzado en el cielo y en la tierra. Pues siendo esto así, ¿qué cosa mas rica, mas dulce, y mas para ser deseada, que esta quietud, este reposo, esta anchura y grandeza de corazon, y esta bienaventurada paz?

Y si pasares mas adelante, y quisieres saber cuáles sean las causas de do procede este don celestial, á esto respondo que procede de todos estos privilegios de la virtud que habemos dicho; porque así como en la cadena de los vicios unos estan trabados con otros, que son causa dellos; así en la escala de las virtudes, unas tambien tienen esta mesma dependencia de las otras, de tal modo, que la mas alta así como produce de sí mas fructos, así tiene mas raices de donde nasce. Y así esta bienaventurada paz, que es uno de los doce fructos del Espíritu Sancto (*e*), nasce destotros fructos y privilegios que dijimos, y señaladamente procede de la mesma virtud, cuya compañera indivisible ella es; porque así como á la virtud naturalmente se debe reverencia y honra exterior, así tambien se le debe la paz interior, la cual juntamente es fructo y premio della. Porque como la guerra interior proceda de la soberbia y desasosiego de las pasiones (como ya dijimos), estando estas domadas, y enfrenadas con las mesmas virtudes que este oficio tienen, cesa la causa de todos estos bullicios y desasosiegos. Y esta es una de las tres cosas en que consiste la felicidad del reino del cielo en la tierra; del cual dice el Apóstol (*f*): El reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia, paz, y alegría en el Espíritu Sancto. Donde por la justicia (segun la costumbre de la lengua hebrea), se entiende la mesma virtud y sanctidad de que aquí tratamos; en la cual juntamente con estos dos fructos admirables, que son paz, y alegría en el Espíritu Sancto, consiste la felicidad y bienaventuranza comenzada de que los justos gozan en esta vida. Y que esta paz sea efecto de la virtud, dícelo el mesmo Señor claramente por Isaías así: La paz será obra de la justicia, y el fructo desa mesma justicia será el silencio, y seguridad perpetua; y asentarse ha mi pueblo en la hermosura de la paz, y en las moradas de la confianza, y en un descanso harto y abundoso. Y llama aquí silencio á la mesma paz interior, que es el reposo y quietud de las pasiones, que perturban con sus clamores y deseos congojosos el reposo y silencio del ánima.

Lo segundo nasce esta paz de la libertad y señorío de las pasiones de que arriba tratamos. Porque así como despues de conquistada y señoreada una tierra, y subjectados los moradores de ella, luego hay en ella paz y tranquilidad, y cada uno se asienta debajo de su higuera, y de su parra, sin temor ni recelo de enemigos; así despues de conquistadas y señoreadas las pasiones de nuestra ánima, que son (como dijimos) la causa de todos sus desasosiegos, luego se sigue en ella un silencio interior, y una paz admirable, con que vive quieta y libre de la guerra y contradiccion importuna destas perturbaciones. De manera que así como ellas cuando eran señoras, y estaban apoderadas del hombre lo revolvian, y alteraban todo; así agora cuando el hombre está libre de la tirannía dellas, y las tiene captivas, no tiene quien desta manera le revuelva la casa, y le perturbe la paz.

Lo tercero nasce tambien esta paz de la grandeza de las consolaciones espirituales de que arriba tratamos, con las cuales de tal manera se satisfacen y adormecen hasta los deseos y afectos de nuestro apetito, que por entónces están quietos, y satisfechos con la parte que les cabe destos relieves de la porcion superior del ánima. Porque allí la parte concupiscible se da por contenta con aquel soberano gusto que recibe en Dios, y la irascible se quieta viendo á su hermana satisfecha y contenta. Y así queda todo el hombre quieto y sosegado con esta participacion y gusto del sumo bien.

Lo cuarto nasce tambien esta paz del testimonio y alegría interior de la buena consciencia (de que arriba tratamos) que da grande quietud y descanso al ánima del justo; aunque no la asegure perfectamente, porque no se descuide y pierda el estímulo sancto del temor.

Ultimamente nasce esta paz de la confianza que los buenos tienen en Dios (de quien tambien tratamos); porque esta señaladamente les hace estar quietos y consolados aun en medio de las tormentas desta vida, por estar aferrados con las áncoras de la esperanza, que es por confiar que tienen á Dios por padre, por valedor, por defensor y por escudo; debajo de cuyo amparo con mucha razon viven quietos, cantando con el Profeta (*g*): En paz juntamente dormiré y descansaré; porque tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia. Ca desta nasce la paz de los justos, y el

(*a*) Isai. 43. (*b*) Dan. 3. (*c*) Philip. 4. (*d*) Psal. 45. (*e*) Galat. 5.

(*f*) Rom. 14. (*g*) Psal. 4.

remedio de todos sus males; porque ¿qué razon tiene para congojarse quien tiene tal valedor?

CAPITULO XXI.

Del nono privilegio de la virtud, que es de cómo oye Dios las oraciones de los buenos, y desecha las de los malos.

Tienen tambien otro grande privilegio los seguidores de la virtud, que es ser oidos de Dios en sus oraciones; lo cual es un gran remedio para todas las necesidades y miserias desta vida. Y para esto es de saber que dos diluvios universales ha habido en el mundo. Uno material, y otro espiritual; y ambos por una mesma causa, que es por pecados. El material, que fué en tiempo de Noé (*a*), no dejó en el mundo cosa viva mas de lo que pudo caber en una arca; porque todo se lo tragaron las aguas, de tal manera que la mar sorbió á la tierra con todos los trabajos y riquezas de los hombres. Mas el otro primer diluvio, que nasció del primer pecado, fué mucho mayor que este; porque no solo dañó á los hombres que en aquel tiempo eran, sino á todos los siglos presentes, pasados, y venideros; y no solo hizo daño á los cuerpos, sino mucho mas á las ánimas, pues tan robadas y desnudas quedaron de las riquezas y gracias que el mundo en aquel primer hombre habia recebido, como se ve claro en un niño recien nascido, el cual nasce tan desnudo de todos estos bienes, cuan desnudas trae las carnes.

Pues deste primer diluvio nascieron todas las pobrezas y miserias á que la vida humana está subjecta: las cuales son tantas y tan grandes, que dieron materia á un gran doctor y sumo pontífice para hacer un libro de solas ellas (*b*). Y muchos grandes filósofos considerando por una parte la dignidad del hombre sobre todos los otros animales, y por otra á cuántas miserias y vicios está subjecto, no acaban de maravillarse viendo esta desórden en el mundo; porque no alcanzaron la causa dello, que fué el pecado. Porque veian que solo este entre todos los animales usa de mil diferencias de carnalidades y deleites; á solo este fatiga la avaricia, la ambicion, y un insaciable deseo de vivir, y el cuidado de la sepultura, y de lo que despues della ha de ser. Ninguno otro tiene la vida mas frágil, ni la cobdicia mas encendida, ni el miedo mas sin propósito, ni mas rabiosa la ira. Veian tambien á los otros animales pasar la mayor parte de la vida sin enfermedades, y sin los tormentos de los médicos y de las medicinas; veíanlos proveidos de todo lo necesario sin trabajo, y sin cuidado. Mas al hombre miserable veian subjecto á mil cuentos de enfermedades, de accidentes, de desastres, de necesidades, de dolores, así de cuerpo como de ánima, así suyos propios como de todos los que ama. Lo pasado le da pena, lo presente le aflige, y lo que está por venir le congoja; y para sustentar con pan y agua una sola boca, muchas veces le es forzado trabajar toda la vida.

No acabaríamos á este paso de contar las miserias de la vida humana, la cual el sancto Job dice que es una perpetua batalla, y que los dias della son como los de un jornalero que de sol á sol trabaja (*c*). Lo cual sintieron en tanta manera algunos sabios antiguos, que unos dijeron que no sabian si la naturaleza nos habia sido madre, ó madrastra, pues á tantas miserias nos subjectó. Otros dijeron que lo mejor de todo era no nascer, ó á lo ménos morir luego acabando de nascer. Y no faltó quien dijo que muchos no tomaran la vida, si se la dieron despues de experimentada: esto es, si fuera posible probarla ántes de recebirla.

Pues habiendo quedado tal la vida por el pecado, y habiéndose perdido en aquel primer diluvio todo el caudal que habiamos recebido, ¿qué remedio nos dejó el que desta manera nos castigó? Dime tú, ¿qué remedio tiene un hombre enfermo y lisiado, que navegando por la mar, en una tempestad perdió toda su hacienda; sino que, pues ni tiene patrimonio, ni salud para ganarlo, ande toda la vida mendigando? Pues si el hombre en aquel universal diluvio perdió cuanto tenia, y quedó tan pobre y desnudo, ¿qué remedio le queda sino llamar á las puertas de Dios como un pobre mendigo? Esto nos enseñó muy á la clara aquel sancto rey Josafat, cuando dijo (*d*): Como quiera que no sepamos, Señor, lo que nos convenga hacer, solo este remedio nos queda, que es levantar nuestros ojos á vos. Y no ménos significó esto mesmo el sancto rey Ezequías, cuando dijo (*e*): De la mañana á la tarde daréis, Señor, fin á mi vida; mas yo así como el hijo de la golondrina llamaré, y gemiré como paloma. Como si dijera: Soy tan pobre, y estoy tan colgado, Señor, de vuestra misericordia y providencia, que no tengo un solo dia de vida seguro; y por esto todo mi ejercicio ha de ser estar siempre dando gemidos ante vos como paloma, y llamaros como hace á sus padres el hijo de la golondrina. Esto decia este sancto varon con ser rey, y grande rey; pero mucho mayor lo era su padre David, y con todo eso usaba deste mesmo remedio en todas sus necesidades, y así con este mesmo espíritu y sentimiento decia (*f*): Con mi voz clamé al Señor, con mi voz hice oracion á él. Derramo en presencia dél mi oracion, y doile cuenta de mi tribulacion, cuando mi espíritu fatigado comienza á desfallescer. Esto es, cuando mirando á todas partes veo cerrados los caminos y puertos de la esperanza; cuando me faltan los remedios de la tierra, busco los del cielo por medio de la oracion, la cual Dios me dejó para socorro de todos mis males.

¿Preguntarás por ventura, si es este seguro y universal remedio para todas las necesidades de la vida? A esto (pues es cosa que pende de la divina voluntad), no pueden responder sino los que Dios escogió para secretarios della, que son los apóstoles y profetas, entre los cuales dice uno así (*g*): No hay nacion en el mundo tan grande, que tenga sus dioses tan cerca de sí, como nuestro Señor Dios asiste á todas nuestras oraciones. Estas son palabras de Dios, salidas por boca de un hombre, las cuales nos certifican sobre todo lo que se puede certificar, que cuando oramos, aunque no veamos á nadie, ni nos responda nadie, no hablamos á las paredes, ni azotamos el aire; sino que allí está Dios dándonos audiencia, y asistiendo á nuestras oraciones, y compadeciéndose de nuestras necesidades, y aparejándonos el remedio, si es remedio que nos conviene. ¿Pues qué mayor consuelo para el que ora, que tener esta prenda tan cierta de la asistencia divina? Y si esto solo basta para esforzarnos y consolarnos, ¿cuánto mas lo harán aquellas palabras y prendas que tenemos de la boca del mesmo Señor en su Evangelio, donde dice (*h*): Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han? ¿Pues qué prenda mas rica que esta? ¿Quién dudará des-

(*a*) Genes. 7. (*b*) Innocentius de Vilitate conditionis humanae. (*c*) Iob. c. 7.

(*d*) 2. Par. 20. (*e*) Isai. 38. (*f*) Psal. 141. (*g*) Deut. 4. (*h*) Matth. 7. Luc. 11.

tas palabras? ¿Quién no se consolará con esta cédula real en todas sus oraciones?

Pues este es uno de los mayores privilegios que tienen los amadores de la virtud en esta vida: conocer que estas tan ricas y seguras promesas principalmente dicen á ellos. Porque una de las señaladas mercedes que nuestro Señor les hace en pago de su fidelidad y obediencia, es que él les acudirá, y oirá siempre en todas sus oraciones. Así lo testifica el sancto rey David, cuando dice (*a*): Los ojos del Señor están puestos sobre los justos, y sus oídos en las oraciones dellos. Y por Isaías promete el mesmo Señor, diciendo (*b*): Entónces (conviene á saber, cuando hubieres guardado mis mandamientos) invocarás, y el Señor te oirá; llamarás, y decirte ha: Cátame aquí presente para todo lo que quisieres. Y no solo cuando llaman, sino aun ántes que llamen promete por este mesmo profeta que los oirá. Mas á todas estas promesas hace ventaja aquella que el Señor promete por Sant Joan, diciendo (*c*): Si permaneciéredes en mí, y guardáredes mis palabras, todo cuanto quisiéredes, pediréis, y hacerse ha. Y porque la grandeza desta promesa parescia sobrepujar toda la fe y credulidad de los hombres, vuélvela á repetir otra vez con mayor afirmacion, diciendo (*d*): En verdad, en verdad os digo que cualquiera cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre os será concedida. ¿Pues qué mayor gracia, qué mayor riqueza, qué mayor señorío que este? Todo cuanto quisiéredes (dice) pediréis, y hacerse ha. ¡Oh palabra digna de tal prometedor! ¿Quién pudiera prometer esto, sino Dios? ¿Cúyo poder se extendiera á tan grandes cosas, sino el de Dios? Y ¿qué bondad se obligara á tan grandes mercedes, sino la de Dios? Esto es hacer al hombre en su manera señor de todo; esto es entregarle las llaves de los tesoros divinos. Todas las otras dádivas y mercedes de Dios, por grandes que sean, tienen sus términos en que se rematan; mas esta entre todas (como dádiva real de Señor infinito) tiene consigo esta manera de infinidad, porque no determina esto ni aquello, sino todo lo que vosotros quisiéredes, siendo cosa conveniente para vuestra salud. Y si los hombres fuesen justos apreciadores de las cosas, ¿en cuánto habian de estimar esta promesa? ¿En cuánto estimaria un hombre tener tanta gracia y cabida con un rey, que hiciese dél todo lo que quisiese? Pues si en tanto se preciaria esto con un rey de la tierra, ¿cuánto mas con el Rey del cielo?

Y porque no pienses que esto es decir, y no hacer, pon los ojos en las vidas de los sanctos, y mira cuántas y cuán grandes cosas acabaron con la oracion. ¿Qué hizo Moisen en Egipto, y en todo aquel camino del desierto con la oracion? ¿Qué no acabaron Elías y Eliseo su discípulo con oracion? ¿Qué milagros no hicieron los apóstoles con oracion? Con esta arma pelearon los sanctos, con esta vencieron á los demonios, con esta triunfaron del mundo, con esta se enseñorearon de la naturaleza, con esta volvieron en rocío templado las llamas del fuego, con esta aplacaron y amansaron la saña de Dios, y alcanzaron dél todo lo que quisieron. De nuestro padre Sancto Domingo se escribe haber descubierto á un grande amigo suyo, que ninguna cosa jamas habia pedido á nuestro Señor que no la hubiese alcanzado. Y como el amigo le respondiese que pidiese á Dios para religioso de su órden al maestro Reginaldo, que era un famoso hombre en aquellos tiempos, el sancto varon hizo aquella noche oracion por él, y otro dia por la mañana, comenzando el himno de prima, *Iam lucis orto sidere*, entró aquel nuevo lucero por el coro, y echado á los piés del sancto varon, le pidió humildemente el hábito de su órden. Este es pues el galardon prometido á la obediencia de los justos, que pues ellos son tan fieles y obedientes á las voces de Dios, así tambien lo sea en su manera á las voces dellos; y pues ellos responden á Dios cuando los llama, les pague él (como dicen) á torna peon en la mesma moneda, respondiendo á su llamado. Y por esto dice Salomon que el varon obediente hablará victorias (*e*); porque justo es que haga Dios la voluntad del hombre, cuando el hombre hace la de Dios.

Mas por el contrario, de las oraciones de los malos dice Dios por Isaías (*f*): Cuando estendiéredes vuestras manos apartaré mis ojos de vosotros, y cuando multiplicáredes vuestras oraciones no las oiré. Y por Hieremías los amenaza el mesmo Señor, diciendo (*g*): En el tiempo de la tribulacion dirán: Levántate, Señor, y líbranos; y responderles ha: ¿Dónde están los dioses que adorastes? Pues levántense esos, y líbrente en el tiempo de la necesidad. Y en el libro del Sancto Job se escribe (*h*): ¿Qué esperanza tendrá el malo habiendo robado lo ajeno? ¿Por ventura oirá Dios su clamor cuando venga sobre él la angustia? Y Sant Joan en su canónica dice (*i*): Hermanos muy amados, si nuestra consciencia no nos reprehendiere, confianza tenemos en Dios que alcanzarémos todo lo que pidiéremos; porque guardamos sus mandamientos, y hacemos lo que es agradable á sus ojos. Conforme á lo cual dice David (*k*): Si cometí maldad en mi corazon, no me oirá Dios; mas porque no la cometí, oyó él mi oracion.

Destos lugares hallarémos otros infinitos en las Escripturas sagradas; para que por todo esto veas la diferencia que hay de las oraciones de los buenos á las de los malos, y por consiguiente la ventaja que hay del partido de los unos al de los otros; pues los unos son oidos y tratados como hijos, y los otros despedidos comunmente como enemigos. Porque como no acompañan su oracion con buenas obras, ni con aquella devocion ni fervor de espíritu, ni con aquella caridad y humildad, no es maravilla que no sea oida; porque (como dice muy bien Cipriano) no es eficaz la peticion cuando es estéril la oracion. Verdad es que aunque esto generalmente sea así, pero es tan grande la bondad y largueza de Dios, que algunas veces se extiende á oir las oraciones de los malos; las cuales aunque no sean meritorias, no dejan de ser impetratorias; porque, como dice Sancto Tomas (*l*), el merecer nasce de la caridad; mas el impetrar, de la infinita bondad y misericordia de Dios, la cual algunas veces oye las oraciones de los tales.

CAPITULO XXII.

Décimo privilegio de la virtud, que es el ayuda y favor de Dios que los buenos reciben en sus tribulaciones; y por el contrario la impaciencia y tormento con que los malos padescen las suyas.

Otro maravilloso privilegio tiene tambien la virtud, que es alcanzarse por ella fuerzas para pasar alegremente por las tribulaciones y miserias que en esta vida no pueden faltar. Porque sabemos ya que no hay mar en el mundo tan tempestuoso y tan instable como esta vida es; pues no hay en ella felicidad tan segura, que no esté sub-

(*a*) Psal. 33. (*b*) Isai. 58. (*c*) Ioann. 15. (*d*) Ioann. 16.

(*e*) Prov. 21. (*f*) Isai. 1. (*g*) Hierem. 2. (*h*) Iob 27. (*i*) 1. Ioann. 3. (*k*) Psal. 65. (*l*) 2. 2. q. 83. art. 15 et 16



jecta á infinitas maneras de accidentes, y desastres nunca pensados, que á cada hora nos saltean. Pues es cosa mucho para notar, veer cuán diferentemente pasan por estas mudanzas los buenos y los malos. Porque los buenos, considerando que tienen á Dios por padre, y que él es el que les envia aquel cáliz (como una purga ordenada por mano de un médico sapientísimo para su remedio, y que la tribulacion es como una lima de hierro, que cuanto es mas áspera, tanto mas alimpia el ánima del orin de los vicios, y que ella es la que hace al hombre mas humilde en sus pensamientos, mas devoto en su oracion, y mas puro y limpio en la consciencia; con estas y otras consideraciones abajan la cabeza, y humíllanse blandamente en el tiempo de la tribulacion, y aguan el cáliz de la pasion; ó (por hablar mas propriamente) águaselo el mesmo Dios; el cual, como dice el Profeta (*a*), les da á beber las lágrimas por medida. Porque no hay médico que con tanto cuidado mida las onzas del acíbar que da á un doliente (conforme á la disposicion que tiene), cuanto aquel físico celestial mide el acíbar de la tribulacion que da á los justos, conforme á las fuerzas que tienen para pasarla. Y si alguna vez acrescienta el trabajo, acrescienta tambien el favor y ayuda para llevarlo; para que así quede el hombre con la tribulacion tanto mas enriquecido, cuanto mas atribulado; y de ahí adelante no huya della como de cosa dañosa, sino ántes la desee como mercaduría de mucha ganancia. Pues con todas estas cosas llevan los buenos muchas veces los trabajos no solo con paciencia, sino tambien con alegría; porque no miran al trabajo, sino al premio; no á la pena, sino á la corona; no á la amargura de la medicina, sino á la salud que por ella se alcanza; no al dolor del azote, sino al amor del que lo envía; el cual tiene ya dicho que á los que ama castiga (*b*).

Júntase con estas consideraciones el favor de la divina gracia (como ya dijimos), la cual no falta al justo en el tiempo de la tribulacion. Porque como Dios sea tan verdadero y fiel amigo de los suyos, en ninguna parte está mas presente que en sus tribulaciones, aunque ménos lo parezca. Si no, discurre por toda la Escriptura sagrada, y verás cómo apénas hay cosa mas veces repetida y prometida que esta. ¿No se dice dél que es ayudador en las necesidades, y en la tribulacion (*c*)? ¿No se convida él á que lo llamen para este tiempo, diciendo (*d*): Llámame en el tiempo de la tribulacion, y librarte he, y honrarme has? ¿No probó esto por experiencia el mesmo Profeta, cuando dijo (*e*): Cuando llamé oyó mi oracion el Señor Dios de mi justicia, y ensanchó mi corazon en el dia de la tribulacion? ¿No es este Señor en quien confiaba el mesmo Profeta, cuando decia (*f*): Esperaba yo á aquel que me libró de la pusilanimidad del espíritu y de la tempestad? La cual tempestad no es cierto la de la mar, sino la que pasa en el corazon del pusilánime y del flaco, cuando es atribulado; que es tanto mayor, cuanto es mas pequeño su corazon. La cual sentencia confirma él con palabras muchas veces repetidas y multiplicadas, para mayor confirmacion desta verdad, y mayor esfuerzo de nuestra pusilanimidad, diciendo (*g*): La salud de los justos viene del Señor, y él es su defensor en el tiempo de la tribulacion; y ayudarlos ha el Señor, y librarlos ha, y defenderlos ha de los pecadores, y salvarlos ha; porque en él pusieron su esperanza.

Y en otra parte muy mas claramente dice el mesmo Profeta (*h*): ¿Cuán grandes son, Señor, los bienes que habeis hecho á todos los que esperan en vos en presencia de los hijos de los hombres? Esconderlos heis en lo escondido y secreto de vuestro rostro, de las tribulaciones y persecuciones de los hombres; y defenderlos heis en vuestro tabernáculo de la contradiccion de las lenguas. Por lo cual sea bendito el Señor, que tan maravillosamente usó conmigo de su misericordia, defendiéndome y asegurándome, como si estuviera en una ciudad de guarnicion; estando yo tan derribado y caido en medio de la tribulacion, qué me parecia estar ya desamparado y desechado de la presencia de vuestros ojos. Mira pues cuán á la clara nos enseña aquí el Profeta el favor y amparo que los justos tienen de Dios en lo mas recio de su tribulacion. Y es mucho de notar aquella palabra que dice: esconderlos heis en lo escondido y secreto de vuestro rostro. Dando á entender (como dice un intérprete) que así como cuando los reyes de la tierra quieren guardar á un hombre muy seguro, lo encierran dentro de su palacio, para que no solamente las paredes reales, mas tambien los ojos del rey lo defiendan de sus enemigos (que no puede ser mejor guarda), así aquel Rey soberano defiende los suyos con este mesmo recaudo y providencia. De donde vemos y leemos que muchas veces los sanctos varones, cercados de grandísimos peligros y tentaciones, estaban con un ánimo quieto y esforzado, y con un rostro y semblante sereno; porque sabian que tenian sobre sí esta guarda tan fiel que nunca los desamparaba, ántes entónces se hallaba mas presente, cuando los veia en mayor peligro. Así lo hizo él con aquellos tres sanctos mozos que mandó echar Nabucodonosor en el horno de Babilonia (*i*), entre los cuales andaba el ángel del Señor convirtiendo las llamas de fuego en aire templado. De lo cual espantado el mesmo tiranno, comenzó á decir: ¿Qué es esto? ¿no eran tres hombres los que echamos en el fuego atados? ¿Pues quién es aquel cuarto que yo veo tan hermoso, que paresce hijo de Dios? ¿Vees pues cuán cierta es la compañía de nuestro Señor en el tiempo de la tribulacion? Y no es menor argumento desta verdad lo que hizo este mesmo Señor con el sancto mozo Josef, despues de vendido por sus hermanos (*k*); pues, como se escribe en el libro de la Sabiduría (*l*), decendió con él á la cárcel, y estando en medio de las prisiones, nunca le desamparó hasta que le entregó el sceptro y señorío de Egipto, y le dió poder contra los que le habian afligido, y mostró que habian sido mentirosos los que le habian infamado y puesto mácula en su gloria. Los cuales ejemplos manifiestamente nos declaran la verdad de aquella promesa del Señor, que por el Salmista dice (*m*): Con él estoy en la tribulacion; librarlo he, y glorificarlo he. Dichosa por cierto la tribulacion, pues meresce tal compañía. Si así es, démos todos voces con San Bernardo, diciendo: Dame, Señor, siempre tribulaciones; porque siempre estés conmigo.

Júntase tambien con esto el socorro y favor de todas las virtudes, las cuales concurren en este tiempo á dar esfuerzo al corazon afligido, cada una con su lanza. Porque así como cuando el corazon está en algun aprieto, toda la sangre acude á socorrerle, porque no desfallezca, así tambien cuando el ánima está apretada y puesta en

(*a*) Psal. 79. (*b*) Hebr. 12. (*c*) Psal. 9. (*d*) Psal 49. (*e*) Psal. 4. (*f*) Psal. 54. (*g*) Psal. 36.

(*h*) Psal. 30. (*i*) Dan. 3. (*k*) Gen. 41. (*l*) Sap. 10. (*m*) Psal. 90.

peligro con alguna tribulacion, luego todas las virtudes acuden á socorrerla, cada una de su manera. Y así primeramente acude la fe con el conoscimiento firme de los bienes y males de la otra vida, en cuya comparacion es nada todo lo que se padesce en esta. Ayúdalos tambien la esperanza; la cual hace al hombre paciente en los trabajos con la esperanza del galardon. Ayúdalos el amor de Dios; por el cual desean afectuosamente padescer aflicciones y dolores en este siglo. Ayúdalos la obediencia y conformidad que tienen con la divina voluntad, de cuya mano toman alegremente y sin murmuracion todo lo que les viene. Ayúdalos la paciencia; á la cual pertenesce tener hombros para poder llevar esta carga. Ayúdalos la humildad; la cual les hace inclinar los corazones, como árboles delgados, al furioso viento de la tribulacion, y humillarse debajo de la mano poderosa de Dios, reconosciendo siempre que es ménos lo que padescen, de lo que sus culpas merescen. Ayúdalos otrosí la consideracion de los trabajos de Cristo Crucificado, y de todos los otros sanctos, en cuya comparacion nada son todos los nuestros.

Desta manera pues ayudan aquí las virtudes con sus oficios: y no solo con sus oficios, sino tambien (si se sufre decir) con sus dichos. Porque la fe primeramente dice, que no son dignas las pasiones deste tiempo para la gloria advenidera que será revelada en nosotros (*a*). La caridad tambien acude, diciendo que algo es razon que se padezca por aquel que tanto nos amó. El agradescimiento dice tambien con el sancto Job (*b*): Que si hemos recebido bienes de la mano del Señor, justo es que tambien recibamos las penas dél. La penitencia dice: Razon es que padezca algo contra su voluntad, quien tantas veces la hizo contra la de Dios. La fidelidad dice: Justo es que nos halle fieles una vez en la vida, quien tantas mercedes nos ha hecho en toda ella. La paciencia dice: Que la tribulacion es materia de paciencia, y la paciencia de probacion, y la probacion de esperanza, y la esperanza no saldrá en vano, ni dejará al hombre confundido (*c*). La obediencia dice: Que no hay mayor sanctidad, ni mayor sacrificio, que conformarse el hombre en todos los trabajos con el beneplácito de la divina voluntad.

Mas entre todas estas virtudes, la esperanza viva es la que señaladamente los ayuda en este tiempo, y la que maravillosamente tiene firme y constante nuestro corazon en medio de la tribulacion. Y esto nos declaró el Apóstol, el cual acabando de decir (*d*): Gozándoos con la esperanza, añadió luego: Teniendo en los trabajos paciencia; entendiendo muy bien que de lo uno se seguia lo otro: conviene saber, de la alegría de la esperanza el esfuerzo de la paciencia. Por la cual causa elegantemente la llamó el Apóstol áncora (*e*); porque así como el áncora aferrada en la tierra tiene seguro el navío que está en el agua, y le hace que desprecie las ondas y la tormenta, así la virtud de la esperanza viva, aferrada fuertemente en las promesas del cielo, tiene firme el ánima del justo en medio de las ondas y tormentas deste siglo, y le hace despreciar toda la furia de los vientos y tempestades dél. Así dicen que lo hacia un sancto varon, el cual viéndose cercado de trabajos, decia: Tan grande es el bien que espero, que toda pena me deleita.

Desta manera pues concurren todas las virtudes á conhortar el corazon del justo cuando lo ven atribulado. Y si aun con todo esto desmayan, tornan á volver sobre él con mas calor, diciendo: Pues si al tiempo de la prueba, cuando Dios te quiere examinar, desfalleces, ¿dónde está la fe viva que para con él has de tener? ¿Dónde la caridad, y la fortaleza, y la obediencia, y la paciencia, y la lealtad, y el esfuerzo de la esperanza? ¿Esto es para lo que tú tantas veces te aparejabas y determinabas? ¿Esto es lo que tú tantas veces deseabas y aun pedias á Dios? Mira que no es ser buen cristiano solamente rezar y ayunar, y oir misa; sino que te halle Dios fiel (como á otro Job, y otro Abraham) en el tiempo de la tribulacion. Pues desta manera el justo, ayudándose de sus buenas consideraciones, y de las virtudes que tiene, y del favor de la divina gracia que no le desampara, viene á llevar estas cargas, no solo con paciencia, mas muchas veces con hacimiento de gracias y alegría. Y para prueba desto, bástenos por agora el ejemplo del sancto Tobías (*f*), de quien se escribe que habiendo nuestro Señor permitido que despues de otros muchos trabajos pasados perdiese tambien la vista, para que se diese á los hombres ejemplo de su paciencia; no por eso se desconsoló, ni perdió punto de la fidelidad y obediencia que ántes tenia. Y añade luego la Escriptura la causa desto, diciendo: Porque como siempre dende su niñez hubiese vivido en temor de Dios, no se entristeció contra el Señor por este azote; sino permanesciendo sin moverse en su temor, le daba gracias todos los dias de su vida. Mira pues aquí cuán abiertamente atribuye el Espíritu Sancto la paciencia en la tribulacion á la virtud y temor de Dios que este santo varon tenia, conforme á lo que aquí está declarado. Y aun de nuestros tiempos podia yo referir muy ilustres ejemplos de grandes enfermedades y trabajos, llevados por siervos y siervas de Dios con grande alegría, los cuales en la hiel hallaron miel, y en la tempestad bonanza, y en el medio de las llamas de Babilonia refrigerio saludable.

§. II.

De la impaciencia y furor de los malos en sus trabajos.

Mas por el contrario, ¿qué cosa es ver los malos en la tribulacion? Como no tienen caridad, ni paciencia, ni fortaleza, ni esperanza viva, ni otras virtudes semejantes; y como los toman los trabajos tan desarmados y desapercebidos: como no tienen luz para ver aquello que los justos ven con la fe formada, ni lo abrazan con la esperanza viva, ni han probado por experiencia aquella bondad y providencia paternal de Dios para con los suyos; es cosa de lástima ver de la manera que se ahogan en este golfo, sin hallar donde hacer pié, ni de qué echar mano. Porque como carescen de todas estas ayudas, como navegan sin este gobernalle, como pelean sin estas armas, ¿qué se puede esperar dellos, sino que perezcan en la tormenta, y mueran en la batalla? ¿Qué se puede esperar, sino que con la furia de los vientos, y con las ondas de los trabajos vengan á dar en las rocas de la ira y de la braveza, y de la pusilanimidad, y de la impaciencia, y de la blasfemia, y de la desesperacion? Y así algunos hay que junto con esto han venido á perder el seso, ó la salud, ó la vida, ó á lo ménos la vista con el continuo llorar. De manera, que los unos como plata fina perseveran sanos y enteros en el fuego de la tribulacion; los otros, como vil y bajo estaño, luego se derriten y deshacen con la fuerza del calor (*g*). Y así

(*a*) Rom. 8. (*b*) Iob. 2. (*c*) Rom. 5. (*d*) Rom. 12. (*e*) Heb. 6.

(*f*) Tobiæ 2. (*g*) Psal. 147.

donde los unos lloran, los otros cantan; donde los unos se ahogan, los otros pasan á pié enjuto; donde los unos como vil y flaco vaso de barro estallan en el fuego, los otros como oro puro se paran mas hermosos. Desta manera pues suena siempre voz de salud y alegría en los tabernáculos de los justos; mas en las casas de los malos siempre se oyen voces de tristeza y confusion.

Y si quieres entender lo que digo, mira los extremos que han hecho, y hacen cada dia muchas mujeres principales cuando vienen á perder sus hijos ó maridos; y hallarás que unas se encierran en lugares escuros donde nunca mas vean sol ni luna; otras hay aun, que se han encerrado en jaulas como bestias fieras; otras que se han arrojado en medio del fuego; otras vienen á dar con la cabeza por las paredes con rabia y aborrescimiento de la vida, y aun otras vemos que la acaban despues muy presto con la impaciencia y furia del dolor; y así queda asolada y destruida una casa y familia en un momento. Y lo que mas es, que no solo son crueles y desatinadas para consigo, sino tambien atrevidas y blasfemas para con Dios, acusando su providencia, condenando su justicia, blasfemando de su misericordia, y poniendo en el cielo contra Dios su boca sacrílega. Lo cual todo en fin les viene á llover en casa, con otras calamidades aun mayores que les envía Dios por estas blasfemias; porque este es el galardon que meresce quien escupe hácia el cielo, y echa coces contra el aguijon. Y esta suele ser á veces una cura muy justa de la mano de Dios, que así divierte sus corazones de unos trabajos grandes con otros mayores.

Desta manera los miserables, como les falta el gobernalle de la virtud, vienen á dar al traves al tiempo de la tormenta, blasfemando por lo que habian de bendecir, ensoberbeciéndose con lo que se habian de humillar, endureciéndose con el castigo, y empeorando con la medicina: lo cual paresce que es un infierno comenzado, y principio de otro que se les apareja. Porque si no es otra cosa infierno sino lugar de penas y culpas, ¿qué falta aquí para que no tengamos este por una manera de infierno, donde hay tanto de uno y de ótro?

Y ¡qué lástima es ver sobre todo esto, que así como ellos se han de padescer los trabajos, y que tomándolos con paciencia se hacian mas lijeros de llevar, y mas meritorios para el ánima, y que con todo esto quiera el desaventurado hombre perder el fructo inestimable de la paciencia, y hacer la carga mayor con el trabajo de la impaciencia, la cual sola pesa mas que la mesma carga! Gran desconsuelo es trabajar y no ganar nada con el trabajo, ni tener á quien hacer cargo dél; pero mayor es sin comparacion perder aun lo ganado, y despues de haber habido mala noche, hallar desandada la jornada.

Todo esto pues nos declara cuán diferentemente pasan por las tribulaciones los buenos y los malos; cuánta paz, alegría y esfuerzo tienen los unos, donde tanta afliccion y desasosiego padescen los otros. Lo cual fué maravillosamente figurado en los grandes clamores y llantos que hubo en toda la tierra de Egipto, cuando les mató Dios en una noche todos los primogénitos (*a*); porque no habia casa donde no hubiese su llanto, como quiera que en toda la tierra de José (donde moraban los hijos de Israel) no se oyese un solo perro que ladrase.

Pues ¡qué diré (demas desta paz) del provecho que de sus tribulaciones sacan los justos, de donde los malos sacan tanto daño? Porque (segun dice Crisóstomo) así como en el mesmo fuego se purifica el oro y el madero se quema, así en el fuego de la tribulacion el justo se hace mas hermoso, como el oro; y el malo, como leño seco é infructuoso, se hace ceniza. Conforme á lo cual dice tambien Cipriano que así como el aire al tiempo del trillar avienta y esparce las pajuelas livianas, mas con esto purifica el trigo, y lo deja mas limpio, así el viento de la tribulacion desbarata y derrama los malos como paja liviana; mas por el contrario, recoge y purifica los buenos como trigo escogido. Lo mesmo tambien nos representan en figura las aguas y ondas del mar Bermejo, las cuales no solamente no ahogaron á los hijos de Israel al tiempo que por él pasaron; mas ántes les eran muro á la diestra y á la siniestra. Y por el contrario, esas mesmas aguas envolvieron y anegaron los carros de los egipcios con todo el pueblo de Faraon (*b*). Pues desta manera las aguas de las tribulaciones son para mayor guarda y defension de los buenos, y para conservacion y ejercicio de su humildad y de su paciencia; mas para los malos son como olas y tormenta que los anega y sume en el abismo de la impaciencia, de la blasfemia y de la desesperacion.

Esta es pues otra maravillosa ventaja que la virtud hace al vicio, por la cual los filósofos alabaron y preciaron mucho á la filosofía, creyendo que á ella sola pertenescia hacer al hombre constante en cualquier trabajo. Mas vivian en esto muy engañados, como en otras cosas. Porque así la verdadera virtud, como la verdadera constancia, no se hallan entre los filósofos, sino en la escuela de aquel Señor que puesto en la cruz nos consuela con su ejemplo, y reinando en el cielo nos fortalesce con su espíritu, y prometiéndonos la gloria nos anima con la esperanza della: de lo cual todo carece la filosofía humana.

CAPITULO XXIII.

Undécimo privilegio de la virtud, que es cómo nuestro Señor provee á los virtuosos de lo temporal.

Todo esto que hasta aquí habemos dicho, son riquezas y bienes espirituales que se dan á los amadores de la virtud en esta vida, demas de la gloria perdurable que les está guardada en la otra: los cuales todos se prometieron al mundo en la venida de Cristo (segun que todas las escripturas proféticas testifican), por lo cual se llama con razon Salvador del mundo; porque por él se nos da la verdadera salud, que es la gracia y la sabiduría, y la paz, y la victoria, y señorío de nuestras pasiones, y las consolaciones del Espíritu Sancto, y las riquezas de la esperanza; y finalmente todos los otros bienes que se requieren para alcanzar aquella salud, de la cual dijo el Profeta (*c*): Israel fué hecho salvo en el Señor con salud eterna.

Mas si alguno hubiere tan de carne que tenga mas puestos los ojos en los bienes de carne, que en los del espíritu (como hacian los judíos), no quiero que por esto nos desavengamos; porque aquí le darémos mucho mejor despacho de lo que él pueda desear. Si no, dime: ¿qué quiso significar el Sabio, cuando (hablando de la verdadera sabiduría en que está la perfeccion de la virtud) dijo (*d*): La longura de dias está en su diestra, y en su siniestra riquezas y gloria. De manera, que ella tiene en sus manos estos dos linajes de bienes con que convida á los hombres: en la una bienes eternos, y en

(*a*) Exod. 12.

(*b*) Exod. 14. (*c*) Isai. 45. (*d*) Prov. 3.

la otra temporales. No pienses que mata Dios á los suyos de hambre; ni que sea tan desproveido, que dando de comer á las hormigas y gusanos de la tierra, deje ayunos á los que dia y noche le sirven en su casa. Y si no quieres creer á mí, lee todo el capítulo sexto de Sant Matteo, y verás las prendas y la seguridad que allí se te da sobre esto. Mirad, dice el Salvador, las aves del cielo que no siembran, ni cogen, ni encierran, ni hacen provision para adelante, y vuestro padre que está en los cielos tiene cuidado de proveerlas. ¿Pues no sois vosotros de mas precio que ellas? Finalmente, despues destas palabras concluye el Salvador, diciendo: No querais pues estar solícitos sobre qué comerémos, ó qué beberémos; porque estas cosas buscan las gentes que no conocen á Dios. Mas vosotros buscad primero el reino de Dios y su justicia; y todo lo demas se os dará como por añadidura. Pues por esta causa entre otras nos convida el Salmista á servir á Dios (viendo que por sola esta se obligan unos hombres á servir á otros hombres) diciendo (*a*): Temed al Señor todos sus sanctos; porque ninguna cosa falta á los que le temen. Los ricos deste mundo padescerán necesidad y hambre; mas á los que buscan al Señor nunca fallecerá todo bien. Y es esto una cosa tan cierta, que el mesmo Profeta añade en otro salmo, diciendo (*b*): Mozo fuí, y agora soy viejo; y nunca hasta hoy ví al justo desamparado, ni á sus hijos buscar pan.

Y si quieres mas por extenso ver el recaudo que los buenos tienen en esta parte, oye lo que Dios promete en el Deuteronomio á los guardadores de su ley, diciendo (*c*): Si oyeres la voz de tu Señor Dios, y guardares sus mandamientos, hacerte ha él mas alto que todas las gentes que moran sobre la haz de la tierra, y vendrán sobre tí todas estas bendiciones: Bendito serás en la ciudad, y bendito en el campo. Bendito será el fructo de tu vientre, y el fructo de tu tierra, y el fructo de tus bestias y ganados, y las majadas de tus ovejas. Benditos serán tus graneros, y las migajas de tu casa. Bendito serás en tus entradas y salidas; y en todo lo que pusieres mano serás prosperado. Derribará Dios ante tus piés todos los enemigos que se levantaren contra tí: por un camino vendrán, y por siete huirán. Inviará Dios su bendicion sobre tus cilleros, y en todo serás bendito. Hacerte ha Dios un pueblo sancto para gloria suya, así como te lo tiene jurado, si guardares sus mandamientos, y anduvieres en sus caminos: y serán tan grandes tus prosperidades, que por ellas conoscerán todos los pueblos de la tierra que el nombre del Señor es invocado sobre tí, y temerte han. Hacerte ha Dios abundar en todos los bienes: en el fructo de tu vientre, y en el fructo de tus ganados, y en los fructos de la tierra que te prometió de dar. Abrirá Dios sobre tí aquel riquísimo tesoro suyo del cielo, y lloverá sobre tus tierras á sus tiempos, y echará su bendicion á todas las obras de tus manos. Hasta aquí son palabras de Dios por su profeta. Pues dime agora: ¿qué Indias, qué tesoros se pueden comparar con estas bendiciones?

Y puesto caso que estas promesas mas se dieron al pueblo de los judíos que al de los cristianos (porque este segundo promete Dios por Ezequiel (*d*) que enriquecerá con otros mayores bienes, que son bienes de gracia y gloria); pero todavía así como en aquella ley carnal no dejaba Dios de dar bienes espirituales á los buenos judíos; así en esta espiritual no deja de dar tambien sus prosperidades temporales á los buenos cristianos: sino que las prosperidades dáselas con dos grandes ventajas que no conocen los malos. La una, que como médico prudentísimo se las da en aquella medida que pide su necesidad; para que de tal manera los sustenten, que no los envanezcan. Lo cual no hacen los malos; pues abarcan todo cuanto pueden, sin mirar que no es menor el daño que la demasía de los bienes temporales hace en las ánimas, que la del mantenimiento en los cuerpos. Porque aunque el comer sea necesario para sustentar la vida, pero el demasiado comer hace daño á la mesma vida. Y así tambien aunque en la sangre esté la vida del hombre, pero con todo esto muchas veces el pujamiento de sangre mata al hombre. La otra ventaja es, que con menor estruendo y aparato de cosas les da mayor descanso y contentamiento, que es el fin para que buscan los hombres todo lo temporal. Porque todo lo que él puede hacer por medio de las causas segundas, puede hacer por sí solo aun mas perfectamente que por ellas. Y así lo hizo con todos los sanctos, en nombre de los cuales decia el Apóstol (*e*): Nada tenemos, y todo lo poseemos; porque tan grande contentamiento tenemos con lo poco, como si fuésemos señores de todo el mundo. Los caminantes procuran llevar en oro su dinero; porque así van mas ricos, y con ménos carga; y desta manera procura el Señor de proveer y aliviar los suyos, dándoles pequeña carga, y grande contentamiento con ella. Desta manera pues caminan los justos, desnudos y contentos, pobres y ricos; mas por el contrario, los malos llenos de bienes, y muriendo de hambre, y (como dicen de Tántalo) el agua á la boca, y muriendo de sed.

Pues por esta y otras semejantes causas encomendaba tanto aquel gran Profeta la guarda de la divina ley, queriendo que solo este fuese nuestro cuidado; porque sabia él muy bien que con esta todo lo demas estaba cumplido. Y así dice él (*f*): Poned estas mis palabras en vuestros corazones, y traedlas atadas por señal en vuestras manos, y colgadas delante de vuestros ojos, y enseñaldas á vuestros hijos para que piensen en ellas. Cuando estuvieres asentado en tu casa, y anduvieres por el camino, cuando te acostares y levantares pensarás en ellas, y escribirlas has en los umbrales y puertas de tu casa, de manera que siempre las traigas ante los ojos; para que así se multipliquen los dias de tu vida y de tus hijos en la tierra que Dios te dará. ¡Oh sancto profeta! ¿qué veias, qué hallabas en la guarda destos mandamientos divinos, porque así la encomendabas? Verdaderamente como grande profeta y secretario de los consejos divinos, entendias la grandeza inestimable deste bien, y cómo en él estaban todos los bienes presentes y venideros, temporales y eternos, espirituales y corporales; y cumplido con esta obligacion, todo lo demas estaba cumplido. Entendias muy bien que cuando el hombre se ocupaba en hacer la voluntad de Dios, no por eso perdia jornada; sino que entónces labraba su viña, y regaba su huerta, y granjeaba su hacienda, y entendia en sus negocios muy mejor que haciéndolos él por su mano; pues con aquello echaba á Dios cargo para que él los hiciese por la suya. Porque esta es la ley de aquel pacto y concierto que tiene Dios hecho con los hombres: que entendiendo ellos en la guarda de su testamento, él entenderia en la guarda de sus cosas; y está

(*a*) Psal. 33. (*b*) Psal. 36. (*c*) Deut. 28. (*d*) Ezech. 34 et 36, etc.

(*e*) 2. Cor. 6. (*f*) Deut. 6.

cierto que no ha de cojear por la parte de Dios este contrato; sino que si el hombre le fuere buen siervo, él será mejor Señor. Esta es aquella sola una cosa que el Salvador dijo ser necesaria (*a*): que es conocer y amar á Dios; porque quien á Dios tiene contento, todo lo demas tiene seguro. La piedad, dice Sant Pablo (*b*), para todas las cosas aprovecha; porque para ella son todas las promesas de la vida presente y advenidera. Ves pues aquí cuán abiertamente promete aquí el Apóstol á la piedad (que es el culto y veneracion de Dios), no solo los bienes de la otra vida, sino tambien los desta, en cuanto nos sirven y ayudan para alcanzar aquella. Aunque no se excusa por esto que el hombre trabaje y haga lo que es de su parte, conforme á la cualidad y condicion de su estado.

§. I.

De las necesidades y pobreza de los malos.

Mas por el contrario, quien quisiere saber qué tan grandes sean las adversidades, y las calamidades, y pobreza que están guardadas para los malos, lea el capítulo veinte y ocho del Deuteronomio, y verá cosas que le pongan espanto y admiracion, porque entre otras muchas palabras dice así: Si no quisieres oir la voz de tu Señor Dios, y guardar sus mandamientos, vendrán sobre tí estas maldiciones, y comprehenderte han. Maldito serás en la ciudad, y maldito en el campo; maldito tu cillero, y malditas las sobras de tu mesa; maldito el fructo de tu vientre, y el fructo de tu tierra, y los hatos de tus bueyes, y las manadas de tus ovejas; maldito serás en todas tus entradas y salidas; esto es, en todo lo que pusieres las manos. Inviará el Señor sobre tí esterilidad, y hambre, y confusion en todas las obras de tus manos hasta destruirte. Inviarte ha pestilencia hasta que te consuma, y eche de la tierra que vas agora á poseer. Castíguete el Señor con pobreza, fiebres, y frios, y ardores, y aire corrupto, y mangla hasta que perezcas. Sea el cielo que está sobre ti de metal, y la tierra que hollares de hierro, y el Señor invíe sobre ella polvo en lugar de agua, y del cielo decienda sobre tí ceniza hasta que seas destruido. Entréguete el Señor en manos de tus enemigos; por una puerta salgas contra ellos, y por siete huyas dellos, y seas derramado por todos los reinos de la tierra, y tu cuerpo muerto sea manjar de todas las aves del aire, y de las bestias de la tierra, y no haya quien las ojee. Castíguete el Señor con locuras y ceguedad, y furor de entendimiento, de tal manera que andes palpando las paredes en el mediodía, así como anda el ciego en las tinieblas, sin saber enderezar tus caminos. En todo tiempo padezcas calumnias, y andes oprimido con violencia, y no haya quien te libre. La mujer que tuvieres, otro la deshonre; y la casa que edificares, no mores en ella; y la viña que plantares, no la vendimies; y tu buey sea muerto delante de tí, y no comas dél; tu bestia sea llevada delante tus ojos, y no se te vuelva; tus hijos y hijas sean entregadas á otro pueblo, viéndolo tus ojos, desfalleciendo á la vista dellos todo el dia, y no haya fortaleza en tí, y andarás perdido, y serás proverbio y fábula en todos los pueblos donde serás llevado. Y finalmente despues de otras muchas y muy terribles maldiciones, añade y dice: Vendrán sobre tí todas estas maldiciones, y comprehenderte han hasta que perezcas. Y porque no quisiste servir á tu Señor Dios con gozo y alegría de corazon por la abundancia de todas las cosas, servirás al enemigo que él te inviará, con hambre, sed, desnudez y pobreza, el cual porná un yugo de hierro sobre tu cerviz hasta destruirte. Traerá el Señor contra tí una gente de los últimos fines de la tierra con tanta lijereza como el águila que vuela; cuya lengua no puedas entender; una gente desvergonzadísima, que no cate cortesía al viejo, ni tenga compasion del niño, la cual se trague el fructo de tus ganados, y el fructo de tu tierra, de tal manera que no te deje trigo, ni vino, ni aceite, ni bueyes, ni vacas, ni ovejas, hasta que te consuma en todas tus ciudades, y sean destruidos tus muros altos y firmes en que tenias tu confianza. Serás cercado dentro de tus puertas, y puesto en tanto aprieto que comerás el fructo de tu vientre, y las carnes de tus hijos y de tus hijas: tan grande será el aprieto en que tus enemigos te pondrán. Todas estas son palabras de la Escriptura divina, con otras muchas mas que dejo aquí de referir. Las cuales quien quiera que leyere con atencion, quedará como atónito y fuera de sí, leyendo cosas tan horribles, y entónces por ventura abrirá los ojos, y comenzará á entender algo del rigor espantable de la justicia divina, y de la malicia horrible del pecado, y del odio tan extraño que Dios tiene contra él; pues con tan estrañas penas lo castiga en esta vida; por donde verá lo que se puede esperar en la otra. Y juntamente con esto compadescerse ha de la insensibilidad y miseria de los malos, que tan ciegos viven para no ver lo que les está guardado.

Y no pienses que estas amenazas sean de solas palabras; porque todo esto no fué tanto amenaza, cuanto profecía de las calamidades que á aquel pueblo sucedieron. Porque en tiempo de Achab, rey de Israel, estando él cercado en Samaria por el ejército del rey de Siria (*c*), se lee que comian los hombres estiércol de palomas; y aun, que este manjar se vendia por gran suma de dineros; y llegó el negocio á términos que hasta las madres mataban á sus hijos para comer, y lo mesmo escribe Josefo haber acaescido en el cerco de Hierusalem. Pues ya los captiverios deste pueblo muy notorios son, con toda la destruicion de su república y reino. Porque los once tribus fuéron llevados en perpetuo captiverio, que nunca fué revocado, por el rey de los Asirios (*d*); y uno solo que quedaba fué despues de mucho tiempo asolado y destruido por el ejército de los romanos; donde fué muy grande el número de los captivos, y mucho mayor sin comparacion el de los muertos, como el mesmo historiador escribe.

Ni ménos se engañe nadie creyendo que estas calamidades pertenescian á solo aquel pueblo; porque generales son á todos los pueblos, que teniendo ley de Dios la menosprecian y quebrantan, como él mesmo lo testifica por Amós, diciendo (*e*): ¿Por ventura no hice yo subir á los hijos de Israel de Egipto, y á los palestinos de Capadocia, y á los sirios de Sirene? Porque los ojos del Señor están puestos sobre el reino que peca; para destruirlo y echarlo de sobre la haz de la tierra. Dando á entender que todas estas mudanzas de reinos, destruyendo unos, y plantando otros, se hacen por pecados. Y quien quisiere ver si esto nos toca, revuelva las historias pasadas, y verá cómo por un mesmo rasero lleva Dios á todos los malos, especialmente á los que teniendo verdadera ley, no la guardan. Porque ahí verá

(*a*) Luc 10. (*b*) 1. Tim. 4

(*c*) 4. Reg. 6. (*d*) 4. Reg 17. (*e*) Amos 9.

cuánta parte de Europa, de África y de Asia, que estaba llena de iglesias de pueblos cristianos, está agora poseida de bárbaros y paganos; y verá cuántas destruiciones ha padescido la Iglesia por los godos, por los hunnos, y por los wandalos, que en tiempo de Sant Augustin destruyeron toda la provincia de África, sin perdonar á hombre, ni mujer, ni viejo, ni niño, ni doncella. Y en este mesmo tiempo de tal manera fué asolado por los mesmos bárbaros el reino de Dalmacia con las provincias comarcanas, que (como dice Sant Hierónimo, natural desta provincia) quien por ella pasaba, no veia mas que cielo y tierra: tan asolada habia quedado. Lo cual todo nos declara cómo la virtud y verdadera religion no solo ayuda para alcanzar los bienes eternos, sino tambien para no perder los temporales; porque la consideracion desto con todas las demas sirva para aficionar nuestros corazones á esa mesma virtud, que de tantos males nos libra, y de tantos bienes está acompañada.

CAPITULO XXIV.

Duodécimo privilegio de la virtud, que es: cuán alegre y quieta sea la muerte de los buenos, y por el contrario, cuán miserable y congojosa la de los malos.

A todos estos privilegios se añade el postrero, que es el fin y muerte gloriosa de los buenos, al cual todos los otros se ordenan. Porque si (como dicen) al fin se canta la gloria, dime: ¿qué cosa mas gloriosa que el fin de los buenos, ni mas miserable que el de los malos? Preciosa es, como dice el Salmo (*a*), la muerte de los sanctos en el acatamiento del Señor; mas la muerte de los pecadores dice que es pésima (*b*): que quiere decir muy mala en superlativo grado, porque así para el cuerpo, como para el ánima, es el último de todos los males. Y así dice Sant Bernardo sobre estas palabras (*c*): La muerte de los pecadores es pésima. Porque ella es primeramente mala por razon del apartamiento del mundo, y peor por el apartamiento del cuerpo, y pésima por los dos eternos tormentos del fuego y del gusano inmortal, que se siguen despues della (*d*). Porque mucho duele dejar el mundo, y mucho mas salir de la carne; pero mucho mas el tormento del infierno. Pues todas estas cosas juntas, con otras anejas á ellas atormentan al malo en aquel tiempo. Porque allí primeramente le fatigan los accidentes de la enfermedad, los dolores del cuerpo, los temores del ánima, las congojas de lo que queda, los cuidados de lo que será, la memoria de los pecados pasados, el recelo de la cuenta venidera, el temor de la sentencia, el horror de la sepultura, el apartamiento de todo lo que desordenadamente ama; esto es, de la hacienda, de los amigos, de la mujer, de los hijos, y desta luz y aire comun, y de la mesma vida. Cada cosa destas por su parte tanto mas le lastima, cuanto era mas amada. Porque, como dice muy bien Sant Augustin, no se pierden sin dolor las cosas que se poseen con amor. Por donde dijo un filósofo que aquel temia ménos la muerte, que ménos deleites tenia en la vida.

Pero sobre todo esto fatiga en aquella hora el tormento de la mala consciencia, y la consideracion y temor de lo que le está guardado. Porque entónces despertando el hombre con la presencia de la muerte, abre los ojos, y mira lo que nunca habia mirado en la vida. La razon de lo cual señala muy bien Eusebio Emiseno en una homelía, diciendo: Que porque en aquel tiempo cesan todos los cuidados de allegar, y de buscar lo necesario para la vida, y cesa tambien la ambicion de la honra, y de la hacienda, y ninguna ocupacion hay entónces, ni de trabajar, ni de militar, ni de hacer otra cosa alguna; de aquí es que sola la consideracion de la cuenta ocupa el ánima vacía de todos los otros cuidados; y solo el peso del divino juicio toma todos los sentidos. Estando pues así el hombre miserable con la vida puesta á las espaldas, y la muerte ante los ojos, olvídase de todo lo presente que deja, y comienza á pensar en lo venidero que le aguarda. Allí ve cómo ya se acabaron los deleites, y solos los pecados que se hicieron cometiéndoles, quedan para el divino juicio. Y prosiguiendo el mesmo doctor esta materia en otra homelía, dice así: Pensemos ¡qué llanto será aquel del ánima negligente cuando salga desta vida! ¡Qué angustias, qué escuridad, qué tinieblas cuando vea que entre los adversarios que la han de cercar, le salga primero al encuentro su mesma consciencia acompañada de diversos pecados! Porque ella sola sin mas probanza se ha de ofrecer á nuestros ojos, para que nos convenza su testimonio, y nos confunda su conocimiento. No será posible encubrirse aquí nada, ni negarse; pues no de léjos, ni de otra parte, sino de dentro de nos mesmos ha de salir el acusador y el testigo. Hasta aquí son palabras de Eusebio.

Pero mas á la larga y mas divinamente prosigue Pedro Damiano Cardenal esta materia, diciendo así (*e*): Pensemos con mucha atencion cuando el ánima de un pecador comienza á salir de la prision desta carne, ¡con cuán recios temores combatida, y con cuántos estímulos de la consciencia acusadora pungida! Acuérdase de las culpas que cometió; ve los mandamientos divinos que menospreció; duélese por haber vanamente gastado el tiempo de la penitencia; y aflígese viendo que está presente al artículo inevitable de la cuenta, y de la divina venganza. Querria quedarse, y es compelida á partirse; querria recobrar lo perdido, y no se le da espacio para ello. Volviendo los ojos atras, mira todo el curso de la vida pasada, y parécele un brevísimo punto. Échalos adelante, y ve un espacio de infinita perpetuidad que la está esperando. Llora viendo que perdió el alegría de todos los siglos (la cual en este brevísimo espacio pudiera ganar), y aflígese porque perdió aquella inefable dulzura de perpetua suavidad, por un breve deleite de la carne sensual; y avergüénzase considerando que por aquella substancia que habia de ser comida de gusanos, despreció aquella que habia de ser colocada entre los coros de los ángeles. Y contemplando la gloria de aquellas riquezas inmortales, confúndese de ver cómo las perdió por la pobreza destos bienes temporales. Mas cuando abaja los ojos de lo alto á mirar el valle tenebroso deste mundo, y ve sobre sí la claridad de aquella luz eterna, conoce claramente que era noche y tinieblas todo lo que en este mundo amaba. ¡Oh si pudiese entónces merecer espacio de penitencia, cuán áspera vida abrazaria, cuán grandes cosas prometeria, y á cuántos votos y oraciones se obligaria!

Mas entretanto que estas cosas revuelve en su corazon, comienzan á venir los mensageros y precursores de la muerte, que son escurecerse y hundirse los ojos, levantarse el pecho, enronquecerse la voz, helarse los miembros, pararse los dientes negros, hinchirse la boca de sarro, y mudarse la color del rostro. Pues miéntras es-

(*a*) Psal. 115. (*b*) Psal. 33. (*c*) In parvis Ser. Ser. 41. (*d*) Marc. 9.

(*e*) Está este tratado entre las meditaciones de S. Aug. al fin del lib.

las cosas pasan, como oficios que sirven á la muerte vecina, represéntanse á la miserable ánima todas las obras, y palabras, y pensamientos de la mala vida pasada, dando triste testimonio contra su autor; y aunque él las quiera dejar de mirar, es forzado que las vea.

Con esto se junta por una parte la horrible compañía de los demonios, y por otra la virtud y compañía de los ángeles. Y luego se comienza á barruntar á cuál de las dos partes ha de pertenescer aquella presa. Porque si en él hay obras de piedad y virtud, luego es consolado con el regalo y convite de los ángeles. Mas si la fealdad de sus deméritos y mala vida piden otra cosa, luego se estremece con intolerable temor y desconfianza; y así es despeñado, y acometido, y arrancado de su miserable carne, y llevado á los tormentos eternos. Todo lo susodicho es de Pedro Damiano. Dime pues agora: si esto es verdad, y si esto así ha de pasar, ¿qué mas era menester, si los hombres tuviesen seso, para ver cuán miserable sea, y cuánto para huir, la suerte de los malos, pues les está guardado un tan triste y tan desastrado fin?

Y si para aquel tiempo pudiesen ayudar en algo las cosas desta vida como ayudan para todo lo al, ménos mal sería. Pero ¿qué dirémos? Que allí ninguna destas ayuda, pues es cierto que allí ni aprovechan las honras, ni defienden las riquezas, ni valen los amigos, ni acompañan los criados, ni ayuda el linaje, ni socorre la hacienda, ni sirve otra cosa sino sola la virtud é inocencia de la vida. Porque, como dice el Sabio (*a*), no aprovecharán las riquezas en el dia de la venganza; mas la justicia sola (que es la virtud) librará de la muerte. Pues como el malo se halle tan pobre y tan desnudo deste socorro, ¿cómo podrá dejar de temblar y congojarse viéndose tan solo y desfavorecido en el juicio divino?

§. I.

De la muerte de los justos.

Mas por el contrario la muerte de los justos ¿cuán ajena está de todos estos males? Porque así como el malo recibe aquí el castigo de sus maldades, así el bueno el galardon de sus merescimientos, segun aquello del Ecclesiástico que dice (*b*): Al que teme á Dios irá bien en sus postrimerías, y en la hora de la muerte será bendito: esto es, será enriquecido y galardonado por sus trabajos. Y esto es lo que mas claramente significó el evangelista Sant Juan en el Apocalipsi (*c*). El cual dice que oyó una voz del cielo que le dijo que escribiese, y las palabras que le mandó escribir eran estas: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Porque luego les dice el Espíritu Sancto que descansen ya de sus trabajos; porque sus buenas obras van en seguimiento dellos. Pues el justo que esta palabra tiene de Dios, ¿cómo desmayará en esta hora viendo que va á recebir lo que procuró toda la vida? Pues por esto se escribe en el libro de Job (*d*), hablando del justo, que á la hora de la tarde le saldrá el resplandor del mediodía, y cuando le paresciere que estaba consumido, resplandecerá como lucero. Sobre las cuales palabras dice Sant Gregorio: Que por esto amanece este resplandor al justo en la hora de la tarde, porque á la hora de su muerte reconoce la claridad y gloria que le está aparejada; y así en el tiempo que los otros se entristecen y desmayan, está él en Dios consolado y confiado. Así lo testifica Salomon en sus Proverbios, diciendo (*e*): Por su malicia será desechado el malo: mas el justo á la hora de su muerte estará confiado.

Si no, dime: ¿qué mayor confianza que la que el bienaventurado Sant Martin tenia á la hora de su muerte, el cual viendo ante sí al demonio dijo estas palabras: ¿Qué haces aquí, bestia sangrienta? No hallarás en mí cosa muerta en que te puedas cebar; y por esto el seno de Abraham me recibirá en paz. ¿Qué mayor confianza otrosí que la que en este mesmo paso tenia nuestro padre Sancto Domingo, el cual viendo á sus frailes llorar por su partida, y por la falta que les hacia, los consoló y esforzó diciendo: No os desconsoleis, hijos mios, porque en el lugar donde voy os seré mas provechoso. Pues ¿cómo podia en aquel trance desconsolarse ni temer la muerte, quien tenia la gloria por tan suya, que no solo esperaba alcanzarla para sí, sino tambien para sus hijos?

Pues por esta causa los justos no tienen por qué temer la muerte; ántes mueren alabando y dando gracias á Dios por su acabamiento; pues en él acaban sus trabajos y comienza su felicidad. Y asi dice Sant Augustin sobre la Epístola de Sant Joan: El que desea ser desatado y verse con Cristo, no se ha de decir dél que muere con paciencia; sino que vive con paciencia y muere con alegría. Así que el justo no tiene por qué entristecerse ni temer la muerte; ántes con mucha razon se dice dél que muere cantando como cisne, dando gloria á Dios por su llamamiento. No teme la muerte, porque temió á Dios, y quien á este Señor teme no tiene mas que temer. No teme la muerte, porque temió la vida; porque los temores de la muerte, efectos son de mala vida. No teme la muerte, porque toda la vida gastó en aprender á morir y en aparejarse para morir; y el hombre bien apercebido no tiene por qué temer á su enemigo. No teme la muerte, porque ninguna otra cosa hizo en la vida, sino buscar ayudadores y valedores para esta hora, que son las virtudes y buenas obras. No teme la muerte, porque tiene al juez granjeado y propicio para este tiempo, con muchos servicios que le ha hecho. Finalmente, no teme la muerte, porque al justo la muerte no es muerte, sino sueño; no muerte, sino mudanza; no muerte, sino último dia de trabajos; no muerte, sino camino para la vida, y escalon para la inmortalidad; porque entiende que despues que la muerte pasó por el venero de la vida, perdió los resabios que tenia de muerte, y cobró dulzura de vida.

Ni tampoco desmaya por todos los otros accidentes y compañeros deste paso, porque sabe que estos son dolores de parto con que nasce para la eternidad, por cuyo amor tuvo siempre la muerte en deseo, y la vida en paciencia. No desmaya con la memoria de los pecados, porque tiene á Cristo por Redemptor, á quien siempre agradó; no por rigor del juicio divino, porque le tiene por abogado; no por la presencia de los demonios, porque le tiene por capitan; no por el horror de la sepultura, porque sabe que allí siembra el cuerpo animal para que despues nazca espiritual (*f*). Pues si al fin se canta la gloria, y el postrer dia (como dice muy bien Séneca) juzga de todos los otros dias y da sentencia sobre toda la vida pasada (porque él es el que justifica ó condena todos los pasos della), y tan pacífico y quieto es el fin de los buenos, y tan congojoso y peligroso el de los malos, ¿que mas era menester que esta sola diferencia para escupir la mala vida y abrazar la buena (*g*)? ¿Qué montan todos

(*a*) Prov. 11. (*b*) Eccl. 1. (*c*) Apoc. 14. (*d*) Iob. 11. (*e*) Prov. 14.

(*f*) 1. Cor. 15. (*g*) Sap. 5.

los placeres, toda prosperidad, todas las riquezas y todos los regalos y señoríos del mundo, si en el fin vengo á ser despeñado en el infierno? Y ¿qué me pueden dañar todas las miserias desta vida, acabando en paz y tranquilidad, y llevando prendas de la gloria advenidera? Sea el malo cuan sabio quisiere en saber vivir; ¿para qué presta este saber, sino para saber adquirir cosas con que te hagas mas soberbio, mas vano, mas regalado, mas poderoso para el mal, mas inhábil para el bien; y para que te sea tanto mas amarga la muerte, cuanto era mas dulce la vida? Si seso hay en la tierra, no hay otro mayor que saber bien ordenar la vida para este fin: pues el principal oficio del sabio es saber ordenar convenientemente los medios para su fin. Por donde si es sabio médico el que sabe ordenar la medicina para la salud, que es el fin desa medicina; aquel será perfecta y absolutamente sabio, que supiere ordenar su vida para la muerte: esto es, para la cuenta que se ha de dar en ella, á la cual se debe ordenar toda la vida.

§. II.

Prueba lo dicho por ejemplos.

Mas para mayor declaracion y confirmacion de lo dicho, y para espiritual recreacion del lector, me pareció añadir aquí algunos ejemplos dignos de memoria, de las muertes gloriosas de algunos sanctos, tomadas del cuarto libro de los diálogos de Sant Gregorio papa (*a*), en los cuales claramente se verá cuán alegre y dichosa sea la muerte de los justos. Y si en esto me extendiere algo, no se perderá en ello tiempo; porque este sancto doctor de tal manera cuenta estas historias, que de camino va dando mucha doctrina y avisos saludables en ellas.

Escribe él pues, que en tiempo de los godos habia en la ciudad de Roma una nobilísima doncella, por nombre Gala, hija de un cónsul llamado Símaco. La cual siendo de poca edad, dentro de un año fué juntamente casada y viuda. Y como el mundo, y la edad, y las riquezas la convidasen otra vez al mesmo estado, quiso ella ántes desposarse con Cristo en aquellos desposorios que comienzan con llanto y acaban con alegría, que en estos del mundo, que comenzando con alegría acaban con tristeza, por la muerte necesaria que ha de ver el uno del otro. Mas como ella fuese de complexion muy caliente, certificáronle los médicos que si no casaba la habian de nacer barbas como á hombre; y así le acaeció. Pero la sancta mujer, que habia amado la hermosura interior de su esposo, no temió la fealdad exterior de su cuerpo, ni hizo caso de aquella fealdad que no desagradaba al esposo celestial. Dejado pues el hábito secular, entregóse toda al servicio de Dios, entrando en un monasterio que estaba junto á la iglesia del apóstol Sant Pedro, donde perseveró muchos años con gran simplicidad de corazon, y grande ejercicio de oracion, haciendo muy largas limosnas á pobres. Y determinando el Señor Todopoderoso de dar perpetuo galardon á los trabajos de su sierva, vino á adolescer de un cancro que le nació en el pecho. Y estando ella acostada en su cama, tenia siempre dos lámparas encendidas, porque como amiga de luz, no solo aborrecia las tinieblas espirituales, mas tambien las corporales. Estando pues una noche fatigada con su enfermedad, vió entre las dos lámparas al bienaventurado apóstol Sant Pedro, y no temió nada de verle; ántes tomando con él amor y osadía, se alegró y le preguntó diciendo: ¿Qué es esto, Señor mio? ¿Por ventura son ya perdonados mis pecados? Respondió el apóstol glorioso con un rostro benignísimo, y abajando la cabeza le dijo: Ya son perdonados; vén. Mas porque esta sierva de Dios tenia muy especial amistad con otra religiosa de aquel monasterio, que se llamaba Benedicta, replicó luego diciendo: Ruégote que venga conmigo la hermana Benedicta. Respondió él: No ha de venir esa, sino fulana (nombrando otra religiosa por su nombre), y esa que pides, de aquí á treinta dias te seguirá. Pasado esto, cesó la vision; y la doliente llamando á la madre del monasterio, dióle cuenta de todo lo que habia pasado; y de ahí á tres dias falleció ella, y juntamente la otra que le era señalada; y cumplidos los treinta, pasó desta vida á la otra la que ella habia pedido. La memoria deste hecho permanece hasta agora en aquel monasterio, y las religiosas mas nuevas que supieron esto de sus madres, lo cuentan agora con tanto fervor y devocion como si estas mesmas se hallaran presentes á esta maravilla. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio. Considere pues aquí el cristiano lector cuán glorioso fin haya sido este.

Tras deste ejemplo escribe el mesmo sancto otro no ménos memorable. Habia, dice él, en Roma un hombre llamado Servulo, muy pobre de hacienda, y muy rico de merescimientos, el cual estaba en un portal, que era paso para la iglesia de Sant Clemente, pidiendo limosna á los que por allí pasaban; y estaba tan tullido de perlesía en un lecho, que ni se podia levantar, ni asentar en la cama, ni llegar la mano á la boca, ni mudarse de un lado á otro. Tenia él una madre, y un hermano que le acompañaban y servian, y todo lo que él podia haber de sus limosnas, mandábalo dar á otros pobres por mano de la madre y del hermano. No sabia leer; mas habia comprado algunos libros sagrados, y cuando recebia en casa algunos religiosos, hacia que le leyesen en ellos: de donde vino á ser que en su manera supiese mucho de las Escripturas sagradas, aunque del todo no sabia leer. Y juntamente con esto procuraba dar siempre gracias á nuestro Señor en medio de sus dolores, y ocuparse dia y noche en himnos y alabanzas divinas. Mas llegándose ya el tiempo en que el Señor queria remunerar esta tan gran paciencia, llegó á lo postrero. Y como él se viese vecino á la muerte, llamó á los peregrinos huéspedes que en su casa habia, y amonestóles que se levantasen, y cantasen juntamente con él salmos por la esperanza de su acabamiento.

Y estando él con ellos muriendo y cantando, súbitamente los atajó, y puso silencio con un grande clamor y terror, diciendo: Callá. ¿Por ventura no ois las voces de alabanza que suenan en el cielo? Y estando él atento con el oído de su corazon á las voces que dentro de sí oia, luego aquella sancta ánima fué desatada de la carne; y así como acabó de espirar, sintióse allí un tan maravilloso olor, que todos cuantos presentes estaban fuéron llenos de inestimable suavidad: por las cuales cosas evidentemente conocieron que eran verdaderas las voces de alabanza con que aquella ánima habia sido recebida en el cielo. A la cual maravilla se halló presente un monje nuestro, que hasta hoy es vivo, el cual con grandes lágrimas suele testificar que aquel olor maravilloso no se quitó de las narices de los que allí asistian, hasta que el cuerpo fué entregado á la sepultura.

(*a*) Greg. 4 lib. Dialog. c. 15

Tras deste añadiré aquí otro ejemplo memorable del mesmo Sant Gregorio, del cual da él fiel testimonio, como de cosa que mucho le tocaba (*a*): Tres hermanas, dice él, tuvo mi padre, las cuales todas fuéron vírgenes dedicadas á Dios. La una se llamaba Tarsilla, y la otra Gordiana, y la otra Emiliana. Y todas tres con un mesmo fervor y devocion se ofrescieron á Dios, y en un mesmo tiempo se consagraron á él; y así vivian en su propria casa debajo de una estrecha regla y observancia. Y perseverando mucho tiempo en esta vida, comenzaron Tarsilla y Emiliana á crescer cada dia mas en el amor de su Criador; de tal manera que estando en la tierra con solo el cuerpo, cada dia con el ánimo subian á la eternidad. Mas por el contrario el ánimo de Gordiana comenzó á entibiarse cada dia mas en el amor íntimo de Dios, y encenderse poco á poco mas en el amor deste siglo. En el cual tiempo decia muchas veces Tarsilla con un gran gemido á su hermana Emiliana: Veo que mi hermana Gordiana no pertenesce á nuestro estado. Veo que se derrama de fuera, y que no guarda su corazon conforme al propósito de su religion. Y procuraban cada dia las hermanas con blandas palabras amonestarla, para que dejada la liviandad de sus costumbres tuviese la gravedad que le pedia su hábito. Y ella mostrando un rostro grave cuando oía estas palabras, pasada la hora del castigo, perdia luego aquella fingida gravedad; y así gastaba el tiempo en hablar palabras livianas, y holgábase con la compañía de las doncellas legas, y érale muy pesada la conversacion de cualquier persona que no era dada á este mundo. Pues una noche mi bisabuelo Félix (pontífice que fué desta iglesia de Roma) apareció á Tarsilla (la cual se habia aventajado sobre sus hermanas en la virtud de la continua oracion, y de la afliccion corporal, y de singular abstinencia, y gravedad de vida, y en toda sanctidad), y mostrándole una morada de perpetua claridad, le dijo: Vén, porque en esta morada de luz te tengo de recibir. Y ella cayendo otro dia enferma de una calentura, llegó á lo postrero. Y como es costumbre juntarse mucha gente cuando las personas nobles están en paso de muerte, para consolar los deudos del que muere; así en aquella hora se hallaron allí muchas personas señaladas. Entre las cuales estaba tambien allí mi madre.

Entónces la doliente levantando los ojos á lo alto, vió venir á Jesus, y con grande admiracion comenzó á dar voces y decir: Apartáos, que viene Jesus. Y puestos los ojos en aquel Señor que veia, luego aquella sancta ánima se despidió de la carne. Y súbitamente fué sentido allí por todos un olor de tan grande suavidad, que daba bien á entender que el autor de toda la suavidad habia allí venido. Y como despues la desnudasen para lavar su cuerpo, como se suele hacer á los muertos, hallaron que en las rodillas y en los cobdos tenia hechos callos como de camello, del continuo uso de estar prostrada en oracion: de manera que la carne muerta daba testimonio de lo que el espíritu hacia siempre en la vida. Todo esto pasó ántes de la fiesta del nascimiento de nuestro Salvador. Despues de la cual apareció luego Tarsilla á su hermana Emiliana de noche en una vision diciéndole: Vén, hermana, para que celebre contigo la fiesta de la Epifanía; pues sin ti celebré la del Sancto Nascimiento. Mas Emiliana, congojada por el peligro y desamparo de su hermana Gordiana, respondió: Si yo voy contigo, ¿á quién dejaré encomendada nuestra hermana Gordiana? A lo cual ella con un triste semblante respondió: Vén tú; porque Gordiana nuestra hermana está en la cuenta de las legas. Despues de la cual vision luego cayó Emiliana enferma, y cresciendo la enfermedad, vino á morir ántes del dia de la fiesta que le era señalada. Mas Gordiana, como se vió sola, luego cresció mas en su maldad; porque olvidada del temor de Dios, y olvidada de la vergüenza, y de la reverencia, y olvidada de su voto y consagracion, vino á casar con un hombre á quien tenia arrendada su hacienda. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio, que con historias de su mesma casa y familia nos da bien á entender el dichoso y próspero fin de la virtud, y el triste y feo paradero de la liviandad. Mas á esta materia daré cabo con otra maravillosa historia que el mesmo sancto refiere de su proprio tiempo, por estas palabras (*b*).

En el tiempo que yo fuí á entrar en el monasterio, habia en Roma una mujer anciana que se llamaba Redempta, la cual en hábito de religiosa moraba junto á la iglesia de la bienaventurada siempre Vírgen María. Esta habia sido discípula de una vírgen llamada Hirundina, de quien se decia que resplandeciendo con grandes virtudes, habia hecho vida heremítica sobre los montes Prenestinos. Habíanse juntado con esta Redempta dos dicípulas: una que se llamaba Romula, y la otra, que es agora viva, conózcola de rostro, mas no le sé el nombre. Morando pues estas tres en una mesma casa, vivian una vida muy pobre de riquezas, mas muy rica de virtudes. Pero esta Romula sobrepujaba á la otra su condicípula con grandes méritos de vida, porque era mujer de maravillosa paciencia, y de suma obediencia, y grande guardadora de silencio, y muy ejercitada en el uso de la continua oracion. Mas porque muchas veces los que parecen perfectos en los ojos de los hombres, no carescen de alguna imperfeccion en los de Dios (como vemos que muchas veces los hombres ignorantes alaban una imágen esculpida, que no está del todo acabada, como si ya lo estuviese; mas el artífice entiende que hay mas que hacer en ella, y aunque la oya alabar, todavía procura de la limar mas y perfeccionar), así se hubo el Señor con esta Romula, la cual quiso afinar y purificar mas con una recia enfermedad de perlesía, de la cual estuvo muchos años en cama, cuasi sin poder servirse de sus miembros. Mas estos azotes nunca movieron su ánima á impaciencia; ántes la falta de los miembros se le hizo acrescentamiento de virtudes, y tanto mas se ejercitaba en el ejercicio de la oracion, cuanto ménos tenia otra cosa que poder hacer. Pues una noche llamó á la madre Redempta, la cual criaba estas dos dicípulas como hijas, diciéndole: Madre, vén; madre, vén. La cual se levantó luego con la otra condicípula, como despues ambas lo contaron á muchos, y la cosa fué muy notoria á todos, y yo tambien en aquel mesmo tiempo lo supe. Pues estando ellas á la media noche junto á la cama de la enferma, súbitamente resplandesció allí una luz del cielo, que hinchió todo el espacio de aquella celdilla. Y el resplandor desta claridad era tan grande, que hacia estremecer á los que presentes estaban, de tal manera, que (como despues ellas contaban), todo el cuerpo tenian como helado y yerto por la grandeza del pavor. Porque comenzaron á oir un sonido como de mucha gente, que por la puerta de la celda entraba, y la mesma puerta crujia, como apretada de los que por ella entraban. Y así sentian entrar muchedumbre de gente; mas la grandeza del temor y de la claridad hacia que no pudiesen ver nada. Por-

(a) Hom. 38. in Evang. circa finem.

(b) Homilia última in Evangelia.

que el temor derribaba su corazon, y la grandeza de la claridad les escurecia y reverberaba la vista. Despues de la cual luz sintieron un olor de tan maravillosa suavidad, que el temor que habia causado la luz, templaba la suavidad deste olor. Mas como no pudiesen sufrir la fuerza de tan grande luz, la enferma comenzó con una voz blanda á consolar á la maestra que allí estaba tremiendo, con estas palabras: No temas, madre mia, que no muero agora. Y diciendo esto muchas veces, fué poco á poco remitiéndose la luz hasta que del todo cesó; mas no cesó la suavidad del olor; ántes perseveró de la mesma manera hasta el segundo y el tercero dia. Y pasado el tercero dia, en la noche que despues se siguió, llamó á su maestra, y pidió el Viático, que es el Santísimo Sacramento, y recibiólo; y apénas se habia apartado la madre y la otra condicípula de su cama, cuando súbitamente se comenzaron á oir en la plaza ántes de la puerta de aquella celda dos coros de cantores, los cuales, segun que por las voces se podia juzgar, parecian de hombres y mujeres, cantando los hombres los salmos, y respondiendo las mujeres. Y estándose desta manera celebrando aquellos oficios y exequias celestiales, aquella sancta ánima salida de las carnes, comenzó á subir al cielo, y juntamente con ella iba aquel canto y olor celestial; y cuanto mas subia á lo alto, ménos se sentia acá bajo, hasta que del todo lo uno y lo otro cesó. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio.

Muchos otros ejemplos se pudieran traer á este propósito; pero estos bastarán para que se vea cuán quieta, cuán pacífica y alegre comunmente sea la muerte de los buenos. Porque aunque no á todos se concedan estas señales tan sensibles, pero como todos sean hijos de Dios, y á la hora de la muerte se acabe el plazo de los trabajos, y comience el de la remuneracion, siempre son allí esforzados y consolados con el socorro de la divina gracia, y con el testimonio de su buena conciencia. Y así se consolaba el bienaventurado Sant Ambrosio en este paso, diciendo: No he vivido de tal manera, que me pese por haber vivido; ni temo la muerte, porque tenemos buen Señor. Y á quien estos tan grandes favores parecieren increibles, ponga los ojos en la inmensidad incomprehensible de la bondad de Dios (á la cual pertenesce amar, honrar y favorescer los buenos), y parescerle ha poco todo lo que aquí se ha contado. Porque si esta bondad llegó á tomar carne humana y morir en una cruz por los hombres, ¿qué mucho es consolar y honrar á la hora de la muerte á los buenos que por tan caro precio redimió? Y si acabando de espirar los ha de llevar á su casa, y hacerlos participantes de su gloria, y mostrarles la esencia divina, ¿qué mucho es hacerles estos favores al tiempo de la partida?

§. III.

Conclusion de la segunda parte.

Estos son pues, hermano mio, los doce privilegios que se conceden á la virtud en esta vida; que son como los doce fructos de aquel hermosísimo árbol que vió Sant Juan en el Apocalipsi (*a*), plantado á la ribera de un rio, que daba doce fructos en el año, segun el número de los meses dél. Porque ¿qué otro árbol puede ser este, despues del Hijo de Dios, sino la mesma virtud, que es el árbol que da fructos de sanctidad y de vida? ¿y qué otros fructos mas preciosos que estos que aquí se han declarado? Porque ¿qué mas hermoso fructo que la providencia paternal que Dios tiene de los suyos, y la gracia divina, y la lumbre de la sabiduría, y las consolaciones del Espíritu Sancto, y el alegría de la buena consciencia, y el socorro de la esperanza, y la verdadera libertad del ánima, y la paz interior del corazon, y el ser oido en las oraciones, y socorrido en las tribulaciones, y proveido en las necesidades temporales, y finalmente ayudado y consolado con alegre muerte al fin de la vida? Verdaderamente cada uno destos privilegios es en sí tan grande, que si bien se conociese, solo él bastaria para hacer á un hombre abrazar la virtud, y mudar la vida, y para que entendiese con cuánta verdad dijo el Salvador (*b*) que el que por él dejase el mundo, recibiria aquí ciento tanto mas de lo que dejó, y despues la vida eterna, como arriba se declaró.

Cata aquí pues, hermano, cuál sea este bien á que te convidamos: mira si te puedes llamar á engaño, aunque dejases por él todas las cosas del mundo. Un solo inconveniente tiene (si así se puede llamar) por donde no es de los malos tan preciado, que es, no ser dellos conoscido. Por lo cual dijo el Salvador (*c*) que el reino de los cielos era semejante al tesoro escondido. Porque verdaderamente él es tesoro; mas es tesoro escondido á los otros, no á su poseedor. Porque muy bien conocia el valor deste tesoro el Profeta, cuando decia (*d*): Mi secreto para mí, mi secreto para mí. Poco se le daba (por lo que á él tocaba) que supiesen los otros parte deste su bien; porque no es este como los otros bienes, que no son bienes si no son conocidos; porque como no son bienes por sí, sino por la opinion del mundo, es menester que sean conocidos del mundo para que se llamen bienes. Mas este bien hace bueno y bienaventurado al que lo posee, y no ménos calienta el corazon de su poseedor, sabiéndolo él solo, que si lo supiese todo el mundo.

Mas la llave deste secreto no es mi lengua, ni todo lo que aquí habemos dicho; porque todo lo que se puede declarar con lengua mortal queda bajo, para lo que él es. La llave es la luz divina, y la experiencia y uso de la virtud. Esta pide tú al Señor, y luego hallarás este tesoro; y hallarás al mesmo Dios, en quien todas las cosas hallarás, y verás con cuánta razon dijo el Profeta (*e*): Bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios, porque ¿qué puede faltar á quien este bien posee? Escríbese en el libro de los Reyes (*f*) que dijo Helcana, padre de Samuel, á su mujer Anna, viéndola llorar porque no tenia hijos: Anna, ¿por qué lloras, y por qué se aflige tu corazon? ¿Por ventura no te valgo yo mas que diez hijos? Pues si un buen marido (que hoy es y mañana no) vale mas á la mujer que diez hijos, ¿cuánto te parece que valdrá mas Dios al ánima que de verdad le posee? ¿Qué haceis, hombres? ¿en qué andais? ¿qué buscais? ¿por qué dejais la fuente del paraíso por los charquillos turbios del mundo? (*g*) ¿Por qué no tomais aquel tan sano consejo que os da el Profeta, diciendo (*h*): Probad y ved cuán suave es el Señor? ¿Por qué no tentaréis algunas veces este vado? ¿Por qué no probaréis este manjar? Fiáos de la palabra deste Señor y comenzad, que despues el mesmo camino y el negocio os desengañarán. Espantosa parecia aquella serpiente hecha de la vara de Moisen, cuando se miraba de léjos; mas

(*a*) Apoc. 22.

(*b*) Matth. 19. (*c*) Matth. 13. (*d*) Isai. 24. (*e*) Psal. 143. (*f*) 1. Reg. 1. (*g*) Hier. 2. (*h*) Psal. 33.

tomada en la mano, le hizo vara inocente como lo era de ántes. No sin causa dijo Salomon (*a*): Caro es, caro es, dice el comprador: mas despues que tiene la mercaduría en la mano, vase gloriando. Pues así acaesce cada dia á los hombres en este trato: que como al principio no conocen la cualidad desta mercaduría, porque no son espirituales; y sienten lo que les piden por ella, porque son carnales; háceseles muy caro lo que les piden, por lo que les dan. Mas despues que comienzan á gustar cuán suave es el Señor, luego se glorían en su mercaduría, y conocen que por ningun precio es caro tan grande bien. ¡Cuán alegremente vendió aquel hombre del Evangelio todo lo que tenia, por comprar aquella heredad en que habia hallado el tesoro (*b*)! ¿Pues por qué el cristiano, oido este nombre, no querrá saber lo que esto es? Cosa es por cierto maravillosa, que si un burlador te certificase que dentro de tu casa en tal parte habia un gran tesoro, no dejarias de cavar y probar si esto era verdad; y certificándote aquí la palabra de Dios que dentro de tí puedes hallar un incomparable tesoro (*c*), ¡que no se te levante el corazon para quererlo buscar! ¡Oh si supieses cuánto son mas ciertas estas nuevas, y cuánto mayor este tesoro! ¡Oh si supieses á cuán pocas azadadas encontrarias con él! ¡Oh si entendieses cuán cerca está el Señor de los que le llaman si le llaman de verdad (*d*)! ¿Cuántos hombres habrá habido en el mundo, que arrepintiéndose de sus pecados, y perseverando en pedir perdon dellos, en ménos que una semana de camino, descubrieron tierra, ó por mejor decir, hallaron cielo nuevo y tierra nueva, y comenzaron á barruntar dentro de sí el reino de Dios? ¿Qué mucho es hacer esto aquel Señor que dijo (*e*): En cualquier hora que el pecador gimiere su pecado, no tendré mas memoria dél? ¿Qué mucho es hacer esto aquel que apénas dejó acabar al hijo pródigo aquella breve oracion que traia pensada, cuando le echó los brazos encima, y le recibió con tanta fiesta (*f*)? Vuélvete pues agora, hermano, á este piadoso padre, y madruga un poco por la mañana, y persevera algunos dias en llamar á las puertas de su misericordia; y ten por cierto que si humilmente perseverares, en cabo te responderá, y descubrirá el tesoro secreto de su amor; y cuando lo hayas probado, dirás luego con la Esposa en los cantares: Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, como nada la despreciará.

(*a*) Prov. 20. (*b*) Matth. 13. (*c*) Luc. 17.

(*d*) Psal. 144. (*e*) Ezech. 18 et 33. (*f*) Luc. 15.

TERCERA PARTE DESTE PRIMERO LIBRO,

EN LA CUAL SE RESPONDE Á LAS EXCUSAS QUE LOS HOMBRES SUELEN ALEGAR PARA NO SEGUIR EL CAMINO DE LA VIRTUD.

CAPITULO XXV.

Contra la primera excusa de los que dilatan la mudanza de la vida y el estudio de la virtud para adelante.

Ninguna duda hay sino que lo que hasta aquí habemos dicho bastaba y sobraba para el principal propósito que aquí pretendemos; que es inclinar los corazones de los hombres (supuesta la divina gracia) al amor y seguimiento de la virtud. Mas con ser todo esto verdad, no faltan á la malicia humana excusas y aparentes razones con que defenderse ó consolarse en sus males, como afirma el Eclesiástico, diciendo (*g*): El hombre pecador huirá de la correccion, y nunca le faltará para su mal propósito alguna aparente razon. Y Salomon otrosí dice (*h*): Que anda buscando achaques y ocasiones el que se quiere apartar de su amigo, y así los buscan los malos para apartarse de Dios, alegando para esto cada uno su manera de excusa. Porque unos dilatan este negocio para adelante; otros le reservan para la hora de la muerte; otros dicen que recelan esta jornada por parecerles trabajosa, y otros que se consuelan con la esperanza de la divina misericordia, pareciéndoles que con sola la fe y esperanza, sin caridad, podrán salvarse; y otros finalmente presos con el amor del mundo, no quieren dejar la felicidad que en él poseen, por la que les promete la palabra de Dios. Estos son los mas comunes embaimientos y engaños con que el enemigo del linaje humano de tal manera trastorna los entendimientos de los hombres, que los tiene cuasi toda la vida captivos en sus pecados; para que en este miserable estado los saltee la muerte, tomándolos con el hurto en las manos. Pues á estos engaños responderémos agora en la postrera parte deste libro, y primero contra los que dilatan este negocio para adelante, que es el mas general de todos estos.

Dicen pues algunos que todo lo dicho hasta aquí es verdad, y que no hay otro partido mas seguro que el de la virtud, y que no quieren dejar de seguirle; mas que al presente no pueden, que adelante habrá tiempo en que mas fácilmente y mejor lo pueden hacer. Desta manera escribe Sant Augustin que respondia á Dios ántes de su conversion, diciendo (*i*): Espera, Señor, un poco, aguarda otro poco, agora dejaré el mundo, agora saldré de pecado. Así pues andan los malos en traspasos con Dios, quebrantando de cada dia unos plazos, y señalando otros, sin acabar de llegar esta hora de su conversion.

Pues que este sea manifiesto engaño de aquella antigua serpiente (á quien no es nueva cosa mentir y engañar los hombres), no sería dificultoso de probar; y sería todo este pleito acabado, si solo esto quedase concluido. Porque ya nos consta que la cosa que todo hombre cristiano mas debe desear, es su salvacion, y que para

(*g*) Eccles. 32. (*h*) Prov. 18.

(*i*) Lib. 8. Confess. cap. 5.

esta le es necesaria la conversion y enmienda de la vida; porque de otra manera no hay salud. Resta pues que veamos cuándo esta se haya de hacer. De manera que no nos queda aquí por averiguar sino solo el tiempo; porque en todo lo demas no hay debate. Tú dices que adelante; yo digo que luego. Tú dices que adelante te será esto mas fácil de hacer; yo digo que luego lo será: veamos quien tiene razon.

Mas ántes que tratemos de la facilidad, ruégote me digas ¿quién te dió seguridad que llegarias adelante? ¿Cuántos te parece que se habrán burlado con esta esperanza? Sant Gregorio dice (*a*): Dios que prometió perdon al pecador si hiciese penitencia, nunca le prometió el dia de mañana. Conforme á lo cual dice Cesario: Dirá alguno por ventura: cuando llegare á la vejez me acogeré á la medicina de la penitencia. ¿Cómo tiene atrevimiento para presumir esto de sí la fragilidad humana; pues no tiene seguro solo un dia? Creo verdaderamente que son innumerables las ánimas que por este camino se han perdido; á lo ménos así se perdió aquel rico del Evangelio, de quien escribe Sant Lúcas (*b*): Que como le hobiese succedido muy bien la cosecha de un año, púsose á hacer consigo esta cuenta: ¿Qué haré de tanta hacienda? Quiero derribar mis graneros y hacerlos mayores, para guardar estos fructos; y hecho esto hablaré con mi ánima, y decirle he: aquí tienes, ánima mia, muchos bienes para muchos años. Pues que así es, come, y bebe, y huelga, y date buena vida. Y estando el miserable haciendo esta cuenta, oyó una voz que le dijo: Loco, esta noche te pedirán tu ánima; eso que tienes guardado ¿para quién será? Pues ¿qué mayor locura que disponer un hombre por su autoridad lo que ha de ser adelante, como si tuviese en su mano la presidencia de los tiempos y momentos que el Padre Eterno tiene puestos en su poder? Y si del Hijo solo dice Sant Juan (*c*) que tiene las llaves de la vida y de la muerte para cerrar y abrir á quien y cuando él quisiere, ¿cómo el vil gusanillo quiere adjudicar á sí, y usurpar ese tan gran poder? Solo este atrevimiento merece ser castigado con este castigo (para que el loco por la pena sea cuerdo), que no halle adelante tiempo de penitencia el que no quiso aprovecharse del que Dios le daba.

Y pues son tantos los que desta manera son castigados, muy mejor acuerdo será escarmentar en cabeza ajena, y sacar de los peligros de los otros seguridad; tomando aquel tan sano consejo que nos da el Ecclesiástico, diciendo (*d*): Hijo, no tardes de convertirte al Señor, y no lo dilates de dia en dia; porque súbitamente suele venir su ira, y destruirte ha en el tiempo de la venganza.

§. I.

Mas ya que te concediésemos esa vida tan larga como tú imaginas, ¿cuál será mas fácil, comenzar dende luego á enmendarla, ó dejarse esto para adelante? Y para que esto se vea mas claro, señalarémos aquí sumariamente las principales causas de donde esta dificultad procede. Nasce pues esta dificultad, no de los impedimentos y embarazos que los hombres imaginan, sino del mal hábito y costumbre de la mala vida pasada; que mudarla (como dicen) es á par de muerte. Por lo cual dijo Sant Hierónimo que el camino de la virtud nos habia hecho áspero y desabrido la costumbre larga de pecar. Porque la costumbre es otra segunda naturaleza; y así prevalescer contra ella, es vencer la mesma naturaleza, que es la mayor de todas las victorias. Y así dice Sant Bernardo (*e*) que despues que un vicio se ha confirmado con la costumbre de muchos años, es menester especialísimo y cuasi miraculoso socorro de la divina gracia para vencerlo. Por donde el cristiano debe temer mucho la costumbre de cualquier vicio; porque así como hay prescripcion en las haciendas, así tambien en su manera la hay en los vicios. Y despues que un vicio ha prescripto, es muy malo de vencer por pleito, si no hay (como dice aquí Sant Bernardo) especialísimo favor divino.

Nasce tambien esta dificultad de la potencia del demonio, que tiene especial señorío sobre el ánima que está en pecado: el cual es aquel fuerte armado del Evangelio, que guarda con grandísimo recaudo todo lo que tiene á su cargo (*f*). Nasce tambien de estar Dios apartado del ánima que está en pecado, que es aquella guarda que vela siempre sobre los muros de Hierusalem (*g*): el cual está tanto mas alejado del pecador, cuanto él está mas lleno de pecados. Y deste alejamiento nacen grandes miserias en el ánima, como el Señor lo significó, cuando por un profeta dijo (*h*): ¡Ay dellos, porque se apartaron de mí! Y en otro capítulo dice (*i*): ¡Ay dellos cuando yo me apartare dellos! Que es el segundo ay de que Sant Juan hace mencion en su Apocalipis (*k*).

Ultimamente nasce esta dificultad de la corrupcion de las potencias de nuestra ánima, las cuales en gran manera se estragan y corrompen por el pecado, aunque esto no sea en sí mesmas, sino en sus operaciones y efectos. Porque así como el vino se corrompe con el vinagre, la fruta con el gusano, y finalmente cualquier contrario con su contrario (como arriba dijimos), así tambien todas las virtudes y potencias de nuestra ánima se estragan con el pecado, que es el mayor de todos sus enemigos y contrarios. Porque con el pecado se escurece el entendimiento, y se enflaquece la voluntad, y se desordena el apetito, y se debilita mas el libre albedrío, y se hace ménos señor de sí y de sus obras; aunque nunca del todo pierda ni su fe ni su libertad. Y siendo estas potencias los instrumentos con que nuestra ánima ha de obrar el bien, siendo estas como las ruedas deste reloj (que es la vida bien ordenada), estando estas ruedas y instrumentos tan maltratados y desordenados, ¿qué se puede esperar de aquí sino desórden y dificultad? Estas pues son las principales causas deste trabajo, las cuales todas originalmente nacen del pecado, y crecen mas y mas con el uso dél.

Pue siendo esto así, ¿en qué seso cabe creer que adelante te será la conversion y mudanza de vida mas fácil, cuando habrás multiplicado mas pecados, con los cuales juntamente habrán crecido todas las causas desta dificultad? Claro está que adelante estarás tanto mas mal habituado, cuanto mas hubieres pecado. Y adelante estará tambien el demonio mas apoderado de tí, y Dios mucho mas alejado. Y adelante estará mucho mas estragada el ánima con todas aquellas fuerzas y potencias que dijimos. Pues si estas son las causas desta dificultad; ¿en qué juicio cabe creer que será este negocio mas fácil, creciendo por todas partes las causas de la dificultad?

Porque continuando cada dia los pecados, claro está que adelante habrás añadido otros ñudos ciegos á los

(*a*) Hom. 12. in Evang. (*b*) Luc. 12. (*c*) Apoc. 1. (*d*) Eccl. 5.

(*e*) Serm. de Sept. donis; et de consider. ad Eugen. lib. 1. in princip.
(*f*) Luc. 11. (*g*) Isai. 26 et 62. (*h*) Osee 7. (*i*) Osee 9. (*k*) Apoc. 11.

que ya tenias dados: adelante habrás añadido otras cadenas nuevas á las que ya te tenian preso: adelante habrás hecho mayor la carga de los pecados que te tenian oprimido: adelante estará tu entendimiento con el uso del pecar mas escurecido, tu voluntad mas flaca para el bien, y tu apetito mas esforzado para el mal, y tu libre albedrío (como ya declaramos) mas enfermo y debilitado para defenderse dél. Pues siendo esto así, ¿cómo puedes tú creer que adelante te será este negocio mas fácil? Si dices que no puedes agora pasar este vado, aun ántes que el rio haya crecido mucho, ¿cómo lo pasarás mejor cuando vaya de mar á mar? Si tan trabajoso se te hace arrancar agora las plantas de los vicios, que están en tu ánima recien plantadas, ¿cuánto mas lo será adelante, cuando hayan echado mas hondas raices? Quiero decir: si agora que están los vicios mas flacos, dices que no puedes prevalescer contra ellos, ¿cómo podrás adelante cuando estén mas arraigados y fortificados? Agora por ventura peleas con cien pecados, adelante pelearás con mil; agora con un año ó dos de mala costumbre, adelante quizá con diez. Pues ¿quién te dijo que adelante podrás mas fácilmente con la carga que agora no puedes, haciéndose ella por todas partes mas pesada? ¿Cómo no ves que estas son trapazas de mal pagador, que porque no quiere pagar dilata la paga de dia en dia? ¿Cómo no ves que estas son mentiras de aquella antigua serpiente, que con mentiras engañó á nuestros primeros padres (*a*), y con ellas trata de engañar á sus hijos?

Pues siendo esto así, ¿cómo es posible què cresciendo las dificultades por todas partes, te será mas fácil lo que agora te parece imposible? ¿En qué seso cabe creer que multiplicándose las culpas, será mas lijero el perdon, y creciendo la dolencia, será mas fácil la medicina? ¿No has leido lo que el Ecclesiástico dice (*b*), que la enfermedad antigua y de muchos años pone en trabajo al médico, y que la de pocos dias es la que mas presto se cura? Esta manera de engaño declaró muy al proprio un ángel á uno de aquellos sanctos padres del yermo, segun leemos en sus vidas (*c*). Porque tomándole por la mano, sacóle al campo, y mostróle un hombre que estaba haciendo leña; el cual despues de hecho un grande hace, como probase á llevarlo á cuestas, y no pudiese, volvió á cortar mas leña, y juntarla con la otra; y como ménos pudiese con esta por ser mayor, todavía porfiaba á hacer aun mayor la carga, creyendo que así la podria mejor llevar. Pues como el sancto monje se maravillase desto, díjole el ángel que tal era la locura de los hombres, que no pudiendo levantarse de los pecados, por el peso grande que tenian sobre sí, añadian cada dia pecados á pecados, y cargas á cargas, creyendo que adelante podrian con lo mas, no pudiendo agora con lo ménos.

Pues ¿qué diré entre todas estas cosas del poder solo de la mala costumbre, y de la fuerza que tiene para detenernos en el mal? Porque cierto es que así como los que hincan un clavo, con cada golpe que le dan lo hincan mas, y con otro golpe mas; y así miéntras mas golpes le dan, mas fijo queda y mas dificultoso de arrancar: así con cada obra mala que hacemos, como con una martillada se hinca mas y mas el vicio en nuestras ánimas; y así queda tan aferrado, que apénas hay manera para poderlo despues arrancar. Por donde vemos que la vejez de aquellos que gastaron la mocedad en vicios, suele ser muchas veces amancillada con las disoluciones de aquella edad pasada, aunque la presente las rehuse, y la mesma naturaleza las sacuda de sí. Y estando ya la naturaleza cansada del vicio, sola la costumbre que queda en pié corre el campo, y les hace buscar deleites imposibles: tanto puede la tiranía y fuerza de la mala costumbre. Por lo cual se escribe en el libro de Job (*d*), que los huesos del malo serán llenos de los vicios de su mocedad, y con él dormirán en la sepultura. De manera que los tales vicios no tienen otro término, sino el comun término de todas las cosas, que es la muerte, en la cual vienen á acabar, aunque en la verdad ni aun aquí acaban, sino continúanse en perpetua eternidad; por lo cual se dice que duermen con él en la sepultura. Y la causa desto es, porque por razon de la vieja costumbre (que está ya convertida en naturaleza) tienen los apetitos de los vicios tan íntimamente arraigados en los huesos y médulas de su ánima, como una calentura lenta de tísicos, que está allá metida en las entrañas del hombre, que no espera cura ni medicina.

Esto mesmo nos mostró tambien el Salvador en la resurreccion de Lázaro, de cuatro dias muerto (*e*); al cual resuscitó con tan grandes clamores y sentimientos, como quiera que los otros muertos resuscitase con tanta muestra de facilidad, para dar á entender cuán gran maravilla sea resuscitar Dios al que está ya de cuatro dias muerto y hediondo: esto es, de muchos dias, y de mucho tiempo acostumbrado á pecar. Porque, como declara Sant Augustin, entre estos cuatro dias el primero es el deleite del pecado, el segundo el consentimiento, el tercero la obra, el cuarto la costumbre del pecar; y el que á este punto llega, ya es Lázaro de cuatro dias muerto, que no resuscita sino á fuerza de bramidos y lágrimas del Salvador.

Todo esto evidentísimamente nos declara la dificultad grande que se añade á este negocio con la dilacion del tiempo, y como miéntras mas se dilata, mas se dificulta; y por consiguiente cuán manifiesta sea la mentira de los que adelante dicen que será mas fácil la emienda de su vida.

§. II.

Mas pongamos ya que todo te sucediese de la manera que tú lo sueñas, y que esas esperanzas tan vanas no te saliesen en blanco: ¿qué me dirás del tiempo que en el entretanto pierdes, en el cual podrias merecer tan grandes y tan preciosos tesoros? ¿Qué locura sería (juzgando agora segun el mundo) si al tiempo que entrada una riquísima ciudad por armas, y estando los soldados saqueándola á gran priesa, cargándose de joyas y de tesoros, dejase uno de hacer otro tanto por estarse muy de espacio jugando al tejo con los muchachos en la plaza? Pues ¿cuánto mayor locura es, que al tiempo que los justos están dándose priesa en hacer buenas obras para ganar con ellas los tesoros del cielo, que estés tú, que podrias hacer lo mesmo, perdiendo este tiempo, y ocupándote en los juguetes y niñerías del mundo?

¿Qué me dirás tambien, no solo de los bienes que pierdes, sino de los males que en el entretanto haces? ¿No está claro que un pecado venial no se debria hacer (como dice Sant Augustin) por todo el mundo? Pues ¿cómo te pones tú á hacer tantos mortales en ese medio tiempo, de los cuales ni uno solo debias de hacer por la salud de

(*a*) Genes. 3. (*b*) Eccl. 10. (*c*) En el libro de Vitis Patrum, 2. p. §. 36.

(*d*) Iob. 20. (*e*) Ioan. 11.

mil mundos? ¿Cómo quieres en el entretanto ofender, y provocar á ira á aquel por cuyas puertas despues te has de meter, á cuyos piés te has de derribar, de cuyas manos ha de estar colgada la suerte de tu eternidad, y cuya misericordia finalmente pretendes pedir con lágrimas y gemidos? ¿Cómo quieres agora porfiadamente enojar á quien despues has de haber menester, y á quien tanto ménos hallarás propicio, cuanto mas le tuvieres enojado? Muy bien arguye Sant Bernardo contra los tales, diciendo así: Tú que haces estas malas cuentas, perseverando en la mala vida, ¿dime si piensas que el Señor te ha de perdonar, ó no? Si crees que no te perdonará, ¿qué mayor locura que pecar sin esperanza de perdon? Y si piensas dél que es tan bueno y misericordioso, que aunque tantas veces le hayas ofendido, te perdonará, dime, ¿qué mayor maldad, que tomar ocasion para mas ofenderle, de donde la habias de tomar para mas amarle? ¿Qué se puede responder á esta razon?

¿Qué me dirás tambien de las lágrimas que adelante has de derramar por los pecados que agora haces? Porque si Dios adelante te llama y visita (y cuitado de tí si no lo hace), ten por cierto que te ha de amargar mas que la hiel cada uno desos bocados que agora comes, y que has de llorar siempre lo que en una vez heciste, y que quisieras ántes haber padecido mil muertes, que haber ofendido á tal Señor. Brevísimo fué el espacio que David pasó en sus placeres (a), y tan largo el que vivió con dolor, que él mesmo dice de sí (b): Lavaré cada una de las noches mi cama con lágrimas, y con ellas regaré mi estrado. Y era tanta la abundancia destas lágrimas, que la translacion de Sant Hierónimo, en lugar de: Lavaré mi cama, dice: Haré nadar mi cama en lágrimas; para significar aquellas tan grandes lluvias y corrientes de aguas que salian de sus ojos, porque no guardaron la ley de Dios. ¿Pues para qué quieres gastar tiempo en tal sementera, de la cual no tengas otro fructo que coger, sino lágrimas?

Allende desto debrias aun mirar que no solo siembras lágrimas para adelante, sino tambien dificultades para la buena vida, por el largo uso de la mala. Porque así como el que ha tenido una larga ó recia enfermedad pocas veces sale della sin reliquia para adelante; así lo hace tambien el largo uso de los pecados y la grandeza dellos. Siempre queda el hombre mas flaco y lisiado en aquella parte por do pecó, y por allí le da el enemigo mayores alcances. Los hijos de Israel adoraron un becerro, y en castigo desta culpa dióles Moysen á beber los polvos del becerro (c). Porque esta suele ser la pena con que castiga Dios algunos pecados, permitiendo por su justo juicio que se nos queden como embebidos en los huesos, y así sean nuestros verdugos los que ántes habian sido nuestros ídolos.

Sobre todo esto ¿no mirarias cuán mal repartimiento es diputar el tiempo de la vejez para hacer penitencia, y dejar pasar en flor los años de la mocedad? ¿Qué locura seria, si un hombre tuviese muchas bestias, y muchas cargas que llevar en ellas, que las echase todas sobre la bestia mas flaca, y dejase las otras irse holgando vacías? Tal es por cierto la locura de los que guardan para la vejez toda la carga de la penitencia, y dejan los mejores tercios de la mocedad y de los buenos años, que eran cierto mejores para llevar esta carga que la vejez, la cual apénas puede sostener á sí mesma. Muy bien dijo aquel gran filósofo Séneca: que quien espera por la vejez para ser bueno, claro muestra que no quiere dar á la virtud sino el tiempo que no le sirve para otra cosa. Pues ¿qué será si con esto consideras la grandeza de la satisfaccion que aquella Majestad infinita pide para perfecto descargo de sus ofensas? La cual es tan grande, que, como dice Sant Juan Climaco, apénas puede el hombre satisfacer hoy por las culpas de hoy, y apénas puede el mesmo dia descargar á sí mesmo. Pues ¿cómo quieres tú amontonar deudas en toda la vida, y reservar la paga para la vejez, que apénas podrá pagar las suyas proprias? Es tan grande esta maldad, que la tiene Sant Gregorio por una grande deslealtad, como él lo significa por estas palabras (d): Harto léjos está de la fidelidad que debe á Dios el que espera el tiempo de la vejez para hacer penitencia. Debia este tal temer no venga á caer en las manos de la justicia, esperando indiscretamente en la misericordia.

§. III.

Mas pongamos agora que todo lo susodicho no hobiese lugar, ni entreviniesen aquí todas estas cosas: dime, ¿no bastaría, si hay ley, si razon, si justicia en el mundo, la grandeza de los beneficios recebidos, y de la gloria prometida, para hacer que no fueses tan escaso en el tiempo del servicio con quien tan largo te ha sido en el hacer de las mercedes? ¡Oh con cuánta razon dijo el Ecclesiástico (e): Nunca ceses de hacer bien en todo tiempo; porque el galardon de Dios permanece para siempre! Pues si el galardon ha de durar tanto, ¿por qué quieres tú que dure tan poco el servicio? Si el galardon ha de durar mientra Dios reinare en el cielo, ¿por qué no quieres tú que el servicio dure siquiera mientra tú vivieres en la tierra (que todo ello es un punto), sino que dese punto quieres quitar los dos tercios, y dejar un soplo para Dios?

Demas desto, si tú esperas que te has de salvar, tambien has de presuponer que te tiene Dios ab eterno predestinado para esta salud. Pues dime agora: si madrugó este Señor dende su eternidad á amarte, y hacerte cristiano, y adoptarte por hijo, y hacerte heredero de su reino, ¿cómo aguardas tú en el fin de tus dias á amar aquel que dende el principio de su eternidad (que es sin principio) te amó? ¿Cómo puedes acabar contigo de hacer servicios tan cortos á quien determinó hacerte beneficios tan largos? Porque á buena razon, ya que el galardon es eterno, tambien lo habia de ser el servicio, si esto fuera posible. Mas ya que no lo es, sino tan breve cuanto es la vida del hombre, ¿cómo dese espacio tan corto quieres quitar un pedazo tan largo al servicio de tal Señor, y dejarle tan poco, y aun eso de lo peor? Porque (como dice muy bien Séneca) en lo bajo del vaso no solo queda lo poco, sino tambien lo malo. Pues, ¿qué racion es esa que dejas para Dios? Maldito sea, dice él por Malaquías (f), el engañador que teniendo en su manada animal sano y sin defecto, ofrece al Señor el mas flaco de su ganado; porque Rey grande soy yo (dice el Señor de los ejércitos), y mi nombre es terrible entre las gentes. Como si mas claramente dijera: A tan grande Señor como yo, grandes servicios pertenescen, y injuria es de tan grande Majestad ofrecerle el desecho de las cosas. Pues ¿cómo guardas tú lo mejor y

(a) 2. Reg. 11. (b) Psalm. 6. (c) Exod. 32.

(d) Lib. 25. Mor. cap. 2 et 3. et hom. 12. in Evang. (e) Eccles. 18.
(f) Malach. 1.

mas hermoso de la vida, para servicio del demonio, y quieres ofrecer á Dios lo que ya el mundo desecha de sí? Dice Dios (a): No ternás en tu casa medida mayor ni menor, sino medida justa y verdadera: ¿y quieres tú contra esta ley tener dos medidas tan desiguales, una tan grande para el demonio (como medida de amigo), y otra tan pequeña para Dios como si fuera enemigo?

Sobre todo esto te ruego que si ya de todos estos beneficios no haces caso, te acuerdes á lo ménos de aquel inestimable beneficio que el Padre Eterno te hizo en darte á su unigénito Hijo, que fué dar en precio de tu ánima aquella vida que valia mas que todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Por donde aunque tuvieras tú en tí todas estas vidas y otras infinitas, las debias al dador de aquella vida, y aun todo esto era poco para pagarla. Pues ¿con qué razon, con qué cara, con qué título niegas esa sola vida que tienes tan pobre al que tal vida puso por ti? ¿Y aun desa quieres quitar lo mejor y mas bien parado, y dejar las heces para él?

Sea pues la conclusion deste capítulo la que dió Salomon á su Ecclesiastes (b), donde finalmente vino á resolverse en aconsejar al hombre se acordase de su Criador en el tiempo de su mocedad, y no dejase este negocio para la vejez, que para todos los trabajos corporales es inhábil; cuyas pesadumbres y inhabilidades describe él allí por ocultas y admirables semejanzas, las cuales en sentencia dicen así: Acuérdate de tu Criador en el tiempo de tu mocedad, ántes que vengan aquellos dias trabajosos, y aquellos años en que ya la mesma vida suele ser á los hombres enojosa; ántes que se menoscabe la vista, y te parezca ya que el sol está escuro, y la luna y las estrellas; cuando ya tiemblan las guardas de la casa (que son las manos), y se estremecen los varones fuertes (que son las piernas que sustentan toda la carga deste edificio), y cesa ya el uso de la dentadura, que ántes molia y desmenuzaba el manjar menudamente; y asimesmo comienza á desfallecer la potencia visiva del ánima, que veia por las ventanas y agujeros de los ojos, y se cierran las puertas de la plaza (porque tambien desfallecen los órganos de los otros sentidos), y despierta el hombre á la voz del gallo (por la flaqueza que suele haber de sueño en aquella edad), y se ensordecen las hijas de la música (porque se cierran y estrechan las arterias donde se forma la voz), donde no hay fuerza para subir á lo alto, y andar por camino fragoso, ántes aun en lo llano estropieza el hombre; donde ya está florido el almendro (porque la cabeza viene á cubrirse de canas), donde ya no hay hombros para poder llevar carga) por pequeña que sea), donde está ya el hombre desganado de todas las cosas (por ir cada dia mas desfalleciendo las fuerzas de nuestro corazon, donde está el asiento de nuestros apetitos), porque se va el hombre á mas andar acercando á la casa de su eternidad (que es la sepultura), donde le irán por la plaza llorando los suyos; cuando finalmente el polvo se tornará en su polvo, y el espíritu volverá al Señor que lo crió. Hasta aquí son cuasi todas estas palabras de Salomon.

Acuérdate pues, hermano, conforme á esta descripcion, de tu Criador en el tiempo de la mocedad, y no dilates la penitencia para estos años tan cargados, donde ya desfallece la mesma naturaleza, y el vigor de todos los sentidos; donde el hombre mas está para suplir con regalos y industria lo que falta de virtud á la naturaleza, que para abrazar los trabajos de la penitencia; cuando ya la virtud mas parece necesidad que voluntad; cuando ya los vicios ganan honra con nosotros, porque ellos nos dejan primero que los dejemos, aunque lo mas comun es ser tal la vejez, cual fué la mocedad, segun aquello del Ecclesiástico que dice (c): Lo que no allegaste en la mocedad, ¿cómo lo hallarás en la vejez?

Este es pues el consejo tan saludable que te da Salomon, y este mesmo te da el Ecclesiástico, diciendo (d): Confesarte has, y alabarás á Dios estando vivo; vivo y sano te confesarás, y si así lo hicieres, serás glorificado y enriquecido con sus misericordias. Gran misterio es que entre los enfermos que estaban al derredor de la Piscina, aquel libraba mejor, que llegaba primero, cuando se meneaba el agua (e); para que por aquí entiendas, cómo toda nuestra salud está en acudir luego sin dilacion al movimiento interior de Dios. Corre pues, hermano mio, y date priesa; y si, como dice el Profeta (f), hoy en este dia oyeres la voz de Dios, no dilates la respuesta para mañana; ántes comienza luego á poner por obra lo que te será tanto mas fácil de obrar, cuanto mas presto lo comenzares.

CAPITULO XXVI.

Contra los que dilatan la penitencia hasta la hora de la muerte.

Razon sería que bastase lo dicho para confusion de otros que dejan (como ya declaramos) la penitencia para la hora de la muerte. Porque si tan gran peligro es dilatarla para adelante, ¿qué será para este punto? Mas porque este engaño está muy extendido por el mundo, y son muchas las ánimas que por aquí perecen, necesario es que dél particularmente tratemos. Y aunque sea algun peligro hablar desta materia, porque podria ser ocasion de desconfianza para algunos flacos; pero muy mayor peligro es no saber los hombres el peligro á que se ponen, cuando para este tiempo se guardan. De manera que pesados ambos peligros, sin comparacion es mayor este que el otro; pues vemos cuántas mas son las ánimas que se pierden por indiscreta confianza, que por demasiado temor. Y por tanto á nosotros que estamos puestos en el atalaya de Ecequiel (g), conviene avisar destos peligros; porque los que por nosotros deben ser avisados, no se llamen á engaño; y si ellos se perdieren, no cargue su sangre sobre nosotros. Y pues no tenemos otra lumbre, ni otra verdad en esta vida, sino la de la Escriptura Divina, y de los sanctos padres, y doctores que la declaran; veamos qué es lo que ellos dicen acerca desto, porque bien creo que nadie será tan atrevido, que ose anteponer su parecer á este. Y procediendo por esta via, traigamos primero lo que los sanctos antiguos, y en cabo lo que la Sancta Escriptura acerca desto nos enseñan.

§. I.

Autoridades de los sanctos antiguos, de la penitencia final.

Mas ántes que entremos en esta disputa, presupongamos primero lo que Sant Augustin y todos los doctores generalmente dicen: conviene saber, que así como es obra de Dios la verdadera penitencia, así la puede él inspirar cuando quisiere, y así en cualquier tiempo que la penitencia fuere verdadera (aunque sea en el punto de la muerte) es poderosa para dar salud. Mas esto cuán pocas veces acaezca, ni quiero que yo ni tú sea-

(a) Deut. 25. (b) Eccle. 12.

(c) Eccle. 25. (d) Eccle. 17. (e) Ioan. 5. (f) Psal. 94. (g) Ezech. 3 et 33.

mos creidos en esta parte; sino que lo sean los sanctos, por cuya boca habló el Espíritu Sancto, y por sus dichos y testimonios será razon que todos estémos. Oye pues primeramente lo que sobre este caso dice Sant Augustin en el libro de la verdadera y falsa penitencia: Ninguno espere á hacer penitencia cuando ya no puede pecar, porque libertad nos pide para esto Dios y no necesidad. Y por tanto aquel á quien primero dejan los pecados, que él deja á ellos, no parece que los deja por voluntad, sino por necesidad. Por donde los que no quisieron convertirse á Dios en el tiempo que podian, y despues vienen á confesarse cuando ya no pueden pecar, no así fácilmente alcanzarán lo que desean. Y un poco mas abajo, declarando cuál haya de ser esta conversion, dice así: Aquel se convierte á Dios, que todo, y del todo se vuelve á él; el cual no solo teme las penas, sino trabaja por alcanzar la gracia y los bienes del Señor. Y si desta manera acaesciere convertirse alguno al fin de la vida, no habemos de desesperar de su perdon. Mas porque apénas ó muy pocas veces se halla en aquel tiempo esta tan perfecta conversion, hay razon para temer del que tan tarde se convierte. Porque el que se ve apretado con los dolores de la enfermedad, y espantado con el temor de la pena, con dificultad llegará á hacer verdadera satisfaccion, mayormente viendo delante de sí los hijos que desordenadamente amó, y á la mujer, y al mundo que están tirando por él. Y porque hay muchas cosas que en este tiempo impiden el hacer penitencia, peligrosísima cosa es, y muy vecina de la perdicion dilatar hasta la muerte el remedio della. Y con todo esto digo que si este tal alcanzare perdon de sus culpas, no por eso quedará libre de todas las penas. Porque primero ha de ser purgado con el fuego del purgatorio, por haber dejado el fructo de la satisfaccion para el otro siglo. Y este fuego aunque no sea eterno (como es el del infierno), mas es extrañamente grande; porque sobrepuja todas las maneras de penas que se han padescido en este mundo. Ni jamas en carne mortal se sintieron tales tormentos, aunque los de los mártires hayan sido tan grandes, y los que han padescido algunos malhechores. Y por tanto procure cada uno de corregir así sus males, que no le sea necesario despues de la muerte padescer tan terribles tormentos.

Hasta aquí son palabras de Sant Augustin, donde habrás visto la grandeza del peligro en que se pone el que de propósito guarda la penitencia para este tiempo.

Sant Ambrosio tambien en el libro de la penitencia (aunque otros atribuyen este dicho al mesmo Sant Augustin) trata copiosamente esta materia, donde entre otras muchas cosas dice así: El que puesto ya en el postrer término de la vida pide el sacramento de la penitencia, y le recibe, y así sale desta vida, yo os confieso que no le negamos lo que pide; mas no osamos afirmar que salga de aquí bien encaminado. Torno á repetir que no oso decir esto; que no os lo prometo; que no lo digo, que no os quiero engañar. ¿Pues quieres, hermano, salir desta duda, y escaparte de cosa tan incierta? Haz penitencia en el tiempo que estás sano. Si así lo haces, dígote que vas bien encaminado; porque heciste penitencia en tiempo que pudieras pecar. Pero si aguardas á hacer penitencia en tiempo que ya no podias pecar, los pecados dejaron á tí, y no tú á ellos.

Lo mesmo dice Sant Isidoro por estas palabras: El que quiere á la hora de la muerte estar cierto del perdon, haga penitencia cuando está sano, y entónces llore sus maldades; mas el que habiendo vivido mal hace penitencia á la hora del morir, este corre mucho peligro; porque así como su condenacion es incierta, así su salvacion es dudosa.

Todas estas palabras son mucho para temer; mas mucho mas son las que escribe Eusebio, dicípulo de Sant Hierónimo, que este, su sancto maestro, dijo estando para morir, echado en tierra, vestido de saco: y porque no osaré referirlas con el rigor que están escriptas, por no dar motivo á los flacos para desmayar, el que quisiere las podrá leer en el cuarto tomo de las obras de Sant Hierónimo en una epístola que Eusebio escribe á Dámaso, obispo, sobre la gloriosa muerte de Sant Hierónimo. Pero entre otras cosas dice así: ¿Podrá decir el que todos los dias de su vida perseveró en su pecado: A la hora de la muerte haré penitencia y me convertiré? ¡Oh cuán triste es esta consolacion! Porque el que ha vivido mal toda la vida sin acordarse (sino por ventura por entre sueños) qué cosa era penitencia, muy dubdoso remedio tendrá en esta hora. Porque estando él en este tiempo enlazado con los negocios del mundo, y fatigado con los dolores de la enfermedad, y congojado con la memoria de los hijos que deja, y con el amor de los bienes temporales de que ya no espera gozar: estando así cercado de todas estas angustias, ¿qué disposicion tiene para levantar el corazon á Dios, y hacer verdadera penitencia, la cual en toda la vida nunca hizo, cuando esperaba vivir, y agora no haria si esperase sanar? Pues ¿qué manera de penitencia es la que se hace cuando la mesma vida se despide? Conozco algunos de los ricos deste siglo, que despues de graves enfermedades recobraron la salud del cuerpo y empeoraron en la del ánima. Esto tengo, esto pienso, esto he aprendido por larga experiencia: que por maravilla tendrá buen fin aquel cuya vida fué siempre mala, el que nunca temió pecar, y siempre sirvió á la vanidad. Hasta aquí son palabras del dicho Eusebio, en las cuales ves el temor que este sancto doctor tiene de la penitencia que hace en esta hora aquel que nunca la hizo en toda la vida.

Y no es menor el que Sant Gregorio en esta parte tiene (*a*), el cual sobre aquellas palabras de Job que dicen (*b*): ¿Qué esperanza tendrá el hipócrita si roba lo ajeno? ¿Por ventura oirá Dios su clamor en el dia de su angustia? dice así: No oye Dios en el tiempo de la angustia las voces de aquel que en tiempo de paz no quiso oir las voces de su Señor. Porque escripto está (*c*): El que cierra las orejas para no oir la ley, no será recebida su oracion. Mirando, pues, el sancto Job cómo todos los que agora dejan de obrar bien, al fin de la vida se vuelven á pedir mercedes á Dios, dice: ¿Por ventura oirá Dios el clamor de los tales? En las cuales palabras se conforma con la sentencia del Redemptor, que dice (*d*): A la postre vinieron las vírgines locas, diciendo: Señor, Señor, abridnos; y fuéles respondido: En verdad os digo que no os conozco. Porque en aquel tiempo usa Dios de tanto mayor severidad cuanto agora usa de mayor misericordia; y entónces castigará á los que pecaron con mayor rigor de justicia, el que agora benignamente les ofresce

(*a*) Lib. 18. Mor. cap. 5. (*b*) Iob. 27. (*c*) Prov. 28. (*d*) Matth. 25.

su misericordia. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio. Tambien Hugo de Sant Victor en el segundo libro de los sacramentos, conformándose con los pareceres destos sanctos, dice así (a): Dificultosa cosa es que sea verdadera la penitencia cuando viene tardía, y muy sospechosa debe ser aquella penitencia que parece forzada. Porque fácil cosa es creer de sí el hombre que no quiere lo que no puede. Por donde la posibilidad declara muy bien la voluntad. Y por esto si no haces penitencia cuando puedes, argumento es que no quieres.

El Maestro de las sentencias va tambien por este mesmo camino, y así dice: Como la penitencia verdadera sea obra de Dios, puédela él inspirar cuando quisiere, y galardonar por misericordia á los que podria condenar por justicia. Mas porque en aquel paso hay muchas cosas que retraen al hombre deste negocio, cosa es peligrosa y vecina á la muerte dilatar hasta allí el remedio de la penitencia. Pero gran cosa es inspirarla Dios en aquella hora, si alguno hay á quien la inspire. ¡Mira qué palabras estas tan para temer! ¿Pues cuál es el desatinado que osa poner el mayor de los tesoros en el mayor de los peligros? ¿Hay cosa mayor en el mundo que tu salvacion? ¿Pues en qué seso cabe poner una cosa tan preciosa en tan grande peligro?

Este es pues el parecer de todos estos tan grandes doctores. Por donde verás cuán grande locura sea tener tú por segura la navegacion de un golfo, de quien tan sabios pilotos hablan con tan gran temor. Oficio es el bien morir que conviene aprenderse toda la vida; porque á la hora de la muerte hay tanto que hacer en morir, que apénas hay espacio para aprender á bien morir.

§. II.

Autoridades de doctores escolásticos acerca de lo mesmo.

Resta agora para mayor confirmacion desta verdad, ver tambien lo que acerca desto sienten los doctores escolásticos. Entre los cuales Scoto trata muy de propósito esta cuestion en el cuarto de las sentencias, donde pone una conclusion que dice así: La penitencia que se hace á la hora de la muerte, apénas es verdadera penitencia, por la dificultad grande que entónces hay para hacerla. Prueba él esta conclusion por cuatro razones.

La primera es, por el grande estorbo que hacen allí los dolores de la enfermedad, y la presencia de la muerte para levantar el corazon á Dios, y ocuparlo en ejercicios de verdadera penitencia. Para cuyo entendimiento es de saber que todas las pasiones de nuestro corazon tienen grande fuerza para llevar en pos de sí el sentido y el libre albedrío del hombre. Y segun reglas de filosofía, muy mas poderosas son para esto las pasiones que dan tristeza, que las que causan alegría. De donde nasce que las pasiones y afectos del que está para morir, son las mas fuertes que hay; porque (como dice Aristóteles) el último trance, y la mas terrible cosa de las terribles, es la muerte; donde hay tantos dolores en el cuerpo, tantas angustias en el ánima, y tanta congoja por los hijos, y mujer, y mundo que se dejan. Pues entre tan recios vientos de pasiones, ¿dónde ha de estar el sentido y el pensamiento, sino donde tan fuertes dolores y pasiones lo llevaron?

Vemos por experiencia cuando uno está con un dolor de ijada, ó con algun otro dolor agudo, que aunque sea hombre virtuoso, apénas puede por entónces tener el pensamiento fijo en Dios; sino que allí está todo el sentido, donde lo llama el dolor. Pues si esto acaesce al justo, ¿qué hará el que nunca supo qué cosa era pensar en Dios, y que tanto cuanto está mas habituado á amar su cuerpo que su ánima, tanto mas lijeramente acude al peligro del mayor amigo, que del menor? Entre cuatro impedimentos que Sant Bernardo pone de la contemplacion, uno dellos dice que es la mala disposicion del cuerpo (b). Porque entónces el ánima está tan ocupada en sentir los dolores de su carne, que apénas puede admitir otro pensamiento que aquel que de presente la fatiga. Pues si esto es verdad, ¿qué locura es aguardar á la mayor de las indisposiciones del cuerpo para tratar del mayor de los negocios del ánima?

Supe de una persona, que estando en paso de muerte, y diciéndole que se aparejase para lo postrero, recibió tan grande angustia de ver tan cerca de sí la muerte, que (como si la pudiera detener con las manos), todo su negocio era pedir á muy gran priesa remedios y confortativos para evitar aquel trago si le fuera posible. Y como un sacerdote lo viese tan olvidado de lo que convenia para aquella hora, y le amonestase que se dejase ya de aquellos cuidados, y comenzase á llamar á Dios; importunado del buen consejo, respondió palabras muy ajenas de lo que aquel tiempo requeria, con las cuales espiró. Y el que así habló, habia sido persona virtuosa: para que por aquí veas tú, cómo turbará la presencia de la muerte á los que aman la vida, cuando así turbó á quien otro tiempo la despreciaba.

Asímesmo supe de otra persona, que estando en una recia enfermedad, y pensando que se llegaba ya su hora, deseaba con gran deseo, primero que partiese, hablar un rato muy de propósito con Dios, y prevenir á su juez con alguna devota suplicacion; y parecíale que nunca los dolores y accidentes continuos de la enfermedad, le daban un rato de alivio para hacerlo. Pues si para esto solo hay allí tan mal aparejo, ¿cuál es el loco que para tal tiempo guarda el remedio de toda la vida?

La segunda razon deste doctor es, porque la verdadera penitencia ha de ser voluntaria, esto es, hecha con promptitud de voluntad, y no por sola necesidad. Por lo cual dice Sant Augustin: Menester es no solo temer al juez, sino tambien amarle. Y hacer lo que se hiciere por voluntad, y no por necesidad. Pues el que en toda la vida nunca hizo penitencia verdadera, y aguarda entónces á hacerla, no parece que la hace por voluntad, sino por pura necesidad. Y si por sola està causa la hace, no es su penitencia puramente voluntaria.

Tal fué la penitencia que hizo Semeí por la ofensa que habia hecho á David cuando iba huyendo de Absalom su hijo (c): el cual despues que lo vió volver de la huida victorioso, y entendió el mal que por allí le podia venir, adelantóse con mucha gente á recebir al Rey y pedirle con mucha humildad perdon de la culpa pasada. Lo cual como viese un pariente de David llamado Abisaí, dijo: ¿Cómo? ¿y por estas palabras fingidas se

(a) Homil. 12. in Evang.

(b) Serm. 5. de Assumpt. B. M. circ. med. et Serm. 5. Martini paulò infra initium. (c) 2. Reg. 16. et 19.

ha de escapar de la muerte Semei, habiendo hecho tan grande injuria al rey David? Mas el sancto rey, que tan bien entendia de cuán poco mérito era aquella satisfaccion, aunque por entónces prudentemente disimuló, no por eso le dejó sin castigo; ántes á la hora de la muerte, con celo de justicia, no de venganza, dejó mandado como en testamento á su hijo Salomon que le diese su merecido: y así lo hizo (*a*). Tal pues parece la penitencia de muchos malos cristianos, los cuales habiendo perseverado en ofender á Dios toda la vida, cuando llega la hora de la cuenta, como ven la muerte al ojo, y la sepultura abierta, y el juez presente, y entienden que no hay fuerza ni poder contra aquel sumo poder, y que en aquel punto se ha de determinar lo que para siempre ha de ser, vuélvense al juez con grandes suplicaciones y protestaciones: las cuales si son verdaderas, no dejan de ser provechosas; mas el comun suceso dellas declara lo que son. Porque por experiencia habemos visto muchos destos, que si escapan de aquel peligro, luego se descuidan de todo lo que prometieron, y vuelven á ser los que eran; y aun tornan á revocar los descargos que dejaban ordenados, como hombres que no hicieron lo que hicieron por virtud y por amor de Dios, sino solamente por aquella prisa en que se vieron; la cual como cesó, cesó tambien el efecto que della se seguia.

En lo cual parece ser esta manera de penitencia muy semejante á la que suelen hacer los mareantes en tiempo de alguna grande tormenta, donde proponen y prometen grandes virtudes y mudanzas de vida. Mas acabada la tormenta, y escapados del presente peligro, luego se vuelven á jugar y blasfemar como lo hacian ántes; sin hacer mas caso de todo lo pasado, que si fuera un propósito soñado.

La tercera razon es porque el mal hábito y costumbre de pecar que el malo ha tenido toda la vida, comunmente le suele acompañar (como la sombra al cuerpo) hasta la muerte; porque la costumbre es como otra naturaleza, que con gran dificultad se vence. Y así vemos por experiencia muchos en aquella hora tan olvidados de su ánima, tan avarientos para ella, aun en la muerte, tan encarnizados en el amor de la vida (si la pudiesen redemir por algun precio), tan captivos del amor deste mundo, y de todas las cosas que en él amaron, como si no estuviesen en el paso que están. ¿No has visto algunos viejos en aquella hora tan guardosos, y cobdiciosos, y tan atentos á mirar por sus trapillos y pajuelas, y tan cerradas las manos para todo bien, y tan vivo el apetito, aun de aquello que no pueden consigo llevar? Este es un linaje de pena con que muchas veces castiga Dios la culpa, permitiendo que acompañe á su autor hasta la sepultura, segun que lo dice Sant Gregorio por estas palabras: Con este linaje de castigo castiga Dios al pecador, permitiendo que se olvide de sí en la muerte el que no se acordó de Dios en la vida. Desta manera se castiga un olvido con otro olvido: el olvido que fué culpa con el que juntamente es pena y culpa. Lo cual se ve cada dia por experiencia; pues tantas veces habemos oido de muchos que se dejaron morir entre los brazos de las malas mujeres, que mal amaron, sin quererlas despedir de su compañía, ni aun en aquella hora, por estar por justo juicio de Dios olvidados de sí mesmos y de sus ánimas.

La cuarta razon se funda en la cualidad del valor que ordinariamente suelen tener las obras que en aquel tiempo se hacen. Porque parece claro (á quien tiene algun conocimiento de Dios), cuánto ménos le agrade este linaje de servicios, que los que en otros tiempos se hacen. Porque ¿qué mucho es (como decia la sancta vírgen Lucía) ser muy largo de lo que, aunque te pese, has acá de dejar? ¿Qué mucho es perdonar allí la deshonra, cuando sería mayor deshonra no perdonarla? ¿Qué mucho es dejar la manceba, cuando aunque quisieses, no la podrias ya mas tener en casa?

(*a*) 3. Reg. 2.

Por estas razones pues concluye este doctor que en aquella hora con dificultad se hace penitencia verdadera; y añade aun mas, diciendo: Que el cristiano que con deliberacion determina guardar la penitencia para aquella hora, peca mortalmente, por la grande ofensa que hace á su ánima, y por el grandísimo peligro en que pone su salvacion. Pues ¿qué cosa mas para temer que esta?

§. III.

Autoridades de la sagrada Escriptura para el mesmo propósito.

Mas porque todo el peso desta disputa principalmente pende de la palabra de Dios (porque para contra esta no hay apelacion ni respuesta), oye agora lo que ella acerca desto nos enseña. En el primer capítulo de los Proverbios, despues de haber escripto Salomon las palabras con que la sabiduría eterna llama á los hombres á penitencia, dice luego las que dirá á los rebeldes á este llamamiento, en esta forma (*b*): Porque os llamé, y no quisistes acudir á mi llamamiento; extendí mis manos, y no hubo quien las mirase, y despreciastes todas mis reprehensiones y consejos: yo tambien me reiré en vuestra muerte, y haré burla de vosotros cuando os vinieren los males que temíades. Cuando viniere de improviso la muerte, como tempestad que á deshora se levanta, entónces me llamarán, y no los oiré; y de mañana madrugarán á ponérseme delante, y no me hallarán; porque aborrescieron el castigo y la doctrina, y no tuvieron temor de Dios, ni quisieron obedescer mis consejos. Hasta aquí son palabras de Salomon, ó por mejor decir del mismo Dios. Las cuales Sant Gregorio en el susodicho libro de los Morales entiende y declara al propósito que aquí hablamos. Pues ¿qué tienes que responder á esto? ¿Por qué no bastarán estas amenazas, pues son de Dios, para hacerte temer un tan gran peligro, y aparejarte para esta hora con tiempo?

Pues oye aun otro testimonio no ménos claro. Hablando el Salvador en el Evangelio (*c*) de su venida á juicio, aconseja á sus dicípulos con grande instancia que estén aparejados para esta hora; trayéndoles para esto muchas comparaciones por las cuales entendiesen cuánto esto les importaba. Y así dice (*d*): Bienaventurado es el siervo á quien el Señor hallare en aquella hora velando. Mas si el mal siervo dijere en su corazon: Mi Señor se tarda mucho; tiempo me queda para aparejarme; y él entre tanto se diere á comer, y beber, y hacer mal á sus compañeros, vendrá su Señor en el dia que él no piensa, y en la hora que no sabe, y partirlo ha por medio, y darle ha el castigo que se da á los hipócritas. Aquí paresce claro que el Señor sabía bien los consejos de los malos, y las veredas que buscan para sus vicios; y por esto les sale al camino, y les dice cómo les ha de ir por él, y en qué han de parar sus confianzas. Pues ¿qué otro pleito

(*b*) Prov. 1. (*c*) Matth. 13. (*d*) Matth. 24.



es el que agora tratamos, sino este? ¿Qué digo yo aquí, sino lo que el mesmo Señor te dice? Tú eres ese siervo malo que haces en tu corazon la mesma cuenta; y así te quieres aprovechar de la dilacion del tiempo para comer y beber, y perseverar en los mesmos delictos. Pues ¿cómo no temerás esta amenaza que te hace quien es tan poderoso para cumplirla, como para hacerla? Contigo habla, contigo lo ha, á tí lo dice: despierta, miserable, y repárate con tiempo, porque no seas despedazado cuando llegue la hora deste juicio.

Paréceme que gasto mucho tiempo en cosa tan clara. Mas ¿qué haré, que aun con todo esto veo muy gran parte del mundo cubrirse con este manto? Pues para que aun mas claro veas la grandeza deste peligro, oye otro testimonio del mesmo Salvador. Acabadas estas palabras, añade luego lo que se sigue, diciendo (*a*): Entónces será semejante el reino de los cielos á diez vírgines, cinco locas, y cinco sabias. Entónces dice: ¿Cuando entónces? Cuando venga el juez; cuándo se llegue la hora de su juicio, así el universal de todos, como el particular de cada uno, segun declara Sant Augustin; porque no se altera en el universal lo que en el particular se determina. Pues en este paso (dice el Señor) acaescerós ha, como acaesció á diez vírgines, cinco locas, y cinco sabias, las cuales aguardaban por la venida del esposo. Las sabias proveyéronse con tiempo de lámparas y de óleo para salirle á recebir; mas las locas, como tales, no curaron desto. Y á la media noche, al tiempo del mayor sueño (que es cuando los hombres están mas descuidados, y ménos piensan en este paso), diéronles rebato, diciendo que venia el esposo, que le saliesen á recebir. Entónces levantáronse todas aquellas vírgines, y aderezaron sus lámparas; y las que estaban ya aparejadas entraron con él á las bodas, y cerróse la puerta; mas las que no estaban aparejadas, comenzaron entónces á querer proveerse, y aparejarse, y á dar voces al esposo, diciendo: Señor, Señor, abridnos. A las cuales respondió: En verdad os digo que no os conozco. Y así concluye el sancto Evangelio la parábola, y la declaracion della, diciendo: Por tanto velad, y estad aparejados; pues no sabeis el dia ni la hora. Como si dijera: ¿Habeis visto cuán bien libraron en este trance las vírgines que estaban aparejadas, y cuán mal las que no lo estaban? Por tanto, pues no sabeis el dia ni la hora desta venida, y el negocio de vuestra salvacion pende tanto deste aparejo, velad y estad aparejados en todo tiempo; porque no os tome aquel dia desapercebidos, como á estas vírgines, y así perezcais, como ellas perecieron. Este es el sentido literal desta parábola, como declara el cardenal Cayetano en este lugar, donde dice: Esto solo sacamos de aquí que la penitencia que se dilata hasta la hora de la muerte (cuando se oye esta palabra: Cata que viene el esposo), no es segura: ántes en esta parábola se describe como no verdadera; porque por la mayor parte no lo es. Y al cabo pone este doctor la resolucion de toda la parábola, diciendo: La conclusion desta doctrina es dar á entender que por tanto las cinco vírgines locas fuéron desechadas, porque al tiempo que el esposo vino, no estaban aparejadas; y por esto las otras cinco fuéron admitidas, porque estaban apercebidas. Por donde conviene que siempre lo estémos, pues no sabemos la hora desta venida. Pues ¡qué cosa se podia pintar mas clara que esta? Por lo cual me maravillo mucho cómo despues de la justificacion tan clara desta verdad, se osan los hombres entretener y consolar con esta tan flaca esperanza. Porque ántes desta luz tan clara, no me maravillara yo tanto que se persuadieran lo contrario, ó se quisieran engañar; mas despues que aquel maestro del cielo resolvió esta materia; despues que el mesmo juez nos declaró con tantos ejemplos las leyes de su juicio, y el norte por donde nos habia de juzgar, ¿en qué seso cabe creer que de otra manera pasará el negocio, que lo predicó el que lo ha de sentenciar?

(*a*) Math. 25.

§. IV.

Responde á algunas objecciones.

Mas por ventura contra todo esto me dirás: ¿pues el ladron no se salvó con una sola palabra á la hora de la muerte (*b*)? A esto responde Sant Augustin en el libro alegado (*c*), que aquella confesion del buen ladron fué la hora de su conversion, y de su baptismo, y de su muerte juntamente. Por donde, así como el que muere acabándose de baptizar (como á otros muchos ha acontecido) va derecho al cielo, así acaesció á este dichoso ladron; porque aquella hora fué para él hora de su baptismo.

Respóndese tambien que así esta obra tan maravillosa como todos los milagros y obras semejantes, estaban profetizadas, y guardadas para la venida del Hijo de Dios al mundo, y para testimonio de su gloria: y así convenia que para la hora en que aquel Señor padescia, se escureciesen los cielos, y temblase la tierra, y se abriesen los sepulcros, y resuscitasen los muertos (*d*); porque todas estas maravillas estaban guardadas para testimonio de la gloria de aquella persona; y en la cuenta destas entra la salud de aquel sancto ladron, en la cual obra no es ménos admirable su confesion, que su salvacion, pues confesó en la Cruz el reino, y predicó la fe cuando los apóstoles la perdieron, y honró al Señor cuando todo el mundo le blasfemaba. Pues como esta maravilla junto con las otras pertenezcan á la dignidad de aquel Señor, y de aquel tiempo, grande engaño es querer que generalmente se haga en todos los tiempos lo que estaba reservado para aquel.

Cónstanos tambien que en todas las repúblicas del mundo hay cosas que ordinariamente se hacen, y cosas tambien extraordinarias; y las ordinarias son comunes para todos; mas las extraordinarias son para algunos particulares. Lo mesmo tambien pasa en la república de Dios, que es su Iglesia. Porque cosa regular y ordinaria es aquella que dice el Apóstol (*e*): que el fin de los malos será conforme á sus obras: dando á entender que (generalmente hablando) á la buena vida se sigue buena muerte, y á la mala vida mala muerte. Cosa tambien es ordinaria que los que hicieren buenas obras irán á la vida eterna, y los que malas al fuego eterno. Esta es una sentencia que á cada paso repiten todas las Escripturas Divinas. Esto cantan los Salmos, esto dicen los profetas, esto anuncian los apóstoles, esto predican los evangelistas. Lo cual en pocas palabras resumió el profeta David, cuando dijo: Una vez habló Dios, y dos cosas le oí decir: que él tenia poder y misericordia, y que así daria á cada uno segun sus obras. Esta es la suma de toda la filosofía cristiana. Pues segun esta cuenta decimos que cosa es ordinaria que así el justo como el malo reci-

(*b*) Lucæ 23. (*c*) De vera et falsa penitentia. (*d*) Math. 27.
(*e*) 2. Cor. 11

ban su merecido al fin de la vida segun sus obras; pero fuera desta ley universal puede Dios usar de especial gracia con algunos para gloria suya, y dar muerte de justos á los que tuvieron vida de pecadores, como tambien podria acaescer que el que hubiese vivido como justo, por algun secreto juicio de Dios viniese á morir como pecador, que es como el que ha navegado prósperamente toda la carrera, y á boca del puerto viniese á padecer tormenta. Por lo cual dijo Salomon (*a*): ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adam sube á lo alto, y el espíritu de las bestias deciende á lo bajo? Porque aunque universalmente acaesce que las ánimas de los que viven como bestias deciendan á los infiernos, y las de los que viven como hombres de razon suban al cielo; mas todavía por algun especial juicio de Dios puede suceder esto de otra manera; pero la doctrina segura y general es: Quien viviere bien, tendrá buena muerte. Pues por esta causa nadie debe asegurarse con ejemplos de gracias particulares; pues estos no hacen regla general, ni pertenescen á todos, sino á pocos, y esos no conocidos; por donde no puedes tú saber si serás del número dellos.

Otros alegan otra manera de remedio, diciendo que los sacramentos de la ley de gracia hacen al hombre de atrito contrito, y que entónces á lo ménos tendrán esta manera de disposicion, la cual junto con la virtud de los sacramentos será bastante para darles salud. La respuesta desto es (*b*): que no cualquier dolor basta para tener aquella manera de atricion, que junta con el sacramento da gracia al que lo recibe. Porque cierto es que hay muchas maneras de atricion, y de dolor, y que no por cualquier atricion destas se hace el hombre de atrito contrito; sino por sola aquella que en particular sabe el dador de la gracia, y otro fuera dél no puede saber.

No ignoraban esta teología los sanctos doctores, y con todo esto hablan con tanto temor en esta manera de penitencia, como arriba declaramos; y expresamente Sant Augustin en la primera autoridad que dél alegamos, habla del que recibe penitencia, y es reconciliado por los sacramentos de la Iglesia: al cual, dice, damos penitencia, mas no seguridad.

Y si me alegares para esto la penitencia de los ninivitas (*c*), que procedia del temor que tuvieron de ser destruidos dentro de cuarenta dias, mira tú, no solo la penitencia tan áspera que hicieron, sino tambien la mudanza de su vida; y múdala tú desa manera, y no te faltará esa mesma misericordia. Pero veo que apénas has escapado de la enfermedad, cuando luego tornas á la mesma maldad, y revocas cuanto tenias ordenado. ¿Qué quieres pues que juzgue desta penitencia?

§. V.

Conclusion de todo lo susodicho.

Todo esto se ha dicho, no para cerrar á nadie la puerta de la salud, ni de la esperanza (porque esta ni los sanctos la cierran, ni nadie la debe cerrar); sino para desencastillar á los malos deste lugar de refugio, adonde se acogen para perseverar en sus males. Pues dime agora, hermano, por amor de Dios; si todas las voces de los doctores, y de los sanctos, y de la razon, y de la mesma Escriptura, tan peligrosas nuevas te dan desta penitencia, ¿cómo osas fiar tu salvacion de tan grande peligro? ¿En qué confías parar en aquella hora? ¿En tus aparejos y mandas de testamentos y oraciones? Ya ves la prisa que se dieron aquellas vírgines locas á proveerse, y las voces que dieron al esposo pidiéndole la puerta, y cuán poco les valieron; porque no procedian de verdadera penitencia (*d*). ¿Confías en las lágrimas que allí derramarás? Mucho valen cierto las lágrimas en todo tiempo, y dichoso el que las derramare de corazon; mas acuérdate cuántas lágrimas derramó aquel que por una golosina vendió su mayorazgo, y cómo, segun dice el Apóstol (*e*), no halló lugar de penitencia, aunque con tantas lágrimas la buscó; porque no lloraba por Dios, sino por el interese que perdia. ¿Confías en los buenos propósitos que allí propondrás? Mucho valen tambien estos cuando son verdaderos; mas acuérdate de los propósitos que propuso el rey Antíoco (*f*), el cual estando en este paso, prometió á Dios tan grandes cosas, que ponen admiracion á quien las lee, y con todo esto dice la Escriptura: Hacia aquel malvado oracion á Dios, del cual no habia de alcanzar misericordia; y la causa era, porque todo aquello que proponia, no lo proponia con espíritu de amor, sino de puro temor servil, el cual aunque sea bueno, pero solo él no basta para alcanzar el reino del cielo. Porque temer las penas del infierno es cosa que puede proceder del amor natural que el hombre tiene á sí mesmo; y amar el hombre á sí, no es cosa por la cual se dé á nadie este reino. De suerte que así como con ropa de sayal no entraba nadie en el palacio del rey Asuero (*g*), así tampoco entrará en el de Dios con ropa de siervo, que es con solo este temor, si no va vestido con ropa de bodas, que es amor.

¡Oh pues, hermano mio! ruégote agora pienses atentamente que sin duda te has de ver en esta hora, y no será de aquí á muchos dias, pues ya ves la prisa que se dan los cielos á correr. Presto se acabará de hilar con tantas vueltas este copo de lana, que es nuestra vida mortal. Cerca está, dice el Profeta (*h*), el dia de la perdicion, y los tiempos se dan priesa por llegar. Pues acabado este tan lijero plazo, verná el cumplimiento destas profecías, y allí verás cuán verdadero profeta te he sido en lo que te he anunciado. Allí te verás cercado de dolores, fatigado con cuidados, agonizando con la presencia de la muerte, esperando la suerte que de ahí á poco te ha de caber. ¡Oh suerte dudosa! ¡Oh trance riguroso! ¡Oh pleito donde se espera sentencia de vida para siempre, ó muerte para siempre! ¡Quién pudiese entónces trocar aquellas suertes! ¡Quién tuviese mano en aquella sentencia! Agora la tienes: no la desprecies. Agora tienes tiempo para granjear al juez. Agora puedes ganarle la voluntad. Toma pues el consejo del Profeta que dice (*i*): Buscad al Señor en el tiempo que se puede hallar, y llamadlo cuando está cerca para os oir. Agora está cerca para nos oir, aunque no lo podemos ver; mas en la hora del juicio verse ha, pero no nos oirá, si dende agora no lo tuviéremos merecido.

CAPITULO XXVII.

Contra los que perseveran en sus pecados con esperanza de la divina misericordia.

Otros hay que perseverando en su mala vida, se aseguran con la esperanza de la divina misericordia, y de la pasion de Cristo: á los cuales tambien será razon que demos su desengaño, como á todos los demas. Dices

(*a*) Eccl. 3. (*b*) Soto in 4. d. 19. q. 6. art. 2. (*c*) Ion. 3.

(*d*) Matth. 25. (*e*) Hebr. 12. (*f*) 2. Mac. 9. (*g*) Esther 4. (*h*) Deut. 32. (*i*) Isai. 55.

que es grande la misericordia de Dios, pues por los pecadores se puso en la Cruz. Yo te confieso que es muy grande, pues te consiente tan grande blasfemia como es hacer tú su bondad fautora de tu maldad; y que la Cruz que él tomó por medio para destruir el reino del pecado, tomes tú por medio para fortalecerlo; y donde le habias de ofrecer mil vidas que tuvieras por haber puesto la suya por tí, tomes de ahí ocasion para negarle esa sola que él te dió. Mas le dolió esto al Salvador que la mesma muerte que padescia; pues no quejándose della, se quejó deste agravio por su Profeta, diciendo (*a*): Sobre mis espaldas fabricaron los pecadores, y extendieron su maldad. Dime, ruégote, ¿quién te enseñó á hacer esa consecuencia, que porque Dios es bueno, tomes tú licencia para ser malo, y salir con ello? A lo ménos el Espíritu Sancto no enseña á argüir desa manera, sino desta: Porque Dios es bueno merece ser servido, y obedecido, y amado sobre todas las cosas. Porque Dios es bueno es razon que yo lo sea, y espere en él que me perdonará por gran pecador que haya sido, si de todo corazon me volviere á él. Porque Dios es bueno, y tan bueno, por eso es mayor maldad ofender á tal bondad. Y así cuanto mas engrandesces la bondad en que confías, tanto mas encareces la culpa que contra ella cometes. Y esa tan grande culpa no es justo que quede sin castigo; y ese cargo pertenece á la divina justicia, que es, no como tú piensas, contraria, sino hermana y defensora de la divina bondad, la cual no consiente que tal ofensa quede sin debido castigo.

No es nueva esta manera de excusa, sino muy vieja y muy usada en el mundo; porque esta era la contienda que tenian los profetas verdaderos con los falsos: ca los unos amenazaban de parte de Dios castigos de justicia, y los otros prometian de su propria cabeza falsa paz y misericordia; y despues que el azote de Dios declaraba la verdad de los unos, y la mentira de los otros, decian los verdaderos profetas (*b*): ¿Dónde están vuestros profetas que os aseguraban, y decian: No vendrá Nabucodonosor sobre nosotros?

Dices que es grande la misericordia de Dios. Tú que eso dices, créeme que no te ha Dios abierto los ojos para que veas la grandeza de su justicia. Porque si esto fuera, tú dijeras con el Profeta (*c*): ¿Quién hay, Señor, que alcance á conocer el poder de vuestra saña, y que pueda contar la grandeza de vuestra ira?

Pues para que salgas dese engaño tan peligroso, ruégote que nos pongamos agora en razon. Ni tú ni yo habemos visto la justicia divina en sí mesma, para que por esta via podamos conocer su medida. Ni tampoco podemos en este mundo conocer á Dios sino por sus obras. Pues entremos agora en ese mundo espiritual de la Sagrada Escriptura, y despues salgamos á este corporal en que vivimos; y notemos en el uno y en el otro las obras de la divina justicia, para que por ellas la conozcamos.

Sernos ha esta jornada muy provechosa; porque demas del fin que pretendemos, sacarémos otro fructo muy grande, que será avivar y criar en nuestros corazones el temor de Dios, el cual dicen los sanctos que es el tesoro, la guarda, y el peso de nuestras ánimas. Por donde así como el navío que va sin lastre y sin peso, no va seguro, porque cualquier viento recio basta para trastornarlo; así tampoco lo va el ánima que camina sin el peso deste temor. El temor la sostiene, para que los vientos de los favores humanos y divinos no la levanten y trastumben. Por muy rica que vaya, si carece deste peso, va á peligro. Y por tanto, no solo los principiantes, sino tambien los criados viejos en la casa del Señor, han de vivir con temor; y no solamente los culpados que tienen por qué temer, sino tambien los justos que no han hecho tanto por qué. Los unos teman porque cayeron, y los otros porque no caigan: á los unos los males pasados, y á los otros los peligros venideros deben poner temor.

(*a*) Psal. 128. (*b*) Hier. 37. (*c*) Psal. 89.

Y si quieres saber cómo se engendrará en tí este sancto temor, dígote que despues de infundido con la gracia, se conserva y cresce con esta consideracion de las obras de la divina justicia, de que agora comenzamos á tratar. Piénsalas, y rumíalas muchas veces, y poco á poco verás criado en tí este sancto temor.

§. I.

De las obras de la divina justicia que se cuentan en la sagrada Escriptura.

La primera obra de la divina justicia (de que se hace mencion en la Escriptura divina) fué la condenacion de los ángeles. El principio de los caminos de Dios fué aquella terrible y sangrienta bestia, que es el príncipe de los demonios, como se escribe en Job (*d*): Porque como todos los caminos de Dios sean misericordia y justicia (*e*), hasta aquella primera culpa no se habia descubierto la justicia. Encerrada estaba en el seno de Dios, como espada en su vaina, á la cual enviaba el profeta Ecequiel, si se cumpliera su deseo (*f*). Esta primera culpa hizo que se desvainase la espada; y mira tú aquel primer golpe qué tal fué. Alza los ojos, y verás una gran lástima, verás una de las mas ricas joyas de la casa de Dios, una de las principales hermosuras del cielo, una imágen en quien tan altamente resplandescia la hermosura divina, caer del cielo como un rayo (*g*) por un solo pensamiento soberbio. De príncipe entre los ángeles se hizo príncipe de los demonios; de hermosísimo, el mas feo; de gloriosísimo, el mas atormentado; de graciosísimo, el mayor enemigo de todos cuantos Dios tiene y tendrá jamas. ¿Qué cosa de tan grande admiracion debe ser esta para aquellos espíritus celestiales, los cuales tambien conocen de donde y adonde cayó una tan excelente criatura? ¿Con qué espanto dirán todas aquellas palabras de Isaías (*h*): Cómo caíste del cielo, lucero que salias á la mañana?

Deciende luego mas abajo al paraíso terrenal (*i*), y verás otra caída no ménos espantosa, si no fuera reparada. Porque si los ángeles cayeron, cada uno hizo su pecado actual por do cayese. Mas ¿qué pecado actual hace el niño que nace, por do nazca hijo de ira? No es menester que haya actualmente pecado: basta que sea de linaje de un hombre que pecó, y pecando corrompió la comun raiz de toda la naturaleza humana (*k*), que en él estaba, para que este nazca con su proprio pecado. Es tan grande la gloria y la majestad de Dios, que haberle una criatura ofendido merece este tan espantoso castigo. Porque si aquel gran privado del rey Asuero, que se decia Aman, no se tenia por satisfecho con tomar venganza de solo Mardoqueo (*l*), de quien se tenia por injuriado, si no parecíale que convenia á su grandeza que todo el linaje de los judíos pagase con universal

(*d*) Iob. 40. (*e*) Psal. 24. (*f*) Ezech. 21. (*g*) Luc. 10. (*h*) Isai. 14. (*i*) Gen. 3. (*k*) Ephes. 2. Psal. 50. (*l*) Esther 3.

muerte el desacato de uno; ¿qué mucho es que la gloria y grandeza infinita de Dios pida este castigo? Cata aquí pues el primer hombre desterrado del paraíso por un bocado, el cual todo el universo mundo hasta el dia de hoy está ayunando. Y al cabo de tantos siglos el hijo que nasce, saca la lanzada del padre; y no solo ántes que sepa pecar, sino ántes que nazca, nace hijo de ira; y esto á cabo de tantos siglos. En tan largo espacio no está aun olvidada aquella injuria por tantos hombres repartida, y con tantos azotes castigada; ántes todas cuantas penas hasta hoy se han padescido, y todas cuantas muertes ha habido, y todas cuantas ánimas arden y arderán para siempre en el infierno, todas son centellas que originalmente decienden de aquella primera culpa, y argumentos y testimonios de la divina justicia. Y todo esto pasa aun despues de la redempcion del género humano por la sangre de Cristo; porque á no estar esto de por medio, ¿qué diferencia hubiera del hombre al demonio, pues tan poco remedio tenia el uno y el otro para se salvar? ¿Parécete pues que es esta razonable muestra de la justicia divina?

Y como si no bastara este yugo tan pesado sobre los hijos de Adam, añadiéronse de ahí adelante otros y otros nuevos castigos por otros nuevos pecados, que (como dijimos) se derivaron de aquel pecado. Todo el universo mundo pereció con las aguas del diluvio (*a*). Sobre aquellas cinco deshonestas ciudades llovió Dios fuego y piedra azufre del cielo (*b*). A Dathan y Abiron, por una competencia que tuvieron con Moysen, tragó la tierra vivos (*c*). Dos hijos de Aaron, Nadab y Abiú, porque dejaron de guardar una cerimonia en su sacrificio, fuéron súbitamente abrasados con el fuego del sanctuario (*d*); sin que les valiese la dignidad del sacerdocio, ni la sanctidad del padre, ni la privanza que tenia con Dios Moysen su tio. Ananías y Saphira, en el Nuevo Testamento, por una mentira que dijeron, al parecer liviana, en un punto los arrebató la muerte juntos (*e*).

¿Pues qué diré de los juicios espantosos de Dios? Salomon, el mas sabio de los hijos de los hombres (*f*), y tan amado de Dios, que le mandó él poner por nombre: *El amado del Señor* (*g*), vino por sus altos juicios á dar en el extremo de todos los males, que fué arrodillarse ante las estatuas de los idolos. ¿Qué cosa mas para temer? Y si supieses los juicios que desta manera acaescen cada dia en la Iglesia, no ménos por ventura te espantaria que todo lo dicho; porque verias muchas estrellas del cielo caidas en tierra; verias muchos que asentados á la mesa de Dios comian pan de ángeles, venir á desear hinchir sus vientres de manjares de puercos (*h*); verias muchas castidades mas finas y mas hermosas que el marfil antiguo, tiznadas y convertidas en carbones de fuego: de lo cual todo fuéron causa las culpas y pecados de los que cayeron; porque la ordenacion y los juicios de Dios no ponen necesidad á las obras de los hombres, ni les quitan su libre albedrío.

Mas sobre todo esto, ¿qué mayor muestra de justicia que no contentarse Dios con otra menor satisfaccion, que la muerte de su unigénito Hijo para haber de perdonar al mundo? Qué palabras tan para sentir aquellas que el Salvador dijo á las mujeres que le iban llorando (*i*): Hijas de Hierusalem, no lloreis sobre mí, sino sobre vosotras, y sobre vuestros hijos; porque dias vendrán en que diréis: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entónces dirán á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Cubridnos. Porque si esto se hace en el madero verde, ¿en el seco qué se hará? Como si mas claramente dijera: Si éste árbol de vida y de innocencia (en el cual nunca hubo gusano ni carcoma de pecado) así arde con las llamas de la justicia divina por los pecados ajenos; ¿cómo arderá el árbol estéril y seco, á quien no la caridad, sino la maldad tiene tan cargado de los suyos proprios? Pues si en esta que fué obra de tanta misericordia ves tan grande rigor de justicia, ¿qué será en las otras obras, donde no resplandesce tanto esta misericordia?

Mas si por ventura eres tan rudo que no penetras la fuerza desta razon, párate á considerar aquella eternidad de las penas del infierno, y mira cuán espantable sea aquella justicia, que el pecado que se puede hacer en un punto, castiga con eterno tormento. Con esa tan grande misericordia que alabas, se compadece esta tan espantable justicia que ves. Qué cosa tan espantosa como ver de la manera que estará aquel sumo Dios mirando dende el trono de su gloria un ánima que habrá estado penando millones de años en tan terribles tormentos, y que no por eso se inclinará jamas á compasion della, sino ántes se holgará que pene, y que esta pena sea sin cabo, y sin término, y sin esperanza de remedio. ¡Oh alteza de la justicia divina! ¡Oh cosa de grande admiracion! ¡Oh secreto y abismo de altísima profundidad! ¿Qué hombre hay tan fuera de juicio, que considerando esto no se estremezca y admire de tan grande castigo?

§. II.

De las obras de la divina justicia que en este mundo se ven.

Mas dejemos agora la Escriptura Sagrada, y salgamos á este mundo visible, y en él hallarémos otras obras de grandísima y espantosa justicia. Dígote de verdad que los que tienen un poquito de lumbre y conocimiento de Dios, viven en este mundo con tan gran temor y espanto destas obras, que hallando salida para todas las otras obras divinas, no la hallan para esta, sino en sola la humilde y sencilla confesion de la fe. ¿A quién no pone en admiracion ver cuasi toda la haz de la tierra cubierta de infidelidad? ¿ver que tan grande sementera tienen aquí los demonios para poblar los infiernos? ¿ver que tan gran parte del mundo, aun despues de la redempcion del género humano, se está como de ántes en las tinieblas de sus errores? ¿Qué es toda la tierra de cristianos, comparada con la que hay de infieles, y con la que cada dia se va descubriendo, sino un estrecho rincon? Y todo lo demas tiene tirannizado el reino de las tinieblas: donde no resplandesce el sol de justicia; donde no ha amanecido la lumbre de la verdad; donde, como en los montes de Gelboé, no cae agua ni rocío del cielo (*k*); donde cada dia dende el principio del mundo se llevan los demonios tantas presas de ánimas á los fuegos eternos; pues está claro que así como fuera del Arca de Noé no escapó ninguno en tiempo del diluvio (*l*), ni fuera de la casa de Raab se guareció ninguno de los moradores de Hiericó (*m*), así ninguno se salva fuera de la casa de Dios, que es su Iglesia.

(*a*) Gen. 7. (*b*) Gen. 19. (*c*) Num. 16. (*d*) Levit. 10. (*e*) Act. 5. (*f*) 3. Reg. 11 et 12. (*g*) 2. Reg. 12. (*h*) Lucæ 15. (*i*) Lucæ 23.

(*k*) 2. Reg. 1. (*l*) Gen. 7 et 1. Petr. 3. (*m*) Iosue 6.



Pues ese pedazo que hay de cristiandad, mira de la manera que está en nuestros tiempos, y hallarás por cierto que en todo este cuerpo místico, dende la planta del pié hasta la cabeza, apénas hay cosa del todo sana (*a*). Saca á fuera algunas ciudades principales (donde hay algun rastro de doctrina), y discurre por todo esotro carruaje de villas y lugares (donde no hay memoria della), y hallarás muchos pueblos de quien se puede verificar aquello que dijo Dios en un tiempo por Hierusalem (*b*): Rodead todas las calles y barrios de Hierusalem, y buscad un hombre que sea verdaderamente justo, y yo usaré de misericordia con él. Corre, no digo ya por todos los mesones y plazas, que estos son lugares dedicados á mentiras y trampas, sino por todas las casas de vecinos, y, como dice Hieremías (*c*), pon la oreja á escuchar lo que hablan, y hallarás que apénas se oye palabra que buena sea: sino que aquí oirás murmuraciones, allí torpezas, aquí juramentos, allí blasfemias, y rencillas, y cobdicias, y amenazas; y finalmente en toda parte el corazon y lengua tratan de la tierra y de sus ganancias, y en muy pocas de Dios y de sus cosas, sino es para jurar y perjurar su nombre: que es aquella memoria de que se queja él mesmo por su Profeta diciendo (*d*): Acuérdanse de mí, mas no como debrian, jurando por mi nombre mentiras. De manera que á lo ménos por las insignias que se ven de fuera, apénas podrás juzgar si aquel pueblo es de cristianos ó de gentiles; sino es por ventura por las torres de las campanas que asoman de léjos, ó por los juramentos, ó perjuros que se oyen de cerca; y por todo lo demas apénas lo conocerás. Pues ¿cómo pueden entrar estos en la cuenta de aquellos de quien dice Isaías (*e*): Todos cuantos los vieren luego los conocerán; porque estas son las plantas á quien bendijo el Señor? Pues si tal ha de ser la vida del cristiano, que todos cuantos le vieren le juzguen por hijo de Dios; ¿en qué cuenta pondrémos á estos que mas parecen burladores y despreciadores de Cristo, que cristianos?

Pues si tantos son los pecados y males del mundo, ¿cómo no ves aquí claro los indicios y efectos de la justicia del cielo? Porque no se puede negar que así como uno de los mayores beneficios de Dios es preservar al hombre de pecado, así uno de los mayores castigos y señales de ira es dejarlo caer en ellos. Y así leemos en el libro de los Reyes (*f*) que el furor de Dios se airó contra Israel: por donde permitió á David caer en aquel pecado de soberbia, cuando mandó contar el pueblo. Y así tambien leemos en el Ecclesiástico (*g*) que á los varones misericordiosos apartará Dios de todo mal, y no permitirá que se vean envueltos en pecados. Porque así como una parte del premio de la virtud es acrescentamiento desa mesma virtud, así muchas veces el castigo del pecado es permitir Dios otros pecados. Y así vemos que el mayor castigo que se dió por el mayor de los pecados del mundo (que fué la muerte del Hijo de Dios), fué aquel que denuncia el Profeta contra los obradores desta maldad, diciendo (*h*): Añade, Señor, maldad á las maldades dellos, y no entren en tu justicia, que es en la obediencia y guarda de tus mandamientos. ¿Y qué se sigue de ahí? Luego lo declara el mesmo Profeta, diciendo: Sean borrados del libro de la vida y no sean escriptos con los justos.

(*a*) Iob. 2. Isai. 1. (*b*) Hier. 5. (*c*) Hier. 8. (*d*) Zachar. 5. Isai. 48. (*e*) Isai. 61. (*f*) 2. Reg. 24. (*g*) Eccl. 44. (*h*) Psalm. 68.

Pues si tan grande castigo, y tan grande muestra de ira es castigar Dios pecados con pecados; ¿cómo entre tanta muchedumbre de pecados como hierven en el mundo, no ves las señales de la justicia divina? A do quiera que volviéredes los ojos (como el que está engolfado en la mar, que no ve sino cielo y agua), apénas verás otra cosa que pecados; y viendo pecados, ¿no ves justicia? ¿En medio de la mar no ves agua? Y si todo este mundo es un mar de pecados, ¿qué será sino un mar de justicia? No he menester yo decender al infierno para ver cómo resplandesce allí la justicia divina: bástame estar en este mundo para verla.

Y si á todo lo que está fuera de tí estás ciego, mira siquiera á tí mesmo; que si estás en pecado, estás debajo de la lanza desta justicia, y miéntras mas seguro y mas confiado, mas caido debajo della. Así estuvo un tiempo Sant Augustin, como él mismo lo confiesa, diciendo: Estaba yo ahogado en el golfo de los pecados y habia prevalescido contra mí tu ira, y yo no la conocia. Habíame hecho sordo con el ruido de las cadenas de mi mortalidad, y esta ignorancia de tu ira y de mi culpa era pena de mi soberbia. Pues si Dios te ha castigado desta manera, permitiéndote estar tanto tiempo ahogado y ciego en tus maldades; ¿cómo cuentas de la feria tan al reves de como te va en ella? El favorecido cuente de las misericordias de Dios; mas el justiciado de sus justicias. Con la misericordia de Dios se compadece dejarte tanto tiempo en pecado; ¿y no se compadecerá inviarte al infierno? ¡Oh si supieses cuán poco camino hay de la culpa á la pena, y de la gracia á la gloria! Puesto un hombre en gracia, ¿qué mucho es darle la gloria? y caido en una culpa, ¿qué mucho es darle la pena? La gracia es principio y merecimiento de la gloria, y el pecado es infierno merecido y comenzado.

Demas desto ¿qué cosa puede ser mas espantable que siendo las penas del infierno tan horribles, como arriba dijimos (*i*), consienta Dios que sea tan grande el número de los que se condenan, y tan pequeño el de los que se salvan? Qué tan pequeño sea este número (porque no pienses que esto es adivinar), dícelo aquel que cuenta las estrellas del cielo, y á cada una llama por su nombre (*k*). ¿A quién no espantan aquellas palabras tan bien sabidas, y tan mal sentidas, que el Señor respondió á los discípulos, cuando le preguntaban si eran pocos los que se salvaban, diciendo (*l*): Entrad por estrecha puerta; porque ancha es la puerta, y muy seguido el camino que va á la perdicion, y muchos son los que van por él? ¡Cuán estrecha es la puerta, y cuán angosto el camino que va á la vida! y pocos son los que atinan con él. ¡Quién sintiera lo que el Salvador sentia, cuando no simplemente, sino con aquella exclamacion y encarecimiento, dijo (*m*): ¡Cuán estrecha es la puerta, y cuán angosto el camino! Todo el mundo pereció con las aguas del diluvio, y solas ocho ánimas se escaparon en el Arca de Noé: lo cual, como dice Sant Pedro en su Canónica (*n*), es figura de cuán poquitos son los que se salvan, en comparacion de los que se condenan.

Seiscientos mil hombres sacó Dios de Egipto para llevar á la tierra de promision (*o*), sin mujeres y niños que no se cuentan, y para esto fuéron ayudados con mil favores del cielo; y con todo esto la tierra que les habia

(*i*) Cap. 10. (*k*) Psalm. 146. (*l*) Matth. 7. Lucæ 13. (*m*) Vide Climacum, fol. 110. (*n*) 2. Petr. 2. (*o*) Exod. 12.

Dios ofrecido por su gracia, perdieron ellos por su culpa (*a*); pues de tanto número de hombres solos dos entraron en ella (*b*). Donde todos los doctores comunmente dicen ser esto figura de los muchos que se condenan, y de los pocos que se salvan: que es, de ser muchos los llamados, y pocos los escogidos (*c*). Por donde no sin causa se llaman los justos muchas veces en la Escriptura Divina (*d*), piedras preciosas; para dar á entender que son tan raros en el mundo como ellas, y que la ventaja que hace el número de las otras piedras toscas á estas, esa hace el número de los malos al de los buenos, como lo testificó Salomon, cuando dijo (*e*) que era infinito el número de los locos. Pues dime agora, si tan pocos y tan contados son los escogidos, como te dice la figura y la verdad (pues ves cuantos fuéron por justo juicio de Dios privados de aquello para que fuéron llamados), ¿cómo no temerás tú en ese tan comun peligro y diluvio universal? Si fueran las partes iguales, aun habia grandísima razon para temer. ¿Mas qué digo partes iguales? Dígote de verdad que es tan grande mal infierno para siempre, que aunque no hubiera de ser mas que un hombre solo en todo el linaje humano el que hubiese de ir á él, solo este habia de hacer temblar á todos los otros. Cuando el Salvador cenando con sus dicípulos dijo (*f*) que uno de ellos le habia de vender, todos comenzaron á temer, aunque su conciencia los aseguraba; porque cuando el mal es grande, aunque sea de pocos, cada uno teme por la parte que le puede caber. Si estuviese un grande ejército de hombres en un campo, y supiesen todos por revelacion de Dios que habia de caer un rayo y matar á uno, sin saber á quien, no hay dubda sino que cada uno temeria su proprio peligro. ¿Pues qué sería si la mitad dellos, ó la mayor parte hubiese de peligrar? ¿Cuánto sería mayor este temor? Pues dime, hombre sabio para todas las cosas del mundo, y del todo bruto para tu salvacion, revélate aquí Dios que han de ser tantos los que aquel rayo de la divina justicia ha de herir, y tan pocos los que han de escapar, y no sabes tú á cual parte desta perteneces, ¿y con todo eso no temes? ¿Es por ventura ménos mal el infierno que el rayo? ¿Hate Dios á tí asegurado? ¿Tienes cédula de tu salvacion? Hasta agora ninguna cosa te asegura, y tus obras te condenan, y segun la presente justicia (sino vuelves la hoja) estás reprobado: ¿y con todo esto no temes?

Dices que te esfuerza la misericordia divina. Esa no deshace lo dicho: ántes si con ella se compadece tanto número de perdidos, ¿no se compadecerá que seas tú tambien uno dellos, si vivieres como ellos? ¿No ves, miserable de tí, que te engaña el amor proprio, pues te hace presumir de tí otra cosa que de todo el mundo? Porque, ¿qué privilegio tienes tú mas que todos los hijos de Adam, para que no vayas tú donde van aquellos cuyas obras imitas?

Y si por sus obras habemos de conocer á Dios (como arriba se dijo), una cosa te sé decir: que aunque sean muchas las comparaciones que se pueden hacer de la misericordia á la justicia (donde siempre son aventajadas las obras de la misericordia), pero en cabo venimos á hallar que en el linaje de Adam, de quien tú deciendes (*g*), mas son los vasos de ira, que los de misericordia; pues son tantos los que se condenan y tan pocos los que se salvan. Lo cual no es porque falte á nadie el favor y ayuda de Dios, el cual, como dice el Apóstol (*h*), quiere que todos se salven, y vengan al conoscimiento de la verdad; sino por falta de los malos que no se quieren aprovechar de los favores de Dios.

He dicho todo esto, para que entiendas que si con esta tan grande misericordia de Dios que tú alegas, se compadece que haya en el mundo tantos infieles, y en la Iglesia tantos malos cristianos; y que si de los infieles se pierden todos, y de los cristianos tantos, tambien se compadecerá que te pierdas tú tambien con ellos, si fueses tal como ellos. ¿Por ventura riéronse á tí los cielos cuando nacias, ó mudáronse entónces los derechos de Dios, y las leyes de su Evangelio, porque para tí haya de ser un mundo, y para los otros otro? Pues si con esta tan gran misericordia se compadesce que el infierno haya dilatado su seno, y que deciendan cada dia millares de ánimas á él (*i*), ¿no se compadecerá que decienda tambien la tuya, si vivieres esa mesma vida? Y porque no digas que entónces era Dios riguroso y agora manso, mira que con esa mansedumbre se compadece agora todo esto que has oido; para que no dejes tú tambien de temer tu castigo, aunque seas cristiano, si eres malo.

¿Perderá por ventura Dios su gloria, si tú solo dejares de entrar en ella? ¿Tienes tú algunas grandes habilidades de que Dios tenga particular necesidad, porque te haya de sufrir con todas tus tachas buenas y malas? ¿ó tienes algun especial privilegio mas que los otros, porque no te hayas de perder con ellos, si fueres malo como ellos? Pues á los hijos de David, que fuéron privilegiados por los méritos de su padre, no dejó Dios de dar su merecido, cuando fuéron malos (*k*); y así muchos dellos acabaron desastradamente (*l*); ¿y estás tú vanamente confiado, creyendo que con todo eso estás seguro? Yerras, hermano mio, yerras si crees que eso sea esperar en Dios. No es esa esperanza, sino presumpcion; porque esperanza es confiar que arrepintiéndote y apartándote del pecado, té perdonará Dios, por malo que hayas sido; mas presumpcion es creer que perseverando siempre en mala vida, todavía tienes tu salvacion segura. Y no pienses que es este cualquier pecado; porque él es uno de los pecados que se cuentan contra el Espíritu Sancto (porque esto es injuriar y usar mal de la bondad de Dios, que especialmente se atribuye al Espíritu Sancto); los cuales pecados dice el Salvador (*m*) que no se perdonan en este siglo ni en el otro: dando á entender que son dificultosísimos de perdonar; porque cuanto es de su parte cierran la puerta de la gracia, y ofenden al mesmo médico que nos ha de dar la vida.

§. III.

Conclusion de todo lo dicho.

Concluyamos pues esta materia con aquel desengaño que el Espíritu Sancto nos da por el Eclesiástico, diciendo (*n*): Del pecado perdonado no dejes de tener temor, y no digas: misericordioso es el Señor; no se acordará de la muchedumbre de mis pecados. Porque su misericordia y su ira están muy cerca, y su ira tiene los ojos puestos sobre los pecadores. Dime ruégote: si de los pecados ya perdonados nos manda tener temor, ¿cómo tú

(*a*) 1. Cor. 10. (*b*) Núm. 14. (*c*) Matth. 20 (*d*) Apoc. (*e*) Eccl. 1. (*f*) Ioan. 13. Marc. 14. (*g*) Rom. 9.

(*h*) 1. Tim. 2. (*i*) Isai. 5. (*k*) 3. Reg. 2. et 2. Reg. 18. (*l*) Absalom, Amnon, Adonias. (*m*) Matth. 12. (*n*) Eccl. 5.

no temes añadiendo cada dia pecados á pecados? Y nota bien aquella palabra que dice que la ira divina mira á los pecadores; porque desa pende el entendimiento desta materia. Para lo cual has de saber que aunque la misericordia de Dios se extienda á justos y pecadores, y á todos alcance su parte, conservando á los unos y llamando y esperando á los otros; pero con todo eso, aquellos grandes favores que promete Dios en sus Escripturas, señaladamente pertenescen á los justos; los cuales así como guardan fielmente las leyes de Dios, así les guarda él fielmente su palabra, y les es verdadero padre, como ellos le son obedientes hijos. Y por el contrario cuanto lees de amenazas, y maldiciones, y rigores de justicias, todo eso habla contigo, y con los tales como tú. Pues ¿qué ceguedad es la tuya, que no tengas miedo de las amenazas que hablan contigo, y tomes grande contentamiento con las palabras que no dicen á tí? Toma la parte que te cabe, y deja al justo su hacienda. Para ti es la ira; teme. Para el justo el amor y la bienquerencia; alégrese. ¿Quiéreslo ver? Mira qué dice David (*a*): Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos sobre las oraciones dellos. Mas su rostro airado está sobre los malos; para destruir de la tierra la memoria dellos. Y en el libro de Esdras hallarás escriptas estas palabras (*b*): La mano del Señor (que es su providencia paternal) está puesta sobre aquellos que de verdad lo buscan; mas su imperio, y su fortaleza, y su furor, contra todos los que lo desamparan.

Pues si esto es así, tú, miserable, que perseveras en pecado, ¿cómo andas engañado? ¿cómo cruzas los brazos? ¿cómo truecas las cartas? no dice á tí ese sobre escripto. No habla contigo en ese estado de ira y de enemistad la dulzura del amor y de la bienquerencia divina. Esa parte es de Jacob: no pertenece á Esaú. Esa suerte es de los buenos: tú que eres malo, ¿qué tienes que ver con ella? deja de serlo, y será tuya. Deja de serlo, y hablará contigo la benevolencia y la providencia paternal de Dios. Entretanto tiranno eres, y usurpador de lo ajeno, y en lo vedado quieres entrar. Espera en el Señor, dice David (*c*), y haz buenas obras. Y en otro lugar (*d*): Sacrificad (dice él) sacrificio de justicia, y esperad en el Señor. Esta es buena manera de esperar, y no haciéndote truhan de la divina misericordia, perseverar en pecado, y pensar de ir al paraíso. El buen esperar es apartándote de las malas obras, y llamando á Dios; mas si obstinadamente perseveras en ellas, no es esperar, sino presumir; no es esperar, y esperando merecer misericordia, sino ofendiendo á la misericordia, hacerse indigno della. Porque así como la Iglesia no vale al que confiando en ella sale della á hacer mal; así es justo que no valga la misericordia de Dios al que se favorece della para el mal.

Esto habian de considerar los dispensadores de la palabra de Dios; los cuales muchas veces no mirando con quien hablan, dan ocasion á los malos para perseverar en sus males. Debrian mirar, que así como á los cuerpos enfermos el que mas les da de comer, mas los daña; así á las ánimas obstinadas en pecados, el que mas las sustenta con esta manera de confianza, mas motivo les da para continuar la mala vida.

Finalmente, acabo esta materia con aquella prudente sentencia de Sant Augustin, el cual dice que esperando y desesperando, van los hombres al infierno: esperando mal en la vida, y desesperando peor en la muerte. Así que, hermano mio, déjate esas presumptuosas confianzas, y acuérdate que hay en Dios misericordia y justicia; por donde así como pones los ojos en la misericordia para esperar, así tambien los debes poner en la justicia para temer. Porque (como dice muy bien Sant Bernardo), dos piés tiene Dios, uno de misericordia y otro de justicia, y nadie debe abrazar el uno sin el otro; porque la justicia sola sin misericordia no nos haga temer tanto, que desesperemos: ni la misericordia sola sin la justicia nos haga presumir y esperar tanto, que perseveremos en el mal vivir.

CAPITULO XXVIII.

Contra los que se excusan diciendo que es áspero y dificultoso el camino de la virtud.

Otra excusa suelen alegar en su favor los hombres del mundo para desamparar la virtud, diciendo que es áspera y dificultosa: aunque esta aspereza bien conocen que no nasce della (pues como amiga de la razon es muy conforme á la naturaleza de la criatura racional), sino de la mala inclinacion de nuestra carne y apetito: la cual nos vino por el pecado. Por lo cual dijo el Apóstol (*e*): Que la carne cobdiciaba contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, y que estas dos cosas eran entre sí contrarias. Y en otro lugar: Huélgome, dice él (*f*), con la ley de Dios segun el hombre interior; mas siento otra ley en mis miembros que contradice á la de mi ánima y me captiva y subjecta al pecado. En las cuales palabras da á entender él que la virtud y la ley de Dios es conforme y agradable á la porcion superior de nuestra ánima, que es toda espiritual (donde está el entendimiento y la voluntad); mas la guarda della se impide por la ley de los miembros, que es por la mala inclinacion y corrupcion de nuestro apetito con todas sus pasiones; el cual rebeló contra la porcion superior desta ánima, cuando ella rebeló contra Dios: la cual rebelion es causa de toda esta dificultad. Pues por esta razon son tantos los que dan de mano á la virtud, aunque la estimen en mucho, como hacen algunas veces los enfermos, que aunque desean la salud, aborrescen la medicina, porque la tienen por desabrida. Por do parece que si sacásemos á los hombres deste engaño, habriamos hecho una gran jornada; pues esto es lo que principalmente los aparta de la virtud; porque por lo demas no hay en ella cosa que no sea de grandísimo precio y dignidad.

§. I.

De cómo la gracia que se nos da por Cristo hace fácil el camino de la virtud.

Has pues agora de saber que la causa principal deste engaño es poner los hombres los ojos en sola esta dificultad que hay en la virtud, y no en las ayudas que de parte de Dios se nos ofrecen para vencerla; que es aquella manera de engaño que padescia el dicípulo del profeta Eliseo (*g*) segun arriba declaramos, el cual como veia el ejército de Siria que tenia cercada la casa de su Señor, y no veia el que de parte de Dios estaba en su defensa, desmayaba y teníase por perdido; hasta que por oracion del sancto Profeta le abrió Dios los ojos, y vió cuánto mayor poder habia de su parte que de la de los contrarios. Pues tal es el engaño destos que hablamos: porque como ellos experimentan en sí la dificultad de la virtud, y no han experimentado los favores y socorro

(*a*) Psal. 33. (*b*) 1. Esd. 8. (*c*) Psal. 36. (*d*) Psal. 4.

(*e*) Galat. 5. (*f*) Rom. 7. (*g*) 4. Reg. 6.

que se dan para alcanzarla, tienen por dificultosísima esta empresa, y así se despiden della.

Pues dime agora, ruégote: si el camino de la virtud es tan dificultoso, ¿qué quiso significar el Profeta cuando dijo (*a*): En el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité, así como en todas las riquezas del mundo? Y en otro lugar (*b*): Tus mandamientos, Señor, son mas dignos de ser deseados que el oro y las piedras preciosas, y mas dulces que el panal y la miel. De manera que no solo concede lo que todos concedemos á la virtud, que es su maravillosa excelencia y preciosidad, sino tambien lo que el mundo le quita, que es dulzura y suavidad. Por donde puedes tener por cierto que los que hacen esta carga pesada (aunque sean cristianos, y vivan en la ley de gracia) no han aun desayunádose deste misterio. Pobre de tí, tú que dices que eres cristiano, dime: ¿para qué vino Cristo al mundo? para qué derramó su sangre? para que instituyó los sacramentos? para qué invió al Espíritu Sancto? ¿Qué quiere decir Evangelio? qué quiere decir gracia? qué Jesus? ¿Qué significa este nombre tan celebrado dese mesmo Señor que adoras? Y si no lo sabes, pregúntalo al Evangelista que dice (*c*): Ponerle has por nombre Jesus; porque él hará salvo á su pueblo de sus pecados. ¿Pues qué es ser Salvador y librador de pecados, sino merecernos el perdon de los pecados pasados, y alcanzarnos gracia para excusar los venideros? ¿Para qué, pues, vino este Salvador al mundo, sino para ayudarte á salvar? ¿Para qué murió en la Cruz, sino para matar el pecado? ¿Para qué resuscitó despues de muerto, sino para hacerte resuscitar en esta nueva manera de vida? ¿Para qué derramó su sangre, sino para hacer della una medicina, con que sanase tus llagas? ¿Para qué ordenó los Sacramentos, sino para remedio y socorro de los pecados? ¿Cuál es uno de los mas principales fructos de su pasion, y de su venida, sino habernos allanado el camino del cielo, que ántes era áspero y dificultoso? Así lo significó Isaías, cuando dijo (*d*) que en la venida del Mesías los caminos torcidos se enderezarian, y los ásperos se allanarian. Finalmente, ¿para qué, sobre todo esto, invió el Espíritu Sancto, sino para que de carne te hiciese espíritu? ¿y para qué lo invió en forma de fuego (*e*), sino para que como fuego te encendiese, y alumbrase, y avivase, y transformase en si mesmo, y te levantase á lo alto, de donde él bajó? ¿Para qué es la gracia con las virtudes infusas que della proceden, sino para hacer suave el yugo de Cristo? para hacer lijero el ejercicio de las virtudes? para cantar en las tribulaciones? para esperar en los peligros, y vencer en las tentaciones? Este es el principio, y el medio, y el fin del Evangelio: conviene saber (*f*), que así como un hombre terrenal y pecador (que fue Adam) nos hizo pecadores y terrenos, así otro hombre celestial, y justo (que fué Cristo) nos hiciese celestiales y justos. ¿Qué otra cosa escriben los evangelistas? ¿qué otras promesas anunciaron los profetas? ¿qué otra predicaron los apóstoles? Esta es la suma de toda la teología cristiana. Esta es la palabra abreviada que Dios hizo sobre la tierra. Esta es la consumacion y abreviacion que el profeta Isaías dice que oyó á Dios (*g*), de la cual se siguieron luego en el mundo tantas riquezas de virtudes y de justicia.

Declaremos esto mas en particular. Pregúntote, ¿de dónde procede la dificultad que hay en la virtud? Decirme has que de las malas inclinaciones de nuestro corazon, de nuestra carne concebida en pecado; porque la carne contradice al espíritu, y el espíritu á la carne (*h*), como cosas entre sí contrarias. Pues pongamos agora por caso que te dijese Dios: Ven acá, hombre; yo te quitaré ese mal corazon que tienes, y te daré otro corazon nuevo, y te daré fuerzas para mortificar tus malas inclinaciones y apetitos. Si esto te prometiese Dios, ¿serte hia entónces dificultoso el camino de la virtud? Claro está que no. Pues dime, ¿qué otra cosa es la que tiene este Señor tantas veces prometida y firmada en todas sus Escripturas? Oye lo que dice por el profeta Ecequiel, hablando señaladamente con los que viven en la ley de gracia (*i*). Yo (dice él) os daré un corazon nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros, y quitaros he el corazon que teneis de piedra, y daros he corazon de carne; y pondré mi espíritu en medio de vosotros, y mediante él, haré que andeis por el camino de mis mandamientos, y guardeis mis justicias, y las pongais por obra, y moraréis en la tierra que yo dí á vuestros padrés, y seréis vosotros mi pueblo, y yo seré vuestro Dios. Hasta aquí son palabras de Ecequiel. ¿De qué dudas tú agora aquí? ¿De que no guardará Dios contigo esta palabra? ¿O si podrás con el cumplimiento della guardar su ley? Si dices lo primero, haces á Dios falso prometedor, que es una de las mayores blasfemias que pueden ser. Si dices que con este socorro no podrás cumplir su ley, háceslo defectuoso proveedor; pues queriendo remediar el hombre, no dió para ello bastante remedio. ¿Pues qué te queda aquí en que dudar?

Allende desto, tambien te dará virtud para mortificar estas malas inclinaciones que pelean contra tí, y te hacen dificultoso este camino. Este es uno de los principales efectos de aquel árbol de vida, que el Salvador con su sangre sanctificó. Así lo confiesa el Apóstol, cuando dice (*k*): Nuestro viejo hombre fué juntamente crucificado con Cristo, para que así fuese destruido el cuerpo del pecado, para que ya no sirviésemos mas al pecado. Y llama aquí el Apóstol viejo hombre y cuerpo de pecado á nuestro apetito sensitivo, con todas las malas inclinaciones que dél proceden: el cual dice que fué crucificado en la Cruz con Cristo; porque por aquel nobilísimo sacrificio nos alcanzó gracia y fortaleza para poder vencer este tiranno, y quedar libres de las fuerzas de sus malas inclinaciones, y de la servidumbre del pecado, como arriba se declaró. Esta es aquella victoria, y aquel tan gran favor que el mesmo Señor promete por Isaías, diciendo así (*l*): No temas, porque yo estoy contigo: no te apartes de mí, porque yo soy tu Dios. Yo te esforzaré, y te ayudaré, y la mano diestra de mi justo (que es el mesmo Hijo de Dios) te sosterná. Buscarás á los que peleaban contra tí, y no los hallarás: serán como si no fuesen, y quedarán como un hombre rendido y gastado ante los piés de su vencedor. Porque yo soy tu Señor Dios, que te tomaré por la mano, y te diré: No temas, que yo te ayudaré. Hasta aquí son palabras de Dios por Isaías. Pues ¿quién desmayará con tal esfuerzo? ¿Quién desmayará con el temor de sus malas inclinaciones, pues así las vence la gracia?

(*a*) Psal. 118. (*b*) Psal. 18. (*c*) Matth. 1. (*d*) Isai. 40. (*e*) Act. 2.
(*f*) 1. Cor. 15. (*g*) Isai. 10.

(*h*) Gal. 5. Rom. 7. (*i*) Ezech. 11 (*k*) Rom. 6. (*l*) Isai. 41.

§. II.

Responde á algunas objeciones.

Y si me dices que todavía quedan á los justos sus rinconcillos secretos, que son aquellas rugas que, como se escribe en Job (*a*), los acusan y dan testimonio contra ellos, á eso te responde el mesmo profeta con una palabra diciendo (*b*): Serán como si no fuesen; porque si quedan, quedan para nuestro ejercicio, y no para nuestro escándalo; quedan para despertarnos, y no para enseñorearnos; quedan para darnos ocasiones de coronas, y no para ser lazos de pecados; quedan para nuestro triunfo, no para nuestro caimiento; finalmente quedan de tal manera, como convenia que quedasen para nuestra aprobacion, y para nuestra humildad, y para el conocimiento de nuestra flaqueza, y para gloria de Dios, y de su gracia: de manera que el haber así quedado redunda en provecho nuestro. Porque así como las bestias fieras (que de suyo son perjudiciales al hombre) cuando son amansadas y domésticas sirven al provecho del hombre, así tambien las pasiones moderadas y templadas ayudan en muchas cosas á los ejercicios de la virtud.

Pues dime agora: si Dios es el que así te esfuerza, ¿quién te derribará? Si Dios es por ti, ¿quién contra ti (*c*)? El Señor, dice David (*d*), es mi lumbre, y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré yo temor? Si se asentaren reales de enemigos contra mí, no temerá mi corazon; y si se levantare batalla contra mí, en él tendré yo mi esperanza. Por cierto, hermano mio, si con tales promesas como estas no osas determinarte á servir á Dios, que debes ser muy cobarde; y si de tales palabras no te fias, sin duda eres muy desleal. Dios es el que te dice que te dará otro nuevo sér (*e*); que te mudará el corazon de piedra, y te lo dará de carne; que mortificará tus pasiones; que vendrás á tal estado, que no te conocerás; que mirarás por tus malas inclinaciones, y no las hallarás; porque él las debilitará y enflaquecerá: ¿pues qué tienes mas aquí que pedir? ¿qué tienes mas que desear? ¿qué te falta, sino fe viva, y esperanza viva, para que te quieras fiar de Dios, y arrojarte en sus brazos (*f*)?

Paréceme que no puedes responder á esto, sino diciendo que son grandes tus pecados, y que por ellos te será por ventura negada esta gracia. A esto te respondo que una de las mayores injurias que puedes hacer á Dios, es esa; pues das á entender que hay alguna cosa que él ó no pueda ó no quiera remediar, convertiéndose á él su criatura, y pidiéndole remedio. No quiero que en esta parte creas á mí, cree aquel sancto profeta, el cual parece que se acordaba de tí, y te salia al camino, cuando escribió aquellas palabras que en sentencia dicen así (*g*): Si por tus peccados te hobieren comprendido estas maldiciones susodichas, y despues movido á penitencia te volvieres á tu Señor Dios con todo tu corazon y ánima, él se apiadará de tí, y te librará del captiverio en que estuvieres, y te traerá á la tierra que te tiene jurada, aunque te hayan llevado hasta el cabo del mundo. Y añade mas: Y circuncidará el Señor Dios tu corazon, y el corazon de tus hijos, para que así le puedas amar con toda tu ánima, y con todo tu corazon. ¡Oh si te circuncidase agora este Señor tambien los ojos, y te quitase las tinieblas dellos, para que vieses claramente la manera desta circuncision! No serás tan grosero que entiendas esta circuncision corporalmente, porque deso no es capaz el corazon. Pues ¿qué circuncision es esta que el Señor aquí promete? Sin dubda es la demasía de nuestras pasiones y malas inclinaciones que nacen del corazon, las cuales son un muy grande impedimento de su amor. Pues todas estas ramas estériles y dañosas promete él que circuncidará con el cuchillo de su gracia, para que estando el corazon (si decir se puede) desta manera podado y circuncidado, emplee toda su virtud por sola esta rama del amor de Dios. Entónces serás verdadero israelita (*h*); entónces te habrás circuncidado al Señor, cuando él hubiere cercenado de tu ánima el amor del mundo, y no quedare en ella mas que solo su amor.

Y querria que notases atentamente cómo esto que el Señor aquí promete que hará si te volvieres á él, eso mesmo te manda él en otra parte que hagas, diciendo (*i*): Circuncidáos al Señor, y cercenad las demasías de vuestros corazones. Pues ¿cómo, Señor, lo que vos aquí prometeis de hacer, me mandais á mí que haga? Si vos habeis de hacer esto, ¿para qué me lo mandais? Y si yo lo tengo de hacer, ¿para qué me lo prometeis? Esta dificultad se suelta con aquellas palabras de Sant Augustin, que dicen (*k*): Señor, dadme gracia para hacer lo que vos me mandais, y mandadme lo que quisiéredes. De manera que él es el que manda lo que tengo de hacer, y el que me da gracia para hacerlo: por donde en una mesma cosa se hallan juntamente mandamiento y promesa, y una mesma cosa hace él, y hace el hombre: él como causa principal, y el hombre como ménos principal. De suerte que se há Dios en esta parte con el hombre, como el pintor que rigiese el pincel en las manos de un dicípulo suyo, y así viniese á hacer una imágen perfecta: la cual está claro que hacen ambos, mas no es igual ni la honra ni la eficacia de ambos. Pues así lo hace Dios aquí (guardada la libertad de nuestro albedrío) con nosotros, porque despues de acabada la obra, no tenga el hombre por qué gloriarse, sino por qué glorificar al Señor con el Profeta, diciendo (*l*): Todas nuestras obras obraste, Señor, en nosotros.

Pues acuérdate desta palabra, y por ella glosarás todos los mandamientos de Dios; porque todo cuanto él te manda que hagas, él promete ser contigo para hacerlo. Y así como cuando te manda circuncidar el corazon, él dice que lo circuncidará, así cuando te manda que le ames sobre todas las cosas, él te dará gracia para que así lo ames. De aquí nace llamarse el yugo de Dios suave (*m*); porque lo tiran dos: conviene saber, Dios y el hombre: y así lo que la naturaleza sola hacia dificultoso, la divina gracia hace lijero. Y por esto acabadas estas palabras, dice luego el Profeta mas abajo (*n*): Ese mandamiento que yo te mando hoy, ni está sobre tí, ni muy léjos de tí, ni está levantado en el cielo, para que hayas de decir: ¿Quién de nosotros podrá subir al cielo para traerlo de allí? Ni tampoco está puesto dese cabo de la mar, para que tengas ocasion de decir: ¿Quién podrá pasar la mar y traerlo de tan léjos? No está pues así alejado, sino muy cerca de tí lo hallarás en tu boca y en tu corazon para haberlo de cumplir. En las cuales palabras quiso el sancto Profeta quitar todos los nublados y dificultades que los hombres sensuales ponen en la ley de Dios; porque como miran á la ley sin el Evangelio, esto

(*a*) Iob. 16. (*b*) Isai. 41. (*c*) Rom. 8. (*d*) Psal. 26. (*e*) Ezech. 11. (*f*) Psal. 26. (*g*) Deut. 30.

(*h*) Ioan 1. (*i*) Hier. 4. (*k*) Lib. 10. Confess. c. 31. (*l*) Isai. 26. (*m*) Matth. 11. (*n*) Deut. 30.

es, lo que les mandan hacer, sin la gracia que les darán para poderlo hacer: ponen este achaque en la ley de Dios, llamándola pesada y dificultosa, y no miran que expresamente contradicen en esto á las palabras del evangelista Sant Joan, que dice (*a*): La verdadera caridad consiste en que guardemos los mandamientos de Dios. Los cuales mandamientos no son pesados; porque todo aquello que nace de Dios, vence el mundo. Quiere decir, que los que recibieron en sus ánimas el espíritu de Dios, mediante el cual fuéron reengendrados y hechos hijos de aquel cuyo espíritu recibieron; estos, como tienen dentro de sí á Dios que en ellos mora por gracia, pueden mas que todo lo que no es Dios; y así ni el mundo, ni el demonio, ni todo el poder del infierno es poderoso contra ellos. De donde se sigue que aunque la carga de los mandamientos divinos fuera muy pesada, las nuevas fuerzas que por la gracia se comunican, la hacen liviana.

§. III.

De cómo el amor de Dios hace tambien fácil y suave el camino del cielo.

¿Pues qué será si con todo lo susodicho juntamos tambien el socorro que nos viene por parte de la caridad? Ca cierto es que una de las principales condiciones de la caridad es hacer suavísimo el yugo de la ley de Dios. Porque, como dice Sant Augustin, no son penosos los trabajos de los que aman, sino ántes ellos mesmos deleitan, como los de los que pescan, montean, y cazan. ¿Quién hace á la madre no sentir los trabajos continuos de la crianza del niño, sino el amor? ¿Quién hace á la buena mujer curar noche y dia sin cesar el marido enfermo, sino el amor? ¿Quién hace hasta las bestias y las aves andar tan solícitas en la crianza de sus hijos, y ayunar lo que ellos comen, y trabajar porque ellos descansen, y atreverse á defenderlos con tan gran coraje, sino el amor? ¿Quién hizo al apóstol Sant Pablo decir aquellas tan animosas palabras que él escribe en la Epístola á los romanos (*b*): ¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Habrá tribulacion, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó cuchillo que esto pueda? Cierto estoy que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni fuerza, ni alteza, ni profundidad, ni otra criatura alguna será bastante para apartarnos del amor de Dios. ¿Quién otrosí hizo á nuestro padre Sancto Domingo tener tan grande sed del martirio, como el ciervo de las fuentes de las aguas (*c*), sino la fuerza deste amor? ¿De donde le vino á Sant Lorenzo estar con tanta alegría asándose en las parrillas, que viniese á decir que aquellas brasas le daban refrigerio, sino de la sed grande que tenia del martirio, la cual habia encendido la llama deste amor? Porque el verdadero amor de Dios (como dice Crisólogo) ninguna cosa tiene por dura, ninguna por amarga, ninguna por pesada. ¿Qué hierro, qué heridas, qué penas, qué muertes pueden vencer al amor perfecto? El amor es una cota de malla que no se puede falsear: despide las saetas, sacude los dardos, escarnece los peligros, burla de la muerte; finalmente, si es amor, todas las cosas vence.

Mas no se contenta el perfecto amor con vencer los trabajos que se le ofrescen, sino desea tambien que se le ofrezcan por lo que ama. De aquí nace una gran sed que los varones perfectos tienen de martirios, que es derramar sangre por aquel que primero derramó la suya por ellos. Y como no se les cumple este deseo, encruelécense contra sí mesmos, y hacen de sí verdugos contra sí. Por esto martirizan sus cuerpos, y afligenlos con hambre, sed, frio, calor, y con otros muchos trabajos, y desta manera descansan algun tanto, porque se les cumple en algo su deseo.

Este lenguaje no entienden los amadores del mundo, ni alcanzan cómo se pueda amar lo que ellos tanto aborrecen, y aborrecer lo que tanto aman; mas verdaderamente es ello así. En la Escriptura leemos (*d*) que los egipcios tenian por dioses los animales brutos, y como á tales los adoraban. Mas por el contrario los hijos de Israel llamaban abominaciones á los que ellos llamaban dioses, y sacrificaban y mataban para gloria del verdadero Dios á los que ellos adoraban por dioses. Pues desta manera los justos (como verdaderos israelitas), llaman abominaciones á los dioses del mundo, que son las honras, los deleites y las riquezas, á quien él adora y sacrifica: escupen y matan estos falsos dioses (como unas abominaciones) para gloria del verdadero Dios. Y así el que quisiere ofrecer á Dios sacrificio agradable, mire lo que el mundo adora, y eso le sacrifique; y por el contrario, abrace por su amor lo que viere que aborresce. ¿Por ventura no lo hacian así aquellos que despues de haber recebido las primicias del Espíritu Sancto iban alegres delante del Concilio por haber padecido injurias por el nombre de Cristo? ¿Pues cómo lo que bastó para hacer dulces las cárceles, y los azotes, y las parrillas, y las llamas, no bastará para hacerte dulce la guarda de los mandamientos divinos? Y lo que basta cada dia para hacer llevar á los justos no solamente la carga de la ley, sino tambien la sobrecarga de sus ayunos, vigilias, diciplinas, cilicios, desnudez y pobreza ¿no bastará para hacer á tí llevar la simple carga de la ley de Dios y de su Iglesia? ¡Oh cómo vives engañado! ¡Oh cómo no conoces la virtud, y las fuerzas de la caridad y de la gracia divina!

§. IV.

De otras cosas que nos hacen suave el camino de la virtud.

Lo dicho bastaba suficientemente para deshacer del todo este comun impedimento que muchos alegan. Mas ya que nada desto fuese así, ya que en este camino hubiese trabajos, dime ruégote: ¿qué mucho era por la salvacion de tu ánima hacer algo de lo que haces por la salud de tu cuerpo? ¿Qué mucho sería hacer algo por escapar de tormentos eternos? ¿Qué te parece que haria aquel rico avariento (*e*) que está en el infierno, si le diesen licencia para tornar á este mundo á enmendar los yerros pasados? Pues no ménos es razon que hagas tu agora de lo que él hiciera, pues si fueres malo, te está guardado el mesmo tormento, y así has de tener el mesmo deseo.

Y demas desto si atentamente considerares lo mucho que Dios por tí ha hecho, y lo mucho mas que te promete, y los muchos pecados que tienes contra él cometidos, y los muchos trabajos que padescieron los sanctos, y mucho mas lo que padesció el Sancto de los sanctos, sin duda te avergonzarias de no padescer algo por Dios, y aun de cualquier bocado que bien te supiese, vendrias á tener miedo y descontentamiento. Por lo cual dijo

(*a*) 1. Ioan. 5. (*b*) Rom. 8. (*c*) Psalm. 41.

(*d*) Exod. 8. Vide de hoc Sanct. Thom. 1. 2. q. 102. art. 3. ad secund.
(*e*) Luc. 16.

Sant Bernardo que no igualaban las pasiones y tribulaciones deste siglo, ni con la gloria que esperamos, ni con la pena que tememos, ni con los pecados que habemos cometido, ni con los beneficios que habemos recibido de Dios. Cualquiera destas consideraciones basta para acometer esta vida por trabajosa que fuera.

Mas para decirte la verdad: aunque en todas partes, en todas las maneras de vidas haya trabajos, sin comparacion es mayor el trabajo que hay en el camino de los malos que en el de los buenos. Porque aunque sea trabajo caminar de cualquier manera que caminares (porque al fin el camino cansa), pero muy mayor trabajo pasa el ciego que camina, y mil veces tropieza, que el que tiene ojos y mira por donde va. Pues como esta vida sea camino, no se pueden en ella excusar trabajos, hasta que vamos al lugar de los descansos. Mas el malo, como no se rige por razon, sino por pasion, claro está que camina á ciegas; pues no hay en el mundo cosa mas ciega que la pasion. Pero los buenos, como se guian por razon, ven estos despeñaderos, y barrancos, y desviánse dellos; y así caminan con ménos trabajo, y mayor seguridad. Así lo entendió y confesó aquel gran sabio Salomon, cuando dijo (*a*): La senda de los justos resplandesce como la luz, y va siempre creciendo hasta llegar al mediodía; mas el camino de los malos es escuro y tenebroso, y así no ven los despeñaderos en que caen. Y no solo es escuro (como aquí dice Salomon), sino tambien deleznable y resbaladizo, como dice David (*b*); para que por aquí veas cuántas caídas dará quien camina por tal camino, y esto á escuras y sin luz, y así entiendas por estas semejanzas la diferencia que va de camino á camino, y de trabajo á trabajo.

Y aun para ese poco de trabajo que á los buenos queda, hay mil maneras de ayudas que los alivian y disminuyen, como ya dijimos. Porque primeramente es la asistencia y providencia paternal de Dios que los rige, y la gracia del Espíritu Sancto que los anima, y la virtud de los sacramentos que los sanctifica, y las consolaciones divinas que los alegran, y los ejemplos de los buenos que los esfuerzan, y las escripturas de los sanctos que los enseñan, y el alegría de la buena conciencia que los consuela, y la esperanza de la gloria que los alienta, con otros mil favores y socorros de Dios; con los cuales se les hace tan dulce este camino, que vienen con el Profeta á decir (*c*): ¡Cuán dulces son, Señor, las palabras de tus mandamientos á mi garganta! mas que la miel en mi boca.

Pues quien quiera que todo esto considerare, verá muy claramente la concordia de muchas autoridades de la Escriptura divina, de las cuales unas hacen este camino áspero, y otras suave. Porque en un lugar dice el Profeta (*d*): Por amor de las palabras de tus labios yo anduve por caminos duros. Y en otro dice (*e*): En el camino de tus mandamientos me deleité, así como en todas las riquezas. Porque este camino tiene ambas estas cosas: conviene saber, dificultad y suavidad: la una por parte de la naturaleza, y la otra por virtud de la gracia; y así lo que era dificultoso por una razon, se hace ligero por otra. Lo uno y lo otro significó el Señor, cuando dijo (*f*) que su yugo era suave, y su carga liviana. Porque en decir yugo, significó el peso que aquí había; y en decir suave, la facilidad que por parte de la gracia se le daba.

Y si por ventura preguntares: ¿cómo es posible que sea yugo y sea suave, pues la condicion del yugo es ser pesado? A esto se responde: Que la causa es, porque Dios lo alivia, como él lo prometió por el profeta Oseas, diciendo (*g*): Yo les seré como quien levanta el yugo, y lo quita de encima de sus mejillas. Pues luego, ¿qué maravilla es que sea liviano el yugo que Dios alivia, y el que él mesmo ayuda á levantar? Si la zarza ardia y no se quemaba, porque Dios estaba en ella (*h*); ¿qué mucho es que esta sea carga, y sea liviana, pues el mesmo Dios está en ella ayudándola á llevar? ¿Quieres ver lo uno y lo otro en una mesma persona? Oye lo que dice Sant Pablo (*i*): En todas las cosas padescemos tribulaciones, y no nos angustiamos; vivimos en extrema pobreza, y no nos falta nada; sufrimos persecuciones, y no somos desamparados; humíllannos, y no somos confundidos; abátennos hasta la tierra, y no somos por eso perdidos. Cata aquí pues por un cabo la carga de los trabajos, y por otro el alivio y suavidad que Dios suele poner en ellos.

Pues aun mas claro significó esto el profeta Isaías, cuando dijo (*k*): Los que esperan en el Señor mudarán la fortaleza, tomarán alas como águilas, correrán y no trabajarán, andarán y no desfallecerán. Ves pues aquí el yugo deshecho por virtud de la gracia, y ves trocada la fortaleza de carne en fortaleza de espíritu; ó por mejor decir, la fortaleza de hombre en fortaleza de Dios. Ves cómo el sancto Profeta ni calló el trabajo, ni calló el descanso, ni la ventaja que habia de lo uno á lo otro, cuando dijo: Correrán y no trabajarán; andarán, y no desfallecerán. Así que, hermano mio, no tienes por qué desechar este camino por áspero y dificultoso; pues tantas cosas hay en él que lo hacen llano.

§. V.

Prueba por ejemplo ser verdad todo lo dicho.

Y si todas estas razones no te acaban de convencer, y tu incredulidad es como la de Sancto Tomas, que no queria creer sino lo que viese con los ojos (*l*), tambien descenderé contigo á este partido; porque no temo ninguna prueba defendiendo tan buena causa. Pues para esto tomemos agora un hombre que lo haya corrido todo; que algun tiempo fué vicioso y mundano, y despues por la misericordia de Dios está ya trocado y hecho otro. Este es bueno para juez desta causa; pues no solamente ha oido, sino tambien visto, y probado por experiencia ambas cosas, y bebido de ambos cálices. Pues á este podrias tú muy bien conjurar, y pedirle te dijese cuál dellos halló mas suave. Desto podrian dar muy buen testimonio muchos de los que están diputados en la Iglesia para examinadores de las conciencias ajenas; porque estos son los que descienden á la mar en navíos, y ven las obras de Dios en las muchas aguas (*m*): que son las obras de su gracia, y las grandes mudanzas que cada dia se hacen por ella, las cuales sin duda son de grande admiracion. Porque verdaderamente no hay en el mundo cosa de mayor espanto, ni que cada dia se haga mas nueva á quien bien la considera, que ver lo que en el ánima de un justo obra esta divina gracia. ¡Cómo la transforma! cómo la levanta! cómo la esfuerza! cómo la consuela! cómo la compone toda dentro y fuera! cómo le hace mudar las costumbres del

(*a*) Prov. 4. (*b*) Psalm. 34. (*c*) Psalm. 118. (*d*) Psalm. 16. (*e*) Psalm. 118. (*f*) Matth. 11.

(*g*) Osee. 11. (*h*) Exod. 3. (*i*) 2. Cor. 4. (*k*) Isai. 40. (*l*) Ioan. 20. (*m*) Psalm. 106.

hombre viejo! cómo le trueca todas sus aficiones y deleites! cómo le hace amar lo que ántes aborrescia, y aborrescer lo que ántes amaba, y tomar gusto en lo que ántes le era desabrido, y desgusto en lo que ántes le era sabroso! ¡Qué fuerzas le da para pelear! qué alegría! qué paz! qué lumbre para conocer la voluntad de Dios, la vanidad del mundo, y el valor de las cosas espirituales que ántes despreciaba! Y sobre todo esto lo que mayor espanto pone, es ver en cuán poco tiempo se obran todas estas cosas; porque no es menester cursar muchos años en las escuelas de los filósofos, y aguardar al tiempo de las canas para que la edad nos ayude á cobrar seso, y mortificar las pasiones: sino que en medio del fervor de la mocedad, y en espacio de muy pocos dias, se muda un hombre tan mudado, que apénas parece el mesmo. Por lo cual dice muy bien Cipriano que este negocio primero se siente que se aprenda; y que no se alcanza por estudio de muchos años, sino por el atajo de la gracia, que en muy breve lo da todo. La cual gracia podemos decir que es como unos espirituales hechizos con que Dios por una manera maravillosa muda los corazones de los hombres de tal modo, que les hace amar con grandísimo amor lo que ántes aborrescian (que era el ejercicio de las virtudes), y aborrescer con grandísimo aborrescimiento lo que ántes amaban, que eran los gustos y deleites de los vicios.

Este es uno de los grandes provechos que sacan del oficio del confesar los que esto hacen con aquella devocion y espíritu que deben; porque allí ven cada dia muchas destas maravillas, con las cuales parece que les paga nuestro Señor el trabajo de su servicio tan bien pagado, que muchos habemos visto mudados con la vista destas mudanzas, y muy aprovechados en el camino de la virtud con estos cuotidianos ejemplos. Estos pues callando oyen, como otro Jacob (*a*), las palabras y misterios de Josef; y estiman con su justo precio lo que no sabe estimar el niño simple que lo relata.

Mas para mayor claridad y confirmacion de lo dicho, añadiré aquí el ejemplo y autoridad de dos grandes sanctos, los cuales en un tiempo vivieron en este mesmo engaño, y despues vieron el desengaño: y lo uno y lo otro quiso Dios que dejasen escripto para nuestro ejemplo y aviso. Pues el bienaventurado mártir Cipriano, escribiendo á un amigo suyo llamado Donato, el principio y manera de su conversion, dice así (*b*):

En el tiempo que andaba yo perdido y engolfado en el mundo, sin saber de mi vida, sin tener lumbre y conocimiento de la verdad, tenia por imposible lo que para mi salud y remedio la divina gracia me prometia: conviene saber, que el hombre podia volver á nacer de nuevo (*c*), y recebir otro espíritu, y otra manera de vida, con la cual dejase de ser lo que ántes era, y comenzase á tener otro nuevo sér, y otra contradicion de vida; de tal modo que aunque la sustancia y figura del cuerpo fuese la mesma, el hombre interior del todo se mudaria. Antes decia yo que era imposible la tal mudanza; porque no podia tan presto deshacerse lo que tan asentado estaba en nosotros, así por parte de la naturaleza corrupta, como de la costumbre depravada. Porque ¿cómo será posible que sea abstinente el que está acostumbrado á mesas largas y delicadas? ¿Cómo se querrá abajar á traer una capa raida, el que huelga de resplandescer con oro y púrpura? Y el que se deleita con los magistrados y cargos de república, ¿cómo le sufrirá el corazon verse sin oficio y sin honra? Y el que se precia de andar muy acompañado de servidores, y de hinchir la calle por do va de criados, ¿cómo no terná por tormento verse solo y desacompañado? No puede ser sino que los vicios y costumbres pasadas han de acudir á pedir cada uno su derecho, y convidar y solicitar el corazon con sus halagos y blanduras. No puede ser sino que muchas veces ha de solicitar la gula, y envanescer la soberbia, y deleitar la honra, é inflamar la ira, y indignar la crueldad, y despeñar la lujuria.

Esto era lo que yo conmigo muchas veces trataba. Porque como estaba enlazado en tantas maneras de males (de los cuales no creia poder librarme), con la desconfianza de la emienda favorecia á los mesmos vicios á quien servia, como á criados familiares nacidos en mi casa. Mas despues que alimpiadas las culpas de la vida pasada, entró la luz de lo alto en el corazon purificado ya, y limpio con el agua del sancto baptismo: despues que recebido el espíritu del cielo, el segundo nacimiento me hizo otro nuevo hombre; luego por una manera maravillosa comenzaron á asentárseme las cosas ántes dudosas, y aclarárseme las escuras, y abrírseme las cerradas, y á parescérseme fáciles las que ántes parecian difíciles, y posibles las que se me hacian imposibles; de tal manera que se parecia bien claro ser proprio del hombre lo que habia nacido de carne, y así vivia segun carne (*d*): mas de Dios, y no del hombre, lo que el Espíritu Sancto habia animado. Bien sabes tú por cierto, amigo Donato, bien sabes lo que este espíritu del cielo me quitó, y lo que me dió: el cual es muerte de los vicios, y vida de las virtudes. Bien sabes tú todo esto; porque no predico yo aquí mis alabanzas, sino la gloria de Dios. Excusada es en este caso la jactancia; aunque no se puede llamar jactancia, sino agradescimiento, lo que no se atribuye á la virtud del hombre, sino á la gracia de Dios; pues está claro que el haber dejado de pecar procedió de su gracia: así como el haber ántes pecado fué de la naturaleza corrupta.

Hasta aquí son palabras de Cipriano: en las cuales abiertamente ves el engaño tuyo, y de muchos otros; los cuales midiendo la dificultad de la virtud con sus proprias fuerzas, tienen por dificultoso, y aun por imposible alcanzarla; y no miran que en arrojándose en los brazos de Dios, y determinando de salir de pecado, los recibe en su gracia; la cual hace tan llano este camino, cuanto aquí has visto por este ejemplo; pues es cierto que ni aquí se te dice mentira, ni tampoco faltará á tí la gracia que á este sancto no faltó, si te volvieres á Dios, como él lo hizo.

Oye otro ejemplo no ménos admirable que este. Escribe Sant Augustin en el octavo libro de sus Confesiones (*e*), que como él comenzase á tratar en su corazon de dejar el mundo, que se le ofrecian grandes dificultades en esta mudanza, y que le parecia que por una parte todos sus deleites pasados se le atravesaban delante, y le decian: ¿Cómo? ¿y para siempre nos quieres dejar? ¿y dende agora nunca mas eternalmente nos has de ver? Por otra parte dice que se le representaba la virtud con un rostro alegre y sereno, acompañada de muchos buenos ejemplos, así de doncellas, como de viudas, y de otras personas que en todo género de estados y edades castamente vivian, diciéndole: ¿Cómo?

(*a*) Gen. 37. (*b*) 2. lib. Ep. Epist. 2. (*c*) Ioan 3.

(*d*) Ibid. (*e*) Cap. 11.

¿no podrás tú lo que estos y estas pueden? ¿Por ventura estos y estas pueden lo que pueden por su virtud, ó por la de Dios? Mira que porque estribas en tí, caes. Arrójate en Dios, y no temas; porque no se desviará, ni te desamparará. Arrójate en él seguramente, que él te recibirá y te salvará.

En medio desta batalla tan reñida, dice este sancto que comenzó á llorar fuertemente, y que se apartó á solas, y se dejó caer debajo de una higuera, y que soltando las riendas á las lágrimas, comenzó á dar voces de lo íntimo de su corazon, diciendo (*a*): ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo te airarás contra mí? ¿hasta cuando no se dará fin á mis torpezas? ¿hasta cuando ha de durar este mañana, mañana? ¿por qué no será luego? ¿por qué no se da en esta hora fin á mis maldades?

Acabadas estas y otras cosas que este sancto allí refiere, dice luego que le mudó nuestro Señor súbitamente el corazon, de tal manera que nunca mas tuvo apetito de vicios carnales, ni de otra cosa del mundo; sino que del todo sintió su corazon libre de todos los apetitos pasados. Y así, como suelto ya destas cadenas, comienza en el libro siguiente á dar gracias á su libertador, diciendo (*b*): ¡Oh, Señor, yo soy tu siervo, yo tu siervo, é hijo de tu sierva (*c*)! Rompiste, Señor, mis ataduras; á tí sacrificaré sacrificio de alabanza. Alábente mi corazon y mi lengua, y todos mis huesos digan (*d*): Señor, ¿quién es como tú? ¿Dónde estaba Cristo Iesu ayudador mio? ¿Dónde estaba tantos años habia mi libre albedrío, pues no se convertia á tí? ¿De cuán profundo piélago lo sacaste en un momento para que subjectase yo mi cuello á tu dulce yugo, y á la carga liviana de tu sancta ley? ¿Cuán deleitable se me hizo luego carecer de los deleites del mundo, y cuán dulce dejar lo que ántes recelaba perder? Echabas tú fuera de mi ánima, verdadero y sumo deleite, todos los otros vanos deleites: echábaslos fuera, y entrabas tú en lugar dellos, mas dulce que todo otro deleite, y mas hermoso que toda otra hermosura. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin.

Pues dime agora: si esto así pasa, si tan grande es la virtud y eficacia de la divina gracia; ¿qué es lo que te tiene captivo para que no hagas otro tanto? Si tú crees que esto es verdad, y que esta gracia es poderosa para hacer esta mudanza, y que esta no se negará á quien de todo su corazon la buscare (pues es agora el mesmo Dios que entónces era, sin accepcion de personas); ¿qué te detiene para que no salgas desa miserable servidumbre, y abraces el sumo bien que se te ofrece de balde? ¿Por qué quieres mas con un infierno ganar otro infierno, que con un paraíso otro paraíso? No seas cobarde ni desconfiado. Prueba una vez este negocio, y confía en Dios; que no lo habrás comenzado, cuando te salga él á recebir, como al hijo pródigo, los brazos abiertos (*e*). Cosa maravillosa es, que si un burlador te prometiese enseñar un arte de alquimia, con que pudieses hacer del cobre oro, no dejarias (aunque te costase mucho) de probarla: y date aquí la palabra Dios de manera como puedas tú de tierra hacerte cielo, y de carne espíritu, y de hombre ángel, ¿y no lo quieres probar?

Y pues en cabo, tarde ó temprano has de conocer esta verdad en esta vida, ó en la otra: ruégote pienses atentamente cuán burlado te hallarás el dia de la cuenta, viéndote condenado porque dejaste el camino de la virtud por áspero y dificultoso; conociendo allí claramente que era mucho mas deleitable que el de los vicios, y el que solo llevaba á los deleites eternos.

(*a*) Cap. 12. (*b*) Lib. 9. cap. 1. (*c*) Psalm. 115. (*d*) Psalm. 34. (*e*) Luc. 15.

CAPITULO XXIX.

Contra los que recelan seguir el camino de la virtud, por el amor del mundo.

Si tomásemos el pulso á todos los que recelan el camino de la virtud, por ventura hallariamos que una de las principales cosas que mas los acobarda, es el amor engañoso deste siglo. Y llámolo engañoso, porque la causa dél es una falsa imágen y apariencia de bien que tienen las cosas del mundo, la cual hace á los ignorantes que las estimen en mucho. Porque así como las bestias espantadizas huyen de algunas cosas, por imaginar que son peligrosas, no lo siendo; así estos por el contrario aman y siguen las del mundo, creyendo ser deleitables, no lo siendo. Y por esto así como los que quieren hacer perder á las tales bestias este siniestro, procuran llevarlas por aquel mesmo paso que rehusan, porque vean que no era mas que sombra lo que temian; así conviene que llevemos agora estos por la sombra destas cosas mundanas que tan desordenadamente aman, y se las hagamos mirar con otros ojos; para que claramente vean cómo es vanidad y sombra todo lo que aman, y que así como aquellos peligros no merecen ser temidos, así ni estos bienes amados.

Mirando pues agora atentamente el mundo con toda su felicidad, hallo en él estas seis maneras de males, que nadie me podrá negar: conviene saber, brevedad, miseria, peligro, ceguedades, pecados y engaños, con los cuales anda acompañada esta su felicidad: por donde claramente se verá lo que ella es. Pues de cada cosa destas tratarémos agora aquí brevemente por su órden.

§. I.

De cuán breve sea la felicidad del mundo.

1.ª MISERIA.

Comenzando pues agora por la brevedad, no me podrás negar que toda la felicidad y suavidad del mundo (cualquiera que ella sea) á lo ménos es breve. Porque la felicidad del hombre no puede ser mas larga que la vida del hombre. Y que tan larga sea esta vida, ya en otra parte lo declaramos (*f*); pues la mas larga vida de los hombres apénas llega á cien años. Mas ¿cuántos son los que llegan hasta aquí? Visto he yo obispos de dos meses, y sumos pontífices de uno, y recien casados de una sola semana; y destos ejemplos leemos muchos en los tiempos pasados, y vemos cada dia muchos en los presentes. Mas concedámoste agora que sea muy larga tu vida. Démos (dice Sant Crisóstomo) cien años á los pasatiempos del mundo, y añade á estos otros ciento, y aun otras dos veces ciento: ¿qué tiene que ver todo esto con la eternidad? Si muchos años, dice Salomon (*g*), viviere el hombre, y en todos ellos le succedieren las cosas á su voluntad, debria acordarse del tiempo tenebroso, y de los dias de la eternidad, los cuales cuando vinieren, verse ha claro cómo todo lo pasado fué vanidad. Porque en presencia de una eternidad, toda felicidad (por grandísima que haya sido), vanidad parece y así lo es. Esto confiesan aun los mesmos malos en el li-

(*f*) Libro de la Oracion, en la consideracion del mártes en la noche, §. 2. (*g*) Eccl. 11

bro de la Sabiduría, diciendo (*a*) que acabando de nascer luego dejaron de ser. Mira pues cuán breve parecerá entónces á los malos todo el tiempo desta vida; pues realmente allí se les figura que apénas vivieron un dia, sino que luego fuéron transladados del vientre á la sepultura. De do se sigue que todos los placeres y contentamientos deste mundo les parecerán allí unos placeres soñados, que parecian placeres y no lo eran. Lo cual maravillosamente significó el profeta Isaías por estas palabras (*b*): Así como el que tiene hambre y sueña que come, despues que despierta se halla burlado y hambriento; y así como el que tiene sed y sueña que bebe, cuando despierta se tiene todavía la mesma sed, y conoce que fué vano su contentamiento cuando pensaba que bebia: así acaescerá á todas las gentes que pelearon contra el monte Sion, cuya prosperidad será tan breve, que despues que abrieren los ojos, y se pasare aquel poquito de tiempo, verán cómo todos sus gozos no fuéron mas que soñados. Si no dime agora: ¿Qué mas que esto fué la gloria de todos cuantos príncipes y emperadores ha habido en el mundo? ¿Dónde están, dice el Profeta (*c*), los príncipes de las gentes, que tuvieron señorío sobre las bestias de la tierra, que buscaron sus pasatiempos y recreaciones en cazas y cetrerías, lidiando con las aves del aire? Los que atesoraron montones de plata y oro (en que confian los hombres) sin dar fin á sus tesoros? los que labraron tantas y tan ricas vajillas de oro y plata, que no hay quien acabe de contar las invenciones de sus obras? ¿Qué se hicieron todos estos? en qué pararon? Ya están fuera de sus palacios, y á los infiernos decendieron, y otros succedieron en su lugar. ¿Qué es del sabio? qué es del letrado? dónde está el escudriñador de los secretos de naturaleza? ¿Qué se hizo la gloria de Salomon? ¿Dónde está el poderoso Alejandre, y el glorioso Asuero? ¿Dónde están los famosos Césares de los romanos? ¿Dónde los otros príncipes y reyes de la tierra? ¿Qué les aprovechó su vanagloria, el poder del mundo, los muchos servidores, las falsas riquezas, las huestes de sus ejércitos, la muchedumbre de sus truhanes, y las compañías de mentirosos y lisonjeros que les andaban al derredor? Todo esto fué sombra, todo sueño, todo felicidad que pasó en un momento. Cata aquí pues, hermano, cuán breve sea esta felicidad del mundo.

§. II.

De las miserias grandes con que está mezclada la felicidad del mundo.

2.ª MISERIA.

Tiene aun otro mal esta felicidad (de mas de ser tan breve), que es andar acompañada con mil maneras de miserias que no se pueden excusar en esta vida, ó por mejor decir en este valle de lágrimas, en este lugar de destierro, y en este mar de tantos movimientos. Porque verdaderamente mas son las miserias del hombre que los dias, y aun que las horas de la vida del hombre; porque cada dia amanece con su cuidado, y á cada hora le está amenazando su miseria. Mas ¿qué lengua bastará para explicar todas estas miserias? ¿Quién podrá contar todas las enfermedades de nuestros cuerpos, y todas las pasiones de nuestras ánimas, y todos los agravios de nuestros prójimos, y todos los desastres de nuestras vidas? Uno os pone pleito en la hacienda, otro os persigue en la vida, otro os pone mácula en la honra: unos con odios, otros con invidias, otros con engaños, otros con deseos de venganzas, otros con falsos testimonios, otros con armas, y otros con sus lenguas (peores que las mesmas armas), os hacen guerra mortal. Y sobre todas estas miserias hay otras infinitas que no tienen nombre; porque son acaescimientos no esperados. A uno le quebraron un ojo, á otro un brazo, otro cayó de una ventana, otro del caballo, otro se ahogó en un rio, otro se perdió en unas rentas, y otro en una fianza. Y si quieres saber aun mas males, pide cuenta á los hombres del mundo de los ratos de placeres y pesares que han llevado en él; porque si los unos y los otros se pesaren en dos balanzas, verás claramente cuánto es mayor la una carga que la otra, y cómo para un solo rato de placer hay cien horas de pesar. Pues si la vida toda en sí es tan corta (como está ya declarado), y tanta parte della ocupan tantas miserias; ruégote me digas ¿qué tanto es lo que queda de verdadera y pura felicidad?

Mas estas miserias que aquí he contado, son comunes á buenos y malos: los cuales así como navegan en un mesmo mar, así están subjectos á unas mesmas tormentas. Otras miserias hay mucho mas para sentir, que son proprias de los malos (porque son hijas de sus maldades), cuyo conocimiento hace mas á nuestro caso; porque hace mas aborrescible la vida de los tales, pues á tales miserias está subjecta. Mas cuántas y cuán grandes sean estas, los mesmos malos lo confiesan en el libro de la Sabiduría, diciendo (*d*): Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdicion, y nuestros caminos fuéron ásperos y dificultosos, y el camino del Señor tan llano, nunca supimos atinarlo. De suerte que así como los buenos tienen en esta vida un paraíso, y esperan otro, y de un sábado van á otro sábado (que es de una holganza á otra holganza); así los malos tienen en esta vida un infierno, y esperan otro; porque del infierno de la mala conciencia, van al infierno de la pena.

Estos trabajos vienen á los malos por muchas maneras; porque unos les vienen por parte de Dios, que como justo juez no consiente que pase el mal de la culpa sin el castigo de la pena: el cual aunque generalmente se guarde para la otra vida, pero muchas veces se comienza en esta. Porque cierto es que así como tiene Dios universal providencia del mundo, así tambien la tiene particular de cada uno; y pues vemos que cuando en el mundo hay mayores pecados, hay tambien mayores castigos de hambres, de guerras, de pestilencias, y de herejías, y de otras semejantes calamidades: así tambien muchas veces conforme á los pecados del hombre, se invian los castigos al hombre. Por lo cual dijo Dios á Cain (*e*): Si hicieres bien, recibirás el galardon: y si mal, luego á la puerta hallarás tu pecado, que es la pena y castigo dél. Y en el Deuteronomio dijo Moisen al pueblo de Israel (*f*): Has de saber que tu Señor Dios es fuerte y fiel; y que mantiene su palabra, y usa de misericordia con los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta la milésima generacion; y castiga luego á los que le aborrecen, de tal manera, que luego los destruye, sin dilatar mas el castigo, dándoles luego lo que merecen. Mira cuántas veces repite aquí esta palabra *luego*. Por donde se entiende que demas del castigo que á los malos se debe en la otra vida, tambien son muchas veces castigados en esta, pues tantas veces repite aquí la Escriptura que luego sin mas dilacion serán castig[ados]

(*a*) Sap. 5. (*b*) Isai. 29. (*c*) Baruc. 3.

(*d*) Sap. 5. (*e*) Gen. 4. (*f*) Deut. 7.

dos en ella. Pues de aquí proceden muchas maneras de calamidades y azotes que padecen: los cuales andan en una rueda viva de cuidados, fatigas, necesidades, y trabajos; puesto caso que aunque los sientan, no conocen de donde les vienen, y así mas los tienen por condiciones de naturaleza, que por castigos de su culpa; porque así como los bienes de naturaleza no reconocen por beneficios de Dios, ni le dan gracias por ellos, así los azotes de su ira no conocen por castigos, ni se emiendan por ellos.

Otros trabajos les vienen por parte de los vicarios de Dios, que son los ministros de su justicia, que muchas veces encuentran con los malhechores, y así los persiguen y aprietan con cárceles, con destierros, con gastos, con persecuciones, con infamias y perdimiento de bienes, y con otras mil maneras de penas: con las cuales hacen que les amargue la golosina de su culpa, y la paguen con las setenas aun en esta vida.

Otros trabajos y miserias les vienen por parte de los apetitos y pasiones desordenadas de su corazon; porque ¿qué se puede esperar de la afliccion demasiada, y del vano temor, y de la esperanza dubdosa, y del deseo desordenado, y de la tristeza congojosa, sino enjambres de sobresaltos y cuidados, los cuales roban la paz y libertad del corazon (de que arriba tratamos), inquietan la vida, solicitan al pecado, impiden la oracion, quitan el sueño de la noche, y hacen tristes y miserables los dias de la vida? Todas estas maneras de miserias nacen en el hombre de sí mesmo: esto es, de la desórden de sus pasiones: para que veas qué puede esperar de otra parte quien esto tiene de su cosecha, y con quién podrá tener paz quien consigo tiene tanta guerra.

§. III.

De los grandes lazos y peligros del mundo.

3.ª MISERIA.

Y si no hubiese en el mundo mas que solas penas y trabajos de cuerpo, no sería tanto para temer; mas no solo hay en él trabajos de cuerpo, sino tambien peligros de ánima, que son mucho mas para sentir, porque tocan mas en lo vivo. Y estos son tantos, que dijo el Profeta (*a*): Lloverá Dios lazos sobre los pecadores. ¿Pues qué tantos lazos te parece que veia en el mundo quien los comparaba con las gotas de agua que caen del cielo? Y dice señaladamente sobre los pecadores; porque como estos tienen tan poca guarda en el corazon y en los sentidos, y tan poco cuidado de huir las ocasiones de los pecadores, y tan poco estudio en proveerse de espirituales remedios, y sobre todo esto andan en media de los fuegos del mundo, ¿cómo pueden dejar de andar entre infinitos peligros? Pues por esta muchedumbre de peligros dice que lloverá sobre los pecadores lazos. Lazos en la mocedad, y lazos en la vejez; lazos en las riquezas, y lazos en la pobreza; lazos en la honra, y lazos en la deshonra; lazos en la compañía, y lazos en la soledad; lazos en las adversidades, y lazos en las prosperidades; y finalmente, lazos para todos los sentidos del hombre: para los ojos, para los oídos, para la lengua, y para todo lo demas. Finalmente, tantos son los lazos, que da voces el Profeta, diciendo (*b*): Lazo sobre tí, morador de la tierra. Y si nos abriese Dios un poco los ojos (como los abrió á Sant Antonio), veriamos á todo el mundo lleno de lazos trabados unos con otros, y exclamariamos con él, diciendo: ¡Oh quién escapará de tanto lazo! Y de aquí nace perecer tantas ánimas como cada dia perecen; pues (como llora Sant Bernardo) en el mar de Marsella, de diez naos apénas se pierde una: mas en el mar deste mundo, de diez ánimas apénas se salva una. ¿Quién pues no temerá un mundo tan peligroso? ¿Quién no procurará huir de tanto lazo? ¿Quién no temblará de andar descalzo entre tantas serpientes, desarmado entre tantos enemigos, desproveido entre tantas ocasiones de pecados, sin medicina entre tantas ocasiones de enfermedades mortales? ¿Quién no trabajará por salir deste Egipto (*c*)? ¿Quién no huirá desta Babilonia (*d*)? ¿Quién no procurará escaparse de las llamas de Sodoma y Gomorra (*e*), y salvarse en el monte de la buena vida? Pues estando el mundo lleno de tantos lazos y despeñaderos, y ardiendo en tantas llamas de vicios, ¿quién se tendrá por seguro? ¿Andará, dice el Sabio (*f*), alguno sobre las brasas sin que se le quemen las plantas, y esconderá fuego en su seno sin que ardan sus vestiduras? Cierto está, dice el Sabio (*g*), que el que toca á la pez se ha de ensuciar en ella; y así el que trata con soberbios corre peligro hacerse uno dellos.

§. IV.

De la ceguedad y tinieblas del mundo.

4.ª MISERIA.

A esta muchedumbre de lazos y peligros añade otra miseria que los hace mayores, que es la ceguedad y tinieblas de los mundanos; la cual convenientísimamente es figurada por aquellas tinieblas de Egipto (*h*), las cuales eran tan espesas que se podian palpar con las manos, y que en aquellos tres dias que duraron, ninguno se movió del lugar donde estaba, ni vió al prójimo que par de sí tenia. Tales son por cierto y mucho mas palpables las tinieblas que el mundo padesce. Si no (discurriendo agora por las cegueras y desatinos dél), dime: ¿qué mayor ceguedad que creer los hombres lo que creen, y vivir de la manera que viven? ¿Qué mayor ceguedad que hacer tanto caso de los hombres, y tan poco de Dios; tener tanta cuenta con las leyes del mundo, y tan poca con las de Dios; trabajar tanto por este cuerpo (que es una bestia bruta), y tan poco por el ánima, que es imágen de la Majestad divina; atesorar tanto para esta vida, que mañana se ha de acabar, y no allegar nada para la otra, que para siempre ha de durar; hacerse pedazos por los intereses de la tierra, y no dar un paso por los bienes del cielo? ¿Qué mayor ceguedad que sabiendo tan cierto que habemos de morir, y que en aquella hora se ha de determinar lo que para siempre ha de ser de nuestra vida, vivamos tan descuidados como si siempre hubiéramos de vivir? Porque ¿qué ménos hacen los malos habiendo de morir mañana, que si hubieran de vivir para siempre? ¿Qué mayor ceguedad, que por la golosina de un apetito perder el mayorazgo del cielo; tener tanta cuenta con la hacienda, y tan poca con la conciencia; querer que todas tus cosas sean buenas, y no querer que tu propria vida lo sea? Destas ceguedades hallarás tantas en el mundo, que te parecerá estar los hombres como encantados y enhechizados: de tal manera que teniendo ojos no ven, y teniendo oídos no

(*a*) Psal. 10. (*b*) Hier. 48.

(*c*) Exod. 12. (*d*) Hier. 51. (*e*) Gen. 19. (*f*) Prov. 6. (*g*) Eccl. 13. (*h*) Exod. 10.

oyen; y teniendo la vista mas aguda que la de linces para ver las cosas de la tierra, tiénenla mas que de topos para las cosas del cielo: como en figura acaesció á Sant Pablo cuando iba á perseguir la Iglesia (a): el cual despues que fué derribado en tierra, abiertos los ojos ninguna cosa veia. Pues así acaesce á estos miserables, que teniendo los ojos tan abiertos para las cosas del mundo, los tengan tan cerrados para las cosas de Dios.

§. V.

De la muchedumbre de pecados que hay en el mundo.

5.ª MISERIA.

Pues habiendo en el mundo tantas tinieblas y lazos (como habemos dicho) ¿qué se puede esperar de aquí, sino caídas y pecados? Este es el sumo mal de los males del mundo, y el que mas nos habia de mover á aborrescerlo. Y así con sola esta consideracion pretende Sant Cipriano inducir á un amigo suyo al menosprecio del mundo (b). Para lo cual finge que lo sube consigo á un monte muy alto de donde se vea todo el mundo, y dende allí le va mostrando como con el dedo todos los mares y tierras, y todas las plazas y tribunales, llenos de mil maneras de pecados y injusticias que en cada parte hay; para que vistos cuasi con los ojos tantos y tan grandes males como hay en el mundo, entienda cuánto debe ser aborrescido, y cuánto debe á Dios, porque dél lo sacó. Pues conforme á esta consideracion sube tú agora, hermano, á este mesmo monte, y extiende un poco los ojos por las plazas, por los palacios, y por las audiencias, y oficinas del mundo; y verás ahí tantas maneras de pecados, tantas mentiras, tantas calumnias, tantos engaños, tantos perjuros, tantos robos, tantas invidias, tantas lisonjas, tanta vanidad; y sobre todo, tanto olvido de Dios, y tanto menosprecio de la propria salud, que no podrás dejar de maravillarte, y quedar atónito de ver tanto mal. Verás la mayor parte de los hombres vivir como bestias brutas, siguiendo al ímpetu de sus pasiones, sin tener cuenta con ley de justicia ni de razon, mas que la tendrian unos gentiles, que ningun conocimiento tienen de Dios, ni piensan que hay mas que nacer y morir. Verás maltratados los innocentes, perdonados los culpados, menospreciados los buenos, honrados y sublimados los malos; verás los pobres y humildes abatidos, y poder mas en todos los negocios el favor que la virtud. Verás vendidas las leyes, despreciada la verdad, perdida la vergüenza, estragadas las artes, adulterados los oficios, y corrompidos en muy gran parte los Estados. Verás á muchos perversos y merecedores de grandes castigos, los cuales con hurtos, con engaños, y con otras malas maneras vinieron á tener grandes riquezas, y á ser alabados y temidos de todos. Y verás así á estos, como á otros que apénas tienen mas que la figura de hombres, puestos en grandes oficios y dignidades. Y finalmente verás en el mundo amado y adorado el dinero mas que Dios, y muy gran parte de las leyes divinas y humanas corrompidas por él: y en muchos lugares no queda ya de la justicia mas que solo el nombre della. Y vistas todas estas cosas entenderás luego con cuánta razon dijo el Profeta (c): El Señor se puso á mirar dende el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si habia quien conociese á Dios, ó le buscase; mas todos habian prevaricado, y héchose inútiles, y no habia quien hiciese bien, ni solo uno. Y no ménos se queja por el profeta Oseas, diciendo (d) que ni habia misericordia, ni verdad, ni conocimiento de Dios en la tierra; sino que las malicias, y las mentiras, y los hurtos, y los homicidios, y los adulterios se habian extendido por toda ella; y que una sangre caia sobre otra sangre, y una maldad sobre otra maldad.

Finalmente, para que mas claro veas qué tal está el mundo, pon los ojos en la cabeza que lo gobierna, y por ahí entenderás cuál estará lo gobernado. Porque si es verdad que el príncipe deste mundo (esto es de los malos), es el demonio, como dice Cristo (e), ¿qué se puede esperar del cuerpo donde tal es la cabeza, y de la república donde tal es el gobernador? Solo esto basta para darte á entender que tal está el mundo, cuáles los amadores dél. ¿Pues qué será luego este mundo, sino una cueva de ladrones, un ejército de salteadores, un revolcadero de puercos, una galera de forzados, un lago de serpientes y basiliscos? Pues si tal es el mundo como esto, ¿por qué no desampararé yo (dice un filósofo) un lugar tan feo, tan sucio, tan lleno de traiciones, de engaños y maldades, donde apénas hay lealtad, ni piedad, ni justicia; donde todos los vicios reinan; donde el hermano arma celada á su hermano; donde el hijo desea la muerte de su padre, el marido de la mujer, y la mujer del marido; donde tan pocos son los que no roben ó engañen, pues muchos así de los grandes como de los pequeños, debajo de honestos nombres, hurtan y roban; y donde finalmente tantos fuegos arden de cobdicia, de lujuria, de ira, de ambicion, y de otros infinitos males? ¿Pues quién no deseará huir de tal mundo? Deseábalo cierto aquel profeta que decia: ¡Quién me llevase á un desierto ó á algun lugar apartado de caminantes, para verme libre de la compañía deste pueblo; porque todos son adúlteros, y cuadrillas de prevaricadores! Esto que hasta aquí se ha dicho, generalmente pertenesce á los malos; aunque no se puede negar haber en todos los estados muchos buenos en el mundo, por los cuales lo sustenta Dios.

Consideradas pues estas cosas, mira cuánta razon tienes de aborrescer una cosa tan mala, donde si te abriese Dios los ojos, verias mas demonios, y mas pecados que los átomos que se parecen en los rayos del sol. Y con esto crezca en ti el deseo de verte fuera dél (á lo ménos con el espíritu) sospirando con el Profeta, y diciendo (f): ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?

§. VI.

De cuán engañosa sea la felicidad del mundo.

6.ª MISERIA.

Estos y otros muchos tales son los tributos y contrapesos con que esta miserable felicidad del mundo está acompañada; para que veas cuánto mas hiel que miel, y cuánto mas acíbar que azúcar trae consigo. Dejo aquí de contar otros muchos males que tiene. Porque demas de ser esta felicidad y suavidad tan breve y tan miserable, es tambien sucia; porque hace á los hombres carnales y sucios: es bestial; porque los hace bestiales: es loca; porque los hace locos, y los saca muchas veces de juicio: es instable; porque nunca permanece en un mismo sér: es finalmente infiel y desleal; porque al mejor

(a) Act. 9. (b) Donato, lib. 2. epi. epi. 2. (c) Psal. 13.

(d) Oseo, 4. (e) Ioan. 12. (f) Psal. 54.

tiempo nos falta y deja en el aire. Mas un solo mal no dejaré de contar, que por ventura es el peor de todos; que es, ser falsa y engañosa; porque paresce lo que no es, y promete lo que no da; y con esto trae en pos de sí perdida la mayor parte de la gente. Porque así como hay oro verdadero, y oro falso, y piedras preciosas verdaderas, y falsas que parecen preciosas, y no lo son; así tambien hay bienes verdaderos y falsos: felicidad verdadera, y falsa, que parece felicidad y no lo es: y tal es la deste mundo; y por esto nos engaña con esta muestra contrahecha. Porque así como dice Aristóteles que muchas veces acaesce haber algunas mentiras, que (con ser mentiras) tienen mas aparencia de verdad que las mesmas verdades; así realmente (lo que es mucho para notar) hay algunos males que, con ser verdaderos males, tienen mas aparencia de bienes que los mesmos bienes: y tal es sin duda la felicidad del mundo; y por esto se engañan con ella los ignorantes, como se engañan los peces y las aves con el cebo que les ponen delante. Porque esta es la condicion de las cosas corporales: que luego se nos ofrecen con un alegre semblante, y con un rostro lisonjero y halagüeño, que nos promete alegría y contentamiento; mas despues que la experiencia de las cosas nos desengaña, luego sentimos el anzuelo debajo del cebo, y vemos claramente que no era oro todo lo que relucia. Así hallarás por experiencia que pasa en todas las cosas del mundo. Sino mira los placeres de los recien casados, y hallarás cómo despues de pasados los primeros dias del casamiento, luego comienza á cerrárseles aquel dia de su felicidad, y caer la noche escura de los cuidados, necesidades, y fatigas que despues desto sobrevienen. Porque luego cargan trabajos de hijos, de enfermedades, de ausencias, de celos, de pleitos, de partos revesados, de desastres, de dolores; y finalmente de la muerte necesaria del uno de los dos, que á veces previene muy temprano, y convierte las alegrías de los desposorios no acabados, en lágrimas de perpetua viudez y soledad. ¿Pues qué mayor engaño, y qué mayor hipocresía que esta? ¡Qué contenta va la doncella al tálamo el dia de su desposorio, porque no tiene ojos para ver mas de lo que de fuera parece! Mas si le diesen ojos para ver la sementera de trabajos que aquel dia se siembrân, ¿cuánto mayor causa tendria para llorar, que para reir? Deseaba Rebeca tener hijos, y despues que se vió preñada, y sintió que los hijos en el vientre peleaban, dijo (a): Si así habia ello de ser, ¿qué necesidad habia de concebir? ¡Oh á cuántos acaesce esta manera de desengaño, despues que alcanzaron lo que deseaban; por hallar otra cosa en el proceso de lo que al principio se prometian!

Pues ¿qué diré de los oficios, de las honras, de las sillas y dignidades? ¡Cuán alegres se representan luego cuando de nuevo se ofrecen! Mas ¡cuántos enjambres de pasiones, de cuidados, de invidias y trabajos se descubren despues de aquel primero y engañoso resplandor! Pues ¿qué dirémos de los que andan metidos en amores deshonestos? ¡Cuán blandas hallan al principio las entradas deste ciego labirinto! Mas despues de entrados en él ¿cuántos trabajos han de pasar? cuántas malas noches han de llevar? á cuántos peligros se han de poner? Porque aquel fructo del árbol vedado guarda la furia del dragon venenoso (que es la espada cruel del pariente, ó del marido celoso), con la cual muchas veces se pierde la vida, la honra, la hacienda, y el ánima en un momento. Así puedes discurrir por la vida de los avarientos, de los mundanos, y de los que buscan la gloria del mundo con las armas, ó con las privanzas; y en todos ellos hallarás grandes tragedias de dulces principios y desastrados fines, porque esta es la condicion de aquel cáliz de Babilonia; por defuera dorado, y de dentro lleno de veneno (b).

Pues segun esto ¿qué es toda la gloria del mundo, sino un canto de sirenas que adormece, una ponzoña azucarada que mata, una vívora por defuera pintada, y de dentro llena de ponzoña? Si halaga, es para engañar; si levanta, es para derribar; si alegra, es para entristecer. Todos sus bienes da con incomparables usuras. Si os nace un hijo, y despues se os muere, con las setenas es mayor el dolor de su muerte, que el alegría de su nascimiento. Mas duele la pérdida que alegra la ganancia, mas aflige la enfermedad que alegra la salud, mas quema la injuria que deleita la honra; porque no sé qué género de desigualdad fué esta, que mas poderosos quiso naturaleza que fuesen los males para dar pena, que los placeres para dar alegría. Lo cual, todo bien considerado, manifiestamente nos declara cuán falsa y engañosa sea esta felicidad.

§. VII.

Conclusion de lo susodicho.

Cata aquí pues, hermano mio, la figura verdadera del mundo, aunque sea otra la que él por defuera muestra, y cata aquí cuál sea su felicidad, breve, miserable, peligrosa, ciega y llena de pecados y de engaños. Pues segun esto ¿qué otra cosa es este mundo sino (como dijo un filósofo) un arca de trabajos, una escuela de vanidades, una plaza de engaños, un labirinto de errores, una cárcel de tinieblas, un camino de salteadores, una laguna cenagosa, y un mar de continuos movimientos? ¿Qué es este mundo sino tierra estéril, campo pedregoso, bosque lleno de espinas, prado verde y lleno de serpientes, jardin florido y sin fructo, rio de lágrimas, fuente de cuidados, dulce ponzoña, fábula compuesta, y frenesí deleitable? ¿Qué bienes hay en él que no sean falsos, y qué males que no sean verdaderos? Su sosiego es congojoso, su seguridad sin fundamento, su miedo sin causa, sus trabajos sin fructo, sus lágrimas sin propósito, sus propósitos sin succeso, su esperanza vana, su alegría fingida, y su dolor verdadero.

En lo cual verás cuánta semejanza tiene este mundo con el infierno; porque si ninguna otra cosa es infierno sino lugar de penas y culpas, ¿qué otra cosa abunda mas en este mundo que esta? A lo ménos así lo testifica el Profeta, cuando dice (c) que de dia y de noche estaba por todas partes cercado de pecados, y que lo que habia en él era trabajos y sin justicia. Esta es la fruta del mundo, esta la mercaduría que en él se vende, este el trato que en todos sus rincones se halla: trabajo sin justicia, que son males de pena, y males de culpa. Pues si ninguna otra cosa es el infierno sino lugar de penas y culpas, ¿cómo no se llamará tambien en su manera este mundo infierno, pues en él hay tanto de lo uno y de lo otro? A lo ménos por tal lo tenia Sant Bernardo, cuando decia (d) que si no fuera por la simiente de esperanza que tenemos en esta vida de la otra, poco ménos malo le parecia este mundo que el infierno.

(a) Gen. 25.

(b) Apoc. 17. (c) Psal. 54. (d) Serm. 1. Ascensionis, propè initium.

§. VIII.

De cómo la verdadera felicidad y descanso se halla solo en Dios, y cómo es imposible hallarse en el mundo.

Mas ya que hasta aquí habemos tan claramente visto cuán miserable y engañosa sea la felicidad del mundo, resta que veamos agora cómo la verdadera felicidad y descanso que no se halla en el mundo, está en Dios. Lo cual si entendiesen bien los hombres mundanos, no tendrian por qué seguir al mundo como lo siguen. Y por esto determino probar aquí brevemente esta tan importante verdad, no tanto por autoridad y testimonios de la fe, cuanto por clara razon.

Para lo cual es de saber que ninguna criatura puede tener perfecto contentamiento hasta llegar á su último fin, que es á la última perfeccion que segun su naturaleza le conviene. Porque miéntras no llegare aquí, necesariamente ha de estar inquieta y descontenta, como quien se siente necesitada de lo que le falta. Pregunto pues agora: ¿cuál es el último fin del hombre, en cuya posesion está su felicidad, que es lo que los teólogos llaman su bienaventuranza objectiva? No se puede negar sino que esta es Dios: el cual así como es su primer principio, así es su último fin; y así como es imposible haber dos primeros principios, así lo es haber dos últimos fines; porque eso sería haber dos dioses. Pues si solo Dios es el último fin del hombre, y su última bienaventuranza; y dos últimos fines y bienaventuranzas es imposible que haya, ¿luego fuera de Dios imposible es hallar bienaventuranza? Porque sin dubda así como el guante se hizo para la mano, y la vaina para el espada, por lo cual para ningunos otros usos vienen bien estas cosas sino para estos; así el corazon humano criado para Dios, en ninguna cosa puede hallar descanso sino en Dios. Con él solo estará contento, y fuera dél pobre y necesitado. La razon desto es, porque como el principal subjecto de la bienaventuranza sean el entendimiento y la voluntad del hombre (que son las dos mas nobles potencias que hay en él), miéntras estas estuvieren inquietas, no puede él estar sosegado y quieto. Pues cierto es que estas dos potencias en ninguna manera pueden estar quietas sino con solo Dios. Porque, como dice Sancto Tomas (*a*), no puede nuestro entendimiento entender ni saber tantas cosas, que no le quede habilidad y deseo natural para saber mas, si hubiere mas que saber. Y asimesmo no puede nuestra voluntad amar ni gozar de tantos bienes, que no le quede virtud y capacidad para mas, si mas le dieren. Y por tanto nunca reposarán estas dos potencias hasta hallar un objecto universal en quien estén todas las cosas: el cual una vez conocido y amado, ni le quedan mas verdades que saber, ni mas bienes de que gozar. De aquí nace que ninguna cosa criada (aunque sea la posesion de todo el mundo) basta para dar hartura á nuestro corazon; sino solo aquel para quien fué criado, que es Dios. Y así escribe Plutarco de un soldado que llegó de grado en grado á ser emperador, y como se viese en este estado tan deseado, y no hallase el contentamiento que deseaba, dijo: En todos los estados he vivido, y en ninguno he hallado contentamiento. Porque claro está que lo que fué criado para solo Dios, no habia de hallar reposo fuera de Dios.

Y para que aun mas claro entiendas esto, ponte á mirar una aguja de un relojico de sol, porque allí verás representada esta filosofía tan necesaria. La naturaleza desta aguja, despues de tocada con la piedra iman, es mirar al norte; porque Dios que crió esta piedra, le dió esta natural inclinacion, que siempre mire á este lugar; y verás por experiencia qué desasosiego tiene consigo, y qué de veces se vuelve, y revuelve hasta que endereza la punta á él: y esto hecho, luego pára y queda fija como si la hincaras con clavos. Pues así has de entender que crió Dios el hombre con esta natural inclinacion y respecto á él, como á su norte, y á su centro, y á su último fin (*b*): y por tanto miéntras fuera dél estuviere, siempre estará como aquella aguja, inquieto y desasosegado, aunque posea todos los tesoros del mundo; mas volviéndose á él, luego reposará como ella reposa; porque ahí tiene todo su descanso. De lo cual se infiere que aquel solo será bienaventurado, que poseyere á Dios; y aquel estará mas cerca de ser bienaventurado, que mas cerca estuviere de Dios. Y porque los justos en esta vida están mas cerca dél, ellos son los mas bienaventurados; aunque su bienaventuranza no la conoce el mundo.

La causa es, porque no consiste en deleites sensibles y corporales, como la pusieron los filósofos epicúreos, y despues destos los moros, y despues destos los dicípulos de ambas escuelas, que son los malos cristianos, los cuales con la boca reniegan de la ley de Mahoma, y con la vida no guardan otra, ni buscan en esta vida otro paraíso que el suyo. Si no, dime: ¿qué otra cosa hacen muchos de los ricos y poderosos deste siglo, mayormente en la mocedad, sino andar buscando y probando todos cuantos géneros de pasatiempos se pueden hallar? Pues ¿qué es esto sino tener por último fin el deleite con Epicuro, y buscar el paraíso de Mahoma en el mundo? Miserable de tí, dicípulo de tales maestros: ¿por qué no aborreces la vida de aquellos cuyos nombres escupes y abominas? Si acá quieres tener el paraíso de Epicuro, ten por cierto que perderás el de Cristo. No está pues la bienaventuranza del hombre, ni en el cuerpo, ni en bienes de cuerpo (como la ponen los moros); sino en el espíritu, y en bienes espirituales y invisibles, como la pusieron los grandes filósofos, y la ponen los cristianos aunque en diferente manera. Así lo significó el Profeta, cuando dijo (*c*): Toda la gloria y hermosura de la hija del Rey dentro está escondida, donde está guarnecida de oro y vestida de mil colores, y donde tiene tanta paz y alegría, cuanta nunca tuvieron, ni tendrán todos los reyes del mundo. Si no queremos decir que tuvieron mayor contentamiento los príncipes de la tierra que los amigos de Dios: lo cual negarán muchos dellos, que muy alegremente dejaron grandes Estados y riquezas, despues que gustaron de Dios; y negará tambien con ellos Sant Gregorio papa, que probó lo uno y lo otro, y á fuerza de brazos fué llevado á la silla del pontificado; y estando en ella siempre lloraba y sospiraba por aquella pobre celda que habia dejado en el monasterio, como el captivo que está en tierra de moros, sospira por su patria y libertad.

§. IX.

Prueba lo dicho por ejemplos.

Mas porque este engaño es tan grande y tan universal, añadiré aun otra razon no ménos eficaz que la pasada, por la cual vean los amadores del mundo cuán imposible sea hallar en él la felicidad que desean. Para lo

(*a*) 1. q. 86, art. 2. in corp.

(*b*) Aug. lib. 1. Conf. cap. 1 (*c*) Psal. 44.



cual has de presuponer (lo que es muy notorio) que muchas mas cosas se requieren para que una cosa sea perfecta, que para ser imperfecta; porque para ser perfecta requiérese que tenga todas sus perfecciones juntas; mas para ser imperfecta basta que tenga una sola imperfeccion. Pues desta manera has de presuponer que para que uno tenga perfecta felicidad, requiérese que tenga todas las cosas á su gusto, y si una sola tiene á su desgusto, esa es mas parte para hacerlo miserable, que todas las otras bienaventurado. Visto he yo muchas personas en grandes estados, y con muchos cuentos de renta, las cuales con todo esto vivian la mas triste vida del mundo; porque muy mayor tormento les daba una cosa muy deseada que no alcanzaban, que contentamiento todo cuanto poseian. Porque sin duda todo cuanto se posee no consuela tanto, cuanto un solo apetito destos (como una espina hincada por el corazon) atormenta: ca no hace al hombre bienaventurado la posesion de los bienes, sino el cumplimiento de sus deseos. Lo cual divinamente explicó Sant Augustin en el libro de *Moribus Ecclesiæ*, por estas palabras: Segun yo pienso, no se puede llamar bienaventurado el que no alcanzó lo que ama, de cualquier condicion que sea lo amado. Ni tampoco es bienaventurado el que no ama lo que posee, aunque sea muy bueno lo poseido; porque el que desea lo que no puede alcanzar, padece tormento; y el que alcanza lo que no merecia ser deseado, padece engaño; y el que no desea lo que merece ser deseado, está enfermo. De donde se infiere que en sola la posesion y amor del summo bien está nuestra bienaventuranza, y fuera deso no puede estar. De suerte que estas tres cosas juntas, posesion, amor, y sumo bien, hacen al hombre bienaventurado: fuera de las cuales nadie lo puede ser por mucho que posea.

Y aunque para confirmacion desto te pudiera traer muchos ejemplos, pero baste por todos el de aquel tan famoso privado del rey Asuero, llamado Aman (*a*), el cual teniéndose por agraviado porque Mardoqueo, que guardaba á las puertas del palacio, no le hacia la cortesía que él queria, juntando en uno sus amigos y su mujer, dijoles estas palabras: Vosotros sabeis cuán grandes sean mis prosperidades y privanzas, y cuán lleno estoy de riquezas, y de hijos, y de todo lo que el corazon humano puede desear; mas con todo esto os hago saber que teniendo todas estas cosas, no me parece que tengo nada, mientra Mardoqueo, que está á las puertas del Rey, no me hace la cortesía que yo quiero. Mira pues, ruégote, cuánto mas parte era solo este trabajo para hacer aquel corazon miserable, que todas cuantas prosperidades tenia para hacerlo bienaventurado. Y mira tambien cuán léjos está el hombre en esta vida de serlo, y cuán cerca de ser miserable, pues para lo uno son menester tantos bienes, y para lo otro basta un solo defecto. Pues segun esto, ¿quién habrá en este mundo que pueda escapar de ser miserable? ¿Qué rey, qué emperador habrá tan poderoso, que todas las cosas tenga á su voluntad, y que no haya cosa que le dé desgusto? Porque ya que por parte de los hombres faltase toda contradiccion, ¿quién podrá escapar de todos los golpes de naturaleza, de todas las enfermedades del cuerpo, y de todos los temores y fantasías del ánima, la cual muchas veces teme sin temor, y se congoja sin causa? Pues ¿cómo piensas tú, hombrecillo miserable, alcanzar contentamiento por el camino del mundo, por el cual nunca los summos príncipes y monarcas lo alcanzaron? Si para alcanzar ese bien, son menester todos los bienes juntos, ¿cuándo serás tú tan dichoso, estando fuera de Dios, que ninguna cosa te falte? Eso pertenesce á solo Dios; y si alguno en esta vida en alguna manera los posee, es el que ama y posee á Dios; pues segun las leyes del amistad, entre los amigos todas las cosas son comunes.

Y si todas estas razones tan evidentes no te convencen, y quieres mas experiencia que razon, vete á aquel gran sabio Salomon, y dile que pues él navegó por este mar con mayor prosperidad que nadie, probando y descubriendo todos los géneros de grandezas y recreaciones del mundo, que te dé nuevas de la tierra que descubrió: si por ventura halló en todo eso cosa que le hartase, y responderte ha en cabo diciendo (*b*): *Vanitas vanitatum, dixit Ecclesiastes: vanitas vanitatum et omnia vanitas.* Cree pues á un hombre tan experimentado, que no te habla por especulacion, sino por vista de ojos. No pienses que serás tú ni nadie parte para descubrir otra cosa mas de lo que este descubrió. Porque ¿qué príncipe ha habido en el mundo, ni mas sabio, ni mas rico, ni mas bien servido, ni mas glorioso, ni mas afamado que este fué? ¿Quién jamas probó mas linajes de pasatiempos, de cazas, de músicas, de mujeres, de atavíos, de monterías, de caballerías que este probó? Y probadas todas estas cosas no sacó otro fructo de todas ellas, sino este que has oido. ¿Adónde pues vas á probar lo ya probado? No pienses tú hallar lo que este no halló, pues ni tienes otro mundo que buscar, ni otros mayores aparejos para buscar, que este tuvo; y pues este no mató la sed que tenia con tan grande vendimia, no pienses tú que la podrás matar con la rebusca. Ya este gastó aquí su tiempo, y por ventura por esta causa cayó (como dice Sant Hierónimo escribiendo á Eustoquio): pues ¿para qué te quieres tú ir tambien tras él? Mas porque los hombres creen mas la experiencia que á la razon: por ventura dejó Dios este hombre experimentar todos los bienes y pasatiempos del mundo, para que despues de probados diese dellos estas nuevas que has oido; porque con el trabajo de uno se excusasen los trabajos de todos, y con el desengaño de uno se desengañasen todos, y escarmentasen en cabeza ajena.

Pues si esto es así, con mucha razon podré agora exclamar con el Profeta, diciendo (*c*): Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de tan pesado corazon? ¿Por qué amais la vanidad, y buscais la mentira? Muy bien dice, vanidad y mentira. Porque si no hubiera en las cosas del mundo mas de vanidad (que es ser nada), pequeño mal fuera este; pero hay otro mayor, que es la mentira, y la falsa aparencia con que nos hacen creer que son algo, siendo nada. Por lo cual dijo el mesmo Salomon (*d*): Engañosa es la gentileza, y vana la hermosura. Pequeño mal fuera ser solamente vana; si no fuera tambien engañosa. Porque la vanidad conocida poco mal puede hacer. Mas la que lo es y no lo parece, esa es la que principalmente daña. En lo cual se ve cuán grande hipócrita sea el mundo. Porque así como los hipócritas trabajan por encubrir las culpas que hacen, así los ricos del mundo por disimular las miserias que padecen. Los unos se nos venden por sanctos, siendo pecadores; y los otros por bienaventurados, siendo mise-

(*a*) Esther. 5.

(*b*) Eccl. c. 1. et cap. 12. (*c*) Psalm. 4. (*d*) Prov. 31.

rables. Si no, llégate mas de cerca á tomar el pulso, y meter la mano en el lado desos que por de fuera parecen bienaventurados, y verás cuánto desdice eso que por de fuera parece, de lo que dentro pasa. Algunas yerbas nacen en los campos, que mirándolas dende léjos, parecen muy hermosas, y llegándoos á ellas y tocándolas con las manos dan de sí tan mal olor, que las sacude luego el hombre de sí, y corrige el engaño de los ojos con el tocamiento de las manos. Pues tales son por cierto los mas de los ricos y poderosos del mundo; porque si miras á la grandeza de sus estados, y al resplandor de sus casas y criados, parecen ser ellos solos bienaventurados; mas si te llegas mas cerca á oler los rincones de sus casas y de sus ánimas, hallarás que tienen muy diferente el ser del parecer. Por donde muchos de los que al principio desearon sus estados cuando los vieron de léjos, despues los sacudieron de sí cuando los miraron de cerca: como lo leemos en muchas historias aun de gentiles. Y en las vidas de los emperadores hallamos que no faltó quien siendo electo emperador por todo el ejército, por ninguna via lo quiso acceptar, siendo gentil; solo por conocer las espinas que debajo de aquella flor (al parecer tan hermosa) estaban escondidas.

Pues ¡oh hijos de los hombres, criados á imágen de Dios, redemidos por su sangre, diputados para ser compañeros de los ángeles! ¿por qué amais la vanidad, y buscais la mentira, creyendo que hallaréis descanso en esos falsos bienes, que nunca lo dieron ni darán jamás? ¿Por qué habeis dejado la mesa de los ángeles por los manjares de las bestias? ¿Por qué habeis dejado los deleites y olores del paraíso por los hedores y amarguras del mundo? ¿Cómo no bastan tantas calamidades y miserias, que cada dia experimentais en él, para apartaros deste tan cruel tiranno? Tales parece que somos en esta parte, como algunas malas mujeres que se andan perdidas tras un rufian, que les come y juega cuanto tienen, y sobre esto las arrastra y da de coces cada dia; y ellas todavía con una miserable subjeccion y captiverio se andan perdidas tras él.

Resumiendo pues aquí todo lo dicho, si por tantas razones, ejemplos y experiencias nos consta que no se halla la felicidad y descanso que todos buscamos en el mundo sino en Dios; ¿por qué no le buscamos en Dios? Esto es lo que en breves palabras nos amonesta Sant Augustin, diciendo: Cerca la mar y la tierra, y anda por do quisieres, que á do quiera que fueres serás miserable, si no vas á Dios.

CAPITULO XXX.

Conclusion de todo lo contenido en este primero libro.

De todo lo susodicho se colige claro cómo todas las maneras de bienes que el corazon humano puede en esta vida alcanzar, se encierran en la virtud. Por do paresce que ella es un bien tan universal y tan grande, que ni en el cielo, ni en la tierra hay cosa con que mejor la podamos en su manera comparar, que con el mesmo Dios. Porque así como Dios es un bien tan universal, que en él solo se hallan las perfecciones de todos los bienes; así tambien en su manera se hallan en la virtud. Porque vemos que entre las cosas criadas, unas hay honestas, otras hermosas, otras honrosas, otras provechosas, otras agradables, y otras con otras perfecciones: entre las cuales tanto suele ser una mas perfecta y mas digna de ser amada, cuanto mas destas perfecciones participa. Pues segun esto ¿cuánto merece ser amada la virtud, en quien todas estas perfecciones se hallan? Porque si por honestidad va, ¿qué cosa mas honesta que la virtud, que es la mesma raiz y fuente de toda honestidad? Si por honra va, ¿á quién se debe la honra y el acatamiento sino á la virtud? Si por hermesura va, ¿qué cosa mas hermosa que la imágen de la virtud? Si con ojos mortales se pudiese ver su hermosura, á todo el mundo llevaria en pos de sí, como dice Platon. Si por utilidad va, ¿qué cosa hay de mayores utilidades y esperanzas que la virtud, pues por ella se alcanza el summo bien? La longura de los dias con los bienes de la eternidad están en su diestra, y en su siniestra riquezas, y gloria (*a*). Pues si por deleites va, ¿qué mayores deleites que los de la buena conciencia, y de la caridad, y de la paz, y de la libertad de los hijos de Dios, y de las consolaciones del Espíritu Sancto, lo cual todo anda en compañía de la virtud? Pues si se desea fama y memoria: en memoria eterna vivirá el justo; y el nombre de los malos se pudrirá, y así como humo desaparecerá (*b*). Si se desea sabiduría, no la hay otra mayor que conocer á Dios, y saber encaminar la vida por debidos medios á su último fin. Si es dulce cosa ser bienquisto de los hombres, no hay cosa mas amable, ni mas conveniente para esto que la virtud. Porque (como dice Tulio) así como de la conveniencia y proporcion de los miembros y humores del cuerpo nace la hermosura corporal que lleva los ojos en pos de sí; así de la convenencia y órden de la vida nace una tan grande hermosura en la persona, que no solo enamora los ojos de Dios y de sus ángeles, sino aun á los malos y enemigos es amable.

Este es aquel bien que por todas partes es bien, y ninguna cosa tiene de mal. Por donde con grandísima razon envió Dios al justo aquella tan breve y tan magnífica embajada que al principio deste libro propusimos (*c*), con la cual agora lo acabamos, diciendo, *Dicite justo quoniam benè* (*d*): Decid al justo que bien. Decidle que en hora buena él nació, y que en hora buena morirá, y que bendita sea su vida y su muerte, y lo que despues della succederá. Decidle que en todo le succederá bien: en los placeres, y en los pesares; en los trabajos, y en los descansos; en las honras, y en las deshonras; porque á los que aman á Dios todas las cosas sirven para su bien (*e*). Decidle que aunque á todo el mundo vaya mal, y aunque se trastornen los elementos, y se cayan los cielos á pedazos, él no tiene por qué temer, sino por qué levantar cabeza; porque entónces se llega el dia de su redempcion (*f*). Decidle que bien; pues para él está aparejado el mayor bien de los bienes, que es Dios; y está libre del mayor mal de los males, que es la compañia de Satanas. Decidle que bien; pues su nombre está escripto en el libro de la vida, y Dios Padre lo ha tomado por hijo, y el Hijo por hermano, y el Espíritu Sancto por su templo vivo. Decidle que bien; pues el camino que ha tomado, y el partido que ha seguido, por todas partes le viene bien: bien para el ánima, y bien para el cuerpo; bien para con Dios, y bien para con los hombres; bien para esta vida, y bien para la otra; pues á los que buscan el Reino de Dios, todo lo demas será concedido (*g*). Y si para alguna cosa temporal no viniere bien; esa llevada con paciencia es mayor bien;

(*a*) Prov. 3. (*b*) Psalm. 111. Prov. 10. (*c*) In principio Prologi.
(*d*) Isai. 3. (*e*) Rom. 8. (*f*) Luc. 21. (*g*) Lucæ, 12.

porque á los que tienen paciencia, las pérdidas se les convierten en ganancias, y los trabajos en merecimientos, y las batallas en coronas. Todas cuantas veces mudó Laban la soldada á Jacob, pretendiendo aprovechar á sí, y dañar al yerno, tantas se le volvió el sueño al reves, y aprovechó al yerno, y dañó á sí (*a*).

Pues ¡oh hermano mio! ¿por qué serás tan cruel para contigo, y tan enemigo de tí mesmo, que dejes de abrazar una cosa que por todas partes te arma tan bien? ¿Qué mejor consejo, qué mejor partido puedes tú seguir que este? ¡Oh mil veces bienaventurados los limpios en el camino, los que andan en la ley de Dios! Bienaventurados otra vez los que escudriñan sus mandamientos, y le buscan con todo su corazon (*b*).

Pues si, como dicen los filósofos, el bien es objecto de nuestra voluntad, y por consiguiente, cuanto una cosa es mas buena, tanto merece ser mas amada y deseada; ¿quién estragó de tal manera tu voluntad, que ni guste, ni abrace este tan universal y tan grande bien? ¡Oh cuánto mejor lo hacia aquel sancto Rey que decia (*c*): Tu ley, Señor, tengo en medio de mi corazon! No al rincon, no á trasmano; sino en medio, que es en el primero y mejor lugar de todos. Como si dijera: este es el mayor de mis tesoros, y el mayor de mis negocios, y el mayor de mis cuidados. ¡Cuán al reves lo hacen los hombres del mundo! pues las leyes de la vanidad tienen puestas en la primera silla de su corazon, y las de Dios en el mas bajo lugar. Mas este sancto varon, aunque era rey y tenia mucho que apreciar y que perder, todo esto tenia debajo los piés, y la ley sola de Dios en el medio de su corazon; porque sabía él muy bien que guardada esta fielmente, todo lo demas tenia seguro.

¿Qué falta pues agora para que no quieras tú tambien seguir este mesmo ejemplo, y abrazar este tan grande bien? Porque si por obligacion va, ¿qué mayor obligacion que la que tenemos á Dios nuestro Señor, por solo ser él quien es; pues todas las otras obligaciones del mundo no se llaman obligaciones, comparadas con esta como al principio declaramos? Si por beneficios va, ¿qué mayores beneficios que los que habemos recebido dél; pues demas de habernos criado, y redemido con su sangre, todo cuanto hay dentro y fuera de nosotros, el cuerpo, el ánima, la vida, la salud, la hacienda, la gracia (si la tenemos), y todos los pasos y momentos de nuestra vida, y todos los buenos propósitos y deseos de nuestra ánima, y finalmente todo lo que tiene nombre de sér, ó de bien, originalmente procede de aquel que es fuente del sér y del bien? Pues si por interese va; digan todos los ángeles y hombres, ¿qué mayor interese que darnos gloria para siempre, y librarnos de pena para siempre; pues este es el premio de la virtud? Y si pretendemos bienes de presente, ¿qué mayores bienes que aquellos doce privilegios de que gozan todos los buenos en esta vida, de que arriba tratamos (*d*), el menor de los cuales es mas parte para darnos alegría y contentamiento, que todos los estados y tesoros del mundo? ¿Pues qué mas se puede cargar en esta balanza para pender á esta parte, de lo que aquí se promete? Pues ya las excusas que contra esto suelen alegar los hombres del mundo, de tal manera quedan deshechas, que no veo portillo abierto por do se puedan descabullir, si no quieren á sabiendas atapar los oídos, y cerrar los ojos á tan clara y manifiesta verdad.

(*a*) Gen. 31. (*b*) Psalm. 118. (*c*) Psalm. 39 (*d*) Desde el c. 11.

Pues segun esto, ¿qué resta sino que vista la perfeccion y hermosura de la virtud, digas tú tambien aquellas palabras que el Sabio dijo hablando de la sabiduría, hermana y compañera desa mesma virtud (*e*): Esta es la que yo amé y busqué dende mi mocedad; y trabajé por tomarla por esposa, é híceme amador de su hermosura? La nobleza della se parece en que el mesmo Dios trató con ella; y el que es Señor de todas las cosas, es su enamorado. Porque ella es la que tiene á cargo enseñar su doctrina, y elegir y administrar sus obras. Y si la posesion de las riquezas es para ser deseada; ¿qué cosa mas rica que la sabiduría, la cual obra todas las cosas? Y si la sabiduría es la fabricadora de todas las cosas; ¿qué cosa hay en el mundo mas artificiosa que ella? Y si se desea la virtud y la justicia; ¿en qué otra cosa se emplean los trabajos de la sabiduría? Esta es la que enseña la templanza, y la prudencia, y la justicia, y la fortaleza; que son las cosas que mas aprovechan á los hombres. Esta pues determiné tomar por compañera de mi vida: sabiendo cierto que ella partiria conmigo de sus bienes, y sería descanso de mis cuidados, y alivio de todos mis hastíos y trabajos. Hasta aquí son palabras del Sabio. Qué resta pues sino concluir esta materia con la conclusion que el bienaventurado mártir Cipriano acaba una elegantísima epístola que escribió á un amigo suyo, del menosprecio del mundo, diciendo así (*f*):

Una es pues la quieta y segura tranquilidad: una la firme y perpetua seguridad; si librado el hombre de la tempestad y torbellinos deste siglo tempestuoso, y colocado en la fiel estancia y puerto de la salud, levanta los ojos de la tierra al cielo, y admitido ya á la compañía y gracia del Señor, se alegra de ver cómo todo lo que está en la opinion del mundo levantado, dentro de su corazon está caído. No puede este tal desear alguna cosa del mundo; porque es ya mayor que el mundo. Y mas abajo añade, diciendo: Y no son menester muchas riquezas, ni negocios ambiciosos para alcanzar esta felicidad: porque dádiva es esta de Dios, que en el ánima religiosa se recibe: el cual es tan liberal y tan comunicable, que así como el sol calienta, y el dia alumbra, y la fuente corre, y el agua cae de lo alto; así aquel espíritu divino liberalmente se comunica á todos. Por donde tú, hermano mio, que estás ya asentado en la nómina deste ejército celestial, trabaja con todas tus fuerzas por guardar fielmente la diciplina desta milicia con religiosas costumbres. Ten por compañera perpetua la oracion y la licion; unas veces habla con Dios, y otras hable Dios contigo. Él te enseñe sus mandamientos, y él disponga y ordene todos los negocios de tu vida. A quien él hiciere rico, nadie tenga por pobre. Ya no podrá padescer hambre ni pobreza el pecho que estuviere lleno de la bendicion y abundancia celestial. Entónces te parecerán estiércol las casas vestidas de preciosos mármoles, y los maderamientos guarnecidos de oro, cuando entiendas que tú eres el que principalmente conviene ser adornado, y que esa mucho mejor casa es, en la cual (como en un templo vivo) reposa Dios, y donde el Espíritu Sancto tiene hecha su morada. Pintemos pues esta casa, y pintémosla con innocencia, y esclarezcámosla con lumbre y resplandor de justicia. Esta nunca amenazará caída por antigüedad ni vejez, ni perderá su lustre cuando el oro y el color de las paredes se desfloraren. Caducas son todas las cosas afeitadas y compuestas, y no dan estable

(*e*) Sapient. 8. (*f*) Lib. 2. Ep. epist. 2. ad Donatum.

firmeza á sus poseedores; porque no son verdadera posesion. Mas esta permanece con el color siempre vivo, y con honra entera, y caridad perdurable: ni puede caer, ni desflorarse; aunque puede con la resurreccion de los cuerpos reformarse. Hasta aquí son palabras de Cipriano.

Pues el que movido por todas las razones y persuasiones que en este libro habemos tratado (entreviniendo en ello el favor y tocamiento de Dios, sin el cual nada se puede bien hacer) desea abrazar este bien tan alabado de la virtud: cómo se haya esto de hacer, en el libro siguiente se declara.

FIN DEL LIBRO PRIMERO DE LA GUIA DE PECADORES.

LIBRO SEGUNDO

DE

LA GUIA DE PECADORES,

EN EL CUAL SE TRATA

DE LA DOCTRINA DE LAS VIRTUDES; DONDE SE PONEN DIVERSOS AVISOS Y DOCUMENTOS PARA HACER UN HOMBRE VIRTUOSO.

PROLOGO.

Porque no basta persuadir á un hombre que quiera ser virtuoso, si no le enseñamos cómo lo haya de ser; por tanto, ya que en el libro pasado alegamos tantas y tan graves razones para mover nuestro corazon al amor de la virtud, será razon que agora descendamos á la práctica y uso della, dando diversos avisos y documentos que sirvan para hacer á un hombre verdaderamente virtuoso. Y porque (como dice un sabio) la primera virtud es carecer de vicios (despues de lo cual puede el hombre insistir en el ejercicio de las virtudes); por tanto repartirémos esta doctrina en dos partes: en la primera de las cuales tratarémos de los mas comunes vicios que hay y de sus remedios; y en la segunda, de las virtudes. Mas ántes que entre en esta materia, pondré primero dos preámbulos, que son dos presupuestos muy necesarios para quien quiera que se determine á andar este camino.

PRIMERA PARTE DESTE SEGUNDO LIBRO,

QUE TRATA DE LOS VICIOS Y DE SUS REMEDIOS.

CAPITULO PRIMERO.

De la primera cosa que ha de presuponer el que quiere servir á Dios.

Primeramente el que de nuevo se determina de ofrecer al servicio de nuestro Señor, y mudar la vida, la primera cosa que le conviene hacer es que sienta bien desta empresa que toma, y la estime en lo que ella merece. Quiero decir: que entienda que este negocio es el mayor negocio, y el mayor tesoro, la mayor empresa, y la mayor sabiduría de cuantas hay en el mundo: ántes crea que ni hay otro tesoro, ni otra sabiduría, ni otro negocio, sino este; como lo significó el Profeta, cuando dijo (*a*): Aprende, oh Israel, dónde está la prudencia, dónde la fortaleza, dónde el seso y la discrecion, para que juntamente veas dónde está la longura de dias, y la provision de todas las cosas, y la lumbre de los ojos, y la paz. Por lo cual con mucha razon dijo el Señor por Hieremías (*b*): No se glorie el sabio en su sabiduría, ni el rico en sus riquezas, ni el fuerte en su fortaleza, sino en esto se glorie el que se quiere gloriar, que es saberme á mí y conocerme á mí; porque aquí está la summa de todos los bienes. Y si alguno fuere consumado entre los hijos de los hombres, y no tuviere este conocimiento acompañado con la virtud, no tiene de qué se gloriar (*c*).

A esto nos convidan señaladamente todas las Escripturas divinas, que por tantas vias y maneras nos encomiendan y encarecen este negocio; á esto todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra; á esto todas las voces y clamores de la Iglesia; á esto todas las leyes divinas y humanas; á esto los ejemplos de innumerables sanctos que llenos desta lumbre del cielo despreciaron el mundo, y abrazaron tan de corazon el propósito de la virtud, que muchos dellos se dejaron arrastrar, y asar en parrillas, y padecer otras mil maneras de tormentos, ántes que hacer una sola ofensa contra Dios, y estar por un solo momento en su desgracia. Finalmente á esto nos llaman y obligan todas las cosas que en el libro precedente habemos tratado; porque todas ellas apellidan virtud, y declaran la grandeza de su valor. Cada cosa destas profundamente considerada basta para declarar la importancia deste negocio, y mucho mas todas ellas juntas: para que por aquí entienda el que se determina seguir este partido, cuán grande y cuán gloriosa sea la empresa que ha tomado, y á cuánto es razon que se ponga por ella, como luego se dirá. Este sea pues el primer preámbulo y presupuesto deste negocio.

(*a*) Baruc. 3. (*b*) Hierem. 9. (*c*) Sap. 9.

CAPITULO II.

De la segunda cosa que ha de presuponer el que quiere servir á nuestro Señor.

El segundo sea (*d*), que (pues el negocio es de tanta dignidad y merecimiento) te ofrezcas á él con un corazon esforzado, y aparejado para sufrir todos los encuentros y combates que te se ofrecieren por él, teniéndolo todo en poco por salir con una empresa tan gloriosa: presuponiendo que ninguna cosa grande quiso la naturaleza que hubiese en este mundo, que no tuviese un pedazo de dificultad. Porque en el punto que esto determinares, luego la potencia del infierno ha de armar toda su flota contra tí; luego la carne amadora de deleites, y mal inclinada dende su nacimiento (despues que fué toxicada con el veneno mortífero de aquella ponzoñosa serpiente), te ha de solicitar importunamente, y convidar á todos sus acostumbrados pasatiempos y regalos. Luego tambien la costumbre depravada, no ménos poderosa que la mesma naturaleza, rehusará esta mudanza, y te la pintará muy dificultosa; porque así como es cosa de gran trabajo sacar un rio caudaloso de la madre por do ha corrido muchos años, así lo es tambien en su manera sacar un hombre del curso por donde la mala costumbre hasta agora le ha llevado, y hacerle tomar otro camino. Luego tambien el mundo, poderosísima y cruelísima bestia (armada con la autoridad de tantos malos ejemplos como hay en él), acudirá unas veces convidándonos con sus pompas y vanidades; otras solicitándonos con malos ejemplos y pecados; otras tambien desmayándonos con las persecuciones y murmuraciones de los malos; y como si todo esto fuese poco, sobrevendrá tambien el demonio, astutísimo, poderosísimo, y antiquísimo engañador, y hará tambien lo que suele, que es perseguir mas crudamente á los que de nuevo se le declaran por enemigos, y rebelan contra él.

Por todas estas partes se te han de mover dificultades y contradicciones, y todo esto has de tener ya tragado y presupuesto; porque no se te haga de nuevo cuando viniere, acordándote de aquel prudente consejo del Sabio, que dice (*e*): Hijo, cuando te llegares á servir á Dios vive con temor, y apareja tu ánima para la tentacion. Y así has de presuponer que no eres aquí llamado á fiestas, á juegos, á pasatiempos; sino á embrazar el escudo, y vestir el arnes, y tomar la lanza para pelear. Porque aunque sea verdad que tengamos muchas y grandes ayudas

(*d*) A este propósito adviértase el cap. 25 deste segundo libro.
(*e*) Eccl. 2.

para este camino (como arriba declaramos); mas con todo esto no se puede negar, sino que todavía no falta aquí á los principios un pedazo de dificultad. Lo cual todo debe tener el siervo de Dios ya presupuesto y tragado (porque no se le haga nuevo), teniendo entendido que la joya porque milita es de tan gran precio, que merece esto y mucho mas. Y para que el temor de todos estos enemigos susodichos no te haga desmayar, acuérdate (como arriba dijimos) que muchos mas son los que son por tí, que los que son contra tí. Porque aunque de parte del pecado estén todos esos opositores, de parte de la virtud están otros mas poderosos que ellos. Porque contra la naturaleza corrompida está (como dijimos) la gracia divina, y contra el demonio Dios, y contra la mala costumbre la buena, y contra la muchedumbre de los espíritus malos la de los buenos, y contra los malos ejemplos y persecuciones de los hombres los buenos ejemplos y exhortaciones de los sanctos, y contra los deleites y gustos del mundo los deleites y consolaciones del Espíritu Sancto. Y manifiesta cosa es que mas poderoso es cada uno destos opositores, que su contrario. Porque mas poderosa es la gracia que la naturaleza, y mas poderoso Dios que el demonio, y mas poderosos los buenos ángeles que los malos, y finalmente mayores y mas eficaces los deleites espirituales que los sensuales, sin comparacion.

CAPITULO III.

Del firme propósito que el buen cristiano debe tener de nunca hacer cosa que sea pecado mortal.

Presupuestos estos dos preámbulos como fundamentos principales de todo este edificio, la primera y mas principal cosa que debe hacer el que de veras se determina ofrecer al servicio de nuestro Señor, y al estudio de la virtud, es plantar en su ánima un firmísimo propósito de nunca hacer cosa que sea pecado mortal, por el cual solo se pierde la amistad y gracia de nuestro Señor, con todos los otros bienes que en el segundo tratado de la penitencia dijimos que por él se perdian. Este es el fundamento principal de la vida virtuosa; esto es con lo que se conserva la amistad y gracia de Dios, y el derecho del reino del cielo; en esto consiste la caridad, y la vida espiritual del ánima; esto es lo que hace á los hombres hijos de Dios, templos del Espíritu Sancto, y miembros vivos de Cristo, y como tales participantes de todos los bienes de la Iglesia. Miéntras este propósito conservare el ánima, estará en caridad y en estado de salvacion; y en faltando esto, luego es raida del libro de la vida, y escripta en el libro de la perdicion, y trasladada al reino de las tinieblas.

De suerte que bien mirado este negocio, parece que así como en todas las cosas, así naturales como artificiales, hay sustancia y accidentes; entre las cuales cosas hay esta diferencia, que mudados los accidentes, todavía queda la sustancia, como gastadas las labores y pinturas de una casa, todavía queda en pié la casa, aunque imperfecta; pero caida la casa (que es como la sustancia) no queda en pié cosa alguna: así miéntras este sancto propósito estuviere fijo en el ánima, está en pie la sustancia de la virtud; pero faltando este, ninguna cosa hay que no quede por tierra. La razon desto es, porque todo el sér de la vida virtuosa consiste en la caridad, que es amar á Dios sobre todas las cosas; y aquel le ama sobre todas las cosas que aborresce el pecado mortal sobre todas ellas; porque por solo este se pierde la caridad y amistad de Dios. Por donde así como la cosa que mas contradice al casamiento es el adulterio, así la cosa que mas repugna á la vida virtuosa es el pecado mortal, porque este sólo mata la caridad en que esta vida consiste.

Esta es la causa por donde todos los sanctos mártires se dejaron padecer tan horribles tormentos; por esto se permitieron asar, y desollar, y arrastrar, atenazar y despedazar, por no cometer un pecado mortal, con que estuviesen un punto fuera de la amistad y gracia de Dios; porque bien sabian ellos que acabando de peccar se podian arrepentir de su pecado, y alcanzar perdon dél (como lo hizo Sant Pedro acabando de negar); mas con todo esto escogieron ántes pasar por todos los tormentos del mundo, que estar por espacio de un credo en desgracia deste Señor.

Entre los cuales ejemplos son muy señalados los de tres mujeres: una del testamento viejo, madre de siete hijos; y dos del nuevo, llamadas Felicitas y Sinforosa, madres tambien cada cual de otros siete: las cuales todas se hallaron presentes á los tormentos y martirios dellos, y viéndolos despedazar ante sus ojos, no solo no desmayaron con este tan doloroso espectáculo, mas ántes ellas los estuvieron esforzando y animando á morir constantísimamente por la fe y obediencia de Dios; y así ellas juntamente con ellos murieron con grande ánimo por esta causa.

Mas no sé si anteponga á estos tan ilustres ejemplos uno que escribe Sant Hierónimo (*a*) en la vida de Sant Pablo, primer ermitaño, de un sancto mancebo; al cual despues de intentados otros muchos medios, quisieron los tirannos cuasi por fuerza hacer ofender á Dios. Y para esto le hicieron acostar de espaldas y desnudo en una cama blanda, á la sombra de los árboles de un jardin muy fresco, atándole con unas muy blandas ataduras piés y manos, para que ni pudiese huir, ni defenderse. Y esto hecho inviaron una mala mujer muy bien ataviada para que usase de todos los medios posibles con que venciese la virtud y constancia del sancto mancebo. ¿Pues qué haria aquí el caballero de Cristo? ¿Qué medio tomaria para evitar tan grande deshonra, donde el cuerpo estaba desnudo y atados los piés y las manos? Mas con todo esto no faltó aquí la virtud del cielo y la presencia del Espíritu Sancto; el cual le inspiró que para defenderse del presente peligro, hiciese una cosa la mas nueva y extraña de todas cuantas hasta hoy están escriptas en historias de griegos y de latinos. Porque el sancto mancebo, con la grandeza del temor de Dios, y aborrescimiento del pecado, se cortó la lengua con sus proprios dientes (que solos libres tenia), y la escupió en la cara de la deshonesta mujer; y así espantó y despidió de sí á ella con este tan extraño hecho, y templó el natural encendimiento de su carne con la fuerza deste dolor. Esto basta para que por aquí en breve se vea el grado en que todos los sanctos aborrecieron un pecado mortal. Donde tambien pudiera contar otros que desnudos se revolcaron entre las zarzas y espinas, y otros en medio del invierno entre las pellas de nieve, para resfriar los fuegos de la carne atizados por el enemigo.

Pues el que quisiere caminar por este camino, procure de fijar en su ánima este breve propósito, estimando en mas (como justo apreciador de las cosas) la amistad de Dios, que todos los tesoros del mundo; dejando

(*a*) In tomo Epistolarum.

perder lo ménos por lo mas, cuando se ofresciere ocasion para ello. En esto funde su vida; á esto ordene todos sus ejercicios; esto pida al Señor en todas sus oraciones; para esto frecuente los sacramentos; esto saque de los sermones, y de los buenos libros que leyere; esto aprenda de la fábrica y hermosura de todas las criaturas deste mundo; este fructo señaladamente coja de la pasion de Cristo y de todos los otros beneficios divinos (que es no ofender á quien tanto debe); y conforme á la firmeza deste sancto temor y propósito, mida la cuantidad de su aprovechamiento; estimándose por mas ó ménos aprovechado, cuanto mas ó ménos tuviere de la firmeza deste propósito.

Y así como el que quiere hincar un clavo muy fuertemente, no se contenta con darle una ni dos ó tres martilladas, sino añade otra y otras muchas mas hasta cansar; así él no se contente con este propósito así como quiera, sino cada dia trabaje por tomar ocasion de cuantas cosas viere, oyere, leyere, ó meditare, para criar mas y mas amor de Dios, y mas aborrescimiento del pecado; porque cuanto mas creciere en este aborrescimiento, tanto mas aprovechará en aquel amor divino, y por consiguiente en toda virtud.

Y para estar mas firme en esto, persuádase y crea firmemente que si todos cuantos desastres y males de pena ha habido en el mundo, dende que Dios lo crió hasta hoy, y cuantas penas en el infierno padescen cuantos condenados hay en él, se pusiesen juntas en una balanza, y un pecado mortal en otra, sin comparacion es mayor mal solo este pecado, y mas digno de ser huido que todas aquellas; puesto caso que la ceguedad y tinieblas horribles deste Egipto no lo platican así, sino de otra muy diferente manera. Mas no es mucho que ni los ciegos vean este tan grande mal, ni los muertos sientan esta tan grande lanzada; pues no es dado á los ciegos ver cosa alguna por grande que sea; ni á los muertos sentir herida alguna, aunque sea mortal.

§. ÚNICO.

Pues como en este segundo libro se trate de la doctrina de la virtud (cuyo contrario es el pecado), la primera parte dél se empleará en tratar del aborrescimiento del pecado, y señaladamente de sus remedios; porque arrancadas del ánima estas malas raices, fácil cosa será plantar en su lugar las plantas de las virtudes, de las cuales se trata en la segunda parte dél. Y no sólo se tratará aquí de los pecados mortales, sino tambien de los veniales; no porque estos quiten la vida al ánima, sino porque la relajan y enflaquecen, y así disponen para la muerte della. Y por esta mesma causa se trata aquí tambien de aquellos siete vicios que comunmente se llaman capitales ó mortales (que son cabezas y raices de todos los otros); no porque siempre sean mortales, sino porque muchas veces lo pueden ser cuando por ellos se viene á quebrantar alguno de los mandamientos de Dios ó de la Iglesia, ó se hace algo contra la caridad.

Servirá esta doctrina para que el que se viere muy tentado y acosado de algun vicio, acuda á ella como á una espiritual botica, y entre diversas medicinas y remedios que aquí se señalan, escoja el que mas hiciere á su propósito. Verdad es que entre estos remedios unos hay generales contra todo género de vicios (de los cuales tratamos en el Memorial de la Vida Cristiana, donde se pusieron quince ó diez y seis maneras de remedios contra el pecado), otros hay particulares contra particulares vicios; como contra la soberbia, avaricia, ira, etc. Y destos tratarémos en este lugar, aplicando á cada manera de vicio su remedio, y proveyendo de armas espirituales contra él.

Mas aquí es mucho de notar que para esta batalla no tenemos tanta necesidad, ni de brazos para pelear, ni de piés para huir, cuanta de ojos para considerar; porque estos son los principales instrumentos y armas desta milicia, que no es contra carne y sangre, sino contra los perversos demonios, que son criaturas espirituales. La razon desto es, porque la primera raiz de todo pecado es el error y engaño del entendimiento, que es el consejero de la voluntad. Por lo cual procuran siempre nuestros adversarios de pervertir el entendimiento; porque pervertido este, luego es pervertida la voluntad que se rige por él. Por esto trabajan de vestir el mal con color de bien, y vender el vicio debajo de imágen de virtud, y encubrir de tal manera la tentacion, que no parezca tentacion sino razon. Porque si nos quieren tentar de ambicion, de avaricia, ó de ira, y deseos de venganza, procuran de hacernos entender que está en razon desear lo que deseamos, y que sería contra razon hacer otra cosa; encubriendo el lazo de tentacion con la capa de la razon, para que así puedan mejor engañar aun á aquellos que se rigen por razon. Pues para esto es necesario que el hombre tenga ojos con que vea el anzuelo debajo del cebo, y no se engañe con la imágen y aparencia sola del bien.

Tambien son necesarios ojos para ver la malicia, la fealdad, el peligro, y los daños é inconvenientes que consigo trae el vicio de que somos tentados, para que con esto se refrene nuestro apetito, y tema de gustar lo que gustado le ha de causar la muerte. Por donde aquellos misteriosos animales de Ecequiel (*a*), que son figura de los sanctos varones, con tener los otros miembros sencillos, estaban por todas partes llenos de ojos; para dar á entender cuánta necesidad tienen los siervos de Dios destos espirituales ojos para defenderse de los vicios. Deste remedio pues principalmente usarémos en esta materia, con el cual tambien juntarémos todos los otros que parescieren necesarios, como en el proceso se verá.

CAPITULO IV.

Remedios contra la soberbia.

Habiendo pues de tratar en esta primera parte de los vicios, y de sus remedios, comenzarémos por aquellos siete que se llaman capitales, porque son cabezas y fuentes de todos los otros. Porque así como cortada la raiz de un árbol se secan luego todas las ramas que recebian vida de la raiz, así cortadas estas siete universales raices de todos los vicios, luego cesarán todos los otros vicios que destas raices procedian. Por esta causa Casiano escribió con tanta diligencia ocho libros contra estos vicios (lo cual tambien han hecho con mucho estudio otros muy graves autores), por tener muy bien entendido que vencidos estos enemigos, no podrian levantar cabeza todos los otros.

La razon desto es, porque todos los pecados, como dice Sancto Tomas (*b*), originalmente nascen del amor proprio; porque todos ellos se cometen por cobdicia de algun bien particular que este amor proprio nos hace desear.

(*a*) Ezech. 1. (*b*) 1. 2. q. 77. art. 4.

Deste amor nascen aquellas tres ramas que dice Sant Joan en su Canónica (*a*), que son: cobdicia de la carne, cobdicia de los ojos, y soberbia de la vida, que por terminos mas claros son: amor de deleites, amor de hacienda, y amor de honra; porque estos tres amores proceden de aquel primer amor. Pues del amor de los deleites nascen tres vicios capitales que son: lujuria, gula, y pereza. Del amor de la honra nasce la soberbia, y del amor de la hacienda el avaricia. Mas los otros dos vicios, que son ira y invidia, sirven á cualquiera destos malos amores; porque la ira nace de impedirnos cualquiera destas cosas que deseamos; y la invidia de quien quiera que nos gana por la mano y alcanza aquello que el amor proprio quisiera ántes para sí que para sus vecinos. Pues como estas sean las tres universales raices de todos los males, de las cuales proceden estos siete vicios; de aquí es que vencidos estos siete, queda luego el escuadron de todos los otros vencido. Por lo cual todo nuestro estudio se ha de emplear agora en pelear contra estos tan poderosos gigantes, si queremos quedar señores de todos los otros enemigos que nos tienen ocupada la tierra de promision.

Entre los cuales el primero y mas principal es la soberbia, que es apetito desordenado de la propria excelencia. Esta dicen los sanctos que es la madre y reina de todos los vicios, y por tanto con mucha razon aquel sancto Tobías, entre otros avisos que daba á su hijo, le daba este, diciendo (*b*): Nunca permitas que la soberbia tenga señorío sobre tu pensamiento, ni sobre tus palabras; porque della tomó principio toda nuestra perdicion. Pues cuando este pestilencial vicio tentare tu corazon, puedes ayudarte contra él de las armas siguientes.

Primeramente considera aquel espantoso castigo con que fuéron castigados aquellos malos ángeles que se ensoberbecieron; pues en un punto fuéron derribados del cielo y echados en los abismos. Mira pues cómo este vicio escureció al que resplandescia mas que todas las estrellas del cielo; y al que era no solamente ángel, mas muy principal entre los ángeles, hizo no solamente demonio, mas el peor de todos los demonios. Pues si esto se hizo con los ángeles, ¿qué se hará contigo, polvo y ceniza? Porque Dios no es contrario á sí mesmo, ni acceptador de personas; mas así en el ángel como en el hombre le descontenta la soberbia, y le agrada la humildad. Por lo cual dice Sant Augustin: La humildad hace de los hombres ángeles, y la soberbia de los ángeles demonios. Y Sant Bernardo dice: La soberbia derriba de lo mas alto hasta lo mas bajo; y la humildad levanta de lo mas bajo hasta lo mas alto. El ángel ensoberbeciéndose en el cielo, cayó en los abismos (*c*); y el hombre humillándose en la tierra, es levantado sobre las estrellas del cielo.

Juntamente con este castigo de la soberbia considera el ejemplo de aquella inestimable humildad del Hijo de Dios, que por tí tomó tan baja naturaleza, y por tí obedesció al Padre hasta la muerte, y muerte de Cruz (*d*). Pues aprende, hombre, á obedescer; aprende, tierra, á estar debajo de los piés; aprende, polvo, á tenerte en nada; aprende, oh cristiano, de tu Señor y tu Dios, que fué manso y humilde de corazon (*e*). Si te desprecias de imitar el ejemplo de los otros hombres, no te desprecies de imitar el de Dios: el cual se hizo hombre, no solamente para redemirnos, sino tambien para humillarnos.

(*a*) 1 Ioan. 2 (*b*) Tob. 4. (*c*) Isai. 24. Apoc. 12. (*d*) Phil. 2. (*e*) Matth. 11.

Pon tambien los ojos en tí mesmo; porque dentro de tí hallarás cosas que te prediquen humildad. Considera pues lo que fuiste ántes de tu nascimiento, y lo que eres agora despues de nascido, y lo que serás despues de muerto. Antes que nacieses eras una materia sucia, indigna de ser nombrada; agora eres un muladar cubierto de nieve, y despues serás manjar de gusanos. ¿Pues de qué te ensoberbeces, hombre cuyo nascimiento es culpa, cuya vida es miseria, y cuyo fin es podre y corrupcion? Si te ensoberbeces por el resplandor de los bienes temporales que posees, espera un poco, vendrá la muerte, la cual nos hará iguales á todos. Porque como todos nacímos iguales (cuanto á la condicion natural), así todos morirémos iguales por la comun necesidad: salvo que despues de la muerte tendrán mas de que dar cuenta los que tuvieron mas. Conforme á lo cual dice Sant Crisóstomo: Mira con atencion las sepulturas de los muertos, y busca en ellos algun rastro de la magnificencia con que vivieron, ó de las riquezas y deleites que gozaron. Dime: ¿dónde están allí los atavíos y vestiduras preciosas? dónde los pasatiempos y recreaciones? dónde la compañía y muchedumbre de los criados? Acabáronse los gastos de los banquetes, las risas, los juegos, y el alegría mundana. Llégate mas de cerca al sepulcro de cada uno dellos, y no hallarás mas que polvo y ceniza, gusanos y huesos hediondos. Este pues es el fin de los cuerpos, dado que en muchos placeres y regalos se hayan criado. Y pluguiese á Dios que todo el mal parase en solo esto. Pero mucho mas es para temer lo que despues desto se sigue: que es el temeroso tribunal del juicio divino, la sentencia que allí se dará, el llanto y crujir de dientes, y las tinieblas sin remedio, y los gusanos roedores de la conciencia que nunca mueren, y el fuego que nunca se apagará (*f*).

Considera tambien el peligro de la vanagloria, hija de la soberbia, de la cual dice Sant Bernardo que livianamente vuela, y livianamente penetra; mas no hace liviana herida. Por lo cual si alguna vez los hombres te alabaren y honraren, debes luego mirar si caben en tí esas cosas de que eres alabado, ó no. Porque si nada deso cabe en tí, ninguna cosa tienes de que te gloriar. Mas si por ventura cabe en tí, di luego con el Apóstol (*g*): Por la gracia de Dios soy lo que soy. Así que no te debes por eso ensoberbecer, sino humillar, y dar la gloria á Dios, á quien debes todo lo que tienes, porque no te hagas indigno dello; pues es cierto que así la honra que te hacen, como la causa por que la hacen es de Dios. Por donde todo el favor que á tí apropias, á él lo hurtas. ¿Pues qué siervo puede ser mas desleal que el que hurta la gloria á su Señor? Mira tambien cuán gran desvarío sea pesar tu valía con el parecer de los hombres, en cuya mano está inclinar la balanza á la parte que quisieren, y quitarte de aquí á poco lo que agora te dan, y deshonrarte los que agora te honran. Si pones tu estima en sus lenguas, unas veces serás grande, otras pequeño, otras nada, como quisieren las lenguas de los hombres mudables. Por lo cual nunca jamás debes medirte por loores ajenos, sino por lo que tú sabes de tí: y aunque los otros te levanten hasta el cielo, mira lo que de tí te dice tu consciencia, y cree mas á tí que te conoces mejor, que á los otros que te miran de léjos, y juzgan como por oídas (*h*). Déjate

(*f*) Matth. 13. 22. Isai. 66. Eccl. 7. Marci, 9. (*g*) 1. Cor. 15. (*h*) Como dice Sant Bernardo, que el mundo todo no lo podia levantar tanto cuanto él á sí mesmo se abatia.

pues de los juicios de los hombres, y deposita tu gloria en las manos de Dios, el cual es sabio para guardarla, y fiel para restituirla.

Piensa tambien, hombre ambicioso, á cuánto peligro te pones deseando mandar á otros. Porque ¿cómo podrás mandar á otros, no habiendo primero obedescido á tí? ¿Cómo darás cuenta de muchos, pues apénas la puedes dar de tí solo? Mira el peligro grande á que te pones, añadiendo los pecados de tus súbditos á los tuyos, que se asientan á tu cuenta. Por lo cual dice la Escriptura (*a*): Que se hará durísimo juicio contra los que tienen cargo de justicia, y que los poderosos poderosamente serán atormentados. Mas ¿quién podrá declarar los trabajos grandes en que viven los que tienen cargo de muchos? Esto declaró muy bien un rey, que habiendo de ser coronado, primero que le pusiesen la corona en la cabeza, la tomó en las manos, y la tuvo así por un poco de espacio, diciendo: ¡Oh corona, corona mas preciosa que dichosa, la cual si alguno bien conociese, aunque te hallase en el suelo, no te levantaria!

Considera tambien ¡oh soberbio! que á nadie contentas con tu soberbia: no á Dios, á quien tienes por contrario, porque él resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia (*b*); no á los humildes, porque estos claro está que aborrescen toda altivez y soberbia; ni tampoco á los otros soberbios tus semejantes, porque por las mesmas razones que tú te levantas, ellos te aborrescen; porque no quieren ver otro mayor que á sí. Ni aun á tí mesmo contentarás en este mundo, si tornando en tí conocieres tu vanidad y locura; y mucho ménos en el otro, cuando por tu soberbia perpetuamente padescerás. Por lo cual dice Dios por Sant Bernardo: ¡Oh hombre, si bien te conocieses, de tí te descontentarias, y á mí agradarias: mas porque no conoces á tí, estás ufano en tí, y descontentas á mí! Vendrá tiempo cuando ni á mí ni á tí contentarás: á mí no, porque pecaste; y á tí tampoco, porque arderás para siempre. A solo el diablo parece bien tu soberbia: el cual por ella de graciosísimo ángel se hizo abominable demonio; y por esto naturalmente huelga con su semejante.

Ayudará tambien para humillarte considerar cuán pocos servicios y méritos tienes delante de Dios, que sean puros y verdaderos servicios: porque muchos vicios hay que tienen imágen de virtudes, y muchas veces la vanagloria destruye la obra que de suyo es buena: y muchas veces á los ojos de Dios es escuro lo que á los de los hombres paresce claro. Otros son los pareceres de aquel rectísimo juez, que los nuestros: al cual desagrada ménos el pecador humilde, que el justo soberbio; aunque este no se pueda llamar justo, si es soberbio. Y si por ventura tienes hechas algunas buenas obras, acuérdate que por ventura serán mas las malas que las buenas. Y esas buenas que heciste, por ventura fuéron hechas con tantos defectos y friezas, que quizá tienes mas razon de pedir por ellas perdon, que galardon. Por lo cual dijo Sant Gregorio (*c*): Ay de la vida virtuosa, si la juzgare Dios poniendo aparte su piedad; porque por las mesmas cosas con que piensa que agrada, puede ser que por esas sea confundida; porque nuestros males son puramente males; mas nuestros bienes no siempre son puramente bienes, porque muchas veces van acompañados con muchas imperfecciones. Por lo cual mas razon tienes para temer tus buenas obras, que para preciarte dellas; como lo hacia aquel Sancto Job, que decia: Temia yo en todas mis obras, sabiendo que no perdonas al delincuente.

(*a*) Sap. 6. (*b*) 1. Pet. 5. (*c*) Lib. 9. Mor. cap. 11 et 27. et D. Aug. l. 9. Conf. cap. 15. et Med. cap 4.

§. I.

De otros mas particulares remedios contra la soberbia.

Mas porque así como el principal fundamento de la humildad es el conoscimiento de sí mesmo, así el de la soberbia es la ignorancia de sí mesmo; por tanto el que desea de verdad humillarse, trabaje por conocerse, y así se humillará. Porque ¿cómo no humillará sus pensamientos el que mirándose sin lisonja á la luz de la verdad, se halla lleno de pecados, sucio con las heces de los deleites carnales, envuelto en mil errores, espantado con mil vanos temores, cercado de muchas perplejidades, cargado con el peso del cuerpo mortal, tan fácil para todo lo malo, y tan pesado para todo lo bueno? Por tanto si diligentemente y con atencion te mirares, verás claramente cómo no tienes por qué ensoberbecerte (*d*).

Mas algunos hay que aunque mirando á sí se humillan, mirando á los otros se ensoberbecen; haciendo comparacion de sí á ellos, y hallándose mejores que ellos. Los que por esta via se levantan y presumen de sí, debrian considerar que dado caso que en alguna cosa sean mayores que los otros; pero todavía, si bien se conocieren, en muchas cosas se hallarán menores. Pues ¿por qué presumes de tí, y desprecias á tu prójimo, por ser mas abstinente, ó mayor trabajador que él, pues él por ventura (aunque no tenga eso) será mas humilde, ó mas prudente, ó mas paciente, ó mas caritativo que tú? Por tanto mayor cuidado debes tener de mirar lo que te falta, que lo que tienes; y las virtudes que el otro tiene, que las que tienes tú; porque este pensamiento te conservará en humildad, y despertará en tí el deseo de la perfeccion. Mas si por el contrario pones los ojos en lo que tu tienes, y en lo que á los otros falta, tenerte has en mas que ellos, y hacerte has negligente en el estudio de la virtud; porque pareciéndote por comparacion de los otros que eres algo, vendrás á estar contento de tí mesmo, y á perder el deseo de pasar adelante.

Si por alguna buena obra sintieres que tu pensamiento se levanta, entónces has de mirar mas por tí; porque el contentamiento de tí mesmo no destruya la buena obra que heciste, y la vanagloria (pestilencia de las buenas obras) no la corrompa. Mas sin atribuir cosa alguna á tus merescimientos, agradécelo todo á la divina clemencia, y reprime tu soberbia con las palabras del Apóstol, que dice (*e*): ¿Qué tienes que no hayas recebido? y si lo recebiste, ¿por qué te glorías como si nada recibieras? Las buenas obras que sin obligacion y para mas perfeccion haces (si no eres prelado) trabaja por esconderlas de tal manera, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha (*f*); porque la vanagloria muy fácilmente acomete las obras que se hacen en descubierto. Cuando vieres que tu corazon se comienza á levantar, luego debes aplicar el remedio; y este será traer á la memoria tus pecados, y especialmente el mayor ó los mayores dellos, y desta manera con una ponzoña curarás otra, como hacen los médicos. De suerte que mirando, como el pavon, la mas fea cosa que en tí tienes, luego desharás la rueda de tu vanidad.

Cuanto mayor fueres, tanto te debes tratar mas humilmente; porque si en verdad eres bajo, no es mucho que seas humilde; pero si eres grandè y honrado, y con

(*d*) Iob. 23. et vide ibi Gregorium. (*e*) 1. Cor. 4. (*f*) Matth. 6.

todo eso te humillas, alcanzarás una muy rara y muy grande virtud; porque la humildad en la honra es honra de la mesma honra, y dignidad de la dignidad; y si esta falta, piérdese esa mesma dignidad.

Si deseas alcanzar la virtud de la humildad, sigue el camino de la humiliacion; porque si no quieres ser humillado, nunca llegarás á ser humilde. Y puesto que muchos se humillan que en la verdad no son humildes, todavía no hay duda sino que, como dice muy bien Sant Bernardo (*a*), la humiliacion es camino para la humildad, así como la paciencia para la paz, y el estudio para la sabiduría. Obedesce pues humilmente á Dios, y, como dice Sant Pedro (*b*), á toda humana criatura por amor de Dios.

Tres temores quiere Sant Bernardo (*c*) que moren siempre en nuestro corazon: uno cuando tienes gracia, y otro cuando la perdiste, y otro cuando la tornas á cobrar. Teme cuando estás en gracia; porque no hagas alguna cosa indigna della. Teme cuando la pierdes; porque faltando ella, quedas tú desamparado de la guarda que te defendia. Y teme si despues de perdida la cobrares; porque no la tornes á perder. Y temiendo desta manera, no presumirás de tí, estando lleno de temor de Dios.

Ten paciencia en todas tus persecuciones; porque en el sufrimiento de las injurias se conosce el verdadero humilde. No desprecies los pobres y necesitados; porque á la miseria del prójimo mas se debe compasion que menosprecio. Procura que tus vestidos no sean curiosos, porque quien ama mucho el vestido precioso, no siempre tiene el corazon humilde; y respecto tiene el que esto hace á los ojos de los hombres, pues no los viste sino cuando puede ser visto. Pero juntamente mira no sea el vestido mas vil de lo que te conviene; porque huyendo de la gloria no la procures: como hacen muchos que quieren agradar á los hombres, mostrando que no hacen caso de les agradar; y así huyendo las alabanzas, astutamente las procuran. Tampoco has de despreciar los oficios bajos; porque el verdadero humilde no huye de los servicios humildes, como indignos de su persona: mas ántes de su propria voluntad se ofresce á ellos, como quien en sus ojos se tiene por bajo.

CAPITULO V.

Remedios contra la avaricia.

Avaricia es desordenado deseo de hacienda. Por lo cual con razon es tenido por avariento no solo el que roba, sino tambien el que desordenadamente cobdicia las cosas ajenas, ó desordenadamente guarda las suyas. Este vicio condena el Apóstol, cuando dice (*d*): Los que desean de ser ricos, caen en tentaciones y lazos del demonio, y en muchos deseos inútiles y dañosos que llevan los hombres á la perdicion. Porque la raiz de todos los males es la cobdicia. No se podia mas encarescer la malicia deste vicio que con esta palabra; pues por ella se da á entender que quien á este vicio está subjecto, de todos los otros es esclavo.

Pues cuando este vicio tentare tu corazon, puedes armarte contra él con las consideraciones siguientes. Primeramente considera, ¡oh avariento! que tu Señor y tu Dios cuando decendió del cielo á este mundo, no quiso poseer estas riquezas que tú deseas; ántes de tal manera amó la pobreza, que quiso tomar carne de una vírgen pobre y humilde, y no de una reina muy alta y muy poderosa. Y cuando nasció no quiso ser aposentado en grandes palacios, ni echado en cama blanda, ni en cunas delicadas, sino en un vil y duro pesebre sobre unas pajas (*e*). Despues desto en cuanto en esta vida vivió, siempre amó la pobreza, y despreció las riquezas; pues para ser embajadores y apóstoles escogió, no príncipes, ni grandes señores, sino unos pobres pescadores (*f*). Pues ¿qué mayor abusion que querer ser rico el gusano, siendo por él tan pobre el Señor de todo lo criado?

Considera tambien cuánta sea la vileza de tu corazon; pues siendo tu ánima criada á imágen de Dios, y redemida por su sangre (en cuya comparacion es nada todo el mundo), la quieres perder por un poco de interese. No diera Dios su vida por todo el mundo, y dióla por el ánima del hombre: luego de mayor valor es un ánima que todo el mundo. Las verdaderas riquezas no son oro, ni plata, ni piedras preciosas; sino las virtudes que consigo trae la buena consciencia. Pon aparte la falsa opinion de los hombres, y verás que no es otra cosa oro y plata, sino tierra blanca y amarilla, que el engaño de los hombres hizo preciosas. Lo que todos los filósofos del mundo despreciaron, ¿tú, dicípulo de Cristo, llamado para mayores bienes, tienes por cosa tan grande, que te hagas esclavo della? Porque, como dice Sant Hierónimo (*g*), aquel es siervo de las riquezas, que las guarda como siervo; mas quien de sí sacudió este yugo, repártelas como señor.

Mira tambien que, como el Salvador dice (*h*), nadie puede servir á dos señores: que son, Dios y las riquezas; y que no puede el ánimo del hombre libremente contemplar á Dios, si anda la boca abierta tras las riquezas del mundo. Los deleites espirituales huyen del corazon ocupado en los temporales, y no se podrán juntar en uno las cosas vanas con las verdaderas, las altas con las bajas, las eternas con las temporales, y las espirituales con las carnales, para que puedas juntamente gozar de las unas y de las otras. Considera otrosí que cuanto mas prósperamente te suceden las cosas terrenas, tanto por ventura eres mas miserable; por el motivo que aquí se te da de fiarte de esa falsa felicidad que se te ofresce. ¡Oh si supieses cuánta desventura trae consigo esa pequeña prosperidad! El amor de las riquezas mas atormenta con su deseo, que deleita con su uso; porque enlaza el ánima con diversas tentaciones; enrédala con muchos cuidados; convídala con vanos deleites; provócala á pecar; é impide su quietud y reposo. Y sobre todo esto nunca las riquezas se adquieren sin trabajo, ni se poseen sin cuidado, ni se pierden sin dolor; mas lo peor es que pocas veces se alcanzan sin ofensas de Dios; porque (como dice el proverbio) el rico ó es malo, ó heredero de malo (*i*).

Considera otrosí cuán gran desatino sea desear continuamente aquellas cosas que aunque todas se junten en uno, es cierto que no pueden hartar tu apetito; mas ántes lo atizan y acrescientan, así como el beber al hidrópico la sed; porque por mucho que tengas, siempre cobdicias lo que te falta, y siempre estás sospirando por mas. De suerte que discurriendo el triste corazon por las cosas del mundo, cánsase, y no se harta; bebe, y no

(*a*) Epist. 87. circa fin. (*b*) 1. Pet. 2. (*c*) Super Cant. Ser. 54. infra med. (*d*) 1. Tim. 6.

(*e*) Luc. 2. (*f*) 1. Cor. 1. (*g*) Lib. 1. com. in cap. 6. Matth. (*h*) Matt. 6. (*i*) Dives, iniquus aut iniqui hæres. S. Hier. Comment. in Habac. c. 3.



apaga la sed, porque no hace caso de lo que tiene, sino de lo que podria mas haber; y no ménos molestia tiene por lo que no alcanza, que contentamiento por lo que posee: ni se harta mas de oro, que su corazon de aire. De lo cual con mucha razon se maravilla Sant Augustin diciendo: ¿Qué cobdicia es esta tan insaciable de los hombres, pues aun los brutos animales tienen medida en sus deseos? Porque entónces cazan cuando padescen hambre; mas cuando están hartos, luego dejan de cazar. Sola la avaricia de los ricos no pone tasa en sus deseos, ca siempre roba y nunca se harta.

Considera tambien que donde hay muchas riquezas tambien hay muchos que las consuman, muchos que las gasten, muchos que las desperdicien y hurten. ¿Qué tiene el mas rico del mundo de sus riquezas, mas que lo necesario para la vida? Pues desto te podrias descuidar si pusiesses tu esperanza en Dios, y te encomendasses á su providencia; porque nunca desampara á los que esperan en él; porque quien hizo al hombre con necesidad de comer, no consentirá que perezca de hambre (*a*). ¿Cómo puede ser que manteniendo Dios á los pajaricos, y vistiendo los lirios, desampare al hombre; mayormente siendo tan poco lo que basta para remedio de la necesidad? La vida es breve, y la muerte se apresura á mas andar: ¿qué necesidad tienes de tanta provision para tan corto camino? ¿Para qué quieres tantas riquezas, pues cuantas ménos tuvieres, tanto mas libre y desembarazado caminarás? Y cuando llegares al fin de la jornada, no te irá ménos bien si llegares pobre, que á los ricos que llegarán mas cargados; sino que acabado el camino, te quedará ménos que sentir lo que dejas, y ménos de que dar cuenta á Dios: como quiera que los muy ricos al fin de la jornada, no sin grande angustia, dejarán los montones de oro que mucho amaron, y no sin mucho peligro darán cuenta de lo mucho que poseyeron.

Considera otrosí, ¡oh avariento! para quién amontonas tantas riquezas; pues es cierto que así como veniste á este mundo desnudo, así tambien has de salir dél (*b*). Pobre naciste en esta vida; pobre la dejarás. Esto debrias pensar muchas veces; porque, como dice Sant Hierónimo (*c*), fácilmente desprecia todas las cosas quien se acuerda que ha de morir. En el artículo de la muerte dejarás todos los bienes temporales, y llevarás contigo solamente las obras que heciste, buenas ó malas: donde perderás todos los bienes celestiales, si teniéndolos en poco en cuanto viviste, todo tu trabajo empleaste en los temporales. Porque tus cosas serán entónces divididas en tres partes: el cuerpo se entregará á los gusanos, el ánima á los demonios, y los bienes temporales á los herederos, que por ventura serán desagradecidos, ó pródigos, ó malos. Pues luego mejor será, segun el consejo del Salvador (*d*), distribuirlos á pobres, que te los lleven delante (como hacen los grandes señores cuando caminan, que envían delante sus tesoros); porque ¿qué mayor desatino que dejar tus bienes adonde nunca tornarás, y no enviarlos adonde para siempre vivirás?

Considera tambien que aquel soberano gobernador del mundo (como un prudente padre de familia) repartió los cargos y los bienes de tal manera, que á unos ordenó para que rigiesen, y otros para que fuesen regidos: unos para qué destribuyesen lo necesario, y otros para que lo recibiesen. Y pues tú eres uno de los que están puestos para despenseros de la hacienda que á tí sobra; ¿parésceте que te será lícito guardar para tí solo lo que recebiste para muchos? Porque, como dice Sant Basilio, de los pobres es el pan que tú encierras, y de los desnudos el vestido que tú escondes, y de los miserables el dinero que tú entierras. Pues sabe cierto que á tantos hurtaste sus bienes, á cuantos pudieras aprovechar con lo que á tí sobraba, y no aprovechaste. Por tanto mira que los bienes que de Dios recebiste, son remedios de la miseria humana, y no instrumentos de mala vida. Mira pues que succediéndote todas las cosas prósperamente no te olvides de quien te las da; ni de los remedios de la miseria ajena hagas materia de vanagloria. No quieras ¡oh hermano! amar el destierro mas que la patria; ni de los aparejos y provisiones para caminar hagas estorbos del camino; ni amando mucho la claridad de la luna, desprecies la luz del mediodía; ni conviertas los socorros de la vida presente en materia de muerte perpetua. Vive contento con la suerte que tienes, acordándote que dice el Apóstol (*e*): Teniendo suficiente mantenimiento, y ropa con que nos cubramos, con esto estamos contentos. Porque (como dice Sant Crisóstomo) el siervo de Dios no se ha de vestir ni para parecer bien, ni para regalo de su carne, sino para cumplir con su necesidad. Busca primero el reino de Dios y su justicia, y todas las otras cosas te serán concedidas (*f*); porque Dios que te quiere dar las cosas grandes, no te negará las pequeñas. Acuérdate que no es la pobreza virtud, sino el amor de la pobreza.

Los pobres que voluntariamente son pobres, son semejantes á Cristo, que siendo rico, por nosotros se hizo pobre (*g*). Mas los que viven en pobreza necesaria, y la sufren con paciencia, y desprecian las riquezas que no tienen, desa pobreza necesaria hacen virtud. Y así como los pobres con su pobreza se conforman con Cristo, así los ricos con sus limosnas se reforman para Cristo; porque no solamente los pobres pastores hallaron á Cristo, mas tambien los sabios y poderosos, cuando le ofrecieron sus tesoros (*h*). Pues tú que tienes bastante hacienda, da limosna á los pobres; porque dándola á ellos, la recibe Cristo. Y ten por cierto que en el cielo (donde ha de ser tu perpetua morada) te está guardado lo que agora les dieres; mas si en esta tierra escondieres tus tesoros, no esperes hallar nada donde nada pusiste. Pues ¿cómo se llamarán bienes del hombre los que no puede llevar consigo, ántes los pierde contra su voluntad? Mas por el contrario los bienes espirituales son verdaderamente bienes, pues no desamparan á su dueño aun en su muerte; ni nadie se los puede quitar, si él no quisiere.

§. I.

Que no débe nadie retener lo ajeno.

Acerca deste pecado conviene avisar del peligro que hay en retener lo ajeno. Para lo cual es de saber que no solo es pecado tomar lo ajeno, sino tambien retenerlo contra voluntad de cuyo es. Y no basta que tenga el hombre propósito de restituir adelante, si luego puede; porque no solo tiene obligacion á restituir, sino tambien á luego restituir: verdad es que si no pudiese luego, ó del todo no pudiese, por haber venido á gran pobreza,

(*a*) Matth. 6. (*b*) Iob 1. (*c*) Ad Paulinum in prologo Bibl. (*d*) Luc. 16.

(*e*) 1. Tim. 6. (*f*) Matth. 6. (*g*) 2. Cor. 8. (*h*) Lucæ, 2. Matth. 2.

en tal caso no sería obligado á uno, ni á otro, porque Dios no obliga á lo imposible.

Para persuadir esto, no me parece hay necesidad de mas palabras que de aquellas que Sant Gregorio escribe á un caballero, diciendo (*a*): Acuérdate, señor, que las riquezas mal habidas se han de quedar acá, y el pecado que hicieres en haberlas así, ha de ir contigo allá. Pues ¿qué mayor locura que quedarse acá el provecho, y llevar contigo el daño, y dejar á otro el gusto, y tomar para tí el tormento, y obligarte á penar en la otra vida por lo que otros hayan de lograr en esta?

Y demas desto ¿qué mayor desatino que tener en mas tus cosas que á tí mesmo? y padescer detrimento en el ánima, por no padescerlo en la hacienda? y poner el cuerpo al golpe del espada, por no recebirlo en la capa? Y allende desto, ¿qué tan cerca está de parecer á Júdas el que por un poco de dinero vende la justicia, la gracia, y su mesma ánima (*b*)? Y finalmente, si es cierto (como lo es) que á la hora de la muerte has de restituir, si te has de salvar; ¿qué mayor locura que, habiendo en cabo de pagar lo que debes, querer estar de aquí allá en pecado, y acostarte en pecado, y levantarte en pecado, y confesar y comulgar en pecado, y perder todo lo que pierde el que está en pecado, que vale mas que todo el interese del mundo? No parece que tiene juicio de hombre el que pasa por tan grandes males.

Trabaja pues, hermano, por pagar muy bien lo que debes, y por no hacer agravio á nadie. Procura tambien que no duerma en tu casa el trabajo y sudor de tu jornalero (*c*). No le hagas ir ni venir muchas veces y echar tantos caminos por cobrar su hacienda, que trabaje mas en cobrarla que en ganarla, como muchas veces acaesce con la dilacion de los malos pagadores. Si tienes testamento que cumplir, mira no defraudes las ánimas de los defunctos de su debido socorro; porque no paguen la culpa de tu negligencia con la dilacion de su pena, y despues cargue todo sobre tu ánima. Si tienes criados á quien debes, trabaja por tener muy asentadas y claras sus cuentas, y desembarázate (ó á lo ménos declárate muy bien con ellos) en la vida, para no dejar despues marañas en la muerte. Lo que tú pudieres cumplir de tu testamento, no lo dejes á otros ejecutores; porque si tú eres descuidado en tus cosas proprias, ¿cómo crees que serán los otros diligentes en las ajenas?

Précíate de no deber nada á nadie, y así tendrás el sueño quieto, la conciencia reposada, la vida pacífica, y la muerte descansada. Y para que puedas salir con esto, el medio es que pongas freno á tus apetitos y deseos, y ni hagas todo lo que deseas, ni gastes mas de lo que tienes; y desta manera midiendo el gasto, no con la voluntad, sino con la posibilidad, nunca tendrás por qué deber. Todas nuestras deudas nacen de nuestros apetitos, y la moderacion destos vale mas que muchos cuentos de renta. Ten por sumas y verdaderas riquezas aquellas que dice el Apóstol (*d*): Piedad, y contentamiento con la suerte que Dios te dió. Si los hombres no quisiesen ser mas de lo que Dios quiere que sean, siempre vivirian en paz; mas cuando quieren pasar esta raya, siempre han de perder mucho de su descanso; porque nunca tiene buen succeso lo que se hace contra la divina voluntad.

(*a*) Lib. epist. ad Iustin. cap. 2. (*b*) Matt. 26. (*c*) Deuter. cap. 24. et Tob. 4. (*d*) 1. Tim. 6.

CAPITULO VI.

Remedios contra la lujuria.

Lujuria es apetito desordenado de sucios y deshonestos deleites. Este es uno de los vicios mas generales, y mas cosarios, y mas furiosos en acometer que hay. Porque (como dice Sant Bernardo) entre todas las batallas de los cristianos, las mas duras son las de la castidad: donde es muy cuotidiana la pelea, y muy rara la victoria.

Pues cuando este feo y abominable vicio tentare tu corazon, puedes salirle al camino con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que este vicio no solo ensucia el ánima (que el Hijo de Dios alimpió con su sangre), sino tambien el cuerpo, en quien como en un sagrado relicario es depositado el sacratísimo cuerpo de Cristo. Pues si tan grande culpa es profanar y ensuciar el templo material de Dios, ¿qué sera profanar este templo en que mora Dios? Por esto dice el Apóstol (*e*): Huid, hermanos, del pecado de la fornicacion; porque todo otro pecado que hiciere el hombre, fuera de su cuerpo es; mas el que cae en fornicacion, peca contra su mesmo cuerpo, profanándolo, y ensuciándolo con el pecado carnal. Considera tambien que este pecado no se puede poner por obra sin escándalo y perjuicio de otros muchos que comunmente intervienen en él: que es la cosa que á la hora de la muerte mas agudamente suele herir la conciencia. Porque si la ley de Dios manda que se dé vida por vida, ojo por ojo, y diente por diente (*f*); ¿qué podrá dar á Dios el que tantas ánimas destruyó? y ¿con qué pagará lo que él con su mesma sangre redimió?

Considera tambien que este halagüeño vicio tiene muy dulces principios, y muy amargos fines; muy fáciles las entradas, y muy dificultosas las salidas. Por donde dijo el Sabio (*g*) que la mala mujer era como una cava muy honda, y un pozo boquiangosto, donde siendo tan fácil la entrada, es dificultosísima la salida. Porque verdaderamente no hay cosa en que mas fácilmente se enreden los hombres, que en este dulce vicio, segun que á los principios se demuestra; mas despues de enlazados en él, y trabadas las amistades, y roto el velo de la vergüenza, ¿quién los sacará de ahí? Por lo cual con mucha razon se compara con las nasas de los pescadores, que teniendo las entradas muy anchas, tienen las salidas muy angostas; por donde el pesce que una vez entra, por maravilla sale de ahí. Y por aquí entenderás cuánta muchedumbre de pecados pare este tan prolijo pecado; pues en todo este tiempo tan largo está claro que así por pensamiento, como por obra, como por deseo, ha de ser Dios cuasi infinitas veces ofendido.

Considera tambien sobre todo esto (como dice un doctor) cuánta muchedumbre de otros males trae consigo esta halagüeña pestilencia. Primeramente roba la fama (que entre las cosas humanas es la mas hermosa posesion que puedes tener); ca ningun rumor de vicio huele mas mal, ni trae consigo mayor infamia que este. Y allende desto debilita las fuerzas, amortigua la hermosura, quita la buena disposicion, hace daño á la salud, pare enfermedades sin cuento, y estas muy feas y sucias, desflora ántes de tiempo la frescura de la juventud, y hace venir mas temprano una torpe vejez; quita la fuerza del ingenio, embota la agudeza del entendimiento, y cuasi

(*e*) 1. Cor. 6. (*f*) Exod. 21. (*g*) Prov. 23.

la torna brutal. Aparta el hombre de todos honestos estudios y ejercicios; y así le zabulle todo en el cieno deste deleite, que ya no huelga de pensar, ni hablar, ni tratar cosa que no sea vileza y suciedad. Hace loca la juventud é infame, y la vejez aborrescible y miserable. Mas no se contenta este vicio con todo este estrago que hace en la persona del hombre; sino tambien lo hace en sus cosas. Porque ninguna hacienda hay tan gruesa, ningun tan gran tesoro, á quien la lujuria no gaste y consuma en poco tiempo. Porque el estómago y los miembros vergonzosos son vecinos y compañeros, y los unos á los otros se ayudan y conforman en los vicios. De donde los hombres dados á vicios carnales, comunmente son comedores y bebedores; y así en banquetes y vestidos gastan todo cuanto tienen. Y demas desto las mujeres deshonestas nunca se hartan de joyas, de anillos, de vestidos, de holandas, de perfumes y olores, y cosas tales; y mas aman estos presentes, que á los mesmos amadores que se los dan. Para cuya confirmacion basta el ejemplo de aquel hijo pródigo que en esto gastó toda la legítima de su padre (*a*).

Mira tambien que cuanto mas entregares tus pensamientos y tu cuerpo á deleites, tanto ménos hartura hallarás; ca este deleite no causa hartura sino hambre; porque el amor del hombre á la mujer, ó de la mujer al hombre, nunca se pierde, ántes apagado una vez, se torna á encender. Y mira otrosí como este deleite es breve, y la pena que por él se da, perpetua; y por consiguiente que es muy desigual trueque, por una brevísima y torpísima hora de placer, perder en esta vida el gozo de la buena consciencia, y despues la gloria que para siempre dura, y padecer la pena que nunca se acaba. Por lo cual dice Sant Gregorio (*b*): Un momento dura lo que deleita, y eternalmente lo que atormenta.

Considera tambien por otra parte la dignidad y precio de la pureza virginal que este vicio destruye; porque los vírgines en esta vida comienzan á vivir vida de ángeles, y singularmente por su limpieza son semejantes á los espíritus celestiales; porque vivir en carne sin obras de carne, mas es virtud angélica que humana. Sola la virginidad es la que, como dice Sant Hierónimo (*c*), en este lugar y tiempo de mortalidad representa el estado de la gloria inmortal. Sola ella guarda la costumbre de aquella ciudad soberana, donde no hay bodas, ni desposorios, y así da á los hombres terrenos experiencia de aquella celestial conversacion. Por la cual en el cielo se da cierto y singular premio á los vírgines, de los cuales escribe Sant Joan en el Apocalipsi, diciendo: Estos son los que no amancillaron su carne con mujeres, mas permanescieron vírgines; y estos siguen al cordero por donde quiera que va. Y porque en este mundo se aventajaron sobre los otros hombres en parecerse con Cristo en la pureza virginal, por esto en el otro se llegarán á él mas familiarmente, y singularmente se deleitarán de la limpieza de sus cuerpos.

Y no solo hace esta virtud á los que la tienen semejantes á Cristo, mas hácelos tambien templos vivos del Espíritu Sancto; porque aquel divino espíritu, amador de la limpieza, así como uno de los vicios que mas huye es la deshonestidad, así en ninguna parte mas alegremente reposa que en las ánimas puras y limpias. Por lo cual el Hijo de Dios concebido por el Espíritu Sancto, tanto amó y honró la virginidad, que por ella hizo un tan gran milagro como fué nascer de madre vírgen. Mas tú, ya que perdiste la virginidad, á lo ménos despues del naufragio teme los peligros que ya experimentaste. Y ya que no quisiste guardar entero el bien de naturaleza, siquiera despues de quebrado le repara, y tornándote á Dios despues del pecado, tanto mas diligentemente te ocupa en buenas obras, cuanto por las malas que has hecho te conoces por mas merecedor de castigo. Porque muchas veces acontece, como dice Sant Gregorio (*d*), que despues de la culpa se hace mas ferviente el ánima, la cual en el estado de la innocencia estaba mas floja y descuidada. Y pues Dios te guardó, habiendo cometido tantos males, no hagas agora por donde pagues lo presente y lo pasado, y sea el postrer yerro peor que el primero.

Pues con estas y otras semejantes consideraciones debe el hombre estar apercebido y armado contra este vicio; y esta sea la primera manera de remedios que damos contra él.

§. I.

De otra manera de remedios mas particulares contra la lujuria.

De mas destos comunes remedios que se dan contra este vicio, hay otros mas especiales y eficaces, de que tambien será razon tratar. Entre los cuales el primero es resistir á los principios, como ya en otra parte dijimos (*e*), porque si al principio no se rechaza el enemigo, luego crece y se fortalesce; porque, como dice Sant Gregorio (*f*), despues que la golosina del deleite se apodera del corazon, no le deja pensar otra cosa que aquello que le deleita. Por esto se debe resistir al principio, echando fuera los pensamientos carnales; porque así como la leña sustenta el fuego, así los pensamientos mantienen á los deseos: los cuales si fueren buenos, enciéndese el fuego de la caridad; y si malos, el de la lujuria.

Demas desto conviene guardar con diligencia todos los sentidos, mayormente los ojos de ver cosas que te puedan causar peligro. Porque muchas veces mira el hombre sencillamente, y por sola la vista queda el ánima herida. Y porque el mirar inconsideradamente las mujeres, ó inclina ó ablanda la constancia del que las mira, nos aconsejó el Ecclesiástico, diciendo (*g*): No quieras traer los ojos por los rincones de la ciudad, ni por sus calles ó plazas: aparta los ojos de la mujer ataviada, y no veas su hermosura. Para lo cual nos debria bastar el ejemplo del Sancto Job (*h*), que (con ser varon de tanta sanctidad) guardaba muy bien sus ojos (como él mesmo lo confiesa), no fiándose de sí, ni de tan largo uso de virtud como tenia. Y si este no basta, á lo ménos debria bastar el de David (*i*), que siendo varon sanctísimo, y tan hecho á la voluntad de Dios, bastó la vista de una mujer para traerle á tres tan grandes males como fuéron, homicidio, escándalo, y adulterio.

Y no ménos tambien debes guardar los oídos de oir cosas deshonestas; y cuando las oyeres, recíbelas con rostro triste; porque fácilmente se hace lo que de buena gana se oye. Guarda tambien tu lengua de cualquier palabra torpe; porque las buenas costumbres se corrompen con las pláticas malas. La lengua descubre las aficio-

(*a*) Lucæ 15. (*b*) Lib. 9. Mor. cap. 44. (*c*) Ad Demetr. Ad Mauritii filiam, Eus. de morte Hier. circa medium.

(*d*) Lib. 8. Mor. c. 16. et super Ezech. Hom. 10. (*e*) Primera parte del memor. trat. 4. c. 1. §. 3. 9. 1. col. fin. (*f*) Lib. 21. Mor. c. 7. (*g*) Eccli. 9. (*h*) Iob. 31. (*i*) 2. Reg. 11.

nes del hombre; porque cual muestra la plática, tal se descubre el corazon: ca de lo que el corazon está lleno, habla la lengua.

Trabaja por traer ocupado tu corazon en sanctos pensamientos, y tu cuerpo en buenos ejercicios; porque (como dice Sant Bernardo) los demonios envian al ánima ociosa malos pensamientos en que se ocupe, porque aunque cese de mal obrar, no cese de pensar mal.

En toda tentacion, mayormente en esta, pon ante los ojos de tu corazon el ángel de tu guarda, y el demonio tu acusador: los cuales en la verdad siempre están mirando todo lo que haces, y lo representan al mesmo juez que todo lo ve; porque siendo esto así, ¿cómo te atreverás á hacer obra tan fea, que delante de otro hombrecillo como tú no osarias hacer, teniendo delante tu guardador, tu acusador y tu juez? Pon tambien ante los ojos el espanto del juicio divino, la llama de los tormentos eternos; porque cualquier pena se vence con temor de otra mas grave, como un clavo se saca con otro; y así muchas veces el fuego de la lujuria se mata con la memoria del fuego del infierno. Demas desto excúsate cuanto fuere posible de hablar solo con mujeres de sospechosa edad, porque (como dice Crisóstomo) entónces acomete mas atrevidamente nuestro adversario á los hombres y mujeres, cuando los ve solos; porque donde no se teme reprehensor, mas osado llega el tentador. Por tanto nunca te pongas á tratar con mujer sin testigos; porque esto solo incita y convida á todos los males. Ni confíes en la virtud pasada, aunque sea muy antigua, pues sabes que aquellos viejos se encendieron en el amor de Susanna, porque la vieron muchas veces en su jardin sola (*a*). Huye pues toda sospechosa compañía de mujeres; porque verlas daña los corazones, oirlas los atrae, hablarlas los inflama, tocarlas los estimula; y finalmente todo lo dellas es lazo para los que tratan con ellas. Por esto dice Sant Gregorio (*b*): Los que dedicaron sus cuerpos á continencia, no se atrevan á morar con mujeres; porque en cuanto el calor vive en el cuerpo, nadie presuma que del todo tiene apagado el fuego del corazon.

Huye tambien los presentillos, visitaciones, y cartas de mujeres; porque todo esto es liga para prender los corazones, y soplos para encender el fuego del mal deseo cuando la llama se va acabando. Y si amas alguna mujer honesta y sancta, ámala en tu ánima sin curar de visitarla á menudo, ni tratar con ella familiarmente. Y porque la llave de todo este negocio principalmente consiste en huir destas ocasiones, añadiré aquí dos ejemplos que Sant Gregorio escribe en sus Diálogos (*c*), los cuales servirán grandemente para este propósito. Cuenta él allí que en la provincia de Misia habia un sacerdote, el cual regía con gran temor de Dios una iglesia que le era encomendada. Y estando allí una mujer virtuosa que tenia cargo de la ropa y de las cosas de la iglesia, él la amaba como á hermana, mas guardábase della como de enemiga, y así por ninguna via permitia que se llegase á él; con lo cual habia quitado toda ocasion de familiaridad y comunicacion. Ca proprio es de los sanctos varones, por estar mas léjos de las cosas ilícitas, apartarse aun de las que son lícitas; y por esta causa no consentia que ella le sirviese en ninguna necesidad. Pues este venerable sacerdote siendo de mucha edad, y pasados ya cuarenta años de su sacerdocio, vino á tener una tan recia enfermedad, que llegó á lo postrero; y estando en este estado, llegó aquella buena mujer á poner los oídos cerca de sus narices para ver si respiraba, ó si era ya defuncto. Lo cual como él sintiese, indignándose mucho dello, con toda la fuerza que pudo dió voces á la mujer, diciendo: Apártate, apártate de aquí, mujer, porque todavía el foguezuelo está vivo: quita la paja. Y apartándose ella, y esforzándose él mas, comenzó á decir con una grande alegría: En hora buena vengan mis señores, en hora buena vengan. ¿Cómo tuvistes por bien venir á este tan pequeñuelo siervo vuestro? Ya voy, ya voy. Muchas gracias, muchas gracias. Y repitiendo él estas palabras muchas veces, preguntáronle los que allí estaban, con quién hablaba. A los cuales él maravillado respondió: ¿Por ventura no veis aquí los bienaventurados apóstoles Sant Pedro y Sant Pablo? Y volviéndose á ellos, tornó á decir: Ya voy, ya voy. Y en acabando estas palabras dió el ánima á Dios. Este ejemplo de varon tan recatado escribe Sant Gregorio en el cuarto libro de los Diálogos con este fin tan glorioso; porque tal convenia que fuese la muerte de quien con tanto temor habia vivido.

Mas otro ejemplo escribe en el tercero de los mesmos Diálogos (*d*) de un religioso obispo, aunque no tan recatado: el cual tambien referiré aquí para castigo y escarmiento de los que no lo son. Del cual ejemplo dice que fuéron tantos los testigos, cuasi cuantos eran los moradores de la ciudad donde el caso acontesció.

Dice él pues que en una ciudad de Italia habia un obispo llamado Andreas, el cual habiendo siempre vivido una vida muy religiosa y llena de virtudes, tenia en su casa y compañía una mujer tambien religiosa, por estar muy cierto y satisfecho de su virtud y castidad. De la cual ocasion aprovechándose el enemigo, halló entrada para tentar su corazon. Y así comenzó á imprimir la figura della en los ojos de su ánimo, é incitarle á tener feos pensamientos. Acaesció pues que en este tiempo un judío caminando de Campania para Roma, y tomándole la noche cerca de la ciudad deste obispo, y no teniendo lugar donde se acoger, vino á parar á un templo antiguo que estaba allí de un ídolo, donde se acostó á dormir. Y temiendo la mala vecindad de la casa del ídolo, aunque él no creia en la Cruz, todavía por la costumbre que tenia de ver persignar á los cristianos en el tiempo de los peligros, hizo él tambien sobre sí la señal de la Cruz. Mas como él no pudiese dormir de miedo de aquel lugar, vió á la media noche una gran cuadrilla de demonios entrar en él, y entre ellos uno mas principal, el cual asentado en una silla en medio del templo, comenzó á preguntar á aquellos malvados espíritus, cuánto mal habia hecho cada uno en el mundo. Y como cada uno respondiese lo que habia hecho, salió uno dellos en medio, y dijo que habia solicitado el ánimo del obispo Andreas con la figura de una mujer religiosa que tenia en su casa. Y como aquel malvado presidente oyese esto con grande atencion, y lo tuviese por tanto mayor ganancia, cuanto mas religiosa era la persona; el espíritu malo, que habia dado cuenta desto, añadió que el dia pasado á hora de vísperas habia tentado tan fuertemente su corazon, que llegándose á la religiosa con semblante alegre, le habia dado una palmadica en las espaldas. Entónces aquel antiguo enemigo del género humano comenzó á exhortar á este tentador á que diese cabo á lo que habia

(*a*) Dan. 13. (*b*) 3. lib. Dialog. c. 7. (*c*) 4. Dialogor. c. 11.

(*d*) 3. Dial. c. 7

comenzado, para que con esto alcanzase una corona singular entre todos sus compañeros. Pues estando el judío viendo todas estas cosas, y temblando con gran pavor de lo que veia, aquel malvado espíritu que allí presidia, mandó á los otros que fuesen á mirar quién era aquel que habia osado dormir en aquel lugar. Y mirándolo ellos con grande atencion, dieron voces diciendo: ¡Ay, ay! vaso vacío; mas bien sellado. Y respondiendo ellos esto, desapareció luego toda aquella compañía de espíritus malignos. Y hecho esto, el judío se levantó luego, y viniendo con gran prisa á la ciudad, y hallando el obispo en la iglesia, tomóle aparte, y preguntóle si era molestado de alguna tentacion. Y como el obispo de vergüenza no le confesase nada, él replicó que en tal dia habia puesto los ojos con mal amor en una sierva de Dios. Y como él todavía negase esto, el judío añadió diciendo: ¿Por qué niegas lo que te pregunto, pues ayer á hora de vísperas llegaste á darle una palmada en las espaldas? De lo cual maravillado el obispo, y viéndose comprehendido en aquella culpa, confesó lo que ántes habia negado. Entónces el judío le declaró la manera en que esto habia sabido. Lo cual entendido, el obispo se postró en tierra haciendo oracion á Dios, y luego despidió de su casa no solo aquella buena mujer, mas cualquiera otra que estuviese en su servicio. Y en aquel mesmo templo de Apolo hizo un oratorio en nombre de Sant Andres, y quedó libre de toda aquella tentacion. Y juntamente con esto trajo á conocimiento de Dios al judío por cuya vision y amonestacion habia sido curado; é instruyéndole en los misterios de la fe, y lavándole con agua del sancto baptismo, le puso en el gremio de la sancta Iglesia. Y así succedió que el judío procurando la salud ajena, alcanzase la suya propria. Y nuestro Señor Dios, por el medio que encaminó la buena vida de uno, conservó en la buena vida al otro. Otros muchos ejemplos de semejantes historias, así pasadas como presentes, pudiera referir en este lugar, pero estos basten por agora.

CAPITULO VII.

Remedios contra la invidia.

Invidia es tristeza del bien ajeno, y pesar de la felicidad de los otros: conviene saber, de los mayores, por ver el invidioso que no se puede igualar con ellos; y de los menores, porque se igualan con él, y de los iguales, porque compiten con él. Desta manera tuvieron invidia Saul á David (*a*), y los fariseos á Cristo; por lo cual le procuraron la muerte; porque tal es esta bestia fiera, que á tales personas no perdona. Este pecado de su género es mortal, porque milita derechamente contra la caridad, así como el odio. Pero muchas veces no lo será cuando no fuere la invidia consumada, como acaesce en todas las otras materias de pecados. Porque así como hay odio, y tambien rencor, que no es odio formado, aunque camina para él; así hay una invidia perfecta, y otra imperfecta que camina para ella.

Este es uno de los pecados mas poderosos y mas perjuiciales que hay, y que mas extendido tiene su imperio por el mundo, especialmente por las cortes, y palacios, y casas de señores, y príncipes; aunque ni deja universidades, ni cabildos, ni religiones por do no corra. Pues ¿quién se podrá defender desto monstruo? ¿Quién será tan dichoso que se escape, ó de tener invidia, ó de padecerla? Porque cuando el hombre considera la invidia que hubo, no digo ya entre los primeros dos hermanos que fundaron á Roma (*b*), sino entre los dos primeros hermanos que poblaron el mundo (*c*), la cual fué tan grande, que bastó para matar el uno al otro; y la que hubo entre sus hermanos y José (*d*), la cual les hizo venderle por esclavo; y la que hubo entre los mesmos discípulos de Cristo ántes que sobre ellos viniese el Espíritu Sancto (*e*); y sobre todo esto la que tuvieron Aaron y María, hermanos y escogidos de Dios, á su hermano Moysen (*f*): cuando el hombre todo esto lee, ¿qué podrá imaginar de los ótros hombres del mundo, donde ni hay esta sanctidad, ni este vínculo de parentesco? Verdaderamente este es un vicio de los que de callada tienen grandísimo señorío sobre la tierra, y el que la tiene destruida. Porque su proprio efecto es perseguir á los buenos, y á los que por sus virtudes y habilidades son preciados; porque aquí señaladamente tira ella sus saetas. Por lo cual dijo Salomon (*g*) que todos los trabajos é industrias de los hombres estaban subjectas á la invidia de sus prójimos. Pues por esto con todo estudio y diligencia te conviene armar contra este enemigo, pidiendo siempre á Dios ayuda contra él, y sacudiéndole de tí con todo cuidado. Y si todavía él perseverare solicitando tu corazon, persevera tú siempre peleando contra él; porque no consintiendo con la voluntad, no hace al caso que la carne maliciosa sienta en sí el pellizco deste feo y desabrido movimiento. Y cuando vieres á tu vecino ó amigo mas próspero y aventajado que á tí, da gracias al Señor por ello, y piensa que tú, ó no mereciste otro tanto, ó á lo ménos que no te convino tenerlo; acordándote siempre que no socorres á tu pobreza teniendo invidia de la felicidad ajena, sino ántes la acrescientas.

Y si quisieres saber con qué género de armas podrás pelear con este vicio, dígote que con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que todos los invidiosos son semejantes á los demonios, que en gran manera tienen pesar de las buenas obras que hacemos, y de los bienes eternos que alcanzamos: no porque ellos los puedan haber, aunque los hombres los perdiesen (porque ya ellos los perdieron irrevocablemente); sino porque los hombres levantados del polvo de la tierra no gocen de lo que ellos perdieron. Por lo cual dice Sant Augustin en el libro de la Disciplina cristiana (*h*): Aparte Dios este vicio, no solo de los corazones de todos los cristianos, mas tambien de todos los hombres, pues este es vicio diabólico, de que señaladamente se hace cargo al demonio, y por el cual sin remedio para siempre padescerá. Porque no es reprehendido el demonio porque cayó en adulterio, ó porque hizo algun hurto, ó porque robó el hacienda del prójimo; sino porque estando caido, tuvo invidia del hombre que estaba en pié. Pues desta manera los invidiosos á manera de demonios suelen haber invidia de los hombres, no tanto porque pretenden alcanzar la prosperidad dellos (*i*), cuanto porque querrian que todos fuesen miserables como ellos. Mira pues ¡oh invidioso! que dado caso que el otro no tuviera los bienes de que tú tienes invidia, tú tampoco los tuvieras; y pues él los tiene sin tu daño, no hay por qué á tí te pese por ello. Y si por ventura tienes invidi

(*a*) 1. Reg. 18.

(*b*) Rómulo, y Remo. (*c*) Abel, y Cain. Gen. 4. (*d*) Gen. 37. (*e*) Luc. ... Matth. 18. (*f*) Num. 12. (*g*) Eccles. 4. (*h*) Et contra Iulia. lib. 6.
(*i*) Sapient. 2.

de la virtud ajena, mira que en eso eres enemigo de tí mesmo; porque de todas las buenas obras de tu prójimo tú eres participante, si estuvieres en gracia con Dios; y cuanto mas él aprovecha y meresce, tanto mas aprovechas tú á tí mesmo. Por donde sin razon tienes invidia á su virtud; ántes debias holgar con ella por su provecho y por el tuyo, pues participas de sus bienes. Mira pues cuánta miseria sea que donde tu prójimo se mejora, tú te hagas peor; como quier que si amases en el prójimo los bienes que tú no puedes haber, los mesmos bienes serían tuyos por razon de la caridad; y así gozarias de los trabajos ajenos sin trabajo tuyo.

Considera tambien que la invidia abrasa el corazon, seca las carnes, fatiga el entendimiento, roba la paz de la conciencia, hace tristes los dias de la vida, y destierra del ánima todo contentamiento y alegría. Porque ella es como el gusano que nasce en el madero, que lo primero que roe es el mesmo madero donde nasce; y así la invidia (que nasce del corazon) lo primero que atormenta es el mesmo corazon. Y despues deste corrompido, corrompe tambien el color del rostro; porque la amarillez que parece por defuera, declara bien cuán gravemente aflige de dentro. Ca ningun juez hay mas riguroso que la mesma invidia contra sí mesma: la cual continuamente aflige y castiga á su proprio autor. Por lo cual no sin causa llaman algunos doctores á este vicio justo, no porque él lo sea (pues es gravísimo pecado), sino porque él mesmo castiga con su proprio tormento al que lo tiene, y hace justicia dél.

Mira otrosí cuán contraria cosa sea á la caridad (que es Dios), y al bien comun (que él tanto procura), tener invidia de los bienes ajenos, y aborrescer aquellos á quien Dios crió y redimió, y á quien está siempre haciendo bien; porque esto es estar condenando y deshaciendo lo que Dios hace, á lo ménos con la voluntad.

Y si quieres una muy cierta medicina contra este veneno, ama la humildad, y aborresce la soberbia, que esta es la madre desta pestilencia. Porque como el soberbio ni puede sufrir superior, ni tener igual, fácilmente tiene invidia de aquellos que en alguna cosa le hacen ventaja; por parecerle que queda él mas bajo, si ve á otros en mas alto lugar. Lo cual entendió muy bien el Apóstol, cuando dijo (*a*): No seamos cobdiciosos de la gloria mundana, compitiendo unos con otros, y habiendo invidia unos á otros. En las cuales palabras, pretendiendo cortar las ramas de la invidia, cortó primero la mala raiz de la ambicion, de donde ella procedió. Y por la mesma razon debes apartar tu corazon del amor desordenado de los bienes del mundo, y solamente ama la heredad celestial, y los bienes espirituales; los cuales no se hacen menores por ser muchos los poseedores, ántes tanto mas se dilatan cuanto mas cresce el número de los que los poseen. Mas por el contrario, los bienes temporales tanto mas se disminuyen, cuanto entre mas poseedores se reparten. Y por esto la invidia atormenta el ánima de quien los desea; porque recibiendo otro lo que él cobdicia, ó del todo se lo quita, ó á lo ménos se lo disminuye. Porque con dificultad puede este tal dejar de tener pena, si otro tiene lo que él desea.

Y no te debes contentar con no tener pesar de los bienes del prójimo; sino trabaja por hacerle todo el bien que pudieres, y pide á nuestro Señor le haga lo que tú no pudieres. A ningun hombre del mundo aborrezcas: tus amigos ama en Dios, y tus enemigos por amor de Dios, el cual siendo tú primero su enemigo, te amó tanto, que por rescatarte del poder de tus enemigos puso su vida por tí. Y aunque el prójimo sea malo, no por eso debe ser aborrescido: ántes en este caso debes imitar al médico, el cual aborresce la enfermedad, y ama la persona: que es amar lo que Dios hizo, y aborrescer lo que el hombre hizo. Nunca digas en tu corazon: ¿Qué tengo yo que ver con este, ó en qué le soy obligado? no le conozco, ni es mi pariente, nunca me aprovechó, y alguna vez me dañó. Mas acuérdate solamente que sin ningun merescimiento tuyo te hizo Dios grandes mercedes; por lo cual te pide que en pago desto uses de liberalidad, no con él, pues no tiene necesidad de tus bienes (*b*), sino con el prójimo que él te encomendó.

(*a*) Galat. 5.

CAPITULO VIII.

Remedios contra la gula.

Gula es apetito desordenado de comer y beber. Deste vicio nos aparta Cristo, diciendo (*c*): Mirad no se hagan pesados vuestros corazones con demasiado comer y beber, y con los cuidados deste mundo.

Pues cuando este feo vicio tentare tu corazon, podrás resistirle con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que por un pecado de gula vino la muerte á todo el género humano (*d*). Y de aquí viene á ser esta la primera batalla que te conviene vencer; porque cuanto ménos la vencieres, tanto serán mas terribles las otras, y tú mas flaco para ellas. Por esto comienza por la gula, si quieres alcanzar victoria; ca si esta no vences primero, de balde trabajarás en las otras. Porque entónces podrás sojuzgar los enemigos que vienen de fuera, cuando tuvieres muertos los que nacen de dentro. Y con poco fructo hace guerra á los extraños quien dentro de su casa tiene los enemigos. Por esto el diablo tentó á nuestro Salvador primero de gula; queriendo luego apoderarse de la puerta de todos los otros vicios.

Pon tambien los ojos en aquella singular abstinencia de Cristo nuestro Salvador (*e*); el cual no solo despues del ayuno del desierto, mas tambien otras muchas veces trató muy ásperamente su carne sanctísima, y padeció hambre, no solo para nuestro remedio, sino tambien para nuestro ejemplo. Pues si aquel que con su vista mantiene los ángeles, y da de comer á las aves del aire, padeció hambre por tí; ¿cuánta razon será que tú tambien por tí la padezcas? ¿Con qué título te precias de siervo de Cristo, si sufriendo él hambre, tú gastas la vida en comer y beber; y padeciendo él trabajos por tu salvacion, tú no los quieres padescer por la tuya? Y si te es pesada la cruz de la abstinencia, pon los ojos en la hiel y vinagre que el Señor probó en la Cruz (*f*); porque (como dice Sant Bernardo) no hay manjar tan desabrido, que no se haga sabroso, si fuere templado con la hiel y vinagre de Cristo.

Considera tambien la abstinencia de todos aquellos sanctos padres del yermo, los cuales apartándose á los desiertos, crucificaron con Cristo su carne con todos sus apetitos, y pudieron con el favor deste Señor sustentarse muchos años con raices de yerbas, y hacer tan grandes abstinencias que parecen á los hombres increibles. Pues si estos así imitaron á Cristo, y por este camino fuéron al cielo; ¿cómo quieres tú ir adonde ellos fuéron, caminando por deleites y regalos?

(*b*) Psalm. 15. (*c*) Luc. 21. (*d*) Genes. 3. (*e*) Matth. 4. (*f*) Ioan. 19. Matth. 27.

Mira tú tambien cuántos pobres hay en el mundo que tendrian por gran felicidad hartarse de pan y agua; y por aquí entenderás cuán liberal fué contigo el Señor, que por ventura te proveyó mas largamente que á ellos: por lo cual no es razòn que la liberalidad de su gracia conviertas en instrumento de tu gula. Considera tambien cuántas veces con tu boca has recibido aquella hostia consagrada, y no consientas que por la mesma puerta por donde entra la vida, entre la muerte, y el nutrimento y cebo de los otros pecados. Mira otrosí que el deleite de la gula apénas se extiende por dos dedos de espacio, y por dos puntos de tiempo, y que es muy fuera de razon que á tan pequeña parte del hombre, y á tan breve deleite, no basten la tierra, la mar y el aire. Por esta causa muchas veces se roban los pobres; por esto se hacen los insultos; para que la hambre de los pequeños se convierta en deleite de los poderosos. Miserable cosa es por cierto que el deleite de una tan pequeña parte del hombre, eche todo el hombre en el infierno, y que todos los miembros y sentidos del cuerpo padezcan perpetuamente por la golosina de uno. ¿No miras cuán ciegamente yerras, pues al cuerpo que de aquí á muy poco han de comer los gusanos, crias con manjares delicados, y dejas de curar el ánima, que será luego presentada ante el tribunal de Dios, y si se hallare hambrienta de virtudes (con cuanto el vientre esté lleno de preciosos manjares) será condenada á los tormentos eternos? Y siendo ella castigada, no quedará el cuerpo sin castigo; porque así como para ella fué criado, así juntamente con ella será castigado. Así que despreciando lo que en tí es mas principal, y regalando lo que es de ménos estima, pierdes lo uno y lo otro, y con tu mesma espada te degüellas; porque la carne que te fué dada por ayudadora, haces que sea lazo de tu vida; la cual te acompañará en los tormentos, como aquí te siguió en los vicios.

Acuérdate de la hambre y pobreza de Lázaro (*a*), el cual deseaba comer de las migajuelas que caian de la mesa del rico, y no habia quien se las diese; y con todo esto, muriendo, fué llevado al seno de Abraham por mano de los ángeles; mas por el contrario el rico gloton, vestido de púrpura y holanda, fué sepultado en los infiernos. Porque no pueden tener una mesma despedida la hambre y la hartura, el deleite y la continencia; mas en la muerte succede la miseria á los deleites, y los deleites á la miseria. Abundantemente comiste y bebiste los años pasados: ¿qué es agora lo que ganaste con tantos regalos? Por cierto nada, sino remordimiento de consciencia, que por ventura perpetuamente te atormentará. De manera que todo cuanto desordenadamente comiste, perdiste; y lo que no quisiste para tí, ántes lo partiste con los pobres, eso es lo que tienes guardado y depositado en la ciudad celestial.

Mas para que no te enredes con este vicio, debes primeramente considerar que muchas veces cuando la necesidad busca la satisfaccion de sí mesma, el deleite que debajo deste manto está escondido, pretende cumplir su deseo, y tanto mas fácilmente engaña, cuanto con color de mas honesta necesidad encubre su apetito. Por esto es necesaria grande cautela y prudencia para refrenar el apetito del deleite, y poner la sensualidad debajo del imperio de la razon. Pues si quieres que tu carne sirva y se subjecte al ánima, haz que tu ánima se subjecte á Dios, porque necesario es que el ánima sea regida por Dios, para que pueda regir su carne; y por esta órden somos maravillosamente reformados, conviene saber, que Dios enseñoree la razon, y la razon al ánima, y el ánima la cuerpo; porque así queda todo el hombre reformado. Pero el cuerpo resiste al imperio del ánima, si ella no se somete al imperio de la razon, y si la razon no se conforma con la voluntad de Dios.

Cuando fueres tentado de la gula, imagina que ya gozaste dese breve deleite, y que pasó ya aquella hora; pues el deleite del gusto es como el sueño de la noche pasada, sino que este deleite acabado, deja triste la conciencia, mas vencido, déjala contenta y alegre. Conforme á esto con mucha razon es celebrada aquella noble sentencia de un sabio, que dice (*b*): Si hicieres alguna obra virtuosa con trabajo, el trabajo pasa, y la virtud persevera; mas si hicieres alguna cosa torpe con deleite, el deleite pasa, y la torpeza permanesce.

CAPITULO IX.

Remedios contra la ira, y contra los odios y enemistades que nascen della.

Ira es apetito desordenado de venganza contra quien pensamos que nos ofendió. Contra esta pestilencia nos provee de medicina el Apóstol, diciendo (*c*): Toda amargura de corazon, toda ira, é indignacion, y clamor, y blasfemia sea quitada de vosotros, con toda malicia. Y sed entre vosotros benignos y misericordiosos, perdonándoos unos á otros, como Dios nos perdonó por Cristo. Deste vicio dice el Señor por Sant Mateo (*d*): El que se airare contra su hermano, quedará obligado á dar cuenta en el juicio; y quien le dijere necio, ó alguna palabra injuriosa, será condenado á las penas del infierno.

Pues cuando este furioso vicio tentare tu corazon, acuérdate de salirle al encuentro con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que aun los animales brutos por la mayor parte viven en paz con los de su mesma especie. Los elefantes andan juntos con los elefantes; las vacas y las ovejas viven juntas en sus rebaños; los pájaros vuelan en bandos; las grullas se revezan para velar de noche, y andan en compañía; lo mesmo hacen las cigüeñas, los ciervos, los delfines, y otros muchos animales. Pues la unidad y concierto de las hormigas y de las abejas á todos es manifiesta. Y entre las mesmas fieras, por crudelísimas que sean, hay comun paz. La fiereza de los leones cesa con los de su género; el puerco montés no acomete á otro puerco; un lince no pelea con otro lince; un dragon no se ensaña contra otro dragon; finalmente los mesmos espíritus malignos, que son los primeros autores de toda nuestra discordia, entre sí tienen su liga, y de comun consentimiento conservan su tirannía (*e*). Solamente los hombres (á quien mas convenia la humanidad y la paz, y á quien fuera mas necesaria) tienen entre sí entrañables odios y discordias: que es mucho para sentir. Y no es ménos para notar que la mesma naturaleza dió á todos los animales armas para pelear: al caballo piés, al toro cuernos, al jabalin dientes, á las abejas aguijon, á las aves picos y uñas: tanto que hasta á las pulgas y mosquitos dió habilidad para morder y sacar sangre; pero á tí, hombre (porque te crió para paz y concordia), crió desarmado y desnudo; porque no tuvieses con que hacer mal. Mira pues cuán contra tu na-

(*a*) Luc. 16.

(*b*) Aul. Gellii lib. 1. noctium Attic. c. 8. et 15. (*c*) Ephes. 4. (*d*) Matth. 5. (*e*) Lucæ 11.

turaleza es vengarte de otro, y hacer mal á quien mal te hace, mayormente con armas buscadas fuera de tí, las cuales naturaleza te negó.

Considera tambien que la ira y apetito de venganza es vicio proprio de bestias fieras (de cuyas iras dice el Sabio (*a*) que le habia dado Dios conocimiento), y por consiguiente que bastardeas y tuerces mucho de la generosidad y nobleza de tu condicion, imitando la de los leones, y serpientes, y de los otros fieros animales. De un leon escribe Eliano que habiendo recebido una lanzada en cierta montería, á cabo de un año, pasando el que le hirió por aquel mesmo lugar en compañía del rey Juba, y de otra mucha gente que le seguia, el leon le reconoció, y rompiendo por toda la gente sin poder ser resistido, no paró hasta llegar al que le habia herido, y hacerlo pedazos. Lo mesmo vemos tambien cada dia que hacen los toros con los que los traen muy acosados, por tomar venganza dellos. Y destos son imitadores los hombres feroces y airados, los cuales pudiendo amansar la ira con la razon y discrecion de hombres, quieren ántes seguir el ímpetu y furor de bestias, preciándose y usando mas de la parte mas vil que tienen comun con ellas, que de la mas divina, que es propria de ángeles. Y si dices que es cosa muy dura amansar el corazon embravescido, ¿cómo no miras cuánto mas duro fué lo que el Hijo de Dios padesció por tí? ¿Quién eras tú cuando él por ti derramó su sangre? ¿Por ventura no eras su enemigo? ¿No consideras tambien con cuánta mansedumbre te sufre él pecando tú á cada hora, y cuán misericordiosamente te recibe cuando á él te vuelves? Dirás que no merece tu enemigo perdon. ¿Por ventura mereces tú que Dios te perdone, que Dios use contigo de misericordia? ¿Y tú quieres usar con tu prójimo de justicia? Mira que si tu enemigo es indigno de perdon, tú eres indigno para haber de perdonar, y Cristo dignísimo por quien le perdones.

Considera tambien que todo el tiempo que estás en odio, no puedes ofrecer á Dios sacrificio que le sea agradable. Por lo cual dice el Salvador (*b*): Si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí se te acordare que tu prójimo está ofendido de tí, ve primero y reconcíliate con él, y entónces vuelve á ofrescer tu don. Donde puedes claramente conocer cuán grande sea la culpa de la discordia entre los hermanos, pues en cuanto ella dura, estás en discordia con Dios, y no le agrada cosa que hagas. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio (*c*): Ninguna cosa valen los bienes que hacemos, si no sufrimos mansamente los males que padescemos.

Considera otrosí quién sea ese que tienes por enemigo; porque forzadamente ha de ser justo, ó injusto: si es justo, por cierto cosa es mucho para sentir, que quieras mal á un justo, y que seas enemigo de quien Dios se tiene por amigo. Mas si es injusto, no ménos es cosa miserable que quieras vengar la maldad ajena con tu maldad propria, y que queriendo tú ser juez en tu causa, castigues la injusticia ajena con la tuya. Mayormente que si tú quieres vengar tus injurias, y el otro las suyas, ¿qué fin habrán las discordias? Muy mas gloriosa manera de vencer es aquella que el Apóstol nos enseña, diciendo (*d*): Que venzamos los males con los bienes: esto es, los vicios ajenos con las virtudes proprias. Porque muchas veces tratando de tornar mal por mal, y no queriendo ser en nada vencido, eres mas feamente vencido; pues eres acoceado de la ira, y vencido de la pasion: la cual si vencieses, serías mas fuerte que el que por armas tomase una ciudad (*e*); porque menor victoria es sojuzgar las ciudades que están fuera de tí, que las pasiones que están dentro de tí, y ponerte á tí mesmo leyes, y refrenar, y domar la bravísima fiera de la ira, que dentro de tí está encerrada. La cual si no quisieres reprimir, levantarse ha contra tí, é incitarte ha á hacer cosas de que despues te arrepientas. Y lo que peor es, que apénas podrás entender el mal que haces; porque al airado cualquier venganza paresce justa, y las mas veces se engaña, creyendo que el estímulo de la ira es celo de justicia; y desta manera se encubre el vicio con color de virtud.

(*a*) Sap. 7. (*b*) Matth. 5. (*c*) Lib. 21. Mor. cap. 16. in princip. (*d*) Rom. 12.

(*e*) Prov. 16. (*f*) Eccli. 19.

§. I.

Pues para mejor vencer este vicio, uno de los mayores remedios es trabajar por arrancar de tu ánima la mala raiz del amor desordenado de tí mesmo y de todas tus cosas; porque de otra manera fácilmente te encenderás en ira, siendo tú ó los tuyos tocados con cualquier liviana palabra. Y demas desto cuanto te sintieres naturalmente mas inclinado á ira, tanto debes estar mas aparejado á paciencia, previniendo ántes todas las maneras de agravios que te pueden succeder en cualquier negocio; porque las saetas que de léjos se ven, ménos hieren. Para lo cual debes tener en tu corazon muy determinado, que cuando en tu pecho hirviere la ira, ninguna cosa digas, ó hagas, ni creas á tí mesmo; mas ten por sospechoso todo lo que en este tiempo te dijere tu corazon, puesto que parezca muy conforme á razon: dilata la ejecucion hasta que se abaje la cólera, ó reza devotamente una vez ó mas la oracion del Pater noster, ó otra semejante. Plutarco refiere que un hombre muy sabio y experimentado, despidiéndose de un emperador, grande amigo suyo, no le dió otro consejo sino que cuando estuviese airado, no mandase hacer cosa alguna hasta que pasase primero entre sí todas las letras del a b c, para darle á entender cuán desatinados son los consejos de la ira al tiempo que hierve en el corazon.

Y es mucho para notar que no habiendo en el mundo peor tiempo para deliberar lo que se debe de hacer, que este, ninguno hay en que el hombre tenga mayor deseo de lo hacer. Por lo cual conviene resistir con grande discrecion y ánimo á esta tentacion. Porque sin dubda así como el que está tomado del vino, no puede asentar cosa que sea conforme á razon, y que despues no se deba arrepentir (como se escribe de Alejandre Magno); así el que está tomado del vino de la ira, y ciego con los humos desta pasion, ningun asiento ni consejo puede tomar, que por muy acertado que le parezca, otro dia por la mañana no le condene. Porque cierto es que la ira, el vino, y el apetito carnal son los peores consejeros que hay. Por donde dijo Salomon (*f*) que el vino y la mujer hacian salir de seso á los sabios. Y por vino entiende él aquí, no solo este material (que suele cegar la razon), sino cualquier pasion vehemente, que tambien en su manera la ciega; aunque no deja de ser culpa lo que desta manera se hace.

Tambien es muy buen consejo, cuando estuvieres airado, ocuparte en otros negocios, divirtiendo el pensamiento de la indignacion; porque quitando la leña del

fuego, luego cesará la llama dél. Procura otrosí amar á quien de necesidad has de sufrir; porque si el sufrimiento no es acompañado con amor, la paciencia que se muestra por defuera, muchas veces se vuelve en rancor. Por lo cual diciendo Sant Pablo (*a*): La caridad es paciente; luego añadió: y benigna; porque la verdadera caridad no cesa de amar benignamente á los que sufren pacientemente. Tambien es muy loable consejo dar lugar á la ira del hermano; porque si te apartares del airado, darle has lugar para que pierda la ira: ó á lo ménos respóndele blandamente; porque, como dice Salomon (*b*), la respuesta blanda quebranta la ira.

CAPITULO X.

Remedios contra la pereza.

Acidia es una flojedad y caimiento del corazon para bien obrar (*c*). Y particularmente es una tristeza y hastío de las cosas espirituales. El peligro deste pecado se conoce por aquellas palabras que el Salvador dice (*d*): Todo árbol que no diere buen fructo, será cortado y echado en el fuego. Y en otra parte, exhortándonos á vivir con cuidado y diligencia (que es contraria á este vicio) dice (*e*): Abrid los ojos, velad y orad; porque no sabeis cuando seréis llamados.

Pues cuando este torpe vicio tentare tu corazon, puedes armarte contra él con las consideraciones siguientes. Primeramente considera cuántos trabajos pasó Cristo por tí dende el principio hasta el fin de su vida; cómo pasaba las noches sin sueño, haciendo oracion por tí; cómo discurria de una provincia á otra, enseñando y sanando los hombres; cómo se ocupaba siempre en las cosas que pertenescian á nuestra salud, y sobre todo esto, cómo en el tiempo de su pasion llevó sobre sus sacratísimos hombros, cansados de los muchos trabajos pasados, aquel grande y pesado madero de la Cruz. Pues si el Señor de la Majestad tanto trabajó por tu salud, ¿cuánto será razon trabajes tú por la tuya? Por librarte de tus pecados padesció aquel tan tierno cordero tantos y tan grandes trabajos, ¿y tú no quieres sufrir aun los pequeños por ellos? Mira tambien cuántos trabajos sufrieron los apóstoles cuando fuéron por todo el mundo predicando; cuántos padecieron los mártires, cuántos los confesores, cuántos las vírgines, cuántos todos aquellos padres que vivian apartados en los desiertos, y cuántos finalmente todos los sanctos que agora reinan con Dios; por cuya doctrina y sudores la fe católica y la Iglesia se dilató hasta el dia de hoy.

Considera junto con esto cómo ninguna de todas las cosas criadas está ociosa; porque los ejércitos del cielo sin cesar cantan loores á Dios (*f*); el sol, y la luna, y las estrellas, y todos los cuerpos celestiales cada dia dan á una vuelta al mundo para nuestro servicio; las yerbas, los árboles, de una pequeña planta van creciendo hasta su justa grandeza; las hormigas juntan granos en sus cilleros en el verano, con que se sustentan en el invierno; las abejas hacen sus panales de miel, y con grande diligencia matan los zánganos negligentes y perezosos; y lo mesmo hallarás en todos los otros géneros de animales. ¿Pues cómo no habrás tú vergüenza, hombre capaz de razon, de tener pereza, la cual aborrescen todas las criaturas irracionales por instincto de naturaleza?

Item si los negociadores deste mundo pasan tantos trabajos para juntar sus riquezas perecederas (las cuales despues de ganadas con muchos trabajos, han de guardar con muchos peligros), ¿qué será razon hagas tú, negociador del cielo, para adquirir tesoros eternos que para siempre duran?

Mira tambien que si no quieres trabajar agora cuando tienes fuerzas y tiempo, que por ventura despues te faltará lo uno y lo otro: como cada dia vemos acaescer á muchos. El tiempo de la vida es breve, y lleno de mil estorbos; por tanto, cuando tuvieres oportunidad para bien obrar, no lo dejes por pereza; porque vendrá la noche cuando nadie podrá obrar (*g*).

Mira tambien que tus muchos y grandes pecados piden grande penitencia, y grande fervor de devocion para satisfacer por ellos. Tres veces negó Sant Pedro (*h*), y todos los dias de su vida lloró aquel pecado, puesto que ya estaba perdonado. María Magdalena hasta el postrer punto de su vida lloró los pecados que habia cometido, puesto que habia oido aquella tan dulce palabra de Cristo (*i*): Tus pecados te son perdonados. Y por abreviar dejo aquí de referir otros que acabaron la penitencia con la vida; de los cuales muchos tenian mas livianos pecados que tú. Pues tú que cada dia acrescientas pecados á pecados, ¿cómo tienes por grave el trabajo necesario para satisfacer por ellos? Por tanto en el tiempo de la gracia y de la misericordia trabaja por hacer fructos dignos de penitencia, para que con los trabajos desta vida redimas los de la otra. Y dado que nuestros trabajos y obras parezcan pequeñas, pero todavía en cuanto proceden de la gracia, son de grande merescimiento; por donde en el trabajo son temporales, y en el premio eternas: breves en el espacio de la carrera, y perpetuas en la corona. Por lo cual no consintamos que este espacio de merescer se nos pase sin fructo, poniendo ante nuestros ojos el ejemplo de un devoto varon, que todas las veces que oia el reloj, decia: ¡Oh Señor Dios mio, ya es pasada otra hora de las que vos teneis contadas de mi vida, y de que tengo de daros cuenta!

Si alguna vez nos viéremos cercados de trabajos, acordémonos que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios; y que no será coronado sino aquel que varonilmente peleare (*k*). Y si te paresce que asaz tienes peleado y trabajado, acuérdate que está escripto (*l*): El que perseverare hasta la fin, será salvo. Porque sin perseverancia ni la obra es finalmente fructuosa, ni el trabajo tiene premio, ni el que corre alcanza victoria, ni el que sirve la gracia final del Señor. Por lo cual no quiso el Salvador bajar de la Cruz (*m*) cuando se lo pedian los judíos, por no dejar imperfecta la obra de nuestra Redempcion. Por tanto si queremos seguir á nuestra cabeza, trabajemos con toda diligencia hasta la muerte, pues el premio del Señor dura para siempre. No cesemos de hacer penitencia (*n*): no cesemos de llevar nuestra Cruz en pos de Cristo; porque de otra manera ¿qué nos aprovechará haber navegado una muy larga y próspera navegacion, si al cabo nos perdemos en el puerto?

Y no nos debe espantar la dificultad de los trabajos y peleas; porque Dios que te amonesta que pelees, te

(*a*) 1. Cor. 13. (*b*) Prov. 15. (*c*) Cassianus, lib. 10. (*d*) Matth. 7. (*e*) Matth. 25. (*f*) Isai. 6. Apoc. 4.

(*g*) Ioan. 9. (*h*) Lucæ 22. (*i*) Lucæ 7. (*k*) 2. Tim. 2. (*l*) Matth. 10. et 24. (*m*) Marc. 15. (*n*) Eccl. 18.

ayuda para que venzas, y ve tus combates, y te socorre cuando desfalleces, y te corona cuando vences. Y cuando te fatigaren los trabajos toma este remedio: no compares el trabajo de la virtud con el deleite del vicio contrario, sino la tristeza que agora sientes en la virtud, con la que sentirás despues de haber pecado; y el alegría que puedes tener en la hora de la culpa, con la que tendrás despues en la gloria; y luego verás cuánto es mejor el partido de la virtud que el de los vicios. Vencida una batalla, no te descuides; porque muchas veces (como dice un sabio) nascen descuidos del buen suceso: ántes debes estar apercebido, como si luego hobiesen de tocar la trompeta para otra; porque ni la mar puede estar sin ondas, ni esta vida sin tentaciones. Y demas desto, el que comienza la buena vida suele ser mas fuertemente tentado del enemigo; el cual no se precia de tentar los que posee con pacífico señorío, sino los que están fuera de su jurisdiccion. Así que en todo tiempo has de velar, y siempre estar alerta y armado en cuanto estuvieres en esta frontera. Y si alguna vez sintieres tu ánima herida, guárdate de cruzar luego las manos, y arrojar las armas, y el escudo, y entregarte al enemigo; ántes debes imitar á los caballeros esforzados, á los cuales muchas veces la vergüenza de ser vencidos, y el dolor de las heridas, no solamente no hace huir, mas ántes los incita á pelear. Desta manera cobrando nuevo esfuerzo con la caída, verás luego huir aquellos de quien tú huias, y perseguirás á los que te perseguian. Y si por ventura (como acontesce en las batallas) otra vez fueres herido, ni aun entónces has de desmayar, acordándote que esta es la condicion de los que pelean varonilmente: no que nunca sean heridos, mas que nunca se rindan á sus contrarios. Porque no se llama vencido el que fué muchas veces herido; sino el que siendo herido perdió las armas y el corazon. Y siendo herido, luego procura de curar tu llaga; porque mas fácilmente curarás una llaga que muchas, y mas lijeramente curarás la fresca, que la que está ya afistolada.

Cuando alguna vez fueres tentado, no te contentes con no obedescer á la tentacion; mas ántes procura sacar de la mesma tentacion motivos para la virtud, y con esta diligencia, y con la divina gracia no serás peor por la tentacion, sino mejor; y así todo servirá por tu bien. Si fueres tentado de lujuria, ó de gula, quita un poco de los regalos acostumbrados, aunque sean lícitos, y acrescienta mas á los sanctos ayunos y ejercicios. Si eres combatido de avaricia, acrescienta mas las limosnas y buenas obras que haces. Si eres estimulado de vanagloria, tanto mas te humilla en todas las cosas. Desta manera por ventura temerá el demonio tentarte, por no darte ocasion de mejorarte, y de hacer obras buenas: el cual siempre desea que las hagas malas. Huye cuanto pudieres la ociosidad, y nunca estés tan ocioso, que en la ociosidad no entiendas en alguna cosa de provecho, ni tan ocupado que no procures en la mesma ocupacion levantar tu corazon á Dios y negociar con él.

CAPITULO XI.

De otra manera de pecados que debe trabajar por huir el buen cristiano.

Demas de estos siete pecados que se llaman capitales, hay otros tambien que se derivan dellos, los cuales no ménos debe trabajar de evitar todo fiel cristiano, que los pasados.

Entre estos uno de los mas principales es jurar el nombre de Dios en vano; porque este pecado es derechamente contra Dios, y así de su condicion es mas grave que cualquier otro pecado que se haga contra el prójimo, por muy grave que sea. Y no solo tiene esto verdad cuando se jura por el mesmo nombre de Dios; sino tambien cuando se jura por la Cruz, y por los sanctos, y por la vida propria; porque cualquier destos juramentos (si cae sobre mentira) es pecado mortal, y pecado muy reprehendido en las Escripturas sagradas, como injurioso á la divina Majestad. Verdad es que cuando el hombre descuidadamente jura mentira, excusarse ha de pecado mortal; porque donde no hay juicio de razon, ni determinacion de voluntad, no hay esta manera de pecado. Mas esto no se entiende en los que tienen costumbre de jurar á cada paso, sin hacer caso ni mirar cómo juran, y no les pesa de tenerla, ni procuran hacer lo que es de su parte por quitarla; porque estos no se excusan de pecado cuando por razon desta mala costumbre juran mentira sin mirar en ello, pudiendo y debiendo mirarlo. Ni pueden alegar que no miraron en ello, ni era su voluntad jurar mentira; porque supuesto que ellos quieren tener esta mala costumbre, tambien quieren lo que se sigue della que es este, y otros semejantes inconvenientes; y por esto no dejan de imputárseles por pecados, y llamarse voluntarios.

Por esto debe trabajar el cristiano todo lo posible por desarraigar de sí esta mala costumbre, para que así no se le imputen estos descuidos por culpa mortal. Y para esto no hay otro mejor medio que tomar aquel tan saludable consejo que nos dió primero el Salvador (*a*), y despues su apóstol Sanctiago (*b*), diciendo: Ante todas las cosas, hermanos mios, no querais jurar ni por el cielo, ni por la tierra, ni otro cualquier juramento; sino sea vuestra manera de hablar: sí por sí, y no por no; porque no vengais á caer en juicio de condenacion. Quiere decir: porque no os lleve la costumbre á jurar alguna mentira, por donde seais juzgados y sentenciados á muerte perpetua. Y no solo de su propria persona, sino tambien de sus hijos, y familia, y casa trabaje por desterrar este tan peligroso vicio, reprehendiendo y avisando á todos sus familiares cuando los viere jurar cualquier juramento que sea. Y cuando él mesmo en esto se descuidare, tenga por estilo dar alguna limosna, ó rezar siquiera un pater noster, y un ave María; para que esto le sea no tanto penitencia de la culpa, cuanto memorial y despertador para no caer mas en ella.

§. I.

Del murmurar, escarnecer, y juzgar temerariamente.

Otro pecado que se debe tambien mucho evitar, es el de la murmuracion; el cual no ménos reina hoy en el mundo que el pasado, sin que haya casa fuerte, ni congregacion religiosa, ni lugar sagrado contra él. Y aunque este vicio sea familiar á todo género de personas (porque el mesmo mundo con los desatinos que cada dia hace, como da materia de llorar á los buenos, así la da de murmurar á los flacos); pero todavía hay algunas personas por natural pasion mas inclinadas á él, que otras. Porque así como hay gustos que

(*a*) Matth. 5. (*b*) Iacob. 5.

no arrastran á cosa dulce, ni la pueden tragar, sino á cosas amargas y acetosas; así hay personas tan podridas en sí, y tan llenas de humor triste y melancólico, que en ninguna materia de virtud, ni alabanza ajena toman gusto, sino en solo mofar, y maldecir, y tratar de males ajenos. De suerte que á todas las otras pláticas y materias están dormidos y mudos, y en tocándose esta tecla, luego parece que resuscitan, y cobran nuevos espíritus para tratar desta materia.

Pues para criar en tu corazon odio de un vicio tan perjudicial y aborrescible como este, considera tres grandes males que trae consigo. El primero es, que está muy cerca de pecado mortal; porque de la murmuracion á la detraccion hay muy poco camino que andar; y como estos dos vicios sean tan vecinos, fácil cosa es pasar del uno al otro: así como los filósofos dicen que entre los elementos que concuerdan en alguna cualidad, es muy fácil el pasaje de uno á otro. Y así vemos acaescer muchas veces que cuando los hombres comienzan á murmurar, fácilmente pasan de los defectos comunes á los particulares, y de los públicos á los secretos, y de los pequeños á los grandes; con que dejan las famas de sus prójimos tiznadas y desdoradas. Porque despues que la lengua se comienza á calentar, y crece el ardor y deseo de encarecer las cosas, tan mal se enfrena el apetito del corazon, como el ímpetu de la llama cuando la sopla el viento, ó el caballo de mala boca cuando corre á toda furia. Y ya entónces el murmurador no guarda la cara á nadie, ni cesa de ir adelante hasta llegar al mas secreto rincon de la posada. Y por esta causa deseaba tanto el Ecclesiástico la guarda deste portillo, cuando decia (*a*): ¿Quién dará guarda á mi boca, y pondrá un sello en mis labios, para que no venga á caer por ellos, y mi propria lengua me condene? Quien esto decia, muy bien conoscia la importancia y dificultad deste negocio; pues de solo Dios deseaba y esperaba el remedio (que es el verdadero médico deste mal, como lo testifica Salomon, diciendo (*b*): Al hombre pertenesce aparejar el ánima, mas á Dios gobernar la lengua). Tan grande es este negocio.

El segundo mal que tiene este vicio, es ser muy perjudicial y dañoso; porque á lo ménos no se pueden excusar en él tres males: uno del que dice, otro de los que oyen y consienten, y el tercero de los ausentes de quien el mal se dice; porque como las paredes tienen oídos, y las palabras alas, y los hombres son amigos de ganar amigos, y congraciarse con otros llevando y trayendo estas consejas (so color de que tienen mucha cuenta con la honra de las personas), de aquí nace que cuando estas llegan á oídos del infamado, se escandalice, y embravezca, y tome pasion contra quien dijo mal dél; de donde suelen recrecerse enemistades eternas, y aun á veces desafíos y sangre. Por donde dijo el Sabio (*c*): El escarnecedor y maldiciente será maldito; porque revolvió á muchos que vivian en paz. Y todo esto (como ves) nació de una palabra desmandada; porque, como dice el Sabio (*d*), de una centella se levanta á veces una grande llama.

Por razon destos daños es comparado este vicio en la Escriptura (*e*) unas veces con las navajas que cortan los cabellos sin que lo sintais; otras veces con arcos y saetas que tiran de léjos, y hieren á los ausentes (*f*); otras veces con las serpientes que muerden de callada, y dejan la ponzoña en la herida: por las cuales comparaciones el Espíritu Sancto nos quiso dar á entender la malicia y daños deste vicio, el cual es tan grande, que dijo el Sabio (*g*): La herida del azote deja una señal en el cuerpo; mas la de la mala lengua deja molidos los huesos.

El tercero mal que este vicio tiene, es ser muy aborrecible é infame entre los hombres; porque todos naturalmente huyen de las personas de mala lengua, como de serpientes ponzoñosas. Por donde, dijo el Sabio (*h*), que era terrible en su ciudad el hombre deslenguado. Pues ¿qué mayores inconvenientes quieres tú para aborrescer un vicio, que por una parte es tan dañoso, y por otra tan sin fructo? ¿Por qué querrás ser de balde y sin causa infame y aborrescible á Dios y á los hombres; especialmente en un vicio tan cuotidiano y tan usado, donde cuasi tantas veces has de peligrar, cuantas hablares y platicares con otros?

Haz pues agora cuenta que la vida del prójimo es para tí como un árbol vedado, en que no has de tocar. Con igual cuidado has de procurar nunca decir bien de tí, ni mal de otro; porque lo uno es de vanos, y lo otro de maldicientes. Sean todos de tu boca virtuosos y honrados, y tenga todo el mundo creido que nadie es malo por tu dicho. Desta manera excusarás infinitos pecados, y otros tantos escrúpulos y remordimientos de consciencia, y serás amable á Dios y á los hombres, y de la manera que honrares á todos, así de todos serás honrado. Haz un freno á tu boca, y está siempre atento á engullir y tragar las palabras que se te revuelven en el estómago, cuando vieres que llevan sangre. Cree que esta es una de las grandes prudencias y discreciones que hay, y uno de los grandes imperios que puedes tener, si lo tuvieres sobre tu lengua.

Y no pienses que te excusas deste vicio cuando murmuras artificiosamente, alabando primero al que quieres condenar; porque algunos murmuradores hay que son como los barberos, que cuando quieren sangrar, untan primero blandamente la vena con aceite, y despues hieren con la lanceta y sacan sangre. Destos dice el Profeta (*i*) que hablan palabras mas blandas que el olio; mas que ellas de verdad son saetas.

Y como quiera que sea gran virtud abstenerse de toda especie de murmuracion, mucho mas lo es para con aquellos de quien habemos sido ofendidos; porque cuanto es mas fuerte el apetito de hablar mal destos, tanto es de mas generoso corazon ser templado en esta parte, y vencer esta pasion. Y por esto aquí conviene tener mayor recaudo, donde se conoce mayor peligro.

Y no solo de maldecir y murmurar, sino tambien de oir lenguas de murmuradores te debes abstener, guardando aquel consejo del Ecclesiástico, que dice (*k*): Atapa tus oídos con espinas, y no oyas la lengua del maldiciente. Donde no se contenta con que tapes los oídos con algodon, ó con otra materia blanda; sino quiere que sea con espinas: para que no solo no te entren las tales palabras en el corazon, holgando de oirlas, sino tambien punces el corazon del que murmura, haciendo mala cara á sus palabras; como mas claramente lo significó Salomon, cuando dijo (*l*): El viento cierzo

(*a*) Eccli. 22. (*b*) Prov. 16. (*c*) Eccli. 28. (*d*) Eccli. 11. (*e*) Prov. 25. Psal. 54. et 119.

(*f*) Psal. 7. (*g*) Eccl. 28. (*h*) Eccli. 9. (*i*) Psal. 54. (*k*) Cap. 28. (*l*) Prov. 25.

esparce las nubes, y el rostro triste la cara del que murmura. Porque (como dice Sant Hierónimo) la saeta que sale del arco, no se hinca en la piedra dura; sino ántes de allí resurte, y hiere á veces al que la tiró.

Y por tanto si el que murmura es tu súbdito, ó tal persona que sin escándalo le puedes mandar que calle, débeslo hacer; y si esto no puedes, á lo ménos entremete otras pláticas discretamente para cortar el hilo de aquellas, ó muéstrale tan mala cara, que él mesmo se avergüence de lo que habla, y así quede cortesmente avisado, y se vuelva del camino. Porque de otra manera si le oyes con alegre rostro, dasle ocasion que pase adelante, y así no ménos pecas oyendo tú, que hablando él; pues así como es gran mal pegar fuego á una casa, así tambien lo es estarse calentando á la llama que otro enciende, estando obligado á acudir con agua.

Mas entre todas estas murmuraciones la peor es murmurar de los buenos; porque esto es acobardar á los flacos y pusilánimes, y cerrar la puerta á otros mas flacos, para que no osen entrar con este recelo. Porque aunque esto no sea escándalo para los fuertes, no se puede negar sino que lo es para los pequeñuelos. Y porque no tengas en poco esta manera de escándalo, acuérdate que dice el Señor (*a*): Quien escandalizare á uno destos pequeñuelos que en mí creen, mas valdria que le atasen una piedra de atahona al cuello, y le arrojasen en el profundo de la mar. Por eso tú, hermano mio, ten por un linaje de sacrilegio poner boca en los que sirven á Dios; porque aunque fuesen lo que los malos dicen, solo por el sobrescripto que traen merecen honra. Mayormente pues está Dios diciendo dellos (*b*): Quien á vosotros tocare, toca en mí en la lumbre de los ojos.

Todo esto que se ha dicho contra los murmuradores y maldicientes, cabe tambien en los escarnecedores y mofadores, y mucho mas. Porque este vicio tiene todo lo que el pasado, y sobre esto tiene otra tizne aun mas de soberbia, y presumpcion, y menosprecio de los otros, por donde es muy mas para huir que el otro, como lo mandó Dios en la ley, cuando dijo (*c*): No serás maldiciente, ni escarnecedor en los pueblos. Y por esto no será necesario gastar mas palabras en afear este vicio, pues para esto debe bastar lo dicho.

§. II.

De los juicios temerarios, y de los mandamientos de la Iglesia.

Con estos dos pecados (como muy vecino dellos) se junta el juzgar temerariamente; porque los murmuradores y escarnecedores no solo hablan mal de las cosas que realmente pasan, sino de todo aquello que ellos juzgan ó sospechan. Ca porque no les falte materia de murmurar, ellos mesmos la levantan cuando falta, con los juicios y sospechas de su corazon, echando á mala parte lo que se podia echar á buena; contra aquello que el Salvador nos manda, diciendo (*d*): No juzgueis, y no seréis juzgados; no condeneis, y no seréis condenados. Esto tambien muchas veces puede ser pecado mortal, cuando lo que se juzga es cosa grave, y se juzga livianamente, y con poco fundamento. Mas cuando el juicio fuese mas sospecha que juicio, entónces no seria pecado mortal por la imperfeccion de la obra.

Con estos pecados que son contra Dios, se juntan los que se hacen contra aquellos cinco mandamientos de la sancta madre Iglesia, los cuales obligan de precepto: como son oir misa entera domingos y fiestas, confesar una vez al año, comulgar por Pascua, y ayunar los dias que ella manda, y pagar fielmente los diezmos. El mandamiento del ayuno obliga de veintiun años arriba (mas ó ménos, conforme al parecer del discreto confesor, ó cura) á los que no son enfermos, ó muy flacos, ó viejos, ó trabajadores, ó mujeres que crian, ó están preñadas, y á los que no tienen para comer bastantemente una vez al dia. Y así puede haber otros impedimentos semejantes.

En lo que toca al oir de las misas los dias de obligacion, trabaje el hombre por asistir á ellas no solo con el cuerpo, sino tambien con el espíritu, recogidos los sentidos, y la lengua callada; mas el corazon esté atento á Dios, y á los misterios de la misa, ó de alguno otro sancto pensamiento, ó á lo ménos rezando alguna cosa devota.

Y los que tienen esclavos, criados, hijos y familia, deben procurar con todo estudio y diligencia que estos oyan misa los dias de fiesta; y si no pudieren acudir á la mayor (por haber de quedar en casa á aderezar la comida, ó á otras cosas necesarias), á lo ménos procuren que ese dia por la mañana oyan una misa rezada, para que así cumplan con esta obligacion. En lo cual hay muchos señores de familia muy culpados y negligentes, los cuales darán á Dios cuenta estrecha desta negligencia. Verdad es que cuando se ofreciese urgente y razonable causa por donde no se pudiese oir la misa (como es estar curando de un enfermo, ó cosas semejantes), entónces no sería pecado dejar la misa; porque la necesidad no está subjecta á esta ley.

Estos son los pecados mas cuotidianos en que mas veces suelen caer los hombres: de los cuales todos debemos siempre huir con suma diligencia; de unos porque son mortales, y de otros porque están muy cerca de serlo, demas de ser de suyo mas graves que los otros comunes veniales. Desta manera conservarémos la inocencia, y aquellas vestiduras blancas que nos pide Salomon, cuando dice (*e*): En todo tiempo estén blancas tus vestiduras, y nunca jamas falte olio de tu cabeza: que es la uncion de la divina gracia, la cual nos da lumbre y fortaleza para todas las cosas, y así nos enseña y esfuerza para todo bien: que son los principales efectos deste olio celestial.

CAPITULO XII.

De los pecados veniales.

Y aunque estos sean los principales pecados de que te debes guardar, no por eso pienses ya que tienes licencia para aflojar la rienda á todos los otros pecados veniales. Antes instantísimamente te ruego no seas de aquellos que en sabiendo que una cosa no es pecado mortal, luego sin mas escrúpulo se arrojan á ella con grandísima facilidad. Acuérdate que dice el Sabio (*f*) que el que menosprecia las cosas menores, presto caerá en las mayores. Acuérdate del proverbio que dice, que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero. Las casas que vienen á caer por tiempo, primero comienzan por unas pequeñas goteras, y así vienen á arruinarse y dar consigo en tierra. Acuérdate que aunque sea verdad que no

(*a*) Matth. 18. (*b*) Zach. 2. (*c*) Levit. 19. (*d*) Matth. 7.

(*e*) Eccles. 9. (*f*) Eccli. 19.

bastan siete ni siete mil pecados veniales para hacer un mortal, pero todavía es verdad lo que dice Sant Augustin por estas palabras (*a*): No querais menospreciar los pecados veniales porque son pequeños; sino temedlos porque son muchos. Porque muchas veces acaesce que las bestias pequeñas, cuando son muchas, matan los hombres. ¿Por ventura no son menudos los granos de la arena? Pues si cargais un navío de mucha arena, presto se irá á fondo. ¿Cuán menudas son las gotas del agua? ¿Por ventura no hinchen los caudalosos rios, y derriban las casas soberbias? Esto pues dice Sant Augustin, no porque muchos pecados veniales hagan un mortal (como ya dijimos); sino porque disponen para él, y muchas veces vienen á dar en él. Y no solo esto es verdad, sino tambien lo que dice Sant Gregorio (*b*): Que en parte es mayor peligro caer en las culpas pequeñas, que en las grandes; porque la culpa grande, cuanto mas claro se conosce, tanto mas presto se emienda; mas la pequeña, como se tiene en nada, tanto mas peligrosamente se repite, cuanto mas seguramente se comete.

Finalmente los pecados veniales, por pequeños que sean, hacen mucho daño en el ánima; porque quitan la devocion, turban la paz de la consciencia, apagan el fervor de la caridad, enflaquecen los corazones, amortiguan el vigor del ánimo, aflojan el vigor de la vida espiritual, y finalmente resisten en su manera al Espíritu Sancto, é impiden su operacion en nosotros: por donde con todo estudio se deben evitar; pues nos consta cierto que no hay enemigo tan pequeño, que despreciado no sea muy poderoso para dañar.

Y si quieres saber en qué géneros de cosas se cometen estos pecados, dígote que en un poco de ira, ó de gula, ó de vanagloria; en palabras y pensamientos ociosos, en risas, en burlas desordenadas, en tiempo perdido, en dormir demasiado, en mentiras y lisonjerías de cosas livianas, y así en otras cosas semejantes.

Tenemos pues aquí señaladas tres diferencias de pecados: unos que comunmente son mortales; otros que comunmente son veniales; otros como medios entre estos dos extremos, que á veces son mortales, y á veces veniales. De todos conviene que nos guardemos; pero mucho mas destos que están como en medio, y mucho mas de los mortales; pues por ellos solos se rompe la paz y amistad con Dios, y se pierden todos los bienes de gracia, y todas las virtudes infusas: puesto caso que la fe y esperanza no se pierdan sino por sus actos contrarios.

CAPITULO XIII.

De otros mas breves remedios contra todo género de pecados, mayormente contra aquellos siete que llaman capitales.

Las consideraciones que hasta aquí habemos escripto, servirán para tener el hombre su ánimo bien dispuesto y armado contra todo género de pecados; mas para el tiempo de pelear, que es cuando alguno destos vicios tienta nuestro corazon, puedes usar destas breves sentencias que nos dejó escriptas un religioso varon, el cual contra cada uno destos vicios se armaba desta manera.

Contra la soberbia decia: Cuando considero á cuán grande extremo de humildad se abajó aquel altísimo Hijo de Dios por mí, nunca tanto me pudo abatir alguna criatura, que no me tuv'ese por digno de mayor abatimiento.

Contra la avaricia decia: Como entendí que con ninguna cosa podia mi ánima tener hartura, sino con solo Dios, parecióme que era gran locura buscar otra cosa fuera dél.

Contra la lujuria decia: Despues que entendí la grandísima dignidad que se da á mi cuerpo cuando recibe el sacratísimo cuerpo de Cristo, parecióme que era grande sacrilegio profanar el templo que él para sí consagró, con la torpeza de los pecados carnales.

Contra la ira decia: Ninguna injuria de hombres bastará para turbarme, si me acordare de las injurias que yo tengo hechas contra Dios.

Contra el odio, é invidia decia: Despues que entendi cómo Dios habia recebido un tan gran pecador como yo, no pude querer á nadie mal, ni negarle perdon.

Contra la gula decia: Quien considerare aquella amarguísima hiel y vinagre que en medio de sus tormentos se dió por último refrigerio al Hijo de Dios, que por ajenos pecados padescia, habrá vergüenza de buscar manjares regalados y exquisitos, teniendo tanta obligacion á padescer algo por sus pecados proprios.

Contra la pereza decia: Como entendí que despues de tan brevísimo trabajo se alcanzaba gloria perdurable, parecióme que era pequeña cualquiera fatiga que por esta causa se padesciese.

§. I.

Otra manera de remedios así breves pone Sant Augustin (*c*) contra todos los vicios (aunque algunos atribuyen esto á Sant Leon Papa); donde por una parte representa de la manera que el vicio tientà, y lo que propone, y por otra las consideraciones y palabras con que le habemos de salir al encuentro. Las cuales por parecerme muy provechosas, quise tambien añadir aquí.

Comienza pues primeramente á hablar la soberbia, y dice así: Ciertamente tú haces ventaja á otros muchos en saber, en hablar, en riquezas, y en otras muchas habilidades; por tanto á todos es razon que tengas en poco, pues á todos eres superior. La humildad responde: Acuérdate que eres polvo y ceniza, podre y gusanos; y puesto que seas grande, si cuanto mayor eres mas no te humillares, dejarás de ser lo que eres. Porque ¿por ventura eres tú mayor que el ángel que cayó (*d*)? ¿Por ventura resplandesces tú mas en la tierra que Lucifer en el cielo? Pues si aquel por su soberbia de tan alta cumbre cayó en tanta miseria, ¿cómo quieres tú de tanta miseria subir á tan alta gloria, permanesciendo en la mesma soberbia?

La gloria vana dice: Haz todos los bienes que pudieres, y publícalos á todos; para que todos te tengan por bueno, y de todos seas reverenciado, y ninguno te desprecie, ni tenga en poco. El temor de Dios responde: Gran locura es dar por honra temporal aquello con que se gana gloria perdurable. Por tanto trabaja por encubrir á lo ménos con la voluntad las buenas obras que haces; porque si en tu voluntad las escondes, no será vanidad mostrarlas; porque no se podrá llamar público lo que en tu voluntad está secreto.

La hipocresía dice: Pues ningun bien en la verdad tienes, finge á lo ménos defuera lo que no tienes; porque no seas de todos aborrescido, si por tal fueres de todos conocido. La verdadera religion responde: Mucho mas

(*a*) Super. Ioan. trat. .2. ad finem tom. 9. et lib. de Medicina pœnitentium ad finem tom. 9. cap. 2. (*b*) De pastorali cura. Admon. 34.

(*c*) Tom. 9. opusc. August. lib. unic. de Conflict. vit. et virtut.
(*d*) Luc. 14. Isaiæ 14.

trabaja por ser que por parescer lo que no eres; ca proprio oficio es del verdadero cristiano procurar mas de ser bueno, que de parescerlo. Porque en engañar á los hombres con esa disimulacion ¿qué otra cosa ganas sino tu propria condenacion?

El menosprecio y desobediencia dice: ¿Quién eres tú para que sirvas á otros que son tus inferiores? A tí convenía mandar, y á ellos obedescer, pues no igualan contigo, ni en ingenio, ni en discrecion, ni en virtud. Basta que guardes los mandamientos de Dios, y no cures de lo que te mandan los hombres. La subjeccion y obediencia responde: Si es necesario subjectarte á los mandamientos de Dios, por la mesma razon te debes subjectar á la ordenacion de los hombres; porque el mesmo Dios dice (*a*): Quien á vosotros oye, á mí oye, y quien á vosotros desprecia, á mí desprecia. Y si dices que esto es razon cuando el que manda es bueno, y no cuando no lo es, oye lo que el Apóstol en contrario dice (*b*): Todo el poder de los hombres de Dios se deriva; y las cosas que de Dios son, ordenadas son. Así que no pertenesce á tí saber cuáles son los que mandan; sino qué es lo que te mandan, para haberlo de cumplir.

La invidia dice: ¿En qué cosa eres tú menor que aquel ó aquella? ¿Pues por qué no serás tenido en tanto, ó en mas que aquellos? ¿Cuántas cosas puedes tú hacer que ellos no pueden? Pues contra justicia es igualarse ellos contigo, ó hacerse tus superiores. La concordia responde: Si en virtud sobrepujas á otros, mas seguro estarás en el lugar bajo, que en el alto. Porque la caída de lo alto siempre es de mayor peligro. Y dado que muchos te sean iguales, ó superiores en la fortuna, ¿qué perjuicio recibes tú por eso? Debrias mirar que teniendo invidia al que está en lugar mas alto, te haces semejante á aquel de quien se escribe (*c*): Por invidia del diablo entró la muerte en el mundo, y á él imitan todos los que son de su parte.

El odio dice: Nunca Dios quiera que tú ames á quien en todas las cosas se encuentra contigo: quien siempre de tí murmura, quien de todas tus cosas escarnece, quien te da en rostro con el pecado que hiciste, y finalmente quien en todas sus palabras y obras siempre se te pone delante. Porque cierto es que si él no te tuviese odio, no te pondria debajo los piés. El amor verdadero responde: Por ventura, dado que esas cosas sean aborrescibles en el hombre, ¿por eso se ha de aborrescer la imágen de Dios en el hombre? ¿Por ventura Cristo estando en la Cruz no amó á sus enemigos? Y partiendo desta vida, ¿no nos amonestó que hiciésemos lo mesmo? Pues echa fuera de tu pecho toda amargura de odio, y bebe la dulzura del amor; porque (demas de los respectos y razones eternas que á esto te obligan) ninguna cosa hay en esta vida mas dulce, ni mas suave que el amor; y ninguna mas amarga y desabrida que el odio, el cual es como un zaratan que está siempre royendo las entrañas donde mora.

La murmuracion dice: ¿Quién puede ya sufrir, quién puede callar cuántos males aquel ó aquella han cometido, sino quien por ventura es en su consentimiento? La correccion caritativa responde: Ni se han de publicar los males del prójimo, ni se han de consentir; mas el mesmo delincuente con caridad debe ser amonestado, y con paciencia sufrido (*d*). Pero algunas veces conviene que los yerros de los pecadores á tiempos se callen, para que en otro tiempo mas convenible se reprehendan.

La ira dice: ¿Cómo se puede sufrir con paciencia lo que contigo se hace? Antes sufrir tales cosas es pecado: y si no las resistes con grande saña, cada dia se harán contra tí otras peores. La paciencia responde: Si la pasion del Redemptor se trae á la memoria, no habrá cosa que con igual ánimo no se sufra. Porque, como dice Sant Pedro (*e*), Cristo padesció por nosotros, dejándonos ejemplo que sigamos sus pisadas: el cual cuando padescia no se airaba, ni amenazaba á quien le maltrataba. Mayormente siendo tan poco lo que padescemos, en comparacion de lo que él padesció. Porque él sufrió injurias, escarnios, bofetadas, azotes, espinas, y Cruz; y á nosotros, miserables, una palabra nos fatiga, una descortesía nos mata.

La dureza de corazon dice: ¿Por ventura has de hablar dulcemente, y con palabras blandas á unos hombres brutos, necios é insensibles, que á veces con esto se ensoberbecen y alzan á mayores? La mansedumbre responde: No se ha de oir en esto tu consejo, sino el del Apóstol que dice (*f*): No conviene al siervo del Señor litigar, sino ser manso en todas las cosas. Verdad es que este vicio de reñir, mas dañoso es en los súbditos, que en los prelados. Porque muchas veces acaesce que los súbditos desprecian las palabras humildes y dulces de sus prelados, y tiran contra éllas saetas de menosprecio.

La presumpcion y temeridad dice: Testigo tienes á Dios en el cielo; no hagas caso de lo que los hombres sospechan en la tierra. La satisfaccion debida responde: No es razon dar ocasion á otros de murmurar, ni publicar lo que sospechan; mas si con verdad eres reprehendido, confiesa tu culpa, y si no es así, niégala con humilde respuesta.

La pereza y flojedad dice: Si continuamente te das al estudio de la licion, y oracion, y lágrimas, perderás la vista; si extiendes mucho las vigilias de la noche, perderás el seso, y si te fatigas con trabajo demasiado, quedarás inhábil para todo espiritual ejercicio. La diligencia y trabajo responde: Porque te prometes luengos años en que hayas de padescer estos trabajos; ¿quién te asegura el dia de mañana, ó la hora presente? ¿Por ventura has olvidado lo que el Salvador dice (*g*): Velad; porque no sabeis el dia ni la hora? Por tanto sacude de tí toda negligencia y pereza; porque no ganan el reino del cielo los tibios y perezosos, sino los esforzados y diligentes.

La escaseza dice: Si los bienes que posees das á los extraños, ¿con qué podrás mantener á los tuyos? La misericordia responde: Acuérdate de lo que acaesció al rico que se vestía de purpura y holanda (*h*); el cual no fué condenado porque robase lo ajeno, sino porque no daba lo proprio. Por lo cual estando en el infierno llegó á tanta miseria, que pidió una gota de agua, y no la alcanzó; porque pidiéndole el pobre una sola migaja de pan, no se la dió.

La gula dice: Todas las cosas crió Dios para comer: pues el que no quiere comer, ¿qué otra cosa hace sino despreciar los beneficios de Dios? La templanza responde: La una desas cosas que dices, es verdadera; porque todas esas crió Dios porque el hombre no muriese de hambre; mas porque no excediese la justa medida, mandóle que tuviese abstinencia; y no tenerla se cuenta por

(*a*) Luc. 10. (*b*) Rom. 13. (*c*) Sap. 2. (*d*) Matth. 18.

(*e*) 1. Pet. 2. (*f*) 2. Tim. 2. (*g*) Matth. 25. (*h*) Lucæ 16.

uno de los principales pecados que hubo en Sodoma (*a*), por donde esta miserable ciudad llegó al extremo de la perdicion. Por tanto conviene que el sano reciba el manjar, así como el enfermo la medicina: conviene saber, no para deleitarse en él, sino para socorrer á su necesidad. Y aquel del todo vence este vicio, que no solamente en la cuantidad del manjar pone la medida que debe, sino tambien desprecia los delicados y sabrosos manjares; si no es cuando la enfermedad ó la caridad lo pide.

La vana alegría dice: ¿Por qué escondes dentro de tí el gozo de tu corazon? Publica á todos tu alegría, y di en presencia de tus compañeros alguna cosa con que huelguen y rian. La templada tristeza responde: ¿De dónde, ó de qué tienes tanta alegría? ¿Por ventura tienes ya vencido al diablo; ó has acabado ya el tiempo de tu destierro, y llegado á la patria? ¿Por ventura no te acuerdas de lo que dice el Señor (*b*): El mundo se alegrará, y vosotros os entristeceréis; mas vuestra tristeza se volverá en alegría? Por tanto refrena ese vano regocijo; porque aun no has escapado de todos los males deste tan peligroso golfo.

La parlería dice: No es pecado hablar mucho, si se habla bien: así como no deja de serlo hablar mal, aunque se hable poco. El discreto callar responde: Verdad es lo que dices; pero muchas mas veces queriendo el hombre hablar muchas cosas buenas, acaesce que la plática que comenzó bien, acaba mal. Por lo cual dijo el Sabio (*c*), que en el mucho hablar no podia faltar pecado. Y si por ventura en la larga plática huyes de palabras dañosas, no podrás quizá huir de las ociosas, de que has de dar cuenta en el dia del juicio (*d*). Conviene pues tener medida en el hablar, aunque las palabras sean buenas; porque no vengan á parar en malas.

(*a*) Ezech. 16. (*b*) Ioann. 16. (*c*) Prov. 10. (*d*) Math. 12.

La lujuria dice: ¿Por qué agora no gozas de tus deleites y placeres, pues no sabes lo que te está guardado? No es razon que pierdas este buen tiempo; porque no sabes cuán presto se pasará. Porque si Dios no quisiera que holgaran los hombres con estos deleites, no criara al principio hombres y mujeres.

La castidad responde: No quiero que disimules, ó finjas que no sabes lo que te está guardado despues desta vida. Porque si limpia y castamente vivieres, tendrás placeres y alegría sin fin; y si deshonestamente, serás llevado á los tormentos eternos. Y cuanto mas sientes que pasa lijeramente el tiempo, tanto mas te conviene vivir castamente; porque muy miserable es la hora del deleite, en la cual se pierde vida que dura para siempre.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para proveernos de armas espirituales, que para esta pelea son necesarias: con las cuales podrémos alcanzar la primera parte de la virtud, que es carecer de vicios, y defender esta estancia en que Dios nos puso (en la cual él mora), para que no sea ocupada del enemigo. Porque guardada fielmente la posada, sin duda tendrémos aquel celestial huésped en ella; pues, como dice Sant Joan (*e*), Dios es caridad, y quien está en caridad, en Dios está, y Dios en él: y aquel está en caridad, que ninguna cosa hace contra ella; y no hay cosa que sea contra ella sino solo el pecado mortal; contra el cual sirve todo lo que hasta aquí habemos dicho.

(*e*) 1. Ioann. 4.

SEGUNDA PARTE DESTE SEGUNDO LIBRO,

EN LA CUAL SE TRATA DEL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

CAPITULO XIV.

De tres maneras de virtudes en las cuales se comprehende la suma de toda justicia.

Dicho ya en la primera parte deste libro de los vicios con que se afean y escurecen las ánimas, digamos agora de las virtudes que las adornan y hermosean con el ornamento espiritual de la justicia. Y porque á esta justicia pertenesce dar á cada uno lo que se le debe, así á Dios, como al prójimo, como á sí mesmo; así hay tres maneras de virtudes de que se compone: unas que principalmente sirven para cumplir con lo que el hombre debe á Dios, y otras con lo que debe á su prójimo, y otras con lo que debe á sí mesmo. Y esto hecho, no resta mas para cumplir toda virtud y justicia; que es para ser un hombre verdaderamente justo y virtuoso: que es lo que aquí pretendemos hacer.

Y si quieres saber en muy pocas palabras, y por unas muy breves comparaciones cómo esto se pueda hacer, digo que con estas tres obligaciones cumplirá el hombre perfectísimamente, si tuviere estas tres cosas: conviene saber, para con Dios corazon de hijo, y para con el prójimo corazon de madre, y para consigo espíritu y corazon de juez. Estas son aquellas tres partes de justicia en que el Profeta puso la suma de todo nuestro bien, cuando dijo (*a*): Enseñarte he ¡oh hombre! en qué está todo el bien, y qué es lo que el Señor quiere de tí. Quiere que hagas juicio, y que ames la misericordia, y que andes solícito y cuidadoso con Dios. Entre las cuales partes el hacer juicio declara lo que el hombre debe hacer para consigo; y el amar la misericordia, lo que debe para con el prójimo; y el andar solícito con Dios, lo que debe hacer para con él. Y pues en estas tres cosas está todo nuestro bien, dellas tratarémos agora mas copiosamente; porque en el Memorial de la Vida Cristiana (*b*) no hecimos mas que pasar por ellas brevemente, reservando su declaracion para este lugar.

CAPITULO XV.

De lo que debe el hombre hacer para consigo mesmo.

Porque la caridad bien ordenada comienza de sí mesmo, comencemos por donde el Profeta comenzó; que es

(*a*) Mich. 6. (*b*) 1. Part. tract. 4. c. 8.



por el hacer juicio, que pertenesce al espíritu y corazon de juez; el cual debe el hombre tener para consigo. Pues al oficio del buen juez pertenesce tener bien ordenada y reformada su república. Y porque en esta pequeña república del hombre hay dos partes principales que reformar (que son el cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y el ánima con todos sus afectos y potencias), todas estas cosas conviene que sean reformadas y enderezadas virtuosamente en la forma que aquí declararémos, y desta manera habrá el hombre cumplido con lo que debe á sí mesmo.

§. I.

De la reformacion del cuerpo.

Pues para reformacion del cuerpo (*a*) sirve primeramente la composicion y disciplina del hombre exterior, guardando aquello que dice Sant Augustin en su regla: Que en el andar, y en el estar, y en el vestido ninguna cosa se haga que escandalice, y ofenda los ojos de nadie; sino lo que convenga á la sanctidad de nuestra profesion. Y por esto procure el siervo de Dios tratar con los hombres con tanta gravedad, humildad, suavidad y mansedumbre, que todos cuantos con él trataren, queden siempre edificados y aprovechados con su ejemplo. El Apóstol quiere que seamos como una especie aromática (*b*), la cual comunica luego su olor á quien quiera que la toca; y así le quedan oliendo las manos como á ella; porque tales han de ser las palabras, las obras, la composicion y conversacion de los siervos de Dios, que todos cuantos trataren con ellos queden edificados, y como sanctificados con su ejemplo y conversacion. Y este es uno de los principales fructos que se siguen desta modestia y composicion, que es una manera de predicar callada, donde no con estruendo de palabras, sino con ejemplo de virtudes convidamos á los hombres á glorificar á Dios, y amar la virtud: segun que nos lo encomienda el Salvador, cuando dice (*c*): Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. Conforme á lo cual dice Isaías (*d*), que el siervo de Dios ha de ser como un árbol, ó una planta hermosísima que Dios plantó; para que quien quiera que le viere, glorifique á Dios por ella. Mas no se entiende que por esto debe hacer el hombre sus buenas obras para que sean vistas; ántes, como dice Sant Gregorio (*e*), de tal manera se ha de hacer la buena obra en público, que la intencion esté en secreto; para que con la buena obra demos á los prójimos ejemplo, y con la intencion de agradar á solo Dios siempre deseemos el secreto.

El segundo fructo que se sigue desta composicion del hombre exterior, es la guarda del interior, y la conservacion de la devocion. Porque es tan grande la union y la liga que hay entre estos dos hombres, que lo que hay en el uno, luego se comunica al otro, y al reves: por donde si el espíritu está compuesto, luego naturalmente se compone el mesmo cuerpo; y por el contrario, si el cuerpo anda inquieto y descompuesto, luego (no sé cómo) el espíritu tambien se descompone é inquieta. De suerte que cualquier de los dos es como un espejo del otro; porque así como todo lo que vos haceis, hace el espejo que teneis delante, así todo lo que pasa en cualquier destos dos hombres, luego se representa en el otro. Por donde la composicion y modestia de fuera ayuda mucho á la de dentro; y gran maravilla sería hallarse espíritu recogido en cuerpo inquieto y desasosegado. Y por esto dice el Ecclesiástico (*f*) que el que tenia los piés lijeros, caeria: dando á entender que los que carecen de aquella gravedad y reposo que pide la disciplina cristiana, muchas veces han de tropezar y caer en muchos defectos: como suelen caer los que traen los piés muy lijeros cuando andan.

La tercera cosa para que sirve esta virtud, es para conservar el hombre con ella la autoridad y gravedad que pertenesce á su persona y oficio, si es persona constituida en dignidad: como la conservaba el sancto Job (*g*), el cual en una parte dice que la luz y resplandor de su rostro nunca por diversas ocasiones y acontecimientos caia en tierra, y en otra dice (*h*) que era tanta su autoridad, que cuando le veian los mozos se escondian, y los viejos se levantaban á él, y los príncipes dejaban de hablar, y ponian el dedo en su boca, por el acatamiento grande que le tenian. La cual autoridad (porque estuviese muy léjos de toda repunta de soberbia) acompañaba el sancto varon con tanta suavidad y mansedumbre, que dice él mesmo de sí, que estando asentado en su silla como un rey acompañado de su ejército, por otra parte era abrigo y consuelo comun de todos los miserables.

Donde notarás que la falta desta mesura y composicion no es tanto reprehendida de los sabios por grande culpa, cuanto por nota de liviandad; porque la desenvoltura demasiada del hombre exterior es argumento del poco lastre y asiento del interior, como ya dijimos. Por lo cual dice el Ecclesiástico (*i*) que la vestidura del hombre, y la manera del reir y del andar dan testimonio dél. Lo cual confirma Salomon en sus Proverbios, diciendo (*k*): Así como en el agua clara se parece el rostro del que la mira, así los sabios conocen los corazones de los hombres por la muestra de las obras exteriores que ven en ellos.

Estos son los provechos que trae consigo esta composicion susodicha: que son muy grandes. Por lo cual no me paresce bien la demasiada desenvoltura de algunos, que con achaque de que no digan que son hipócritas, rien, y parlan, y se sueltan á muchas cosas, con las cuales pierden todos estos provechos. Porque así como dice muy bien Sant Joan Clímaco que no ha de dejar el monje la abstinencia por temor de la vanagloria, así tampoco es razon carescer del fructo desta virtud por respectos del mundo; porque así como no conviene vencer un vicio con otro, así tampoco desistir de una virtud por ningun respecto del mundo.

Esto es lo que generalmente pertenesce á la composicion del hombre exterior en todo lugar y tiempo. Mas porque esto se requiere muy mas particularmente en los convites y en la mesa; cómo esta se haya de guardar, declararémos en el párrafo siguiente.

§. II.

De la virtud de la abstinencia.

Prosiguiendo lo que pertenesce á la reformacion del cuerpo, lo que principalmente para esto sirve, es tratarlo con rigor y aspereza, no con regalos ni blandura; porque así como la carne muerta se conserva con la mirra, que es amarguísima (sin la cual luego se daña é hinche

(*a*) Vide Castr. lib. 5. cap. 12. (*b*) 2. Cor. 2. (*c*) Matth. 5. (*d*) Isai. 61. (*e*) 20. Mor. c. 40. explicans illud: Oculus fui caeco, et pes claudo.

(*f*) Prov. 19. (*g*) Iob 29. (*h*) Ibidem. (*i*) Eccl. 19. (*k*) Prov. 27.

de gusanos), así tambien esta nuestra carne con regalos y blanduras se corrompe, y se hinche de vicios; y con el rigor y aspereza se conserva en toda virtud. Pues para esto nos conviene aquí tratar de la abstinencia; porque esta es una de las principales virtudes que se presuponen para alcanzar las otras virtudes; y ella es en sí muy dificultosa de alcanzar, por la contradiccion y repugnancia que tiene en nuestra naturaleza corrupta. Y aunque lo arriba dicho contra la gula bastaba para entender la condicion y valor de la abstinencia (pues conocido un contrario, se conoce el otro), pero todavía para mayor luz desta doctrina será bien tratar della por sí, declarando así el uso y plática della, como los medios por do se alcanza.

Comenzando pues por la disciplina y modestia que se debe guardar en la mesa; esta nos enseña muy particularmente el Espíritu Sancto en el Ecclesiástico por estas palabras (*a*): Usa como hombre templado de las cosas que te ponen delante; porque no seas aborrescido de los hombres, si te vieren comer desordenadamente. Y acaba primero que los otros; porque así lo pide la órden y disciplina de la templanza. Y si estás asentado en medio de otros muchos, no seas tú el primero que pongas mano en el plato, ni pidas de beber primero. Por cierto muy convenientes reglas son estas para la vida mortal, y dignas de aquel Señor que todas las cosas hizo con suma órden y concierto; y así quiere tambien que nosotros las hagamos.

Esta mesma disciplina nos enseña Sant Bernardo por estas palabras: En el comer habemos de tener cuenta con el modo, con el tiempo, y con la cuantidad y cualidad de los manjares. El modo ha de ser, que no derrame el hombre todos sus sentidos sobre la comida. El tiempo, que no anticipe la hora ordinaria del comer. Y la calidad, que contentándose con lo que los otros comen, no quiera otras particularidades ni delicadezas; sino fuere por evidente necesidad. Esta es la regla que nos da en pocas palabras este sancto.

Y no es muy diferente la que nos da Sant Gregorio en sus Morales, diciendo (*b*): Abstinencia es la que no anticipa la hora del comer (como hizo Jonatas (*c*) cuando comió el panal de miel), ni tampoco desea manjares apetitosos, como hicieron los hijos de Israel en el desierto, cobdiciando los manjares de Egipto (*d*), ni quiere guisados curiosamente aparejados, como los querian los hijos de Helí (*e*), ni come hasta mas no poder, como hacian los de Sodoma (*f*), ni con demasiado gusto y apetito, de la manera que comió Esaú la escudilla de lentejas, por la cual vendió su mayorazgo (*g*). Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio; en las cuales brevemente comprehende muchas cosas, y las acompaña con muy convenientes ejemplos.

Pero mas copiosamente trata esta materia Hugo de Sant Victor, el cual en el libro de la disciplina de los monges enseña la que debemos tener en el comer, por estas palabras: En dos cosas (dice él) se ha de guardar la disciplina y modestia en el comer: conviene saber, en la comida y en el que la come. Porque el que come ha de procurar de tener modestia en el callar, y en el mirar, y en la compostura del cuerpo, para que enfrene su lengua de toda parlería, y abstenga sus ojos de mirar á todas partes, y tenga todos los otros miembros y sentidos compuestos y quietos. Porque algunos hay q cuando se asientan á la mesa, descubren el apetito de gula, y la destemplanza de su ánimo; y con una desas segada inquietud de los miembros menean la cabe arremangan los brazos, levantan las manos en alto, (como si hubiesen ellos solos de tragarse toda la me así verás en ellos unos acometimientos y meneos, q (no sin gran fealdad) están descubriendo la agonía hambre del comer. Y estando asentados en un mes lugar, con los ojos y con las manos lo andan todo: y en un mesmo tiempo piden el vino, parten el pan, y r vuelven los platos; y como el capitan que quiere comb tir una fortaleza, así ellos están como dudando por q parte acometerán este combate; porque por todas part querrian entrar. Todas estas fealdades ha de evitar que come, en su propria persona. Mas en la comida co viene mirar lo que come, y la manera del comer, c mo ya está declarado.

Y aunque en todo tiempo sea necesario llegarse á mesa con toda esta preparacion, pero mucho mas cua do hay hambre, y aun mucho mas cuando la delicade y precio de los manjares despierta el apetito del come porque en este caso son mayores los incentivos de la g la por la buena disposicion del órgano del gusto, y p la excelencia del objeto. Mire pues el hombre con ate cion en este tiempo, no le haga creer la gula que tie hambre para comer mesa y manteles; porque por es causa dijo muy bien Sant Joan Clímaco (*h*): Que la gu era hipocresía del vientre; porque al principio de la c mida finge que tiene mas hambre de la que en hech de verdad tiene, y así le paresce que todo lo ha de tra gar: lo cual de ahí á poco se ve que era engaño; pu con mucho ménos queda el hombre satisfecho.

Para remedio desto piense cuando se asienta á la me sa, que (como dice muy bien un filósofo) tiene ahí d huéspedes á que ha de proveer: conviene saber, cuerpo, y el espíritu. Al cuerpo ha de proveer de s mantenimiento, dándole lo necesario; y al espíritu d suyo, dándoselo con aquella composicion y modest que piden las leyes de la templanza; porque esto es h cer virtud, la cual es pasto y mantenimiento del áni

Es otrosí muy conveniente remedio contra este a tito poner en una balanza los fructos de la virtud d abstinencia, y en otra la brevedad del deleite de la g la: para que por aquí vea el hombre cómo no es ra perder tan grandes fructos por tan bestial y breve leite.

Para cuyo entendimiento es mucho de notar que tre todos los sentidos de nuestro cuerpo, los mas b son el sentido del tocar y del gustar. Porque ningun a mal hay en el mundo tan imperfecto, que no tenga e dos sentidos: como quiera que haya muchos á quien tan los otros tres, que son ver, oir, y oler. Y así c estos dos sentidos son los mas viles y materiales de dos, así los deleites que dellos proceden, son los mas les, y mas bestiales; pues no hay animal en el mu tan imperfecto que no los tenga. Y demas de ser vi mos, son tambien brevísimos, porque no dura ma deleite dellos, de cuanto el objeto está materialme ayuntado con su sentido, como vemos que no dura el deleite del gusto, de cuanto el manjar está sobre el ladar: y en el punto que deja de estar sobre él, ces deleite dél. Pues si este deleite por una parte es ta

(*a*) Cap. 31. (*b*) Lib. 30. Moralium, cap. 27. (*c*) 1. Reg. 14. (*d*) Numer. 11. et 16. (*e*) 1. Reg. 2. (*f*) Ezech. 16. (*g*) Gen. 25.

(*h*) Cap. 14.



y tan bestial, y por otra tan breve y tan momentáneo; ¿cuál es el hombre tan bruto, que despide de sí la virtud de la abstinencia (de quien tantos y tan grandes fructos se predican) por un tan vil y bajo deleite? Esto solo debia bastar para vencer este apetito, cuanto mas si se juntaren aquí tantas otras cosas que á esto mesmo nos obligan. Ponga pues (como dijimos) el siervo de Dios en una balanza la brevedad y vileza deste deleite, y en otra la hermosura de la abstinencia, los fructos que se siguen della, los ejemplos de los sanctos, y los trabajos de los mártires (que por fuego y por agua pasaron al cielo), la memoria de sus pecados, las penas del infierno, y tambien las del purgatorio, y cada cosa destas le dirá que es necesario abrazar la Cruz, afligir la carne, y enfrenar la gula, y satisfacer á Dios con el dolor de la penitencia por el deleite de la culpa. Y si con este aparejo se asentare á la mesa, verá cuán fácil cosa le será renunciar y despedir de sí toda esta manera de regalos y deleites.

Y si toda esta providencia se requiere en el comer, mucho mayor es necesaria para el beber, cuando se bebe vino. Porque entre cuantas cosas hay contrarias á la castidad, una de las mas contrarias es el vino; del cual tiembla esta virtud, como de un capital enemigo; porque el Apóstol la tiene ya avisada, diciendo (a) que en el vino está la lujuria. El cual es tanto mas peligroso, cuanto mas hierve la sangre en los años de la juventud. Por lo cual dice Sant Hierónimo (b): El vino y la mocedad son dos incentivos de la lujuria. ¿Para qué echamos aceite en la llama; para qué ponemos leña en el fuego que arde? Porque como el vino es tan caliente, inflama todos los humores y miembros del cuerpo, y especialmente el corazon (adonde él derechamente camina, y donde está la silla y asiento de todas nuestras pasiones); y así á todas ellas inflama y fortifica: de manera que en este tiempo el alegría es mayor, y la ira, y el furor, y el amor, y la osadía, y el deleite, y así las otras pasiones. Por do paresce que siendo uno de los principales oficios de las virtudes morales domar y mitigar estas pasiones; el vino es de tal cualidad, que hace el oficio contrario; pues con la vehemencia de su calor enciende lo que estas virtudes apagan: para que por aquí vea el hombre cuánto se debe guardar dél.

De aquí pues suelen proceder parlerías, risas demasiadas, porfías, peleas, clamores desentonados, descubrimientos de secretos, y otros semejantes desórdenes; así por estar entónces mas vehementes las pasiones, como por estar la razon mas escurecida con los humos del vino. Con lo cual se junta la ocasion que el hombre tiene para desmandarse, viendo desmandarse los otros con quien come: y todas estas causas juntas vienen á parir y producir estas desórdenes. Por donde dijo elegantemente un filósofo, que tres racimos procedian de la vid: el primero era de necesidad, el segundo de deleite, el tercero de furor. Dando á entender que beber un poco de vino servia á la necesidad natural; pero exceder esto algun tanto servia ya mas al deleite que á la necesidad. Pero pasar desordenadamente esta regla, servia al furor y á la locura. Por donde todos los pareceres que el hombre diere, ó tuviere en este tiempo, debe tener por sospechosos; porque sin dubda (regularmente hablando) tiene parte en ellos no solo la razon, sino tambien el vino, que es el peor de los consejeros. Y no ménos se debe guardar de hablar mucho, ó porfiar en la mesa, ó sobremesa, si quiere estar libre de todos estos peligros; porque muchas veces se comienza la porfía en paz, y se acaba en guerra; y muchas veces descubre el hombre con el calor del vino lo que despues quisiera mucho haber callado: pues, como dice Salomon (c), ningun secreto hay donde reina el vino.

Y aunque toda demasía en hablar sea reprehensible en este tiempo, mucho mas lo es cuando la habla es sobre cosas de comer, alabando el vino, ó la fruta, ó el pescado que se come, ó quejándose dello, ó tratando de diversidad de manjares de tales y de tales tierras, ó de pesces de tales rios; porque todas estas pláticas son señales de ánimo destemplado, y de hombre que todo él entero quiere estar comiendo, no solo con la boca, sino tambien con el corazon, con el entendimiento, con la memoria, y con las palabras.

Pero mucho mas se debe guardar, cuando come, de estar comiendo las vidas ajenas; porque esto es cosa que entra mas en hondo: pues (como dice Sant Crisóstomo) esto es ya no comer carne de animales, sino de hombres: que es contra toda humanidad. Por lo cual se escribe de Sant Augustin, que recelando este vicio (que tan familiar suele ser en algunas mesas), tenia él escriptos en el lugar donde comia dos versos que decian: Quien huelga de roer con sus palabras la vida de los ausentes, sepa que esta mesa no se puso para él.

Aquí es tambien de notar que, como dice Sant Hierónimo (d), mucho mejor es comer cada dia poco, que pasados muchos dias de ayuno, comer despues demasiado. Aquella agua (dice él) es muy provechosa á la tierra, que á sus tiempos cae mansamente; mas los torbellinos grandes y tempestuosos roban las tierras. Cuando comes acuérdate que no vives para servir al vientre; mas que luego has de estudiar, ó leer, ó hacer otra buena obra, para lo cual quedarás inhábil, si cargares el estómago demasiadamente. Y desta manera en cada manjar, y en cada vez que bebieres, medirás no lo que el deleite pide, sino lo que la necesidad y la virtud requiere. Ca no te persuadimos que te mates de hambre, sino que no sirvas al deleite, mas de lo que al uso de la vida conviene. Porque tu cuerpo (así como cualquier otro animal) tiene necesidad de mantenimiento porque no desfallezca, y tambien de carga para que no respingue. Por lo cual dice Sant Bernardo (e): A la carne conviene apretarla, no consumirla; apremiarla, no despedazarla; procurar que se humille y no se ensoberbezca, y que sirva y no sea señora.

Esto basta para entender lo que toca á esta virtud. Quien demas desto quisiere saber los fructos grandes que se siguen della, y cómo aprovecha para todas las cosas, no solo para el ánima, sino tambien para el cuerpo: esto es, para la salud, para la vida, para la honra, y para la hacienda, lea un tratado que sobre esta materia escribimos al fin del libro de la Oracion y Meditacion.

§. III.

De la guarda de los sentidos.

Castigado y concertado el cuerpo en la forma susodicha, resta luego reformar tambien los sentidos del cuerpo, en los cuales debe el siervo de Dios poner gran recaudo, y señaladamente en los ojos, que son como unas puertas donde se desembarcan todas las vanidades que entran en nuestra ánima, y muchas veces suelen ser

(a) Ephes. 5. (b) Ad Eustochium, de custodia virginitatis.

(c) Prov 31. (d) Ubi supr. (e) In Psalm. qui habitat. Serm. 10.

ventanas de perdicion por donde nos entra la muerte. Y especialmente las personas dadas á la oracion tienen particular necesidad de poner mayor recaudo en este sentido, no solo por la guarda de la castidad, sino tambien por el recogimiento del corazon; porque de otra manera las imágines de las cosas que por estas puertas se nos entran, dejan el ánima pintada de tantas figuras, que cuando se pone á orar ó meditar, la molestan é inquietan, y hacen que no pueda pensar sino en aquello que tiene delante. Por donde las personas espirituales procuran traer la vista tan recogida, que no solamente no quieren poner los ojos en las cosas que les pueden empecer, mas aun se guardan de mirar la hermosura de los edificios, y las imágines de las ricas tapicerías y cosas semejantes, para tener mas desnuda y limpia la imaginacion al tiempo que han de tratar con Dios; porque tal es y tan delicado este ejercicio, que no solo se impide con los pecados, sino tambien con las representaciones de las imágines y figuras de las cosas, puesto caso que no sean malas.

En los oídos tambien conviene poner el mesmo cobro que en los ojos; porque por estas puertas entran muchas cosas en nuestra ánima que la inquietan, distraen y ensucian. Y no solo nos debemos guardar de oir palabras perjudiciales (como ya dijimos), sino tambien nuevas de cosas que pasan por el mundo, que no nos tocan; porque los que destas cosas no se guardan, despues lo vienen á pagar al tiempo del recogimiento, donde se les ponen delante las imágines de las cosas que oyeron; las cuales de tal manera ocupan sus corazones, que no les dejan puramente pensar en Dios.

Del sentido del oler no hay que decir; porque traer olores, ó ser amigo dellos (demas de ser una cosa muy lasciva y sensual), es cosa infame, y no de hombres, sino de mujeres, y aun no de buenas mujeres.

Del gusto habia mas que decir; pero desto ya se trató en el párrafo precedente, donde hablamos de la virtud de la abstinencia.

§. IV.

De la guarda de la lengua.

De la lengua hay mucho que decir, pues dijo el Sabio (*a*): La muerte y la vida están en manos de la lengua. En las cuales palabras dió á entender que todo el bien y mal del hombre consistia en la buena ó mala guarda deste órgano. Y no ménos encareció este negocio el apóstol Sanctiago, cuando dijo (*b*): Que así como los navíos grandes se rigen con un pequeño gobernalle, y los caballos poderosos con un pequeño freno, así quien quiera que trajere muy bien gobernada su lengua, será poderoso para enfrenar y poner en órden todo lo demas de la vida. Pues para el buen gobierno desta parte conviene que todas las veces que habláremos, tengamos atencion á cuatro cosas: conviene saber, á lo que se dice, y á la manera en que se dice; al tiempo en que se dice, y al fin con que se dice.

Y primeramente en lo que se dice (que es la materia de que hablamos) conviene guardar aquello que el Apóstol aconseja, diciendo (*c*): Toda palabra mala no salga por vuestra boca, sino la que fuere buena y provechosa para edificar los oyentes. Y en otro lugar especificando mas las palabras malas, dice (*d*): Palabras torpes, y locas, y chocarrerías, ó truhanerías que no convienen para la gravedad de nuestro instituto, no se nombren entre vosotros. Por donde así como dicen que los sabios marineros tienen marcados en la carta de marear todos los bajos en que las naos podrian peligrar, para guardarse dellos; así el siervo de Dios debe tambien tener señaladas todas estas especies de palabras malas, de que siempre se debe guardar, para no peligrar en ellas. Y no ménos debes ser fiel en el secreto que te encomendaron, y tener por otra roca no ménos peligrosa que las pasadas, descubrir el negocio que de tí se confió.

En el modo del hablar conviene mirar que no hablemos ni con demasiada blandura, ni con demasiada desenvoltura, ni apresuradamente, ni curiosa y polidamente; sino con gravedad, con reposo, con mansedumbre, con llaneza, y simplicidad. A este modo pertenesce tambien no ser el hombre porfiado, y cabezudo, y amigo de salir con la suya; porque muchas veces por aquí se pierde la paz de la conciencia, y aun la caridad, y la paciencia, y los amigos. De largos y generosos corazones es dejarse vencer en semejantes contiendas; y de prudentes y discretos varones cumplir aquello que nos aconseja el Sabio, diciendo (*e*): En muchas cosas conviene que te hayas como hombre que no sabe, y oye callando, y preguntando á los que saben.

Lo tercero conviene mirar demas del modo, que digamos tambien las cosas en su tiempo; porque, como dice el Sabio (*f*): De la boca del loco no es bien recebida la palabra sentenciosa; porque no la dice en su tiempo. Lo último despues de todo esto, conviene mirar el fin y la intencion que tenemos cuando hablamos; porque unos hablan cosas buenas por parescer discretos, otros por venderse por agudos y bien hablados: de lo cual lo uno es hipocresía y fingimiento, y lo otro vanidad y locura. Y por esto conviene mirar que no solo sean las palabras buenas, sino tambien el fin sea bueno: pretendiendo siempre con purísima intencion la gloria de solo Dios, y el provecho de nuestros prójimos.

Tambien conviene despues de todo esto, mirar quién habla: porque hablar mozos donde están viejos, y simples donde están sabios, y seglares en presencia de sacerdotes y religiosos; y finalmente donde quiera que no se recibirá bien lo que se dice, ó parecerá presumpcion decirse, es muy loable y necesaria cosa callar.

Todos estos puntos y acentos ha de mirar el que habla, para que no yerre. Y porque no es de todos mirar todas estas circunstancias, por eso es gran remedio acogerse al puerto del silencio, donde con solo cuidado y atencion de callar cumple el hombre con todas estas observancias y obligaciones. Por lo cual dijo el Sabio (*g*): Que aun el loco si callase, sería tenido por sabio; y si cerrase sus labios, á muchos paresceria discreto.

§. V.

De la mortificacion de las pasiones.

Concertando desta manera el cuerpo con todos sus sentidos, quédanos agora la mayor parte deste negocio, que es el concierto del ánima con todas sus potencias. Donde primeramente se nos ofrece el apetito sensitivo, que comprehende todos los afectos y movimientos naturales, como son amor, odio, alegría, tristeza, deseo, temor, esperanza, ira, y otros semejantes afectos.

Este apetito es la mas baja parte de nuestra ánima, y por consiguiente la que mas nos hace semejantes á bes-

(*a*) Prov. 18. (*b*) Iacob. 3. (*c*) Ephes. 4. (*d*) Ephes. 5.

(*e*) Eccles. 32. (*f*) Eccles. 20. (*g*) Prov. 17.

tus, las cuales en todo y por todo se rigen por estos apetitos y afectos. Esta es la que mas nos acevila y abate á la tierra, y mas nos aparta de las cosas del cielo. Esta es la fuente y el veneno de todos cuantos males hay en el mundo, y la que es causa de nuestra perdicion; porque, como dice Sant Bernardo (*a*), cese la propria voluntad (que son los deseos deste apetito), y no habrá para quien sea el infierno. Aquí principalmente está todo el almacen, y toda la municion del pecado; porque de aquí toma fuerzas y armas, y aquí toma todos sus filos y aceros para herirnos mas agudamente. Esta es otra nuestra Eva (que es la parte mas flaca y mas mal inclinada de nuestra ánima), por la cual aquella antigua serpiente acomete á nuestro Adam (*b*), que es la parte superior della, donde está el entendimiento y la voluntad, para que quiera poner los ojos en el árbol vedado. Esta es donde mas se descubren y señalan las fuerzas del pecado original, y donde mas poderosamente empleó toda la fuerza de su ponzoña. Aquí son las batallas, aquí las caídas, aquí las victorias, aquí las coronas: quiero decir, que aquí son las caídas de los flacos, aquí las victorias de los esforzados, y aquí las coronas de los vencedores, y aquí finalmente toda la milicia y ejercicio de la virtud; porque en domar estas fieras, y enfrenar estas bestias bravas, consiste una muy gran parte del ejercicio de las virtudes morales.

Esta es la viña que habemos siempre de cavar; esta la huerta que habemos de escardar; estas las malas plantas que habemos de arrancar, para plantar en su lugar las de las virtudes.

Pues segun esto el principal ejercicio del siervo de Dios es andar siempre por esta huerta con un escardillo en la mano, entresacando las malas yerbas de las buenas: ó por otra comparacion, estar siempre como el gobernador de un carro sobre estas pasiones para reprimirlas, y regirlas, y enderezarlas; unas veces aflojando las riendas, otras recogiéndolas, para que no vayan al paso que ellas quisieren, sino al que quiere la ley de la razon.

Este es el ejercicio principal de los hijos de Dios, los cuales no se rigen ya por afectos de carne ni sangre, sino por el espíritu de Dios. En esto se diferencian los hombres carnales de los espirituales: que los unos á manera de bestias brutas se mueven por estos afectos, y los otros por espíritu de Dios y por razon. Esta es aquella mortificacion y aquella mirra tan alabada en las Escripturas sagradas.

Esta es la muerte y la sepultura á que tantas veces nos convida el Apóstol (*c*). Esta es la Cruz y el negamiento de sí mesmo que nos predica el Evangelio (*d*). Esto el hacer juicio y justicia, que tantas veces nos repiten los salmos y profetas (*e*). Y por esto aquí principalmente conviene emplear todos nuestros trabajos, nuestras fuerzas, nuestras oraciones y ejercicios.

Y particularmente conviene que cada uno tenga muy bien entendida su natural condicion, y sus inclinaciones, y allí tenga siempre mayor recaudo donde sintiere mayor peligro. Y aunque hayamos de tener siempre guerra con todos nuestros apetitos, pero especialmente la conviene tener con los deseos de honra, de deleites, y de bienes temporales, porque estas son las tres principales fuentes y raíces de todos los males. Miremos tambien no seamos apetitosos: esto es, muy amigos de que se haga siempre nuestra voluntad, y se cumplan todos nuestros apetitos; que es un vicio muy aparejado para grandes desasosiegos y caídas, muy familiar á grandes señores, y á todas las personas criadas y habituadas en hacer su voluntad. Para lo cual muchas veces aprovechará ejercitarnos en cosas contrarias á nuestros apetitos, y negar nuestra propria voluntad aun en las cosas lícitas; para que así estémos mas diestros y fáciles para negarla en las ilícitas. Porque no ménos se requieren estos ensayes y ejercicios para ser diestros en las armas espirituales, que en las carnales; sino tanto mas, cuanto es mayor victoria vencer á sí, y vencer demonios, que vencer todo lo demas. Debemos tambien ejercitarnos en oficios humildes y bajos, sin tener cuenta con el decir de las gentes: pues tan poco es lo que el mundo puede dar ni quitar al que tiene á Dios por su tesoro y heredad.

§. VI.

De la reformacion de la voluntad

Para alcanzar esta mortificacion susodicha, ayuda en grande manera la reformacion y ornamento de la voluntad superior (que es el apetito racional); la cual habemos de adornar con estos tres sanctos afectos (entre otros muchos) que para esto sirven: que son, humildad de corazon, pobreza de espíritu, y odio sancto de sí mesmo. Porque estas tres cosas hacen mas fácil el negocio de la mortificacion. La humildad es, como la difine Sant Bernardo (*f*), desprecio de sí mesmo, que nace del profundo y verdadero conocimiento de sí mesmo. A la cual virtud pertenesce desterrar del ánima todos los ramos é hijos de la soberbia, con todos los apetitos y deseos de honra, y ponerse en el mas bajo lugar de las criaturas, creyendo que cualquier otra criatura á quien nuestro Señor diese los aparejos para bien vivir que ha dado á él, los agradesceria mejor, y se aprovecharia mas dellos que él. Y no basta que tenga el hombre dentro de sí este reconocimiento y desprecio; sino que procure tratarse en lo de fuera lo mas llana y humildemente que le sea posible (segun la cualidad de su estado), haciendo poco caso de los juicios y voces del mundo que á esto contradijeren. Para lo cual conviene que todas nuestras cosas dén olor de pobreza, bajeza y humildad, subjectándonos por amor de Dios, no solo á los mayores é iguales, sino tambien á los menores. La segunda cosa que para esto se requiere, es pobreza de espíritu, que es un menosprecio voluntario de las cosas del mundo, y un contentamiento con la suerte que Dios nos dió (por muy pobre que sea), la cual corta de un golpe la raiz de todos los males, que es la cobdicia (*g*), y pone al hombre en tanta paz y sosiego de corazon, que osó decir della Séneca estas palabras: El que tiene cerrada la puerta á los deseos de su cobdicia, bien puede competir con Júpiter en la felicidad y bienaventuranza. Dando á entender que pues la felicidad del hombre es la hartura de los deseos de su corazon, quien ha llegado á tener sosegados estos deseos, ya ha llegado á la cumbre de la felicidad, ó á lo ménos tiene alcanzado gran parte della.

El tercero afecto es el odio sancto de sí mesmo, de que dice el Salvador (*h*): El que ama su vida, ese la destruye; y el que la aborresce, ese la guarda para la vida eterna. Lo cual no se entiende del mal odio (como el que tienen los hombres aborridos y desesperados), sino del

(*a*) De Resurrect. Dom. serm. 3. S. Thom. 1. 2. q. 77. art. 4. (*b*) 2. Cor. 11. (*c*) Rom. 8. etc. (*d*) Matth. 16. etc. (*e*) Psalm. 118. etc. Isai. 1. etc. Ierem. 22. etc. Ezech. 18. etc. Mich. 6.

(*f*) Serm. 4. de Adv. Dom. in med. Et sup. Cant. ser. 36. (*g*) 1. Tim. 6. (*h*) Ioan. 12.



que tuvieron los sanctos á su propria carne, como á quien les fué causa de muchos males, y siempre estorbo de muchos bienes: no tratándola conforme á su gusto y apetito, sino conforme á lo que pide la ley de la razon; la cual muchas veces quiere que la trayamos arrastrada, y maltratada, y hecha un estropajo del espíritu, para que á costa della se haga lo que conviene á él. Porque de otra manera vendrá á ser lo que dice el Sabio (*a*): El que cria regaladamente á su criado dende su niñez, despues le hallará rebelde y contumaz, cuando se quiera servir dél.

Por donde se nos amonesta en otro lugar que como á bestia mal domada le démos de palos y sofrenadas, y la tengamos presa con unas sueltas, y la hagamos trabajar; porque no esté ociosa, y así se haga soberbia y maliciosa. Pues este sancto odio señaladamente aprovecha para el negocio de la mortificacion (que es para mortificar y cortar todos nuestros malos deseos, aunque duela); porque de otra manera ¿cómo será posible herir de agudo, y sacar sangre, y dar gran golpe en cosa que mucho amamos? Porque el brazo y fortaleza de la mortificacion toma las fuerzas emprestadas, no solo del amor de Dios, sino tambien del odio sancto de sí mesmo; y con ellas tiene ánimo, no de piadoso, sino de severo zurujano, para cortar por do quiera que le pide la corrupcion de los miembros dañados, sin alguna piedad. Destas tres virtudes susodichas, que son humildad, pobreza de espíritu, y odio sancto de sí mesmo, y así tambien de la mortificacion de muchas pasiones, que se trató en el capítulo pasado, como de cosas mas principales en la vida espiritual, habia mucho mas que decir; pero esto quedará para otros lugares, donde estas materias se tratarán mas de propósito de lo que conviene á memorial.

§. VII.

De la reformacion de la imaginacion.

Despues destas dos potencias apetitivas hay otras dos (si se sufre decir) cognoscitivas, que son imaginacion y entendimiento; las cuales corresponden á las dos precedentes, para que cada cual de los dos apetitos susodichos tenga su guia, y su conocimiento proporcionado. Pues la imaginacion (que es la mas baja dellas), es una de las potencias de nuestra ánima que mas desmandadas quedaron por el pecado, y ménos subjectas á la razon. De donde nasce que muchas veces se nos va de casa, como esclavo fugitivo, sin licencia; y primero ha dado una vuelta al mundo que echemos de ver adonde está. Es tambien una potencia muy apetitosa y cobdiciosa de pensar todo cuanto se le pone delante, á manera de los perros golosos, que todo lo andan probando, y trastornando, y en todo quieren meter el hocico, y aunque á veces los azoten y echen á palos, siempre se vuelven al regosto. Es tambien una potencia muy libre y muy cerrera, como una bestia salvaje, que se anda de otero en otero, sin querer sufrir sueltas, ni cabestro, ni dueño que la gobierne.

Y demas de tener ella de suyo estas malas mañas, hay algunos que acrescientan su malicia con negligencia, tratándola como á un hijo regalado, al cual dejan discurrir por todas cuantas cosas quiere sin contradiccion: de donde nasce que despues cuando la quieren quietar en la consideracion de las cosas divinas, no les obedesce por el mal hábito que tiene cobrado. Por lo cual conviene que entendidas las malas mañas desta bestia, le acortemos los pasos, y la atemos á un pesebre (que es á la consideracion sola de las cosas buenas ó necesarias), poniéndole perpetuo silencio en lo demas. De suerte que así como atamos arriba la lengua para que no hablase sino palabras buenas ó necesarias (*b*), así tambien atemos la imaginacion á buenos y sanctos pensamientos, cerrando la puerta á todos los otros.

Para lo cual conviene que haya de nuestra parte grande discrecion y vigilancia para examinar cuales pensamientos debemos admitir, y cuales desechar; para que á los unos recibamos como á amigos, y á los otros desechemos como á enemigos. Porque los que en esto son desproveidos, muchas veces dejan entrar en su ánima cosas que le quitan no solamente la devocion y el fervor de la caridad, sino tambien la mesma caridad en que está la vida del ánima. Durmióse la portera del rey Isboseth (*c*), que estaba limpiando el trigo á la puerta de su recámara, y entraron dos ladrones famosos, y cortaron la cabeza al Rey. Desta manera pues cuando se duerme la discrecion, que tiene por oficio escoger y apartar la paja del grano (que es el buen pensamiento del malo), entran tales pensamientos en el ánima, que muchas veces le quitan la vida.

Y no solo para conservar esta vida, sino tambien para el silencio y recogimiento de la oracion vale mucho esta diligencia; porque así como la imaginacion inquieta y corredora no deja tener oracion sosegada, así la recogida y habituada á sanctos pensamientos fácilmente persevera y se quieta en ellos.

§. VIII.

De la reformacion del entendimiento.

Despues de todas estas partes y potencias del hombre, resta la mas alta y mas noble de todas, que es el entendimiento; el cual entre otras virtudes ha de ser adornado con aquella altísima y rarísima virtud de la prudencia y discrecion. Esta virtud en la vida espiritual es lo que los ojos en el cuerpo, lo que el piloto en el navío, lo que el rey en el reino, y lo que el gobernador en el carro, que tiene por oficio llevar las riendas en la mano, y guiarlo por donde ha de caminar. Sin esta virtud la vida espiritual sería toda ciega, desproveida, desconcertada, y llena de confusion. Por donde aquel bienaventurado padre Antonio (*d*) en un ayuntamiento que tuvo con otros santos monges (donde se trataba de la excelencia de las virtudes), vino á poner esta en altísimo lugar, como á guia y maestra de todas las otras. Por donde todos los amadores de la virtud deben señaladamente poner sus ojos en ella, para que así puedan aprovechar mas en todas las otras.

Esta virtud no tiene un oficio solo, sino muchos y diversos; porque no solo es virtud particular, sino tambien general, que entreviene en los ejercicios de todas las otras virtudes, dando órden en todo lo que conviene. Y segun este oficio general tratarémos aquí de algunos actos que á ella pertenescen. Porque primeramente á la prudencia pertenesce (presupuesta la fe y la caridad) enderezar todas nuestras obras á Dios, como á nuestro último fin, examinando sutilmente la intencion que tenemos en las obras que hacemos: para ver si buscamos puramente á Dios, ó si á nosotros; porque la naturaleza del amor proprio, como dice un doctor (*e*), es

(*a*) Prov. 29.

(*b*) Suprà §. 4. (*c*) 2. Reg. 4. (*d*) Cassian. 2. Collatione de discretione, c. 2. (*e*) *Thomas de Kempis*, lib. 3. de Contemptu mundi, c. 54.

muy sutil, y en todas las cosas busca á sí mesmo, aun en los muy altos ejercicios.

Prudencia es tambien saber tratar con los prójimos, para que les aprovechemos, y no escandalicemos. Para lo cual conviene prudentemente tomar el pulso á la condicion y espíritu de cada uno, y llevarlo por aquellos medios por donde pueda ser mejor encaminado.

Prudencia es tambien saber sufrir los defectos de los otros, y dar pasada á las flaquezas ajenas (*a*), y no querer descarnar las llagas hasta el hueso; acordándose que todas las cosas humanas están compuestas de acto y potencia, esto es, de perfecto é imperfecto, y que no puede dejar de haber infinitas imperfecciones y defectos en la vida, especialmente despues de aquella gran caída de la naturaleza por el pecado. De donde así como dijo Aristóteles que no era de hombre sabio pedir igual certidumbre y averiguacion en todas las materias (porque unas se pueden claramente averiguar y otras no); así tampoco es de hombre prudente pedir que todas las cosas humanas estén tan sentadas por nivel, que no haya mas que desear; porque unas pueden sufrir esto, y otras no. Y el que pusiese piés en pared por hacer violentamente lo contrario, por ventura causaria mas daño con los medios que para esto tomase, que provecho con el fin que pretendiese, aunque saliese con él.

Prudencia es tambien conoscer el hombre á sí mesmo, y tener muy bien entendido todo lo que hay de sus puertas á dentro: conviene á saber, todos sus resabios, siniestros apetitos, y malas inclinaciones, y finalmente, su poco saber, y poca virtud; para que no presuma de sí vanamente, y para que mejor entienda con qué género de enemigos ha de tener guerra continua, hasta acabar de echarlos fuera de la tierra de promision (que es su ánima), y con cuánta solicitud y atencion le conviene velar sobre esto.

Prudencia es tambien saber gobernar la lengua conforme á las leyes y circunstancias que arriba dijimos (*b*), y entender muy bien lo que se debe hablar, y lo que se debe callar, y el tiempo de lo uno y de lo otro; porque (como dice Salomon) hay tiempo de hablar, y tiempo tambien de callar; pues nos consta que en la mesa, y en los convites, y en otras cosas semejantes, con mayor alabanza calla el sabio, que habla.

Prudencia es no fiarse de todos, ni derramar luego todo su espíritu con el calor de la plática, ni decir luego todo lo que el hombre siente de las cosas; pues como dice el Sabio (*c*): Todo su espíritu derrama el necio; mas el sabio detiénese, y guarda las cosas para adelante. Mas el que se fia de quien no se debe fiar, siempre vivirá en peligro, y será perpetuo esclavo de quien se fió.

Prudencia es saber el hombre repararse ántes de los peligros, y sangrarse en sanidad, y oler dende léjos la guerra que se puede levantar en tales y tales negocios, y repararse primero con oraciones y consideraciones para lo que podrá suceder. Este aviso es del Ecclesiástico, que dice (*d*): Antes que venga la enfermedad apareja la medicina. Por lo cual cuando fueres á fiestas, á convites, ó á tratar con hombres rijosos, y mal acondicionados, ó á lugares donde se puede ofrecer alguna ocasion, ó peligro, siempre debes ir proveido, y reparado para lo que podria suceder.

Prudencia es tambien saber tratar el cuerpo con discrecion y templanza (*e*); para que ni lo regalemos, ni lo matemos: ni le quitemos lo necesario, ni le démos lo superfluo, trayéndolo castigado, y no casi muerto; para que ni nos falte en el camino por flaqueza, ni derribe al que va encima con la hartura y abundancia.

Prudencia es tambien y muy grande saber tomar las ocupaciones (por honestas que sean) con templanza; para que no ahoguemos el espíritu con el demasiado trabajo, á quien todas las cosas (como dice Sant Francisco en su Regla) deben servir; y para que de tal manera nos entreguemos á las cosas exteriores, que no perdamos las interiores; y así entendamos en los ejercicios del amor del prójimo, que no perdamos las del amor divino. Porque si los apóstoles (*f*), que tanto espíritu y suficiencia tenian para todo, se desembarazaron de algunas cosas menores por no faltar en las mayores, nadie debe presumir tanto de sus fuerzas, que piense bastar para todo; pues es cierto que por la mayor parte aprieta poco quien abarca mucho.

Prudencia es tambien entender las artes y celadas del enemigo, sus entradas, y sus salidas, y sus reveses; y no creer á todo espíritu (*g*), ni dejarse vencer de cualquier figura de bien; pues muchas veces Satanas se transfigura en ángel de luz (*h*), y trabaja por engañar siempre á los buenos con especie de bien. Y por esto de ningun peligro nos debemos mas recatar, que de aquel que viene con máscara de virtud. A lo ménos es cierto que á los muy determinados en el bien, comunmente acomete el demonio por esta via.

Prudencia es tambien saber temer, y saber acometer; saber cuándo es ganancia perder, y cuándo es pérdida ganar; y sobre todo, saber despreciar los juicios y pareceres del mundo, y el decir de las gentes, y los ladridos de los guzques que nunca cesan de ladrar sin propósito; acordándose que está escripto (*i*): Si hiciese caso de agradar á los hombres, no me tendria por siervo de Cristo. A lo ménos esto es cierto, que ninguna mayor locura puede hacer un hombre, que regirse por una bestia de tantas cabezas como es el vulgo, que ningun tiento ni consideracion tiene en lo que dice. Bien es no escandalizar á nadie, y temer donde hay razon de temer, y bien es no moverse á todos vientos. Pues hallar medio entre estos extremos, oficio es de prudencia singular.

§. IX.

De la prudencia en los negocios.

No ménos se requiere prudencia para acertar en los negocios, y no caer en yerros, que despues no se puedan curar sin grandes inconvenientes, con que muchas veces se pierde la paz de la consciencia, y se perturba la órden de la vida. Para lo cual podrán algun tanto aprovechar los avisos siguientes.

El primero de los cuales es del Sabio, que dice (*k*): Tus ojos estén siempre atentos á la rectitud, y tus párpados miren primero los pasos que has de dar. Donde nos aconseja que no nos arrojemos inconsideradamente á las cosas que se han de hacer; sino que ante toda obra preceda maduro consejo y deliberacion. Para lo cual hallo ser cinco cosas necesarias. La primera encomendar á nuestro Señor los negocios. La segunda pensarlos

(*a*) Ad Gal. 6. Vide S. Thom. 2. 2. q. 33. art. 4 ad. 5. (*b*) Sup. §. 4.
(*c*) Prov. 29. (*d*) Eccli. 19.

(*e*) Vide S. Thom. 2. 2, q. 168. art. 2. (*f*) Act. 6. (*g*) 1. Ioan. 4.
(*h*) 2. Cor. 11. (*i*) Gal. 1. (*k*) Prov. 4.



primero muy bien pensados, con toda atencion y discrecion, mirando no solamente la sustancia de la obra, sino tambien todas las circunstancias della; porque una sola que falte, basta para condenacion de todo lo que se hace. Porque aunque sea muy acabada la obra, y muy bien circunstancionada, solo hacerse sin tiempo basta para poner mácula en ella. La tercera tomar consejo, y tratar con otros lo que se ha de hacer; mas estos sean pocos, y muy escogidos; porque aunque es provechoso oir los paresceres de todos para ventilar la causa, pero la determinacion ha de ser de pocos, para no errar en la sentencia. La cuarta y muy necesaria es dar tiempo á la deliberacion, y dejar madurar el consejo por algunos dias; porque así como se conocen mejor las personas con la comunicacion de muchos dias, así tambien lo hacen los consejos. Muchas veces una persona á las primeras entradas parece uno, y despues descubre otro; y así lo hacen á veces los consejos y determinaciones; que lo que á los principios agradaba, despues de bien considerado viene á desagradar. La quinta cosa es guardarse de cuatro madrastras que tiene la virtud de la prudencia, que son: precipitacion, pasion, obstinacion en el proprio parecer, y repunta de vanidad. Porque la precipitacion no delibera, la pasion ciega, la obstinacion cierra la puerta al buen consejo, y la vanidad (do quiera que entreviene) todo lo tizna.

A esta mesma virtud pertenesce huir siempre los extremos, y ponerse en el medio; porque la virtud y la verdad huyen siempre de los extremos, y ponen su silla en este lugar. Por donde ni todo lo condenes, ni todo lo justifiques; ni todo lo niegues, ni todo lo concedas; ni todo lo creas, ni todo lo dejes de creer; ni por la culpa de pocos condenes á muchos, ni por la sanctidad de algunos apruebes á todos: sino en todo mira siempre el fiel de la razon, y no te dejes llevar del ímpetu de la pasion á los extremos.

Regla es tambien de prudencia no mirar á la antigüedad y novedad de las cosas para aprobarlas ó condenarlas; porque muchas cosas hay muy acostumbradas y muy malas, y otras hay muy nuevas y muy buenas, y ni la vejez es parte para justificar lo malo, ni la novedad lo debe ser para condenar lo bueno (*a*): sino en todo y por todo hinca los ojos en los méritos de las cosas, y no en los años. Porque el vicio ninguna cosa gana por ser antiguo, sino ser mas incurable; y la virtud ninguna cosa pierde por ser nueva, sino ser ménos conocida.

Regla es tambien de prudencia no engañarse con la figura y aparencia de las cosas, para arrojarse luego á dar sentencia sobre ellas; porque ni es oro todo lo que reluce, ni bueno todo lo que parece bien; y muchas veces debajo de la miel hay hiel, y debajo de las flores espinas. Acuérdate que dice Aristóteles que algunas veces tiene la mentira mas aparencia de verdad que la mesma verdad; y así tambien podrá acaescer que el mal tenga mas aparencia de bien que el mesmo bien.

Sobre todo esto debes asentar en tu corazon que así como la gravedad y peso en las cosas es compañera de la prudencia, así la facilidad y liviandad lo es de la locura. Por lo cual debes estar muy avisado, no seas fácil en estas seis cosas, conviene saber:

1. En creer.
2. En conceder.
3. En prometer.
4. En determinar.
5. En conversar livianamente con los hombres.
6. Y mucho ménos en la ira.

Porque en todas estas cosas hay conocido peligro en ser el hombre fácil y lijero para ellas. Porque creer lijeramente es liviandad de corazon; prometer fácilmente es perder la libertad; conceder fácilmente es tener de qué arrepentirse; determinarse fácilmente es ponerse á peligro de errar, como hizo David en la causa de Miphiboseth (*b*); facilidad en la conversacion es causa de menosprecio, y facilidad en la ira es manifiesto indicio de locura. Porque escripto está (*c*) que el hombre que sabe sufrir, sabrá gobernar su vida con mucha prudencia; mas el que no sabe sufrir no podrá dejar de hacer grandes locuras.

(*a*) Prov. 14.

§. X.

De algunos medios por donde se alcanza esta virtud.

Para alcanzar esta virtud (entre otros medios) aprovecha mucho la experiencia de los yerros pasados, y tambien de los acertamientos y buenos succesos, así proprios como ajenos; porque de aquí se toman ordinariamente muchos avisos y reglas de prudencia. Y por la mesma razon se dice que la memoria de lo pasado es muy familiar ayudadora y maestra de la prudencia, y que el dia presente es dicípulo del pasado, pues, como dice Salomon (*d*), lo que será es lo que fué; y lo que fué, es lo que será. Y por esto por lo pasado podrémos juzgar lo presente, y por lo presente lo pasado.

Mas sobre todo ayuda para alcanzar esta virtud la profunda y verdadera humildad de corazon, así como lo que mas la impide es la soberbia; porque escripto está que donde está la humildad, ahí está la sabiduría (*e*). Y demas desto todas las escripturas claman que Dios enseña á los humildes, y que es maestro de los pequeñuelos, y que á ellos comunica sus secretos (*f*). Mas con todo esto no ha de ser tal la humildad que se rinda á cualesquier pareceres, y se deje llevar de todos vientos; porque esta ya no sería humildad, sino instabilidad y flaqueza de corazon. En lo cual quiso proveer el Sabio, cuando dijo (*g*): No quieras ser humilde en tu sabiduría: dando á entender que en las verdades que tiene el hombre con justos y católicos fundamentos asentadas, ha de ser constante, y no se ha de mover á lumbre de pajas (como hacen algunos flacos), ni dejarse llevar de cualesquier pareceres.

Lo último que ayuda á alcanzar esta virtud es la humilde y devota oracion; porque como uno de los principales oficios del Espíritu Sancto sea alumbrar el entendimiento con el don de la ciencia, sabiduría, consejo y entendimiento, cuanto el hombre con mayor devocion y humildad se presentare delante dél con corazon de dicípulo y de niño, tanto será mas claramente enseñado, y lleno destos dones celestiales.

Mucho nos habemos alargado en tratar desta virtud; porque como ella sea la guia de todas las otras, era necesario procurar que la guia no fuese ciega; porque no quedase á escuras y sin ojos todo el cuerpo de las virtudes. Y porque todo esto sirve para justificar y ordenar el hombre para consigo mesmo (que es la primera parte de justicia que arriba pusimos), será bien que digamos ya de la segunda, qué nos ordena para con el prójimo.

(*b*) 2. Reg. 9. (*c*) Prov. 14 (*d*) Eccles. 1. (*e*) Prov. 11. (*f*) Psal. & Matth. 11. 1. Petr. 5. Iacobi 4. (*g*) Eccli. 15.

CAPITULO XVI.

De lo que el hombre debe hacer para con el prójimo.

La segunda parte de justicia es hacer el hombre lo que debe para con sus prójimos (*a*): que es usar con ellos de aquella caridad y misericordia que Dios nos manda. Que tan principal sea esta parte, y cuánto nos sea encomendada en las Escrituras divinas (que son los maestros y adalides de nuestra vida), no lo podrá creer sino quien las hubiere leido. Lee los Profetas, lee los Evangelios, lee las Epístolas sagradas, y verás tan encarescido este negocio, que te pondrá admiracion. En Isaías (*b*) pone Dios una muy principal parte de justicia en la caridad, y buen tratamiento de los prójimos. Y así cuando los judíos se quejaban, diciendo: ¿Por qué, Señor, ayunamos, y no miraste nuestros ayunos; afligimos nuestras ánimas, y no heciste caso dello? respondeles Dios: Porque en el dia del ayuno vivis á vuestra voluntad, y no á la mia; y apretais, y fatigais á todos vuestros deudores. Ayunais; mas no de pleitos, y contiendas, ni de hacer mal á vuestro prójimo. No es pues ese el ayuno que me agrada, sino este: Rompe las escripturas y contratos usurarios; quita de encima de los pobres las cargas con que los tienes opresos; deja en su libertad á los afligidos y necesitados, y sácalos del yugo que tienes puestos sobre ellos; de un pan que tuvieres parte el medio con el pobre, y acoge á los necesitados y peregrinos en tu casa. Y cuando esto hicieres, y abrieres tus entrañas al necesitado, y le socorrieres, y dieres hartura, entónces te haré tales y tales bienes: los cuales prosigue muy copiosamente, hasta el fin deste capítulo. Ves aquí pues, hermano, en qué puso Dios una gran parte de la verdadera justicia, y cuán piadosamente quiso que nos hubiésemos con nuestros prójimos en esta parte.

Pues ¿qué diré del apóstol Sant Pablo (*c*)? ¿En cuál de sus Epístolas no es esta la mayor de sus encomiendas? ¡Qué alabanzas predica de la caridad, cuánto la engrandesce, cuán por menudo cuenta todas sus excelencias, cómo la antepone á todas las otras virtudes, diciendo que ella es el mas excelente camino que hay para ir á Dios! Y no contento con esto, en un lugar dice (*d*) que la caridad es vínculo de perfeccion; en otro dice (*e*) que es fin de todos los mandamientos; en otro (*f*) que el que ama á su prójimo tiene cumplida la ley. Pues ¿qué mayores alabanzas se podian esperar de una virtud que estas? ¿Cuál es el hombre deseoso de saber con qué género de obras agradará á Dios, que no quede admirado y enamorado de esta virtud, y determinado de ordenar y enderezar todas sus obras á ella?

Pues aun queda sobre todo esto la Canónica de aquel tan grande amado y amador de Cristo Sant Joan Evangelista, en la cual ninguna cosa mas repite, ni mas encarece, ni mas encomienda que esta virtud. Y lo que hace en esta Epístola, eso mesmo dice su historia que hacia toda la vida (*g*). Y preguntado ¿por que tantas veces repetía esta sentencia? respondió que porque si esta debidamente se cumpliese, bastaba para nuestra salud.

(*a*) Matth. 5. (*b*) Isai. 58. (*c*) 1. Cor. 13. Rom. 12. (*d*) Colos. 3. (*e*) 1 Tim. 1. (*f*) Rom. 13. Galat. 5. (*g*) Refiere esto Sanct. Hier. c. 5. [illegible] ad Galatas.

§. I.

De los oficios de la caridad.

Segun esto el que de veras desea acertar á contentar á Dios, entienda que una de las cosas mas principales que para esto sirven, es el cumplimiento deste mandamiento de amor: con tanto que este amor no sea desnudo y seco, sino acompañado de todos los efectos y obras que del verdadero amor se suelen seguir; porque de otra manera no meresceria el nombre de amor, como lo significó el mesmo Evangelista, cuando dijo (*h*): Si alguno tuviere de los bienes deste mundo, y viendo á su prójimo en necesidad no le socorre; ¿cómo está la caridad de Dios en él? Hijuelos, no amemos con solas palabras; sino con obras y con verdad. Segun esto debajo deste nombre de amor (entre otras muchas obras) se encierran señaladamente estas seis: conviene saber, amar, aconsejar, socorrer, sufrir, perdonar, y edificar. Las cuales obras tienen tal conexion con la caridad, que el que mas tuviere dellas, tendrá mas caridad; y el que ménos, ménos. Porque algunos dicen que aman, y no pasa mas adelante este amor. Otros aman, y ayudan con avisos y buenos consejos; mas no echarán mano á la bolsa, ni abrirán el arca para socorrernos. Otros aman, y avisan, y socorren con lo que tienen; mas no sufren con paciencia las injurias, ni las flaquezas ajenas, ni cumplen con aquel consejo del Apóstol, que dice (*i*): Llevad cada uno la carga del otro, y así cumpliréis la ley de Cristo. Otros hay que sufren las injurias con paciencia, y no las perdonan con misericordia; y aunque dentro del corazon no tienen odio, no quieren mostrar buena cara en lo de fuera. Estos aunque aciertan en lo primero, todavía desfallescen en lo segundo, y no llegan á la perfeccion desta virtud. Otros hay que tienen todo esto; mas no edifican á sus prójimos con palabras y ejemplos: que es uno de los mas altos oficios de la caridad. Pues segun esta órden podrá cada uno examinar cuánto tiene y cuánto le falta de la perfeccion desta virtud. Porque el que ama, podemos decir que está en el primer grado de caridad; el que ama y aconseja, en el segundo; el que ayuda, en el tercero; el que sufre, en el cuarto; el que perdona y sufre, en el quinto; y el que sobre todo esto edifica con sus palabras y buena vida, que es oficio de varones perfectos y apostólicos, en el postrero.

Estos son los actos positivos ó afirmativos que encierra en sí la caridad: en que se declara lo que debemos hacer con el prójimo. Hay otros negativos, donde se declara lo que no debemos hacer, que son: No juzgar á nadie; no decir mal de nadie; no tocar en la hacienda, ni en la honra, ni en la mujer de nadie; no escandalizar con palabras injuriosas, ni descorteses, ni desentonadas á nadie, y mucho ménos con malos ejemplos y consejos. Quien quiera que esto hiciere, cumplirá enteramente con todo lo que nos pide la perfeccion deste divino mandamiento.

Y si de todo esto quieres tener particular memoria, y comprehenderlo en una palabra, trabaja por tener (como ya dijimos) para con el prójimo corazon de madre, y así podrás cumplir enteramente con todo lo susodicho. Mira de la manera que una buena y cuerda madre ama á su hijo: cómo le avisa en sus peligros, cómo le acude en sus necesidades, cómo lleva todas sus faltas, unas veces sufriéndolas con paciencia, otras castigándolas con justicia, otras disimulándolas y tapándolas con prudencia;

(*h*) 1. Ioan. 3. (*i*) Galat. 6.

porque de todas estas virtudes se sirve la caridad, como reina y madre de las virtudes. Mira cómo se goza de sus bienes; cómo le pesa de sus males; cómo los tiene y los siente por suyos proprios; cuán grande celo tiene de su honra y de su provecho; con qué devocion ruega siempre á Dios por él, y finalmente cuánto mas cuidado tiene dél que de sí mesma, y cómo es cruel para sí, por ser piadosa para con él. Y si tú pudieres arribar á tener esta manera de corazon para con el prójimo, habrás llegado á la perfeccion de la caridad, y ya que no puedas llegar aquí, á lo ménos esto debes tener por blanco de tu deseo, y á esto debes siempre enderezar tu vida; porque miéntras mas alto pretendieres subir, ménos bajo quedarás.

Y si me preguntas, ¿cómo podré yo llegar á tener esa manera de corazon para con un extraño? A esto respondo que no has de mirar tú al prójimo como á extraño, sino como á imágen de Dios, como á obra de sus manos, como á hijo suyo, y como á miembro vivo de Cristo; pues tantas veces nos predica Sant Pablo que todos somos miembros de Cristo (*a*), y que por esto pecar contra el prójimo es pecar contra Cristo; y hacer bien al prójimo es hacer bien á Cristo (*b*). De suerte que no has de mirar al prójimo como á hombre, ni como á tal hombre; sino como al mesmo Cristo, ó como á miembro vivo deste Señor; y dado que no lo sea cuanto á la materia del cuerpo, ¿qué hace eso al caso, pues lo es cuanto á la participacion de su espíritu, y cuanto á la grandeza del galardon; pues él dice, que así pagará este beneficio, como si él lo recibiera?

Considera tambien todas aquellas encomiendas y encarecimientos que arriba pusimos dé la excelencia desta virtud, y de lo mucho que por el mesmo Señor nos es encomendada; porque si hay en tí deseo vivo de agradar á Dios, no podrás dejar de procurar con summa diligencia una cosa que tanto le agrada. Mira tambien el amor que tienen entre sí parientes con parientes, solo por comunicar en un poco de carne y de sangre, y avergüénzate que no pueda mas en tí la gracia que la naturaleza, y la union del espíritu que la de la carne. Si dices que ahí se halla union y participacion en una mesma raiz, y en una mesma sangre, que es comun á entrambos; mira cuánto mas nobles son las uniones que el Apóstol pone entre los fieles (*c*); pues todos tienen un padre, una madre, un señor, un baptismo, una fe, una esperanza, un mantenimiento, y un mesmo espíritu que les da vida. Todos tienen un padre, que es Dios; una madre, que es la Iglesia; un señor, que es Cristo; una fe, que es una lumbre sobrenatural en que todos comunicamos, y nos diferenciamos de todas otras gentes; una esperanza, que es una mesma heredad de gloria, en la cual serémos todos una ánima y un corazon; un baptismo, donde todos fuímos adoptados por hijos de un mesmo padre, y hechos hermanos unos con otros; un mesmo mantenimiento, que es el sanctísimo Sacramento del cuerpo de Cristo, con que todos somos unidos y hechos una mesma cosa con él: así como de muchos granos de trigo se hace un pan, y de muchos granos de uvas un solo vino. Y sobre todo esto participamos un mesmo espíritu (que es el Espíritu Sancto), el cual mora en todas las ánimas de los fieles, ó por fe, ó por fe y gracia juntamente, y los anima y sustenta en esta vida. Pues si los miembros de un cuerpo (aunque tengan diversos oficios y figuras entre sí) se aman tanto, por ser todos animados con una mesma ánima racional (*d*); ¿cuánto mayor razon será que se amen los fieles entre sí, pues todos son animados con este espíritu Divino, que cuanto es mas noble, tanto es mas poderoso para causar mayor unidad en las cosas donde está? Pues si sola la unidad de carne y de sangre basta para causar tan grande amor entre parientes; ¿cuánto mas todas estas unidades y comunicaciones tan grandes?

Sobre todo esto pon los ojos en aquel único y singular ejemplo de amor que Cristo nos tuvo: el cual nos amó tan fuertemente, tan dulcemente, tan graciosamente, tan perseverantemente, y tan sin interese suyo, ni merescimiento nuestro; para que esforzado tú con este tan notable ejemplo, y obligado con tan grande beneficio, te dispongas segun tu posibilidad á amar al prójimo desta manera; para que así cumplas fielmente aquel mandamiento que este Señor te dejó tan encomendado á la salida deste mundo, cuando dijo (*e*): Este es mi mandamiento, que os ameis unos á otros, así como yo os amé. Quien demas de lo dicho quisiere saber qué tan grande sea la virtud de la limosna y misericordia para con el prójimo, y cuántas las excelencias della, lea un tratado que desta materia hallará escripto al fin de nuestro libro de la Oracion y Meditacion.

(*a*) Rom. 12. (*b*) 1. Cor. 8. (*c*) Ephes. 4.

(*d*) Rom. 12. 1. Corint. 12 (*e*) Ioan. 15.

CAPITULO XVII.

De lo que el hombre debe hacer para con Dios.

Dicho ya de lo que debemos hacer para con nosotros, y con nuestros prójimos, digamos agora de lo que debemos hacer para con Dios: que es la principal, y la mas alta parte de justicia que hay, á la cual sirven aquellas tres virtudes teologales, fe, esperanza, y caridad, que tienen por objecto á Dios; y la virtud que los teólogos llaman religion, que tiene por objecto el culto de Dios.

Pues con todas las obligaciones que debajo de todas estas virtudes se comprehenden, cumplirá el hombre enteramente, si llegare á tener para con Dios el corazon que tiene un buen hijo para con su padre. De suerte que así como cumple consigo quien para consigo tiene corazon de buen juez, y con el prójimo quien para con él tiene corazon de madre (como ya dijimos); así tambien en su manera cumplirá con Dios quien tuviere corazon de hijo para con él; pues uno de los principales oficios del espíritu de Cristo es darnos esta manera de corazon para con Dios.

Considera pues agora diligentemente el corazon que tiene un buen hijo para con su padre: qué amor le tiene, qué temor y reverencia, qué obediencia, qué celo de su honra, cuán sin interese le sirve, cuán confiadamente acude á él en todas sus necesidades, cuán humilmente sufre sus reprehensiones y castigos, con todo lo demas. Ten tú este mesmo corazon para con Dios, y habrás cumplido enteramente con esta parte de justicia.

Pues para tener este corazon, nueve virtudes principalmente me parescen necesarias: entre las cuales la primera y la mas principal es amor, la segunda temor y reverencia, la tercera confianza, la cuarta celo de la honra divina, la quinta pureza de intencion en las obras de su servicio, la sexta oracion y recurso á él en todas las necesidades, la séptima agradescimiento á sus beneficios, la octava obediencia y conformidad entera con su sancta voluntad, y la nona humildad y paciencia en todos los azotes y trabajos, que nos inviare.

§. I.

Segun esta órden la primera cosa y mas principal que debemos hacer, es amar á este Señor así como él lo manda: que es con todo corazon, con toda nuestra ánima, y con todas nuestras fuerzas (*a*). De suerte que todo cuanto hay en el hombre (cada cosa en su manera) ame y sirva á este Señor: el entendimiento, pensando en él; la voluntad, amándole; los afectos, inclinándose á lo que pide su amor; y las fuerzas de todos los miembros y sentidos, empleándose en ejecutar todo lo que ordenare este amor. Y porque desta materia hay un tratado entero en la segunda parte de nuestro Memorial de la Vida Cristiana, ahí podrá ver lo que quisiere della el estudioso lector.

La segunda cosa que despues deste sancto amor se requiere, es temor; el cual procede deste mesmo amor. Porque cuanto mas amais una persona, tanto mas temeis no solo perderla, sino tambien enojarla: como vemos que lo hace el buen hijo para con su padre, y la buena mujer para con su marido; que cuanto mas le quiere, tanto mas trabaja porque no haya en su casa cosa que le pueda dar pena. Este temor es guarda de la innocencia, y por esto conviene que esté muy profundamente arraigado en nuestra ánima, segun que lo pedia el profeta David, cuando decia (*b*): Traspasa, Señor, mis carnes con tu temor; porque de tus juicios temí. De manera que no se contentaba este sancto rey con tener el temor de Dios arraigado en su ánima, sino queria tambien tener traspasadas con él su carne y sus entrañas: para que este tan grande sentimiento le fuese como un clavo hincado en el corazon, que le sirviese de perpetuo memorial y despertador para no desmandarse en cosa con que ofendiese los ojos de quien así temia. Por lo cual con mucha razon se dice que el temor del Señor echa fuera el pecado (*c*); porque cuando se teme mucho la persona, natural cosa es temerse mucho la ofensa della.

A este mesmo temor pertenece temer no solo las malas obras, sino tambien las buenas, si por ventura no van tan puras y tan bien circunstancionadas como sería razon: por donde lo que de su naturaleza es bueno, por culpa nuestra deje de serlo. Por lo cual dice Sant Gregorio (*d*) que de buenas ánimas es temer culpa donde culpa no es; como muestra que la tenia el sancto Job, cuando decia (*e*): Temia yo, Señor, todas las obras que hacia, sabiendo que no disimulas el castigo de lo mal hecho. A este mesmo temor pertenesce que cuando estuviéremos en los oficios divinos, y en las iglesias (mayormente donde está el sanctísimo Sacramento), estémos allí, no parlando, ni paseando, ni derramando los ojos á diversas partes (como hacen muchos); sino con grande temor y acatamiento de aquella imperial Majestad ante quien estamos, la cual por una especial manera asiste en aquel lugar. Estas y otras cosas tales pertenescen á este sancto temor. Y si me preguntares cómo este sancto afecto se cria en nuestras ánimas, á esto digo que la principal raiz de do procede, es el amor de Dios, como arriba tocamos (*f*), despues de lo cual tambien sirve en su manera para esto el temor servil, que es principio del filial, y así lo introduce en el ánima, como la seda al hilo con que se cose el zapato. Y demas desto ayuda mucho á criar y acrescentar este sancto afecto la consideracion destas cuatro cosas: conviene saber, la alteza de la divina Majestad, la profundidad de sus juicios, la grandeza de su justicia, la muchedumbre de nuestros pecados; y especialmente la resistencia que hacemos á las inspiraciones divinas. Por lo cual será bien algunas veces ocupar nuestro corazon en la consideracion destas cuatro cosas; porque ella es la que sirve para criar y fomentar en nuestras ánimas este sancto afecto: de lo cual tratamos mas á la larga en el capítulo veinte y ocho del libro pasado.

(*a*) Deut. 6. Matth. 22. (*b*) Psalm. 118. (*c*) Eccl. 1. (*d*) 9. Mor. c. 15. et 17. Et habetur in c. Consuluit. de observantia jejuniorum. (*e*) Iob. 9. (*f*) Al principio deste §.

§. II.

La tercera virtud que para esto nos sirve, es la confianza: esto es, que así como un hijo en todas las tribulaciones y necesidades que se le ofrescen (si tiene el padre rico y poderoso) está muy confiado que no le ha de faltar el socorro y providencia de su padre, así el hombre ha de tener en esta parte un corazon tan de hijo para con Dios, que considerando cómo tiene por padre aquel en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra, esté confiado en todas las tribulaciones que se le ofrescieren, que volviéndose á él, y confiando en su misericordia, le sacará de aquel trabajo, ó lo enderezará para mayor bien y provecho suyo. Porque si esta manera de confianza tiene un hijo en su padre, y con ella duerme seguro, ¿cuánto mas se debe tener en aquel que es mas padre que todos los padres, y mas rico que todos los ricos? Y si dijeres que la falta de servicios y merescimientos, y la muchedumbre de los pecados de la vida pasada te hace desmayar; el remedio es no mirar por entónces á esto, sino mirar á Dios, y mirar á su Hijo, nuestro único Salvador y medianero, para cobrar esfuerzo en él. De donde así como los que pasan un rio impetuoso (cuando se les desvanece la cabeza con la fuerza de la corriente) les damos voces, y decimos que no miren las aguas que desvanecen, sino que alcen los ojos á lo alto, y caminarán seguros; así tambien se debe aconsejar á los flacos en esta parte, avisándoles que no miren por entónces á sí, ni á sus pecados pasados. Pues dirás: ¿A qué debo mirar para cobrar esa manera de esfuerzo y confianza? A esto te respondo que mires primeramente aquella inmensa bondad y misericordia de Dios, que se extiende al remedio de todos los males del mundo; y mira tambien la verdad de su palabra, por la cual tiene prometido favor y socorro á todos los que invocaren humilmente su sancto nombre, y se pusieren debajo de su amparo; pues vemos que aun los mesmos enemigos que traen bandos unos con otros, no niegan su favor á los que se van á meter por sus puertas y guarescer en sus casas al tiempo del peligro. Y mira otrosí la muchedumbre de los beneficios que hasta agora tienes de su piadosa mano recebidos, y aprende de la misericordia experimentada en las mercedes pasadas, á esperar las venideras. Y sobre todo esto mira á Cristo con todos sus trabajos y merescimientos, los cuales son el principal derecho y título que tenemos para pedir mercedes á Dios; pues nos consta que estos merescimientos por una parte son tan grandes, que no pueden ser mayores, y por otra son tesoros de la Iglesia para el remedio y socorro de todas sus necesidades. Estos pues son los principales estribos de nuestra confianza; y estos los que hacian á los sanctos estar tan firmes en lo que esperaban, como el monte de Sion (*g*).

Mas es mucho de sentir que teniendo tan grandes mo-

(*g*) Psalm. 124.

tivos para confiar, somos muy flacos en esta parte; pues luego como vemos el peligro al ojo, desmayamos, y nos vamos á Egipto á buscar amparo en la sombra y carros de Faraon (*a*). De manera que hallaréis muchos siervos de Dios muy ayunadores, y rezadores, y limosneros, y llenos de otras virtudes; mas muy pocos que tengan aquella manera de confianza que tenia Sancta Susanna, la cual estando sentenciada á muerte, y sacándola ya para la ejecucion de la sentencia, dice la Escriptura (*b*) que estaba su corazon confiado en el Señor. Autoridades para persuadir esta virtud, quien las quisiere traer, puede traer aquí toda la Escriptura Sagrada: mayormente Salmos, y Profetas; porque apénas hay en ellos cosa mas repetida que la esperanza en Dios, y la certidumbre del socorro para los que esperan en él.

§. III.

La cuarta virtud es celo de la honra de Dios, esto es, que el mayor de nuestros cuidados sea ver prosperada y adelantada la honra de Dios, y ver sanctificado y glorificado su nombre, y hecha su voluntad en el cielo y en la tierra: y el mayor de todos nuestros dolores sea ver que esto no se hace así, sino muy al reves. Tal era el corazon y celo que tuvieron los sanctos, en cuyo nombre fuéron dichas aquellas palabras (*c*): El celo, Señor, de la gloria de vuestra casa tiene enflaquecidas mis carnes; porque era tan grande la afliccion que por esta causa sentian, que el dolor del ánima enflaquecia el cuerpo, y corrompia la sangre, y daba muestras de sí en todo el hombre exterior. Y si nosotros tal celo tuviésemos, luego seríamos señalados en las frentes con aquella gloriosa señal de Ezequiel (*d*); por la cual estariamos libres de todos los castigos y azotes de la justicia divina.

La quinta virtud es pureza de intencion (*e*): á la cual pertenece que en todas las obras que hiciéremos, no busquemos á nosotros, ni pretendamos solo nuestro interese; sino la gloria y beneplácito deste Señor: teniendo por cierto que así como los que juegan á la ganapierde, perdiendo ganan, y ganando pierden, así miéntras mas sin interese tratáremos en esta parte con Dios, mas ganarémos con él, y al reves. Esta es una de las cosas que habemos de mirar y examinar en nuestras obras, y de que mayores celos habemos de tener: recelando no se nos vayan por ventura los ojos á mirar en ellas otra cosa que Dios; porque la naturaleza del amor proprio (como ya dijimos) es subtil, y en todas las cosas busca á sí mesma. Muchos hay muy ricos de buenas obras, que por ventura cuando sean examinadas en el contraste de la justicia divina, se hallarán faltas desta pureza de intencion, que es aquel ojo del Evangelio, que si es claro, todo el cuerpo hace claro; y si escuro, todo lo hace escuro (*f*).

Muchas personas hay constituidas en dignidad, así en la república como en la Iglesia, que viendo cómo siempre la virtud en semejantes oficios es favorecida, trabajan por ser virtuosos, y vivir á ley de hombres de bien, lavando sus manos de toda vileza, y de toda cosa que pueda amancillar su honra; mas esto hacen por no caer de la reputacion en que están; por ser quistos con sus príncipes; por ser favorecidos y acrecentados en sus oficios, y llevados á otros mayores. De manera que estas obras no proceden de centella viva de amor y temor de Dios, ni tienen por fin su obediencia y su gloria; sino solo el interese y gloria propria del hombre. Pues lo que así se hace, aunque á los ojos del mundo parezca algo, en los de Dios es todo humo y sombra de justicia, no verdadera justicia. Porque no son meritorias ante Dios ni las virtudes morales por sí solas, ni los trabajos corporales (aunque sea sacrificar los proprios hijos), sino solo este espíritu de amor inviado del cielo, y lo que nasce desta raiz. No habia en el templo cosa que no fuese ó de oro, ó dorada: y así no es razon que haya en el templo vivo de nuestra ánima cosa que no sea caridad, ó vaya dorada con ella. Por donde el siervo de Dios no ponga tanto los ojos en lo que hace, cuanto en lo que pretende hacer; porque bajísimas obras con altísima intencion son altísimas; y altísimas con bajísima intencion son muy bajas. Porque no mira Dios tanto al cuerpo de la obra, cuanto al ánima de la intencion que procede del amor.

Esto es imitar en su manera aquel nobilísimo y graciosísimo amor del Hijo de Dios, el cual nos pide en su Evangelio (*g*) que le amemos de la manera que él nos amó: conviene saber, de pura gracia, y sin ninguna manera de interese. Y como entre las circunstancias desta divina caridad esta sea la mas admirable en la persona de Dios, muy dichoso será aquel que en todas las obras que hiciere, trabajare por imitarle. Y el que esto hiciere, sepa cierto que será muy amado de Dios, como muy semejante á él en la alteza de la virtud, y en la pureza de la intencion; pues la semejanza suele ser causa de amor. Por tanto desvíe el hombre sus ojos en las buenas obras que hace de todo respecto humano, y póngalos en Dios; y no consienta que la obra que tiene por premio á tal Señor, sirva para solo respecto temporal. Porque así como sería gran lástima ver una doncella nobilísima y hermosísima casada con un carbonero, siendo merecedora de un rey: así lo es, y mucho mas, ver á la virtud merecedora de Dios, empleada en adquirir por ella bienes del mundo.

Mas porque esta pureza de intencion no es fácil de alcanzar, pídala el hombre instantemente en todas sus oraciones á Dios; mayormente en aquella peticion de la oracion del Señor, cuando dice (*h*) que se haga su voluntad en la tierra como se hace en el cielo; para que así como todos aquellos ejércitos celestiales cumplen la voluntad de Dios con purísima intencion por solo agradarle, así procure él morando en la tierra imitar esta costumbre y policía del cielo en cuanto le sea posible: no porque no sea bueno y sancto, demas del de agradar á Dios, pretender su reino; sino porque tanto será la obra mas perfecta, cuanto mas desnuda fuere de todo interese proprio.

§. IV.

La sexta virtud es oracion, mediante la cual como hijos debemos recorrer á nuestro padre en el tiempo de la tribulacion (como hacen hasta los niños chiquitos, que con cualquier miedo ó sobresalto que tengan, luego acuden á sus padres); para que mediante ella tengamos continua memoria de nuestro padre, y andemos siempre en su presencia, y muchas veces platiquemos con él: pues todo esto está annexo á la condicion y obligacion de los buenos hijos para con sus padres. Y porque desta virtud tratamos en otros lugares, al presente no se ofrece que decir mas.

(*a*) Isai. 30. (*b*) Dan. 13. (*c*) Psalm. 118. 68, etc. (*d*) Ezech. 9.
(*e*) Luc. 11. Si oculus tuus fuerit simplex, etc. (*f*) Luc. 11.

(*g*) Ioan. 13. 14. 15. (*h*) Matth. 6.

La séptima virtud despues destas es hacimiento de gracias, al cual pertenesce que tengamos un corazon muy agradescido á todos los beneficios divinos, y una lengua que la mayor parte de la vida gaste en dar gracias por ellos, diciendo con el Profeta (*a*): Bendeciré yo al Señor en todo tiempo, y en mi boca estará siempre su alabanza. Y en otro lugar (*b*): Sea, Señor, mi boca llena de tus alabanzas; para que todo el dia gaste en cantar tu gloria. Porque si siempre está el Señor dándonos vida, y conservándonos en el sér que nos dió, y lloviendo perpetuamente sobre nosotros beneficios con el movimiento de los cielos, y con el continuo servicio de todas las criaturas; ¿qué mucho es estar siempre alabando á quien siempre está conservando, y preservando, y gobernando, y haciéndonos mil bienes? Sea pues este el primero de todos nuestros ejercicios, y por donde (como aconseja Sant Basilio) comencemos ordinariamente nuestras oraciones: de tal manera que á la mañana, y á la noche, y al mediodia, y á todos los tiempos, siempre démos al Señor gracias por todos sus beneficios, así generales como particulares, así de naturaleza como de gracia; y mucho mas por aquel beneficio de beneficios y gracia de gracias, que fué hacerse hombre, y derramar toda cuanta sangre tenia por los hombres (*c*), y haber querido quedarse mediante el santísimo Sacramento del Altar en nuestra compañía; considerando principalmente en estos beneficios esta circunstancia que acabamos de decir: conviene saber, que es Señor de todo lo criado el que esto hacia, el cual ningun interese podia en todo esto pretender, y así hizo todo cuanto hizo por pura bondad y amor. Desta materia habia mucho que decir; pero porque ya della tratamos en otra parte hablando de los beneficios divinos (*d*), esto bastará para el presente lugar.

§. V.

De cuatro grados de obediencia.

La octava virtud que para con este celestial Padre nos ordena, es una general obediencia á todo lo que él manda; en la cual consiste el cumplimiento y summa de toda justicia. Esta virtud tiene tres grados. El primero, obedescer á los mandamientos divinos; el segundo, á los consejos; el tercero, á las inspiraciones y llamamientos de Dios. La guarda de los mandamientos de todo punto es necesaria para la salud; la de los consejos ayuda para la de los mandamientos, sin la cual muchas veces suele correr peligro. Porque el no jurar (aunque sea verdad) sirve para no jurar cuando sea mentira; el no pleitear, para no perder la paz y la caridad; el no poseer cosa propria, para estar mas seguro de cobdiciar la ajena; y el hacer bien á quien nos hace mal, para estar mas léjos de procurarle, ó hacerle mal. Desta manera los consejos sirven como de antemuro á los preceptos; y por esto el que desea acertar, no se contente con la guarda de lo uno, sino trabaje (segun le fuere posible, y segun la condicion de su estado) por guardar lo otro. Porque así como el que pasa un rio impetuoso, no se contenta con atravesar por medio del rio, sino ántes sube hácia arriba, y corta el agua contra la corriente, por estar mas seguro de irse tras ella: así el siervo de Dios no solo ha de poner los ojos en aquello que punctualmente basta para salvarse, sino debe tomar el negocio mas de atras; porque si no saliere con lo que pretende (que es lo mejor), á lo ménos llegue á lo que cumple para su salud, que es lo que basta.

El tercero grado dijimos que era obedescer á las inspiraciones divinas; pues los buenos servidores no solo obedescen á lo que su señor les manda por palabras, sino tambien á lo que les significa por señales. Y porque en esto podria haber engaño, tomando por inspiracion divina la que podria ser humana ó diabólica, por esto nos conviene hacer aquí aquello que dice Sant Joan (*e*), No querais creer á todo espíritu; sino probad los espíritus si son de Dios. Y para esto (demas del contraste de la Escriptura Divina, y de la doctrina de los sanctos, en el cual se han de examinar estas cosas), podrás guardar esta regla general: que como haya dos maneras de servicios de Dios, unos voluntarios, y otros obligatorios, cuando estos acaesciere encontrarse, siempre han de preceder los obligatorios á los voluntarios, por muy grandes y muy meritorios que sean. Y así se ha de entender aquella sentencia tan celebrada de Samuel, que dice (*f*): Mas vale la obediencia que el sacrificio; porque primero quiere Dios que el hombre obedezca á su palabra, y despues le haga todos los servicios que quisiere, sin perjuicio de su obediencia.

Y por servicios necesarios entendemos primeramente la guarda de los mandamientos de Dios, sin la cual no hay salud. Lo segundo, la guarda de los mandamientos de aquellos que están en su lugar, pues quien á estos resiste, resiste á la ordenacion de Dios (*g*). Lo tercero, la guarda de todas aquellas cosas que están annexas al estado de cada uno, como son las obligaciones que tiene el prelado en su estado, y el religioso y el casado en el suyo. Lo cuarto, la de aquellas cosas que aunque no sean absolutamente necesarias, ayudan grandemente á la conservacion de las necesarias, porque tambien estas participan alguna manera de necesidad por razon de las otras. Pongamos ejemplo. Tienes tú ya experiencia de mucho tiempo, que cuando cada dia tienes un pedazo de recogimiento para entrar dentro de tí mesmo, y examinar tu consciencia, y tratar con Dios del remedio della, traes la vida mas concertada, y eres mas señor de tí y de tus pasiones, y estás mas hábil y prompto para toda virtud; y por el contrario, que cuando faltas en este, luego desfalleces, y desbarras en muchas faltas, y te ves en peligro de volver á las costumbres pasadas, porque aun no tienes suficiente caudal de gracia, ni estás aun del todo fundado en la virtud; y por esto, como el pobre que el dia que no lo gana, no lo come, así tú el dia que no te dan este socorro de devocion, quedas ayuno, y flaco, y fácil para caer en las cosas menores, que disponen para las mayores. Pues en tal caso debes entender que Dios te llama á este ejercicio; pues ves que comunmente por este medio te ayuda, y sin él sueles desfallecer. Esto digo, no para que entiendas aquí necesidad de precepto; sino necesidad de un muy conveniente medio para mejor responder á tu profesion.

Item, eres regalado y amigo de tí mesmo, y enemigo de cualquier trabajo y aspereza, y ves que por esto se impide mucho tu aprovechamiento; porque por esta causa dejas de entender en muchas obras virtuosas, por ser trabajosas, y desbarras en muchas culpables, por ser deleitables: en este caso entiende que el Señor te llama á la fortaleza, y á la aspereza y mal tratamiento de tu

(*a*) Psalm. 33. (*b*) Psalm. 70. (*c*) Luc. 18. (*d*) Al principio deste libro, en el libro de la Oracion en la consideracion del Domingo en la noche.

(*e*) 1. Ioan. 4. (*f*) 1. Reg. 15. (*g*) Rom. 13

cuerpo, y al trabajo de la mortificacion de todos tus gustos y apetitos; pues ves por experiencia lo que te importa este negocio. Desta manera puedes discurrir por todas aquellas obras cuyo ejercicio te hace mayor provecho, y cuya fálta te hace mayor falta, y á esas entiende que te llama nuestro Señor; aunque en esto y en todas las cosas debes siempre seguir el consejo de los mayores.

De lo dicho parece que para acertar á escoger no ha de poner el hombre los ojos en lo que de suyo es mejor, sino en lo que para él es mejor y mas necesario; porque muchas obras hay altísimas, y de grandísima perfeccion, que no serán por eso mejores para mí, aunque sean mejores en sí, porque no tengo yo fuerzas para ellas, ni soy llamado para eso. Y por tanto cada uno permanezca en su llamamiento (*a*), y se mida consigo mesmo, y ponga los ojos en lo que mas le arma, y no los extienda á lo que de todo en todo excede sus fuerzas, como lo aconseja el Sabio, diciendo (*b*): No levantes los ojos á las riquezas que no puedes alcanzar; porque tomarán alas como de águila, y volarán al cielo. Y á los que hacen lo contrario reprehende el Profeta, diciendo (*c*): Mirastes á lo mas, y convirtióseos en ménos: abarcastes mucho, y apretastes poco.

Esta es la ley que se ha de guardar entre los servicios voluntarios y obligatorios; mas entre los que son voluntarios podrás tener la siguiente. Entre esta manera de servicios unos son públicos, y otros secretos; de unos se nos sigue honra, interese y deleite, y de otros no. Pues entre estos (si quieres no errar) siempre debes tener un poco mas de recelo de los públicos que de los secretos, y de los que traen algun interese que de los que no lo traen. Porque (como ya muchas veces dijimos) la naturaleza del amor proprio es muy sutil, y siempre busca á sí mesma aun en los muy altos ejercicios. Por lo cual decia un religioso varon: ¿Sabeis dónde está Dios? donde no estais vos. Dando á entender que aquella era mas puramente obra de Dios, donde no se hallaba interese proprio; porque aquí no parece que se busca ni se pretende otra cosa que Dios. Y no digo esto para que de tal manera declinemos á este extremo, que siempre hayamos de acudir á él (porque en el otro puede haber, y hay muchas veces mayor mérito, y mayor razon de obligacion con todos esos contrapesos); sino para dar aviso de las malicias y resabios del amor proprio, para que no todas veces el hombre se fie dél, aunque venga con máscara de virtud.

Estos tres grados abraza en sí la obediencia perfecta: los cuales por ventura significó el Apóstol, cuando dijo (*d*): No querais, hermanos mios, ser imprudentes, sino discretos y avisados para entender cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta: donde parece comprehender estos tres grados de obediencia; porque buena es la obediencia de los preceptos, y agradable la de los consejos, y perfecta la de las inspiraciones y llamamientos divinos; porque entónces habrá llegado el hombre á la perfeccion de la obediencia, cuando hubiere puesto por obra todo lo que Dios le manda, aconseja é inspira.

A estos tres grados se añade el cuarto, que es una perfectísima conformidad con la divina voluntad en todo lo que ordenare de nosotros; caminando con igual corazon por honra y por deshonra, por infamia y por buena fama, por salud ó por enfermedad, por muerte ó por vida; abajando humildemente la cabeza á todo lo que él ordenare de nos; y tomando con igual corazon los azotes y los regalos, los favores y los disfavores de su mano; no mirando lo que nos da, sino quién lo da, y el amor con que lo da, pues no con menor amor azota el padre á su hijo, que le regala cuando ve que le cumple.

El que estos cuatro grados de obediencia tuviere, habrá alcanzado aquella resignacion que tanto engrandescen los maestros de la vida espiritual: la cual de tal manera subjecta y pone un hombre en las manos de Dios, como un poco de cera blanda en las manos de un artífice. Y llámase resignacion, porque así como un clérigo que resigna un beneficio, totalmente se desposee dél, y le entrega en manos del prelado para que disponga dél á su voluntad, sin contradiccion del primer poseedor: así el varon perfecto se entrega de tal manera en las manos de Dios, que no quiere ya ser mas suyo, ni vivir para sí, ni comer, ni dormir, ni trabajar para sí; sino para gloria de su Criador: conformándose con su sanctísima voluntad en todo lo que dispusiere dél, y tomando de su mano con igual corazon todos los azotes y trabajos que le vinieren: desposeyéndose de sí, y de su propria voluntad para cumplir enteramente la de aquel Señor cuyo esclavo conosce que es por mil títulos que para esto hay. Así muestra David que estaba resignado, cuando decia (*e*): Así como un jumento soy, Señor, ante tí, y yo siempre estoy contigo. Porque así como la bestia no va por donde quiere, ni descansa cuando quiere, ni hace lo que quiere, sino en todo y por todo obedesce al que la rige; así tambien lo ha de hacer el siervo de Dios, subjectándose perfectamente á él. Esto mesmo significó el profeta Isaías, cuando dijo (*f*): El Señor me habló al oido, y yo no le contradigo, ni doy paso atras, rehusando lo que él me manda por muy áspero y dificultoso que sea. Esto mesmo nos enseñan por figura aquellos misteriosos animales de Ecequiel (*g*), de quien se escribe que á do quiera que sentian el ímpetu y movimiento del Espíritu Sancto, luego se movian con gran lijereza, sin tornar atras: para significar en esto con cuánta promptitud y alegría debe el hombre acudir á todo aquello que entendiere ser la voluntad de Dios. Para lo cual no solo se requiere promptitud de voluntad, sino tambien discrecion de entendimiento, y discrecion de espíritu (como dijimos), para que no nos engañemos abrazando nuestra propria voluntad por la suya. Antes (regularmente hablando) todo aquello que fuere muy conforme á nuestro gusto, debemos tener por sospechoso; y lo que fuére contra él, por mas seguro.

Este es el mayor sacrificio que el hombre puede hacer á Dios, porque en los otros sacrificios ofresce sus cosas; mas en este ofresce á sí mesmo; y cuanto va del hombre á las cosas del hombre, tanto va deste sacrificio á los otros sacrificios. Y en este tal se cumple aquello que Sant Augustin dice: conviene saber, que aunque Dios sea Señor de todas las cosas, mas no es de todos decir aquellas palabras de David (*h*): Tuyo soy yo, Señor; sino de solos aquellos que desposeidos de sí mesmos, totalmente se entregaron al servicio deste Señor, y así se hicieron suyos. Es otrosí esta la mayor disposicion que hay para alcanzar la perfeccion de la vida cristiana; porque como Dios nuestro Señor por su infinita bondad esté siempre aparejado para enriquecer y reformar el hombre, cuando este por su parte no le resiste ni contradi-

(*a*) 1. Cor. 7. (*b*) Prov. 23. (*c*) Agg. 1. (*d*) Rom. 12

(*e*) Psal. 72. (*f*) Isai. 50. (*g*) Ezech. 1. (*h*) Psal. 118.

se, ántes se entrega todo á su obediencia, fácilmente puede obrar en él todo lo que quiere, y hacerlo (como á otro David) hombre segun su corazon (*a*).

§. VI.

De la paciencia en los trabajos.

Para alcanzar este último grado de obediencia aprovecha mucho la última virtud que al principio deste capítulo propusimos: que es la paciencia en los trabajos que nuestro piadoso Padre muchas veces nos envía, así para nuestro ejercicio, como para materia de merescimiento. A la cual paciencia nos convida Salomon en sus Proverbios, diciendo (*b*): Hijo mio, no deseches la disciplina y castigo del Señor, ni desmayes cuando eres castigado dél; porque los que él ama, castiga, y huelga con ellos, como padre con sus hijos. La cual sentencia prosigue y declara muy por extenso el Apóstol en la carta que escribe á los hebreos, exhortándolos á paciencia por estas palabras (*c*): Perseverad, hermanos, en la disciplina y castigo paternal de Dios, considerando que él en esto os trata como á hijos. Porque ¿qué hijo hay que no sea castigado de su padre? Porque si careceis deste castigo, por el cual han pasado todos los hijos de Dios, síguese que sois hijos de otro padre, y no de Dios. Acordáos que nuestros padres carnales nos castigaban y enseñaban; á los cuales teníamos reverencia: ¿pues no será mas razon que obedezcamos al padre de los espíritus, para que vivamos?

Todas estas palabras nos dan claramente á entender cómo el oficio de padres es castigar y emendar á sus hijos; y así el de los buenos hijos ha de ser abajar humilmente la cabeza, y tener aquel castigo por grandísimo beneficio, por testimonio de amor y corazon paternal. Esto nos enseñó con su ejemplo el unigénito Hijo del Eterno Padre, cuando queriendo Sant Pedro librarlo de la muerte, dijo (*d*): ¿El cáliz que me dió mi Padre, no quieres que beba? Como si dijera: Si este cáliz viniera por otra mano, tuvieras algun color de contradecirlo; mas viniendo por mano de un tal Padre, que tan bien sabe, y puede, y quiere ayudar á los que tiene por hijos, ¿cómo no se beberá tal cáliz cerrados los ojos, sin querer saber mas de que viene por él?

Mas con todo esto hay algunos que en tiempo de paz están á su parecer subjectos á este padre, y conformes en todo con su voluntad; los cuales en el tiempo de la adversidad desmayan, y dan bien á entender que era falsa y engañosa aquella conformidad, pues al tiempo del menester la perdieron: como hacen los hombres pusilánimes y cobardes, que en tiempo de paz muestran grande ánimo, mas al tiempo de la pelea pierden el corazon y las armas. Y pues los combates y tribulaciones desta vida son tan continuas, será bien armar á los tales con espirituales armas, de las cuales se puedan ayudar en los tales tiempos.

Pues para esto primeramente puedes considerar que no igualan los trabajos desta vida con la grandeza de la gloria que por ellos se alcanza. Porque tanta es el alegría de aquella luz eterna, que puesto que no pudiésemos gozar della mas que por una sola hora, debriamos abrazar de buena gana todos los trabajos, y despreciar todos los contentamientos del mundo por ella. Porque, como dice el Apóstol (*e*), el trabajo momentáneo y liviano de nuestra tribulacion es materia de un inestimable peso de gloria que por él se nos da en el cielo.

Considera tambien que las cosas prósperas muchas veces estragan el corazon con soberbia, y las adversas por el contrario le purifican con el dolor: en aquellas se levanta el corazon; en estas, aunque esté levantado, se humilla: en aquellas se olvida el hombre de sí mesmo, y en estas ordinariamente se acuerda de Dios: por aquellas muchas veces las buenas obras hechas se pierden; por estas las culpas cometidas en muchos años se limpian, y el ánima se conserva para no caer en otras.

Y si por ventura te aprietan algunas enfermedades, debes de presuponer que muchas veces entendiendo nuestro Señor los males que hariamos teniendo salud, nos corta las alas, é inhabilita para ellos con la enfermedad; y mucho mas nos importa estar así quebrantados con la dolencia, que perseverar sanos en nuestra malicia; pues mas vale, como el mesmo Señor dice (*f*), entrar en la vida eterna cojo ó manco, que con dos piés y dos manos ser echados en los fuegos eternos. Porque claro está que nuestro misericordioso Señor no se deleita con nuestros tormentos, mas huelga de curar nuestras enfermedades con medicinas contrarias, para que los que adolecímos con deleites, convalezcamos con dolores, y los que caímos cometiendo cosas ilícitas, nos levantemos careciendo aun de las lícitas. Por donde entenderás cómo aquella soberana bondad se aíra en este mundo, por no airarse en el otro; y por eso agora misericordiosamente usa de rigor, porque despues no tome justa venganza. Porque, como dice Sant Hierónimo (*g*), muy grande ira es no airarse Dios contra los pecadores; y así quien no quisiere aquí ser azotado con los hijos, será en el infierno condenado con los demonios. Por lo cual con mucha razon exclama Sant Bernardo, diciendo: Señor, aquí me quema, aquí me cauteriza, para que en el otro me perdones. En esto pues verás con cuánta diligencia mira por tí el Criador de todas las cosas; pues no te deja de la mano, ni te suelta la rienda para cumplir tus malos deseos. Los médicos del cuerpo (*h*) fácilmente conceden á los desahuciados todo lo que desean; mas al que tiene remedio, danle dieta, y míndanle que se refrene de todo lo que le puede dañar. Los padres otrosí quitan á los hijos traviesos el dinero con que juegan: á los cuales despues dejan toda su hacienda. Lo mesmo pues hace tambien en su manera con nosotros aquel soberano médico de nuestras ánimas, y aquel que es padre sobre todos los padres.

Allende desto considera cuántas y cuán grandes afrentas sufrió nuestro Redemptor de aquellos mesmos que él habia criado; cuántos escarnios, cuántas bofetadas, cuán pacientemente tuvo descubierto su rostro á aquellas infernales bocas de los que le escupian; cuán mansamente dejó traspasar su cabeza con las espinas que le hincaban; cuán de buena voluntad recibió para remedio de su sed aquel amargo brebaje que le dieron; con qué silencio sufrió ser adorado por escarnio; y finalmente con cuánto fervor y paciencia corrió hasta la muerte por librarnos de la muerte. Pues no te debe parecer áspero que tú, vil hombrecillo, sufras los azotes que él te quisiere dar por tus pecados, pues él sufrió tantos por los tuyos, y no quiso salir desta vida sin azotes, viniendo á ella sin pecados; porque así convenia que Cristo pade-

(*a*) 1. Reg. 13. (*b*) Prov. 3. (*c*) Hebr. 12. (*d*) Ioan. 18. (*e*) 2. Cor. 4.

(*f*) Math. 18. (*g*) Super. Psal. 140. ad v. 5. (*h*) Similitudo D. Gregorij. 21. Mor. c. 4.

ciese y entrase en su gloria (*a*), para enseñar por la obra lo que el Apóstol dice por palabra (*b*) : No será coronado sino el que legítimamente peleare. Por lo cual mucho mejor es sufrir aquí los males presentes con paciencia, donde aprovechan para perdon de la culpa, y acrescentamiento de gloria, que sufrirlos impacientemente con mayor trabajo, y sin esperanza de fructo; pues que quieras ó no quieras, los has de pasar cuando quisiere Dios, á cuyo poder nada resiste.

Mas sobre todas estas consideraciones y remedios añadiré el postrero y mas eficaz: conviene saber, que para conservar esta paciencia ande el hombre siempre reparado y prevenido para todas las adversidades y desgustos que por cualquier parte le puedan venir. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de un mundo tan malo, y de una carne tan frágil, y de la invidia de los demonios, y de la malicia de los hombres, sino continuos desgustos, y sobresaltós no pensados? Pues contra todos estos accidentes ha de andar el varon prudente apercebido y armado, como quien anda en tierra de enemigos; de lo cual sacará dos grandes provechos: el primero, que llevará mas lijeramente los trabajos, teniéndolos desta manera prevenidos; porque, como dice Séneca, mas blanda suele ser la herida del golpe que se ve de léjos. Lo cual nos aconseja el Ecclesiástico, cuando dice (*c*): que ántes de la enfermedad aparejemos la medicina: que es como quien se sangra en sanidad. El segundo provecho es, que todas las veces que esto hiciere, entienda que hace á Dios un sacrificio muy semejante en su manera al del patriarca Abraham, cuando estuvo aparejado para sacrificar á su hijo Isaac (*d*). Porque todas las veces que el hombre presupone que ó por parte de Dios ó de los hombres le pueden venir tales, ó tales trabajos ó desgustos, y él como siervo de Dios se dispone y apareja para recebirlos con toda humildad y paciencia; y para esto se resigna en las manos de su Señor, acceptando y tomando dellas todo lo que por cualquier via destas le viniere, como hizo David las injurias de Semeí, las cuales tomó como si Dios se las enviara (*e*): entienda cierto que cada vez que esto hace, hace un sacrificio muy agradable á Dios; y que tanto merece con la promptitud de la volundad sin la obra, como con la mesma obra.

Para lo cual se debe el hombre acordar que una de las principales partes de la profesion cristiana es esta. Así lo testifica Sant Pedro, diciendo (*f*): Que ninguno desmaye en los trabajos, pues todos sabemos que para esto estamos diputados. Piense pues el cristiano que vive en este mundo, que es como una roca que está en medio de la mar, la cual es perpetuamente combatida de diversas ondas, pero ella persevera siempre sin moverse en un lugar. Esto se ha dicho tan por extenso, porque como toda la profesion de la Vida Cristiana, segun dice Sant Bernardo (*g*), se divida en dos partes, que es en hacer bienes, y padescer males: claro está que la segunda es mas dificultosa que la primera, y por esto aquí convenía poner mayor recaudo, donde es mayor peligro.

Mas aquí es de notar que en esta virtud de la paciencia señalan los sanctos doctores tres grados excelentes (aunque cada uno mas perfecto que el otro). Entre los cuales el primero es llevar los trabajos con paciencia; el segundo desearlos por amor de Cristo; el tercero alegrarse en ellos por la mesma causa. Por lo cual no se debe el siervo de Dios contentar con aquel primer grado de paciencia; sino del primero trabaje por subir al segundo, y puesto en este, no descanse hasta llegar al tercero. El primero grado se ve claramente en la paciencia del sancto Job (*h*); el segundo en el deseo que tuvieron algunos mártires del martirio; el tercero en el alegría que recibieron los Apóstoles por haber sido merecedores de padescer injuria por el nombre de Cristo (*i*). Y este mesmo tuvo el Apóstol, cuando en una parte dice (*k*), que se gloriaba en las tribulaciones; en otra (*l*), que se alegraba en sus enfermedades, en angustias, en azotes, etc. por Cristo; en otra (*m*), donde (tratando de su prision) pide á los filipenses que le sean compañeros en el alegría que tenia por verse preso en aquella cadena por Cristo. Y esta mesma gracia escribe él (*n*) que fué dada en aquellos tiempos á los fieles de la iglesia de Macedonia, los cuales tuvieron abundantísima alegría en medio de una grande tribulacion que les sobrevino. Este es uno de los altos grados de paciencia, y de caridad, y perfeccion, adonde una criatura puede llegar: al cual grado llegan muy pocos, y por esto no obliga Dios á nadie debajo de precepto á él, así como ni al pasado.

Verdad es que no se entiende por esto que nos hayamos de alegrar en las muertes, y calamidades, y trabajos de nuestros prójimos, ni ménos de nuestros parientes y amigos, y mucho ménos de la Iglesia; porque la mesma caridad que nos pide alegría en lo uno, nos mueve á tristeza y compasion en lo otro; pues ella es la que sabe gozar con los que gozan, y llorar con los que lloran (*o*): como vemos que lo hacian los profetas (*p*), los cuales gastaban toda la vida en llorar y sentir las calamidades y azotes de los hombres.

Pues quien quiera que estas nueve condiciones ó virtudes tuviere, tendrá para con Dios corazon de hijo, y habrá cumplido enteramente con esta postrera y summa parte de justicia, que da á Dios lo que se le debe.

CAPITULO XVIII.

De las obligaciones de los estados.

Dicho ya en general de lo que conviene á todo género de personas, convenía decender en particular á tratar de lo que á cada una conviene en su estado; mas porque este sería largo negocio, por agora bastará avisar brevemente que demas de lo susodicho debe tener cada uno respecto á las leyes y obligaciones de su estado, las cuales son muchas y diversas, segun la diversidad de los estados que hay en la Iglesia. Porque unos son prelados, otros súbditos, otros casados, otros religiosos, otros padres de familia, etc. Y para cada uno destos hay una ley por sí.

El prelado, dice el Apóstol (*q*), que ejercite su oficio con toda solicitud y vigilancia. Y lo mesmo le aconseja Salomon, cuando dice (*r*): Hijo mio, si te obligaste y saliste por fiador de algun amigo tuyo, mira que has tomado sobre tí una grande carga; y por esto discurre, date prisa, despierta á tu amigo, no dés sueño á tus ojos, ni dejes plegar tus párpados hasta poner el negocio en tales términos, que salgas bien desa obligacion. Y no te maravilles que este sabio pida tanta solicitud

(*a*) Lucæ 24. (*b*) 2. Tim. 2. (*c*) Eccli. 18. (*d*) Gen. 22. (*e*) 2. Reg. 16. (*f*) 1. Petr. 2. (*g*) Sermon 1. Apostolorum Petri et Pauli, infra medium.

(*h*) Iob. 1. et 2. (*i*) Act. 5. (*k*) Rom. 5. (*l*) 2. Cor. 11. (*m*) Philip. 2. (*n*) 2. Cor. 8. (*o*) Rom. 12. (*p*) Hierem. 9. (*q*) Rom. 12. (*r*) Prov. 6

sobre este caso; porque por dos causas suelen tener los hombres grande solicitud en la guarda de las cosas: ó porque son de grande valor, ó porque están en gran peligro; y ambas concurren en el negocio de las ánimas, en tan subido grado, que ni el precio puede ser mayor, ni tampoco el peligro: por donde conviene que sean guardadas con grandísimo recaudo.

El súbdito ha de mirar á su prelado, no como á hombre, sino como á Dios; para reverenciarle, y hacer lo que le manda, con aquella promptitud y devocion que lo hiciera si se lo mandara Dios. Porque si el señor á quien yo sirvo, me manda obedescer á su mayordomo; cuando obedezco al mayordomo, ¿á quién obedezco sino al señor? Pues si Dios me manda obedescer al prelado, cuando hago lo que el prelado manda, ¿á quién obedezco, al prelado, ó á Dios? Y si Sant Pablo quiere (*a*) que el siervo obedezca á su señor, no como á hombre, sino como á Cristo: ¿cuánto mas el súbdito á su prelado, á quien subjectó el vínculo de la obediencia?

En esta obediencia ponen tres grados: el primero, obedescer con sola obra; el segundo, con obra y con voluntad; el tercero, con obra, voluntad y entendimiento. Porque algunos hacen lo que les mandan; mas ni les parece bien lo mandado, ni lo hacen de voluntad: otros lo hacen, y de buena voluntad; mas no les parece acertado lo que se les manda: otros hay que (captivando su entendimiento en servicio de Cristo) obedescen al prelado como á Dios, que es con obra, voluntad y entendimiento; haciendo lo que les manda voluntariamente, y aprobando lo que se manda humilmente, sin se querer hacer jueces de aquellos de quien han de ser juzgados.

Así que, hermano mio, con todo estudio trabaja por obedescer á tu prelado, acordándote que está escripto (*b*): El que á vosotros oye, á mí oye; y el que á vosotros desprecia, á mí desprecia. No pongas jamas la boca en ellos; porque no te sea dicho de parte del Señor (*c*): No es vuestra murmuracion contra nosotros, sino contra Dios. No los tengas en poco; porque no te diga el mesmo Señor (*d*): No despreciaron á tí, sino á mí, para que no reine sobre ellos. No trates con ellos con falsedad y doblez; porque no te sea dicho (*e*): No mentiste á los hombres, sino á Dios; y así pagues con arrebatada muerte la culpa de tu atrevimiento, como los que esto hicieron.

La mujer casada mire por el gobierno de su casa, por la provision de los suyos, por el contentamiento de su marido, y por todo lo demas; y cuando hubiere satisfecho á esta obligacion, extienda las velas á toda la devocion que quisiere, habiendo primero cumplido con las obligaciones de su estado.

Los padres que tienen hijos, tengan siempre ante los ojos aquel espantoso castigo que recibió Helí por haber sido negligente en el castigo y enseñanza de sus hijos (*f*): cuya negligencia castigó Dios, no solo con las arrebatadas muertes dél y dellos, sino tambien con privacion perpetua del summo sacerdocio, que por esto le fué quitado. Mira que los pecados del hijo son pecados (en su manera) tambien del padre, y la perdicion del hijo, es perdicion de su padre; y que no merece nombre de padre el que habiendo engendrado á su hijo para este mundo, no le engendra para el cielo. Castíguele, avísele, apártele de malas compañías, búsquele buenos maestros, críele en virtud, enséñele dende su niñez con Tobías á temer á Dios (*g*); quiébrele muchas veces la propria voluntad, y pues ántes que nasciese le fué padre del cuerpo, despues de nascido séale padre del ánima. Porque no es razon que se contente el hombre con ser padre de la manera de los pájaros y los animales, que son padres que no hacen mas que dar de comer, y sustentar sus hijos. Séale padre como hombre, y como hombre cristiano, y como verdadero siervo de Dios, que cria su hijo para hijo de Dios, heredero del cielo, y no para esclavo de Satanas, y morador del infierno.

Los señores de familia que tienen criados y esclavos, acuérdense de aquella amenaza de Sant Pablo que dice (*h*): Si alguno no tiene cuidado de sus domésticos y familiares, este tal negado ha la fe (que es la fidelidad que debiera guardar), y es peor que un hombre desleal. Acuérdese que estos son como ovejas de su manada, y que él es como pastor y guarda dellas (mayormente de los que son esclavos), y piense que algun tiempo le pedirán cuenta dellos, y le dirán (*i*): ¿Dónde está la grey que te fué encomendada, y el ganado noble que tenias á tu cargo? Y llamólo con mucha razon noble, por causa del precio con que fué comprado, y por la sacratísima humanidad de Cristo con que fué ennoblecido; pues ningun esclavo hay tan bajo, que no sea libre y noble por la humanidad y sangre de Cristo. Tenga pues el buen cristiano cuidado que los que tiene en su casa estén libres de vicios conocidos, como son enemistades, juegos, perjurios, blasfemias y deshonestidades. Y demas desto, que sepan la doctrina cristiana, y que guarden los mandamientos de la Iglesia, y señaladamente el de oir misa domingos y fiestas, y ayunar los dias que son de ayuno, sino tuvieren algun legítimo impedimento, segun que arriba fué declarado.

CAPITULO XIX.

Aviso primero de la estima de las virtudes, para mayor entendimiento desta regla.

Así como al principio desta regla pusimos algunos preámbulos que para ántes della se requerian, así despues della conviene dar algunos avisos para que mejor se entienda lo contenido en ella. Porque primeramente (como aquí se haya tratado de muchas maneras de virtudes) es necesario declarar la dignidad que tienen unas sobre otras; para que sepamos estimar cada cosa en lo que es, y dar á cada una su lugar. Porque así como el que trata en piedras preciosas, conviene que entienda el valor dellas (porque no se engañe en el precio); y así como el mayordomo de un señor conviene que sepa los méritos de los que tiene en su casa, para que trate á cada uno segun su merecimiento (porque lo contrario sería desórden y confusion): así el que trata en las piedras preciosas de las virtudes, y el que como buen mayordomo ha de dar á cada una su derecho, conviene que para esto tenga muy entendido el precio dellas; para que cuando las cosas se encontraren, sepa cuales ha de anteponer á cuales: porque no venga á ser (como dicen) allegador de la ceniza, y derramador de la harina, como á muchos acontesce.

Pues para esto es de saber que todas las virtudes de que hasta aquí habemos tratado, se pueden reducir á

(*a*) Ephes. 6. (*b*) Luc. 10. (*c*) Exod. 16. (*d*) 1. Reg. 8. (*e*) Act. 5. (*f*) 1. Reg. 4.

(*g*) Tob. 1. (*h*) 1. Tim. 5. (*i*) Hierem. 13.

dos órdenes; porque unas son mas espirituales é interiores, y otras mas visibles y exteriores. En la primera órden ponemos las virtudes teologales, con todas las otras que señalamos para con Dios, y principalmente la caridad, que tiene el primer lugar (como reina) entre todas ellas. Y con estas se juntan otras virtudes muy nobles y muy vecinas á estas, que son humildad, castidad, misericordia, paciencia, discrecion, devocion, pobreza de espíritu, menosprecio del mundo, negamiento de nuestra propria voluntad, amor de la Cruz y aspereza de Cristo, y otras semejantes á estas, que llamamos aquí (extendido este vocablo) virtudes. Y llamámoslas espirituales interiores, porque principalmente residen en el ánimo; puesto caso que proceden tambien á obras exteriores, como parece en la caridad y religion para con Dios, que aunque sean virtudes interiores, producen tambien sus actos exteriores para honra y gloria del mesmo Dios.

Otras virtudes hay que son mas visibles y exteriores, como son: el ayuno, la disciplina, el silencio, el encerramiento, el leer, rezar, cantar, peregrinar, oir misa, asistir á los sermones y oficios divinos, con todas las otras observancias y cerimonias corporales de la vida cristiana ó religiosa; porque aunque estas virtudes estén en el ánimo, pero los actos proprios dellas salen mas afuera que los de las otras, que muchas veces son ocultos é invisibles, como son, creer, amar, esperar, contemplar, humillarse interiormente, dolerse de los pecados, juzgar discretamente, y otros actos semejantes.

Entre estas dos maneras de virtudes no hay que dudar sino que las primeras son mas excelentes y mas necesarias que las segundas, con grandísima ventaja. Porque, como dijo el Señor á la Samaritana (*a*): Mujer, créeme que es llegada la hora cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque el Padre tales quiere que sea los que le adoran. Espíritu es Dios; y por eso los que le adoran, en espíritu y en verdad conviene que le adoren. Esto es en romance claro lo que canta aquel versico tan celebrado en las escuelas de los niños. Pues que Dios es espíritu (como las Escripturas nos lo enseñan), por eso conviene que sea honrado con pureza y limpieza de espíritu. Por esto el profeta David, describiendo la hermosura de la Iglesia, ó del ánima que está en gracia, dice (*b*) que toda la gloria y hermosura della está allá dentro escondida, donde está guarnecida con fajas de oro, y vestida de diversos colores de virtudes. Lo mesmo nos significó el Apóstol cuando dijo á su discípulo Timoteo (*c*): Ejercítate en la piedad, porque el ejercicio corporal para pocas cosas es provechoso; mas la piedad para todo vale, pues á ella se prometen los bienes desta vida y de la otra. Donde por la piedad entiende el culto de Dios, y la misericordia para con los prójimos; y por el ejercicio corporal la abstinencia, y las otras asperezas corporales, como Sancto Tomas declara sobre este paso.

Entendieron esta verdad hasta los filósofos gentiles; porque Aristóteles, que tan pocas cosas escribió de Dios, con todo eso dijo: Si los dioses tienen cuidado de las cosas humanas (como es razon que se crea), cosa verisímil es que se huelguen con la cosa mas buena, y mas semejante á ellos, y esta es la mente ó el espíritu del hombre; y por esto los que adornaren este espíritu con el conocimiento de la verdad, y con la reformacion de afectos, estos han de ser muy agradables á Dios. Lo mesmo sintió maravillosamente el príncipe de los médicos, Galeno, el cual tratando en un libro de la composicion y artificio del cuerpo humano, y del uso y aprovechamiento de sus partes, y llegando á un paso donde singularmente resplandescia la grandeza de la sabiduría y providencia de aquel artífice soberano, arrebatado en una profunda admiracion de tan grandes maravillas, como olvidado de la profesion de médico, y pasando á la de teólogo, exclamó diciendo: Honren los otros á Dios con sus hecatombas (que son sacrificios de cien bueyes): yo le honraré reconociendo la grandeza de su saber, que tan altamente supo ordenar las cosas; y la grandeza de su poder, que tan enteramente pudo poner por obra todo lo que ordenó; y la grandeza de su bondad, la cual de ninguna cosa tuvo invidia á sus criaturas, pues tan cumplidamente proveyó á cada una de todo lo que habia menester sin alguna falta. Esto dijo el filósofo gentil. Dime, ¿qué mas pudiera decir un perfecto cristiano? ¿qué mas dijera si hubiera leido aquel dicho del Profeta (*d*): Misericordia quiero, y no sacrificio; y conoscimiento de Dios, mas que holocaustos? Muda las hecatombas en holocaustos, y verás la concordia que tuvo aquí el filósofo gentil con este profeta.

Mas con todos estos loores que se dan á estas virtudes, las otras que pusimos en la segunda órden, dado caso que en la dignidad sean menores, pero son importantísimas para alcanzar las mayores y conservarlas; y algunas dellas necesarias, por razon del precepto ó voto que en ellas entreviene. Esto se prueba claramente, discurriendo por aquellas mesmas virtudes que dijimos. Porque el encerramiento y la soledad excusa al hombre de ver, de oir, de hablar, y de tratar mil cosas, y tropezar en mil ocasiones, en las cuales se pone á peligro, no sola la paz y sosiego de la consciencia, sino tambien la castidad y la innocencia. El silencio ya se ve cuánto ayuda para conservar la devocion, y excusar los pecados que se hacen hablando; pues dijo el Sabio (*e*): Que en el mucho hablar no podian faltar pecados. El ayuno (demas de ser acto de la virtud de la temperancia, y ser obra satisfactoria y meritoria, si se hace en caridad) enflaquece el cuerpo, y levanta el espíritu, y debilita nuestro adversario, y dispone para la oracion, y licion, y contemplacion, y excusa los gastos y cobdicias en que viven los amigos de comer y beber, y las burlerías, y parlerías, y porfías, y disoluciones en que entienden despues de hartos. Pues el leer libros sanctos, y oir semejantes sermones, y el rezar, y cantar, y asistir á los oficios divinos, bien se ve cómo estos son actos de religion, é incentivos de devocion, y medios para alumbrar mas el entendimiento, y encender mas el afecto en las cosas espirituales.

Pruébase tambien esto mesmo por una experiencia tan clara, que si los herejes lo miraran, no vinieran á dar en el extremo que dieron. Porque vemos cada dia con los ojos, y tocamos con las manos, que en todos los monasterios donde floresce la observancia regular, y la guarda de todo lo exterior, siempre hay mayor virtud, mayor devocion, mas caridad, mas valor y sér en las personas, mas temor de Dios, y finalmente mas cristiandad; y por el contrario, donde no se tiene cuenta con esto, así como la observancia anda rota, así tambien lo

(*a*) Joan. 4. (*b*) Psalm. 44. (*c*) 1. Tim. 4.

(*d*) Oseae. 6. (*e*) Prov. 10.

cada la consciencia, y las costumbres, y la vida; porque como hay mayores ocasiones de pecar, así hay mas pecados y desconciertos. De suerte que como en la viña bien guardada, y bien cercada, está todo seguro, y la que caresce de guarda y de cerca, está toda robada y esquilmada: así está la religion cuando se guarda la observancia regular, ó no se guarda. Pues ¿qué mas argumento queremos que este, que procede de una tan clara experiencia, para ver la utilidad é importancia destas cosas?

Pues ya si un hombre pretende alcanzar y conservar siempre aquella soberana virtud de la devocion (que hace al hombre hábil y prompto para toda virtud, y es como espuela y estímulo para todo bien), ¿como será posible alcanzar y conservar este afecto tan sobrenatural, y tan delicado, si se descuida en la guarda de sí mesmo? Porque este afecto es tan delicado, y (si sufre decirse) tan fugitivo, que á vuelta de cabeza, no sé cómo, luego desaparesce. Porque una risa desordenada, una habla demasiada, una cena larga, un poco de ira, ó de porfía, ó de otro cualquier destraimiento; un ponerse á querer ver, oir, ó entender en cosas no necesarias (aunque no sean malas), basta para agotar mucha parte de la devocion. De manera que no solo los pecados, sino los negocios no necesarios, y cualquier cosa que nos haga divertir de Dios, nos hace diminuir la devocion. Porque así como el hierro para que esté hecho fuego, conviene que esté siempre, ó cuasi siempre en el fuego (porque si lo sacais de allí, de ahí á poco se vuelve á su frialdad natural): así este noble afecto depende tanto de andar el hombre siempre unido con Dios por actual amor y consideracion, que en desviándolo de allí, luego se vuelve al paso de la madre; que es la disposicion antigua que primero tenia.

Por donde el que trata de alcanzar y conservar este sancto afecto, ha de andar tan solícito en la guarda de sí mesmo: esto es, de los ojos, de los oídos, de la lengua, del corazon; ha de ser tan templado en el comer y beber, ha de ser tan sosegado en todas sus palabras y movimientos, ha de amar tanto el silencio y la soledad, ha de procurar tanto la asistencia á los oficios divinos, y todas aquellas cosas que le puedan despertar y provocar á devocion, que mediante estas diligencias pueda conservar y tener seguro este tan precioso tesoro. Y si esto no hace, tenga por cierto que no le sucederá este negocio prósperamente.

Todo esto nos declara bastantemente la importancia destas virtudes, dejando en su lugar, y no derogando á la dignidad de las otras que son mayores. De lo cual todo se podrá colegir la diferencia que hay entre las unas y las otras; porque las unas son como fin, las otras como medio para este fin; las unas como salud, las otras como medicina con que se alcanza la salud; las unas son como espíritu de la religion, las otras como el cuerpo della, que aunque es menor que el espíritu, es parte principal del compuesto, y de que tiene necesidad para sus operaciones; las unas son como tesoro, y las otras como llave con que se guarda este tesoro; las unas son como la fruta del árbol, y las otras como las hojas que adornan el árbol, y conservan la fruta dél. Aunque en esto falta la comparacion; porque las hojas del árbol de tal manera guardan el fructo, que no son parte del fructo; mas estas virtudes de tal manera son guarda de la justicia, que tambien son parte de justicia; pues todas estas son obras virtuosas, que ejercitadas en caridad, son merecedoras de gracia y gloria.

Esta es pues, hermano, la estima que debes tener de las virtudes, de que en esta regla habemos tratado (que es lo que al principio deste capítulo propusimos), y con esta doctrina estarémos seguros de dos extremos viciosos: que es de dos grandes errores que ha habido en el mundo en esta parte, el uno antiguo de los fariseos, y el otro nuevo de los herejes deste tiempo. Porque los fariseos, como gente carnal y ambiciosa, y como hombres criados en la observancia de aquella ley que aun era de carne, no hacian caso de la verdadera justicia (que consiste en las virtudes espirituales), como toda la historia del Evangelio nos lo muestra. Y así quedábanse (como dice el Apóstol) con la imágen sola de virtud, sin poseer la substancia della, pareciendo buenos en lo de fuera, y siendo abominables en lo de dentro. Mas los herejes de agora por el contrario, entendido este engaño, por huir de un extremo vinieron á dar en otro, que fué despreciar del todo las virtudes exteriores, cayendo (como dicen) en el peligro de Scila, por huir el de Caríbdis. Mas la verdadera y católica doctrina huye destos dos extremos, y busca la verdad en el medio; y de tal manera la busca, que dando su lugar y preeminencia á las virtudes interiores, da tambien el suyo á las exteriores, poniendo las unas como en la órden de los senadores, y las otras como en la de los caballeros y ciudadanos (que componen una mesma república); para que se sepa el valor de cada cosa, y se dé á cada una su derecho.

CAPITULO XX.

De cuatro documentos muy importantes que se siguen desta doctrina susodicha.

Desta doctrina susodicha se infieren cuatro documentos muy importantes para la vida espiritual. El primero es, que el perfecto varon y siervo de Dios no se ha de contentar con buscar solas las virtudes espirituales (aunque estas sean las mas nobles), sino debe tambien juntar con ellas las otras, así para la conservacion de aquellas, como para conseguir enteramente el cumplimiento de toda justicia. Para lo cual debe considerar que así como el hombre no es ánima sola, ni cuerpo solo, sino cuerpo y ánima juntamente (porque el ánima sola sin el cuerpo no hace el hombre perfecto, y el cuerpo sin el ánima no es mas que un saco de tierra): así tambien entienda que la verdadera y perfecta cristiandad no es lo interior solo, ni lo exterior solo, sino uno y otro juntamente. Porque lo interior solo ni se puede conservar sin algo, ó mucho de lo exterior (segun la obligacion y estado de cada uno), ni basta para cumplimiento de toda justicia; mas lo exterior sin lo interior no es mas parte para hacer á un hombre virtuoso, que el cuerpo sin ánima para hacerle hombre. Porque así como todo el sér y vida que tiene el cuerpo, recibe del ánima, así todo el valor y precio que tiene lo exterior, se recibe de lo interior, y señaladamente de la caridad.

Por donde el que quiere vivir desengañado, así como no apartaria el cuerpo del ánima, si quisiese formar un hombre, así tampoco debe apartar lo corporal de lo espiritual, si quiere hacer un perfecto cristiano. Abrace el cuerpo con el ánima juntamente, abrace el arca con su tesoro, abrace la viña con su cerca, abrace la virtud con los reparos y defensivos della (que tambien son parte de la mesma virtud); porque de otra manera, crea

que se quedará sin lo uno y sin lo otro; porque lo uno no podrá alcanzar, y lo otro no le aprovechará aunque lo alcance. Acuérdese que así como la naturaleza y el arte (imitadora de naturaleza) ninguna cosa hacen sin su corteza y vestidura, y sin sus reparos y defensivos, para conservacion y ornamento de las cosas: así tampoco es razon que lo haga la gracia; pues es mas perfecta forma que estas, y hace sus obras mas perfectamente. Acuérdese que está escripto (*a*) que el que teme á Dios, ninguna cosa menosprecia, y el que no hace caso de las cosas menores, presto caerá en las mayores. Acuérdese de lo que arriba dijimos, que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, etc. Acuérdese de los peligros que allí señalamos de no hacer caso de cosas pequeñas; porque ese era el camino para no lo hacer de las grandes. Mire que en la órden de las plagas de Egipto, tras de los mosquitos vinieron las moscas (*b*): para que por aquí entiendas que el quebrantamiento de las cosas menores abre la puerta para las mayores; de suerte que el que no hace caso de los mosquitos que pican, presto vendrá á parar en las moscas que ensucian.

§. I.

Documento segundo.

Por aquí tambien se conoscerá en cuales virtudes habemos de poner mayor diligencia, y en cuales menor. Porque así como los hombres hacen mas por una pieza de oro que por otra de plata, y mas por un ojo, que por un dedo de la mano: así conviene que repartamos la diligencia y estudio de las virtudes, conforme á la dignidad y méritos dellas. Porque de otra manera, si somos diligentes en lo ménos, y negligentes en lo mas, todo el negocio espiritual irá desordenado. Por donde prudentísimamente hacen los prelados que así como en sus capítulos y ayuntamientos repiten muchas veces estas voces: silencio, ayuno, encerramiento, cerimonias, composicion, y coro; así mucho mas repiten estas: caridad, humildad, oracion, devocion, consideracion, temor de Dios, amor del prójimo, y otras semejantes. Y tanto mas conviene hacer esto, cuanto es mas secreta la falta de lo interior que la de lo exterior, y por eso aun mas peligrosa. Porque como los hombres suelen acudir mas á los defectos que ven, que á los que no ven; corre peligro no vengan por esta causa á no hacer caso de los defectos interiores, porque no se ven, haciéndolo mucho de los exteriores, porque se ven. Y demas desto las virtudes exteriores, así como son mas visibles y manifiestas á los ojos de los hombres, así son mas honrosas y mas conocidas dellos: como es la abstinencia, las vigilias, las disciplinas, y el rigor y aspereza corporal; mas las virtudes interiores, como es la esperanza, la caridad, la humildad, la discrecion, el temor de Dios, el menosprecio del mundo, etc. son mas ocultas á los ojos de los hombres; por donde aunque sean de grandísima honra delante de Dios, no lo son en el juicio del mundo, porque, como dijo el mesmo Señor (*c*), los hombres ven lo que por de fuera parece; mas el Señor mira el corazon. Conforme á lo cual dice el Apóstol (*d*): No es agradable á Dios el que solamente en lo público es fiel, y el que públicamente trae circuncidada su carne, sino el que en lo interior de su ánima es fiel, y trae circuncidado su corazon, no con cuchillo de carne, sino con el temor de Dios, cuya alabanza no es de hombres (que no tienen ojos para ver esta espiritual circuncision), sino de solo Dios. Pues como estas cosas exteriores sean tan aparentes y honrosas, y el apetito de la honra, y de la propria excelencia sea uno de los mas sutiles y mas poderosos apetitos del hombre; corre gran peligro no nos lleve este afecto á mirar y celar mas aquellas virtudes de que se sigue mayor honra, que de las que se sigue menor. Porque al amor de las unas nos llama el espíritu; mas al de las otras espíritu y carne juntamente: la cual es vehementísima, y sotilísima en todos sus apetitos. Y siendo esto así, hay razon para temer no prevalezcan estos dos afectos contra uno, y así le corran el campo. Contra lo cual se opone la luz desta doctrina, que aboga por la causa mejor, y pide que sin embargo de todo esto, se le dé su merecido lugar: amonestando que se cele, y encomiende con mayor diligencia lo que nos consta ser de mayor importancia.

§. II.

Documento tercero.

Por aquí tambien se entenderá que cuando alguna vez acaesciere encontrarse de tal manera las unas virtudes con las otras, que no se pueda cumplir juntamente con ambas, que en tal caso (conforme á la regla y órden que hay en los mesmos mandamientos de Dios cuando aciertan á encontrarse) dé lugar lo menor á lo mayor; porque lo contrario sería gran desórden y perversion. Esto dice Sant Bernardo en el libro de la Dispensacion por estas palabras: Muchas cosas instituyeron los padres para guarda y acrescentamiento de la caridad. Pues todo el tiempo que estas cosas sirvieren á la caridad, no se deben alterar ni variar. Mas si por ventura alguna vez acertasen á serle contrarias, ¿no está claro que sería muy justo que las cosas que se ordenaron para la caridad, cuando no se compadescen con ella, ó se dejasen, ó interrumpiesen, ó se mudasen en otras por autoridad de aquellos á quien esto incumbe? Porque de otra manera, perversa cosa sería si lo que se ordenó para la caridad, se guardase contra la ley de la caridad. Es pues la conclusion, que todas estas cosas deben permanescer estables y fijas en cuanto sirven y militan para esta virtud, y no de otra manera. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, el cual alega para confirmacion de lo dicho dos decretos, uno del papa Gelasio, y otro de Leon.

§. III.

Cuarto documento

De aquí tambien se puede colegir que hay dos maneras de justicia: una verdadera, y otra falsa. Verdadera es la que abraza las cosas interiores con todas aquellas exteriores que para conservacion suya se requieren; falsa es la que retiene algunas de las exteriores sin las interiores: esto es, sin amor de Dios, sin temor, sin humildad, sin devocion, y sin otras semejantes virtudes, cual era la de los fariseos, á quien dijo el Señor (*e*): Ay de vosotros, letrados y fariseos, que pagais muy escru-pulosamente el diezmo de todas vuestras legumbres y hortalizas, y no haceis caso de las cosas mas importante que manda la ley, que son juicio, y misericordia, y verdad. Y en otro lugar les dice (*f*) que eran muy solícit en los lavatorios de los platos, y de las manos, y en otra cosas semejantes, teniendo los corazones llenos de r piña y de maldad. Por donde en otro lugar les dice q eran como los sepulcros blanqueados, que defuera p

(*a*) Eccles. 7. et Eccli. 19. (*b*) Exod. 8. (*c*) 1. Reg. 16. (*d*) Rom. 2.

(*e*) Matth. 23. (*f*) Ibidem.

recian á los hombres hermosos, y dentro estaban llenos de huesos de muertos.

Esta es la manera de justicia que tantas veces reprehende el Señor en las Escrituras de los profetas; porque por uno dellos dice así (*a*): Este pueblo con los labios me honra, y su corazon está léjos de mí. Sin causa y sin propósito me honran guardando las doctrinas y leyes de los hombres, y desamparando la ley que yo les di. Y en otro lugar (*b*): ¿Para qué quiero yo (dice él) la muchedumbre de vuestros sacrificios? Lleno estoy ya de los holocaustos de vuestros carneros, y de las enjundias de vuestros ganados: no me ofrezcais de aquí adelante sacrificios en balde: vuestro encienso me es abominacion, vuestros ayuntamientos son perversos, vuestras Kalendas (que son las fiestas que haceis al principio de cada mes) y las otras festividades del año aborresció mi ánima: molestas me son y enojosas, y paso trabajo en sufrirlas.

Pues ¿qué es esto? ¿Condena Dios lo que él mesmo ordenó, y tan encarecidamente mandó, mayormente siendo estos actos de aquella nobilísima virtud que llaman religion, que tiene por oficio venerar á Dios con actos de adoracion y religion? No por cierto; mas condena á los hombres que se contentaban con solo esto, sin tener cuenta con la verdadera justicia, y con el temor de Dios, como luego lo significa diciendo: Laváos, sed limpios, quitad la maldad de vuestros pensamientos delante de mis ojos, cesad de hacer mal, y aprended á hacer bien; y entónces yo perdonaré vuestros pecados, y desterraré la fealdad de vuestras ánimas.

Y en otro lugar aun mas encarecidamente repite lo mesmo por estas palabras (*c*): El que me sacrifica un buey, es para mí como si matase un hombre; el que me sacrifica otra res, como el que me despedazase un perro; el que me ofresce alguna ofrenda, como si me ofreciese sangre de puercos; el que me ofresce encienso, como el que bendijese á un ídolo. Pues ¿qué es esto Señor? ¿por qué teneis por tan abominables las mesmas obras que vos mandastes? Luego da la causa desto, diciendo: Estas cosas escogieron en sus caminos para agradarme con ellas, y con todo esto se deleitaron en sus maldades y abominaciones. ¿Ves pues cuán poco valen todas las cosas exteriores sin fundamento de lo interior? A este mesmo propósito por otro Profeta dice así (*d*): Quita de mis oídos el ruido de tus cantares, que no quiero oir la melodía de tus instrumentos músicos. Y aun en otro lugar mas encarescidamente dice (*e*) que derramará sobre ellos el estiércol de sus solemnidades. Pues ¿qué mas que esto es menester para que entiendan los hombres lo que montan todas estas cosas exteriores, por altísimas y nobilísimas que sean, cuando les falta el fundamento de justicia, que consiste en el amor y temor de Dios, y aborrescimiento del pecado?

Y si preguntares qué es la causa por que tanto afea Dios esta manera de servicios, comparando los sacrificios con homicidios, y el encienso con la idolatría, y llamando ruido al cantar de los Salmos, y estiércol á las fiestas de sus solemnidades; la respuesta es: porque demas de ser estas cosas de ningun merescimiento (cuando carescen del fundamento que ya dijimos), toman muchos dellas ocasion para soberbia, y presumpcion, y menosprecio de los otros que no hacen lo que ellos hacen; y (lo que peor es) por aquí vienen á tener una falsa seguridad, causada de aquella falsa justicia, que es uno de los grandes peligros que puede haber en este camino; porque contentos con esto, no trabajan ni procuran lo demas. ¿Quieres ver esto muy claro? Mira la oracion de aquel fariseo del Evangelio, que decia así (*f*): Dios, gracias te doy porque no soy yo como los otros hombres, robadores, adúlteros, injustos, como lo es este publicano: ayuno dos dias cada semana, y pago fielmente el diezmo de todo lo que poseo. Mira pues cuán claramente se descubren aquí aquellas tres peligrosísimas rocas que dijimos. La presumpcion, cuando dice: no soy yo como los otros hombres. El menosprecio de los otros, cuando dice: como este publicano. La falsa seguridad, cuando dice que da gracias á Dios por aquella manera de vida que vivia, pareciéndole que estaba seguro en ella, y que no tenia por qué temer.

De donde nace que los que desta manera son justos, vienen á dar en un linaje de hipocresía muy peligrosa. Para lo cual es de saber que hay dos maneras de hipocresía: una muy baja y grosera, que es la de aquellos que claramente ven que son malos, y muéstranse en lo de fuera buenos, para engañar al pueblo. Otra hay mas sotil y mas delicada, con que el hombre no solo engaña á los otros, sino tambien engaña á sí mesmo, cual era la deste fariseo, que realmente con aquella sombra de justicia no solo habia engañado á los otros, sino tambien á sí mesmo; porque siendo de verdad malo, él se tenia por bueno. Esta es aquella manera de hipocresía de que dijo el Sabio (*g*): Hay un camino que parece al hombre derecho, y con este va á parar en la muerte. Y en otro lugar entre cuatro géneros de males que hay en el mundo cuenta este, diciendo (*h*): La generacion que maldice á su padre, y no bendice á su madre; la generacion que se tiene por limpia, y con todo esto no es limpia de sus pecados; la generacion que trae los ojos altivos, y levanta sus párpados en alto; la generacion que tiene por dientes cuchillos, y se traga los pobres de la tierra. Estos cuatro géneros de personas cuenta aquí el Sabio entre las mas infames y peligrosas del mundo; y entre ellas cuenta esta de que aquí hablamos, que son los hipócritas para sí mesmos, que se tienen por limpios, siendo sucios, como lo era este fariseo.

Este es un estado de tan gran peligro, que verdaderamente sería ménos mal ser un hombre malo, y tenerse por tal, que ser desta manera justo, y tenerse por seguro. Porque cuanto quiera que sea un hombre malo, principio es en fin de salud el conocimiento de la enfermedad; mas el que no conosce su mal, el que estando enfermo se tiene por sano, ¿cómo sufrirá la medicina? Por esta razon dijo el Señor á los fariseos (*i*) que los publicanos, y las malas mujeres les precederian en el reino de los cielos; donde en el Griego leemos: preceden, de presente; por donde aun está mas claro lo que dijimos. Esto mesmo nos representan muy á la clara aquellas tan escuras y temerosas palabras que dijo el Señor en el Apocalipsi (*k*): Ojalá fueses, ó bien frio, ó bien caliente; mas porque eres tibio comenzarte he á echar de mi boca. Pues ¿cómo es posible que caya en deseo de Dios ser un hombre frio? ¿Y cómo es posible que sea de peor condicion el tibio que el frio, pues este está mas cerca de caliente? Oye agora la respuesta: Caliente es aquel que con el fuego de la caridad que tiene, posee todas las virtudes, así interiores como exteriores, de que ya diji-

(*a*) Isai. 29. (*b*) Isai. 1. (*c*) Isai. 66. (*d*) Amos. 5. (*e*) Malach. 2. (*f*) Luc. 18. (*g*) Prov. 14. (*h*) Prov. 30. (*i*) Math. 21. (*k*) Apoc. 3.

mos. Frio es aquel que así como carece de caridad, así carece de lo uno y de lo otro: así de lo interior como exterior. Tibio es aquel que tiene algo de lo exterior, y ninguna cosa de lo interior (á lo ménos de caridad). Pues danos aquí á entender el Señor que este tal es de peor condicion que el que está del todo frio: no por ventura porque tenga mas pecados que él, sino porque es mas incurable su mal; porque tanto está mas léjos del remedio, cuanto se tiene por mas seguro. Porque de aquella justicia superficial que tiene, toma ocasion para creer de sí que es algo, como quiera que á la verdad sea nada. Y que este sea el sentido literal destas palabras, evidentemente se ve por lo que luego encontinente se sigue; porque explicando el Señor mas claramente á quién llama tibio, añade: Dices que eres rico, y que no te falta nada para la verdadera justicia; y no entiendes que eres mezquino, y miserable, pobre, y ciego, y desnudo. ¿No te parece que ves en estas palabras debujada la imágen de aquel fariseo que decia (*a*): Dios, gracias te doy, que no soy yo como los otros hombres, etc? Verdaderamente este es el que se tenia en su corazon por rico de riquezas espirituales, pues por esto daba gracias á Dios; mas sin dubda era pobre, ciego, y desnudo; pues dentro estaba vacío de justicia, lleno de soberbia, y ciego para conocer su propria culpa.

Tenemos pues aquí ya declarado cómo hay dos maneras de justicia: una falsa, y otra verdadera; y cuán grande sea la excelencia de la verdadera, y cuánto el peligro de la falsa. Y no piense nadie que se ha perdido tiempo en gastar en esto tantas palabras; porque pues el sancto Evangelio (que es la mas alta de todas las Escripturas Divinas, y la que singularmente es espejo y regla de nuestra vida) tantas veces reprehende esta manera de justicia, y lo mesmo hacen tantas veces los profetas (como arriba declaramos); no era razon que pasásemos en esta doctrina livianamente por lo que tantas veces repiten y encarescen las Escripturas divinas. Mayormente que los peligros claros y manifiestos quien quiera los conoce (porque son como las rocas que están en la mar descubiertas), y por esto tienen ménos necesidad de doctrina; mas los ocultos y disimulados (como los bajos que están cubiertos con el agua), esos es razon que estén mas claramente señalados y marcados en la carta de marear, para no peligrar en ellos.

Y no se engañe nadie diciendo que entónces era esta doctrina necesaria, porque reinaba mucho este vicio, y agora no; porque ántes creo que siempre el mundo fué cuasi de una manera; porque unos mesmos hombres, y una mesma naturaleza, y unas mesmas inclinaciones, y un mesmo pecado original en que todos somos concebidos (que es la fuente de todos los pecados), forzado es que produzga unos mesmos delictos; porque donde hay tanta semejanza en las causas de los males, tambien la ha de haber en los mesmos males. Y así los mesmos vicios que habia entónces en tales y tales géneros de personas, esos mesmos hay agora, aunque alterados algun tanto los nombres dellos: así como las comedias de Plauto, ó de Terencio son las mesmas que fuéron mil años ha; puesto caso que cada dia (cuando se representan) se mudan las personas que las representan.

De donde así como entónces aquel pueblo rudo y carnal pensaba que tenia á Dios por el pié cuando ofrecia aquellos sacrificios, y ayunaba aquellos ayunos, y guardaba aquellas fiestas literalmente, y no espiritualmente: así hallaréis agora muchos cristianos que oyen cada domingo su misa, y rezan por sus horas y por sus cuentas, y ayunan cada semana los sábados á nuestra Señora, y huelgan de oir sermones, y otras cosas semejantes; y con hacer esto (que á la verdad es bien hecho) tienen tan vivos los apetitos de la honra, y de la cobdicia, y de la ira, como todos los otros hombres que nada desto hacen. Olvídanse de las obligaciones de sus estados; tienen poca cuenta con la salvacion de sus domésticos y familiares; andan en sus odios, y pasiones, y pundonores; y no se humillarán, ni darán á torcer su brazo por todo el mundo. Y aun algunos dellos hay que tienen quitadas las hablas á sus prójimos, á veces por livianas causas; y muchos tambien pagan muy mal las deudas que deben á sus criados, y á otros. Y si por ventura les tocais en un punto de honra, ó de interese, ó de cosa semejante, veréis luego desarmado todo el negocio, y puesto por tierra. Y algunos destos siendo muy largos en rezar muchas coronas de ave Marías, son muy estrechos en dar limosnas, y hacer bien á los necesitados. Y otros hallaréis que por todo el mundo no comerán carne el miércoles, y otros dias de devocion; y con esto murmuran sin ningun temor de Dios, y degüellan crudelísimamente los prójimos. De manera que siendo muy escrupulosos en no comer carne de animales (que Dios les concedió), ningun escrúpulo tienen de comer carne y vidas de hombres, que Dios tan caramente les prohibió. Porque verdaderamente una de las cosas que mas habia de celar el cristiano, es la fama y honra de su prójimo: de que estos tienen muy poco cuidado, teniéndolo tanto de cosas sin comparacion menores.

Esto y otras cosas semejantes no me puede negar nadie, sino que cada dia pasan entre los hombres del mundo, y entre los de fuera del mundo. Y pues este es tan grande y tan universal engaño, necesaria cosa era dar este desengaño, mayormente pues no todos los que tienen por oficio darlo, lo dan; y por esto convenía que con doctrina clara se supiese esta falta, para aviso de los que desean acertar este camino.

Y para que el cristiano lector se aproveche mejor de lo dicho, y no venga á enfermar con la medicina, conviene que tome primero el pulso á su espíritu y condicion, para ver á lo que es mas inclinado. Porque hay unas doctrinas generales que sirven para todo género de personas: como las que se dan de la caridad, humildad, paciencia, obediencia, etc. Otras hay particulares, que son para remedios particulares de personas, que no arman tanto á otras. Porque á un muy escrupuloso es menester alargarle algo la consciencia; mas al que es largo de consciencia, es menester estrechársela; al pusilánime y desconfiado conviene predicar de la misericordia; al presumptuoso, de la justicia; y así á todos los demas, segun nos lo aconseja el Ecclesiástico, diciendo (*b*): Que tratemos con el injusto de la justicia; con el temeroso de la guerra; con el invidioso del agradescimiento; con el inhumano de la humanidad; con el perezoso del trabajo, y así con todos los demas.

Pues segun esto, como haya dos diferencias de personas, unas que se acuestan mas á lo interior, sin hacer tanto caso de lo exterior, y otras que se inclinan mas á lo exterior, sin tener tanta cuenta con lo interior: á los unos conviene encarescer lo uno, y á los otros lo otro;

(*a*) Luc. 18.

(*b*) Eccli. 37.

para que así vengan á reducirse los humores á debida proporcion. Nos en esta doctrina de tal manera templamos el estilo, que cada cosa pusiésemos en su lugar, levantando las cosas mayores sin perjuicio de las menores, y encargando las menores sin agravio de las mayores. Y desta manera estarémos libres de aquellas dos peligrosísimas rocas que aquí habemos querido derribar: la una de los que precian tanto lo interior, que desprecian lo exterior; y la otra de los que abrazando mucho lo exterior, se descuidan en lo interior, mayormente en el temor de Dios, y aborrescimiento del pecado.

La summa pues deste negocio sea fundarnos en un profundísimo temor de Dios, que nos haga temer de solo el nombre del pecado. Y quien este tuviere muy arraigado en su ánima, téngase por dichoso, y sobre este fundamento edifique lo que quisiere. Mas el que se hallare fácil para cometer un pecado, téngase por miserable, ciego y malaventurado; aunque tenga todas las apariencias de santidad que hay en el mundo.

CAPITULO XXI.

Segundo aviso acerca de diversas maneras de vidas que hay en la Iglesia.

El segundo aviso sirve para no juzgar unos á otros en la manera de vida que cada uno tiene. Para lo cual es de saber que como sean muchas las virtudes que se requieren para la vida cristiana, unos se dan mas á unas, y otros á otras. Porque unos se dan mas á aquellas virtudes que ordenan al hombre para con Dios, que por la mayor parte pertenescen á la vida contemplativa; otros á las que nos ordenan para con el prójimo, que pertenescen á la activa; otros á las que ordenan al hombre consigo mesmo, que son mas familiares á la vida monástica.

Item, como todas las obras virtuosas sean medios para alcanzar la gracia, unos la procuran mas por un medio, y otros por otro. Porque unos la buscan con ayunos, y diciplinas, y asperezas corporales; otros con limosnas y obras de misericordia; otros con oraciones y meditaciones continuas, en el cual medio hay tanta variedad, y cuantos modos hay de orar y meditar; porque unos se hallan bien con un linaje de oraciones y meditaciones, otros con otras; y así como hay muchas cosas que meditar, así hay muchos modos de meditacion, entre los cuales aquel es mejor para cada uno, en que halla mayor devocion y mas provecho.

Pues acerca desto suele haber un muy comun engaño entre personas virtuosas: y es, que los que han aprovechado por alguno destos medios, piensan que como ellos medraron por allí, que no hay otro camino para medrar con Dios, sino solo aquel, y ese querrian enseñar á todos; y tienen por errados á los que por allí no van, paresciéndoles que no hay mas de un camino solo para el cielo. El que se da mucho á la oracion, piensa que sin esto no hay salud. El que se da mucho á ayunos, parécele que todo es burla, sino ayunar. El que se da á la vida contemplativa, piensa que todos los que no son contemplativos, viven en grandísimo peligro; y toman esto tan por el cabo, que algunos vienen á tener en poco la vida activa. Por el contrario los activos, como no saben por experiencia lo que pasa entre Dios y el ánima en aquel suavísimo ocio de la contemplacion, y ven el provecho palpable que se sigue de la vida activa, deshacen cuanto pueden la vida contemplativa, y apénas pueden aprobar vida contemplativa pura, sino es compuesta de la una y de la otra; como si esto fuese fácil de hacer á quien quiera. Asimesmo el que se da á la oracion mental, parécele que toda otra oracion sin esta es infructuosa; y el que á la vocal, dice que esta es de mayor trabajo, y que así será de mayor provecho.

De suerte que cada bohonero (como dicen) alaba sus agujas; y así cada uno con una tácita soberbia é ignorancia (sin ver lo que hace) alaba á sí mesmo, engrandeciendo aquello en que él tiene mas caudal. Y así viene á ser el negocio de las virtudes como el de las ciencias, en las cuales cada uno alaba y levanta sobre los cielos aquella ciencia en que él reina, apocando y deshaciendo todas las otras. El orador dice que no hay otra arte en el mundo que iguale con la elocuencia; el astrólogo, que no la hay tal como la que trata del cielo y de las estrellas; el filósofo dice otro tanto; el que se da á la Escriptura divina dice mucho mas, y con mayor razon; el que al estudio de las lenguas (porque sirven para la Escriptura) dice lo mesmo; el teólogo escolástico no se contenta con el lugar de en medio, si no pone su silla sobre todos. Y á ninguno le faltan razones, y grandes razones, para creer que su ciencia es la mejor y mas necesaria.

Pues esto que se halla en las ciencias tan descubiertamente, se halla en las virtudes, aunque mas disimuladamente; porque cada uno de los amadores de las virtudes, por un cabo desea acertar en lo mejor, y por otro busca lo que mas arma con su naturaleza; y de aquí nasce que lo que á él está mejor, cree que es mejor para todos, y el zapato que á él viene justo, cree que tambien vendrá á todos los otros.

Pues desta raiz nascen los juicios de las vidas ajenas, y las divisiones y cismas espirituales entre los hermanos, creyendo los unos de los otros que van descaminados, porque no van por el camino que ellos van. Cuasi en este engaño vivian los de Corinto (*a*), los cuales habiendo recebido muchos y diversos dones de Dios, cada uno tenia el suyo por mejor, y así se anteponian unos á otros, prefiriendo unos el don de las lenguas, otros de la profecía, otros de interpretacion de las Escripturas, otros en hacer milagros, y así todos los demas. Contra este engaño no hay otra mejor medicina que aquella de que el Apóstol usa en esta epístola contra esta dolencia. Porque aquí primeramente iguala todas las gracias y dones en su orígen y principio, diciendo que todos ellos son arroyos que nascen de una mesma fuente, que es el Espíritu Sancto; y que por esta parte todos participan una manera de igualdad en su causa, aunque entre sí sean diversos, así como los miembros del cuerpo de un rey, todos en fin son miembros de rey, y de sangre real, aunque sean diferentes entre sí. Desta manera dice el Apóstol (*b*): que todos en el baptismo recebímos un mesmo espíritu de Cristo, para que mediante él todos fuésemos miembros de un mesmo cuerpo. Y así cuanto á esto todos participamos una mesma dignidad y gloria; pues todos somos miembros de una mesma cabeza. Por donde añade luego el Apóstol, y dice (*c*): Si dijere el pié: Yo no soy mano, y por eso no soy del cuerpo, ¿dejará por esto de ser del cuerpo? Y si dijere el oído: Porque no soy ojo, no soy deste cuerpo, ¿dejará por eso de ser deste cuerpo? Así que por esta parte en todos hay igualdad, para que en todos haya unidad y hermandad; puesto caso que con esto se compadezca alguna variedad.

Esta variedad nasce en parte de la naturaleza, y en

(*a*) 1 Cor. 12. (*b*) Galat. 3. (*c*) 1. Cor. 12.

parte de la gracia. De la naturaleza decimos que nasce; porque aunque el principio de todo el sér espiritual sea la gracia, mas la gracia recebida como agua en diversos vasos, toma diversas figuras, aplicándose á la condicion y naturaleza de cada uno. Porque hay unos hombres naturalmente sosegados y quietos, que segun esto son mas aparejados para la vida contemplativa; otros mas coléricos y hacendosos, que son mas hábiles para la vida activa; otros mas robustos y sanos, y mas desamorados para consigo mesmos, y estos son mas aptos para los trabajos de la penitencia. En lo cual resplandesce maravillosamente la bondad y misericordia de nuestro Señor, que como desea tanto comunicarse á todos, no quiso que hubiese un solo camino para esto, sino muchos y diversos, segun la diversidad de las condiciones de los hombres; para que el que no tuviese habilidad para ir por uno, fuese por otro.

La segunda causa desta variedad es la gracia; porque el Espíritu Sancto (que es el autor della) quiere que haya esta variedad en los suyos, para mayor perfeccion y hermosura de la Iglesia. Porque así como para la perfeccion y hermosura del cuerpo humano se requiere que haya en él diversos miembros y sentidos, así tambien para la perfeccion y hermosura de la Iglesia convenía que hubiese esta diversidad de virtudes y gracias; porque si todos los fieles fueran de una manera, ¿cómo se pudiera llamar este cuerpo? Si todo el cuerpo, dice Sant Pablo (*a*), fuese ojos, ¿dónde estarian los oídos? Y si todo fuese oídos, ¿dónde estarian las narices? Y por esto quiso Dios que los miembros fuesen muchos, y el cuerpo uno; porque así habiendo muchedumbre con unidad, hubiese proporcion y conveniencia de muchas cosas en una, de donde resultase la perfeccion y hermosura de la Iglesia. Así vemos que en la música conviene que haya esta mesma diversidad y muchedumbre de voces, con unidad de consonancia, para que así haya en ella suavidad y melodía; porque si todas las voces fuesen de una manera, ó todas tiples, ó todas tenores, etc. ¿cómo podria haber música y armonía?

Pues en las obras de naturaleza es cosa maravillosa ver cuánta variedad puso aquel artífice soberano, y cómo repartió las habilidades y perfecciones á todas sus criaturas por tal órden, que con tener cada una su particular ventaja sobre la otra, la otra no tuviese por qué tenerle invidia; porque tambien le tenia ella otra manera de ventaja. El pavon es muy hermoso de ver, mas no es dulce para oir. El ruiseñor es dulce de oir, mas no es hermoso para ver. El caballo es bueno para la carrera y para la guerra, mas no lo es para la mesa; y el buey es bueno para la mesa y para la era, mas no sirve para lo demas. Los árboles fructuosos son buenos para comer, mas no para edificar; los silvestres por el contrario, son buenos para edificar, mas no lo son para fructificar. Desta manera en todas las cosas juntas se hallan todas las cosas repartidas, y en ninguna todas juntas; para que así se conserve la variedad y hermosura en el universo, y se conserven tambien las especies de las cosas, y se enlacen las unas con las otras, por la necesidad que tienen unas de otras.

Pues esta mesma órden y hermosura que hay en las obras de naturaleza, quiso el Señor que hubiese en las de gracia, y para esto ordenó por su espíritu que hubiese mil maneras de virtudes y gracias en su Iglesia; para que de todas ellas resultase una suavísima consonancia, y un perfectísimo mundo, y un hermosísimo cuerpo compuesto de diversos miembros. De aquí nasce haber en la Iglesia unos muy dados á la vida contemplativa, otros á la activa, otros á obras de obediencia, otros de penitencia, otros á orar, otros á cantar, otros á estudiar para aprovechar, otros á servir enfermos y acudir á hospitales, otros á socorrer á pobres y necesitados, y otros á otras muchas maneras de ejercicios y obras virtuosas.

La mesma variedad vemos en las religiones; que aunque todas caminan para Dios, cada una lleva su proprio camino. Unas van por el camino de la pobreza, otras por el de la penitencia, otras por el de las obras de la vida contemplativa, otras de la activa. Y por esto unas buscan lo público, otras lo secreto; unas procuran rentas para su instituto, otras aman la pobreza; unas quieren los desiertos, y otras las plazas y los poblados; y todo esto religiosamente y por caridad.

Y en una mesma órden y monasterio veréis esta mesma variedad; porque unos están en el coro cantando, otros en sus oficios trabajando, otros en sus celdas estudiando, otros en la iglesia confesando, y otros fuera de casa negociando. Pues ¿qué es esto? Muchos miembros en un cuerpo, y muchas voces en una música; para que así haya hermosura, proporcion, y consonancia en la Iglesia. Porque por eso hay en una vihuela muchas cuerdas, y en unos órganos muchos caños; porque así pueda haber consonancia y armonía de muchas voces. Esta es aquella vestidura que el patriarca Jacob hizo á su hijo José de diversos colores (*b*); y estas aquellas cortinas del tabernáculo, que mandó Dios pintar con maravillosa variedad y hermosura (*c*).

Pues siendo esto así (y siendo necesario que sea así para la órden y hermosura de la Iglesia), ¿por qué nos andamos comiendo unos á otros, y juzgando, y sentenciando unos á otros? Por qué no hacen unos lo que hacen otros? Eso es destruir el cuerpo de la Iglesia; eso es destruir la vestidura de José; eso es deshacer esta música y consonancia celestial; eso es querer que los miembros de la Iglesia sean todos piés, ó todos manos, ó todos ojos. Pues si todo el cuerpo fuese ojos, ¿dónde estarian los oídos? y si todo oídos ¿dónde estarian los ojos?

Por donde parece aun mas claro cuán grande yerro sea condenar á otro porque no tiene lo que tengo yo, ó porque no es para lo que soy yo. ¿Cuál sería si los ojos despreciasen á los piés porque no ven, y los piés murmurasen de los ojos porque no andan, y los dejan á ellos con toda la carga? Porque realmente así es necesario: que trabajen los piés, y descansen los ojos, y que los unos anden arrastrados por tierra, y los otros estén en lo alto limpios de polvo y de paja. Y no hacen ménos los ojos descansando, que los piés caminando: así como en el navío no hace ménos el piloto que está par del gobernalle con la aguja en la mano, que los otros que suben á la gavia, y trepan por las cuerdas, y extienden las velas, y limpian la bomba: ántes aquel que paresce que ménos hace, ese realmente hace mas. Porque no se mide la excelencia de las cosas con el trabajo, sino con el valor é importancia dellas: si no queremos decir, que mas hace en la república el que cava y el que ara, que el que la gobierna con su consejo y prudencia.

Pues quien esto atentamente considerare, dejará á cada uno en su llamamiento: esto es, dejará al pié ser pié,

(*a*) 1. Cor. 12.

(*b*) Gen. 37. (*c*) Exod. 26. et 38.

y á la mano mano, y no querrá, ni que todos sean piés, ni todos manos. Esto es lo que tan largamente pretendió persuadir el Apóstol en la Epístola susodicha (*a*), y esto mesmo es lo que nos aconseja cuando dice (*b*): El que no come, no menosprecie al que come. Porque por ventura aquel que come tendrá por una parte necesidad de comer, y por otra quizá tendrá otra virtud mas alta que esa que tú tienes, de que tu carecerás: por donde en lo uno no tendrá culpa, y en lo otro te hará ventaja. Porque así como no ménos sirven para el canto los puntos que están en regla, que los que están en espacio, así no ménos sirve á la consonancia y música espiritual de la Iglesia el que come, que el que no come, y el que parece que está ocioso, que el que está ocupado, si en su ocio trabaja por alcanzar con qué pueda despues edificar á su prójimo.

Esto mesmo nos encomienda muy encarecidamente Sant Bernardo (*c*), avisando que excepto aquellos á quien es dado ser jueces y presidentes en la Iglesia, nadie se entremeta en querer escudriñar ni juzgar la vida de nadie, ni comparar la suya con la de nadie; porque no le acaezca lo que al monge que tenia por agravio que su pobreza se igualase con las riquezas de Gregorio, á quien fué dicho que mas rico era él con una gatilla que tenia, que el otro con todas sus riquezas.

CAPITULO XXII.

Tercero aviso: de la solicitud y vigilancia con que debe vivir el varon virtuoso.

El tercero aviso sea este: Que porque en esta regla se han puesto muchas maneras de virtudes y documentos para reglar la vida, y nuestro entendimiento no puede comprehender muchas cosas juntas; para esto conviene procurar una virtud general que las comprehenda todas, y supla (segun es posible) las veces de todas: que es una perpetua solicitud y vigilancia, y una continua atencion á todo lo que hubiéremos de hacer y decir; para que todo vaya nivelado con el juicio de la razon.

De suerte, que así como cuando un embajador hace una habla delante de un gran senado, en un mesmo tiempo está atento á las cosas que ha de decir, y las palabras con que las ha de decir, y á la voz y á los meneos del cuerpo, y á otras cosas semejantes: así el siervo de Dios trabaje (cuanto le sea posible) por traer consigo una perpetua atencion y vigilancia para mirar por sí, y por todo lo que hace; para que hablando, callando, preguntando, respondiendo, negociando, en la mesa, en la plaza, y en la Iglesia, en casa y fuera de casa, esté como con un compas en la mano midiendo y compasando sus obras, sus palabras y pensamientos, con todo lo demas; para que todo vaya conforme á la ley de Dios, y al juicio de la razon, y al decoro y decencia de su persona. Porque como sea tanta la distancia que hay entre el bien y el mal, y Dios haya impreso en nuestras ánimas una luz y conoscimiento de lo uno y de lo otro, apénas hay hombre tan simple, que si mira atentamente lo que hace, no se le trasluzga poco mas ó ménos lo que en cada cosa se debe hacer; y así esta atencion y solicitud sirve por todos los documentos desta régla y de muchas otras.

Esta es aquella solicitud que nos encomendó el Espíritu Sancto, cuando dijo (*d*): Guarda, hombre, á tí mesmo y á tu ánima solícitamente. Esta es la tercera parte de las tres que señaló el profeta Miquéas, segun que arriba alegamos (*e*), que es andar solícito con Dios; la cual es un continuo cuidado y atencion de no hacer cosa que sea contra su voluntad. Esto nos significa la muchedumbre de ojos que tenian aquellos misteriosos animales de Ecequiel (*f*); con los cuales nos dan á entender la grandeza de la atencion y vigilancia con que debemos militar en esta milicia, donde hay tantos enemigos, y tantas cosas á que acudir y proveer. Esto nos representa aquella postura de los setenta caballeros esforzados que guardaban el lecho de Salomon (*g*), los cuales tenian las espadas sobre el muslo á punto de desenvainar; para dar á entender esta manera de atencion y vigilancia con que conviene que esté el que anda siempre entre tantos escuadrones de enemigos.

La causa desta tan grande solicitud es (demas de la muchedumbre de los peligros) la alteza y delicadeza deste negocio; mayormente en aquellos que anhelan y procuran arribar á la perfeccion de la vida espiritual. Porque conversar y vivir como Dios merece, y guardarse limpio y sin mancilla deste siglo, y vivir en esta carne sin tizne de carne, y conservarse sin reprehension y sin querella para el dia del Señor (como dice el Apóstol), son cosas tan altas, y tan sobrenaturales, que todo esto es menester y mucho mas; y aun Dios y ayuda.

Mira pues la atencion que tiene un hombre cuando está haciendo alguna obra muy delicada; porque realmente esta es la mas delicada obra que se puede hacer, y la que pide mayor atencion. Mira tambien de la manera que anda el que lleva en las manos un vaso muy lleno de un precioso licuor, para que no se le vierta nada; y mira tambien el tiento que lleva el que pasa un rio por unas piedras mal asentadas, para no mojarse en el agua; y sobre todo mira el que lleva el que anda paseándose por una maroma, para no declinar un punto á la diestra ni á la siniestra, por no caer: y desta manera trabaja siempre por andar (mayormente á los principios hasta hacer hábito) con tanto cuidado y atencion, que ni hables una palabra, ni tengas un pensamiento, ni hagas un meneo que desdiga un punto (en cuanto fuere posible) de la línea de la virtud. Para esto da Séneca un muy familiar y maravilloso consejo, diciendo: Que debia el hombre deseoso de la virtud imaginar que tiene delante sí alguna persona de grande veneracion, y á quien tuviese mucho acatamiento, y hacer y decir todas las cosas, como las haria y diria si realmente estuviera en su presencia.

Otro medio hay para esto mesmo no ménos conveniente que el pasado, que es pensar el hombre que no tiene mas que solo aquel dia de vida, y hacer todas las cosas como si creyese que aquel mesmo dia en la noche hubiese de parecer ante el tribunal de Cristo, y dar cuenta de sí.

Pero muy mas excelente medio es andar siempre (en cuanto sea posible) en la presencia del Señor, y traerlo ante los ojos (pues en hecho de verdad él está en todo lugar presente), y hacer todas las cosas como quien tiene tal majestad, tal testigo, y tal juez delante, pidiéndole siempre gracia para conversar de tal manera, que no sea indigno de tal presencia. De suerte que esta atencion que aquí aconsejamos, ha de tirar á dos blancos: el uno á mirar interiormente á Dios, y estar delante dél adorándole, alabándole, reverenciándole,

(*a*) 1. Cor. 12. (*b*) Rom. 14. (*c*) Super Cant. Ser. 40. in fin. (*d*) Deut. 4.

(*e*) Cap. VI. (*f*) Ezech. 1. (*g*) Cant. 3.

amándole, dándole gracias, y ofreciéndole siempre sacrificio de devocion en el altar de su corazon; y el otro á mirar todo lo que hacemos y decimos; para que de tal manera hagamos nuestras obras, que en ninguna cosa nos desviemos de la senda de la virtud. De suerte que con el uno de los dos ojos habemos de mirar á Dios, pidiéndole gracia; y con el otro á la decencia de nuestra vida, usando bien della. Y así habemos de emplear la luz que Dios nos dió, lo uno en la consideracion de las cosas divinas, y lo otro en la rectificacion de las obras humanas, estando por una parte atentos á Dios, y por otra á todo lo que debemos hacer. Y aunque esto no se pueda hacer siempre, á lo ménos procuremos que sea con la mayor continuacion que pudiéremos; pues esta manera de atencion no se impide con los ejercicios corporales, ántes en ellos está el corazon libre para hurtarse muchas veces de los negocios, y esconderse en las llagas de Cristo. Este documento repito aquí por ser tan importante; aunque ya estaba apuntado en nuestro Memorial de la vida Cristiana.

CAPITULO XXIII.

Cuarto aviso, de la fortaleza que se requiere para alcanzar las virtudes.

El precedente aviso nos proveyó de ojos para mirar atentamente lo que debemos hacer: este nos proveerá de brazos, que es de fortaleza para poderlo hacer. Porque como haya dos dificultades en la virtud, la una en distinguir y apartar lo bueno de lo malo, y la otra en vencer lo uno, y proseguir lo otro, para lo uno se requiere atencion y vigilancia, y para lo otro fortaleza y diligencia; y cualquiera destas dos cosas que falte, queda imperfecto el negocio de la virtud; porque, ó quedará ciego si falta la vigilancia, ó manco si faltare la fortaleza.

Esta fortaleza no es aquella que tiene por oficio templar las osadías y temores (que es una de las cuatro virtudes cardinales), sino es una fortaleza general que sirve para vencer todas las dificultades que nos impiden el uso de las virtudes: por esto anda siempre en compañía dellas, como con la espada en la mano, haciéndoles camino por do quiera que van. Porque la virtud (como dicen los filósofos) es cosa ardua y dificultosa, y por esto conviene que tenga siempre á su lado esta fortaleza, para que le ayude á vencer esta dificultad. De donde así como el herrero tiene necesidad de traer siempre el martillo en las manos, por razon de la materia que labra, que es dura de domar: así tambien el hombre virtuoso tiene necesidad desta fortaleza, como de un martillo espiritual, para domar esta dificultad que en la virtud se halla. Por donde así como el herrero sin martillo ninguna cosa haria, así tampoco el amador de las virtudes sin fortaleza, por la mesma razon. Si no, dime: ¿cuál de las virtudes hay que no traiga consigo algun especial trabajo y dificultad? Míralas todas una por una: la oracion, el ayuno, la obediencia, la templanza, la pobreza de espíritu, la paciencia, la castidad, la humildad: todas ellas finalmente siempre tienen alguna dificultad annexa, ó por parte del amor proprio, ó por parte del enemigo, ó por parte del mesmo mundo. Pues quitada esta fortaleza de por medio, ¿qué podrá el amor de la virtud desarmado y desnudo? Por do parece que sin esta virtud todas las otras están como atadas de piés y manos, para no poderse ejercitar.

Y por esto tú, hermano mio, que deseas aprovechar en las virtudes, haz cuenta que el mesmo Señor de las virtudes te dice tambien á tí aquellas palabras que dijo á Moysen, aunque en otro sentido (*a*): Toma esta vara de Dios en la mano, que con ella has de hacer todas las señales y maravillas con que has de sacar á mi pueblo de Egipto. Ten por cierto que así como aquella vara fué la que obró aquellas maravillas, y la que dió cabo á aquella jornada tan gloriosa, así esta vara de virtud y fortaleza es la que ha de vencer todas las dificultades que el amor de nuestra carne y el enemigo nos han de poner delante; y hacernos salir al cabo con esta empresa tan gloriosa. Y por esto nunca esta vara se ha de soltar de la mano; pues ninguna destas maravillas se puede hacer sin ella.

Por lo cual me parece avisar aquí de un grande engaño que suele acaescer á los que comienzan á servir á Dios. Los cuales como leen en algunos libros espirituales cuán grandes sean las consolaciones y gustos del Espíritu Sancto, y cuánta la suavidad y dulzura de la caridad, creen que todo este camino es deleites, y que no hay en él fatiga ni trabajo; y así se disponen para él como para una cosa fácil y deleitable, de manera que no se arman como para entrar en batalla, sino vístense como para ir á fiestas: y no miran que aunque el amor de Dios de suyo es muy dulce, el camino para él es muy agrio; porque para esto conviene vencer el amor proprio, y pelear siempre consigo mesmo, que es la mayor pelea que puede ser. Lo uno y lo otro significó el profeta Isaías, cuando dijo (*b*): Sacúdete del polvo, levántate, y asiéntate, Hierusalem. Porque en el asentar es verdad que no hay trabajo; mas háilo en el sacudir el polvo de las afecciones terrenales, y en levantarnos del pecado y sueño que dormimos: que es lo que se requiere para venir á esta manera de asiento.

Aunque tambien es verdad que provee el Señor de grandes y maravillosas consolaciones á los que fielmente trabajan, y á todos aquellos que trocaron ya los placeres del mundo por los del cielo. Mas si este trueque no se hace, y el hombre todavía no quiere soltar de las manos la presa que tiene, crea que no le darán este refresco; pues sabemos que no se dió el manná á los hijos de Israel en el desierto, hasta que se les acabó la harina que habian sacado de Egipto (*c*).

Pues tornando al propósito, los que no se armaren desta fortaleza ténganse por despedidos de lo que buscan, y sepan cierto que miéntras no mudaren los ánimos y el propósito, nunca lo hallarán. Crean que con trabajo se gana el descanso, y con batallas la corona, y con lágrimas la alegría, y con el aborrescimiento de sí mesmo el amor suavísimo de Dios. Y de aquí nació reprehenderse tantas veces en los Proverbios la pereza y negligencia, y alabarse tanto la fortaleza y diligencia, como en otra parte declaramos (*d*); porque sabía muy bien el Espíritu Sancto, autor desta doctrina, cuán grande impedimento para la virtud era lo uno, y cuán grande ayuda lo otro.

§. I.

De los medios por donde se alcanza esta fortaleza.

Mas por ventura preguntarás: ¿Qué medio hay para alcanzar esta fortaleza, pues tambien ella es dificultosa como las otras virtudes? Porque no en balde comenzó

(*a*) Exod. 4. (*b*) Isai. 52. (*c*) Exod. 16. (*d*) Libro de la Oracion, p. 2. c. 2. §. 2.

el Sabio aquel su abecedario, tan lleno de doctrina espiritual, por esta sentencia (a): Mujer fuerte ¿quién la hallará? El valor della es sobre todos los tesoros y piedras preciosas traidas dende los últimos fines de la tierra. Pues ¿por qué medios podrémos alcanzar cosa de tan gran valor? Primeramente considerando este mesmo valor; porque sin duda cosa es de gran valor la que tanto ayuda para alcanzar el tesoro inestimable de las virtudes. Si no, dime: ¿qué es la causa por que los hombres del mundo huyen tanto de la virtud? No es otra sino la dificultad que hallan en ella los cobardes y perezosos. Dice el perezoso: El leon está en el camino; en medio de las plazas tengo de ser muerto (b). Y en otra parte añade el mesmo Sabio, diciendo (c): El loco mete las manos en el seno, y come sus carnes, diciendo: Mas vale un poquito con descanso, que las manos llenas con afliccion y trabajo. Pues como no haya otra cosa que nos aparte de la virtud, sino sola esta dificultad; teniendo fortaleza con que vencer, luego es conquistado el reino de las virtudes. Pues ¿quién no tomará aliento, y se esforzará á conquistar esta fuerza, la cual ganada es ganado el reino de las virtudes, y con él el de los cielos, el cual no pueden ganar sino solos los esforzados (d)? Con esta mesma fortaleza es vencido el amor proprio con todo su ejército; y echado fuera este enemigo, luego es allí aposentado el amor de Dios, ó por mejor decir, el mesmo Dios. Pues, como dice Sant Joan (e), quien está en caridad está en Dios.

Aprovecha tambien para esto el ejemplo de muchos siervos de Dios, que agora vemos en el mundo, pobres, desnudos, descalzos y amarillos, faltos de sueño y de regalo, y de todo lo necesario para la vida. Algunos de los cuales desean y aman tanto los trabajos y asperezas, que ansí como los mercaderes andan á buscar las ferias mas ricas, y los estudiantes las universidades mas ilustres, así ellos andan á buscar los monasterios y provincias de mayor rigor y aspereza, donde hallen no hartura, sino hambre; no riqueza, sino pobreza; no regalo de cuerpo, sino cruz y mal tratamiento de cuerpo. Pues ¿qué cosa mas contraria á los nortes del mundo, y á los deseos de las gentes, que andar á buscar un hombre por tierras extrañas arte y manera como ande mas hambriento, mas pobre, mas remendado y desnudo? Obras son estas contrarias á carne y á sangre, mas muy conformes al espíritu del Señor.

Y mas particularmente condena nuestros regalos el ejemplo de los mártires, que con tales y tan crudos géneros de tormentos conquistaron el reino del cielo (f). Apénas hay dia que no nos proponga la Iglesia algun ejemplo destos, no tanto por honrar á ellos con la fiesta que les hace, cuanto por aprovechar á nosotros con el ejemplo que nos da. Un dia nos propone un mártir asado, otro dia desollado, otro ahogado, otro despeñado, otro atenazado, otro desmembrado, otro aradas las carnes con sulcos de hierro, otro hecho un erizo con saetas, otro echado á freir en una tina de aceite, y otros de otras maneras atormentados. Y muchos dellos pasaron no por un solo género de tormentos, sino por todos aquellos que la naturaleza y compostura del cuerpo humano podia sufrir. Porque á muchos de la prision pasaban á los azotes, y de los azotes á las brasas, y de las brasas á los peines de hierro, y de allí al cuchillo, que solo bastaba para acabar la vida, mas no la fe ni la fortaleza.

Pues ¿qué diré de las artes é invenciones que la ingeniosa crueldad, no ya de los hombres, sino de los demonios, inventó para combatir la fe y fortaleza de los espíritus con el tormento de los cuerpos? A unos despues de crudelísimamente llagados, hacian acostar en una cama de abrojos, y de cascos de tejas muy agudos, para que por todas partes el cuerpo tendido recibiese en un punto mil heridas, y padesciese un dolor universal en todos los miembros, y así fuese combatida la fe con un ejército de dolores extraños. A otros hacian pasear con las plantas desnudas sobre carbones encendidos; á otros arrastraban por cardos y rastrojos, atados á las colas de caballos no domados. Para otros inventaban ruedas horribles, cercadas de navajas muy agudas, para que estando en alto el cuerpo fijo, esperase el encuentro de toda aquella órden de navajas que lo despedazasen. A otros tendian en unos ingenios de madera que para esto tenian hechos, y estirados allí fuertemente los cuerpos, los araban de alto abajo con garfios de hierro. ¿Qué diré, sino que aun no contenta la ferocidad de los tiranos con todos estos ensayos de tormentos, vino á inventar otro mas nuevo, que fué atar por los piés al mártir á las ramas de dos grandes árboles, abajándolas violentamente hasta el suelo, para que soltándolas despues, y resurtiendo á sus lugares, llevasen volando por los aires cada una su pedazo de cuerpo? Mártir hubo en Nicomedia (y como este hubo otros innumerables) á quien despues de haber azotado tan cruelmente, que no solo habian rasgado ya la piel y los cueros, sino que ya los azotes habian comido mucha parte de la carne, y llegado á descubrir por muchas partes los huesos blancos entre las heridas coloradas, acabado este tormento, le regaron las llagas con vinagre, y las polvorearon con sal; y no contentos con esto, viendo aun que todavía estaba el ánima en el cuerpo, le tendieron sobre unas parrillas al fuego, y allí le volteaban de una banda á otra con horcas de hierro, hasta que así asado ya, y tostado el sagrado cuerpo, invió el espíritu á Dios.

De manera que los perversos homicidas pretendian otra cosa aun mas cruel que la muerte (que es la última de las cosas terribles); porque no pretendian tanto matar, como atormentar con tantos y tan horribles martirios, que sin herida ninguna de muerte hiciesen partir las ánimas de los cuerpos á poder de tormentos. No eran pues éstos mártires de otros cuerpos que los nuestros; ni de otra masa y composicion que la nuestra; ni tenian por ayudador otro Dios que el que nosotros tenemos; ni esperaban otra gloria que la que todos esperamos. Pues si estos con tales y tantas muertes compraron la vida eterna, ¿cómo nosotros por la mesma causa no mortificarémos siquiera los malos deseos de nuestra carne? Si aquellos morian de hambre, ¿por qué tú no ayunarás un dia? Si aquellos perseveraban enclavados en la cruz orando, ¿por qué tú no perseverarás un rato de rodillas en oracion? Si aquellos tan fácilmente dejaban cortar y despedazar sus miembros, ¿por qué tú no cercenarás y mortificarás un poco de tus apetitos y pasiones? Si aquellos estaban tanto tiempo encerrados en cárceles escuras, ¿por qué tú no estarás siquiera un poco recogido en la celda? Si aquellos así dejaban arar sus espaldas, ¿por qué tú alguna vez por Cristo no disciplinarás las tuyas?

(a) Prov. 31. (b) Prov. 26. (c) Eccles. 4. (d) Matt. 11. (e) 1. Ioan. 4.
(f) Todo este género de tormentos cuenta Eusebio, lib. 8. Historiæ Eccles.

Y si aun estos ejemplos no bastan, alza los ojos á aquel sancto madero de la Cruz, y mira quién es aquel que allí está padesciendo tan crueles tormentos por tu amor. Mirad, dice el Apóstol (*a*), á aquel que tan grandes encuentros recibió de los pecadores, porque no canseis ni desmayeis en los trabajos. Espantoso ejemplo es este por do quiera que lo quisieres mirar. Porque si miras los trabajos, no pueden ser mayores; si á la persona que los padesce, no puede ser mas excelente; si la causa por que los padesce, ni es por culpa suya (porque él es la mesma innocencia), ni por necesidad suya (porque es Señor de todo lo criado), sino por pura bondad y amor. Y con ser esto así, padesció en su cuerpo y ánima tan grandes tormentos, que todas las pasiones de los mártires y de todos los hombres del mundo no igualan con ellos. Cosa fué esta de que se espantaron los cielos, y tembló la tierra, y se despedazaron las piedras, y sintieron todas las cosas insensibles. Pues ¿cómo será el hombre tan insensible, que no sienta lo que sintieron los elementos? ¿Y cómo será tan ingrato, que no procure imitar algo de aquello que se hizo por su ejemplo? Porque por esto (como dijo el mesmo Señor) convenia que Cristo padesciese, y así entrase en su gloria; porque pues habia venido al mundo para guiarnos al cielo (pues el camino para él era la Cruz), que fuese en la delantera crucificado; para que así tomase esfuerzo el vasallo, viendo tan maltratado á su Señor.

Pues ¿quién será tan ingrato, ó tan regalado, ó tan soberbio, ó tan desvergonzado, que viendo al Señor de la Majestad con todos sus amigos y escogidos caminar con tanto trabajo, quiera él ir en una litera, y gastar la vida en regalos? Mandaba el rey David á Urías (*b*), que venía de la guerra, ir á dormir y descansar á su casa, y cenar con su mujer, y el buen criado respondió: El arca de Dios está en las tiendas, y los siervos del rey mi Señor duermen sobre la haz de la tierra; ¿é iré yo á mi casa á comer, y beber, y descansar? Por la salud tuya, y por la de tu ánima tal cosa no haré. ¡Oh fiel y buen criado, tan digno de ser alabado, cuán indignamente muerto! ¿Pues cómo tú, cristiano, viendo de la manera que ves á tu Señor en la Cruz, no tendrás este mesmo comedimiento para con él? El arca de Dios de madera de cedro incorruptible padesce dolores y muerte, ¿y tú buscas regalos y descanso? Aquel arca donde estaba el manná (que es el pan de los ángeles) escondido, gustó hiel y vinagre por tí, ¿y tú buscas deleites y golosinas? Aquel arca donde estaban las tablas de la ley (que son todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios) es vituperada y tenida por locura, ¿y tú buscas honras y alabanzas? Y si no basta el ejemplo desta arca mística para confundirte, junta con ella los trabajos de los siervos de Dios que duermen sobre la haz de la tierra; conviene saber, los ejemplos y pasiones de tantos sanctos, de tantos profetas, mártires, confesores y vírgines, que con tantos dolores y asperezas pasaron esta vida, como lo cuenta uno dellos, diciendo así (*c*): Los sanctos padescieron escarnios, azotes, prisiones y cárceles; fuéron apedreados, aserrados, tentados, y muertos á cuchillo. Anduvieron pobremente vestidos de pieles de ovejas y de cabras; necesitados, angustiados, afligidos; de los cuales el mundo no era merecedor; vivian en las soledades y desiertos, en las cuevas y concavidades de la tierra; y todos ellos en medio destos trabajos fuéron probados, y hallados fieles á Dios.

Pues si esta fué la vida de los sanctos, y (lo que mas es) del Sancto de los sanctos, no sé yo por cierto con qué título, ni por cuál privilegio piensa alguno de ir adonde ellos fuéron, si va por camino de deleites y regalos. Y por tanto, hermano mio, si deseas ser compañero de su gloria, procura serlo de su pena: si quieres reinar con ellos, procura padescer con ellos.

Todo esto sirve para exhortarte á esta noble virtud de fortaleza; para que así seas imitador de aquella sancta ánima de quien se dice (*d*) que ciñó sus lomos con fortaleza, y esforzó sus brazos para el trabajo. Y para conclusion deste capítulo, y de la doctrina de todo este segundo libro, acabaré con aquella nobilísima sentencia del Salvador, que dice (*e*): Quien quiera que quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mesmo, y tome su cruz, y sígame. En las cuales palabras comprehendió aquel Maestro celestial la suma de toda la doctrina del Evangelio, la cual se ordena á formar un hombre perfecto y evangélico: el cual teniendo un linaje de paraíso en el hombre interior, padesce una perpetua cruz en lo exterior; y con la dulzura de la una, abraza voluntariamente los trabajos de la otra.

(*a*) Hebr. 12. (*b*) 2. Reg. 11.

(*c*) Ad Hebr. 11. (*d*) Prov. 31. (*e*) Lucæ 9.

AL CRISTIANO LECTOR.

Quise, amigo lector, que esta carta del sancto obispo Eucherio, dicipulo de Sant Augustin, se añadiese á esta nuestra Guia; porque trata del mesmo argumento della, que es del menosprecio del mundo y amor de la virtud. Y no solo por esta causa, sino tambien por haberme esta escriptura summamente contentado. En la cual hallará el discreto lector tanta gravedad de sentencias, tanta agudeza de razones, tanta elegancia en el estilo, y sobre todo tanto espíritu y eficacia en persuadir lo que pretende, que no deja al entendimiento humano cosa con que se pueda excusar de la fuerza de sus persuasiones. De donde le acaescerá lo que á mí ha acaescido : que por muchas veces que lea esta escriptura, nunca me cansa ni causa hastío. Porque esta es la condicion de las cosas perfectas y acabadas en su género, que siempre deleiten, por mucho que se traten. La verdad de lo cual todo remito al juicio del prudente lector que supiere estimar lo que merece estima. Y porque no quiero para mí la gloria desta translacion (que es muy elegante), el intérprete fué el R. P. Fr. Joan de la Cruz, que es en gloria; el cual para esto tenia especial gracia, como se ve por otras translaciones suyas. Vale.

CARTA DE EUCHERIO,

obispo de Leon de Francia, dicipulo de Sant Augustin,

A VALERIANO SU PARIENTE, VARON ILUSTRE,

EN QUE LE AMONESTA EL MENOSPRECIO DEL MUNDO Y DESEO DE LA VERDADERA BIENAVENTURANZA.

¡Cuán bien junta el parentesco á los que se ayuntan con lazo de amor! Gloriarnos podemos en esta merced de Dios, á quien igualmente la sangre como la caridad hizo compañeros; y dos aficiones nos juntan en uno: la que de los padres de nuestra carne traemos, y la que en nuestros corazones con el favor de Dios nosotros criamos. Este doblado ñudo con que nos ata el deudo de una parte, y de otra el amor, me hizo que te escribiese, y prolijamente encomendase á tu mesmo corazon el bien de tu ánima, y te mostrase que la verdadera bienaventuranza, poseedora de bienes eternos, se alcanza por sola la profesion de fe y de virtud. Porque amándote igualmente que á mí, es necesario que desee no ménos para tí que para mí el bien soberano. Y alégrome mucho que tu inclinacion no es contraria al religioso voto de la sancta vida que yo te quiero persuadir. Porque tu dichosa edad dende su ternura brotó flores en mucha parte conformes al fructo deseado de las virtuosas costumbres; proveyendo la gracia divina, por ministerio de la naturaleza, cómo hallase en tu corazon su doctrina grande principio cuando te quisiese comunicar lo que te falta. Bien veo cuán altos títulos te hacen ilustre en el siglo por la dignidad y antigua nobleza, así de tu padre, como de tu suegro; pero muy mas alta es la gloria que yo te deseo; pues te llamo, no para dignidad terrena, sino celestial; no para honra de un siglo, sino de siglos eternos. Esta es la gloria cierta y digna de ser deseada: ser el hombre sublimado á bienes que nunca se acaban. Lo cual no te persuadiré con la sabiduría seglar, mas con aquella excelente filosofía escondida á los mundanos, que determinó Dios revelar para nuestra gloria en el tiempo que le plugo. Y hablarte he osadamente por el gran celo que tengo de tu bien, descuidado de lo que á mí conviene; considerando mas lo mucho que para tí deseo, que lo poco para que yo basto.

§. I.

La primera obligacion (mi Valeriano carísimo) que el hombre recien nascido tiene, es de conocer su hacedor, y reconocerle por su Señor, y el don de la vida que dél recibió convertir en su servicio: de manera que lo que por su bondad comenzó á ser, para él se prosiga, y en él se remate; y la merced que recibió sin merecerla, sirviéndole con ella, despues la merezca. ¿Qué verdad mas cierta se nos puede decir, que ser nosotros debidos á aquel que de no ser nos hizo que fuésemos? Aquel por cierto sabiamente conosce la intencion de quien le formó, que tiene por averiguado que él le hizo, y para sí. Despues desto lo que mas al hombre conviene, es mirar por el valor de su ánima; que pues en nobleza es la primera, no ha de ser la postrera de nuestros cuidados. Antes de lo que en nosotros es principal se ha de hacer primero cuenta, y de la sanidad mas necesaria conviene tengamos mas atenta solicitud. Y para mejor decir, no principalmente, mas sola esta ha de ocupar todo nuestro sentido: cómo la nobleza de nuestra ánima sea defendida, cómo sea conservada. Ni esto contradice á lo que ántes dije. Porque verdad es que á Dios debemos la primera y mas profunda intencion, y á nuestra ánima la segunda. Pero son tan hermanas estas dos diligencias, que siendo ambas necesarias, la una sin la otra no se puede conservar. Porque no es posible que quien á Dios satisfizo, que no proveyese su ánima; y quien tuvo cuidado de su ánima, que no contentase á Dios. De tal manera se entienden estos dos espirituales negocios, y así están encadenados, que quien diligentemente tratare el uno, habrá cumplido con ambos; porque la inefable bondad de Dios quiso que nuestro provecho fuese su sacrificio. ¡Oh cuánto tiempo y trabajo emplean los mortales en curar sus cuerpos, y conservar su salud! ¿por ventura su ánima no meresce ser curada? Si tantas y tan diversas cosas se gastan en servicio de la carne, no es lícito que el ánima esté arrinconada y despreciada en sus necesidades, y que sola ella sea desterrada de sus proprias riquezas. Mas ántes si para el regalo del cuerpo somos muy largos, proveamos á nuestra ánima con mas

alegre liberalidad. Porque si sabiamente llamaron algunos á nuestra carne sierva, y al ánima señora; no habemos de ser tan mal mirados, que honremos á la esclava, y á su señora despreciemos. Con razon nos pide mayor diligencia nuestra mejor parte, y mayor cuidado la dignidad principal de nuestra naturaleza. Ni es justo que en la reverencia necesaria pospongamos la mas noble, y antepongamos la vil. Y que la carne sea mas vil, manifiéstanlo sus naturales vicios con que nos abate á la tierra, donde ella nasció; levantándonos el ánima como fuego á lo alto, de donde nos fué enviada. Esta es en el hombre la imágen de Dios. Esta preciosa prenda tenemos de la gloria que nos es prometida. Pues defendamos su autoridad, y amparémosla con todas nuestras fuerzas. Si á esta sustentamos y regimos, guardamos el depósito que nos ha de ser demandado. ¿Cuál hombre quiere levantar algun edificio, que primero no asiente los cimientos? ¿Cuál hombre no procura primero su vida, que abundantes bienes, los cuales sin vida no puede gozar? ¿Cómo amontonará los bienes postreros, quien los primeros no posee? ¿De qué manera piensa vivir bienaventurado, quien no tiene lo necesario para vivir? El menguado de vida, ¿cómo puede tener vida felice; ó que vida le pueden dar los sabrosos y sobrados manjares, si no tiene con que provea á la hambre de su ánima? Como quier que diga nuestro Salvador en el Evangelio (*a*): ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su ánima? Porque no puede tener razon de ganancia lo que se adquiere con detrimento del bien espiritual: ántes padesciéndose daño en el espíritu, ningun bien se debe estimar de la carne; porque el verdadero bien en sola el ánima consiste. Por tanto con toda diligencia y industria negociemos la segura y cierta granjería de nuestra ánima, ántes que se pase el término de su trato. En estos pocos dias podemos negociar la vida eterna, no nos contentando con ellos; pues aunque tuviesen verdadera y cierta bienaventuranza, por durar tan poco tiempo merescen ser en poco tenidos. Ca ninguna cosa es digna de llamarse grande, si en breve tiempo se acaba; ni se puede decir luengo el tiempo, cuyo plazo no puede dejar de llegar. Breve es el contentamiento desta vida, cuyo uso es breve. Antes por solo este respecto se debe anteponer al deleite deste siglo la vida venidera; porque este es temporal, y aquella es eterna: y manifiesto es ser mejor gozar de los bienes perpetuos, que de perecederos. Pero mas hay que considerar, y que desear. Sola la vida venidera es beatísima, sola es felicísima. Esta presente, así como lijeramente pasa, así en el poco espacio que dura es llena de miserias y dolores, no solamente de los naturales y forzados, mas de otros muchos que desastradamente acaescen á los mortales. Porque ¿qué cosa hay tan dudosa, tan infiel, tan mudable, tan de vidrio, como la vida presente? La cual es llena de trabajos, llena de congojas, llena de peligros, llena de cuidados, afligida con enfermedades, triste con temores, incierta y desasosegada como mar que en todo tiempo hierve con tempestades.

Pues ¿qué razon, ó que interese puede persuadir al hombre á despreciar los bienes eternos, y seguir los temporales tan falsos y tan resbaladizos? ¿Por ventura no ves cómo los hombres deste siglo en la tierra donde esperan morar la mas parte de su vida, procuran llegar hacienda, y acrescientan sus patrimonios, y en la ciudad de donde piensan presto partir, trabajan poco por enriquecer, y en su casa hacen pequeña provision? Desta manera pues nosotros conocemos la estrechura del mundo, y la lijereza del tiempo, y sabemos que los siglos venideros nunca se acaban, y la patria que esperamos es espaciosísima: procuremos arraigarnos en ella, para que vivamos prósperos donde siempre habemos de morar. No pervertamos los cuidados, poniendo mayor solicitud en el breve y miserable provecho, y menor en el eterno y verdaderamente bienaventurado. Tanto es cierto lo que digo, que no sé determinar cuál respecto es mas eficaz para levantar nuestros corazones á los deseos de la vida del cielo: ó la consideracion de los bienes que en ella poseerémos, ó la experiencia de los males que en esta nos persiguen; porque aquella nos llama con castos regalos, y esta nos desecha con perpetuos descubrimientos. Por tanto, pues los mesmos males nos enseñan la verdadera prudencia, si la dulzura de los bienes celestiales no nos enamora, á lo ménos aborrezcamos la amargura y afliccion de los trabajos del siglo. Si no abrazamos los honestos placeres, huyamos siquiera los crueles tormentos; que los unos y los otros á una juntan sus fuerzas para levantar nuestros corazones á la vida verdadera, por la cual se nos hará dulce cualquier trabajo presente.

Porque si algun hombre rico y poderoso nos llamase, prometiéndonos amor y obras de padre, seguirle íamos sin tardanza á tierras extrañas, rompiendo cualesquier dificultades y estorbos del camino. Dios, Señor del universo, cuyos son todos los tesoros, nos llama para nos amar, y para se nos comunicar (solamente que le acceptemos el dulce apellido de hijos, con que llama á su único engendrado nuestro Señor Jesucristo); ¿y tú emperezas, y no extiendes siquiera la mano con viveza y alegría para recebir dignidad tan gloriosa? Mayormente pues para alcanzar tan alto estado no has de peregrinar á tierras muy apartadas, ni arriscarte á los peligros del mar: donde quiera y cuando quiera que quisieres, ya eres adoptado. ¿Por ventura por eso serémos mas flojos, y ménos cobdiciosos de tan grande merced, porque cuanto es mayor que las deste mundo, tanto está mas aparejada? Antes por eso nos será mas dañosa nuestra cobardía; porque tanto mas serémos culpados por desdeñarla, cuanto mas fácilmente la pudiéramos alcanzar, si no nos entorpeciera el amor y deleites desta vida. Pues si amas vida, para vida te convido. ¿Con qué razon mejor te persuadiré, que asegurándote lo que deseas? Para darte vida te envía Dios por mí su embajada: no puedes negar que deseas vivir. Pero amonéstote que en lugar de la temporal vida ames la eterna. Porque de otra manera, ¿cómo es verdad que amas la vida, si no deseas que dure lo mas que puede durar? Pues lo mesmo que nos agrada siendo perecedero, agrádenos mucho mas siendo perpetuo; y lo que tanto estimamos, acabándose presto, apreciémoslo mas, careciendo de fin. Vivamos de manera que no nos sea esta vida impedimento de otra mejor; mas camino y escalera para ella. No sea el principio de la vida contrario á su perfeccion. Contra toda justicia perjudica á la vida el amor de la vida. De donde no te queda que responder, ni tienes excusa para no acudir al llamamiento divino, cualquiera aficion que á la vida tengas. Porque si la desprecias por sus desgustos, ¿con qué causa mas justa la aborrecerás, que por amor de otra mejor? Y si la amas, tanto mas debes desear que sea perpetua. Pero destos dos afectos mas querria que

(*a*) Matth. 16.

tuvieses el primero: conviene saber, que segun experimentas la vida, así la tengas por molestísima; y segun sus miserias, así por ellas la desprecies y aborrezcas. Rómpase ya la cadena tan extendida de los negocios seglares, que asidos unos á otros con mil dificultades hacen una continua fatiga. Rompamos los lazos de los cuidados infructuosos, que añudados unos á otros dilatan nuestras ocupaciones, como si cada hora de nuevo comenzasen. Desatemos las enmarañadas contiendas que traban unas de otras, y traen fatigado inútilmente el estudio de los mortalés, como á quien continuamente tejiese y destejiese una tela: cuya perseverante y forzada atencion, la vida que de suyo es corta, hacen mas breve, distrayendo sus corazones unas veces á vanos deleites, y otras veces á tristes temores; unas veces á deseos ansiosos, otras veces á medrosas sospechas; y siempre á irremediables fatigas, que la edad del hombre hacen breve para la vida, y luenga para los dolores. Despidamos el amor del mundo, que en cualquier grado que nos ponga es peligroso é infiel; porque su alteza es sospechosa, y su bajeza inquieta. Ca el bajo estado es pisado de los mayores, y el alto por sí mesmo desvanecido se cae. Pon al hombre en el lugar que quisieres: no descansará en la cumbre, ni en la halda del monte: donde quiera es combatido. El flaco está subjecto á la injuria, el poderoso á la invidia. Pero prosigamos los daños del estado próspero, que están mas encubiertos, y por eso es mas peligroso: que el miserable manifiestas tiene sus dolencias.

§. II.

Dos cosas me parescen las principales que sostienen á los hombres en el amor del siglo, y con tan halagüeña suavidad encantan sus sentidos, y los sacan fuera de sí, y los llevan presos con blanda cadena á los viciosos tormentos: conviene saber, el deleite de las riquezas, y la honra de las dignidades. Y llámolas por el nombre que el mundo les puso, como quiera que el primero no es deleite, sino servidumbre, y la segunda no es honra, sino vanidad. Estos dos enemigos se ponen delante los hombres, y juntando y atravesando sus piés, les impiden el paso de la virtud; y con sus infernales bahos inficionan los pechos de los humanos, y con ponzoñosos ungüentos recrean las ánimas llagadas y cansadas de los trabajos de su naturaleza. Porque (hablando primero de las riquezas) ¿qué cosa hay mas perjudicial? Por ventura no son causa á sus poseedores de muchas injusticias: como uno de los nuestros dijo: ¿Que son las riquezas sino prenda para recebir injurias? ¿Por ventura no están llamando los grandes tesoros á los robadores y homicidas, convidándolos con el premio de su osadía? ¿Por ventura no amenazan á sus señores desprivanzas y destierros? Pero disimulemos que esto pueda acaescer. Acabada la vida del hombre, ¿qué prestarán las riquezas? ¿adónde irán? que ciertos somos que no caminarán con sus amadores. Atesora el hombre, dice el Salmista (*a*), y no sabe para quien allega su tesoro. Y si quieres, esperemos; y sea así que te succeda en ellas quien tú deseas. ¿Cuántas veces los herederos destruyeron las casas de sus antepasados; y las riquezas con grande afan ayuntadas, cuántas veces fuéron desperdiciadas, ó por el hijo mal enseñado, ó por el yerno mal escogido? Pues ¿dónde está el deleite de las riquezas, cuya posesion es llena de cuidadosos trabajos, cuya succesion es tan dudosa? ¿Dónde corres fuera de la carrera, desenfrenado amor de los hombres? ¿Sabes amar lo que tienes, y á tí no sabes amar? Fuera de tí está lo que amas: extraño es lo que te deleita. Vuelve, vuelve sobre tí: ámate siquiera como amas tus cosas. Sin duda te pesaria si tus compañeros amasen mas tu hacienda que tu persona, y si pusiesen mas los ojos en el resplandor de tus riquezas que en tu salud. Querrias que tu amigo fuese leal á tu vida, mas que cobdicioso de tus tesoros. Púes ¿por qué lo que á otros pides, niegas á tí mesmo? ¿Quién es al hombre mas obligado, que él á sí mesmo? Guardemos la fe y amor que á nosotros mesmos debemos: nuestras cosas no nos merecen. No digo mas acerca de las riquezas.

De las honras diré que no me podrás negar que no se podrá llamar dignidad aquello que los buenos comunmente con los malos poseen; ni hace glorioso triunfo á los vencedores esforzados la corona con que tambien se coronan los cobardes. Confusion es, no dignidad, la que envuelve á los dignos con los indignos, y á los virtuosos (que de derecho han de ser superiores) iguala con los viciosos. Y es mucho de maravillar que en ningun estado se disciernen ménos los buenos de los malos, que en la pompa. Dime, yo te ruego: ¿no es mas honrado quien desecha tal honra, á quien sus proprias virtudes ensalzan, y el fausto no ensoberbece? Y (si mas quieres que te diga) sean las honras cuales el mundo las juzga; ¡cuán lijeramente vuelan, cuán presto desaparecen! Vimos en nuestros dias muchos varones honrados puestos en el cuerno de la luna, que dilataban su patrimonio por la redondez de la tierra, cuyas venturas vencian á su cobdicia, y su prosperidad pasaba delante de sus deseos. Mas ¿por qué hago caso de particulares estados? Vimos reyes gloriosos, cuyo imperio de muchos era temido, cuyas púrpuras resplandescian con piedras preciosas, cuyas ricas diademas hermoseaban flores y ramos de oro labrados, cuyos reales palacios adornaban sumptuosas tapicerías, y los costosos enmaderamientos, artesones dorados; y (lo que mas es) sus voluntades eran derecho de los pueblos, y sus palabras se llamaban leyes comunes. Pero ¿quién por mas que se empine, puede subir sobre la medida de los mortales? Vemos agora que aquel su faustoso orgullo en ninguna parte se halla, y sus inestimables pesos de oro se hundieron con sus señores. En nuestros tiempos son fábula las historias de muchos ínclitos reinos. Todas aquellas cosas que entónces se tenian por grandes, ya agora son vueltas en nada; que ni en la tierra las conocemos, ni pienso (ántes sé cierto) que allá donde ellos están no las gozan, si con ellas no ganaron alguna substancia de virtud. Porque sola esta los podria seguir, partiendo de aquí faltos de otro socorro; solo esta fiel amiga los acompañaría cuando caminasen desamparados de todos sus bienes. Este es el mantenimiento con que agora serán sustentados; esta es la excelencia con que agora serán sublimados. No pierden los sabios y virtuosos las honras temporales y posesiones terrenas; mas truécanlas por la celestial gloria, é infinito tesoro. Por tanto, si cobdiciamos valer, si anhelamos á honras, escojamos las verdaderas honras y verdaderas riquezas. Allí queramos ser honrados y ricos, donde hay desengañada discrecion de males y bienes; y donde el bien no tiene mezcla de mal; y donde lo que de una vez se alcanza siempre se posee; y lo que una vez se gana, nunca jamas se pierde.

Mas porque arriba dijimos que los bienes desta vida

(*a*) Psal. 38.

con la muerte se pierden, veamos si por ventura tenemos algun tiempo seguro, ó si conviene que estémos en continuo sobresalto. Ninguna cosa ven los hombres mas á menudo que morir; y de ninguna cosa mas se olvidan que de la muerte. Pasa el humano linaje de generacion en generacion arrebatadamente, hasta que toda la succesion de los hombres se acabe segun la ley de los siglos. Nuestros padres fuéron delante, y nosotros los seguimos de prisa; y así corre todo el número de los hombres como arroyo de agua que desciende de los montes, ó como las ondas del mar que se deshacen llegando á la costa, miéntras otras se levantan: así nuestras edades se acaban llegando á su término, y comienzan otras que tambien á su tiempo fenecerán. Suene pues continuamente en nuestras orejas el ruido desta corriente; y el ímpetu destas olas de dia y de noche despierte nuestra memoria. Nunca perdamos de vista la mutabilidad de nuestro estado. El fin necesario de nuestra vida tengámosle por presente; pues tanto mas cerca le tenemos, cuanto mas se ha detenido. El dia que no sabemos si está lejos, tengámosle por vecino. Apercibámonos para la partida con tales propósitos y meditaciones, que temiendo la muerte ántes que venga, no la temamos cuando viniere. Bienaventurados los seguidores de Cristo, á quien no fatiga el recelo de morir, y con quietud y conveniente aparejo esperan su último dia, en el cual desean y confian ser sueltos y estar con su amado; porque los tales tendrán por mejor acabar hoy ántes que mañana, pues pasan de la vida temporal á la que permanesce para siempre. Muchos son los que esto entienden, y pocos los que lo consideran; mas donde se trata de vida, no sigamos la compañía de los negligentes; ni en negocio tan importante imitemos los yerros ajenos con daño de nuestra salud. Porque en el juicio divino no nos excusará la muchedumbre de los engañados, cuando particularmente será cada uno examinado, y segun sus proprios méritos será condenado ó absuelto, sin hacer cuenta del otro pueblo. Cesen pues, cesen los vanos consuelos que nos hacen no sentir nuestros daños. Porque mejor será perpetuar nuestra vida con los pocos, que perderla con los innumerables. Muy ciego y desvariado es por cierto el que disimula su pérdida por seguir á quien despues no le puede remediar. Por tanto no nos lleve al descuido de los pecados el ejemplo de los pecadores, ni tenga en nosotros autoridad la prudencia de los locos, que no miran lo que les conviene. Antes yo te ruego que las obras de los tales hombres las mires como á borron, y no como á dechado.

§. III.

Y si quieres remedar algun dechado, puesto que en comparacion de los errados hallarás pocos, pero algunos hay á quien atiendas, cuyo ejemplo te sea saludable. Aquellos mira con atencion que diligentemente consideran para qué nascieron, y miéntras viven tratan con prudente estudio los negocios de su vida, y con provechosos trabajos de virtuosas obras labran y siembran en la tierra para coger el fructo en el cielo: de que no solamente tienes muchos ejemplos, mas magníficos. Porque ya (loores á Dios) vemos que la nobleza del mundo, las honras, las dignidades, la sabiduría y los ingenios, la facundia y las letras se pasan cada dia á los reales de la fe, y á la escuela de Cristo. Ya vemos que la alteza empinada del siglo abaja su cuello, y con devocion toma su cerviz el suave yugo del Señor. Como podria (si no fuese menester luengo tratado) contar por sus nombres á muchos varones ilustres que siguieron, y agora siguen esta vereda estrecha, y familiar conversacion en que Dios se honra y se sirve. Mas por no dejar á todos, referiré algunos de muchos que callo. Clemente, del antiguo linaje de los senadores, y del mesmo tronco de los Césares, dotado de todas ciencias, y florido con las artes liberales, anduvo este camino de los justos, y tanto en él aprovechó que mereció ser succesor del Príncipe de los apóstoles. Gregorio, obispo de Ponto, primor de la filosofía, y primor de la elocuencia, por este ejercicio se hizo mas resplandesciente, no solo en santidad, mas en obras maravillosas. Porque dél cuentan las historias, entre otras muestras de su merescimiento, que por sus oraciones pasó un grande monte de un lugar á otro, para dar sitio á un templo que los fieles querian edificar en una sierra donde estaban escondidos por la persecucion de la Iglesia; y secó una laguna de agua para pacificar los que peleaban sobre la particion de sus peces. Otro sancto del mesmo nombre Gregorio, muy enseñado en las ciencias humanas, las despreció por el amor desta celestial filosofía, de quien no callaré lo que dél se escribe; porque tambien hace á nuestro propósito. A Basilio, su compañero en los estudios seglares, sacó por la mano de la escuela donde enseñaba retórica, diciendo así: Deja ya esa vanidad, y entiende en tu salvacion. Y no lo dijo á sordo; que luego le siguió, y ambos fuéron obispos de gloriosa memoria, y ambos dejaron á la Iglesia católica en libros que escribieron claros testimonios de su fe y santidad, y de subidos ingenios: Paulino, obispo de Nola, resplandor de nuestra Francia, despreciadas grandes dignidades del siglo, y muy copiosas riquezas, y con ellas el frescor de la elocuencia, se pasó á este ejercicio é instituto de vida, en el cual floreció tanto, que en todas las partes del mundo se goza su fructo. ¿Que diré de Hilario, que pocos dias há fué obispo en Italia? ¿y de Petronio? Los cuales ambos decendieron de insignes y antiguas familias. ¿Por ventura no antepusieron á su estado, el uno la religion, y el otro el sacerdocio? ¡Oh cuándo acabaré de referir, con otros muchos que dejo, á Firmiano, Minucio, Cipriano, Evagrio, Crisóstomo, Ambrosio! Parece que todos platicaron juntamente lo que á otro su semejante fué aguda espuela para sacarle del siglo á esta dichosa vida (*a*). Levántanse los indoctos, y arrebátannos el cielo; y nosotros con nuestras doctrinas revolvémonos en la carne y la sangre. Trataron esto entre sí, y porque despreciaron lo que era poco, fuéron enriquecidos con lo mucho en el gozo de su Señor. Pues aun no he contado sino una pequeña parte de los que desecharon particulares honras, y estados, y la flor de la elocuencia, ó la gravedad de la filosofía. Mas ¿por qué no tocaré á lo ménos reyes y cabezas del mundo; aunque no para contar á todos los que de nuestra religion fuéron amadores, y discretos apreciadores de su real dignidad? Y no callaré los del tiempo antiguo, David, Josías y Ecequías; á cuyas venerables historias te remito, porque de nuestros tiempos no faltan ejemplos recientes de príncipes que familiarmente se juntan al Rey verdadero, y loan y sirven con maravillosa devocion al Señor soberano, Rey de los reyes, engrandeciendo sola su Majestad, así hombres como mujeres.

(*a*) S. Aug. lib. 8. Confess. cap. 8.

Por ventura las labores destos dechados te contentarán mas, y por ser de tu edad moverán mas tu aficion á procurar la vida verdadera que ellos procuran.

Y si quieres pasar adelante, y poner los ojos en otras muestras de ajena naturaleza, mira los dias, y los años, el sol, la luna, y todas las lumbreras del cielo, cómo cumplen sin cansarse las palabras y mandamientos divinos, y sirven con sus movimientos á su sapientísima ordenacion, sin traspasar un punto sus leyes. Por ventura nosotros (para cuyo uso todas estas cosas fuéron criadas, y puestas delante de nuestros sentidos, que sabemos la fábrica de los cielos, y no ignoramos la intencion de su Criador, que para nuestro aviso así lo dispuso) ¿cerrarémos las orejas á sus mandamientos? Grande vergüenza es que oyendo las criaturas insensibles, dadas para ayuda de los hombres, una sola palabra de Dios en el principio de su creacion, de lo que habian de hacer en todos los siglos venideros, nunca della se olvidan, ni jamas le desobedescen; y nosotros, para quien tantos volúmines de libros de Escriptura sagrada son escriptos, y tan repetidas leyes son establecidas (que es singular privilegio de los hombres), ¿no obedescerémos á nuestro Hacedor, siquiera guiados por las cosas que fuéron hechas para nuestro servicio, mayormente siendo grande desvarío atreverse el hombre á desobedecer á su Dios, sabiendo que aunque no ame su bienhechor, no se librará por eso de las manos de su Señor? Porque ¿dónde se esconderán los que huyen de Dios? ¿Dónde me esconderé de tu espíritu, decia David (*a*), ó dónde huiré que no me vea tu cara? Si al cielo subiere, tú estás allí; si descendiere al infierno, allí estás presente; si volare tan lijero como paloma, y pasare allende de la mar, allí me prenderá, y traerá tu mano derecha. Así que, quieran ó no quieran los que con la voluntad se apartan del universal Señor, que por derecho, y con ejecucion caerán en sus manos. Ellos están léjos dél con sus aficiones; mas él está sobre ellos con su poder. Y con grande desatino paréceles que huyen y escapan de su jurisdiccion, y están encerrados en ella: van fuera con sus imaginaciones, y quedan dentro de su tribunal. Porque si tiene derecho el hombre para seguir su esclavo fugitivo, y reducirle á servidumbre, ¿no guardará asimesmo este derecho el Señor de los señores, á quien por sí solo pertenesce legítimo señorío sobre todos los mortales? ¿Por qué no hará justicia por sí, como hace por otros el justo juez?

§. IV.

Pero no solamente han de inclinar nuestros afectos las cosas que vemos: tambien tenemos orejas con que oyamos las promesas divinas, que no tienen menor fuerza para incitar nuestros corazones. Consideremos con atencion y diligencia lo que se nos enseña, y con firme crédito, y entrañables deseos esperemos lo que se nos promete. El hacedor de todas las cosas que vemos, nos da fe de las que no vemos. Y si los ojos ejercitamos sabia y provechosamente; si la admiracion que nos causa la máquina del mundo enderezamos al conocimiento de su autor, y por esta via contemplamos cuán resplandeciente luz se representará á nuestros ojos en la ciudad celestial, pues en la tierra vil una pequeña centella reverbera nuestra vista; si conjecturamos cuán deleitable hermosura tendrán las cosas eternas, pues tanta belleza tienen las perecederas: los mesmos sentidos corporales nos levantarán poderosamente á la cobdicia de los bienes que no sentimos. Pues no usemos de los sentidos de nuestra carne en solos sus bajos oficios; sírvannos ordenadamente para ambas vidas. Y de tal manera nos aprovechen en la vida temporal, que no nos sean impedimento, mas ayuda para la que esperamos, que es eterna. Y si nos lleva para sí el amor y deleite de las criaturas (porque en la verdad es muy poderoso para alterar los corazones humanos), el bien eterno y soberano, clarísimo y deleitabilísimo, ese es el que tiene, no solo razon para ser amado, mas causa suficientísima para que solo sea amado. Este es nuestro Dios, á quien no podemos tanto amar, que mas no debamos. Y así se hace (lo que arriba dije de las honras) que en lugar de los deleites mundanos succeden á los buenos mas entrañables y mas justas delectaciones. Por tanto si te aficionaba la grandeza del mundo, ninguna cosa hay mas magnífica que Dios. Si alguna cosa en el siglo te parescia digna de gloria, ninguna es mas gloriosa. Si te ibas en pos del resplandor de las cosas claras, ninguna hay mas resplandeciente. Si te enamoraban las cosas bellas, ninguna hay tan hermosa. Si en algo creias hallar verdad, ninguna cosa hay mas fiel, ni mas verdadera. Si en alguno esperabas hallar liberalidad, ninguno hay mas magnífico. Maravillábaste de lo que es puro y sencillo: ninguna cosa hay mas pura y mas sincera que su bondad. Cobdiciabas abundancia de bienes: ninguno tiene riquezas mas copiosas. Amabas á quien tenias por fiel: ninguno hay mas leal, y guardador de su palabra. Buscabas lo que te es provechoso: ninguna cosa hay mas útil que su amor. Alguno te contentaba porque veias en él gran verdad con llaneza: ninguno hay mas severo, ni mas blando. En las adversidades querrias hallar benignidad en tus amigos, y en las prosperidades placer: dél solo puedes haber único consuelo en las tribulaciones, y gozo en la sanidad. Agora dime si es justo que aquel en quien tienes todas las cosas, ames sobre todas ellas, y que sobre todos los bienes estimes aquel en quien están todos los bienes; y no solamente los soberanos y divinos, mas aun esos temporales (de que los hombres usan mal) dél mesmo los tienen.

Pues así es, el amor que hasta aquí ha sido mal repartido, todo junto le entrega al servicio de Dios. Y la casta caridad que en pos de las sensuales aficiones erraba, de aquí adelante se ocupe en solos los ejercicios sagrados; y el corazon que devaneaba con diversas opiniones, sea castigado con el freno de la verdadera sabiduría, mayormente pues cuanto amas, y cuanto sabes todo es de Dios. Suyo es, aunque tú no le ames. Porque es él tan grande y tan universal Señor, que los que no le aman, aunque no quieran, han de amar lo que es suyo. Pero considere quien tiene juicio sano, si es cosa razonable, que despreciado el Hacedor de las cosas, se amen sus hechuras; y que corra el hombre á diestro y á siniestro á todas partes en pos de las criaturas contra la voluntad de quien las crió, habiéndolas criado para que por el uso dellas camine para él nuestro corazon. Mas el hombre de trastornado entendimiento convierte sus amores y deseos á las criaturas viles, y desordenando su mesma inclinacion, engrandesce al arte, menospreciando al artífice; y ama la imágen hermosa, y desama á su pintor, de cuya universal bondad arriba dijimos. Mas ¿qué dijimos, ó qué se puede decir de tan grande

(*a*) Psal. 138.

tesoro de bondad, ó cuándo podrá algun hombre, ó ángel igualar con palabras á la alteza de tan profundo misterio?

De donde ya no te quiero decir que amar á Dios es deleitable, mas que necesario; pues allende la obligacion que tenemos de amarle por quien él es, necesariamente amamos sus cosas; y así como no podemos amarle cuanto él es digno, así tampoco basta nuestro amor para recompensar los bienes que dél recibimos. Por lo cual asimesmo es grande injusticia no amar siquiera á quien aun amándole no le podemos satisfacer. Injustísima cosa es no querer servir lo poco que puedes á quien no puedes servir cuanto eres obligado. ¿Qué volveré al Señor, decia David (a), por todos los bienes que me ha dado? ¿Qué le pagarémos siquiera por esto solo, que en tan fáciles cosas puso el principio de nuestra salvacion, y abrió puerta á todos los moradores de la tierra para darles la heredad del cielo, sin despreciar ó desechar alguna nacion, ó tierra, ó isla apartada? ¿Por qué piensas tú que por otra razon la posesion de toda la tierra, las naciones y reinos de la tierra vinieron á la subjeccion de los romanos, y la mayor parte del mundo se hizo un pueblo; sino para que mas fácilmente por todo el mundo penetrase la fe, y para que como el mantenimiento ó la medicina se derrama por todo el cuerpo, así la fe infundida en la cabeza de las gentes se comunicase por todos los miembros? Porque de otra manera no corriera tan diligentemente por tan apartadas gentes y provincias, diferentes en costumbres y lenguas, ni pasara tan adelante y con tanta presteza, si á cada lugar tuviera nuevo estropiezo y contradiccion. Por esto el apóstol Sant Pablo dice que la fe de los romanos se anunciaba por el universo mundo; y por la mesma razon tuvo él libertad para discurrir predicando el Evangelio dentro de Hierusalem hasta el Illirico. Lo cual ¿cómo pudiera, si no estuvieran juntas debajo de un señorío la multitud innumerable de regiones y ciudades, y se domesticara la fiereza de las bárbaras naciones? Así se cumplió lo que agora vemos cumplido, que dende el Oriente hasta el Poniente, dende el Septentrion hasta el Mediodía, por todos los lados del mundo suenan los loores de Cristo, acceptando su fe el tracense, el africano, el siro, el español. Lo cual misteriosamente se significó y se comenzó á ejecutar cuando en tiempo de la república romana, teniendo el esceptro de todo el mundo el emperador Octaviano, descendió Dios á la tierra. Para cuya venida y próspera dilatacion de su nombre se proveyó, y fundó, y acrescentó en diversos tiempos la policía de los romanos, así en tiempo del mando de los antiguos reyes, como en el de la gobernacion de los cónsules, segun podrá claramente mostrar con mediano ingenio cualquiera que afirmarlo quisiere. Y tú mejor lo puedes conoscer, pues te son familiares las historias de tu nacion. Por tanto, dejado esto, vuelvo al propósito que dende el principio pretendí. No querais amar al mundo, ni las cosas que en el mundo están, dice el discípulo amado del Señor (b). Y con razon; porque todas las cosas mundanas engañan nuestros ojos con afeites y colores postizos. Pues así es, la virtud de los ojos que se nos dió para gozar de la luz, no se debe aplicar al error; y la que para el uso de la vida fué dada, no nos sea causa de muerte. Los deseos de la carne, dice el apóstol Sant Pedro (c), pelean contra nuestra ánima, y siempre están en frontera contra el espíritu. Y (como se acostumbra entre los reales de los enemigos) tanto mas la carne se esfuerza, cuanto el espíritu mas se enflaqueca.

§. V.

Mas hasta agora, ilustre Valeriano, yo he tratado de los halagüeños deleites de las riquezas, y de las fingidas y falsamente estimadas honras, como si el mundo estuviese en su vigor y fuerza para engañarnos. Pues ¿cuánto mas se podrá argüir el embaimiento de los hombres, cuando ya el resplandor del mundo (que ántes con sus relámpagos deslumbraba los mundanos, y con cara llena de risa, y adulterinos atavíos requeria sus ánimas, mostrando falsos amores) ya, ya se ha escurecido, y descubre claramente su fealdad, y mentiras? Vuelto se ha en negrura aquel hermoso rostro con que transportaba los sentidos de los hombres. Primero nos quèria engañar con imágines sófisticamente compuestas, y aun con quien tenia mejor seso no podia: agora los tiempos están así mudados, que todos cuantos quisieren, conoscerán sus embustes. Primero carecia de bienes ciertos: agora carece aun de los aparentes. Apénas tiene ya colores con que se afeite. Ya no está adornado de tiernas flores: ¿cuánto ménos tendrá fructo que permanezca? Si nosotros no nos enredamos, ya el mundo no tiene lazos con que nos ate. ¿Y para qué tardamos de decir lo que es mas fuerte? Decimos que perecieron las prosperidades del mundo, y que se envanecieron sus pompas. El mundo todo perece, y cuasi da los postreros anhélitos: ¿para qué nos trabajamos por mostrar que todo su valor y contentamiento se acaba, pues vemos claramente que él mesmo se acaba? Ca no le faltan sus bienes y fuerzas ántes de tiempo; porque su vejez trae consigo su flaqueza. La edad postrera del mundo está llena de males, como la del hombre es seguida de dolencias. Visto habemos, y cada dia nos pasan delante los ojos en estas canas del mundo, hambres, pestilencias, desventuras, guerras, temblores de tierra, desórden de los temporales, monstruosos partos de animales. Pues ¿qué es esto, sino pronósticos del remate del siglo, que se cansa corriendo, y cuasi ya desfallesce? Lo cual no afirman solo nuestras flacas palabras, mas la autoridad apostólica lo confirma, donde leemos (d): Nosotros somos en quien ya llegaron los postreros fines del siglo. Y pues ya ha muchos años que esto se dijo, ¿nosotros qué confianza tenemos? Llégase de priesa el dia postrero: no digo el nuestro, mas el de todo el mundo. Cada hora nos amenaza la muerte, así la de nuestro cuerpo como la de todo el linaje humano, por los particulares peligros, y por los generales en que cada dia caemos. Carga sobre mí, hombre desventurado, el temor de la muerte del siglo: como si no bastase para hacerme miserable el miedo de la mia. ¿Por qué disimulamos nuestros espantos? no podemos estar seguros; pues ni de nuestra singular muerte podemos escapar, ni de la comun. Por lo cual ciertamente es mal afortunada la condicion de los hombres mundanos, y mas agora en la despedida del mundo, y en el desfallescimiento de todas las cosas: que de las presentes no pueden gozar; porque perecen: ni se recrean con la esperanza de las venideras; porque no las merecen. El deleite de la vida pasa como sombra, que no se puede detener pasando su cuerpo; y la venidera que es perpetua, no tienen por qué confíen alcanzarla: ni se aprovechan de

(a) Psal. 115. (b) 1. Ioann. 2. (c) 1. Petr. 2.

(d) 1. Cor. 10.

los bienes temporales, ni gozarán de los eternos. Aquí tienen poco de posesion: para lo celestial no tienen título. Por cierto es desventurado y mucho de doler tal estado, si no hace el hombre desta cruel necesidad provechosa virtud, mudando la aficion, y enderezando sus caminos al bien soberano. Porque de otra manera los intereses desta vida están así destruidos, que quien no busca el bien eterno, ambos los pierde. Y puesto que algo se pueden gozar en esta vida, y algo valiesen, como á sus seguidores parece, mas es de estimar la esperanza cierta de los grandes bienes, que la posesion de los pequeños: como te mostraré por este ejemplo: Si á un hombre prometiese un grande señor de dar á su escogimiento, ó en este dia cinco monedas ó mañana quinientas, ó en este dia un vaso de cobre ó mañana un joyel de oro; escogeria ciertamente este hombre lo mas precioso, aunque fuese con pequeña tardanza. Pues desta manera considerando tú la brevedad desta vida. no te contentes con lo vil, pudiendo esperar lo muy valeroso. Ca el mundo no tiene mas que dar de lo que vemos y recebimos, y por eso no se ha de esperar dél otra cosa de mayor precio; pues lo que poseemos ya no lo esperamos. A los bienes venideros se han de pasar todas las esperanzas del siglo; pues en lo temporal no hay mas que esperar, y (segun arriba mostré) vale mas la esperanza de las cosas celestiales, que la posesion de las terrenas. Y quien lo contrario siente, no tiene sano juicio de los bienes del mundo; porque los trae tanto sobre los ojos que no los ve: como claramente experimentamos si alguna cosa pegamos con la niña del ojo, que no la podemos ver; la cual apartada á distancia conveniente vemos distinctamente. Así acaesce en la estima de los bienes mundanos, que por traerlos tan dentro de nos, agravan nuestro entendimiento, y no los conocemos; y de los celestiales, que están apartados, juzgamos con mas clara vista. Y la esperanza que te he dicho de los bienes venideros no es vana; pues, nuestro Señor Jesucristo, asaz abonado prometedor, nos la certificó: el cual prometió á los pobres renunciadores del mundo el reino de los cielos, y copiosísimos premios de la eternidad. Y para entera seguridad, en su persona vino á tratar con nosotros por el inefable sacramento de la humana naturaleza que juntó con la suya divina, restituyéndonos á la amistad del Padre, haciéndose medianero entre Dios y los hombres, como particionero de ambas naturalezas; y libró todo el mundo por el alto misterio, nunca enteramente conocido, de su pasion, de la grande deuda á que estaba obligado. Y, como el Apóstol dice (*a*), fué manifiesta su encarnacion por el Espíritu Sancto, por cuya virtud fué concebido: descubrióse á los ángeles, predicóse á las gentes, creyóla el mundo, y así fué colocada en su gloria. Donde tanto le ensalzó su eterno Padre, y le dió nombre sobre todo nombre, que todas las criaturas, cuantas hay en el cielo y en la tierra, en la mar y en los abismos, confiesan que nuestro Señor Jesucristo es Rey y Dios ántes de todos los siglos.

§. VI.

Y si quieres desto gozar, deja la doctrina de los filósofos, en que empleas tus estudios y licion, y ocupa tus buenas horas y espíritu en la doctrina de Cristo; en la cual tampoco te faltará campo para dilatar tu ingenio. Antes tengo por averiguado que en gustándola conocerás cuánto se deba anteponer la ciencia de piedad y amor divino á los preceptos de los filósofos. Porque en las sentencias de aquellos se halla la virtud solamente contrahecha, y la sabiduría solamente debujada; y en esta nuestra disciplina se enseña la perfecta justicia y maciza verdad, tanto que con razon afirmaré que ellos usurparon el nombre de filósofos, y nosotros abrazamos la vida. Dime, yo te ruego, ¿cuáles preceptos pueden dar de vivir los que no conocen el autor de la vida? Los que á Dios ignoran, y tropiezan luego en el umbral de la justicia, ¿cómo llevarán á otros por la mano á la verdadera virtud? Porque necesariamente errando en el principio, siempre irán descaminados, y en vano correrán adelante. Y así parece ello ser. Porque los que entre ellos determinan las mas honestas reglas de costumbres, no pretenden sino vanidad y arrogancia, y por esta trabajan de manera que en abstenerse de vicios no carecen de vicio.

Estos son de quien se escribe que saben las cosas terrenas; porque de la tierra y de los gustos della tratan, y esta desean. Pues pretendiendo este fin, manifiesto es que no poseerán la verdadera sabiduría, y la verdadera virtud. ¿Por ventura algun discípulo de Aristipo podrá enseñar la verdad, cuyo entendimiento no mira mas á lo alto que los ojos de los puercos; constituyendo la felicidad del hombre en los deleites del cuerpo, y haciendo su dios á su vientre, y su gloria á sus miembros deshonestos? ¿Este tal juzgará alguna cosa justa y honesta, por cuya filosofía el gloton, el pródigo, el fornicario, y el amontonador de dinero son beatificados? Pero contra los tales otro lugar habrá de disputar.

Vengamos á las sentencias de los mas justificados, y que á tí mas contentan; porque deseo que dejes aun aquellas generales amonestaciones determinadas por sola humana ciencia, y conviertas tus estudios á las Escripturas de los nuestros, adornadas y fortalecidas del espíritu: en las cuales hallarás con que hartes tu pecho de las razones y doctrina con que ellos solamente te untan los labios, de las cuales algunas referiré. En las Escripturas de los nuestros, para hacerte dar fe á los prometimientos divinos, hallarás lo que allá ves, aunque no por las mesmas letras, mas la mesma sentencia. Las palabras de Dios, quien no las cree no las entiende. En ellas serás amonestado, que si á Dios conoces por padre, le has de amar. Allí aprenderás cuáles sacrificios son agradables á Dios. Ca verdaderos sacrificios son justicia y misericordia. Allí te amonestarán: Si te amas, ama á tu prójimo, porque en ninguna cosa hallarás mas tu provecho, que en el bien que á tu prójimo hicieres; y entenderás que ninguna cosa hay tan justa, que justifique dañar injuriosamente á otro hombre. Allí contra la deshonestidad hallarás este aviso: Resiste á la lujuria, que despues que te venciere, y hubiere injuriado tu carne, escarnecerá de tí. Y para que no cobdicies demasiadas riquezas, hallarás: Mas bienaventurado es el que no desea lo que no tiene, que el que tiene lo que desea. Y para que refrenes la ira, te dirán cuán importuna señora es. Porque quien por cualquiera ocasion se enoja, siempre se enojaría si siempre se le ofreciese ocasion. Y para que ames á tus enemigos, serás amonestado: Ama á quien te desama, si quieres hacer mas que los malos; porque aquellos aman á quien bien les quiere. Y para ayudar con tus bienes á los pobres, hallarás: Aquel guarda bien su tesoro que le partió con los pobres: ya no le podrá perder; porque dándole le aseguró. Y para mas perfecta justicia

(*a*) 1. Tim. 3.

hallarás: Del fiel matrimonio el fructo es la continencia. Allí entenderás la razon por qué los desastres del mundo son comunes á los buenos y á los malos, y conocerás que mayor miseria es enfermar el ánima con vicios, que la carne con dolencias. Y para amonestarte paciencia leerás: A los impacientes la semejanza de costumbres (que suele ser causa de amistad) es ocasion de discordia. Y para que no remedes á los viciosos, hallarás escripto: Al hombre prudente avisan los buenos y los malos: los unos lo que ha de abrazar, los otros lo que ha de huir. Y para que consideres y agradezcas la bondad del Señor, que usa con los hombres, hallarás que muchos bienes recebimos sin que los conozcamos. Donde parece que no nos ama mas en público que en escondido, y que debes dar no ménos gracias á Dios en la adversidad, que en la prosperidad, y conocer que lo adverso te viene justamente, y lo próspero no mereces. Allí conocerás cómo á todas las cosas se extiende la providencia divina, y que ninguna cosa hace el hombre por hado, mas por propria voluntad. Por lo cual aun las leyes humanas castigan á los delincuentes, y galardonan los virtuosos. Lo cual mucho mas justamente hará Dios; si no agora, á lo ménos en su último juicio. Y por no conocer esto los ignorantes, tienen por injusta la providencia divina que permite que los malos en esta vida sean prosperados, y los buenos afligidos. Aparte Dios de nosotros tal pensamiento. Y para que perseveremos en temor de Dios, te amonestarán: Lo que no quieres que vean los hombres, no lo hagas; y lo que no quieres que vea Dios, no lo pienses. Y contra toda injusticia hallarás quien afirma: Mayor miseria del hombre es engañar á otro, que ser engañado. Y contra la soberbia hallarás avisado: Tanto mas huye la vanagloria, cuanto mas aprovechares en virtud; porque todos los vicios crescen con otros vicios: sola la soberbia se cria con buenas obras. Estas y otras sentencias filosofales hallarás mucho mejor enseñadas por los nuestros, allende de su singular y provechosa doctrina, con otros mas perfectos grados de virtud. Y si despues llegares á beber de la fuente de la Escriptura divina, allí convendrá mas escudriñar y maravillarte de lo interior, que de lo que suena de fuera. Porque la Escriptura sagrada de tal manera resplandesce á los ojos, que con sus clarísimos rayos, como preciosísimo carbúnculo reverbera la vista de los que miran. A esta maravillosa luz debes hacer familiar tu ingenio; y con este saludable manjar mata la hambre de tu ánima.

Lo cual por la misericordia del Señor espero ver cumplido, y que despreciados tus acostumbrados ejercicios, y amando los nuestros, tengas aborrescimiento á la vanidad, y cobdicies el tuétano de la virtud. Porque imprudentísimo es el que por bien de su ánima no se esfuerza á buenos ejercicios, aunque le sean trabajosos, habiendo hecho el Señor por ella mesma tantas obras: que procurando el Señor tan cuidadosamente los provechos del hombre, esté él holgazan y perezoso en lo que tanto importa. Y ciertamente lo que mas nos cumple es, que restituyamos á nosotros mesmos al servicio y honra de Dios, y pretendamos la verdadera bienaventuranza, despreciadas las que llaman buenas venturas del siglo; y que pisando las cosas terrenas nos levantemos con ardientes deseos á las celestiales. Ea pues, de aquí adelante todas tus obras y palabras endereza á tu Dios. Haz que en todas tus obras sea siempre tu compañera la innocencia, y ella será tu fiel guardadora. Y no temas las redes de la mala costumbre pasada: presto con la ayuda de Dios, y con buenos ejercicios te desenvolverás de tus lazos; entrégate á tal médico que te cure, que juntamente puede dar la complexion y disposicion para alcanzar la salud que has menester. Y (lo que es summa misericordia) darte ha despues el mesmo Señor el galardon de lo que por su virtud hubieres obrado.

Digo el galardon de la vida eterna, cuya excelencia no puede agora el ánima comprehender; ni el juicio humano puede estimar la grandeza de los bienes que nos están aparejados. Porque si la divina magnificencia concedió en esta vida á todos los hombres el uso de la luz tan amable; si al bueno y al malo es lícito mirar al sol, y á todos indiferentemente sirven las criaturas, y de los justos y de los injustos es comun la posesion deste mundo; finalmente si tan excelentes dones da Dios á los virtuosos: consideremos quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿cuánto mayores pagará á quien los hubiere merecido? Quien tan liberal es en las mercedes, ¿cuánto mas lo será en pagar las deudas? Si tan estimable es la largueza del que da, ¿cuánta será la magnificencia del que restituye? No se pueden decir los bienes que tiene Dios aparejados para los que le aman, ni comprehender la gloria que dará á los bien agradescidos; pues tales cosas dió aun á los ingratos.

Pues ya levanta los ojos, y del piélago de los negocios en que estás engolfado, mira á la playa de nuestra profesion, y endereza á ella la proa. Sólo este puerto hay á que te acojas de las peligrosas ondas del siglo, y donde descanses de las continuas tormentas del mundo. A este conviene que gobiernen los que son fatigados de las tempestades del bravo mar. Aquí no se oyen los espantables bramidos del agua, ni sus olas levantadas llegan á este seno; mas siempre se halla en él tiempo sereno, y quieta bonanza. Cuando á este puerto llegares, despues de los baldíos trabajos pasados, echa el áncora de la esperanza, coge la vela en la antena puesta en la figura de la Cruz del Señor, y respira seguro. Pero ya la justa medida de epístola demanda el fin desta carta. Recibe esta summa de celestiales preceptos, y manojo de mandamientos divinos, apretados en breve doctrina á gloria del mesmo Señor; y de lo que hubiere errado me perdona.

PRIMERA PARTE

DE LA INTRODUCCION

DEL SIMBOLO DE LA FE,

EN LA CUAL SE TRATA

DE LA CREACION DEL MUNDO PARA VENIR POR LAS CRIATURAS AL CONOSCIMIENTO DEL CRIADOR, Y DE SUS DIVINAS PERFECCIONES.

ARGUMENTO DESTA PRIMERA PARTE.

Como haya muchos medios para venir en conoscimiento del universal Criador y Señor, aquí principalmente usarémos de aquel que el Apóstol nos enseña (a), cuando dice que las cosas que no vemos de Dios, se conoscen por las que vemos obradas por él en este mundo: por las cuales se conosce su eterno poder, y la alteza de su divinidad. Porque como los efectos nos declaren algo de las causas de do proceden, y todas las criaturas sean efectos y obras de Dios, ellas (cada cual en su grado) nos dan alguna noticia de su hacedor. Por lo cual seguirémos aquí esta manera de filosofar, discurriendo primero por las partes principales deste mundo, que son cielos, estrellas y elementos, y luego descenderémos á tratar en particular de las otras criaturas, rastreando por ellas la infinita sabiduría y omnipotencia del que las crió, y la bondad y providencia con que las gobierna.

Servirá este discurso (demas del conoscimiento de Dios, que es proprio de la doctrina del Catecismo) para darle gracias por sus beneficios, cuando consideráremos que toda esta tan gran casa y fábrica del mundo crió este soberano Señor, no solo para la provision de nuestras necesidades, sino mucho mas para que por el conoscimiento de las criaturas levantásemos nuestros espíritus al conoscimiento y amor de nuestro Criador, mirando que toda esta tan grande casa con tanto aparato de cosas fabricó él, no para sí (pues *ab æterno* estuvo sin ella), ni para los ángeles que son espíritus puros, y no tienen necesidad de lugar corporal en que estén; y mucho ménos para los brutos (pues era esto cosa indigna de tal artífice), sino para solo el hombre. En lo cual verá cuánto este Señor lo amó y lo estimó y lo honró, pues tales palacios con tanta provision de innumerables cosas diputó para él, lo cual declararémos en todo este proceso, mostrando claramente que todas las cosas van enderezadas al uso y provecho del hombre.

Servirá tambien esta doctrina para esforzar nuestra confianza. Porque considerando el hombre cuán perfectamente aquella infinita bondad provee de lo necesario á todos los animales brutos por pequeños que sean (como es la hormiga, el mosquito, la araña y otros semejantes), verá claro cuánta razon tiene para fiar de Dios, que no faltará á la mas noble de sus criaturas (para cuyo servicio crió todo este mundo inferior) en lo que fuere necesario para la provision de su cuerpo y sanctificacion de su ánima.

Lo tercero sirve esta doctrina para dar á las personas espirituales materia copiosa de consideracion, mirando en las criaturas la hermosura, la sabiduría, la bondad y providencia de su criador y gobernador. En la cual consideracion pusieron los grandes filósofos la summa de la felicidad humana, como luego declararémos.

(a) Rom. I.

PRIMERA PARTE

DE LA INTRODUCCION

DEL SIMBOLO DE LA FE.

CAPITULO PRIMERO.

Del fructo que se saca de la consideracion de las obras de naturaleza; y cómo los santos juntaron esta consideracion con la de las obras de gracia.

Todos los hombres de altos y excelentes ingenios, que menospreciados los cuidados de los bienes temporales, emplearon sus entendimientos y su vida en el estudio y conoscimiento de las cosas divinas y humanas, en ninguna cosa mas se desvelaron, que en inquirir cuál fuese el fin del hombre, y su último y summo bien. Porque sin este conoscimiento no se puede regir ni enderezar por convenientes pasos y caminos la vida, pues nos consta que la regla de los medios se ha de tomar del fin. Y dado caso que en esto hubo muchas y diversas opiniones, pero al cabo vinieron los mas graves filósofos á determinar, que el último y summo bien del hombre consistia en el ejercicio y uso de la mas excelente obra del hombre, que es el conoscimiento y contemplacion de Dios. Y digo en el ejercicio, porque, segun dice Aristóteles, como una golondrina no hace verano, sino muchas, así una consideracion destas no hace al hombre bienaventurado, sino el ejercicio y uso dellas.

Este fué el estudio y ocupacion de algunos insignes filósofos, y así se escribe de Séneca, que para emplear en esto una parte de la vida, se salió de Roma, para poder con mayor quietud y reposo vacar á la contemplacion de las cosas divinas. Y porque en este ejercicio concuerdan los filósofos con los cristianos, parecióme enjerir aquí la manera en que este gran filósofo se ejercitaba en este oficio. Lo cual servirá para confusion de muchos cristianos, que ni tienen ojos para saber mirar las maravillas que Dios ha obrado en este mundo, ni les pasa por pensamiento lo que este filósofo gentil siempre hacia. Pues conforme á esto, escribe él á un su amigo, que ninguna cosa mejor hace un sabio, que cuando levanta su corazon á la consideracion de las cosas divinas. Y en otra epístola escribe á él mismo, que no habiendo de ocuparse el hombre en este oficio, no habia para qué haber nascido. Porque ¿de qué servia alegrarme yo de estar puesto en el número de los vivientes? ¿Por ventura para comer y beber, y para sustentar este cuerpo deleznable y perecedero, si á cada hora no lo hinchimos de manjares, y para vivir subjecto á enfermedades, y temer la muerte, para la cual todos nascemos? Quita aparte este inestimable bien, no estimo en tanto esta vida, que por ella haya de sudar y trabajar. ¡Oh cuán baja cosa es el hombre, si no se levanta sobre las cosas humanas! Cuando peleamos con nuestras pasiones, ¿que mucho hacemos? Aunque seamos vencedores en esta lucha, no hecimos mas que vencer monstruos. Escapaste de los vicios, no eres hombre de dos caras, no hablas al sabor del paladar de los otros, estás libre de avaricia, la cual niega á sí lo que quita á los otros, ni te fatiga la ambicion, la cual busca las dignidades, haciendo cosas indignas: con todo esto, no es mucho lo que has alcanzado: de muchos males te has librado, mas aun no de tí; porque la virtud que buscamos es grande y magnífica. No está la bienaventuranza del hombre en carecer de vicios; mas sirve esto para alargar el corazon, y disponerlo para el conoscimiento de las cosas celestiales, y hacerlo digno de la compañía de Dios. Entónces está acabado y perfecto nuestro bien, cuando puestos todos los vicios debajo de los piés, subimos á lo alto, y llegamos á penetrar los secretos de naturaleza. Entónces huelga el hombre andando entre las estrellas, de reirse de los edificios y casas hermosas de los ricos, y de toda la tierra con todo el oro que se ha desenterrado, y del que está guardado para el avaricia de los venideros. Ni puede el ánimo menospreciar las ricas portadas, y los zaquizamíes de marfil, y las mesas de arrayan cortadas á tijera, y los caños de agua traidos á las casas de los ricos, si no hubiere cercado todo el mundo, y mirare dende lo alto la redondez de la tierra, tan estrecha, y en gran parte cubierta de agua, para que entónces diga él á sí mismo: ¿este es el punto que á fuego y á sangre se divide entre las gentes? ¡Oh cuán dignos de reir son los términos de los mortales! Punto es esto en que navegais y batallais, y ordenais reinos y provincias. En lo alto hay grandes espacios, en los cuales es admitido el ánimo; pero no el de todos, sino de aquellos que llevan consigo poco del cuerpo, y despidieron de sí toda inmundicia: los cuales desembarazados y aliviados destas cargas, y contentos con poco, se levantan á lo alto. Y cuando este tal ánimo toca las cosas soberanas, entónces se recrea y cresce, y libre de las prisiones de la carne, vuelve á su origen y principio. Y esto toma por argumento de su divinidad, ver que las cosas divinas le deleitan, y que se ocupa en ellas, no como en cosas ajenas, sino como en suyas proprias. Entónces seguramente considera el nascimiento de las estrellas y el caimiento dellas, y la concordia que guardan en tan diversos movimientos y caminos, y con curiosidad examina cada cosa destas, y busca la razon della. ¿Por qué no buscará, pues

entiende que todo esto pertenece á él? Entónces menosprecia la estrechura deste mundo. Porque todo el espacio que hay desde los últimos términos de España hasta las Indias, corre un navío si le hace buen tiempo en pocos dias; mas aquella celestial region apénas anda una estrella muy lijera en espacio de treinta años. Entónces el hombre aprende lo que mucho ántes deseó, que es conoscer á Dios. ¿Qué cosa es Dios? Mente y razon del universo. ¿Qué cosa es Dios? Todo lo que vemos: porque en todas las cosas vemos su sabiduría y asistencia; y desta manera confesamos su grandeza: la cual es tanta que no se puede pensar otra mayor. Y si él solo es todas las cosas, él es el que dentro y fuera sustenta esta grande obra que hizo. Pues ¿qué diferencia hay entre la naturaleza divina y la nuestra? La diferencia entre otras es, que la mejor parte de la nuestra es el ánimo; mas él todo es ánimo, todo razon, y todo entendimiento. En lo cual se ve cuán grande sea el error de aquellos locos, los cuales, con ser este mundo una obra tal que no se puede hallar otra ni mas hermosa, ni mas bien ordenada, ni mas constante y regulada, vinieron á decir que se habia hecho acaso, no mirando que ellos confiesan tener ánima, la cual ordena y endereza sus negocios y los ajenos; y esto niegan á este universo, en el cual todas las cosas se hacen con summo concierto. Lo susodicho en substancia es de Séneca, el cual en el libro que escribió de la vida bienaventurada dice: que la misma naturaleza nos crió, no solo para obrar, sino tambien para contemplar. Y por esto dice que ella imprimió en nuestros ánimos un natural deseo de saber las cosas secretas. Por donde muchos navegan y andan peregrinando por regiones muy apartadas, por solo este interese de saber cosas escondidas. Diónos, dice él, la naturaleza un entendimiento curioso; y como ella conoscia el artificio y hermosura de sus obras, quiso que fuésemos contempladores dellas: pareciéndole que perderia el fructo de sus trabajos, si cosas tan grandes, tan claras, tan subtilmente ordenadas, y tan resplandescientes, y por tantas vias hermosas, criara para la soledad. Y porque sepas que ella quiso ser no solamente mirada, sino tambien contemplada, considera el lugar en que nos puso, que fué en medio del mundo, donde nos dió vista para todas partes, para que de ahí pudiésemos ver las estrellas cuando nascen y cuando se ponen; y allende desto púsonos la cabeza en lo mas alto del cuerpo sobre un cuello flexible, para que pudiese volver el rostro á la parte que quisiese. Y de los doce signos del cielo, por donde anda el sol, nos descubrió los seis de dia, y los otros seis de noche, para que con el gusto destas cosas que se ven, nos encendiese la cobdicia de saber las que no se ven: para que por esta via procediésemos de las cosas claras á las escuras, y así viniésemos á hallar una cosa mas antigua que el mundo, de la cual salieron esas estrellas. De manera que nuestro pensamiento ha de romper los muros del cielo, y pasar adelante; y no contentarse con saber solamente lo que ve, sino tambien lo que no se ve. Pues como el hombre sabio entiende haber nascido para esto, no piensa que tiene sobrado el tiempo de la vida para este estudio: ántes conosce, que por avariento que sea dél, y ninguna parte se le pierda por negligencia, que es muy breve para alcanzar tan grandes cosas; y que la vida del hombre es muy mortal para el conoscimiento de las cosas inmortales.

Y el mismo filósofo en una epístola, escripta á un su amigo, muestra cuánta razon tiene de ocuparse en la consideracion de las cosas naturales, para venir al conoscimiento de su hacedor. Y así dice él: ¿Yo no procuraré saber cuáles sean los principios de que se hicieron todas las cosas? quién el hacedor dellas? quién el artífice deste mundo? por qué via una cosa tan grande se puso en órden y ley? quién recogió cosas tan derramadas, y apartó cosas tan confusas, y dió nueva figura á las que estaban afeadas y escondidas? de dónde proceda esta tan grande luz, si es fuego, ó otra cosa mas resplandesciente que él? ¿Pues yo no trabajaré por saber estas cosas, y entender de dónde vine yo á este mundo, y adónde tengo de ir acabada la vida, y cuál sea el lugar que está diputado para las ánimas, despues que estén libres de las leyes desta servidumbre? ¿Quieres que no me levante á las cosas del cielo, sino que viva la cabeza baja, como una bestia muda? Mayor soy, y para mayores cosas nascí, que para ser esclavo de mi cuerpo.

Por todo lo que este gran filósofo nos ha enseñado en todas estas palabras, vemos cómo por el conoscimiento de las criaturas nuestro entendimiento se levanta al conoscimiento del Criador, así como por el conoscimiento de los efectos venimos en conoscimiento de las causas de do proceden. Pues como este mundo visible sea efecto y obra de las manos de Dios, él nos da conoscimimiento de su hacedor: esto es, de la grandeza de quien hizo cosas tan grandes, y de la hermosura de quien formó cosas tan hermosas, y de la omnipotencia de quien las crió de nada, y de la sabiduría con que tan perfectamente las ordenó, y de la bondad con que tan magníficamente las proveyó de todo lo necesario, y de la providencia con que todo lo rige y gobierna. Este era el libro en que los grandes filósofos estudiaban, y en el estudio y contemplacion destas cosas tan altas y divinas ponian la felicidad del hombre.

§. I.

Excelencia de la ley de Cristo, y consonancia de las obras de naturaleza y gracia.

Mas los cristianos, demas destas obras de naturaleza, tenemos las de gracia: que son mas altas, y nos dan mayor conoscimiento de lo que es mas glorioso en Dios: que es, de su bondad y misericordia. Y aunque las de gracia sean mas excelentes, porque tienen mas alto fin, que es la sanctificacion y deificacion del hombre, pero como las obras de naturaleza sean hijas del mismo padre, y efectos de la misma causa, tambien nos dan conoscimiento del principio de do proceden. Esto nos declaran los cuatro postreros capítulos del libro de Job (*a*): en los cuales hablando Dios con este Sancto, le da conoscimiento de su omnipotencia y sabiduría y providencia, representándole las maravillas de las obras que en este mundo visible tiene hechas. Para lo cual, comenzando por las partes mayores del universo, y declarando la grandeza dellas, que son cielos, tierra y mar, discurre luego por todas las otras menores: esto es, por las lluvias, nieves, heladas, vientos, truenos y relámpagos, que se engendran en la media region del aire. Despues de lo cual desciende á tratar de los animales de la tierra, y de las aves del aire, de la grandeza y fortaleza de los grandes peces de la mar. Y por estas cosas en que la sabiduría y omnipotencia divina resplandesce, se da á conoscer á aquel Sancto varon, enseñándole á filosofar en este gran libro de las criaturas, las cuales, cada una en su manera, predican la gloria del artífice que las crió.

(*a*) Iob. 38, etc.

En este libro dijo el gran Antonio que estudiaba. Porque preguntándole un filósofo, en qué libro leia, respondió el Sancto: El libro, oh filósofo, en que yo leo, es todo este mundo. En este mismo libro estudiaba tambien aquel divino cantor, el cual en muchos de sus Salmos recrea y apascienta su espíritu con la consideracion, así de las obras de naturaleza, como de gracia. Y así en aquel salmo que comienza (b): Los cielos predican la gloria de Dios, la mitad del salmo gasta en contemplar estas obras de naturaleza, y la otra en una de las principales obras de gracia, que es la pureza y hermosura de la ley de Dios (c). Y en el salmo 135 nos pide que alabemos á Dios; porque con su entendimiento crió los cielos, y asentó la tierra sobre las aguas, y crió dos grandes lumbreras, el sol para alumbrar el dia, y la luna para de noche (d). Y en el salmo 146 manda que le alabemos; porque cubre el cielo de nubes, y con ellas envia el agua lluvia sobre la tierra, y produce en los montes heno y yerba para el servicio de los hombres; y porque provee de mantenimiento á todas las bestias, y á los hijuelos de los cuervos, cuando le llaman (e). Y en el salmo que sigue, nos pide que le alabemos, porque nos da pan en abundancia, y por las nieves que nos envia de lo alto, y por las nieblas, y por los frios, y por los vientos, y por las pluvias. De manera que en todos estos salmos junta las obras de naturaleza con las de gracia; y por las unas y por las otras canta los divinos loores (f). Mas en el salmo 103 que comienza: *Benedic anima mea* (el segundo) discurre por la hermosura y fábrica y órden de todas las cosas criadas en el cielo, y en la tierra, y en la mar, y por todas ellas alaba á Dios. Y al principio dél dice, que está Dios vestido de alabanza y hermosura, significando por estas palabras, cómo todas las criaturas declaran cuán grande sea su hermosura, y cuán digno de ser alabado por ella. Mas al fin del salmo, como espantado de tantas maravillas, exclama diciendo: ¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras! Todas están hechas con summa sabiduría, y la tierra está llena de vuestras riquezas. Esta admiracion de las obras de Dios anda siempre acompañada con una grande alegría y suavidad, la cual el mismo Profeta declaró en otro salmo diciendo (g): Alegrastes, Señor, mi ánima con las cosas que teneis hechas; y con la consideracion de las obras de vuestras manos me gozaré. Esta espiritual alegría se recibe cuando el hombre mirando la hermosura de las criaturas no pára en ellas, sino sube por ellas al conescimiento de la hermosura, de la bondad y de la caridad de Dios, que tales y tantas cosas crió, no solo para el uso, sino tambien para la recreacion del hombre. Porque así como una rica vestidura paresce mas hermosa vestida en un lindo cuerpo, que mirándola fuera dél, así parescen mas hermosas las criaturas aplicándolas al fin para que fuéron criadas: que es para ver en ellas á Dios; porque así como la vestidura se hizo para ornamento del cuerpo, así la criatura para conoscer por ella al Criador. Y por esto no solo con mayor fructo, sino tambien con mayor gusto miran las personas espirituales estas cosas criadas, como son cielos, sol, luna, estrellas, campos, rios, fuentes, flores y arboledas, y otras semejantes.

§. II.

Del fin á que se deben ordenar estas especulaciones.

Y aunque Aristóteles no era persona espiritual, no dejó de entender el grande gusto y suavidad que habia en esta manera de filosofar, subiendo por la escalera de las criaturas á la contemplacion de la sabiduría y hermosura del Hacedor. Y así dice él en el libro de sus Eticas, que son muy grandes los deleites que se gozan en la obra de la Sapiencia, que es en el ejercicio desta contemplacion. Por lo cual me maravillo mucho así de Plinio, como de tantos hombres que se dan á su licion, los cuales ningun otro fructo sacan de tantas maravillas, como este autor escribe, sino solo cebar el apetito natural de la curiosidad que los hombres tienen de saber cosas extraordinarias y admirables (que sería mejor mortificarlo que cebarlo), pudiendo á un solo lance llegar por este medio al conoscimiento de aquella infinita bondad y sabiduría del obrador de tantas maravillas: en lo cual hallarian, no solo muy grande fructo, sino tambien muy grande deleite, que es lo que los hombres comunmente buscan. Deste linaje de filósofos dice el Apóstol (h) que habiendo conocido á Dios por las obras de naturaleza, no lo honraron como á Dios; porque contentos con entender el artificio de las cosas que veian, no pasaron adelante á ver y honrar el autor que las hiciera.

Por tanto, el cristiano sírvase de las criaturas como de unos espejos para ver en ellas la gloria de su hacedor; pues (como ya dijimos) para esto fuéron ellas criadas (i). Y por esto, cuando aquí, ó fuera de aquí, leyere tantas maneras de habilidades como el Criador dió á todos los animales para mantenerse, y para curarse, y para defenderse, y para criar sus hijos, no pare en solo esto; sino suba por aquí al conoscimiento del Hacedor, y de ahí descienda á sí mismo. Lo cual brevemente nos enseñó el Apóstol cuando dijo: ¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes (k)? Bien conoscia el Apóstol las habilidades que Dios habia dado así á este animal como á todos los demas, para las cosas sobredichas; mas enseñado por el Espíritu Sancto entendia que no paraba Dios allí, sino que tiraba principalmente al hombre, para cuyo servicio fuéron ellos criados. Porque por este medio pretendia mostrarle la grandeza de su bondad, la cual tan copiosamente provee á sus criaturas de todo lo que es necesario para su conservacion; y la alteza de su sabiduría, que tantas y tan admirables habilidades para esto inventó; y la grandeza de su omnipotencia, pues todo lo que quiso y inventó, con sola su palabra perfectísimamente acabó; y junto con esto su perfectísima providencia, la cual comprende y incluye estas tres altísimas perfecciones divinas en sí. Mas esto ¿pára qué fin? Para que considerando esto los hombres, amasen aquella infinita bondad, y se maravillasen de aquella tan grande sabiduría, y obedeciesen y reverenciasen aquella summa omnipotencia, y pusiesen la esperanza del remedio de todas sus necesidades en aquella perfectísima providencia (l). Porque á esto nos provoca él cuando nos propone el ejemplo de las aves, que sin sembrar, ni coger, ni guardar, son por su eterno Padre mantenidas.

Y cuanto las cosas son mas viles y despreciadas, tanto mas eficazmente esfuerzan nuestra confianza. Porque quien considerare las extrañas habilidades que el Criador dió á una hormiga para mentenerse (de las cuales (m) adelante tratarémos), ¿cómo no avivará con este

(b) Psal. 18. (c) Psal. 135. (d) Psal. 146. (e) Psal. 147. (f) Psal. 103. (g) Psal. 91.

(h) Rom. 1. (i) Supra in Prologo. (k) 1. Cor. 9. (l) Matth. 6. (m) Infr. cap. 18. §. 1.

ejemplo su esperanza? ¿Cómo no dirá de todo corazon: Señor, si tantas habilidades distes á este animalillo para mantenerse (que de ninguna cosa sirve en este mundo, sino de robar los trabajos del labrador), qué cuidado tendréis del hombre que criastes á vuestra imágen y semejanza, y hecistes capaz de vuestra gloria, y redemistes con la sangre de vuestro Hijo, si él no hiciere por donde desmerezca vuestro favor y amparo? No sé qué corazon haya tan flaco, que no se esfuerce y cobre ánimo con este ejemplo. Pues á este blanco tiran todas estas providencias y maravillas del Criador: el cual en todas sus obras tiene por fin, gloria suya, y provecho del hombre.

De esta manera consideraban los sanctos estas obras de Dios; porque como tenian ojos para saber mirar sus obras, así en ellas lo hallaban, alababan y reconoscian. Y á este propósito declara Sant Augustin aquel verso del salmo veinte y seis (n), donde el Profeta dice: Anduve rodeando y mirando las obras de Dios, y ofrecíle en su tabernáculo sacrificio de alabanza, ó de jubilacion, como lee este sancto, sobre lo cual dice él así: si anduvo tu ánimo rodeando este mundo, y mirando las obras de Dios, hallarás que todas ellas con el artificio maravilloso con que son fabricadas, están diciendo: Dios me hizo. Todo lo que te deleita en el arte, predica el alabanza del artífice. ¿Ves los cielos? mira cuán grande sea esta obra de Dios. ¿Ves la tierra, y en ella tanta diversidad de simientes, tanta variedad de plantas, tanta muchedumbre de animales? Rodea cuantas cosas hay dende el cielo hasta la tierra, y verás que todas cantan y predican á su criador; porque todas las especies de las criaturas voces son que cantan sus alabanzas. Mas ¿quién explicará todo lo que se ve en ellas? ¿Quién alabará dignamente el cielo, y la tierra, y la mar, y todo lo que en ellos hay? Mas estas son cosas visibles. ¿Quién dignamente alabará los ángeles, los tronos, las dominaciones, los principados y potestades? ¿Quién dignamente alabará esto que dentro de nosotros vive, que mueve los miembros del cuerpo, que tantas cosas conosce por los sentidos, que de tantas se acuerda con la memoria, que tantas cosas alcanza con el entendimiento? Pues si tan bajas quedan las palabras humanas para alabar las criaturas, ¿cuánto mas lo quedarán para alabar al Criador? Pues luego, ¿qué resta aquí, sino que desfalleciendo las palabras, y rodeando con el Profeta por todas las criaturas, ofrezcamos en su templo sacrificio de jubilacion? Hasta aquí son palabras de Sant Augustin.

Por las cuales y por todo lo demas que hasta aquí habemos dicho, se podrá entender el fructo que se saca de la consideracion de las criaturas, así para el conoscimiento, como para el amor y reverencia del Criador. Por lo cual muchos de los sanctos se dieron mucho á este género de contemplacion: entre los cuales Sant Ambrosio y Sant Basilio, ambos pontífices sanctísimos, doctísimos y elocuentísimos, enamorados de la hermosura y sabiduría de Dios que resplandescia en las criaturas, escribió cada uno su *Examéron*, que quiere decir, la obra de los seis dias, en que Dios crió todas las cosas. Y comenzando por los cielos, descendieron á tratar de todas las cosas, hasta la mas pequeña, mostrando en ellas el artificio y sabiduría con que fuéron criadas, y la bondad y providencia con que son mantenidas y gobernadas. Despues de los cuales Teodoreto, tambien autor griego, no ménos docto y elocuente, trató buena parte deste argumento en los sermones que escribió de la divina Providencia: de los cuales tomé los mejores bocados que hallé para presentar en este convite espiritual al piadoso lector. Y porque esto lea con mayor devocion, quise poner al principio la meditacion siguiente.

CAPITULO II.

Síguese una devota meditacion, en la cual se declara que aunque Dios sea incomprehensible, todavía se conosce algo dél por la consideracion de las obras de sus manos, que son sus criaturas.

¡Oh altísimo y clementísimo Dios, Rey de los reyes, y Señor de los señores! ¡Oh eterna sabiduría del Padre que, asentada sobre los serafines, penetrais con la claridad de vuestra vista los abismos, y no hay cosa que no esté abierta y desnuda ante vuestros ojos! Vos, Señor, tan sabio, tan poderoso, tan piadoso, tan grande amador de todo lo que criastes, y mucho mas del hombre que redemistes, al cual hecistes señor de todo, inclinad agora esos clementísimos ojos, y abrid esos divinos oídos, para oir los clamores deste pobre y vilísimo pecador.

Señor Dios mio, ninguna cosa mas desea mi ánima que amaros; porque ninguna cosa hay á vos mas debida, ni á mí mas necesaria que este amor. Criástesme para que os amase, pusistes mi bienaventuranza en este amor, mandástesme que os amase, enseñástesme que aquí estaba el merecimiento, y la honestidad, y la virtud, y la suavidad, y la libertad, y la paz, y la felicidad, y finalmente todos los bienes. Porque este amor es un breve summario, en que se encierra todo lo bueno que hay en la tierra, y mucha parte de lo que se espera en el cielo. Enseñástesme tambien, Salvador mio, que no os podia amar, si no os conoscia. Amamos naturalmente la bondad y la hermosura, amamos á nuestros padres y bienhechores, amamos á nuestros amigos, y á aquellos con quien tenemos semejanza, y finalmente toda bondad y perfeccion es el blanco de nuestro amor. Este conoscimiento se presupone para que dél nazca el amor. Pues ¿quién me dará que yo así os conozca y entienda, como en vos solo están todas las razones y causas de amor? ¿Quién mas bueno que vos? ¿Quién mas hermoso? ¿Quién mas perfecto? ¿Quién mas padre, y mas amigo, y mas largo bienhechor? Finalmente, ¿quién es el esposo de nuestras ánimas, el puerto de nuestros deseos, el centro de nuestros corazones, el último fin de nuestra vida, y nuestra última felicidad, sino vos?

Pues ¿qué haré, Dios mio, para alcanzar este conoscimiento? ¿Cómo os conosceré, pues no puedo veros? ¿Cómo os podré mirar con ojos tan flacos, siendo vos una luz inaccesible? Altísimo sois, Señor, y muy alto ha de ser el que os ha de alcanzar (a). ¿Quién me dará alas como de paloma, para que pueda volar á vos (b)? Pues ¿qué hará quien no puede vivir sin amaros, y no puede amaros sin conosceros, pues tan alto sois de conoscer? Todo nuestro conoscimiento nace de nuestros sentidos, que son las puertas por donde las imágines de las cosas entran á nuestras ánimas, mediante las cuales las conoscemos. Vos, Señor, sois infinito, no podeis entrar por estos postigos tan estrechos, ni yo puedo formar imágen que tan alta cosa represente: pues ¿como os conosceré? ¡Oh altísima substancia, oh nobilísima esencia, oh incomprehensible majestad! ¿quién os conoscerá? Todas las criaturas tienen finitas y limitadas sus

(n) August. t. VIII, ad vers. 6.

(a) Psal. 82, 91. (b) Psalm. 54.

naturalezas y virtudes, porque todas las criastes en número, peso y medida, y les hecistes sus rayas, y señalastes los límites de su jurisdiccion. Muy activo es el fuego en calentar, y el sol en alumbrar, y mucho se extiende su virtud; mas todavía reconoscen estas criaturas sus fines, y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa puede la vista de nuestra ánima llegar de cabo á cabo, y comprehenderlas, porque todas ellas están encerradas cada una dentro de su jurisdiccion. Mas vos, Señor, sois infinito, no hay cerco que os comprehenda, no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra substancia, porque no los teneis. Sois sobre todo género, y sobre toda especie, y sobre toda naturaleza criada; porque así como no reconosceis superior, así no teneis jurisdiccion determinada. A todo el mundo que criastes en tanta grandeza, puede dar vuelta por el mar Oceano un hombre mortal; porque aunque él sea muy grande, todavía es finita y limitada su grandeza. Mas á vos, gran mar Oceano, ¿quién podrá rodear? Eterno sois en la duracion, infinito en la virtud, y supremo en la jurisdiccion. Ni vuestro sér comenzó en tiempo, ni se acaba en el mundo. Sois ante todo tiempo, y mandais en el mundo y fuera del mundo (c); porque llamais las cosas que no son, como á las que son.

Pues siendo como sois tan grande, ¿quién os conoscerá? quién conoscerá la alteza de vuestra naturaleza, pues no puede conoscer la bajeza de la suya? Esta misma ánima, con que vivimos, cuyos oficios y virtud cada hora experimentamos, no ha habido filósofo hasta hoy que haya podido conoscer la manera de su esencia, por ser ella hecha á vuestra imágen y semejanza. Siendo pues tal nuestra rudeza, ¿cómo podrá llegar á conoscer aquella soberana y incomprehensible substancia?

Mas con todo esto, Salvador mio, no puedo ni debo desistir desta empresa, aunque sea tan alta, porque no puedo, ni quiero vivir sin este conoscimiento, que es principio de vuestro amor. Ciego soy y muy corto de vista para conosceros; mas por eso ayudará la gracia donde falta la naturaleza. No hay otra sabiduría sino saber á vos, no hay otro descanso sino en vos, no hay otros deleites sino los que se reciben en mirar vuestra hermosura, aunque sea por el viril de vuestras criaturas.

Y aunque sea poquito lo que de vos conoscerémos, pero mucho mas vale conoscer un poquito de las cosas altísimas, aunque sea con escuridad, que mucho de las bajas, aunque sea con mucha claridad. Si no os conociéremos todo, conoscerémos todo lo que pudiéremos, y amarémos todo lo que conosciéremos; y con esto solo quedará nuestra ánima contenta; pues el pajarico queda contento con lo que lleva en el pico, aunque no pueda agotar toda el agua de la fuente.

Cuanto mas, Señor, que vuestra gracia ayudará á nuestra flaqueza; y si os comenzáremos á amar un poco, darnos heis por este amor pequeño otro mas grande con mayor conoscimiento de vuestra gloria: así como nos lo teneis prometido por vuestro Evangelista, diciendo (d): Si alguno me amare, mi Padre lo amará, y yo tambien lo amaré y me descubriré á él, que es, darle un mas perfecto conoscimiento, para que así crezca mas en ese amor.

Ayúdanos tambien para esto la sancta fe católica, y las Escripturas sagradas, en las cuales tuvistes, Señor, por bien daros á conocer, y revelarnos las maravillas de vuestra grandeza; porque este tan alto conoscimiento causase en nuestra voluntad amor y reverencia de vuestro sancto nombre. Ayúdanos tambien la universidad de las criaturas, las cuales nos dan voces que os amemos, y nos enseñan por qué os habemos de amar. Ca en la perfeccion dellas resplandesce vuestra hermosura, y en el uso y servicio dellas, el amor que nos teneis. Y así, por todas partes nos incitan á que os amemos, así por lo que vos sois en vos, como por lo que sois para nosotros. ¿Qué es, Señor, todo este mundo visible, sino un espejo que pusistes delante de nuestros ojos, para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto que así como en el cielo vos seréis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo, para que conozcamos á vos. Pues segun esto, ¿qué es todo este mundo visible, sino un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribistes y ofrecistes á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes; para que en él estudiasen todos, y conosciesen quien vos érades? ¿Qué serán luego todas las criaturas deste mundo tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas y iluminadas, que declaran bien el primor y la sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas sino predicadoras de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor, y condemnadoras de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podia haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así á pedazos, cada una por su parte, nos declarase algo dellas. Desta manera las criaturas hermosas predican vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, las bien ordenadas y proveidas vuestra maravillosa providencia. ¡Oh testificado con tantos y tan fieles testigos! ¡Oh abonado con tantos abonadores! ¡Oh aprobado por la universidad, no de Paris, ni de Aténas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de vos con tantos abonos? ¿Quién no creerá á tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predican la grandeza de vuestra gloria?

Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es; y el que con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego es; y el que vistas todas estas cosas no os alaba, mudo es; y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conosce la nobleza de su criador, loco es. Paréceme, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza no os conoscemos. ¿Qué hoja de árbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerasemos la fábrica de su corpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla? Pues ¿cómo andando por todas partes rodeados de tantas maravillas, no os conoscemos? ¿Cómo no os alabamos y predicamos? ¿Cómo no tenemos corazon entendido para conoscer al maestro por sus obras, ni ojos claros para ver su perfeccion en sus hechuras, ni orejas abiertas para oir lo que nos dice por ellas? Hiere

(c) Rom. 4. (d) Ioan 14.

nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas, deleita nuestros entendimientos el artificio y hermosura dellas, y es tan corto nuestro entendimiento, que no sube un grado mas arriba, para ver allí al hacedor de aquella hermosura y al dador de aquel deleite.

Somos como los niños que cuando les ponen un libro delante con algunas letras iluminadas y doradas, huélganse de estar mirándolas, y jugando con ellas, y no leen lo que dicen, ni tienen cuenta con lo que significan. Así nosotros, muy mas aniñados que los niños, habiéndonos puesto vos delante este tan maravilloso libro de todo el universo, para que por las criaturas dél, como por unas letras vivas leyésemos y conosciésemos la excelencia del Criador que tales cosas hizo, y el amor que nos tiene quien para nosotros las hizo; y nosotros como niños no hacemos mas que deleitarnos en la vista de cosas tan hermosas, sin querer advertir qué es lo que el Señor nos quiere significar por ellas. ¡Oh pervertidores de las obras divinas! ¡Oh niños y mas que niños en los sentidos! ¡Oh prevaricadores y trastornadores de todos los propósitos y consejos de Dios! Ay de aquellos, dice Sant Augustin (*e*), que se deleitan, Señor, en mirar vuestras señales, y se olvidan de mirar lo que por ellas les quereis señalar y enseñar, que es el conoscimiento de su Criador.

Pues no permitais vos, clementísimo Salvador, tal ingratitud y ceguera por vuestra infinita bondad, sino alumbrad mis ojos para que yo os vea, abrid mi boca para que yo os alabe, despertad mi corazon para que en todas las criaturas os conozca, y os ame, y os adore, y os dé las gracias que por el beneficio de todas ellas os debo; porque no caiga en la culpa de ingrato y desconoscido. Porque contra los tales se escribe en el libro de la Sabiduría (*f*), que el dia del juicio pelearán todas las criaturas del mundo contra los que no tuvieron sentido. Porque justo es que las mismas criaturas que fuéron dadas para nuestro servicio, vengan á ser nuestro castigo, pues no quesimos conoscer á Dios por ellas, ni tomar su aviso (*g*). Vos, Señor, que sois camino, verdad y vida, guiadme en este camino con vuestra providencia, enseñad mi entendimiento con vuestra verdad, y dad vida á mi ánima con vuestro amor. Gran jornada es subir por las criaturas al Criador, y gran negocio es saber mirar las obras de tan gran maestro, y entender el artificio con que están hechas, y conoscer por ellas el consejo y sabiduría del Hacedor. Quien no sabe notar el artificio de un pequeño debujo hecho por mano de algun grande oficial, ¿cómo sabrá notar el artificio de una tan grande pintura, como es todo este mundo visible?

A todos, Señor, nos acaece cuando nos ponemos á considerar las maravillas desta obra, como á un rústico aldeano que entra de nuevo en alguna grande ciudad, ó en alguna casa real que tiene muchos y diversos aposentos, y embebecido en mirar la hermosura del edificio, olvídase de la puerta por do entró, y viene á perderse en medio de la casa, y ni sabe por dónde ir, ni por dónde volverse, si no hay quien lo adiestre y encamine. Pues ¿qué son, Señor, todas las ciudades y todos los palacios reales sino unos nidos de golondrinas, si los comparamos con esta casa real que vos criastes? Pues si en aquel tan pequeño agujero se pierde una criatura de razon, ¿qué hará en casa de tanta variedad y grandeza de cosas? ¿Cómo nadará en un tan profundo piélago de maravillas quien se abega en tan pequeño arroyuelo? Pues guiadme vos, Señor, en esta jornada, guiad á este rústico aldeano por la mano, y mostradle con el dedo de vuestro espíritu las maravillas y misterios de vuestras obras, para que en ellas adore y reconozca vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra hermosura, vuestra bondad, vuestra providencia, para que así os bendiga y alabe, y glorifique en los siglos de los siglos. Amen.

(*e*) In Conf. lib. 4, et in Psal. 26, et in Ev. Ioan. Tract. 8, cap. 2, et Tract. 24, cap. 6, et Solil. cap. 34. (*f*) Sap. 5. (*g*) Ioan. 14.

CAPITULO III.

De los fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar por lumbre natural que hay Dios.

La primera cosa que entre los artículos de la fe se nos propone para creer, es que hay Dios: conviene á saber, que hay en este universo un príncipe, un primer movedor, una primera verdad y bondad, y una primera causa de que penden todas las otras causas, y ella no pende de nadie. Este es el fundamento de nuestra fe, y la primera cosa que se ha de creer. Y así dice el Apóstol (*a*), que el que se quiere llegar á Dios, ha de creer que hay en este mundo Dios. Y es tan manifiesta en lumbre natural esta verdad, que se alcanza por evidente demostracion, como la alcanzaron muchos filósofos, y la alcanzan hoy dia todos los sabios, conosciendo por los efectos que en este mundo ven, la primera causa de do proceden, que es Dios. Por lo cual dice Sancto Tomas (*b*), que los sabios no tienen fe deste primer artículo, porque tienen evidencia dél; la cual no se compadesce con la escuridad que está anexa á la fe. Mas los ignorantes que no alcanzan esta razon, y creen esto porque Dios lo reveló, y la Iglesia lo propone para creer, tienen fe deste artículo.

Mas veamos agora los fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad: lo cual servirá para abrazar con mayor alegría lo que testifica nuestra fe. Porque cuando se casa la fe con la razon, y la razon con la fe, contextando la una con la otra, cáusase en el ánima un nobilísimo conoscimiento de Dios, que es firme, cierto y evidente: donde la fe nos esfuerza con su firmeza, y la razon alegra con su claridad. La fe enseña á Dios encubierto con el velo de su grandeza; mas la razon clara quita un poco de ese velo, para que se vea su hermosura. La fe nos enseña lo que debemos creer, y la razon hace que con alegría lo creamos. Estas dos lumbreras juntas deshacen todas las nieblas, serenan las conciencias, quietan los entendimientos, quitan las dudas, remontan los nublados, allanan los caminos, y hácennos abrazar dulcemente esta soberana verdad. Para la cual tenemos dos maestros, uno de las sanctas Escrituras, y otro de las criaturas: los cuales ambos nos ayudan grandemente para el conoscimiento de nuestro criador. Por esto tocarémos aquí algunos de los motivos y fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad. Y digo algunos, porque solamente tocarémos aquellos que son mas claros, y mas acomodados á la capacidad del pueblo; dejando los otros mas subtiles para las escuelas de los teólogos.

Parecerá á alguno ser excusado tratar esta materia entre cristianos, pues todos tienen fe deste artículo. Así es, mas con todo eso habemos visto y vemos cada dia hombres tan desaforados, tan desalmados y tan tirannos, que aunque con el entendimiento confiesen que hay Dios, con sus obras lo niegan; porque ninguna cosa ménos ha-

(*a*) Hebr. 11. (*b*) S. Thom. 1. p. q. 2. art 2. ad. 1.

con creyéndolo, que harian si totalmente no lo creyesen. Pues para estos que tienen la lumbre de la fe tan olvidada y escondida, aprovechará mostrarles claramente por lumbre de razon que hay Dios; quizá esto les daria alguna sofrenada, para que mirasen por sí. Y demas de este provecho hay otro mayor y mas comun para todos, el cual es, que todas las cosas que nos dicen haber Dios, juntamente nos declaran muchas de sus perfecciones, especialmente su sabiduría, su omnipotencia, su bondad, su providencia, con la cual rige y gobierna todas las cosas.

§. I.

El órden de las criaturas nos lleva al conoscimiento de su principio.

Pues entre estos fundamentos, el primero y mas palpable se toma de la órden de las cosas (*c*). Porque vemos en este mundo diversos grados de perfeccion en todas las criaturas. Y en esta órden ponemos en el grado mas bajo los cuatro elementos, que son cuerpos simples, los cuales no tienen mas que dos cualidades. En el segundo ponemos los mixtos imperfectos, como son nieves, pluvias, granizo, vientos, heladas y otras cosas semejantes que tienen alguna mas composicion. En el tercero están los mixtos perfectos, como son piedras, perlas y metales; donde se halla perfecta composicion de los cuatro elementos. En el cuarto ponemos las cosas que demas de esta composicion tienen vida, y crescen y menguan, como son los árboles, y todas las plantas. En el quinto están los animales imperfectos, que demas de la vida tienen sentido, aunque carecen de movimiento, como son las ostras, y muchos de los mariscos. En el sexto están los animales perfectos, que demas del sentido tienen movimiento, como los peces, y aves, etc. En el séptimo ponemos al hombre, que demas de lo dicho, tiene razon y entendimiento con que se aventaja y diferencia de todos los brutos. Sobre el hombre ponemos al ángel, que tiene mas alto entendimiento, y es substancia espiritual apartada de toda materia. Y entre esos mismos ángeles hay órden, porque unos son de mas noble y perfecta naturaleza que otros; y siguiendo la sentencia de Sancto Tomas (que es muy conforme á la doctrina de Aristóteles), no hay dos ángeles de igual perfeccion con ser ellos innumerables, sino siempre uno es esencialmente mas perfecto que otro. Pues subiendo por esta órden, ó habemos de dar proceso en infinito sin haber postrero (lo cual es imposible en naturaleza), ó habemos de venir á parar en una cosa la mas perfecta de todas, sobre la cual no hay otra mas perfecta. Esta, pues, que está en la cumbre de todas y sobre todas, es la que llamamos Dios, ó primera verdad, primera causa, y primer movedor y autor de todas las cosas: la cual no ha de ser criada ó hecha por algun criador ó hacedor; porque ese sería mas perfecto que él, pues es mas perfecto el criador que su criatura, y el hacedor que su hechura. De donde se sigue, que ese Señor ha de ser eterno y sin principio, pues no pudo ser criado ni hecho por otro. Este es el primer fundamento de esta verdad, que se toma del órden de las criaturas.

§. II.

El movimiento de las criaturas nos convence al conoscimiento de un primer movedor.

El segundo es el que se toma del movimiento de las cosas. Para lo cual tomamos por principio, que todas las cosas que se mueven corporalmente, tienen dentro ó fuera de sí alguna virtud ó fuerza que las mueva. Lo cual se ve claramente, así en el hombre, como en todos los animales: en los cuales el cuerpo es el que se mueve, y el ánima la que lo mueve. Y esto parece ser así, porque faltando el ánima, falta luego el movimiento que de ella procedia. Pues dejemos agora los movimientos de la tierra, y subamos al movimiento del mas alto cielo que está sobre el cielo estrellado: el cual mueve los otros cielos inferiores, y es causa de todos los movimientos que hay acá en la tierra: el cual se mueve con tan grande lijereza, que en un solo dia natural da una vuelta á todo el mundo. Pues este cielo, segun lo presupuesto, ha de tener movedor que lo mueva. Pues de este movedor se pregunta, si en su sér, y en la virtud que tiene para causar este movimiento, tiene dependencia de otro ó no: si no la tiene, sino por sí mismo tiene su sér, y su poder, ese tal llamarémos Dios; porque solo Dios es el que como superior de todas las cosas no pende ni en su sér, ni en su poder de nadie, sino de sí mismo. Mas si me decis que tiene otro superior de quien depende cuanto al sér y cuanto á la virtud del mover, de ese superior haré la misma pregunta que del inferior; y procediendo en este discurso, ó se ha de dar proceso en infinito (lo cual dijimos ser imposible), ó habemos finalmente de venir á un primer movedor de que dependen los otros movedores, y á una primera causa, de cuya virtud participan su virtud todas las otras causas; y esa es á quien llamamos Dios. Esta es la demostracion por donde los filósofos probaron que habia un primer movedor, que no pendia de nadie, sino de sí mismo. Y los que penetran la fuerza desta demostracion, no tienen fe deste primer artículo; porque tienen (como dijimos) evidencia dél. Y para estos no se llama este artículo de fe, sino preámbulo della, como dice el mismo sancto doctor.

§. III.

Al conoscimiento de Dios inclina la misma lumbre natural.

Otros motivos tuvieron los filósofos, de que Tulio hace mucho caso, y con mucha razon; y uno dellos es, que con ser tantas y tan varias las naciones del mundo, ninguna hay tan bárbara, ni tan fiera, que (dado que no conozca cual sea el verdadero Dios) no entienda que lo hay, y le honre con alguna manera de veneracion. La causa desto es, porque (demas de la hermosura y órden deste mundo, que está testificando que hay Dios que lo gobierna) el mismo Criador, así como imprimió en los corazones de los hombres una inclinacion natural para amar y reverenciar á sus padres, así tambien imprimió en ellos otra semejante inclinacion para amar y reverenciar á Dios (*d*), como á Padre universal de todas las cosas, y sustentador y gobernador dellas. Y de aquí procede esa manera de culto y religion, aunque falsa, que en todas las naciones del mundo vemos. La cual de tal manera está impresa en los corazones humanos, que por sola defensa della, pelean unas naciones con otras, sin haber otra causa de pelear, como lo vemos entre moros y cristianos. Porque creyendo cada uno que su religion es la verdadera, y que por ella es Dios verdaderamente honrado, y no por las otras, paréceles estar obligados á tomar la voz por su Dios, y hacer guerra á los que no lo honran, como ellos entienden que debe ser honrado.

(*c*) S. Thom. ubi supra.

(*d*) Psal. 4.



Tan impreso está en los corazones humanos el culto y veneracion de Dios. Y (lo que mas es) cada dia vemos pasarse hombres de diversas sectas á nuestra religion, y dejar mujer, y hijos, y hacienda, y cargos honrosos: como agora lo vimos en uno, que habiendo muchos años ántes negado la fe, se vino á tierra de cristianos, dejando todo esto que habemos dicho por la fe verdadera. En lo cual se ve cuán poderosamente arraigó el Criador este afecto de religion en nuestros corazones, pues prevalece y vence los mayores afectos que hay en el hombre, que son las afecciones destas cosas que dijimos (*e*). Y esto mismo acaesció en tiempo de Esdras á los hijos de Israel, que se hallaron casados con mujeres de linajes de gentiles, cuando volvieron del captiverio de Babilonia: los cuales las dejaron junto con los hijos que dellas habian nascido, por no quebrantar la ley de Dios, que tales casamientos prohibia.

Otro indicio señalan desta verdad, el cual tambien procede desta natural inclinacion que decimos: y es, que todos los hombres cuando se ven en algun grande y extraordinario aprieto y angustia, naturalmente sin discurso alguno levantan el corazon á Dios á pedirle socorro. Y como este movimiento sea tan acelerado, que previene el discurso de la razon, síguese que procede de la misma naturaleza del hombre: la cual, como sea formada por Dios, y Dios no haga cosa ociosa y sin propósito, síguese no solo que hay Dios, sino tambien ser él infinitamente perfecto. Porque este recurso es como una voz y testimonio de la misma naturaleza, la cual con esto confiesa que aquel divino presidente lo ve todo, y lo provee todo, y que en todo lugar se halla presente. Aquí confiesa su providencia, su bondad, su misericordia, y el amor que tiene á los hombres, y el deseo de remediarlos; pues él mismo cuando los crió imprimió en ellos esta natural inclinacion que los moviese á recorrer á él, como á verdadero padre, en sus angustias y tribulaciones.

§. IV.

Al conoscimiento del Criador nos llama la hermosura y armonía de lo criado.

El quinto motivo que así los filósofos como todos los hombres tuvieron para conocer la divinidad, fué la fábrica, y órden, y concierto, y hermosura, y grandeza deste mundo, y de las partes principales dél, que son cielo, estrellas, planetas, tierra, agua, aire y fuego, vientos, lluvias, nieves, rios, fuentes, plantas y todo lo demas que en él hay. Esta consideracion con las dos que luego tratarémos, prosigue copiosamente Tulio, elegantísimo orador y filósofo, en nombre de otro filósofo estoico (*f*).

Y pues en esta materia procedemos por via de filosofía, parecióme enjerir aquí, para los que no entienden latin, lo que este filósofo con las palabras de la elocuencia de Tulio dice, dejando algunas cosas que adelante se tratan en sus proprios lugares. Mas advierto al lector, que cuando en lugar de Dios hallare dioses, entienda que habla como filósofo gentil, y como en esto se engaña, así tambien cuando dice que los dioses tienen cuidado de las cosas grandes, y no de las pequeñas: lo cual es contra lo que nos enseñó aquel Maestro que vino del cielo, cuando dijo que ni un pajarillo caia en el lazo sin la voluntad y providencia del padre celestial. Dice pues así este filósofo.

(*e*) 1. Esdr. 10. (*f*) Cicer. lib. 2. de Natur. Deorum.

Ninguna cosa se hallará en la administracion y gobierno del mundo que se pueda justamente reprehender; y si alguno quisiere enmendar algo de lo hecho, ó lo hará peor, ó del todo no lo podrá hacer. Pues si todas las partes del mundo están de tal manera fabricadas, que ni para el uso de la vida se pudieran hacer mejores, ni para la vista mas hermosas, veamos si pudieran ser hechas acaso, ó perseverar en el estado en que están, si no fueran gobernadas por la divina Providencia. Por donde si son mas perfectas las obras de naturaleza que las del arte, si las del arte se hacen con razon, síguese que las de naturaleza no han de carecer de razon. Pues ¿quién habrá que viendo una tabla muy bien pintada no entienda que se hizo por arte? y viendo dende léjos correr un navío por el agua, no conozca que este movimiento se haga por razon y arte? y viendo cómo un reloj señala las horas á sus tiempos debidos, no entienda lo mismo, y se atreva á decir, que el mundo (el cual inventó estas mismas artes, con los oficiales dellas, y abraza todas las cosas) carezca de razon y de arte?

Mas levantemos los ojos á las cosas mayores. En el cielo resplandescen las llamas de innumerables estrellas, entre las cuales el príncipe que todas las esclaresce y rodea es el sol, que es muchas veces mayor que toda la tierra; y asimismo las estrellas son de inmensa grandeza. Y estos tan grandes fuegos ningun daño hacen á la tierra, ni á las cosas della, mas ántes la aprovechan de tal manera que si mudasen sus lugares y puestos, arderia todo el mundo. Y un poco mas abajo añade el mismo Tulio estas palabras: Hermosamente dijo Aristóteles que si habitasen algunos hombres debajo de la tierra, en algunos palacios adornados con diversas pinturas, y con todas las cosas con que están ataviadas las casas de los que son tenidos por bienaventurados y ricos, los cuales hombres morando en aquellos soterraños nunca hubiesen visto las cosas que están sobre la tierra, y hubiesen oido por fama que hay una divinidad en el mundo soberana; y despues desto, abiertas las gargantas de la tierra, saliesen de aquellos aposentos: cuando viesen la tierra, la mar, y el cielo, la grandeza de las nubes, la fuerza de los vientos, y pusiesen los ojos en el sol, y conosciesen la grandeza, y hermosura, y eficacia dél, y cómo él esclaresciendo con su luz el cielo, es causa del dia, y llegada la noche viesen todo el cielo adornado y pintado con tantas y tan hermosas lumbreras, y notasen la variedad de la luna, con sus crescientes y menguantes, y considerasen la variedad de los nascimientos, y puestos de las estrellas tan ordenados y tan constantes en sus movimientos en toda la eternidad: sin duda cuando los tales hombres salidos de la escuridad de sus cuevas, súbitamente viesen todo esto, luego conoscerian haber sido verdadera la fama de lo que les fué dicho, que era haber en este mundo una soberana divinidad, de que todo pendia. Esto dijo Aristóteles.

Mas nosotros (dice el mismo Tulio) imaginemos unas tan espesas tinieblas cuantas se dice haber salido en el tiempo pasado de los fuegos del monte Etna, las cuales escurecieron todas las regiones comarcanas, y imaginemos que por espacio de dos dias ningun hombre pudiese ver á otro. Pues si al tercero dia el sol esclaresciese al mundo, pareceria á estos hombres que de nuevo habian resuscitado. Y si esto mismo acaesciese á algunos que hubiesen vivido siempre en eternas tinieblas, los cuales súbitamente viesen la luz, ¿cuán hermosa les pa-

receria la figura del cielo? Mas la costumbre de ver esto cada dia, hace que los hombres no se maravillen desta hermosura, ni procuren saber las razones de las cosas que siempre ven, como si la novedad de las cosas nos hubiese de mover, mas que su grandeza, á inquirir las causas dellas. Porque ¿quién tendrá por hombre de razon al que, viendo los movimientos del cielo, y la órden de las estrellas, tan firme y constante, y viendo la conexion y conveniencia que todas estas cosas tienen, diga que todo esto se hizo sin prudencia ni razon, y crea que se hicieron acaso las cosas que ningun consejo ni entendimiento puede llegar á comprehender con cuánto consejo hayan sido hechas? Por ventura, cuando vemos alguna esfera movediza, ó reloj, ó algunas figuras moverse artificiosamente, ¿no entendemos que hay algun artificio y causa destos movimientos? Y viendo el ímpetu con que se mueven los cielos, con tan admirable lijereza, y que hacen sus cursos, tan ciertos y tan bien ordenados para la salud y conservacion de las cosas, ¿no echarémos de ver que todo esto se hace con razon, y no solo con razon, sino con excelente y divina razon?

Mas dejada aparte la subtileza de los argumentos, pongámonos á mirar la hermosura de las cosas que por la divina Providencia confesamos haber sido fabricadas. Y primeramente miremos toda la tierra sólida, y redonda, y recogida con su natural movimiento dentro de sí misma; colocada en medio del mundo, vestida de flores, de yerbas, de árboles y de mieses; donde vemos una increible muchedumbre de cosas tan diferentes entre sí, que con su grande variedad nos son causa de un insaciable gusto y deleite. Juntemos con esto las fuentes perennales de las aguas frias, los licuores claros de los ríos, los vestidos verdes de sus riberas, la alteza de las concavidades de las cuevas, la aspereza de las piedras, la altura de los montes, la llanura de los campos. Añadamos á esto las venas escondidas del oro y plata, y la infinidad de los mármoles preciosos. Y demas desto, ¿cuánta diversidad vemos de bestias, dellas mansas, dellas fieras? Cuántos vuelos y cantos de aves? Cuán grandes pastos para los ganados, y cuántos bosques para la vida de los animales silvestres? Pues ¿qué diré del linaje de los hombres, los cuales puestos en medio de la tierra, como labradores y cultivadores della, no la dejan poblar de bestias fieras, ni hacerse un monte bravo con la aspereza de los árboles silvestres, con cuya industria los campos, y las islas, y las riberas resplandescen, repartidas en casas y ciudades?

Pues si todas estas cosas mirásemos de una vista con los ojos, como las vemos con los ánimos, ninguno habria que mirando toda la tierra junta tuviese duda de la divina Providencia. Mas entre estas cosas, ¿cuán grande es la hermosura de la mar? Cuánta la muchedumbre y variedad de las islas que hay en ella? Qué frescura y deleite de sus riberas? Cuántos linajes de pescados, unos que moran en el profundo de las aguas, otros que andan nadando y corriendo por cima dellas, otros que están pegados con sus conchas naturales á las peñas? Y el mismo mar de tal manera con sus playas y riberas, se abraza con la tierra, que de dos cosas tan diferentes viene á hacerse una comun naturaleza de ambas.

Luego el aire vecino á la mar, se diferencia entre dia y noche, el cual unas veces adelgazándose sube á lo alto, y otras espesándose se convierte en nubes, y recogiendo en sí los vapores de la mar, riega la tierra con aguas, y corriendo de una parte á otra, causa los vientos. Y él tambien sostiene sobre sí el vuelo de las aves, y nos da el aire con que se mantienen y sustentan los animales.

Réstanos agora el postrer lugar del mundo, que es el cielo, tan alejado de nuestras moradas, que ciñe y abraza todas las cosas que es el último término y cabo del mundo: en el cual aquellas lumbreras resplandescientes de las estrellas hacen sus cursos tan ordenados, que son causa de grande admiracion á quien los contempla. Entre los cuales el sol moviéndose al derredor de la tierra, y nasciendo y poniéndose, es causa del dia y de la noche, y llegándose á nosotros un tiempo del año, y desviándose otro, hace dos vueltas contrarias; y en este intervalo se entristece la tierra con su ausencia, y despues se alegra con su venida. Mas la luna (que como los matemáticos dicen, es mayor que la mitad de la tierra), caminando por las mismas vias que el sol, envía á la tierra la lumbre que recibe dél, mudándose muchas veces, y eclipsándose con la sombra de la tierra, y eclipsando ella al sol, cuando se le pone delante. Y por los mismos espacios corren los planetas al derredor de la tierra, los cuales á veces se apresuran en sus movimientos, y á veces se tardan, y otras se detienen: que es cosa de grande admiracion y hermosura. Síguese luego la muchedumbre de las estrellas fijas, las cuales están de tal manera ordenadas, que vienen á hacer ciertas figuras por las cuales son nombradas, como es el carro, la bucina y otras semejantes, que son guia de los que navegan por la mar. Todo lo susodicho es de Tulio: el cual con el argumento de la fábrica, y hermosura, y provecho de las partes principales deste mundo inferior, y con la órden y constancia invariable de los movimientos del cielo, prueba que cosas tan grandes y tan provechosas, tan hermosas y tan bien ordenadas no se pudieron hacer acaso, sino que tienen un sapientísimo hacedor y gobernador.

Y un poco mas abajo, declarando el cuidado que la divina Providencia tiene de acudir á las necesidades humanas, dice della, que demas del comun pasto y mantenimiento de todo el mundo, produjo en diversos lugares diversas cosas para el uso y provision de nuestra vida. Y así vemos (dice él) que en Egipto el rio Nilo con sus crescientes riega y cubre en el tiempo del estío toda la tierra, y esto hecho, se recoge, dejando los campos ablandados y dispuestos para la sementera. A Mesopotamia hace fértil el rio Eufrates: en la cual cada año renueva los campos, y cuasi los hace otros. Mas el rio Indo (que es el mayor de todos los rios), no solo alegra y ablanda los campos, sino tambien los deja sembrados, por traer consigo gran número de semillas, semejantes á los granos de que nascen las mieses. Muchas otras cosas memorables podria contar, que se crian en diversos lugares, y muchos campos fértiles, unos que dan una manera de fructo, y otros otra. Mas ¿cuánta es la benignidad y liberalidad de la naturaleza, en haber criado tantas, y tan diversas, y tan suaves cosas para nuestro mantenimiento, y estas no en un solo tiempo del año, sino siempre; para que con la novedad de los manjares, y con la abundancia dellos, se renovase nuestro gusto y deleite? ¿Y cuán saludables vientos, y cuán proporcionados á sus tiempos produce, no solo para el provecho de los hombres, sino tambien de los ganados, y de todas las cosas que nascen de la tierra, con los cuales los grandes caló-

res se templan, y con ellos se navega con mayor lijereza la mar?

Muchas otras cosas callamos, y muchas tambien decimos; porque no se pueden contar los provechos que nos traen los rios, y las mudanzas de la mar, cuando cresce, ó mengua, y los montes vestidos de verdura, y los bosques y las salinas que se hallan en lugares muy apartados de la mar, y la muchedumbre de las yerbas medicinales, que produce la tierra, y innumerables artes necesarias para el mantenimiento y uso de nuestra vida. Pues ya la mudanza de los dias y de las noches sirve para conservar la vida de los animales, señalándonos un tiempo para trabajar, y otro para descansar. De manera que por todas partes se concluye, que este mundo se gobierna por la sabiduría y consejo divino, el cual por una manera maravillosa lo endereza y ordena á la salud y conservacion de todas las cosas. Lo susodicho es de Tulio en nombre de un filósofo estoico, el cual con tanta atencion discurria por todas las cosas del mundo, cebando y recreando su ánima en la contemplacion de las obras y maravillas de la divina Providencia. Lo cual es para confusion de muchos cristianos, que tan poco tiempo gastan en la consideracion de cosas tan admirables.

§. V.

Pruébase un solo Hacedor por el órden de las criaturas en el servicio del hombre.

Mas entre todas ellas es mucho para considerar, de la manera que todas (como una música concertada de diversas voces) concuerdan en el servicio del hombre, para quien fuéron criadas, sin haber una sola que se exima de su servicio, y que no le acarree algun provecho, y pague algun tributo temporal ó espiritual. En lo cual se ha de considerar cómo todas las cosas en este ministerio se ayudan unas á otras, como diversos criados de un señor, que teniendo diferentes oficios, se emplean todos cada cual de su manera en el servicio del señor. De lo cual resulta esta armonía del mundo, compuesta de infinita variedad de cosas, reducidas á esta unidad susodicha, que es el servicio del hombre. Pongamos ejemplo, comenzando del mismo hombre: el cual, segun Aristóteles dice, es como fin para cuyo servicio la divina Providencia diputó todas las cosas deste mundo inferior. Pues este, primeramente tiene necesidad del servicio de diversos animales para mantenerse de sus carnes, para vestirse y calzarse de sus pieles y lanas, para labrar la tierra, para llevar y traer cargas, y aliviar con esto el trabajo de los hombres. Estos animales tienen necesidad de yerba y pasto para sustentarse. Este se cria y cresce con las lluvias que riegan la tierra: estas se engendran de los vapores que el sol hace levantar así de la tierra como de la mar. Estos han menester vientos para que los lleven de la mar á la tierra. Los vientos proceden de las exhalaciones de la tierra. Para esto son necesarias las influencias del cielo, y el calor del sol que las saque della, y levante á lo alto. El cielo tiene necesidad de la inteligencia que lo mueva, y esta de la primera causa que es Dios, para que la conserve y sustente en el oficio que tiene. Desta manera podríamos poner ejemplo en todas las otras cosas criadas, y mostrar cómo se ayudan y sirven unas á otras, y todas finalmente se ordenan y reducen al servicio del hombre, para el cual fuéron criadas.

Donde es razon de considerar la divina sabiduría en haber ordenado las causas de las cosas de tal manera, que unas tengan necesidad del ayuda y ministerio de las otras, y que ninguna por sí sola baste para todo; para que así se quitase á los hombres la ocasion de idolatrar, viendo la necesidad que las mas excelentes criaturas tienen del ministerio y uso de las otras. Porque el sol es el que entre todas ellas tiene mas virtud para la procreacion de las cosas, mayormente pues él da luz á todas las estrellas, y con la luz eficacia para sus influencias. Este planeta con su movimiento proprio allegándose y desviándose de nosotros, es causa de los cuatro tiempos del año, que son invierno, verano, estío y otoño, que son necesarios para la produccion de las cosas. Mas el mismo para causar dias y noches (que no son para esto ménos necesarias) tiene necesidad del movimiento del primer cielo, que en un dia natural hace que el sol dé una vuelta al mundo, y con esto se causa el dia y la noche.

Asimismo los otros planetas y estrellas, segun los diversos aspectos que tienen entre sí y con el sol, son causa de diversos efectos acá en la tierra, como son lluvias, serenidad, vientos, frio, y calor y cosas semejantes. Esta cadena, ó, si se puede decir, esta danza tan ordenada de las criaturas, y como música de diversas voces, convenció á Averrois para creer que no habia mas que un solo Dios. Porque no se pueden reducir á un fin con una órden cosas tan diversas, si no hubiere uno que sea como maestro de capilla, que las reduzga á esta unidad y consonancia. Mas si fuesen dos, ó muchos dioses diferentes entre sí, y no fuesen conformes, ni subjectos uno á otro, no se podria causar esta unidad; porque cada uno tiraria por su camino, y unos impedirian á otros: como un navío entre vientos igualmente contrarios, el cual miéntras así estuviese, no se moveria.

Esta hermosísima figura del mundo describe Séneca elegantemente á una noble matrona romana, por estas palabras. Imagina que al tiempo que nasces en este mundo, te declaro la condicion deste lugar adonde entras, y te digo: mira que entras en una gran ciudad, que abraza y encierra en sí todas las cosas, gobernadas por leyes eternas. Verás aquí innumerables estrellas, y una sola, que es el sol, el cual hinche con su luz todas las cosas, y con su ordinario movimiento reparte igualmente el espacio de los dias y de las noches, y divide en partes iguales los cuatro tiempos del año. Verás aquí cómo la luna recibe del sol su hermano la claridad, á veces mayor, á veces menor, segun el aspecto y disposicion en que lo mira: la cual unas veces del todo se encubre, y otras, llena la cara de claridad, del todo se descubre mudándose siempre con sus crescientes y menguantes, y diferenciándose del dia que precedió. Verás otras cinco estrellas, que van por diversos caminos, y corren contra el comun curso del cielo, de cuyos movimientos proceden las mudanzas y alteraciones de todas las cosas corporales, segun fuere favorable ó contrario el puesto y aspecto dellas. Maravillarte has de los nublados escuros, y de las aguas que caen del cielo, y de los truenos y relámpagos, y de los rayos que caen de través.

Y cuando recreados ya los ojos con la vista de las cosas altas, los inclinares á la tierra, verás otra forma de cosas que te cause nueva admiracion. Verás la llanura de los campos tendidos por largos espacios, y los montes que se levantan en lo alto con sus collados cubiertos de nieve, y la caída de los rios que nascidos de una fuente, corren de oriente á occidente; y verás las arboledas que en lo alto de los collados se están meneando, y los grandes

bosques con sus animales y cantos de aves que en ellos resuenan. Verás los sitios y asientos de diversas ciudades, y las naciones cercadas y apartadas unas de otras, ó con montes altos, ó con riveras, ó lagos, ó valles, ó lagunas de agua. Verás las mieses crecidas con labor y industria, y otras plantas que sin ella dan fructo. Verás correr blandamente los rios entre los prados verdes, y los senos y riberas de la mar que vienen á hacerse puertos seguros; y verás tantas diferencias de islas tendidas por ese mar grande, que causan distincion entre unos mares y otros. Pues ¿qué diré del resplandor de las perlas preciosas, y del oro que se halla entre las arenas de los arroyos cuando van crecidos, y del mar Oceano, que se explaya con gran licencia sobre sus riberas, y con sus tres grandes senos divide la habitacion de las gentes? Dentro del cual verás unos pescados de increible grandeza, otros muy pesados que tienen necesidad de ayuda para moverse, y otros mas lijeros que una galera con sus remos, y otros, que siguiendo los navíos, echan de sí una grande espadañada de agua, no sin temor y peligro de los navegantes. Verás navíos que buscan tierras no conoscidas, y verás que ninguna cosa quedó por tentar al atrevimiento humano. Hasta aquí son palabras de Séneca.

§. VI.

Locura de los ateistas epicúreos que atribuyeron todo lo criado al acaso.

Pues siendo tan grande la variedad y hermosura de las cosas deste mundo, ¿quién será tan bruto, que diga haberse todo esto hecho acaso, y no tener un sapientísimo y potentísimo hacedor (*g*)? ¿Quién diria que un retablo muy grande, y de muchos y muy excelentes colores y figuras se hizo acaso, con un borron de tinta, que acertó á caer sobre una tabla? Pues ¿qué retablo mas grande, mas vistoso, y mas hermoso que este mundo? ¿Qué colores mas vivos y agradables, que los de los prados y árboles de la primavera? ¿Qué figuras mas primas, que las de las flores, y aves, y rosas? ¿Qué cosa mas resplandesciente, y mas pintada que el cielo con sus estrellas? Pues ¿cuál será el ciego que todas estas maravillas diga que se hicieron acaso?

Si por acaso yendo camino hallases en un bosque una casa de solaz de algun príncipe muy bien edificada, y proveida de todo género de mantenimientos, y de las oficinas que fuesen necesarias para servicio del príncipe, y vieses en ella sus mesas puestas, sus hachas encendidas, sus vergeles, y cisternas, y fuentes de agua, sus aposentos y lugares diversos para todos sus criados; y maravillado tú de todo este aparato, preguntases cómo se habia hecho esto, y te respondiesen que habia caido un pedazo de aquella montaña, y los pedazos della habian acertado á caer de tal manera, que sin mano de oficial se habian fabricado aquellos tan hermosos palacios, con todo lo que hay en ellos, ¿qué dirias? ¿Podria fingirse desatino mayor? Pues decidme agora, si poniéndoos vos de propósito á considerar la hermosura de la gran casa real deste mundo, y viendo la fábrica, y la provision de todas las cosas que hay en él, viendo esa bóveda del cielo tan grande, y tan compasada y pintada con tantas estrellas, viendo una mesa tan abastada de tantas diferencias de manjares como es la tierra con todas las carnes, y frutas, y otros mantenimientos que hay en ella, viendo tantas frescuras, y vergeles, y fuentes de agua, tantos paños de verdura como se ven por todas las montañas, y valles, y praderías de los campos, viendo las hachas y lumbreras que arden dia y noche en medio desos cielos para alumbrar esta casa, y las vajillas de oro y plata, y piedras preciosas que nascen en los mineros de la tierra; los aposentos diversos y convenientes para los moradores desta casa, unos en las aguas para los que saben nadar, otros en el aire para los que pueden volar, otros en la tierra para los cuerpos grandes y pesados, y viendo sobre todo esto el regimiento de toda esta casa y familia, y el órden della, y cómo los ángeles, que son criaturas mas principales, mueven los cielos, y los cielos á los elementos, y de los elementos se forman los compuestos, y todo finalmente va encaminado para el servicio del príncipe desta casa, que es el hombre: quien todo esto ve con otras infinitas cosas que no se pueden comprehender en pocas palabras, ¿cómo podrá creer que todo esto se hiciese acaso? ¿Cómo no verá que tuvo y tiene potentísimo y sapientísimo Hacedor?

Pues esta hermosura y grandeza del mundo, con la variedad de las cosas que en él hay, reducidas á aquella unidad que dijimos, movió no solamente á los filósofos, mas tambien á todas las gentes, á creer que cosas tan grandes, tan hermosas y tan bien ordenadas, no se habian hecho acaso, sino que tenian un sapientísimo y potentísimo hacedor, que con su omnipotencia las habia criado, y con su sabiduría las gobernaba. Y esto es lo que David exclama en el salmo 18 (*h*) cuando dice: Los cielos denuncian la gloria de Dios, y las obras de sus manos predica el cielo estrellado, etc. Quiere decir: la hermosura del cielo, adornada con tantas lumbreras, y la órden admirable de las estrellas, y la diversidad de sus movimientos y cursos predican la gloria de Dios, y hacen que todas las naciones le alaben, y se maravillen de su grandeza, y le reconozcan por hacedor y señor de todas las cosas. Asimismo el órden de los dias y de las noches, el crescimiento y la diminucion dellos tan ordenada y proporcionada para el uso de nuestra vida, y la constancia invariable que en sus nascimientos y movimientos guardan, predican y testifican, que obras tan grandes y tan bien ordenadas no se han de atribuir al caso, ó á la fortuna, sino que hay en el mundo un soberano presidente, que al principio crió todas estas cosas, y las conserva con summa providencia. Mas estas obras admirables no hablan ni testifican esto con voces humanas (las cuales no pudieron llegar al cabo del mundo); mas su habla y testimonio es la órden invariable, y la hermosura dellas, y el artificio con que están hechas tan perfectamente, como si se hicieran con regla y plomada. Porque esta manera de lenguaje se oye en todas las tierras, y convida á los hombres al culto y veneracion del Hacedor.

§. VII.

Convéncese lo mismo por la fábrica admirable del cuerpo humano.

Otro fundamento hay no ménos urgente que el pasado para conoscer esta verdad. Porque no solo la fábrica deste mundo mayor, mas tambien la del menor (que es el hombre) nos declara que hay Dios, criador y hacedor dél. Porque en ella resplandesce tanto la sabiduría del hacedor, que pudo decir Sant Agustin (*i*) con verdad, que entre todas las maravillas que hizo Dios por amor

(*g*) Cont. quos Aug. lib. 11, de Civit. Dei, cap. 5. t. v.

(*h*) Psalm. 18. (*i*) Lib. de Ver. Relig. c. 29, t. i, et lib. de Spirit. et anim. App. t. iii, c. 35. Divers. tract. 21. Append. t. ix.

del hombre, la mayor es el mismo hombre: entendiendo por el hombre las dos partes de que se compone, que son cuerpo y ánima. Y dejando por agora el ánima, en la fábrica y composicion del cuerpo hay tantas maravillas, que no bastaron muchos libros que Galeno y otros escribieron para declararlas enteramente: cada una de las cuales por sí sola, y mucho mas todas ellas juntas, declaran la infinita sabiduría del artífice que tal fábrica ordenó. Porque no hay en el mundo palacio real, ni república tan concertada, que tenga tantas maneras de oficios y oficiales, quiero decir, tantas partes diversas, como tiene un cuerpo humano para su regimiento y conservacion. De las cuales unas sirven para cubrirlo, como es la piel, y la carne, y la gordura; otras sirven de cocer el manjar, como el estómago y las tripas delgadas; otras hacen la sangre, como el hígado; otras la llevan á todos los miembros, como las venas; otras enjendran los espíritus de la vida, como el corazon; otras llevan estos espíritus por todo el cuerpo, como las arterias; otras hacen los espíritus del sentido, como los sesos; otras reparten esta virtud por todo el cuerpo, como los nervios; otras sirven al movimiento, que depende de nuestra voluntad, como los morecillos. Algunas reciben las superfluidades del cuerpo, como el bazo, la hiel, los riñones, la vejiga, las tripas. Por otras pasa el aire que recrea los sesos y el corazon, como las narices, el garguero, los pulmones, y la arteria venal. Algunas sirven á los sentidos exteriores: conviene saber, á oir las orejas, á ver los ojos, á gustar la lengua y el paladar, á hablar los pulmones y el garguero. Otras sirven de fundamento ó armadura sobre la cual todas las demas partes se arman y establecen, como los huesos y ternillas. Y lo que acrescienta esta admiracion, es ver que tanta variedad de cosas, tan diferentes en las figuras, virtudes, oficios, dureza y blandura, vienen á forjarse de una tan simple materia, como es aquella de que se fabrica el cuerpo humano. Pues ¿quién habia de ser poderoso para producir de una materia tan simple, tanta muchedumbre de cosas tan diversas, sino solo aquel potentísimo y sapientísimo Hacedor? Pues la variedad y muchedumbre destas partes, la figura y oficios que tienen para el servicio del cuerpo humano, manifiestamente declara no haberse hecho esto acaso, sino con summa providencia y artificio del que las formó.

Este mismo argumento prosigue elegantemente el mismo Tulio (*k*) en el libro ya alegado, procediendo por todas las partes, y por todos los miembros y sentidos del cuerpo humano, así los interiores que no se ven, como los exteriores que se ven; declarando cómo cada una destas partes sirve tan perfectamente á lo que conviene á la conservacion de la vida humana (que es para la sustentacion de nuestro cuerpo, y para el uso y oficio de los sentidos), que ningun entendimiento humano podrá descubrir en tanta variedad y muchedumbre de partes, alguna cosa que falte, ó que sobre, ó que no venga tan á propósito de lo que es necesario para este fin, que por ninguna via se pueda trazar otra mejor. Por donde concluye proceder esta obra de una summa providencia y sabiduría, que en ninguna cosa falta, y en ninguna yerra. Mas porque esta consideracion es muy profunda y provechosa, y pide mas largo tratado, adelante la proseguirémos mas copiosamente en su proprio lugar.

(*k*) Tull. lib. 2. de Nat. Deor.

§. VIII.

Conclúyese la materia misma por las habilidades que tienen las criaturas para su conservacion.

Y demas destos fundamentos susodichos, hay otro no ménos eficaz para el conoscimiento desta verdad, y muy palpable y fácil de penetrar á cualquier entendimiento por rudo que sea. El cual procede de ver las habilidades que todos los animales de la tierra, de la mar y del aire tienen para todo lo que se requiere para su mantenimiento, para su defension, para la cura de sus enfermedades, y para la criacion de sus hijuelos. En todo lo cual ninguna cosa ménos hacen de lo que harian si tuviesen perfectísima razon. Así temen la muerte, así se recatan de los peligros, así saben buscar lo que les cumple, así saben hacer sus nidos, y criar sus hijos como lo hacen los hombres de razon. Y aun pasan mas adelante, que entre mil diferencias de yerbas que hay en el campo de un mismo color, conoscen la que es de comer y la que no lo es, la que es saludable y la que es ponzoñosa, y por mucha hambre que tengan, no comerán della. La oveja teme al lobo sin haberlo visto, y no teme al mastin siendo tan semejante á él. La gallina no teme al pavon, siendo tan grande, y teme hasta la sombra de un gavilan, que es mucho menor. Los pollos temen al gato, y no al perro siendo mayor, y esto ántes aun que tengan experiencia del daño que de las cosas contrarias podrian recebir.

Desta misma consideracion se aprovecha el mismo Tulio (*l*) para mostrar la sabiduría y providencia de aquel artífice soberano, que todo lo gobierna. Lo cual prueba declarando cómo todas las cosas que tienen vida están perfectísimamente fabricadas, y proveidas de todas las habilidades necesarias para conservarla. Del cual referiré aquí algunas cosas, dejando otras para sus lugares. Y comenzando por las plantas, dice así. Primeramente los árboles que nascen de la tierra, están de tal manera fabricados, que puedan sostener la carga de las ramas que están en lo alto, y asimismo con sus raices afijadas en la tierra para atraer el jugo della, con el cual viven y se mantienen; y los troncos dellos están vestidos, y abrigados con sus cortezas, para que estén mas seguros, así del frio, como del calor. Mas las vides tienen sus ramales, que son como manos, con que se abrazan con los árboles, y suben á lo alto sobre hombros ajenos, y así tambien se apartan de algunas plantas que les son contrarias y dañosas, cuando están cerca dellas, como de cosa pestífera, y por ninguna via tocan en ellas.

Mas ¿cuán grande es la variedad de tantos animales, y cuán proveidos para todo lo que se requiere para su conservacion? Entre los cuales unos están cubiertos de cueros, otros vestidos de vellos, otros erizados con espinas, unos cubiertos de plumas, y otros de escamas. Y entre ellos unos están armados con cuernos, y otros se defienden huyendo con la lijereza de sus alas. A los cuales todos proveyó la naturaleza abundantemente del pasto y mantenimiento que á cada uno en su especie era proporcionado. Y podria yo referir aquí las habilidades que ella les dió para buscar este pasto y digerirlo, y cuán ingeniosa fué en trazar la figura y fábrica de los miembros que para esto son necesarios. Porque todas las facultades interiores de sus cuerpos de tal manera están fabricadas y asentadas en sus lugares, que ninguna

(*l*) Tull. ubi sup.

haya superflua, y ninguna que no sea necesaria. Dió tambien ella á todas las bestias sentido y apetito, para que con lo uno se esforzasen á buscar su mantenimiento, y con lo otro supiesen hacer diferencia entre las cosas saludables y dañosas. Y entre ellas unas hay que buscan su mantenimiento andando, otras rastrando por tierra, otras volando, otras nadando: entre las cuales unas toman el manjar con los dientes y con la boca, otras lo despedazan con las uñas, otras con los picos revueltos, otras maman, otras toman el manjar con la mano, otras lo engullen así como está entero, y otras lo mascan con los dientes. Todas tambien tienen sus lugares naturales adonde corren. Y así cuando á la gallina echan los huevos de patos para que los saque, despues de salidos á luz y criados, ellos mismos sin maestro se van derechos al agua, reconociendo ser este su lugar natural. Tan grande es la inclinacion que la naturaleza dió á todas las cosas para procurar su conservacion.

Muchas otras cosas pudiera traer á este propósito, y muchas dellas son muy notorias, como es ver con cuánta diligencia miran por sí los animales, cómo estando paciendo miran al derredor, si hay algun peligro, y cómo se escondan y guarezcan en sus madrigueras, y con cuánta diligencia se defienden y arman contra el temor y fuerza de sus contrarios, unos con cuernos como los toros, otros con dientes como los jabalíes, otros mordiendo como los leones, unos huyendo, y otros escondiéndose, y otros con un intolerable hedor que echan de sí para detener sus perseguidores. Estas y otras semejantes habilidades refiere Tulio de los animales, los cuales caresciendo de razon, hacen las cosas tan á propósito de lo que conviene para su conservacion y defension, como si realmente la tuvieran.

Pues arguyen agora los filósofos así: todos estos animales carecen de razon (porque en sola esta se diferencian ellos del hombre y el hombre dellos), y con todo eso hacen todas las cosas que pertenecen á su conservacion tan perfectamente como si la tuviesen: luego necesariamente habemos de confesar que hay una razon universal, y una perfectísima sabiduría, que de tal manera asiste á todos ellos, y de tal manera los rige y gobierna, que hagan lo mismo que harian si tuviesen razon. Porque por el mismo caso que el Criador los formó y quiso que fuesen y viviesen, estaba claro que les habia de dar todo lo necesario para conservar sus vidas; porque de otra manera, de balde y sin propósito los criara. Si viésemos un niño de edad de tres años, que hablase con tanta discrecion y elocuencia como un grande orador, luego diriamos: otro habla en este niño; porque esta edad no es capaz de tanta elocuencia y discrecion. Pues como veamos que todas las criaturas que carecen de razon, hagan todas sus obras conforme á razon (que es todo lo que conviene para su conservacion), necesariamente habemos de confesar que hay esta razon universal, y esta summa sabiduría: la cual sin darles razon, les dió inclinaciones y instinctos naturales, para que lo que en los hombres hace la razon, hiciese en ellas la inclinacion. Y esto advirtieron claramente los filósofos, los cuales dicen que las obras de naturaleza son obras de una inteligencia que no yerra. Queriendo decir son obras de una summa sabiduría, que hace sus obras con tanta perfeccion que ningun defecto se pueda hallar en ellas. Esta consideracion que nasce de las criaturas, movió á Sant Augustin á decir que mas fácilmente dudaria si tenia ánima en su cuerpo, que dudar si hay Dios en este mundo, por razon del testimonio que desta primera verdad nos dan las cosas criadas.

Estas tres postreras consideraciones que aquí habemos tocado, tienen necesidad de mas larga declaracion. Y aunque lo dicho bastara para lo que pide la resolucion y brevedad desta introduccion, mas porque mi intencion es (como ya dije) dar materia de suavísima consideracion á las personas virtuosas, volverémos á tratar estas tres consideraciones mas copiosamente. En lo cual imitando aquellos dos sanctos doctores que dijimos, Sant Ambrosio y Sant Basilio, tratarémos de las obras de los seis dias, en que Dios nuestro Señor crió todas las cosas, para que por ellas levantemos los corazones al conoscimiento de la bondad, y sabiduría, y omnipotencia, y providencia del que las crió para la provision de nuestro cuerpo, y para el ejercicio y levantamiento de nuestro espíritu. Para lo cual antiguamente ordenó la guarda del sábado (*m*), en el cual se escribe haber Dios descansado de la obra de la creacion (*n*), para que empleasen los hombres este dia en la consideracion de las obras que en los primeros seis dias habia obrado, y le diesen gracias por ellas; pues todas eran beneficios suyos.

Pues conforme á esto tratarémos primero del mundo, y de las principales partes dél, que son cielos y elementos; y despues descenderémos á tratar en particular de todos los cuerpos que tienen vida, como son las plantas y los animales, y al cabo tratarémos del hombre, que en el sexto y postrero dia fué criado. Y porque el cristiano lector se aproveche mejor desta doctrina conosciendo el blanco á que toda ella tira, sepa que mi intento no es solamente declarar cómo hay un Dios Criador y Señor de todas las cosas (conforme á lo que al principio propuse), sino mucho mas declarar la providencia divina que resplandesce en todas sus criaturas, y las perfecciones que andan juntas con ella.

Para lo cual es de saber que entre estas perfecciones tres son las mas celebradas, que son la bondad, la sabiduría, y la omnipotencia: que son los tres dedos de que Esaías dice (*o*) que está colgada la redondez de la tierra. Destas tres perfecciones (que en él son una misma cosa) la bondad es la que quiere hacer bien á sus criaturas, y la sabiduría ordena y traza cómo se haya esto de hacer, y la omnipotencia ejecuta y pone por obra lo que la bondad quiere, y la sabiduría ordena. Pues estas tres cosas incluye la divina Providencia, la cual con un piadoso y paternal cuidado y summo artificio provee á todas las cosas de lo que les es necesario.

Es pues agora mi intento, mostrar cómo en todas las partes, así mayores como menores deste mundo, hasta en el mosquito y la hormiga, resplandescen estas cuatro perfecciones divinas, y otras muchas con ellas. Mas cuán grande sea el fructo desta consideracion, por esta razon se podrá en alguna manera entender. David (*p*) llama bienaventurados á los que escudriñan las palabras de Dios: pues no ménos lo serán los que escudriñan sus obras, cuales son no solo las de gracia, sino tambien las de naturaleza; pues todas manan de una misma fuente. Y si la sabiduría (*q*) increada promete la vida eterna á los que la esclarescieren, ¿qué otra cosa tentamos hacer aquí, sino mostrar el artificio desta summa sabiduría, que

(*m*) Exod. 20. (*n*) Gen. 2. (*o*) Esai. 40. (*p*) Psal. 118. (*q*) Eccl. 24.



en todas las cosas criadas resplandesce? Gran parte de la facultad oratoria es, saber nótar el artificio de que usa un grande orador en sus oraciones, y no se precia poco Sant Augustin (r) de haber sabido hacer esto en algunos lugares de Sant Pablo. Pues ¿cuánto mejor estudio será inquirir y notar el artificio admirable de la divina sabiduría en la fábrica y gobierno de todas las cosas criadas? Y si de la reina Sabá se escribe (s) que desfallecia su espíritu considerando la sabiduría de Salomon, y las obras que con ella habia fabricado, ¿cuánto mas desfallecerá el espíritu devoto, considerando el artificio de las obras de aquella incomprehensible sabiduría, si supiere penetrar el arte y el consejo con que son hechas? Pues esto es lo que con el favor divino pretendemos hacer en este libro. ¿Mas para qué efecto? Para que conosciendo en las obras criadas aquellas cuatro perfecciones divinas, que dijimos, se mueva nuestro espíritu al amor de tan gran bondad, y al temor y obediencia de tan grande majestad, y á la esperanza en tan paternal cuidado y providencia, y á la admiracion de tan gran poder y sabiduría como en todas estas obras resplandesce. Este es pues el fin adonde tira toda esta doctrina, y adonde ha de enderezar su intencion el piadoso lector, para que así pueda alcanzar estas virtudes susodichas, en las cuales consiste todo nuestro bien. Presupuesto pues agora este principio, comenzarémos á tratar de las principales partes del mundo.

CAPITULO IV.

Consideracion del mundo mayor, y de sus partes mas principales.

Comenzando pues por la declaracion de la primera destas tres partes (que es del mundo mayor), la primera cosa y como fundamento de lo que habemos de presuponer, es que cuando aquel magnificentísimo y soberano Señor por su sola bondad determinó criar al hombre en este mundo en el tiempo que á él le plugo (para que conosciendo y amando, y obedeciendo á su Criador, mereciese alcanzar la vida y bienaventuranza del otro), determinó tambien de proveerle de mantenimiento y de todo lo necesario para la conservacion de su vida. Pues para esto crió este mundo visible con todas cuantas cosas hay en él, las cuales todas vemos que sirven al uso y necesidades de la vida humana.

Y así como en cualquier oficina ha de haber dos cosas, conviene á saber, materia de que se hagan las cosas, y oficial que las haga y introduzga la forma en la materia, como lo hace el carpintero y cualquier otro oficial: así proveyó el Criador que en esta grande oficina del mundo hubiese estas dos cosas, que son materia de que las cosas se hiciesen, y oficiales que las hiciesen. La materia de que todas las cosas se hacen, son los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego. Los oficiales que desta materia fabrican todas las cosas, son los cielos con sus planetas y estrellas. Porque dado caso que Dios sea la primera causa que mueve todas las otras causas, pero estos cuerpos con las inteligencias que los mueven son los principales instrumentos de que él se sirve para el gobierno deste mundo inferior, el cual de tal manera pende del movimiento de los cielos, que vienen á decir los filósofos, que si este movimiento parase, todo otro movimiento cesaria de tal manera, que no quemaria el fuego un poco de estopa que hallase á par de sí. Porque así como parando la primera rueda de un reloj, luego todas las otras pararian: así cesando el movimiento de los cielos (del cual todos los otros movimientos penden) luego ellos tambien cesarian.

Y porque estos cuerpos celestiales son los primeros instrumentos del primer movedor, que es Dios, y tienen tan principal oficio en este mundo, que es ser causa eficiente de todo lo corporal, los aventajó y ennobleció el Criador con grandes preeminencias sobre todos los otros cuerpos.

I. Porque primeramente hízolos incorruptibles y impasibles, con estar siempre en continuo movimiento, y junto á la esfera del fuego. De modo que á cabo de tantos mil años como ha que fuéron criados, perseveran en la misma entereza y hermosura que tuvieron el dia que fuéron criados; sin que el tiempo, gastador de todas las cosas, haya menoscabado algo dellos.

II. Dióles tambien lumbre, no solo para ornamento del mundo (sin la cual todas las cosas estarian escuras y tristes y sumidas en el abismo de las tinieblas), sino tambien para el uso de la vida humana; y, como dice el Salmo (a), el sol crió para dar lumbre de dia, y la luna para la noche. Y porque ella tambien se ausenta de nuestro hemisferio, crió las estrellas en su lugar, porque nunca el mundo careciese de luz.

III. Dióles tambien tanta constancia en sus movimientos, que dende que los crió, nunca han variado un punto de aquella regla y órden que al principio les puso. Siempre el sol sale á su hora, siempre hace con su movimiento los cuatro tiempos del año, y lo mismo hacen todos los otros planetas y estrellas. De donde procede que los que conoscen la órden destos movimientos, pronostican de ahí á muchos años los eclipses del sol y de la luna, sin faltar un punto, por ser tan regulares y ordenados estos movimientos. Por cuyo ejemplo aprenderán todos los que en la Iglesia, ó en la república cristiana tienen lugar y oficio de cielos y de estrellas (que es de gobernar y regir los otros), cuán regulados y ordenados, y cuán constantes han de ser en sus vidas y oficios, para que en los que están á su cargo no haya desórden, si en los que los rigen la hubiere. Porque si la lumbre que ha de esclarecer las tinieblas de los otros se escureciese, ¿cuáles estarán las mismas tinieblas? Y si un ciego guiare á otro ciego, ¿qué se puede esperar sino caída de ambos?

IV. Pues la grandeza destos cuerpos es tal, que pone admiracion á quien la piensa, y del todo sería increible si no supiesemos que no hay cosa imposible al que los crió.

V. Y no es ménos admirable, sino por ventura mucho mas, la lijereza con que se mueven: de las cuales cosas tratarémos adelante cuando viniéremos á las grandezas y maravillas de Dios.

VI. Pues la hermosura del cielo ¿quién la explicará? ¿Cuán agradable es en medio del verano, en una noche serena, ver la luna llena y tan clara que encubre con su claridad la de todas las estrellas? ¿Cuánto mas huelgan los que caminan de noche por el estío con esta lumbrera que con la del sol, aunque sea mayor? Mas estando ella ausente, ¿qué cosa mas hermosa, y que mas descubra la omnipotencia y hermosura del Criador, que el cielo estrellado con tanta variedad y muchedumbre de hermosísimas estrellas, unas muy grandes y resplandescientes, y otras pequeñas, y otras de mediana grandeza,

(r) Aug. lib. 4 de Doctr. christiana, cap. 7. (s) 3. Reg. 10.

(a) Psalm. 135.

las cuales nadie puede contar sino solo aquel que las crió? Mas la costumbre de ver esto tantas veces, nos quita la admiracion de tan grande hermosura, y el motivo que ella nos da para alabar aquel soberano pintor, que así supo hermosear aquella tan grande bóveda del cielo.

Si un niño nasciese en una cárcel, y cresciese en ella hasta edad de veinte y cinco años sin ver mas de lo que estaba dentro de aquellas paredes, y fuese hombre de entendimiento, la primera vez que salió de aquella escuridad viese el cielo estrellado en una noche serena, ciertamente no podria este dejar de espantarse de tan grande ornamento y hermosura, y de tan gran número de estrellas que vería á cualquier parte que volviese los ojos, ó hácia oriente ó occidente, ó á la banda del norte ó del mediodía, ni podria dejar de decir: ¿Quién pudo esmaltar tan grandes cielos con tantas piedras preciosas, y con tantos diamantes tan resplandescientes? ¿Quién pudo criar tan gran número de lumbreras y lámparas para dar luz al mundo? ¿Quién pudo pintar una tan hermosa pradería con tantas diferencias de flores, sino algun hermosísimo y potentísimo hacedor? Maravillado desta obra un filósofo gentil, dijo: *Intuere cœlum, et philosophare*; quiere decir: mira al cielo, y comienza á filosofar, que es decir: por la grande variedad y hermosura que ahí verás, conosce y contempla la sabiduría y omnipotencia del autor desa obra. Y no ménos sabía filosofar en esta materia el Profeta cuando decia (*b*): Veré, Señor, tus cielos que son obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú formaste.

Y si es admirable la hermosura de las estrellas, no ménos lo es la eficacia que tienen en influir, y producir todas las cosas en este mundo inferior, y especialmente el sol, el cual así como se va desviando de nosotros, que es por la otoñada, todas las frescuras y arboledas pierden juntamente con la hoja su hermosura, hasta quedar desnudas, estériles, y como muertas. Y en dando la vuelta, y llegándose á nosotros, luego los campos se visten de otra librea, y los árboles se cubren de flores y hojas, y las aves, que hasta entónces estaban mudas, comienzan á cantar y chirriar, y las vides y los rosales descubren luego sus yemas y capullos, aparejándose para mostrar la hermosura que dentro de sí tienen encerrada. Finalmente es tanta la dependencia que este mundo tiene de las influencias del cielo, que por muy poco espacio que se impida algo dellas (como acaesce en los eclipses del sol y de la luna, y en los entrelunios), luego sentimos alteraciones y mudanzas en los cuerpos humanos, mayormente en los mas flacos y enfermos.

CAPITULO V.

Del sol, y de sus efectos y hermosura.

Dicho de los cielos en comun, síguese que digamos en particular de los planetas y estrellas que hay en ellos, y primero del mas noble que es el sol, en el cual hay tantas grandezas y maravillas que considerar, que preguntado un gran filósofo, por nombre Anaxágoras, para qué habia nascido en este mundo, respondió, que para ver el sol, paresciéndole que era bastante causa para esto contemplar lo que Dios obró en esta criatura, y lo que obra en este mundo por ella. Y con todo esto no adoraba este filósofo al sol, ni le tenia por Dios, como otras infinitas gentes, ántes dijo que era una gran piedra ó cuerpo material muy encendido y resplandesciente. Por lo cual fué condenado en cierta pena por los atenienses, y fuera sentenciado á muerte si su grande amigo Perícles no le valiera.

Mas con ser esta estrella tan admirable, nadie se maravilla de las virtudes y propriedades que el Criador en ella puso; porque, como dice Séneca, la costumbre de ver correr las cosas de una misma manera, hace que no parezcan admirables por grandes que sean. Mas por el contrario, cualquier novedad que haya en ellas, aunque sea pequeña, hace que luego pongan todos los ojos en el cielo. El sol no tiene quien lo mire sino cuando se eclipsa, y nadie mira á la luna sino cuando la sombra de la tierra la escurece. Mas cuánto mayor cosa es que el sol con la grandeza de su luz esconde todas las estrellas, y que con ser tanto mayor que la tierra, no la abrasa, sino templa la fuerza de su calor con sus mudanzas, haciéndolo en unos tiempos mayor, y en otros menor; y que no hinche de claridad la luna, ni tampoco la escurece y eclipsa, sino cuando está en la parte contraria. Destas cosas nadie se maravilla cuando corren por su órden, mas cuando salen della, entónces nos maravillamos y preguntamos lo que aquello será. Tan natural cosa es á los hombres maravillarse mas de las cosas nuevas, que de las grandes. Hasta aquí son palabras de Séneca. Mas Sant Augustin (*a*) dice, que los hombres sabios no ménos sino mucho mas se maravillan de las cosas grandes que de las nuevas y desacostumbradas, porque tienen ojos para conoscer la dignidad y excelencia dellas y estimarlas en lo que son.

I. Pues tornando al propósito entre las virtudes é influencias deste planeta, la mayor y mas general es que él influye luz y claridad en todos los otros planetas y estrellas que están derramadas por todo el cielo. Y como sea verdad que así ellos como ellas obren en este mundo sus efectos mediante la luz con que llegan de lo alto á lo bajo, y esta luz reciben del sol, síguese que él despues de Dios es la primera causa de todas las generaciones y corrupciones, y alteraciones, y mudanzas que hay en este mundo inferior. Y así decimos que él concurre en la generacion del hombre, por lo cual se dice comunmente que el sol y el hombre engendran al hombre. Y no solo engendra las cosas, mas él tambien, mediante el calor que influye en ellas, las hace crescer y levanta á lo alto. Por donde vemos espigar todas las hortalizas y crescer las mieses por el mes de mayo, cuando ya comienzan los calores á crescer.

II. El mismo levanta á lo alto los vapores mas subtiles de la mar, los cuales llegando á la media region del aire, que es frigidísima, se espesan y convierten en agua y riegan la tierra, y con esto produce ella todos los fructos y pastos que es el mantenimiento así de los hombres como de los brutos animales. De modo que della podemos decir que nos da pan, y vino, y carnes, y lanas, y frutas, y finalmente cuasi todo lo necesario para el uso de la vida, porque todo esto nos da el agua.

III. El es el que con la variedad de sus movimientos nos señala los tiempos, que son dias y noches, meses y años; porque nasciendo en este nuestro hemisferio, hace dia, y poniéndose y desviándose de nuestros ojos, hace noche; y corriendo por cada uno de los doce signos del cielo, señala los meses (por detenerse por espacio de un mes en cada uno), y dando una perfecta vuelta al mundo por estos doce signos con su proprio movimiento,

(*b*) Psalm. 8.

(*a*) De Civit. Dei, lib. 10, cap. 12.



señala los años. Porque una vuelta destas suyas hace un año.

IV. El mismo es el que allegándose ó desviándose de nosotros es causa de las cuatro diferencias de tiempos que hay en el año, que son invierno, verano, estío y otoño; los cuales ordenó la divina Providencia por medio deste planeta, así para la salud de nuestros cuerpos, como para la procreacion de los fructos de la tierra, con que ellos se sustentan. Y cuanto á lo que toca á la salud, es de saber, que así como nuestros cuerpos están compuestos de cuatro elementos, así tienen las cuatro cualidades dellos: que son frio y calor, humedad y sequedad, á las cuales corresponden los cuatro humores que se hallan en estos cuerpos. Porque á la frialdad corresponde la flema, á la humedad la sangre, al calor la cólera, y á la sequedad la melancolía. Pues como aquel supremo gobernador vió que la salud de nuestros cuerpos consiste en el temperamento y proporcion destos cuatro humores, y la enfermedad cuando se destemplan cresciendo ó menguando los unos sobre los otros, de tal manera ordenó estos cuatro tiempos, que cada uno destos cuatro humores tuviese sus tres meses proporcionados en el año, en que se reformase y rehiciese. Y así para la flema sirven los tres meses del invierno, que son frios como ella. Y para la sangre los tres del verano, que son templados como ella; y para la cólera los tres del estío, que son calientes como ella; y para la melancolía los tres del otoño, que son secos como ella lo es: y así en estos cuatro tiempos reina y predomina cada uno destos cuatro humores: y así teniendo igualmente repartidos los tiempos y las fuerzas, se conservan en paz sin tener uno invidia del otro (pues con tanta igualdad se les reparten los tiempos), y así ninguno prevalezca contra el otro, ni presuma destruirlo, viendo que tiene iguales fuerzas, y igual tiempo de su parte para rehacerse, que él.

Y no ménos sirve maravillosamente esta mudanza de tiempos, para lo segundo que dijimos, que es para la procreacion de los fructos y pastos de la tierra, con que estos cuerpos han de ser alimentados. Porque en el tiempo de la otoñada se acaban de recoger los fructos que el estío con su calor maduró; y con las primeras aguas que entónces vienen, comienza el labrador á romper la tierra, y hacer sus sementeras. Y para que los sembrados echen hondas raices en la tierra, y crezcan con fundamento, se siguen muy á propósito los frios del invierno, donde las plantas, huyendo del aire frio, se recogen para dentro; y así emplean toda su virtud en echar sus raices mas hondas, para que despues tanto mas seguramente crezcan, cuanto mas arraigadas estuvieren en la tierra. Esto hecho, para que de ahí adelante crezcan, succede el verano, el cual con la virtud de su calor las hace crescer, y sube á lo alto, al cual succede el ardor del estío que las madura, desecando con la fuerza de su calor y sequedad toda la frialdad y humedad que tienen; y con esto maduran.

Desta manera acabado el curso de un año, queda hecha provision de mantenimiento, así para el hombre, como para los animales que le han de servir. De modo que como los señores que tienen criados y familia, suelen diputar un cierto salario cada año para su mantenimiento, así aquel gran Señor (cuya familia es todo este mundo), con la revolucion del sol, que se hace en un año, y con estas cuatro diferencias de tiempo, provee cada año de mantenimiento y de todo lo necesario para esta su gran casa y familia; y esto hecho manda luego al sol que vuelva á andar otra vez por los mismos pasos contados, para hacer otra nueva provision para el año siguiente.

V. Y porque todos los hombres y animales están subjectos á la muerte, y si no se reparasen las especies con sus individuos, se acabaria el mundo, cada año lo repara el Criador por el ministerio desta misma estrella; porque con la vuelta que ella da hácia nosotros en llegando á la primavera, cuando los árboles parece que resuscitan, tambien se puebla el mundo de otra nueva generacion, y de otros nuevos moradores; porque en ese tiempo se crian nuevos animales en la tierra, nuevos peces en el agua, y nuevas aves en el aire. Y desta manera aquel divino presidente sustenta y gobierna este mundo, acrescentando cada año su familia, y proveyendo pasto y mantenimiento para ella. ¿Pues quién, viendo la órden desta divina Providencia, no exclamará con el Profeta diciendo: Cuán engrandecidas son vuestras obras (*b*), Señor? Todas están hechas con summa sabiduría: llena está la tierra de vuestras riquezas.

§. I.

Providencia especial del Criador en este planeta para el órden de los tiempos, y otras excelencias suyas.

VI. Ni es para dejar de notar la órden con que estos cuatro tiempos succeden unos á otros, de que el mismo sol con su ordenado movimiento es causa. Porque como los extremos dellos sean invierno y estío, si despues del invierno se siguiera luego el ardor del estío, no pudieran dejar de recebir daño los cuerpos; porque la naturaleza no sufre extremadas mudanzas. Pues por esto ordenó el Criador, que de tal manera se moviese el sol, que fuese causa de entremeterse otros tiempos mas templados en medio. Y así entre el frio del invierno y el ardor del estío se entremete el verano en medio, que tiene parte de los dos extremos por ser húmido y caliente; y así pasa el hombre del un extremo al otro sin peligro. Y el mismo inconveniente se siguiera, si despues del ardor del estío succediese luego el frio del invierno. Y por eso se atraviesa de por medio el otoño, para que poco á poco se vaya el cuerpo disponiendo para los frios del invierno.

VII. El mismo sol con su presencia y absencia reparte el tiempo en dias y noches, y todo para nuestro provecho. Porque si siempre fuera dia, no se conoscieran las edades de los hombres y la cuenta de los tiempos. Mas agora hacemos un dia del dia y de la noche, y de siete dias y noches una semana, y en poco mas de cuatro semanas está el sol en uno de los doce signos, y estos andados se hace el año solar. Y no es ménos provechosa la designaldad proporcionada de los dias y de las noches para los fructos de la tierra. Porque las noches grandes y dias pequeños del invierno sirven para que las plantas arraiguen mucho con el frio de la noche larga (segun dijimos) y crezcan poco con el poco calor del dia breve. Mas cuando ya es tiempo que crezca lo que está bien arraigado, acórtanse las noches, y crescen los dias, para que con el calor mayor de los dias mayores vayan poco á poco cresciendo y medrando las plantas. Y desta manera los dias y las noches se conciertan como dos hermanas para servir al hombre, y viven en paz, restituyendo cada cual el espacio mayor que tomó en un tiempo, diminu-

(*b*) Psalm. 103

yéndolo en otro, conservando igualdad en el todo, entre la desigualdad en las partes.

Y aunque el dia sea de mayor provecho para los ejercicios y uso de la vida humana, mas tampoco carece la noche de sus fructos. Porque con la templanza y roscío de la noche se refrescan los sembrados y las plantas en los dias calurosos y grandes. En la noche descansan los cuerpos de los hombres, y de los animales, cansados de los trabajos del dia. En la noche cesando el uso de los sentidos, se recoge el calor natural para entender en el cocimiento y digestion del manjar, y repartirlo por todos los miembros, dando á cada uno su racion. La noche tambien desparte los ejércitos sangrientos, y cesa el enemigo de seguir el alcance de su contrario. En la noche salen de sus cuevas las bestias bravas á buscar de comer. Por lo cual el Profeta alaba á la divina Providencia diciendo en el Salmo (*c*): Pusiste, Señor, tinieblas, y hízose la noche, en la cual salen las bestias de las montañas, y los cachorros de los leones bramando, y pidiendo á Dios que les dé de comer. Mas saliendo por la mañana el sol, vuélvense á recoger, y enciérranse en sus cuevas y madrigueras. La noche es el tiempo mas conveniente para recogerse tambien el hombre, y dar pasto á su ánima, en la cual libre de los cuidados y negocios del dia, pueda vacar en silencio á Dios, y cantar sus alabanzas, como dice el Profeta (*d*). En el dia reparte Dios sus misericordias, y en la noche pide sus loores. A los cuales convida el mismo Profeta mas en particular á los que moran en la casa del Señor (*e*), diciendo, que en la noche levanten sus manos á cosas sanctas, y bendigan al Señor. Y no se salia él afuera de lo que á otros aconsejaba, aunque era rey, y tan ocupado (*f*), cuando dice se levantaba á la media noche á alabar á Dios. A este mismo oficio nos convida tambien Hieremías por estas palabras (*g*): Levántate de noche al principio de las vigilias, y derrama como agua tu corazon delante de Dios. Esto es, represéntale todas las necesidades que sientes en tu ánima, y pide remedio para ellas al Señor. En este mismo tiempo levantaba su espíritu á Dios el profeta Esaías, como él lo declara, cuando hablando con él dice (*h*): Mi ánima, Señor, te deseó en la noche, y con mi espíritu y con mis entrañas en la mañana velaré á tí. En la noche clara y serena despierta el corazon humilde su devocion, mirando la hermosura de la luna clara, y en absencia della la de todas las estrellas, que callando y centelleando, predican la hermosura de su Criador, y con la diversidad de su claridad nos enseñan la variedad de la gloria, y hermosura de los cuerpos gloriosos, que se verá el dia de la resurreccion general, como el Apóstol dice (*i*).

Pues todas estas cosas, y muchas otras que callamos, obra esta hermosísima y resplandesciente lámpara, demas de dar lumbre á todo cuanto Dios tiene criado en los cielos y en la tierra, y junto con esto dar calor á todo el mundo, sin que haya quien se pueda esconder dél. Pues ¿qué mano fuera poderosa para pintar y esclarescer un tan hermoso espejo, una tal lumbrera, tal lámpara, tal antorcha, que bastase para alumbrar á todo el mundo? Por lo cual con mucha razon lo llama Sant Ambrosio (*k*) ojo del mundo; pues sin él todo el mundo estaria ciego; mas por él todas las cosas nos descubren sus figuras.

(*c*) Psalm. 103. (*d*) Psalm. 41. (*e*) Psalm. 133. (*f*) Psalm. 118. (*g*) Tren. 2. (*h*) Esai. 26. (*i*) Cor. 15. (*k*) Libr. de Noe, et Arca, cap. 7, tom. 1.

VIII. Finalmente, tales son las propriedades y excelencias desta estrella, que con no ser las criaturas, como dicen, mas que una pequeña sombra, ó huella del Criador (porque solo el hombre y el ángel se llaman imágen de Dios), todavía entre las criaturas corporales, la que mas representa la hermosura y omnipotencia del Criador en muchas cosas es el sol.

I. Y la primera que con ser una estrella sola produce de sí tan grande luz, que alumbra todo cuanto Dios tiene criado dende el cielo hasta la tierra, de tal manera, que aun estando en el otro hemisferio debajo de nosotros da luz á todas las estrellas del cielo. Y su virtud es tan grande que penetra hasta las entrañas de la tierra, donde cria el oro, y las piedras preciosas, y otras muchas cosas. Lo cual nos servirá para que en alguna manera entendamos cómo Dios nuestro Señor con su presencia y esencia hinche cielo y tierra, y obra todas las cosas; pues fué poderoso para dar virtud á una criatura corporal, para que de la manera susodicha extendiese su luz y su eficacia por todo el universo. II. Así que el sol alumbra este mundo; y de su Criador dice Sant Juan (*l*), que alumbra todo hombre que nasce en este mundo. III. El sol es la criatura de cuantas hay mas visible, y la que ménos se puede ver por la grandeza de su resplandor, y flaqueza de nuestra vista; y Dios es la cosa mas inteligible de cuantas hay en el mundo, y la que ménos se entiende por la alteza de su sér, y bajeza de nuestro entendimiento. IV. El sol es entre las criaturas corporales la mas comunicativa de su luz, y de su calor, tanto, que si le cerrais la puerta para defenderos dél, él se os entra por los resquicios della á comunicaros el beneficio de su luz. Pues ¿qué cosa mas semejante á aquella infinita bondad, que tan copiosamente comunica sus riquezas á todas las criaturas, haciéndolas, como dice Sant Dionisio, cuanto sufre su naturaleza, semejantes á sí, y buscando muchas veces á los que huyen dél? V. De la claridad grande del sol reciben claridad y virtud para obrar todas las estrellas, y de la plenitud y abundancia de la gracia de Cristo nuestro salvador (*m*), reciben luz y virtud para hacer buenas obras todos los justos. VI. El sol produce cuantas cosas corporales hay en este mundo; y aquel soberano gobernador, así como todo lo hinche, así todo lo obra en los cielos y en la tierra, y así concurre con todas las causas, dende la mayor hasta la menor, como primera causa, en todas sus operaciones. VII. Finalmente la presencia del sol es causa de la luz, y la ausencia es causa de las tinieblas; y la presencia de Cristo en las ánimas las alumbra, y enseña, y muestra el camino del cielo, y descubre los barrancos de que se han de apartar; mas estando él ausente dellas, quedan en muy escuras y espesas tinieblas, y así tropiezan y caen en mil despeñaderos de pecados, sin saber lo que hacen, ni á quién ofenden, y en cuán gran peligro de su salvacion viven los que así viven.

En todas estas cosas nos representa esta noble criatura las excelencias de su Criador. De lo cual maravillado aquel divino cantor (*n*), despues de haber dicho, que los cielos y las estrellas predicaban la gloria de Dios, desciende luego á tratar en particular del sol, comparando su hermosura con la de un esposo que sale del tálamo; y la fortaleza y alegría y lijereza dél con la de un gigante: con la cual sale del principio del cielo, y corre hasta el cabo dél. El cual verso declara un intérprete por estas

(*l*) Joann. 1. (*m*) Joann. 1. (*n*) Psal. 18.

palabras: Despues que hayas rodeado con los ojos y con el ánimo todas las cosas, hallarás que ninguna hay tan esclarecida, y que tanta admiracion ponga á los hombres como el sol: el cual es gobernador de todas las estrellas, y conservacion y salud de todas las cosas corporales. Y allende desto, ¿qué figura mas alegre y hermosa se puede ofrecer á nuestros ojos, que la del sol cuando sale por la mañana? El cual con la claridad de su resplandor hace huir las tinieblas, y da su color y figura á todas las cosas, y con ella alegra los cielos, y la tierra, y la mar, y los ojos de todos los animales. De modo que podemos comparar su hermosura á la de un lindísimo esposo, y su fuerza é ímpetu á un gigante. Porque con tanta lijereza se revuelve de oriente á occidente, y de ahí á la otra parte del cielo, que con una revolucion hace dia y noche; unas veces mostrándonos dende lo alto sus clarísimos y resplandescientes rayos, y otras escondiéndose de nuestros ojos, y ocupando todas las regiones del aire, sin haber lugar adonde no llegue su claridad. Porque esta estrella rodea con sus clarísimas llamas todas las obras de la tierra, dando al mundo un saludable calor de vida, con que sustenta y hace crescer todas las cosas. Mas ya dejemos al sol, y vengamos á su compañera la luna.

§. II.

De la luna y estrellas.

La luna es como vicaria del sol: á la cual está cometida por el Criador la providencia de la luz en ausencia del sol; porque estando él ausente, y acudiendo á otras regiones á comunicar el beneficio de su luz, no quedase el mundo á escuras. Y así él mismo es el que la provee de luz para este ministerio, tanto mayor, cuanto ella lo mira mas de lleno en lleno. Tiene este planeta entre otras propriedades notable señorío sobre todas las aguas y sobre todos los cuerpos húmidos; y señaladamente tiene tan grande jurisdicion sobre la mar, que como á criado familiar la trae en pos de sí: y así subiendo ella, cresce; y abajándose ella, se abaja. Porque como se dice de la piedra iman, que trae al hierro en pos de sí, así á este planeta dió el Criador esta virtud, que atraiga y llame para sí la mar, y siga el movimiento della. De suerte que este planeta tiene unas como riendas en la mano, con que se apodera deste tan grande elemento, y lo rige y trae á su mandar. De aquí nascen las mareas que andan con el movimiento de la luna, y que sirven para las navegaciones de un lugar á otro cuando falta el viento, y para los molinos de la mar que se hacen con ellas; y sobre todo, con este movimiento se purifican las aguas, las cuales no carecieran de mal olor, y mal mantenimiento para los pesces, si estuvieran como en una laguna encharcadas sin moverse. Mas no solo en la mar, sino tambien en todas las cosas húmidas tiene especial señorío. Y así vemos con la cresciente della crescer la humidad de los árboles y de los mariscos, y menguar con la menguante. Pues ya las alteraciones que este planeta causa en los cuerpos humanos (mayormente en los enfermos), en sus plenilunios y novilunios, y en sus eclipses, cuando se impide un poco de su luz con la sombra de la tierra, todos lo experimentamos. Lo que aquí es mas para considerar, es la virtud y poder admirable que el Criador dió á este planeta, el cual estando tantas mil leguas apartado de nosotros, por virtud de aquella luz que recibe emprestada del sol, obra tantos efectos y mudanzas en la tierra, que así como ella se va mudando, así vaya mudando consigo todas estas cosas con tan gran señorío, que un poquito que se menoscabe su luz en un eclipse, lo haya luego de sentir la tierra. Pues qué sería si del todo nos faltase este planeta.

Despues de la luna se siguen las estrellas: de cuyo ornamento y hermosura ya dijimos. Mas ¿qué dijimos de hermosura tan grande? Pues el número y las virtudes é influencias dellas ¿quién las explicará, sino solo aquel Señor de quien dice David (*o*), que solo él cuenta la muchedumbre de las estrellas, y llama á cada una por su nombre? En lo cual primeramente declara la obediencia que estas clarísimas lumbreras tienen á su Criador (*p*): el cual llama las cosas que no son como si fuesen, dando sér á las que no lo tienen. Y desta obediencia dice el Profeta (*q*): Las estrellas estuvieron en los lugares y estancias que el Criador les señaló; y siendo por él llamadas, le obedecieron y respondieron: Aquí estámos, Señor; y resplandescieron con alegría en servicio del Señor que las crió. Decir tambien el Profeta (*r*), que llama á cada una por su nombre, es decir, que él solo sabe las propriedades y naturaleza dellas, y conforme á esto les puso los nombres acommodados á estas propriedades. Desto pues que está reservado á la sabiduría divina, no puede hablar la lengua humana. Mas entre otros usos y provechos de las estrellas, sirven tambien como los padrones de los caminos á los que navegan por la mar. Porque careciendo en las aguas de señales por donde enderecen los pasos de su navegacion, ponen los ojos en el cielo, y allí hallan señales en las estrellas (mayormente en la que está fija en el norte, que nunca se muda), para tomar la regla cierta de su camino.

CAPITULO VI.

De los cuatro elementos ó region elemental.

Mas ya es tiempo que descendamos del cielo á este mundo mas bajo, donde residen los cuatro elementos, que son, tierra, agua, aire y fuego: los cuales (como ya dijimos) son la materia en que los cielos emplean la eficacia de su virtud, obrando en ellos, y engendrando y componiendo dellos todas las cosas corporales. Donde primero se nos ofrece el lugar y el sitio en que el Criador los asentó por tal órden y compas, que siendo entre sí contrarios, tengan paz y concordia; y no solo no perturben el mundo, mas ántes lo conserven y sustenten. Para esto ordenó él que cada uno de los elementos tuviese una cualidad conforme á la de su vecino; y con este linaje de alianza y parentesco puso paz y concordia entre ellos. Porque la tierra (que es el mas bajo de los elementos) es seca y fria; y el agua es fria y húmida; y el aire es húmido y caliente; y el fuego es caliente y seco, y desta manera se traban y dan la mano unos elementos á otros, y hacen una como danza de espadas, continuándose amigablemente por esta forma los unos con los otros.

Y para mayor conservacion desta paz, de tal manera templó el Criador las propriedades dellos, que el que es muy poderoso para obrar, fuese flaco para resistir; y por el contrario, el que es fuerte para resistir, fuese flaco para obrar. Esto vemos en el fuego: el cual siendo tan activo, y tan abrasador de lo que halla, no tiene fuerza para resistir á un poco de agua, con la cual cesa todo aquel su furor. Porque á ser fuerte en lo uno y en lo otro, abrasara todo el mundo, y no hubiera quien

(*o*) Psal. 146. (*p*) Rom. 4. (*q*) Bar. 3. (*r*) Psal. 146.

prevalesciera contra él. Mas por el contrario la tierra no tiene fuerza para obrar, mas ténela para resistir; porque ni fuego, ni agua, ni aire basta para corromperla, y mudarla en otra substancia, como vemos inflammarse el aire con el fuego vecino, y convertirse en fuego. Desta manera igualó el Criador las fuerzas destos cuatro cuerpos simples, recompensando por una parte lo que quitaba ó añadia por otra.

Dió tambien otra cosa á estos cuatro cuerpos, que es una grande inclinacion é ímpetu de correr á sus lugares naturales, porque en ellos se conservan como en su proprio lugar y centro, y fuera dél recibirian agravio de otros cuerpos contrarios. Y así vemos que el aire encerrado en las concavidades de la tierra, la hace estremecer por hallar sálida para su lugar natural. Y no es menor el ímpetu del fuego. Y demas desto, estando fuera destos sus lugares, perturbarian la órden del universo, tomando unos cuerpos el lugar de otros. Y para esta misma conservacion les dió otra inclinacion de juntarse unas partes con otras, cuando las dividimos; excepto la tierra que por ser el mas imperfecto de los elementos, carece deste movimiento. Mas el agua y el aire, si los divides, luego se juntan, porque mejor se conservan juntos que apartados.

Y esta inclinacion natural dió el Criador á todas las cosas, por pequeñas é insensibles que sean, que es procurar su conservacion. ¿Qué cosa mas pequeña que una gota de agua? Pues si esta cae sobre el polvo, luego se recoge y reconcentra dentro de sí, y se hace redonda, porque así está mas léjos de secarse, que si estuviese derramada y extendida. El aceite otrosí, echado con el agua, ó se levanta sobre ella, ó se muda todo en unos pequeños ojos, por no perder su sér siendo incorporado ó empapado en el agua. La sal echada en el fuego salta y huye dél, como de su contrario; porque ella es de la naturaleza del agua de que se formó, que es enemiga del fuego. Los árboles, cuando están muy asombrados, crescen mas, y suben á lo alto á buscar el sol que los cria; y asimismo las raices dellos si tienen cerca el agua, se extienden hácia ella, buscando allí su mantenimiento y frescura. De modo que á todas las criaturas proveyó el Criador de inclinaciones, que las llevan á buscar lo que les es provechoso, y huir lo contrario, para que así se conserven en el sér que él les dió.

CAPITULO VII.

Del elemento del aire.

Descendiendo á tratar en particular de cada uno de los elementos, comenzarémos por el aire, cuyos beneficios son muchos. Porque primeramente con él respiran los hombres, y las aves, y los animales que andan sobre la tierra, recibiendo en todo tiempo, así velando como durmiendo, este refrigerio con que refrescan y templan el ardor del corazon (que es un miembro calidísimo) para que no se ahogue con la abundancia de su calor. El aire tambien es medio, por el cual la luz del sol y de las estrellas, y con ella sus influencias, pasan y llegan á nosotros, sin lo cual no lo pudieran hacer; porque así la luz como las influencias son accidentes, los cuales no pueden estar sin subjecto que los sustente. Y demas desto el mismo aire, poniéndose de por medio entre nosotros y el sol, templa su calor, para que sin molestia podamos gozar de sus beneficios.

Mas aquí es de notar, que la divina Providencia dividió el aire en tres regiones principales para el uso de las cosas que aquí declararémos. La primera y mas alta parte dél, está junto al elemento del fuego; y por eso es calidísima conforme á la calidad de su vecino. La mas baja, que está junto á la tierra y al agua, es templada; mas no deja de tener (mayormente en algunos tiempos) calor por razon de la reflexion de los rayos dèl sol que hieren la tierra. Mas la parte del aire que está en medio destos dos extremos, es frigidísima; porque huyendo destos dos extremos, se recoge y reconcentra dentro de sí misma, y así está mas fria, como lo vemos en las aguas de los pozos, que así como en el invierno están calientes, porque huyen del frio, así en el estío están frias, porque se recogen hácia dentro huyendo del calor. Lo cual declara la maravillosa providencia del Criador; porque esto sirve para engendrarse allí las heladas, y el rocío de la mañana, con que se sustentan y mantienen las plantas en los tiempos secos, y las nieves, que hacen las tierras fértiles y abundosas. Por donde solemos decir, año de nieves, año de bienes. Porque así ellas como tambien las heladas, detienen como con la mano las plantas, para que no suban á lo alto; porque empleen toda su virtud en lo bajo, arraigándose mas en la tierra, para que á su tiempo crezcan con tanto mayor fructo, cuanto tuvieren en las raices mayor fundamento.

Aquí tambien se engendran las aguas lluvias. Porque el sol, mediante su calor, levanta los mas subtiles vapores de la mar (como ya dijimos), los cuales como sean subtiles, y de la condicion del aire, fácilmente suben á lo alto, y llegando á esta media region del aire, que es (segun dijimos) fria, espésanse y apriétanse con el frio, y así se mudan en agua, la cual como es mas pesada, desciende á lo bajo resolviéndose en agua lluvia. La experiencia desto vemos en los alambiques, en que se distilan las rosas y otras yerbas: donde la fuerza del calor del fuego saca la humidad de las yerbas que se distilan, y las resuelve en vapores, y hace subir á lo alto, donde no pudiendo subir mas, se juntan, y espesan, y convierten en agua: la cual con su natural peso corre luego para abajo, y así se distila. De donde procede lo que refiere Sant Basilio, que cuando falta agua á los marineros, cuecen un poco del agua salada de la mar, y ponen encima una esponja, que reciba los vapores de aquel agua; los cuales despues se convierten en agua dulce, con que algun tanto refrigeran la sed. Desta manera el arte imita la naturaleza, como lo hace en todas las otras cosas.

Y no es menor materia de alabanza, ver de la manera que el Criador ordenó que el agua lluvia cayese de lo alto. Porque si todos los ingenios de los hombres se pusieran á pensar de qué manera caeria esta agua para regar la tierra, no pudieran atinar en otra mas conveniente que esta. Porque paresce que viene colada por la tela de un cedazo, repartiéndose igualmente por todas partes, y penetrando las entrañas de la tierra, para dar mantenimiento á las plantas, que con ella se sustentan, refrescando por defuera las hojas y fruta de los árboles, lo cual no hace el agua de regadío. Esta es aquella maravilla que entre otras se atribuye á Dios: de quien se escribe en el libro del Sancto Job (*a*), que es el que prende y ata las aguas en las nubes, de tal manera, que no caigan de lleno en lleno sobre la tierra. Y lo mismo escribe Moysen alabando la tierra de promision por estas

(*a*) Job, 26.

palabras (b): La tierra que vais á poseer, no es como la de Egipto, que á manera de las huertas se riega con agua de pié. Porque sobre esta nuestra tierra están puestos los ojos del Señor dende el principio del año hasta el fin, para enviarle agua y rocío del cielo. El cual beneficio canta el Profeta real en el salmo 146, diciendo: El Señor es el que cubre el cielo de nubes, y por medio dellas envía agua sobre la tierra. Y esto con tanta largueza que, como se escribe en Job (c), no solo riega los sembrados y tierras de labor, sino tambien los desiertos y tierras sin camino, para que produzgan yerbas frescas y verdes.

§. UNICO.

De cuán grande sea este beneficio del agua, y de la necesidad y utilidad de los vientos.

Mas cuán grande sea este beneficio del agua que llueve ¿quién lo explicará? porque quien esto mirare con atencion, verá, que todo lo que es necesario para la vida humana, provee el Criador por este medio. Por aquí nos da el pan, el vino, el aceite, las frutas, las legumbres, las yerbas medicinales, el pasto para los ganados, y con ellos las carnes, la lana y las pieles dellos para nuestro vestido y calzado. Lo cual no calló el Profeta (d) cuando dijo, que el Señor producia en los montes heno y yerba, para servicio de los hombres. Y dice de los hombres, siendo este manjar de animales; porque estos (como vemos) sirven de muchas maneras á los hombres. Finalmente son tantos los bienes que por esta agua recibimos, que uno de aquellos siete sabios de Grecia, por nombre Tháles, vino á decir, que el agua era la materia de que todas las cosas se componian, viendo que el agua es la que cria todos los frutos de la tierra; y que no solamente los pesces de la mar, sino tambien los hombres, con todos los otros animales se mantenian dellos.

Y por ser este beneficio tan grande y tan universal, tomó el Criador las llaves dél, y reservó para sí el repartimiento destas aguas, para dar por ellas mantenimiento á sus fieles siervos, y castigar á los rebeldes, privándolos deste beneficio. Y así se escribe en Job (e), que por esta via juzga Dios los pueblos (castigándolos con hambre) y da de comer á muchos de los mortales. Y así promete Dios á los fieles guardadores de su ley en el Levítico (f) que les enviará el agua lluvia á sus tiempos, con que la tierra y los árboles dén fruto copioso para su mantenimiento. Y por el contrario á los quebrantadores della amenaza, que les hará el cielo de metal, y la tierra que hollaren de hierro, y que en lugar de agua les dará polvo para consumillos de hambre. Y no solo pecados, sino tambien desagradescimiento deste beneficio suele ser causa de perderlo. De lo cual se queja Dios por Hieremías por estas palabras (g): Y no dijeron los hombres, honremos á Dios, que nos envía de lo alto el agua temprana y la tardía, y nos da cada año copiosas mieses para mantenernos. Cierto es mucho para sentir, que siendo este tan grande beneficio del Criador, haya tan pocos que le reconozcan, y le dén gracias, y sirvan por él: con el cual nos da todas las cosas, y sin el cual no podriamos vivir. Y desto nos debria avisar que vemos venir el agua de lo alto, para entender, que el Criador nos la envía del cielo. Pues qué es esto, sino imitar los hombres de razon á las bestias que carecen della, las cuales recibiendo el pasto y mantenimiento con que se sustentan, ni reconoscen al dador, ni le dan gracias por él.

(b) Deut. 11. (c) Job. 5. (d) Psal. 146. (e) Job. 36.
(f) Levit. 26. (g) Hierem. 5.

Otro beneficio de la divina Providencia son los vientos: los cuales, ó son aire, ó son muy semejantes á él. El cual beneficio no calló el Profeta (h), cuando dijo, que el Señor producia y sacaba los vientos de sus tesoros. Entendiendo por tesoros, las riquezas de su providencia: la cual ordenó, que hubiese vientos para el uso y provision de la vida humana. Porque primeramente los vientos llevan las nubes, y las aguas que están en ellas, como se escribe en Job (i), adonde el gobernador del mundo las quiere enviar. Y así vemos que en España llueve con el viento ábrego, el cual pasando por la mar, trae consigo las nubes á esta region. Mas por el contrario, en Africa llueve con el cierzo que sopla de la banda del norte, y pasando tambien por el mismo mar, lleva las nubes (que son como aguaderas de Dios) á aquella tierra. Pues ya, ¿qué sería de la navegacion y comercio con las islas, y con las otras gentes, si faltasen los vientos, y el aire estuviese siempre encalmado? Pues con este socorro tan deseado de los navegantes, corremos en breve espacio hasta los fines de la tierra, llevando las mercadurías que en una parte sobran y en otra faltan, y trayendo dellas lo que á nosotros falta, y á ellos sobra; y desta manera se hacen todas las cosas comunes, y todas las tierras abastadas; y finalmente, de todo el mundo hacemos una comun plaza, y una ciudad que sirve á todos. Y lo que mas es, por medio de los vientos ha corrido la fe, y el conoscimiento del Criador á las partes de Oriente y Occidente, y á todas las otras regiones, que es la mejor mercadería que de unas partes á otras se puede llevar. Y no ménos resplandesce la divina Providencia en el curso de los vientos; porque sabemos, que en las Indias Orientales en cierto tiempo del año cursan unos vientos, que sirven para navegar con ellos á ciertas partes, y en otro cursan otros, que son para volver dellas; y esto tan ordinario, que nunca faltan estas que llaman monciones para estos caminos, las cuales la divina Providencia ordenó para el servicio y uso de los hombres, haciendo que los vientos, como criados dellos, los lleven y traigan como en los hombros á los lugares deseados. Y con ser esto así, ¿cuán pocos hay que reconozcan este beneficio, y le dén gracias por él?

Sirven otrosí los vientos (como dice Séneca) para purificar el aire, y sacudir dél cualquier corrupcion, ó mala cualidad que se le haya pegado. De lo cual tienen experiencia los que se acordaren de una gran pestilencia que hubo en la ciudad de Lisboa, y en algunos otros lugares del reino de Portugal, el año de 1570. La cual cesó con un recísimo y desacostumbrado viento, con el cual cresció la mar tanto, que cubrió las fuentes que estaban junto á ella, y de dulces las hizo salobres por algunos dias. El cual viento llevó tras sí el aire corrupto, que era la causa de aquella peste. Y por esto dice el mismo autor, que quiso la divina Providencia, que de todas las partes del mundo se levantasen vientos, para que en todas ellas tuviese el aire quien le purificase y ejercitase: tan necesario es el ejercicio y trabajo para todas las cosas. Sirven tambien los vientos, para que el labrador pueda aventar la parva, y limpiar el grano de polvo y de paja; y no ménos en la fuerza del estío, cuando abahamos con el calor grande, hace el Criador que se levante

(h) Psal. 134. (i) Job. 37.

un aire fresco con que se refrigeran las entrañas, y templa la fuerza del calor. Con lo cual los que saben referir todas las cosas á Dios, y de todas sacan materia de edificacion, consideran cuál será aquel tormento de los fuegos eternos: donde están los malaventurados abrasándose en aquellas llamas, y no esperan jamas este linaje de alivio y refrigerio.

CAPITULO VIII.

Del elemento del agua.

Del elemento del aire bajamos al del agua, que es su vecina, la cual al principio de la creacion cubria toda la tierra, como el elemento del aire á esa misma agua. Mas porque desta manera no se podia habitar la tierra, el Criador (que todo este mundo criaba para servicio del hombre, así como al hombre para sí) mandó (*a*) que se juntasen todas las aguas en un lugar (que fué el mar Océano), y que se descubriese la tierra para nuestra habitacion: y así se hizo, sacando al agua de su natural lugar, que era estar sobre la tierra, y recogiéndola en otro.

En este elemento hay muchas cosas que considerar (las cuales predican las alabanzas del que lo crió), conviene saber, su grandeza, su fecundidad, sus senos, sus playas, sus puertos, sus crescientes y menguantes, y finalmente, los grandes provechos que nos vienen dél. Por su grandeza y fecundidad alaba á Dios el Salmista diciendo (*b*): Este mar grande y espacioso, donde hay tantas diferencias de pesces que no tienen cuento, y animales así pequeños como grandes. Esta grandeza ordenó el Criador, para que todas las naciones gozasen de los provechos de la mar, que son por una parte la navegacion, que sirve (como dijimos) para la contractacion de las gentes, y por otra el mantenimiento, que graciosamente nos da, con la infinidad de pesces que cria. Y por esto quiso el Hacedor que en él hubiese muchos brazos y senos, para que se entremetiesen por las tierras, y entrasen por nuestras puertas, convidándonos con sus riquezas, y proveyéndonos de mantenimiento. De aquí procede el mar Mediterráneo, y el mar Bermejo, y el mar Euxino, y el seno de Persia, y otros muchos, que son como brazos deste gran cuerpo, de cuyos provechos quiere el Criador que gocen todos. Y en todos ellos hay sus puertos y playas, adonde pueden seguramente estar los navíos libres de la fuerza de los vientos.

Ni ménos resplandesce la omnipotencia y providencia del Criador en tanta muchedumbre de islas, como están repartidas por la mar; las cuales dice Sant Ambrosio (*c*) que son como unos joyeles deste tan grande y tan hermoso cuerpo, que lo adornan y declaran la omnipotencia y providencia del Criador. La providencia, en proveer estas como ventas y estancias para los navegantes, donde tomen refresco, donde se rehagan, donde descansen, donde se acojan, ó en tiempo de tormentas, ó cuando quieren escapar de los ladrones de la mar. Ni ménos resplandesce aquí la omnipotencia del Criador, en conservar unas isletas pequeñas en medio de tan grandes golfos y abismos de aguas, y de las grandes ondas que parecen querer anegar la tierra, sin que por eso puedan usurpar un pequeño pedazo dellas, que es aquella maravilla que el mismo Señor encarece, cuando hablando con el Sancto Job dice (*d*): ¿Quién cerró, y puso puertas á la mar, cuando corria con grande ímpetu como si saliera del vientre? Yo soy el que la cerqué con mis términos, y le puse puertas y cerraduras, y le dije: hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y aquí se quebrantará el furor de tus olas hinchadas. Y cierto es cosa de admiracion, que corriendo todos los elementos con tan grande ímpetu á sus lugares naturales (como ya dijimos), y siendo natural lugar del agua estar sobre todo el cuerpo de la tierra, y tenerla cubierta, haberla Dios con sola su palabra sacado deste lugar, y conservádola tantos mil años fuera dél, sin usurpar ella un paso del espacio que le señaló. Lo cual trae él por argumento para confundir la desobediencia y desacato de los hombres, vista la obediencia de las criaturas insensibles. Y así dice por Hieremías (*e*): ¿A mí no temeréis? ¿Y no temblaréis de mi presencia, que fuí poderoso para hacer que la arena fuese término de la mar, y ponerle precepto y mandamiento, el cual nunca quebrantará? Y moverse han las ondas, y no prevalecerán; é hincharse han, y no lo traspasarán.

En la navegacion que hay de Portugal á la India Oriental (que son cinco mil leguas de agua), está en medio del gran mar Océano, donde no se halla suelo, una isleta despoblada, que se llama Sancta Helena, abastada de dulces aguas, de pescados, de caza y de frutas que la misma tierra sin labor alguna produce: donde los navegantes descansan, y pescan, y cazan, y se proveen de agua. De suerte que ella es como una venta que la divina Providencia diputó para solo este efecto, porque para ninguno otro sirve. Y el que allí la puso no la habia de criar de balde. Y lo que mas nos maravilla es, ¿cómo se levanta aquel pezon de tierra sobre que está fundada la isla, dende el abismo profundísimo del agua hasta la cumbre della, sin que tantos mares lo hayan consumido y gastado? Y demas desto, ¿cómo no siendo esta isleta para con la mar mas que una cáscara de nuez, persevera entre tantas ondas y tormentas, entera sin consumirse, ni gastarse nada della? Pues ¿quién no adorará aquí la omnipotencia y providencia del Criador, que así puede fundar y asegurar lo que quiere? Este es pues el freno que él puso á este grande cuerpo de la mar, para que no cubra la tierra, y cuando corre impetuosamente contra el arena, teme llegar á los términos señalados, y viendo allí escripta la ley que le fué puesta, da la vuelta á manera de caballo furioso y rebelde, que con la fuerza del freno pára, y vuelve hácia tras, aunque no quiera.

§. UNICO.

De otras excelencias y propriedades de la mar, que simbolizan los atributos de su Criador.

La mar tambien por una parte divide las tierras, atravesándose en medio dellas, y por otra las junta y reduce á amistad y concordia con el trato comun que hay entre ellas. Porque queriendo el Criador amigar entre sí las naciones, no quiso que una sola tuviese todo lo necesario para el uso de la vida, porque la necesidad que tienen las unas de las otras, las reconciliase entre sí. Y así la mar puesta en medio de las tierras, nos representa una gran feria y mercado, en el cual se hallan tantos compradores y vendedores, con todas las mercaderías necesarias para la sustentacion de nuestra vida. Porque como los caminos que se hacen por tierra sean muy trabajosos, y no fuera posible traer por tierra todo lo que

(*a*) Genes. 1. (*b*) Psal. 103. (*c*) Ambros. in Exam. lib. 3, c. 5, tom. 1. (*d*) Job. 38.

(*e*) Hiere. 5.

nos es necesario, proveyó el Criador deste nuevo camino, por donde corren navíos pequeños y grandes, uno de los cuales lleva mayor carga que muchas bestias pudieran llevar; para que nada faltase al hombre ingrato y desconocido.

Estas y otras muchas utilidades tenemos en la mar. Porque, como dice (*f*) Sant Ambrosio, ella es hospedería de los rios, fuente de las aguas, materia de las grandes avenidas, acarreadora de las mercaderías, compendio de los caminantes, remedio de la esterilidad, socorro en las necesidades, y liga con que los pueblos apartados se juntan, y freno del furor de los bárbaros, para que no nos hagan tanto daño.

Tiene tambien otra cosa la mar, la cual como criatura tan principal, nos representa por una parte la mansedumbre, y por otra la indignacion é ira del Criador. Porque, ¿qué cosa mas mansa, que el mar cuando está quieto, y libre de los vientos, que solemos llamar mar de donas; ó cuando con un aire templado blandamente se encrespa, y envía sus mansas ondas hácia la ribera, succediendo unas á otras con un dulce ruido, y siguiendo el alcance las unas de las otras, hasta quebrarse en la playa? En esto pues nos representa la blandura y mansedumbre del Criador para con los buenos. Mas cuando es combatido de recios vientos, y levanta sus temerosas ondas hasta las nubes, y cuanto mas las levanta á lo alto, tanto mas profundamente descubre los abismos, con lo cual levanta y abaja los pobres navegantes, azotando poderosamente los costados de las grandes naos (cuando los hombres están puestos en mortal tristeza, las fuerzas, y las vidas ya rendidas), entónces nos declara el furor de la ira divina, y la grandeza del poder que tales tempestades puede levantar y sosegar cuando á él le place. Lo cual cuenta el real Profeta entre las grandezas de Dios, diciendo (*g*): Vos, Señor, teneis señorío sobre la mar, y vos podeis amansar el furor de sus ondas. Vuestros son los cielos, y vuestra la tierra, y vos criastes la redondez della, con todo lo que dentro de sí abraza; y la mar y el viento cierzo, que la levanta, vos los fabricastes.

Quédanos otra excelencia de la mar tan grande, que el injenio y la pluma temen acometerla. Porque, ¿qué palabras bastan, no digo yo para explicar, sino para contar por sus nombres (si los hubiera) las diferencias de pescados que hay en este elemento? ¿Qué entendimiento, qué sabiduría fué aquella, que pudo inventar, no digo ya tantas especies, sino tantas diferencias de figuras de pesces de tan diferentes cuerpos, unos muy pequeños, otros de increible grandeza; y entre estos dos extremos, otras mil diferencias de mayores y menores? Porque él es el que crió la ballena, y crió la rana; y no trabajó mas en la fábrica de aquel pece tan grande, que en la deste tan pequeño. Hay algunos oficiales que cortan de tijera, en seda ó en papel, mil diferencias de figuras y quimeras de la manera que quieren; porque el papel y la seda obedecen á la voluntad é injenio del cortador. Pues ¿qué cortador fué aquel tan primo, que supo cortar y trazar tantas diferencias de figuras, como vemos en los pesces de la mar, dando á todas sus propriedades, y naturalezas tan diversas? Porque el que corta con tijera, no hace mas que formar una figura, sin darle mas de lo que representa. Mas este soberano cortador, junto con la figura dió ánima, y vida, y sentidos, y movimiento, y habilidades para buscar su mantenimiento, y armas ofensivas y defensivas para su conservacion; y sobre todo esto una fecundidad tan grande para conservar su especie, que si no la hubiéramos visto, fuera totalmente increible. Porque ¿quién contará los huevos que tiene un sábalo, ó una pescada en rollo, ó cualquier otro pece? Pues de cada huevecico destos se cria un pece tan grande como aquel de do salió, por grande que sea. Sola el agua como blanda madre por virtud del Criador, lo recibe en su gremio, y lo cria hasta llegarlo á su perfeccion. Pues ¿qué cosa mas admirable? Porque como la divina Providencia crió esta pescadería para sustentacion de los hombres, y los que han de pescar, no ven los pesces en el agua de la manera que los cazadores ven la caza en la tierra, ó en el aire, ordenó él que la fecundidad y multiplicacion de los pesces fuese tan grande, que la mar estuviese cuajada dellos, para do quiera que cayese la red, hallase que prender. Muchas, y cuasi innumerables son las especies de aves y de animales que hay en la tierra, mas sin comparacion son mas las que hay en la mar, con parecer que este elemento no era dispuesto para recebir moradores que lo poblasen, ni para darles los pastos que vemos en la tierra, para que los sustentasen.

Pues ¿qué diré de las diferencias de mariscos que nos da la mar? qué de la variedad de las figuras con que muchos imitan los animales de la tierra? Porque pesces hay que tienen figura de caballo, otros de perro, otros de lobo, y otros de becerro, y otros de cordero. Y porque nada faltase por imitar, otros tienen nuestra figura, que llaman hombres marinos. Y allende desto, ¿qué diré de las conchas de que se hace la grana fina, que es el ornamento de los reyes? qué de las otras conchas, y veneras, y figuras de caracoles grandes y pequeños, fabricados de mil maneras, mas blancos que la nieve, y con eso con pintas de diversos colores, sembradas por todos ellos? ¡Oh admirable sabiduría del Criador! ¡Cuán engrandescidas son, Señor, vuestras obras! Todas son hechas con summa sabiduría, y no solamente la tierra, mas tambien la mar está llena de vuestras maravillas. Pues ¿qué diré de las virtudes y fuerzas extrañas de los pesces? El pececillo que llaman tardanaos, hace parar una grande nao, aunque vaya á todas velas. Pues ¿cuán poderoso es aquel Señor que con tan pequeño instrumento obra una cosa tan grande? Mas pequeño pesce es la sardina, y esta bastece la mar y la tierra, porque es comun pasto de los pesces mayores, y tambien lo es de los hombres. Por lo cual se suele decir della, que mas anda por la tierra que por la mar, caminando de unas partes á otras para nuestro mantenimiento.

Ni es ménos de considerar la suavidad y sabor que el Criador puso mas aun en los pesces que en las carnes; y ansí antiguamente servian para las delicias de los príncipes. Por lo cual exclama aquí Sant Ambrosio diciendo (*h*): ¡Ay de mí! Antes del hombre fuéron criadas las delicias; ántes la abundancia, madre de nuestra lujuría, que la naturaleza; primero la tentacion del hombre, que la creacion del hombre. Mas no hizo esto el Criador para tentacion, sino para regalo y provision de los hombres: mostrando en esto que los trataba como á hijos regalados, para que la suavidad y gusto destos manjares los incitase á amar y alabar el Criador, que esta mesa y convite tan suave les aparejó. Mas tienen muchos de los

(*f*) Ambr. ubi supr. (*g*) Psal. 88.

(*h*) Ambr. in Exam. lib. 5. c. 1.

hombres tan poco discurso, que estando las criaturas convidándolos á alabar al dador de todos estos bienes, de tal manera se ceban y empapan en ellos, que no les pasa por pensamiento darle gracias, y decir siquiera: esto hizo el Criador para mí sin debérmelo.

CAPITULO IX.

Del cuarto elemento, que es la tierra.

Descendamos ya á nuestra comun madre, que es la tierra, de que son producidos y alimentados nuestros cuerpos. Mas esto será sin apartarnos mucho de la mar; porque ella es la que por las venas y caminos secretos que el Criador ordenó, se amasa con la tierra para muchos provechos: de los cuales uno es hacerla cuerpo sólido, pegando y apretando con su humedad y frialdad las partes della, para que nos pueda sostener. Porque de otra manera, siendo ella en summo grado seca, estuvieran tan sueltas y desapegadas las partes della, como está la cal viva en polvo, y así no nos pudiera sostener.

Entre todos los elementos este es el mas bajo y ménos activo; mas con todo eso, siendo ayudado del cielo y de los otros elementos, nos sirve y aprovecha mas que todos. Con lo cual debe crescer y esforzarse nuestra naturaleza; la cual aunque sea de suyo mas baja que la de los ángeles, puede con los favores y socorros de la gracia levantarse sobre ellos. Su asiento y lugar natural es el centro y medio del mundo, cercada por todas partes de aire y agua, sin por eso inclinarse á una parte ni á otra. Porque así como el Criador puso en la piedra iman aquella maravillosa virtud que mire á solo el norte y en él solo repose: así tambien puso en la tierra esta natural inclinacion, que tenga por centro y por su lugar natural el punto que está en medio del mundo, y que á él siempre corra, y en él solo descanse sin moverse á una parte ni á otra, que es una tan grande maravilla, como si estuviese una bola en el aire en medio de una grande sala: cosa que algunos filósofos no pudieron creer. Esta es aquella maravilla que canta el Salmista cuando dice (*a*): Fundastes, Señor, la tierra sobre su misma firmeza, la cual en los siglos de los siglos nunca perderá ese lugar, y puesto que vos le distes, ni se inclinará á una parte ó á otra; y ordenastes que el abismo de las aguas fuese como una ropa de que ella estuviese cercada y vestida.

El mismo Salmista dice, que este fué el lugar que la divina Providencia diputó para la habitacion de los hombres (*b*). El cielo de los cielos (dice él) diputó el Señor para sí; mas la tierra para morada de los hombres. Pues esta tierra obedesciendo á la disposicion y mandamiento del Criador, como benigna madre nos rescibe cuando nascemos, y nos mantiene despues de nascidos, y nos sostiene miéntras vivimos, y al fin nos rescibe en su gremio despues de muertos, y guarda fielmente nuestros cuerpos para el dia de la resurreccion general. Este grande elemento nos es mas blando y favorable que los otros; porque de las aguas vemos que proceden las avenidas y crescientes de los rios, que hacen notable daño en las tierras vecinas: el aire se espesa en las nubes de donde nascen los turbiones que dañan los sembrados y destruyen los trabajos de los pobres labradores. Mas la tierra, como sierva del hombre, ¿qué frutos produce? ¿Qué olores? qué sabores? qué zumos? qué colores no engendra? ¿Quién podrá explicar cuánta sea su fertilidad? cuántas sus riquezas? Especialmente si consideramos cuántas diferencias de metales se sacaron della cinco mil años ántes de la venida de Cristo. Y cuántos se han sacado despues acá, y se sacarán hasta la fin del mundo: llegando los hombres, como dijo aquel poeta (*c*), hasta las sombras del infierno, y persiguiendo el oro y la plata por mas que se esconda en las entrañas de la tierra. Pues ¿qué diré de la variedad de las piedras preciosas de gran valor y virtud que están escondidas en lo íntimo della?

Mas entre los beneficios de la tierra es muy señalado el de las fuentes y rios que della manan, y la humedecen y refrescan. Porque así como el Criador repartió las venas por todo el cuerpo humano para humedecerlo y mantenerlo, así quiso él tambien que este gran cuerpo de la tierra tuviese sus venas, que son los rios: los cuales corriendo por todas partes la refrescan y humedecen, y nos ayudan á mantener, criando pesces y regando nuestros sembrados.

Y porque en muchas partes faltan fuentes y rios, ordenó la divina Providencia que toda la tierra estuviese empapada en agua; porque desta manera cavando los hombres, supliesen con los pozos la falta de las fuentes. Mas ¿quién no se maravillará aquí del orígen y principio de do manan estos rios y fuentes? Vemos en muchas tierras apartadas de la mar, salir debajo de una peña viva un gran brazo, y á las veces un buey de agua. ¿De dónde pues nasce esta agua? ¿Cómo corre siempre, invierno y verano de una manera? ¿Qué abismo es aquel tan copioso que siempre tiene que dar, y en tantos mil años nunca se agota? Si decis que se hace del aire que está en las concavidades de la tierra (como sea verdad que de diez partes de aire se haga una de agua), qué tanta cuantidad de aire será menester para que de allí salga perpetuamente el rio Nilo, ó el Danubio, ó Eufrates, ó nuestro Guadalquivir, aunque bien sé que otros rios que con estos se juntan, ayudan á su grandeza; mas todavía son ellos y otros semejantes rios, grandes en su nascimiento. Alaba el Profeta á Dios (*d*), porque saca los vientos de sus tesoros (que es de los lugares que él con su sabiduría senaló), ¿cuánto mas debe ser alabado por haber criado en la tierra tan grandes senos y acogidas de aguas perennales que nunca falten? ¿Cuál es la materia de que tanta agua se produce, y cuál la causa eficiente que de aquella materia la produce? Porque hasta agora varían los ingenios de los filósofos en declarar esta generacion de las aguas, y apénas dicen cosa que satisfaga. Mas lo que aquí mas satisface es dar gloria á Dios por este beneficio, y maravillarnos de la providencia de quien esto supo y pudo hacer. Y muy grosero ha de ser el que esto no entendiere. Pasando una vez un negro muy bozal con su amo el rio que está entre Córdoba y Castroelrio, y viendo correr el agua dél, volvióse á su amo con su tosca lengua, y dijo: Correr, correr y nunca hinchir; correr, correr y nunca acabar. ¡Gran cosa, Dios! Pues este negro bozal por una parte nos confunde, y por otra nos obliga á alabar al Criador por este beneficio. Pero mas nos obliga aquel ángel del Apocalipsi; el cual, como refiere Sant Juan (*e*), venía volando por medio del cielo dando voces, y diciendo á los moradores de la tierra: Temed al Señor, y glorificadlo, porque se llega la hora de su juicio; y adorad al que hizo el cielo, la tierra y la mar, y todo lo que en ellos hay, y las fuentes de las aguas. En las cuales palabras pasando en silencio todas las ma-

(*a*) Psalm. 103. (*b*) Psalm. 113.

(*c*) Ovidio. (*d*) Psalm. 134. (*e*) Apoc. 14.

ravillas que vemos en los otros elementos, de solas las fuentes de aguas (como de cosa mas admirable) hizo mencion especial.

Pues ¿qué diré de las aguas medicinales que brotan de la tierra para la cura de muchas enfermedades? Porque unas hay que relajan los miembros encogidos (de que se aprovechan los tullidos), otras por el contrario aprietan los que están flojos y relajados; unas desecan la abundancia de las flemas, otras sirven para curar la melancolía; unas valen contra la gota, otras contra la piedra, otras sanan las llagas medio podridas. Tan grande es la virtud que el Criador puso en una tan simple medicina, y todo encaminado y proveido para la salud y remedio del hombre ingrato, que recibe el beneficio y no responde con debido agradescimiento.

Y sobre todo esto, qué tan grande es la virtud que aquel divino presidente dió á la tierra con una palabra y mandamiento que al principio le puso; la cual todos los años sin cesar nos da abundancia de trigo, de vino, de aceite, de frutas, de legumbres y de pasto para mantenimiento de los animales que nos sirven. Pasan los hombres fácilmente por estas cosas, y ni consideran esta maravillosa fertilidad que el Criador dió á la tierra, ni la virtud admirable que puso en un grano de trigo y en todas las otras semillas; porque la costumbre de ver esto cada dia, quitó la admiracion á cosas tan admirables. Solamente se maravillan de las cosas raras y desacostumbradas, no por mayores, sino por ménos usadas. Mas para los que saben ponderar las obras de Dios, como Sant Augustin dice (*f*), estas cuotidianas les son materia de mayor admiracion y conoscimiento de Dios, que todas las otras por muy raras y nuevas que sean.

CAPITULO X.

De la fertilidad y plantas y fructos de la tierra.

Despues de la tierra síguese que tratemos mas en particular de la fertilidad y fructos della. Y esto es ya comenzar á tratar de las cosas que tienen vida. Porque las que hasta aquí habemos referido, que son cielos, estrellas, elementos, con todos los otros mixtos imperfectos, no la tienen. Y porque las cosas que tienen vida son mas perfectas que las que carecen della, resplandesce mas en estas la sabiduría y providencia del Criador, y cuanto fuere mas perfecta la vida tanto mas claro testimonio nos da del artífice que la hizo, como en el proceso se verá. Porque no es Dios (como suelen decir) allegador de la ceniza y derramador de la harina; mas ántes cuanto son las cosas mas perfectas tanto mayor cuidado y providencia tiene dellas, y tanto mas descubre en ellas la grandeza de su sabiduría. Y porque supiésemos que á él solo debiamos este tan general beneficio de los fructos de la tierra, los crió al tercero dia, que fué ántes que criase al sol, y la luna, y los otros planetas (con cuya virtud é influencia nascen y se crian las plantas), y ántes que hubiese semillas de do nasciesen, como agora nascen. De manera que la virtud sola de su omnipotente palabra, suplió la causa material y eficiente de todas las plantas y árboles de la tierra. Toda esta variedad de especies innumerables no le costó mas que solas estas palabras (*a*): Produzga la tierra yerba verde, que tenga dentro de sí su semilla, y árboles frutales segun sus especies, etc. Oido pues este mandamiento, luego parió la tierra, y se vistió de verdura y recibió virtud de fructificar, y se atavió y hermoseó con diversas flores. Mas ¿quién podrá declarar la hermosura de los campos, el olor, la suavidad y el deleite de los labradores (*b*)? ¿Qué podrán nuestras palabras decir desta hermosura? Mas tenemos testimonio de la Escriptura, en la cual el Sancto Patriarca (*c*) comparó el olor de los campos fértiles con la bendicion y gracia de los sanctos. El olor, dijo él, de mi hijo es como el del campo lleno. ¿Quién podrá declarar la hermosura de las violetas moradas, de los blancos lirios, de las resplandescientes rosas, y la gracia de los prados pintados con diversos colores de flores, unas de color de oro, y otras de grana, otras entreveradas y pintadas con diversos colores? En las cuales no sabréis qué es lo que mas os agrade, ó el color de la flor, ó la gracia de la figura, ó la suavidad del olor. Apasciéntanse los ojos con este hermoso espectáculo, y la suavidad del olor que se derrama por el aire, deleita el sentido del oler. Tal es esta gracia que el mismo Criador la aplica á sí diciendo (*d*): La hermosura del campo está en mí. Porque ¿qué otro artífice fuera bastante para criar tanta variedad de cosas tan hermosas? Poned los ojos en el azucena, y mirad cuánta sea la blancura desta flor, y de la manera que el pié della sube á lo alto acompañado con sus hojicas pequeñas, y despues viene á hacer en lo alto una forma de copa, y dentro tiene unos granos como de oro, de tal manera cercados que de nadie puedan recebir daño. Si alguno cogiere esta flor y le quitare las hojas, ¿qué mano de oficial podrá hacer otra que iguale con ella, pues el mismo Criador las alabó cuando dijo, que ni Salomon (*e*) en toda su gloria se vistió tan ricamente como una destas flores?

Maravillámonos que tan presto haya engendrado la tierra: ¿Cuánto mayor maravilla es, si consideramos cómo las semillas esparcidas en la tierra no dan fructo, si no mueren primero? De manera (*f*) que cuanto mas pierden lo que son, tanto mayor fructo dan. Regálase Sant Ambrosio (*g*) en este lugar contemplando y pintando con palabras de la manera que cresce un grano de trigo, para enseñar con su ejemplo á contemplar y hallar á Dios en todas las cosas, y así dice: Recibe la tierra el grano de trigo, y despues de cubierto, ella como madre lo recoge en su gremio, y despues aquel grano se resuelve y convierte en yerba. La cual despues de haber crescido produce una espiga con unas pequeñas vainicas, dentro de las cuales se forma el grano, para que con esta defensa ni el frio le dañe, ni el ardor del sol lo queme, ni la fuerza de los vientos ni de las muchas aguas maltraten al fructo reciennascido. Y esa misma espiga se defiende de las avecillas no solo con las vainicas en que está el grano encerrado, sino mucho mas con las aristas, que á manera de picas, están asestadas contra la injuria destas avecillas. Y porque la caña delgada no podria sufrir el peso de la espiga, fortaléscese con las camisas de las hojas de que está vestida, y mucho mas con los ñudos que tiene repartidos á trechos, que son como rafas de ladrillos en las paredes de tapia para asegurarlas. De lo cual caresce el avena; porque como no tiene en lo alto carga, no tuvo necesidad desta fortificacion. Porque aquel sapientísimo artífice, así como no falta en lo necesario, así no hace cosas superfluas. Lo susodicho es de Sant Ambrosio.

Debajo deste nombre de yerba se entienden, no sola-

(*f*) De Civit. Dei. lib. 10. c. 12. (*a*) Genes. 1.

(*b*) Ambr. in Exam. lib. 3. cap. 8. (*c*) Gen. 27. (*d*) Psalm. 49. (*e*) Matth. 6. (*f*) Joann. 12. (*g*) Ambr. ubi supr.

mente las mieses (de que agora acabamos de tratar), sino tambien muchas diferencias de legumbres criadas para ayuda de nuestro mantenimiento: de las cuales unas se guardan secas para todo el año, y otras de que luego nos servimos, cuando han crecido; y destas unas se crian debajo de la tierra, y otras encima della. Y entre estas entran las que crian dentro de sí pepitas, que despues sirven de semilla para volver á nascer, entre las cuales se cuentan aquellas por quien suspiraban los hijos de Israel en el desierto. Y en esto se ve la providencia de aquel soberano gobernador, el cual así como crió frutas frescas acomodadas al tiempo del estío para refrigerio de nuestros cuerpos, así tambien crió legumbres proporcionadas á la cualidad deste mismo tiempo. De modo, que no contento con la provision de tantas carnes de animales, de pesces, de aves, de árboles frutales y de mieses abundosas, acrescentó tambien esta providencia de legumbres, para que ningun linaje de mantenimiento faltase á los hombres, que tan mal saben agradescerlo; pues aprovechándose del beneficio, no saben levantar los ojos á mirar las manos del que lo da, no solo á los buenos, sino tambien á los malos por amor de los buenos: así como proveyendo los hombres, no se olvidó de los animales por amor de los hombres. Lo cual no calló el Profeta (*h*), cuando dijo, que el Señor producia en los montes heno y yerba para el servicio de los hombres. Y dice de los hombres, porque aunque no sea este su mantenimiento, eslo de los criados, que están diputados para su servicio, que son los brutos animales. Pues por lo dicho se entenderá, que no solo son bárbaros los hombres que andan desnudos como salvajes debajo de la línea equinocial, sino tambien muchos de los que arrastran sedas y terciopelos, lo cual se entenderá por este ejemplo. Si un caballero andando camino viniese á parar á casa de un labrador rico, y este sin tenerle alguna obligacion le hospedase con toda la humanidad y aparato que le fuese posible, y le pusiese una mesa llena de todos los mejores manjares y aves que él tuviese en su casa, si acabada la comida el caballero se partiese sin despedirse ni dar gracias á su huésped, ni hablarle una sola palabra de humanidad, ó de agradescimiento, ¿qué diriamos deste hombre? Diriamos que era mas que bárbaro, y soberbio, y inhumano, y apénas le tendriamos por hombre. Pues segun esto, ¿en qué predicamento pondrémos á muchos hombres ricos y poderosos, que asentándose cada dia á la mesa, y viéndola llena de preciosos y diversos manjares, que Dios crió, no para sí, ni para los ángeles, sino para solo refrigerio y mantenimiento de los hombres, ni dan gracias á quien así los proveyó y hospedó en esta su gran casa del mundo, sin tenerles obligacion alguna, y ni les pasa por pensamiento viendo cada dia la mesa llena de sus beneficios acordarse de tan largo y magnífico bienhechor y proveedor? Pues ¿quién me negará ser mas que bárbaros los que con este tan grande olvido viven? Tal era aquel rico avariento del Evangelio, que comiendo cada dia espléndidamente, ni se acordaba de Dios, ni del pobre Lázaro, que tenia delante.

§. I.

De las yerbas, piedras y flores medicinales.

Y no ménos fuéron criadas para el hombre infinitas yerbas medicinales, de que hoy dia se sirve la medicina: unas que purgan la cólera, otras la flema, otras la melancolía, otras que purifican la sangre, otras que sanan las llagas, otras que sirven para dar calor al estómago, otras para templar el del hígado, y otras que distiladas sirven para aclarar la vista, y otras para otras mil maneras de enfermedades. Pues ¿cuán admirable es la providencia del Criador en las virtudes que puso en todas estas yerbas? Pongamos ejemplo en sola la raiz del ruibarbo, el cual tiene especial virtud para purgar el humor colérico. De manera que bebido llega la virtud dél al hígado, donde está la fuente de todas las venas, que están esparcidas por todo el cuerpo. Y como en ellas esté la masa de todos los cuatro humores, la virtud desta raiz atrae y llama para sí principalmente el humor colérico, dejando los otros: el cual por su llamado viene, y por el mismo se va fuera de casa, y deja el cuerpo limpio y sano. De suerte que así como el Criador dió á la piedra iman esta virtud, que teniendo junto á sí diversos metales solo el hierro atraiga á sí, dejando los otros, así puso virtud en esta raiz para llamar y atraer este humor de la manera que está dicho.

Y no solo en las yerbas, sino en las piedras preciosas puso virtudes medicinales (como en la piedra que llaman baazar, que vale para muchas cosas), y hasta en los palos y madera puso esta virtud curativa, como lo vemos en el palo que llaman de la China, y de la India: al cual dió virtud para sanar enfermedades, que las mas veces se adquieren con ofensas de su Majestad; sin embargo de lo cual quiso proveerle de remedio: tan grande es y tan magnífica aquella soberana bondad. En lo cual todo, verán aun los ciegos, cuán grande sea el amor del Criador para con los hombres, y el cuidado que tiene de su salud, pues tantas maneras de medicinas (como están ya descubiertas, y como cada dia se descubren) crió para él. Porque la raiz de lo que llaman mejoacan, en nuestros dias se conosció en España.

Toda esta tan grande provision y abundancia de cosas que la tierra da, declara la providencia que nuestro Señor como un padre de familia tiene de su casa, para sustentar, curar y proveer á sus criados. Mas ¿qué dirémos de tantas diferencias de flores tan hermosas, que no sirven para mantenimiento, sino para sola recreacion del hombre? Porque, ¿para qué otro oficio sirven las clavellinas, los claveles, los lirios, las azucenas y alelíes, las matas de albahaca, y otras innumerables diferencias de flores (de que están llenos los jardines, los montes, y los campos, y los prados, dellas blancas, dellas coloradas, dellas amarillas, dellas moradas, y de otras muchas colores, junto con el primor y artificio con que están labradas, y con la órden y concierto de las hojas que las cercan, y con el olor suavísimo que muchas dellas tienen); para qué pues sirve todo esto sino para recreacion del hombre? Para que tuviese en que apascentar la vista de los ojos del cuerpo, y mucho mas los del ánima, contemplando aquí la hermosura del Criador, y el cuidado que tuvo no solo de nuestro mantenimiento, como padre de familia para sus criados, sino como padre verdadero para con sus hijos, y hijos regalados; y como tal no se contenta con proveerles de lo necesario para su conservacion, sino tambien de cosas fabricadas para su recreacion. Y así quiso que no solo el resplandor de las estrellas que en las noches serenas vemos en el cielo, sino tambien los valles abundosos, y los prados verdes, pintados con diversas flores, nos fuesen como otro cielo estrellado, que por una parte recreasen nuestra vista o

(*h*) Psalm. 146.

suavidad y hermosura, y por otra nos despertasen á alabar al Criador, que todo esto trazó y crió, no para sí, ni para los ángeles, ni para los brutos, sino para solo el gusto y honesta recreacion del hombre.

Pongamos agora esto en práctica, y mirando entre otras flores una mata hermosa de claveles, tomemos uno en la mano, y comencemos á filosofar desta manera. ¿Para qué fin crió el Hacedor esta flor tan hermosa y olorosa, pues no hace cosa sin algun fin? No cierto para mantenimiento del hombre, ni tampoco para medicina, ó cosa semejante. Pues ¿qué otro fin pudo aquí pretender sino recrear nuestra vista con la hermosura desta flor, y el sentido del oler con la suavidad de su olor? Y no pare solo aquí, sino proceda mas adelante, considerando cuántas otras diferencias de flores crió para lo mismo, y sobre todo esto, cuántas de piedras preciosísimas que no ménos, sino mucho mas alegran este sentido. Y allende desto, ¿cuántas otras cosas hizo para recrear los otros sentidos? cuántas músicas de aves para el sentido del oir? cuántas especies aromáticas para el del oler? cuánta infinidad de sabores para el del gustar? Pues cuánto se declara en esto la benignidad y suavidad de aquel soberano Señor, el cual al tiempo que criaba las cosas, tuvo tanta cuenta con el hombre, que no solo crió para él tanta muchedumbre de manjares, y de todo lo demas que le era necesario (pues todo este mundo visible le sirve), sino tambien tuvo especial cuidado de criar tantas diferencias de cosas para su honesta recreacion; y esto tan abastadamente, que ninguno de los sentidos corporales carezca de sus proprios objectos en que se deleite. Pues ¿qué cosa mas propria de padre amoroso para con sus hijos, y aun hijos, como dije, regalados?

Y no contento con esto, tambien crió árboles para solo este efecto, como es el laurel, el arrayan, el aciprés, los cedros olorosos, y los álamos, y la yedra que viste de verdura las paredes de los jardines, y les sirve de paños de armar, y otros árboles desta cualidad: los cuales, como carezcan de fructo, para sola la recreacion de nuestra vista paresce haber sido criados; la cual es tal, que pudo decir el Ecclesiástico (*i*): Los ojos huelgan con la gracia de la hermosura; pero á esta hace ventaja la verdura de los sembrados.

Mas querer contar la muchedumbre de las yerbas, y las virtudes y propriedades dellas, cosa es que fué reservada á Salomon, del cual dice la Escritura (*k*) que trató de todas las plantas dende el cedro del monte Líbano hasta el hisopo que nasce en la pared. Mas esto nos consta, que no ménos está poblada la tierra de plantas, que la mar de pesces: ántes se hallan muchos mares sin pescados; y apénas se hallará palmo de tierra que no esté vestido de verdura en su tiempo, sin haber quien la siembre, ó la labre, obedesciendo ella al mandamiento que al principio le fué puesto por el Criador.

§. II.

Diversidad de árboles, diferencia y suavidad de sus frutas.

Despues de la yerba mandó el Criador tambien á la tierra que produjese todo género de árboles, cuyas diferencias y especies tampoco se pueden explicar, como las de las otras plantas. De los cuales unos son fructuosos, otros estériles; unos que dan mantenimiento para los hombres, otros para las bestias; unos que nunca despiden la hoja, otros que cada año la mudan; unos que, como dijimos, no sirven mas que de frescura y sombra, y otros que sirven para otros usos; y así hay otras diferencias semejantes.

Y entre los que son fructuosos unos dan fruta para el tiempo del verano, otros del invierno, y otros para todo tiempo. Y en los unos y en los otros es mucho para considerar la traza y órden de la divina Providencia, la cual reparte estos árboles por diversos géneros, y debajo de cada género pone diversas especies, que se comprehenden bajo dellos, así para que haya abundancia de mantenimiento para los hombres, como para quitarles el hastío con la variedad de los fructos. Pongamos ejemplos. Debajo del ciruelo ¿cuántas especies hay de ciruelas, dellas trempranas, dellas tardías, dellas de un color y de una figura, dellas de diversos colores y figuras? Debajo del género de uvas, ¿cuántas diferencias hay de uvas? Debajo del peral, ¿cuántas diferencias de peras? Debajo de la higuera, ¿cuántas diferencias y colores de higos? Debajo del pero y del manzano, ¿cuántas especies de peros y de manzanas? Debajo del limon, ¿cuántas especies de limas y de limones? Desta manera aquel sapientísimo gobernador repartió las cosas por sus linajes y castas, como aquí vemos. Lo cual, como dijimos, sirve para que nunca nos falte este linaje de mantenimiento; porque desta manera succeden unas frutas á otras, que son las tardías á las tempranas, y por esta causa en el mismo árbol no viene toda la fruta junta en un mismo tiempo, como se ve en las higueras, sino poco á poco: despues que madura una parte de fruta del mismo árbol, va madurando la otra; para que así dure mas dias el fructo dél.

Y vese mas claro el regalo desta providencia en las frutas del estío. Porque con el calor y sequedad del tiempo los cuerpos naturalmente desean refrigerio de las frutas frias y húmedas, para lo cual acudió el Criador con tantas diferencias, no solamente de frutas, sino tambien de legumbres acomodadas á la cualidad deste tiempo. Pues ¿por qué el hombre desconocido no tendrá cuenta con quien así la tuvo con su refrigerio y regalo? Ni hace contra esto que muchos enferman con la fruta; porque esto no es culpa de la fruta, sino del hombre destemplado, que usa mal de los beneficios divinos: así como no es culpa del vino que muchos se tomen dél, sino del abuso de los hombres.

Ni ménos resplandesce la sabiduría divina en la fábrica de cualquier árbol. Porque primeramente como el que quiere hacer una casa, primero abre los cimientos sobre que se ha de sostener el edificio, así el Criador ordenó que la primera cosa que hiciese la planta, ó la semilla, ántes que suba á lo alto, fuese echar raices en lo bajo, y estas proporcionadas á la altura del árbol: de modo que cuanto el árbol sube mas á lo alto, tanto mas hondas raices va siempre echando en lo bajo. Esto hecho sale de ahí luego el tronco, que es como una columna de todo el edificio, de donde procede la copa del árbol con sus ramas extendidas á todas partes, recreando la vista con sus flores y hojas, y ofreciéndonos despues liberalmente los fructos ya sazonados y maduros. Donde tambien es cosa de notar (lo que advirtió muy bien Séneca) que siendo tantas las diferencias destas hojas, cuantas son las de los árboles, y matas, y yerbas (que son innumerables), ningunas se parescen del todo con otras; sino que siempre, ó en la grandeza, ó en la figura, ó en la color, ó en otras cosas tales vemos diferenciarse las

(*i*) Eclc. 40. (*k*) 3. Reg. 4.

unas de las otras. Y lo mismo notó en la diversidad de los rostros de los hombres, que siendo innumerables, apénas hay uno que se parezca con el otro: tan grande es la virtud de aquel soberano pintor, el cual en tantas cosas nos descubre la grandeza de su arte y sabiduría.

Ni es ménos de considerar la manera en que estos árboles y todas las plantas se mantienen. Porque en las raices tienen unas barbillas, por las cuales atraen el humor de la tierra, que con el calor del sol sube á lo alto por el corazon y corteza del tronco, y por todos los poros del árbol, para cuya conservacion sirven esas mismas cortezas, que son como camisas ó ropas que lo abrigan y visten. Tienen tambien las hojas á manera del cuerpo humano sus venas, por donde este jugo corre y se reparte, de tal manera trazadas, que en medio está la vena mayor que divide la hoja en dos partes iguales, y desta se enraman todas las venas, adelgazándose mas y mas, hasta quedar como cabellos: por las cuales se comunica el alimento á toda la hoja. Lo cual noté yo en unas hojas de un peral, de las cuales se mantienen unos gusanillos que comian lo mas delicado de la sobrehaz de la hoja, y así quedaba clara aquella maravillosa red y tejedura de venas muy menudas, que allí se descubrian. Pues desta manera no solo se mantiene el árbol, sino tambien cresce mediante la virtud del ánima vegetativa, y cresce mas que cualquiera de los animales que tienen la misma ánima. Y entre otras causas deste crescimiento, una es, que los brutos no solo se ocupan en sustentar el cuerpo, sino tambien en las obras (que se llaman animales) de los sentidos; del cual oficio carecen las plantas, y por eso como mas desocupadas crescen mas. Y de aquí procede que los hombres estudiosos, ó dados á la contemplacion, tienen los cuerpos mas flacos, porque ejercitan mas estas operaciones animales, no de los sentidos exteriores, sino de los interiores; y la virtud repartida es mas flaca que la que está junta.

§. III.

Admirable providencia para la conservacion de las frutas, y de la fertilidad de las vides.

Ni tampoco se olvidó la Providencia de la guarda de los fructos ya maduros; porque para esto ántes proveyó que los árboles tuviesen hojas, no solo para hermosura y sombra, sino para defender la fruta de los ardores del sol, que en breve espacio la secarian. Y cuanto el fructo destos árboles es mas tierno (como lo es el de las higueras y vides), tanto proveyó que las hojas fuesen mayores, como lo vemos en estos. Mas no quiso que las hojas fuesen redondas, sino arpadas y abiertas por algunas partes, para que de tal manera defendiesen del sol, que tambien dejasen estos postigos abiertos, para gozar templadamente de los aires y dél.

Pero mas aun se descubre esta providencia en la guarda de otros fructos que están en mayor peligro, cuales son los de los árboles muy altos y ventosos, de los cuales algunos nascen en la cumbre de los montes, como son los pinos, cuya fruta no se lograria, si el Criador no le pusiera una tan fiel guarda, como es la piña: donde con tan maravilloso artificio está el fructo en sus casicas abovedadas tan bien aposentado y guardado, que toda la furia de los vientos no basta para derribarlo. Tambien los nogales son árboles grandes y altos, y no ménos lo son los castaños (que es mantenimiento de gente pobre, cuando les falta el pan), los cuales á veces están plantados en lugares montuosos, y así muy subjectos al ímpetu y frialdad de los vientos: por lo cual los vistió y abrigó el Criador con aquel erizo que vemos por defuera, y despues con dos túnicas una mas dura y otra mas blanda, que viste el fructo, que son como la dura mater, y pia mater que cercan y guardan los sesos de nuestro celebro. Y cuasi lo mismo podemos decir de las nueces, que tambien nascen bien arropadas y guardadas de las injurias de los soles y aires.

Y porque algunos llevan fruta notablemente grande y pesada (como son los membrillos y los cidros) proveyó el Autor que las ramas ó varas de que esta fruta pende fuesen muy recias, como son las de los membrillos, con que los santos mártires eran cruelmente azotados. Y porque las cidras son aun mayores, proveyó que las ramas de que cuelgan, no solo fuesen recias y gruesas, sino que estuviesen tambien derechas, para que mejor pudiesen soportar la carga. Porque hasta en esto se vea cómo en ninguna cosa criada se durmió, ni perdió punto aquella soberana providencia y sabiduría del Criador.

Pues la hermosura de algunos árboles cuando están muy cargados de fruta ya madura, ¿quién no la ve? ¿Qué cosa tan alegre á la vista, como un manzano ó camueso cargadas las ramas á todas partes de manzanas, pintadas con tan diversos colores, y echando de sí un tan suave olor? ¿Qué es ver un parral, y ver entre las hojas verdes estar colgados tantos, y tan grandes, y tan hermosos racimos de uvas de diversas castas y colores? ¿Qué son estos, sino unos como hermosos joyeles, que penden deste árbol? Pues el artificio de una hermosa granada ¿cuánto nos declara la hermosura y artificio del Criador? El cual por ser tan artificioso no puedo dejar de representar en este lugar. Pues primeramente él la vistió por de fuera con una ropa hecha á su medida, que la cerca toda, y la defiende de la destemplanza de los soles y aires: la cual por de fuera es algo tiesa y dura, mas por de dentro mas blanda, porque no exaspere el fructo que en ella se encierra que es muy tierno; mas dentro della están repartidos y asentados los granos por tal órden, que ningun lugar, por pequeño que sea, queda desocupado y vacío. Está toda ella repartida en diversos cascos, y entre casco y casco se extiende una tela mas delicada que un cendal, la cual los divide entre sí; porque como estos granos sean tan tiernos, consérvanse mejor divididos con esta tela, que si todos estuvieran juntos. Y allende desto, si uno destos cascos se pudre, esta tela defiende á su vecino, para que no le alcance parte de su daño. Porque por esta causa el Criador repartió los sesos de nuestra cabeza en dos senos ó bolsas, divididos con sus telas, para que el golpe ó daño que recibiese la una parte del celebro no llegase á la otra. Cada uno destos granos tiene dentro de sí un hosecico blanco, para que así se sustente mejor lo blando sobre lo duro, y al pié tiene un pezoncico tan delgado como un hilo, por el cual sube la virtud y jugo dende lo bajo de la raiz hasta lo alto del grano; porque por este pezoncico se ceba él, y cresce, y se mantiene, así como el niño en las entrañas de la madre por el ombliguillo. Y todos estos granos están asentados en una cama blanda, hecha de la misma materia de que es lo interior de la bolsa que viste toda la granada. Y para que nada faltase á la gracia desta fruta, remátase toda ella en lo alto con una corona real, de donde paresce que los reyes toman la forma de la suya. En lo cual paresce haber querido el Criador mostrar que era esta reina de l

frutas. A lo ménos en el color de sus granos tan vivo como el de unos corales, y en el sabor y sanidad desta fruta ninguna le hace ventaja. Porque ella es alegre á la vista, dulce al paladar, sabrosa á los sanos, y saludable á los enfermos, y de cualidad, que todo el año se puede guardar. Pues ¿por qué los hombres que son tan agudos en filosofar en las cosas humanas, no lo serán en filosofar en el artificio desta fruta, y reconoscer por él la sabiduría y providencia del que de un poco de humor de la tierra y agua cria una cosa tan provechosa y hermosa? Mejor entendia esto la Esposa en sus cantares (*l*), en los cuales convida al esposo al zumo de sus granadas, y le pide que se vaya con ella al campo para ver si han florescido las viñas y ellas.

Y porque aquí se hace mencion de las viñas, no será razon pasar en silencio la fertilidad de las vides. Porque con ser la vid un árbol tan pequeño, no es pequeño el fructo que da. Porque da uvas cuasi para todo el año, da vino que mantiene (*m*), esfuerza y alegra el corazon del hombre; da vinagre, da arrope, da pasas, que es mantenimiento sabroso y saludable para sanos y enfermos.

Por eso no es mucho que aquella eterna sabiduría (*n*) compare los fructos que della proceden á los deste arbolico tan fértil. Y el Salvador en el Evangelio (*o*) con él tambien se compara, hablando con sus discípulos, y diciendo: Yo soy vid, y vosotros los sarmientos. Por donde así como el sarmiento no puede fructificar si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no estuviéredes en mí.

Y aunque este árbol sea tan pequeño, y no pueda por sí subir á lo alto, no le faltó remedio para eso; porque dél proceden unos ramalicos retortijados, con los cuales se prende en las ramas de los árboles, y sube cuanto ellos suben, especialmente cuando se juntan con árbol muy alto. En lo cual parece estar expresa la imágen de nuestra redempcion. Porque desta manera subimos los hombres (con ser criaturas tan bajas, si nos comparamos con los ángeles), arrimándonos á aquel alto cedro del monte Líbano, que es Cristo nuestro redemptor, uniéndonos con él, no con los ramales de la vid, sino con lazos de amor, con los cuales (segun dice el Apóstol) resuscitamos con él, y subimos al cielo con él. Lo cual declara Sant Gregorio por estas palabras (*p*): No podia aquella alteza divina ser vista de nosotros, y por esto se abajó y postró en la tierra, y tomónos sobre sus hombros, y levantándose él, levantámonos todos juntamente con él, pues por el misterio de su encarnacion quedó la naturaleza humana (cuanto á este deudo y parentesco) sublimada y ennoblescida sobre los mismos ángeles.

§. IV.

De la utilidad de otros árboles, y fecundidad de semillas.

Y porque en la division de los árboles que arriba hecimos, entran los árboles estériles y silvestres, tambien es razon declarar en esto el cuidado de la Providencia divina; la cual, viendo cómo los hombres que tenian necesidad de mantenimiento para sustentarse, así la tenian tambien de casas para aposentarse y defenderse de las injurias de los tiempos, crió árboles muy acomodados para este fin. Porque así como ordenó que los fructuosos fuesen por la mayor parte bajos y aparrados (para que mas fácilmente se cogiese el fructo dellos), así quiso que los que crió para los edificios fuesen altos y muy derechos, como lo son los pinos reales, los altos robles, los álamos blancos, y otros semejantes; porque tales convenia que fuesen para los grandes maderamientos. Mas la otra infinita chusma de árboles silvestres sirve para pasto de muchos animales, que se mantienen de las ramas y cortezas dellos, y sirven tambien para el fuego, el cual nos es grandemente necesario, no solo para nuestro abrigo, sino tambien para nuestro mantenimiento, y para otros muchos oficios. En lo cual se ve que ninguna cosa hay tan vil y baja en los campos, que no sea necesaria para la provision de nuestra vida, que como es tan flaca, tiene necesidad de cuanto en este mundo se ve para que se conserve.

Y porque nada faltase á las necesidades y uso de la vida humana, crió aquella mano liberalísima otro género de árboles para otros usos diferentes de los pasados. Porque crió árboles aromáticos, como es el de la canela y el que llaman palo de águila, que es de suavísimo y muy saludable olor; y otros tambien de cuyas lágrimas procede el bálsamo en las partes de Oriente, y el ámbar en Africa y Egipto, que siendo lágrima de un árbol, viene á estar tan duro como una piedra: dentro del cual se ven pedacicos de hojas de árboles, ó animalicos que cayeron en él cuando estaba tierno.

Quiso tambien que los árboles silvestres se pudiesen domesticar y hacerse fructuosos con el arte del enjerir, como vemos que de los acebuches se hacen olivos fructuosos con este beneficio; y asimismo que fuesen capaces de remedio y medicina, los que algun defecto tuviesen. Desta manera (dice Sant Ambrosio) (*q*) que si majando la raiz del almendro amargo, le entremetieren un pedacico de pino, viene á hacerse dulce.

Otra cosa vemos en los árboles, que segun este mismo Sancto dice (*r*), es digna de admiracion; y es que hay en algunos árboles macho y hembra, como en la palma, que estando cerca de la palma que llaman macho, naturalmente inclina sus ramos hácia ella, y della reciben los dátiles la sazon y suavidad que tienen: por lo cual los labradores cuando el macho está léjos, cogen de los fructos dél, y pónenlos en la hembra, y con esta manera de remedio se sazona la fruta. Y muy mas comun y mas notorio es esto en las higueras, las cuales en muchas partes reciben de los cabrahigos (que son los machos), la suavidad y miel del fructo que producen; sin lo cual los higos salen inútiles y desmedrados. Y por esto usan los hortelanos de semejante artificio que el pasado, haciendo unos sartales destos higos machos, y poniéndolos en las ramas de la higuera, lo cual ellos llaman cabrahigar. Donde hay dos cosas de admiracion: la una que desta fruta de los cabrahigos salen unos mosquitos muy pequeños, los cuales tocando el ojuelo que el higo tiene en lo alto, le dan toda la sazon y miel que tiene en tanta abundancia, que á veces sale por ese ojuelo una brizna de la miel que está dentro. La otra es, que habiendo en una higuera millares de higos, ellos la cercan toda de tal manera, que ningun higo dejan de tocar, y hacerle este beneficio. Pues ¿quién no se maravi-

(*l*) Cant. 7. (*m*) Psalm. 103. (*n*) Eccli. 24. (*o*) Ioann. 15.
(*p*) Gregor. lib. 24. Moral. cap. 1. et 2. et lib. 27. cap. 11.

(*q*) Ambros. in Exam. lib. 3. cap. 13. (*r*) Eod. cap.

llará de la omnipotencia y providencia del Criador, que á un animalico tan pequeño diese tal virtud, que bastase para madurar y sazonar esta fruta con solo tocarla, y tal industria y providencia que ninguna dejase por tocar? En lo cual nos quiso el Criador enseñar, que todas las cosas tienen necesidad las unas de las otras, y que ninguna hay que por sí sola lo tenga todo; y asimismo que ninguna hay tan pequeña, que no tenga su virtud y propriedad. Por lo cual todo sea para siempre alabado el Criador, que todas las cosas hizo en número, peso y medida, y en todas se nos quiso dar á conoscer.

Mas al fin desta materia no es razon echar en olvido el cuidado que la divina Providencia tuvo de la conservacion de las especies de todas las cosas corruptibles, y especialmente de las plantas. Para lo cual proveyó dos cosas: la una, que fuese tanta la abundancia de semillas que cada una de las plantas produjese, que nunca pudiese faltar semilla de que la tal planta otra vez se produjese. La otra fué haber puesto tan maravillosa virtud en cada semilla destas, que de un grano ó pepita muy pequeña nasciese una grande mata, la cual tambien produjese esta tan grande abundancia de semillas para su reparacion. Lo uno y lo otro verémos en un mostazo, de que el Salvador hace mencion en el Evangelio (*s*), el cual lleva granicos de mostaza en tanta abundancia como vemos; y cada granico destos despues de sembrado, produce otra planta cargada de millares dellos. Asimismo de una pepita de melon nasce una mata de melones, y en cada melon tanta abundancia de pepitas para reparar y conservar esta especie. Pues ¿qué diré de la pepita del naranjo sembrada? ¿Cuántas otras naranjas y pepitas lleva, y esto cada un año? Pues desta manera, ¿cómo han de faltar en el mundo las especies de las plantas teniendo tan copiosa materia para repararse, cuantos granos de semillas lleva cada una? En lo cual vemos cuán bien sabe Dios proveer lo que él quiere proveer. Y con este ejemplo podemos muy bien filosofar y entender cuán copiosa haya sido la redempcion que él nos envió, mediante el misterio de la encarnacion de su unigénito Hijo. Porque si tan copioso fué el remedio que proveyó para conservar las especies de las plantas, ¿cuán copioso sería el que proveyó para reparar y sanctificar la especie de los hombres? Lo cual no calló el Apóstol (*t*), cuando dijo que eran incomprehensibles las riquezas de gracia que trajo el Hijo de Dios al mundo. Ni lo calló el mismo Señor, cuando dijo (*v*): Yo vine al mundo para dar á los hombres vida, y muy abundante y copiosa vida.

Mas aquí darémos fin á la obra del tercero dia, cuando el Criador mandó á la tierra fructificar; mas no á las alabanzas y gracias que por este beneficio le debemos siempre dar, oyendo la comun voz de todas las criaturas, las cuales con el artificio de su composicion, y con el beneficio de su fructo nos están siempre diciendo: Dios me hizo, y para tí me hizo.

CAPITULO XI.

Preámbulo para comenzar á tratar de los animales, mayormente de los que llaman perfectos.

Otro grado de vida mas perfecto tienen los animales (mayormente los que llamamos perfectos) que las plantas de que hasta aquí habemos tratado, porque tienen sentido y movimiento; y cuanto estos son mas perfectos que las plantas, tanto nos dan mayor noticia del Criador, el cual tiene mayor providencia de las cosas mas perfectas. Y así hay libros de grandes autores y aun de reyes ilustres, los cuales maravillándose de la fábrica de los cuerpos de los animales, y mucho mas de las habilidades que tienen para su conservacion, se dieron á inquirir las naturalezas y propriedades de los animales. Aquel grande Alejandre, que no parece haber nascido mas que para las armas, en medio deste negocio que basta para ocupar todo el hombre, deseó tanto saber las propriedades y naturalezas de los animales, que mandó á todos los cazadores, y pescadores, y monteros, y pastores de ganado, y criadores de aves ó animales que habia en toda Grecia y Asia, que obedesciesen á Aristóteles, y le diesen noticia de todo lo que cada uno en su facultad supiese, para que él escribiese aquellos tan alabados libros de los animales. Y todo esto se hacia por un pequeño gusto, que la curiosidad del ingenio humano recibe con el conoscimiento de semejantes cosas. Era este ciertamente pequeño premio de tan gran trabajo. Mas ¿cuánto mayor lo es el que se promete al varon religioso en esta consideracion, pues por ella se levanta sobre las estrellas y sobre todo lo criado, y sube al conoscimiento de aquel soberano Hacedor, en el cual conoscimiento está gran parte de nuestra bienaventuranza? Y así, dice él por Hieremías (*a*): No se glorie el sabio en su sabiduría, ni el esforzado en su valentía, ni el rico en sus riquezas, sino en esto se glorie el que se quiere gloriar, que es tener conoscimiento de mí. Pues para este conoscimiento tan grande se ordena este tratado. En el cual si fuere mas largo de lo que conviene á teólogo (pues esta es propria materia de filósofos), no se me ponga culpa; pues yo no la trato aquí como filósofo, sino como quien trata de la obra de la creacion, que es propria de la teología, mayormente refiriéndose toda ella al conoscimiento del Criador. Tambien lo hice por ser esta materia mas suave y apacible al lector: el cual no podrá muchas veces dejar de maravillarse de la sabiduría y providencia de Dios, que en estas cosas singularmente resplandesce. Donde verá cosas al parescer tan increibles, que le será necesario recorrer á aquella memorable sentencia de Plinio, el cual dice á este propósito, que es tan grande la majestad de las obras de naturaleza, que muchas veces sobrepuja la fe y credulidad humana. Mas quien considerare que en todos los animales suple Dios la falta que tienen de razon con su providencia, obrando en ellos por medio de las inclinaciones y instinctos naturales que les dió, lo que ellos obraran si la tuvieran perfecta, no le será increible lo que en esta materia se dijere. Porque el que por sola su voluntad y bondad las crió, y quiso que permaneciesen en el sér que les dió, estaba claro (pues sus obras son tan perfectas) que les habia de dar todo lo que les era necesario para su conservacion, obrando él en ellos lo que para esto les convenia. Y así dice Sancto Tomas (*b*), que todos estos animales son instrumentos de Dios, el cual como primera y principal causa los mueve á todo lo que les conviene mediante aquellas inclinaciones y instinctos naturales que les dió, cuando los crió. Mas por cuanto arriba dijimos que no pára Dios en sola esta provision de los animales, sino pasa mas adelante á manifestar por este medio su gloria (la cual tanto mas perfectamente se descubre, cuanto mas y mayores maravillas en esto hace); por esto no debe nadie tener por increibles las cosas

(*s*) Matth. 13. Luc. 17. (*t*) Ephes. 3. (*v*) Joann. 10.

(*a*) Hierem. 9. (*b*) S. Thom. 1. 2. q. 1. art. 2.

que acerca desto se dijeren, pues así la causa eficiente (que es Dios), como la final (que es la manifestacion de su gloria), hacen todas estas obras tanto mas creibles, cuanto son mas admirables, y mayor testimonio nos dan de la gloria del Criador.

Sirve tambien para esta credulidad aquella memorable sentencia de Aristóteles, el cual dice, que las obras de los animales tienen grande semejanza con las de los hombres; porque lo que estos hacen para su conservacion, hacen tambien aquellos para la suya. Lo cual (dejados aparte otros infinitos ejemplos) prueba con el arte con que edifica su nido la golondrina. Porque como el albañil cuando quiere envestir una pared con barro mezcla pajas con el barro para trabar lo uno con lo otro, así tambien lo hace ella en la fábrica de su nido. Y así todo lo demas dél hace tan proporcionado á la creacion de sus hijuelos, como cualquier hombre de razon lo hiciera. Y segun la sentencia deste gran filósofo, cuanto las obras de los animales fueren mas semejantes á las de los hombres, tanto son por esta parte mas creibles; aunque á los que esto no consideran, parezcan mas increibles. A los hombres dió el Criador entendimiento y razon para que ellos se provean de todo lo necesario para su conservacion: aunque para esto sean infinitas cosas necesarias, porque la razon sola basta para descubrirlas y inventarlas. Mas con todo eso no está Dios atado á conservar la vida de los animales por este medio; porque sin él puede imprimir en ellos tales inclinaciones y instinctos naturales, que con esto hagan todo lo que hicieran si tuvieran razon, no solo tan perfectamente como los hombres, sino muy mas perfectamente. Porque mas ciertos son ellos, y mas infalibles, y mas regulares, y mas constantes en las obras que pertenescen á su conservacion, que los hombres en las suyas. Y aun pasan mas adelante dellos, así en el conoscimiento de sus medicinas, como en adevinar las mudanzas de los aires y de los tiempos, que los hombres no saben, sino aprendiéndolas dellos. Lo cual todo se verá en el proceso de lo que dijéremos. Pues en esto manifestó el Criador la grandeza de su poder y de su sabiduría y providencia; porque con ser innumerables las especies de los animales que hay en la mar, y en la tierra, y en el aire (que parescen mas que las estrellas del cielo), en ninguna dellas, por pequeña que sea, se descuidó ni en un solo punto; porque en todas ellas puso tantas y tan diversas habilidades y facultades para su conservacion, cuantas ellas son, que son cuasi infinitas. Pues ¿quién no quedará atónito considerando la grandeza de aquel poder, y de aquella sabiduría y providencia que tantas y tan grandes maravillas obró en tantas diferencias de criaturas, y lo que mas es, con una sola palabra?

Y para proceder en esta materia ordenadamente, primero tratarémos de las propriedades de los animales en comun, y despues descenderémos á tratar dellos en particular.

CAPITULO XII.

De las propriedades comunes de los animales.

Comenzando á tratar de las comunes propriedades de los animales, la primera cosa que nos conviene advertir en esta materia, es la perfeccion y hermosura de la divina Providencia, la cual ya que por su infinita bondad se determinó de criarlos para el servicio del hombre, por el mismo caso tambien se determinó de proveerles de todo aquello que fuese necesario para conservarse en ese sér que les dió, que es para mantenerse, para defenderse, para curarse en sus dolencias, y para criar sus hijos, sin que para cada cosa destas les faltase punto.

Pues para esto primeramente crió diversas diferencias de manjares proporcionados á todas las especies de los animales; de los cuales unos se mantienen de carne, otros de sangre, otros de yerba, otros de rama, otros de grano, y otros de gusanillos que andan por la tierra, ó por el aire. En lo cual es mucho para considerar la provision y recaudo desta soberana Providencia. Porque siendo innumerables las especies de los animales grandes y pequeños, y siendo tan diferentes los mantenimientos dellos, á ninguno por pequeñito y despreciado que sea, falta su proprio mantenimiento. Que es aquella maravilla que canta el Profeta (*a*), cuando dice, que el Señor da de comer á toda carne. Y en otro lugar (*b*): Da (dice él) su pasto y mantenimiento á las bestias, y á los hijuelos de los cuervos que lo llaman. Esto es aun mas admirable en las avecicas pequeñas, que no pascen yerba. Porque vemos en España por principio del mes de mayo (cuando no hay grano de trigo, ni de cebada, ni de linaza, ni de mijo en los campos) tanta abundancia de golondrinas así padres como hijos recien criados, que no hay iglesia, ni casa, ni aldea tan apartada, que no esté llena dellas. Y lo mismo podemos decir de los pajarillos que llaman pardales, pues apénas se hallará agujero de casa sin ellos. Callo otras muchas especies de avecillas deste tamaño. Pregunto pues, ¿de qué se mantienen tantas bocas de padres y hijos, en tiempo que aun no hay grano, como digo, en los sembrados? Cosa es esta cierto de que puedo maravillarme, mas no dar razon. Solo aquel Señor, que en este tiempo les proveyó de su manjar, sabe esto: dando en esto confianza á sus fieles siervos, que no les faltará en lo necesario para la vida, quien á las avecicas del campo nunca falta. Y con este ejemplo esfuerza él en su Evangelio nuestra confianza diciendo (*c*): Poned los ojos en las aves del aire, las cuales ni siembran, ni siegan, ni recogen el trigo en sus graneros, y vuestro Padre celestial les da de comer. Pues ¿no valeis vosotros mas que ellas, para que tenga él mayor cuidado de vosotros?

Pues para proveer á los animales de su manjar les dió el Criador todas las habilidades, y fuerzas, y sentidos que se requerian para buscarlo. Y comenzando por lo mas general, para esto primeramente les dió ojos para ver el mantenimiento, y virtud para moverse á buscarlo, con los instrumentos della, que son piés, ó alas, ó cosa semejante, como las alillas que tienen los pesces. Y todos ellos tienen los cuerpos inclinados á lo bajo, para tener mas cerca el mantenimiento. Y como haya muchos animales que se mantienen de la caza de los mas flacos, de tal manera el Criador fabricó los cuerpos, que en ellos tengan instrumentos con que se puedan defender de la violencia de los mas poderosos, porque no los consumiesen, y acabasen. Y así á unos dió lijereza de piés, á otros de alas, á otros armas defensivas (como son las conchas, y las que tienen los pesces armados, como es la langosta y el lobagante), y á otros ofensivas para contrastar á su enemigo, á otros astucia para esconderse en sus madrigueras y guarescerse en ellas; á otros vivir en manadas, para ayudarse de la compañía de muchos contra la fuerza de los pocos. Y porque los animales tienen

(*a*) Psalm. 135. (*b*) Psalm. 146. (*c*) Matth. 6.

tambien enfermedades como los hombres, proveyóles él de un natural instincto para curarse, y buscarse los remedios dellas.

Este mismo instincto les da conoscimiento de los animales que son sus enemigos para huir dellos, y de los que son enemigos de sus enemigos, y los defienden dellos. Y así la oveja huye del lobo, y no huye del mastin, siendo tan semejante á él. Dióles tambien otro instincto para conoscer las mudanzas de los tiempos que les han de ser contrarios, y repararse para ellos; y asimismo de la cualidad de los lugares que les son saludables ó contrarios, para buscar los unos y mudarse de los otros: como lo hacen las golondrinas, y otras muchas aves que van á tener los inviernos en Africa por ser tierra caliente, y los veranos en España, que es mas templada. Tienen tambien mucho cuidado de proveerse de mantenimiento en un tiempo para otro, como lo hacen las abejas que se dan priesa á hacer su miel en el tiempo del verano, para tener que comer en el invierno.

§. I.

De la vehemente inclinacion de los animales á su conservacion.

Y allende desto, así como la divina Providencia tuvo cuidado de la conservacion de las especies de las plantas (ordenando que fuesen tantas las semillas que dellas proceden, que nunca faltase materia de donde nasciessen), así tambien lo tuvo de la conservacion de las especies de los animales, á los cuales en cierto tiempo del año inclina la naturaleza con tanta vehemencia á esta conservacion de su especie, que nunca jamas en esto faltó, ni faltará. De lo cual no poco se maravillaron Platon en el Timeo, y Tulio en el libro de la Naturaleza de los Dioses, considerando cuán infalible, y cuán solícita es aquella divina Providencia en la conservacion de las cosas que crió; pues en todos los años diputó un cierto tiempo, en el cual los animales tuviesen estas inclinaciones tan vehementes: y acabado este tiempo, del todo cesasen, y volviesen á aquel reposo primero, y conversasen los machos con las hembras con toda honestidad y templanza. La cual templanza declara que en la naturaleza humana hubo corrupcion de pecado, pues tan léjos está de guardar esta ley.

Mas ¡cuán solícitos y cuidadosos son en la creacion de los hijos que engendran, esto es, en mantenerlos, y defenderlos, y ponerlos en lugar seguro, donde no reciban daño! Y aunque destos haya muchos ejemplos, no dejaré de referir uno. Parió una perra en un monasterio nuestro tres ó cuatro perrillos, los cuales por no ser necesarios mataron los religiosos, y arrojaron por diversas partes de una huerta. Mas la madre viéndose sin hijos, andaba todo el dia oliscando por toda la huerta hasta que finalmente los halló, y así muertos los volvió al mismo lugar donde los criaba. Viendo esto los religiosos arrojáronlos en un tejado alto, para el cual no parecia haber subida. Mas la grandeza deste amor natural dió ingenio á la madre para que saltando por una ventana en un tejadillo, y de aquel en otro, finalmente vino á dar en los hijos, y así volvió por los mismos pasos á traerlos á su primer lugar. En lo cual se ve claro, cuán perfecta sea aquella divina Providencia en todas las cosas, pues tanta fuerza de amor puso en los padres para la crianza de los hijos, cuando son chiquitos.

Y no ménos resplandesce esta Providencia en las aves, á las cuales dió mayor amor de los hijos, por haberles puesto mayor carga en la criacion dellos. Porque para la lijereza que les era necesaria para volar, no convenia tener ni la carga de la leche, ni de los vasos della. Por lo cual era necesario que para mantener los hijuelos, quitasen parte del mantenimiento que tenian para sí buscado con trabajo, y lo partiesen con ellos. De donde nasce que si tomais un pajarico del nido, y lo encerrais en una jaula, allí lo reconoscen sus padres, y por entre las verjas le dan su racion, y parten con él lo que para sí habian buscado. Y porque esto era mas dificultoso de hacer, proveyólas el Criador de mayor amor para vencer esta dificultad; porque este es el que todo lo puede y todo lo vence, el cual es para sí escaso, por ser piadoso y largo para el que ama. Por lo cual dijo Sant Bernardo (*d*): Amemos, hermanos, á Cristo, y luego todo lo dificultoso se nos hará fácil. Este amor se ve claro en una gallina que cria, porque con ser esta una ave muy tímida y desconfiada, si quereis llegar á los pollos que cria comienza á graznar, y engrifarse, y ponerse contra vos.

Y no ménos resplandesce aquí la divina Providencia en lo que quita, que en lo que da. Porque así como provee deste amor á todos los animales al tiempo del criar los hijos, para sufrir la carga de la crianza; así despues de criados, cuando ya pueden vivir por su pico, no hacen mas caso dellos que de las otras aves ó animales. Asimismo proveyó de aquel deseo tan encendido que sirve para la conservacion de la especie en cierto tiempo del año. Y pasada esta sazon, cesa todo aquel ardor, porque ya no es necesario. Asimismo á todos los animales proveyó de ojos con que viesen el mantenimiento, para que lo procurasen: los cuales no dió al topo, porque como se mantiene de la tierra, siempre tiene el manjar á la boca. Y no ménos ha lugar esto en las plantas, que en los animales, porque las cañas del trigo y de la cebada (como está dicho) tienen sus ñudos á trechos (que son como rafas en la tapicería), para poder sostener la carga de la espiga, de los cuales ñudos caresce el avena, porque no tiene carga. Esto con otras cosas semejantes nos declara, cómo no quiso el Criador que en todas sus obras hubiese cosa ociosa ó superflua, y que por aquí se entendiese, cómo no ménos se nos declara su providencia en lo que quita, que en lo que da.

Mas volviendo á la criacion de las aves, es mucho para considerar la habilidad que el Criador les dió para fabricar los nidos tejidos á manera de cesticos proporcionados á la medida de sus hijos, y dentro del nido ponen algunas pajicas ó plumillas blandas, para que los hijos aun tiernos no se lastimen con la aspereza dél. Pues ¿qué mas hicieran estos padres si tuvieran uso de razon? Y los hijicos por no ensuciar esta cama con los excrementos del vientre, pónense al canto del nido para purgarlo, y despues los padres lo echan fuera con el pico: el cual es maestro mayor, que solo basta así para la fábrica del nido, como para la limpieza dél.

Y porque algunas aves y otros animales hay muy seguidos de los cazadores, y flacos para defenderse, suplió la divina Providencia esta falta con notable fecundidad, para que así se conservase la especie, como lo vemos en las palomas y en los conejos, que casi cada mes crian, y tambien en las perdices, que ponen á veces veinte huevos. De donde nasce que habiendo para ellas tantos cazadores, siempre tienen que cazar por razon desta fecundidad.

(*d*) Bernard. sup. Cant. Serm. 85.

Tienen otrosí todos los animales armas ofensivas y defensivas, unos cuernos, otros uñas, y otros dientes; y los desarmados y tímidos tienen astucia y lijereza para defenderse de la violencia de los poderosos, como la liebre y el gamo, que como son los mas tímidos de todos los animales, así son los mas lijeros. Todos tambien conoscen el uso de sus miembros, como lo vemos en el becerrillo y en el jabalí pequeño, los cuales, ántes aun que les nazcan estas armas, acometen á herir con aquella parte donde han de nascer. Asimismo todos conoscen la fuerza de los mas poderosos, y así tiemblan las avecillas cuando suena el cascabel del gavilan. Todos otrosí conoscen el pasto que les es saludable, y el que les será dañoso; y usando del uno no tocan en el otro por mucha hambre que tengan. Este conoscimiento tienen los animales con el olor de las mismas yerbas que pascen. Ca este sentido de oler es mas vivo en los brutos que en los hombres. Para lo cual escribe Galeno una experiencia que hizo poniendo delante de un cabritillo recien nascido una escudilla con vino, y otra con aceite, y otra con migas, y otra con leche; mas el cabritillo oliendo cada una destas las dejaba, y en llegando á la de la leche luego comenzó á beberla. Desta manera pues la divina Providencia enseña á los brutos lo que sin estudio no alcanzan los hombres. Asimismo todos los animales tienen habilidad para buscar su mantenimiento, como lo vemos en el perrillo, que acabando de nascer, cerrados aun los ojos, atina luego á las tetas de la madre, y cuando no corre la leche, él la llama, apretando con las manecillas la fuente de donde nasce. ¿Qué mas diré?

Como el Criador vió que donde faltaba la razon, faltaba tambien habilidad para buscar el vestido y el calzado, proveyólos en nasciendo, y á muchos ántes que nazcan, de lo uno y de lo otro, á unos de plumas, á otros de cueros y pelos, á otros de lana, á otros de escamas, á otros de conchas: algunos de los cuales mudan cada año la ropa, mas á otros dura sin romperse ni envejecerse toda la vida. Y sobre todas estas providencias vemos que muchos animales sin poder hablar, tienen voces con que significan unas veces ira y braveza, otras mansedumbre, otras hambre y sed, otras dolor. Tambien las avecillas en el nido con el chillido significan la hambre que padescen, y con él solicitan á los padres para que les dén de comer.

§. II.

Para esta misma conservacion sirve tambien la fábrica y proporcion de los miembros, que les fuéron dados, como lo vemos en las grullas y en las cigüeñas: las cuales porque tienen las piernas largas, proveyóles el Criador de cuello alto, para que fácilmente alcanzasen el manjar de la tierra; y á las lechuzas que buscan su mantenimiento de noche, y á los gatos que en este mismo tiempo cazan, proveyó de una particular lumbre dentro de los mismos ojos, para que con esto las unas buscasen su mantenimiento, y los otros nos limpiasen la casa de noche, y librasen destos pequeños enemigos que nos molestan.

§. III.

De otras propriedades de los animales que manifiestan la divina bondad.

Tienen tambien todos los animales sus propriedades acomodadas á sus naturalezas, con las cuales se diferencian los unos de los otros, como lo refiere Basilio por estas palabras. El buey es fuerte y robusto, el asno perezoso, el caballo muy inclinado á la guerra, el lobo nunca se puede domesticar, la raposa es astuta, el ciervo temeroso, la hormiga laboriosa, el perro agradescido y reconoscedor del beneficio recebido, el leon es naturalmente furioso y enemigo de la compañía de los animales de su especie, porque como rey soberano deshónrase de ver en su compañía otros que sean tan honrados como él. Ni come el dia presente de lo que le sobra el dia pasado, y (como gran señor) siempre deja sobrado algo de lo que come. Y sobre todo dióle naturaleza instrumentos para dar un bramido tan terrible, que muchos animales, que lo vencen en lijereza, con solo este bramido caen muertos en tierra, y así los prende y caza. Y con toda esta tan gran fuerza que tiene, ha miedo de un raton; y mucho mas de un alacran, como dice Sant Ambrosio (*e*). Para que se vea que no hay cosa tan fuerte, que no tenga de que se pueda temer, ni cosa tan flaca, que alguna vez no pueda dañar: de donde nasció la fábula del escarabajo y del águila. El tigre es vehemente y corre con grande ímpetu; y así tiene el cuerpo liviano, que sirve para esta lijereza. La osa es perezosa, y astuta, y tardía; y así tiene el cuerpo pesado y disforme. Sobre todas estas cosas que son comunes á todos los animales, hay otra que grandemente declara no solo la providencia, sino tambien la bondad, la suavidad y la magnificencia del Criador. Porque no contento con haber dado sér á todos los animales, y habilidades para conservarlo, dióles tambien toda aquella manera de felicidad y contentamiento de que aquella naturaleza era capaz. Lo uno y lo otro declaró aquel divino cantor, cuando dijo (*f*): Los ojos de todas las criaturas esperan en vos, Señor, y vos les dais su manjar en tiempo conveniente. Esto dice por lo que toca á la provision del mantenimiento. Y añade mas: Abris vos vuestra mano, y hinchis todo animal de bendicion. Pues por estos nombres de hinchimiento y de bendicion, se ha de entender esta manera de felicidad y contentamiento, con que este Señor hinche el pecho de todos los animales, para que gocen de todo aquello que segun la capacidad de su naturaleza pueden gozar. Pongamos ejemplos. Cuando oimos deshacerse la golondrina, y el ruiseñor, y el sirguerito, y el canario cantando, entendamos que si aquella música deleita nuestros oídos, no ménos deleita al pajarico que canta. Lo cual vemos que no hace cuando está doliente, ó cuando el tiempo es cargado y triste. Porque de otra manera, ¿cómo podria el ruiseñor cantar las noches enteras, si él no gustase de su música, pues (como dice la filosofía) el deleite hace las obras? Cuando vemos otrosí los becerricos correr con grande orgullo de una parte á otra, y los corderillos y cabritillos apartarse dela manada de los padres ancianos, y repartidos en dos puestos escaramuzar los unos con los otros, y acometer unos y huir otros, ¿quién dirá que no se haga esto con grande alegría y contentamiento dellos? Y cuando vemos juguetear entre sí los gatillos, y los perrillos, y luchar los unos con los otros, y caer ya debajo, ya encima, y morderse blandamente sin hacerse daño, ¿quién no ve allí el contentamiento con que esto hacen? Ni ménos se huelgan los pesces en nadar, y las aves en volar, y el cernícalo cuando está haciendo represas, y contenencias, y batiendo las alas en el aire.

(*e*) Exaëm. lib. 6. cap. 6. (*f*) Psal. 144.

Pues por lo dichó entenderémos lo que quiso significar aquel gran Dionisio (*g*), cuando dijo, que Dios pretendia hacer todas las cosas semejantes á sí, cuanto lo sufre la capacidad y naturaleza dellas. Por donde así como él tiene sér, y bienaventurado sér, así quiso él que todas las criaturas (cada cual en su manera) tuviesen lo uno y lo otro. Y para esto no se contentó con haberles dado tantas habilidades para conservarse en su sér, sino quiso tambien que le imitasen en esta manera de bienaventuranza y contentamiento de que las hizo capaces. Pues ¿cuán grande argumento es este de aquella inmensa bondad y largueza, que así se comunica á todas sus criaturas y las regala? ¡Oh inmensa bondad! ¡Oh inefable suavidad! Si hiciérades, Señor, esto con las criaturas racionales, que pueden reconocer este beneficio y daros gracias por él, no fuera tanto de maravillar; mas hacerlo con criaturas que ni os conoscen, ni alaban, ni os han de agradescer este regalo, esto nos declara la grandeza de vuestra bondad, de vuestra realeza, de vuestra nobleza y de vuestra magnificencia para con todas vuestras criaturas, pues les dais de pura gracia todo aquello de que es capaz su naturaleza, sin esperar retorno de agradescimiento por ello. En lo cual nos dais á entender lo que tendréis guardado así en esta vida como en la otra, para los que os sirven y aman, pues tal os mostrais con las criaturas insensibles que no os conoscen. De todas estas maravillas está llena, Señor, la tierra, la mar y los aires: por donde con tanta razon exclama el Profeta real, diciendo (*h*): Señor nuestro, ¡cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra (*i*)! Y por esta misma causa dice, que todo este mundo dende el principio donde el sol sale, hasta el fin donde se pone, es el nombre del Señor digno de ser alabado; porque todas las cosas que vemos en él nos dan copiosa materia de su alabanza.

CAPITULO XIII.

De las habilidades y facultades particulares que tienen todos los animales para su conservacion.

En el capítulo pasado declaramos en general las habilidades y facultades que todos los animales, así los de la tierra como los del agua y aire, tienen para su conservacion. Agora descenderémos á mostrar esto en particular en todas estas especies de animales. Mas esto no será en todos (porque sería esta obra infinita, y de que han tratado muchos graves autores), sino lo que bastare para que á ojos vistas conozcamos la perfeccion y vigilancia de la divina Providencia. Para lo cual es de notar, que así como un grande escribano, que quiere asentar en una ciudad escuela de escribir, hace muchas diferencias de letras, unas de tirado, otras de redondo, otras de letra escolástica, otras de hacienda, otras quebradas, otras iluminadas, para mostrar en esto la suficiencia que tiene: así aquel artífice soberano (aunque la comparacion sea muy baja) declaró las maravillas de su providencia no de una manera, ni en un solo género de animales, sino en todos ellos, y en tantas y tan diferentes maneras, que ningunas escripturas hasta agora las han podido comprehender, mayormente que cada dia en nuevas tierras se descubren nuevos animales y nuevas habilidades y propriedades dellos, que nunca en estas nuestras tierras han sido conocidas.

(*) Mas aquí se ha de advertir que este nombre de conservacion, de que aquí usamos, comprehende mas de lo que suena. Porque debajo deste nombre entendemos primeramente las habilidades que los animales tienen para buscar su mantenimiento; y lo segundo las que tienen para su defension; lo tercero las que tienen para curar sus enfermedades y conservar su salud; lo cuarto las que tienen para la procreacion de sus hijuelos. Pues destas cuatro cosas tratarémos en particular; mas de tal manera, que como de paso tratarémos tambien de algunas que están annexas á ellas. Y tras destas descenderémos á tratar en particular de los animales pequeñuelos, como es la hormiga, el abeja, el araña, el mosquito y el gusano que hila la seda; porque en estos que parescen tan viles, dicen Sant Augustin, Aristóteles y Plinio (*a*), que resplandesce aun mas el artificio y cuidado de la divina Providencia que en los grandes. Y despues destos cinco tratados, añadirémos el sexto de otras propriedades de animales dignas de grande consideracion y admiracion.

Y en todas estas cosas mostrarémos la perfeccion de la divina Providencia, la cual ni en una jota, ni en un punto se descuidó, ni olvidó de todo lo que á todos estos géneros de criaturas era necesario para su conservacion. Y verémos tambien cómo todo aquello que estas criaturas hicieran, si tuvieran entendimiento y razon, suple él, como dijimos, dándoles inclinaciones y instinctos naturales para que hagan lo que hicieran si la tuvieran. Y aun pasa el negocio mas adelante; porque no solo alcanzan lo que pudieran si tuvieran razon, mas aun muchas cosas que exceden la facultad della, por ser necesarias para su conservacion. Y así conoscen las yerbas y medicinas con que se han de curar, y las mudanzas de los tiempos, que es de la lluvia, y de la serenidad, y de las tempestades de la mar ántes que vengan. Y así en esto, como en otras infinitas cosas, quiere él descubrirnos la perfeccion y artificio de su providencia, para que en todas las cosas criadas la veamos, y reconozcamos, y adoremos, y entendamos que en todas ellas asiste su presencia. Y por esto él hace tales cosas, que á muchos parecen increibles. Mas para que no lo sean las que en este libro contaré, advierto al cristiano lector, que ninguna escribiré en esta materia, que no sea tomada de graves autores, mayormente del Hexameron de Sant Ambrosio, de quien saqué la mayor parte de lo que aquí escribo. Y no es de maravillar que yo hurtase tanta parte dél, pues él tambien hurtó todo lo que escribió del Hexameron de Sant Basilio, poniendo en elegantísimo estilo latino lo que Basilio escribió en griego. Del cual Basilio escribe Gregorio, teólogo, su contemporáneo, que aunque en todas sus escripturas sea admirable, en esta lo fué tanto, que paresce, á modo de decir, que estaba al lado de Dios cuando criaba las cosas, entendiendo la razon, y el consejo, y artificio con que las criaba; porque así lo muestra él en esta obra que hizo de la creacion del mundo.

CAPITUTO XIV.

De las habilidades que los animales tienen para mantenerse.

La primera consideracion que tocamos de los animales, son las habilidades que el Criador les dió para mantenerse; pues ninguna cosa tiene vida, que no tenga su proprio mantenimiento con que la sustente, el cual oficio dura cuanto dura esa vida. Comencemos, pues, por la oveja y por el cordero su hijo, con quien tuvo por bien

(*g*) Dionys. Epist. 8. (*h*) Psalm. 8. (*i*) Psal. 112.
(*) Division de la obra.

(*a*) August. in Psal. 149. in med. tom. 8.

el Salvador de ser comparado (a), y con estos ayuntemos todos los animales que pascen yerba. Pues todos estos en una dehesa, donde nascen mil diferencias de yerbas, dellas saludables, y dellas ponzoñosas, y todas de un mismo color, conoscen por natural instincto las unas y las otras, y pascen las buenas y no tocan en las malas, aunque padezcan grande hambre, como ya dijimos (b): lo cual excede la facultad del entendimiento humano que esto no alcanza, mas no el divino que los gobierna. Y así escribe Sulpicio Severo en su diálogo de un sancto ermitaño que se mantenia de las yerbas del campo, el cual, como carescia deste conoscimiento, padescia grandes dolores del estómago por las malas yerbas que comia: tanto que á las veces dejaba de comer por no padescer tales dolores. Y como él pidiese remedio al Señor (por cuyo amor aquello padescia), envióle un ciervo con un manojo de yerbas en la boca, el cual echándolas en el suelo, apartó las malas de las buenas, y desta manera quedó enseñado el Sancto por el animal bruto, de lo que él por sí no pudiera saber. Tiene tambien otra discrecion la oveja con toda su simplicidad, que á boca del invierno se da gran priesa á comer con una hambre insaciable, aprovechándose de la ocasion del tiempo por no hallarse despues flaca y descarnada en tiempo del frio y de ménos pasto. ¡Oh si los hombres con toda su discrecion hiciesen lo que este simple animal sin ella hace, que es aprovecharse de la ocasion y aparejo que en esta vida tienen para hacer buenas obras, por no hallarse desnudos y pobres de merescimientos en la otra! Porque desta manera no les acaesceria lo que dice Salomon (c): Por amor del frio no quiso arar el perezoso; y por tanto andará mendigando en el tiempo del estío, y no habrá quien le dé.

El cordero tambien con ser animal no ménos simple que su madre, cuando entre toda la manada la pierde de vista, anda por toda ella balando; y ella con amor de madre le corresponde al mismo tono para que sepa adonde está, y él entre mil balidos de ovejas semejantes, reconosce el proprio de su madre, y pasando por muchas otras madres, déjalas á todas, porque á sola su madre quiere, y de sola su leche se quiere mantener. Y la madre otrosí entre muchos millares de balidos, y de corderos de un mismo tono y de un mismo color, á solo su hijo reconosce. El pastor muchas veces yerra en este conoscimiento; mas el cordero y la madre nunca yerran.

Hay tambien otra maravillosa providencia en la fábrica así deste animal como de todos los otros que rumían, como son bueyes, y cabras, y camellos, y otros tales: la cual es, que demas del buche, donde el pasto se digiere (que corresponde á nuestro estómago), tienen otro seno, donde se recibe el pasto de primera instancia, ántes que vaya al estómago donde se ha de digerir, y deste primero seno sacan el manjar que han comido, y de noche ó de dia, cuando reposan, lo llevan á la boca y lo están de espacio rumiando; preparándolo desta manera para enviarlo al buche donde se ha de cocer y digerir. Esto fué obra de la divina Providencia. Porque viendo que los dias del invierno son pequeños y las noches grandes, si estos animales juntamente pasciesen y rumiasen, sería poco el pasto de que gozarian. Pues por eso pascen de dia y rumían de noche, y desta manera no ménos le sirve la noche para su mantenimiento cuando rumían, que el dia cuando pascen.

(a) Isai. 53. (b) Cap. 12. §. 1. (c) Prov. 20.

Vengamos á las aves caseras que son mas conoscidas. El gallo anda siempre buscando algun grano para comer, y cuando lo halla, llama con cierto reclamo á sus gallinas, y como buen casado quita el manjar de sí, y pártelo con ellas. Lo cual no hace el capon, que guarda continencia; y por eso andando el gallo flaco, él está gordo y bien tratado, porque no tiene mas cuenta que consigo solo. Enseñándonos con esto la diferencia que el Apóstol pone entre los casados y continentes (d). Porque los buenos casados parten los trabajos y el tiempo entre Dios y el cuidado de sus mujeres; mas los buenos continentes, libres destas cargas y obligaciones, del todo se entregan á Dios, y por eso están mas aprovechados y medrados en la vida espiritual.

La gallina tambien que cria sus pollos, siempre anda con los piés escarvando en los muladares, y hallando algo, llama á gran priesa los hijuelos, y como buena madre ayuna ella por dar de comer á ellos. Y lo que mas es, una manera de reclamo tiene cuando los llama á comer, y otra cuando los llama para que se metan debajo de sus alas, y otra cuando los avisa que huyan y se escondan del milano cuando lo ve venir. Y ellos recien nascidos, sin doctrina y sin maestro, entienden perfectamente todos estos lenguajes (que nosotros no entenderíamos), y así obedescen á gran priesa á lo que por ellos se les manda. Y aun otra cosa noté, viendo echar de comer á una gallina con sus pollos, que si se llegaban los de otra madre á comer de su racion, á picadas los echaba de allí porque no le menoscabasen la comida de sus hijos. Pues ¿qué mas hiciera esta ave si tuviera razon? Porque parece que por la obra estaba diciendo: este manjar es de mis hijos, y cuanto mayor parte vosotros dél comiéredes, tanto menor les cabrá á ellos. Pues no tengo de consentir que hijos ajenos coman el manjar de los mios.

§. I.

De otras habilidades mas particulares de animales diversos.

Pasemos á otra cosa ménos conoscida y mas admirable, que cuentan Basilio y Ambrosio. El cangrejo es muy amigo de la carne de las ostras; y para haber este manjar, pónese como espía secretamente en el lugar donde las hay, y al tiempo que ellas abren sus conchas para recibir los rayos del sol, el ladron sale de la celada donde estaba: ¿y qué hace? Cosa cierto al parescer increible. Porque en el entretanto que él corre, no cierre la ostra sus puertas, y él quede burlado, arrójale ántes que llegue una piedra para que no pueda ella cerrar bien sus puertas, y entónces él con sus garras la abre y se apodera della. Pues ¿quién pudiera esperar de un tan pequeño animalejo tal industria? ¿Y quién se la pudiera dar sino aquel Señor que da de comer á toda carne, y da habilidad y arte para buscarlo? Pues ¿qué diré de las habilidades que para esto tiene la zorra? Aquí viene á propósito lo que dice Esaías (e): ¡Ay de tí que robas á otros! ¿Por ventura tú tambien no serás robado? El cangrejo hurta la carne de la ostra, y la raposa hurta la de ese cangrejo, y no con menor artificio. Testigo desto es un monte que hay en Vizcaya, que entra un pedazo en la mar, en el cual hay muchas raposas. Y la causa desto es la comodidad que ellas tienen allí para pescar. ¿Mas de qué manera pescan? Imitan á los pescadores de caña, y no les falta ingenio ni industria para ello. Porque meten casi

(d) 1. Cor. 7. (e) Esai. 33.

todo el cuerpo en la lengua del agua, y extienden la cola que les sirve allí de caña y de sedal para pescar. Y como los cangrejos que andan por allí nadando no entienden la celada, pícanla en ella: entónces ella sacúdela á gran priesa, y da con el cangrejo en tierra, y allí salta, y lo despedaza, y come. ¿Pues quién pudiera descubrir esta nueva invencion y arte de pescar? Mas no es esta sola su habilidad, porque tambien sabe proveerse de mantenimiento para otro dia. Porque despues de haber saltado en algun corral de gallinas, y muerto cuantas halla, y bebido la sangre dellas, hace un hoyo y entiérralas allí para tener provision para otro dia. Esto es muy notorio; mas no es lo que diré (aunque no venga tan á propósito) ya que hice mencion deste animal, el cual aunque malo y dañoso todavía descubre con sus astucias mucho de la divina Providencia, la cual paresce que nos quiso representar en él lo que él dice en el Evangelio (*f*): Que los hijos deste siglo son mas prudentes en sus tratos y negocios que los hijos de la luz. Tiene pues artificio este animal para despedir de sí las pulgas cuando le molestan. ¿Mas de qué manera? Toma en la boca un ramillo, y metiéndose en el agua de algun rio ó de la ribera de la mar, y retirándose del agua poco á poco hácia atras, las pulgas, huyendo de la parte del cuerpo que se está mojando á la que está enjuta, proceden desta manera, metiéndose ella poco á poco en el agua hasta llegar á ponérsele todas en la cabeza; la cual ella tambien de tal modo zabulle en el agua, que no le queda mas que los ojos y la boca fuera. Entónces saltando ellas en el ramillo que dijimos tener en la boca, suelta el ramo, y salta fuera del agua, libre ya de los enemigos que la fatigaban. Este artificio tan exquisito, ¿quién lo pudo enseñar á un animal bruto sino el Criador? Pues, Señor, ¿qué se os da á vos que las pulgas sean molestas á una zorra, pues ella es á nosotros tan molesta? Sí da mucho (dirá él); porque aunque se me da poco por ese animalejo, va mucho en que los hombres por este y por otros ejemplos entiendan cuán perfecta y cuán universal es mi providencia, pues no hay cosa tan pequeña á que no se extienda, y á que no provea de remedio, aunque sea tan pequeña como esa. Deste instrumento con que la zorra pesca se sirve tambien el raton en otra materia diferente. Porque mete el rabillo en el alcuza de aceite que halla, y despues lame lo que con este artificio tan ingenioso pudo sacar della.

Mas tornando á la materia de los alimentos, no es ménos admirable la manera en que se mantiene una cierta ave que monda los dientes del cocodrillo, entre los cuales se entremeten muchas briznas de la carne que ha comido, que le dan pena: y tal es la divina Providencia, que proveyó á este animal de un mondadientes, que es de una cierta avecilla, la cual abriendo él la boca, hace de un camino dos mandados, que es mondar á él los dientes, y mantenerse ella con lo que dellos saca. ¿Hay mas amorosa, mas regalada y compendiosa providencia que esta? ¡Oh admirable Dios en todas sus obras, el cual por tan extraño artificio provee á dos necesidades con una sola obra! Pues ¿qué diré de la manera que se mantienen unas aves que ven muchas veces los que navegan para la India Oriental? La cual es, que van siempre en seguimiento de otras, y recogen en el pico los excrementos de las que siguen, y con él se mantienen. ¿Quién pudiera creer esto si no lo viera? El nombre destas aves no pongo aquí, porque es conforme al manjar de que se mantienen.

(*f*) Luc. 16.

Pues ¿qué dirémos de las astucias de que el pulpo usa para buscar de comer? En el cual parece quiso el Criador representarnos las artes de los hombres que llamamos de dos caras, doblados, fingidos y disimuladores; porque este pesce viene á pegarse en alguna peña (*g*) que está en el agua, tomando el color della y encubriendo el suyo (*h*): entónces las sardinas y otros pececillos, como gente simple, engáñanse con aquel color mentiroso, y lléganse á él. Acude luego el traidor, y préndelas con aquellos sus ramales con que pesca. Y de aquí nasció el proverbio de los latinos, los cuales dicen que los hombres falsos y engañadores tienen las condiciones de pulpos.

Otra astucia refiere Tulio de una ave (*i*), aunque está acompañada con fuerza y violencia. Porque dice él que hay una ave, por nombre platalea, la cual busca su manjar persiguiendo las aves que se zabullen en el mar; y cuando ellas salen llevando algun pece en la boca, las muerde en la cabeza tan reciamente que les hace soltar lo que llevan, con lo cual esta ave se mantiene. Y de la misma ave escribe él, que hinche el buche de algunas conchas de la mar; y habiéndolas recocido en el buche, las viene á vomitar, y escoge dellas lo que es de comer. Mas otra cosa mas artificiosa refiere el mismo de las ranas marinas, las cuales se cubren con arena, y muévense junto al agua; y como los pececillos acometen á querer cebarse dellas, descúbrense luego, y préndenlos, y desta manera pescan y se mantienen. Lo cual todo nos declara la grandeza de aquella infinita sabiduría, que tantos modos supo y pudo inventar para mantener los animales que él crió.

Comun cosa y sabida es la que hace un sirguerito, el cual estando preso sobre una tabla, y teniendo colgados della dos cubos pequeñitos, uno con agua, y otro con el grano que ha de comer, cuando tiene hambre sube con el piquillo el que tiene la comida, y cuando quiere beber, levanta de la misma manera el que tiene el agua. Mas otra cosa vi yo mas artificiosa que está, porque el cubo del agua está vacío; mas en lo bajo está una arquilla llena de agua, y cuando él quiere beber, mete el cubillo en esta arquilla, y tantas vueltas le da con el pico, que finalmente coge agua, y entónces la sube á lo alto y bebe. Pues ¿quién no se maravillará? ¿Quién no dará gracias al Criador viendo en un tan pequeño corpecito una tal industria, que el Criador y la necesidad, maestra de todas las cosas, enseña?

Tambien el erizo con toda su pesadumbre sabe su artificio para bastecerse de mantenimiento. Porque hallando al pié de un manzano las manzanas caidas se revuelve en ellas, prendiéndolas con sus espinas, y así las lleva consigo, y dellas hace depósito para mantenerse. Y si alguno le quiere empecer, enciérrase dentro de sus puas, y así se guarece con ellas del enemigo.

Mas admirable es la facultad y artificio que tiene un pece que se llama tremelga, el cual sabe defenderse, y tambien mantenerse con dos propriedades extrañas que el autor de la naturaleza le dió. La una es que metiéndose debajo del cieno hace adormecer los pececillos que se llegan á él (que es lo que se suele decir de los brujos); entónces este brujo marino sale debajo del cieno, y apo-

(*g*) Ambros. in Exam. lib. 5. c. 8. (*h*) Ibidem. (*i*) Lib. 2 de natura Deorum.

dérase y mantiénese dellos. La otra habilidad no es ménos extraña. Porque siendo tocado con el anzuelo del pescador, tiene tanta virtud que por el sedal y por la caña sube hasta el brazo del pescador, y lo entorpece de tal manera, que él suelta la caña y el pece se va libre. En tanta variedad de cosas quiso el Criador mostrar su providencia.

No solamente los animales flacos, mas tambien los fuertes se ayudan de sus industrias y artificios para buscar de comer. Del tigre (á quien ni faltan fuerzas, ni armas, ni lijereza) refiere Eliano que se va al lugar donde hay abundancia de monas (de cuya carne es él amigo), y tiéndese en el suelo debajo de un árbol, á donde ellas suelen acudir, y pónese allí en figura de muerto, sin bullir consigo, ni parecer que respira. Ellas estando en lo alto del árbol recelándose dél, envían delante una espía, para que acercándose algun tanto á él, vean si está vivo ó muerto; mas con tal tiento, que no se fian dél. Después vuelve la espía segunda y tercera vez, acercándose algun tanto mas, hasta que del todo se persuade que está muerto. Y dando recaudo á las otras, descienden ellas sobre seguro, y saltan sobre él, triunfando alegremente de su enemigo. Entónces el muerto, viéndose cercado de la caza que esperaba, á gran priesa resuscita, y con dientes y uñas despedaza cuantas puede, y convierte sus fiestas en llanto, pagando ellas su loco atrevimiento.

§. II.

De los gatos, lobos y otros animales nocivos.

Deste mismo artificio usan algunos gatos, grandes cazadores, porque en una huerta que yo vi se extendia uno destos entre los árboles y las legumbres, y se estiraba y tendia de tal manera que parecia muerto, y allí perseveraba sin bullirse, esperando su ventura. Engañándose pues con esta figura las simples avecillas, llegábanse cerca dél sobre seguro, y entónces el ladron de un salto las apañaba y se las comia.

Y pues hice mencion del gato, tambien diré dél lo que cada dia vemos; mas no todos notamos en esto el cuidado de la divina Providencia, que en infinitas maneras se nos descubre. Crió ella este animal para que defendiese nuestras casas y despensas de los daños y molestias de los ratones. Y todos vemos las industrias y instrumentos de uñas y lijereza que para esto tienen; y sobre todo esto, como ya dijimos (*k*), ven de noche, que es el tiempo de su caza. Y porque siendo este animal necesario para lo dicho, fuera inconveniente oler mal la casa con la purgacion de su vientre, él busca para esto sus rincones mas apartados, y (lo que ninguno de cuantos animales hay hace) con las uñas cava la tierra, y cubre lo que purgó. Y para ver si está bien cubierto aplica el sentido del oler, y si halla que todavía huele mal, torna otra vez á escarbar y cubrirlo mejor. De modo que lo que Dios mandaba á los hijos de Israel (*l*) que hiciesen, cuando habitaban en el desierto, con una paletilla que traian consigo, hace este animal, sin tener esa ley, ni ejemplo de otro alguno que tal haga. Esto vemos cada dia, y no vemos el regalo de la divina Providencia para con el hombre, dando órden cómo tenga limpia su casa, y libre de mal olor. Porque ya que le hacia este beneficio en darle este cazador que le limpiase la posada, no se lo diese por otra parte con este tributo de ensuciársela.

(*k*) Cap. 12. §. 1. (*l*) Deut. 23.

Pues las astucias y asechanzas que el gato tiene para cazar y para hurtar, cada dia las vemos. Bien sabe él á veces quitar la cobertera de la olla que está recien puesta al fuego, y meter las garras, y sacar la carne, y huir con ella. Mas yo soy testigo de otra astucia que aquí diré. Andaba por cima del lomo de una pared en pos de una lagartija, la cual huyendo dél se metió debajo de una teja que acaso estaba allí boca abajo. ¿Qué hizo entónces? Hizo esta cuenta: si meto por aquí la mano, hame de huir por la otra boca de la teja. Pues yo acudiré á eso. ¿Mas de qué manera? Puso la una mano á la boca de la teja mas estrecha, y por la mas ancha metió la otra, y desta manera como por entre puertas alcanzó la caza que buscaba. ¿Pues qué mas hiciera si tuviera razon?

Extrañas son tambien las artes que tienen para mantenerse los lobos. Mas una sola contaré que escribe Eliano; la cual en parte responde á una cuestion que se suele poner, que es, ¿cómo hay tan pocos lobos pariendo la hembra muchos lobillos, habiendo por otra parte tantos carneros y corderos, no pariendo la oveja mas que uno, y matándose cada dia tantos para nuestro mantenimiento? Dice pues este autor, que cuando no tienen que comer los lobos, se junta una cuadrilla de muchos dellos, y andan corriendo al derredor como en corro unos en pos de otros, y el primero que desvanecida la cabeza cae, viene á ser manjar de todos los otros; y esta es la causa de haber ménos lobos, por comerse los unos á los otros. Donde se debe mucho notar el estilo de la divina Providencia; la cual impide por sus vias y caminos la multiplicacion de los animales que nos habian de ser perjudiciales y nocivos: como se ve en el parto del alacran, porque la hembra pare once huevos, de los cuales se come los diez y deja uno solo, el cual despues de nascido parece que no tiene tanta cuenta con el beneficio de la madre como con la muerte de sus hermanos: y así toma venganza della matándola y comiéndosela.

Ni es ménos ilustre testimonio de la divina Providencia lo que se cuenta de una ponzoñosísima culebra que se halla en el Brasil, que infaliblemente mata á quien muerde, si luego no se corta el miembro donde mordió. Lo cual ordenó así el Criador para que por el remedio de este peligro nos declarase este cuidado de su providencia; la cual señaladamente se conosce con los remedios que provee para nuestros males. Y el remedio deste es haber criado esta mala bestia con una manera de campanilla en la cabeza, para que el sonido della avise á los descuidados deste peligro. Pues ¿quién no reconosce aquí el cuidado de la divina Providencia, así en el remedio de nuestros peligros como en la diversidad de los medios que inventa para esto? Y de la víbora dice Sant Basilio que se rasga el vientre cuando pare. Y de la leona dice, que con sus uñas rompe tambien su vientre al tiempo del parto. Desta manera el Criador, por una parte conserva las especies de las cosas, y por otra da órden para que, como se suele decir, de los enemigos los ménos.

Mas dirá alguno (*m*): ¿Para qué crió él estas especies de animales enemigos de la naturaleza humana? Este era el argumento del Epicuro, que negaba la Providencia (como refiere Tulio) diciendo: Si Dios crió todas las cosas por amor del hombre, ¿para qué crió las víboras? A esto se responde, que en una perfecta república tam-

(*m*) Manichæi, contra quos Aug. de Gen. contr. Manich. lib. 1. cap. 16.

bien hay horcas, y cárceles, y azotes, y verdugos, para castigo de los malhechores; y no era razon que en la gran república de este mundo, en que preside Dios, faltasen verdugos ejecutores de su justicia. Y así castigó á los hijos de Israel (*n*) en el desierto, enviándoles serpientes que los mordiesen, porque ellos tambien mordian con lenguas de maldicientes á los ministros que Dios les habia dado. Y á los egipcios (*o*) castigó con langostas, y moscardas, y mosquitos que cruelmente los herian; y así crió grandes ballenas en la mar, y grandes y espantosos dragones en la tierra (de cuya grandeza tratan muchas historias). Lo cual hizo para mostrar la grandeza de su poder, y poner con ella pavor y miedo á los corazones humanos, y declararnos cuán grande mal sería venir á parar en las gargantas del dragon infernal, que con su cola trajo en pos de sí (*p*) la tercera parte de las estrellas del cielo.

Y volviendo al propósito del mantenimiento de los animales, vemos cuánta diversidad hay así en ellos como en las facultades que el Criador les dió para buscarlo. En lo cual maravillosamente resplandesce la sabiduría de su Providencia, porque si todos tuvieran un mismo manjar y una manera de habilidad para buscarlo, no pareciera esto cosa tan admirable; pero siendo tantas las diferencias de manjares, y tantas y tan diversas las facultades ó instrumentos de los miembros para buscarlos, es cosa que á cada paso está gritando y predicando el cuidado y la sabiduría désta summa Providencia, y provocándonos á la admiracion y reverencia della. Vemos pues que entre los animales unos buscan su manjar en la tierra, otros en el agua, y otros en el aire; y destos unos se mantienen de sangre, otros de yerba, otros de grano y otros de otras cosas sin cuento. Pues á todos ellos formó el Criador con tales cuerpos y miembros, que le sirviesen para buscar su manjar. Porque al leon, y al tigre, y á otros semejantes crió con dientes y uñas muy fuertes, y con lijereza para seguir la caza, y con ánimo esforzado y generoso para no temer los peligros, ni las fuerzas ajenas; como lo tiene el leon, de quien dice Salomon (*q*): El leon, que es el mas fuerte de las bestias, no teme el encuentro de nadie. Pues este con sus cachorros sale de noche, como dice el Salmo (*r*), bramando para robar, y pedir á Dios que le dé de comer. Y conforme á esta generosidad tiene esta propriedad, que como gran señor no come de la caza que el dia ántes le sobró. De quien escribe Eliano (*s*) que despues que por la edad está flaco y pesado, y así inhábil para cazar, sale con sus cachorros, y espéralos en cierto puesto, y ellos traen al padre viejo la caza que hallaron: el cual los abraza cuando vienen y les lame la cara en señal de agradescimiento y amor. Y despues deste amoroso recibimiento asiéntanse todos á comer de la caza. Pues ¿qué mas hicieran si tuvieran razon como los hombres? Y aun en esta piedad los sobrepujan; pues muchos hijos vemos muy escasos é inhumanos para con sus padres pobres y viejos. Lo cual no cabe aun entre animales fieros.

Resplandesce tambien el artificio de la divina Providencia en las habilidades é instrumentos que dió á las aves de rapiña para cazar y buscar con esto su mantenimiento. En las cuales es muy artificioso el pico, y muy diferente del de las otras aves mansas. Porque la parte superior dél es aguda y corva para hincar en la carne, y sacar los pedazos della; y la inferior es como una navaja, y viene á encontrarse y encajarse en la mas alta, y así corta y troncha lo que el pico de la parte superior levanta. Pues ¿quién podrá imaginar, que una cosa tan proporcionada y tan acomodada para este oficio se hizo acaso y no con grande artificio? Lo cual aun parece mas claro con la correspondencia de todas las otras facultades é instrumentos, que para esto sirven, como son las uñas tan agudas y recias para prender la caza, y tambien para retenerla, cerrándose las uñas delanteras con la trasera, para tenerla tan apretada que no se les pueda ir. Tienen otrosí gran calor en el estómago para que la hambre las haga mas codiciosas y lijeras para la caza. Tienen tambien un corazon animoso y confiado; pues un halcon zahareño en muy pocos dias se hace tan doméstico y tan fiel, que lo enviais á las nubes en pos de una garza, y le llamais y mandais que os venga á la mano, y así lo hace. Porque como el Criador formó estas aves no solo para que ellas se mantuviesen, sino tambien para que ayudasen á mantener y recrear al hombre (como lo hacen los azores), tales armas, y tal ánimo, y tal confianza les habia de dar. Y porque no dió esta al milano (aunque no le faltan armas y alas), abátese á los flacos pollicos, porque no tiene corazon para mas: representando en esto la bajeza de los hombres villanos y pusilánimes, los cuales siendo tan cobardes para con los que algo pueden, son cruelísimos para los que nada pueden, agraviando á los pobres, y manteniéndose de su sudor.

A los buitres tambien que se mantienen de carne, dió el Criador un maravilloso instinto (*t*) con que adevinan los estragos y muertes de hombres, de cuyas carnes se mantienen; y así siguen los ejércitos, sintiendo la matanza que ha de haber en ellos. Y (lo que es cosa mas admirable) de cincuenta millas huelen los cuerpos muertos, como dice el Comentador, libro segundo de Anima.

§. III.

Prosigue la misma materia.

En las cigüeñas nos representó el Criador una perfectisima imágen de piedad de padres para con sus hijos, y de hijos para con sus padres. Porque los padres, demas de mantener sus hijos en el nido (como hacen las otras aves), usan desta piedad con ellos, que cuando arde el sol de manera que podria ser dañoso á los hijuelos ternecicos, extienden ellos sus alas, en las cuales reciben los rayos del sol, y hácenles con esto sombra, siendo para sí crueles, por ser para los hijos piadosos. En lo cual nos representan aquellas piadosas entrañas y amor del Padre Eterno para con sus espirituales hijos, á quien el Salmista (*v*) atribuye esta misma piedad, diciendo que con sus espaldas les hará sombra, y recogerá y guardará debajo de sus alas. Y no ménos representan la grandeza de la caridad del Hijo de Dios, el cual recibió en sus sacratísimas espaldas los azotes que nuestras culpas merescian, pagando, como él dijo (*x*), lo que no debia. Pues esta caridad que tienen las cigüeñas para con sus hijos cuando son chiquitos, tienen los hijos para con sus padres cuando son viejos y inhábiles para buscar de comer. Porque pagan en la misma moneda el beneficio que recibieron, manteniendo sus viejos padres en el nido con todo cuidado. Y cuando es necesario mudarse para otra parte, los buenos y agradescidos hijos extendiendo

(*n*) Núm. 21. (*o*) Exod. 8. 9. 10. (*p*) Apocal. 8. et 12.
(*q*) Prov. 30. (*r*) Psal. 103 (*s*) Elian. lib. 2.

(*t*) Ambros. in Exam. lib. 5. cap. 23. (*v*) Psal. 35. 60. 62.
(*x*) Psal. 68.



sus alas toman á los viejos encima, y múdanlos para el lugar donde han de morar. En lo cual tambien nos representan la caridad y misericordia de aquel soberano Padre para con sus hijos, de quien el Profeta dice (*y*): Que así como águila extendió sus alas, y los trajo sobre sus hombros.

A las aves que se mantienen de grano ó de yerba, como á la gallina y otras tales, dióles los picos agudos, que les sirven no solo de comer con ellos, sino tambien de armas cuando pelean unas con otras; y los piés con dedos y uñas para escarbar con ellos, y desenterrar el grano debajo de la tierra. Mas por el contrario á las que buscan su manjar en el agua, como los cisnes, y ánades, y patos, dióles los piés extendidos, como una pala de remo, con que maravillosamente reman y nadan, estribándose con las plantas en el agua, y pasando con el cuerpo adelante. De donde el arte imitadora de la naturaleza aprendió á remar. Porque primero fuéron estos remos naturales que los artificiales. Formó tambien el pico de otra manera, no agudo, sino llano como una pala, y con unos dentezuelos como de sierra, para que los peces que son lisos y deleznables se entretuviesen y prendiesen en ellos.

A las aves que tienen las piernas grandes diéronsele tambien los cuellos grandes, para que fácilmente alcanzasen el manjar de la tierra. Y lo mismo se hizo con los animales que son altos de agujas (como son los camellos), á los cuales se dió el pescuezo grande para que pudiesen fácilmente buscar su pasto en la tierra (*z*). Y otra cosa noté en ellos, que teniendo los hombres y todos los brutos dos junturas principales en las piernas, una en las rodillas y otra en el cuadril del muslo, estos animales por ser muy altos tienen tres, repartidas de tal manera que parecen sus piernas como hechas de gonces: así las doblan y encogen para abajarse á recebir la carga, ó para tenderse en la tierra cuando quieren dormir. Mas porque el elefante es mucho mas alto, y no convenia darle pescuezo tan grande con que pudiese llegar á pascer (*aa*), diósele en lugar dél aquella trompa de carne ternillosa, de la cual se sirve como de una mano, no solo para comer, sino tambien para beber; porque es ella hueca por de dentro, y por ella agota un pilar de agua, y á veces por donaire rocía con ella á los circunstantes.

De la fábrica de las piernas deste animal se maravilla Sant Basilio, considerando cuán acomodadas son para sostener el peso de aquel tan grande cuerpo. Porque son como unas fuertes colunas, proporcionadas para sostener aquella tan grande carga, y en lo bajo de los piés no tiene coyunturas y repartimiento de huesos para mayor firmeza. De aquí es que los vemos en las batallas llevar sobre sí castillos de madera (que parescen torres animadas ó montes hechos de carne), y arremeter con toda esta carga con tan grande ímpetu en las haces enemigas, y pelear animosamente por los suyos. Y es cosa de admiracion ver, que con ser este animal tan grande y tan poderoso, viene á ser subjecto y obediente al hombre; de modo que si lo enseñamos, aprende, y si lo castigamos, sufre. En lo cual se ve haberlo Dios criado para servicio del hombre, por haber sido criado el hombre á imágen de Dios. Y con todo este servicio vive trecientos años y mas. Hasta aquí Basilio.

Tiene tambien una natural vergüenza, por la cual usa de la hembra en lugar escondido; y si acaso alguno por allí pasa, recibe tan grande enojo que lo hace pedazos. Y con todo esto tiene otros nobles respectos. Cuentan los que vienen de la India Oriental una cosa notable deste animal. Cuando él anda en celos está bravísimo. Yendo pues por una calle con este furor, encontró con un niño de teta, el cual tomó con la trompa, y púsolo encima de un tejado para librarlo del peligro. El cual niño lloraba y daba gritos por verse en aquel lugar. Entónces el elefante apiadado del niño, dió la vuelta, y tomólo con la misma trompa, y tornólo á poner en el mismo lugar donde estaba. Tan grande es el sentido que puso el Criador en este animal, porque así estaba mas hábil para el servicio del hombre. Otras cosas extrañas se cuentan dél, de que están llenos los libros de diversos autores, donde las podrán ver los que quisieren, porque para mi propósito lo dicho basta.

Al águila tambien, porque su naturaleza es volar en altanería como reina de las aves, que habita en lo mas alto, proveyó el Criador de una singular vista, para que de allí vea la caza de que se ha de mantener.

Y así dice della el mismo Criador al sancto Job (*bb*), que mora entre los peñascos y en los altos riscos, adonde nadie puede llegar, y dende ahí ve la caza que está en lo bajo. Ni le falta industria juntamente con la fuerza para la caza; porque si acierta á tomar una tortuga ó galápago, súbelo muy alto en las uñas, y déjalo caer sobre alguna piedra para que allí se le quiebren las conchas, y ella pueda despedazarlo á su salvo. Y aun se escribe, que por esta ocasion murió el insigne poeta Esquiles; porque siendo él calvo, y teniendo la cabeza descubierta, un águila, creyendo que era alguna piedra, dejó caer el galápago sobre ella, y desta herida murió.

Sirve tambien para el mantenimiento, no solo de las aves de rapiña, sino mucho mas de los hombres, la caza. Por donde aquel sancto Patriarca queria mas á su hijo Esaú (*cc*) que á Jacob, porque comia de la caza que él le traia. Y así queriendo darle su bendicion, le mandó que tomase su arco y su aljaba, y fuese á caza, y de lo que matase le hiciese una comida al modo que el mozo sabía, para que acabando de comer le diese su bendicion. Pues para esta caza sirven grandemente muchas diferencias de perros, que el Criador para esto crió, sin que los cazadores le dén por eso muchas gracias. Mas así como hay muchas diferencias de cazar, así las hay tambien de perros. Porque hay lebreles de hermosos cuerpos y generosos corazones, que acometen á las fieras; hay galgos no ménos hermosos y lijeros, que siguen las liebres; hay otros mas viles que toman conejos; hay mastines que sirven para la guarda de los ganados; hay sabuesos que con la viveza de su olor descubren las fieras, y las hallan despues de heridas; hay perdigueros que con el mismo olor hallan las perdices de tal manera, que no les falta mas que mostrarlas con la mano; hay perros de agua que nadando entran por las lagunas á sacar al ave que heristes, y os la traen á la mano. Pues todas estas especies de animales formó el Criador con estas habilidades para ayuda del mantenimiento de los hombres, demas de las aves de rapiña que tambien le sirven para esto. Porque ya que crió la caza para mantenimiento del hombre, tambien habia de proveer de instrumentos con que la pudiese cazar.

(*y*) Deut. 32. (*z*) Ambr. lib. 6. Examer. c. 5. (*aa*) Ambr. ubi sup.

(*bb*) Iob. 39. (*cc*) Genes. 25.

§. IV.

Lealtad admirable de los perros, y confusion de la ingratitud del hombre.

Mas ya que la necesidad del mantenimiento nos obligó á tratar de los canes, añadiré aquí otra cosa, la cual servirá no para todos, sino para solos aquellos que anhelan á la perfeccion de la vida cristiana, la cual vi representada tan al proprio en un lebrel, que no habia mas que saber, ni que desear. Porque en él vi estas tres cosas que diré. La primera, que nunca jamas por jamas se apartaba de la compañía de su señor. La segunda, que cuando alguna vez el señor mandaba á alguno de sus criados que lo apartasen dél, gruñia, y aullaba, y si lo tomaban en brazos para apartarlo, perneaba con piés y manos, defendiéndose de quien esto hacia. La tercera cosa que vi fué, que caminando este señor por el mes de agosto, andadas ya tres leguas ántes de comer, iba el lebrel carleando de sed. Mandó entónces el señor á un mozo de espuelas que lo llevase por fuerza á una venta que estaba cerca, y le diese de beber. Yo estaba presente, y vi que á cada dos tragos de agua que bebia, volvia los ojos al camino, para ver si el señor parescia. De modo que aun bebiendo no estaba todo donde estaba, porque el corazon, y los ojos, y el deseo estaban con su amo. Mas en el punto que lo vió asomar, sin acabar de beber, y sin poder ser detenido un punto, salta, y corre para acompañar á su señor. Mucho habia que filosofar sobre esto. Porque el Criador no solo formó los animales para servicio de nuestros cuerpos, sino tambien para maestros y ejemplos de nuestra vida: como es la castidad de la tórtola, la simplicidad de la paloma, la piedad de los hijos de la cigüeña para con sus padres viejos, y otras cosas tales. Mas volviendo á nuestro propósito, si el amador de la perfeccion tuviere para con su Criador estas tres cosas, que este animal tan agradescido tenia para con el señor que le daba de comer por su mano, habrá llegado á la cumbre de la perfeccion.

Entre las cuales la primera es, que nunca se aparte dél, sino que todo el tiempo (cuanto humanamente le sea posible) ande siempre en la presencia dél, de modo que ni jamas lo pierda de vista, ni pierda la union actual de su espíritu con él, haciendo á su modo en la tierra lo que hacen los ángeles en el cielo, que es estar siempre actualmente amando, y reverenciando, y adorando, y alabando aquella soberana majestad. Si esto hiciere, habrá llegado á la última perfeccion y felicidad de la vida cristiana. Esta perfeccion pedia Sant Augustin (*dd*) á nuestro Señor en una de sus meditaciones por estas devotísimas palabras: En tí, Señor, piense yo siempre de dia, en tí sueñe durmiendo de noche, á tí hable mi espíritu, y contigo platique siempre mi ánima. Dichosos aquellos que ninguna otra cosa aman, ninguna otra quieren, y ninguna otra saben pensar, sino á tí. Dichosos aquellos, cuya esperanza eres tú, y cuya vida es una perpetua oracion. Esta es pues la primera obra de perfeccion que nos enseña aquel animal, que nunca se apartaba de su señor.

La segunda es, que como este animal sentia tanto el apartamiento dél, así el amador de la perfeccion sentia mucho todo aquello que lo aparta desta felicísima union con Dios, como lo sentia el bienaventurado Sant Gregorio Papa: el cual (viendo que las ocupaciones del oficio pastoral le divertian algun tanto desta actual union con Dios), se lamenta y queja de sí mismo en el principio de sus diálogos, por estas palabras (*ee*): La miserable de mi ánima, lastimada con la herida de las ocupaciones que consigo trae el oficio pastoral, acuérdase de aquella vida quieta de que gozaba en el monasterio: cómo entónces tenia debajo de los piés todos los bienes desta vida, cómo estaba mas alta que todas las cosas que ruedan con la fortuna, cómo no sabia pensar mas que en las cosas del cielo, cómo deseaba la muerte, que á todos es penosa, por ir á gozar de la vida eterna. Veis pues aquí expresada la segunda cosa que este can nos representa, cuando aullaba y perneaba, porque le apartaban de su señor. Mas la tercera es la mas ardua, y en que está toda la fuerza deste negocio: la cual es, que así como este can renunció el gusto que recebia en el beber, por no perder un punto de la compañía de su señor, así el perfecto siervo de Dios ha de cortar por todos los gustos, y afecciones, y cuidados, y cobdicias, y negocios, y ocupaciones demasiadas que le fueren impedimento desta beatísima union, si no fuere cuando la obediencia, ó la necesidad de la caridad le obligare á ello, y aun en este tiempo ha de trabajar todo lo posible por no apartar los ojos del ánima de la presencia de su Señor. Esta tercera cosa muestra David (*ff*) que hacia cuando decia: Que habia renunciado su ánima todas las consolaciones de la tierra, y ocupádose en pensar en Dios, con cuya memoria habia recebido tan grande consolacion, que su espíritu desfallescia con ella. Esto es propriamente morir al mundo, para vivir á Dios: esto es dejarlo todo, para hallarlo todo en solo él. Y si esto hacia este can por un pedazo de pan, que recebia de la mano de su señor, ¿qué será razon hagas tú, hombre desconocido, por aquel Señor que te crió á su imágen y semejanza, y te conserva con el beneficio de su providencia, y te redimió con su misma sangre, y te tiene aparejada su gloria, si no la perdieres por tu culpa?

Y ya que en este capítulo señalamos todas las especies de canes, no puedo dejar de maravillarme de la suavidad y regalo de la Providencia divina en haber criado otra especie muy diferente de canes, que son perricos de falda: los cuales nadie puede negar haber sido criados por la mano del Criador. Porque dado caso que un individuo se engendre de otro individuo, como un can de otro can, mas tal ó tal especie de canes, ó de otros animales, sola la omnipotencia de Dios puede criar. Pues ¿qué mayor indicio de aquella inmensa bondad y suavidad, que haber querido criar esta manera de regalo de que se sirven las reinas y princesas, y todas las nobles mujeres? Porque este animalico es tan pequeño, que para ninguna otra cosa sirve de las que aquí habemos referido, sino para sola esta. De modo que así como él crió mil diferencias de hermosísimas flores, y perlas, y piedras preciosas (muchas de las cuales para ninguna cosa mas sirven que para recrear la vista, y darnos noticia de la hermosura del Criador); así crió esta especie de animalillos para una honesta recreacion de las mujeres. Porque como ellas hayan sido formadas para regalar y halagar los hijitos que crian, cuando estos les faltan, emplean este natural afecto en halagar estos cachorrillos. Los cuales tienen tanta fe con sus señoras, que no se quieren apartar dellas, y sienten mucho cuando van fuera de casa, y alégranse y hácenles grande fiesta cuando vuelven, y búscanlas por toda la casa cuando des-

(*dd*) August. Medit. c. 35. et 37.

(*ee*) Greg. in procem. Dialog. (*ff*) Psal. 76.

aparescen, y no descansan hasta las hallar. Por lo cual me dijo una muy virtuosa y noble señora, que una cachorrilla que tenia, la confundia, viendo que no buscaba ella con tanto cuidado á Dios como la cachorrilla á ella. Veía pues el Criador que el corazon humano no podia vivir sin alguna manera de recreacion y deleite; y porque esta inclinacion (que es muy poderosa) no lo llevase á deleites ponzoñosos, crió infinitas cosas para honesta recreacion de los hombres; porque recreados y cebados con ellas, despreciasen y aborresciesen todas las feas y deshonestas. Y con esto darémos fin á este primero capítulo del mantenimiento de los animales.

CAPITULO XV.

De las habilidades que los animales tienen para curarse en sus enfermedades.

Como los cuerpos de los animales sean compuestos de cuatro elementos, y tengan en ellos cuatro cualidades contrarias, que son frio y calor, humedad y sequedad, necesario es que sean mortales y subjectos á diversas enfermedades como los nuestros. Porque en destemplándose un poco la proporcion que entre sí tienen estas cuatro cualidades (en la cual consiste la salud), luego se sigue la enfermedad. Los hombres para remedio de sus dolencias tienen razon, y con ella han descubierto con muchos trabajos y experiencias la ciencia de la medicina. Mas como esta razon falte á los brutos, suplió esta falta aquella perfectísima Providencia, la cual aunque resplandezca mucho en todas las cosas que hasta aquí habemos dicho, pero mucho mas claramente se ve en esta; pues saben los animales por especial instinto de Dios mas de lo que los hombres han alcanzado con estudio y trabajo de muchos años; pues muchas enfermedades hay á que los médicos no han hallado remedio, y ninguna padescen los animales, para que no lo hallen, por ser guiados y enseñados por mejor maestro. Por lo cual no es de maravillar que ellos fuesen nuestros maestros en algunas medicinas que dellos aprendímos. La virtud de la celidueña para curar los ojos nos enseña la golondrina, la cual enseñada por su Criador, busca esta yerba para curar los ojos enfermos ó ciegos de sus hijuelos; y la del hinojo que sirve para lo mismo, aprendímos de las serpientes, que con ella curan los suyos. La medicina tan comun de los cristeles nos mostró la íbis, ave semejante á la cigüeña, la cual, sintiendo cargado su vientre, hinche el pico de agua salada, y este le sirve de cristel con que se purga. La sangría aprendímos del caballo marino, que en lengua griega se llama hyppopótamo, el cual sintiéndose enfermo, vase á un cañaveral recien cortado, y con la punta mas aguda que halla, sángrase (como refiere Plinio) en una vena de la pierna. Mas ¿qué remedio para no desangrarse del todo? Creo que todo nuestro ingenio no sabrá dar remedio á esto: mas sábelo este animal, enseñado por aquella summa Providencia que en nada falta. Porque vase á revolcar en algun cenagal, y el cieno que en la herida se le pega le sirve de venda para detener la sangre. Pues ¿qué otro maestro enseñó al puerco, estando enfermo, irse á la costa de la mar á buscar un cangrejo para curar su enfermedad? ¿Qué otro enseñó á la tortuga, cuando comió alguna vívora, buscar el orégano para despedir de sí la ponzoña? Y (lo que es mas admirable) ¿quién otro enseñó á las cabras monteses de Candía comer la yerba del díctamo para despedir de sí la saeta del ballestero? Si fuera para curar la herida, no me maravillara tanto: mas que haya yerba poderosa para despedir del cuerpo un palmo de saeta hincada en él, esto es obra del Criador, que quiso proveer de remedio á este animal tan acosado de los monteros.

Pero el perro (cuando está muy lleno de humor colérico) si no se cura, viene á rabiar; mas la divina Providencia que dél y de nosotros tiene cuidado, le enseñó una yerba que nasce en los vallados, la cual le sirve de muy fino ruibarbo; pues por ella despide por vómito cuanta cólera tenia. Y si recibe alguna herida, no tiene necesidad de mas emplastro que de su lengua; porque si con ella alcanza á lamerla, no ha menester mas zurujano. La comadreja, herida en la pelea que tiene con los ratones, se cura con la ruda: los jabalíes con la yedra. El oso, hallándose enfermo por haber comido una yerba ponzoñosa, que se llama mandragora, se cura comiendo hormigas. ¿Quién pudiera creer que un animal de tan grande cuerpo se pudiera curar con cosa tan pequeña, como son las hormigas? Mas en todas las cosas, por pequeñas que sean, puso el Criador su virtud, el cual nada hizo de balde. Ni al dragon (con ser animal tan aborrescible y dañoso) dejó sin medicina; porque sintiéndose enfermo, en lugar de ruibarbo se cura con el zumo de las lechugas silvestres. Y no es ménos dañoso ni fiero el leon pardo, el cual tiene por medicina el estiércol humano. Mas limpia medicina es la de las perdices, y grajas, y palomas torcazas, que se curan comiendo las hojas del laurel. Todo lo susodicho es de Plinio en el libro octavo.

De los perros dice Alberto Magno, que cuando sienten en sí lombrices, se curan comiendo el trigo en berza. Y él mismo dice, que la cigüeña sintiéndose herida, se pone orégano en la llaga, y así sana. Por estos ejemplos entenderémos que el Criador ninguna enfermedad de animales dejó sin remedio; pues todas sus obras son acabadas y perfectas. Las comunes yerbas con que se curan los hombres son agarico y ruibarbo; mas los animales para cada enfermedad tienen su propria yerba ó medicina; porque esta variedad de remedios descubre mas la sabiduría del protomédico del mundo. Ni tampoco es cosa nueva, sino muy cotidiana, buscar los gatos otras yerbas con que se purgan y alivian cuando se hallan cargados y dolientes.

El leon por sus grandes fuerzas (*a*), y el delfin de la mar por su gran lijereza, se llaman reyes; aquel de los animales de la tierra, y este de los peces de la mar. Y ambos ordenó la divina Providencia que tuviesen una misma medicina para curarse. Porque el leon cuando adolesce, se cura comiendo la carne del ximio de la tierra, y el delfin con otro linaje de ximio que hay en la mar. La osa tambien, como refiere Sant Ambrosio (*b*), cuando está herida busca una yerba, que en lengua griega se llama plomos, y con solo tocar la herida con ella, sana. Ni tampoco habia de faltar á la raposa medicina para curarse, pues tanto sabe en otras cosas: y esta, dice el mismo sancto (*c*), que es la goma del pino, con la cual cura su dolencia.

§. ÚNICO.

Del instincto especial para prevenir los peligros algunas aves y peces.

A este propósito de la medicina pertenesce la mudan

(*a*) Elianus, lib. 2. (*b*) Exam. lib. 6. c. 4. (*c*) Ibidem.

za de los lugares, que así las aves como los peces buscan para conservacion de su salud. En un cierto paraje de Portugal, vecino á la mar, que se llama nuestra Señora do Cabo, se junta por el mes de setiembre una gran muchedumbre de diversas avecillas, para pasar en Africa, á tener allí el invierno mas templado. Y por esta ocasion acuden allí los cazadores, y con poca industria toman gran número dellas. Y es cosa para notar, que como buenos y fieles compañeros se esperan unas á otras para hacer juntas aquella jornada. Y pasado el invierno, huyen de los calores de Africa, y vuelven á los aires mas templados de España.

Lo mismo hacen en su manera muchas diferencias de peces en la mar, mudando lugares, especialmente cuando van á desovar; porque para esto son necesarios mares, y cielos, y aires mas benignos. Y para esto se juntan y concurren de diversas partes muchas diferencias de peces, y todos caminan juntos, como un grande ejército, y van al mar Euxino, que está á la banda del norte, para pasar allí ellos con sus hijos el verano mas templado. Sobre lo cual exclama Sant Ambrosio diciendo (*d*): ¿Quién enseñó á los peces estos lugares y estos tiempos, y les dió estos mandamientos y leyes? ¿Quién les enseño esta órden de caminar, y les señaló los tiempos y términos en que habian de volver? Los hombres tienen su emperador, cuyo mandamiento esperan, y él envía sus edictos y provisiones reales, para que toda la gente de guerra se junte tal dia en tal lugar: y con todo esto muchos de los llamados faltan. Pues ¿qué emperador dió á los peces este mandamiento? ¿Qué maestro les enseñó esta disciplina? ¿Qué adalides tienen para andar este camino sin errar? Reconozco en esta obra quién sea el emperador, el cual por disposicion divina notifica á los sentidos de todos estos animales este su mandamiento, y sin palabras enseña á los mudos la órden desta disciplina, porque no solo penetra y llega su providencia á las cosas grandes, sino tambien á las muy pequeñas. Hasta aquí Sant Ambrosio.

El mismo Sancto (*e*) refiere otra cosa memorable, con la cual se declara mas esto que acabamos de decir, que es no haber cosa tan pequeña, que esté privada deste beneficio de la divina Providencia. Dice pues él, que el erizo de la mar, que es un pequeño pececillo, en tiempo de bonanza, por el instincto que le dió el Criador, conosce que ha de haber tormenta, y así se repara para ella. Mas ¿de qué manera? ¡Oh maravillosa virtud del Criador! Lástrase en este tiempo tomando una piedra en la boca para que no puedan tan fácilmente las ondas jugar con él de una parte á otra. Lo cual viendo los marineros, entendiendo por este pece lo que por sí no alcanzaban, se reparan ellos tambien, y aperciben las áncoras con todo lo demas para contrastar á la tormenta. Pues ¿qué matemático, qué astrólogo, qué caldeo puede así conoscer el curso de las estrellas y los movimientos y señales del cielo como este pececillo? ¿Con qué agudeza de ingenio alcanzó esto, ó de qué maestro lo aprendió? ¿Quién fué el intérprete de este agüero? Muchas veces los hombres por las mudanzas de los aires adevinan la de los tiempos, y muchas veces se engañan: mas este erizo nunca se engaña, ni son falsas las señales que lo mueven. Pues ¿por qué via alcanzó este pece tanta sabiduría, que adevine las cosas venideras? Pues cuanto este animalillo es mas vil, tanto mas nos declara que este conoscimiento le fué dado por la divina Providencia. Porque si ella es la que viste con tanta hermosura las flores del campo, si ella dió aquella tan grande habilidad á las arañas para tejer su tela, ¿qué maravilla es haber dado á este pececillo conoscimiento de lo que está por venir? Porque de ninguna cosa se olvida, ninguna hay que no provea. Todo lo ve aquel que todo lo provee. Todas las cosas hinche de su sabiduría, el que todas las hizo con summa sabiduría. Lo dicho es de Sant Ambrosio.

Bien sé que las aves tambien adevinan las tormentas: porque los cuervos marinos y las gaviotas, que huelgan naturalmente con el mar alto, adevinando la tempestad, como este erizo, se acogen á la playa, donde están mas seguras. Y las garzas tambien que huelgan con las lagunas de agua (de cuyos peces se mantienen), barruntan las grandes lluvias y tempestades del aire, de las cuales se libran volando sobre las nubes, donde está el cielo y aire sereno. Mas con todo esto hice mas caso del ejemplo deste erizo; porque cuanto este pececillo es mas vil, y mas artificioso el medio por donde se repara, tanto mas nos descubre la sabiduría y providencia del Criador: el cual quiere que en todas las cosas le veamos, y reverenciemos, y glorifiquemos, como lo hacen aquellos espíritus soberanos, que perpetuamente están alabando al Criador, diciendo que los cielos y la tierra están llenos de su gloria; porque todo cuanto en ellos hay, son obras de sus manos, testigos de su gloria, predicadores de sus alabanzas, y todas nos descubren la bondad, y sabiduría, y providencia suya, la cual es tan universal y tan perfecta, que á ninguna criatura por pequeña que sea falta; con lo cual nos convidan á amar, servir y glorificar al que por tantas vias se nos quiso dar á conoscer.

CAPITULO XVI.

De las habilidades y armas que los animales tienen para defenderse.

Dicho de la cura de los animales, síguese que digamos de las armas y habilidades que tienen para defenderse. Porque todos ellos generalmente tienen armas ofensivas y defensivas, y otras artes ó habilidades, que les sirven de armas, no de una manera, sino de muchas y diversas. Porque á unos proveyó el Criador de uñas, dientes, y picos revueltos; á otros de pezuñas, como las que tienen los caballos; otros tienen armas defensivas, como son las de algunos que tienen los cueros tan duros, que apénas los pasará un dardo; otros tienen conchas, como las tortugas y galápagos, y algunas serpientes, y dragones, y ballenas, y otras grandes bestias de la mar. Tales son las conchas de aquella gran bestia, que la Escriptura llama Leviatan, cuyas armas tan particularmente describe en el libro de Job (*a*) el mismo Señor que se las dió, diciendo: Su cuerpo es como un escudo de acero guarnescido con escamas tan juntas unas con otras, que ni un poco de aire entra por ellas. No hace mas caso del hierro, que de las pajas; ni del acero, que de un madero podrido. No lo hará huir ningun ballestero, y las piedras de la honda son para él una liviana arista, y los golpes del martillo son para él una paja liviana, y él hará burla de la lanza que viene por el aire blandiendo. Estas y otras armas dió el Criador á esta bestia fiera que allí nos representa, para mostrar, así en las cosas grandes como en las pequeñas, la grandeza de su poder y sabiduría.

(*d*) Ambr. lib. 5. cap. 10. (*e*) Eod. lib. cap. 9.

(*a*) Job. 41.

Mas en cuerpo pequeño son de extrema admiracion las armas defensivas que dió á la langosta de la mar y al lobaganto (porque estos nombres tienen en Portugal). Están estos peces vestidos de un arnes tranzado, hecho de una concha dura, y este tan perfectamente acabado, que en todas las herrerías de Milan no se pudiera hacer mas perfecto. Solos los ojos era necesario estar descubiertos para ver: mas encima de cada uno está por guarda una como punta de diamante labrado, para que nadie pueda llegar á ellos sin su daño. Y tiene mas otra ventaja á nuestros arneses, que es estar la concha de encima sembrada de abrojos y puntas agudas, para que ningun pece le pueda morder, sino lastimándose la boca. Y porque era necesario tener algun secreto lugar por donde despidiesen los excrementos, para esto tienen una compuerta tan ajustada y tan apretada, que ningun agua pueda entrar por ella. Y porque estas armas eran pesadas para la lijereza del nadar, suplió el Criador esta falta con darles doce remos, seis por banda, con los cuales maravillosamente cortan las aguas y nadan. Ni porque les dió estas armas defensivas, les negó las ofensivas; porque tienen dos brazos con dos tenazas al cabo dellos, que ellos abren y cierran á su voluntad, y con ellas prenden lo que quieren. Y porque nada les faltase de lo necesario, las dos piezas destas tenazas ó garras no son lisas, sino á manera de sierra tienen sus dientecillos, para que el pece que prendieren, no pueda escaparse dellas. Y con estas garras llegan el manjar á la boca, y comen de la manera que comemos nosotros, sirviéndose de las manos para esto: lo cual ninguno de los peces, ni aun de los otros animales hace (quitados los ximios aparte), porque todos los otros se sirven de sola la boca para comer ó pascer; mas este llega con las manos el manjar á la boca: lo cual vemos cada dia (no sin admiracion) en los cangrejos, que como son semejantes á ellos, comen de la misma manera.

Estos son los modos de que el Criador proveyó á muchos de los animales, así para cazar, como para se defender. Mas á los que no dió armas, dió lijereza para huir de los enemigos, como al ciervo, al gamo, y á la liebre. A otros dió singulares artes é industrias para escapar de los peligros, y dejar burlados sus adversarios y perseguidores, como á las raposas, que saben mil mañas para escapar, y no ménos á la liebre, que unas veces hurta el cuerpo al galgo que la persigue, otras con mayor artificio, cuando ve el enemigo cerca, levanta polvo con los piés para le cegar y hacer perder el tino. Mas ¿qué hace cuando ve caer el águila sobre sí? Tampoco le falta para esto industria, porque se empina sobre los piés, y levanta las orejas cuanto puede, y como el águila caza de vuelo, acomete á la parte del cuerpo que ve mas levantada; entónces ella incontinente la baja, y así escapa, venciendo por arte la fuerza del perseguidor, y mostrándonos por experiencia lo que dijo el Sabio (*b*): Mas vale la sabiduría que las fuerzas, y el varon prudente que el esforzado. Y en otro lugar (*c*): La ciudad del fuerte escaló el sabio, y destruyó toda la fuerza de su confianza.

Tiene tambien otra industria este animal, y es que entra de salto en la madriguera, por no dejar rastro para que se sepa su casa. Y de otra industria semejante usan tambien los animales fuertes y armados. Porque el oso, para que no se halle el lugar de su morada, usa deste artificio, que entra en ella volviéndose boca arriba, y andando de espaldas para no dejar señal de la huella de sus piés. Mas el leon le vence aun en esta industria; porque anda hácia atras, y á una parte y á otra, ya hácia bajo, ya hácia arriba, y parte desta huella cubre con polvo, para que con esta confusion de caminos, deje tambien confuso al cazador, para que no sepa atinar á do él mora y cria sus hijuelos. Pues si los fuertes se ayudan de arte é industria, ¿qué harán los flacos que no tienen otras armas? Así la perdiz no entra de vuelo en el nido, porque no sea conoscido, sino mucho ántes cae en tierra, y andando llega á él.

Finalmente, á todos estos animales desarmados proveyó el Criador de temor, el cual es madre de la seguridad. Porque este los hace andar solícitos huyendo de los lugares peligrosos, y buscando los seguros, como hacen los ciervos y gamos, que andan por los altos riscos y despeñaderos, levantadas las cabezas, para ver y oler cualquier cosa que los pueda dañar. Con lo cual tambien nos enseñan, que no ménos está la seguridad de nuestras ánimas en el temor de Dios, que la de sus cuerpos en el temor de los peligros. Por esto dice Salomon (*d*), que es bienaventurado el hombre que siempre vive temeroso; porque este temor lo hace solícito para hurtar el cuerpo á todas las ocasiones de los peligros. Y el Eclesiástico (*e*): Guarda, dice, el temor de Dios, y envejécete en él. Quiere decir: aunque seas criado viejo en la casa de Dios, y sea muy antigua y probada tu virtud, no por eso pierdas la compañía del temor.

§. I.

Del elefante, y industria en pelear de otros animales.

Cosa es de grande admiracion la que escribe Solino del elefante (*f*), el cual, viéndose muy apretado de los cazadores, quiebra los colmillos y déjalos en tierra para que dándoles el marfil que ellos buscan, le dejen con la vida, redimiendo su vejacion con una parte de su cuerpo para conservar el todo. Y el mismo autor, capítulo veinte y tres, dice otra cosa semejante á esta de otro animal, que en latin se llama castor, del cual parece que se derivó el nombre de castrado; porque este se castra con sus dientes, cuando se ve muy acosado y perseguido de los cazadores, dejando en tierra aquella parte de su cuerpo que ellos buscan, porque lo dejen de perseguir. Estas cosas parecerán increibles á los que no miran mas que á las habilidades que se pueden esperar de un animal: mas quien considerare que la divina Providencia gobierna los animales, y les da inclinaciones y naturales instinctos para todo lo que conviene á su conservacion y defension, nada desto tendrá por increible. Porque si dijimos que la divina Providencia suple en todos los animales la falta que tienen de razon, dándoles inclinaciones é instintos para que con ellos hagan lo que hicieran si la tuvieran, y vemos que todos los hombres que la tienen, consienten que se les corte un brazo, ó una pierna por conservar la vida, no es cosa increible querer perder estos animales una parte de su cuerpo por la misma causa.

Tampoco será increible lo que diré de la pelea que tienen entre sí el elefante y el unicornio sobre los pastos. Porque el unicornio, que tiene sobre la nariz un cuerno tan duro como hierro, habiendo de entrar en el desafío con el elefante, que es mucho mayor que él,

(*b*) Sapient. 6. (*c*) Prov. 21.

(*d*) Prov. 28. (*e*) Eccl. 2. (*f*) Cap. 38.

confiado en sus armas se apercibe para la pelea, aguzando aquel cuerno en una piedra para herir mejor con él. Y entrando en campo, como es mas pequeño que su contrario, méteselele debajo de la barriga, y con una estocada que le da con este cuerno, lo mata. Mas si por ventura yerra el golpe, el elefante, que es de mayores fuerzas, lo hace pedazos. Y con todo eso el elefante por la ventaja que reconosce en las armas del enèmigo, le teme grandemente. Sabida es y muy notoria en el reino de Portugal la pelea que hubo entre estos dos animales, en tiempo del Serenísimo rey Don Manuel. En la cual tuvo tan gran miedo el elefante á esta bestia, que determinó de valerse de sus piés huyendo. Y no viendo camino abierto para esto sino una gran ventana, que tenia una reja de hierro, dió en ella con tan grande ímpetu, que la derribó y por ella escapó. Esta es la verdad desta historia, y engáñanse los que la escribieron de otra manera.

Muy notoria es á los cazadores la pelea de los halcones con las garzas; mas no todos saben filosofar y contemplar la sabiduría del Criador, así en esta como en otras cosas. Es tan apacible esta caza, que muchos señores gastan mas de lo que sería razon en ella, sin acordarse que todo este gusto que compran con tan caro precio y cansancio, es querer gozar y ver las habilidades que la divina Providencia puso en estas aves: en las unas para acometer valerosamente, y en las otras para defenderse sabiamente. Sueltan pues los halcones contra esta ave: de los cuales unos no son mas que peinadores que la repelan, y otros matadores, que son los que la matan. Donde acaece una cosa de admiracion, y es, que en soltando de la mano el matador que está muy léjos della, adivina que aquel es el que la ha de matar, y luego comienza á graznar, y hacer el sentimiento que puede, por su muerte vecina. Y no por esto desmaya, ni deja de hacer cuanto puede para escapar con la vida. Y para esto hace otra cosa de no menor admiracion. Porque sintiendo que la carga del mantenimiento le es impedimento para volar, vomítalo, y descárgase dél, de modo que ven los cazadores los pececillos que ella habia comido, caer en tierra. Llegada pues la hora del postrer combate, cae como un rayo el halcon sobre ella; mas á ella no falta industria y armas para defenderse; porque revuelve el pico hácia arriba entre las alas, y si el halcon no es muy diestro, cuanto mas furioso viene á dar en ella, tanto corre mayor peligro de enclavarse en el pico della: y con esto acaece morir el que venía á matar, y pagar con su muerte la culpa de su osadía. Otras veces usa de otra industria, que es acogerse á alguna laguna de agua, si acaso la halla; porque el halcon es temeroso del agua, y así se guarece. Mas ¿quién enseñó á esta ave tantas artes é industrias? Quién la dijo que el halcon era temeroso del agua para acogerse y asegurarse en ella de su enemigo? Quién la hizo adevinar entre muchos halcones que le persiguen, el que la ha de matar, y esto en soltándolo de la mano? Quién le enseñó el alivianarse, despidiendo el manjar comido para volar mas lijero? Quién le enseñó esperar el golpe del enemigo con la punta del arma que el Criador le dió, que es como si dijese, si habeis de llegar á mí, ha de ser por la punta de la espada? Todas estas son obras de la divina Providencia, que no quiso dejar esta ave del todo desamparada de las armas é industrias necesarias para defenderse de su enemigo, y proveer con esto de una noble y honesta recreacion á los reyes y grandes señores. Mas á ellos pertenece cuando en esto se recrean, levantar los ojos al Criador, cuyas son estas cosas que los recrean y ejercitan, y proveer tambien que no se entreguen tanto á esto, que se olviden de las obligaciones de su estado y oficio: como se escribe del rey Antioco, cuyos vasallos se quejaban dél, que por darse mucho á la caza, no acudia á los negocios del reino.

Quiere nuestro Señor mostrarnos la grandeza de su sabiduría en infinitas diferencias de medios que ordena para un mismo fin. ¿Quién pensara que hay especies de yerbas que ayudan á pelear? En la huerta de un monasterio nuestro parecia á veces un escorpion; y un gato grande y animoso determinó pelear con él. Para lo cual se apercibió con la ruda, revolcándose mucho en ella. Y armado y confiado en estas armas vase á buscar al enemigo. Estando un religioso dende la ventana de su celda mirando este combate. Y despues de muchos encuentros de parte á parte, finalmente el gato tomando el escorpion entre las uñas en el aire, lo despedazó y mató.

A este propósito se cuenta otra cosa mas admirable. Hay en la isla de Ceylan unas culebras grandes que llaman de capelo, porque tal parece su cabeza y pescuezo: las cuales son tan ponzoñosas que en veinte y cuatro horas matan. Mas la divina Providencia, que para todas las cosas ordenó remedio, proveyó que en esta isla nasciese un árbol que sirve de triaca contra esta ponzoña. Porque solo el olor dél, y el vaho de quien lo ha comido, adormece esta bestia y la enflaquece. Por lo cual queriendo un animalejo de la hechura de una comadreja pelear con esta culebra, hártase de las hojas deste árbol, y avahándola con este olor, la adormece, y así prevalece contra ella. Usa tambien de otra singular industria, porque hace dos puertas en su madriguera, una boquiancha y otra angosta, y en la pelea huye á esta madriguera por la boca ancha, por donde entra la culebra en su alcance; mas entrando mas adentro, con la fuerza que lleva viene á embarazarse en la estrechura del agujero, dejando medio cuerpo fuera dél. Entónces el animalejo saliendo apriesa por la otra boca estrecha, salta sobre la culebra y córtala por el lomo. Aquí tenemos otro ejemplo de cuánto mas vale la industria que la fuerza, y otro argumento de cómo la divina Providencia no dejó cosa por pequeña que fuese, sin armas y sin remedio. Porque, ¿qué cosa mas vil y despreciada que un caracolillo? Este carece de ojos, mas no carece de armas defensivas; porque en lugar dellos tiene dos cornecicos muy delicados y muy sentibles, con los cuales tienta y siente todo lo que le puede ser dañoso. Y topando con alguna cosa que le sea molesta, luego se encoge y retrae en su casica, que es el reparo y acogida que le dió el que lo crió, conforme á su pequeñez.

§. II.

De la compañía que se hacen algunas aves para su defensa. Levanta el espíritu al conoscimiento y amor de su Criador.

A cada paso hallamos muchas maneras de armas y defensas en los animales, en los cuales el Criador trazó muchas cosas semejantes á las nuestras; mas lo que en nosotros hace el arte imperfectamente, en ellos hace la naturaleza perfectamente. Llevan los mercaderes sus mercadurías por la mar á otras tierras, y para navegar seguros de los cosarios, llevan en su compañía una armada de gente de guerra que los defienda. Pues una cosa

semejante á esta, como Sant Ambrosio refiere (*g*), hacen las cigüeñas, las cuales en cierto tiempo del año ayuntadas en una compañía, caminan hácia la banda de Oriente con tan grande órden y concierto, como iria un ejército de soldados muy bien ordenado. Y porque en este camino no faltan peligros de otras aves enemigas, ordenó la divina Providencia que hubiese otras aves amigas que les fuesen fieles compañeras de su camino, y las ayudasen á defender, que es una gran compañía de grajas. Y esto se entiende ser así, porque en este tiempo desaparecen estas aves de la tierra, y cuando tornan, se ven las heridas que recibieron en la defensa de sus amigas. Pues ¿quién, veamos, las hizo tan constantes y tan fieles en esta defensa, y mas á costa de sus heridas y sangre? ¿Quién les puso leyes y penas si desamparasen la milicia? Pues ninguna dellas volvió las espaldas ni dejó la compañía. Aprendan pues de aquí los hombres las leyes de la hospitalidad. Aprendan de las aves la fidelidad y humanidad que se debe á los huéspedes, á los cuales ellas no niegan sus peligros. Mas nosotros por el contrario cerramos las puertas á quien las aves dan sus mismas vidas: lo dicho es de Ambrosio.

De las cigüeñas pasemos á las grullas, que tienen otra manera tan admirable para librarse de los peligros, que por ser tan sabida, ha quitado su debida admiracion á una cosa tan admirable, que á no ser tan notoria, á muchos pareciera increible. Porque ¿quién pudiera creer que cuando van camino, y llegada la noche han de dormir y descansar, tiene una cargo de velar, para que las otras duerman seguras, y si se ofreciere algun peligro, las despierte con sus graznidos, para que se pongan en cobro? ¿Quién creyera que esta veladora (porque el sueño no la venza) tome una piedra en la mano, para que si por caso se durmiere, al caer de la piedra despierte? Y porque es razon que el trabajo se reparta por todas (pues el beneficio es comun de todas), cuando esta quiere reposar, despierta á otra con cierto graznido mas bajo, la cual sin quejarse que le cortaron el hilo del sueño, ni decir, por qué mas á mí que á cualquiera destas, succede en el oficio de la vela, y toma tambien su piedra en la mano, y hace fielmente el oficio de centinela el cuarto que le cabe.

Desta manera y con estas industrias proveyó el Criador á la seguridad destas aves. Mas ¿para qué fin esto? Arguyamos agora como arguye Sant Pablo sobre aquella ley en que Dios dice: No ates la boca al buey que trilla. ¿Por ventura, dice el Apóstol (*h*), tiene Dios cuidado de los bueyes? Claro está que esta ley no puso Dios por amor de los bueyes, sino por amor de los hombres. Pues así digo yo tambien: ¿por ventura tiene Dios cuidado de las grullas? Claro está que esta manera de providencia que tiene dellas, no es por ellas, sino por los hombres: porque con estas obras que tan claramente descubren ser él el autor dellas, les quiso dar á entender el cuidado de su providencia, y de aquellas tres virtudes que dijimos andar en su compañía, que son bondad, sabiduría y omnipotencia. Porque el conocimiento dellas es una de las cosas que mas mueve nuestros corazones á amar, temer, esperar, reverenciar y obedecer á tan gran majestad. En lo cual es mucho para sentir la ceguedad de nuestro corazon; porque andando nadando entre tantos avisos y beneficios de Dios, y entre tantas maravillas de sus obras, donde tan claramente se nos descubre, no lo conoscemos, ni reverenciamos en ellas (*i*). De manera que viendo no vemos, y entendiendo no entendemos, porque nos contentamos con ver solamente la corteza y apariencia de las cosas, sin inquirir el autor dellas. Y por no dar un paso mas adelante, dejamos de ver el Criador que está luego tras dellas. Pues ¿qué diré de tanta ceguera como esta? Diré que somos como los hijos de Israel (*k*) recien salidos de Egipto, á los cuales dijo Moysen, que habiendo visto tantos y tan extraños prodigios y milagros que Dios habia obrado por ellos, no habian tenido ojos para ver, ni oídos para oir, ni corazon para saber estimar y agradecer lo que Dios habia hecho por ellos. Lo cual pareció claramente, pues de allí á pocos dias de la salida de Egipto fabricaron aquel becerro, y lo adoraron por Dios. Tales parece que somos tambien nosotros; pues andando cercados por una parte de tantos beneficios de Dios, y por otra de tantos testimonios de su bondad y providencia, estamos entre tantas voces de sus criaturas, sordos, y entre tantos resplandores de su gloria, ciegos, y entre tantos motivos de sus alabanzas (cuantas son las criaturas), mudos.

Lo que todos sabemos destas aves susodichas, con otras cosas semejantes de que aquí habemos tratado, hacen argumento de ser verdad otra cosa no ménos admirable, que refiere Francisco Patricio de Sena en su libro de República. Donde dice, que en el monte Tauro suelen andarse muchas águilas. Y porque una banda de ánsares, que son grandes graznadores, hacen por allí camino en cierto tiempo del año, para no ser sentidos de las águilas, provéense de remedio. Mas ¿qué remedio? Toma cada cual una piedra en la boca, y esta los necesita á guardar silencio todo aquel camino. Parece esto cosa increible. Mas quien se acordare que hace esto mismo el erizo de la mar, cuando adivina la tormenta (como arriba dijimos), tampoco dejará de creer lo que estas aves hacen.

Otra cosa añadiré aquí, no sé si mas admirable que las pasadas, la cual refiere Plinio (*l*). Y la misma refiere Tulio en el primer libro de la Naturaleza de los Dioses, en el cual cuenta muchas cosas muy notables desta materia, pretendiendo declararnos por ellas la summa sabiduría del Hacedor. Dicen pues estos dos insignes autores, que hay una manera de concha en la mar, por nombre pina, en cuya compañía anda siempre un pececillo que se llama esquila, los cuales pescan y se mantienen de una extraña manera. Porque abre la concha sus puertas, en las cuales entran los pececillos que se hallan á par della, y como ella no ve, ni hace algun movimiento, crésceles con esta seguridad la osadía, y así entran unos y otros á porfía. Entónces la espía (que es aquel pececillo que dijimos) muerde blandamente á la concha ciega, dándole aviso que ya está segura la pesquería. Luego ella cierra y aprieta sus puertas, y con esto mata los pececillos que habian entrado, y parte con el compañero la presa, y así se mantienen ambos. Pues ¿quién no alabará aquí la divina Providencia, que desta manera proveyó de ojos ajenos á esta concha, y de mantenimiento á este pececillo, pagándole ella el trabajo de su servicio mas fielmente que los señores de agora pagan el de sus criados? Y quién no reconoscerá aquí la infinita sabiduría del Criador, que tantas y tan extrañas maneras de habilidades supo inventar para mantener sus criaturas, testificándonos por todas ellas la grandeza de

(*g*) Lib. 5. cap. 15. (*h*) 1. Cor. 9.

(*i*) Psalm. 113. (*k*) Deut. 29. (*l*) Plin. lib. 9. cap. 42.

su gloria, para que como á tal la reverenciásemos y adorásemos?

Acabo este capítulo suplicando á nuestro Señor nos dé aquella prudencia de serpientes, que él nos encomendó en su Evangelio (*m*): las cuales viéndose maltratar y herir, esconden la cabeza con toda la astucia que pueden, y ofrecen el cuerpo á los golpes, poniendo á peligro lo que es ménos, por guardar lo mas; y así defienden su vida. ¡Oh si los hombres hiciesen lo mismo, cuando se encuentran provechos del cuerpo con daños del ánima, que quisiesen perder lo ménos por guardar lo mas, consintiendo ántes padescer detrimento en el cuerpo corruptible, que tienen comun con las bestias, que en el ánima inmortal, que tienen semejante á los ángeles! Y asimismo que ofreciéndose ocasion, ó de perder á Dios, ó de perder la hacienda, quisiesen mas perder cuanto el mundo puede dar, que perder aquel que solo vale mas que todo, y sin el cual toda abundancia es pobreza, y toda prosperidad extremada miseria.

Otra astucia tambien se cuenta desta bestia, y es, que proveyéndole el Criador cada año de un vestido nuevo, y siéndole necesario despedir el viejo, ayúdase desta industria para ello, que se cuela por un agujero estrecho para despedirlo de sí. En lo cual tambien se nos da documento que el que quisiere despedir de sí el hombre viejo, subjecto á los apetitos de la carne, sepa que le conviene entrar por la puerta estrecha de la mortificacion de sus pasiones, y abrazar la cruz de la vida áspera y trabajosa; porque la naturaleza depravada, mayormente si está confirmada con la costumbre de muchos dias, no se puede vencer sino con grande dificultad: esto es, con ayunos, oraciones, vigilias, sanctas leciones, silencio, guarda de los sentidos, y uso de sacramentos, y otras cosas tales. Lo cual acabó con muchos hombres el Sancto Baptista, cuando saliendo del desierto espantó al mundo con la aspereza de su vida, y con el ejemplo de sus virtudes, y con el trueno de su predicacion, como lo testificó el Salvador cuando dijo (*n*): Dende los dias de Sant Juan Baptista el reino de los cielos padesce fuerza, y los esforzados son los que lo arrebatan.

CAPITULO XVII.

De las habilidades y facultades que la divina Providencia dió á todos los animales para la criacion de sus hijos.

La cuarta cosa que nos conviene tratar (segun la division que al principio propusimos) es de las habilidades que el Criador dió á todos los animales para la criacion y defension de sus hijos. En lo cual no ménos, sino mucho mas, resplandesce la divina Providencia, que en todo lo que hasta aquí se ha dicho dellos. Porque las habilidades susodichas principalmente sirven para la conservacion de los individuos; mas lo que toca á la criacion de los hijos pertenesce á la conservacion de la especie que los comprehende, que es mayor bien, pues precede el bien comun al particular; y la divina Providencia mas resplandesce en la gobernacion de las cosas mayores, que de las menores.

Pues la primera y principal cosa que ella para esto proveyó, fué un grande amor que los padres tienen á los hijos. Porque este les hace ayunar y trabajar por ellos, y ofrecerse á cualquier peligro, y aun á meterse por las lanzas por defenderlos. Y este mesmo amor hace que muchas aves, especialmente la gallina, que siempre huye del hombre, consiente llegar á ella cuando está sobre los huevos, por no dejarlos enfriar. Verdad es que en los peces no hallamos este amor; porque tienen otra manera de multiplicarse y conservar su especie, que es desovando: para lo cual buscan lugares convenientes, donde esto puedan hacer mas cómodamente (*a*). Con todo esto Sant Ambrosio hace mencion de algunos peces que paren hijos: entre los cuales refiere una cosa digna de notar, y es que un cierto pece destos, viendo los hijuelos en algun peligro, abre la boca y enciérralos dentro de sí, y pasado el peligro los vuelve tan enteros y sanos como la ballena que tragó á Jonas (*b*). Así que este amor de que hablamos, mas tiene lugar en los animales, y aun mucho mas en las aves, por la razon que arriba tocamos.

Con todo esto (como no haya regla sin excepcion), del avestruz dice el mismo Criador, hablando con el sancto Job (*c*), que carece deste amor, por estas palabras: Las plumas del avestruz son semejantes á las de un gavilan. Pues cuando esta ave deja sus huevos en la tierra, ¿serás tú poderoso como yo para calentarlos en el polvo y sacarlos á luz? No se le da nada que los huellen los piés del caminante, ó las bestias del campo los quiebren. Endurécense para con sus hijos como si no fuesen suyos; porque privó Dios esta ave de sabiduría, y no le dió inteligencia. Cuando es menester levanta las alas en alto, y hace burla del caballo y del caballero que va en él. Este ejemplo alegó el Criador para declarar mas el cuidado de su providencia. Porque cuando falta el amor y diligencia desta ave, él la toma á su cargo, y sin el beneficio y calor de la madre saca á luz los hijos que ella desamparó.

Semejante providencia á esta es la que tiene de los hijos de los cuervos recien nascidos. Porque como en este tiempo no les han aun nascido las plumas negras, el padre tiénelos por adulterinos, y así no los quiere mantener; porque no los reconosce por suyos hasta que los ve con plumas de su color. Pues en esta sazon la divina Providencia suple el oficio de padre y los mantiene. Lo cual tuvo el Profeta Real por tan grande argumento de la gloria de Dios, que la refiere entre las otras alabanzas suyas, diciendo (*d*): Que él es el que da á las bestias su proprio mantenimiento, y á los hijuelos de los cuervos que lo llaman.

Ni es menor providencia la que nos muestra en la criacion de los hijos del águila. De la cual cuentan algunos que enfadada del trabajo de la criacion dellos despide uno del nido. Mas aquel Señor que á nada falta, proveyó de otra ave, la cual toma á cargo la criacion de aquel noble hijo, hasta que él pueda volar y mantenerse por sí. Verdad es que Sant Ambrosio (*e*) no quiere conceder este desamor del águila, pues el Señor compara en la Escriptura el amor que tiene á sus spirituales hijos con el que esta ave tiene á los suyos, por tanto dice que la causa deste desecho es otra cosa digna de admiracion; la cual es que hace mirar sus hijuelos al sol de hito en hito, y el que halla tan flaco de vista que no sufre la fuerza destos rayos, desecha del nido como inhábil y ajeno de la nobleza real del águila: enseñando por este ejemplo el Criador á los padres nobles, el poco caso que deben hacer de los hijos que escurecen con sus malas costumbres la nobleza de su linaje.

(*m*) Matt. 10. (*n*) Matt. 11.

(*a*) Lib. 5. Hexamer. cap. 3. (*b*) Jonæ. 2. (*c*) Job. 39.
(*d*) Psal. 146. (*e*) Exam. lib. 5. cap. 18.

Tambien es notable la manera que el gavilan tiene de enseñar sus hijuelos á cazar. Despues que ellos están ya mas criados, y pueden servirse algun tanto de las alas, pónenles delante un pájaro medio peladas las alas, y ellos, aquejados de la hambre, van en pos dél; y esto hecho algunas veces, quedan ya habilitados para la caza cuando están vestidos de sus plumas.

§. I.

Prosigue la materia con un notable ejemplo de gratitud.

Y pues hecimos mencion del gavilan, no diré dél cosa nueva, sino muy sabida, mas poco ponderada y estimada de muchos. En las noches grandes y frias del invierno procura de cazar un pájaro, para tenerlo toda la noche en las uñas y calentarse con él. Ya esto es una providencia. Otra es, que amanesciendo él á la mañana con grande hambre (por haber sido la noche larga, y tener así él como todas las aves de rapiña, gran calor en el estómago, porque la hambre los haga cazar), teniendo el manjar en las uñas, no toca en él, sino suéltalo para que se vaya, por haber dél recebido aquel beneficio. Esta es otra providencia. La tercera es, que á la mañana, cuando va á buscar en que se cebe, no vuela por la banda que el pájaro voló, por no topar con él, sino por la contraria. Destas noblezas nasció el comun proverbio que dice: Hidalgo como un gavilan; y como á tal lo libran las leyes reales de pagar pecho, ó portazgo, así á él como á toda su familia (que son todas las aves que vienen en su compañía), aunque él llegue ya muerto. Pregunto pues agora: ¿qué mas hiciera en materia semejante un hombre noble, virtuoso y agradescido? Pues todo esto hace un gavilan; aunque no él, sino quien lo crió con tales respectos y noblezas, el cual no contento con habernos enseñado por sus Escripturas la condicion de la verdadera nobleza, tambien nos la quiso declarar por el ejemplo desta ave; la cual, padesciendo hambre, y teniendo el manjar en las uñas, de tal manera corta por sí, que no quiere agraviar al pajarillo de quien recibió aquel beneficio. No llegó aquí la nobleza del emperador Octaviano, tan afamado entre todos los emperadores romanos, pues por tomar venganza de su enemigo, otorgó la cabeza de M. Tulio, de quien habia recebido toda la autoridad y dignidad que tenia. Gloríense pues agora mucho los que descienden de casta de reyes ó emperadores; porque ¿qué hermosura puede haber en las ramas del árbol donde la raiz está tan dañada? Y ¿qué claridad en los arroyos donde la misma fuente está tan turbia? Resta luego que la verdadera nobleza está con el temor de Dios; porque donde este mora no ha lugar tacañería ni vileza.

La coneja, cuando ha de parir, hace la cama blanda para que los hijos tiernos no se lastimen. Para lo cual, de mas de algunas pajuelas que pone debajo, pélase los pelos de la barriga para poner encima. Pues ¿qué mayor caridad maternal que esta? Y cuando sale á buscar de comer, de tal manera deja cubierta la boca de la madriguera, que no se pueda fácilmente echar de ver. El lobo, con ser insaciable, si la hembra muere, él cria los hijuelos, sacando del buche lo que él ha comido, y partiéndolo con ellos.

Mas volviendo al propósito de la criacion de los hijos, para esto sirve la fábrica de los nidos que hacen para criarlos; la cual es tan medida y proporcionada para este efecto, que á Quintiliano paresció esto una especie é imágen de razon; mayormente considerando aquella camilla blanda que ponen encima del nido, para que los hijuelos recien nascidos y tiernos no se lastimen con la dureza del nido. Mas Aristóteles se espanta con mucha razon de la fábrica del nido de una golondrina. Y lo que bastó para poner admiracion á un tan grande filósofo, no basta para ponerla á nosotros, ó porque vemos esto cada dia, ó porque no tenemos ojos para saber mirar y ponderar las obras de Dios. Porque ¿quién pudiera creer si no lo viera, que un pajarillo tan pequeño hace un nido como de bóveda, arrimado á una pared, sin mas columnas que lo sustenten en el aire, y que mezcle pajas con el barro, para que fragüe la obra, como hacen los albañiles cuando envisten una pared para encalarla, y que demas desto busque algunas plumillas, ó otras cosas blandas, para que no se lastimen los hijuelos? Mas quiero que me digan agora los hombres que tienen razon, ¿qué medio podrá tener esta avecilla, cuando acertare á fabricar su nido en tierra donde no hay barro ni cieno alguno? De mí confieso que no lo pudiera inventar. Mas súpolo esta avecilla, porque la gobierna otro mayor entendimiento, que es el Criador; el cual le dió industria para hacer barro donde no lo hay. Porque para esto moja las alas en el agua, y revuélcase en el polvo, y desta manera hace barro; y con muchos caminos destos viene poco á poco á dar fin á su obra. La cual, como sabia, hace su nido dentro de nuestras casas, porque, como dice Sant Ambrosio (*f*), en este lugar tiene sus hijos mas seguros de las aves enemigas; y páganos el alquiler de las casas con su música y con servirnos de reloj para despertar por la mañana. Mas así en esto como en todo lo demas que aquí se trata, conviene repetir aquella sentencia del Apóstol (*g*): ¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes y de las golondrinas? Claro está que todo esto es querer él darse á conoscer á los hombres, para ser adorado y reverenciado dellos. Porque quien tuviere ojos para notar, así la fábrica de los cuerpos de todos los animales, como las habilidades que tienen para su conservacion, verá claro que todas ellas predican su sabiduría, y que cuantas son las criaturas, tantos son los testigos de su gloria.

§. II.

Especialísima providencia del Criador, y del matrimonio é industria de otros animales.

Pues no es cosa ménos admirable la que Sant Basilio y Sant Ambrosio (*h*) cuentan de una avecilla que se llama alcion. En la cual quiso el Criador mostrarnos mas á la clara la perfeccion de su providencia, y cómo en ninguna cosa falta. Para esto dió á esta avecilla una inclinacion de hacer su nido en el arena junto á la mar, y esto en medio del invierno. Pues ¿qué remedio para que no lo ahoguen las ondas de la mar cuando anda alterada? Alguno pudiera decir que se descuidó en esto la Providencia, pues dió inclinacion á esta ave que pusiese los huevos donde no podia conservarlos. Pues para que esto no se pudiese decir, ¿qué remedio? Hallólo el que lo podia dar, el cual, como señor de la mar, le puso mandamiento que dentro de catorce dias (conviene á saber, siete en que esta ave calienta los huevos, y otros siete en que los cria hasta que puedan volar) no se alterase ni levantase sus ondas; porque no se pudiese con verdad decir que faltaba un punto en la providencia de Dios.

(*f*) Exam. lib. 5. cap. 17. (*g*) 1. Cor. 9. (*h*) Eod. lib. cap. 13.

¡Oh admirable Señor en todas vuestras obras! ¡Oh cuán digno sois de ser reconoscido, y adorado, y reverenciado en todas ellas, y cuánto deseais que os conozcamos, pues tales liciones nos dais de vuestras grandezas y maravillas! ¿Quién no esperará de vos el remedio de todas sus necesidades, pues para unas tan pequeñas avecillas mandais á aquel tan furioso y tan gran cuerpo del mar Océano, que por todos estos dias esté quieto; los cuales tienen notados los marineros, y llaman estos dias alciones, y tienen prendas desta avecilla, que por todo este espacio que ella estuviere criando sus hijuelos los asegura de tormenta ?

Ni es para dejar de notar cómo todas las aves guardan una imágen de matrimonio, y se revezan y parten el trabajo en la criacion de los hijos; porque miéntras el uno está sobre los huevos, el otro va á buscar de comer; y cuando este vuelve, hace el mismo oficio, y el otro va á buscar tambien su comida. Esto vemos cada dia en las palomas zoritas que criamos en nuestras casas: las cuales (como dice Plinio) son tan fecundas, que paren diez veces en el año; y los hijuelos (como él mismo dice) al quinto mes pueden ya ser padres. Y acontesce muchas veces estar aun los hijuelos en el nido, y junto con ellos los huevos para otra criacion. Y siempre, dice él mismo, que ponen dos huevos, de los cuales uno sale macho y otro hembra, y el macho sale primero. En esta maravillosa fecundidad se ve cómo el Criador quiso proveer al hombre de mantenimiento. Por lo cual así á estas aves, como á las perdices y conejos, dió tanta multiplicacion de hijos; porque así por este medio, como por otros muchos, proveyese de mantenimiento al hombre; y así unos cazando ganasen su vida, y otros se mantuviesen con la caza.

Las vacas, cuando sienten peligro de alguna fiera, hácense todas una muela, y encierran dentro dellas los becerrillos; y ellas, vueltas las ancas á los hijos y los cuernos hácia fuera (que son las armas que el Criador les dió), están á punto de guerra para defenderlos. Lo mismo hacen las yeguas en semejante peligro para defender sus potricos; pero estas ponen las ancas hácia fuera, porque tienen las armas en los piés. Porque (como ya dijimos) cada animal conosce sus armas, y sabe usar dellas en cualquier peligro.

Vengamos al parto de los animales. Antes del parto se mantienen los hijos dellos en los vientres de las madres por la tripilla del ombligo, como los hombres, y no les falta instrumento para cortarla en pariendo; porque para esto se sirven de los dientes, con los cuales la cortan para despedirlos de sí, y con la lengua los lamen y alimpian de la inmundicia que del vientre sacan. Lo cual señaladamente hace la osa, que pare los hijos muy disformes, y ella á poder de estarlos lamiendo y relamiendo, les da la figura que tienen.

Ni faltan engaños, y adulterios, y hurtos en las aves como entre los hombres. Porque del cuclillo se dice que va poco á poco comiendo los huevos de alguna otra ave, y en lugar dellos va poniendo los suyos. De lo cual con su astucia saca dos provechos: el uno mantenerse de los huevos ajenos, y el otro ahorrar el trabajo de calentar y criar los suyos. Lo cual redunda en otros dos daños del ave robada, que es matarle sus hijos, y cargarle la crianza de los ajenos. Esta es la condicion de los ladrones y tirannos, que es buscar siempre su provecho con el daño de otro.

La perdiz tambien padesce otro agravio en la criacion de sus hijos no muy diferente del pasado, y muy semejante al de aquellas dos malas mujeres que contendian ante el rey Salomon (i); una de las cuales hurtó el hijo á la otra, diciendo que era suyo. Porque hay perdiz que hurta los huevos de otra perdiz, y los calienta, y saca, y cria por suyos. Mas aquí entreviene una tan grande maravilla, que si no la halláramos en el capítulo diez y siete de Hieremías (k), del todo pareciera increible, aunque sean muchos los autores que la escriben, como refiere Sant Hierónimo sobre este paso. El cual dice, que la perdiz hurta á otra sus huevos, y los calienta y cria. Mas como estos despues de ya grandecillos, oyen el reclamo de la verdadera madre que puso los huevos, dejan la falsa, y siguen la verdadera. ¿Quién pudiera creer esto, si el mismo autor desta maravilla no lo dijera en su Escriptura? El cual nos quiso aquí representar el misterio y fructo de la redempcion de Cristo, por cuyo merescimiento los hombres, que hasta el tiempo de su venida servian á los dioses ajenos, cuando oyeron la voz de su verdadero Padre, mediante la predicacion del Evangelio, dejaron los falsos dioses que adoraban, y acudieron á servir y adorar al verdadero Dios y Criador suyo.

En el pelícano tambien nos quiso representar el mismo misterio y beneficio. Porque dél se dice, que saca los hijos de los huevos muertos, y que hiriéndose el pecho con su pico, los resuscita rociándolos con la sangre que dél saca. Por lo cual lo tomó por divisa el rey de Portugal, Don Juan el II (que fué muy valeroso), declarándonos por este ejemplo la diferencia que hay entre el rey y el tiranno; porque este se mantiene de la sangre de los suyos, mas aquel da su vida y sangre por ellos. Lo que Eliano cuenta desta ave es que hace su nido en la tierra, y por esto usan contra él desta arte los cazadores, que cercan el nido de paja y pónenle fuego. Entónces acude el padre á gran priesa á socorrer á los hijos, pretendiendo apagar la llama con el movimiento de las alas, con el cual no solo no la apaga, mas ántes la enciende mas, y desta manera quemadas las alas en la defensa de los hijos, viene á manos de los cazadores, no extrañando poner su vida por ellos. Lo cual no ménos que el ejemplo de la perdiz nos representa la inmensa caridad del Hijo de Dios, el cual se ofreció á la muerte por redimir y reparar la vida de los hijos que él crió. Mas agora con la dulce memoria deste summo beneficio, darémos fin á este capítulo. Quien mas quisiere saber destas materias, lea á Aristóteles en los libros que escribió de la naturaleza de los animales, y á Plinio en los libros octavo, nono, décimo y undecimo, y á Eliano en los diez y seis libros que desta materia escribió. Mas esto poco habemos aquí tratado para enseñar al cristiano á filosofar en estas materias, y levantar por ellas el espíritu al conoscimiento y amor de su Criador, el cual si es tan admirable en sus criaturas, ¿cuánto mas lo será en sí mismo? Y si nuestro entendimiento tanto gusta de contemplar sus hechuras, ¿cuánto mas gustará de contemplar la infinita sabiduría del que las hizo; el cual sabe tanto y puede tanto, que en tanta infinidad de criaturas que carecen de razon, tales inclinaciones imprimió, que hacen sus obras tan enteramente como si tuvieran razon?

(i) 3. Reg. 3. (k) Hier. 17.



CAPITULO XVIII.

Como resplandece mas la sabiduría y providencia del Criador en las cosas pequeñas, que en las grandes.

Son tantas las cosas en que aquella inmensa majestad se quiso dar á conocer á los hombres, y resplandece en tantas cosas su providencia y sabiduría, que no solo en los animales mas grandes, sino tambien en los muy viles y pequeños, se ve ella muy á la clara. Lo cual dice Sant Hierónimo en el epitafio de Nepociano por estas palabras (*a*): No solamente nos maravillamos del Criador en la fábrica del cielo y de la tierra, del sol, del mar Océano, de los elefantes, camellos, caballos, onzas, osos y leones, sino tambien en la de otros pequeñitos animales, como es la hormiga, el mosquito, la mosca, y los gusanillos, y en todos estos géneros de animalillos, cuyos cuerpos conocemos mas que los nombres dellos; y no ménos en estas cosas que en las otras grandes veneramos la sabiduría y providencia del que las hizo. Pero á Sant Augustin mas admirable paresce el artificio del Criador en estas cosas pequeñas, que en las grandes. Y así dice él (*b*): Mas me espanto de la lijereza de la mosca que vuela, que de la grandeza de la bestia que anda; y mas me maravillo de las obras de las hormigas, que de las de los camellos. Y Aristóteles dice en el primer libro de las partes de los animales, que ningun animalico hay tan vil y tan despreciado, en el cual no hallemos alguna cosa divina, y de grande admiracion. Desto pone un singular ejemplo Plinio (*c*), maravillándose mas de la fábrica del mosquito, que de la del elefante. Porque en los cuerpos grandes (dice él) hay bastante materia para que el artífice pueda hacer lo que quisiere; mas en estos tan pequeños y tan nada, ¿cuán gran concierto, cuán gran fuerza, y cuánta perfeccion les puso? ¿Dónde asentó tantos sentidos en el mosquito? Dónde puso los ojos? Dónde aplicó el gusto? Dónde enjirió el sentido del oler? Dónde asentó aquel tan temeroso zumbido, y tan grande segun la proporcion de su cuerpo? ¿Con cuánta subtileza le juntó las alas, y extendió los piés, y formó el vientre vacío donde recibe la sangre que bebe? ¿Dónde encendió aquella sed tan grande de sangre, mayormente de la humana? ¿Con qué artificio afiló aquel aguijon con que hiere? Y con cuánta subtileza, siendo tan delgado, lo hizo cóncavo, para que por él mismo beba la sangre que por él saca? Mas los hombres maravíllanse de los cuerpos de los elefantes, que traen sobre sí torres y castillos, y de otros grandes y fieros animales, siendo verdad que la naturaleza en ninguna parte está mas entera, y mas toda junta que en los pequeños. Hasta aquí son palabras de Plinio, el cual con mucha razon se espanta de tantos sentidos como tiene un mosquito.

Mas especialmente causa mas admiracion hallarse en él ojos. Porque espántanse los anatomistas del artificio con que el Criador formó este sentido tan excelente, con que tantas cosas conoscemos. Pues ¿quién no se maravilla de que ese tan artificioso y tan delicado sentido haya formado el Criador en una cabeza tan pequeña como la del mosquito y de la hormiga? Tiene tambien muy vivo el sentido del oler, el cual experimentamos cada dia á nuestra costa. Porque estando el hombre durmiendo en una sala grande, cubierto parte del rostro con algun lienzo por miedo dél, viene él dende el cabo de la sala muy de espacio con su acostumbrada música y dulzaina, y acierta á asentárseos en la parte del rostro que está descubierta. Lo cual no es por la vista (porque la pieza está escura), sino por solo el olor, que tan agudo es.

Pues aun otra habilidad deste animalillo diré yo, que experimenté. Asentóseme uno junto á la uña del dedo pulgar de la mano, y púsose en órden como suele para herir la carne. Mas como aquella parte del dedo es un poco mas dura, no pudo penetrarla con aquel su aguijon. Yo de propósito estaba mirando en lo que esto habia de parar. Pues ¿qué hizo él entónces? Tomó el aguijoncillo entre las dos manecillas delanteras, y á gran priesa comienza á aguzarlo, y adelgazarlo con la una y con la otra, como hace el que aguza un cuchillo con otro. Y esto hecho, volvió á probar si hecha esta diligencia podria lo que ántes no pudo. Dicen del unicornio, que habiendo de pelear con el elefante, aguza el cuerno en una piedra; y esto mismo hace este animalillo para herirnos, aguzando aquel su aguijon con las manecillas. Todo esto pues nos declara cuán admirable sea el Criador, no solo en las cosas grandes, sino mucho mas aun en las pequeñas.

A este propósito sirve lo que Hugo de Sant Victor dice por estas palabras. Por muchas vias pueden ser las cosas admirables: unas veces por grandes, otras por muy pequeñas. Por grandes nos maravillamos de las cosas que exceden la cuantidad de las criaturas de su género. Y así nos maravillamos de los gigantes entre los hombres, y de las ballenas entre los peces, y del grifo entre las aves, y del elefante entre los animales, y del dragon entre las serpientes. Mas por pequeñas nos maravillamos de las que entre todos los otros animales son de muy pequeños cuerpos, como es la polilla, que roe los vestidos, el mosquito, y los gusanillos, y otros animalillos desta cuantidad. Mira luego de qué te debas maravillar mas, de los dientes del jabalí, ó de los de la polilla; de las alas del grifo, ó de las del mosquito; de la cabeza del caballo, ó de la langosta; de las piernas del elefante, ó de las del mosquito; del leon, ó de la pulga; del tigre, ó del galápago. En aquellas cosas te maravillas de la grandeza, aquí de la pequeñez. A estos pequeños dió el Criador ojos, los cuales apénas pueden ver nuestros ojos; y les dió todos los otros miembros é instrumentos que eran necesarios para su conservacion, con tanta perfeccion, que ninguna cosa vemos en los animales grandes, que no la hallemos en los pequeños. Lo dicho es de Hugo. Supuesto este fundamento, comenzarémos por un animal de los mas pequeños, que es la hormiga: en la cual, siendo tan pequeña, verémos cosas verdaderamente grandes.

§. I.

De la hormiga.

Despues de aquella general pérdida y desnudez que nos vino por aquel comun pecado, el principal remedio que nos quedó fué la esperanza en la divina misericordia, como lo significó el Profeta cuando dijo (*d*): En paz dormiré y descansaré seguro; porque tú, Señor, singularmente pusiste mi remedio en tu esperanza. Para esforzar esta virtud tenemos muchos y muy grandes motivos (de que no es agora tiempo de tratar), mas entre estos no pienso que mentiré, si dijere que no poco se esfuerza esta virtud con la consideracion de las habilida-

(*a*) Hieron. in Epitaph. Nepotiani, infra med. (*b*) De Gen. ad litt. lib. 3. cap. 14. tom. 3. (*c*) Plin. lib. 11. cap. 2.

(*d*) Psalm. 4.

des admirables que el Criador dió á un animalillo tan despreciado, tan vil y tan inútil, como es una hormiguilla: la cual, cuanto es mas pequeña, tanto mas declara el poder de quien tales habilidades puso en cuerpo tan pequeño. Porque primeramente siendo verdad que los otros animales comunmente no tienen mas cuenta que con lo presente, porque alcanzan poco de lo futuro y de lo pasado (como dice Tulio), pero este animalillo, á lo ménos por la obra, siente tanto de lo que está por venir, que se provee en el verano (como vemos) para el tiempo del invierno. Lo cual pluguiese á Dios imitase la providencia de los hombres, haciendo en esta vida provision de buenas obras, para tener de qué gozar en la otra, conforme á aquel consejo de Salomon (*e*), el cual nos amonesta que hagamos con toda priesa é instancia buenas obras, porque en la otra vida no hay el aparejo que en esta para hacerlas. Y por no hacer los hombres esto que las hormigas hacen, vienen despues á experimentar aquella profecía del mismo Salomon, que dice (*f*): El que allega en el tiempo del estío, es hijo sabio (*g*); mas el que se echa á dormir en este tiempo, es hijo de confusion; porque el tal se hallará confundido y arrepentido al tiempo de dar la cuenta. Así se hallaron confusas aquellas cinco vírgines locas del Evangelio (*h*); porque no proveyeron sus lámparas de olio con tiempo.

Mas tornando al propósito, esta es la primera habilidad de las hormigas. La segunda es, que sin mas herramienta ni albañil que su boquilla, hacen un alholí ó silo debajo de la tierra, donde habiten, y donde guarden su mantenimiento. Y aun este alholí no lo hacen derecho, sino con grandes vueltas y revueltas á una parte y á otra (como se dice de aquel laberinto de Dédalo), para que si algun animalejo enemigo entrare por la puerta, no las pueda fácilmente hallar, ni despojar de sus tesoros. Y con la misma boquilla que hicieron la casa, sacan fuera la tierra, y la ponen como por vallado á la puerta della.

Cuando van á las parvas á hurtar el trigo, las mayores como capitanes suben á lo alto, y tronchan las espigas, y échanlas donde están las menores, las cuales, sin mas pala ni trilla que sus boquillas, las mondan y desnudan, así de las aristas, como de las vainicas donde está el grano, y así limpio y mondado lo llevan á su granero, asiéndoló con la misma boca, y andando hácia tras, estribando con los hombros y con los piés para ayudar á llevar la carga. Para lo cual (como dice Plinio) tienen mayor fuerza, segun la cuantidad de su cuerpo, que todos los animales. Porque apénas se hallará un hombre que pueda caminar un dia llevando á cuestas otro hombre, y ellas llevan un grano de trigo, que pesa mas que cuatro dellas, y perseveran en llevar esta carga, no solo todo el dia, mas tambien toda la noche. Porque son tan grandes trabajadoras, que juntan el dia con la noche, cuando está la luna llena.

Mas ¿qué remedio, para que el trigo estando debajo de la tierra no nazca, mayormente cuando llueve? ¿Qué corte diera en esto un hombre de razon, presupuesto que el grano habia de perseverar en el mismo lugar? De mí confieso que no lo supiera dar; mas sábelo la hormiguilla enseñada por otro mejor maestro. Porque roe aquella punta del grano por donde él ha de brotar, y desta manera lo hace estéril é infructuoso. Hecho eso, ¿qué remedio para que la humedad (que es madre de corrupcion) no lo pudra estando debajo de la tierra mojado? Tambien saben su remedio para esto. Porque tienen cuidado de sacar al sol su depósito los dias serenos, y despues de enjuto lo vuelven á su granero. Y con esta diligencia muchas veces repetida, lo conservan todo el año. Otra admirable diligencia se escribe dellas; porque no solo se mantienen del grano, sino de otras muchas cosas, y cuando estas son grandes, hácenlas pedazos, para que así lás puedan llevar.

Otra cosa se escribe dellas admirable, y es, que cuando andan acarreando sus vitualias de diversos lugares, sin saber unas de otras, tienen ciertos dias que ellas reconoscen, en que vienen á juntarse como en una feria para reconocerse, y tenerse todas por miembros de una misma república y familia, sin admitir á otras. Y así acuden con gran concurso de diversas partes á esta junta, á reconocerse, y holgarse con sus hermanas y compañeras.

Son en gran manera amigas de cosas dulces, y tienen el sentido del oler tan agudo, que do quiera que esté, aunque sea una lanza en alto, lo huelen y lo buscan. Para lo cual tienen otra extraña habilidad: que por muy encalada y muy lisa que esté una pared, suben y andan por ella, como por tierra llana.

Y no dejaré de contar aquí otra cosa que experimenté, la cual me puso admiracion. Tenia yo en la celda una ollica verde con un poco de azúcar rosado; la cual por temor dellas (de que allí era muy molestado) tapé con un papel recio y doblado para mas firmeza, y atélo muy bien al derredor, de modo que no hallasen ellas entradero alguno; el cual saben ellas muy bien buscar por muy pequeño que sea. Acudieron de ahí á ciertos dias ellas al olor de lo dulce. Porque su oler es tan penetrativo, que aunque la cosa dulce esté bien tapada, la huelen. Venidas pues ellas al olor de lo dulce, y como buscadas todas las vias, no hallasen entrada, ¿qué hicieron? Determinan de dar un asalto, y romper el muro para entrar dentro. Y para esto, unas por un lado de la ollilla, y otras por la banda contraria, hicieron con sus boquillas dos portillos en el papel doblado, que yo tenia por muro seguro, y cuando acudí á la conserva (pareciéndome que la tenia á buen recaudo) hallé los portillos abiertos en él, y desatándolo, veo dentro un tan grande enjambre dellas, que no sirvió despues la conserva mas que para ellas. De modo que podemos decir, que ellas me alcanzaron de cuenta, y supieron mas que yo; pues vencieron con su astucia mi providencia.

Tienen tambien las hormigas muy limpio su aposento, así como las abejas, segun adelante dirémos. Para lo cual diré otra cosa no ménos admirable que la pasada, y es, que ellas solas entre todos los animales del mundo, entierran sus muertos. Y para esto (como escribe Eliano) fabrican en aquel su soterraño tres lugares distinctos: uno en que ellas moran, y otro que les sirve de despensa, en que guardan la provision de su mantenimiento, y otro que les sirve de cimenterio donde sepultan los muertos. ¿Quién creyera esto, si no se hubiera visto? De modo que (como refiere Plinio) entre cuantos animales Dios crió, solo el hombre y la hormiga entierran los muertos. Pues otra cosa añadiré á esta muy consecuente y proporcionada con ella (que refiere Eliano), la cual podrá dejar de creer quien quisiere, mas yo la creo, así por ser consecuente á la pasada, como por ser Dios el

(*e*) Eccles. 9. (*f*) Prov. 17. (*g*) Aug. in Psalm. 36. longè ante med. (*h*) Matt. 25.

que las gobierna, y el que quiso declarar mas en estos corpecillos las maravillas de su providencia. Cuenta pues este autor, que estando una vez un insigne filósofo, por nombre Cleantes, asentado en el campo, vió unas hormiguillas andar cerca de sí, y como filósofo y amigo de entender los secretos de naturaleza, púsose á considerar lo que hacian. Y vió que unas hormigas traian una hormiga muerta, y llegándose á la boca de un hormiguero que allí parecia, estuvieron un poco esperando con su defunto, hasta que salió una, y las vió, y tornóse para dentro, é yendo y viniendo algunas veces, finalmente vinieron otras; una de las cuales traia en la boca un pedazuelo de lombriz, y diéronlo á las que traian la hormiga muerta; y ellas entónces recebido el porte de su camino, se volvieron; y las otras reconociendo que la hormiga muerta era su hermana, y de su compañía, la recibieron y llevaron consigo para darle su acostumbrada sepultura en su casa, guardando la fe debida á los hermanos en vida y en muerte. Puso este caso tanta admiracion á este filósofo, que comenzó á dudar, si tenian razon y entendimiento los animales que tales cosas hacian. Mas á la verdad, entendimiento tienen; no suyo, sino de aquella soberana Providencia que en ninguna cosa falta, y en ninguna yerra, y en todas es admirable como lo es en sí misma.

No hay en este animalillo cosa que no nos esté predicando la sabiduría del que en tan pequeño cuerpo puso tantas habilidades. Mas no sé si entre tantas maravillas es mayor la fábrica de sus ojos. Porque todos los anatomistas confiesan que en toda la fábrica del cuerpo humano no hay cosa mas prima, ni mas subtil, ni mas admirable que la composicion de los ojos, que es un sentido nobilísimo, y muy preciado. Pues si es tan gran maravilla la fábrica de los ojos en el cuerpo de un hombre, ¿cuál es aquel poder y saber, que pudo fabricar dos ojos con tanto artificio en tan chiquita cabeza como es la de una hormiga? Cosa es esta que sobrepuja toda admiracion. Con este ejemplo consolaba el grande Antonio á Didimo, ciego, despues de haberle oido tratar las cosas de Dios con grande ingenio. Porque preguntado por él si sentia pena con la falta de la vista, y confesando él que sí, díjole el Sancto. ¿Por qué rescibes pena en carecer de ojos que tienen las hormigas, teniendo por otra parte aquellos ojos que tienen los ángeles?

Juntemos agora el fin con el principio deste capítulo, pues que tan gran motivo tiene aquí un cristiano para pedir á Dios el remedio de todas sus necesidades. Con cuánta confianza puede decir: Señor, que tantas y tan admirables habilidades distes á una hormiga para la conservacion de su vida (en que tan poco va), ¿cómo os olvidaréis del hombre, que vos criastes á vuestra imágen y semejanza, y hecistes capaz de vuestra gloria, y redemistes con la sangre de vuestro Hijo, si él no desmereciere este favor por estar atollado en el cieno de sus pecados? Si tanto cuidado teneis de las cosas menores, ¿cuánto mayor lo tendréis de las mayores? ¿Qué va en que la hormiga viva, ó deje de vivir? ¿Y cuánto mas va en que viva la criatura, á quien vos distes vida con vuestra sangre? Quite el hombre los pecados de por medio (porque estos son, como dice Esaías (*i*), los que ponen un muro de division entre Dios y él), y sepa cierto que tanto mayor cuidado tendrá Dios dél que de la hormiga, cuanto es él mas noble criatura que ella; porque no es Dios (como dicen) allegador de la ceniza, y derramador de la harina. Mayormente si considerare, que cuanto este Señor hace por la hormiga, no es por ella, sino por dar á conoscer al hombre su sabiduría y providencia, y esforzar con este ejemplo su confianza; así como con el de las avecillas, que ni siembran ni cogen, nos anima en el Evangelio (*k*) á poner en él esta misma confianza.

Mas aunque en todas estas cosas sea admirable la Providencia divina, mucho mas lo es, en que ninguna cosa hay tan pequeña, tan vil y tan despreciada, en que no resplandezca el cuidado desta providencia. ¿Qué cosa mas vil, que un piojuelo? Pues á este le dieron sus piés delanteros y traseros, y su boca, con que chupa la sangre de nuestros cuerpos, y se mantiene della, y busca las costuras de la vestidura, para estar en ellas mas escondido y abrigado. Y lo que mas espanta es, que este tambien pone sus huevos como cualquiera ave, que son las liendres, las cuales con el calor de nuestros cuerpos vienen á animarse, como los huevos de las otras aves con el calor natural de las madres, y á veces con calor artificial. ¿Quién no se admira de ver que aquella soberana majestad, teniendo cargo de gobernar esta tan gran máquina del mundo, no se olvida de proveer de todo lo necesario á cosa tan vil y despreciada?

§. II.

De otros animalillos mas pequeños que las hormigas.

Y pues aquí pretendemos tratar de los animalillos pequeños, otros hay mas pequeños que las hormigas; acerca de los cuales hay un grande misterio que contemplar. Porque en las hojas de algunas yerbas vemos andar algunos gusarapillos, dellos verdes, dellos blancos: de los cuales hay algunos tan pequeños, que con dificultad se ven: los cuales divisamos mas por el movimiento con que se mueven, que por la cuantidad de sus cuerpos; y tambien porque hay otros algo mayores de la misma especie, y por los miembros que estos mayores tienen, reconoscemos los que tienen los menores; porque primeramente tienen seis piés, cada tres por banda; y tienen boca por do se mantienen, porque todo animal que vive, miéntras vive, come, y se mantiene, y cresce; porque de otra manera no crecería. Y por la mayor parte ha de tener tambien ojos para ver y buscar su mantenimiento. Los cuales no ha menester el topo, porque se mantiene de tierra, y esta tiene siempre á la boca. Si tiene mas órganos ó partes que estas, no lo sé. Mas solas estas bastan para dejar un hombre atónito, considerando la omnipotencia de aquel Señor, que en tan pequeño cuerpo pudo poner estos y otros sentidos, ó miembros que no sabemos. Porque si todo este animalillo apénas se divisa, ¿cuán admirable cosa fué, formar en tan pequeña cuantidad tanta variedad de miembros y sentidos, mayormente ojos? Ciertamente á muchos parecerá que no ménos descubre esto la omnipotencia y sabiduría del Criador, que la fábrica de los cielos. Porque así como estos, cuanto son mayores, mas descubren la omnipotencia del que los formó: así estos cuanto son mas pequeños, testifican la sabiduría de quien los fabricó. Allí nos espanta la grandeza, aquí la pequeñez; allí la hermosura, aquí la subtileza; allí el resplandor de la luz, aquí el primor de la fábrica. Y así aquel Señor que en todas sus obras es admirable, tambien lo es aquí, aunque por vias contrarias.

(*i*) Esai. 59.

(*k*) Matth. 6.

Agora vengamos al misterio. Pregunto pues: ¿para qué fin aquel artífice soberano crió una cosa tan subtil y tan artificiosa como esta? Porque es imposible haber hecho esto de balde. Todas estas cosas inferiores confesó Aristóteles, que fuéron diputadas para servicio del hombre; y así vemos que cada cual en su manera le sirve, ó para mantenerle, ó para vestirle, ó calzarle, ó curarle, ó recrearle, ó doctrinarle con su ejemplo, ó tambien para castigarle cuando lo mereciere. Vemos pues que estos animalillos para nada desto sirven. Porque así como la subtileza de su artificio declara que Dios lo hizo, así su pequeñez testifica que para ninguna destas cosas lo hizo. Pues ¿para qué fin se puso el Criador á fabricar una cosa de tan gran primor? No se puede negar sino que la hizo para lo que ella nos representa, que es para declarar el infinito poder y saber de quien pudo hacer, en un cuerpecillo tan pequeño, una fábrica tan admirable.

Mas hay aquí otra cosa de mucha consideracion, y es: que así los cielos como todas las otras cosas inferiores (demas de predicar la gloria del Hacedor, y darnos nuevas de su grandeza), sirven tambien para el uso y provecho de la vida humana. Mas estos animalillos (como dijimos) para nada deso sirven, sino para lo dicho, que es para darnos esas mismas nuevas. Por donde podemos decir, que entre estas dos órdenes de criaturas tan desiguales, hay la diferencia que entre las cartas que nos trae un mensajero proprio, y las que nos trae un arriero, que principalmente viene á traer pan á la plaza, ó otra alguna cosa, y de camino nos trae una carta. Porque de aquellas primeras se hace mucho mas caso que destas. Pues así decimos, que las criaturas que sirven al provecho del hombre, tambien nos traen cartas, y nos dan nuevas de la sabiduría y providencia del Criador; mas juntamente con esto vienen á traer pan á la plaza, que es proveer de mantenimiento y vituallas para el hombre. Mas estas son como mensajero proprio, que para ninguna otra cosa sirven, sino para darnos nuevas del inmenso poder y sabiduría de quien tales obras pudo hacer. Y en esta misma cuenta, y para este mismo fin ponemos otros infinitos gusarapillos, en cuyos corpezuelos resplandesce este mismo artificio y subtileza susodicha: los cuales por su pequeñez para ningun uso de nuestra vida sirven, sino para solo este. Y no ménos sirven para este mismo fin las hormigas, con aquellas tan admirables habilidades que referimos; pues tambien estas para ningun uso y provecho sirven al hombre. Y cuanto son sus habilidades mayores, y ellas mas inútiles, tanto mas testifican haber sido ellas criadas para solo este fin. Pues ¿qué diré de un arador, que apénas se ve al rayo del sol? ¿Quién fué poderoso para poner en un cuerpo tan invisible, virtud para moverse, y abrir camino entre cuero y carne, y boca para roer, y mantenerse della? ¡Oh gran Dios, admirable en todas sus obras, y mucho mas en las pequeñas y despreciadas, que en las grandes!

Agora veamos en qué viene á parar este tan largo discurso. ¿Qué se infiere de todo lo dicho? Una cosa cierto de inestimable provecho: la cual es, que si aquel soberano artífice crió toda esta infinidad de animalillos para solo este fin (que es mostrarnos aquí la inmensidad de su omnipotencia, de su sabiduría y de su providencia, pues para ninguna otra sirve), síguese que el Criador quiso ser conoscido de los hombres, por tal cual aquí parece. Y si por tal quiso ser conoscido, por tal quiso tambien ser estimado, y adorado, y reverenciado: que es la summa de toda la religion. Esta consideracion sirva para tapar la boca á algunos filósofos desatinados, que negaron la divina Providencia, y por consiguiente la religion y culto de Dios. Porque ¿para qué tengo yo de matarme (*l*), y trabajar en servicio de un Dios que no ha de tener mas cuenta conmigo que un dios de piedra ó palo? Y cuando contra estos alegamos estas mismas virtudes y perfecciones de Dios, que resplandescen en las otras criaturas, que sirven para las necesidades y provision del hombre, respóndennos que esas tienen ya su fin, que es proveer al hombre de lo necesario, y que para solo eso fuéron criadas. Y ordenada esta provision para que él y los animales viviesen, no quiso tener mas cuenta con el hombre, ni con sus cosas. Pues ¿qué responderán los tales á la fábrica y á las maravillas que vemos en infinitas criaturillas deste género, las cuales cuanto son mas pequeñas, tanto son mas admirables, y tanto mas predican la gloria del Hacedor? Dígannos pues, para qué fin fuéron criadas estas, pues no sirven para las necesidades del hombre. Aquí enmudecerán los filósofos locos que negaron la Providencia, ó confesarán que cosas tan admirables sobre cuantas hay criadas, formó Dios de balde, y sin propósito, y sin fin. Lo cual es grandísima locura y blasfemia.

Pues en esto parece que no ménos debemos á Dios por haber formado criaturas tan pequeñas, que por las grandes; porque las grandes sirven para proveer á nuestros cuerpos, mas las pequeñas para dotrinar nuestras ánimas. Y aunque las unas y las otras predican la gloria y providencia del Criador, pero mas testifican esto las pequeñas, pues para ningun otro fin fuéron criadas. Porque al argumento de las otras hallaron los filósofos que responder, aunque mal; mas al destas no tienen que poder decir, sino blasfemando, y diciendo, que Dios crió cosas tan admirables de balde.

§. III.

De las arañas.

En esta misma cuenta, y para este mismo fin, que dijimos, sirven las arañas, pues no sirven para el uso de la vida humana, ni son pequeñas las habilidades que el Criador les dió para mantenerse. Su mantenimiento es la sangre de las moscas, y para prenderlas hacen una tela mas subtil que cuantas se tejen en el reino de Cambaya, sin otra materia mas que la que sacan de su mismo vientre, el cual con ser tan pequeño, basta para dar hilaza á tan grande tela, como á veces hacen. Pues con esta tela cerca el araña el agujero donde está escondida como espía ó como salteador de caminos, que espera el lance para saltear y robar. Y cuando la mosca innocente de tales artes se asienta en aquella tela, y embaraza los piecillos en ella, acude el ladron á gran priesa, y enlázala por todas partes para tenerla mas segura. Y esto hecho, salta sobre ella, y chúpale la sangre, de que se mantiene.

Otras hay que hacen sus telas en el aire, echando los hilos sobre que la han de fundar en las ramas de algun árbol, y sobre estos hacen una perfectísima red con sus mallas, como la de un pescador ó cazador, y puestas ellas en medio, esperan el lance de la caza, y corren por aquellos hilos tan delgados, como si corriesen por al-

(*l*) Cont. quos Aug. saepissimè contr. Manichaeos. et in Psalm. 149.

guna maroma, y así prenden la caza. Donde es mucho para considerar el puesto y lugar en que se ponen, que es en el punto ó centro de aquella circunferencia, adonde van á fenecer y juntarse todas las líneas que ella tiene echadas al derredor. De donde viene á ser, que en ninguna dellas puede tocar la mosca, que ella en ese punto no lo sienta, y corriendo por la misma línea, no la prenda. ¿Cuántas cosas hay aquí que considerar, y en que ver el artificio de la divina Providencia? ¿Qué red tan perfecta? ¿Qué hilos tan delicados? ¿Qué cerco tan proporcionado? ¿Qué puesto tan bien escogido para la caza? Mas todo esto á mí se dice, conmigo habla, porque lo demas, poco caso habia de hacer el Criador de las arañas.

Otras hay que hacen su nido debajo de la tierra: el cual emparamentan al derredor con muchas telas, unas sobre otras, para que la tierra que se podria desmoronar no ciegue su casa, y las entierre vivas. Pero otra cosa hay en ellas mas para notar, y es, que hacen un tapadero con que cubren la boca deste nido, que será de la hechura de un medio bodoque, y hácenlo de un poquito de tierra, vistiéndolo de tantas telas ó camisas al derredor, que viene á ajustar con la boca dél tan perfectamente, que apénas se diferencia de la otra tierra vecina. Y (lo que es de mas admiracion y artificio) estas camisas se prenden y continuan por una parte con las otras telas de que todo el nido está vestido. De suerte, que sirve este prendedero como de un gonce, para que esté continuada la tela desta compuerta por una parte con las de dentro. Pues ¿quién pudo enseñar á este animalejo á guarnescer y entapizar su casa, y ponerle sus puertas con tan gran primor, sino quien lo pudo criar? Dirá alguno, muy menudas son estas cosas que tratais, habiendo tomado á cargo tratar de la criacion del mundo. A eso responde Aristóteles en su libro de los animales, diciendo que en los mas pequeños dellos resplandesce mas una semejanza de entendimiento, que en los otros. De modo que cuanto ellos son menores y mas viles, tanto mas declaran la omnipotencia y sabiduría de aquel Señor que en tan pequeños cuerpezuelos puso tan extrañas habilidades; y tanto mas declaran las riquezas de su providencia, pues no falta á tan viles y pequeñas criaturas en todo aquello que es necesario para su conservacion. Por donde entenderémos cuánto mayor cuidado tendrá de proveer á las cosas mayores, quien tan grande lo tiene de las menores, y tanto menores.

Y no es ménos de notar de la manera que unas arañuelas tamañas como unas moscas, cazan las mismas moscas, sin tener alas como ellas. Porque cuando ellas están paradas, acométenlas á traicion, llegándose á ellas poco á poco por las espaldas; mas con tal aviso, que cuando la mosca se menea, ella le hurta la vista con gran lijereza; y cuantas veces se menea, tantas hace lo mismo; pero de tal manera, que hace de una via dos mandados; porque húrtale la vista, y siempre acercándose á ella, hasta que finalmente llega á estar tan cerca, que de un salto da con ella, y la prende y come. Cosa es esta que muchos la están mirando, no sin gusto y admiracion de la industria y arte del cazador; y hasta Sant Augustin (*m*) cuenta esto de sí en sus confesiones.

(*m*) Lib. 10. cap. 35.

CAPITULO XIX.

Del fructo de las abejas, y del gusano que hace la seda.

Es tan admirable el Criador en todas sus criaturas, que si supiéremos contemplar la fábrica del cuerpo de cada una dellas, y las habilidades que tienen para su conservacion y provision, no acabaremos de maravillarnos de la inmensa majestad y sabiduría de quien las formó. La verdad desto se ve en todos los animales de quien hasta aquí habemos tratado, y en cuantos otros hay, si hubiere ojos para saber mirarlos. Mas á todo lo dicho hacen ventaja dos animalillos que entran en la cuenta de los mas pequeños, que son el gusano que hila la seda, y la abeja que hace la miel: de los cuales tratarémos aquí, como de cosa mas admirable que todas las pasadas. Porque (comenzando por el gusano que hila la seda) ¿no es cosa de grande admiracion, que un gusanillo tan pequeño hile una hilaza tan subtil y tan prima, que todas las artes é ingenios humanos nunca hasta hoy la hayan podido imitar? ¿No es maravilla haber dado el Criador facultad á este animalillo para dar materia á toda la lozanía del mundo, que es al terciopelo, al tafetan, al damasco, al carmesí altibajo para vestir los nobles, los grandes señores, los reyes y emperadores, y diferenciarlos con la hermosura deste hábito del otro pueblo menudo? ¿No es cosa de admiracion, que no haya tierra de negros, ni region tan bárbara y tan apartada donde no procuren los reyes de autorizarse con la ropa que se hace por la industria destos gusanillos? Y no solo la gente del mundo, mas tambien las iglesias, y los altares, y los sacerdotes, y las fiestas y oficios divinos se celebran y autorizan con este mismo ornamento.

Pues ¿qué diré de las abejas, que con tener menores cuerpos, proveen de un licuor suavísimo y muy saludable á todo el mundo, que es la miel, la cual sirve para dar sabor á todos los manjares, para provision de las boticas, para remedio de los estómagos flacos, y para tantas diferencias de conservas que se hacen con ella? Pues ¿cuán provechosa es tambien la cera que ellas fabrican junto con la miel? Con ella resplandescen los altares, con ella se autorizan las procesiones, della se sirven las cofradías, con ella se celebran los enterramientos, y con ella se honran las mesas de los grandes señores y de los reyes. Y todo esto hace un animalillo poco mayor que una mosca. ¿Quién creyera estas dos cosas, si nunca las hubiera visto, mayormente si le contaran el concierto que guardan estos animalillos en su manera de república y órden de vida? ¡Oh, gran Dios, y cuán admirable sois, Señor, en todas vuestras obras, así en las de naturaleza, como en las de gracia! Y no es esto de espantar, pues las unas y las otras son vuestras, y ambas hijas de un mismo padre, y por esto se parecen tanto las unas con las otras. Vemos en las obras de gracia que escogeis los mas flacos (*a*) instrumentos del mundo para hacer cosas admirables. Con doce pescadores convertistes el mundo: con el brazo de una mujer destruistes todo el poder de los asirios (*b*): con los mozos de espuelas de los príncipes de Israel, desbaratastes el ejército del rey de Siria (*c*): con una honda y un cayado, hecistes que venciese un pastorcico (*d*) á un gigante armado de todas armas (*e*); y con la quijada de una bestia hecistes que

(*a*) Marc. 3. Luc. 6. (*b*) Iudith. 13. 14. (*c*) 3. Reg. 20.
(*d*) 1. Reg. 17. (*e*) Iudicum, 15.

matase Sanson no ménos que mil filisteos. Estas son vuestras obras, estas vuestras maravillas: acabar cosas tan grandes con tan flacos instrumentos. Y esta misma órden que guardais en las obras de gracia, guardais tambien en las de naturaleza, pues ordenastes que destos dos tan viles animalillos, el uno proveyese á los reyes y grandes señores de riquísimos vestidos, y el otro del mas dulce de los manjares. Porque cuanto estos animalillos son mas pequeños y viles, y su fructo mas excelente, tanto mas nos descubris la grandeza de vuestra gloria.

CAPITULO XX.

De la república y órden de las abejas.

Si nos pone en admiracion el fructo de las abejas, muy mas admirable es la órden y concierto que tienen en su trato y manera de vida. Porque quien tuviere conoscimiento de lo que gravísimos autores escriben dellas, verá una república muy bien ordenada, donde hay rey, y nobles, y oficiales que se ocupan en sus oficios, y gente vulgar y plebeya que sirven á estos, y donde tambien hay armas para pelear, y castigo y penas para quien no hace lo que debe. Verá otrosí en ellas la imágen de una familia muy bien regida, donde nadie está ocioso, y cada uno es tratado segun su merescimiento. Verá tambien aquí la imágen de una congregacion de religiosos de grande observancia. Porque primeramente las abejas tienen su perlado ó presidente, á quien obedescen y siguen. Viven en comun sin proprio, porque todas las cosas entre ellas son comunes. Tienen tambien sus oficios repartidos en que se ocupan. Tienen sus castigos y penitencias para los culpados. Comen todas juntas á una misma hora. Hacen su señal á boca de noche al silencio, el cual guardan estrechísimamente, sin oirse el zumbido de ninguna dellas. Hacen otra señal á la mañana para despertar al comun trabajo, y castigan á las que luego no comienzan á trabajar. Tienen sus celadores que velan de noche, para guardar la casa, y para que los zánganos no les coman la miel. Tienen sus porteros á la puerta para defender la entrada á los que quisieren robar. Tienen tambien sus frailes legos, que son unas abejas imperfectas, que no hacen cera ni miel; mas sirven de acarrear mantenimiento y agua, y de otros oficios necesarios y bajos. Todo esto trazó y ordenó aquel soberano artífice con tanta órden y providencia, que pone grande admiracion á quien lo sabe contemplar. Escríbese de la reina Sabá (*a*), que viendo la órden y concierto de la casa de Salomon, que desfallecia su espíritu viendo las cosas tan bien ordenadas por la cabeza y traza deste gran rey. No es mucho de maravillar que un hombre, que excedia á todos los hombres en sabiduría, hiciese cosas dignas de tan grande admiracion; mas que un animalillo tan pequeño haga las mismas cosas tan bien ordenadas en su manera de vida, eso es cosa que sobrepuja toda admiracion, puesto caso que la costumbre cuotidiana de ver estas cosas, les quita gran parte della. Plinio (*b*) escribe que Aristómaco Solense se maravillaba y deleitaba tanto en contemplar las propriedades de las abejas, que por espacio de cincuenta y ocho años ninguna otra cosa mas principalmente hacia, que esta. Y de otro insigne hombre escribe, que moraba en los campos par de las colmenas, por mejor alcanzar las propriedades y secretos destos animalillos: los cuales ambos escribieron muchas cosas que alcanzaron con esta tan larga experiencia y diligencia.

Yo aquí recopilaré lo que dos graves autores, Plinio y Eliano, escriben desta materia; en la cual ninguna cosa hay que no sea admirable, y que no esté dando testimonio de la sabiduría y providencia de aquel artífice soberano que todo esto hizo. Y pido al cristiano lector, que no tenga por increibles las cosas que aquí se dijeren, considerando por una parte la autoridad y experiencia de los que las escribieron, y por otra, que no son tanto las abejas las que esto hacen, cuanto Dios, que quiso dársenos á conoscer obrando en ellas todas estas maravillas. Mas el sentimiento desto remito á la devocion y prudencia del lector. Porque si con cada cosa destas hubiese de juntar su exclamacion, hacerseía un tratado muy prolijo. Solamente diré que siendo el hombre criado á imágen de Dios, por haber recibido en su ánima aquella divina lumbre de la razon, con la cual no solo alcanza las cosas divinas, sino tambien sabe trazar una república muy bien ordenada, con todas las partes y oficios que para ella se requieren, con ser esto así, verá que todo esto que alcanza el hombre con esta lumbre divina, traza y ejecuta este animalillo muy mas perfectamente que ese mismo hombre. Esta consideracion sirva para cada una de las cosas que aquí dijéremos, acordándonos (como digo) que todo esto hace Dios para que reconozcamos su grandeza y providencia, y conforme á este conoscimiento le honremos y veneremos.

Comenzaré, pues, por lo que todos sabemos. Esto es que las abejas tienen su rey, á quien obedecen y siguen por do quiera que va. Y como los reyes entre los hombres tienen sus insignias reales, que son corona y sceptro, y otras cosas tales, con que se diferencian de sus vasallos: así el Criador diferenció á este rey de los suyos dándole mayor y mas hermoso y resplandesciente cuerpo que á ellos. De modo que lo que allí inventó el arte, aquí proveyó la misma naturaleza. Nacen de cada enjambre comunmente tres ó cuatro reyes (porque no haya falta de rey si alguno peligrase); mas ellas entienden que no les conviene mas que un solo rey, y por eso matan los otros, aunque con mucho sentimiento suyo. Mas vence la necesidad y el amor de la paz al justo dolor. Porque esto entienden que les conviene para excusar guerras y divisiones. Aristóteles al fin de su Metafísica presuponiendo que la muchedumbre de los principados es mala, concluye que no hay en toda esta gran república del mundo mas que un solo príncipe, que es un solo Dios. Mas las abejas sin haber aprendido esto de Aristóteles, entienden el daño que se sigue de tener muchos príncipes; y por eso escogiendo uno, matan los otros, aunque no sin sentimiento y dolor. Ya en esto vemos una grande discrecion y maravilla en tan pequeño animalillo.

Escogido el rey, tratan de edificar sus casas, y primeramente dan un betúmen á todas las paredes de la casa, que es la colmena, hecho de yerbas muy amargas; porque como saben que es muy cobdiciada la obra que han de hacer de muchos animalillos, como son avispas, arañas, ranas, golondrinas, serpientes y hormigas, quiérenle poner este ofensivo delante, para que exasperadas con esta primera amargura, desistan de su hurto. Y por esta misma causa las primeras tres órdenes de las casillas que están en los panares mas vecinos á la boca de la colmena, están vacíos de miel; porque no halle luego el

(*a*) 3.Reg. 10. (*b*) Plin. lib. 8.

ladron á la mano en que se pueda cebar. Esta es tambien otra providencia y discrecion.

Hecho este reparo hacen sus casas. Y primeramente para el rey edifican una casa grande y magnífica, conforme á la dignidad real, y cércanla de un vallado como de un muro para mas autoridad y seguridad. Luego edifican casas para sí, que son aquellas celdillas que vemos en los panares, las cuales les sirven para su habitacion y para la criacion de los hijos, y para guardar en ellas como en unos vasos la provision de su miel. Las cuales celdas hacen tan perfectas y proporcionadas, cada una de seis costados, y tan semejantes unas á otras, como vemos: para lo cual ni tienen necesidad de regla, ni de plomada, ni de otros instrumentos, mas que su boquilla y sus piececillos tan delicados: donde no sabréis de qué os hayais mas de maravillar, ó de la perfeccion de la obra, ó de los instrumentos con que se hace. Ni se olvidan de hacer tambien casas para sus criados, que son los zánganos, aunque menores que las suyas, siendo ellos mayores.

Hecha la casa y ordenados los lugares y oficinas della, síguese el trabajo, y el repartimiento de los oficios para el trabajo, en la forma siguiente. Las mas ancianas, y que son ya como jubiladas y exemptas del trabajo, sirven de acompañar al rey para que esté con ellas mas autorizado y honrado. Las que en edad se siguen despues destas (como mas diestras y experimentadas que las mas nuevas) entienden en hacer la miel. Las otras mas nuevas y recias salen á la campaña á buscar los materiales de que se ha de hacer, así la miel como la cera. Y cada una trae consigo cuatro cargas. Porque con los piés delanteros cargan las tablas de los muslillos, la cual tabla no es lisa sino áspera, para que no despidan de sí la carga que le ponen; y con el pico cargan los piés delanteros; y así vuelven á la colmena con estas cuatro cargas que decimos. Otras entienden de dos en dos ó de tres en tres en recibir á estas, y descargarlas cuando vienen. Otras llevan estos materiales á las que hacen la miel, poniéndolos al pié de la obra. Otras sirven de dar á la mano á estos oficiales para que la hagan. Otras entienden en polir y bruñir los panares; que es como encalar la casa despues de hecha. Otras se ocupan en traer mantenimientos de ciertas cosas de que ellas comen. Otras sirven de azacanes, que traen agua para las que residen dentro de la casa; la cual traen en la boca y en ciertos pelillos ó vello que tienen por el cuerpo; con los cuales viniendo mojados, refrigeran la sed de las que están dentro trabajando. Y deste oficio de acarrear agua y de traer mantenimiento sirven principalmente los zánganos. Otras hay que sirven de centinelas y guardas, que asisten á la puerta para defender la entrada á los ladrones. A todo esto preside el rey, y anda por sus estancias, mirando los oficios y trabajos de sus vasallos, y exhortándolos al trabajo con su vista y real presencia, sin poner él las manos en la obra. Porque no nació él para servir, sino para ser servido como rey. Y junto á él van otras abejas que sirven de lo acompañar como á rey.

Bien se ve por lo dicho cuán admirable sea el poder y sabiduría del Criador, en haber puesto tal órden y tal repartimiento de oficios, para proveer este tan suave y gustoso licuor á los hombres, que tantos disgustos le dan con sus malas obras. Pero aun otras maravillas añadiré á estas, de las cuales una es, que tienen dentro de las colmenas sus secretas, como las hay en los monasterios, que es un lugar apartado, donde van todas á descargar el vientre. Porque como el Criador diputó este licuor de la miel para el mantenimiento de los hombres (muchos de los cuales son muy asquerosos), por esto ordenó que fuese purísimo y muy limpio como lo vemos. Y aun otra cosa tienen de insigne providencia, y es que los dias que no salen al campo por ser tempestuosos, tienen diputados para sacar estos excrementos de la colmena y echarlos fuera. Porque no quieren perder por esta ocasion el dia de trabajo, ni quieren estar ociosas el dia que no lo es: guardando lo que mas importa para el mejor tiempo, y lo que ménos importa para el que no es tal.

Otra maravilla y providencia se escribe dellas, no menor que esta, y es, que saben lastrarse en los dias ventosos para resistir al viento; porque toman una pedrecilla en las manos, para hacer con ella mas pesada la carga de su corpezuelo, y ménos subjeta al ímpetu del viento. Pues ¿quién no ve en todas estas cosas la providencia de aquel soberano presidente, que pudo igualar la prudencia destos animalillos con la de los hombres? Otra cosa tienen tambien, que si por ventura las toma la noche en el campo, duermen acostadas de espaldas, porque no se les mojen las alillas con el rocío de la mañana, y queden inhábiles para volar. ¿Qué mas diré? Comen todas á una hora, porque sea igual el tiempo de la refeccion y del trabajo. Y así tambien se recogen á dormir á un mismo tiempo, que es á boca de noche, en el cual tiempo hay grande murmullo y zumbido entre ellas. Y entónces la pregonera da tres ó cuatro zumbidos grandes, que es hacer señal para dormir; y son ellas tan observantes y obedientes, que luego súbitamente todas callan, guardando perfectísimamente la regla del silencio. Y cuando otro dia amanece, que es ya tiempo de trabajar, esta misma abeja da tres ó cuatro zumbidos grandes, para que despierten y vayan á entender cada cual en el oficio que le cabe; y la que empereza, y no quiere ir á trabajar, castíganla no con menor pena que con la muerte. En el rigor desta pena se ve que es mas bien regida la república de las abejas que la nuestra, que está llena de holgazanes y gente ociosa, que son peste de la república. Cuyo oficio es roer las vidas ajenas, y andar en tratos deshonestos, y trabar pasiones y ruidos, que de aquí se siguen; y otros vicios semejantes, que nascen de la ociosidad, de los cuales carecen los que no tienen mas que entender todo el dia en sus oficios.

Tienen tambien de noche sus velas, que guardan la casa para que nadie entre á hurtarles sus tesoros, mayormente los zánganos, que son ladrones de casa; los cuales sintiendo que las abejas duermen, se levantan muy callados á comer de los trabajos ajenos. Mas si las velas los toman con el hurto en las manos, castíganlos blandamente, mas no los matan, perdonándoles aquella primera culpa; mas ellos no por eso se emiendan: porque de su naturaleza son glotones y holgazanes, que son dos males no pequeños. Y por esto cuando las abejas salen al campo, ellos se quedan escondidos en casa (porque cuanto son mas cobardes y mas desarmados, tanto usan de mas ruindades y mañas), y entónces se entregan á su placer en los panares. Y volviendo las abejas, y viendo el estrago hecho en su casa, ya no usan con ellos de clemencia, sino dan en ellos con coraje y braveza, y mátanlos. Y así como en estos ladrones y holgazanes guardan rigor de justicia, así usan de gran caridad con sus hermanas las enfermas. Porque las sacan al rayo del

sol á la boca de la colmena, y tráenlas allí de comer, y acompáñanlas, y á la noche métenlas dentro porque no les haga mal el sereno. Y miéntras que están dolientes, no consienten que trabajen hasta que sean restituidas á sus primeras fuerzas. Y si mueren, acompáñanlas, y sácanlas fuera para darles lugar de sepultura. Parecerá á alguno que cuento aquí patrañas. No cuento sino cosas referidas por gravísimos autores, ó por mejor decir, no cuento sino alabanzas de aquel Señor, que como pudo dar de comer sin pan á los hijos de Israel en el desierto, así es poderoso para hacer que estas criaturillas, que carecen de razon, hagan todas sus cosas tan perfectamente como los hombres que la tienen, y aun pasan adelante, como luego dirémos.

Cuando se han de mudar para otro lugar, no han de dar paso sin su rey. Todas le toman en medio para que no sea fácilmente visto, y todas procuran acercarse mas á él, y mostrársele mas serviciales. Y si es ya viejo, que no puede así volar, tómanlo sobre sus hombros, y así lo llevan. Y donde él asienta, allí todo el ejército se asienta. Y si por caso desaparece, y se desmanda dellas, búscanlo con grande diligencia, y sácanlo por el olor, que tienen muy vivo, y restitúyenlo á sus vasallos. Porque faltando él, todo el ejército se derrama y se pierde. No se ha sabido hasta agora si tiene aguijon ó no; mas lo que se sabe es, que si lo tiene, no usa dél, por ser cosa indigna de la majestad real ejecutar por su persona oficio de verdugo: entendiendo el primor que los filósofos enseñan, diciendo, que los reyes han de hacer por sí los beneficios, y por otros ejecutar los castigos; y que ninguna cosa adorna mas el estado de los reyes que la clemencia, y ninguna los hace mas amables, y asegura mas sus estados y sus vidas. Y por esta virtud las abejas son tan amigas de su rey, y tan leales, que si él muere, todas lo cercan, y acompañan, que ni quieren comer, ni beber; y finalmente, si no se le quitan delante, allí se dejarán morir con él. Tanta es la fe y lealtad que tienen con su rey.

Ni dejó el Criador á este animalillo desarmado, ántes segun la cuantidad de su cuerpo, no hay armas mas fuertes que las suyas: que es aquel aguijon, con que pican y hieren á los que vienen á hurtar. Porque como tienen á cargo tan gran tesoro y cobdiciado de tantos, era razon que quien las crió, les diese competentes armas para defenderlo. Y por esta misma causa tienen velas á la puerta, porque ninguno entre á hurtar sin ser sentido, y resistido en la manera que les es posible.

No salen al campo en todos los tiempos del año, sino cuando hay en él flores; porque de todo género de flores se aprovechan para su oficio. Mas en tiempo de frios y nieve están quedas en su casa, manteniéndose en el invierno de los trabajos del verano, como hacen las hormigas. No se desvían de la colmena mas que sesenta pasos, y este espacio agotado envían sus espías adelante para reconocer la tierra, y darles nuevas del pasto que hay. Y porque no faltase nada en que dejasen de imitar estos animales á los hombres, así en lo bueno como en lo malo, tambien pelea un ejambre con otro sobre el pasto; aunque mas sangrienta es la pelea cuando les falta el mantenimiento, porque entónces acometen á robar las vituallas unas á otras. Y para esto salen los capitanes con sus ejércitos, y pretendiendo unos robar y otros defender, trábase entre ellos una cruda batalla, en la cual muchas mueren. Tan poderosa es la necesidad, que hace despreciar todas las leyes de humanidad y justicia.

Todo cuanto hasta aquí habemos dicho es una manifiesta imitacion de la policía y prudencia humana. Y si nos pone admiracion hacer estos animalillos lo que hacen los hombres, cuánto mayor nos la debe poner, saber ellos algo de lo que sabe Dios. Porque solo él sabe las cosas que están por venir; y esto tambien saben estos animalejos en las cosas que pertenecen á su conservacion. Porque conocen cuando ha de haber lluvias y tempestades ántes que vengan; y en estos tiempos no van léjos á pacer, sino andan con su zumbido al derredor de la colmena. Lo cual visto por los que tienen cargo dellas, suelen dar aviso á los labradores de la mudanza del tiempo, para que conforme á ella se reparen y provean. En lo cual ya vemos cuán inferior queda el saber de los hombres al de las abejas; pues ellas alcanzan lo que no alcanzan los hombres. Pues luego quién tendrá por cosa increible imitar las abejas lo que hacen los hombres; pues hay cosas en que pasan adelante, sabiendo lo futuro, que es proprio de Dios.

Mas lo que me hace en esta materia quedar atónito, es el fruto de la miel, á quien todas estas habilidades susodichas se ordenan. Porque vemos cuántas diligencias y instrumentos se requieren para hacer una conserva de cidras ó de limones ó cualquiera otra. Porque para esto es menester fuego, y un cocimiento, y otro cocimiento, y vasos, y instrumentos que para esto sirven, y oficiales diestros en este oficio. Pregunto pues agora: ¿qué instrumentos tiene este animalillo tan pequeño, sino unos piecillos tan delgados como hilos, y un aguijoncillo tan delgado como ellos? Pues ¿cómo con tan flacos instrumentos, y sin mas cocimientos ni fuego hacen esta tan dulce conserva, y esta transformacion de flores en un tan suave licuor de miel, á veces amarillo como cera, á veces blanco como la nieve; y esto no en pequeña cuantidad, cual se podia esperar de un animalillo tan pequeño, sino en tanta cuantidad, cuanta se saca en buen tiempo de una colmena? ¿Quién enseñó á este animal hacer esta alquimia, que es convertir una substancia en otra tan diferente? Júntense cuantos conserveros hay con toda su arte y herramienta, y con todos sus cocimientos, y conviértanme las flores en miel. No solo no ha llegado aquí el ingenio humano, mas ni aun ha podido alcanzar cómo se haga esta tan extraña mudanza. ¡Y quieren los hombres locos escudriñar los misterios del cielo, no llegando todo el caudal de su ingenio á entender lo que cada dia ven á la puerta de su casa!

Ni tampoco carece de admiracion ver cómo de aquella carga que traen en piés y manos, una parte gastan en hacer cera y otra en miel. ¿Cómo hacen cosas tan diferentes de una misma materia, como son miel y cera? Y si hay en ella partes diferentes, ¿quién les enseñó esta diferencia tan secreta que nosotros no vemos? ¿Quién les mostró lo mas sutil para la miel y lo mas grueso para la cera? ¿Qué no podrá hacer quien esto supo hacer? Verdaderamente admirable es aquel soberano Hacedor en todas sus obras, y no ménos en las pequeñas que en las muy grandes.

Pues ¿qué resta aquí sino dar gracias al Criador, que de todas estas tan extrañas habilidades proveyó á estos animalicos, no tanto para ellos como para nosotros, que gozamos del fruto de sus trabajos. Mas los hombres son de tal cualidad, que gozan deste fruto; mas ni dan gracias por él, ni en él contemplan la grandeza del poder y sabiduría del Criador, que en tan pequeña cabeza

puso tan grande arte y saber. Lo cual no calló el Ecclesiástico, cuando dijo que con ser tan pequeña la abeja entre las cosas que vuelan (c), el fruto de sus trabajos es principio de toda dulzura. Y por eso dije al principio, que andando nadando los hombres entre tantas maravillas de Dios, ni tenemos ojos para verlas, ni oidos para oir lo que callando nos predican, ni corazones para levantar nuestro espíritu al conoscimiento del Hacedor por el artificio admirable de sus hechuras.

CAPITULO XXI.

De los gusanos que hilan la seda.

Son tan admirables las obras de aquel soberano artífice, que parece competir las unas con las otras, sobre cuál dellas será mas admirable; porque todas ellas, cada cual en su manera lo son, y en esta cuenta entra el gusano que hila la seda. Del fruto dél ya dijimos cómo toda la lozanía del mundo, y todo el ornamento de las iglesias es obra deste animalillo; mas del artificio con que la hila, escribió en verso dos libros Hierónimo Vidas, poeta elegantísimo. La summa de lo que él allí dice, referiré aquí. Estos gusanos se engendran de unos huevecicos muy pequeños, que la hembra dellos pone; los cuales puestos al sol, ó metidos en los pechos, con cualquiera destos calores, en ménos espacio que tres dias se animan, y reciben vida con todos los sentidos que para ella se requieren. Lo cual alega Sant Basilio (a) para hacernos creible por este ejemplo el misterio de la resurreccion general. Porque quien puede dar vida á una semilla tan pequeña en tan breve espacio, tambien la podrá dar á los polvos y huesos de nuestros cuerpos, donde quiera que estuvieren. Nacidos estos animalillos, luego comienzan á comer con grande hambre, y comiendo crecen, y se hacen mayores. Y habiendo ya comido algunos dias, duermen, y despues de haber dormido su sueño (en el cual se digiere, y convierte en su substancia aquel mantenimiento) despiertan, y vuelven á comer con la misma hambre y agonía. Y el ruido que hacen cuando comen, tronchando la yerba con sus dientecillos, es tal, que se parece con el ruido que hace el agua cuando llueve encima de los tejados. Esto hacen tres veces; porque tantas comen, y tantas duermen, hasta hacerse grandes. Hechos ya tales, dejan de comer, y comienzan á trabajar, y á pagar á su huésped el escote de la comida. Y para esto levantan los cuellos, buscando algunas ramas donde puedan prender los hilos de una parte á otra, los cuales sacan de su misma substancia. Y ocupada la rama con esta hilaza, comienzan luego á hacer en medio della su casa, que es un capullo. Porque juntando unos hilos con otros, y otros sobre otros, y estos muy pegados entre sí, vienen á hacer una pared tan fija y firme, como si fuese de pergamino. Y así como los hombres despues de fabricadas las paredes de una casa la encalan, para que estén lisas y hermosas; así ellos fabricada esta morada, la bruñen toda por dentro con el hociquillo que tienen sobre la boca muy liso, y muy acomodado para este efecto, con lo cual queda el capullo tan teso, que echándolo en agua, anda nadando encima, sin ser della penetrado. Y esto es una singular providencia del Criador; porque á no ser así, todo este trabajo fuera sin fructo. Porque desta manera, estando el capullo entero y teso, echándolo en agua caliente, se puede muy bien recoger el hilo, despidiéndose y despegándose con el calor un hilo de otro, lo cual no se pudiera hacer, si el capullo se penetrara del agua, y se esponjara con ella. Con esta agua herviendo muere el oficial que fabricó aquella casa, y este es el pago que se le da por su trabajo. Mas á los gusanos que quieren guardar para casta, no hacen este agravio. Mas ellos no sufriendo tan estrecho encerramiento, abren con sus boquillas un portillo por donde se salen, y salen ya medrados y acrecentados, porque salen con unos cuernecillos y alas, hechos ya de gusanos aves. Hay entre ellos machos y hembras; y con ser todos tan semejantes entre sí, conoscen los machos á las hembras, y júntanse por las colillas con ellas, y perseveran en esta junta por espacio de cuatro dias. En lo cual parece tener en cuerpos tan pequeños sus sexos distintos, como machos y hembras. Acabados estos dias el macho muere, y la hembra pare aquellos hovecicos que al principio dijimos, y esto hecho, ella tambien muere, dejando aquella semilla con que despues torne á renovar y resuscitar su linaje. En lo cual se ve cómo para solo este fin crió la divina Providencia este animalico; pues acabado este oficio, sin que los mate nadie, ellos á la hora mueren, testificando con su natural y acelerada muerte, que para solo este oficio fuéron criados: el cual acabado, acaban juntamente con él la vida.

En esta obra se ve claro cómo todas las cosas crió aquel soberano Señor para el hombre; pues estos animales tan provechosos para nuestro servicio, no nacieron ni vivieron para sí, sino para el hombre, pues acabado este servicio, acabaron juntamente con él la vida. Donde parece que con su acabamiento están diciendo al hombre: yo no nací ni viví para mí, sino para tí; y por eso, fenecido este servicio, me despido de tí. Y esto aun se ve mas claro porque aquella casa que estos animalillos con tanto trabajo fabricaron, no sirve para su habitacion, sino para el hombre, pues acabándola de hacer, luego la aportillan y la desamparan, sin usar mas della: como edificio que no fabricaron para sí, sino para nosotros. En lo cual se ven las riquezas y el regalo de la divina Providencia: la cual no contenta con haber proveido para nuestro vestido la lana de las ovejas, y los cueros de los animales, con otras cosas tales, quiso tambien proveer esta tan preciosa y tan delicada ropa para quien della tuviese necesidad.

Y es aquí mucho para considerar, que siendo los hilos deste capullo mas delgados que los cabellos, y hechos de una materia tan delicada y flaca, como es el humor y babas destos gusanos, vienen á ser tan recios que se pueden fácilmente recoger, y devanar, y tejer, y pasar por mil martirios, ántes que se haga la seda dellos: para que se vea cuán admirable y cuán proveido sea aquel celestial maestro en todas sus obras. Y no ménos declara él aquí la grandeza de su poder, pues dió habilidad á un gusanillo que en dos dias nace, y dos meses vive, para hacer una obra tan preciosa y tan delicada, que todos los ingenios humanos no acertaran á hacerla.

Mas entre estos no dejaré de referir aquí á Plinio, el cual tratando destos animalillos dice, que de la ropa que se hacia de seda, y de hilos tan delgados, se servian antiguamente solas las mujeres, y despues vinieron tambien los hombres á usar della, los cuales estaban tan desacostumbrados de traer vestidas las lorigas, que no podian sufrir estas comunes vestiduras, y por eso vinieron á tomar las de las mujeres.

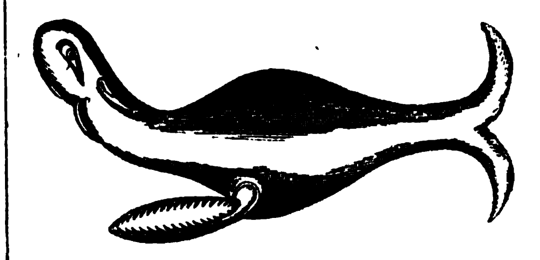
(c) Eccli. 11. (a) Basil. in Examer.

§. ÚNICO.

De otros animalillos pequeños, y nocivos al hombre.

Al fin deste capítulo (donde habemos tratado destos animalillos pequeños) preguntará alguno, por qué causa el que todas las cosas crió para servicio y bien del hombre, crió muchos destos animalillos, que no solo no sirven al hombre, mas ántes lo molestan y maltratan, como son las moscas, los mosquitos, las pulgas y otros semejantes, que ese pedazo de tiempo del sueño, en que descansamos de los cuidados y trabajos del dia, muchas veces nos lo impiden, y nos desvelan y quitan este poco de reposo. A eso respondo, que así como todas las penalidades, y trabajos, y fatigas desta vida junto con la muerte, nos vinieron por el primer pecado (en que todos los hijos de aquel primer hombre fuímos comprehendidos): así tambien las plagas destos animalillos nos vinieron por él, y muy justamente. Porque así como el hombre (que comparado con Dios es ménos que una pulguilla ó un mosquito) se levantó contra Dios, y le desobedeció: así quiso él que el mosquito, y la pulga, y otros semejantes animalillos se levantasen contra él, y lo molestasen y humillasen: visto que tan viles criaturas eran poderosas para inquietar una criatura tan generosa como es el hombre, sin ser él parte para defenderse dellas. Mas en todo es Dios bueno, en todo misericordioso. Porque esta pena de tal manera es pena, que tambien es medicina; porque así esta, como otras infinitas miserias y penalidades desta vida, son como acíbar que nos pone nuestro celestial Padre en los pechos y leche deste mundo, para que lo despreciemos y aborrezcamos, y nos lleguemos á los pechos de aquel Señor: los cuales hallaba la Esposa mas suaves que el vino (*b*), esto es, que todos los deleites del mundo. Lo cual es en tanto grado verdad, que pudo decir Euquerio, que no sabía cuál era mayor motivo para traer los hombres á Dios, ó la amargura de los males con que este mundo nos azota, ó la dulzura de los bienes con que nuestro Padre celestial nos convida.

Y pues habemos ya declarado en este capítulo cuán admirable sea Dios en la fábrica destos animalillos tan pequeños, razon será declarar tambien cuánto lo sea en la fábrica de los grandes; para que así se vea cómo en todas sus obras, así grandes como pequeñas es admirable, y se entienda con cuánta razon respondió aquel Angel á quien le preguntaba por su nombre, diciendo (*c*): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Para esto pudiera traer aquí aquellas dos fieras bestias, cuya grandeza el mismo Criador describe en el capítulo 40 y 41 del Santo Job (*d*) debajo destos nombres Behemot, y Leviatan. Y asimismo la de las ballenas, que es muy notoria. Mas dejado esto aparte referiré aquí la grandeza extraña de un pece que el año de mil y quinientos y setenta y cinco, á veinte y dos dias de abril, vino á la playa de Peniche, el cual echó la mar en tierra ya muerto. Fué esta una de las cosas grandes que se vieron; porque tenia cuarenta cobdos de largo, y el cuero por el lomo era prieto, y por la barriga blanco, y lo largo de la cola de punta á punta era de cinco cobdos, y de anchura tenia quince palmos. Era tan corpulento, que de una banda á otra apénas se veian dos hombres de grande estatura. Los ojos tenia cada uno un cobdo de largo. Y es de notar, que la cabeza tenia levantada cuatro cobdos en alto, y la boca no la tenia en la cabeza, como los otros peces, sino en la barriga. Los colmillos era cada uno de ocho cobdos. Tenia tambien en la boca diez y seis dientes de cada banda, y cada diente tenia medio cobdo en redondo, y de un diente á otro habia un palmo de anchura. La figura dél quise poner aquí, la cual se trajo al rey Don Enrique, que es en gloria.



En la fábrica deste pece se debe notar el artificio de la divina Providencia, porque la cabeza levantó en alto para que estuviesen los ojos en ella como en una atalaya, para ver los peces de que esta bestia se habia de mantener. Y porque la distancia de la cabeza al agua era grande, proveyó que la boca estuviese en lo bajo, para estar mas cerca, y mas á punto de pescar lo que los ojos dende su atalaya le descubriesen. Tambien he oido que este pece tiene en la barriga un unto, que es muy medicinal y de grande precio.

CAPITULO XXII.

De otras propriedades muy notables de diversos animales.

Despues destos cinco capítulos en que se llevó alguna órden en tratar esta materia, añadiré este en que se contarán algunas cosas extraordinarias de los animales: para que así en estas como en las ya dichas veamos los resplandores y la sabiduría de aquella mano poderosa que hinchió todo este mundo de maravillas, y de tantos testigos y predicadores de su gloria cuantas criaturas hay en él; porque la insensibilidad de nuestro corazon de todos estos testimonios tenia necesidad.

Y comencemos primero por una cosa tan rara y tan extraordinaria como es el ave fénix, cuya naturaleza describe Sant Ambrosio por estas palabras (*a*): Esta ave dicen que habita en la region de Arabia, y que llega á quinientos años de vida. La cual sintiendo que se acerca el fin de sus dias hace una como sepultura, ó arca de encienso y mirra y otras cosas olorosas, y entra en medio della, y allí muere; y de la carne de su cuerpo muerto nasce un gusano, el cual poco á poco va creciendo hasta llegar á tener alas como el ave de cuyas carnes se engendró; y así viene á renovarse, y cobrar la misma forma y figura que en su orígen tenia. Confírmanos esta ave en la fe de nuestra resurreccion: la cual quiso la divina Providencia que esperásemos y creyésemos. Y para esto ordenó que esta ave tuviese esta tan nueva manera de restituirse, para confirmarnos en esta fe. De modo que esta novedad para nosotros es, y con nosotros habla; pues no fué criado el hombre por amor de las aves, sino las aves por amor del hombre. Sírvenos pues este ejemplo para que entendamos que no ha de consentir el Criador que sus sanctos eternalmente perezcan; pues no consintió que muriendo este ave, del todo pere-

(*b*) Cantic. 1. (*c*) Genes. 32. Judic. 13. (*d*) Job. 40, 41.

(*a*) Exame. lib. 5, cap. 23. tom. 1.



ciese. Pues ¿quién, veamos, fué el que denunció á este ave el dia de su muerte para que ella hiciese su sepulcro, y lo hinchiese de suaves olores, y entrase en él, y allí acabase su vida, donde con la suavidad de los buenos olores se quitase el mal olor de la carne podrida? Lo dicho es de Sant Ambrosio. Pues por este ejemplo entenderémos cuántas y cuán diferentes maneras tiene la divina sabiduría para conservar las especies de sus criaturas; pues aquí usa desta tan nueva y tan extraordinaria manera, y está acompañada con tan nuevas circunstancias como está declarado. Y no ménos se debe notar aquí, que siendo cosa natural criarse muchos gusanos en las carnes podridas, desta no nace mas que uno, para que una sola sea el ave fénix. Y á este ave no acertó á tirar ningun cazador ni ballestero, ni acertarán jamás: porque aquí suplirá la divina Providencia, para que nunca falte en el mundo la especie que él crió, aunque no haya en ella mas que solo un individuo.

Pasemos de aquí á los animales que conoscemos, en muchos de los cuales la divina bondad, amadora de la virtud, nos da ejemplos de muchas virtudes. Porque para movernos á amar y socorrer á nuestros prójimos en sus necesidades (que pertenece á la virtud de la caridad) alega Eusebio Emiseno el ejemplo de los ciervos: los cuales para pasar á nado algun gran rio, se ponen todos en una hilera, y cada uno para alivio del trabajo lleva puesta la cabeza sobre las ancas del que va delante, y así se ayudan unos á otros; solo el que guia la procesion lleva la cabeza en el aire, sufriendo este trabajo por aliviar el de sus compañeros. Mas despues de cansado, de primero se hace postrero, y el que iba tras él succede en el oficio con la misma caridad. Y si así se ayudasen los prójimos unos á otros, ¿cuánto mas descansada sería nuestra vida?

Otro ejemplo hay de caridad semejante á este, que notó Aristóteles, de las grullas, de que Tulio hace mucho caso. El cual dice que cuando las grullas caminan por la mar á buscar lugares calientes, hacen volando la forma de un triángulo, con el cual cortan y dividen el aire que les es contrario, ayudándose de las alas como de remos, para proseguir su camino. Y para mayor descanso, las que van detras inclinan sus cabezas en las espaldas de las que van delante. Y porque la que va en la delantera guiándolas no tiene sobre quién recline su cabeza, cuando se cansa vuélvese á las espaldas, y de primera hácese postrera, para tener sobre qué descanse, y la que estaba á par della succede en el mismo cargo.

Ni aun á los lobos (con ser animales tan infieles) falta otra industria semejante; porque á todo proveyó aquel divino presidente. Pues cuando ellos pasan algun rio impetuoso, porque la corriente no los lleve tras sí, ásense con la boca fuertemente á las colas unos de otros, y así juntas como en un escuadron las fuerzas de todos, resisten á la corriente y pasan seguros. Este mismo ejemplo de caridad tenemos en otros animales, aunque fieros, que se regalan y lamen las llagas unos á otros, como hacen los bueyes, los perros, los gatos, los leones y los osos. Y asimismo se rascan unos á otros, cuando ellos no lo pueden hacer por sí. Acerca de lo cual no dejaré de contar lo que vi en dos animales indignos de ser aquí nombrados: de los cuales el uno con sus colmillos y dientes rascaba todo el cuerpo del otro de cabo á cabo. Y el que recebia este beneficio parece que tenia gran comezon en una pierna, la cual él extendió hácia fuera. Y el bienhechor, entendiendo lo que esto significaba, acudió luego á esta necesidad, y rascóle aquella pierna. Y hecho esto, el bienhechor, queriendo recebir el mismo beneficio, se tendió, poniendo las manos y el hocico en tierra, y entónces el que lo habia recebido le satisfizo con el mismo oficio, pagando en la misma moneda la buena obra recebida. Pues ¿qué es esto sino un grande ejemplo con que el Criador condena la poca caridad y agradecimiento de los hombres? ¿Qué es esto sino abrir nuestras bocas para que considerando hasta dónde se extiende su providencia (*b*), digamos con los serafines, que el cielo y la tierra están llenos de su gloria?

Pasemos de la caridad á la castidad, de la cual tenemos ejemplo en otros animales. Escribe Eliano que el rey de los scitas tenia una hermosísima yegua y un caballo muy generoso, hijo della. Y no hallándose caballo tan castizo como este para echar á la yegua, acordaron de cubrir de tal manera la madre, que el hijo no la conociese, y así pudiese haber della generacion. Esto hecho, como ellos quitadas las cubiertas conosciesen el incesto cometido, ambos se despeñaron y mataron. En lo cual se ve cuán arraigada quiso el Criador que estuviese en nuestros corazones la ley de la honestidad, pues aun en los brutos animales la quiso imprimir (*c*). No fué tan casta la reina Semíramis, madre de Nino, rey de Babilonia; mas él le dió con la muerte el pago que tal propósito y tal maldad merecia. Semejante ejemplo es (*d*) el que el mismo autor cuenta de un camello y de su madre dél; porque el pastor que los guardaba cubrió la madre de tal manera, que el hijo no la conociese. Mas despues que quitada la cubierta el hijo conoció el incesto cometido, se embraveció contra el pastor de tal manera, que arremetió á él, y con los dientes y con los piés lo hizo pedazos, y él mismo, embravecido tambien contra sí, se mató y despeñó. Porque es cosa cierta que nunca el camello se junta desta manera con su madre. Y aun otra honestidad tiene, segun el mismo autor refiere, que nunca toma á la hembra en presencia de quien lo vea, sino en escondido; como tambien lo hace el elefante. En lo cual muestra este animal mas honestidad y vergüenza que los pueblos de los masagetas, los cuales llegaron á tal extremo de desvergüenza, que usan públicamente de sus mujeres. En lo cual se ve que los hombres bárbaros y sin conoscimiento de Dios, llegan de lance en lance á destruir de tal manera los dotes de naturaleza, que vienen á hacerse mas bestiales que los brutos animales.

Y no es menor ejemplo de castidad el de la tórtola: la cual, despues de muerto el marido, permanece en perpetua viudez, sin admitir otro. Sobre lo cual dice Sant Ambrosio (*e*): Aprended de aquí, mujeres, cuánta sea la gracia y honra de la viudez; la cual aun en las aves es alabada. ¿Pues quién, dice este Sancto (*f*), dió esta ley á las tórtolas? Si busco hombres, no los hallo; porque ningun hombre dió esta ley á las mujeres, pues ni Sant Pablo se atrevió á darla. Antes dice (*g*): Bueno es á las mujeres permanecer en castidad; mas si esto no pueden hacer, cásense; porque mas vale que se casen que no que se abrasen. Desea Sant Pablo en las mujeres lo que en las tórtolas persevera (*h*). Y en otro lugar acon-

(*b*) Cant. Ambros. et Aug. (*c*) D. Aug. de Civit. Dei, lib. 18, c. 2, tom. 5. (*d*) Lib. 5, c. 23. (*e*) Ambros. lib. 3. Epistolar. ep. 25, tom. 5. (*f*) In Exam. lib. 5, c. 19, tom. 1. (*g*) 1. Cor. 7.
(*h*) 1. Tim. 5.

seja á las mujeres que se casen, si no pueden imitar la castidad que en estas aves se halla. Pues segun esto el Criador fué el que imprimió en estas aves esta inclinacion y este afecto de continencia; el cual solo puede hacer leyes que todos sigan. La tórtola no se abrasa con la flor de su juventud; mas tentada con los deleites del matrimonio, no quebranta la fe dada al primer marido, porque sabe guardar castidad. Hasta aquí Ambrosio. Por lo dicho parece cuán amigo sea el Criador de toda virtud; pues tantos ejemplos della nos dejó en todos los animales. Porque la nobleza nos enseñan los gavilanes; la generosidad los leones; la subjecion y obediencia los elefantes; la osadía y esfuerzo (como luego verémos) los caballos; la fe y lealtad para con sus señores, los perros; la caridad, como ya dijimos, los ciervos; el concierto y órden de república, las abejas; la providencia, las hormigas; el acatamiento y servicio de los padres, los hijos de las cigüeñas; y finalmente, la castidad, esta ave de que tratamos.

Mas entre tantas diferencias y propriedades de animales, no puedo dejar de hacer mencion del regalo de la divina Providencia en haber criado gatos de algalia, la cual sirve para la composicion de todos los ungüentos olorosos, que sin ella serían imperfectos. Y demas desto, por ser ella calidísima, es medicinal para muchas enfermedades. Es pues de saber que este animal tiene una bolsa entre los dos lugares por donde se purga el vientre, repartida en dos senos, y en ellos descarga poco á poco esta masa tan estimada; de modo que cada cuatro dias es menester descargar esta bolsa con una cucharita de marfil; porque cuando esto no se hace, él mismo se arrastra por el suelo para despedir de sí esta carga, que le da pena por ser muy caliente. Y desta manera cada mes se saca dél una onza de algalia, que en esta era de agora vale diez y doce ducados en Lisboa. Y mas añadiré aquí una cosa, que si no fuera tan pública no me atreviera á escribirla: la cual es que en esta misma ciudad hay un mayorazgo, que dejó un padre á su hijo, de veinte y un gatos de algalia, los cuales, hecha la costa del mantenimiento dellos, le rentan cada año seiscientos mil maravedis. Y la institucion deste mayorazgo es con cláusula que esté siempre entero este número de gatos, so pena de tres mil ducados aplicados al hospital de la Misericordia. ¿Pues quién no ve en esto la perfeccion y regalo de la divina Providencia, que tantas cosas crió, no solo para nuestro provecho, sino tambien para nuestro regalo? Y ¿quién no ve la diversidad de los medios que para esto inventó? Porque ¿quién pensara que del sudor ó de los excrementos deste animal pudiera proceder una masa tan preciosa como esta, y tener su bolsa en que se recogiese para que no se desperdiciase? Mas este beneficio ¿quién no ve ser hecho mas para el uso del hombre (á quien todas las cosas sirven), que para el animal que lo da, que no se sirve dél? Mas cosa antigua es, y muy usada, aprovecharse los hombres de los dones de Dios, sin levantar jamas los ojos al dador, como si todo se les debiese de juro y heredad.

Mas dejemos los gatos y vengamos á los perros. Pues como estos haya formado el Criador para el servicio familiar del hombre (que es criatura racional) dióles las inclinaciones tan conformes á razon, que despues del elefante (que en esta parte á todos excede) no hay animal que mas participe esta habilidad. Escriben Eliano y Plinio cosas notables de la fe y amistad de los perros. Mas entre otras habilidades suyas esta sola referiré que Eliano cuenta. Iba un criado de un mercader á negociar en una feria, y apartándose del camino para purgar el vientre, cayósele una bolsa que llevaba con su dinero, sin advertir en eso. Y continuando él su camino, el perro que consigo llevaba se quedó en guarda de la bolsa. Mas llegado á negociar en la feria, como se hallase sin dinero, volvióse por los mismos pasos que habia caminado, y halló el dinero, y el perro en guarda dél, tan transido ya de hambre, que acabado de llegar el mozo, murió. En lo cual se ve cuán firmes y constantes son las inclinaciones que el Criador dió á los animales para los oficios que los diputó. Mas ¡qué vergüenza es ser vencidos los hombres en esta fe que los animales guardan para con sus señores!

§. I.

Prodigiosa equivalencia del instinto natural de algunos animales con la razon de los hombres.

Pusimos al principio por fundamento desta materia, que el Criador, en lugar de la razon que solo el hombre tiene, proveyó á todos los animales de inclinaciones para lo que les convenia, equivalentes á la razon. Y conforme á esto dijo Aristóteles (como arriba tocamos), que las obras de los animales eran muy semejantes á las de los hombres. A esto añadimos agora mas, que no solo en las obras, sino tambien en los afectos y movimientos del corazon se parecen con los hombres. Lo cual se ve no solo en la ira, y amor, y odio que en ellos cada hora vemos (que son afectos mas bajos y materiales), sino en otros mas generosos y mas espirituales; cuales son los que aquí referiré. El lebrel castizo conoce su generosidad y nobleza, y yendo por una calle, y saliendo cuantos gozques hay á ladrarle y molestarle, ni se pára, ni se defiende, ni ladra, como animal que siente su generosidad, y que no le está bien tomarse con gente tan baja, ni hacer caso della; enseñando en esto á los hombres magnánimos y valerosos que ningun caso deben hacer de las voces del vulgo bárbaro y bestial, ni desistir por ellas de sus buenos propósitos y deseños. Y á este propósito referiré lo que cuentan de aquel valeroso capitan Fabio Máximo: á quien llamaba el vulgo de los soldados cobarde, porque se entretenia no queriendo dar batalla á Anibal. Mas el buen capitan no hacia caso destas voces, porque sabía bien lo que hacia. Y á los tales respondia, que el que no tenia ánimo para despreciar las voces del vulgo, tampoco lo tendria para hacer rostro al enemigo. En consecuencia desto referiré una cosa que me contó una persona digna de fe, la cual él vió no sin mucha admiracion. Estando un hermoso lebrel junto á la playa de la mar, llegóse á él un gozque, y comenzó á ladrarle, y cercarle, y acometerle por todas partes. Y en todo este tiempo el lebrel ninguna mudanza hizo. Mas fué tanta la importunidad del gozque, que la paciencia del lebrel quedó vencida; y así determinó tomar venganza dél. Mas ¿de qué manera? No quiso ensangrentar sus armas en tan baja ralea, sino tomóle por el pellejo, y metiólo debajo del agua, y túvolo así tanto tiempo hasta que se ahogó. Estas y otras tales maravillas se esperan de aquella summa Providencia y sabiduría.

El caballo tambien reconoce su generosidad, y cuando es caballo castizo y bien pensado, y sale holgado de

la caballeriza, apénas cabe en toda una calle, ladeándose ya á una parte ya á otra, y acometiendo á querer correr ó saltar, y metiendo la cabeza en los pechos para parecer mas bien enfrenado y hermoso. Y lo que mas es, siente tambien la hermosura de los jaeces, cuando son tales, y muestra con ellos mas brio y lozanía. A lo ménos de Bucéfalo, caballo de Alejandre Magno, escribe Eliano, que estando enjaezado no sufria que cabalgase en él mas que solo Alejandre, y al tiempo del cabalgar se abajaba para que mas fácilmente subiese en él; mas quitados los jaeces, sufria á cualquier mozo de caballos. Crió Dios este animal mas para la guerra que para el trabajo, aunque él sirve para todo. Y por eso le dió todas las propriedades que para esto se requerian. Porque es animal soberbio, brioso, atrevido, fiel, belicoso y esforzado. En las cuales propriedades resplandesce tanto el artificio de la divina sabiduría, que el mismo Señor que le crió se pone á describirlas muy de propósito, hablando con el sancto Job, por estas palabras (i): Por ventura ¿serás tú poderoso para dar al caballo la fortaleza que yo le dí? Con los piés cava la tierra, alégrase con su osadía y esfuerzo, y sale al encuentro contra los hombres armados. No hace caso de los peligros, ni vuelve atras con temor de la espada. Sobre él sonará la aljaba, y blandeará la lanza y el escudo. Herviendo y espumando sobre la tierra, no hace caso del sonido de la trompeta. Alégrase cuando oye la bocina, y dende léjos barrunta la guerra, y la exhortacion de los capitanes, y la grita del ejército. Todas estas son palabras de Dios, que tan de propósito escribe las propriedades deste animal. El cual demas de lo dicho es muy leal; es hacedor, si hay quien le enseñe. Tambien aprende á callar cuando van de noche á hacer alguna cabalgada, como cuentan los fronteros de Africa.

Y demas desto es el mas vistoso y hermoso de todos los animales de grandes cuerpos, y de mas hermosos y diferentes colores. Porque unos hay dende la punta del pié hasta la cabeza tan blancos como la nieve; otros hay pintados de diversos colores, otros bayos, de color de oro, y otros diversos colores. Tienen sus galanas crines, que les sirven de penachos naturales. Y lo que mas es, con ser grande animal y tan feroz y tan orgulloso, es tan domable y tan manso á las veces como una oveja, y así se deja subjetar del hombre, y obedece, volviendo y revolviendo, corriendo, andando y parando como su dueño quiere. Pues ¡cuán justo sería que aprendiese el hombre de su caballo á obedecer á su Criador, pues el caballo así en todo y por todo obedece á él! Cuán justo sería que pues este animal, por la divina Providencia le sirve para los caminos, para los trabajos, y para los peligros, y para honrar y autorizar al que va en él, que diese gracias al que lo crió para todos estos servicios del hombre. Pára nuestro corazon en los dones, y olvídase del dador; habiendo sido criados ellos para que fuésemos á él. Detenémonos tanto en el camino que nunca llegamos al término dél. Y lo que peor es, tomamos ocasion de la hermosura de un caballo para ir muy vanos y locos encima dél.

El leon tambien es animal generoso, y conoce y préciase tanto de su esfuerzo que, como refiere Eliano, cuando le persiguen no vuelve las espaldas en la huida, sino va paso á paso despacio mirando cara á cara sus perseguidores, amenazándolos con sus fieros bramidos.

(i) Job. 39.

Mas cuando traspone por algun otero, donde no lo ven los que lo persiguen, huye muy apriesa, pareciéndole que en este caso no pierde reputacion por no ser visto. Tiene tambien otra grandeza que es no comer de la caza que le sobró el dia pasado; y otra mayor que es usar de clemencia con los postrados (que es propria virtud de corazones generosos, que no son como las mujeres vengativos); y asimismo, como dice Solino, es mas piadoso con las mujeres que con los hombres, y mucho mas con los niños, en los cuales no toca, sino es cuando padece grande hambre. Porque la necesidad todas las leyes vence.

§. II.

Del pavon.

Entre estos generosos animales, el que mas claro parece que conoce su hermosura es el pavon; pues vemos que él mismo hace alarde de sus hermosas plumas, con aquella rueda tan vistosa, que por muchas veces que la veamos, siempre holgamos de verla, y de sentir la ufanía con que él extiende aquellas plumas, preciándose de su gentileza, y haciendo esta demostracion della. La cual hace las mas veces cuando tiene la hembra presente para aficionarla mas con esto. Y cuando quiere ya deshacer la rueda, hace un grande estruendo con las alas, para mostrar juntamente valentía con la hermosura. En lo cual todo vemos una imitacion de las cosas que se pasan en la vida humana.

Es la hermosura desta ave digna de grande admiracion; mas la costumbre de cada dia quita á las cosas grandes su debida admiracion. Porque los hombres de poco saber no se maravillan de las cosas grandes, sino de las nuevas y raras, como ya dijimos. Y aun esto se prueba con el ejemplo desta misma ave, la cual traida de las Indias á Grecia (donde nunca habia sido vista) causó tanta admiracion que (como refiere Eliano) el hombre que la trajo andaba ganando dineros por mostrarla. Y de un hombre principal dice el mismo autor, que dió mil dragmas, que es una gran summa de dinero, por un par dellos, macho y hembra, para hacer casta. Y Alejandro Magno mandó que nadie fuese osado matar esta ave. Tan sagrada cosa le pareció aquella tan nueva y tan extraordinaria hermosura. Pues como sea verdad que en las cosas mas excelentes resplandezca mas la sabiduría de aquel artífice soberano, no será fuera de propósito detenerme un poco en describir la condicion y hermosura desta ave.

Y tratando primero del fin que tuvo el que la crió, parece que así como en la fábrica de aquellos animalillos pequeñitos que dijimos, nos quiso mostrar la subtileza y grandeza de su poder y sabiduría (la cual en tan pequeña materia pudo formar tantas cosas); así en la hermosura desta ave nos quiso dar una pequeña muestra ó sombra de su infinita hermosura. La razon que á esto me mueve es ver que este plumaje tan grande (que es de vara y media de largo) no sirve ni para cubrir el cuerpo desta ave (pues excede tanto la medida dél), ni tampoco ayuda para volar, porque ántes impide con su demasiada carga. Y pues habemos de señalar en esta obra algun fin, no veo otro sino el que está dicho. Porque como la cosa mas principal que pide Dios del hombre sea amor, y la hermosura sea tan poderosa para enamorar los corazones, de aquí nace haber criado él en este mundo muchas cosas muy hermosas, para que por ellas, como dice el

Sabio (*k*), pudiesemos en alguna manera rastrear la hermosura del Hacedor, como adelante declararémos. Y porque en ningun linaje de cosas faltase alguna sombra ó rastro de su hermosura, crió tambien para esto muchas aves muy bien pintadas de diversos colores. Entre las cuales tiene el primer lugar esta, la cual para solo este fin dijimos haber sido criada.

Y para decir algo della será necesario, para los que no saben filosofía, presuponer dos sentencias que para esto sirven. La primera es, que todas las cosas corporales están compuestas de materia y forma, que son las partes esenciales dellas, y la materia es el subjeto que recibe la forma, mas la forma es el principio y la causa de todos los accidentes y propriedades y obras que tiene cada cosa. Mas en las criaturas que tienen ánima, el ánima es la forma, y el cuerpo es la materia. Y así vemos que en el hombre el ánima es el principio y causa de todas las propriedades y obras que hay en él; y por eso en el punto que ella falta, todo falta. Lo segundo, conviene presuponer que esta ánima es la que digiere el manjar que los animales comen, y lo convierte en la substancia dellos. Mas de los excrementos deste manjar (que son como las sobras y relieves dél) se aprovecha para producir en las aves las plumas, y en los otros animales los pelos ó la lana de que están vestidos, y en el hombre los cabellos, las uñas, y los pelos de la barba; y segun estos excrementos son pocos ó muchos, así son más ó ménos los pelos que de aquí se engendran. Y así se escribe de aquel glorioso Sant Juan de Egipto, que tenia muy poquitos pelos en la barba; porque como era grandísima su abstinencia, no sobraba cuasi nada de lo que comia para producirlos.

Pues viniendo á nuestro propósito, el ánima del pavon es la forma dél, y ella es por cuya virtud (mediante los instrumentos que para eso tiene) convierte el manjar en la carne y substancia del pavon, y lo que sobra deste manjar (que son los excrementos y superfluidades que dijimos) emplea en todo aquel plumaje tan hermoso que vemos, mayormente en las plumas del cuello y de la cola. Mas la maravilla desto es, que de tal manera reparte el ánima estos excrementos, que con ser ellos de una misma substancia, hace que tomen tan diversos colores y figuras en diversas partes de las plumas, y estas no confusas (como las que vemos en el jaspe), sino ordenadas y proporcionadas para pintar aquellas figuras matizadas con tanta diversidad de tan finos y hermosos colores, que ponen admiracion á quien quiera que las ve. Donde tambien es de notar la semejanza que todas las plumas de la cola tienen entre sí, en lo cual parece que no se reparten estos colores acaso, como aciertan á caer, sino que tienen causa fija y permanente que los distribuye y reparte con esta conformidad, para que dellos resulten aquellas figuras.

Y dejando aquellos ramales ó cabellos que van acompañando el asta de las plumas de la cola hasta el cabo dellas (que son todos harpados y de hermosos colores), vengamos á aquel ojo que está al cabo dellas, formado con tanta variedad de colores, y estos tan finos y tan vistosos, que ningun linaje de las tintas que han inventado los hombres podrá igualar con el lustre y fineza destos. Porque en medio deste ojo está una figura oval de un verde clarísimo, y dentro dél está otra cuasi de la misma figura, y de un color morado finísimo, y estas están cercadas de otros círculos hermosísimos, que tienen gran semejanza con los colores y figuras del arco que se hace en las nubes del cielo: á los cuales succede en torno la cabellera, hermosa tambien, de diversos colores en que se remata la pluma. Y en este ojo ó círculo que decimos hay otra cosa no ménos admirable, y es, que los cabellos ó ramales de que esta figura se compone, están tan pegados unos con otros, y tan parejos y iguales en su composicion, que no parece que aquella figura es compuesta de diversos hilos, sino que es como un pedazo de seda continuada que allí está.

Pues ¿qué diré de la hermosura del cuello que sube del pecho hasta la cabeza, y de aquel color verde que sobrepuja la fineza de toda la verdura del mundo? Y lo que pone mas admiracion es, que todas aquellas plumillas que visten este cuello, son tan parejas y tan iguales entre sí, que ni una sola se desordena en ser mayor ó menor que otra. De donde resulta parecer mas aquella verdura una pieza de seda verde, como dijimos, que cosa compuesta de todas estas plumillas. No faltaba aquí sino una corona real para la cabeza desta ave; mas en lugar della tiene aquellas tres plumillas que hacen como diadema, y son el remate de la hermosura desta ave. Y como tengan estas tres plumicas tanta gracia, y no sirvan mas que para su hermosura, vese claro que de propósito se puso el Criador á pintar esta ave tan hermosa. Lo que aquí se ha dicho, entenderá mejor quien pusiere los ojos en una pluma destas, porque mas sirve para esto la vista que las palabras. Y no se debe echar en olvido que la hermosura y colores de todo este plumaje, no es como la de las flores que en breve se marchita, sino es perpetua y estable, y por eso sirve para otras cosas que se hacen dellas.

Esto baste de la hermosura desta ave. Mas de las propriedades della sola esta diré: que es el pavon muy amigo de la compañía de la hembra; por lo cual si halla los huevos sobre que ella se quiere echar, los quiebra; porque por esta ocasion no carezca de su compañía. Mas la divina Providencia que en ninguna cosa falta, tambien proveyó aquí de remedio. Donde notarémos que en muchas cosas consintió que hobiese algunas necesidades, para que en el remedio dellas se viese mas claro el recaudo de su providencia, como se ve en este caso. Porque la hembra busca algun lugar muy escondido donde pone los huevos, para que el padre no los halle. Y aun para le engañar, usa un artificio maravilloso, y es, que cuando quiere salir á comer, da un vuelo cuan léjos puede del nido, y esto hace callando. Mas cuando vuelve al nido, vuelve graznando, para que el marido crea que allí está el nido, de donde ella partió, y así lo burla y desatina para que no halle el nido. Pues ¿quién no verá aquí las invenciones que aquel soberano Señor busca para que reconozcamos y adoremos su sabiduría y providencia, y acudamos á él en todas nuestras necesidades, confiando que no faltará al hombre, quien no falta á las cosas que crió para servicio del hombre?

Mas volviendo á la hermosura desta ave, dijimos arriba haberla fabricado el Criador tan hermosa, para que por ella levantásemos nuestro espíritu á la contemplacion de la hermosura del que para este fin la crió. Dijimos tambien que la principal cosa que pide Dios al hombre es amor, y que para este amor mueve mucho la hermosura, no solo la corporal, sino mucho mas la espiritual, cual es la de los ángeles y de las ánimas que están en gracia. Porque así como la voluntad se mueve con la re-

(*k*) Eccli 43.

presentacion del bien, así el amor con la hermosura. Por lo cual el Criador, que tanto desea ser amado de sus criaturas, quiso que en todas ellas, comenzando dende el cielo hasta las entrañas de la tierra hubiese algun rastro ó sombra de su infinita hermosura. La cual primeramente resplandesce en el cielo estrellado en una noche serena: donde vemos toda aquella gran capa y bóveda del cielo resplandescer con tan gran número de lumbreras mas claras que todos los diamantes y piedras preciosas, y estas en tan grande número que solo el que las crió las puede contar. Resplandesce tambien en las dos principales estrellas (*l*) sol y luna, de cuya virtud y hermosura ya tratamos. Resplandesce tambien en la verdura de los campos, en la frescura de las fuentes, en la diversidad de flores que hermosean los prados verdes, en las cuales no sabréis de qué mas os maravilleis, si de la diversidad de los colores, si de las labores tan primas con que están obradas. Pues ¿qué diré de la hermosura de las perlas y piedras preciosísimas, de tantos colores y virtudes, y de tan gran valor? ¿Qué de los metales y especialmente de plata y oro; el cual en todas las naciones por bárbaras que sean, es tan preciado por su grande resplandor y hermosura? ¿Qué de la hermosura de los cuerpos humanos, y señaladamente de algunos, cuales eran los que refiere la Sancta Escriptura (*m*), como fué Josef, Absalom, Thamar, Judith y Ester? Porque no quiero hacer aquí mencion de la reina Elena por quien se perdió Troya. En lo cual parece que en todas las especies de criaturas quiso el Criador que se viese una centella de su hermosura; pues hasta en el oro y piedras preciosas que se crian en las entrañas de la tierra, quiso que se hallasen rastros della. Mas sobre todo esto ¿qué diré de la hermosura de las ánimas que están en gracia? ¿Qué de la de aquellos espíritus soberanos, en los cuales tanto resplandesce la hermosura del Criador, pues la vista y resplandor de uno solo hizo caer en tierra de solo espanto al profeta Daniel (*n*); los cuales son mas en número que las estrellas del cielo?

Pues todas estas hermosuras que vemos y otras innumerables que no vemos, están por muy mas excelente manera en el Criador dellas. Porque así como el maestro tiene en su entendimiento la ciencia que enseña á sus discípulos, mas perfectamente que ellos, así el que dió su hermosura á todas las criaturas visibles y invisibles, necesariamente ha de tener en sí por mas excelente manera lo que dió á ellas; pues nadie da lo que no tiene. Y segun esto ¿cuál será la bienaventuranza de aquellos que ven todas estas hermosuras en la facie de Dios, con otras infinitas que son proprias suyas, que á ninguna criatura fuéron comunicadas? Y si el apóstol Sant Pedro quedó tan alienado y tan fuera de sí cuando vió una sola (*o*) centella desta hermosura en la transfiguracion del Señor, que arrebatado y como embriagado con la grandeza de aquella alegría no sabía lo que decia, ¿qué sentirán aquellas ánimas gloriosas cuando entren en el gozo de su Señor, y beban de aquel arroyo tan crecido de sus deleites? Y si la hermosura de alguna criatura (que no es mas que un cuerecico blanco ó colorado que parece por defuera) basta muchas veces para trastornar el seso de un hombre (*p*), y para hacerle caer en cama, y á veces perder la vida, ¿qué os parece que obrará en aquellas ánimas gloriosas la vista de aquella infinita hermosura de que todos ellos gozan? Dichosos por cierto los que aquí llegaren; pues gozarán de tales bienes, que ni ojos vieron, ni oidos oyeron, ni entendimiento humano puede comprehender.

(*l*) Psalm. 146. (*m*) Gen. 39. 2. Reg. 14. Ibid. 13. Judith 8. Esther 2. (*n*) Dan. 8. 10. (*o*) Luc. 9. (*p*) 2. Reg. 13.

CAPITULO XXIII.

Prólogo sobre la fábrica y partes principales del mundo menor, que es el hombre.

Habiendo ya tratado deste mundo mayor y de sus partes principales, síguese que tratemos agora de la fábrica del mundo menor y de sus partes, que es el hombre, que no ménos sirve para el conoscimiento de nuestro Señor Dios, que el pasado. Para lo cual primeramente habemos de presuponer que el principio y fundamento de todos nuestros bienes es este conoscimiento. Y como sean muchas cosas las que dél podemos conocer, la que mas importa para nuestra salvacion y consolacion es el conocimiento de su providencia. La cual (como está ya dicho) incluye aquellas tres señaladas perfecciones suyas, que son: bondad, sabiduría y omnipotencia. Pues todo lo que hasta aquí se ha dicho de la fábrica deste mundo mayor, nos da claro testimonio desta providencia, y destas perfecciones divinas, que andan en su compañía, y no ménos sirve para esto lo que está dicho de la fábrica del mundo menor, que es el hombre. Por lo cual Teodoreto en doce sermones que escribió de la divina Providencia, se aprovecha del artificio admirable de las partes de nuestros cuerpos, para probar esta providencia. Y la razon por qué el hombre se llama mundo menor, es porque todo lo que hay en el mundo mayor se halla en él, aunque en forma mas breve. Porque en él se halla sér, como en los elementos; y vida, como en las plantas; y sentido, como en los animales; y entendimiento y libre albedrío, como en los ángeles. Por lo cual lo llama Sant Gregorio (*a*) toda criatura, por hallarse en él la naturaleza y propriedades de todas las criaturas. Y por eso lo crió Dios en el sexto dia, despues dellas criadas, queriendo hacer en él un summario de todo lo que habia fabricado, como hacen los que dan ó toman cuentas por escrito, que al remate dellas resumen en un renglon la summa de toda ella; de modo que aquel solo renglon comprehende todo lo que en muchas hojas está explicado. Y lo mismo en su manera paresce haber hecho el Criador en la formacion del hombre, en el cual recapituló y summó todo lo que habia criado. De aquí es que con mayor facilidad conoscemos por aquí las perfecciones divinas, que si extendiesemos los ojos por todo el mundo; que es cosa que pide muy largo plazo. Y por esta causa los cosmógrafos hacen una mapa, en que pintan todas las principales partes y naciones del mundo, para que con una breve vista se vea debujado lo que en su propria naturaleza no se pudiera ver en muchos años. Pues así podemos decir, que el hombre es como una breve mapa que aquel soberano artífice trazó, donde no por figuras, sino por la misma verdad, nos representó cuanto habia en el mundo. Y cuanto esta mapa es mas pequeña, y familiar, y mas conoscida de nosotros (pues anda en nuestra compañía), tanto nos da mas claro conocimiento del Criador.

Ponemos adelante entre las maravillas y obras de Dios, la virtud que puso en las semillas de las plantas. Porque en una pequeña pepita de una naranja puso virtud para que della naciese un naranjo; y un piñoncillo, para que

(*a*) Hom. 29. in Evang.

dél naciese un grande pino. Mas esto es muy poco en comparacion de la virtud que puso en la materia de que se forma el cuerpo humano. Porque de una destas semillas no se fabrica mas que las raices, y el tronco, y ramas del árbol, con sus hojas y fructo. Mas de la materia de que el cuerpo humano se forja (con ser una simple substancia) viene á formarse tanta variedad de miembros, de huesos, de venas, de arterias, de niervos, y de otros innumerables órganos, y estos tan acomodados al uso de la vida, que si algun ingenio llegase á conoscer todas las particularidades, y menudencias, y providencias que en esto hay, mil veces quedaria atónito y espantado de la sabiduría y providencia del Criador, que de tan simple materia tantas y tan diferentes cosas pudo y supo formar. Porque ninguna hay que no esté clamando, y diciendo: ¿quién pudo hacer esto sino Dios? ¿Quién pudo dentro de las entrañas de una mujer, sin poner ella nada de su industria, fabricar una casa para el ánima con tantas cámaras y recámaras, con tantas salas y retretes, y con tantas oficinas y oficiales, sino Dios? Lo cual manifiestamente declara ser esta obra trazada por una infinita sabiduría, que en nada falta ni yerra. Lo cual prueban los médicos y filósofos por esta demonstracion. Dicen ellos que en todo el cuerpo del hombre hay mas de trescientos huesos entre grandes y pequeños. Y así en cada lado hay mas de ciento y cincuenta huesos; y cada uno dellos tiene diez propriedades (que los anatomistas llaman scopos), conviene saber: tal figura, tal sitio, tal connexion, tal aspereza, tal blandura, y otras semejantes. De suerte que multiplicando estas diez propriedades, y atribuyéndolas á cada uno de los ciento y cincuenta huesos, resultan mil y quinientas propriedades en los huesos de un lado, y otras tantas en el otro.

Pues en estos huesos hay tres obras y maravillas de Dios que contemplar. La primera es, la encajadura y enlazamiento de los huesos unos con otros con sus cuerdas y ligamentos tan perfectamente hecha, como ya dijimos. La segunda es, la semejanza que tienen los huesos del un lado con los del otro, no solamente en el tamaño, sino tambien en estas diez propriedades que aquí dijimos. De modo que cuando crecen con la edad los huesos (pongo por ejemplo) de la una mano, con ese mismo compas y medida crecen los de la otra, y con esas mismas propriedades que tienen, sin haber diferencia de una parte á otra. Y lo mismo se entiende de las costillas, y de las cañas de los brazos, y de las piernas del un lado y del otro. La tercera maravilla que á mí espanta mas que las susodichas, es ver la hechura y las propriedades que tiene cada hueso destos para el lugar donde está, y para el oficio que ejercita. Declaremos esto con un ejemplo de las cosas artificiales, para que por él vengamos en conocimiento de las obras naturales, por las del arte que procura imitarlas por ser estas mas conocidas. Vemos pues que en casa de un carpintero hay una sierra para aserrar, y una azuela para desbastar, y un cepillo para allanar, y una juntera para igualar, y un compas para medir y compasar, y otros tales instrumentos; y vemos cuán proporcionados son, y cuán bien fabricados estos instrumentos para sus oficios. Pues esto mismo hallamos con mayor perfeccion fabricado en estos trescientos huesos de nuestro cuerpo, cada uno de los cuales tiene todas aquellas diez propiedades que dijimos, tan proporcionadas y tan acomodadas á los lugares donde están, y á los oficios que han de ejercitar, que todos los entendimientos de hombres y ángeles no los podrian formar con mayor perfeccion de la que tienen. Y si el mismo Criador (á manera de hablar) estuviera mil años pensando en la fábrica de cada uno destos huesos para el fin susodicho, no los hiciera de otra manera de la que están.

Y no se acaba aquí la maravilla; porque todo lo que aquí habemos dicho de la proporcion y semejanza de los huesos de un lado con los del otro, esa misma hay en las ternillas, y en los ligamentos, y ataduras de los huesos, y en los morecillos, y en los niervos, y venas, y arterias del un lado para con las del otro. Y todos estos son instrumentos necesarios para la conservacion de nuestra vida; los cuales vienen tan acomodados á los oficios para que están diputados, que ni un anillo para el dedo, ni una vaina para su espada viene tan medida, ni tan compasada como cada una destas partes para el oficio que sirve. Pues ¿qué cosa nos declara mas la sabiduría de aquel artífice soberano, que tan gran número de instrumentos fabricó con tan grande perfeccion y artificio para sus oficios, que ni en un solo cabello izquierdeó, ni desdijo de lo que convenía para este fin?

En lo cual se ve cuán bestial fué aquel Epicuro, que dijo haberse fabricado acaso nuestros cuerpos. Porque las cosas que se hacen acaso, pocas veces aciertan á salir bien, y cuando mucho, podrá ser esto en tres ó cuatro cosas. Mas acertar en tantas mil partes y todas tan perfectamente fabricadas, que sobrepujan toda la facultad de los entendimientos humanos, no es posible hacerse acaso, sino por un soberano entendimiento. Porque pregunto agora, ¿qué tan gran locura sería decir que arrojando una gran masa de hierro en una fragua de herrero acaso saliese un reloj concertado con todas sus ruedas, ó algun arnes tranzado muy bien hecho? Pues muy mayor locura es sin comparacion decir que el cuerpo humano se hizo acaso de aquella materia que él se fabrica en las entrañas de la madre, así por ser mucho mayor el número de los huesos y de las otras partes de que se componen, como por ser todas ellas mas perfectamente fabricadas que las de un reloj ó arnes. Porque si este artificio se hallara en ciento ó doscientas partes de nuestro cuerpo, no fuera tanto, mas hallarse en tanto número de partes, y todas ellas tan perfectamente fabricadas para sus oficios, esto es cosa que sobrepuja toda admiracion, y que singularmente nos declara la sabiduría y omnipotencia de quien tan grande eficacia pudo dar á la virtud formativa de nuestros cuerpos.

§. ÚNICO.

Ninguna cosa deste mundo, por grande y esclarescida que sea, declara los atributos dichos, como el hombre. Y sentencias admirables de filósofos.

Pues por esta causa dicen muy bien los estudiosos desta sciencia de la anatomía, que ella nos es una certísima guia y maestra para llevarnos al conocimiento de nuestro Hacedor, y de aquellas tan principales perfecciones suyas que aquí andamos rastreando por medio de sus criaturas. Por lo cual con mucha razon llaman algunos á esta sciencia, y á la misma fábrica de nuestro cuerpo, libro de Dios; porque en cada partecica dél, por muy pequeña que sea, se lee y ve el summo artificio y sabiduría de Dios. Y aunque la fábrica y las cosas del mundo mayor nos ayuden á este mismo conoscimiento (como está ya declarado), mas estas vemos á trechos en algunas cosas raras y extraordinarias, que nos dan dél

mas claro testimonio: mas en este menor mundo, que es el hombre, y particularmente en la casa dél (que es el cuerpo), no hay cosa tan menuda, no hay vena, ni arteria, ni huesecico tan pequeño, que no esté á voces predicando el primor y artificio de quien lo fabricó.

Pues ¿qué diré de las partes mayores? ¿Qué cosas dicen los anatomistas de la fábrica de nuestros ojos? ¿Qué de la armazon, y huesos, y huesecicos, y sesos, y red admirable de nuestro celebro? ¿Qué del artificio y fábrica de nuestras manos, de las cuales ha procedido otro nuevo mundo artificial, donde se halla cuasi tanta variedad y muchedumbre de cosas, como en el mundo natural que Dios crió? Por lo cual tengo en parte por dichosos aquellos que se han dado á esta parte de filosofía, que trata de la composicion de nuestros cuerpos; porque si quisieren levantar un poco los ojos á Dios, y mirar en su hechura la sabiduría y omnipotencia del Hacedor, no podrán dejar de quedar mil veces pasmados de ver tantas subtilezas, y providencias, y maravillas. Dice David (*b*), que los que descienden á la mar en sus navíos, ven la grandeza de las obras de Dios, y las maravillas que hace en el profundo. Pues no ménos digo yo que los que entran dentro de sí mismos, y saben contemplar lo que el Hacedor obró en ellos, verán otras tantas maravillas, con que él proveyó al hombre de todos los instrumentos necesarios para la conservacion de su vida, y esto con tanta perfeccion, que ni haya en él cosa superflua, ni falte la necesaria.

Ni es cosa ménos admirable ver el sitio y los lugares del cuerpo en que todas estas partes dél están con tanta perfeccion situadas. Porque no se puede imaginar otro ni mas hermoso, ni mas conveniente, ni mas proporcionado para el fin y oficio que se hizo. Dijeron los antiguos de la elocuencia de Platon, que si algun sabio quitase una palabra suya, y con mucho estudio pusiese otra por ella, quitaria de su elegancia; y quien esto hiciese en las oraciones de un grande orador, por nombre Lysias, quitaria de la sentencia: queriendo por aquí alabar la elegancia del uno, y la propriedad de las palabras del otro. Pues así podemos decir á este propósito (aunque la comparacion sea humilde, comparando las cosas del entendimiento humano con las del divino), que si todos los sabios del mundo quisiesen trazar la mas pequeña parte, ó miembro, ó sentido del cuerpo humano, y formarla de otra manera, ó asentarla en otro lugar, quitarian no solo el oficio y uso della, mas tambien toda su gracia y hermosura. Por lo cual disputando Galeno con aquel bestial filósofo Epicuro, el cual negando la Providencia divina, decia que la fábrica de nuestro cuerpo habia sido hecha acaso y sin consejo, como ya dijimos (*c*), sale con él á este partido, que le dará cien años de espacio para que mude la figura ó sitio de alguna destas partes de nuestro cuerpo, y la fabrique y asiente de otro modo que ella está; y verá claro cómo no es posible disponerse, ni trazarse mejor, que como ella está fabricada y asentada. De lo cual maravillado Salomon, y viendo cuán bajo quedaba el entendimiento humano para entender el primor y subtileza deste artificio divino, dijo (*d*): Así como no sabes cuál sea el camino del aire, y de qué manera se fabrican los miembros en el vientre de la mujer preñada, así no conoces las obras de Dios, que es el hacedor de todas las cosas.

Conoció el sancto rey David el artificio desta obra, no por estudio de filosofía humana, que no aprendió, sino por especial revelacion de Dios. Y así en el salmo 138, que todo trata de la sabiduría de Dios (en el cual dice, que todas las cosas pasadas y venideras le son presentes, y que las tinieblas son mas claras que la luz delante dél), viene á tratar muy en particular desta fábrica de nuestros cuerpos: donde (segun la translacion de otros intérpretes, que sirve para entender la nuestra) en sentencia dice así: Alabaros he, Señor, porque terriblemente habeis magnificado y declarado la grandeza de vuestra sabiduría en la fábrica de mi cuerpo. Maravillosas son vuestras obras, y mi ánima lo conoce mucho. Ninguno de mis huesos hubo escondido á vuestros ojos, cuando mi cuerpo se formaba en lo secreto del vientre de mi madre, y cuando ellos con maravilloso artificio se tejian y enlazaban en él. Y aun estando yo ahí imperfecto y por acabar de organizar, me vieron vuestros ojos y todos mis miembros estaban escritos en el libro de vuestra sabiduría; los cuales poco á poco procediendo los dias, se iban fabricando, y ninguno hubo entre ellos que no fuese de vos conocido, aun ántes que fuese formado. ¡Cuán preciosos son, Señor, para mí vuestros pensamientos y consejos, y cuán grande es el número dellos! Los cuales si quisiere yo contar, hallaré que sobrepujan las arenas de la mar. Pues en estas palabras declara el Profeta la admirable sabiduría de Dios, que resplandece en la fábrica y artificio singular de nuestros cuerpos. Entre las cuales es mucho de notar aquella palabra (terriblemente os habeis engrandecido) porque esta palabra *terrible*, mas propria parecia para engrandecer las obras de la divina justicia, que las de su sabiduría, de que aquí el Profeta va hablando. Mas la razon es, porque despues que él consideró la profundidad de la sabiduría divina que en esta obra de tanta variedad se descubria, y la grandeza del poder que de una tan simple materia pudo fabricar tantas diferencias de miembros y órganos (como dijimos), quedó el Profeta tan espantado y atemorizado de la majestad y grandeza de Dios, que en esta obra veia, que vino á usar de aquella palabra *terriblemente*. Donde parece haberle acaecido lo que suele á un hombre que está subido en algun grande risco, ó en alguna torre altísima, que si mira para bajo, y ve aquella profundidad tan grande, parece que se le desvanece la cabeza, y teme, aunque esté en lugar seguro. Pues desta manera temia este Sancto, conociendo por la grandeza desta obra la del artífice que la hizo.

Mas ¿qué mucho es que un profeta lleno de Dios se maravillase tanto desta obra, y se moviese á alabarlo y honrarlo por ella, pues parte desto hallamos en un filósofo gentil? Porque Galeno, príncipe de los médicos, que escribió diez y ocho libros desta admirable fábrica del cuerpo humano, viendo cuánto en ella resplandecia la sabiduría de Dios, dice: Que esta su escritura era un himno y alabanza que él componia para gloria y honra de Dios. Ca no está (dice él) su honra en que le ofrezcamos encienso, y otras semejantes especies olorosas, ni en que le ofrezcamos sacrificios de cien bueyes, sino en que por el artificio admirable desta fábrica conozcamos la grandeza de la sabiduría que tales cosas supo trazar, y el poder que todo esto pudo ejecutar, y la bondad que tan plenariamente proveyó á las criaturas de todo lo que era necesario para su conservacion, sin tener envidia de nada. Todo esto es de Galeno, el cual convencido y enseñado por el artificio admirable desta

(*b*) Psalm. 106. (*c*) Cap. 5. §. 6. (*d*) Eccles. 11.

obra, alcanzó está tan alta teología. Porque esto fué decir lo que dijo Dios por el profeta Oséas (a): Conocimiento de Dios quiero mas que sacrificio. Porque este conocimiento es principio y fundamento de todas las virtudes, como ya está dicho.

Pues siendo esta materia tan provechosa para levantar nuestros entendimientos al conocimiento de nuestro Criador, no será fuera del intento que en esta primera parte seguimos, tratar un poco desta obra, para que por ella veamos siquiera algo de lo que este filósofo gentil veia: aunque esto no será prosiguiendo á la larga esta materia (porque esto sería cosa infinita, y ajena de nuestra profesion); bastarnos ha apuntar las cosas mas comunes, y mas fáciles de entender, y en que mas resplandece la sabiduría deste divino artificio.

CAPITULO XXIV.

De la fábrica y armazon del cuerpo humano sobre los huesos.

La órden de proceder requeria que tratasemos primero de la fábrica y armazon del cuerpo humano (que consiste en el asiento y órden de los huesos de que él está compuesto); mas hay en esta materia tantas subtilezas y secretos, y tantas maravillas, que ni yo las sabria declarar, ni el lector las podria entender. Porque aun los mismos que de propósito estudian esta facultad, no se contentan con lo que la doctrina les enseña, sino aprovéchanse tambien de figuras y imágines que la representan. Y ni aun esto les basta, sino pasan adelante á hacer anatomía en los cuerpos humanos recien muertos, para que no solo el entendimiento, sino tambien los ojos sean testigos y jueces de la doctrina. Donde se debe notar, que los antiguos médicos tenian por cosa de grande horror hacer esta experiencia en los cuerpos humanos, y por esto la hacian en los animales que se hallaban mas semejantes á ellos. Y para que se abaje la soberbia y vanidad de los gentiles hombres y mugeres, y vean de qué se vanaglorían, sepan que los cuerpos que los antiguos hallaron mas semejantes á los nuestros (aunque sea vergüenza decirlo) fuéron los de las monas y puercos. Y así Galeno que mas divina y largamente trató esta materia, se rigió en todo lo que escribió por la fábrica de los cuerpos de las monas. Y por esto es agora corregido por los nuevos anatomistas; los cuales hallaron por experiencia que en algunas cosas se diferencian nuestros cuerpos de los destos animales.

Así que por ser esta materia tan varia y de tanta subtileza, no me debo entremeter en ella; puesto caso que no hay en ella hueso alguno grande ni pequeño que no esté predicando la sabiduría y providencia del Criador, que esto trazó. Solamente diré, que la armazon del cuerpo humano se compone de muchas piezas, y es todo como hecho de gonces, para que así pueda el hombre jugar de todos sus miembros, y menearlos sin dificultad. Y no piense nadie que son pocas estas piezas; porque (como arriba tocamos) son muchos estos huesos, los cuales todos están enlazados unos en otros, con unas encajaduras tan ajustadas y proporcionadas, y tan perfectamente compasadas que ninguno de cuantos entalladores hay en el mundo las pudiera hacer con tanto compas y perfeccion.

Y porque no se desencajasen los huesos proveyó el Criador de cuerdas tan firmes, y de tales ligamentos al derredor destas junturas, que no sea posible desencajarse un hueso de otro, sino con alguna grande violencia. Pues todas estas encajaduras con sus cuerdas y ligamentos, junto con la figura de los mismos huesos tan proporcionados y medidos para la consistencia y servicio del cuerpo humano, son voces que están predicando la sabiduría de aquel artífice soberano, que sin compas y sin regla, y sin algun otro instrumento trazó todo esto en las entrañas de una mujer, sin poner ella mano en esta obra.

Y si algun ejemplo hay con que podamos entender algo del artificio desta obra, es el que ya pusimos de la fábrica de un arnes tranzado, el cual acomodándose á los miembros del cuerpo humano, los cubre de piés á cabeza; y así tambien es compuesto de diversas piezas con sus junturas, para que pueda el hombre armado abajarse, y levantarse, y menear, y doblar los brazos, y apretar la lanza y la espada en la mano. En lo cual todo imita el arte á la naturaleza, en cuanto le es posible, porque en todo no puede. Lo cual (dejadas aparte otras ventajas) se conoce, viendo cuán pesada y dificultosamente manda sus miembros un hombre armado, y con cuánta facilidad se mueven los miembros del cuerpo humano (como se ve en los que corren, y voltean, y bailan), siendo mucho mayor el número de los huesos y junturas de nuestro cuerpo, que las piezas de cualquier arnes.

Puede tambien compararse esta fábrica con la de una casa alta, armada sobre dos columnas. Porque las piernas sirven aquí de columnas que sustentan todo este edificio, cuyas bases son los piés, sobre que ellas se sustentan, y lo demas es el edificio de la casa, el cual va trabado y enlazado con los huesos del espinazo que suben por las espaldas hasta lo postrero de la cabeza, todo hecho de diversas piezas, como una cadena de diversos eslabones, con sus maravillosas encajaduras, del cual proceden las costillas; así como en lo alto del edificio hay una viga principal, que toma de pared á pared, de la cual proceden las costaneras, ó las que llaman asnas, que sostienen la tablazon con que se cubre y remata el edificio. Pues sobre esta armazon de huesos extendió el Criador la carne y la piel para hermosura del cuerpo humano, así como despues de levantadas las paredes de una casa, la encalamos y guarnecemos, para que parezca mas hermosa. Porque el que trazó toda esta fábrica era tan sabio, que juntó en uno las dos cosas de mayor perfeccion y mas dificultosas de juntar, de cuantas hay, que son provecho y hermosura; y esto con tal primor y artificio, que lo mas provechoso es mas hermoso, y lo mas hermoso mas provechoso, como se ve en la fábrica y sitio de todos los sentidos y partes que vemos en los rostros humanos; los cuales, ni para sus oficios, ni para la hermosura pudieran tener ni otra figura, ni otro sitio del que tienen. Sirve tambien esta armazon de huesos, no solo para la firmeza y estatura del cuerpo, sino tambien para amparar lo flaco con lo fuerte (como adelante verémos), que es tambien otra providencia déste supremo artífice. Enseñándonos en esto, que los grandes y poderosos en la República, han de ser no desolladores, sino defensores de los que poco pueden. Esto baste de lo que toca á la armazon y fábrica del edificio de nuestros cuerpos: agora comenzarémos á tratar de la obra de la nutricion con que ellos se sustentan.

(a) Oseas 6.

CAPITULO XXV.

De algunos avisos generales que conviene presuponer para tratar de la primera facultad de nuestra ánima, que pertenece á la nutricion y sustentacion del cuerpo.

Antes que comencemos á tratar de la facultad del ánima vegetativa, conviene presuponer algunos avisos y documentos generales que sirven para la inteligencia desta facultad. Es pues agora de saber, que en nuestra ánima hay tres potencias ó facultades, de las cuales la primera es vegetativa, cuyo oficio es nutrir y mantener el cuerpo, y otra que llaman sensitiva, que es la que nos da sentido y movimiento; y la tercera es la intelectiva, que nos diferencia de los brutos, y nos hace semejantes á los ángeles. Estas tres facultades dió el Criador á una simple substancia que es nuestra ánima: lo cual es una tan grande maravilla, como si hiciera una criatura que fuera juntamente ángel y caballo; pues nuestra ánima ejercita en nosotros los oficios destas dos tan diferentes criaturas; pues ella entiende como ángel, y come y engendra como caballo. Por lo cual algunos filósofos no admitieron esto, ántes dijeron, que estas tres facultades de nuestra ánima, eran tres ánimas, las cuales ellos ponian en diversos lugares de nuestro cuerpo, es á saber: la vegetativa en el hígado, y la sensitiva en el corazon, y la intelectiva en la cabeza; y esta postrera decia Platon que era el hombre, no consintiendo que una cosa tan baja como nuestro cuerpo, fuese parte esencial del hombre, sino una casa donde el ánima moraba, ó un candelero donde se ponia la candela encendida de nuestro entendimiento.

Pues conforme á esta division susodicha tratarémos primero de la facultad del ánima vegetativa que tenemos comun con las plantas, que tambien viven y se mantienen como nosotros; y despues tratarémos de las otras dos facultades del ánima que son la sensitiva y intelectiva. Este sea el primer presupuesto.

El segundo sea el que todos sabemos, que es ser necesario mantenimiento ordinario para conservar la vida. La razon desto es, porque el calor de nuestros cuerpos, mediante el cual vivimos, ese tambien no ménos es causa de nuestra muerte que de nuestra vida. Porque con su eficacia consume la substancia y las carnes del hombre, como lo vemos en los dolientes que por hastío ó por dieta no comen, los cuales á cabo de dias vemos flacos y descarnados. El ejemplo desto vemos en la lámpara que queremos que siempre arda: donde el ardor de la llama poco á poco va consumiendo el aceite que la sustenta. Por lo cual es necesario cebarla siempre para que siempre se repare lo que siempre se gasta. Pues lo mismo hace el calor natural en nuestros cuerpos, que la llama en la lámpara, el cual siempre gasta y consume nuestro húmido radical, y por esto conviene restaurar lo que así se gasta con el manjar que se come. Donde se ha de notar que deste manjar toma el cuerpo para sustentarse la grosura y aceitoso que hay en él. De suerte que si comeis una camuesa, sírvese la naturaleza de lo aceitoso della para restaurar lo que se perdió. Y porque nunca es tan perfecto lo que se restaura como lo que ántes habia, de aquí viene poco á poco el húmido radical á perder de su vigor y virtud; y cuando este del todo se menoscaba viene á acabarse juntamente con él la vida, si alguna dolencia ó violencia no se anticipó á darle mas temprano fin.

El tercero presupuesto es, que pues todo el cuerpo con todas sus partes se ha de mantener, y á todas conviene que corra el mantenimiento, es necesario que en todo él haya caminos por do corra el mantenimiento, y los espíritus, y el calor á todas partes; y así lo trazó el Criador lleno de venas, y arterias, y niervos, dellos mayores y dellos menores para este efecto. De modo que él es como una ciudad que está toda llena de calles y de callejuelas para el paso y servicio de los que la habitan. Aunque no sé si es mas acomodado ejemplo el de una red muy menuda. Porque así está todo nuestro cuerpo entretejido y lleno, no de una sino de cuatro maneras de redes, como adelante declararémos. Lo cual se parece mas claro en las hojas de los árboles, mayormente cuando son grandes, en las cuales vemos tantos hilicos unos mayores y otros mas delgados que cabellos, que son la tejedura con que se sostiene y mantiene la hoja. Y no contento con esto ordenó el Criador que todo el cuerpo fuese, como los médicos lo llaman, transpirable, que es estar todo lleno de poros, para que haya comunicacion de unos miembros á otros.

El cuarto sea, que aquel sapientísimo artífice puso tres facultades necesarias en todos los miembros para su mantenimiento, que llaman atractiva, conversiva y expulsiva. Porque cada miembro atrae de las venas, que son acarreadoras del mantenimiento, lo que es necesario para su nutricion, y despues lo convierte en su substancia, y si tiene alguna superfluidad que no le convenga, despídela de sí. Mas entre estas tres facultades es mas admirable la primera, que es la atractiva. Porque como en aquella masa de la sangre vayan los cuatro humores de que están compuestos nuestros cuerpos, que son sangre, flema, cólera y melancolía, cada miembro, como si tuviese juicio y sentido, toma lo que conviene á su naturaleza, y no toca en lo demas. Y conforme á esto el hueso que es duro y sólido, el cual tambien se mantiene y crece como los otros miembros (segun que lo vemos en los huesos de los niños que van creciendo con la edad), toma de aquella masa el humor frio y seco; porque este le es mas natural y mas proporcionado á su substancia. Y así lo hacen todos los demas cada cual en su manera. Pónese para esto el ejemplo de la piedra iman, la cual teniendo á par de sí diversos metales, solamente atrae á sí el hierro dejados los otros. Pues el que dió tal virtud á esta piedra, tambien la dió á los miembros para que cada uno tomase para sí de aquella masa lo que fuese mas conforme á su substancia. Lo mismo vemos en la eleccion de los manjares que hacen los animales. Porque si pusiéredes juntos un pedazo de carne, y un poco de trigo, y otro de yerba, la oveja acudirá á la yerba, y el can á la carne, y la gallina al trigo. Pues quien dió á los animales este natural conocimiento del manjar que les conviene, dió tambien á los miembros este mismo instincto y naturaleza, para que tomase cada uno de aquella masa lo que mas le convenía.

El quinto sea, que en este nuestro cuerpo hay aquella hermandad que el Apóstol (*a*) tantas veces nos encomienda. Porque todos los miembros y sentidos sirven unos á otros, y todos al bien comun, que es á la conservacion del todo; mas esto con tal órden, que los ménos nobles sirven á los mas nobles: y así la primera digestion del manjar, que se hace en los dientes, sirve á la segunda que se hace en el estómago, y este á los intestinos, y estos al hígado, y el hígado al corazon y á todo el

(*a*) Rom. 12. 1 Thes. 4. Hebr. 13.

cuerpo, y el corazon al celebro, que es el mas noble miembro (donde reside el senado y los cónsules, que son los sentidos exteriores y interiores), y así él tambien provee de sentido á todos los miembros: para que por este ejemplo se vea cómo la preeminencia y dignidad de los mayores, se ha de emplear en el gobierno y provecho de los menores.

Hay tambien aquí otra providencia del Criador: el cual no consiente que en esta su casa haya cosa desperdiciada y sin provecho, así como no quiso que hubiese en el mundo lugar vacío, ni consintió que los pedazos de pan que habian sobrado del milagro de los cinco panes (*b*) se perdiesen. Pues por esto de tal manera trazó el gobierno de nuestros cuerpos, que lo que en una parte sobraba como superflue, en otra fuese necesario: como lo vemos en la melancolía que desecha el hígado, la cual sirve de mantenimiento para el bazo, que es miembro ménos noble: como vemos en las casas de los ricos, donde los criados se mantienen de lo que sobra de las mesas de sus señores. Y lo mismo vemos en las otras superfluidades que despide de sí el hígado y el estómago.

Sobre todo lo dicho se ha de advertir otra cosa, que no ménos declara el consejo de la divina Providencia, y es que, como Aristóteles dice, no hace la naturaleza, esto es, el autor della, sus obras semejantes á un cuchillo que habia en la isla de Delfos, el cual servia de muchos oficios y instrumentos, sino para cada oficio ordenó su proprio instrumento, los ojos para solo ver, los oídos para oir, las narices para oler, etc. En lo cual se ve la realeza desta casa de nuestro cuerpo, que el Criador fabricó para morada de nuestra ánima, como para cosa criada á su imágen y semejanza. Porque vemos que en una casa de un escudero ó de algun pobre hidalgo, muchas veces no hay mas de uno ó dos criados que sirven de todos los oficios de casa; mas en la casa de un rey vemos que hay gran número de oficios y de oficiales, diputados cada uno para su oficio. Porque como el rey es rico y poderoso, tiene facultad y caudal para sustentar todo este número de oficiales. Pues aplicando esto á nuestro propósito, ninguna casa real ha habido en el mundo, aunque fuese la de Salomon que tan grande espanto puso á la reina Sabá (*c*), que tantos oficiales tuviese cuantos tiene la casa real de nuestro cuerpo, que el Criador fabricó, segun está dicho, para morada de nuestra ánima; en la cual siendo tantos y tan varios los oficios, no se hallará un oficial que tenga dos oficios juntos, sino cada uno el suyo. Y si alguno parece tener mas que uno, es por razon de la diversidad de partes que hay en él. Esto se ve no solo en los cinco sentidos exteriores, sino mucho mas en los miembros interiores. Y así él fabricó el estómago para cocer el manjar, las tripas para recebirlo y purgarlo, el hígado para hacer la masa de la sangre, el corazon para criar los espíritus de la vida, los sesos del celebro para criar los espíritus animales, las venas para repartir la sangre, las arterias para llevar los espíritus vitales, y los niervos para repartir los animales, y así otros muchos que pudiéramos aquí contar. Lo cual todo sirve no solo para declarar la órden de la divina Providencia, sino tambien para instruccion y fundamento de la medicina. Porque entendida la calidad y condicion de las partes del cuerpo, y la dependencia que tienen unas de otras, saben los médicos dónde han de aplicar las medicinas, y en qué lugares han de mandar hacer las sangrías, y dónde han de dar el cauterio de fuego, con lo demas. Porque ya hemos visto curarse un gravísimo dolor de ciática que estaba en el cuadril del muslo, dando un cauterio en el oído, por la dependencia que hay desta parte superior á la otra inferior.

Presupuestos agora pues estos documentos generales, descenderémos á tratar del uso y oficio de las principales partes de nuestro cuerpo, para que veamos cuán perfectamente sirven á la facultad del ánima vegetativa, que es á la sustentacion de nuestra vida. Y en la acomodacion y proporcion destas partes para este fin, verémos claro el artificio y sabiduría de la divina Providencia que esto trazó y ordenó.

(*b*) Ioann. 6. (*c*) 3. Reg. 10.

CAPITULO XXVI.

De los miembros necesarios para la digestion y purificacion del manjar.

Pues como sea necesario el mantenimiento para la conservacion de nuestra vida, proveyó la divina sabiduría de muchos y diversos oficiales para este género de alquimia, si así se puede llamar; porque para una mudanza tan grande como es hacer de pan ó de cualquier otro manjar carne humana, eran necesarios muchos oficiales y muchos cocimientos y alteraciones del manjar, para que dejada su propria forma se mudase en nuestra substancia.

Pues la primera digestion y el primer oficial que la ha de hacer es la boca, la cual digestion es tan necesaria, que, como dicen los médicos, el yerro de la primera digestion no se corrige en la segunda: ca todos los miembros tienen sus oficios limitados, y son entre sí tan comedidos, que ninguno quiere usurpar el oficio del otro. Los instrumentos con que la boca hace esta primera digestion son los dientes. En cuya fábrica comienza ya á descubrirse el artificio de la divina Providencia, porque los que están en medio son agudos para cortar el manjar, y los postreros de un lado y de otro son llanos, como las piedras de un molino, para moler y desmenuzar lo que los otros hubieren cortado. Y aun otra particularidad hay en ellos, que no se debe echar en olvido, y es, que así como los molineros pican las piedras para que corten mejor el grano, en lugar desta picadura formó el Criador nuestras muelas no lisas, ni del todo llanas, sino con alguna desigualdad, que sirve de picadura, y esta tan firme, que moliendo siempre el manjar, permanece y dura cuasi toda la vida, sin tener necesidad de renovarse cada dia como la otra. Y porque hay algunos manjares duros y dificultosos de cortar, para esto formó los colmillos, que son mas recios, para vencer esta dureza y dificultad. Y porque para esto se requeria mayor firmeza, proveyó que tuviese cada uno tres raices con que se encarnase en las encías, como quiera que los dientes delanteros, que son para ménos trabajo, no tengan mas que dos: para que por aquí se vea cómo á ninguna cosa por muy menuda que sea, faltó la divina Providencia. Sirve tambien para esta digestion la lengua como pala de horno, traspalando el manjar de abajo arriba, para que por todas partes quede molido y desmenuzado.

De la boca se sigue por la garganta un coladero ó garguero, porque así le llamarémos de aquí adelante, el cual atrae á sí el manjar ya molido, y lo lleva al estómago, que es el cocinero general de todos los miembros. Mas ántes que pasemos adelante, será necesario advertir que de la parte de nuestra boca mas vecina á la

garganta, proceden dos canales: la una es este garguero que decimos, por do va el comer y beber al estómago; el cual está siempre cerrado para que no entre aire ni frio por él, que impida el cocimiento de la digestion; pero ábrese y dilátase con el mismo manjar que el estómago atrae á sí. Mas la otra canal va á parar al pulmon, que es por donde respiramos y hablamos; y esta está siempre abierta, para que siempre respiremos por ella. Y por esto el Criador la hizo anulosa; porque es compuesta de unos círculos como anillos, aunque no toda, sino los dos tercios della, para que así esté siempre tesa y abierta para el oficio susodicho. Mas con todo eso á la boca desta entrada está una lengüeta tan delicada, y asentada con tal primor, que el mismo aire con que respiramos la abre y la cierra, como lo hace el agua de la marea en la compuerta de los molinos de la mar, cuando sube y cuando baja. Y sirve esta lengüeta para que no entre por la caña del pulmon algun polvo ó aire destemplado, que pueda hacer algun daño.

Mas preguntará alguno: ¿por qué razon los dos tercios desta canal son anulosos, y el otro tercio no, ántes es de una materia blanda y flexible? Aquí comienza ya á descubrirse el artificio de la divina Providencia, que de nada se olvidó. Porque si toda esta canal fuera anulosa y estuviera tesa sin doblarse, pudiera un hombre ahogarse con un bocado grande. Mas siendo el un tercio blando por la parte que se junta con el coladero que decimos, dilátase y da amor de sí, para que el bocado pueda pasar sin este peligro.

Mas otra providencia hay aquí mas admirable; porque preguntará alguno, si la canal que va á parar al pulmon, ha de estar abierta, podrá entrarse por ella el manjar ó el beber, y ahogarse ha el hombre. Porque por experiencia se ve, que si una sola gota de agua entra por ella, nos vemos en aprieto y todo se nos va en toser para echar fuera lo que por allí entró. Pues ¿qué remedio para esto? Hallólo aquella infinita sabiduría.

Para lo cual habemos de presuponer que esta canal está por la parte superior continuada con el coladero. De donde viene á ser, que cuando el estómago atrae á sí el bocado ya mastigado para abajo, abájase juntamente con él este coladero; y cuanto mas este se abaja, tanto sube hácia arriba la canal del pulmon: así como acaece cuando están dos cubos de agua atados sobre un pozo, donde vemos que cuanto mas tirais para abajo el uno, tanto mas sube para arriba el otro; y subiendo este para lo alto, hace que ninguna cosa ni de lo que se come ni bebe entre por él. Lo cual puede experimentar el prudente lector, cuando á este paso llegare, poniendo la mano en la nuez que tenemos en la garganta, y tragando la saliva. Porque luego verá cómo este hueso se levanta, y sube á lo alto junto con la canal que está pegada con él. Esta es una de las singulares obras deste artífice soberano, que halló camino para lo que nuestro ingenio no pudiera alcanzar, trazando estas dos canales de tal manera, que este coladero de una via hiciese dos mandados, llevando el bocado para abajo, y haciendo que la cabeza de la canal del pulmon subiese hácia arriba, para que desta manera ni lo que se come ni se bebe entrase por ella, y ahogase al hombre. Para lo cual tambien sirve aquella lengüeta que dijimos estar á la boca desta caña, para que nada desto entre por ella.

Mas volvamos agora al estómago, el cual comienza luego á alterar el manjar que recibe y á darle otra forma, y aquí se hace la segunda digestion. Y porque esta no se puede hacer sin calor y sin fuego, sirve para esto primeramente el corazon, que es su vecino, y es miembro calidísimo, y así influye calor en esta olla del estómago. Y sirve tambien otro vecino, que es el hígado; el cual asimismo es miembro caliente. Y lo que es mas admirable, sirve tambien la cólera, que es como fuego para esto. Porque de la vejiguilla donde ella está, va una vena por do esta cólera camina á dar calor al estómago. El cual está compuesto de dos túnicas.

Y esta cólera entra por aquella vena entre la una túnica y la otra; y así, como un leño encendido, se pone debajo del suelo desta olla para darle calor. Pues ¿quién no adora aquí al autor desta singular providencia? Tambien todos los miembros, como si tuvieran sentido para conocer que el estómago guisa de comer para todos ellos, así ayudan á este cocimiento con su proprio calor. Y de aquí es que acabando de comer se nos enfrian los piés y las manos, porque el calor destos miembros va á ayudar al cocimiento del manjar con que ellos se han de mantener. Y esto se hace mediante una facultad que los médicos llaman virtud regitiva, ó regidora, de todo el cuerpo; la cual es como mayordomo mayor desta casa real donde nuestra ánima mora. Y esta es la que hace estas aplicaciones y otras obras semejantes que se requieren para la conservacion de nuestra vida.

Deste segundo ventrículo del estómago va luego el manjar á los intestinos, que son las tripas. Y destas sale gran muchedumbre de venas muy delgadas, las cuales se van ensanchando y ramificando de tal manera, que vienen á parar en un tronco, que es la vena que llaman porta; la cual viene á fenecer en la parte baja del hígado. De modo que ella tiene la misma figura que un árbol; sino que la diferencia está en que en el árbol sube el humor de las raices y tronco á las ramas; mas aquí por el contrario, sube el licuor del manjar de las ramas al tronco; las cuales cuanto están mas vecinas á los intestinos, tanto son mas delgadas. La causa es porque no entre ni vaya por ellas al hígado (donde se hace la tercera digestion) cosa gruesa, sino muy líquida. Y para esto sirve el beber, para hacer mas líquido y ralo el manjar, para que así pueda colarse por estas venas tan delicadas.

§. I.

Oficio de los intestinos, y causas de los excrementos.

Pues volviendo al propósito, por estas venas tan delgadas que nacen de los intestinos, especialmente de los mas vecinos al estómago, atrae á sí el hígado el manjar ya digesto y cocido, dejando en los intestinos lo ménos puro y mas grueso para mantenerlos. Porque como ya dijimos, no se desperdicia nada en esta casa de Dios, y así lo que es superfluo para un miembro es necesario para otro. Y para que esto se pueda mejor hacer, ordenó aquel artífice soberano, que estos intestinos tuviesen tantas vueltas y revueltas (porque tienen mas de sesenta palmos en largo), para que en tan largo trecho haya tiempo para atraer el hígado á sí todo lo que fuere de provecho; demas de ser esto necesario para la vida política del hombre. Porque á no haber mas de un intestino corto, ni se pudiera el hígado aprovechar bien del manjar, y así el hombre siempre padeceria hambre, y á cada paso tendria necesidad de purgar el vientre. Mas

á estos inconvenientes proveyó el Criador de la manera que está dicho.

Despues que los intestinos han servido deste oficio, las heces, que no son ya de provecho, despiden por su desaguadero; el cual está en la mas secreta y escondida parte de nuestro cuerpo. Lo cual nota y encarece Tulio diciendo, que así como los que edifican una casa esconden estos lugares de nuestra purgacion de la vista de los ojos, porque no se ofendan de cosa tan fea y de mal olor: así aquel soberano artífice desta casa de nuestros cuerpos (donde las ánimas moran), alejó de la vista de nuestros ojos lo que nos pudiera causar descontento y mal olor, si en otra parte estuviera. Mas aquí halló Teodoreto materia para exclamar y glorificar á Dios, por haber tenido tanta cuenta con lo que convenía al hombre, que (siendo él fuente de toda pureza) no se desdeñó de inclinar sus ojos á nuestras vilezas, y poner sus divinas manos en lo que tenemos por cosa indigna de nuestros ojos, para que por aquí se vea que en todo es él admirable.

Tampoco se ha de disimular aquí el regalo de la divina Providencia para con nuestras tripas. Porque como ellas sean de substancia flaca y deleznable (aunque muy útil y conforme al oficio que tienen), no por eso las despreció; ántes las proveyó de una tela muy blanda, llena de grosura, que es como una colcha que las abraza y abriga para que estén mas guardadas.

Agora volvamos al hígado, donde se hace la tercera digestion y alteracion del manjar, el cual atrae á sí lo mas líquido dél por aquellas venas delgadas, que dijimos, y lo recibe en los senos y poros de que está lleno. Y como él sea de color de sangre, así de blanco lo muda en su mismo color. Y no contento con las primeras purgaciones (en las cuales se apartaba lo impuro de lo mas puro), añade él otra mas perfecta, recociendo mas con su calor natural el manjar que recibe, y despidiendo de sí lo ménos puro; como vemos que lo hace la olla de carne puesta al fuego cuando hierve. Y como en el manjar que dentro de sí recibe estén todos los cuatro humores, que son flema, sangre, cólera y melancolía, lo que sobra de la melancolía envía al bazo, el cual por sus conductos y caminos lo atrae á sí, y se mantiene dél; pero lo demasiado de la cólera envía á la vejiguilla de la hiel, que está pegada con el mismo hígado; la cual atrae á sí este humor, con que ella se mantiene. Para lo cual tiene tambien sus venas y vias; y si estas por alguna mala disposicion vienen á entupirse, derrámase este humor colérico por todo el cuerpo, y así viene el hombre á hacerse ictericiado. Mas porque como se dice que en la casa del sabio no hay cosa ociosa, estos dos excrementos susodichos, que son cólera y melancolía, sirven tambien despues de desechados para otros efectos. Porque la cólera tiene ciertas vias, por las cuales desciende á los intestinos; y mordiscándolos con la viveza de su calor y actividad, hace bajar los excrementos para purgar el vientre. Porque los intestinos ninguna virtud ni vigor tienen para esta expulsion; mas la melancolía que está en el bazo sirve para causar hambre y gana de comer, sin la cual el animal pereceria, si no tuviese este despertador que le solicitase. Y esto hace levantándose y haciendo una corrugacion en las paredes del estómago, con las cuales se causa la hambre. En lo cual vemos dos maravillas: la una es descender la cólera (que naturalmente sube á lo alto, porque es de naturaleza de fuego), y la otra subir la melancolía, siendo su naturaleza descender á lo bajo, porque es de la condicion de la tierra. De lo cual maravillado Avicena, gran filósofo, aunque moro, no se pudo contener, que no alabase la divina Providencia, que hace estas dos maravillas para la sustentacion de nuestra vida, que son bajar el fuego y subir la tierra. Y si esto hace un moro, ¿qué será razon haga un cristiano, así por estas como por otras semejantes maravillas?

Quédanos agora otro excremento, allende de los dos ya dichos, que es la aguanosidad de lo que se bebe; la cual dijimos que principalmente servía para que el manjar y la sangre pudiese mas fácilmente penetrar y caminar por todas las venas del cuerpo, de las cuales muchas son muy delgadas. Es pues de saber que despues de hecho este oficio, despiden de sí los miembros este humor, como carga ya inútil, y parte della se resuelve en sudor, cuando hay ejercicio, y parte vuelve por los mismos pasos al tronco de la vena grande que procede del hígado, por donde salió: debajo del cual están los riñones, y estos tienen dentro de sí sus concavidades y senos, adonde viene á parar la orina; la cual atraen á sí por una vena que llaman chupadora, diputada para este oficio. Y porque ellos no pueden retener tanta abundancia de humor en sí, proveyó el Criador de un receptáculo, que es la vejiga, en que este humor se recogiese. Mas la manera en que la orina entra en este estanque es cosa tan admirable, que por ella Galeno, filósofo gentil, nos convida á mirar en esto el artificio de la Providencia divina. Porque destos dos riñones nacen dos venas (que se llaman uréteras), las cuales una por un lado y otra por otro van á parar á este estanque. Y por ser ellas muy subtiles y delicadas, son causa de gran dolor á los que padecen enfermedad de piedra; porque por ellas deciende la piedra á la vejiga, y así los dolores de los tales son semejantes á los dolores de parto. Mas veamos agora la puerta por donde entra así la piedra como el humor. Pues para esto es de saber, que esta vejiga tiene dos túnicas ó camisas, la una junta con la otra, y aquellas venas que llamamos uréteras van á fenecer cada una por su parte en la primera destas túnicas, por un sotil agujero que para esto tienen, y en la otra túnica interior está otro, mas no en frente deste primero, sino mas abajo; y por estas venas que dijimos (las cuales hacen en el camino ciertas vueltas) va la orina entre ambas túnicas, hasta llegar al otro agujero de la túnica interior por donde entra en la vejiga, y despues de entrada no puede volver atrás por estar muy conjunta la una túnica con la otra. Esto vemos en una pelota de viento, en la cual el mismo viento cierra la boca por do entró con un poquito de cuero que está á par della. Pues desta manera entrando la orina por el primer agujerillo de la primera túnica, y caminando por entre ambas al segundo de la segunda, que está (como dijimos) desviado del primero, en entrando en la vejiga por él, no puede tornar á salir porque este segundo agujerillo se cubre con la primera túnica, la cual está tan pegada con la segunda, que tapa aquel agujerillo de tal manera, que ni la orina puede volver atras, ni aun aire puede entrar por él. Esto vemos cada dia por experiencia; porque toman los muchachos la vejiga de un animal, y soplando por el caño della, hínchenla de viento, y atada esta boca, se queda llena de aire sin que pueda salir repunta dél. Pues en este caso piden los que esto saben á los que no lo saben, ¿por qué via entró

la orina, y tambien la piedra cuando la hay, en la vejiga, pues ella está por todas partes tan cerrada, que ni un vaho de aire entra ni sale por ella? La causa es la que está dicha, que nos declara la traza y artificio admirable de aquella infinita sabiduría que así lo supo ordenar. En lo cual vemos tambien, que así como proveyó de tan largos intestinos para retener los excrementos del manjar ya digesto, para que no anduviese el hombre á cada paso purgando el vientre, así proveyó deste estanque, porque no anduviese siempre orinando. Y á la boca deste estanque puso el Criador su cerradura, que es un niervecico, el cual tiene apretada y cerrada aquella puerta, como si con dos dedos apretásedes el cuello de una bota, para que no se derramase lo que está dentro della. Y es cosa esta en que no ménos resplandece la divina Providencia que en la pasada, la cual de tal manera subjectó este niervecito tan pequeño al imperio de nuestra voluntad, que cuando ella quiere que se abra para evacuar el humor, se abre, y cuando quiere retenerlo, se cierra y aprieta. Por lo cual todo sea bendito el obrador de tantas maravillas y providencias.

§. II.

Del oficio del hígado.

Agora volvamos al hígado, ya purificado destos excrementos susodichos, y al repartimiento de la sangre, que en él se engendró. Para esto se ha de presuponer que el hígado es como el despensero de la casa de un gran señor, que reparte sus raciones y da de comer á todos los de su casa. De suerte que como el estómago es el cocinero, así el hígado es el repartidor y despensero. Pues él hace desta masa de la sangre dos partes principales: la una es para mantenimiento de todos los miembros y huesos; la cual sangre se distribuye por las venas de todo el cuerpo, que tienen su principio y raices en el hígado. Del cual nace un tronco, que es una vena grande, que se llama la vena cava; y esta, á manera de las ramas de un árbol, se va ramificando en diversas venas, unas mayores, y otras menores, como lo vemos en las ramas de cualquier árbol, y aun en cada una de sus hojas. Estas pues extendidas por todo el cuerpo, llevan la sangre mezclada con los otros humores, y la reparten por todos los miembros, sin dejar parte alta ni baja sin su racion. La cual los mismos miembros llaman, y atraen á sí con aquella virtud atractiva que dijimos; y atrae cada miembro á sí de toda aquella masa lo que es conforme á su naturaleza. Y así los huesos, que son duros, atraen á sí de los cuatro humores el que es frio y seco; porque estos dos humores son proporcionados á la naturaleza dura que ellos tienen. Donde entreviene otra maravilla, que con ser la sangre cuerpo pesado, y que naturalmente corre para bajo, no ménos sube del hígado á la cabeza para mantener á ella junto con todos los huesos y casco duro, que hay en ella. Y desta masa tambien resultan superfluidades y excrementos; mas ni aun estos quiso el Criador que fuesen inútiles; porque dellos se crian los cabellos, y los pelos de la barba en los hombres.

Esto es pues en lo que se gasta la mayor parte de la sangre. Mas otra parte della va derecha al corazon, el cual como tenga dos ventrículos, ó senos distinctos, recibe esta sangre en el primero dellos; y allí con el gran calor dél, otra véz se refina y purifica, despidiendo por la canal del pulmon toda la fumosidad y hollín que tiene. Y deste primer seno va al segundo, donde aun mas se afina; y de sangre venal se hace arterial, que es una sangre purísima y calidísima, la cual sirve para engendrar los espíritus que llaman vitales, porque son los que dan calor y vida á nuestros miembros. Desta manera aquella infinita sabiduría y providencia dispone todas las cosas suavemente, dando órden cómo las cosas imperfectas y groseras se vayan de tal manera perfeccionando, y adelgazando, y (si decirse puede) espiritualizándose; con lo cual tengan mayor virtud para oficios mas altos y mas importantes, como luego dirémos. Y para esto diputa sus vasos y senos con especiales propriedades y virtudes, para que esto se pueda convenientemente hacer: como lo vemos en estos dos senos del corazon, y en todo lo que luego dirémos que dél procede. Lo cual bien considerado, nos obligará á exclamar muchas veces con el Profeta Real, diciendo (*a*): Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras. Todas están hechas con summa sabiduría, y la tierra está llena de vuestras riquezas y maravillas. Porque tras desto se siguen luego las arterias, que proceden del mismo corazon (las cuales llevan dentro de sí la sangre que llaman arterial, y los espíritus vitales por todo el cuerpo), así como del hígado nacen las venas, que llevan la sangre nutrimental con que nos mantenemos: y así se distribuyen estas arterias, y ramifican por todo el cuerpo como las mismas venas. Mas esto con tal órden, que las arterias van siempre caminando debajo de las venas: lo cual dispuso así el maestro mayor desta fábrica, lo uno, porque las arterias (que son de mayor dignidad) tengan esta cubierta, para que estén mas guardadas; y lo otro, porque puestas debajo de las venas, dén calor á la sangre, sin el cual se helaria y cuajaria. Porque la sangre arterial que procede del corazon es calidísima; por ser tal la fuente de donde nace. Y porque es esta sangre muy viva y muy activa, fortificó el Criador estas arterias con dos túnicas tan recias como si fuesen de pergamino, para que esta sangre no pudiese reventar y salir de su lugar. Esta sangre arterial sale por el tronco de una grande arteria que procede del corazon; el cual tronco se reparte en dos brazos, que despues se van ramificando y extendiendo por todo el cuerpo, así como las venas, hasta hacerse muy delgadas; y el uno destos brazos desciende á todos los miembros que están debajo del corazon hasta los piés, y el otro sube á los que están sobre él hasta la cabeza, no solo para dar calor y vida á estas partes mas altas, sino para que della se engendren los espíritus que llaman animales, de que luego tratarémos.

§. III.

Del corazon.

Y por cuanto esta sangre se engendra en el corazon, será necesario tratar luego dél. Está pues él como rey en medio de nuestro pecho, cercado de otros miembros principales, que sirven al regimiento del cuerpo. Es él un miembro calidísimo, porque tal convenía que fuese el que habia de influir calor de vida en todos los miembros. Es tan grande su calor, que si acabando de matar un animal grande como es un buey, metiésedes la mano en él no la podriades sufrir. Tiene dentro de sí dos senos ó vientrecillos, uno al lado derecho y otro al iz-

(*a*) Psal. 103.

quierdo, repartidos con una paredilla que está en medio de ambos, hecha de la misma substancia del corazon, que es una carne dura; porque tal la hizo el Criador, para tener dentro de sí una sangre tan caliente y tan viva, que en él se engendra, para que no se rezumase por las paredes dél. Del primero destos senos va la sangre al segundo á refinarse mas, como dijimos. En lo cual se ve otra providencia de aquel artífice soberano, que son los agujeros por donde así la una sangre como la otra hace estas sus entradas y salidas: en los cuales puso el Criador sus compuertas levadizas, que són unas telas delgadas, semejantes á las compuertas de los molinos de la mar (de que arriba hecimos mencion); las cuales la misma mar cuando sube ó deciende, abre y cierra. Porque así aquí la misma sangre cuando entra las abre y cierra, para que despues de entrada no pueda salir.

§. IV.

De los pulmones ó livianos.

Por ser el corazon calidísimo (como está dicho) le proveyó aquel sapientísimo maestro como á rey, de un continuo refrescador, que le está siempre haciendo aire para que no se ahogue con su demasiado calor. El cual oficio ejercita siempre, así cuando dormimos, como cuando velamos; porque en ambos tiempos respiramos. Y por eso la substancia del pulmon formó el Criador esponjiosa y liviana (de donde le vino el nombre de livianos), para que fácilmente se pueda mover, extender y encoger. De suerte que este miembro, á manera de fuelles, se está siempre abriendo y cerrando; y abriéndose, recibe el aire fresco con que refrigera el corazon, y cerrándose despide el caliente que dél procede. Y en gratificacion deste continuo servicio le mantiene el corazon y da de comer de su mesa real; porque sustentándose todos los otros miembros con la sangre de las venas (que es como pan casero, comun á todos), este solo come de la mesa de su señor; porque se mantienen de la sangre arterial, que se forja en el mismo corazon, que es purísima y finísima.

Sirve tambien el pulmon para la voz, porque saliendo el aire que él despide de sí con algun ímpetu, y tocando en el galillo ó campanilla que tenemos á la entrada dél, se forma la voz. Por donde si esta campanilla está hinchada con algun humor grueso, apénas podemos oir la voz de los que esto padecen, y mucho ménos la de aquellos que la tienen comida y gastada. Mas aquí es de notar que la boca de la caña deste pulmon, ni es grande ni redonda, ántes es hendida, así como la abertura de una alcancía. Lo cual sirve para formar la voz; porque deste modo están fabricadas las bocas de las flautas y dulzainas; porque desta manera entrando por ellas el aire colado se causa la voz. Donde vemos la conformidad del arte con la naturaleza que Dios crió, aunque primero fué la naturaleza que el arte.

Mas aquí es cosa digna de mucha consideracion, ver la omnipotencia y sabiduría del Criador, que pudo formar una como flauta de carne, la cual sirve para cantar. Porque hacer una flauta ó trompeta de materia sólida, como es de madera ó de algun metal, no es mucho; porque la dureza de la materia sirve para la resonancia de la voz. Mas hacer esto de carne (cual es la caña del pulmon), y que en ella se formen algunas voces de mujeres y de hombres, tan suaves, que mas parecen de ángeles que de hombres, y estas con tanta variedad de punctos, sin tener los agujeros de las flautas que sirven para esta variedad, esto es cosa que declara el poder y la sabiduría de aquel artífice soberano, que de tal manera fraguó la carne desta caña que se pudiese en ella formar una voz mas dulce y mas suave que la de todas las flautas y instrumentos que la industria humana ha inventado. Y aun no carece de admiracion la variedad que en esto hay para servicio de la música acordada. Porque unas canales hay delgadas, en las cuales se forman los tiples, y otras en que se forman voces tan llenas y tan resonantes, que parecen atronar toda una iglesia, sin las cuales no podia haber música perfecta. Lo cual todo trazó y ordenó así aquel divino presidente, para que con esta suavidad y melodía se celebrasen los divinos oficios y sus alabanzas, con que se despertare la devocion de los fieles.

Mas aquí es de notar que cuando á la voz, que por aquí sale, se añade el instrumento de la lengua, venimos á articular y distinguir esa voz, y así se forma la habla, sirviéndonos deste instrumento, y hiriendo con él unas veces en los dientes y otras en lo interior de nuestra boca. En lo cual vemos cómo el arte imita á la naturaleza en los instrumentos que ha inventado, como parece en las flautas y en los órganos. Porque en los órganos (poniendo en ellos ejemplo) hay unos fuelles que envían aire á los caños, y despues tocando el tañedor en diversas teclas, hace diversos sonidos. Pues así el pulmon abriéndose y cerrándose sirve de fuelles, el cual cerrándose, envía por su propria canal este aire que de sí echa; y despues la lengua hiriendo en las partes de la boca susodichas, como en unas teclas, viene á articular la voz, y así se forman diversas palabras, con que el hombre (como animal político) trata y declara sus pensamientos y conceptos con otros hombres. El mismo ejemplo podemos poner en una flauta, por cuyo caño como por la caña de nuestro pulmon, corre el aire que dél procede; y el tocar diversos agujeros della, es como tocar con la lengua diversas partes de lo interior de nuestra boca; y así como la flauta hace diversos sonidos tocando en diversos agujeros, así la lengua, tocando en diversas partes de nuestra boca, forma diversas palabras. Desta manera nos dió el Criador facultad para hablar y comunicar nuestros pensamientos y conceptos á otros hombres. Lo cual así como es proprio del hombre entre todos los animales, así es un singular beneficio del Criador, de que carecen los mudos. En lo cual tambien resplandece su providencia; pues del aire caliente que el corazon despide de sí, por serle dañoso, se sirve para una cosa tan provechosa como es la voz y habla del hombre. Porque ninguna cosa quiere él que haya de sus obras tan inútil y despreciada, que ya que no sirva para una cosa, deje de servir y aprovechar para otra, como está dicho.

Tiene tambien otra facultad y virtud el pulmon, que es disponer el aire que por él entra, para que dél se engendren aquellos espíritus vitales que dijimos, los cuales se forman de los vapores de la sangre arterial, junto con una parte de aire; el cual distribuyéndose por todos los senos y substancia del pulmon, recibe dél virtud para esto. Los cuales espíritus, demas de darnos vida, sirven de otro oficio no ménos importante, que es ser materia de que se engendren otros espíritus mas nobles, que son los que se llaman animales, mediante los cuales sentimos y nos movemos, como dirémos luego.

§. V.

Consideracion sobre lo dicho.

Agora sera razon filosofar un poco sobre lo que habemos hasta aquí tratado. Donde verémos cómo la divina sabiduría ordena (*d*) y dispone todas las cosas (como decimos) suavemente, que es procediendo por las causas á sus efectos, y proporcionando las causas con la dignidad de los efectos que quiere producir: de tal manera que cuanto es mas noble la forma que quiere introducir, tanto mas perfectamente dispone la materia en que se ha de recebir; porque no haya disproporcion entre las causas y sus efectos, y entre la materia y la forma que della ha de proceder. Y comenzando por la primera causa de nuestra nutricion y mantenimiento, vemos que el manjar se mastiga y dispone en la boca para ir desmenuzado y molido al estómago; donde toma otra forma que los médicos llaman quilo, con la cual purificado de las heces que se despiden por los intestinos, se dispone para ir al hígado; en el cual recibe otra forma mas perfecta, que es de sangre. Y purificada ya esta, y despedida la cólera y melancolía con la superfluidad de lo que bebemos, se dispone para ir al seno derecho del corazon. Y en este se refina y purifica mas para ir al seno ó ventrículo izquierdo, donde se forman los espíritus vitales; y esos así dispuestos vienen á ser materia de que se engendran los otros espíritus mas nobles, que son los que dijimos llamarse animales.

Por lo dicho verá el prudente lector lo que acabamos de decir, que es la órden que la divina sabiduría tiene en la procreacion de las cosas, ordenando que la materia se disponga conforme á la dignidad de la forma que ha de recebir: de tal modo que cuanto fuere mas noble la forma, tanto sea mas perfecta la disposicion que se apareja para ella. Pues aplicando esta misma órden á las cosas espirituales, entenderémos que conforme al estado ó á la gracia que queremos alcanzar, así nos conviene disponer y aparejar. Y segun esto, el penitente que desea alcanzar el fructo y efecto de la confesion, ha de ir dispuesto y aparejado con el dolor y arrepentimiento de los pecados, y con el exámen de su consciencia. Asimismo para recebir el fructo del sacramento del altar, conviene que vaya con otra mas perfecta disposicion; porque este sacramento es mas alto y mas divino, para el cual debe ir con actual devocion; y no solo libre de pecados, sino tambien de todos los pensamientos que pueden distraer y menoscabar su devocion. Y no solo para los sacramentos, mas para todas las gracias y dones espirituales, han de preceder convenientes aparejos y disposiciones para ellos. Y segun esto, el que desea gozar de la suavidad y consolaciones del Espíritu Sancto, ha de despedir de sí los gustos y consolaciones del mundo; como lo hacia David, cuando decia (*e*): Desechó mi ánima las consolaciones de la tierra: puse mi memoria en Dios, y en él me deleité.

Asimismo el que quisiere aspirar á la perfeccion del amor de Dios, ha de despedir de sí todos los amores desordenados del mundo. Y si deseare llegarse de tal manera á Dios, que venga á hacerse un espíritu con él (que es hacerse un hombre espiritual y divino), ha de mortificar cuanto le sea posible todo lo carnal y terreno, cuando fuere impedimento de lo divino. Y si deseare hacerse semejante á aquel Señor, que es único y summo bien, por la parte que él es bien, ha de apartarse de las cosas malas; y por la que es summo, no se debe ocupar en cosas bajas, aunque no sean malas; y por la que es único, no se debe entremeter en muchas cosas, aunque sean buenas, si fueren demasiadas, y tales que con su demasiada ocupacion ahoguen el espíritu de la devocion. Y si para conseguir esto desea darse á la vida contemplativa, y tener cuando piensa en Dios la imaginacion quieta, y libre de otros pensamientos, ha de ser como dicen los sanctos sordo, ciego y mudo para las cosas del mundo; y así tendrá mas desembarazada y pura la casa de su ánima, y mas libre del ruido de los pensamientos. Pero si hace lo contrario, no podrá dejar de ser molestado dellos. Y finalmente el que desea hallar á Dios de veras, sepa que lo ha de buscar de veras, y el que quiere alcanzar dél grandes dones, ha de conformar el trabajo, y la diligencia, y la vigilancia conforme á la dignidad dellos: así como el que quiere ser gran letrado, ha de ser muy diligente en el estudio.

Esto nos enseña Salomon (*f*) cuando dice que si deseamos alcanzar la verdadera sabiduría, la busquemos con el ardor con que los hombres trabajan por el dinero, y con la cobdicia de los que cavan buscando tesoros debajo de la tierra. Y conforme á lo mismo dice Moisen (*g*) que hallarémos á Dios, si lo buscáremos con todo nuestro corazon, y con toda la aficion de nuestros ánimos.

Este es pues el estilo comun y ordinario con que nuestro Señor comunica sus dones y gracias á las criaturas, disponiéndolas primero, y aparejándolas para ellas. Verdad es que como él no sea agente natural, no está subjecto á estas leyes que él ordinariamente guarda. Ca muchas veces, sin que preceda alguna disposicion, por espacio de tiempo hace él grandes y súbitas mercedes á quien le place, para manifestacion de su liberalidad y magnificencia: como lo vemos en la vocacion de Sant Pablo (*h*), de Sant Mateo, y de Sant Juan, y Sanctiago, los cuales estando remendando sus redes, fuéron llamados á la dignidad del Apostolado. Y con esto darémos fin al tratado del ánima vegetativa, que sirve para sustentar la vida.

CAPITULO XXVII.

Introduccion para tratar del ánima sensitiva, y de los espíritus animales.

Al principio deste tratado de la fábrica de nuestro cuerpo dijimos cómo los filósofos ponian tres diferencias de ánimas, una que llaman vegetativa, que tienen las plantas, otra sensitiva, que tienen los brutos, y otra intelectiva, que tienen los hombres; mas de tal manera, que esta nuestra ánima, con ser una simple y espiritual substancia, tiene estas tres facultades. Porque ella es la que por medio de los instrumentos que están dichos, sustenta nuestros cuerpos, y la que es causa de todos nuestros sentidos y movimientos; y tambien lo es de los discursos de nuestro entendimiento. Pues habiendo tratado hasta aquí de la facultad mas baja, que es de la facultad vegetativa que tienen las plantas, subirémos agora á tratar de la que tienen para darnos vida sensitiva, como la tienen los brutos. En lo cual tanto mas resplandece la divina sabiduría, cuanto esta facultad es mas noble que la pasada.

Pues para esto es de saber, que todo lo que hasta aquí se ha dicho no sirve para mas que para mantener

(*d*) Sap. 8. (*e*) Psalm. 76.

(*f*) Prov. 2. (*g*) Deut. 4. (*h*) Actor. 9. Matth. 9. Idem 4.

y dar vida á nuestros cuerpos. Mas porque con esto no pudiendo el hombre moverse de un lugar, ni ver la diversidad de las cosas que en este mundo hay criadas (sin la noticia de las cuales le fuera imposible naturalmente poder venir en conocimiento del Criador), quedaba imperfecta la fábrica, no quiso nuestro Hacedor ser ménos liberal con los hombres en esto, que en todo lo demas. Antes crió en ellos un tercer principio demas del hígado y corazon, en el cual como en una fragua se forjan los espíritus, mediante los cuales vemos, oimos, gustamos, tocamos, y nos movemos, llamados por esta razon de los latinos, animales; los cuales se engendran de los espíritus de la vida, que dijimos hacerse en el corazon. Este tercer principio llamamos á los sesos, cuya silla está en la mas alta parte del cuerpo; no porque para ellos este asiento fuese mas seguro ó mejor, sino porque estuviesen junto á los ojos, los cuales no podian por ninguna via estar en otra parte, habiendo de ser (como son) atalayas de la fortaleza de nuestro cuerpo. Pero suplió muy bien nuestro Hacedor la falta que en el sitio habia, cubriéndolos de cabellos y cuero, y de un muy duro y recio casco, el cual, como una celada ó yelmo, guarda que fácilmente no sean heridos; y despues de dos telas, una mas gruesa llamada dura madre, y otra mas delgada llamada pia madre, las cuales envuelven los sesos, y las salidas dellos, y todos los niervos. Y porque dije *y salidas*, es de saber, que los sesos tienen una salida, como cola (que comunmente llamamos el tuétano del espinazo) que nace de la parte mas baja de detras de los sesos, y saliendo por el agujero mayor que se hace en el hueso del colodrillo, desciende por el espinazo hasta el fin del hueso grande, haciéndose siempre algo mas delgada.

Mas por cuanto habemos de tratar aquí destos espíritus animales, que se engendran en los sesos de la cabeza, y acabamos de tratar de los vitales, que se forjan en el corazon, será razon dar la causa por qué todos los médicos y filósofos ponen estos espíritus. Para esto pues debemos traer á la memoria lo que poco ha dijimos (*a*), que es disponer y ordenar el Criador todas las cosas suavemente, proporcionando las causas con la dignidad de sus efectos, y disponiendo la materia conforme á la condicion de la forma (como vimos en lo pasado), y asimismo proporcionando el instrumento con el agente principal que ha de usar dél, como agora declararémos. Conforme á esto una manera de espada damos á un mozo de poca edad, y otra mayor á un hombre ya perfecto y robusto, y otra á un gigante: como la que traía aquel filisteo (*b*) que hizo campo con David. Desta misma manera para hacer obras muy primas, son necesarios instrumentos muy primos y delicados; y para las groseras bastan groseros. Y aplicando esto mismo á las causas naturales, de aquí es que las inteligencias que mediante el movimiento de los cielos gobiernan este mundo inferior (que son substancias nobilísimas y incorruptibles) se sirven de instrumentos nobilísimos y incorruptibles, que son estos mismos cuerpos celestiales, con todas sus estrellas y planetas, con cuyas influencias lo gobiernan todo. Pues viniendo á nuestro propósito, claro está que el ánima que tenemos en nuestros cuerpos, es primer principio y causa de la vida que vivimos, y de los sentidos y movimiento que tenemos. Lo cual se ve claro, pues faltando el ánima, todos estos oficios y movimientos faltan, no faltando los miembros y sentidos de que ella se servía; pues al parecer se queda la misma figura y materia de los ojos, de los oídos, y de todos los otros órganos y sentidos sin hacer sus oficios.

(*a*) Sap. 8. (*b*) 1. Reg. 17.

Pues como nuestra ánima sea espíritu (como son los ángeles) era necesario que los instrumentos próximos y inmediatos della se pareciesen y proporcionasen con ella; y, ó fuesen puramente espirituales, ó á lo ménos se llegasen mucho á la condicion y nobleza dellos, cuales son los espíritus de que el ánima se sirve para darnos vida, y mucho mas los animales, que son como unos rayos de luz, mediante los cuales nos da sentido y movimiento. Porque de otra manera desproporcion grande fuera que una substancia puramente espiritual (cual es una ánima) tuviese por instrumento próximo y inmediato un pedazo de nuestra carne, ó algun hueso grande. Esta es pues la causa por que ponemos este linaje de espíritus que son mas vecinos y proporcionados á la dignidad y naturaleza de nuestra ánima, que (como dijimos) es substancia espiritual.

§. ÚNICO.

De la dignidad y eficacia de los espíritus, y de todas las cosas espirituales.

Mas es aquí de notar, que como todo nuestro conocimiento proceda de los sentidos exteriores (que es de las cosas corporales que vemos, oimos y tocamos, etc.), y las cosas espirituales ni las vemos, ni gustamos, ni palpamos, de aquí es que muchos hombres (mayormente los que son de groseros entendimientos) ó no creen que las hay, ó no conocen la virtud y eficacia que tienen para obrar. Y tal era aquella secta de los saduceos, de que se hace mencion en los Actos de los Apóstoles (*c*): los cuales eran tan groseros de entendimiento, que no creian haber ángeles ni espíritus; y muchos hay agora, que aunque tengan fe desto, no entienden cómo pueda tener sér lo que ningun cuerpo tiene. Y de aquí vienen á no entender la dignidad, y excelencia, y facultad de sus ánimas, imaginando que son como un poco de aire, ó cosa semejante. Pues á los tales quiero yo agora llevar por la mano, y poco á poco irles declarando la dignidad y eficacia destos espíritus; y por aquí se levantarán á entender la de sus ánimas.

Pues para esto es de saber, que todas cuantas cosas corporales hay en este mundo inferior, son compuestas de cuatro elementos; aunque esto no se parezca, por causa de la diversidad de las mixturas, y composicion dellos. Entre los cuales elementos, el mas bajo y mas grosero y material es la tierra, considerando lo que ella tiene de su propria cosecha. Despues deste elemento tiene el segundo lugar en dignidad el agua, que es la que hace fructificar la tierra; la cual tierra, cuanto es de su naturaleza, es como cal, que es estéril y seca como ella. Pero mas perfecto que el agua es el aire con que vivimos y respiramos, y el que acarrea esas mismas aguas de la mar á la tierra, y nos hace otros muchos beneficios, segun que arriba declaramos. Mas de la subtileza y eficacia del fuego, que todos experimentamos, no hay que decir.

Es pues agora de saber, que como todas las cosas corporales estén compuestas destos cuatro elementos, cuanto ellas ménos participan de la materia de la tierra, y de la pesadumbre della, tanto son mas nobles, y de

(*c*) Actor. 23.

mas virtud y eficacia para obrar. Pongamos primero ejemplo en esos mismos elementos. La tierra ninguna virtud tiene para hacer algo, sino para padecer y recebir como de limosna lo que los otros elementos ó causas naturales le dan; de tal modo que ni aun para sostener nuestros cuerpos serviria, si no recibiese la dureza que tiene de los otros elementos, como arriba declaramos. Síguense luego los otros tres elementos, entre los cuales los superiores son mas espirituales y mas activos, como lo es el agua y el aire, y mucho mas el fuego, que es el ménos material, y mas activo que todos.

Esto vemos tambien en las aguas, las cuales solemos pesar, y desechamos las mas pesadas, como mas terrestres, y escogemos las que ménos pesan para beber. Vémoslo tambien en los vinos, entre los cuales los turbios y espesos son mas viles, y los mas delicados y mas donceles, son mas preciosos. Esto mismo vemos en las carnes, y especialmente en el pan; porque el que se hace de la flor de la harina, es mas delicado, y así sirve á la mesa de los señores; mas el bazo, que se hace de toda harina, es para los criados. Lo mismo vemos en los metales; por donde los herreros purgan el hierro en la fragua, y despiden y echan fuera lo mas terrestre, que llaman mocos del herrero, y se sirven de lo que está ya mas apurado destas heces de la tierra. Y esto tambien se ve en las piedras preciosas, entre las cuales las mas puras y transparentes, que tienen ménos de tierra, tenemos en grande estima, y esmaltámoslas en los anillos, y en otras cosas; pero las otras mas groseras y terrestres, sirven para la fábrica de los edificios. Y sobre todas estas cosas es gravísimo argumento el de la luz que nos viene del cielo, que es la cosa mas delicada y espiritual que hay entre las cosas corporales (pues vemos que entra por una vidriera, por donde no entra el aire, ni el fuego), y con todo eso es de tan admirable virtud y eficacia, que por medio della obran los cielos todas cuantas cosas hay en la mar, y en la tierra, y debajo de la tierra; donde por su virtud se engendra el oro, y la plata, y todos los otros metales.

Y añado á esto, que no solo para aprovechar, sino tambien para dañar, son tanto mas poderosas las cosas, cuanto son mas espirituales: quiero decir, ménos materiales y visibles. Para lo cual basta traer por ejemplo los catarros que corrieron cuasi por toda Europa el año de mil quinientos y ochenta. En el cual año estando el cielo y el aire (á lo que parecia) por de fuera con la misma serenidad y pureza que siempre, una mala cualidad que en él habia, que ni se veia, ni se tocaba, fué causa de tantas muertes, y de tan grande estrago de muchas gentes. Y el mismo ejemplo se puede poner en el aire corrupto de la peste, que sin ser cosa que se palpe y se vea, es comun calamidad y destruicion del género humano. Pues ya si tratamos de las substancias puramente espirituales, cuales son los ángeles y los demonios, claramente se ve cuán poderosos sean los unos para aprovechar, y los otros para dañar; pues uno dellos (ó fuese bueno ó fuese malo) bastó para matar una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres (*d*) en el ejército de los asirios, que tenia cercada á Hierusalem.

Pues todo lo dicho servirá para que, procediendo por estos grados de ventajas que hay en las cosas, entendamos que cuanto ellas son mas pesadas y materiales, y mas participan de la tierra, tanto son mas viles y de menor eficacia; y cuanto mas se acercan en su manera á la condicion de las cosas espirituales, tanto son mas nobles y mas eficaces para obrar. Y por aquí entenderémos en alguna manera la dignidad de nuestras ánimas, las cuales son puramente substancias espirituales, como los ángeles; y por eso no nos espantarémos de ver cuánta variedad y muchedumbre de oficios ejercitan en nuestros cuerpos, como adelante tocarémos. Porque lo que obra Dios en este mundo mayor, obra nuestra ánima en el menor, que es el hombre, cuyos instrumentos inmediatos son estos espíritus, así los vitales como los animales, por ser mas espirituales y mas semejantes á ella.

(*d*) 4. Reg. 19. Isai. 37.

CAPITULO XXVIII.

De los espíritus animales qué se engendran en la cabeza.

Pues comenzando á tratar destos espíritus animales, es de saber, que así como los vitales se engendran en el corazon, así los animales se engendran en los sesos de la cabeza; que como es la mas noble parte de nuestro cuerpo, así sirve para formar estos espíritus, tan nobles que levantan nuestra vida sobre la de las plantas, que tambien viven como nosotros. Y así como en el corazon hay dos senos ó ventrecillos en que se fraguan los espíritus vitales, así en los sesos hay otros dos, en que se forjan los espíritus animales. Mas de qué manera se hagan estos, es cosa que excede la facultad de los entendimientos humanos. De aquí procede ser muy flacos los hombres muy dados á la especulacion de las ciencias ó á la contemplacion de las cosas divinas. Porque como los espíritus vitales, como criados y inferiores, sirven de materia de que se forman los animales, que son superiores, y estos se resuelvan y gasten con el calor y trabajo del ejercicio interior, queda muy depauperado el cuerpo de los espíritus vitales, que le dan calor y vida, y con esto se debilita y enflaquece, y así se crian en él flemas y superfluidades indigestas, que causan esta flaqueza con otras indisposiciones.

Mas aquí es de notar que destos espíritus, unos son para dar movimiento á los miembros, y otros para dar sentido. Para lo cual proveyó el Criador los caminos por donde corriesen y se distribuyesen por todo el cuerpo, que son dos diferencias de nervios: unos para que lleven los espíritus que causan el movimiento, y otros los que dan el sentido. La cual diferencia se ve claro en algunos paralíticos, que por tener entupidos los niervos que son causa del movimiento, no pueden mover la parte del cuerpo que está paraliticada; y con todo eso sienten si los tocais y punzais, por no estar cerrados los niervos que causan el sentimiento. Esto es cosa de que mucho se espanta Tulio en el segundo libro de la Naturaleza de los Dioses, maravillándose de la sabiduría y artificio del Hacedor: el cual sembró todo el cuerpo de tantas diferencias de vias y canales ramificadas por todas las partes dél, como son las venas que llevan la sangre, y las arterias que llevan los espíritus de la vida, y un género de niervos que causan el movimiento, y otros que son causa del sentido. Pues ¿qué red se puede fabricar en el mundo, que tantas mallas tenga unas sobre otras, repartidas y sembradas por todo nuestro cuerpo?

Y porque el lugar donde estos espíritus animales se fabrican es aquella masa de los sesos, esta masa corre por todo el espinazo, cercada de muy duros huesos, que la defienden, como á los de la cabeza el casco; y asimismo va tambien ella envuelta con aquellas dos túnicas ó

camisas que dijimos tener los sesos, que son la dura madre y pia madre que está junto á ella. Porque cosa tan delicada y tan preciosa como ella ordenó el Criador que estuviese no solamente defendida y amparada con los huesos, sino tambien regalada y abrigada con estas dos camisas susodichas. Y digo *tan preciosa*, porque de la masa blanca que va por esta canal, que llamamos la médula del espinazo, nacen veinte y cuatro pares de niervos, de los cuales los doce sirven para dar estos espíritus animales á la parte de nuestro cuerpo que sube de la cintura arriba, y los otros para la que resta de la cintura abajo hasta los piés, de tal manera repartidos, que los doce sirven á un lado del cuerpo y los otros doce para el otro. Y porque nada faltase á esta obra, proveyó aquel artífice soberano que en todos estos huesos del espinazo hubiese unos muy subtiles agujericos por donde estos niervos salen á hacer estos oficios susodichos. Y aun de otra cosa proveyó mas subtil, que es de una delicadísima tela que divide las dos partes desta médula espinal; y de la una banda desta tela proceden los niervos de un lado, y de la otra los del otro, sin prejudicar los niervos de la una parte, á la masa de do proceden los de la otra. Pues ¿quién no glorificará aquí aquel artífice sapientísimo que de una simple substancia de que se forman nuestros cuerpos, fabricó tanta diversidad de partes, dellas duras, y dellas blandas, y todas ellas tan perfectamente acomodadas á los oficios para que fuéron hechas?

Mas si alguno quisiere entender cuáles sean estos espíritus que tanto pueden, digo que son como unos rayos subtilísimos de luz, que corren por los poros destos niervos, y por medio dellos se distribuyen por todo el cuerpo. Para lo cual se trae por argumento, que si nos dan con un palo en la cabeza, con el cual los niervos della se comprimen y aprietan, solemos decir, que se nos saltó la lumbre de los ojos; la cual lumbre no es otra cosa que estos mismos espíritus, que como sean subtilísimos saltan á fuera por esta parte mas delicada y transparente de nuestros ojos. En lo cual vemos la proporcion y órden admirable de las trazas del Criador. Porque así como los cielos son causa de cuantos movimientos y alteraciones hay en este mundo inferior, mediante la luz del sol y de los planetas; así los sesos, que son la mas alta parte de nuestro cuerpo, y como el cielo deste mundo menor, son causa, mediante los rayos desta luz, de todos los movimientos y sentidos de nuestro cuerpo. Y desta manera aquel artífice soberano (*a*), que, como dijimos, ordena todas las cosas suavemente, quiso proporcionar el gobierno deste mundo menor con el del mayor, cuanto á esta parte.

CAPITULO XXIX.

De los sentidos interiores que están en la cabeza

Y pues habemos dicho que los espíritus animales no solo son causa del movimiento sino tambien del sentido, será necesario tratar aquí de los sentidos: de los cuales unos son particulares, y otros comunes; unos exteriores, que se ven por de fuera, y otros interiores que no se ven. Y porque la virtud de los exteriores pende de los interiores, tratarémos primero destos. Los exteriores y particulares son los cinco que todos conocemos, los cuales van á rematarse en un sentido comun que tenemos en la primera parte de los sesos. Porque de aquí nacen los niervos, por los cuales pasan los espíritus que dan virtud de sentir á estos cinco sentidos, y por estos mismos niervos envían ellos las especies y imágines de las cosas que sintieron, á este sentido comun, y le dan nuevas de lo que percibieron, y en esta moneda pagan el beneficio recebido, sirviendo como criados y mensageros á su señor, dándole cuenta de lo que por de fuera pasa. Y este es, como los filósofos dicen, el principio de todo nuestro conocimiento, que comienza destos sentidos.

Despues deste sentido comun está un poco mas adelante otro seno, que llamamos la imaginacion, que recibe todas estas mismas imágines y las retiene y guarda fielmente. Porque el sentido comun está en una parte de los sesos muy tierna, y por eso está mas dispuesta, para que en ella se impriman estas imágines; mas no lo es para retenerlas y conservarlas, por su mucha blandura. Y por esto proveyó el Criador de otro ventrecillo en otra parte de los sesos mas duros, que se sigue despues desta; la cual recibe todas estas imágines y las guarda, y por eso se llama imaginativa. Con la cual potencia, por ser orgánica y corporal, nos hace muchas veces nuestro adversario guerra cruel, pintándonos las cosas á veces hermosísimas y á veces feísimas, como cumple á su malicia, y lo uno y lo otro vemos en Amnon (*a*), hijo de David, para con su hermana Thamar.

Despues desta potencia está un poco mas adelante en los mismos sesos otro ventrecillo, que en los brutos se llama estimativa, y en los hombres, por ser en ellos mas excelente esta facultad, se llama cogitativa. La cual es potencia mas espiritual que las pasadas, y por eso puede concebir cosas que no tienen figura ni cuerpo. Y así la oveja viendo al lobo, concibe enemistad, y por el contrario amistad viendo al mastin. Y lo mesmo hacen las aves flacas y desarmadas cuando ven las aves de rapiña. Porque amistad ó enemistad son cosas que no tienen figura ni cuerpo; y desta facultad proveyó el Criador á todas las aves y animales para su conservacion y defension.

Ultimamente, en la postrera parte de los sesos que están en el colodrillo, puso la memoria, la cual es mas propria del hombre que de los brutos, aunque della participan algunos, como lo vemos en el perro, que esconde el pan y despues se acuerda donde lo puso, y vuelve por él; y lo mismo hace la zorra, que despues que se ha cebado en la sangre de las gallinas que mató, hace un hoyo en la tierra, y escóndelas allí y vuelve á comer dellas. Tambien del leon se escribe (*b*), que tiene memoria de los beneficios y los gratifica, y tambien de las injurias recibidas y las venga. Mas en el hombre es mas perfecta y mas universal esta memoria, como luego declararémos, si primero pusiéremos un ejemplo palpable, para que se entienda el orígen del conocimiento destos cuatro sentidos interiores. Digo, pues, que así como el Criador puso en la lengua esta facultad de sentir los sabores de los manjares, y distinguir entre lo dulce y lo amargo, y entre lo sabroso y desabrido (lo cual ningunas otras partes de todo nuestro cuerpo sienten); así el mismo artífice, con la omnipotencia de su virtud, pudo imprimir y imprimió estas facultades susodichas en solas estas cuatro partes de nuestros sesos y no en otras.

Mas volvamos á la memoria, la cual es un singular beneficio de Dios, y aun gran milagro de naturaleza. Y digo beneficio, porque ella es depositaria de las ciencias, pues solo aquello sabemos de que nos acordamos. Ella

(*a*) Sapie. 8.

(*a*) 2. Reg. 13. (*b*) In vita D. Hieron. ad calcem, tom. 9.

es ayudadora fiel de la prudencia, la cual por la memoria de las cosas pasadas entiende el paradero y succeso de las presentes y venideras. Ella es conservadora de las experiencias, las cuales sirven, no ménos para la ciencia, que para la prudencia. Ella es madre de la elocuencia y la que nos enseña á hablar, guardando dentro de sí los vocablos de las cosas con que explicamos nuestros conceptos y nos damos á entender. Por donde los maestros de hablar, que son los retóricos, ponen por la quinta parte de su oficio la memoria. Ella misma nos habilita para todas las artes y para todas las ciencias, guardando y reteniendo en sí las reglas y preceptos dellas: sin la cual el leer libros ó cursar escuelas sería coger agua, como dicen, en un harnero: sin las cuales artes y disciplinas, la vida humana sería vida de bárbaros ó de bestias fieras. Y sobre todo esto sirve ella para hacer á los hombres agradecidos á Dios, trayéndoles á la memoria los beneficios recebidos para darle gracias por ellos. Pues por todo se ve lo que debemos al Criador por este singular beneficio.

Mas no es menor el milagro desta potencia que el beneficio. Porque acordarse los hombres de una historia donde las cosas van encadenadas, y tienen dependencia unas de otras, no es mucho; mas ver que un muchacho toma de coro cient vocablos griegos ó latinos, cuya significacion no entiende, y no tienen dependencia unos de otros, y que repitiéndolos en la memoria siete ó ocho veces, de tal manera se le asienten y permanezcan en ella, que si á mano viene estén allí guardados hasta la vejez, y que todas las veces que los quisiere repetir salgan de aquel seno donde estaban y vuelva la memoria fielmente el depósito que le fué encomendado, ¿no es esto cosa de grande admiracion? Pues ¿qué diré de los que saben las cuatro lenguas latina, griega, hebraica y caldea, donde es necesario que el que las ha de entender y hablar, tenga en la memoria tanta infinidad de vocablos como hay en todas estas lenguas, y que todos le sirvan las veces que quisiere hablar en ellas? Mas ¿qué dirémos de algunas memorias admirables, cual fué la del bienaventurado pontífice Sant Antonino, de quien se escribe que siendo de edad de quince años tomó de memoria todo el Decreto en espacio de un año? ¿Qué de la memoria de Mitrídates, rey de Ponto, de quien se escribe que sabía veinte y dos lenguas? Pues ¿quién fué poderoso para imprimir en aquella tan pequeña celdilla de los sesos tal habilidad, tal capacidad y tan grande espacio, donde tantas diferencias de vocablos pudiesen distintamente caber sin confundirse los unos á los otros? ¿Quién fué poderoso para esto, sino aquel Señor, que así en esto, como en otras infinitas cosas, nos quiso mostrar la grandeza de su omnipotencia y magnificencia? Y con todo esto somos tales los hombres, que ni sabemos estimar este milagro, ni dar gracias al Criador por este beneficio.

CAPITULO XXX.

De los cinco sentidos exteriores, y primero de los ojos.

Mucha razon tuvo David (*a*) para exclamar y confesar tantas veces que era Dios admirable en todas sus obras, por pequeñas que parezcan. Digo esto, porque salimos agora de una maravilla, y entramos en otra no menor, que es la fábrica de nuestros ojos. La cual confiesan los profesores desta ciencia ser la cosa mas artificiosa, mas subtil y mas admirable de cuantas el Criador formó en nuestros cuerpos: en la cual, así como en la pasada, no es menor el beneficio que la maravilla de la obra. Porque ¿qué cosa mas triste que un hombre sin vista? Pues el sancto Tobías (*b*), que con tanta paciencia sufria la falta della, saludándole el ángel, y diciéndole que Dios le diese alegría, respondió: ¿Qué alegría puedo yo tener, viviendo en tinieblas y no viendo la lumbre del cielo? Pues habiendo ya tratado de las partes de nuestro cuerpo, que están escondidas dentro del velo de nuestra carne, agora será razon tratar de los sentidos y miembros exteriores de nuestro cuerpo, que están en la frontera de nuestra casa á vista de todos, y comenzarémos por el mas excelente de los sentidos exteriores, que son los ojos; y así el artificio y fábrica dellos sobrepuja á la de todos los otros miembros y sentidos.

Y la primera cosa que nos debe poner admiracion, son las especies y imágines de las cosas que se requieren para verlas. Para lo cual es de saber, que todas las cosas visibles, que son las que tienen color ó luz, producen de sí en el aire sus imágines y figuras, que los filósofos llaman especies; las cuales representan muy al proprio las mismas cosas cuyas imágines son. La razon desto es, porque segun reglas de filosofía, las causas que producen algun efecto, han de tocarse una á otra, ó por su propria substancia, ó por alguna virtud ó influencia suya. Y pues aquí tratamos deste efecto, que es ver las cosas, y ellas están apartadas de nuestra vista, es necesario que se toquen y junten por algun tercero. Y para esto proveyó el Criador una cosa digna de admiracion, la cual es, que todas las cosas visibles, produzgan en el aire estas imágines y especies que llegan á nuestros ojos, y representen las mismas cosas que han de ser vistas; lo cual se ve en un espejo, el cual recibiendo en sí estas especies y imágines, y no pudiendo ellas pasar adelante por no ser este espejo transparente, paran allí, y represéntannos perfectísimamente todo cuanto tienen delante. Y así en ellos vemos montes, y valles, y campos, y árboles, y ejércitos enteros, con todo lo demas que tienen presente; y si mil espejos hubiere repartidos por todo el aire, en todos ellos se representara lo mismo. Y no solo en el aire, mas tambien en el cielo ha lugar lo dicho; porque no podriamos ver las estrellas estando tan apartadas de nuestra vista, si ellas no imprimiesen sus especies y imágines en nuestros ojos, para que mediante ellas fuesen vistas. Pues ¿qué cosa mas admirable, que viendo nosotros cómo un pintor gasta muchos dias en acabar una imágen, que cada una destas cosas visibles sea poderosa para producir, sin pincel, y sin tinta, y sin espacio de tiempo, tanta infinidad de imágines en todos los cuerpos transparentes, como son el aire y el cielo? ¿Quién no ve aquí la omnipotencia de quien tal virtud pudo dar á todas las cosas visibles para que se pudiesen ver?

Mas tratando del órgano de la vista, es de saber que de aquella parte delantera de nuestros sesos (donde dijimos que estaba el sentido comun) nacen dos niervos, uno por un lado, y otro por otro, por los cuales descienden hasta los ojos aquellos espíritus que llamamos animales, y estos les dan virtud para ver, siendo primero ellos informados con aquellas especies y imágines de las cosas que dijimos. Mas de la fábrica destos ojos se escriben cosas tan delicadas y admirables, que yo no las alcanzo y ménos las podré escribir. Mas la que me pare-

(*a*) Psalm. 9. 70. 71. 138. etc.

(*b*) Tob. 5.

ce mas admirable de todas es, que con ser tantas y tan admirables las cosas que para esta fábrica de los ojos se requieren, fué poderoso aquel artífice soberano para ponerlos en la cabeza de las hormigas. Pues ¿cuánto mayor maravilla es esta, que haber puesto los ojos en la cabeza del hombre ó de algun elefante?

Mas con callar otras cosas mas subtiles, no dejaré de decir que en la composicion del ojo entran tres diferencias de humores, los cuales se dividen entre sí con tres telas delicadísimas. Y al primero dellos llaman cristalino, por ser sólido y transparente, como lo es el cristal. Y despues deste se sigue otro humor rojo, que es abrigo y término del cristalino, y tras deste se sigue otro azul. Y este color sirve para que por virtud dél se recojan y fortifiquen en la pupila del ojo aquellas especies y imágines que dijimos, la cual se ofenderia con la mucha claridad, como se ofende cuando miramos el sol.

Pues por estos viriles de los humores susodichos (si así se pueden llamar) entran las especies y imágines de las cosas, y suben por los sobredichos nervios al sentido comun, que dijimos, de donde ellos nacen. De modo que por ellos bajan los espíritus animales que nos hacen ver, y por ellos mismos suben las imágines de las cosas á este ventrecillo del sentido comun susodicho, y de ahí caminan á los otros interiores. Y segun esto podemos decir que todo este mundo visible, cuan grande es, entra en nuestra ánima por esta puerta de los ojos. Y esta es la causa (como Aristóteles dice) de ser tan preciado este sentido; porque como el hombre por ser criatura racional, naturalmente desea saber, y este sentido de la vista le descubre infinitas diferencias de cosas, de aquí le viene preciar mucho este sentido. Mas otra cosa tiene mas excelente, que es ver por él las maravillas de las obras de Dios, por donde se levanta nuestro espíritu al conocimiento dél. Así lo muestra David cuando dice (*c*): Veré, Señor, tus cielos, que son obras de tus manos; y la luna, y las estrellas que tú fundaste. Este sancto varon empleaba mejor el beneficio de la vista, que los que usan dél para ofensa del que se lo dió, haciendo materia de pecado lo que habia de ser de sus alabanzas, y haciendo guerra al dador con el mismo don que él les dió, y mas tal don como este es. Porque si este perdiese un hombre ¿qué haria? ¿Adónde no iria á buscar el remedio? Y ¿qué gracias daria á quien se lo diese? Y con ser esto así, y saber los hombres que Dios es el que les dió la vista, y el que se la conserva, no les pasa por pensamiento darle gracias por ello.

Pasemos del sentido del ver al del oir, que tambien es noble sentido, y no ménos ayuda á la sabiduría. De lo cual tenemos ejemplo en Didimo (*d*) que nació ciego, y no por eso dejó de ser gran teólogo. Pues deste sentido son causa dos niervos que proceden del sentido comun, uno por una banda y otro por otra, los cuales llevan consigo los espíritus animales, que nos dan virtud para oir. Mas dentro de los oídos está una vejiguita que llaman miringa, llena de aire, que es como un atabalico, y llegando allí el sonido de la voz, ó de cualquiera otra cosa, hiere este órgano, y con esto se causa el oir. Mas si esta vejiguilla por alguna ocasion se rompe, y se sale el aire della, luego se pierde el oir; y por esta causa el Criador formó las orejas, así como los párpados en los ojos, para guarda deste sentido.

La misma orígen tiene el sentido del oler, al cual descienden otros dos nervios que proceden de la misma fuente del sentido comun y llegan á las narices; las cuales tienen dentro de sí dos pezones chiquitos de carne muy blanda y esponjosa envueltos en unas telas delicadas, adonde vienen á parar los nervios sobredichos, y llegando aquí el aire que trae consigo las especies de las cosas olorosas se causa el olerlas.

Y para guarda deste sentido proveyó el Criador las narices, las cuales tambien sirven para hermosura del rostro. Porque ¿que pareceria un hombre sin narices? Donde es mucho de notar la infinita sabiduría del Criador, el cual juntó en la fábrica de todos nuestros sentidos y miembros dos cosas dificultosísimas de ayuntar en uno, que son utilidad y hermosura, trazando las cosas de tal manera, que lo mas provechoso para la vida fuese tambien mas hermoso para la vista.

Sirven tambien las narices con los dos agujeros que tienen, para que no solamente por la boca, sino tambien por ellas se purgue la flema que se cria en el celebro. Porque como los vapores de nuestro cuerpo suban á lo alto de la cabeza (como los de la tierra suben á la parte alta del aire), proveyó el Criador estos dos desaguaderos, por donde se purgase este ruin humor. Y aun otra cosa entreviene aquí mas admirable; porque en la parte mas baja de la cabeza hay un embudo que fabricó la naturaleza, el cual tiene la copa ancha y redonda, y viene á rematarse en un caño estrecho; y este embudo recoge las flemas que se distilan de toda la cabeza, y por este caño estrecho vienen á parar á estos dos desaguaderos susodichos. De modo que así como en los patios de las casas grandes hay un sumidero, adonde corren las aguas cuando llueve, así proveyó el Criador en esta nuestra casa deste sumidero, por donde se despiden las flemas para que no nos hagan daño. En lo cual vemos cómo en ninguna cosa se descuidó el Criador de lo que convenia para nuestra salud y vida.

De aquí descendamos un poco mas abajo al sentido del gusto, con que gustamos los sabores, lo dulce y lo amargo, lo sabroso y lo desabrido. Y la causa deste sentimiento son dos niervos que están en medio de la lengua, y se ramifican y extienden por toda ella; la cual proveyó el Criador que fuese húmeda, y llena de poros, y vacía de todo género de sabores. Y la causa de estar llena de poros es para que puedan entrar por ella las especies de los sabores, y llegar á estos niervos susodichos, que son la causa deste gusto. Convenia tambien que fuese húmeda, para humedecer los manjares; porque no se pudiera sentir el sabor dellos sin la humedad de la saliva. Y no ménos convenia que caresciese ella de todo sabor (así como el órgano del oir de todo sonido), para que pudiese percebir todas las diferencias de sabores. Porque si ella tuviera alguno dentro de sí, solo este sintiera y no los otros: como acaece al que tiene calenturas coléricas, al cual amargan todas las cosas por razon del humor colérico con que la lengua está inficionada, que de suyo es amargo. Mas aquí es de notar una diferencia que hay entre este sentido y los otros; la cual es que las especies de las cosas que se han de ver, oir y oler, han de pasar por algun cuerpo transparente como es el aire; mas ni en este sentido ni en el que se sigue no ha lugar esto. Porque lo que se ha de gustar ó tocar, ha de estar junto con nuestra carne. De suerte que la cosa sabrosa ha de juntarse con nuestra lengua para que se sienta su sabor. En lo cual se ve cuán breve sea este deleite, pues, como

(*c*) Psalm. 8. (*d*) Hieron. in Cathalog. Scriptor, Eccl.

dice un doctor, el deleite de la gula en espacio de tiempo apénas es de cuatro momentos, y en espacio de lugar aun no es de cuatro dedos; y con ser esto así vemos cuántas rentas y patrimonios se gastan en servir á este deleite. Por lo cual exclamó Séneca diciendo: ¡Oh buen Dios, cuántos linajes de oficiales y de oficios trae ocupados un solo vientre!

El postrer sentido es el tacto, con que sentimos las cuatro primeras cualidades de los elementos, que son frio y calor, humedad y sequedad; y sentimos tambien lo duro y lo blando, lo áspero y lo llano. Este sentido no tiene lugar señalado en nuestro cuerpo donde esté situado; porque está extendido por todo él, por ser así necesario para que el animal sienta lo dañoso y lo provechoso, y así huya lo uno, y procure lo otro. Y la causa deste sentimiento es otro linaje de niervos que se derraman por todo el cuerpo, y son causa del sentido, así como hay otros que lo son del movimiento, segun está ya declarado. A esto que hasta aquí se ha dicho añadiré lo que Tulio dice sobre esta materia.

CAPITULO XXXI.

Lo que dice Tulio de los sentidos exteriores de nuestro cuerpo.

Para conclusion desta materia quiero referir aquí lo que dice Tulio de la conveniencia (*a*) y hermosura de los sentidos y partes exteriores de nuestro cuerpo, con lo cual prueba él haber sido todo esto fabricado por una summa sabiduría y Providencia, para el uso y provecho de nuestra vida. Dice pues él, que esta divina Providencia levantó los hombres de la tierra, y los hizo altos y derechos, para que mirando al cielo viniesen en conocimiento de Dios. Porque son los hombres hechos de la tierra, no como inquilinos y moradores della, sino como contempladores de las cosas celestiales y soberanas, cuya contemplacion y vista á ningun otro animal pertenece sino á solo el hombre. La cual Providencia formó y asentó maravillosamente los sentidos (que son los intérpretes y mensageros de las cosas) en la cabeza, como en una torre alta para el uso necesario de la vida. Porque los ojos, que son como atalayas deste cuerpo, están en el lugar mas alto, para que mejor ejerciten su oficio, viendo de allí muchas diferencias de cosas.

Tambien los oídos (que han de percebir el sonido) convenientemente se pusieron en esta parte alta, porque el sonido siempre sube á lo alto. Y por esta misma causa tambien el sentido del oler está en lo alto; porque tambien los vapores, que llevan consigo las especies de las cosas olorosas, naturalmente suben á lo alto. Y no ménos artificiosamente se puso este sentido junto á la boca, por ser mucha parte el olor de lo que se come y se bebe, para juzgar si es bueno ó malo. Pues ya el sentido del gusto (que ha de sentir las diferencias de las cosas con que nos mantenemos) convenientemente se puso en aquella parte de nuestra boca, por donde necesariamente pasa lo que se come y se bebe.

Mas el sentido del tocar igualmente se extiende por todo el cuerpo, para que así pudiésemos sentir todos los golpes, y todos los grandes frios y calores que nos podian dañar.

Donde es mucho de notar, que así como los hombres sabios ponen mas cobro en las cosas preciosas que en las viles, así este artífice divino puso mayor guarda y cobro en los ojos, que en los otros sentidos, por ser ellos (como todos vemos) muy preciados. Porque primeramente los vistió y cercó con unas telas muy delicadas, las cuales hizo transparentes, para que por ellas pudiésemos ver, y por otra parte recias para que pudiesen permanecer. Hizo tambien los ojos fáciles para moverse de una parte á otra, para que así se desviasen de lo que les pudiese dañar, y fácilmente los volviesen á lo que quisiesen ver. Y la agudeza de la vista, que está en la pupila del ojo (mediante la cual vemos), es muy pequeña, para que así esté mas segura de lo que le pueda dañar. Asimismo los párpados, con que se cubren los ojos, hizo muy blandos, porque no exasperasen esta pupila; y muy fáciles para abrirse y cerrarse con toda lijereza, para que no cayese en los ojos cosa que les fuese contraria. Los cuales párpados están armados y guarnecidos con las cejas, que son como una palizada, para que aunque estuviesen abiertos los ojos, despidiesen cualquiera cosa que cayese sobre ellos. Desta manera están recogidos y escondidos los ojos, cercados por las partes mas altas con las sobrecejas, que están encima dellos; las cuales impiden que el sudor que corre de la cabeza y de la frente no caiga sobre ellos. Y por la parte mas baja están amparados con las mejillas, que son como un vallado que los defiende. Mas las narices están de tal manera asentadas, que vienen á ser como un muro puesto ante los ojos.

Mas los oídos están siempre abiertos, porque dellos tenemos necesidad aun en el tiempo que dormimos; porque con el sonido que este sentido recibe, despertemos. Y el camino para él tiene muchas vueltas, porque si fuera derecho y simple pudiera entrar por él cosa que le dañara. Tambien se proveyó de remedio, para que si algun animalillo quisiese entrar en él, se embarazase en la cera de los oídos, como en liga. Y las orejas, que están á la puerta, fuéron hechas para cubrir y guardar este sentido, y para que las voces no se derramasen primero que llegasen á él. Y las entradas para él hizo duras, y como de cuerno, y con vueltas y revueltas; porque con este artificio se hace mayor el sonido. Asimismo las narices, que siempre han de estar abiertas, para hacer sus oficios, tienen las entradas estrechas, porque no pueda entrar por ellas cosa que les pueda dañar, y tienen un poquito de humor, que sirve para despedir de sí el polvo y otras cosas tales. Pues el sentido del gustar está muy bien cercado, porque está dentro de la boca, para hacer convenientemente su oficio, y para estar mas guardado.

Tambien es de notar, que estos sentidos en los hombres son mas perfectos que en los brutos animales. Porque primeramente los ojos, por el movimiento de los cuerpos y por el gesto de las personas, entienden muchas cosas; y así tambien conocen la hermosura, y la órden, y la decencia de los colores y figuras, y otras cosas mayores. Porque tambien conocen algo de los vicios y virtudes de las personas; porque sienten cuando el hombre está airado ó aplacado, alegre ó triste, y conocen tambien al fuerte y al flojo, al atrevido y al cobarde.

Los oídos tambien tienen otro admirable y artificioso juicio, con el cual entienden, así en las voces como en los instrumentos de música la variedad de los sonidos, los intervalos y distinciones dellos, y las diferencias de las voces, unas blandas y otras ásperas, unas graves y otras agudas, unas flexibles y quebradas, y otras duras: las cuales diferencias conocen solamente los oídos de los

(*a*) Lib. 2. de Natur. Deorum.

hombres. Tambien el sentido de las narices, y del gusto, y del tacto tienen sus juicios para sentir las cosas que les pertenecen. Para cuya recreacion y deleite se han inventado mas artes de las que yo quisiera, porque ya veis hasta donde ha llegado la composicion de los ungüentos olorosos, y el artificio de tantos guisados, y el regalo de los vestidos preciosos. Todo lo susodicho es de Tulio, y todo ello nos representa la summa sabiduría y consejo del que tan perfectamente fabricó y guarneció todos estos sentidos para los oficios y uso de nuestra vida, sin descuidarse de cosa alguna, por pequeña que fuese; pues llegó su providencia á una cosa tan pequeña como es la cera de los oídos, para el oficio que aquí está dicho. Pues ¿que cuidado tendrá de las cosas mayores, quien tan particular lo tuvo de las menores?

CAPITULO XXXII.

De la conveniencia de las otras partes exteriores de nuestro cuerpo.

No ménos resplandece la hermosura de la divina Providencia en la fábrica y conveniencia de las otras partes del cuerpo, que en la destos cinco sentidos susodichos. Porque primeramente á todo el cuerpo de piés á cabeza proveyó el Criador de sus vestiduras, y estas dobladas: la primera de las cuales es un pellejuelo muy delicado, que muchas veces lo desollamos sin sentirlo, como acaece á los que tienen sarna ó viruelas. Tras deste está otro pellejo mas fuerte, que en algunas partes está mas grueso, como en la cabeza para defension della, y en las plantas de los piés para los que andan descalzos; en otras está mas delgado, como es en la cara. Y no contento con habernos dado esta vestidura del pellejo, proveyó tambien de mucha gordura, que es como una colcha que abriga toda la carne de nuestro cuerpo: lo cual se ve no solo en algunos animales en que abunda esta gordura, sino tambien en cualquier cuerpo humano, si no está muy flaco.

Y descendiendo en particular á tratar de todos los miembros, y comenzando por la cabeza, ofrécense primero los cabellos, que sirven para abrigo y defension della, y en las mujeres para honestidad y hermosura; pues, como dice el Apóstol (*a*), los cabellos le fuéron dados por velo para cubrirse. Mas ¡cuán á propósito fuéron dados los pelos de la barba á los hombres, y quitados á las mujeres! Porque en ellas fueran grande fealdad, siendo por el contrario en los hombres parte de hermosura y autoridad. Y no ménos sirven para la distinccion entre el varon y la hembra para guarda de la castidad; porque á cuántos malos recaudos y engaños se abriera la puerta, si los hombres carecieran desta señal.

Síguese despues de la barba el cuello, que es como una hermosa coluna, aunque compuesta de diversas piezas, como de gonces para doblarse á una parte y á otra, la cual no solo sirve de hermosura, sino tambien de otros dos señalados oficios; porque por ella van dos canales, una por donde va el mantenimiento con que vivimos, y otra por donde va el aire con que respiramos. Mas abajo están los pechos, compuestos de huesos duros para guarda del corazon. Porque así como el Criador proveyó del casco duro (que es como un yelmo para guarda de los sesos de la cabeza), así proveyó destos huesos del pecho, que son como unas corazas para guarda del corazon. En lo cual se ve cómo la divina Providencia tiene mayor cuidado de las cosas mayores, que de las menores, proveyendo destas dos maneras de armas defensivas para guarda destos dos miembros tan principales. Mas en los pechos de las mujeres (demas deste defensivo) puso dos fuentes de leche para criar los hijos que naciesen. Y puso dos, porque cuando acaeciese parir dos, hubiese racion para entrambos. Aunque en esta ciudad de Lisboa, pocos dias há parió una mujer casada tres, dos niños y una niña, y todos vivieron. Y es cosa de admiracion, que la sangre que iba á sustentar el niño cuando estaba en las entrañas de su madre, acude luego como si tuviera juicio y discrecion á estos dos pechos, hecha ya de sangre leche: que es manjar suavísimo y delicadísimo, cocido ya en los pechos de la madre, y proporcionado al estómago delicado del niño reciennacido, el cual se mantiene ya por la boca, habiéndose ántes mantenido por el ombliguillo. Y la misma Providencia que puso aquí dos fuentes de leche, puso muchas en los animales que paren muchos hijos, como son perros, gatos, y conejos, y otros semejantes; cuyos hijos acabando de nacer, teniendo aun cerrados los ojuelos, sin otro maestro mas que el Criador, atinan luego al lugar donde están las fuentes de la leche, para mantenerse. Mas en el vientre que está debajo de los pechos no puso esta armazon de huesos; porque como las tripas que ocupan este lugar, sean de una carne blanda, recibieran perjuicio con la vecindad de los huesos duros, si aquí se pusieran.

Pues ¿qué diré de las manos, que son los ministros de la razon y de la sabiduría? Las cuales aquel artífice soberano hizo un poquito cóncavas, para abrazar y retener lo que quisiesen; y acrecentóles tambien los dedos, en los cuales no sabréis determinar cual sea mayor, la utilidad dellos, ó la hermosura. Ca el número dellos es perfecto, y la órden y dignidad muy decente, y asimismo la flexibilidad de los artículos, y la forma de las uñas redonda y firme, para hermosura y guarnicion de los dedos, y para que la ternura de la carne no recibiese detrimento usando dellos. Pero no es ménos admirable y provechoso el uso del dedo pulgar, el cual apartado de los otros, sale á recebirlos, dándoles facultad para abrazar y recebir las cosas como rector y gobernador dellos.

Y descendiendo mas abajo de las manos, no quiere Teodoreto que se pase en silencio la providencia del Criador en habernos proveido de dos cojines naturales para estar asentados sin trabajo. Porque si estos faltasen recibiria el hombre molestia, estando asentado sobre los huesos descarnados y duros. Y no ménos sirven para la caballería, mayormente de los que van asentados, las barriguillas de las piernas, demas de la gracia y hermosura que tienen; porque en todas las partes de nuestro cuerpo juntó el Criador utilidad y hermosura, como arriba dijimos. Y esto mismo se ve en la fábrica de los piés que se rematan en sus dedos guarnecidos con sus uñas, sobre los cuales estriban los hombres, y con el ayuda dellos cuando es menester suben por una lanza, y á veces andan sobre una maroma.

CAPITULO XXXIII.

De la parte afectiva del ánima sensitiva: que es de las pasiones y afectos que están en nuestro corazon.

Dicho ya de los sentidos así interiores como exteriores, que son proprios del ánima sensitiva, y sirven para conocer las cosas que son provechosas ó dañosas al ani-

(*a*) 1. Cor. 11.

mal, síguese que tratemos de la parte afectiva, que pertenece á esa misma ánima sensitiva, donde están los afectos y pasiones naturales; los cuales sirven para apetecer y procurar las cosas provechosas, y huir las dañosas, que no ménos son necesarias para la conservacion de nuestra vida y de cualquier animal. Y entre estos afectos y pasiones hay dos principales, los cuales son raices y fundamento de todos los otros, que son amor y odio: conviene saber, amor del bien particular que nos puede aprovechar, y odio y aborrecimiento de lo que nos puede empecer; para que así el animal procurase lo bueno y conveniente para su conservacion, y huyese lo malo de que se podia seguir su destruicion. Porque faltando estos dos afectos, quedaria el animal, ó como ave sin alas, ó galera sin remos, para no poder buscar lo que le era provechoso, y huir lo contrario. Por lo cual dijeron muy bien los filósofos estoicos (como refiere Séneca) que estos dos afectos eran como un ayo que la divina Providencia habia dado al hombre. Porque así como el ayo que tiene á cargo un niño, le procura todo bien, y le desvía de todo mal, así lo hacen estos dos afectos cuando son bien regidos.

Mas aquí es de notar, que destos dos afectos, como de dos raices principales, nacen otros. Porque del bien que amamos, cuando está ausente nace deseo, y cuando está presente alegría. Otrosí del mal que aborrecemos, cuando está ausente nace huída, que es deseo de evitarle, y cuando está presente tristeza. Y estas seis pasiones que son amor y odio, deseo y huída, alegría y tristeza, llaman los filósofos la parte concupiscible de nuestra ánima; porque tiene por oficio cobdiciar estos bienes sensibles.

Mas si este bien á que estamos aficionados es dificultoso de alcanzar, el deseo dél nos hace tener esperanza que lo alcanzarémos; porque fácilmente esperan los hombres lo que desean. Mas si son tales las dificultades, que vencen nuestra esperanza, luego nace de aquí otro afecto contrario, que es desconfianza.

Otras veces si el deseo es muy grande, causa en nuestros corazones otra pasion, que es animosidad y osadía para romper por cualesquier dificultades que nos impidan este bien que deseámos, cual fué la que tuvieron aquellos caballeros esforzados de David, que atravesaron por medio del real de los enemigos (*a*) para traerle el agua que deseaba. Mas si son tantas las dificultades que no se atrevan á ellas, de aquí nace otra pasion contraria á la pasada, que es temor. El cual tambien sirve á la guarda del animal, para que no se atreva á lo que no puede, y para que busque su remedio ó escondiéndose, ó huyendo. Pero si demas desto se atraviesa alguno que totalmente nos impide lo que mucho deseamos, ó nos quita de las manos lo que ya poseemos, aquí se encrespa y embravece la ira: la cual se dice que es vengadora de los agravios y estorbos que recibe nuestra concupiscencia. De suerte que ella es como espada que se pone á defender esta pasion que tiene por hermana.

Estos cinco afectos y pasiones naturales son tambien necesarios para la conservacion de nuestra vida. Porque si no tuviera nuestra ánima mas que un apetito de las cosas que convienen para su conservacion, y no tuviera coraje y brio para vencer las dificultades con que muchas veces están acompañadas, no las alcanzaria; y así careceria de lo que le era necesario para vivir. Por tanto aquel divino presidente (que en ninguna cosa falta) proveyó destas cinco pasiones, que son esperanza y desconfianza, osadía y temor, y ira: las cuales sirven (cada cual en su manera) ó para vencer esta dificultad cuando pueden, ó para temer el peligro y el trabajo, y desconfiar de la victoria cuando no pueden.

(*a*) 2. Reg. 23.

Mas no será razon pasar por aquí sin aprovecharnos deste ejemplo para un muy necesario documento de la vida espiritual, que ya en otro lugar tratamos. Ca por aquí entenderán los que tienen buenos deseos, que no basta eso para alcanzar las virtudes que desean, si no están acompañados con una gran fortaleza para vencer las dificultades que en la ejecucion de esos buenos deseos se ofrecen. Porque sabida cosa es que todas las virtudes están cercadas y acompañadas con dificultad; porque donde no hay dificultad no hay virtud. Y por esto cuando con el deseo de las virtudes no hay este brio y esfuerzo susodicho para acometerlas, quedarse ha el hombre estéril y sin fructo con todos sus buenos deseos. Por lo cual se dice, que el infierno está lleno destos buenos deseos, mas el paraíso de buenas obras. Verdad es, que cuando los deseos son grandes, ellos traen consigo este ánimo y fortaleza.

§. I.

De cómo estos afectos bien gobernados sirven para conseguir las virtudes, y huir los vicios.

Mas volviendo al propósito, aquí se ha de notar que no solo sirven estos afectos para la conservacion, así de la vida, como de la especie humana; sino tambien nos ayudan para el ejercicio de algunas virtudes. Porque de la ira se dice que es despertadora de la justicia vindicativa, que es la que tiene por oficio castigar los delictos. Porque con la ira y indignacion que se concibe contra ellos, se mueven los jueces á castigarlos. Puesto caso que sea verdad lo que Aristóteles sabiamente dice, que la ira es buena para soldado, mas no para capitan. Así mismo del deseo que tenemos de lo que juzgamos por bueno, nacen dos afectos, que siendo bien regidos sirven para procurar las virtudes y aborrecer los vicios; que son amor de la honra y vergüenza del vicio. Porque viendo aquel divino presidente cuán amigos sean los hombres políticos y nobles de honra, y deseando por otra parte que lo fuesen tambien de la virtud ¿qué hizo para esto? Puso en la virtud la honra, para que siquiera por esta causa se aficionasen á ella, pues en sola ella está la verdadera honra. Y esto fué como azucarar la virtud, y ponerle este cebo para enamorar los hombres della: puesto caso que no sea verdadera virtud la que por sola esta causa se procura. Y desta raiz nacieron las virtudes y hechos heroicos de los romanos, los cuales acometian cosas tan grandes por esta honra. Por esta no recibió Scipion, y otros capitanes romanos, las doncellas hermosísimas que les presentaban, mas ántes honrándolas mucho, las volvian á sus padres ó maridos.

Y así como el amor de la honra aficiona el corazon á la virtud, así la vergüenza, que es otro afecto hermano deste, lo retrae de los vicios, por la mengua y deshonra que traen consigo. La cual aquel sapientísimo gobernador y amador de toda pureza señaladamente imprimió en los corazones de las mujeres, y mucho mas en las doncellas: la cual es como un natural muro de la castidad. Porque así convenía que aquel artífice sapientísimo pusiese mas cobro en lo que mas importaba, y mas era de-

seado de muchos. Y por esto demas del sello virginal proveyó desta natural vergüenza, que es como freno deste vicio. Lo cual se ve aun en las mujeres poco honestas. Y así pinta Ovidio á una dellas, la cual, escribiendo una carta á un mancebo que mucho amaba, dice en ella que tres veces habia acometido á hablarle, y otras tantas habia enmudecido, y pegádosele la lengua al paladar. Mas á la reina Dido pinta aquel noble poeta Virgilio (*b*) con tan gran vergüenza y honestidad, que deseando ella casar con Eneas, despues de la muerte del primer marido, dice estas palabras: Plega á Dios que ántes se abra la tierra hasta los abismos, y me trague; y el padre todopoderoso me arroje un rayo que me hunda junto á las sombras escuras y noche profunda del infierno, ántes que yo cometa cosa contra mi honestidad y vergüenza. Y para confirmacion desto añadiré aquí una cosa notable, que refiere Plutarco. Escribe él que en una ciudad de Grecia reinó un humor de melancolía, tan extraño, que cada dia muchas doncellas se mataban, y no se hallaba cura ni remedio para este mal. Mas un hombre sabio, aprovechándose deste natural afecto que el Criador imprimió en los corazones de las mujeres, dió órden cómo se pusiese un edicto público, donde se mandase que todas las doncellas que así se matasen, las llevasen á enterrar públicamente desnudas, á vista de todo el pueblo. Con lo cnal obró tanto la vergüenza natural y el miedo desta pena tan vergonzosa en aquellas doncellas, que lo que ningunas medicinas ni remedios pudieron acabar, acabó este natural afecto de vergüenza; y así de ahí delante cesó esta plaga.

Tambien se debe aquí advertir, que aunque algunos destos afectos y pasiones naturales que aquí habemos contado, tengan nombres de vicios ó de virtudes, no son lo uno ni lo otro, sino pasiones naturales, que son indiferentes para bien y para mal, segun bien ó mal dellas usáremos. Porque cuando estas pasiones que están en la parte inferior de nuestra ánima, siguen el dictámen de la parte superior della (donde están el entendimiento y la voluntad) abrazando lo que la razon les pone delante, entónces usamos bien dellas, que es sirviéndonos dellas para aquello que nos fuéron dadas. Y este movimiento dice Aristóteles que es semejante al movimiento de los cielos inferiores; los cuales se mueven conforme al movimiento del cielo superior (que llaman el primer móvile), el cual se mueve de Oriente á Occidente, dando una vuelta al mundo en un dia natural. Porque así como es cosa conveniente que los cielos inferiores sigan el movimiento del superior, así lo es que estas pasiones de la parte inferior de nuestra ánima sigan el regimiento y imperio de la parte superior della.

Mas cuando siguen otro norte, que es cuando (dejada la razon) se mueven por la imaginacion y aprehension de las cosas sensuales (que es una guia muy ciega) entónces van descaminadas, por seguir este adalid tan ciego. Y este movimiento compara el mismo filósofo con el movimiento contrario de los planetas, los cuales se mueven de Occidente á Oriente; dando á entender que no es cosa decente que los inferiores no se conformen con sus mayores.

(*b*) Virgil. Æneid, lib. 4.

§. II.

Orden desta espiritual monarquía, y guerra de nuestro adversario en esta parte concupiscible.

Mas para entender este linaje de monarquía espiritual, se ha de presuponer que en este reino de nuestra ánima, la voluntad es como el rey que manda á todos los miembros y facultades que hay en el hombre; y el entendimiento (cuando no está depravado) es su fiel consejero, que le representa la dignidad y excelencia de las cosas espirituales para que las ame, y la fealdad de los vicios para que los aborrezca. Tiene tambien sus criados, que son todos los miembros del cuerpo, los cuales se mueven conforme al imperio de la voluntad, sin resistencia alguna, y obedecen á lo que les es mandado. Hay tambien en este reino (como en todos los demas) sus lisonjeros, que aconsejan al rey lo que no le conviene; que son estas pasiones susodichas, las cuales, aficionándose á los bienes sensuales y deleitables, aconsejan al rey que él tambien se aficione á ellos, aunque reclama el entendimiento, diciendo que los tales bienes y deleites son dañosos y ponzoñosos cuando son contrarios á la razon. Mas cuando las pasiones y apetitos son vehementes, ciegan la razon, y trastornan la voluntad, y llévanla en pos de sí. El ejemplo desto vemos en un hidrópico, el cual sabiendo cuánto mal le hace el beber, todavía puede tanto este apetito, que lleva tras sí la voluntad; la cual hace que el entendimiento apruebe esto y dé sentencia que así debe por entónces hacer; y así lo ejecutan los miembros.

Y aunque salgamos aquí un poco de la materia principal, no dejaré de decir que la parte de nuestra ánima donde se descubre mas la malicia del pecado original, es esta donde residen nuestros apetitos y pasiones; las cuales en nuestra primer creacion estaban enfrenadas y obedientes á la razon, con el don de la justicia original. Mas perdido este don por el pecado, luego se desenfrenaron y rebelaron contra ella, y le dan bien en que entender. Y de aquí procede que así el mundo como el demonio nos hacen por esta parte muy cruda guerra. Porque como nuestra carne con estos sus apetitos naturalmente esté inclinada y aficionada á las cosas de carne, que son conforme á su naturaleza, acude aquí el enemigo, y atiza estas pasiones y deseos, y así los desordena y hace que excedan los límites y medida de la razon. Ca por esto se escribe dél en Job (*c*) que con su soplo hace arder las brasas, las cuales brasas son nuestras pasiones y apetitos; para que con este soplo pasen las marcas y la medida de la templanza. De modo que así como en el principio del mundo acometió al hombre por la mujer, que es á la parte fuerte por la flaca; lo mismo hacen los que tienen puesto cerco sobre una ciudad: así este enemigo comunmente nos hace guerra por esta mas flaca parte, por ser ella naturalmente inclinada á las cosas de la tierra.

Y así tiene él esta por su parcial y fautora, pues ella apetece lo mismo que él quiere, que son estos bienes sensuales y terrenos. Mas él con sus sugestiones de tal manera enciende estos deseos, que lo que si moderadamente se procurase y desease, serviria para conservacion de la vida (para lo cual estas pasiones fuéron dadas), deseándolo desordenadamente, viene á ser estrago y corrupcion della. Porque de aquí nace el amor y

(*c*) Job 41.

deseo desordenado de la honra, de donde mana la ambicion; y del dinero, de do procede el avaricia; y de los deleites sensuales, de donde nace la gula con otros deshonestos deseos. Asimismo de aquí se ocasiona el odio y la ira desmedida contra quien este linaje de bienes nos impide, y asimismo la invidia de los que vemos aventajados en las cosas que nosotros deseamos. Y finalmente, todo el otro enjambre de vicios, destas raices atizadas por el demonio procede.

Y por esto así como los defensores de una ciudad sitiada de enemigos ponen toda su fuerza en la parte mas flaca, por donde los enemigos la quieren entrar: así el verdadero siervo de Dios debe entender que la vida cristiana es una perpetua batalla, y, como se escribe en Job (*d*), una perpetua milicia ó tentacion sobre la tierra, la cual dura cuasi toda la vida; y que su profesion es de hombre de guerra, y que en esta parte mas flaca de sus apetitos y pasiones ha de poner mayor cobro para que no se desmanden, porque aquí hay mayor peligro.

En cabo se ha de advertir, que así como los sentidos exteriores y interiores, que sirven para conocer las cosas, están en la cabeza, unos dentro y otros fuera della, como ya vimos: así estos afectos susodichos que se ordenan para apetecer ó huir dellas, tienen su asiento y lugar natural en el corazon. De modo que estos dos principales oficios del ánima sensitiva, que sirven el uno para el conocimiento y el otro para el apetito de las cosas, repartió aquel artificio soberano con tal órden, que los puso en los dos mas principales miembros del cuerpo humano, que son la cabeza y el corazon; porque en este ponemos estos once afectos y pasiones naturales susodichas. Lo cual experimentamos cada dia; porque manifiestamente sentimos encenderse la sangre del corazon con la ira, y apretarse con la tristeza, y dilatarse con el alegría; los cuales dos afectos pueden crecer tanto, que destemplen de tal manera el corazon, que nos quiten la vida, como muchas veces acaesce. Esto baste summariamente dicho, para lo que toca á las facultades del ánima sensitiva, que tiene el hombre comun con todos los animales.

CAPITULO XXXIV.

De la ánima intelectiva y de sus oficios.

Hasta aquí habemos tratado de las dos mas bajas facultades de nuestra ánima, que son del ánima que llaman vegetativa (que tiene por oficio mantener y sustentar nuestros cuerpos), y de la que llaman sensitiva, de donde proceden los cinco sentidos exteriores de nuestro cuerpo, y los cuatro interiores de nuestra ánima. Agora será razon tratar de la mas alta parte del ánima, que es la que llaman intelectiva; la cual es substancia espiritual como los ángeles, y por esto no está afijada en algun órgano corporal, como están todos los otros sentidos, así exteriores como interiores.

Y para tratar desta ánima, y de la variedad y muchedumbre de sus oficios y facultades, será necesario traer á la memoria lo que arriba dijimos tratando de la virtud y subtileza de los espíritus animales; donde procediendo por un discurso, así de los elementos como de todas las otras cosas que se componen dellos, venimos á concluir que cuanto las cosas mas se alejan de la pesadumbre y materia de la tierra, y mas se adelgazan y allegan á la condicion de cosas espirituales, tanto mas perfectas son

(*d*) Job 7.

y tanto mayor virtud y eficacia tienen para obrar. Pues segun esto, como nuestra ánima pase adelante destas cosas, y sea substancia espiritual, síguese que ha de ser mas perfecta que ellas, y tener mayor poder y eficacia para obrar.

Y comenzando á tratar de la dignidad y oficios desta ánima intelectiva, decimos primeramente que ella es la que nos diferencia de los animales brutos, y nos hace semejantes á Dios y á sus sanctos ángeles. Lo cual testificó el mismo Hacedor, cuando al principio de la creacion dijo (*a*): Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza; la cual semejanza decimos que tiene por razon desta ánima intelectiva.

Donde primeramente se ha de notar con cuánta autoridad comenzó el Criador á tratar de la creacion del hombre. Porque en la de las otras cosas no hacia mas que decir (*b*): Hágase esto, y luego era hecho. Y así dijo: Hágase luz, y luego fué hecha la luz; y: Háganse lumbreras en el cielo, y luego salió á luz el sol y la luna, juntamente con todas las estrellas. Mas habiendo de criar al hombre, usó deste lenguaje, diciendo: Hagamos, etc. Las cuales son palabras, no de sola una persona divina (*c*), sino de muchas, que es de toda la Sanctísima Trinidad, que entendió en la fábrica desta noble criatura. Pero otra mayor se nos descubre en decir: A nuestra imágen y semejanza. Porque ser imágen de Dios, á solo el hombre y al ángel pertenece. Ca las demas criaturas, aunque sean sol, y luna, y estrellas con todas las demas (*d*), no se llaman imágenes, sino huellas ó pisadas de Dios, por lo poco que representan de su grandeza; mas por representar el hombre y el ángel mucho mas de aquella altísima naturaleza, se llaman imágenes de Dios. Y aun esto se confirma por otra particularidad que entrevino en la formacion del hombre. Porque habiendo Dios formado su cuerpo del lodo de la tierra, cuando crió el ánima, dice la Escriptura (*e*) que sopló Dios en él espíritu de vida. Y porque el soplo procede de la parte interior del que sopla, quiso darnos á entender en esto ser el ánima una cosa divina, como cosa que salió del pecho de Dios; no porque sea ella partícula de aquella divina substancia (*f*), como algunos herejes dijeron, sino porque participa en muchas cosas la condicion y propriedades de Dios, como luego verémos.

Mas aquí es mucho de notar que una de las cosas criadas en que con mayor admiracion de todos los sabios resplandece la grandeza del poder de Dios, es la virtud que puso en nuestra ánima. Porque aunque en los ángeles resplandezca mucho este poder, pero ellos son substancias simples y puramente espirituales; mas nuestra ánima por una parte es substancia espiritual, como los ángeles, y por otra es forma deste cuerpo material que le sustenta y da vida, como lo hace el ánima de cualquier animal bruto. Y por ser tan grande la distancia que hay de las cosas puramente espirituales á las que son puramente materiales, y tan grande la desproporcion que hay para adjectivarse las unas con las otras, se tiene por una de las grandes maravillas de Dios haber dado tal virtud y facultad á nuestra ánima, que por una parte entienda las cosas altas como ángel, y por otra engendre como un caballo; por ser ella la que da facultad para esta generacion. De suerte que esto es como si hiciera

(*a*) Gen. 1. (*b*) Ibidem. (*c*) Aug. lib. 12. de Trinit. cap. 6. tom. 3. (*d*) Job 11. Psalm. 76. (*e*) Genes. 1. (*f*) August. de Moribus Manichæor. lib. 2. cap. 19. tom. 1. et epist. 28. tom. 2.

Dios una criatura que fuera juntamente caballo y ángel; pues esta ánima tiene en sí la facultad y poder destas dos criaturas tan diferentes. Por donde con mucha razon pudo Sant Augustin decir (*g*) que entre cuantas maravillas hizo Dios por el hombre, la mayor fué el mismo hombre, como arriba dijimos.

CAPITULO XXXV.

Por cuántas razones se dice ser el hombre hecho á imágen y semejanza de Dios.

Agora será bien examinar por cuántas razones se dice ser el hombre hecho á imágen y semejanza de Dios. Porque entendido esto conocerá él la alteza de su dignidad, para que se corra y avergüence de afear y escurecer esta divina imágen, abatiéndose á las vilezas de la carne. Y por aquí tambien verá lo que debe al Criador que tal joya le dió. Pues primeramente se dice ser el hombre imágen de Dios, porque tiene libre albedrío y entendimiento como Dios y como sus ángeles. Porque ninguna de todas las otras criaturas tiene esta libertad, ca todas son agentes naturales que no pueden dejar de hacer aquello para que tienen facultad; y así el fuego no puede dejar de quemar, ni el sol de alumbrar, etc. Mas el hombre es libre y señor de sus obras, y así puede hacer y dejar de hacer lo que quisiere. En lo cual parece que solo el hombre es señor, y que todas las otras criaturas son como captivas y siervas, pues solo él es libre y señor de sus obras, y ellas no.

Mas no solo la libertad de la voluntad, sino tambien la facultad del entendimiento nos diferencia de las bestias y nos hace semejantes á Dios; pues él tambien es substancia intelectual, aunque por otra mas alta manera. Esta semejanza de los entendimientos se ve en la semejanza de las obras que proceden dellos. Por donde se dice, que el arte imita la naturaleza en cuanto puede: lo cual en mas claros términos es decir, que el hombre imita á Dios en la manera del obrar. Por donde así como el autor de la naturaleza en todas sus obras dispone y proporciona siempre los medios con los fines que pretende (como los dientes para cortar y moler el manjar, y las manos para obrar, y los piés para andar, y las cañas de los huesos para sostener la carga del cuerpo): así el arte guarda esta misma proporcion en todas sus obras, como lo vemos en la ropa que corta para vestir, y en las calzas y zapatos que hace para calzar, y en las casas que edifica para morar, y en los navíos que fabrica para navegar, etc., donde vemos cuán proporcionada viene cada cosa destas para el fin que se pretende.

Item así como el autor de la naturaleza procura en todas sus obras juntar en uno utilidad y hermosura (como lo vemos en el rostro del hombre, esto es, en el sitio y asiento de la boca, de las narices, de los oídos, de los ojos y de las cejas y sobrecejas que los acompañan, lo cual todo no ménos sirve para la hermosura del rostro que para la buena ejecucion del oficio de cada una destas partes, porque cualquier cosa destas que se mudase impediria lo uno y lo otro): así el arte en cuanto puede imita lo mismo, procurando hacer todas las cosas artificiales, no solamente provechosas, sino tambien hermosas; como se ve en todas las alhajas de los hombres ricos y grandes señores, los cuales procuran que todas las cosas diputadas para su servicio sean de tal manera fabricadas, que no solamente sirvan á la necesidad, sino tambien á la hermosura.

(*g*) Diversor. tract. 21. tom. 9.

Item así como son cuasi infinitas las obras de naturaleza, así tambien lo son en su manera las del arte. Lo cual podrá notar quien rodeare con los ojos alguna grande ciudad, como es Venecia ó Lisboa. Porque andando por todas las calles destas ciudades, verálas pobladas de mil diferencias de oficios y oficiales mecánicos, y si fuere á la marina, verá el trato de la mar, y tantas diferencias de navíos grandes y pequeños, con toda su jarcia fabricada muy á propósito para el oficio de la navegacion. Y si de ahí entrare en el almacen de las municiones, ahí verá tantas maneras de armas, unas defensivas y otras ofensivas, unas para pelear de léjos y otras de cerca, que no podrá dejar de maravillarse cómo un animal racional, que la naturaleza crió desnudo y desarmado para la paz, y compañía, y vida política de los hombres, tuvo corazon y ingenio para inventar tantas diferencias de pertrechos y tiros de artillería para la destruicion del género humano. Y si de ahí pasare á las librerías y escuelas generales, hallará mil maneras de libros y de artes y ciencias naturales y sobrenaturales, inventadas por el entendimiento humano. Y si en cabo entrare un dia solemne en una iglesia catedral hermosamente fabricada y ornamentada, ahí hallará en que apacentar los ojos con la hermosura del edificio y ornamento de los altares, y en que recrear los oídos con la suavidad de las voces y instrumentos musicales que ahí dulcemente resuenan.

Y si sobre todo esto se hallare en una feria general como es la de Medina del Campo ó otra semejante, ahí verá tanta variedad y muchedumbre de cosas artificiales que le parecerá competir el arte con la naturaleza, no solo en la fábrica y hermosura de las cosas, como está dicho, sino tambien en la variedad y muchedumbre dellas. Y así como Dios crió este mundo lleno de obras naturales, así el arte ha hecho cuasi otro nuevo mundo de cosas artificiales.

Para lo cual todo se sirve de las manos, las cuales fabricó el Criador con maravillosas habilidades y artificio, para que fuesen un convenientísimo y general instrumento de las mas principales partes de nuestra ánima, que son la voluntad y la razon. Porque por ellas obra la razon todas estas cosas susodichas y otras muchas mas. Ca ellas, como dice Tulio, nos sirven para labrar los campos, para edificar las casas, para tejer y coser las vestiduras, y para la fábrica de las cosas que se hacen de hierro ó de metal. Con las manos tambien edificamos las ciudades, los muros y los templos. Y por ellas tambien nos proveemos de diversos y abundantes frutos para nuestro mantenimiento. Ca por ellas sembramos los campos, los cuales nos dan diversos frutos, unos que se comen luego, y otros que se recogen y guardan para adelante. Por ellas tambien nos mantenemos de los animales, así de los que andan por la tierra, como de los que nadan en el agua, como de los que vuelan por el aire, no solo cazándolos, sino tambien criándolos en nuestras casas. Con ellas tambien domamos las bestias; las cuales llevando y trayendo cargas nos sirven, dando tambien á nosotros fuerza y lijereza para caminar. Nosotros tambien con las manos les ponemos yugos, y asimismo usamos del sentido agudísimo de los elefantes, y de la sagacidad de los canes para nuestro provecho. Nosotros tambien con ellas sacamos el hierro de las entrañas de la tierra (cosa grandemente necesaria para la labor de los

campos); y asimismo descubrimos las venas escondidas del acero, de la plata y del oro, de las cuales cosas nos servimos, así para el uso de la vida, como para la hermosura y ornamento della. Aprovechámonos tambien de todo género de árboles, así fructuosos como silvestres, parte para calentarnos y guisar los manjares, y parte para edificar, con lo cual nos defendemos de los demasiados frios y calores. Y la misma materia sirve para fabricar navíos, por cuyo medio nos viene de todas partes abundante provision para las necesidades de la vida. Y así por el arte del navegar venimos á enseñorearnos de las dos cosas mas violentas que hay en la naturaleza, que son la mar y los vientos, y por este medio gozamos de muchas cosas que se traen por la mar. Es otrosí nuestro el señorío y uso de todos los fructos y comodidades de la tierra; porque nosotros gozamos de los campos y de los montes, nuestros son los rios y los lagos, nosotros sembramos las mieses y los árboles, nosotros con riegos artificiales hacemos fértiles las tierras, nosotros represamos y enderezamos los rios y los encaminamos por las partes que nos puedan aprovechar, y finalmente, usando de la industria de las manos en las cosas de naturaleza, habemos venido á fabricar otra nueva naturaleza. Lo susodicho es de Tulio.

Pues todo esto nos declara la dignidad y semejanza que nuestra ánima tiene con su Criador, pues tanta semejanza tiene, en la manera del obrar, con él. Porque tres cosas pone Sant Dionisio así en el Criador como en sus criaturas (que son sér, poder y obrar), en las cuales hay tal órden y proporcion, que cual es el sér tal es el poder, y cual es el poder tales las obras. Y así por las obras conocemos el poder y por el poder el sér. Y pues como está dicho vemos tanta conformidad entre las obras del hombre y las de Dios, por aquí podemos rastrear la semejanza y parentesco que hay entre él y Dios, y entenderémos con cuánta razon se dice haber sido criado el hombre á imágen y semejanza de Dios, que es una dignidad incomparable.

§. I.

Por algunas singulares propriedades de Dios se ve la semejanza que tiene con él nuestra ánima.

Es tambien singular propriedad de Dios estar en todo lugar presente, en el mundo y fuera del mundo. Y nuestra ánima intelectiva corre tambien por todos los lugares del mundo cuando quiere. Agora, dice Sant Ambrosio (*a*), estamos en Italia y pensamos en las cosas de Oriente y Occidente, y conversamos con los de Persia y con los de Africa, y ahí tratamos con los amigos, caminamos con los que caminan, allegámonos á los peregrinos, juntámonos con los ausentes, hablamos con los que están apartados de nosotros; y hasta los defuntos resuscitamos, y los abrazamos y conversamos como si estuvieran vivos. Pues por aquí se entiende no haber sido hecha á imágen de Dios aquella parte corporal que hay en nosotros; sino aquella que con el agudeza de su vista ve los ausentes, y pasa de la otra banda de la mar, y corre con la vista por todas las cosas, escudriña las escondidas, y en un momento rodea sus sentidos por todos los fines del mundo, y sube hasta Dios, y se ayunta con Cristo, y desciende al infierno, y sube al cielo, y libremente se pasea por él: como lo hacia áquel que dice (*b*): Nuestra conversacion es en los cielos.

(*a*) Examer. lib. 6, cap. 8. tom. 1. (*b*) Philip. 3.

Pero otra cosa hay mas admirable, en que nuestra ánima imita la virtud y poder de Dios, en lo cual sobrepuja aun á los ángeles. Porque aunque en ellos resplandezca mas perfectamente la imágen de Dios, por ser substancias, puramente espirituales, apartadas de toda materia, pero nuestra ánima, demas de ser substancia espiritual, representa esta imágen por otra via, que es con la variedad de los oficios que ejercita en los cuerpos donde mora. Porque lo que obra Dios en este mundo mayor, eso obra nuestra ánima en el mundo menor, que es en el hombre. Vemos pues en el mundo mayor cuánta infinidad de criaturas y de obras naturales hay, y en todas ellas obra Dios, conservándolas en el sér que tienen, y dándoles virtud y facultad para todas las obras que hacen; porque la primera causa concurre con todas las otras inferiores, sin cuya virtud y influencia no podrian ellas obrar. Pues desta manera tiene nuestra ánima tan plenaria jurisdicion y señorío dentro deste territorio de su cuerpo, que ninguna obra se hace en él, de que ella no sea principio y causa. Lo cual parece por la falta que ella hace cuando por la muerte falta; pues entónces cesan todas estas obras. De modo que con ser ella una simple y espiritual substancia, es principio de todos los oficios de la vida. Porque ella es la que ve en los ojos, oye en los oídos, huele en las narices, gusta en la lengua, toca con todos los otros miembros, cuece el manjar en el estómago, conviértelo en sangre en el hígado, y repártela por las venas en todo el cuerpo, cria los espíritus de vida en el corazon y los animales en el celebro, y distribuye los unos por las arterias y los otros por los niervos en todos los miembros del cuerpo. Ella pinta las cosas que vió en la imaginacion, y acuérdase de infinitos vocablos y cosas con la memoria, y discurre y disputa con el entendimiento, y ama ó aborrece con la voluntad. Y finalmente, no hay cosa tan menuda en nuestro cuerpo de que ella no sea principio y causa principal. De suerte que lo que son los pesos en el reloj, eso es el ánima en nuestro cuerpo; y así como quitados estos pesos, todas estas ruedas del reloj paran, así faltando el ánima á nuestro cuerpo, faltan todos los oficiales y oficios de nuestra vida.

Esta es una cosa de que el profeta David grandemente se maravilla cuando dice (*c*): Maravillosa es, Señor, vuestra sabiduría: la cual conozco por lo que veo en mí, y tan alta es que yo no la puedo alcanzar. Sobre las cuales palabras, que en este sentido alega Teodoreto, hace él una larga exclamacion diciendo así: Cuando yo, Señor, recogido dentro de mí mismo, y libre de los cuidados y negocios exteriores, entro en mí y me pongo á contemplar mi propria naturaleza y aquella facultad del ánima racional que me distes, y miro las ciencias de que ella ha sido capaz, y las artes por ella inventadas, de que está lleno el mundo (con cuyo beneficio se hace la vida mas alegre y suave), y miro aquella infinita abundancia de vocablos que en ella caben, dentro de la cual están distinctamente guardados y conservados, y así se le ofrecen fácilmente cuando los ha menester, y miro tambien cómo esta ánima gobierna todo el cuerpo, y cómo ella misma cometió á los ojos el oficio de juzgar entre los colores, y á la lengua de conocer la diferencia de los sabores, y héchola intérprete de sus conceptos mediante el uso de las palabras, y á las narices dió facultad de examinar los olores, y á los oídos de percebir las palabras que

(*c*) Psal. 138.

vienen de fuera, y ella misma extendió el sentido del tocar por todo el cuerpo, con el cual tocamiento á veces siente dolor, á veces alegría y deleite: considerando pues con ánimo todas estas cosas y otras semejantes, y viendo cómo muchas dellas, al parecer contrarias, concurren en la fábrica de un animal, junto con aquella admirable union de las dos naturalezas, una mortal y otra inmortal, quedo espantado con este tan grande milagro, y no pudiendo alcanzar la razon de cosa tan grande, confieso que quedo vencido, y predicando la victoria y sabiduría del Criador, vengo á prorumpir en voces de alabanza, y exclamo con este profeta diciendo: Maravillosa es, Señor, vuestra sabiduría, la cual resplandece en mí: tan alta es, que yo no la puedo comprehender. Lo susodicho es de Teodoreto. Esta es, pues, otra admirable excelencia de nuestra ánima; en la cual imita á su Criador, obrando, como dijimos, todas las cosas en su cuerpo, como el Criador las obra en este mundo. Por lo cual, demas de lo dicho, se llama ella imágen de Dios.

§. II.

Distinccion de imágen y semejanza en la formacion del hombre.

Mas ¿qué quiere decir, que no solamente se dice haber sido hecha á imágen de Dios, sino tambien á su semejanza? A esto responden Sant Bernardo y Sant Ambrosio diciendo (*d*), que imágen se llama por razon de lo natural que recibió, y semejanza por lo gratuito. Quieren decir, que imágen se llama por causa de las dotes y facultades naturales que recibió, para vivir esta vida comun y natural; mas semejanza, por la gracia y virtudes sobrenaturales que en su primera criacion recibió, para vivir vida sobrenatural, merecedora de vida eterna. Por do parece que la imágen, que es lo natural, nunca se pierde, aunque el ánima esté en el infierno; mas la semejanza piérdese perdida la gracia: la cual se pierde por cualquier pecado mortal. Mas es mucho para sentir no solo el perder el hombre esta semejanza, sino mucho mas la semejanza que succede en lugar desta. Y cual sea ella, declarólo el Profeta cuando dijo (*e*): El hombre constituido por Dios en dignidad y honra no entendió el estado que tenia; por lo cual vino á ser comparado con las bestias brutas, y hecho semejante á ellas. Pues ¿qué cosa mas para sentir, que esta tan gran caída, en que el hombre que representaba en la pureza de su vida la semejanza de Dios, venga á mudar la semejanza divina en semejanza de bestias? ¿Adónde puede mas descaer y descender la miseria humana? Pues por aquí verá el hombre cuánta sea la malicia del pecado, que es causa deste tan grande mal.

Esto baste para concluir la materia del ánima intelectiva, y con ella de todo lo que pertenece á los dos mundos, así mayor como menor, que es el hombre. Agora será razon aprovecharnos de todo lo dicho, levantándonos por las criaturas al conocimiento del Criador.

CAPITULO XXXVI.

De la providencia especial que nuestro Señor tiene de las cosas humanas.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para declarar los motivos que los filósofos tuvieron para reconocer y confesar una primera causa, un primer principio, y un primer movedor y gobernador de todo este universo, que llamamos Dios. Sirve tambien para que conozcamos la providencia que este soberano Señor tiene de todas las cosas, considerando las habilidades de que proveyó á todos los animales para su conservacion, que es para mantenerse, y defenderse de sus contrarios, y curarse en sus enfermedades, y criar sus hijos. En nada desto pusieron dubda los filósofos de mas grave y asentado juicio. Mas así como se hallan á las veces cuerpos monstruosos, que nacen ó con sobra ó con falta de los miembros acostumbrados, así tambien (y aun mucho mas) hay ánimos y ingenios monstruosos que dicen cosas no solo contra toda razon, sino contra todo el comun consentimiento del género humano; cuales fuéron los que confesando la providencia que Dios tenia de los animales brutos (por las razones susodichas) osaron decir (*a*), que no la tenia de los hombres, por la confusion y desórden que veian en las cosas humanas: no considerando que como los brutos no son capaces ni de virtud ni de vicio, no hay porque el Criador altere la providencia que tiene dellos. Mas como el hombre es capaz de lo uno y de lo otro, trátale Dios conforme á sus obras, haciendo bien al bueno, y castigando al malo. Lo cual llegó á entender aquel insigne filósofo moral Séneca, diciendo en una palabra gran parte de lo que enseña nuestra religion. Porque hablando de Dios dice, que él nos trata de la manera que nosotros lo tratamos. Dando á entender que á los que reverencian y honran á Dios como á verdadero Señor y padre, trata él como á fieles siervos y hijos. ¿Qué mas dijera este filósofo si fuera cristiano? ¿Cuán grande y cuán universal doctrina se comprehende en estas tan breves palabras? Mas aquí es de notar, que cuando decimos que hace Dios bien á los buenos, y castiga á los malos, no entendemos aquí por bien los bienes temporales (los cuales ni aun los filósofos llamaron bienes), ni por mal la pobreza ó falta dellos, pues esta no merece nombre de verdadero mal; pues todos los sanctos voluntariamente la amaron y procuraron. Así que la providencia que el Criador tiene de los animales, siempre es de una manera; mas la de los hombres es diversa, segun la diversidad de sus obras. Mas contra estos filósofos desvariados, se armaron los verdaderos y graves filósofos, mayormente los que se llamaron estoicos (que eran muy devotos de la virtud), probando con gravísimas razones la providencia que generalmeute tiene aquel soberano Señor de las cosas humanas. De las cuales pondrémos aquí algunas.

Porque primeramente ¿qué oídos no se escandalizan oyendo decir que Dios tiene cuidado de las bestias, y no de los hombres; habiendo sido criadas las bestias y todas estas cosas inferiores para el servicio del hombre, como está ya declarado? ¿Quién dirá que un padre tiene cuidado de los esclavos y mozos de su hijo, y no lo tiene del hijo? Si á la prudencia y buen gobierno pertenece tener mayor cuidado de las cosas mayores que de las menores, siendo el hombre sin comparacion mas noble que todos los brutos animales (como criatura hecha á imágen y semejanza de Dios), ¿en qué razon cabe decir que él tenga providencia de cosas tan bajas y desprecie las altas como son los hombres, á los cuales llama hijos por la semejanza que tienen con él? Y si tiene cuidado de los brutos, que ni reconocen el beneficio ni le dan gracias por él, ¿cuánto mas lo tendrá del hombre, que lo reconoce, y adora, y alaba por él?

(*d*) Bernard. serm. 1. in Annunciat. B. Mariæ, ant. med. D. Ambr. libel. de dignit. condit. hum. cap. 2. et 3. tom. 1. (*e*) Psal. 48.

(*a*) Contra quos August. lib. 83. quæst. 82.

Vemos tambien que el amor es la causa de la providencia que tienen las criaturas de sus proprias cosas; y que cuanto mas las aman, tanto es mayor el cuidado que tienen dellas, como lo vemos en la providencia y cuidado que los brutos tienen de los hijos que aman. Pues si Dios tiene mayor amor al hombre que á los brutos (lo cual se ve por las ventajas que tiene sobre los brutos, y por la mas excelente naturaleza que le dió), ¿cómo es posible que teniendo cuidado de lo que ménos ama, no lo tenga de lo que mas ama? Vemos por experiencia que si el hombre planta ó engiere un arbolico, se alegra despues cuando lo ve crecido, y medrado, y cargado de fruto, y le pesa si lo ve maltratar, y huelga de cultivarlo y regarlo. Pues si este amor y cuidado tiene el hombre de un arbolillo que él plantó, ¿cuánto mayor lo tendrá el Criador del hombre que él formó?

Mas no solo el amor, sino la bondad tambien es causa de la providencia. Y así vemos que los hombres de singular y excelente bondad, tienen gran respecto al bien commun, y así lo desean y procuran, aunque sea á costa suya. Pues si esto es proprio de la excelente bondad, cuánto mas lo será de aquella summa y infinita bondad, para tener cuidado del hombre, mayormente sabiendo él que estando el hombre bien ordenado, todo este mundo que le sirve está bien ordenado; mas por el contrario estando él desordenado, tambien lo está el mundo, pues sirve á quien no sirve al comun Señor de todo.

Y si todas las perfecciones de las criaturas (que se llaman absolutamente perfecciones) están en Dios por muy eminente manera, y tener cuidado del bien comun sea una dellas ¿quién osará negar que no la hay en Dios, siendo él un abismo de todas las perfecciones, y el autor dellas?

Vemos tambien que todas las causas tienen especial cuidado de sus efectos: como lo tienen los padres de sus hijos, los reyes de sus vasallos, los padres de familia de su familia. Pues ¿cuánto mayor lo tendrá aquel Rey de los reyes, aquel Padre soberano, y aquella causa de las causas del mas noble efecto, que en este inferior mundo produjo, que es el hombre?

Añado mas á lo dicho, que si Dios no tiene providencia de las cosas humanas, ó es porque no puede, ó no quiere, ó no sabe lo que en este mundo pasa. Decir que no sabe, es quitarle la sabiduría, y decir que sabe, mas no quiere, es quitarle la bondad, y la justicia, y la caridad, y la misericordia, y finalmente, todas sus perfecciones y virtudes, lo cual es horrible blasfemia. Mas decir que no puede, es contra la grandeza de su poder que es infinito. Porque, quien pudo criar este mundo tan grande, tan hermoso, tan bien ordenado, tan constante en la variedad de los tiempos, y en el movimiento de los cielos, y poblado de tantas cosas para el uso de la vida humana, ¿cómo no podrá gobernar lo que pudo hacer? Y si él por su propria voluntad quiso criar este mundo, no por necesidad que dél tuviese, ni porque nadie lo forzase, sino por su sola bondad, por la cual quiso dar sér á las cosas que no lo tenian, ¿por qué no ha de querer conservar y gobernar lo que quiso criar?

En cabo de lo dicho acreciento una consideracion muy principal y muy experimentada. Vemos generalmente que todos los hombres de cualquier nacion que sean, cuando se ven en algun aprieto y angustia, súbitamente sin algun discurso de razon, sino por solo instincto de naturaleza, levantan los ojos y las manos al cielo (donde aquel Señor principalmente reside), pidiéndole socorro. Pues como esta inclinacion esté impresa por el Criador en la misma naturaleza del hombre, y esta no pueda ser ociosa y vana (por aquella comun sentencia de filósofos, los cuales dicen que Dios y la naturaleza no hacen cosa superflua), síguese que él tiene providencia de las cosas de los hombres, pues crió esta inclinacion natural en los corazones dellos. Ni es menor testimonio el comun consentimiento de todas las gentes por bárbaras y bestiales que sean, en las cuales siempre se halla alguna manera de culto de la Divinidad, aunque falso y errado; y esto con presupuesto que no honran esta Divinidad de balde, sino porque esperan favor della; porque si nada esperasen, no la honrarian, ni tendrian cuenta con sus templos y sacrificios. Y esto es confesar la divina Providencia, que es tener Dios cuenta con quien lo venera y honra. Y como esto sea cosa universal en todas las gentes, síguese que este afecto y conocimiento nace con el mismo hombre, y está impreso en su corazon por el autor de la misma naturaleza. El cual así como engirió en los corazones de los hijos una natural inclinacion de acatar y reverenciar á sus padres, así tambien imprimió otra de honrar á Dios, que por muy mas excelente manera es Padre universal de todos los hombres. Y es tan notorio esto en lumbre de naturaleza, que dijo Aristóteles que no habiamos de poner en disputa si la nieve era blanca, ni tampoco si los padres y los dioses habian de ser honrados; sino dar ojos al que niega ser la nieve blanca, y azotes y castigo al que negare la honra debida á los padres y á los dioses.

Estas y otras semejantes razones movieron á los mas graves y sabios filósofos, como fué Platon, y Sócrates, su maestro, y señaladamente los estoicos, uno de los cuales (que fué Séneca) escribió un libro entero de la divina Providencia. De la cual tambien hace mencion en otros lugares de sus epístolas. Y así en una que escribe á su amigo Lucillo, dice estas singulares y notables palabras: Cerca de tí está Dios, contigo está, dentro de tí está, un espíritu sagrado mora dentro de nosotros, que guarda y nota nuestras buenas obras. El cual nos trata de la manera que nosotros le tratamos. Y ten por cierto que ningun hombre puede ser bueno sin él; porque ¿cómo podrá alguno despreciar las cosas de la fortuna sin su ayuda? El es el que nos da consejos magníficos. Cierto es que mora Dios en las ánimas de los buenos, aunque no sepamos cuál Dios sea este que en ellas mora. Un ánimo excelente, y moderado, y que pasa por cima de todas las cosas como por viles y bajas, y se rie de todo lo que nosotros tememos ó deseamos, solo Dios lo puede hacer. No puede una cosa tan grande hacerse sin favor dél. Y así la mayor parte deste ánimo está en el lugar de donde bajó. De modo que, así como los rayos del sol llegan á la tierra, mas ellos están en el mismo sol de donde descienden; así el ánimo grande y sagrado (enviado al mundo para que por él conozcamos las cosas divinas), conversa aquí con nosotros, mas él está junto con su principio de donde nace. Y en otra epístola dice así (*b*): Maravillaste que los hombres vayan á los dioses: mayor maravilla es que Dios viene á los hombres, y (lo que es aun mas vecino) Dios viene á morar en ellos. Porque ninguna buena ánima hay sin el favor y presencia de Dios. Todas estas son palabras de Séneca, el cual sin haber leido el Evangelio, confiesa la necesidad de la gracia, sin

(*b*) Epist. 74.

entender lo que es gracia, y el cuidado de la divina Providencia. Por donde hay razon para espantarnos de la ceguedad y locura de los herejes pelagianos (c), que recibiendo las Escrituras sagradas, dogmatizaban que podia un hombre con solas las fuerzas del libre albedrío, sin el socorro de la gracia, guardar perfectamente todos los mandamientos divinos, y merecer el reino del cielo.

A este tan ilustre testimonio de Séneca añadiré el de Tulio (d), que confiesa lo mismo, diciendo que los dioses inmortales, no solamente proveen á todo el linaje de los hombres, sino tambien á cada uno en particular; porque si tienen providencia de todo el mundo, tambien la tienen de las principales partes dél que son Asia, Africa, Europa; y si la tienen destas, tambien la tienen de las ciudades dellas, como son Roma, Aténas, Esparta, Ródas, con las demas; y así se sigue que han de tener especial cuidado de cada uno de los moradores destas. Y en esta cuenta ponemos á Curio, Fabricio, Metelo, Marcelo, Caton, Scipion, Lelio y otros muchos singulares varones que hubo en Roma y en Grecia, ninguno de los cuales fué tal sin ayuda de Dios. La cual razon convenció á los poetas, y particularmente á Homero, que señalasen ciertos dioses por compañeros, ayudadores y defensores de los peligros á los hombres heroicos, como fué Ulíses, Diomédes, Agamenon y Aquíles. Por donde se concluye, que nunca en el mundo hubo algun varon señalado, que no fuese ayudado con un soplo y favor de Dios. Lo susodicho es de Tulio, que tambien como Séneca confiesa la necesidad del favor divino, y el cuidado de la divina Providencia.

§. I.

De cómo todas las cosas deste mundo fuéron fabricadas para el hombre.

Esta misma providencia prueba el mismo Tulio, declarando muy en particular cómo todas estas cosas que vemos fuéron fabricadas por la divina Providencia para el hombre, y así dice él: Si alguno preguntare ¿por cuya causa hayan sido fabricadas cosas tan grandes, por ventura por amor de los árboles, y de las yerbas, las cuales aunque carecen de sentido, son obras de naturaleza? Muy contra toda razon sería esto. Mas ¿por ventura fuéron formadas por causa de las bestias? Tampoco se puede decir que los dioses hayan fabricado esto por causa de las bestias mudas, que ninguna inteligencia tienen. Pues ¿por cuya causa dirémos haber sido hecho este mundo? A esto respondemos, que por causa de los animales que usan de razon, que son los hombres; porque solos ellos usan de razon, y viven por ley. De modo que así como decimos que Aténas, y Lacedemonia, y todo lo que hay en estas ciudades, sirve á los moradores dellas, así todas las cosas que hay en esta gran ciudad del mundo, son para servicio de los hombres. Pues ya el curso del sol, y de la luna, y de las estrellas, aunque sirven para la órden y gobernacion del mundo, mas son tambien un hermosísimo espectáculo para los hombres. Porque ninguna cosa hay cuya vista sea para nuestros ojos mas insaciable, mas hermosa, mas artificiosa para nuestro entendimiento. Ca por la órden y curso destos planetas conocemos la cualidad de los tiempos, y la variedad y mudanzas dellos. Y si estas conocen solos los hombres, para solos ellos habemos de juzgar que fuéron hechas. Pues la tierra llena de mieses, y de diversas especies de legumbres que ella produce con grande abundancia, ¿sirve para el uso de los hombres, ó de las bestias? Pues ¿qué diré de las viñas y de los olivares, cuyos fructos tan copiosos y tan sabrosos no pertenecen á las bestias? Porque no tienen ellas ciencia ni de sembrar los campos, ni de cultivarlos, ni de segar y recoger el fructo dellos á sus tiempos, ni de guardarlo para adelante, porque el uso y cuidado de todas estas cosas de solos los hombres es, y no dellas. Por donde así como las cuerdas de una vihuela, y los otros instrumentos musicales, fuéron hechos para solos aquellos que saben usar dellos, así todas estas cosas susodichas, para solos aquellos sirven, que saben usar dellas. Ni es razon decir que por causa dellas hayan sido hechas; porque algunas veces arrebatan y hurtan algo destos fructos, así como no decimos que recogen los hombres y guardan el trigo en sus graneros por causa de los ratones, y de las hormigas que lo hurtan, sino para provision de sus mujeres, y hijos, y familia. Así que las bestias á hurto gozan de algo desto, mas los hombres libre y descubiertamente. Porque ¿quién tendrá dubda que tanta variedad y abundancia de frutas tan sobrosas para el gusto, y tan suaves para el olor, y tan hermosas para la vista, haya dado la naturaleza para los hombres? Y ¿cómo se podrá decir que fuéron estas cosas hechas para las bestias, pues nos consta que esas bestias fuéron hechas por causa de los hombres? Porque ¿para qué otra cosa sirven las ovejas, sino para que de su lana se hagan paños con que nos vistamos? Las cuales ni pudieran mantenerse, ni sustentarse, ni dar algun fructo, si los hombres no tuviesen cuidado dellas. Pues ya la guarda tan fiel de los canes, y el amor con que aman y lisonjean á sus señores, y el furor y odio contra los extraños, y tan increible sagacidad y olor para buscar la caza, y tanta lijereza y alegría para perseguirla, ¿qué otra cosa nos representa, sino haber sido ellos engendrados para el provecho y servicio de los hombres? Pues ¿qué diré de los bueyes cuyos lomos declaran no haber sido fabricados para llevar y traer cargas, mas las cervices tan acomodadas á recebir el yugo, y las fuerzas y anchura de los pechos para tirar el arado, vemos cuánto sirve al uso de los hombres? Por lo cual antiguamente en aquella edad dorada (como los poetas la llaman) se tenia por gran delicto matar los bueyes, y comer de sus carnes. Prolija cosa sería si quisiese yo declarar agora el provecho que nos viene de los mulos, y de las otras bestias caballares, las cuales vemos servir á los hombres. Mas el puerco, ¿para qué otra cosa sirve, sino para mantenernos con su carne? Y para que esta no se corrompiese, diéronle el ánima en lugar de sal. Y por ser este animal tan provechoso para nuestro mantenimiento, vemos que ninguno otro pare y cria tantos hijos como él. Pues ¿qué diré de la muchedumbre y suavidad de los peces? ¿Qué de las aves de las cuales recebimos tan gran deleite, que parece que esta providencia tan regalada fué ordenada por el Epicuro? Las cuales no podriamos haber á las manos, sino con el artificio y industria de los hombres. Pues ya las bestias fieras alcanzamos monteando, parte para mantenernos dellas, y parte para ejercitarnos en la disciplina militar, las cuales tambien domamos, y domesticamos, como lo hacemos con los elefantes, y muchas cosas dellos sirven para curar llagas y enfermedades, como tambien lo hacen las yerbas, cuya virtud y efica-

(c) Contra quos August. lib. de Hæresibus ad Quod vult Deum, hæres. 88. (d) Tull. lib. 2. de Nat. Deor.

cia conocemos por largos tiempos y experiencias. Y si rodearemos con los ánimos como con los ojos toda la tierra y los mares todos, verémos tan grandes espacios de campos fértiles y fructuosos; verémos los montes vestidos de yerbas verdes, y el pasto de los ganados, y la increible lijereza con que los navíos corren por la mar. Y no solo las cosas que están sobre la tierra, sino tambien las escondidas en las entrañas della nos sirven, las cuales así como son para el servicio de los hombres, así solos ellos las sacan á luz, y las descubren. Lo susodicho es de Tulio, el cual por los ejemplos susodichos manifiestamente prueba todas las cosas deste mundo inferior, juntamente con el cielo, haber sido fabricadas y ordenadas para el uso y provision de nuestra vida. Lo cual todo es manifiesto argumento de la providencia que Dios tiene de los hombres, pues tantas cosas crió tan apropriadas para el uso, y provision, y regalo de los hombres, de que las bestias no son capaces.

Y demas deste discurso y argumento con que se prueba esta divina Providencia, tambien la confiesa en el libro de las Leyes por estas palabras: Ante todas las cosas tengan por averiguado los hombres que son los dioses, señores y gobernadores de todas las cosas, y lo que pasa en la vida humana succede por su voluntad y imperio, y que ellos entienden en hacer bien al linaje de los hombres, y miran lo que cada uno dellos hace, y en qué peca, y con qué devocion y ánimo trata las cosas que pertenecen á la religion; y finalmente ellos tienen cuenta y razon con la vida de los buenos y de los malos. Pues ¿qué mas dijera este filósofo, si tuviera lumbre de fe?

Pues por mas ilustre tengo el testimonio de Plutarco (*e*), el cual confiesa juntamente con la divina Providencia la inmortalidad del ánima por estas palabras: Una es la razon, que confirma y prueba la divina Providencia, y la inmortalidad del ánima; ni podemos abrazar lo uno, y desechar lo otro. Porque quedando el ánima viva despues de la muerte del cuerpo, conviene, y aun es necesario, que reciba el castigo ó galardon de sus obras. Porque el tiempo que en este mundo vive, pelea como un luchador, y acabada la pelea, ha de recebir lo que mereció. Mas de qué manera haya de ser el ánima despues desta vida galardonada, ó castigada, no sabemos desto cosa cierta que podamos afirmar los que vivimos, porque este secreto nos está encubierto. Hasta aquí son palabras deste gran filósofo: las cuales nos declaran cuánta sea la fuerza y la luz de la verdad, pues en medio de las tinieblas de la gentilidad, veian sus rayos y resplandores.

Vengamos á Aristóteles (*f*), el cual como ya vimos, no consiente que se dispute de la honra que se debe á los padres y á Dios, por ser cosa tan clara y tan perentoria. El mismo en su política, despues de haber dicho que cuatro cosas eran necesarias para una bien ordenada república, que son bastimentos, armas, artes y dineros, dice que la primera que le es necesaria es el culto de los dioses, que llaman religion. Y en el décimo libro de las Eticas dice así: El que se rige por razon y entendimiento, y procura de perfeccionar esta principal parte de su ánima, y está aficionado á lo bueno, parece que este tal será aceptísimo á Dios. Porque si los dioses tienen cuidado de las cosas humanas, como lo parece, cosa es conforme á razon que se agraden de una cosa tan buena, y tan semejante á ellos (que es nuestro entendimiento); y los que aman esta parte de su ánima, y procuran adornarla con las virtudes, justo es que sean amados de los dioses, como gente que vive virtuosamente, y que tiene cuidado de perfeccionar lo que recibió. Todas estas son palabras de Aristóteles, que favorecen la divina Providencia; pues hacen á Dios amador de los buenos, como de gente semejante á él en la nobleza del entendimiento y en la pureza de la vida. Y no ménos hace á este propósito atribuir este filósofo á la religion y culto de Dios el primer lugar en la república bien ordenada, como acabamos de decir. Porque ¿para qué fin han de honrar los hombres á Dios, si él ningun cuidado ni cuenta tiene con ellos? Con saber agora los hombres por fe que hay pena y gloria eterna para buenos y malos, hay tantos hombres que tienen muy poca cuenta con Dios, ¿qué sería si ni en esta vida ni en la otra esperasen nada dél? Y ¿qué sería el mundo poblado de tales hombres, cuales serían los que esto creyesen, sino una cueva de ladrones y salteadores, y un cenagal de puercos, ó por mejor decir, un pedazo del infierno? Y siendo tal el mundo, ¿cuán indigna cosa sería de aquella infinita bondad y sabiduría haber criado esos tan grandes cielos, y esas tan resplandecientes lumbreras, y gobernar esta tan grande máquina del mundo, enviando sus pluvias á sus tiempos para fructificar la tierra, y diputando los peces de la mar, y las aves del aire, y los animales de la tierra, y todo esto para el uso de los hombres, siendo ellos mucho peores que bestias? ¿Qué cosa mas indigna de tal saber y de tal bondad? Así que pues Aritóteles tanto quiere que honremos á Dios, algo quiere que esperemos dél, porque (como dijo el Cómico) nadie quiere ser bueno de balde.

Mas el mismo filósofo en el compendio de la filosofía que escribió á Alejandre (aunque algunos dubdan ser este libro suyo) habla mas claro de la Providencia, donde refiere una cosa memorable. Porque cuenta él que una vez rebosó el monte Etna una tan gran bocanada de fuego, que se extendió por todos los campos y tierras comarcanas; y huyendo todos los mozos á gran priesa, como los viejos no pudiesen huir, hubo algunos hijos tan leales á sus padres, que tomándolos sobre sus hombros, huian con ellos. Mas no pudiendo darse tanta priesa por la carga que llevaban, finalmente los hubo de alcanzar la apresurada llama. Entónces Dios agradándose de aquella fe y lealtad de los buenos hijos para con sus viejos padres, hizo que se dividiese y apartase la llama en dos partes, para que diese lugar y paso seguro á los virtuosos mancebos con sus padres. Esta historia refiere Aristóteles en el sobredicho libro, en la cual no solo confiesa la divina Providencia, sino tambien los milagros que sobrepujan toda la facultad de naturaleza.

§. II.

Vese esta Providencia divina, por algunos exquisitos y horribles castigos, en algunos pecadores.

Con este ejemplo juntarémos otros referidos, no por autores cristianos, á los cuales no dan crédito los infieles, sino por otros de otra religion. Y porque á esta Providencia pertenece, no solo galardonar los buenos, sino tambien castigar los malos, referirémos aquí algunos castigos tan grandes y tan extraordinarios ejecutados contra hombres perversísimos, cuya grandeza declara ser ellos manifiesta obra de la divina Providencia y justicia. Entre los cuales tendrá el primer lugar el fin de-

(*e*) Plaut. lib. de sera numinis vindic. (*f*) Arist. in lib. Topicorum.

sastrado de aquel Heródes, que por sola ambicion de reinar usó de la mayor crueldad que jamas se vió, que fué derramar la sangre de tantos niños innocentes, y junto con ellos la de su proprio hijo, con otras crueldades y tirannías de que usó el tiempo que vivió. Pues los clamores y voces, así de aquella sangre innocente derramada, como de los padres y madres destos niños, que pedian venganza, era justo que llegasen á los oídos de aquel soberano Juez, el cual, demas de las penas de la otra vida, castigase una maldad tan extrordinaria con nuevo y extraordinario castigo. El cual refiere Josefo (*g*), noble historiador entre los judíos, por estas palabras: La terrible enfermedad de Heródes cada dia se hacia mayor, hasta vengar enteramente la maldad cometida. Porque de fuera en el cuero y sobre baz ardia con un fuego templado; pero dentro se abrasaba como horno encendido. Siempre padecia grandísima hambre, y con ningun manjar que comiese podia amansar la crudelísima rabia. Las entrañas tenia dentro llenas de llagas; y del cuerpo le salia un humor ralo y amarillo, que le bañaba hasta los piés, y dende los piés hasta la barba. Todos los miembros tenia hinchados, y sus partes vergonzosas podridas, y llenas de gusanos, y hinchadas, y abominables, y con terribles dolores. Y sobre todos los males le afligia el hedor que le salia, ó de la podredumbre de los miembros, ó del huelgo de la boca emponzoñada. Y tan cercado estaba de dolores, que ya no le bastaban las fuerzas naturales para sufrirlos. Decian los adevinos que el soberano Emperador Dios le habia dado esta pena por sus grandes y muchas maldades. Mas dado que de tan irremediables llagas estuviese herido, no por eso perdia la esperanza de vivir. Para lo cual procuraba aquellas artes y remedios que podia. Ca pasado el Jordan se bañaba algunas veces en los baños que se dicen de Cálireo; cuyas aguas tambien para beber son saludables. Y pareció á los médicos que se debia bañar todo el cuerpo en aceite caliente; pero metido en este baño, se le descoyuntaron los miembros, y los ojos le saltaron de sus proprios lugares. De allí le trajeron á Hiericó, donde movido por los llantos de sus criados, y desesperado ya de la vida, mandó repartir á sus caballeros á cada cual cincuenta pesos de moneda; y despues por algunos dias distribuyó entre sus amigos gran suma de dinero. Pero despues lleno de furor y braveza, y como amenazando á la muerte, acabó con una maldad y crueldad increible. Porque mandó llamar todos los varones nobles y principales de todas las ciudades y villas de Judea, y encerrarlos en cierto lugar; y llamando á su hermana Salomé con su marido Alejandro les dijo: Yo sé que los judíos se han de regocijar con mi muerte; pero si vosotros quereis cumplir mi mandamiento, yo tendré mi enterramiento y exequias muy honradas con muchedumbre de hombres y mujeres que lloren. Tened á punto gente armada para que en la hora que yo espirare, maten todos estos varones principales de Judea, que yo tengo encerrados; para que toda la provincia (aunque les pese) haga llanto en mi muerte. Y poco despues sintiendo ya la muerte cercana por la fuerza de los dolores, pidió un cuchillo para aparar una manzana (como solia) con su mano, y diéronsele. Dende á poco entendiendo que nadie hubiese que le fuese á la mano, alzó el cuchillo, y metiósele por el cuerpo. Pero un poco tiempo que duró ántes que espirase, no quiso pasar sin crueldad, y hizo degollar el tercero hijo, despues de dos que por su mandamiento habian sido ántes degollados. Desta manera salió de la vida lleno no ménos de dolores que de maldades. Lo susodicho es de Josefo. En lo cual vemos verificada aquella sentencia del Salmo (*h*): Justo es Dios y amador de justicia, y sus ojos miran la igualdad. Vemos tambien aquí la hermosura y grandeza de la divina Justicia, la cual permitió que este tiranno ni perdonase á sí mismo, ni á sus proprios hijos, quien no perdonó á los ajenos. Y que no solo pagase esta deuda con la muerte acelerada que él rabiosamente tomó con sus manos, sino tambien con aquella terrible y prolija enfermedad que él quiso redemir con su propria muerte. La cual enfermedad fué de tal cualidad que los mismos médicos que lo curaban entendian que aquella dolencia le venía del cielo por sus grandes pecados. Porque esta regla habemos de tener por general y verdadera, que cuando sobrevienen á un tiranno calamidades extraordinarias, habiendo precedido maldades ó crueldades extraordinarias, debemos entender por este castigo la severidad de la justicia y Providencia divina, que por este medio se declara y da motivo á los hombres escandalizados para predicar las alabanzas divinas. Conforme á lo cual dice el Profeta (*i*): Alegrarse ha el justo, cuando viere la venganza, y lavará sus manos en la sangre del pecador. Quiere decir (*k*), que con el ejemplo deste castigo, y con el temor de la divina justicia, trabajará por justificar y purificar su ánima.

El mismo Josefo refiere otro castigo extraordinario de otro Heródes (*l*), que es el que degolló á Santiago, y prendió á Sant Pedro para hacer otro tanto dél. Este pues estando indignado contra los moradores de Tiro y de Sidon, y viniendo ellos con toda humildad á pedirle perdon por la necesidad que tenian dél, salió á un cadahalso vestido ricamente de vestiduras reales á hacer un razonamiento á estos pueblos que presentes estaban. Entónces ellos, levantando las voces, le comenzaron á lisonjear, diciendo: Palabras son estas de Dios, y no de hombre. Con esto el malaventurado y loco rey, de tal manera se ufanó y envaneció con esta lisonja, que en lugar de dar gloria á Dios, la tomó para sí, juzgando que en él cabia aquella tan grande alabanza. En este punto dice Josefo, que le hirió un ángel de Dios, y así comido y consumido de gusanos acabó desastradamente su vida. Donde es mucho para considerar, que habiendo este hombre malvado degollado un apóstol y preso otro, no recibió algun castigo; mas agora recibió este tan grande, por haber hurtado la gloria á Dios y atribuídola á sí, para que por aquí se entienda el peligro que puede haber en la vanagloria, y en la presumpcion y estima de sí mismo.

Con estos ejemplos susodichos juntarémos los de los emperadores que persiguieron la Iglesia, comenzando dende Neron: los cuales por la mayor parte tuvieron desastrados fines, como en la segunda parte desta escriptura declaramos. Y entre estos es muy notable el castigo terrible de Maximino, y la miserable enfermedad que padeció, la cual los mismos médicos confesaban ser castigo de Dios por la grandeza de sus maldades y crueldades, como en su proprio lugar declaramos.

Estos ejemplos son de escriptores gentiles para los que

(*g*) Lib. 1. de Bello Iudaico, cap. 21. Refert Euseb. lib. 1. Ecclesiast. hist.

(*h*) Psalm. 10. (*i*) Psalm. 57. (*k*) D. August. ad hunc locum, tom. 8. (*l*) Lib. 19. antiquit. cap. 7. Actor. 12.

no dan fe á los cristianos. Mas con todo eso referiré aquí otro ejemplo que en la Escriptura se escribe del rey Antioco (*m*), cuyas maldades y crueldades para con el pueblo de Dios fuéron tales, que no se pueden explicar, sino diciendo que cuasi todas las cosas que ha de hacer el Anticristo contra la honra de Cristo, hizo este para destruir el culto de Dios. Este es el que martirizó aquellos dichosos y bienaventurados siete hermanos Macabeos con su sanctísima madre, y el que hinchió el sancto templo de rufianes y malas mujeres, y le mandó intitular del nombre de Júpiter, y puso la estatua deste ídolo donde estaba el arca del Testamento. Y entre otras matanzas que dél se escriben, una fué, que en espacio de tres dias fuéron muertos ochenta mil hombres, y cuarenta mil captivos, y otros tantos vendidos. Mas la divina Providencia que nunca duerme, despues de haber castigado los pecados de su pueblo por mano deste tiranno, tomó dél la venganza que sus maldades merecian; porque él no hacia esto como ministro de Dios, sino como cruel tiranno. Y así fué castigado con tal enfermedad, que él mismo entendió que no era ella natural, ni ordinaria, sino que venía de lo alto. Porque viniendo de camino, súbitamente lo hirió Dios con un increible dolor y tormento de las entrañas. Y no paró aquí el mal; sino todo el cuerpo se le cubrió de llagas tan horribles, que dellas manaban arroyos de gusanos que le roian y comian dia y noche las carnes, y dellas salia tan pestilencial hedor, que todo el ejército que con él venía, se agraviaba dél, y él mismo no lo podia soportar. Conociendo pues el miserable el azote de Dios sobre sí, comenzó, aunque tarde, á humillarse y reconocer el poder de Dios, y la maldad de sus pecados. Y así dijo (*n*): Justa cosa es subjectarse á Dios, y que el hombre mortal no se quiera poner á la iguala con él. Y arrepentido con este conocimiento prometió de igualar á la ciudad de Hierusalem (que él venía á asolar) con la de Aténas, y previlegiar á todos los judíos, como á ciudadanos atenienses, y que él adornaria el templo con preciosos y ricos dones, y multiplicaria los vasos sagrados, y mandaria que de las rentas de sus alhóndigas se pagase la costa de todos los sacrificios. Y sobre todo esto, que él se converteria á la fe de los judíos, y andaria predicando por todas partes la grandeza del poder y gloria de Dios.

Todas estas son palabras de la Escriptura sagrada, las cuales aunque sirven para otros muchos propósitos, mas yo las he traido aquí, para que así este ejemplo como todos los demas que habemos dicho, junto con las razones alegadas, nos declare cómo aquel soberano Juez tiene especial providencia, no solo de los brutos animales, sino mucho mas del hombre, como de criatura mas principal, dando á cada uno su merecido segun sus obras, á todos generalmente en la otra vida, y á muchos tambien en esta, como los ejemplos pasados testifican. Este es uno de los mayores consuelos que tienen los buenos en todos sus trabajos, alegrándose con la esperanza del galardon, y este mismo es el mayor freno que tienen los tibios y negligentes, sabiendo que hay castigo y pena eterna para ellos. Los cuales (cuanto es de parte de su malicia) no querrian que Dios supiese los males que ellos hacen, ni que pudiese, ni quisiese castigarlos, por poder mas sin remordimiento de consciencia revolcarse en el cieno de sus vicios. Y con esto hacen á Dios ciego para no ver, y flaco para no poder castigar, y injusto para no hacer justicia. Y esto (cuanto es de parte de su deseo) es querer que no haya Dios, porque tal Dios como ellos lo desean sin sabiduría, sin poder y sin justicia, no puede ser Dios. Mas á estos y á todos nos desengaña Salomon, el cual concluye toda la disputa de su Ecclesiastes, diciendo (*o*): Oyamos todos el fin á que toda esta disputa se ordena: Teme á Dios, y guarda sus mandamientos; porque este es todo el sér del hombre. Y todas las cosas que en esta vida se hacen, traerá Dios á juicio, ora sean buenas, ora malas, para dar á cada uno su merecido, que es oficio proprio de la divina Providencia.

(*m*) 2 Mach. 9. (*n*) Ubi supr.

(*o*) Cap. 12.

CAPITULO XXXVII.

De la inmensidad y grandeza de las perfecciones divinas por el testimonio de las sanctas Escripturas.

Todo cuanto hasta aquí se ha dicho sirve para darnos conocimiento de aquellas cuatro altísimas perfecciones de nuestro Criador, que son: bondad, sabiduría, omnipotencia y providencia; que es la mas alta, mas necesaria, y mas provechosa filosofía de cuantas el ingenio humano puede alcanzar. Del fructo deste conocimiento ya tratamos. Mas agora resta tratar de la grandeza destas mismas perfecciones (que son los modos intrínsecos dellas, como los llaman algunos teólogos), no solo para el fructo que está ya declarado, sino para suspender los corazones en la admiracion de tanta grandeza, y para que por aquí entiendan la reverencia que se debe á tanta majestad, y cuán grande mal sea ofenderla. Pero no será solo este el fructo desta materia, sino otros que al cabo se verán.

Y aunque mi intento en esta primera parte es proceder por las maravillas de las cosas criadas al conocimiento del Criador, mas porque las sanctas Escripturas nos dan mas luz para este conocimiento, pondré aquí algunos insignes lugares dellas, que para esto nos sirvan. Y en el primer lugar pondré las que se hallan en el libro del Sancto Job; porque así él como los amigos que con él disputan tratan magníficamente de las grandezas de Dios, cuyo conocimiento alcanzaron por las maravillas que notaban en las obras de naturaleza, de que aquí tratamos. Porque aunque el sancto Job conoció por especial revelacion el misterio de nuestra redempcion, y el de la resurreccion general, mas los amigos que con él disputaban no alcanzaron estos misterios, y por eso proceden por la consideracion que dijimos de las cosas criadas.

Es esta materia muy dulce y agradable á los amadores de Dios. Porque así como el que ama una persona huelga mucho de oir las alabanzas y excelencias della, así los que de verdad aman á Dios, reciben grande consolacion oyendo sus grandezas y maravillas, y junto con esto crece en ellos la reverencia de tan grande majestad y el temor de ofenderla. Pondrémos luego en el primer lugar las palabras del sancto Job, y despues las de sus amigos, y esto con alguna declaracion para que mejor se entiendan, tomando unas cosas, y dejando otras como pareciere que mas convenga.

Comienza pues el sancto Job á tratar de la grandeza del poder y justicia de Dios, diciendo así (*a*): Verdaderamente sé que no se podrá justificar el hombre comparado con Dios, y si quisiere ponerse en justicia con él, de mil cargos que él le haga, no podrá responder á uno. Sabio es de corazon, fuerte y poderoso: ¿quién

(*a*) Job 9.

jamas le resistió, que tuviese paz? El es el que con su omnipotencia trastorna los montes, sin que lo pudiesen primero saber los moradores dellos; los cuales él con el furor de su ira destruyó. El es el que mueve la tierra de su lugar y hace estallar las columnas della. El es el que cuando le place manda al sol que no nazca, y á las estrellas que no alumbren. El es el que extendió los cielos solo, y el que anda sobre las ondas de la mar. El es el que crió diversas estrellas y constelaciones en el cielo para el gobierno del mundo. El es el que hace cosas grandes y incomprehensibles y maravillosas que no tienen cuento. Si viniere á mi ánima no le veré, y si se fuere tampoco lo entenderé; y si súbitamente quisiere examinar al hombre, y entrar en juicio con él, ¿quién le responderá, ó quién le podrá decir, por qué haces esto? El es á cuya ira nadie puede resistir, y ante cuyo acatamiento se arrodillan los ángeles que mueven los cielos. Pues ¿quién soy yo para que le pueda responder y ose hablar con él? Porque aunque tenga alguna cosa que alegar por mi parte, no le responderé sino con toda humildad, y le pediré perdon. Y habiendo él oido mi oracion, no pienso que me ha oido. Si buscais fortaleza, robustísimo es. Si igualdad de juicio, ninguno osará abogar por mí. Si quisiere justificarme, mi propria boca me condenará; y si quisiere mostrarme inocente, él mostrará que soy culpado. Hasta aquí son palabras del sancto Job; las cuales muestran cuán altamente sentia este sancto de Dios, y cuán baja y humilmente de sí mismo. Y mas adelante tratando de la misma materia, dice así (*b*) : En él está la sabiduría y la fortaleza; en él el consejo y la inteligencia. Si él destruyere, no hay quien edifique; y si él encerrare ó encarcelare al hombre, no habrá quien le suelte. Si detuviere las aguas, todo se secará; y si las enviare con demasiada abundancia, toda la tierra se anegará. En él está el poder y la fortaleza, y él conoce al engañador y al engañado. El permite por sus secretos juicios que los consejeros yerren en sus consejos, y que los jueces y príncipes de la tierra vengan á quedar atónitos por la grandeza de sus calamidades. El quita la cinta á los reyes poderosos, y hace que vengan á ceñir con una soga sus lomos. Quita su gloria á los sacerdotes, y abate la soberbia de los poderosos y grandes. Permite que yerren en sus consejos los sabios, y que falte la doctrina á los viejos y ancianos. Hace que sean despreciados los príncipes, y levanta á los caidos y oprimidos. El es el que revela lo que está en el profundo de las tinieblas, y saca á luz lo que estaba par de la sombra de la muerte. El es el que por sus secretos juicios multiplica las gentes, y las destruye, y despues de destruidas las restituye (*c*). El infierno está desnudo delante dél, y no tiene con que cubrirse el lugar de la perdicion. El es el que envía el viento que sopla de la banda del Norte sobre el elemento del aire, y asentó la tierra en el lugar que agora tiene sobre nada. El es el que recoge y ata las aguas en las nubes, para que no caigan de lleno sobre la tierra. El es el que viste y adorna su trono real, que es el cielo, y lo cubre cuando quiere con las nubes y con la niebla. El puso término á las aguas de la mar, el cual durará miéntras en el mundo hubiere luz y tinieblas. Las columnas del cielo tiemblan de su presencia, y temen de cualquier muestra de su indignacion. Por su virtud y fortaleza salieron los mares de su lugar natural, y se recogieron en su proprio seno, dejando descubierta la tierra. Su espíritu adornó los cielos, y por la virtud de su mano salió afuera la culebra enroscada, echando de la compañía de los sanctos ángeles al perverso demonio. Esto es una pequeña parte de las grandezas de Dios. Y siendo verdad que todo ello apénas es un hilico de agua en comparacion de lo que queda por decir, ¿quién podrá sufrir el trueno de su grandeza, que no ménos que un trueno espanta los oídos de nuestras ánimas? Todo lo que hasta aquí se ha dicho son palabras con que el sancto Job declara lo que sentia de la omnipotencia, sabiduría, y justicia de Dios.

(*b*) Job 12. (*c*) Job 26.

§. I.

Prosiguen los amigos del sancto Job las consideraciones pasadas; y testimonios insignes de profetas.

Agora veamos lo que acerca desta materia dicen sus amigos, uno de los cuales dice así (*d*): ¿Por ventura podrá el hombre justificarse comparándose con Dios, ó podrá ser mas puro que su Hacedor? Mira que los ángeles que le sirven, no tienen por sí mismos esta habilidad y firmeza en su sér y en su gracia, y en algunos dellos halló maldad. Pues ¿cuánto mas los hombres que moran en casas de barro, que es este cuerpo corruptible compuesto y amasado del cieno de la tierra, se gastarán y consumirán como se gasta la ropa con la polilla? Esto dice uno de los amigos del sancto Job. Otro, hablando del mismo Dios, dice así (*e*) : La grandeza de su poder y de su justicia es tal, que causa terror y espanto en los hombres. ¿Por ventura podrá nadie contra el número de los ministros que le sirven, á los cuales todos comunica el resplandor de su luz? ¿Por ventura podrá el hombre justificarse comparado con Dios, ó parecer limpio el que nació de mujer? La misma luna no resplandece delante dél, y las estrellas no están limpias en su acatamiento: pues ¿cuánto ménos lo estará el hombre, que es una podredumbre, y el hijo del hombre que es un gusano? Otro amigo del mismo Sancto, tratando desta misma grandeza, declara cómo Dios es incomprehensible por estas palabras (*f*) : ¿Por ventura hallarás tú el rastro de las pisadas de Dios, y conocerás perfectamente al que es todopoderoso? Mas alto es que el cielo, ¿pues qué harás? Mas profundo es que el infierno, ¿cómo lo conocerás? Mas larga es su medida que la tierra, y mas ancha que la mar. Si trastornare todas las cosas, y las amontonare en un lugar, ¿quién será poderoso para contradecirle, ó decirle, por qué haces esto? Ca él conoce la vanidad de los hombres; y el que ve sus maldades, ¿no tiene cuenta con ellos para castigarlas?

Despues destos dos amigos de Job, toma la mano el mas mozo dellos, y tratando de las grandezas de Dios dice así (*g*): Sus ojos están puestos sobre todos los caminos de los hombres, y él tiene cuenta con todos los pasos de su vida. No hay tinieblas ni sombra de muerte donde se puedan esconder los que obran maldad. El es el que quebranta y destruye muchos y innumerables, y pone otros en su lugar, porque él conoce las malas obras dellos; y por eso les vuelve el dia claro en la noche escura, que es el tiempo de la prosperidad en adversidad, para que así sean castigados los que cuasi de industria se apartaron dél, y no quisieron entender sus caminos. Estos hicieron que llegase á sus oídos el clamor del necesitado, y los gemidos y voces de los pobres oprimidos.

(*d*) Job. 4. (*e*) Job. 25. (*f*) Job. 11. (*g*) Job. 34.

Cuando él concediere paz, ¿quién habrá que condene? Y cuando escondiere su rostro, ¿quién lo podrá contemplar? El es el que tiene universal señorío sobre todas las gentes, y sobre todos los hombres, y él es el que permite que reine en el mundo el mal rey por los pecados del pueblo. Levanta, Job (*h*), los ojos al cielo, y contempla y mira la alteza y la anchura y grandeza cuasi infinita dél, para que siquiera por aquí veas cuánto es Dios mas alto que tú. Si pecares, ¿en qué le dañarás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿qué mal le harás? Y si fueres justo, ¿qué le darás por eso, ó qué recibirá de tu mano? Al hombre que es como tú, podrá dañar tu maldad, y al hijo del hombre podrá ayudar tu justicia (*i*). Este es el soberano y grande Dios en su poder y fortaleza, y no ménos lo es en su sabiduría. ¿Quién podrá escudriñar sus caminos, y quién le podrá decir que hace algo contra justicia? Todos los hombres tienen conocimiento dél; mas cada uno le mira de léjos. Veis aquí el Dios grande que vence nuestra sabiduría, y el número de sus años es inestimable. El suspende las aguas de la lluvia, y despues las derrama en gran abundancia sobre la tierra, las cuales proceden de las nubes que cubren toda la region del aire. Estas grandezas de Dios (*k*) espantan mi corazon, y lo sacan de su lugar. El es el que contempla todo lo que se hace debajo del cielo, y el resplandor de su luz llega hasta los fines de la tierra. El es el que truena en las nubes con terrible sonido, declarando en esto la grandeza de su poder. El es el que manda á la nieve que decienda á lo bajo, y envía á las aguas del invierno para regar la tierra. De la banda del mediodía envía la tempestad y los torbellinos de las aguas, y de la banda del norte envía los frios, y con el soplo deste viento se congelan las aguas, y despues de congeladas con el calor se derriten y derraman en grande abundancia. Los sembrados desean las nubes, y ellas templan la lumbre que reciben del sol, y la esparcen sobre la tierra, las cuales rodean el mundo donde aquel soberano Gobernador las encamina, obedeciendo ellas á su mandamiento, y extendiéndose sobre la haz de la tierra ya en un lugar, ya en otro, donde quiera que su misericordia las encamina. Finalmente acaba este amigo de Job su plática diciendo que lo habemos de alabar con temor y temblor por la grandeza de su majestad; añadiendo que ningun entendimiento lo puede dignamente conocer, por ser él en todas las cosas grande: grande en la fortaleza, en el juicio, y en la justicia, cuya grandeza no se puede con palabras explicar. Por tanto le temerán los hombres, y no presumirán de contemplarle atrevidamente los que se tienen por sabios.

Estas son las grandezas de Dios que los hombres alcanzaron considerando las propriedades de las cosas criadas, y el curso y órden de los cielos (*l*), los cuales predican la gloria de Dios, y declaran la sabiduría y artificio maravilloso de sus obras.

Oyamos agora, despues del Sancto Job y de sus amigos, á los Profetas. Entre los cuales Esaías hablando de la grandeza deste soberano Señor dice así (*m*): ¿Quién midió las aguas con el puño, y pesó los cielos con el palmo de su mano? ¿Quién tiene colgado de tres dedos el peso de la tierra, y asentó los montes y collados con peso y medida? ¿Quién ayudó al espíritu del Señor en esta obra tan grande, y con quién tomó consejo para fabricarla? Todas las gentes comparadas con él son como un hilico de agua, y como un grano de peso que se carga sobre la balanza. Las islas son como un poquito de polvo delante dél, y toda la leña del monte Líbano, con todos los animales que hay en él, no bastarán para ofrecerle un digno sacrificio. Todas las gentes en su acatamiento son como si no fuesen, y en nada son reputadas delante dél. El es el que está asentado sobre el cerco de la tierra, y los moradores della son como unos cigarrones en su presencia. El es el que extiende los cielos como una cortina, y hace dellos un tabernáculo para su morada. El es el que permite que yerren los escudriñadores de los secretos en sus consejos, y descompone los jueces y poderosos de tal manera, como si nunca fueran plantados, ni sembrados, ni arraigados en la tierra. Con el soplo de su viento se secaron estos, y un torbellino los arrebató como una paja liviana. Pues ¿con quién me habeis comparado y igualado, dice el Sancto, Dios? Levantad esos ojos al cielo, y mirad quién sea el que crió todo eso que veis. El es el que ordenó por su cuenta el ejército de las estrellas, y el que á todas ellas llama por su nombre. Pues ¿por qué dices Jacob y hablas Israel diciendo: No ve Dios mis caminos ni tiene cuenta conmigo? ¿Por ventura no sabes y no has oido que Dios es un Señor eterno, que crió los términos de la tierra, el cual ni se cansa, ni trabaja en la gobernacion del mundo, ni hay quien pueda comprehender la grandeza de su sabiduría? El es el que da fuerzas al cansado, y hace fuertes y esforzados á los que parece que no tienen sér. Todas estas son palabras de Esaías, las cuales nos dan testimonio de la grandeza, del poder y de la sabiduría y providencia de nuestro Criador.

A este mismo tono habla Hieremías, diciendo (*n*): Tú, Señor, heciste el cielo y la tierra con tu grande fortaleza y con tu poderoso brazo; y por esto ninguna cosa será dificultosa á tu gran poder. Tú eres el que usas de misericordia con tus siervos por millares de años, y castigas los pecados de los padres en los hijos despues dellos. Fortísimo, grande y poderoso, cuyo nombre es, Señor de los ejércitos, grande en tus consejos y incomprehensible á todos los entendimientos. Cuyos ojos están puestos sobre los caminos de todos los hijos de Adan para dar á cada uno su merecido segun sus obras, y segun el fruto de sus invenciones. Esto es de Hieremías.

Vengamos al sancto rey David, el cual en el psalmo 88, tratando desta misma grandeza, dice así (*o*): ¿Quién en las nubes se igualará con el Señor, y quién entre los hijos de Dios será semejante á él? El es alabado y glorificado en el concilio y ayuntamiento de los sanctos, y es grande y terrible sobre todos los que asisten delante dél. Señor Dios de las virtudes, ¿quién será semejante á tí? Poderoso eres, Señor, y la verdad de tus palabras está junto contigo. Tú tienes señorío sobre las aguas de la mar, y tú sosiegas el ímpetu de sus ondas. Tú tomaste venganza del soberbio, y con el brazo de tu poder destruiste todos tus enemigos. Tuyos son los cielos, y tuya la tierra, y tú criaste la redondez della con todo lo que abraza. Tú heciste la mar, y los vientos impetuosos que la levantan. El monte Tabor y Hermon en tu nombre se alegrarán (vistiéndose de arboledas y frescuras); y solo tu brazo es el poderoso. Y en el psalmo 73 (*p*), tratando desta misma materia, dice así: Dios, rey nuestro, ante todos los siglos obró salud en medio de la tierra. Tú,

(*h*) Job. 35. (*i*) Job. 36. (*k*) Job. 37. (*l*) Psalm. 18.
(*m*) Isai. 40.

(*n*) Hier. 32. (*o*) Psal. 88. (*p*) Psalm. 73.

Señor, abriste y confirmaste con tu poder y virtud la mar, y quebrantaste la cabeza del dragon en las aguas. Tú abriste fuentes y arroyos en el desierto, y secaste los grandes y caudalosos rios. Tuyo es el dia y tuya la noche, tú fabricaste el sol y la mañana. Tú criaste todos los términos de la tierra, y el invierno y el verano son obras de tus manos. Hasta aquí son palabras del psalmo.

§. II.

Que trata especialmente de la divina sabiduría, con algunos lugares de la Escritura Sagrada.

Estas autoridades que aquí habemos alegado nos declaran la grandeza del poder y de la sabiduría de nuestro Criador (las cuales despiertan en las ánimas religiosas una grande admiracion y reverencia de tan alta majestad, y un sancto temor de ofenderla); mas porque este Señor no es ménos grande en la sabiduría, compañera de su omnipotencia, que en las otras perfecciones suyas, por tanto será necesario tocar aquí algo della, alegando algunos lugares de la sancta Escriptura que della tratan. Entre los cuales uno muy señalado es el psalmo 138 (q), que trata de la inmensidad desta sabiduría, hablando con Dios por estas palabras: Señor, vos me teneis probado y conocido, y vos sabeis todo lo que hago estando asentado ó acostado. Vos conoceis de léjos todos mis caminos, y no sale palabra de mi lengua que vos no la sepais. Vos, Señor, sabeis todas las cosas pasadas y venideras. Vos me formastes y pusistes vuestra mano sobre mí. Mas admirable es vuestra sabiduría de lo que yo puedo alcanzar, mas alta que todo lo que yo puedo comprehender. ¿Dónde iré, Señor, que me ausente de vuestro espíritu, y adónde huiré de vuestra presencia? Si subiere al cielo, ahí estáis vos; y si descendiera al infierno, tambien estáis ahí presente. Y si tomare por la mañana unas alas muy lijeras, y con ellas volare hasta los últimos fines de la mar, de allí me sacará vuestra mano, y me prenderá vuestra diestra. Mas dije yo entre mí: ¿Por ventura las tinieblas me esconderán de vos? Mas la noche será tan clara como la luz del dia para comprehenderme en mis deleites. Porque las tinieblas no son escuras delante de vos, y la noche os será tan clara como el dia. Esto es de David.

Otro testimonio hay no ménos ilustre del Eclesiástico, que dice así (r): El hombre que cometiendo adulterio no hace caso deste pecado, viene á decir entre sí: ¿Quién me ve? Las tinieblas me encubren, y las paredes me tienen escondido. ¿Qué tengo por que temer? El Altísimo no se ha de acordar de mis pecados. Este tal hombre no teme mas que los ojos de los otros hombres, y no entiende que los ojos de Dios son mas claros que la lumbre del sol; los cuales están siempre mirando todos los caminos y pasos de los hombres, y la profundidad del abismo, y los corazones de los mortales, y lo mas escondido dellos. Porque todas las cosas estuvieron présentes á nuestro Señor Dios ántes que fuesen criadas, y tan claramente las ve agora despues de hechas. Y el mismo Eclesiástico, en otro lugar, pretendiendo avisar al hombre que no teme ofender á Dios, dice así (s): No digas, esconderme he de Dios, y ¿quién de lo alto se acordará de mí? En un pueblo grande no seré conocido. Porque ¿qué cosa es agora mi ánima entre tanta infinidad de criaturas? Mira pues, ó hombre, que el cielo y los cielos de los cielos, y los abismos, y toda la tierra, y todas las cosas que hay en ella se mueven en presencia de Dios, y en todas estas cosas está insensible el corazon del hombre, y él entiende todo lo que pasa dentro de los corazones dellos. Mas ¿quién podrá atinar y entender los caminos de Dios? La conclusion de lo dicho es, que todas las cosas, como dice el Apóstol (t), están desnudas y descubiertas ante sus ojos.

Y así confesamos que él tiene siempre y actualmente presentes los pensamientos de todos los hombres que fuéron, son y serán hasta el fin del mundo, así de los que se han de salvar, como de los que se han de condenar. Y esto no es mucho para él, porque todos estos pensamientos conoce Cristo nuestro Salvador, no solo en cuanto Dios, sino tambien en cuanto hombre; pues ha de ser juez de los unos y de los otros; y así conviene que sepa los procesos y vidas de todos. Esto sirve para que teman los hombres ofender á Dios, acordándose que pecan en los ojos y presencia del Padre Eterno y de su unigénito Hijo nuestro Salvador; el cual dice por su Profeta (v): Yo soy juez y testigo, dice el Señor.

CAPITULO XXXVIII.

De la inmensidad y grandeza de las perfecciones de nuestro Señor Dios, segun se colige por la grandeza de sus obras.

Lo que hasta aquí se ha dicho es lo que las sanctas Escripturas nos predican de la inmensidad y grandeza de nuestro Criador. Agora procederémos en esta misma materia por las obras que en este mundo tiene hechas, así por las que él en la sancta Escriptura nos tiene reveladas, como por las que se alcanzan por la lumbre de la razon; porque estas dan claro testimonio de la grandeza de su autor. Mas ántes que descendamos á estas obras, señalaré aquí una principal diferencia entre otras muchas, que hay entre el Criador y sus criaturas. Y esta es, que todas las criaturas tienen sus límites y términos hasta donde se extiende su naturaleza y virtud. De modo que tienen el sér limitado, y así el poder, y el saber, y la virtud, y todas las otras facultades que se siguen deste sér. Y este límite es conforme á la medida que el Criador quiso repartir á sus criaturas, dando á unas mas y á otras ménos, segun plugo á su divina voluntad. Mas él, como no tuvo superior que lo criase, así tampoco tuvo quien le limitase el sér, ó el poder, ó el saber, ó la bondad, ó la felicidad, ó cualquiera de las otras perfecciones suyas. Y por esto, así como carece de límite y de término, así en todo y por todo es infinito. De manera que su sér es infinito, y su poder infinito, y su saber infinito, y su bondad infinita, y su hermosura, su gloria, sus riquezas, su misericordia, su justicia y todas sus perfecciones son infinitas. Y por eso es en sí mismo incomprehensible y inefable, cuya grandeza ninguna criatura criada ni por criar puede comprehender; porque solo él perfectamente se conoce y se comprehende.

Tenemos para esto un ejemplo muy acomodado en los reyes de la tierra; los cuales en su reino reparten los cargos y oficios á diversas personas, como les parece, limitando á cada uno la jurisdicion de que puede usar sin perjuicio de la ajena. Mas el rey que limita estas jurisdiciones, tiene suprema y universal jurisdicion en todo su reino, sin reconocer superior. Y por eso no se le puede señalar ni tasar jurisdicion ni facultad alguna tan grande, que no se extienda ella á mas, y mas sin término ni medida. Y esta manera de jurisdicion se

(q) Psalm. 138. (r) Eccl. 27. (s) Eccl. 16.

(t) Hebr. 4. Psalm. 93. (v) Jerem. 29.

llama infinita en este sentido, que no le podeis señalar término alguno en que no pueda pasar adelante en materia de lícita jurisdicion. Pues por este ejemplo entenderémos fácilmente lo que está dicho, haciendo comparacion del Criador á sus criaturas, como del rey á sus oficiales. Verdad es que en esto falta la comparacion; porque la jurisdicion del rey es en cierta manera infinita, segun declaramos, mas la del Criador es plenariamente y en todas las maneras infinita. Lo cual aun se prueba por otra razon. Porque segun la comun sentencia de filósofos y teólogos, Dios es una cosa tan grande, que no solo no puede haber otra mayor, mas ni se puede pensar mayor. Pues como sea mayor cosa ser las perfecciones infinitas que finitas y limitadas, si las perfecciones de Dios fuesen desta manera limitadas, ya podriamos pensar otras perfecciones mayores que las suyas, lo cual es imposible por la sentencia susodicha, que es ser Dios una cosa tan grande, que no se puede pensar otra mayor.

Mas ántes que entremos en este sanctuario (donde se han de explicar cosas tan grandes) tomaré, como por tema y fundamento dellas, aquellas palabras de un ángel que representaba la persona de Dios, el cual siendo preguntado por su padre de Samson cómo se llamaba, respondió (*a*): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Esta es una palabra que viene tan propria á la grandeza de Dios y de todas sus obras, que ninguna hay tan pequeña, que si bien se considera, no suspenda nuestros ánimos en la admiracion de su Hacedor, y no nos haga decir: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Tulio, grande orador, dice que no se ha de hacer caso de la elocuencia que no llega á poner en admiracion á los oyentes. Pues si el ingenio humano ayudado de solo estudio y diligencia humana puede llegar á hacer un razonamiento tan perfecto y acabado, que ponga en admiracion á cuantos lo oyeren, ¿qué se debe presumir de las obras trazadas y fabricadas por aquella infinita sabiduría (en cuya comparacion toda la sabiduría de los querubines es ignorancia), especialmente en las obras mayores, de que aquí comenzarémos á tratar? De las cuales quien no se espanta y no queda como atónito considerándolas, es porque totalmente no las entiende, porque la majestad y resplandor dellas le ciega la vista.

Comenzando pues por la obra de la creacion, digo que aunque fuese verdad lo que dice Sant Augustin (*b*) (y parece sentir el Eclesiástico), que Dios crió toda esta grande fábrica del mundo con todo lo que hay en él juntamente, mas con todo eso, con summo y divino consejo repartió Moisen las obras de la creacion en seis dias. Porque como sea verdad que Dios crió todas las cosas por amor de sí mismo, esto es, para manifestacion de la grandeza de sus perfecciones, no pudiera nuestro entendimiento abarcar cosa tan grande, y que tantas y tan grandes cosas comprehendia, como todo este mundo; y así desfalleciera con la consideracion de tantas y tan grandes cosas juntas. Y por eso la repartió el Profeta en muchas partes, mayormente que cada obra destos seis dias por sí es tan grande, y tiene tanto que considerar, que cada cual dellas se podria repartir en muchas otras partes para haberse de considerar perfectamente.

(*a*) Judic. 13. (*b*) Eccli. 18. D. Aug. de Genes. ad litter. lib. 5. cap. 23. et imperfect. cap. 3. et de Mirabil. Sac. Scr. lib. 1. cap. 1. tom. 3. Item de Civ. Dei, lib. 11. cap. 7.

Tambien se ha de advertir aquí que criar, hablando propriamente, no es hacer de una cosa otra (porque esto se llama generacion), sino es hacer de nada algo. Lo cual es cosa tan propria de Dios, que á ninguna criatura, por perfectísima que sea, puede ser comunicada.

Porque vemos en las mudanzas de las cosas naturales, que cuanto es mayor la distancia de un extremo á otro, tanto se requiere mayor virtud para causar esta mudanza. Y así vemos cuánto es mas dificultoso mudarse la tierra ó el agua en fuego, que el aire. Pues como sea infinita la distancia que hay de no ser á ser (porque no puede imaginarse otra mayor), síguese que sea necesario infinito poder para esta obra; y este es de solo Dios (*c*): el cual llama los cosas que no son, como si realmente fuesen.

§. I.

De la obra y creacion del primer dia.

Comenzando pues á tratar de las obras de los seis dias en que Dios crió todas las cosas, en el primer dia se dice que crió el cielo y la tierra: por lo cual entendemos los cielos junto con los cuatro elementos que están debajo dellos, tierra, agua, aire y fuego. No quiero encarecer aquí la grandeza del poder que bastó para que de nada (esto es, sin ninguna materia precedente) salieso á luz este tan grande cuerpo de la tierra, con todos sus montes y collados (porque todo este cuerpo no es mas que un punto en comparacion de la grandeza de los cielos), sino de sola la grandeza dellos; la cual es tal, que si no fueran tan sabios y tan ejercitados en la sciencia de la astrología los que la determinan, no fuera creible. Verdad es que al que atendiere la inmensidad del poder de Dios (habiendo él criado estos cuerpos para mostrar en ellos la grandeza de su poder), no le será increible lo que se escribe desta grandeza; presuponiendo siempre que el cielo superior es mucho mayor en cuantidad que su inferior, y así subiendo por todos ellos hasta el Empíreo (cuya grandeza no se puede explicar), el cual es palacio real y morada de Dios, y de todos sus escogidos. Pues ¿de qué cantera, veamos, sacó Dios á luz estos tan grandes cielos? Y (descendiendo mas abajo) ¿de qué abismo sacó estos tan grandes mares? ¿De qué lugar sacó este tan grande cuerpo de la tierra, y lo puso en medio del mundo? ¿Quién, dice Dios por el sancto Job (*d*), abrió los fundamentos de la tierra, y la asentó en su lugar por peso y medida? ¿Sobre qué basas está ella firmemente asentada?

No pasemos al nono cielo que llaman el primer móvile (el cual con su movimiento arrebata y mueve todos los otros cielos inferiores, y les hace dar una vuelta al mundo en un dia natural), ni tampoco al cielo Empíreo, que está sobre todos; cuya grandeza es tanto mayor que la de todos sus inferiores, cuanto ocupa mayor lugar: ni hay indicios en la sciencia matemática, con que esto se pueda liquidar. Paremos en sola la grandeza del cielo estrellado, donde hay tanta infinidad de estrellas de muy diferentes grandezas. Pues tanteemos agora cuál será el poder que con una simple muestra de su voluntad sacó á luz de las tinieblas y abismo de la nada toda esta tan grande máquina, y no de un solo cielo, sino de tantos cielos juntos. Los hombres para hacer una casa es necesario juntar primero los materiales de que se ha de hacer, y maestros que la hagan, y peones

(*c*) Rom. 4. (*d*) Job. 38.

que sirvan á los maestros, y diversas herramientas para la obra, y trazas, y modelos ántes que se haga. Y con todo esto á cabo de mucho tiempo dan fin á esta obra. Porque siete años gastó Salomon (*e*) en la fábrica del templo, trayendo en él ciento y cincuenta mil hombres que entendian en la obra, con tres mil y trescientos maestros que gobernaban la gente. Y con todo este aparato hizo un tan grande rey una casa que, comparada con el resto del mundo, apénas es un nido de hormigas. Mas aquel omnipotentísimo Criador, sin ninguna destas cosas susodichas, en un instante, con una sola palabra crió estos cuerpos de tan increible grandeza. Mas hácese creible, considerando la grandeza de las estrellas, entre las cuales ninguna hay tan pequeña, que no sea mucho mayor que toda la tierra, dado que dende acá parezcan tan pequeñas, por la grandísima distancia que hay dende la tierra al octavo cielo, donde ellas están; lo cual se puede entender por la grosura de los cielos. Por donde dicen los que desta materia tratan, que si Dios convirtiese la tierra en una estrella, y la pusiese, no ya en el octavo, sino mas abajo en el sexto cielo, no se veria de nuestros ojos por ser tan pequeña. Pues considere agora quien tiene discrecion, cuán grande sea el número de las estrellas del cielo (entre las cuales hay algunas de tan notable grandeza, que son cien veces mayores que toda la tierra): pues segun esto, ¿qué tan grande será el cielo donde hay tanta infinidad de estrellas, y tantos espacios donde pudieran caber muchas mas? Y toda esta máquina tan admirable formó el Criador de nada, con sola esta palabra, *Fiat* (*f*). Cosa es esta, que nunca los filósofos del mundo pudieron acabar de creer, porque no entendian cómo fuese posible hacerse de nada algo, mayormente considerando que en todas las mudanzas naturales veian que siempre se presuponia alguna cosa de que se hiciese otra. Por lo cual ó creyeron que el mundo habia sido *ab æterno*, ó dijeron que Dios y la materia prima (que ellos llamaban cáos, de que todas las cosas creian haber sido hechas) fuéron *ab æterno* (*g*). Mas la fe católica enseñada por Dios, nos predica ser el poder suyo infinito, y que así puede hacer de nada algo; y que con ese poder podria criar mil mundos en un punto, si quisiese. Porque á todo esto y mucho mas se extiende la inmensidad de su poder. Esta es una maravilla que suspende y agota todos los entendimientos, y los hace inhábiles y incapaces para poder tantear una cosa tan grande, y así caen como aturdidos, por no poder vadear este piélago tan profundo. Y así vienen á reprehender su atrevimiento de querer medir y pesar cosas tan grandes, castigándose con aquellas palabras del Angel (*h*): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Esta es pues la obra del primer dia.

§. II.

De la obra del segundo dia.

Vengamos á la del segundo. En este dia estaba toda la tierra cubierta en torno con el agua, como elemento mas liviano, que tenia su asiento y lugar natural, y como centro suyo sobre el cuerpo de la tierra. Y porque estando así la tierra no daba lugar á la habitacion de los hombres (para cuyo provecho habian de servir los elementos con todas las otras criaturas), mandó el Criador á las aguas que dejasen este su puesto y lugar natural, y se recogiesen á otro seno, y dejasen la tierra descubierta. Y las aguas, como si tuvieran sentido para conocer, y oídos para oir, y piés para huir, súbitamente desampararon la tierra, y el puesto natural que les pertenecia, y se mudaron al lugar que agora tienen, que ni es natural, ni tampoco se puede llamar violento; porque no hay violencia donde la criatura obedece al mandamiento de su Criador. Y lo que mas es, sin hacer él muros, ni reparos para que el agua no corra á su lugar natural, está sosegada y fija, sin tener mas reparo que una arena suelta. Y aunque se levanten sus olas unas tras de otras hasta las nubes, que parecen venir á cubrir la tierra, en llegando á las arenas reconocen los términos y la ley que les es puesta, y quebrantando allí todo su furor, no pasan adelante. La cual maravilla encarece Dios muchas veces en la sancta Escriptura, especialmente en el capítulo 38 de Job (*i*), que ya alegamos, y mas particularmente en Hieremías, diciendo (*k*): A mí no temeréis ni temblaréis de mi presencia, que fuí poderoso para poner el arena por término y muro de la mar, y embravecerse han y hincharse han sus olas y no lo traspasarán. Y pues el mismo Criador tanto amplifica la grandeza deste poder, con razon podemos aquí repetir las palabras del Angel (*l*): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?

§. III.

Produccion de árboles y yerbas: obra del tercero dia.

Vengamos á la obra del tercero dia que tiene mas diferencias de cosas que considerar, que el segundo: que es cuando mandó el Criador á la tierra que produjese todo género de plantas y arboledas. Pues con solo este mandamiento del Criador, sin mas semillas, sin mas labor, sin influencias del sol, y de los planetas y estrellas (que aun no eran criadas), produjo la tierra tantas diferencias de plantas, de yerbas, de flores, de árboles, para tantos usos y provechos de la vida humana cuantos arriba declaramos (*m*), y por esto no lo repetimos en este lugar. Porque vieron los ojos de aquel Señor (á quien todo lo venidero está presente) las cosas de que nuestra vida tenia necesidad, y para todas proveyó de remedio. Mas entre tantas especies y diferencias de árboles que no tienen cuento ni número, uno de los que nos debian dar conocimiento de su providencia, son los grandes pinos que nacen en algunas partes, mayormente en Alemaña, tan grandes, tan largos, tan gruesos, y sobre todo tan derechos, que ni con regla, ni plomada pudieran salir mas derechos, los cuales sirven para mástiles de navíos grandes, y galeones, que navegan de Occidente á Oriente (que son cinco mil leguas de agua) por mares muy tempestuosos; de los cuales vi uno tendido en la ribera de Lisboa, de tan extraña grandeza que me puso en admiracion. Por do parece que vió el Criador que se habian de navegar estos mares tan grandes, y dende el principio del mundo, entre otras infinitas diferencias de árboles, crió tambien estos tan grandes, tan derechos, tan hermosos y tan acomodados al fin para que los crió. Porque por este medio navega tambien la fe junto con las mercaderías hasta el cabo del mundo.

(*e*) 3. Reg. 5. et 6. (*f*) Contra quos August. De Genesi contr. Manich. lib. 1. cap. 1. et 2. tom. 1. Item. D. Thom. 2. cont. Gent. c. 35. 36. 37. (*g*) D. Aug. de Civit. Dei, lib. 11. c. 4. (*h*) Judic. 13.

(*i*) Job. 38. (*k*) Jerem. 5. (*l*) Judic. 13. (*m*) Cap. 10. §. 1 y 2.



§. IV.

Cuarto dia : grandeza, lijereza y hermosura del sol.

Ni es ménos admirable, sino mucho mas, la obra del cuarto dia, donde dijo Dios: Háganse lumbreras en el cielo, para que alumbren la tierra. Y por la virtud de sola esta palabra salió á luz el sol, la luna, el lucero del alba con los otros planetas, y toda la otra infinidad de innumerables y resplandecientes estrellas que hermosean mas que las flores y rosas de la primavera esa tan grande bóveda del cielo; cuyo número, grandeza, virtud y eficacia ¿quién la podrá explicar? Y despues de explicada, ¿quién la podrá creer? ¿Quién creerá que el sol es ciento y sesenta y seis veces mayor que todo el cerco de la tierra juntamente con el agua, pareciendo dende acá tan pequeño como la cabeza de un hombre? ¿Quién creerá la espantosa lijereza que el Criador le dió para moverse? Porque vemos que cuando por la mañana se comienza á descubrir en este nuestro mundo, en ménos que un cuarto de hora se descubre todo. Lo cual es correr tantas leguas, y tanto espacio cuanto ocupa el cerco de la tierra, multiplicando este espacio ciento y sesenta y seis veces, que es la cuantidad que ocupa el cuerpo del sol. Pues ¿qué rayo cae del cielo que se mueva con tal lijereza? Y si la tierra, como los matemáticos dicen, tiene en redondo seis mil y trescientas leguas, multiplique quien esto sabe este número de leguas todas estas veces susodichas, y verá cuántos millares de leguas corre este planeta en tan breve espacio, cuanto es aquel en que se descubre cuando nace. Y considerando esto no podrá dejar de quedar atónito conociendo por aquí la grandeza de la omnipotencia que tal lijereza pudo dar á esta estrella, ó por mejor decir al cielo donde ella está, por cuyo movimiento ella se mueve. Mas no pára aquí la maravilla; porque mucho mayor maravilla es considerar la lijereza con que se mueve el noveno cielo, que está sobre el cielo de las estrellas, que llaman el primer móvile, el cual da una vuelta al mundo en espacio de veinte y cuatro horas, y arrebata y mueve juntamente consigo todos los otros ocho cielos inferiores. Porque presuponemos que cuanto un cielo está mas alto que otro, tanto mayor espacio y lugar ocupa, y tanto con mayor lijereza se mueve. Pues estando este primer móvile cinco cielos arriba del sol, síguese que se moverá con mas que doblada lijereza que el cuarto cielo donde está el sol. Y si la lijereza del sol tanto nos espanta, ¿cuánto mas espantará la del nono cielo, que con tanto mayor lijereza se mueve? ¿Qué rayo habrá tan lijero que no sea paso de tortuga, y mucho ménos en comparacion dél? ¿Pues qué entendimiento habrá que no desfallezca considerando la grandeza del poder que tal lijereza pudo causar? Y sobre esta maravilla hay otra y no menor; y es que un solo ángel es el que aplicando su virtud á esta tan grande máquina del noveno cielo, la mueve dende el principio del mundo hasta hoy sin cesar, y sin cansar, y sin revezarse otro en este oficio, y esto con tan grande compas, que despues que el Criador le entregó este cargo, hasta hoy no perdió un solo punto deste compas, ni por este cuidado pierde un punto de la gloria que goza viendo la faz de su Criador. Y por razon deste compas aciertan los astrólogos muchos años ántes en los eclipses del sol y de la luna, por ser tan regular y tan infalible este movimiento. Pues ¿cuál es el poder que á una criatura dió tal poder? ¿Quién no se humillará, y prostrará, y se hará un gusarapillo delante de tan grande majestad? ¿Quién tendrá osadia para ofender un tan poderoso Monarca y Señor de cielos y tierra? ¿Quién no verá con cuánta razon dijo aquel ángel en persona de Dios (*n*): Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?

La grandeza del sol, que ya dijimos, alcánzase por las medidas y reglas que los astrólogos tienen para esto. Mas que sea él mayor que el cuerpo de la tierra juntamente con el agua, vese á ojos vistas por esta experiencia. Si poneis delante de una hacha encendida un sombrero, que es un cuerpo mayor que la lumbre desta misma hacha, la sombra deste sombrero, miéntras mas adelante fuere, mas y mas se irá siempre extendiendo y ensanchando. Mas si pusiéredes en lugar dél una manzana, que es un cuerpo menor que la llama de la hacha, la sombra della por el contrario se irá siempre disminuyendo y ensangostando hasta que del todo se deshaga. Pues esto vemos por experiencia, que cuando el sol de noche está de la otra banda del mundo debajo de la tierra, la sombra della se va siempre estrechando, de modo que no llega mas que al cielo de la luna, y por eso la eclipsa cuando acierta á ponerse debajo de la tierra enfrente della; mas allí fenece esta sombra, de modo que no llega al tercero cielo, donde está el lucero del alba, el cual nunca se eclipsa, porque la sombra de la tierra no llega á él. Lo cual abiertamente declara ser el sol (que tan pequeño nos parece) mayor que todo el cuerpo de la tierra y agua; pues cuando él está debajo de la tierra, la sombra della siempre se va ensangostando de tal manera que no pasa del cielo de la luna, que es el que está mas vecino á nosotros.

Pues la grandeza de su virtud, de su calor y claridad ¿quién la explicará? Anaxágoras, insigne filósofo, se espantaba tanto de la virtud y claridad deste planeta, que preguntado para qué habia nacido, respondió que para ver el sol. Tanto se maravillaba de la hermosura y eficacia desta estrella. Pues ¿cuál fué la virtud de aquel Señor, que con solo mandar, encendió una lámpara que alumbra todo cuanto tiene criado, sacado el infierno, porque la tierra lo impide; y el cielo empíreo, porque este tiene otra manera de luz mas excelente, que es el cordero de Dios, como dice Sant Juan (*o*)?

Ni es cosa de menor admiracion haber criado tan gran número de estrellas, que solo él, que las crió, las puede contar. Y si cada una de las estrellas es mayor que este mundo inferior que entendemos por mar y tierra, ¿qué será haber criado él innumerables estrellas, sino haber criado innumerables mundos, tanto mas hermosos y preciosos que este, cuanto es mas excelente la materia de las estrellas que la de los elementos? Y todas ellas, juntamente con el sol y con la luna, fuéron criadas con una sola palabra.

§. V.

Produccion de aves y peces : obra del quinto dia.

Vengamos al quinto dia cuando dijo Dios: Produzgan las aguas peces y aves en sus géneros y especies. Y dejadas infinitas cosas que aquí hay que considerar, de las cuales algo ya dijimos (*p*), una sola quiero ponderar. Considere el hombre cuántas diferencias de aves de diversas condiciones y especies vuelan por el aire; y de ahí baje á la mar y mire esa fecundidad admirable de

(*n*) Judic. 13. (*o*) Apoc. 21 (*p*) Cap. 8. §. único

tantas diferencias de pescados, y de mariscos, y de tantas figuras y formas dellas, unas tan grandes que espantan con su grandeza, y otras de tan extraña hechura que no ménos espantan con su artificio y figura: dellas tan armadas como lo está un hombre con un arnes tranzado, y otras desarmadas, que sirven de mantenimiento para las otras. Y considere tambien la gran fecundidad de los peces que se contienen debajo de una especie, la cual sobrepuja la de los animales de la tierra y de las aves del aire. Porque estos se hallan en ciertos lugares, pero la mar está cuasi toda cuajada de peces. Mas porque desta materia tratamos ya algo (q), al presente no diré mas que una cosa de mayor admiracion que todas, y esta es, que siendo cuasi infinitas las especies de las aves del aire, y de los peces de la mar, y de los animales de la tierra, no halló toda la filosofía del mundo una sola que no estuviese perfectísimamente fabricada en su especie, sin haber en ellas cosa que sobre ni que falte. De donde manaron aquellas cuatro insignes sentencias de filósofos, de las cuales una es, que las obras de naturaleza son fabricadas por una inteligencia (que es por una perfectísima y summa sabiduría) que no yerra en lo que hace. Otra es, que el autor de la naturaleza siempre hace lo que es mejor y mas perfecto. Otra es, que la naturaleza no falta en las cosas necesarias. Y otra, que Dios y la naturaleza no hacen cosa superflua. Destas dos postreras sentencias se infiere, que en toda esta infinidad de especies de peces, y aves y animales, no se hallará cosa que se pueda decir, esto sobra ó esto falta; sino que todas están cabales y perfectas, cada cual en su género.

Pues considere agora el discreto lector, cuál sea el poder y el saber de aquel Señor, que sin trabajo, sin instrumentos, sin materiales y sin espacio de tiempo, con sola una palabra crió esta infinidad de especies de aves y de peces, con tanta perfeccion y con tanta provision de miembros y habilidades para su conservacion, que si mil años estuviera pensando (á manera de hablar) cómo pudiera fabricar cada criatura destas, no la hiciera de otra manera que la hizo, pues su sabiduría no crece con los años y con el tiempo. Y si esta perfeccion guardara en una sola especie de animales, no fuera cosa tan admirable; mas guardarla en tanta infinidad de animales, que casi sobrepujan el número de las estrellas del cielo, y salir todas á luz en un momento, con solo un *quiero*, cosa es esta que sobrepuja toda admiracion. Y aunque la obra del cuarto dia, cuando fuéron criadas las estrellas y planetas del cielo (por las cuales se gobierna el mundo), sea admirable, mas me parece que lo es esta del quinto dia. Porque aunque las estrellas tengan singulares propriedades y virtudes para influir en los cuerpos de la tierra, pero en la figura hay poca diferencia de unas á otras, mas que ser unas mayores y otras menores; mas en los cuerpos de los peces, y mas aun de las aves, hay tanta variedad de miembros, de órganos y de sentidos para conservarse en su sér, que cuasi toda aquella jarcia y armonía de miembros que pusimos en el cuerpo humano, hay en cada una destas aves.

Y si es tan admirable la fábrica del cuerpo humano que formó Dios en el sexto dia, ¿cuánto lo será la de tantos millones de cuentos de animales, que con una palabra fuéron criados en el quinto? Cosa es esta de tanta admiracion, que sola ella á juicio de Salomon es bastante causa para inducir los hombres al temor y reverencia de tan grande majestad. Conforme á lo cual dice él (r): No hay cosa que se pueda añadir ni quitar á las cosas que Dios crió para ser temido. Quiere decir, que están todas las obras de Dios hechas con tanta perfeccion, que no hay en alguna dellas cosa que se pueda añadir como necesaria, ni que se le pueda quitar como superflua. Y hallarse esto en tanta infinidad de criaturas, sin que se pueda señalar una sola especie en la cual haya un yerro ó un punto de mas ó de ménos, ¿quién no ve ser esto obra que nos incita á una admiracion de tan grande poder y saber, y á temor y reverencia de tan grande majestad (s), que todo lo que quiso hizo con tanta facilidad en el cielo y en la tierra, y en la mar y en todos los abismos?

§. VI.

Admírase esta misma omnipotencia y sabiduría por la resurreccion universal que nos propone la fe.

Este es el conocimiento que la obra de la creacion (mayormente de los cielos) nos da de la grandeza del poder y de la sabiduría del Criador. Del cual dice el Profeta (t) que los cielos predican la gloria de Dios, y que no hay lenguas ni naciones tan bárbaras, que no entiendan este lenguaje. Sobre lo cual dice Sant Crisóstomo: ¿Qué es esto? ¿Cómo los cielos predican esta gloria? No tienen voz, no lengua, no boca: pues ¿cómo predican? Esto, dice él, hacen representando la grandeza, la alteza, la hermosura, el sitio, la forma, y la constancia dellos: por la cual en tantos millares de años, ni se han envejecido ni gastado con tan continuos movimientos, ni alterado el curso dellos, y cuando esto vemos, adoramos al que crió tan hermosos cuerpos, y conocemos con tal vista la grandeza desa majestad.

Veamos agora esto mismo por la obra de la resurreccion general, que la fe nos propone, la cual el Sancto Job, por especial revelacion de Dios, ántes del Evangelio y de la ley, conoció y testificó por estas memorables palabras (v): ¿Quién me diese, que se escribiesen estos mis sermones? ¿Quién me diese que se esculpiesen en un libro con una pluma de hierro, ó en una plancha de plomo, ó en una peña viva? Porque sé que mi Redemptor vive, y en el dia postrero tengo de resuscitar, y otra vez tengo de ser cercado desta piel de mi cuerpo, y en esta carne mia tengo de ver á Dios: al cual tengo de ver yo mismo, y mis ojos lo han de ver, y no otro del que agora soy. Esta esperanza tengo yo guardada en el seno de mi ánima. No se pudiera representar este tan gran misterio con mayor claridad y mayor aparato de palabras, que las deste sancto varon. Pues esto que nos predica la fe, testifica tambien la razon, por ser esto conforme á la rectitud y cumplimiento de la divina justicia, para que pues el cuerpo juntamente con el ánima, miéntras en este mundo vivieron, se ocuparon, ó en servir á Dios, ó en ofenderle, justo es que en la otra sean galardonados ó castigados.

Pues consideremos agora cuán grande sea el poder, que en un punto, y, como dice el Apóstol (x), en espacio de un cerrar y abrir el ojo, resuscitarán en aquel temeroso dia del juicio todos los cuerpos de los hombres, y se juntarán con sus proprias ánimas: para que así todo el hombre (que es compuesto de cuerpo y ánima) resuscite, ó para la pena, ó para la gloria. Pues qué tan grande será el poder de aquel Señor, que por el ministerio

(q) Ubi supr.

(r) Eccl. 3. (s) Psalm. 134. (t) Psalm. 18. (v) Job. 19.
(x) 1. Cor. 15.

de un arcángel, y sonido terrible de una trompeta, que sonará por todas las regiones del mundo, resuscitarán los cuerpos, de los cuales unos estarán hechos tierra, otros ceniza, otros comidos de aves, otros de peces, y otros de otros hombres; y todos estos han de resuscitar. Y los que fuéron comidos de otros hombres, resuscitarán así los comidos como los comedores. Y los dientes, y calaveras, y huesos, que en aquel tiempo estuvieren enteros, aunque estén esparcidos por todo el mundo, vendrán á reconocerse unos á otros, y á hermanarse y encajarse en sus proprios lugares, como estuvieron cuando vivian. Pensemos pues agora, ¡ cuántos dientes de hombres estarán esparcidos á la hora de la resurreccion general en todas las partes del mundo fuera de sus calaveras! Mas serán estos por ventura que las estrellas del cielo; y Dios sabe dónde están, y á qué cabeza pertenecen, para venir á juntarse con ella. Y con ser estos dientes tan semejantes entre sí, no se trocarán los unos con los otros, sino todos reconocerán sus dueños y sus proprios lugares, y en ellos se volverán á fijar. Pues ¿cuál es el poder y el saber que hasta aquí se extiende?

Cuenta Eusebio en el libro v de la historia Eclesiástica, que en una persecucion que hubo en tiempo del emperador Antonino Vero en Leon y Viena, ciudades de Francia (donde fuéron innumerables los mártires que padescieron), no contentos con esto los tirannos, quemaron y volvieron en ceniza aquellos sagrados cuerpos, y echáronla en el rio Ródano, para que se la llevase. Y desta manera les parecia que acababan de vencer á nuestro Dios, y quitaban á nosotros la esperanza de la resurreccion. Porque decian: Esperan estos que algun tiempo se han de levantar de los sepulcros; y por esto, engañados con esta vana supersticion, se ofrecen á los tormentos y á la muerte: pues agora ¿veamos si resuscitarán, y si los podrá valer su Dios, y librarlos de nuestras manos? Pues siendo esto así, ¿cuál es aquel poder y saber que sabrá hacer diferencia entre tanta confusion y muchedumbre de cenizas, para conocer cuál parte dellas pertenece al cuerpo de un mártir, y cuál á otro, para mudar aquella ceniza en su proprio cuerpo? Pues ¿quién no sale de juicio considerando y adorando y pasmando deste tan grande poder y saber?

Mas con ser esta una cosa tan grande que sobrepuja toda admiracion, no sobrepuja la fe que della los fieles deben tener. Para lo cual sirve el ejemplo que para confirmacion desta verdad trae el Apóstol (y), de la virtud que puso el Criador en todas las semillas de yerbas y árboles, en cada una de las cuales puso virtud para que della nazca la planta de que procedió la semilla; y lo que mas es, conviene que esta semilla muera, para que muriendo resuscite y fructifique. Mas adelante explicarémos mas enteramente este ejemplo, por el cual se verá cuán digno de fe sea este misterio, aunque parezca tan arduo. Porque á la rectitud y perfeccion de la divina justicia (como decimos) pertenece que el mismo cuerpo que fué instrumento y compañero del ánima en el mal ó en el bien, sea participante con ella en su mal ó en su bien. Ca de otra manera podrian los malos (como dice Eusebio Emiseno) regalar sus cuerpos con todo género de vicios, presuponiendo que otros nuevos cuerpos habian de ser atormentados, y no los suyos. Y por esto conviene, como el Apóstol dice (z), que este cuerpo corruptible resuscite incorruptible, y el que agora es mortal se vista de inmortalidad, para que así reciba su debido castigo ó galardon. Pues en esta obra no ménos, sino por ventura mucho mas que en la pasada, se ve la inmensidad de la sabiduría y omnipotencia del Criador: porque saber dónde están las cenizas, y las reliquias, y la materia de cuantos cuerpos ha habido dende el principio del mundo hasta que se acabe, y dónde están los que murieron ahogados en la mar en tiempo del diluvio y en los otros naufragios que han succedido, y adelante se seguirán, ¿quién no ve cuán espantosa obra sea esta? Y si estos cuerpos estuvieran enteros con toda su armazon, como el de Lázaro de cuatro dias muerto, ó como el del hijo de la viuda, que el Salvador resuscitó, no nos espantara tanto; pero estando ya comidos de peces, ó aves, ó hombres, y convertidos en la substancia dellos, esto es cosa que agota todos los entendimientos humanos; porque por eso predicando el Apóstol este misterio en Aténas, escarnecieron dél los atenienses (*aa*), diciendo que era predicador de nuevos demonios. Mas á esto responde Sant Augustin diciendo (*bb*): Concedamos que puede Dios hacer alguna cosa que nosotros no podamos entender. Y responde tambien Salomon diciendo (*cc*): Así como no alcanzas de la manera que se fabrica el cuerpo de un niño en el vientre de la mujer preñada (donde hay tanta infinidad de miembros y órganos y sentidos, y todos tan acordados y proporcionados al servicio y uso del cuerpo humano), así no puedes alcanzar las maravillas y secretos de las obras de Dios, que es el hacedor de todas las cosas. Responde tambien el sancto Job (*dd*): el cual dice que hace Dios cosas grandes y admirables, y tales que el entendimiento humano no puede escudriñar ni entender cómo sean posibles. Pues por esta maravilla, que sobrepuja todo entendimiento, se conoce cuán incomprehensible sea la majestad y grandeza de aquel soberano Señor, que tales cosas sabe y puede hacer, y con cuánta razon dijo aquel ángel que lo representaba (*ee*): ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?

§. VII.

Confírmase toda esta doctrina con la prodigiosa virtud que en las semillas puso el Criador.

Vengamos á otra obra en parte semejante á esta, la cual tambien sirve para confirmacion de la pasada: que es la virtud admirable que puso el Criador en las semillas de todas las cosas, así de las plantas como de todos los animales; la cual (como un gran filósofo dijo) tambien agota todos los entendimientos, como la pasada, y sirve mucho para la fe y creencia della, como acabamos de decir. ¿Cuán admirable cosa es, que una pepita tan pequeña de una naranja tenga dentro de sí virtud para que della nazca un árbol tan hermoso como es un naranjo, tan oloroso cuando está florido, y tan vistoso cuando está cargado de fructo? Ni es menor maravilla, que en un piñoncillo esté virtud para producir un tan grande árbol como es un pino. Crece aun esta maravilla (como el Salvador declara en el Evangelio) (*ff*) en el granico de mostaza: el cual siendo tan pequeño tiene virtud para que dél nazca un árbol tan grande, que se puedan asentar en sus ramas las aves del aire. ¿Quién pues fué poderoso para poner en cosa tan pequeña virtud tan grande? Pues desta virtud que hay en las semillas se

(y) 1. Cor. 15. (z) 1. Cor. 15.

(*aa*) Actor. 17. (*bb*) D. Aug. de Civit. Dei, lib. 21. c. 25. tom. 5. (*cc*) Eccl. 11. (*dd*) Job. 5. (*ee*) Jud. 13. (*ff*) Matth. 13.

aprovecha el Apóstol (*gg*) para persuadir el misterio de la résurreccion. Pasemos á los animales. ¿Cuán admirable es la virtud que puso el Criador en el huevo de una pava, del cual en tan breve espacio nace una ave tan hermosa como es el pavon (*hh*), con toda aquella lindeza de plumas que arriba declaramos? Mas vengamos al hombre; y dejando á Absalom (*ii*) con sus cabellos de oro, y á su hermano Adonías (*kk*), no ménos hermoso que él, y á la reina Elena (*ll*), por quien se perdió Troya, pongamos los ojos en la sancta Judit (*mm*), y en la reina Ester, y en Tamar hija de David, y en las tres postreras hijas del sancto Job (*nn*), cuya hermosura engrandecen las sanctas Escripturas, y pasando de corrida por la materia de que se fraguó esta tan gran belleza, y maravillados desto consideremos cuál sea el poder de aquel artífice soberano, que de cosa tan vil pudo formar una cosa de tan grande hermosura, que muchas veces ha bastado para desatinar los juicios de infinitos hombres. Y así vienen sus desatinos á ser testimonios deste admirable artificio del Criador. Porque es tan grande la perversidad de muchos hombres, que de donde habian de tomar motivo para glorificar al pintor de tal figura, lo toman para le ofender, y perder el juicio, la salud, y á veces la vida, y sobre todo las ánimas.

A este ejemplo añadiré otro no ménos admirable. Vemos en los huevos que cada dia comemos, una brizna blanca pegada en la yema y clara del huevo. Pues en esa brizna tan pequeña está la virtud formativa del pollo que nace del huevo, en el cual hay cuasi todo lo que pusimos en la fábrica del cuerpo humano (*oo*). Y si miramos el huevo de una paloma, esa briznica es tanto menor que la otra, cuanto lo es su huevo menor que el de la gallina. Y si pasamos al de una golondrina, vendrá á ser tan pequeña como una cabeza de alfiler. Pues en esa tan pequeñita brizna puso el Criador virtud para fabricar dese ovezuelo un cuerpo de un pajarillo, el cual con ser tan pequeño tiene toda aquella fábrica y jarcia de miembros, y órganos, y sentidos que arriba pusimos en el cuerpo humano (*pp*) con su estómago, hígado, bazo, bofes, tripas, venas, niervos, arterias, y con un corazon en quien caben pasiones de tristeza, miedo y ira, y imaginacion y sentido en parte espiritual; porque levantando los ojos al gavilan, conoce que es su enemigo y há miedo dél. Y no faltará quien tenga esta por tanto mayor maravilla que la fábrica de nuestro cuerpo, cuanto este cuerpecillo es de menor cuantidad; pues para esto se requiere mayor artificio y subtileza dél (*qq*), como arriba declaramos, tratando del mosquito. Pues de toda esta fábrica, el maestro que es la causa eficiente, es aquella briznica blanca que dijimos. Porque así como para hacer una arca ó una silla es necesaria la materia, que es la madera de que se haga, y el oficial que la haga; así en este ovecico que dijimos, hay ambas cosas, porque la materia es el huevo, y la causa eficiente desta fábrica es aquella briznica blanca que dijimos. Porque aquí está la virtud formativa deste cuerpo. Pues ¿qué tan grande es la omnipotencia de quien pudo dar á tan pequeña substancia tan grande virtud y facultad? Pues ¿qué entendimiento no se agota considerando la grandeza deste poder? ¿Quién no reverencia y adora esta tan grande majestad, que fué poderosa para dar virtud á una substancia tan pequeña, segun dijimos, como la cabeza de un alfiler, para que en espacio de quince ó veinte dias acabase una tan grande fábrica, que ni el labirinto de Dédalo, ni los palacios de Salomon (*rr*) que él edificó en espacio de trece años, tuvieron tantos repartimientos y oficinas, y cámaras, y recámaras como tiene el cuerpo deste pajarico? Verdaderamente, Señor, dice el Profeta (*ss*), admirables son vuestras obras, y mi ánima lo conoce mucho. Pues esta maravilla nos declara, que podrá resuscitar un cuerpo de las cenizas que quedaron dél, quien pudo dar virtud á tan pequeña materia para esta tan grande fábrica.

Pues ¿qué diré del ovecico de un sábalo, del cual nace sin otra industria un tan grande y tan sabroso pece? Y si esto nos pone admiracion, mucho mayor nos la debe poner el hovecico de una sardina, que será poco mayor que una punta de alfiler, del cual nace una sardina, que en tan pequeño cuerpo tiene tantos instrumentos y sentidos, así para nadar como para buscar su mantenimiento, como cualquier otro pece grande. Y cuanto es mas pequeño el cuerpo y el hovecico, tanto es mayor esta maravilla. Ni aun es ménos admirable la fecundidad y fruto deste pececillo, pues él es comun mantenimiento de la mar (*tt*) y de la tierra, como arriba dijimos.

§. VIII.

Adórase esta misma omnipotencia en la creacion del alma y consagracion del cuerpo de Cristo.

Pasemos de aquí á otra maravilla no menor que la pasada. Dicen los filósofos que el ánima que tenemos viene de fuera, y no sale de la materia de nuestro cuerpo como las ánimas de los otros animales. Porque como ella sea substancia espiritual á manera de los ángeles, no puede proceder de cosa material ó corporal; pues no hay proporcion de lo uno á lo otro. Mas diciendo ellos esto que la razon alcanza, no declaran de dónde venga esta ánima, pues viene de fuera. Mas esto que ellos no alcanzaron, nos enseña la religion cristiana diciendo, que Dios por sí mismo cria las ánimas y las infunde en los cuerpos despues de organizados en las entrañas de sus madres. Y tiénese que el cuerpo del varon á los cuarenta dias despues de su concepcion es organizado, y el de la mujer á los sesenta. Y en el punto que esta fábrica se acaba (que es como edificar la casa con sus oficinas para aposento del ánima), en ese punto y momento es ella por Dios criada y infundida en el cuerpo. Pues comencemos agora á filosofar sobre esto. Y extendamos agora los ojos por todo el universo mundo que es por las tres principales partes dél, que son Asia, Africa y Europa, y en la cuarta que agora se ha descubierto en las Indias occidentales, que llaman Nuevo Mundo; y corramos por todas las islas del Archipiélago, y por todas las del mar Oceano, y por todas las tierras de bárbaros y negros que habitan debajo de la tórrida zona, y finalmente por todo lo que rodea el sol; y miremos cuántas mujeres estarán preñadas en todos estos hemisferios, y cuántos niños y niñas habrán llegado á este punto en que les ha de ser infundida el ánima, y verémos que de dia y de noche ha de estar Dios criando ánimas y infundiéndolas en los cuerpezuelos, y esto sin faltar un solo punto del tiempo en que llegan á esta disposicion. Y esto no solo hace en este siglo y edad presente, sino dende que crió el mundo hasta hoy. Y acaecerá estar en el mismo punto muchos destos cuer-

(*gg*) 1. Cor. 15. (*hh*) Cap. 22. §. 2. (*ii*) 2. Reg. 14. (*kk*) 3. Reg. 1. (*ll*) Aug. Epist. 9. cap. 4. tom. 2. (*mm*) Judith 8. Esther 2. 2. Reg. 13. (*nn*) Job. 42. (*oo*) Desde el cap. 24. al 33. (*pp*) Ubi sup. (*qq*) Cap. 18.

(*rr*) 3. Reg. 7. (*ss*) Psalm. 138. (*tt*) Cap. 8. §. unic.

pezuelos organizados, unos en Oriente y otros en Occidente, esto es, en distantísimos lugares, y acude Dios sin faltar un punto, y sin hacer falta en una parte por acudir á otra. Y esto hace, no por virtud de las influencias del cielo, ni por ministerio de ángeles, sino por sí solo. Y ni por esta tan continua y puntual ocupacion pierde aquella beatísima paz y felicidad en que vive, ni le pone esto en cuidado y solicitud de acudir á tantas partes. Pues pregunto agora: ¿cuál es la sabiduría de tal Señor, que conoce la disposicion en que están todos los niños del mundo en los vientres de sus madres, para acudir al punto que están organizados para infundirles las ánimas, pues las mismas madres no lo saben? Y ¿cuál es la asistencia universal, sin jamas faltar al plazo señalado? Y ¿cuál el poder del Señor que cria de nada una substancia tan espiritual y tan hermosa, en la cual resplandece la imágen de Dios? Cosa es esta que vence toda nuestra admiracion y entendimiento, y nos declara cuánto diste aquella beatísima substancia de todo el poder y saber humano.

Con esta maravilla quiero juntar otra muy semejante, aunque en mas excelente materia: que es la consagracion del cuerpo y sangre de nuestro Redemptor. Porque tenemos por artículo de fe, que en acabando de pronunciar el sacerdote las palabras de la consagracion, en el punto que acaba la postrera destas palabras (que son la forma deste divinísimo sacramento) asiste allí la presencia y omnipotencia divina para obrar, como Sancto Tomas dice (*vv*), el mayor de todos sus milagros, mudando la substancia del pan en su sacratísimo cuerpo, con el cual está juntamente su ánima sanctísima con toda la divinidad; y esto, que es otra maravilla, no solo está en toda la hostia consagrada, sino tambien en cualquier partícula della. Por lo cual muchas veces, cuando faltan formas, comulgamos con una partícula destas. Pues considere agora el discreto lector, cuántas misas se dirán cada dia en todas las iglesias de la cristiandad, unas en las partes de Oriente y otras de Occidente, y otras en otros lugares, y cuán grande sea la sabiduría deste gran Dios que sabe todos los puntos en que se acaba la postrera palabra de la consagracion en todas las partes del mundo, sin faltar un solo momento; y cuál sea el poder de quien súbitamente muda una substancia en otra. Cosa es esta que suspende y sobrepuja todo entendimiento: puesto caso que no es pequeño argumento para la fe deste misterio, lo que la verdadera filosofía ha de confesar de la creacion de las ánimas, de que poco há hablamos. Porque quien puede acudir tan puntualmente, como dijímos, á criar tantas ánimas y infundirlas en los corpecicos, en el punto que se acaban de organizar, puede tambien acudir á esta transformacion (*xx*) del pan material en su sacratísimo cuerpo. Mas sin estos ejemplos basta la fe sola, como canta la Iglesia, para confirmar nuestro corazon en la creencia deste misterio, protestando que es tan grande y tan incomprehensible el poder de aquel altísimo Dios, que puede hacer infinitas cosas que nosotros no podemos entender, como lo testifica el sancto Job (*yy*). Pues ¿qué resta aquí sino reverenciar y adorar aquella inmensa majestad, y por la grandeza deste poder conocer la alteza del sér de donde nace este poder, y confesar que como desfallece nuestro entendimiento en el conocimiento del poder, así, y mucho mas, desfallece en el conocimiento del sér?

§. IX.

Elévanse estas consideraciones por la conservacion de las criaturas.

Mas quiero dar fin á esta materia, proponiendo otra singular maravilla de nuestro Criador, que es la asistencia general á todas las cosas criadas. Para lo cual se ha de presuponer que hay dos maneras de causas eficientes: unas que sirven para solo hacer la obra, y no pasan adelante despues de hecha, como el maestro que hace la casa ó el pintor que pinta la figura; y otras que no solo hacen las cosas, mas tambien despues de hechas las conservan en el sér que les dieron, como lo hace el sol, el cual produce de sí los rayos de la luz, y él mismo los está conservando en aquella claridad que les dió, de tal manera que si él faltase ó cesase de producirlos, en ese punto dejarian de ser. Pues desta segunda manera confiesa la fe católica que aquel soberano Señor es causa de todas las cosas criadas; porque él por sola su bondad y voluntad les dió el sér que tienen, y él mismo las está conservando en ese mismo sér que les dió. Y esto con tan grande dependencia, que si un punto cesase deste oficio, todas ellas se volverian en aquella nada de que fuéron hechas. De modo que así como parando las pesas de un reloj, todas las ruedas dél pararian, y cesaria todo aquel movimiento y concierto de dar sus horas, así pararia toda esta máquina del mundo y se aniquilaria, si aquel soberano Señor que sostiene todas las cosas con la palabra de su virtud cesase de conservarlas.

Para lo cual es necesario que él esté dentro de todas ellas, conservándolas en su sér, no solo por su presencia y potencia, sino por su misma esencia. Para cuyo entendimiento se ha de notar, que todas las otras causas producen sus efectos mediante la virtud que tienen: como el fuego calienta, mediante el calor que dél procede, y las estrellas y planetas, mediante sus influencias (*zz*); mas en Dios no hay esta distinccion de esencia y de virtud, porque en aquella altísima y simplicísima naturaleza no puede caber algun accidente, porque todo lo que hay en Dios es Dios, sin mezcla ni composicion de otra cosa. Y por tanto donde quiera que hay algo de Dios, está todo él. Pues tampoco esta summa simplicidad no sufre division, para que pueda estar parte dél en un lugar y parte en otro (*aaa*). Y porque la causa y el efecto han de estar juntos, y tocarse uno á otro, y el sér es el mas universal y mas íntimo efecto de todas las cosas, pues ninguna hay que carezca dél, síguese que Dios está en lo mas íntimo de todas ellas, tocando el sér que tienen y conservándolo. Por lo cual el mismo Señor dice, que él hinche los cielos y la tierra (*bbb*). Esta es una maravilla y excelencia de aquella altísima substancia, que con ser simplicísima está toda en todo el mundo, y toda en cualquier parte dél, pues ninguna cosa criada hay que tenga sér por sí misma, sino solo él, que de nadie depende.

Mas pasa aun el negocio adelante. Porque no solo es causa conservadora del sér de las criaturas, sino tambien de todos los pasos y movimientos naturales que hay en ellas. De modo que ninguno puede mover el pié, ni la mano, ni abrir la boca, ni cerrar los ojos, sino por vir-

(*vv*) Opusc. 58. cap. 11. (*xx*) Ex D. Thom in Hymno Corporis Christi, opusc. 57. (*yy*) Job. 9.

(*zz*) D. Thom. 1. p. q. 3. art. 4. et 6. (*aaa*) Idem 1. p. q. 8. art. 1. in corp. (*bbb*) Jerem. 23.

tud dél. Y así él es mas causa de todos estos movimientos, que el mismo hombre que los hace. Avicena dijo, que Dios no hacia mas que asistir al órden y movimientos de los cielos, y que por este medio gobernaba las cosas deste mundo inferior. Mas la filosofía cristiana pasa adelante confesando que la primera causa, que es Dios, concurre con todas las otras cosas inferiores, así universales como particulares, las cuales todas son instrumentos de la primera causa; y así todos sus efectos se atribuyen mas á la causa principal que los hace, que á los instrumentos con que los hace, pues mas propriamente se dice que el pintor pinta la imágen, que el pincel con que la pinta.

Pues segun esto, ¿cuál podrémos pensar que es aquel sér, que no solo hinche cielos y tierra, como ya dijimos, sino tambien concurre como causa principal con todos los pasos y movimientos naturales de todas las criaturas del cielo y de la tierra; y ni esto es para diminuir un punto de su felicidad y bienaventuranza, con el cuidado y providencia de acudir á tanta infinidad de cosas? Pues quien estas maravillas considera, ¿cómo no verá con cuánta razon dijo aquel Angel (*ccc*): Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?

Pues de la consideracion de todas estas grandezas que aquí habemos declarado, se sigue en el ánima un grande pasmo y admiracion de aquel sér divino, conociendo que es inmenso, infinito, incomprehensible y inefable, y que no solo cuanto se puede decir, sino cuanto se puede concebir y entender de sus grandezas, es cuasi nada en comparacion de lo que queda por conocer. Porque lo que la criatura, aunque sea angélica, puede conocer es finito, así como ella es finita; mas la grandeza dél es infinita. Y así ninguna proporcion hay entre lo que se entiende y lo que queda por entender. Por esto dijo David (*ddd*), que cercó Dios de tinieblas el tabernáculo de su morada, para significar que ningun entendimiento criado puede llegar á comprehender la alteza de su divina esencia. Y esto nos representa decir el mismo Profeta, dél que sube sobre los querubines, y que vuela sobre las alas de los vientos (*eee*): para dar á entender, que aun aquellos soberanos espíritus, en quien están depositados los tesoros de la sabiduría divina, quedan bajos en este conocimiento, y que pierden de vista al que vuela sobre las plumas de los vientos. Y esto mismo nos figuran aquellos dos serafines que vió Esaías (*fff*) á los dos lados de Dios, los cuales con sus alas cubrian los piés y la cara dél, para representar esta misma incomprehensibilidad de Dios, al cual ven de tal manera, que no llegan de cabo á cabo, ni comprehenden cuanto hay en él.

Lo que hasta aquí se ha dicho nos abre camino para la teología negativa, de que Sant Dionisio es gran maestro (*ggg*). Para lo cual es de saber, que en esta vida tenemos dos maneras de conocimiento de Dios, uno que llaman afirmativo, y otro negativo. El afirmativo es cuando rastreando por las perfecciones y hermosura que vemos en los cielos, sol, luna, y estrellas, y en todas las otras criaturas, nos levantamos á conocer cuánto mas perfecto y hermoso será el Criador que las formó, en quien están todas ellas juntas, con infinita eminencia y ventaja. Este llamamos conocimiento afirmativo, porque afirma y confiesa que están todas estas perfecciones en Dios. Mas negativo es el que presuponiendo cuán bajos y limitados son todos nuestros conceptos, niega todas estas perfecciones de Dios de la manera que nosotros las concibimos y se las atribuimos, diciendo que no es Dios de esa manera grande, ni hermoso, ni sabio, ni poderoso, etc. como nuestros entendimientos lo conciben, porque él es de otra muy diferente manera grande, hermoso, sabio y poderoso, que todos los entendimientos criados no pueden alcanzar. Y desta manera negando estas perfecciones que nosotros concibimos de Dios, le alabamos y glorificamos mas, confesando que su grandeza es infinita, inmensa, incomprehensible y inefable.

(*ccc*) Judic. 13. (*ddd*) Psalm. 17. (*eee*) Ibidem. (*fff*) Esai. 6.
(*ggg*) De Divin. Nomin. cap. 1. et 2.

§. X.

Contempla la desproporcion de todo conocimiento criado, con alguna perfeccion del Sér infinito.

Y para formar en nuestras ánimas algun concepto, aunque confuso, de aquella altísima substancia, habemos de tomar por fundamento una comun sentencia del mismo Sant Dionisio, el cual dice, que en cada una de las criaturas hay tres cosas, que son sér, poder y obrar. Las cuales son tan consecuentes entre sí, que por las unas conocemos las otras. Porque por las obras conocemos la grandeza del poder, y por esta la del sér de donde proceden. Pues estas mismas tres cosas, que son sér, poder y obrar, consideramos en Dios nuestro Señor, aunque en él todas sean una misma cosa. Pues de sus obras habemos hasta aquí tratado, y por la grandeza admirable dellas conocemos la grandeza del poder de do manaron, y por la grandeza deste poder conocemos la del sér, puesto caso que no iguala lo uno con lo otro, porque á mucho mas se extiende aquel sér de lo que declara el poder. Porque con la facilidad que crió este mundo, podria criar con una sola palabra otros mil mundos tan grandes y mayores que este, como adelante declararémos. Pues tanteemos agora cuál será aquel sér, en quien cabe este tan admirable y espantoso poder. ¿Qué comparacion hay de todo otro poder criado, pues ninguno es poderoso para criar una hormiga?

Entendida pues la infinita distancia, y diferencia que hay del poder del Criador á todo otro poder criado, entenderémos la que hay del sér criado al sér del Criador. Y conforme á esto decimos, que aquella altísima substancia dista infinitamente de toda otra substancia: la cual tiene otra manera de sér, y de poder, y de grandeza, y de sabiduría, y de hermosura, y de otras infinitas perfecciones, que ningun entendimiento criado puede comprehender. Y por esto, para conocer algo dél, habemos de dejar debajo de nuestros piés todas las criaturas del cielo y de la tierra, y pasar de vuelo sobre todo lo que se puede sentir, y imaginar, y entender, para llegar en alguna manera á aquella substancia que sobrepuja todos los sentidos y entendimientos, y se diferencia y aventaja infinitamente de todo lo al: la cual ni tiene figura, ni cuantidad, ni cualidad, ni otro algun accidente, ni admite composicion, ni mudanza, ni siente por algun sentido corporal, ni por alguno dellos puede ser sentida, ni tiene necesidad de lumbre, ni está subjecta á alguna division ó diminucion, ni es ánima, ni potencia del ánima, ni cuerpo, ni forma de cuerpo, ni puede dejar de ser, ni ser mas de lo que es, porque en él está todo el sér, ni es razon, ni inteligencia de la manera que nosotros podemos entender, aunque es otra manera de razon, y de inteligencia, y de vida; ni es

grande, ni bueno, ni sabio, ni poderoso, ni hermoso de la manera que nosotros imaginamos, porque él es de otra muy diferente manera grande, y bueno, y poderoso, y hermoso, y sabio.

Por lo cual no solo Sant Dionisio, sino tambien Platon, que fué ántes dél, aunque filósofo gentil, cuando trata de las perfecciones divinas, usa destos términos: Sobre bueno, sobre poderoso, sobre hermoso, sobre sabio, dando á entender por esta manera de hablar la supereminencia y ventaja de las perfecciones divinas á todo lo que nuestros entendimientos pueden alcanzar, porque él es una substancia sobre toda substancia, y una vida sobre toda vida, y una luz sobre toda luz, que no ven nuestros ojos, y una hermosura sobre toda hermosura, que no alcanzan nuestros entendimientos, y una suavidad, que sobrepuja toda suavidad, que no alcanzan nuestros sentidos, y no solamente los nuestros, sino tambien los de todos los ángeles, querubines y serafines. De manera que las perfecciones que todos los entendimientos criados alcanzan del Criador, le vienen tan cortas, que con mas verdad se las negarémos, que se las atribuirémos. La cual teología nos declaró el Eclesiástico por estas palabras (*hhh*): Glorificad á Dios cuanto os sea posible, porque él es mayor que todo lo que dél podeis decir, y los que bendecis al Señor, ensalzadlo cuanto pudiéredes, porque él sobrepuja toda la alabanza. ¿Quién lo vió para que pueda contar sus grandezas? Y ¿quién lo podrá ensalzar cuanto él merece? Muchas otras cosas hay que están ocultas á nuestros entendimientos, porque pocas son las obras suyas que habemos visto.

Pues considerando esto el ánima religiosa, y viendo que ningun título, ni nombre, ni atributo, ni alabanza llega á explicar lo que Dios merece, y todas las perfecciones y alabanzas de hombres y ángeles quedan infinitamente bajas para explicar lo que él es, desiste ya destos nombres, y entiende que le queda un inmenso piélago y abismo de grandezas incomprehensibles en que entrar, y así se queda en un sancto silencio y espanto de tamaña grandeza; y con esto no entendiendo, entiende, y no conociendo, conoce, porque conoce ser este Señor incomprehensible y inefable. Y con esto le alaba mas, que con todos los nombres y excelencias que le puede atribuir. Lo cual significó el Profeta real, cuando (segun la translacion de Sant Hierónimo) dijo (*iii*): A tí, Dios, calla el alabanza en Sion. Dándonos á entender, que la mas perfecta alabanza de Dios es este sancto silencio y espanto que decimos: con el cual queda el ánima religiosa como absorta y pasmada con una grande admiracion de tan incomprehensible majestad.

Esta es la teología que tantas veces repite Sant Dionisio. Y así en un lugar dice (*kkk*): La escuridad y tinieblas en que se dice morar Dios, es una luz inaccesible: la cual (como el Apóstol dice) (*lll*) ningun hombre vió, ni puede ver. Y por el mismo caso que ni ve, ni conoce, se junta mas familiarmente á aquel Señor, que sobrepuja todo conocimiento. Y en otro lugar dice él, que en esta sancta ignorancia está el verdadero conocimiento de aquel Señor, que está sobre todo entendimiento y toda substancia: por donde concluye la materia este summo teólogo diciendo, que veneremos este gran secreto de la soberana Deidad (el cual trasciende todos los entendimientos) con una sagrada reverencia de nuestra ánima, y con un casto silencio. Y casto silencio llama el que despide de sí toda curiosidad de entendimiento, y queda en un pasmo y admiracion de tan grande majestad, que le ata la lengua y el entendimiento, y lo deja como sumido en el piélago y abismo desta grandeza, donde no se halla suelo; y entónces canta con el Profeta (*mmm*): A tí calla el alabanza, Dios, en Sion.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para que en alguna manera, segun nuestra rudeza, entendamos alguna pequeña parte de la inmensidad y grandeza de nuestro soberano Dios y Señor: la cual de tal manera conocen aquellos espíritus seráficos, que asisten ante su majestad, que están como prostrados y sumidos delante della, teniéndose por unos viles gusanillos en presencia de tanta grandeza; y así lo adoran, y reverencian, y tremen delante della. Y por esto se dice en el libro del sancto Job (*nnn*), que las columnas del cielo (que son aquellos espíritus soberanos que gobiernan el mundo) tiemblan en la presencia de tan grande majestad. Aunque este temblor, ni es penoso, ni servil, sino filial y reverencial. Porque conociendo la inmensidad de aquella grandeza, entienden que así como á la grandeza de la bondad se debe summo amor, así á la alteza de la Majestad summa reverencia y temor.

Mas vengamos á considerar en nuestro Dios, no solo su grandeza (de que aquí habemos tratado), sino su magnificencia y largueza, y la dependencia que tenemos dél, pues (como está dicho) en él vivimos (*ooo*), y nos movemos, y somos, y que nuestra vida está colgada como de un hilico de sola su voluntad. Lo cual significó él por Esaías, cuando dijo (*ppp*), que él era el que daba virtud para respirar á los hombres que moran en la tierra, significando por esto, que él es el que nos está siempre sosteniendo y conservando, que es como estar siempre criándonos, haciendo siempre lo que una vez hizo, y proveyéndonos para esta conservacion de todos los regalos y beneficios de su providencia; y hasta los mismos ángeles (*qqq*) que ven su hermosura, no quiso que estuviesen exemptos de nuestra guarda. Finalmente, todo cuanto somos, y poseemos y esperamos, á él lo debemos, de tal manera, que si él no nos mantuviese, moriríamos de hambre; si no nos vistiese, pereceríamos de frio: si no nos defendiese, seríamos muertos á manos de nuestros enemigos; si no nos gobernase, unos á otros nos comeríamos vivos; si no nos alumbrase, á cada paso caeríamos por las tinieblas de nuestra ignorancia; si no nos consolase, luego seríamos con angustias y tristezas consumidos.

§. XI.

Conclusion de todo lo dicho.

Comencemos pues agora á filosofar sobre esta doctrina. Siendo tan soberanas y tan incomprehensibles las grandezas de nuestro Señor Dios, como habemos visto, y siendo tantos y tales sus beneficios, y tanta la dependencia que nuestro sér y vida tiene dél, síguese que ninguna cosa se puede imaginar mas obligatoria, mas justa, mas debida, mas necesaria, mas importante, mas honesta y mas excelente, que servir, honrar, amar, reverenciar, alabar y adorar á este Señor. Y esta obligacion es tan grande, que todas las que tenemos á los padres, amigos y bienhechores, ó á los reyes y prín-

(*hhh*) Eccl. 43. (*iii*) Psalm. 64. D. Hier. ad hunc locum.
(*kkk*) De Mystic. Theol. cap. 1. et deinceps. (*lll*) 1. Tim. 6.
(*mmm*) Psalm. 64. Juxt. Hieronym. (*nnn*) Job. 26.
(*ooo*) Actor, 17. (*ppp*) Isaí. 42. (*qqq*) Psalm. 90.

cipes de la tierra, ó á cualquier otra excelente persona, ayuntadas en uno no se llaman obligaciones comparadas con esta: así como todas las excelencias y perfecciones dellas comparadas con las divinas, no se llaman perfecciones. Esto se sigue de lo dicho.

Y síguese tambien, que así como aquel soberano Padre está siempre conservándonos y sustentándonos sin cesar un punto deste oficio, así era justo que estuviese siempre la criatura ocupada en sus alabanzas y servicio. Y así como cumplir con esta obligacion es la cosa mas debida y mas justa de cuantas hay en el mundo, así no cumplir con ella, es la mas injusta y la peor del mundo. De donde nace que cualquier ofensa hecha contra aquella soberana Majestad es de gravedad infinita. Y está clara la razon. Porque notoria cosa es, que cuanto una persona es mas alta, tanto es mas grave la injuria hecha contra ella: de tal modo que cuantos son los grados de la dignidad de la persona ofendida, tantos son los de la ofensa cometida contra ella. De donde se infiere, que pues la majestad de Dios es infinita, tambien lo sea la gravedad de la culpa cometida contra ella. Y verdaderamente así lo es, y como á tal le corresponde en la otra vida pena infinita, así porque priva al hombre de un bien infinito, que es Dios, como porque ha de durar por espacio infinito, que es para siempre miéntras Dios fuere Dios.

Pues siendo esto así, ¿qué lágrimas, qué sentimiento, qué palabras bastarán para explicar tan grande mal, como es ver la facilidad de los que todo esto creen y confiesan, en ofender este tan grande Señor, y provocar á ira los ojos de su Majestad? ¿Qué ceguedad es esta? ¿Qué pasmo? ¿Qué embaimiento, con que el demonio ha trastornado los corazones de los hombres, para que no conozcan este tan grande mal? ¿Cómo se olvidan de aquel que los trae siempre en sus brazos, cuyo es el aire con que respiran, cuya es la tierra que los sustenta, y la mar que los mantiene, y el sol que los alumbra, y los otros elementos que los sirven, y los ángeles que los guardan? ¿Cómo osan ofender aquella inmensa y infinita Majestad, cuya ofensa es de tanta gravedad, cuanta es la grandeza de su sér? ¿Cómo están cuasi siempre ofendiendo á quien siempre los está sustentando y gobernando? ¿Cómo osan ofender á un Señor á quien adoran los principados, y de quien tremen las potestades, y tiemblan las columnas del cielo? ¿Cómo se atreven á ofender á quien despues de muerto el cuerpo (*rrr*) puede echar el ánima en los infiernos? Este es aquel espanto, por do comenzó Esaías su profecía diciendo (*sss*): Oye, cielo, y oye tú tambien, tierra, porque Dios ha hablado. Hijos (dice él) he criado y ensalzado, y ellos me han menospreciado. Conoció el buey á su poseedor, y el asno al pesebre de su señor, mas Israel no me ha conocido, ni mi pueblo ha entendido. ¡Ay de la gente pecadora, y del pueblo cargado de maldades, simiente mala, y hijos perversos! Desampararon al Señor, blasfemaron del Sancto, enajenáronse dél y volvieron atras. Este olvido y menosprecio de Dios hubo en aquel pueblo, y este vemos en millares de cristianos en este tiempo. Y por esto no me maravillo que nos azote aquel justo juez con tantas maneras de calamidades, con tantas hambres, y pestilencias, y mortandades, y guerras, y levantamientos de gentes, y lo que peor es, con tanta infinidad de herejías, con que está amancillada tan gran parte de la Cristiandad, y sobre todo esto con haber permitido el que tantos reinos y naciones de cristianos (donde un tiempo tanto floreció la fe y culto de Dios) estén agora ocupadas, y avasalladas, y tiranizadas de cruelísimos infieles. Porque (como Dios sea justo) así como en todas partes crecen los pecados, asi al mismo paso se multiplican los azotes. Entre los cuales el mayor es, no conocer por los azotes la ira del que nos azota, ni entender que esto viene por pecados, ni haber por eso mas enmienda dellos. Esto declara que hay espíritus malos, enemigos del género humano, engañadores y trastornadores de los corazones. Y esto tambien nos es indicio de la ira divina: la cual por sus secretos juicios permite este tan extraño pasmo y ceguedad en los hombres, para que teniendo ojos no vean, y oídos no oigan, y corazon no entiendan (*ttt*), y teniendo fe y juicio no se aprovechen de lo uno ni de lo otro; y viendo cada dia morir los hombres, no se acuerden que son mortales, y siendo tan agudos para los negocios del mundo, y tan sensibles para sus agravios, sean tan insensibles para las llagas mortales de sus ánimas.

Pues así como por lo dicho entendemos cuán grande mal sea ofender á aquella soberana Majestad, así tambien entendemos cuán necesaria sea la verdadera religion; la cual, aborrecidos y abominados todos los pecados, se emplea en servir y honrar al mismo Dios. Porque segun reglas de filosofía, cuanto una cosa es mas mala, tanto su contraria es mas buena; y pues tan grande mal es ofender á Dios, por aquí se entenderá cuán grande bien sea honrarle y servirle, que es oficio proprio de la verdadera religion. A la cual nos incitan, no solo las leyes divinas y humanas, mas tambien la misma naturaleza, como nos lo muestran todas las naciones del mundo, entre las cuales ninguna hay tan bárbara, ni tan fiera, que no tenga algun conocimiento de Dios, y no le ofrezca alguna manera de culto, y reverencia, aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios. De lo cual se infiere, que necesariamente ha de haber en el mundo alguna verdadera religion, con que el verdadero Dios sea debida y sanctamente honrado y venerado. Porque de otra manera vana sería esta inclinacion natural si faltase esta religion. Esta es pues la summa y la conclusion de la primera parte deste libro, á la cual se ordena todo cuanto en él se escribe.

Porque por eso habemos tratado en él tan á la larga de las grandezas y perfecciones de Dios, y de la muchedumbre de sus beneficios (segun que resplandescen en todas las criaturas), para que claramente se vea la obligacion que tenemos á venerar y reverenciar esta tan grande majestad, y bondad, que es oficio proprio de la religion.

Resta agora inquirir cuál sea la verdadera religion y culto con que él haya de ser honrado. Porque se han visto en el mundo muchas maneras de ceremonias con que los hombres ciegos han pretendido honrar á los que tenian por dioses. De las cuales unas eran supersticiosas, otras vanas que ninguna virtud tenian, otras sangrientas, en que sacrificaban hombres, otras torpes y deshonestas, en que prostituian las vírgines por honra de la diosa Vénus, otras desvergonzadísimas, como las que hacian á la diosa Flora y al dios Priapo, de que se hace mencion en la sancta Escriptura (*vvv*), y otras desvariadas y locas, como las que se hacian al dios Baco, embor-

(*rrr*) Matth. 10. (*sss*) Isai. 1.

(*ttt*) Psalm. 113. (*vvv*) 3. Reg. 15.

rachándose los hombres, y haciendo mil insultos y locuras. Pues ¿qué podemos decir de todas estas maneras de religiones, sino que eran tales cuales los dioses que por ellas eran venerados, que eran los demonios. Y de tales dioses, ¿qué otras religiones se podian esperar?

Y que estas religiones sean falsas y indignas de Dios, muéstrase claramente por esta razon. Porque la verdadera religion ha de ser con obras que agraden y honren á Dios, y ninguna cosa de cuantas hay en el mundo le agrada, sino sentir altamente de sus grandezas y perfecciones, y imitarle en la sanctidad y pureza de vida; porque esta hace al hombre semejante á Dios, que es la misma sanctidad y pureza. Y pues la semejanza es causa de amor, síguese que los que esta sanctidad y pureza de vida tuvieren serán los que mas le agradarán y honrarán. De donde tambien se infiere que sola la religion cristiana es la verdadera; pues ella es la que mas altamente siente de las grandezas de Dios y de sus divinas perfecciones, y la que mayor sanctidad y pureza de vida profesa y enseña. Y demas desto mostrarémos aquí que todas las condiciones que ha de tener la verdadera Religion, en sola ella se hallan con tanta perfeccion que no se puede imaginar otra mayor. Lo cual declararémos manifiestamente en la segunda parte que se sigue. Y en esto se verá cómo esta primera parte se ordena á la segunda. Mas porque en esta segunda parte se trata de las excelencias de la fe y religion cristiana, ántes que tratemos dellas será necesario declarar qué cosa sea fe, y de dos maneras que hay de fe.

SEGUNDA PARTE

DE LA INTRODUCCION

DEL SIMBOLO DE LA FE,

EN LA CUAL SE TRATA

DE LAS EXCELENCIAS DE NUESTRA SANCTISIMA FE Y RELIGION CRISTIANA.

Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.
Psalm 92.
Deus autem spei repleat vos omni gaudio, et pace in credendo.
Rom. 15.

CAPITULO PRIMERO.

Que no pueden los hombres vivir sin fe; y de dos maneras de fe, una adquisita, y otra infusa.

Esta es, dice el Salvador hablando con su eterno Padre, la vida eterna (*a*), que conozcan á tí solo verdadero Dios, y á Jesucristo que tú enviaste al mundo. Esta breve sentencia es como un summario de toda la filosofía cristiana. Mas es aquí de saber, que las dos principales obras por donde venimos en conocimiento así del Padre como del Hijo, son la obra de la creacion del mundo y de la redempcion del género humano. Las cuales dos obras son los principales artículos de nuestra fe, y los principales fundamentos de toda la doctrina cristiana, para cuyo conocimiento se ordena toda la presente escriptura. Mas porque el conoscimiento destas dos obras ha de ser por fe (porque deste habla el Salvador), será necesario tratar primero de la fe que tambien es el primer fundamento desta doctrina; y así ella es la primera palabra del símbolo de la fe, que comienza, Creo.

Mas ántes que tratemos de la fe será necesario declarar primero cómo en esta vida no podemos vivir sin alguna manera de fe, que es creer muchas cosas sin haberlas visto, ni sabido la razon dellas. Lo cual testifica Sant Augustin en el libro sexto de sus Confesiones (*b*), declarando el estado miserable en que su ánima estaba ántes que recibiese la fe, por estas palabras: Así como el que cayó en manos de algun mal médico, no se osa fiar ni aun del bueno: así mi ánima, que tantos malos médicos y maestros habia experimentado, no se osaba entregar al bueno, que mediante la fe la habia de sanar. Mas tú, Señor, con tu mano mansísima y clementísima, poco á poco comenzaste á tratar y componer mi corazon, haciéndome que considerase cuántas cosas creia que no habia visto, ni halládome presente cuando se hacian: como son muchas cosas que hallamos escritas en las historias de los gentiles; y muchas de los lugares y ciudades que yo no habia visto; y muchas otras, en las cuales daba crédito á los amigos, y á los médicos, y á unos y á otros hombres; las cuales cosas si no fuesen creidas no se podria gobernar la vida humana. Y sobre todo esto por cuán cierto tenia quién eran los padres que me engendraron; lo cual no podia yo saber sino oyéndolo á otros. Con estas cosas, Señor, me persuadiste, no solamente que diese crédito á las sanctas Escripturas, las cuales fundaste con tanta autoridad en todas las gentes, mas aun que tuviese por muy culpados á los que no las creyesen. Y por tanto, como yo fuese insuficiente y flaco para hallar la verdad con manifiesta razon, y por esta causa tuviese necesidad de la autoridad y testimonio de las letras sagradas, comencé luego á creer que no era posible que tú dieses tan grande dignidad á estas letras en el mundo, sino porque mediante ellas querias ser creido y por ellas buscado Hasta aquí son palabras de Sant Augustin.

Presupuesto pues ya este fundamento, que no se puede pasar esta vida sin alguna manera de fe, decenderémos á tratar en particular de la fe cristiana. Para lo cual será necesario declarar qué cosa sea fe, y cuántas maneras hay de fe.

Pues para lo primero es de saber, que hay dos maneras de fe: una que llaman adquisita, y otra infusa. La adquisita es la que se adquiere por muchos actos de creer, cual es la que tiene el moro ó el hereje, que por la costumbre que tiene de dar crédito á sus errores, viene á afirmarse tanto en ellos, que apénas hay medio para desquiciarle de lo que tantas veces tiene aprehendido. Mas fe infusa es la que el Espíritu Sancto infunde en el ánima del cristiano, lo cual comunmente se hace en el sancto baptismo, donde juntamente con la gracia se infunde la fe, y con ella todas las virtudes que de la gracia proceden. Esta es una especial y sobrenatural lumbre del Espíritu Sancto, infundida en el entendimiento del cristiano, la cual lo inclina eficacísimamente á creer lo que la Iglesia le propone, sin ver la razon en que se funda. Porque lo que hubiera de obrar la razon si la hubiera, eso mismo obra por mas excelente manera aquella invisible lumbre del Espíritu Sancto. Lo cual se ve en la

(*a*) Joan. 17. (*b*) August. cap. 4. et 5.

constancia de los sanctos mártires, y particularmente en muchas mujercicas simples, y mozos de poca edad: los cuales sin saber los fundamentos y razones de nuestra fe estaban tan firmes en ella, que se dejaban martirizar y despedazar por la verdad y confesion della. Pues esta tan grande certidumbre y firmeza que tenian, obraba en ellos esta lumbre de fe que decimos.

Mas es de saber que con tener la fe esta firmeza y certidumbre infalible (porque se funda en la primera verdad, que es Dios, el cual nos reveló todo lo que creemos), con todo eso no tiene claridad y prueba de razon; porque es de cosas que sobrepujan toda razon, como es el misterio de la sanctísima Trinidad (*c*), y de la encarnacion del Hijo de Dios, con todos los otros artículos de la fe, que nuestro señor Dios tuvo por bien revelarnos, sin la cual no era posible que la razon humana los pudiese comprehender. Y por esto dice el Apóstol (*d*), que la fe es de las cosas que no se ven: esto es, de las que no se alcanzan por sola razon, sino por revelacion de Dios. Y en subjectarse el entendimiento á que crea por fe lo que no alcanza por razon, está el merecimiento della. Lo cual declara el mismo Apóstol por ejemplo de Abraham: al cual siendo de edad de cien años, y su mujer Sara de noventa, y estéril, prometió Dios que daria un hijo (*e*), lo cual por via de naturaleza era imposible. Mas el sancto patriarca, aunque no veia razon para esperar tal fructo, creyó fielmente la palabra de Dios. Y fuéle esta fe reputada y contada por merecimiento y obra de justicia; y así lo será á todos los que con semejante fe y devocion creyeren lo que Dios nos ha revelado: de tal modo que cuanto la cosa que se nos propone fuere mas remontada, y encumbrada sobre toda razon, tanto será mayor el merecimiento de la fe. En la cual dice Sant Crisóstomo (*f*) que ha de estar el siervo de Dios tan constante, que aunque le parezca haber contrariedad en las cosas que Dios dice, no por eso las ha de dejar de creer. Y pone por ejemplo la fe de este mismo patriarca (*g*): al cual habiendo Dios prometido que de su hijo Isaac naceria gran número de gentes (*h*), mandó que lo sacrificase ántes que el mozo tuviese hijos. Pues ¿qué cosa pudiera ser á juicio humano mas contraria una á otra? Pero ni aun por eso el sancto varon perdió la fe de la promesa divina: creyendo que despues de muerto el hijo, Dios lo resucitaria para que se cumpliese su promesa.

Pues para todos los misterios de nuestra fe basta la autoridad de Dios, que es el autor della, sin procurar mas razon. Pitágoras (como refiere Valerio Máximo) era tenido de sus discípulos en tanta veneracion, que tenia por grande culpa poner en disputa las cosas que dél habian aprehendido. Y si alguno los obligaba á dar razon de lo que defendian, no daban otra mas que la autoridad de su maestro, diciendo: El lo dice. Y otros añaden que este estilo conservaban por espacio de siete años, segun el número de las siete artes liberales; porque ya entónces les era lícito disputar. Pues si esta reverencia se tenia á un filósofo, ¿cuánto mas se debe tener á aquella primera y summa verdad, para no querer escudriñar curiosamente los secretos de la fe que él nos enseñó? Lo cual quiso él figurar, mandando en la ley (*i*), que cuando los sacerdotes ó levitas envolviesen las albajas del Santuario para mudarse de un lugar á otro, no las mirasen con curiosidad ántes que las envolviesen; porque haciendo lo contrario moririan por ello. En otras cosas que vedaba decia (*k*): Porque por ventura no mueran los que lo contrario hicieren; mas aquí resueltamente dice, que moririan. Lo cual á costa suya experimentaron los betsamitas (*l*): porque llegando el Arca del Testamento de la tierra de los filisteos á la suya, quisieron mirar con atrevida curiosidad lo que en ella habia, por el cual pecado mató Dios gran número dellos. Esto pues nos sea escarmiento, para no dar lugar á que en nuestras ánimas haya alguna curiosidad, queriendo escudriñar con razon humana las cosas que están sobre toda razon. Porque donde Dios habla, habemos de humillarnos y abajar las alas de nuestro entendimiento, como lo hacian aquellos sanctos animales de Ezequiel (*m*) cuando sonaba la voz del cielo.

Mas no piense nadie que por ser las cosas que creemos sobre toda razon, nos movemos livianamente y sin fundamento á creerlas. Porque muy bien se compadece ser las cosas que creemos sobre razon, y ser muy conforme á razon que las creamos, cuando vemos la verdad dellas confirmada con algun milagro, ó cosa equivalente. Porque los que creyeron en Cristo nuestro Señor, cuando le vieron resuscitar á Lázaro, justísima causa tuvieron para creer. Y la misma tuvo Nicodémus, viendo los milagros que el Salvador hacia. Porque como los milagros sean obra de solo Dios, cuando se hacen en testimonio de alguna verdad, Dios es el testigo della; cuyo testimonio es infalible. Pues la fe y la religion cristiana está aprobada y confirmada con tan grande lluvia de milagros, y lo que mas es, con la verificacion y cumplimiento de tan claras y evidentes profecías, y con otros testimonios, así de innumerables mártires, como de doctísimos y sanctísimos varones, que pudo con mucha razon decir Ricardo de Sant Víctor: Pluguiese á Dios que mirasen los judíos y los paganos, con cuánta seguridad podemos los cristianos presentarnos en el juicio divino. ¿No os parece que podriamos confiadamente decir: Señor, si es engaño lo que creemos, vos sois la causa dél? Porque por tales señales y prodigios fuéron testificadas y probadas las cosas que creemos, que era imposible ser hechas, sino por vos. Así que, por estas causas no se puede decir, que lijera ó livianamente creemos, sino con gravísimos fundamentos. Por lo cual dicen muy bien los teólogos, que la verdad de los misterios de nuestra fe no es clara y evidente (pues la fe es de las cosas que no se ven), mas es cosa clara y evidente que deben ser creidos.

Tambien es aquí de advertir, que esta fe infusa de que hablamos, no quiere Dios que se pierda por cualquier pecado mortal, sino es contrario á la misma fe: como es herejía ó apostasía. Porque como la fe sea fundamento de todo el edificio espiritual, así como derribada la casa todavía quedan los cimientos enteros, así derribado el edificio espiritual de las virtudes por el pecado mortal, todavía queda el fundamento de la fe entero, y junto con él la esperanza compañera de la fe, aunque quedan informes: que es sin la vida y perfeccion que la caridad les da. Mas aquí tambien es de notar, que la mas firme y segura guarda que tiene la fe, es la pureza de vida, y la buena consciencia. Porque como la fe mueva los hombres á bien vivir, si la tenemos ociosa, y no la empleamos en esto, viene á ser della lo que se suele decir del

(*c*) D. Thom. 3. dist. 23. q. 2. art. 4. quæstiunc. 1. ad 3.
(*d*) Hebr. 11. (*e*) Gen. 15. (*f*) In cap. Genes. 22. Hom. 47. tom. 1. (*g*) Ubi supr. (*h*) Gene. 22. (*i*) Num. 4.

(*k*) Exod. 19. 30. 33. (*l*) 1. Reg 6. (*m*) Ezech. 1.

caballo que se manca en la caballeriza, y del hierro que si no se usa se cubre de orin, y él mismo se consume. Porque por la culpa que cometemos en no querer aprovecharnos desta lumbre del cielo, ni querer granjear con este talento que el Señor nos entregó, permite él que vengamos á caer en alguna ceguera, con que perdamos este grande beneficio. Por lo cual nos aconseja el Apóstol (*n*) que juntemos con la fe la buena consciencia; porque por falta della muchos vinieron á perderla

CAPITULO II.

De la division de la fe, en fe formada y informe, que es con caridad y sin caridad, y de las excelencias y propriedades de la fe.

Agora es de saber, que la fe unas veces está acompañada con caridad (y llámase entónces fe formada ó fe viva (*a*), porque recibe vida de la caridad, que es como ánima de la fe), y otras veces está sin caridad (y llámase entónces fe informe, y fe muerta), no porque no sea verdadera fe, sino porque le falta el lustre, y la vida, y la perfeccion y hermosura que le viene cuando está encendida y abrasada con la caridad. Dicen que el ámbar por sí solo no tiene olor suave; mas juntándolo con almizcle, recibe dél la suavidad y olor tan afamado que tiene: y lo mismo podemos decir en su manera de la fe, cuando está acompañada con la caridad; sino que la caridad es mas excelente virtud que esa fe, como el Apóstol dice (*b*).

Es pues agora de saber, que esta fe que está acompañada con la caridad tiene tambien annexa consigo la obediencia de los mandamientos divinos, á la cual nos inclina esa misma fe. Porque lo proprio della (cuando está formada) es inclinar al hombre á que viva conforme á lo que ella le enseña. Y así cuando la fe nos propone aquella sentencia del Salvador (*c*): Si no hiciéredes penitencia, todos juntamente pereceréis; esfuérzase á hacer penitencia. Y cuando el mismo Señor dice (*d*): No todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, trabaja con todas sus fuerzas por cumplir esta voluntad. Y cuando él mismo dice (*e*): Si no os humilláredes, y hiciéredes pequeñuelos, no entraréis en el reino de los cielos, trabaja por imitar la humildad y simplicidad destos pequeñuelos. Y lo mismo hacen en todas las otras cosas que Dios nos manda, conformando la vida con lo que ella enseña. Tal fué la fe de aquellos que oyeron la predicacion de Sant Pedro: los cuales renunciaron todas las cosas que tenian, y pusieron el precio dellas á los piés de los apóstoles (*f*). Y tal fué tambien la de los ninivitas; porque de tal manera creyeron lo que el profeta Jonas predicaba (*g*), que se convirtieron á Dios, y desistieron de sus malas obras. De manera que bien mirado, la fe es como maestro y ayo que nos enseña la manera del vivir. La fe es una candela resplandeciente, que alumbra nuestros entendimientos, y nos da conocimiento de la verdad. La fe es médico que nos enseña las medicinas con que habemos de curar las dolencias de nuestras ánimas. La fe es nuestro legislador que nos da leyes de bien vivir, y la que instituye nuestra vida con mandamientos saludables. La fe es como arquitecto y maestro principal del edificio espiritual, el cual declara á los otros oficiales lo que cada uno ha de hacer en su oficio. La fe es sol de nuestra vida, el cual esclarece las tinieblas de los mortales, enseñándoles adónde y por dónde han de caminar.

La fe son aquellos ojos que, como dice Salomon (*h*), están en la cabeza del sabio, los cuales rigen y enderezan los pasos de la vida. La fe es como un adalid que va delante de nosotros descubriéndonos las celadas de los enemigos, y guiándonos por camino seguro. La fe es alas de la oracion, con las cuales sube hasta la presencia de Dios, y alcanza dél lo que pide; pues dice el Señor (*i*): Cualquier cosa que pidiéredes en la oracion, creed que la alcanzaréis, y dárseos ha. Y sobre todos estos títulos y excelencias, dice Sant Bernardo (*k*), que no hay cosa escondida á la fe. ¿Qué cosa hay, dice él, que no alcance la fe? La fe no sabe qué cosa es falsedad, entiende lo que la razon no alcanza, comprehende las cosas escuras, abraza las inmensas, entiende las futuras, traspasa los fines de la razon humana, y los términos de la experiencia, y el uso de la naturaleza, y finalmente ella es la que en su anchísimo seno encierra en su manera toda la eternidad. Lo dicho es de Sant Bernardo.

La fe otrosí es, como dice Sant Juan (*l*), la victoria que vence el mundo. Esta es la que, segun Sant Pablo (*m*), justifica las ánimas, porque es la raiz y fundamento de todas las virtudes que se requieren para nuestra justificacion; y, como él mismo dice en otro lugar (*n*), por esta fe los sanctos vencieron los reinos, obraron justicia, alcanzaron el cumplimiento de las promesas divinas, cerraron las bocas de los leones, apagaron las llamas del fuego, pusieron en huida las haces de los enemigos, hiciéronse fuertes en las batallas, destruyeron los reales de los contrarios, y restituyeron á sus madres los hijos muertos. Y esta es, como el mismo Apóstol dice (*o*), la fe que tuvieron todos los sanctos patriarcas dende el principio del mundo, y por ella rigieron todos los pasos de su vida, fiándose de las palabras y promesas de Dios, creyendo lo que no veian, y esperando lo que no poseian, levantándose sobre toda la facultad de la razon humana, gobernándose por esta luz de la palabra divina. Lo cual es vivir por fe, como viven todos los justos, segun el Profeta dice (*p*). Porque la fe es para ellos el norte por donde navegan, y la carta de marear por donde se rigen. Y segun esto, la fe levanta al hombre á otro estado mas alto que el que tiene por naturaleza. Porque recibiendo en sí la lumbre del Espíritu Santo, ya tiene dentro de sí una cosa mas que humana, y comienza á entrar en la region y órden de las cosas divinas.

Pues siendo tantas y tan grandes las excelencias de la fe, síguese que uno de los principales estudios del buen cristiano ha de ser, trabajar todo lo posible, por perfeccionar y acrecentar esta fe. Porque así como la caridad, y la esperanza, y todas las otras virtudes crecen con el uso y ejercicio dellas, y con el mérito de las buenas obras, así tambien crece la fe.

Y es aquí de notar, que no solamente la caridad, mas tambien el don del entendimiento, que es uno de los siete dones del Espíritu Sancto, esclarece y perfecciona grandemente la fe. Y cuanto el hombre mas participa deste don del entendimiento, tanto cree con mayor claridad, despidiendo poco á poco de sí mucha parte de la escuridad que está aneja á la fe. Y esto á veces en tanto

(*n*) 1. Tim. 1.— (*a*) D. Bernar. Serm. 2. Resurrect. Domini in princ. (*b*) 1. Cor. 13. (*c*) Luc. 13. (*d*) Matth. 7. (*e*) Matth. 18. (*f*) Actuum. 4. (*g*) Jonæ. 3.

(*h*) Eccle. 2. (*i*) Marc. 11. (*k*) Sup. Cant. serm. 28. in med. (*l*) 1. Joan. 5. (*m*) Rom. 3. et 5. Galat. 2. (*n*) Hebr. 11. (*o*) Ubi suprà. (*p*) Abac. 2.

grado, que á algunos que tienen la fe muy confirmada y ilustrada con este don, parece que ya no tienen fe, sino otra lumbre mas clara que ella. Mas no es así, sino que aquella misma fe que tenian está mas esclarecida con este susodicho don del entendimiento, que es como otra forma de esa misma fe. Y este don se ayuda mucho con la doctrina de las cosas de la fe; la cual declara la hermosura y excelencia de la fe, y la conveniencia y consonancia suavísima de sus misterios. Y por esta humilde inquisicion y estudio de la verdad, merece el hombre que el Espíritu Sancto (q) acreciente en él así la lumbre de la fe como este don del entendimiento, cuyo oficio es penetrar la verdad y conveniencia de los misterios que creemos. Y cuanto mas los penetra tanto mas firmemente los cree, y tanto mas se mueve á obrar y conformar con ellos su vida. Y como entre estos misterios el de la encarnacion y pasion del Salvador, y la pena y gloria que está por Dios señalada para buenos y malos, sean motivos eficacísimos para movernos al amor y temor de Dios, y á la guarda de sus mandamientos, síguese que cuanto mas firme y mas palpablemente, si decir se puede, cree el hombre estas cosas, tanto con mayor eficacia se mueve á lo dicho. Y en este sentido se declara tambien aquella sentencia del Profeta (r), que poco ántes alegamos. La cual dice, que el justo vive por fe; porque con la consideracion y fe destos tan grandes motivos que tenemos para bien vivir, ordenamos mas religiosamente nuestra vida. De donde se sigue, que cuanto mas crecida fuere la fe, tanto serán mayores los estímulos que tendrémos para caminar por este camino del cielo.

De lo cual todo se concluye, que así como el hortelano emplea toda su diligencia en cultivar la raiz de los árboles (porque esto hecho, el beneficio de la raiz redunda luego en todas las ramas que della proceden), así uno de los principales cuidados del buen cristiano ha de ser cultivar esta raiz de todas las virtudes, que es la fe; porque estando ella bien labrada y cultivada, las ramas de las virtudes crecerán y fructificarán mas abundosamente.

Pues para esto servirá en mucha parte la doctrina deste libro, que es como preámbulo y introduccion del Símbolo de la fe, que contiene los artículos y misterios della. Mas aquí no se trata de probar la fe por razones (pues ella no se funda en razones humanas, sino en la lumbre del Espíritu Sancto, como ya dijimos); sino solamente procuramos declarar las excelencias de la fe, así para conseguir los efectos susodichos della, como para que el cristiano vea la hermosura y alteza de la fe que profesa, y juntamente trabaje por aprovecharse deste talento, y dar á Dios gracias por este beneficio, que á tantas naciones se ha negado, para que con este agradescimiento, y con el buen uso del beneficio, merezca que Dios se lo conserve y acreciente, en tiempo que tantos naufragios ha padescido hoy dia la fe.

CAPITULO III.

De la primera excelencia de la doctrina de nuestra fe, que es haber sido enseñada, y revelada por Dios. Lo cual se entiende por los grandes errores de los filósofos, mayormente acerca del último fin del hombre.

La primera dignidad y excelencia que ha de tener la doctrina de la verdadera fe, es que ha de ser dada y enseñada por Dios. Porque como la fe sea fundamento de todo el edificio espiritual, y el fundamento haya de ser fijo y firme (porque de otra manera todo lo que sobre él se edificare se arruinaria), esta firmeza no se puede alcanzar, ni por la lumbre de la razon humana, ni por la doctrina y estudio de la filosofía. Y que la lumbre de la razon no baste para esto, vese claro por la infinidad de sectas y de dioses que habia en el mundo ántes de la predicacion del Evangelio, como adelante verémos. Lo cual todo duró por millares de años, sin que el tiempo, que todas las cosas descubre, fuese parte para desengañar los hombres, y sacarlos de tan pestilenciales errores. Pues por esta experiencia se ve cuán insuficiente sea por sí sola la razon humana para el conocimiento de las cosas divinas y de la verdadera religion.

Tampoco la razon ayudada con los estudios de la filosofía era bastante para esto. Lo cual se ve por la infinita variedad y contradiccion que los filósofos tuvieron en sus doctrinas. Lo cual quien quisiere ver, lea el primer libro que Tulio escribió de la naturaleza de los dioses, y otro que Plutarco escribió de las opiniones diversas que los filósofos tuviéron en todas las materias que trataron. Sant Augustin (a) en el décimo octavo libro de la Ciudad de Dios refiere algo desta variedad, y así dice, que entre los filósofos, unos habia que afirmaban no haber mas que un solo mundo; otros decian que habia innumerables; y deste modo unos decian que tuvo principio, otros que fué *ab æterno* y sin principio, otros que se habia de acabar, otros que habia de durar para siempre; unos afirmaban gobernarse por la Providencia divina, y otros que todo se hacia acaso. Unos decian que nuestras ánimas eran inmortales, otros mortales; y los que decian que eran inmortales, afirmaban convertirse en ánimas de bestias; mas otros defendian lo contrario. Y los que las tenian por mortales, unos afirmaban que juntamente con el cuerpo acababan, otros que vivian un poco despues de la muerte del cuerpo, mas no siempre. Unos ponian el fin de nuestra bienaventuranza en el cuerpo, otros en el ánima, otros en ambas partes; y otros añadian á los bienes del cuerpo y del ánima, los bienes temporales. Unos decian que habiamos siempre de creer á lo que nos muestran los sentidos, y otros que no siempre, y otros que nunca. Finalmente tanta era la contradiccion que habia entre ellos, que se levantó al cabo otra nueva secta de los filósofos que llamaban académicos nuevos: los cuales, vista la cortedad y rudeza del entendimiento humano, decian que nada se podia saber averiguadamente, sino con alguna verosimilitud y aparencia; y así su oficio era probar con razones la una parte y la otra su contraria, y dejar la cosa indeterminada. Por la cual causa dice Teodoreto en el libro primo de la Providencia, que no hay necesidad de confutar estas opiniones de filósofos, porque ellas mismas con su contrariedad se deshacen unas á otras; pues la verdad no es mas que una sola, mas las falsedades, que se desvían del blanco de la verdad, pueden ser infinitas.

Mas allende lo dicho, la cosa que mas claramente prueba la insuficiencia de la filosofía, para dar reglas de bien vivir, es la ignorancia que los filósofos tuvieron del último fin del hombre. Para cuyo entendimiento es de saber que todos los hombres que son, fuéron y serán nacen con apetito y deseo natural de llegar á un estado en el cual vivan tan abastados y llenos de todos los bienes, que no les quede cosa que desear; y así cese la rueda viva de nuestro apetito, el cual siempre padece una hambre canina, deseando mas de lo que tiene para llegar á

(q) D. Thom. 1. 2. q. 68. art. 4. in corp. (r) Abac. 2.

(a) Cap. 41.

este estado. El cual llamaban felicidad, bienaventuranza, summo bien del hombre, y su último fin. Y no dudaban ser posible llegar á tal estado; pues no era razon que el autor de la naturaleza imprimiese en nuestros corazones apetito y deseo natural de cosa imposible, pues es cierto que ninguna cosa hace de balde y sin propósito. Convencidos pues los filósofos por esta razon, todo su estudio y diligencia pusieron en trabajar por saber en qué género de bienes consistia esta felicidad y último fin, por entender que no podian ordenar bien su vida, sino entendiendo el fin á que se ordenaba. Ca en las cosas que se ordenan para algun fin, la regla de lo que se ha de hacer se toma del mismo fin. Desta manera el que ha de navegar, primero ha de saber el puerto que quiere tomar, para que conforme á él enderece su camino. Y el médico que ha de curar un enfermo, primero ha de saber la calidad y nombre de la dolencia, para que conforme á ella aplique las medicinas. Pues segun esto, para enderezar bien la vida del hombre es necesario saber primero el último fin del hombre, para que conforme á él se enderecen todos los pasos della. Y por esta causa Aristóteles, queriendo en el libro de sus Eticas dar á los hombres reglas y órden de bien vivir, trató primero del último fin del hombre; porque de aquí habia de tomar el tino para acertar á darle avisos, y reglas, y órden de vida por la cual lo habia de alcanzar.

§. I.

De los errores de los filósofos acerca del último fin.

Pues entendiendo esto los filósofos que profesaban ser maestros de bien vivir, todo su estudio pusieron (como dijimos) en querer saber en qué linaje de bienes consistia este fin. En lo cual anduvieron tan desvariados, que Marco Varron (*b*), segun refiere y declara Sant Augustin en el libro decimonono de la Ciudad de Dios, cuenta doscientas y ochenta opiniones diversas, en que unos y otros ponian este último fin. Lo cual no parecia cosa creible, si no lo dijera un hombre de tanta autoridad.

Este mismo Marco Varron (*c*), que así entre autores griegos como latinos fué muy afamado, quiso tambien determinar en qué linaje de bienes consistia esta tan deseada felicidad. Para lo cual presupone, que el hombre ni es el ánima sola, ni el cuerpo solo, sino cuerpo y ánima juntamente. Y segun esto, pone esta felicidad en la posesion de los bienes del cuerpo y del ánima juntamente. Y como en el ánima haya dos partes principales, que son entendimiento y voluntad, en el entendimiento quiere que haya perfecta sabiduría (porque esta es su proprio bien), y en la voluntad quiere que haya consummada virtud, domadas ya y mortificadas las pasiones que le hacen la guerra. Mas en el cuerpo pone salud, fuerzas, añade buena disposicion y buena complexion. Y á estas cosas añade Aristóteles conveniente porcion de bienes temporales, de que se sirva la virtud. De donde se sigue que este bienaventurado que ellos pintan, junto con la posesion de todos los bienes, ha de tener una bula de general exencion de todos los males y miserias desta vida;. pues estos por una parte inquietan el ánima, y por otra perjudican á los bienes del cuerpo, que tambien se requieren para esta bienaventuranza.

Despues de haber referido Sant Augustin la opinion deste filósofo (*d*), escarnece de tan grande desvarío, como era poner bienaventuranza en una vida cercada por tantas partes de mil cuentos de miserias y calamidades, como cada hora experimentamos todos los hijos de Adam, sobre cuyos hombros se cargó este yugo tan pesado. Porque si esta bienaventuranza consiste en la posesion de todos estos bienes del cuerpo y del ánima, y en la exempcion destas dos partes del hombre, ¿qué hombre se hallará tan abastado de todos estos bienes, y tan exempto de todos estos males, siendo esta vida un mar de continuos desasosiegos y alteraciones, un valle de lágrimas, una cárcel de condenados, donde son muchas mas las miserias del hombre que los cabellos de su cabeza; donde son tantas las enfermedades del cuerpo, tantos los apetitos y deseos desordenados del ánima, tantas las iras y odios que muchos padecen por los agravios que reciben, tantas las invidias y tristezas por los que le pasan delante, tantas las congojas por no poder alcanzar lo que desean, tantas las lágrimas por las muertes de los deudos y queridos, tantas las injurias y agravios de los malos vecinos, tantas las traiciones y disimulaciones de los falsos amigos, tantas las sinjusticias de los malos jueces; donde hay tan poca verdad, tan poca fe, tan poca lealtad; donde la malicia y ambicion reina, donde la virtud está arrinconada y olvidada, donde ninguna cosa vale mas ni puede mas que el dinero, donde el hijo á veces desea la muerte á su padre, y el yerno la de su suegro, y aun el hermano la de su hermano, por venir á ser su heredero? Pues ¿qué diré de la continua guerra de la carne contra el espíritu? ¿Qué de las tentaciones del enemigo? ¿Qué de las batallas crueles y sangrientas que por mar y por tierra perturban la paz y sosiego de los mortales? ¿Qué de las asechanzas y falsos testimonios, y pleitos injustos que nos levantan los hombres perversos? ¿Qué de la tirannía y soberbia de los poderosos? ¿Qué de las lágrimas y opresiones de los que poco pueden? Lo cual Salomon (*e*) tenia por tan grande mal, que por esto alababa mas á los muertos que á los vivos, y que tenia por mas dichoso al que no habia nacido ni visto los males que pasan debajo del sol. Pues ya los desastres y acaescimientos nunca pensados, los naufragios, los incendios, los robos, las cárceles, los partos revesados y monstruosos, las enfermedades de los niños, la locura y furia de los mancebos, la flaqueza y males de los viejos, y las pobrezas y falta de lo necesario, que generalmente padecen los hombres miserables, ¿quién las contará? Tal es finalmente esta vida, que el sancto Job (*f*), como hombre tan experimentado en las miserias della, dice ser toda ella batalla, ó tentacion. Cuyas miserias á veces llegan á tal extremo, que muchos escogen por remedio tomar la muerte con sus proprias manos, por librarse dellas. Pues ¿quién será tan ciego, que en tal manera de vida piense que se podrá hallar bienaventuranza, donde tanta infinidad de miserias hay que la agüen y encuentren? Las cuales, no solo nos dan este desengaño, mas tambien nos avisan que no podemos navegar por este mar tan alterado y tempestuoso, sin llevar á Dios por gobernador, el cual consintió que fuese tal, porque nuestras mismas necesidades y miserias nos llevasen á él, y nos declarasen que no podiamos navegar seguros entre tantos bajos, sino llevando él el gobernalle de nuestra vida, y librándonos dellos, ó dándonos virtud y fortaleza para no peligrar en ellos; pues, como Sant Gregorio dice (*g*), mejor libra cuando da paciencia.

Y tornando al propósito, si demas de lo dicho se re-

(*b*) Cap. 1. (*c*) Lib. ut supr. cap. 3. (*d*) Eod. lib. cap. 4.

(*e*) Eccl. 4. (*f*) Job. 7. (*g*) Lib. 26. Moral. cap. 16. 17. etc

quiere para esta felicidad cumplida sabiduría, ¡cuántos años y cuánto estudio es necesario para alcanzarla! pues dijo Platon que eran dichosos aquellos que habian llegado á ser sabios, aun en la vejez. Y si junto con la sabiduría se requiere perfecta virtud, y para esta es necesario tener domadas y mortificadas las pasiones, ¿quién será tan dichoso, que sin el socorro de la divina gracia pueda llegar aquí? Pues si juntamente con estas dos perfecciones tan dificultosas de hallar, pedian tantas otras para el bien del cuerpo (como ya dijimos), ¿cuándo ó dónde se podrán todas estas cosas juntas hallar? Porque por esto dijo Tulio (*h*), que apénas en cada una de las edades de los hombres se hallaba un orador tolerable, por ser muchas las cosas que se requerian para ser uno perfecto orador, las cuales por maravilla se hallaban en una persona. Pues si estas habilidades eran tan dificultosas de juntar, ¿cuánto mas lo serán las que se requieren para hacer un hombre bienaventurado; de las cuales una sola que le falte basta para escurecer toda su felicidad? Porque mas parte es esta sola para hacerle miserable, que todas las otras juntas para hacerle feliz. Esto mostró á la clara aquel gran privado del rey Asuero Aman (*i*), el cual, siendo uno de los mas bien afortunados hombres del mundo, confesó que con toda su privanza y riquezas, le parecia no tener nada, porque Mardoqueo no le hacia la reverencia que él queria.

§. II.

Infiérese que el conocimiento que no pudo dar la filosofía humana se consigue en la filosofía de Cristo.

Pues si tan imposible cosa es hallarse todas estas partes juntas en un hombre, ¿quién será feliz? Y ¿qué mayor inconveniente podia ser que consiguiendo tódos los brutos animales ordinariamente sus proprios fines, solo el hombre (para quien todo este inferior mundo fué criado) esté tan léjos de poderlo alcanzar? Mas con todo esto, los filósofos que así se engañaron, en parte merecen perdon, y en parte no. Merecen perdon, porque considerando el apetito natural que el hombre tiene de ser bienaventurado, entendian que podian llegar á serlo, como ya dijimos, y no sabiendo ellos nada de la bienaventuranza que esperamos en la otra vida, eran forzados á buscarla en esta. Y viendo los achaques y dolencias que en todos los bienes della habia, unos ponian la felicidad en un linaje de bienes, y otros en otros, segun la aficion y gusto de cada uno. Mas por otra parte no merecen perdon, pues apretados con tantas angustias, no pidieron luz á su Criador para alcanzar esta verdad tan importante para nuestra vida; sino fiados vanamente de sus ingenios, no solamente creyeron que por sí podian comprehender en qué consistia esta felicidad, mas tambien que por sus fuerzas naturales la podian alcanzar, que era otro desvarío no menor.

De todo este discurso tan largo sacamos dos cosas muy dignas de ser sabidas. La una es, que pues el hombre puede alcanzar el estado de la bienaventuranza, de que tiene natural apetito (y esta no se halla en esta vida), síguese necesariamente que la podrá alcanzar en la otra; porque no sea ocioso y vano este natural deseo que Dios en nuestros corazones imprimió. Y el conocimiento desta verdad es de tanta importancia, que lo pone el Apóstol (*k*) por el primer fundamento de la Cristiandad, diciendo: que el que se llega á Dios ha de creer que hay Dios, y que es remunerador de los que le sirven. Lo segundo (cuanto á nuestro propósito pertenece) de aquí se infiere, que no era suficiente la filosofía humana, ni para enseñarnos la verdadera religion y culto de Dios, ni para darnos reglas ciertas de bien vivir; porque pues no pudieron alcanzar cuál era el último fin de nuestra vida, tampoco podian enseñarnos por qué medios habiamos de conseguirlo, pues la razon de los medios se toma del fin, como dijimos.

De donde se infiere que la divina Providencia, la cual (como toda la filosofía confiesa) no falta en las cosas necesarias, no era razon que nos faltase en esta necesidad, que es la mayor de todas. Y pues su providencia á ninguno de todos los animales, por pequeños que sean, aunque sea una hormiga, falta, proveyéndolos de todas las habilidades necesarias para conservar su vida, ¿cómo habia de faltar á la mas noble de todas estas criaturas en la mayor de todas sus necesidades? Porque cierto es que la cosa mas necesaria al hombre es, saber de la manera que ha de servir y honrar á Dios, y junto con esto conocer el fin para que el mismo Dios lo crió, y los medios por donde lo ha de alcanzar. Y los filósofos, en quien la naturaleza se esmeró y puso todas sus fuerzas y virtud mas que en los otros hombres, no pudieron alcanzar esta tan importante verdad, de que pende el gobernalle de nuestra vida. Por tanto no era razon que el Criador faltase al hombre en esta tan grande necesidad de su ánima, pues de tantas cosas le proveyó para el uso y remedio del cuerpo. Porque contra todo el órden de su sabiduría y providencia, era tener tanto cuidado de lo que era ménos, y olvidarse de lo que era mas, y tanto mas. Y pues esta desórden no puede caber en aquella infinita bondad y sabiduría, síguese que á ella pertenecia revelarnos esta verdad, de que pende su gloria y nuestra felicidad, porque lo uno no se aparta de lo otro, pues como dice Eucherio, quiso él que nuestro remedio fuese tambien su sacrificio.

De todo lo que hasta aquí se ha dicho no se concluye otra cosa mas de que á la perfeccion de la divina Providencia pertenece revelar y enseñar á los hombres el camino de su felicidad y salvacion.

Mas aquí es de notar que, no solo la necesidad, sino la amistad de Dios para con los buenos confirma esta susodicha verdad. Para lo cual presuponemos lo que adelante se declara, que en la Iglesia cristiana ha habido innumerables varones sanctísimos, así mártires como confesores, monjes y vírgines, en cuya comparacion toda la virtud de los otros hombres, aunque sea de muchos grandes filósofos, era como sombra en comparacion desta. Pues es cierto que así como no falta Dios á sus criaturas en las cosas necesarias, así tambien lo es que ama á los buenos; pues él es la misma bondad, y la semejanza es causa de amor. Y si los ama de verdad, hales de ayudar y socorrer en sus necesidades; y la mayor de todas es la salvacion de sus ánimas, y esta no se puede alcanzar sin conocimiento de Dios, y no lo conocerán de manera que se salven, si él no les da este conocimiento. Y pues todo esto es verdad, síguese que á los buenos habrá dado Dios este conocimiento. Y pues estos presuponemos que señaladamente han florecido en la Iglesia cristiana mas que en otra parte alguna, síguese que en ella está el verdadero conocimiento de Dios, dado por el mismo Dios. Y para confirmacion desta verdad sirve todo lo que en esta primera parte se trata. De donde se

(*h*) Cicer. de Oratore. (*i*) Esther. 5. (*k*) Hebr. 11.

infiere que en sola la religion cristiana está el conocimiento de la verdadera fe dado por Dios, pues en sola ella ha habido tan gran número de buenos y amigos de Dios.

CAPITULO IV.

De la segunda excelencia de la religion cristiana, que es sentir altamente de Dios.

La primera y mas principal cosa que ha de tener la verdadera religion, es sentir alta y magníficamente de la majestad de Dios, atribuyéndole todo aquello que pertenece á la omnipotencia y gloria de su divinidad, no quitándole cosa que le pertenezca. Porque quitarle algo de lo que le pertenece, ó atribuirle algo que no le convenga, es blasfemia: que es un gravísimo pecado, porque no es injuria hecha contra los hombres, sino contra la persona y honra de Dios. Pues cuanto á este punto, ninguna cosa se puede atribuir mas á Dios de lo que la religion cristiana le atribuye. Porque confiesa ser él una cosa tan grande, que ninguna se puede pensar mayor. Confiesa que es infinito, inmenso, incomprehensible, inefable, sin principio, sin fin, sin pender de nadie sino de sí solo: como quiera que todas las cosas estén como colgadas y pendientes dél. Ca él solo tiene sér por sí mismo, sin dependencia de nadie; mas todas las otras criaturas, así del cielo como de la tierra, lo tienen por él. Y si él no quisiere que sean, no serán.

Confiesa tambien nuestra sanctísima religion que este omnipotente Señor con sola su palabra crió de nada esta tan grande máquina del mundo, así las cosas visibles como las invisibles; y que por su providencia, sin trabajo y sin cansancio la gobierna. Confiesa ser infinitamente bueno, sabio, poderoso, misericordioso, amigo y galardonador de los buenos, y justísimo castigador de los malos. Confiesa ser él acto puro: significando por este nombre que ninguna cosa se puede añadir á sus perfecciones, y que para él no hay cosa nueva ni vieja, porque todas las cosas pasadas y venideras le son presentes. Y así como para él no hay cosa nueva, así tampoco la hay imposible; pues, como dijo el Profeta (*a*), todo lo que quiso el Señor hizo, así en el cielo como en la tierra y en todos los abismos. Por lo cual un insigne teólogo decia, que llegando la disputa á tratar del poder de Dios, no queria pasar adelante, porque sabía que ninguna cosa habia imposible á su omnipotencia. Lo cual sirve grandemente para creer los misterios de nuestra fe, aunque sobrepujen toda la facultad de la naturaleza criada; pues, como dijo el Angel á la Vírgen (*b*), no hay á Dios cosa imposible.

Confiesa otrosí ser él la primera verdad, de donde proceden todas las otras verdades; y la primera causa que influye virtud, y mueve todas las otras causas; y la primera bondad de donde tiene orígen todo lo que es bueno; y la primera hermosura de donde procedieron todas las cosas hermosas; y la primera y summa perfeccion de donde tuvieron principio todas las otras perfecciones de sus criaturas, las cuales todas están en solo él por muy mas alta manera, con otras infinitas que son proprias suyas. El es el que hinche los cielos y la tierra: el que está en todo lugar presente: el que está mas dentro de todas las cosas que ellas dentro de sí mismas, conservándolas en el sér que tienen: él es el que cuenta las estrellas del cielo, y llama á cada una por su nombre, y á quien están presentes todos los corazones y pensamientos de todos los hombres que son, fuéron y serán. Porque, como dice el Eclesiástico (*c*), su vista alcanza del primer siglo hasta el postrero, y en sus ojos ninguna cosa hay nueva ni admirable.

Mas entre todas estas perfecciones (las cuales en él todas son iguales, porque todas son una simplicísima y infinita perfeccion) de la que él mas se precia, y por la cual quiere ser mas conocido y alabado, es la bondad y sanctidad: la cual perpetuamente alaban y glorifican todos los espíritus soberanos; la cual es el primer principio de todas sus obras, y á la cual pertenece communicarse á todas sus criaturas, y dar parte de sí á todas, á cada una en su grado, como dice Sant Dionisio. De modo que así como es proprio del sol alumbrar, y del fuego calentar, y del agua enfriar, así y mucho mas es proprio de aquella incomprehensible bondad hacer bien, y communicarse á todas las cosas, sin perder él nada de lo que tiene; y de aquí procede la magnificencia de su liberalidad. Porque los hombres suelen ser escasos porque pierden lo que dan; mas aquel infinito abismo de riquezas no pierde nada de lo que da. Por donde así como la consideracion de su omnipotencia sirve para confirmarnos en la fe (como dijimos), así la desta bondad para encender nuestra caridad y esforzar nuestra esperanza.

Todas estas grandezas y perfecciones confiesa Sant Augustin hablando con Dios en esta manera (*d*): Misericordiosísimo y justísimo, secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable y incomprehensible, inmovible y que muda todas las cosas, nunca nuevo y nunca viejo, siempre obrando y siempre quieto; recoges y no tienes necesidad, buscas todas las cosas sin que te falte nada, amas y no te congojas, tienes celos y estás seguro, tienes pesar y no tienes dolor, estás airado, y con eso estás quieto; mudas las obras, y no mudas el consejo; recibes lo que hallas, y no pierdes nada; nunca pobre, y huelgas con la ganancia; nunca avaro, y pides usuras; dante algo para que tú debas, y ¿quién, Señor, tiene cosa que no sea tuya? Pagas lo que debes, y á nadie debes; y perdonas las deudas, sin por eso perder nada. Y el mismo Sancto en otra meditacion dice así (*e*): Confieso, Señor, que vos sois rey y universal señor de cielos y tierra. Vos sois perfecto sin deformidad, grande sin cuantidad, bueno sin cualidad, eterno sin tiempo, fuerte sin flaqueza, y verdadero sin falsedad. Vos estáis en todo lugar presente sin ocupar lugar, y estáis dentro de todas las cosas sin estar fijo en alguna dellas. Criastes todas las cosas sin necesidad, y todas las regis sin trabajo. De todas sois principio sin tener vos principio, y todas las mudais sin ser vos mudado. Sois infinito en la grandeza, omnipotente en la virtud, altísimo en la bondad, secretísimo en los pensamientos, verdadero en las palabras, sancto en las obras, copioso en las misericordias, pacientísimo con los pecadores, y clementísimo con los penitentes. Siempre sois el mismo sin alguna mudanza, eterno, inmortal, inconmutable, á quien ni los espacios dilatan, ni la brevedad dellos estrecha; á quien ni la voluntad muda, ni la necesidad corrompe, ni la tristeza turba, ni el alegría altera; á quien ni el olvido quita, ni la memoria da, ni las cosas pasadas pasan, ni las venideras succeden; á quien ni el orígen dió principio, ni la succesion de los tiempos crecimiento, ni el término dará

(*a*) Psalm. 134. (*b*) Luc. 1.

(*c*) Eccles. 39. (*d*) August. in Medit. cap. 29. tom. 9.
(*e*) Cap. 12.

fin. Y así vivis ántes de los siglos, y en los siglos, y despues de los siglos, con perpetua alabanza, eterna gloria y reino sin fin. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin, aprendidas en la escuela de la Iglesia cristiana, en las cuales se ve cuán magníficamente siente ella de las grandezas de Dios.

No así los filósofos, no así: de los cuales unos le quitaron la providencia de las cosas humanas (*f*); otros la libertad, pareciéndoles que era agente natural y que no podia dejar de hacer lo que hacia; otros el ser principio y hacedor de las cosas corporales; otros no querian que fuese uno solo, sino muchos dioses. Y quitada la providencia quitaban el galardon de los buenos y el castigo de los malos; y esta quitada, tambien quitaban la religion y el culto de Dios; y negado esto, era luego pervertida toda la órden y concierto de la vida humana. La cual confesó Tulio (aunque gentil) por estas palabras (*g*): Quitada la religion y reverencia de los dioses, juntamente se quita con ella la fe y la compañía del género humano, y una excelentísima virtud, que es la justicia. La razon desto da en el tercero libro de los oficios, diciendo: ¿Cuántos hombres se hallarán, que no recelando castigo de Dios dejen de hacer á otro injuria, cuando entendieren que la pueden hacer á su salvo? Concluyendo pues esta parte, digo, que cuanto toca al reconocimiento y estima que se debe á aquella inmensa Majestad, no es posible tenerse mayor de lo que la religion cristiana profesa y tiene.

CAPITULO V.

De la tercera excelencia de la religion cristiana, que es la rectitud y sanctidad de las leyes, y de la doctrina que profesa.

La tercera cosa que ha de tener la perfecta religion es la rectitud y sanctidad de las leyes y doctrina que profesa, sin consentir cosa contraria á la lumbre de la razon. Esto guarda la religion cristiana con tanta perfeccion, que no es posible imaginarse otra mayor. Porque primeramente no admite cosa contraria, ni á la lumbre de la razon, como dijimos, ni á la gloria de Dios, ni al bien del prójimo. En la ley antigua, como no habia tanta abundancia de gracia, permitia la ley algunas largruezas. Porque primeramente dispensaba con ellos tener muchas mujeres. Y permitiales dar libello de repudio á la que les descontentase; porque por la mala voluntad ó descontentamiento que della tuviesen no le procurasen la muerte. Permitiales tambien dar su dinero á logro á los extraños; mas la religion cristiana nada desto consiente, ni otra cosa alguna que sea contra la lumbre y ley natural, que Dios imprimió en nuestros entendimientos (*a*).

Mándanos amar á Dios sobre todo lo que se puede amar, y aborrecer al pecado y ofensa de su Majestad, sobre todo lo que se puede aborrecer. Al prójimo manda amar como á sí mismo, y no querer para él lo que no quiere para sí: gozarse de sus bienes, pesarle de sus males, y socorrerle en sus necesidades, como él querria ser socorrido. Defiende todo género de agravio, todo hurto, toda mentira, todo engaño, toda falsedad y toda deshonestidad, y toda injuria, y todo género de pecado cometido no solo por obra sino tambien por pensamiento. De modo que ata las manos para no hacer mal á nadie, y enfrena el corazon para no desearlo; rige la lengua para no hablar palabra en perjuicio de nadie, y cierra los ojos para no cobdiciar cosa de nadie.

Demas de las leyes y mandamientos que caen debajo de precepto, y obligan á todos y bastan para la salvacion de las ánimas, enseña tambien esta sanctísima religion consejos admirables para los que quieren caminar á la perfeccion, y merecer en el cielo corona de mayor gloria.

I. Entre los cuales el primero es de perpetua castidad: que es una celestial virtud, y propria de los moradores del cielo; por cuyo medio ahorra el hombre infinitas maneras de molestias y cuidados, y congojas y desasosiegos que están annexos al estado del matrimonio, y son impedimento de la perfeccion. De modo que el hombre casto no tiene mas que un solo cuidado, que es la carga de sí mismo; mas siendo casado, tiene sobre sí todas las cargas de mujer, hijos y hijas; cuyas enfermedades, necesidades, muertes y desastres no siente ménos que los suyos proprios. Lo cual en pocas palabras alegadas por Sant Augustin (*b*) declaró aquel cómico, diciendo: Caséme, y tomé mujer, ¿qué género de miserias no experimenté en este estado? Nascieron hijos: veis aquí otro nuevo cuidado. Pues de todas estas molestias y cargas, que llaman del matrimonio, está libre el que vive fuera dél; y así está mas hábil y desembarazado para entregarse todo á Dios, y al estudio de la sabiduría, y al ejercicio de la oracion y consideracion de las cosas divinas, como dice el Apóstol (*c*).

II. El segundo consejo no ménos saludable es el que el Salvador dió á un virtuoso mancebo, diciendo (*d*): Si quieres ser perfecto, vé y vende toda tu hacienda y repártela con los pobres, y tendrás un tesoro guardado en el cielo. Este consejo liberta tanto al hombre de todos los cuidados, y negocios y pleitos que comunmente son necesarios para administrar la hacienda, (que es para conservarla, acrecentarla, defenderla) que los primeros fieles de Hierusalem (*e*), y tambien los que moraban fuera de la ciudad de Alejandría, par del lago llamado Marian (segun refiere Philon, nobilísimo historiador), la primera cosa que hacian era desposeerse de todas sus haciendas, y con ellas de todos los cuidados que consigo traen, para emplearlos todos libremente en el estudio de la divina contemplacion, y de las sanctas Escripturas.

III. El tercero consejo es, hacer bien á los que nos hacen mal, y rogar á Dios por los que nos persiguen y calumnian, para que desta manera seamos hijos de nuestro Padre celestial (*f*), el cual hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores. En esta virtud quiere Dios que le imitemos; porque es propria condicion suya usar de misericordia con los pecadores, no solo comunicándoles estos comunes beneficios de naturaleza, sino tambien sufriéndolos con paciencia, y esperándolos á penitencia, y provocándolos á ella, ya con beneficios, ya con azotes, y de otras muchas maneras. Pues en esta grandeza de ánimo quiere este Señor que le imitemos, y que provocados con injurias no nos indignemos, y diciendo mal de nosotros, ni démos maldiciones por maldiciones, ni deseemos venganza de quien nos maldice. Antes quiere que tengamos una gloriosa contencion y porfía con nuestros contrarios: que cuanto ellos mas perseveraren en hacernos agravios, tanto nosotros porfiemos en hacerles beneficios; porque no sea-

(*f*) Contra quos August. in Psalm. 31. enarr. 2. prop. fin. tom. 8. It. lib. 6. de Civit. Dei. (*g*) Cic. lib. 1. de Nat. Deor. (*a*) Psalm. 4.

(*b*) August. de Civit. Dei, lib 19. cap. 5. (*c*) 1. Cor. 7. (*d*) Matth. 19. (*e*) Act. 2. (*f*) Matth. 5.

mos vencidos con el mal ajeno, sino quedemos vencedores con el beneficio proprio, que es muy gloriosa victoria; porque desta manera juntamos brasas sobre la cabeza de los enemigos (*g*), para hacerlos amigos.

IV. Semejante consejo al pasado es no traer pleitos, sino ántes dejar la capa á quien nos pidiere el sayo, por excusar con esta liberalidad todos los odios y pasiones, y cuidados y desasosiegos que traen consigo los pleitos.

V. Y con esto concuerda otra mayor liberalidad y grandeza de corazon, que es perdonar las injurias; de modo que si setenta veces errare el prójimo contra mí (*h*), tantas me halle manso y blando para le perdonar.

§. I.

De la limosna y misericordia.

VI. Otro consejo es el de la limosna y misericordia, no solo en los casos que son de precepto, sino tambien fuera dellos. Lo cual es tan proprio de la vida cristiana, que cuasi toda la doctrina que nos dió aquel maestro que vino del cielo, se endereza á los oficios de la benignidad y misericordia. Y apénas hay virtud que mas veces nos encomiende, ni vicio que mas agramente reprehenda, que la inhumanidad y crueldad. Lo cual es en tanto grado verdad, que declarando las causas por las cuales en aquel temeroso dia del juicio ha de dar sentencia final en favor de los buenos y castigo de los malos, no señala otras causas, sino las obras de misericordia de los buenos (*i*), y la inhumanidad y falta dellas en los malos; añadiendo á esta sentencia, que lo que se hizo á cada uno de los pobres, se hizo á él, y lo que no se hizo con ellos, se dejó de hacer á él. Esto dice él así, no porque no se deba galardon á las otras obras virtuosas y castigo á las viciosas, sino para dar á entender cuánto aborrece el pecado de la inhumanidad, y cuánto ama la virtud de la misericordia, que es tan propria suya; pues ella es la que va delante de todas sus obras; porque es cosa muy propria de Dios apiadarse de los miserables (*k*), socorrer los afligidos, usar de misericordia con los maltratados, ayudar á muchos, y generalmente procurar el bien de todos. Y apénas hay medicina mas eficaz para curar las enfermedades del ánima, ni medio mas proporcionado para alcanzar la misericordia de Dios; pues él tiene dicho (*l*): Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Y por el contrario dice Sanctiago (*m*), que se hará juicio sin misericordia al que no hubiere usado della. Por lo cual los amadores de la perfeccion de la vida cristiana, todo su estudio ponen en esta obra, y todo lo que tienen emplean en ella. Los cristianos de la vida comun no se alargan mucho en esta virtud: conténtanse con dar de lo que les sobra, ó cuando dan á sus deudos ó amigos, ó á aquellos de quien esperan retorno del bien que hacen. Mas los amadores de la perfeccion, de lo necesario para sí parten con los pobres, y á aquellos dan de mejor voluntad de quien, por su gran pobreza y desamparo, ninguna cosa pueden esperar. Finalmente algunos sanctos ha habido, que leyendo en las Escripturas las excelencias desta virtud, vinieron á estimarla y á amarla tanto (*n*), que cuando no tuvieron que dar, quisieron vender á sí mismos, para socorrer á los necesitados con el precio de su libertad. Pues ¿cuán excelente es la religion que da un consejo tan piadoso, tan provechoso, y tan necesario para la vida humana, y para el remedio de las continuas miserias della?

(*g*) Rom. 12. Matth. 5. (*h*) Matth. 18. (*i*) Matth. 25.
(*k*) Psalm. 144. (*l*) Matth. 5. (*m*) Jacobi 2.
(*n*) S. Paulinus Nolanus. S. P. Dominicus.

§. II.

Consejo utilísimo de la frecuencia de la oracion.

VII. Otro consejo muy proprio de la vida cristiana (del cual apénas hallamos rastro en la doctrina de los filósofos) es la frecuencia y continuacion de la oracion, la cual tantas veces nos es encomendada, así en el sancto Evangelio como en las sagradas Epístolas. Sant Pablo quiere que los hombres hagan oracion en todo lugar (*o*), levantando las manos puras á Dios. Y entre las armas que nos da para defendernos del enemigo, una de las mas principales es orar siempre en espíritu. Asimismo el Salvador nos dice (*p*), que conviene orar sin cesar. Y para persuadirnos esto nos pone tres singulares ejemplos: uno del padre carnal, que como tal no negará al hijo lo que pidiere para su necesidad; otro del amigo (*q*), que por importunidad de las voces del amigo se levantó de la cama y le dió todo lo que le pedia; y otro admirable ejemplo trae del mal juez, que ni temia á Dios ni á los hombres (*r*), y con todo esto, por ser muchas veces importunado de una pobre vieja, hizo cuanto le pedia. Pues con este tal juez tuvo por bien compararse aquella inmensa bondad para vencer nuestra desconfianza, diciendo, que si aquel con ser tan malo, por ser importunado no pudo negar lo que se le pedia, ¿cuánto ménos lo negará aquella infinita bondad, si fuere con humildes y devotas oraciones importunada? De donde se infiere un motivo de gran consolacion y confianza, el cual es, que tiene grande voluntad de dar, quien con tantas palabras y ejemplos nos manda pedir.

Deste ejercicio sabían poco y escribieron ménos los filósofos. Porque como ellos, segun dijimos, esperaban alcanzar la felicidad y bienaventuranza, y los medios que para ella eran necesarios, por sus fuerzas naturales (como dijeron despues dellos los herejes pelagianos) (*s*), no tenian porque levantar los ojos al cielo y pedir el favor y socorro de la divina gracia. Mas el cristiano, conociendo por la fe la flaqueza y dolencia de la naturaleza humana por aquel comun pecado, y viendo que por esto quedó tan inclinada al mal, y tan inhábil para el bien, que no puede por sí tener un pensamiento que agrade á Dios, todo su estudio pone en dar continuas voces á su Criador para que cure las dolencias y pasiones de su ánima, y le dé nuevo espíritu y favor para guardar sus sanctos mandamientos, diciendo con el Profeta (*t*): Levanté mis ojos á los montes de donde me ha de venir el socorro. Mi socorro es de Dios, que hizo el cielo y la tierra. Y en otro lugar (*v*): Mis ojos, dice él, tengo siempre puestos en el Señor, porque él librará mis piés de los lazos.

Este fué el principal ejercicio de aquellos primeros fieles que creyeron en Hierusalem: de quien escribe Sant Lúcas (*x*), que cada dia perseveraban en oracion en el templo. Este mismo ejemplo siguieron los que despues le succedieron, como lo escribió aun Plinio segundo al emperador Trajano, diciendo que no hallaba otra culpa en los cristianos, sino juntarse muy de mañana á alabar á Cristo, á quien tenian por Dios. Este finalmente ha sido hasta hoy el ejercicio muy frecuen-

(*o*) Ephes. 6. Colos. 4. 1. Thess. 5. (*p*) Luc. 18. (*q*) Idem. 11.
(*r*) Idem. 18. (*s*) Contra quos August. de Hæresibus ad Quodvultdeum, hæres. 88. tom. 6. (*t*) Psalm. 120. (*v*) Psalm. 24.
(*x*) Act. 2.

tado de todos los amadores de la perfeccion; al cual los mueven dos causas entre otras muchas: la una porque no hallan otro mejor medio para huir de sí, que llegarse á Dios, porque en cuanto están en él, no están en sí, pues dice el Apóstol (y) que el que se llega á Dios, se hace un espíritu con él; y lo otro, por estar pidiendo muy continuadamente socorro á Dios, para que puedan obrar con el favor de su gracia, lo que no puede por sí la naturaleza corrupta. Conforme á esto, el glorioso Augustino, hablando con Dios en una de sus meditaciones, dice estas devotísimas palabras (z): En tí, Señor, piense yo de dia, en tí sueñe durmiendo de noche, contigo hable mi espíritu, contigo platique siempre mi ánima. Dichosos aquellos que ninguna otra cosa aman, ninguna otra buscan, y ninguna otra saben pensar sino á tí. Dichosos aquellos (a) que toda su esperanza tienen puesta en tí, y toda su vida es una continua oracion. Hasta aquí son palabras de Augustino. Por esta causa el apóstol Sant Pedro entre otros títulos muy honrosos que da al pueblo cristiano, uno dellos es llamarle sacerdocio real (b). Porque así como el oficio de los sacerdotes es ocuparse en oraciones y alabanzas divinas, así quiere él que el cristiano segun la disposicion y cualidad de su estado, ejercite este mismo oficio.

De lo dicho se colige, que la vida cristiana cuando es perfecta, es toda celestial y divina. Lo primero, porque esta manera de vida fué enseñada por Dios, como arriba dijimos. Lo segundo porque su principal estudio y ejercicio es tratar y conversar con Dios, pensando en las maravillas de sus obras y beneficios. Lo tercero, porque todo lo que el tal cristiano hace, endereza á sola la gloria de Dios. Lo cuarto y muy principal, porque esta manera de vida no se vive con solas fuerzas humanas, sino con el favor y socorro de la divina gracia, y con la asistencia del Espíritu Sancto. Y por esto uno de los principales oficios del cristiano es pedir este favor y socorro para el ejercicio de las virtudes, como el real Profeta lo pide á cada paso en sus Salmos. Y así dice en uno dellos (c): Dame, Señor, entendimiento, y escudriñaré lo que mandas en tu ley; y guardarla he con todo mi corazon. Guíame por la senda de tus mandamientos, porque este es mi deseo. Inclina mi corazon á la guarda de tus mandamientos, y no á la avaricia. Cierra mis ojos para que no vean la vanidad, y esfuérzame en tu camino. Desta manera el sancto varon conociendo su flaqueza pide particular favor de Dios para vivir esta vida. Y sobre todas estas cosas, así como esta vida es sobrenatural y celestial, así tambien lo es el galardon que en la otra se le promete, que es la vision gloriosa y beatífica del summo bien. En lo cual se ve cómo esta manera de vida por todas partes es celestial y divina. De lo cual todo estuvieron ayunos los filósofos, cuyas virtudes y felicidad estribaba en solas fuerzas humanas. Pues segun esto, ¿qué cosa se podrá hallar mas excelente, mas alta y mas divina, que la religion cristiana, que tal manera de vida nos enseña y tales consejos nos da?

CAPITULO VI.

De la cuarta excelencia de la religion cristiana, que es sola ella tener sacramentos que dén gracia.

La cuarta excelencia, que es propria de la religion cristiana es, que sola ella tiene sacramentos que dan gracia. Para lo cual conviene presuponer aquí la comun dolencia, que la naturaleza humana (como ya dijimos) padesce por el pecado. La cual es tan grande, y tan universal, que con ningun género de palabras se puede explicar. Basta para entender algo della tender los ojos por todo el universo mundo, y ver de la manera que viven los hombres. Porque siendo el hombre criatura racional, y siendo la cosa mas natural y mas propria dél, vivir á ley de razon (que es vivir conforme á virtud), vemos cuán poquitos hombres, aun entre cristianos, vivan conforme á esta ley, y cuán innumerables sean los que despreciada esta ley, se rijan por sus apetitos, que es proprio de bestias. La causa desto es, haberse perdido por el pecado la órden y concierto con que Dios crió al hombre: la cual consistia en una perfecta subjeccion de nuestro apetito á la razon, como cosa ménos perfecta á la mas perfecta. Pues perdido este concierto, quedó nuestro apetito tan rebelde, tan furioso y tan inclinado á todos sus gustos y provechos, que lleva todo el hombre tras sí. Y aunque el hombre tenga entendimiento y voluntad, que son potencias espirituales (y así contradicen á los deseos viciosos y sensuales), mas es tan grande la fuerza y violencia deste apetito, que así como el primer cielo arrebata todos los otros cielos inferiores, y los lleva tras sí aunque ellos tengan otros movimientos contrarios: así el apetito de nuestra carne (si no es enfrenado con la gracia divina) toda esta máquina del hombre interior lleva tras sí, de tal manera, que la misma razon que le habia de contrastar se pasa á su bando, empleando todos sus filos y aceros en buscar y granjear por mil invenciones y artes todo lo que pertenece al gusto, y provecho, y contentamiento del apetito de su carne, haciéndose sierva de su esclava habiendo de ser señora.

§. I.

Ineficacia del conocimiento de la ley para obrar la virtud.

Es pues agora de saber, que esta tan grave dolencia no se cura con sola la doctrina de la virtud; porque no pecan comunmente los hombres por la ignorancia del bien ó del mal, sino por la desórden de su apetito. Por donde dijo un sabio: Veo lo mejor, y apruébolo; y con todo eso sigo lo peor. Y otro asimismo dijo: La virtud es alabada, mas con todo eso no hay quien la siga. Lo cual es en tanto grado verdad, que la misma ley de Dios dada en el monte Sinaí con tanta majestad, y con tan grande espanto, y sobre todo esto con tan magníficas promesas para los guardadores della, y tan terribles amenazas para los quebrantadores, fué tan poca parte para reformar las costumbres de aquel pueblo á quien se dió, que de doce tribus que eran, los diez se apartaron despues de la muerte de Salomon del culto de Dios, y se entregaron al de los ídolos, y perseveraron en esto muchos años, hasta que fuéron desamparados de Dios, y destruidos y llevados cautivos á diversas tierras; y los dos que quedaban, no escarmentando en cabeza ajena, siguieron los mismos pasos de los otros, y por esto fuéron llevados cautivos como ellos. La razon desto es, porque la ley escripta no hace mas que alumbrar el entendimiento para conocer el bien y el mal; pero ni me da amor de ese bien, ni aborrecimiento de ese mal. Alumbra mi entendimiento, mas no sana mi apetito. La dolencia está en una parte, mas la ley, que es la medicina, está en otra. La ley enséñame el camino del cielo, mas no me da fuerzas para andarlo. Póneme el man-

(y) 1. Cor. 6. (z) Aug. in Medit. cap. 35. in princ. (a) Cap. 37. prop. fin. (b) 1. Petr. 2. (c) Psalm. 118.

jar de la buena doctrina delante, mas no me da gana de comerlo. Y no solo no bastaba aquella ley escripta para curar la dolencia de nuestro apetito (que es el atizador de los pecados), mas en parte la acrecentaba; porque es tal su naturaleza, que la prohibicion de las cosas le acrecienta mas el deseo dellas. Y así dijo aquella mala mujer en los Proverbios (*a*): Lo que se bebe á hurto es mas sabroso; y el pan que se come en escondido mas suave. Y por esta causa dice el Apóstol (*b*), que aquella ley escripta, no solo no era remedio de los pecados, mas ántes era atizadora dellos: no por culpa de la ley que era sancta, sino por la perversidad de nuestro apetito, el cual tomaba ocasion del bien para crecer en el mal. En lo cual se ve cuán grave y cuán mortal era la dolencia del género humano. Porque el peor estado á que puede llegar una dolencia, es cuando no solamente no recibe mejoría con los remedios, sino ántes empeora. Pues tal era la dolencia espiritual del género humano, la cual hacia de la medicina ponzoña, y acrecentaba el mal con el remedio dél, pues de la ley que fué dada para remedio de pecados, se seguia por ocasion de la prohibicion, mayor deseo dellos.

§. II.

De la necesidad de la divina gracia para ablandar nuestra dureza.

Pues por esta causa, como las obras de Dios sean perfectas, y su providencia no falte en las cosas necesarias á sus criaturas, y mucho ménos al hombre criado á su semejanza, no era razon faltase á una tan grande necesidad como esta: sin lo cual por demas habia sido criada una tan noble criatura; pues sin el remedio deste mal no viviera por razon como hombre, sino por apetito como bestia. Pues este remedio prometió Dios al mundo por clarísimas palabras diciendo por Hieremías (*c*): Llegarse ha un tiempo en el cual haré un nuevo pacto y asiento con la casa de Judá y de Israel, no como aquel que hice con sus padres, cuando los saqué de la tierra de Egipto. Mas este concierto será que pondré mi ley en sus corazones, y escribirla he en sus entrañas, y serán los hombres enseñados por Dios. Hasta aquí son palabras de Dios por su Profeta. Este era pues el principal remedio que tenia nuestra dolencia, que era venir á ser enseñados por el espíritu de Dios, el cual mediante su gracia y sus dones, purifica nuestras ánimas, ablanda la dureza de nuestros corazones, y esfuerza nuestra flaqueza, y no solo nos enseña lo que debemos hacer, sino, lo que hace mas al caso, danos voluntad y fuerzas para lo hacer. Y esto es lo que significa el escribir Dios su ley en nuestros corazones, criando en ellos un entrañable amor de Dios y de sus mandamientos, y juntamente con esto, odio capital contra los pecados. Esta tan grande gracia se guardaba para el tiempo de la venida del Salvador al mundo, la cual él nos mereció por aquel grande sacrificio de su pasion. Por lo cual dijo Sant Juan (*d*), que la ley fué dada por Moisen; mas la gracia y la verdad fué hecha por Cristo.

§. III.

Diversidad de los sacramentos de la ley de gracia y sus efectos.

Pues viniendo á nuestro propósito, esta es una propria y singular excelencia de la religion cristiana, que ella sola tiene sacramentos, que son los instrumentos por los cuales se da este nuevo espíritu y esta gracia. Y porque son diversas las necesidades del ánima, son tambien diversos los sacramentos que las remedian. Porque así como el cuerpo humano primero nace y despues de nacido crece y se mantiene, y muchas veces enferma y adolece: así tambien en las ánimas se hallan estas mudanzas. Porque primero nacen en la vida nueva despidiendo la vieja; y para este nacimiento sirve el sacramento del sancto baptismo, donde se nos infunde aquella agua limpia de la gracia, que purifica tan perfectamente todas las inmundicias y pecados de la vida pasada, que no queda della cosa que tenga razon de culpa: así como en la cosa que se engendra de otra, como el pollo del huevo, no queda nada de aquello de que se engendró. Y por eso este sacramento quita juntamente con la culpa la pena que por ella se debia.

Otro sacramento hay para cobrar fuerzas espirituales, y ser constante en la confesion de la fe. Otro hay para mantener y sustentar el ánima en la buena vida, y tambien para crecer y aprovechar en ella, que es el sacramento del altar; el cual es pasto y mantenimiento, no para engrosar los cuerpos sino las ánimas: no de la vida corporal sino de la espiritual, que es vida divina; y no de vida temporal, como la que da el manjar corporal, sino de vida eterna. Porque tal manjar, tal vida nos habia de dar. Por donde, así como un niño crece y va cada dia tomando carnes y fuerzas con el mantenimiento de la leche: así el ánima religiosa aprovecha y crece en las virtudes y fuerzas de la vida espiritual, con el uso deste divino manjar. Mas de las virtudes y efectos de este divinísimo sacramento adelante se tratará.

Otro sacramento hay que es como medicina de las ánimas: las cuales tambien enferman en su manera de vida como los cuerpos en la suya. Y para curar estas dolencias ordenó el médico del cielo con gran misericordia y providencia el sacramento de la confesion; dejando poder á los ministros de su Iglesia para la cura destas enfermedades. Y porque despues de las graves dolencias suelen quedar algunas reliquias del mal pasado, para remedio destas se ordenó el sacramento de la extremauncion, y para ayudar á los hombres en aquel paso postrero y peligroso de la muerte. Los otros dos sacramentos sirven para dos órdenes de estados que hay en la Iglesia: uno de casados y otro de eclesiásticos; y porque en ambos estados hay sus proprias cargas y obligaciones y tambien sus peligros, ordenó el Salvador dos diferencias de sacramentos para dar especial favor y socorro de gracia, acommodada y proporcionada al remedio de las necesidades y obligaciones destos dos estados. Porque no quiso el autor de nuestra salud que hubiese necesidad, que careciese de remedio particular en su Iglesia. En lo cual se ve ser esta religion perfecta y instituida por Dios, y todas las otras mancas y imperfectas; pues sola esta comprehende todo lo necesario para nuestra salvacion. Mas la eficacia y virtud destos sacramentos adelante se verá, cuando trataremos de los efectos que obra en las ánimas esta sanctísima religion.

CAPITULO VII.

De la quinta excelencia de la religion cristiana: que es el favor grande que promete á la virtud, y el disfavor y castigos grandes que amenaza á los vicios.

Entre las cosas principales que ha de tener la verdadera y perfecta ley es dar grandes favores á los buenos y

(*a*) Prover. 9. (*b*) Rom. 4. (*c*) Hier. 31. (*d*) Joan. 1.

grandes disfavores y castigos á los malos. Porque como el fin de la ley sea refrenar y extirpar los vicios, y hacer á los hombres virtuosos, para esto conviene que la virtud sea muy privilegiada, y favorescida y galardonada, y el vicio muy aviltado y desfavorecido; para que así los hombres con amor de lo uno y temor de lo otro, aborrezcan el vicio y amen la virtud. Por lo cual dijeron muchos sabios que pena y premio eran las dos pesas con que el reloj de la república humana andaba concertado, cuando ni á los malos faltaba castigo ni á los buenos galardon. Por donde cuanto una ley tuviere mas desto, tanto será mas perfecta. Pues cuanto á este punto tan principal, ¿qué rio de elocuencia bastará para declarar los favores, y galardones, y motivos grandes que la religion y ley de los cristianos propone á los buenos, así en esta vida como en la otra, y los disfavores y castigos con que amenaza á los malos? Quien esto quisiere saber de raiz, lea la sancta Escriptura (*a*), y hallará que toda ella se resuelve en tres cosas que son, mandar, prometer y amenazar. Manda ó aconseja lo que debemos hacer, promete galardon al que lo cumpliere, y amenaza castigo á quien lo quebrantare; y destas tres cosas lo que manda es poco, mas lo que promete ó amenaza es mucho. Y las historias sagradas son la verificacion de lo uno y de lo otro. En el libro que escribimos de *Guia de pecadores*, están escriptos doce singulares privilegios que tiene nuestro Señor concedidos á los buenos en esta vida, demas de la bienaventuranza de la gloria que les tiene aparejada en la otra, donde remito al que los quisiere saber.

Pués ¿qué diré de las palabras tan dulces con que el mismo Señor en las sanctas Escripturas promete su favor y amparo á los buenos? En ellas dice (*b*), que quien á ellos toca, toca á él en la lumbre de los ojos; y que sus ojos tiene siempre puestos sobre ellos, y sus oídos en las oraciones dellos (*c*). Y que él mismo los trae en su seno (*d*), y en sus brazos. En ellas dice (*e*) que á sus ángeles tiene mandado que los traigan en las palmas de las manos, para que no tropiecen sus piés en alguna piedra (*f*); y que si cayeren en tierra, no se lastimarán, porque él pondrá su mano debajo sobre que caigan (*g*). Y que múy bien puede la madre olvidarse de su hijo chiquito; mas que nunca en él caerá olvido de los suyos, y que él tiene contados uno por uno todos sus huesos (*h*), y ninguno dellos será quebrantado. Y aun mas añade en el sancto Evangelio (*i*), que tiene contados todos los cabellos de su cabeza, y que ni uno dellos les faltará. Pues ¿quién no ve cuán grandes sean estos favores que aquí se proponen de presente á la virtud? Y esto es lo que el mismo Señor promete en el Evangelio, diciendo (*k*) que quien por él dejare los bienes temporales desta vida, recebirá en ella ciento tanto mas de lo que dejó, y despues la vida eterna. Preguntará alguno ¿cómo sea esto posible, pues muchos de los que mucho dejaron por Dios, vivieron y murieron pobres en esta vida? A esto se responde, que no paga Dios los servicios que se le hacen en esta tan baja moneda de metal que usan los hombres, sino en otra moneda espiritual y divina, conforme á su grandeza, que es con tales mercedes y dones de gracia, que pudo con mucha verdad decir el Profeta (*l*): Mas vale un poquito de lo que Dios da al justo, que las grandes riquezas de los pecadores. Lo cual no solo es verdad por razon de la ventaja que hacen las cosas espirituales á las temporales, sino tambien porque dan al hombre mayor contentamiento, mayor descanso, mayor paz y alegría que la posesion de todos los bienes del mundo: de tal modo, que el que estos favores recibiere, pueda con verdad decir, que vale cien veces mas esto que recibió, que todo lo que por amor de Dios dejó. Esto respondió un discípulo de Sant Bernardo, que por su predicacion dejó un grande estado, y á la hora de la muerte confesó que estimaba cien veces mas que todo cuanto habia dejado, el alegría de la esperanza de su salvacion que Dios entónces le diera. Esto tambien responderá Sant Francisco con toda su desnudez y pobreza. Y así andando él en medio del invierno muy mal vestido y desabrigado, y diciéndole un hermano suyo por escarnio: Francisco, véndeme una gota de ese sudor, el Sancto respondió: Yo lo tengo muy bien vendido á mi señor.

Estos y otros muchos favores (que no se pueden en pocas palabras referir) son dones y gracias prometidas á los buenos para esta vida; mas el galardon de la otra ¿quién lo explicará, pues el Apóstol (*m*) que lo vió, no se atrevió á declararlo? Mas sabemos que él será conforme á la magnificencia de aquel Rey soberano, cuyas riquezas no se pueden estimar: el cual galardon es tan digno de ser deseado, que (como dice Sant Augustin) (*n*) si fuese necesario sufrir cada dia nuevos tormentos, y padecer por largos tiempos las mismas penas del infierno, todo esto sería bien empleado por gozar de tan grande bien.

Pues allende deste galardon, ¿quién tendrá palabras para explicar otros motivos que los cristianos tienen para aborrecer el pecado, y amar la virtud? Porque aquí entran innumerables ejemplos de sanctos, de vírgines, de confesores y de mártires, los cuales se dejaron hacer mil pedazos, por no estar una sola hora en pecado y en desgracia de su Criador. Y sobre todo esto, qué tan grande sea el motivo que tenemos, así para amar á este Señor como para aborrecer el pecado en la sagrada pasion, ¿qué entendimiento lo podrá comprehender, y qué elocuencia bastará para lo explicar? Por lo cual todo se ve cuán grandes sean, no solo los favores, sino tambien los motivos que los cristianos tienen para abrazar la virtud.

Mas por el contrario, cuán grandes sean los disfavores con que abate y condena los vicios, no se puede ni con muchas palabras declarar. Quien algo desto quisiere saber, lea el capítulo veinte y ocho del Deuteronomio (*o*), donde hallará tan terribles y espantosas maldiciones, y azotes con que amenaza Dios á los quebrantadores de su ley, que le dejarán atónito y espantado, y le darán á conocer cuán grande mal sea el pecado y cuán grande el odio que Dios le tiene, y cuán grande el rigor con que lo castiga, y lo mismo hallará en el capítulo v y vi de Ezequiel (*p*). Y demas desto traiga á la memoria los extraños castigos que dende el principio del mundo tiene Dios hechos contra los pecados (de que están llenas todas las historias sagradas); pues vemos que un pecado de desconfianza de su pueblo castigó Dios (*q*) trayéndolo desterrado cuarenta años por un desierto, donde no habia cosa en que poner los ojos, sin que la oracion de Moisés, ni el arrepentimiento del mismo pueblo bastase para revocar esta sentencia. Callo aquí el castigo de la desobediencia de nuestros primeros padres (*r*); callo el cas-

(*a*) Deut. 27. 28. etc. (*b*) Zachar. 2. (*c*) Psalm. 33. (*d*) Oseæ. 11. (*e*) Psalm. 90. (*f*) Psalm. 36. (*g*) Esai. 49. (*h*) Psalm. 33. Luc. 12. et 21. (*k*) Matth. 19. (*l*) Psalm. 36.

(*m*) 1. Cor. 2. 2. Cor. 12. (*n*) August. in Manuali. cap. 15. Append. tom. 9. (*o*) Deuter. 28. (*p*) Ezech. 5. 6. (*q*) Deuter. 1. (*r*) Genes. 3.

tigo de aquel diluvio universal (*s*) enviado por los pecados, y el de la soberbia de aquel hermosísimo ángel (*t*), por el cual se hizo el peor de los demonios, y también la destruicion de Jerusalem que hasta hoy dia dura, y la de Babilonia, de Ninive y de otras grandes ciudades que por pecados fuéron asoladas; porque esto sería nunca acabar. Basta decir, que sobre todos estos castigos, les está guardada la pena del infierno que durará para siempre, en la cual eternalmente estarán privados de un bien infinito, que es la vision beatífica de Dios. Y allende desta pena que llaman de daño, padecerán en el cuerpo y ánima tormentos de fuego, no fuego espiritual (como algunos ignorantes podrian imaginar), sino verdadero fuego material como este nuestro, aunque tiene otras propriedades, porque no mata como este, mas atormenta las ánimas, lo cual no hace este. Pues segun esto, ¿qué mayores favores se pudieran prometer á la virtud, y qué mayores disfavores al vicio que los susodichos? Lo cual todo declara cuán grande sea en esta parte la excelencia de la religion cristiana, que tan grandes bienes propone á la virtud, y tan grandes amenazas y disfavores al vicio.

CAPITULO VIII.

De la sexta excelencia de la religion cristiana, que es la perpetuidad y constancia della en todos los siglos dende el principio del mundo.

La sexta excelencia de la religion cristiana es la antigüedad, y perpetuidad, y constancia della, la cual dende el principio del mundo fué profetizada, figurada, y persevera hasta hoy. Porque dado caso que en la ley de gracia nos explicó muchos misterios aquel Señor que vino á este mundo á ser, no solo redemptor, sino tambien nuestro doctor y maestro (como los profetas lo testifican) (*a*), mas todavía ellos tambien creyeron y profetizaron todo lo que este celestial maestro mas claramente nos enseñó, junto con los misterios de la nueva ley de gracia. Y por esto siempre fué una la fe que corrió por todas las edades del mundo, habiendo sido por tantas vias combatida. Porque ¿quién podrá explicar con cuántas máquinas de tormentos, nunca vistos ni imaginados, pretendieron los monarcas del mundo derribar y desterrar de los corazones de los hombres esta fe? Y despues destos, ¿por cuántas vias los herejes con razones humanas pretendieron corromperla? Mas ella siempre perseveró en su misma pureza, como una firme roca en medio de la mar, que desprecia todos los combates de los vientos y ondas. Y todos los herejes con sus herejías se desvanecieron y deshicieron como humo, y ella siempre quedó entera; porque estaba fundada sobre firme piedra, que es el amparo y la proteccion divina. Y por esto las puertas del infierno (que son todas las fuerzas y artes de los demonios, y todo el poder del mundo) no prevalecieron contra ella (*b*). Lo cual es un grande argumento é indicio de su verdad. Porque (como ya dijimos) la verdad es siempre una y de una manera; mas la mentira que se desvía del blanco de la verdad puede ser de infinitas maneras. Lo cual se ve claro en los desventurados herejes de nuestros tiempos, entre los cuales (con no haber muchos años que comenzaron) se han levantado ya ciento y diez y ocho sectas diferentes, que son ya mas que las lenguas de Babilonia. Y de aquí es lo que se cuenta de un señor de Alemaña: el cual siendo preguntado qué fe tenian ciertos pueblos sus vecinos, respondió que el año pasado habian tenido tal manera de fe, mas no sabía la que tenian el año presente. Esta es pues la condicion de la mentira, ser inconstante y varia: lo cual se ve cuán ajeno sea de nuestra sanctísima religion.

Y es cosa maravillosa ver el celo que en todas las edades han tenido los Padres de la Iglesia en conservar esta pureza y sinceridad de la fe. Porque por una duda que se levante acerca de algun artículo della, procuran juntar un concilio universal de todos los prelados, y todos en comun, invocada primero la gracia del Espíritu Sancto, tratan con grande peso y acuerdo esta duda, y determinan lo que se debe tener y creer. Y no contentos con esto, tiene la Iglesia diputados jueces para las cosas tocantes á la fe: los cuales en ninguna otra cosa entienden, ni de otras causas tratan sino de las que tocan á la fe. Lo cual todo procede, no solo de la divina Providencia, que por medios tan convenientes gobierna su Iglesia, sino tambien porque la fuerza y hermosura de la verdad echa fuera sus resplandecientes rayos, con los cuales aprueba y justifica á sí misma, y enamora tanto á sus guardadores, que los hace tener estos tan grandes celos de su pureza virginal.

No vemos estos celos ni esta manera de providencia en las sectas, ó religiones falsas que se han levantado en el mundo. Y así se maravilla Sant Augustin (*c*), viendo cómo entre los gentiles, cada filósofo pintaba á Dios y á la religion como se le antojaba, y no por eso habia prohibicion ni castigo dello. Solo Sócrates fué sentenciado á muerte, porque confesaba un solo Dios, y negaba los otros. Y Anaxágoras fué desterrado de Aténas, por haber dicho que el sol era una piedra resplandeciente. De lo cual se maravilla mucho Sant Augustin (*d*), porque en esa ciudad estuvo en gran reputacion el Epicuro, el cual quitando la inmortalidad de las ánimas, y con ella la divina Providencia, y poniendo la felicidad del hombre en el deleite, totalmente pervirtió toda manera de religion. Porque ¿á qué propósito habia de ser un hombre virtuoso, si Dios ninguna cuenta tenia con la virtud, y el ánima moria juntamente con el cuerpo? Mas con ser este error tan pestilencial, nunca por eso este bestial filósofo perdió un cabello, ántes tenia muchos fautores y seguidores desta blasfemia. Pues ¿qué diré de Plinio? El cual en la historia natural dirigida al emperador Vespasiano, luego en el principio niega la Providencia, y adelante la inmortalidad del ánima: con lo cual totalmente destruyó la religion y culto de Dios. Porque si en esta vida ni en la otra espero nada de Dios, ¿para qué lo tengo de honrar? Y con todo esto, publicado un libro con esta tan gran blasfemia, nadie le dijo: Mal dices; ni por eso perdió nada. En lo cual se ve la vanidad de aquella secta, y lo poco en que sus seguidores la tenian, pues tan mal la celaban. Los grandes tesoros guárdanse con gran diligencia; mas los que así no se guardan, indicio es que no son tenidos por tales.

Tampoco los judíos tenian estos celos de la verdad de su religion; porque entre ellos era tenida en veneracion la secta de los saduceos, los cuales eran tan materiales y groseros, que no creian que habia mas de lo que se conocia por los sentidos; y así decian,

(*s*) Genes. 7. (*t*) Isai. 14. (*a*) Esai. 55. Joel. 2. (*b*) Matth. 16.

(*c*) Aug. de Civ. Dei, lib. 8. cap. 3. tom. 5. (*d*) Idem, et ibid. lib. 18. cap. 41.

que ni habia ángeles (e), ni espíritus, y sobre todo negaban la resurreccion, la cual negada síguese lo que concluye el Apostol (f): Si no se espera resurreccion de los muertos, comamos y bebamos, porque mañana morirémos.

Tampoco los moros tuvieron estos celos de la verdad de su secta. Porque Averrois, comentador de Aristóteles, que era moro, niega la inmortalidad del ánima: lo cual destruye totalmente la religion. Y asimismo dice, que mejor trató Aristóteles del último fin y felicidad del hombre que Mahoma. Porque Aristóteles puso la felicidad del hombre, en la mas excelente de sus obras, que es en la contemplacion de Dios; y Mahoma la puso en la mas sucia obra que puede haber, que es en comer, y beber, y mozas vírgines, haciendo del Paraíso un lugar de malas mujeres. Y porque este engañador vió que donde habia comer y beber, habia de haber excrementos, y superfluidades del vientre, por no poner en el cielo muladar para esto, dijo, que por via de sudor se despidirian estas superfluidades. Pues ¿qué cosa mas para reir? En lo cual se ve, que no babla en esta materia por metáforas (como algunos moros mas discretos dicen, avergonzados con la deshonestidad deste su paraíso), sino que realmente lo entendió como las palabras suenan; pareciéndole que no habia otro cebo mas sabroso para atraer á sí los hombres carnales y deshonestos que este. El cual yerro es tan bestial, y tan contrario á toda filosofía, que necesariamente habia de creer este tan grande filósofo, que no era verdadero profeta, sino engañador, quien puso en su Alcoran un tan sucio paraíso como este. Mas ni estos filósofos fuéron por esto acusados, ó condenados. Lo contrario de lo cual vemos en la religion cristiana; pues no consiente menoscabarse una tilde de la fe que profesa, sin que pase por el fuego quien la quisiere alterar. Lo cual es grande argumento de la verdad; pues ella, segun dijimos, con su propria dignidad y hermosura así se hace celar y estimar.

CAPITULO IX.

De la séptima excelencia de la religion cristiana, que es la dignidad de la sagrada Escriptura, en que ella se funda.

La séptima excelencia de la religion cristiana es la dignidad y pureza de la sagrada Escriptura, que nos persuade y exhorta la buena vida, y nos da reglas y avisos para saber agradar á Dios. Para tratar del fructo y de las alabanzas desta Escriptura, eran menester tantos libros cuantos ella tiene; porque cada uno merecia su propria alabanza. Mas pasando de corrida por esta materia, y comenzando por los cinco libros de la Ley, entre otras muchas cosas que hay de mucha consideracion, una dellas es ver de cuántas invenciones usó este gran profeta (a), que hablaba con Dios cara á cara, para inducir á los hombres á la guarda de la ley divina. Porque primeramente él ayunó cuarenta dias, estando con Dios en el monte, y alcanzó dél esta ley escripta en unas tablas de piedra con el dedo del mismo Dios, para mayor autoridad y estima della. Despues mandó guardar estas dos tablas dentro del arca del Testamento, sobre la cual estaba el propiciatorio, que era el lugar de mayor veneracion que habia en aquel pueblo. Tras desto prometió inestimables favores y prosperidades á los guardadores de la ley (b), y tan grandes maldiciones y amenazas á los quebrantadores della, que hacen temblar las carnes de quien las lee. Allende desto, mandó al pueblo que entrado en la tierra de promision (c) levantase unas grandes piedras en el monte Hebal y las allanasen con cal, y edificase junto á ellas un altar, y escribiese en estas piedras clara y distinctamente las palabras de la ley de Dios, para que cuantos hombres por allí pasasen, viesen escritas las leyes que habian de guardar. Y á esta diligencia añadió otra muy principal (d), mandando que todos ellos trajesen en sus vestiduras unas fajas azules, las cuales les sirviesen de despertadores y memoriales de la ley que habian de guardar. Y sobre todo esto acrecentó otra diligencia, mandando que se repartiesen las doce tribus (e) en dos montes que estaban juntos: los seis tribus en el uno, y los otros seis en el otro; y que los levitas pronunciasen en particular las maldiciones de los quebrantadores de la ley, y todo el pueblo á cada maldicion respondiese *Amen*; en esta forma: Maldito el que hace algun ídolo, y lo tiene escondido en su casa; y el pueblo responderá: *Amen*. Maldito el que no honra á su padre ó madre; y el pueblo responderá: *Amen*. Maldito el que duerme con la mujer de su prójimo; y el pueblo responderá: *Amen*. Desta manera prosigue las maldiciones de los quebrantadores de los otros mandamientos con esta tan grande solemnidad y concurso de todos los doce tribus, para que con el miedo destas maldiciones y deste *Amen Amen* de todo el pueblo, temblasen los hombres de cometer culpas subjectas á tantos temores. Y como si todo esto fuera poco, encomienda el estudio y la guarda destos mandamientos con las mas encarecidas palabras que se pudieran encomendar. Porque dice así: Traerás estas palabras que yo te mando hoy (f) escriptas en tu corazon, y enseñarlas has á tus hijos, y pensarás en ellas estando en tu casa, y andando camino, y cuando durmieres y despertares del sueño; y atarlas has por señal en tu mano, y estarán y moverse han delante de tus ojos, y escribirlas has en los umbrales y puertas de tu casa. Hasta aquí son palabras del Profeta. Pues ¿quién no entenderá por todas estas cosas de cuánta importancia sea la guarda de la ley de Dios, la cual un hombre tan lleno del Espíritu Sancto por tantas vias y maneras la encomendaba? Porque no cargara tanto la mano en esta encomienda quien tanto sabía, si no viera clarísimamente lo mucho que ella nos importaba; porque sabía él muy bien que guardada esta ley, todas las prosperidades y bienes se nos entrarian por las puertas, y haciendo lo contrario todos los males. En estos mismos libros de la ley se verán claramente aquellas dos tan celebradas perfecciones de Dios, que son misericordia y justicia. La misericordia se declara con los favores inestimables que hizo á este pueblo, así en la salida de Egipto, como en todo el camino hasta conquistar la tierra de promision. Por lo cual dijo Moysen (g) que Dios habia guiado aquel pueblo y llevádolo de la manera que un padre lleva en los brazos un hijo chiquito. Mas por el contrario, la justicia se ve en los grandes azotes con que los castigaba cuando se desmandaban, sin dejar culpa sin castigo: tanto, que una vez porque adoraron el ídolo de Fogor (h), fuéron muertos á hierro en un dia veinte y cuatro mil hombres. Y como si esto fuera poco, mandó ahorcar todos los príncipes del pueblo, porque no estor-

(e) Act. 23. (f) 1. Cor. 15. (a) Exod. 33. (b) Deut. 28.

(c) Deut. 27. (d) Num. 15. (e) Deut. 27. (f) Deut. 6. (g) Deut. 1. (h) Num. 25.

baron aquel pecado. En lo cual se ve claramente la grandeza destas dos tan señaladas perfecciones de Dios, que son misericordia y justicia, sin que la misericordia sea parte para impedir la justicia, ni la justicia á la misericordia. En lo cual se ve cuán admirable y cuán perfecto sea Dios, así en la una virtud como en la otra.

§. I.

Vense estas dos divinas perfecciones en los favores y castigos del Sancto rey David, y de la excelencia de los Psalmos.

Pues si el hombre pasare de aquí á las historias sagradas, en ellas verá el cumplimiento desta verdad. Porque en ellas hallará tan grandes prosperidades y favores hechos por Dios á los buenos, y tan grandes azotes y calamidades enviadas para castigo de los malos, que le causarán grande admiracion y espanto, y le darán á entender cuán grande sea el amor que Dios tiene á los buenos, y cuánto el aborrecimiento á los malos, en cuanto malos; cuán grande el precio en que tiene la virtud, y cuánto el odio que tiene á los vicios. Y por no traer desto muchos ejemplos, en solo el rey David se ve lo uno y lo otro. Porque los favores que le hizo siendo él fiel á Dios, las victorias y señoríos y riquezas que le dió, las mercedes grandes que para todos sus descendientes le prometió, ¿quién las encarecerá? Mas por el contrario(*i*), cuando se desmandó en tomar la mujer ajena, ¿con qué azotes lo castigó? Porque primeramente así como él desobedeció á Dios, así permitió que todo su reino se rebelase contra él, y tomasen las armas para quitarle juntamente el reino con la vida: que es la postrera calamidad que á un rey le puede venir. Por donde le fué forzado salir de Hierusalem (*k*), y subir por una ladera de un monte él y todos los suyos, los piés descalzos, cubiertas las cabezas y llorando: donde un enemigo suyo dende lo alto del monte le deshonraba llamándole tiranno, y usurpador del reino ajeno, y derramador de sangre, y que por sus pecados le enviaba Dios aquel azote (*l*). Y demas desto, por una mujer que él deshonró en secreto, de su vasallo, permitió que su proprio hijo, en presencia de todo el mundo le deshonrase diez mujeres suyas (*m*); y por el vasallo que mandó matar, demas de la muerte del hijo adulterino, murieron tres hijos suyos á hierro (*n*); y la muerte del uno (que fué el levantado contra él) sintió tanto (por ver que moria en pecado mortal y se iba al infierno), que con muchas lágrimas y llantos protestó que mucho mas quisiera él morir que ver la muerte de aquel hijo. Y todo esto padeció despues de mucha penitencia y muchas lágrimas derramadas por aquel pecado. Y porque otra vez envanecido con soberbia mandó contar la gente de guerra que en su reino tenia, le mató Dios en un dia sesenta mil vasallos (*o*), y matara muchos mas, si con grandes lágrimas y gemidos, y con ofrescerse él á la muerte por todos, no aplacara á Dios. Pues quien estas sagradas historias leyere, no podrá dejar de ver cuánta razon tiene el hombre para amar y procurar la virtud, á la cual tantos favores están aparejados, y aborrecer el vicio, que con tantos azotes y calamidades es castigado. En lo cual tambien se ve cuánto mas nos ayudan estas letras sagradas para el conocimiento de Dios, que toda esta fábrica del mundo, pues nos dan mas distincto conocimiento de su bondad y justicia, y del grande amor que tiene á los buenos, y aborrecimiento á los malos que toda ella; el cual conoscimiento nos mueve grandemente al amor y temor deste Señor.

(*i*) 2. Reg. 11. (*k*) 2. Reg. 15. (*l*) 2. Reg. 16. (*m*) Ibid.
(*n*) 2. Reg. 12. 13. et 18. 3. Reg. 2. (*o*) 2. Reg. 24.

Síguense luego los Salmos: los cuales nos enseñan á alabar á nuestro Criador, y darle gracias por sus beneficios, y pedirle socorro para nuestras necesidades, y nos dan mas claro conocimiento dél, representándonos la excelencia de sus obras, así las de naturaleza, como las de gracia (de que tratan cuasi todos los salmos), para despertar con esto en nuestros corazones amor, y temor, y reverencia de tan grande majestad: que son las cosas en que señaladamente consiste la summa de la filosofía cristiana. Porque toda ella se resuelve en dos cosas: la primera en esclarecer nuestro entendimiento con el conocimiento de nuestro Criador; y la segunda en encender en nuestra voluntad amor y temor de su sancto nombre. De las cuales dos cosas, la primera se ordena á la segunda como á su fin y cosa mas principal. Porque conocimiento solo de Dios, sin correspondencia de la voluntad, poco nos puede aprovechar. Pues á esta segunda parte de la voluntad, como á cosa mas principal, se ordenan todos los salmos. Y por esta causa quiso la Iglesia que siempre los trajésemos en la boca de noche y de dia, y que con ellos nos acostasemos, y levantasemos, y comiesemos, y cenasemos, para que con este tan continuado ejercicio añadiésemos siempre fuego á fuego, lumbre á lumbre, y devocion á devocion, y así creciésemos en el amor y temor de nuestro Criador.

§. II.

De los libros Sapienciales, Profetas y Evangelios.

Despues de los Salmos se siguen los libros que llaman Sapienciales: de los cuales no diré mas de que son una filosofía moral, ordenada, no por Aristóteles ni Platon, sino por el Espíritu Sancto: en la cual, sin divisiones, ni difiniciones, ni silogismos, y sin variedad de opiniones, somos enseñados á regir y ordenar nuestra vida, así en el tiempo de la adversidad, como de la prosperidad: donde son tantos los avisos y consejos que se nos dan, que ninguna parte de la vida queda sin sus proprios documentos y doctrinas. En ellos son inducidos los hombres por muchas razones á ser justos, y se declara con qué género de obras lo hayan de ser, que es la summa de toda la filosofía cristiana. Los cuales libros habian de traer siempre en el seno los que desean acertar á bien vivir; porque en ellos hallarán luz para sus entendimientos, devocion para sus voluntades, medicina para sus llagas, y documentos saludables para ordenar sus vidas. Tienen tambien estos libros otra excelencia, que es, no haber en ellos un renglon que no tenga alguna señalada y provechosa sentencia. En otros libros á veces es menester pasar muchas hojas para hallar un buen bocado; mas aquí no hay cosa que no sea de precio, no hay cláusula que no sea una muy saludable sentencia, y una perla preciosa; porque estos libros parece que fuéron una breve recapitulacion de toda la sagrada Escriptura.

Síguense despues los Profetas: los cuales como tratan de las cosas que están por venir, tienen por principal oficio prometer grandes favores á los guardadores de la ley de Dios, y amenazar grandes y extrañas calamidades á los quebrantadores della, como se ve en toda su escriptura, y particularmente en el capítulo quinto y sexto de Ezequiel (de quien arriba hecimos mencion) (*p*), donde

(*p*) Ezech. 5. 6.

verá el lector tan grandes amenazas de Dios contra los malos, que aunque tenga corazon de piedra le dejen espantado y atónito. Con la primera destas dos cosas (que son las promesas) pretenden los profetas inclinar los corazones de los hombres al amor de Dios y de la virtud; y con la segunda (que son las amenazas) al temor de su justicia y aborrecimiento del pecado. Mas si alguno supiere bien filosofar en esta materia, hallará que no ménos mueven todas estas amenazas al amor de Dios, que las promesas; pues lo uno y lo otro nace de una misma raiz, que es la inmensa bondad de Dios, á la cual no ménos pertenece aborrecer y castigar los malos, que amar y galardonar los buenos; y pues lo uno y lo otro nos declara la grandeza de aquella summa bondad, y esta es el mayor estímulo y motivo que tenemos para amar á Dios, síguese que no es menor motivo para amarle la terribleza de sus amenazas, que la grandeza de sus promesas.

En esta misma escriptura por otra via se nos descubre tambien la grandeza de la divina bondad, y el deseo que tiene de la salvacion de los hombres, pues tantos profetas les enviaba unos sobre otros, para que les declarasen la grandeza de sus culpas, y la ira y castigo que les estaba aparejado, si no se enmendaban. Y no contento con declarar esto con gravísimas palabras, buscaba nuevas invenciones con que esto se les representase mas á la clara. A Hieremías (*q*) mandó que anduviese con unas cadenas al cuello, para representar las prisiones y cautiverio que por sus culpas habia de padecer, y que quebrase en presencia dellos unas tinajuelas de barro (*r*), para representar su destruicion. A Esaías (*s*) mandó andar desnudo para representar de la manera que habian de ser llevados cautivos y desnudos á tierras de sus enemigos. A Ezequiel (*t*) mandó rapar la barba, y repartir los pelos della en tres partes, y quemar la una parte en presencia del pueblo, y despedazar la otra, y esparcir la tercera por el aire, y desenvainar una espada contra ella: para declarar con esta representacion la diversidad de los azotes y calamidades con que el pueblo habia de ser castigado. Todos estos ensayos nos muestran por una parte la grandeza de la bondad de Dios, que por tantos medios procuraba apartar los hombres del pecado, y suspender el castigo de su ira; y por otra la grandeza de su justicia, la cual ejecutaba todas estas amenazas, si los hombres no desistian de sus malas obras.

Mas entre otras cosas, una de las mas admirables es, la fuerza del espíritu y la grandeza de la elocuencia con que estos hombres divinos afeaban y encarecian las ofensas de Dios. Lea quien quisiere los primeros catorce capítulos de Hieremías, y si supiere algo de los preceptos de los oradores, verá cómo este grande orador, enseñado por el Espíritu Sancto, trata esta causa de Dios contra los malos con tanta elocuencia, con tales palabras, con tantas exclamaciones, con tanta variedad de figuras y de razones; ya con halagos, ya con amenazas, ya con ejemplos de otras naciones, ya con ponerles ante los ojos la fealdad de sus idolatrías y desvergüenzas, y juntamente los beneficios divinos, que ni Tulio ni Demóstenes usaran ni de tanta variedad de figuras, ni de tantas sentencias como este profeta usó: elocuente sin elocuencia, artificioso sin artificio, porque tenia al Espíritu Sancto por maestro: el cual le daba primero el sentimiento de aquellos tan grandes males, y despues las palabras y elocuencia proporcionada al sentimiento que tenian. Y

(*q*) Hier. 27. (*r*) Idem. 19. (*s*) Esai. 20. (*t*) Ezech. 5.

así lo uno como lo otro excede tanto la facultad humana, que era imposible llegar aquí un hombre, mayormente no ejercitado en las sciencias humanas (cuales eran comunmente los profetas), si no estuviera lleno del espíritu de Dios; el cual le daba este tan extraño dolor y sentimiento de las culpas cometidas, y junto con esto palabras y figuras con que pudiese explicar lo que sentia.

Mas la doctrina de los sanctos Evangelios ¿quién se atreverá ó podrá dignamente alabar? Porque las otras doctrinas nos dió nuestro Señor por boca de sus siervos, mas esta nos dió por su unigénito Hijo, que nos fué enviado por doctor y maestro del mundo; en cuyos labios, dice el Profeta (*v*) que fué derramada la gracia del Espíritu Sancto, por razon de la excelencia de su doctrina. Pues la primera cosa que notamos en ella es su sanctidad y pureza; la cual quitó luego todas aquellas permisiones y licencias que daba la ley, como era tener muchas mujeres, y darles libelo de repudio, y dar á usura á los extraños, segun que arriba dijimos (*x*). En esta doctrina verémos con cuánta razon el profeta Esaías (*y*) entre los otros nombres llamó á Cristo Consiliario; porque él nos habia de dar por obra y por palabra todos aquellos consejos que arriba declaramos (*z*), en los cuales consiste la perfeccion de la vida evangélica. En esta misma doctrina (*a*) pronuncia por bienaventurados á los pobres de espíritu, á los misericordiosos, á los mansos, á los pacíficos, á los limpios de corazon, á los que tienen hambre y sed de justicia, que es de hacer lo que deben al servicio de su Criador; á los que lloran sus pecados y tambien los ajenos, y á los que padecen persecuciones, y maldiciones, y injurias por cumplir con las leyes y obligaciones de justicia. Aquí (*b*) se encomienda la mortificacion de todas las aficiones demasiadas de padres, de parientes, de amigos, de honras, de dignidades y de todos los bienes temporales desta vida. Aquí se destierra el amor proprio, y se encomienda el odio sancto de sí mismo (*c*), que es de las malas inclinaciones. Aquí nos enseña este Señor traer sojuzgada y sopeada la carne para vivir conforme á las leyes del espíritu, cuando dice (*d*): Quien quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz y sígame. Porque el que ama desordenadamente su vida, la perderá; y el que la perdiere por amor de mí, la ganará. Aquí nos manda tener simplicidad de palomas (*e*), prudencia de serpientes, mansedumbre de corderos, y humildad de niños. Aquí se nos encomienda con grande instancia la pureza de la intencion en las buenas obras que hacemos, y que con toda diligencia huyamos el peligro de la vanagloria, que es muy grande, porque toma fuerzas para tentarnos con las mismas buenas obras que hacemos. Y este aviso nos da cuando ayunáremos (*f*), y cuando hiciéremos oracion, y cuando diéremos limosna; no queriendo que sepa la mano siniestra (*g*) lo que hace la diestra; y aconsejándonos que á aquellos principalmente hagamos bien, de quien no podamos esperar retorno del bien recebido.

Y no contento con enseñar por palabras el camino del cielo, él se nos representa aquí como un espejo purísimo de todas las virtudes; especialmente de humildad, de mansedumbre, de blandura, de paciencia, de misericordia, de fortaleza, de celo de la gloria de Dios, de

(*v*) Psal. 44. (*x*) Cap. 5. (*y*) Esai. 9. (*z*) Cap. 5. (*a*) Matt. 5. (*b*) Luc. 14. (*c*) Matth. 16. (*d*) Luc. 9. (*e*) Matth. 10. et 18. (*f*) Matth. 6. (*g*) Ibidem.

compasion de nuestras miserias, de deseo de nuestra salvacion, y sobre todo de caridad; la cual despues de muchos trabajos pasados por nuestro remedio, no paró hasta llegar á la Cruz. Aquí verémos cómo se muestra siempre Dios omnipotente en dar remedio á todas las enfermedades y necesidades ajenas, y hombre flaco en la defension de sus injurias (*h*): á veces escondiéndose de sus enemigos, á veces huyendo dellos, como cuando huyó á Egipto (*i*), y cuando se apartó al desierto con sus discípulos por dar lugar á la ira de sus contrarios (*k*): enseñándonos en esto, cuán poderosos y largos habemos de ser para con los prójimos, y cuán estrechos para con nosotros. Con estas virtudes se nos representa tan dulce, tan amable y tan suave; y con ellas mismas nos puso delante un perfectísimo retrato de la condicion y de las virtudes de su eterno Padre; porque cual se nos representó aquí el Hijo, tal es tambien el Padre, no ménos amable, ni ménos blando y misericordioso que él para los humildes, ni ménos severo para con los soberbios y malos.

§. III.

De las Epístolas de Sant Pablo.

Tampoco hay palabras que basten para declarar la excelencia de la doctrina que contienen las Epístolas de Sant Pablo; porque primeramente se puede con razon decir dél, que fué intérprete y comentador del Evangelio. Porque los sanctos Evangelistas no hacen mas que contar con palabras simples amigas de la verdad, la historia de la vida y pasion de nuestro Salvador, sin encarecer la grandeza de aquel misterio y beneficio. Mas sobre este canto llano envió Dios este órgano del cielo, este divino Cantor, que con una voz de ángel echase un contrapunto sobre este canto llano; con lo cual hace una tan suave música y melodía, que sumamente deleita y suspende con una maravillosa dulzura las ánimas purgadas y dispuestas para sentir la grandeza destos misterios. Porque por aquí primeramente nos descubre las riquezas (*l*) de aquella infinita bondad y misericordia del Padre Eterno, que por un tan alto medio como fué la encarnacion y pasion de su Hijo, nos quiso remediar y honrar, y resucitar de muerte á vida, y asentarnos con él en su gloria. Por aquí dice que apareció en el mundo la benignidad y blandura de nuestro Dios (*m*): no por las obras de justicia que nosotros hiciésemos, sino por sola su misericordia, por la cual nos quiso salvar. Por aquí se nos declaró la grandeza de la caridad de Cristo para con los hombres (*n*): la cual se extendió á morir, no solo por los justos, sino tambien por los pecadores; no solo por los amigos, sino tambien por los enemigos, y por aquellos mismos que derramaron su sangre; y con esto nos incita á amar á quien tanto nos amó, y á darle gracias por este summo beneficio. Y por aquí tambien nos pone un sancto y necesario temor, si fuéremos negligentes en aprovecharnos deste tan grande remedio y salud que Dios nos envió. Y no ménos por aquí esfuerza y confirma nuestra esperanza, diciendo (*o*) que pues Dios nos dió su Hijo, no habrá cosa que nos niegue por él; pues quien dió lo mas, y tanto mas, no negará lo que es mucho ménos. Y á esta misma virtud, juntamente con la caridad nos convida, cuando tantas veces nos encarece las riquezas inestimables de la gracia, y de los bienes que nos vinieron por Cristo: el cual dice, que es nuestro abogado (*p*), nuestro propiciatorio, nuestro pontífice y sacerdote, nuestra sabiduría, nuestra justicia (conviene á saber, causa de nuestra justicia), nuestra sanctificacion y redempcion. Por aquí tambien nos obliga á aborrecer con summo odio los pecados; pues ellos fuéron los sayones que pusieron al Hijo de Dios (*q*) en la Cruz. Y por esto dice que los que pecan (cuanto es de su parte) lo vuelven otra vez á crucificar. Por aquí tambien nos exhorta á la mortificacion de nuestra carne con todos sus vicios y apetitos, para corresponder en alguna manera al que por nuestro remedio consintió ser crucificada la suya (*r*). Por esto dice el mismo Apóstol, que no sabía otra cosa sino á Cristo, y ese crucificado; porque dél aprendia estas y otras semejantes liciones, con que edificaba á sí y á todo el mundo (*s*). Y por esto dice, que en ninguna cosa se gloriaba sino en sola la Cruz deste Señor; en la cual hallaba tanta luz, tanta sabiduría, tantas consolaciones, tantos estímulos de amor de Dios, tanta fortaleza para sufrir trabajos por él, y finalmente tantas riquezas de gracia, que no hacia mas caso, ni de los favores del mundo, ni de sus persecuciones, de lo que haria un hombre crucificado y muerto. Y por todas estas cosas concluye y declara cuánta sea la excelencia deste misterio, diciendo (*t*): Manifiestamente se ve cuán grande sea este sacramento de la piedad que se descubrió en la carne y humanidad del Hijo de Dios, y fué justificado por autoridad del Espíritu Sancto, y fué revelado á los ángeles, y predicado á las gentes, y creido en el mundo, y finalmente llevado á la gloria. Este es pues el contrapunto que este órgano del Espíritu Sancto echó sobre aquel canto llano de la historia sencilla del Evangelio, sacando della tan grandes motivos para conocer á Dios, y para poner en él todo nuestro amor y esperanza, y para abrazar la virtud, y aborrecer el pecado, y mortificar nuestra carne.

§. IV.

Declárase mas en particular algunas doctrinas morales del Apóstol, y lo que se requiere para entender las sanctas Escripturas.

Mas aquí es de notar que como tenga dos partes la doctrina cristiana, la una que trata del misterio de Cristo, y la otra de la institucion de nuestra vida, (que llaman doctrina moral), en ambas estas facultades es admirable este Apóstol, que fué dado por doctor de las gentes. Mas de la doctrina moral comunmente trata en el fin de cada una de sus epístolas. Y porque esta doctrina tanto es mas provechosa cuanto deciende á cosas mas particulares, por esto da reglas en ellas de cómo se han de haber los padres con sus hijos, y los hijos con sus padres (*v*), los maridos con sus mujeres y las mujeres con sus maridos, los señores con sus siervos y los siervos con sus señores, los prelados con sus súbditos y los súbditos con sus prelados. Aquí tambien declara cuáles hayan de ser los obispos, los sacerdotes, los diáconos y ministros de la Iglesia (*x*). Aquí avisa cuáles hayan de ser las mujeres casadas, cuáles las vírgines, cuáles las viudas, y de qué manera han de ser socorridas en sus necesidades. Y es cosa mucho para considerar, ver cuán proporcionados da los avisos y consejos á todas estas maneras de personas, como hombre enseñado por el Espíritu Sancto. A los

(*h*) Joan. 8. (*i*) Matth. 2. (*k*) Joan. 11. (*l*) Ephes. 2.
(*m*) Tit. 3. (*n*) Rom. 5. (*o*) Rom. 8.

(*p*) Hebr. 2. 4. 5. 1. Cor. 1. (*q*) Hebr. 6. (*r*) 1. Cor. 2.
(*s*) Galat. 6. (*t*) 1. Tim. 3. (*v*) Ephes. 5. 6. (*x*) 1. Tim. 3. Tit. 1. et 2. 1. Tim. 2. et 5. 1. Cor. 7.

ricos manda (y) que no tengan altos pensamientos, ni pongan la confianza en sus riquezas, sino en solo Dios. A los viejos aconseja que sean templados en el comer y beber, que es vicio de viejos (z), ocasionado de la comun flaqueza desta edad. A las viudas aconseja (a) que se ocupen en oraciones dia y noche, para que por esta via hallen en Dios lo que perdieron en sus maridos. Desta manera procede por todos los estados de personas, señalando á cada uno lo que propriamente mas le pertenece.

Pues por lo dicho entenderá el cristiano lector algo de la excelencia desta sancta Escriptura. Mas otro singular indicio nos da para esto el Salvador en aquellas palabras que dijo al pueblo: Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre (b), verá claro que mi doctrina es de aquel que me envió. En las cuales palabras nos da á entender que el juez entero, y sin sospecha de la verdad y excelencia de su doctrina, es el hombre que trabaja por cumplir la voluntad de Dios, guardando fielmente sus mandamientos. Porque así como para juzgar del sabor de los manjares se requiere que el paladar esté sano, así es necesario que el del ánima lo esté para juzgar la cualidad de la doctrina; porque de otra manera, así como el doliente que tiene el paladar estragado y inficionado con malos humores, no juzga bien del sabor de los manjares, así los hombres de vidas estragadas, que aman la maldad y aborrecen la virtud, no son buenos jueces de la doctrina que enseña á bien vivir: la cual condena sus malas costumbres y mal vivir. Porque ¿cómo aprobará la doctrina de la humildad el soberbio, y de la castidad el deshonesto, y de la mansedumbre el mal sufrido, y de la caridad el envidioso, y de la liberalidad el avariento? Y así leemos que predicando el Salvador contra el pecado de la avaricia (c) hacian burla dél los fariseos, por ser ellos muy tocados deste vicio. Pues por esto el juez derecho de la buena doctrina ha de ser el hombre virtuoso que tiene sano el paladar de su ánima. Y este tal quiere el Salvador que sea juez de su doctrina. Porque si al que tal fuere, pusieren delante todas las leyes que ha habido en el mundo, verá mas claro que la luz del dia que la doctrina de Cristo es la mas verdadera, mas espiritual, mas sancta, mas conforme á la lumbre de la razon que el Criador infundió en nuestras ánimas, mas honradora de Dios, mas amiga de los hombres, y mas enemiga y contraria á la carne y á todos sus apetitos, de cuantas ha habido en el mundo. Sea pues el hombre virtuoso juez desta causa, y no temerá nuestra doctrina venir á juicio ante su tribunal.

Pues por todo lo que hasta aquí se ha dicho se verá cuán grande sea esta excelencia de la religion cristiana, que es tener una tan saludable, tan católica y maravillosa doctrina para la instruccion de nuestra vida. Y juntamente con esta alabanza tiene otra, que es la verdad y sinceridad della; porque ninguna escriptura se hallará entre los filósofos, sea de Aristóteles, sea de Platon (que tuvieron los antiguos por los dos ojos del mundo), donde no haya algunos errores, de los cuales está totalmente libre nuestra filosofía. En lo cual parece ser aquella doctrina humana, y por consiguiente defectuosa como lo es el mismo hombre; y esta divina, pues está libre y exempta de todo error. Y con esta alabanza se junta otra, que es la concordia admirable del Testamento viejo con el nuevo: donde vemos que todo lo que allí se promete, aquí se cumple. Lo cual no es ménos argumento de ser esta doctrina revelada por Dios que el pasado. Pues segun esto, ¿qué tiene que ver con esta celestial doctrina el Talmud de los judíos y el Alcoran de los moros, llenos de fábulas y patrañas mentirosísimas?

Pues en este vergel de flores que nunca se marchitan podrá el hombre virtuoso espaciarse y coger dél flores olorosas y saludables, que son sentencias y doctrinas con que sepa agradar á su Criador. Esta es aquella mesa real proveida de todos los manjares de que dice el Profeta (d): Aparejaste, Señor, una mesa delante de mí, la cual me da fuerzas y substancia contra todos mis enemigos. Pues en esta mesa hallará el hombre pasto para su ánima, instruccion para su vida, medicina para sus llagas, remedio para sus tentaciones y consuelo para sus trabajos; pues, como dice el mismo Apóstol (e), todas las cosas que están escriptas, fuéron escriptas para nuestra consolacion, para que por la consolacion y paciencia que nos enseñan las Escripturas, crezcamos en la esperanza de los bienes eternos. Mas en cabo advierto, que esta leccion no es toda para todos, sino para solos los humildes y para los que están ya fundados en el estudio y conocimiento de la doctrina católica.

CAPITULO X.

De la octava excelencia de la religion cristiana, que es la pureza de vida que causa en los profesores y guardadores della.

Otra propriedad y excelencia ha de tener la religion y la ley, si es perfecta y verdadera, que ha de hacer virtuosos y buenos á los profesores della. Porque juzgamos de la religion y de la ley, como de todas las artes que se usan en la vida humana. Llamamos mejor piloto al que mejor gobierna una nao, y mejor médico y medicina la que mejor cura y sana las enfermedades. Pues como el oficio de la religion y de la ley sea honrar á Dios y hacer á los hombres virtuosos, atajando con grandes prohibiciones y penas los vicios, síguese que aquella será mas perfecta religion que mas eficaz fuere para estos efectos.

Pues esta excelencia tiene la cristiana religion sobre cuantas ha habido; y ella es de la que mas gloriosos fructos de varones sanctísimos han nacido en el mundo. Y para declarar algo desto, tratarémos primero de los fructos que produjo en la primitiva Iglesia, cuando estaba fresca la sangre de Cristo, y la memoria de sus maravillas y la doctrina de los apóstoles y varones apostólicos, que con el mismo espíritu que ellos fundaban la Iglesia y trabajaban en plantar y cultivar la viña del Señor. Mas para entender cuán grande hazaña haya sido esta, será necesario declarar el estado en que el mundo estaba ántes de la predicacion del Evangelio. El cual se entiende por lo que el Apóstol escribe á los de Efeso por estas palabras (a): Lo que os pido, hermanos, es que no vivais de la manera que viven los gentiles, que tienen escurecidos sus entendimientos con las tinieblas de la ignorancia y ceguedad de sus corazones: los cuales, perdida la esperanza de la otra vida, se entregaron á todas las torpezas y cobdicias del mundo. Este tan grande mal procedió, lo uno porque no esperaban bien ni mal en la otra vida, como aquí nota el Apóstol, y así les faltaba el freno del temor de Dios, que los apartase del mal; y lo otro porque en lugar del verdadero Dios, autor de toda sanctidad y limpieza, adoraban dioses sucísimos y deshones-

(y) 1. Tim. 6. (z) Tit. 2. (a) 1. Tim. 5. (b) Joan. 7. (c) Luc. 16.

(d) Psalm. 22. (e) Rom. 15. (a) Ephes. 4.

tísimos, en los cuales ponian todo género de torpezas y carnalidades. Y por esto no tenian por inconveniente ser tales cuales eran sus dioses. De manera que en aquel tiempo no era el mundo otra cosa sino un revolcadero y cenagal de puercos sucísimos, y una plaza de todos los engaños, y maldades, y mentiras que en el corazon humano pueden caber. Porque juntamente con la idolatría reinaban todos los vicios, de los cuales ella es causa, principio y fin, como dice el Sabio (*b*). Por lo cual el profeta Esaías (*c*) compara los hombres de aquel tiempo con dragones y serpientes, lobos, osos, leones y basiliscos; y al mismo mundo llama un desierto, un páramo y una tierra sin camino y sin labor, donde no hay sino zarzas y espinas y cuevas de serpientes y de bestias fieras.

Pues siendo tales los hombres y tal el mundo, pudo tanto la gracia de Cristo y la predicacion del Evangelio, que mudó los lobos en ovejas, y los leones en corderos, y las serpientes en palomas, y los árboles estériles y silvestres en árboles hermosos que llevasen fructos de vida eterna. En lo cual se cumplió lo que el mismo Profeta mucho ántes habia denunciado (*d*) diciendo, que el desierto se mudaria en un lugar delicioso, y la tierra yerma en vergel de deleites. Y esto hecho, añade Ezequiel (*e*), que los caminantes que por allí pasasen, maravillados desta tan grande mudanza, dirian: Aquella tierra desierta y sin labor se ha hecho un jardin de deleites, significando por estas comparaciones la hermosura y abundancia de sanctidad que en el mundo habia de florecer con la predicacion y gracia del Evangelio. Quien quisiere saber algo de esto, lea las historias eclesiásticas, que dello tratan, y las vidas de los padres del yermo y las corónicas de las órdenes; y ahí verá tan grande número de sanctos, conviene á saber, de religiosísimos pontífices, de confesores, de purísimas vírgines (que junto con la carne vencieron el mundo), y innumerables monjes, de los cuales unos vivian en la congregacion de los monasterios á manera de ángeles, y otros que apartados de la compañía de los hombres moraban en los desiertos, haciendo vida mas que humana.

Pues quien leyere las vidas destos sanctísimos padres, las cuales escribieron gravísimos autores, no querrá mayor testimonio de la excelencia de nuestra religion que lo que allí verá. Porque verá las noches cuasi enteras sin dormir y sin tener mas cama que el suelo; verá las celdas destos padres tan estrechas, que mas parecian sepulcros de muertos que aposentos de vivos; verá que no usaban de otro mantenimiento que de pan con sal y raíces de yerbas crudas; porque, como dice Sant Hierónimo (*f*), comer cosa cocida se tenia entre los monjes por cosa de lujuria. Verá una pobreza, así en el vestido como en todo lo otro, la mas estrecha que se puede imaginar. Verá un tan grande despegamiento del mundo y de todos los afectos humanos, que ni á las mismas hermanas que venian á ver sus hermanos querian ver ni hablar. Pues ¿qué diré de aquella insaciabilidad de tratar y conversar noches y dias con Dios sin cansarse ni enfadarse? ¿Qué diré de aquella fe y confianza tan grande que tenian en Dios, con la cual mandaban á los leones y á las bestias fieras y mataban los dragones y serpientes? ¿Qué diré de aquel tan grande amor de la soledad, y de aquel huir de la compañía de los hombres (cuando eran por sus virtudes y milagros estimados) por no perder un punto de aquella suavísima conversacion que tenian con Dios? Son todas estas cosas tan admirables y tan sobrenaturales, que no se podian sustentar sin ayudas sobrenaturales y sin especialísimo favor de Dios. Y por esto ellas mismas sin otros milagros dan testimonio de la excelencia de nuestra fe y religion. Mas desta materia tratarémos mas á la larga en su proprio lugar.

§. I.

Tócase la constancia de los mártires, y excelencia de las virtudes que se profesan en nuestra fe.

Otro indicio de la gran sanctidad de aquella edad dorada, es la muchedumbre de mártires que en aquel tiempo hubo, en el cual se desarraigó la idolatría del mundo, y se plantó la fe y el conocimiento del verdadero Dios. Cuán grande haya sido el número destos gloriosos caballeros, y cuán crueles los tormentos que padecieron, y cuán grandes las batallas que vencieron, y cuán gloriosamente triunfaron de los príncipes del mundo y del infierno, ni hay palabras para lo explicar, y apénas se podrá creer. Y por ser esta materia tan grande, que con pocas palabras no se puede dignamente tratar (*g*), quedará para otros lugares desta escriptura.

Pues en esta tan admirable fe y constancia de los mártires se ve cuán grande era la virtud y sanctidad de los que tales cosas padecian, por no estar un solo momento en desgracia de su Criador. Porque desta sanctidad procedia esta tan grande fortaleza, como el mismo Salvador nos enseñó; el cual despues de haber declarado en aquel divino sermon del monte los principales documentos de la vida evangélica, al cabo dijo (*h*): El que oye estas mis palabras, y las pone por obra, será semejante á un hombre que edificó su casa sobre una peña firme. Por donde siendo combatida con las crecientes de los rios, y con los torbellinos de los vientos y de las lluvias, no por eso cayó, porque estaba fundada sobre firme piedra. Esta piedra firme es la fortaleza de todas las virtudes que de la gracia proceden, y señaladamente de la caridad, de la cual se escribe en los Cantares (*i*), que las muchas aguas no podrán apagar el fuego de la caridad, ni las avenidas de los rios la anegarán. Pues ¿de dónde procedió esta tan admirable sanctidad, causadora de tan admirable fortaleza, sino de la profesion y religion cristiana, en la cual tan grandes ayudas se dan para hacer á los hombres mas que hombres, esto es, celestiales y divinos?

Alegará por ventura alguno que entre los filósofos no faltaron hombres virtuosos y continentes. A esto primeramente respondo, que no merece nombre de perfecta virtud la que no tiene por fin á Dios, y no se endereza á su gloria.

¿Qué aprovecha, dice Sant Augustin (*k*), el bien vivir, por el cual no se alcanza el bienaventurado vivir? Sócrates fué entre los filósofos muy alabado de continente, y entre sus alabanzas pone una Platon su discípulo (la cual refiere Quintiliano) diciendo, que un hermoso mancebo llamado Alcibiades se le ofreció para que usase dél como quisiese; mas que él fué tan continente que no quiso usar de aquella licencia que tan liberalmente se le ofrecia. ¡Oh admirable virtud de conti-

(*b*) Sap. 14. (*c*) Esai. 13. et 34. (*d*) Isai. 35. et 43.
(*e*) Ezech. 36. (*f*) In vit. PP.

(*g*) Infr. cap. 13. y del 16. adelante. (*h*) Matth. 7. (*i*) Cant. 8.
(*k*) De Divers. tract. 1. de Discip. Christ. cap. 1. tom. 9. et de Ver. D. Sec. lo. serm. 64. cap. 1. tom. 10. et contr. Acad. lib. 1. cap. 2. tom. 1.

nencia, no querer usar del vicio por el cual hoy dia se queman los hombres! ¡Qué virtud y qué alabanza es tan estimada, carecer de un vicio tan abominable! Tambien podrán alegar la continencia de las vírgines vestales que habia en Roma. ¿Qué tiene que ver esto con millares de vírgines nobilísimas, que en todas las partes de la Cristiandad se consagraron á Dios, despreciadas grandes riquezas y casamientos? Tambien en Roma hubo algunos hombres esforzados que pusieron la vida por la patria. ¿Qué tiene que ver esto con millares de cuentos de hombres, y mujeres, y niños, y vírgines delicadas que se dejaron hacer mil pedazos, no por la salud temporal de la patria, sino por la gloria y honra de su Criador? ¿Qué tiene que ver esto con la fortaleza de las madres, que consintieron ser despedazados sus hijos mancebos delante de sus ojos, por no quebrantar la fe y lealtad que debian á su Dios? ¿Hay fortaleza debajo del cielo que no parezca sombra comparada con esta? Tambien hubo algunos filósofos que despreciaron las riquezas por entregarse á la filosofía. Cuántos hayan sido esos, podemos contar por los dedos; y en lugar de esos pocos, os daré yo millares de religiosos en cuantas órdenes ha habido y hay en la Iglesia, y muchos entre ellos muy ricos y grandes señores, los cuales todo eso junto con la propria voluntad, y con todos los deleites sensuales, renunciaron por amor de Dios. Tambien hubo filósofos abstinentes, que se contentaban con viles manjares, y se daban á la contemplacion de las obras de naturaleza. Mas ¿qué proporcion tiene esto con millares de monjes sanctísimos, los cuales morando en los desiertos, apartados de la compañía de los hombres, se mantenian con raices de yerbas, y á veces pasaban dos y tres dias sin desayunarse, y algunas veces la semana entera, ocupando los dias y las noches con increible suavidad en la contemplacion de su Criador, como refiere Filon de los fieles que moraban cerca de Alejandría, y como se escribe de millares de monjes que moraban por los desiertos? Por lo cual es cierto que todas aquellas virtudes filosóficas apénas merecen llamarse sombras y figuras de las nuestras. Antes parece que así como los ximios hacen algunas cosas en que en alguna manera imitan las obras de los hombres, así todas estas virtudes de filósofos se pueden llamar obras de ximios, si se comparan con las virtudes de los sanctos varones que aquí habemos referido.

§. II.

Que no desdora la religion que muchos cristianos vivan mal, y de las medicinas con que se cura esta dolencia.

Mas dirá por ventura alguno: si es tan grande la eficacia de la religion cristiana para hacer virtuosos á los profesores della, ¿cómo vemos el dia de hoy tan pocos seguir esa virtud, muchos de los cuales viven como si ninguna fe ó religion tuviesen? A los que esto dicen preguntaré yo: ¿Qué provecho recibiria un enfermo, si estando en un hospital muy bien proveido de médicos y medicinas no quisiese aprovecharse dellas? Pues así digo, que la fe y religion de la Iglesia cristiana es un hospital proveido de todas las medicinas espirituales ordenadas por aquel sapientísimo médico que nos vino del cielo para la cura de nuestras ánimas. Pues si yo de ninguna destas medicinas uso ni tengo cuenta con ellas, ¿qué provecho me pueden acarrear?

Y si me preguntáredes qué medicinas sean estas, y cómo tengo de usar dellas, á esto respondo que son muchas y diversas; pero cuatro son las mas principales que aquí summariamente apuntarémos. Entre las cuales la primera es la fe, que son los artículos y misterios que ella confiesa. Y para aprovecharnos desta excelente medicina, no basta rezar el credo secamente como lo pronunciaria un papagayo, sino es menester entender y ponderar lo que comprehenden esos misterios que creemos. Pongamos ejemplos. Cuando confesamos que Dios es Padre, pensemos que no solo es Padre de su unigénito Hijo, sino tambien de todos los justos que son hijos adoptivos suyos, de los cuales de tal manera es Padre que, como nos lo certificó su unigénito Hijo (*l*), no hay padre en la tierra que en la voluntad y amor, y en el cuidado y providencia de padre, y en el tratamiento y regalo de padre se pueda comparar con él. Pues aquí tiene el hombre remedio para todas sus necesidades, alivio para sus trabajos, consuelo para sus tristezas, esfuerzo para sus peligros, y obligacion para amar á este Padre, y tratarse como hijo suyo, conservando con la pureza de la vida la dignidad desta nobleza.

Pasais luego mas adelante al Hijo, y confesais que tomó carne de una Vírgen sanctísima, y no solo se hizo hombre, sino tambien padeció, y fué muerto y sepultado por el remedio de los hombres. Pues quien esto considerare, ¿cómo podrá dejar de amar á quien tanto lo amó, á quien tanto por su causa padeció, á quien por un medio tan costoso le redimió, y á quien tan grande bondad y caridad en esta obra le descubrió, y tan grande beneficio le hizo? ¿Cómo podrá dejar de aborrecer el pecado, cuyo perdon y remedio tan caro le costó? Y ¿cómo podrá emplear la vida en el regalo de su carne mal inclinada, pues él con tanto rigor por las culpas ajenas trató la suya innocentísima? Pues si sobre todo esto considerare profundamente aquellos tres postreros artículos de la fe, que son la venida deste Señor á juicio, y la gloria perdurable que ha de dar á los buenos, y la pena eterna, y aquellas temerosas llamas de fuego con que para siempre han de ser en cuerpo y ánima atormentados los malos, junto con el destierro perpetuo del cielo, y con la privacion de la vision beatífica de Dios; y esto sin esperanza ni de misericordia, ni de perdon, ni de remedio, ni de revocacion ó mitigacion de la sentencia dada (lo cual todo se ha de ejecutar en la hora de la muerte, que á cada momento nos amenaza), ¿quién será tan enemigo de sí mismo, y tan duro de corazon, que no le tiemble la contera, si cada cosa destas considera profundamente? Esta es pues la primera medicina y la primera ayuda que nos da la religion cristiana para la virtud.

La segunda es el uso de los sacramentos, que son proprias medicinas de las llagas y dolencias de nuestras ánimas, inventadas y ordenadas por aquel piadoso Samaritano (*m*) que infundió olio y vino sobre las llagas del herido. Porque aquel Señor, que tantas especies de yerbas medicinales crió para la cura destos cuerpos mortales que tenemos communes con las bestias, no habia de dejar sin medicinas á las ánimas inmortales que tenemos communes con los ángeles; pues no son menores las enfermedades á que están subjectas que nuestros cuerpos. Mas entre estos sacramentos, los que mas á menudo se pueden recebir son el de la confesion y el de la sagrada comunion. De los cuales el uno sirve para curar las llagas del ánima, y para resuscitarla de muerte á vida, y el otro para conservarla sin pecado en

(*l*) Luc. 11. (*m*) Luc. 10.

la vida recebida. La virtud y eficacia destos dos sacramentos para estos efectos susodichos, y para otros muchos, con ningun género de palabras se puede explicar. Y por no hacer injuria á cosa tan grande, hablando della brevemente, no dirémos aquí mas, porque esto queda para otro lugar.

La tercera ayuda que nos da esta sancta religion es, encommendar muchas veces el uso y continuacion de la oracion; la cual es remedio comun de todas las necesidades, y una medicina general para todos los males. Los sacramentos tienen particulares efectos que obran en las ánimas, y las otras virtudes tienen tambien particulares materias y oficios en que se ejercitan; mas la oracion vale para todas las cosas, y particularmente es remedio contra el pecado. Y así con ella armó nuestro Salvador á sus discípulos la noche de la Pasion, cuando les dijo (*n*): Velad y orad, porque no caigais en tentacion. Y conforme á esto el Eclesiástico dice (*o*) que el que guarda la ley multiplica la oracion; dando á entender que es muy grande ayuda para la guarda de la ley el socorro de la oracion. Callo otros muchos lugares, donde la continuacion desta virtud muy encarecidamente se nos encomienda. Destas tres ayudas para la virtud nada supieron ni escribieron los filósofos, aunque se vendian por maestros de la vida humana. Porque ni tenian fe, ni sacramentos, ni sabian qué cosa era oracion; porque no esperaban favores del cielo para alcanzar la virtud, sino de sí mismos y de sus proprias fuerzas.

Con estas tres ayudas podemos juntar la palabra de Dios, oida, ó leida, ó devotamente pensada y rumiada, de cuyo fructo y provecho tratamos ya al principio deste libro (*p*). Estas son cuatro muy principales ayudas para alcanzar la virtud y la perfeccion de la vida cristiana. Y digo para alcanzarla, porque no consiste en ellas la perfeccion desta vida, mas son medios y instrumentos muy eficaces para conseguirla, así como las medicinas lo son para alcanzar la salud, las cuales serian ociosas, si no se siguiese este fructo dellas.

Pues tornando al propósito, si son tan pocos los cristianos que usen destas medicinas, si tan léjos están y tan desacordados de pensar en los misterios de la fe que profesan, si nunca se llegan á los sacramentos sino forzados con censuras, si no gastan siquiera una hora de veinte y cuatro que tiene el dia en encomendarse á Dios y pedirle favor y su gracia contra los pecados (que por todas partes nos tienen cercados), si nunca toman un libro devoto en las manos, ni oyen con atencion y deseo de aprovechar la palabra de Dios, ¿qué les puede ayudar el título de cristianos, si no usan de los socorros y medicinas que esta sancta religion nos propone para ayudarnos á la virtud, y criar en nuestros corazones temor y amor de Dios, y odio contra el pecado? Dadme vos una persona que usando destos remedios esté desmedrada en la virtud, y valdrá algo vuestra objeccion. Mas por experiencia se ve, que todas las personas que usan dellos, cada dia van creciendo y aprovechando mas en el amor de Dios, y aborrecimiento del pecado, y en toda virtud.

CAPITULO XI.

De la nona excelencia de la religion cristiana, que es alcanzarse por ella la verdadera felicidad y último fin del hombre.

La nona excelencia de la religion cristiana es, alcanzarse por ella la felicidad y último fin del hombre. Para la inteligencia desto, es de saber que aunque el principal oficio de la verdadera religion sea hacer á los hombres buenos y virtuosos, mas no pára ella aquí, sino pasa mas adelante pretendiendo hacerlos bienaventurados. Para lo cual toma por medio la virtud, que es la escala por do se sube á esta bienaventuranza. De modo que aunque la virtud sea digna de grande estima y veneracion, mas no consiste en ella nuestro último bien, como los filósofos estoicos afirmaban (*a*), mas solamente es medio y camino para alcanzar este summo bien. Por manera que así como el fin del buen estudiante no es estudiar, sino alcanzar la sciencia por medio del estudio, y el fin del labrador no es cultivar y labrar la tierra, sino coger los fructos della: así el último fin de la ley no es solamente hacer al hombre virtuoso, sino bienaventurado; y para llegar á esto lo hace virtuoso. Lo primero es oficio de la ley, lo segundo es fin.

Mas que esta bienaventuranza no se pueda alcanzar en esta vida (por ser llena de infinitas miserias), al principio deste libro (*b*) lo disputamos y concluimos. Pero aquí es de saber que hay dos maneras de bienaventuranzas: una consumada y otra comenzada. La consumada está guardada para los fieles siervos de Dios en la otra vida, donde verán claramente aquel summo y universal bien en quien están todos los bienes, y así no tendrán mas que desear. Pero la comenzada es aquella de que los amigos de Dios gozan en esta vida, la cual participa este nombre de bienaventuranza por alguna semejanza que tiene con la otra. Y si preguntáremos en qué género de bienes consista ella, no será necesario andar derramados como los filósofos inquiriendo qué bienes sean estos; porque el Apóstol (*c*) nos saca desta perplejidad, diciendo que el reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia, y paz, y alegría en el Espíritu Sancto. En las cuales palabras señala tres maneras de bienes: el primero es justicia, que es sanctidad y buena vida, la cual es fundamento de la verdadera paz (como dice Esaías) (*d*), y desta paz y justicia nace el alegría de la buena consciencia y el gozo del Espíritu Sancto, que es el sello y cumplimiento desta bienaventuranza. El cual gozo comunmente anda en compañía de la caridad como hijo della; y desta manera consideramos aquí este gozo, hermanado y ayuntado con su madre.

Esta es aquella paz de que dice el Profeta (*e*): Mucha paz tienen, Señor, los que guardan vuestra ley, y no hay cosa que los ofenda y escandalice. Y en otro lugar dice el Señor por Esaías (*f*): ¡Oh si tuvieses, hombre, cuenta con mis mandamientos! porque luego derramaria yo sobre tí como un rio de paz. Y llámala aquí rio, lo uno por la grandeza desta paz que Dios da, muy diferente de la que da el mundo; y lo otro porque esta paz, á manera de rio, apaga el encendimiento y ardor de nuestras cobdicias, y pasiones y apetitos, que son los perturbadores desta paz, los cuales por virtud desta paz y de la justicia vienen á sosegarse; como lo significó Salomon por estas palabras muy dignas de notar (*g*): Cuando agradaren á Dios los caminos del hombre, hará que sus enemigos tengan paz con él. Pues no tiene el hombre otros mas crueles enemigos que despedacen su corazon, y le hagan guerra cruel, sino la vehemencia y furia de sus apetitos y pasiones, y deseos ansiosos de cosas que

(*n*) Matth. 26. (*o*) Eccli. 35. (*p*) I. Part. cap. 1.

(*a*) Contr. quos Aug. lib. 9. de Civit. Dei, cap. 5. (*b*) Cap. 3. §. 1. (*c*) Rom. 14. (*d*) Esai. 32. (*e*) Psalm. 118. (*f*) Esai. 48. (*g*) Prov. 16.

no puede alcanzar; los cuales quieta Dios por medio desta paz y justicia. Mas cuál sea esta paz, no lo puede entender sino quien ha gozado della; porque, como dice el Apóstol (*h*), sobrepuja todo sentido: que es todo lo que el entendimiento humano puede por sí alcanzar.

Ni tampoco puede estimar ni conocer cuán grande sea el gozo en el Espíritu Sancto, que desta paz y justicia procede, sino el que por experiencia lo ha probado; como claramente lo dice el Señor por estas palabras (*i*): Al que venciere daré yo un manná escondido, el cual nadie conoce sino el que lo ha probado. Donde por el manná, que era un manjar que tenia en sí toda suavidad, entiende este gozo y alegría espiritual, la cual sobrepuja todos los gustos y deleites del mundo, como la Esposa lo significó, cuando hablando con su Esposo dijo (*k*), que sus pechos eran mas suaves que el vino. Entendiendo por los pechos la leche suavísima de las consolaciones espirituales con que él recrea las ánimas devotas, y por el vino todos los gustos y deleites del mundo. Pues este manná tan suave dice aquí el Señor que nadie lo conoce sino quien lo ha probado.

§. I.

Testimonios sagrados, ejemplos, y conjecturas de la divina suavidad.

Pues dirá alguno: ¿de qué sirve tratar agora vos de cosa tan escondida? Porque el que la ha gustado, mejor la conocerá por la experiencia que por vuestras palabras; y si no la ha probado, no bastarán palabras para que sepa lo que es, pues está escondida. A esto respondo, que todavía hay razones y conjecturas, y testimonios de las sanctas Escripturas, y ejemplos y dichos de los sanctos, y muchos otros argumentos, por los cuales podemos en alguna manera conjecturar qué tan grande sea la suavidad de este manná, lo cual no será de poco provecho para el estudioso lector. Porque como en la grandeza desta paz y deste gozo se remate la felicidad y bienaventuranza desta vida, y los hombres, como arriba dijimos (*l*), tengan un grande apetito y deseo natural desta felicidad, podrá ser que algunos convencidos con la fuerza desta razon, quieran dar de mano á todas las bienaventuranzas falsas, engañosas y mentirosas que los hombres del mundo procuran, y buscar esta, que es la verdadera, y que sola ella en su grado quieta los corazones humanos.

Y porque dijimos que esta bienaventuranza comenzada tiene alguna semejanza con la otra consumada que esperamos, traigo por testigo desto á Sant Bernardo, el cual hablando con Dios dice así (*m*): Algunas veces pones tú, Señor, en la boca de mi corazon que suspira por tí, una cosa que no me conviene á mí saber lo que es. Siento la dulzura y la suavidad della, la cual es tan grande, que si en mí se continuase, no tendria mas que desear. Pues esta es una de las principales propriedades de la verdadera bienaventuranza, dar cumplido reposo y satisfaccion al corazon humano. Y así contento con lo que posee, no desea ni suspira por mas; porque tiene dentro de sí á Dios, fuente de toda suavidad; y contento con este bocado pierde la hambre de todas las otras cosas que ántes deseaba.

Mas para tratar de la grandeza deste gozo, era necesario tratar primero de la grandeza del amor con que aquella summa bondad ama las ánimas puras y humildes; porque sabido esto, no sería increible aun á los muy incrédulos lo que acerca desta materia dijésemos. Mas este no es su proprio lugar. Baste saber que, como Sant Crisóstomo dice (*n*), este amor es tan grande que ninguna aficion de los amadores de la hermosura de alguna criatura (aunque sea de aquellos que andan como locos con la fuerza de sus aficiones) se puede comparar con la grandeza deste amor. Pues por aquí en alguna manera se entenderá cuáles sean las consolaciones con que este tan grande amador recrea, esfuerza y apacienta las ánimas que así ama.

Destas pues dice él hablando con sus siervos por Esaías (*o*): A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os asentaré, y regalaré; y de la manera que una madre halaga un hijo pequeñito, así yo os consolaré. Verlo heis así cumplido, y alegrarse ha vuestro corazon, y vuestros huesos así como una yerba florecerán. Hasta aquí son palabras de Dios por su Profeta. Pues ¿quién pudiera imaginar que palabras tan regaladas pudieran proceder de aquella incomprehensible Majestad, y esto para con una criatura que en presencia dél es mucho ménos que una hormiga? Mas ¿qué otra cosa nos quiso este Señor declarar por estas tan dulces palabras, y por esta comparacion del regalo de la madre para con su hijo chiquito, sino la grandeza del amor que tiene á las ánimas puras y humildes, y los regalos con que las consuela y recrea en esta vida, mientra se dilata el alegría de la otra? Muy bien entendia esto (como quien tantas veces lo habia probado) el sancto rey David en medio del aparato y resplandor de la casa real, cuando maravillado de la grandeza desta suavidad decia (*p*): ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de vuestra dulzura, la cual teneis escondida para los que os temen! Y dice muy bien escondida; porque, como ya dijimos, no la conoce sino quien la ha probado. La cual dulzura aunque propriamente se recibe en el ánima, mas á veces es tan grande, que así como los rios con las avenidas salen de madre, así ella redunda en la misma carne, dándole unos como relieves de los manjares que ella goza, y haciéndola participante de su alegría. Lo cual tambien confiesa el mismo Profeta (*q*), cuando dice: Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo. Pues esta alegría, así como se funda en Dios y es causada y obrada por él, así es conforme á quien él es, que en todas sus obras es grande, en todas Dios. Si no, decidme, ¿qué regalo era aquel que la Esposa quiso significar en sus Cantares (*r*), cuando dijo: La mano siniestra tiene puesta el Esposo debajo de mi cabeza, y con su diestra me abrazará? Pues este regalo y consolacion es tan grande, que muchas veces arrebata, y lleva en pos de sí todas las fuerzas y sentidos, así interiores como exteriores del hombre, de tal modo, que le es grande tormento divertirse de aquello que está gozando, á oir, ó hablar, ó entender en otra cosa; porque por todo el mundo no querria perder un punto de aquello que goza. Y así se escribe de la vírgen Sancta Clara, que habiendo recibido en la fiesta de la Epifanía una grande consolacion de nuestro Señor, de tal manera tenia robados y embebidos sus sentidos en aquella consolacion, que por muchos dias le era necesario hacerse gran violencia para estar atenta á lo que le decian. De Sant Bernardo tambien leemos,

(*h*) Philip. 4. (*i*) Apoc. 2. (*k*) Cantic. 1. (*l*) Cap. 2.
(*m*) Sup. Cant. ser. 24 et 74.

(*n*) Dissim. Centur. 1. Dissim. 27. tom. 5. (*o*) Esai. 66.
(*p*) Psalm. 30. (*q*) Psalm. 83. (*r*) Cant. 2.

que al principio de su glorioso noviciado andaba tan absorto en espíritu, que habia perdido el uso de los sentidos: de manera que viendo, no veia, y gustando no gustaba, y así comia y bebia unas cosas por otras, sin hacer diferencia dellas; porque la fuerza del espíritu y el gusto de la divina suavidad (que trae consigo la caridad) de tal manera habia embebido en sí, y arrebatado todas las fuerzas del ánima, que no tenia vigor ni virtud para otra cosa mas que aquella.

A quien estas cosas parecieren increibles, aprovéchese para creerlas de los ejemplos que se ven en las cosas humanas. Ponga los ojos en un corazon vehementemente aficionado á la hermosura de alguna criatura, como la que la sancta Escriptura refiere de la aficion de Amnon, hijo de David, para con Tamar (*s*), la cual era tan grande que le enflaquecia y consumia las carnes; porque todo el vigor y fuerzas del ánima estaban tan ocupadas y suspensas en aquella tan fuerte aficion, que dejaban el cuerpo y el estómago desamparado de los espíritus que lo habian de sustentar, y así poco á poco se iba consumiendo y gastando de flaqueza. Pues díganme agora, si tanto puede la hermosura de una criatura (que no es mas que un corecico blanco y colorado), ¿cuánto mas podrá aquella infinita hermosura de la divina bondad, cuando el Espíritu Sancto con un rayo de su luz descubre algo della á un ánima pura y limpia? Si tanto pueden las cosas humanas, ¿cuánto mas las divinas? Si tanto la naturaleza, ¿cuánto mas la gracia? O por mejor decir, si tanto la corrupcion del pecado, ¿cuánto la gracia y lumbre del Espíritu Sancto? Si tanto finalmente el demonio atizador de malos amores, ¿cuánto mas aquel divino espíritu inflamador de los devotos corazones?

§. II.

Otras conjecturas desta divina suavidad en los justos por el desprecio de lo temporal, y olvido de sus cuerpos.

Otro indicio tenemos de la grandeza desta suavidad: que es la aspereza de innumerables monjes que moraban en los desiertos haciendo vida mas que humana; de la cual se dijo algo en el capítulo pasado (*t*), y adelante se dirá mucho mas. Agora solamente diré una cosa que escriben no solamente nuestros autores, sino tambien Filon, nobilísimo escriptor y filósofo platónico, y de nacion judío; la cual no podrá dejar de poner admiracion á quien quiera que la leyere. Escribiendo él pues la vida sanctísima que hacian los fieles que habian creido de la circuncision (*v*), que adelante referirémos, entre otras cosas dice, que habia algunos dellos, que estaban tan llenos de Dios, y gozaban de tan grandes consolaciones en la contemplacion de las cosas divinas, que venian á estar las semanas enteras sin desayunarse, por estar sus ánimas tan grandemente recreadas y hartas con la suavidad de las consolaciones divinas, que la hartura dellas redundaba en los cuerpos; y el alegría del espíritu era tan grande, que hacia no sentirse ni la flaqueza, ni la hambre del cuerpo. ¡Juzgue pues agora el cristiano lector por este indicio, qué tan grande sería la felicidad y suavidad de un ánima que aquí habia llegado, y vea si hay razon para llamar á esta bienaventuranza comenzada, pues de tal manera hinchia el seno y capacidad del hombre, que ninguna cosa mas en esta vida deseaba, y aun de la flaqueza y necesidades naturales se olvidaba!

A este indicio añadiré otro, que es la renunciacion que leemos de muchas personas, las cuales despues que fuéron tocadas de Dios, despreciaron el mundo con todas sus pompas, galas y vanidades, y dejaron grandes estados, y patrimonios y muy honrosos casamientos, y abrazaron la cruz de la penitencia, y dejando el camino ancho del mundo, caminaron por la estrecha senda del Evangelio; y menospreciando los gustos de la carne, abrazaron y amaron la pureza de la virginidad sobre todas las cosas. ¡Qué virtud fué la que acabó con Sant Eduardo, rey de Inglaterra, que siendo mozo, y casando con una nobilísima y virtuosísima señora, determinasen ambos de comun consentimiento de guardar perpetua virginidad, y que la mantuviesen y guardasen no por un año, ni dos, sino por toda la vida, comiendo y cenando juntos, y tratándose y amándose con entrañable aficion, pues la semejanza de los espíritus y de la vida es grande motivo y causa de amor! ¡Cuán llenos estaban aquellos corazones de las consolaciones del espíritu, pues así despreciaban los gustos de la carne! No tengo esta por menor maravilla que la de aquellos tres mozos, que no ardieron en las llamas del horno de Babilonia, pues estos en medio del fuego de la carne y de la juventud no se quemaban; porque la llama de otro mayor fuego que ardia en sus espíritus apagaba la de los cuerpos. Bien veo que destos ejemplos hay pocos; mas de los que dejaron por Dios grandes estados, y casamientos y patrimonios están llenas las historias y vidas de nuestros sanctos. Y si aun en estos miserables tiempos que lamentamos, rodeáremos los ojos por solos estos reinos de España, hallarémos que muchas personas de nobles estados, así hombres como mujeres, menospreciando el señorío y las riquezas de la tierra, escogieron ser ántes despreciados en la casa de Dios, que vivir gozando y mandando en el mundo. Algunos de los cuales llegaron á tomar la vida pobre y áspera de religiosos descalzos, mudando la seda en sayal, y el señorío en servidumbre, y las riquezas en pobreza, y la libertad en subjeccion, y la vida regalada en vida áspera y estrecha. Torno pues á concluir: ¿cómo pudieran los hombres nacidos y criados en vida deliciosa despreciar todos los gustos y regalos della, si no estuvieran mas regalados y satisfechos con los gustos y consolaciones del Espíritu Sancto?

Pues este divino espíritu (que esencialmente es amor no criado) cria en los corazones que están ya mortificados y dispuestos con el uso de las virtudes, una tan grande llama del amor divino, que muchas veces con una palabra sola, ó con un sancto pensamiento se encienden en este amor: como leemos de F. Egidio, uno de los compañeros de Sant Francisco, el cual muchas veces con solo oir esta palabra Paraíso, era arrebatado en espíritu. Porque los tales (despues de muy arraigado en sus ánimas el hábito de la caridad) están como una pólvora seca, que una sola centella que caiga sobre ella, luego se inflama.

§. III.

De los efectos que causa el alegría y suavidad espiritual.

Mas ¿quién podrá con palabras explicar los efectos que esta divina suavidad causa en las ánimas devotas? Porque primeramente de aquí les viene un sancto hastío y odio de sus cuerpos; porque la necesidad y obligacion de mantenerlos les hace divertir de aquel ejercicio en que querrian siempre permanecer. Y así leemos de uno de aquellos sanctos padres del yermo en la historia Ecle-

(*s*) 2. Reg. 13. (*t*) Cap. 10. §. 1. (*v*) Tract. de Vita contemplat.

siástica, una cosa en parte graciosa, y es que comia andando. Y preguntado por qué hacia esto, respondió que el comer no era cosa que se habia de hacer de propósito.

¿Qué diré de otros efectos de sanctos deseos, que (como centellas vivas) saltan deste divino fuego? Porque los tales desean padecer trabajos, y derramar sangre por aquel Señor que tan dulce y tan amable se les muestra. Desean dar voces á todas las criaturas, para que vengan á beber destas aguas de vida, y deste vino y leche suavísima á que el Profeta nos convida (*x*) doliéndose entrañablemente de los que por su culpa pierden tan grande bien. Desean otrosí la soledad, y el apartamiento de las gentes, para gozar mas enteramente y mas sin impedimento destos regalos y abrazos del Esposo celestial. Y así desean la noche para que con mayor silencio y quietud puedan (segun el Profeta nos aconseja) (*y*) conversar con él, y pésales con el dia como le pesaba al grande Antonio, por hallarse mejor para esto con las tinieblas y soledad de la noche, que con la luz del dia. Y como dicen los filósofos, que el movimiento natural es mas lijero al fin que al principio, así cuanto mas gozan de la presencia de Dios, tanto mas desean verla, diciendo con el Profeta (*z*): ¿Cuándo vendré y apareceré ante la cara de mi Dios? Por lo cual no solo no temen la muerte (cuya memoria á muchos es intolerable), mas ántes desean con el Apóstol ser desatados por verse con Cristo. Y así se dice de los tales que tienen la muerte en deseo, y la vida en paciencia.

Finalmente, tal es y tan copiosa esta divina consolacion, que el cuerpo flaco y de carne no puede muchas veces sufrir la violencia y alegría della. Lo cual habia experimentado la Esposa cuando decia (*a*): Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, porque estoy enferma de amor. Pues dirá alguno: ¿Por qué nuestro Señor recrea muchas veces las ánimas con tales consolaciones, que la flaqueza del subjecto no las pueda soportar? A esto se responde, que nuestro Señor se há en esta parte con sus familiares amigos como un rey que convida á otro rey, al cual manda servir con una mesa llena de muchas diferencias de manjares, no porque piense que él pueda comer de todos ellos, sino para mostrar la voluntad que tiene de honrarle con aquella rica mesa. Pues esto mismo hace nuestro Señor con sus familiares amigos en este convite espiritual, para mostrar el deseo que tiene de consolarlos y alegrarlos, y para mostrar cuánto mas los alegraria, si la flaqueza del subjecto lo sufriese. Mas no por eso ellos han de tomar mas de aquello que la complexion del cuerpo puede sufrir.

Sobre todos estos deseos acordándose que este Señor (á quien tanto aman y desean agradar) siendo rico se hizo pobre por ellos, y así nació, vivió y murió con summa pobreza, vienen á enamorarse tanto desta virtud, y parecerles tan hermosa, que no hay avariento en el mundo á quien tan hermoso parezca el oro, como á ellos la pobreza, por haber sido tan amada del Señor de todo lo criado. Y así ellos la abrazan, y procuran vestirse della, y aborrecen toda superfluidad y demasía de las cosas no necesarias. Y por la misma razon viendo al mismo Señor cercado de tantos trabajos, desean ellos tambien padecer trabajos por él, y alégranse, y danle muchas gracias cuando se ven en ellos; porque saben cuánto le agrada el siervo que padece de buena gana trabajos por su Señor. Pues todos estos deseos son centellas vivas que saltan del fuego de la caridad, y de la divina suavidad, como ya dijimos.

Nada desto parecerá increible á quien hubiere leido en Aristóteles, que la contemplacion de Dios, y de las cosas altas y divinas (por poco que alcancemos dellas) es de grande suavidad; y que esto es hacerse el hombre en su manera participante de la felicidad de Dios: la cual no es otra que estar siempre contemplando su misma hermosura. Pues si esta contemplacion natural de las cosas divinas, alcanzada por medio de las criaturas, sin fundamento de fe, ni de gracia, ni de caridad, ni de sanctidad de vida, tanta suavidad traia consigo, ¿cual será aquella donde todas estas cosas juntas concurren; y sobre todo particular lumbre y fuego del Espíritu Sancto, que así quiere recrear las ánimas que por su amor dieron libelo de repudio á todos los gustos y bienes del mundo?

§. IV.

Responde á una tácita objeccion.

Mas dirá por ventura alguno: yo confieso ser verdad todo lo dicho; porque las razones y autoridades que habeis alegado claramente lo prueban. Mas esos grandes favores no son communes á todos, sino á los que de todo su corazon se entregaron á Dios, desechados todos los gustos y regalos del mundo: que es cosa de pocos. A esto primeramente respondo, que por lo dicho se prueba la excelencia de la religion cristiana. Porque si (como ya vimos) el oficio y fin de la verdadera y perfecta ley es hacer á los hombres buenos y bienaventurados (lo cual esta ley hace tan perfectamente como está probado), síguese que esta es la mas perfecta ley de cuantas ha habido en el mundo.

Lo segundo digo, que aunque estos grandes favores y consolaciones sean para personas muy espirituales, pero tambien tiene nuestro Señor otros proporcionados para la capacidad y virtud de cada uno. Para lo cual es de notar, que así como el que va á coger agua de la mar, cuanto mayor vaso lleva tanto mas agua coge, así el ánima que se llega á nuestro Señor (que es un mar de infinita suavidad), miéntras mas dispuesta está y mas purgada estuviere de la aficion y apetito de las cosas sensuales, mas gustará desa suavidad. Porque, como dice Sant Augustin (*b*), Dios es sapiencia del ánima purgada; dando á entender por esta palabra, que como es necesario que el paladar esté libre de malos humores para que tenga gusto de los manjares corporales, así tambien lo es que lo esté el paladar de nuestra ánima para gustar de los espirituales. De aquí pues se infiere que segun la mortificacion que el ánima tuviere de los gustos del mundo, así participará de las consolaciones del Espíritu Sancto: si poco, poco; si mucho, mucho. Y por esto no puede faltar el alegría de la buena consciencia á los que se determinan de guardar los mandamientos de Dios; como lo declara Sant Augustin por estas palabras (*c*): Tú que buscas verdadero descanso, el cual se promete á los cristianos en la gloria, sábete que gustarás la suavidad dél entre las molestias y amarguras desta vida, si guardares los mandamientos de aquel que lo prometió. Porque muy presto hallarás por experiencia que son mas dulces los fructos de la virtud que los del pecado; y mas alegremente gozarás de la suavidad de la buena consciencia entre las tristezas

(*x*) Esai. 55. (*y*) Psalm. 133. (*z*) Psalm. 41. (*a*) Cantic. 2.

(*b*) De Doctrina Christiana, lib. 1. cap. 10. 11. 12. tom. 3.
(*c*) Aug. de Cathed. rudibus, cap. 16. in fin.

desta vida, que de la mala entre los deleites della. Y sobre el Génesi dice él mismo (*d*), que el alegría de la buena consciencia es un paraíso. Por donde la Iglesia, en aquellos que templada, y piadosa y justamente viven, se llama paraíso de deleites; el cual florece con abundancia de gracias y castos deleites.

Con esto tambien se junta que á la entrada deste camino suele nuestro Señor hacer muy buen tratamiento á los que de nuevo entran á servirlo: como lo vemos representado en el recibimiento del hijo pródigo (*e*). Porque como sabio y piadoso padre, entiende que no podrá un hombre habituado á los gustos y vicios del mundo, abrazar luego la cruz de la penitencia, si no fuere cebado y recreado con otros gustos mayores. Por tanto, ya que se determinó de llamarlo á su servicio, tambien se determinó de proveerle de todo lo necesario para efectuarse este llamamiento; pues sus obras son perfectas y acabadas, y no las comienza ni abre los cimientos sino para cargar sobre ellos el edificio. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio (*f*), que al principio de la conversion hay halagos y dulzuras, y en el medio batallas y tentaciones; mas en el fin la perfeccion de una hermosa victoria de las batallas pasadas. La causa destas consolaciones que reciben los principiantes es, la novedad y grandeza de los misterios que comienzan á ver con la nueva luz que les dan, de los cuales ántes no tenian mas que un conocimiento muerto, como tambien era muerta la fe dellos. Mas agora con esta luz es tan grande el alegría y admiracion de ver cosas tan admirables, que hasta entónces no habian conocido, que no acaban ni de maravillarse de cosas tan grandes como las que contienen los misterios de nuestra fe, ni de alegrarse de ver las nuevas mercedes que de nuestro Señor reciben. Esto acaece tambien en las cosas humanas. Quien nunca salió de una aldea, cuando entra en Venecia, ó en otra insigne ciudad, no acaba de maravillarse de cosa tan nueva y tan hermosa; mas en el que ya la vió muchas veces, cesa esta admiracion, porque cesó tambien la novedad. Pues esto mismo acaece á aquellos cuyos ojos nuestro Señor abrió para ver la hermosura y grandeza de su casa. Finalmente, por muy poco que sea lo que se da, son tan grandes los pocos de Dios, que sobrepujan todos los muchos del mundo. Por lo cual dijo David (*g*), que valia mas un poquito de lo que Dios da al justo, que las grandes riquezas de los pecadores. Y su hijo Salomon dice (*h*): Que mas vale un poquito con temor de Dios, que tesoros grandes y insaciables.

Estos dos efectos tan nobles de la religion cristiana, que son la bondad y felicidad que en estos dos capítulos precedentes habemos explicado, prueban claramente ser ella verdadera. Porque no lo siendo seguirseía que una de las mayores mentiras y blasfemias del mundo era causa de la mayor bondad y felicidad que hay en el mundo. Porque como todo el fundamento della sea confesar que Cristo es verdadero hijo de Dios, no siendo esto así, nuestra fe confesaria una de las mayores falsedades y blasfemias del mundo, creyendo en un hombre que se hacia Dios sin serlo: que es la mayor falsedad, y maldad y blasfemia de cuantas el entendimiento humano puede imaginar. Pues siendo esto así, ¿cómo era posible que de la mayor maldad y blasfemia del mundo procediese la mayor bondad y felicidad de cuantas se han visto en el mundo, siendo verdad que la maldad no puede parir sino maldad, y que tan noble efecto no era posible proceder de tan mala y tan abominable causa?

(*d*) Aug. de Genes. contra Manich. lib. 2. cap. 9. tom. 1. et ad lit. lib. 11. cap. 40. tom 3. et epist. 57. tom. 2. (*e*) Luc. 15. (*f*) Greg. in lib. 24. Mor. cap. 13. (*g*) Psalm. 36. (*h*) Prov. 15.

CAPITULO XII.

De la décima excelencia de la religion cristiana, que es haber desterrado la idolatría del mundo: que es el primer triunfo de Cristo.

Estos dos efectos de la religion cristiana, que son hacer á los hombres buenos y bienaventurados en su manera, pertenecen á personas particulares; otros hay generales que tocan á todo el mundo, ó á alguna principal parte dél. Los cuales llamamos triunfos de Cristo, porque él triunfó del demonio, y triunfó del mundo; y asimismo triunfó de los que le procuraron la muerte. Los cuales son tambien efectos principales de la religion cristiana, y gloriosísimos triunfos de Cristo. De los cuales se trata mas á la larga en la cuarta parte desta escriptura, donde juntamente se ponen las profecías que denunciaron mucho ántes estos triunfos, y se declara la grandeza dellos. Mas en este lugar (donde tratamos de las excelencias y efectos de la religion cristiana) será necesario decir algo brevemente dellos.

Es pues agora de saber que el mayor mal que ha habido en el mundo despues que Dios lo crió, y el mas antiguo, y mas universal, y mas injurioso de la divina Majestad, y causador de mayores males, fué el pecado de la idolatría. Todos estos males tenia este grande mal. Ca primeramente era muy antiguo, porque comenzó luego dende el diluvio, como Santo Tomas dice (*a*). Mas no falta quien diga que tambien reinó ántes del diluvio. Porque si era tan universal la corrupcion del mundo (*b*) (como la Escriptura dice, y como lo muestra aquel castigo tan universal del mismo diluvio), parece que la lumbre del entendimiento humano habia de estar muy apagada para el conocimiento de Dios, y que él habia de permitir que perdiesen la lumbre de la fe los que tenian tan estragada la vida; porque este suele ser el castigo de grandes pecados, cuales eran los de aquel tiempo.

Era tambien este pecado, demas de ser tan antiguo, tan universal, que sacado un rinconcillo de Judea (donde habia un rayo de luz para conocer el verdadero Dios), todo el resto del mundo, todas las islas de la mar, y finalmente todo lo que mira y cerca el sol, estaba escurecido y contaminado con esta mortal pestilencia.

Era tambien este pecado el mas injurioso de la divina Majestad de cuantos hay. Porque esto era quitar á Dios su silla, y asentar en ella al demonio su capital enemigo, y tomar la corona real de su divinidad, y ponerla en la cabeza de Satanas, que en los ídolos era adorado. Y junto con los ídolos vinieron de lance en lance á tanta ceguedad, que adoraban los animales brutos, y las aves, y las serpientes, como el Apóstol dice (*c*), y los dragones, como se escribe en Daniel (*d*). Callo otros feísimos, deshonestísimos y abominables dioses que adoraron, de los cuales tratarémos adelante.

Pues pregunto agora, ¿cuál habia de ser la vida, cuáles las costumbres de los que tales dioses adoraban? Porque aquí señaladamente se monstraba la severidad de la justicia divina, permitiendo que los tales adoradores cayesen en todos los despeñaderos de vicios y abominaciones que se pueden imaginar: los cuales refiere el

(*a*) 2. 2. quæst. 94. art. 4. ad 2. (*b*) Genes. 6. (*c*) Rom. 1. (*d*) Dan. 14.



Apóstol en el primer capítulo de la epístola escripta á los romanos (*e*), como adelante verémos.

Pues ¿qué diré de los sacrificios que se ofrecian á estos ídolos (*f*)? De los cuales unos eran deshonestísimos (como los que se hacian á honra de la diosa Vénus y de la diosa Flora), otros eran furiosos (como los que se ofrecian al dios Baco, que era dios del vino, que llamaban bacanalia), otros eran cruelísimos, de que hace mencion la sancta Escriptura (*g*), donde los padres (despojados del amor natural, que hasta las bestias tienen á sus hijuelos) sacrificaban á sus mismos hijos y los pasaban por el fuego como hizo Manasés (*h*), rey de Judea.

Pues si tantos males traia consigo esta pestilencia, y esto no en un reino ó provincia, sino en todo el universo mundo, síguese que el mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, fué desterrar dél un tan grande mal. Pues este tan grande beneficio se debe á la religion cristiana y á la virtud y omnipotencia del Salvador: el cual por el ministerio de unos rudos y pobres pescadores, batallando continuamente, no con armas de hierro, sino con la virtud del Espíritu Sancto, á pesar de todo el mundo, desterró esta pestilencia dél. Estos pues asolaron los templos de los ídolos, derribaron sus altares, quemaron, y despedazaron y arrastraron sus ídolos, y derribaron de su trono al príncipe deste mundo, que en todo él era adorado.

Y fué así que continuándose en estos tiempos por una parte la predicacion del Evangelio y por otra la furia de los tirannos contra la Iglesia, succedió el negocio de tal manera, que cuanto mas procuraban los tirannos extinguir el nombre de Cristo y el número de los cristianos, martirizando cada dia millares dellos, tanto mas ellos crecian y se multiplicaban, como refieren las historias de la Iglesia. Y si algun incrédulo pusiere sospecha en ellas, no la puede poner en Plinio segundo, que era gentil: el cual siendo gobernador de una provincia, y viendo la muchedumbre de cristianos que cada dia se mataban, escribió al emperador Trajano una carta, que hoy dia anda entre las otras suyas, dándole cuenta de la mucha gente que cada dia moria sin cometer delicto alguno contra las leyes romanas; la cual con todos los tormentos que padecia, crecia tanto que cada dia se disminuian mas los sacrificios y culto de los ídolos. Lo susodicho es de Plinio: el cual en estas palabras abiertamente confiesa la diminucion del culto de los ídolos y la muchedumbre y constancia de los cristianos que padecian por la fe. De modo que como se escribe del reino de Isboseth, hijo de Saul (*i*), y del de David, que aquel cada dia iba en diminucion, y el de David en crecimiento (haciéndose de cada vez mas fuerte con el favor de Dios, hasta que finalmente el reino de Saul se acabó y el de David permaneció y quedó victorioso y solo), así el reino del príncipe deste mundo (que es el demonio que en todos los ídolos era adorado) quedó destruido y aniquilado; y el de Cristo extendido por el mundo de tal manera, que en tiempo del emperador Constantino los mismos sacerdotes de los ídolos, viendo sus dioses tan caidos, entregaban los ídolos que tenian en gran estima y veneracion. Y á los que ántes llamaban los rayos de Júpiter, sacaban por sus manos de los soterraños y escondrijos donde los tenian; y lo que ántes era negado á los ojos del pueblo y solamente concedido ver á los sacerdotes, de ahí adelante era hecho comun y despreciado de todos como cosa vilísima. Otras muchas estatuas hechas de metales preciosos, fuéron derretidas, y acuñadas, y hechas moneda para el provecho comun de los pueblos. Otras estatuas hechas de cobre de muy hermosas labores, fuéron llevadas á Constantinopla para hermosear la ciudad, puestas en lugares públicos por las calles, y en el lugar de las representaciones, y en las casas reales: conviene á saber, Picias el adevino, Apolo y las musas Helicónides y las mesas de Apolo Délfico; y los templos fuéron despojados, unos de las puertas, otros de los ricos maderamientos; otros dejaban despreciados y hacian dellos muladares, y poco á poco se caian. Porque sabemos que entónces se destruyeron y del todo cayeron en Egea de Cilicia el templo de Asclepio, y en Aface cerca del monte Líbano y del rio Adon, la casa de Vénus: el uno y el otro templo insignes y muy estimados por sus devotos.

Mas á este propósito será razon escribir el fin que hubo aquel magnífico templo de Sérapis, grande dios de los egipcianos, que está en Alejandría; y muchos habrá, dice Eusebio, que le hayan visto. Está edificado en alta cumbre, levantada no por naturaleza, sino por artificio, mas de cien gradas en alto; por todas partes cuadrado y de grande y espaciosa anchura, edificado de bóvedas por dentro hasta el mas alto aposento. En lo alto tenia muchas y muy abiertas ventanas, y en lo bajo soterraños para diversos usos y ceremonias de sus abominables sacrificios, y en medio repartidas muchas salas, y cuadras, y retretes, donde posaban las guardas del templo. Por defuera estaba todo el sitio cercado en cuadro de portales. En medio de todo el edificio estaba una cámara sustentada con preciosas columnas y labrada de dentro y de fuera magníficamente de mármol; y las paredes aforradas con planchas de oro, y sobre estas otras de plata, y despues otras de cobre para que guardasen los mas preciosos metales. Dentro de la cual estaba el ídolo de Sérapis, tan monstruoso de grande, que con la mano derecha tocaba en una pared y con la izquierda en la otra. El cual se decia que era labrado de todos los metales y maderas que se crian en la tierra; y sobre la cabeza tenia una medida de trigo. Otras muchas cosas tenian los antiguos fabricadas en el mismo lugar, para hacer atónitos á los miserables, que agora sería largo de contar. Y para mas encarecer sus blasfemas fantasías, habian echado fama los sacerdotes paganos, que si alguna mano de hombre tocase en la sobredicha estatua, luego la tierra se abriria, y el cielo se henderia y caeria á pedazos: la cual fama tenian algunos creida, otros á lo ménos temian y recelábanla. Pero un caballero, mas armado de fe que con loriga, arrebató una hacha, y con toda su fuerza de un golpe derribó la mejilla del falso dios que encantaba los hombres. Entónces el un pueblo y el otro alzaron un gran alarido; mas ni se cayó el cielo ni se abrió la tierra: ántes el caballero prosiguiendo lo comenzado, hizo rajas el madero podrido, y derribándole en el suelo, y poniéndole fuego, y levantando la llama todo fué uno. Pero no le consumiéron todo; mas hicieron una sarta de los piés, y de las manos, y de la cabeza, con su medio colemin encima, y trajéronle arrastrando por su devota Alejandría; y despues á vista de todo el pueblo le volvieron en ceniza. Hecho esto volvieron al tronco que quedaba, y acabaron de quemarle en el lugar público donde se hacian los juegos y representaciones. En este

(*e*) Rom. 1. (*f*) Aug. de Civit. Dei, lib. 6. cap. 9. et 7. It. lib. 2. cap. 26. tom. 5. (*g*) Psalm. 105. (*h*) 4. Reg. 21. 2. Paral. 33. (*i*) 2. Reg. 3.

tiempo, como refiere la historia Tripartita, mandó el emperador Teodosio á Teofilo, obispo de Alejandría, que destruyese los templos de los gentiles, lo cual él cumplió de buena gana. Y así despues de la quema de Sérapis, fundieron otros ídolos de metal y hicieron dellos bacías, y calderas, y otros vasos para servicio de las iglesias y mantenimiento de los pobres. Pero fué desta manera, que aunque á todos los otros dioses hicieron pedazos, tuvieron respecto á la diosa Mona. Porque á esta mandó Teofilo, obispo, que guardasen sana y la pusiesen en lugar público, para que no pudiesen negar los paganos en los tiempos venideros, cuáles eran los dioses que adoraban. Y acuérdome, dice este historiador, que Amonio, gramático, que era su sacerdote, de quien yo aprendí gramática siendo muchacho, sintió en gran manera esta injuria, y nos decia que ninguna cosa habia tanto llegado al alma de los gentiles, como no haberse deshecho el ídolo de la diosa Mona como los otros, mas haberse guardado por escarnio dellos. Y aquí vemos á la letra cumplido lo que el Señor tantos años ántes habia profetizado diciendo (*k*): Agora se llega el juicio del mundo. Agora el Príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado de la tierra, esto es, puesto en una cruz, todas las cosas traeré á mí. Este pues fué el primer triunfo de la religion cristiana contra el demonio y contra todo su poder, mediante la virtud de Cristo: el cual de tal manera deshizo y aniquiló aquellos dioses de los gentiles, que hoy dia no hay rastro ni memoria dellos. Y así se cumplió aquella profecía de Zacarías (*l*), en la cual promete Dios que destruirá los nombres de los ídolos de la tierra, y que no habria mas memoria dellos. ¿Qué se hizo pues aquel tan nombrado Júpiter? ¿Qué es de Vénus? ¿Qué es de Latona? ¿Qué es de Apolo? ¿Qué es de Cupido y de Baal, con todos los otros ídolos, tan reverenciados de los emperadores? ¿Qué se hicieron? ¿Dónde están? ¿En qué vinieron á parar? ¿Qué se hizo toda aquella flota de dioses, que eran cuasi tantos como todas las provincias del mundo? Pues ¿quién no exclamará aquí? ¿Quién no alabará á aquel Señor que tan gran beneficio nos hizo, pues de tan grande y tan universal mal nos libró? ¿Quién finalmente no engrandecerá la omnipotencia del Crucificado, que así pudo alimpiar la tierra, así pudo purgar la mar, así pudo sanctificar el aire inficionado con el humo de los sacrificios malvados y desterrar de todo el universo esta pestilencia mortal? ¿Que así pudo abatir los dioses adorados y reverenciados de todas las gentes y ponerlos debajo de los piés de unos pescadores? Pues ¿quién no conocerá ser mayor que todo el mundo, quien así lo pudo sojuzgar?

CAPITULO XIII.

De la undécima excelencia de la religion cristiana, que contiene el segundo triunfo de Cristo, por el cual triunfó del mundo, y de todos los monarcas dél.

Despues deste primer triunfo (que fué del demonio) síguese otro no ménos glorioso, que fué del mundo y de todos los monarcas y príncipes dél: los cuales todos tomaron las armas, y conjuraron contra el reino de Cristo. De lo cual se maravilla el Profeta luego al principio de sus Salmos diciendo (*a*): ¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Juntáronse los reyes de la tierra, y los príncipes se aliaron con ellos para hacer guerra al Señor, y á su Cristo rey ungido. Y dice esto el Profeta, porque vió en espíritu que todas las gentes, todas las naciones, así bárbaras como políticas, con todos sus reyes y príncipes (incitados y soplados por los demonios que en los ídolos eran adorados) se habian de levantar y conjurar en uno en defensa de sus dioses, contra el nuevo reino de Cristo. Y esta batalla duró no por una breve temporada, sino por mas de doscientos años, en catorce bravísimas persecuciones que la Iglesia padeció en tiempo de catorce reyes, segun la cuenta de Sant Augustin en el libro diez y ocho de la Ciudad de Dios (*b*). Porque diez persecuciones son las que comunmente se cuentan levantadas por diez emperadores romanos. La primera de Neron, en la cual padecieron Sant Pedro y Sant Pablo, con otros innumerables mártires. Porque el ejemplo de todas las crueldades y deshonestidades, Neron, mandó pegar fuego á Roma por su pasatiempo; y para excusar el odio y invidia de tan grande crueldad, echó fama que los cristianos lo habian hecho. Y para dar color á esta falsedad, mandó matar cuantos cristianos se pudieron hallar en Roma con cruelísimos tormentos. Esta pues fué la primera de las diez persecuciones. La segunda fué de Domiciano, en cuyo tiempo fué desterrado Sant Juan Evangelista, y echado en la tina de aceite herviendo. La tercera fué de Trajano, en cuyo tiempo padecieron tres sanctísimos pontífices: Clemente, discípulo de Sant Pedro, y Policarpo, y Ignacio, discípulo de Sant Juan. La cuarta de Antonino Vero. La quinta de Severo. La sexta de Maximino. La séptima de Decio, que martirizó á Sant Lorenzo, y fué muy cruel. La octava de Valeriano. La nona de Aureliano. Y la décima, y muy cruel, la de Diocleciano y de Maximiano. Estas diez persecuciones fuéron ántes del imperio de Constantino, que fué cristianísimo. A estas diez añade Sant Augustin la de Juliano Apóstata (*c*), que fué la mas perniciosa de todas; porque buscó otras nuevas artes para perseguir los cristianos, privándolos de todas las honras, y favores, y estudios de buenas disciplinas, y con otras invenciones que el demonio le enseñaba.

Otra fué del emperador Valente Arriano, que cruelísimamente persiguió los católicos, y entre ellos pretendió matar al gran Basilio, obispo de Capadocia, amenazándole por medio de un presidente suyo con la muerte, si no seguia la secta arriana; al cual respondió el sancto varon: pluguiese á Dios tuviese yo alguna joya para dar á quien sacase á Basilio desta vida. Y dándole aquella noche de plazo para que deliberase lo que habia de hacer, dijo: Yo mañana seré el mismo que agora soy: plega á Dios que tú no te mudes de lo que agora dices. Todas estas persecuciones fuéron de emperadores romanos. Otra fué de Sápor, rey de los persas, que adoraba el sol: el cual era muy poderoso, y muy grande enemigo del nombre de Cristo; y así levantó contra él una grande persecucion, en la cual murieron muchos sanctos obispos, sacerdotes, diáconos, y muchas vírgines consagradas á Cristo, y muchos de otros estados mas bajos, cuyo número llegó á diez y seis mil mártires gloriosos, que con diversas maneras de tormentos fuéron coronados. Antes destas persecuciones cuenta Sant Augustin (*d*) por la primera la de Judea, en la cual Sanctiago el mayor por mandado de Heródes fué degollado, y el menor

(*k*) Joan. 12. (*l*) Zach. 13. (*a*) Psalm. 2.

(*b*) August. de Civit. Dei, lib. 18. cap. 52. (*c*) Ubi supr. (*d*) Ubi supr.

despeñado, y Sant Pedro preso, y Sant Estéban apedreado, y Sant Matías apóstol herido y apedreado; y finalmente toda la Iglesia de Judea perseguida por Sant Pablo, que entraba por las casas, y sacaba los fieles, y poníalos en las cárceles, donde les hacia padecer por la fe lo que él por ella despues padeció. Estas fuéron las persecuciones de la Iglesia, y estos los tirannos que cruelísimamente la perseguian.

Pues para tratar agora de la grandeza y gloria deste triunfo, era menester no elocuencia de hombres (porque esta no basta) sino de ángeles, para declarar por una parte la furia y rabia de los tirannos, y las invenciones nunca vistas ni imaginadas de crueldades con que atormentaban los sanctos, y por otra la fortaleza, la constancia, el esfuerzo de los mártires en medio de tan crueles tormentos. Porque los tirannos no pretendian matar (porque muriendo los sánctos y perseverando en la firmeza de su fe, quedaban ellos vencidos y los mártires vencedores), sino querian apretarlos con tantas crueldades, que viniesen á adorar sus ídolos. Y para esto buscaban mil invenciones de tormentos, y repetíanlos unos sobre otros, hasta que á los verdugos faltaban fuerzas para atormentar, y á los mártires carnes en que recebir los tormentos. Y con todo esto, consumidos ya los cuerpos, estaban los espíritus tan enteros en la confesion de la fe, que sufrian los tormentos no solo con paciencia, sino tambien con alegría, escarneciendo de los tirannos, y burlando de sus amenazas. Y todo esto padecian, por no cometer un solo pecado mortal negando á Cristo con sola la palabra, y no con el corazon: del cual pecado al punto se podian arrepentir, y alcanzar perdon como Sant Pedro lo alcanzó (*e*), acabando de negar. Y esta persecucion no fué en una ciudad, ó en un reino solo, porque no hubo lugar ni rincon en la tierra que no fuese bañado con sangre de mártires, especialmente Roma, Alejandría, que era grande honradora del ídolo de Sérapis (donde padeció Sancta Catalina mártir), en Antioquía, en Nicomedia, en Cesárea de Capadocia, y en Cesárea de Palestina, en Ponto, en Helesponto, en Africa, en Egipto, en Cartago, en Zaragoza (donde padecieron los diez y ocho mártires que celebra Prudencio), en Paris (donde fué martirizado Sant Dionisio con sus compañeros), en Milan (donde lo fué Sant Sebastian), en Siracusas, en Catania (donde padecieron Sancta Agueda, y Sancta Lucía, y Sancta Ines), en Bitinia, en Acaya, en Esmirna, en Tébas, y finalmente en todas las provincias del imperio romano, que tenia el sceptro del mundo dende el tiempo de Augusto que mandó describir todas las gentes (*f*). Y así como los lugares eran muchos y diversos, así lo eran las diferencias de las personas que padecian; porque no solo eran hombres robustos, ó de naciones bárbaras (que no temen la muerte), sino de toda suerte de personas, y de todas las edades, de viejos, de niños, y de personas nobles y ricas, y sobre todo de vírgines delicadísimas, que con fortaleza mas que varonil sufrian tormentos nunca pensados; y de las mujeres dice Cipriano, que eran mas fuertes en padecer, que los hombres en atormentar.

§. I.

Cómo de todas suertes de estados con insaciable rabia perseguian el nombre de Cristo: infiérese su mayor triunfo.

Es tambien de notar, que no solo los emperadores por el celo que tenian de su imperio, creyendo que sus dioses se lo habian dado, sino tambien el pueblo y la gente menuda ardian con el mismo odio contra los cristianos, por ser destruidores del culto y templos de sus dioses. De lo cual entre muchos ejemplos contaré uno solo (*g*): En la ciudad de Gaza, Zenon y Nectario (hermanos, no ménos en el espíritu, que en la carne) con ardiente celo de la fe destruyeron los templos de los ídolos que allí habia. Contra los cuales se ensañaron en gran manera los moradores desta ciudad, y presos con graves prisiones, los azotaron. Despues juntándose en el lugar de sus representaciones, con desordenadas voces los acusaron que habian destruido sus templos, y que otras muchas cosas habian hecho en injuria de sus dioses en los tiempos pasados. Y encendiéndose unos á otros (como se suele hacer) corrieron á la cárcel, y sacándolos los mataron cruelmente, arrastrándolos unas veces boca arriba, otras veces por las espaldas, y hiriéndolos continuamente con palos, y piedras y azotes. Oí que las mujeres salian de sus casas, y las lanzaderas de sus telares arrojaban para herirlos; y que los cocineros de las casas comunes, unos echaban sobre ellos agua herviendo, otros las ollas que cocian, otros barrenaban sus cuerpos con asadores. Pero como ya los despedazasen y quebrasen las cabezas, tanto que los sesos les echaron en tierra, sacáronlos fuera de la ciudad do suelen echar las bestias muertas, y quemando allí sus cuerpos, algunos huesos que quedaron mezclaron con las cadaveras de los camellos y de los asnos, porque con dificultad se pudiesen hallar. Pues desta manera, y con esta furia y rabia perseguian los gentiles, inspirados por los demonios que moraban en los mismos ídolos, á los que destruian esta falsa religion. En lo cual es mucho para considerar, que destruyendo los filósofos epicuros todo género de religion (*h*) (porque negada la inmortalidad de las ánimas y la divina Providencia, afirmando que Dios ninguna cuenta tenia con las cosas humanas, no habia para que aprovechase la religion), y con todo esto, nunca persiguieron ni á él ni á sus discípulos: ántes fué tan recibida esta falsedad, que traian su nombre esculpido en los anillos y tazas de plata, y afirmaban que este solo entre los filósofos habia alcanzado la verdad, y librado los hombres de vanos temores y miedos de los dioses. La causa desto fué, porque nada se le daba al demonio que creyesen al Epicuro, porque tan suyos eran los que le creian como los que le adoraban. Mas recebir la fe y religion cristiana, era lo que á él desterraba del mundo, y sacaba las ánimas de su poder: lo que no hacia el Epicuro.

Mas volviendo al propósito, con toda esta furia y rabia de persecuciones que se levantaron contra la Iglesia, ella quedó vencedora, y triunfó gloriosamente de todos los enemigos que con tanta fiereza la perseguian; y los tirannos con sus dioses quedaron postrados por tierra, y el Crucificado quedó victorioso y señor del campo (*i*): él adorado por verdadero Dios, y los falsos dioses acoceados y quemados, y echados en los muladares, como arriba contamos. Y aquí se cumplió aquella promesa del Padre Eterno, el cual hablando con su Hijo, y con su Iglesia por Esaías, dice (*k*): Confundidos y avergonzados quedarán todos los que pelearen contra tí. Serán como si no fuesen, y vendrán á ser destruidos los que tomaren armas contra tí. Buscarás á los que te fuéron rebel-

(*e*) Matth. 26. (*f*) Luc. 2.

(*g*) Euseb. in Eccl. Hist. (*h*) August. de Civit. Dei, lib. 18. cap. 41. (*i*) Todo el cap. 12. (*k*) Esai. 41.

des, y no los hallarás. Desta manera pues perecieron y se desvanecieron todos los reyes y tirannos que pretendian extinguir el nombre de Cristo y su religion. Esto nos figura aquella estatua que vió en sueños Nabucodonosor (*l*), compuesta de diversos metales, que significaba los cuatro principales reinos y monarquías del mundo. Pero una piedra cortada de un monte sin manos, dió en la estatua, y la hizo pedazos; mas la piedra creció tanto, que vino á hacerse un tan grande monte que hinchió el mundo. Por la cual piedra todos los doctores, así hebreos como latinos, entienden el reino de Cristo, que se habia de extender y dilatar por toda la tierra. De modo que aquella soberbia Roma, que mandaba el mundo, y crucificó á Sant Pedro, está agora subjecta á los succesores de Sant Pedro, como á vicarios de Cristo. Y los emperadores que impugnaban este glorioso nombre, vienen agora á ser coronados, y besar el pié á este su vicario. Y así se cumple aquella promesa del Padre eterno á su sancto Hijo, al cual dijo (*m*): Asiéntate á mi diestra, hasta que ponga á tus enemigos por escabello de tus piés. Pues ¿quién no se maravillará deste tan glorioso triunfo? ¿Quién pensara que los cristianos, que en aquel tiempo eran los mas abatidos y despreciados del mundo, habian de venir á ser señores de Roma, y tener los emperadores á sus piés? ¿Quién no verá que no se pudiera hacer esto, sino interveniendo aquí el brazo poderoso de Dios?

§. II.

De tres cosas que se han de considerar en este triunfo, y de las armas con que se consiguió.

Mas en este triunfo de los ídolos y de los tirannos que los defendian hay tres cosas de grandísima admiracion, y dignas de grande consideracion. La primera es, que el mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, fué desterrar la idolatría dél, como ya dijimos. La segunda, que esta obra fué la mas reñida y mas contradicha de acabar de cuantas jamas se vieron en el mundo. La tercera, que esta victoria se alcanzó por el mas alto medio de cuantos imaginarse pudieran, y mas digno de la gloria de Dios. Pues cuanto á lo primero, que es haber sido este el mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, pruébase, porque segun reglas de filosofía, tanto es un bien mayor, cuanto nos libra de mayor mal, y tanto este bien es mas divino, cuanto es mas universal. Pues ¿qué mayor mal que el pecado de la idolatría? Y ¿qué mayor bien que librar á todo el mundo della?

Lo segundo, que esta empresa fuese la mas dificultosa de cuantas ha habido, pruébase por la contradiccion de doce emperadores romanos, señores del mundo, y de otros reyes, los cuales defendian la idolatría con tales tormentos y crueldades, que (como dice Cipriano) para el cuerpo de un mártir habia mas tormentos que miembros. Con lo cual se junta el tiempo que esta batalla duró, que fuéron docientos y tantos años, como ya dijimos.

La tercera cosa no ménos admirable, fuéron las armas con que estos valientes caballeros de Cristo pelearon. Porque no fuéron lanzas, ni espadas; no dar licencia para vicios y deleites, no dádivas grandes que suelen corromper los ánimos, no elocuencia de oradores, no sciencia de filósofos, no favores de reyes y emperadores. Pues ¿con qué armas pelearon? Con armas de virtudes admirables, con fe firmísima, con caridad encendidísima, con fortaleza invencible, con paciencia inexpugnable, con maravillosa constancia, con summa lealtad para con su Criador y Emperador. Pues con estas armas de perfectísimas virtudes vencieron los mártires todo el poder del mundo y del infierno, y defendieron la fe y la Iglesia de la furia de los tirannos.

La fortaleza y armas destos nobles guerreros describe la Esposa en los Cantares, cuando dice (*n*): La camilla de Salomon cercan sesenta fuertes de los mas esforzados de Israel, los cuales tienen sus espadas en las manos, y son muy diestros en pelear, y cada uno tiene su espada sobre el muslo por los temores de la noche. Todo esto es místico, todo espiritual, como todo lo demas destos Cantares. Pues esta camilla es la sancta Iglesia, en la cual dulcemente duerme y reposa en las ánimas de los justos aquel Esposo celestial, que tiene sus deleites con los hijos de los hombres (*o*). Y llámase camilla á diferencia de aquella cama real que él tiene en los palacios celestiales, donde reposa en aquellos espíritus soberanos. Pues esta camilla de la Iglesia cercó y defendió él del furor y armas de los hombres y de los demonios con la fortaleza de los mártires, los cuales como caballeros esforzados la defendieron, confesando la fe, y burlando de los tirannos y de todas sus amenazas, que eran los temores de la noche, causados por el príncipe de las tinieblas. Por lo cual estaban estos nobles caballeros apercebidos con estas armas espirituales de las virtudes que dijimos para defenderla. Y para mostrar cuán á punto de guerra estaban para esta defensa, no se contentó la Esposa con decir que tenian las espadas en las manos, sino añade mas, que las tenian sobre los muslos, como quien está á punto de desenvainar. Este era el ejercicio y apercibimiento de los fieles de aquella dichosa edad. Por lo cual dice Tertuliano que no se espantaban en aquel tiempo los cristianos, ni extrañaban las persecuciones de los tirannos. Porque dende el dia que determinaban serlo, se estaban apercibiendo con estas armas para el tiempo de la batalla.

Viendo pues los emperadores esta constancia, y considerando que nada acababan por esta via con los sanctos, y que ellos quedaban corridos y vencidos, cesaban de atormentarlos. Por donde entendiendo esto el astutísimo apóstata Juliano (*p*) buscó otras extrañas maneras y artes para combatir la fe. En cuyo tiempo succedió una cosa memorable á este propósito, que Rufino escribe. Acaeció, dice él, que sacrificando una vez este tiranno á Apolo en Antioquía, no pudo haber respuesta dél; y preguntando á sus sacerdotes la causa deste silencio, respondieron que estaba allí cerca el sepulcro de Babilas, mártir, y que injuriados por esto los dioses callaban. Entónces mandó el Emperador que viniesen los galileos (que así acostumbraba él llamar á los cristianos) para que llevasen de allí los huesos del Mártir. Juntóse prestamente toda la Iglesia, hombres y mujeres, dueñas y doncellas, viejos y niños, con gran alegría, vestidos de fiesta; y llevaron con solemne procesion el ataud del sancto Mártir cantando á altas voces: Confúndanse todos los que adoran los ídolos (*q*), y los que confían en las estatuas dellos. Estos y otros semejantes cantares sonaban en las orejas del Apóstata, que veia la triunfal procesion de los fieles, que se extendian por espacio de

(*l*) Daniel. 2. (*m*) Psalm 109.

(*n*) Cant. 3. (*o*) Prov. 8. (*p*) Eccli. hist. lib. 10. c. 11.
(*q*) Psalm. 96.

dos leguas. De lo cual se encendió en tan rabioso furor, que otro dia mandó prender á todos los cristianos, y meter en las cárceles á cuantos pareciesen por la ciudad, y allí atormentarlos con gravísimas penas. Lo cual desagradó á Salustio, su presidente (aunque era pagano); pero por el mandamiento del César lo comenzó á ejecutar. Y prendiendo á un mancebo, que acaso halló primero, llamado Teodoro, le atormentó dende el alba del dia hasta la tarde con grande crueldad, renovándole unos y otros verdugos. Pero él, puesto sobre el lugar del tormento, cercado de una parte y de otra de sayones, otra cosa no cuidaba sino con rostro alegre y seguro repetir el verso del salmo que el dia de ántes toda la Iglesia habia cantado (r): Confúndanse todos los que adoran los ídolos, y los que confían en sus imágines. Viendo Salustio que era acabado el arancel de todos los tormentos que tenian de molde para dar á los fieles, y que la fuerza de su corazon se enternecia, y no podia mellar la fortaleza del Mártir, mandóle volver á la cárcel, y fué al Emperador para hacerle saber lo que habia hecho, y aconsejóle que no mandase proceder contra los cristianos de aquella manera; porque á su Majestad traeria confusion y á ellos grande gloria. A este Teodoro vi yo (dice el historiador desto, Rufino) despues en Antioquía; y preguntándole si habia sentido mucho los dolores, me respondió, que algun tanto le dolian las llagas; pero que estaba cerca dél un mancebo, que con unas limpias tohallas le quitaba el sudor del rostro, y le rociaba con agua fria, en lo cual recibia tan grande deleite, que mucho mas se entristeció cuando le bajaron del tormento que cuando le pusieron en él. Por el consejo de Salustio se contentó el Emperador con amenazar á los cristianos, que volviendo vencedor de los persas, se vengaria enteramente dellos. Y así se partió, de donde nunca volvió; porque allí fué herido y muerto, y no se sabe si por los suyos, ó por los enemigos, despues de un año y ocho meses de su mal poseido imperio. Esta es la historia que cuenta Rufino, en la cual vemos cómo la constancia deste valeroso mancebo hizo que no pasase adelante la persecucion.

§. III.

De otros dos prodigiosos testimonios desta maravillosa constancia.

Otra cosa no ménos dulce y admirable cuenta el mismo historiador, que tambien hace á este propósito. Edesa es ciudad de Mesopotamia, habitada de cristianos, y ennoblecida con las reliquias del apóstol Sant Tomé. Pasando por ella el emperador Valente, vió que los católicos (á quien él habia echado de las iglesias) hacian sus ayuntamientos en el campo: por lo cual se encendió en tanta saña, que dió una bofetada al corregidor de la ciudad, porque no los habia apartado mas léjos, conforme á su mandamiento. Pero él (aunque gentil y injuriado del Emperador) todavía dió lugar en su corazon á la natural humanidad. Y habiendo otro dia de salir á destruir todo el pueblo de los católicos, tuvo maneras secretas cómo todos lo supiesen, para que se pusiesen á recaudo, y no los hallase donde los iba á buscar. Y á la mañana salió por la ciudad con grande estruendo de oficiales, y buscó todas las vias posibles, para que (si pudiese ser) pocos ó ningunos padeciesen. Pero procurando él esto, veia que gran muchedumbre del pueblo corria apriesa al lugar diputado para el martirio, temiendo cada uno no faltar al tiempo de la corona. Entre otros vió que una mujercita salia de su casa muy apresurada y tan despavorida, que ni cerraba su puerta, ni bien se cubria el manto; y que (como mejor podia) traia de la mano un hijuelo, y á gran priesa pasaba por medio del escuadron de sus alguaciles. Entónces él, no pudiendo mas contenerse, dijo: Prendedme esa mujer, traédmela acá. Y como viniese ante él, díjole: Miserable mujer, ¿dónde vas tan de priesa? Ella respondió: Al campo donde se junta el pueblo de los católicos. Dijo el juez: ¿Pues no has oido que el corregidor va á matar cuantos allí hallare? Respondió ella: Pues porque lo he oido me doy tanta priesa, porque allí me halle. Dijo el juez: Pues ¿para qué llevas este niño? Respondió: Para que Dios le dé tan buena ventura, que muera tambien mártir. Lo cual como oyese aquel prudente varon, mandó volver la gente, y guiar el carro (en que iba) al palacio del Emperador, y entrando dijo: Señor, yo estoy aparejado para sufrir la muerte si tú me la quieres dar; pero no ejecutaré tu mandamiento acerca desta gente de los católicos. Y contando al Emperador lo que habia pasado de aquella excelente hembra, amansó él su ira y cesó la persecucion. Pues por este ejemplo verémos cómo la maravillosa constancia de los mártires vencia la furia y rabia de los tirannos, y hacia cesar sus tormentos.

Y para gloria de Cristo y de sus esforzados caballeros, añadiré otro testimonio desta inexpugnable constancia y fortaleza, con que los sanctos mártires siendo vencidos y muertos, vencieron y triunfaron del mundo. Lo cual muestra una carta del emperador Maximino (s), el cual despues de haber intentado las mas extrañas invenciones del mundo para destruir el nombre de Cristo, finalmente visto que con todas sus invenciones y crueldades no pudo vencer la constancia de los mártires, volvió la hoja y escribió esta carta, en que revoca su determinacion y leyes por estas palabras: El emperador Maximino, nunca vencido, Augusto, etc. Entre las otras cosas que por el provecho público siempre ordenamos, habiamos mandado que todo nuestro Imperio se rigiese por las leyes antiguas, y por la comun costumbre de la disciplina romana. Y por consiguiente añadimos que los cristianos, que dejaron la religion de sus antepasados, fuesen constreñidos á volver á ella. Pero somos informados que perseveran en su propósito, y con tanta firmeza, que por ninguna forma pueden ser atraidos á la religion antigua que por nuestros mayores fué instituida, mas cada uno hace la ley para sí, y en diversos pueblos usan de diversas cerimonias. Y dado que sobre esta razon fué por nos mandado que so pena de muerte volviesen á las leyes antiguas, muchos dellos escogieron ántes ser muertos con gravísimas penas, y sufrir innumerables tormentos y muertes que obedecer á nuestro mandamiento. Y porque vemos que aun muchos perseveran en la misma voluntad y propósito, que ni quieren dar honra á los dioses celestiales, ni conformarse con la costumbre de su propria tierra; nos, mirando á la mansedumbre acostumbrada con que solemos perdonar á todos los hombres, de nuestro proprio motivo queremos que á estos tambien se extienda nuestra clemencia. Por lo cual mandamos y ordenamos que les sea lícito ser cristianos, y reparen y edifiquen de nuevo sus templos en que tienen costumbre hacer sus oraciones. Hasta aquí son palabras de la carta de Maximino.

(r) Ubi supr.

(s) Euseb. li. 8. cap. 9.

Estas pues fuéron las armas con que el Salvador triunfó del mundo, que fuéron armas de virtudes, armas espirituales, armas divinas; porque si Dios habia de pelear, con estas armas habia de pelear; y si habia de vencer, con estas habia de vencer. Porque no fuera tan grande gloria suya pelear con la omnipotencia de su brazo, de la manera que peleó contra Faraon y contra Senaquerib, rey de los asirios, matándole una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres de su ejército, y despues á él por mano de sus proprios hijos. Mas la gloria desta victoria fué, vencer muriendo y padeciendo; y vencer los emperadores con la constancia de doncellas tiernas y delicadas.

CAPITULO XIV.

De la duodécima excelencia de la religion cristiana, la cual contiene el triunfo de Cristo contra los que le procuraron la muerte.

La duodécima excelencia de la religion cristiana es la gloria con que Cristo triunfó de los que le procuraron la muerte, tomando venganza dellos con calamidades nunca vistas ni oidas: las cuales refiere Josefo, gravísimo historiador, de nacion y profesion judío, en siete libros que desta materia escribió, de los cuales tratamos adelante mas largamente; mas aquí referirémos la summa dellas para el cumplimiento desta materia de los triunfos de Cristo. Es pues de saber, que luego despues de la muerte del Salvador comenzaron sus calamidades por el mismo juez Pilato, que lo condenó; el cual afligió aquel pueblo que tenia á su cargo de muchas maneras. Despues del cual se siguieron otros gobernadores de aquella provincia, conviene á saber: Festo, Féliz, Floro, Albino, Cestio; los cuales fuéron tales, que cada uno se esmeraba en ser peor que el otro, y competir con él en maldad, y crueldad, y avaricia; y así cada uno en su tiempo afligió aquel pueblo con tantas maneras de robos, cohechos, injurias, muertes, afrentas, y otros semejantes agravios, que incitaron á los miserables hombres á rebelar contra el imperio romano, siendo tan desiguales sus fuerzas y armas contra este poder. Despues desto succedió la venida de Vespasiano por razon deste levantamiento, el cual primeramente determinó conquistar las ciudades comarcanas, mayormente la provincia de Galilea, de la cual era gobernador y defensor el sobredicho Josefo. Donde cuasi todas las ciudades de su provincia fuéron destruidas, y sus moradores captivos y muertos. Mas cuán grande haya sido el número de los unos y de los otros, no se cuenta, sino solos los de algunas ciudades. Pero puédese conjecturar por este indicio, que en la ciudad de Jotapata, que Josefo defendia, fuéron muertos en tiempo del cerco y á la entrada della, cuarenta mil hombres. Y en otra ciudad, por nombre Taraquias, fuéron captivos cuasi otros tantos. Pues por aquí se verá cuál sería el número de los otros muertos y captivos en las otras ciudades: en las cuales muchos mataron á sí, y á sus mujeres y hijos, por no venir á manos de los romanos, y otros se despeñaron de grandes riscos, y otros se echaron en la mar.

Despues desta conquista se siguió el cerco de Hierusalem, cuyas calamidades y desastres vencen con extremada ventaja todas las tragedias y calamidades que ha habido en el mundo. Y la hambre de los cercados fué tan grande que llegaron á comer las riendas de los caballos, y sus cintas, y zapatos, y los cueros con que estaban aforradas las puertas, y otros habia que comian las pajas secas, y de cualquier estiércol que hallaban se vendia un pequeño peso por cuatro dineros. Mas el número de los muertos ¿á quién no espantará? Porque murieron en este cerco parte á hierro, y parte por hambre un cuento y cien mil hombres, los cuales se habian ayuntado en aquella sazon á celebrar la pascua del Cordero, que no se podia celebrar fuera de Hierusalem. Pues ¿cuándo, dende que Dios crió el mundo, hubo jamas cerco ó batalla, en la cual el número de los muertos llegase siquiera á la mitad desta cuenta? Los captivos fuéron noventa mil; los cuales guardaban unos para echar á las fieras, y otros para que se matasen unos á otros en los espectáculos y fiestas de los romanos. Tras desto se siguió luego la ruina de aquella tan insigne y tan conocida ciudad en todo el mundo, cercada de tres muy fuertes muros, y amparada con aquellas tres famosísimas torres de cuya grandeza, y fortaleza, y hermosura, tantas cosas se cuentan; mas para Dios no hay casa fuerte. Pues toda ella con sus hermosísimos palacios y edificios, y sobre todo con aquel sacratísimo templo celebrado en todo el mundo, fué abrasado y arrasado por tierra, sin quedar en ella piedra sobre piedra: de tal manera, que (como refiere Josefo) quien por allí pasara, juzgara que nunca allí hubo habitacion, ni poblacion de hombres. Y juntamente con la ciudad feneció aquel reino mas antiguo que el de los romanos, sin jamas hasta hoy ser restituido ni haber levantado cabeza.

Mas no se contentó con todo esto la severidad de la justicia divina, sino pasó aun mas adelante. Y así fuéron por otro levantamiento destruidos por el emperador Trajano, y despues mas crudamente por Adriano, y despues por Valente, y agora andan derramados y desterrados por todas las naciones del mundo, sin rey, sin templo, sin sacrificio, sin sacerdote, sin órden de república, oprimidos, y avasallados, y cargados de pechos y tributos en todas las naciones. Pues segun esto podemos agora preguntar á los que así andan desterrados: Amigos, ¿qué se hizo aquella tan antigua República? Aquel famosísimo templo? Aquella órden de sacerdotes y levitas? Aquel coro de cantores? Aquellos instrumentos de músicas tan suaves? Aquellas vestiduras sacerdotales? Aquellos vasos de oro tan ricamente labrados? Aquellas ofrendas y sacrificios que todas las gentes allí ofrecian? Y (si volvemos atras) ¿aquella potencia de David? Aquellas riquezas y gloria de Salomon? ¿En qué se ha convertido toda aquella majestad y grandeza? ¿Quién derribó del cielo en la tierra el pueblo de Israel (*a*), tantas veces defendido y amparado por Dios? ¿Cómo no se ha acordado del estrado de sus piés en tantos años? Cómo lo deja oprimir de todas las naciones? Pues ¿por qué pecado tan grande castigo? No por el de la idolatría, por el cual fuéron llevados captivos á Babilonia; mas este captiverio no duró mas que setenta años, los cuales acabados fuéron restituidos en su antigua república y policía. Mas agora despues de mil y quinientos años no vemos esta restitucion. Pues ¿cuál será la causa de tan largo destierro sobre tantas calamidades pasadas? ¿Qué podemos aquí decir, sino que pues Dios es rectísimo y justísimo juez (el cual por peso y medida proporciona las penas de los castigos con la calidad de los delictos), que cuanto este castigo y destierro fué mayor que el otro, tanto el pecado por que se dió es mayor? Pues di-

(*a*) 1. Paral. 28. Thren. 2.

ganme agora todos los entendimientos del mundo, ¿qué pecado pudo haber mayor que el de la idolatría, sino la muerte injustísima del Hijo de Dios, y Señor de todo lo criado? Pues el triunfo de Cristo fué el castigo y la venganza deste pecado: el cual así como fué el mayor de todos los pecados del mundo, así fué castigado con la mayor de todas las calamidades del mundo.

CAPITULO XV.

De la décimatercia excelencia de la religion cristiana, que es ser aprobada por testimonio de doctísimos y sanctísimos varones y mucho mas de los sagrados concilios.

En todas las causas que se tratan entre los hombres, así civiles como criminales, viene á liquidarse y determinarse la verdad por el dicho de los testigos cuando son abonados. Pues tampoco nuestra sagrada fe y religion carece de testigos muy mas ciertos y abonados que todos los otros. Porque primeramente testigos son desta verdad doctísimos y sanctísimos varones, junto con los sagrados concilios. Testigos tambien son los sanctos mártires, como el mismo nombre lo significa (porque mártir quiere decir testigo) los cuales firmaron con su sangre la verdad de nuestra fe. Y testigos son tambien los milagros obrados por Dios, en confirmacion de esta verdad. Y testigos tambien no ménos abonados los profetas, y el cumplimiento de sus profecías muchos años ántes denunciadas. Destas cuatro maneras de testimonios tratarémos agora, y primero del testimonio de los sanctos doctores.

Es pues agora de saber, que (como Aristóteles dice en el primer libro de su Retórica) por tres cosas damos crédito á un hombre, y creemos que trata verdad. La primera si es sabio, la segunda si es virtuoso, la tercera si es nuestro amigo. Porque del sabio presuponemos que no errará, y del virtuoso que no mentirá, y de nuestro amigo que no nos engañará. Destas tres cosas las dos primeras caben en muchos doctores de la Iglesia, los cuales testificaron y defendieron nuestra fe contra todos los herejes del mundo. Entre los cuales unos hubo consumadísimos en todo género de filosofía moral, y natural, y sobrenatural, que llaman metafísica: como fué Sancto Tomas, Sant Buenaventura, Alberto Magno, Alejandre de Alés, Escoto y otros innumerables que siguieron la manera de filosofar que estos. Otros hubo que con estos estudios juntaron la flor de la elocuencia, así griegos como latinos: cuales fuéron entre los griegos el Gran Basilio, y su hermano Gregorio Niseno, y su amigo y compañero de sus estudios Gregorio Nacianceno, y el contemporáneo destos Sant Juan, llamado por su grande elocuencia Crisóstomo, que quiere decir boca de oro; y el imitador deste, Teodoreto; y mas antiguo que estos, Orígenes. Entre los latinos Cipriano, Ambrosio, Augustino, Hierónimo, versado tambien en las lenguas hebrea, griega y caldea; y Lactancio Firmiano, á quien él llama rio de la elocuencia Tuliana, y Arnobio; y el consumado en todas las ciencias humanas, junto con la elocuencia, Boecio Severino. Todos estos varones esclarecidos en todo género de las disciplinas y ciencias humanas y divinas, con otros innumerables (de que se hace mencion en los catálogos de los escriptores eclesiásticos), despues de estar tan fundados en estas ciencias, gastaron toda la vida en tratar, enseñar, escribir, y inquirir la verdad de nuestros misterios; y todos ellos á una voz, y con un mismo espíritu los testifican, y confiesan ser esta verdad revelada por Dios.

Con esto se junta ser muchos dellos sanctísimos varones, los cuales son muy abonados testigos de la verdad; porque estando libres de toda la corrupcion de ambicion, de avaricia, y de todos los apetitos y deseos desordenados, no tenian cosa que los torciese y apartase de la verdad; la cual preciaban mas que todos los tesoros del mundo, y por falta desta pureza dijo nuestro Salvador á los fariseos (*a*): ¿Cómo podeis vosotros creer procurando tanto la gloria de los hombres, y no haciendo caso de la gloria de Dios? Y de los malos dijo el Sabio (*b*), que su malicia los habia cegado y privado del conocimiento de la verdad. Lo contrário de lo cual acaece en las ánimas puras y libres de toda malicia; porque así como en un espejo limpio resplandecen mas claramente los rayos de la luz corporal, así resplandecen en la consciencia pura los rayos de la luz espiritual de la verdad. Con esto se junta, que los varones sanctos tratan siempre con Dios, que es fuente de luz y de sabiduría; la cual continuamente le piden (como la pedia David, cuando decia (*c*): Abre, Señor, mis ojos, para que considere yo las maravillas de tu ley); y por consiguiente á ellos mas que á otros communica Dios el conocimiento de sus misterios. Por lo cual dijo el Eclesiástico (*d*), que el ánima del varon sancto atina mejor en el conocimiento de la verdad, que siete hombres puestos en atalayas para especular: queriendo por estas palabras declarar cuánto importe la pureza de la vida para el conocimiento de Dios y de sus obras. Y por esto dice el Salmista (*e*), que en la boca del justo está la sabiduría, y que su lengua hablará juicio.

Pero otro mayor testimonio que este tiene nuestra religion, que es de los sagrados concilios: lo uno por razon de la asistencia del Espíritu Sancto, que es el maestro de la Iglesia; y lo otro porque los testimonios de los sanctos son de personas particulares, mas el de los concilios es de toda la Iglesia universal donde se juntan todos los prelados y los mayores teólogos y letrados que hay en toda la cristiandad, y tratan con maravilloso concierto y acuerdo las cosas que han de determinar. Porque invocada primero la presencia del Espíritu Sancto, cometen á los teólogos que ventilen y disputen las cuestiones que se han de difinir. Y despues otros elegidos para esto, ordenan los decretos que se han de concluir. Y esto viene otra vez á los padres para ver si hay alguna cosa que se deba añadir, ó quitar, ó mudar. Y esto hecho vuélvese otra vez á proponer lo emendado, y preguntar por los votos y pareceres de todos. En lo cual se gastan á veces muchos meses en la averiguacion de un solo decreto que es de una verdad. De modo que con tener por cierta la asistencia del Espíritu Sancto, examinan con summa industria y diligencia lo que se debe tener. Y sobre todas estas diligencias se añade la confirmacion del summo pastor y vicario de Cristo, que es el Pontífice romano. Porque ni la fe, ni la gracia, ni la confianza en Dios excluyen los medios de la providencia humana, con tanto que no estribe en ella nuestra confianza, sino en la Providencia divina. Este es un muy principal testimonio de la verdad de nuestra religion: que es de innumerables varones doctísimos, y de otros juntamente doctísimos y sanctísimos, y sobre todo de los sagrados concilios.

Deste testimonio de la verdad carecen todas las sectas que ha habido en el mundo. No hablo en la secta de los gentiles, la cual no solo no tuvo testimonio de ningun

(*a*) Joan. 5. (*b*) Sap. 2. (*c*) Psalm. 118. (*d*) Eccl. 37. (*e*) Psalm. 36.

filósofo sabio, mas ántes todos conocieron la vanidad della, como se ve por Tulio en el libro de la Naturaleza de los Dioses; donde condena la supersticion de aquellos que ponian en los dioses, machos, y hembras, y casamientos, y partos, y generaciones, y todas las flaquezas que vemos en las cosas humanas.

De la secta de los moros, ya dijimos (*f*) cómo los principales filósofos que en ella hubo (que fuéron Avicena y Averrois) condenan á Mahoma en el principal artículo en que se funda toda la órden de la vida humana, que es el último fin del hombre. Mas dirá alguno: Los judíos tienen tambien sus rabinos y doctores que defienden su secta y interpretan la Escriptura, y compusieron el Talmud, que es entre ellos como el derecho canónico entre nosotros. Desta escriptura suya tratarémos adelante, donde verá el cristiano lector tantos y tan grandes disparates, tantas mentiras y deshonestidades, tantas fábulas y patrañas, que sin dubda quedará atónito y como fuera de sí, de ver cómo pudo haber hombres en el mundo que tales cosas escribiesen, y otros tan ciegos que las creyesen. Mas la fuerza de la pasion, y la potencia del demonio, y la ceguedad y malicia del pecado mucho pueden con los tales.

CAPITULO XVI.

Preámbulo para tratar del testimonio que nuestra fe tiene con la sangre de los sanctos mártires, donde se declara cuán gloriosa cosa sea padecer martirio por Dios.

Despues del testimonio de los sanctos doctores, síguese el de los mártires, los cuales no solo con palabras sino tambien con obras y con su sangre testificaron la verdad de nuestra fe, dejándose hacer pedazos por la confesion della. Por lo cual se llaman mártires, que quiere decir testigos; porque desta manera dieron testimonio de la fe que profesaban.

No me atreveré á tratar desta materia sin pedir primero el favor y socorro del Espíritu Sancto, para que él, que les dió fortaleza para vencer tan grandes batallas, me dé palabras con que pueda referir alguna pequeña parte dellas. Y confieso que ninguna otra materia trato con mas gusto y voluntad, y ninguna mas recelo tratar, por entender cuán bajo ha de quedar todo lo que en esta parte se dijere, en comparacion de lo que la dignidad della requiere. Porque ¿qué palabras bastarán para explicar batallas que fuéron un espectáculo y materia de admiracion á los ángeles, á los hombres, á los demonios, y á los mismos tirannos y verdugos que martirizaban los sanctos? Mas por otra parte la gloria destos fuertes guerreros no nos consiente cerrar la boca para sus alabanzas. Porque pues á los coronistas extraños (como dice Eusebio) está bien que recuenten las batallas, las victorias, los arcos triunfales, y canten las fuertes hazañas de los cónsules y magistrados, las matanzas de los enemigos y de sus ciudadanos, y pinten en sus historias la turbacion de la patria, los llantos de las mujeres, y la horfandad de los hijos, justo es que en esta obra (que trata de las cosas que pertenecen á Dios) contemos las luchas que la carne por la salud del ánima ha peleado, y la guerra con que varonilmente conquistó la ciudad celestial, y publiquemos las batallas que venturosamente acabó por la virtud de la fe; en las cuales no se armó contra mortales caballeros, sino contra los demonios espirituales; no por las posesiones de la tierra ni señorío de las provincias, sino por el reino de los cielos y heredad del paraíso; no para señorear temporalmente, sino para recibir eterna corona en servicio del Rey inmortal y Dios de todas las gentes.

Ni carece esta materia de notable fruto para las ánimas; porque por aquí se confirma nuestra fe, por aquí se enciende nuestra caridad, por aquí se conoce el poder de la divina gracia que tal fortaleza puso en carne tan flaca. Por aquí se esfuerza nuestra paciencia, y se alivian nuestros trabajos, y se despierta nuestra devocion, y se condena el regalo de nuestra carne, y se avergüenza nuestra flojedad y tibieza, pues es tan poco lo que hacemos por el reino del cielo, viendo lo mucho que estos fuertes caballeros padecieron por él. Y por aquí finalmente queda sin excusa nuestra negligencia, viendo lo que el hombre podria con la gracia que á nadie se niega. Esta es una grande gloria que tiene la Iglesia, que es haber sido fundada con la sangre de tantos mártires.

Tambien tengo de pedir al cristiano lector que no me tenga por prolijo ó importuno, si en estos libros tratare muchas veces desta materia, y me extendiere en ella; porque ella es tan dulce, tan provechosa y tan copiosa, que por mucho que se escriba, ni al escriptor faltarán batallas nuevas que escribir, ni al lector cosas con que se pueda edificar, y de que se deba maravillar. Porque si se despueblan las casas y las ciudades para ver lidiar los hombres con un toro, ¿cuánto mas glorioso espectáculo será ver pelear una doncella de trece años con todo el poder del mundo y del infierno, y salir desta batalla vencedora, sin que todas las promesas, y amenazas, y tormentos de los tirannos pudiesen hacer mella en su fe y honestidad?

Mas ántes que entre en esta materia, me será necesario advertir al lector de algunas cosas, para que saque mas fructo desta lectura. Y primeramente, porque no es de todos saber estimar la dignidad y alteza de las cosas espirituales, cuando á los ojos de carne parecen abatidas y amenguadas, trataré en breve de la dignidad y gloria que está encubierta debajo de aquella ignominia que por defuera en los mártires parecia. Lo cual tambien vemos en las ignominias de la cabeza de los mismos mártires, que es Cristo nuestro Salvador. Porque ¿qué cosa mas abatida que el pesebre de Cristo, que es lugar proprio de bestias, y la Cruz, que era lugar de malhechores? Mas ¿qué lengua podrá explicar la hermosura, las riquezas, las gracias, los tesoros y la gloria que está escondida debajo de esa tan humilde figura? Pues con los ojos que miramos las ignominias de la cabeza, habemos de mirar las de sus preciosos miembros, los cuales en su grado participan, así la virtud, como la gloria y hermosura de su cabeza. La causa desta gloria es la dignidad y excelencia de la virtud, la cual (como dijo Platon) es de inestimable hermosura. Y como la virtud de la fortaleza y paciencia en casos de muerte sea la mas fina y mas probada, como el Apóstol dice (*a*), de aquí es, que á los que tienen ojos y juicio para saber mirar y estimar la dignidad y precio de las cosas, ninguna hay que les parezca mas gloriosa, ni mas hermosa, ni mas digna de ser estimada; y esto de tal manera, que cuanto la deshonra, y abatimiento y la lucha es mayor, tanto lo es la admiracion y estima desta virtud.

Pues porque el piadoso lector tenga ojos para conocer la hermosura que está encubierta en los abatimientos,

(*f*) Cap. 8.

(*a*) Rom. 5.

cárceles y prisiones de los sanctos mártires, pondré aquí algunos pedazos de las cartas que el sancto mártir Cipriano les escribia, ó cuando estaban presos en las cárceles, esperando la corona, ó cuando habian estado constantes y esforzados para recebirla. Pues en una destas cartas, esforzando á unos sanctos obispos, y sacerdotes, y otros muchos que estaban presos en la cárcel y en las minas de metales, por la confesion de la fe, dice así.

§. I.

De la carta, y exhortaciones de Sant Cipriano, á los gloriosos mártires que padecian por la fe.

La grandeza de vuestra gloria (*b*), beatísimos y amantísimos hermanos, me obliga á ir á visitaros, y abrazar esos sagrados miembros, si no me impidiera el destierro que yo tambien padezco por la confesion del nombre de nuestro Salvador. Mas en la manera que me es posible me presento á vosotros, y vengo con el espíritu y con el amor, adonde con el cuerpo no puedo ir; declarando en estas letras mi ánimo, y el alegría que recibo con vuestras virtudes y alabanzas, teniéndome por participante de vuestras coronas, si no con la pasion del cuerpo, á lo ménos con la compañía de la caridad. Porque ¿cómo puedo yo callar, oyendo de mis carísimos hermanos tantas y tan gloriosas virtudes, con las cuales la divina bondad os ha honrado de tal manera, que parte ya de vosotros acabó su martirio, y recibió del Señor la corona; y parte está en la cárcel, ó en las minas de metales, presa con hierros, dando con esta dilacion de los tormentos, ejemplo y esfuerzo á los hermanos? Mas vuestros títulos y méritos crecen con la dilacion de las penas, para alcanzar en el cielo tan grandes premios, cuantos dias agora se cuentan en los tormentos. Y no dubdo que vuestra religiosa vida mereciese que el Señor os levantase á tan alta y gloriosa cumbre de honra; porque siempre florecistes en la Iglesia, guardando la fe y los mandamientos del Señor, conservando la innocencia con la simplicidad, y la concordia con la caridad, y la modestia con la humildad, y la diligencia en vuestro ministerio, y la vigilancia en ayudar á los que trabajan, y la misericordia en recrear los pobres, y la constancia en defension de la verdad, y la severidad en el castigo de la disciplina. Y porque ninguna cosa faltase para el ejemplo de las buenas obras, agora esforzais los corazones de los hermanos á padecer martirio con la confesion de vuestra fe, y con la pasion de vuestro cuerpo, haciéndoos guias y capitanes de la virtud, para que siguiendo la grey á sus pastores, trabaje por imitar lo que ve en ellos, y así sean con iguales servicios y méritos coronados. Y haber comenzado vuestra confesion con crueles azotes de varas, no conviene extrañar este linaje de tormento; porque no es razon que el cuerpo del cristiano tema las varas, pues tiene toda su esperanza en el sancto madero. Aquí el siervo de Cristo reconocerá el sacramento de su salud, porque por medio del madero fué redemido para la vida eterna, y por el madero agora se dispone para la corona. Y ¿qué maravilla es, que siendo vosotros vasos escogidos de oro y de plata, estéis condenados á las minas de metales, sino que agora se ha mudado la naturaleza de las cosas, pues los lugares que solian dar estos metales, agora los reciben con vosotros? Aquí tambien prendieron vuestros piés con cadenas, y ataron con prisiones infames los miembros dichosos y templos de Dios, como si con el cuerpo se pudiese prender el espíritu, ó vuestro oro precioso se pudiese inficionar con el tocamiento del hierro. Para los hombres consagrados á Dios, y que con religiosa virtud testifican su fe, no son estas prisiones sino ornamentos; ni atan los piés de los cristianos para la infamia, sino glorificanlos para la corona. ¡Oh piés dichosamente presos, los cuales no serán desatados por el carcelero, sino por Cristo! ¡Oh piés dichosamente presos, los cuales por el camino de la salud van derechos al paraíso! ¡Oh piés atados por un poco de tiempo en el siglo, para que siempre estén libres en compañía de Cristo! ¡Oh piés detenidos con grillos, y con la ira del adversario, los cuales con gran lijereza han de correr por un camino glorioso á Cristo! Detenga la crueldad y malignidad del adversario presos vuestros cuerpos, mas vosotros muy presto volaréis destas penas de la tierra al reino del cielo. No está regalado vuestro cuerpo en esas minas con cama blanda, mas está regalado con el refrigerio y consolacion del Espíritu Sancto. Los miembros cansados con los trabajos, tienen por cama la tierra, mas no es pena dormir y reposar con Cristo. Están vuestros cuerpos afeados, y descoloridos, y cubiertos de polvo; mas lo que de fuera ensucia el cuerpo, espiritualmente lava y purifica el ánima. Es pequeña la racion de pan que ahí os dan; mas no vive el hombre con solo pan, sino con la palabra de Dios (*c*). Fáltaos la vestidura en tiempo del frio; mas el que ha vestido ya á Cristo, abundantemente está abrigado y adornado. Están erizados los cabellos de la cabeza medio tresquilada; mas como sea Cristo la cabeza del hombre, de cualquier manera que ella esté por la gloria dél, está muy hermosa. Esta fealdad y escuridad para los ojos de los gentiles, ¿con qué resplandor será recompensada? Esta pena breve del siglo, ¡con cuán esclarecida y eterna gloria será remunerada, cuando el Señor, segun dice el Apóstol (*d*), reformare el cuerpo de nuestra humildad, y lo hiciere semejante al cuerpo de su claridad!

Ni tampoco, muy amados hermanos, debeis tener por menoscabo de nuestra fe y religion, no tener agora los que sois sacerdotes, facultad para ofrecer y celebrar los sacrificios divinos, pues agora celebrais y ofreceis á Dios un sacrificio precioso y glorioso, por el cual se os ha de dar un grande premio. Pues, como dice el Profeta (*e*), sacrificio es para Dios el espíritu contribulado; y el corazon quebrantado y humillado no lo despreciará el Señor. Este sacrificio ofreceis á Dios dia y noche sin cesar, ofreciendo á vosotros mismos, como sacrificios puros y limpios. Este es aquel cáliz de salud que el Profeta (*f*) queria ofrecer á Dios en recompensa de los beneficios recebidos. Pues ¿quién no recibirá alegre y promptamente este cáliz de su salud? ¿Quién no deseará tener algo que pueda ofrecer á su Señor? ¿Quién no padecerá fuerte y constantemente esta muerte preciosa en su acatamiento, para agradar á los ojos de aquel que en esta batalla nos está mirando dende lo alto, ayudando á los que pelean, y coronando á los que vencen, y remunerando con piedad de padre lo que él nos dió, y honrando lo que él en nosotros obró? Todo esto, fortísimos y fidelísimos caballeros de Cristo, declarastes á vuestros hermanos, cumpliendo con las obras lo que ántes enseñastes con palabras; para que así seais grandes en la casa

(*b*) Lib. 3. epist. 25.

(*c*) Matth. 4. (*d*) Philip. 3. (*e*) Psalm. 50. (*f*) Psalm. 115.

de aquel Señor, que dijo (g): Quien obrare y enseñare, será grande en el reino de los cielos. De aquí procedió que mucha parte del pueblo, siguiendo vuestro ejemplo, juntamente confesó, y juntamente ha sido coronada; y estando unida y abrazada con sus pastores con lazo de fortísima caridad, ni en la cárcel, ni en los metales se apartó dellos. A cuyo número se juntaron muchas vírgines: las cuales despues del fructo de sesenta (h), debido á su virginidad, acrecentaron el de ciento, debido al martirio; para que así reciban corona doblada en el cielo. Mas en los mochachos que están en vuestra compañía, es la virtud mayor: la cual pasa adelante de la facultad de su edad, con la gloria de su confesion; para que todas las edades y condiciones de hombres y mujeres hermoseen esa bienaventurada grey de vuestro martirio. Pues ¿cuál será agora, amantísimos hermanos, la virtud de vuestra consciencia vencedora? ¿Cuán grande la alteza de vuestro ánimo? ¿Cuán grande el alegría de vuestros sentidos? ¿Cuál el triunfo de vuestro pecho, viéndose cada uno de vosotros abrazado con la obediencia de los mandamientos divinos, y verse ya seguro en el dia del juicio? Andar entre las minas de los metales, con el cuerpo captivo, y con el espíritu reinando en el cielo?

Lo susodicho es un pedazo desta divina epístola del glorioso doctor, obispo y mártir, Cipriano. Del cual pudiera referir aquí otras epístolas suyas, escriptas en semejantes propósitos, en las cuales viera el cristiano lector cuán grande gloria y hermosura está encerrada en cosas que á los ojos del mundo parecian tan feas y abatidas. Mas por evitar prolijidad no las quise escribir. Mas con todo, quien quisiere ver la alteza que está encubierta en esta bajeza, lea lo que Sant Crisóstomo escribe sobre aquellas palabras que el Apóstol escribe á los cristianos de Efeso, diciendo (i): Ruégoos, hermanos, yo, preso por el Señor, etc.; y aquí verá las grandezas que este sancto doctor dice sobre esta prision, alegando que mayor cosa era ser preso por Cristo, que hacer milagros, y resuscitar muertos, y mas que ser llevado al tercero cielo, y mas que estar entre los coros de los ángeles: diciendo que si no fuera por la obligacion de residir en su iglesia, no descansara hasta ir á ver estas cadenas, y abrazarlas, y besarlas. Todo esto se ha dicho para darnos ojos con que sepamos mirar, y reverenciar, y estimar las injurias y abatimientos que aquí contarémos de los sanctos mártires.

Sobre esto añadiré otra cosa que hace á este propósito. En tiempo del sanctísimo papa Gregorio (k), la emperatriz de Constantinopla le envió á pedir con mucha instancia la cabeza del apóstol Sant Pablo. Mas el religioso Pontífice le respondió que por ninguna via despojaria á Roma de aquel tan precioso tesoro. Mas lo que haria por ella sería limar un poco de la cadena con que el glorioso Apóstol estuvo preso en tiempo de Neron, y que esto le enviaria por unas preciosas reliquias. Pues por aquí (como dije) se verá la estima en que los sanctos tuvieron lo que el mundo en otros tiempos tuvo por la mas abatida cosa dél. Y junto con esto se entenderá cuán gloriosa y meritoria cosa sea padecer trabajos, injurias y agravios por amor de Cristo, y cuán digna de ser, de todos los que le aman, preciada y deseada.

(g) Matth. 5. (h) Matth. 13. (i) Chrys. Hom. 8. in cap. ad Ephes. 4. (k) Lib. 3. Epist. D. Greg. Ind. 12. Epist. 30. tom. 2.

§. II.

De la prosperidad de la Iglesia con las persecuciones, y de los estragos que ocasionaron los regalos de la paz.

Demas de lo dicho tambien me pareció prevenir á los que todas las cosas miden con el provecho ó daño de los cuerpos, que cuando aquí leyeren las extrañas maneras de tormentos que los sanctos mártires padecieron, no se escandalicen ni espanten de ver cómo la Providencia divina no abrasaba con rayos del cielo á los que tales crueldades ejecutaban en los sanctos, ó cómo la tierra no se abria y los tragaba vivos, como á Datan y Abiron. Porque entendida la calidad destas pasiones, verán cuánto mayor materia tienen aquí para alabar la divina Providencia, que para quejarse della.

Para lo cual presupongamos primero, que nuestro Señor en todas sus obras generalmente pretende por una parte su gloria, y por otra el provecho de los hombres: como se ve claro en la obra de nuestra redempcion, la cual señaladamente sirvió para la gloria de Dios y para el comun remedio del género humano. Y esto declararon los ángeles, cuando nacido el Salvador cantaron: Gloria á Dios, y paz á los hombres (l). Tambien conviene presuponer que este mismo Señor, como justísimo apreciador de las cosas, mucho mas cuenta tiene con la salud y bien de las ánimas, que son inmortales y semejantes á los ángeles, que con los cuerpos, que son corruptibles y semejantes á las bestias. Lo cual, demas de otros muchos ejemplos, se ve en la providencia que tuvo de Sant Juan Baptista (m), pues sanctificó y enriqueció su ánima con tantas gracias aun ántes que naciese. Y con todas estas grandezas dió su cabeza por el baile de una mozuela. Y lo mismo vemos en Hieremías, que en el vientre de su madre fué sanctificado, y al cabo de la vida consintió que muriese apedreado.

Pues siendo esto así, y conociendo nuestro Señor cuánto mejor le iba á su Iglesia con la guerra que con la paz (porque la guerra y la persecucion, como dice Sant Crisóstomo, hacia mártires, mas la paz y la prosperidad hacia á los hombres flojos, ambiciosos y deliciosos), procuraba mas para su Iglesia lo que le convenía que lo que la dañaba. Y que esto fuese así (demas de ser esta la comun sentencia de los sanctos) alegaré á Eusebio, gravísimo autor (n), que como testigo de vista confirma esta misma sentencia; la cual me pareció referir en este lugar para nuestro propósito. Dice pues él así:

Ciertamente sobrepuja nuestras fuerzas declarar cuánto haya aprovechado y crecido hasta nuestros dias, y á cuán alta cumbre haya subido la palabra de Cristo, y doctrina del Evangelio, como se puede conjecturar por lo que diré. Ya los emperadores romanos concedian á los nuestros autoridad de regir las provincias, y de juzgar en diversas ciudades, y permitian á sus mujeres y á su familia, no solamente creer en Jesucristo, mas que con toda libertad y confianza viviesen en su religion. Tanto que aquellos tenian por fieles amigos, que sabían guardar lealtad á su señor y á su ley, ni sentian mal de su fe. Como fué aquel famosísimo Doroteo, camarero de los reyes, que por la fe del Salvador era tenido por fidelísimo. Por lo cual mereció ser antepuesto á todos en honra, y amor, y privanza de los príncipes. Semejantemente el excelente caballero Gorgonio, y otros discípulos de Cristo, que en el palacio de los emperadores eran hon-

(l) Luc. 2. (m) Luc. 1. (n) Euseb. Eccl. Hist. lib 8. cap. 1.

rados; y otros que merecian por la seguridad de su fidelidad, ser escogidos por gobernadores y presidentes de las provincias. Pues la muchedumbre de los pueblos que en las iglesias se juntaban, mayormente en los dias de fiesta, ¿quién podrá cumplidamente contar? Tanto que ya no bastaban los templos antiguos, mas cada dia se ensanchaban y se hacian mayores, conforme á las ciudades. Así por mucho tiempo el estado de las iglesias se prosperaba, y la gloria dellas volaba sobre la tierra, y pasaba todo lo criado, y á grande priesa caminaba para el soberano cielo. Ninguna envidia, ni enemistad del maldito demonio se le ponia delante; porque por la diestra del poderoso era llevada; y el pueblo cristiano lo merecia con la ayuda de Dios, así por la constancia de la fe, como por la guarda de la justicia. Pero despues que por la mucha soltura y regalo se corrompieron las costumbres, la doctrina tambien se estragó; porque envidiando unos á otros, y contradiciendo, y disfamando los grandes á los pequeños, y los pequeños á los grandes, mordiendo, y acusando, y levantando entrañables contiendas dentro de nuestros reales, enclavando con saetas de palabras los corazones de los prójimos, moviendo guerras y bandos, prelados contra prelados, y pueblos contra pueblos, mostrando amigable semblante y encubriendo engaños en el corazon, y con la lengua hermoseando halagüeñas palabras, y finalmente poco á poco creciendo el monton de los males; la divina Providencia viendo que la destruicion de su pueblo habia sido por usar mal de la paz, y de la blandura y regalo con que hasta allí los trataba, comenzó á poner arrimadizos á su Iglesia, que bambaleaba. Y permitió al principio, que perseverando todavía entero el estado de la religion cristiana, y sin menoscabo de las comunidades de las iglesias, fuesen primero que todos salteados por la persecucion de los gentiles, solos aquellos que traian hábito y ejercicio de caballería. Pero ni desta manera entendieron los pueblos la clemencia divina, ántes como si ningun conocimiento de Dios tuvieran, así pensaban que aquello no venia guiado por su mano; y á esta causa todavía perseveraban en sus males. Semejantemente los que se tenian por caudillos y adalides del pueblo, olvidados del divino mandamiento, contra sí mismos se encendian con envidias, y rancores, y bandos, tanto que mas vivian á manera de tirannos que de sacerdotes; y menospreciando la devocion y puridad cristiana, celebraban los sagrados misterios con ánimos aseglarados. Todo lo susodicho es de Eusebio. Despues de lo cual comienza á recontar la persecucion de Diocleciano y Maximiano, emperadores; la cual permitió nuestro Señor para remedio del daño que la prosperidad y la paz larga habian causado. Lo cual he referido aquí, para que se vea que mas claramente resplandece la divina Providencia en los azotes y castigos, que en las prosperidades y regalos; y que no es esto cosa nueva en él, sino muy usada. Y así dice él por Sant Juan (*o*): Yo á los que amo reprehendo y castigo. Y por Amós, profeta, hablando con su pueblo, dice (*p*): A solos vosotros conozco entre todas las gentes; y por esto tengo de visitaros con el castigo de vuestros pecados.

Servía tambien esta persecucion para gloria de los mismos mártires, los cuales con una hora, ó un dia de trabajo, ganaban una eternidad de descanso, y una especial corona de martirio, y una altísima silla entre los coros de los ángeles; porque así como llegaron á lo último que se podia hacer por la gloria de su Criador, que es perder la vida, así les dará él en su palacio real un altísimo y nobilísimo lugar; y así como ellos fuéron leales á Dios en estar tan constantes en la confesion de su nombre, así él lo será mucho mas en la grandeza del galardon que les dará. La gloria dellos cuenta Sant Juan en el libro de su revelacion (*q*), diciendo, que vió una compañía de gentes de todas las naciones y linajes del mundo, la cual era tan grande, que nadie la pudiera contar; las cuales estaban en presencia del trono de Dios y de su Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos cantando loores de Dios. Y uno de aquellos veinte y cuatro ancianos, que asisten ante el trono de Dios, me preguntó: Estos que ves aquí vestidos de ropas blancas ¿quién son, y de dónde vinieron? Yo le respondí: Señor mio, vos lo sabeis. Estos, dijo él, son los que pasaron por una grande tribulacion, y lavaron sus vestiduras, y blanqueáronlas con la sangre del Cordero. Y por eso están ante el trono de Dios, y le sirven dia y noche en su templo; y el que está asentado en el trono mora en ellos. Y ya de aquí adelante no padecerán mas hambre, ni sed, ni los afligirá el ardor del sol, y del estío. Porque el Cordero que está en medio del trono los ha de regir, y llevar á beber de las fuentes de las aguas de vida, y él enjugará todas las lágrimas de sus ojos. Todo esto es de Sant Juan. Véase pues por aquí, si se pueden llamar á engaño los sanctos mártires, pues con tan breves trabajos merecieron una tan grande gloria, que el Cordero de Dios (que es el Señor de todo lo criado), como piadosa madre enjugase las lágrimas de sus ojos, y por un breve trabajo les diese eterno descanso en lo mas bien parado de su reino.

§. III.

De cómo el martirio es la obra con que mas es glorificada de sus criaturas la excelencia divina.

Mas cuán glorificado haya Dios sido con las victorias y triunfos destos gloriosos mártires, ¿quién lo podrá explicar? Porque muchas maneras hay con que las criaturas glorifican y alaban á su Criador: de las cuales adelante tratarémos mas copiosamente entre los fructos del árbol de la Cruz. Mas agora decimos brevemente, que unos glorifican á Dios con salmos y voces de alabanza, otros con la pureza de la vida, otros con ofrecerse á trabajos y peligros virtuosos, confiados en su bondad y providencia, otros con padecer persecuciones del mundo por su gloria, y otros de otras maneras. Mas la mas alta manera de glorificarle es, padeciendo muerte por su servicio, mayormente cuando la muerte es prolija, y ejecutada con crueles tormentos; porque esto no es ya padecer una sola muerte, sino muchas, de la manera que los sanctos mártires las padecian, como adelante verémos. Y que esto sea glorificar á Dios, significólo el evangelista Sant Juan (*r*), cuando el morir Sant Pedro en cruz, llamó glorificar á Dios, y seguir á Cristo, siendo grande gloria seguir al Señor, como el Eclesiástico dice (*s*). Pues segun esto no hay caudal en toda la naturaleza humana, ayudada con la gracia, para honrar mas á su Criador que mostrar no por palabra sino por la obra ser tan grande su majestad, y bondad y su gloria, que quiera su fiel siervo padecer todos los tormentos que la furia de los hombres y de los demonios

(*o*) Apoc. 3. (*p*) Amos 3.

(*q*) Apoc. 7. (*r*) Joann. ult. (*s*) Eccli. 23.

pudieron inventar, ántes que decir ó hacer alguna cosa contra su servicio. ¿Qué mayor fe? Qué mayor fortaleza? Qué mayor lealtad se puede pedir á una criatura de carne que esta? ¿Adónde puede subir mas toda la facultad de la naturaleza humana, ayudada con todos los socorros de la gracia? ¿Qué tiene el hombre mas que ofrecer á Dios que la vida, y esta ofrecida con tales tormentos? Y si es verdad, como lo es, que todos los buenos son aquellas plantas de Esaías (*t*), las cuales con la hermosura de sus virtudes nos convidan á glorificar á Dios, ¿cuánto mas lo glorificarán estos árboles cultivados y regados con la sangre de sus martirios?

Es tambien por otra manera glorificado Dios con esta sangre, porque él les dió aquella constancia y fortaleza invincible con que perseveraron tan leales y fieles hasta la muerte. Y esto es lo que Sant Juan nos significó en la autoridad alegada, cuando dijo (*v*), que los mártires habian parado blancas sus vestiduras con la sangre del Cordero. Porque por el mérito de aquella preciosa sangre se les dió aquella tan grande firmeza y constancia, con la cual burlasen de los tirannos, despreciasen sus amenazas, y escarneciesen de todas las máquinas de sus tormentos. De manera que así la fortaleza y mérito del padecer, como la corona de la pasion, se debe á aquel innocentísimo Cordero, que nos mereció lo uno y lo otro. ¡Oh quién tuviese palabras para explicar cuán grande sea la gloria del poder, y de la bondad, y de la providencia de Dios, que en esta obra resplandece! Los cielos, dice David (*x*), predican la gloria de Dios con la grandeza de sus virtudes y hermosura. Mas ¿qué le costó á Dios esta obra? Así esta como todas las otras no le costaron mas que lo que dice el Profeta (*y*): *Ipse dixit, et facta sunt*. No le costó mas que decir, y hacerse todo lo que él quisiese, sin que hubiese cosa que le contradijese, ó resistiese. Mas aquí, ¡cuántas cosas le resistian! Cuántas peleaban contra él! Peleaban los tirannos, peleaban los demonios, peleaban mil maneras de tormentos, resistia la flaqueza de nuestra carne, la cual aun en Cristo temió la muerte; resistia toda la potencia del amor proprio; peleaban todas las fuerzas de la naturaleza; peleaba y resistia la complexion del hombre, que es la mas sensible y mas enemiga del dolor de cuantas otras hay (por donde ha acaecido muchas veces los hombres confesar la culpa de muerte que no cometieron por excusar el dolor de los tormentos, teniendo por menor mal la muerte que la violencia del dolor). Pues ¡cuán grande gloria del poder de la divina gracia fué, hacer que tantos millares de hombres, de mujeres, de viejos, de mozos, y de doncellas tiernas y delicadas sufriesen tan extraños tormentos, y esto con tanta fortaleza, con tanta alegría, con tanto esfuerzo, que confundiesen á los tirannos y cansasen á los verdugos, y ellos no solo no se cansasen de penar, mas ántes sufriesen los tormentos con grande gloria y ufanía, como personas que tanto mas cerca tenian la corona, cuanto mayores tormentos padecian! Y así muchos dellos (como dice Hilario) (*z*) daban gracias por sus azotes, otros se gloriaban en sus cadenas y cárceles, otros ofrecian alegremente sus dichosas cabezas al cuchillo; muchos dellos saltaban en las hogueras que para ellos estaban encendidas, y temblando los ministros de la maldad, ellos con un religioso apresuramiento se arrojaban en las llamas; y otros hubo que siendo mandados echar en las aguas para ser ahogados, iban á ellas no como á aguas de muerte, sino de refrigerio saludable, ofreciendo en sus cuerpos al Criador (como dice Basilio) otra nueva manera de holocausto, no por fuego, sino por agua. Cosa es esta de que aquel sancto Profeta quedaba espantado y atónito, cuando hablando con Dios, y viendo figurada esta maravilla en el paso de los hijos de Israel por el mar Bermejo, decia (*a*): Abriste Señor, en la mar camino á tus caballos en medio de las muchas aguas; y cuando yo esto oí, me temblaron las carnes, y con esta voz se estremecieron los labios de mi boca. Palabras son estas de quien tenia espíritu de Dios, para saber estimar esta admirable virtud y fortaleza, que aquel omnipotente y misericordioso Señor dió á sus fieles caballeros, los cuales en medio del mar amargo de sus persecuciones hallaron camino seguro, y en medio de las muchas aguas de las tribulaciones se les descubrió la tierra seca por do pasasen á pié enjuto, y sin peligro; pues (como se escribe en los Cantares) (*b*) las muchas aguas no pudieron apagar en ellos la llama de la caridad, ni las crecientes de los rios la pudieron cubrir. Admirable fué el poder de Dios, cuando pasó los hijos de Israel por las aguas del mar Bermejo sin peligro; y no ménos lo fué, cuando dió virtud á los sanctos mártires para pasar por medio de las aguas de tantas tribulaciones sin desmayo, y sin pecado. Aquello hizo él una sola vez; mas esto hizo con todos los sanctos mártires, que no son ménos que las estrellas del cielo. Pues ¿quién pudiera acabar esta tan grande obra, sino Dios? ¿Quién pudiera á una carne tan flaca dar fortaleza para vencer tan grandes batallas, sino el brazo de Dios? Estaban atónitos los que presentes se hallaban, y con ser enemigos se compadecian de ver lo que las sanctas vírgines padecian; porque la grandeza de los tormentos vencia la dureza de sus corazones, y convertia su furor en compasion. Pues esta fué singular gloria de Dios, pelear contra todo el poder del mundo y del infierno con instrumentos tan flacos, tan delicados y tan sensibles, y vencer y triunfar de toda esta potencia con ellos. Pues ¿cuán grande gloria fué esta deste Señor, ayudar él tan poderosamente á sus fieles siervos, y defender ellos con tanta fidelidad la gloria de su Señor? Yo confieso, que todos aquellos espíritus soberanos de ángeles, y querubines, y serafines glorifican á Dios con la excelencia de su naturaleza, y con el resplandor de la gracia y gloria que les fué dada, y con la obra por donde la merecieron; mas no le glorifican de la manera que los sanctos mártires, con la pasion de sus cuerpos, porque no los tienen. Alaba Plutarco á Alejandre Magno, sobre todos los otros monarcas del mundo, diciendo, que los otros nacieron monarcas, mas este ganó la monarquía con su lanza, y con muchas heridas que en diversas batallas recibió. Lo mismo en cierta manera podemos decir de los sanctos ángeles: los cuales fuéron criados en el cielo Empíreo con aquella noble naturaleza y gracia que les fué dada; y poco les costó la gloria de que para siempre gozan. Mas los sanctos mártires ¿con cuántas heridas, con cuántos géneros de tormentos, unos sobre otros repetidos, la ganaron? Por donde aquellos cantan y predican la gloria del Señor con la hermosura de la naturaleza y gracia que les dieron, mas estos con las heridas que en sus cuerpos por la gloria de su Señor recibieron. Esto nos declara Sant Juan en su revelacion (*c*) cuando dice, que oyó una voz en el cielo como de un grande trueno, y como voz de muchas aguas, y

(*t*) Esai. 61. (*v*) Ubi sup. (*x*) Psalm. 18. (*y*) Psalm. 148. (*z*) 2. Cor. 7. Philip. 1.

(*a*) Habac. 3. (*b*) Cant. 8. (*c*) Apoc. 14.

como voz de tañedores que tañian en sus vihuelas. Pues ¿cómo concuerdan entre sí estas tres maneras de voces, de grande trueno, y de muchas aguas, y de música suave de vihuelas? Todo esto es místico, todo espiritual. Pues por este tan grande trueno se entiende la predicacion del Evangelio, que sonó por todo el mundo, como lo significó Esaías cuando dijo (*d*): En los últimos fines de la tierra oímos las alabanzas y la gloria del Justo, que es Cristo, autor de nuestra justicia. Y por las muchas aguas, entendemos las grandes tribulaciones y tempestades que los sanctos apóstoles y mártires padecieron por esta predicacion. Mas por la música de vihuela en que estos sanctos mártires tañian, entendemos la gloria y las alabanzas que ellos daban á su Criador con la pasion de sus cuerpos. Porque en la vihuela están las cuerdas que hacen la música depuradas de todo humor, y retorcidas y estiradas en ella, y desta manera sirven para la música. Pues esto mismo vemos en los sanctos mártires: los cuales, despedido de sí todo el amor y aficion de las cosas terrenas y de su misma vida, fuéron torcidos y afligidos con diversos tormentos. Porque los cuerpos destos sanctos tendidos en las parrillas, y crucificados, y estirados en los maderos, ¿qué eran sino cuerdas de estas vihuelas, que hacian una música suavísima en los oídos de Dios? Pues en estas vihuelas tañen y cantan eternalmente los sanctos mártires cantares de alabanza á su Criador, predicando su gloria, y el poder de su gracia con la cual vencieron tan grandes batallas por su amor.

§. IV.

De cómo se manifestó la gloria de Dios en los sanctos mártires con los prodigios y milagros que obró por ellos.

Resplandece tambien aquí la gloria de la bondad y providencia divina por otra manera maravillosa. Porque demas de la fortaleza interior de la gracia con que este Señor ayudaba á sus siervos, ayudábalos tambien con otros socorros, y ayudas, y favores exteriores. Porque unas veces apagaba las llamas del fuego, como lo hizo con Sancta Lucía; otras curaba en la cárcel sus llagas, como lo hizo con Sancta Margarita y Sancta Agueda; otras los visitaba en la cárcel, como lo hizo con Sancta Catalina, mártir; otras los mandaba consolar con ángeles y con cantares muy suaves, como lo hizo con Sant Vicente; otras soltaba las cadenas con que estaban presos, como lo hizo con Sant Pablo y con su compañero Silas; otras los confirmaba mas en la fe con los milagros que por ellos obraba, como lo hizo con Sant Lorenzo (que estando preso daba lumbre á los ciegos); otras consolaba con la conversion de muchos, que por virtud destas y otras maravillas se convertian á la fe, y padecian martirio juntamente con ellos, como se escribe de aquellos cincuenta oradores, que se convirtieron á la fe por la doctrina de Sancta Catalina, y padecieron martirio por ella. Y de todos estos ejemplos hay muchos, aunque no hice aquí mencion mas que de solos estos. Otras muchas veces amansaba los leones y bestias fieras para que no tocasen en sus siervos. De lo cual contaré aquí un memorable ejemplo, que no podrá dejar de causar mucha devocion y admiracion á quien lo leyere, considerando este regalo y favor de la divina Providencia de que vamos hablando: el cual cuenta Eusebio en su historia, como testigo de vista que presente se halló. Sus palabras son estas (*e*):

Yo agora no cuento lo que oí, sino lo que vi con mis ojos. Buscaban los tirannos nuevas artes de tormentos que succediesen unos á otros: primero rasgaban con peines de hierro sus cuerpos; despues echábanlos á las bestias, azomándoles los leones, y osos, y onzas, y otras muchas fieras, puercos monteses, y otros, agarrochándolos primero, y hiriéndolos con fuego para acrecentarles la fiereza. Todas estas municiones se aparejaban contra la fortaleza de los siervos de Dios, y con crueldad se armaban para sus penas los hombres, los brutos animales y los elementos. Entónces desnudaban á los honradores del Señor en medio del palenque, amenazando á las fieras, y encruelesciéndolas con mil artes dentro de sus cuevas, y así salian rabiosas, y súbitamente hinchian el coso, y ceñian en derredor el sagrado coro de los mártires, que en medio estaban cercándolos de una parte y de otra. Pero andando muchas veces al derredor dellos olieron la virtud divina presente, y humillándose se apartaron de sus venerables cuerpos. Mas el furor que se amansó á las fieras, se dobló á los hombres. Ninguno dellos conoció el socorro del Soberano, y ninguno creyó que les favorecia la diestra del Poderoso; mas enviaron á las bestias hombres diestros en embravecerlas, pero ellas (porque viesen que no les faltaba osadía ni fuerzas, sino que el poder de Dios amparaba sus siervos) con increible lijereza despedazaron aquellos que iban á hacerlas feroces. Y no quedando ya oficial que osase ir á ellas, mandaron á los mismos mártires, que con sus manos les hiciesen cocos, y las incitasen á venir contra sí mismos; mas ni aun esto las movia de su lugar, ántes si alguna iba hácia ellos, en llegando al mas cercano, luego daba la vuelta. Los que presentes estaban hubieron grande espanto, viendo que los hombres desnudos (entre los cuales eran muchos de tierna edad) en medio de tantos y tan fieros animales estaban sin temor ni temblor, levantadas al cielo las manos, y los ojos, y el corazon puesto en Dios, menospreciando, no solamente todo lo temporal, mas su misma carne; y temblando sus mismos jueces de espanto, estaban ellos alegres y con sereno rostro en presencia de tantas fieras. Mas ¡oh duras y atónitas ánimas de hombres! Que la ferocidad de las bestias por la virtud de Dios se enternece, y la rabia humana avergonzada de los brutos animales no se aplaca! Hicieron experiencia de otros delincuentes gentiles, echándolos á las bestias: los cuales en pareciendo delante dellas, fuéron despedazados, unos por los leones, otros por los osos, otros por las onzas, otros echados en los aires con los cuernos de los toros; ni aun despues de así encarnizadas las fieras, osaban llegar á los siervos de Dios, á quien la virtud soberana cercaba con muro fortísimo, cumpliendo la palabra que él habia dicho (*f*): Do se hallaren dos ó tres de vosotros juntos en mi nombre, estaré en medio dellos. Viendo la crueldad rabiosa salir en vano todos sus ardides, trocaron las fieras, haciendo salir otras de refresco. Y como quier que tampoco estas diesen molestia á los sanctos, finalmente soltaron los rabiosos hombres mas crueles que tigres, y con sus espadas acabaron lo que las fieras no quisieron comenzar. Esta dulcísima historia refiere Eusebio, en la cual podrá ver el piadoso lector cuán grande sería la consolacion destos gloriosos mártires, cuando considerasen este tan gran favor y regalo de la divina Providencia para con ellos. De aquellos tres mozos que mandó

(*d*) Esai. 24. (*e*) Euseb. Eccl. Hist. lib. 8. cap. 3.

(*f*) Matth. 18.

Nabucodonosor echar en el horno de fuego (*g*), porque no quisieron adorar su estatua, se escribe que como el fuego no les hiciese algun daño, inflamados sus corazones con otro mayor fuego de amor de aquel Señor que así los habia amparado, comenzaron á entonar aquel cántico, que comienza: *Benedicite omnia opera Domini Domino* (*h*): en el cual convidan á todas las criaturas del cielo y de la tierra, y del aire, á que juntamente con ellos alaben aquel Señor, que así tuvo por bien socorrer á sus fieles siervos. Pues ¿qué ménos harian estos sanctos mártires, viéndose cercados de tantas fieras, sin recebir molestia dellas? ¿Qué gracias, qué alabanzas y bendiciones darian al Señor, que así los defendió y favoreció en esta batalla? Y ¿cuán de buena gana ofrecerian las cervices al cuchillo por tal Señor, mayormente esperando luego tras del cuchillo la corona, que casi ya tenian en las manos?

Pudiera tambien referir aquí otros favores semejantes que hacia el Señor á sus mártires, y especialmente á las vírgines de que arriba hecimos mencion para confirmacion desta verdad.

CAPITULO XVII.

De la décimacuarta excelencia de la fe y religion cristiana, que es haber sido confirmada con el testimonio de innumerables mártires.

Presupuesto el preámbulo, síguese que tratemos de la victoria maravillosa de los sanctos mártires, y del testimonio que con ella nos dieron de la fe católica. Para tratar desta materia conviene traer á la memoria aquellas dos espirituales ciudades que Sant Augustin describe en los libros de la Ciudad de Dios (*a*): que son Hierusalem y Babilonia; cuyos moradores, y caudillos, y oficios son muy diferentes. Porque los moradores de Hierusalem son todos los buenos; mas los de Babilonia todos los malos. El caudillo de los unos es Cristo, y de los otros es el demonio. Aquella ciudad edifica el amor de Dios, que llega al desprecio de sí mismo; mas esta edifica el amor proprio, cuando llega á despreciar á Dios por amor de sí. Los moradores destas dos ciudades tienen perpetua guerra unos con otros. Porque, como dice Salomon (*b*), abominan los justos al hombre malo, y abominan los malos al hombre bueno. Asimismo el Eclesiástico dice (*c*): Contra el mal el bien; y contra la vida la muerte: así al varon justo es contrario el pecador. Y esta guerra no es nueva, porque comenzó con el mismo mundo, cuando mató Cain á su hermano Abel (*d*), no por otra causa sino, como dice Sant Juan (*e*), porque las obras de Abel eran buenas y las de Cain malas.

Pues cada una destas ciudades tiene sus combatientes y defensores. Contra la ciudad de Babilonia pelea Cristo con los suyos; mas contra Hierusalem el príncipe deste mundo con todos sus aliados. En la una parte pelea el espíritu, en la otra la carne, pretendiendo derribar y ahogar el espíritu. La joya por que una parte pelea es la gloria de Dios; y el fin porque la otra guerrea es el interese del amor proprio, despreciada la gloria de Dios.

Pues como el principado desta ciudad de Babilonia fuese tan contrario y tan injurioso á la gloria de Dios, y estuviese tan extendido por toda la redondez de la tierra (donde el verdadero Dios estaba olvidado y el príncipe deste mundo en su lugar adorado), indignándose el Hijo de Dios por la injuria de su padre, y compadeciéndose de la ceguedad de los hombres, vino á este mundo á pelear con esta bestia fiera y desterralla dél. Esto es lo que todos los padres antiguos continuamente le pedian. Porque esto deseaba David (*f*) cuando pedia que este potentísimo Señor se ciñiese su espada y la pusiese sobre el muslo para pelear con este enemigo. Esto mismo pedia Esaías cuando decia (*g*): Levántate, levántate y vístete de fortaleza, brazo del Señor; levántate, como en los dias antiguos y en las generaciones de los siglos. ¿Por ventura no eres tú el que heriste al soberbio y llagaste al dragon? En las cuales palabras el Profeta pide al Salvador, que así como al principio de la creacion de las cosas derribó á Lucifer del cielo, así agora lo destierre del mundo que tiene tirannizado. Y esta victoria denunció el mismo Profeta (*h*), cuando hablando de las obras deste Señor dijo, que venia á predicar al mundo un año de jubileo y un dia de venganza: el jubileo para los pecadores, y el dia de venganza para los demonios que traian engañados los hombres. Y este mismo dia de venganza y de victoria prometió el mismo Señor poco ántes de su pasion cuando dijo (*i*): Agora ha de ser juzgado y sentenciado el mundo; agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado sobre la tierra, esto es, puesto en la cruz, todas las cosas traeré á mí. Y esto mismo vió en espíritu Sant Juan en el Apocalipsi (*k*), donde dice que vió descender del cielo un ángel, el cual tenia la llave del abismo, y traia una gran cadena en su mano, y con ella prendió al dragon, serpiente antigua que es el diablo y Satanas, y lo encerró en el abismo y selló la puerta dél para que no engañase mas las gentes. Pues este ángel es Cristo nuestro Salvador segun la naturaleza humana; el cual, por virtud de su gracia, y por medio de sus apóstoles y varones apostólicos desterró esta fiera del mundo, para que no fuese mas adorada, como hasta entónces lo habia sido.

Mas veamos agora qué soldados escogieron estos dos capitanes para esta batalla, y con qué género de armas armó cada uno á los suyos. Pues Cristo primeramente escogió para esta conquista unos rudos, y pobres y ignorantes pescadores, hombres sin letras, sin nobleza, sin elocuencia y sin otra valía humana. Y á estos armó él, no con armas de hierro, sino con el favor y gracia del Espíritu Sancto, y de todas las virtudes, y señaladamente con aquellas tres mas principales que miran y honran á Dios, que son fe, esperanza y caridad; mas estas no en grado remiso, sino perfecto; no como las tienen los principiantes, sino como las poseen los perfectos. Lo cual conviene que declaremos en este lugar.

Pues para entendimiento desto es de saber, que la inmensa bondad de nuestro Señor, de tal manera trata en esta vida á sus familiares amigos (cuando los ve ya destetados del mundo y descarnados de toda carne, y hechos hombres espirituales y divinos), que les da una cata de aquel vino celestial, y unas como primicias de aquellos bienes eternos, de que para siempre han de gozar, como arriba declaramos. Porque en esta moneda paga él ciento por uno en este mundo, como lo promete en su Evangelio (*l*), haciendo mercedes y dando grandes consolaciones á los que por su amor renunciaron todas las consolaciones del mundo. Pues conforme á esto digo,

(*g*) Dan. 3. (*h*) Ibidem. (*a*) Aug. de Civ. Dei, lib. 15. c. 1. et 2. et lib. 18. c. 18. tom. 5. It. in Psalm. 64. tom. 8. etc. (*b*) Prov. 29. (*c*) Eccl. 33. (*d*) Gen. 4. (*e*) 1. Joan. 3.

(*f*) Psalm. 44. (*g*) Esai. 51. (*h*) Esai. 61. (*i*) Joan. 12. (*k*) Apoc. 20. (*l*) Matth. 19.

que estas tres virtudes, que llamamos teologales, tienen sus proprios galardones en el cielo. Porque á la fe se dará en premio la clara vision, y á la esperanza la posesion, y á la caridad la fruicion y gozo del summo bien. Pues este especial favor hace nuestro Señor á los varones perfectos en esta vida, que vengan á participar una semejanza de la gloria que á estas tres virtudes se ha de dar en la otra. Porque la fe en los tales llega á estar no solo fortificada, sino esclarecida con los dones del Espíritu Sancto, del tal modo, que á muchos de ellos parece que no creen sino que ven la verdad de los misterios de la fe. Asimismo tienen tan firme, tan viva y tan segura la esperanza de la gloria, que les parece que ya la tienen en las manos. Y estos son de quien communmente se dice que tienen la muerte en deseo y la vida en paciencia por la firmeza desta esperanza: la cual en algunos era tan grande, que prometian favores á otros cuando se viesen en el cielo, como se escribe de nuestro padre Sancto Domingo. Pues la caridad, que es la reina de las virtudes, tienen estos tan abrasada y encendida, que arden en amor de Dios; y gozan á veces de tan grandes alegrías que no hay palabras para las explicar. Porque estas corresponden al premio que se da á la caridad, que es la fruicion del mismo Dios. Y de aquí les nace un tan gran deseo de agradar á un Señor que tan amable y tan suave se les ha mostrado, que desean padecer mil géneros de tormentos por él. Y así de muchos mártires se escribe, que ellos mismos, tocados deste divino fuego, voluntariamente sin ser buscados se ofrecian al martirio, como adelante verémos.

Pues tornando al propósito, estas eran las armas con que nuestro capitan armó sus caballeros, para pelear con los principados y poderes del mundo, con fe tan esforzada y clarificada, con esperanza tan segura y tan confiada, y con caridad tan encendida y abrasada, como está dicho. Confirmados pues con estas tres virtudes sabian certísimamente que acabada la postrera boqueada, y acabando de correr los filos de la espada por la garganta, en ese mismo instante, sin mas dilacion, habian de ver y gozar de aquella infinita hermosura que tanto amaron, y que sus ánimas habian luego de ser llevadas por los sanctos ángeles con coronas de martirio á ser colocadas entre los coros de los sanctos, donde para siempre gozarian de deleites eternos, y de bienes que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazon humano pudieron caber. Pues con tales armas ¿quién no se esforzara? Quién no se animara? Quién no peleara alegremente contra todo el poder del mundo?

§. I.

Calidad y armas de los soldados con que se peleó en esta guerra.

Agora veamos cuáles fuéron los soldados, y cuáles las armas con que el príncipe deste mundo peleó contra el ejército y reino de Cristo. Esto nos representa Sant Juan en una maravillosa vision que él relata en su Apocalipsi, en la cual (resumiéndola en pocas palabras) dice (*m*): Que apareció una gran señal en el cielo, que fué una mujer vestida del sol, con la luna debajo de los piés, y con una corona de doce estrellas en la cabeza; la cual padecia grandes dolores por parir. Y apareció otra señal en el cielo, que fué un dragon grande y rojo, con diez cuernos y siete cabezas. Y este dragon estaba delante de la mujer, para tragar el hijo que pariese; y ella parió un hijo varon, el cual habia de regir las gentes con vara de hierro. Esta mujer que aquí pinta Sant Juan todos sabemos que es la Iglesia; y estar ella vestida del sol (que es Cristo, sol de justicia) nos representa estar ella adornada, hermoseada y enriquecida con los méritos y gracia de Cristo, y inflamada en su amor. Desta manera de vestidura hace mencion el Apóstol (*n*) cuando dice: Todos los que habeis sido baptizados estáis vestidos de Cristo. Tener esta mujer la luna (que es tan mudable) debajo los piés, nos representa el desprecio que los sanctos tienen de todas las cosas desta vida, que son mas mudables y mas inconstantes que la misma luna. La corona adornada con doce estrellas, es la gloria que tiene la Iglesia de haber sido fundada con la doctrina de los doce apóstoles; los cuales recibieron primero que todos las primicias de la gracia, y bebieron de la misma fuente de vida. Los dolores grandes que esta mujer tenia por parir, nos representan los grandes deseos que la Iglesia tenia de dilatar la fe por todo el mundo, y de engendrar hijos espirituales á Cristo su esposo. El dragon grande y rojo que estaba para tragar el hijo que la mujer pariese, es el demonio, príncipe deste mundo, cuyo color dice que era rojo, para significar la sangre de los mártires, que él por medio de sus ministros habia derramado. Los diez cuernos que tenia en la cabeza, fuéron diez emperadores romanos, que precedieron ántes del imperio del cristianísimo Constantino; por los cuales levantó el dragon las diez persecuciones que communmente se cuentan de la Iglesia. Las siete cabezas significan otra manera de persecuciones de astutísimos herejes, por cuyo medio el dragon levantó otras persecuciones mayores que las pasadas, con las artes y astucias destos herejes. Decir que este dragon estaba la boca abierta, esperando tragar el hijo que la mujer pariese, nos representa el furor y ardor que aquel dragon infernal tenia de extinguir y desterrar del mundo el nombre de Cristo.

Pues por esta figura primeramente se entenderá cuáles eran los soldados de que el demonio se sirvió para hacer guerra al reino de Cristo: que fuéron por una parte los emperadores y monarcas del mundo, y por otra los astutísimos herejes, que le hacian guerra mas cruel; porque la persecucion de los unos principalmente tiraba á los cuerpos; mas la otra con astucias de argumentos hacia mas cruel guerra á las ánimas; y así la una hacia mártires, la otra herejes.

Las armas con que el dragon armaba estos tirannos, eran engaños y mentiras: que son las armas proprias deste padre de la mentira, con las cuales venció los dos primeros hombres del mundo. Porque hacia creer á los emperadores que aquellos ídolos eran verdaderos dioses, y que con su favor habian señoreado el mundo, y con él habian de conservar este señorío; y que faltando este culto dellos se perderia. Y porque esta religion de Cristo con todas sus fuerzas destruia, y condenaba, y escupia estos sus dioses, conservadores (como ellos imaginaban) de su imperio, encruelecíanse en tanto grado contra ella, que todo su estudio y ingenio, y todas sus artes y fuerzas empleaban en desterrarla del mundo. Y con esto pensaban vengar las injurias de sus dioses, y aplacarlos y alcanzar dellos no solo la conservacion de su imperio, sino la salud, y la prosperidad y abundancia de los bienes temporales. Y así en las leyes perversísimas que hizo Maximino escribir en tablas de metal contra los

(*m*) Apoc. 12.

(*n*) Galat. 3.

cristianos (mandando aprehender á los niños de coro las blasfemias contra el Salvador, y que se compusiesen dellas cantares para cantar por las calles), daba por razon dellas, que despues que los cristianos eran desterrados de sus tierras, habia serenidad en el cielo, y la tierra daba fructos en mayor abundancia, y todas las cosas succedian prósperamente. Y por tanto, que era cosa muy provechosa que aquella ley se guardase para alcanzar y conservar la gracia de los dioses, á los cuales ningunos sacrificios se podian ofrecer mas agradables que la persecucion y destierro desta aborrecible gente de todos los lugares donde su Majestad es adorada. Tales falsedades y blasfemias hacia creer aquel padre de la mentira á estos sus ministros; y estas eran las armas con que hacian guerra cruel á la Iglesia. Donde se ve cuán desiguales eran así los soldados como las armas de la una parte y de la otra. Porque los soldados de Cristo eran pescadores; los del dragon eran emperadores. Las armas de aquellos eran la fe de la verdad; las destos eran la mentira y falsedad.

Pues con esta persuasion mentirosa encendidos los ánimos de los tirannos, ¡qué artes, qué invenciones de tormentos no buscaron para atormentar los sanctos! Comun cosa era degollar, quemar, azotar con muchas diferencias de azotes, hasta consumir las carnes, y llegar á los huesos, y sacar el alma del cuerpo con ellos; á otros arrastraban y despedazaban á las colas de los caballos; á otros aspaban en unos maderos, y allí rasgaban sus carnes con garfios de hierro; á otros abrian por medio, y los cortaban en los tajones de la carnicería, y los echaban en la mar, para que los comiesen los peces. A otros, dice Suetonio Tranquilo y Cornelio Tácito en la vida de Neron, que echaban á los perros, vistiéndolos primero de pieles de fieras, para que los lebreles con mayor furia los acometiesen y despedazasen. Otros hubo que desnudaron y ataron de piés y manos, y en la fuerza del invierno los pusieron sobre una laguna de agua helada, descubierta al norte en una noche fria, para que estuviesen toda ella penando con aquel nuevo tormento; y junto á esta laguna estaba aparejado un baño con aguas calientes, para que el mártir tuviese á la mano el remedio, si quisiese decenderse de su propósito. Y desta manera padecieron cuarenta soldados, cuyo glorioso martirio celebra Sant Basilio en una elegantísima homilía.

Mas no contentos los tirannos con un solo linaje de tormentos, ejecutaban en el cuerpo del mártir unos sobre otros, para que si no quedaba vencido con los unos, lo fuese despues de ya debilitado con los otros. Esto se ve en la variedad de los tormentos con que muchos sanctos mártires fuéron atormentados, especialmente Sant Lorenzo, Sant Vicente, Sancta Agueda, Sancta Dorotea, Sancta Olalla, Sancta Martina. Y de un S. diácono, por nombre Clero, se escribe en su calenda, que es á siete de enero, que siete veces fué atormentado, y despues por largo tiempo encarcelado, y al fin degollado. Tan insaciable era la sed que los tirannos tenian de la sangre de los mártires. Y á veces el número de los que padecian era grande; porque en la calenda del dia del nascimiento de nuestro Salvador se lee el martirio de la sancta vírgen Anastasia, la cual con docientas mujeres y setecientos hombres fué desterrada á las islas Palmarias. Los cuales todos con diversos martirios glorificaron á su Criador, y ofrecieron la vida al que se la habia dado. Mas este es pequeño número en comparacion de otros de que adelante harémos mencion, y particularmente de diez mil mártires y once mil vírgines, las cuales en un dia corrieron con guirnaldas de rosas y azucenas al tálamo del Esposo celestial, donde siguen al Cordero por do quiera que va.

Esto se ha dicho así en general; mas porque esta materia es de grande edificacion para nuestras vidas, y de grande admiracion, viendo el poder inestimable de la divina gracia, me pareció debia decender á tratarla mas en particular, recontando las batallas y fortaleza de algunos esclarecidos mártires.

Prólogo sobre las historias y batallas gloriosas de los sanctos mártires que aquí se cuentan.

Sentencia es muy celebrada de Platon, que si se pudiese ver la hermosura de la virtud con ojos corporales, robaria y llevaria tras sí los corazones de los hombres. Y si esto há lugar en cualquiera de las virtudes, mucho mas en las que tienen respecto á Dios, y tienen por oficio honrarle, creerle, amarle, y fiarse dél; porque las tales tienen un altísimo y nobilísimo objeto á que miran, que es Dios, Señor de todo lo criado. Entre las cuales aquellas tienen el principado que summamente glorifican á Dios, y desta manera le glorifican los hombres que por mantener la fe, lealtad, y reverencia que se debe á aquella inmensa Majestad, se ofrecen no solo á perder la vida, sino á perderla con crudelísimos y terribles tormentos. Pues si cualquiera otra virtud, segun la sentencia susodicha, es tan hermosa, ¿cuánto será mayor la hermosura de la virtud que á este supremo grado hubiere llegado, que es el mayor sacrificio que el hombre puede ofrecer, y lo último adonde puede sublimar la gracia á un hombre mortal? Es tan grande esta hermosura, que (como dice el Apóstol) (*o*) viene á ser un hermoso y admirable espectáculo no solo á los hombres y ángeles, sino al mismo Dios que summamente se alegra viendo pelear y triunfar la carne flaca de toda la potencia del mundo y del infierno por su fe y amor. En esto se conoce la virtud de la gracia, y la eficacia de la redempcion de Cristo, por quien esta gracia se da. Y porque aquellos á quien Dios ha dado ojos para ver esta hermosura se edifican y deleitan grandemente leyendo las batallas y triunfos de los mártires, y aquella espantosa constancia que tuvieron así los hombres como las mujeres flacas entre tanta furia y rabia de tormentos, parecióme que debia extenderme mas en esta materia para dar este gusto y contentamiento al cristiano lector, mayormente siendo este un tan grande argumento y confirmacion de nuestra fe, que es lo que en esta segunda parte desta escriptura pretendemos. Porque tal fortaleza y constancia nos dan claro testimonio de la virtud y asistencia de Dios. Ca de otra manera, ¿cómo pudiera (pongo por ejemplo) la vírgen Sancta Olalla, de edad de trece años, padecer tantas invenciones de tormentos nunca vistos, si no estuviera toda su ánima llena de Dios? Pues ¿qué diré de la vírgen Sancta Agueda, que siendo muy noble y delicada iba con tan grande alegría á la cárcel como si fuera á desposorios? Donde primero la colgaron, y cruelísimamente azotaron, y despues retorcieron uno de sus virginales pechos, y se lo cortaron de raiz. Y tras esto hicieron una cama de cascos de tejas puntiagudas,

(*o*) 1. Corint. 4.

y juntamente de carbones encendidos, para que el cuerpo ya llagado de los azotes tuviese para su refrigerio aquella nueva invencion de cama en que descansase. Pues ¿qué corazon pudo inventar un tan nuevo género de crueldad para un cuerpo tan delicado? ¿Qué diré de la vírgen Sancta Bárbara, á la cual tenia su padre encerrada en una torre por la grandeza de su hermosura, la cual su mismo padre, tomado del vino ó veneno de la infidelidad, sabiendo que era cristiana, la acusó y presentó al juez: el cual primeramente la mandó desnudar y azotar tan cruelmente con niervos de toro, que corria sangre de su cuerpo por todas partes, y así desnuda la mandó poner en la cárcel. Y otro dia viendo que ni con este tormento habia podido vencer su constancia, mandó aplicarle dos hachas ardiendo á los dos lados de su cuerpo, y despues mandó que le diesen muchos golpes con un martillo en la cabeza, y tras esto, que le cortasen á cercen ambos sus virginales pechos. Y como si todo esto fuera poco, mandó que la trajesen por toda la ciudad desnuda azotándola cruelmente. Y viendo el perverso juez la fortaleza y perseverancia de la vírgen, y que ya ni habia mas tormentos que probar, ni mas cuerpo en que los ejecutar, mandó finalmente que la llevasen á degollar, adonde iba la sancta vírgen con grande esfuerzo y alegría, y allí por manos de su proprio padre, mas cruel que todas las fieras, fué degollada; para que así se cumpliese lo que el Salvador habia profetizado (*p*), diciendo: Que hasta los padres habian de entregar á la muerte sus proprios hijos por odio de la fe. Desta manera la sancta vírgen, pasando por tantos fuegos, envió su purísimo espíritu á Dios, y así dió fin á esta gloriosa batalla. Donde no solamente nos pone admiracion la constancia destas vírgines, sino mucho mas el alegría del padecer, y la libertad con que respondian y reprehendian la crueldad y infidelidad de los jueces, sin hacer caso de que con esto los acedaban y encruelecian mas contra sí. Pues ¿cómo pudieran doncellas tan delicadas vencer tan grandes batallas, si no estuvieran armadas con tan grande fe, con tan encendida caridad, con tan grande fortaleza, y con tan firme confianza, que ya les parecia que veian aparejada la corona, y así corrian alegremente á recebirla de las manos del Esposo celestial? Y siendo tanta la flaqueza de las mujeres, que basta ver una espada desnuda, ó un poco de sangre, para caer en tierra amortecidas, estas, viendo tantos instrumentos de crueldad y tanta sangre derramada de sus cuerpos, no solo no desmayaban, mas ántes se alegraban y daban gracias por su pasion. Pues siendo tan natural en todas las criaturas el amor de la vida, y el temor de la muerte, y siendo los cuerpos humanos tan sentibles, que no pueden sufrir una punzada de alfiler, ¿cómo pudieran estas doncellas vencer tales batallas, y levantarse sobre todas las leyes y fueros de naturaleza, si no tuvieran dentro de sí al autor y señor della? Y siendo él mismo el que peleaba y vencia en ellas, síguese que era verdadera la fe y religion que el mismo Dios con la fortaleza de sus ánimos testificaba. Por lo cual decimos ser esta una grande confirmacion de nuestra fe. A lo cual se puede aplicar aquella sentencia del Apóstol (*q*), en que dice: Que lo flaco de Dios es mas fuerte que toda la fortaleza de los hombres; pues toda ella no bastó para vencer la constancia destas doncellas tan flacas: ántes ellos quedaron vencidos, y las vírgines vencedoras.

(*p*) Matth. 10. (*q*) 1. Corit. 1.

Donde tambien es mucho de considerar que entre los misterios de nuestra fe, uno de los mayores, que es el de la pasion y muerte de nuestro Salvador, señaladamente se confirma con las victorias de los mártires. Porque como sea tan grande el número dellos, que parece competir con el de las estrellas del cielo, y hayan sido tan extrañas las invenciones de tormentos que ellos vencieron, y ser esta la mayor gloria que toda la naturaleza humana esforzada con la gracia puede dar á su Criador, hácesenos luego muy creible que el Hijo de Dios que tanto deseaba la gloria de su eterno Padre, se ofreciese á todos los tormentos y ignominias de su pasion, porque con el ejemplo y esfuerzo della peleasen ellos mas animosamente, viendo á su Dios y Señor ir en la delantera para esforzarlos. Por lo cual bastando una sola gota de su preciosa sangre para redimir el mundo, quiso derramar á poder de tormentos cuanta tenia, por dar este tan grande esfuerzo á los mártires, y esta tan grande gloria á su eterno Padre con la fe y constancia dellos. La cual gloria deseaba él con tan gran deseo, que aunque no hubiera otra causa para padecer sino esta, por sola ella padeciera, y diera por bien empleados todos sus trabajos aunque mas no hubiera. Esta consideracion entenderán mejor los que tuvieren ojos para saber mirar y estimar la constancia y fortaleza destos gloriosísimos caballeros.

Agora querria preguntar á los que leen libros de caballerías fingidas y mentirosas, ¿qué los mueve á esto? Responderme han que entre todas las obras humanas que se pueden ver con ojos corporales, las mas admirables son el esfuerzo y fortaleza. Porque como la muerte sea (segun Aristóteles dice) la última de las cosas terribles, y la cosa mas aborrecida de todos los animales, ver un hombre despreciador y vencedor deste temor tan natural, causa grande admiracion en los que esto ven. De aquí nace el concurso de gentes para ver justas, y toros, y desafíos, y cosas semejantes, por la admiracion que estas cosas traen consigo: la cual admiracion (como el mismo filósofo dice) anda siempre acompañada con deleite y suavidad. Y de aquí tambien nace que los blasones y insignias de las armas de los linajes comunmente se toman de las obras señaladas de fortaleza, y no de alguna otra virtud. Pues esta admiracion es tan comun á todos y tan grande, que viene á tener lugar no solo en las cosas verdaderas, sino tambien las fabulosas y mentirosas; y de aquí nace el gusto que muchos tienen de leer estos libros de caballerías fingidas. Pues siendo esto así, y siendo la valentía y fortaleza de los sanctos mártires sin ninguna comparacion mayor y mas admirable que todas cuantas ha habido en el mundo (pues basta para ser, como dijimos, un hermosísimo espectáculo para Dios y para sus ángeles), y siendo sus historias no fabulosas ni fingidas, sino verdaderas, ¿cómo no holgarán mas de leer estas tan altas verdades, que aquellas tan conocidas mentiras? A lo ménos es cierto que los sanos y buenos ingenios, mucho mas han de holgar de leer estas historias que las de aquellas vanidades, acompañadas con muchas deshonestidades con que muchas mujeres locas se envanecen, pareciéndoles que no ménos merecian ellas ser servidas, que aquellas por quien se hicieron tan grandes proezas y notables hechos en armas. Pues como yo no deba tener cuenta con estómagos y gustos tan dañados, sino con los sanos, á estos sé que hago gran servicio refiriendo estas historias tan gloriosas y provechosas; pues con ellas (entre otros muchos fructos), como ya

dijimos, se confirma la verdad de nuestra fe. Ni se puede alegar contra esto, que algunos padecieron en defension de sus sectas engañosas, porque estos han sido muy pocos, y los nuestros son innumerables. Ni tampoco se puede decir que se engañarian los nuestros como gente simple, pues entre los mártires hubo gran número de sacerdotes y obispos doctísimos en todo género de doctrinas, á vueltas de otros grandes filósofos (como fué Sant Dionisio, y Justino mártir y otros tales), los cuales no se habian de ofrecer á morir, y morir con tan extraños tormentos, sin mucha consideracion y muy claro conocimiento de la verdad, porque no es tan liviano negocio la muerte, que los hombres sabios se ofrezcan á ella sin mucho peso y deliberacion, y sin muy seguras prendas y conocimiento de la verdad.

Y porque sería cosa infinita y ajena de nuestro instituto entremeter aquí todas las historias de los mártires que se cuentan en catorce persecuciones de la Iglesia (como ya dijimos) (*r*), solamente referiré aquí algunos pedazos de tres: de las cuales una fué de Diocleciano, otra de Antonino Vero, emperadores romanos, y otra de Sapor, rey de los persas, sacadas fielmente, parte de la historia Tripartita, y parte de la eclesiástica de Eusebio aprobada por la Iglesia. Y con estas juntaré el martirio de Sancta Martina vírgen, y de Sancta Olalla, y de Sant Policarpo, discípulo de Sant Joan Evangelista; por ser muy dignos de ser sabidos.

CAPITULO XVIII.

Persecucion de Diocleciano y Maximiano.

Corria el año diez y nueve del imperio de Diocleciano en el mes de marzo, acercándose la alegre solemnidad de la Pascua, cuando por toda la redondez de la tierra se pregonaban los edictos del César: que todas las iglesias (do quier que estuviesen edificadas) fuesen derribadas por el suelo; y todos los volúmines de las divinas Escripturas fuesen quemados; y si alguno de nosotros tuviese alguna dignidad ó oficio, fuese privado dél, y quedase infame; y si alguno tuviese cristiano esclavo, que nunca pudiese ser el tal cristiano libre. Tales cosas contenian las primeras leyes que contra nosotros se establecieron. Despues de algun tiempo se acrecentaron, mandando que todos los prelados de las iglesias primeramente fuesen presos, y forzados con toda arte de tormentos á adorar los ídolos. Entónces viérades muchos de los sacerdotes de Cristo pelear maravillosamente á vista de Dios y de los ángeles y de los hombres, cuando con la crueldad de los perseguidores eran arrebatados á los sacrificios, y varonilmente resistian. Ca unos eran despedazados, otros atenazados, otros quemados con lañas de hierro ardiendo: de los cuales algunos fatigados consentian, otros hasta el fin perseveraban constantes. Y algunos de los perseguidores conmovidos de compasion, llevando á los nuestros á sus sacrificios, publicaban que habian sacrificado siendo falso; y de otros aun ántes que llegasen á los templos, decian que ya habian hecho lo que era mandado; y los dejaban culpados de solo consentir la infamia del delicto que no habian cometido. A otros quitaban de cabe los altares medio muertos, y los echaban afuera; á otros arrastraban por los piés, y ponian entre los que habian sacrificado. Pero muchos dellos á grandes voces protestaban que no habian consentido, mas que eran cristianos y se preciaban dello. Otros con mayor libertad decian, que ni habian sacrificado ni sacrificarian en algun tiempo. A los cuales incontinente los oficiales de la justicia que estaban presentes, apuñeaban la boca y los ojos porque callasen, y á empellones los echaban diciendo que ya habian dado consentimiento. Tan grandes eran las astucias de los enemigos, porque á lo ménos se creyese que salian con su intento. Pero no quedaban sin respuesta de los bienaventurados mártires. Cuya virtud y fortaleza y grandeza de corazon (dado que no bastan palabras para contar en particular), pero referirémos lo que nuestras fuerzas bastaren. Y porque (segun dijimos) (*a*) el fuego comenzó á emprenderse contra solos los principales y constituidos en dignidad, hacian pesquisa de los caballeros que habia entre los nuestros, denunciándoles que les convenía adorar los ídolos, ó perder su nobleza y privilegios juntamente con su vida. Muchos dellos renunciaron por Cristo la caballería, y otros (aunque ménos) pospusieron las vidas. Pero como creció la llama por todos los pueblos y sus sacerdotes, no es posible hacer summa de cuántos mártires cada dia padecian por todas las ciudades y provincias.

En Nicomedia un varon noble y (segun la reputacion del siglo) ilustre, luego que vió fijado el edicto en la plaza contra los siervos de Dios, públicamente, encendido con fuego de fe quitó la carta, y á vista de todo el pueblo la hizo pedazos, estando en el pueblo el mismo Emperador y su compañero Maximiano. A los cuales como fuese hecha relacion de la religiosa y varonil hazaña del caballero de Cristo, con gran ímpetu y fiereza le atormentaron, y con todas sus fuerzas nunca acabaron que alguno le viese triste en las penas; mas con alegre rostro y semblante, faltándole ya carnes que fuesen llagadas, el corazon y espíritu vivia y se regocijaba. De lo cual sus verdugos mas gravemente se sentian viendo que embotaban en él todas sus armas, y no podian escurecer el resplandor de su cara. Despues deste pasaron todo su furor contra uno de los compañeros de Doroteo, que estaban siempre en la cámara del Emperador, y eran tratados como nobles; porque viendo este los demasiados tormentos que al mártir sobredicho se dieron, con alguna libertad habló mal dello; y por esto fué traido á juicio, y mandado sacrificar á los dioses. Pero resistiendo él á esto, fué mandado colgar, y despedazar todo su cuerpo con peines de hierro, para que con la angustia del dolor hiciese lo que estando sin lision despreciaba. Y como permaneciese inmovible, fué mandado que fregasen con sal y vinagre sus carnes ya desolladas. Y sufriendo con el mismo corazon este tormento, mandaron poner unas parrillas sobre el fuego en presencia del juez, y poner encima lo que quedaba de su cuerpo gastado, para que del todo fuese consumido, no de presto, sino lentamente; para que la pena durase por mayor espacio. Puesto él así, los blasfemos ministros revolvian su cuerpo á todas partes, esperando cada vez sacar dél palabras de consentimiento; pero él perseverando fortísimamente en la confesion de la fe, y estando muy alegre por la esperanza de la corona, consumidas y derretidas en el fuego sus carnes, despidió su bienaventurado espíritu, y lo envió á su Criador. Desta manera Pedro (que este era su nombre) coronado de martirio, verdaderamente se hizo succesor del apóstol Sant Pedro en el nombre y en la fe. Maestro deste era

(*r*) Cap. 13.

(*a*) Cap. 16. §. 2.

Doroteo en los oficios que en palacio convenia hacer; porque era camarero mayor del César. En cuya compañía estaba asimismo Gorgonio su igual en virtud y fe y magnanimidad: por doctrina de los cuales y saludables ejemplos, todos los caballeros de la cámara real perseveraban firmes en la fe.

Pues como Doroteo y Gorgonio viesen atormentar á Pedro con tan crueles tormentos, con alta voz y fortaleza de espíritu dijeron: Emperador, ¿por qué castigas en solo Pedro el propósito y voluntad que todos tenemos así como él? ¿Por qué es él solo acusado del delicto que todos conformemente confesamos? Esta es nuestra fe, esta nuestra religion y concorde sentencia. Semejantemente mandó el Emperador llevarlos á la audiencia; y despues de atormentados cuasi con las mismas penas que los primeros, los mandó ahorcar. Entónces Antimo, obispo de esa ciudad, perseverando en la misma confesion, mereció la corona del martirio echado un lazo á la garganta. Al cual, como á buen pastor que sabiamente careaba sus ovejas, siguió gran parte del rebaño.

§. ÚNICO.

De las prodigiosas hazañas de otros innumerables mártires que en diversas partes glorificaron á Cristo.

Pero entre tantas huestes de mártires (dice Eusebio) tengo por cosa digna de contar la hazaña de dos mancebos; los cuales como fuesen presos y los constriñesen á que sacrificasen, dijeron: Llevadnos á los altares; y como llegasen, pusieron las manos sobre las brasas que estaban en ellos, y dijeron: Si de aquí quitáremos las manos haced cuenta que sacrificamos; y así perseveraron hasta que toda la carne se deshizo sobre el fuego. Pues ¿qué diré de aquellos trescientos hombres que cuenta Prudencio en el martirio de Cipriano? Ante cuyos ojos puso el tiranno un altar de sus abominables sacrificios, y una calera de cal hirviendo á par dél, diciendo que los que no quisiesen sacrificar habian de ser echados en aquella calera. Oyendo trescientos hombres estas palabras, movidos con un ímpetu del Espíritu Sancto, y con el calor de la fe y del amor de Dios, y con deseo de la corona gloriosa del martirio, corrieron á gran priesa y se arrojaron en la calera, comprando con una breve y gloriosa muerte, una mas gloriosa y perdurable vida.

Mas volviendo al tiempo de Diocleciano, en esta sazon acaeció que se encendió fuego en el palacio del Emperador: lo cual creyó él con falsa sospecha que habia sido esto hecho por los nuestros. Por lo cual encendido con mayor fuego de ira, mandó que todos los fieles fuesen llevados en dos haces, y los unos fuesen descabezados y los otros abrasados. Pero la gracia de Dios encendia mas poderoso fuego en sus corazones que la saña en el corazon del Emperador. Finalmente, siendo preguntados por los oficiales cuáles dellos querian sacrificar y escapar con la vida, á todos pesaba, así hombres como mujeres, de ser preguntados; y de su voluntad unos se echaban en las llamas, otros á porfía tendian la cerviz al cuchillo. Y como los que presentes estaban tomasen horror de ver crueldad tan extraña, los ministros de la muerte sacaron de allí la parte de los que aun vivian y pusiéronlos en una nao, y llevados á alta mar los arrojaron en las ondas. Y tanto creció su rabioso furor, que siendo sepultados los cuerpos de los criados de la casa real, abrian sus sepulcros y echaban sus venerables cuerpos en la mar, diciendo: Echémoslos en la mar, porque por ventura no se hagan estos dioses de los cristianos, y esta loca gente que no quiere adorar nuestros dioses, adore nuestros esclavos.

Y como quiera que tan desmedidas crueldadas se hiciesen en Nicomedia (do estaba el autor de tantos males, hambriento de las carnes de los cristianos), pero no ménos priesa se daban en la provincia de Malta y de Siria, en poner en cárceles á los príncipes de las iglesias por mandamientos imperiales. Y juntamente con ellos prendian muchos del pueblo, hombres y mujeres: tanto que por todas partes era lastimera y terrible cosa de ver. Porque súbitamente en pregonándose las provisiones reales, se hacia silencio en la ciudad y grande apretura de gente en las cárceles. Ningun hombre parecia por las calles; en las cárceles no cabian: tanto, que no parecian delincuentes presos, sino que todos los ciudadanos habian mudado morada; y las cadenas hechas para los ladrones y adúlteros y homicidas, entónces ceñian los cuellos de obispos y sacerdotes, diáconos y lectores, y religiosos monjes: tanto que para los verdaderamente culpados faltaban prisiones y lugar en las cárceles. Pero como se hiciese relacion á los príncipes que las cárceles estaban llenas y faltaba lugar para los malhechores, enviaron nuevas provisiones, mandando que de los que estaban presos quien quisiese sacrificar saliese libre, y quien resistiese muriese con graves tormentos.

Tales fuéron las batallas de los gloriosos mártires en Tiro, á do habian venido de las partes de Egipto. Y no menores fuéron las que en su provincia (digo en Egipto) vencieron otros bienaventurados, así hombres como mujeres, niños y viejos, despreciando la vida presente por la fe de la eternidad, y anhelando por la gloria verdadera que en ver á Jesucristo consiste.

Algunos dellos despues de azotados, encadenados, heridos y raidas sus carnes, fuéron echados en el fuego; otros despeñados en las aguas, otros descabezados, inclinando ellos de su gana la cerviz al cuchillo, otros consumidos de hambre, otros enclavados en maderos, de los cuales fuéron puestos muchos la cabeza abajo. No fué menor la crueldad que en Tebaida se ejercitó, donde en lugar de rallos usaban cascos de vasos de barro, con los cuales raian de tal manera sus carnes, que las despojaban de todo el cuero. Las mujeres sacaban desnudas: tanto, que ni aun sus partes naturales cubrian, y con nuevo y afrentoso artificio las colgaban de un pié, la cabeza hacia el suelo, y allí las dejaban colgadas todo el dia. A muchos ataban los piés á dos ramos de árboles apartados (si acaso allí cerca los hallaban), y despues soltaban los ramos que habian doblegado, para que con su fuerza volviendo á su natural puesto, rasgasen por medio las entrañas de los fuertes guerreros. Y esto no pasó en pocos dias, ni en breve tiempo, mas por años enteros cada dia se martirizaban, cuando ménos diez al dia, y muchas veces ciento, hombres y mujeres y niños.

En esta sazon, pasando yo por las regiones de Egipto, ví con mis ojos presentar innumerable pueblo delante del ferocísimo presidente, sentado en su tribunal; á los cuales preguntaba uno á uno; y en respondiendo que era cristiano, este era todo el proceso, y luego le ponian aparte ya condenado. Y no obstante que todos de su voluntad, y á porfía unos ante de otros se le ponian delante, y libremente confesaban su fe, ni por esto, ni por contemplacion de tanta muchedumbre, el crudelísimo tiranno templaba su ira. Examinados todos, salieron jun-

tamente al campo, cerca de los muros, no arrastrados con sogas, sino llevados con maromas de fe. Ninguno faltó sin que nadie mirase por ellos: todos venían muy alegres, y entre sí contendian quién estrenaria primero el cuchillo del verdugo. Faltaron las fuerzas á los porteros, aunque á ratos se renovaban; cansáronse sus brazos, y los filos de sus espadas se embotaron. Ví á los carniceros sentarse cansados, y acezando, y mudando puñales, y que el dia se acababa ántes que los mártires. Y en todo este tiempo ninguno dellos, hombre ni niño, volvió atras de su lealtad una vez comenzada; mas ántes temia cada uno no se escureciese la claridad del dia primero que le cupiese la suerte de su martirio. Con tanta alegría y confianza recebian la muerte presente, sabiendo que era principio de la vida bienaventurada. Vi que miéntras los unos eran degollados, los otros no estaban ociosos ni congojados; mas alegremente cantaban himnos á Dios hasta que les venia la vez tanto deseada, para que no les hallase la muerte en otro ejercicio, sino en el que habian de continuar para siempre en el cielo. ¡Oh maravilloso y digno de gran veneracion tal coro de cantores bienaventurados, tal capitanía de fuertes, tal corona y resplandor de la gloria de Cristo!

Regía esta capilla, capitaneaba este ejército, hermoseaba esta corona el sagrado pontífice y capitan esforzado y perla sobre todas las perlas preciosa, Fileas, obispo de la ciudad llamada Tumis; de cuya gloriosa pasion y de la carta que escribió estando preso en la cárcel á su amada esposa la iglesia de Tumis, harémos adelante mencion. Mas no se hartaban aquellos fieros corazones con toda esta carnicería. Porque viendo que no habian podido vencer á los mártires vivos, procuraban para consuelo de su rabia vengarse en los cuerpos de los muertos. Y así á unos mandaban echar en la mar para que los comiesen los peces; otros quemaban y volvian en ceniza, pareciéndoles que con esto perderian la esperanza de la resurreccion, por la cual morian alegremente. A muchos mandaban echar en las privadas, como lo hicieron con el ama del mártir Hipólito, por nombre Concordia, y con el glorioso Sant Sebastian, dos veces mártir, una asaeteado y otra tan fieramente azotado, que á poder de azotes envió aquella ánima sanctísima del tormento de los azotes al reino de los deleites eternos. Este linaje de desprecio declara la grandeza de la persecucion de los tiranos y la furia del demonio que rabiaba en sus corazones, viendo cada dia menoscabarse su honra y dilatarse la gloria y reino de Cristo.

CAPITULO XIX.

Martirio de la vírgen Sancta Olalla.

Y porque en esta cruelísima persecucion de Diocleciano y Maximiano padeció la vírgen Sancta Olalla en la ciudad de Mérida, siendo de edad de trece años (cuya pasion celebró Prudencio en sus elegantísimos versos), parecióme que la debia enjerir en este lugar, junto con el martirio de la vírgen Sancta Martina (que adelante se pone), el cual no fué ménos admirable que el desta sancta, aunque fué en tiempo de otro emperador; en el cual se verá una gloriosa competencia entre Dios y estas sanctas vírgines: ellas á padecer tormentos por él, y él á esforzarlas y hacer milagros por ellas. Y que Sancta Olalla haya padecido en tiempo de los emperadores ya dichos, muéstranlo estas palabras que Prudencio le atribuye, que dicen así: Isis, Apolo y Vénus nada son; y Maximiano nada es. Aquellos son nada por ser hechos de mano; y este es nada porque adora dioses hechos de mano. En este martirio verémos una de las mas fieras y porfiadas batallas que se han visto. Porque verémos por una parte pelear juntas sus armas toda la potencia del mundo y del infierno, y todas las invenciones de tormentos que se pudieron imaginar; y por otra una doncellica noble y delicada de trece años, y con ser desta edad, salir vencedora desta tan gran batalla. Verémos otrosí la omnipotencia de aquel Señor, el cual declara la grandeza de su poder y de su gracia, escogiendo los mas flacos subjectos del mundo para derrocar la idolatría y plantar la fe: lo cual fué cosa tanto mas admirable cuanto mas flacos eran los instrumentos de que usó.

Pues comenzando á relatar su glorioso martirio, esta vírgen fué natural de Mérida, hija de padres cristianos, los cuales dende su tierna edad la criaron en temor y amor de Dios: en el cual creciendo cada dia de virtud en virtud, vino á tener grandes deseos de morir por el esposo celestial á quien tenia consagrada su virginidad. Y viniendo un juez á Mérida á perseguir los cristianos, y oyendo la fama de la cristiandad desta vírgen y de sus padres, envió un carro para que se la trajesen; la cual á la sazon estaba en un lugar llamado Ponciano, treinta y ocho millas de la ciudad de Mérida, en compañía de otra vírgen de su mismo propósito, por nombre Julia. Llegados pues los ministros del adelantado, y diciéndole que ya su padre Liberio con otros cristianos estaba preso, y que ella tambien era llamada por la misma causa, recibió esta nueva con grande alegría, por el deseo que tenia de padecer por amor de su Salvador. Y si ella entónces pudiera, quisiera andar todo aquel camino en una hora. Iba en su compañía la vírgen susodicha, á la cual dijo la sancta: Sábete, hermana Julia, que aunque voy tarde, seré primero martirizada. Llegada á la ciudad, mandó el juez traerla ante sí. Al cual dijo la vírgen: ¿A qué veniste á esta ciudad, enemigo de Dios? ¿Por qué persigues á los cristianos, y á las vírgines que se han consagrado á mi Señor Jesucristo? El juez oido esto, díjole con mansedumbre: Niña, ántes que crezcas, me parece que quieres perder la flor de tu juventud. Respondió la vírgen: Yo soy de trece años, mas no pienses que podrás espantarme con tus amenazas. Ca asaz me basta lo que he vivido en la tierra, porque tengo esperanza de vivir en el cielo. Respondió el juez: No te engañe, mezquina, esa vanidad; mas llégate á ofrecer sacrificio á los dioses, porque puedas escapar de los tormentos que te esperan, y ser honrada con un esposo noble y rico. Yo, dijo ella, tengo esposo noble y rico, y inmortal, que es Jesucristo, Salvador del mundo. Oido esto, el juez comenzó á halagarla con blandas palabras, diciendo: Mira, hija, á tu niñez, y ten compasion de tí misma, y ofrece encienso á los dioses, y líbrate de la muerte. La vírgen respondió: Cristiana soy, y no haré lo que me dices.

Entónces airado el juez, mandóle dar curador, y á él mandó que la hiciese azotar. Y siendo azotada, bendecia al Señor, y maldecia á los emperadores y á sus dioses. De lo cual informado el juez, mandóla traer ante sí; y viendo su hermosura, y mostrando compasion de su tierna edad, díjole: Di, niña, ¿qué te aprovecha esta tu porfía? Vé y ofrece sacrificio á los dioses, y no quieras sufrir tantas penas. Respondió la vírgen: ¿Qué te aprovechó, desventurado, mandarme desnudar y azotar, pen-

sando que me pudieras apartar de la verdad? Engañaste, miserable, porque solo mi cuerpo tienes en tu poder; mas sobre mi ánima solo aquel lo tiene que la crió. Y porque conozcas mi voluntad, yo te digo, que maldije y maldigo agora tus dioses, y tus emperadores. Embravecido con esta respuesta el juez, hizo poner su estrado en la plaza, y mandó parecer ante sí á la vírgen, para que allí fuese atormentada. Para lo cual mandó cortar varas de árboles, dejándolas con sus ñudos, y haciéndolas remojar, y con ellas mandó azotar la vírgen. Entónces ella díjole: Viejo desventurado, no pienses que me espantas con tus amenazas; porque mas me esfuerzas con ellas. Oyendo esto el juez dijo á los verdugos: Traed aceite hirviendo y derramádselo sobre los pechos. Y echándole este aceite, dijo la vírgen: Este tu aceite ferviente no me ha hecho mal, ántes me ha encendido mas en el amor de mi Señor Jesucristo, al cual desea ver mi ánima. Oyendo esto el juez dijo á los verdugos: Traed muy presto cal viva, y metedla en ella, y echadle agua fria encima para que ahí se abrase. Entónces dijo la vírgen: Atorméntete el fuego perdurable del infierno, que así trabajas por atormentar la sierva del Rey del Cielo. Pasado este tormento, no contento el cruel tiranno con lo hecho, mandó traer una olla llena de plomo derretido, y tendida la vírgen sobre un lecho de hierro, mandó que le mostrasen primero aquel linaje de tormento, para ver si con él desistia de su propósito. Mas como ella no desistiese dél, mandó que derramasen aquel plomo derretido sobre su cuerpo. Mas estando la vírgen con los ojos levantados al cielo esperando este tormento, helóse el plomo, y quemaba las manos de los que lo echaban, y no quemaba á ella. Y viendo esto el juez, y cada vez mas embravecido, mandó traer las varas y azotarla cruelmente, y despues fregarle las llagas con cascos de tejas puntiagudas. Y pasado este tormento, viendo el tiranno la constancia de la vírgen, díjole: No pienses que has de salir de aquí vencedora; porque otras penas mayores tengo aparejadas para vencerte. Respondió la vírgen: No me puedes tú vencer; porque aquel vence en mí, que pelea por mí. Entónces el cruel tiranno mandó que le pusiesen hachas encendidas en el cuerpo. En el cual tormento dijo la vírgen: Asado es ya mi cuerpo, mas no por eso me fallece esfuerzo. Mándame echar sal encima, porque mi cuerpo pueda ser sabroso manjar á mi esposo celestial. Oyendo esto el tiranno, y quedando espantado de tal esfuerzo, mandó que la echasen en un horno encendido, y que no la sacasen dél hasta que fuese quemada. Mas la vírgen dentro del horno cantaba himnos y alabanzas á Dios. Y como el tiranno (que andaba paseándose junto al horno) la oyese cantar, viendo que ya no le quedaba mas que probar, atónito de lo que veia, vino á decir: Pienso que somos vencidos; porque esta moza todavía persevera en su mala intencion, y no siente dolor. Mas porque no se glorie vanamente, sacadla del horno, y raedle los cabellos de la cabeza, y llevadla por las plazas desnuda, para que así sea avergonzada. Oyendo esto la vírgen dijo: Aunque sea deshonrada en la tierra, descabellada, desnuda, y afeada, aquel por cuyo amor yo sufro esto, tomará de tí venganza, enemigo de justicia, y te dará tu merecido. Dijo entónces él: Si temes esta fealdad, ven y sacrifica á nuestros dioses. Respondió ella: Ofrezco á mi Dios sacrificio de alabanza. Oyendo esto, dijo el tiranno: Estiradla en el caballete de madera, y ponedle fuego á los lados. Puesto el fuego, comenzó la vírgen á loar al Señor diciendo aquellas palabras de David (a): Probaste, Señor, mi corazon, y examinástelo con fuego, y no hallaste en mí maldad. Y dice Prudencio que estando la vírgen en este tormento, y siendo desgarradas ya sus carnes con garfios de hierro, decia: Estas señales, Dios mio, que el hierro hace en mi cuerpo, letras son con que vuestro sancto nombre se escribe en mi carne, las cuales predican vuestras victorias y triunfos. Entónces los verdugos hicieron un cabestro de cabellos que le habian cortado, y enfrenándola con él, la llevaron fuera de la ciudad donde la habian de justiciar. Y puesta en el tormento del caballejo fué allí otra vez estirada, y azotada, y atormentada de nuevo. Y no quedando aun aquel rabioso corazon, instigado por los demonios, harto con los tormentos pasados, mandó de nuevo poner hachas encendidas á sus costados. Entónces la vírgen dijo: ¿Por qué, Calfurniano, usas de tan gran crueldad contra mí? Pues abre los ojos, y mira mi cara, y conóceme agora bien; porque me puedas conocer en el dia del juicio, cuando pareciéremos delante de mi Señor y esposo Jesucristo, donde tú recibirás el castigo merecido por tu crueldad. Oyendo esto muchos de los que presentes estaban, y maravillados de tan grande fortaleza en tan tierna edad, fuéron de tal manera compungidos, que conocieron la virtud de Cristo que en aquella vírgen triunfaba, y se convirtieron á él dejada la idolatría. Y poniéndole los verdugos fuego por todas partes, ella abriendo la boca tomaba la llama que ardia. Y luego fué vista salir de su boca aquella ánima sanctísima en figura de paloma que subia á lo alto. Y el cruel tiranno, ya que no pudo acabar nada con el cuerpo vivo, quiso vengarse en el muerto, mandando que estuviese tres dias colgado, y puesto á la vergüenza en presencia del pueblo. Mas la divina Providencia envió gran copia de nieve sobre su cuerpo, y hermoseó sus miembros, y alimpió los cabellos que estaban ensuciados con las manos sangrientas de los carniceros, y quedó blanqueado el cuerpo, que con las llamas del fuego estaba tostado y denegrido. Esta es en breve la historia deste tan admirable martirio.

CAPITULO XX.

Martirio de la vírgen Sancta Martina.

Despues deste tan glorioso martirio de la vírgen Sancta Olalla, me pareció añadir el de Sancta Martina; porque no es ménos glorioso ni ménos admirable, puesto caso que fué en tiempo de otro emperador, por nombre Alejandro, en cuyo tiempo succedió la quinta persecucion de la Iglesia. Y aunque haya aquí muchas cosas de que maravillarnos, pero una de las principales es una sancta competencia entre esta vírgen y su celestial Esposo: ella á padecer diversos linajes de tormentos por él, y él á hacer milagros y maravillas por ella.

Fué pues esta vírgen de muy noble linaje, cuyos mayores tuvieron siempre muchos magistrados en la república Romana, y su padre fué cónsul, que era el principal cargo de la ciudad. Esta doncella, quedando por muerte de sus padres muy rica y abastada de bienes temporales, no usó dellos para soberbia y vanagloria, mas dándose toda á Dios y á obras de misericordia, gastaba todos sus bienes con los pobres. Y con estas y otras semejantes ocupaciones, perseverando en sanctidad de vida, armó de fortaleza su corazon, y se puso en vela

(a) Psalm. 16.

contra el bravo leon, que con grandísimo cuidado busca siempre á quien tragar. Mandados pues por el Emperador (que entónces perseguia los cristianos) Vital, Cayo, y Casio, principales personas de su casa, á buscar cristianos para los hacer sacrificar, hallaron en una iglesia de la ciudad á esta sancta doncella puesta en oracion; y llegándose á ella (como por su nobleza era conocida) le dijeron: El Emperador te saluda y estima como conviene á tu nobleza; pero manda que vayas con nosotros para sacrificar al gran dios Apolo. Respondió la vírgen con alegre semblante: Aguardad pues un poquito, que despues que me encomendare á Dios y al sancto Obispo, de buena voluntad me iré con vosotros. Y volviendo á su oracion, encomendándose al Señor muy ahincadamente, se fué con ellos muy contenta. Llegados al palacio los que la habian traido, enviaron á decir al Emperador que traian una doncella cristiana de grandísima autoridad y nobleza, que de buena voluntad queria sacrificar á los dioses, y demas desto persuadir á los cristianos que hiciesen lo mismo.

Holgándose mucho dello el Emperador, mandó que le fuese llevada, y díjole: Gran placer recibo en que siendo tan noble y bien criada, quieras dejar esa opinion cristiana, y sacrificar al dios Apolo. Yo te prometo que por ello recibas y hayas de mí muchas honras y favores. Respondió á esto la vírgen sin ningun temor: Mándame tú sacrificar siempre á Dios vivo, que con su poder crió todo el mundo de nada, para que sacrificándole yo, tu Apolo falso, avergonzado y enflaquecido, no pueda mas burlarse de las criaturas que esperan y confían en su señor y salvador Jesucristo. Y mandándola el Emperador llevar al templo para que sacrificase, le dijo la sancta: Entra tú conmigo y los sacerdotes de tu Apolo, y todos los que le honrais; y veréis cuán benignamente mi Dios sancto y bueno recibe de mis manos sacrificio. Oyendo esto el Emperador, mandó que los de su guarda y todos los que presentes estaban, fuesen con ella al templo, y viesen lo que hacia. La sancta doncella, encomendándose á Dios y armándose con la señal de la cruz, se puso en oracion; y acabada ella, hubo un grande temblor de tierra en toda la ciudad, y cayó una gran parte del templo de Apolo, y desmenuzando la estatua del ídolo, mató todos los sacerdotes que en él estaban, y mucha otra gente infiel. Indignado el Emperador con estas cosas, como por estar ciego de corazon no entendiese que todo aquello era poder y virtud de Dios, mandó que diesen muchos bofetones á la Vírgen, y que rasgasen sus carnes con hierro. Hicieron los sayones sin ninguna piedad lo que les era mandado; pero cansados y enflaquecidos comenzaron á decir á grandes voces: ¡Qué maravilla es esta, que mucho mas cansados y flacos estamos nosotros que esta que tan mal tratamos, porque nosotros vemos cuatro mancebos muy hermosos, que la esfuerzan, y vuelven sobre nosotros los tormentos que le damos! Pero el Emperador movido con ira, viendo los atormentadores quebrantados, deshonrábalos, arguyéndolos de flacos y para poco. Y por esto mandó que fuese la vírgen levantada en alto, y que sus carnes fuesen rasguñadas con pedernales agudos. Mas la vírgen, puestos sus ojos en el cielo, decia: Bendito eres, señor mio Jesucristo, que tan liberalmente das tu gracia á los que en tí ponen toda su esperanza. Dichas estas palabras, perseverando con grandísima constancia en los tormentos, vino una luz del cielo que rodeó á ocho verdugos que la atormentaban; los cuales cayendo en tierra, rogaban á la vírgen les alcanzase perdon de Dios, por los tormentos que le daban, pues forzados los hacian. Respondió la sancta con mucha alegría: Si quisiéredes convertiros á mi señor Jesucristo, y creer de todo corazon que él dará el premio á cada uno de sus obras, gozaréis de los premios que en el cielo están aparejados para sus fieles; pero si otra cosa creyéredes, de verdad os digo que os esperan eternos y espantosos tormentos en el infierno. Ellos todos ocho alumbrados con la divina gracia, dijeron á grandes voces que creian en Cristo; y abominando el cruel oficio que hacian, todos á una voz dijeron al Emperador: Nosotros de aquí adelante no queremos servir á estos que tú llamas dioses, y á la verdad son ídolos, pues habemos aprendido de Martina cuán grande sea la virtud de Dios y de su Hijo Jesucristo. Enojado desto el Emperador, mandó luego que fuesen colgados en alto, y con cuchillos fuesen despedazadas sus carnes. Mas ellos en todos estos tormentos ninguna cosa hablaban, solamente tenian puestos los ojos en el cielo. Y siendo así atormentados un gran rato, mandó el Emperador que fuesen degollados, temiéndose que otros movidos por su ejemplo se tornasen cristianos. Ellos nada turbados por la sentencia, haciendo en sus frentes la señal de la Cruz con grande alegría, esperaron el martirio. Y así con corona de gloria enviaron sus espíritus bienaventurados al cielo.

El dia siguiente llevada la vírgen delante Alejandre, y mandándole él sacrificar, como ella no hiciese caso de su mandamiento, mandó el tiranno que desnuda fuese levantada en alto y sus carnes despedazadas. Y en tormento tan esquivo no cesaba la vírgen de alabar á Dios. Y despues de hecha pedazos, fué atada á cuatro palos, y allí muy cruelmente azotada por dos verdugos. Y perseverando ella en las alabanzas de Dios, fué tanto el espacio en que la estaban atormentando, que se revezaron siete verdugos á azotarla. Mas ella no hacia caso de las penas que le daban, por el esfuerzo que recebia con el favor de la divina gracia: ántes los verdugos pedian con grande instancia al Emperador les diese licencia para no la atormentar mas, porque ellos eran los atormentados. Mas el cruel tiranno con mucho coraje mandó que unos y otros, y muchos mas se revezasen en la azotar. Estaba presente al martirio desta sancta un hombre rico y pariente del Emperador, el cual por complacerle dijo, que la mandase llevar á la cárcel, y allí fuese pringada y caldeada con aceite hirviendo sobre aquellas llagas que estaban corriendo sangre. El Emperador mandó luego que así se hiciese. Iba la vírgen con un rostro lleno de alegría á la cárcel á recebir este nuevo tormento, y toda la noche gastó en loores de Dios, y fuéron oidas voces en la cárcel, que juntamente con la vírgen alababan al Señor. Al tercero dia fué presentada al tiranno, el cual le dijo que fuese luego al templo y sacrificase, si no queria morir mala muerte. Pero la vírgen, haciendo la señal de la cruz, en el nombre de Cristo, entró en el templo, y puesta en oracion mandó al demonio que estaba dentro en el ídolo de Diana, que saliese luego dél. Y súbitamente con grandísimo estruendo salió, y cayó fuego del cielo y quemó el ídolo, y parte del templo que cayó mató muchos de los sacerdotes y de otros infieles. El Emperador atemorizado con estas cosas, entregó la vírgen á un presidente por nombre Justino, para que de nuevo la atormentase; y porque la sancta con grande fe y confianza

le dijo: Atorméntame cuanto quisieres, ca no me podrás hacer que sacrifique á tus dioses, él la mandó luego levantar en alto, y despedazar las carnes ya despedazadas, con peines de hierro, y la mandó abrir por los pechos con los peines, hasta recebir no ménos que ciento y diez y ocho heridas en ellos. En todo este tormento ninguna palabra habló la vírgen, sino los ojos puestos en el cielo, ofrecia su cuerpo en sacrificio á Dios. El Presidente pensando que era muerta mandó que la dejasen; mas entendiendo que aun estaba viva, le dijo: Martina, ¿quieres sacrificar á los dioses y excusar los tormentos que aun te tengo aparejados? Respondió la sancta: Yo tengo á mi señor Jesucristo, que me esfuerza, y no sacrifico á tus abominables dioses. El Presidente arrebatado con ira, y cuasi medio loco, la hizo quitar del palo, y mandó á los verdugos que la llevasen á la cárcel, pareciéndole que no podria ella por sí andar segun estaba despedazada; mas ella se fué á la cárcel por sus piés. Sabido esto por el Emperador, la mandó echar á las bestias bravas, y llevada al teatro para esto, fuéle echado un bravo leon; mas él llegándose á la sancta, no solo no le hizo mal, mas ántes se arrodilló á sus piés. Viendo ella esta maravilla de Dios, de nuevo le suplicó que no permitiese que ella se viese jamas apartada de su amor. Y por el leon estar lamiendo los piés de la vírgen, perdida toda su natural braveza, fué tornada á llevar á su prision. El cual leon como instrumento de la divina justicia, habiendo perdonado á la innocencia de la vírgen, de camino mató á Eumenio, pariente del Emperador, que habia dado el consejo contra la sancta. Ella fué luego llevada á la cárcel, donde pocos dias despues mandó el tiranno que la llevasen al templo á sacrificar á los ídolos. Pero la vírgen le respondió: Haz todo cuanto pudieres, porque nunca me podrás apartar del que conmigo tengo, que es mi señor Jesucristo. Oido esto la mandó otra vez atar, y despedazar los huesos, que las carnes ya lo estaban. Y diciéndole uno de sus atormentadores: Confiesa Martina á Diana por diosa, y serás libre. Respondió ella: Cristiana soy, y á Jesucristo confieso. Entónces mandó el tiranno que fuese quemada, para lo cual fué luego hecha una grande hoguera, y la vírgen de Cristo arrojada en ella. Mas la divina Providencia envió agua del cielo que mató la llama, y un viento recio que se levantó, esparció el fuego, y quemó muchos de los gentiles que presentes estaban. Espantado el Emperador de lo que veia, y creyendo que estos eran hechizos, y que los tenia en los cabellos (porque toda estaba desnuda), la mandó tresquilar; y pensando que con esto le habia quitado toda su fuerza, comenzó á burlar della, y mandóla meter tres dias en el templo de Diana, donde estuvo sin comer alabando al Señor. En cabo dellos fué sacada del templo, y pidió á Dios en su oracion fuese servido de la librar de la miseria desta vida. El Emperador, viendo su constancia y que no podia con ella, la mandó degollar. Y con este martirio, haciendo oracion á Dios, se fué á la gloria de su Esposo y Señor; el cual vive y reina en los siglos de los siglos. Escribió este martirio Adon, obispo de Tréveris.

CAPITULO XXI.

Martirio de la vírgen sancta Anastasia, escripto por Simeon Metafraste.

Hallamos en las historias haber sido dos vírgines de un mismo nombre, que era Anastasia, ambas romanas, y ambas de muy esclarecido linaje, pero mucho mas esclarecidas con la sanctidad de la vida y confesion de la fe. La una dellas fué casada con un hombre depravado, así en la fe como en la vida. Por lo cual no usando ella de la libertad del matrimonio, conservó siempre su pureza virginal. Muerto el marido, perseverando ella en la misma pureza, empleaba toda su vida y hacienda en socorro de pobres y necesitados, mayormente de aquellos que estaban presos por la fe, buscándolos en las cárceles, y proveyéndolos de todas las cosas necesarias, limpiando sus llagas, y curándolas, y haciéndoles sufrir con sus amonestaciones y consejos esforzadamente los tormentos; y despues de muertos sepultaba sus cuerpos honrosamente con toda la pompa y gloria que en aquel tiempo se sufria, en lo cual gastó todo lo que le quedaba de vida, hasta que ella se ofreció tambien en sacrificio y holocausto á Dios, acabando su vida entre las llamas del fuego por la confesion de la fe.

La otra Anastasia escogió la vida monástica y quieta, desechando los cuidados y cargas del matrimonio, y no contenta con la corona de la virginidad, mereció tambien con un esforzado y grande ánimo la palma del martirio, gozando en el cielo destas dos coronas. Pues renunciando esta vírgen sus padres, y parientes, y bienes temporales, siendo de edad de veinte años, se encerró en un monasterio, donde siendo instituida por la sancta Sofía (porque este era el nombre de su maestra), produjo despues fructos de virtudes proporcionados á tal doctrina y tal institucion. Mas el demonio teniendo envidia de tal sanctidad y pureza, hízole primero guerra con sus domésticos y familiares; los cuales procuraban apartarla de aquel recogimiento y rigor de vida. Mas como ella perseverase constantemente en el propósito comenzado, viendo que por esta via no la podia vencer, volvióse á otras artes, y hizo que esos mismos familiares suyos denunciasen á los oficiales del juez que andaban en busca de los cristianos, que esta vírgen lo era. Luego ellos fuéron al presidente que se llamaba Probo (siendo en aquel tiempo emperador el cruelísimo Diocleciano) diciendo contra esta vírgen que ni honraba sus dioses ni al Emperador, sino que predicaba por Dios á un hombre llamado Cristo, y que habia escogido una vida solitaria sin compañía de marido, y que enseñaba á otras vírgines esta nueva manera de vida. Juntando pues el Presidente mucha gente ante su tribunal, mandó que esta vírgen le fuese presentada. Fuéron luego los ministros de la maldad, y quebrando las puertas y cerraduras del monasterio, preguntaban por el nombre de Anastasia. La sancta maestra suya Sofía, entendiendo lo que era, rogó con grande humildad y instancia á los alguaciles, le otorgasen un poco de espacio, en el cual derramando muchas lágrimas, y tomando á la vírgen, y poniéndola secretamente delante del altar, y llamando á Dios por testigo de lo que queria decir, habló desta manera.

Yo, hija mia dulcísima, habiéndote recibido en mi compañía dende tu tierna edad, nunca cesé dende el primer dia hasta este de enseñarte con todas mis fuerzas todo lo que te era necesario para el servicio y amor de Cristo. Y pues tú agora has llegado á la edad de la plenitud deste Señor (a), camina para él con grande alegría; porque hoy te desposo, y ofrezco, y entrego en manos de tu celestial Esposo. Y ya te está aparejado el tálamo, y el que te llama es verdadero y fiel, y los mensajeros

(a) Ephes. 4.

desta alegre nueva son ya llegados, para llevarte al palacio soberano donde está tu rey. Camina pues, hija mia, por este angosto y estrecho camino, recibiendo el martirio por su amor, para que él ponga despues tus piés en lugar espacioso. Ca justo es ¡oh hija! no solo padecer y morir una vez por Cristo, sino muchas veces, si esto fuese posible. Porqué si siendo él Dios padeció, no por sí, sino por nosotros, ¿cuán justo y cuán debido es que nosotros, que somos sus siervos, imitemos alegremente su muerte? Mas no se llama muerte, hija mia, perder la vida por Cristo, sino alegría, y gozo, y deleite, y resplandor, y luz, mas dulce y hermosa que esta del sol. En aquella casa real todos los bienes están libres de muerte, todos son firmes, y estables, y perpetuos. No mires, hija mia, á la crueldad de los tirannos, ni á la terribilidad de los tormentos, porque tu celestial Esposo se hallará presente, y los aliviará, y te socorrerá. Y si él fuere servido que padezcas para prueba de tu fe, nunca te desamparará en los trabajos, y acabarse ha la fuerza de los dolores, y amanecerte ha la consolacion y la luz; y la vida y la gloria te cercarán.

A estas palabras respondió la vírgen: Cosa es, madre mia, digna de ser deseada y pedida á nuestro Señor, que yo nunca desfallezca con la fuerza de los tormentos; pero aunque el espíritu está pronto, la cárne es flaca; mas ruega tú al comun Señor, que él me envíe fortaleza de lo alto, con la cual pueda resistir á tan grandes dolores; y yo, madre mia, esforzada con su virtud y gracia, guardaré tus consejos, y ninguno dellos echaré en olvido.

Diciendo esto la vírgen, y prometiendo esta tan dulce promesa, arremetieron luego los alguaciles, y arrebatándola como á un cordero de los brazos de su madre, le echaron una cadena al cuello, y caminando ella con grande alegría, fué presentada ante el Presidente. Y estando delante dél, estaba muy mas presente su ánima á Cristo su Esposo, poniendo sus ojos fijos en él, y contemplando su hermosura. Espantábanse los que presentes estaban de ver la belleza de su rostro, y la gravedad, y honestidad con que asistia al juez. El cual primeramente le preguntó por su nombre. Ella respondió que se llamaba Anastasia; y Dios me ha levantado agora, dijo ella, para echar en vergüenza á tí y á tu padre. El entónces, viendo á la vírgen responder con esta aspereza, determinó ablandar aquella aspereza con regalos, no entendiendo con quién lo habia, y qué pecho de acero tenia delante de sí. Y así le decia: Aconséjote yo, hija, lo que mas te conviene, que es juntarte con nosotros, sacrificar á nuestros grandes dioses, y por esta via alcanzarás casamiento con un hombre muy rico y principal, con el cual te darán riquezas, oro, plata, vestiduras preciosas, muchedumbre de criados, y así vendrás á ser una mujer muy principal en esta ciudad. Por tanto mira por tí, y toma el consejo que conviene para tu hermosura y nobleza, y no quieras experimentar el furor de nuestra ira, y ver cuán grande mal sea no honrar nuestros dioses. Porque yo pongo á ellos por testigos, que tengo lástima de tu hermosura, y que no tengo menor cuidado de tí que si fuera tu padre segun la carne, y con este amor te aconsejo lo que te conviene. Y si tú no tomares mi consejo, será necesario que pruebes por experiencia que no será menor la severidad y rigor de mi ira, que es agora la blandura de mis palabras. Y podrá ser arrepentirte á tiempo que nada te aproveche.

Oyendo estas palabras la vírgen, trajo á la memoria las palabras y consejo de su buena maestra, y así respondió: Mi Esposo, ó juez, y mis riquezas, y mi vida es Cristo; y padecer muerte por él es para mí cosa mas preciosa que la misma vida; y por su amor no hago caso de oro, ni plata, ni riquezas; ni nada de lo que puede alegrar en esta vida es para mí cosa alegre, porque él solo y su dulce compañía es mi alegría, de quien espero eternalmente gozar. Y por tanto el fuego, la espada, y el hierro, y el despedazamiento de miembros, y las heridas y azotes, y cualesquier otras cosas que vosotros habeis inventado para atormentarnos, no son para mí tormentos, sino deleites, poniendo yo mis ojos en solo él, y deseando padecer por él, no una, sino mil muertes si fuese posible. Por tanto no finjas que tienes lástima de mi hermosura, que tan presto se marchita como la flor del campo; sino comienza á hacer lo que está en tu poder, y en la crueldad de tus costumbres; porque yo nunca jamas adoraré esos vuestros dioses de piedra y palo.

Con estas palabras ensañado el juez le mandó dar de bofetadas, y tras de esto la hizo desnudar en cueros en presencia del pueblo, echando en la plaza aquella hermosura (digna de ser reverenciada de los ángeles) para avergonzar aquella vírgen, que no estaba acostumbrada á vista de hombres. Y haciéndose esto, le dijo: Así conviene que seas afrentada y deshonrada ante los ojos de los hombres. Por tanto vuelve sobre tí, y llégate á honrar la benignidad de nuestros dioses, y no quieras afear y escurecer ántes de tiempo esa tan florida hermosura. Ca si esto no haces, nadie te podrá librar de mis manos, ni excusar que no te haga mil pedazos, y te eche á las fieras para que te coman; y esto ten por cosa cierta. La vírgen á esto respondió: No es para mí deshonra, ó juez, estar desnuda de mis vestiduras, sino grande ornamento y atavío. Porque desta manera despojada del hombre viejo (*b*), vestiré el nuevo que es de justicia y verdadera sanctidad. Y por esto no soy yo, sino tú el que se ha de avergonzar, por estar vestido de impiedad y maldad, la cual así como agua ha penetrado tus entrañas. Entretanto estando la vírgen con gran deseo de entrar en la batalla de su martirio, y recelando que el juez se podria ablandar, y perder ella la corona, añadió estas palabras: Cruelísimo juez, amenázasme con la muerte, aquí estoy ya aparejada; porque esto es lo que yo deseo. Porque si despedazares mis miembros, y cortares la lengua y las manos, y los dientes y las uñas, entónces me harás mayor beneficio. Ca toda entera cuan grande soy me debo á mi Criador, y este ha sido siempre mi deseo, que él sea glorificado en todos mis miembros, y ellos sean presentados ante su tribunal con la hermosura y ornamento de mi confesion. Con el valor y esfuerzo destas palabras quedaron atónitos y espantados los que presentes estaban. Mas el juez dejadas las palabras procedió á los tormentos.

Y primeramente mandó hincar cuatro palos en tierra, dos de una parte y dos de otra; y mandando atar los piés y brazos de la vírgen á estos cuatro palos, y quedando el cuerpo en lo alto dellos, hizo que debajo pusiesen fuego de sarmientos, y sobre él echasen aceite, y pez, y piedra azufre, y juntamente con esto mandó que tres verdugos con un mismo ímpetu, y en un mismo tiempo azotasen sus espaldas con varas, y así fué luego hecho. Pues como ella estuviese así por un gran pedazo de tiempo pa-

(*b*) Ephes. 4.

deciendo, y las espaldas se despedazasen con los azotes, y las entrañas por la parte de abajo se abrasasen con fuego, y las venas se convirtiesen en ceniza, y la sangre se consumiese (que era un tormento terrible aun de oir), la vírgen (¡oh verdaderamente ánimo generoso, y mas alto que la misma naturaleza!) estaba toda ocupada en hacer oracion á Dios, trayendo á la memoria, y repitiendo con la boca palabras de la sancta Escriptura (en que ella estaba muy ejercitada), y con esto y con su oracion como con un rocío del cielo mitigaba la llama de sus dolores.

Por lo cual cansada aquella bestia fiera con este linaje de tormento, mandó que la pusiesen sobre una rueda en que fuese atormentada, queriendo sobrepujar el tormento pasado con el presente. Y luego los malvados ministros traian al derredor con cierto artificio aquella rueda, con la cual se quebrantaban los huesos, y los niervos se extendian, y toda la fábrica del cuerpo se desordenaba, y los miembros se desencajaban de sus lugares naturales. En este tiempo hacia la vírgen oracion al Señor que le podia ayudar en el tiempo de su afliccion, y así decia (*c*): Dios de los dioses, Dios de las virtudes, Dios de mi salud, de quien procede mi paciencia, y en quien está mi confianza (*d*); torre de mi fortaleza, refugio mio: socórreme agora, Señor, en esta afliccion (*e*). Dios que me ciñes de virtud, Dios, Dios mio, no te alejes de mí, porque desfallece mi vida en los dolores. Mas (¡oh socoro acelerado y admirable del Criador!) hecha esta oracion luego se desataron las cuerdas con que el sancto cuerpo estaba atado en aquella máquina, sin quedar en todo él señal, ni del fuego pasado, ni de las heridas recebidas.

Mas ni con este tan gran milagro se movió aquella bestia fiera, ni desistió de su crueldad, por estar obstinado y tomado del vino de la infidelidad. Y así la mandó luego como estaba desnuda extender en un cierto ingenio de madera, y allí mandó á los verdugos que rasgasen y arasen sus carnes con garfios de hierro. Mas ella, levantando sus ojos al cielo, fué tan poderosamente confortada, que cansados los verdugos del continuo trabajo, ella estaba con un ánimo y rostro tan sereno, como si ningun dolor padeciera. Con lo cual el tiranno desatinaba, y estaba perplejo, no sabiendo de qué manera atormentaria la vírgen. Estaba todo el rostro dél mudado, y saltaba en la silla, ni podia caber dentro de sí con la rabia y furor que padecia. Y como ya él estaba como loco y sin juicio, el demonio (de que estaba vestido) le dijo, que mandase cortar á cercen ambos los pechos de la vírgen, que era cosa de gravísimo dolor, por estar estas dos partes del cuerpo tan cerca del corazon. Mas la vírgen, que estaba mas encendida en el amor de Cristo, que el tiranno en su furor, despreciaba lo que era ménos por lo mas.

Y tras desto el tiranno, deseando vencer aquella admirable fortaleza de la vírgen con la terribilidad de los tormentos, mandó que le arrancasen las uñas de los dedos. Mas ella como si fuera insensible á los dolores, daba gracias á Dios por haberla tenido por digna de ser semejante á él, y compañera de sus pasiones; y junto con esto deshonraba los dioses del tiranno, llamándolos tinieblas, y engaño del mundo, y demonios, y otros nombres ignominiosos. Lo cual no pudiendo sufrir el tiranno, mandó que estirándole la lengua de la garganta se la cortasen, y con ella le arrancasen los dientes. Mas la vírgen, no desmayando ni remitiendo nada de su constancia, perseveraba dando gracias á Dios, y rogándole diese buen fin á su martirio, y pidiendo salud á todos los enfermos que se la pidiesen por ella. Sonó luego una voz del cielo diciendo, que le era otorgado todo lo que pedia. Y hecha esta oracion, dijo al verdugo: Haz lo que te es mandado; y ella sacó aquella lengua que siempre se ocupaba en las alabanzas divinas, la cual fué luego cortada, y los dientes arrancados, y la boca quedó hecha una fuente de sangre con la cual se teñia toda la vestidura de la Esposa de Cristo, mas preciosa que todas las púrpuras de los reyes.

En este tiempo fatigada la vírgen con sed, pidió un poco de agua, la cual le dió un hombre llamado Cirilo, que era cristiano, aunque no era conocido por tal. Y por este beneficio recibió un grande galardon, porque por un jarro de agua fria alcanzó la corona del martirio. Porque como supiese el tiranno que este hombre habia dado agua á la vírgen, no solo por natural compasion de sus dolores, sino por communicar con ella en la misma fe, le mandó luego matar; y con esto dió sentencia difinitiva que la vírgen fuese degollada, y así le fué cortada la cabeza fuera de la ciudad, y su cuerpo estuvo por algunos dias en el suelo, pero sin ser tocado de las aves del aire, ni de las bestias de la tierra, las cuales en su manera reverenciaban aquellas heridas recebidas por el comun Señor.

Y despues por especial providencia suya fué entregado á la bienaventurada sancta Sofía que la habia criado y enseñado: en lo cual cumplió Dios su peticion, y dió el descanso que sus entrañas deseaban. Porque siendo presa la vírgen, y llevada al martirio, la sancta maestra suya temia y temblaba, recelando el peligro de los tormentos; y por esto prostrada en tierra, con encendidas oraciones y rios de lágrimas, rogaba á Dios que la vírgen no desmayase con la fuerza de los dolores.

Mas despues que se dió fin glorioso á su martirio, vino un ángel del Señor y libró á la maestra de aquel temor y cuidado, dándole alegres nuevas del fin glorioso de la vírgen; y junto con esto la llevó adonde estaban las reliquias de su cuerpo adornadas con la confesion de la fe, y con la vestidura del martirio, que era lo que ella deseaba. Entónces abrazando ella todas aquellas preciosas reliquias, y besando cada uno de aquellos miembros, y derramando sobre ellos muchas lágrimas de alegría, decia: «Hija mia dulcísima, hija mia muy amada, hija que yo crié con toda diligencia en ejercicios virtuosos, y en silencio, y en trabajos, gracias te doy porque no despreciaste mis consejos, y porque guardaste fielmente lo que me prometiste, y te presentaste á tu Esposo Cristo, adornada con la vestidura de la virginidad, y hermoseada con las heridas del martirio, y coronada con corona de piedras preciosas, y agora moras en el lugar del tabernáculo admirable (*f*), que es la casa de Dios, donde habitan los que siempre se alegran con su presencia. Por tanto te ruego, muy amada hija, y espiritual madre (porque así conviene que te llame), que me seas en esta breve y caduca vida buena curadora y ama de mi vejez, aplacando por mí al comun Señor, y rogándole por mí cuando saliere desta vida. Pues como esta piadosa y ve-

(*c*) Psalm. 49. Psalm. 79. 87. 61. (*d*) Psalm. 45. (*e*) Psalm. 17. Psal. 70.

(*f*) Psalm. 41.

ligiosa vieja (que tan bien sabía parir y criar tales hijas) abrazase y compusiese con sus manos las sanctas reliquias, y no tuviese fuerzas para llevarlas, ni hallase medio para esto, y así estuviese muy congojada y afligida, vinieron súbitamente dos hombres en hábito y forma de mucha reverencia, y tomando en sus manos las sanctas reliquias, y llevándolas en compañía de su maestra, las sepultaron honrosamente junto á la ciudad de Roma, á gloria de Dios Padre, y de su unigénito Hijo Jesucristo, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

AL LECTOR.

Es tan grande, tan dulce y tan admirable el fructo que se recibe de la historia de los sanctos mártires, que demas de lo arriba escripto, no pude dejar de dar parte al cristiano lector de la consolacion que yo recebí leyendo estos tres martirios que aquí escribo: el uno desta vírgen nobilísima, por nombre Anastasia, de edad de veinte años; y otro de un obispo, no ménos noble, y de la misma edad, por nombre Clemente; y el tercero de un compañero y discípulo suyo, aun de menor edad, llamado Agatángelo; ambas escriptas por Simeon Metafraste. Y será bien referir aquí lo que Nicéforo, historiador grave, dice (g) del martirio de Sant Clemente, y de su discípulo, en el libro de su Historia Eclesiástica. Sus palabras son estas:

En tiempo de los cruelísimos emperadores Diocleciano y Maximiano, padeció un nuevo género de martirio Clemente, obispo de Ancira, con su compañero Agatángelo; porque veinte y ocho años duró la conquista de su glorioso martirio. Y á mi juicio, despues que Dios crió el mundo, no se han hallado tales mártires como estos dos, que con tanta ventaja sobrepujasen á los que padecieron por fuego, hierro, piedras y maderos, y á los que pelearon con bestias fieras, y sufrieron largas prisiones y cárceles, y á los que padecieron de diversas maneras en la tierra, en el aire y en las aguas, y á los que fuéron martirizados con grande frio ó calor, y á los que finalmente perdieron la vida con cualesquier penas y tormentos; porque á todos estos con gran ventaja exceden estos dos gloriosos mártires. Los cuales primeramente fuéron atormentados en Roma, y despues en Nicomedia, succediendo unos atormentadores á otros, acabando unos y comenzando otros mas crueles que los pasados, ejecutando unos un linaje de tormentos, y otros inventando otros, hasta que despues de todos ellos experimentados, perdieron la esperanza de vencerlos, y dieron fin á su martirio, mandándolos degollar. Lo susodicho es de Nicéforo.

CAPITULO XXII.

Comienza la historia del martirio del bienaventurado Sant Clemente y de su compañero Agatángelo.

En el año de docientos y cincuenta despues del nascimiento de nuestro Salvador, siendo emperador Valeriano, nació esta dichosa planta en la ciudad de Ancira, que es en la provincia de Galacia. Era este sancto de muy alto y noble linaje, y de padres ricos, aunque el padre era infiel, mas la madre, que habia por nombre Sofía, era muy católica y religiosa. Muerto el padre en las tinieblas de su error, quedóle este hijo niño que ella criaba á sus pechos. Y despues de llegado á edad de poder ser enseñado, la madre empleaba todo su cuidado en adornarlo de todas las virtudes. Y sintiendo la buena madre que se allegaba el fin de sus dias, tomando al hijo (que era ya de doce años), y abrazándolo con grande amor, y deseando hacerle no ménos heredero de los tesoros del cielo que de su patrimonio, hablóle desta manera:

Hijo mio, hijo muy amado, hijo que primero que vieses á tu padre, viste tu horfandad, mas Dios te ha sido padre, y él te ha enriquecido, pues él usó de tu horfandad para tu felicidad. Yo te dí ese cuerpo que tienes, mas Cristo te reengendró con su espíritu. Conoce ese padre, y procura que no tengas ese nombre de hijo en vano. Sirve á solo Cristo, y en él pon toda tu esperanza; ca él es la inmortalidad, él la salud, y él es el que descendió del cielo por nuestro amor (a), y nos levantó consigo á lo alto, y hizo sus hijos. Y por tanto quien obedeciere á este Señor y Padre, vencerá todas las cosas, no solamente á los reyes y tirannos que adoran los ídolos, mas tambien á los demonios que moran en ellos. Dichas estas palabras, y sus ojos llenos de lágrimas, comenzó á profetizar á su hijo lo que le habia de succeder en la vida, y así le dijo: Ruégote, hijo muy amado, por cuanto viene ya acercándose una grande persecucion contra la Iglesia, que por todo lo que debes á esta madre que te crió, me otorgues esta gracia, y me dés esta honra, que estés fuerte y constante en la confesion de Cristo; y yo confío en él, ó hijo mio, que él pondrá en tu cabeza una corona florida de martirio. Por tanto aparéjate con tiempo y con grande ánimo para esta batalla, porque no te halle desapercebido. Ca no peleamos con flacos enemigos, ni por cosas de poco precio, sino contra muy poderosos adversarios, que son los demonios, y contra sus defensores; y el negocio de que se trata es la gloria y vida eterna, y la infamia, y tormentos que nunca se acaban. Ni sean parte para vencer tu propósito sus promesas, ni tampoco sus amenazas, porque gran vergüenza es, muriendo constantemente los caballeros por el Rey mortal de la tierra, no querer hacer nosotros lo mismo por el Rey inmortal de los cielos; mayormente siendo tan desigual el galardon de los unos y de los otros. Porque ¿qué bien se puede hacer al muerto que nada siente? Mas muriendo por Cristo, en premio desta vida mortal se da la inmortal; y por las riquezas y deleites que corren con el tiempo, se da bienaventuranza perdurable. Mas ¿qué digo? ¿Por ventura si agora no morimos, no habemos de morir poco despues, y pagar esta comun deuda al género humano? Mas la muerte que se padece por Cristo, no se puede llamar muerte, porque con la esperanza del galardon se alivia el sentimiento de su dolor. Y ante todas las cosas debes considerar, hijo, que el Hacedor del universo se hizo hombre por nosotros, y viniendo á la tierra conversó con los hombres, y (lo que sobrepuja toda admiracion) por nosotros siervos ingratos fué el Señor de la majestad condenado, escupido, abofeteado, y finalmente muerto. Lo cual todo padeció por nosotros y por nuestra salud, y por librarnos de la tirannía del pecado, y abrirnos las puertas del cielo. Pues ¿en qué razon cabe que padeciendo él tales cosas por nosotros, no padezcamos nosotros algo por él? Estas cosas debes, hijo mio, imprimir en tu corazon, para que no haya cosa que te aparte de la caridad de Cristo: no las amenazas de los tirannos, no nuevos géneros

(g) Niceph. lib. 7. cap. 14.

(a) Ephes. 4.

de tormentos, no miedo de los reyes; sino contra todo esto te esfuercen los bienes que están aparejados á los mártires, y el reino del cielo, que es el premio del martirio.

Estas cosas decia cada dia la buena madre á su buen hijo, teniendo él ya canas ántes de la edad por su gran prudencia. Y estando ella para partir desta vida, le dijo: Este es el premio que te pido, hijo mio, por los trabajos de la crianza y por los dolores del parto, que sea yo glorificada en los miembros de mi hijo; porque ya yo me parto de tí, y esta luz sensible mañana me falta; por tanto ruégote, luz y vida mia, y entrañas mias, que no me falte esta esperanza. Una mujer hebrea (b) parió siete mártires, y peleó en siete cuerpos; mas tú solo bastas para mi gloria, y para que sea yo bienaventurada entre las otras madres. Ya yo, hijo, me parto de tí, y mi cuerpo se apartará de tus suavísimos ojos, mas mi ánima estará siempre pendiente de la tuya, con cuya virtud confiadamente me presentaré ante el tribunal de Cristo, gloriándome en tus trabajos, y en las señales de las heridas que recebirás por él. Esto decia la buena madre á su hijo, y juntamente besaba todos sus miembros, diciendo: Dichosa yo que beso los miembros de un mártir, y los miembros que se han de ofrecer á Cristo en sacrificio; y diciendo esto, y abrazándolo, y hablando dulcemente con él, acabó en paz, encomendando su espíritu á Dios, y el cuerpo á las dulces manos de su hijo.

Entónces el piadoso hijo, sepultado honrosamente el cuerpo de su madre, tomó el estado de la vida monástica, cumpliendo en esto el mandamiento de su madre, que era dejar el mundo el que despues por Cristo habia de dejar la vida. Quedando él pues en esta edad huérfano de padre y madre, tomó á Dios por padre, el cual le proveyó de otra madre que en el nombre, y en la nobleza, y en la sanctidad y riquezas, era semejante á la primera, porque tambien se llamaba Sofía; la cual noche y dia se ocupaba en la oracion. Y habiendo sido ella muy deseosa de tener hijos, carecia dellos. Mas la divina Providencia, que dende lo alto provee todas las cosas, no consintió que su siervo en aquella tierna edad careciese de madre, y así le proveyó desta. La cual como mujer sancta y sabia, criaba este nuevo hijo con tanto amor y cuidado, como si ella lo pariera; y no era menor el amor y reverencia que él tenia á ella. Comenzó luego el sancto mozo como tierra fértil á dar frutos de bendicion. Porque habiendo una grande esterilidad y hambre en la tierra de Galacia, él recogia los niños huérfanos y pobres que andaban por las calles hambrientos y desnudos, y vestíalos, y manteníalos, dándole para esto su buena madre con mucha alegría todo lo necesario para el reparo de sus cuerpos; mas él tomaba á su parte el cuidado de las ánimas, criándolas en toda virtud, y en la fe y amor de Cristo. Y con este cuidado y doctrina, de tal manera les aprovechó, que andando el tiempo, vinieron á padecer con él. Y desta manera la buena Sofía, que ántes carecia de hijos, vino á tener muchos y muy virtuosos. Mas Clemente en este tiempo, desechando de sí todo regalo del cuerpo, se mantenia con solas legumbres, acordándose de aquellos tres sanctos mozos que usaban deste manjar, mediante el cual, ni el fuego de los vicios, ni el del horno de Babilonia pudo nada con ellos (c).

Mas porque convenia que la candela se pusiese sobre el candelero de la Iglesia, ordenó Dios que el que resplandecia con tantas virtudes, enseñase á otros el camino de la salud. Y así por comun consentimiento de los moradores de Galacia le dieron primero cargo de proponer la palabra de Dios, y poco despues fué ordenado de diácono y sacerdote; y pasados dos años, cuando él cumplia los veinte, viendo el pueblo en aquella edad las canas y madureza de la virtud, le escogieron por obispo. Y puesto en esta dignidad comenzó á tener mayor cuidado de los huérfanos, enseñándolos toda buena doctrina, y administrándoles el sancto baptismo. Y á fama desta buena institucion acudian á él de los lugares comarcanos muchos padres, ofreciéndole sus hijos para que él los doctrinase, los cuales él criaba y enseñaba como si fueran sus proprios hijos. Estos fuéron los primeros fructos desta buena planta.

§. I.

Del principio del imperio de Diocleciano, y del martirio de Sant Clemente.

Mas tiempo es ya que vengamos á tratar de su martirio. Para lo cual es de saber, que en este tiempo comenzó á imperar Diocleciano; el cual luego en el primer año de su malvado imperio, envió edictos á los adelantados de todo el imperio romano, mandándoles que á fuerza de tormentos desterrasen del mundo el nombre de cristianos, prometiendo grandes premios y favores á los que en esto pusiesen mayor cuidado. Llegando este mandamiento á Domiciano, presidente de Galacia, fué ante él acusado Clemente, diciendo dél que habia traido gran número de mozos al conocimiento de Cristo, y que condenaba el culto de sus grandes dioses. Mandó luego Domiciano traer á Clemente ante sí, el cual procuró primero atraerle con blandas y fingidas palabras y promesas; mas el sancto ningun caso hacia, ni de sus honras, ni de sus promesas, ni tampoco de sus amenazas.

Viendo el juez su constancia, quitada esta máscara, comenzó á vomitar la ponzoña que tenia en su corazon; y así, desnudando al mártir, y amarrándolo á un madero, mandó que le rasgasen las carnes con garfios de hierro.

Desta manera ahondando las heridas, le arrancaron tanta carne, que ya se le parecia la figura y forma de las entrañas, y él estaba tan descarnado y tan cubierto de sangre, que apénas los ojos de los que presentes estaban podian sufrir un tan doloroso espectáculo. Mas el sancto mártir ni se alteró en su ánimo, ni mudó el semblante de su rostro, ni dijo palabra alguna lastimera, ni dió los gemidos que suelen dar los que son atormentados; mas perseverando con mas seguridad que los que presentes estaban, y como si sintiera ménos los dolores que los mismos que le atormentaban, ocupaba su ánimo en dar gracias á Cristo su capitan que lo esforzaba. Y habiéndose gastado mucho tiempo en este tormento, y estando ya cansadas las manos de los atormentadores, y perseverando él con un esforzado y generoso corazon, pretendiendo el juez quebrantar aquella firme roca: No pienses, dijo, que tú has de ser poderoso para vencer mi fortaleza; porque aunque estén cansados los que hasta aquí te atormentaban, yo mandaré succeder otros de refresco, que acaben de despojarte de toda la carne que queda, hasta descubrir todos tus huesos. Acudieron pues estos de nuevo, haciendo lo que los pasados, hasta cansarse tambien como ellos.

(b) 2. Machab. 7. (c) Dan. 1. et 3.

Mas aquel cruel tiranno maravillándose por una parte de la constancia del mártir, y por otra hallándose corrido y vencido dél, mandó que le desatasen del madero; el cual estaba tal, que hasta los ojos de los verdugos no sufrian verlo, porque estaba despojado de su carne, y solamente parecia hombre, por quedar en él la armazon de los huesos, los cuales estaban bañados en sangre. Por lo cual el tiranno desesperado de poderle vencer por via de fuerza, volvió á tentarle con blandas palabras, y así le decia, que siquiera por un breve espacio diese algun alivio á aquel miserable cuerpo, y no quisiese mostrar valentía y esfuerzo en una cosa tan vana, y padecer muerte por ella. Pero el mártir, no haciendo caso destas palabras, respondió: Esta muerte con que me amenazas, quitando la vida á mi cuerpo, acarrea la inmortalidad á mi ánima. Por tanto ya que sabes esta mi determinacion, no cures de palabras, sino pon por la obrá todo lo que quisieres, y no dejes de probar todo lo que te pareciere intolerable de sufrir. Entónces el cruel tiranno, tomado de su acostumbrada ira, dijo: Este hombre es un animal porfiado, por tanto herilde reciamente en la cara, y en la boca, porque por tener él sola esta parte de su cuerpo sana, usa desta libertad de hablar. Luego entre los verdugos, los que eran mas humanos le herian con las manos, y otros no osaban tocar en él, porque estaba todo su cuerpo tan deshecho que apénas se podia tener en pié; mas los que eran mas crueles, heríanle con piedras en la boca. Entónces el mártir dijo: No es este para mí tormento, porque grande honra es del siervo padecer lo que su señor, el cual fué abofeteado, y su siervo Sant Estéban apedreado; y alivia este mi trabajo la imitacion de la pasion, y la igualdad de la honra de los que son mayores que yo. Y diciendo esto levantaba los ojos á Cristo su capitan, dándole gracias con toda devocion. Entónces Domiciano, perdida la esperanza de vencer al mártir, mandó que le volviesen á la cárcel, y que dos hombres le llevasen del brazo, pareciéndole que no se podria menear por los tormentos pasados. Mas aquel Señor, que confirma los flacos, y levanta los caidos, no quiso que tuviese él necesidad desta ayuda; mas desechando de sí los que le querian llevar, se fué por su pié á la cárcel. Espantado el tiranno de tan grande fortaleza, dijo á los que presentes estaban: Tales soldados habia menester el Emperador, que tuviesen tales espíritus en las cosas arduas. Pero él no será mas presentado ante mi tribunal. Yo lo enviaré al emperador Diocleciano, porque él solo será poderoso para vencerle. Y dicho esto escribió al Emperador todo lo que habia pasado, y mandó llevarlo preso de la ciudad de Ancira á Roma, donde estaba Diocleciano. Viéndose el mártir fuera de su ciudad, levantando las manos y el corazon al cielo, comenzó á decir: Señor Dios, que ordenas todas las cosas para la salud del género humano, y nos abres muchos caminos de salud, suplícote por esta mi ciudad, y por las ánimas que en ella han creido, para que no caigan en el lazo del demonio, ni sean engañadas con el artificio de los tirannos. No consientas que ellos sean desterrados desta ciudad que los crió, sino tú que volviste á Jacob á la casa de su padre (*d*), y le libraste de las manos de Esaú, y heciste que los huesos de Josef fuesen llevados de la tierra de Egito á la sepultura de sus padres, ten por bien de volverme á esta ciudad que me engendró y crió hasta la edad presente, para que así se le vuelva este su propósito. Hecha esta oracion, comenzó alegremente su camino.

(*d*) Genes. 32. 33. 35. Exod. 13.

Llegado pues á Roma, y dadas las cartas á Diocleciano, mandó que le presentasen á Clemente. Viendo él su rostro alegre y generoso, y disimulando lo que tenia en su ánimo, y maravillándose de haber padescido lo que las cartas testificaban, dijo al mártir: ¿Eres tú aquel gran Clemente, que tienes un esforzado y generoso ánimo? Mas fuera razon que ese ánimo emplearas en cosas grandes, y no en defender esa vana creencia que provoca nuestra ira, y mueve nuestros dioses á venganza, á los cuales debes esa fortaleza que tienes, con la cual pudiste resistir á tan grandes tormentos, para que así vinieses al conoscimiento de la verdad. Y diciendo esto puso delante los ojos del sancto, oro, plata, vestiduras ricas, insignias de magistrados, y dignidades que le prometia, y de otra parte instrumentos para atormentar: que eran manos de hierro, camas de hierro, ruedas, y peines de hierro, parrillas, calderas, asadores, sartenes, cadenas pesadas, y otra muchedumbre de instrumentos terribles de ver. Y hecho esto, mirando al mártir con blando rostro, y mostrando aquellas riquezas, le dijo: De todo esto te harémos merced, si adorares nuestros dioses.

Pues apartando el sancto sus ojos de aquellas riquezas, y escarnesciendo dellas, y dando un gran gemido por lo que le habian dicho, respondió: Destruidos sean vuestros dioses, y vosotros con ellos. Entónces el Emperador, mirando con rostro airado á Clemente, y volviendo los ojos á aquellos géneros de tormentos: Estos (dijo él) están aparejados para los que blasfeman de nuestros dioses. El mártir á esto respondió: Si vuestros tormentos como pensais son terribles ó intolerables, y vuestros dones resplandecientes y magníficos, ¿cuáles os parece que serán los dones de Dios? Y ¿cuáles los castigos y rios de fuego que tiene aparejados á los malos? Porque vuestro oro y plata ¿qué son sino polvo y lodo, y materia vil y sin fructo, subjecta á los ladrones? Y vuestras vestiduras preciosas ¿qué son sino hilos y babas de gusanos, é invencion de hombres bárbaros? Tales pues son vuestras cosas. Mas las de Dios, por el contrario, tienen deleites inmortales, y resplandor perpetuo; ca no temen las mudanzas y vueltas del tiempo, ni saben qué cosa es vejez, sino siempre perseveran en la misma flor de su hermosura.

A esto respondió Diocleciano: Paréceme, Clemente, que hablas bien, y sientes mal; porque con tus palabras tratas de la inmortalidad, y por otra parte pones tu esperanza en un hombre mortal, que es vuestro Cristo; el cual dicen haber padescido innumerables penas por mano de los judíos, por los cuales fué crucificado. Mas nuestros dioses son inmortales, y libres de toda molestia y dolor. Verdad es, dijo el mártir, lo que dices; porque ¿cómo han de morir los que nunca vivieron, y cómo han de sentir los que carecen de sentido?

§. II.

Renuévanse los martirios del sancto en el tribunal de Diocleciano.

Indignado el Emperador con estas y otras semejantes palabras, deja las palabras, y vuélvese á los tormentos. Y así mandó atar el mártir á una rueda, y traerla con grande ímpetu al derredor, y que en este mismo tiempo azotasen cruelísimamente al mártir con varas. Y cuando la rueda le tomaba debajo, quebrantábansele los huesos, y cuando volvia á lo alto, descargaban los verdugos so-

bre él sus azotes. Mas él estando en este tormento, volvióse á Cristo diciendo: Señor mio Jesucristo, ven á ayudarme, y levantarme del peso deste tormento, porque me han cercado dolores de muerte (e). Favoréceme, Señor, para gloria tuya y confesion de tu nombre, y para confusion y deshonra de tus enemigos, y para esforzarme á padescer por tí mayores dolores. Hecha esta oracion, luego cesó el movimiento de la rueda y el tormento de los azotes, y todas las ataduras se soltaron, y el mártir fué restituido á su primera sanidad. Por donde muchos de los romanos que asistian á este espectáculo, se convirtieron á Cristo, y comenzaron á dar voces diciendo: Grande es el Dios de los cristianos. Mas el mártir decia: Doite gracias, Señor mio, por haber querido que yo padeciese en esta gran ciudad, y en presencia de tantos hombres por tu unigénito Hijo, que tambien padeció por nosotros, y dió su sangre en precio de nuestro captiverio. Y luego contó por sus nombres los sanctos de Roma. En esta ciudad, dijo él, Sant Pedro glorificó á Dios, y Paulo lo predicó, y Clemente (cuyo es mi nombre) lo adoró, y el divino Onésimo confesó; por quien ellos tambien padecieron: los cuales agora son venerados de los fieles, y de aquí á pocos dias lo serán de los emperadores. Esto dijo profetizando el fin y destruicion de la idolatría.

Estas palabras encendieron mas la ira de Diocleciano, y por eso mandó que le despedazasen la boca con unas puntas muy agudas de hierro, con lo cual los dientes quedaron movidos y las mejillas quebrantadas; mas la voz del mártir nunca se reprimió, ni la libertad de hablar se remitió. Y diciéndole los verdugos que callase, él no cesaba de hablar mas alto, hecho como una estatua de metal, que miéntras mas golpes le dan, mas suena. Por lo cual, fatigado el Emperador y desconfiado, mandó que lo volviesen á la cárcel. Mas la muchedumbre de aquellos que habian creido, así hombres como mujeres, por el milagro de la rueda, juntándose todos en uno entraron en la cárcel, y postrándose á sus piés, pedian con grande instancia el divino baptismo. Movido pues el sancto con esta fe y devocion baptizó á todos juntamente con sus hijicos. Y á la media noche les apareció una vision celestial, que era una luz tan grande que ni se puede explicar con palabras ni la sufrian ver los ojos: la cual así como un relámpago esclarecia aquella cárcel, y en medio de aquella luz apareció un hombre con muy alegre rostro, vestido de una resplandeciente vestidura, y llegándose á Clemente le puso en las manos un pan y un cáliz, y hecho esto desapareció, dejando á los que allí estaban atónitos y enmudecidos con esta vision tan admirable. Y conociendo el sancto varon ser esta la materia del sanctísimo Sacramento, hechas sus oraciones y pronunciando las palabras de la consagracion, dió la sancta communion á los que estaban ya baptizados. Viniendo pues otros muchos al sancto, y creciendo el número de los fieles, y haciendo iglesia de la cárcel, los carceleros dieron cuenta al Emperador, el cual mandó que los prendiesen de noche, y si no quisiesen negar la fe de Cristo, los matasen sin ninguna remision. Siendo pues todos presos, holgaron mas de perder esta vida temporal que negar á Cristo que nos crió, amó y murió por nosotros. Y así salidos fuera de la ciudad, ofrecieron sus hijos al Señor como unos sanctos sacrificios, sin que alguno faltase, sino solo uno cuyo ánimo era mas juvenil; porque no quedó por huir de la batalla, sino para pelear con mayores dolores. Este era el admirable Agatángelo, de quien comenzarémos ya á tratar.

Mas Diocleciano mandando traer ante sí á Clemente, y dándole á entender que estaba arrepentido de lo pasado, comenzó á alabar al sancto mártir y tratarle blandamente para ver si por esta via le podia convencer. Mas viendo que nada aprovechaba, dejada aquella fingida mansedumbre, comenzó á descubrir su ponzoña é imaginar otro terrible tormento, movido á esto por consejo de un hombre principal llamado Anfion. Y el tormento era, que muchos hombres juntos trabasen de sus miembros de tal manera, que los desencajasen de sus lugares naturales, y demas desto, que cuatro verdugos juntamente le estuviesen azotando con niervos secos de toro.

Habiendo pues el mártir sufrido este tormento con admirable constancia, díjole Diocleciano: Veo, Clemente, que eres muy porfiado; mas no pienses que me has de vencer, porque agora te atormentaré con garfios de hierro, porque tambien tú eres de hierro y careces de sentido como él, y quizá por esta via te despertaré dese profundo sueño que duermes. Bien dices, respondió el sancto, ó Emperador, que duermo, porque duermo un dulce sueño adormeciéndome Cristo los dolores con la esperanza de los bienes advenideros, y esforzándome á padescer por él mayores trabajos; el cual tambien me hace velar y estar atento para que hable libremente y predique su sancto nombre. Diciendo esto el sancto, mandó el Emperador á los verdugos que dejasen de azotar al mártir, y lo levantasen en un madero, y rasgasen su cuerpo con garfios de hierros hasta que le consumiesen todas las carnes y estuviese todo desangrado, sin quedar mas que la armazon de los huesos. Hecho esto, mirando el mártir cuál estaba, y vuelto al tiranno, dijo: No es este el cuerpo que tú despedazas; ca ningun dolor siento cuando lo despedazas, porque el cuerpo que me dió la naturaleza ya quedó consumido con los tormentos pasados, sin quedar parte dél; y este nuevo cuerpo que agora despedazaste me dió mi Señor Jesucristo, y consumido este, él me dará otro, porque no le faltará materia de que lo haga.

Dichas estas y otras muchas palabras, mandó el Emperador que le aplicasen hachas de fuego ardiendo, las cuales eran deleitables al sancto, porque eran luz que le alumbraban sin quemarle. Por lo cual espantado el Emperador de tan grande fortaleza, y volviéndose á los que presentes estaban: Muchos, dijo él, destos malaventurados cristianos tengo atormentados y muertos, mas nunca tal corazon ni cuerpo tan robusto he visto como este. Por tanto yo determino enviarlo á Nicomedia á Maximiano, compañero de mi imperio, el cual pienso que tendrá las cosas deste hombre por un prodigio increible; ca no pienso haber él visto jamas semejante constancia. Y diciendo esto con grande admiracion, mandó que el mártir con sus prisiones fuese llevado por mar á Nicomedia, para ser examinado de Maximiano, dándole cuenta por carta de lo que habia pasado primero con Domiciano y despues consigo; diciendo que eran cosas que sobrepujaban toda la fe y fuerzas de la naturaleza humana; añadiendo mas, que si le pudiese vencer y atraer á su religion (lo cual él no esperaba), le haria gran placer en tornárselo á enviar para muestra de su grande ingenio y prudencia.

(e) Psalm. 17.

§. III.

Sacan al sancto mártir de Roma; pasa por Ródas, y comienza otra nueva batalla por órden de Maximiano, emperador, en Nicomedia.

Sacan pues al sancto de Roma, acompañándole muchos de los fieles. Mas ¿quién podrá explicar lo que ellos decian y hacian? Ca unos se postraban á sus piés, otros le tomaban las manos, otros abrazaban su cuello y lo besaban, derramando amarguísimas lágrimas por aquel apartamiento, otros se untaban con su sangre y tocaban sus heridas sin poder apartarse de aquel esclarecido varon, mas fuerte que el mismo hierro. Y era tan grande el sentimiento dellos, que hasta los mismos marineros, vencidos de compasion de tan doloroso espectáculo, dieron lugar y tiempo á aquella triste despedida. Llegándose pues ya la hora del navegar, apénas le podian dejar subir en el navío los que le acompañaban, pareciéndoles que se les arrancaban las entrañas.

Pero el sancto, haciendo oracion por la ciudad y por sí, comenzó á navegar. Mas ¿qué hizo aquel soberano Gobernador para compañía y consuelo de su sancto? Aquel mancebo Agatángelo (de que arriba hecimos mencion, que fué el primero de los que el sancto baptizó en la cárcel, y se escapó del martirio de los otros), estando á la sazon en Roma, usando de toda buena industria, se metió secretamente y escondió en la misma nao. Y navegados ya hasta docientos estadios, estando los marineros ocupados en su oficio y el sancto mártir en un rincon puesto en oracion, llegó á él este mancebo, y prostrado á sus piés le dijo que él era el primero de los que en la cárcel habian sido por él baptizados y solo escapado del martirio; y como venía allí inspirado por Dios á serle compañero en sus trabajos. Mas ¿qué hizo aquí entónces el mártir? Bendecíalo, abrazábalo, hablábale con grande benignidad, mostrando tener las entrañas llenas de gozo. Y luego comenzó á dar gracias al Señor por la venida de aquel mancebo, rogándole con mucha eficacia que lo esforzase para que fuese compañero de su confesion. Doite gracias, decia él, Señor mio Jesucristo, que eres mi única consolacion y ayuda, pues ni en la tierra ni en la mar me has desamparado, y defendido toda la vida, y recreado mi ánimo fatigado con los trabajos, y hecho consolador mio por la manera que tú sabes. Porque agora en la mar me has consolado con este mi hermano Agatángelo, el cual con el nombre que tiene me promete tu favor, porque Agatángelo quiere decir denunciador de buenas nuevas. Por tanto concédeme, ó Rey mio, que él hasta la fin persevere fiel, y que tú le glorifiques con la confesion de tu fe, y tú seas glorificado en él.

Desta manera estaban los sanctos dia y noche en oracion sin desayunarse; porque ningun cuidado habian tenido de hacer alguna provision, como personas que traian el pan vivo, y el agua de la gracia en sus ánimas, con que se sustentaban. Mas compadeciéndose los soldados y marineros de tan largo ayuno, y ofreciéndoles de comer, diéronles gracias por la buena voluntad que les mostraban, mas no quisieron tomar nada dellos, diciendo que lo esperaban de Dios, lo cual así se cumplió. Porque no habia de faltar la providencia de un tan fiel Señor á tan fieles siervos. Y así á prima noche les proveyó de mantenimiento por ministerio de los ángeles. Pasados muchos dias en la navegacion, llegaron á Ródas, y desembarcándose muchos de los que navegaban para proveerse de lo necesario, rogaban los sanctos á los que quedaban en su guarda les diesen licencia para ir á la iglesia de los cristianos. Era entónces dia de domingo, y los cristianos que moraban en la Isla habian acudido á la iglesia, y no faltó entre ellos uno que reconoció á Clemente, y lo hizo saber al obispo de la Isla, que se llamaba Fotino.: el cual sin detenerse, tomando consigo muchos de los fieles que estaban en la iglesia, llegó al puerto, y rogando á las guardas con grande instancia que les quitasen las prisiones, y los dejasen venir á la iglesia, alcanzó dellos lo que pedia. Y dando gracias á Dios, los llevó á la iglesia, y abierto el libro de los Evangelios, la primera cosa que se leyó fuéron aquellas palabras del Salvador: No querais temer á los que pueden matar el cuerpo, y no pueden matar el ánima. Con esta palabra se infundió en el corazon de los sanctos una dulcedumbre divina, y levantando los ojos y las manos al cielo, hacian oracion con lágrimas de alegría: con lo cual enternescidos los ánimos de los que los veian, derramaban tambien muchas lágrimas. Luego aquel piadoso y sancto obispo rogaba á Clemente que celebrase los sagrados misterios, y haciendo él este oficio, vieron (los que merecieron verlo) una brasa muy resplandeciente puesta en el altar, y muchos ángeles revoleando encima della, y los que presentes estaban se prostraron en tierra, no pudiendo sufrir con la vista tan grande resplandor.

Corriendo esta fama por la ciudad, acudieron muchos de los infieles, trayendo consigo sus hijos y parientes enfermos, echándolos á los piés del sancto, y otros tocaban sus manos, y así quedaban libres y sanos de enfermedades incurables: con lo cual tambien fuéron curadas muchas ánimas de los gentiles, viniendo por este medio en conoscimiento de la verdad.

Espantados los soldados de tan grande aficion como toda aquella ciudad tenia á Clemente, y recelando no intentasen alguna novedad con que el sancto escapase de sus manos, vuelven á echarles las prisiones, y llevarlos al navío. Y succediéndoles buen tiempo, pasando el mar Egeo, llegaron á Nicomedia, donde estaba Maximiano: el cual recebidas las cartas del Emperador que daban cuenta de lo pasado, y viendo el semblante del sancto (en el cual ninguna cosa vil ni baja se mostraba), y conjecturando por su rostro la grandeza de su ánimo, no se atrevió á examinarle, sino fingiendo algunas causas y ocupaciones de guerra, cometió este negocio á un presidente, por nombre Agripino. El cual mandando parecer ante sí al mártir, le preguntó si él era Clemente; y respondiendo él que sí, y que era siervo de Cristo, mandó á los soldados que le diesen un gran pescozon, diciéndole que se llamase siervo de los emperadores, y no de Cristo. Pluguiese á Dios (dijo el mártir) que todos vuestros señores y emperadores se llamasen siervos de Cristo, y todas las gentes le sirviesen y obedeciesen, y no sirviesen á la maldad de vuestra superstición. Encendido el juez con esta respuesta, y concibiendo mayor ira de la que con palabras podia explicar, volvióse á Agatángelo, y preguntóle: ¿Tú quién eres? Porque no hace mencion de tí la carta de Diocleciano. Entónces él mirando al cielo, y mirando á Clemente, porque de ambas partes esperaba socorro: Yo (dijo él) por la gracia de Dios soy tambien cristiano, y por medio de Clemente, siervo de Cristo, alcancé este bienaventurado nom-

bre. Luego el juez mandó levantar á Clemente en alto, y herirle y cortarle los miembros, y al Agatángelo mandó azotar cruelísimamente con niervos de toro. Mas Clemente, sufriendo su tormento con grande y generoso corazon, sin hacer caso de sus llagas, hacia oracion por sí y por el compañero. Entónces el juez, cesando deste castigo y poniéndolos en la cárcel, mandó que se aparejasen para otro dia en el teatro muchas diferencias de bestias fieras muy crueles. Entre tanto los sanctos, estando en la cárcel, perseveraban con grande atencion en la oracion, á los cuales viniendo los ángeles los esforzaban y animaban al martirio. Mas los presos que estaban por otras causas en la cárcel, viendo la perseverancia de aquella oracion, y espantándose de la venida y consolacion de los ángeles, derribáronse á los piés de los sanctos, rogándoles que les diesen conoscimiento de Cristo, y que no les tuviesen por indignos de que ellos tambien lo confesasen. Estuvieron pues los sanctos hasta la media noche enseñándolos, y doctrinándolos, y amonestándolos, hasta que los dejaron muy bien instruidos y confirmados en la fe, y purificados con el sancto bautismo. Luego Clemente con su oracion abrió las puertas de la cárcel, y despidió todos los presos con mucha alegría suya y dellos, quedándose él con su compañero solo en ella.

Este hecho alteró grandemente al juez, y mandando sacar los sanctos al teatro, él primero como leon rabioso comenzó á bramar contra ellos, y luego mandó sacar los leones y otras bestias fieras, las cuales ningun mal hicieron á los sanctos, ántes los miraban con ojos alegres, y les lamian las manos, y los abrazaban, como hacen los perrillos cuando sus señores vienen á sus casas de lejas tierras. Lo cual al juez fué causa de grande admiracion, y espanto, y desesperacion de poder vencer á los sanctos; mas á ellos fué causa de glorificar á Dios, diciendo: Gloria sea á tí, Cristo, por quien las bestias fieras nos tuvieron acatamiento, y heciste con nosotros lo que con Daniel en el lago do los leones (*f*), pues lo mismo heciste con nosotros como verdadero Dios de Daniel.

Mas no por esto perdió nada de su furor aquella bestia fiera, ántes mandó que tomasen unas alesnas largas y agudas y encendidas, y se las hincasen por las manos entre dedo y dedo, hasta llegar á la muñeca del brazo. Y no contento con esto mandó que les hincasen otras debajo de los sobacos, que penetrasen hasta los hombros. Mas el pueblo que presente estaba, no pudiendo sufrir tan grande inhumanidad, y por otra parte espantado cómo los sanctos pudieron resistir á tan grandes dolores, sin perder la vida con ellos, se alborotó de tal manera que comenzaron á apedrear al tiranno, y dar voces diciendo: Grande es el Dios de los cristianos. Con esto el juez echó á huir, y los mártires se subieron seguramente á un monte por nombre Pirami. Mas el tiranno los anduvo buscando muchos dias, y finalmente los halló. Y luego mandó que todos los devotos de sus dioses acudiesen á aquel monte; y puesto él en su tribunal, y traidos ante sí los sanctos: ¿Por qué (dijo él) con vuestros hechizos y encantamientos alborotastes el pueblo, y hecistes que se levantasen contra nos, y maldijesen nuestros dioses? Nosotros (respondieron los mártires) nada de eso hecimos, sino callando nosotros, la fuerza de la verdad les dió conoscimiento de Dios, y así lo predicaron á grandes voces como tú lo viste. Por tanto si tienes otro tormento que ejecutar en nosotros, no lo dilates, porque él es poderoso para librarnos de tus manos. Entónces el tiranno, usando de otra nueva crueldad, mandó extender los sanctos sobre una gran piedra que estaba en aquel monte, y quebrantar sus huesos, hiriéndolos reciamente con unos maderos. Y hecho esto, los metió así quebrantados en unos sacos, atando á la boca dellos una grande piedra, y desta manera los mandó arrojar de lo alto del monte por la ladera abajo, por la cual iban rodando, y no pararon hasta caer en la mar, que llegaba á raiz del monte. Los que presentes estaban, creyeron que luego espirarian; y con esto algunos de los fieles se llegaron á la playa, para ver si podian coger algunas reliquias dellos. Mas, ¡oh admirable potencia y providencia tuya, Cristo, rey nuestro! porque habiendo estado los sanctos por largo espacio debajo del agua, aparescieron los sacos viniendo sobre el agua, y allegándose á la ribera, y desatándolos, hallaron todos sus miembros sanos y sin alguna lision. Y no contento aquel piadoso Señor con este favor y regalo, á la media noche envió sus ángeles para que los recreasen del trabajo pasado, y les proveyesen de mantenimiento. Dende ahí vinieron á la ciudad, y contaron á los fieles las maravillas de Dios, y levantando las manos al cielo le daban gracias de todo corazon.

§. IV.

De cómo volvieron los sanctos á su patria: multiplícanse los tirannos, y se inventan nuevos tormentos.

Sabido esto por el Presidente, y viendo por experiencia que era imposible vencer los sanctos, y que muchos de los gentiles viendo estos milagros se convertian á Cristo, no se atrevió á pasar adelante; sino hizo saber al emperador Maximiano lo que pasaba, diciendo que los mártires eran naturales de la ciudad de Ancira. Sabido esto por el Emperador, y recelando este combate, tomó de aquí ocasion para enviarlos á su patria, encargando este negocio á un presidente que allí estaba, por nombre Curicio, diciendo: Justo es que la tierra que los engendró los tenga y castigue. Desta manera la divina Providencia cumplió lo que su sancto le habia pedido, que era acabar la vida en su patria, donde era obispo, despues de haber corrido tantos mares y tierras. Llegado á la ciudad, entra el sancto con grande alegría, diciendo: Gloria sea á tí, Señor mio Jesucristo, que oiste mi oracion, y me volviste á mi patria, y al sepulcro de mis mayores; y mas con este fructo de Agatángelo, compañero de mis trabajos.

Presentados los sanctos ante el presidente Curicio, tentó él primero de atraerlos con blandas palabras y alabanzas, concluyendo su largo razonamiento, diciendo que sacrificasen á sus dioses, pues no podian dejar de padecer no lo haciendo. A esto respondieron los sanctos: ¿Para qué nos amenazas con trabajos, pues estos por amor de Cristo nos son deleites? Ni tenemos compasion de nuestros cuerpos, sino de vuestras ánimas miserables, pues servis á unos dioses que ningun sentido tienen.

Embravecido con este el juez: Pues tanto (dijo él) os holgais con los trabajos, yo seré en esta parte muy liberal para con vosotros. Y haciendo encender un hierro puntiagudo, mandólo hincar debajo de los sobacos de los sanctos; y atándoles fuertemente los brazos, y hin-

(*f*) Daniel. ult.

cando dos maderos en tierra, mandó atar á Clemente en el uno, y á su compañero en el otro, y los verdugos los herian agriamente en todas las partes de su cuerpo. Entónces el juez, escarneciendo dellos, preguntó si sentian aquellos tormentos. Al cual Clemente respondió lo que dice el Apóstol (*g*): Cuanto mas se corrompe nuestro hombre exterior, tanto mas se renueva y perfecciona el interior. No contento con esto el tiranno, mandó encender un capacete, y así encendido lo hizo poner sobre la cabeza de Clemente; y luego el humo de las carnes abrasadas comenzó á salir por la boca, y por las narices y oídos. Entónces el sancto, dando un grande gemido, y llamando á Dios: ¡Oh agua viva (dijo él) y lluvia de nuestra salud, envíame, Señor, una gota de tu rocío; y pues ántes nos sacastes del agua, agora nos saca del fuego y nos da tu refrigerio! Y diciendo esto, poco á poco se fué enfriando el hierro, y los que herian á Agatángelo se cansaron. Aquí el tiranno espantado y atemorizado de lo que veia, mandó soltar los sanctos y llevarlos á la cárcel, disimulando la perplejidad en que estaba, con color de misericordia.

Mas aquella sancta Sofía (la cual dijimos haber prohijado á Clemento, y hecho con él oficios mas que de madre), viendo cómo despues de tan largo tiempo habia vuelto á su patria con el resplandor y hermosura de su gloriosa confesion, no cabia en sí de placer, esperando luego la corona que le habia de venir del cielo. Vino pues de noche á la cárcel, y abrazando á Clemente y derramando muchas lágrimas, besaba con grande devocion sus manos, y su rostro, y todos aquellos sagrados miembros, pidiéndole que le diese cuenta de todos los caminos y trances que habia pasado. Y dando él razon de todo esto, ella con unos lienzos alimpiaba la sangre y las heridas del sancto, y luego le dió de comer de los manjares que acostumbraba él comer en su casa.

Desesperado pues el juez de poder vencer tan grande constancia, salióse afuera y encomendó el negocio á otro juez de los amesenos, por nombre Domicio. Mas la sancta madre Sofía no podia apartarse con el cuerpo de los que tenia abrazados en su corazon; y así vino muy alegre con aquellos mochachos que, como ya dijimos, Clemente habia baptizado y doctrinado.

Sabido esto por Maximiano, mandó que si los mochachos se apartasen de Clemente, los dejasen libres; y donde no, que los matasen. Dada esta sentencia, los soldados trabajaban apartarlos por fuerza del mártir, mas ellos resistian á esto cuanto podian, arrojándose en tierra, y abrazando los piés del sancto, con mayor constancia y prudencia de lo que pedia aquella edad; y así todos allí quisieron ántes morir que apartarse de su maestro. Mas la piadosa Sofía, por el grande amor que les tenia, tomó muy á cargo la sepultura de los muertos; y así con gran dolor se apartó de Clemente y de su compañero, por entender en la sepultura destos innocentes, diciendo que Dios daria órden cómo volviesen á aquella tierra. Llegando pues los mártires á la ciudad de los amesenos, y haciendo oracion á Dios con devotas lágrimas para que les ayudase en esta nueva batalla, fuéron presentados ante el sobredicho Domicio. Pero ellos estaban tan léjos de rehusar los tormentos, que pretendian atraer á la fe al mismo juez. Sobre lo cual hizo Clemente un tan divino razonamiento, que el compañero Agatángelo lleno de alegría se derribó á sus piés, y levantándose de allí lo abrazó, y besó su faz con grande devocion. Mas el tiranno, como estaba ciego y obstinado en su error, tomó las armas para pelear contra ellos. Y para esto apartó el uno del otro para que estuviesen mas flacos. Pero esto le sucedió al reves; porque aunque estaban apartados con los cuerpos, estaban juntos con los espíritus. Mandó pues este tiranno que se hinchiese una cisterna de cal viva, y que arrojasen en ella los sanctos, y puso á la boca dos soldados en guarda para que de noche no los sacasen de ahí los cristianos: no sabiendo el loco que el que guardó los tres mozos del horno de Babilonia (*h*), guardaria aquí sus siervos, como lo hizo; y así estuvieron allí todo el dia (que era un viérnes Sancto) sin recebir daño alguno. Y no contento con esto, resplandeció sobre ellos toda la noche siguiente una lumbre del cielo. Lo cual viendo los dos soldados que los guardaban, movidos por el milagro de aquella luz, recibieron otra mas excelente luz en sus ánimas, con tan grande fe y devocion, que saltaron en la misma cisterna, y se juntaron con los sanctos. Luego por la mañana, creyendo el tiranno que estaban ya muertos, y mandando sacar sus cuerpos de la cisterna, halláronlos vivos, y sanos, y con alegre rostro, y á los mismos dos soldados con ellos, cuyos nombres eran Fegon y Eucarpo: los cuales por mandado del tiranno fuéron luego crucificados, honrándolos la divina bondad con la imitacion de la muerte de Cristo, y corona de mártires. Mas Clemente y su compañero pasaban su carrera, y el tiranno mandó que les sacasen dos correas de las espaldas y los azotásen cruelmente. Y viendo que nada desto aprovechaba, mandó traer dos lechos de hierro, y poniéndoles mucho fuego debajo, y echando sobre ellos aceite hirviendo, y pez derretida, y piedrazufre, pareció al tiranno y á todos que serían muertos; y así los mandó quitar destas camas y echar en el rio. Mas ellos dormian en ellas un dulce sueño, en el cual les apareció Cristo acompañado de ángeles, diciéndoles que no temiesen, porque él estaba con ellos. Viendo esto Domicio, y espantado de lo que habia visto, y no sabiendo ya qué mas hacer, vuélvelos á enviar á Maximiano, que de Tarso habia venido á Ancira. Van pues los sanctos este camino, siguiéndolos junto con los soldados de guarda muchos fieles. El camino era largo y desierto, y tan falto de agua, que padecian todos gran trabajo de sed. Mas el santo mártir, lleno de una vivísima fe y confianza, hizo oracion á nuestro Señor, y á la hora reventó una fuente en aquel desierto con que todos fuéron recreados. A la fama deste milagro concurrieron todos los enfermos de aquella comarca, y á todos dió entera salud el mártir tocándolos con sus manos.

Y considerando este sancto las maravillas que Dios obraba á cada hora por él, y con cuánto regalo y providencia acudia al tiempo de las mayores necesidades, encendióse en su corazon una tan grande llama y fuego de amor de Dios, y una tan grande sed y deseo de padecer por un tan bueno y tan fiel Señor, que hizo una oracion devotísima suplicándole con grande instancia que todos los dias que viviese, siempre padesciese trabajos y dolores por su amor, sacrificando todos los miembros de su cuerpo en su servicio. Y acabada esta oracion, parecióle que oia una voz de lo alto, que le decia: Concedido se te ha, Clemente, lo que pediste; esfuérzate y aparéjate para pasar constantemente esta carrera, porque con el tiempo que has batallado, y con el que te queda por pasar,

(*g*) 2. Cor. 4.

(*h*) Daniel. 3.

se te contarán veinte y ocho años de martirio. Alegre pues con esta respuesta el sancto, caminaba para Ancira; y sabiendo los soldados que todavía el Emperador estaba en Tarsis, lugar de Cilicia, llevaron allí los sanctos y presentáronlos al Emperador; el cual comenzó primero á tratarlos con palabras blandas y grandes promesas, pretendiendo atraerlos á su falsa religion. Mas ellos por el contrario pretendian con palabras divinas atraerlo á la suya, profetizando que los succesores de su imperio habian de ser honradores de Cristo. Indignado con esto Maximiano, y dejadas muchas palabras que se pasaron de parte á parte, mandó hacer una gran hoguera y echar en ella los sanctos. Mas el Señor, que guardó aquellos tres sanctos mozos en el horno de Babilonia (*i*), guardó tambien á estos, de tal manera, que estando ellos dia y noche en aquella hoguera, nunca el fuego pudo dañar aquellos miembros dedicados á Dios: reconosciendo y honrando la criatura á los siervos de su Criador. Espantado Maximiano desta maravilla, y viendo cómo los sanctos estaban en medio de la hoguera levantadas las manos y los ojos al cielo, dando gloria á Dios, mandólos sacar de allí, y presentados ante su tribunal: Ruégoos (dijo) que siquiera en esto me hagais la voluntad: que es, hacerme saber con qué linaje de encantamientos habeis reprimido la virtud del fuego. No (dijeron ellos), ó Emperador, con encantamientos, sino con la virtud de aquel Señor que nos prometió, diciendo (*k*): Estando en el fuego no te quemarás. Entónces el tiranno mandó á los verdugos que públicamente los arrastrasen y hiriesen hasta matarlos. Mas tambien esto succedió mal al tiranno; porque viendo muchos de los gentiles, por una parte la generosidad de aquellos corazones, y la libertad con que hablaban al Emperador, y su fortaleza y constancia invincible, y por otra considerando que entre tantos tormentos conservaban la vida, reconosciendo aquí el dedo y la virtud de Dios, renegaban de sus dioses y se volvian á Cristo. Luego el Emperador, no sabiendo ya mas qué hacer, mandó que así como estaban atados los llevasen á la cárcel, y estuviesen por espacio de cuatro años en ella presos; pareciéndole que el tiempo y la prision tan larga domaria á los que ni el fuego ni el hierro habian podido domar. Pasados los cuatro años salieron de la cárcel muy esforzados para su confesion; porque el deseo y amor de Cristo, y la esperanza cierta de los bienes advenideros les hacia parecer la cárcel un palacio real. Sabido esto por Maximiano, desconfiado de la victoria, y dando á entender ser estos hombres indignos del tribunal imperial, no se atrevió mas á examinarlos; y por esto cometió el exámen á un cruelísimo sacerdote de los ídolos, muy ejercitado en atormentar cristianos, y grande oficial de pervertir corazones. A este cometió este cargo; y para mas incitarle á todo género de crueldad, dióle á entender que los jueces pasados habian sido vencidos mas por su propria flaqueza que por el esfuerzo y ánimo de los sanctos. Comenzó luego este oficial de Satanas á usar de las artes que su maestro el demonio le habia enseñado, acometiendo á los sanctos ya con promesas, ya con amenazas, ya con blandura de palabras, y con muestras de amor y buena voluntad, dándoles á entender que le pesaba de sus trabajos pasados. Mas viendo que nada desto aprovechaba, mandó que azotasen tan cruelmente las espaldas y hombros de los sanctos, de tal manera, que consumida toda la carne se les parecian las junturas y armazon de los huesos. Y acabado este tormento, viendo que los sanctos por su pié se volvian á la cárcel, corrido de verse vencido, y cuasi desmayado, fué llevado por los brazos á su posada. Y caminando los sanctos á la cárcel, acudieron de todas partes los fieles á coger las reliquias de los pedazos de la carne y sangre que dellos corria, como un precioso tesoro. Aquí tambien el mal sacerdote con todos sus artificios y engaños, desconfió de poder vencer los sanctos. Sabido esto por Maximiano hizo burla del sacerdote, diciendo: ¿Este es el que me alababan?

(*i*) Daniel. 3. (*k*) Eccli. 51. Esai. 43.

§. V.

Renuévanse otros tirannos; y del fin desta gloriosa batalla y martirio de los sanctos.

Estaban muchos hombres principales á la sazon con el Emperador: entre los cuales uno, por nombre Máximo, movido con ira y saña por lo que oia, rogó al Emperador que le entregase los sanctos; porque él tenia confianza que los sacaria de su propósito, ó á lo ménos los mataria. Este fué el octavo tiranno. Y entremetiéndose algunos dias en medio, trataba con ellos muy amigablemente, vendiéndoseles por muy grande amigo, y que como tal les queria dar consejo saludable. Y llamándolos ante sí, Dios os salve (dijo), hombres amados de los dioses inmortales, los cuales os tienen en lugar de hijos muy queridos. Ca muchas veces hablaron conmigo y me aparecieron en sueños, reprimiendo la ira que tenian contra vosotros, no por otra causa sino porque esperan la mudanza de vuestro propósito, que de aquí á poco será, como esta noche pasada me lo reveló el grande dios Dionisio, y me mandó que os llamase. Veis aquí pues el altar aparejado y tambien los sacrificios: por tanto llegad y sacrificad á los que tanto os aman. A esto respondieron los sanctos: Falso es, ó juez, lo que dices; porque aquí no conoscemos mas que dos Dionisios, uno de piedra y otro de metal, y ninguno destos es inmortal; porque ninguno tiene vida ni sentido; y el uno se puede quebrar ó convertir en cal, y el otro fundirse para hacer dél vasos de servicio.

Viendo pues el tiranno que no servian sus artes pasadas sino para poner mácula en sus dioses, quitada la máscara de amigo descubrió la de enemigo. Y así mandó hacer una cama sembrada de muchas puas muy agudas, de un pié en alto, y hizo acostar de espaldas á Clemente sobre ellas, y mandó á los verdugos que con palos gruesos le estuviesen hiriendo reciamente en el vientre, y en los pechos, para que así se le hincasen mas las puas en las espaldas. Mas con todo este tormento el sancto varon, ni perdió la vida, ni la confianza en la promesa del Señor, que le prometió que con ningun tormento destos moriria. Mas al compañero Agatángelo mandó echar plomo derretido sobre su cabeza; lo cual él sufrió con admirable constancia. Por donde así el tiranno como los demas que con él estaban, espantados de ver vivo á Clemente, estando su cuerpo por ambas partes despedazado, y tan desfigurado que no parescia ser hombre, sino porque hablaba, apénas podian creer lo que veian. Pero el mártir mirando al tiranno le dijo: Agora conoscerás que no solo nuestro cuerpo pelea contra vosotros, sino tambien nuestro Dios; pues por singular providencia suya no consiente que el ánima se parta de nuestros cuerpos.

Desesperado pues ya este tiranno, hizo saber todo lo

que habia pasado á su emperador; el cual mandó que los sanctos fuesen encerrados en la cárcel, y que no se les diese de comer, para que así muriesen de hambre.

Pero con todo esto los malvados, teniendo tan larga experiencia de la fortaleza de los sanctos, no perdian la esperanza de vencerlos. Porque estando presente con el Emperador Afrodisio, natural de Persia, cuando se le daban estas nuevas (el cual habia martirizado muchos cristianos), parecióle que alcanzaria grande gracia con el Emperador si acabase lo que ninguno de los otros jueces habia acabado. Y para esto convidó á los sanctos á una magnífica cena, para aliviar con esto los trabajos pasados, y atraerlos á sí blandamente con este regalo. Mas ellos, como muy devotos de la virtud de la abstinencia, dijeron que se mantenian con pan del cielo, del cual quien comiere no padecerá mas hambre, sino vivirá eternalmente, porque allí se nos está aparejada una buena cena. Enojado el tiranno con esta respuesta: Vuestra cena (dijo él) será muerte con dolor, á la cual yo os convidaré mañana.

Mandó luego otro dia traer dos piedras de atahona, y atallas á los cuellos de los sanctos, y traerlos arrastrando por medio de la ciudad, dándoles otros de pedradas, y diciendo los pregoneros con voz alta: Obedeced á los dioses y á los emperadores, y quien esto no hiciere así será castigado. Esto hacia el tiranno por quebrantar los espíritus de los sanctos, y levantar la ciudad contra ellos. Mas salióle en blanco su esperanza; ca viendo los gentiles el alegría del rostro dellos, y la fortaleza de sus cuerpos, que con tantos dolores todavía estaban vivos, teníanlos por hombres impasibles é inmortales, y así dejada la idolatría, glorificaban al Dios que tal fortaleza y ánimo les habia dado. Y viéndose el juez ya del todo desesperado, escribió al Emperador lo que pasaba; el cual perdida tambien la esperanza, condenólos á cárcel perpetua, para que así enflaquecidos acabasen la vida.

Estando pues mucho tiempo en la cárcel, muchos otros fieles padecieron martirio ántes dellos. Mas las guardas de la cárcel, cansados de aquella guardia tan prolija, fuéron á otro nuevo emperador, por nombre Maximino (que entónces comenzaba á imperar), á preguntarle qué mandaba hacer de aquellos cristianos presos que parecian inmortales. El tiranno blasfemando primero de sus dioses, porque no habian podido quitar la vida á aquellos sus enemigos, y preguntando de dónde eran naturales, y sabiendo que eran de Ancira, enviólos á Lucio, que era presidente en aquella tierra. Y con esto Dios nuestro Señor rodeó las cosas de tal manera, que despues de tantos caminos viniese á cumplirse la peticion de Clemente, que era acabar la vida en su patria. Llegados á ella, el juez sin hablarles palabra los encerró en la cárcel, atándolos de tal manera, que estaban como envarados, sin poderse mover, ni extender las piernas. Y el dia siguiente, llamando á Agatángelo, le dijo: Yo sé que tú, no por ignorancia, sino por la facilidad y simplicidad de condicion te dejaste engañar deste Clemente; pues de esa misma facilidad debes agora aprovecharte para hacer nuestra voluntad, y corresponder á la significacion de tu nombre, dándonos buenas nuevas con la mudanza de tu conversion. A esto respondió Agatángelo: Esta constancia que ves en mí, no nasce de esa facilidad ó simplicidad que dices; porque si yo esa tuviera, ¿cómo pudiera resistir á tantos jueces, y al mismo Emperador, y á tantas invenciones de tormentos con que nos pretendíades vencer, y á tantos artificios de promesas y palabras con que nos queríades engañar? Así que no debes llamar esto facilidad, sino verdadera sabiduría; la cual tiene mas cuenta con los bienes eternos, que nunca se mudan, que con estos temporales que cada dia van y vienen; y esta nos hace despreciar vuestros falsos dioses, y adorar al verdadero Dios, y por esta causa tenemos la muerte por un sueño que pasa. Así que, no es solo Clemente el que me ha convertido, sino mucho mas Cristo, que por medio dél me llamó. Ni él me engañó, sino ántes me libró del engaño en que vivia. Y así ruego á Dios que desengañe á vosotros, para que desta manera os sea yo alegre mensajero de la verdad.

Visto el juez cuán mal le habia succedido este primer encuentro, mandó hincar al sancto unas puas muy encendidas por las orejas, y aplicarle unas hachas ardiendo por los lados. Lo cual todo sufria el mártir fuertemente haciendo oracion y diciendo: Señor mio Jesucristo, no permitas que yo sea privado del fructo de aquellos bienes inmortales, sino dame fortaleza y paciencia, para que acabada esta jornada de mi confesion me juntes con tu siervo Clemente, y con todos aquellos que por tu glorioso nombre pelearon. Oyó el Señor dende lo alto esta peticion. Por lo cual viendo el juez que era por demas todo cuanto hacia, apartando al mártir á un lugar por nombre Criptos, le mandó cortar la cabeza á los cinco dias de noviembre, habiendo primero batallado con dos emperadores, Diocleciano y Maximiano, y con los magistrados Agripino, Curicio, Domicio, y con el sacerdote de los ídolos, y con Máximo, Afrodisio y Lucio.

Mas aquella piadosa y sancta madre Sofía, que entrañablemente le amaba, despues que vió el fin glorioso de su martirio, y se vió libre de los cuidados y temores que por él padecia, abrazó su cuerpo con grande alegría, y le sepultó á la entrada de una iglesia que allí habia. Pero el sancto Clemente, sabido el fin glorioso de su fiel discípulo y compañero, no cabia en sí de placer, glorificando á Dios por este beneficio.

Mas el cruel tiranno, no contento con tener de aquella manera preso y apiolado al sancto, mandó que cada dia le diesen ciento y cincuenta heridas en el rostro y en la cabeza. Y padeciendo él esto cada dia, todo su cuerpo y el suelo estaba bañado de sangre. Mas de noche acudieron los ángeles con una grande luz y claridad, y curaron sus llagas. En esta sazon, la piadosa y sancta madre Sofía, que de todo corazon amaba aquel sancto que ella habia prohijado, encendida con un grande celo del amor de Cristo, juntando consigo todos sus familiares, y los mozos que ella habia criado, entrando en la cárcel desató al mártir y le sacó della. Y luego le vistió de una ropa blanca, y ella tambien en señal de alegría se vistió otra del mismo color, poniéndole en la mano el sancto Evangelio, y con muchas velas encendidas y perfumes olorosos, entró con él en la iglesia, proveyendo quien le llevase de un brazo para poder andar. Y sintiendo Clemente en este camino que el Señor le queria llamar, levantando una mano á lo alto (porque en la otra tenia el Evangelio), hizo primero oracion por su madre Sofía, y luego por sus clérigos y pueblo, y por todos aquellos que despues de su acabamiento pidiesen á nuestro Señor mercedes por él. Y desta manera entró en la iglesia, cerrando todos con mucha diligencia las puertas, por temor de los adversarios. Amanescido pues el dia glorioso

de la Epifanía, celebró el sancto obispo los sagrados misterios, y dió el divino Sacramento á los que estaban aparejados, y los recreó con las palabras de su doctrina. Y como ellos estuviesen temerosos de la violencia de sus contrarios, los esforzó diciendo, que ninguno dellos pereceria, mas dos de vosotros juntamente conmigo partirémos desta vida, y luego cesará esta rabia y furor de los gentiles, y succederá una nueva paz en el imperio de los romanos, y todas las ciudades y tierras se hinchirán del conoscimiento de Cristo, y se abrirán las iglesias, y cerrarán los templos de los ídolos, y huirán los que los adoran, y perescerán los temores que vosotros agora padesceis; y esto se cumplirá muy presto, y algunos de vosotros lo veréis.

Diciendo esto el mártir, la sancta Sofía, amadora de los mártires, estaba tan llena de alegría por amor de su hijo Clemente, que llevó á su casa todas las viudas y huérfanos, á los cuales por espacio de doce dias les daba de comer abundantemente, y á todos los demas que sobrevenian, y todos ellos festejaban estos dias honrando la venida de su pastor.

En esto se llegaba el dia del domingo, en que el Señor queria llevar para sí su siervo. Fué él este dia á la iglesia, y celebrada su misa, y dada la sagrada comunion á los fieles, entró uno de los magistrados, acompañado de soldados, con grande ímpetu y furor en la iglesia, y mandó á uno de sus soldados, que cortase la cabeza á Clemente. Y así estando él sacrificando, fué ofrescido él mismo á Dios en sacrificio. Mas los que presentes estaban, se fuéron de ahí con muchas lágrimas, y solos dos ministros que asistian al sacrificio, de los cuales el uno se llamaba Cristóbal, y el otro Chariton, como el sancto habia primero dicho, par de aquella sagrada mesa fuéron con él sacrificados.

Mas su fiel madre Sofía encerrando aquel sancto cuerpo en un lugar de su casa muy seguro, perdidos ya los cuidados y temores con que vivia, encendiendo muchos cirios, envolvió el sagrado cuerpo en un lienzo muy limpio y lo sepultó en la iglesia, donde fuera sepultado su compañero Agatángelo, para que tuviesen los cuerpos un mismo sepulcro, cuyas ánimas ya moraban en el cielo; y junto á Clemente sepultó los dos diáconos, que con él habian padescido. Y asentada par del sepulcro de los sanctos, decia con entrañable aficion estas palabras: Yo, hijos mios, os sepulté en este lugar secreto, mas Cristo os publicará y dará descanso, por cuyo amor tantos trabajos padecistes. Ya á mí la vejez me llama á vuestra compañía, la cual se ha dilatado hasta agora, para recebir vuestros cuerpos y sepultarlos. Y con muchas lágrimas decia: Rogad al Señor por mí, que fuí vuestra madre y vuestra ama, para que así como aquí estuve con vosotros, así allá esté en vuestra compañía cerca de vosotros.

§. VI.

Fin de la historia.

¡Oh quién supiese agora filosofar sobre la historia destos dos tan gloriosos mártires, qué de flores tan olorosas podria coger deste tan fresco jardin, y qué motivos de amor y confianza en aquella infinita bondad, que así quiso esforzar y glorificar sus siervos! Porque primeramente, aquí verá la grandeza de esa misma bondad y providencia del fidelísimo Señor para con sus fieles siervos, considerando cuán presto les acudia en medio de sus batallas, y con cuántos favores y regalos, con cuántas maravillas por ministerio de ángeles los curaba, y mantenia, y proveia de nuevas fuerzas para entrar de refresco en la pelea. Donde notarémos, como arriba se dijo, una gloriosa competencia entre el Señor y sus fieles siervos: ellos á padescer por él, y él á obrar maravillas por ellos, y cumplir todas sus peticiones, confundiendo con esto sus adversarios, y glorificando sus sanctos. Y con ser este Señor el que obraba y vencia en ellos y por ellos, queria que todo el mérito desta obra fuese á cuenta dellos. Dejábalos un poco padecer, y luego les acudia con su socorro, lo uno para su merescimiento, y lo otro para su esfuerzo.

Aquí tambien verá la hermosura y órden de la divina Providencia; la cual usa de la malicia de los malos para adelantamiento de su gloria, no solo por la que él recibia con la constancia de sus mártires, sino por los muchos que se convertian á la fe en la prosecucion destos martirios; de modo que por el medio que los tirannos pretendian diminuir el número de los fieles, por ese los acrescentaban, como aquí se ha visto.

Por aquí verá la eficacia de la sangre y redempcion de Cristo, por cuyos merescimientos se dió á los mártires esta sobrenatural y espantosa fortaleza y constancia. Por aquí verá un linaje de desafío entre la omnipotencia de la gracia, si así se puede decir, y toda la potencia del mundo; la cual aquí llegó á lo último de lo que podia, juntando en uno todas sus fuerzas, y todas las maneras y máquinas de tormentos, que hombres y demonios pudieron inventar. Y esto no en un dia, ni un año, sino en veinte y ocho años, revezándose unos jueces despues de otros, y pretendiendo sobrepujar los unos á los otros, con mayor artificio y crueldad. Y con todo eso quedó el campo por la gracia, y toda la potencia del mundo vencida, afrentada, avergonzada y corrida.

Por aquí verán cuán engañados viven los que se eximen de guardar la ley de Dios, diciendo que es dificultosa y pesada, no mirando las fuerzas y virtud de la gracia que en estos mártires resplandesce, la cual está Dios aparejado para dar á quien hiciere lo que es en sí, sin faltar á nadie. Por aquí tambien verá cuán mal pleito tendrán los tales en el dia del juicio, cuando allí muestre Dios el ejército innumerable de los mártires, con las insignias gloriosas de sus martirios, y diga á los malos: Todos estos que veis aquí compraron el reino del cielo con todas estas maneras de tormentos, y vosotros no lo quisistes comprar con la guarda de solos diez mandamientos. Por aquí tambien se confirmarán mas los fieles en la fe; porque (dejados aparte los otros mártires) ¿qué hombre habrá tan insensible que no vea que tal fortaleza como la deste glorioso Clemente y de su compañero no era posible hallarse en cuerpo y corazon humano, si no fuera potentísimamente socorrido, y ayudado con la virtud y fortaleza del brazo de Dios? Y pues este Señor era el que ayudaba los mártires á la confesion de la fe, síguese que ella sea verdadera, porque no puede Dios dar favor y ayuda á cosa falsa, ni ser testigo y fautor de mentira. Sobre todo esto aquí verá la gran fuerza de la caridad y amor de Cristo, considerando con qué palabras y ruegos pedia la madre deste sancto á su único y muy amado hijo, que muriese por Cristo, y la fiesta que hizo la segunda madre Sofía, cuando vió este hijo que ella tanto amaba, muerto y despezado en sus brazos; pues convidaba á todos los fieles á comer en su casa para ce-

lebrar esta fiesta; y cuán léjos estaba de ponerse luto por la muerte deste hijo, pues ese dia contra el estilo y autoridad de su persona y edad, se vistió de ropas blancas en señal de alegría. ¿Dónde están aquí las leyes de naturaleza? ¿Dónde la vehemencia del amor de madre para con un tal hijo? Donde tambien verá cuán grande sea el merecimiento de padescer trabajos por la obediencia y gloria de Cristo, pues á este posponian las sanctas madres, la vida y amor de sus hijos. Estos y otros semejantes fructos podrá coger el prudente lector, leyendo esta historia, con la cual tambien se avergonzará de regalar su carne, y se consolará en sus trabajos, y esforzará á padescer alguna cosa por amor de aquel Señor, por quien los mártires tanto padescieron; y finalmente verá cuán grande mal sea un pecado mortal, pues por no caer en él, aunque fuese por un pequeño espacio, tales tormentos padescieron los mártires, aunque sabian que caidos en él por temor de los tormentos, tan fácilmente alcanzaran el perdon como lo alcanzó el príncipe de los Apóstoles (*l*), cuando por temor humano negó á Cristo, etc.

CAPITULO XXIII.

De otra persecucion que padesció la Iglesia en tiempo del emperador Antonino Vero.

Despues desta tan grande persecucion de Diocleciano, añadiré aquí un pedazo de otra que fué en tiempo de Antonino Vero, referida por una devotísima carta de los fieles de Leon de Francia y Viana (que contiene cosas admirables), la cual enjirió Eusebio Cesariense en el quinto libro de la Historia Eclesiástica, por estas palabras:

Nobilísimas ciudades de Francia son Leon y Viana, por donde pasa el muy caudaloso rio Ródano, en las cuales en tiempo del imperio de Antonino Vero acaescieron muchas cosas memorables, así por la crueldad de los perseguidores, como por el fuerte sufrimiento de los nuestros. Pero será deleitable cosa oirlas recontadas por la carta que los moradores de las mismas ciudades escribieron á las iglesias de Asia y de Frigia, del tenor siguiente:

§. I.

Principio de la persecucion, y del prolongado martirio de los bienaventurados Sancto y Blandina.

Los siervos de Cristo moradores de Leon y Viana, ciudades de Francia, á todos los hermanos que en Asia y Frigia tienen la misma fe y esperanza de gloria, por la redempcion de Cristo. Paz sea con vosotros, gracia y gloria de Dios Padre, y de Jesucristo su hijo. La grandeza de nuestra tribulacion, y la crueldad de los gentiles, que en los sanctos mártires ejecutan, ni nosotros en presencia podemos comprehender, ni ménos referir á otros por cartas. Con todas sus fuerzas nos acometió el enemigo, esperando que por la terribilidad del combate descubriria portillo por donde se entrase la ciudad de nuestra fe. Y para esto enseñaba á sus ministros á cumplir en los siervos de Dios todas las artes de crueldad y malicia. Primero vedándonos la morada de nuestras proprias casas, despues el uso de los baños comunes, de ahí adelante mandando que no parezcamos en público. Finalmente que ni en público, ni en secreto, ni por los campos estémos en compañía de hombres. Mas la gracia de Dios no nos aparta de sí: ántes á los mas flacos de nosotros libra de su poder, y pone por escudó varones mas firmes que colunas, que por su paciencia pueden no solamente sufrir los golpes del enemigo, mas de su gana salirle al encuentro, y alegremente ofrecerse á los tormentos é injurias, y avergonzar á los verdugos cansados, paresciéndoles que por su flojedad se detienen, segun la priesa llevan al reino de Cristo, pregonando con sus obras y con la virtud del sufrimiento lo que el Apóstol escribe (*a*): que no son merecedoras las pasiones deste siglo de la gloria venidera, que se revelará en nosotros. ¡Oh cuán animosamente sufren el *mueran, mueran* del pueblo, y sus baldones y denuestos tienen por esclarecidos loores! ¡Oh cuán de buena gana esperan á ser encarcelados, y azotados, y apedreados, y todos cuantos tormentos inventa la furia del pueblo! Finalmente un dia con gran alboroto, estando presente el capitan y todos los principales de la ciudad, fuéron presos muchos hermanos, y llevados á la presencia del juez, que á la sazon venía de fuera; con los cuales usó de tanta inhumanidad, que nadie podrá decir las formas de penas que su ferocidad descubrió. Uno dellos era Vecio Pagato, el cual con Dios y con los hombres guardaba perfecta y verdadera caridad; cuya vida, aun en su juventud, era de todós tan aprobada, y en tanto tenida, que á muchos gravísimos viejos era antepuesto; porque conversaba sin queja ni agravio de alguno en todos los mandamientos y justicias del Señor, y siempre se hallaba presto y alegre para el servicio de los siervos de Dios. Este, lleno de sancto celo y fervor de espíritu, viendo que tan duros tormentos se daban á los sanctos, y que contra derecho y razon tantas penas se intentaban contra las entrañas de hombres, y tales hombres, no pudiendo sufrir tanta injusticia, demandó audiencia para alegar por los excelentes ciudadanos, y responder por aquellos contra quien ningun crímen se podia probar; porque con ser el mas noble, era tambien el mas enseñado de toda su gente. Pero la porfiada dureza del juez no dió lugar á que hablase lo que queria; mas solamente le preguntó si él tambien era cristiano. A quien respondió con libre y alta voz, que cristiano era. Dijo entónces el juez: Sea puesto en compañía de los presos, pues se hace su abogado. Antes deste, el sancto presbítero Zacarías, por la perfeccion de su caridad, siguiendo las pisadas de quien por sus ovejas puso su ánima, por defension de la libertad de los fieles padesció martirio; y así el uno como el otro siguieron al Cordero, do quiera que va en el reino celestial. Pues con tales capitanes, esforzándose todo el ejército de los fieles, alegremente pierden sus vidas ántes que menoscaben su fe. Verdad es que algunos flacos para sufrir el peso de los tormentos, que eran diez en número, nos dejaron por su caída grande lloro y tristeza, y quebrantaron los corazones de muchos, á quien la virtud de los primeros habia animado. Por donde comenzamos á temer, no los dolores, mas el incierto fin de cada uno, y mucho mas gravemente nos afligian las caídas de los nuestros que las mismas heridas. Pero cada dia se prendian otros con que se recompensaba la falta de los vencidos: tanto que en ambas ciudades todos los mas señalados, y estimados en virtud (por cuya industria se regian las iglesias) están en la cárcel; entre los cuales acaeció, que prendieron algunos paganos siervos de los nuestros (porque comunmente estaba mandado que to-

(*l*) Matth. 26.

(*a*) Rom. 8.

dos se pesquisasen y prendiesen), los cuales, temiendo los tormentos que veian dar á sus señores, y justiciados por los verdugos (á quien por consejo del diablo habia sido mandado que los amonestasen), testificaron falsamente contra los nuestros delictos abominables: Que matábamos niños y los comiamos, y que cometiamos torpedades que no es lícito decir ni pensar, cuales no es creible que hombres en ningun tiempo hicieron. Lo cual, como se publicase de nosotros á la gente, todos nos aborrecian y maldecian, aun aquellos que ántes deseaban mas templanza en nuestro tratamiento. Y todos á una voz comenzaron á bramar y encruelecerse contra los cristianos. Entónces entendímos que se cumplia lo que el Señor tenia dicho (*b*): Vendrán dias, cuando cualquiera que os matare, pensará que hace servicio á Dios. De ahí adelante sobrepuja toda arte de decir la terribilidad de los tormentos que á los sanctos mártires se daban: porfiando Satanas por la grandeza de la aflicion acabar con alguno dellos, que confesase los delictos de que éramos infamados. Para lo cual se juntaron con igual furia el pueblo, y juez, y sus oficiales, y la gente de guerra, apretando señaladamente al sancto Diácono Vienense, y á Maturo recien baptizado (pero muy confirmado en la fe), y á Atalo, ciudadano de Pérgamo, que fué coluna y sustentacion de nuestra Iglesia; y á Blandina, mujer en quien mostró Cristo que las cosas tenidas en poco y despreciadas de los hombres, son por él mucho estimadas, y que la caridad fortalesce por la gracia las cosas que de su natural son flacas. Porque temiendo todos nosotros que Blandina blandearia porque era esclava y de bajo estado, y recelándose su misma señora, que era del número de los mártires, que por ventura con vil corazon se dejaria vencer de los dolores, y que por la flaqueza del cuerpo apénas tendria fuerzas para sufrir los someros acometimientos, no fué así. Ca primero desmayaron y se enflaquecieron las fuerzas de los sayones, que por mandamiento del juez unos despues de otros se renovaban, tanto que dende el alba hasta la tarde todo el dia gastaron en sus tormentos; y finalmente se rindieron, cuando á ella no quedaban carnes que pudiesen recebir mas heridas. Pero aquella dichosa mujer (segun despues ella mesma nos descubrió), cuantas veces pronunciaba palabras de confesion, diciendo: *Cristiana soy,* tantas veces volvian á su cuerpo las fuerzas perdidas, y cesando por la confesion los dolores, tornaba de refresco á la lucha. Por lo cual conosciendo la virtud de aquellas palabras: *Cristiana soy,* mas á menudo y con mayor alegría las pronunciaba, diciendo: *Cristiana soy,* y ningun mal hacemos de los que nos acusais. Asimesmo el diácono llamado Sancto sufrió nuevos linajes de penas, mayores que decir se pueden, y que es posible sufrir á la humana naturaleza. Pero el varon, lleno de Dios, tan grande escarnio hizo de sus fieros y rabiosos mordiscos, que nunca, siendo preguntado, les quiso declarar de qué ciudad era, ni de qué provincia, ni de su linaje, ni siquiera su nombre; mas siendo preguntado de todas estas cosas, á cada una respondia: *Cristiano soy,* este es mi nombre, este es mi linaje, esta es mi naturaleza, y no soy otra cosa sino *cristiano.* De donde á los verdugos su mesmo coraje era tormento, viendo que con tantas heridas no le podian sacar que manifestase su apellido, dado que le ponian planchas de hierro y de cobre ardiendo sobre las ingles y en otras partes delicadas del cuerpo, y de nuevo las encendian, y así sus carnes con el fuego se derretian, pero su corazon perseveraba entero, y constante, y sin temor, templando las ardientes llamas del fuego con el agua de la celestial y eterna fuente de vida que salió del costado de Jesú. Ya todos los miembros del cuerpo tenia llagados, mas ántes en todo su cuerpo tenia una llaga, y la figura de hombre tenia perdida, tanto que no solo no se podia conocer quién era, mas ni qué era: solamente se conocia en él Jesucristo por su gloriosa confesion, y por la paciencia con que vencia el poder de los enemigos. Esforzaba sus compañeros al sufrimiento con el ejemplo de su pasion, mostrando á todos en su mesma persona, que ninguna cosa hay terrible á quien Dios ama, y ninguna pena se siente, que se sufre por el deseo del paraíso. Pero los oficiales de la maldad no reverenciaban la virtud del sancto mártir, mas despues de pocos dias, pensando que si (estando las llagas hinchadas y tan lastimeras, que de solo tocarlas recebiria molestia) le renovasen los tormentos, y le rompiesen las carnes podridas, consentiria en su infidelidad, ó espirando en el tormento pondria espanto de su fiereza, y miedo á todos los otros, volvieron á atormentarlo. Pero todo salió al reves de lo que los malos pensaron; porque por los segundos tormentos volvió su cuerpo á su primera sanidad y hermosura, y las fuerzas de los miembros que la primera crueldad habia quitado, restituyó la segunda: así que, los tormentos repetidos no le fuéron dolorosos, ántes medicinales. Despues desto sacaron á Blandina (de quien arriba contamos) otra vez al tormento; la cual como estuviese medio muerta, como dicen, y el pié en la sepultura, en tocándole los primeros golpes, como si la recordaran de profundo sueño, puso su corazon en la bienaventuranza venidera; y como senador que dende lugar alto y público hace razonamientos al pueblo, con tanta autoridad y seguridad comenzó á decir: Muy errados estais, ó varones, que pensais que comen carnes humanas los que por su templanza dejan de comer carne de animales comederos. Y perseverando por algun rato en su firmeza, otra vez la volvieron á la compañía de los otros presos.

§. II.

Del martirio de Sant Fotino, obispo, y algunos otros; castigo de los renegados, y fortaleza de Sancta Blandina.

Despues que vació el aljaba de todas sus saetas el enemigo, faltando ya linajes de penas que sobrepujasen la constancia de los mártires, halló el demonio nuevos ardides para combatir su fortaleza. Dejólos consumir en la estrechura y en la humedad de la cárcel con pesadumbre increible y apretamiento de prisiones, metidos en sótanos hondos y escuros, para que allí espirasen por el dolor de las llagas recebidas. Y así fué que muy muchos en esta afliccion dieron el alma á Dios, aceptando el Señor su fin glorioso. Pero en tanta fatiga no os faltó el socorro de la gracia soberana; porque algunos otros, dado que no ménos crueles tormentos habian recebido, de que poco ni mucho se habian curado, en lugar tan contrario á su salud, por la virtud divina convalescieron, y cobraron súbita alegría de corazon, y fuerzas corporales, no en balde, mas para amonestar á los otros la virtud de la perseverancia. Mayores dolores sentian por los que del dia ántes habian sido atormentados; porque aun no se habia mitigado el escocimiento de las llagas. Estos morian con la fatiga del hedor de la cárcel, y con la

(*b*) Joan. 16.

estrechura y escuridad en que estaban, uno de los cuales fué el bienaventurado Fotino, obispo de Leon, cuya pasion gloriosa no es justo callar. Porque siendo de edad de noventa años, y sin fuerzas corporales, como hombre de tanta vejez, y cuasi todo al mundo muerto, y solamente vivo para el amor del martirio, fué llevado á la audiencia del juez, no guiándole otros, mas llevándole en hombros, porque estaba debilitado por los muchos años y largas enfermedades. Cuya ánima se habia detenido para que Cristo triunfase mas gloriosamente en tan miserable cuerpo. Y puesto el viejo en presencia del pueblo, todos á una voz dijeron: Este es el mesmo Cristo. Y preguntándole el juez: ¿Quién es el Dios de los cristianos? Respondió: Saberlo has, si fueres digno. Luego se encendió la furia rabiosa de todos, y los que cerca estaban, comenzaron á herirle con puñadas, bofetadas y coces, sin acatamiento de su ancianía y autoridad. Y los que estaban apartados, arrojábanle cualquiera cosa que á mano hallaban, con que le pudiesen herir; tanto que se tenia por culpado el que de alguna manera no lastimase al viejo, creyendo que desta manera vengaban á sus dioses. Pero como despues de muchos escarnios y golpes le metiesen medio muerto en la cárcel, poco despues envió á Dios su glorioso espíritu.

En la mesma aflicion hizo con nosotros la benigna mano del Señor grande misericordia sin nosotros esperarla, mas concedida por la liberalidad divina, y ordenada por la sabiduría de Cristo, que quiso magnificar á sus fieles. Los perseguidores hicieron lo que no hay memoria que otros hiciesen en los tiempos pasados. Todos aquellos que primero siendo llamados, ó puestos á tormentos habian negado la fe, metieron juntamente en la cárcel. Y para que su castigo fuese sin consuelo, no ya acusados por cristianos, sino por matadores de hombres y malhechores. Por lo cual tenian los desventurados la pena doblada. Porque la esperanza del descanso, y la gloria de su confesion mitiguaba los dolores de los leales, y la caridad de Cristo, y la gracia del Espíritu Sancto recreaba su aflicion; pero á estos su propria consciencia fatigaba mas ásperamente que los grillos, y cadenas, y el hedor de la cárcel: tanto que en el gesto y en los ojos se diferenciaban de los fieles. Porque los sanctos salian á la audiencia ó al tormento regocijados, y en sus rostros parescia no sé qué de divinidad, y sus prisiones los hermoseaban como collares de perlas; y de la suciedad de la cárcel salian olorosísimos á Cristo, y á sus ángeles, y á sí mesmos, como si no hubieran estado en cárceles, sino en jardines. Los otros salian tristes, la cabeza baja, y en sus acatamientos espantables, y sobre toda fealdad disformes; y á los mesmos gentiles eran escarnio como fementidos y cobardes, que perdida la lealtad, no escapaban de ser castigados; porque privados del título de cristianos, pasaban por la pena de adúlteros y homicidas. Lo cual viendo los otros mucho mas se animaban, tanto que en siendo presentados, sin detenimiento ni alteracion afirmaban que eran cristianos. Despues de algunos dias Jesucristo los envió pocos á pocos á su padre coronados con guirnaldas de diversas flores, por las diversas penas de sus martirios; para que de mano del soberano Emperador, como caballeros vencedores recibiesen las insignias y galardon de su triunfo. Porque Maturo, y Sancto, y Atalo, y Blandina en un dia de fiesta que los gentiles celebraban ayuntados millares de gente, fuéron puestos en medio del campo, donde apartando á Maturo, y á Sancto, como de nuevo porfiaban por todas vias los verdugos, instigados por las locas voces del pueblo, de quebrantar su paciencia, y quitarles las coronas de la cabeza. Pero sus corazones tanto mas se esforzaban, cuanto mas cercana sentian la palma del vencimiento: la cual les parescia que ya tocaban con la mano, y la llevaban levantada entre los ángeles y ánimas bienaventuradas. Acabadas las diferencias de tormentos, y llegado cuasi el fin de las fiestas, perseverando inmovibles, fuéron sentados en sillas de hierro ardiendo, donde derretidas sus carnes, primero azotadas, y finalmente cortadas las cabezas, enviaron sus esforzados espíritus á Dios.

Despues desto ataron á Blandina á un tronco, extendida á manera de cruz, y así la dejaron para que fuese comida de bestias. La cual puesta en el madero, con sereno y alegre rostro hacia oracion al Señor, suplicándole á ella le diese firmeza, y á los otros sus compañeros perseverancia. A la cual oracion no poco ayudaba con el ejemplo de su gran fortaleza, cobrando confianza con lo que está escripto, que los seguidores de las pasiones de Cristo (*c*) serán en su compañía juntamente coronados. Y como ninguna fiera osase tocar en su cuerpo, pusiéronla otra vez en la cárcel, guardada para mayores luchas, y para acabar de desmenuzar la cabeza de la serpiente, y para que entre tanto esforzase los corazones de los hermanos, viendo que mujer flaca de su linaje y fuerzas, tantos linajes de tormentos sufria, y de todos salia vencedora. Atalo fué luego pedido por la grita del pueblo; el cual era noble, pero su mayor dignidad era su perfecta vida y constancia en la fe de Jesucristo. Y como le sacasen al corro de toda la gente, con un rótulo que decia: *Atalo, cristiano*, comenzó á bramar contra él el furioso pueblo. Pero siendo el Presidente informado que era ciudadano romano, remitióle á César, mandando que entre tanto estuviese preso á buen recaudo, hasta que llegase la determinacion del Emperador, para lo que se habia de hacer dél y de los otros.

§. III.

Prosigue la historia de la misma carta.

Entre tanto los sanctos mártires detenidos en la cárcel, no consentian pasar el tiempo en balde; mas con alegría de corazon, y con grandeza de fe animaban á los que mas flacos parescian; y ántes que ellos saliesen al tablado, enviaban por sus amonestaciones muchas ánimas á la gloria. De donde nascia incomparable gozo á la sancta madre Iglesia, viendo sus hijos (que al parescer estaban cuasi muertos) ser por el esfuerzo destos restituidos á la vida; y que otros, que negando habian sido abortados de su vientre, otra vez renascian, y respiraba en su pecho la fe viva del Salvador, y la esperanza de lo que está escripto (*d*): que no quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta, y viva. Dende á algunos dias llegó el mandamiento del César, que los pertinaces fuesen castigados, y los que negasen fuesen sueltos. Luego en un dia señalado, que en nuestra ciudad se hace mercado muy caudaloso, ante gran ayuntamiento de gente mandó el juez aparejar sus estrados, y traer delante de sí los presos, no solo para ejercitar en ellos su crueldad, mas para hacer dellos pomposo fausto, y ganar injusta y vana gloria de los circunstantes. Otra vez vuelven las cruces, otra vez los azotes, otra

(*c*) 2. Cor. 1. (*d*) Ezech. 18. et [illegible]

vez los tormentos, y difinitivamente mandó que los que fuesen hallados ciudadanos romanos fuesen degollados, los otros echados á las fieras. Mas los unos y los otros con igual generosidad y alegría cantaban loores al Señor por el fin de sus trabajos. Y muchos de los que ántes habian negado, y no por eso se libraron (segun arriba dijimos), dado que entónces los mandaron soltar, holgaron ántes de ser atados con los corderos, y llevados al sacrificio; y apartados de la manada de la perdicion, se juntaron al rebaño de Cristo. Y conosciendo el juez de la causa destos, acaesció que Alejandro, de nacion frigio, médico, varon religioso y prudente, amado y agradable á todos por la bondad de sus costumbres y cordura, estando en presencia del juez, encendido en amor de Dios y celo de la salvacion de sus hermanos, los esforzaba y amonestaba, cuando los ponian á tormento, con señas y meneos; pero tan osada y tan claramente, que los ciegos veian lo que les avisaba. Y como el pueblo lo viese, ensañóse sobremanera, mayormente viendo que los que ántes habian negado, daban la vuelta. Y dieron voces y quejas contra Alejandro, diciendo que por su consejo se convertian. Al cual mandó el juez llegar á sí; y preguntándole quién era, con libre voz confesó su cristiandad. Por lo cual sin dilacion le condenó á que le echasen á las fieras. Y en el dia siguiente le hizo sacar con Atalo, á quien por agradar al pueblo contra el mandamiento del César hizo echar á las bestias. Pero ninguna de las fieras llegó á hacer mal á alguno de los sanctos. Por lo cual los hizo azotar y dar otros tormentos en medio de todos, y despues delante de todo el pueblo degollar. Calló Alejandro en todas las penas, que ninguna palabra dijo; mas dende el principio hasta el fin siempre lo hubo entre sí y Dios, y en sus loores se ocupaba, y en continua oracion.

Pero Atalo, estando en el tormento sobre un asiento de hierro ardiendo, y tostándose sus carnes, y pasando el olor dellas por las narices de los circunstantes, dijo: Esto me paresce que es comer carne de hombres. Pues ¿por qué con tanta ansia pesquisais quién hace secretamente lo que vosotros cometeis en público? Como quiera que nosotros ni comemos carnes humanas, ni hacemos algun mal de los que nos acusais. Y siendo preguntado: ¿Qué nombre tiene tu Dios? Respondió: Los que son muchos tienen necesidad de nombres para ser conoscidos; pero quien es uno, no tiene necesidad de nombre determinado.

Despues destos en el postrero dia de las fiestas sacaron á Blandina con Póntico, muchacho, su hijo, cuasi de quince años: los cuales por mandamiento del juez habian estado presentes á los tormentos de los pasados, para que vistos aquellos se atemorizasen; y puestos en medio mandáronles que jurasen por los dioses. A lo cual ellos respondieron: Ningunos dioses hay por quien podamos jurar; y con otras muchas palabras injuriaron á los dioses de los gentiles. Por lo cual cresció la furia del pueblo contra ellos, y sin compasion de la ternura del niño, ni respecto de la honestidad de la mujer, los pasaron por todos los tormentos de uno en otro. Entónces Póntico, tomando siempre mayor esfuerzo por amonestacion de su madre, y perseverando constantemente en la fe del Salvador, dió al Señor su purísimo espíritu. Y la bienaventurada Blandina despues de todos, como noble madre de todos, se daba priesa por seguir los hijos que delante de sí habia enviado á la gloria del martirio, segura y alegre como si fuera al tálamo de su Esposo, ó á convite de bodas: tanto que siendo azotada, y quemándose en las parrillas, no disimulaba su alegría; ántes mostraba tanto su regocijo, como si estuviera á la mesa del Rey. Despues fué echada á las bestias, pero ninguna la tocó. De allí inventaron otro género de crueldad; porque encerrándola en una red, la pusieron delante de un toro feroz, para esto primero agarrochado: el cual aunque le dió muchos golpes, y la arrastró por el campo, ningun mal ni lision le hizo; mas permanesció como siempre con alegre rostro y corazon firme, y confiada en Cristo hablaba siempre con él en su corazon. Finalmente fué llevada al tablado para ser degollada con gran espanto de los malos, que decian que nunca hembra se vió que tal hubiese sufrido.

Con todo esto aun no se hartó la fiereza de los crueles; porque las costumbres bárbaras y feroces embriagadas con el veneno de la antigua serpiente, no se podian aplacar: ántes, del sufrimiento de los mártires tomaban materia de mas braveza, porque se avergonzaban mucho que hubiesen tenido los atormentados mayor virtud para sufrir, que fuerzas los atormentadores para atormentar. Y de aquí se inflamaba mas el juez juntamente con el pueblo, para que se cumpliese lo que está escripto (*e*): El malo persevere en su maldad, y el justo permanezca en su justicia. Pues con sobrado coraje mandaron (cosa nunca oida) que los cuerpos de los mártires fuesen dejados á los perros, puesta guarda de dia y de noche, para que ninguno movido á compasion cogiese sus huesos. De manera que si algun pedazo de carne habia escapado del fuego, ó de la boca de las fieras, junto con las cabezas cortadas, y cuerpos troncos, quedaban sin sepultura; y escudriñaban si habia mas que hacer á la inhumana crueldad contra aquellos que habian salido de los términos de la vida; y regocijábanse las gentes, magnificando sus ídolos, por cuya virtud decian que se habian vengado de sus enemigos. Y si alguno entre ellos habia manso y compasible, decia: ¿Dónde está su Dios? Qué les aprovechó esta nueva religion por la cual perdieron las vidas? Entre ellos pasaban estos escarnios, y entre nosotros habia gran llanto, principalmente porque no podiamos sepultar los cuerpos. Porque ni en la soledad de la noche teniamos facultad de arrebatarlos, ni éramos bastantes para sobornar á las guardas con ruego ó con dineros: tan cuidadosamente tenian proveido que no se diese sepultura á los huesos desnudos. Despues de algunos dias para nos quitar toda esperanza de haber sus reliquias, quemaron los huesos de los sanctos, y vueltos en ceniza los echaron en el rio Ródano; y desta manera les parecia que acababan de vencer á nuestro Dios, y quitaban á nosotros la esperanza de su resurreccion. Porque decian: Esperan estos que algun tiempo se han de levantar de los sepulcros; y por esto engañados con esta vana supersticion se ofrescen á los tormentos y á la muerte. Pues agora veamos si resuscitarán, y si los podrá valer su Dios, y librarlos de nuestras manos. Esto es lo que en aquel tiempo pasaba en Francia, relatado por la carta de la Iglesia de Leon: donde podemos conjecturar lo que se hacia en las otras provincias.

§. IV.

Prosigue la mesma carta, contando la mansedumbre y humildad, y otras virtudes de los sobredichos mártires.

Pero no me paresció justo dejar lo que en la sobredi-

(*e*) Apoc. 22.

cha carta se escribe, allende de los tormentos y muertes de los sanctos. Puestos en tanta gloria, habiendo tantas veces dado testimonio de su fe, domadas las fieras, apagados los fuegos, resfriadas las láminas de fuego ardiendo, no se olvidaban del ejemplo de Cristo, que siendo por naturaleza igual al Padre, y de la mesma majestad y gloria, se humilló tomando forma de siervo. Por cuya imitacion ellos se humillaban tanto, que ni ellos se llamaban mártires, ni consentian ser así llamados. Y si alguno por carta ó de palabra así los llamaba, reprehendíanle, diciendo que tal título á solo Jesucristo pertenescia, que solo fué hallado fiel testigo de la verdad, y es primogénito de los muertos, y autor de la vida eterna. Y ya que á otros se pueda communicar este apellido, á aquellos conviene que por firme confesion merescieron partirse desta vida, y llegar á la gloria. Pero nosotros (decian ellos), viles y necesitados, deseamos que siquiera la confesion de la fe permanezca en nuestro corazon y lengua. Y así pedian á los otros hermanos, que rogasen á Dios por ellos, para que mereciesen alcanzar las insignias de perfectos mártires. Así que, tanta era su humildad, que siendo verdaderamente mártires, no presumian gozar de tal nombre. Pero con los gentiles de otra manera se habian: á los cuales mostraban la generosidad de su ánima, desdeñando sus tribunales, y escarneciendo de sus tormentos. Así que, eran entre los hermanos humildes, y con los perseguidores magnánimos: á los suyos mansos, y á los adversarios terribles; á Cristo subjectos, al diablo y á sus oficiales altivos; humillándose debajo de la poderosa mano de Dios, que agora los ensalza. Abonaban á todos, acusaban á ninguno, á todos excusaban, y á ninguno condenaban, y por sus perseguidores hacian oracion con las palabras de su alférez Sant Estéban (f): Señor, no les cuentes este pecado. Lo cual encendia mas el coraje del demonio, para hacerles mas cruda guerra; porque por la ardiente caridad que con Cristo tenian, alcanzaban dél virtud para sacar vivos de las entrañas de aquella fiera bestia los que ya tenia tragados. Y como madres con sus hijos enfermos, así ellos se habian con los tales, regalándolos, mostrándoles compasion, derramando por ellos arroyos de lágrimas al todopoderoso Señor, suplicándole los perdonase; y así se cumplia. Porque no se tenian por dichosos en ir solos á aquella dichosa jornada para la ciudad celestial, ni tenian por cumplida la corona de su martirio, considerando que quedaban captivos parte de sus miembros, que de los reales de la Iglesia habia arrebatado el enemigo.

CAPITULO XXIV.

Síguese otra persecucion que padescieron los fieles en Persia en tiempo del rey Sapor; en la cual padesció Simeon, obispo de Seleucia, y Ustazádes, varon excelente, y otros sanctos sacerdotes.

En tiempo del religioso emperador Constantino fué acusado falsamente ante Sapor, rey de los Persas, Simeon, obispo de Seleucia, diciendo que era amigo del Emperador romano, y que le descubria los secretos de su reino. Y dando él crédito á sus acusaciones, al principio puso pesadas cargas de pechos y tributos á todos los cristianos que hubiese en su reino, no obstante que era informado que muchos dellos habian dejado sus bienes y guardaban pobreza voluntaria, y ponian sobre ellos duros y crueles receptores, para que fatigados con su pobreza y con los agravios y tirannía de los alcabaleros dejasen la religion cristiana. Despues cresciendo su crueldad, pasó á cuchillo los sacerdotes y ministros del Señor, y derribó las iglesias, y aplicó al comun de los pueblos los vasos y joyas que tenian; lo cual ejecutaban los encantadores. Despues mandó parescer ante sí á Simeon, como traidor al reino y religion de los Persas, atado con fuertes cadenas; donde gloriosamente mostro su fortaleza y magnanimidad. Porque mandándole el Rey parescer ante sí, no para otro fin que para atormentarle, no solamente no temió venir á su presencia, mas veniendo no le hizo el acatamiento acostumbrado. Por lo cual el Rey con ira le preguntó, cómo no le habia hecho reverencia como otras veces solia; á lo cual respondió Simeon: Hasta agora no venía preso para negar, ó afirmar la fe de mi Dios, y como sobre esta razon no habia entónces debate, cumplia la ceremonia que al Rey se debe por las leyes del mundo; mas agora ya no es lícito, porque no parezca que te hago reverencia en ofensa del Rey del cielo. Dicho esto, mandóle el Rey adorar al sol, y prometióle si lo hacia grandes mercedes, y si no lo hacia la muerte suya y de todos los cristianos que habia en su reino. Y como no pudiese moverle con fieros, ni ablandarle con promesas, mas fuertemente perseverase en no querer adorar al sol, mandóle volver á la cárcel, creyendo que por la larga prision se doblegaria á consentir lo que le era mandado. Y llevándole á la cárcel, un viejo estaba sentado á la puerta de palacio, el cual en su niñez habia criado á Sapor, y era entónces mayordomo de su casa, llamado Ustazádes. Este viendo salir á Simeon por la puerta, hízole cortesía; pero Simeon reprehendióle agriamente á voces, y volviendo la cabeza con desden se partió dél. Esto hizo, porque siendo Ustazádes cristiano, poco ántes por la fuerza de los tormentos habia consentido en adorar el sol. El cual viendo al viejo, desnudóse la ropa rica que traia, y vistióse de jerga, y tornóse á asentar á la misma puerta de palacio, y llorando con sollozos, decia: ¡Ay de mí! ¿Cómo creeré que se habrá Dios conmigo, á quien he ofendido, cuando Simeon, mi amigo tan entrañable, así me menospreció, y me volvió el rostro? Y como esto oyese Sapor, llamóle y preguntóle la causa de su llanto, si por ventura habia acaescido algun desastre en su casa. Ustazádes respondiendo, dijo: ¡Oh Rey! ningun infortunio ha venido á mi casa; mas pluguiera á Dios que en lugar de lo que me ha acaescido, vinieran sobre mí todas las adversidades, y todas las afliciones de los hombres. Antes lloro porque vivo; que muchos dias ántes debiera morir. Veo al sol, al cual por obedescerte, adoré contra mi intencion. Por lo cual dos veces merezco la muerte: una porque te engañé, siendo mi rey, y otra porque fuí cobarde y desleal á mi Dios y Señor Jesucristo, que solo se ha de adorar con el alma y con el cuerpo. Y diciendo esto, juró por el Criador del cielo y de la tierra, que de ahí adelante no mudaria su sentencia. Sapor maravillándose de la constancia de aquel hombre, mucho mas se encruelesció contra los cristianos, creyendo que con hechicerías y encantamientos cobraban tanta fortaleza. Y perdonando por entónces al viejo, procuraba unas veces con halagos, otras con amenazas traerle á lo que queria. Y como nada aprovechase, prometiendo Ustazádes que nunca seria tan loco que dejado el Criador de todas las cosas, adorase una de sus criaturas, movióse el Rey á gran furor, y mandó que fuese degollado. Y siendo llegado al tablado, rogó al

(f) Actor. 7.

verdugo que esperase un poco, miéntras enviaba una embajada al Rey. Y dándole lugar llamó á uno de sus fieles criados, y díjole: Di á Sapor estas palabras en mi nombre: Por el favor que hasta agora tuve en tu casa, ¡oh Rey! sirviendo lealmente á tí y á tu padre (para lo cual no tengo necesidad de mas testigos que á tí), y por todos los servicios que á tu estado y casa hice en los tiempos pasados, te suplico me hagas esta merced; porque ninguno de los que no saben mi causa, piense que soy castigado como traidor, ó deservidor, ó enemigo del Rey; mas á todos sea manifiesta la justicia de mi condenacion, mandes que el pregonero haga saber á todos que Ustazádes es degollado, no por traidor ni enemigo de su rey, sino porque confesó que era cristiano, y no quiso por mandamiento del Rey adorar al sol, y negar al verdadero Dios. Así lo dijo el mensagero, y así lo mandó el Rey que se pregonase, creyendo que con esto podria retraer á muchos de la cristiandad, teniéndose por averiguado que á nadie perdonaria, pues mandaba degollar á su ayo y criado antiguo de su casa, y su fiel y aficionado servidor. Allende desto Ustazádes hizo que muy especificadamente declarase el pregonero la causa de su muerte; porque viendo que cuando primero por miedo de la pena adoró el sol, habia acobardado á muchos cristianos, quiso remediar el escándalo que les habia dado; para que oyendo que moria por la fe, ellos tambien se confirmasen en ella, y remedasen su fortaleza. Y desta manera el varon fuerte Ustazádes acabó su glorioso martirio.

CAPITULO XXV.

Del martirio de Simeon con otros muchos (cuasi diez y seis mil) que fuéron muertos en el reino de Sapor por maliciosas acusaciones de los agoreros.

Simeon sabiendo en la cárcel lo que habia pasado, cantó por ello himnos y loores á Dios. Otro dia siguiente, que era el viérnes de la semana sancta (en que se celebra la sagrada memoria de la pasion de nuestro Salvador), determinó el Rey matar á Simeon, porque sacándole de la cárcel, y trayéndole á palacio, hablaba á Sapor osadamente de la verdad de la fe, y no consentia en adorar al sol, ni al Rey. En el mismo dia se dió sentencia que juntamente fuesen degollados otros ciento que con él estaban presos: primero á todos estos, y despues al viejo Simeon, para afligirle con ver tantas muertes de sus hermanos. De los cuales unos eran obispos, otros sacerdotes, otros clérigos de menores órdenes. Y como todos fuesen llevados al degolladero, vino allí el principal de los agoreros, y preguntóles si querian vivir y obedescer al Rey, y adorar al sol. Y como ninguno dellos escogiese la vida con tal condicion, comenzaron los verdugos á emplear sus espadas en las cabezas de los sanctos. A los cuales Simeon esforzaba, llegándose cerca de cada uno, y trayéndole á la memoria la fe, y la certidumbre de la resurreccion. Y con los testimonios de la sagrada Escriptura los avisaba, que morir por tal causa era la verdadera vida, y negar á Cristo, la verdadera y irremediable muerte. Por tanto, que sufriesen con paciencia la muerte; pues dende á pocos dias habia de venir la muerte de la carne, sin que la trajese ajena crueldad. Porque este es el fin de todos los nascidos, que no se puede excusar; despues del cual no todos alcanzarán la vida perpetua, mas todos darán estrecha cuenta de los dias que aquí vivieron, y recibirán galardon por lo bien hecho, y castigo por las ofensas cometidas. Y entre todos los servicios que á Dios se pueden hacer, ninguno es mayor que morir voluntariamente por su gloria. Con tales razonamientos animaba el capitan á sus caballeros, y así á cada uno enviaba informado, cuando le venia la hora de su encuentro. Y como el cuchillo pasase por los cuellos de todos ciento, á la postre llegó á Simeon, y á Abecla, y á Ananías; los cuales ambos honrados viejos habian sido juntamente presos, y detenidos en la cárcel con el obispo Simeon, con quien ántes habian tenido compañía en su iglesia; y así en la muerte no se apartaron dél. Estaba entre otros presente á los tormentos Pusicio, principal caballero entre los criados del Rey; el cual viendo á Ananías temblar, cuando le ataban para le degollar, díjole: ¡Oh viejo! cierra un poco los ojos, y asegúrate, que presto verás la cara de Cristo. Y en diciendo esto, arrebatadamente fué preso, y llevado al Rey, y denunciado que era cristiano, y que osadamente habia hablado en favor de los mártires. Al cual el Rey mandó matar con crueldad extraña, y de forma nunca oida; ca le mandó abrir la cerviz, y sacarle por allí la lengua. Y hecho esto, salieron otros acusadores que denunciaron á su hija, vírgen religiosa, que era cristiana; y luego padesció martirio. Pero ¿cómo podré referir tantos mártires como padescieron? Porque los agoreros con gran diligencia los buscaban por todas las ciudades, y aldeas, y cortijos; y otros de su voluntad se presentaban, por no parescer que callando negaban la fe. Y desta manera matando generalmente á todos, y á nadie perdonando, murieron muchos de la casa del Rey, de los cuales fué uno Azánis, que era su muy querido y familiar. De lo cual se entristeció mucho el Rey, y templó la sentencia que tenia dada contra los cristianos, mandando que de ahí adelante no se matasen sino solo los sacerdotes y doctores de la ley de Cristo. Luego los agoreros y pontífices de los templos rodearon todo el reino, buscando los doctores y maestros de los cristianos, y prelados de las iglesias, y trajeron muchos, mayormente de la region de los Adiabenos, donde habia gran número de cristianos. Entre otros hallaron á Acepsema, obispo, con muchos de sus clérigos, y contentáronse con traer preso al Obispo, y á los otros despojaron de sus haciendas. Pero siguió á Acepsema Jacobo, sacerdote de Ponto, porque rogó á los agoreros, y alcanzó dellos que juntamente le llevasen atado. Y estando en compañía del viejo, le servia como podia, y curaba sus llagas, y consolaba su trabajo cuanto le era posible, hasta que los agoreros le atormentaron con penas crueles, forzándole á adorar el sol. Pero viendo su resistencia, volviéronle á la cárcel. Dende á algunos dias el príncipe de los agoreros consultó al Rey, qué debia hacer de los presos que eran muchos, sacerdotes y diáconos. Y recibida comision, que si no quisiesen adorar al sol, hiciese dellos lo que quisiese, envióles á la cárcel la provision real. A la cual llanamente respondieron todos, que no harian tal traicion á Dios, que adorasen la criatura por el Criador. Por lo cual todos fuéron juntamente azotados, y algunos espiráron entre los azotes: uno de los cuales fué el sobredicho Acepsema, cuyo cuerpo recogieron escondidamente ciertos armenios, que á la sazon estaban en rehenes en Persia, y le sepultaron. Otros quedaron vivos de los azotes, aunque contra todas las fuerzas naturales, los cuales fuéron vueltos á la cárcel. Uno dellos era Aitalas, á quien descoyuntaron los brazos

tanto, que paresciа que traia las manos muertas, y otros le llevaban el manjar á la boca. En este tiempo padesció Marea, y Bicor, obispo, con cuasi docientos y cincuenta clérigos, que fuéron presos juntamente con él. Item Melisio, el cual primero anduvo en el ejército de los persas, y despues de convertido á Cristo, siguió la vida apostólica. Y despues siendo ordenado obispo en una ciudad de Persia, padesció allí primero muchas injurias y fatigas, y fué muchas veces azotado y arrastrado. Y como no pudiese acabar con alguno de aquella ciudad que fuese cristiano, angustiado en gran manera, maldijo la ciudad y dejóla, sacando solamente una talega con un libro de los Evangelios. Y fué primero á visitar la casa sancta de Hierusalem, y despues á ver los monjes de Egipto, donde conversó con ellos loablemente, segun dan testimonio los siros que escribieron su vida. Dende á poco tiempo, para que se ejecutase la maldicion del Obispo, los principales de la ciudad de su obispado ofendieron al Rey, por lo cual envió su ejército con trescientos elefantes á destruirla; y así la dejaron desierta para ser sembrada. Acaesció en este tiempo que la Reina, mujer de Sapor, cayó enferma, y por malos consejeros fué presa una hermana del obispo Simeon, de quien arriba contamos, llamada Tarbúa, con una su criada. Y fuéron acusadas que habian dado hechizos á la Reina; por lo cual fuéron sentenciadas á muerte. Y no solamente Tarbúa padesció combate en su fe, mas tambien en su castidad, porque era muy hermosa, y cobdiciada por los agoreros. Por lo cual uno dellos le prometia en arras de su virginidad su misma vida. Pero ella por los dulces y engañosos halagos volvió injurias y denuestos, no pudiendo sufrir aun oir palabras deshonestas. Y alegremente sufrió el martirio muy cruel; porque á ella y á su servidora ataron á sendos palos, y las aserraron por medio, y hicieron pasar á la Reina por medio de los palos, para deshacer los hechizos. Finalmente en el reino de Sapor padescieron otros muchos obispos, sacerdotes, diáconos, monjes y vírgines consagradas, y muchedumbre de otros estados, cuyo número se cree que fué casi diez y seis mil, los cuales peleando varonilmente por la verdad, alcanzaron la palma de glorioso triunfo.

Aquí pues tiene el piadoso lector largo campo en que espaciar su entendimiento, considerando la fe y constancia admirable destos fidelísimos caballeros, y la lealtad que guardaron hasta la muerte con su Criador. Mas entre tantas consideraciones como sobre esta materia se pueden hacer, una sola apuntaré, que es advertir á los cristianos que viven con descuido de sus ánimas y de la guarda de los mandamientos divinos, que vean lo que responderán el dia de la cuenta, cuando aquel juez soberano entre en juicio con ellos, y les pregunte por qué no quisieron ganar el reino de los cielos con la guarda de diez mandamientos, mostrándoles él un ejército de innumerables mártires, viejos y mozos, hombres y doncellas, que lo compraron con la muerte y despedazamiento de todos sus miembros.

CAPITULO XXVI.

El martirio de Sant Policarpo, discípulo de Sant Juan Evangelista y obispo de Esmirna, referido por Eusebio en el cuarto libro de la Historia Eclesiástica.

El glorioso martirio de Policarpo escribieron los fieles de la ciudad de Esmirna á otros fieles en esta forma. La iglesia de Dios que está en Esmirna, á la iglesia de Dios llegada en Filomelio, y á todas las sanctas iglesias católicas, que por toda la redondez de la tierra están fundadas, ruega que se multiplique sobre ellas su misericordia, paz y caridad de Dios Padre, y de nuestro Señor Jesucristo. Quesimos os escribir, hermanos, de los sanctos mártires, especialmente del bienaventurado Policarpo, que con su glorioso martirio echó el sello á sus primeras virtudes. Y despues de pocas palabras dice así: Los crueles verdugos y oficiales de la maldad, por espantar al pueblo que al rededor estaba, abrian los cuerpos de los mártires con azotes que les calaban hasta las entrañas, y las partes del cuerpo que la naturaleza tenia escondidas, se descubrian. Otras veces fregaban sobre sus cuerpos puestos boca arriba conchas de los rios, y pedazos de tejas, y de otras cosas duras, y despues que acababan en ellos todas artes de tormentos, dejábanlos solos para que las crudas fieras los comiesen. Entre los cuales se señaló el varon fortísimo Germánico, el cual por virtud de la gracia divina venció todo el temor de la humana flaqueza. Porque queriendo el Gobernador atraerle primero por razones, poniéndole delante la flor de su juventud, y amonestándole que hubiese compasion de sí mesmo, él de su gana apresuradamente provocaba la fiera que para él estaba aparejada, como denostando á la muerte que se detenia, y deseando de corazon salir lijeramente desta miserable vida. Y como por la muerte deste tan esclarescido, toda la compañía de los cristianos tomase mayor brio para menospreciar la vida, y todo el pueblo circunstante quedase espantado, sonó un grande alarido: Mueran los infieles, búsquese Policarpo. Por la cual grita succedió gran alboroto en el pueblo. Oyendo pues Policarpo que todo el pueblo se habia levantado contra él, poco ni mucho se alteró, ni mudó la serenidad de su rostro, segun era mesurado en su semblante y sosegado en sus obras, y de su voluntad esperara dentro en la ciudad como caballero esforzado. Mas condescendiendo á los ruegos de sus amigos, apartóse á una casería cercana, donde de dia y de noche con algunos pocos de sus familiares perseveraba, no en otro ejercicio, sino en oraciones, suplicando á Dios por la paz de las iglesias do quiera que estuviesen, segun que por toda su vida acostumbraba hacer. Y estando en oracion tres dias ántes que fuese preso, vió de noche durmiendo que la almohada de su cabecera se consumia con llamas de fuego. Y despertando, declaró á los presentes su sueño diciendo, que sin duda saldria desta vida por tormento de fuego, por la confesion de la fe. Sabiendo pues que andaban pesquisando por él, compelido por ruegos de sus hermanos se pasó á otro lugar, donde no mucho despues entraron los alguaciles. Los cuales hallaron luego dos muchachos, y al uno azotaron hasta que les descubrió dó estaba Policarpo, y así entraron cerca de la noche en la casa dq estaba en lo alto della descansando. Y pudiera fácilmente pasarse á otra casa, pero no quiso, diciendo: Cúmplase la voluntad de Dios. Y salió á recebir á los que le venian á prender, y con alegre rostro y graciosas palabras los llamó, tanto que ellos se maravillaron. Pero mucho mas se espantaron pensando qué causa podia haber porque un hombre de tanta autoridad y honestidad, tan anciano y venerable, se mandaba prender. El sancto viejo hizo prestamente poner la mesa para los enemigos, como para amigos huéspedes, y mandó darles cumplidamente de comer, pidiéndoles que entre tanto le diesen una hora de espacio

para hacer oracion. La cual hizo lleno de tanto resplandor de la gracia de Dios, que todos los presentes estaban admirados, y los mesmos que le prendian se dolian, porque era mandado llevar á la muerte hombre de tanta virtud y dignidad. Encomendaba á Dios en su oracion, como quien ofrece el sacrificio del Señor, todos aquellos de quien al presente se pudo acordar, grandes y pequeños, y á toda la Iglesia católica derramada por todo el mundo. Y acercándose ya el fin del plazo concedido, salió sentado en un asno, y así fué hasta la ciudad en un dia de fiesta. Donde llegando, le salió á recebir el prefecto de la paz, llamado Heródes, y su padre Nicestas; los cuales le bajaron del asno, y le pusieron en su carro, y con blandas palabras le halagaban diciendo: ¿Qué mal hay en decir que César es dios, y ofrecerle sacrificios, y de ahí adelante vivir seguramente? Lo cual él oyó primero callando; pero viendo que porfiaban, díjoles: ¿Por qué perdemos tiempo? No tengo de hacer lo que decis. Ellos visto que ninguna cosa aprovechaban por aquella via, encendidos con saña, injuriosamente le derribaron del carro, y cayendo se hirió en el pié. Mas como si ninguna injuria hubiera recebido, con toda serenidad caminaba al tablado, adonde le mandaron que fuese. Donde en llegando se hizo grande estruendo de gente que allí concurria, y luego sonó una voz del cielo, que dijo: Esfuérzate, Policarpo, y haz varonilmente. Muchos oyeron la voz, aunque ninguno vió quién la pronunciaba. Pero esto no obstante, todo el pueblo se regocijaba viendo que á Policarpo querian castigar. Y como el Presidente le preguntase si era Policarpo, respondió que sí. Dijo el Presidente: Pues ten respecto á tu edad, y compasion de tus canas, muda la sentencia, y consiente en la divinidad del César, y injuria y blasfema á Cristo. Policarpo entónces dijo al Presidente: Ochenta y seis años há que sirvo á Cristo, y nunca mal me hizo; pues ¿cómo podré yo maldecir y blasfemar á mi Rey y Señor que me crió y me conserva hasta agora la vida? Y como le porfiase instantísimamente que jurase la divinidad del César, dijo: ¿Por ventura quieres ganar honra conmigo, en tenerme á tu voluntad, y disimulas que no me conoces? Pues yo te diré con toda libertad quién soy: Cristiano soy. Y si quisieres que te declare las condiciones del cristiano, determina tiempo en que me oyas. El Presidente dijo: Acábalo con el pueblo. Policarpo respondió: Básteme habértelo dicho; porque somos enseñados á tener acatamiento á los príncipes y jueces que por Dios mandan en aquellas cosas que no fueren contrarias á virtud; al pueblo desvariado no tengo para qué satisfacer. El Presidente dijo: Aparejadas tengo las fieras para echarte á ellas, si prestamente no te arrepientes y mudas el propósito. El respondió: Ya pueden venir, que yo no mudaré sentencia. Ni es buen arrepentimiento de quien deja el bien comenzado; mas verdadera y provechosa penitencia sería la vuestra, si de los males en que perseverais os convertiésedes á la verdadera justicia. El Presidente dijo: Si tienes en poco las bestias fieras, y no te quieres mudar, haré que seas consumido en el fuego. Policarpo respondió: Amenázasme con este fuego que en una hora se enciende y en otra se apaga, porque no sabes qué fuego es el venidero, á cuyas llamas eternas seréis los malos condenados. Mas ¿por qué te detienes en deliberar? Trae ya lo uno ó lo otro, cual tú quisieres. Hablando tan fuertes y prudentes razones Policarpo, se bañaba de consolacion con la confianza que en Dios tenia: tanto que el Presidente se espantaba de la alegría de su rostro y constancia de sus respuestas. Y luego mandó que un pregonero á grandes voces dijese, cómo Policarpo habia confesado tres veces que era cristiano. Lo cual oyendo toda la muchedumbre del pueblo, con grande indignacion dieron voces diciendo: Este es el doctor y padre de los cristianos de toda Asia, y destruidor de nuestros dioses; este es el que enseña á muchos que no sacrifiquen ni adoren á los dioses. Y dicho esto, mandaron á Filipo leonero que echase un leon á Policarpo. El cual respondió, que ya no tenia aquel cargo. Entónces mudaron propósito, y todos á una voz dijeron, que fuese vivo quemado, para que se cumpliese la vision que habia visto de la almohada de su cabecera que se quemaba. Lo cual fué prestamente cumplido, trayendo todo el pueblo la leña y sarmientos de los baños, ó de cualesquier otros lugares comunes, y con gran lijereza encendieron una gran hoguera. Entónces el viejo quitóse la cinta, y soltó los vestidos, y probó á descalzarse los zapatos, que nunca dias habia se habia descalzado; porque era costumbre de los fieles y religiosos varones á porfía unos descalzar á otros, y Policarpo en esto y en todo lo demas, fué siempre reverenciado y acatado de todos, y queriendo los porteros afijarle con clavos á un madero, dijo Policarpo: Dejadme, que quien me ha dado esfuerzo para ofrecerme á ser quemado, me dará firmeza en las llamas sin que me mueva. Y así dejados los clavos, solamente le ataron las manos por detras. Desta manera como carnero escogido de todo el rebaño, se ofreció á Dios sacrificio agradable, haciendo oracion en medio de las llamas con estas palabras: Dios padre del amado y bendito hijo tuyo Jesucristo nuestro Señor, por quien recebimos el conoscimiento de tu majestad; Dios de los ángeles, y de las virtudes celestiales, y de toda criatura, especial señor de todos los justos de cualquier linaje que desciendan, los cuales todos viven delante de tí, yo te bendigo, porque me has traido á esta hora en que sea particionero de las penas de los mártires, y de la pasion de tu Hijo, para gozar con él y con ellos en la resurreccion y posesion de la vida eterna, por la gracia de tu Espíritu Sancto, con los cuales me recibe hoy por sacrificio acceptable, pues has cumplido en mí tu voluntad, segun ántes tenias ordenado, y me la denunciaste; ca tú eres verdadero Dios en quién no hay falsedad ni mentira. Por tanto yo te alabo, y bendigo, y glorifico con el eterno pontífice Jesucristo tu agradable hijo; por quien y con quien tienes gloria con el Espíritu Sancto en los siglos infinitos de los siglos. Amen. Acabadas estas palabras y atizando el fuego los hombres condenados al fuego eterno, vimos maravillas todos aquellos á quien Dios tuvo por bien mostrarlas: de los cuales hay muchos vivos, guardados por el Señor para que dén dello testimonio á los que no las vieron. Estuvo la llama sobre el cuerpo del mártir levantada, y ondeando á manera de las velas sobre la nao, cuando con el viento se hinchan; y dentro de su seno parecia el cuerpo del sancto mártir Policarpo, no como carne quemada, mas como oro resplandesciente dentro del crisol. Allende desto, sentimos olor maravilloso, como de encienso sobre brasas ó de otra plasta olorosa. Por lo cual viendo los ministros de la maldad que sus carnes no se consumian, mandaron al verdugo que acercándose traspasase su cuerpo con la espada, contra quien el fuego habia perdido sus fuerzas. Y así fué hecho, y tanta san-

gre corrió que apagó la hoguera. Y el pueblo se fué atónito y corrido de ver tan grandes maravillas, y tan favorables á los nuestros. Tal fué y de tal manera acabó el admirable y escogido en nuestros tiempos, maestro apostólico, profeta, y sacerdote de la iglesia de Esmirna. De cuyas palabras, cuantas ántes habia dicho, muchas se cumplieron, y otras se cumplirán en el tiempo venidero.

Afrentado el envidioso de todo bien, y adversario de los justos, despues que vió al sancto mártir coronado por la excelente gloria de su confesion, y por sus singulares virtudes, procuró á lo ménos que sus reliquias no fuesen concedidas á los nuestros, que las deseaban para sepultarlas. Por esto provocó á Nicestas, padre de Heródes, que fuese al juez, y le requiriese que en ninguna manera permitiese que el cuerpo sea enterrado; porque por ventura los cristianos no dejen al que fué crucificado, y adoren á Policarpo. Viendo pues el capitan romano el coraje porfiado de los infieles, puso en medio el cuerpo, y hízole quemar; de donde nosotros cogimos algunos huesos afinados en el fuego, mas valerosos que preciosísimas perlas; y segun convenia solemnemente los enterramos. Y en el lugar de su sepulcro por la merced de Dios celebramos hasta hoy alegres fiestas, y copiosos ayuntamientos, mayormente el dia de su martirio. Y lo mesmo hacemos celebrando las memorias de los otros sanctos mártires, que ántes dél padescieron: para que los corazones de los descendientes se animen á remedar la virtud y fortaleza de sus mayores. Hasta aquí se escribió en la sobredicha carta el martirio de Policarpo.

Despues hicieron relacion de los otros mártires, especialmente de doce que habian venido de Filadelfia á Esmirna; y de Metrodoro, sacerdote de la herejía de Marcion, y convertido á la verdera fe; el cual fué quemado. Y entre otros se hace gran cuenta de Pionio: de quien refieren perseverante constancia á todas las preguntas del juez, y maravillosas pláticas hechas al pueblo por nuestra fe; y cuán sin temor se opuso siempre á los jueces, enseñando y disputando hasta el mesmo tribunal; y cuanto esfuerzo puso por sus amonestaciones á los que en presencia del juez titubeaban; y cómo estando en la cárcel animaba al martirio á los hermanos que le visitaban; y cuántos tormentos pasó en su coronacion, ca fué hincado con clavos y puesto sobre fuego ardiendo; donde hizo principio á la vida bienaventurada, y fin á esta miserable.

CAPITULO XXVII.

Consideracion sobre las gloriosas batallas y victorias de los sanctos mártires que aquí se han relatado.

Agora será razon filosofar sobre estas tan gloriosas batallas que aquí habemos contado, para conoscer por ellas la verdad y firmeza de nuestra sancta fe, y la virtud de la divina gracia, y la eficacia de la redempcion de Cristo, con la cual ellos tan valerosamente pelearon y vencieron; y sacar de aquí ejemplos de paciencia, y confusion de nuestros regalos, y conocer el engaño de nuestras vidas, pues no queremos comprar la gloria perdurable con la guarda de los mandamientos divinos, habiéndola comprado los sanctos mártires con el despedazamiento de sus cuerpos.

Sentencia es comun de filósofos, que del maravillarse los hombres de las cosas notables que veian en las obras de naturaleza, como eran los eclipses del sol y de la luna, y otras cosas tales, vinieron á filosofar y inquirir las causas dellas, y estas halladas, hicieron sciencia; porque sciencia es conocer los efectos por sus causas.

Pues en estos martirios que aquí habemos relatado, hay tan grande materia de admiracion, que ningun hombre habrá tan insensible, que no quede atónito viendo esta manera de padescer. Porque ¿cuándo jamas desde el principio del mundo se vieron personas padescer con tal fortaleza, con tal semblante, con tal alegría, con tal libertad de palabras, con que encarnizaban los jueces contra sí, y con tan gran deseo de padescer, que ellos mismos muchas veces se ofrecian á la pasion? Y si esto fuera solamente en alguna gente bárbara y bestial, que no teme la muerte, no fuera tanto; mas esta persecucion fué general en todas las naciones y cindades del mundo, y señaladamente en las mas principales, como eran Roma, Alejandría, Antioquía, Nicomedia, y otras tales. Y si en esta persecucion padescieran solos hombres robustos, no fuera tan grande la admiracion; mas aquí habemos visto padescer viejos ya decrépitos, y mochachos de poca edad, y mujeres innumerables, y doncellas nobles y delicadas, y de muy tierna edad, desnudando sus carnes en presencia del mundo, que sentian mas que la muerte.

Dice Aristóteles que la postrera de las cosas terribles es la muerte, la cual naturalmente aborrecen y huyen cuantos animales Dios crió; pero mucho mas la aborrece y siente el hombre, por tener las carnes mas tiernas, y la imaginacion mas viva para aprehender el daño y sentimiento del dolor, y perder con la muerte, no solo la vida, sino tambien todo cuanto posee con ella. Por lo cual si un hombre está sentenciado á muerte (aunque sea una simple manera de morir, como es ser degollado, etc.), no hay trabajo, no hay peligro, no hay costa, no hay camino á que no se ponga, aunque sea cercar la mar y la tierra, y desamparar casa, hacienda, mujer y hijos, por escapar della; porque esto le enseña, y á esto le mueve la misma naturaleza. Pues aun otra cosa hay sin comparacion mas terrible que la muerte: que son las invenciones de tormentos que los tiranos inventaban para vencer la constancia de los sanctos mártires; porque no pretendian matar, sino atormentar; no dar una muerte, sino muchas; no atormentar una sola parte del cuerpo, sino todos los miembros dél. Y con ser el cuerpo humano tan sentible, que es menester poco artificio para darle causas de dolor, ellos atizados por una parte por el demonio, que moraba en sus pechos, y por otra corridos y avergonzados de verse vencidos de mujeres flacas, y embravescidos por esto, empleaban todos sus ingenios en descubrir mil invenciones y géneros de tormentos para un solo cuerpo.

Pues siendo esto así, ¿qué maravilla es esta, que las mujeres, y las tiernas doncellas, sin ser llamadas, corran á los tormentos como á las bodas, y procuren estrenar primero el cuchillo del verdugo que los otros, y que tengan competencia sobre quién padescerá primero, y que se queje la virgen Eufemia porque, siendo ella noble de generacion, martirizasen á otros primero que á ella? Pues ¿qué nueva gente es esta? ¿Dónde están aquí las leyes de naturaleza? Dónde la fuerza del amor propio? Dónde el temor natural de la muerte, que todas las criaturas temen? ¿No eran estos cuerpos de la misma condicion que los nuestros? No eran tan sentibles como ellos? ¿Qué veias, mártir glorioso, cuando entre las pe-

nas estabas mas fuerte que tus penas; y encarcelado, mas libre que los que te encarcelaban; y caido, mas levantado que los que estaban en pié; y atado, mas suelto que los que te ataban; y juzgado, mas alto que los que te sentenciaban? Las heridas tenias por rosas y flores, y la sangre que de tu cuerpo corria, por púrpura real, y el martirio, por un gratísimo sacrificio que ofrecias á tu Criador. Y tú, vírgen delicada, ¿quién te armó con esa tan grande fortaleza, que fueses mas fuerte que el hierro, y que despedazado el cuerpo, tu fe estuviese entera, y consumidas las carnes, no se menoscabase tu virtud? Pudo ser rasgado tu cuerpo, mas tu ánima no pudo ser vencida. Desfalleció la substancia, mas perseveró la paciencia. Engrandecen los historiadores la fortaleza de un soldado romano, que pudo tener el brazo sobre una hacha encendida por un breve espacio: pues ¿cuántos millares de hombres y mujeres les darémos en todas las edades y condiciones de gentes, los cuales, no un brazo, sino todo el cuerpo, despues de rasgado con garfios de hierro, fuéron asados en parrillas, no por un breve espacio, sino hasta que se acabase la vida? Pues ¿cómo es posible que una tan grande novedad nunca vista en el mundo, no tuviese alguna nueva causa de do procediese? ¿Cómo es posible que una cosa tan extraordinaria no tenga alguna causa extraordinaria? ¿Cómo puede ser que cosa tan sobre toda naturaleza no tenga causa sobrenatural, pues segun doctrina de filósofos, los efectos han de tener causas proporcionadas con ellos? Pues ¿qué cosa mas sobre todas las leyes de naturaleza, que esta voluntad y deseo tan encendido de padescer? ¿Cómo era posible que una doncella de trece años, como fué Sancta Olalla, padesciese tantos linajes de tormentos nunca vistos, y esto con tanto esfuerzo, con tanta constancia, y lo que mas es, con tanta alegría y contentamiento, si no fuera ayudada con muy especial socorro del Espíritu Sancto? ¿Cómo era posible que una madre (cual fué Sancta Felícitas, y otra por nombre Sinforosa) viese cada una despedazar ante sus ojos siete hijos mancebos, y que las mismas madres los estuviesen esforzando y animando al padescer, y despues ellas padesciesen, habiendo primero apascentado sus ojos en este tan extraño espectáculo? ¿Qué fe era esta? ¿Qué luz era esta? ¿Dónde estaba aquí el grande amor que las madres tienen á los hijos, y mas tales y tantos hijos? El patriarca Abraham estuvo aparejado para sacrificar un hijo que tenia; y estimó Dios en tanto esta devocion y obediencia, que por ella le prometió tantos hijos como las estrellas del cielo. Pues si tan grande cosa fué ofrecer este patriarca un solo hijo á Dios, ¿qué será una madre ofrecer siete hijos, y querer que fuesen despedazados ante sus ojos por amor de Dios? Si tanto fué vencer el Patriarca un solo amor de un hijo, ¿cuánto fué vencer siete amores de siete hijos, pues está claro que á cada hijo correspondia su proprio amor en el corazon de la madre? Y si es tan celebrada la madre de los siete macabeos (*a*), que esforzaba sus hijos al martirio, ¿qué ménos merecen estas dos madres del Nuevo Testamento, que hicieron lo mismo? Y si está claro que no pudo aquella madre beber aquel cáliz sin especial favor y socorro de Dios, ¿cómo podrémos á estas madres negar lo mismo? Séneca tiene por averiguado, que ningun hombre puede ser de verdad virtuoso sin favor especial de Dios: *Nulla mens bona sine Deo est*, dice él. Y Tulio dice, que nunca hubo hombre señalado en proezas, que no fuese para ello soplado y ayudado de Dios. Pues ¿qué virtudes, qué proezas puede haber en el mundo que vengan á cuenta con esta tan admirable fe, y constancia, y grandeza de ánimo, y esto en corazones de madres y de doncellas? Pues si (segun el testimonio destos sabios) ni aquellas virtudes, ni aquellas grandezas de hombres señalados se podian ejercitar sin particular favor y soplo de Dios, ¿cómo pudieran subjectos tan flacos, como los ya dichos, acabar cosas sin comparacion mayores? Porque es cierto que todas las grandezas que se escriben en las historias profanas, apénas merecen nombre de sombra, comparadas con estas. Pues ¿qué dijeran, qué escribieran estos dos tan señalados autores, si les cayera esta materia en las manos? ¿Con qué palabras, con qué figuras, con qué sentencias, con qué agudezas, con qué ejemplos y comparaciones amplificaran y engrandescieran estas virtudes tan admirables? Séneca gasta muchas hojas de escriptura encaresciendo aquella respuesta de Estilbon, filósofo, el cual despues de saqueada y destruida su ciudad, preguntado por el capitan Demetrio, si habia perdido algo en aquel saco, respondió que nada habia perdido, porque todos sus bienes llevaba consigo; entendiendo por estos bienes la filosofía, de que no podia ser despojado. Pues ¿qué hiciera este autor, si se pusiera á escribir y encarecer la constancia admirable de nuestras vírgines en medio de tantos tormentos, por no quebrantar la fe y lealtad que debian á su verdadero Dios y Señor? Pues por esta causa dije al principio, que recelaba tratar esta materia, por ver cuánto sobrepuja la alteza della á la rudeza de nuestras palabras. Porque, como dice Sant Hierónimo (*b*), los flacos ingenios no son para tratar grandes materias, y cuando las quieren acometer, caen á medio camino con la carga; y cuanto fueren mayores las cosas que quieren engrandescer, tanto mas se ahoga el que no halla palabras con que las pueda explicar.

Y lo que es aun de mayor admiracion, y mas declara el poder de la gracia, es ver esta misma virtud y fortaleza en un linaje de gente tenida por la mas desgarrada y perdida del mundo, que son soldados y gente de guerra; porque sabemos que muchos destos en diversas partes fuéron martirizados. De cuarenta hecimos mencion poco há, que fuéron condenados de una nueva manera á morir de frio; pero estos fuéron pocos. Otra vez fué una legion entera de soldados por mandado de Maximiano martirizados; la cual legion contiene seis mil seiscientos y sesenta y seis soldados. Y es aquí mucho de considerar, que aquel tiranno, por no menoscabar tanto su ejército, mandó que de cada diez soldados degollasen uno para poner miedo á los otros. Y esto hizo por dos veces. Mas los gloriosos caballeros de Cristo competian entre sí sobre quién primero recibiria la corona del martirio. Y visto que ni con esto desistian de su firmeza, mandó que todos los que quedaban fuesen por el ejército despedazados; y así lo fuéron. Pues ¿quién podrá aquí dejar de maravillarse, y de alabar á Dios por tal martirio? ¡Oh gloria de Cristo! ¡Oh gloria de la gracia de su Evangelio, que hizo de piedras hijos de Abraham (*c*), y de soldados mártires y sanctos; porque no sufrieran martirio si no lo fueran, y no podian dejar de amar á Dios mas que á su propria vida, pues la pusieron por él. Y andando en el ejército entre soldados gentiles, idólatras y perversos, pudieron conservar no solo la sinceri-

(*a*) 2. Mac. 7.

(*b*) Hieron. in Epith. Nepot. (*c*) Matth. 3.

dad de la fe, sino tambien el fuego de la caridad y la pureza de la vida. ¡Oh con cuánta razon dijo el Apóstol (*d*) que no se confundia de predicar el Evangelio, pues en él estaba la virtud, y poder de Dios, para hacer salvos á los creyentes!

Pero aun pasa el negocio mas adelante. Porque otra vez en tiempo del emperador Adriano, fuéron sentenciados, no una solo legion, sino diez mil soldados juntos, á que padesciesen el mismo linaje de muerte que padesció el Señor por quien padescian: los cuales todos en un mismo dia recibieron la corona. Pues ¿qué cosa sería tan gloriosa, ver entrar en este dia diez mil gloriosísimos caballeros, con sus palmas triunfales en las manos, y con las insignias y señales de su Redentor, en aquella ciudad celestial? ¿Qué recibimiento allí se les haria? ¿Con qué cantares, con qué voces de alabanza, con qué abrazos les darian el parabien de su venida, y los admitirian á su gloriosa compañía, y presentarian ante el trono de aquel Señor por cuya gloria tan valerosamente pelearon? Si en Roma se hacia tan grande fiesta cuando venia un capitan vencedor de alguna insigne ciudad, ó provincia, y se rompian los muros para recebir al vencedor, y él venia en un carro triunfal acompañado de muchas gentes, ¿qué fiesta se haria en el reino de los cielos, cuando entrasen en él, no uno, sino diez mil triunfadores juntos, vencedores, no de una ciudad ó provincia, sino de todo el poder del mundo y del infierno? Esto puédese así referir; mas ¿quién lo podrá dignamente amplificar?

Pues otra cosa añadiré á esta, de mucho mayor admiracion, la cual refiere el autor que escribió el Teatro de las Ciudades del mundo. Este pues dice, que en sola la ciudad de Leon de Francia fuéron martirizados diez y nueve mil mártires, y fué tanta la sangre que ahí se derramó, que el rio Araris que por ahí pasaba, iba teñido de sangre; por lo cual se le mudó el nombre, y hoy dia se llama Saona, tomando nombre de aquella preciosa sangre que por él corrió. Tan grande era el furor que aquel dragon infernal encendia en los corazones de los emperadores para extinguir y desterrar del mundo el nombre de Cristo, y tan grande era la fortaleza y confianza de los mártires en la confesion de la fe.

Pues volviendo al propósito principal, y concluyendo esta materia, decimos que este es uno de los grandes testimonios de la verdad de nuestra fe, ver que una muchedumbre innumerable de personas de todas las edades, y estados, y condiciones de gentes, pusieron las vidas por la confesion desta verdad. Y cuanto mas atroces y crueles tormentos por esta causa padescieron, tanto es mas esclarescido y mas firme este testimonio, y tanto mas abiertamente se conoce que no era posible perseverar un cuerpo humano entre tantas maneras de tormentos, acrescentados unos sobre otros, si no tuvieran aquellas armas de la fe, y esperanza, y caridad que al principio propusimos, y si no fueran muy especialmente fortalecidos y ayudados por Dios. Y pues Dios los ayudaba en la confesion desta verdad, síguese que ya no solos los mártires con su sangre, sino Dios tambien con su favor y asistencia es testigo dello.

De lo cual se infieren otras dos cosas muy dignas de ser sabidas: la una, que poco há apuntamos, que es haberse predicado el Evangelio, y extendídose el reino de Cristo por todas las naciones del mundo, segun los profetas denunciaron, pues en todas ellas hubo tan gran número de mártires; la otra, que se habian de reformar las vidas de los hombres en su venida: conviene á saber, que los hombres fieros y silvestres (cuales eran todos los que servian á los ídolos) se habian de hacer puros y sanctos. Lo cual se ve no solo en la sanctidad de aquellos millares de monjes, que en aquel tiempo florescieron en todo género de virtudes, sino tambien en esta admirable constancia de los mártires. Porque (como ya dijimos) imposible era que con tantas tempestades y torbellinos no fueran derribados, si no estuvieran fundados sobre la firme piedra del amor y temor de Dios. Lo cual se conosce por lo que cada dia vemos, y lloramos, que es negar tantos cristianos la fe de Cristo, cuando se ven cautivos en tierra de moros. Y esto no por temor de tales tormentos, cuales eran los de los mártires, sino por solo ahorrar la pena del cautiverio, y vivir con un poco de mas largueza. Pues así como la flaqueza destos miserables nos da á entender la flaqueza y poco fundamento de su virtud (pues tan fácilmente se rindieron), así por el contrario, la inestimable fortaleza y constancia de los mártires, nos da á conocer la firmeza de su virtud: la cual con tan recios encuentros y combates, repetidos unos sobre otros, nunca pudo ser vencida.

CAPITULO XXVIII.

De cómo cuasi todos los emperadores que persiguieron la fe y religion cristiana, acabaron desastradamente; y los que la honraron, fuéron en todas las cosas ayudados de Dios, y prosperados.

No deja de ser tambien grande testimonio de la verdad de nuestra fe, ver que cuasi todos los que la persiguieron, acabaron desastradamente, y los que la favorecieron y abrazaron, fuéron prosperados en sus reinos y imperios. Y digo cuasi todos, y no todos, porque (como dice Sant Augustin) (*a*) de tal manera se há la divina Providencia en la gobernacion deste mundo, que ni castiga en esta vida todos los malos, ni deja de castigar muchos dellos. Porque si castigara á todos pudieran los hombres imaginar que todo se remataba en esta vida, y no quedaba nada para la otra; y si á ninguno castigara pudieran imaginar que no habia Providencia que tuviese á su cargo las cosas humanas. Por eso la sabiduría divina (que todas las cosas endereza para el bien de sus criaturas) algunas cosas castiga poderosamente, para que vean los hombres que hay Providencia (mayormente las que son tan exorbitantes, que ellas mismas están clamando á Dios, y pidiendo venganza), y otras deja por castigar, para que entendamos que reserva su castigo para la otra vida, y que no se concluye todo en esta. Lo cual se ve en algunos de los emperadores, que persiguieron la Iglesia, que no recibieron aquí su merecido. Pero como esta crueldad y maldad era tan grande, no consintió la divina justicia que quedasen otros muchos sin castigo, aun en esta vida. En lo cual maravillosamente resplandece la divina Providencia, que usaba de los tirannos como de ministros y instrumentos para fundar la fe de su Iglesia con la sangre de los mártires, y para hermosear el cielo con este gloriosísimo ejército dellos. Porque si no hubiera tirannos, no hubiera mártires; si no hubiera Decio, no hubiera Laurencio; si no hubiera Daciano, no hubiera Vincencio; y si no hubiera Heródes, no hubiera mártires innocentes. Mas despues de haberse ser-

(*d*) Rom. 1.

(*a*) De Civit. Dei lib. 1. cap. 8. t. 5.

vide dellos en este ministerio, dábales tambien aquí su merecido, como lo hizo con Nabucodonosor, del cual usó como de vara (segun lo llama Esaías) (*b*) para azotar á su pueblo; mas acabado este oficio echó la vara en el fuego, quiero decir, destruyó y puso por tierra todo su imperio. Pues lo mismo hizo cuasi con todos estos tiranos, de los cuales unos fuéron arrebatados por estos demonios, otros se mataron con sus proprias manos, otros fuéron despedazados por bestias fieras, otros murieron comiéndose las manos á bocados, otros ahogándose en los rios, y otros de otras maneras. Así leemos en el martirio de Sancta Eufemia, noble vírgen, que queriendo el juez perverso forzarla en la cárcel, fué luego arrebatado del demonio, y el verdugo que la degolló fué luego muerto por un leon, y la noche siguiente el juez que la sentenció se mató comiéndose á bocados, y lleno de furor; lo cual movió á muchos de los infieles, así judíos como gentiles, á ser cristianos.

Asimismo cuasi todos los reyes y emperadores que martirizaron los sanctos, tuvieron muy desastrados fines. Entre los cuales el primero fué Heródes, el cual por matar al niño Jesus mató los innocentes, cuya enfermedad y muerte fué terribilísima, como escribe largamente Josefo (*c*), y en cabo despues de habérsele saltado los ojos, en un baño, desesperado de la vida, se metió un cuchillo por los pechos y se mató, mandando ántes matar el tercero de los hijos, despues de haber muerto á dos dellos (*d*). El segundo Heródes, que degolló á Sanctiago, y tuvo preso á Sant Pedro, fué herido por un ángel, y murió comido en vida de gusanos, como escribe el mesmo Josefo, y Sant Lúcas (*e*). El tercero perseguidor de la Iglesia, que fué Neron (el cual martirizó á Sant Pedro y Sant Pablo), viendo que no podia escapar de los conjurados que lo buscaban para matarle, él los libró de ese trabajo, matándose con sus manos. El cuarto, que fué Domiciano, que desterró á Sant Juan Evangelista, fué muerto á manos de los suyos. Valeriano, cruel perseguidor de la Iglesia, fué vencido en batalla por el rey de los persas, el cual lo prendió, y mandó sacar los ojos, y se servia dél para poner sobre él los piés cuando cabalgaba. Aureliano fué muerto por manos de los suyos. Decio, que martirizó á Sant Laurencio, él juntamente con sus hijos fué muerto. Diocleciano, cruelísima bestia, el cual se hizo adorar por dios, vino á tan gran perdicion y desatino, que le fué forzado dejar la corona y el sceptro, y vivir como uno del pueblo. Maximiano su compañero tambien lo dejó, y vivia como él, y aun así no le fué concedido vivir; porque Majencio su hijo, que se queria alzar con el imperio, le echó de Roma, de donde salió huyendo, y se acogió al amparo de Constantino, que era su yerno; y siendo por él noblemente recibido, ensayaba contra él traicion; lo cual fué sabido, y por ello castigado con la muerte, y con deshonra y infamia, ca sus estatuas y medallas fuéron mandadas raer do quiera que estaban, y los títulos de las casas públicas, que dél habian tomado nombre, se mandaron mudar. Pues Majencio su hijo, heredero de los vicios y crueldad de su padre, por especial milagro y disposicion divina murió; porque habiendo armado una puente falsa sobre un rio cabe Roma, para que llegando el emperador Constantino á ella se hundiese en el rio, él como desatinado, no acordándose de lo que habia tramado, puso las piernas al caballo, y pasando por la misma puente cayó y se ahogó. Maximino, tambien cruelísimo perseguidor de la Iglesia, fué vencido en batalla por el mismo Constantino, y escapó huyendo de su ejército entre los aguadores; por lo cual indignado contra los agoreros, que le prometian la victoria, los mandó matar. Y sobre esta afrenta lo castigó Dios con una gravísima enfermedad, hinchándosele y pudriéndosele las entrañas, y dentro del pecho se le hizo una llaga que poco á poco se extendia por él, sin otras que tenia derramadas por toda su carne, que manaban arroyos de gusanos. Y con ellas tenia hedor tan terrible, que ningun hombre, ni los mismos cirujanos podian llegar á él. Y viendo que sus médicos no le podian remediar, ni hacer algun beneficio, ántes huian dél por su abominable hedor, mandó matar muchos dellos; entre los cuales llegó á él uno, mas para ser degollado que para curarle, y movido por especial instinto de Dios le dijo: ¿Por qué yerras, Emperador, pensando que pueden los hombres estorbar lo que Dios ordena? Esta tu enfermedad ni es de hombres, ni hombres la pueden curar. Mas acuérdate cuántos males has hecho á los siervos de Dios, y de cuánta crueldad has usado contra sus honradores, y así sabrás á quién has de pedir remedio; porque yo bien podré morir como los otros, mas tú no serás curado por mano de médicos. Entónces comenzó Maximino á conoscer que era hombre, y trayendo á la memoria sus males, confesó que habia errado. Finalmente, perdiendo la vista de los ojos, y consciendo entónces mejor la fealdad de sus males, hizo fin con affligida muerte á su mala vida.

Licinio tambien que imperaba en Oriente, en tiempo de Constantino, que no ménos cruelmente persiguió la Iglesia que sus antecesores, levantándose contra Constantino, fué por él muerto en batalla. Despues destos Juliano Apóstata (que con otras nuevas artes hizo mas cruel guerra á la Iglesia) acabó en pocos dias su imperio y su vida, muerto en la guerra contra los persas, dejando el ejército en grandísimo peligro, sin que nada le valiesen ni sus dioses ni sus agoreros y encantadores en quien tenia toda su confianza. Pues Valente Arriano, grande perseguidor de los católicos, en una batalla contra los godos fué por ellos desbaratado, y escondiéndose en una chozuela, allí le pegaron fuego, y así murió como sus obras lo merecian.

Estos fuéron los fines y desastres de todos aquellos que tomaron armas contra la religion cristiana: lo cual no es pequeño argumento de la verdad y sanctidad della.

Y el mismo argumento se confirma con la prosperidad y victorias de los emperadores que la honraron y reverenciaron. Entre los cuales el mas señalado fué el emperador Constantino; el cual de tal manera honró á Cristo, y de tal manera fué por Cristo favorecido y prosperado, que parece que ambos andaban en competencia, el uno en hacer servicios á Cristo, y Cristo en hacer mercedes á Constantino, á quien todas las cosas succedieron con grande prosperidad. Porque él primeramente en diversas batallas venció tres emperadores que se levantaron contra él, que fuéron Maximino, Licinio y Majencio. Despues destas victorias conquistó en sus proprias tierras á los sármatas y godos, y sojuzgó á todas las naciones bárbaras, fuera de aquellas qne ántes le eran amigas, y algunas sin batalla se le rendian, porque cuanto él mas humildemente se subjectaba á Dios, tanto mas

(*b*) Esai. 10. (*c*) Antiquit. Judaic. lib. 17. cap. 9. et 10.
(*d*) Idem lib. 16. c. 13. (*e*) Lib. 19. c. 7. Act. 12.

ponia Dios las gentes debajo de su señorio. Pues ¿qué diré de los dos Teodosios, del mayor que fué muy católico y religioso, y de su nieto que lo fué mucho mas? Los cuales no solo por armas, pero tambien por clarísimos milagros vencieron en batallas los tirannos que pretendian levantarse con el Imperio: como se escribe por extenso en la historia Tripartita. Y no ménos se puede poner en esta lista el emperador Eraclio, el cual hallando el Imperio muy arruinado por las armas de Cósdroe, rey de los persas, llegó á tal extremo, que pidió paz al sobredicho rey; el cual ensoberbecido con las victorias pasadas no quiso conceder. Entónces el buen Emperador, puesto en tan grande aprieto, y estando á peligro la vida junto con el Imperio, acogióse al puerto seguro de todos los remedios, que es Dios nuestro Señor, y procurando su favor con ayunos y devotas oraciones, y armado con estas armas, acometió al enemigo, y en tres batallas que en diversas veces le dió, siempre salió vencedor. Con lo cual quebrantado el bárbaro tomó por remedio huir allende el rio Tigre, nombrando por compañero de su reino al hijo menor. Por la cual injuria afrentado el mayor, mató al padre junto con el hijo menor, ordenándolo así Dios en venganza de millares de cristianos que este bárbaro habia muerto en la Tierra Sancta. Y este hijo mayor recibió de la mano de Eraclio el reino de los persas, y la paz que su padre no quiso dar, restituyendo al Imperio las provincias que su padre habia conquistado. Pues en esta historia se ve claro el buen succeso del Emperador católico, y el malo de aquel perseguidor de Cristo, y derramador de sangre cristiana. Porque no pudo ser mayor desdicha que perder la vida por mano de aquel á quien él la habia dado, cuando lo engendró; y justo era que el hijo se levantase contra su padre, pues el padre se levantó contra su Criador, que es el verdadero Padre.

Por lo cual todo se ve cuán verdadera sea aquella sentencia del Señor, que dice (*f*): Yo honraré á quien me honra, y los que me despreciaren serán abatidos, y despreciados. Pues concluyendo esta parte digo, que entre los otros testimonios de nuestra fe, se puede juntar este, que son las calamidades y desastres de los que la persiguieron; y las prosperidades y favores celestiales de los que la reverenciaron. Porque suele dar Dios muchas veces testimonio de la verdad, con las penas y castigo de los malos, y con las prosperidades y favores de los buenos.

CAPITULO XXIX.

De la décimaquinta excelencia de la religion cristiana, que es ser confirmada con muchos y muy grandes milagros.

Despues del testimonio de los sanctos doctores, y de los mártires, síguese otro mayor, que es el de los milagros. Para lo cual es de saber que la divina Providencia (*a*), que dispone todas las cosas suavemente, y las ordena en número, peso y medida (que es, con summa igualdad y sabiduría), no habia de obligar al hombre á creer cosas que están sobre toda razon y sobre todas las leyes de naturaleza, sin medios eficaces y proporcionados para creerlas; ca por medios sobrenaturales se han de probar las cosas que sobrepujan toda la facultad de naturaleza. Estos medios son milagros y profecías, de que aquí habemos agora de tratar. Porque milagros son obras de solo Dios, que puso leyes á las criaturas que él crió; las cuales nadie puede dispensar, sino solo el que las dió. Y esto es hacer milagros, como es mandar al fuego que no queme, como lo hizo con aquellos tres sanctos mozos, echados en el horno de Babilonia (*b*), y mandar al agua que no corra al lugar bajo, como lo hizo deteniendo las aguas del rio Jordan, para que pasase su pueblo á pié enjuto por él.

(*f*) 1. Reg. 2. (*a*) Sapient. 11.

Pues estos milagros son prueba tan suficiente de la fe, que ninguna demonstracion matemática iguala con ellos. Porque haciéndose un milagro en confirmacion de la doctrina que se predica, es visto ser Dios el testigo della; pues nadie puede hacer milagros sino solo él. Y el testimonio de Dios excede todos los otros testimonios y argumentos de verdad que puede haber. De aquí procedió la fe de muchos, y el conoscimiento del verdadero Dios, como parece por muchos ejemplos así del viejo como del nuevo Testamento. De Naaman, príncipe de la milicia del rey de Siria, leproso, leemos que sanándolo súbitamente Heliseo de su lepra, tambien lo sanó de otro mayor mal, que era la lepra de la infidelidad. Porque convencido con este tan evidente milagro, confesó que solo el Dios de Israel era verdadero Dios, y que á él solo adoraria de ahí adelante. Nabucodonosor, rey de Babilonia, despues que mandó echar los tres mozos en el horno, y vió que ningun daño recibieron dél, ni en sus cuerpos, ni en sus ropas, visto este tan gran milagro, no solo creyó que el Dios de Israel era el verdadero Dios, mas envió un edicto general por todo su imperio, mandando que quien quiera que dijese alguna blasfemia contra él, fuese por ello muerto y su casa destruida. Y él mismo cuando vió que Daniel le habia revelado el sueño de que él estaba olvidado, junto con la declaracion dél, reconoció la misma verdad, diciendo (*c*): Verdaderamente vuestro Dios es Dios de los dioses, y Señor de los reyes. Lo mismo acaesció á Darío, el cual succedió en esta monarquía á Nabucodonosor. Porque siendo compelido por hombres perversos y envidiosos á que echase á Daniel en el lago de los Leones, y visto que pasado parte del dia y de una noche, ninguna lesion habia recibido dellos, de tal manera reconoció la omnipotencia del verdadero Dios, que envió una provision real por todo su imperio que contenia estas palabras: Paz sea con vosotros, etc. Por mí está hecho un decreto que todos en mi reino tiemblen y teman al Dios de Daniel. Porque él es Dios vivo y eterno en todos los siglos; cuyo reino nunca será menoscabado, y cuyo poder es eterno. Y él es salvador y librador de los suyos, y el que hace maravillas en el cielo y en la tierra.

Estos ejemplos son del viejo Testamento; mas en el nuevo entre otros muchos tenemos aquellos que creyeron en el Salvador cuando le vieron resuscitar á Lázaro (*d*) de cuatro dias muerto. Así tambien creyó Nicodemus cuando confesó que Cristo era maestro venido del cielo, vistos los milagros que hacia (*e*). Así tambien creyó el Régulo cuando vió que á la misma hora que el Salvador dijo: Véte, que tu hijo vive, luego el hijo fué sano (*f*). Todo esto sirve para que veamos cómo los milagros son suficientes medios para probar la verdad de la fe y provocar los hombres á creerla, ó, si ya la creen, para confirmarse mas en ella: que es un grande bien, como adelante verémos. Por lo cual los sabios hacen gran caso de un verdadero milagro. Y así á uno dellos oí una vez

(*b*) Daniel. 3. (*c*) Daniel. 2. (*d*) Joan. 11. (*e*) Joan. 3. (*f*) Joan. 4.

decir, que por ver un milagro cierto iria de buena gana hasta Hierusalem. Pues espero en Dios que sin tanto trabajo le propondrémos aquí no uno, sino muchos, no ménos ciertos que los que se ven con los ojos.

Y dado caso que la verdad que se confirma con este testimonio sea sobre toda razon y entendimiento humano, no por eso ha de dejar de ser creida, por razon de la autoridad infalible del testigo que la afirma, que es Dios, obrador de aquel milagro. Lo cual vemos así cumplido en la adoracion de aquellos sanctos magos. Porque viniendo dende Oriente á adorar aquel nuevo Rey de los judíos (*g*), y no viendo en el aposento donde estaba aparato, ni compañía, ni servicio, ni cosa que tuviese muestra de rey, ántes hallando una tan extremada pobreza y bajeza como allí vieron, con todo eso prostrados por tierra adoraron con summa reverencia al Niño envuelto en pobres pañales, y le ofrescieron los presentes que traian. Pues ¿cómo unos hombres tan sabios vinieron á creer una cosa tan contraria á toda razon y prudencia humana? Claro está que porque tenian otro testimonio mayor, que era el de la estrella que los guiaba. Por lo cual entendieron que era Señor de las estrellas el que era servido y testificado por ellas.

Mas ántes que entre en la relacion de los milagros, advertiré al cristiano lector, que dado caso que los milagros, cuanto es de su parte, sean, como decimos, suficiente argumento para vencer nuestros entendimientos y obligarnos á creer, mas con todo esto es necesario especial concurso y favor de Dios para abrazar esa fe. Porque como ella sea don de Dios, segun dice el Apóstol (*h*), es menester que le toque nuestro entendimiento y lo captive y subjecte á que humilmente abrace las cosas de la fe. Y de aquí es que muchos, viendo los milagros del Salvador y de sus apóstoles, no por eso creyeron; porque cegados con su malicia no se dispusieron de tal manera que rescibiesen este particular tocamiento de Dios. Por tanto, quien leyere los milagros que aquí contarémos, léalos, no con curiosidad, sino con humildad y devocion, para que así merezca que nuestro Señor por este medio acresciente y perfeccione la fe que él ya tiene recebida, que es un inestimable tesoro.

Tambien conviene aquí advertir que hay dos maneras de fe: una infusa (de que ya tratamos), que es la que el Espíritu Sancto infunde en las ánimas, y otra humana, que es el crédito que damos á las personas ó razones humanas. Pues es de saber que en la fe infusa no hay el medio que se halla en las virtudes morales, como tampoco lo hay en la caridad. Porque, como en amar á Dios no hay modo ni medio, tampoco lo hay en creerlo; porque cuanto mas le amáremos y mas le creyéremos, tanto mas perfecta será nuestra caridad y nuestra fe. Mas en la fe humana hay medio, así como en todas las otras virtudes morales que están entre dos extremos: como se ve en la virtud de la liberalidad, que está en medio de la escaseza y prodigalidad. Pues así esta fe humana de que tratamos está en medio de otros dos extremos, que son credulidad y incredulidad, en medio de los cuales está la fe humana; el cual medio así en esta virtud como en las otras pone la prudencia, que es, como Sant Bernardo la llama (*i*), abadesa de las virtudes; porque ella las rige y les señala el medio en el cual consiste la virtud. Pues estos dos extremos, que son credulidad y incredulidad, ambos son viciosos. Porque vicio es y liviandad de corazon creer de lijero; y tambien es vicio no creer cuando la cosa, segun reglas de prudencia, es digna de ser creida. Entre los cuales vicios veo en la sancta Escriptura muy reprehendido el extremo de la incredulidad: tanto, que el Salvador (siendo un perfectísimo dechado de mansedumbre) se indignó tan agramente contra este vicio, que dijo (*k*): ¡Oh generacion mala y incrédula! ¿Hasta cuándo tengo de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de sufrir? Y por Sant Márcos (*l*) reprehende la incredulidad de aquellos que no dieron crédito á los testigos de su resurreccion. Y el Apóstol en la epístola á los hebreos (*m*) los avisa que miren mucho no haya en ellos alguna raiz de incredulidad, diciendo que por este pecado juró Dios que los que le fuéron incrédulos no entrarian en la tierra que les tenia prometida; y así todos ellos murieron en el desierto (*n*). En este extremo permitió nuestro Señor que cayese Santo Tomé, apóstol, para confirmacion de nuestra fe (*o*). Porque habiéndole dicho todos sus compañeros, como testigos de vista, que habian visto al Señor resuscitado, era muy conforme á toda razon que los creyera, mayormente habiendo él visto pocos dias ántes á Lázaro por el Señor resuscitado. La razon por que este vicio es tan reprehendido, me parece ser porque procede de mucha malicia y poca fe. Porque, parte de malicia es creer que todos los hombres mienten y fingen milagros; y de poca fe nasce no creer cosas que confirman nuestra fe. Porque así como de un hombre que tenemos por muy virtuoso creemos cualquiera cosa de virtud que dél se diga, así el cristiano que está muy certificado y fundado en la fe de nuestros misterios y de los milagros con que ella fué fundada, no extraña creer otros milagros semejantes á los que él tiene ya creidos. Pues por esta causa el que desea acertar debe en esto seguir el juicio de la prudencia, y ni creer de lijero y sin fundamento (que es un extremo vicioso), ni por huir deste extremo, caer en el otro de la incredulidad (que es mas peligroso), porque (como suelen decir) no caiga en Scila por huir de Caríbdis, y huyendo destos crea lo que tiene claros y ciertos fundamentos y razones para ser creido. Porque aunque en esto hubiese yerro, él no yerra en creer lo que con bastantes argumentos le fué propuesto. Lo dicho sirve para entender el crédito que habemos de dar á lo que aquí se dijere.

§. I.

Trátase en particular de algunos muy señalados milagros.

Agora vengamos al testimonio de los milagros con que está fundada nuestra fe: los cuales como sean mas que las estrellas del cielo (si miráremos los que están escriptos en las vidas de los sanctos), yo aquí no entiendo referir sino pocos; mas estos tan ciertos y averiguados, que ningun hombre, si fuere cuerdo y avisado, aunque sea infiel, pueda poner sospecha en ellos.

Y entre ellos pongo por el primero y mas notorio el eclipsi que acaesció cuando el Señor padesció en la Cruz, que duró por espacio de tres horas: como dan testimonio los sanctos evangelistas, y particularmente Sant Mateo (*p*); porque escribió su Evangelio en lengua hebrea pocos años despues de la pasion del Salvador, y él dice que este eclipsi fué universal en toda la tierra. Pues digo agora así: Este evangelista (*q*), y los demas

(*g*) Matth. 2. (*h*) Philip. 1. (*i*) Bern. ser. de Villico iniquit. et in parab. de Fide, Spe, et Charit.

(*k*) Matt. 17. (*l*) Marc. ult. (*m*) Hebr. 3. (*n*) Josué 5. (*o*) Joan. 20. (*p*) Matth. 27. (*q*) Marc. 15. Luc. 23.

que desto hacen mencion, escribieron sus Evangelios para que fuesen luz y fundamento de nuestra fe, y diesen al mundo noticia de las maravillas de Cristo nuestro Salvador. Pues siendo esto así, no habian de escribir cosa tan falsa, que todo el mundo claramente conociese que lo era; porque por el mismo caso desacreditaban su doctrina, y deshacian todo lo que pretendian hacer. Pues si este tan universal eclipsi no fuera verdadero, ¿cómo lo habian de escribir los evangelistas? Porque todo el mundo escarneciera dellos; y tantos testigos tuvieran contra sí, cuantos hombres habia en el mundo. Porque cada uno pudiera decir: Esta es la mas desvergonzada mentira que jamas se dijo; porque yo, y fulano, y fulano, y otros infinitos hombres éramos vivos en ese tiempo, y nunca tal eclipsi vimos; ni podiamos dejar de verlo, pues dice que duró por espacio de tres horas. Así que por esta razon no cabe en entendimiento humano decir que los evangelistas fingieron esto.

Con este tan claro argumento se junta que autores de gentiles hacen memoria deste tan nuevo y tan grande eclipsi, como luego dirémos. Por donde el B. mártir Luciano, siendo mandado por el juez que diese razon de la religion que profesaba, entre otros argumentos que alegó en favor della, fué este eclipsi. Sus palabras fuéron estas: Buscad en vuestras historias, y hallaréis que en el tiempo que Pilato gobernaba á Judea, padesciendo Cristo, se escureció el sol, y con escuras tinieblas se interrumpió el dia (r). Resta pues ser la historia verdadera y aprobada por todo el universo mundo. Pues este decimos ser uno de los mas famosos y esclarescidos milagros que ha habido en el mundo; porque en él concurrieron tres cosas, y todas ellas miraculosas: la primera, que este eclipsi fué á los catorce dias de la luna, conforme al tiempo en que la ley mandaba celebrar la pascua del Cordero (s), cuando la luna estaba en lugar contrario al sol: de modo que el sol estaba en Oriente, y la luna en Occidente; y así era imposible por via de naturaleza eclipsarse el sol. Porque (como todos saben) el eclipsi del sol se hace por succeder el curso destos dos planetas de tal modo, que la luna venga á ponerse debajo del sol, y así impide su claridad. Por lo cual Sant Dionisio, como gran filósofo que era, vista esta tan extraña maravilla, dijo: O el Dios de natura padesce, ó toda la máquina del mundo perece. El segundo milagro fué durar el eclipsi tan largo espacio como es el de sexta, cuando el Señor fué crucificado, hasta nona, cuando espiró en la cruz: el cual espacio comprehende tres horas. Porque los otros communes eclipses apénas duran la décima parte de una hora. Porque como la luna se mueva con tanta lijereza, fácilmente pasa adelante, y se despide del sol, y vuelve su claridad al mundo. El tercero milagro fué, ser este eclipsi universal en todo el mundo, lo cual no puede ser naturalmente; porque como el sol sea muchas veces mayor que la luna, no puede ella escurecerlo todo; y por eso en sola aquella parte del mundo se ve el eclipsi, donde la luna se pone debajo del sol, dejando la otra parte descubierta á otras regiones.

Pues por esto decimos que este fué uno de los admirables y gravísimos milagros que ha habido en el mundo, y mas poderoso, no solo para confirmar la verdad de nuestra fe (lo cual se vió luego en las gentes que presentes se hallaron á la Cruz (t), las cuales, vista esta maravilla junto con el tremor de la tierra, hiriendo sus pechos se convertian), sino tambien para mover los corazones á devocion y admiracion, visto un milagro tan proporcionado á la dignidad y majestad de la persona que padescia. Porque, ¿qué cosa mas justa y mas debida, que al tiempo que el Señor del cielo y de la tierra padescia, que estas dos tan principales criaturas hiciesen la demostracion y sentimiento que les era posible, y señaladamente el sol, y la luna, y todas las estrellas del cielo, que son las mas nobles criaturas deste mundo, las cuales escondieron su luz para no ver tan extraña crueldad y maldad como la que se ejecutaba en su Criador? Escondieron su luz, y cubriéronse de tinieblas, que fué como vestirse de luto por la muerte de su Señor. Escondieron su luz, que fué querer cubrir con sus tinieblas aquel sacratísimo cuerpo que estaba en la Cruz desnudo. Escondieron su luz negando al mundo el beneficio de su claridad, en el cual tan grande crueldad se ejercitaba. Finalmente, escondieron su luz para predicar en todo el mundo la gloria del Señor que padescia, y dar testimonio que era Señor de las estrellas del cielo, pues en este tiempo le servian. Una sola estrella testificó la gloria deste Señor cuando nasció; mas agora cuando muere todas las estrellas testifican su dignidad; porque mayor cosa fué morir Dios por los hombres, que nascer por los hombres.

Deste milagro del eclipsi, y del temblor de la tierra tenemos testimonio de los mismos gentiles; porque Flegon, autor griego natural del Asia (del cual Suídas hace especial mencion), dice una cosa maravillosa, que en el cuarto año de la olimpiada docientas y diez y ocho del imperio de Tiberio, cuando Cristo padesció, fué eclipsi del sol el mayor que jamas se vió, ni se habia oido ni escrito, y que habia durado desde la hora de sexta hasta la nona. Y que al mismo tiempo fué tan grande temblor de tierra en Asia y en Bitinia, que se habian destruido muy muchos y grandes edificios. Allende deste autor Flegon, que fué escriptor de aquellos tiempos, deste mismo temblor de tierra parece que siente y escribe Plinio, donde en su libro segundo dice, que el terremoto acaescido en tiempo de Tiberio emperador fué el mayor que se habia sabido jamas, y que en él se habian destruido y caido por el suelo doce ciudades de Asia, sin otra infinidad de edificios. De manera que estos autores gentiles, aunque no sabian la causa, no dejan de escribir estos milagros. El otro milagro del velo que se rompió en el Templo, tambien lo cuenta Josefo, judío.

§. II.

Del milagro especial de la venida del Espíritu Sancto, y don de las lenguas que se notificó al mundo.

Otro milagro semejante á este fué la venida del Espíritu Sancto el dia de Pentecostes en forma visible de aire y de fuego, y con grande sonido, y dando á los discípulos el don de todas las lenguas del mundo; porque recebido este don, comenzaron á predicar las maravillas de Dios en todas ellas. Desta maravilla dice Sant Lúcas (v), que fuéron testigos hombres de todas las naciones que hay debajo del cielo, que moraban en Hierusalem; porque cuando el rey de los asirios (x) (que era monarca del mundo) llevó captivos los diez tribus de Israel, poco á poco se repartieron por todas las naciones

(r) Euseb. Eccl. hist. lib. 8. cap. 2. (s) Eyod. 12. Levit. 23. Num. 28.

(t) Luc. 23. (v) Actor. 2. (x) 4. Reg. 17. et 18.

del mundo. Y así sabian las lenguas de las tierras en que habian nacido. Pues los que desta gente eran honradores de Dios, y no se habian contaminado con la compañía de los idólatras, se vinieron á morar á Hierusalem, donde estaba el sagrado templo, y donde solamente se podian ofrecer sacrificios y celebrar la pascua del Cordero. Pues todos estos, dice Sant Lúcas que vista esta maravilla quedaron atónitos y confusos, y así decian: ¿Por ventura no son galileos todos estos hombres que aquí hablan? Pues ¿cómo nosotros les habemos oido hablar en las lenguas de las tierras en que nacímos? Luego cuenta el Evangelista por sus nombres todas las naciones de los hombres que allí se hallaron. Pues para que esto se tenga por verdad, corre la misma razon que alegamos del eclipsi; porque á no lo ser, tenia el Evangelista contra sí por testigos hombres de todas las naciones del mundo, los cuales dijeran: Esta es una grandísima falsedad, porque yo, y fulano, y fulano nos hallamos presentes en Hierusalem al tiempo que eso dicen haber acaescido (que fué en el año diez y ocho del imperio de Tiberio César), y nunca tal pasó. Y con esto el Evangelista totalmente destruia el crédito de su Evangelio; lo cual (como dijimos) no cabe en entendimiento humano. Por donde con mucha razon ponemos este por uno de los esclarescidos milagros de nuestra religion, y muy conveniente para la dilatacion della. Porque si el Salvador pretendia que se predicase el Evangelio en todo el universo mundo, y así lo mandó á sus discípulos (como refieren los evangelistas) (y), convenientísima y necesaria cosa era, que les diese noticia de todas las lenguas del mundo, para que le pudiesen predicar en todo él. Por donde, así como la divina Providencia ordenó que hubiese entónces una paz universal en todo el mundo, y que todo él estuviese subjecto al imperio romano, y así de todo él se hiciese un solo pueblo, para que así pudiese correr libremente por todas las naciones el Evangelio (porque á estar divisos los reinos, como agora lo están, no fuera esto posible), así tambien era necesario que los predicadores deste Evangelio supiesen todas las lenguas, para que así lo predicasen en todas las naciones. Porque desta manera y por tales medios la divina Providencia dispone y encamina sus cosas; y por esto pacificó el mundo, para que la predicacion del Evangelio corriese por todo él, y proveyó de lenguas, para que en todas las naciones dél fuese predicado.

§. III.

Milagros de la Cruz del Salvador.

Despues deste milagro del eclipsi en la pasion de Cristo, y de la venida del Espíritu Sancto, no será razon pasar en silencio los milagros de la Cruz en que el Redemptor padesció. Porque como ella sea la bandera y estandarte real con que el Rey soberano triunfó del Príncipe deste mundo, y el báculo con que quebrantó la cabeza de la antigua serpiente (z) (como estaba profetizado dende el principio del mundo), no era razon que dejase el Redemptor de glorificar esta arma divina con que obró nuestra salud, mostrando cuán grande era la gloria que estaba debajo de aquella ignominia. Y primeramente es muy notorio el milagro que acaesció en la invencion de la Cruz, que estaba soterrada con las de los dos ladrones, y no pudiera ser conoscida sino por el milagro que se obró con ella, dando súbita salud á una noble mujer que estaba á punto de morir.

(y) Matth. 10. Marc. ult. (z) Genes. 3.

Tambien es muy notorio el milagro que acaesció en la exaltacion de esa misma Cruz, cuando la llevaba sobre sus hombros el emperador Eraclio, vestido de ropas imperiales; porque llegando á la puerta por donde el Salvador pasó con esa mesma Cruz, no pudo pasar adelante hasta que se desnudó las ropas imperiales, y se vistió de un humilde hábito.

Y no ménos es notorio el milagro de la Cruz que vió el emperador Constantino con todo su ejército, puesta en el cielo hácia la banda del mediodía, con estas letras escritas: Constantino, con esta señal vencerás. Y Eusebio escribe que oyó contar este milagro al mismo Emperador delante de muchos, afirmándolo con juramento. Y sin este testimonio basta la admirable conversion deste emperador, habiendo sido todos los emperadores romanos antecesores suyos, idólatras y crudelísimos perseguidores del nombre de Cristo; mas este lo adoró y reconoció por verdadero hijo de Dios, y edificó, y enriqueció sus templos, y reverenció sus sacerdotes, y con esta gloriosa señal adornaba sus banderas, y con ella venció tres emperadores tirannos en tres diversas batallas, y subjectó á su imperio muchas naciones bárbaras. Pues esta tan admirable conversion de un tan grande monarca que, dejados los ídolos de todos sus antepasados, adoró y recibió por verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra, á un hombre azotado y crucificado, y reputado por hijo de un carpintero, testifica la verdad deste milagro. Porque imposible fuera esta tan grande conversion sin esta tan grande confirmacion de la verdad de la fe.

Mas sobre todos estos milagros contaré otro clarísimo y tan verdadero, que ninguna calumnia lo pueda negar, el cual acaesció en tiempo de Constancio, emperador, hijo del grande Constantino sobredicho, el cual milagro escribe Cirilo, patriarca de Hierusalem, á este emperador por estas palabras.

Al religiosísimo emperador Constancio, Cirilo, obispo de Hierusalem, desea salud en el Señor. Esta primera carta te envío de la ciudad de Hierusalem, religiosísimo Emperador, la cual era razon que yo te enviase, y tú la recibieses, no llena de lisonjas, sino de señales del cielo, las cuales acaescieron en esta ciudad de Hierusalem en tiempo de tu imperio, no para que por ellas alcances nuevo conoscimiento de Dios, pues mucho há que lo tienes, sino para que mas te confirmes en él; y para que habiendo recibido de tu padre la heredad del imperio, y habiendo sido honrado de Dios con celestiales coronas, le dés dignas gracias; y para que con mayor confianza gobiernes tu imperio, y prevalezcas contra tus enemigos, viendo los milagros que Dios obró en tu tiempo, y conociendo por ellos que eres amado de Dios. Bien te debes de acordar, que en tiempo de tu religiosísimo padre se halló en Hierusalem la gloriosa señal de la Cruz; mas agora en este tiempo de tu imperio, quiso Dios por tu grande religion y piedad obrar un gran milagro aparesciendo en el cielo esa gloriosa señal con muy grande resplandor; porque estos sanctos dias de la fiesta de Pentecostes, á los seis dias de mayo, á la hora de tercia del dia apareció una cruz de notable grandeza, que toda era hecha de luz, la cual llegaba dende el sanctísimo lugar de Gólgota, donde el Señor fué crucificado, hasta el monte Olivete; y fué vista, no de uno, ni de dos hombres, sino de toda la muchedumbre de aquella ciudad;

y no aparesció de tal manera que luego desaparesciese, sino ántes duró por espacio de muchas horas á vista de todos, y esto con mayor resplandor que la lumbre del sol; porque á no ser así, la claridad del sol, que esconde la de la luna y de todas las estrellas, apagara esta luz de tal manera que no se pudiera ver. Y con esto todos los moradores de la ciudad, llenos por una parte de espanto, y por otra de alegría, corrieron á la iglesia, hombres y mujeres, viejos y doncellas encerradas, y así los naturales de la tierra como los peregrinos, y así los cristianos como los de diversas naciones y sectas que allí se hallaron; los cuales todos con una voz alababan, y reconocian á Cristo nuestro Redemptor por verdadero hijo de Dios y obrador de milagros, conociendo por experiencia que la verdad de la religion cristiana no se fundaba en palabras y argumentos de la sabiduría humana, sino en la demostracion y omnipotencia del Espíritu Sancto; y que no solamente era testificada por la predicacion de los hombres, sino tambien confirmada del cielo con divinos testimonios. Por tanto, nos, que moramos en esta ciudad, habiendo visto un tan gran milagro con nuestros ojos, dímos y damos gracias al Rey soberano, y á su unigénito Hijo á quien adoramos, y á quien presentamos nuestras oraciones en estos sanctos lugares por vuestro religioso imperio. Y paresciónos ser cosa justa no pasar en silencio esta vision celestial, sino dar cuenta á vuestra piedad de cosa tan reciente, para que con la memoria deste milagro esté mas firme la fe y confianza que en vuestra ánima está ya fundada para con Cristo Jesú nuestro Salvador; y asimismo para que reconociendo que teneis á Dios por ayudador, y esforzado con él, tengais por amparo la bandera real de la sancta Cruz. Hasta aquí son palabras de Cirilo. Pues ¿qué hombre habrá que pueda poner duda en este tan gran milagro? Porque ¿cómo podia un tan insigne patriarca escribir un milagro falso á un tan grande emperador, y no de cosa antigua, síno fresca y reciente? Porque á no ser esto cosa certísima, el Emperador quedaba ofendido, y el mismo Patriarca desacreditado y avergonzado, y (lo que mas es) tantos testigos tuviera que lo desmintieran, cuantos miradores y extranjeros estaban en aquella grande ciudad.

De los milagros de nuestro Salvador algunos fuéron tan públicos y tan notorios, que los pudiéramos poner en este lugar: como fué la resurreccion de Lázaro (*a*), y el dar de comer una vez á cuatro mil hombres con siete panes, y sobrar siete espuertas de pedazos; y otra á cinco mil con cinco panes, sin contarse mujeres y niños, y sobrar doce. Porque como estos milagros fuéron tan notorios, nunca los evangelistas osaran escribir cosa que, á no ser verdadera, tuviera tantos testigos contra sí que en aquel tiempo vivian, con lo cual totalmente desacreditaban y destruian su Evangelio y doctrina, como ya dijimos.

Finalmente, los milagros de nuestro Salvador fuéron tantos, y tan sabidos de todos, que los mismos judíos no los pueden negar. Porque así lo testifica Josefo, uno dellos, como adelante verémos, diciendo que Cristo hizo obras miraculosas; y así tambien lo testifican los maestros de los hebreos en un libro que compusieron de la generacion de Jesú Nazareno; en el cual dicen que resuscitó un muerto, y sanó un cojo, como refiere Nicolao de Lira, disputando contra ellos. Mas señalan una graciosa causa desta virtud; porque dicen que el arca del Testamento estuvo una vez sobre una piedra, y que debajo del arca estaba declarada la manera en que se habia de pronunciar el nombre de Dios de las cuatro letras. Y porque Cristo informado por esta escritura, lo sabía pronunciar, hacia estos milagros. Esta es manifiestamente una de las fábulas que ellos componen, cuando no pueden negar la verdad. Porque clara cosa es, que solo Dios es el que por sí, ó por sus sanctos hace los milagros; y esto no por saber pronunciar las letras del nombre de Dios, sino por la fe, merecimientos y oraciones de los sanctos. Otra causa escriben desto, que por ser muy prolija y llena de disparates, no la quise escribir aquí.

§. IV.

Milagros referidos por los sanctos doctores.

Despues destos milagros contaré otros que ningun hombre cuerdo, aunque sea infiel, pueda con razon negar. Porque entre infinitos cuentos de milagros de que están llenas todas las historias de las vidas de los sanctos (con los cuales está fundada nuestra religion), no pondré aquí mas que unos pocos, de muchos que doctísimos, y sanctísimos, y gravísimos padres cuentan haber visto con sus proprios ojos. Porque de tales personas (cuya sanctidad y autoridad conoscemos por sus escripturas, cuales fuéron Augustino, Hierónimo, Crisóstomo, Ambrosio, Cipriano, Bernardo y otros tales) ¿quién podrá creer que fingieron milagros falsos, siendo esto un linaje de blasfemia, y cosa tan ajena y tan indigna de su sanctidad y autoridad?

Mas ántes que entre en la historia destos milagros, será bien declarar el fructo dellos, para que con mas gusto y edificacion sean leidos. El primero de los cuales, y que mas hace á nuestro propósito, es confirmacion de la fe, la cual por virtud dellos fué recibida en el mundo, como adelante verémos. De modo que así como cuando queremos hincar un clavo en un madero, con cada martillada se hinca mas y mas: así cada milagro es como una martillada con que el Espíritu Sancto confirma y arraiga mas el hábito de la fe en las ánimas. Y cuanto son mas los milagros y mas evidentes, tanto este nobilísimo hábito se fortifica, hasta venir á hacerse una fe robustísima: la cual nos hace cuasi ver con los ojos, y palpar con las manos los misterios que ella predica, que es cosa de inestimable fructo, como adelante verémos.

Mas no es solo este el fructo de los milagros, como algunos piensan; porque con este se juntan otros. Ca muchas veces hace nuestro Señor milagros para acudir á algunas grandes necesidades de sus siervos, que solo él puede remediar, y para curar algunas enfermedades incurables dellos. En lo cual resplandesce singularmente la grandeza de su bondad y misericordia, y la providencia paternal que tiene dellos, acordándose dende el trono de su Majestad de sus necesidades, y proveyéndoles de remedio sobrenatural; con lo cual los inflama grandemente en su amor.

Otras veces hace milagros para honrar sus sanctos, queriendo que no solo las reliquias de sus huesos, sino tambien los pedazos de sus vestidos obren maravillas, y curen enfermedades incurables, para que por este indicio se entienda la grandeza del amor que él tiene á sus fieles siervos, y el deseo de honrar aquellos que le honraron, pues hace esta grande honra, no solo á ellos sino tambien á las cosas que tocaron en sus cuerpos. Desta manera el pañizuelo de narices de Sant Pablo sanaba

(*a*) Joan. 11. Matth. 14. Marc. 6. Luc. 9. Joan. 6. Matth. 15.

todo género de enfermedades; y el agua con que se habia lavado las manos Sant Eduardo, rey de Inglaterra, daba vista á los ciegos. Este es un muy señalado fructo de los milagros, porque nos da conoscimiento de cuán buen Señor tenemos, y cuán amigo y fiel para con los suyos, y mueve los corazones devotos á amar y servir á un Señor que así honra y trata aun en esta vida á sus siervos; por donde ven lo mucho que de tan poderoso y rico Señor pueden esperar en la otra. Pues estos tres fructos tan señalados cogerá el piadoso lector desta lectura de milagros.

Entre los cuales pondré en el primer lugar los del apóstol Sant Pablo, el cual trae por testigos aquellos á quien escribia de los milagros que entre ellos obró; y así escribiendo á los de Tesalónica (*b*), les dice, que se acuerden que no les persuadió la doctrina de su Evangelio con solas palabras, sino tambien con milagros, y con el favor y gracia del Espíritu Sancto, que en esta obra entrevino. Y aun da mas claro testimonio destos milagros, escribiendo á los de Corinto (*c*), probando con este argumento su apostolado por estas palabras (*d*): Si no soy apóstol para los otros, á lo ménos sóilo para vosotros; los cuales vistes las señales de mi apostolado con los trabajos que sufrí con mucha paciencia, y con los milagros, y señales, y prodigios que obré entre vosotros. Arguyo pues agora aquí de la manera que argumenté en los milagros referidos: si esto que el Apóstol dice no fuera así, él mismo se desacreditaba y deshonraba; porque dijeran luego los de Tesalónica y los de Corinto: Esto es una grande falsedad, porque ningun milagro heciste tú entre nosotros. Mas las cosas deste apóstol son tales y tan grandes, que todas ellas fuéron miraculosas. Miraculosa su conversion, miraculoso el fructo de su predicacion, miraculosa la alteza de su doctrina y la pureza de su vida, miraculosa la paciencia de sus trabajos, pues siete veces, en diversos lugares y tiempos fué azotado, y muchas veces preso y encarcelado, y otras tantas de judíos y de gentiles perseguido (*e*). Y sobre todo esto fué miraculosa su caridad, pues hace juramento solemne, que deseaba ser anatema de Cristo por aquellos que tantas veces lo habian azotado y perseguido. Finalmente, tales fuéron las cosas deste Apóstol, que solas ellas (aunque mas no hubiera) bastaban para confirmacion de nuestra fe: lo cual podrá ver quien quisiere leer un sermon nuestro en la fiesta de Sant Pedro y Sant Pablo.

Despues destos pondré un famosísimo milagro que cuenta Sant Crisóstomo en la segunda homilía de cinco que hizo contra la perfidia judaica (*f*). En el principio de la cual se maravilla de tan gran concurso de gente como habia acudido á aquel sermon que él tenia ya aplazado. Y entre otras cosas notables, refiere un señalado milagro que acaesció en su tiempo: del cual dice él que todos los que presentes estaban podrian ser testigos, por haber acaescido pocos años ántes. Y fué así, que el emperador Juliano Apóstata (que venció á todos los otros tirannos antecesores suyos en maldad) pretendió que los judíos sacrificasen á sus ídolos; y para esto díjoles que ¿por qué no sacrificaban á Dios, como ántes solian en el tiempo antiguo? Y deseaba él esto, paresciéndole que del uso de los sacrificios á Dios, los podria fácilmente inducir á sacrificar á los ídolos. A esto respondieron ellos que no les era lícito sacrificar fuera de Hierusalem, so pena de ser violadores de la religion, ofreciendo sacrificio en tierra ajena. Por tanto, si quieres, dijeron ellos que sacrifiquemos á nuestro Dios, es necesario reedificar el templo en Hierusalem, y levantar allí altar; y así sacrificarémos, como lo haciamos antiguamente. Agradó tanto esto á aquel apóstata, que les ayudó con dineros para la obra, y juntamente mandó buscar muy primos oficiales para ella. Acudieron á esto de muchas partes los judíos, pareciéndoles que con este favor del Emperador se les abria camino para restaurar su república y su templo: así como habia acaescido en tiempo del rey Ciro, y despues del captiverio de Babilonia (*g*). Y comenzando la obra, y abiertas las zanjas muy hondas, como convenia para tal edificio, y estando ya para comenzar á levantar las paredes, salió fuego de los mismos fundamentos, y echó de allí los oficiales, y interrumpió la obra comenzada. Lo cual sabido por el Emperador, desistió de lo comenzado (puesto que entendia en esto con grande instancia), recelando que por ventura aquel fuego vendria á dar sobre su cabeza. Y si agora (dice el sancto Doctor) fuéredes á Hierusalem, veréis los fundamentos abiertos en testimonio desta verdad, de la cual todos somos testigos; porque en nuestra edad acaesció esto pocos años há. Y es de notar (dice él) que esta maravilla no acaesció en tiempo de los emperadores cristianos, cuando alguno pudiera imaginar que ellos habian hecho esto; sino en tiempo que nuestras cosas estaban muy caidas, y todos perdida la libertad y en peligro de perder la vida, floresciendo entónces la idolatría, y andando los cristianos unos huidos por los montes, y otros escondidos en sus casas, sin osar parecer en público. Lo susodicho es de Crisóstomo. Pues ¿quién habrá que pueda sospechar que un doctor de tanta autoridad y santidad, en presencia de un tan grande auditorio, y de tantos testigos, habia de decir una cosa que, á no ser verdadera, todos cuantos presentes estaban dieran voces, y no faltara mas que apedrearlo?

Este mismo milagro escribe Rufino mas á la larga (*h*), el cual añade á lo dicho, que abiertas la zanjas, una noche ántes del dia que habian de comenzar á levantar los cimientos, vino un tan gran terremoto, que no solamente derramó las piedras y pertrechos que estaban junto á la obra, y en partes diversas, mas derribó muchas casas y edificios de la ciudad, y los portales del templo (donde los judíos que entendian en la obra posaban) cayeron por el suelo, y tomaron debajo á cuantos allí hallaron. Venida la mañana, paresció á los que escaparon que ya estaban libres del torbellino, y concurrieron todos para sacar debajo de la tierra los muertos. Habia tambien allí una casilla soterraña cerca de los portales caidos, donde los oficiales guardaban las herramientas y otras cosas necesarias para la obra; y de allí salió súbitamente un fuego terrible, y corrió por medio de la plaza, y á una parte y á otra heria y abrasaba todos los que halló cercanos. Y de la misma manera salió muchas veces y á menudo en el mismo dia, castigando con sus llamas al pueblo incrédulo. Del cual espanto y terror los que quedaron vivos, confesaban que á solo Jesucristo se habia de sacrificar. Y para que se conociese que él era la causa deste milagro, y no pareciese que acaso habia venido, apareció en la noche siguiente la señal de la Cruz en los vestidos

(*b*) Thess. 1. (*c*) 1. Cor. 9. (*d*) 2. Cor. 12. (*e*) 2. Cor. 11.
(*f*) Prop. fin. tom. 5. Item Homil. 4. in c. 1. Matth. infrà init. tom. 2.

(*g*) 1. Esdr. 1. (*h*) Eccl. hist. lib. 10. c. 11.

dellos, tan descubierta y tan firme, que aunque algunos por su incredulidad la querian disimular ó quitar, por ninguna arte podian. Desta manera espantados, no solamente desistieron de lo que intentaban, mas los que moraban en Hierusalem desampararon sus moradas. Lo cual oyó Juliano, mas con corazon endurescido, como otro Faraon, perseveró en su blasfemia. Todo esto escribe Rufino en el primero de dos libros que acrescentó á la Historia Eclesiástica de Eusebio, el cual escribió esta historia tan notoria á todo el mundo, pocos años despues que ella acaesció. Por donde era imposible fingir nada; porque á ser esto fingido, tuviera contra sí por testigos á muchos de los que estaban entónces vivos, cuando esta maravilla acontesció. Véase pues cuán grande argumento y testimonio sea este de nuestra fe y del cumplimiento de la profecía de Daniel (*i*), el cual dice que Hierusalem, despues de la muerte de Cristo, habia de ser asolada y destruida, y que esta destruccion habia de durar hasta la fin.

El mismo Sant Crisóstomo (*k*) cuenta otros dos públicos milagros que en este mismo tiempo acaescieron. El uno fué que un tio deste perverso emperador, que tambien se llamaba Juliano, murió comido de gusanos. Y un oficial principal de la casa del Emperador que tenia á cargo sus tesoros, súbitamente reventó y murió; y la causa desto escribe la Historia Eclesiástica. Y fué así, que entrando estos dos en una iglesia de cristianos, la cual tenia mucha plata y muy ricos ornamentos, mandáronlos poner delante de sí. Entónces el perverso tio de Juliano asentóse deshonestamente sobre los sagrados ornamentos por escarnio dellos; y el otro oficial del Emperador, señalando la plata de la iglesia, dijo con el mismo escarnio: Mirad con qué vajilla servian al Hijo de María. Mas no quedaron estos hombres blasfemos sin debido castigo; porque luego este vació por la boca cuanta sangre tenia, y así murió; y el otro cayó en una tan incurable y terrible enfermedad que sus carnes se le comian de gusanos. Y como los médicos no pudiesen curar á quien la diestra del muy Alto castigaba, la mujer dél, que era cristiana, le dijo: Mira, Señor, que esta enfermedad viene de arriba, porque has injuriado á Cristo; y por tanto á este que te ha herido has de pedir el remedio. Desta manera pues este enemigo de Cristo acabó miserablemente la vida, pasando de las penas temporales á las eternas. Estos dos milagros predicó este sancto doctor en presencia del pueblo que le oia, como cosa que era reciente y notoria á todos: donde no pudiera decir cosa falsa que no fuera de todos contradicha si no fuera verdadera.

Vengamos á Sant Hierónimo, el cual refiere un famosísimo milagro á todo el mundo notorio: el cual era que en el monte Olivete (de donde nuestro Salvador subió al cielo el dia glorioso de su ascension) quiso él que quedase allí señalada la forma de sus sacratísimos piés. Y con llevar cada dia los fieles de allí tierra por preciosas reliquias, siempre aquellas gloriosas señales conservaban la misma figura. Y añade mas, que en aquel lugar edificaron los fieles un templo de bóveda; mas aquella parte de lo alto del templo por donde el sacratísimo cuerpo subió al cielo nunca se pudo abovedar; y así siempre quedó descubierta. Este tan notable milagro se refiere en las Escolias de la vida de Sancta Paula, alegando á Sant Hierónimo por escritor dél.

Y el mismo Sant Hierónimo en una epístola que escribe á una señora noble (*l*), por nombre Leta, refiere otro extraño milagro en esta forma: Himecio, noble caballero romano, tio de la vírgen Eustoquia, pesándole mucho que esta vírgen sobrina suya no quisiese casar, y queriendo vencer así el sancto propósito della, como el deseo de su madre Sancta Paula, mandó á su mujer, por nombre Pretexta, que tocase y vistiese galanamente la doncella y le curase los cabellos. Comenzando pues la mujer á hacer esto por mandado del marido, aparecióle en sueños un ángel con un rostro espantoso y terrible, y díjole: ¿Cómo tuviste en mas el mandamiento de tu marido que el de Cristo? ¿Cómo tuviste atrevimiento para tocar con esas manos sacrílegas los cabellos de la vírgen de Dios? Las cuales presto se secarán por este pecado; porque con este castigo entiendas lo que heciste, y de aquí á cinco meses serás llevada al infierno, y si perseverares en esa maldad perderás el marido juntamente con los hijos. Todo esto dice este sancto doctor que así se cumplió por su órden como fué dicho: añadiendo que desta manera toma Dios venganza de los profanadores de su templo; y desta manera defiende estas perlas preciosas que son las vírgines consagradas á él. Todo esto refiere este sancto doctor. Pues ¿quién será tan perverso que pueda sospechar haber él fingido algo desto? Mayormente siendo estas muertes y acaescimiento notorio á muchos, por ser las personas notables en el tiempo que Sant Hierónimo esto escribia.

§. V.

Prosigue la misma materia.

Despues de Sant Hierónimo vengamos al glorioso doctor y lumbre de la Iglesia Augustino, el cual entre otros muchos testimonios de nuestra fe trae tambien el de los milagros. Y dejados aparte los antiguos, cuenta él muchos que se hicieron en su tiempo por medio de las reliquias del glorioso príncipe de los mártires Sant Estéban; á muchos de los cuales se halló este sancto doctor presente, como lo podrá ver quien quisiere en el libro veinte y dos de la Ciudad de Dios (*m*). Pero allende destos contaré un muy principal que él escribe muy á la larga (*n*). Dice pues que llegando por mar á la ciudad de Cartago con su amigo Alipio, vino á hospedarse en casa de un hombre principal y muy religioso, así él como toda su familia. Y nosotros, dice él, en aquel tiempo no eramos aun clérigos, mas habiamos ya comenzado á servir á Dios. Este nuestro huésped tenia una pierna muy llagada, en la cual tenia unos agujeros, de los cuales habia sido curado con cauterios de fuego; con la cual cura habia padescido gravísimos dolores. Mas por negligencia de los médicos que lo curaban quedó un agujero pequeño por cauterizar, y paresció despues á los zurujanos que sin cauterio no se podia curar. Sobre esta cura se pasaron grandes altercaciones entre los médicos, que yo dejo agora por brevedad. Pero la llaga comenzó á labrar y descubrirse tanto, que todos finalmente concluyeron que era necesario cauterizar otra vez la pierna; y asentóse por todos ellos que el dia siguiente se hiciese la cura. Asentado esto, fué tan grande la tristeza del doliente y el llanto de toda su familia, como si el señor fuera muerto, sin ser parte nosotros para consolarlos. Visitábanlo cada dia el sancto obispo Saturnino y el sacerdote Gelo-

(*i*) Dan. 9. (*k*) Chrysost. hom. 4. super Matth. in princ. ope. perf.

(*l*) Idem ad Lætam. ante med. tom. 1. Epist. (*m*) Cap. 8. (*n*) Ibidem.



so y los diáconos de la iglesia de Cartago; entre los cuales estaba el obispo Aurelio, que yo aquí nombro con debida reverencia; y ambos juntos platicamos muchas veces sobre las obras maravillosas de Dios, y sé que él se acordará muy bien desta. Pues como él visitase la víspera deste dia al doliente como solia, rogóle el doliente que el dia siguiente se hallase presente, no ya al dolor, sino á su muerte, porque él tenia para sí que habia de espirar entre las manos de los zurujanos. Este prelado con los demas lo consolaron y exhortaron á que pusiese en Dios toda su confianza y se conformase varonilmente con su voluntad. Luego nos pusimos todos en oracion, hincadas las rodillas, y él se arrojó en la cama y comenzó á orar. Mas no podré explicar con palabras de qué manera, con qué afecto, con qué sentimiento, con qué rio de lágrimas, con qué gemidos y sollozos hacia su oracion: tanto que se estremecian todos sus miembros, de manera que el anhélito se le impedia. Si los otros oraban ó no, ó si se divertia su intencion viendo lo que el doliente padescia, no lo sé. De mí sé decir que totalmente no podia orar, sino solo esto dije brevemente en mi corazon: Señor, ¿qué oraciones de tus siervos oyes, si estas no oyes? Porque no me parescia faltar aquí otra cosa sino que el doliente espirase haciendo oracion. Levantámonos pues todos, y recebida la bendicion del Obispo fuímonos, rogando él á aquellos padres que otro dia por la mañana se hallasen presentes á aquel trabajo. Amanescido el dia que se temia, vinieron los siervos de Dios como lo habian prometido; entraron los médicos y aparejaron todo lo que se requeria para aquella cura, y sacaron aquellos hierros temerosos, estando todos atónitos y suspensos, esperando aquella dolorosa cura. Entónces los principales médicos consolaban y esforzaban al doliente que desfallecia, y mandándole tender en la cama, pusieron en órden los miembros que habian de cauterizar, y quitaron las vendas con que estaban fajadas las llagas; y descubierto el lugar dellas, comenzó el médico armado con el hierro á mirar con atencion el lugar de la llaga, escudriñó con los ojos, atentó con los dedos por todas las vias que pudo, y por maravillosa virtud de Dios halló la pierna sanísima y sin ninguna llaga. Mas el gozo, las voces de alabanza y el hacimiento de gracias que se dieron á aquel todopoderoso y misericordioso Señor, acompañadas con muchas lágrimas alegres de los que presentes estaban, no me atreveré á declarar con palabras. Por lo cual será mejor encomendar esto á la discrecion del lector que á mi escritura.

A este tan insigne milagro añade el mismo Sant Augustin otros dos en el libro nono de sus Confesiones (*o*), hablando con Dios por estas palabras: No estoy olvidado, ni callaré la aspereza del azote con que me castigaste, ni la presteza maravillosa de tu misericordia con que me curaste. Atormentábasme en aquel tiempo, esto es, ántes del baptismo, con un gran dolor de dientes, el cual era tan agudo que no me dejaba hablar. Entónces vínome al pensamiento amonestar á los que presentes estaban, que rogasen por mí á tí, Dios de toda mi salud, y diles esto por escripto para que lo leyesen. Y succedió que así como todos con humilde corazon hincamos las rodillas, huyó luego aquel dolor. Mas ¿qué dolor? ¿O de qué manera huyó? Confiésote, Señor mio, y Dios mio, que quedé espantado; porque nunca dende que nací hasta aquella hora tal cosa experimenté; y por aquí se declararon en lo profundo de mi corazon tus señales y maravillas, y alegrándome en la fe, alabé tu nombre. Mas ni esta fe me dejaba estar seguro del perdon de mis pecados pasados, los cuales aun no estaban perdonados por virtud del baptismo, que hasta entónces no habia recebido.

Otro muy mas ilustre y mas público milagro cuenta el mismo sancto en el mismo libro nono, por estas palabras (*p*): En este tiempo revelaste, Señor, á tu siervo Ambrosio el lugar donde estaban escondidos los cuerpos de tus mártires Protasio y Gervasio; los cuales tenias escondidos en el tesoro de tus secretos, y guardados por tantos años libres de toda corrupcion para sacarlos de allí á muy buen tiempo: que fué para enfrenar la rabia y persecucion de Justina, arriana, madre del emperador Valentiniano. Porque como abierta la sepultura, y sacados los sanctos cuerpos, fuesen llevados con solemne procesion á la iglesia llamada Ambrosiana, no solo eran curados los que eran atormentados de los espíritus malos, confesándolo así los mismos demonios; mas tambien un vecino de aquella ciudad, y muy conoscido en ella, que de muchos años estaba ciego, oyendo el ruido y alegría del pueblo, y preguntando él por la causa de aquella fiesta, entendiese lo que era, saltó de placer, y rogó al que lo guiaba que lo llevase á la tumba donde los sanctos iban; y llegando á ella pidió que con un sudario tocasen aquellas preciosas reliquias. Y hecho esto, púsolo sobre los ojos, los cuales á la hora en presencia de todos fuéron abiertos. Luego corrió la fama desta maravilla, y luego, Señor, se siguieron tus alabanzas, y luego se sosegó el furor de aquella enemiga; porque aunque no recibió la sanidad de la fe, cesó por entónces el furor de su persecucion. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin, en cuyo tiempo se obró este milagro tan manifiesto. Y está claro aun á los muy incrédulos, que no habia de fingir un tan gran doctor, tan gran perlado, y tan grande sancto este milagro, mayormente habiendo sido notorio en aquel tiempo.

Y con este susodicho milagro se presuponen y refieren otros dos no ménos ilustres y verdaderos que los pasados. El uno hallarse aquellos sanctos cuerpos enteros despues de mas de doscientos años (porque ellos padescieron en tiempo del emperador Neron), y el otro fué la revelacion hecha á Sant Ambrosio del lugar donde estos sagrados cuerpos estaban. En lo cual vemos la grandeza de la bondad, y caridad, y regalo de nuestro Señor para con sus sanctos, pues tanto cuidado tuvo destos sagrados cuerpos, para que no solamente fuesen sepultados, sino tambien honrosamente en lugar decente sepultados. Pues segun esto, ¿qué tratamiento y honra hará á las ánimas, quien tanta cuenta tuvo con los cuerpos que son de tierra?

Despues deste tan señalado milagro cuenta este sancto doctor otros diez y nueve ó veinte milagros, que se hicieron por virtud de las reliquias del glorioso mártir Sant Estéban, como dijimos; de los cuales me pareció referir solo uno por ser de cosa espiritual.

El caso fué que en la ciudad de Calame habia un hombre muy principal, por nombre Marcial, hombre ya de dias, y muy contrario á nuestra religion. Tenia él una hija y un yerno, ambos muy católicos y virtuosos; los cuales viendo la ceguedad del viejo, y doliéndose entrañablemente de su perdicion, le rogaron mucho quisiese

(*o*) Cap. 4.

(*p*) Cap. 7.

ser cristiano; lo cual no solo no concedió, mas tambien los echó de sí con grande indignacion. Entónces el yerno, lastimado de tan grande ceguedad, socorrióse á las reliquias deste sancto mártir, y con muchas lágrimas y gemidos entrañables le pidió lumbre para aquella ánima tan ciega, y trajo consigo unas pocas de flores que estaban sobre su altar, y púsolas de noche debajo de las almohadas del suegro. Durmió él aquella noche, y en despertando por la mañana, mandó que le llamasen al Obispo, el cual á la sazon estaba conmigo en Hipona. Y visto que estaba ausente, mandó llamar los sacerdotes, diciendo que él queria ser cristiano. Y maravillándose, y alegrándose todos desto, fué luego baptizado; y toda la vida traia estas palabras en la boca: Señor Jesú, recibe mi espíritu; y con ellas mismas acabó de ahí á poco la vida, no sabiendo él que estas fuéron las postreras palabras con que este sancto mártir espiró.

Despues de referidos estos y otros milagros, aflígese este sancto doctor, por cuanto otros milagros que él sabía dejaba aquí de contar. Y así dice: ¿Qué haré, que me es forzado dar fin á estos libros, y dame pena el callar otros muchos milagros? Y la misma pena recibirán los que saben lo que yo callo. Mas es cierto que si hubiese de escribir los milagros que en la ciudad de Calame se han hecho por virtud deste sancto mártir, era menester hinchir muchos libros; porque son innumerables los que allí se hacen. Y de sola Hipona se dieron, cuando yo esto escribia, setenta milagros por escrito, y muchos no se escribiéron. Y en Uzali, que es una ciudad vecina á Utica, donde estuvieron primero que entre nosotros las reliquias deste sancto, se hacen los mismos.

Agora ruego yo al cristiano lector que pare aquí un poco, y considere la inmensa bondad, y suavidad, y caridad de Dios para con sus sanctos; pues no contento con la gloria que les tiene otorgada en la otra vida, tantas maneras de honras les hace en esta. Solo Dios por su propria autoridad puede hacer milagros. Y habiendo pasado cuasi trecientos años que este sancto habia sido martirizado por su amor, parece que no se hartaba él de hacer milagros por él, do quiera que sus reliquias estaban; y que hasta las flores puestas en su altar bastasen para dar salud á una ánima perdida, como vimos sacándola de los infiernos, y poniéndola con la gracia del sancto baptismo en estado de salvacion. Pues ¿quién habrá que no ame tal bondad? ¿Quién no deseará servir á quien así honra á quien le sirve? ¿Quién no tendrá por bien empleada la muerte en servicio de aquel Señor que así honra á los que le honran? ¿Qué gloria dará en la otra vida á las ánimas de sus siervos quien tanta cuenta tiene con los polvos de sus cuerpos? Finalmente, ¿qué no esperarán los fieles siervos de un Señor tan fiel, tan bueno, tan liberal, tan agradescido, tan amigo de los suyos, y tan honrador dellos? Pues por esto dije al principio, que no solamente servian los milagros para confirmacion de la fe, sino tambien para mostrar á Dios por aquí la grandeza del amor que tiene á sus sanctos, y el deseo de honrarlos, pues tantas maravillas obra por las cenizas y reliquias de sus cuerpos.

Sant Ambrosio tambien refiere otro muy notorio milagro (*q*), hecho en la translacion de los cuerpos de los gloriosos mártires Gervasio y Protasio, que padescieron en tiempo del cruel Neron, en la ciudad de Milan. Y porque ellos estaban sepultados en un lugar despreciado, aquel Señor, que tanta cuenta tiene con la gloria de sus sanctos y de sus reliquias, reveló á Sant Ambrosio, obispo de Milan, el lugar de su sepultura, para que de ahí los pasase á otro lugar conveniente á la dignidad de tales mártires. Habida esta revelacion, fué el sancto pastor con otros obispos y toda la clerecía, y cavando en el lugar señalado, hallaron los cuerpos de los sanctos con un libro á la cabecera, que relataba su martirio. Sacándolos pues de allí, y llevándolos á la iglesia con una solemnísima procesion de toda la ciudad, llegó un ciego, y tocando sus reliquias, súbitamente recibió vista en presencia de todo el pueblo. Sobre este milagro hizo Sant Ambrosio un sermon, confundiendo con él á los arrianos, y probando y encareciendo esta maravilla contra ellos. A este milagro se halló tambien presente Sant Augustin, y da testimonio dél en el libro veinte y dos de la Ciudad de Dios (*r*), diciendo que fué muy notorio, por ser grande la ciudad de Milan, y estar á la sazon el Emperador con su corte en ella. Tambien hace mencion del mismo milagro en el libro de sus Confesiones (*s*), diciendo que Justina, madre del Emperador, arriana, y por esto perseguidora de los católicos, movida por este milagro, cesó de la persecucion, aunque no de su herejía.

§. VI.

Prosigue los mismos milagros.

Ni nos falta aquí el testimonio del gloriosísimo papa Sant Gregorio, el cual escribió cuatro libros de vidas de sanctos italianos en estilo de diálogo, en los cuales refiere muchos milagros que él supo por relacion de personas dignísimas de fe, cuales habian de ser aquellas á quien este prudentísimo y sanctísimo pontífice habia de dar crédito, que bastase para él componer libros dellas. Mas entre esta muchedumbre de milagros contaré uno solo que toca á su persona (*t*). Dice él, que tenia una enfermedad, en la cual padescia tales desfallecimientos y flaquezas, que era necesario acudirle de presto con alguna cosa de comer. Llegóse la víspera de Pascua, y el sancto varon dice que sintió mas él no poder ayunar aquella sagrada vigilia, que la misma enfermedad. Por lo cual rogó á un sancto varon (cuya vida y milagros él habia escripto en sus Diálogos), le alcanzase de nuestro Señor que pudiese ayunar ese dia. Hízolo el sancto así, y llegado el dia hallóse tan esforzado, que ese dia y otro pudiera estar sin comer bocado. Y dice él que con esta súbita y miraculosa salud que recibió en sí, se confirmó mas en la fe de los milagros que deste sancto varon habia escripto.

Tambien Teodoreto, autor grave y antiguo, escribió otra historia de sanctos monjes que él alcanzó en su tiempo, en que refiere sus grandes virtudes y milagros. Y entre ellos escribe aquella admirable vida de Sant Simeon, que hacia vida morando sobre una columna, del cual este doctor fué muy familiar amigo; y gloríase de haber sido testigo de vista de sus milagros y profecías; y particularmente cuenta un milagro que él vió con sus ojos. Fué presentado á este sancto un soldado paralítico, por mano de su capitan, para que le diese salud, como la daba á otros innumerables enfermos. Preguntóle entónces el sancto varon dende lo alto de la columna: ¿Tú crees en la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Sancto

(*q*) Epist. lib. 7. epist. 54.

(*r*) Cap 8. (*s*) Cap. 7. (*t*) Libr. 3. Dialog. cap. 33.

to? Respondió él que sí. Dijo entónces el sancto: Pues en nombre de Jesucristo levántate, y toma á cuestas tu capitan, y véte con él. Dicho esto, levantóse el tullido, y tomó en brazos á su capitan (que era un hombre de muchas carnes), y fuése con él. En lo cual el sancto imitó las palabras que el Salvador dijo al paralítico de la Piscina (v): Levántate, y toma tu lecho y véte.

Por lo escripto hasta aquí se ve cómo mi intento ha sido escribir en este libro milagros tan ciertos, que ningun hombre cuerdo los pueda negar; pues todos ellos tienen por testigos de vista doctores sanctísimos y sapientísimos. Y tal es el que agora añadiré de Sant Juan Clímaco: el cual despues de haber vivido diez y nueve años debajo de la obediencia de un sancto varon, muerto este, vivió en soledad cuarenta años con grande sanctidad y fervor de espíritu. Este pues, tratando en el capítulo IV *de la Obediencia* (x), de algunas virtudes señaladas que vió en un santo monasterio de aquel tiempo, entre otras cosas cuenta el milagro que aquí referiré por estas palabras: No quiso el Señor que me partiese de aquel monasterio sin provision de las oraciones de un sancto y admirable varon, llamado Mena, que tenia el segundo lugar despues del Abad en el regimiento del monasterio, que fallesció siete dias ántes que yo me partiese, despues de haber vivido cincuenta años en el monasterio, y haber servido en todos los oficios dél. Celebrando pues nosotros tres dias despues de su fallescimiento el acostumbrado oficio de los defunctos por el ánima de tan gran padre, súbitamente el lugar donde estaba su sancto cuerpo fué lleno de un olor de maravillosa suavidad. Permitió pues aquel gran padre que se descubriese el lugar donde el sagrado cuerpo yacia; y esto hecho, vimos todos que de sus preciosísimas plantas (como de dos fuentes) manaba un ungüento suavísimo. Entónces el padre del monasterio volviéndose á todos, dijo: ¿Veis, hermanos, cómo los sudores de sus cansancios y trabajos fuéron recebidos de Dios como un ungüento preciosísimo? Deste beatísimo padre Mena nos contaban los padres de aquel lugar muchas y grandes virtudes. Entre las cuales contaban esta: que queriendo el padre del monasterio probar su paciencia, viniendo él una vez de fuera, y prostrado ante el Abad, pidiéndole la bendicion (segun era de costumbre), él lo dejó estar así prostrado en tierra dende el principio de la noche hasta la hora de los maitines. Y á aquella hora acudió á darle la bendicion, y levantarle del suelo, reprehendiéndole como á hombre impacientísimo, y que todas las cosas hacia por vanidad y ostentacion. Sabía muy bien el sancto padre cuán fuertemente él habia de sufrir esto: por lo cual quiso dar este público ejemplo para edificacion de todos. Y un discípulo deste sancto Mena, que sabía muy por entero los secretos de su maestro (de que algunas veces nos daba parte), preguntándole yo curiosamente si por ventura vencido del sueño se habia dormido estando así prostrado, afirmónos que estando así habia rezado todo el Psalterio de David. Hasta aquí son palabras de Sanct Juan Clímaco.

Mas antiguo que no este fué Sant Gregorio Nacianceno, el cual por su gran sabiduría mereció sobrenombre de teólogo, y fué arzobispo de Constantinopla (aunque mayor gloria ganó en dejar esta dignidad, que en alcanzarla), y Sant Hierónimo se gloría de haberle tenido por maestro. Este tan señalado varon, cuanto sus escripturas y vida sanctísima declaran, en un sermon que hizo en la muerte de una hermana suya, por nombre Gorgonia, mujer sanctísima, dice que ya puede publicar un milagro que hasta aquel tiempo tenia encubierto. Y fué, que padesciendo esta su hermana una terrible enfermedad á que los físicos no podian dar remedio, ella se levantó como mejor pudo de noche, y entrando en su oratorio, se puso de rodillas ante el altar donde tenia el Sanctísimo Sacramento, y llena de fe y confianza, dijo al Señor que presente en aquella sagrada hostia tenia: Señor, no me tengo de levantar de aquí, hasta que me déis salud. De ahí se levantó luego sana, maravillándose despues los médicos de tan súbita salud, sin saber la causa della. Con tal fe como esta quiere aquel clementísimo Señor ser rogado; y á tal fe, como él mismo dice (y), no hay cosa imposible.

Este milagro susodicho tuvo en secreto este sancto doctor durante la vida de su hermana, como dijimos. Mas otro cuenta él en el mismo sermon, el cual dice que fué público, no solo en aquella ciudad donde ella moraba, mas tambien fuera della. Y el caso fué, que yendo ella en un carro, las mulas que lo llevaban se espantaron, y corriendo á toda furia, arrastraron el cuerpo desta señora de tal manera que se le desencajaron y maltrataron fea y miserablemente los miembros, así los exteriores, como los interiores de su cuerpo. Mas la sancta mujer era tan amiga de su honestidad, que no consintió que físico ni zurujano viese sus carnes, sino volviéndose llena de fe y amor al Señor que amaba entrañablemente, pidióle que él quisiese ser su médico, y la sanase; y acabada esta oracion, á la hora fué sana. Donde vemos (dice este sancto doctor) que hizo nuestro Señor aquí mas de lo que prometió por su Profeta, cuando dijo (z), que si el justo cayese, no se quebrantaria, porque él pondria su mano debajo. Mas aquí pasó adelante, dando súbita salud al cuerpo con la caida quebrantado. ¡Oh admirable calamidad, dice este sancto, tan digna de ser alabada! ¡Oh dolor y enfermedad mas excelente que la misma salud! ¡Oh cuán de verdad cumple aquí el Señor aquella promesa que dice (a): El Señor herirá, y él tambien sanará. Y esta maravilla fué, como dijimos, muy notoria, porque la fama deste milagro corrió por otras tierras apartadas desta, y así anda en los oídos y lenguas de todos. Estas palabras son deste sancto doctor; el cual, demas de su sanctidad y doctrina (la cual fué tal, que Sant Hierónimo se gloría de haber sido discípulo suyo), no pudiera decir en un público sermon cosa que, á no ser verdadera, tuviera contra sí todo el auditorio, y toda la tierra que lo desmintiera. En lo cual se verá que no refiero yo aquí milagro que no sea digno de ser creido de cualquier hombre prudente y sabio.

Mas antiguo que todos estos doctores susodichos fué Cipriano, el cual en vida y muerte, y en sus escritos fué siempre mártir, y esfuerzo de todos los mártires (como parece por las elegantísimas cartas que les escribia cuando estaban presos). El tambien en el sermon que se intitula *de Lapsis* refiere (b) algunos miraculosos castigos de los que sin debida penitencia indignamente se llegaban á comulgar. Tambien en sus Epístolas escribe algunas revelaciones con que nuestro Señor prevenia y avisaba á su Iglesia, cuando se habia de levantar alguna persecucion. Mas en un sermon que él hacia para esforzar á los cristianos á que no temiesen la muerte, dice

(v) Joann. 5. (x) §. 2. in med.

(y) Matth. 17. et 21. Marc. 11. (z) Psalm. 36. (a) Job. 5. Deut. 32. (b) In serm. ordine 5.

que muchas veces nuestro Señor por su infinita bondad le habia expresamente mandado predicar á los fieles, que no llorasen á sus hermanos defunctos, ni tomasen por ellos vestiduras prietas, porque ellos habian ya recebido en el cielo ropas blancas, y que supiesen que no los habian perdido, sino enviado delante á tomar la posesion del reino del cielo. Este milagro de la revelacion divina cuenta en este sermon.

No será razon que entre tantos y tan graves doctores, nos olvidemos del dulcísimo y sanctísimo Bernardo. El cual cuanto fué mas humilde, y mas ajeno de toda vanagloria, tanto mayor gracia y virtud recibió para hacer milagros; tanto que un plato en que él habia comido bastó para dar salud á un enfermo: en tanto estima el Señór todas las cosas de sus sanctos, y así los honra. Otra vez, predicando el sancto (c) varon contra una herejía diabólica que se habia levantado en su tiempo, mandó traer ante sí un cesto de pan, y dijo con una grandísima fe y celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las ánimas, á todo el pueblo que presente estaba: En confirmacion de la verdad que yo os he predicado, y condenacion desta nueva herejía, quien quiera que comiere deste pan, sanará de cualquier enfermedad que padesciere. Y temiendo el Obispo que presente estaba esta tan gran promesa, dijo: Entiéndese esto comiéndolo con fe. A esto acudió el sancto varon, diciendo: No digo yo así; sino quien quiera que dél comiere, será sano; y así se cumplió lo prometido. De la vida deste sancto están escritos cinco libros; y uno dellos trata de los milagros que hizo en vida, y hállanse aquí escritos ciento y sesenta y tantos milagros. Pues ¿qué hombre habrá tan incrédulo y tan enemigo de la fe, que crea todos estos milagros haber sido fingidos? Mas con todo esto yo me contento para mi propósito con solo uno que el mismo sancto refiere en la vida de Sant Malaquías que él escribió. Donde dice, que estando el cuerpo deste sancto obispo para ser sepultado en su monasterio de Claravale, donde fallesció, y haciendo los monjes el oficio de la sepultura, dice Sant Bernardo que vió allí un muchacho con un brazo caido, el cual no podia mandar, ni se servia dél para nada. Entónces el sancto varon tomó al mozo por la mano, y llevólo do estaba el cuerpo del defuncto; hízole tocar en él, y súbitamente fué sano. Esto pasó por mano del mismo glorioso Bernardo, el cual quiso hacer por virtud del sancto lo que él por sí pudiera muy bien hacer, mas como verdadero humilde quitó la gloria de sí, y dióla al sancto.

§. VII.

Prosigue la misma materia.

Vengamos á los sanctos mas vecinos á nuestros tiempos: cuales fuéron en un mismo tiempo los dos gloriosos padres, fundadores de dos tan señaladas órdenes, Sancto Domingo y Sant Francisco, cuyas vidas están llenas de virtudes y de milagros. Y dejados aparte otros muchos milagros que se escriben de nuestro glorioso padre Sancto Domingo, por los cuales poco despues de su glorioso tránsito fué canonizado, y su sagrado cuerpo trasladado á otro lugar digno de su sanctidad, ¿quién osará negar aquel famoso milagro que hizo, de que toda Roma fué testigo, resuscitando al sobrino de un cardenal, que cayendo de un caballo se habia hecho pedazos, estando presente el mismo cardenal con toda su familia, y todas las monjas de un solemne monasterio, y otra mucha gente? De manera que no curó de mandar salir fuera la gente que allí estaba, como hizo Sant Pedro cuando quiso resuscitar aquella sancta viuda (d), sino en presencia de todos, diciendo misa se arrebató en espíritu, y acabada la misa se llegó al cuerpo, y concertando por su órden los miembros, le tomó por la mano, y en virtud del nombre de Cristo, llamando al mancebo muerto por su nombre, le volvió á la vida; dejando á todos los que presentes estaban atónitos, viendo tan grande maravilla. Pues á no ser esto verdad, ¿quién osara escribir una cosa que no siendo verdadera tenia contra sí por testigo á toda Roma? Pues desta manera, y con tales muestras de sanctidad autorizaba Dios á los sanctos, que él diputaba para que fuesen patriarcas, y fundadores de las órdenes que él queria instituir para edificacion de su Iglesia.

Y pues he tocado en la sanctidad del padre, tambien diré algo de la de uno de sus gloriosos hijos, que fué Sant Vicente Ferrer; rogando al cristiano lector quiera leer su vida, porque en ella verá que el espíritu de los apóstoles, y de Sant Pablo no se acabó con su vida; porque en este glorioso padre resuscitó el espíritu deste apóstol, porque por tantas tierras y naciones anduvo predicando como él, y esto con inestimable fructo y conversion de muchas ánimas de fieles y infieles. A quien tan fácil y tan familiar cosa era hacer milagros, sanando todo género de enfermedades, como tocar con la mano en la cabeza. Y demas desto, no una sino muchas veces dió de comer á gran número de gente que le seguia, con muy poco mantenimiento, tanto que en su canonizacion se contaron ochocientos y setenta milagros que él hizo fuera de España. Pues ¿quién será tan incrédulo ó tan desvergonzado, que diga todos estos milagros ser fingidos, como quiera que uno solo que sea verdadero baste para confirmacion de nuestra fe? Y no entran en esta cuenta los milagros que hizo en España, que fuéron muchos mas, por haber predicado mas tiempo en ella. Y demas desto nuestro Señor tuvo por bien de consolarlo en tantos discursos y trabajos como por su amor padescia, revelándole que habia de ser canonizado y puesto en el catálogo de los sanctos, y quién lo habia de canonizar, y en qué tiempo. Y así viniendo á tomar su bendicion un virtuoso mancebo en Valencia, que despues fué papa Calixto, le reveló nuestro Señor que aquel habia de ser papa, y que él lo habia de canonizar; y algo desto dijo él al mancebo, encomendándole el estudio de las letras, y mucho mas de la virtud. Y estando Sant Bernardino oyendo un sermon suyo, dijo en presencia de todos: Aquí está un padre de la órden de Sant Francisco, al cual tomará nuestro Señor por instrumento para alumbrar á Italia, y aunque es mas mozo que yo, será primero honrado en la Iglesia que yo. Esto dijo, porque seis años ántes que él fué canonizado. Y con tener estas tan magníficas revelaciones de nuestro Señor, y obrar tantos milagros por él, no tuvo necesidad del estímulo de Satanas que lo humillase, para que no se ensalzase con ellas. De sus virtudes no diré aquí mas que sola una, por ser rara y singular; y es, que como él, no contento con los trabajos de las predicaciones de cada dia, y de los continuos caminos, tuviese por estilo tomar cada dia una disciplina, cuando acaescia estar enfermo en cama, mandaba á un compañero suyo

(c) Tract. Miracul. D. Bern. in calce oper.

(d) Actor. 9.

que se la diese, conjurándole de parte de Cristo que cargase bien la mano sobre él: tan grande era la devocion y constancia que el sancto varon tenia en los buenos propósitos que proponia. Pues ¿qué no habia de hacer aquel tan fiel y tan agradescido Señor en favor y honra de quien con tanto fervor y perseverancia le servia?

Y pues tratamos brevemente del hijo, no será razon quedar en olvido la hija, y mas tal hija: que es la bendita vírgen Sancta Caterina de Sena. Pues en la vida suya ¿cuántos milagros hallarémos, y cuán verdaderos y admirables? Porque su vida escribió su confesor Fray Raimundo, el cual por sus méritos y virtudes vino á ser general de toda nuestra órden, y de la boca de la misma vírgen supo muchas de las cosas que escribió. Y demas desto, al principio de tres libros que escribió de su vida, hace un solemne juramento de no decir cosa que no declare la manera en que la supo, y de muchas fué él testigo de vista. Mas entre tantos milagros no haré mencion mas que de uno solo, por haber sido muy notorio, el cual está autenticado, y probado por el papa Pio II en la bula de su canonizacion. Y fué que esta vírgen estuvo sin comer (mas que solo el sancto Sacramento) dende el dia de la Ceniza, hasta el dia de Pentecostés, que son mas de tres meses. Y de ahí adelante hasta el dia que murió perseveró así, aunque por el escándalo, y persecuciones grandes, y por los juicios de los ignorantes que se levantaron contra ella, mastigaba unas yerbas cocidas que comia y tragaba solo el zumo dellas, y acabada la comida tomaba una pluma, y poniéndola en la boca tornaba á vomitar lo que habia tragado, porque le daba gran tormento retenerlo en el estómago. Y este le era un linaje de martirio, que nuestro Señor quiso que esta esposa suya padesciese en su vida. He referido este milagro solo, por haber sido muy público, y haberse hecho por sus confesores tantos exámenes é inquisiciones sobre él (por ser la cosa tan sobrenatural y tan nueva), que no ha lugar poderse esto negar: mayormente estando parte desto (como dije) autenticado en la bula sobredicha.

Pues sobre las llagas del bienaventurado padre Sant Francisco (por ser la causa tan nueva y tan admirable, ver las mismas insignias del Hijo de Dios y Señor de todo lo criado, en un hombre vestido de andrajos) ¿qué exámen, qué inquisicion se hizo en vida dél, tomando juramento sobre los sanctos Evangelios á los que desto podian dar fe como testigos de vista? Mas no fuéron menester para la prueba deste milagro mas testigos que los ojos. Porque en el cuerpo del glorioso sancto, despues de fallescido, vieron cuantos presentes se hallaron esta maravilla. Y así la vió la bienaventurada vírgen Sancta Clara con todas sus monjas, por cuyo monasterio pasaron el sagrado cuerpo los que lo llevaban á sepultar.

Estos pocos milagros tan dignos de fe he querido aquí referir, así para gloria de la religion cristiana, que tales testigos tiene, como para convencer á los que dan poca fe á los milagros. Los cuales si quieren aun mas testimonios, lean las bulas de la canonizacion de los sanctos: para la cual hace la Iglesia grandísima diligencia por personas de grande autoridad (como se podrá ver en la bula de la canonizacion de Sancta Catalina de Sena), demas de la asistencia del Espíritu Sancto, que no consentirá que la Iglesia yerre en cosa tan importante, y ahí hallará muchos y muy auténticos milagros. Lea tambien las vidas de algunos sanctos que escribieron gravísimos autores, como Atanasio la del gran Antonio, Hierónimo la de Hilarion, Sant Bernardo la de Sant Malaquías, Teodoreto la de Sant Simeon el de la columna, y otras muchas; y Sulpicio Severo la de Sant Martin: los cuales fuéron contemporáneos de los sanctos, cuyas vidas y milagros escribieron, y los dos postreros familiares amigos, y testigos de vista de los milagros que escribieron. Algunos de los cuales fuéron tan públicos y notorios, que todos los que entónces vivian eran testigos dellos: como fué este que diré. Una aldea habia en la tierra de los senonas, en la cual caia todos los años tan gran tempestad de granizo, que destruia todos los trabajos y sementeras de los labradores; los cuales afligidos con este daño, pidieron socorro á Sant Martin. Hizo el sancto oracion por ésta plaga, y en espacio de veinte años que el sancto vivió en la tierra, nadie vió granizo en aquella region. Y para dar nuestro Señor á entender que esto no habia sido acaso, sino por los méritos del sancto, despues de su fallescimiento luego tornó la misma tempestad. Esto escribe Sulpicio haber acaescido en su tiempo. Pues ¿osara este escritor fingir algo en cosa tan sabida y tan notoria?

Lea tambien la peregrinacion de aquellos siete religiosos de Palestina que anduvieron visitando los sanctos monjes de Egipto (de que adelante hacemos mencion), la cual anda en el libro de las vidas de los sanctos padres; y ahí verá los milagros que estos sanctos religiosos vieron y experimentaron. Porque el primero (cuya vida allí se escribe), que fué Sant Juan de Egipto (de quien las historias eclesiásticas dicen que revelaba al emperador Teodosio el succeso de sus batallas), les sanó uno de los compañeros que consigo traian enfermo, y les reveló que aquel dia era llegada nueva á Alejandría que Teodosio habia vencido al tiranno Eugenio, y que de ahí á poco habia de partir el buen Emperador desta presente vida, y que Paladio (que era uno de los siete peregrinos) habia de ser obispo, como despues lo fué, de Capadocia; y preguntando el sancto si entre ellos venia alguno de órden sacro, y respondiendo que no, señaló él á uno con el dedo, y dijo: Este es diácono. Lo cual no sabía mas que un solo compañero, porque el diácono por mas humildad habia encubierto esta dignidad. La historia desta peregrinacion escribió Paladio en griego, y otro de los mismos hermanos en latin: donde la sanctidad y conformidad de los historiadores en todo lo que escriben, y ser siete los testigos destas cosas, no dan lugar para poderse presumir aquí cosa fingida. Esto baste de los milagros antiguos, para que se vea que en la religion cristiana no hay como quiera milagros, sino que llueven sobre ella milagros. Mas no es razon que callemos algunos muy notorios de nuestra edad, los cuales confirmarán la verdad de los pasados.

§. VIII.

Milagro que cuenta el emperador Antonino Pio.

Despues destos milagros que cuentan varones sanctísimos (de que fuéron testigos de vista), no puedo dejar de contar otro no ménos ilustre que refieren nuestros mismos enemigos, que son testigos sin sospecha, porque son autores gentiles; los cuales escribiendo las vidas de los emperadores romanos, cuentan este milagro; entre los cuales es uno Amiano Marcelino en la vida del emperador M. Antonino. El cual milagro refiere tambien

Justino, mártir y filósofo, en una defension de nuestra fe que envió al emperador Antonino Pio; al fin de la cual pone tres cartas de emperadores escritas en favor de los cristianos, y la tercera es del emperador M. Aurelio Antonino, escrita al senado romano; cuyo tenor es el que se sigue. El emperador César M. Aurelio Antonino, Germánico, Pártico, Sarmático, al sacro senado y pueblo romano, salud. Parecióme daros cuenta en esta carta de nuestros trabajos, y del succeso de la guerra de Alemaña, y de los peligros y dificultades en que me he visto estando cercado dentro de nueve millas, de setenta y cuatro dragones, que eran las insignias de los enemigos. De lo cual me dieron noticia las espías, y Pompeyano, maestro de campo. Con lo cual me vi en grande aprieto junto con las legiones de mi ejército, viéndome cercado de infinita muchedumbre de enemigos, en la cual habia nuevecientos y setenta y cinco mil, y todos armados. Y como yo no tuviese gente bastante para romper con tan gran número de bárbaros, acogíme con toda devocion á los dioses de nuestra patria, en los cuales ningun socorro hallé. Entónces viéndome en tan grande aprieto, hice convocar á los que llamamos cristianos, de los cuales se hallaron muchos. Y contra ellos yo me embravescí: lo que no debiera hacer por el poder admirable que despues en ellos conoscí. Los cuales comenzaron luego á tratar de nuestro remedio; y esto sin saètas, ni armas, ni trompetas (como gente ajena de todo este aparato), contentos con el favor de su Dios, que traen en su consciencia. Y es cosa creible que lo traen por armas y defension dentro de su pecho, puesto caso que los tenemos por impíos, que es, ajenos de toda religion. Ellos pues postrados en tierra hicieron oracion, no solo por mí, sino tambien por el ejército, pidiendo socorro á su Dios contra la hambre y sed que padesciamos; porque cinco dias eran pasados en que nos habia ya faltado el agua, estando en tierra de enemigos y dentro del mismo corazon de Alemaña. Pues como ellos se prostrasen en tierra, y hiciesen oracion á un Dios que yo no conozco, luego á la hora cayó del cielo sobre nosotros una agua frigidísima, y sobre nuestros contrarios una tempestad de granizo y de rayos; con lo cual luego sin tardanza conocímos el socorro invincible de un Dios potentísimo. Por tanto, dende agora permitimos á este linaje de hombres que sean cristianos, porque por ventura no pidan contra nosotros otra semejante tempestad. Y así mando y establezco que no se tenga por crímen á nadie la religion cristiana. Y si alguno acusare al cristiano por solo título de cristiano, quiero que al acusado ninguna pena se le dé por este título, no habiendo en él otro delicto, y el acusador mando que sea quemado vivo. Y este decreto mio y del Senado quiero que sea firme y válido; y mando que sea afijado en la plaza de Trajano, para que públicamente pueda ser visto y leido; y de ahí sea enviado á las provincias por órden de Verasio Polion, gobernador de la ciudad. Asimismo doy licencia para que todos puedan trasladar este nuestro edicto, conforme al original que públicamente fué propuesto en el lugar sobredicho.

Esta es pues la carta deste emperador: en la cual él mismo refiere este tan magnífico y famoso milagro, con el cual aquel Rey soberano quiso confirmar la verdad de nuestra sancta fe, y mostrar cuán grande sea la eficacia de la perfecta oracion, y con cuánta razon se llama él en las Escrituras Dios de los ejércitos (a); pues en un momento sin arco y sin saetas desbarató un ejército tan poderoso.

§. IX.

De otros milagros señalados de nuestra edad.

Tras de los milagros referidos por los sanctos que aquí habemos alegado, me paresció contar algunos de nuestra edad, para convencer á algunos que dan poco crédito á los milagros pasados, y con estos se podrá convencer su incredulidad, y aun se acrescentará la fe y crédito de los que hasta aquí se han contado.

Entre estos pongo por muy notorio el de los sanctos Corporales de Daroca, que hoy dia son vivos, del cual milagro está escrito un libro dirigido al invictísimo emperador Don Cárlos, quinto deste nombre, y á la gloriosa emperatriz, su mujer: los cuales fuéron á visitar y adorar al Señor que en aquellos corporales está. Mas diré yo aquí en summa lo que este libro contiene, y lo que es á todo el mundo notorio. En el reino de Valencia, en el año del Señor de mil y docientos y treinta y nueve, vino una gran muchedumbre de moros sobre un pequeño ejército de solos mil cristianos que estaban recogidos en un castillo. Viendo pues ellos que siendo tan pocos, y estando muy léjos de Valencia para haber de ser socorridos, era imposible dejar de ser vencidos de tan grande ejército, si no fuese por muy especial milagro y favor de Dios, procuraron de lo alcanzar seis capitanes principales que en aquel ejército habia, confesándose y recibiendo el sanctísimo Sacramento; porque siendo pocos los sacerdotes que allí habia, y estando cerca los enemigos, no habia lugar para que todos hiciesen lo mismo. Estando pues estos confesados y oyendo misa, y consagradas ya seis formas para comulgar en ella, diéronles rebate, que los moros estaban ya sobre ellos. Por lo cual les fué forzado dejar la comunion, y acudir á las armas. Entónces el sacerdote que decia la misa, envolvió las seis formas en los corporales, y á gran priesa los escondió debajo de una piedra. Mas nuestro Señor, mirando el aparejo y la buena voluntad que estos fieles capitanes tuvieron de recibirle, y teniendo respecto á la confianza que en él pusieron y al socorro que le pidieron, de tal manera esforzó á ellos, y á los demas por ellos, que desbarataron en breve espacio los moros, y hicieron gran matanza en ellos, y los demas huyeron. Entónces ellos volviendo victoriosos y agradescidos por el beneficio recebido, quisieron acabar lo comenzado, que era recebir el sancto Sacramento. Acudió entónces el sacerdote á traer los corporales que habia escondido; y descogiéndolos en el altar, halló las formas teñidas en parte de sangre, y pegadas en los corporales, como agora se ven. Y declarado el misterio, y descubiertos los corporales, fué grande la admiracion y devocion, y las lágrimas que allí se derramaron, dando gloria y gracias á Dios por esta maravilla. En este tiempo los moros volvieron á rehacerse, y apellidar toda la comarca, y vinieron segunda vez á dar sobre los cristianos. Mas ellos esforzados con el beneficio recebido, mandaron al sacerdote que se pusiese en un lugar alto, tendidos los corporales á vista del ejército para animarlo. Y esto hecho, dieron sobre los enemigos con tan grande ímpetu, y hicieron tan grande riza en ellos, que toda aquella tierra estaba cubierta de sangre y de cuerpos muertos. Habida esta

(a) 1. Reg. 1. 4. 15. 2. Reg. 5. 6. 7. Esai. 1. etc.

victoria y acabada con ella la guerra, comenzaron á altercar sobre dónde se pondria aquella preciosísima reliquia; porque cada uno quisiera honrar su tierra con ella. Pasáronse en esto grandes trances y contiendas. Mas el Capitan general prudentemente dijo, que pues aquella obra era de Dios, á él pertenescia declarar el lugar de su morada. Pareció esto bien á todos, y acordaron que la voluntad de Dios se conosciese por suertes. Echáronse pues tres veces suertes, y todas tres cayó la suerte á Daroca, de donde era el sacerdote que habia consagrado las Formas. Mas ni aun con esto quedaron satisfechos, sino tomaron otro acuerdo: que buscasen una mula mansa que no hubiese caminado por tierra de cristianos, y puestos los Corporales en un cofre muy bien atado, la dejasen ir por do ella quisiese, y el lugar donde parase fuese diputado para aquel precioso depósito. La mulilla iba delante, y detras los sacerdotes con sus cirios encendidos, y tras ellos la gente de guerra con sus capitanes; y andando por este camino salian de las villas la clerecía y la gente alabando á Dios, y ponian delante de la mulilla cebada, y alfalfa, y otras cosas, para que cebándose allí y parando en aquel lugar, gozasen de aquellas preciosas reliquias. Mas nunca la mula por esto se paró en alguno destos lugares, hasta que llegó á Daroca y entró por las puertas de un hospital que estaba fuera de la ciudad. Y allí acaesció otra maravilla; porque así como la mula entró en la iglesia, hincadas los rodillas espiró; porque no quiso nuestro Señor, ni era razon, que bestia que en tal ministerio habia servido, sirviese en otro uso de la vida humana. Pues desta manera quedaron los Corporales en Daroca, y ahí acudieron reyes, y príncipes, y grandes señores á ver aquella maravilla, y adorar al Señor que en aquellos Corporales está. De ahí fuéron enviados embajadores al papa Urbano IV para hacerle relacion de lo que pasaba: el cual concedió grandes indulgencias á los que visitasen aquella reliquia, y otros papas las confirmaron y acrescentaron, como paresce por las bulas que están en los archivos de la iglesia de Daroca. Y veinte años despues desto fué instituida la fiesta del Corpus Christi. Esta es en summa la historia deste milagro. Para probar la verdad dél no son menester mas testigos que los ojos de los que cada año lo ven, cuando sacan estos Corporales para que sea en ellos adorado el Señor que en ellos está. Donde se reconocen dos milagros: el uno es, estar hoy dia aquellas formas enteras sin alguna corrupcion á cabo de trecientos y treinta años que fuéron consagradas, lo cual por via de naturaleza es totalmente imposible; y otro es, estar teñidas y matizadas á partes con sangre. Venid pues, herejes sacramentarios, y si no dais crédito á las sanctas Escripturas, dadlo siquiera á vuestros ojos; y vista esta tan grande maravilla, adorad juntamente con nosotros al Señor que está allí presente, el cual hasta hoy ha querido estar allí para que vuestra herejía no tenga excusa delante dél.

§. X.

Del milagro, y Sancta Forma de Fromesta.

Otro milagro no ménos ilustre, ni ménos cierto y averiguado se escribe muy por extenso en la segunda parte de la Historia Pontifical, en el capítulo XIV, folio 85, adonde remito al piadoso lector por ser muy digno de ser leido. La summa dél referiré aquí. En Castilla, en la villa de Fromesta, del obispado de Palencia, acaesció que un hombre llamado Pero Fernandes debia ciertos dineros á otro, sin haber medio para poderlos cobrar dél, hasta que le obligó á ello con una sentencia de excomunion por la cual fué forzado á pagarle. Y paresciéndole que con esto cumplia, no trató de pedir absolucion de la censura. Llegó este hombre á punto de muerte, y trájole el cura el sancto Sacramento acompañado con mucha gente. Y hechas ya las preguntas ordinarias, queriendo administrarle el sancto Sacramento que traia en una patena de plata, por ninguna via ni diligencia lo pudo despegar della. Y espantado desto, así él como toda la gente que presente estaba, mandó salir á todos fuera, y pensando que podria ser esto por algun pecado que le quedase por confesar, y preguntándole esto, supo dél que ninguna culpa habia dejado por confesar. Congojado pues así el doliente como el cura con esta perplejidad, vino á preguntarle si habia incurrido en alguna excomunion, de que no estuviese absuelto. Entónces el doliente se acordó de la negligencia pasada, y absuelto della fué comulgado con otra forma, quedando aquella primera guardada para memoria deste milagro. El cual dura hoy dia, y el sancto Sacramento está en la misma patena sin alguna corrupcion, como si agora se acabase de consagrar. Es visitado este sanctísimo misterio de muchas gentes. Y yo (dice el historiador Illescas), aunque indignísimo, he tenido en mis manos la patena con grandísima admiracion de ver que á cabo de ciento y veinte años están las especies del pan sin alguna corrupcion. En lo cual entrevienen dos milagros: el uno en estar así pegada la forma á la patena, y el otro en carescer de corrupcion á cabo de tanto tiempo. Los cuales milagros no solo sirven para la adoracion y reverencia del sanctísimo Sacramento, sino tambien para confesar la eficacia de las censuras eclesiásticas. Y lo uno y lo otro sirve para confusion de los herejes que ambas cosas niegan. Los cuales no sé cómo no se confundirán, visto un milagro tan palpable y tan notorio como este, que ellos podrán ver con los ojos si quisieren.

En la misma segunda parte de la Historia Pontifical en el §. 3.°, folio 448, se escribe otro singular milagro deste sanctísimo Sacramento: el cual acaesció en el reino de Polonia, cuasi en nuestros dias; por el cual muchos herejes se convertieron á nuestra sancta fe. Es milagro no ménos digno de ser leido, adonde remito al cristiano lector.

Otro milagro permanece hasta hoy en un lugar de Italia que se llama Montefalco, en un monasterio de monjas Augustinas, testificado y autenticado en escripto por el reverendísimo cardenal Siripando, cuando era general de la órden de Sant Augustin, y visto y referido por personas dignísimas de fe, así eclesiásticas como seculares; entre las cuales es una el reverendísimo señor Don Jorge de Tayde, obispo que fué de Viseo. Y el milagro es, que en aquel monasterio vivió una sancta religiosa devotísima de la sagrada Pasion; y despues de fallescida, por especial dispensacion y voluntad de Dios, le fué sacado el corazon y abierto en dos partes: en las cuales se ven hoy dia esculpidos todos los instrumentos de la sagrada Pasion. Y junto con esto en la bolsica de la hiel se hallaron tres peloticas cada una tan grande como una avellana: las cuales pesadas, se halla que tanto pesa una sola como las dos, y tanto una como todas tres. Porque toman el peso de una dellas en alguna otra materia; y puesta en una balanza, y las tres en otra, tanto pesa aquella sola

como todas tres. Lo cual nos declara el misterio de las tres Personas divinas, en las cuales no hay mas que una sola esencia en tres personas. Por donde no tiene ménos una que todas tres; porque la esencia de la una es la misma que hay en todas tres.

§. XI.

De otros dos perennes milagros

En la misma Italia es muy notorio el milagro de la sangre de Sant Genaro. Fué este glorioso mártir degollado en un lugar que está dos leguas de Nápoles, adonde una mujer por devocion recogió del suelo un poco de la sangre del dicho sancto, y la puso en una redomilla, adonde se ve claramente estar tan dura como una piedra; y todos los años el primer sábado de mayo ponen la cabeza deste sancto en un cierto lugar de la ciudad de Nápoles, y llevan con gran solemnidad y procesion por toda la ciudad aquella redomilla adonde está la sangre endurecida; la cual en acercándose al lugar adonde está la cabeza del sancto, á vista de todos comienza á derretirse, de modo que se ve que la que estaba tan dura, se va moviendo dentro de la redoma, con una espumilla como si la sacaran en aquel punto del cuerpo del sancto. Y así juntos en procesion y muy acompañados, llevan la dicha cabeza y sangre derretida, y la ponen en el lugar acostumbrado, que es la iglesia mayor de Nápoles, en una capilla adonde están muchos otros cuerpos de sanctos. Y puesta la dicha sangre en su lugar, apartada de la cabeza, vuelve á endurecerse. Y no solo este dia señalado, mas todas las veces que ponen esta sangre delante de su cabeza, vuelve á derretirse como está dicho, viéndose mover dentro de la dicha sangre algunas pajuelas que anduvieron envueltas con esta sangre cuando aquella piadosa mujer la recogió. Mas no será razon que pase por aquí el cristiano sin reconocer el amor y regalo de la divina Providencia, lo uno para honrar sus sanctos (pues á cabo de tantos años que el mártir le honró con su pasion, lo honra él con esta maravilla, tantas veces repetida, para que así sea el sancto mas honrado), y lo otro, para alumbrar y convencer á los incrédulos de los milagros, viendo cada dia este tan manifiesto y tan notorio.

Tampoco podemos dejar de reconocer por milagro muy notorio á todo el mundo la virtud que los reyes de Francia tienen para sanar un mal contagioso y incurable, que es de los lamparones. Porque aquel Señor (á cuya providencia pertenece proveer de remedio á sus criaturas), entre infinitas maneras de yerbas medicinales que crió para la cura de las enfermedades de nuestros cuerpos, quiso que para esta que era incurable, hubiese este remedio en personas tan principales y cristianísimas, cuales son los reyes de Francia, successores y herederos no solo del reino, sino tambien de la fe de Sant Luis, rey glorioso del mismo reino. Y que este sea milagro vese, porque sin emplastro, sin purga, ni sangría, ni otra alguna medicina, curan este mal con solo tocar al doliente diciendo: El rey de Francia te toca, y Dios te sane. Y el dia desta maravilla confiésanse y comulgan los dichos reyes, aparejándose con toda devocion, para que Dios obre por ellos esta miraculosa salud.

§. XII.

De otros milagros muy averiguados que se vieron en nuestros dias.

No me podrá poner nadie culpa si en esta relacion de milagros hiciere mencion de los que yo he sabido y averiguado con toda diligencia. Porque tengo muchos autores antiguos y nuevos, que no quisieron que se perdiese la memoria de los milagros que acaescieron en sus tiempos, acordándose de aquella sentencia que á Tobías dijo el ángel Sant Rafael (f): Bueno es, dijo él, callar los secretos de los reyes; mas publicar las obras y maravillas de Dios, es cosa muy loable. Pues conforme á este parecer daré aquí testimonio de las obras de Dios que vi en este muy católico reino de Portugal.

En la ciudad de Evora está un monasterio de monjas Augustinas llamado sancta Mónica, donde está una imágen del Niño Jesus; y es estilo de aquellas monjas despues de la fiesta del Sancto Nascimiento, tomar la que puede aquel Niño, y tenerlo en su oratorio, y rezarle cada dia alguna oracion, y al cabo del año hacerle alguna ropita, y restituirlo en el lugar de donde le tomó. Acaesció estar allí una virtuosa religiosa, que hoy dia es viva, muy enferma doce años habia de diversas y graves enfermedades, y á cabo de los tres primeros años dellas vinieron los niervos que están debajo de la rodilla á encogérsele de tal manera, que no podia andar sino á gatas, ó con dos muletas. Duró esta enfermedad cuasi ocho años; á la cual se aplicaron todas las medicinas y unturas posibles, para ablandar, y extender aquellos niervos, mas sin mejoría alguna. Demas desto fué llevada á las Caldas, que son unos baños de aguas calientes, muy acomodadas para enfermedades de frialdad, y dilatacion de niervos encogidos; mas ningun beneficio con esto recibió. Probados todos estos remedios, ya desconfiados los médicos, no trataban de medicina años habia. Tenia esta religiosa otra recia enfermedad, que era sobrevenirle los primeros dias de cada mes un tan recio accidente de epilepsia, que muchas religiosas con dificultad la podian tener. Llegándose pues la fiesta del sancto Nascimiento, pretendia esta religiosa haber la imágen del Niño Jesus, para hacer aquella devocion que las otras hacian. Y ántes de la fiesta comenzó á procurar con toda fe y devocion la medicina del cielo, que no podia hallar en la tierra: con lo cual cobró una grande confianza que nuestro Señor la habia de sanar, y así lo dijo á una religiosa que habia sido su maestra, la cual hizo poco caso de aquella confianza. Llegada la sagrada fiesta, diciéndose la misa mayor, estaba esta religiosa como solia asentada junto á la reja del coro bajo. Y comenzándose la epístola, súbitamente se sintió sana; mas no quiso decir nada por no turbar el oficio de la misa, la cual acabada, se levantó en pié, y dijo á las madres: Yo por la gran bondad y misericordia del Niño Jesus estoy sana. Entónces una de las madres que traia un bordon en la mano se lo dió, pareciéndole que tendria necesidad dél para andar aunque estuviese sana; mas ella tomándolo en la mano, comenzó á andar por el coro, y visto que sin él podia muy bien andar lo arrojó. Entónces fuéron tantas las lágrimas y sollozos de las religiosas y las alabanzas y gracias que daban á Dios, y tanta la admiracion y espanto de ver andar por su pié á quien ocho años habian visto andar con muletas, y tanto el rebullicio del coro, que toda la gente que estaba en la iglesia hubo de saber lo que pasara; y todo aquel dia andaban las religiosas atónitas, considerando aquella maravilla. Entónces la maestra sobredicha desta religiosa, fué al Niño Jesus, que estaba en el mismo coro, y hecha un rio de lágrimas de alegría y devocion, tomó el sagrado Niño en las manos, y no se hartaba de dar

(f) Tob. 12.

besos, diciendo: Señor mio, sanastes á la Cervera; Señor mio, sanastes á la Cervera (que este era su nombre), repitiendo esta palabra muchas veces.

Mas no contento el sancto Niño con esta misericordia (porque sus obras y mercedes son perfectas), tambien la sanó de la enfermedad de la epilepsia que arriba dijimos. Porque llegando luego el primer dia de enero, cuando se esperaba este accidente, no le acudió: ántes ese dia despertó ella á los maitines tañendo, como es su costumbre, las tablas, y ni en ese dia, ni hasta hoy mas le vino tal accidente. Este milagro se publicó luego por toda la ciudad y por todos los lugares vecinos, y hízose dél informacion jurídica por el Ordinario, la cual yo leí. Y no contento con este argumento de la verdad, quise que tambien los ojos fuesen testigos della. Porque fuí al monasterio, y llamadas las madres al coro bajo, hallóse con ellas esta religiosa, y roguéle que anduviese delante de mí, y así lo hizo, andando tan bien como si ningun mal hubiera tenido. Y hoy dia es viva, y su salud da testimonio desta maravilla. Tenia esta religiosa allí una tia, prelada de aquel monasterio, que mas era madre que tia; y así ella todos estos años la curaba con mucha costa y trabajo como á hija. La cual estos primeros dias del milagro andaba como espantada y pensativa, y diciéndole las religiosas: ¿Qué es esto, madre? Todas andamos alegres por lo que habemos visto, ¿y vos andais tan triste y pensativa? Respondió ella: Madres, no ando en mí de espanto desta maravilla que he visto, y desta tan grande merced que nuestro Señor me ha hecho. Este es sumariamente el milagro que acaesció este dia, en que el Niño Jesus nasció. Mas quien oyese aquellas religiosas contar esta historia con todas las particularidades y circunstancias della, como yo la oí, no creo que por duro corazon que tuviese, dejaria de derramar muchas lágrimas de devocion y admiracion.

Mas no fué solo este milagro, porque otros muchos succedieron despues. Mas yo entre todos estos no contaré mas que uno muy señalado y muy público, y de que tuve muy particular informacion. Moraba cerca deste monasterio una muy virtuosa mujer, tan sencilla y mansa como una paloma. Esta habia cuatro años que estaba tullida de las piernas en una cama, y juntamente con esto padescia muchos accidentes trabajosísimos. Y cuando esta doliente habia de confesar y comulgar, llevábanla en una silla á la iglesia deste monasterio. Yendo pues un dia, segun tenia por costumbre, á lo dicho, acabando el sacerdote de darle el sanctísimo Sacramento, díjole: Esperad aquí, y ofreceros heis al Niño Jesus. Tomó pues el sacerdote al sancto Niño del altar, y púsoselo delante, y llegando ella con las manos á la ropita del Niño Jesus, parecióle que interiormente le dijeron: Levántate. Y comenzando á levantarse, su padre, que estaba al lado, creyendo que le acudia alguno de los accidentes acostumbrados, comenzó á tenerla. Respondió ella entónces: Yo me puedo levantar. Y así se levantó sana la que tanto tiempo habia estado tullida; y así sana, por sus proprios piés volvió á su casa, quedando atónita la gente que en la iglesia estaba, la cual se fué en pos della, espantándose de ver andar por sus piés la que ántes llevaban y traian en una silla. Y decia ella, que así como cuando llevan un hombre á ajusticiar va mucha gente tras dél, que así la seguia toda aquella gente hasta su casa, pasmados de ver tan grande maravilla. Deste milagro toda aquella gente fué testigo. Quise yo tambien informarme de la enfermedad por el médico que la curaba, por nombre Fragoso, el cual, como testigo de vista, me dió informacion, así de los años que la enfermedad habia durado, como de la causa della; y no contento con esto, fuí cuatro ó cinco veces á casa desta doliente, por la admiracion y gusto que recebia de oir la historia deste milagro con todas las circunstancias de aquella enfermedad y de la cura della. Y acuérdaseme, que la postrera ida fuí solo para saber si cuando volvió á su casa llevaba algun bordon en la mano (presuponiendo que las curas miraculosas de Dios han de ser perfectas). Respondióme que no lo llevaba. Sabía desta enfermedad otro principal médico de aquella ciudad, por nombre Ariez Diaz, y espantado de tan grande maravilla la visitó, y rogó que anduviese delante dél para ver con los ojos lo que la fama habia publicado, y así se hizo, dando él gracias á Dios por ver lo que veia.

§. XIII.

Prosigue la materia de los milagros.

No quiero perder de vista al Niño Jesus, el cual, aunque niño, es todopoderoso para hacer maravillas. Y así es la que agora contaré, la cual no há diez años que aconteció en un monasterio de monjas de Sant Bernardo, que está en la villa de Coz, término de Alcobaza. En este monasterio adolesció en principio del mes de octubre una novicia de edad de doce años. Y sería largo proceso contar los accidentes que pasó en esta enfermedad, así de epilepsia, como de otros á que los médicos nunca pudieron dar remedio. De lo cual las monjas recibian grande desconsolacion, viendo lo que aquella niña dia y noche padescia, sin hallarse remedio ni alivio para tanto mal. Duró este trabajo dende el dia de Sant Martin hasta Navidad. En el cual tenian las religiosas en un cierto lugar del monasterio el sancto pesebre, y el Niño Jesus puesto en él, con la imágen de su sanctísima Madre. Dijeron pues á la enferma que si queria que la llevasen á presentar al Niño Jesus, que estaba en este pesebre. Respondiendo ella que sí, tomáronla en brazos (porque ella no podia andar), y presentándola al sancto Niño, pusiéronselo en las manos. Entónces ella, puesto los ojos en la imágen de la Vírgen, comenzó á decirle: Señora, no os lo tengo de dar hasta que me déis salud para serviros. Y repitiendo muchas veces estas palabras, las religiosas la exhortaban á eso, diciendo: Decid, niña, decid. De ahí á poco derribóse la enferma en tierra, y estuvo por un buen espacio como durmiendo, hasta que las monjas que presentes estaban, temiendo algun mal, la volvieron en su acuerdo. Entónces ella: ¿Para qué, dijo, me despertastes? Porque estuve yo agora viendo otra Señora, otro Niño y otro pesebre muy diferente deste que aquí está. Y dicho esto, por la virtud admirable deste sancto Niño y de aquella Madre de misericordia, que de tantos trabajos en tan tierna é inocente edad se compadeció, se levantó tan sana como si ningun mal hubiera tenido, quedando las monjas atónitas de ver esta tan grande maravilla, y dando gracias á nuestro Señor por ella. Y luego la madre abadesa mandó á una religiosa que escribiese toda esta historia de la manera que habia pasado, la cual yo leí y tuve en mi poder. Y habrá dos años que estando en Alcobaza el serenísimo cardenal infante Don Enrique (que agora es el rey nuestro señor), fué á visitar á este su monasterio, y allí las monjas le presentaron esta religiosa en quien

nuestro Señor obró esta maravilla el mismo dia que tuvo por bien de nacer en este mundo por nuestra salud.

Con esto contaré otro milagro no ménos público y que declara el grande amor que nuestro Señor tiene á sus sanctos. Hubo en nuestros dias una mujer que moraba en Roma, á quien Dios se habia mucho communicado; la cual entre otras asperezas con que afligia su cuerpo, una era traer ceñida una cadena de hierro á las carnes. Fallesciendo ella, el confesor que conoscia su sanctidad, tomó aquella cadena como cosa que él mucho estimaba. Y yendo á Roma el reverendo padre Fray Francisco Forero, despues de concluido el sancto concilio Tridentino, y teniendo amistad con este padre confesor, recibió dél como cosa de mucho precio un eslabon de aquella cadena. Y venido este padre á este reino, y siendo provincial de nuestra provincia, llegó á Avero, donde hay un solemne monasterio de monjas de su misma órden; y entrando á visitar la casa supo que estaba allí una religiosa noble, pero tan enferma que ya todos los físicos de allí y otros que vinieron de Porto la tenian desconfiada, y sus hábitos eran ya dados por amor de Dios conforme al estilo de aquella casa. Estaba ella paraliticada de un lado, y tenia sobre la region del hígado una dureza grande como de un ladrillo, y en los labios le nascian unas escamas amarillas. Y la flaqueza era tan grande, que para hacerle la cama la sacaban en peso en una sábana, porque de otra manera era imposible. Fué el padre provincial susodicho á visitarla, y animóla á estar muy conforme con la voluntad de nuestro Señor en todo lo que della dispusiese; y junto con esto le dejó aquel eslabon de la cadena que consigo traia, diciéndole, que era de una sancta mujer. Ido él al monasterio de sus religiosos, que está allí junto, la doliente puso el hierro en el oído de aquel lado paraliticado, del cual no oia, y luego oyó, y dijo á su enfermera: Hermana, yo oyo. Respondió ella: Pues ponedlo sobre la dureza del hígado. Hízolo así, y súbitamente por virtud de nuestro Señor y por el mérito de su sierva, se deshizo aquella dureza y se sintió perfectamente sana. Sonó esto por todo el convento; acuden luego todas las monjas y vístenla con hábitos prestados, porque los suyos eran ya dados, y van todas ellas al coro con la doliente, que iba por su pié, á dar gracias al Señor por este milagro, y esto con muchas lágrimas y sollozos. Fuéron luego con la nueva desto al provincial, que acabando de llegar á su monasterio comenzaba á comer, y danle cuenta de lo que pasaba. Y acabada la comida fué al monasterio, y la religiosa vino por su pié al locutorio enteramente sana, y así lo estuvo siempre. Esto supe de la boca deste padre provincial y de un honrado compañero que consigo traia; y despues del padre prior del convento de Avero, que es tambien vicario de las mismas monjas, con quien muchas veces platiqué sobre este milagro. Y para mas plenaria satisfaccion escribí á la madre priora de aquel convento que me escribiese muy por extenso la historia deste milagro, y así lo hizo y me lo envió, confirmado con el testimonio de las madres mas principales de aquel monasterio, que hoy dia tengo en mi poder. Donde al fin dél dicen que dan gracias á nuestro Señor por haberles dejado ver en sus dias esta tan grande maravilla. Servirá este milagro, como dije, para que se vea cuánto nuestro Señor ama y honra á sus fieles siervos, que tanta virtud y poder da á las cosas que tocaron en sus cuerpos, pues á cabo de tanto tiempo y de tanta distancia de lugares quiso que aquel pedazuelo de hierro tuviese poder sobre todas las medicinas y leyes de naturaleza, dando súbita salud á quien todo el poder de la naturaleza y de la medicina la negaba.

Cerca desta sobredicha villa de Avero está la ciudad de Porto, donde habrá seis años poco mas ó ménos, que acaesció uno de los mas celebrados y festejados milagros que en este reino, y aun creo que en esta edad, han acaescido. Y fué así, que en casa de dos mujeres muy virtuosas habia una niña ciega, á la cual ningunas medicinas habian aprovechado. Acaesció pues que una moza trajo á esta casa una tohalla, con que estaba ceñido el crucifijo del monasterio de Sancto Domingo de aquella ciudad, para lavarse. Entónces una de las dos hermanas, tomando la tohalla en las manos, dijo estas palabras: Señor Jesus, pues vuestras llagas están abiertas para todo el mundo, tened por bien abrir los ojos desta niña ciega. Dicho esto con grande fe y devocion, puso la tohalla sobre los ojos de la niña, y súbitamente por virtud de aquellas preciosas llagas se le abrieron los ojos y recibió la vista de que carecia. Quisieran las buenas hermanas encubrir esto, mas no pudo ser, porque la ceguedad era muy notoria á la vecindad, y así tambien la vista. Supo esto el Ordinario, y para averiguar el caso tomó gran número de testigos, por cuyo testimonio constó claramente la verdad. Entónces, por comun consentimiento del estado eclesiástico y seglar, se hizo una procesion general y muy solemne, repicándose las campanas de todas las iglesias, llevando la niña en los brazos con una guirnalda en la cabeza, á vista de toda la ciudad, para que todos en comun diesen gracias á nuestro Señor que así acude á las necesidades de todos aquellos que con fe y devocion le piden socorro. Otros milagros despues deste se hicieron con la misma tohalla; mas por no ser tan públicos como este no los escribo.

A este milagro añadiré otro muy notorio. El doctor Guevara, testigo muy abonado, curaba una monja del monasterio de Celas, donde hay gran número de religiosas Bernardas, la cual habia tres años que tenia una pierna seca, de que no se servia. Llegó el dia de la fiesta de la reina sancta de Portugal, de quien rezamos en este reino, cuya vida sanctísima y milagros andan impresos. Pues esta religiosa por tener especial devocion á esta sancta reina, determinó levantarse á sus maitines, adonde la llevaron en una silla, porque de otra manera no podia andar. Estando pues en los maitines se halló del todo sana, dando gracias á nuestro Señor y á aquella sancta reina, por cuyos méritos habia sido curada. Del cual milagro son testigos todas las religiosas deste monasterio.

Y ya que hice mencion desta reina no callaré una cosa digna de ser sabida que se escribe en su vida. Tenia ella un muy virtuoso y fiel paje, por cuya mano hacia sus limosnas. Mas otro paje de perversa condicion, malsinó á este virtuoso mancebo con el Rey de tal manera y de tales cosas, que el Rey determinó matarlo. Para lo cual mandó á un calero que cuando en tal dia y tal hora enviase un paje á su calera le arrojase en medio del fuego. Envió pues este paje el dia y hora que estaba ordenado; mas teniendo él por devocion entrar en las iglesias cuando oia la campanilla de levantar la Hostia, y estar allí hasta el consumir, detúvose tanto en algunas iglesias (ordenándolo así Dios) que pasó la hora señalada. Entónces el Rey (deseando saber el succeso del caso) envió el otro paje, que era el malsin, á preguntar al calero si estaba

ya hecho lo que le mandara. Mas el calero, creyendo que aquel era el paje que el Rey le habia dicho, lo tomó en brazos y arrojólo en la calera. Y desta manera aquel soberano Juez volvió por la causa del innocente, y dió al malo su merecido, ordenando que cayese sobre su cabeza la pena que él andaba tramando para el otro, como ordinariamente lo suele él hacer. Con este acaescimiento el Rey quedó desengañado, y por la pena deste succeso tan inopinado conosció la innocencia del un criado y la culpa del otro. Esto no he contado por milagro, sino por historia digna de ser sabida.

§. XIV.

De otros milagros mas recientes.

Y porque los milagros recientes que tienen presentes los testigos, suelen mover mas los corazones, pido al cristiano lector no se canse de que añadamos otros tres á los que están referidos. Y por ser ellos tan nuevos, me fué necesario pedir licencia á las partes á quien tocaban, para escrebirlos. Y primeramente referiré uno tan grande, tan cierto y tan notorio, que verdaderamente si yo fuera gentil, bastara para convertirme á la fe, no ménos que bastó para ello la cura de la lepra de Naaman por el profeta Eliseo. En esta ciudad de Lisboa está una señora por nombre Doña Catalina de Tayde, señora de la casa de Villaverde, de cuyas virtudes no se puede aquí decir nada, porque los sanctos no quieren que alabemos á los vivos, sino á los muertos; porque entónces el alabanza no daña al que alaba, ni al que es alabado. Esta señora, siendo de edad de trece ó catorce años, tuvo una gran enfermedad de accidentes tan recios, que la ponian en el hilo de la muerte; y llegó tan al cabo, que le tenian ya aparejada la mortaja. En este tiempo una ama que la habia criado, y della esperaba el remedio de su vida y de sus hijos, fué á una casa de nuestra Señora, y con grandes gemidos y lágrimas le pedia la vida: por las cuales es de creer que nuestra Señora se la concedió; y así poco á poco volvió sobre sí, pasados tres meses y medio de la enfermedad, mas quedó paralíticada de todo el lado izquierdo, y con un tan gran tremor en toda esta parte, que si alguno llegaba á tenelle el brazo, tambien le temblaba á él. Duró esto no ménos que nueve meses, en los cuales todos los mejores médicos desta ciudad, usando de todos los remedios posibles, no le pudieron dar salud. Mas ella todavía tenia confianza en nuestra Señora, que la sanó de tan desconfiada enfermedad, que le habia de dar entera salud, diciendo que nuestra Señora no hacia las mercedes partidas. Pasados estos nueve meses, lleváronla á un monasterio del Cármen, que está en la misma villa suya, cuya iglesia se llama nuestra Señora de las Reliquias, y es casa de mucha devocion y concurso de romeros. Puesta ella ante la imágen de nuestra Señora, oyó á una vieja que estaba á sus espaldas, pedir con grande ansia y devocion á nuestra Señora, salud para un hijo que tenia enfermo. Entónces ella tomó de aquí ocasion para hacer oracion á nuestra Señora, diciendo: Señora, si yo tuviese la fe desta buena vieja, vos me dariades salud. Y diciendo estas y otras palabras semejantes con toda devocion y confianza, súpitamente por virtud de aquella Señora, que es madre de misericordia, se sintió totalmente sana. De lo cual quedó tan espantada, y como atónita, que no sabía parte de sí. Finalmente ella se levantó luego, y por su pié se fué á la condesa su madre, que estaba en la misma iglesia, la cual tambien quedó atónita desta maravilla. Y toda la gente que estaba en la iglesia (que era mucha, porque era domingo) comenzó á dar voces: Milagro, milagro. Y viendo esto los padres del monasterio comenzaron á dar gracias á nuestro Señor, y á cantar *Te Deum laudamus*. Y el dia siguiente los clérigos de la villa hicieron una solemne procesion por esta causa, en la cual toda anduvo esta señora á pié, siendo verdad que en todos los nueve meses ya dichos, no podia dar un paso sino con una muleta en un lado, y teniéndola de un brazo en el otro. Mas ella quedó tan sana que decia despues, que la salud que daba nuestra Señora era de piedra y cal. De lo cual es argumento, que agora está cada dia en la iglesia desde la mañana hasta las diez ó las once, de rodillas, sin asentarse ni cansarse. Y en memoria deste beneficio hace esta señora cada año, el mismo dia de la salud, una solemne fiesta á nuestra Señora, y ese dia guardan todos sus criados y familia, como dia de fiesta, en memoria deste milagro. Deste milagro son testigos todos los moradores de la villa, y la familia desta señora, y los padres que moran en aquel monasterio. Y á la fama dél acudió luego mucha gente de los lugares comarcanos, para ver esta obra que la Vírgen nuestra Señora habia hecho, compadesciéndose de tan larga enfermedad. En lo cual verémos, cómo no solamente hace nuestro Señor milagros para confirmacion de la fe, sino tambien para remedio de algunas extremas necesidades ó enfermedades, que carecen de remedios humanos, cual fué esta, con las cuatro que ántes della referímos. Mayormente cuando la innocencia de la vida, y la pureza virginal se junta con la enfermedad, como en estas personas acaesció, por ser esta virtud tan agradable á la Vírgen de las vírgines, y al Cordero que ellas siguen por do quiera que va.

Otro milagro de diferente materia que agora contaré, aunque fué y es muy notorio, todavía estuve en duda si lo escribiria. Mas acordándome que es semejante al que hizo Sant Benito restaurando un vaso de barro, que en manos de su ama se habia quebrado, y á otro semejante que se cuenta en la vida de Sant Antonino, y á otro que cuenta Sant Gregorio (*g*) en sus Diálogos, de un sancto varon que juntó los pedazos de una lámpara, y así la volvió á la entereza que tenia, me paresció que debia contar este, por parescerse con aquellos, y las personas á quien esto acaesció hoy dia son vivas. Queria un caballero morador en la villa de Setúbal ir á pescar, y mandó á una criada le trajese una caña de pescar que él tenia muy buena. Y esta criada queriendo alimpiar la caña del polvo, puso la punta mas delgada della en tierra, y cargó tanto la mano que saltaron dos pedazos, que cada uno sería del tamaño de un dedo de la mano. Mas la señora que presente estaba, temiendo el enojo del marido, volvióse á nuestra Señora, y á una ama suya defuncta, que la habia criado, á encomendarse (de cuya sanctidad y milagros, se podia escribir mucho, porque yo la traté familiarmente; la cual hervia tanto en amor de Dios, siendo ya mujer de edad, que algunas veces decia: Toda la agua de aquel mar no podrá apagar el fuego que me arde en este corazon). Hecha pues esta oracion, el caballero que estaba en la portada de su casa, pidió la caña, y llevándosela, en el camino se enteró, de la misma manera que estaba, y con el mismo prendedero de un torzal blanco, donde se traba el sedal. Y acudiendo afuera

(*g*) Sancti Nonnosi. 1. Dialog. cap. 7.

un hijico desta señora, y viendo la caña entera, volvió corriendo á su madre, diciendo: Señora, la caña está sana, la caña está sana. Ella entónces le dió un bofeton, diciendo: Toma esto, rapacillo, porque no mintais. Acudió luego una criada, y viendo entera la caña, corrió á su señora con gran espanto, diciendo lo mismo. Respondió la señora: ¿Tambien mentís vos como aquel rapacillo? Si yo tengo aquí los pedazos, ¿cómo puede estar la caña sana? Salió luego una tia desta señora á ver lo mismo, y viendo que lo dicho era verdad, volvió espantada y como fuera de sí, afirmando la verdad del caso. Supo todo esto aquel caballero, y maravillado grandemente de lo que habia pasado, mandó guardar la caña, y no se atrevió mas á usar della, como de cosa sagrada, y en que Dios habia puesto su mano. Y los pedazos de la caña tuve yo algunos años en mi poder para memoria del milagro. Y aunque la cosa sea digna de admiracion, pero no será increible á quien conosciere la virtud y mansedumbre desta señora, y la sanctidad de la ama que la crió. Pues por este ejemplo entenderémos cuán piadoso padre es nuestro Señor, el cual con tanta misericordia acude á sus fieles siervos cuando le llaman, no solo en las cosas grandes, sino tambien en las muy pequeñas, cual esta fué. Lo cual confirmaré con un ejemplo de Sant Bonifacio, que refiere Sant Gregorio en el primero de sus diálogos (*h*). Este sancto siendo aun niño, y estando á la puerta de su casa, vió venir una raposa, la cual arrebató una gallina, y llevósela (como otras veces lo solia hacer). Entónces el sancto niño á gran priesa entró en una iglesia, y puesto en oracion dijo: ¿Pláceos á vos, Señor, que estas gallinas que mi madre cria para sustentacion de su pobreza, las coma una raposa? Y levantándose de la oracion y vuelto á su casa, la raposa volvió, y restituyó la gallina que en la boca traia, y ella cayó muerta á los piés del niño, pagando con la muerte la pena de su culpa. Pues ¿quién no ve aquí la suavidad, y benignidad, y regalo de nuestro Señor para con las ánimas puras y simples? ¿Quién no se espanta viendo cómo aquel Señor de la majestad, de quien tiemblan los poderes del cielo, responde á la voz de un niño, y acude al remedio de una cosa tan pequeña? Maravíllase con mucha razon Pedro Diácono de Sant Gregorio, de ver inclinada aquella soberana Majestad á una menudencia como esta; y responde Sant Gregorio diciendo haber sido esta especial dispensacion de Dios, el cual con esto quiere declarar á sus fieles siervos cuán propicio le hallarán para las cosas grandes, pues así les acude aun en las muy pequeñas.

No me canso en referir cosas que declaren este amor tan regalado de nuestro Señor para con sus amigos. Y así daré fin á esta materia, contando una cosa que declara la ternura deste amor, la cual contaré de muy buena voluntad, porque me pasó por las manos, y es tan reciente, que succedió el mes de mayo de mil quinientos y ochenta y dos. Estaba en esta ciudad de Lisboa una doncella noble, pero muy pobre, la cual entre otras virtudes era muy callada, muy recogida, devota, humilde, mansa, y obediente á sus padres, y así muy querida dellos. Cayó en una enfermedad, la cual procediendo adelante, vino á parar en ética, y duró toda la enfermedad nueve meses, llevándola con grande paciencia y hacimiento de gracias. Y cuando ella estaba sola, oíanle algunas veces hablar palabras muy devotas y amorosas á un crucifijo que allí tenia, y muchas veces le oían decir: Señor mio, ¿cuándo me sacaréis desta cárcel? ¿Cuándo iré y pareceré delante de vos, y gozaré de vuestra presencia y hermosura? Estas y otras semejantes palabras repetia muchas veces con grande amor y devocion. Por lo cual aquel Señor (que es amador de la pureza virginal, y de las ánimas humildes y mansas que le llaman en el tiempo de la tribulacion) le acudió y consoló, certificándola que le cumpliria este deseo el dia de su gloriosa Ascension, para subirla este dia consigo al cielo. La manera en que esto le fué certificado, no se sabe, porque ella á nadie lo descubrió. Mas quince dias ántes desta fiesta, estando su madre llorando amargamente por ver la hija que tanto amaba, desahuciada de los médicos, le dijo ella: Madre, no lloreis, guardad esas lágrimas para el dia de la Ascension. Llegó la víspera deste dia, en el cual ninguna diferencia habia de la disposicion que este dia tenia á la de los dias pasados. Entónces una huéspeda que estaba en casa muy familiar amiga suya, díjole riendo: ¡Oh! la mentirosa que nos tenia engañados, diciendo que habia de acabar el dia de la Ascension. A esto la doliente ninguna cosa respondió, aunque estaba certificada de lo dicho. Y luego el dia siguiente de la fiesta, envió un recado á su confesor, que muchas veces la visitaba, y consolaba, y socorria con algunas caridades, mandándole decir que se quedase con Dios, porque ella iba á gozar de su Esposo y Señor. Y luego llamó á la madre, y quitóse unas reliquias que tenia en la cabeza, y dióselas, y un anillo que le habia puesto una amiga suya en el dedo, y mandó que se lo volviese. Y mandó que á su ama que la habia criado, le diesen una camisa nueva que ella tenia, y le pagasen siete tostones que le habia prestado, vendiendo para esto un sayo suyo, y que de lo demas hiciesen bien por su alma. Acabado esto, y llegada la hora del mediodía, tomó el crucifijo en una mano, y la candela de morir en la otra, y entró en paso de muerte. Como esto vió la madre, díjole: Hija, rogad á Dios que me dé fuerza para pasar este trago. Dijo ella con mucha fe, que si daria. Y diciendo esto, y hablando palabras devotas con el crucifijo dió su espíritu á Dios, y acabando de espirar dió el reloj la una, que fué la hora en que nuestro Salvador subió al cielo. En lo cual se verá, como ya dijimos, cuán tierno y cuán regalado es el amor que nuestro Señor tiene á las ánimas puras y humildes; pues no se contentó con llevar esta ánima á su gloria, sino quísole hacer este regalo, que fué revelarle el dia de su acabamiento, y que este fuese el mismo dia y la misma hora que él subió al cielo.

No es mucho de maravillar que nuestro Señor ame á sus fieles siervos y los trate como á tales; mas lo que pone admiracion, es esta manera de amor tierno y regalado, semejante al que los esposos tienen á sus esposas, y los padres á los hijos chiquitos que traen en sus brazos, regalándolos y besándolos. Lo cual hace muchas veces este Señor, cuyos deleites son conversar con los hijos de los hombres. Y esta es una de las cosas que mas poderosamente roba sus corazones, y les hace desear padescer mil muertes por un Señor que tan dulce, tan suave, y tan amoroso se les ha mostrado, como lo podemos ver en este ejemplo. Mas la madre, tomando por argumento de la salvacion de su hija el cumplimiento de la profecía susodicha, de tal manera se consoló, que toda se ocupaba en dar gracias á nuestro Señor, que tal hija

(*h*) Cap. 9.

le habia dado, y tuvo corazon despues de amortajada, para verla y rociarla con agua bendita.

§. XV.

Milagros en la cura de los endemoniados.

Tambien se cuenta con mucha razon entre los milagros que confirman la verdad de nuestra fe, la expulsion de los demonios de los cuerpos humanos. Y ser verdad que haya endemoniados, testifican no solo todas las escripturas que están llenas desto, mas tambien la experiencia de muchos que los han visto. Y no proceder esto de las influencias y constelaciones del cielo, está claro; porque el cielo no puede hacer cosas artificiales, cuales son las que se ven en los endemoniados. Porque siendo personas ignorantes, hablan en latin y tocan las campanas, y dan señal al tiempo de la salida, y dicen á muchos de los que presentes están lo que ellos hicieron en secreto, y otras cosas semejantes, á las cuales es imposible extenderse las influencias del cielo. Pues estos demonios atormentan fieramente los cuerpos humanos: como parece en la hija de la Cananea (i), que era malamente atormentada deste espíritu maligno; y en aquel mochacho lunático (k), que muchas veces caia en el fuego, y en otros infinitos. Y con ser este enemigo tan poderoso y perverso, y desear tanto maltratar las criaturas de Dios (por vengarse en esto del mismo Dios que lo echó del cielo), todavía es poderosamente expelido de los cuerpos mediante las oraciones de la católica Iglesia, siendo conjurado en nombre de la sanctísima Trinidad, y de Cristo nuestro Salvador. Y por los misterios de su sacratísima pasion, resurreccion, y ascension, y por los méritos de la Vírgen nuestra Señora, por cuya virtud, mal de su grado, sale del cuerpo afligido, y da señal de su salida, y deja de ahí adelante libre la criatura de Dios. Y para mayor confirmacion desta verdad referiré aquí á este propósito dos cosas muy notables, muy públicas y muy dignas de fe.

La primera me contó el muy ilustre y reverendísimo señor Don Jorge de Tayde, obispo que fué de Viseo, y agora capellan mayor del rey Don Enrique, nuestro Señor. Díjome él pues que en esa ciudad de Viseo habia una mujer casada con un hombre del pueblo, que era malamente atormentada del demonio: la cual, para remedio deste tormento, confesaba y comulgaba algunas veces, y iba en romería á muchas casas de devocion. Pasarseian en esto mas de dos años; pero el señor Obispo no daba oídos á este negocio, por no creer que esto fuese cosa del demonio, y así estuvo incrédulo mucho tiempo, hasta que finalmente fuéron tantos los indicios de la verdad, que lo hubo de creer, y se determinó de pelear con aquella bestia fiera con las armas de la fe y exorcismos de la Iglesia. Y para esto ayunó los tres dias que se mandan ayunar para este efecto, y decia cada dia misa con toda la devocion que le era posible, comenzándola á las seis de la mañana; y acabada la misa, así como estaba revestido, batallaba hasta las once del dia con aquel mal espíritu. Duró esto cinco dias, sin que el demonio obedeciese á los exorcismos, en los cuales algunas palabras se entremetian, que el demonio sentia mucho, y entónces hacia grandes bascas, y atormentaba tan fuertemente á la pobre mujer, que á veces se le hinchaba tanto la garganta, que venía á estar cuasi igual con la punta de la barba. Y las palabras con que el demonio mas se embravecia, eran estas: Malaventurado de tí, que para siempre no has de ver á Dios. Otras veces le decia en latin: *Dereliquisti Dominum Deum tuum, et oblitus es Creatoris tui.* Que quiere decir: Desamparaste á tu Señor Dios, y olvidástete de Dios, tu Criador. Y cada vez que se le decia alguna palabra destas, hacia aquel espíritu tan grandes bascas, y atormentaba tanto la pobre mujer, que era menester que su marido que presente estaba, y otros tuviesen mano en ella. En esta sazon oyó este señor que los que asistian á estos exorcismos ponian dubda si esta mujer habia sido baptizada. Y hecha inquisicion sobre ello, hallóse que al tiempo de su baptismo hubo un gran alboroto en la iglesia, por haberse allí notificado al cura de parte del prelado, que desistiese de su oficio; por lo cual no acabó lo que habia comenzado. Habida pues esta informacion, este señor se determinó de la baptizar; y para esto mandáronla salir fuera de la iglesia, para hacer los exorcismos acostumbrados: en lo cual hubo gran dificultad por la resistencia del demonio, y no ménos la hubo acabados los exorcismos á la entrada. Llegada pues á la pila del baptismo, quitada la toca para baptizarla, pronunciando este señor estas palabras: *Ego te baptizo, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*, en ese mismo punto la buena mujer levantó las manos, diciendo: Bendito y alabado sea el nombre de Dios, que ya me ha dejado. Con lo cual los que presentes estaban, con toda devocion alabaron al Señor, viendo aquella súbita y maravillosa virtud del sancto baptismo. Y para mas certificarse este señor desta maravilla, tornóle á decir aquellas palabras susodichas, con que el demonio hacia tantos visajes, y ningun sentimiento hizo la mujer. Entónces él acabándola de baptizar, la confirmó, y allí mismo la hizo recibir de nuevo con el marido, que presente estaba (porque ántes del baptismo no habia sido sacramento), su matrimonio. Esto acaesció en la ciudad de Viseo, en la capilla de Sancta Marta, pocos años há. Pues ¿quién no ve cuán grande testimonio sea este de la verdad de nuestra fe, y de la virtud del sancto baptismo, y de la pasion y nombre de Cristo, con cuyo poder es vencido el poder de los infiernos? Deste milagro es testigo no solo el señor obispo susodicho, que es hoy dia vivo, sino todos los que presentes se hallaron. Ni es para callarse otra cosa que en esta hora succedió, ántes que la mujer fuese libre del demonio. Porque diciendo este señor misa, el que le servia dióle al principio della agua por vino, porque el vino era blanco, y así hubo lugar este yerro; mas al tiempo del consumir entendió el defecto, y luego echó vino en el cáliz, y lo consagró y recibió, sin que persona de la iglesia entendiese lo que pasaba. Mas así como él consumió el agua por vino, la mujer endemoniada que estaba al cabo de la iglesia, dió una grande risada, y nadie entendió la causa della, sino quien decia la misa; porque conosció que el demonio festejaba mucho aquel defecto.

A este propósito referiré otra cosa muy semejante, que debajo de juramento contó á mí y á otras personas el doctor Barbosa, médico del rey Don Enrique, nuestro Señor. Y fué así: que él tenia una esclavilla de edad de nueve años, traida del Brasil, que es tierra de gente infiel, y muy bárbara. Mas la esclavilla era muy servicial, y de muy buenas manos, la cual era fieramente atormentada del demonio. Mas su señor, creyendo que esto podia ser enfermedad de epilepsia, ó gota coral, usó de

(i) Matth. 15. (k) Idem. 17.

cuantos remedios la medicina enseña para estos males, sin seguirse dellos provecho alguno. Y desconfiado ya de los remedios, procuró saber de los que esta esclavilla trajeron de su tierra, si habia sido baptizada. Y entendiendo que no lo era, ordenóle su baptismo con su torta de pan y candela, y con todo lo demas que para esto se requeria, y así fué baptizada. Y dende aquel dia hasta lo postrero de su vida, ninguna cosa hubo en ella de las que ántes padecia. Aquí no há lugar fingimiento, porque en tan tierna edad no se pueden sospechar fingimientos, y mas tan costosos y de tan largo tiempo. Pues aquí tenemos otro milagro, y otro no ménos ilustre testimonio de la virtud del sancto baptismo, y por consiguiente de la verdad de nuestra fe.

A este testimonio de nuestra sancta fe y religion, añade otra cosa, y es que ántes de la pasion de nuestro Salvador, los demonios hablaban por boca de los ídolos, y respondian á los que les preguntaban; y con esto traian engañado el mundo, haciéndole creer que el ídolo era Dios vivo, pues hablaba y adevinaba. Mas despues de la gloriosa victoria y triunfo de la Cruz (con la cual fuéron quebrantadas las fuerzas desta antigua serpiente), así como su señorío se fué apocando, así estas respuestas fuéron cesando: lo cual no solo testifican escritores cristianos, sino tambien gentiles. Porque Plutarco, gravísimo autor, y maestro que fué del emperador Trajano, escribió un libro en el cual trata este argumento, que es, por qué habian cesado en sus tiempos las respuestas de los dioses, que ellos solian dar. El veia en el mundo este efecto, mas no sabía la verdadera causa, que era la victoria de Cristo contra el demonio.

Y pues habemos llegado á este paso, no dejaré de referir aquí una singular obra de Dios, y una maravillosa conversion de un sacerdote de Apolo: la cual refiere Eusebio en la Historia Ecclesiástica, tratando de las virtudes y milagros de Gregorio, obispo de Ponto. Dice pues él, que caminando una vez este sancto varon por los montes Alpes en tiempo de invierno, y llegando á la cumbre, siendo ya cerca de la noche, halló todo el monte lleno de nieve, y ninguna casa y lugar do se abrigase. Habia solamente cerca un templo de Apolo, y por aquella noche metióse dentro dél, y á la mañana fué su camino. El sacerdote de aquel templo tenia costumbre preguntar allí á Apolo, y recebir sus respuestas, y referirlas á los que le consultaban, y con esto ganaba su vida. Despues que allí estuvo Gregorio, venía el sacerdote, segun acostumbraba, y proponia sus preguntas y demandaba respuestas, y nada se le respondia; ofreciale mas sacrificios, y ninguna cosa aprovechaba; acrescentaba ofrendas, y todavía perseveraba mudo. Y como el sacerdote se congojase espantado del nuevo callar de su Dios, apareciόle el demonio en sueños la noche siguiente, y díjole: ¿Para qué me llamas allí donde ya no puedo venir? Y preguntado por la causa, dijo: que despues que allí entró Gregorio habia sido desterrado. Pidióle el sacerdote remedio, y el demonio respondió que por ninguna via podia mas entrar en el templo, si Gregorio no le alzaba el destierro. Oido esto, el sacerdote se puso luego en camino, y siguió á Gregorio fatigado de pensamientos, hasta que le alcanzó. Al cual descubrió lo que pasaba, pidiéndole remedio en recompensa del hospedaje y abrigo que en su templo halló en la necesidad del frio; porque su dios se querellaba, y él perdia su mantenimiento: así que le rogaba restituyese á ambos en su primer estado. El sancto varon sin detenimiento escribió una carta desta manera: Gregorio á Apolo. Yo te permito volver á tu lugar, y hacer lo que solias. Recibió el sacerdote esta carta, y llevóla al templo, y en poniéndola en la mano del ídolo, luego el demonio entró en él, y respondió á lo que le fué preguntado. Entónces el sacerdote volviendo en sí, dijo: Si Gregorio mandó, y dios huyó, y si Gregorio mandó, y Dios volvió, ¿cómo no es mejor Gregorio que el dios que obedesce mandamiento de Gregorio? Dicho esto, cerró las puertas del templo, y volvió en seguimiento de Gregorio, llevando consigo la carta que le habia dado, y descubrióle por órden lo que habia pasado; y derribándose á sus piés, le rogó que por sus manos le ofreciese al verdadero Dios, por cuya virtud los dioses de las gentes obedescen á sus siervos. Y como porfiase y perseverase en su demanda, comenzóle á enseñar la católica doctrina. Y viviendo por algun tiempo castísima y abstinentísimamente, dejados no solos los errores paganos, mas todos los ejercicios y los bienes mundanales, fué baptizado. Y tanto cresció en virtud y merescimiento de vida, que fué succesor de Gregorio en su mismo obispado. Y no solamente se señaló en obras de excelentes virtudes, mas asimismo en doctrina y en declaracion de las divinas Escripturas. Hasta aquí son palabras de Eusebio: las cuales quise referir aquí, no solo para el propósito de la victoria de Cristo contra los demonios, sino tambien para que se vean las maravillas de las obras de Dios, y los medios de que usa para salvar las ánimas, y hacer de las piedras hijos de Abraham (*l*).

CAPITULO XXX.

Del mayor de todos los milagros, que fué la conversion del mundo.

Agora será razon tratar del mayor de todos los milagros, que fué la conversion del mundo, el cual hace fe, y da verdadero testimonio de los otros milagros que para este efecto se hicieron. Bien veo cuánto esta materia sobrepuja toda la facultad de las palabras humanas, y por esto pido yo aquí favor á aquel Señor que hace elocuentes las lenguas de los niños (*a*), y habla cuando él es servido por boca de las bestias (*b*), quiera él por esta hablar alguna pequeña parte desta tan grande maravilla, la cual suspende y arrebata con una gran suavidad los corazones de los que la saben estimar: como lo significó el profeta Esaías, cuando hablando con la espiritual Hierusalem, que es la Iglesia cristiana, dice (*c*): Levanta los ojos y mira al derredor de tí. Todos estos que ves, se ayuntaron y vinieron á tí. Tus hijos vendrán de léjos, y tus hijas se levantarán de tus lados. Entónces verás, y alegrarte has, y maravillarse ha, y ensancharse ha tu corazon, cuando vieres convertida la muchedumbre de las islas de la mar, y la fortaleza de las gentes (que son las naciones principales del mundo) vinieren á tí. Este singular fructo (que es admiracion de las obras de Dios) junto con la confirmacion y acrescentamiento de la fe, se sigue desta consideracion.

Pues para entender la grandeza desta obra, conviene que ponderemos no solo la substancia della, sino tambien todas las circunstancias, conviene saber, lo que se predicó, y á qué género de personas se predicó, y qué personas lo predicaron, y cuáles eran los que resistian á esta predicacion, y de qué manera resistian, y final-

(*l*) Matth. 3. (*a*) Sap. 10. (*b*) Num. 22. (*c*) Esai. 60.

mente qué fructo se siguió desta predicacion. Estas seis circunstancias declararémos agora por su órden.

I. Cuanto á lo primero, como en el hombre haya dos principales potencias, que son entendimiento y voluntad, á ambas ellas proponian los predicadores las cosas mas arduas y dificultosas que se les podian proponer. Porque al entendimiento proponian las cosas siguientes: conviene saber, la resurreccion de los muertos, en la cual obligaban á creer que el cuerpo humano despues de hecho polvo en la tierra, ó quemado y vuelto en ceniza, ó comido de peces, ó aves, ó de otros hombres, habia de resuscitar el dia del juicio, no otro cuerpo fabricado de nuevo, sino el mismo que fué.

Predicaban tambien el misterio de la sanctísima Trinidad, en el cual (segun la católica doctrina) se ha de creer que el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Sancto es Dios; mas que no son tres Dioses, sino un solo Dios. Asimismo predicaban el misterio del sanctísimo sacramento del Altar, confesando que por virtud de las palabras de la consagracion, la substancia del pan y del vino se convertian real y verdaderamente en el cuerpo y sangre de Cristo; y que en cada una destas partes estaba toda la divinidad y humanidad deste mismo Señor.

Cosas eran estas arduas y dificultosas de creer; pero muy más lo era creer y confesar la divinidad de Cristo, por las dificultades que á la razon humana se ofrecian para esto. Porque primeramente, como el misterio de la encarnacion y concepcion deste Señor por virtud del Espíritu Sancto estaba encubierto al mundo, el Salvador, como dice Sant Lúcas (*d*), era tenido por hijo de Josef, por saber que era casado con la Vírgen. Pues predicar que un hombre tenido generalmente por hijo de un carpintero (que con una azuela y una sierra ganaba de comer en su tienda) era verdadero Dios, que habia criado el sol, y la luna, y las estrellas, y todo este mundo, era cosa de escarnio para los gentiles. Y así Sapor, rey de Persia, que adoraba al sol, viendo ante sí un caballero cristiano, díjole por escarnio: ¿Pues todavía perseveras en adorar al hijo del carpintero? A esta humildad se juntaba la muerte de cruz. Y no habemos de mirar la cruz con los ojos que agora la miramos y reverenciamos, sino con los que entónces el mundo la miraba y aborrescia. Porque este género de muerte tenian por mas ignominioso que agora es la horca; porque el tormento del crucificado era sin comparacion mayor que el del ahorcado, porque este se acaba en un soplo, y el otro duraba mucho, y con intensísimos dolores, por ser las heridas en los lugares mas llenos de niervos, que son los instrumentos del sentir, y cargando el peso del cuerpo para abajo, estaba siempre cresciendo mas y mas el dolor. Y allende desto crucificaban al paciente desnudo, que es cosa de gran vergüenza y desabrigo: lo que no hacen con los que ahorcan. Pues segun esto, predicar al mundo que un hombre crucificado en compañía de ladrones era Dios, era tanto y mas como decir que un hombre ahorcado era Dios, criador de los cielos, y de la tierra, y de la mar. Y que dende la cruz movia los cielos, y sustentaba y gobernaba toda esta máquina del mundo, era para la opinion de los gentiles, como dice el Apóstol (*e*), pura locura. Estas eran las cosas que los predicadores del Evangelio proponian al entendimiento humano para que las abrazase y creyese.

(*d*) Luc. 3. (*e*) 1. Cor. 1.

Pues no eran ménos arduas y dificultosas para obrar las que proponian á la voluntad, y á los apetitos de nuestra carne; porque los mismos predicadores enseñaban que la vida cristiana era una perpetua cruz y mortificacion de la carne con todos sus aliados, que son todos sus gustos y apetitos. Y así el Señor, como refiere Sant Márcos (*f*), llamando las compañas que le seguian junto con sus discípulos, dijo en comun á todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Negar á sí mismo es contradecir á todos los apetitos y deseos desordenados de su carne, y tratarse en esta parte, no como amigo, sino como á extraño; y tomar su cruz es aparejarse para los trabajos que se han de pasar en la conquista del reino del cielo, y en la vereda estrecha de la virtud; y seguir á Cristo es ir por el camino que él fué, que fué camino de humildad, de pobreza, de paciencia, de obediencia y de cruz.

Pues las mismas liciones hallarémos en Sant Pablo (*g*): el cual dice que los que son de Cristo crucificaron su carne con todos sus vicios y concupiscencias. Y mortificada la carne (*h*), quiere que vivamos segun las leyes del espíritu, que son contrarias á la carne (*i*): para lo cual es necesario perpetuo pleito y continua guerra con todos los apetitos y sentidos della.

Y en la Epístola á los de Corinto (*k*) declara mas en particular los fueros y leyes desta profesion, diciendo: Hermanos, en todas las cosas nos hayamos como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en persecuciones, en trabajos, en vigilias, en ayunos, en castidad, en ciencia, en longanimidad, en suavidad en el Espíritu Sancto, en caridad no fingida, en tratar verdad, en virtud de Dios; armados con armas de justicia á la diestra y á la siniestra, caminando por honras y por deshonras, por infamia y por buena fama, tenidos por engañadores, siendo fieles y verdaderos. Hasta aquí son palabras del Apóstol. Pues ¿cuántas maneras de asperezas se contienen en estas palabras? Esta es pues la profesion del cristiano, y esta la filosofía y doctrina que el Apóstol proponia á los fieles, llena de tantas maneras de trabajos.

II. Agora veamos cuáles eran los hombres á quien esta ley tan espiritual y tan enemiga de la carne se predicaba. Esto declara el mismo Apóstol en el principio de la Epístola á los Romanos (*l*), y en la Epístola á los de Efeso (*m*); y notando sus vicios y pecados, dice que como tenian perdida la esperanza de la otra vida, y no pensaban que habia mas que nacer y morir, se entregaron á todo género de torpezas, y deshonestidades, y cobdicias, y en esto empleaban toda la vida; y la causa de todos estos males era la idolatría. Porque como la verdadera religion y temor de Dios sea freno de todos los vicios, estando esta tan pervertida, que en lugar del verdadero Dios adoraban piedras, y palos, y dragones, y crocodillos, y bueyes, y cabrones, y serpientes, y (lo que peor es) dioses carnales y adúlteros, ¿cómo podrian dejar de ser adúlteros los que tales dioses adoraban, pues en esto los imitaban? Estas pues eran las costumbres de los hombres á quien la sanctidad y pureza del Evangelio se predicaba; estas las tinieblas, y la ceguedad, y el estado miserable en que el mundo estaba tantos mil años habia (*n*). Porque aquel fuerte armado y cruel tiranno que

(*f*) Marc. 8. (*g*) Gal. 5. (*h*) Rom. 8. (*i*) Colos. 3.
(*k*) 2. Cor. 6. (*l*) Rom. 1. (*m*) Ephes. 2. (*n*) Luc. 11.

trajo el pecado, y con él la muerte del mundo, de tal manera lo tenia oprimido y tiranizado, que era imposible por fuerzas humanas ser librado de su poder. Porque constándonos por las historias que habia muchos gravísimos y elocuentísimos filósofos en aquel tiempo, cuales fuéron Aristóteles, y Platon, y Teofrasto, y otros discípulos destos que conocian clarísimamente la vanidad destos dioses adúlteros y bestiales, y el perdimiento y locura de los hombres que los adoraban, nunca hombre dellos con toda su ciencia, y elocuencia, y agudeza de ingenio, se atrevió á desengañar los hombres, y sacar al mundo de error tan pestilencial (o); porque á uno que lo tentó hacer, que fué Sócrates, le costó la vida.

III. Agora veamos cuáles fuéron los instrumentos y ministros que Dios escogió para persuadirles esta ley, y juntamente para destruir y desterrar la idolatría del mundo. Para esto se debe presuponer, que el comun estilo de nuestro Señor, como el Apóstol dice (p), es escoger lo mas flaco, y mas abatido, y desvalido del mundo, y lo que apénas tiene sér, para derribar toda la potencia y sabiduría del mundo. Porque como él pretenda en todas sus obras la gloria de su sancto nombre, poca gloria suya sería, si con lanzas parejas y iguales armas triunfase del mundo: su gloria es que con cosas flacas y abatidas quebrante la cerviz y poder de los soberbios. Desta manera por medio de una mujer flaca, que fué Judit (q), desbarató aquel grande ejército de los asirios; por mano de solo Jonatas (r), con un solo paje de lanza, el de los filisteos; por mano de Gedeon (s), con solos trecientos hombres, el de los madianitas que eran innumerables; por mano de los mozos de espuelas de los príncipes de las provincias, el del rey de Siria (t). Y el mismo con ranas, y moscas, y mosquitos hizo cruda guerra al rey Faraon (v). Pues ¡qué diré de David (x)! El cual siendo un pobre pastorcillo, sin mas armas que una honda y un cayado, entró en desafío con un fiero gigante armado de todas armas, y muy diestro en ellas, y le mató, y cortó la cabeza con la misma espada que el enemigo traia. Y Samson (y) sin mas armas que una quijada de una bestia mató mil filisteos armados que venian á dar sobre él. Donde dice Sant Gregorio (z), que el Salvador, sirviéndose de la rudeza de los apóstoles, convirtió el mundo.

Pues siendo este el estilo de Dios, y siendo tanto mayores sus victorias cuanto mas flacos los instrumentos, de aquí es que para una tan maravillosa obra como fué la conversion del mundo, escogió los mas flacos y desvalidos instrumentos del mundo, que eran como las heces y escoria dél. Porque escogió doce hombres (a) desta cualidad, y los mas dellos pescadores, y tan pobres, que algunos dellos (b) estaban remendando sus redes; hombres sin letras, sin filosofía, sin elocuencia y sin policía. Y sobre todo esto, eran de tan bajos espíritus, que siendo preso el Señor que tantas maravillas en presencia dellos habia obrado, huyeron (c) y le desampararon con tanta cobardía, que uno dellos que venia desnudo, cubiertas las carnes con una sábana, queriéndole los enemigos prender, les dejó la sábana en las manos, y así vergonzosamente escapó (d). Y lo que mas es, el príncipe de los apóstoles, el mas animoso y esforzado, el que tuvo revelacion del Padre de la divinidad y gloria de su Hijo (e); el que poco ántes se habia ofrecido á acompañar al Señor en la cárcel y en la muerte (f), ese por solo temor de una mozuela, sin mas alguacil ni vara de justicia, negó al Señor en la misma casa donde él estaba (g). Pues ¿qué flaqueza, qué cobardía, qué deslealtad iguala con esta? Y si este, que era el mas esforzado, tan bajos espíritus tenia, ¿cuáles habian de ser los de los otros sus compañeros, que no eran tan animosos, ni habian visto al Señor transfigurado y glorioso como él (h)? Pues ¿qué mas flacos instrumentos se pudieran hallar? Pues estos tales ministros escogió la divina sabiduría para derrocar la idolatría y la potencia del mundo, y persuadir á hombres tan abominables cuales eran los gentiles, cosas tan dificultosas de creer, y muy mas dificultosas de hacer.

IV. Mas veamos quiénes eran los que resistian á la predicacion del Evangelio. ¿Quiénes? Mas ¿quién no le resistia? Todos los reyes, y emperadores, y monarcas del mundo; toda la potencia del imperio romano, domador y vencedor del mundo; todas las islas de la mar; todas las gentes y naciones, no solo de gentiles, sino tambien de judíos; porque la predicacion de la Cruz á los unos era escándalo, y á los otros locura (i). De suerte que en todo lo que rodea el sol, no habia nacion ni gente que no estuviese puesta en armas contra la predicacion de la Cruz.

V. Mas ¿de qué manera resistian? Ya está arriba declarado (k), en el testimonio que los sanctos mártires dieron de nuestra fe con su sangre: que fué con las mayores crueldades y tormentos que todos los hombres instigados y enseñados por los demonios pudieron inventar, y en un cuerpo humano se pueden ejecutar.

§. I.

Prosigue la materia de la conversion del mundo.

Declaradas ya estas circunstancias, comencemos á filosofar sobre ellas, para que clarísimamente se vea que esta obra tan grande no se pudo hacer sin Dios. Estando pues el mundo zabullido en tantas maneras de vicios, sin que los grandes filósofos y sabios se atreviesen á darle remedio, y los reyes y gobernadores de la tierra no solo no lo procurasen, mas ántes ellos fuesen los autores de tantos males, estos hombres pobres y rudos que habemos dicho, se determinaron de sacar el mundo de tan espesas tinieblas, y desarraigada la maldad de la idolatría, plantar en sus corazones la verdadera religion. Mas ¿con qué fuerzas, con qué riquezas, con qué nobleza, con qué habilidades, con qué artes y sciencias tomaron á pechos esta tan ardua y dificultosa empresa? Ya está dicho poco há. Porque si preguntais por la nobleza, eran de linaje bajísimos; si por las riquezas, eran pobrísimos; si por la sciencia, eran ignorantísimos; si por la elocuencia, eran de suyo barbarísimos; si por la delicadeza de sus ingenios, eran rudísimos; si por la manera de su vida, eran severísimos y gravísimos perseguidores de todas las deshonestidades y regalos del cuerpo, á que todos los gentiles estaban entregados. Por donde era necesario que todos los aborresciesen, y persiguiesen, como á hombres destruidores, no solo de su religion, sino tambien de todos sus gustos y regalos.

Pues veamos, ¿qué fin tuvo esa tan grande empresa? ¿Qué acabaron esos ministros que Dios escogió para esta

(o) Aug. de Civ. Dei, lib. 8. cap. 3. (p) 1. Cor. 1. (q) Judith 13. (r) 1. Reg. 14. (s) Judic. 7. (t) 3. Reg. 20. (v) Exod. 8. (x) 1. Reg. 17. (y) Judic. 15. (z) Gloss. interlin. (a) Luc. 6. (b) Matth. 4. (c) Matth. 26. (d) Marc. 14.

(e) Matth. 16. (f) Luc. 22. (g) Ibid. (h) Matth. 17. (i) 1. Corinth. 1. (k) Desde el cap. 16. hasta el cap. 27.

obra? Primeramente acabaron que aquellos dioses adorados y reverenciados en todos los siglos pasados, por todas las naciones, y reyes y monarcas del mundo, fuesen escupidos, y acoceados, y quemados, y fundidos para hacer dellos bacías, y calderas, y otros vasos semejantes, como arriba dijimos (*l*). Y juntamente que sus altares y templos fuesen profanados, y puestos por tierra. Acabaron que creyesen todas aquellas cosas que dijimos ser tan arduas y dificultosas de creer al entendimiento humano, y señaladamente creyesen que un hombre tenido por hijo de un carpintero, y de quien todos sabian que por sentencia de juez habia sido azotado y crucificado (que es como decir ahorcado), era verdadero Dios, hacedor de cielos y tierra, y Señor de todo lo criado; y que estando enclavado en la Cruz, movia los cielos, y regía el curso del sol y de la luna, y de todas las estrellas. Pues ¿qué cosa mas admirable que hacer creer esto á los hombres, y creerlo de tal manera, esto es, con tanta firmeza y constancia, que ántes se dejasen hacer pedazos que menoscabar un punto desta fe? Esta es una de las tres maravillas que (segun Sant Bernardo) la omnipotencia de Dios pudo juntar en uno, que fuéron, Dios y hombre, madre y vírgen, y fe y corazon humano: queriendo declarar por las primeras maravillas, que eran imposibles á todo el poder criado, esta maravilla de la fe, que es haber acabado con los hombres que, sin embargo de todas estas dificultades susodichas, abrazasen esta fe. Por donde algunos doctores, queriendo engrandescer esta obra, dicen que no saben determinar cuál haya sido mayor maravilla: ó morir Dios en una cruz por amor de los hombres, ó creer los hombres que era Dios el que así murió en cruz.

Acabaron tambien otra cosa no ménos dificultosa, que fué la mudanza de las vidas y de las costumbres que ántes tenian, tan mudadas, que de la carne hicieron espíritu, y de la tierra cielo, y de los hombres ángeles. Desto tratamos algo mas extendidamente en su proprio lugar; mas para entender esto de raiz, era necesario leer las historias eclesiásticas que desto tratan, y mas especialmente las que escriben las vidas de los sanctos que en aquel tiempo hubo en diversas partes del mundo, de las cuales escribió Sant Hierónimo, Sant Juan Clímaco, Teodoreto en la Historia Religiosa, Paladio, Casiano, Sulpicio Severo en sus Diálogos, y despues de todos estos Sant Gregorio en los suyos, y otros semejantes autores: los cuales cuentan maravillas de la sanctidad y pureza de vida que en aquella gloriosa edad florecia, en la cual estaba mas reciente la sangre, y la doctrina, y los milagros de Cristo, y de los sanctos apóstoles, adonde remitimos al cristiano lector. Mas aquí tocarémos algo brevemente de la sanctidad de aquellos tiempos, la cual en parte se conosce por la infinidad de mártires que en todas las partes del mundo padescieron constantísimamente; porque imposible era padescer tales tormentos, si no tuvieran una fe firmísima, y una esperanza segurísima, y una caridad encendidísima, y una fortaleza inexpugnable, y una paciencia incomparable, y finalmente todas las otras virtudes que para esta batalla eran necesarias. Porque si es verdad que no puede estar una perfecta virtud sin la compañía de todas las otras, ¿cómo pudieran estar las sobredichas virtudes en grado tan subido sin la compañía de todas ellas? Pues por este indicio entenderémos cuáles eran las vidas de los fieles en aquel tiempo, y cuán admirable fué aquella mudanza, que de hombres tan perversos (cuales eran los que adoraban los ídolos) se hiciesen ángeles y mártires de Cristo.

Acabaron otrosí que en el mundo (que era un desierto donde no habia sino árboles estériles, que no servian para mas que arder en el fuego, ó para llevar manjar de puercos) creciesen árboles que llevasen fructos de vida eterna; y que los páramos y sequedades se convirtiesen en rios y fuentes de aguas; y que en las cuevas donde moraban dragones, se hiciesen vergeles y paraísos de deleites. Porque los soberbios y crueles como dragones se hicieron humildes, y los carnales espirituales, y los avarientos liberales, y los crueles piadosos y misericordiosos. Hicieron que los que ántes robaban las haciendas ajenas, diesen por amor de Dios las suyas; y los que toda la vida gastaban en atesorar en la tierra, pusiesen sus tesoros en el cielo; y que los que hacian dios de su vientre, empleando todos sus cuidados y patrimonios en regalar su carne, la afligiesen, y maltratasen con asperezas y abstinencias; y los que tenian su propria voluntad y apetito por regla y ley de su vida, derogada esta ley, abrazasen la del sancto Evangelio, crucificando su carne con todos sus vicios y cobdicias.

En lo cual hubo dos grandes dificultades; porque no solo habian de inducir los hombres á este género de vida tan áspera, sino era necesario desarraigar primero la costumbre envejecida de todos los vicios, y destruir los fueros y costumbres de la patria, que habian recibido de sus padres, y abuelos, y de todos sus antepasados, confirmadas con la autoridad y ejemplo de todos los reyes, y con la costumbre inmemorial de tantos siglos. Porque la doctrina del Evangelio todo esto condenaba: la cual atraia los hombres de los deleites á la aspereza, de la avaricia al amor de la pobreza, y del camino largo y espacioso de la carne á la senda estrecha del espíritu.

Y esto pudieron persuadir (como dice Sant Crisóstomo (*m*), en cuyo tiempo estaba la fe dilatada por todo el mundo), no á diez ni veinte personas, sino á cuantas moraban debajo del sol. Porque en todas las naciones de los romanos, y persas, y escitas, y indios, y finalmente griegos, judíos y bárbaros se edificaron iglesias y altares de Cristo. Y desta manera el mundo, que era como un erizo lleno de espinas, fué repurgado y alimpiado para que fuese cultivado, y recibiese la semilla saludable de la palabra de Dios. De modo que esta nueva filosofía no solo llegó á las tierras vecinas á Hierusalem (de donde ella salió), sino hasta los últimos fines de la tierra; y esto en tan breve espacio, que el profeta Esaías (*n*) se maravilla de la lijereza con que los discípulos á manera de nubes volaron por todo el mundo, regando la tierra con la lluvia de su doctrina, para que diese fructos de vida eterna. Y en el cap. XXIV, despues de declarada por palabras clarísimas la destruicion de Hierusalem y de su pueblo, nos convida á dar gracias y alabanzas al Señor, por haber recompensado la pérdida desta ciudad y de su pueblo, con la conversion del mundo, diciendo: Por tanto glorificad al Señor con las doctrinas, y en las islas muy apartadas alabad el nombre del Señor Dios de Israel. Dende los últimos fines de la tierra oimos las alabanzas y la gloria del Justo. Justo llama al Salvador, por ser él por excelencia justo, y autor de nuestra justicia.

(*l*) Cap. 12.

(*m*) Chrysost. homilia: Quod Christus est Deus, infr. med. t. 5.
(*n*) Esai. 60.

§. II.

Prosigue la misma materia.

Mas esta dilatacion de la fe fué mucho mayor en tiempo del cristianísimo y grande emperador Constantino, en cuyo tiempo nasció Sant Hierónimo, el cual toca brevemente esta conversion del mundo en el Epitafio de Nepociano por estas palabras: Antes de la resurreccion de Cristo en sola Judea era Dios conoscido, y en Israel era grande su nombre (o); mas agora todas las lenguas y letras de las gentes cantan su sagrada pasion y resurreccion. Callo las tres naciones de hebreos, griegos y latinos, las cuales nuestro Salvador dedicó con el título de su Cruz, que en las lenguas destas tres naciones estaba escrito: ya el indio, y el persiano, y el godo y el egipciano saben filosofar y tratar de la inmortalidad del ánima que vive despues del cuerpo, que es lo que Pitágoras soñó, y Demócrito no creyó, y Sócrates para consolacion de su condenacion disputó en la cárcel. La fiereza de los vecinos de Tracia, y aquella gente bárbara vecina del Norte, que andan cubiertos con pieles de fieras (los cuales en los tiempos antiguos sacrificaban hombres en los enterramientos de los muertos), mudaron su barbarismo en la dulce melodía de la Cruz; y la comun voz de todo el mundo es *Jesucristo*. Hasta aquí son palabras de Sant Hierónimo. El cual en la epístola que envió á una noble señora romana, por nombre Leta, escribe que un pariente suyo de la nobilísima familia de los Gracos, pocos dias ántes habia despedazado los ídolos de diversas gentes, de que él allí hace mencion, aun ántes que recibiese el sancto baptismo. Y añade luego: La gentilidad padesce ya en las ciudades soledad y falta de sus ídolos; y los que ántes eran dioses de las naciones están ya con los buhos y lechuzas encima de los tejados. Las púrpuras y coronas de los reyes que resplandescen con piedras preciosas, están hermoseadas con la gloriosa señal de la Cruz. Ya el dios Sérapis de Egipto se ha hecho cristiano, y cada dia recibimos en esta tierra compañías de monjes que vienen de la India, de Persia y de Etiopia. El armenio dejó ya sus saetas. Los hunnos aprenden el Psalterio. Los frios de los scitas, vecinos del Norte, hierven con el calor de la fe. El ejército resplandesciente y rubio de los getas trae las señales de la Iglesia; y por esto pelean por ventura con nosotros con iguales fuerzas, porque con semejante religion. Hasta aquí son palabras de Sant Hierónimo, por las cuales entenderémos cuán dilatada estaba en aquel tiempo la predicacion y fe del Evangelio por todas las partes del mundo.

Sobre lo dicho encarece Sant Crisóstomo (p) esta maravillosa obra, diciendo que si esta tan gran mudanza del mundo se hiciera en tiempo de paz, donde nadie la contradijera, todavía fuera obra admirable; mas no fué así, sino que todas las gentes, y reinos, y provincias, todos los reyes y monarcas del mundo se armaron y conjuraron contra ella, viendo que esta doctrina escupia sus dioses, escarnecia sus solemnidades, y abominaba sus sacrificios, y pisaba las estatuas de sus ídolos: lo cual los paganos sentian tanto, como nosotros sentiríamos si nos obligasen á hacer con la imágen del Crucifijo lo que nosotros haciamos con las de sus dioses. Y no contentos los tirannos con quitar la vida á los fieles, inventaban cada dia nuevas maneras de tormentos contra ellos: azotes, cadenas, destierros, perdimiento de bienes, fuegos, cruces, parrillas, sartenes, bestias fieras, garfios y peines de hierro, tinas de aceite hirviendo, cárceles escuras y hambre continua. Nada desto bastó para vencer la fe y constancia de los sanctos. Mas ántes (lo que sobrepuja toda admiracion) muchos dellos ardian tanto en el amor de Cristo, que deseaban mucho mas padescer tormentos por él, que los hombres del mundo desean honras y prosperidades, porque entendian cuánto mayor honra era esta que todas las que el mundo puede dar. Y así escribe el Apóstol en la Epístola á los hebreos (q), hablando de los que entre ellos eran fieles, que habian sufrido con alegría el despojo y robo de sus bienes, como gente que esperaba otros mayores y mas durables en el cielo. Y de los gentiles que habian creido en Macedonia, dice (r) que afligidos con grandes persecuciones, no solo no desmayaron, mas ántes recibieron con ellas grande alegría. Y de los apóstoles se escribe, que siendo azotados por mandamiento del summo Sacerdote, iban muy alegres delante del concilio, por haberlos hecho Dios dignos de padescer injurias por el nombre de Cristo (s); porque ya el Espíritu Sancto les habia dado luz para conocer cuán grande gloria era esta. Este contentamiento hallaban en los azotes los que poco ántes por pura cobardía habian huido y dejado al Salvador solo en medio de sus enemigos; para que por aquí se entienda que esta alegría no nacia dellos, sino de la virtud del Espíritu Sancto, que les habia dado nuevo corazon y nuevas fuerzas. Pues ¿qué diré del alegría con que Sant Andres saludó y abrazó la cruz en que habia de padescer? ¿Qué del alegría con que el apóstol Sant Pablo esperaba la hora tan deseada de su martirio? El cual estando preso en hierros, escribe á los filipenses estas palabras (t): Si yo fuere agora sacrificado, alégrome, y gózome de vuestro bien, y pídoos que os alegreis conmigo, y me déis el parabien desta gloria que espero. ¿Quién jamas vió pedirse tal gozo y tal parabien como este? Esto suelen pedir los amigos á otros amigos cuando han alcanzado alguna nueva dignidad. Mas pedirlo estando en la cárcel, y esperando la espada del verdugo, ¿quién jamas lo vió? Lo que muchas veces se ha visto, es desmayar los hombres, y perder el sueño, y la comida, y toda alegría cuando en tal estado se ven, y ir al lugar de la muerte ya medio muertos. Mas tener tal alegría, y pedir á los amigos que festejasen este dia, y que se alegrasen con él, ¿quién jamas lo vió? ¿Dónde está aquí el amor tan natural de la vida? Dónde el temor natural de la muerte que todos los animales temen? Dónde las leyes de naturaleza, que con tan fuertes inclinaciones procura la conservacion de cada uno? ¿Qué haces aquí, naturaleza humana? Quién te ha privado de tus derechos? Quién te ha despojado de tus fuerzas? Quién te ha así trocado y subjectado á otras nuevas leyes? Pues ¿quién será tan rudo que no vea cómo no obra aquí la naturaleza, sino la gracia? No la virtud humana, sino la divina? No el hombre solo, sino Dios con el hombre?

Pues aun mas admirable cosa es la que diré. Porque con todas estas máquinas de tormentos no solo no pudieron todos los reyes y emperadores impedir la conversion de los hombres, mas ántes (lo que sobrepuja toda admiracion) cuanto mas los perseguian, tanto mas se convertian, y cuanto mas cristianos martirizaban,

(o) Psalm. 75. (p) Ubi supra.

(q) Hebr. 10. (r) 2. Cor. 8. (s) Act. 5. (t) Philip. 2.

tanto mas se multiplicaban, sabiendo cuántos linajes de tormentos les estaban aparejados, recibiendo la fe. A los cuales la prudencia humana hablaba á cada uno en su corazon, y le decia: ¿Qué haces, hombre? Qué determinas? Qué acuerdo es ese que tomas? ¿No ves que están contra tí armados los reyes y emperadores? No ves que hasta los mismos padres se encruelescen contra sus hijos, y los persiguen como á enemigos por esta nueva doctrina? No ves que es locura dejar los dioses que adoran los emperadores, y todas las naciones del mundo, por adorar un hombre crucificado? No ves las cárceles llenas de hombres presos por esta causa? No ves las justicias y carnicerías que cada dia se hacen en ellos? ¿No te espantan los rios de su sangre que cada dia se derraman por todas partes? ¿Pues no está claro que así el demonio como la prudencia del mundo representarian todo esto y mucho mas á los corazones de los que de nuevo trataban de convertirse á la fe? Pues todas estas razones y miedos vencieron innumerables hombres, y mujeres, y doncellas, y niños que se convirtieron, sin embargo de ver todo esto cada dia con sus ojos. Pues ¿quién no reconocerá aquí la virtud de Dios en tan gran mudanza de corazones? Aquí vemos lo que acaesció á los hijos de Israel en la tierra de Egipto, que cuanto mas el rey Faraon los perseguia, y queria diminuir, mandando ahogar los hijos varones, tanto mas ellos se multiplicaban (*v*): así tambien en la conversion del mundo, cuanto con mayor ansia trabajaban los emperadores por apocar el número de los fieles, tanto mas ellos crescian, porque el mismo Dios, que allí resistia al rey Faraon, aquí resistia á los emperadores del mundo; y el que allí multiplicaba los hijos de Israel, aquí multiplicaba los fieles. Y si nadie puede negar que allí obraba Dios, mucho ménos lo podrá negar aquí; porque allí Faraon hacia guerra á aquel pueblo mandando ahogar los niños, mas aquí hacian guerra los emperadores con extraños tormentos.

§. III.

Prosigue la misma materia.

Este pues dije al principio que era el mayor de todos los milagros, por concurrir en él tantas maravillas juntas. Porque una maravilla fué desterrar la idolatría del mundo confirmada con la costumbre de todos los siglos pasados; otra fué hacer que los hombres creyesen que un hombre justiciado entre ladrones, y muerto, y sepultado, era verdadero Dios y Señor de todo lo criado; otra maravilla fué mudarse las costumbres de los hombres de una vida tan deliciosa y perversa, á una tan sancta y tan áspera; otra fué padescer tantos cuentos de mártires tan exquisitos tormentos con tan grande constancia y alegría; otra fué que miéntras mas perseguidos eran los cristianos, mas se convertian cada dia y se multiplicaban. Y otra fué haber Dios acabado esta tan grande obra por medio de unos pobres pescadores y hombres rudos y idiotas.

Son todas estas cosas juntas y cada una por sí tan grandes y tan admirables, que era imposible acabarse sin socorro sobrenatural de Dios. Y dejados aparte todos aquellos misterios que al principio propusimos de la resurreccion de los cuerpos, y de la beatísima Trinidad y del sanctísimo sacramento del Altar, pongamos los ojos en solo el misterio de la Cruz, y acordémonos de lo que al principio propuse, que en aquel tiempo era muy mas afrentoso nombre el de la cruz, que agora lo es el de la horca, y el del crucificado que el del ahorcado, por las razones que allí alegamos. Porque pondere agora quien tiene juicio, ¿qué pareceria predicar en aquel tiempo, que un hombre justiciado con este tan vergonzoso tormento entre ladrones era Dios; y afirmar esto, no Aristóteles, ni Platon, ni otro algun insigne filósofo, sino unos hombres desharrapados, que nunca aprendieron letras ni sciencias humanas? Pues ¿cómo era posible creer esto tantos millares de hombres de todas las naciones del mundo, así sabios como simples, si no fueran movidos por el Espíritu Sancto, y convencidos con evidentísimos milagros, mayormente poniendo á manifestísimo peligro sus vidas los que esta fe recibiesen?

Mas para que mejor esto se entienda, pongámoslo en práctica con algun ejemplo particular. Fué el emperador Constantino uno de los mas valerosos emperadores del mundo, así en la guerra como en la paz, segun está ya declarado, el cual solo poseyó el sceptro del imperio romano sin otro compañero. Pues ¿cómo era posible que un príncipe de tan gran valor desechase y pisase todos los dioses de los emperadores sus antepasados (en cuyo tiempo habian ellos conquistado el mundo, y subjectádolo á su imperio), y adorase por único y solo Dios un hombre ahorcado entre ladrones? (Uso, como dije, deste nombre por mostrar la ignominia en que la cruz entónces era tenida.) ¿Cómo era pues posible que un tan valeroso príncipe tal creyese, si la fuerza de los milagros y la virtud del Espíritu Sancto no le persuadieran esta verdad tan ardua, y tan dificultosa de creer, y que esto creyese con tanta firmeza que en todos sus estandartes y banderas no trajese otra señal sino la de la Cruz? Mas entre otros milagros el primero fué, que habiendo de entrar en batalla contra Majencio, tiranno que imperaba en Roma, vió él juntamente con todo su ejército la gloriosa señal de la Cruz hecha en el cielo hácia la parte del mediodía sobre la tarde, con estas palabras escriptas: *Constantino, con esta señal vencerás.* Y Eusebio Cesariense cuenta que él mismo oyó al dicho emperador contar á muchos esta maravilla, y afirmarla con juramento. Y luego puso esta gloriosa señal en su estandarte, y con ella venció al tiranno sin sangre de los suyos ni de los romanos, que era lo que él mas deseaba. Pues por este ejemplo se entenderá cuán grande maravilla fué que no solo este emperador, mas tambien tantas diferencias de naciones pudiesen acabar consigo creer que un hombre con tan vergonzoso tormento justiciado era Dios. ¿Qué dijeras, Aristóteles, si esto oyeras? Y ¿qué sintieras si á fuerza de milagros lo creyeras, pues era tan grande la estima que tenias de aquella altísima y divinísima substancia, que juzgabas por cosa indigna de su Majestad pensar en otra cosa que en su misma grandeza y hermosura? ¿Qué sintieras si creyeras que pasó tan adelante la bondad y caridad deste Señor, que vino á hacerse hombre por amor de los hombres? ¿Y cuál fuera tu pasmo, si junto con esto creyeras que ese mismo Señor llegó á padescer la muerte que por ellos padesció? ¿Qué espanto fuera el tuyo, si te vieras sumido en este abismo de tan grande bondad y caridad, y entendieras los fructos inestimables que de esa muerte procedieron.

Esta es pues aquella maravilla que el Apóstol encaresce cuando dice (*x*): Claramente se ve cuán grande mis-

(*v*) Exod. 1.

(*x*) 1. Timot. 3.

terio haya sido haberse manifestado Dios en la carne, y ser él testificado y aprobado por el Espíritu Sancto, ser revelado á los ángeles, y predicado á las gentes, y creido del mundo, que es haber rendido y subjectado los entendimientos humanos á creer cosa tan admirable.

Esta victoria compara el profeta Esaías con la que alcanzó Gedeon de los madianitas, cuando dice (*y*): Alegrarse han, Señor, los tuyos delante de tí, como se alegran los labradores en el tiempo que recogen las mieses, y como se gozan los vencedores habida una gran presa cuando reparten los despojos. Porque tú, Señor, quitaste de encima de tu pueblo el yugo pesado del enemigo, y la vara de sus hombros, y el sceptro del tiranno, así como lo quitaste de tu pueblo en el dia de la victoria contra Madian. Esta victoria alcanzó Gedeon contra un ejército innumerable de los madianitas que tenian oprimido el pueblo de Israel (*z*): al cual mandó Dios que no llevase consigo mas que trecientos hombres, cada uno de los cuales llevaba en la una mano una trompeta y en la otra una hacha encendida dentro de un vaso de barro. Y quebrados los vasos resplandesció la lumbre que dentro estaba, y tocando las trompetas, espantados los enemigos, ordenándolo así Dios, volvieron las armas contra sí mismos y unos á otros se mataron, y con esta tan gran victoria el pueblo de Israel, que estaba oprimido de los madianitas, quedó libre. Pues ¿qué hombre habrá tan bruto que no vea claramente esta victoria haber sido alcanzada por solo el poder de Dios? Pues con esta manera de victoria compara el Profeta la que Cristo por medio de sus ministros alcanzó del poder y tirannía del príncipe deste mundo, el cual tenia tirannizado todo el género humano, oprimiéndolo con la pesada carga de los pecados y azotándolo con la vara de sus mismos apetitos y pasiones, pidiéndoles cada dia el tributo de aquel primer pecado que era la muerte y las penalidades que dél se siguieron, con otros nuevos pecados que de aquel procedieron. Porque así como Gedeon con el sonido de las trompetas y con el resplandor de aquellas lumbreras que se descubrieron quebrados los vasos de barro, así el Salvador con el sonido de la predicacion del Evangelio y con la claridad de las virtudes que en las costumbres y vida de los varones apostólicos resplandecia (la cual señaladamente se veia en la mortificacion de su carne con todos sus apetitos, y en la paciencia que tenian en el despedazamiento de sus cuerpos), con estas dos cosas nos libró de la subjeccion y captiverio deste crudelísimo tiranno. Pero esta victoria fué tanto mas esclarescida que aquella, cuanto fué mayor cosa librar los hombres del poder de los demonios que á los hijos de Israel de la subjeccion de los madianitas; y cuanto es mas triste la servidumbre y captiverio de las ánimas que la de los cuerpos, y cuanto es mayor hazaña subjectar el mundo al imperio de Cristo que vencer un ejército de enemigos. Pues si confesamos que aquella victoria de Gedeon fué milagrosa, ¿cuánto mayor milagro es haber alcanzado esta con tan pocos hombres, y esos tan rudos y bajos como aquí habemos declarado?

Y para que se vea cuánto esta obra sobrepuja toda la facultad del poder y saber humano, consideremos cuán grandes filósofos y cuán elocuentes y sabios hubo en el mundo, los cuales no fuéron parte para acabar esta obra, ni sacarlo de tan abominable ceguera y engaño; y miremos por otra parte quiénes fuéron los que esto pudieron acabar. Y dejados aparte otros insignes filósofos, pongamos los ojos en solo Platon, que fué segun Tulio cree, el principal de todos. Cuán grande haya sido la sabiduría y elocuencia deste filósofo, sus obras lo declaran; y no fué menor su virtud y el deseo que tuvo de inducir los hombres al amor della. Y viendo que en Aténas nada aprovechaba su diligencia, pasó de ahí á Sicilia y á Cirene, á Egipto y á Italia, para ver si en estos lugares hallaria personas á quien persuadiese la virtud que él deseaba. Pues si la opinion y fama de la virtud pudiera algo, ninguno fué en aquellos tiempos mas afamado en la virtud que él. Si la elocuencia es poderosa para persuadir lo que quiere y arrancar de raiz las opiniones falsas, ninguno hubo en Aténas (donde nasció y cresció la elocuencia) que fuese mas elocuente que él. Y para traer los hombres al amor de la virtud, no les ponia delante trabajos, sino la hermosura y la dignidad y gloria que andan en compañía della; mas veamos agora con todas estas partes tan principales, ¿qué acabó con los hombres? ¿Qué vicios desterró? Qué desórdenes quitó? Qué república de la manera que él tanto deseaba fundó? Claro está que ninguna. Mas estos nuestros pescadores, idiotas y rudos, y ajenos de todas las artes y letras polidas, mudaron el mundo, y apartándolo de innumerables vicios y pecados horrendos en que estaba sumido, lo levantaron al amor y estudio de la verdadera religion y sanctidad; y de tal manera lo armaron y persuadieron, que por no perder la virtud consintiesen en perder la vida. Pues ¿quién no reconoce aquí el poder de aquel soberano Señor que con los hombres mas bajos del mundo acabó la mayor obra de cuantas se han visto en el mundo?

Pongamos otro ejemplo. ¿Cuán gran número de predicadores hay hoy dia en la Iglesia que toda su juventud gastaron en aprender letras para hacer este oficio competentemente? Pregunten pues á alguno dellos, aunque sea de los mas afamados, cuántos hombres de los que estaban envueltos en pecados sacaron de pecado y hicieron amadores de la virtud, y verémos cuán pocos podrán señalar. Y estos tienen ya medio camino andado, pues predican á los que ya tienen recibida la fe; ni el que acceptare la doctrina tiene por qué temer cárceles y tormentos como temian los que en aquel tiempo se convertian, ántes con la virtud ganan crédito y reputacion; y con todo esto son tan pocos los que por la doctrina mudan la vida, que los podriamos contar por los dedos. Mas aquellos pescadores, sin embargo de todo lo dicho, fuéron parte para que tantas gentes y naciones de tal manera mudasen las vidas, que de hombres infernales se hiciesen divinos y celestiales. Pues ¿qué diré de aquel oficial mecánico que en compañía de otro oficial del mismo oficio trabajaba noche y dia con sus manos para sustentar á sí y á sus compañeros (*a*)? El cual con toda esta ocupacion y bajeza de oficio hinchió todas las tierras vecinas al mar Ilírico de la predicacion y sanctidad del Evangelio. Pues ¿qué cosa mas admirable y mas fuera de toda esperanza y fuerzas humanas que esta? ¿Quién no ve aquí clara la asistencia y favor de Dios? Esto pues baste para que veamos con cuán gran lluvia de maravillas está fundada y confirmada la fe y religion cristiana.

Ni hay para qué hacer aquí mencion de la secta de Mahoma, que tan dilatada está por el mundo; porque ningunas dificultades ni circunstancias concurren en ella de las que aquí habemos declarado. Porque primera-

(*y*) Esai. 9. (*z*) Judic. 7.

(*a*) Act. 20.

mente no propuso este engañador al entendimiento humano cosa alguna dificultosa de creer. Porque no le obligó á creer mas de que hay un solo Dios : cosa que todos los grandes filósofos alcanzaron y se alcanza por sola razon natural sin lumbre de fe. Tampoco á la voluntad y á los apetitos de la carne propuso otras cosas mas de lo que ellos se quieren, que es tener licencia para fornicar (porque la fornicacion simple no la puso por pecado) y tener cuantas mujeres pudieren mantener: cosa que ni en las aves se halla, ni los romanos gentiles usaron. Tal ley como esta recibieron abiertos los brazos los hombres carnales; porque eso era lo que su carne deseaba. Ni aquí hubo contradiccion de emperadores, ni mártires innumerables que padesciesen por esta ley tan agradable á carne y á sangre; ni fué confirmada con milagros ni con razones, sino con armas, con las cuales se ha dilatado por ser muy grande el poder y señorío que la carne tiene en el mundo, y muy pequeño y estrecho el del espíritu. Ni esta secta en sus principios fué recibida sino de gente bruta y bárbara; como quiera que nuestra religion en sus principios haya sido recibida en las naciones mas insignes y políticas del mundo que fuéron en el imperio romano (donde estaba la monarquía del mundo), y en Grecia (donde florecian las escuelas de la sabiburía), y en Judea, donde reinaba el conocimiento del verdadero Dios y la doctrina de los profetas revelada por él.

Y quien mirare esta secta, verá que es una ensalada de todas las leyes que hizo este engañador, para atraer á sí los profesores de todas ellas. Porque de los judíos tomó la circuncision y el no comer puerco; de los cristianos tomó decir grandes alabanzas de Cristo y de su sanctísima Madre, y confesar que Cristo le hacia grande ventaja; y de sí mismo tomó aquel deshonestísimo y sucísimo paraíso de comer y beber, y vicios sensuales de que arriba hecimos mencion, con otras patrañas y fábulas mentirosísimas : como cuando dice, que un pedazo de la luna le cayó en la manga, y que él se lo tornó á pegar en su lugar; y otras cosas desta cualidad, de que está lleno su Alcoran; y al cabo, por quitarse de contiendas, viene á decir que cada uno se salva en su ley, lo cual es imposible, si no es la ley verdadera. Pues si es verdadera la ley de los cristianos, y ella condena todas las otras leyes, y las da por falsas, ¿cómo se pueden salvar los hombres en ellas? Mas dejado aparte este monstruo, discípulo de la escuela de Epicuro y de Arrio, vengamos á las profecías con que está confirmada nuestra sanctísima religion.

CAPITULO XXXI.

De la postrera excelencia de la religion cristiana, que es ser confirmada con el testimonio de las profecías.

Despues del testimonio de los milagros síguese el de las profecías, que no es de menor autoridad, pues el uno y el otro tiene por testigo á Dios: el cual solo por excelencia puede hacer milagros, y solo sabe las cosas que están por venir, aunque sean las que penden del libre albedrío y voluntad del hombre, de lo cual él muchas veces se gloría en el profeta Esaías. Mas aunque el un testimonio y el otro sean de igual autoridad, pero mas nos mueve el testimonio de las profecías que el de los milagros: porque los milagros creémoslos, mas no los vimos; pero las profecías juntamente creemos y vemos, porque vemos en nuestros tiempos el cumplimiento de muchas dellas, como parecerá por lo que aquí dijéremos. Destas profecías unas son del Testamento Viejo, de que se trata en la cuarta parte desta escriptura, y otras del Nuevo, que agora tocarémos.

Entre las cuales pongo en el primer lugar aquella profecía que claramente testifica este soberano milagro de la conversion del mundo, que acabamos de explicar. Porque estando el Salvador vecino ya á su sagrada pasion, viendo que por ella se acercaba la redempcion del mundo y la victoria contra el demonio, dijo estas palabras en presencia del pueblo (*a*) : Llegada es ya la hora del juicio del mundo; agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél; y si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mí. Y añade luego el Evangelista: Esto decia para declarar el linaje de muerte que habia de padescer, que era ser levantado en una cruz. Esta profecía denuncia en pocas palabras la conversion del mundo, como dijimos. Porque decir que el príncipe deste mundo ha de ser juzgado y echado fuera dél, es profetizar que el demonio, que en todas las naciones del mundo, y en todo lo que el sol mira (sacado el rinconcillo de Judea) era adorado de reyes, y emperadores, y de todas las gentes, habia de ser despreciado y acoceado, es denunciar el mayor de los triunfos de Cristo, que fué el de la idolatría, de que arriba tratamos (*b*). Y decir que siendo él muerto en cruz, traeria todas las cosas á sí, es decir que él sería reconocido, obedecido y adorado por verdadero Dios, desechados los falsos y fingidos dioses. Pues esto es acrecentar una maravilla sobre otra maravilla, y un milagro sobre otro milagro. Porque un gran milagro fué la conversion del mundo, como ya vimos; y otro fué profetizarla ántes que fuese, que es cosa que á solo Dios pertenece, como dijimos. Porque decir un hombre de sí lo que ha de hacer adelante, no es cosa nueva; mas decir lo que pende de voluntad de otros, y no de pocos, sino de gentes, y reinos, y príncipes, no es cosa de hombres, sino de solo Dios: el cual con su sabiduría ve todas las cosas que han de ser, y con su omnipotencia muda las voluntades para todo lo que quiere hacer, y así las mudó para que los hombres, dejados sus dioses, adorasen la Cruz y al que en ella fué crucificado. Esta circunstancia de la gloria de la Cruz (la cual tocamos arriba brevemente) engrandesce con mucha razon Sant Crisóstomo (*c*).

Mas para que entendamos la grandeza desta gloria, debemos considerar lo que arriba tocamos de la ignominia del tormento de la cruz. Porque entre cuantas maneras de tormentos habian inventado los gobernadores del mundo, ó para castigar los malhechores, ó para descubrir la verdad de los delictos, cuales eran azotes, cárceles, cadenas, cruces, tenazas, dientes de hierro, plomo derretido, braseros de fuego, aceite hirviendo, y otros tales (que solo verlos pone horror), este de la cruz se llama en la Escriptura maldito (*d*), por ser el mas infame, mas amenguado, mas terrible y mas vergonzoso de todos, como arriba declaramos. Pues ¿qué cosa de mayor admiracion que venir la mas ignominiosa cosa del mundo á ser la mas gloriosa dél, y mucho mas que las coronas reales de los reyes y emperadores, pues estos mismos quitan las coronas, y reciben en sus cabezas esta gloriosa señal? Esta ponen en su púrpura, esta en sus armas, esta en sus coronas, esta en las entradas de los templos, esta en los altares, esta en la consagracion de los sacerdotes,

(*a*) Joan. 12. (*b*) En el cap. 12. (*c*) Chrysost. Homil. Quod Christus est Deus. (*d*) Deut. 21.

esta en la gavia de los navíos, en los lugares públicos, en la soledad, en los caminos, en los montes, en los cuerpos de los endemoniados y de los enfermos, en las batallas, en las banderas, y finalmente en todas las cosas. Y desto ninguno se afrenta, ninguno se avergüenza de traer sobre sí la señal del tormento maldito: ántes con ella están los hombres mas adornados que con piedras preciosas y collares de oro. Donde vemos cuán diferente órden es el de las obras de Dios, y de los hombres. Vemos en el mundo reyes y príncipes, que mandan las gentes, que mueven guerras, que enseñorean pueblos, que destierran los que quieren, que matan á unos y dan vida á otros. Los cuales siendo tan poderosos, y gloriosos en la vida, son muchas veces despues della olvidados de todos, y sus leyes annuladas, y sus estatuas derribadas, y toda aquella su gloria desaparece como humo, ó como una farsa cuando se acaba de representar. Mas ¡cuán diferente camino llevan las obras de Dios! En vida del Salvador la cruz era, como dijimos, señal de maldicion y de ignominia; y despues de su muerte resplandesce en el mundo mas que el sol, y que todas las estrellas. Antes era aborrecida y temida, agora amada y deseada. Y así á ella se acogen en todos sus trabajos y peligros los grandes y los pequeños, los señores y los siervos, los reyes y los vasallos, y finalmente todos los estados y condiciones de hombres. Antes de la Cruz el príncipe de los apóstoles tembló de las amenazas de una mozuela, y todos sus compañeros huyeron, y desampararon al Señor; mas despues de la Cruz desafiaron al mundo, y acocearon todos los dioses y príncipes de la tierra, burlando de sus amenazas, y despreciando sus tormentos. Y no solo la Cruz, sino tambien los apóstoles que la predicaron (los cuales en vida fuéron tenidos por las heces y escoria del mundo), despues della fuéron mas estimados y reverenciados que los reyes de la tierra, y sus sepulcros y reliquias tan veneradas, que los mismos reyes tienen por grande gloria ser sepultados cerca dellos. Pues ya el que puede haber un pedacico de aquel sagrado madero, ¡cuán ricamente lo viste de oro y perlas preciosas, y lo trae al cuello por ornamento y escudo de todos los peligros! De manera que esta, que era señal de maldicion, se ha hecho materia de bendicion, muro de seguridad, azote de nuestro adversario, y freno de los demonios. Esta destruyó la muerte, quebrantó las puertas del infierno, despedazó los cerrojos de hierro (*e*), combatió los castillos del príncipe deste mundo, cortó los niervos del pecado, libró al mundo de la condenacion á que estaba subjecto (*f*), y curó la llaga de la naturaleza humana. De manera que lo que no habian podido acabar con los hombres los mares abiertos, y los carros de Faraon anegados, y el manná del cielo, y el agua de la peña dura, y las otras maravillas que obró Dios en la salida de Egipto (*g*), obró la virtud de la Cruz, no en una sola gente, sino en todo el mundo. En lo cual se verá cuán grande misterio está encerrado en estas tan breves palabras del Salvador: Si yo fuere levantado de la tierra (que es, ser puesto en una cruz), todas las cosas traeré á mí (*h*). Lo susodicho es de Sant Crisóstomo (*i*).

§. I.

De las profecías de la veneracion de nuestra Señora, y Sancta María Magdalena.

Otra profecía leemos en el Evangelio consecuente á esta (*k*). Porque derramando aquella piadosa mujer un precioso ungüento sobre la cabeza del Salvador, y indignándose desto los discípulos por lo que allí se desperdiciaba, aprobó el Salvador lo que la piadosa mujer habia hecho, y dijo: En verdad os digo que do quiera que este Evangelio fuere predicado en todo el mundo, se dirá lo que esta mujer hizo, en memoria della. Así se cumplió, como el Salvador lo dijo. Esta profecía engrandesce el mismo Sant Crisóstomo por estas palabras (*l*): En todas las iglesias los reyes, los cónsules, los duques, los hombres, las mujeres, las personas nobles y ilustres oyen con summo silencio el oficio desta mujer. ¿Cuántos reyes ha habido en el mundo, que hicieron grandes beneficios á muchos, que dieron batallas poderosamente á otros, que levantaron sus banderas y triunfos con grande gloria, que gobernaron gentes, y edificaron ciudades, y ennoblecieron y acrescentaron sus repúblicas, y con todo eso así ellos como sus beneficios están echados en olvido? Tambien ha habido reinas, y mujeres clarísimas, las cuales hicieron grandes beneficios á sus pueblos y vasallos, de cuyos nombres y beneficios no hay noticia ni memoria. Mas esta pobre mujer, que no hizo mas que derramar un poco de ungüento, en todo el mundo es celebrada; y con haber tantos años que esto pasó, no se ha olvidado su memoria, ni olvidará jamas. Y con ser este hecho de poca substancia (porque ¿qué mucho era derramar un poco de ungüento?), y ser particular la persona, y no ser muchos los testigos desta obra (porque entre los discípulos pasó el negocio), ni ser el lugar público, y frecuentado de gentes, sino una pequeña casa; y con todo esto, ni la particularidad de la persona, ni el pequeño número de los testigos, ni la escuridad del lugar han podido escurecer la memoria desta mujer, la cual hoy dia está mas celebrada que todos los reyes y reinas del mundo. Pues ¿quién fué poderoso para hacer que este Evangelio se predicase por todo el mundo, y quién pudo profetizar tantos años ántes lo que agora vemos cumplido y cumplirse cada año? ¿No está claro que nadie pudo hacer esto, sino Dios, ni profetizarlo ántes que fuese, sino él?

Con esta profecía podemos juntar otra semejante á ella, pero aun mas ilustre: la cual profetizó en su cántico la serenísima Vírgen nuestra Señora, cuando dijo (*m*): Porque el Señor tuvo por bien poner los ojos en la humildad y bajeza de su sierva, por tanto me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Todas las circunstancias con que Sant Crisóstomo engrandece el milagro de la profecía pasada hay en esta, y algo mas. Porque la fama de aquella mujer, solamente corre dentro de los términos de la Iglesia católica, y de las naciones que han recibido el Evangelio; mas la gloria y alabanza desta Vírgen pasa mas adelante, porque demas desto corre por todas las naciones de moros, y de turcos, los cuales con toda su infidelidad engrandescen el nombre de Cristo, y de su sanctísima Madre. Y así en el Alcoran leemos grandes alabanzas así del Hijo como de la Madre; y esto en tanto grado, que ellos rezan á nuestra Señora la oracion del *Ave María*, quitándole aquella palabra, *Madre de Dios*. Porque gente fundada en la herejía del perverso Arrio, aunque engrandescen á Cristo no quieren reconocer la gloria de su divinidad. Pues esta profecía de tan grande y tan universal gloria entre tantas y tan diversas naciones, aunque sean de infieles, dijo una pobre Vírgen,

(*e*) Esai. 45. (*f*) Genes. 3. (*g*) Exod. 14. 16. et 17. (*h*) Joan. 12. (*i*) Ubi supr.

(*k*) Matth. 26. (*l*) Chrysost. Homil. 1. contra Judaeos. (*m*) Luc 1.

desposada con un carpintero, y díjola entre cuatro paredes, con un solo testigo, que fué la madre del Sancto Baptista; y con ser esto así, vemos volar la fama desta Vírgen por todos los siglos presentes y pasados, y llamarla todas las gentes bienaventurada. Pues ¿quién pudo trazar, y disponer el mundo de tal manera, que el Hijo desta Vírgen fuese adorado, y ella como Madre de tal Hijo, llamada bienaventurada? Fácil cosa era decir esto una mujer por palabras; mas la ejecucion de cosa tan grande ¿quién la pudo obrar sino Dios, y quién revelarla ántes que fuese, sino Dios?

§. II.

De la profecía de la estabilidad de la Iglesia.

Hay tambien otra profecía semejante, y consecuente á las pasadas, en la cual profetizó el Salvador la fundacion y estabilidad de su Iglesia contra todo el poder del mundo, cuando dijo á Sant Pedro (*n*): Yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y por las puertas del infierno entiende todas las tempestades y persecuciones que los demonios infernales por medio de sus miembros y ministros habian de levantar contra ella. Donde primeramente profetiza la conversion del mundo, que fué la maravilla de que arriba tratamos con todas sus circunstancias; y por esto no repetimos aquí nada de lo dicho. Lo segundo, aquí profetiza las persecuciones que se habian de mover contra esta Iglesia, las cuales profetizó mas á la clara por Sant Lúcas (*o*), diciendo que habian de levantarse los incrédulos, y poner las manos en sus discípulos, y perseguirlos, y encarcelarlos, y presentarlos ante los reyes y presidentes, en testimonio de la verdad. Y luego mas abajo dice: Seréis entregados en juicio por mano de vuestros padres, y parientes, y amigos, y matarán á muchos de vosotros, y seréis aborrecidos de todo el mundo por amor de mí, y con todo esto no se perderá un cabello de vuestra cabeza; y por virtud de vuestro sufrimiento y paciencia alcanzaréis la salvacion de vuestras ánimas. Estas mismas persecuciones profetizó el Salvador y encareció por Sant Juan (*p*), previniendo á los discípulos para que no se escandalizasen cuando se viesen en ellas; y así les dice: Habeis de saber, que os han de echar fuera de sus compañías y ayuntamientos, y que es llegada la hora en la cual los que os mataren, pensarán que hacen servicio á Dios. Estas pues eran las puertas y poderes del infierno: los cuales no pudieron impedir la fundacion y dilatacion de la Iglesia.

Mas cuán grandes hayan sido las tempestades y persecuciones que las fuerzas del infierno levantaron contra la Iglesia (demas de lo dicho y de lo que adelante se dirá) declara Sant Crisóstomo (*q*), para que se vea mas claro la grandeza del poder y de la sabiduría de quien pudo hacer cosa tan grande. Porque ¿quién podrá explicar cuántas batallas se levantaron contra la Iglesia? ¿Cuántos ejércitos se armaron contra ella? ¿Qué género de tormentos hubo que para esto no se inventase? Sartenes, parrillas, piedrazufre, cal viva, pez derretida, despeñaderos, lagos, hornos encendidos, ollas hirviendo, dientes de bestias, mares, destierros, perdimiento de bienes, y otros tormentos innumerables, que ni se pueden decir, y mucho ménos sufrir. Y estos no solamente procurados por los extraños, sino tambien por los domésticos y hermanos; porque esta era una guerra civil, que ocupaba todo el mundo, ó (por mejor decir) mas cruel que toda guerra civil. Porque no solamente peleaban ciudadanos con ciudadanos, sino tambien parientes con parientes, y domésticos con domésticos, y amigos con amigos; mas nada desto bastó para derribar la Iglesia, ni menoscabarla. Y lo que parece mas increible, es que esta tempestad se levantó al principio de la fundacion de la Iglesia. Porque si se levantara despues de haber echado ya raizes, y plantádose por todas las partes del mundo, no fuera gran maravilla no haber podido el mundo derribarla. Mas habiendo acaescido esto en el principio del Evangelio, y recien sembrada la doctrina de la fe, y estando aun tiernas las ánimas de los fieles, que tantas ondas de persecuciones no solo no bastasen para derribar la Iglesia, mas ántes con todas ellas creciese cada dia el número de los fieles: esto sobrepuja todos los milagros del mundo. Y por esta causa consintió la divina Providencia que en aquel tiempo fuese tan poderosamente combatida la Iglesia, sin ser nunca vencida; porque la muchedumbre de fieles que agora tiene en este tiempo de paz, no se atribuya al favor de los emperadores cristianos, sino á solo Dios, que en tiempo de tanta contradicion de los emperadores infieles la defendió y multiplicó. Lo cual aun se ve mas claro por la muchedumbre de herejes que despues, no con armas, sino con engañosos argumentos la quisieron derribar: los cuales todos se deshicieron como niebla, y la Iglesia edificada sobre esta firme piedra, persevera fija y entera en su lugar. Lo susodicho es de Crisóstomo.

§. III.

Profecías de la destruicion de Hierusalem.

Todas estas profecías que hasta aquí habemos referido, aunque con diversas palabras, profetizan la conversion del mundo, sino que cada una añade alguna particular cosa, como se ve en cada una dellas. Mas las que agora se siguen profetizan la destruicion de Hierusalem, y de todo aquel reino de Judea, por la culpa cometida en la muerte del Salvador. Y así escribe Sant Lúcas que caminando él á Hierusalem, y llegando á vista de la ciudad, hizo llanto sobre ella, diciendo (*r*): ¡Si conocieses agora tú este dia de paz que te ha venido! Mas él está escondido de tus ojos. Porque vendrán dias en tí, y cercarte han tus enemigos con un vallado, y cercarte han por todas partes, y ponerte han en grande aprieto, y derribarán por tierra á tí y á los moradores que hubiere en tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra; porque no quisiste conocer el tiempo de tu visitacion. Pues ¿qué profecía pudiera ser mas clara que esta? Y ¿qué entendimiento habrá tan ciego que no se convenza con ella, viéndola tan perfectamente cumplida? Porque realmente así pasó el negocio como aquí se pinta. En las cuales palabras el Salvador no solo cuenta en general la destruicion desta ciudad, sino tambien en particular declara cómo de tal manera habia de ser destruida, que no quedase en ella piedra sobre piedra. Porque la ciudad con su templo, muros y casas, de tal manera fué asolada, que, como escribe Josefo (*s*), quien quiera que la viera juzgara que nunca allí hubo poblacion de gentes. Hace tambien mencion del vallado, y del cerco,

(*n*) Matth. 16. (*o*) Luc. 21. (*p*) Joan. 16 (*q*) Chrysost. Homil. Quod. Christus est Deus.

(*r*) Luc. 19. (*s*) Joseph. de bello Jud. Lib. 6. cap. 12.

del cual escribe el mismo historiador, que todos los soldados del ejército, movidos, dice él, con un divino ímpetu, cercaron toda la ciudad con un tan firme y alto vallado, que era como un grande muro, para que ni de fuera pudiese venir socorro ni bastimento á los cercados, ni de dentro pudiese alguno salir, y escapar del peligro. Y lo que es mas de maravillar, con ser este vallado tan grande, que se extendia por espacio de treinta estadios (que hacen mas de legua), se acabó en solos tres dias, que parece cosa de espanto, como refiere el mismo historiador. Y el mismo Evangelista (*t*) cuenta que mostrando los discípulos una vez al Salvador la hermosura y grandeza de las piedras y labores del templo, díjoles (*v*): ¿Veis todas estas labores? En verdad os digo, que no ha de quedar aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada. Y preguntando ellos cuándo habia esto de ser, entre otras cosas respondió (*x*): Cuando viéredes cercar á Hierusalem de un ejército, entended que es llegada la hora en que ha de ser asolada. Y añade mas: En este tiempo los que están en Judea, huyan á los montes, y los que están en medio della, huyan della; y los que están en la comarca, no entren en ella; porque estos dias son de venganza, en que se han de cumplir las Escripturas de los profetas. Mas ¡ay de las mujeres preñadas, y de las que crian en aquellos dias! Porque será grande el aprieto que habrá en la tierra, y grande la ira divina contra este pueblo, y morirán los hombres á cuchillo, y serán llevados captivos á todas las gentes; y Hierusalem será hollada de las gentes hasta que se cumpla el tiempo de las naciones: que es, hasta que los gentiles, dejada la idolatría, se conviertan á Dios; porque entónces volvió la ciudad á ser habitada de fieles. Esta profecía del Salvador es tan grande confirmacion de nuestra fe, que aunque faltaran esotros millares de profecías, esta sola bastaba para confirmacion della. Porque si el rey Faraon creyó que el patriarca José (*y*) tenia espíritu de Dios, porque profetizó la abundancia y esterilidad de los siete años, ¿cómo no será argumento de la divinidad del Salvador haber profetizado cuarenta años ántes la destruicion de Hierusalem, con todas las particularidades de cercos, y matanzas, y captiverios, y ruina de la ciudad, y del templo que habia de haber en ella? Y si el rey Nabucodonosor, monarca del mundo, adoró prostrado en tierra á Daniel (*z*), y mandó que le ofreciesen encienso y sacrificios como á Dios, porque le reveló un sueño que habia soñado, de que estaba olvidado, ¿cómo no será argumento de la divinidad del Salvador, profetizar tan distinctamente, y tan por menudo las cosas que estaban por venir á esta ciudad; pues no es ménos proprio de Dios saber lo venidero, que revelar los secretos de los corazones? En lo cual vemos el cuidado de la divina Providencia, que por tantas vias quiso que se aprobase y testificase la verdad de nuestra fe.

§. IV.

Prosigue y conclúyese esta misma materia.

Esta profecía incluye y comprehende la destruicion de aquel famoso templo que en la ciudad habia: de quien escribe Josefo que el emperador Tito quisiera conservar; mas no faltó quien contra su voluntad, aunque por dispensacion divina, puso fuego al templo, y así ardió, y fué asolado, como el Salvador habia dicho.

(*t*) Luc. 21. (*v*) Marc. 13. (*x*) Matth. 24. (*y*) Gen. 41.
(*z*) Daniel. 2.

Donde nota Sant Crisóstomo el cumplimiento de aquellas palabras que están escritas en Job (*a*): Si el Señor destruyere, ¿quién reparará? Y si edificare, ¿quién le irá á la mano? Quiso (como ya vimos) edificar en este mundo su Iglesia, y toda la potencia del mundo y del infierno no bastó para impedirlo; y quiso derribar este templo por los pecados del pueblo, y nunca hasta hoy han podido sus devotos reedificarlo, ni aun teniendo por ayudador desta obra al emperador Juliano, como ya declaramos. Y la primera vez que este templo fué asolado por Nabucodonosor, pasados setenta años, los que salieron de captiverio lo reedificaron, porque Dios los ayudaba; mas agora pasa de mil y quinientos, y no se ha reedificado, porque Dios no los ayuda. Pues ¿cuál puede ser la causa deste desamparo, sino que Dios agora no los mira, ni los favoresce como entónces?

Con esta profecía de la destruicion de Hierusalem podemos juntar otra, en la cual el mismo Señor profetiza lo mismo que en esta, no con lágrimas, mas con el mismo afecto y sentimiento que en esta mostró, como parece por estas palabras (*b*): Yo, dice él, os envío profetas, y sabios, y doctores, de los cuales á unos mataréis, y á otros crucificaréis, y á otros azotaréis en vuestras sinagogas, y persiguiréis de ciudad en ciudad, para que cargue sobre vosotros toda la sangre de los justos, que se ha derramado sobre la tierra, dende la sangre de Abel justo hasta la de Zacarías, hijo de Baraquías, al cual matastes entre el templo y el altar. ¡Hierusalem, Hierusalem, que matas los profetas, y apedreas los ministros que te son enviados, cuando yo quise recoger y abrigar tus hijos, así como la gallina sus pollos, y no quisiste! Por tanto vuestra casa (que es vuestra república y templo) será desamparada. Hasta aquí son palabras del Salvador. Pues ¿quién no ve agora el cumplimiento dellas y la verdad desta profecía? ¿Dónde está agora aquel reino y aquella república tan antigua? dónde el templo? dónde los sacrificios? dónde el sanctuario, y los sacerdotes, y las vestiduras sacerdotales y vasos sagrados? Todo esto desaparesció, y de todo esto no hay agora memoria, siendo pasados mas de mil y quinientos años: mayormente despues de la postrera destruicion del emperador Elio Adriano, de que adelante se trata.

Esto tambien profetizó el mismo Señor, en la parábola de la viña (*c*), en la cual, despues de haber referido cómo los viñaderos mataron al hijo del señor de la viña, por quedarse con ella, dice que el señor de la viña tomará venganza destos homicidas, y quitará la viña de sus manos, y darla ha á otros, que acudan mejor con los fructos della á sus tiempos. Y porque no entendian los fariseos el sentido desta parábola, declarósela luego el Salvador, diciendo: Quitarse ha de vuestras manos el reino de Dios, y darse ha á gente que dé fructo de buenas obras con él. Esto vemos agora cumplido. Porque derribado el templo, y quitados los sacrificios y fiestas que en él se habian de celebrar, junto con los sacerdotes, y profetas, y reyes, y favores de Dios, han perdido el reino que poseian; el cual, junto con las sanctas Escripturas, y con el conoscimiento del verdadero Dios de Israel, y del Salvador que por él fué enviado, se pasó á la gentilidad. Esta profecía añade algo á la pasada; porque aquella dice que les será quitado el reino de Dios, mas esta añade que este reino que á ellos se quitare será dado á los gentiles, los cuales recibieron al Salvador, y

(*a*) Job. 12. (*b*) Matth. 23. (*c*) Matth. 21.

juntamente al Espíritu Sancto, con todos los sacramentos y tesoros de la Iglesia.

Las profecías de lo que toca al misterio de Cristo, mas pertenescen al Testamento Viejo que al Nuevo. Por lo cual dijo el Salvador (*d*), que la ley y los profetas duraban hasta la venida de Sant Juan Baptista. Y por ser muchas, tratarémos dellas adelante, aunque al fin deste pondrémos la summa de las mas principales dellas.

Estas son, cristiano lector, las principales excelencias y hermosuras de nuestra sanctísima fe y religion cristiana; las cuales suficientísimamente testifican ser ella dada y revelada por Dios, que es lo que al principio desta segunda parte propusimos.

En cabo de lo dicho me paresció advertir á los ignorantes, que no hace contra la verdad y sinceridad de nuestra fe, proponerse en ella cosas que sobrepujan la facultad de la razon humana, ántes esas (si bien se mira) son indicios de la verdad della. Porque por experiencia se ve que los que han pretendido introducir en el mundo nuevas sectas y falsas religiones, y engañar, y atraer á sí el pueblo, hácenle muy llano el camino de su salud, y propónenle cosas fáciles de creer y de hacer; porque si lo contrario hiciesen, fácilmente serían desechados: como vemos que lo hizo el príncipe de los herejes, Mahoma, y lo hacen agora los desventurados herejes de nuestros tiempos, los cuales andan quitando todas las cosas arduas y dificultosas, y dejando las fáciles y conformes á los apetitos de nuestra carne. Por lo cual hallaron muchos devotos y seguidores, á quien tales cosas agradaban. Mas la verdad (como no tiene cuenta con agradar ni desagradar, sino solamente pretende decir lo que es) lleva otro camino; por lo cual tanto mas merece ser creida, cuanto mas léjos está deste estilo que llevan los engañadores. Así que decir cosas arduas y que sean muy conformes á toda virtud y honestidad, y contrarias á los gustos de nuestra sensualidad, indicio es que hace en favor de la verdad, y no contra ella. Y demas desto, pues ponemos por fundamento de nuestra fe que ella fué revelada y dada por Dios, y no inventada por razon humana, es justo que exceda los límites desa razon humana, y enseñe cosas proporcionadas á la sabiduría de quien las reveló. Los animales brutos confesamos ser encaminados y regidos por la divina Providencia; y de aquí nace ver en ellos cosas que no solo exceden la facultad dellos, sino tambien la del hombre, y son proprias de la sabiduría divina: como es conocer todas las yerbas medicinales para la cura de sus enfermedades, y adevinar las tempestades, y serenidades, y lluvias, y mortandades de ejércitos, y mudanzas de aires, ántes que vengan, y repararse para ellas. Pues si confesamos que nuestra ley es instruccion y doctrina de solo Dios, y no de los hombres, justo es que tengan cosas que excedan la capacidad de los hombres, y sean proporcionadas á la sabiduría de quien la dió; porque á no ser así, no pareceria ella ser ley divina, sino puramente humana, pues no excedia los límites de la sabiduría humana.

Y es aquí mucho de notar, que convenia haber en la doctrina de la fe muchas cosas que sobrepujasen la facultad de nuestra razon, para que no quedase en el hombre cosa que no se emplease en el amor y servicio de quien lo crió. Ca pues él lo crió todo, justo es que con todo sea servido, y mucho mas con las cosas mayores que hay en nosotros, pues las tales están mas cercanas y vecinas á Dios. Entre las cuales tienen el primer lugar la voluntad, que es la reina de todas las potencias de nuestra ánima, y el entendimiento, que es su consejero, el cual nos diferencia de los brutos, y hace semejantes á los ángeles. Pues si estámos obligados á servir con nuestra voluntad al Criador, no ménos lo estámos á servirle con el entendimiento. Mas así como el servicio perfecto desta voluntad no es cuando amamos las cosas que nosotros fácilmente ó naturalmente solemos amar (como cuando los padres aman á sus hijos), sino cuando cortamos por nuestra voluntad, y la mortificamos, negándole lo que ella mucho desea, por hacer la voluntad de Dios. Pues así conviene que nuestro entendimiento sirva tambien á Dios; y el perfecto servicio suyo es, cuando (como dice el Apóstol) (*e*) captivamos nuestro entendimiento y razon á creer lo que está sobre toda razon, por mandarlo así Dios; el cual así como por ser la misma bondad conviene ser amado, así por ser la misma verdad debe ser creido. Y no es liviandad creer lo que excede la facultad de nuestra razon, pues tantas razones como aquí están dichas nos obligan á creer lo que sobrepuja los términos della; y siendo cierto que (como Aristóteles dijo) nuestro entendimiento es tan rudo y desproporcionado para entender las cosas altas y divinas, como los ojos de la lechuza para ver la lumbre del sol.

CAPITULO XXXII.

Conclusion de todo lo dicho, y declaracion del fructo que de todo ello se saca.

Ya es tiempo de comenzar á filosofar sobre lo que se ha tratado en esta segunda parte, y coger los fructos della; pues por lo susodicho conoscemos primeramente la dignidad y excelencia de la religion cristiana, en la cual se hallan todas las excelencias y firmezas que el entendimiento humano puede comprehender. Lo cual nos mueve á dar gracias á nuestro Señor por el beneficio de la fe, que es por haber querido que entre tantas naciones de infieles y herejes como hay derramadas por todo el mundo, nos cupiese esta tan dichosa suerte, de haber nacido en el gremio de la católica Iglesia, y de padres cristianos, para que luego fuésemos lavados y sanctificados con el agua del sancto baptismo, y hechos hijos y herederos de Dios, y miembros vivos de Cristo su hijo. Porque tener fe, es tener una luz del Espíritu Sancto en nuestra ánima; la cual nos puede guiar por camino derecho á la felicidad de la vida eterna, si quisiéremos seguir el camino que ella nos enseña.

El segundo fructo que aquí señaladamente pretendemos declarar, es una maravillosa suavidad y alegría espiritual que de la consideracion destas excelencias susodichas resulta en las ánimas puras y limpias: que es aquel fructo del Espíritu Sancto, que el Apóstol deseaba á los fieles, cuando decia (*a*): Dios, que es autor de la esperanza, hincha vuestras ánimas de paz y alegría en el creer. Esto es, que tal fe alcanceis, y de tal manera creais, que no solo no titubeeis ni vacileis en la creencia de los misterios de la fe, mas ántes seais llenos de paz y alegría con la certidumbre y firmeza della. Esta alegría experimentó aquel tesorero de la reina de Etiopia, cuando recibió la fe y el sancto baptismo por la predicacion de Sant Filipe Diácono (*b*): de quien escribe,

(*d*) Matth. 11.

(*e*) Rom. 4. Hebr 11. (*a*) Rom. 15. (*b*) Act. 8.

que iba por su camino muy alegre, por haber hallado este tesoro de la fe, el cual él preciaba mas que todos los tesoros de la Reina su señora.

Para entender el fundamento y causa desta alegría, se debe presuponer primeramente que (como Aristóteles dice) (c) el conoscimiento de las verdades y causas altísimas, y señaladamente de la primera verdad y primera causa, que es Dios (cuyo conoscimiento se alcanza por la fábrica deste mundo, y por la órden de las cosas criadas), aunque sea poco y con poca certidumbre, trae consigo un grande gusto y suavidad; la cual habia de confesar este filósofo ser muy grande, pues en esta contemplacion ponia el último fin y la felicidad de la vida humana. Digo pues que si el conoscimiento de Dios natural y adquisito, con ser pequeño y no muy cierto, traia consigo esta tan grande suavidad y alegría que Aristóteles dice, ¿cuánto mas podrá causar esto el conoscimiento de las verdades que nos enseña la fe, la cual pasa de vuelo sobre todos los cielos, y sobre todos los entendimientos humanos, y llega donde la razon no puede llegar, y esto no con dubda y poca certidumbre (como los filósofos), sino con certidumbre infalible y verdad de Dios?

Lo segundo, conviene tambien presuponer lo que el mismo filósofo dice, que la señal de ser una cosa verdadera es concordar y (como él dice) consonar todas las cosas con ella. Para lo cual es de saber que todas cuantas cosas hay en el mundo tienen causas que las preceden, y otras que las acompañan, y otras que se siguen dellas, y á veces tambien otras que les vienen de fuera. Preceden las causas, acompañan los accidentes y propriedades de las cosas, síguense los efectos, y viene de fuera lo que se ha dicho, ó tratado, ó testificado de las tales cosas. Dice pues este filósofo que la señal de ser una sentencia verdadera es que todas estas cosas digan y concuerden con ella; porque si alguna ó algunas le contradicen y repugnan, no puede ser verdad, sino mentira.

Pues esta manera de correspondencia y consonancia se halla perfectísimamente en todos los misterios de la fe y religion cristiana. Callo la consonancia de las profecías y figuras del Testamento Viejo con el Nuevo, y de todos los pasos de la vida de Cristo, y de todas las conveniencias del misterio de nuestra redempcion (de que adelante se trata), y vengo á esta, que es la consonancia de todas estas excelencias susodichas con la verdad de la fe y religion cristiana. Pues aquí verémos cómo todas ellas, y cada una en su manera, dicen y concuerdan con la verdad della. Porque (resumiendo todo lo dicho en pocas palabras), ¿qué religion ha habido en el mundo, que mas alta y magníficamente sienta de Dios; que mejores leyes proponga; que mas saludables consejos enseñe; que tales sacramentos y medicinas espirituales tenga; que tanto favorezca la virtud, prometiéndole tan grandes bienes, y tanto desfavorezca el vicio, amenazándole tan terribles castigos; que tal doctrina contenga, cual es la de las sanctas Escripturas, llenas de tantos misterios, y de tan saludables sentencias y documentos, y de tan eficaces estímulos para mover los hombres al amor y temor de Dios, aborrescimiento del pecado, y menosprecio del mundo? Y si por la dignidad y excelencia de los efectos se conoce la de las causas de do proceden, ¿qué religion ha habido en el mundo, de donde haya salido tanta infinidad de mártires, de confesores, de sanctísimos pontífices y doctores, de vírgines, y de innumerables monjes, que mudaron los desiertos en sanctuarios, y hicieron vida mas de ángeles que de hombres? ¿En qué religion, en qué tiempo, en qué lugar se halló tal fortaleza como la de nuestros mártires, tal pureza, tal abstinencia, tales entrañas de misericordia, tal menosprecio del mundo, tal estudio de oracion y contemplacion como hubo en todos nuestros sanctos? Pues las consolaciones y alegrías espirituales de que gózan los amigos de Dios, aun en esta vida; la paz, y quietud, y confianza con que viven por estar arrimados á Dios, y amparados por él, ¿quién la explicará? Estos son los efectos particulares desta sanctísima ley. Mas los generales que obró en el mundo, ¿quién dignamente los engrandecerá? ¿Quién desterró el mayor de todos los males del mundo, que era la idolatría? ¿Quién con tan admirable constancia resistió á los reyes y emperadores que la defendian? ¿Quién hizo de los templos de los ídolos oratorios de cristianos? ¿Quién trajo los hombres al conocimiento del verdadero Dios? ¿Quién mudó la fiereza de los hombres soberbios en mansedumbre de corderos, y la astucia de serpientes en simplicidad de palomas? Pues ¿á quién se deben estos tan grandes beneficios, sino á esta sanctísima religion? Porque no era razon que una tan grande luz, y una tan sancta ley, dada por el mismo Dios, estuviese arrinconada, sin echar sus rayos hasta los fines del mundo, y alumbrar á los que vivian en tinieblas y sombra de muerte.

Mas porque hace mucho al caso para prueba de la verdad los testigos abonados, ¿qué religion ha habido en el mundo, que tales testigos tenga? Porque testigos son primeramente innumerables doctores, sanctísimos, doctísimos, elocuentísimos y consumados en todas las sciencias de los filósofos y letras sagradas, los cuales profesaron, predicaron, testificaron y defendieron esta sanctísima religion contra las calumnias y falsedades de los herejes que se levantaron contra ella. Testigos tambien son innumerables mártires, á los cuales ni cárceles, ni peines de hierro, ni dientes de fieras, ni parrillas encendidas pudieron apartar de la confesion desta fe, y así la dejaron testificada y firmada, no con tinta, sino con rios de sangre: cuyo testimonio no se cuenta por humano, sino por divino. Porque como el cuerpo humano sea el mas delicado de los cuerpos (el cual apénas puede sufrir una picadura de alfiler), imposible era sufrir tantos y tan crueles tratos y tormentos, repetidos unos sobre otros (mayormente en cuerpos de doncellas tiernas y delicadas, y de mozos de poca edad), si no fueran poderosamente fortificados y ayudados de Dios. Pues ¿qué diré del testimonio de tantos y tan claros milagros con que está confirmada nuestra fe, como ya recontamos? El cual testimonio es de infalible verdad, porque es del Criador y Autor de la naturaleza, el cual solo puede dispensar y revocar las leyes della. Y sobre todo esto, ¿qué diré de las profecías de las cosas venideras, que tambien son milagros y obras de solo Dios?

Pues volviendo al propósito principal, cuando el ánima religiosa, estando ya resoluta y muy vista en todo lo que hasta aquí habemos dicho, considera cuasi con una vista todas estas excelencias y testimonios de la verdad, y ve cómo todos ellos concuerdan y dicen con ella, y todos testifican y predican esta verdad, viene con esto á confirmarse grandemente en la fe, y despedir de sí todas

(c) Aristot. 8. Ethic.

las nubes que se le podian ofrecer, y á quedar en una paz y satisfaccion quietísima, de la cual se le sigue una grande alegría de verse tan asentada y confirmada en cosa tan grande. Porque como la verdad de la fe sea la mas alta y mas excelente de todas las verdades, y la mas saludable y provechosa de todas (pues nos da conoscimiento de Dios, y nos enseña y descubre, como ya dijimos, el camino de la felicidad y vida eterna), de aquí viene la tal ánima á alegrarse de haberle cabido en suerte un tan precioso tesoro. Y ya no siente dificultad en creer, porque ve que seria de animal bruto no creer, donde tantos y tan manifiestos testimonios le inducen á ello.

§. I.

Armonía y música en que concuerdan todas las excelencias susodichas.

Pues el que quisiere que esta paz y alegría crezca en su ánima, considere con humildad y atencion todas estas excelencias susodichas, y mire cómo todas ellas testifican y aprueban esta verdad, y todas concuerdan con ella; porque la verdadera fe y religion todas estas excelencias y condiciones ha de tener; y con esta correspondencia y consonancia de todas las cosas será su ánima por una manera maravillosa esforzada, consolada y recreada. Para lo cual es de saber que, como hay música y melodía corporal, así tambien la hay espiritual, y tanto mas suave, cuanto son mas excelentes las cosas del espíritu que las del cuerpo. Música y melodía corporal es cuando diversas voces de tal manera se ordenan, que vienen á concordarse, y corresponder las unas con las otras; y desta órden y proporcion procede la melodía, y desta la suavidad de los oídos, ó por mejor decir, del ánima por ellos; porque como ella sea criatura racional, naturalmente se huelga con su semejante, que es con las cosas bien proporcionadas, y muy puestas en razon. Y así se huelga con la música mas perfecta y con la pintura muy acabada, y con los edificios y vestidos hermosos, y con todo lo que está muy subido en razon y perfeccion. Pues así como hay melodía y música corporal, que resulta de la consonancia de diversas voces reducidas á unidad, así tambien la hay espiritual, que procede de la conveniencia y correspondencia de diversas cosas con algun misterio: la cual melodía es tanto mas excelente y mas suave que la corporal, cuanto son mas excelentes las cosas divinas que las humanas. Ejemplo desto tenemos en Sant Augustin (*d*), el cual escribe de sí mismo, que despues de recibido el sancto baptismo, y renunciados con él todos los cuidados de la vida pasada, no se hartaba en aquellos dias de pensar con una maravillosa dulcedumbre la alteza del consejo que la divina sabiduría habia tomado para salvar el género humano. Esta admirable dulcedumbre resultaba de contemplar este sancto varon las conveniencias admirables que hay en este divino misterio, así para la gloria de Dios, como para la redempcion y sanctificacion del hombre, y para el remedio de sus miserias. Las cuales se curaron con los fructos del árbol de la sancta Cruz, de que adelante se trata. Pues la conveniencia de todas estas cosas era una suavísima consonancia y música espiritual que causaba este tan gran deleite en el ánima deste sancto. Porque todas estas conveniencias ¿qué eran sino suavísimas voces, que resonaban dulcemente en los oídos de su ánima y causaban en ella esta melodía y suavidad? Con lo cual se confirmaba mas en la fe deste misterio, y se encendia mas en el amor de su Redemptor, y se arrebataba y suspendia en la admiracion deste consejo divino.

Pues aplicando esto á nuestro propósito, digo que así como en el misterio de nuestra redempcion se hallan estas conveniencias y consonancias que tan perfectamente concuerdan con él, así tambien todas estas excelencias que aquí habemos explicado, concuerdan con la verdad de nuestra religion. Y así como de aquellas conveniencias resultaba una consonancia y melodía (de la cual se siguia una maravillosa suavidad, y con ella una grande confirmacion de la fe), así tambien de la concordancia y correspondencia de todas estas excelencias con la verdad de la fe, resulta otra melodía y consonancia espiritual; de la cual se sigue otra semejante suavidad y alegría, y nueva confirmacion de la fe. Y por aquí se entiende lo que al principio alegamos del Apóstol (*e*): el cual pedia á Dios nos diese esta paz y alegría en el creer los misterios de la fe.

Y dejadas aparte todas las excelencias referidas (cada una de las cuales es una grande confirmacion desta verdad), quiero referir al cabo el mayor y mas evidente testimonio della, que son cuatro principales profecías del Testamento Viejo. La primera denuncia la conversion del mundo, como lo testifica el Padre eterno por Esaías, hablando con su Hijo en cuanto hombre por estas tan claras palabras (*f*): Poco es que me sirvas en resuscitar los tribus de Jacob, y convertir las heces de Israel. Yo te he enviado para que seas luz de las gentes, y salud mia hasta los fines de la tierra. De semejantes profecías está lleno todo este profeta. La segunda profecía declara el lugar de donde habian de salir los que habian de ser ministros de Dios para esta obra tan grande, que era de la ciudad de Hierusalem, como expresamente lo declara el mismo Esaías en el capítulo segundo, y Miquéas en el cuarto, y David en el salmo 109. Porque todos estos tres profetas á una voz dicen que de Hierusalem habian de salir los ministros desta conversion del mundo. La tercera profecía declara el tiempo en que el Salvador habia de padescer, despues del cual tiempo esta conversion se habia de comenzar, que era despues de las setenta hebdómadas ó semanas de Daniel (*g*). La cuarta es del mismo profeta, el cual testifica con clarísimas palabras que despues de la muerte de Cristo habia de ser asolada la ciudad de Hierusalem con su sanctuario, que es con el sancto templo.

Resta agora de ver qué años comprehenden estas setenta semanas. Porque los maestros de los hebreos viéndose apretados con este tan claro testimonio del Profeta, declaran como quieren estas semanas: á los cuales respondemos, que en toda la sancta Escriptura no se hallan mas que dos maneras de semanas, una de dias y otra de años; y setenta semanas de años hacen cuatrocientos y noventa años. Y querer fingir otra cosa, es hablar de su cabeza sin fundamento de la Escriptura. Mas pruébase esto por otra razon tan evidente que concluye todos los entendimientos humanos. Porque dos cosas juntas profetiza este profeta que se han de seguir despues destas setenta semanas: que son la muerte de Cristo y la destruicion de aquella ciudad con su sanctuario. Vemos pues que cumplido este número de los cuatro-

(*d*) Confes. lib. 9. cap. 6.

(*e*) Rom. 15. (*f*) Esai. 49. (*g*) Daniel. 9.

cientos y noventa años, poco despues fué aquella ciudad y templo asolado: luego este era el número de años que por aquellas setenta hebdómadas era significado. De modo que el tiempo en que se cumplió lo que estaba profetizado, nos declara qué años comprehendian estas hebdómadas, pues al cabo destos años susodichos se ejecutó lo que esta profecía dice. ¿Qué se puede responder á esta razon?

Pues filosofando sobre lo dicho, todos sabemos que estas cuatro cosas fuéron profetizadas muchos años ántes que fuesen; y vémoslas agora perfectísimamente cumplidas. Porque primeramente vemos aquella república de Judea poco despues de la pasion de Cristo destruida, sin templo, sin sacerdocio, sin sacrificio, sin rey, y sin figura de república, derramada por toda la tierra. Lo segundo vemos la conversion del mundo, desterrada la idolatría dél, y plantado en su lugar el conoscimiento del verdadero Dios. Lo tercero vemos que de la ciudad de Hierusalem salieron los discípulos de Cristo, los cuales pelearon constantísimamente contra la idolatría hasta morir y derramar su sangre sobre esta demanda. Lo cuarto vemos que todo esto se comenzó á cumplir en el tiempo que estaba profetizado. Pregunto pues agora: ¿quién pudo profetizar tantos años ántes estas dos tan señaladas obras, con estas dos tan particulares circunstancias del lugar y del tiempo en que se habian de hacer, sino solo Dios? Porque esto fué concluir todos los entendimientos, y cerrar la puerta á todas las dubdas que sobre esto se podian levantar. Porque profetizar dos cosas tan grandes que solo Dios podia hacer; y añadir mas, que esto se cumpliria de ahí á tantos años, y cumplirse así; y profetizar mas, que de la ciudad de Hierusalem habian de salir los que habian de emprender esta tan grande obra, y acabarla á pesar de todos los monarcas del mundo, y cumplirse ello así (como consta por todas las historias sagradas y profanas), es cosa bastante para dejar atónitos todos los entendimientos humanos, considerando en esto la grandeza del poder y sabiduría de Dios, que tales cosas pudo hacer y profetizar. Y no ménos quedan atónitos viendo cómo sin embargo de ser esta verdad, há lugar la incredulidad y ceguedad de los que no han querido adorar y conocer á Cristo.

§. II.

Singular fructo que de aquí se sigue, que es la mayor firmeza de la fe.

Pues de la firmeza de la fe que así destas profecías como de todo lo dicho hasta aquí se alcanza, se sigue un singular fructo, al cual se ordena todo lo contenido en esta segunda parte. Para lo cual es de saber, que así como cresce el hábito de la caridad, y de todas las otras virtudes con el uso y ejercicio dellas, y con el socorro de la divina gracia, y se van haciendo mas perfectas, y arraigándose mas en el ánima: así tambien cresce la lumbre y hábito de la fe, fortificándose y aclarándose mas en el entendimiento con la consideracion de las excelencias della, y con los dones intelectuales del Espíritu Sancto, segun aquello de Salomon, que dice (*h*): La senda de los justos es como una luz que resplandece, la cual va cresciendo y procediendo hasta el dia perfecto, que es el dia claro de la eternidad, donde cesarán las sombras, y con la lumbre de gloria verémos al Señor y dador della. Pues esta fe suele venir á tanta perfeccion por estos medios susodichos, que á muchos se les figura que ya no tienen fe, sino otra lumbre mayor que la fe. Y engáñanse, porque no es otra esta fe, que la que ántes tenian; mas esta viene á estar tan fortificada y aventajada en el ánima, que les paresce ser otra, no lo siendo. Tal era la fe de los sanctos mártires, por la cual tan terribles tormentos padescian con tan grande constancia; especialmente la de aquellos que sin ser acusados, ellos mismos inspirados por Dios se ofrecian al martirio por la verdad della.

Supuesto pues este fundamento, es de saber que cuando el ánima religiosa con humildad y devocion considera todas estas excelencias de la fe (las cuales todas á una voz cantan y testifican con clarísimas conveniencias y testimonios la verdad y sinceridad della), viene á concebir una tan gran firmeza de la fe, y con ella una tan grande paz y alegría (pareciéndole que de nuevo ha hallado este incomparable tesoro), que apénas hay palabras con que esto se pueda explicar. Y como acaesce al que se viste de una ropa nueva, así le parece haberse vestido su ánima de otra nueva luz y nueva fe.

Y decendiendo á considerar en particular los misterios de nuestra fe, viene á mirarlos con otros ojos, y con otros afectos y sentimientos de los que ántes tenia cuando pasaba por ellos de corrida. Y considerando el artículo de la fe que propone pena y gloria para buenos y malos, de nuevo se espanta de la eternidad de las penas del infierno y de la terribilidad del juicio venidero, donde se ha de dar esta pena. Asimismo, cuando pone los ojos en el misterio de nuestra redempcion, queda como atónito de ver cómo aquella altísima y incomprehensible Majestad quiso vestirse de nuestra carne, y conversar en la tierra con los hombres, y despues (lo que sobrepuja todo espanto y admiracion) querer morir en cruz, por obligarnos con este incomparable beneficio á amar á Dios, y aborrecer el pecado, cuyo remedio tan caro le costó. Con la cual consideracion se espanta de la facilidad con que muchos hombres cometen un pecado mortal.

Pues cuando pasa adelante, y pone los ojos en el sanctísimo sacramento del Altar, queda como fuera de sí, viendo cómo aquel Señor que tan inaccesible era en los tiempos pasados, pues no consentia que nadie entrase en su sanctuario, donde estaba el arca del Testamento (*i*), sino solo el summo sacerdote, y esto una sola vez en el año; y cuando el arca iba camino, no consentia que se llegase el pueblo á ella, sino que hubiese dos mil pasos de distancia entre él y ella; y ni á la halda del monte donde él daba la ley, permitia que llegase hombre ni bestia so pena de muerte (*k*). Pues cuando todo esto considera, espántase de ver cómo el mismo Señor que por aquella arca era figurado, haya querido dar tanta copia de sí á los hombres, que quiera estar aposentado acá en la tierra en todas las iglesias en compañía dellos, y lo que mas es, hacer templo vivo de sus ánimas, y ser rescibido en ellas. Donde podemos exclamar con aquellas palabras que Salomon dijo acabado aquel magnífico templo (*l*): ¿Es posible que Dios quiera morar acá en la tierra? Si el cielo, y los cielos de los cielos no bastan para darte lugar, ¿cómo bastará esta casa que yo te he edificado? Pues como cada cosa destas sea tan soberana y tan admirable, cuando el hombre la mira

(*h*) Prov. 4.

(*i*) Josué. 3. (*k*) Exod. 19. (*l*) 3. Reg. 8.

con esta nueva luz y firmeza que le han dado, viene á concebir en su ánima este tan grande espanto y admiracion.

Pues ya cuando se ofrescen tentaciones del enemigo, acude luego (como lo aconseja Sant Pedro) (*m*) á este escudo de la fe, y acordándose que Dios murió por destruir el pecado, y que hay infierno para él, cuanto esto cree con mayor firmeza, tanto mas fácilmente lo despide de sí. Pues si se ve fatigado con enfermedades y tribulaciones, y padesce trabajos y contradiciones por hacer lo que Dios manda, acude luego á esta sagrada áncora, diciendo lo que un sancto decia viéndose afligido: Tan grande es el bien que espero, que toda pena me deleita. Y aquello del Apóstol (*n*): No son iguales las pasiones deste siglo á la gloria que por ellas se nos ha de dar. Desta manera el siervo de Dios se aprovecha de la fe, cogiendo agua desta fuente para regar todas las plantas de las virtudes; porque todas ellas tienen cierta dependencia de la fe, como de la primera raiz de todas ellas. Por donde así como el hortelano que quiere tener bien parada su huerta, emplea todo su trabajo en cultivar y regar las raices de los árboles (porque cuanto ellas mas medradas y cultivadas estuvieren, tanto los árboles estarán mas hermosos y fructuosos), así el cristiano debe trabajar cuanto le sea posible por crecer en la virtud de la fe; porque cuanto esta raiz de las virtudes estuviere mas perfecta, y mas fortalecida, tanto tendrá por ella mas favor y ayuda para el fructo de la buena vida. Para lo cual sirve todo lo que en esta primera parte habemos tratado, con lo demas que en las siguientes tratarémos.

Mas con todo esto advierto que no basta sola esta consideracion para causar esta manera de fe tan excelente, si no juntare con ella la limpieza de corazon, y pureza de la vida, y el estudio de la humilde y perseverante oracion; porque como la fe sea don de Dios, segun el Apóstol dice (*o*), y mucho mas esta fe tan poderosa, á él se ha siempre de pedir, y dél se ha de esperar, que es padre y fuente de las lumbres. Porque no puede ser mayor confirmacion de la fe que la vista de los milagros; y sabemos que muchos destos vió Faraon (mayormente cuando vió los mares abiertos), y muchos mas vieron los fariseos, pues demas de los otros milagros supieron el de la resurreccion de Lázaro, y con todo esto no solamente no creyeron en Cristo, mas ántes de aquí tomaron ocasion para tratarle la muerte, porque por su mala vida no merescieron que Dios moviese eficazmente sus entendimientos á creer lo que testificaban aquellos milagros. Por lo cual no debe nadie estribar tanto en estas tan eficaces confirmaciones de nuestra fe, que aquí habemos escrito, que no entienda que la declaracion y confirmacion dellas ha de venir de lo alto, alcanzada mas por humildes y continuas oraciones, que por curiosas especulaciones. Porque sin esta divina luz, toda otra luz humana es imperfecta y escura, y toda lengua es muda, cuando no habla interiormente aquel que nos reveló la doctrina. Mas no piense nadie, que sola esta segunda parte trata de las excelencias de nuestra fe; porque en toda esta escritura á vuelta de otras materias verá otras singulares y maravillosas excelencias della, con las cuales el piadoso lector será grandemente consolado y confirmado en la verdad della.

Asimismo advierto que cuando el hombre quisiere confirmar su ánimo mas en esta divina virtud, y para esto recorriere á estas excelencias sobredichas (que despues de la lumbre y hábito de la fe son los principales fundamentos della), no debe poner los ojos en una ó dos particulares, sino en todas juntas; porque así como muchas voces reducidas á consonancia causan mas suave música y melodía, que una sola, así todas las excelencias susodichas (que son, segun dije, como unas dulces consonancias de la verdad que con ella concuerdan) hacen mas suave el conocimiento della.

§. III.

De cuatro principales testimonios desta verdad, y cómo se han de haber las personas tentadas en la fe.

Verdad es que entre estas consonancias (que son clarísimos testimonios de la verdad y excelencia de nuestra religion) cuatro hay tan principales, que cada una por sí sola deja satisfecho y concluido todo sano entendimiento: lós cuales apuntaré aquí brevemente, remitiéndome á lo que está ya dicho. El primero es el cumplimiento de las profecías, y señaladamente destas cuatro tan claras y manifiestas que agora acabamos de referir: las cuales perfectamente vemos cumplidas en nuestros tiempos. El segundo es el de los milagros: entre los cuales hay algunos así de los tiempos pasados como de los presentes, que ningun hombre de juicio podrá negar. Y si un solo milagro basta para confirmacion desta verdad, ¿cuánto mas tantos y tan grandes? El tercero es la mudanza que hizo el mundo despues del misterio de la Cruz; pues en todas las naciones dél (adonde ántes reinaban las mayores abominaciones y torpezas que se pueden imaginar) se levantaron millares de sanctos y sanctas en todos los estados, que hacian vida de ángeles en la tierra, como arriba dijimos y adelante declararémos mas á la larga. El cuarto es de la destruicion y aniquilacion de aquella antiquísima república y reino de Israel, mas antiguo que el de los romanos: el cual en tiempo de David estaba tan multiplicado, que lo compara la Escriptura con las arenas de la mar. Por lo cual su hijo Salomon en su tiempo lo repartió en doce partes (*p*), debajo de doce gobernadores, uno de los cuales tenia á su cargo sesenta ciudades grandes, cercadas de muros, y con puertas y cerraduras. Ved por aquí qué sería lo que cabria á los otros once gobernadores. Y despues que se apartaron los diez tribus, y quedó solo el de Judá con el de Benjamin, estuvo solo este tribu tan poderoso y tan multiplicado en tiempo del rey Josafat, que (como se escribe en el cap. XVII del segundo libro del Paralipomenon) tenia este rey debajo de sus capitanes generales un cuento y ciento y sesenta mil hombres de guerra, y estos muy valientes y esforzados, demas de la gente de guarnicion que tenia repartida por todas las fronteras y presidios del reino. Pues este tan grande y tan esclarecido reino, con aquella tan insigne, tan hermosa, y tan fortificada ciudad de Hierusalem, y con aquel famosísimo templo, celebrado en todo el mundo, fué totalmente asolado, destruido y aniquilado, y sus moradores derramados por todas las naciones del mundo, y en ellas avasallados y maltratados. Y este derramamiento y destierro pasa de mil y quinientos años que dura, sin que Dios los libre y socorra, ni envíe algun favor, como siempre lo hizo en los tiempos antiguos; no cometiendo ellos agora el pecado de la idolatría, por el cual fuéron llevados cautivos á Babilonia. Pues ¿qué otro

(*m*) 1. Pet. 5. (*n*) Rom. 8. (*o*) Ephes. 2.

(*p*) 3. Reg. 4.

pecado pueden haber cometido, merecedor de tan largo y tan extraño castigo, sino la muerte indignísima del Hijo de Dios, como el mismo Salvador derramando muchas lágrimas sobre la ciudad de Hierusalem se lo profetizó, como ya dijimos? Pues ¿qué entendimiento habrá tan obstinado y tan ciego, que no quede convencido con este tan espantoso castigo?

En cabo desta materia quiero proveer de una gran consolacion y remedio á muchas personas simples, que son gravemente tentadas de la fe; las cuales tentaciones les dan grandísima pena. Y como las tales personas no saben estos tan sólidos fundamentos de nuestra fe, están como atados de piés y manos, y puestos en una escuridad que les da grande tormento. Pues para los tales querria yo fabricar aquí un lugar de refugio donde se acogiesen y guareciesen en este tiempo. Y este querria que fuese un oratorio, fabricado sobre cuatro columnas firmísimas, que son cuatro verdades tan ciertas, que ningun entendimiento las pueda negar; y en medio ha de estar un Crucifijo, adonde el hombre se acoja en este tiempo.

Las verdades son estas. La primera es, que hay Dios: lo cual predica esta tan grande y tan hermosa fábrica del mundo, junto con todas las naciones dél, por bárbaras que sean; las cuales aunque no sepan cuál sea el verdadero Dios, saben que lo hay. La segunda, que Dios es la cosa mas perfecta, mas noble, mas excelente, mas alta de cuantas hay en el mundo, y de cuantas el entendimiento humano puede alcanzar; y que él es autor y dador de todos los fructos y beneficios de naturaleza, y él es por quien vivimos, y nos movemos, y somos. La tercera, que se sigue desta es, que ninguna cosa hay en el mundo mas justa, ni mas debida, ni mas obligatoria, ni mas hermosa, que servir, amar, y honrar á este Señor, mas que á todos los padres, y reyes, y bienhechores del mundo; pues él es mas que padre, y mas que rey, y mas que señor, y mas bienhechor que todos cuantos bienhechores pueden ser. La cuarta es, que entre cuantas maneras de servirle y honrarle se han descubierto en el mundo, ninguna ha habido que mas honre á Dios, y mas bien sienta dél, ninguna que mejores leyes y consejos tenga, ninguna que mas favorezca la virtud, y desfavorezca el vicio, ninguna que tales efectos haya obrado, así en particulares personas como en todo el mundo; ninguna que mas sanctas escripturas tenga, ninguna que con tantos testimonios sea aprobada, así de sanctísimos y doctísimos varones, como de gloriosísimos mártires, y de clarísimos milagros, y evidentísimas profecías: lo cual todo está manifiestamente probado en esta segunda parte. Pues siendo esto así, enciérrese el que fuere tentado en este oratorio, y abrácese con estas cuatro tan firmes columnas, que toda la potencia del demonio no podrá derribar. Porque por esta causa, dijo Ricardo, que puede el cristiano decir á Dios: Señor, si somos engañados, vos nos engañastes, pues tales cosas consentistes que tuviese esta fe y religion, que no pudiese dejar de ser creida.

Fundado pues el hombre en esta católica doctrina, cuando el demonio comenzare á molestarle con tentaciones de la fe, no se ponga á disputar con él (porque es él gran sofista, y apretarle ha), sino luego en asomando la tentacion, con toda la priesa posible corra á este oratorio, y derríbese con el espíritu á los piés de Cristo crucificado, protestando de vivir y morir en su sancta fe católica. Y hecho esto, abrácese con estas cuatro columnas susodichas, diciendo en su corazon: Yo sé que hay Dios, y sé que él es Padre, Rey y Señor, y conservador de todo el universo; y que ninguna cosa hay mas obligatoria, ni mas justa, ni mas necesaria, ni mas debida, que servirle y honrarle; y sé tambien que ninguna manera de honra ni de servicio se puede imaginar mas perfecta que la que enseña la religion cristiana. Con esto me contento y me consuelo, y sé cierto que si yo viviere conforme á lo que manda esta sanctísima religion, voy por el camino mas cierto, mas seguro y mas religioso de cuantos pueden comprehender todos los entendimientos humanos. Asegurado pues con estas verdades tan ciertas, abrazado con estas columnas tan firmes, toda la potencia del demonio no prevalecerá contra él. Y para el conocimiento mas claro de las tres primeras verdades sirve la primera parte, donde se trata de la creacion del mundo, y de las perfecciones divinas; las cuales nos declaran cuán grande sea este Señor, cuán perfecta sea la providencia y cuidado que tiene de todas sus criaturas, y cuánto merezca él ser honrado y servido por lo uno y por lo otro.

Este remedio susodicho para todos es muy provechoso; mas para aquellos lo es mucho mas, que tienen tan purificado el amor de Dios, que no le aman por lo que dél esperan, aunque esto sea bueno y sancto, sino por solo ser él quien es, que es por su infinita bondad. Del cual amor, dice Sant Bernardo (q), que ni toma fuerzas con la esperanza, ni siente los daños de la desconfianza. Queriendo decir, que ni sirve á Dios por lo que espera dél, ni le dejaria de servir aunque nada esperase dél. Pues el que este amor tan desinteresado tiene, con estas cuatro verdades tan firmes fácilmente despide todas las saetas del enemigo, viendo que no hay manera de vida mas dispuesta para agradar á este Señor, que la que está dicha. Mas así á los unos como á los otros conviene leer mas que una vez toda esta doctrina susodicha, para estar mas resolutos en ella, y así mas firmes y constantes en el conocimiento, amor y servicio de su Criador. Al cual sea alabanza y gloria en los siglos de los siglos. Amen.

§. IV.

Respóndese á la turbacion de algunos flacos cuando ven tanto número de infieles y condenados.

Tambien me paresció responder aquí brevemente á la turbacion que algunos resciben cuando tienden los ojos por esos mundos y ven tanto número de infieles como hay derramados por él. A esto primeramente respondo que, así en todo lo dicho como en lo que resta por decir, tenemos clarísima y suficientísima prueba de la verdad de nuestra fe; porque, como ya dijimos, aunque los misterios de nuestra fe no sean evidentes (pues son de las cosas que no vemos), mas es cosa evidente que deben ser creidos por razon de los milagros y profecías tan claras y otros testimonios con que están confirmados (r). Y siendo esto cosa tan clara, no me debe perturbar que muchos hombres que están ciegos con sus pecados y maldades no la quieran creer; porque si yo veo claramente que tengo cinco dedos en la mano, ¿por qué me ha de quitar la verdad deste conoscimiento si todo el mundo dijese lo contrario? A solo Noé (s) dice Dios que

(q) Supr. Cant. serm. 83. post medium. (r) D. Thom. 2. 2. quæst. 2. art. 1. ad 1. (s) Gen. 7.

halló justo en toda aquella primera edad del mundo; y no por eso dejó el sancto varon de serlo y tener su fe entera, aunque todo el mundo caminase por otro camino. Y pocos mas justos habia en tiempo de Abraham (*t*), y no bastó para escurescer ó menoscabar aquella tan admirable fe entre tanto número de infieles que el Apóstol tanto engrandesce (*v*). Por tanto debe el hombre contentarse y consolarse con el conoscimiento desta verdad tan cierta, y juntamente con esto humillarse, considerando la bajeza de su entendimiento, y dejando de entremeterse en deslindar los secretos y juicios de Dios, que son, como dice David (*x*), un abismo sin suelo. Y por esto debe exclamar con el Apóstol (*y*): ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y sciencia de Dios! ¡Cuán incomprehensibles son sus juicios, y cómo no se pueden rastrear sus caminos!

Mas con todo esto sabemos cierto que nuestro Señor Dios está aparejado para recibir y ayudar á quien á él se convertiere, y que á nadie niega el ayuda suficiente para convertirse; y sabemos que en todos los entendimientos humanos imprimió él la ley natural, que es el conoscimiento del bien y del mal, y nos dió libre albedrío para poder libremente escoger lo uno ó lo otro; y, como el Eclesiástico dice (*z*), nos puso delante el agua y el fuego y dió libertad para que escogiésemos destas dos cosas la que quisiésemos. Y por esto cuando pecamos, pecamos por toda nuestra malicia y mala voluntad, sin que nadie á eso nos fuerce. Por tanto si los jueces de la tierra tienen poder para ahorcar y castigar los malhechores, tambien es razon que lo tenga aquel juez soberano. Mas diréis: Su castigo es pena eterna. Es verdad; mas es cierto que este castigo viene tasado y proporcionado por sentencia de aquel Señor, que no solo es justo, mas es la misma rectitud y justicia: el cual así como galardona las buenas obras mas de lo que ellas merescen, así castiga los pecados ménos de lo que merescen. Y si dura para siempre esta pena, la razon es porque la divina sabiduría ordenó de tal manera las cosas humanas, que la vida presente fuese para merescer ó desmerecer, y la venidera para rescebir el premio ó castigo de lo merescido. Y pues los malos tuvieron tan largo espacio y tan larga espera de Dios para emendar su vida y no quisieron aprovecharse deste plazo que les dió, justo es que en la otra padezcan la pena de su desagradescimiento y menosprecio. A lo cual añade Sant Gregorio (*a*), que pues los hombres desalmados (que son los que principalmente se condenan) nunca pusieron fin á sus maldades, y así si siempre vivieran siempre pecaran: por esto quiere la divina justicia que no tengan fin sus penas, pues nunca ellos lo pusieron ni pusieran á sus culpas. Pues ¿qué diréis de aquellos á cuya noticia no llegó la predicacion de la fe? Digo que estos no penarán por el pecado de la infidelidad (el cual no les será imputado, pues no les fué predicada la fe), mas penarán porque pecaron contra la ley natural que Dios imprimió en sus corazones y por las malas obras que hicieron por su propria malicia y mala voluntad. Ni nos debe perturbar ser mayor el número de los que se condenan que el de los que se salvan; porque todavía, como dice Sant Juan (*b*), son innumerables los que se salvan, á cuya compañía irán los que imitaren su innocencia ó hicieren digna penitencia. Donde será tanto mayor la gloria de los que fueren salvos, cuanto mayor fuere el número de los condenados; pues á los tales cupo tan dichosa suerte que entre tanto número de malos fuesen ellos del número de los escogidos. Y esta condenacion de los malos redundará en gloria de la divina justicia (que ningun pecado deja sin castigo), y en mayor consolacion y alegría de los buenos, pues escaparon de tan gran peligro. Con esto pues se debe quietar y sosegar el corazon humilde, sin querer escudriñar el secreto de los juicios divinos. Porque, como dice Lactancio, ¿qué diferencia habria entre Dios y el hombre si él quisiese por su ingenio alcanzar los consejos y ordenaciones de aquella incomprehensible Majestad? Y por el mérito desta humildad con que el hombre da gloria á Dios y se mide con su propria medida, conosciendo la bajeza y rudeza de su entendimiento, merecerá que el Señor le dé aquella paz, y quietud, y alegría que da á sus fieles amigos en el conocimiento de los misterios de la fe. El cual vive y reina en los siglos de los siglos por siempre jamas. Amen.

(*t*) Gen. 18. (*v*) Rom. 4. Galat. 3. (*x*) Psalm. 35. (*y*) Rom. 11. (*z*) Cap. 15.

(*a*) 4. Dialog. cap. 44. (*b*) Apoc. 7.

TERCERA PARTE

DE LA INTRODUCCION

DEL SIMBOLO DE LA FE,

QUE TRATA

DEL MISTERIO DE NUESTRA REDEMPCION: EN LA CUAL PROCEDIENDO POR LUMBRE DE RAZON, SE DECLARA CUÁN CONVENIENTE MEDIO HAYA SIDO ESTE QUE LA DIVINA BONDAD Y SABIDURÍA ESCOGIÓ PARA SALUD DEL LINAJE HUMANO.

Va esta parte tercera dividida en tres tratados principales. En el primero se trata de los fructos del árbol de la sancta Cruz. En el segundo de las figuras del misterio de Cristo. En el tercero, por via de diálogo, se responde á las preguntas que acerca deste misterio se pueden hacer.

PROLOGO

EN EL CUAL SE DECLARAN LOS GRANDES FRUCTOS Y PROVECHOS QUE ALCANZAN LOS QUE DEVOTAMENTE CONSIDERAN EL MISTERIO DE NUESTRA REDEMPCION.

Dixi: ascendam in palmam, et apprehendam fructus ejus (*a*). Esto es: Yo dije: subiré á la palma, y cogeré los fructos della. Estas palabras son de aquella sancta Esposa en el libro de sus Cantares: las cuales he tomado por fundamento desta tercera parte, en la cual determino tratar (con el favor divino) del beneficio y misterio de nuestra redempcion, y particularmente de los fructos desta gloriosa palma, que es el árbol de la sancta Cruz. La dignidad y utilidad desta materia sobrepuja todo lo que se puede encarecer. Porque cierto es que entre las obras admirables de Dios esta es la mas admirable, y entre las altas la mas alta, y entre las útiles y provechosas, la mas provechosa, y entre las dulces y suaves, esta es grandemente suave. Demas desto cónstanos, que entre las obras de gracia esta es la mayor; entre los beneficios divinos el mas soberano; y entre los sagrados misterios el mas profundo. Y por esta causa lo llama el Apóstol sacramento escondido en todos los siglos. Y así dice él (*b*): A mí, que soy el menor de los santos, fué dada esta gracia de declarar á las gentes las incomprehensibles riquezas de Cristo, y alumbrar á todos para que entiendan la dispensacion del sacramento escondido en Dios vivo, criador de todas las cosas. Y por ser este misterio tan escondido, no lo alcanzó el mundo: ántes lo tuvo por locura y desvarío. Los demonios tampoco lo alcanzaron, porque si lo alcanzaran, no fueran autores de la muerte de Cristo. Y no solamente los demonios, pero aun los sanctos ángeles (si no fuéron aquellos á quien Dios tomó por instrumentos y ministros deste misterio) no lo conociéron hasta que les fué revelado, como dice Sancto Tomas (*c*). Deste misterio trata el Apóstol cuando dice (*d*): Hablamos sabiduría entre los perfectos; y no sabiduría deste mundo, ni de los príncipes deste siglo (que al fin, por mucho que sepan, se acaban); sino hablamos de la profunda sabiduría de Dios, escondida en este misterio de la reparacion de los hombres, la cual tenia ya Dios pensada para nuestra gloria ántes de los siglos. La cual ninguno de los príncipes deste mundo (que fuéron los sabios y poderosos dél) conoció; porque si la conocieran, no crucificaran al Señor de la gloria. Y esta fué la causa por que Cristo habla tantas veces en el sancto Evangelio de la venida del Espíritu Sancto, diciendo ser necesaria despues de la suya, para que por boca de los apóstoles declarase al mundo, como summo maestro, este sacrosancto misterio, que por doctrina puramente humana no podia entenderse. Porque ¿quién de todas las criaturas pudiera entender, que para reparar al hombre (pudiéndolo hacer Dios de tantas otras maneras) habia de dar su unigénito Hijo al mundo, vestido de nuestra flaqueza? ¿Quién pudiera entender que debajo de aquella humanidad sanctísima, flaca y enferma, estaba escondido y disfrazado aquel soberano gigante, que saliendo (como dice David) (*e*) del summo cielo, se esforzó á correr su camino para pelear en el campo deste

(*a*) Cantic. 7. (*b*) Coloss. 1. Ephes. 3. (*c*) 1. part. quæst. 57. art. 5. ad 1. et sup. Epist. ad Ephes. cap. 3. lect. 3. in fin.
(*d*) 1. Cor. 2. (*e*) Psalm. 18.



mundo con el fuerte armado, y príncipe del mismo mundo (que era el diablo), triunfando y despojando los principados y poderíos dél, por sí mismo, y por su propria muerte? ¿Qué entendimiento (por soberano que fuese) pudiera alcanzar que debajo de aquel cebo de su sacratísima carne habia de estar el duro y terrible anzuelo de la divinidad, para pescar y echar fuera del mar deste mundo á Leviatan, serpiente antigua y dragon enroscado, que se habia tragado el género humano? ¿Quién pudo pensar jamas que la muerte fuese principio de vida, la ignominia de gloria, las prisiones de libertad, y la cruz del reino celestial? Por lo cual muy bien dice el Apóstol (*f*), que lo que el mundo piensa ser ignorancia, es mas alta sabiduría que la de todos los hombres. Y lo que el mundo tiene por flaqueza en Dios, es cosa mas fuerte, y mas poderosa, que toda la fortaleza y potencia de los hombres.

Mas volviendo al propósito, esta palma (que es señal de triunfo) convenientemente nos representa el árbol de la sancta Cruz, mediante la cual triunfó el Salvador de todo el poder del demonio y del mundo, como él mismo lo profetizó cuando dijo (*g*): Si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mi servicio. Pues á esta triunfadora y gloriosa palma se determinó la sancta Esposa (que es el ánima devota y enamorada del Esposo celestial) de subir por devota consideracion del misterio de la sancta Cruz, para gozar de los fructos inestimables della, y encenderse por esta via mas en amor de aquel soberano Señor, que tantos bienes le hizo con tanta costa suya.

§. I.

De otras comparaciones y figuras del sacrosanto árbol de la Cruz.

Mas por ser tantos los fructos deste sagrado árbol, no solo lo compararémos con esta comun palma, que nace en nuestras tierras, por razon de su triunfo, mas tambien con otro género de palma, que nace en la India Oriental: la cual es de tan maravillosa fecundidad, que de los fructos y licores della se carga un grande navío. Y (lo que mas es) el mismo navío con todas sus cuerdas y jarcia se hace della, sin que intervenga otro algun material. Pues no será fuera de propósito comparar el árbol de la sancta Cruz con este género de palma tan fértil, por la riqueza y abundancia de los fructos innumerables que nacen della.

La maravillosa fertilidad deste árbol vió en espíritu Sant Juan en el Apocalipsi (*h*): donde cuenta que vió salir de la silla de Dios y del Cordero un rio de aguas tan claro como un cristal; y en medio de la plaza de aquella ciudad celestial, y de la una y de la otra ribera del rio, estaba plantado un árbol, el cual daba doce fructos, segun los meses del año, y las hojas deste árbol eran para salud de las gentes. Pues ¿qué árbol es este tan fructuoso, que está plantado en medio de la plaza de la Iglesia, y regado con el purísimo y abundantísimo rio de todas las gracias que en él se juntaron; cuyas hojas (esto es, cuyas palabras y doctrina) fuéron salud y luz para remedio del mundo? Este árbol lleva doce fructos segun los doce meses del año: por el cual número de doce, que contiene dos números de seis (que son números perfectísimos entre todos los números, como los matemáticos prueban), se entiende la excelencia y muchedumbre de los fructos que deste sacratísimo árbol (que es Cristo crucificado) proceden.

Esta maravillosa virtud y abundancia de bienes quiso el Señor, entre otras muchas figuras, que fuese representada en la vara de Moisen. Porque determinando él librar su pueblo del captiverio de Egipto, mandó á este profeta (*i*) que tomase un palo (que es una vara) en las manos, y que con ella obraria todas las maravillas y todos los azotes y plagas que fuesen necesarias para forzar á los egipcios á que dejasen salir libre á su pueblo de la tierra de Egipto, y para introducirlo en la tierra de promision. Y así con aquella vara tocó las aguas de los rios de Egipto, y convertiólas en sangre (*k*); con aquella tocó el polvo de la tierra, y levantáronse della infinitos mosquitos que malamente picaban y herian los hombres (*l*); con aquella levantada hácia el cielo, se levantaron grandes truenos y relámpagos, con los cuales cayó granizo y fuego sobre la tierra, el cual destruyó todo lo que halló verde en los campos, y todos los hombres y bestias que habia en ellos (*m*); con esta misma vara, tocando la tierra, levantó Dios un viento abrasador, el cual produjo tanta abundancia de langostas, que acabaron de destruir y abrasar todo lo que habia quedado del granizo y de la tempestad pasada (*n*); con esta misma vara abrió los mares, para que el pueblo que estaba á su cargo pasase por él á pié enjuto; y con esta los volvió á cerrar, para que ahogase al ejército de Faraon que los iba siguiendo (*o*). ¿Qué mas diré? Con esta misma vara tocó una peña, y hizo brotar della un arroyo de agua para dar de beber al pueblo sediento (*p*); y con esta misma subió al monte, cuando el mismo pueblo peleaba con el ejército de Amelech, teniendo esta vara en su mano, y haciendo oracion por la victoria contra los enemigos (*q*). Pues ¿á qué propósito quiso la sabiduría divina usar deste instrumento, para cosas tan grandes y tan admirables? ¿Quién será tan ignorante, que crea haberse ordenado esto sin propósito, y sin el consejo divino? Porque ¿qué proporcion habia entre aquel pedazo de palo, y aquellas tan grandes maravillas que se hicieron con él, pues podia el Criador de todas las co-

(*f*) 1. Cor. 1. (*g*) Joann. 12. (*h*) Apoc. 22. (*i*) Exod. 4. (*k*) Cap. 7. (*l*) Cap. 8. (*m*) Cap. 9. (*n*) Cap. 10. (*o*) Cap. 14
(*p*) Num. 20. (*q*) Exod. 17.

sas, con solo querer y mandar, hacer todos estos milagros? Por donde así como este Señor ninguna cosa hizo en todas las obras de naturaleza, que fuese ociosa, así mucho ménos en las obras de gracia hizo cosa sin propósito y sin misterio. Y cuanto los medios y instrumentos son mas desproporcionados para lo que pretende hacer, tanto mas despiertan nuestros sentidos para que entendamos que en el espíritu y en la significacion de las cosas está la razon y conveniencia de lo que en las cosas no se halla. Pues conforme á esto decimos, que así como aquella liberacion del captiverio de Egipto fué figura de la liberacion del captiverio en que estaba el mundo por el pecado: así esta vara, con que Moisen obró todo lo que era necesario para aquella liberacion, es figura del madero de la sancta Cruz, mediante la cual el Salvador del mundo obró y obrará para siempre todo lo que es necesario para nuestra liberacion y salvacion. Porque en ella está la salud, la paz, la verdadera libertad, la vida, la gracia, la sabiduría, la justicia, la sanctificacion del género humano, y finalmente el remedio universal de los males de todos los siglos presentes, pasados y venideros. En ella hallará el corazon devoto medicina para sus llagas, consuelo para sus dolores, esfuerzo para sus trabajos, escudo para sus tentaciones, armas para contra sus enemigos, ejemplo para todas las virtudes, y comun remedio para todos los males. Las piedras preciosas y las perlas tienen particulares virtudes y defensivos para males particulares; mas esta piedra preciosísima (que es Cristo), siendo una, para todas las cosas aprovecha: á lo ménos con su firmeza hace firmes á todos los que se fundan sobre ella; porque esta es aquella piedra en cuyos agujeros mora la Esposa, como se escribe en el libro de los Cantares (r); sobre las cuales palabras dice Sant Bernardo (s): ¿Qué otra cosa son los agujeros de la piedra, sino las llagas de Cristo? Porque ¿qué bienes hay, que no estén en esta piedra? En esta piedra estoy levantado, en esta seguro, en esta firme y esforzado. Ca ¿dónde está el firme y seguro reposo de los flacos, sino en las llagas del Salvador? Porque tanto mas seguramente moro en él, cuanto él es mas poderoso para salvarme. Brama el mundo, apriétame la carne, persígueme el demonio; mas no por eso caeré, porque estoy fundado sobre esta firme piedra. Pequé grandes pecados, túrbase la conciencia, mas no se perturba; porque tomaré por remedio acordarme de las llagas de nuestro Señor. Lo dicho es de Sant Bernardo.

Pues la suavidad del fructo deste árbol sagrado ¿quién lo podrá explicar? Esta experimentan cada dia los devotos contempladores de la sagrada pasion, donde en aquella hiel que el Señor bebió por ellos hallan dulcísima miel, y en aquellos sus dolores grandísimas consolaciones, y en los agujeros de sus preciosas llagas morada suavísima para sus ánimas; porque ven que todas ellas son puertas para ver las entrañas de su caridad, argumentos de su bondad, testimonio de su amor, tesoros y riqueza de las ánimas, y prendas de su bienaventuranza: con cuya consideracion las tales ánimas maravillosamente se regalan, apacientan y deleitan. De todos estos fructos y manjares gozará quien hubiere recebido ojos para saber mirar aquel Cordero innocentísimo en la Cruz. Teníalos el bienaventurado Sant Augustin (t), de quien se escribe que al principio de su conversion no se hartaba de considerar con una maravillosa suavidad la alteza de la sabiduría y consejo divino, de que usó para obrar la salud del género humano, por medio de la encarnacion y pasion de su unigénito Hijo.

§. II.

Sabiduría y gloria que está encerrada en esta humilde figura.

Estos mismos ojos y aun mas claros muestra el Apóstol que tenia, cuando dijo (v): Nosotros no habemos recebido el espíritu deste mundo, sino espíritu de Dios, con cuya luz sabemos apreciar y estimar los beneficios recebidos. Pues con estos ojos tan penetradores verá el sancto Apóstol el resplandor y hermosura que estaba encerrada en la humildad y bajeza de la Cruz. Por lo cual decia: Nosotros predicamos á Cristo crucificado, que para los judíos es materia de escándalo, y para los gentiles de locura (x); mas para aquellos que destas dos naciones son llamados á la fe, Cristo es argumento y muestra de la omnipotencia y sabiduría de Dios; y así lo que los infieles llaman locura, es summa sabiduría, y lo que tienen por flaqueza, es poder admirable de Dios. Pues quien tuviere estos ojos de Sant Pablo, y supiere mirar con ellos á Cristo crucificado, por defuera tan abatido, tan afeado, y al parecer tan flaco y tan desamparado, verá que debajo de aquella fealdad está toda la hermosura; de aquel abatimiento toda la gloria; debajo de aquella tan gran desnudez y pobreza están todas las riquezas de gracia y gloria; debajo de aquella muerte está la vida y la victoria de la misma muerte; debajo de aquello que á los ojos del mundo parece locura, está encerrada la mas alta filosofía de cuantas Dios tiene enseñadas en el mundo; y debajo de aquella tan gran flaqueza, que á la vista de los ojos de carne parece, está el gran poder y fortaleza de Dios. Porque aunque fué grande el poder que mostró en la creacion del mundo, mayor fué el que mostró en la conversion dél, mediante el testimonio y constancia de los sanctos mártires, entre los cuales las flacas mujeres y tiernas doncellas ven-

(r) Cap. 2. (s) Serm. 61. sup. Cant. ante med. (t) Confess. lib. 9. cap. 6. (v) 1. Cor. 2. (x) Ibid. 1.

ieron todos los príncipes y monarcas del mundo, y todas las fuerzas y poderes del infierno. Los cuales todos cobraron esta tan grande fortaleza de la flaqueza de la Cruz.

Mas para esto es menester pedir al Señor los ojos que estos sanctos tenian para penetrar las maravillas que debajo de la humilde figura de la Cruz están encubiertas; porque ya nos consta que entre todas las obras que nuestro Señor hasta hoy ha hecho en el mundo, y hará, la mayor fué la obra de nuestra redempcion. Pues como Dios sea incomprehensible, no solo en su sér, sino tambien en sus obras, mucho mas lo ha de ser en esta, que es la mas alta, mas admirable y mayor de todas. Porque si, como dicen los filósofos, las cosas de Dios son altas, y nuestro entendimiento tan flaco, que no es mas parte para entenderlas que los ojos de la lechuza para mirar al sol en su resplandor, ¿qué parte sera nuestro entendimiento desamparado de la luz divina, para saber mirar, como conviene, esta grande obra? Esto nos enseñan los discípulos del Señor, los cuales despues de haber cursado tanto tiempo en su escuela, oido su doctrina, visto los maravillosos ejemplos de su humildad, de su paciencia, de su pobreza y de su vida tan ajena del fausto y aparato del mundo, no entendian la filosofía de la cruz; pues denunciándosela el Señor con palabras muy claras, no entendieron lo que decia (*y*), porque no les parecia cosa digna de tal persona la humildad de la cruz. Y asi cuando vieron muerto al Señor, perdieron la esperanza que tenian de que él habia de ser redentor de Israel (*z*); porque de hombre crucificado y muerto no les parecia poderse esperar cosas grandes. Por donde el que quisiere fructuosamente contemplar este misterio, conviene que se desnude de sí mismo, esto es, de todos los resabios de carne y de sangre, y con espíritu de fe, de humildad, de caridad, y de sancta simplicidad, éntre en este sanctuario. Cuando Moisen andaba guardando su ganado en el desierto, y vió aquella zarza que ardia y no se quemaba, dijo entre sí (*a*): Quiero ir á ver esta vision tan grande, como es arder una zarza sin quemarse. Mas aparecióle luego Dios diciendo: Descálzate los zapatos, porque el lugar en que estás es tierra sancta. Pues quien desea ver esta vision tan grande, como es contemplar al Hijo de Dios cuando viene á libertar su pueblo del captiverio del enemigo, vestido de la humilde zarza de nuestra carne, y puesto entre las espinas y llamas de sus trabajos, descalce los zapatos, que son pieles de animales muertos, esto es, despójese de toda cosa perecedera y mortal, y vístase del espíritu de Dios, para pesar y tantear esta tan grande obra, no con la medida de la prudencia y pequeñez humana, sino con la medida de la incomprehensible bondad divina, que sobrepuja todo entendimiento criado. Y desta manera en su grado, y conforme á su fe y devocion podrá ver lo que el Apóstol veia.

Y dado caso que deste misterio y beneficio de nuestra redempcion hayamos tratado algo á pedazos en otros libros, pero es él tan grande, y comprehende en sí tantas maravillas, que mil libros no bastarian para agotarlo; pues el apóstol Sant Pablo (armario de los tesoros de la sabiduría divina, aprendida en el tercero cielo por el magisterio y enseñanza del mismo Cristo) confiesa de sí que ninguna otra cosa sabía sino á Cristo crucificado, en el cual sabía todas las cosas (*b*). Asimismo dice Sancto Tomas que miéntras una persona virtuosa mas contemplare este misterio, mas conveniencias y maravillas hallará en él, con las cuales se confirmará mas en la fe, y encenderá en la caridad, y crecerá mas en toda virtud y devocion; porque para todo esto sirve este misterio, el cual engrandesce el mismo Apóstol por estas palabras (*c*): Verdaderamente es grande el sacramento de la piedad que se descubrió en carne, y fué aprobado por el Espíritu sancto; apareció á los ángeles, fué predicado á las gentes, fué creido y recebido en el mundo, y finalmente fué sublimado y llevado á la gloria.

Pues ¿qué se sigue de todo lo dicho, sino que el ánima religiosa asiente en medio de su corazon la memoria deste divino misterio, de tal manera que en todos los pasos que diere, y en todas las cosas que hiciere, siempre traiga ante sus ojos la memoria de la Cruz? Si comieres (dice un Doctor), moja todos los bocados en el corazon de Cristo; si bebieres, piensa en el beber que él te dió con su preciosa sangre; si durmieres, pon tu cabeza sobre la corona de sus espinas, y el cuerpo sobre el madero de la sancta Cruz. Y para concluirlo todo en una palabra, recoge en tu memoria la summa de todos los dolores y amarguras que este Señor padesció en vida y en muerte por tí, diciendo con la Esposa en los Cantares (*d*): Manojico de mirra es mi amado para mí; entre mis pechos (que es en lo íntimo de mi corazon) morará. Esto baste para introduccion y preámbulo deste libro; para que el piadoso lector entienda el gran fructo que sacará desta materia, y la manera en que lo ha de sacar.

(*y*) Luc. 18. (*z*) Luc. 24. (*a*) Exod. 3. (*b*) 1. Cor 2. (*c*) 1. Timot. 3. (*d*) Cant. 1.

TRATADO PRIMERO,

EN EL CUAL

PROCEDIENDO POR LUMBRE NATURAL SE DECLARAN LAS CONVENIENCIAS DEL MISTERIO DE NUESTRA REDEMPCION, Y SE SEÑALAN VEINTE SINGULARES FRUCTOS DEL ÁRBOL DE LA SANCTA CRUZ.

CAPITULO PRIMERO.

De la manera del proceder en esta tercera parte.

Dos lumbres dijimos en el principio del libro pasado que hay en el hombre cristiano: una de fe, que le pertenece en cuanto cristiano, y otra de razon, que le compete en cuanto hombre. Esta lumbre de razon es un rayo de luz que se derivó en nuestras ánimas de la fuente de aquella luz infinita, por cuya causa confesamos ser el hombre hecho á imágen de Dios: la cual lumbre tanto es mas perfecta, cuanto es mas pura la vida y la consciencia. Y entre las diferencias que allí pusimos entre la una lumbre y la otra, una dellas era, que la verdad que se alcanza por medio de la fe, es firme, cierta y infalible, porque se funda en la autoridad de Dios, que no puede faltar; aunque este conocimiento no carece de escuridad, porque fe es creer lo que no vemos. Mas la verdad que se alcanza por la lumbre de razon, ni es tan cierta, ni infalible; mas trae consigo mas claridad, cuando por este conocimiento se entiende que lo que la fe cree, es muy proporcionado y conforme á toda buena razon: como cuando la fe nos manda creer que las ánimas son inmortales, y que Dios tiene providencia de las cosas humanas, y que hay pena y gloria para buenos y malos. Estas cosas predica y enseña nuestra fe; mas ellas tambien son tan claras en lumbre de razon, que muchos filósofos (y señaladamente Sócrates, y Platon, y Plutarco) con sola esta lumbre las conocieron. Pues cuando desta manera la lumbre de la razon se casa con la fe (que es cuando lo que la fe nos enseña, testifica tambien la razon) recibe el ánima con esto una grande alegria y consolacion, con la cual se confirma mucho mas en la fe; porque mas alumbran dos lumbres juntas, que sola una.

Pues conforme á esto pretendemos tratar en esta tercera parte del misterio de nuestra redempcion, declarando cómo lo que predica nuestra fe deste divino misterio, no solo no es contra razon, mas ántes es en gran manera conforme á ella. Para lo cual declararémos tres cosas principales. La primera, cuán conforme á razon sea lo que la fe testifica del pecado original en que somos concebidos; lo segundo, cuán conveniente cosa era que aquella infinita bondad y misericordia de Dios proveyese de remedio al hombre caido, mayormente pues todo el resto del género humano padescia sin actual culpa suya por la ajena; lo tercero, cómo no se podia hallar otra manera de remedio mas conveniente, así para la gloria de Dios, como para remedio del hombre, que el misterio de la encarnacion y pasion de nuestro Salvador; y en este tercer punto se gastará la mayor parte deste libro. Y al fin dél se responde á las principales preguntas que acerca deste misterio se pueden hacer.

Pues para comenzar á tratar del misterio de nuestra redempcion por la via que habemos dicho, conviene presuponer lo que al principio del libro siguiente presuponemos: esto es, cómo Dios por su infinita bondad crió al hombre para hacerlo participante de su gloria, y cómo le dió todos aquellos dones y habilidades sobrenaturales (que eran justicia original y gracia) para que con ellos se dispusiese y habilitase para este tan alto fin; y cómo él por su desobediencia perdió estos dones que habia recebido para sí y para sus descendientes, y en él los perdimos todos; porque cual él quedó, tales nos engendró: pecador á pecadores, mortal á mortales, desnudo á desnudos, y flaco y mal inclinado á flacos y mal inclinados. De todas estas miserias y males es la raiz el pecado original en que todos somos concebidos: que es uno de los principales dogmas de nuestra fe. Presupuesta pues la caída y la dolencia, tratarémos agora del remedio della.

CAPITULO II.

Cuán conforme sea á la lumbre de la razon lo que la religion cristiana enseña del pecado original.

Agora será justo que comencemos á tratar del pecado original. Y porque el piadoso lector saque mas fructo desta materia, y la lea con mas atencion, declararémos primero las cosas para que sirve la inteligencia della. Sirve pues principalmente para entender el misterio de nuestra redempcion, y la necesidad que teniamos de redemptor y médico para la cura desta dolencia. Lo segundo aprovecha grandemente para que por aquí entendamos aquella tan celebrada filosofía de los antiguos, que consiste en el conocimiento de sí mismo: que es principio y fundamento, no solo de la humildad, sino tambien de todas las virtudes. Porque conociendo el enfermo el peligro de su dolencia, procura el remedio; mas el que no lo conoce, no lo busca, y así peligra en él. Pues el remedio deste mal es el que usaron los sanctos, los cuales conociendo la ponzoña que traian dentro de sí, tomaron della ocasion para procurar la medicina della, que son ayunos, oraciones, sagradas liciones, limosnas y uso de sacramentos (que son medicinas ordenadas por aquel médico que vino del cielo, contra esta dolencia), y junto con este huir todas las ocasiones de los pecados, por no añadir fuerzas y brios de fuera á las inclinaciones que padecemos de dentro. Por lo cual no se debe tener por mal empleado el tiempo que gas-

taremos en la declaracion y resolucion desta materia, de que tanto fructo resulta.

§. I.

Creacion del hombre en toda su natural perfeccion: de donde se prueba el vicio y corrupcion de su naturaleza.

Para entendimiento de la doctrina del pecado original, se ha de presuponer, como cosa de fe, que no crió Dios al hombre con las imperfecciones y siniestros que agora padesce, así en el cuerpo como en el ánima. Lo cual demas de ser cosa de fe, mostrarémos aquí palpablemente y cuasi á vista de ojos. Y para esto presuponemos dos cosas: la una, que este soberano Señor aunque pudiera criar al hombre (como dicen) *in puris naturalibus* (y así estuviera subjecto á las penalidades á que agora está), pero no convenia á la magnificencia de su bondad criarlo desta manera. Y por esto no quiso que en la naturaleza humana hubiese pena donde no habia culpa. La otra es, que todas las obras que él hace (cada cual en su género) son tan acabadas y perfectas, que ninguna desórden ni imperfeccion hay en ellas, ninguna cosa que les falte ni que les sobre. Lo cual testifica Salomon por estas palabras (*a*): No hay cosa que se pueda añadir ni quitar á las obras que con tanta sabiduría y providencia hizo Dios, para ser por ellas conoscido y reverenciado. Conforme á lo cual se escribe en el libro de la Sabiduría (*b*), que todas las cosas hizo Dios con número, peso y medida: significando en estas tres palabras la perfeccion de todas las obras de aquel sapientísimo artífice que lo formó todo. Porque entre las cosas corporales, unas se reglan por números, otras por peso, y otras por medida. Pues para dar á entender el Sabio la extremada perfeccion de las obras divinas, juntó estas tres cosas en uno, que son número, peso y medida. Pero no es ménos claro testimonio el que leemos en el libro del Génesi (*c*), donde acabada la criacion del mundo, se escribe que vió Dios todas las cosas que habia hecho en aquellos seis dias, y que eran en gran manera buenas. Donde no se contentó con decir que eran buenas, sino añadió tambien aquella palabra, *en gran manera* buenas: esto es, perfectísimas cada cual en su especie. Esto mismo testifica la filosofía seglar á cada paso, diciendo que el autor de la naturaleza siempre hace lo mejor y mas perfecto (*d*). Y lo mismo confirma la razon; porque la imperfeccion en la obra arguye imperfeccion en el artífice, lo cual sería blasfemia atribuir á aquel sapientísimo Hacedor.

Supuestos estos dos fundamentos, que son tan claros, probarémos agora que no era cosa digna de Dios criar al hombre con tantos defectos y manqueras, y con tantos siniestros y imperfecciones con que nasce del vientre de su madre. Para lo cual veamos agora las mas principales y mas comunes desórdenes de la vida humana; y despues recontarémos cómo estas nascen de la mala raiz y simiente del pecado en qué fué el hombre concebido.

Pues primeramente cónstanos ser el hombre criatura racional, que es su propria naturaleza, con la cual se diferencia de todas las otras criaturas inferiores; y segun esto la cosa mas natural y mas propria del hombre habia de ser vivir conforme á razon, lo cual es vivir virtuosamente, porque la virtud está tan conjunta con la razon, y es tanto su hermana, que la misma razon es la regla della, como Aristóteles difine. Mas nosotros vemos por experiencia cuán léjos está el comun de los hombres de vivir conforme á razon y virtud, porque generalmente se rigen por sus apetitos y deseos: luego necesariamente habemos de confesar que alguna dolencia hay en la naturaleza humana, pues no hace aquello que es tan proprio de su naturaleza. Cuando vemos que el caballo no puede correr, ni el pece nadar, ni el ave volar, entendemos haber en estos animales alguna enfermedad que impide esta obra tan propria y tan natural á este género de animales. Pues muy mas natural es á la criatura racional vivir conforme á razon y virtud, que cualquier destos movimientos á estos animales: luego habemos de concluir que hay alguna general dolencia en la naturaleza humana, la cual impide una obra tan propria y tan natural como esta.

Es tambien comun sentencia de filósofos, que todas las obras naturales son deleitables; porque con este cebo nos despierta y convida la naturaleza á ellas. Así los ojos huelgan de ver, los oídos de oir, el paladar de gustar, y así las demas. Pues siendo tan natural obra de la criatura racional vivir á ley de razon y virtud (segun está dicho), habia de serle la obra de la virtud muy deleitable, y la del vicio muy penosa. Mas lo contrario vemos por experiencia, que las virtudes son al comun de los hombres dificultosas, y los vicios por el contrario muy sabrosos: luego doliente está la naturaleza donde hay este desórden.

Esto mismo se prueba por la desórden de nuestros apetitos, desta manera. Es el hombre compuesto de dos partes, que son cuerpo y ánima, tan desiguales entre sí, que la una es mortal y la otra inmortal, la una terrena y la otra celestial, la una semejante á las bestias y la otra á los ángeles. Estas dos partes tienen cada cual sus proprios bienes: los del cuerpo son salud, fuerzas, lijereza, riquezas y hermosura; los del ánima son estos mismos espiritualmente tomados, esto es, salud y buena disposicion del ánima, fuerzas para resistir al vicio, lijereza para correr por el camino de la virtud, y riquezas de todos los bienes espirituales. Pues siendo tanta la ventaja que hacen los bienes del ánima á los del cuerpo, cuanto ella es mas excelente que él, la órden de nuestra voluntad y apetito por natural derecho pedia que lo mas precioso fuese mas estimado, mas amado, y con mas diligencia procurado. Lo contrario de lo cual vemos en el comun de los hombres: los cuales precian y aman tanto los bienes del cuerpo, y búscanlos con tan grande ardor y diligencia, que de dia y de noche ninguna otra cosa piensan, ni buscan, ni tratan, ni suenan; ni hay peligros de mar, ni de tierra, ni de fuego, ni de agua, ni de lanzas y espadas á que no se arrisquen por estos bienes. Mas por los otros espirituales y divinos (que sin comparacion son mas excelentes) ¿quién así se desvela, quién asi trabaja, quién así se pone á peligros de la vida por ellos? Pues ¿quién no entenderá por aquí el estrago y corrupcion del paladar de nuestro apetito, que tan mal arrostra á la dignidad destos bienes espirituales, y tanto se desperece y fatiga por aquellos vilísimos y corporales? Lo cual se prueba aun mas claro por este ejemplo. De la manera que se há el gusto de nuestro paladar para lo dulce y amargo, y para lo mas dulce y ménos dulce, así se há el apetito de nuestra voluntad para el bien y para el mal, que es el objecto de nuestra voluntad, así como lo dulce y amargo lo es del paladar. Pues vemos que cuando el

(*a*) Eccles. 3. (*b*) Sapie. 11. (*c*) Genes. 1. (*d*) D. Thom. 2. contra Gent. cap. 15.

paladar no juzga rectamente de los sabores, teniendo lo dulce por amargo y lo amargo por dulce, lo sabroso por desabrido, lo desabrido por sabroso (como lo hace la mujer que come tierra, ó pedazos de jarros de barro mal cocido), entendemos que hay dolencia en el cuerpo, y que el paladar está corrupto; pues segun esto, viendo el desórden de nuestra voluntad en el amor de los bienes, no tomando gusto en los bienes espirituales y divinos, y tomándolo tan grande en los bienes vilísimos de la carne, ¿quién no juzgará que la tal voluntad está pervertida y estragada, y que no era posible que aquel Artífice soberano la criase con tal desórden?

§. II.

Persuade lo mismo la rebeldía del cuerpo con el ejército de sus pasiones.

Pasemos adelante, y tomemos por fundamento lo que acabamos de decir de la excelencia de nuestra ánima, y bajeza de nuestro cuerpo. Notoria cosa es (segun toda filosofía divina y humana) que naturalmente el ánima se hizo como señora para mandar, y el cuerpo para servir y obedecer: como se hace en las repúblicas bien ordenadas, donde los nobles rigen y mandan, y el pueblo bajo obedece. Pues siendo esta órden tan natural, habia de obedecer y servir este cuerpo al ánima con suavidad y facilidad, como vemos que los miembros del mismo cuerpo (sin haber entre ellos esta superioridad) sirven unos á otros cuando es menester. Mas todos experimentamos cada hora la rebeldía y contumacia de la carne contra el espíritu. La cual explicó el Apóstol cuando dijo (e): Siento una ley en mis miembros que repugna á la ley de mi ánima, con tanta fuerza que me captiva y subjecta á la mala inclinacion del pecado que está en mi carne. Pues siendo esta una tan grande desórden y repugnancia, y una como scisma entre las partes del mismo hombre, ¿cómo lo habia de criar aquel sapientísimo Artífice con esta manera de division y contrariedad, que es el principal impedimento de toda virtud y honestidad?

§. III.

Estrago de las potencias, y olvido del último fin, que convence esta verdad.

A todo lo dicho añado el extraño olvido que los hombres tienen en buscar el último fin para que fuéron criados. Porque vemos que todos los brutos animales en ninguna otra cosa se ocupan, sino en buscar todo lo que es necesario para su vida y conservacion de sus cuerpos, que es el fin que les fué puesto por su Hacedor, como á criaturas irracionales, que no eran capaces de otro mayor bien. Mas el fin del hombre (que dentro de sí tiene aquel rayo de la divina luz, que es la razon, por cuya virtud se dice haber sido criado á imágen de Dios, y por ella puede pasar de vuelo sobre todos los cielos, y llegar hasta el Criador dellos) otro fin tiene mas alto, proporcionado á la nobleza de su estado: que es la contemplacion y amor del summo bien, que es Dios, como los mas excelentes filósofos Aristóteles y Platon determinaron. Mas el medio y camino para alcanzar este género de contemplacion es la posesion de las virtudes morales, con las cuales se quieta el bullicio de nuestras pasiones, que nos abaten á la tierra, y apartan del cielo, y se purifican y avivan los ojos del ánima para contemplar aquella infinita luz y hermosura. Para estos dos oficios nos fué dado el entendimiento, el cual tiene dos habilidades, una para procurar las virtudes y ordenar prudentemente la vida, y otra para levantarse al estudio y consideracion de las cosas espirituales y divinas. Las cuales dos habilidades llaman los filósofos y teólogos entendimiento práctico y especulativo: no porque estos dos entendimientos sean distinctos entre sí, porque no son sino uno solo, que tiene estas dos facultades que llamamos por estos nombres. Pues siendo esto así, la órden natural pedia, que así como los brutos animales en ninguna cosa se emplean, sino en procurar y buscar todo lo que se requiere para la perfeccion y conservacion de su sér, que es su fin, así tambien en su grado lo hiciese el hombre. Lo cual vemos en el comun de los hombres tan al reves, que en ninguna cosa ménos se ocupan que en esta, la cual sola habia de ser su perpetua ocupacion. Mas ántes de tal manera han torcido y bastardeado de la generosidad de su naturaleza, que así como las bestias en ninguna otra cosa entienden sino en buscar bienes para su cuerpo, así ellos (generalmente hablando) en ninguna otra cosa noche y dia se ocupan, sino en lo mismo que ellas. Pues ¿qué mayor bajeza? qué mayor plaga? qué mayor dolencia puede ser que una tan noble criatura, capaz de la felicidad y gloria de Dios, venga á hacerse semejante á las bestias, y no pretender otro fin ni tener otra ocupacion que ellas? Pues ¿para qué recebiste, hombre, aquel rayo de la luz divina, que es la lumbre de la razon, que te constituye en sér de hombre, y te diferencia de las bestias, y te hace capaz de Dios? Pero hay aquí otra cosa mas para sentir, y ponernos mayor admiracion; y es que no solamente no se emplea la mayor parte de los hombres en aquellos dos oficios que dijimos (que son procurar las virtudes, y contemplar las cosas divinas); mas ántes el entendimiento, que habia de ser oficial y ejecutor de toda la virtud, de tal manera (si decir se puede) ha apostatado, que se ha hecho oficial y inventor de todos los vicios. Porque ¿quién ha sido el inventor de tantas diferencias de potajes, de golosinas, de lujurias, de nuevos trajes, de edificios tan costosos y tan curiosos, de tantas maneras de juegos de cartas, de tablas, de dados, etc.; y, lo que peor es, de tantos pertrechos de guerras, de tantas diferencias de armas, de tanta artillería, con que llegaron á imitar lo que solo á Dios pertenecia, que es tronar, y relampaguear, y despedir rayos de las nubes; y todo esto para destruicion del género humano; para que ni la mar, ni la tierra, ni otro algun lugar deje de estar regado con sangre humana? En lo cual parece que no solamente se ha hecho el hombre semejante á las bestias, mas quedó aun peor, porque la malicia armada con las fuerzas de la razon á muchos mayores males se extiende. Por lo cual dice un filósofo que no hay fiera mas pestilencial para el género humano que la mala voluntad ayudada con el ingenio y agudeza de la razon. Pues ¿quién no lamentará esta tan gran miseria? ¿Quién no se espantará desta perversidad y apostasía desta parte divina, que Dios puso en el hombre? ¿Quién no verá claro por este argumento la miserable dolencia de la naturaleza humana, y que no era posible que de las manos de aquel summo Artífice manase una obra tan desordenada como esta?

(e) Rom. 7.

§. IV.

Pasmo de los que no supieron la causa destos desórdenes, y conclusion deste discurso.

Esta desórden es tan grande y tan contraria á la rectitud y órden de la naturaleza, y espantó tanto á los profesores de la filosofía, que vinieron á tomar de aquí motivo para decir grandísimos desatinos. Porque unos considerando la órden que guardaban los animales en la conservacion de sus vidas, y la desórden y confusion de las cosas humanas, vinieron á decir que Dios tenia providencia de los animales, mas no de los hombres. Pues ¿qué cosa se pudiera decir mas fuera de toda razon? Y otros hubo aun mas desatinados: los cuales, persuadidos por las razones que habemos alegado y por otras semejantes, dijeron que no era posible criar Dios al hombre con estas tan perversas inclinaciones y siniestros; y (no sabiendo el secreto del pecado original causador de todos estos males) vinieron á decir que el demonio, y no Dios, habia criado al hombre con todas estas cosas de acá bajo. Y así pusieron dos principios y autores de las cosas criadas: uno de las invisibles, que era Dios, y otro de las visibles que era el demonio. En el cual error (que fué el de los maniqueos) estuvo enlazado Sant Augustin hasta los treinta años de su edad (*f*): en el cual tiempo (como él tampoco sabía el secreto del pecado original) no acababa de espantarse destas desórdenes que via en el hombre, presuponiendo que esto no podria venir de Dios, autor sanctísimo y sapientísimo. Lo cual entenderá quien leyere el libro de sus Confesiones, donde muestra las angustias y congojas que sobre este caso padescia, buscando la causa destos males. Y así en el séptimo libro de sus Confesiones, cap. v, dice así: Bueno es Dios, y buenas hizo todas las cosas. Pues ¿de dónde procedió el mal, y por qué puerta entró acá? Cuál fué su raiz? Cuál su simiente? ¿O por ventura no hay tal cosa? Pues ¿por qué tememos lo que no es? Y si vanamente tememos, ya ese temor es malo. Pues ¿de dónde nació, pues Dios bueno todas las cosas hizo buenas? Pues ¿de dónde tuvo orígen este mal? ¿Habia por ventura alguna materia mala, y formólo della, y dejó alguna cosa que no convirtiese en bien? ¿Por qué la dejó, ó por qué no le quitó aquel mal, ó no destruyó aquella materia, ó no la convirtió en bien, pues era todopoderoso? Tales cosas revolvia en mi pecho miserable, fatigado con cuidados congojosísimos del temor de la muerte, sin haber hallado la verdad. Y un poco mas abajo (*g*): ¿Cuáles eran (dice él), Dios mio, los tormentos de mi ánima? ¿Cuáles los dolores de parto de mi corazon? Tú solo sabías lo que padecia, y no hombre alguno. Porque ningun tiempo ni palabras bastaban para declarar á mis amigos los tormentos que padecia. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin: en las cuales declara lo que su ánima padecia, por no haber alcanzado el secreto del pecado original.

Mas la luz de la religion cristiana, maestra de la verdad, nos saca destas perplejidades y errores. Porque ella confiesa que ninguna destas deformidades procedió de las manos de Dios, como claramente se prueba por lo que al principio alegamos; sino que el pecado fué el orígen y fuente de todas estas dolencias.

Pues concluyendo y resumiendo este tan largo discurso, digo que el orígen y principio de todos estos males es el pecado original en que todos somos concebidos. Dirá alguno: ¿Cómo probais esto? Porque vemos en la edad tierna de los muchachos, ántes que puedan pecar, las semillas destos males (porque entónces comienza á descubrirse la ira, la invidia, el odio, la rabia, el deseo de venganza, y otras semejantes pasiones, las cuales no vienen por pecados proprios, porque aun no los tienen), por lo cual habemos de confesar que pues todos los hombres nacen con estas malas inclinaciones, y no por pecados proprios actuales, que algun pecado hubo en algun hombre, que fué principio de toda la generacion humana, el cual por su culpa quedó sentenciado á esta pena; y cual él quedó, tales nos engendró á todos. De la muerte no trato aquí (á que tambien el hombre quedó condenado por el pecado), ni de otras infinitas enfermedades y miserias del cuerpo humano; porque mi intento principal ha sido tratar de los males espirituales de nuestra ánima, para cuyo remedio sirve el misterio de nuestra redempcion, de que aquí tratamos. Todo esto se ha dicho tan por extenso, para que claramente conociesemos la comun dolencia de la naturaleza humana, y viesemos la necesidad que tenia de remedio. Y para que cuanto mas claro conociesemos la grandeza de la dolencia, tanto mejor entendiesemos lo que debiamos á aquel excelentísimo remediador, que de tantos males con tanta costa suya nos libró. Tambien lo dicho servirá (aunque esto no sea proprio deste lugar) para que el cristiano que desea salvarse, conozca la ponzoña de las malas inclinaciones que trae dentro de sí; para que así entienda cuán recatado y temeroso debe vivir, y cuánto le convenga usar de todos aquellos remedios y medicinas que arriba tocamos, y particularmente de huir todas las ocasiones de los pecados, porque no se favorezca la mala inclinacion de nuestra carne con las ocasiones que vienen de fuera. Declarada pues la comun dolencia del género humano, comencemos á tratar de su remedio.

CAPITULO III.

De cómo plugo á la inmensa bondad de Dios enviar remedio al hombre, dejando al demonio en su obstinacion.

Vimos ya en el capítulo pasado cuál quedó el hombre despues del pecado: el cual, como dice el sancto concilio Tridentino (*a*), fué dentro y fuera de sí mudado: el cuerpo subjecto á muerte, y á infinitas maneras de enfermedades y miserias; y el ánima con todas sus potencias desordenada en todos sus apetitos y pasiones, segun hasta aquí habemos referido. Desta manera quedó mudado aquel hombre despues que pecó, y así lo quedamos todos en él; porque, como dice Sant Augustin (*b*), todo el género humano se perdió cuando se perdió aquel en quien todo él estaba.

Quedando pues el hombre en este estado tan lamentable, pudiera el Criador usar de su justicia, y dejarlo así desamparado, como dejó al demonio. Porque ni él tenia á quien dar cuenta desto, ni quien le tomase residencia, como dice el Sabio (*c*): ¿Quién te hará, Señor, cargo, ó te acusará, si todas las naciones del mundo perecieren? Ni tampoco le pudiera compeler á esto necesidad del servicio del hombre, porque así como *ab æterno* estuvo sin él hasta que lo crió, así pudiera permanecer para siempre tan glorioso y bienaventurado, como agora lo es. Porque así como cuanto el sér no depende de nadie, así tampoco cuanto al bienaventurado sér. De manera que como tiene sér por sí mismo, así es bienaventurado por sí mis-

(*f*) Augus. lib. 3. Confess. cap. 6. (*g*) Cap. 7.

(*a*) Sess. 5. Decr. de pecc. original. (*b*) August. de verb. Apostol. serm. 14. cap. 15. tom. 10. (*c*) Sap. 12.

mo: pues en él no se distingue sér, y bienaventurado sér. Ni tampoco habia de parte del hombre merecimientos que á esto le obligasen, pues quedando él en desgracia de Dios, no podia por sí hacer cosa que le fuese agradable; y así el Criador, ni por necesidad, ni por nuestro merecimiento quedó obligado á darnos remedio, sino por solas las entrañas de su bondad y misericordia. Por donde dijo Sant Augustin (*d*), que no le trajeron del cielo á la tierra nuestros merecimientos, sino nuestros pecados. Y el mismo Señor declara esto por Esaías, diciendo (*e*): No me llamaste, Jacob, ni trabajaste en mi servicio, Israel. No me ofreciste tus carneros en holocausto, ni me glorificaste con tus sacrificios. Mas con todo eso me hiciste servir en tus pecados, y me diste bien en que entender en el remedio de tus maldades. Yo soy, yo soy el que perdono tus pecados por amor de mí, y dellos no me acordaré. Estémos á cuenta y razon, y dime si tienes algo con que puedas por tí, sin mí, ser justificado. Hasta aquí son palabras del Señor por Esaías. Esto mismo es lo que claramente dice el Apóstol por estas palabras (*f*): Aparecido ha en nuestros dias la benignidad y humanidad de Dios nuestro Salvador: no por las obras de justicia que nosotros hecimos, sino por su misericordia, por la cual nos quiso salvar.

§. ÚNICO.

Conveniencias admirables de la redempcion del género humano.

Podrá alguno preguntar: Pues pecó el ángel, y pecó el hombre, ¿por qué no proveyó Dios de remedio al ángel, y proveyó al hombre? Bastaba para satisfacer á la religion y humildad cristiana, la determinacion y voluntad divina; porque (segun dice Salviano) así como pesa mas Dios que toda razon, así basta para satisfacernos la determinacion de su voluntad, mas que toda otra razon. Pero con todo esto no faltan en esta parte grandes conveniencias; porque, como dice Sancto Tomas (*g*), la divina Providencia provee de remedio á todas las criaturas, conservando la naturaleza dellas, sin mudar lo que él crió. Pues es de saber, que la naturaleza del ángel, segun la opinion del mismo sancto Doctor (*h*), es ser invariable en lo que una vez se determina. Porque así como luego de primera instancia entiende todo lo que puede entender, así tambien está fijo y constante en la primera voluntad en que se determinó. Mas el hombre no es así, sino de naturaleza mudable y vertible; porque así como entiende hoy una cosa, y mañana otra contraria, así hoy tiene una determinacion, y mañana otra: hoy propone una cosa, y mañana se arrepiente della, y propone otra. Y así el hombre segun su naturaleza es capaz de arrepentimiento y penitencia, lo que no es el ángel. Y por eso la enfermedad del hombre fué capaz de remedio y medicina, y no la del ángel. Con esto tambien se junta, que si el ángel cayó, fué por su propria y sola voluntad, sin que nadie le tentase ni solicitase el mal; pero el hombre cuando pecó, fué provocado y solicitado por su adversario, por donde parece cosa conveniente que sea ayudado para el bien, quien fué solicitado para el mal, y que tenga padrinos que le aconsejen lo bueno, quien tuvo tentadores que le aconsejasen lo malo. Y pues hubo quien le atravesase el pié para que cayese, haya quien le dé la mano para que se levante; pues no es razon que sea la criatura de Dios mas capaz del mal que del bien; sino que como puede ser ayudada en lo uno, lo pueda tambien ser en lo otro. Item hay aquí otra cosa mucho para considerar, y es, que si el ángel cayó, cayó por su proprio pecado, que él por sí mismo cometió, sin que el pecado ajeno le perjudicase. Pero en los hijos de Adam no es así, los cuales nacen en pecado original, y hijos de ira por el ajeno pecado, que tambien les es proprio. Y siendo esto así, convenientísima cosa era que pues la culpa ajena nos dañó, la sanctidad ajena nos ayudase; porque de otra manera pareceria haber Dios criado al hombre mas capaz de mal que de bien, pues le podia dañar la ajena malicia, y no le podia aprovechar la virtud ajena. Siguiérase tambien de aquí que fuese mayor el reino de la justicia de Dios, que el de su misericordia; pues la justicia se extendia á castigar los hombres por pecados ajenos, y la misericordia no llegaba á galardonarlos por merecimientos ajenos. Por lo cual era cosa convenientísima, que hasta adonde llegaba la justicia en su reino, llegase la misericordia en el suyo. Con lo cual cesa la querella del hombre, que pudiera decir: ¿Qué hice yo, Señor, en el vientre de mi madre, porque naciese en pecado? Porque á esto le pueden responder: ¿Qué heciste tú cuando fuiste baptizado, para que fueses justificado dese pecado? De manera que si dices que sin hacer tú por qué, te entregaron al enemigo, no te agravies deso; porque sin hacer tú por qué, te libraron dél. Y así se cumple en tí lo que Dios dijo por Esaías (*i*): De balde fuistes vendidos, y de balde seréis comprados. Hay tambien aquí otra cosa de mucha consideracion, y es, que si el demonio tentó al hombre, no fué por solo querer dañar al hombre, sino tambien por hacer guerra á Dios en su criatura, para que no consiguiese el fin para que la habia criado, y así no saliese Dios con lo que pretendia. Y en ninguna manera convenia para la gloria de Dios que el demonio se pudiese gloriar de haber prevalescido contra él, y impedido sus consejos y decretos. Por esto convenia que Dios volviese por su honra, y rodease el negocio de tal manera, que no solo se impidiese su propósito (que era ayuntar consigo al hombre), ántes se adelantase y perficionase como ello se hizo. Porque donde ántes se habia determinado hacer al hombre una cosa consigo por gracia, agora determinó ayuntarlo á sí en una misma persona, que es la mas estrecha union que se puede imaginar. Desta manera suele Dios triunfar de sus enemigos, tomando ocasion para hacer las cosas mas excelentes, de los medios que ellos intentan para impedirlas.

CAPITULO IV.

Cómo ni el hombre, ni el ángel, ni otra pura criatura podia en rigor de justicia satisfacer por la comun deuda del género humano.

Presupuesto ya que era cosa conveniente á la divina bondad proveer de remedio al hombre caido, síguese que tratemos del remedio que para esto escogió. Para lo cual conviene primero presuponer que Dios nuestro Señor no usa comunmente de su poder absoluto en las cosas que determina hacer. Porque como él sea summamente perfecto, así lo son todas sus obras, y así guarda en ellas toda la órden y rectitud que conviene á su sabiduría y justicia. Y esto es lo que significó el Sabio, cuando dijo (*a*), que disponia todas las cosas suavemente, procediendo por medios convenientes á sus fines. Y pues

(*d*) August. de verb. Apostol. serm. 8. cap. 7. (*e*) Esai. 43.
(*f*) Tit. 3. (*g*) S. Thom. 4. contr. Gent. cap. 56. (*h*) 1. p. q. 64. art. 2.

(*i*) Cap. 52. (*a*) Sap. 8.

esta órden guarda comunmente en todas sus obras, mucho mas quiso que se guardase en la obra de nuestra redempcion, que es la mas excelente de todas, y la que por excelencia se llama obra de Dios (*b*), como el Salvador la llamó, y así quiso que se encaminase por el mas excelente medio que se podia hallar. Esto mismo guardó este Señor en las obras de naturaleza, que son muy bajas en comparacion desta. De donde procedió aquella comun sentencia de los filósofos, los cuales dijeron que la naturaleza (esto es, el Autor de la naturaleza) siempre tiraba á hacer lo mejor y mas perfecto; y que si algunas veces hacia monstruos, era para perfeccion del universo, para que por lo avieso y desordenado se conociese mejor la órden y hermosura de lo perfecto. Y en consecuencia desto dicen que en la generacion del hombre siempre la naturaleza pretende hacer varon (como cosa mas perfecta), mas por algun accidente, que en la materia ó en la virtud formativa se halla, viene á engendrarse hembra. Pues si esta órden guarda aquel soberano Artífice en las obras de naturaleza (que no tienen por fin mas que un sér natural y corruptible), ¿cuánto mas la guardará en las obras de gracia, cuyo fin es sobrenatural y divino? Los hombres cuando quieren hacer alguna obra suelen tener respecto al trabajo y á la costa que les ha de hacer; y si esto sobrepuja sus fuerzas y su caudal, hacen las obras segun les es posible, aunque sean ménos perfectas de lo que ellos deseaban; porque (como suelen acá decir) va el Rey donde puede, y no donde quiere. Mas en Dios (que es infinitamente rico y poderoso), en ningun modo cabe lo dicho; y por eso hace las obras tan perfectas cuanto conviene á su infinita bondad y sabiduría, como se ve en esta obra de nuestra redempcion, la cual él trazó y ordenó con tanta perfeccion, que no se puede imaginar otra mayor, así para gloria suya, como para el remedio de nuestra miseria, que son las dos cosas que él pretende en todas sus obras, como adelante se dirá. De manera que si todos los entendimientos de hombres y ángeles se juntaran en uno, no pudieran inventar ni desear otro modo mas conveniente para lo dicho, que este.

Y con este fundamento (que es firmísimo) queda respondido á todas las preguntas que hacen los hombres ignorantes, diciendo: ¿No pudiera Dios por otros modos remediar el linaje humano, sin tanta costa y trabajo suyo? A los cuales fácilmente respondemos, que pudiera él hacer esto por otros mil medios si quisiera. Mas (como ya dijimos) nunca mira él á lo que puede hacer de su poder absoluto (porque desta manera bien podria él en un punto llevar al cielo todos los que están en el infierno), sino lo que conviene á la dignidad y á las leyes de su sabiduría, de su bondad, y de su justicia, y de su misericordia. Y teniendo respecto á esto, imposible era hallarse medio mas conveniente que este. Lo cual declara muy bien Eusebio Emiseno por estas palabras (*c*): Habia pecado el primer hombre por su culpa y desobediencia, movido por su propria voluntad, inducido por el demonio, mas no forzado. Por lo cual podia por via de misericordia ser redemido, mas no convenia que como innocente fuese por el divino poder librado. Y no usando Dios en esta obra de su poder, sino de su justicia, era menester para la satisfaccion de su culpa un hombre puro, y sancto, y limpio de todo pecado. Porque no podia alcanzar remedio para los pecados, el que estuviese subjecto á ellos; ni podia entrevenir por los siervos, el que estaba obligado á las leyes de la servidumbre. Mas hombre tan puro y libre como este, no lo tenia nuestra region. Por lo cual de otra parte habia de venir, para que pudiese ofrecer debida satisfaccion el libre por los deudores, el justo por los injustos, el innocente por los pecadores, el cordero por los cabritos; el cual fuese en lo exterior del mismo linaje que el pecador, mas no de la misma condicion: semejante á él en cualidad de la substancia, mas desemejante en la pureza de la vida, para que de nosotros tomase de donde por nosotros pagase, y de sí tuviese que ninguna cosa debiese. De manera que de nosotros ofreció el sacrificio, mas de sí nos dió la gracia del perdon.

Y mas abajo en la homilía siguiente, prosiguiendo la materia del mismo misterio, dice así: No tuvo el Salvador pecado original, porque no tuvo lugar en él la vileza de nuestra generacion; y por tanto pudo destruir la muerte que á todos se debia, porque él padeció la que no debia. Y así por su indignísima pasion satisfizo por los pecados ajenos, porque él no tenia pecados proprios. Y desta manera por via de justicia fué vencido el enemigo del linaje humano. Porque habiéndosele entregado el hombre y héchose suyo por el pecado, el demonio engañándose por la costumbre que tenia de matar los otros hombres pecadores, acometió al innocente, y matando al libre, perdió al cautivo; y así perdió el derecho suyo, acometiendo al hombre que no era suyo. Todo lo susodicho es deste doctor, el cual en pocas palabras resumió la substancia deste misterio.

§. ÚNICO.

Declárase mas esta imposibilidad de satisfacer por los pecadores el hombre.

Mas para mayor luz desta doctrina tratarémos agora mas distinctamente della. Para lo cual conviene declarar, que (segun este sancto dice) ninguna criatura, no solo humana, sino tambien angélica, era poderosa para satisfacer por via de justicia por esta commun culpa de la naturaleza humana. Porque notoria cosa es que cuando una persona es de mayor dignidad, tanto es mayor la ofensa hecha contra ella; y así cuantos son los grados de la dignidad de la persona ofendida, tantos son los de la indignidad de la ofensa hecha contra ella. Pues constándonos que la majestad de Dios es infinita, claro está que la ofensa cometida contra ella tambien lo es, y por consiguiente, en ley y rigor de justicia, ninguna pura criatura era poderosa para satisfacer por ella; pues todo el caudal de las criaturas es limitado y finito. Con lo cual se junta otra manera de infinidad, que es el número de los hombres comprehendidos en este pecado en que todos nacemos; el cual, dado que no sea infinito, no repugna serlo cuanto es de parte de la especie humana, que se puede multiplicar sin término alguno. Y pues todos estos hombres nacen en pecado, ¿cuál dellos habia de ser poderoso para satisfacer por tanto número de pecadores y de pecados como son los de los nacidos y por nacer, no solo los originales, sino tambien los actuales, que son muchos mas, siendo esta deuda universal, y el hombre persona particular?

Allende desto todas las criaturas, así ángeles como hombres, han recebido todo lo que tienen de Dios, segun aquello del Apóstol (*d*): ¿Qué tienes que no hayas

(*b*) Joan. 4. (*c*) Euseb. Emis. homil. 7. de Symbol.

(*d*) 1. Cor. 4.

recebido? Y por consiguiente todo lo que tienen, es debido por derecho de justicia al que todo lo dió. Por donde no puede la criatura descargar nueva deuda con servicio ya por otro título debido: así como no puede un esclavo que hurtó cien ducados á su señor, satisfacerle con todos los servicios que le hace, porque todos esos le son ya debidos por título de la servidumbre.

Allende desto el hombre por el pecado estaba en desgracia y enemistad de Dios, en el cual estado no podia hacer obra que fuese agradable á Dios, porque no accepta Dios servicios de enemigos, sino de amigos, ni obras hechas con solas fuerzas de naturaleza, sino de su gracia. Por lo cual no se puede decir que pues el hombre fué poderoso para hacer obra con que desagradase á Dios, tambien podria hacer obra con que le agradase; pues para lo uno basta la naturaleza, y para lo otro es necesario la gracia. Mayormente que el hombre es mas poderoso para dañarse, que para remediar el daño que él mismo se hace; porque puede por sí matarse, mas no puede por sí resuscitarse; puede por sí solo caer en pecado, mas no puede por sí solo salir del lazo del pecado, si no fuere ayudado por Dios.

Hay tambien otra muy grande inhabilidad en el hombre, y es que cuanto es de mas vil y baja condicion (si lo comparamos con los ángeles), tanto es mayor la injuria que pecando hace, y menor la satisfaccion que con su arrepentimiento ofrece. Porque la bajeza de la persona hace que la ofensa sea mayor, y la satisfaccion menor. Así vemos que la bofetada dada á un hombre honrado por una persona vil, se tiene por mayor injuria que la dada por otra noble; y asimismo la satisfaccion de la tal persona es tenida por tanto de menor valor, cuanto la persona es mas desvalida.

Mas ¿qué digo yo de la satisfaccion del hombre culpado, pues todo lo que despues de la sagrada humanidad de Cristo está criado, no basta en rigor de justicia para satisfacer por ofensa hecha contra majestad infinita? La razon desto da agudamente Sant Anselmo, diciendo que pecar es desacatar á Dios (cuanto es de parte de la desobediencia del pecado); lo cual el hombre no debia hacer, aunque se perdiese todo lo que hay fuera de Dios, pues vale él infinitamente mas que todo ello. Por lo cual el derecho de la razon y justicia pide que el hombre pecador ofrezca en satisfaccion alguna cosa mayor que aquella por la cual no lo habia de ofender, que es todo lo criado, lo cual el hombre no podia ofrecer, pues es una pequeña parte de todo ello; y así no tenia caudal para recompensar tan grande deuda como esta.

Y decendiendo mas en particular á tratar de los ángeles, no era razon que Dios cometiese el cargo desta satisfaccion á alguno dellos por alto que fuese. Porque demas de las razones susodichas, era cosa impropria que siendo la culpa de la naturaleza humana, la satisfaccion fuese de extraña naturaleza, cual es la angélica. Y demas desto, como dice Eusebio Emiseno (*e*), fuera gran desórden que la criatura reparase lo que el Criador habia formado. Y llevando el negocio por términos de justicia (como era razon), no valia tanto la persona del ángel, cuanto la salud de todo el mundo; y imposible cosa era que el criado de Dios hiciese el oficio de Dios; porque aprovechar á todos los siglos presentes, pasados y venideros, á solo el universal Señor de todos los siglos pertenecia. Y allende desto no convenia ni para la gloria de Dios, ni para la dignidad del nombre, ser por ángel redemido. Porque ¿qué cosa fuera deber el hombre á Dios el beneficio de la criacion, y al ángel el de la redempcion, siendo tanto mayor este beneficio que el otro, cuanto es mas el sér divino que el humano? Porque si el cumplimiento de toda la felicidad humana consiste en gozar de aquella bienaventurada inmortalidad, ¿cuánto mayor beneficio hace al hombre el que lo introduce en aquella vida, que quien lo crió en este valle de tantas miserias? Por donde si Dios por sí nos criara en esta vida, y un ángel nos mereciera la otra, al ángel deberiamos lo que es mas precioso, y á Dios lo que no es tanto. Y cuán grande inconveniente sea este, decláralo Sant Augustin, hablando con Dios, por estas palabras: Señor, si vos me distes que fuese, ¿quién me pudo dar que fuese bueno sino vos? Porque si vos me distes el sér, y otro el buen sér, mejor sería el que me dió el buen sér, que el que me dió el sér. Mas aunque haya distancia de lo uno á lo otro, ambas cosas nos dió este Señor. Porque cuando él crió al hombre, él por sí solo lo quiso criar, y así dijo (*f*): Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza. Pues el que no se desdeñó de criarlo por sí ¿habia de tener asco de repararlo por sí? No por cierto: mas ántes si fué gran gloria suya criar al hombre, mucho mayor lo fué redemirlo. Pues no era razon que el comun Señor quitase esta gloria de sí, y la diese á su criatura; pues él dice por su Profeta (*g*) que él solo es Dios, y que á nadie ha de dar su honra. Por tanto el que fué nuestro criador, quiso tambien ser nuestro redemptor, para que toda esta gloria fuese suya, y así lo fuese todo nuestro amor. Y esto es lo que divinamente dijo Sant Anselmo en pocas palabras: Porque no repartieses el amor entre criador y redemptor, el mismo Señor quiso ser tu criador y redemptor.

CAPITULO V.

Cómo solo el Hijo de Dios en rigor de justicia podia descargar la comun deuda del linaje humano, y cuán conveniente haya sido este medio para este descargo.

De lo que acabamos de decir en este capítulo, resulta claro por las razones alegadas que ni el hombre, ni el ángel, ni otra pura criatura tenian caudal de virtud y gracia para redimir el linaje humano; sino que á solo aquel Señor que tuvo por bien criarlo, pertenecia redemirlo. Mas decendiendo agora á tratar este misterio mas en particular, será necesario declarar la órden y consejo admirable que la divina sabiduría escogió para obrar este tan gran negocio.

Quiso pues primeramente que el camino y medio de nuestra salvacion fuese contrario al de nuestra perdicion; y que así como un hombre pecador habia destruido al mundo, así otro hombre justo lo restituyese; y que así como el pecado y la muerte entraron por uno, así la vida y la justicia entrasen por otro; y que así como el pecado de un hombre se derivó en todos los hombres, así la sanctidad de un solo hombre se derivase (cuanto es de su parte) en todos ellos. Esto pedia la ley y órden de justicia; y tambien lo pedia el órden de naturaleza que Dios generalmente guarda en todas las cosas, el cual habiendo repartido todas las criaturas del mundo en linajes y familias, puso en cada linaje una cabeza, que es una criatura la mas noble de aquel linaje: la cual fuese causa de la nobleza que hay en todas las que se compre-

(*e*) Euseb. Emis. homil. 11. de Paschate.

(*f*) Genes. 1. (*g*) Esai. 42. et 48.

benden debajo della. Pongamos ejemplos. En el linaje de los cuerpos que se mueven, el principal es el primer cielo que llaman el primer móvile; y este es causa general de todos cuantos movimientos corporales hay en la tierra. Asimismo en el linaje de los cuerpos resplandecientes (como son las estrellas) crió Dios una mucho mas resplandesciente, que es el sol, el cual es causa de la luz y resplandor de todas ellas, porque todas lo reciben dél. Pues desta manera queriendo Dios poblar y adornar el cielo y la tierra con las ánimas de los varones justos y sanctos, ordenó que hubiese un sancto extremado y aventajado en toda sanctidad, del cual se derivase el resplandor de la sanctidad en todos ellos, y así se llamase *Sanctus Sanctorum*, que es el sancto de los sanctos, no solo porque es el mayor de todos, sino porque es sanctificador de todos; y por esto tambien se llama este Señor sol de justicia, porque dél reciben justicia y gracia todos los justos; y así dice Sant Juan (*a*), que de la plenitud y abundancia de su gracia recebimos todos gracia. Por donde entenderán los que por algunas piadosas conjecturas piensan tener alguna centella de gracia, ó de devocion, ó de sanctidad, de quién la tienen y á quién la han de agradecer. Porque lo que deben los miembros á la cabeza, y las ramas del árbol á su raiz, y las estrellas al sol, y generalmente todos los efectos á sus causas, eso deben todos los justos á este justificador.

Esto mismo era un medio convenientísimo para la cura de nuestras necesidades y males. Porque la primera y mayor necesidad que teniamos era ser restituidos á la antigua amistad y gracia de nuestro Criador, la cual habiamos perdido por aquel comun pecado, por el cual estaba este Señor enemistado con los hombres; los cuales, como el Apóstol dice (*b*), nascian hijos de ira. Y como la amistad y gracia de Dios para con sus criaturas sea la primera causa de todos los bienes dellas, faltando esta, faltaban tambien los beneficios que desta amistad procedian. Lo cual declara el Señor por Esaías, diciendo (*c*): Vuestros pecados fuéron la causa de la division entre mí y vosotros; y ellos me apretaron las manos para no haceros bien.

Estando pues los hombres en esta desgracia con su Rey y Señor, era necesario (lo que se suele comunmente hacer cuando las partes están desavenidas) un buen tercero y medianero que las redujese á amor y concordia. Este no podia ser mas conveniente que el mismo Hijo de Dios humanado. Porque el tal medianero convenia que fuese poderoso con ambas las partes, y sin sospecha dellas para que fuese fidelísimo en el negocio que trataba. Pues para esto ¿qué cosa se pudiera ordenar mas á propósito que hacerse Dios hombre para ser medianero entre Dios y los hombres? ¿Qué cosa mas fiel para con Dios que el que era Dios? Y ¿qué cosa mas fiel para con el hombre que el que era hombre? Y ¿quién mas amigo de ambas naturalezas que el que las tenia en sí entrambas? De manera que ambos los negocios tenia por suyos: el de Dios porque era Dios verdadero, y el del hombre porque era verdadero hombre. Pues para este fin ninguna cosa se podia, no digo ordenar, mas ni imaginar, ni desear mas á propósito.

Asimismo este medianero (demas de lo dicho) convenia que fuese amicísimo y gratísimo en los ojos de Dios; porque quien habia de hacer tan grandes y tan generales amistades, quien habia de apagar la llama deste odio, quien habia de hacer amigos de tantos enemigos como eran todos los siglos presentes, pasados y venideros, necesariamente habia de ser amicísimo y gratísimo en los ojos de Dios; para que con la abundancia de su gracia se deshiciesen tantas desgracias, y con la grandeza de su amistad se echasen en olvido tantas enemistades. La sal que ha de dar sabor y salar todos los manjares, ha de ser en sí saladísima; y el sol que ha de dar claridad á todas las estrellas, ha de ser en sí clarísimo; y así el que ha de hacer gratos y amigos á todos los hombres en los ojos de Dios (siéndole ántes enemigos), ha de ser á él gratísimo y amicísimo. Pues ¿quién podi[illegible]para esto mas conveniente que el unigénito Hij[illegible]os, infinitamente amado de su eterno Padre? A este pues nos dió la inmensa bondad de Dios por medianero y reconciliador, como lo testifica el Apóstol por estas palabras, que en sentencia dicen así (*d*): Dios estaba en Cristo reconciliando por él consigo al mundo; y puso en nuestra boca la palabra y embajada desta reconciliacion. Por lo cual (como fieles embajadores) os rogamos querais reconciliaros con Dios; mayormente pues él siendo ofendido, no solo os convida primero con la paz, mas tambien os ofrece la satisfaccion de la ofensa pasada, por medio del sacrificio de su Hijo. Pues por este medio el eterno Padre, como dice el mismo Apóstol (*e*), nos trasladó al reino de su amantísimo Hijo y nos dió licencia y osadía para llegar á él por este medianero y pedirle mercedes. Y así lo confirmó el mismo Hijo cuando á sus discípulos dijo (*f*): No digo yo solamente que rogaré al Padre por vosotros, sino que vosotros tambien le rogaréis y seréis admitidos y recebidos dél como yo; ca el Padre tambien os ama, porque vosotros me amastes y creistes que fuí enviado por él. Como si mas claramente dijera: De tal manera negociaré estas paces entre mi Padre y vosotros, que no solo el Padre os haga mercedes por mi intercesion, sino tambien por la vuestra. Desta manera dice el Apóstol (*g*) que el Padre nos hizo gratos en sus ojos por medio del gratísimo y amantísimo Hijo suyo, por quien alcanzamos la redempcion y perdon de nuestros pecados.

§. ÚNICO.

De cómo se hermanaron en esta obra de la divina bondad misericordia y justicia.

Mas cerca desta reconciliacion es mucho de notar que como en todas las obras de Dios se hallen juntas misericordia y justicia, así era razon que se hallasen en esta, que es la mayor de todas, perdonando Dios de tal manera la culpa, que tambien la ofensa quedase satisfecha. Lo cual divinamente declaró el Apóstol, que despues de aquellas palabras que alegamos (Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, perdonándole sus pecados) añadió luego (*h*): Aquel que no sabía qué cosa era pecado, hizo por nosotros pecado, porque nosotros fuésemos justificados por él. Como si dijera: Aquel innocentísimo Cordero que no sabía qué cosa era pecado, hizo pecado, esto es, sacrificio por los pecados, para que mediante el mérito deste summo sacrificio fuese Dios aplacado, y la ofensa contra su divina majestad cometida quedase satisfecha; y así se hallasen en esta obra las dos hermanas susodichas, misericordia y justicia. Porque misericordia fué perdonar Dios los pecados al hombre, y justicia fué perdonarlos por la satisfaccion

(*a*) Joan. 1. (*b*) Ephes. 2. (*c*) Esai. 59.

(*d*) 2. Cor. 5. (*e*) Coloss. 1. (*f*) Joan. 16. (*g*) Ephes. 1. (*h*) 2. Cor. 5

de su Hijo. El cual, como no era deudor de muerte (porque no tenia pecado), ofreció la muerte que no debia, por la que el mundo debia. Y desta manera quedó el hombre perdonado, y el pecado castigado. Y así se cumplió lo que el Salmista habia dicho (*i*), que la misericordia y la verdad se encontraron, y la justicia y la paz se besaron, esto es, se hermanaron entre sí. Las cuales hasta entónces estaban diferentes. Esta fué una de las maravillas que Dios obró en este misterio; porque la misericordia y la justicia pedian cosas contrarias. La misericordia pedia que perdonase Dios al hombre, y la justicia que lo castigase. Entre las cuales dos demandas halló tal medio la divina sabiduría, que se cumpliese perfectísimamente lo que ambas partes pedian; porque no pudo ser mayor misericordia, que ofrescer su vida el Hijo de Dios por el hombre, ni mayor justicia, que pagarse la culpa del hombre con el sacrificio de Dios hecho hombre. Y aun pasa el negocio adelante; porque de tal manera se hallaron aquí estas dos virtudes juntas (siendo al parecer contrarias), que cuanto hay mas de la una, se halla mas de la otra; porque cuanto es mayor la justicia que Dios usó con su Hijo innocente, tanto fué mayor la misericordia de que usó con el hombre culpado; porque ni pudo ser mayor justicia que aquella, ni mayor misericordia que esta.

Y así como en esta obra se hallan estas dos compañeras de todas las obras divinas, así tambien se hallan otras dos, que semejantemente las acompañan: que son gloria de Dios, y provecho del hombre. Porque en esta obra fué Dios summamente glorificado con aquel preciosísimo sacrificio de su Hijo, y el hombre copiosísimamente redemido y honrado, como adelante se declara.

Mas dirá por ventura alguno: ¿Qué órden de justicia consiente que pague el innocente por el culpado, pues no ménos desagrada á aquel justo y soberano Juez padecer el que no tiene pecado, que dejar el culpado sin castigo? A esto se responde que no agrada á Dios el castigo del innocente, mas agrádale summamente la caridad y misericordia del innocente, cuando de su propria voluntad se ofrece á satisfacer por el culpado, como lo podria hacer un hombre virtuoso, el cual viendo llevar á la cárcel un hombre por deudas que debe, movido de compasion tomase á su cargo las deudas del preso; en el cual caso justo sería librar al deudor por la satisfaccion del piadoso fiador. Pues si esto se usa y platica entre los hombres, con mayor razon tendrá lugar en las obras de aquel magnificentísimo Señor, que siempre busca ocasiones para usar de su natural bondad y clemencia; y así vemos cuántas mercedes hizo á muchos, no por sus merecimientos, sino por los ajenos. Así las hizo á Ismael por amor de su padre Abraham (*k*), y á Esaú por amor de Jacob (*l*), y á los hijos de Loth, puesto que servidores de ídolos, por amor de su padre; no consintiendo que á estos y á los decendientes de Esaú se tomase un palmo de la tierra que él les habia dado. Pues ¿cuántas veces perdonó á muchos de los reyes de Judá (*m*) por amor de David su padre? Y lo que mas es, el mismo Señor confiesa que mereciendo su pueblo ser por gravísimos pecados castigado, buscaba algun varon sancto, para que con sus merescimientos y oraciones aplacase su ira, y detuviese el castigo que estaba merecido (*n*). Porque desta manera aplacó Moysen á Dios, ayunando cuarenta dias, y haciendo oracion por el pecado de su pueblo (*o*). Pues siendo esta la naturaleza y condicion de aquella summa bondad, ¿qué cosa pudiera ser mas conforme á ella, que perdonar al mundo por el sacrificio voluntario de su único Hijo, ofrecido por los pecados con entrañas de ardentísima caridad y compasion de nuestros males? Y aun esta manera de remedio convenia para la culpa del género humano, el cual así como habia sido condenado por ajena culpa, así fuese absuelto por ajena justicia, como arriba se declaró.

CAPITULO VI.

Cuán proporcionada haya sido la manera de la satisfaccion de nuestro Salvador, y cuán conforme á las leyes de justicia.

Mas no se contentó la divina justicia con que tuviese virtud y gracia de merecimiento infinito el que hubiese de satisfacer por culpa infinita; sino quiso tambien que hubiese proporcion y correspondencia entre la satisfaccion y la culpa. Para cuyo entendimiento se han de presuponer dos cosas: La una, que así como en la medicina se cura un contrario con otro (que es, lo frio con lo caliente, y lo caliente con lo frio), así la satisfaccion de las culpas se hace con virtudes á ellas contrarias, esto es, la soberbia con humildad, la avaricia con largueza, el regalo de la gula con el rigor de la abstinencia, etc. Es pues agora de saber que dos deformidades grandes entrevinieron en aquel primer pecado. Porque primeramente hubo en él soberbia, y tan gran soberbia, que el que era puro hombre, quiso usurpar la semejanza de Dios. A lo ménos la mujer engañada por la serpiente, esto deseó. Pues para la cura de tan gran soberbia ¿qué otro medio habia mas proporcionado que una humildad tan grande cuanto lo fué aquella soberbia en su malicia? Pues si la soberbia fué levantarse un puro hombre á usurpar la semejanza de Dios, la humildad habia de ser, que el que era verdadero Dios se abajase á tomar semejanza y forma de hombre. Lo cual solo podia hacer y hizo aquel Señor, de quien dice el Apóstol (*a*), que estando en forma de Dios, y siéndole natural y propria esta dignidad, se abajó á tomar verdadero sér y forma de hombre.

Y asimismo en aquella soberbia del primer hombre hallamos tambien que el que era por ley de naturaleza y de justicia totalmente siervo y subjecto á su Criador, se eximió desta jurisdicion, y se hizo libre y señor absoluto de sí mismo, cumpliendo su propria voluntad contra la de su legítimo y verdadero Señor. Pues segun esto la enmienda desta culpa habia de ser, que el que era plenariamente señor bajase á tomar forma de siervo, y á hacer oficio de siervo; porque sola esta humildad se contrapone á aquella soberbia, pues deciende tanto cuanto aquella se levantó. Lo cual solo pudo hacer aquel que siendo universalmente Señor de todo, se abajó á tomar forma de siervo, como su Apóstol dice (*b*), y como el mismo Señor testifica, diciendo (*c*): No vino el Hijo del hombre á ser servido, sino á servir. Y en otro lugar, hablando con sus discípulos (*d*): Yo, dice él, estoy en medio de vosotros, no como señor que está asentado á la mesa, sino como ministro que sirve.

Lo segundo, en aquel primer pecado se halló manifiesta desobediencia de aquel hombre, que en todo y por todo estaba obligado á obedecer á su Criador y Señor. La cual

(*i*) Psalm. 84. (*k*) Gen. 17. (*l*) Deut. 2. (*m*) 3. Reg. 11. 15. 4. Reg. 8. 19. 20. (*n*) Ezech. 22.

(*o*) Exod. 33. 34. (*a*) Philip. 2. (*b*) Ubi supr. (*c*) Matth. 20. (*d*) Luc. 22.

desobediencia no tenia otro mas proprio contrario que la obediencia de aquel Señor que siendo exempto de toda subjeccion, quiso por sola su voluntad hacerse obediente hasta la muerte. Y así como la desobediencia de aquel llegó á poner las manos en el árbol vedado, así la obediencia deste llegó á extender las suyas en el árbol de la Cruz, como el Eterno Padre lo habia ordenado: para que lo que por un árbol se habia perdido, por otro fuese restaurado, y el demonio que por un árbol venciera, por otro fuese vencido. Pues de la satisfaccion desta obediencia se siguió lo que el Apóstol dice (*e*), que así como la desobediencia de un hombre fué causa de haber muchos pecadores, así la obediencia de Cristo lo fué de haber en el mundo muchos justos.

Demas destas conveniencias da Sant Augustin otra en el libro que intituló *Cur Deus homo* (*f*), la cual prosigue con un maravilloso discurso, que es razon enjerir en este lugar para consolacion de los fieles. Pregunta pues este sancto, por qué quiso Dios que fuese tan áspera la satisfaccion de Cristo mediante su muerte, con todo lo demas que en ella padeció. A lo cual responde, diciendo, que así como el primer hombre pecó por la suavidad de aquella fruta que comió, así la satisfaccion deste pecado habia de ser con desgusto y aspereza; y el hombre, que vencido del demonio tan fácilmente desacató á Dios cuando pecó, tan ásperamente fuese reparado por Cristo cuando por la gloria y obediencia de su Padre padeció. Y ninguna cosa mas áspera puede el hombre padecer por la honra de Dios, que muerte voluntaria y no debida; ni otra mayor le puede ofrecer que este linaje de muerte. Mas cuánto sea lo que el Hijo de Dios ofreció á su Padre cuando dió á sí mismo, todos lo entendemos; pues como sea verdad que tan grande ofrenda como esta no deba carecer de galardon, necesario es que el Padre eterno la gratifique á su Hijo. Ca de otra manera sería injusto si no le quisiese gratificar, ó impotente y flaco si no pudiese; y ni lo uno ni lo otro cabe en Dios. Mas á quien se gratifica algun servicio, forzadamente ó le han de dar lo que no tiene, ó perdonarle lo que debe. Mas nada desto cabe en la persona de Cristo; porque quitada aparte la gloria de su cuerpo y de su sancto nombre, no le fué dado mas de lo que él tenia; ni tampoco habia cosa que se pudiese perdonar á quien no tenia pecado. Pues luego ¿qué galardon se podrá dar al que está tan rico, y al que ninguna culpa tiene que se le pueda perdonar? De manera que por una parte hay obligacion de galardonar, y por otra imposibilidad. Pues si un galardon tan debido no se da al Hijo, ni á otro alguno por él, parece que en vano el Hijo ofreció tan grande ofrenda á su Padre. Por lo cual es necesario que pues al Hijo no se puede dar debido galardon, se dé á otro por él. Pues si el Hijo quisiere hacer donacion á otro de lo que á él se debe, ¿podrá por ventura el Padre negar esto que el Hijo requiere? Síguese luego que el Padre estará obligado á dar el premio desta obra á quien el Hijo lo quisiere aplicar. Pues ¿á quién podrá él aplicar mas convenientemente el fructo y galardon de su muerte, que á aquellos por quien se hizo hombre, y á quien con su muerte dió ejemplo de morir por la justicia? Por donde en vano serán imitadores de su ejemplo, si no fueren participantes de su merecimiento. Y ¿á qué otros mas justamente hará él herederos de la deuda que á él se debe, que á sus padres y hermanos, á los cuales ve obligados con tantas deudas, y sumidos en el profundo de las miserias, para que les sea perdonado lo que por el pecado deben? Ciertamente ninguna cosa se pudo denunciar al mundo mas conforme á razon, ninguna mas dulce, ninguna mas digna de ser deseada. Por lo cual puede el hombre por esta via concebir una grande fe, confiando que á nadie desechará el Padre eterno de sí, llegándose á él debajo de la confianza deste glorioso nombre, si con todo eso se llegare con la disposicion y aparejo que pide la participacion desta gracia. Démos pues todos gracias á Dios; porque si caímos gravemente, somos relevados maravillosamente, pues por la muerte del medianero alcanzamos una tan grande misericordia que sobrepuja toda deuda. Porque ¿qué mayor misericordia que decir Dios á un pecador condenado á tormentos eternos: Toma á mi Hijo, y ofrécelo por tí; y decir el mismo Hijo: Tómame á mí, y dame por tí? Hasta aquí son palabras de Sant Augustin; las cuales ya se ve cuán grandes motivos nos dan para esperar en la misericordia del Señor. Mas porque la esperanza ha de ir acompañada con temor, notemos las palabras que este sancto al cabo dice, avisándonos del aparejo que de nuestra parte se requiere, que es la penitencia y la enmienda de la vida, para hacernos participantes desta gracia.

Pues con este sacrificio quedó tan satisfecha la ofensa y deuda del género humano, que mucho mas agradó al eterno Padre esta obediencia de su Hijo, que le desagradó la desobediencia de aquel primer hombre, y de todos los hombres; y mucho mas glorificado fué con la obediencia de la Cruz, que ofendido con todos los pecados del mundo; y mas suave le fué el olor deste summo sacrificio, ofrecido en el altar de la Cruz con fuego de ardentísima caridad, que le desagradó el mal olor de todos los pecados del género humano. Este summo sacrificio figuraban todos los sacrificios de la ley antigua, de los cuales se escribe que daban de sí un olor suavísimo en el acatamiento de Dios (*g*). Pues claro está que no bastaba el humo de los becerros y carneros muertos para dar de sí este tan suave olor; mas este olor daba el sacrificio de Cristo, el cual así como fué acompañado de todas las virtudes, así fué suavísimo ante el Señor de las virtudes.

§. I.

Virtudes que resplandecieron en esta superabundante satisfaccion.

De lo dicho parece claro cuán proporcionado haya sido este medio del sacrificio y pasion de nuestro Redemptor para plenario descargo de aquella primera culpa, causadora de todos nuestros males; pues mucho mas fué lo que nuestro clementísimo Salvador ofreció á su eterno Padre, que lo que aquel primer hombre con su soberbia y desobediencia le quitó. De donde resultó quedar él suficientísimamente satisfecho y aplacado por aquella culpa. Y así por esto le da gracias el profeta Isaías, en nombre del mundo redemido, por estas palabras (*h*): Alabarte he, Señor, y confesarme he á tí, porque estando contra mí airado, volviste tu furor en mansedumbre, y tuviste por bien consolarme. Veis aquí á Dios mi Salvador, ya viviré en él muy confiado, y no tendré por qué temer. Porque mi fortaleza y alabanza es el Señor, y él se ha hecho mi salud. Y al mismo tono da gracias y canta el Salmista diciendo (*i*): Bendijiste, Señor, tu tierra, y soltaste la captividad de Jacob. Perdonaste la maldad de

(*e*) Roman. 5. (*f*) Cap. 9.

(*g*) Genes. 8. Exod. 29. Levit. 1. etc. (*h*) Cap. 12. (*i*) Psalm. 84.

su pueblo, y cubriste todos sus pecados. Amansaste la ira que tenias contra nos, y desististe de la ira de tu indignacion. Esto era justo que así fuese; porque la ira merecida por los pecados era razon que se mudase en misericordia, habiéndose ofrecido tal sacrificio por ellos.

Mas cuán agradable haya sido este sacrificio al eterno Padre, ¿qué palabras bastarán para lo declarar? Para cuyo entendimiento es necesario presuponer que ninguna cosa hay en el cielo ni en la tierra, igualmente hermosa y preciosa en los ojos de Dios, sino sola la virtud y sanctidad; así como ninguna hay fea ni abominable ante él, sino el malo y su maldad. Pues segun esto, ¿cuán precioso y hermoso sería el sacrificio de la muerte de su unigénito Hijo, en el cual tantas virtudes concurrieron en summo grado de perfeccion? Porque primeramente aquí entrevino aquella perfectísima obediencia del Hijo de Dios, que fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, de que ya tratamos. Aquí entrevino un encendidísimo celo de la gloria del eterno Padre, deseando el Hijo satisfacer con su sangre á la ofensa y desacato cometido contra su majestad. Pues ¿qué diré de aquella profundísima humildad, mediante la cual quiso este Señor ser justiciado como malhechor, y tenido en ménos que Barrabas? ¿Qué diré de aquella perfectísima paciencia y sufrimiento de los mayores dolores que en el mundo se padecieron? Por lo cual es Cristo figurado por aquella piedra dura que dió agua en el desierto (*k*), como dice el Apóstol (*l*). Pues ¿qué palabras bastan para alabar aquella mansedumbre del Cordero sin mancilla, que ninguna palabra habló contra los que tan cruelmente le tresquilaban y maltrataban (*m*): ántes estando ellos blasfemando y meneando sus cabezas, y escarneciéndole, sentia mas la culpa de su pecado, que su proprio tormento? Pues ¿qué diré de aquella admirable fortaleza con que tan animosamente se ofreció á recebir á sus enemigos? (*n*) La cual quiso Dios que fuese figurada en el sacrificio del cordero pascual, mandando que de tal manera lo sacrificasen y comiesen, que ningun hueso le quebrasen (*o*). Pues ¿qué fué esto sino representarnos la fortaleza inexpugnable deste Señor, que entre tantas maneras de tormentos nunca se enflaqueció ni desmayó? Pues ¿qué diré de la pobreza evangélica que tanto allí resplandeció, muriendo este Señor en la Cruz desnudo (*p*), y siendo despues sepultado de limosna en sepulcro ajeno?

Con estas virtudes tan admirables se juntó la perseverancia, con la cual este Señor se esforzó como gigante á llevar este negocio dende su primer principio hasta su último fin, que fué dende el pesebre hasta la cruz, de la cual no quiso decender, aunque sus contrarios daban voces y clamaban: Si es rey de Israel, decienda de la cruz, y creerémos en él (*q*). Mas no solo llegó esta perseverancia hasta la cruz, sino de ahí abajó á las profundidades de la tierra, que es al limbo, de donde sacó á sus escogidos, y los trajo consigo, y no paró hasta abrirles las puertas del cielo, y presentarlos á su eterno Padre, y asentarlos en aquellas sillas que ab eterno les estaban aparejadas. Donde cumplió lo que habia prometido á sus fieles siervos: es á saber, que los haria asentar á su mesa, y pasando por entre ellos les administraria el pasto de la felicidad eterna (*r*). Y así cumplió lo que el profeta Zacarías habia mucho ántes profetizado, diciendo (*s*): Tú, Señor, con la sangre de tu testamento sacaste libres á tus escogidos de aquel lago donde no habia agua. Por la cual palabra entiende el lugar del limbo donde los antiguos padres esperaban su libertad. Y llama sangre de su testamento, como el mismo Señor la llama (*t*), porque por su sangre y por su muerte quedaron firmes y irrevocables las mandas y promesas que él nos tenia prometidas. Mas de todas estas virtudes que en la sagrada pasion resplandecen, tratarémos mas copiosamente en su lugar.

Pero entre todas ellas señaladamente resplandeció aquí la caridad, que fué el amor de la salud del mundo, y de la gloria del Padre, el cual habia de ser summamente honrado y glorificado por aquel nobilísimo sacrificio. Porque dél habia de manar tanta muchedumbre de sanctos, de confesores, de monjes, de vírgines, y sobre todo de infinitos mártires; los cuales por ejemplo y esfuerzo de la sancta Cruz habian de glorificar á Dios con sus muertes. Y todo esto veia y pretendia este Señor en su sagrada pasion. Y esto es lo que el Apóstol significó cuando dijo que el Salvador poniendo ante sus ojos el alegría de todos estos fructos, abrazó la Cruz, sin hacer caso de su deshonra y confusion (*v*).

§. II.

Satisfizo Cristo á su eterno Padre con dos gustosísimos convites proporcionados á su grandeza.

Pues segun lo dicho, ¿qué otra cosa fué este sacrificio sino un banquete y un convite real, que el Salvador del mundo presentó ante el acatamiento de la sanctísima Trinidad, donde ofreció tantas diferencias de manjares preciosísimos cuantas virtudes aquí resplandescieron? Mas la mayor gracia deste convite era la dignidad del maestresala que lo ofrecia, que era el mismo Hijo de Dios, igual á su eterno Padre. Porque dado caso que la persona divina, en cuanto divina no pudiese padecer, mas por estar tan estrechamente unida con la sacra humanidad, todo lo que la humanidad padecia, se atribuye á ella. Este espiritual convite fué figurado en otro que el patriarca Abraham ofreció á aquellos tres varones en quien se representaba la sanctísima Trinidad (*x*), á los cuales despues que adoró prostrado en tierra, rogó que aceptasen dél un convite el cual ellos acceptaron de buena voluntad. Y él entónces á gran priesa acudió á Sara, mandándole que amasase tres panes de la flor de la harina y los cociese en el rescoldo de las brasas; y él fué á gran priesa á su ganado, y trajo un becerro muy tierno, y muy bueno, y dióle á un su criado para que muy de priesa lo cociese. Y tomó tambien manteca, y leche, y el becerro que habia cocido, y todo esto junto puso delante dellos. Los cuales despues de haber comido, prometieron al sancto patriarca el hijo Isaac, que despues le nació. Pues ¿qué es esto? ¿Comen manjares corporales las tres personas divinas ó los ángeles que las representaban? Claro está que no. Pues ¿por qué acceptaron este convite y comieron todo lo que se les puso delante, sino para significar el agradecimiento que la beatísima Trinidad recibió con el convite de aquel ternísimo becerro asado en la Cruz con fuego de amor, que es con la muerte que el Hijo de Dios en ella padesció por la obediencia y gloria de su Padre?

(*k*) Exod. 17. (*l*) 1. Cor. 10. (*m*) Matth. 27. Lucæ 23. (*n*) Joan. 18. (*o*) Exod. 12. (*p*) Luc. 23. (*q*) Marc. 15. (*r*) Luc. 22.

(*s*) Zachar. 9. (*t*) Matth. 26. Marc. 14. (*v*) Hebr. 12. (*x*) Gen. 18.



Mas aquí son mucho para considerar las circunstancias con que el Salvador acompañó esta muerte. Suelen los que ofrecen á los reyes algun manjar de grande precio, adornarlo con rosas y flores olorosas, para acrescentar con esto la gracia del presente. Pues desta manera el Hijo de Dios, ofreciendo al Padre eterno el sacrificio y muerte deste becerro, no se contentó con padecer la muerte que le era mandada, mas quiso tambien adornarla con maravillosos olores de rosas y flores, que fuéron las bofetadas, y pescozones, y azotes, y espinas, y escarnios, y vituperios, y otras muchas maneras de injurias que padeció, con las cuales declaró la devocion y alegría con que aceptó la muerte de Cruz; pues con tantas otras injurias la hermoseó, para que fuese mas agradable á los ojos de su eterno Padre. Pues por aquel convite de Abraham le fué prometido el hijo Isaac, de quien tantos otros hijos habian de nacer; y por este sacrificio se prometió al Salvador otro mas espiritual hijo, que fué el pueblo cristiano, que por todo el mundo se habia de dilatar.

Mas allende los manjares suavísimos destas virtudes susodichas, que se representaron en este convite, habia aun otro manjar de mayor precio y suavidad, que fué la promptitud y voluntad encendidísima con que el Hijo de Dios se ofreció á la ignominia de la cruz, por la gloria de su eterno Padre, y de la salud del mundo: la cual fué tan grande, que ningun entendimiento de hombres ni de ángeles basta para comprehenderla. Por lo cual es cierto, que no solo aquella muerte que sufrió, pero mil muertes y martirios (si para esto fueran necesarios) padeciera con la misma voluntad y promptitud que uno solo; pues en él habia gracia y caridad para esto, y para mucho mas.

Por donde entendéremos otro mas excelente convite que el pasado en la voluntad de Cristo. Porque mucho mas amó que padeció; y mucho mas estaba aparejado á padecer, si nos fuera necesario. Por donde ante los ojos de aquel soberano Señor que señaladamente mira las voluntades y corazones, mucho mas agradable le fué el sacrificio interior de la voluntad de Cristo, que el de la sagrada pasion, si hiciéremos solamente comparacion de lo que padeció en su sagrado cuerpo, á lo que en su ánima sanctísima deseó, que (como dijimos) fué sin comparacion mucho mas. Y así tenemos en este summo sacrificio dos aceptísimos sacrificios, uno visible y otro invisible: quiero decir, uno que en parte se vió, y otro que del todo no se vió (que fué esta promptitud y voluntad de padecer mas, si nos fuera necesario), y por ambos debemos á este Cordero summo amor.

CAPITULO VII.

Del grande beneficio que el mundo recibió por esta satisfaccion de Cristo nuestro Redemptor.

Pues quitados por el mérito deste sacrificio los pecados, que eran el muro de la division, y la causa de la enemistad entre Dios y los hombres (como arriba dijimos) y hecho ya Dios amigo dellos, ¿qué se podria de aquí seguir, sino abrir él luego las arcas de sus tesoros, y repartirlos con los hombres, y tratarlos como á hijos y amigos el que en los tiempos pasados los tenia por enemigos? Y así la primera cosa que hizo, fué abrir las puertas del cielo (que dende el principio del mundo habian estado cerradas) y admitir en ellas hasta los ladrones. Y luego envió su mismo Sancto Espíritu al mundo en forma de fuego y de lenguas, para que con el fuego de la caridad purificase, y abrasase, y esforzase los corazones de los discípulos, y con el don de las lenguas les diese facultad para predicar en todas las naciones del mundo la gracia del Evangelio. Y esto les mandó el Salvador por Sant Márcos, diciendo (*a*): Id á todo el universo mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura. De suerte que el Señor, que en solo el rincon de Judea era conocido, quiso ser en todo el mundo predicado, y que no hubiese criatura alguna que quedase excluida y privada desta gracia. Mas por Sant Mateo manda esto mismo con mas palabras; porque ántes de dar á los discípulos este mandamiento, dijo que le era dado, en cuanto hombre, todo poder en el cielo y en la tierra (*b*): asegurándolos con esto, que no temiesen los encuentros del mundo, ni la dificultad y novedad del negocio, pues tenian de su parte el favor de quien tenia todo el poder de cielos y tierra en su mano. Y porque no pensasen que este favor era por poco tiempo, añadió aquellas palabras de grandísima consolacion y confianza. Mirad que yo estaré con vosotros todos los dias hasta que se acabe el mundo. Habiendo pues apercebido y esforzado los discípulos al negocio con esta promesa, mándales que vayan por el mundo, y prediquen á todas las gentes, y las bapticen en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Sancto, que es una de las mayores gracias y misericordias de nuestro Señor; porque con solas estas palabras (habiendo displicencia de los pecados pasados), sin dar mas penitencia, son perdonados al baptizado á culpa y á pena los pecados que en toda la vida hubiere cometido, por gravísimos y enormes que sean; y allí le recibe Dios por hijo, y le comunica el espíritu de su hijo, y lo hace heredero de su reino. Pues esta tan subida y tan grande gracia se ofrece á todas las gentes por el mérito de la satisfaccion de Cristo, que pagó, como el Profeta dice (*c*), por lo que no habia robado. Y no contento con esto, sin aguardar mas tiempo, ese mismo dia que resuscitó, aparesció en la tarde á sus discípulos, y les dió autoridad y poder general (y á todos los sacerdotes en ellos) para perdonar pecados, diciendo: Recebid el Espíritu Sancto; cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados; y los que retuviéredes, serán retenidos (*d*). Y sobre todo esto, al príncipe de los apóstoles, Sant Pedro, encomendó tres veces su Iglesia, donde le entregó las llaves que ántes de su pasion le habia prometido, diciendo (*e*): Pondré en tus manos las llaves del reino de los cielos, con tanta autoridad y poder, que lo que tú atares en la tierra, será atado en el cielo, y lo que soltares en la tierra, será suelto en el cielo. Pues ¿qué mayor poder y autoridad se pudiera dar á una criatura? ¿Qué es esto, sino en su manera hacer á un hombre dios y señor del reino de los cielos? Y es aquí mucho para considerar, que enviando el Señor ántes de su pasion á predicar á sus discípulos, les mandó que no fuesen á las ciudades de los gentiles, sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel (*f*). Mas ofrecido ya este sacrificio, mándales que vayan á todo el mundo y á todas las gentes, sin hacer diferencia de judíos á gentiles, y de bárbaros á scitas, y que á todos ofrezcan esta gracia, y prediquen esta buena nueva del Evangelio. La razon de lo cual alega el Apóstol diciendo (*g*): ¿Por ventura Dios es Señor de solos los judíos? ¿No lo es tambien de todas las gentes? Cier-

(*a*) Cap. ult. (*b*) Cap. ult. (*c*) Psalm. 68. (*d*) Joan. 20. (*e*) Joan. 21. Matth. 16. (*f*) Matth. 10. (*g*) Rom. 3.

tamente así lo es; y él es el que justifica los circuncidados por la fe, y los no circuncidados por esa misma fe. Y con estar los gentiles envueltos en vicios y crueldades horribles, y atollados hasta los ojos en el cieno de turpísimas carnalidades, no tuvo asco aquel Sancto Espíritu divino de morar en los corazones de tales monstruos; porque la gracia alcanzada por el sacrificio de Cristo era poderosa para hacer destos monstruos ángeles, y, como dice Sant Crisóstomo (*h*), por ella las mujeres públicas vienen á hacerse mas puras que las estrellas del cielo. Y esto es lo que por una maravillosa figura representó Dios al apóstol Sant Pedro (*i*); porque determinando enviarle á predicar á una casa de gentiles, y entendiendo que su Apóstol rehusaria tratar con gente tan abominable, mostróle en vision un lienzo que bajaba del cielo lleno de culebras, y víboras, y otros animales fieros, mandándole que los matase y comiese dellos. Mas rehusando el Apóstol la tal comida (como cosa sucia y defendida en la ley), fuéle respondido: Lo que Dios sanctificó no llames tú cosa sucia; dándole á entender que la divina gracia era poderosa para convertir los lobos en corderos, y las serpientes en palomas: esto es, los grandes pecadores en grandes sanctos. Y dichas estas palabras, el lienzo se volvió al cielo, de donde ántes habia venido. Y esto dice la Escriptura que le acaesció tres veces en aquella vision, teniendo él á la sazon gana de comer. Por lo cual entendió el Apóstol la grande gracia y magnificencia de Dios, la cual se extendia por los méritos de Cristo á todas las naciones del mundo, por bárbaras, y fieras, y abominables que fuesen, porque el licuor preciosísimo de la sangre del Cordero era poderoso para hacer de bestias fieras corderos. Estos favores y gracias nunca vistas en el mundo, ¿por qué causa se dieron, sino por aquel divinísimo y summo sacrificio de Cristo? El cual por razon de la dignidad de la persona que lo ofrecia, y de todas las otras circunstancias que en él concurrieron, fué de infinita accepcion en los ojos del eterno Padre, y bastante para redimir no uno solo, sino mil mundos. Este pues fué el primero y mas esencial fructo del árbol de la sancta Cruz, que fué satisfacer por los pecados del mundo, del cual se siguieron todos los otros.

CAPITULO VIII.

Segundo fructo del árbol de la Cruz, que es la dignidad y gloria que nos vino por ella.

Este pues es el primer fructo del árbol de la sancta Cruz con que se redimió la primera y la mayor de nuestras necesidades, que era ser reconciliados con el eterno Padre mediante la satisfaccion de su unigénito Hijo. Deste primer fructo se sigue otros que es ser restituido el hombre en aquella primera dignidad y honra en que Dios lo habia criado. La cual dignidad y honra nos vino por haber querido el sanctísimo Hijo de Dios vestirse de nuestra naturaleza: en la cual gloria sobrepujamos aun á los ángeles, á quien esta gracia, como encarece el mismo Apóstol (*a*), no fué concedida. Vemos que cuando un grande rey casa con una doncella, todos los deudos della quedan honrados y ennoblecidos con este casamiento. Pues habiéndose el Rey de los reyes y Señor de los señores desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo de casamiento, que ni en vida ni en muerte se pudo desatar (pues en ambas naturalezas no hay mas que una sola persona), claro está que toda la naturaleza humana fué grandemente honrada y sublimada con esta nueva dignidad y parentesco del Hijo de Dios. Por donde puede ya el hombre con David decir á Dios (*b*): Tú eres, Señor, mi gloria y el que me heciste levantar cabeza; ca por el pecado quedé sumido en el profundo de los abismos, mas por este misterio encorporásteme contigo y hicísteme amigo tuyo, hermano tuyo, heredero tuyo, y como dijo Mifiboset á David (*c*), asentásteme entre los convidados de tu mesa (que son los ángeles), haciéndome en esto igual á ellos. De aquí procedió que nasciendo este Señor en el mundo, y dando los ángeles gloria á Dios por éste nascimiento, luego saludaron á los hombres, como á participantes desta gloria, diciendo (*d*): Paz sea á los hombres de buena voluntad; reconociéndolos por hermanos, por compañeros de su gloria, por ciudadanos de un mismo reino, por hijos de un mismo padre, y partes principales de una misma república.

Y no solamente la naturaleza humana de que se vistió Cristo honró al hombre, mas tambien el valor del precio con que fué rescatado y librado de su vana conversacion que, como dice el apóstol Sant Pedro (*e*), no fué oro ni plata, sino la sangre preciosa de aquel Cordero innocentísimo y purísimo, conocido de Dios ántes de la creacion del mundo y manifestado en el fin del mundo. Por donde dice Sant Bernardo (*f*): Maravillosa fué la dignacion de Dios que así quiso buscar al hombre, y maravillosa la dignidad del hombre así buscado de Dios; en la cual, si quisiere podrá justamente gloriarse, no por lo que es de sí mismo, sino por lo mucho en que lo estimó su Redemptor comprándolo por su sangre. La cual dignidad explicó el apóstol Sant Pedro cuando dijo (*g*) que los fieles éramos llamados á la participacion del rocío de la sangre de Cristo, que es á la comunion de la dignidad y de los fructos admirables que por esta preciosa sangre nos vinieron.

Pues ¿qué se sigue de aquí sino que viendo el hombre esta nueva nobleza y dignidad, no se abata á cosas viles, y rastreras, y indignas de su generosidad, viéndose redemido por tal precio y hermanado y encorporado con Cristo? Por lo cual dice Sant Augustin (*h*): Conoce, hombre, cuánto vales y cuánto debes; y considerando el precio por que fuiste comprado, no te tengas en poco ni te abatas á las bajezas del mundo. Porque de otra manera vendrás á ser deudor y reo, no de pequeño precio, sino de la sangre de Cristo, si afeas y amancillas el ánima purificada con su sangre, abatiéndola á la vileza de los vicios carnales, y cambiándola por el gusto de los apetitos sensuales. Por tanto si no conoces tu dignidad, aprende á estimarla por este precio y no hagas della tan gran barato. Porque si aquel tan sabio mercader que vino del cielo, el cual tan perfectamente conocia el valor de nuestras ánimas, las estimó en tanto que no dubdó comprarlas con su sangre, ¿cómo tiene el hombre atrevimiento para venderlas y ponerlas otra vez en poder del enemigo por un poco de interese corporal ó por la golosina de un deleite bestial? Pues esta consideracion hizo que todos los sanctos no se acevilasen y abatiesen á la bajeza del pecado, por no poner mácula en la dignidad y gloria que por este misterio les vino; teniendo por cosa indignísima, viéndose levantados á la dignidad de hijos de Dios y

(*h*) Ex cap. 21. Matth. Hom. 68. infr. med. tom. 2. (*i*) Act. 10.
(*a*) Hebr. 2.

(*b*) Psalm. 3. (*c*) 2. Reg. 19. (*d*) Luc. 2. (*e*) 1. Pet. 1.
(*f*) In Vig. Nat. Domin. ser. 3. (*g*) 1. Pet. 1. (*h*) De Tempor. Ser. 120. Dom. Palmar. tom. 10. in Append.

miembros de Cristo, volverse á hacer esclavos del demonio y miembros de Satanas, y perder por la sombra de un vano deleite lo que por tan caro precio fué comprado.

CAPITULO IX.

Tercero fructo del árbol de la Cruz, que fué alcanzar por medio della un summo sacerdote que interceda por todas nuestras necesidades ante el acatamiento del eterno Padre.

Demas de lo dicho teniamos tambien necesidad de un fiel abogado y summo sacerdote que ante el eterno Padre abogase por nosotros y procurase el remedio de infinitas necesidades de que estámos cercados en esta vida, así del cuerpo como del ánima. Porque las enfermedades del cuerpo, sus necesidades, sus desastres y pobrezas son innumerables; de las cuales nadie en este valle de lágrimas está exempto, y mucho ménos los que viven en el estado de matrimonio; los cuales, como dice el Apóstol (*a*), están subjectos á mayores trabajos; ca no solamente sienten los de sus personas proprias, sino tambien los de los hijos, mujeres y maridos, que se sienten á veces mas que los proprios.

Estas miserias son de los cuerpos; mas ¿cuánto mayores son las de las ánimas, esto es, de la fuerza de nuestras pasiones y apetitos desvariados? Los cuales despedazan nuestros corazones, inquietan nuestras vidas, abátennos á la tierra, captivan nuestras voluntades, enlázannos en mil cuidados, perturban la paz de nuestro corazon, prívannos de la verdadera libertad, hácennos esclavos de nuestra carne, y sobre todo, apártannos muchas veces de nuestro legítimo y verdadero Señor. Pues con estas cosas el miserable hombre recibe aquí la pena de su pecado. Porque, como dice Sant Augustin hablando con Dios (*b*), mandásteslo, Señor, y verdaderamente es así, que el ánimo desordenado sea tormento de sí mismo. Pues ¿qué diré de los lazos y tentaciones de nuestro comun adversario, que son sin cuento, el cual como leon rabioso busca siempre á quién tragar?

Pues volviendo á nuestro propósito, siendo tantas y tan continuas las miserias desta vida, teniamos necesidad de un perpetuo abogado y sacerdote ante la majestad del eterno Padre, para que entreviniese en el remedio de tantas necesidades; el cual le fuese tan accepto que aunque perpetuamente abogase por nosotros nunca jamas lo enfadase. Pues este tal abogado no podia ser otro sino el mismo Hijo del eterno Padre infinitamente amado. Este es pues el que asiste siempre en su acatamiento, representándole aquellas preciosas llagas y aquella sagrada humanidad que tomó por nuestra causa; porque esta continua representacion es la continua intercesion con que aboga por nosotros.

Y no contento el Padre eterno con habernos proveido de tal intercesor, para esforzar nuestra confianza prométenos esto con un muy solemne juramento, como lo testifica David por estas divinas palabras (*c*): Juró Dios, y no se arrepentirá de lo que juró: Tú serás sacerdote eterno segun la órden de Melquisedec. ¿Qué negocio es este tan grande que se hace con tanta solemnidad? Callo aquí el misterio que está encerrado en este nuevo sacerdocio de Melquisedec, de que el Apóstol hace tanto caso y declara tan por extenso (*d*). Solamente pregunto, ¿á qué propósito dice el Profeta que juró Dios, pues bastaba decir que lo dijo, sin que lo jurase, pues él es la misma verdad? Y sobrando tambien decir que lo juró, ¿para qué añade que no se arrepentirá de lo que juró; pues en Dios no cabe arrepentimiento de lo que dice, ni de lo que hace? Todo esto era necesario para declarar la infinita accepcion deste summo Sacerdote, para esforzar la flaqueza de nuestra confianza; porque quien tantas mil veces en la vida pide perdon por Cristo de unas culpas sobre otras, y quien tantas veces pide por el remedio de necesidades sobre necesidades, y de miserias sobre miserias, pudiera desmayar diciendo: Tengo ya tantas veces alegado este nombre, tengo tan cansada la paciencia divina, provocado su ira, importunado su misericordia, que no puede haber merecimientos tan grandes, que no estén agotados con tantas expensas como cada dia se hacen destos merecimientos, y con tan repetidas oraciones como continuamente se hacen por este nombre. Porque quien estuviere atento á las voces de todos los altares y de todos los oficios divinos, verá que todas las peticiones y oraciones de la Iglesia se acaban con estas palabras: *Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum, etc.*: que es pedir al Padre eterno mercedes y remedio por los méritos de su unigénito Hijo. Pues siendo esto así, pudiera algun flaco (midiendo las cosas de Dios con el estilo del mundo) imaginar que estaria Dios ya enhastiado con el sonido perpetuo destas voces y deste nombre tantos mil cuentos de veces alegado y repetido. Mas la bondad y sabiduría divina, compadeciéndose de nuestra rudeza, añadió aquella palabra: *Y no se arrepentirá*; la cual no solamente no es superflua, mas ántes es grandemente significativa, porque tácitamente nos declara que por mas importunidades y peticiones que haya por este nombre, aunque sean mas que las arenas de la mar, nunca el eterno Padre se empalagará de oir estas voces; porque al cabo todas ellas son finitas, mas los méritos deste summo Sacerdote son infinitos. Y demas desto los hombres suelen arrepentirse de lo que prometen, cuando por curso de tiempo experimentan haberse obligado á mas de lo que podian. Mas en aquella summa sabiduría no cabe tal ignorancia; y por esto no se arrepentirá de lo que prometió, porque supo muy bien lo que prometia, y por quién lo prometia. Sea pues bendito tal dador, y bendito tal sacerdote, y bendita tal providencia que así proveyó á nuestras miserias; y maldita sea nuestra desconfianza, y no ménos nuestra negligencia, que teniendo tal valedor, tal intercesor y tal abogado, dejamos perder tantos bienes, cuantos por él podriamos alcanzar; pues nos tiene Dios abiertas las arcas de sus tesoros, y entregó las llaves dellos á un Señor, que siendo hijo suyo es hermano nuestro, nuestra carne y nuestra sangre, y tiene poder general para repartir con sus hermanos estos tesoros, si se quisieren disponer para recibirlos.

CAPITULO X.

Cuarto fructo del árbol de la Cruz, que es el conocimiento de Dios, y de todo lo demas que pertenece á nuestra salvacion.

Procediendo mas adelante por las necesidades y remedios del hombre, demas de lo susodicho tenia grande necesidad de conocimiento de Dios; porque este es el primer principio de todos los pasos que se dan en la vida cristiana. Esta es la primera rueda deste reloj, el fundamento deste espiritual edificio de las virtudes, y es como el primer cielo, que es causa del movimiento de todos

(*a*) 1. Cor. 7. (*b*) In Psalm. 36. cont. 2. tom. 8. (*c*) Psalm. 109. (*d*) Hebr. 7.

los otros cielos. Pues la perfeccion deste conocimiento perdió el hombre por el pecado; de donde nacieron tantas maneras de errores, de idolatrías, de sectas y herejías, como ha habido en el mundo. Porque así como la primera cosa que hicieron los filisteos que prendieron á Samson (a), fué quebrarle los ojos (despues de lo cual hicieron dél todo cuanto quisieron): así la primera cosa que hace el demonio en captivando un ánima, es escurecerle esta vista espiritual; despues de lo cual hace della todo cuanto quiere, puesto caso que no le quita por eso la fe, sino hace obras contrarias á ella. Para remedio desta ignorancia sirve toda la fábrica deste mundo, que da testimonio de la grandeza de Dios, como dice el Salmo (b): Los cielos predican la gloria de Dios, etc.

En este libro leyeron muchos hombres, y conocieron que habia Dios hacedor desta obra tan grande, aunque no supieron cuál era; y en este señaladamente estudiaron los filósofos que toda la vida emplearon en el conocimiento de las obras de naturaleza, para venir por ellas en conocimiento de la primera causa de donde procedian. Mas con todo este estudio alcanzaron muy poco deste conocimiento; porque aunque conocieron algo de la omnipotencia, sabiduría y hermosura de Dios, por el artificio admirable de las cosas criadas, pero alcanzaron muy poco de las otras perfecciones suyas. Porque muchos dellos negaron su providencia (c), pareciéndoles que era cosa indigna de aquella altísima y purísima substancia, bajarse á entender en las poquedades de los hombres. Pues teniendo ellos ignorancia de la Providencia divina, forzadamente habian de tenerla de la justicia y de la misericordia, de la benignidad y caridad de Dios para con los hombres. Y este conocimiento es el que hacia mas al caso para hacer al hombre religioso y honrador de Dios; porque el conocimiento de la bondad y caridad de Dios nos hace amarle, el de la justicia temerle, el de la misericordia esperar en él, y el de la providencia obedecer y servir á un Señor tan universal, que tiene cargo de todo lo criado. Por do parece que este conocimiento es fuente de toda religion y justicia, de que los filósofos supieron tan poco, y por eso tuvieron tan poca cuenta con Dios. Por lo cual dice el Apóstol (d), que porque el mundo no habia conocido á Dios por esta obra de tanta sabiduría, determinó hacer otra que á los ojos del mundo pareciese locura (que fué la obra de la encarnacion), por la cual se nos dió un tan grande conocimiento de todas las perfecciones divinas, especialmente destas que hacian mas á nuestro caso, que por ninguna otra via se pudiera dar mayor. Porque realmente si todos los hombres se juntaran en un concilio, y trataran por qué via, ó por qué género de obra pudiera Dios mostrar mas claramente la grandeza destas cuatro perfecciones suyas, no pudieran inventar, ni desear otra obra mas eficaz que esta de su sagrada encarnacion y pasion. Porque si á la bondad de Dios pertenece comunicarse á sus criaturas, ¿qué mayor comunicacion que comunicar Dios su mismo sér personal al hombre, de tal manera que con verdad se diga, que el hombre es Dios, y que Dios es hombre (e); y junto con esto comunicarle todos los trabajos y merecimientos de su pasion, y con ellos tambien la gloria y vida eterna que por ellos se alcanza?

(a) Jud. 16. (b) Psalm. 18. (c) Cont. quos Aug. lib. 85. qq. q. 82. tom. 4. et in Ps. 72. etc. (d) 1. Cor. 1. (e) D. Thom. 3. p. q. 16. art. 2.

Pues ¿qué mayor comunicacion de bienes se pudiera desear mas que esta? Y si á la misericordia pertenece compadecerse de las miserias ajenas, ¿qué mayor misericordia que tomar el Hijo de Dios sobre sí todas las deudas del género humano, y hacerse fiador y principal pagador dellas? Así lo profetizó Esaías cuando, hablando deste Señor, dijo (f): Todos nosotros anduvimos descarriados como ovejas perdidas; mas el Señor puso sobre sus hombros todas nuestras maldades. Y no ménos resplandece en este misterio la divina justicia que su misericordia, aunque parece la una contraria á la otra. Porque si á la entereza de la justicia pertenece tomar satisfaccion de las culpas, ¿qué mayor satisfaccion que la que el Salvador voluntariamente ofreció por ellas en el altar de la Cruz? Porque mucho mas es morir Dios, que morir eternalmente todos los hombres; y mucho mas fué ofrecerse en satisfaccion la vida de Dios, que las vidas de todos los hombres. Y si á la Providencia conviene tener cuidado de encaminar los hombres por debidos medios á su último fin, ¿qué mayor providencia que despues de haber Dios entendido en este negocio por medio de patriarcas, y profetas, y de los mismos ángeles, no contento con esto, bajar él mismo del cielo á la tierra, vestido de carne humana, y andar treinta y tres años por este mundo buscando la oveja perdida, y no parar hasta traerla sobre sus hombros á la manada, y hacer medicina de su misma sangre para curarla?

Y no solo por aquí se alcanza este tan alto conoscimiento de las perfecciones de Dios, sino tambien de todas las otras cosas que pertenecen á nuestra salud. ¿Quieres conocer qué tan grande sea la gloria que está aparejada para los buenos? Mira este Señor en toda su vida, y señaladamente en la Cruz derramando cuanta sangre tenia; y esto te dirá qué tan grande sea aquel bien que se compró por tan caro precio como fué aquella sangre, de la cual una gota valia mas que mil mundos. Por lo cual nunca la puerta del cielo se abrió á ninguno de todos los justos, hasta que este precio se pagó; el cual despues de pagado, las puertas que ántes estaban cerradas á los justos, se abrieron hasta á los ladrones.

¿Quieres tambien saber qué tan grande sea la pena de los condenados? Baste para esto poner los ojos en la Cruz, y mirar que aquel Señor, que tan bien lo sabía, tuvo tanta compasion de vernos condenados á esta pena, que siendo nosotros tan grandes enemigos suyos, y tan indignos de misericordia, quiso él ántes beber el cáliz de la pasion, y satisfacer con ella á las leyes de la justicia divina, que vernos padecer esta tan grande pena. Pues ¿cuál debe ser aquella pena, para cuya absolucion convino que el Hijo de Dios padeciese las mayores penas en cuerpo y ánima, que se han padecido y padecerán jamas?

Pues desta manera podrémos filosofar y entender el precio y valor de todas las cosas espirituales, que es aquella ciencia que Séneca estimaba en mucho, cuando decia: ¿Qué cosa hay mas necesaria que poner precio á las cosas, y conocer el valor dellas, porque no démos lo precioso por lo despreciado? Pues en esta balanza de la Cruz puede el hombre pesar el valor de su ánima, la excelencia de la gracia, la hermosura de la virtud, y la fealdad del pecado, y otras cosas semejantes. De las cuales cosas tratamos mas copiosamente en otro lugar (g). Démos pues todos gracias al Señor, que así supo en una

(f) Cap. 53. (g) Concione 2. Thom. Apostol.



obra, y en una palabra tan abreviada enseñar á los simples tantos y tan profundos misterios. Por donde no de balde dijo el Apóstol (*h*) que Cristo era nuestra sabiduría, pues en él, y por él se sabía todo. Y por esta misma causa este glorioso Apóstol (*i*), siendo lumbre del mundo, doctor de las gentes, vaso de eleccion, secretario de la divinidad, y de las maravillas del tercero cielo (adonde habia estudiado el Evangelio), con todo esto osa decir que ninguna cosa sabía sino á Cristo, y este crucificado; porque en solo él lo sabía todo (*k*). Y por razon deste tan excelente medio que nos fué dado para conocer á Dios, dijo el profeta Esaías (*l*), que cuando este Señor viniese al mundo, la tierra estaria tan llena de sabiduría como las aguas de la mar cuando crecen y se explayan sobre la tierra.

Deste modo pues este Señor por una manera maravillosa se encubrió para descubrirse; porque encubriendo la gloria de su divinidad con la capa de nuestra humanidad, dió al mundo esta tan clara noticia de su bondad y de las perfecciones suyas. Porque los que no podiamos contemplar la luz inaccesible de su divinidad, pudimos verle cubierto con el velo de nuestra humanidad. La figura de lo cual nos representó Moisen en su persona (*m*): el cual, despues de haber conversado con Dios cuarenta dias en el monte, bajó de allí con tan grande resplandor, que no podian mirarle á la cara los hijos de Israel. Por lo cual el sancto varon la cubrió con un velo; y desta manera le podia el pueblo mirar y conversar. Pues de semejante consejo usó el altísimo Hijo de Dios con nosotros, para que los ojos turbios que no alcanzaban á verle en su propria forma, le viesen cubierto con este velo en la ajena.

CAPITULO XI.

Quinto fructo del árbol de la Cruz, que es la divina gracia que por ella se nos da.

No bastaba para alcanzar la virtud el conocimiento della y de todas las otras cosas que á ella pertenecen, si no se aficiona y conforma la voluntad con los pareceres y determinaciones del entendimiento, mayormente siendo verdad que mas pecan los hombres por la depravacion de la voluntad, que por la ignorancia del entendimiento. Por lo cual era necesario para la perfecta sanidad del hombre, que demas de la lumbre del entendimiento, se curase y reformase la voluntad, para que fácilmente obedeciese á los pareceres del entendimiento; pues este es proprio oficio de la gracia por medio de las virtudes que della proceden, la cual nos mereció el Salvador mediante el sacrificio de su pasion. Y así dijo Sant Juan (*a*), que la ley fué dada por Moisen; mas la gracia y la verdad fué hecha por Cristo. Por la cual causa la nueva ley se llama ley de gracia, porque lo principal que hay en ella, es la gracia que por Cristo se nos da. Ca, segun dice Sancto Tomás (*b*), la denominacion y título de las cosas se toma de lo mas principal que hay en ellas. De manera que Moisen nos enseñó lo que habiamos de hacer, mas Cristo nos dió virtud y fuerzas para podello hacer. Porque, como dice Sant Augustin (*c*), la ley fué dada para que se buscase la gracia, y la gracia fué dada para que se cumpliese la ley. Y en otro lugar dice él (*d*): La ley manda, la fe impetra; mas la gracia cumple lo que manda la ley. Pues aquí está la llave de todo nuestro remedio; porque (como dijimos) no pecan tanto los hombres por la ignorancia del entendimiento, cuanto por la corrupcion de nuestro apetito, pues como dijo el Poeta: Veo lo mejor, y apruébolo, y con todo esto sigo lo peor. Esta dolencia dice Sant Augustin (*e*) que declaró la ley, y curó la gracia.

Los fructos y efectos desta gracia ¿quién los contará? Mas los mas principales y como fuentes de todos los otros son tres. El primero es perdon de pecados; porque así como amaneciendo la luz desaparecen las tinieblas de la noche, así entrando la luz de la gracia en el ánima, huyen las tinieblas de todos los pecados della. El segundo y mas proprio efecto suyo es hacer al ánima graciosa y hermosa en los ojos de Dios; porque quitadas las manchas de los pecados que la afeaban y escurecian, queda ella limpia y hermosa en los ojos divinos. Por lo cual el Espíritu Sancto la toma por morada, y el Padre eterno por hija, y por título de hija la hace heredera de su gloria.

El tercero efecto de la gracia (entendiendo por la gracia no solo las virtudes infusas que della proceden, sino tambien todos los auxilios y favores que por Cristo se nos dan) es sanctificar las ánimas, y darles fuerzas nuevas para vencer todas las dificultades que se atraviesan en el camino de la virtud; y particularmente para domar y enfrenar la rebeldía de las pasiones y malas inclinaciones, que perturban la paz y sosiego de la consciencia, y nos son grande impedimento para esa misma virtud.

Pues qué tan grande beneficio sea este, no se puede entender, sino conocidos los estragos que en el mundo han hecho y hacen estas pasiones, cuando se desmandan y salen de madre. Mas estos ¿quién los contará? ¿De qué otro principio han procedido todas las guerras y derramamientos de sangre que ha habido en el mundo? ¿De dónde todos los desafíos y muertes violentas de personas particulares? De dónde todos los adulterios, incestos, sacrilegios, robos y maleficios? De dónde la ambicion, la soberbia, y el avaricia, y la invidia, y los grandes excesos y gastos en comer y beber, con todos los otros pecados? Y finalmente, ¿de dónde toda la dificultad que nos aparta de la virtud, sino deste pestilencial seminario de males, que son nuestras pasiones, cuando desechan el yugo del temor de Dios, y freno de la razon? Pues las congojas que los hombres dentro de sí padecen con deseos de infinitas cosas que no pueden alcanzar, la guerra interior de las mismas pasiones, cuando pelean unas con otras deseando cosas contrarias, los cuidados, y congojas, y temores, y tristezas desordenadas, que las mismas pasiones (cuando andan sin freno) traen consigo, ¿quién las contará?

Por lo cual no es de maravillar que el Apóstol (declarada la rebeldía y furia destas pasiones, tomando en sí la persona del hombre pecador) exclamase diciendo (*f*): ¡Desventurado de mí! ¿Quién me librará deste cuerpo causador de la muerte de mi ánima? A esto responde luego él mismo, diciendo que deste tan grande mal nos libra la gracia que se nos da por Cristo. El cual, mediante el sacrificio de su pasion, no solo nos alcanza perdon de los pecados, sino tambien fortaleza y gracia para evitar-

(*h*) 1. Cor. 1. (*i*) Act. 9. 2. Cor. 12. (*k*) 1. Cor. 2. (*l*) Esai. 11. (*m*) Exod. 34. (*a*) Joan. 1. (*b*) 4. dist. 18. q. 1. art. 1. q. 1. ad 3. (*c*) De Spiritu, et litera ap. 19. tom. 3. (*d*) Et ad Bonifac. contr. Pelag. lib. 3. c. 2. tom. 7.

(*e*) In Ps. 118. Cont. 16. t. 8. (*f*) Rom. 7.

los, y mortificar y vencer estas bestias fieras que nos inquietan y derriban en ellos.

La figura desto precedió en aquel sacrificio de Gedeon (*g*): al cual apareciendo un ángel, y prometiéndole victoria de los madianitas, y creyendo Gedeon ser aquel ángel algun hombre sancto, le ofreció un cabrito cocido ; mas el ángel no lo quiso comer, sino mandóle que le pusiese sobre una piedra y derramasé el caldo encima dél. Y esto hecho, el ángel tocó la piedra con una vara que traia en la mano, y á la hora salió fuego de la piedra, y consumió así el cabrito como el caldo que sobre él se habia derramado. Pues ¿qué piedra es esta de que salió este fuego, que consumió aquel sacrificio, sino Cristo nuestro Salvador (*h*) (que es la piedra angular y fundamental de la Iglesia), el cual con el sacrificio de su pasion consumió no solamente todos los pecados significados por el cabrito, sino tambien las raices dellos, que son los apetitos de nuestra carne, figurados, como dice Sant Ambrosio (*i*), en aquel caldo que se derramó sobre él? Y esto es lo que Sant Pablo (*k*) significó, cuando dijo que nuestro viejo hombre (que es el apetito de nuestra carne) habia sido juntamente crucificado con Cristo ; porque por el mérito de la Cruz se da gracia á los fieles, no solo para evitar los pecados, sino tambien para mortificar las raices dellos, que son nuestro hombre viejo. Porque como aquel caldo tenia parte de la substancia del cabrito, así estas pasiones tienen alianza y parentesco con los pecados, pues nacieron del pecado, y son causa dél.

Mas el fuego que consume todos estos males procedió de aquella piedra, siendo primero tocada con la vara del ángel. Pues ¿qué significa el tocamiento de la vara para sacar fuego de la piedra, sino el tocamiento de la vara de la justicia divina, la cual siendo ejecutada en la piedra mística, que es Cristo, consumió todas nuestras culpas y pecados ? Este fué aquel tocamiento de que el Padre eterno, hablando de su unigénito Hijo por Esaías, dice (*l*), que por los pecados de su pueblo lo habia él herido, esto es, entregado á la muerte.

Esta figura, aunque tenga otras cosas sobre que filosofar, no he traido para mas que para declarar cómo por los méritos del sacrificio de Cristo se nos da, como dijimos, no solo perdon de los pecados, sino tambien gracia para vencer las raices y causas dellos. Las cuales mortificadas y desterradas de nuestra ánima, resulta en ella una maravillosa quietud y tranquilidad, y aquella paz interior, que, segun el Apóstol (*m*), sobrepuja todo lo que naturalmente se puede entender, y segun Esaías (*n*), es como un rio clarísimo que baña y refresca todas las potencias de nuestra ánima con tan grande sosiego y alegría, que nadie la puede conocer sino aquel que la ha experimentado (*o*).

El que aquí ha llegado, el que esta paz siente en su ánima, el que se ve libre destas fieras despedazadoras de los corazones humanos, quiero decir, el que no padece en sí deseos ansiosos de deleites, de honras, de riquezas, de dignidades, de privanzas y medranzas y cosas semejantes, ántes todas estas cosas ha puesto debajo los piés, teniendo la cobdicia dellas por materia de innumerables cuidados y congojas, y por red y lazos de las ánimas, y finalmente por impedimento de la verdadera paz y felicidad : este entenderá mejor el beneficio de la redempcion de Cristo, este conocerá verdaderamente que Cristo es redemptor del género humano, si él se viere redemido y librado del yugo y servidumbre destos tan crueles tirannos.

Y puesto caso que la virtud desta redempcion se conocerá perfectamente en la otra vida, cuando por ella se vieren los escogidos libres de las penas del infierno, y hechos ciudadanos y moradores del cielo, pero en su manera tambien se conoce algo della, cuando el hombre se siente libre destos tirannos. Y este tal sabrá dar gracias á su Redemptor por este beneficio, como las daba Sant Augustin, hallándose libre de sus pasiones antiguas, de que hasta entónces era esclavo y cautivo ; y así comienza el libro noveno de sus Confesiones diciendo: Rompiste, Señor, mis ataduras; á tí sacrificaré sacrificio de alabanza, y invocaré tu sancto nombre.

Pues este tan grande beneficio, con otros muchos, se dió al mundo por virtud de la gracia merecida por aquel divinísimo sacrificio de la pasion de nuestro Redemptor: la cual gracia nos comunica él por muchas maneras. Porque primeramente él nos mereció la primera gracia, que es la gracia de la conversion y justificacion, por la cual somos justificados, esto es, de pecadores hechos justos ; y así somos recebidos por hijos de Dios y herederos de su reino. Porque estando el hombre en pecado y en desgracia de Dios, no puede hacer obra que le sea agradable, y por la cual merezca que Dios le saque de aquel mal estado. Mas lo que el pecador no podia por sí merecer, nos lo mereció el Hijo de Dios por la obediencia de la Cruz : por la cual el Padre eterno previene con la gracia de su llamamiento á los que él es servido de sacar de pecado. Y despues desta primera gracia, él nos mereció todas las otras gracias que se requieren para nuestra salvacion : de tal manera que nunca hasta hoy dió, ni dará jamas el Padre eterno, un solo grado de gracia, que no sea por el mérito de la pasion de su unigénito Hijo.

Mas allende destos comunes medios se comunican diversas maneras de gracias por los siete sacramentos de la nueva ley : los cuales aunque tengan diversos efectos para remedio de diversas necesidades de nuestras ánimas, pero todos ellos concuerdan en un comun efecto, que es dar gracia á quien no pone impedimento para recebirla. Mas desta materia dirémos algo en el capítulo siguiente.

Y no contento con habernos merecido la gracia por el sacrificio de su pasion, agora en el cielo nos la está procurando por medio de su intercesion. Por todas estas vías se nos comunica la gracia en tanta abundancia, que por esta razon llama Esaías (*p*) á la Iglesia lugar de rios abundantísimos y abiertos para todos. Pues siendo tantas las riquezas desta gracia, nadie se puede con razon quejar que le falte el socorro de la gracia : ántes, como dice Sant Bernardo (*q*), con mas razon se podria quejar la gracia que faltamos nosotros á ella, que no ella á nosotros.

CAPITULO XII.

Sexto fructo del árbol de la Cruz, que son los sacramentos de la ley de gracia.

Síguese otro admirable fructo del árbol de la sancta Cruz, que son, como acabamos de decir, los siete sa-

(*g*) Jud. 6. (*h*) Psalm. 117. Matth. 21. (*i*) In proœmio libri. 1. de Spiritu Sancto, tom. 4. (*k*) Rom. 6. (*l*) Esai. 53. (*m*) Philip. 4. (*n*) Esai. 48. (*o*) Apoc. 2.

(*p*) Esai. 33. (*q*) In Annunt. B. M. serm. 3.



cramentos de la ley de gracia, los cuales son como canales por donde se deriva el fructo de la sacratísima pasion en nuestras ánimas. Para lo cual conviene presuponer que las causas universales no producen sus efectos, sino mediante el ministerio de otras particulares; porque, poniendo ejemplo, el sol, que es criador de todas estas cosas inferiores, no producirá por sí solo trigo, si el labrador no lo sembrare. Y lo mismo digo de todas las otras plantas y semillas. Pues como la pasion de nuestro Redemptor sea causa universal de todos los bienes espirituales, era necesario haber sacramentos, que son como causas particulares, mediante las cuales la causa universal obrase diversos efectos en las ánimas que dignamente los reciben. Destos sacramentos hablarémos en otra parte mas por extenso; mas cuanto toca al lugar presente, bástanos saber que estos siete sacramentos son aquellas fuentes de agua viva (*a*), que saltan hasta la vida eterna, de que decia el profeta Esaías (*b*): Cogeréis aguas con alegría de las fuentes del Salvador. Donde no dice fuente, sino fuentes: que son los siete sacramentos, de donde manan siete diferencias de aguas de gracia apropriadas al remedio de todas las maneras de flaquezas y dolencias espirituales de las ánimas. Estos son como los siete planetas que gobiernan este nuevo mundo de la Iglesia con la virtud de sus influencias, y los caños por donde se deriva el agua de la gracia que sale de la fuente del costado de nuestro Salvador.

Entre estos sacramentos el mayor es el del cuerpo y sangre de nuestro Redemptor, donde él está todo entero, cuerpo, ánima, y divinidad; mas el primero en la órden (que es como puerta para todos los otros) es el sancto baptismo. Y en el ministerio destos dos sacramentos se nos representa que la gracia que se da en ellos procede de la pasion de Cristo. Porque en el sacramento del altar se ofrece la misma carne y sangre de Cristo, porque por aquí entendamos que la gracia que por él se nos da, es por virtud del sacrificio desta preciosa carne y sangre. Asimismo en el sacramento del baptismo tambien se representa la sagrada pasion. Porque cuando toman la criatura y la meten debajo del agua, se representa, como dice el Apóstol (*c*), la muerte y sepultura de Cristo; y por el mérito desta muerte mueren allí enteramente todos los pecados de la vida pasada, sin quedar dellos culpa ni pena.

Lo mismo tambien nos representan los egipcios (*d*) que perseguian á los hijos de Israel á la salida de Egipto, que fuéron ahogados en el mar Bermejo: lo cual nos significa que los crueles enemigos del ánima (que son los pecados) se ahogan y mueren en el agua del sancto baptismo. De donde succedió que los hijos de Israel, que ántes temblaban y huian destos enemigos, despues que los vieron muertos á la orilla del agua, ya no les eran materia de temor, sino de alegría y hacimiento de gracias, viéndose libres dellos. Y así comenzaron á alabar á Dios, diciendo: *Cantemus Domino: gloriosè enim honorificatus est, etc.* Pues esta virtud tiene el sancto baptismo: el cual ahogando los pecados, que ántes de ser perdonados nos eran causa de temor, despues de ahogados en este mar nos son materia de alegría y alabanza. Esto es proprio de la virtud deste sacramento; aunque ni por esto puede tener nadie certidumbre de fe que está en estado de gracia; mas puede tener grandes conjecturas dello.

(*a*) Joann. 4. (*b*) Cap. 12. (*c*) Col. 2. (*d*) Exod. 14.

Lo mismo tambien nos representa el agua (*e*) que salió del costado de nuestro Redemptor, herido con la lanza: para darnos á entender que de aquella preciosa herida, con las demas que recibió, salió la virtud del agua del sancto baptismo, con que nuestras ánimas son lavadas y purificadas; y salieron tambien las aguas de las gracias que se dan en los otros sacramentos para remedio dellas. Y esto nos representó el Señor en la formacion de la primera mujer, la cual hizo de una costilla que tomó de Adam cuando dormia (*f*). En lo cual nos figuró, que del lado del segundo Adam, cuando dormia el sueño de la muerte en la Cruz, sacó Dios su Esposa, que es la Iglesia; porque de allí, como de una caudalosa fuente, manó la gracia de los sacramentos, por quien la Iglesia recibe el sér espiritual que tiene de Esposa de Cristo. Y por esta razon se dice haberle sacado la Esposa de su lado; porque dél manó la gracia de los sacramentos que le dieron este nuevo sér y dignidad. Pues este sacramento con los demas, es uno de los principales fructos del árbol de la Cruz, con el cual las ánimas se curan, y lavan, y recrean, y esfuerzan, y sustentan en la vida espiritual; del cual fructo dice la Esposa en los Cantares (*g*): A la sombra del que mi ánima deseaba me asenté, y su fructo es dulce á mi garganta.

CAPITULO XIII.

Séptimo fructo del árbol de la Cruz, que es aborrecimiento del pecado, y amor de la virtud.

Descendamos agora en particular á tratar de los oficios y partes de la justicia. Esta justicia se divide en dos partes principales, que son apartarse del mal, y abrazar el bien: que es aborrecer al pecado, y amar la virtud. Pues para la primera destas dos cosas (que es aborrecimiento del pecado) ayuda tanto el misterio de la Cruz, que si todos los entendimientos humanos se pusiesen á pensar qué obra podria Dios hacer para declarar la malicia y fealdad del pecado, y el odio que tiene contra él, no era posible hacerse otra obra mas eficaz que esta. Porque ¿con qué podia mas este Señor mostrar este odio, que con la muerte de su unigénito Hijo, de la cual fuéron ocasion nuestros pecados, pues es cierto que nadie fuera poderoso para hacerle padecer tantos tormentos, si los pecados no lo hicieran? De manera que mirado bien este negocio, nuestros pecados fuéron los autores de tantos males. Y (lo que es digno de mucha consideracion) una sola vez fué este Señor maltratado de sus enemigos; mas de nosotros ha sido todas las horas, y por mas livianas causas. De manera que nosotros lo vendímos, y muchas veces por menor precio que Júdas. Nosotros tambien le desamparámos y negámos, no por temor de la muerte, como los apóstoles y Sant Pedro, sino por un poco de interese, por un deleite bestial, por excusar el trabajo de un ayuno, y á las veces sin ocasion ninguna, por sola la costumbre de mal vivir. Nosotros lo escarnecímos, cuando no hecimos caso de sus mandamientos y doctrina. Nosotros lo pusimos en cruz, cuando no tuvimos empacho de contradecir á los mandamientos que él con su sangre y con su muerte confirmó. Nosotros lo injuriámos, cuando con palabras honestas colorámos nuestras maldades, y cuando escarnecímos y despreciámos á los que en su nombre procuran apartarnos del pecado. Y finalmente nosotros dentro de nos mismos le dímos la muerte y lo sepultámos,

(*e*) Joann. 19. (*f*) Gen. 2. (*g*) Cant. 2.

cuando desterrámos de nuestro corazon el temor y respecto que le debiamos. Estos pues fuéron los verdugos que maltrataron y crucificaron este Señor; ca por destruir á ellos, el Padre eterno entregó su unigénito Hijo á los tormentos de la cruz. En lo cual abiertamente mostró la grandeza del odio que tenia contra el pecado; pues por matar al pecado, ofreció á la muerte su amantísimo Hijo. Porque sabiendo él que no habia otro medio mas conveniente que este para tomar venganza del pecado y desterrarlo del mundo, consintió en la muerte del Hijo por matar á este adversario. Aquí os ruego me digais, ¿qué hará este Señor del hombre que hallare envuelto y abrazado con el pecado, pues esto hizo con su proprio Hijo, cuando tomó sobre sí la carga de los pecados?

Y el mismo Hijo de Dios aborreció tanto este monstruo, que por alcanzarnos fuerzas de gracia para vencerlo, se puso á padecer todas las tempestades y encuentros de los hombres y de los demonios, y todos los azotes de la indignacion divina, merecidos por el pecado. Y no solo lo que sufrió en su sagrada pasion, mas todo cuanto en este mundo hizo y dijo, á este fin entre otros se ordenó; y así dijo Esaías (*a*), que el fruto de todos los trabajos de Cristo era desterrar y quitar de por medio el pecado. De modo que aunque sean innumerables los fructos de la venida y pasion del Hijo de Dios, es tan proprio y tan esencial este de la destruicion y remision de los pecados, que dél mas principalmente hacen mencion todas las sanctas Escripturas, como de raiz y fuente de todos los otros males. Y así el mismo Señor en la postrera cena consagrando su preciosa sangre, dijo (*b*): Este es el cáliz de mi sangre, la cual será derramada por vosotros, y por otros muchos en remision de los pecados. Y el mismo Señor por Sant Lúcas, despues que abrió el entendimiento á los dicípulos para entender las escripturas que dél hablaban, les dijo (*c*): Así está escripto, y así convenia que Cristo padeciese y resuscitase, y luego se predicase penitencia y perdon de pecados en todas las gentes, comenzando dende Hierusalen. Y el apóstol Sant Pedro en los Actos de los apóstoles, predicando el Evangelio á Cornelio Centurion y á su familia, dijo (*d*), que todos los profetas testificaban que los pecados se perdonaban á los hombres por los méritos y pasion deste Señor. Y así el profeta Miqueas hablando dél, dijo (*e*) que nos libraria de todas nuestras maldades, y arrojaria en el profundo de la mar todos nuestros pecados. Y finalmente el sancto Precursor de Cristo, viéndole una vez pasar delante de sí, dijo (*f*): Veis aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. De lo dicho parece claro, que la principal causa del sacrificio de la Cruz fué la victoria del pecado, pagando lo que por él debiamos con tantos dolores, y mereciéndonos por ellos gracia y fortaleza para vencerlos. En lo cual se ve cuán grande sea la malicia deste monstruo, pues tanto fué menester para desterrarlo del mundo.

Muchos y muy espantosos castigos ha habido dende el principio del mundo, con los cuales aquel soberano Juez ha mostrado el extraño odio que tiene contra el pecado, de que las Escripturas sanctas están llenas; y bastaba para esto la pena eterna del infierno, que es proprio castigo dél. Mas todos estos castigos, con ser tan grandes, no declaran tanto la grandeza deste odio, como la venganza que dél tomó el Padre eterno en la muerte de su unigénito Hijo, por haber tomado sobre sí las deudas de los pecados. Por lo cual con mucha razon se queja este Señor del pecador, que despues de tal satisfaccion se atreve á pecar, diciendo por Sant Bernardo: ¿Por ventura no fuí asaz afligido por tus pecados? ¿Por qué añades afliccion al afligido? Ca mucho mas me atormentan las heridas de tus pecados, que las llagas de mi cuerpo.

Pues siendo esto así, ¿quién tiene atrevimiento para cometer un solo pecado? ¿Quién no tiembla de solo el nombre dél? ¿Y quién no tiembla de vivir en un mundo tan malo y en un cuerpo tan flaco, donde tiene tantos motivos y ocasiones para pecar? Y sobre todo esto, ¿quién de los que esto entienden y creen no queda muchas veces fuera de sí, viendo la facilidad con que los hombres cometen tantos pecados, habiendo Dios anegado el mundo y hecho de ángeles demonios, y (lo que mas es) entregado su Hijo á la muerte por los pecados? ¿Veis pues cuánta luz nos da este misterio para entender la malicia del pecado, y para causarnos un cruelísimo odio contra él?

§. ÚNICO.

Estimacion que se debe tener de la virtud y justicia, viendo lo que Dios hizo por ella.

Pues no nos da menor motivo para enamorarnos de la virtud y justicia, de la cual pende nuestra salvacion. Y así el profeta Daniel á estas dos cosas tan principales dice que se ordenó la venida del Salvador (*g*): que son dar fin al pecado, y introducir la justicia y sanctidad en el mundo. Pues en cuánto se deba preciar esta justicia, vese por lo que este Señor hizo sobre esta demanda; pues él mismo en persona quiso venir por embajador y procurador della. Con lo cual declaró bastantemente cuán grande era la causa que tuvo tal embajador, tal orador y tal procurador. Y siendo este Señor el que para criar el mundo no tuvo necesidad mas que de solo querer, cuando quiso tratar de la salud del hombre, ¿cuántas palabras habló? cuántas obras hizo, y cuántas cosas padeció? Pues ¿quién no estimará en mucho un negocio en que Dios puso tanto caudal? Si á los hombres parecia que era pequeño negocio ser virtuosos, y anteponian todos los otros negocios á este, vean por aquí cuánto se deba anteponer este á todos los otros; pues la causa de tan gran misterio y de todo lo que el Hijo de Dios en este mundo obró, fué hacer al hombre amador de la virtud. Así lo confiesa Sant Augustin por estas palabras: Decendiste á este mundo, vida mia, y destruiste mi muerte con tu vida; y sonó tu voz en el mundo como un trueno, clamando con palabras y obras, con muerte y vida, con bajar y subir al cielo, que nos volvamos á tí; y esta vuelta no puede ser por otro camino que el de la virtud. Pues ¿qué cosa mas encarecida que la que por tantos medios se encomendó? Cuando un hombre sabio sobre un pleito que trae, va y viene muchas veces á Roma, entendemos que debe ser el negocio de grande importancia, que le hace andar tantos y tan largos caminos. Y pues aquel tan sabio Hijo de Dios tantos caminos anduvo sobre este negocio, como fué bajar hasta la tierra, hasta el pesebre, hasta la cruz, hasta el sepulcro, hasta una parte del infierno, argumento es que debe ser grandísimo el negocio que trata, pues tantas expensas y caminos le cuesta. Y por tanto si este Señor, no siendo

(*a*) Esai. 27. (*b*) Matth. 26. (*c*) Luc. ult. (*d*) Actor. 10. (*e*) Mich. ult. (*f*) Joann. 1.

(*g*) Dan. 9.

suyo el negocio, sino tuyo, tanto lo estimó por su sola bondad, tú, cuyo es el negocio, cuya es la causa, y cuyo es todo el provecho della, ¿en cuánto será razon que lo estimes? ¿Ves luego cuán abiertamente se conoce por este misterio el valor y precio de la virtud, y cuánto queda el hombre por esta razon obligado á estimarla y aficionarse á ella?

CAPITULO XIV.

Octavo fructo del árbol de la Cruz, que es la caridad.

Despues de haber tratado en comun del amor de la virtud y aborrecimiento del pecado, síguese que tratemos luego de algunas particulares virtudes, para las cuales hallarémos grandes ejemplos y motivos en el misterio de la Cruz. Porque (como se suele decir) la doctrina moral es de poco provecho tratada generalmente, si no se deciende á lo particular. Por tanto, habiendo de escribir aquí destas virtudes, comenzarémos por la mayor dellas, que es la caridad: de cuyas excelencias tratámos algo en dos libros del amor de Dios, á los cuales remitimos al cristiano lector. Solamente dirémos aquí que la caridad es reina y señora de todas las virtudes: ella la vida, la forma, y el ánima y la hermosura dellas, sin la cual (como dice el Apóstol) (*a*) ni la fe, ni la esperanza, ni la profecía, ni el martirio, ni el hablar en lenguas de hombres, ni de ángeles, ni otra alguna virtud tiene precio ni mérito ante Dios. Y sobre todo esto ella es la que nos da fuerzas y aliento para todas las obras virtuosas. Porque esta es la condicion general del amor, esforzar al hombre para cualquier trabajo que se deba de hacer por la cosa que ama. El amor del dinero hace al hombre ir hasta el cabo del mundo, y no recelar peligros de mar ni de tierra. El amor hace con los padres sufrir todas las molestias y cargas de sus hijos, y desposeerse de cuanto tienen por remediarlos. De suerte que, cuando es menester caminar, sirve de piés; cuando dar, sirve de manos; cuando llevar cargas, sirve de hombros, y cuando acometer peligros, sirve de ánimo y corazon. Pues para alcanzar esta virtud habia un grande impedimento, así por parte de la bajeza de nuestra naturaleza, como por parte de la alteza de la divina. Porque como el espíritu del hombre esté ahí atado y como sumido en este cuerpo material, y no pueda entender nada sino por las imágines de las cosas sensibles, no se aplica tan fácilmente á amar sino las cosas sensibles, porque en las espirituales no halla tomo, aunque sean mucho mas nobles. Pues como Dios sea un espíritu altísimo y purísimo, y esté infinitamente encumbrado sobre todo lo criado, y tenga él otra manera de sér tan diferente de todo otro sér criado, parecerle ha al hombre ignorante que ningun linaje de proporcion hay entre el hombre y él, para que lo haya de amar con summo amor (como él merece) no pudiéndolo ver ni imaginar como á las cosas que en la tierra ama. Y así se escribe de un simple ermitaño (*b*), que teniendo el error de aquellos herejes que ponian en Dios miembros humanos, como fuese desengañado deste error, no acertaba á contemplar en Dios como solia, y quejábase diciendo: ¡Ay! que me han quitado á mi Dios!

Pues ¿qué remedio para esta rudeza humana? Hallólo la sabiduría divina muy conveniente con el misterio de la encarnacion: por el cual el mismo Hijo de Dios se vistió de carne, y conversó en este mundo con los hombres; y desta manera ya el hombre de carne, que no sabía amar sino cosas envueltas en carne, tiene á su Dios vestido desta ropa tan acomodada á su propria naturaleza. Desta manera pues, aquel purísimo espíritu, envuelto en carne, se hizo amable á los hombres que no sabían amar sino cosas de carne. Lo cual (como adelante verémos) nos representa aquel calor que recibió la carne del niño muerto, hijo de la huéspeda de Heliseo, cuando el Profeta se encogió y se tendió sobre él (*c*).

§. I.

Descubriónos Dios sus amabilísimas condiciones, para enamorarnos de sí en este soberano misterio.

Mas hay aun aquí otra cosa mucho para considerar, y es que la principal dificultad que el hombre hallaba en levantarse á amar aquel Espíritu altísimo, era no saber las propriedades y condicion que tiene para con los hombres, por ser aquella soberana substancia infinitamente aventajada sobre la nuestra, y así imaginaría que no tiene las propriedades acomodadas á nuestro amor. Pues para sacarnos deste engaño, y quitar este impedimento, decendió el Hijo de Dios del seno de su padre á este mundo, y conversó con los hombres, con tanta caridad, con tanta mansedumbre y humildad, con tanta piedad y blandura, con entrañas de tanta misericordia y compasion de las miserias humanas, con tanto celo de la salvacion de las ánimas, que todos los pasos de su vida sanctísima empleó en remediar las enfermedades de los cuerpos, y en procurar la salvacion de las ánimas. Pues ¿qué diré de las entrañas de misericordia que mostró cuando vió la ciudad de Hierusalem, llorando y lamentando su caída (*d*)? Por donde las primeras palabras que habló en la Cruz fuéron rogar al Padre por los que en aquel tiempo, no contentos con ver lo que padecia, estaban escarneciendo dél (*e*). ¿Qué diré de aquella tan profunda humildad que mostró el mismo dia que resucitó, enviando á la sancta Magdalena con este recado (*f*): Vé á mis hermanos, y diles que subo á mi Padre, y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios? Pues ¿qué mayor humildad y blandura, que el Señor de todo lo criado llamase á unos rústicos pescadores hermanos suyos, y mas habiéndole sido dos dias ántes tan desleales, que al tiempo de la pasion echaron á huir, y le dejaron en medio de sus enemigos? Finalmente, tanta fué la blandura de su piedad y misericordia para con los flacos, mayormente en su primera venida, que por eso en las escripturas, así del Viejo como del Nuevo Testamento, es llamado Cordero. Porque así lo llama Esaías (*g*), así el sancto Baptista (*h*), y Sant Juan Evangelista, en su Apocalipsi (*i*).

Es tambien una señalada condicion de aquella infinita bondad tener grande amor á los buenos, y grande aborrecimiento á los malos, en cuanto malos. La primera destas dos cosas nos mostró, cuando diciéndole un hombre que su madre y sus hermanos le buscaban, respondió (*k*): ¿Quién es mi madre, y quién mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos, dijo: Estos son mi madre y mis hermanos. Porque quien quiera que hiciere la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. Pues ¿con qué palabras se pudiera encarecer mas la dignidad de los

(*a*) 1. Cor. 13. (*b*) Somniavit. Tertullianus. Apud August. epist. 157. Optato.

(*c*) 4. Reg. 4. (*d*) Lucæ 19. (*e*) Lucæ 23. (*f*) Joan. 20. (*g*) Esai. 53. (*h*) Joan. 1. (*i*) Apoc. 5. (*k*) Matth. 12.

buenos, y la grandeza del amor que Dios les tiene? Pues el aborrecimiento de los malos mostrólo en las reprehensiones tan libres de la hipocresía, avaricia, ambicion, y supersticion de los sacerdotes y fariseos: por las cuales por tantas artes y maneras le persiguieron, y no descansaron hasta ponerle en la cruz; y aun allí no cesaban de crucificarle con sus lenguas. Este mismo odio mostró entrando en el templo. Porque vistas las mesas, y el dinero, y el ganado que dentro dél estaba para venderse (*l*), hizo un azote de los cordeles que allí habia, y con una extraña severidad, á fuerza de azotes, echó los merchantes del templo, y derribó las mesas y las sillas dellos, y derramó el dinero que estaba sobre las mesas. Pues ¿quién no ve por este tan grave castigo el aborrecimiento que este Señor tiene á los malos? Mas por otra parte, cuánta haya sido su caridad y benignidad para con buenos y malos, muy bien lo declaró en aquellas suavísimas palabras, con que convida y llama á los unos y á los otros, diciendo (*m*): Venid á mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os daré refrigerio. No acabariamos á este paso de contar las virtudes y noblezas que este clementísimo Señor nos mostró en su vida sanctísima. Pues segun esto, quien quisiere saber las propriedades y condiciones que tiene aquel altísimo y soberano Señor para con los hombres, ponga los ojos en este retrato y imágen del Padre, y en él como en un perfectísimo espejo verá las entrañas y la condicion de aquel Señor que quiere amar. Porque realmente tal es el Padre, cual el Hijo que salió del seno del Padre. Y así dijo él á Sant Filipe (*n*): Filipe, quien ve á mí, ve á mi padre. Y pues tan amable se nos representa aquí el Hijo vestido de carne, sepa que tal es el Padre, aunque esté libre y exempto de toda carne. En lo cual se ve con cuánta razon dijo el Apóstol (*o*) que era grande el sacramento que se habia mostrado en la carne. En lugar de las cuales palabras otros trasladaron: Dios se manifestó en la carne. Porque verdaderamente con ninguna de cuantas obras tiene Dios hechas, manifestó y descubrió tanto al mundo quién él era, y las propriedades que tenia, como enviando el Hijo que salió de su seno al mundo, vestido de nuestra carne; para que conociendo á Dios en esta forma visible, se levanten nuestros corazones al amor de las cosas invisibles.

Este tan grande motivo de amor de Dios sacamos del misterio de la Encarnacion. Mas con este sacamos otros mayores del misterio de la pasion. Porque tres cosas señaladamente mueven nuestra voluntad á amar una persona. La primera es la bondad, la segunda los beneficios, la tercera el amor: que es ser amado de la tal persona. Porque primeramente la bondad es objecto tan proprio de la voluntad, como el color de la vista; y así no puede nuestra voluntad amar sino lo que es bien, ó tiene aparencia dél. Los beneficios otrosí son tan poderosos para causar amor, que hasta las fieras reconocen y aman á sus bienhechores; de cuyos ejemplos están llenas las historias. Tambien el ser amado mueve mucho mas al retorno del amor. La razon es, porque el amor es el primero, y el mayor, y como raiz de todos los otros beneficios: ca por este se da el hombre á sí y á todas sus cosas, pues todas ellas, como dicen, son comunes á los amigos. Estas tres causas de amor se hallan de tal manera en el misterio de la Cruz, que parece que ni la muestra de la bondad y caridad de Dios pudiera ser mayor, ni el beneficio mas crecido. Destas tres cosas tratarémos al presente; aunque de la bondad se tratará adelante en su proprio lugar. Agora comencemos por el beneficio recebido.

§. II.

Soberanos beneficios y riquezas inestimables que se nos comunican por este misterio.

La grandeza deste beneficio se conoce por lo que en él se nos dió, y mas por la manera en que se dió, y mucho mas por la causa que se dió. Lo que se nos dió (como dice el Apóstol) son bienes incomprehensibles. Y así dice él (*p*): A mí, el menor de los sanctos, fué dada gracia para predicar á las gentes las riquezas incomprehensibles que se dieron al mundo por Cristo, y para alumbrar á todos y declararles la dispensacion y misterio deste sacramento escondido en todos los siglos en el pecho de Dios vivo, que crió todas las cosas. Y especificando mas el mismo Apóstol la grandeza destas riquezas, dice un poco ántes (*q*): Dios, que es rico en misericordias, por la grandeza de la caridad con que nos amó, estando muertos nos dió vida por Cristo (por cuya gracia somos salvos), y nos resuscitó juntamente con él, y nos asentó en las sillas celestiales para mostrar en los siglos advenideros la magnificencia y riquezas de su gracia y bondad, de que usó con nosotros por Cristo su hijo. Hasta aquí son palabras del Apóstol: en las cuales levanta tanto al hombre caido que de esclavo de Satanas lo hermana con Cristo y hace semejante á él; pues con él recibe vida, y con él juntamente resuscita, y con él sube á los cielos, y recibe silla en ellos; porque de todos estos bienes gozarán los escogidos por el misterio de la Cruz. Y para resumirlo todo en una palabra, por este misterio se nos dan bienes de gracia y gloria, que son las dos mayores cosas que la omnipotencia de Dios puede dar á una pura criatura. Y esta gracia, que es, como dicen los sanctos, gloria comenzada, se nos da por Cristo en tanta abundancia, que dice el mismo Señor (que nos la mereció) en el Evangelio estas palabras (*r*): Si alguno entrare por mí (que soy la puerta para ir al Padre), entrando y saliendo por esta puerta, hallará pastos para su ánima abundosos. El ladron no viene sino para hurtar, y matar, y destruir el ganado; mas yo vine para que mis ovejas tengan vida, y no como quiera, sino en grande abundancia. Pues esta abundancia es la muchedumbre y riqueza de las gracias y dones del Espíritu Sancto que nos fuéron dados por Cristo; la cual fué figurada en las grandes riquezas que hubo en tiempo de Salomon, donde era tanta la abundancia de la plata como de las piedras, y de los cedros como de las higueras locas que nacen en los campos (*s*). Y por esta abundancia temporal quiso el Espíritu Sancto representar la abundancia de las riquezas espirituales de la gracia que se nos habia de dar en el tiempo que reinase el verdadero Salomon, que es Cristo. Lo cual en parte se ve en la virtud de los sacramentos que dan gracia al que dignamente los recibe, y señaladamente en el mayor dellos, que es el divinísimo sacramento del Altar.

§. III.

Trabajos que costó al Hijo de Dios la riqueza que se nos da tan de balde.

Mas miremos agora por qué medio, esto es, por cuántos trabajos nos ganó el Hijo de Dios esta abundancia de

(*l*) Matth. 21. (*m*) Matth. 12. (*n*) Joan. 14. (*o*) 1. Timot. 3.

(*p*) Ephes. 3. (*q*) Cap. 2. (*r*) Joan. 10. (*s*) 3. Reg. 10.

bienes, que es una de las consideraciones que mas enternece los corazones de los sanctos. Y así dice sant Buenaventura: Mira agora, hombre, y diligentemente piensa las maravillas que el Señor obró sobre la tierra. Dios es escarnecido, para que tú seas honrado; el innocente es azotado, para que tú seas consolado; el justo es crucificado, para que tú seas absuelto; el Cordero sin mancilla es muerto, para darte de comer; y su costado es abierto, para darte de beber. Y conforme á esto dice Sant Bernardo (*t*): Aquella Majestad singular quiso morir para que viviésemos; y servir, para que reinásemos; y ser desterrado, para restituirnos nuestra patria; y abatirse á cosas muy bajas, para hacernos señores de todas sus cosas. Y Sant Augustin, hablando en figura de Cristo, repite cuasi la misma sentencia por estas palabras: Siendo tú enemigo de mi Padre, te reconcilié con él; y estando apartado, te reduje á él; y andando descarriado entre montes y breñas, te busqué, y sobre mis hombros te traje, y te presenté á mi Padre. Por tí trabajé, sudé, ofrecí mi cabeza á las espinas, mis manos á los clavos, mis espaldas á los azotes, mi costado á la lanza, y finalmente toda mi sangre derramé por tí; mas ¡ay! que pecando te apartas de mí. Pues ¿qué daré yo al Señor por tal remedio y por tal manera de remediar? Con razon dice Sant Bernardo (*v*), que toda la vida debemos á quien por nosotros puso la suya, y á quien tan grandes tormentos padesció porque tú no padescieses eternos tormentos. Pues ¿qué cosa podrá ya ser dura al hombre, viendo que aquel mas hermoso que todos los hijos de los hombres quiso ser crucificado por él? ¡Oh misericordia no debida! oh gracioso beneficio! oh amor nunca pensado! oh espantosa dulcedumbre! ¡Que el Rey de la gloria haya querido morir y ser crucificado por un gusanillo despreciado! Oh cuán dulce amigo! oh cuán poderoso ayudador! oh cuán prudente consiliario! oh cuán grande amador, que mostrándose tan grande cuando te crió, tanto se humilló cuando te reparó! ¡Allí tan alto y aquí tan bajo! Pero no ménos amable aquí que allí. Allí poderosamente te dió cosas grandes, aquí misericordiosamente sufrió por tí cosas duras; y por levantarte al lugar donde habias caido, tuvo él por bien bajar donde tú estabas prostrado; y para que se te diese lo que justamente habias perdido, quiso él piadosamente sufrir lo que tú habias merecido, que fué la muerte á que estabas condenado. Mas para que sepamos apreciar este beneficio, pongamos los ojos en la dignidad de aquella sacratísima humanidad de Cristo, que en este beneficio entrevino; la cual era dél amada y estimada sobre todas las cosas criadas. Y esto podrá fácilmente cada uno entender por el grande amor que el ánima tiene á su cuerpo; pues se escribe en el libro de Job (*x*), que piel por piel (esto es, pieza por pieza) dará el hombre, y todo cuanto tiene por su vida. La razon deste tan grande amor es, porque el ánima da el sér que ella tiene á su cuerpo, y así lo ama como á cosa suya y parte de sí misma. De donde nasce que en apartándose el ánima del cuerpo, luego el cuerpo pierde el sér y vida que tenia. Pues es agora de notar que así como el ánima da al cuerpo el sér que tiene, así el Verbo Divino, privando aquella sacratísima humanidad del sér humano que hubiera de tener, le da su proprio sér divino; puesto caso que no sea forma della, como lo es el ánima del cuerpo, y por esta causa la ama sobre todo lo criado con incomprehensible amor. Pues siendo esta sacra humanidad amada con tal amor, ¿quién podrá explicar cuán grande beneficio haya sido poner el Hijo de Dios la vida de cosa tan amada por el reparo de la nuestra? Esto puede así brevemente decirse, mas no hay entendimiento humano que lo pueda comprehender. Por lo cual quiero fingir un ejemplo mas palpable, para que siquiera por él entienda algo nuestra rudeza de la grandeza deste beneficio y de la muestra deste amor.

Escríbese en la vida de Sancta Catalina de Sena, que despues de fallescido su padre, rogó á nuestro Señor le eximiese de las penas de purgatorio; mas porque el defuncto no estaba tan libre de culpas, que no fuese necesario (segun las leyes de la divina justicia) ser primero purgadas, fuéle respondido que aquello no se podia hacer, sino tomando ella á cargo la satisfaccion de aquellas penas, padesciendo toda la vida un dolor de ijada. Lo cual la vírgen acceptó de buena voluntad; y así padesciendo ella esta enfermedad, libró al padre de aquella obligacion. Pues finjamos agora que estuviese un hombre noble y virtuoso en una cama con terribles accidentes de piedra, de gota, de jaqueca, de estómago y de otros males semejantes, dando voces con la fuerza de los dolores, aplicándole los médicos muchas maneras de remedios en vano. Pues si estando él así tan congojado, y toda su familia turbada y revuelta con la congoja de su señor, entrara esta vírgen, y viendo lo que pasaba se enterneciera tanto con aquellas sus entrañas de caridad, que se pusiera en oracion y pidiera á nuestro Señor con grande instancia que librase aquel doliente de tan grandes dolores, y que ella se ofrescia á padescerlos todos por él; y acceptándole Dios esta peticion, y quedando por ella el enfermo libre de tan grandes dolores á costa de la vírgen: pregunto ¿qué haria este hombre noble y agradescido, cuando por este medio súbitamente se viese sano? Qué gracias le daria? Qué servicios le prometeria? Con qué palabras le agradesceria esta tan grande caridad? A qué trabajos y caminos, á qué gastos y expensas no se obligaria en servicio desta vírgen? Qué bienes tendria en su casa, que no los pusiese en manos della? Qué devocion le tendria toda su vida? Qué lágrimas tan dulces derramaria cuando se acordase deste beneficio y desta tan extremada caridad? Y sobre todo esto, ¿qué compasion tendria de la vírgen cuando la viese estar penando con todos aquellos dolores que él padescia? Pues, ¡oh desagradescimiento humano, que no sabes siquiera por semejantes ejemplos estimar lo que debes á tu Redemptor! Porque ¿qué es este beneficio, si se compara con el de nuestra redempcion, sino una pequeña sombra de bien? Porque lo mas que en aquel se dió fué salud del cuerpo, mas aquí se da del ánima, que sin comparacion es mayor; allí se dió salud temporal, aquí se da eterna; allí fué librado aquel doliente de dolores que se acaban con la vida, mas aquí fué librado el hombre de tormentos que nunca se acabarán; allí una pobre mujer, hija de un tintorero, se quiso obligar á padescer lo que aquel hombre noble padescia (lo cual es cosa que muchas veces ha acaecido en el mundo, ofresciéndose un fiel vasallo á la muerte por librar su rey), mas aquí por el contrario, el altísimo Hijo de Dios, y el Rey de los reyes, y Señor de todo lo criado, se quiso poner á recebir todas las penas que su vil y desconocido esclavo merescia, para librarlo dellas.

(*t*) Sup. Cant. serm. 22. (*v*) Serm. de Quadruplici debito, in med. (*x*) Cap. 2.

§. IV.

Sube de punto la consideracion deste inestimable beneficio.

Hay aquí otra circunstancia bastante para hacer atónitos todos los corazones, que es la tercera cosa que (como arriba notamos) engrandece este beneficio: conviene saber, la causa porque este clementísimo Señor se quiso ofrecer á tan grandes encuentros. La cual no fué necesidad, ni obligacion, ni merescimientos humanos, ni interese alguno, ni gloria que ya no tuviese merescida, sino sola bondad, sola caridad, sola piedad, sola misericordia, sola benignidad, sola compasion de nuestras miserias y deseo de nuestro remedio, y finalmente, como dice Zacarías (y), por solas las entrañas de su misericordia nos vino á visitar dende lo alto, para alumbrar á los que estaban asentados en tinieblas y sombra de muerte, y guiar nuestros pasos por el camino de la paz. Y llama aquí *entrañas de misericordia*, porque en este hecho se desentrañó Dios y hizo á manera de aquel que no teniendo ya que dar á quien bien quisiese, le diese (como suelen decir) las entrañas. Y esto es lo que tantas veces cantamos en el Credo, cuando decimos que este Señor por nosotros los hombres, y por nuestra salud (esto es, no por su salud, ni por cosa que interesase) descendió del cielo, y encarnó, y padesció, y fué sepultado. Pues ¿qué piedad, qué bondad, qué largueza, qué nobleza se puede imaginar mayor?

Y lo que mas es, pudiendo remediarnos este Señor por otras mil maneras si quisiera, quiso escoger esta que á él era mas costosa, por ser á nosotros sin comparacion mas provechosa. Y no debe pensar el hombre, que debe ménos por este beneficio que él recibe, por ser otros muchos los que gocen dél; porque, como dice Sant Crisóstomo (z), este ha de ser el afecto y presupuesto del fiel siervo de Dios, que los beneficios hechos á todos ha de agradescer tanto como si á sí solo fuesen hechos, y de todos ellos se ha de tener por deudor; pues no rescibe dellos menor fructo, gozándolos muchos, que si él solo los gozara. Porque no menor beneficio rescibe del sol el que mediante su luz ve como todos ven, que si él solo viera. Esto es de Crisóstomo.

Pues siendo esto así, ¿cómo no nos deshacemos en servicio de tal Señor? cómo no nos derretimos como la cera en el fuego con la fuerza deste amor? cómo no deseamos padescer mil martirios por quien tantos por nuestra causa padesció? cómo puede nuestro corazon olvidar este beneficio, y cesar nuestra boca de las alabanzas deste Señor? cómo nos podemos contener de dar aquellas voces que dió Moisen (a) cuando vió la figura deste misterio en el monte, proclamando á grandes voces la grandeza de la misericordia que allí le fué descubierta? cómo finalmente no nos compadescemos deste Señor, cuando le vemos oprimido y cercado de tantas angustias y dolores por nuestro amor, viendo que él tomó sobre sí nuestra causa, para que á costa de lo que padescia el Señor, quedase libre su esclavo? Digamos pues todos con Sant Augustin: Maravillémonos, alegrémonos, amemos, alabemos y adoremos á este Señor; pues por su muerte somos reducidos de muerte á vida, de las tinieblas á la luz, del destierro á la patria, de la corrupcion á la incorrupcion, de las lágrimas al alegría, y de la eterna miseria á la gloria perdurable. Pues ¿qué corazon habrá tan de piedra, que no se enternezca con la grandeza deste beneficio, y no se regale con el fuego deste amor? Pues, ó Señor mio Jesucristo, que no quisiste perdonar á tí por amor de mí, suplícote quieras de tal manera herir mi corazon con tus heridas, y embriagar mi ánima con tu sangre, que do quiera que pusiere los ojos te vea crucificado, y cualquiera cosa que mirare me parezca estar teñida con tu sangre: para que transformado todo en tí, ninguna cosa halle fuera de tí, y ninguna pueda ver sino tus llagas.

Esta sea, Señor, mi consolacion, ser crucificado contigo; y esta me sea íntima afliccion, pensar algo fuera de tí. Esto baste para entender en alguna manera la grandeza deste beneficio (*), y amar al dador por él.

§. V.

Conjeturas por donde se rastrea algo la grandeza del amor que resplandece en este soberano misterio.

Agora veamos la otra causa de amar, que es el amor inestimable que este Señor nos tuvo. Pues como haya muchos medios por donde este amor se descubre, uno de los mas principales es padescer trabajos, y señaladamente muerte por la cosa amada: por lo cual dijo el Señor (b): Nadie tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos. Y para mas declaracion desto es de saber que los filósofos proceden de dos maneras en el conoscimiento de las cosas; porque unas veces proceden por el conoscimiento de los efectos al de las causas, y otras por el de la causa á los efectos, que es mas noble manera de proceder. Pues de ambas maneras procederémos aquí, para venir en conoscimiento de la grandeza deste amor; el cual es tan grande, que, como dice el Apóstol (c), sobrepuja todo conoscimiento, no solamente de los hombres, mas tambien de los ángeles: los cuales aunque tengan grandísimo entendimiento, no llegan á comprehender la grandeza desta caridad. Pues si el entendimiento angélico no basta para alcanzar este conoscimiento, ¿cómo bastará el humano, que tan rastrero y tan corto es para penetrar las cosas divinas?

Mas porque del todo no carezcamos deste conoscimiento (en que tanto nos va), pondré aquí tres grandes conjecturas, por las cuales se verá claro la grandeza desta caridad, y la promptitud de ánimo con que este Señor se ofreció á tantos trabajos por nuestro remedio. La primera es la grandeza de la gracia y caridad que le fué dada: la cual sobrepuja tanto á la caridad y gracia de los sanctos, cuanto la lumbre del sol á la de las estrellas; pues si muchos de los sanctos mártires, por una pequeña parte que desta caridad tenian, se ofrecian tan alegre y esforzadamente á los mas crueles tormentos del mundo, ¿con qué promptitud y esfuerzo de corazon se ofreceria este Señor al martirio de la Cruz por la gloria de su Padre, y remedio del mundo, pues tanto mayor caridad y gracia tenia? Esto en alguna manera se puede conjecturar; mas ni se puede comprehender, y mucho ménos explicar con palabras. Mas puede el ánima devota zabullirse en este abismo tan profundo, para que por aquí vea la promptitud y devocion con que este tan grande amador se ofrecia á todos los encuentros y tempestades de los miembros de Satanas por nuestro remedio.

La segunda conjectura mucho para notar es la grandeza y muchedumbre de beneficios, que esta ánima

(y) Luc. 1. (z) Hom. in Psalm. 41. tom. 1. de Jejunio. Hom. 72. ad Pop. tom. 5. Ex cap. 8. Matth. hom. 26. tom. 2. (a) Exod. 34.

(*) En otros ejemplares se lee: y ante el dador por él.
(b) Joan. 15. (c) Ephes. 3.

sanctísima rescibió en el primer instante de su concepcion: de los cuales tratamos mas copiosamente en otro lugar. Mas aquí brevemente dirémos que todos los tesoros, riquezas y grandezas que Dios tenia, depositó en esta sagrada humanidad ante todo merescimiento. Porque despues de la mayor de todas las gracias que la omnipotencia de Dios puede dar (que fué la union con el Verbo Divino en una misma persona), estaba claro que se habian de dar á aquella ánima sanctísima todos los arreos, y gracias, y riquezas que convenian al ánima desposada en unidad de persona con tal Señor. Pues cuando esta ánima sanctísima se viese así engrandescida con tantos privilegios y dones ante todo merescimiento, ¿con qué amor amaria al dador de tan grandes bienes? con qué ardor desearia agradar y glorificar á tal bienhechor? Y entendiendo que la mayor gloria que le podia dar, y el mayor servicio que le podia hacer, era sanctificar las ánimas, y reducirlas á su servicio y obediencia, y que todo esto se habia de obrar mediante el sacrificio de su pasion, ¿con qué voluntad, con qué devocion, con qué ardor se ofreceria á esta pasion, con la cual el Padre eterno habia de ser tan gratificado, y el hombre tan copiosamente redemido? Pues ¿ qué entendimiento podrá estimar esto como ello merece?

§. VI.

Prosigue la misma materia con la consideracion de la obediencia de Cristo, y superabundantísima satisfaccion.

La tercera conjectura deste amor es la perfectísima obediencia de Cristo en cuanto hombre. Porque una de las virtudes que mas resplandesció en las vidas de los sanctos, fué la perfeccion de su obediencia: como nos representan aquellos misteriosos animales del profeta Ezequiel (*d*), de quien dice que do quiera que sentian el ímpetu ó movimiento del espíritu, allí caminaban sin volver atras. Y esto tambien nos declara la promptitud de aquella tan grande obediencia de Abraham: el cual en oyendo la voz de Dios que le mandaba sacrificar su muy amado hijo Isaac, no dilató el negocio de dia en dia, sino luego levantándose de madrugada partió con el hijo para el monte donde lo habia de sacrificar. Pues si tal era la obediencia de los sanctos para con Dios, ¿cuál sería la del Sancto de los sanctos, que tanto mayor caridad y gracia tenia? Pues á este hijo tan obediente mandó su eterno Padre que amase á los hombres; y de tal manera los amase, que tomase sobre sí todas sus deudas y pecados, y se ofresciese al sacrificio de la muerte por ellos.

Y así dice él por Sant Juan (*e*): Poder tengo para poner mi vida, y despues para tomarla; porque este mandamiento me fué dado por mi Padre. Pues siendo tan grande la obediencia de Cristo para con su Padre, ¿con qué amor nos amaria el Hijo tan obediente, y con qué voluntad se ofreceria á la muerte que le era mandada?

Mas cuanto esta caridad es mas incomprehensible, tanto nos hace á este Señor mas amable. Por la cual razon, no contento con el sacrificio de una simple muerte, quiso él juntar con ella tantas otras maneras de injurias y dolores, que ni en su sacratísimo cuerpo quedase parte sin tormento, ni en aquella república algun estado de personas que no entreviniese en su afliccion. El rey Heródes lo escarneció, el presidente lo sentenció, el discípulo lo vendió, los apóstoles lo desampararon, los pontífices y fariseos lo acusaron, los gentiles lo azotaron, las voces del pueblo furioso lo condenaron, y los soldados lo crucificaron. Pues ¿qué diré de los tormentos de todo su sacratísimo cuerpo? Aquella cabeza, como dice Sant Bernardo (*f*), de que tiemblan los poderes del cielo, es pungida con crueles espinas; aquel rostro, mas hermoso que todos los hijos de los hombres, es afeado con las salivas de aquellas infernales bocas; los ojos, mas resplandecientes que el sol, están escurescidos con la presencia de la muerte; los oídos, que oyen cantares de ángeles, oyen escarnios y blasfemias de pecadores; la boca, que enseña los espíritus soberanos, es amargada con hiel y vinagre; las manos, que dieron salud á tantos enfermos, están afijadas en duros clavos; los piés, cuyo escabelo es adorado por ser sancto, están atravesados en un madero; el sagrado pecho traspasado con una lanza; el cuerpo concebido de Espíritu Sancto, desnudo al frio, al aire, y á la vista del mundo; y todos los miembros y huesos dél tan estirados que, como el Profeta dice (*g*), uno á uno se podian contar. ¡Oh amor que todas las cosas vences! ¿cómo te encruelesces tanto contra la misma fuente de donde nasces? ¿Hasta cuándo has de perseguir al innocente? Hasta cuándo, siendo tan dulce y tan suave para con todos, eres tan cruel para aquel de quien procedes? Pues el dulce Jesus no extraña tan gran fuerza de dolores, ni se mueve con tan gran lluvia de penas y aficciones, para entibiarse en el propósito comenzado; mas ántes con un incomprehensible deseo de nuestra salud, todo lo sufre por ella. Porque ningun hombre amador desta vida tanto deseó vivir, cuanto este Señor deseó morir por dar salud y vida á nuestras ánimas.

El cual no contento con todos estos dolores de su sacratísimo cuerpo, no quiso tener el ánima libre de pasion; la cual tenia traspasada con tres clavos de entrañable compasion. El uno era de su innocentísima Madre que tenia presente, la cual amaba despues del eterno Padre sobre todas las criaturas, y así era amado della; y conforme á la grandeza deste amor era el dolor de ambos. Y así dice Sant Crisóstomo, que en este misterio habemos de contemplar dos altares: en el uno de los cuales se sacrificaba la carne del Hijo, y en el otro el ánima de la Madre. El otro clavo era de compasion de todos los que conoscia haber de ser ingratos á este beneficio, y no habian de querer aprovecharse deste tan grande y tan copioso remedio. Y el tercero era de compasion de la ceguedad de aquel pueblo miserable, viendo cómo de ahí á pocos dias habia de ser totalmente destruido por aquel tan gran pecado; de cuya perdicion tenia tan grande sentimiento, que la primera palabra que habló en la Cruz, fué rogar al Padre por él (*h*), como por cosa que mas le dolia.

Y porque nosotros habiamos ofendido á Dios con todos nuestros sentidos y miembros, haciendo dellos armas, como dice el Apóstol (*i*), para servir al pecado, quiso él satisfacer por todas estas ofensas con los tormentos de los suyos; para que así pagasen los tormentos del cuerpo verdadero por los pecados de los miembros del cuerpo místico, que era todo el género humano. Desta manera con las manos enclavadas pagó por las malas obras que cometieron las nuestras; con los piés afijados en el madero, por los malos caminos de los nuestros; con la lanzada de su sagrado pecho, por la deshonestidad de nuestros pensamientos; con las espaldas rasgadas

(*d*) Ezech. 1. (*e*) Joan. 10.

(*f*) In quod. serm. de Pas. Dom. ad calc. op. (*g*) Psalm. 21. (*h*) Luc. 23. (*i*) Rom. 6.

con azotes, por los deleites sensuales de nuestra carne; con los ojos llorosos, por la cobdicia y curiosidad de los nuestros; con la hiel y vinagre de su boca, por las golosinas y apetitos de nuestra gula; con la púrpura de escarnio, por la vanidad de nuestros atavíos; y con las salivas de su divino rostro y corona de espinas, por los aderezos y galas con que el linaje de las mujeres se compone para ser lazo hermoso del enemigo.

§. VII.

Concluye la materia deste capítulo, arguyendo á nuestra ingratitud.

Pues de todos estos trabajos fué la causa (como dijimos) su ardentísima caridad; la cual fué figurada en aquel viento abrasador que envió Dios por la oracion de Moisen (*k*); el cual arrebató la muchedumbre de langostas que destruian la tierra de Egipto, y las echó y ahogó en el mar Bermejo. Pues ¿qué necesidad tenia Dios desta invencion para limpiar la tierra desta plaga, pues pudiera tan fácilmente destruir toda esta langosta como la pudo producir? Mas quiso él que esto fuese así, para representarnos el ardor de la caridad de Cristo, la cual le movió á tomar sobre sí todos los pecados, que mucho mas que langostas destruyen la hermosura de las ánimas. Los cuales ahogó en el mar Bermejo; porque con el sacrificio de su sangre preciosa los destruyó. Esto es lo que por palabras mas claras nos enseñó el Apóstol, cuando dijo (*l*): Si la sangre de los toros y cabrones, y el rocío de la ceniza de la becerra sacrificada purificaba en el tiempo antiguo las inmundicias corporales de aquella ley, ¿cuánto mas podorosa será la sangre de Cristo, el cual abrasado con fuego del Espíritu Sancto, ofresció á sí mismo purísimo y sin mácula de pecado en sacrificio, para purificar nuestras consciencias de todos los pecados, y así servir á Dios vivo? Cierto es que cuanto va de sangre á sangre, tanto va de sacrificio á sacrificio; lo cual sobrepuja á todo entendimiento.

Pues pasando esto así, ¿quién habrá tan inhumano, que no ame tal amador? ¿Quién no amará tal Redemptor? ¿Quién tendrá corazon tan de piedra, que no se ablande con el calor deste fuego, pues las piedras con él se deshacen? ¿Quién no procurará de padescer por la gloria de su Señor, lo que el Señor padesció por su vil criado? ¿Quién no abrazará y besará aquellas sacratísimas llagas, y adorará aquella preciosísima sangre con que fué lavado y rescatado? ¿Quién no amará puramente y sin esperanza de interese, al que de pura gracia así nos amó, así nos remedió, así nos libró, así nos honró, así nos juntó consigo, así nos reconcilió con su Padre, así nos restituyó á nuestra patria? Pues ¿quién será tan ciego, que no vea por todo lo dicho cuán grandes estímulos y motivos nos da el misterio de la Cruz para amar á Dios? ¿Quién no ve con cuánta razon dijo este Señor (*m*), que venía á poner fuego de amor en la tierra, y queria que ardiese? Esto es en conclusion lo que en otra parte dijo (*n*): Si yo fuere levantado de la tierra, y puesto en cruz, todas las cosas traeré á mí. ¿Con qué fuerzas? ¿Con qué cadenas? Con la fuerza de la caridad y amor que todo lo vence. Por donde con mucha razon exclama Sant Bernardo, diciendo (*o*): ¡Oh buen Jesú, cuán dulcemente conversaste con los hombres! ¡Cuán liberalmente tan largas y copiosas mercedes les heciste! ¡Cuán fuertemente tantas maneras de trabajos por ellos sufriste, duras palabras, y mas duros azotes, y muy mas duro tormento de muerte! ¡Oh endurescidos hijos de Adam, cuyos corazones no enternesce tanta benignidad, tanta llama, y tan grande fuego de amor, y tan vehemente amador, que por tan viles alhajas dió mercadurías tan preciosas! Oh buen Jesú! ¿que á tí con la muerte? ¿Que á tí con los azotes? ¡Nosotros debemos, y tú pagas! ¡Nosotros pecamos, y tú padesces! ¡Obra sin ejemplo! ¡Gracia sin merescimiento! ¡Caridad sin modo! Por tanto, hombre desconoscido, si amas á tí, habiéndote tú destruido, ¿por qué no amarás á aquel que te restituyó? Y si aquel Señor tanto amó á nosotros que somos nada (y porque somos malos, aun ménos que nada), ¿por qué no amarémos á aquel que es summamente bueno, pues lo que él pretendió con este tan grande beneficio, fué inflamarnos en su amor, y ayuntarnos perpetuamente consigo, y finalmente hacernos participantes de su misma bienaventuranza y gloria?

Todo lo dicho hasta aquí sirve para abrasar nuestros corazones en amor de un Señor que tanto bien nos hizo y tanto nos amó, y para esforzarnos á padescer cualquier trabajo por amor de quien tanto por nuestra causa padesció; pues, como dice Sant Gregorio (*p*), el amor de Dios nunca está ocioso: ántes obra grandes cosas, si es amor; y si las deja de obrar, no lo es. Mas ¿qué diré aquí de la malicia y perversidad humana? La cual toma motivo para holgar y descansar, de donde lo habia de tomar para mas trabajar. Mas porque esta perversidad es uno de los mayores males que hay agora en el mundo, contra él disputarémos de propósito en el capítulo que se sigue.

CAPITULO XV.

Nono fructo del árbol de la Cruz, que es la esperanza.

Demas de la caridad teniamos tambien necesidad de la esperanza su hermana; porque como por el pecado quedamos tan desnudos y pobres, no nos quedaba otro remedio sino levantar los ojos á Dios, y esperar remedio dél para todos estos males, muchos de los cuales no se pueden curar sino por él. De manera que en este valle de lágrimas, donde andamos peregrinando, y en este golfo tempestuoso donde á cada hora se levantan nuevas tormentas, esta es el áncora, como la llama el Apóstol (*a*), con que nos habemos de asegurar. Así lo testifican todas las sanctas Escripturas; conforme á lo cual dice el Señor por Esaías (*b*), hablando con su pueblo, que en la virtud de la esperanza estará su fortaleza. Y David dice (*c*): En paz juntamente dormiré y descansaré; porque vos, Señor, pusistes mi remedio en la esperanza de vuestra misericordia. Mas destas autoridades hallarémos muchas en los Salmos, porque apénas hay alguno que no haga mencion desta virtud.

Mas aquí es de notar que hay cuatro principales materias desta esperanza. La primera es de la bienaventuranza advenidera; la segunda, del perdon de los pecados, que son los impedimentos del fructo desta esperanza; la tercera de ser oidas nuestras peticiones; la cuarta de ser socorridos y amparados de Dios en nuestras tentaciones y trabajos. A todas estas cosas y otras semejantes se extiende esta virtud, y para todas tenemos grandes estribos y motivos en el árbol de la sancta Cruz.

Mas entre estas esperanzas la principal es la primera,

(*k*) Exod. 10. (*l*) Hebr. 9. (*m*) Luc. 12. (*n*) Joan. 12.
(*o*) Serm. de Pas. Dom.

(*p*) Hom. 30. in Evang. (*a*) Hebr. 6. (*b*) Esai. 30. (*c*) Psalm. 4.

que es la esperanza de la vida eterna, y de la vision beatífica de Dios, á la cual se ordenan todas estotras esperanzas; y esta nos es grandemente necesaria, porque quitada la esperanza del galardon ¿quién tendrá manos para bien obrar? Este galardon esencialmente consiste en la vision de la esencia divina: para lo cual es necesario que el mismo Dios levante y esfuerce el entendimiento humano con la lumbre que llaman de gloria, y que la misma esencia divina sin ningun otro medio se junte con nuestro entendimiento; con la cual deificado y hecho como Dios, sea poderoso para ver á Dios de la manera que él es en su misma gloria y hermosura, como lo ven los ángeles. Esta union es una de las cosas mas admirables, y mas inefables que hay, y mas increibles al parecer humano, por la infinita distancia que hay entre estas dos naturalezas, divina y humana, para juntarse la una con la otra; y tambien por la condicion y bajeza de nuestro entendimiento, que ni puede penetrar la esencia de las cosas espirituales, ni entender sin las figuras é imágenes de las cosas corporales. Pues porque (como dice Sancto Tomas) con dificultad se podia acabar con el hombre que creyese y esperase una union tan alta y tan admirable, hizo Dios otra mas admirable, que fué la del Verbo divino con la naturaleza humana: para que no desconfíe el hombre que podrá hacerse una cosa con Dios por gracia, pues ve á Dios hecho hombre por naturaleza. Porque, como dice Sant Crisóstomo (*d*), mucho mayor cosa es hacerse Dios hombre por naturaleza, que hacerse el hombre dios por gracia. Y pues vemos hecho lo uno, es razon que creamos y esperemos lo otro, mayormente siendo lo uno causa de lo otro; porque por el misterio de esta union de Dios con el hombre, se da al hombre la union de su entendimiento con Dios.

Ni es menor la dificultad de la esperanza en las otras materias que dijimos. Porque así como el hombre ha de hacer fuerza á su entendimiento para creer lo que no ve, así la ha de hacer á la voluntad, para que espere lo que no posee, mayormente cuando nos faltan y desaparecen todos los presidios y socorros humanos, y por ninguna parte se descubre algun rayo de luz ni de remedio. Porque en este tiempo es dificultoso hacer lo que hizo Abraham (*e*), que es tener esperanza contra esperanza: esto es, no descubriéndose algun remedio por la razon y prudencia humana, esperarlo de sola la misericordia divina. Pues para esto ¿qué ayudas se nos pudieran dar mas poderosas, que las que tenemos en el misterio de la Cruz? Ca todos los motivos de que arriba hecimos mencion, que nos incitan á amar á Dios, esos mismos nos mueven á esperar en él. Porque ¿en quién esperaré yo mas confiadamente, que en un Dios tan bueno? En un bienechor tan largo? En un amador tan grande, y en un padre tan rico, tan piadoso y tan poderoso? Porque si en nadie puede tener un hijo mayor esperanza que en su padre, ¿cómo no esperaré yo en quien es tanto mas padre, y tanto mas me ama, y tanto es mas bueno, y tantos mayores beneficios me tiene hechos? Este es el argumento que nos hizo el mismo Hijo de Dios en su Evangelio, cuando dijo (*f*): Si vosotros siendo malos sabeis dar dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre, que está en los cielos, dará su espíritu bueno á quien se lo pidiere? Pues ¿qué no se podrá esperar de un Padre tan piadoso, que nos dió á su proprio Hijo? Que es otro argumento que hace Sant Pablo cuando dice (*g*): A su proprio Hijo no perdonó Dios, sino entrególo á la muerte por todos nosotros. Pues ¿cómo no nos habrá dado con él todas las cosas? Como si dijera: Quien dió lo mas, y tanto mas, ¿cómo no dará lo ménos, y tanto ménos? Porque todo lo demas que se puede dar, por mucho que sea, es poco en comparacion desta dádiva en que se da el Hijo de Dios. Finalmente si este Señor nos hizo tan grandes mercedes con tanta costa suya, ¿cómo apretará agora la mano, y la encogerá despues de hecha la costa? Este es el principal estribo de nuestra esperanza, y el principal caudal de nuestra hacienda. Pues ¿quién se verá tan derribado y tan desmayado en medio de sus tribulaciones y peticiones, que no se alegre y esfuerce con estas tan grandes prendas y rehenes de la misericordia y providencia paternal de Dios? Quien con esto no se esfuerza, ¿qué cosa habrá que lo pueda esforzar?

§. I.

Perversidad de los que perseveran en sus pecados, confiados en la grandeza deste beneficio.

Mas en este lugar se nos ofrece una materia muy lastimera, que es el abuso y perversidad del corazon humano, de que en el fin del capítulo pasado hecimos mencion, el cual confiado en la grandeza deste beneficio, toma ocasion para perseverar seguramente en su pecado. Porque si preguntáredes á cuantos desuellacaras hay en el mundo, por qué causa perseveran toda la vida en sus maldades, y cómo piensan, viviendo mal, salvarse, luego os acuden con la fe de Cristo, y con la esperanza en su sagrada pasion. De manera que siendo ella el mayor estímulo y motivo que tiene la virtud y el temor de Dios, ellos trastornan y pervierten de tal manera el consejo y beneficio de Dios, que hacen de la medicina ponzoña, y motivos para pecar de lo que habia de ser para le servir y amar.

Este ha sido (y lo es agora) uno de los grandes embustes de nuestro adversario, el cual pretende competir en la maldad con la grandeza de la divina bondad. Porque así como esta tiene por oficio sacar de los males bienes, así por el contrario la malicia del enemigo tiene por estilo sacar de los bienes males. Desta manera hace que de las sanctas Escripturas (que nos fuéron dadas para luz y gobierno de nuestra vida) hayan sacado los herejes tinieblas de errores y perversion de nuestra vida, falsificando y destrozando las palabras divinas, para fundar en ellas sus engaños; y con la misma astucia ha hecho que del divinísimo misterio de la Cruz (que tantos motivos nos ha dado para la virtud) saquen los malos razones y argumentos para perseverar en sus vicios. Porque como todos los hombres, por malos que sean, por una parte deseen salvarse, y por otra rehusan el camino de la virtud (por ser contrario á sus apetitos), han buscado este medio para consolarse y asegurarse en sus maldades, diciendo que ya Cristo pagó por ellos: como si para esto viniera el Hijo de Dios al mundo y padesciera, para hacer á los hombres viciosos, y haraganes, y enemigos de todo virtuoso trabajo.

Pues contra este engaño militan todas las sanctas Escripturas, que tantas veces nos incitan al trabajo de las buenas obras, y juntan el temor de Dios con la esperanza, para que lo uno sea como correctivo de lo otro. Así

(*d*) In Act. Apost cap. 15. hom. 32. tom. 5. (*e*) Rom. 4.
(*f*) Luc. 11.

(*g*) Rom. 8.

dice David (h): Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor. Y dice muy bien *sacrificad*, para significar la sangre, y el trabajo que ha de haber en esta manera de sacrificar. Y en otro lugar (i): Agradan, dice, al Señor los que le temen, y juntamente con el temor esperan en su misericordia. Y el Señor en el Evangelio mandónos despedir de nuestro corazon toda congoja y desconfianza del remedio temporal; y concluye esta materia diciendo (k): Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demas os será dado. De manera que para que la confianza esté segura, ha de estar acompañada con la justicia. Y en otro lugar, tratando de los que en el dia del juicio han de alegar los milagros que hacian por virtud de la fe que tenian, dice que entónces les responderá (l): No os conozco, ni sé quién sois; apartáos de mí todos los que obrais maldad. Pues en la sentencia de la condenacion de los malos, y de la salvacion de los buenos, ¿qué otra cosa se ha de referir este dia, sino las obras de misericordia hechas, ó dejadas de hacer? Y cuando el mismo Señor decia: Quien quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame, ¿exhortábanos por ventura á holgar, ó á trabajar? Y porque no pensase nadie que decia esto á solos los discípulos, escribe Sant Márcos (m) que cuando quiso decir esto llamó al pueblo, que á la sazon presente estaba, y díjolo á todos.

Pues en el Testamento Viejo, ni hace caso de los sacrificios de los malos, ni de sus oraciones, ni de sus cantares, ni de las fiestas que hacian en los sábados y en los primeros dias de los meses, y otros oficios semejantes. Pues ¿qué pide? ¿Qué le agrada? Responde por Esaías (n): Laváos, y alimpiad vuestras consciencias, y quitad la maldad de vuestros pensamientos de mis ojos: cesad de hacer mal, y aprended á hacer bien. Haced justicia, socorred al oprimido, juzgad la causa del huérfano, defended la viuda, y esto hecho argüidme: esto es, ponedme pleito y emplazadme, si no perdonare vuestros pecados. Y el profeta Miqueas, enseñando á los hombres cómo habian de agradar á su Criador, despues de haber recontado muchas maneras de sacrificios, viene á resumirse, diciendo (o): Enseñarte he, hombre, en qué consiste el bien, y qué es lo que Dios te pide. Lo que te pide es hacer juicio, y amar la misericordia, y andar solícito con tu Dios. Y por aquella primera palabra, *hacer juicio*, quiere decir que no vivamos segun los apetitos de nuestra carne, sino segun el juicio de la razon y de la ley divina. Pues estando todas las Escrituras dando voces y declarando que el remedio de nuestra salud está en las buenas obras, y nuestra perdicion en las malas, ¿cómo fué poderoso el demonio para cegar tanto los entendimientos de los hombres, que con sola confianza en la pasion de Cristo, sin echar mano al arado, sino ántes estando mano sobre mano, y perseverando en sus vicios, habian de ser salvos? ¿Quién pudo de tal manera trastornar los entendimientos humanos, que pudiese caber en ellos un engaño tan contrario á todas las Escripturas, á la bondad de Dios, á la lumbre de la razon, al comun entendimiento de las gentes, á todos los ejemplos de los sanctos, y finalmente á todas las leyes divinas y humanas, que nos están exhortando al amor de las virtudes y aborrescimiento de los vicios?

(h) Psalm. 4. (i) Psalm. 32. (k) Matth. 6. (l) Matth. 7.
(m) Marc. 8. (n) Esai. 1. (o) Mich. 6.

§. II.

Cómo es grande error presumir de la misericordia con olvido de la justicia.

Pues por esta causa Sant Bernardo, entendiendo por los dos piés de Cristo la misericordia y la justicia (como en otro lugar alegamos), nos aconseja (p) que no adoremos y besemos el uno sin el otro, esto es, que no abracemos solamente el pié del juicio, porque no desconfiemos; ni tampoco el pié solo de la misericordia, porque no presumamos. Estas virtudes quiere que anden siempre hermanas y juntas, porque dellas pende todo el gobierno de la vida cristiana. Porque el temor del castigo y la esperanza del galardon son como las dos pesas del reloj, que lo traen concertado, ó como dos espuelas para andar por el camino que va á parar á la vida.

Y así como el misterio de la Cruz tiene muy grandes motivos para esperar, así tambien los tiene para temer. Porque si el rigor de la justicia divina es tanto para temer, ¿qué mayor justicia que la que Dios hizo contra el pecado en las espaldas de su Hijo? ¿Qué mayor justicia que estando el Hijo en el huerto con tan grande agonía ántes de la hora de su pasion, sudando gotas de sangre, presentando al Padre eterno (q) aquella natural inclinacion de su carne bendita, que naturalmente rehusaba la muerte, pidiendo que pasase dél aquel cáliz de amargura, que con todo esto conservase tan enteramente el rigor de su justicia, que no quisiese perdonar al hombre sin recebir tan grande satisfaccion como fué la muerte del Hijo?

Demas desto, si por el misterio de la Cruz se ve claro cuánta sea la malicia del pecado, y cuán grande el odio que Dios le tiene (como está ya declarado), ¿quién habrá tan insensible que no tiemble de solo el nombre del pecado? Porque si tan ásperamente castigó el Padre eterno á su unigénito Hijo (que nunca supo qué cosa era pecado, porque se habia ofrescido por fiador de los pecados ajenos), ¿cómo tratará al siervo malo, hallándole cargado de pecados proprios? Porque por esta causa dijo el Señor á las mujeres que lo iban llorando (r): Hijas de Hierusalem, no querais llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras, y sobre vuestros hijos; porque dias vendrán en que digais: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Y entónces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Cubridnos. Porque si esto se hace en el madero verde, en el seco ¿qué se hará? Item, si en Dios todas las virtudes son iguales (pues todas en él son una misma esencia), síguese que tan grande será su justicia como su misericordia. Pues si su misericordia fué tan grande y tan admirable, como el misterio de la Cruz nos declara, ¿qué tal será la justicia, pues es tan grande como ella? Porque sin duda así como por la cuantidad de un brazo sacamos la del otro (pues ambas son iguales), así por la grandeza de la misericordia podemos sacar la de la justicia, pues ambas son de una medida; sino que el dia de la una es ya pasado en la primera venida, y el de la otra no es aun llegado, que será el dia de la venganza. Pues si en el dia que este Señor quiso declarar la grandeza de su misericordia, hizo cosas tan espantables, que bastan para asombrar todos los entendimientos criados, cuando

(p) Sup. Cant. Serm. 6. et in parvis, Serm. 56. (q) Luc. 22.
(r) Luc. 23.

se llegue el dia de la segunda venida, donde ha de declarar la grandeza de su justicia á los que desecharon su misericordia, ¿qué cosas hará? Aunque esto no quita ser mas inclinado á perdonar que á castigar. Antes lo que hará entónces mas rigurosa la justicia, será la grandeza desa misericordia. Porque habiendo hecho él un tan incomprehensible beneficio á los hombres, habiéndolos provocado á su amor con tan grande muestra de amor, habiendo usado con ellos de tan grande benignidad y misericordia, habiéndoles dado un tan grande remedio y aparejo para se salvar, habiéndoles proveido de tanta luz, y de tantos ejemplos, de tantos sacramentos, de tanta gracia y de tanta doctrina; y que con todo esto hayan sido ingratos á tan grandes beneficios y despreciadores de tales ejemplos y remedios, esto ha de hacer su causa mas grave y mas inexcusable, segun aquello que dijo el Señor (*s*): Si yo no viniera en persona, y no les predicara, no tuvieran pecado; mas agora ya ninguna excusa tienen dél. Pues esto es lo que el Apóstol quiere que diligentemente consideremos, cuando despues de habernos declarado la grandeza de la gracia que nos vino por Cristo, nos amonesta que trabajemos por no caer della (*t*); porque si Dios ordenó que la ley antigua fuese enteramente guardada, y que los quebrantadores della fuesen justamente castigados, ¿cuánto mas lo serémos nosotros, si menospreciáremos esta tan gran salud? Esta misma sentencia repite mas abajo por estas palabras, diciendo: Si el quebrantamiento de la ley de Moysen, probado por dos ó tres testigos, es castigado con pena de muerte, ¿cuánto mayor castigo merecerá el que despreciare al Hijo de Dios, y profanare la sangre de su Testamento, é hiciere injuria al espíritu de la gracia? La razon desto es, porque, como dice nuestro Salvador (*v*), á quien mucho dieron, de mucho le han de pedir cuenta. Pues siendo esto así, ¿qué cuenta darán los malos cristianos de un tan grande recibo, como fué la muerte y la sangre del Hijo de Dios?

Todo esto se ha dicho tan por extenso, para deshacer el engaño y la vana confianza que los malos tienen en la fe y pasion de Cristo, perseverando con esto en sus pecados; siendo esta sagrada pasion el mayor motivo que hay para aborrescerlos y temerlos.

CAPITULO XVI.

Décimo fructo del árbol de la Cruz, que es la virtud de la humildad.

Teniamos tambien necesidad de otra virtud que, aunque no es del número de las teologales, es altísima y muy necesaria: que es la humildad, fundamento y guarda fiel de todas las otras virtudes; porque así como la caida del hombre fué por soberbia, así el reparo y medicina ha de ser por humildad. La cual virtud con ser necesarísima, es muy dificultosa de alcanzar, no solo por la corrupcion de nuestra naturaleza (que cayendo por soberbia, le quedaron siempre reliquias de aquella antigua dolencia), sino tambien por una vehementísima pasion que hay en nosotros, que es el amor de la propria excelencia, el cual derechamente contradice á la humildad; y cuanto esta pasion es mas poderosa, tanto es mas dificultosa de alcanzar la humildad. De aquí nasce haber tan pocos que sean de verdad humildes; y de aquí tambien nasce la mayor parte de las disensiones y desasosiegos del mundo, por no querer los hombres quedarse atras, y ver pasar otros delante. Por cuya causa el Hijo de Dios viniendo á este mundo enristró tanto la lanza contra la soberbia, y encomendó tanto la humildad, que paresce que todo el misterio de su encarnacion y pasion ordenó para este fin, como si para solo esto viniera. Y así dice Sant Gregorio (*a*): Para esto el unigénito Hijo de Dios se vistió del hábito de nuestra mortalidad; para esto el que era invisible, no solamente se hizo visible, sino tambien pasible; y para esto sufrió la confusion de las deshonras, y el vituperio de las injurias, y el oprobrio de los azotes, para que Dios humillado enseñase al hombre no ser soberbio. Y así canta la Iglesia en la oracion de Ramos, que envió Dios á su Hijo al mundo á vestirse de carne humana, y morir en cruz, para dar al género humano ejemplo de humildad; señalando esta sola causa y callando las otras, para dar á entender que de tal manera vino á curar esta llaga, como si para sola ella viniera; porque del instante de su concepcion, hasta que espiró en la Cruz, todo fué darnos ejemplos de profundísima humildad. Humildad fué bajar del cielo á la tierra, y estar nueve meses encerrado en las entrañas de una mujer; humildad fué escoger para la ignominia de la muerte la ciudad de Hierusalem, y para la gloria de su nascimiento la aldea de Betlehem; humildad fué escoger la madre humilde, y el establo humilde, y el pesebre humilde, y los pastores que le vinieron á adorar humildes, y despues los apóstoles que lo habian de acompañar pescadores y humildes; humildad fué ser circuncidado como pecador, huir á Egipto como flaco, y ser despues baptizado entre pecadores y publicanos como uno dellos. De manera que toda su vida fué humilde, y la muerte mucho mas. Porque quien discurriere por todos los pasos de la historia lamentable de su sagrada pasion, ¿qué verá en ella, sino escarnios y vituperios nunca vistos, bofetadas, pescozones como á esclavo; escupirle su cara como á blasfemo; vestirle de blanco como á loco, y de púrpura como á rey fingido; y sobre todo los azotes, que es castigo de ladrones y malhechores, y el tormento de la cruz en compañía de ladrones, que en aquel tiempo era el mas vergonzoso é ignominioso linaje de muerte que habia en el mundo, como lo es agora la horca? Sobre todo esto ¿qué diré de la competencia con Barrabas, donde aquel espejo de innocencia fué juzgado por peor que él, y mas indigno de la vida? Y aquí vemos cumplido el deseo que los padres antiguos tenian desta tan profunda humildad, para cura y paga de aquella antigua soberbia destruidora del mundo; el cual deseo representó el profeta Esaías cuando dijo (*b*): Vímosle sin la figura que ántes tenia, y deseamos verle despreciado y el mas abatido de los hombres. Pues esta profecía se cumplió cuando este Señor fué tan despreciado, que fué tenido en ménos que Barrabas, que era uno de los peores hombres que en aquel tiempo habia; pues era ladron, revoltoso, y derramador de sangre. Pues, ó Rey de gloria, ¿cuánto deseastes, Señor, abatir nuestra soberbia, y hacernos amadores de la humildad, cuando tales motivos y ejemplos nos dejastes desta tan excelente virtud? Pues, ó hombre vano y altivo, si te sientes tentado de vanagloria, ambicion ó soberbia, levanta los ojos á este Señor, y mira de la manera que está en aquella cruz, no adornado de hermosos vestidos, mas desnudo, y toda su carne arpada con

(*s*) Joan. 15. (*t*) Ebr. 10. (*v*) Luc. 19.

(*a*) Lib. 4. Epist. In dict. 13. cap. 82. epist. 38. circ. med.
(*b*) Esai. 53.

heridas; no resplandesciendo sus manos con anillos y piedras preciosas, mas traspasadas con agudos clavos; no rodeada su cabeza con guirnalda de flores, mas agujereada y coronada de durísimas espinas; no cercado el cuello con collar de oro, mas con verdugos y rascuños de la ñudosa soga con que fué atado. Sus delicados miembros no están ungidos con suaves ungüentos, mas con hediondas salivas, y llenos de cardenales é hinchazones. Mira tambien su rostro escurescido, sus ojos llorosos, su frente ensangrentada, sus mejillas consumidas, su cabeza inclinada, sus brazos extendidos, su pecho abierto, sus piés rasgados. Mira que por todas partes te predica humildad, ó mortal soberbio. Si con este espectáculo no quedas humilde, eres por cierto mas duro que las piedras, pues hasta las piedras ese dia se despedazaron. Y si con esta vista no resuscitas, mas muerto eres que los muertos, los cuales en aquel tiempo salieron de sus sepulcros. Y si con este ejemplo no tiembla tu corazon, mas inmovible eres que la tierra, la cual entónces tremió; y mas insensible que el pueblo que al derredor estaba, el cual viendo las señales que en su muerte se hacian, con dolor y espanto hirió sus pechos. ¡Oh hombre! si el Hijo de Dios así se humilla, tú ¿por qué quieres ser altivo? Abate, miserable, tu orgullo, y escoge por su ejemplo el postrer lugar; y aun ten por cierto que no podrás tanto abajarte, cuanto requiere tu vileza. Confúndete, vilísima criatura, en no querer remedar á Cristo por tí crucificado.

A la imitacion desta virtud nos convida el Apóstol, cuando dice (c): Hermanos, esto sentid en vuestros corazones, que veis en Cristo; el cual siendo verdadero Dios, abatió á sí mismo, tomando forma de siervo, y haciéndose semejante á los hombres se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Y si te parece poco que siendo él Dios é igual al Padre, sirviese por tu causa como siervo á su Padre, mira cuánto pasó mas adelante, pues tambien sirvió á su proprio siervo. Fué el hombre criado para servir á su Criador; ¿y qué cosa mas justa que servir á aquel que te crió, sin el cual fueras nada? ¿Y qué cosa mas gloriosa que servir á aquel á quien servir es reinar? Mas dijo el hombre soberbio: No quiero servir al Criador. Pues yo (dice el Criador) quiero servir á tí. Tú te asienta á la mesa, yo ministraré á ella y te lavaré los piés. Tú descansa, yo tomaré sobre mí todas tus cargas y deudas. Usa de mí en todas tus necesidades de la manera que quisieres, ó como de siervo tuyo, ó pegujàr tuyo. Si estás fatigado, ó cargado, yo llevaré sobre mí tu carga, para que yo primero cumpla la ley mia. ¡Oh dureza de corazon, que no se ablanda con tal ejemplo! ¡Oh aborrescible soberbia del hombre, que se desprecia de servir á su Señor!

Pues siendo esto así, con muy justa razon puede este Señor decir á todos los hombres, como perfecto maestro (d): Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon. Todo esto hizo este Señor para curar la ponzoña de nuestra soberbia; y tal es ella que, con esta tan fina triaca de tan saludables materiales compuesta, apénas ha podido en muchos ser curada. Pues ¿qué mayor dureza de corazon que esta? Ruégoos, hermanos, dice Sant Bernardo (e), no consintais que se os haya dado de balde un tan precioso dechado, sino conformáos con él, y reformáos en vuestro espíritu: trabajad por alcanzar la humildad, que es guarda y fundamento de todas las virtudes. Porque ¿qué cosa mas aborrescible, que viendo hecho pequeñuelo á Dios del cielo, quiera el hombre engrandescerse sobre la tierra? El se abatió y llegó á hacerse cuasi nada, siendo el que lo hizo todo de nada; ¿y tú piensas de tí que eres algo, siendo nada? Intolerable soberbia es, habiéndose así abatido la divina Majestad, quererse el gusanillo podrido engrandescer é hinchar.

Mas aquí es mucho de notar que esta virtud de la humildad tiene grande necesidad de andar acompañada con la fortaleza. Porque la humildad sin ella sería remisa é imperfecta, por cuanto desconfiando el hombre de sus proprias fuerzas, y librándolo todo en Dios, no osaria emprender cosas grandes. Pues por esto es necesario que esté acompañada con la fortaleza; porque con la una humillándose el hombre merezca la divina gracia, y con la otra, esforzándose en Dios, ponga las manos en la obra; para que ni la fortaleza sea presumptuosa, si careciere de humildad, ni la humildad remisa, si careciere de fortaleza.

CAPITULO XVII.

Undécimo fructo del árbol de la Cruz, que es la virtud de la obediencia.

Despues de la virtud de la humildad convenientemente se sigue la de la obediencia, hija legítima y compañera fiel de esa misma humildad; ca no hay hombre verdaderamente humilde que no se subjecte y obedezca, como dice Sant Pedro (a), á toda humana criatura por amor de Dios. Y por esta causa el Apóstol en la autoridad arriba alegada juntó estas dos virtudes en uno, cuando dijo que el Hijo de Dios se habia humillado y hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (b). Pues desta virtud teniamos grande necesidad; y ningun ejemplo ni ayuda se nos pudiera dar mas eficaz para ella que el misterio de la Cruz. Para cuyo entendimiento es de saber que ninguna lengua criada basta para explicar la obligacion que el hombre tiene á la obediencia, amor y servicio de su Criador. Porque demas de otras muchas razones, hay para esto siete títulos muy principales, que brevemente aquí contarémos. El primero es ser él Monarca y universal Señor y Emperador del mundo. Emperador digo, no por succesion, ni por eleccion, ni por herencia, ni por fuerza, sino por naturaleza. Esto es, que así como el ángel naturalmente es superior y mayor que el hombre, y el hombre que un bruto: así Dios por su propria naturaleza es infinitamente mayor que todo lo criado, y Rey y Señor de todo; y así como á Rey se le debe summa obediencia y reverencia.

El segundo título es, ser él principio y fin de todas las cosas, porque dél procedieron como de primer principio, y todas se ordenan á su gloria, como á último fin. Y el hombre particularmente, como tiene todo su sér dél, así la perfeccion y cumplimiento deste sér ha de manar dél; porque en solo él tendrá perfecto descanso como en su proprio centro. El tercero título es, ser él universal dador de todos los bienes, así de naturaleza como de gracia, como de los que comunmente llaman de fortuna: de tal manera que ninguna criatura hay en el mundo que tenga algo que no sea dado por él, como dijo el Apóstol (c): ¿Qué tienes que no hayas recebido? El cuarto título es, ser él un piélago y abismo de todas las grandezas y perfecciones, esto es, de bondad, de

(c) Philip. 2. (d) Matth. 11. (e) Serm. 1. in Natali Dom.

(a) 1. Pet. 2. (b) Philip. 2. (c) 1. Cor. 4.

sabiduría, de omnipotencia, de hermosura, de gloria, de benignidad, de misericordia y de otras infinitas perfecciones. Por las cuales solas (aunque nada dél hubiéramos recebido, ni esperáramos recebir) merecia ser amado y servido con infinito amor y reverencia, si esto nos fuera posible. El quinto título es, ser nuestro Redemptor. El sexto, ser nuestro Sanctificador. Y el séptimo ser nuestro Glorificador; los cuales tres títulos se siguen unos de otros. Porque él es el que nos redimió con su sangre, y nos sanctifica con su gracia, y nos ha de glorificar despues desta vida en su gloria. Estos tres postreros beneficios, aunque parecen simples en las palabras, son muy compuestos en las obras. Porque el primero (que fué redemirnos) incluye todos los trabajos que el Hijo de Dios por esta causa padesció. Y el segundo (que es sanctificarnos y conservarnos en esa sanctidad) comprehende infinitas inspiraciones divinas y preservaciones de males que para esto se requieren. Y para el tercero (que es glorificarnos) se requieren innumerables misericordias y gracias que han de preceder este tan grande bien hasta llegarlo al cabo. De manera que estos tres rios tan caudalosos embeben en sí otros muchos arroyos que entran en ellos.

Pues por cada uno destos siete títulos está el hombre tan subjecto á Dios, que si tuviera mas vidas que estrellas hay en el cielo, estaba obligado á ofrecerlas en sacrificio por honra deste Señor. Y si tanto debe por cada uno destos títulos, ¿qué deberá por todos ellos juntos? Mas ya que no tiene mas que una sola vida, esa con todo lo anexo á ella (que es descanso, hacienda, honra, con todo lo demas) está obligado á emplearlo en su servicio. Hasta aquí ha de llegar la verdadera y perfecta obediencia; y la que hasta aquí no llega, no es perfecta, ni digna de lo que merece este Señor. Pues esto era lo que principalmente convenia al hombre saber; lo cual por ninguna otra via se podia mejor entender que por el misterio de la Cruz. Porque obedesciendo el Hijo de Dios á su eterno Padre en padecer aquella manera de muerte tan ignominiosa, claramente nos enseñó hasta dónde habia de llegar la perfecta obediencia. De suerte que aquella Cruz es un púlpilo alto, ó una cátedra del cielo, donde el Hijo de Dios predica al mundo la obediencia que los hombres deben á su Criador. Donde nos enseña, que no solo con perfumes olorosos de encienso, y con reverencias y cerimonias exteriores (que es cosa fácil de hacer y cuesta poco), sino con la vida y con todo lo anexo á ella se le ha de servir.

Pues esta virtud y obedieneia señaladamente resplandesce en el misterio de la Cruz. Y esta es una de las cuatro virtudes con las cuales, como con cuatro piedras preciosas, dice Sant Bernardo (*d*) que quiso este Señor adornar y hermosear los cuatro cabos de la Cruz. Entre las cuales la caridad está en lo alto, y la humildad, como raiz y fundamento de las otras virtudes, está en lo bajo, y la paciencia á la mano izquierda, y la obediencia á la mano derecha.

Donde se ha de considerar, que como haya muchos grados en esta virtud, aquel es mas perfecto que llega á obedecer en cosas arduas, y dificultosas, y repugnantes á nuestra carne. Ca una de las cosas que mas acrescienta el mérito y valor de una obra, es la dificultad que nasce, no de nuestro mal hábito, sino de la condicion de esa misma obra. Pues cuán dificultosas y trabajosas hayan sido las cosas que este Señor padesció, declaramos ya en el capítulo (*e*) donde se trató de los motivos que tenemos para amar á este Señor, por razon del amor que nos tuvo, y por la grandeza del beneficio que con tantos trabajos y tanta costa suya nos hizo.

(*d*) Serm. 1. in die S. Paschæ.

Pues aquí tienen los fieles un perfectísimo ejemplo de obediencia, para que se esfuercen los que naturalmente son siervos á obedescer á su Dios en cosas menores por su salud propria, pues el Señor de todo lo criado padesció cosas tanto mayores por la ajena. Y sepa el verdadero obediente, que cuando niega su propria voluntad por la divina, ofrece un altísimo sacrificio á su Criador. Porque como entre todas las potencias de nuestra ánima la voluntad sea la mas íntima, y la que es como reina y señora de todas, quien esta niega por amor de Dios, ofrece lo mejor y mas alto que hay en todo el reino de sí mismo. En lo cual parece imitar aquella tan celebrada obediencia y sacrificio de Abraham (*f*), por la cual estuvo aparejado para ofrecer en sacrificio un hijo tan amado como era Isaac; pues vemos que lo que mas aman los hombres y mas desean cumplir es su propria voluntad. Y así suelen decir, que voluntad es vida; la cual el hombre sacrifica cuando por amor de Dios la niega.

Donde me parece será razon advertir lo que muchas veces en otros escriptos tengo avisado, que los que desean agradar á nuestro Señor miren no antepongan las cosas de su devocion á las de obediencia y obligacion. Porque entre los subtilísimos engaños de nuestro adversario, este es uno muy grande y muy comun, con que principalmente enlaza las personas espirituales, so color de virtud, para que ménos se recaten. Y con esto les hace dejar las cosas que son de precepto, por las que son de consejo, á que ellos á veces están mas aficionados, por ser mas conformes á su gusto. Porque general cosa es aficionarse mas los hombres á las cosas que son de su voluntad propria, que á las de la ajena. Y como esto conosce el demonio, ármales con este cebo de virtud, para que dejen las cosas de su obligacion por las de su devocion. Y para que entiendan los hombres lo que en esto va, debe bastar el ejemplo del desventurado rey Saul (*g*): el cual por preferir el sacrificio á la obediencia de Dios, vino de lance en lance á caer en el profundo de todos los males, y á perder reino, vida, honra y alma, y tras esto á destruir toda su posteridad. Porque desta manera castiga la divina justicia el pecado de la desobediencia.

CAPITULO XVIII.

Duodécimo fructo del árbol de la Cruz, que es la virtud de la paciencia.

Cuánto nos sea necesaria la virtud de la paciencia, decláranlo las innumerables ocasiones de impaciencias que á cada momento se ofrecen en esta vida, la cual toda llama el sancto Job batalla, ó tentacion (*a*). Porque, como se escribe en el libro de la Sabiduría (*b*), todas las criaturas son lazos para los piés de los hombres ignorantes, y todas ellas paresce que han conjurado contra nosotros. A lo ménos los hombres, y los demonios, y nuestra carne con toda la cuadrilla de sus apetitos y pasiones, siempre nos dan motivos de trabajos y perturbaciones, el remedio de las cuales en gran parte es la paciencia. Por lo cual dijo un sabio que el ojo de la vida era la prudencia, y el báculo la paciencia. Esta pacien-

(*e*) Cap. 14. (*f*) Gene. 22. (*g*) 1. Reg. 15. et 31. (*a*) Job. 7. (*b*) Sap. 14.

cia á veces es sufrimiento de injurias, y á veces de trabajos, ó de enfermedades, ó de diversas necesidades; y así para la una como para la otra tenemos tan grandes ejemplos y esfuerzos en el árbol de la sancta Cruz, que quien pusiere los ojos en ella, verá que todas sus ramas dan fructo de paciencia, y figurársele ha que para ninguna otra cosa sirve mas principalmente este árbol sagrado, que para esta virtud. La cual sañaladamente alaba Esaías en nuestro Salvador por estas palabras (*c*): Así como la oveja que llevan al matadero, será llevado á la muerte, y como el cordero delante del que le tresquila enmudecerá, y no abrirá su boca. En las cuales palabras el Profeta con estas dos comparaciones de oveja y de cordero nos representa la grande mansedumbre, paciencia y silencio deste Señor en medio de todas las tempestades y trabajos de su pasion. Porque cierto es cosa admirable ver cuán señor estuvo él de sí mismo en su acusacion y condenacion, y cuán conforme y subjecta estuvo su ánima sanctísima con la soberana divinidad que en él estaba. En lo cual se ve que no fué él por fuerza llevado á la muerte, sino que voluntariamente se ofreció á ella. Y llevándolo preso y maniatado, y siendo acusado con calumnias mentirosísimas ante jueces injustísimos y enemigos suyos, entre tantos clamores de los que le acusaban y pedian la muerte; y siendo arrebatado y llevado violentamente, y herido, y escarnecido, ¿con cuánta moderacion y gravedad se hubo en todas estas tormentas? No se quejó, ni dió voces, ni derramó lágrimas de flaqueza, ni desmayó con los trabajos, ni suplicó á los jueces, ni pidió relajacion de sus penas. Ni tampoco se airó, ni indignó contra tantas injurias, y sinjusticias, ni echó maldiciones á sus acusadores, y jueces, y ministros de aquella crueldad; y finalmente ninguna palabra salió de aquella sagrada boca áspera ni injuriosa. Ni tampoco para ostentacion de quien él era, habló alguna palabra grande, ni hizo algun milagro, especialmente en casa de Heródes que mucho lo deseaba. No hizo largos razonamientos en la defensa de su innocencia. No abatió su dignidad, ni quitó á los jueces la suya, conservando siempre una grandísima templanza en caso de tanta dificultad y angustia. Cuando vió que nada habia de aprovechar, calló; y cuando fué menester responder, siendo preguntado, habló pócas palabras, y con gran modestia, porque su silencio no fuese atribuido á contumacia. Y porque no pudiesen pretender ignorancia del mal que hacian, declaró quién era sin injuria de nadie. Y cuando fué llevado al tormento de la cruz, no fué por el camino hablando muchas palabras, ni tampoco habló dende la cruz al pueblo que presente estaba, declarando su innocencia, y culpando á los testigos, y acusadores, y jueces. Esta fué la sabiduría, la templanza, la constancia y la moderacion que tuvo en aquel tan grande ruido, y en aquella confusion y perturbacion de todas las cosas. En lo cual se ve que toda aquella tan grande obra fué regida por consejo divino, y que este Señor tenia mandamiento de su eterno Padre, al cual obedescia con tan grande humildad, sin alguna manera de contradicion ni repugnancia.

Mas no se puede callar aquí otra maravillosa circunstancia desta paciencia, que fué el extremado silencio que el Salvador guardó entre tantas acusaciones y falsos testimonios en causa tan grave: del cual dice el Evangelista (*d*) que estaba el Presidente en gran manera maravillado, tanto que dijo al Salvador: ¿No ves cuántos testimonios dicen contra tí? A lo cual el Señor no respondió palabra. Y otra vez preguntándole el Presidente de dónde era (*e*), tampoco respondió. Por lo cual el juez espantado de tan gran silencio, le dijo: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y para soltarte?

Quiero pues yo agora filosofar sobre este silencio del Salvador. Para lo cual imaginemos agora que este Señor no era el que era, sino un hombre innocente y sin culpa. Pues este tal, viéndose falsamente acusado, ¿qué hiciera? ¿qué dijera? ¿No respondiera por sí? No negara los falsos testimonios? No afirmara con mil juramentos que era innocente? No tachara los testigos, pues era notoria al mismo juez la invidia y odio de sus acusadores? No pidiera mas plazo para su defensa, pues nunca se vió en espacio de medio dia ser un hombre acusado y sentenciado? No apelara para el César, como hizo Sant Pablo? No pidiera justicia al cielo y á la tierra contra tan grande sinjusticia? Todo esto y mucho mas hiciera y hace cualquier hombre falsamente acusado. Y sintiendo esto el juez (que tan fácil era de entender), como hombre de razon, tuvo gran motivo para maravillarse de tan extraño silencio. Porque podia él decir entre sí: ¿Qué novedad es esta? ¿Qué silencio es este? ¿Cuándo dende que el mundo es mundo se vió que un hombre acusado falsamente en crimen de muerte, y mas tal muerte, cerrase la boca, y ninguna palabra hablase en su defensa? Pues ¿qué hombre prudente hubiera, que considerando esto no barruntara que habia allí alguna cosa mas que humana?

Y si este silencio fué tan admirable, no ménos lo fué el que guardó en casa de Heródes (*f*), donde muchas veces preguntado, ninguna palabra respondió. Porque quien voluntariamente se ofrecia á padescer, no habia para qué hablar cosa que impidiese su pasion. Pues tornando á filosofar aquí, como en el silencio pasado, si este Señor no fuera el que era, sino (como dijimos) un hombre sin culpa, ¿qué habia de hacer siendo presentado y acusado ante su rey natural, sino decir: Señor, yo soy vuestro vasallo, y vos mi rey, y como tal es razon que me tomeis debajo de vuestro amparo, y me defendais destos enemigos y de sus falsas acusaciones? Los cuales con odio rabioso y invidia que tienen contra mí por reprehender yo sus vicios y maldades, desean beberme la sangre. Ya hicieron todo cuanto pudieron por que Pilato me condenase; y viendo él mi innocencia, no quiso hacer cosa contra justicia, y lavó sus manos deste negocio. Y por eso me remite á vos, como á natural de vuestro reino: pídoos que me hagais justicia, y no consintais que prevalezca la malicia contra la innocencia. ¿Quién puede negar que cualquier otro hombre innocente alegara esto y mucho mas para defensa de muerte tan infame? Pues nada desto hizo ni dijo el Salvador, siendo presentado y acusado en éstos dos tribunales; mas ántes guardó una tan grande mesura y gravedad, y un tan extraño silencio, cual jamas se vió dende que Dios crió el mundo. Por lo cual necesariamente habemos de confesar que alguna cosa habia en aquella persona mas que humana, pues en ella se hallaba lo que nunca se vió en criatura humana; pues está claro que diferentes efectos han de proceder de diferentes causas; y por consiguiente habemos de confesar que esta paciencia no era humana,

(*c*) Esai. 53. (*d*) Matt. 27.

(*e*) Joan. 19. (*f*) Luc. 23

sino divina. Porque verdaderamente (como solemos decir) que si Dios habia de nacer, habia de nacer de vírgen: así podemos tambien decir, que si Dios habia de padescer, desta manera habia de padescer, y si se habia de presentar en juicio, desta manera se habia de haber en él.

Pues esta tan perfecta mansedumbre y paciencia quiere el apóstol Sant Pedro que tengamos ante los ojos; para que con la consideracion de cosas tan grandes tengamos paciencia en las pequeñas. Y así dice él (*g*): Cristo padesció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas: el cual, oyendo maldiciones, no maldecia, y padesciendo agravios, no amenazaba; mas ántes se entregaba al que lo juzgaba injustamente, pagando por nuestros pecados en el madero; para que muriendo á estos, viviésemos en sanctidad y justicia.

§. Único.

De cómo es medicina universal para todos los trabajos esta paciencia de Cristo.

Con este mismo ejemplo nos esfuerza y consuela el apóstol Sant Pablo diciendo (*h*): Poned los ojos en aquel Señor que tan grandes combates y contradicciones padesció de los hombres malvados, para que no os congojeis y desfallezcais en vuestros corazones; pues aun no habeis llegado á derramar sangre por resistir á los pecados. Y segun este consejo del Apóstol, el que no quiere desfallecer en la carrera de la virtud, ¿qué otro dechado ha de poner delante de sí? ¿A qué otro báculo se ha de arrimar para no caer, sino al árbol de la sancta Cruz? Porque aquí hallará á quien imite, y á quien le esfuerce, y con quien en todos sus trabajos y aflicciones se consuele. Dicen los que escriben de la naturaleza de los animales, que llegando el unicornio á algunas aguas emponzoñadas, tocándolas con el cuerno que tiene en la nariz, les quita toda la ponzoña; y así llegan los otros animales seguramente á beber dellas. Pues lo que obra el cuerno deste animal, obra en su manera el árbol de la sancta Cruz: el cual hace que las aguas de las tribulaciones y angustias, que sin ella no se podian tragar, con ella las puedan los siervos de Dios dulce y suavemente beber.

Pues los enfermos, los atribulados, los pobres, los afligidos, ¿qué otro consuelo mas eficaz tienen para sus angustias, que este árbol sagrado? Porque en este Señor está aparejada una medicina saludable para todas nuestras angustias, y una eficacísima consolacion para todas las tribulaciones desta vida. Ca este piadoso Señor experimentó en sí frio, calor, cansancio, hambre, sed, pobreza, necesidad, persecuciones, deshonras, menosprecios, injurias, asechanzas, traicion de su familiar discípulo, desamparo de los suyos, prisiones, calumnias, azotes, escarnios, bofetadas, desnudez, tormentos, cruz, muerte y ajena sepultura. Mas todo esto ¡con cuánta paciencia, con cuánta igualdad de ánimo, con cuánta modestia y silencio! Pues ¡cuán grande consolacion es la consideracion desto para los afligidos! ¡Cuán grande freno para los ricos y poderosos, y cuán grande doctrina y sabiduría para unos y otros!

(*g*) 1. Petr. 2. (*h*) Hebr. 12.

CAPITULO XIX.

Fructo décimotercio del árbol de la Cruz, que son ejemplos y motivos grandes para todas las virtudes.

No solo para estas virtudes susodichas (que son tan principales), sino tambien para todas las otras tenemos grandes ejemplos y motivos, así en la vida como en la muerte de nuestro Salvador: los cuales nos incitan á imitarle, y hacernos semejantes á él. Para lo cual es de saber, que la summa de toda la perfeccion del hombre consiste en esta imitacion y semejanza con Dios (que es la primera regla y medida de toda perfeccion). Y así cuanto una criatura fuere mas semejante á él, tanto será mas perfecta, y mas amada dél; pues la semejanza es causa de amor. A esta imitacion y semejanza nos llama él, cuando tantas veces en las Escripturas sagradas repite estas palabras (*a*): Sed sanctos, así como yo lo soy. Y el Salvador en el Evangelio dice (*b*): Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial lo es. Y en otro lugar (*c*): Sed, dice él, misericordiosos, así como vuestro Padre celestial lo es. Esto mismo nos enseñan tambien (entre otros filósofos) Platon y Plutarco, exhortándonos á esta imitacion y semejanza de Dios.

Mas á estos podriamos preguntar, ¿en qué han los hombres de imitar á Dios? ¿Pueden ellos criar otro nuevo mundo y gobernarlo? Responderán que no; mas que imitemos su virtud y sanctidad. Esa virtud (dirá el hombre rudo) querria yo ver mas palpablemente, para poderla imitar; porque en Dios es ella invisible, así como él tambien lo es. Pues porque no tuviesen los hombres excusa para esto, vistióse este Señor de carne humana, y el invisible se hizo visible; para que así pudiésemos ver y imitar las virtudes admirables que en esta carne mortal nos descubrió.

Vino pues este celestial maestro al mundo, y trató y conversó con los hombres con tanta mansedumbre, con tanta benignidad, con tanta humildad, y con tanta sanctidad; anduvo por la tierra de ciudad en ciudad, y de lugar en lugar, haciendo tantos beneficios á los hombres, predicándoles tan maravillosa doctrina, dándoles tantos ejemplos de virtud, haciendo tantos milagros, ordenándoles tantos sacramentos, obrando tantos misterios, sufriendo los males con tanta paciencia, reprehendiendo los vicios con tanta severidad, tratando á los buenos con tanta suavidad, y haciendo á los hombres tantas obras de caridad, cuanto nunca se hicieron en el mundo, ni harán jamas. Y no contento con esto, para mayor muestra de su bondad y misericordia, al cabo de la vida, despues de lavados los piés de sus discípulos, y ordenádoles aquel tan admirable sacramento de su sacratísimo cuerpo y sangre, para sustentacion y reparo de nuestra vida, llegó por nuestro remedio á ponerse en una cruz: en la cual como un mansísimo y innocentísimo cordero se ofreció por nosotros en sacrificio, no solo para rescate de nuestro captiverio, sino tambien para confusion de nuestra soberbia, para ejemplo de humildad, para prendas de su amor, para estribo de nuestra confianza, para consuelo de nuestras angustias, para estímulo de todos los honestos trabajos, y para despertador de nuestra devocion.

Pues para esta imitacion y semejanza, ¿qué medio mas conveniente que hacerse Dios hombre, y conversar tan sanctamente con los hombres? Y porque el hombre no

(*a*) Levit. 19. et 20. (*b*) Matth. 5. (*c*) Luc. 6.

podia levantarse á imitar las obras de aquella soberana Majestad, convenia que se inclinase la Majestad á hacer tales obras en su humanidad, que el hombre ni las extrañase por ser divinas, ni las tuviese por imposibles, pues eran humanas. Pues esto hizo el Hijo de Dios con la humanidad que recibió: en la cual nos dejó los ejemplos de todas estas virtudes que recontamos, para que ya que no le podiamos imitar en las obras de su sabiduría y omnipotencia, le imitásemos en las de su bondad y justicia. Y los ejemplos deste Señor son los mas eficaces para el hombre que se podian hallar; porque los ejemplos de humildad tanto son de mayor eficacia, cuanto son de persona mas alta; y no podia haber persona mas alta que el Hijo de Dios. Cuyos ejemplos demas de ser ejemplos, y tales ejemplos, tambien son beneficios, y misterios, y remedios y sacramentos, y sacrificios y medicinas de nuestra enfermedad, y despertadores de nuestra devocion, y estímulos de nuestro amor, y materia de altísima contemplacion.

Pues ¿qué resta aquí sino exclamar con el bienaventurado Sant Bernardo, diciendo: ¿Qué haré, Señor, ó qué diré, pues tuviste por bien hacer un espejo en que yo me mirase de vuestra carne? Y dice muy bien *espejo;* porque este se hace de vidrio y de plomo: no del uno solo, porque el vidrio es muy claro, y el plomo muy escuro; y así ni el uno ni el otro era suficiente para hacerse espejo, mas juntándose lo uno con lo otro, viene á hacerse un espejo perfecto. Este parece haber sido el consejo divino cuando determinó juntar el resplandor de su divinidad con la escuridad de nuestra humanidad, para que los que no podiamos tener por espejo y ejemplo de nuestra vida las virtudes de la Divinidad por ser tan altas, tuviésemos las de la sagrada humanidad, por ser mas conformes á nuestra naturaleza.

Fué este remedio proporcionado para la cura de nuestra caída, que fué desear el hombre (como tambien deseó el ángel) la semejanza de Dios; la cual prometió la serpiente á la mujer, cuando le dijo (*d*), que comiendo de aquel árbol serían ella y su marido como Dios. Dijo pues Dios, como escribe Sant Bernardo (*e*): Esta gente se pierde por imitarme, y ser semejante á mí: pues quiero hacerme tal, que imitándome ellos, no sea para perderse, sino para salvarse. Deseabas pues, hombre, ser semejante á Dios (porque esta es la mayor gloria que puede haber despues de Dios), cata aquí á Dios en tal figura que lo puedas imitar sin peligro, y alcanzar esa semejanza que deseas.

§. ÚNICO.

Eficacia del ejemplo que nos da la majestad de Cristo en este soberano misterio.

Este es pues uno de los principales fructos del árbol de la Cruz, como lo declara Sant Leon, papa, por estas palabras (*f*): Dos maneras de remedio se nos proponen en la pasion del Salvador: en la cual tenemos por una parte sacrificio, y por otra ejemplo; porque por lo uno se nos da la gracia divina, y por lo otro se esfuerza la naturaleza humana. Porque así como Dios es el autor de nuestra justificacion, así el hombre es deudor de su devocion. Y añade el mismo Sancto (*g*): Por esta inefable obra de nuestra reparacion no nos queda lugar ni para soberbia, ni para negligencia; porque nada tenemos de nuestra parte, sino lo que habemos recebido; y juntamente somos amonestados que no seamos negligentes en usar de los dones de gracia que habemos recebido. Porque justamente nos obliga á la guarda de sus mandamientos, quien nos previene y ayuda con sus socorros; y benignamente nos convida á su obediencia, quien nos lleva á su gloria. En las cuales palabras dice este Sancto que nos convida el Señor benignamente al trabajo de la obediencia, porque entreveniendo aquí tales ejemplos, se nos hará dulce padescer por nuestra salud propria, lo que el Señor de la majestad padesció por la ajena. Mayormente que no hay obra buena que quiera ejercitar un hombre virtuoso, para la cual no le sea grande esfuerzo levantar los ojos á Cristo crucificado. Descendamos en particular á declarar esto.

Quiere un devoto penitente tomar una disciplina para satisfacer por sus culpas: rehusa la carne el golpe del azote. ¿Qué hace este? Levanta los ojos á aquel Señor que está en la Cruz rasgadas y despedazadas las espaldas con azotes por los hurtos y pecados ajenos; y avergüénzase de no rasgar él las suyas por los hurtos proprios. Quiere este mismo una cuaresma ó una semana sancta, ó cada viérnes del año dormir sobre una tabla en memoria de lo que este dia el Señor del mundo padesció por él: rehusa esto la carne amiga de blanduras y regalos. Pone entónces el hombre los ojos en aquella dura cama que este Señor tuvo en la Cruz, tan estrecha que fué menester tener un pié sobre otro; donde no hubo otra almohada, sino una corona de espinas que le ceñia la cabeza; ni otra cama, sino aquel duro madero. Quiere otro en penitencia de sus pecados ayunar un dia á pan y agua por la misma causa: para esforzarse á esto pone los ojos en la mesa que aquel Señor tuvo en la Cruz, de que él hace mencion en el salmo que dice (*h*): Diéronme hiel por manjar y vinagre para beber en mi sed. Quiere este mismo traer un cilicio para mortificar la carne, como lo traia la sancta viuda Judith (*i*), ó una cadena de hierro ceñida, como la traia Sancta Catalina de Sena y otros muchos sanctos: pone para esto los ojos en las prisiones con que el Rey de la gloria fué atado á la columna, y llevado preso como ladron por las calles públicas de un pontífice á otro pontífice, y de un tribunal á otro tribunal.

Estas consideraciones sirven para las obras penitenciales, con las cuales queremos satisfacer á la divina justicia por nuestras culpas, y enflaquecer las malas inclinaciones de nuestra carne, debilitando y enflaqueciendo la misma carne que es la raiz dellas.

Mas pasemos agora á otro linaje de virtudes que tampoco carecen de dificultad. Ofrécesele á uno ocasion de quitar el pan de la boca para socorrer á la necesidad ajena: para esto pone los ojos en la liberalidad inmensa de aquel Señor que dió á sí mismo por nosotros; el cual, como dice Sant Bernardo (*k*), nos dió su carne para comer, y su sangre para beber, y su vida en precio de nuestro rescate, y el agua de su costado para lavatorio de nuestros pecados. Levantan os un falso testimonio con que escurecen vuestra fama, y os ponen título de malhechor: ¿qué consuelo puede haber mayor para esto, que acordaros de los falsos testimonios y títulos afrentosos con que infamaron á este Señor, llamándole tragador y bebedor de vino, amigo de pecadores y publicanos, samaritano, endemoniado, loco, nigromán-

(*d*) Gen. 3. (*e*) Serm. 1. de Adventu Dom. (*f*) Serm. 16. de Pass. Dom. cap. 5. (*g*) Eod. serm. cap. 6.

(*h*) Psalm. 68. (*i*) Judit. 9. (*k*) Supr. Cant. serm. 84.

tico, engañador, malhechor y revolvedor de pueblos? Pues ¿qué corazon habrá tan delicado y tan impaciente por sus infamias, viendo cuánto fuéron mayores las que el espejo de la innocencia padeció? Recibió una bofetada un hombre de otro. Pues ¿qué mayor consuelo para esto que considerar cuántas bofetadas y pescozones recibió el dia y la noche de su pasion el Hijo de Dios en aquel rostro que desean mirar los ángeles? Hácesele de mal á un hombre dar á torcer su brazo y humillarse á otro hombre. ¿Qué mejor medicina se le puede ofrecer para curar esta hinchazon de soberbia, que despues de haber contemplado al Señor de los ángeles nascido en un establo, acostado en un pesebre, y prostrado ante los piés de los pescadores lavándolos con tanta humildad, y levantando los ojos á lo alto, ver al Señor de los ángeles puesto entre dós ladrones? Es otro tentado de pasion y odio contra sus enemigos: pues para refrenar esta pasion, ¿qué otro remedio mas eficaz que levantar los ojos á aquel Señor que puesto en la Cruz, azotado, coronado con espinas, escarnecido, menospreciado (como olvidado de todos estos dolores), la primera palabra que habló, ántes que consolase á su affigidísima Madre, y que encomendase su espíritu al Padre, fué pedirle perdon por aquellos que le crucificaban, excusando su pecado, diciendo que no entendian el mal que hacian (*l*)?

Pues quien todas estas cosas diligentemente considerare, verá cuán gran favor y socorro tenemos con la Cruz del Señor para todo lo bueno. Porque no solamente nos esfuerzan, los ejemplos que vemos en ella, á padescer (y mas tales ejemplos como arriba declaramos), sino tambien el espíritu de gracia que se da á los que con ojos humildes y devotos miran á este Señor en la Cruz, y se acogen á sus sacratísimas llagas.

CAPITULO XX.

Fructo décimocuarto del árbol de la Cruz: que es la profesion de la aspereza y pobreza de la vida evangélica.

La doctrina deste capítulo no es para todos, sino para solos aquellos que anhelan á la aspereza, pobreza y perfeccion de la vida evangélica. Para lo cual aprovecha en tanto grado el misterio de la Cruz, que parece haber sido instituido para solo esto. Porque para ayudar á un género de vida que todo es cruz, no podia haber otro medio mas eficaz y proporcionado que el misterio de la Cruz. Mas este árbol sagrado tiene ramas altas y bajas; porque en él hallarán todos los grandes y pequeños, y todos los fuertes y flacos lo que á cada cual de todos los estados pertenesce, puesto caso que mucho mas sirve para los perfectos, como árbol de summa perfeccion, y tal es la que en este fructo queremos declarar.

Para lo cual será necesario explicar en qué consiste la perfeccion de la vida cristiana. Para entendimiento desto conviene declarar la diferencia de las dos principales partes de que el hombre está compuesto, que son cuerpo y ánima: entre las cuales hay tan grande distancia, que la una es la condicion de las bestias, y así come, y bebe, y duerme, adolesce y muere como ellas; mas la otra, que es el espíritu, es de la condicion de los ángeles, y así segun su propria naturaleza ninguna cosa corporal apetece, ni le arma, sino solamente las cosas espirituales, como son las virtudes, y la sabiduría, y el conoscimiento y amor de su Criador; porque estas son conformes á su naturaleza, como al cuerpo las suyas; porque cada cosa huelga con su semejante, y con lo que es conforme á su naturaleza. Pues como en el hombre haya estas dos partes tan desiguales, está en su mano escoger con cuál dellas se quisiere conformar, porque en sí tiene principios para la una y para la otra. Y si escogiere vivir vida corporal, hacerse ha semejante á las bestias, las cuales en ninguna cosa entienden, sino en buscar lo que conviene para sus cuerpos, ora sea para su mantenimiento, ora para sus gustos y deleites. Mas si escogiere vivir conforme á la condicion de su espíritu, hacerse ha semejante á los ángeles, que todo su estudio emplean en la contemplacion, amor y servicio de su Criador. De aquí es lo que Sant Augustin dijo sobre Sant Juan (*a*): Que la vida del hombre estaba en medio de las bestias y de los ángeles. Por lo cual si viviere segun los apetitos de su carne, será semejante á las bestias; y si conforme á las leyes del espíritu, tendrá compañía con los ángeles. Pues viniendo á nuestro propósito decimos, que la perfeccion de la vida cristiana consiste en que despreciados todos los gustos y halagos de la carne, y todos sus apetitos y deseos desordenados, sigan las leyes y condicion del espíritu, abrazando y procurando aquellas cosas espirituales que dijimos: imitando la pureza de los ángeles, y ejercitando en la tierra lo que ellos hacen en el cielo, que es amar y alabar á su Criador, y pensar en sus grandezas y maravillas. Esta es la manera de vida que vivieron todos los sanctos, y particularmente aquellos que se apartaron á los desiertos, donde renunciadas todas las cosas del mundo, y contentándose con raices de yerbas ó algun otro pobre manjar, y quitados de la compañía de los hombres, gastaban los dias y las noches tratando y conversando con Dios.

Mas aquí es de notar que la carne enemiga del espíritu resiste poderosísimamente á esta manera de vida, que la priva de los gustos y contentamientos, de que ella tiene una sed y hambre mas que canina. Para lo cual le ayudan tambien todos los sentidos corporales, que naturalmente apetecen todas las cosas que los deleitan; porque el gusto quiere cosas sabrosas, el tacto cosas blandas, los ojos desean ver cosas agradables, las narices oler cosas suaves. Ayúdale tambien la presencia de las cosas que apetece (que suele mover mucho los corazones), y juntamente con esto el beneficio y usufructo que recibe dellas; y sobre todo esto nuestro comun adversario, que atiza y sopla las brasas de nuestros apetitos y los enciende, con lo cual hace entender á los hombres que lo superfluo y demasiado es necesario. Pues con estas armas y favores pelea tan fuertemente la carne contra el espíritu, que cuasi á todo el mundo lleva tras sí. Mas por el contrario el espíritu de los que anhelan á la perfeccion de la vida cristiana, ayudado con los favores y socorros de la gracia, y con la presencia del Espíritu Sancto, que en ellos mora, pelean con mejores armas contra la tirannía y malas inclinaciones de la carne, subjectándola y haciéndola servir y obedescer á las leyes del espíritu cuando ella repugna y contradice á lo que él manda. Pero no se contentan con solo esto, mas aun fuera desta ocasion y necesidad, le dan trabajosa vida y le hacen muchos malos tratamientos para avasallarla, y subjectarla, y habituarla á obedescer; y para estar ellos mas señores della al tiempo del menester. Porque así como los que se crian para la guerra, se suelen ejercitar en las armas,

(*l*) Luc. 23.

(*a*) Trac. 18. de cap. 5. infr. med. tom. 9. et de Civit. Dei, lib. 9. cap. 13. tom. 5.

aprendiendo á jugar dellas, y escaramuzando, justando, torneando: y aprendiendo en tiempo de paz, y sin ver al enemigo, lo que han de hacer en el tiempo de la guerra; así estos esforzados caballeros, por estar mas diestros en resistir á la carne cuando contradice al espíritu, pasan mas adelante, y fuera desta ocasion la traen sopeada y maltratada para criar con este ejercicio aquel sancto odio que el Señor nos encomienda contra ella (*b*): y para no hallarse nuevos y desacostumbrados cuando es necesario resistirle. Y así escribe Teodoreto en la Historia Religiosa de algunos particulares sanctos, así hombres como mujeres, que traian en sus cuerpos grandes pesos de hierro, y otras semejantes cargas. Otros hay que traen continuamente silicios de muchas maneras, otros que toman disciplinas todos los dias. De modo que no solo cuando la necesidad de la tentacion lo pide, sino fuera della tratan sus cuerpos con este rigor; y así no se les hace de mal resistirle cuando la ley de Dios y la razon lo pide. Pues con la continuacion deste ejercicio, y mas con los favores de la gracia, viene la carne poco á poco á hacerse á las armas, que es á espiritualizarse, y acomodarse á la voluntad del espíritu, y obedecerle sin tanto trabajo y molestia. A esta manera de perfeccion nos exhorta el Salvador cuando dice (*c*): El que quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Esta sentencia, aunque el Señor la propuso á todos, así perfectos como imperfectos (segun refiere Sant Márcos); pero diferentemente conviene á unos y otros, segun la diferencia de sus estados. La cual sentencia es tan compendiosa, que un religioso varon, el cual entendia siempre en la guarda della, solia decir que habia de hacer un libro, y que en todas las hojas dél no habia de escribir mas que sola esta sentencia, entendiendo que esta lo comprehendia todo. El negar á sí mismo dice mucho; porque significa la contradiccion y repugnancia perpetua que habemos de tener con nuestra carne. Porque esta negacion no ha de ser contra los intentos y deseos del espíritu; porque él segun la naturaleza no apetece cosas carnales, sino espirituales, que son conformes á su naturaleza. Por lo cual esta negacion de sí mismo se entiende de la una parte de nosotros, que es nuestra carne.

Y esta negacion ha de ser tan general (si tratamos de la perfeccion de la vida evangélica), que sacado aquello que puntualmente es necesario para la vida (sin lo cual ella no podria permanescer), renunciamos todo lo demas. Y así negar á sí mismo es negar á su carne, sus gustos, y placeres, y contentamientos, y proprias voluntades, y privarla de todos los deleites desordenados de los sentidos. Todo esto ha de negar á su cuerpo; á todo esto le ha de decir de no; y esto entiendo que es negar á sí mismo (*d*). Y el llevar la cruz cada dia, es tomar con paciencia todos los trabajos de enfermedades, de pobreza, de persecuciones ó tentaciones que por permision divina nos vinieren, resignándonos en las manos de Dios con segura confianza, que todo esto permite él, y ordena para nuestro bien, aunque de presente no lo veamos. El seguir á Cristo tambien es cruz; porque esto es imitarle, y seguirle por el camino que él fué, que es camino de trabajos, de obediencia y de paciencia.

Pues siendo esta la perfeccion de la vida evangélica, ¿qué cosa nos podia mas esforzar y animar á ella, que el árbol de la sancta Cruz? ¿Qué cosa mas eficaz para causar una cruz, que otra cruz, pues es sentencia de filósofos, que un semejante engendra otro semejante? Quién será ó tan descomedido, ó tan ciego, ó tan ingrato, que viendo al Señor de todo lo criado, aquel que es resplandor y imágen del Padre, aquel que con su omnipotencia crió todas las cosas, y las ordenó con su sabiduría, y las gobierna con su providencia; cuyas riquezas, cuya bienaventuranza es tan grande, que ni con todo este mundo criado, ni con otros mil mundos que criase, puede crecer; que con todas estas grandezas por su sola bondad y misericordia, y por hacernos amadores de la virtud, y de todos los honestos trabajos, padesciese él tantos tormentos en su muerte, y tantas maneras de fatigas en su vida, hambre, sed, frio, calor, vigilias, cansancios de caminos, y tan gran pobreza, que se mantenia con las limosnas que le hacian aquellas sanctas mujeres que le seguian. Pues ¿cómo será tan descomedido el siervo, que quiera ser mas rico y mas bien tratado que su Señor? ¿Cómo no padescerá por sus proprias culpas, lo que el Señor padesció por las ajenas? ¿Cómo puede regalar la carne mal inclinada, viendo cómo este Señor trató la suya que era innocentísima? ¿Cómo pretenderá entrar descansado en la gloria ajena, viendo con cuántos trabajos entró este Señor en la suya propria? Pues segun esto, ¿quién no ve cuántos motivos y esfuerzos para el trabajo, y cuántas maneras de consolaciones tengan en este árbol de la Cruz todos los seguidores de la aspereza y pobreza evangélica para todos los trabajos que en ella se les ofrecieren?

CAPITULO XXI.

Fructo décimoquinto del árbol de la Cruz: que es ser ella materia de altísima meditacion y contemplacion.

Entre las alabanzas del varon justo se escribe en el primero de los Salmos (*a*), que meditará en la ley del Señor dia y noche. Y tras esto añade luego el fructo admirable deste ejercicio, diciendo que el que así lo hiciere será como árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que dará su fructo en su tiempo, y nunca perderá las hojas, y que en todas las cosas que pusiere las manos será prosperado. No se podian poner en tan pocas palabras mas magníficas promesas. Donde por el nombre de la ley de Dios no solo entendemos la ley escripta, sino mucho mas la ley de gracia, y el fundamento della, que es el misterio de la Cruz.

Mas primero que hable deste género de meditacion, brevemente diré qué cosa ella sea. Meditacion es considerar con el entendimiento las cosas que pueden mover á amor y temor de Dios, y aborrescimiento del pecado; aplicando la voluntad á sentir y gustar las cosas que el entendimiento le representa para aficionarse á ellas si son buenas, ó desaficionarse si son malas. Digo esto, porque considerar las cosas divinas sin esta aplicacion de la voluntad, mas es estudiar ó especular, que meditar. Antes en este ejercicio la principal parte es de la voluntad, y la menor del entendimiento; el cual sirve de proponer, y representar á la voluntad (que es potencia ciega) todo aquello que le pueda mover á estos afectos y movimientos que dijimos: de modo que el ardor y sentimiento de la voluntad es como fin deste ejercicio; y la consideracion, como medio para venir á él. Mas porque desta materia se trató en el libro de la Oracion, al presente no dirémos mas.

Decimos pues agora que aunque haya muchas cosas

(*b*) Joann. 12. (*c*) Marc. 8 (*d*) Luc. 9.

(*a*) Psalm. 1.



que poder meditar (porque para esto sirve toda la sagrada Escriptura, y toda la fábrica del mundo que es el libro de las criaturas); pero la mas excelente materia, la mas provechosa, la mas dulce y devota, y finalmente la mas eficaz para movernos al amor y temor de Dios, y al estudio de todas las virtudes, y aborrescimiento del pecado, es esta. Lo cual se entenderá claramente por todo lo que hasta aquí habemos escripto, y señaladamente por lo que tratamos en el capítulo XIX, donde declaramos, cómo todas las virtudes resplandescen en el árbol de la Cruz en summo grado de perfeccion: en las cuales señaladamente pone los ojos el que devotamente la contempla. En esta consideracion hallaban los sanctos agudísimos estímulos para todas las virtudes: aquí ardentísimos incentivos de amor: aquí profundísimo temor de Dios y aborrescimiento del pecado: aquí encendidísimos deseos de pobreza, de aspereza, de hambre, de sed, de desnudez, y de padecer trabajos, y aun de derramar sangre por aquel Señor que por amor dellos derramó la suya. Esto les hace despreciar todas las pompas, y vanidades, y regalos del mundo, y abrazar la cruz de la penitencia y aspereza de la vida. Esta muchas veces los arrebata y suspende en una grande admiracion y espanto de aquella tan inmensa bondad, que el Hijo de Dios nos descubrió en el misterio de la Cruz; y juntamente de la alteza del consejo divino, que tan conveniente medio buscó para reparo del mundo caido. En este abismo profundísimo de la divina bondad muchas veces se hallan anegados, y se pierden de vista, levantándose sobre sí mismos, conociendo, amando, gustando y sintiendo cosas sobre toda la virtud y facultad humana.

Aquí halla el piadoso corazon materia de compunccion, acordándose que sus pecados juntamente con los de todo el mundo fuéron los verdugos que tan cruelmente maltrataron y crucificaron este Señor. Y aquí por el contrario halla materia de alegría, viéndose tan amado dél, y redemido por tan caro precio, y enriquecido con tan grandes merecimientos. Aquí tambien halla motivos de alabanza, dando gracias á este clementísimo Redemptor por este tan grande beneficio. Aquí materia de grandísima compasion, viendo lo que aquel delicadísimo é innocentísimo cuerpo padesce, y el silencio y mansedumbre con que lo padesce. Porque demas de los azotes, espinas, y de todos los otros vituperios de la Pasion, el linaje de muerte (que fué de cruz) es uno de los mas crueles que hay, porque no se acaba en breve como el de un hombre que muere degollado, que es (como algunos le llaman) un viento de acero, sino muy prolijo, y las heridas de los clavos son en piés y manos (donde hay mas niervos, que son los instrumentos del sentir) y mas particularmente en los empeines de los piés, que por ser muy sentibles se llaman almas dellos. Pues hincar un clavo grueso por el pié á fuerza de martilladas, y despues pasar el otro con los mismos golpes, y no cesar desto hasta afijarlo fuertemente en el madero, y estar la madre innocentísima presente, para ver y oir los golpes destas martilladas, ¿qué tan grande dolor sería el dolor dél y ella, mayormente siendo aquel sagrado cuerpo el mas delicado y sentible de todos los cuerpos? Pues al tiempo de levantar la Cruz, y dejarla caer de golpe en el hoyo donde habia de ser afijada, y despues cargando el peso del cuerpo para bajo, y desgarrando y ensanchándose con esto mas las llagas de los piés y manos; y esto no por breve espacio de tiempo, sino por tres horas continuas que hay dende la hora de sexta (cuando el Señor fué crucificado) hasta la nona (cuando espiró), ¿qué tan grandes dolores padeceria? No se puede esto con palabras explicar.

Pues en esta piadosa consideracion se hacen muchas veces los ojos de los devotos fuentes de lágrimas, causadoras de grande compasion y amor. Porque aquí es donde el ánima devota, herida con una dulce saeta de amor y compasion, dice aquellas amorosas palabras de la Esposa de los Cantares (*b*): Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas; porque estoy enferma de amor. Sobre las cuales palabras dice Sant Bernardo (*c*): El ánima amorosa mira al verdadero rey Salomon con la corona que lo coronó su madre: ve al unigénito Hijo del Padre llevar la Cruz sobre sus hombros: ve herido y escupido al Señor de la majestad: ve al autor de la vida y de la gloria traspasado con clavos, y herido con lanza, y vituperado con tantos oprobrios; y finalmente velo entregar aquella tan amada vida por sus amigos: ve todas estas cosas, y siendo aquí su ánima traspasada con herida de amor, dice con la Esposa estas palabras (*d*): Sustentadme con flores, y cercadme de manzanas; porque estoy enferma de amor. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo. Estas flores y esta fruta se coge del árbol de la Cruz: que son las virtudes que por ella nos son dadas, con las cuales el ánima religiosa trabaja por transformarse en las virtudes y pasiones deste Señor.

Pues la suavidad y consolacion que las personas espirituales en esta sancta meditacion experimentan, ¿quién la podrá explicar? Sant Buenaventura en el principio de su Estímulo de Amor, hablando de sí mismo, dice así: Entrando una vez por estas llagas los ojos abiertos, la sangre que dellas corria cegóme la vista, y despues que no pude ver otra cosa sino sangre, atentando llegué á las entrañas deste Señor: en ellas moro, y de sus dulces manjares me sustento, y no querria salir desta tan deleitable morada, y perder la consolacion que aquí recibo. Mas tengo confianza que pues sus llagas están siempre abiertas, por ellas tornaré á entrar cuando dellas saliere. El mismo Sancto dice allí que deseaba ser el hierro de la lanza con que el Señor fué herido, por morar siempre en su sagrado pecho; y que deseaba ser la Cruz, para que en él fuese crucificado su Señor; y tambien sepulcro, para ser sepultado con él. Y al cabo dice que es tan grande la suavidad que las ánimas reciben en la consideracion deste misterio, que no solo el espíritu, mas aun la misma carne, amiga de cosas carnales, y enemiga de las espirituales, viene á recebir parte desta consolacion por la redundancia que hay del espíritu en ella. Lo cual dice ser en tanto grado verdad, que ofreciéndose á veces caso de obediencia, ó de alguna obra de caridad forzosa (donde la razon juzga que se debe por entónces dejar el ejercicio de la devocion por el de la obligacion), le pesará á la carne de apartarla dél, por la grande consolacion que en él recibe. Lo cual nos obliga á dar grandes gracias al que con la hiel y amargura de sus tormentos tal convite nos aparejó. Y quien quisiere ver cuán gran tesoro sea para las ánimas este sancto ejercicio, lea una oracion deste mismo sancto Doctor, que hallará en las Adiciones de nuestro Memorial de vida cristiana, en el Vita Christi, que está al principio de la sagrada Pasion, y ahí verá lo que tengo dicho.

(*b*) Cantic. 2. (*c*) Tract. de Diligendo Deo, paulo post init.
(*d*) Ubi supr.

De aquí nace que todos los maestros de la vida espiritual, así en las religiones como fuera dellas, el primer ejercicio que enseñan á los que comienzan á mudar la vida (despues de sus confesiones generales y ejercicios de compunccion y penitencia), es imponerlos en el estudio desta sancta meditacion (conforme á lo que Sant Bernardo (*e*) escribe á los religiosos del Monte de Dios), porque aquí hallarán copiosa materia de lágrimas y compunccion por sus pecados, considerando que ellos fuéron los verdugos que tan cruelmente maltrataron á su Señor.

Por esta via pues comienzan los principiantes. Mas los que están ya en esto ejercitados tienen aquí otros motivos mas acomodados á su estado y aprovechamiento: como son, hacimiento de gracias por este tan grande beneficio, imitacion de las virtudes de Cristo (que en el misterio de la sagrada Pasion mas que en otra parte resplandescen), acrecentamiento de amor por los grandes motivos que en ella para esto tienen, y admiracion de aquella inmensa bondad y caridad de Dios, que por este medio quiso remediar al hombre, y tambien de la sabiduría y consejo divino, que por tan proporcionado y conveniente medio lo remedió; porque para todas estas cosas y otras muchas tenemos argumentos y motivos grandes en la sagrada Pasion. Y no es esto de maravillar, que pues aquel manná que envió Dios en el desierto (*f*) tenia todos los sabores que deseaba el que lo comia, ¿qué mucho es tener todas estas virtudes y facultades el Señor figurado por aquel manná? En lo cual se ve que chicos y grandes, altos y bajos, perfectos y imperfectos tienen cada cual su manjar proporcionado en este sagrado árbol.

Los filósofos mas sabios entendieron que la felicidad del hombre consistia en la contemplacion de las perfecciones divinas, y estas rastreaban por el conocimiento y órden de las criaturas. Mas para alcanzar la perfecta inteligencia desta órden, era menester estudio de toda la filosofía, y de muchos años, y con todo esto apénas se conocia del Criador mas que su sabiduría y omnipotencia; pues muchos hubo que negaron la providencia y cuidado paternal que tiene de las cosas humanas (que es lo que mas nos importaba saber), como arriba declaramos.

Por tanto plugo á la divina bondad en lugar del libro de las criaturas (donde no pueden leer sino los grandes filósofos) darnos en la vida y muerte de su Hijo un libro de sabiduría tan copioso y tan claro, que la vejecica y el rústico labrador sin letras puedan conocer tanta parte de las perfecciones divinas: esto es, de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la justicia, de la providencia y del amor que este Señor tiene á los buenos, y aborrescimiento á los malos, y á su maldad, que es fundamento de toda la filosofía cristiana. Para lo cual ni se requieren letras, ni subtileza de entendimiento, ni muchos años de estudio; mas ántes las personas mas simples, y que ménos discursos tienen de entendimiento, son á veces mas hábiles para este sancto ejercicio; el cual mas requiere una piadosa afeccion y sentimiento de la voluntad, que subtiles discursos del entendimiento, que á veces secan la voluntad; porque cuanto mas la virtud del ánima se reparte y desagua por un camino, tanto ménos caudal le queda para repartir por otro.

Démos pues otra y otras muchas veces gracias á aquel soberano Señor, que por este medio nos proveyó de la filosofía deste misterio, en el cual, demas de los otros fructos hasta aquí referidos, hallamos con tanta facilidad, no solo clarísimos argumentos para conocer aquellas perfecciones divinas que arriba dijimos, sino mucho mas grandes motivos y despertadores de compunccion, de agradescimiento, de amor, de admiracion, de devocion y compasion. Porque como en la historia de la sagrada Pasion haya tantos pasos tan dolorosos, apénas se hallará corazon tan duro que no se enternezca y compadezca de lo que ve padescer á aquel innocentísimo cordero, por nuestra causa. Porque tales y tantas fuéron las maneras de tormentos y injurias que él padesció, que no digo yo siendo él quien era, mas si á un público malhechor las viéramos padescer, nos moviéramos á compasion. Y á vueltas deste piadoso afecto y sentimiento, succeden otros no ménos saludables y provechosos, de los cuales es este el fundamento y el despertador.

(*e*) Ad Frat. de Monte Dei, in med. (*f*) Sap. 16.

CAPITULO XXII.

Fructo décimosexto del árbol de la Cruz: que es tener por ella qué presentar y alegar en nuestras oraciones y peticiones ante el Señor.

La oracion, como dice Sant Bernardo (*a*), es hermana y compañera de la meditacion, porque no es razon hallarse la una sin la otra. Cuánto nos sea necesaria esta virtud, y cuán propria sea del cristiano, en otra parte lo escribimos. Pero cuán continuo haya de ser, enséñalo el Salvador, diciendo (*b*) que conviene siempre orar sin desfallecer. Y enséñalo el Apóstol (*c*) cuando manda orar sin cesar; y enséñalo tambien David por su ejemplo, cuando dice (*d*): Mis ojos traigo siempre puestos en el Señor, porque él librará mis piés de los lazos. Las cuales palabras no nos piden continuacion punctual, sino moral: que es aconsejarnos que la oracion sea la mas continua que nos fuere posible.

A esta continuacion nos obligan dos cosas principales, que son por una parte la grandeza de nuestra necesidad, y por otra la largueza de la divina bondad. La necesidad es ser continuamente fatigados con mil maneras de trabajos, y molestados con continuas perturbaciones y tentaciones. Mas la largueza de la bondad de Dios nos convida á orar; porque nunca levantarémos humilmente los ojos á él, que no recibamos algun aliento y refresco de su gracia; pues nadie le pide mercedes, sin alcanzar socorro de su misericordia.

Mas para que nuestras peticiones sean eficaces, han de ir acompañadas con otras virtudes, y señaladamente con fe de alcanzar lo que pedimos. Por lo cual dice el Salvador (*e*): Cualquier cosa que pidiéredes en la oracion, creed que la recibiréis, y dárseos ha. Mas esta tal fe y esperanza ¿quién la tendrá tan firme como aquí se nos pide, sintiéndose los hombres, y mayormente los verdaderos humildes, muy vacíos de merecimientos, y muy cargados de pecados, los cuales son como ponzoña que luego tira al corazon y le hace desmayar? A esto respondemos, que aquí no tratamos con el hombre que está envuelto en sus pecados, y quiere perseverar en ellos; sino con el que los tiene aborrecidos y purgados con el sacramento de la penitencia. Pues este tal en lugar de los méritos que le faltan, acójase á los de nuestro Salvador: el cual nos hizo en su testamento, confirmado

(*a*) De Sancto Andræa, serm. 1. in fin. et alibi sæpe. (*b*) Luc. 18. (*c*) 1. Thes. 5. (*d*) Psalm. 24. (*e*) Marc. 11.



con su muerte y con su sangre, herederos de todos sus merescimientos y trabajos, cuanto es de su parte; pues así como vino del cielo á la tierra por nosotros, así todo cuanto en este mundo padesció dende el pesebre hasta la Cruz, fué para nosotros; porque dende el instante de su concepcion estuvo tan rico de bienes de gracia y gloria, como lo está agora en el cielo. Por lo cual, como para sí no tenia necesidad de merecimientos, ni era razon que trabajase y mereciese de balde, aplicó todas estas riquezas de sus merecimientos al remedio del género humano. Aquí se funda la fe y confianza que se requiere para la oracion; siendo ciertos que todo esto es hacienda nuestra que podemos ofrecer y presentar á nuestro Criador, pidiendo mercedes al Padre Eterno por su Hijo, que es nuestro padre, nuestro abogado, nuestro sacerdote y nuestro rey.

Por lo cual, así como el hijo de un padre que hizo grandes servicios á un rey sin haber recebido mercedes por ellos, pide satisfaccion como heredero de todo lo que á su padre se debe; así el hombre puede pedir mercedes al Eterno Padre por los méritos y servicios de Cristo; pues él es nuestro Padre, como le llama Esaías (*f*), y nuestro segundo Adam, reengendrador de nuestro espíritu, como lo llama Sant Pablo (*g*). Y así como aquel hijo en la peticion que hiciese, referiria todas las jornadas y servicios de su padre, para obligar mas al rey; así debe el que ora referir todos los caminos del Hijo de Dios, todos sus cansancios, trabajos, vigilias, oraciones, persecuciones, hambre, sed, frio, calor, pobreza, calumnias, acusaciones, y finalmente todos los tormentos y injurias de su sacratísima Pasion, procediendo dende aquel doloroso sudor de sangre, por todos los otros pasos dolorosos de su Pasion, hasta que espiró en la Cruz. Pues con este tan piadoso discurso no podrá el hombre desmayar, viendo cuán rica ofrenda tiene que ofrecer en su favor, y cuán justos títulos para pedir perdon y misericordia. Y por esta via hará (como dicen) de un camino dos mandados, juntando el ejercicio de la meditacion con el de la oracion, discurriendo devotamente por todos los pasos de la sagrada Pasion, pidiendo por ellos misericordia al comun Señor.

Por esta via tambien cumplirémos otra cosa que Dios en la ley mandaba: conviene á saber, que nunca pareciésemos vacíos delante dél (*h*). Porque presentándole todos los méritos y trabajos de su amantísimo Hijo y Padre nuestro, de los cuales él nos hizo herederos (como ya dijimos), no se podrá decir que parecemos delante dél vacíos. Donde conviene avisar que juntamente con los trabajos deste Señor juntemos todo lo que en este mundo hubiéremos hecho ó padescido por él; porque en compañía de aquellos tan grandes merecimientos, y por virtud dellos tendrán precio y valía los nuestros.

En lo cual se ve cuánto mayores ayudas tienen agora nuestras oraciones que las de los padres de la ley; porque ellos por aplacar y pedir mercedes á Dios, ofrecian sangre de animales, mas nosotros ofrecemos la sangre del Hijo de Dios: de modo que ellos tenian la sombra y la figura, mas nosotros la misma verdad. Pues cuanto va de sangre á sangre, y de sacrificio á sacrificio, tanto va de nuestra ofrenda á la suya. Item, ellos en sus peticiones y necesidades alegaban los méritos de aquellos tres sanctos patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob (porque estos alegó Moisén (*i*) para aplacar á Dios por el pecado del becerro), mas nosotros tenemos que presentar los méritos del unigénito Hijo de Dios, que son de infinito precio y valor. Pues ¿cuánto es mejor nuestra condicion y suerte que la de aquellos? Porque aquellos eran solamente hombres, este era hombre y Dios: aquellos, aunque sanctos, todavía eran pecadores; mas este fué innocente y sin pecado: aquellos, si merecian con sus servicios, merecian para sí, y no para otros; mas este Señor, que de nada tenia necesidad, de todo cuanto hizo, padesció y mereció, hizo gracia á su Esposa la Iglesia.

(*f*) Esai. 63. (*g*) 1. Cor. 15. (*h*) Exod. 23. et 34. (*i*) Exod. 32.

Pues con tales prendas, con tal padrino y tal fiador vamos muy confiados á presentarnos ante el trono de la divina misericordia. Dijo el patriarca Josef á sus hermanos (*k*): No veréis mi cara si no trajéredes á vuestro hermano Benjamin en vuestra compañía. Trajéronle consigo, y así fuéron recebidos dél con grande honra y fiesta por amor del hermano, que él mucho amaba. Hagamos pues cuenta que el Padre Eterno nos dice que no parezcamos ante él sin su amantísimo Hijo y hermano nuestro; y estémos confiados que llevándolo con nosotros, serémos muy bien recebidos dél. Y tengamos este aviso, que nunca jamás abramos la boca para pedirle mercedes, que no se lo presentemos y las pidamos por él, como vemos que lo hace la Iglesia al fin de cada oracion. Porque esto es pedir en nombre de Cristo, así como él mismo nos lo manda. Y pues (como arriba dijimos) nuestra oracion debe ser perpetua, síguese que nunca se nos ha de caer del corazon y de la boca. Y no piense nadie que se importunará ó enfadará el Padre pidiéndole tantas veces mercedes por su Hijo: ántes si en él pudiera caber alegría nueva, la recibiera todas las veces que le pidiéramos mercedes por él. Mas aunque no es alegría nueva, no deja de caber en él; pero es, y fué siempre, y será eterna.

CAPITULO XXIII.

Fructo décimo séptimo del árbol de la Cruz: que es favor y socorro en las tentaciones.

No pueden faltar tentaciones en esta vida; pues toda ella se llama tentacion. Por lo cual así como se escribe (*a*), que los hijos de Israel iban armados cuando subian á conquistar la tierra de promision, así lo deben tambien ir los que desean ganar por armas la verdadera tierra de promision, que es la bienaventuranza de la gloria. Mas las armas desta milicia no son corporales, sino espirituales; porque para esta pelea mas nos sirven los ojos que las manos. Y no es de maravillar que pues hay serpientes que mirando matan, nosotros tambien mirando matemos las infernales serpientes; mas no á ellas, sino á aquella imágen de serpiente que Moisen por mandamiento de Dios puso en el desierto en un lugar alto (*b*), para que cuando los hijos de Israel fuesen mordidos de las serpientes que en aquel lugar los herian y mataban, levantasen los ojos á mirar la imágen de aquella serpiente pintada, y luego sanarian. Pues cuando fuéremos acometidos de aquella antigua serpiente, pongamos los ojos en esta serpiente pintada, que es Cristo crucificado, pues parece en lo de fuera malhechor, estando tan léjos de serlo; porque esta vista nos defenderá.

La plática desto es, que cuando el hombre se sintiere tocado de algun mal pensamiento, luego con la mayor

(*k*) Genes. 43. (*a*) Num. 32. (*b*) Num. 21.

priesa que pudiere levante los ojos á considerar aquella tan lastimera figura que el Salvador tenia en la Cruz; haciendo cuenta que lo tiene delante de sí presente, y mirando aquel innocentísimo cuerpo de la manera que allí está, todo ensangrentado, descoyuntado, desfigurado, el rostro escupido y afeado, la cabeza atravesada con espinas, las espaldas rasgadas con azotes, y los ojos escurecidos con la presencia de la muerte; y despues que lo hubiere mirado en esta figura, acuérdese que todo esto padesce aquel Señor para satisfacer por los pecados, y para desterrarlos del mundo; y considerando esto dígale: Señor mio, ¡que padeciésedes vos tan extraños tormentos para pagar por mis pecados, y mostrarme la graveza dellos, y que con todo eso tenga yo atrevimiento para pecar, y para hacer cosa cuyo remedio tan caro os costó! Nunca, plega á vuestra infinita misericordia, tal permitais, Señor; sino ántes se abra la tierra y me trague, que yo tal ose cometer. Ayudadme, Señor mio y Redemptor mio, y no permitais que esa sangre preciosa haya sido derramada en balde por mí, y que venga á perderse lo que vos por tan caro precio comprastes.

Este es pues el mas comun y mas eficaz remedio que tienen los siervos de Dios en sus tentaciones: el cual nos declaró el Salmista cuando dijo (*c*), que la piedra era refugio de los erizos; mas otra translacion en lugar de erizos pone liebres, las cuales hacen sus madrigueras en las concavidades de los peñascos, adonde se acogen con toda la lijereza posible cuando son acosadas de los galgos. Por la cual astucia cuenta Salomon este animal entre cuatro animales, que dice él ser mas sabios que todos los sabios (*d*). Y así despues de la hormiga, que es uno de los cuatro (porque sabe muy bien proveerse de un tiempo para otro), pone luego la liebre flaca, la cual hace su madriguera en los agujeros de la piedra. Pues ¿qué piedra es esta, sino Cristo nuestro Salvador en la Cruz, mas fuerte que todas las piedras para sufrir los tormentos della? Y ¿qué agujeros son estos, sino los de sus sacratísimas llagas, adonde corren y se guarecen las liebres, que son las ánimas temerosas de Dios, cuando se ven acosadas de aquellos perros infernales que las quieren tragar?

Este es remedio general para todos los acometimientos de nuestro adversario. Y no ménos se hallan remedios particulares en este árbol sagrado para todas las otras tentaciones de vicios particulares. Porque si fueres tentado de ambicion y soberbia, levanta los ojos y mira al Criador de los cielos, al Señor de los ángeles, al que es gloria de los bienaventurados, crucificado entre ladrones, diciendo con el Profeta (*e*): Yo soy gusano y no hombre, oprobrio de los hombres, y desecho del mundo. Si te acomete la escaseza del avaricia, y te aprieta las manos para dejar de socorrer á los pobres, mira la largueza de aquel Señor que está derramando cuanta sangre tiene para remedio de todas nuestras necesidades. Si la torpe lujuria quisiere enlazar tu corazon con la representacion de sus falsos y halagüeños deleites, contempla los inmensos dolores que aquel innocentísimo cordero padece en todos sus miembros, por pagar por los deleites de los suyos. Si quisiere despedazar tu corazon la carcoma y polilla de la invidia, mira la grandeza de la caridad de aquel Señor que ofrece aquella vida que vale mas que todas las vidas criadas, por amigos y enemigos. Si el regalo de la gula te convidare con el gusto del comer y beber, mira el letuario con que sirvió el mundo al Señor dél en tan grande necesidad, cual nunca jamas fué dado á hombre por malo que fuese, que fué hiel y vinagre: la hiel ántes de la Cruz, y el vinagre en ella. Si la pasion de la furiosa y mal aconsejada ira te incitare á deseos de venganza, considera con cuánto silencio, con cuánta mansedumbre, con cuán admirable paciencia aquel innocentísimo cordero sufrió tantas maneras de injurias, sin abrir su boca, sino para rogar á su Padre por aquellos que tan cruelmente lo trataban. Si la accidia (que es tristeza y hastío de las virtudes y espirituales ejercicios) te entorpeciere para las cosas de tu salud, mira con cuánta promptitud y devocion se ofreció este Señor á sus enemigos, saliéndolos él mismo á recebir, para tratar de la tuya. ¿Ves luego cuán eficaces remedios tenemos en el árbol de la Cruz contra todas las tentaciones del enemigo?

(*c*) Psalm. 103 (*d*) Prov. 30. (*e*) Psalm. 21.

CAPITULO XXIV.

Fructo décimoctavo del árbol de la Cruz: que fuéron victorias y triunfos de los sanctos mártires.

Una de las mayores glorias y testimonios que tiene la religion cristiana, es haber sido fundada y testificada con la sangre de tantos mártires; y no hay que dubdar sino que todos ellos cobraron grande esfuerzo con el ejemplo y virtud de la sancta Cruz. Porque dado caso que todos cuantos sanctos ha habido en el mundo (como ya dijimos) sean fructos deste árbol (porque por esto se escribe que el cordero celestial fué sacrificado dende el principio del mundo (*a*), porque dende entónces comenzó á obrar el mérito dél en todos los justos), mas particularmente los sanctos mártires fuéron la fruta mas propria y mas sazonada deste árbol; porque no solo abrazaron la Cruz de Cristo con la mortificacion de su carne, sino tambien con la muerte del cuerpo, y con la sangre que derramaron por la gloria del Señor, que por ellos derramó la suya. Ca es cierto que el mayor esfuerzo que los mártires tuvieron en sus batallas, fué poner los ojos en aquel altísimo Hijo de Dios puesto en la Cruz, padeciendo en su delicadísimo cuerpo y ánima los mayores dolores que jamas se padecieron, no por sí, sino por ellos. Porque con esta consideracion, con este ejemplo, y con la fe viva deste misterio, muy alegre y esforzadamente se ofrecian á todos los tormentos que la crueldad ingeniosa de los tirannos, y el furor y rabia de los demonios podian inventar; y con este socorro salian de todo esto vencedores. Y por esta causa quiso este fuertísimo alférez que interviniesen en su sagrada Pasion tantas maneras de escarnios, de vituperios, de azotes, espinas, bofetadas, desnudez y desamparo de sus discípulos, y discursos de unos jueces á otros, y de tribunales á tribunales; porque para todas las diferencias de tormentos que los mártires padecian, hallasen en él ejemplos de paciencia para los suyos. Porque es cierto que así como la mayor gloria que tiene la Iglesia son las victorias de los mártires, que con su sangre la defendieron y fundaron; así uno de los principales respectos que el autor de nuestra salud tuvo en su Pasion, fué dejar á los mártires ejemplos de padecer, y merecerles fortaleza para padecer.

Sabía él tambien que la mayor gloria que los hombres podian dar á Dios, era serle tan leales y fieles, que ántes quisiesen ser despedazados, arrastrados y atormentados

(*a*) Apoc. 13.

con todos los tormentos que en un cuerpo humano se pueden ejecutar, que perder un punto de la obediencia y lealtad que le debian. Porque en todo el caudal de la naturaleza humana (aunque sea ayudada y fortalecida con todos los socorros de la gracia) no se halla otro mayor sacrificio que la criatura pueda ofrecer á su Criador, que este. Por lo cual no sin grande causa se ofreció el Salvador á tales tormentos por aliviar con ellos los destos fuertes guerreros. La figura desto precedió en aquel madero, que convertió las aguas amargas en dulces (*b*). Porque pasado el mar Bermejo, anduvo tres dias el pueblo de Israel sin hallar agua, sino fué una tan amarga, que no se podia beber. Y fatigados con la sed, dieron voces á Moysen, diciendo: ¿Qué beberémos? Entónces hizo Moysen oracion á Dios: el cual le mostró un cierto madero, y mandóle que lo echase en las aguas, las cuales á la hora de amargas se hicieron dulces, de que bebió todo el pueblo. ¿Quién no ve aquí representada la virtud del madero de la sancta Cruz? ¿Qué proporcion tiene un madero seco para hacer esta mudanza, pues bastaba sola la palabra divina? Pues como todas las obras de Dios procedan de la fuente de su infinita sabiduría (la cual no hace cosa sin summo consejo), ¿qué otra cosa nos pudo aquí mas convenientemente figurar, que la virtud del madero de la Cruz, el cual hizo que las aguas amarguísimas de las tribulaciones de los mártires y de todos los otros sanctos, que con fuerzas humanas no se podian tragar, se bebiesen con grande suavidad, y lo que naturalmente era aborrecible, el poder de la divina gracia lo hiciese amable? ¿No vemos esto á la clara representado, no solo en muchos varones, sino tambien en muchas tiernas doncellas, que voluntariamente y con grande alegría se ofrecian á beber las amargas aguas de sus martirios, pareciéndoles muy suaves por la causa que las bebian?

§. I.

De las comunes maneras y mas principales con que Dios es en los suyos glorificado.

Mas para que mas claramente se vea cuánta gloria resultó de aquí á Dios, quiero declarar aquí las principales maneras en que los hombres lo pueden glorificar.

I. La primera y mas comun es la que se hace con voces de alabanza, cuando con salmos y himnos alabamos y glorificamos á nuestro Criador, como el sancto rey David lo ordenó en su tiempo, y de ahí adelante se continuó. La cual manera de honra pide nuestro Señor en el salmo 49, donde desechando los sacrificios antiguos de animales, pide este sacrificio de alabanza, diciendo: Ofrece á Dios sacrificio de alabanza, y cumple lo que al Altísimo tienes prometido; y llámame en el dia de la tribulacion, y librarte he, y honrarme has. Y al fin del mismo salmo declara el fructo deste sacrificio, diciendo: El sacrificio de alabanza me honrará; y ahí está el camino por el cual enseñaré yo al hombre la salud de Dios (que es la salvacion de su ánima).

II. Esta es la primera manera de honrar á Dios con palabras sanctas salidas del corazon. Hay otra manera mas excelente, que no es con palabras, sino con obras de virtud y religion. Con las cuales honraba tambien el mismo David á Dios, cuando decia (*c*): Confesarme he, Señor, á tí, y alabarte he con la direccion de mi corazon, que es con la rectitud y pureza de mi ánima en que consiste la buena vida: con la cual mas altamente es Dios honrado y glorificado. Y desta manera mandó el Señor á sus discípulos que glorificasen al Eterno Padre, diciendo (*d*): Resplandezca la luz de vuestra vida delante de los hombres, para que vistas vuestras buenas obras glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. Lo mismo aconseja Sant Pedro apóstol á los fieles de su tiempo (*e*), encomendándoles mucho esta vida religiosa, para que los que murmuraban dellos como de malhechores, considerando sus buenas obras glorificasen á Dios. Esta es la segunda manera de honrar á Dios con la buena vida; porque como esta sea obra de Dios, así como el que alaba la imágen del pintor alaba al maestro que la hizo, así el que trabaja por rectificar su vida, alaba y glorifica al autor principal della, que es Dios. Conforme á lo cual el profeta Esaías (*f*) con mucha razon llama á los buenos, plantas que Dios plantó para ser por ellas glorificado.

III. La tercera manera mas alta de glorificar á Dios es esta misma: cuando levantándose contradicciones y persecuciones contra ella, todavía persevera el hombre fijo y constante en su buen propósito sin volver pié atras. Porque este es como espada fina, que aunque el que la dobla junte la punta con la manzana, vuelve á estar tan derecha como ántes. Es tambien como un oro finísimo, que echado en el fuego, ninguna mudanza hace de lo que ántes era. Desta manera perseveraba el sancto Tobías (*g*) en las obras de misericordia que hacia, puesto caso que muchos le querian apartar dellas, poniéndole delante los peligros que de aquí se habian de recrecer.

IV. Mas porque entre todos los peligros de la vida, y entre todas las cosas terribles la postrera es la muerte (como Aristóteles dijo), de aquí procede otra mas alta manera de glorificar á Dios, que es la de aquellos que son tan fieles y leales á su Señor, y perseveran tan constantes en su servicio, que escogen ántes la muerte que hacer cosa que sea contra la lealtad y homenaje que le tienen prometido. En el cual cuento entran los sanctos mártires que consintieron en perder sus vidas por no perder la fe que debian á su legítimo Rey y Señor. Y que esta sea una muy alta manera de glorificar á Dios, declaró el amado Evangelista, cuando diciendo el Señor á Sant Pedro, que despues de viejo otro le ceñiria y llevaria donde él no quisiese (significando por estas palabras que habia de morir crucificado), añadió luego el Evangelista (*h*): Esto dijo el Señor, para significar con qué linaje de muerte aquel apóstol habia de glorificar á Dios. En las cuales palabras el Evangelista, no sin grande consideracion, el morir en cruz llamó *glorificar á Dios*. Porque ¿con qué mas puede la naturaleza humana glorificar á este Señor, que con mostrar por la obra que lo precia, y reverencia, y ama sobre todas las cosas, pues huelga de perder la vida y todos los otros bienes temporales que se poseen con ella por no quebrantar la fe y lealtad que le debe? Pues ¿qué queda al siervo fiel que hacer por la gloria de su Señor, despues que aquí ha llegado? Porque, como dice el Salvador (*i*), nadie tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos. A lo ménos no hay mayor señal de caridad que esta. Por lo cual con mucha razon el Evangelista el morir por Dios llamó *glorificar á Dios*.

V. No parece que sobre esta habia otra mas alta manera de glorificar á Dios. Pero como haya muchas ma-

(*b*) Exod. 15. (*c*) Psalm. 118.

(*d*) Matth. 5. (*e*) 1. Petr. 2. (*f*) Esai. 61. (*g*) Tob. 2. (*h*) Joan. 21. (*i*) Joan. 15.

neras de muertes, aquella le glorifica mas, en la cual se padescen mas crueles linajes de tormentos. Porque esto no es morir una sola muerte (como muere en un instante un hombre degollado), sino muchas muertes, y en mucho espacio de tiempo. Ca los tirannos no pretendian matar, sino quebrantar á fuerza de tormentos la fe de los sanctos mártires, para que así quedasen los mártires vivos y vencidos, y los tirannos vencedores. Mas ¿qué lengua podrá explicar las invenciones de crueldades y tormentos nunca vistos, con que estos ministros de Satanas pretendian desquiciar de su fe á estos gloriosos caballeros? De los cuales escribe el bienaventurado mártir Cipriano contra un infamador de nuestra religion, diciendo así (*k*): A los innocentes, amigos y siervos de Dios echas de sus moradas, despojas de sus patrimonios, fatigas y aprietas con cadenas, encierras en cárceles, atormentas con fuego, con hierro, y con bestias fieras, despédazas sus cuerpos con largos tormentos, multiplicas las llagas de sus entrañas, y no se contenta tu crueldad y fiereza con los tormentos acostumbrados, sino busca la ingeniosa crueldad nuevas maneras de penas. Conforme á esto entre otras invenciones de crueldades escribe Eusebio (*l*) que en la persecucion de Diocleciano á muchos hincaban cañas agudas entre las uñas de los dedos; á otros echaban plomo derretido por las espaldas; y á las mujeres metian asadores de palo tostado por sus miembros naturales, con que atravesaban sus secretas entrañas. Pero ¿qué haré, que me faltan palabras para recontar tan abominables maldades? Mas no faltaba paciencia á los fortísimos y religiosísimos mártires para sufrir las invenciones de castigos que los prudentísimos y esclarecidos jueces hallaban, para poner en admiracion de su astuta sabiduría á los presentes, y espanto á las gentes venideras. Mas porque desta materia tratamos en otro lugar, al presente no haré mas que referir un pedazo de una divina carta que el sanctísimo obispo de la ciudad de Túmis, llamado Fileas, estando en la cárcel cargado de hierro, escribió á los fieles de su Iglesia para animarlos al martirio con ejemplo de los sanctos mártires que con él padescian.

Mas primero que refiera las palabras de su carta, diré algo de sus virtudes y nobleza. Pues este religioso pastor, como cuenta Eusebio (*m*), segun la virtud del ánima del cielo traia su clara generosidad; y cuanto á la nobleza del mundo, decendia de los antiguos romanos, y en su república habia gozado de las principales y mas honradas dignidades; lo cual acompañaba con grande sabiduría en todas las artes y ciencias; y sobre todo habia bebido la principal filosofía de la religion cristiana, de tal manera que hacia en ella ventaja á todos los que habian precedido. Y como quier que en la misma ciudad tenia muchos deudos y amigos nobles, fué presentado muchas veces al juez ántes de su condenacion, procurando y aconsejándole que oyese los importunos ruegos de sus parientes, y tuviese respecto á la viudez de su mujer, y horfandad de sus hijos, y no perseverase en la presumpcion comenzada. Pero él, sin moverse desechaba sus amonestaciones, como una grande roca despide las ondas de un pequeño arroyo, diciendo que su atencion tenia en el cielo, y á Dios representaba delante de sus ojos, y por tanto que no conocia otros deudos, sino á los sanctos apóstoles y mártires sus antecesores.

(*k*) Contr. Demetrianum, tom. 1. (*l*) Eccl. Histor. lib. 8. cap. 6.
(*m*) Euseb. lib. 8. cap. 4.

Estaba á la sazon presente un varon llamado Filorónomo, capitan del ejército de los romanos, el cual, como viese á Fileas combatido por la astucia del juez y por las lágrimas de sus deudos, que ni le daban, ni recebia dellos algun daño, á grandes voces dijo: ¿Para qué tentais en balde la constancia deste varon? ¿Cómo pensais hacer desleal á quien á Dios tiene hecho homenaje? ¿Cómo le podreis hacer negar á Dios por consentir á los hombres? ¿No mirais que ni sus orejas oyen vuestras palabras, ni sus ojos ven vuestras lágrimas? ¿Cómo puede ser enternecido con lágrimas carnales aquel cuyos ojos están fijos en el cielo? Oyendo el pueblo infiel tales palabras, demandaron al juez que Filorónomo fuese condenado juntamente con Fileas. De lo cual holgando el juez, á ambos condenó que fuesen degollados.

§. II.

Carta del sancto obispo Fileas: crueldades de los tirannos, y fortaleza de los mártires.

Pues este tan señalado varon, en la carta que escribió á su amada esposa la iglesia de Túmis, despues del principio della dice así: De tan maravillosas labores nos fuéron dechados los sanctos mártires que juntamente padescieron con nosotros. Los cuales (segun que por las sagradas Escripturas habian sido enseñados) ponian sus corazones y sus ojos en Dios, y por defension de su fe despreciaban sus vidas. Porque continuamente consideraban que nuestro Señor Jesu-Cristo, hecho por nosotros hombre, nos enseñó por su ejemplo, que sin desmayar peleemos hasta la muerte contra el pecado; pues él, competiéndole naturalmente la igualdad de la majestad de su Padre, se humilló por nosotros, tomando forma de siervo (*n*), y en figura humana le fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Cuyo ejemplo siguiendo los dichosos mártires, recibieron tantas penas y fatigas por no amancillar la hermosura de su fe, y osadamente se oponian á los tirannos; porque la perfecta caridad que ardia en su pecho, despedia fuera el temor. Cuya fortaleza y sufrimiento, cuyo esfuerzo y constancia, si quisiese historiar, á mí faltarian fuerzas, y pareceria cosa increible á quien no hubiese visto sus gloriosos triunfos. En público estaban puestos para cada uno que quisiese atormentarlos; y si alguno por su pasatiempo inventaba nuevos linajes de penas, le era lícito y honroso experimentarlos en ellos. Unos azotaban con mimbres, otros con látigos, teniéndolos á unos colgados de sogas, á otros atadas las manos y enaspados, donde juntamente descoyuntaban sus huesos y arañaban sus miembros. Raer sus carnes con rallos, tormento era viejo y liviano; y si por ventura á algunos se daba, no llegaban (como suelen á los ladrones y matadores de hombres) solamente los lados; mas el vientre, y los muslos, y las canillas de las piernas, y hasta las uñas de los piés: ni la cara y cabeza les quedaba sana. Y sobre toda crueldad añadian, que despues que los cuerpos humanos eran desollados con tanta inhumanidad, los dejaban en la plaza desnudos, no solamente de vestidos, mas de su proprio cuero. ¡Horrible vista de quien los miraba! Algunos quedaban amarrados á columnas, los brazos torcidos; otros colgados de alto; y así estaban delante del mismo juez todo el dia, no solamente el tiempo en que eran examinados, mas mientra que entendian los jueces en otros negocios, por ver si con el

(*n*) Philip. 2.

dolor prolijo caerian de la firmeza de su propósito. Y cuando ya se hartaban de ver sus cuerpos llagados, llevábanlos por los piés arrastrando á la cárcel, y puestos los piés en el cepo, todo el cuerpo tendian sobre cascos de barro. Desta manera muchos perseverando constante y fuertemente hasta la muerte, hacian vergüenza á los curiosos inventores de tormentos. Algunos dellos en convaleciendo de las heridas, de su voluntad se ofrecian otra vez, y con sus carnes convidaban á los ministros de sus tormentos. Pero ellos, afrentados y espantados de ver su fortaleza, daban fin á la lucha, cortándoles las cabezas. Estas son las palabras del sagrado pontífice, y uno de los mártires cuya crónica escribia; porque con ellos fué degollado.

Pues ¿quién no se espantará por una parte de la fortaleza de los sanctos mártires, y por otra de las invenciones de tormentos que los hombres inspirados por los demonios inventaban contra los sanctos? Porque á no estar el demonio apoderado de sus ánimas, no era posible caber en corazon humano tal fiereza y crueldad. Mas es tan poderosa la divina gracia, que aun sobre esta tan extraña fortaleza de los sanctos tuvo mas que añadir, no tanto en la substancia de la pasion, cuanto en algunas circunstancias della. Porque muchos mártires hubo de tan maravillosa fortaleza, que ellos mismos sin ser acusados se ofrecian voluntariamente á los tormentos, para esforzar con su ejemplo á otros que padescian. Otros habia que perseveraban en ellos con un rostro esforzado y alegre, sin mostrar punto de flaqueza en medio de tan cruelísimos tormentos. Otros (de que aun tengo mayor admiracion) hablaban con tanta libertad y osadía á los tirannos, reprehendiendo su crueldad, que con esto los embravecian y provocaban á inventar y multiplicar nuevos linajes de tormentos, así por vengar sus injurias, como por no quedar vencidos dellos. Con esta libertad (entre otros innumerables) habló Sant Lorenzo al emperador Decio, tratándole como á tiranno; y Sant Vicente mártir á Daciano, desafiándole y diciéndole que comenzase á reventar con todo el furor del enemigo, que en su pecho moraba, y que en esta batalla veria por experiencia, que mas habia de poder él, siendo atormentado, que el tiranno siendo atormentador. Y no salió en vano aquella gloriosa promesa; pues faltando ya las fuerzas á los atormentadores, finalmente dijo el tiranno: Vencidos somos. Pues veamos agora ¿hasta dónde puede llegar mas la naturaleza humana, ayudada con abundante gracia en servicio de su Criador? ¿Con qué puede una criatura de carne y de sangre mostrar mas la fe, la lealtad, la reverencia, la obediencia y el amor que debe á su Dios, que con esta tan espantosa fortaleza? ¿Qué otro sacrificio mas agradable? ¿Qué otra ofrenda mas acepta se le puede ofrescer? ¿Con qué obra puede él ser mas glorificado, que con tener siervos tan leales, que toda la potencia del mundo armada con tanta fiereza de tormentos no pudiese hacer una pequeña mella en su fe? ¿Qué es esto sino imitar la fortaleza del fino diamante, el cual siendo martillado, ántes se entra él por el martillo, que el martillo por él? Pues muchos de los sanctos mártires no solo sufrian los golpes de los tormentos con paciencia, mas muchos los procuraban y abrazaban con alegría. Pues ¿qué cosa hay en el mundo con que los hombres puedan mas glorificar á su Criador? Callen los cielos y la tierra: calle el resplandor del sol, y de la luna, y de las estrellas; y aun digo mas: calle la gloria que dan á Dios los ángeles, y los querubines, y serafines en comparacion desta. Porque ¿qué hicieron todos ellos mas que convertirse á Dios, y reconocerle por su Criador, y dador de todos sus bienes, sin tener carne rebelde que á esto contradijese? Y con solo esto alcanzaron perpetua corona de gloria. Y aunque en ellos resplandezca mas la bondad, la hermosura y omnipotencia del Criador, que tales criaturas pudo formar, mas esto fué pura gracia y dádiva de Dios sin trabajo y costa dellos; como quiera que en los mártires juntamente con la gracia intervino tan espantosa fortaleza y paciencia.

§. III.

Prosigue la misma materia con dos cartas del bienaventurado mártir Cipriano.

Pues enamorado el sancto mártir Cipriano de la hermosura de las tales ánimas, con mucha razon exclama en una carta que escribe á unos sanctos mártires, diciendo así (*o*): ¿Con qué palabras os alabaré, fortísimos caballeros de Cristo? ¿Con qué pregones y voces engrandeceré la fortaleza de vuestro ánimo? Hasta el fin de la gloria sufristes durísimas cuestiones, y no fuistes vencidos de los tormentos, sino vencedores dellos. Vió la muchedumbre de los que presentes estaban esta celestial batalla; vió á los siervos de Cristo estar en ella con voz libre, con ánima sincera, con virtud divina, desnudos de las armas seglares; mas armados con las de la fe. Estuvieron los atormentados mas fuertes que sus atormentadores, y los miembros despedazados vencieron á los garfios de hierro que rompian sus carnes. Corria dellos la sangre preciosa que apagaba no ménos las llamas de la persecucion que las del infierno. ¡Oh cuán hermoso espectáculo fué este para Dios! ¡Cuán grande cuán alto, cuán precioso y agradable, cuán alegre se halló Cristo allí presente! ¡Cuán de voluntad peleó con ellos y venció! ¡Cuán poderosamente esforzó y animó á los fuertes guerreros, y confesores de su nombre! Porque el que una vez venció la muerte por nosotros, siempre vence en nosotros. Esta es la batalla de nuestra fe, en la cual peleamos, y vencemos, y somos coronados, denunciada por los profetas, y ejercitada en los sanctos apóstoles y mártires. Hasta aquí son palabras de Cipriano.

Y el mismo sancto en otra epístola escripta á otros sanctos que estaban presos para ser martirizados, dice así (*p*): Salúdoos, hermanos muy amados, de cuya presencia quisiera yo gozar, si la distancia del lugar no lo impidiera. Porque ¿qué cosa me pudiera succeder mas alegre y mas deseada que hallarme con vosotros, y abrazar esas manos puras y innocentes, que guardando la fe debida al Señor, desecharon el sacrílego servicio de los ídolos? ¿Qué cosa mas alegre ni mas alta que besar esas bocas, que con voces gloriosas confesaron al Señor? ¿Qué cosa mas dulce que verme presente á vuestros ojos, los cuales despreciado el siglo fuéron merecedores de ver á Dios? ¡Oh bienaventurada la cárcel que fué honrada con vuestra presencia! ¡Oh bienaventurada la cárcel que envía los hombres de Dios á Dios! ¡Oh tinieblas mas resplandecientes que el sol, dónde están agora los templos vivos de Dios, y los miembros sanctificados con la confesion divina! Saludo

(*o*) Lib. 2. Epistol. epist. 6. tom. 1. (*p*) Lib. 4. Epistol. epistol. 1. tom. 1.

tambien á las bienaventuradas mujeres que están en vuestra compañía, esclarecidas con la gloria de su confesion, las cuales guardando la fe á su Señor, siendo mas fuertes de lo que puede la condicion mujeril, no solo están vecinas á la corona, mas dan ejemplo de fortaleza á todas las otras. Y porque nada faltase á la gloria desa compañía, para que todos los estados y edades honrasen á su Criador, ayuntó la divina misericordia mochachos de poca edad á la gloria de vuestra confesion, representándonos lo que hicieron aquellos tres ilustres mozos (q) Ananías, Azarías y Misael, á los cuales en el horno de Babilonia tuvo reverencia el fuego, y dieron refrigerio las llamas. Hasta aquí son palabras de Cipriano. ¿Pues quién puede leer esto sin lágrimas? ¿Qué devocion hay tan muerta que no resuscite, y despierte, y se maraville considerando esta tan grande fe, y lealtad, y reverencia de las criaturas para con su Criador? Esta es pues la verdadera gloria y honra que se le puede en este mundo dar, cuando estos valerosos guerreros tan alegre y esforzadamente se dejaron despedazar, por no dar la honra á él debida á su enemigo el demonio.

Mas ¿quién podrá contar la muchedumbre de personas de todos los estados, y edades, y condiciones que por esta causa padescieron? Porque como los emperadores romanos eran los autores desta maldad, y ellos tenian la monarquía del mundo, en todas las ciudades y provincias dél se publicaban sus crueles edictos, y así en todas ellas ardia el furor de los infieles, y se derramaba la sangre de los sanctos. Porque ¿qué ménos se esperaba del demonio, viendo la guerra que le hacia el Evangelio de Cristo, destruyendo sus templos y altares? Un solo templo de Apolo, que el bienaventurado Sant Benito consagró á Cristo convertiendo la gente comarcana á la fe, causó tan grande rabia en el demonio que allí era adorado, que le hizo dar voces al glorioso sancto, diciendo: Benedicto, Benedicto? Y como el Sancto no le respondiese, replicaba diciendo: No benedicto, sino maledicto, ¿por qué me persigues? Así que este maligno y furioso dragon, revestido en los corazones de los hombres, levantaba esta tan grande tempestad: la cual Dios convertia en mayor confusion de su enemigo, y mayor corona de los mártires, y mayor gloria de su sancto nombre. Lo cual todo se debe á aquel Señor que padesció en la Cruz, cuya virtud y ejemplo fué el mayor esfuerzo y consuelo que los sanctos mártires tuvieron en sus tormentos, como parece por esta carta del sanctísimo obispo Filéas que agora acabamos de referir: donde dice que el ejemplo de su Señor por ellos crucificado los animaba á sufrir constantemente la cruz de sus martirios.

Concluyendo pues esta materia, digo que si el mayor sacrificio que los hombres podian ofrecer á Dios, era este de sus cuerpos despedazados por su obediencia; si esta era la mayor fineza y prueba de la virtud y lealtad que á la divina Majestad se debe; si esta era la obra de mayor merecimiento de cuantas un hombre puede hacer; si por esta obra era Dios mas honrado y glorificado, que por todas cuantas de una pura criatura se pueden esperar; si este era el encienso mas suave, y el holocausto y ofrendá mas agradable que se le podia ofrecer; y si los mártires que desta manera honraban á Dios, eran innumerables, como dijimos: ¿qué cosa mas digna del Hijo de Dios que haber él sido causa con el ejemplo y mérito de su Pasion desta tan grande y tan universal gloria del Padre soberano? ¿Qué cosa mas para desear, que con un solo dia de su Pasion ser causa de tantas y tan gloriosas pasiones, y que un solo dia de tormento fuese causa de tantos gozos eternos, y que un solo triunfo de la muerte fuese causa de tantos triunfos de hombres y mujeres, y de niños y vírgines, que tan gloriosamente triunfarón del mundo? ¡Cuán bien empleada muerte causadora de tantas vidas, y cuán dichosa ignominia causadora de tanta gloria, y cuán precioso grano de trigo, que caido en tierra, y muerto, tan maravillosos fructos dió! Y para decir lo que siento, yo confieso que esta lealtad, y fe, y constancia de los mártires, es de tan grande admiracion, y tan gloriosa para Dios, que aunque ningun otro fructo acarreara la venida y Pasion del Salvador, sino este, era muy bien empleado todo cuanto sobre esta demanda hizo, y padesció; de la cual tanta gloria resulta á la majestad de Dios, y tan grande corona á los mismos mártires. Verdad es que el Salmista dice (r), que los cielos predican la gloria de Dios; mas ni los cielos, ni la tierra, ni la mar, ni todo lo que en ellos es, engrandesce tanto esta gloria, como la fe, y lealtad, y fortaleza de los mártires: la cual se entendió mas claramente cuando llegamos á tratar de la terribilidad de los tormentos con que los sanctos mártires fuéron atormentados, y de la espantosa fe y constancia que tuvieron en ellos. Pues si solo este tan maravilloso fructo bastaba para tener por bien empleada la Pasion del Salvador, ¿cuánto mas juntándose con ella la destruicion de la idolatría, la vocacion de las gentes, la sanctificacion de tantos millones de ánimas como por sus merecimientos fuéron sanctificadas, junto con todos estos fructos del árbol de la Cruz, que aquí habemos referido?

CAPITULO XXV.

Fructo décimonono del árbol de la Cruz: que es haberse reducido por ella el mundo á la fe y obediencia de su legítimo Rey y Señor.

Quédanos otro fructo singular del árbol de la Cruz (al cual se ordenaban todos los que hasta aquí habemos referido), que es, haberse por ella reducido el mundo á la fe y obediencia de su legítimo y verdadero Rey y Señor, contra quien estaba levantado y rebelado. Para que mejor se entienda esto, conviene traer á la memoria una cosa de grande consideracion y devocion, que yo en otra parte traté, la cual es, que toda esta tan grande y admirable fábrica del mundo, con esa grandeza y muchedumbre de cielos y estrellas (cuya grandeza deja atónitos á todos los entendimientos), fué criada para solo el servicio y mantenimiento del hombre. Porque no era razon que fuese criada para los brutos, pues no tenian conoscimiento de su Criador; ni tampoco para los ángeles, que son espíritus puros, y así ni tienen necesidad de lugar corporal donde estén, ni de manjares corporales con que se sustenten; y mucho ménos para el Señor dellos, pues ab eterno estuvo por infinitos siglos sin el servicio deste mundo, y sería blasfemia decir que le faltaba entónces alguna gloria de la que tiene agora. Resta pues que para el servicio y mantenimiento del cuerpo humano fué criada esta gran casa real, y para el se gobierna siempre. De modo que el mundo fué criado para el hombre, mas el hombre para Dios, para que por el beneficio y órden de las criaturas (que fuéron criadas

(q) Danie. 3.

(r) Psalm. 18.

para su mantenimiento y servicio) conosciese á su Criador, y le sirviese y amase como á tal. Donde de camino diré otra cosa (aunque no sirva tanto á este propósito), y es, que pues en tanto estimó Dios el cuerpo del hombre, que para su servicio hizo este tan grande y tan maravilloso teatro, y por él lo gobierna tantos mil años ha, no es mucho que por el bien de su ánima (que sin comparacion es mas noble que el cuerpo) bajase del cielo á la tierra, y gastase treinta y tres años en su remedio.

Mas tornando al propósito, siendo criado este mundo para servir al hombre, y el hombre para servir al Criador, cumpliendo el hombre con este oficio, todo el mundo estaba bien ordenado; porque permanecia en el estado y órden que Dios le puso cuando lo crió. Mas levantándose el hombre contra Dios, y haciéndose vasallo y siervo del demonio su enemigo, todo el mundo quedaba desordenado; pues las criaturas que habian de servir al amigo y Hijo de Dios, servían á su enemigo; y en tal caso no habia para qué haber mundo, pues no servía para el fin que Dios lo habia criado. Por esta causa decimos que levantándose y rebelando el hombre contra Dios, no solo él, mas todo el mundo quedó levantado y desordenado. Pongamos ejemplo. Claro está que si el gobernador de una provincia, puesto por un rey, se levanta contra él, y los súbditos le sirven y obedecen como á verdadero señor, y acompañan en sus armadas, con razon decimos que toda la provincia está levantada, pues obedesce y sirve al tirano que se levantó. Cónstanos tambien que el hombre fué constituido por Dios por señor destas criaturas inferiores, como dice el Salmista (*a*): Todas las cosas, Señor, sujectastes á los piés del hombre, las ovejas, los bueyes y ganados del campo, las aves del aire, y los peces de la mar. Pues siendo este gobernador fiel y leal á Dios, todas las criaturas tambien lo son, porque sirven á quien Dios ordenó que sirviesen; mas por el contrario, si el hombre rebela, y es traidor y desleal contra el comun Señor, convenientísima cosa es que las criaturas de Dios sirvan al traidor y enemigo de Dios; y cuanto es de su parte á todas hace traidoras y contrarias á Dios, pues sirven y militan debajo de la bandera de su capital enemigo. Y demas desto perseverando el mundo en este estado, no conseguia Dios el fin que pretendia cuando lo crió, que era su gloria por medio del hombre; y era mal empleada á su propósito, así la creacion del mundo, como la gobernacion dél. Porque ¿para qué fin se habian de mover los cielos con tanta órden y compas, y fructificar la tierra, y correr las aguas, y obedecer los animales de la tierra, los peces de la mar, y las aves del aire, y servir el sol, la luna, las estrellas, y las lluvias, y rocío del cielo al hombre, si todo esto era proveer de vituallas y armas al deshonrador y enemigo de Dios, y aliado con el demonio su enemigo? Pues por esta causa no convenía á la gloria de la bondad y sabiduría de Dios, ni criar, ni gobernar al mundo, perseverando el hombre en ese estado; pues eso era sustentar su enemigo, y hacer guerra á sí mismo. De donde se infiere que reducido el hombre á la obediencia y servicio de su verdadero Rey y Señor, todo el mundo (como dijimos) queda reformado y puesto en la órden que el Criador le señaló. Y añado á esto, que aunque en el mundo no hubiese mas que un hombre bueno, era muy bien empleado que toda la máquina del mundo perseverase en su curso, porque no faltase á un bueno lo necesario para su vida, aunque á cuenta dél gozasen los malos destos beneficios; porque esto y mas se debe á la gloria y dignidad del bueno; pues vemos cuántos bienes hizo Dios á los hijos de Lot y de Esaú (*b*), aunque eran idólatras, por amor de sus predecesores. Y navegando el Apóstol en un navío de gentiles (*c*), y levantándose una brava tormenta (donde todos se tenian ya por perdidos), mandóle Dios decir por un ángel, que todos llegarian á salvamiento por amor dél. De manera que porque no pereciese un bueno, quiso el Señor que gozasen los malos del beneficio que á él se hacia. Pues resumiendo agora lo dicho, como por medio de la redempcion de Cristo haya habido, no un solo bueno, sino muchos millares de buenos en el mundo (como en el tratado pasado declaramos), con razon decimos que su venida fué reparacion del mundo, aunque no todo él sirve fielmente á su Criador; porque bastan los buenos que ha habido y hay en él, para que se diga que el mundo fué reformado por él; pues reducido el hombre á servicio de su Señor, todo el mundo fué reducido en él.

Por lo dicho parece claro no haber sido cosa indigna de aquella inmensa bondad hacer lo que hizo por el reparo deste tan grande y tan hermoso mundo que crió, que es por la salud de todos los siglos, presentes, pasados y venideros; porque á todos cupo parte deste remedio. Lo cual parecerá aun mas claro si consideráremos la dignidad del hombre; el cual aunque segun la condicion del cuerpo sea criatura tan baja, segun la dignidad del fin para que fué su ánima criada, no es menor que los ángeles, como adelante verémos.

CAPITULO XXVI.

Fructo vigésimo del árbol de la Cruz: que es la bienaventuranza de la gloria.

Quédanos agora por declarar el postrer fructo del árbol de la Cruz, que es la bienaventuranza de la gloria: á la cual (como á último fin) se ordenan todos los fructos de las virtudes que hasta aquí habemos referido. Porque todos ellos son como escalones por los cuales subimos á aquella celestial ciudad de Hierusalem. Conforme á lo cual dice el Salmista (*a*), hablando de los justos, que irán caminando de virtud en virtud hasta el Dios de los dioses en Sion.

Este tan gran bien es fructo del árbol de la Cruz, pues nos consta que así este grande bien como todos los demas que se ordenan á él, nos fuéron concedidos por los méritos de Cristo nuestro Salvador, mediante el sacrificio de su Pasion. Lo cual testifica el Apóstol en la epístola escripta á los de Efeso, por estas memorables palabras (*b*): Bendito sea Dios, y el Padre de nuestro Señor Jesucristo; el cual nos bendijo por Cristo en todo género de bendiciones espirituales para que gozásemos en el cielo con él; así como por él nos escogió ántes de la creacion del mundo, para que fuésemos sanctos, y libres de toda mácula de pecado en su acatamiento mediante la caridad. El cual asimismo determinó de adoptarnos por hijos suyos por los méritos de su Hijo, segun el propósito y beneplácito de su voluntad, para gloria y alabanza de su gracia, por la cual nos hizo gratos á sí por medio de su amado Hijo; por el cual alcanzamos la redempcion y perdon de nuestros pecados. En las cuales palabras se ve cómo todos los bienes nos vinieron por este medianero, que el Padre Eterno tuvo por bien de darnos. De modo que por él alcanzamos la redempcion, por él la reconci-

(*a*) Psalm. 8.

(*b*) Deut. 2. (*c*) Act. 27. (*a*) Psalm. 83. (*b*) Ephes. 1.

liacion con el Padre, por él la satisfaccion de nuestras deudas, por él el perdon de nuestras culpas. El nos abrió las puertas del cielo, él quitó la espada que defendia la entrada del paraíso, él rompió el proceso de nuestros pecados. Por él fuímos elegidos ántes que criados, para ser puros y limpios en el acatamiento divino; por él adoptados por hijos y legítimos herederos de su reino; y por él fuímos predestinados y escogidos para ser bienaventurados; y por él finalmente se ejecuta esta predestinacion y determinacion de Dios, entregándonos la posesion del reino del cielo. Y esto es lo que el Salvador declaró á Nicodémus cuando le dijo (*c*): Así como Moisen levantó en alto la serpiente, así conviene que sea levantado el Hijo del hombre; para que todo aquel que en él creyere, y creyendo le amare, no perezca, sino alcance la vida eterna. Y por el ser levantado en alto, entiende aquí ser puesto en una cruz, y sacrificado en ella; porque por el mérito deste summo sacrificio se abrieron (como dijimos) las puertas del cielo, y se nos da la vida eterna. Por lo cual no quiso la divina justicia que se abriesen estas puertas en los tiempos pasados, aun á los fieles escogidos y amigos suyos; así por no estar ofrecido este tan grande sacrificio y satisfaccion de la deuda comun del género humano, como tambien por dar el Padre Eterno á entender que por el mérito de su Hijo se nos concedió este tan grande bien. Porque justo era que el que ganó la gloria para todos, gozase primero de las primicias della que todos. Por lo cual llama Sant Juan (*d*) á este Señor primogénito de los muertos, por haber sido el primero que entre todos los mortales gozó del fructo de la resurreccion. Despues de la cual resuscitaron muchos de aquellos sanctos padres que esperaban por este dia. Y así dice el mismo Señor en el Salmo hablando con su Padre (*e*): A mí están esperando los justos, para que me dés el merecido galardon. De donde se seguirá, que donde estuviere la cabeza estarán los miembros, y donde estuviere el cuerpo, ahí se juntarán las águilas (*f*); y así se cumplirá aquella peticion del Salvador, el cual hablando con su Eterno Padre dice por Sant Juan (*g*): Quiero, Padre, que estén conmigo donde yo estuviere los que tú me diste; para que vean la claridad, que es la gloria que me diste. Pues, qué tan grande sea este fructo del árbol de la Cruz, por el cual se nos da la bienaventuranza de la gloria perdurable, ¿quién lo podrá explicar, pues dice el Apóstol (*h*) que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni corazon humano pudo comprehender la grandeza de los bienes que tiene Dios aparejados para los que le aman? Solamente se puede decir que este es un bien universal que comprehende todos los bienes que el corazon humano puede desear; y por esta causa no gastarémos agora palabras en declarar la grandeza dél, mayormente habiendo hecho esto en otra parte. Solamente diré que la grandeza del beneficio de nuestra redempcion no se puede enteramente conocer en esta vida, hasta que lleguemos á la otra; en la cual gozando por infinitos siglos de inmensos bienes, verémos claramente lo que debemos á este Señor que con tantos dolores suyos nos compró y mereció este descanso. Para el cual conocimiento nos ayudará la vista de aquellas preciosísimas señales que quedaron en los piés, y manos, y costado del Salvador; para que entendamos que aquellas preciosísimas llagas fuéron las puertas reales por donde entramos en el reino de los cielos.

(*c*) Joann. 3. (*d*) Apoc. 1. (*e*) Psalm. 141. (*f*) Matth. 24. (*g*) Joann. 17. (*h*) 1. Cor. 2.

Mas entre tanto que este dichoso dia se dilata, no habemos de cesar de dar gracias al Redemptor por este summo beneficio. Para lo cual debemos considerar tres cosas: conviene á saber, lo que nos dió, y el medio por donde lo dió, y la causa por qué lo dió. Lo que nos dió fué este summo bien que habemos dicho; el cual comprehende universalmente todos los bienes. El medio por donde nos lo dió, fué mereciéndolo y comprándolo por el precio inestimable de su sangre, y de otros inmensos trabajos que en este mundo padesció (*i*). Mas la causa de lo uno y de lo otro fuéron las entrañas de su misericordia, por las cuales tuvo por bien visitarnos viniendo de lo alto; pues, como dice Sant Augustin (*k*), no lo trajeron del cielo á la tierra nuestros merecimientos, sino nuestros pecados. Lo cual nos representa aquella misteriosa piedra de Daniel (*l*), que fué cortada del monte sin manos; porque no vino del cielo á la tierra por nuestros merecimientos.

§. ÚNICO.

Conclusion deste tratado.

Estos son, cristiano lector, los fructos del árbol de la Cruz, y de aquella hermosa palma adonde la sancta Esposa, que al principio propusimos (*m*), deseaba subir para coger della estos fructos de vida. Mas allende destos hay otros innumerables que no se pueden comprehender con palabras; porque todos los bienes espirituales, todos los remedios, y socorros, y medicinas que las ánimas reciben, deste glorioso árbol manan. Por lo cual con mucha razon exclama Sant Crisóstomo en un sermon que hace de la Cruz, diciendo así (*n*): La Cruz es esperanza de los cristianos, resurroccion de los muertos, guia de los ciegos, báculo de los cojos, consolacion de los pobres, freno de los ricos, destruicion de los soberbios, tormento de los malos, triunfo contra los demonios, ayo de los mozos, gobernadora de los que navegan, puerto de los que peligran, y muro de los cercados. La Cruz es padre de los huérfanos, defension de las viudas, consiliario de los justos, descanso de los atribulados, guarda de los pequeñuelos, lumbre de los que moran en tinieblas, magnificencia de los reyes, escudo de los pobres, sabiduría de los simples, libertad de los siervos, y filosofía de los emperadores. La Cruz es pregon de los profetas, predicacion de los apóstoles, gloria de los mártires, abstinencia de los monjes, castidad de las vírgines, y alegría de los sacerdotes. La Cruz es fundamento de la Iglesia, destruicion de los ídolos, escándalo de los judíos, perdicion de los malos, fortaleza de los flacos, medicina de los enfermos, pan de los hambrientos, fuente de los sedientos, y abrigo de los desnudos. Estos títulos tan gloriosos atribuye este sancto al árbol de la Cruz, para representarnos por ellos la eficacia de su virtud. Por lo cual con mucha razon lo compara la Esposa con el árbol llamado nardo, que da de sí bálsamo (*o*). Porque donde nosotros leemos: Racimo de Chipre es mi amado para mí en las viñas de Engadí (*p*), en lugar de racimo lee Sant Ambrosio nardo, que es un árbol pequeño, el cual nasce en estas viñas, y (como dice el mismo sancto sobre este paso) es desta cualidad, que siendo punzado produce de sí gotas de un bálsamo muy oloroso. Lo cual convenientísimamente

(*i*) Luc. 1. (*k*) De verb. Apostol. Serm. 8. cap. 7. tom. 10. (*l*) Dan. 2. (*m*) Cant. 7. (*n*) Hom. de Cruce Dom. tom. 3. (*o*) Cant. 1. (*p*) In Psalm. 118. Oct. 3. tom. 2.

atribuye este sancto á Cristo puesto en la Cruz; el cual estando allí herido con clavos, azotes y espinas, nos dió el bálsamo suavísimo y olorosísimo de la gracia, y de la redempcion y perdon de los pecados, y de todos los otros fructos de vida que aquí habemos referido. Por lo cual el mismo sancto sobre el salmo 36 declarando aquel paso de Sant Juan (q): *Lo que fué hecho en él, era vida*, dice que en Cristo hay una cosa que no fué hecha, que es su gloriosa divinidad; y otra que fué hecha, que es su sancta humanidad. Pues desta dice que lo que fué hecho en él, era vida. Porque la carne que fué hecha en él, es vida; y la muerte que fué hecha en él, es vida; y las heridas que fuéron hechas en él, son vida; y los escarnios que fuéron hechos en él, son vida; y la venta que fué hecha en él, es vida. Porque siendo vendido por Júdas, y comprado por los judíos para la muerte, fuímos redimidos para la vida. Esta es pues la vida que fué hecha, esta es la vida que aparesció en el mundo, porque el que era ante todo principio, nasció despues para ser vida de los mortales. Este es aquel grano de que el mismo Señor dijo (r): Si el grano de trigo que cae en tierra, no muere, él solo permanesce; mas si fuere muerto, dará mucho fructo: no uno solo, sino todos estos que hasta aquí habemos referido, con otros que por lengua humana no pueden ser contados. Y conforme á esto escribe Sozomeno (uno de los tres historiadores de la Tripartita) que un varon noble llamado Proviano tuvo la cruel enfermedad de la gota, á que los médicos no saben dar remedio; y yendo á la iglesia de Sant Miguel (donde se hacian muchos milagros) fué della librado, apareciéndole este glorioso arcángel. Y fué así que siendo primero pagano, se convirtió, pero no del todo. Mas aparecióle el mismo arcángel, y mostróle la señal de la Cruz que agora está en el altar de la dicha iglesia de Sant Miguel, afirmándole que despues que Cristo fué crucificado en ella, todo cuanto Dios ha hecho para salud y remedio del género humano, fué por virtud desta Cruz digna de ser adorada.

Pues qué resta agora, sino que considerando por una parte todos estos fructos admirables que se cogen del árbol de la sancta Cruz, y por otra la inefable clemencia del Salvador, que por un medio de tanta humildad y de tantos trabajos nos quiso hacer tantos bienes, empleemos toda la vida en darle gracias por la que nos dió, y mucho mas por el medio por donde nos lo dió, que fué subjectándose aquella soberana Majestad á tantas y tan grandes injurias, las cuales declara Sant Augustin por estas palabras: Hízose hombre el Hacedor de los hombres, y vino á mantenerse con leche el que rige las estrellas: para que desta manera el pan tuviese hambre, y la fuente padeciese sed, y la lumbre durmiese, y el que era camino se cansase, y la verdad con falsos testigos fuese acusada, y el juez de vivos y muertos fuese injustamente juzgado, y la innocencia fuese con azotes castigada, y el racimo fuese de espinas coronado, y el que era fundamento del mundo fuese colgado de un madero, y el poder de Dios fuese enflaquecido, y la salud herida y la vida muerta: hasta aquí son palabras de Sant Augustin. Mas Eusebio Emiseno (s) declara la grandeza deste beneficio, haciendo comparacion deste beneficio de la redempcion con el de la creacion, y así dice: Decendió el Hijo de Dios del trono alto del cielo á visitar los que estábamos en la tierra. Recibió nuestros males para hacernos participantes de sus bienes. Por donde podrémos entender cuánto amó á su siervo ántes de la culpa, pues así lo glorificó despues de la caída. De modo que mas nos restituyó su gracia, que lo que nos habia dado la naturaleza. Grande señal del amor que tuvo Dios al hombre, fué cuando entre los principios del mundo el siervo recibió la imágen de su Señor; mas mucho mayor cosa fué que en el proceso del mundo el Señor recibiese la imágen del siervo. Grande beneficio fué que el piadoso Criador infundiese de sí el espíritu de vida en el cuerpo de su criatura; pero mayor misericordia fué que en el beneficio de la redempcion no solo le dió sus cosas, mas tambien se dió á sí. Gran cosa fué haber querido este Señor que yo fuese obra suya; pero mayor fué que el Señor de la majestad se hiciese precio mio; pues tan copiosamente redimió al hombre, que el mismo Dios se dió por él. Mucho fué lo que la malicia del demonio nos quitó, pero mucho mas fué lo que la gracia de Cristo nos restituyó. Finalmente, grande fué la largueza del Criador cuando al hombre recien criado del cieno de la tierra, puso en los deleites del paraíso; pero mayor gracia fué sacarlo del profundo del infierno, y traspasarlo al reino del cielo. Lo susodicho es de Eusebio.

Mas porque el conocimiento deste summo beneficio es un grande incentivo y estímulo del amor de Cristo (en el cual consiste todo nuestro bien), parecióme que despues de haber tratado de los fructos del árbol de la Cruz, sería cosa conveniente traer aquí algunas de las principales figuras con que el Espíritu Sancto dende el principio del mundo, en todos los siglos pasados y en todos los patriarcas y sacrificios, quiso por una manera maravillosa figurarnos y debujarnos el misterio de Cristo. Porque estas figuras sirven grandemente para declararnos la grandeza deste beneficio, y asimismo la grandeza de la caridad con que este Señor nos amó. Algunas de las cuales de tal manera son figuras y tan al proprio representan este misterio, que mas parecen profecías que figuras, ó historias de cosas pasadas, como en el proceso se verá.

(q) Joann. 1. (r) Joan. 12.

(s) Euseb. Emis. hom. 6. de Symb.

TRATADO SEGUNDO DESTA TERCERA PARTE.

CAPITULO XXVII.

De las figuras que en los tiempos antiguos representaron la venida y el misterio de Cristo.

No se contentó el Espíritu Sancto con tantas profecías y señales que precedieron el misterio de Cristo; mas quiso tambien representarlo dende el principio del mundo en todos los patriarcas y sacrificios, y en todas las cosas del Testamento Viejo: las cuales, como el Apóstol dice (a), eran figura de los misterios del Nuevo. Es esta materia muy copiosa por ser muchas las figuras, y tener cada una mucho que ponderar y sentir en ella: tanto

(a) 1. Cor. 10.



que algunas personas devotas meditan la vida y pasion de nuestro Salvador, procediendo por estas figuras, sacando miel de suavísima devocion encerrada en los panales destas figuras.

Este ejercicio (segun escribe Filon, nobilísimo filósofo platónico) tenian los fieles que moraban en Alejandría (los cuales vivian vida sanctísima), de los cuales escribe que entendian las sanctas Escripturas, no solo segun lo que suena la letra, sino tambien considerando el sentido espiritual della. Porque juzgaban de la ley como de cualquier animal que tiene cuerpo y ánima. Y así decian que la letra de la sancta Escriptura era como el cuerpo que á la vista se representa, mas que este cuerpo tenia su ánima, que es el sentido espiritual: el cual hallaban penetrando sutilmente como por una vidriera, los maravillosos secretos de la sancta Escriptura. Para lo cual es de saber que sola la sancta Escriptura tiene esta preeminencia entre todas las otras, porque en las otras las palabras declaran la intencion y sentido del que las pronunció ó escribió; mas en las sanctas Escripturas no solo las palabras, mas tambien las mismas cosas explicadas por las palabras, tienen su significacion diferente de lo que las palabras suenan. Porque Dios, en cuyas manos está el proceso y curso de todas las cosas, las ordena y traza de tal manera, que tengan su propria significacion, como se verá por las figuras siguientes. Y esto que así representa, es lo que llamamos sentido espiritual.

Tambien se ha de advertir que en estas figuras de Cristo que pertenescen al sentido espiritual, que llaman alegórico, communmente se representa el beneficio y remedio que nos vino por él; mas en otras, demas desto, se nos declara lo que de nuestra parte debemos hacer para que se nos aplique la virtud deste remedio. Y conviene que el discreto lector ponga los ojos en ambas cosas; porque si se empleare todo en sola la consideracion del remedio, hacerse ha flojo y descuidado, librando toda su salud en las espaldas y trabajos de Cristo, y olvidándose de la parte que á él cabe de su trabajo, que es el engaño de los hombres perdidos y desalmados.

Y dado caso que estas figuras no sean pruebas y argumentos eficaces y suficientes para probar el misterio de Cristo, mas todavía sirven grandemente para darnos mas claro conoscimiento del beneficio inestimable de nuestra redempcion; el cual conoscimiento cuanto es mayor, tanto nos da mayores motivos para todas las virtudes, y especialmente para dos muy principales, que son esperanza y amor. Porque ¿á quién tengo yo de amar, en quién tengo mas de confiar, que en un Señor que tanto bien me hizo, tanto me amó, y tales entrañas de bondad y misericordia me descubrió, como fué morir por mí? Pues para este fin quiso el Espíritu Sancto que se representase este summo beneficio en todas estas figuras, y para esto mismo las referirémos aquí.

Presupuesto este pequeño preámbulo, tratarémos aquí, no de todas las figuras de Cristo (porque esto sería cosa infinita, pues todo el Testamento Viejo es figura del Nuevo), sino de algunas mas principales; y esto con toda brevedad. Porque escribir cuanto hay que sentir en cada figura, sería cosa muy prolija. Por tanto no haré aquí mas que apuntar brevemente las cosas, dejando la dilatacion y sentimiento dellas al discreto y piadoso lector. Y aunque algunas destas figuras estén declaradas en nuestros sermones, con todo eso fué necesario repetir aquí algunas dellas, porque no quedase este argumento imperfecto y manco, si en él faltasen las figuras que junto con las profecías sirven á este misterio. Algunas de las cuales de tal manera lo representan, que mas parecen profecías claras que figuras.

§. I.

Figura de la formacion de Eva.

Entre las cuales la primera y mas antigua es la formacion de la primera mujer: en la cual aquel soberano Señor (á quien todas las cosas están presentes), ántes aun del pecado representó el remedio que le habia de venir por Cristo. Porque como refiere la Escriptura (b), queriendo formar esta mujer, echó un sueño en Adam, y sacóle una costilla, en lugar de la cual le puso carne, y de aquella costilla formó la mujer, y trájola á Adam, á la cual él dijo: Este es hueso de mis huesos, y carne de mi carne. Por esta dejará el hombre padre y madre, y hará vida con su mujer, y serán dos en una carne. Pues ¿qué hombre habrá tan rudo, que no piense haber misterio en esta formacion de la mujer? Porque si Dios crió al hombre de la tierra, ¿por qué no crió á la mujer del mismo elemento? Y ya que esto no queria, ¿á qué propósito la formaba de la costilla del hombre? Y ya que le quitaba la costilla, ¿por qué no le puso otra en lugar della, sino hinchió aquel vacío de carne? Pues como Dios sea sabiduría infinita, clara cosa es que nada desto hizo sin propósito y sin misterio. Aquí pues primeramente nos representó la formacion de la Iglesia, sacada del lado de Cristo. Porque estando él durmiendo en la cama de la Cruz el sueño de la muerte, le abrieron el costado con una lanza, del cual manó agua y sangre, la sangre para rescate de nuestro captiverio, y el agua para purificacion de nuestras ánimas, la cual se obra mediante la virtud de los sacramentos, que de aquí manaron; los cuales dan á la Iglesia el sér espiritual que tienen, mediante el cual se hace ella Esposa amantísima de Cristo; y la causa deste amor es ver á sí mismo en ella, que es ver su mismo espíritu, y su gracia, y ver que manó de su proprio costado; porque así como aquel primer hombre amó á su mujer con grande amor, porque entendió por revelacion de Dios que habia salido de su substancia: así Cristo amó la Iglesia con incomparable amor, por ver que tambien ella procedió dél; porque no la ama como cosa extraña y ajena de sí, sino como á cosa que le salió de sus entrañas. Por lo cual entenderémos la grandeza del amor que Cristo tiene á la Iglesia, y á todas las ánimas que están en gracia. Y por esto el Apóstol declarando esta figura, dijo (c): Este sacramento es grande, entendido de Cristo, y de la Iglesia Esposa suya.

Y no es ménos de considerar que en esta formacion pusieron en la mujer hueso fuerte, y en el hombre la carne flaca, para significar que la fortaleza que tiene la Iglesia le vino de Cristo, y la flaqueza que vemos en Cristo, le vino de la Iglesia, esto es, de nuestra flaca humanidad. Y por esto los mártires iban esforzados á la pasion, por lo que tenian de Cristo, y Cristo temió ántes de la suya, para mostrar la flaqueza que de nuestra parte tenia.

(b) Gene. 2. (c) Ephes. 5.



§. II.
De la muerte de Abel.

Tras desta figura se sigue luego otra en la muerte del innocente Abel (*d*), al cual mató su hermano Cain; y la causa de lo matar fué, como dice Sant Juan (*e*), porque sus obras eran malas, y las del hermano buenas: de modo que invidia fué la causa deste tan cruel maleficio. Pues desta manera el pueblo de los judíos, hermano de Cristo segun la carne, le procuró la muerte; porque la doctrina y sanctidad de su vida condenaba la mala vida de sus enemigos. Mas como la sangre del innocente Abel daba voces á Dios pidiendo justicia, así la sangre de Cristo, aunque pide misericordia para los verdaderos penitentes y humildes, tambien pide justicia para los incrédulos y rebeldes. Mas veamos cuál fué la justicia y sentencia de Dios. La sentencia fué decir á Cain: Andarás derramado y como fugitivo sobre la tierra, que abrió su boca y recibió la sangre de tu hermano derramada por tí. Esta sentencia de Dios vemos ejecutada el dia de hoy en aquella parte de judíos que permanescen en su incredulidad: los cuales andan derramados por todas las naciones del mundo, ya en tierras de turcos, ya de moros, ya de gentiles, ya de cristianos, sin tener rey, ni sacerdote, ni templo, ni república, ni tierra que sea suya. En lo cual se ve claro el cumplimiento de aquella maldicion que ellos mismos echaron sobre sí al tiempo de la pasion del Salvador, diciendo: La sangre suya sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos. La cual maldicion es un linaje de milagro y profecía que ha corrido y corre por todas las edades y siglos. Porque las otras profecías se cumplieron una vez en su tiempo; mas esta se cumple siempre.

§. III.
Figura de Noé.

Otra figura fué Noé (*f*), el cual despues del diluvio plantó una viña, y bebiendo del vino della, se embriagó y cayó en tierra de tal manera, que quedó descubierto. Lo cual como viese el menor de sus tres hijos, fuélo á decir á sus hermanos, no sin risa y donaire de ver así caido al viejo. Entónces los dos hijos mayores tomando una capa sobre sus hombros, y andando hácia atras vueltas las espaldas al padre, dejaron caer la capa sobre el padre desnudo, y así cubrieron honestamente su desnudez. Pues como despertase Noé de aquel sueño, y supiese lo que los tres hijos habian hecho, maldijo al hijo menor que lo habia escarnecido, y bendijo á los dos que lo habian cubierto y honrado. Este sancto patriarca, que conservó el mundo con el arca de madera que fabricó (*g*), nos representa al Hijo de Dios, que con el madero de la sancta Cruz salvó y redimió el mundo. Deste Noé, cuando nasció, dijeron sus padres (*h*): Este nos consolará en los trabajos de la tierra, que fué maldita por el Señor; lo cual mucho mas pertenece á Cristo nuestro Salvador, que es único remedio y consuelo en los trabajos y miserias deste destierro á que fuimos condenados. Pues este espiritual Noé plantó una viña. Esta viña, como dice Isaías (*i*), fué la casa de Israel; la cual habiendo de dar uvas, dió agracejos (que es fructa amargosa y desabrida), y así esta viña embriagó al Señor, que la plantó, con el vino de la Pasion. El cual durmiendo en la Cruz el sueño de la muerte, quedó desnudo; porque entónces con su muerte se descubrió la bajeza de la naturaleza humana que por nosotros habia tomado. En este tiempo el desventurado Cam, hijo menor (que representa el pueblo de los judíos), escarneció de su padre, como lo hicieron los fariseos y pontífices, los cuales al tiempo que el Salvador estaba desnudo en la Cruz, meneando las cabezas decian (*k*): A otros hizo salvos, y á sí no puede salvar. Si es rey de Israel, decienda de la Cruz, y creerémos en él. Mas los otros dos hijos deste Patriarca, que son los dos pueblos de judíos y gentiles que recibieron la fe, y conocieron este Señor, cubrieron aquella desnudez de su padre, creyendo y confesando que aquella pasion no era defecto, sino sacramento y remedio del género humano. Maldijo Noé al hijo menor, (que representa la persona de los judíos), condenándolo á perpetua servidumbre: lo cual vemos cumplido hasta hoy en esta parte del pueblo que todavía permanece en su incredulidad; la cual anda descarriada por el mundo, viviendo en gran miseria y servidumbre. Mas por el contrario bendijo á los otros dos hijos que lo honraron: los cuales representan el pueblo fiel de ambas naciones, que son judíos y gentiles; y la bendicion que les da es, hacerlos en esta vida participantes de su providencia y gracia, y en la otra de perpetua felicidad y gloria.

§. IV.
Del sacrificio de Abraham.

Otra figura maravillosa fué el sacrificio de Abraham (*l*), el cual por mandamiento de Dios iba á un monte á sacrificar su hijo. Mas al tiempo del sacrificio mandóle Dios que tuviese la espada queda; porque ya con esto habia declarado la fineza de su virtud y obediencia. Pues por este nobilísimo sacrificio prometió Dios al sancto Patriarca debajo de un solemne juramento tantos hijos como las estrellas del cielo, y como las arenas de la mar; porque así suele Dios pagar los servicios que se le hacen. ¡Qué retrato este tan hermoso, en que aquel pintor del cielo retrató el misterio de nuestra Redempcion! Porque aquí primeramente se nos representa, que así como por el mérito de aquel sacrificio tan señalado prometió Dios al patriarca Abraham tan gran número de hijos, así por aquel divinísimo sacrificio de Cristo, ofrecido en el altar de la Cruz por obediencia del Padre Eterno, le fuéron prometidos innumerables hijos, no segun la carne, sino segun el espíritu, los cuales participando la virtud de su espíritu, imitarian la pureza de su vida. Y esto es lo que significó el profeta Esaías, cuando dijo (*m*), que si este Señor ofreciese su vida por el remedio de los pecados, veria hijos de luenga edad (esto es espirituales hijos en todas las edades del mundo), y la voluntad del Señor sería encaminada por su mano. Este es pues el dia de Cristo, que, como él dice en el Evangelio (*n*), vió Abraham, y se alegró en verlo; porque conoció el fructo inestimable que dél se habia de seguir.

Ni es ménos dulce cosa considerar aquí de la manera que iban al monte padre y hijo. Porque el padre llevaba el fuego y el cuchillo para sacrificar al hijo, y el hijo la leña en que habia de ser sacrificado. Pues ¿qué es esto, sino representársenos aquí la imágen y las causas de la pasion del Salvador? Cuchillo y fuego, ¿qué son sino justicia y amor? Estas dos virtudes contendian en el pecho del Padre Eterno, cada cual en su manera. Porque

(*d*) Genes. 4. (*e*) 1. Joan. 3. (*f*) Genes. 9. (*g*) Genes. 7.
(*h*) Genes. 5. (*i*) Isai. 5. et 17.

(*k*) Matth. 27. (*l*) Genes. 22. (*m*) Esai. 53. (*n*) Joan. 8.

la justicia decia que castigase al pecador, y el amor que lo perdonase. Pues estas dos virtudes redujo á concordia el Hijo de Dios, ofreciendo su muerte no debida, por la que todo el género humano debia; y desta manera el pecado quedó castigado, y el pecador perdonado. Donde es cosa muy devota ver aquel húmilde mancebo caminar por aquella ladera del monte, llevando sobre sus hombros la leña en que habia de ser sacrificado, y contemplar en esta figura con los ojos del ánima á nuestro innocentísimo y clementísimo Isaac, caminando al monte Calvario, llevando sobre sus sacratísimos hombros, molidos con tantos azotes, el madero de la Cruz en que habia de ser crucificado; en el cual iba el peso de todos nuestros pecados, como dice Sant Pedro (*o*).

§. V.

Figura de Jacob.

Mas así como este sancto patriarca Isaac fué figura de Cristo, así tamben lo fué su hijo Jacob, padre de los doce tribus. El cual vestido de ropas muy ricas y olorosas, y cubierto el cuello y las manos con pieles de cabrito, ofreciendo una sabrosa comida á su padre, y dándole tambien vino con ella, recibió dél una copiosísima bendicion. Porque sintiendo el sancto viejo el olor de sus vestiduras (*p*), y recreado con el olor dellas, comenzó á pedir á Dios para el hijo bienes del cielo y de la tierra. Las cuales peticiones, no solo eran peticiones, sino tambien profecías de lo que estaba por venir. Y fué tan larga y tan copiosa esta bendicion, que no solo comprehendió al hijo, sino tambien á todos los que con él estuviesen aliados. Y así en cabo dijo: El que te bendijere, sea bendito: el que te maldijere, sea lleno de maldiciones. Esta es la historia de la bendicion. Mas ¿á qué propósito revelaba el Espíritu Sancto estas menudencias á Moisen, y queria que fuesen parte de la sancta Escriptura, si no nos quisiera representar aquí el misterio de la bendicion de Cristo, á quien toda la Escriptura se ordena? Pues ¿qué comida es esta tan sabrosa, sino aquel banquete real que el Hijo de Dios ofreció á su eterno Padre en la mesa de la Cruz, lleno de todas las virtudes? Y ¿qué vino es este tan precioso, sino la caridad de nuestro clementísimo Redemptor, por la cual se ofreció á satisfacer por todas las deudas del género humano con el sacrificio de la Cruz? Y ¿qué nos representa el olor suavísimo de las ricas vestiduras de que Jacob iba vestido, sino el agradecimiento que el Padre Eterno recibió con el olor suavísimo de las virtudes de aquel Hijo, de quien él dijo (*q*): Este es mi Hijo muy amado, en quien yo mucho me agradé? Ni carecen de misterio las pieles de cabrito con que Jacob iba disfrazado. Porque ellas nos representan la imágen de pecador con que el Hijo de Dios encubrió la persona que era; pareciendo pecador el que era justo, y puro hombre el que era verdadero Dios. Pues por el mérito desta tan grande humildad, como fué tomar aquel espejo de innocencia imágen de pecador, mereció absolucion y perdon para todos los pecadores, si ellos por su parte se dispusieren para recebirla. Porque este Señor no recibió la bendicion para sí solo, sino para todos los que obedeciesen á sus sanctos mandamientos, como dice el Apóstol (*r*). Lo cual nos declara la summa y remate desta bendicion, que se concluye diciendo: El que te bendijere será bendito, y el que te maldijere será lleno de maldiciones. Las cuales palabras cierto es que no convienen á Jacob, á quien se dijeron, sino á solo el Hijo de Dios, que dél habia de nascer; porque quien á este señor amare será de Dios bendito, y quien no le amare será maldito, como el Apóstol dice.

Tambien la lucha deste patriarca con el ángel es muy principal y muy misteriosa figura de la obra de nuestra redempcion. De quien se escribe en el Génesi (*s*), que pasado el rio Jordan con toda su familia, le apareció un hombre, el cual estuvo luchando con él toda la noche hasta la mañana. Y viendo este hombre que no lo podia vencer, tocóle un niervo del muslo, ó (como otros trasladan) tocó en la latitud ó anchura del muslo, el cual luego se secó, y díjole: Déjame, que ya quiere amanecer. Respondió Jacob: No te dejaré, si no me das tu bendicion; y luego allí lo bendijo. Y preguntándole Jacob por su nombre, respondió: ¿Para qué preguntas por mi nombre, que es admirable? Y llamó Jacob á aquel lugar Fanuel, diciendo: Vi al Señor cara á cara, y fué hecha salva mi ánima. Pues ¿qué hombre habrá tan rudo, que no vea estar toda esta historia llena de misterios? En la cual no hay palabra que no tenga su significacion, la cual Eusebio Emiseno declara desta manera (*t*): ¿Qué misterio (dice él) es este, que el que es vencido bendiga, y el que pensaba haber vencido quedase cojo? Pues por Jacob entendemos al pueblo de los judíos, que dél descendió; y por el ángel que apareció á Jacob, la persona de nuestro Redemptor. Vemos pues aquí vencido el ángel que representaba á Cristo, y haber vencido Jacob que representaba al pueblo de los judíos. Los cuales prevalescieron contra Cristo cuando le crucificaron. Mas con todo eso, siendo este espiritual Jacob el vencedor, pide al vencido que le bendiga, diciendo: No te dejaré sin me das tu bendicion. Pues ¿qué misterio es este, que el vencido en esta lucha sea poderoso para dar la bendicion? Claramente se nos muestra aquí la excelencia de Cristo el cual siendo crucificado, redimió á los mismos que le crucificaban. De modo que bendijo siendo vencido, y libró habiendo padescido, y entrevino por nosotros el que parescia reo, y absolviónos el que habia sido condenado. Mas ¿qué cosa es, que despues de la lucha Jacob recibiendo la bendicion cojea de un pié, quedándole el otro sano? Esto quiere decir que de Jacob (que representa el pueblo de los judíos) una parte habia de creer y otra no habia de creer. Y lo que dijo el ángel: Déjame porque ya sube la mañana, nos representa que pudo el Salvador ser vencido de la muerte, mas no detenido della. Y por eso despues de pasada la noche trabajosa de la Pasion, promete que luego se seguirá la mañana clara de su gloriosa resurreccion.

§. VI.

Figura de Josef hijo de Jacob.

Este sancto patriarca tuvo doce hijos, y entre ellos uno muy querido, que fué Josef, en el cual muy al propio nos representó el Espíritu Sancto el misterio de Cristo (*v*). Porque los hermanos de Josef por la invidia y odio que contra él tenian, por verle mas amado de su padre, yéndolos el mozo á visitar al campo, determinaron de matarlo. Y para esto primeramente lo desnudaron de una vestidura que el padre le habia hecho de diversos colores; y finalmente lo vendieron á los ismaelitas q

(*o*) 1. Pet. 2. (*p*) Genes. 27. (*q*) Matth. 17. (*r*) Galat. 3. Hebr. 5.

(*s*) Genes. 32. (*t*) Euseb. Emis. homil. 8. de Pasch.
(*v*) Genes. 37.

á la sazon pasaban por allí, por veinte dineros que por él les dieron. Y tiñendo esta ropa en la sangre de un cabrito, la enviaron á su padre, para que viese si aquella ropa era de su hijo. Todo esto con lo demas que se siguió, cuadra maravillosamente con el misterio de Cristo nuestro Salvador. Porque á Josef primeramente vendieron sus hermanos por veinte dineros; y Cristo fué vendido de uno de sus discípulos por treinta dineros. Los hermanos de Josef le desnudaron de aquella ropa de muchos colores que su padre le habia hecho; y los judíos (que eran hermanos de Cristo segun la carne) le desnudaron de aquella hermosísima vestidura de su humanidad, que el Padre Eterno habia adornado con la hermosura y colores de todas las virtudes. Aquellos tiñeron esta vestidura de Josef en la sangre de un cabrito que mataron; y estos tiñeron la ropa de la humanidad de Cristo con la sangre que él derramó por los pecados del mundo figurados en el cabrito. Estando Josef en la cárcel, y dos hombres presos con él (x), á uno juzgó á vida, y á otro á muerte; y Cristo hizo lo mismo con los dos ladrones que con él estaban crucificados (y). Aquellos metieron á Josef en un pozo; y estos pusieron á Cristo en el sepulcro despues de crucificado. Josef salió vivo deste pozo; y Cristo resuscitó vivo y glorioso del mismo sepulcro. A Josef compraron los ismaelitas, y lo llevaron á Egipto; y los apóstoles (que por Cristo dejaron todas las cosas) le predicaron por todo el mundo. Fué ensalzado Josef en Egipto (z); y Cristo fué creído y adorado en el mundo. Josef hizo que hubiese gran abundancia de trigo en Egipto; y Cristo hinchió el mundo de su doctrina, que es verdadero pan y mantenimiento de las ánimas. Venian los pueblos de todas partes á comprar pan á Egipto para sustentar sus vidas; y así vinieron diversos pueblos y naciones del mundo á la Iglesia de Cristo á recebir su religion y doctrina. Finalmente los hermanos de Josef, que primero lo habian maltratado y vendido (a), vinieron en cabo á adorarlo y reverenciarlo; y así han venido muy gran parte del pueblo de los judíos á confesar y adorar á Cristo despues de la conversion del mundo. Finalmente los hermanos de Josef determinaron de venderlo para estar seguros de su señorío; y eso mismo ordenó la sabiduría divina para hacerlo señor dellos. Y así tambien los príncipes de los sacerdotes tomaron por medio condenar á Cristo para asegurar su reino, mas eso mismo tomó Dios por medio para destruirlo; porque por ese pecado fué de ahí á pocos dias por los romanos destruido. No faltaba mas para el cumplimiento y perfeccion desta figura, sino la conveniencia del nombre de Josef con el de Cristo, y tampoco esa faltó; porque el rey Faraon, visto que por su providencia se remedió el mundo para que no pereciesen las gentes de hambre, púsole por nombre en su lengua Salvador del mundo (b). Lo cual ya se ve cuán al proprio pertenece á Cristo nuestro único Salvador y reparador, el cual mantiene y sustenta las ánimas de los justos en la vida espiritual con el pan de su doctrina, y muy mas particularmente con aquel suavísimo pan que decendió del cielo, el cual se nos administra en el sacramento del altar.

§. VII.

Figura de Jonas.

Jonas tambien entre los profetas por una nueva manera figuró la muerte y la resurreccion del Salvador, como él mismo lo dijo por estas palabras (c): Así como estuvo Jonas en el vientre de la ballena tres dias y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el corazon de la tierra tres dias y tres noches. Pues declarando las particularidades desta figura, consideremos que Jonas fué por Dios enviado á la gran ciudad de Nínive á predicar que dentro de cuarenta dias habia de ser destruida (d); y Cristo fué por el Padre Eterno enviado á la gran ciudad deste mundo á predicar dia de salud, y tambien de juicio: porque lo uno y lo otro, como dicè el Apóstol (e), predica el Evangelio. Jonas pidió á los navegantes que lo echasen en el mar, para que muriendo él, se salvasen ellos; y Cristo voluntariamente se ofreció á la muerte, para que por el mérito della escapásemos todos de la muerte, y gozásemos de la vida eterna. Dijo Jonas estando en el vientre de la ballena (f): Arrojásteme, Señor, en el profundo de la mar, las aguas me cercaron por todas partes, y todos tus golfos y ondas tuyas pasaron por mí; y yo dije: Desechado estoy de tu presencia; y sobre Cristo cargaron tan de lleno en lleno todas las ondas y tormentas de la indignacion que Dios tenia concebida por los pecados del mundo, que vino á decir en la Cruz aquellas palabras semejantes á las de Jonas (g): Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? Echado Jonas en la mar, súbitamente cesó toda la fuerza de aquella brava tormenta; y ofrecido Cristo á la muerte por los pecados del mundo, cesó todo el furor que la divina justicia tenia concebido contra ellos. Porque esta sola muerte (por razon de la dignidad de la divina persona que la padescia) fué mas eficaz para satisfacer á esta deuda, que todas las muertes del mundo. Jonas decia en su oracion (h): Quítame, Señor, la vida, porque mejor es para mí morir que vivir. Y esto mismo puede decir el Salvador; porque viviendo no salvó ni una sola gente, mas muriendo redimió el género humano. El pesce recibió á Jonas, y no le comió; y teniendo el vientre lleno de manjar, padesce hambre, y espántase de ver cómo no puede tocar en la presa que tiene. Pues ¿quién es este que en las gargantas de la bestia hambrienta puede ser recebido y no comido? ¿Quién es este que entre tan grandes peligros está seguro, y dentro del abismo de las aguas goza de aires de vida, y hace que la cruel muerte (bestia que nunca se harta) tiemble de la presa que tiene? Tiembla, digo, porque aunque lo habia visto crucificado, sabía que no era culpado; porque la pena no hace al hombre culpado, sino la causa. Este es pues nuestro clementísimo Salvador, á quien pudo matar la muerte, mas no le pudo tener en su reino: ántes muriendo él, mató la muerte, que á nadie perdonaba. Y desta manera, de las mismas entrañas de la muerte salió vencedora la vida.

Tambien es figura de la resurreccion del Salvador aquel hierro que nadó en las aguas del Jordan (i). Porque cortando leña uno de los hijos de los profetas ribera deste rio, desenastóse el hierro, con que la cortaba, del ástil, y cayó en el agua. Entónces dió voces este mozo al profeta Eliseo que presente estaba, alegando que aquel instrumento con que hacia leña, era prestado. Mandó luego Eliseo que arrojase el ástil en el agua, y esto hecho, el hierro que estaba sumido en las aguas vino nadando á lo alto, y enastóse en el madero como estaba de ántes. Pues aquí tambien se nos representa el miste-

(x) Gene. 40. (y) Luc. 23. (z) Gene. 41.—(a) Gene. 42. (b) Gene. 41.

(c) Matth. 12. (d) Jon. 1. 3. (e) Rom. 1. (f) Jon. 2. (g) Matth. 12. (h) Jon. 1. (i) 4. Reg. 6.

rio de la sancta resurreccion del Salvador. Porque desta manera, espirando él en la Cruz, se apartó el ánima sanctísima de aquel sagrado cuerpo; y quedando él en el sepulcro, el ánima ayuntada al Verbo divino, como hierro fuerte bajó á quebrantar las puertas y fuerzas del infierno, y sacó de allí las ánimas de los sanctos Padres que lo estaban esperando. Y acabada esta hazaña tan gloriosa, volvió aquella ánima poderosa, como el hierro del Profeta, á enastarse y juntarse con el sagrado cuerpo, que fué el dia de su gloriosa y triunfante resurreccion.

§. VIII.

Figura de Samson.

Entre los jueces tambien Samson en muchas cosas fué figura de nuestro Redemptor; porque Samson primeramente, contra la forma de la ley, casó con una mujer extranjera, de linaje de los filisteos (*k*); y Cristo tomó por esposa la Iglesia, recogida del linaje de los gentiles. Samson mató un leon, y Cristo destruyó el poder del príncipe deste mundo, que en todo él era adorado; el cual á manera de leon rodea por todas partes buscando á quien trague. Samson halló en la boca deste leon que mató, un panar de miel, del cual él comió con mucho gusto; y Cristo sacó de la boca del enemigo toda aquella gloriosa compañía de los sanctos Padres que estaban detenidos en su reino; cuya liberacion y descanso fué para él mas dulce que el panar de la miel. Samson levantándose á la media noche tomó las puertas de la ciudad de Gaza, y púsolas en la cumbre de un monte (*l*); y Cristo levantándose á la media noche del sepulcro, y quebrantando las puertas del infierno, de allí á los cuarenta dias subió en cuerpo y ánima gloriosamente á lo mas alto del cielo. Finalmente Samson mató mas enemigos muriendo que viviendo; y Cristo nuestro Salvador con su muerte mató nuestra muerte, y destruyó el poder de los príncipes deste mundo, que son nuestros verdaderos enemigos.

Tambien Gedeon, que fué otro juez (*m*), nos figuró la victoria de Cristo; porque así como este con muy flaco ejército alcanzó victoria del ejército poderosísimo de los madianitas, así Cristo con unos pobres pescadores conquistó el mundo. La cual figura, que es muy misteriosa, declararémos mas copiosamente en su lugar.

Pues ya David (de cuyo linaje Cristo descendia) en muchas cosas nos lo representó, y especialmente en aquella gloriosa victoria (*n*) que alcanzó de un gran gigante armado de todas armas, no llevando él mas que un palo en la mano, y cinco piedras, con que lo venció, y dél mismo tomó la espada con que le cortó la cabeza. Pues así Cristo con el báculo de la Cruz, y cinco llagas que en ella recibió, derribó y prostró por tierra al príncipe deste mundo, y lo echó fuera dél. Y así como David con la misma espada del enemigo cortó la cabeza al enemigo, así Cristo con la muerte, que nos vino por el pecado, destruyó al mismo pecado. Y demas desto, así como David (*o*) despues de muchas persecuciones que padesció por odio y invidia del rey Saul, finalmente vino á reinar con grande prosperidad (*p*): así Cristo despues de las grandes persecuciones que en la primitiva Iglesia padesció con la muerte de tantos mártires, vino despues á ser adorado, reconocido, y tenido por Dios verdadero, de aquellos por quien ántes habia sido perseguido. De modo que los que primero perseguian á Cristo por amor de sus ídolos, despues vinieron á perseguir á sus ídolos por amor de Cristo. A David se acogieron los hombres que estaban cargados de deudas (*q*), y vivian con angustia y amargura de corazon; y Cristo (*r*) llama á todos los que están afligidos con la carga de sus deudas y pecados, para dar perdon y refrigerio á sus ánimas. David tañendo en su vihuela aliviaba el trabajo que padecia Saul cuando lo vejaba el espíritu malo (*s*); y Cristo estirado en el madero de la Cruz, como las cuerdas de la vihuela, es alivio, consuelo y remedio de todos los que son tentados del enemigo. Lloró David amargamente la muerte de Saul su enemigo (*t*); y el Salvador sintió tanto el pecado de los que lo crucificaban, que la primera palabra que habló en la Cruz fué pedir perdon por ellos (*v*).

§. IX.

Figura del Cordero Pascual.

Como el fundamento de nuestra salud sea el conoscimiento y amor de nuestro Salvador, toda la ley, y los profetas, y todas las Escripturas sanctas están siempre mirando á él. Por esto no se contentó el autor dellas (que es el Espíritu Sancto) con que muchos de los sanctos patriarcas lo representasen en sus personas, sino quiso tambien que todos los sacrificios fuesen imágen y figura de aquel summo sacrificio que se habia de ofrecer en la Cruz. Entre los cuales el primero, y mas celebrado, y mas lleno de misterios es el del Cordero Pascual, cuya historia es la siguiente. Determinando Dios de libertar su pueblo del captiverio de Egipto (*x*), despues de haber azotado aquella tierra con muchas plagas, acordó acrescentar la postrera y mayor de todas, matando en una noche todos los primogénitos de los egipcios, con la cual plaga de tal manera fuéron amedrentados, que ellos mismos á gran priesa echaron de su tierra los hijos de Israel. Pues ántes desta plaga mandó Dios á Moysen (*y*) denunciase al pueblo que á los diez dias de la luna de aquel mes, que era por marzo, cada familia trajese á su casa un cordero, y que á los catorce della lo sacrificase con las cerimonias siguientes; de las cuales unas pertenecen al sacrificio del cordero, y otras á la manera en que lo habian de comer. Pues cuanto á las primeras, dice que este cordero sea macho, no hembra, y que sea de un año, y que no tuviese defecto, ni mácula alguna; y que cuando le sacrificasen, no le quebrasen hueso alguno, y con la sangre dél tiñesen los umbrales de las casas donde lo comiesen. Y que esa noche comiesen las carnes dél asadas con pan cenceño y lechugas amargas. Mandaba otrosí que no comiesen este cordero cocido, ni crudo, sino solamente asado, y que no dejasen en él cosa por comer, ni piés, ni cabeza, ni tripas; ni quedase cosa alguna dél por comer ese dia; y si algo quedase, lo quemasen en el fuego.

Cuanto á la manera del comer, dice así: Ceñiréis los renes, y calzaréis los zapatos, y tendréis báculos en las manos, y comerlo heis apriesa, y la sangre deste cordero tendréis por señal donde estuviéredes, y pasaré yo por vuestras puertas de noche haciendo matanza en toda la tierra de Egipto, y viendo esta sangre no tocaré en vuestras casas.

Estas son las cerimonias que tan particularmente, y con tanta providencia ordenó el Espíritu Sancto en el

(*k*) Judic. 14. (*l*) Judic. 16. (*m*) Judic. 7. (*n*) 1. Reg. 17. (*o*) 1. Reg. 18. etc. (*p*) 2. Reg. 25.

(*q*) 1. Reg. 22. (*r*) Matth. 11. (*s*) 1. Reg. 16. (*t*) 2. Reg. 1. (*v*) Luc. 23. (*x*) Exod. 7. etc. (*y*) Exod. 12.

sacrificio deste cordero. ¡Pues ¿qué entendimiento habrá tan rudo, que conociendo ser esta traza y órden de aquella infinita sabiduría, ya que no entienda los misterios que aquí están encubiertos, á lo ménos no los huela y barrunte que los hay? Porque la misma cualidad de las cosas que aquí se mandan, como es, que el cordero sea de un año, y que no le quiebren hueso; que no lo coman cocido, ni crudo, sino asado; y que no dejen cosa por comer dél, y que no quede nada dél para otro dia, y que si algo quedare lo quemen con fuego, y que unten los umbrales de las puertas con la sangre dél: todas estas cosas, si no contienen algun misterio, ¿qué parte tienen de religion ó de sanctidad, y de leyes dignas de la majestad y sabiduría de Dios? Mas la significacion destas cerimonias ántes de la venida del Salvador estaba cerrada y escura; despues de la cual está mas clara que la luz del dia. Porque por este medio nos quiso el Espíritu Sancto debujar, que así como despues del sacrificio de aquel cordero material, el pueblo de Dios fué librado del captiverio y servidumbre durísima de Faraon: así el género humano habia de ser librado del poder del demonio, y de la servidumbre del pecado, por virtud de aquel summo sacrificio del Cordero místico, que se habia de ofrecer por él en el altar de la Cruz. Desta manera se declaran los misterios del Testamento Viejo por el Nuevo. Lo cual nos representan aquellos dos querubines que estaban á los dos lados del arca del Testamento (*z*), careándose uno á otro, para significar la correspondencia y concordia admirable del un testamento con el otro.

Pues comenzando la declaracion desta figura, en este cordero primeramente entendemos aquel Señor á quien todas las sanctas Escripturas por su grande mansedumbre y innocencia llaman Cordero. Y quiere aquí la ley que este cordero sea macho y no hembra, para enseñarnos que no hubo en él cosa muelle ni flaca, sino virtud y constancia mas que varonil. Y mandar que fuese de un año, denota el cumplimiento de todas las virtudes, que en él fuéron perfectas y acabadas. Y mandar que este cordero no tuviese mácula ni defecto alguno, es decirnos que en el verdadero cordero, Cristo, no hubo mácula de pecado, pues él venía á ser commun remedio de los pecados. Mandar tambien que al tiempo del sacrificio no le quebrasen hueso alguno, es representarnos la fortaleza inexpugnable con que este sancto Cordero padesció los mayores dolores que se padescieron jamas en cuerpo mortal. Porque la complexion de aquel cuerpo sanctísimo era la mas delicada de todos los cuerpos (como cosa formada por virtud del Espíritu Sancto), y la carne era toda virginal, tomada de las entrañas purísimas de nuestra Señora. Y demas desto los dolores que en su ánima padescia por los pecados del mundo (por los cuales ofrecia aquel summo sacrificio) eran sin comparacion mayores. Mas con todos estos dolores, así del cuerpo como del ánima, nunca hubo en él una sombra de flaqueza en medio de la corriente de tantos trabajos. Pues esto quiso el Espíritu Sancto que se representase en el sacrificio de aquel cordero, mandando que de tal manera lo matasen, que no le quebrasen hueso alguno.

Mas ¿para qué fin mandaba untar los umbrales de las puertas con la sangre del cordero? La razon desto da la ley diciendo, que á la media noche pasaría Dios por toda la tierra de Egipto, matando todos los primogénitos de los egipcios; y cuando llegase á las casas de los hebreos, viendo aquella sangre, pasaría adelante, y no haria algun daño en ellas. Pregunto pues agora ¿qué necesidad tenia Dios (á quien todas las cosas son manifiestas) de aquella señal para saber que moraba en la tal casa hombre de su pueblo? ¿Quién no ve aquí representada la virtud y eficacia de la sangre del verdadero cordero Cristo? Porque es mucho de notar aquella palabra que dice: Veré la sangre, y no tocaré en la casa donde la viere. Pues ¿qué es esto, sino que viendo el Padre Eterno la sangre preciosa de su unigénito Hijo, aplaca la ira merecida por nuestros pecados? Porque, como dice el Apóstol (*a*), si la sangre de los toros y de los otros animales, y la ceniza de la vaca bermeja sacrificada purifica los hombres de las inmundicias de la ley, y cuánto mas poderosa será la sangre de Cristo (que lleno del Espíritu Sancto se ofrece á sí mismo puro y limpio al Padre) para alimpiarnos de todos los pecados? Entiéndese esto de los verdaderos penitentes.

Ni ménos carece de misterio mandar que no se comiese este cordero crudo ni cocido, sino solamente asado. Ociosa cosa fuera mandar que no se comiese crudo (porque ¿quién come carne cruda?) si no tuviera esto alguna significacion. Por donde dice Sant Gregorio (*b*) que las mismas palabras de la ley (pues no han de ser ociosas) nos levantan de la letra al espíritu della. Pues crudo comen este cordero los que no miran mas en Cristo crucificado de lo que por defuera parece, y así lo despiden de sí, y le dan de mano. Y cocido en agua fria lo comen los que por sola curiosidad, sin caridad, ni humildad, ni lumbre de fe quieren penetrar por su sola razon este misterio: como hicieron algunos filósofos y muchos herejes, que quisieron tantear y medir la grandeza dél por la medida de la capacidad y virtud humana, y no por la grandeza de la bondad divina. Mas asado lo comen los que con fuego de caridad y devocion consideran lo que el Hijo de Dios abrasado con ese mismo fuego padeció por nuestra salud. Porque sola la caridad es disposicion conveniente para contemplar lo que se hizo por sola caridad. Demas desto, mandar que todo el cordero se comiese sin quedar dél alguna cosa, es decirnos que en este Cordero místico ninguna cosa hay que desechar, ninguna que no sea de provecho, ni estimable para las ánimas, la vida, la muerte, la doctrina, los ejemplos, los beneficios, los milagros, y finalmente su gloriosa resurreccion y ascension: todo esto es para nuestro provecho, todo para nuestra edificacion.

Prosigue luego mas en particular (*c*) declarando la manera en que este cordero se ha de comer. Y pues por este cordero entendemos á Cristo sacrificado en la Cruz, no ménos tambien por él entendemos el sanctísimo sacramento del altar, donde está el mismo Cristo, y donde se ofrece el mismo sacrificio. Por lo cual todas las cerimonias con que Dios mandaba comer este cordero, sirven para declararnos el aparejo con que nos debemos disponer para recebir este sacramento, en quien está el mismo Cordero. Dice pues que lo habemos de comer con pan cenceño, sin mezcla de levadura: que es con pura consciencia, ajena de toda maldad y malicia. Añade á este pan lechugas amargas, para que si algo estuviere en el ánima que no sea puro, lo purifiquemos con amar-

(*z*) 3. Reg. 6.

(*a*) Hebr. 9. (*b*) Greg. sup. Evang. hom. 22. (*c*) Greg. ubi supr.

gura y lágrimas de verdadera penitencia. Manda otrosí que lo comamos ceñidas las renes. En lo cual nos encomienda la limpieza de la castidad, que es uno de los principales aparejos para hospedar este Señor; el cual como sea fuente de pureza, no puede morar en casa sucia. Añade luego que se ha de comer calzados los zapatos, y con báculos en las manos (que es aparejo y hábito de caminantes), para significar que los que han de llegarse dignamente á esta mesa, no se han de tener por moradores y vecinos deste mundo, sino por caminantes; no por ciudadanos, sino por peregrinos, que no tienen aquí ciudad permanente, sino buscan la venidera, y no están aquí como en su propria morada, sino de prestado como en venta. Y así no tratan de echar raíces en esta tierra, de donde esperan presto partir, sino en la otra donde esperan para siempre permanescer. Esto hacen los que cumplen aquel consejo del Apóstol, que dice (*d*): Esto es, hermanos, lo que digo: que los que tienen mujeres, las tengan como si no las tuviesen; y los que lloran como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan deste mundo, como si no usasen; pues veis como se pasa la figura del mundo. Todo esto quiere decir que hagamos cuenta que tenemos todas las cosas deste mundo como de prestado hasta ciertos dias, y no como cosas de juro y heredad, que permanecen siempre.

Añade mas la ley, diciendo que este cordero se coma apriesa, lo cual (quitada aparte la significacion del misterio) mas era para prohibirse, que para mandarse; pues comer desta manera es contra la mesura y gravedad de la templanza. Mas tenia atencion el autor de su ley al fervor del espíritu y devocion con que se ha de comer este Cordero. Porque este divino manjar quiere comerse con hambre, que es con un entrañable deseo de unirse el ánima religiosa con su Redemptor: el cual á los hambrientos da verdadera hartura (*e*), y hinche de bienes; mas á los tibios y fastidiosos deja vacíos.

Manda tambien que no quede nada del cordero para otro dia, y que si algo quedare, se queme en el fuego. Pues qué es esto, sino darnos á entender que si en el misterio del sacrificio y pasion de Cristo, ó del Sanctísimo Sacramento, hubiere alguna cosa que sobrepuje la capacidad de nuestro entendimiento, la abracemos con el amor de la voluntad, y conozcamos que cuanto la cosa es mas incomprehensible, tanto es mas digna de aquel Señor, que no solo en sí mismo, sino tambien en sus obras es incomprehensible; el cual nos amó tanto, y deseó tanto nuestra salud, que se puso á hacer por ella cosas que exceden toda la facultad de nuestro entendimiento; por las cuales debe ser mucho mas amado, que por aquellas que habemos alcanzado y comprehendido. A todas estas añado otra digna de mucha consideracion, y es: que, para que nada faltase á la representacion deste misterio, quiso la divina sabiduría que no solo estas cerimonias, sino tambien el tiempo del cumplimiento dellas representase al verdadero cordero Cristo. Porque al cordero material traian los judíos á la ciudad por mandamiento de la ley á los diez dias de la luna, y á los catorce lo sacrificaban y comian, que era el dia en que ellos salieron del cautiverio de Egipto, en cuya memoria celebraban esta fiesta. Y en ese mesmo dia que el cordero material entraba en la ciudad, entró el verdadero Cordero en Hierusalem (que fué el domingo de

(*d*) 1. Cor 7. (*e*) D. Thom. Opusc. de Sacr. Alt.

Ramos), y de ahí á cinco dias (que fué el viérnes de la Cruz) fué sacrificado. Desta manera quiso el Espíritu Sancto que en un mesmo tiempo se careasen y juntasen en uno la figura y la verdad. Y aquí tuvieron fin los misterios del Testamento Viejo, y comenzaron los del Nuevo; pues no habia para qué representarnos con figuras el remedio venidero, pues él era ya venido. Esto baste cuanto á la figura del Cordero.

§. X.

Figura del sacrificio de la becerra bermeja.

Allende deste sacrificio del cordero, todos los otros sacrificios de la ley eran figura del summo sacrificio de Cristo; y esta era la mayor dignidad que ellos tenian. Mas porque tratar de cada uno en particular seria cosa muy prolija, solamente trataré de otro sacrificio semejante al pasado, que debajo de otras palabras y cerimonias significa en substancia lo mismo que él. Mas parece que no se hartaba el Espíritu Sancto de representarnos este misterio por muchas vias: como quien da á comer un mismo manjar guisado de muchas maneras, para que no cause hastío en los que lo comen.

Pues vengamos á la figura. Dijo Dios á Moisen (*f*): Manda á los hijos de Israel que te traigan una vaca bermeja, la cual sea de edad entera, y que ni tenga mácula alguna, ni haya traido yugo sobre sí. Y sacarla ha fuera de los reales, y sacrificarla ha en presencia de todo el pueblo, Eleazaro, sacerdote; y mojando el dedo en la sangre della, rociarla ha siete veces hácia las puertas del tabernáculo. Y esto hecho quemarse ha la vaca de tal manera que la carne, y la sangre, y la piel, y el estiércol della arda y se consuma con la llama. Y esto hecho, el sacerdote que la sacrificó lavará su cuerpo y sus vestiduras, y así entrará en los reales, y tenerse ha por inmundo hasta la tarde del dia. Asimismo el que quemó la vaca, lavará su cuerpo, y sus vestiduras, y será tenido por inmundo hasta el mismo tiempo. Despues desto, un hombre limpio recogerá las cenizas de la vaca así quemada, y ponerlas ha fuera de los reales en un lugar limpísimo, donde estarán guardadas para purificacion de los hijos de Israel; para que cayendo en algunas de las inmundicias corporales de la ley, siendo rociados con el agua que tocare en esta ceniza, sean purificados y limpios; porque la vaca fué sacrificada por los pecados. Esta es la ley deste sacrificio ordenada por Dios: en la cual cuanto las cosas son mas bajas y mas indignas de la majestad del legislador, tanto nos dan mas claro á entender que todas ellas contienen misterios dignos dél; y así quitado el velo de la letra, verémos aquí al proprio representado el misterio de Cristo. Porque esta vaca con las condiciones que aquí se le ponen, es figura de la sagrada humanidad (*g*). La cual es aquí significada por nombre de hembra, para denotar la flaqueza de carne que este Señor por nuestra causa tomó. Manda luego que sea bermeja, para declararnos por este color encendido el ardor de la caridad que le movió á este Señor á vestirse de nuestra humanidad; porque sola esta (y no nuestros merecimientos) bastó para traerlo del cielo á la tierra. Dice mas, que esta vaca ha de ser de edad entera, para significar la excelencia de las virtudes y obras de Cristo, las cuales todas fuéron acabadas y perfectas. Añade mas, que ni tenga mácula, ni haya traido yugo, para que entendamos la pureza de aquella humanidad sanctísima,

(*f*) Num. 19. (*g*) D. Thom. 1. 2. quaest. 102. art. 5.

en la cual jamas hubo ni sombra de culpa, ni subjeccion ó servidumbre de pecado. Pues esta vaca se sacrifica no en el templo (como los otros sacrificios) sino fuera de los reales, para que por aquí entendamos que Cristo nuestro Salvador no fué sacrificado dentro de la ciudad de Hierusalem, sino fuera en el campo; porque no venía á padecer por solo aquel pueblo, sino por todo el universo mundo. Moja el sacerdote el dedo siete veces en la sangre de la vaca sacrificada, rociándola hácia la parte del tabernáculo de Dios: para significar que los que desean alcanzar perdon de sus pecados, y junto con esto la gracia y dones del Espíritu Sancto (lo cual todo se comprehende en este número de siete, que significa universidad) deben ante todas las cosas presentar al Padre Eterno la sangre de su unigénito Hijo derramada y ofrecida por nuestro remedio; porque ella es el principal estribo y fundamento de nuestra esperanza. Y junto con ella ofrezcamos nuestros trabajos, lágrimas y penitencia, para que todo unido con aquella sangre preciosa, tenga valor y mérito por ella. Esto nos representa el sacerdote en la misa cuando levanta el cáliz, donde está la sangre de Cristo, no solo para que sea vista y adorada del pueblo, sino tambien para que sea por él ofrecida ante el acatamiento divino. Manda tambien que se queme toda la vaca con pieles y huesos, y todo cuanto hay en ella: para que por aquí conozcamos aquella perfectísima resignacion y ofrecimiento con que el Hijo de Dios se ofreció á su eterno Padre, sin reservar cosa para sí, que no pusiese en sus manos y ofreciese á su servicio, como él mismo lo declaró, cuando en la oracion del huerto hablando con él dijo (*h*): No se haga mi voluntad, sino la tuya. Y otra vez (*i*): Decendí, dice él, del cielo, no á hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió. La ceniza desta vaca así quemada, se guarda en lugar limpísimo, para que el agua que tocare en ella reciba virtud para purificar las inmundicias corporales de aquella ley. En lo cual se nos declara que los méritos de la pasion de Cristo están depositados en la Iglesia católica, para dar virtud al agua del sancto baptismo, y á todos los otros sacramentos, con los cuales se alimpian y purifican las verdaderas inmundicias de los pecados. Mas ¿qué quiere decir que los que fuéron ministros, así del sacrificio de la vaca como de la quema della, con los demas que en esto entendieron, han de lavar sus cuerpos y vestiduras, y quedar sucios hasta la tarde? ¿Por qué razon los ministros de la limpieza habian de quedar sucios y contaminados hasta la tarde con cosa tan limpia? Esto dice Sancto Tomas (*k*) que nos representa el pecado de los pontífices y sacerdotes, los cuales procuraron la muerte de Cristo, con lo cual á sí causaron la muerte, y á los fieles dieron la vida: ellos cometieron el pecado, y para nosotros negociaron el remedio: ellos fuéron para sí ministros de su condenacion, y para nosotros lo fuéron de nuestra salud. ¿Mas esto hasta cuándo? Dice la ley que hasta la tarde: cuando entrada la plenitud de las gentes en la Iglesia, entre tambien el pueblo de Israel con ellas, y así sea purificado y salvo.

§. XI.

Figura de la vara de Moisen.

Mas no se contentó aquel pintor soberano con estos debujos, así de patriarcas como de sacrificios, sino trazó tambien otros muchos en diferentes materias, que nos representasen este misterio de Cristo. Entre los cuales uno es aquella vara de Moisen tan celebrada en las sanctas Escripturas. Porque enviándolo Dios por su embajador al rey Faraon para que diese libertad á su pueblo, y excusándose él, diciendo (*l*) que no sería creido, dióle ciertas señales para que lo fuese. Entre las cuales la primera fué mandarle que echase una vara que traia en el suelo. La cual como cayó en tierra se convirtió en una tan fiera serpiente, que Moisen echó á huir della. Mas Dios le revocó y mandó que la tomase por la cola, la cual así tomada, se tornó luego en la figura de vara que ántes tenia. Pues por la vara (que es señal de jurisdiccion y de imperio) entendemos el sceptro real de la gloria de Cristo; mas por la serpiente, que es animal ponzoñoso, comunmente se entiende el pecador y el pecado. Cayendo pues esta vara real en tierra, tomó figura de serpiente; porque decendiendo el Hijo de Dios al mundo, y vistiéndose de la naturaleza humana, subjecta á las penalidades que nos vinieron por el pecado, y muriendo en cruz, tomó imágen de serpiente, que es de pecador y de malhechor. Y el huir Moisen desta serpiente nos representa la ofension y escándalo que los judíos tomaron del abatimiento de la Cruz para no recebir á Cristo. Mas volviendo Moisen á tomar la serpiente por la cola, volvió ella á la primera figura que tenia: para significar que adelante en el tiempo advenidero los que se escandalizaron de la Cruz de Cristo, reconocerian la vara y el sceptro de su dignidad real, y le adorarian como á su legítimo Rey y Señor. Donde tambien es de notar que haciendo Moisen esta señal delante de Faraon (*m*), y haciendo los encantadores otras serpientes semejantes á esta echando sus varas en tierra, la serpiente de Moisen tragó todas estas serpientes. Lo cual nos da á entender cómo Cristo tomando imágen de serpiente (esto es de pecador) tragó todas las serpientes; porque consumió y destruyó todos nuestros pecados. Lo cual significó el Apóstol, cuando dijo (*n*) que Cristo habia destruido el pecado con el pecado: declarándonos que por haber tomado él en sí las penas debidas á nuestros pecados, destruyó los mismos pecados, satisfaciendo y pagando por ellos.

§. XII.

Figura de la serpiente de metal.

Despues destas figuras es muy celebrada y conocida la de la serpiente de metal, de que el Salvador hace mencion en el Evángelio (*o*): la cual de tal manera representa este misterio, que mas parece historia ó profecía que figura. La historia fué, que enviando Dios en el desierto serpientes ponzoñosas contra los hijos de Israel (*p*) porque murmuraban de sus mayores, y muriendo muchos dellos, hizo Moisen oracion á Dios por el remedio desta plaga. Pero es mucho para considerar el remedio que le dió. Mandóle que fundiese una serpiente de metal, y que la pusiese en un lugar alto, donde pudiese ser vista de todos, y denunciase al pueblo que cuando se sintiesen mordidos de aquellas serpientes, levantasen los ojos á mirar aquella imágen de serpiente, y con esto luego sanarian. ¡Cuán al proprio, y cuán holgadamente viene esto para representar la virtud de la Cruz de Cristo! Porque si esto no queria el Espíritu Sancto significarnos, ¿á qué propósito usaba deste remedio tan ino-

(*h*) Luc. 22. (*i*) Joann. 6. (*k*) Thom. 1. 2. q. 102. art. 5.

(*l*) Exod. 3. 4. (*m*) Exod. 7. (*n*) Rom. 8. (*o*) Joann. 3. (*p*) Num. 21.

pintado? Porque ¿qué proporcion tiene la serpiente pintada para sanar las heridas de las serpientes verdaderas? Y demas desto, ¿qué proporcion tiene solo mirar para sanar? ¿Cuánto mas fácil y mas proprio remedio era matar las serpientes, ó mandarles que se fuesen, quien las pudo mandar que viniesen? Mas quiso él en esta manera de remedio ponernos ante los ojos un perfectísimo retrato de la Cruz del Salvador. Porque ¿qué otra cosa es Cristo crucificado entre malhechores, sino serpiente pintada, ó pecador pintado, que parece pecador y no lo es? Pues ese Señor, que siendo justo, tomó imágen de pecador, y no siendo deudor de muerte, voluntariamente la sufrió por nuestro remedio, por el mérito desta tan grande humildad y caridad nos alcanzó perdon y remedio para todos los pecados.

Mas ¿qué es lo que de parte del pecador se requiere para gozar deste remedio? El medio es levantar los ojos á lo alto, y mirar este Señor puesto en la Cruz, donde tiene imágen de serpiente sin serlo. Mas ¿de qué manera lo habemos de mirar? El mismo misterio lo dice: con ojos agradecidos á tan grande beneficio, con ojos humildes y devotos, con ojos de fe, de amor, de compasion y de compunccion, acordándonos que nuestros pecados fuéron los verdugos que pusieron este Señor en la Cruz; donde, como él mismo dice (q), pagó lo que nó debia. Esto pues muy al proprio nos representa la figura desta serpiente.

§. XIII.

Figura de Eliseo.

Y no ménos perfectamente nos representa el misterio el profeta Eliseo cuando resuscitó el niño muerto. La historia deste milagro es, que muriéndose á la huéspeda de Eliseo un solo hijuelo que tenia (r), que por oraciones del mismo profeta habia alcanzado, corrió luego á gran priesa al sancto profeta, creyendo que quien habia sido poderoso para darle aquel bien, lo sería tambien para restituírselo despues de muerto. Viendo pues el profeta la mujer prostrada á sus piés, y compadeciéndose de su dolor, dió el báculo que traia á su criado Giezi, mandándole que corriese á gran priesa, y pusiese aquel báculo sobre la cara del niño muerto. Hecho esto, tornó el criado diciendo que el niño no habia resuscitado. Entónces el Profeta fué á la casa donde estaba el muerto, y, ¿qué hizo? Es cierto cosa de admiracion. Cerró la puerta donde estaba el niño, y hizo oracion á Dios primeramente; y subiendo luego á la cama del muerto, tendióse sobre él, y puso su boca sobre la boca dél, y sus ojos sobre los ojos dél, y lo mismo hizo sobre los piés y manos. Y como el muerto era pequeño y el profeta mayor, dice la Escriptura que encogió el profeta su cuerpo para compasarse y proporcionarse con el del niño muerto. Y con esto vino á calentarse la carne del niño. ¿Qué mas hizo? Decendiendo de la cama donde habia subido, dió un paseo por aquella casa de una parte á otra, y volvió á subir sobre la misma cama, y á tenderse sobre el muerto como ántes habia hecho. El cual, bocezando siete veces, abrió los ojos, y resuscitó. Ciertamente si tuviesemos aquella luz y espíritu que los sanctos tenian, habiamos de leer esta historia, parte con admiracion de cerimonias tan nuevas, y parte con reverencia de los misterios que aquí están de tal manera encubiertos, que ellos mismos dan testimonio de estar aquí. Porque ¿qué proporcion tienen todas estas cosas para dar vida á un muerto? Pues como sea verdad que á solo Dios pertenezca resuscitar los muertos; así como por su omnipotencia se hizo esta obra, así por su sabiduría se trazó la manera della. Y como el Padre Eterno traía siempre ante los ojos la obra de la redempcion del mundo, que habia de ser obrada por su unigénito Hijo, siempre buscaba ocasiones con que la representase. Y ésto es lo que aquí se hace. Porque este niño muerto es figura del género humano sentenciado á muerte, y muerto en todo género de pecados. Para cuyo remedio envió Dios á su criado Moisen (s), como á otro Giezi, con la vara de su justicia en la mano, poniendo ante los ojos de los hombres la severidad y amenazas de su justicia, para que de tal manera los atemorizase, que se apartasen de pecar. Lo cual les declaró el mismo Moisen en el monte Sinaí (t), diciéndoles que Dios habia bajado allí con tan grande estruendo y espanto, para que este miedo los retrajese de pecar. Y demas desto en la mayor parte de las leyes que les daba, ponia contra los quebrantadores dellas pena de muerte, para que este miedo hiciese que las guardasen (v). Mas nada desto bastó para que abriesen los ojos, y conociesen á Dios, y guardasen sus mandamientos. Pues ¿qué remedio? Lo que no pudo acabar el siervo con su temor, acabó el Señor con la grandeza de su amor; lo que no acabó el rigor de la justicia, acabó la blandura de la misericordia; lo que no hicieron los azotes, hicieron los beneficios, y particularmente aquel soberano beneficio, que fué hacerse Dios hombre, hacerse el grande pequeño, hacerse el que era Dios, semejante en todas las cosas á los hombres, quitado aparte el pecado. Lo cual nos representa haberse encogido el Profeta sobre el niño muerto, y proporcionádose con su cuerpo, con lo cual dice que la carne del muerto se calentó. Pues ¿qué es calentarse la carne del muerto, sino que considerando los hombres la incomprehensible bondad y caridad que el Señor de todo lo criado declaró en esta obra, no pudieron dejar de encenderse en amor de quien así los amó, así los buscó, así los remedió, y así de muerte á vida los resuscitó? Mas ¿qué quiere decir dar luego un paseo de una parte á otra por la casa del muerto, y tornar otra vez á tenderse sobre él como de primero? En dos cosas tomó el Salvador nuestra semejanza: la una, en hacerse hombre por amor de los hombres en la obra de la encarnacion; y la otra, en tomar imágen de pecador en la obra de la Pasion; y lo uno y lo otro nos representan estas dos veces que el profeta se midió y proporcionó con el niño muerto. Mas el paseo de una parte á otra, entre estas dos cosas, denota aquel pedazo de tiempo que el Salvador despues de su sancta encarnacion anduvo en este mundo predicando ántes de la sagrada Pasion. El poner otrosí el profeta su boca, ojos y manos sobre las del niño, con que la carne dél se calentó, nos da á entender que por la participacion y comunicacion de la gracia y méritos de Cristo somos sanctificados y restituidos de muerte á vida. Mas bocezar el niño siete veces, nos significa la confesion de los pecados, á la cual pertenece resuscitar los hombres de muerte á vida, por razon de la virtud que á este sacramento se comunica por el mérito de la pasion de Cristo. En lo cual todo vemos cuán propria, cuán sabrosa, y cuán suavemente sin torcer escripturas, se

(q) Psalm. 68. (r) 4. Reg. 4.

(s) Exod. 3. 4. etc. (t) Exod. 20. (v) Exod. 19. 21. 22. 31. Levit. 20. 24.

aplica toda esta historia al misterio de Cristo, que, como dice el Apóstol (*x*), es el fin de la ley y de los profetas. En lo cual todo se ve cuánto pretendia el Padre Eterno que trajésemos siempre ante los ojos la presencia deste clementísimo Salvador.

§. XIV.

De otras diversas figuras.

Mas no contento con esto, quiso tambien que todas las albajas del sanctuario nos representasen este Señor (*y*): conviene á saber el arca de la amistad, el manná que estaba dentro della (*z*), el propiciatorio que estaba sobre ella, el pan de la mesa que llamaban de la proposicion, el altar del encienso, el candelero de oro, y el velo del templo. Porque ¿á quién pertenece mas llamarse arca de la amistad de Dios, que á aquella sagrada humanidad, por cuyos merecimientos fuímos reconciliados con él? ¿Qué otro manná hubo mas suave, ni que mas diferencias de sabores tuviese, que todo el discurso de la vida y muerte del Salvador? ¿Qué otro propiciatorio mas verdadero, que aquel Señor que por el sacrificio de su pasion aplacó y amansó la ira del Padre, y se hace cada dia propicio á los pecados de los hombres? ¿Qué candelero mas resplandesciente que aquel que dió luz al mundo, que moraba en tinieblas y sombra de muerte? ¿Qué altar mas proprio para ofrecer á Dios el encienso de nuestras oraciones, que la sagrada humanidad deste Señor, por la cual pedimos perdon de pecados, y remedio para todas nuestras necesidades? ¿Qué pan mas substancial para sustentar las ánimas en la vida espiritual, que aquel mismo Señor que dice: Yo soy pan vivo que descendí del cielo; y quien comiere deste pan, vivirá para siempre? Y no ménos el velo del templo con que se cubria el sanctuario, nos representa la sagrada humanidad con que estaba encubierta la gloria de la divinidad. Por donde cuando el Salvador espiró en la Cruz, se rasgó este velo de alto á bajo (*a*), para que lo que acaescia en lo figurado, se representase tambien en la figura. Esto baste de las figuras que representaron á Cristo.

El fructo que de la inteligencia dellas se saca, son aquellas dos nobilísimas virtudes, entre las teologales, que son esperanza y caridad. Porque considerando en estas figuras los grandes bienes que este Señor nos hizo de pura gracia, y con tanta costa suya, siendo nosotros tan indignos dellos, luego el piadoso corazon se mueve á esperar, en todas sus necesidades y peticiones, remedio de quien tanto lo amó, y tanta bondad y misericordia le descubrió, y tantos beneficios le hizo. Y no ménos se enciende en amor desta misma incomprehensible bondad y caridad, que basta para derretir corazones de hierro. Por lo cual dijo el mismo Señor (*b*) que venía á poner fuego en la tierra; porque venía á hacer tan grandes beneficios á los hombres, que bastasen para hacerlos arder en su amor.

Bien creo que muchos se alegrarán con esta doctrina; porque estas tan señaladas virtudes (que son esperanza y amor) traen consigo grande consolacion, y cada uno pensará que las tiene, y dirá que espera en Dios, y lo ama. Mas para conjecturar uno de sí que ama á Dios, es menester que examine si tiene en sí las cosas que andan en compañía deste amor. Entre las cuales la primera es la guarda de los mandamientos divinos, como expresamente lo declaró el Salvador, cuando dijo (*c*): El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama. Y en otro lugar: Si alguno, dice él (*d*), me ama, ese guardará mis mandamientos. Y Sant Juan en su Canónica dice (*e*): Si alguno dijere que ama á Dios, y no guarda sus mandamientos, mentiroso es. Sabida es aquella sentencia de Sant Gregorio (*f*): Nunca está el amor de Dios ocioso; porque obra grandes cosas, si es verdadero amor; y si las deja de obrar, no lo es. Y quien quisiere saber cuáles sean las obras y las virtudes que acompañan este amor, Sant Pablo se lo dirá: el cual atribuye á la caridad (que es lo mismo que este sancto amor) las propriedades siguientes. La caridad, dice él (*g*), es paciente y benigna, no tiene envidia, no hace cosa mala, no es hinchada, no es ambiciosa, no busca su proprio interese, no se indigna, no piensa mal, no huelga con la maldad: mas gózase con la verdad, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, y todo lo sustenta. Hasta aquí son palabras del Apóstol. Estas pues son las propriedades y compañeras desta virtud. Por lo cual así como conocemos las cosas naturales por las propriedades que tienen (como por el calor conocemos al fuego, y por el frio al agua), así por estas propriedades ha de examinar el hombre, si tiene amor de Dios ó no; y no por solas palabras. Por lo cual dice el mismo Sant Gregorio (*h*) que la lengua, y el ánima, y la vida han de ser preguntadas y examinadas si amamos á Dios ó no. Pues este desengaño se da aquí á todo fiel cristiano, porque por estas señales podrá conjecturar si ha alcanzado esta virtud. Y con este aviso tan importante darémos fin á este segundo tratado de las figuras de Cristo.

(*x*) Rom. 3. 10. (*y*) Exod. 16. 25. etc. (*z*) D. Thom. 1. 2. q. 102. art. 4. etc. (*a*) Matt. 27.

(*b*) Luc. 12. (*c*) Joann. 14. (*d*) Eod. cap. (*e*) 1. Joann. 2. (*f*) Sup. Eva. Hom. 30. (*g*) 1. Cor. 13. (*h*) Hom. 30. sup. Ev.

TRATADO TERCERO DESTA TERCERA PARTE.

EN EL CUAL, POR VIA DE DIÁLOGO ENTRE UN DISCÍPULO Y UN MAESTRO, SE RESPONDE CLARÍSIMAMENTE Á TODAS LAS PREGUNTAS QUE ACERCA DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION Y PASION DE NUESTRO SALVADOR LA PRUDENCIA HUMANA PUEDE HACER.

DIALOGO PRIMERO,

que trata de la causa de la venida del Hijo de Dios al mundo.

DISCÍPULO.

He leido, Maestro, con diligencia lo que hasta aquí habeis escripto del misterio de nuestra redempcion; y no puedo explicar con palabras la consolacion y edificacion que mi ánima con esta nueva luz ha recebido: ni puedo acabar de maravillarme de los grandes fructos que ha producido este árbol sagrado; pues no se halla obra virtuosa para lo cual no hallemos esfuerzo y ejemplo en él. Mas todavía para mayor luz y conocimiento desta tan alta filosofía, deseo haceros algunas preguntas para quedar mas resoluto en ella. Con todo esto confieso que con lo referido hasta aquí quedan respondidas algunas que yo pudiera hacer acerca deste misterio. Porque



al principio me declarastes por convenientes ejemplos, por qué la culpa y pena de aquel primer pecado habia decendido de padres á hijos, y inficionado á toda la naturaleza humana.

Item señalastes bastantísimas causas y razones por qué habiendo caido el ángel y el hombre, la divina Providencia dejó al ángel en su obstinacion, y determinó remediar al hombre. De manera que acerca destos dos puntos me doy por respondido con lo dicho. Agora quiero, como si viniera de nuevo al conocimiento de Dios (a) preguntar por órden las conveniencias de todas las partes y circunstancias deste misterio, proponiendo cada una en particular para mayor distinccion y conocimiento de la verdad.

Y así primeramente os pregunto por la causa de la venida del Hijo de Dios al mundo; pues no le faltaban ministros para acabar todo lo que quisiese, sin venir él en persona.

Maestro. Mucho huelgo que tratemos cada parte deste misterio por sí, porque no confundamos unas cosas con otras. Pues para responder á esta pregunta, habeis primeramente de presuponer que aquel soberano Señor y Emperador es la causa eficiente y final deste mundo. El solo lo hizo, y para sí lo hizo. Porque así como ninguno otro lo pudo hacer, sino él, así para ninguno otro se pudo hacer, sino para él. Esto es, para que todo este mundo fuese un libro de todas las perfecciones divinas, por el cual todas las criaturas intelectuales (que son los hombres y los ángeles) conociesen, y amasen, y glorificasen aquel soberano Señor y Hacedor de todo. De suerte que todo este mundo fuese un templo, un coro y una capilla real, en que todas las criaturas á una voz predicasen la gloria de su Señor. Este es el fin para que fué criado este mundo, segun la fe y segun la mesma filosofía natural. Siendo esto así, vino el Príncipe de las tinieblas como soberbio enemigo de Dios, y atravesóse de por medio á ocupar este reino, y tirannizar este mundo, y usurpar la gloria de Dios, y hacerse adorar y venerar en todo él como Dios. Y así por todo él extendió sus banderas, sus armas, sus insignias, sus templos, sus sacrificios y sus altares, y cuasi en todo él se hizo obedescer y adorar. Pues en tal caso (supuesta la Providencia divina) ¿qué era razon que hiciese el verdadero y legítimo Señor del mundo? Parece que estaba en razon hacer lo que hacen los reyes de la tierra cuando algun reino suyo se les levanta, que es enviar sus embajadores, sus capitanes y criados para reducir el reino á su verdadero señor, mandando hacer justicias y castigos en los amotinadores y desleales. Y cuando el negocio es de tal cualidad que toda esta providencia no basta, va el mismo rey en persona, ó envía su proprio hijo con gran poder y autoridad para que dé cabo á este negocio, castigando los rebeldes, y remunerando los leales; para que usando así de rigor como de blandura, segun la cualidad de las personas, restituya el reino á su padre. Este es el modo que se tiene acá en el mundo. Pues desta manera se hubo en este caso el soberano Emperador. Como vió el mundo que él habia criado para sí, ocupado deste tiranno, envió primero sus embajadores, que fuéron patriarcas, y profetas, y ángeles, y ejecutó en el mundo castigos muy rigurosos para reducirlo á su servicio, como fuéron diluvios, mortandades, hambres, pestes, captiverios, fuego del cielo y otros semejantes castigos. Finalmente tanto fué el rigor de la divina justicia en aquellos tiempos (mayormente con su proprio pueblo, el cual estaba tanto mas obligado al servicio de su Señor, cuanto mas habia recebido dél), que por Esaías dice (b): ¿Hasta cuándo tengo de perseverar en castigaros, pues cada dia sois peores, añadiendo unas maldades á otras? Dende la planta del pié hasta la cabeza no hay parte sana en vosotros, no hay cosa que no esté herida y lastimada con mis azotes, sin haber medicina ni emplasto que los cure. Y por Ecequiel encarece mas esta incorrigibilidad sobre tantos azotes, diciendo (c): Mucho habemos trabajado y sudado, y con todo esto no se ha alimpiado el orin de la maldad desta gente, ni por muchas caldas de fuego que le habemos dado. Mas ¿qué diré? Tan léjos estuvieron los hombres de enmendarse con las amenazas y amonestaciones de los profetas, que no solo no se enmendaron, mas como furiosos y frenéticos se levantaron contra los mismos profetas que los pretendian curar (d), y los mataron con diversas maneras de muertes, apedreando á unos, y aserrando á otros, y atravesando á otros con barras de hierro. Este fué el fructo que se cogió desta medicina con que Dios queria curar los males de su pueblo.

Pues ¿qué era razon que hiciese Dios en este caso? ¿Habia de cesar, habia de rendirse, habia de quedar vencido, sin salir al cabo con su intento, y que el demonio quedase vencedor y victorioso, gloriándose que no habia sido Dios poderoso para prevalescer contra él, y derribarlo de su silla? No por cierto. Pues ¿qué remedio? Lo que no pudieron los mensajeros podrá el Señor, lo que no pudo el rigor podrá la misericordia; lo que no acabó el temor acabará el amor, como el mismo Señor lo habia prometido, diciendo por un profeta (e), que traeria á sí los hombres con prisiones y cadenas de amor. Pues por esta tan justa causa determinó el Soberano Emperador de enviar su Hijo al mundo, para que lo que los primeros embajadores no habian acabado, lo acabase el Señor dellos. Y por esta determinacion comenzó el Apóstol su epístola á los hebreos (f), diciendo que Dios habia hablado y tratado con los padres antiguos por boca de sus profetas, de muchas maneras; mas que agora habia determinado hablarles por medio de su Hijo, que era heredero y Señor de todas las cosas, por el cual las habia criado.

Mas veamos de qué manera envió á este nuevo embajador. Envióle cierto como convenía á la dignidad de tal persona, cual era la del Hijo de Dios (g), lleno de poder y lleno de gracia; de poder, para vencer los demonios, y de gracia, para aficionar á sí los corazones de los hombres, perdonando lo pasado, y haciéndoles mercedes de nuevo; para que lo que no se habia acabado con castigos, se acabase con beneficios, y lo que no se habia concluido con azotes, se concluyese con regalos. Por lo cual dice el mismo Hijo por Esaías (h), que venía á predicar al mundo un año de jubileo, y un dia de venganza. El jubileo para perdon de los culpados; y la venganza para castigo de los demonios. Y en otra parte dice el mismo profeta, que él vendria á vengarnos y á salvarnos (i): que es á usar de misericordia y de justicia: la misericordia para con los hombres, y la justicia para con los demonios; la misericordia para los en-

(a) Greg. 7. Mor. cap. 1. et lib. 17. cap. 15. 16. et lib. 2. cap. 22. 23.

(b) Isaí. 1. (c) Ezech. 24. (d) Hieron. in præfat. Esaiæ Hierem. et Amós. (e) Oseæ. 11. (f) Hebr. 1. (g) Joann. 1.
(h) Esaí. 61. (i) Esaí. 35.

gañados, y la justicia para los engañadores; la misericordia para el reino, y la justicia para el tiranno, que se habia levantado con él. Esto es lo que claramente dijo el Salvador ántes de su sagrada pasion: Agora ha de ser juzgado y sentenciado el mundo; agora el Príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél (*k*). Y llama al demonio Príncipe deste mundo, no porque le pertenecíese por derecho, sino porque lo habia tirannizado, usurpando en la tierra lo que no habia podido alcanzar en el cielo. Pues este ha de ser agora juzgado por el Hijo de Dios, y por él ha de ser desterrado del mundo y despojado de todo lo que tenia en él robado. Porque este es aquel fuerte armado de quien el Salvador dice en el Evangelio, que guardaba poderosamente su estancia; mas viniendo otro mas esforzado que él, lo desencastilló desta plaza, y lo saqueó, y despojó de sus armas (*l*). Pues este fuerte armado (que era el demonio) estaba apoderado del mundo, y tan subjectos tenia sus prisioneros por las cadenas de sus aficiones, que no habia poder en la tierra que los pudiese libertar, hasta que vino el poder del cielo, que lo venció y le quitó todos estos despojos. Y esta misma es aquella victoria tan señalada que canta el profeta Esaías, diciendo que en aquel dia visitará el Señor con su espada fuerte y dura á la serpiente Leviatan, y matará á la ballena que está en la mar (*m*). Esta es aquella grande ballena que tragaba todo el mundo; y aquella serpiente enroscada que trajo con el cabo de la cola la tercera parte de las estrellas del cielo, y cuasi todas las tres partes del mundo (*n*). Pues contra esta gran bestia vino el Hijo de Dios á pelear, y con la espada de su brazo cortó la cabeza deste dragon, y le quitó sus despojos, y derribó por tierra sus templos y sus altares. Por donde los que tienen ojos para saber mirar esta victoria, y tienen experiencia desta nueva libertad que el Hijo de Dios les alcanzó, librándolos del cautiverio de las pasiones y pecados en que vivian, maravillados desta nueva victoria, y de ver prostrado por tierra el culto y adoracion deste tiranno, exclaman con el profeta Esaías, el cual debajo del nombre del rey de Babilonia, se espanta desta victoria, diciendo así (*o*): ¿Cómo ha cesado el robador del mundo, cómo se ha quitado el tributo de los pecados que nos pedia? Quebrantó Dios el báculo de los malvados y la vara de los que señoreaban, que heria los pueblos con azote incurable, que subjectaba con su furor las gentes y cruelmente los perseguia. Y mas abajo: ¿Cómo, dice, caíste del cielo, lucero que salias á la mañana? Caíste en tierra, el que herias las gentes, y el que decias en tu corazon: Subiré al cielo, y sobre las estrellas de Dios levantaré mi silla, y asentarme he en el monte del Testamento. Subiré sobre la altura de las nubes, y seré semejante al Altísimo. Mas con todo esto serás derribado en el infierno y en lo profundo del lago.

Aquí se cumplió aquella profecía de Hieremías, que dice (*p*): La perdiz calentó los huevos que no parió. Juntó riquezas, no con juicio: en medio de sus dias las dejará. La cual profecía declara Sant Hierónimo por estas palabras (*q*): Dicen los escriptores de la Historia Natural ser esta la naturaleza de la perdiz, que hurta los huevos de otra perdiz, y se echa sobre ellos, y los saca; mas despues que ellos han crecido, en oyendo la voz de la verdadera madre, dejan esta falsa, y vanse en pos de la verdadera. El cual ejemplo acomoda muy bien este sancto varon á la conversion de las gentes: las cuales, habiendo seguido y adorado por Dios al demonio, que habia hurtado la gloria al verdadero Dios, en oyendo la predicacion del Evangelio, y la voz de su legítimo Dios y Señor, desampararon al engañador, y siguieron á su Criador.

Esta pues fué la causa de la venida del Hijo de Dios á la tierra: que fué á quebrantar la cabeza desta serpiente, como al principio del mundo lo habia prometido (*r*), echando fuera el tiranno, y haciendo que el verdadero y legítimo Señor fuese reconocido y adorado.

D. Muy justa me paresce la causa desa venida; pues el culto de los ídolos era el mayor de todos los males del mundo, del cual redundaba el menosprecio y deshonra del Criador, y la perdicion de infinitas ánimas; y tal empresa como esa, que contra sí tenia el favor de todas las naciones, y de todos los reyes y monarcas del mundo, no era indigna del Hijo de Dios (*s*); mas ántes á él pertenescia tan gran hazaña. Porque ¿á quién pertenesce mas volver por la honra y reino de su padre, que á su hijo, y mas tal Hijo?

M. Es así como decis. Mas por agora basta lo dicho. Porque adelante tratarémos mas de propósito de la victoria del mundo, y de la idolatría. Agora ved si teneis mas que preguntar.

D. Eso quedará para el dia siguiente; porque es cosa que pide mas espacio.

DIALOGO II.

En que se pregunta por qué causa vino el Salvador al mundo, tomando en sí la naturaleza humana.

DISCÍPULO.

Satisfecho ya de la primera pregunta (que es por qué causa determinó el Criador venir por sí á reformar el mundo que él habia criado), vengamos al principal punto deste misterio, que es: ¿por qué quiso venir vestido de carne humana? Y por juntar esta pregunta con la pasada, ya que quiso hacerse hombre, ¿por qué pudiendo dende luego aparecer en el mundo hombre de entera edad, quiso nascer niño como nascen los otros niños?

Maestro. Primeramente quiero advertiros, que aunque toda la divinidad estaba encerrada en ese tan pequeño corpecito, no por eso dejaba de estar en todo lo criado (*a*), como primera causa de que penden todas las otras causas, sin cuya virtud y asistencia todas ellas pararian, como lo harian todas las ruedas de un reloj si les quitásedes el peso que las mueve. Y así como por estar Dios aposentado en el ánima del justo, dándole vida espiritual, no deja de estar en todo el mundo: así estando encerrado en aquella sagrada humanidad, dándole sér divino, no deja de estar en todas las cosas, dándoles sér natural; mayormente pues vemos que nuestra ánima intelectiva (que es substancia espiritual), estando encerrada en su cuerpo, discurre y anda por todo el mundo. Pues ¿cuánto mas podrá esto aquel simplicísimo y purísimo espíritu divino? Y por esto dice el Profeta dél (*b*), que subió sobre los querubines, y voló; y que voló sobre las plumas de los vientos. Con las cuales palabras nos declaró la presencia y asistencia de Dios, que

(*k*) Joann. 12. (*l*) Luc. 11. (*m*) Esaí. 27. (*n*) Apoc. 12. 13. (*o*) Isaí. 14. (*p*) Hierem. 17. (*q*) Ad hunc. Loc. tom. 4.

(*r*) Genes. 3. (*s*) D. Gregor. in expos. Ps. 4. pœnit. ad v. 7. tom. 2. (*a*) D. Thom. 1. p. q. 8. art. 1. etc. D. Aug. in Epiph. Dom. ser. 4. cap. 2. tom. 10. (*b*) Ps. 17.

todas las cosas ve, todas las penetra, por todas anda, á todas sostiene, rige y gobierna con su divina providencia. Porque si la virtud del sol (que es criatura de Dios) alumbra y da calor á todo el mundo, ¿cuánto mas adelante pasará la virtud y potencia del Criador?

Mas porque esto es cosa clara, responderé á lo que me preguntais: ¿Por qué causa este Señor, ya que quiso hacerse hombre, comenzó por esa tan pequeña figura, no solo de hombre, sino tambien de niño, y niño nascido con tanta humildad y pobreza (c)? Para responderos á esto, acordáos de lo que ayer dijimos: que es haber venido este esforzado capitan á quebrantar la cabeza de aquella antigua serpiente, y á pelear con aquel fuerte armado, y saquearlo y echarlo fuera de la estancia y señorío del mundo que habia usurpado (d). Pues viniendo á esto, ¿con qué género de armas era razon que pelease con él? Si viniera en su propria figura, y con sus proprias armas, ¿qué gloria ganara en vencer este enemigo? No es esa la condicion de Dios. Con mosquitos hace guerra (cuando él quiere) á los reyes (e). Por mano de una mujercita cortó la cabeza de Holoférnes, y desbarató todo el campo de los asirios (f); y desta manera escoge las cosas mas flacas del mundo, para hacer guerra á las mas fuertes. Y esto es lo que el Apóstol significó, cuando dijo que lo flaco de Dios era mas fuerte que toda la fortaleza del mundo (g). Pues desta manera convenia que este Señor viniese, para que fuese mas gloriosa esta victoria, peleando con el enemigo, no con potencia, sino con flaqueza; no con el poder de su divinidad, sino con la humildad de su humanidad; no con la fortaleza de su espíritu, sino con la flaqueza de su cuerpo; no con cuerpo de gigante, sino con cuerpo de niño chiquito, de quien estaba escripto que ántes que supiese hablar derribaria la fuerza de Damasco, que es el poder del Príncipe deste mundo (h). Pues desta manera peleó nuestro David con el gigante Golias, no con armas de Saul doradas, sino con una honda y un cayado, esto es: no con la potencia de su divinidad, sino con la flaqueza de su humanidad. Y cuanto fuéron mas flacas las armas, tanto fué mas ilustre la victoria. Así que por esta causa convenia que viniese en esta figura. Y no solo por esta causa, sino tambien porque esta misma figura era la mas conveniente para esta empresa. Porque si él venia á reconciliar consigo los hombres, y confundir los demonios, en aquella figura convenia que viniese, en la cual de los hombres fuese mas amado, y de los demonios ménos conoscido (i): para que desta manera aficionase á sí los hombres, y por arte venciese los demonios; porque el que por arte habia vencido y engañado al hombre, por arte fuese vencido y burlado de Dios. Y para lo uno y para lo otro ninguna figura habia mas conveniente que esta.

D. Por cierto, Maestro, eso está hermosamente dicho, y con estas vuestras respuestas grandemente se consuela mi ánima; porque es cosa de grande suavidad entender el summo artificio y consejo de las obras divinas, y ver cuán proporcionados medios toma para los fines que pretende. Mas no debe ser sola esa la causa de haberse vestido él de nuestra humanidad, sino otras muchas; y esas deseo saber. Porque mirando este negocio con ojos de carne, no parece cosa conveniente que aquella altísima, purísima y simplicísima substancia, que, como dice Esaías (k), tiene de tres dedos colgado el peso de la tierra, y que asentó los montes y los collados por peso y medida, quisiese vestirse de una ropa tan baja como es la carne humana.

M. ¡Oh cuán gran campo habeis abierto con esa pregunta, para poder un grande ingenio extender todas las velas de su elocuencia en esa materia! ¡Oh cuántas riquezas están encerradas debajo deste misterio! Mas ¿quién tendrá aquella pureza de consciencia para osar tratarlas, y aquella luz del Espíritu Sancto para entender las maravillas que están encerradas en él? Pero confiado en la bondad de aquel Señor que á tanto se inclinó por nuestro amor, diré alguna cosa de las muchas que esa vuestra pregunta demanda. Y para proceder con mejor órden, primero os diré que no fué indigna cosa de aquel altísimo Señor hacerse tal hombre cual se hizo; y asentado esto declararé cuán conveniente cosa era que aquella summa bondad se vistiese desta ropa de nuestra humanidad, y cuánta gloria de aquí se le siguió.

Digo pues que la causa porque los infieles tuvieron por cosa indigna de la majestad de Dios hacerse hombre, fué porque consideraban que Cristo era hombre de la manera que los otros hombres, que es, con las propriedades y bajezas communes dellos; los cuales, como son concebidos en pecado, nascen con toda aquella perversidad de apetitos y pasiones que arriba contamos tratando del pecado original, por el cual el entendimiento quedó escurecido, el libre albedrío flaco, la voluntad rebelde, la imaginacion fugitiva y inquieta, el apetito desordenado y cobarde para todo lo bueno, y muy cobdicioso para todo lo malo; y sobre todo, la carne enferma y mal inclinada. Tal nasce el hombre del vientre de su madre; y si los hombres niegan haberse hecho Dios tal hombre como este, tienen razon; porque ninguna cosa habia mas indigna de Dios, que tomar tal hábito y tal naturaleza como esa.

D. Pues ¿qué tal hombre se hizo?

M. ¡Oh cosa de grande admiracion y suavidad, en que el ánima religiosa no se harta de pensar noches y dias! ¡Oh sabiduría de Dios que así sabe levantar las cosas bajas, y engrandescer las pequeñas, y honrar los humildes! Porque ya que por su inmensa bondad determinó abajarse á tomar nuestra humanidad, tal hombre se hizo, que no fuese deshonra, sino grandísima gloria hacerse tal; pues estaba en su mano hacerse cual él quisiese, sin costarle mas que solo querer.

Porque primeramente en la naturaleza commun de los hombres habia una cosa que Dios hizo, que fué la naturaleza, y otra que el demonio acarreó, que fué el pecado. Mas este Señor tomó en sí lo que Dios hizo, y dejó lo que el demonio habia tramado; porque tomó nuestra naturaleza sin pecado (l). Ni tampoco fué concebido, ni nascido por la commun via de los otros hombres, sino por una manera maravillosa, y digna de tal Majestad: ca fué concebido por virtud del Espíritu Sancto, y nascido de madre vírgen. Porque si Dios habia de nascer, habia de ser de vírgen; y si vírgen habia de parir, habia de ser á Dios. Esta manera de concepcion y nascimiento fué tan nueva, tan gloriosa y tan digna del Hijo de Dios, que aunque muchos locos emperadores se intitularon y hicieron adorar como dioses, nunca ninguno dellos atinó á atribuir á sí esta tan grande gloria.

(c) D. Thom. 3. p. q. 14. art. 1. et 2. (d) Aug. contr. Pelag. lib. 1. c. 31. t. 7. (e) Exod. 8. (f) Judith. 13. etc. (g) 1. Cor. 1. (h) Isai. 8. (i) D. Bernard. sup. Cant. ser. 48. et 70

(k) Isai. 40. (l) D. Thom. 3. p. q. 14. art. 4.

Pues ¿qué diré de las riquezas y gracias que á esta sacratísima humanidad fuéron concedidas? La primera y summa gracia fué la union della con el Verbo divino, que es la mayor cosa que toda la omnipotencia de Dios puede dar. Con la cual dignidad aquella sancta humanidad fué ensalzada sobre todo lo que Dios tiene criado, y puede criar. Y conforme á esta tan soberana dignidad le fuéron concedidas todas las gracias: que fuéron la gracia de universal cabeza de todo el género humano, para que por él se pudiese dar gracia á toda la posteridad y linaje de Adam. Y con esta le fuéron dadas todas las gracias que llaman grátis datas: que fuéron gracia de profecía, de sabiduría, de hacer milagros, de sanar enfermos, de enseñorear espíritus malos, y de todas las riquezas y dones del Espíritu Sancto, que en aquella ánima sanctísima se aposentó: como lo significó el profeta Esaías, cuando dijo (*m*): Saldrá una vara de la raiz de Jesé, y desta vara nacerá una flor, sobre la cual reposará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de entendimiento: espíritu de consejo y de fortaleza: espíritu de ciencia y de piedad; y hinchirá su ánima del espíritu de temor del Señor. Estos y otros innumerables dones del Espíritu Sancto fuéron infundidos en aquella ánima sanctísima, porque en ella se depositaron todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, como lo requeria la dignidad del ánima unida personalmente con él. Pues siendo esto así, no era cosa indigna de la majestad de Dios vestirse de tan rica y hermosa ropa. Porque dado caso que la naturaleza humana sea mas baja que la angélica, pero fué ella en tanto grado levantada por gracia, que sobrepuja con infinita ventaja á toda la alteza angélica. De un paño bajo se puede hacer una ropa guarnecida con tanta pedrería y con tan ricas labores y bordaduras, que sea muy mas preciosa que si toda fuese de tela de oro; porque lo que le falta de la dignidad de la materia, suple la hermosura de la forma y de la hechura. El velo del templo que estaba delante del arca del Testamento, era de diversos colores, y labrado de aguja por mandado de Dios (*n*): el cual representa el velo de la sagrada humanidad con que estaba cubierta la gloria de la divinidad; y la variedad de sus colores, la muchedumbre y diferencias de sus virtudes; y el ser labrado de aguja nos figura el artificio subtilísimo del Espíritu Sancto, con que aquella sancta humanidad fué adornada y hermoseada. Por esta causa dice el Salmista (*o*), que el Señor se vistió de hermosura, y se ciñó de fortaleza. Y por esto se llama hermoso en su hermosura sobre todos los hijos de los hombres, que es sobre todos cuantos sanctos ha habido y habrá jamas (*p*). Lo cual representa la Esposa en los Cantares, cuando dice (*q*): Como el manzano entre los árboles silvestres y montesinos, así resplandesce mi amado entre los hijos de los hombres: que es (como dijimos) entre todos los sanctos. Por la cual causa el mismo Salmista dice (*r*), que fué este Señor ungido con la gracia del Espíritu Sancto sobre todos los que della participaron, que son todos los escogidos. Y finalmente por esta tan señalada ventaja lo llama Daniel el Sancto de los sanctos (*s*).

Demas desto las pasiones naturales que communmente en los hombres son tan rebeldes y desobedientes á la razon, por causa del pecado en que todos somos concebidos, en él estaban tan obedientes como lo estaban ántes del pecado, por virtud de la justicia original. Porque como él fué concebido por el Espíritu Sancto, tomó de Adam solo la naturaleza, mas no la culpa; y por eso no habia en él esta mala raiz que hay en nosotros; porque no era justo que tuviese algun rasguño de pecado quien venía á sanar las heridas mortales de nuestros pecados. Finalmente, tan grande fué la perfeccion y hermosura de aquella sancta humanidad, y tan léjos están algunos doctores de tener por cosa indigna de la majestad de Dios venir al mundo en esta forma para satisfacer por los pecados, que vienen á decir, que aunque no hubiera pecados ni pecadores que redemir, no dejaria de encarnar (*t*): alegando que no era razon que aquella tan excelente obra de la sagrada humanidad (que vale mas que todo lo criado) estuviera pendiente de una cosa tan accidental y tan ocasionada como era el pecado: alegando tambien para esto (entre otras razones) que al summo bien convenia esta summa communicacion, para declararnos por ella la grandeza de su bondad y caridad, y para honra del mundo que él habia criado; pues juntándose con el hombre, que es el mundo menor, todo el mundo mayor quedaba honrado, y ayuntado al principio de donde habia procedido, como adelante declararémos.

§. I.

Concordancia maravillosa de las obras y testimonios de Cristo con la dignidad de su persona.

Mas no pára aquí la excelencia y gloria desta sagrada humanidad; porque todo lo demas que en ella succedió, fué conforme á aquella primera y summa dignidad de la union con el Verbo divino. Porque tal es la consecuencia y correspondencia de las obras trazadas por el consejo de Dios. Y así demas de lo dicho (porque ningun linaje de dignidad y gloria faltase en este misterio), ántes que este Señor naciese, luego al principio del mundo, y por todas las edades que despues succedieron, fué prometido á los patriarcas, denunciado por los profetas, predicado por las sibilas, y figurado en todas las cerimonias, sacrificios y sacramentos de la ley. Y cuando ya hubo de venir al mundo, ¿de qué manera vino? Vino como convenia á tan alta Majestad. Fué denunciado por un ángel (*v*), concebido por virtud del Espíritu Sancto, nacido de madre vírgen (*x*), cantado y celebrado su nascimiento por millares de ángeles, visitado de los pastores, publicado por las estrellas, adorado de los reyes (*y*), conocido de los justos Simeon, Ana, Zacarías, Elisabet, y sobre todo del niño Sant Juan (*z*), que estando encerrado en las entrañas de su madre le adoró y reconoció: que fué la mas nueva manera de reverencia que jamas se vió; porque así convenia para la gloria y honra del Señor que de nuevo venía al mundo. Mas despues de ya crecido, juntamente creció con él la gloria. Porque en su baptismo se abrieron los cielos (*a*), y sobre él decendió el Espíritu Sancto en especie visible de paloma (*b*), y sonó aquella voz magnífica del Padre: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me agradé. Despues desto andando por el mundo, y conversando con los hombres, tales obras hacia, cuales convenia á la dignidad de quien él era. Porque bajando Dios en forma humana del cielo á la tierra, ¿qué obras habia de hacer, sino obras de Dios? Pues tales las hizo este Señor, sanando los enfer-

(*m*) Isai. 11. (*n*) Exod. 26. et 36. (*o*) Ps. 92. (*p*) Ps. 44. (*q*) Cant. 2. (*r*) Ps. 44. (*s*) Daniel. 9.

(*t*) Scotus, 3. sent. dist. 7. quæst. 3. cum quo discipuli. (*v*) Luc. 1. (*x*) Luc. 2. (*y*) Matth. 2. (*z*) Luc. 1. (*a*) Matth. 3. (*b*) Luc. 3.

mos, alumbrando los ciegos, limpiando los leprosos, lanzando los demonios, curando los paralíticos, resuscitando los muertos, mudando la naturaleza de las cosas, multiplicando los panes, andando sobre las aguas de la mar, mandando á los vientos, sosegando las tempestades, revelando los secretos de los corazones, denunciando las cosas advenideras, viviendo vida sanctísima, predicando doctrina maravillosa, perdonando los pecados, alumbrando y sanctificando los hombres. Y lo que mas es, no solo hacia estas maravillas por sí, mas otras como estas, y aun mayores, hacian los que en él creian, como él mismo lo dijo (*c*). Y no solo obraba esto con la virtud de su palabra, sino con solo el tocamiento de su vestidura (*d*): la cual daba entera salud á quien quiera que la tocaba (*e*). Pues ¿qué cosa mas digna de Dios, que esta manera de vida? ¿Cómo era razon que anduviese Dios entre los hombres, sino obrando estas grandezas?

Síguese despues la muerte: que aunque muerte al parecer deshonrada, no fué ménos gloriosa que la vida. Porque si dende el principio del mundo, en la muerte del justo Abel se comenzó la guerra de los malos contra los buenos (*f*), y siempre se prosiguió en todas las edades con las muertes de los profetas, ¿qué habia de hacer el mundo perverso contra quien tal vida vivia, y tal doctrina predicaba, y tal testimonio daba de sus malas obras, sino perseguir á quien así lo perseguia, y destruir á quien lo destruia, y hacer guerra mortal á quien así se la hacia? ¿Qué habia de hacer el que era todo carne, sino levantarse contra el que era todo espíritu? Qué el frenético, sino indignarse contra el médico? Qué el lagañoso, sino ofenderse con el resplandor de la luz? Qué el ladron, sino encruelecerse contra quien descubria sus hurtos?

Pues ¿qué diré de la moderacion y gravedad con que se hubo en la muerte? El mismo se vino al lugar de la pasion: él estuvo la víspera della predicando y consolando á sus discípulos, lavándoles los piés, y ordenándoles aquel altísimo y divinísimo sacramento de su cuerpo y de su sangre (*g*): él salió á recebir á los que le venían á prender, y despues de caidos en tierra, dos veces los tornó á levantar; y reprehendió á Sant Pedro porque habia herido á uno de sus enemigos, y con su bendita mano le sanó la herida. Y puesto ya en medio de sus enemigos, ¡qué paciencia mostró en tantos tormentos! Qué silencio entre tan falsas acusaciones! Qué mansedumbre entre tantas injurias! Qué gravedad en sus respuestas! Y qué semblante y mesura en presencia de tan injustos jueces y tribunales! Ni son ménos de notar las palabras que habló estando en la Cruz (*h*), tan dignas de quien él era, haciendo oracion por aquellos mismos que lo crucificaban, y actualmente lo blasfemaban, y ofreciendo el paraíso al buen ladron, y encomendando la piadosa Madre al amado discípulo (*i*), y el espíritu en las manos de su Padre, acabando la obra de aquella tan grande obediencia. Todas estas cosas manifiestamente daban testimonio de su innocencia, y de la dignidad de su persona; mas mucho mas lo dió al tiempo de la Pasion el sentimiento del mundo (*k*), la alteracion de los elementos, el escurecerse los cielos, el temblar la tierra, el quebrantarse las piedras, el abrirse los sepulcros, el resuscitar los muertos, y romperse el velo del templo, que de aquella sancta humanidad era figura; y así convenia que se rasgase cuando ella padescia. Porque tal sentimiento era razon que hiciese el mundo cuando moria en cruz el Criador del mundo. De manera que todas las cosas concuerdan dende el principio hasta el fin, así como convenia á la dignidad de tal Señor: la concepcion, el nascimiento, la vida, la muerte, con todo lo demas. Y no pára aquí su gloria; porque si murió, resuscitó luego al tercero dia como Señor y vencedor de la muerte; y resuscitó consigo muchos otros muertos, y saqueó al infierno, y prendió al Príncipe deste mundo (*l*): y hecho esto, con aquella presa tan gloriosa, por su propria virtud subió en cuerpo y ánima por los aires al cielo (*m*): espantándose los discípulos de tan grande maravilla; y de ahí envió al Espíritu Sancto (*n*), con cuya virtud por medio de unos pobres pescadores reformó al mundo, derribó los altares de los ídolos, venció los emperadores, confortó los mártires, pobló los desiertos de monjes y los poblados de vírgines, y hinchió el mundo de sabiduría, de religion, de conocimiento del verdadero Dios, triunfando de sus enemigos y de toda la potencia del mundo, y (lo que mas es) del pecado. Y los que trataron su muerte hubieron el pago que merecian. El que lo vendió, se ahorcó (*o*); el que lo sentenció, se mató; y los que lo entregaron á la muerte, fueron asolados y destruidos, y acabado su reino con la mayor matanza y captiverio que despues del Diluvio nunca se vió; porque tal castigo merecia tal pecado.

Pues volviendo al propósito, ¿quién tendrá por indigna cosa de la majestad de Dios, hacerse hombre, estando todo el proceso de su vida y muerte esclarescido y adornado con tantas maravillas, y con tan grande órden y consecuencia de cosas? ¿Quién considerará esta traza y este tan admirable concierto y conveniencia de misterios, que no reconozca el maravilloso consejo y sabiduría de Dios? ¿Cómo supieran unos pobres y rudos pescadores tejer esta tela, y trazar esta obra con tan grande concierto, si la misma verdad no los guiara? Por donde así como los filósofos viendo en la fábrica deste mundo tan grande órden y razon, entendieron que no se pudo esta obra hacer acaso, sino que tenia un sapientísimo Hacedor y gobernador que la regía: así tambien, visto este maravilloso proceso de la vida de Cristo, y de lo que antes della precedió, y despues se siguió, y entendiendo por aquí la maravillosa conveniencia y correspondencia de todos estos misterios, y mucho mas el grande fruto que en todo el mundo desto se siguió, no pudieron dejar los hombres de recebir y aprobar una obra tan admirable, y conocer que esta traza era digna del consejo de Dios, y no invencion humana; puesto caso que no es esto solo el fundamento de nuestra fe, porque otros innumerables hay, que confirman y testifican esta verdad celestial. Por lo cual con mucha razon dijo el Profeta (*p*) que los testimonios y misterios de la fe se habian hecho en gran manera creibles al mundo, por los grandes argumentos y motivos que el mundo tuvo para creerlos.

D. No puedo, Maestro, con palabras declararos la consolacion que mi ánima ha recebido con ese tan largo y tan suave discurso. Porque para un hombre cristiano que tiene dos lumbres en su entendimiento (una natural de razon y otra de fe), no hay cosa mas dulce que ver la concordia de la una lumbre con la otra. Mas agora, ya que habeis probado no ser indigna cosa de la alteza de aque-

(*c*) Joan. 14. (*d*) Matth. 9. 14. (*e*) Marc. 6. (*f*) Aug. de Civ. Dei, lib. 15. c. 31. (*g*) Joan 18. (*h*) Luc. 23. (*i*) Joan. 19. (*k*) Matth. 27.

(*l*) Luc. 24. (*m*) Act. 1. (*n*) Act. 2. (*o*) Matth. 27. (*p*) Psalm.

Señor hacerse tal hombre, cual aquí habeis debujado, enseñadme agora lo que al principio propusistes, que es, cuán grande gloria fué para ese Señor tomar nuestra carne, y cuán conveniente haya sido eso á la naturaleza divina. Porque ¿qué conveniencia, ó qué razon hay para juntarse en una sola persona dos naturalezas tan distantes como son divina y humana?

§. II.

Declárase cuán conveniente haya sido á la naturaleza divina juntarse con la humana; y cuántos fructos se siguieron desta tan admirable junta.

MAESTRO.

Para responderos á esa pregunta me aprovecharé de una razon del angélico doctor Sancto Tomas (*q*), tan eficaz y tan poderosa, que no me parece que habrá entendimiento sano que no quede convencido con ella. Para cuyo entendimiento habeis primero de presuponer como cosa clara, que aquello conviene á cada cosa, que le conviene segun su propria naturaleza. Porque así decimos que estudiar, leer, y filosofar, y ser capaz de doctrina, son cosas que convienen al hombre; porque son conformes á su naturaleza, que es ser criatura racional. Pues agora veamos cuál es la naturaleza de Dios. Todos confiesan ser él la misma bondad esencial, por la cual crió, rige y gobierna todas las cosas. Esta es la perfeccion de que él mas se precia, y la mas gloriosa que hay en él, de la manera que arriba declaramos. Pregunto pues agora: ¿cuál es la cosa mas propria de la bondad?

Discípulo. Communmente oigo alegar en las escuelas aquella sentencia de Sant Dionisio, que el bien es difusivo, y comunicativo de sí mismo: como lo vemos en la mas excelente de las criaturas corporales, que es el sol, el cual tan libremente comunica su resplandor, su calor y su virtud á todas las criaturas corporales.

M. Muy bien habeis respondido. Y el mismo ejemplo tenemos en todos los hombres que son entera y verdaderamente buenos; los cuales querrian (si les fuese posible) infundir aquella bondad que tienen en todos los otros, y hacerlos semejantes á sí. Por lo cual aquel gran sabio decia (*r*) que sin invidia comunicaba á todos la sabiduría que él tenia, y á nadie escondia la honestidad y hermosura della. Pues siendo esta la propriedad natural de la bondad, síguese que cuanto la bondad fuere mayor, tanto será mas comunicativa de sí misma: como vemos que por ser natural cosa al fuego quemar y abrasar, cuanto fuere mayor el fuego, tanto mas poderosamente quemará y abrasará.

D. ¿Quién podrá negar eso?

M. Pues tampoco podrá negar lo que de aquí se sigue, y es: que como Dios sea no solamente bueno, mas summamente bueno, y la misma bondad, síguese que él sea summamente comunicativo de sí mismo; y no habia otra summa manera de comunicarse al hombre, sino comunicándole su proprio sér. Con la cual comunicacion no solo se comunicó al hombre, mas tambien á todas las criaturas en su manera; pues en el hombre concurren y se juntan todas ellas, así las espirituales como las corporales, por ser él compuesto de ambas naturalezas. Esta razon es tan poderosa que no veo réplica en ella. Porque si alguno dijere que ya Dios habia comunicado al hombre todas las riquezas deste mundo, diputando todas las criaturas dél para que le sirviesen; mas todo esto comparado con Dios, no es mas que un puncto en medio del mundo, comparado con la circunferencia del mas alto cielo. Porque, como el Sabio dice (*s*), todo este mundo en presencia de Dios es como una gota del rocío de la mañana, ó como un grano de peso, que se carga sobre la balanza del platero. Mas Esaías pasa adelante, y dice (*t*) que todas las naciones del mundo delante dél son como si no fuesen, y como nada son reputadas en su presencia. Pues segun esto ¿cómo se podrá llamar summa comunicacion de Dios, darnos las cosas que el Profeta lleno de su espíritu llama nada? Así que esta razon de Sancto Tomas no tiene contradiccion.

D. Maravillado estoy de ver con cuán breve razon satisfaceis á la pregunta que os puse, con lo cual lo que á prima faz parecia cosa tan extraña de la majestad de Dios, probais eficacísimamente que ninguna mas le convenia. Mas con todo eso ¿qué responderémos á los que dicen que fuera cosa mas decente á la dignidad del Hijo de Dios vestirse de un cuerpo formado de luz (que es una criatura muy hermosa), que de una carne que decendia de la carne de Adam, y de otros muchos grandes pecadores que se cuentan en la genealogía deste Señor, puesto caso que su carne fuese innocentísima, y exenta de todo pecado?

M. Brevemente os responderé á esa pregunta de la manera que responde á ella Eusebio Emiseno, diciendo (*v*) que no convenia esto para la justicia de nuestra redempcion. ¿Por ventura la luz (dice él) habia pecado, para purgar en el cuerpo della los pecados ajenos? Así que por el cuerpo desta criatura ni nos podia dar el precio de su muerte, ni el ejemplo de su resurreccion. Y demas desto, ninguna confianza me diera de poder yo vencer al enemigo, si él no triunfara en mi proprio cuerpo. ¿A qué propósito habia de tomar cuerpo de luz quien venía á redimir el hombre? Muy ignorante sería el médico si tomase á sus cuestas el hombre sano, y dejase el enfermo. Porque en el cuerpo donde está la dolencia, ahí se ha de aplicar la medicina.

D. Bastantemente queda respondido á esa pregunta. Mas agora quiero me respondais á otra, que es, parecer á los ojos de carne cosa indigna de aquella soberana Majestad haberse vestido della.

M. A eso brevemente os respondo, que dado que el hombre miradas las bajezas, enfermedades y vilezas de su carne, sea una de las mas miserables y apocadas criaturas del mundo, pero mirada la excelencia de su ánima, y del fin para que fué criado, no debe nada, como dice Sancto Tomas (*x*), al mas alto de los serafines; pues no es otro el último fin y bienaventuranza dél serafin, que la del hombre, pues ambos fuéron criados para una misma gloria. La cual tienen siempre los sanctos ante los ojos, para no hacer cosa indigna desta tan grande dignidad. Y así se escribe de uno de aquellos padres antiguos (*y*), por nombre Isidoro, que estando una vez comiendo, comenzó muy de propósito á llorar. Y preguntado por la causa de sus lágrimas, respondió: Lloro por ver que estoy comiendo manjar de bestias, habiendo de estar segun la dignidad de mi ánima en el paraíso gozando de manjar divino. Pues quien considerare esta tan grande dignidad del hombre, verá que no era cosa indigna de aquella inmensa bondad proveer de remedio á tan noble criatura.

(*q*) 3. p. q. 1. art. 1. (*r*) Sap. 7.

(*s*) Sap. 11. (*t*) Esai. 40. (*v*) Euseb. Emisen. hom. 11. de Pasch. (*x*) 4. contr. Gent. cap. 54. 55. (*y*) In Vitis PP.

D. No puedo dejar de alegrarme con esa respuesta, pues tanto hace en mi favor. Mas porque tan grande cosa como es hacerse Dios hombre ha de traer consigo grandes fructos y provechos á la vida humana, eso querria me declarásedes agora.

M. Eso podréis vos entender, si os acordáredes de lo que hasta aquí habemos platicado, junto con todo lo que me decis haber leido en el tratado precedente. Porque primeramente por este medio nos provocó este Señor á le amar, descubriéndonos la inmensidad de su bondad, que es el mayor motivo que hay de amor. Porque así como es proprio (segun dijimos) de la summa bondad summamente comunicarse, así esta summa comunicacion es argumento claro de ser summa bondad la que así se nos comunicó. Item, por aquí tambien nos declaró la grandeza de su caridad, queriendo hacerse nuestro hermano, nuestra carne y nuestra sangre: que es otro grande estímulo y motivo de amor. Por aquí tambien esforzó nuestra esperanza, y nos hizo creíble que pues Dios habia decendido á hacerse hombre, que el hombre podria subir por via de gracia á hacerse semejante á Dios; pues es mucho mas aquello que esto, como en el tratado pasado dijimos. Y si os acordais de aquellos admirables fructos que referímos del árbol de la Cruz, entenderéis que el fundamento dellos fué hacerse Dios hombre; porque no pudiera morir en cruz, si no lo fuera; y así de todos aquellos fructos suavísimos careciéramos: en los cuales está toda nuestra salud y redempcion. Y demas desto haciéndose este Señor hombre, y conversando entre los hombres con tan grande sanctidad, nos allanó y facilitó el camino de la bienaventuranza con la luz de su doctrina, y nos animó á caminar por él con la virtud de sus ejemplos; porque de lo uno tenia necesidad nuestra ignorancia, y de lo otro nuestra flaqueza; y ambas cosas eran necesarias para contrastar á la sabiduría carnal y potencia del mundo. Porque como la filosofía del Evangelio por una parte sea un público pregon y condenacion de la cobdicia desordenada de las honras, riquezas y deleites sensuales; y por otra parte ninguna otra cosa mas procure (generalmente hablando) todo el género humano, y todos los grandes y prudentes del siglo (los cuales por mar y por tierra, por hierro y por fuego buscan todas estas cosas, en las cuales tienen puesta su felicidad y último fin), ¿cómo pudiera un hombrecillo flaco oponerse contra este torrente, y desmentir á todo el mundo, si no tuviera por sí los ejemplos y testimonios de Cristo? Porque está luego á la mano acudir con aquel argumento que hace Sant Bernardo, tratando de la humildad, y aspereza, y desabrigo con que el niño Jesus nació, diciendo así (z): O este niño, que esta manera de aspereza escogió, se engaña, ó el mundo yerra, que busca lo contrario. Mas imposible es engañarse la summa sabiduría: luego síguese que el mundo yerra. Con este argumento burlan los buenos de la potencia y prudencia del mundo. Y este es uno de los fructos que el Hijo de Dios trajo al mundo, como lo dice Sant Augustin por estas palabras (a): Porque los hombres mas confiadamente caminasen á la primera y summa verdad, que es Dios, la misma verdad, vestida de carne humana, estableció y fundó la fe, esto es, la verdad y la doctrina de la fe. Y la necesidad que habia del magisterio de tanta autoridad, no sé con qué lumbre la alcanzó aquel gran filósofo Platon: el cual dice que con esta limitacion debian sus discípulos guardar los preceptos que él les habia dado, hasta que viniese algun hombre mas sagrado que les enseñase otra mas excelente doctrina.

(z) De Natali Domin. serm. 3. in princip. (a) De Trinit. lib. 4. cap. 18. tom. 3.

D. Ciertamente, Maestro, gran razon tuvo el Salmista para decir (b): ¡Cuán dulces son, Señor, para mi paladar vuestras palabras! Son cierto mas dulces que la miel, en mi boca. Digo esto por la consolacion que he recebido en oiros, mayormente considerando en eso, por cuántas vias y maneras aquella infinita bondad ayuda á nuestra flaqueza con el misterio de su encarnacion. Porque quien estaba cercado de tantas enfermedades, y acosado de tan malas inclinaciones por razon de aquel comun pecado, tenia necesidad de una medicina universal que le diese remedio; el cual suficientísimamente se halla en el misterio de la Cruz, con lo que habeis agora dicho, y con todo lo contenido en el tratado pasado. Mas porque la materia deste misterio es por una parte tan alta, y por otra tan copiosa, otras cosas mas tengo que preguntaros, las cuales quedarán para otra sesion.

M. Acertais en eso; porque la flaqueza de nuestros entendimientos mejor recibe las cosas distinctamente y poco á poco declaradas, que tratándolas todas juntas. Acuérdome haber leido en Quintiliano, que como los vasos estrechos no pueden recebir algun licuor si le echais de golpe todo junto, mas recíbenlo muy bien si le echais poco á poco: así tambien se entiende mejor cualquier dificultosa y alta doctrina, cuando poco á poco por partes se nos enseña.

DIALOGO III.

En el cual se pregunta por qué causa nuestro Salvador, ya que quiso por bien hacerse hombre, quiso que su vida fuese humilde, pobre y trabajosa.

DISCÍPULO.

La materia que tratamos es de tanta suavidad por una parte, y de tanta majestad por otra, que siempre tengo de buscar ocasiones para tratar della; y por esto añadiré otra pregunta á la pasada. Porque deseo saber la causa por la cual el altísimo Hijo de Dios, ya que tuvo por bien hacerse hombre para nuestro remedio, quiso en este mundo vivir tan pobre, tan humílde y con tantos trabajos, cuantos en su vida sanctísima y mucho mas en su muerte padesció. Porque el commun juicio del mundo tiene por abatimiento la pobreza, y la vida humilde y trabajosa, y procura por todos los medios posibles, y aun imposibles, huir della.

Maestro. Esa pregunta no hubiera lugar si tratáramos este negocio entre hombres sabios y filósofos: muchos de los cuales, sin tener lumbre de fe, por sola razon natural desecharon de sí todos estos bienes que el mundo adora, teniéndolos por carga, y por materia de cuidados, y por impedimento del estudio de la filosofía que ellos amaban, y por grande estorbo de la verdadera felicidad que ellos pretendian. Lo cual es en tanto grado verdad, que hasta los discípulos de Epicuro (que ponian la felicidad en el deleite) desechaban esta manera de bienes, diciendo que las cargas, y cuidados, y inquietud que consigo traian, les agriaban y perturbaban el gusto y deleites de la vida que ellos deseaban; y los filósofos estoicos por ninguna via quieren conceder que estos se llamen bienes, pues no son parte para hacer buenos á sus

(b) Ps. 118.

poseedores (*a*): ántes á veces les dan ocasion de ser mas vanos, mas presumptuosos, mas regalados, y mas inhumanos para con los miserables (porque no saben qué cosa sea miseria), y sobre todo mas deshonestos, porque para esto y para otras cosas les dan materia las riquezas.

Mas ya que el mundo es tan ciego, que no sabe cuáles sean los verdaderos bienes, y los judíos esperan un Mesías, el mas rico y poderoso del mundo, á los unos y á los otros mostraré clarísimamente la vanidad deste engaño. Y porque en las cosas que se ordenan para algun fin, la razon y órden dellas se toma del mismo fin, ruégoos me digais: ¿para qué fin habia de venir el Hijo de Dios al mundo?

D. Parece que tan grande cosa como era venir ese Señor al mundo vestido de carne humana, no podia ser sino para grandes cosas: que es para renovar el mundo, y hacer grandes bienes á los hombres.

M. Pregúntoos agora: como haya dos maneras de bienes, unos del cuerpo, y otros del ánima; ¿cuáles os parece que son mayores bienes?

D. A eso podria responder cualquier rústico, por bozal que fuese; porque está claro que cuanto es mas excelente el ánima que el cuerpo, tanto son mas excelentes los bienes del ánima (que nos disponen para la vida eterna) que los del cuerpo, que se acaban con la vida. Y para darnos estos excelentes bienes era razon que el Hijo de Dios viniese al mundo. Y sin que mas me pregunteis, pasaré mas adelante, y concluiré de lo dicho, que así como los bienes del ánima son mas excelentes que los del cuerpo, así los males del ánima (que son los pecados) son mayores males que los del cuerpo; y esto en tanto grado, que me acuerdo haber leido en Sant Augustin (*b*) que menor mal sería perderse todas las criaturas del mundo, que ofender á Dios con un pecado venial.

M. Muy bien habeis filosofado. Y de aquí podemos inferir, que pues el Señor del mundo venía á reformar el mundo que él habia criado, era razon que viniese á dos cosas señaladas: la una á desterrar los pecados, que son los verdaderos males; y la otra á enriquecernos con los verdaderos bienes, que son los del ánima. Pues si para esto venía, no le convenia otra manera de vida sino esa, que era vida pobre, áspera y humilde.

D. Eso deseo entender.

M. Estad agora atento, y verlo heis. Los médicos para curar una dolencia todo su estudio ponen en desterrar las causas della, que son los humores venenosos de donde ella nace. Pues este modo de curar guardó aquel gran médico que vino del cielo; porque luego en viniendo aplicó el remedio á las principales raices de todos los pecados. Para cuyo entendimiento es de saber que el principio y fuente universal de todos los males es el demasiado amor de sí mismo, hijo primogénito del pecado original, y principio de toda corrupcion, y precursor del Anticristo: en cuya venida dice el Apóstol (*c*) que serán los hombres grandes amadores de sí mismos. Deste mal amor nacen tres hijos, que son tres malos amores: conviene saber, amor desordenado de honra, de hacienda, y de deleites sensuales. Pues destos tres ramos que nacen deste pestilencial tronco, nace toda la fruta de muerte, y toda la corrupcion de nuestra vida. Y así podemos decir que como todo el linaje humano despues del Diluvio se derivó de Noé por medio de aquellos tres hijos que tuvo, Sem, Cam y Jafet, así tambien toda la universidad de vicios del género humano nace deste padre universal de todos ellos, que es el amor proprio, por medio destos tres hijos que tiene, que son estos tres malos amores que dijimos. Porque el primero destos (que es amor desordenado de la honra) viene á ser motivo de muchas maneras de pecados. La razon desto es, porque los hombres ponen la honra, no en la virtud (que sola merece honra), sino en muchas cosas vanas que el mundo ciego ha hecho honrosas sin lo ser. Y para alcanzar cada cosa destas hay muchos malos medios y caminos; y por todos estos andan los amadores desta vanidad por alcanzar lo que tan apasionadamente desean; y así vienen á caer en muchos despeñaderos de pecados, y á dejar de hacer las cosas necesarias á sus ánimas, cuando les parece no ser tan honrosas. Y esta fué la causa porque los fariseos, aunque veian las maravillosas obras de Cristo, no quisieron seguirle, ni creer en él; porque, como dice Sant Juan (*d*), amaron mas la gloria del mundo que la de Dios. Y el mismo Señor les repitió esta sentencia diciendo (*e*): ¿Cómo podeis vosotros creer, pues andais buscando la honra unos de otros, y no haceis caso de la honra que viene de Dios? Tambien hay muchas maneras de haciendas, y muchos malos medios para alcanzarlas; y así hay aquí muchos motivos para muchas maneras de pecados. Por lo cual dijo el Apóstol (*f*) que la cobdicia era raiz de todos los males. La cobdicia tambien desordenada de deleites es como sementera de otros muchos males. Porque los hombres mundanos, despreciados los verdaderos deleites de la buena conciencia (que es como dice el Sabio (*g*) un perpetuo banquete), ponen sus deleites en comer y beber, dormir, y en deleites carnales, en vestidos curiosos, en camas regaladas, en edificios sumptuosos, en fiestas y juegos, y en otras maneras de pasatiempos que la carne desea, cada uno de los cuales se alcanza muchas veces por muchos malos medios, y así son causa de muchos pecados; y demas desto hacen los hombres efeminados, apocados, bestiales, viles, y discípulos del infame Epicuro, y de Mahoma seguidor de sus deleites; y sobre todo esto hácenlos, como dice el Apóstol (*h*), enemigos de la Cruz de Cristo, y amadores mas de sus deleites que de Dios, y idólatras y servidores de su vientre. Y no solo este amor es causa de muchos pecados, sino tambien es cuchillo de todas las virtudes; porque como el amador de deleites sea enemigo de trabajos, y todas las virtudes estén acompañadas con ellos, por el mismo caso que es uno enemigo de trabajo, lo es tambien de toda virtud. Por lo cual dijo Séneca que en el reino del deleite no tenia parte la virtud; y en otro lugar dice el mismo, que muy poco estima la virtud el que tiene demasiado amor á su cuerpo. Y así tambien es comun sentencia de filósofos, que el amor del deleite es yesca y cebo de todos los males; y mucho mas lo serán estos tres malos amores que ya dijimos. Y por ser ellos (cada cual en su manera) tan vehementes, vienen á ser grandes incentivos para pecar; pues vemos que los que están presos destas aficiones, no hacen caso, ni de paraíso, ni de infierno, ni de juicio, ni de muerte, ni de promesas, ni amenazas, ni beneficios de Dios: ántes rompen por todo esto tan fácilmente como por telas de arañas, por alcanzar lo

(*a*) Aug. cont. Academ. lib. 1. cap. 1. tom. 1. et de Civit. Dei, lib. 9. cap. 4. tom. 5. (*b*) August. lib. Cur Deus hom. cap. 9. (*c*) 2. Tim. 3.

(*d*) Joan. 12. (*e*) Joan. 5. (*f*) 1. Tim. 6. (*g*) Prov. 15. (*h*) Philip. 3.

que desean. Pues siendo estas las tres principales fuentes de todos los males, y las tres principales llagas de la naturaleza humana, era cosa convenientísima que aquel Señor que vino del cielo para ser médico del mundo, proveyese de emplastos y remedios para ellas. Para lo cual (demas del remedio de la gracia y de los sacramentos, que para esto sirven) quiso que su vida fuese pobre, humilde y trabajosa, y la muerte mucho mas. Pues si para esto venía, ¿de qué otra manera habia de venir? ¿Habia de venir con fausto y pompa, viniendo á curar nuestra soberbia? ¿Habia de venir lleno de riquezas, viniendo á desterrar la cobdicia desordenada dellas? ¿Habia de venir lleno de regalos y delicias como otro Salomon, viniendo á condenar la demasía dellas? Porque si un contrario se cura con otro contrario, ¿cómo habia de venir el médico destos males, sino con medicinas de virtudes contrarias á ellos?

Pues este ejemplo fué un grande estímulo á todos los sanctos para el menosprecio del mundo, y para el amor desta manera de vida que vieron en su Señor. Porque ¿qué hombre será tan ingrato y desconocido, que viendo al Criador de los cielos, al Señor de los ángeles, á la gloria de los bienaventurados en este hábito y figura tan humilde, padesciendo tantas maneras de trabajos, no se esfuerce á imitar algo de lo que ve en él, siquiera por no consentir que una tan costosa medicina haya sido hecha en vano? ¡Oh medicina, dice Sant Augustin (*i*), que todas las cosas remedia, que recoge todas las cosas derramadas, que repara todas las flacas y enfermas, que corta todas las superfluas, y corrige todas las depravadas! ¿Qué soberbia se puede sanar, si con esta humildad del Hijo de Dios no se sana? Qué avaricia se puede curar, si con la pobreza deste Señor no se cura? Y no ménos enseña él esta celestial filosofía naciendo, que muriendo; pues luego en ese primero dia que entró en el mundo, sin aguardar mas tiempo ni sazon, quiso ser aposentado en un establo, y reclinado en un pesebre, y probar luego por experiencia parte de las injurias y miserias desta vida. Porque, como apunta Sant Bernardo (*k*), el tiempo de su nascimiento era invierno, la noche fria, el lugar desabrigado, la cama dura, los paños pobres, y la compañía no mas que Josef y María. Pues ¿qué pobreza y qué humildad se puede comparar con esta? ¿Adónde habia mas de decender este Señor, que nacer en establo, y dormir en pesebre, que es partir cama y casa con las bestias? ¡Oh Rey de los ángeles! Oh Señor de los cielos! ¿Qué lugar ese que habeis escogido? Si el cielo es vuestra silla, y la tierra el estrado real de vuestros piés; si estais asentado sobre los querubines, y dende ahí mirais los abismos: ¿cómo habeis querido agora poner vuestra silla en este abismo de tan gran bajeza? No es otra la causa sino el remedio de nuestra vida, porque dende luego quereis enseñar por ejemplo lo que despues habeis de predicar por palabra. Y ese pesebre es una cátedra donde callando enseñais con grande eficacia el menosprecio del mundo, y la filosofía del Evangelio.

§. I.

Bienes que el Salvador nos trajo con su humanidad sanctísima.

DISCÍPULO.

Bastantemente quedo satisfecho y concluido, que la mas conveniente manera de vida que el Salvador habia de seguir era esa que escogió, supuesto que venía á desterrar los pecados del mundo, cortando las raices dellos. Porque si venía á pelear con estos tres gigantes tan poderosos, si venía á derribar estos ídolos que adoran las gentes, si venía á hacer guerra al fausto, á la vanidad, á la soberbia, á la avaricia, y á las delicias que tenian tirannizado el mundo, y llevaban en pos de sí los hombres, y los apartaban de Dios, empleando sus vidas en el servicio destos falsos dioses, ¿con qué otras armas les habia de hacer la guerra? ¿Con qué otro hábito habia de venir?

Mas porque me dijistes que este Señor venía no solo á desterrar los males del mundo (que son los pecados), sino tambien á enriquecernos con verdaderos bienes, deseo saber cómo ese hábito de humildad y pobreza sirve tambien para esto.

Maestro. Eso tambien os mostraré con la misma claridad. Para lo cual conviene presuponer que el mayor bien que la criatura racional puede alcanzar, es hacerse semejante á su Criador, imitando (cuanto le sea posible) aquella summa sanctidad y pureza dél. Y no piense nadie ser presumpcion anhelar á esta semejanza, pues el mismo Señor tantas veces nos provoca á ella, diciendo (*l*): Sed sanctos como yo lo soy. Y no ménos el Apóstol nos convida á lo mismo cuando dice (*m*): El primer hombre fué de la tierra, terreno; mas el segundo fué del cielo, celestial. Cual fué el terreno, tales son los terrenos; mas cual fué el celestial, tales son los celestiales. Por tanto si hasta agora habemos traido la imágen del terreno, trayamos agora la imágen del celestial.

Esta alteza de vida nos representó el Señor en una singular comparacion, diciendo por el profeta Ecequiel (*n*). Tomaré yo (dice el Señor) de la médula del cedro alto, y de los pimpollos de sus ramas, y plantarlas he en un monte alto; y ahí nascerán y darán su fructo. Pues ¿qué cedro, qué médula y qué pimpollos son estos? El cedro alto es el Padre todopoderoso; la médula deste cedro es el Hijo, que está en el seno del Padre; y el pimpollo de las ramas altas es el Espíritu Sancto, que procede de ambos; y este pimpollo con esta médula fué plantado en el monte alto de la Iglesia; y ahí prendió ese divino espíritu, y dió fructo celestial, criándose en la tierra hombres celestiales y divinos, conforme á la naturaleza de la planta que en ella se plantó.

Pues para esto señaladamente vino el Hijo de Dios al mundo, y para esto nos mereció y envió el Espíritu Sancto, para que él con la virtud de su espíritu de tal manera espiritualizase y deificase los hombres, que descarnándolos de toda carne, pudiesen vivir esta vida celestial. Y llámase vida celestial, por la semejanza que en su manera tiene con la vida de aquellos espíritus bienaventurados: los cuales como están libres y exentos de las cosas de la tierra, se ocupan siempre en apacentar sus ojos en la divina hermosura, gozando de aquella infinita luz, y de aquel universal y summo bien en quien están todos los bienes. Pues esto mismo hacen en su manera los que con el favor deste espíritu celestial han llegado á vivir esta vida, como llegaron todos los sanctos: los cuales hecho ya divorcio con el mundo, todo su estudio y cuidado era vacar á Dios, y conversar con Dios; de tal manera que con solo el cuerpo estaban en el mundo, mas con el espíritu, con el pensamiento y con los deseos

(*i*) De Doctr. Christ. lib. 1. cap. 14. et in Psalm. 35. prop. fin. et de Evang. Joan. tract. 17. et de Verb. Domin. serm. 18. cap. 6. 7. serm. 59. cap. 11. 12. Hom. 34. c. 2. (*k*) Serm. 3. de Natali. Dom.

(*l*) Lev. 11. 1. Petr. 1. (*m*) 1. Cor. 15. (*n*) Ezech. 17.

conversaban en aquella patria celestial. Pues desta manera de vida es Dios el autor principal, como él se gloría dello hablando con el sancto Job por estas palabras (*o*): ¿Por ventura sabes tú la órden que hay en el cielo, y serás poderoso para poner esta misma órden en la tierra? Solo Dios es poderoso para hacer esta mudanza, como es imitar los hombres en la tierra la pureza, la órden y los ejercicios del cielo: como muestra el Apóstol que lo hacia, cuando dice (*p*) que toda su conversacion y trato era en el cielo; porque no traia puestos los ojos de su ánima en las cosas temporales que se ven, sino en las eternas que no se ven.

Mas para esta tan alta y gloriosa empresa conviene que el hombre dé un general libelo de repudio á todas las aficiones desordenadas y cuidados congojosos del mundo; porque (como dice muy bien Sant Juan Clímaco) así como es imposible mirar con un mismo ojo al cielo y á la tierra (que son dos términos contrarios), así lo es tener el corazon plantado en el amor de las cosas de la tierra y en las del cielo; porque para vivir á las unas es necesario morir á las otras. Esta es aquella abnegacion y cruz del Evangelio (*q*), y aquella mortificacion á que tantas veces nos convida el Apóstol, exhortándonos á morir esta manera de muerte á las cosas del mundo para vivir á las de Dios.

Mas este bocado tan precioso no deja de costar caro; pues para esto es menester (como decimos) despedir de nuestra ánima todos estos apetitos de las cosas terrenas, para que, recogidas en uno todas las aficiones y fuerzas della, el agua de amor que corria hácia la tierra por todos estos caños, se encamine al cielo, y se emplee en el amor del summo bien, que es Dios. Y aunque haya muchos grados en la vida evangélica, en los cuales se pueden los hombres salvar, mas porque este es el mayor, decimos que este es el que principalmente vino á plantar el Hijo de Dios en la tierra, denominando la causa de su venida del postrer punto y término della.

Pues si á esto venía este celestial y nuevo hombre, ¿cómo habia de venir á predicar y canonizar esta manera de vida, sino honrándola y ejercitándola en su misma persona? ¿Cómo habia de aprobar esta medicina, sino usando él primero della? ¿Cómo habia de persuadir que esto era lo mejor, si él para sí tomaba lo contrario? ¿Cómo habia de acabar con los hombres que se vistiesen deste hábito del hombre nuevo, si él venía vestido del viejo y usado en el mundo? ¿Cómo creyeran al que condenaba el demasiado amor de las riquezas, y honras, y deleites, si él venía lleno desas mismas cosas que condenaba? Tal pues habia de venir, desnudo de todos los bienes del cuerpo, y rico de todos los bienes del ánima: por de fuera humilde, y dentro glorioso: en los ojos de los hombres despreciado, y en los de Dios precioso. Tal finalmente habia de venir, cuales él nos deseaba hacer; y tal habia de ser la manera de su vida, cual era su doctrina; porque si de otra manera viniera, él mismo fuera contrario á sí, y con las obras deshiciera lo que con la doctrina predicaba.

D. En gran manera se ha recreado mi ánima con lo que hasta aquí habeis tratado; y no pienso habrá entendimiento, por ciego que sea, que si considerare esas conveniencias que habeis propuesto, no quede concluido y atado de piés y manos, y que no vea claro que con ningun otro hábito mas proprio, ni con otra manera de vida habia de venir el que venía á reformar el mundo, y á hacer que los hombres carnales y terrenos se hiciesen celestiales y divinos, no siendo posible ser lo uno sin dejar de ser lo otro. Pues si esta es la mayor perfeccion que el hombre puede en esta vida alcanzar, no era razon que el que la venía á enseñar careciese della.

§. II.

Declárase cuán conveniente haya sido vivir Cristo esta manera de vida pobre y humilde, por razon del fin para que el hombre fué criado.

MAESTRO.

Es tan rica y tan copiosa esta materia, que por mucho que digamos, siempre es mas lo que nos queda por decir, que lo dicho. Porque ¿qué lengua podrá agotar lo que la infinita sabiduría de Dios en tan grande negocio trazó y ordenó? Y pues vos tanta consolacion habeis recebido con lo que hasta aquí se ha platicado, quiero pasar adelante, y declararos cuasi lo dicho, aunque por diferente camino. Para lo cual habeis de saber que así como en todos los géneros de cosas hay unas verdaderas, y otras de tal manera falsas que parecen verdaderas, así tambien acaesce en la felicidad del hombre, que hay una verdadera, y otra aparente que parece verdadera y no lo es, y con esta muestra contrahecha tiene engañada la mayor parte del mundo. Esta felicidad es la que consiste en abundancia de riquezas, y honras, y deleites sensuales. La cual felicidad es falsa, engañosa, breve, frágil y subjecta á mil maneras de cuidados y congojas. Otra hay verdadera, que consiste no en bienes del cuerpo, sino del ánima, que son bienes espirituales; y particularmente en la contemplacion y amor del summo bien, que es Dios, en el cual tiene el hombre verdadero y cumplido descanso. Mas con todo eso, ¿qué hace el demonio? Tómanos con gayta como á negros. Pónenos delante el gusto desta felicidad exterior y sensible (que parece felicidad, y no lo es), y nosotros como negros nuevos, y como gente ruda, cegámonos con el resplandor desta felicidad, ó por mejor decir, como bestias engañámonos con el sabor y apariencia deste cebo exterior, y desta manera nos prende, y captiva, y hace esclavos de nuestros apetitos. Pues de este engaño nascen todos los otros engaños y males desta vida; porque pervertido el fin de la vida, toda ella queda pervertida. Y desta manera presuponiendo el hombre que toda su felicidad consiste en este linaje de bienes, entrégase todo á buscarlos y procurarlos con todos los cuidados y pecados que ellos suelen procurar.

Pues como este sea un tan universal y tan grande engaño, convenia que este Señor, que habia venido del cielo á ser maestro de la verdad, nos librase dél, y nos enseñase en qué consistia la verdadera felicidad, junto con los medios por donde se alcanzaba. Él pues nos enseñó que en la contemplacion y amor del summo bien (que es obra del mayor de los dones del Espíritu Sancto, que se llama sapiencia) consistia nuestra felicidad; y que los medios principales por donde se alcanzaba, era el menosprecio de todas las cosas del mundo, y la mortificacion de todas las pasiones y regalos de nuestra carne. La cual doctrina, demas de la lumbre de la fe, se confirma tambien por lumbre de razon natural. Porque algunos grandes filósofos hubo que alcanzaron esto, y determinaron que en esta manera de sapiencia estaba

(*o*) Job. 38. (*p*) Philip. 3. (*q*) Matth. 10. 16. Luc. 9. 14. 17. Marc. 8. Joann. 12. Colos. 3.

el summo bien del hombre; puesto caso que su sapiencia y la nuestra son muy diferentes, porque la nuestra es infundida por el Espíritu Sancto, mas la suya es adquirida por estudio humano. Deste parecer (entre otros grandes filósofos) fué Platon: el cual concluye en el diálogo llamado Fedon, hablando en persona de Sócrates, que en esta manera de sapiencia consiste nuestra bienaventuranza.

Descubierta esta mina de oro (tras de la cual anduvieron cavando los primeros filósofos sin poder dar en ella) acuden los amigos de Sócrates con grande instancia á preguntarle qué medio habia para alcanzar tan grande bien. A esto respondió él que esta manera de sabiduría no se podia alcanzar en esta vida, sino despues della. Y entre las causas que para esto da, una de las mas principales es, que el hombre en esta vida está subjecto á infinitas maneras de necesidades, de enfermedades, de cuidados, de negocios, de trabajos, de peligros, de acaescimientos y desastres, y de otros muchos accidentes que suceden en ella, así en las personas proprias, como en las de nuestros deudos, y amigos, y familiares, cuyos trabajos y cuidados no ménos inquietan y perturban á las personas, que los proprios. Pues como el ánima sea tan amiga y hermana de su cuerpo, embarazada y ocupada con estas cargas, y pungida con todas estas espinas, no puede libremente levantarse á la contemplacion de aquella altísima sabiduría (*r*), que mora en una luz inaccesible, y no se deja entender como conviene, sino de ánimas puras y desocupadas de los demasiados tratos y negocios del mundo. Porque de otra manera, si quisiere levantarse á lo alto, el peso de la carne y las espinas de los cuidados tiran por ella, y le impiden la subida. Y por esto con mucha razon decia este gran filósofo, que no podia el hombre alcanzar esta sabiduría, y emplearse todo en el ejercicio della, hasta que el ánima estuviese apartada de la servidumbre deste cuerpo por medio de la muerte que deshace esta liga y compañía; porque entónces podrá libremente volar á lo alto sin embarazo y impedimento del cuerpo.

Con todo esto viene este filósofo á moderar esta sentencia, diciendo que si alguno hubiere que de tal manera viva en esta vida, como si ya estuviese fuera della, y de tal manera despida de sí todos los cuidados y gustos de su cuerpo, como si ya estuviese fuera dél, este tal se podria ya contar por muerto; y cuanto mas lo estuviese, tanto mas hábil estaria para vacar á la contemplacion de las cosas divinas: que es (como ya dijimos) el oficio proprio de aquella sabiduría. Y por este linaje de muerte entiende este filósofo el apartamiento de todos los apetitos de nuestro cuerpo: el cual por ningun vocablo se significa mejor, que por este nombre de muerte; porque no es otra cosa muerte, sino apartarse el ánima del cuerpo. Y el oficio del verdadero sabio ha de ser apartar el ánima (en cuanto le sea posible) del cuidado demasiado, y de todos los apetitos y regalos de su cuerpo, contentándose con aquello que puntualmente es necesario para sustentar la vida. La cual sentencia (como refiere Sant Hierónimo en el Epitafio de Nepociano) alabaron grandes filósofos, y levantaron hasta el cielo. Y por cierto con mucha razon; porque demas de ser ella certísima, es argumento firmísimo con que se prueba y confirma la verdad de la perfeccion evangélica. La cual declaró el Profeta con solas dos palabras, cuando dijo (*s*): Desocupáos, y ved que yo soy Dios. Donde toma por medio el apartamiento de las cosas del mundo, para emplear el ánima en el conoscimiento y contemplacion del summo bien. El cual apartamiento ha de ser tan general, que merezca este nombre de muerte que los filósofos le pusieron; pues no es otra cosa muerte (como dijimos) sino apartarse el ánima del cuerpo.

Pues cuando aquí llegaron estos filósofos, pareciales que habian volado muy alto, y llegado á alcanzar lo que grandes ingenios se desvelaron por saber: que era determinar en qué consistia la felicidad, y por qué medios se alcanzaba. Mas tenemos por qué dar muchas gracias á aquel maestro que vino del cielo, que esta tan alta filosofía (á que los grandes ingenios con su grande estudio apénas atinaron, mas nunca la ejercitaron) de tal manera enseñó, que infinitas personas sin letras no solamente la alcanzaron, mas tambien la ejercitaron perfectísimamente. Porque esto hicieron luego al principio de la Iglesia todos aquellos sanctos padres de Egipto que vivian en soledad, los cuales (si decirse puede) estaban mas que muertos al mundo, y á su propria carne, pues muchos dellos la sustentaban con solas legumbres, ó raices de yerbas silvestres. Lo cual refiere Sant Hierónimo en una epístola á la vírgen Eustoquio (*t*), donde hablando de la penitencia que él hacia en el desierto, dice así: Del comer y del beber no hablo; pues los monjes, aunque estén enfermos, beben agua; y comer alguna cosa cocida se tiene entre ellos por lujuria. Pues desta manera desembarazados estos sanctos varones de la servidumbre de sus cuerpos, empleaban los dias y las noches en el estudio y ejercicio desta divina filosofía; y esto con increible suavidad y consolacion del Espíritu Sancto. Porque de otra manera, ¿cómo pudieran hombres de carne y hueso como nosotros, sufrir soledad y vida tan intolerable, siendo el hombre naturalmente animal político y amigo de compañía? Destos dice Sant Hierónimo en la sobredicha epístola, que de tal manera vivian en la carne como si estuvieran fuera della. En las cuales palabras comprehendió todo cuanto desta muerte filosófica habemos hasta aquí tratado.

Esta manera de muerte, y este linaje de estudio y ejercicio escribe Filon (uno de los elocuentes y graves filosófos del mundo) que ejercitaban los primeros fieles cerca de Alejandría: lo cual referirémos adelante mas por entero en su proprio lugar. Mas agora solamente diré lo que hace al propósito desta muerte, y es, que estos sanctos varones moraban fuera de poblado en unas caserías humildes que hacian junto al lago llamado Marian. Y dellos primeramente dice que despedian de sí todas las posesiones y haciendas temporales, y desta manera desarraigaban de su corazon todo el amor y solicitud de las cosas del mundo. Ninguno (dice él) come ni bebe ántes que el sol se ponga; repartiendo el tiempo de tal manera, que el dia se emplee en los estudios de la sagrada sabiduría, y parte de la noche en satisfacer á la necesidad corporal. Algunos hay que vienen á comer despues de tres dias: aquellos á quien aflige mas la hambre de la palabra divina. Y los que mas alcanzan desta alta sabiduría, y gustan mas profundos secretos espirituales de la divina Escriptura, tan aficionados están á aquellos sabrosos manjares, que se olvidan de los corporales hasta el sexto dia; y entónces comen, no con

(*r*) 1. Tim. 6.

(*s*) Psalm. 45. (*t*) Paulò post initium.

deseo ni deleite, sino para sustentacion de su cuerpo. Hasta aquí son palabras de Filon.

D. En gran manera estoy espantado desto que me habeis referido por dicho de un tan abonado y grave testigo como fué Filon. Porque no podria yo creer que fuese posible pasar los cuerpos humanos tantos dias sin refeccion, y que todo ese tiempo se gastase en la contemplacion y estudio de las cosas divinas. Pues segun esto, ¿cuánto es mas alta y admirable nuestra filosofía, que la desos tan grandes filósofos que habeis nombrado, y cuánto mas adelante pasaron nuestros filósofos de lo que ellos pudieron imaginar? ¿Qué mas muerte y qué mas apartamiento de cuerpo y ánima se puede hallar que esa, donde el cuerpo pasa seis dias sin mantenimiento? ¡Cuán grandes serían las alegrías, y consolaciones, y fuerzas del espíritu, que podian soportar tan grande ayuno! Mas ruégoos me digais si hay en estos tiempos presentes algunas reliquias desos padres antiguos.

M. Artículo es de fe, que el Espíritu Sancto ha de morar en la Iglesia hasta la fin del mundo: que es el principal autor y maestro desta vida celestial. Y el Salvador despidiéndose de sus discípulos dijo (*v*): Mirad que yo estaré con vosotros hasta la fin del siglo. Pues segun esto nunca dejará de haber en la Iglesia personas que despreciadas las cosas del mundo tengan toda su felicidad, su amor y esperanza en Dios. Verdad es que (como dice Casiano), esas tan grandes abstinencias de semanas enteras sin comer, no se compadescen con los aires y temperamento destas regiones occidentales. Pero lo demas (que es pobreza, aspereza de vida, continuo estudio de oracion, y finalmente aquella manera de muerte de que hasta aquí habemos tratado) en muchas partes de la Cristiandad se halla. Porque muchos monasterios, y aun provincias hay en la Cristiandad, donde se entiende, platica y ejercita mejor esta filosofía, que nunca Platon ni Sócrates la entendieron; y no por filósofos sabios y muy enseñados en las ciencias humanas (como lo fuéron ellos), sino por muchas personas (como dijimos) sin letras, y sin el estudio desas ciencias. Los cuales filósofos si agora resuscitasen, y viesen aquella tan alta filosofía que ellos con tanto estudio alcanzaron, entendida y ejercitada en tantas partes por esta gente, no podrian dejar de maravillarse, y de conocer que el dedo de Dios entrevenia aquí, y que era verdadera la fe y religion que así habia comprehendido aquella tan alta y verdadera filosofía.

Pues volviendo al propósito principal, si nos consta, no solo por lumbre de fe, sino tambien por clarísima razon y testimonio de grandes filósofos, que la vida del verdaderamente sabio consiste en esta manera de muerte (que es el apartamiento de los bienes del mundo, y de los regalos del cuerpo) para emplear libremente el espíritu en la contemplacion de las cosas divinas, ¿cuál otra habia de ser la vida de aquel gran Filósofo que vino del cielo á enseñarnos esta celestial filosofía, sino pobre, humilde y trabajosa? Y si hay (como ya platicamos) dos maneras de felicidad, una falsa (que consiste en la abundancia de los bienes del cuerpo) y otra verdadera (que consiste en los bienes del ánima, despreciados los del cuerpo), ¿con qué otro hábito habia de venir al mundo el que venía á condenar la felicidad falsa, y enseñar la verdadera? En lo cual se ve claro el engaño de los mortales, que pretendiendo alcanzar verdadera felicidad, andan desvelados tras de los bienes corporales: lo cual es tan grande engaño, como el de uno que queriendo navegar hácia Oriente, tomase la rota de Occidente; pues buscan la felicidad en lo que es totalmente contrario á la verdadera felicidad. Por donde así como no se compadesce la verdad con la mentira (porque la una deshace la otra), así tampoco pueden caber en un subjecto felicidad falsa y verdadera; pues no ménos son contrarias entre sí, que verdad y mentira.

(*v*) Matth. 28.

DIALOGO IV.

En el cual se trata de las causas y conveniencias de la pasion y muerte del Salvador.

DISCIPULO.

Ya es tiempo, Maestro, que comencemos á tratar del mas alto artículo que hay en este misterio de nuestra redempcion, que es la Cruz y muerte del Hijo de Dios: la cual (como el Apóstol dice) fué escándalo para los judíos, y materia de locura para los gentiles. Porque, como dice Sant Gregorio (*a*), pareció á los hombres locura morir por ellos el autor de la vida; y de ahí vino el hombre á tomar escándalo para no creer, de donde habia de tomar motivos para mas amar. Pues porque Dios nos libre de tan gran peligro, de mas de la fe que por la misericordia de Dios tenemos deste misterio, deseo saber las conveniencias y fructos que la razon humana, alumbrada por esta misma fe, halla en él; porque la prudencia mundana espántase mucho de oir muerte en Dios.

Maestro. La causa dese espanto es ser los hombres tan de carne, y tener tan poca cuenta con el espíritu, que no conocen otros bienes ni males sino los del cuerpo, despereciéndose por los unos, y huyendo á velas tendidas de los otros. Y porque entre los males del cuerpo dice Aristóteles que el mas terrible es la muerte, por eso de tal manera la temen y aborrescen, que muchos ni aun pensar en ella osan. Mas para comenzar á responderos á esa pregunta, quiero primero advertiros que cuando confesamos en los artículos de nuestra fe que Dios murió y padesció, no entendemos que Dios segun la naturaleza divina padesciese, sino segun la humana, que por nuestra causa tomó. Porque es tan grande la simplicidad, la pureza, y la inmutabilidad de aquella altísima substancia, que ningun linaje, ni de cualidad, ni de accidente, ni de otra cosa peregrina puede caber en ella. Porque en Dios no hay otra cosa mas que Dios. Y conforme á esto dice Sant Augustin (*b*) que así como cuando el mártir moria, el cuerpo solo moria, y no el ánima: así cuando el hijo de Dios padescia, la sagrada humanidad padescia, mas la divinidad estaba libre y exempta de toda pasion. Esto nos representó aquel memorable sacrificio de Abraham (*c*), en el cual le mandaba Dios sacrificar á su hijo Isaac; y al tiempo que el sancto Patriarca levantaba el brazo para sacrificarlo, fuéle á la mano un ángel, y mandólo que no tocase en él, pues ya habia mostrado la entereza de su fe y obediencia; mas en esta sazon vió el Patriarca un carnero que estaba preso por los cuernos en una zarza, y este ofresció en sacrificio. De modo que el hijo quedó vivo, mas el carnero solamente fué muerto. Lo cual, como dice Sant Ambrosio (*d*), nos declara la condicion

(*a*) Homil. 6. sup. Evangel. (*b*) De temp. ser. 191. tom. 10.
(*c*) Genes. 22, (*d*) De Abraham, lib. 1. cap. 8. tom. 1.

del sacrificio de nuestro Redemptor: en quien adoramos y confesamos dos naturalezas, divina y humana; de las cuales la humana sola padescia, mas la divina, á manera de Isaac, quedó libre de toda pasion.

D. Muy claro es esto que decis y todo el mundo así lo entiende. Pues siendo esto verdad, ¿por qué confesamos que Dios murió, y padesció, y fué sepultado, pues nada deso pertenesce á la divinidad, sino á sola la humanidad?

M. A eso respondo que fué tan estrecha la liga con que el Hijo de Dios juntó consigo nuestra humanidad, que aunque reconocemos allí dos naturalezas perfectas y distinctas, no reconocemos mas que una persona que las sostiene á entrambas (que es un solo Cristo), y por ser tan estrecha esta union, vienen á communicarse las propriedades de la una naturaleza á la otra; y así lo que es proprio de Dios, se atribuye á la sagrada humanidad, y lo que es della, se atribuye á él: como vemos que se hace en los casamientos, en los cuales por hacerse los casados una misma cosa, todos los títulos y bienes del uno se communican al otro; de modo que si un rey casare con una mujer de ménos suerte, como lo hizo el rey Asuero con Ester (*e*), ella tambien será y se llamará reina como él. Lo mismo pues confesamos en este espiritual casamiento del Verbo divino con la naturaleza humana; y esto con mayor razon, por ser esta union y liga la mas estrecha, mas admirable y mas divina de cuantas hay en todo lo criado.

Presupuesto este fundamento, comenzaré á responder á la pregunta que me propusistes, aunque comienzo ya á temer la entrada en este mar tan profundo, donde hay tantas grandezas y maravillas, que ni por lenguas de ángeles podrian ser declaradas. Mas cómo sea verdad lo que Aristóteles dijo, que lo poco que podemos saber de las cosas altísimas, vale mas, y es mas suave que lo mucho de las cosas bajas: así aunque sea poco lo que alcanzáremos deste misterio, en comparacion de lo mucho que hay que contemplar en él, todavía eso poco nos será de inestimable suavidad y provecho.

Digo pues que la muerte violenta tiene una condicion que en pocas cosas se halla, y es, que puede ser la mas vil y deshonrada del mundo, y la mas gloriosa y honrosa de cuantas hay en él. Porque ser un hombre justiciado por malhechor, es la mas amenguada cosa de cuantas hay, pues en ella hay dos tan grandes males, como son culpa y pena; mas si uno fuere violentamente muerto por su patria, por su rey, por la fe, por la castidad, y por cualquier otra virtud, está claro que cuanto la muerte fuere mas cruel, mas dolorosa y afrentosa, tanto será mas gloriosa y mas honrosa. De suerte que para juzgar de la muerte no miramos á la pasion, sino á la causa, y conforme á ella la vituperamos ó engrandescemos. Por donde así como decimos del amor, que es tal cual es la cosa amada, si buena, bueno, y si mala, malo: así en su manera decimos que tal es la muerte, cual es la causa della; y así se llama buena ó mala, honrosa ó deshonrada, segun su causa. ¿Qué honra se hizo en Roma á los Decios porque ofrescieron la vida por la patria? ¿Cuán celebrada y predicada es la muerte de M. Atilio Régulo? el cual ni por temor de la muerte dejó de aconsejar lo que convenia al bien de su patria, y por guardar la fe y palabra que tenia dada, volvió á Cartago, donde por el consejo que habia dado contra ella, fué atormentado con muchas maneras de tormentos. Pero dejados los ejemplos de los gentiles, ¿quién no ve cuán gloriosa sea la muerte de nuestras vírgines, Inés, Margarita, Dorotea, Agueda, y otras innumerables, las cuales por la guarda de su castidad despreciaron por una parte todas la amenazas, y por otra las grandes promesas de los tirannos? Mas entre estos (por ser ejemplo ménos sabido) no callaré la pureza de la vírgen Potamiena, que escribe por una parte Paladio, y por otra Eusebio en el libro VI de la Historia Eclesiástica. La cual siendo cobdiciada por su grande hermosura de un señor á quien servía, nunca ni con promesas ni amenazas pudo ser vencido el propósito de su castidad. Entónces el cruel enamorado entrególa al presidente de Alejandría, mandándole que si no quisiese obedecer á la voluntad de su señor la atormentase cruelmente. Amenazando pues el Presidente á la vírgen que la mandaría cocer en una tina de pez derretida si no consentia con la voluntad de su señor, la vírgen alegremente consintió en la muerte, por no consentir en el pecado, rogando al Presidente por la vida del Emperador, que no la mandase desnudar, sino que así como estaba vestida, la metiesen en la tina; y así se hizo: donde estuvo un pedazo de tiempo. Y cuando la pez llegó á la garganta, envió su espíritu purísimo al tálamo del Esposo celestial, triunfando gloriosamente de la carne, y de la potencia del mundo, y del demonio que esto solicitaba. ¿Cuánto mas gloriosa fué esta muerte, que la de aquella tan celebrada Lucrecia? la cual tuvo en mas la honra, que la castidad, cometiendo una culpa grande con el adulterio, y otra mayor con el homicidio. Y aunque este ejemplo, con los que mas dirémos, bastaba para prueba de lo dicho, no dejaré de traer otro semejante que refiere el mismo Eusebio en el octavo libro de la misma historia, por ser dignísimo de ser de todos leido y sabido. Dice pues que en la misma ciudad de Alejandría habia una excelente vírgen llamada Dorotea, nascida de muy noble linaje, y acompañada de nobles parientes, y abundantes riquezas; pero mas resplandescia la gloria de sus virtudes, y cordura, y ejercicio de todas buenas artes, y viveza de ingenio. Y su belleza y hermosura fué tanta, que parecia haberla querido Dios señalar entre todas las mujeres de su tiempo. Pero preciando mas la hermosura del ánima (que consiste en la virtud y verdadera religion), determinó consagrar á Dios, demas de su espíritu, juntamente lo que á los hombres tanto agradaba; y así hizo voto de perpetua virginidad. Pero Maximino (que así las cosas divinas como las humanas tentaba ensuciar con su carnalidad y braveza), conociendo la hermosura de la vírgen, pero no la virtud y fortaleza de su propósito, determinó en su corazon vencer el propósito de su castidad. Despues, sabiendo que era cristiana, y viendo que por las leyes habia de ser ántes castigada que requerida, comenzó á dudar á cuál parte se inclinaria. Pero venció en este conflicto la carnalidad, que mas le señoreaba. Y esperando la vírgen cuándo habia de ser presa para el martirio, recibió secretos mensajeros enviados del tiranno para tentar su virginidad. A los cuales generosa y sabiamente respondió con estas palabras: Decid al tiranno que no ménos quiero guardar para mi Señor limpio el templo de mi cuerpo, que el de mi ánima; y por igual deslealtad tengo consentir en su violacion, que en la blasfemia de adorar los ídolos; y no ménos por esta causa, que por la

(*e*) Esther 2.

fe, estoy aparejada á morir; y decidle que no conviene á tan cruel bárbaro enviar tan blanda embajada, ni que con deleites se enternezca el corazon á quien tantas ondas de sangre de hombres no han podido ablandar. Oida esta respuesta, crecieron mas las llamas de su fuego, y determinó (si no consentia) hacerle fuerza. Lo cual sabiendo la castísima hembra, dejó su casa, y su familia, y todas sus riquezas, y de noche con algunas fidelísimas criadas, y con su muy amada compañera la castidad salió de su ciudad, y dejó burlado y atónito al tiranno. De la misma manera acometió á otras nobles dueñas y doncellas, y con el mismo corazon (por ejemplo de la sobredicha) le menospreciaban, y se ofrescian á la muerte ántes que á la servidumbre de la lujuria. Las cuales mandaba atormentar con diversas penas, sufriéndolas ellas muy ufanas, porque esperaban del Señor doblada corona, una por su fe, y otra por su castidad. Lo susodicho es de Eusebio. Pues ¿quién no ve aquí cuánta sea la gloria de tales muertes? ¿Qué palabras, qué ingenio, qué elocuencia bastará para engrandescer esta tan admirable virtud y constancia, y mas en el linaje flaco de las mujeres? Así que por estos ejemplos se ve claro cómo cualificamos y nombramos las muertes violentas segun las causas dellas; y así decimos que son honrosas ó deshonradas.

Pues la gloria de la muerte de los sanctos mártires, que con tan increible constancia se entregaron á tantas maneras de tormentos por no perder un punto de la lealtad y fe que debian á su celestial Emperador, ¿qué lengua bastará para la engrandescer? Todo este tan largo discurso sirve para que veais manifiestamente lo que hasta aquí está dicho, que tal es la muerte, cual es la causa.

D. ¿Quién puede dubdar eso? ¿En qué cosa mas emplearon todas las fuerzas de su elocuencia Homero, Virgilio, Lucano, y otros muchos poetas y historiadores, que en engrandescer la fortaleza de los que ó por la patria ó por la virtud se ofrescian á todos los peligros? Platon quiere que los que murieren por defension de su patria, sean tenidos por héroes: que es, por hombres divinos.

§. I.

Convenlencias y glorias del misterio de la Cruz.

MAESTRO.

Pues siendo eso así, ruégoos me digais, ¿por qué causa este Señor padesció? Y si vos no lo sabeis, preguntadlo al profeta Esaías (*f*), y deciros ha que siendo él solo entre todos los hijos de Adam innocente y libre de pecado, padesció para pagar la deuda de todos nuestros pecados, segun que el Padre Eterno lo habia determinado. De manera que no padesció solamente por el remedio de su patria, sino por el de todas las naciones del mundo, y de todos los siglos pasados, presentes, y venideros. Padesció por la gloria y obediencia de su eterno Padre. Padesció por predicar la verdad de su doctrina, y reprehender los vicios de los sacerdotes y pontífices, que traian engañado el pueblo. Padesció por la renovacion y reformacion del mundo. Padesció por librarnos de la tirannía y subjeccion del demonio y del pecado. Padesció para hacernos puros y limpios en el acatamiento divino, para abrirnos las puertas de su reino, y librarnos de las penas del infierno. Y (para comprehenderlo todo en pocas palabras) padesció por communicarnos todos aquellos tan grandes fructos del árbol de la Cruz que leístes en el tratado pasado: lo cual fué proveernos de todas las ayudas y socorros que nos eran necesarios para vivir en este mundo vida sancta, y merescer despues la vida eterna. Porque si bien lo considerais, todos aquellos fructos son ayudas eficacísimas para este propósito. De manera que (resumiendo lo dicho) por el misterio de la Cruz somos reconciliados con el Padre Eterno, y hechos no solo amigos, sino tambien hijos. Por la Cruz se nos dió clarísimo conoscimiento de la bondad, de la caridad, de la misericordia y de la justicia de Dios (*g*); de la excelencia de la virtud, y de la torpeza del pecado, y de todo lo demas que pertenesce á nuestra filosofía. Por la Cruz nos meresció el Hijo de Dios la primera gracia con todos las demas que se requieren para nuestra salvacion. De la virtud de la Cruz manaron los siete sacramentos, que son las medicinas y remedios de todas nuestras necesidades y males. ¿Qué mas diré? En el misterio de la Cruz hallamos aquellos tan grandes estímulos y motivos que leístes para amar á Dios, esperar en su misericordia, temer su justicia, y aborrescer el pecado: que son las cuatro cosas mas necesarias que hay en la vida cristiana. En la Cruz hallamos aquellos eficacísimos ejemplos para todas las virtudes, especialmente para la humildad, para la obediencia, para la paciencia, para la aspereza de la vida, y para la pobreza evangélica, y para el menosprecio del mundo, y de todos los regalos del cuerpo. La Cruz nos consuela en todas las enfermedades y angustias. La Cruz nos da materia suavísima y copiosísima para meditar y encender nuestro corazon en devocion y amor del Señor que tales cosas por nuestra causa padesció. La Cruz nos da qué poder presentar y ofrescer á Dios, para no parecer delante dél vacíos cuando le pedimos mercedes en la oracion. ¿Qué mas diré? Yo os confieso que me desconsuelo de decir tan pocas cosas deste misterio, donde hay tanto mas que decir. Mas por aquí podréis entender en alguna manera cuántas diferencias de favores y socorros nos vinieron por la Cruz, para seguir la virtud. Por donde considerando estas cosas, exclama Sant Augustin con mucha razon, diciendo: ¡Oh nombre de Cruz, misterio encubierto, y gracia inefable! ¡Oh Cruz que ayuntaste el hombre con Dios, y lo apartaste del señorío del demonio que lo tenia preso! ¡Oh Cruz que cada dia representas á los fieles las alabanzas del cordero sin mancilla, y deshaces el cruel veneno de la antigua serpiente con el licuor de la sangre de Cristo, y apagas el fuego de la espada encendida, que defiende la puerta del paraíso! ¡Oh Cruz que cada dia pacificas y concuerdas las cosas de la tierra con las del cielo, y representas al eterno Padre la muerte del medianero en favor de los hijos de la Iglesia! Grande y profundo es el misterio de la Cruz, y inefable el vínculo de la caridad con que nos juntó á Dios. Por medio de la Cruz trajo Dios todas las cosas á sí; porque este es el árbol de la vida, con que fué destruido el señorío de la muerte que otro árbol nos acarreó. Y en otro sermon de la misma Cruz dice así (*h*): Esta Cruz nos fué causa de bienes innumerables. Esta nos libró de los errores, y alumbró á los que estábamos en las tinieblas y sombra de la muerte. Esta de extranjeros nos hizo domésticos, y de apartados vecinos, y de peregri-

(*f*) Isai. 53. Psalm. 83

(*g*) Chrisost. Hom. de Cruce Domini. (*h*) De Temp. 130. in Appendic. tom. 10. de Cruce, et latron. 49. tribuit vero Chrisost.

nos ciudadanos. Esta fué muerte de las enemistades, firmeza de la paz, y tesoro de todos los bienes. Por esta no andamos descaminados por los desiertos, pues por ella hallamos el camino de la verdad; ni estamos ya desterrados del reino, pues habemos entrado en él por la puerta real. Ya no tenemos por qué temer las saetas encendidas del demonio; pues habemos hallado la fuente de vida con que las apaguemos. Por ella no se pueden ya llamar las ánimas viudas, pues les es venido esposo del cielo; y no temerémos ya al lobo robador, pues habemos hallado buen pastor. Por ella no habemos miedo del tiranno, pues seguimos al Rey verdadero. Esto es de Augustino.

D. En gran manera se ha alegrado mi ánima con ese tan hermoso catálogo de los fructos de la Cruz, los cuales todos fuéron las causas porque el Salvador en ella padesció. Y pues tan gloriosas fuéron las causas de la Pasion, no ménos lo fué la misma Pasion. Y agora de nuevo comienzo á maravillarme de la sabiduría de Dios, que en una cosa, al parecer de los ojos de carne, tan abatida (como es muerte de cruz), encerrase tantas riquezas y tesoros. Mas querria que satisfaciésedes á lo que nos oponen los infieles, que tienen por cosa indigna de aquella soberana Majestad subjectarse á tantas maneras de escarnios y injurias, y á un linaje de muerte tan afrentoso.

M. Ya veis cuán grande campo tiene un ánima religiosa para espaciarse y filosofar en esto que acabamos de decir; lo cual (por no ser prolijo) dejo á la devocion de cada uno. Mas sabed que así esto, como todo lo que leístes en el tratado pasado, sirve para responder á esa objeccion, y para mostrar clarísimamente que ese linaje de muerte con todas las demas injurias que en ella entrevinieron, no solo no son indignas de aquella soberana Alteza, mas ántes os digo que entre todas cuantas cosas hasta hoy tiene hechas y hará en todos los siglos, ninguna hay mas gloriosa, mas honrosa y mas digna desa tan grande Majestad.

D. Espántome deso que decis, y querria ver cómo concluis eso de lo que hasta aquí habeis dicho.

M. Para esto tomo por fundamento lo que al principio del tratado pasado propusimos de la inmensa bondad de Dios, la cual, como allí pudistes ver, es principio universal de todas sus obras, así de naturaleza como de gracia. Lo cual el Espíritu Sancto, autor de las sanctas Escripturas, declaró por una nueva manera en el salmo 135, que comienza: *Confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in æternum misericordia ejus.* Porque este salmo tiene veinte y siete versos, en los cuales el Profeta va recontando las grandezas de las obras divinas, así de naturaleza como de gracia, y al fin de cada uno destos versos pone por causa y principio de aquella obra la misericordia de Dios, que es efecto de su bondad, y así repite otras veinte y siete veces estas mismas palabras: *Quoniam in æternum misericordia ejus.* Lo cual dictó así el Espíritu Sancto para que entendiésemos que el primer principio de todas las obras de Dios es su bondad y misericordia, la cual llama á sus dos hermanas, sabiduría y omnipotencia, para ejecutar lo que la infinita bondad determina hacer; y así todas las cosas criadas predican esta bondad, y todas las tildes de la sancta Escriptura, dende el principio hasta el fin, esto mismo cantan y testifican; y finalmente esta es la perfeccion de que Dios mas se precia, y por la cual quiere ser mas glorificado. Porque decir el Salmista que sus misericordias son sobre sus obras, es decir que su bondad (de la cual procede la misericordia) va delante de todas sus obras. Agora pregúntoos (dejando aparte la procesion de las personas divinas), ¿cuál es la obra mas propria y mas natural desa bondad?

D. Eso está ya tambien declarado cuando dijimos que la naturaleza del bien era ser difusivo y communicativo de sí mismo.

§. II.

Tanto se declara mas la bondad, cuanto de sí es mas communicativa.

M. Descendamos agora mas en particular á tratar desa verdad. De ahí se sigue que la cosa mas propria y mas natural de un hombre bueno, es hacer á otros buenos, y hacer bien. Y porque el mayor bien que á un hombre se puede hacer, es hacerlo bueno (porque todo lo demas es cuasi nada), síguese que la cosa mas propria del bueno es desear hacer á todos buenos como él lo es, porque esto es ser communicativo de sí mismo. Y esto procede de tal manera, que cuanto el hombre es mas bueno, mas encendido tiene este deseo, y cuanto es mayor este deseo, tanto se pone á mayores trabajos, y peligros, y caminos, aunque sea ir hasta el cabo del mundo por efectuar este deseo, como lo hicieron los apóstoles, y todos los otros succesores suyos, que (como consta de las historias eclesiásticas) anduvieron por todas las partes del mundo para este efecto, aunque sabian que les habia de costar la vida. ¿Qué caminos no anduvo, qué trabajos no padeció Sant Pablo por esta causa? Cuántas veces fué perseguido, cuántas azotado, cuántas encarcelado? Y con todo eso, estando preso dice que no tenia la lengua presa; porque de allí escribia aquellas sus divinas cartas á todas las iglesias, y allí convertia las ánimas; porque allí refiere él que convertió á una criada de Filemon. Y si preguntaren á este apóstol, qué fuerza le movia á padescer tantas muertes, responderá él diciendo, que todo esto padescia por los escogidos, para que mediante su doctrina alcanzasen la salud eterna. Pues ¿qué diré de nuestro glorioso padre Sancto Domingo? de quien se escribe que se derretia como una hacha en el fuego por el sentimiento de las ánimas que perecian. Ni es aquí de callar el ejemplo del sancto diácono Benjamin (que refiere Nicéforo), el cual estando preso por mandado del rey de Persia, fué suelto á peticion del embajador de los romanos; pero con condicion que no predicase mas á Cristo. Lo cual como él ni acceptase, ni quisiese cumplir, fué cruelísimamente martirizado; porque por su cuerpo le metieron unas varas que á los lados estaban llenas de unos ganchos agudos, y desta manera el glorioso Diácono estuvo penando hasta que envió su espíritu victorioso al cielo. Destos ejemplos pudiera henchir muchos libros; mas estos bastan para entender cuán proprio es de los buenos hacer á otros buenos, y hacer bien aunque les cueste muy caro. De donde se concluye, que cuanto uno fuere mas perfecto en bondad, tanto se pondrá á mayores trabajos por esta causa, y asimismo cuanto mayores trabajos por esta causa padeciere, tanto mas descubrirá la perfeccion de su bondad, y tanto será digno de mayor gloria, pues esta se debe á sola la bondad. ¿Creeis esto ser así?

D. ¿Quién podrá negar eso, sino quién totalmente careciere de juicio?

M. Pues con este fundamento tan firme tenemos concluido lo que al principio propuse, que la muerte de la Cruz, no solo no fué ignominiosa, mas ántes esta fué la mayor gloria de cuantas pueden todos los entendimientos dar al Salvador. Porque si la cosa mas gloriosa que hay en Dios es la bondad (en la forma que arriba declaramos), y si lo mas proprio de la bondad perfecta, es procurar de hacer á todos verdaderamente buenos, y ofrecerse á padescer por esta causa grandes dificultades y trabajos, habiendo este Señor padescido tantos por esta causa tan gloriosa, cuantos nunca jamas se padescieron, ¿qué tan grande alabanza y gloria por esto se le atribuirá? No hay que dubdar, sino que cuanto creció la grandeza de la pena, tanto creció la desta gloria, y tanto mas obligó al hombre á su amor con la grandeza desta deuda.

Lo cual declaró Sant Bernardo con un devoto discurso, donde dice que este Señor vino á poner fuego en la tierra, y encenderlo con la grandeza deste beneficio, en el cual tanto se abatió y humilló por nuestro amor. Ca se humilló, dice el sancto (*i*), hasta la carne, hasta la muerte, y hasta la Cruz. Pues ¿quién podrá dignamente pensar cuán grande humildad y mansedumbre fué que el Señor de la majestad se vistiese de carne, y fuese sentenciado á muerte, y deshonrado con la ignominia de la Cruz? Mas dirá alguno: ¿No pudiera el Criador reparar el hombre sin esta dificultad? Sí pudiera; mas quiso ántes repararlo con esa tan grande injuria suya, para provocarnos mas á su amor, para que la dificultad de la redempcion obligase á nuevo agradescimiento, á quien la facilidad de la creacion habia hecho ménos devoto. Porque decia el hombre ingrato: Bien veo que de gracia fuí criado; pero sin molestia y trabajo del Criador. Porque no le costó mas que decir y hacer todo lo que está hecho. Desta manera la malicia humana apocaba el beneficio de la creacion, y hacia materia de ingratitud lo que habia de ser causa de mayor amor. Mas atapó Dios la boca de los que esto decian, pues mas claro que la luz se ve, cuán grandes gastos y expensas hizo el Señor por nuestro remedio. De señor se hizo siervo, de rico pobre, de verbo carne, de hijo de Dios hijo de hombre. Por tanto acuérdate, hombre ingrato, que aunque Dios te hizo de nada, no te redimió de nada. En seis dias crió todas las cosas, y á tí tambien entre ellas; mas por espacio de treinta años obró tu salud en medio de la tierra. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo. Por las cuales se ve claro cuán grandes estímulos tenga el corazon humano en este misterio para el amor de su Redemptor, y para toda virtud. Mas no es sola esta el ayuda que recibimos para este efecto. Acordáos de todos aquellos diez y siete fructos que en el tratado pasado leistes del árbol de la Cruz, los cuales son ayudas eficacísimas para hacernos buenos y sanctos; porque entendido esto, queda luego probado cuán gloriosa y cuán digna cosa era de aquella infinita bondad, haber hecho una cosa tan poderosa para hacernos tan grande bien.

D. Agora entiendo el consejo y órden con que habeis tratado esta materia, declarando tan de propósito los fructos del árbol de la Cruz. Porque probado y fundado eso, estaba claro que no habia cosa mas gloriosa, ni mas digna de aquella summa bondad, que hacer cosa tan poderosa para hacernos buenos.

M. Así es la verdad; porque ese es el fundamento principal desta divina filosofía. Sino decidme, ¿si os dijesen que aquel famoso Apéles hizo una imágen perfectísima, ó Demóstenes una oracion elegantísima, ó Hipócrates una medicina eficacísima para la cura de alguna enfermedad, creerloíades?

D. No hay que dubdar en eso. Porque estos tres hombres que habeis nombrado, fuéron eminentísimos cada cual en esas facultades, y por eso ninguna cosa se puede con mas justa razon creer dellos.

M. Pues si cada obra desas es tan creible en ese género de personas (por ser tan eminentes en esas facultades), ¡cuánto es mas eminente la bondad en aquella altísima y nobilísima substancia! ¿Hay entendimiento criado que esto pueda comprehender? Pues segun esto, ¿cuánto mas proprio será de tal bondad haber hecho una obra tan poderosa para hacernos buenos, y ordenado una medicina tan eficaz para curar las enfermedades de nuestra ánima, que son los principales impedimentos desa bondad? Lo cual es en tanto grado verdad, que mas gloriosa cosa es en Dios haber confícionado esta medicina con el licuor de su sangre, que haber criado cielos y tierra. Porque en la obra de la creacion principalmente descubrió la grandeza de su sabiduría y omnipotencia, y así ganó gloria de sabio y poderoso; mas aquí ganó gloria de bueno, que (como está probado) es la perfeccion de que él mas se precia. Por lo cual esta obra, entre las personas divinas, se atribuye al Espíritu Sancto, á quien se apropria la bondad, por ser esta obra de summa bondad.

D. La virtud de la medicina no se conoce tanto por las palabras con que se alaba, cuanto por los efectos que obra. Declaradme pues qué obró en el mundo esa medicina.

M. Decis muy bien. Pues para eso ved la mudanza que el mundo hizo despues que vino esta medicina del cielo (como arriba tocamos, y adelante mas copiosamente declararémos), y por aquí veréis la virtud y eficacia della; pues ántes de la ignominia de la Cruz era Dios conocido en un rinconcillo de Judea, donde aun era mal servido; mas despues della fué predicado y conocido por todo el mundo. De suerte que lo que no acabó este Señor con los hombres con toda la sabiduría deste mundo, y con la hermosura del sol, de la luna, y de las estrellas, y de todas las cosas criadas, acabó con los azotes, con las espinas, con las bofetadas y con la ignominia de la Cruz. Lo cual en una palabra declaró el Salvador, cuando hablando con los judíos dijo (*k*): Cuando levantáredes al Hijo del hombre (entiéndese en la Cruz), entónces conoceréis quién yo soy. De modo que lo que segun el juicio de la prudencia humana parecia escándalo y estorbo para no ser este Señor creido, eso tomó la infinita sabiduría y poder de Dios por medio para ser adorado.

Poco es lo que tengo dicho: otra cosa os añadiré, que no podrá dejar de causar admiracion en vos, y en quien quiera que atentamente la considerare. Acordáos de las grandezas y maravillas que obró Dios cuando sacó su pueblo de la tierra de Egipto (*l*). Mató todos los primogénitos de aquel reino; abrió los mares por do pasasen; ahogó los carros y ejército de Faraon; envióle manná del cielo; dióle agua de la piedra; guiólo dia y noche con una columna de nube por el desierto; detuvo las corrientes del Jordan; puso por tierra los muros de

(*i*) Sup. Cant. serm. 11. prop. fin.

(*k*) Joan. 8. (*l*) Exod. 12. etc.

Hiericó; llovió piedra del cielo sobre sus enemigos, y (lo que sobrepuja toda admiracion) detuvo el sol por espacio de tres horas en medio del cielo, para que pudiesen seguir el alcance dellos. Finalmente tales fuéron las maravillas, que el mismo Señor dijo á Moysen, que habia de hacer tales señales, cuales nunca jamas habian sido vistas en el mundo. Lo cual todo servía para que este pueblo conosciese la grandeza de su Dios, y como á tal le sirviesen, reverenciasen, amasen y obedeciesen. Mas ruégoos me digais, ¿cómo respondió el pueblo á esas maravillas y intento de Dios?

D. Eso mejor sabréis vos que yo, pues estais mas ejercitado en la licion de las Escripturas Sanctas.

M. Pues lo que en ellas está escripto es, que este pueblo sirvió á Dios en tiempo de Josué (*m*), y de aquellos hombres ancianos que habian visto con sus ojos las grandes obras y milagros que Dios habia hecho por ellos. Pero muertos estos (que fué en breve tiempo) luego desampararon á su libertador y Señor (*n*), y se entregaron al culto de los ídolos, en tanto grado, que les sacrificaban sus mesmos hijos; y con esto se entregaban á todas las abominaciones de vicios que andan en compañía de la idolatría. A la cual eran tan inclinados, que ni todas estas maravillas pasadas, ni todos los beneficios divinos y azotes presentes eran bastantes para revocarlos deste tan grave pecado. La cual inclinacion compara Dios con el apetito sensual del onagro (*o*), que es asno salvaje, diciendo que así como este animal en sintiendo el olor de la hembra corre tan ciego y tan desatinado para ella que los cazadores al tiempo del celo sin trabajo lo han á las manos: así este pueblo con la misma ceguedad y desatino corria á este tan gran pecado. Y dado caso que algunas veces, por los grandes azotes de Dios (*p*), se apartaba dél, luego viéndose por Dios restituido, se tornaba á él (*q*). Lo cual continuó de tal manera, que cansada ya y como vencida la paciencia divina, abrió mano dél y entregó los diez tribus al rey de los asirios en perpetua captividad (*r*); y el otro tribu de Judá que quedaba fué tambien llevado captivo á Babilonia, donde padesció setenta años de captiverio, sin quedar en Hierusalem templo, ni altar, ni sacerdote que sacrificase á Dios (*s*). Este pues fué el fructo que sacó Dios de aquellas tan grandes maravillas con que tan abiertamente descubrió la omnipotencia y gloria de su divinidad. Mas ¿con qué palabras declararé agora lo que queda por decir, que ciertamente basta para dejar atónitos no solamente los hombres, mas tambien los ángeles? Este Señor tan grande, que con tantas maravillas declaró la omnipotencia de su divinidad, y pretendió sustentar aquel pueblo en su servicio, no acabó mas que lo dicho. Y este mismo, siendo preso por malhechor, siendo azotado, escupido, abofeteado, escarnecido con vestiduras, ya de loco, ya de rey fingido, coronado con espinas, tenido en ménos que Barrabas, sentenciado á muerte, y muerte de cruz, desnudo entre dos ladrones en presencia del mundo, acabó tanto con el mismo mundo, que en todas las naciones dél millares de gentes lo adorasen y reconociesen por verdadero Dios, criador de los cielos, y del sol, y de la luna, y de las estrellas, y de los tiempos, y de todas las cosas; y esto acoceando y pisando sus ídolos; y con tan grande fe, que todos los tormentos que la fiereza de los tirannos podia inventar, no eran bastantes para apartarlos un punto desta confesion. Pues ¿qué cosa de mayor admiracion y espanto se puede imaginar que esta? ¡Que no bastasen tantas maravillas, y beneficios, y castigos de Dios, para apartar aquel pueblo del culto de los ídolos, y que bastasen tantas maneras de vituperios y deshonras para que todas las gentes arrastrasen y quemasen los dioses que ántes adoraban, y que en lugar dellos adorasen un hombre justiciado por malhechor! Esto bastaba para creer que esta obra era de Dios; mas acrescienta esta misma fe, considerando que el mismo Salvador profetizó que esto habia de ser, cuando dijo al pueblo (*t*): Si yo fuere levantado de la tierra (conviene á saber, puesto en una cruz) todas las cosas traeré á mí. Pues esta fué la mayor maravilla de cuantas Dios ha obrado: que fué tomar por medio la cosa mas escandalosa y aborrecible al mundo, para convertir al mundo y traerlo á sí.

D. No sé qué gracias os dé, Maestro, por este tan gran tesoro que me habeis descubierto, y por la luz con que habeis esclarecido ese tan profundo misterio: por la cual veo la grandeza del poder que está debajo deso que parece flaqueza.

M. Muy bien habeis entendido la filosofía deste misterio; la cual declara Sant Augustin por estas palabras (*v*): Ciertamente es grande espectáculo ver al Hijo de Dios llevar su Cruz acuestas. Si esto miran los ojos de los infieles, parece grande vituperio; mas si lo contemplan los de los fieles, es grande misterio. Para aquellos ojos es indicio de grande ignominia, mas para estos es obra de grande fortaleza. Aquellos ojos ven á este rey en lugar de sceptro llevar el madero de su tormento: mas estos lo ven llevar el madero en que habia de ser afijado, el cual despues habia de afijar en la frente de los emperadores del mundo. En aquel madero habia de ser despreciado en los ojos de los malos; mas en el mismo madero habia de ser glorificado en los corazones de los Sanctos. Esto es de sant Augustin. De manera que mirando á este Señor con ojos de fe, hallarémos que cuanto está allí mas despreciado, tanto es mas glorioso; cuanto mas abatido, tanto mas poderoso; cuanto mas desnudo, tanto mas rico; cuanto mas vituperado de los malos, tanto mas alabado y glorificado de los buenos; y finalmente, cuanto mas afeado en lo exterior de su cuerpo, tanto mas hermoso en lo interior de su alma; y por consiguiente tanto mas amado de las ánimas que con estos ojos lo saben mirar. Esta es aquella maravilla que canta el Salmista cuando dice (*x*): La piedra que desecharon los que edificaban, fué despues asentada en la cabecera de la esquina (que es en lo mas alto del edificio). El Señor fué el autor desta obra, la cual es materia de grande admiracion á nuestros ojos. Porque ¿qué cosa ha habido en el mundo de mayor admiracion que un hombre justiciado en compañía de dos ladrones, ser adorado por Dios y verdadero Señor de todas las gentes? ¡Oh poder admirable! ¡Oh poder encubierto! ¡Que un hombre colgado de un madero destruya la muerte que mataba el género humano! un hombre condenado con los malhechores salve los hombres condenados con los demonios! un hombre enclavado y afijado en un palo traya todas las cosas á su servicio! un ánima ofrecida voluntariamente á los tormentos, saque innumerables

(*m*) Judic. 2. (*n*) Psalm. 105. (*o*) Jerem. 2. (*p*) Jud. à cap. 3. et deinceps. (*q*) It. 3. Reg. à cap. 11. (*r*) 4. Reg. 17. (*s*) 4. Reg. 25.

(*t*) Joan. 12. (*v*) In Evang. Joann. de cap. 19. tract. 117. tom. 8. (*x*) Psalm. 117.

ánimas de los infiernos, y con la muerte de un solo cuerpo mate la muerte de todas las ánimas y de todos los cuerpos!

Mas para mayor declaracion de lo dicho, añadiré otra consideracion que sirve mucho para este propósito. Acordáos de lo que leístes en el tratado pasado, donde está declarado que Dios generalmente en sus obras pretende gloria suya y provecho del hombre. Por donde así como por el sello real conocemos que la escriptura donde se halla es del Rey, así cuando viéremos en una obra gloria de Dios y provecho del hombre, podemos luego concluir ser aquella obra de Dios. Pues segun esto ruégoos me digais en qué otra obra se hallarán mas perfectamente estas dos cosas juntas, que en la Cruz de Cristo. Porque el provecho que de aquí recibió el hombre, ciegos lo ven, y todo cuanto hasta aquí habemos tratado lo declara. Pues no ménos por aquí se descubre la gloria de Dios. Porque si bien os acordais de lo dicho, por aquí mas que por otra obra declaró Dios la grandeza de su poder, por lo que agora acabamos de decir: que es conquistar el mundo con la ignominia y flaqueza de la Cruz. Por aquí la grandeza de su bondad, poniéndose á tantos trabajos por hacernos sanctos y buenos. Por aquí la grandeza de su misericordia, tomando sobre sí todas las miserias y deudas de nuestra naturaleza. Por aquí la grandeza de su justicia, pues no consintió que quedase la culpa sin justa venganza. Y no ménos se declara aquí el consejo de la sabiduría divina en esta obra, la cual, como el Apóstol dice (y), los gentiles tenian por locura. Porque proprio es del sabio, determinado el fin, escoger medios proporcionados para conseguirlo. Pues como el fin del hombre sea su salvacion, y el medio para ella sean las virtudes, y la amistad y gracia con Dios, ved vos si para esto se pudiera inventar otro medio mas poderoso que el misterio de la Cruz. En el cual hallo una cosa que verdaderamente me es causa de grande admiracion y consolacion; y es que si atentamente consideráredes aquellos diez y ocho fructos que referímos del árbol de la Cruz (donde entran las principales virtudes de la vida cristiana), hallaréis que tan perfectamente sirve este misterio para cada una dellas, como si para sola ella, y no para las otras fuera deputado. Porque si tratais de la satisfaccion por los pecados del mundo, si de las cosas que pueden inclinar nuestro corazon al amor de Dios, ó á la virtud de la esperanza, de la humildad, de la obediencia, de la paciencia, de la aspereza de la vida, de la pobreza evangélica, y de todas las otras virtudes, hallaréis ser verdad lo que digo, que tan propria y tan perfectamente sirve este misterio para cada una destas cosas, como si para solo aquella se ordenara. En lo cual maravillosamente resplandesce el consejo de la sabiduría divina, la cual supo inventar una medicina tan universal y tan eficaz para todas las dolencias y necesidades de nuestras ánimas. Todo esto sirve para que claramente veais cuán enteramente concurren con esta obra de nuestra redempcion aquellas dos cosas que dijimos, que son gloria de Dios, y provecho del hombre. Y juntamente veréis lo que poco ántes deciamos, que no solamente hay aquí provecho del hombre sin injuria de Dios, mas ántes con grandísima gloria suya, como está declarado. ¡Paréceos pues que es digna de ser recebida y adorada una obra, en la cual concurren por un cabo tan gran provecho del hombre, y por otro tan grande gloria de Dios!

D. Concluido y como atado de piés y manos quedo con esa respuesta, y confieso que no hay cosa debajo del cielo que con mas justa razon deba ser creida. Mas ¿qué me decis, Maestro, al comun espanto que los hombres inconsiderados tienen, cuando oyen decir que Dios se hizo hombre, y murió en cruz? Porque esta consideracion á los infieles es ocasion de su incredulidad, y á los fieles de grande admiracion y espanto.

M. Si leistes con diligencia un capítulo del primer libro desta escriptura, donde tratamos de las maravillas de las obras de naturaleza, y cuán admirable y incomprehensible era Dios en muchas dellas, os tendréis por respondido á esa pregunta. Porque veríades cuán admirable y incomprehensible es Dios en la obra de la creacion, en la grandeza inestimable de los cielos, en la lijereza de sus movimientos, en la órden tan infalible que guardan en ellos, y demas desto en la virtud de todas las simientes de que nascen todas las cosas, en la fábrica de todos los cuerpos de los animales, y en las habilidades que tienen para mantenerse, curarse, defenderse y criar sus hijos: veríades cuán admirable es Dios en todas sus obras. Y no lo es ménos en las cosas pequeñas, que en las grandes, como es la hormiga, el araña, el mosquito, el abeja, el gusano que hila la seda, porque ninguno hay tan despreciado (como Aristóteles dice) que no ponga admiracion á quien quiera que los supiere mirar. Pues si tan admirable es Dios en todas las obras de naturaleza (que es en las obras de su sabiduría y omnipotencia), ¿cómo no ha de ser mucho mas admirable en las obras de su bondad, que en él es mas gloriosa, y de que él mas se precia, y quiere de nosotros sea mas conocida, por ser causa de mayor amor y reverencia de su sancto nombre? Si pasman los grandes ingenios, y se agotan todos los entendimientos cuando miran la grandeza del poder y saber divino, que en estas obras resplandesce, ¿cómo no han de pasmar en las obras de la divina bondad y misericordia, que dice el mismo Salmista ser sobre todas sus obras (z)? Y ¿qué obras podia hacer causadoras de tan grande espanto, sino padeciendo lo que padeció, y haciendo los extremos que hizo (si así se pueden llamar) para reparar el mundo, y hacer á los hombres buenos y bienaventurados? Y para mayor inteligencia desto, deciros he una cosa, que no ménos os ha de satisfacer que las pasadas.

Para lo cual presupongo que los reyes de la tierra descubren con muy diferentes obras la grandeza de su poder y de su bondad. Pongamos ejemplo en Sant Luis rey de Francia. Este sancto rey mostró su poder con aquella grande flota que juntó para ir á conquistar la Tierra Sancta; mas su bondad y sanctidad nos descubria cuando (segun se escribe en su vida), á imitacion de Cristo, todos los sábados en un lugar secretísimo lavaba los piés de los pobres y los alimpiaba y besaba, y lo mismo hacia á las manos; y asimismo cuando en ciertos dias daba de comer á docientos pobres ántes que él comiese, y él mismo les servia á la mesa, y les administraba los manjares. Porque por estas obras se declaraba cuán bueno era el rey que por imitacion del Rey soberano (que vino á este mundo no á ser servido, sino á servir), así se abajaba y humillaba. La misma bondad mostró Elena, madre del emperador Constan-

(y) 1. Cor. 1.

(z) Psalm. 144.

tino, cuando estando en Hierusalem sirvió por su propria persona á un colegio de vírgines dedicadas á Dios, que allí moraban, como escribe Rufino. Y el mismo tambien cuenta de Placilla, mujer del emperador Teodosio, mucho mas que esto; porque levantada á la silla del imperio, creció mucho mas en el amor del Señor que así la habia engrandescido; y así como vistió la ropa imperial, comenzó á tener gran cuidado de los enfermos y necesitados, no ayudándose para esto de sus criados y ministros: sino ella misma por sí viniendo á las casas de los enfermos les proveia de lo necesario, y discurriendo por los hospitales servia con sus proprias manos á los dolientes, alimpiábales las uñas, probaba el caldo de lo que se guisaba, ofrecíales las cucharas para comer, partíales el pan, poníales los manjares en la mesa, lavaba las tazas, y finalmente hacia todos los oficios que suelen hacer los siervos. Y á los que en esto le iban á la mano, respondia que hacer grandes mercedes era obra de emperadores; mas que ella ofrecia todo esto á Dios por la conservacion del imperio que él le habia dado; y al Emperador decia: Conviene, Señor, que siempre mireis lo que pocos dias ha fuistes, y lo que agora sois. Porque si esto pensáredes, no seréis ingrato al bienhechor, y así gobernaréis legítimamente los estados que dél recibistes. Todo esto escribe Rufino. Pues ¿quién no vé aquí cuánto se declara la bondad y sanctidad desta nobilísima señora con estas obras de tan grande humildad y caridad? Por donde entendemos que la majestad y magnificencia de los emperadores se muestra con dar grandes dádivas y hacer grandes cosas; mas la bondad, con el oficio destas obras tan humildes y sanctas.

D. Muy bien estoy en lo que me decis; mas ¿á qué propósito viene eso?

M. Agora lo oiréis. Habeis de saber que como haya en nuestro Señor infinitas perfecciones, todas ellas finalmente se reducen á dos órdenes. Ca unas pertenescen á la majestad, y otras á la bondad (aunque las que pertenescen á la majestad tambien sean obras de la bondad), y cada cual destas perfecciones tiene sus obras proporcionadas con que se declara. Porque las perfecciones que pertenescen á la majestad (como es la sabiduría y la omnipotencia, etc.) decláranse haciendo obras grandes; mas las que pertenescen á la bondad, por el contrario, haciendo obras humildes: las unas haciendo obras de grande magnificencia; las otras de grande piedad: las unas subiendo á cosas muy altas, y las otras decendiendo y condecendiendo á las necesidades humanas. Y así las unas se pierden de vista por muy altas, mas las otras por muy humildes y bajas: así como aquellas cuanto son mas altas, mas descubren la grandeza de la majestad, así estas cuanto mas humildes, mas descubren la grandeza de la bondad (como nos declaran los ejemplos susodichos). Y pues la gloria de la bondad (como tantas veces habemos repetido) es la mayor, y de la que nuestro buen Dios mas se precia, y de que en el cielo es mas alabado de aquellos espíritus bienaventurados, síguese que cuanto este Señor mas se humilló, mas se humanó y mas condecendió á nuestra miseria y pobreza para remediarla, tanto mas descubrió la gloria y las riquezas de su inmensa bondad. Y como nos dejan espantados y atónitos las obras de su sabiduría y omnipotencia, así y mucho mas era razon que nos dejasen las de su bondad; y cuanto mas suspensos dejan nuestros entendimientos las unas y las otras obras, tanto son ellas mas dignas y mas proprias de Dios, que en todas sus obras es admirable. Pues ¿de qué manera nos podian dejar atónitos las obras de aquella inmensa bondad, sino viendo al Criador por amor de sus criaturas preso, abofeteado, escupido, azotado, escarnescido, coronado con espinas, tenido en ménos que Barrabas, y finalmente sentenciado á muerte de cruz, y puesto entre dos ladrones?

D. ¡Oh cuánta verdad decis en eso, Maestro! Porque verdaderamente eso es lo que hace pasmar todos los corazones con la consideracion de aquella summa bondad, como pasman considerando las obras de la omnipotencia y sabiduría divina; y aun digo mas, que no veo cómo nos pudieran así espantar las obras desta bondad, sino padesciendo lo que padesció. Porque criar todas las criaturas del mundo, y proveerlas copiosamente de todo lo necesario para su vida, obra es de bondad; mas esta no nos espanta, porque no cuesta mas al dador que solo querer; y esto solo no nos espanta, sino es cuando el beneficio que se hace cuesta caro al bienhechor, como lo fué el de nuestra redempcion. Y no ménos me satisface esa distincion que hecistes, reduciendo todas las perfecciones divinas á esas dos tan principales, que para mí fué cosa notable, porque sola ella basta para deshacer todos los nublados y tinieblas de los infieles; para que claramente vean cómo en esas cosas que á los ojos de los infieles parecen bajezas, está encerrada inmensa gloria y hermosura. Mas con todo esto quiero representar en mí la persona de los hombres mundanos, y preguntar qué es la causa porque siendo esta filosofía de la Cruz tan conforme y tan proporcionada con la divina bondad, como habeis declarado, los hombres rudos y dados á deleites, la extrañan y preguntan á las veces: ¿Qué necesidad tenia Dios de ponerse á tantos trabajos, pues á ménos costa pudiera remediar al hombre si quisiera?

M. A eso ya está respondido en todo lo que hasta aquí habemos tratado en este misterio; y por eso no repetiré nada de lo dicho acerca de este punto. Mas con todo eso quiero que entendais que esa pregunta propriamente es de hombre que no ha echado mano del arado, ó (por mejor decir) que no ha embrazado el escudo y tomado las armas para pelear con el demonio y con las malas inclinaciones de su carne: que es el mayor y mas familiar enemigo que tenemos, con ser por otra parte el mayor amigo, y por eso mas dificultoso de vencer. Un hombre rústico que nunca jamás vió la mar ni entró en navío, la primera vez que entra en él, maravíllase de ver tanta jarcia, y tantas maneras de cuerdas de que está el mástil rodeado, y pregunta al marinero: ¿Para qué es esto? ¿Y para que lo otro? Mas el marinero responderle ha: bien parece, hermano, que nunca navegastes, porque si así fuera, viérades claro que ninguna cosa hay en todas estas que no sea necesaria para la navegacion. Pues de esta manera el hombre carnal ó infiel que nunca navegó por el camino de la virtud, cuando oye decir que el Hijo de Dios se hizo hombre, y padeció tantos trabajos por el remedio del hombre, dice entre sí esas cosas que vos respresentastes. Mas el que anda por el estrecho camino de la virtud, y no contento con la vida comun, trabaja por caminar á la perfeccion, apénas da paso en este camino, que no sea poniendo los ojos en Cristo crucificado. Si ha de ayunar, si ha de maltratar su cu-

ne, si ha de mortificar sus apetitos y malos deseos, si ha de negar su propria voluntad, si ha de ser fácil en perdonar las injurias, si ha de tener paciencia en los trabajos, si ha de resistir varonil y prestamente á las blandas y halagueñas sugestiones del enemigo, y si ha de desechar de sí los halagos y blanduras de la carne, y abrazar la cruz de la penitencia y de la virtud, ¿qué otro remedio y esfuerzo tiene para todo esto, sino levantar los ojos á Cristo crucificado, y cobrar aliento con lo que ve padecer á su Criador por él? Porque aquí halla ejemplo, aquí esfuerzo, aquí consuelo para todos estos trabajos, considerando cuánto mayores fuéron los que el Señor de todo lo criado padeció, no por sí, sino por él. De modo que apénas da paso en este camino, sin tener delante este dechado. Y que el estudio de la virtud sea uno de los mayores motivos que hay para conocer la sinceridad y excelencia de nuestra religion, declarólo el Señor en aquellas palabras con que confirmaba la verdad de su doctrina, diciendo que si alguno se ocupase en hacer la voluntad de Dios (*a*), y guardar sus mandamientos, conoceria claramente la verdad y excelencia de su doctrina. En las cuales palabras dió á entender que la pureza de la vida era uno de los principales medios para conocer la pureza y verdad de nuestra filosofía. Porque á los que esta pureza conservan, se comunican mas copiosamente los rayos de la divina luz, con los cuales ven mas claro la verdad y conveniencia de nuestros misterios. Y junto con esta ven cómo todos ellos á una sirven y ayudan maravillosamente á los ejercicios y obras de la buena vida. Y con este socorro viene á tener tal gusto en ella, que dicen con el Profeta (*b*): En el camino de vuestros mandamientos, Señor, me deleité, como en todas las riquezas del mundo; y en otro lugar dice (*c*), que amó los mandamientos deste Señor mas que el oro y que las piedras preciosas.

D. Por el gusto y consolacion que he recebido en todas estas pláticas pasadas, y en las respuestas tan cabales que habeis dado á mis preguntas, entiendo lo que en esta vuestra escriptura he leido; y es, que como hay música y consonancia de voces para los oidos del cuerpo, así tambien la hay para los oidos del ánima: la cual he visto por la suavísima y admirable consonancia que tienen todas las cosas del misterio de nuestra redempcion, con la verdad y con la grandeza de la divina bondad. Y esa correspondencia de unas cosas con otras es una dulcísima armonía y consonancia para nuestro entendimiento, cuya perfeccion es el conocimiento de la verdad; y así naturalmente huelga con ella como los oidos con la música, y todos los otros sentidos y fuerzas de nuestra ánima con sus proprias perfecciones. Y como esta concordia sea tan grande argumento de la verdad (como los filósofos enseñan), no sé qué podrán responder los infieles que no quisieron recebir la fe de este misterio, en el cual hay tan maravillosa concordia y correspondencia de todas las cosas. Porque cuando aquel soberano juez entre en juicio con ellos, y les pregunte por qué no creyeron una verdad confirmada con tantos milagros, y con tantas profecías y testimonios de las Escripturas divinas, en la cual se proponia una obra tan propria de la bondad de Dios (cuyo principal oficio es hacer bien, y hacer buenos): ¿qué podrán responder á esto, sino (como dice muy bien un doctor), Señor, no pensé que érades tan bueno, que quisiésedes poneros á tantos trabajos por hacer á los hombres buenos. Esto parece que responderán los infieles midiendo la bondad de Dios por la suya, no creyendo que haria Dios lo que ellos, si fueran dioses, no hicieran. La cual respuesta como blasfema será para mayor castigo y condenacion suya.

(*a*) Joan. 7. (*b*) Psalm. 118. (*c*) Psalm. 18.

Conclusion de todo este Tratado.

MAESTRO.

Resulta pues de todo lo que hasta aquí habemos dicho, que la pasion de Cristo, que es el mas arduo misterio de nuestra fe (el cual los judíos tuvieron por escándalo, y los gentiles por locura, como dice el Apóstol) (*d*), es la obra de mayor sabiduría y providencia de cuantas Dios tiene hechas en este mundo; y que ninguna cosa habia mas conveniente para la gloria de Dios, esto es, para la gloria de su bondad, de su caridad, de su misericordia, de su justicia y de su sabiduría que esta. Y asimismo que ninguna medicina habia mas proporcionada para remedio de nuestra miseria, conviene saber, para satisfacer por nuestras deudas, para darnos conocimiento de Dios, y para darnos grandísimos ejemplos y motivos para todas las virtudes, y especialmente para la caridad, para la humildad, para el temor de Dios, para la esperanza, para la obediencia, para la mansedumbre, para la paciencia y para el aborrescimiento del pecado, que ella misma. Mas ¿qué son menester muchas palabras para declarar la admirable conveniencia de este remedio? Porque ¿qué persona podia haber en el cielo ni en la tierra mas conveniente para esto, que la misma persona del Hijo de Dios? Porque así como ninguno habia en todo el mundo, mayor ni mejor que él, así ninguno pudo ni enseñar con mas autoridad, ni impetrar con mas eficacia, ni satisfacer con mas justicia, ni merecer con mayor gracia, ni obligar con mayores beneficios, ni dar mejores ejemplos de los que él nos dió. ¿Qué otro segundo Adam, qué otro padre, qué otro pastor, qué otro salvador, qué otro abogado, qué otro rey, qué otro sacerdote, qué otro medianero se nos pudiera dar mejor que él? Esto es cosa tan notoria, que quien quiera que no estuviese desamparado de Dios, claramente la verá. Pero lo que aquí suspende mas los entendimientos humanos, es ver que este remedio (como ya está declarado) vino tan proporcionado para cada una de estas cosas que pertenecen á la gloria de Dios, ó al remedio del hombre, como si para sola esta, y no para las otras se ordenara. Lo cual cierto es de grandísima admiracion, y que singularmente declara la alteza de la sabiduría y consejo de Dios en la traza desta obra.

D. No puedo, Maestro, dejar de daros muchas gracias por esta vuestra doctrina, cuantas no podré con palabras explicar. Porque agora me parece que vengo de nuevo á la fe, y que se me han abierto los ojos para ver la hermosura deste misterio, y creerlo con mayor claridad que hasta aquí lo creí. Y no es esto de maravillar; porque así como dos candelas juntas alumbran mas que una sola, así la lumbre de la fe junto con la razon con que Dios nos crió, alumbra mas nuestros entendimientos, y nos confirma mas en esa misma fe: la cual teniendo de sí la certidumbre y la firmeza, toma de la lumbre de la razon la claridad que en esta presente vida le falta.

(*d*) 1. Cor. 1.



M. Mucho me alegro de ver que esta nuestra plática no ha sido infructuosa; pues de ella se saca un tan grande provecho, como es acrescentamiento de la fe. Porque como ella sea el fundamento y raiz de todas las virtudes, claro está que cultivada esta raiz por una parte con la doctrina, y por otra con la gracia del Espíritu Sancto, el beneficio della redundará en el fructo de las virtudes que della proceden. Mas quiéroos advertir una cosa importantísima á este negocio, y es que no atribuyais esa nueva luz y firmeza de la fe á las consideraciones y razones que aquí habemos alegado, ni á otras por muy mas excelentes que sean. Porque la virtud de la fe de los cristianos no se funda en razones humanas (que al fin son humanas), sino en la lumbre que el Espíritu Sancto infunde en el entendimiento del baptizado. La cual le hace creer con mayor certidumbre y firmeza los misterios de nuestra fe, que todas las razones y demonstraciones del mundo. Porque mucho mas puede la virtud de Dios que toda otra cosa criada. Y demas desto, la fe, como dice el Apóstol en la epístola á los de Efeso (*e*), es don de Dios, sin el cual, no digo yo razones humanas, mas ni obras divinas (cuales son los milagros) bastan para causar esta manera de fe en nuestros entendimientos. Porque ¿qué mayores milagros que los que vieron los fariseos y pontífices (*f*)? Y esos procuraron la muerte del Salvador. ¿Qué mayor milagro que la resurreccion de Lázaro (*g*)? Y no por eso creyeron algunos de los que presentes se hallaron. Y sobre todo esto, ¿qué mayor milagro que la resurreccion del mismo Salvador al tercero dia (*h*)? ¿Cuándo se vió ó leyó dende el principio del mundo, que un hombre muerto resuscitase á sí mismo? Y con todo esto los fariseos y pontífices sabiendo esta tan nueva maravilla, y tan claro testimonio por relacion de las guardas que ellos mismos habian puesto en el sepulcro (*i*), no solamente no creyeron, mas ántes dieron mucho dinero á las guardas para que dijesen que durmiendo ellos vinieron los discípulos, y hurtaron el cuerpo. De modo que no contentos con su propria ceguera, cerraron la puerta de la luz al pueblo, para llevarlo tras sí á las tinieblas del infierno. Por los cuales ejemplos manifiestamente veréis, que sin particular asistencia de Dios, ni aun los milagros (que como dice Sancto Tomas (*k*) son bastante prueba de los misterios de la fe) bastan para causalla en nuestros entendimientos. Por tanto si vos agora sentis en vuestra ánima esa nueva firmeza y claridad de la fe, dad muchas gracias á aquel Padre de las lumbres, de quien proceden todos estos beneficios, y todos estos dones celestiales: para que cresciendo el agradescimiento, crezca juntamente con él la gracia del beneficio.

§. I.

Del fructo que se ha de sacar de todo lo que hasta aquí se ha dicho.

Mas no me contento con este aviso que os he dado: quiero añadir á este otro muy principal, el cual sirve para sacar el fructo y la médula de todo cuanto hasta aquí habemos tratado. Porque (si bien mirais) la mayor parte de lo dicho sirve para informar y perfeccionar nuestro entendimiento con la lumbre y conocimiento de la verdad. Mas la perfeccion de la vida cristiana no consiste en sola la luz del entendimiento; sino mucho mas en el ardor de la caridad, que está en la voluntad. Porque muchos filósofos hubo que conocieron mucho de Dios, como dice el Apóstol (*l*); mas porque no le glorificaron ni amaron con la voluntad, se envanecieron en sus pensamientos, y quedaron sus corazones escurecidos, porque no usaron bien del conocimiento que el Criador por medio de las criaturas les habia dado. Pues por esto comencemos agora á servirnos del conocimiento que por todo lo dicho hasta aquí habemos alcanzado, para despertar en nuestra voluntad el amor de Dios con todos los otros afectos y movimientos que la grandeza deste misterio nos pide. Para lo cual quiero traeros á la memoria lo que Sant Augustin en el libro de sus Confesiones dice de sí (*m*): Recebí el agua del sancto baptismo, y luego se quitaron de mi ánima todos los cuidados de la vida pasada. Y no me podia hartar en aquellos primeros dias de considerar con una maravillosa dulcedumbre la alteza que el consejo divino escogió para la salud del género humano. De manera que considerando este sancto varon con la mucha lumbre que habia recebido, y tambien con la grandeza de su ingenio, cuán proporcionado y conveniente medio habia sido la encarnacion y pasion del Hijo de Dios, así para la gloria y honra de Dios, como para el remedio de todas las necesidades humanas, no se hartaba su ánima de considerar aquella suavísima armonía y consonancia, y aquella maravillosa proporcion que tenia esta medicina, inventada por Dios para la cura de nuestra dolencia. ¡Oh quién tuviera el espíritu, la luz y el entendimiento deste sancto varon! ¡Cuántas consolaciones recibiria en la contemplacion deste misterio!

Mas porque en nuestro grado no del todo carezcamos de alguna parte desta consolacion, daros he aquí una breve forma de pensar este beneficio. Para lo cual primeramente habeis de despedir de vuestra ánima la indignidad que por defuera se ofresce á los ojos de carne en hacerse Dios hombre, y morir en cruz. Para lo cual basta lo dicho en los diálogos pasados: en los cuales manifiestamente probamos, que hacerse Dios tal hombre cual se hizo, no solo no era indigna cosa de su grandeza, sino grandísima gloria. Y lo mismo declaramos de la sagrada Pasion, considerando la causa porque el Salvador padesció, y la manera en que padesció; las cuales dos cosas hacen su sagrada pasion tanto mas gloriosa, cuanto fué mas ignominiosa y dolorosa.

Presupuestos estos dos preámbulos, presuponed tambien el tercero, que dijimos ser el fundamento de todo este misterio de nuestra redempcion: conviene á saber, que no mira nuestro Señor Dios en las cosas que hace de su poder absoluto, sino lo que conviene á la perfeccion dellas: segun lo cual dijimos que no habia otro medio mas conveniente para nuestro remedio, que la encarnacion y pasion de su unigénito Hijo.

Presupuestos pues estos fundamentos, considerad el estado miserable en que el hombre estaba por el pecado; y hallaréis que estaba en desgracia y enemistad de Dios, que es el mayor mal de los males. Estaba ciego para conocer á su Criador, estaba mas frio que la nieve para amarle, estaba impotente para servirlo, estaba desterrado del paraíso, estaba captivo y subjecto al demonio, estaba preso con las cadenas de sus aficiones, estaba enfermo y inhábil para todas las verdaderas y cristianas

(*e*) Ephes. 2. (*f*) Joann. 11. (*g*) Ibidem. (*h*) Joann. 20. (*i*) Matth. 28. (*k*) 3. dist. 21. q. 2. art. 3. in corp. et sup. 2. Thes. 3. lect. 1 et 2. 2. quæst. 178. art. 1.

(*l*) Rom. 1. (*m*) Lib. 9. cap. 6.

virtudes, y no solo enfermo sino muerto para ellas; estando vivo, y mas que vivo para todos sus apetitos.

Despues desta consideracion traed á la memoria aquellos admirables fructos del árbol de la sancta Cruz que ya leístes; y hallaréis por cierto, que con ellos de tal manera curó el Salvador con su pasion cada uno de todos estos males, con una tan eficaz y tan proporcionada medicina, como si para solo él, y no para los otros se ordenara, como ya declaramos. Lo cual cierto es cosa de grande admiracion. Los médicos tienen diputadas diversas medicinas para diversas enfermedades; mas este médico que nos vino del cielo, con sola esta medicina cura perfectísimamente todas las enfermedades de nuestras ánimas. Pues con esta consideracion sentiréis algo de lo que Sant Augustin sentia, maravillándose desta tan nueva invencion que la sabiduría de Dios inventó enviando su Hijo al mundo para remedio de nuestros males: la cual fué de tanta eficacia, que de los hombres hizo ángeles, y de esclavos del demonio y de sus apetitos, hijos de Dios.

Despues desta consideracion de la sabiduría divina, levantáos á considerar la grandeza de la bondad, y caridad, y misericordia que en esta obra Dios nos mostró. Para lo cual habeis de subir agora conmigo á una atalaya muy alta: quiero decir, habeis de levantar agora con toda humildad y reverencia los ojos de vuestra ánima, y subir sobre las nubes, y sobre los cielos, y pasar de vuelo sobre todos los coros de querubines y serafines; y encima de todos, en un lugar tan alto que cuasi lo perdais de vista, contemplar allí en el trono de la Majestad aquella altísima substancia, aquella luz tan resplandesciente que reverbera los ojos de quien la mira; aquel Señor que mora en una luz inaccesible (*n*), la cual ningun hombre de carne mortal vió, ni puede ver; aquel en quien están las hermosuras y perfecciones de todas las criaturas corporales y espirituales con infinita ventaja; aquel que con una simple muestra de su voluntad crió los cielos y la tierra con todo lo que en ellos tiene sér; aquel cuyo saber es infinito, poder infinito, hermosura infinita, majestad y grandeza infinita; aquel que solo es inefable, incomprehensible, inaccesible; que todo lo mueve sin moverse, todo lo rige sin distraerse, todo lo obra sin cansarse (*o*); aquel á quien alaban las estrellas de la mañana, á quien cantan loores los hijos de Dios, de cuya presencia tiemblan las columnas del cielo (*p*); aquel que, como dice Esaías (*q*), tiene de tres dedos colgado el peso de la tierra, y ante cuyo acatamiento (como él mismo dice) todas las gentes son como si no fuesen; aquel finalmente cuya felicidad y bienaventuranza es tan grande, que ni con todo este mundo criado, ni con mil mundos que criase, puede crecer ni ser mayor, ni porque todos los hombres se salven y le alaben es mas glorioso, ni porque todos se condenen lo es ménos. Y despues que desta manera os viéredes encumbrado, y apacentado los ojos de vuestra ánima en esta altísima substancia, derribáos de ahí abajo como con alas de águila, y decended al portalico de Betlehem; y caminando de ahí al cenáculo del monte Sion, á la casa de los pontífices, al pretorio de Pilato, al monte Calvario, y al sancto sepulcro, entenderéis cuánta razon hay para quedar atónito con lo que en cada lugar destos veréis. Veréis á este tan gran Señor que habeis contemplado, tener por casa un establo, y por cama un pesebre, envuelto en pobres pañales, mamando leche á los pechos de una mujer. De ahí caminad al cenáculo, y veréis el Criador del mundo quitado el manto, y ceñida una toballa, á manera de siervo, prostrado á los piés de unos pobres pescadores, y de su mismo traidor, lavándolos con grandísima humildad y devocion. Partíos luego de ahí con el mismo Señor, y contemplad tan ignominiosa prision; la cual él mismo encaresció diciendo (*r*): Como si fuera un ladron, así venistes con espadas y lanzas á prenderme. Caminad luego con él á todos los tribunales en que fué presentado, y ved las maneras de injurias que recibió en casa de Annas, y Caifas, y Heródes, y en el pretorio de Pilato; y considerad tambien aquella nueva invencion de escarnio que intervino en la coronacion de espinas (*s*); y procurad cuanto sea posible hallaros presente en cada uno destos lugares; y considerad las nuevas maneras de vituperios que en ellos recibió (porque yo os confieso que me tiemblan las carnes en pensar de referirlos); y mirad lo que sentiríades si por una parte con los ojos del espíritu contempláredes la alteza deste Señor que aquí os representamos, y con ojos de carne viéredes las bajezas y injurias que en todos estos lugares padesce. Y pensad que no tiene corazon de carne, sino de piedra mármol, el que viendo estas tan grandes injurias y vituperios, no queda como alienado y fuera de sí, viendo juntas en uno la mayor alteza del cielo con la mayor bajeza de la tierra. Pues ¿qué cosa de mayor espanto y admiracion?

Y si espantado de cosa tan grande os pusiéredes á inquirir la causa della, hallaréis que no fué otra sino la inmensa bondad, caridad y misericordia de Dios; el cual pudiendo por otros muchos medios salvar y reformar el mundo, quiso usar deste, porque era (como está ya declarado) el mas conveniente para la gloria de Dios, y para la santificacion de los hombres. De manera que fué tan grande el deseo que tuvo de hacernos sanctos y bienaventurados, esto es, de hacernos grandes amadores y siervos de Dios; de hacernos humildes y mansos; de hacernos menospreciadores de los regalos de la carne, y vanidades del mundo, y amadores de la Cruz; y finalmente de hacernos extremados en toda virtud, que conociendo cuánto era mas eficaz este medio que todos los otros para alcanzar estas virtudes, no dudó ponerse á todos estos encuentros por esta causa.

Para declarar mas este tan grande deseo del Salvador, me paresció poner aquí un ejemplo con que esto en alguna manera se entienda; puesto caso que no pueda haber ejemplo que represente siquiera la sombra deste deseo. Escriben los historiadores de los gentiles que Agripina, madre de Neron, tuvo tan gran deseo de ver á su hijo emperador, que despues de haber muerto por esta causa al emperador Claudio, su marido, con veneno que le dió, trató de hacer emperador á este hijo. Y diciéndole un astrólogo que verdaderamente vendria á ser emperador, pero que mataria á su madre, respondió ella: Máteme con tal que sea emperador. Podemos pues en alguna manera acomodar este ejemplo al Salvador: el cual deseó tanto hacernos, no emperadores de la tierra, sino del cielo, y hijos de Dios; deseó tanto hacer que los hombres fuesen espirituales y divinos; deseó tanto hermosear nuestras ánimas con las gracias y dones del Espíritu Sancto (para que con ellas resplandesciese en el hombre la imágen de Dios); y sobre todo esto deseó tanto esforzar

(*n*) 1. Tim. 6. (*o*) Job 38. (*p*) Job 26. (*q*) Isai. 40.

(*r*) Matth. 26. (*s*) Matth. 27. Joan. 19.

á los sanctos mártires (para que con la victoria de sus batallas y triunfos glorificasen á Dios), que entendiendo que ningun medio habia mas proporcionado y mas eficaz para todo esto, no dudó ponerse á todas estas maneras de injurias, escarnios y vituperios, hasta ser azotado, y crucificado, y tenido en ménos que Barrabas. Pues ¿qué espíritu no desfallece aquí con la consideracion de cosas tan extrañas? ¡Dios escupido, como blasfemo! Dios azotado, como ladron! Dios crucificado entre malhechores! Dios abofeteado, coronado de espinas, vestido ya de blanco, ya de colorado por escarnio! ¡Oh bondad! oh piedad! oh caridad! oh misericordia, digna de tal Señor! ¿Quién pudiera hacer esto sino Dios? Qué bondad pudiera llegar aquí sino la de Dios? ¿Qué haceis, ángeles del cielo? ¿Qué haceis, todas las criaturas, viendo lo que sufre vuestro Hacedor? Tierra, ¿cómo no tiemblas de espanto? Piedras, ¿cómo no os partis de dolor? Cielos, ¿cómo dais lumbre á la tierra, donde es crucificado vuestro Criador? Señor, oí tus palabras, y temí: consideré tus obras, y quedé espantado, viéndote no ya en medio de dos animales, sino crucificado entre dos ladrones. Pues aquí es donde las ánimas religiosas desfallecen, aquí desmayan, aquí enmudecen no solo con la boca, sino con los sentidos interiores, los cuales suspensos y arrebatados con la admiracion de tan grande bondad y dignacion de Dios, le alaban y glorifican con un sancto silencio; con el cual callando predican ser esta misericordia de Dios inefable, incomprehensible, y que sobrepuja todo género de conocimiento y alabanza. Mas ¿que maravilla es quedar todos los entendimientos suspensos y atónitos, considerando esta tan grande bondad? Porque si la grandeza de la providencia y sabiduría de Dios, que resplandesce en algunas criaturas, suspende tanto los entendimientos humanos, que los deja como atónitos y pasmados ¿cuánto mas razon es que obre esto mismo la grandeza de la bondad de Dios que resplandesce en esta obra, pues esta bondad es la perfeccion de que él mas se gloría y mas se precia? Y ¿qué medio habia para quedar los hombres desta manera suspensos y como alienados, sino cuando considerasen cómo aquella incomprehensible Majestad y grandeza se subjectó á los mayores dolores y vituperios que nunca jamas se padescieron, por dejarnos por esta via mayores ejemplos y estímulos para toda virtud y sanctidad? Pues ¿qué tan grande fué el deseo que este Señor tuvo de hacernos sanctos, quien á tanto se puso por esta causa?

Pues el corazon devoto que esto considera, ¿cómo no trabajará por abrazar toda virtud y sanctidad, siquiera por dar este contentamiento á quien tanto lo deseó, y por tan caro precio lo compró? Y ¿quién no trabajará por amar á quien tan grande amor nos descubrió? ¿Quién no procurará de imitar las virtudes que este Señor tan estampadas en su vida y muerte nos dejó?

Pues concluyendo esta parte, digo que la piadosa consideracion deste misterio causa estos cinco efectos que brevemente aquí os propondré. Porque lo primero, suspende y arrebata las ánimas en una reverencial y profunda admiracion desta tan gran bondad del Redemptor. Lo segundo, enciéndelas en un grande amor desa misma bondad y ardentísima caridad. Lo tercero, causa en ellas un entrañable agradescimiento deste summo beneficio. Lo cuarto, despierta en ellas un grandísimo deseo de imitar algo de las grandes virtudes y maravillosos ejemplos que este Señor aquí nos representó. Y sobre todo esto causa en ellas un gran deseo de padescer trabajos y injurias por amor de quien tantos por nuestra causa padesció. Estos son los principales fructos que de la consideracion deste misterio habemos de sacar; á los cuales (como dije) se ordena cuanto en esta materia habemos platicado.

D. Agora habeis acabado, Maestro, de echar el sello á todo este tan largo tratado. Agora entiendo el fructo que se coge desta palma tan gloriosa de la Cruz, que al principio propusistes: que todo viene á parar en amor del Crucificado, y en la imitacion de sus virtudes, y señaladamente de sus trabajos. Y por aquí tambien entiendo, cuán mal saben filosofar en este misterio los hombres desalmados y herejes; pues de tal manera pervierten los intentos y consejos de Dios, que con lo que él nos dió tan grandes motivos para todas las virtudes, sacan ellos argumentos para perseverar confiadamente en sus pecados; y lo que la sabiduría divina ordenó para hacernos amadores de los honestos trabajos, ordenan ellos á costa del Crucificado para dormir confiadamente en sus vicios. Pues ¿quién no ve aquí ser esta obra del enemigo de nuestra salud? Porque así como la bondad de Dios tiene por oficio sacar de los males bienes, así la malicia deste adversario lo tiene para sacar de los bienes males; pues deste tan grande misterio que Dios obró en la tierra para hacernos buenos, saca él argumentos y motivos para hacernos malos.

Summa de toda esta tercera parte.

Juntemos el fin deste libro y tercera parte con el principio, y concluyamos lo que al principio propusimos. La summa pues de todo lo dicho consiste en tres puntos principales. El primero es, que el hombre tenia necesidad de remedio por haber quedado por el pecado estragado, y mal inclinado, y inhábil para agradar á Dios. Esto se ve por todas las dolencias y manqueras del hombre; las cuales en parte explicamos tratando del pecado original, donde declaramos gran parte de las dolencias y siniestros de la naturaleza humana, y la cisma y rebelion de la parte sensual de nuestra ánima contra la espiritual y mas noble. Y quien esto quisiere entender mas á la clara, considere al hombre *in puris naturalibus*, sin ley y sin remedio deste pecado. Porque quien quiere ver qué tal es un caballo que ha de comprar, quítale todos los jaeces, y míralo en cerro para ver lo que es. Y desta manera se ha de considerar la naturaleza humana sin las medicinas de la ley y de la gracia. Esto se entenderá por el primer capítulo de la epístola de los romanos (*t*), donde el Apóstol refiere las idolatrías, y abominaciones, y pecados nefandos de los gentiles. Lo cual todo declaramos en el segundo libro desta escriptura, describiendo la primera de las cuatro hazañas que obró Cristo en el mundo, que fué destruir la idolatría, donde los hombres adoraban piedras, y palos, y dragones, y serpientes, y aves, y animales brutos. Y juntamente declaramos sus sacrificios; de los cuales unos eran cruelísimos, matando sus proprios hijos, y otros deshonestísimos, como los del dios Baco y de la diosa Flora, con los vicios y abominaciones de los gentiles, en los cuales imitaban en esto á sus dioses adúlteros y homicidas. Mas ¿qué diré, que de los doce tribus que habian recebido la ley de Dios con tantas promesas y amenazas que espantan á quien las lee, los once se pervertieron, y así fuéron desamparados de

(*t*) Rom. 1.

Dios, y llevados captivos á tierras extrañas; y uno que quedaba tambien lo fué, y así padesció la pena de sus pecados con el captiverio de Babilonia. En la cual reinaba tanto la malicia, y estaba tan desterrada la virtud, que dijo Dios por Hieremías (v): Rodead todos los caminos de Hierusalem; y si halláredes un hombre fiel, y que haga lo que debe, yo habré misericordia dél. Pues ¿qué mayor argumento de la carestía de la virtud y religion que este? Mas otro hay no menor, que es el de la mala vida de muchos cristianos, que aun despues de la ley y de la gracia, teniendo fe verdadera, viven tan rotamente como si no la tuviesen; pues no ménos se derraman por todos los vicios y cobdicias creyendo lo que creen, que si nada creyesen. Pues ¿quién podrá dubdar que tal criatura como esta tenia necesidad de medicina, y remedio, y gracia, con otros socorros sobrenaturales, que sanasen la naturaleza tan enferma? Este es pues el primer punto y fundamento desta materia. El segundo es, que era cosa convenientísima á la inmensa bondad de Dios, aunque no lo debiese, socorrer á esta tan grande necesidad, y proveer al hombre miserable de remedio, para que, pues él habia incurrido en todos estos males por culpa ajena, fuese tambien reparado por justicia ajena; y así como tuvo un padre que lo destruyó, tuviese otro que lo remediase. Y demas desto no era razon que el demonio saliese con su intento, y se gloriase que habia sido poderoso para impedir el consejo y voluntad de Dios. Este es el segundo punto. El tercero es, que aunque la divina bondad y providencia podia remediar al hombre por otros muchos modos si quisiera, pero ninguno se podia hallar mas eficaz, mas excelente y mas conveniente, así para la gloria de Dios, como para remedio del hombre, que el misterio de la encarnacion y pasion del Hijo de Dios. Lo cual se entiende por los grandes fructos que referímos del árbol de la sancta Cruz, y por otros muchos que no se pueden explicar.

Mas á las dos principales objecciones que se proponen en esta materia (que es vestirse el Criador de tan baja ropa, como fué nuestra humanidad, y morir en cruz), está respondido. Porque á la primera decimos que ya que Dios tuvo por bien vestirse desta ropa, y juntar consigo nuestra humanidad, él la hermoseó, y enriqueció, y adornó con tantas gracias, y riquezas, y dones sobrenaturales, que no fuese ignominia suya, sino summa gloria, vestirse della; pues en su mano estaba hacerla tal cual él quisiese hacerla. A la segunda objeccion de la muerte de cruz decimos que en todas las pasiones y muertes no miramos la pena, sino la causa: de modo que cuando la causa es justa, y en favor del bien commun, no solo no es ignominiosa la pena, mas ántes cuanto tiene mas de pena y de ignominia, tanto tiene mas de verdadera gloria. Esta es la summa de todo este soberano misterio, la cual puede el prudente lector tener como recogida en la uña, despues de leida con atencion esta escriptura y héchose familiar á ella. Y de aquí cogerá fructos de inestimable provecho y suavidad.

(v) Hierem. 5.

AL CRISTIANO LECTOR.

Era tan grande el celo de la salvacion de los hombres, que el Apóstol tenia *(a)*, mayormente de aquellos que segun la carne eran sus hermanos, que hace un juramento selemne, trayendo por testigo al Espíritu Sancto, en que declara la grandeza del dolor, y la tristeza continua que padecia por la ceguedad dellos, y que tomara por partido ser él anatema de Cristo porque ellos se salvasen *(b)*. Y con haberle ellos perseguido tan cruelmente, y azotádole cinco veces, sin hacerle gracia mas que de un solo azote, él se ofrecia por ellos á lo dicho, y con esto hacia continua oracion por ellos. A cuya imitacion no han faltado algunos graves doctores, así antiguos como modernos, los cuales tocados deste mismo espíritu, y deseando la salvacion destas ánimas, han escripto libros, donde muy de propósito pretenden probar ser el Mesías Cristo nuestro Salvador y Señor, y ser ya venido, y haber cesado las figuras y sombras de la ley, llegada la luz de la verdad. Y para probar esto, ponen en forma los argumentos y objecciones de los maestros dellos, para responderles, y impugnan las exposiciones violentas y torcidas con que ellos huyen de la luz de la verdad, mostrando claramente la falsedad dellas. Y porque este argumento está ya tratado por tan claros ingenios, no me quise yo entremeter en ello; sino ántes procedo aquí llanamente, alegando las profecías que tratan de lo que habia de obrar el Salvador cuando viniese al mundo, y las otras señales de su linaje, y concepcion, y nascimiento, vida y muerte, con todas las circunstancias della, sin responder á las falsedades con que los rabinos falsifican estas profecías: solamente me detuve en la profecía de Esaías, del cap. 53, que trata de la pasion de nuestro Redemptor (la qual ellos aplican á los trabajos que su pueblo padece en este tan largo captiverio), porque es tan falsa, que un niño verá que cuasi todas las cláusulas della manifiestamente contradicen á la tal exposicion: para que por esto vea quien tuviere ojos, cómo ellos los cierran á la luz del mediodía. Así que en sola esta profecía, y en otras dos ó tres, que eran breves y fáciles de confutar, me detuve un poco. Las demas dejé á los doctores que (como dije) trataron de propósito este argumento. Tambien las objecciones que ellos ponen para perseverar en su error, propuse simplemente por medio de un catecúmeno: las cuales él propone mas por via de preguntas para ser enseñado, que de argumentos para impugnar la verdad. Con esta llaneza y claridad quise tratar esta materia, porque la verdad simplemente propuesta, á veces tiene mas fuerza por sí misma, que con muchos argumentos. Y tambien, porque son tantas y tan claras las obras y las señales que el Espíritu Sancto nos dejó en la Sancta Escriptura para conocer al Salvador cuando viniese, que una sola parte dellas basta para que lo conozca quien no estuviere totalmente obstinado y ciego. Mas si para estos no bastaren, bastarán para los que estuvieren mas dóciles y capaces de doctrina, que no serán pocos; pues nuestro Señor desea que todos se salven, y vengan al conocimiento de la verdad, como dice el Apostol *(c)*. Y por esta misma razon no me entremetí en confutar muchas maneras de errores, que los que están ciegos tienen: sino solo toqué aquellos que todo el mundo sabe. Porque no hay hombre tan rudo que no sepa que los judíos esperan por su Mesías, y creen que ha de ser un rey muy poderoso, que ha de conquistar por armas el mundo; y que guardan el sábado, y las otras cerimonias de la ley, y otras cosas tales. Porque como estas cosas se publican en todos los autos del Sancto Oficio (á que tanta gente acude), nadie ignora esas cosas. Así que no desayunamos aquí á nadie de errores que no sepa, pues estos son tan notorios.

En el misterio de la Sanctísima Trinidad, que los que están obstinados niegan, tampoco me entremetí en tratarlo con razones (como hace Ricardo de Sant Víctor), sino porque todo cristiano está obligado á creer explícitamente este misterio (como los otros artículos de la fe), convenia declarar lo que debemos creer; porque oyendo decir Padre, y Hijo, y engendrar, no concibiésemos alguna cosa corporal, y indigna de tan grande Majestad. Lo demas deste capítulo se gasta en humillar y abatir el entendimiento humano, para que no piense que no puede ser lo que él no puede entender; pues es cierto (como el Filósofo dice) que nuestro entendimiento es tan inhábil y tan ciego para entender las cosas altísimas de Dios, como los ojos de la lechuza para ver la lumbre del sol. Y pues no conoce la substancia del ánima, que dentro de sí trae, ¿cómo conocerá el mas alto secreto que está sobre todos los cielos? Y por esta causa no se nos manda que lo entendamos, sino que lo creamos: para que nuestra fe sea tanto mas meritoria, cuanto mas levantada está sobre toda razon humana.

(a) Rom. 9. (b) 2. Cor. 11. Deut. 25. Act. 14. 21. 27. (c) 1. Tim. 2.

Movíme á tratar esta materia para consolacion y confirmacion de todos los fieles en nuestra sancta fe (que es el principal intento deste libro), y señaladamente de los que ha traido nuestro Señor de qualquiera otra religion á la nuestra. Y digo de todos los fieles en general, porque las profecías que tratan de Cristo nuestro Señor, y el cumplimiento y verificacion dellas, no solo convertian á los que daban fe y crédito á las sanctas Escrituras, sino tambien á los gentiles, como parece por el cap. XVII de los Actos de los Apóstoles *(d)*, donde se escribe, que disputando Sant Pablo en la ciudad de Tesalónica, y probando por la Escriptura lo que toca al misterio de Cristo, gran número de gentiles, y de mujeres nobles creyeron en él. Porque considerando por una parte las profecías antiguas, y viendo por otra en su tiempo el cumplimiento de muchas dellas, conocian que aquello no podia ser sino por virtud de Dios: el cual solo sabe las cosas advenideras, que no penden de las estrellas, sino del libre albedrío del hombre. Y si esto bastaba en aquel tiempo para convencer los entendimientos de los gentiles, ¿cuánto mas bastará agora, donde vemos el cumplimiento de otras profecías mas universales, y de cosas mucho mayores? Porque deste Señor estaba profetizado *(e)*, que habia de desterrar la idolatría del mundo, que en todo él reinaba; y que habia de traer los hombres al conocimiento del verdadero Dios *(f)*; y que los ministros que habian de acabar estas dos cosas tan grandes, habian de salir de la ciudad de Hierusalem *(g)*; y sobre todo esto, que esta ciudad con aquel famosísimo templo y república de Judea, habia de ser destruida en castigo de la muerte del Salvador, como lo profetizó Daniel *(h)* con palabras mas claras que la luz del mediodía. Lo cual todo punto por punto vemos cumplido con el general destierro y captiverio de toda la gente deste reino, que está esparcida por todo el mundo, sin rey, sin templo, sin altar, sin sacerdote, sin sacrificios, sin figura ni órden de república, y sin tener una almena que sea suya: habiendo sido uno de los esclarecidos reinos del mundo, y mas antiguo que el de los romanos. Pues quien ve cosas tan grandes tantos mil años ántes profetizadas, y agora las ve tan perfectamente cumplidas, ¿cómo puede dudar que sea Dios quien pudo acabar cosas tan grandes, y profetizarlas tantos años ántes que fuesen? Por lo cual con mucha razon decimos *(i)* que esta doctrina generalmente aprovecha para confirmar en la fe á todos los fieles. Lo cual cuánto sea necesario en estos tristes tiempos, las tempestades que hoy dia padesce la fe, bastantemente lo declaran.

Mas particularmente aprovechará esto á los que de la ley antigua han pasado á la fe del Evangelio, que son muchos. Porque (como San Hierónimo dice *(k)* en el Epitafio de Nepotiano) nuestro Señor con el título real de la Cruz (que estaba escripto con letras latinas, griegas y hebreas), dedicó para sí las naciones destas tres lenguas. Y uno de los grandes triunfos de Cristo es haber sido recebido su Evangelio, no solo en naciones de bárbaros, sino en estas tres tan principales naciones del mundo: que es en Roma, donde estaba la silla del Imperio; y en Grecia, donde estaba la escuela de la sabiduría; y en Judea, donde estaba el conoscimiento del verdadero Dios. Lo cual vimos luego en la primitiva Iglesia, donde en la ciudad de Hierusalem por una predicacion de Sant Pedro se convirtieron tres mil ánimas, y por otra cinco mil *(l)*; y cada dia iba creciendo el número de los fieles, no solo en esta ciudad, sino en todas las comarcas. Ca por eso iba Sant Pablo ántes de su conversion á la ciudad de Damasco con provisiones del summo sacerdote, para encarcelar y prender á todos los fieles que hallase en ella, hombres y mujeres. Y la vida destos nuevos fieles era, como escribe Sant Lúcas *(m)*, perfectísima; porque todos dice que tenian un ánima y un corazon en Dios, y todos se desposeian de sus haciendas, y las ponian á los piés de los apóstoles, para que por ellos se repartiesen á quien mas necesidad tuviese. Y fué tal su sanctidad, que queriendo el Apóstol alabar a los fieles de Tesalónica *(n)*, les dice que ellos habian sido imitadores de las iglesias de Dios que estaban en Judea, porque las mismas persecuciones habian padecido de sus naturales, que aquellos de los suyos. Y en la epístola á los mismos hebreos *(o)* los alaba, diciendo que habian sufrido el robo y despojo de sus haciendas, no solo con paciencia, sino tambien con alegría, acordándose que tenian en el cielo otra hacienda mas segura.

Y en esta sinceridad de fe y religion perseveraron los fieles de aquella nacion, aun despues de la gran mortandad y destruicion de Hierusalem, hasta los tiempos del emperador Adriano, que imperó despues de Trajano. Y en todo este tiempo se cuentan quince succesiones de obispos sanctísimos desa misma nacion: como lo escribe Eusebio en el 4.° lib. de la Historia Eclesiástica, cap. I. Esto vimos en aquellos tiempos. Ni ha faltado la mano liberal de aquel Señor, que no es aceptador de personas: el cual, como dice Sant Augustin *(p)*, trae los hombres á sí por muchas maneras, Y así ordenó él, por industria y sancto celo de los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel, entrase en la red de Sant Pedro un gran número destos pesces, confesando la fe de nuestro Redemptor, y perseverando en ella tantos años ha, donde habemos visto entre ellos hombres señalados en fe, letras y virtud. Lo mismo vemos en estos reinos de Portugal, aunque mas tarde; porque fué despues en tiempo del rey Don Manuel, de gloriosa memoria: el cual movido con este mismo celo de la fe, usando de grande benignidad

(d) Act. 17. (e) Esai. 2. (f) Psalm. 110. (g) Esai. 2. (h) Daniel, 5. (i) Aug. 16. de Civit. Dei. (k) Hieron. (l) Act. 2. 4. (m) Act. 2. (n) 1. Thess. 2. (o) Hebr. 10. (p) Confess. lib. 8. cap. 1.

y magnificencia con los hombres desta nacion (que de Castilla habian aquí venido), acabó con ellos que recibiesen la fe de nuestro Señor, y se bautizasen, esperando que el tiempo, y la doctrina, y la fuerza de la verdad acabaria con ellos que tomasen muy de corazon lo que entónces acceptaban por sus ruegos. Lo cual succedió de la manera que el buen Rey pensaba; pues vemos de la manera que ha procedido, y crecido la fe en este reino. Porque los que eran zizania, desampararon la tierra, y se fuéron á otras partes; mas el trigo se quedó en la era, que es en la tierra de los fieles.

Pues concluyendo esta parte, digo que la doctrina desta escriptura sirve generalmente para confirmar todos los fieles en la fe, y particularmente á los que de otra religion vinieron á la nuestra. Los cuales no dudo que recibirán grandísima consolacion con esta escriptura, leyéndola con humildad y simplicidad; porque verán tan claros los fundamentos de la fe que profesan, por el testimonio de las sanctas Escripturas, que tendrán por qué dar infinitas gracias al Señor por este summo beneficio, que sirve no solo para la salvacion de sus ánimas, sino tambien para conservacion de su hacienda, vida y honra, y de toda su posteridad; porque á los que tienen su fe y amor puesto en Dios, todas las cosas ordena él para su bien.

CUARTA PARTE

DE LA INTRODUCCION

DEL SIMBOLO DE LA FE,

EN LA CUAL, PROCEDIENDO POR LUMBRE DE FE, SE TRATA DEL MISTERIO DE NUESTRA REDEMPCION.

Va repartida esta parte en dos tratados : en el primero se ponen las susodichas profecías, y señales para conocer la venida del Salvador ; y en el segundo se responde, por via de diálogo, á las preguntas y objecciones que acerca deste misterio se pueden hacer.

CAPITULO PRIMERO.

De la manera de proceder en esta cuarta parte.

Dos lumbres comunica nuestro Señor á todos los cristianos para que lo conozcan : la una es de razon, y la otra de fe : la una es natural, y la otra sobrenatural : la una humana, y la otra divina ; mas ambas son hijas de Dios, porque ambas proceden de un mismo principio (que es el mismo Dios), la una por via de naturaleza, y la otra de gracia. La lumbre de fe se infunde en el entendimiento al punto que el hombre es baptizado ; y no se pierde por cualquier pecado, si no es contrario á ella. El conocimiento desta lumbre es tan cierto, tan firme y tan infalible como el mismo Dios, porque se funda en su verdad y palabra, la cual es imposible faltar ; mas con toda esa firmeza en esta vida es escuro, porque la claridad dél se guarda para la otra. Mas el conocimiento de la lumbre natural de la razon, aunque ni es tan firme, ni tan cierto como el de la fe, puede tener claridad, cuando lo que predica la fe de algunas verdades, testifica tambien la lumbre de la razon. Y desta manera se prueba la inmortalidad del ánima, y la providencia que Dios tiene de todas las cosas. Es pues agora de saber que en el libro pasado, supuestos los principios de la fe, nos ayudamos de la lumbre de razon, declarando cómo todas las cosas que predica la fe acerca del misterio de nuestra redempcion, no solo no son contrarias á la razon, mas ántes son grandemente conformes á ella. Mas en el presente procedemos por sola lumbre de fe, que es mas perfecta, refiriendo todos los testimonios de la Escripturas sanctas y particularmente de los profetas, para declaracion y confirmacion del misterio de nuestra redempcion, y de la venida del Salvador al mundo; la cual suficientísimamente se prueba por las sanctas Escripturas.

CAPITULO II.

Del primer principio y causa de nuestra redempcion, que fué la inmensa bondad de nuestro clementísimo Criador y Señor; y del fin para que crió al hombre.

Que sea Dios un abismo, y un mar Océano de infinitas grandezas y perfecciones, no solamente la fe católica, mas tambien la filosofía humana, y el consentimiento comun de todas las gentes lo conosce. Porque todas confiesan ser Dios una cosa tan grande, que no se puede pensar otra mayor. Entre estas perfecciones suyas no hay una mayor, ni menor que otra ; porque á todas ellas comprehende y abraza la naturaleza simplicísima de su divinidad. Mas con todo esto (á nuestro modo de entender) la bondad es la mas alabada y mas gloriosa ; y digo á nuestro modo, porque si un hombre fuere extremado en muchas excelencias y artes, y no fuere virtuoso, no le llamamos bueno ; y si solamente fuere virtuoso, aunque todo lo demas le falte, á boca llena le llamamos bueno. Pues por esta causa decimos que á nuestro modo de entender, la bondad tenemos en Dios por mas gloriosa, de la cual nace la misericordia. Y esta es de la que él mas se precia, y que mas en todas sus obras declara : de las cuales siempre es la causa su bondad. La cual llama á las mas virtudes y grandezas suyas (como son su infinito poder y saber) para la ejecucion destas obras. Por esta bondad crió el mundo, por esta lo gobierna, por esta sufre tantas ofensas como se cometen contra su sancto nombre. Por esta sin cesar reparte sus beneficios al mundo, haciendo nacer su sol sobre buenos y malos, y lloviendo sobre justos y pecadores. Por esta finalmente tiene especial providencia de todas las criaturas, guiándolas por convenientes medios á los fines que por esta misma bondad les fuéron señalados. Todas estas cosas tienen por principio y causa esta inmensa bondad del Criador. Y así todas ellas la testifican con la fábrica admirable de sus cuerpos, y con la conveniencia de sus obras.

Pues como, segun la doctrina de Sant Dionisio (a), la naturaleza del bien sea ser communicativo de sí mismo y de todos sus bienes (como lo es el sol de su luz, y de su virtud), síguese que el summo bien ha de ser summamente communicativo de sí mismo, y á esta communicacion pertenece hacer á todas las cosas, cada una en su grado, participantes de su bondad y felicidad. Pues esta fué la causa de hacer este Señor tantos bienes á sus criaturas, y no alguna necesidad ó particular gloria, que se

(a) De Divin. Nom. cap. 4.

pudiese añadir á la suya. Porque este Señor ántes que criase este mundo, estuvo millares de cuentos de siglos sin esta tan gran casa y familia del mundo; mas, aunque solo, tan rico, tan glorioso y tan bienaventurado consigo mismo y con su unigénito Hijo, imágen de su gloria y hermosura, y con el Espíritu Sancto (lazo y amor infinito de ambos), como lo es agora con todo lo que está criado, sin que todo ello haya acrescentado en él cosa que no tuviese. Porque, como concluyen hasta los mismos filósofos, y particularmente Aristóteles, él es acto puro; por lo cual significan que él es una substancia tan alta, tan pura y tan perfecta, que no sufre añadidura, ni puede ser mas de lo que es, ni recebir mas de lo que tiene; porque lo tiene todo, por ser infinitamente perfecto, rico, poderoso y lleno de todos los bienes.

Estando pues él en este riquísimo y felicísimo estado, sin tener de nadie necesidad, por su sola bondad y nobleza, no quiso ser solo el que fuese bienaventurado, sino criar algunas criaturas tan nobles, que fuesen participantes y compañeras de su misma gloria: esto es, que así como él ve su misma esencia y hermosura, y goza de ella, así ellas la viesen, amasen y gozasen, y así fuesen bienaventuradas, como él lo es, y con lo que él lo es, aunque no tanto como él, porque no lo comprehenden, como él se comprehende. Este es un fin tan alto y una dignidad tan grande, que ninguna persona hay ni puede ser criada tan alta, á la cual por via de naturaleza convenga tan grande gloria. Esta felicidad y gloria es la que hinche todo el seno y capacidad anchísima de nuestras ánimas, y así las hace bienaventuradas. Pues para este fin tan soberano plugo á aquella infinita bondad criar no solo los ángeles, sino tambien los hombres, no desdeñándose ni teniendo asco de que una tan baja criatura (que por una parte alinda con los brutos) se asentase á su mesa, y comiese de lo que él come, y gozase de lo que él goza. Bendita sea tal misericordia, tal nobleza, tal bondad y tal magnificencia, que tan copiosamente se quiso comunicar á criaturas tan bajas.

§. I.

Habilidades y gracias de que proveyó Dios al hombre para conseguir su fin.

Mas porque las obras de Dios son muy bien ordenadas y proveidas, como crió al hombre para un fin tan alto, así le proveyó de habilidades y gracias sobrenaturales, con las cuales pudiese habilitarse para esta dignidad. Porque este es el estilo general deste Señor, que cuando ordena una criatura para algun fin, la provee suficientísimamente de todas las facultades y habilidades que se requieren para conseguirlo.

Estas habilidades sobrenaturales fuéron señaladamente dos: conviene saber, justicia original y gracia. La gracia hacia al hombre hermoso, y grato á Dios, y amigo suyo, y dábale tambien título y derecho para la gloria, como lo tiene el Hijo, que por el mismo caso que lo es, tiene título y derecho á la hacienda de su padre. Item con la gracia se le daba la caridad, con que el hombre amaba á Dios mas que á sí y que á todas las cosas, y con ella tambien se le daban todas las demas virtudes y dones del Espíritu Sancto, para poder con facilidad y suavidad hacer obras merecedoras de la gloria, para que así alcanzase por justicia aquello á que Dios lo habia predestinado por gracia.

El segundo don era justicia original: que es una rectitud y órden con que el hombre estaba en paz con Dios, y consigo mismo, y mediante esta rectitud y órden tenia señorío sobre sí mismo, y sobre todos sus afectos y pasiones naturales: esto es, que porque en el hombre hay dos partes, una animal, y otra racional, ordenó muy bien la sabiduría divina, que la parte animal estuviese subjecta á la racional, porque lo contrario fuera gran desórden. Y demas desto tenia tambien señorío universal sobre todos los animales, á los cuales puso sus proprios nombres (*b*), y asimismo lo tenia sobre la muerte, y sobre todas las enfermedades que abren camino para ella.

Mas todo esto le dió con condicion que siendo fiel y obediente á Dios, gozase de todos estos privilegios, así él como sus descendientes; y si no lo fuese, los perdiese para sí y para ellos. Esto es, como si el rey hiciese merced á un caballero de alguna fortaleza, con tal condicion, que siendo él fiel y haciendo lo que debiese, la daria á todos sus descendientes; mas haciendo lo contrario, la perderia él y todos ellos. Esta condicion es justa en cualquier materia, pero mucho mas en bienes de gracia; porque así como no hay obligacion á darlos, así cuando se dan, los puede dar su dueño con las cláusulas y limitaciones que quisiere. Por donde como pudiera Dios criar al hombre sin estas habilidades y gracias, sin que nadie se quejara, así ya que se las quiso dar, pudo muy bien darlas con la condicion que le plugo; y la condicion fué la que está dicha.

Y para prueba y ejercicio desta fidelidad y obediencia, poniendo al hombre en el paraíso terrenal, y dándole licencia que pudiese comer de todos los árboles dél (*c*), mandóle, so pena de muerte y perdimiento de todos los dones recebidos, que no comiese de uno solo que le habia entredicho.

§. II.

Pérdida de la justicia original, y corrupcion de la humana descendencia.

Estando pues el hombre en este felicísimo estado, el demonio, que no dormia, sino ardia con envidia de que una criatura tan baja fuese substituida en su lugar, y lograse lo que él habia perdido (*d*), vino en figura de serpiente, y acometió al hombre por la parte mas flaca (que fué la mujer), y engañándola, hízola traspasar el mandamiento de Dios, y ella pervertida, pervertió tambien á su marido; y así ambos traspasaron el mandamiento de Dios. Y luego se les abrieron los ojos, y vieron que estaban desnudos, y hubieron vergüenza de sí mismos; porque luego perdieron la innocencia, y comenzó á reinar en ellos la concupiscencia. Quedando ellos pues en este miserable estado, y perdido lo que habian recebido, tales cuales ellos estaban, engendraron á nosotros (*e*): desnudos á desnudos, pobres á pobres, ciegos á ciegos, miserables á miserables, y mortales á mortales. Porque el hijo sigue la condicion de su padre, de manera que el noble engendra nobles, y el villano villanos; y así cual él quedó, tales nos engendró. Porque los hijos que él agora engendra no son tales cual él era ántes que pecase, sino tales cual él quedó cuando

(*b*) Genes. 2. (*c*) Ibid. (*d*) Genes. 3. (*e*) Aug. de Libero arbitr. lib. 3. c. 20. tom. 1.

los engendró. Por donde así como él quedó privado de los dones que habia recebido, así nacemos todos con esta misma privacion. De suerte que el primer hombre por el pecado que cometió, estragó en sí mismo la naturaleza que tenia, y esa misma traspasó en sus hijos por via natural de la generacion.

Vemos tambien que (segun el fuero de las leyes humanas) cuando el padre noble por alguna traicion fué privado del mayorazgo que tenia, tambien lo pierden todos sus descendientes, por ser hijos suyos. Pues segun esto, ¿qué maravilla es haber perdido los hijos de Adam el mayorazgo que él perdió por su traicion y deslealtad? Mas este castigo en vida suya alcanzó á sus hijos, los cuales se fuéron multiplicando de tal manera, que hinchieron el mundo, y así la pérdida que cupo á aquellos pocos, se derivó en todos los otros por la misma razon.

CAPITULO III.

Cuál haya quedado el hombre por el pecado.

Agora será necesario declarar qué tal haya quedado el hombre, y todo el género humano que dél procedia; para que vista claramente su caida y su dolencia, entendamos la necesidad que teniamos de remedio y medicina. Y asimismo entendamos la proporcion y correspondencia de la medicina con la dolencia; para que por aquí se vea mas claro cuán excelente y cuán conveniente medio escogió la sabiduría divina para curar este mal. Aunque no solo este fructo, sino otros muchos, alcanzarémos por el conocimiento del estado y miseria en que el hombre quedó por el pecado; por cuya causa nos extenderémos algun tanto en esta materia.

Pues segun lo dicho, como el hombre por aquel pecado perdió la divina gracia (cuyo oficio es hacer al hombre gracioso y hermoso en los ojos de Dios, y amigo suyo), quedó luego feo en esos ojos, y enemigo suyo, y hijo de ira; y tales nacemos todos, como dice el Apóstol (*a*). Asimismo, perdida la gracia (por la cual teniamos derecho á la gloria) perdimos este derecho, y quedamos excluidos della. De donde nace que los niños que mueren sin agua de baptismo, van al limbo; porque no teniendo gracia, no se les da la gloria.

Tambien perdida la gracia se pierde la caridad, con la cual el hombre amaba mas á Dios que á sí y que á todas las cosas; y agora vuélvese el negocio al reves; porque perdida la caridad, y con ella la justicia original, que enfrenaba la sensualidad, viene el hombre á amar mas á sí que á Dios y que á todo lo al, y pone á sí en lugar de Dios, y atribuye á sí el amor que debia á solo Dios. Item, perdida la gracia pierde todas las habilidades y dones que tenia para bien obrar; y así queda manco y inútil para todo merecimiento, puesto caso que la fe y la esperanza no se pierda por cualquier culpa. Mirad pues agora vos, ¿qué tal quedaria una galera si le quitásedes los remos, y los remadores, y el mástil, y las velas, y el gobernalle con toda la otra jarcia? Quedando así, ¿cómo podria navegar? Pues tal quedó el hombre cuando perdió toda esta jarcia espiritual de dones y gracias con que Dios lo habia criado, para vivir vida merecedora de gloria eterna. De aquí nace la dificultad que tenemos para hacer obras merecedoras deste summo bien; pues con tantas voces y clamores de predicadores, y con tantas promesas, y amenazas, y beneficios, y azotes de Dios, hay tan pocos que enteramente se ofrezcan á su servicio.

Tambien perdida la justicia original (que era freno de los apetitos de nuestra carne), queda esta bestia fiera tan suelta y desórdenada, que (quitado el demonio aparte) no hay en el mundo cosa mas furiosa, mas desenfrenada y dañosa que ella. Y de aquí nace un enjambre de apetitos y pasiones tan vehementes, que á algunos parece que no les pueden resistir, y que son forzados á pecar: no siendo ello así; pues Dios crió al hombre con libre albedrío, y le dijo (*b*) que debajo de su señorío tendria su apetito, aunque esto con su favor y gracia. Y sobre todos estos males quedó con una inclinacion habitual de amar mas á sí que á Dios: que es la mayor desórden y miseria de la vida humana, y es un manantial y seminario de todos los pecados del mundo. Esto alegaba David en el salmo 50 de su Penitencia, para algun descargo de su culpa, diciendo: Mirad, Señor, que soy concebido en pecados, y que en maldades me concibió mi madre. Significando por estas palabras la flaqueza y malas inclinaciones que nos vinieron por el pecado original. El cual significó por nombre de pecados, porque, como los teólogos dicen (*c*), el pecado original es un solo pecado; mas es todos los pecados en potencia, porque de todos ellos es principio y causa.

Este es pues el fundamento para entender el misterio de nuestra redempcion, y uno de los principales artículos de nuestra fe, la cual confiesa que todos los hijos de Adam nacen con esta dolencia y verdadero pecado.

CAPITULO IV.

De la primera esperanza de salud que nos fué dada despues del pecado.

Con ser tal la desgracia de nuestra concepcion y nacimiento, plugo á la inmensa bondad y clemencia de nuestro Criador, que no aguardase mucho tiempo á darnos la buena nueva de su determinacion; sino luego en el fragante delicto dió al hombre caido esperanza de remedio, cuando dijo á la serpiente (ó mejor decir al demonio, que vino en aquella figura) estas palabras (*a*): Yo pondré enemistad entre tí y la mujer, y entre su simiente y la tuya; y esta te quebrará la cabeza, y tú andarás siempre acechando á sus calcañares, que es, armándole lazos en todos sus pasos y caminos. Esta sentencia de Dios pronunciada contra el demonio es de grande consideracion; porque estaba el demonio muy ufano desta victoria, viendo que venciendo á aquel hombre en quien estaba todo el mundo, quedaba príncipe y vencedor del mundo. Gloriábase tambien de su potencia, viendo que habia podido, á su parecer, mas que Dios; pues habia sido parte para impedir los intentos y consejos divinos. Gloriábase otrosí, de ver cuán sabiamente habia acabado aquel negocio, derribando lo fuerte con lo flaco, que es pervertiendo al hombre por medio de la mujer, y haciéndose por ella señor de ambos. Dale pues Dios por estas palabras á entender que él le quitaria todas estas ufanías, quebrantándole la cabeza, que es, destruyendo su poder, y librando al hombre de su tiranía, y restituyéndole en su dignidad y gracia; añadiendo que esta victoria alcanzaria dél, no por ángeles, ni arcángeles, por los cuales ya

(*a*) Ephes. 2. Coloss. 2.

(*b*) Genes. 4. (*c*) Aug. de Civit. Del lib. 22. cap. 22. 23. D. Thom. 1. 2. quæst. 82. art. 2. ad 1. et 2. dist. 33. quæst. 1. art. 3. ad 1. etc.

(*a*) Genes. 3.

una vez habia sido vencido y derribado del cielo (*b*), sino por otra mujer y otro hombre. Como si dijera: ¿Gloriaste que por una mujer flaca triunfaste del mundo? Pues yo te quitaré esa gloria; porque el fructo de otra mujer flaca triunfará de tí, con lo cual perderás toda esa ufanía. Porque mayor confusion tuya será que el fructo de una flaca mujer triunfe de un espíritu, que no un espíritu de una flaca mujer. Así que en estas palabras, usando Dios de justicia y misericordia (*c*), como suele en todas sus obras, castigó al hombre con justicia, y prometióle remedio con misericordia; y desta manera el hombre quedaba libre, y el demonio confundido, y Dios vencedor y señor de todo lo que habia determinado.

Esta fué despues de aquella general caída la primera luz, la primera misericordia, la primera gracia, la primera prenda de esperanza que la divina bondad dió al mundo, y señaladamente á aquellos que primero fuéron matadores de sus hijos, que padres. Desta primera promesa no tenemos mas de que habia de ser hombre y no ángel el que nos habia de dar remedio; pues tambien habia sido hombre el causador de nuestro daño. Mas procediendo el tiempo, fué Dios declarando mas en particular las circunstancias y cualidades deste nuevo hombre.

Pues para esto determinó escoger un pueblo particular en el mundo, de cuyo linaje este reparador naciese, y en el cual se denunciasen las profecías y señales por las cuales habia de ser conocido cuando viniese. Para tratar desto notarémos tres cosas. La primera, que fué costumbre en los tiempos antiguos, ántes de la ley, y despues de la ley, pedir los hombres señales sobrenaturales á Dios, para certificarse mas de sus promesas. Así pidió señal á Dios el patriarca Abraham sobre la promesa que le hizo de la tierra de los cananeos (*d*). Así tambien la pidieron Gedeon, y Ecequías, y Zacarías, padre de Sant Juan Baptista, para certificarse en otras promesas (*e*). Y el mismo Señor á veces las ofrecia sin que se las pidiesen: como lo hizo á Moysen, enviándolo por su embajador á Faraon (*f*). Desta manera tambien dió Samuel señales á Saul, para certificarle que Dios lo habia elegido por rey de su pueblo: cosa que él mucho extrañaba, por ser del mas pequeño tribu de Israel, y tan pobre, que á la sazon andaba en busca de las asnillas de su padre. Pues para vencer el Profeta esta incredulidad, dióle no una sola, sino tres señales por estas palabras (*g*): Para que creas que Dios te ha elegido por rey de su pueblo, doite primeramente por señal, que partiéndote de mí, como llegares á la sepultura de Raquel, hallarás dos hombres que te darán nuevas cómo las bestias que andabas buscando parecieron ya, y que tu padre anda agora muy solícito preguntando por tí. Y pasando adelante, y llegando á una encina que está en el monte Tabor, hallarás al pié della tres hombres que van á sacrificar á Dios á Betel: el uno de los cuales lleva tres tortas de pan en la mano, y el otro tres cabritos, y el otro un cántaro de vino; y convidarte han con dos panes, y tomarlos has de su mano. Y pasando mas adelante, llegarás al collado que se llama de Dios, y hallarás ahí un coro de profetas que están profetizando, con muchos instrumentos de música que llevan delante de sí; y decenderá sobre tí el espíritu de Dios, y profetizarás tambien con ellos, y mudarte has en otro hombre. Pues cuando vieres cumplidas todas estas señales, entiende que esto que te he dicho del reino, es de parte de Dios; porque no pudiera yo darte estas señales sin especial lumbre suya. Pues así como proveyó Dios destas tres señales tan claras, para que este hombre conociese que era escogido de Dios para rey de su pueblo, así proveyó este mismo Señor, no de tres, sino de muchas mas y mas eficaces señales, para conocer al verdadero Rey Mesías cuando viniese al mundo, tanto mas claras y mas eficaces, cuanto el negocio era de mayor importancia: despues de las cuales, no reconocer á este Señor, es tanto mayor incredulidad cuanto las señales son mucho mas en número y mas claras.

Estas señales nos dieron los profetas (que fuéron hombres sanctísimos, enviados por Dios para reprehender los pecados de los hombres), los cuales llenos del espíritu de Dios profetizaron todas las cosas que pertenecian al misterio de la venida del Salvador. Y haber tenido ellos este espíritu profético, vese por el cumplimiento de las cosas que muchos tiempos ántes profetizaron, así en las cosas que tocaban á su gente, como á otras gentes, segun que lo hallamos escripto en las historias, así sagradas como profanas: segun parece en la profecía del reino de Ciro, que fué muchos años ántes que él naciese, y en otras semejantes (*h*). Lo mismo tambien se ve por la manera de su vida, que fué pobre y humilde, y tan ajena de cobdicia, que nada quisieron deste mundo. Por do parece cuán léjos estaban de engañar los que ningun otro fructo temporal esperaban de su oficio, sino destierros, persecuciones y muertes. Cuyos trabajos refiere el Apóstol, diciendo (*i*) que padecieron escarnios, azotes, prisiones y cárceles, y que fuéron apedreados, aserrados, tentados y muertos á cuchillo; y que andaban por las sierras, y cuevas, y lugares desiertos, vestidos de pieles de ovejas ó de cabras, necesitados, angustiados y afligidos: de los cuales no era merecedor el mundo. Hasta aquí son palabras del Apóstol, las cuales bastantemente declaran cuán ajenos de todo interese estaban estos sanctos. Mas la causa desta persecucion era la reprehension de los pecados públicos, y la doctrina de la virtud: que no es ménos molesta á los hombres viciosos, que la lumbre clara á los ojos enfermos.

Es tambien digna de reverencia su antigüedad; porque (como dice Sant Augustin) fuéron mucho ántes que los filósofos del mundo: lo cual se entiende por la antigüedad del pueblo de los judíos. Porque de Sem, hijo de Noé, hasta Abraham hubo nueve generaciones. Despues del cual se siguió el captiverio de Egipto, que duró cuatrocientos años. Los cuales acabados, salió todo el pueblo, y conquistó la tierra de promision (*k*): que fué setecientos y diez y ocho años ántes de la fundacion de Roma. Y en todo este tiempo siempre hubo profetas de Dios en este pueblo; de los cuales no tenemos agora mas que diez y seis, cuatro mayores y doce menores; y todos ellos así como profetizaron con un mismo espíritu, así conciertan en las profecías que nos dejaron de Cristo, como adelante mostrarémos alegando sus testimonios.

La segunda cosa que habemos de notar es, que pues todas las obras de Dios son perfectísimas, tales señales nos habia de dar para conocer este Señor, que clarísimamente lo conociésemos (si nuestra malicia y obstina-

(*b*) Esaí. 14. Apoc. 12. (*c*) Psalm. 24. (*d*) Genes. 15. (*e*) Judic. 6. Esaí. 38. 4. Reg. 20. Luc. 1. (*f*) Exod. 3. 4. (*g*) 1. Reg. 10.

(*h*) Esaí. 44. (*i*) Hebr. 11. (*k*) Aug. de Civ. Dei. l. 18. c. 31.

cion no lo impidiesen), pues este conocimiento era el principio y fundamento de todo nuestro remedio, sin el cual era imposible salvarnos. Y digo si nuestra malicia no lo impidiese, porque cuando esta reina, no hay razon, ni milagro, ni cosa que baste: como lo vemos en Faraon, el cual despues de otras muchas plagas y milagros, viendo abrirse los mares para hacer camino al pueblo de Israel, todavía perseveró en su obstinacion (*l*).

§. I.

Certidumbre de las escripturas de los profetas que anunciaron los misterios de Cristo.

La certidumbre destas señales delaró el Señor á aquellos dos discípulos que iban al castillo de Emaús, desconfiados ya del remedio que esperaban; á los cuales reprehendió él con estas palabras (*m*): ¡Oh locos y tardíos de corazon para creer lo que dijeron los profetas! ¿No estaba claro que desta manera convenia que Cristo padeciese, y que así entrase en su gloria? Y comenzando dende Moisen, y discurriendo por todos los profetas, declarábales las escripturas que dél hablaban. Este modo de hablar del Salvador con esta vehemencia, descubre la claridad con que los profetas denunciaron este misterio. Y así confesaron despues los discípulos (*n*) que ardian sus corazones con especial calor y devocion, cuando el Señor les declaraba estas profecías. Y el mismo Señor, conociendo la eficacia dellas, hizo á sus mismos contrarios jueces de su causa, diciendo (*o*): *Escudriñad las Escripturas; porque ellas son las que dan testimonio de mí.*

Por esta causa los apóstoles usaban deste testimonio para persuadir y fundar la fe de Cristo. Y así escribe Sant Lúcas en los Actos de los Apóstoles (*p*), que viniendo Sant Pablo á Tesalónica, y entrando en la sinagoga de los judíos, predicó en tres sábados este misterio: probando por las Escripturas, que convenia que Cristo padesciese, y resucitase de los muertos; y que este era Jesus, á quien él predicaba. Y escribe luego Sant Lúcas que muchos de los judíos creyeron, y se juntaron con el Apóstol, y gran muchedumbre de gentiles, y muchas mujeres nobles. Y un poco mas abajo escribe que unos hombres nobles desta misma ciudad recibieron la palabra de Dios con grande fervor y devocion, escudriñando cada dia las Escripturas, para ver la concordia dellas con el misterio de Cristo. Y en el capítulo siguiente (*q*) se escribe de un judío llamado Apolo, natural de Alejandría, varon elocuente y muy diestro en las Escripturas (de quien hace mencion Sant Pablo en la epístola á los corintios, diciendo (*r*): Yo planté, y Apolo regó las plantas), el cual Apolo con gran fervor de espíritu enseñaba en la ciudad de Efeso la fe de nuestro Salvador. Y venido él á Corinto, hizo gran fructo en los que habian creido, porque poderosamente convencia los judíos en público, mostrando por las Escripturas que Jesus era Cristo, que es el rey Mesías prometido en la ley. Lo sobredicho son palabras de Sant Lúcas. Lo cual todo sirve para que se entienda cómo por las Escripturas suficientísimamente se prueba el misterio de Cristo.

Y si esto bastaba para creer en aquel tiempo, agora tenemos muchas mas causas para ello; porque entónces no estaban aun declaradas las hazañas que habia de obrar el Salvador én el mundo (que eran la destruicion de los ídolos, el conocimiento del verdadero Dios, la sanctificacion de muchas ánimas, y el castigo famoso del pecado de los que le crucificaron); lo cual todo vemos agora cumplido. Y así por estas señales entendemos ser ya venido el que segun el testimonio de los profetas habia de obrar estas cosas tan señaladas, y tan notorias en el mundo. En lo cual se ve cuánta sea la fuerza de las Escripturas para probar el misterio de Cristo; pues aun ántes destas obras tan principales bastaban para hacer que fuese creido. Y lo que mas es, no solo creido de los judíos, que daban crédito á las Escripturas, sino tambien de los gentiles que no las habian recebido. Porque viendo cumplidas muchas otras cosas en la persona, vida y muerte de Cristo (que muchos años ántes estaban profetizadas), entendian que la virtud de Dios entrevenia aquí; pues nadie podia saber lo que estaba por venir, sino él.

Finalmente son tan manifiestas y tan ciertas las profecías y señales que nos fuéron dadas para conocer el Salvador, que pudieran los enemigos de nuestra religion decir que estas profecías habian sido invencion de los cristianos para confirmar la fe de su religion. Mas porque esto no se pudiese decir, ordenó la divina Providencia que los mismos enemigos de nuestra fe confesasen la verdad destas Escripturas, que son las mismas que los cristianos tenemos. Y así ellos traen consigo el testimonio de su condenacion, y el de nuestra verdad y justificacion. Y en este sentido declara Sant Augustin las palabras de David (*s*), el cual pide á Dios en un salmo, que no mate los testigos desta verdad (que son los hebreos), porque no perezca juntamente con ellos el testimonio de las sanctas Escripturas.

Y no contento el Señor con el testimonio de los profetas, quiso que contestase con ellos el de las sibilas, que testifican lo mismo (como adelante verémos), para que pues el Criador de todos venía para comun salud y remedio de judíos y gentiles, en ambas gentes hubiese profetas que profetizasen sus obras y maravillas. Porque sibila (segun la interpretacion de algunos) quiere decir profetisa, ó intérprete de los consejos de Dios.

La tercera cosa que se debe notar es, que pues Dios nos daba ciertas señales para conocer este reparador, no habia de permitir que hubiese en el mundo persona en quien todas estas señales concurriesen. Porque decir otra cosa, sería poner falta en la infinita sabiduría de Dios, la cual nos daba señales defectuosas, que pudiesen caber en otra alguna persona: que sería grande blasfemia. Y era tambien disculpar al hombre, que por estas señales reconociese por Salvador al que no lo era; pues en él concurrian las señales dadas.

Presupuestos agora estos avisos, decimos que queriendo Dios criar un pueblo donde este reparador naciese, y donde fuese profetizado, escogió una cabeza y un comun padre dél, que fué el patriarca Abraham (*t*); y mandóle salir de su tierra, y venir á morar en la tierra de promision, que habia de dar á sus descendientes, diciéndole estas palabras: Sal de tu tierra, y de entre tus parientes, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostrare; y hacerte he padre de muchas gentes, y bendecirte he, y engrandeceré tu nombre y serás

(*l*) Exod. 14. (*m*) Luc. 24. (*n*) Ibidem. (*o*) Joann. 5. (*p*) Act. 17. (*q*) Act. 18. (*r*) 1. Cor. 3.

(*s*) Aug. sup. Ps. 58. Serm. 1. in fin. tom. 8. (*t*) Gen. 12.

bendito. Bendeciré á los que te bendijeren, y maldeciré á los que te maldijeren, y en tí serán benditos todos los linajes de la tierra. La cual promesa declaró Dios mas perfectamente cuando despues de aquel insigne sacrificio en que el sancto Patriarca estuvo aparejado para sacrificar su hijo, le confirmó Dios (v) con un solemne juramento la misma promesa por las mismas palabras, añadiendo que por un hijo que dél naceria, serían benditos todos los linajes de la tierra: y ser así benditos es ser salvos, y sanctificados, y reconciliados con Dios; porque esta es la verdadera bendicion, sin la cual no hay cosa que este nombre merezca. Esta bendicion declaró en su cántico Zacarías (x), padre del sancto Baptista, cuando tratando del beneficio de la redempcion, dijo que entónces cumplió Dios el juramento hecho á Abraham, que era librarnos del temor de nuestros enemigos; para que así le sirviésemos con sanctidad y justicia todos los dias de nuestra vida. Porque esta es la verdadera bendicion que de tal Salvador se habia de esperar; pues por el mérito de la sanctidad y justicia, se da la bienaventuranza de la gloria, que es el último fin para que el hombre fué criado. Y es tambien aquí de notar que no dice que será por este Señor bendito un linaje de gente, sino todos los linajes de la tierra: para que por este y por otros muchos testimonios que adelante notarémos, se vea que este Señor no vino á salvar una sola gente, sino todas las gentes que él habia criado á su imágen y semejanza, y hecho capaces de su gloria. Ca de otra manera en vano las habia criado con la capacidad de tan grande bien, si las excluyera deste remedio. Y esta misma promesa renovó al patriarca Jacob por las mismas palabras, cuando le mostró en sueños aquella escala que llegaba de la tierra al cielo, diciéndole (y) que dél naceria un hijo en quien todas las gentes fuesen benditas.

Este patriarca Jacob, nieto de Abraham, tuvo doce hijos varones; y ya entónces comenzó Dios á particularizar mas el linaje de donde el Salvador habia de nascer, que fué de uno de aquellos doce hijos llamado Judás. Y así estando el sancto Patriarca para morir, diciendo á cada uno de sus hijos lo que le habia de suceder, llegando á este dijo (z): No se quitará el sceptro de Judá, y el príncipe que dél decendirá, hasta que venga el que ha de ser enviado; el cual será esperanza de las gentes: que es el rey Mesías, como la interpretacion caldea declara.

Al fin deste capítulo advierto al cristiano lector que en las profecías que aquí alegarémos, no busque elegancia de palabras; porque no consiente la sinceridad de la verdad añadir una tilde á lo que en ella se denuncia, si no fuere alguna palabra que sirva para declarar la sentencia. Mas las otras autoridades podrémos alegar con alguna mas libertad, para que mejor se entiendan. Tambien aviso, que en las autoridades de la Escriptura que aquí se traen, no procuro declarar cada palabra, sino cuando es algo escura; porque lo contrario sería cosa muy prolija. Basta que sirvan al principal propósito para que se alegan.

CAPITULO V.

De otras mas particulares señales y profecías del Salvador.

Agora descenderémos á tratar mas en particular de las profecías que precedieron la venida del Salvador: que son tambien señales por donde habia de ser conocido. Destas señales unas son del linaje de que habia de decendir, otras de su nascimiento, otras de su vida, otras de su muerte, otras de lo que se habia de seguir despues de la muerte, y otras (aun mas claras) de lo que habia de obrar en el mundo despues de su muerte; y finalmente otras no ménos evidentes del tiempo en que todo esto se habia de cumplir. Pues de todas estas señales y profecías tratarémos aquí brevemente.

Y cuanto á la primera (que es del linaje) no hay para que alegar autoridades, porque todos confiesan que habia de nascer del tribu de Judá, y del linaje de David, que deste tribu decendia. Y por eso en las Escripturas de los profetas (a) es llamado y prometido debajo del nombre de David: significando al hijo por el nombre de su padre. Esta condicion de linaje se pudo muy bien averiguar al tiempo que el Salvador nasció, cuando estaban las listas de los linajes y familias distinctas y conocidas; lo cual agora no pudiera ser, por estar confusas y derramadas por el mundo, mayormente habiendo mandado el emperador Vespasiano buscar y matar todos los del linaje de David; porque no tomasen los judíos ocasion de esto para amotinarse, y rebelar contra el imperio Romano, como escribe Josefo.

Cuanto al nacimiento, primeramente consta que habia de nascer en Betlehem, como claramente lo testifica la profecía de Miqueas por estas palabras (b): *Tú Betlehem, tierra de Judá, pequeñuela eres entre los otros millares de pueblos de Judá; mas de ti saldrá un caudillo que rija á mi pueblo de Israel.* Otra señal hay tambien digna de tal Señor: conviene á saber, que naceria por virtud del Espíritu Sancto de una vírgen: lo cual profetizó Esaías, diciendo á los hombres incrédulos que Dios daria una señal de sus promesas, y la señal sería (c), *que una vírgen concibiria y pariria un hijo, cuyo nombre sería Emánuel* (d): *que quiere decir Dios con nosotros.* Ni esta profecía se puede entender de otra manera; pues es dada con tanta majestad de palabras (como escribe Esaías) por señal de Dios; porque no siendo así, ¿qué señal era parir una doncella un hijo por la via comun de las otras mujeres? Ni es cosa nueva en la Escriptura dar señales de las cosas que están por venir, para certificar las presentes; porque así lo hizo Dios con Moysen cuando lo enviaba por su embajador á Faraon sobre la liberacion de su pueblo, diciendo (e): Anda, vé, que yo seré contigo; y esto tendrás por señal de haberte yo enviado, que cuando hubieres sacado á mi pueblo de Egipto, ofrecerme has sacrificio en este monte donde agora estás.

Esta misma concepcion y parto virginal profetizó Hieremías, cuando dijo (f): *Una cosa nueva ha obrado Dios sobre la tierra; y esta es que una mujer ha de cercar un varon.* Pues ¿qué novedad es esta nunca jamas vista, sino que una bendita mujer por sola virtud de Dios encerraria en sus entrañas un varon, que es este Señor de que aquí tratamos? Porque esta tan gran novedad y gloria nunca vista en el mundo, ¿para quién estaba guardada, sino para quien venía á ser Salvador del mundo? Esto tambien nos declaró el profeta Ecequiel por sus figuras, describiendo la traza de aquel místico y maravilloso templo que Dios le mostró, donde

(v) Gen. 22. (x) Luc. 1. (y) Gen. 28. (z) Gen. 49.

(a) Esaí. 55. Hierem. 33. Ezech. 34. Osee 3. (b) Michæ. 5. Matth. 2. Joan. 7. (c) Esaí. 7. (d) Matth. 1. (e) Exod. 3. (f) Hierem. 31.



entre otras cosas dice así (g): *Mandóme el Señor volver por el camino que guiaba á la puerta del santuario exterior, que miraba hácia la parte de Oriente, la cual puerta estaba cerrada; y díjome el Señor: Esta puerta estará cerrada, y nunca se abrirá, y ningun hombre entrará por ella; porque el Señor Dios de Israel entró por ella.* Pues ¿qué otro Dios de Israel entró por esta puerta, sino Cristo, Dios y hombre verdadero? Porque Dios en aquella su eterna esencia y naturaleza, ni entra, ni sale, ni se mueve; pues él hinche cielos y tierra.

Esta misma concepcion de vírgen nos representa tambien aquella piedra cortada del monte, sin manos (h): de la cual dice Daniel que destruyó la estatua de Nabucodonosor, y despues creció tanto, que hinchió el mundo.

Por la cual piedra entienden todos los doctores católicos y hebreos el reino de Cristo (como adelante verémos); y decir que fué cortada de un monte, sin manos, ¿qué otra cosa pudo representar mas al proprio, que la concepcion deste nuevo rey, que fué por virtud del Espíritu Sancto, sin obra de varon?

Este es aquel gran secreto que Salomon con toda su sabiduría dice (i) que de todo punto no alcanzaba. Porque confesando que tres cosas le eran dificultosas de entender: que eran, *el camino del águila por el aire, y el del navío por el agua, y el de la culebra por la piedra*, añade el cuarto (que dél todo le era encubierto), que era, *el camino del varon en la doncella*, ó (como traslada Pagnino) *en la vírgen*; porque no sabía cómo este varon de quien habla, entró en la vírgen, ni cómo salió della. Con estas comparaciones quiso declarar este gran sabio cuán incomprehensible era el misterio deste parto virginal. Porque claro está que nadie puede conocer el rastro del camino por do vuela el águila, ni el del navío por el agua, ni el de la culebra sobre la piedra. Pues diciendo este sabio que estos caminos le eran dificultosos de conoscer (siendo á la verdad imposible), y que el cuarto camino del todo ignoraba, da á entender cuánto mas incomprehensible es este camino que los otros: que es el misterio de la concepcion y nacimiento del Salvador; donde confesamos que la Vírgen nuestra Señora, así despues del parto, como ántes del parto, fué purísima vírgen. Porque el que venia á sanar y restaurar todas las cosas quebradas, no habia de menoscabar la integridad de su sanctísima Madre. Y por eso el que salió del sepulcro estando cerrado y sellado con la piedra que estaba sobre él, pudo tambien salir de las entrañas de la madre, salva la integridad de su pureza virginal. Y pues Salomon confiesa que no alcanzaba la entrada y salida deste camino, no es mucho que no la alcance la rudeza de nuestro entendimiento, porque como dice Eusebio Emiseno: Muchas cosas puede Dios hacer, que nosotros no podemos entender.

Mas para creer esto tenemos un ejemplo muy proprio en un milagro que refiere Sant Augustin en el libro XXII de la ciudad de Dios, que en su tiempo acaeció. El cual cuenta él por estas palabras (k): En la ciudad de Cartago moraba una nobilísima señora, por nombre Petronia, la cual padecia una grave enfermedad á que los físicos no sabian dar remedio. A esta señora dió por remedio un judío que hiciese un torzal de sus cabellos, y metiese dentro dél un anillo, y lo trajese ceñido á las carnes. Ella con el deseo de la salud, dando crédito á esto, lo hizo así. Y partiendo de Cartago una vez para visitar las reliquias de Sant Estéban, llegó á un rio que corria junto á una heredad suya, donde reposó aquella noche. Y levantándose al otro dia para proseguir su camino, vió el anillo que traia ceñido, á sus piés; y maravillada desto, tentó aquel torzal que traia ceñido, y vió que estaba muy bien atado con sus ñudos, como ella lo habia ceñido. Entónces creyó que el anillo se habia quebrado, y así podia haberse caido. Y tomándolo en la mano, vió que estaba entero y sano; y tomó este tan evidente milagro por prenda de la salud que deseaba; y luego echó en el rio, así el anillo como el torzal de los cabellos con que estaba atado. Este milagro alega Sant Augustin con mucha razon para convencer á los que no creen haber el Salvador resuscitado estando cerrado y sellado el santo sepulcro, ni salido de las entrañas de nuestra Señora, salva la entereza de su pureza virginal. Infórmense pues los incrédulos, dice este sancto, de lo que á esta señora acaesció, noblemente nacida y noblemente casada, grande en su persona, y grande en la ciudad donde moraba; y por este milagro tan semejante á los dichos crean que pudo hacer para gloria suya lo que hizo para la de su siervo Sant Estéban. Porque quien pudo sacar el anillo sin rotura de la cinta, pudo sacar su cuerpo glorioso cerrada la puerta del sepulcro, y sin menoscabo de la integridad de la Vírgen.

Mas agora considere el discreto lector cuán conveniente cosa era que el Hijo de Dios, habiendo de tomar carne humana, no naciese por la ley comun de los otros hombres, que ni carece de fealdad ni de pecado: sino que fuese concebido por otra mas excelente y nueva manera, que es de madre vírgen, y vírgen purísima, por sola virtud del Espíritu Sancto. Por lo cual con mucha razon se dice, que si Dios habia de nacer de mujer, habia de ser de vírgen; y si vírgen habia de parir, habia de parir á Dios; y no era imposible al Todopoderoso obrar esta maravilla. Porque quien al principio del mundo crió la mujer del hombre, ese mismo en el fin del mundo formó al hombre de la mujer.

Prosiguiendo pues las señales del nacimiento del Salvador, otra profecía dice, que sería muerta á cuchillo en Betlehem gran muchedumbre de niños, por ocasion del nascimiento deste nuevo Rey: lo cual profetizó Hieremías por estas palabras (l): *Una voz fué oida en Ramá de grandes llantos y aullidos, con los cuales Raquel lloraba á sus hijos; y no quiso admitir consolacion por verlos muertos.* Y entiende aquí el Profeta por el nombre de Raquel la tierra de Betlehem, donde ella parió á Benjamin, y donde fué sepultada. Esta matanza y crueldad nunca vista fué por ocasion de haber venido aquellos sanctos Magos (m) á Hierusalem, preguntando por el nuevo rey de los judíos, que era nascido. Por lo cual Heródes (que era rey extranjero, del linaje de idumeos) recelando que los judíos se levantarian contra él en favor de su rey natural, usó deste medio para que entre estos niños nacidos en el lugar de Betlehem y su comarca, matase tambien á este que habia nascido en la misma tierra. La cual matanza hallamos escripta en los libros de los gentiles; porque Macrobio en el segundo de los Saturnales cuenta que sabiendo el emperador César Augusto, que Heródes entre los otros niños que mandara matar, tambien matara un hijo suyo, dijo: En casa de Heródes

(g) Ezech. 44. (h) Daniel 2. (i) Prov. 30. (k) Aug. de Civit. Dei, lib. 22, cap. 8.

(l) Hierem. 31. Matth. 2. (m) Matth. 2.

mas vale ser puerco, que hijo: notando que como los judíos no matan puercos, fuera mejor librado el mozo siendo puerco, que siendo hijo.

Este dicho del Emperador sirve para que los infieles que no creen á los evangelistas, crean á sus historiadores; aunque sin este testimonio bastaba la razon; porque como esta matanza fuese tan pública, y tan sonada en el mundo, no osara el Evangelista referir esta historia; porque no siendo verdadera, tuviera contra sí el testimonio de todo el mundo: con lo cual totalmente desacreditaba su Evangelio, y hacia que todos lo tuviesen por fábula.

Donde es mucho tambien de notar la fama que en aquel tiempo por el mundo corria, diciéndose que de los oráculos divinos se sacaba que en aquel tiempo habia de nacer un nuevo rey en el mundo, á quien habian de adorar los hombres, si quisiesen ser salvados. Y Josefo, insigne historiador, judío de nacion y profesion, escribe que en aquella edad fué hallada en los libros sagrados una profecía, la cual denunciaba que del linaje de los judíos habia de nacer un rey que señorease el mundo.

Y Suetonio Tranquilo, escribiendo la vida de los emperadores Tito y Vespasiano, dice que esta misma fama corria por todo Oriente. Y Marco Tulio en el libro segundo de la divinacion dice que el intérprete de los versos de la Sibila testificaba lo mismo de parte dellas, puesto caso que Tulio, como amigo de la república, aborrecia este nombre de rey.

Demas destas hay otra profecía de una general paz que habia de haber en el mundo cuando el Salvador viniese á él. Y así profetizando Esaías la conversion de las gentes, y diciendo cómo habian de venir á Sion á aprender la verdadera religion y culto de Dios, dice (n) *que en aquel tiempo fundirian los hombres las espadas en rejas para labrar la tierra, y las lanzas en azadones, y que no levantaria gente contra gente espada, ni se ejercitarian mas en pelear.* Esto hallamos ser así en el imperio de César Augusto: el cual acabadas las guerras civiles en Roma, y vencido su competidor Marco Antonio y Cleopatra, gobernó el Imperio cuarenta y seis años con la mayor paz y sosiego que nunca hasta aquel tiempo se habia visto. Lo cual fué sapientísimamente ordenado por la divina Providencia, para que la predicacion del Evangelio corriese libremente por todas las naciones del mundo, estando todas debajo de una sola cabeza, y hechas todas como un solo pueblo; porque á estar de la manera que agora están, debajo de diversos y contrarios señoríos, ¿cómo pudiera la fe correr por todo el mundo? Estas pues son las profecías y señales del nascimiento de nuestro Salvador.

CAPITULO VI.

De las profecías de la vida de Cristo nuestro Señor.

Síguense las profecías de la vida del Salvador, de quien primeramente todos los profetas á una voz confiesan que sería sanctísima; y así por excelencia se llama en las Escrituras el Justo (a). Y David confiesa en el salmo 44 que *fué ungido con mas abundante gracia que todos los que participaron della.* Y Daniel (b) lo llama el Sancto de los sanctos, como al mas sancto, y sanctificador de los sanctos. Mas porque toda la Escritura á una voz predica la sanctidad y virtudes del Salvador, al presente no diré mas, que entre estas virtudes señaladamente es alabada su mansedumbre, que es la virtud que mas amables hace á los hombres, como era razon que lo fuese el Salvador dellos. Desta dice el mismo Dios por Esaías (c): *Veis aquí mi siervo escogido, que yo escogí, en quien mi ánima se agradó. No se desentonará en palabras con nadie, ni se oirá su voz en las plazas. La caña que estuviere cascada, no quebrará, y la torcida que estuviere humeando, no la acabará de apagar.* Por estas palabras declara el Profeta la mansedumbre del Señor: el cual, como dice Sant Pedro (d), *cuando le maldecian, no maldecia; y cuando padecia, no amenazaba; mas ántes se entregaba á quien injustamente le juzgaba.* De la misma mansedumbre trata Esaías en el capítulo LIII, como adelante verémos. Por razon desta virtud las Escripturas sanctas le llaman Cordero, y le figuran debajo deste nombre. Así lo llamó el sancto Baptista (e), y tambien el Evangelista, y ántes dellos Esaías, cuando dijo (f): *Enviad, Señor, al Cordero que ha de enseñorear la tierra.* Finalmente el mismo Señor ayuntó esta virtud con su hermana y compañera la humildad, y quiere que en estas virtudes le imitemos, cuando dice (g): *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon.* Por lo cual todos los que desean que en sus costumbres y vida resplandezca la imágen deste Señor, procuren cuanto les sea posible imitarle en esta virtud.

Otra profecía testifica que este Señor sería grande predicador de la palabra de Dios. Lo cual dice Esaías por estas palabras (h): *Verán tus ojos á tu maestro, y tus oídos oirán la voz del que te dirá: Este es el camino para ir á Dios: caminad por él, y no os desvieis ni á la diestra ni á la siniestra.* Lo mismo confiesa el profeta Joel, diciendo (i): *Vosotros, hijos de Sion, alegráos en vuestro Señor Dios; porque os ha enviado un doctor y maestro que os enseñará doctrina de sanctidad y justicia.* Y el mismo Señor en el salmo 39, hablando con el Padre, con muchas palabras declara la instancia con que se empleó en este oficio, diciendo: *Anuncié tu justicia en la iglesia grande, y tú sabes que no cerré mis labios para desistir deste oficio. No escondí tu verdad y tu justicia en medio de mi corazon; sino prediqué tu verdad, y la salud que me mandaste denunciar al mundo.* Otra profecía trata de las obras maravillosas que habia este Señor de obrar andando entre los hombres: que eran conforme á la dignidad de quien él era. Y estas refiere Esaías (k), el cual, acabando de profetizar la conversion de las gentes, añade luego estas palabras: *Decid á los flacos de corazon: Esforzáos, y no temais; porque vuestro Dios vendrá á tomar venganza de vuestros enemigos; el mismo Dios vendrá, y os salvará. Entónces se abrirán los ojos de los ciegos, y las orejas de los sordos. Entónces saltará el cojo como ciervo, y soltarse ha la lengua de los mudos.* Las cuales señales escriben los sanctos evangelistas, de cuya autoridad tratarémos en su proprio lugar. Otra profecía de Zacarías (l) confiesa que este Señor sería pobre, y como pobre entraria en Hierusalem, por estas palabras: *Alégrate mucho, hija de Sion, y alaba á Dios con fervor, hija de Hierusalem, y mira que tu Rey viene para ti justo y salvador. Y él viene pobre, asentado sobre una asnilla, y un hijuelo della.* Lo mismo confiesa el pro-

(n) Esai. 2. (a) Esai. 45. (b) Dan. 7.

(c) Esai. 42. (d) 1. Pet. 2. (e) Joann. 1. (f) Esai. 16.
(g) Matth. 11. (h) Esai. 30. (i) Joel 2. (k) Esai. 35.
(l) Zachar. 9. Matth. 21.



feta Hieremías (hablando con este mismo Señor) por estas palabras (m): *Esperanza de Israel, y Salvador suyo en el tiempo de la tribulacion, ¿por qué habeis de andar como peregrino en la tierra, y como caminante, que busca donde haya de reposar? Por qué habeis de ser como hombre que anda de un lugar á otro, y como fuerte, que no puede salvar?* Estas palabras no son de rico y poderoso; sino de pobre y flaco. Y desta manera convenia que viniese el Salvador; pues su venida era para enseñar el camino de la verdadera felicidad y sanctidad, la cual consiste, no en la posesion, sino en el menosprecio de los bienes del mundo, y en el tesoro y gusto de los bienes del cielo. Estas pues son las señales principales de su vida.

CAPITULO VII.

De las profecías de la muerte del Salvador, y de todas las cosas que entrevinieron en su sacratísima Pasion.

Como el Espíritu Sancto sabía muy bien el escándalo y tropiezo que el mundo habia de hallar en la pasion de Cristo, tuvo especial cuidado que los profetas escribiesen muy particularmente, así la manera de su muerte, como muchas otras circunstancias que entrevinieron en ella: de las cuales contarémos aquí once.

I. Porque primeramente, que él hubiese de ser muerto con violencia (que es lo que los infieles niegan) dícelo clarísimamente el profeta Daniel (a) en aquella maravillosa vision, que todos los doctores nuestros y hebreos confiesan ser de Cristo: de quien dice abiertamente que en medio de aquella hebdómada que él allí escribe, habia de ser muerto Cristo; y que no habia de ser su pueblo el que lo habia de negar. Lo mismo dice Esaías en el capítulo LIII, donde pone cuasi toda la historia y circunstancias de la sagrada Pasion: entre las cuales dice que *este Señor entregó su vida á la muerte.* Lo mismo dice Hieremías en sus Lamentaciones por estas palabras (b): *El espíritu de nuestra boca, Cristo nuestro Señor, fué muerto por nuestros pecados, á quien dijimos que debajo de su sombra viviríamos entre las gentes.*

II. El linaje de muerte escribe el profeta David en el salmo 21, el cual todo clarísimamente trata de la sagrada Pasion; donde hablando el Hijo con su eterno Padre dice: *Enclavaron mis piés y mis manos, y contaron uno á uno todos mis huesos;* declarando en esta postrera palabra, cuán estirado estuvo aquel sacratísimo cuerpo en el madero de la Cruz, pues le pudieron contar todos los huesos. Lo mismo confiesa el profeta Zacarías por estas palabras (c): *Preguntarle han: ¿Qué quieren decir estas llagas que tienes en medio de tus manos? Y él responderá: Estas llagas recebí en casa de aquellos que me amaban.*

III. Ni calló este profeta la herida de la lanza; porque hablando en persona de Dios, dice así (d): Yo derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Hierusalem espíritu de gracia y de oracion; y pondrán los ojos en mí, á quien atravesaron con una herida; y harán tan grande llanto sobre mí, como el que suelen hacer los padres sobre un solo hijo que se les muere.

IV. Otra circunstancia de la sagrada Pasion fué crucificar al Señor desnudo, y echar suerte sobre sus vestidos. Lo cual refiere el mismo Salvador en el salmo sobredicho (que todo trata deste misterio) por estas palabras (e): *Partieron los que me crucificaron mis ropas entre sí, y echaron suerte sobre mi vestidura.*

V. Y en el mismo salmo cuenta los vituperios y escarnios que hacian dél, por estas palabras: *Todos los que me vieron, hicieron escarnio de mí; y meneando sus cabezas decian: Pues él tiene esperanza en Dios, líbrelo del tormento que padece, y hágalo salvo, pues le ama (f).*

VI. En el mismo salmo declara este mismo profeta cuán abatido y despreciado habia de estar este Señor. Y así hablando en su persona, dice (g): *Yo soy gusano, y no hombre: oprobrio de los hombres, y desecho del mundo.*

VII. Otra profecía dice que entre otras crueldades que contra este Señor se habian de cometer, una era, *que le habian de dar á comer hiel y á beber vinagre.* Lo cual profetizó David en el salmo 68.

Y el profeta Esaías en el capítulo L representa en su propria persona las maneras de injurias y bofetadas que habia de padecer, por estas palabras: *El Señor me abrió las orejas, y yo no le contradigo, ni volví atras de su mandamiento. Mi cuerpo entregué á los que lo herian, y mis mejillas á los que me arrancaban las barbas. No aparté mi rostro de los que me injuriaban y escupian. El Señor Dios es mi ayudador, é por eso no seré confundido.* Estas palabras no pertenecen á Esaías; pues tales injurias no padeció él en su persona (mas ántes era muy honrado, y tenido en grande veneracion), sino á la persona de Cristo que él representaba.

VIII. Entre estas angustias no calló el profeta Zacarías (h) el desamparo de sus discípulos al tiempo de la Pasion. Y así, hablando en persona de Dios, dice: *Espada, levántate contra mi pastor, é contra el varon, que está conjuncto conmigo, dice el Señor de los ejércitos. Heriré yo al pastor, é derramarse han las ovejas de la manada (i).*

IX. Mas porque destas ovejas una se habia de convertir en lobo, y habia de entregar el cordero á otros tales lobos como él, no lo calló el profeta David, cuando en nombre del mismo Señor dijo (k): *El hombre pacífico é amigo mio, en quien yo tenia confianza, é que comia pan á mi mesa, ese se levantó contra mí.*

X. Y el precio por que habia de ser vendido profetizó Zacarías, el cual hablando en persona del mismo Señor, dice (l): *Pesaron el precio que se habia de dar por mí (que fuéron treinta reales de plata), y díjome el Señor: Arroja ese dinero en casa del fundidor. Donoso precio ese, con que fuí apreciado por ellos.*

XI. Y que por causa deste extremado abatimiento suyo no habia de ser conocido, profetizólo claramente Esaías diciendo (m): *Que su rostro estaba como escondido, é despreciado, é que por eso no fué conocido: ántes dice que fué tenido por leproso, y por hombre azotado de Dios, y humillado.* Lo cual fué ocasion de la ceguedad de los que no le recibieron, por el escándalo que concibieron de su Pasion.

Otras particulares circunstancias hay de la sagrada Pasion, las cuales profetizó Esaías con tanta claridad, que mas parece escribir historia de cosa pasada, que profecía de cosa venidera: por lo cual muchos con razon le llaman quinto evangelista. Será pues muy justo referir

(m) Hierem. 14. (a) Daniel 9. (b) Thren. 4. (c) Zach. 13. (d) Zach. 12.

(e) Psalm. 21 (f) Ibidem. (g) Ibidem. (h) Zach. 13. (i) Matth. 26. Marc. 14. (k) Psalm. 40. Psalm. 54. Joann. 13. (l) Zach. 11. Matth. 27. (m) Esai. 53.

aquí palabra por palabra lo que él dice; no solo para testimonio de la verdad, sino tambien para despertar con sus devotísimas palabras la devocion y compasion del piadoso lector.

§. I.

Profecía de Esaías de la Pasion de Cristo.

Comienza pues el profeta Esaías diciendo así (n): *Señor, ¿quién da crédito á las palabras que os oimos? Y el brazo del Señor ¿á quién ha sido descubierto?* Y luego comienza á declarar la dolorosa figura y trabajos del Salvador, diciendo así: *No tiene hermosura, ni belleza en su parecer. Pusimos los ojos en él, y vimosle desfigurado, y deseamos verle despreciado, y el mas abatido de los hombres: varon de dolores, y que sabe de enfermedades* (esto es, de fatigas y trabajos), *y su rostro estaba como escondido; por lo cual no conocimos quién él era. Verdaderamente él tomó sobre sí nuestras enfermedades, y llevó la carga de nuestros dolores; y nosotros le tuvimos cuasi por leproso, y azotado de Dios, y humillado. Mas él fué herido por nuestros pecados, y quebrantado por nuestras maldades. La disciplina causadora de nuestra paz cargó sobre él, y con sus llagas fuimos curados. Todos nosotros anduvimos descarriados como ovejas desmandadas: cada uno se desvió por su camino; mas el Señor puso sobre él las maldades de todos nosotros. Ofrecióse á la muerte porque él se quiso por su voluntad ofrecer á ella, sin abrir su boca. Así como oveja será llevado á la muerte; y como cordero delante del que lo tresquila enmudecerá, y no abrirá su boca.* Y luego un poco mas abajo vuelve el profeta á decir *que por las maldades del pueblo fué herido de Dios; porque nunca él cometió maldad, ni se halló engaño en su boca.* Y finalmente concluye el profeta este capítulo, hablando en persona de Dios, por estas palabras: *Con su sabiduría justificará este justo muchos siervos mios, y él tomará sobre sí la carga de los pecados dellos. Por tanto le entregaré el señorío de muchos; y él repartirá el despojo de los fuertes, por haber entregado su vida á la muerte, y haber sido tenido por uno de los malos.* Y en cabo dice el profeta que este Señor hizo oracion por sus mesmos perseguidores, porque no pereciesen.

§. II.

Explicacion de esta clarísima profecía.

Toda esta profecía trata tan claramente de la Pasion de Cristo, y de la dignidad y excelencia de su persona, que (como dijimos) mas parece historia de lo pasado, que profecía de lo venidero; porque todas estas cosas vemos referidas por los sanctos evangelistas. Y que su testimonio sea verdadero, demas de la fe, conócese por esta noble razon. Sabemos que es precepto de los oradores, y aun de todos los que pretenden persuadir alguna cosa, que disimulen y callen todo lo que puede prejudicar á su causa, y digan solamente aquello que la favoresce. Mas los sanctos evangelistas, sabiendo que la cosa que mas escandalizaba al mundo, y retraia á los hombres mundanos de la fe de Cristo, eran las ignominias y vituperios de su Pasion y muerte de cruz (la cual en aquel tiempo era tenida por mas abatida y deshonrada que lo es agora la horca), si ellos escribieran con espíritu humano, y con intento de engañar, callaran las injurias de la Pasion (que eran impedimento de la fe), ó tocaran sola la substancia dellas brevemente, y escribieran solamente los milagros que servian para ella. Pero no lo hicieron así, porque todos ellos fuéron mas diligentes en escribir los vituperios de la Pasion, que la gloria de los milagros (o); porque muchos milagros dejaron de escribir, ó notáronlos brevemente, y las injurias de la Pasion escribieron muy por menudo. En lo cual se ve que no escribieron (segun dijimos) con espíritu humano, sino divino; ni pretendian engañar al mundo, sino dar testimonio de la verdad. Porque aunque esta historia era escándalo para los infieles, era un grandísimo estímulo de amor y fuego vivo para abrasar los corazones en amor de quien tantas cosas por ellos padesció.

El cumplimiento y verificacion desta historia tantos años ántes profetizada, es tan grande argumento y confirmacion de nuestra fe, que por ella señaladamente se convirtió aquel tesorero mayor de la reina de Etiopía, declarándole Sant Filipe Diácono el misterio desta profecía (p). Mas con ser esto así, aquellos (cuyos ojos ha cegado el Príncipe de las tinieblas) viendo que esta profecía tan claramente los convencia, inventaron una tal interpretacion della, que no hay hombre, por rudo que sea, que no vea claramente su falsedad; porque dicen que las lástimas, y vituperios, y abatimiento que aquí el profeta refiere, no se entienden de Cristo, sino del pueblo de Israel, que despues de la destruicion de Hierusalem, anda descarriado, maltratado y abatido en el mundo. Contra la cual interpretacion militan todas las palabras y tildes desta profecía. Porque toda ella va declarando como es innocente el que padece, y el pueblo es por cuyos pecados padesce, como lo muestran abiertamente aquellas palabras que el Señor dice: *Por los pecados de mi pueblo lo herí*; y aquellas donde el profeta en su nombre y de su pueblo dice: *Todos nosotros como ovejas anduvimos descarriados, é el Señor puso sobre él la carga de todas nuestras maldades.* En lo cual se ve que no es aquí el pueblo el que padece; sino otro, que por los pecados dél padece. Item dice el profeta que *por las llagas deste que padece fuimos todos curados*: pues ¿cómo se puede verificar que por lo que este pueblo padesce, somos todos curados? Item, deste Señor se dice que *nunca cometió pecado, ni se halló engaño en su boca.* Pues ¿cómo se puede decir esto deste pueblo, en el cual hay pecados, y engaños, y tratos ilícitos, como en los otros pecadores? Item, deste Señor que padece se dice que *él por su propria voluntad se ofreció á la muerte, y la sufrió con tanta mansedumbre como la oveja que llevan al matadero.* Lo cual ¿cómo se puede verificar deste pueblo, que tan léjos está de querer voluntariamente padecer y ofrecerse á la muerte? Dice tambien el profeta que *desearon ver á este que padece, despreciado, y el mas abatido de los hombres, varon de dolores, é que sabe de enfermedades.* Lo cual en ninguna manera conviene á este pueblo; pues ninguna cosa mas desea que verse honrado y ensalzado sobre todos los hombres. Finalmente dice que este que así padece *rogó por sus perseguidores*, lo cual mucho ménos conviene á este pueblo; el cual tiene por estilo echar grandes maldiciones cada dia en sus ayuntamientos á todos los que no son de su secta.

Pues siendo esto así, y reclamando todas las palabras desta profecía á tan falsa interpretacion, ¿quién no ve cuán poderosamente ciega el demonio á los que están

(n) Esai. 53.

(o) Joan. ult. (p) Act. 8.

obstinados en su incredulidad? ¿Cómo ellos mismos no temen el remordimiento de su consciencia? ¿Cómo no se corren y avergüenzan de decir una falsedad tan manifiesta y tan desvergonzada? Mas cuando el ánimo está ciego y obstinado, no solamente palabras ni razones, mas ni milagros bastan para curallo.

Despues de toda esta profecía declara el profeta el fructo grande que destos trabajos se habia de seguir, y la abundancia de gracia que por Cristo se habia de dar al mundo, y así dice: *Si pusiere él su vida por los pecados, verá sus hijos é simiente que durará por largos tiempos, é la voluntad del Señor se encaminará é ejecutará prósperamente por medio dél. Y por cuantos trabajos su ánima padesció, verá é hartarse ha.* Quiere decir: Verá el cumplimiento de lo que tanto deseó (que es la salvacion de los hombres), y á quien obligaron á tan grande abundancia de trabajos, darle han abundancia de gracia para sus hijos. Y pues tanta hambre tuvo de la salud de los hombres el que por tales medios la procuró, dársele ha hartura de lo que tanto deseó.

Y añade mas el profeta, que no sería este solo el premio de sus trabajos, sino que tambien la ignominia de la cruz y la sepultura que se le dió en el lugar de los malhechores, sería honrada y glorificada en el mundo. Lo cual el profeta significó diciendo, que *su sepultura sería gloriosa*: por lo cual entiende no solo la sepultura, sino tambien la muerte y la cruz (que es adorada y glorificada en el mundo), pues de las espaldas de los malhechores pasó á las frentes y coronas de los emperadores (*q*).

CAPITULO VIII.

De las profecías que se cumplieron despues de la muerte y sepultura del Salvador.

Ni callaron los profetas lo que se habia de seguir despues de la muerte y sepultura del Salvador; porque primeramente David en el salmo 15 profetizó su resurreccion, donde hablando con Dios en persona de Cristo, dice: *Ponia yo al Señor siempre ante mis ojos; porque él anda siempre á mi lado derecho para que no pueda yo ser movido*, esto es, *para ampararme y defenderme. Por esto se gozó mi corazon, y se alegró mi lengua, y mi carne descansará con esperanza; porque no dejarás, Señor, mi ánima en el infierno, ni consintirás que tu sancto vea la corrupcion.* Las cuales palabras, como declara Sant Pedro Apóstol (*a*), en ninguna manera convienen á David; pues su cuerpo despues de sepultado fué subjecto á esta corrupcion, y hecho polvo, como el de los otros patriarcas. Y no solo la resurreccion, mas tambien la gloria de la ascension profetizó David con palabras de grande alegría, diciendo: *Todas las gentes dad palmas de regocijo, y cantad loores á Dios con voces de alegría* (*b*). La causa porque esto pide, es por la conversion de las gentes y por la subida deste triunfador al cielo, la cual significó diciendo: *Sube Dios á lo alto con voces de alegría y con sonido de trompeta.* Y en el salmo 67, que trata deste mismo argumento, y del triunfo de Cristo, junto con el misterio de la ascension, ayuntó la gracia y dones del Espíritu Sancto, que habia de enviar este Señor al mundo despues de subido al cielo. Y así hablando con él dice: *Subiste, Señor, á lo alto, y llevaste contigo tus prisioneros,* librándolos del cautiverio en que estaban detenidos (*c*). *Y recibiste dones para repartir con los hombres.* Despues de la subida al cielo se sigue la dignidad y gloria de Cristo, y el asiento á la diestra del Padre; el cual profetizó el mismo David abiertamente por estas palabras (*d*): *Dijo el Señor á mi Señor: Asiéntate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos por escabelo de tus piés.* Las cuales palabras á ninguna pura criatura pueden convenir, sino al Hijo de Dios, como en otro lugar dirémos.

Despues de la subida al cielo profetizó Joel la venida del Espíritu Sancto (*e*). El cual despues de haber dicho que nos alegrásemos en el Señor por habernos dado un Doctor y Maestro que nos enseñase la doctrina de la justicia, hablando en persona de Dios, dice así: *Despues desto succederá que derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros viejos soñarán sueños, y vuestros mancebos verán visiones. Y en estos dias derramaré mi espíritu sobre mis siervos é siervas* (*f*). Lo cual acaesció en la fiesta de Pentecostés, viniendo el Espíritu Sancto en forma visible de lenguas de fuego para inflamar los discípulos con fuego de caridad, y darles don de todas las lenguas del mundo, para que en todo él predicasen la gracia del Evangelio. Porque de otra manera, siendo casi tantas las lenguas de las gentes cuantas eran las naciones y provincias, ¿cómo pudieran los que no sabian mas que la lengua de su tierra predicar la fe en todas las naciones del mundo?

Y que esta historia de la venida del Espíritu Sancto en esta forma sea verdadera, demas de la fe, lo confirma esta clarísima razon. Porque Sant Lúcas (*g*), que la escribe, dice que cuando esto acaesció, moraban en Hierusalem judíos, y religiosos, y honradores de Dios, de todas las naciones que hay debajo del cielo, y dice que todos ellos quedaron atónitos desta tan grande maravilla, así del modo con que el Espíritu Sancto vino, como de la variedad de las lenguas. Pues si esto no pasara así en hecho de verdad, ¿cómo tuviera corazon el Evangelista para escribir una cosa, que si no fuera verdadera, tuviera contra sí tantos testigos que lo desmintieran, con lo cual desacreditaba y infamaba toda su escriptura?

Y que este mismo Espíritu se habia de infundir en los corazones de los fieles, profetizó tambien con clarísimas y divinísimas palabras el profeta Hieremías (*h*), el cual hablando en nombre de Dios, dice así: *Mirad que vendrán dias en que haré otro nuevo pacto y asiento con la casa de Israel. No como aquel que hice con vuestros padres, cuando los saqué de la tierra de Egipto, el cual ellos quebrantaron y yo me enseñoreé dellos; mas el concierto que con ellos haré, será este: Pondré mis leyes en sus entrañas, y escribirlas he en su corazon, y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.* Escribir Dios su ley, no en tablas de piedra, como en el tiempo pasado, sino en los corazones de los hombres, es decir que morará el Espíritu Sancto en ellos, y no solo les enseñará la ley divina, sino (lo que mucho mas importa) los inclinará y moverá á la guarda della. Lo cual nos representó en haber querido venir en forma de viento, cuya propriedad es mover todas las cosas; pues con él se mueven los navíos hasta el cabo del mundo. Y este divino movimiento nos era mas necesario que el cono-

(*q*) August. de Verb. Dom. in Matth. ser. 18. cap. 9. tom. 10.
(*a*) Act. 2. (*b*) Psalm. 46.

(*c*) Ephes. 4. (*d*) Psalm. 109. (*e*) Joel. 2. Act. 2. (*f*) Esai. 44.
(*g*) Act. 1. (*h*) Hierem. 31. Hebr. 8. 10.

cimiento; porque no pecan tanto los hombres por ignorancia del entendimiento, cuanto por falta y desgana de la voluntad. Lo mismo promete Dios en el profeta Ecequiel por estas divinas palabras (*i*): *Derramaré sobre vosotros una agua limpia, con la cual os alimpiaré de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros pecados, y daros he corazon nuevo, y pondré en medio de vosotros un espíritu nuevo, y quitaros he el corazon que teníades de piedra, y daros he corazon de carne, y pondré mi espíritu en medio de vosotros, para que andeis por el camino de mis mandamientos, y guardeis mis juicios* (que son mis leyes), *y los pongais por obra; y vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios.* Quiere decir: Vosotros haréis oficio de fieles siervos, y yo lo haré de fidelísimo y liberalísimo Dios y Señor. No parece que se podia profetizar con mas claras palabras la virtud y oficios dei Espíritu Sancto, que con estas. Pues esta tan grande abundancia de gracia ¿en qué tiempo y por cúyo medio se habia de dar á los hombres, sino cuando el Salvador prometido al mundo viniese á él, y nos la mereciese con el sacrificio de su Pasion? Y no carece de misterio, que así como el verdadero Cordero, que es Cristo, fué sacrificado el mismo dia que el cordero pascual (que era figura dél) se sacrificaba, para que en un mismo dia concurriese la figura con lo figurado: así el Espíritu Sancto (que es el autor de la ley de gracia) viniese el mismo dia que fué dada la ley de escriptura (que era el dia de Pentecostés), porque en el mismo dia que se dió la una ley, se diese la otra, para que con esto supliese la gracia lo que faltaba á la ley. En lo cual se ve la maravillosa correspondencia de los misterios del Testamento Viejo con el Nuevo, no solo en el cumplimiento de las cosas prometidas, sino tambien en el tiempo que se cumplian.

CAPITULO IX.

De las grandes y maravillosas hazañas que el Salvador habia de obrar despues de su venida al mundo.

Todas estas profecías susodichas y señales para conocer á Cristo, son particulares de su persona: que son, linaje, nascimiento, vida, muerte, resurreccion, subida al cielo y venida del Espíritu Sancto. Otras hay no ménos ciertas que las pasadas, pero mas claras para el conocimiento de su venida, por ser mas universales y mas notorias al mundo. Y estas son las hazañas y obras admirables que habia de obrar en él.

Y ántes que comencemos á referir los testimonios destas profecías, será necesario advertir al estudioso lector que los profetas, y señaladamente Esaías (que es el primero y mas elegante dellos, y el que mas claramente habló destas maravillas), unas veces las representa por palabras proprias y claras, y otras veces por comparaciones y metáforas de árboles silvestres y fructuosos, de bestias fieras y mansas, de tierras desiertas ó cultivadas. Por palabras proprias y claras lo representa cuando introduce el Padre Eterno hablando con su unigénito Hijo en cuanto hombre, diciéndole así (*a*): *Poco es que seas mi siervo, para resucitar los tribus de Jacob, é convertir el restante de los hijos de Israel. Porque yo te he dado para que seas luz de las gentes y salud mia hasta los fines de la tierra.* No se podia explicar con mas claras y proprias palabras la conversion del mundo que con estas. Mas por metáforas y comparaciones elegantísimas significa lo mismo. Del cual lenguaje usa por dos razones: la una por no repetir una misma sentencia muchas veces por las mismas palabras (que causaria hastío en los lectores), y la otra y mas principal, por engrandecer las cosas que profetiza, vistiéndolas y declarándolas con vocablos de cosas grandes. Porque cuando dice Dios por Esaías (*b*) que le glorificarán las bestias del campo, y los dragones y avestruces, engrandece la virtud de la divina gracia, que fué poderosa para que los hombres fieros, y soberbios, y ponzoñosos (cuales eran los gentiles) fuesen predicadores de la gloria de Dios, y imitadores de la pureza de los ángeles. Y para mas engrandecer los profetas estas obras, entendiendo con la lumbre que tenian la magnificencia dellas, arrebatados en espíritu las representan de tal manera, que despiertan á los hombres á alabar á Dios por este beneficio, y convocan todas las criaturas hasta las insensibles para esto: como se ve en el salmo 97 que adelante alegarémos.

§. I.

Profecías de las cosas que se siguieron á la muerte del Salvador.

Pues comenzando á tratar de las obras maravillosas que despues de la venida del Salvador se habian de obrar en el mundo, estas decimos que señaladamente habian de ser cinco. La primera es la destruicion de la idolatría. La segunda es introducir en el mundo el conocimiento del verdadero Dios, que era el Dios de Abraham y de Jacob. La tercera es extirpar los vicios que se seguian desa misma idolatría, y reformar las costumbres de los hombres. La cuarta es la subjeccion del imperio romano á la fe y conoscimiento de Cristo, figurada en aquella estatua que vió Nabucodonosor (*c*), la cual se cumplió en tiempo del grande emperador Constantino. La quinta es el castigo de los que procuraron la muerte del Salvador con la destruicion de la ciudad de Hierusalem y del sancto templo. Entre estas cinco obras tan notables, las tres primeras significan los doctores por un solo nombre, que es la vocacion ó conversion de las gentes: la cual por ser una obra de las mas grandes y magníficas de Dios, y la summa de todo el Evangelio, está denunciada por todos los profetas, mayormente por Esaías, como lo escribió Sant Ambrosio á Sant Augustin (*d*). Y por ser esta una de las obras mas admirables de la bondad y omnipotencia de Dios, y uno de los principales efectos de la venida del Salvador al mundo, y una de las cosas que mas abiertamente confirman la verdad de nuestra fe, y mas alegran y suspenden las ánimas religiosas, viendo el cumplimiento dellas, referirémos aquí algunas destas profecías, de muchas que así este profeta como los demas profetizaron desta vocacion.

Y así en el capítulo XLII introduce al Padre Eterno hablando con su Hijo humanado por estas tan magníficas palabras (*e*): *Esto dice el Señor Dios que crió los cielos y los extendió, y fundó la tierra con todas las cosas que ella produce. Yo soy el verdadero Señor que te llamé en justicia* (quiere decir, para que por tí se vea que soy justo y verdadero en mis promesas), *y te tomé por la mano* (dándote mi favor y ayuda), *y te guardé y te puse para que fueses reconciliador del pueblo, y luz de las gentes, y para que abrieses los ojos de los ciegos, y sacases á los presos de la cárcel donde vivian en tinieblas. Yo soy Dios, y no daré mi gloria á otro, ni mi alabanza á los ídolos. Las cosas que al principio prometí ya son cum-*

(*i*) Ezech. 36. (*a*) Esai. 49.

(*b*) Esai 43. (*c*) Dan. 2. (*d*) Libro 9. Confess. cap. 5. (*e*) Esai. 42.

plidas; y agora denuncio otras cosas nuevas ántes que vengan. Cantad al Señor cantar nuevo; y su alabanza suene en los fines de la tierra. Y un poco mas abajo repite cuasi la misma sentencia por estas palabras: *Yo guiaré á los ciegos por el camino que no saben, y haré que anden por los caminos que no conocen. Convertiré delante dellos las tinieblas en luz, y los caminos ásperos y torcidos en caminos derechos y llanos.* Por todas estas palabras tan magníficas promete Dios á los gentiles, que vivian en las tinieblas y noche escura de su infidelidad, la luz del Evangelio y la virtud de la gracia, para reconciliarlos consigo, y hacer llano y suave el camino de la virtud, que es á la carne dificultoso y áspero.

Y el mismo Señor parece que no se hartaba de repetir esta promesa tan gloriosa, engrandeciéndola como ella lo merecia, con muy ilustres palabras y metáforas. Y así en el capítulo siguiente XLIII dice (*f*): *No os acordeis de las cosas primeras que ya se cumplieron, ni pongais los ojos en las cosas antiguas. Porque yo haré agora cosas nuevas que presto saldrán á luz, y vosotros las veréis cumplidas. Haré que en el desierto haya camino, y rios de agua en la tierra que nunca fué hollada; y glorificarme han las bestias del campo, los dragones é avestruces; porque hice brotar aguas en el desierto, y rios en la tierra sin camino, para dar de beber al pueblo mio y escogido mio. Este pueblo formé para mí, y él predicará mis alabanzas.* Qué es lo que el profeta entienda por dragones y bestias fieras, ya está declarado. Mas por rios y fuentes de agua entiende siempre la virtud de la gracia; porque así como el agua alimpia, refresca, y apaga la sed, y hace fructificar la tierra; así la gracia obra estos mismos efectos espiritualmente en las ánimas. Y destas aguas habló él cuando dijo (*g*): *Cogeréis aguas de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel dia: Alabad al Señor y invocad su sancto nombre.* Pues para encarecer el Señor este beneficio de la gracia (mediante la cual todos los hombres que silbaban como fieros dragones, habian de mudar este silbo en alabanzas divinas) dice que no se acuerden los hombres, ni pongan los ojos en todos los otros beneficios ya pasados (como fuéron la liberacion del captiverio de Egipto y la conquista de la tierra de promision, y otros tales), porque aunque estos beneficios por sí sean dignos de perpetua recordacion, pero son pequeños en comparacion de la gracia del Evangelio, y del sacrificio de Cristo por quien ella se mereció.

Lo susodicho es de Esaías: el cual luego en el capítulo siguiente repite la misma vocacion con palabras claras, y tambien con sus metáforas acostumbradas, diciendo así (*h*): *Derramaré aguas sobre la tierra sedienta, é rios de agua sobre la tierra seca.* Y porque no entendiésemos que hablaba aquí de tierra y agua material, declárase luego él mismo diciendo: *Derramaré mi espíritu sobre tus hijos, é mi bendicion sobre tus decendientes: é crecerán, é fructificarán entre las yerbas, como los sáuces par de las corrientes de las aguas. Uno dirá: Yo soy del Señor; y otro invocará el nombre del Dios de Jacob; y este escribirá con su mano al Señor, y en el nombre de Israel será comparado.* Quiere decir: gloriarse ha de ser siervo del verdadero Dios, y dél tomará nombre de verdadero fiel. Y el invocar en el nombre del Dios de Jacob, quiere decir que no invocará mas en el nombre de Júpiter, ni de los otros falsos dioses: sino del verdadero Dios, que fué y es de Jacob. Y para dar á entender el mismo profeta que en esta vocacion de las gentes habia de ser mayor el número de los gentiles que se convertirian, usando de sus acostumbradas metáforas en el capítulo LIV, dice así (*i*): *Alaba á Dios, mujer que no pares, é canta sus alabanzas la que no parías; porque mayor número de hijos tendrá esta mujer desamparada, que la que tenia marido, dice el Señor.* En estas palabras propone el profeta debajo de la metáfora de dos mujeres, una estéril y desamparada, y otra casada con su marido, dos repúblicas: una de gentiles, y otra de judíos; y de la primera que es la desamparada, dice que nacerán mas hijos que de la segunda; porque mayor fué el número de los fieles que recibieron á Cristo de la república de los gentiles (que se extendia por todo el mundo), que de la de los judíos, que era una pequeña parte dél.

§. II.

Prosiguen las profecías de la conversion de las gentes.

Cansado estará por ventura el lector de oir tantas veces esta misma promesa; mas no se cansaba Dios de repetirla, porque la verificacion y cumplimiento della (que todos agora vemos) es un gravísimo argumento y confirmacion de nuestra fe. Y así hablando él por Esaías (*k*), y convidando á beber á los que tienen sed en sus ánimas del agua de la gracia, promete luego á Cristo, autor della, hablando primero con los hombres, y despues con él. A los hombres dice: *Mirad que lo he enviado por testigo á los pueblos, é por guia, é doctor de las gentes.* Y al hijo dice: *Mira que llamarás á la gente que no conocias, y las gentes que no te conocian correrán á ti por amor de su Señor Dios, é por el Sancto de Israel que te ha glorificado.* Quiere decir: *Porque te he hecho en cuanto hombre, reparador, é salvador del mundo.* Y llamólo testigo, como lo llamó Sant Juan en el Apocalipsi (*l*), porque nos testificó y declaró fielmente la voluntad de su Padre, enseñándonos perfectamente cómo le habiamos de agradar.

Mas en el capítulo LX repite la misma promesa con grande magnificencia de palabras. Porque enderezando el profeta las palabras á la ciudad de Hierusalém, dice así (*m*): *Levántate, Hierusalem, para que seas alumbrada; porque es venida ya tu lumbre, é la gloria del Señor amaneció sobre ti. Mira que las tinieblas cubrirán la tierra, é la escuridad á los pueblos; mas sobre ti amanecerá el Señor, é su gloria se verá en ti.* Y para que no pensemos que solo para aquel pueblo venía este Señor, añade luego: *Y andarán las gentes con tu lumbre, é los reyes de la tierra con el resplandor que nacerá en ti. Levanta los ojos al derredor de ti, y verás que todos estos se ayuntaron, é vinieron á ti. Entónces verás, é alegrarte has, é maravillarse ha, é dilatarse ha tu corazon, cuando se convirtiere á ti la muchedumbre de la mar, é la fortaleza de las gentes viniere á ti.*

Y porque abiertamente conociésemos que todas estas profecías debajo de sus metáforas profetizaban la conversion de las gentes, al cabo de todas ellas (que es en el postrer capítulo) puso la llave de la inteligencia de lo que acerca de esta vocacion habia profetizado, diciendo así (*n*): *Enviaré de aquellos que fuéron salvos á las gentes, á la mar, á Africa, á los moradores de Lidia que usan de flechas, é saetas, y á Italia, y á Gre-*

(*f*) Esai. 43. (*g*) Esai. 12. (*h*) Esai. 44.

(*i*) Esai. 54. (*k*) Esai. 55. (*l*) Apoc. 1. (*m*) Esai. 60. (*n*) Esai. ult.

cia, é á las islas muy apartadas, é á los que no me conocen, ni vieron mi gloria, é predicarla han á las gentes. En las cuales palabras sin metáfora alguna declara esta vocacion de la gentilidad al conocimiento y servicio del verdadero Dios, de que aquí habemos tratado. Y con estar esta vocacion muchas veces prometida, y repetida en este profeta y en los demas, apénas podia ser creida de los fieles circuncidados en tiempo de los apóstoles. Porque predicando Sant Pedro á toda la familia de Cornelio Centurion (que era de gentiles) súbitamente decendió el Espíritu Sancto sobre ellos. Y dice Sant Lúcas (*o*), que quedaron atónitos los fieles de la circuncision que habian venido con Sant Pedro, viendo que la gracia del Espíritu Sancto se comunicaba tambien á las naciones de los gentiles, porque los oian hablar en diversas lenguas, y magnificar á Dios, como á los mismos apóstoles. Mas no es solo Esaías el que profetizó esta vocacion; porque tambien la profetizaron otros profetas, mayormente David. El cual en el segundo salmo representa al Padre Eterno hablando con su Hijo, diciéndole así: *Pídeme y darte he las gentes por heredad tuya, y por posesion tuya los fines de la tierra.* Y en el salmo 109 hablando el mismo Padre con su Hijo, dice que se asiente á su mano derecha, hasta que le ponga debajo de los piés todos sus enemigos, y le dé señorío sobre ellos. Y llama aquí enemigos á todos los hombres, así judíos como gentiles, que contradecian á su reino y imperio. Mas en el salmo 97, arrebatado este profeta con grande fervor de espíritu, considerando la grandeza deste universal beneficio, convida á todas las criaturas, así sensibles como insensibles, á que dén gracias, y se alegren, y hagan fiesta por esta tan grande misericordia. Porque acabando de decir: *Vieron los términos de la tierra la salud de nuestro Dios*, endereza sus palabras á las criaturas, sin dejar tierra, ni mares, ni montes, ni árboles, ni rios que no convide á cantar alabanzas á Dios. Y la causa desta tan grande fiesta es: *Porque viene el Señor á juzgar la tierra*, esto es, á regirla y gobernarla; porque esto significa aquí esta palabra de juzgar, como en otros lugares de la Escriptura. Y al principio deste salmo nos convida á cantar á Dios cantar nuevo, dando á entender que la novedad de este beneficio, tan diferente de los pasados, pide nuevo cantar, esto es, nuevas alabanzas, nueva devocion, nuevo amor y nuevo agradescimiento por tan grande y tan general misericordia.

Pues el profeta Oséas representa á Dios prometiendo esta misma gracia, por estas palabras (*p*): *Tendré misericordia de la que era sin misericordia; y diré á quien no era mi pueblo: Tú eres mi pueblo; y él dirá: Tú eres mi Dios.* Pues ¿á quién competen estas palabras sino á la gentilidad, la cual no habiendo sido pueblo de Dios, vino por la gracia de Cristo y predicacion de su Evangelio á ser pueblo suyo? Y no es ménos claro el testimonio de Miqueas (*q*), cuyas palabras son estas: *En los postreros dias estará aparejado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y levantarse ha sobre los collados, y correrán á él los pueblos, y darse han priesa muchas gentes, diciendo unas á otras: Venid, y subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob; y enseñarnos ha sus caminos, y andarémos por sus sendas; porque de Sion saldrá la ley, y la palabra de Dios de Hierusalem.* En las cuales palabras del profeta no solo profetiza la conversion de las gentes, mas tambien de dónde habia de salir la palabra de Dios, y la doctrina que les habia de convertir: que es, de la ciudad de Hierusalem. Pues nos consta que della salieron los discípulos de Cristo, que desterraron la idolatría del mundo, y plantaron el conocimiento del verdadero Dios de Jacob. Y esta misma profecía de Miqueas hallamos escripta palabra por palabra en el capítulo II de Esaías, y asimismo esta circunstancia del lugar de donde habia de salir la predicacion del Evangelio, que era de Sion. Y como ambos profetas profetizaron con el mismo espíritu, así escribieron la misma profecía con las mismas palabras. Esto baste de las profecías que denunciaron la conversion de las gentes.

(*o*) Act. 10. (*p*) Osee. 2. (*q*) Mich. 4.

CAPITULO X.

De la primera hazaña que se signió de la venida del Salvador al mundo: que fué desterrar dél la blasfemia de la idolatría, que cuasi por todo él estaba recebida.

Dijimos en el capítulo pasado que la vocacion de las gentes incluia en sí tres maravillosas obras que el Salvador habia de obrar en el mundo: que eran destruir la idolatría, y plantar en la tierra el conocimiento y culto del verdadero Dios, y reformar las costumbres y vida de muchos hombres. Agora será razon tratar en particular de cada una destas obras, alegando en cada una las profecías que primero la denunciaron muchos años ántes, y declarando luego la grandeza y dificultad que hubo en cada una dellas: para que se vea cómo en cada cosa destas entrevino el brazo de la omnipotencia de Dios.

Pues comenzando por la idolatría, esta fué una de las mayores hazañas que el Salvador obró en este mundo. La cual claramente denunció Dios por el profeta Zacarías, diciendo (*a*): *Destruiré los nombres de los ídolos de la tierra y no habrá mas memoria dellos.* Y Sofonías otrosí dice (*b*): *Espantable es el Señor, el cual desterrará todos los ídolos de la tierra, y adorarlo ha el hombre en su lugar, y todas las islas de las gentes.* Y el profeta Nahum hablando en persona de Dios, dice (*c*): *Desterraré todos los dioses fundidos y esculpidos de metal; y serán lijeros sobre los montes los piés del que evangeliza y predica la paz.* Esaías tambien dice (*d*): *En aquel dia arrojará el hombre los ídolos de plata y de oro que habia fabricado para adorarlos.* Y en otro lugar: *Profanarás*, dice él (*e*), *las planchas de plata de que formaste tus ídolos; y derramarás como cosa sucia las vestiduras de oro con que los cubrias, y echarlas has de tu casa.* Y hasta el sancto Tobías, estando para morir, con espíritu profético dijo (*f*) que las gentes dejarian sus ídolos, y adorarian el Dios de Israel.

Esta hazaña tan gloriosa está claro que se guardaba para la venida del Mesías. Porque como en él habian de ser benditas todas las gentes, segun fué prometido á los padres antiguos (*g*), ¿qué bendicion podia haber reinando la idolatría cuasi en todo el mundo, y juntamente con ella la universidad de todas las abominaciones y pecados que della procedian? Lo cual parece claro por la misma obra; pues de la compañía deste soberano Emperador salieron los capitanes (que fuéron los apóstoles) los cuales con su sangre, milagros y doctrina acometieron esta empresa tan gloriosa.

(*a*) Zach. 13. (*b*) Sophon. 2. (*c*) Nahum. 1. (*d*) Esai. 31. (*e*) Esai. 30. (*f*) Tob. 14. (*g*) Genes 12. 18. 26. 28.

Agora será necesario declarar cuán grande beneficio haya sido desterrar esta mortal pestilencia del mundo: para que así veamos lo que debemos á este Señor que de tan grande mal nos libró. Porque cónstanos por cosa cierta, que despues de la caída del primer hombre, el mayor mal de cuantos ha habido en el mundo fué la idolatría. Porque della procedian tantos males, y tan abominables pecados, deshonestidades y crueldades, que no hay palabras que basten para los explicar. Y porque no se puede bien conocer la excelencia y eficacia de la medicina, sino conocida primero la gravedad de la dolencia, será necesario declarar aquí los grandes males desta pestilencia: para que veamos (como dije) lo que debemos á aquel médico del cielo que la curó. Mas confieso que son cosas al parecer tan increibles las que en esto hubo, que si no estuvieran los libros de innumerables autores llenos dellas, ningun hombre cuerdo ni las osara escribir, ni las pudiera creer. Y demas desto son ellas tan feas y deshonestas, que me será necesario pedir licencia á los oídos castos para referirlas. Mas conviene que se digan; porque esta es una de las cosas que mas debe mover nuestros corazones al amor de la Religion cristiana (que de tantos males está libre), y al servicio de nuestro potentísimo Salvador, que tales monstruos desterró del mundo. Mas todavía será creible lo que dijéremos, presuponiendo que los hombres en aquel tiempo se habian entregado al demonio que los gobernaba; y siendo tal el gobernador (que es la fuente de toda maldad), se podrá entender qué tales serían los gobernados por él.

Es pues agora de saber que los hombres por natural instincto creen que hay en este mundo alguna soberana deidad; y así nascen con una inclinacion á reverenciarla y honrarla. Lo cual se ve en todas las naciones del mundo, por bárbaras que sean, donde siempre se halla algun culto y veneracion de Dios. Y no creyendo ellos por la rudeza de sus entendimientos que habia otras cosas mas que las que se conocian por los sentidos corporales, atribuyeron divinidad á las criaturas mas hermosas del mundo, y de que mas provecho temporal para uso de la vida recebian, como eran sol, y luna, y planetas, y estrellas del cielo; y á estas honraban y adoraban por sus dioses. Y habiendo de tomar de aquí motivos para conocer la hermosura y providencia del Criador, y darle gracias por el ministerio de tales criaturas, tomáronlo para negarlo, y servir mas á la criatura que al Criador. Cuán grande haya sido este pecado véase por este ejemplo. ¿Cuál sería la maldad de una reina que dejase de poner los ojos en el rey su marido, y los pusiese en alguno de los caballeros que trae consigo, por parecerle muy bien dispuesto? Pues tal fué el adulterio y deslealtad del mundo cuando desampararon al Criador por su criatura. Y si para esto los engañó la hermosura de las criaturas, por ellas, como dice el Sabio (*h*), pudieran conjecturar cuánto mas hermoso era el Señor que tan hermosas cosas crió.

Y lo que es cosa mas fea, entre estos sus dioses ponian machos y hembras, y casamientos, y incestos con hermanos, y disensiones, y parcialidades, y celos, y adulterios como acá entre los malos hombres. Y así escriben que el dios Vulcano, marido de la diosa Vénus, hizo una subtilísima red en que comprehendió al dios Marte envuelto con su Vénus, y los trajo desta manera á la vergüenza por todo el cielo, haciendo fiesta á los dioses con este tan hermoso espectáculo. Y al mismo príncipe de sus dioses atribuian todas estas deshonestidades que dijimos, añadiendo que para engañar y forzar doncellas, unas veces tomaba figura de toro, otras de águila, otras de cisne, otras de oro: ved qué tal dios sería este; ¿y cómo podian los hombres tener asco destos vicios, viendo que en ellos imitaban al mayor de sus dioses?

§. I.

Multitud de dioses que cada uno adoraba á su arbitrio.

No paró aquí el engaño del demonio y la ceguedad de los hombres. Porque por el grande amor que tenian á sí mismos, hacian dioses á todos aquellos que inventaban alguna cosa para uso de la vida humana. Y así hicieron dios á Esculapio, porque inventó la medicina, y á Baco, porque halló el uso del vino; y á Céres, por el uso del pan; y á un muchacho, porque mostró el arado; y á un rey llamado Estércen, porque enseñó á estercolar los campos para que diesen mas fructo, como escribe Sant Augustin (*i*). Y á Hércules, porque con su valentía limpió la tierra de muchos monstruos que la maltrataban.

Y continuándose por los tiempos esta blasfemia, vinieron los emperadores tambien á intitularse y adorarse por dioses: como lo hicieron Domiciano, y Cómmodo, y el credulísimo y deshonestísimo Neron, y Diocleciano, grande perseguidor de la Iglesia: el cual no daba á besar la mano como los otros emperadores, sino el pié: y lo mismo hizo aquella espantosa bestia de Cayo Calígula, nacido para que en su manera de vida se viese adonde podia llegar la prodigalidad y gula de los hombres, y cuánto podia el vicio acompañado con poder y autoridad. Este pues (como refiere Eusebio Cesariense) se mandó intitular el nuevo Júpiter, nobilísimo dios Cayo. Y en todas las tierras del imperio romano estaban las imágines y los altares dedicados á él, excepto en las sinagogas de los judíos, que no admitieron esto.

Pues ¿qué diré de Alejandre Magno, el cual despues de habida la victoria contra Darío, en tanto grado se ensoberbeció, que se mandó llamar y adorar por dios? Y porque un gravísimo filósofo que traia en su compañía, llamado Calístenes, de la escuela de Aristóteles, resistió á esta incomparable locura, le impuso crímen de conjurado, y le mandó cortar las orejas, y las narices, y los labios de la boca, y encerrar en una jaula de hierro con un perro dentro della; y al fin de todas estas crueldades lo mató. Con lo cual este tiranno escureció la gloria de todas sus hazañas pasadas, como largamente refiere Séneca lamentando la muerte de tan gran filósofo.

Mas aun sobre esto pasa la maldad y locura del emperador Adriano: el cual sintió tanto la muerte de un rapacillo (de que mal usaba) llamado Antinoo, que para consuelo desta tristeza lo hizo adorar por dios, y le edificó templo, y diputó sacerdotes, y señalóle sacrificios y fiestas que se celebrasen en honra suya. Y esto ordenó un hombre, como refiere Sant Hierónimo (*k*), criado en estudios y doctrinas de filosofía.

Mas juzguemos agora si iguala con esta blasfemia la del senado romano, el cual consagró por diosa una

(*h*) Sap. 13.

(*i*) August. lib. 18. de Civit. Dei, cap. 15. etc. (*k*) In Catalog. Scriptor. Ecclesiast. 32.

mujer pública llamada Flora, porque cuando murió le hizo heredero de una grande hacienda que habia ganado en aquel oficio tan honrado. De lo cual dan testimonio Plutarco y Ovidio, y de los nuestros Lactancio Firmiano en el primer libro de sus Instituciones, y Sant Augustin en el segundo de Civitate Dei (*l*). Y no contento el senado con hacer tal diosa, celebraba cada año á veinte y nueve de junio la fiesta della. Mas ¿qué tal era la fiesta? Las mujeres públicas, como ella lo habia sido (cosa cierto fea para decir), se desnudaban en presencia de todo el pueblo, hablando palabras deshonestísimas, y bailando desta manera en presencia de su diosa. Pues ¿quien pudiera imaginar una cosa tan fea como esta? Y ¿quién la creyera agora si tan graves autores no la escribieran? Y ¿quién no entenderá qué tal estaba el mundo que tal consentia, y aprobaba, y festejaba? Y ¿quién leyendo esto no hincará las rodillas, y alabará á Cristo, que por medio de sus discípulos tan horrible pestilencia desterró del mundo? Pues no se acaban aquí las invenciones de Satanas: otras cosas quedan aun peores. Porque á Vénus y Cupido (que eran madre y hijo) hacian dioses de las deshonestidades y torpezas. De modo que el oficio que los cristianos atribuimos al demonio, que llamamos espíritu de fornicacion, atribuian ellos á estos dos tan excelentes dioses. Y así pintaban á su dios Cupido con flechas y arco en la mano, por razon del oficio que tenia de herir los corazones con amores profanos. Pues ¿qué diré del dios que ellos llamaban Priapo, cuya historia de pura vergüenza no osara referir, si la Escriptura divina no la contara? En la cual se escribe que el rey Asá (*m*), como católico y virtuoso, hizo que la honrada viuda de su madre no fuese princesa en la cofradía deste dios tan sucio, ni anduviese danzando con sus tocas largas con las otras matronas en las fiestas deste abominable dios. Y el sancto Rey hizo pedazos este ídolo (cuya figura era deshonestísima) y mandólo echar en el arroyo de los Cedros. ¿Puede ser cosa igual á esta? No amplifico nada, ni encarezco nada, sino en summa refiero lo que en esto hallo escripto.

Mas pregunto: ¿en qué predicamento pondrémos á los que adoraban los brutos animales, las cabras, y los bueyes, y los crocodillos, y las cigüeñas, y los dragones, de que hace mencion Daniel (*n*), y las serpientes que refiere Sant Pablo? Y mas particularmente (como refiere Teodoreto) entre estos animales adoraban al cabron, por ser mas lascivo y sucio que los otros animales. Espántanos esto cierto, pero mucho mas espanta lo que diré. Y porque no me tengan por mentiroso, alegaré á M. Antonio Sabélico en su libro de ejemplos, el cual dice que los egipcios llegaron á tan grande extremo de locura, que adoraban los ajos y las cebollas por dioses. Por lo cual dijo no sin donaire un poeta: Dichosos pueblos en cuyas huertas nacen tales dioses.

§. II.

De los sacrificios abominables que los gentiles ofrecian á sus dioses.

No quiero cansar mas al cristiano lector, ni ensuciar el aire con historias tan torpes. Mas no puedo ni debo callar las maneras de sacrificios que á honra destos dioses se ofrecian, y las fiestas que se les hacian, puesto caso que por la cualidad de tales dioses se podrá entender cuáles serían sus sacrificios. Porque los unos eran conformes á la condicion de sus dioses, y los otros al apetito de los hombres. Y segun esto habia entre ellos dos géneros de sacrificios: unos cruelísimos en que sacrificaban hombres, y otros deshonestísimos en que entrevenian grandes deshonestidades. De los primeros hacen mencion las sanctas Escripturas. Porque hasta los judíos, como refieren los profetas, y salmos, y historias sagradas (*o*), sacrificaban sus hijos y hijas á los demonios, y derramaban la sangre innocente destos, en servicio de los ídolos.

Esta tan cruel cerimonia tomaron los judíos de los gentiles (*p*): entre los cuales se usaba este linaje de sacrificio. Porque los moradores de Ródas, mediado el mes de octubre, sacrificaban un hombre á Saturno. Y en la ciudad de Heliópoli (que es en Egipto) se sacrificaban cada dia tres hombres. Asimismo los lacedemonios sacrificaban un hombre al dios Marte; y lo mismo hacian en Laodicea y en Cartago. Y los griegos tambien, con ser gente de mas entendimiento, cuando iban á las guerras sacrificaban sangre humana. Escribe tambien Filon, historiador, que el rey Aristoménes sacrificó en un dia trecientos hombres á honra del dios Júpiter. Pues ¿qué cosa mas inhumana, mas cruel y mas furiosa que tal sacrificio? Y porque se vea claro ser capitales enemigos del linaje humano los dioses que tales sacrificios pedian, hasta hoy en dia en las Indias Orientales se sacrifican hombres á sus malvados dioses: y en las Occidentales (ántes que llegase la luz del Evangelio) se usaba esta misma carnicería, procurada por aquel de quien el Salvador dice que dende el principio del mundo fué homicida y derramador de sangre (*q*). Porque en ciertas fiestas que estos indios hacian, tenian por estilo abrir un niño de los mas hermosos por los pechos, y sacándole el corazon, untaban con él la cara de su ídolo.

Estos eran los sacrificios de crueldad. Mas de los sacrificios deshonestos algo dije hablando de la diosa Flora; y no eran ménos deshonestos los que se ofrecian á la deshonestísima diosa Vénus. Porque como ella se preciaba del oficio de mala mujer, habia muchos (cosa cierto indignísima de pensar) que por tenerla favorable para semejantes oficios, le hacian un servicio muy agradable, que era poner en plaza la honestidad de sus hijas vírgines. ¿Quién pudiera creer esto, si no lo escribieran hombres de grande autoridad? Tuvo esta diosa por enamorado un hermoso mozo llamado Adónis, por cuya muerte hizo ella grandes lamentaciones. Y entre las abominaciones que Dios mostró al profeta Ecequiel (*r*), que se cometian en su templo, una dellas era, estar una compañía de mujeres hebreas haciendo llanto por la muerte deste mozo, compadeciéndose de aquella diosa por haber perdido aquel su enamorado. Mas lo que resta por decir es tal, que la vergüenza natural no me da licencia para poderlo decir, por no ofender los oídos limpios con cosas tan feas. Mas quien las quisiere saber, lea á Teodoreto en el III y VII libro contra los griegos. Y quien quisiere saber la torpeza abominable de la vida destos honradores é imitadores de sus dioses, lea la sexta sátira de Juvenal.

Estos eran los sacrificios, y estos los dioses á quien la mar y la tierra servía, á quien adoraban reyes y emperadores y cuasi todas las naciones del mundo. Y el emperador romano que entraba en Roma triunfando, acompañado de tantos prisioneros y riquezas, la primera

(*l*) Cap. 27. tom. 5. etc. Epist. 202. tom. 2. et de Cons. Evangelist. lib. 1. cap. 33. (*m*) 3. Reg. 15. (*n*) Dan. 14. Rom. 1.

(*o*) Jerem. 7. Psalm. 105. (*p*) Sap. 14. (*q*) Joan. 8. (*r*) Ezech. 8.

jornada que hacia, era al templo de su dios, á adorarlo y darle gracias por las victorias alcanzadas. Pues la vida y las costumbres de los que tales dioses adoraban, ¿cuáles serían? Tales cierto cuales eran las de los dioses que adoraban. Porque ¿qué culpa podian poner á un mal hombre, si excusaba sus maleficios con el ejemplo de sus dioses, pues quedaban ya los vicios deificados y canonizados con la autoridad dellos? De aquí vino á decir el Sabio (s) que esta malvada supersticion era causa, principio y fin de todos los pecados del mundo. Porque como sea verdad que la religion y el temor de Dios sean freno y cuchillo de todos los pecados, siendo tal aquella religion, que no solo no atajaba ni afeaba los pecados, sino ántes los hermoseaba y autorizaba con el ejemplo de sus dioses, ¿qué remedio podian tener los males?

§. III.

Conclusion deste capítulo.

Pues por aquí se ve lo que el mundo debe al Salvador, que de tan general pestilencia lo libró. Y por la grandeza deste mal se entenderá que hasta hoy ningun hombre ha habido en el mundo, que tan grande beneficio le hiciese, como lo fué este. El pues nos libró desta tan cruel tirannía, él apagó esta tan grande llama, él curó esta tan grande llaga, y de tal manera la curó, que apénas quedó en el mundo rastro della. Porque sino fuera por permanecer agora libros de gentiles que estas cosas escribieron, no supiéramos qué cosa era Júpiter, ni Juno, ni Vénus, ni Cupido, ni Marte, ni Vulcano, ni otros semejantes monstruos y demonios que eran adorados en el mundo. Por donde podemos espantarnos con el Profeta, y decir (t): ¿Cómo han sido destruidos y asolados estos enemigos? Súbitamente perecieron, y se perdieron por sus maldades. Fuéron así como un sueño de que no se acuerda el que se levanta de la cama. Tú, Señor, destruirás y desharás en tu ciudad la imágen dellos, para que no quede dellos rastro ni memoria.

Pues qué resta agora sino dar gracias de todo corazon á este Señor, que de tantos males nos libró, y decir que bendita sea su venida, y bendito el que lo envió, y bendita la bandera de su Cruz, debajo de la cual pelearon aquellos esforzados guerreros, que fuéron los apóstoles y mártires, con todos estos monstruos tan horribles; y muriendo los mataron, y cayendo los derribaron, y desterrados los desterraron, juzgados los condenaron, y vencidos los vencieron. Porque ¿qué fuera de nosotros si el mundo corriera hasta agora de la manera que entónces corrió? ¿Si Cristo no quebrara la cabeza de la antigua serpiente con el báculo de su Cruz, y si no derribara de su silla al Príncipe deste mundo? ¿Qué fuera, digo, de nosotros? ¿Qué habiamos de hacer sino, en lugar del verdadero Dios y Señor de todo lo criado (v), adorar piedras, y palos, y dragones, y serpientes, y estar zabullidos en el cieno de todos los vicios y maldades? Sea pues otra vez y mil veces bendita la Cruz, benditos los clavos, y los azotes, y las espinas, y todos los otros trabajos del Salvador: cuyos ejemplos y merecimientos esforzaron estos caballeros en esta conquista, y nos libraron de tanto mal.

(s) Sap. 14. (t) Psalm. 72. (v) Rom. 1.

CAPITULO XI.

De la segunda hazaña que el Salvador habia de obrar en el mundo: que era traer los hombres al conoscimiento del verdadero Dios.

La segunda hazaña, no ménos admirable, que el Salvador habia de obrar en el mundo, era que despues de arrancadas las pestilenciales plantas de los falsos dioses, plantaría en la tierra el conoscimiento del verdadero Dios, que era el Dios de los judíos. Lo cual testifican á cada paso todos los profetas. Y el mismo Señor de los profetas afirma esto con juramento por uno dellos, diciendo así (a): *Por mí mismo he jurado que de mi boca saldrá palabra de justicia, y no saldrá en vano; porque á mí se inclinarán todas las rodillas, y por mí jurarán todas las lenguas, y él dirá: Mias son las justicias, y mio es el imperio; y á él vendrán las gentes, y serán confundidos todos los que le contradijeren.* Y el profeta David hablando con Dios en el salmo 85 dice así: *Todas las gentes que, Señor, heciste, vendrán, y adorarte han, y glorificarán tu nombre; porque tú eres grande, y haces maravillas, y tú solo eres Dios.* Esto significó brevemente el mismo profeta en el salmo 46 cuando dijo que los príncipes de los pueblos se habian ayuntado con el Dios de Abraham. Pero con mas palabras profetizó esto en el salmo 21, diciendo: *Acordarse han, y convertirse han al Señor todos los fines de la tierra, y adorarle han todas las familias de las gentes; porque el reino es del Señor, y él se enseñoreará de las gentes.* Y el mismo Señor por Esaías dice (b): *Buscáronme los que ántes no preguntaban por mí; y halláronme los que no me buscaban. Yo dije: Veisme aquí, veisme aquí, á la gente que no invocaba mi nombre.* Pues ¿qué gente es esta que ni preguntaba por Dios, ni lo buscaba, ni lo invocaba, sino la gentilidad? La cual sin buscar á Dios, lo halló: porque él benigna y misericordiosamente la buscó, y se le ofreció. Lo cual demas desto testifican todas aquellas profecías que alegamos, tratando de la vocacion de las gentes.

Mas agora será razon declarar cuán grande haya sido el beneficio que en esto se hizo al mundo, y cuán dificultoso de acabar. No hay hombre tan bárbaro que no entienda ser el conocimiento de Dios principio y fundamento de todos los bienes: sin el cual el hombre mas se puede contar por bestia, que por hombre. Y cuando este conocimiento trae consigo amor y temor de Dios ya no solo es principio y fundamento, sino summa de todos los bienes. Y desta manera de conocimiento dice Dios por Hieremías (c): *No se glorie el sabio en su sabiduría, ni el rico en sus riquezas, ni el esforzado en su fortaleza. Mas en esto se glorie el que se quisiere gloriar: que es tener conocimiento de mí.* Conforme á lo cual dice Sant Augustin hablando con Dios (d): Bienaventurado es, Señor, el que te conoce, aunque no conozca mas que á tí; y miserable es el que todas las otras cosas sabe, sino sabe á tí. Y si todas las otras cosas sabe, y á tí tambien con ellas, no es bienaventurado por lo que sabe dellas, sino por lo que sabe y conoce de tí.

Pues desterrada la idolatría del mundo, pudieran los hombres seguir las sectas y opiniones de los filósofos acerca del conoscimiento y culto de Dios. Y así se desvanecieran como ellos, y se escureciera su corazon, como dice el Apóstol (e). Pues siendo este conocimiento

(a) Esai. 45. (b) Esai. 65. (c) Hierem. 9. (d) Aug. Confess lib. 5. cap. 4. (e) Rom. 1.

un bien tan soberano, ¿qué tan grande beneficio fué dar esta nueva luz al mundo para que con ella reconociese y venerase su Criador? Mas esta obra no fué ménos dificultosa de acabar que grande; porque para esto era necesario que los hombres, despues de hollados sus antiguos dioses, adorasen y reverenciasen al Dios de los judíos, los cuales eran tenidos por la gente mas supersticiosa del mundo, y así eran aborrecidos y despreciados de los gentiles. Pero mucho mayor era el aborrecimiento que ellos tenian á esos gentiles; pues tenian por gran pecado entrar en sus casas, y mucho mas comer con ellos, como lo mostraron los que habian creido de la circuncision contra Sant Pedro (*f*), porque habia entrado en casa de hombres no circuncidados, y comido y bebido con ellos. Este aborrescimiento de ambas naciones llama el Apóstol (*g*) pared, ó muro de division que habia entre estos dos linajes de gente, que era un grande impedimento para venirse á concordar en una misma fe y creencia. Y este muro dice él que derribó Cristo, el cual deshizo estas enemistades con el mérito de su pasion, quitando de por medio las cerimonias de la ley que los gentiles extrañaban grandemente, como parece por lo que refiere Marco Tulio en la oracion que hizo en el Senado en favor de Flacco (*h*), en la cual dice así: Siempre fué cosa ajena del resplandor de nuestro imperio, y de los estatutos de nuestros mayores, y de la gravedad del nombre romano admitir la supersticion bárbara de los judíos. Esto dice Tulio, constando por otra parte que los romanos recibieron los dioses y sacrificios abominables de los griegos y de otras naciones. Y Numa Pompilio, segundo rey que fué de los romanos, juntó cuantos dioses pudo con los suyos, pareciéndole que tanto estaria Roma mas segura, cuanto mas llena destos dioses. Y Quintiliano, tratando de los linajes de hombres aborrescibles, dice (*i*): Tenemos odio á los autores de los males, y son infames los fundadores de las ciudades que instituyeron alguna gente perniciosa, como fué el primer autor de la supersticion de los judíos. Entendiendo por estas palabras á Moysen, que dió ley á este pueblo. Pues siendo esto así, ¿cuán grande hazaña fué que esta gente, despreciados y acoceados sus antiguos dioses adorados de todas las gentes, recibiese y adorase como á verdadero Dios al que gente tenida por tan bárbara y supersticiosa (como ellos la reputaban) adoraba y reverenciaba?

Mas porque nos importa mucho conocer la dificultad desta obra para glorificar á Dios por ella, y entender la virtud de la gracia, me será necesario usar de un ejemplo por donde esto mejor se entienda. Claro está que como la lumbre de la fe, que procede del Espíritu Sancto, nos certifica que en la hostia consagrada está nuestro Señor; así el espíritu malo, aunque en diferente manera, persuadia á los gentiles que el ídolo de Júpiter ó de Baal era su Dios. Y muchas veces hablaba el demonio en el ídolo algunas cosas para confirmarlos en esta falsedad. Y con ser esto así, pudo tanto la divina gracia, y la predicacion del Evangelio, que acabó con estos hombres que pisasen y acoceasen estos falsos dioses que adoraban tantos mil años habia, y en lugar dellos asentasen la Cruz en que murió el Salvador, y la adorasen. Pues para que se vea la dificultad desta obra, pregunto agora: ¿quién podria acabar con un cristiano que hiciese con la hostia consagrada lo que el gentil hizo convertido con sus dioses, que fué pisarlos y acocearlos? Pues por este ejemplo entenderá el piadoso lector, cuán arduo negocio haya sido acabar con los gentiles lo susodicho. Mas aun sin este ejemplo basta para prueba desta dificultad la muchedumbre innumerable de mártires, que por mas de docientos años por esta causa fuéron despedazados, abrasados, y atormentados con tormentos nunca vistos, ni leidos, ni imaginados; de los cuales usaban los tirannos en defensa de sus dioses, pareciéndoles que no los podian aplacar, ni tener propicios, así para la conservacion de sus imperios, como para la prosperidad de los temporales, sino con la sangre de los mártires. Y con ser esto así, pudo tanto la virtud de Dios que obraba en sus mártires, que acabaron con los emperadores cristianos que arrastrasen y pisasen estos dioses tan adorados y defendidos; y en lugar dellos adorasen como á verdadero Dios al de los judíos, que tan aborrecidos eran dellos. Pues ¿qué cosa mas admirable? Mas desta materia ya tratamos en lo pasado, y por eso no añadirémos aqui mas.

§. ÚNICO.

De otra hazaña que estaba reservada para la venida de Cristo, que era subjectar á su religion y imperio la cabeza del mundo, que era la ciudad de Roma con su emperador.

Debajo desta segunda hazaña de Cristo se comprende otra que sirve mucho para el conocimiento de su venida, que es haber traido á su religion y imperio la cabeza del mundo, que era la ciudad de Roma con su emperador. Lo cual nos representa el misterio de aquella estatua que vió en sueños Nabucodonosor, como refiere Daniel (*k*), la cual tenia la cabeza de oro, y los pechos y brazos de plata, y el vientre y los muslos de acero, y las piernas de hierro, y los piés eran parte de hierro y parte de barro; y añade mas, que vió el Rey en este sueño una piedra cortada de un monte, sin manos; la cual dió en los piés de hierro y de barro de la estatua, y los hizo pedazos, y toda la estatua quedó del todo deshecha, y aquella piedra vino á hacerse un monte tan grande, que hinchió toda la tierra. Esta fué la vision, por la cual todos los doctores, así católicos como hebreos, entienden la sucesion de los cuatro reinos y monarquías del mundo, y la prosperidad del reino de Cristo. Porque el primer reino (entendido por la cabeza de oro) fué de los asirios. El segundo fué de los persas (entendido por los pechos y brazos de plata), los cuales sojuzgaron á los asirios. El tercero fué de los griegos, imperando Alejandro Magno (significado por los muslos de acero), el cual subjectó á los persas, despues de vencido Darío. El cuarto fué el de los romanos (significado por las piernas de hierro), que sojuzgó á los griegos, y á los otros reinos del mundo; el cual convenientemente es significado por el hierro, que doma todos los otros metales; lo cual fué proprio deste reino, que subjectó cuasi todo el mundo. Puesto caso que se dice que en parte tenia piés de barro, por las grandes quiebras, y disensiones, y guerras civiles que en él hubo. Mas la piedra cortada del monte, sin manos, que dió en los piés de la estatua, y los hizo pedazos, y creció tanto que hinchió el mundo, significa el reino de Cristo, á quien se habia de subjectar el reino de los romanos. Pues desta profecía se colige claramente ser ya venido Cristo;

(*f*) Act. 11. (*g*) Ephes. 2. (*h*) Cicero pro Flacco. (*i*) Quint. lib. 3. cap. 9.

(*k*) Daniel. 2.

porque segun ella aquel que habia de subjectar el reino de los romanos, era Cristo. Esto vemos cumplido en tiempo del emperador Constantino, el cual siendo emperador de los romanos, se subjectó á Cristo, y lo reconoció y adoró por su verdadero Dios, y como á tal lo sirvió, edificando y amplificando sus iglesias, y reverenciando sus ministros. El cual con la gloriosa señal de la sancta Cruz puesta en todos sus estandartes, triunfó gloriosamente de tres emperadores tirannos, y de todos sus enemigos.

CAPITULO XII.

De la tercera obra maravillosa que se habia de obrar en el mundo despues de la venida del Salvador: que era la reformacion de las costumbres de los hombres.

La tercera obra admirable que el Salvador habia de obrar en el mundo, era la sanctificacion de muchos hombres mundanales; los cuales estando sumidos y atollados en todas las abominaciones y pecados que la blasfemia de la idolatría trae consigo, se habian de mudar en hombres celestiales y divinos por virtud de la gracia, que por los méritos deste Señor se les habia de dar. Esto profetizó David en el salmo 71 (que todo habla del reino de Cristo), donde dice *que en sus dias naceria la justicia, y la abundancia de la paz* (que es fructo de la justicia), *y duraria en el mundo mientra durase la luna:* que es para siempre. Y esto mismo dice Esaías en el cap. x. por estas breves palabras : *La consumacion abreviada será causa de que haya en el mundo abundancia de justicia.* Y por aquella consumacion abreviada se entiende el cumplimiento de todo lo que muchos años ántes estaba profetizado : lo cual todo cumplió Cristo brevemente en su venida; y esto fué causa de multiplicarse en el mundo la sanctidad y justicia por virtud de su gracia. Lo cual el mismo profeta significó por sus acostumbradas metáforas, diciendo así (*a*) : *Derramáronse las aguas por el desierto, y los arroyos por la soledad, y la tierra seca se mudó en un estanque, y la tierra sedienta en fuentes de aguas. Y en las cuevas, donde ántes moraban dragones, nacerán cañaverales y juncos, y habrá allí senda y camino, y llamarse ha camino sancto; y ningun leon, ni otra mala bestia andará por él, ni se hallará en él.* En las cuales palabras debajo destas metáforas entiende por las aguas la abundancia de gracia (como ya declaramos), y por las bestias fieras, los hombres fieros y desaforados, y por los cañaverales y juncos, la verdura y frescura deste jardin espiritual de la Iglesia. Y en ella dice que se hallará camino seguro y libre de las malas bestias (que son demonios y pecados,) para caminar á la vida eterna. Y en el cap. LV repite la misma sentencia, declarando el alegría y devocion que los fieles recibirán, y las gracias que darán al Señor por esta tan maravillosa mudanza. Y así dice (*b*) : *Los montes y los collados cantarán delante de vosotros mis alabanzas, y todos los árboles de la region darán palmas con las manos; porque en lugar de la zarza nacerá el abieto* (que es un árbol hermoso), *y en lugar de la hortiga crecerá el arrayan; y será el Señor nombrado en señal eterna, que nunca será quitada.* Quiere decir, que el Señor eternalmente será alabado por esta singular mudanza, que es hacer de los malos buenos; porque esto significa la mudanza destos arbolcillos estériles y viles en árboles grandes y hermosos.

(*a*) Esai. 35. (*b*) Esai. 55.

Esta mudanza de vida que en estas autoridades alegadas representa el profeta por estas metáforas y comparaciones de sequedades en fuentes de aguas, y de árboles estériles y silvestres en árboles fructuosos y hermosos, representa el mismo por otras no ménos hermosas metáforas de animales fieros y ponzoñosos en otros mansos y benignos. Y así habiendo tratado de la sanctidad y gracia del Salvador, declara luego la maravillosa mudanza que se habia de hacer en los hombres despues de su venida, por estas hermosísimas y suavísimas metáforas, diciendo así (*c*) : *Morará el lobo con el cordero, y el leon pardo con el cabrito. El becerro, y el leon, y la oveja morarán juntos; y un mochacho pequeño los amenazará; y el becerro y el oso pascerán juntos, y los cachorrillos dellos descansarán en uno; y el leon á manera de buey comerá paja, y el niño de teta se alegrará en el agujero de la serpiente; y el que estuviere destetado, meterá su mano en la cueva del basilisco. Todas estas fieras* (*dice el Señor*) *no harán mal, ni matarán en todo mi sancto monte, porque la tierra estará tan llena del conocimiento de Dios, como la mar cuando crece y se explaya por sus riberas.* Pues que por estas palabras, y por estos animales fieros y mansos se hayan de entender los hombres buenos y malos, la razon, y el fin á que el Salvador habia de venir, lo dice; y la causa que el profeta alega desta mudanza, lo declara: que es, estar la tierra llena del conocimiento de Dios; el cual no hace al propósito de la mudanza destos animales fieros en mansos, mas hace á la de muchos hombres que por virtud de la gracia de Cristo, de fieros, y soberbios, y crueles, como leones y lobos, se hicieron mansos como ovejas y corderos; y los que eran altivos y presumptuosos, no desdeñaron la compañía de los pequeñuelos y humildes; mas ántes obedescieron, y se subjectaron á unos pobres pescadores. Lo cual aun significa mas claramente, diciendo el Señor, que todas estas bestias fieras no matarán, ni harán daño en su sancto monte, que es su Iglesia. La cual se llama monte por la alteza de la vida que profesa.

Esta misma mudanza de las bestias fieras en mansas (por la cual entendemos la mudanza de los corazones soberbios en humildes y mansos), profetizó tambien la sibila Cumea, como adelante verémos, añadiendo que en la venida del Salvador resuscitaria la edad dorada, porque se levantaria en el mundo una gente de oro, esto es, de purísima y sanctísima vida.

§. I.

De los males en que estaba atollado el mundo se infiere la grandeza desta obra.

Mas cuán grande haya sido esta obra y esta mudanza de las vidas de los hombres, verse ha claramente considerando las costumbres perversas en que ellos vivian ántes de la predicacion del Evangelio. Lo cual aunque se puede entender por las comparaciones y metáforas del profeta que habemos alegado, y por lo que dijimos de los pecados que andaban en compañía de la idolatría, pero mucho mas á la clara se entiende por lo que el Apóstol (*d*) sin estas figuras y comparaciones escribe en la Epístola á los romanos, donde dice que en pena del pecado de la idolatría entregó Dios á los hombres á la tiranía de todos sus apetitos y carnalidades, para que sin ningun freno ni resistencia se entregasen á todos los

(*c*) Esai. 11. (*d*) Rom. 1.

vicios. Y porque usaron tan mal de la inclinacion que él imprimió en las ánimas, que nos inclinaba á adorar y reverenciar al verdadero Dios, empleándola en adorar los falsos dioses, que tambien perdiese todas las otras dotes y beneficios de naturaleza, y así ni hubiese en ellos verdad, ni fe, ni aficion con padres, ni madres, ni amigos, ni bienhechores, ni compasion de los necesitados, ni otro oficio de humanidad, que tan propria es del hombre. Asimismo permitió, como dice el Apóstol (*e*), que así los hombres como las mujeres, dejado el uso natural que la naturaleza instituyó para la conservacion de la especie humana, usasen de otras invenciones contrarias á la comun ley y oficio de naturaleza, recibiendo con esto en sí mismos el pago que su maldad y idolatría merecia. Y porque no tuvieron el conocimiento que debieran tener de Dios, permitió él que viniesen á caer en ceguedad de entendimiento, para que como ciegos y desatinados se despeñasen en todos los pecados de malicia, de fornicacion, de avaricia, de astucia, de invidia, de homicidios, contenciones, engaños, malignidades. Y así tambien fuesen escarnecedores, infamadores de vidas ajenas, aborrecibles á Dios, injuriadores de otros, soberbios, altivos, inventores de males, rebeldes á sus padres, ajenos de toda razon, descompuestos, sin afeccion, sin lealtad y sin misericordia. Todo esto dice el Apóstol. Estos pues y otros tales pecados se siguieron de la idolatría; estos son los fructos que produjo aquel árbol de muerte; esto lo que obró aquella antigua serpiente, la cual, como dice Sant Juan en su Apocalipsi (*f*), traia engañado todo el universo mundo, y envuelto en todas estas maldades.

Para confirmacion de lo dicho añadiré aquí una cosa que refiere Isidoro Clario tratando de la corrupcion del mundo ántes que Cristo viniese á él, y declarando aquel paso del Evangelio que comienza (*g*): *Vosotros sois sal de la tierra*, sobre el cual dice que en las historias antiguas de cierta nacion, que él allí nombra, se hallaba escripto que se celebraban públicamente casamientos de hombres con hombres. Y de Neron escribe Suetonio que desta manera públicamente se casó con un mozo. Por lo cual vistas sus maldades y crueldades, muchos decian: Pluguiera á Dios que su padre de Neron tuviera tal mujer como esta. Y Sant Hierónimo en los Comentarios de Esaías sobre aquella palabra del capítulo II, que dice: *Allegáronse á los mozuelos ajenos*, dice así (*h*): Fuéron tan dados al vicio nefando en aquel tiempo los griegos y los romanos, que clarísimos filósofos en Grecia públicamente tenian sus concubinos. Y en los lugares públicos de las malas mujeres habia tambien mozos que ganaban como ellas. Y duró esta abominacion hasta el tiempo del emperador Constantino, en el cual resplandesciendo la luz del Evangelio, fué extirpada junto con la infidelidad la torpeza abominable de las gentes. Hasta aquí son palabras de Sant Hierónimo, las cuales, sin que pasemos adelante, bastan para declarar la corrupcion de aquellos miserables tiempos, y para que se vea cuán grande obra y maravilla de Dios haya sido hacer de tales monstruos ángeles en la pureza de la vida. Y lo mismo nos representa aquel lienzo que vió Sant Pedro en vision (*i*), lleno de serpientes y de todo género de animales brutos, y diciendo Dios al Apóstol que matase aquellos animales y comiese, y respondiendo él que nunca habia comido cosa inmunda y defendida por la ley, le dijo el Señor: *Lo que Dios sanctificó, no llames tú cosa sucia*. Y dicho esto, subióse el lienzo al cielo, de donde habia venido. Y esto dice la Escriptura que acaesció en la misma vision tres veces. Por la cual quiso el Espíritu Sancto representarnos las costumbres y condiciones de los hombres que adoraban los ídolos: los cuales por la gracia de Cristo de tal manera fuéron mudados, que destruidas estas tan horribles figuras, representasen en su vida la pureza y imágen de su Criador, y así mereciesen subir al cielo con él.

Y para que se entienda cuán grande haya sido esta obra, y cuánto quiere el Señor ser por ella conocido y glorificado, dice por Esaías estas palabras (*k*): *Haré que nazcan ríos en los collados altos, y en medio de los campos brotarán fuentes. Haré que en el desierto haya estanques de aguas, y ríos en la tierra por donde nadie caminaba. Haré que en la soledad nazca el cedro, y la espina, y el arrayan, y la oliva.* (Y por la espina se entiende aquí un árbol incorruptible, llamado por otro nombre setim, de que el Arca del Testamento fué fabricada.) Y añade luego: *Plantaré en el desierto el álamo, la haya, y el boj juntamente con ellos, para que los hombres vean y sepan, y piensen y entiendan, que la mano del Señor hizo estas cosas, y el Sancto de Israel las obró.* Aquí ruego al piadoso lector que pondere la repeticion destas cuatro palabras (*vean, sepan, piensen y entiendan*) que significan lo mismo: que es cosa de mucha consideracion. Por la cual manera de hablar quiso el Señor declarar la grandeza desta obra, y quiso que pensasen y repensasen los hombres, no una, sino muchas y muchas veces, la excelencia della. Donde claramente da á entender que no habla aquí de árboles materiales, sino espirituales, plantados par de las corrientes de las aguas de la gracia. Y tal obra como esta era digna de la bondad y omnipotencia de Dios, que es hacer de árboles silvestres (que llevaban manjar de puercos) árboles fructuales, que llevasen fructos de vida eterna, ó por hablar mas claro, de hombres semejantes en sus costumbres á los demonios, otros nuevos hombres, semejantes en la pureza de la vida á Dios y á sus sanctos ángeles.

§. II.

Cuán grande negocio sea la sanctificacion de las ánimas que el Salvador trajo al mundo.

Pues para entender esta obra que tanto nos encomienda Dios que pensemos y repensemos, será necesario declarar qué tan grande bien sea la sanctificacion de las ánimas, y cuán grande sea el número de los que fuéron desta manera sanctificados por el misterio de la venida del Salvador.

Para lo primero pongamos los ojos en una ánima que domados todos sus apetitos y pasiones, y vueltas las espaldas á todas las cosas mundanas, todo su amor y esperanza, todos sus cuidados, pensamientos y deseos tiene puestos en solo Dios, entregándose toda á su servicio; la cual viviendo en este mundo con el cuerpo, conversa con el espíritu en el cielo, y morando en la carne, vive como si estuviese fuera della. Pues ¿qué cosa se puede pintar mas hermosa que esta? Platon decia que si se pudiese ver la hermosura de una ánima

(*e*) Rom. 1. (*f*) Apoc. 12. (*g*) Matth. 5. (*h*) Hierom. lib. 1. Commen. tom. 4. (*i*) Act. 10.

(*k*) Esaí. 41.

virtuosa con los ojos del cuerpo, encenderia en su amor todos los corazones de los hombres. Pues si la hermosura destas tan imperfectas virtudes tanta parte sería para robar los corazones, ¿qué haria la hermosura de una ánima llena de las verdaderas y cristianas virtudes, y adornada con las riquezas de la gracia, y con los dones del Espíritu Sancto? ¿Paréceos pues que habrá comparacion desta hermosura con aquella? No por cierto. Porque siendo tanta la ventaja de Criador á criatura, y de Dios á hombre, ¿qué comparacion puede haber entre lo que hace Dios por su propria mano, con lo que hace el hombre por la suya? Es tan grande la belleza de la tal ánima, que ni la hermosura ni frescura de los campos, ni el resplandor del oro y piedras preciosas, ni la claridad del sol, ni de la luna, ni de las estrellas vienen á cuenta con ella. Mostró Dios á Sancta Catarina de Sena la hermosura de una ánima que estaba en gracia, y maravillándose la vírgen de cosa tan bella, díjole el Señor: Mira si fué bien empleado lo que yo padescí por hermosear las ánimas desta manera.

Pues verdaderamente así lo hizo, y así lo testifica el Apóstol diciendo (*l*): Los que sois casados, amad vuestras mujeres como Cristo amó la Iglesia, por la cual se ofreció á la muerte; para que por el mérito deste sacrificio la hermosease de tal manera, que no se hallase en ella mácula, ni ruga de pecado. Pues por adornar las ánimas con esta tan grande hermosura, no dubdó él ofrecerse á todos los tormentos de su Pasion, para que á costa de las fealdades de su sacratísimo cuerpo, hermosease las ánimas con esta tan grande gracia. Y esto nos significó aquel grande amor que Jacob tuvo á su querida Raquel (*m*), por la cual le pidieron siete años de servicio. Y dice la Escriptura que le pareció poco todo este tiempo por la grandeza del amor. Pues ¿á qué propósito ordenó el Espíritu Sancto (que es el autor de la Escriptura) que se escribiesen estos amores, si no nos quisiera representar por estos otros mas puros y mas divinos, que es el amor inestimable que el verdadero Jacob tiene á su esposa la Iglesia, y á cada una de las ánimas que están en gracia? El cual es tan grande que, como dice Sant Crisóstomo (*n*), ninguno de los enamorados deste siglo, aunque sea de aquellos que andan como locos por las personas que aman, arde tanto en este amor, como este celestial Esposo en el de las tales ánimas, por cuya hermosura (como otro Jacob) le parecia poco todo lo que padecia.

Vista pues la hermosura de una ánima, y el amor grande que aquel Esposo celestial le tiene, pongámonos á contar cuántos millares de ánimas fuéron desta manera hermoseadas y sanctificadas por los méritos de la Pasion de Cristo. Mas estas ¿quién las podrá contar, sino quien cuenta las estrellas del cielo, que es solo Dios? Así es por cierto; y así lo confiesa un fidelísimo testigo de vista, que es Sant Juan (*o*): el cual habiendo dicho que de los doce tribus de Israel estaban señalados en la frente ciento y cuarenta y cuatro mil escogidos, añade luego estas palabras: *Despues desto vi una compañía de escogidos de todas las gentes, y linajes, y pueblos, y lenguas diversas, que estaban ante el trono de Dios, vestidos de ropas blancas y con palmas en las manos; la cual muchedumbre era tan grande, que nadie la pudiera contar. Y todos estos escogidos á grandes voces decian: Salud sea á nuestro Dios, que está asentado sobre el trono, y á su Cordero.* Esto es, *sea Dios glorificado junto con su amantísimo Cordero; por los cuales alcazamos esta salud, que para siempre durará.* De manera que en esta revelacion dice el Evangelista ser el número de los escogidos tan grande que sobrepuja todo número y cuenta de hombres. Porque todos cuantos justos ha habido en el mundo dende el innocente Abel, hasta el prostrero que en él ha de nacer, deben su predestinacion y sanctificacion á los méritos del Cordero de Dios, que fué sacrificado en la Cruz: por el cual, aun ántes que padeciese, fuéron abeterno escogidos, y predestinados, y sanctificados.

Y quien quisiere entender esto mas en particular, sepa que en esta edad salieron á luz ocho volúmenes de vidas de sanctos, que recopiló de diversos libros el varon esclarecido Aloisio Lipomano: en los cuales se hallan innumerables vidas de mártires, de pontífices sanctísimos, de confesores, de vírgines y de grandes compañías de monjes; los cuales viviendo en la tierra, tenian su trato y conversacion en el cielo, y debajo de figura de hombres mortales, imitaban la pureza y sanctidad de las substancias inmortales, y procuraban que en sus costumbres y manera de vida resplandesciese tanto la imágen de Cristo, que pudiesen con el Apóstol decir (*p*): Vivo yo, ya no yo; mas vive en mí Cristo. Pues confieso agora que una de las cosas que mas palpablemente me ha declarado el beneficio de la redempcion de Cristo, es considerar que todas estas tan grandes riquezas de virtudes, y gracias, y maravillas que hallamos en las vidas de los sanctos (las cuales ponen en admiracion á quien quiera que las lee) son fructos del árbol de la Cruz, son efectos deste divino sacrificio, son hermosísimos pimpollos que procedieron de la raiz de Jesé (*q*).

§. III.

De la excelente sanctidad y vida de los monjes de Egipto y de otros muchos lugares.

Una de las materias que mas sirven para declarar la eficacia de la redempcion y sangre de Cristo, es la singular vida de aquellos sanctos monjes de Egipto; y no ménos sirve para edificacion y admiracion de los fieles. Por tanto referirémos aquí lo que deste argumento hallamos escripto en los libros de los sanctos padres. Primeramente Sant Augustin en el libro de las costumbres de la Iglesia, disputando contra los maniqueos, dice así (*r*): Agora mirad, maniqueos, la alteza de los perfectos cristianos, su pureza, y sus ordenadas costumbres, y su continencia singular. Mas lo que yo os contaré, vosotros tambien lo sabeis. Porque ¿á quién es escondido cuánta muchedumbre hay de cristianos derramada por todo el mundo, de extremada religion, mayormente en Oriente y en Egipto? Callo por agora los que moran en la soledad de los yermos; mas hablo de aquellos dignos de admiracion y de loores, que despreciados los halagos del mundo, emplean su vida en sanctos ejercicios y oraciones, ayuntados en los monasterios, etc. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin. Esta tan excelente manera de vida principalmente floreció en Egipto: en la cual se ve lo que dijo el Apóstol (*s*): *Donde abundó el delicto, sobreabundó la gracia*; porque (como ya dijimos) los historiadores llaman á esta tierra madre de la idolatría;

(*l*) Ephes. 5. (*m*) Gen. 29. (*n*) Hom. sup. Ill Astitit Reg. vel Audi filia. tom. 1. et Dissipavit. Cent. 1. Dis. 14. tom. 5.
(*o*) Apoc. 7.

(*p*) Galat. 2. (*q*) Esai. 11. (*r*) August. de morib. Eccl. Cat. cont. Manich. cap. 31. tom. 1. (*s*) Rom. 5.

pues llegó á tan grande ceguedad que adoraba los ajos y las cebollas, como ya declaramos. Y no ménos reinó aquí la vanidad, porque en Egipto se hicieron aquellos pirámides de increible grandeza, que se cuentan entre los siete milagros del mundo. Y de una destas, que se edificó junto á la ciudad de Ménfis, escribe Plinio que andaban en la obra trecientos mil hombres, y que duró la fábrica della por espacio de veinte años; y refiriendo los nombres de los autores que destas pirámides hacen mencion, dice que no consta entre ellos quiénes hayan sido los reyes que mandaron hacer estas obras; y dice él que fué muy acertado no estar averiguado esto, porque no se supiese en el mundo quién fuesen los autores de tan grande vanidad. Esto dice Plinio. A lo cual añado yo haber sido castigo y providencia de Dios que estuviesen en olvido estos reyes, para que se entendiese cuán poco les aprovechó esta invencion de que quisieron usar para perpetuar sus nombres.

Pues (tornando al propósito) en tierra de tanta vanidad y supersticion floreció en tanto grado la religion y sanctidad que, como dice Sant Hierónimo (*t*), habia tanta muchedumbre de religiosos, principalmente en Siria y Egipto, que así como de las colmenas sale gran muchedumbre de abejas, que llaman enjambre, y camina como ejército de gente que sigue su proprio capitan, ó como pueblos que van á buscar nuevas moradas: así salian de aquí compañías de monjes, que llamaban enjambres por su gran multitud, y por su ayuntamiento y ordenanza, siguiendo sus caudillos. Y tantos eran, que (como refiere este sancto) cuasi cinco mil moraban en Nitria en un mismo sitio, apartadas las celdas. Y asimismo habia en otros muchos lugares. Por la cual causa no solamente Juliano apóstata, mas aun el emperador Valente, aunque cristiano (mas segun parece, no enteramente católico), fué inducido á mandar que todos los monjes fuesen forzados á venir á la guerra; y sobre este negocio muchos dellos fuéron azotados. Mas presto el Emperador pagó la pena de tan grande maldad.

La sanctidad y vida destos monjes describe el mismo Sant Hierónimo (*v*) en la epístola que escribió á la vírgen Eustoquio, sobre la guarda de la virginidad, por estas palabras: Entre la diversidad de los monjes los mas aprobados son los que moran en los monasterios, de que hay mayor número, que tienen vida y morada comun; y su principal propósito es obedescer á los mayores, y hacer cuanto ellos mandaren. Están divididos de ciento en ciento, y de diez en diez, de tal manera que á nueve monjes gobierna el deceno, y cada diez destos prelados tiene un superior. Están apartados unos de otros, mas las celdas tienen juntas. Hasta la hora de nona tienen estatuto que ninguno visite á otro, salvo sus prelados; para que si alguno es fatigado de pensamientos, con su comunicacion sea consolado. Despues de nona todos vienen á comunidad, cantan salmos, leen la sagrada Escriptura segun su costumbre, y acabada la oracion, sentados todos, el que llaman padre, sentado en medio, comienza á platicar; y hablando este, los otros tienen tanto sosiego, que ninguno osa toser, ni mirar uno á otro. Despues desto danles licencia; y cada compañía de diez va con su padre á comer. A la mesa sirven á veces por semanas; ningun estruendo se hace miéntras comen, ninguno habla á la mesa; su mantenimiento es pan, y legumbres, y hortaliza cocida solamente con sal. Vino beben solo los viejos, á los cuales y á los pequeñuelos muchas veces dan á cenar; porque la edad cansada de los unos se recree, y la reciente de los otros no se quebrante. De aquí se levantan juntamente, y dadas gracias á Dios, van á sus chozuelas, donde hasta la tarde habla cada uno con los de su compañía, y dice: ¿Vístes aquel, y aquel, cuánta religion tiene, cuánto silencio guarda, cuán bien anda compuesto? Si entre ellos hay algun flaco, esfuérzanle; á quien ven fervoroso en el amor de Dios, anímanle para que mas trabaje. Y porque de noche despues de las oraciones comunes vela cada uno en su retrete, cercan los prelados las celdas de todos, y escuchan diligentemente lo que hacen. Al que hallan negligente no reprehenden luego, sino, disimulando lo que saben, visítanle mas á menudo. Y al principio á los nuevos amonestan que oren, mas no los costriñen. Tienen cierta tarea de obra para cada dia, la cual acabada llevan á su prelado, y él la da al procurador; el cual en cada mes da cuenta de las obras, con gran reverencia, al padre de todos. Este tiene cargo de mirar cuándo está aderezado de comer. Y porque á nadie es lícito decir: No tengo túnica, ó capa, ni zarzos de junco sobre que dormir, este procurador los provee de tal manera, que á ninguno falte, ni tenga necesidad de pedir. Cuando alguno enferma, pásanle á otra cámara mas ancha, y recréanle los viejos con tanto cuidado, que no le hace falta el regalo de su madre, ni los deleites de las ciudades. En los dias de domingo solamente entienden en oraciones y lecciones; y en los otros dias, cumplidas sus tareas, hacen el mismo ejercicio: cada dia aprenden algo de la Escriptura sagrada. El ayuno por todo el año es igual á todos, salvo en la cuaresma en que es lícito tener mas estrechura. Dende la fiesta del Espíritu Sancto las cenas de la tarde mudan á la hora de la comida, para satisfacer á la ordenacion de la Iglesia, y no cargar el estómago con comer dos veces. Semejantes á estos fuéron los esenos, como parece por testimonio de Filon imitador de la elocuencia de Platon, y por Josefo en la historia de la segunda captividad de los judíos. Hasta aquí son palabras de Sant Hierónimo.

Oyamos agora lo que dice Sant Basilio, el cual engrandeciendo el estado y vida destos sanctos monjes, dice así: ¿Qué se puede comparar á este tan grande bien, donde el padre es uno á imitacion del Padre soberano, y los hijos muchos, que con amorosa contienda se esfuerzan á vencer unos á otros en amor y concordia, cuya virtud remedan los tales? por cierto no de hombres, sino de ángeles. Contra tales guerreros, que tan esforzadamente pelean, ninguna cosa podrá el diablo; porque ninguno dellos da causa, ni ocasion á sus tentaciones. Destos dice David (*x*): ¡Oh cuán buena y cuán alegre cosa es morar los hermanos en uno! Bueno por cierto y muy aprobado, que hace su vida perfecta y alegre; porque la concordia y unidad á todos es causa de alegría. Hasta aquí son palabras de Sant Basilio.

Mas no es razon que entre los testimonios destos autores callemos el de Sant Crisóstomo: el cual en muchas partes de su escriptura trata de las grandes virtudes destos sanctos varones; y particularmente en la Homelía 59 del V tomo, donde haciendo comparacion de los legos á los monjes, dice (*y*) que estos viven en bonanza y grande seguridad, y que dende allí como dende el cielo

(*t*) Hieron. Ep. ad Marcel. (*v*) Propé finem.

(*x*) Psalm. 132. (*y*) Argumentum est. Homil. ad Pop. Antioch. 56. usq. 60 exclus.

miran los que dan al traves; porque ellos han escogido la conversacion celestial con que se hacen semejantes á los ángeles, remedando su vida en la tierra, donde ninguno se afrenta de la pobreza, ninguno es mas honrado por la riqueza; porque de aquel lugar está desterrado lo que todas las cosas trastorna, mio y tuyo. Todas las cosas tienen comunes, la casa, la mesa, el vestido, y lo que mas es de maravillar, todos tienen un corazon: todos son nobles de una misma nobleza, y siervos de una servidumbre, y libres de una libertad. Unas son las riquezas de todos, las verdaderas: una gloria de todos, la verdadera; porque los bienes que poseen no tienen solo nombre de bienes, mas en la verdad lo son. Todos tienen un deleite, un regocijo, unos mismos placeres, un deseo, una esperanza. Allí todas las cosas están proporcionadas como por peso y medida, donde hay maravilloso concierto, ninguna desigualdad, mas el gobierno y templanza prudente conserva entre sí perpetua concordia, que les es causa de continua alegría; porque todos hacen y padecen unas mismas cosas, de donde succede que juntamente se alegran ó entristecen, y menospreciando las cosas presentes, gozan de la bienaventuranza, esperando los bienes celestiales. Cuantas cosas acaecen á cada uno ó tristes ó alegres, todos las tienen por suyas. Y desta manera la tristeza se siente ménos; porque todos juntamente, cada uno con sus fuerzas, lleva la carga; y las causas de su alegría no tienen cuento, porque se huelgan no solo de sus proprias cosas, mas de las de todos. Y si los que acá moramos remedásemos su vida, iria mejor á las cosas humanas, que de dia en dia mas se corrompen. Hasta aquí son palabras de Sant Crisóstomo. Y no es ménos claro testimonio el de Sozomeno en la historia Tripartita: el cual despues de haber referido la sanctidad de muchos insignes prelados que hubo en tiempo del grande emperador Constantino, desciende á hacer en particular una hermosa y devotísima descripcion de la vida y costumbres destos sanctos monjes por estas palabras.

§. IV.

Vida y sancta conversacion de los antiguos monjes.

Allende de los sobredichos prelados y sacerdotes, y otros muchos que callamos, ennoblecian en aquel tiempo la Iglesia, y dilataban la doctrina católica los varones esclarescidos en vida y virtudes que á la sazon vivian en soledad por los desiertos. Porque verdaderamente su manera de vivir descendió del cielo para remedio y ejemplo de los hombres: de la cual será provechoso hacer alguna relacion de algunos de los que en ella se señalaron. Esta sagrada filosofía menosprecia la gloria mundana, resistiendo varonilmente á las pasiones del ánima; y aun á las necesidades naturales no se subjectan, ni desmayan por flaqueza, ó enfermedades corporales. Y teniendo su entendimiento siempre puesto en Dios, de dia y de noche contemplan y loan en sus espíritus á su Criador, aplacándole con oraciones y devotos cantares; y con pureza de ánimas, y ejercicios de buenas obras se disponen para los oficios divinos, y cerimonias sagradas. Para lo cual desdeñan los lavatorios y alimpiamientos de la ley antigua, mas solamente procuran lavar sus ánimas del pecado, al cual solo tienen por mancilla. Vencen con su virtud cualesquier infortunios que de fuera les vengan, y gloriosamente triunfan de todo lo temporal. No se afloja su intencion por pasiones ni casos mudables, ni afflicciones que padezcan, ni se vengan recibiendo agravios, ni se enflaquecen por falta del necesario mantenimiento; mas ántes estas son las empresas que toman, y en que se glorían. Por toda su vida se ensayan y ejercitan en paciencia, mansedumbre y humildad, y en hacerse vecinos por contemplacion á la divina Majestad, cuanto es posible á espíritus vestidos de carne. Usan de las cosas presentes como en venta, sin detenerse ni cebarse en la posesion dellas; ni tienen solicitud de proveerse en lo venidero, mas de para la sustentacion, sin la cual no podrian vivir. Y despues de tan trabajosos ejercicios son recreados con el gusto de la eterna bienaventuranza: á la cual se apresuran con muy gran diligencia y viveza de espíritu. Siempre gimen dolorosamente con el temor del juicio divino: huyen de las vanas y dañosas parlerías, no queriendo pronunciar con sus labios los vocablos de las cosas y obras contrarias á su intento; y generalmente recogen estrechamente el uso de sus sentidos, y las necesidades naturales, y fuerzan á sus cuerpos con la costumbre á que con poco se contenten; y así subjectan á la castidad los malos movimientos, y á la justicia las inclinaciones perversas contra los prójimos, y á la verdad los fingimientos y mentirosos afeites. Viven por órden y concierto en todas sus cosas, como por peso y medida; comunican unos con otros en los provechos y en los daños, en los placeres y en los pesares; proveen segun su posibilidad á los vecinos y á los extraños; las cosas concedidas á su particular uso hacen communes con los necesitados; siempre procuran la utilidad de todos; á los tristes y afligidos procuran consolaciones, y sanctamente los abrigan; con los alegres y prósperos guardan mas grave mesura, pero sin importunidad y pesadumbre. Y no solamente están puestos por dechado de los otros hombres por sus virtuosas obras, mas los que dellos han mas aprovechado, y seguido el camino de la perfeccion, enseñan á muchos que los vienen á oir con sanctas predicaciones, y sabios consejos, quitados todos los afeites y flores de los razonamientos retóricos; mas como prudentes médicos aplican las medicinas conforme á las enfermedades de sus conciencias. Y ellos entre sí platican y tratan su sabiduría con toda mansedumbre y acatamiento unos de otros, dejadas todas alteraciones y porfiadas rencillas; porque la razon que libremente señorea su ánima, refrena todos los movimientos y pasiones que se levantan, así en los sentidos del ánima, como de la carne. Desta sagrada filosofía fuéron descubridores y adalides (segun dicen algunos) Elías, profeta, y Sant Juan Baptista. Filon, filósofo pitagórico, refiere que en su tiempo muchos principales de los judíos se apartaban á vida solitaria, cerca de una laguna llamada Marian, cuya conversacion y costumbres eran semejantes á las que agora guardan estos de quien contamos, segun arriba está largamente relatado; de donde sospecho que de aquel estado de hombres tuvo orígen la manera de vivir de los nuestros. Otros creen que la causa desta vida apartada del comun de los pueblos fuéron las persecuciones que en diversos tiempos padescieron los cristianos por defensa de su fe; y como muchos huian dellas y se escondian en los montes y valles, estando allí, poco á poco se acostumbraron á esta manera de vivir. Pero agora hayan dado principio á esta conversacion los judíos, agora otros mas antiguos, á lo ménos esto se tiene por averi-

guado acerca de todos, que el excelente monje Antonio la puso en órden, y en la cumbre de su perfeccion con su maravillosa doctrina y sanctísimos ejemplos. Hasta aquí son palabras de Sozomeno en la historia Tripartita.

§. V.

Summario de la historia de la peregrinacion de siete varones religiosos de Palestina, los cuales dan testimonio de los monasterios y padres sanctísimos de Egipto que ellos vieron en su peregrinacion.

Para entender mejor este soberano beneficio de la renovacion y sanctificacion de los hombres por el misterio de Cristo, me paresció referir aquí la summa de una peregrinacion que hicieron siete religiosos de Palestina; los cuales caminando á pié y descalzos, fuéron á visitar los monasterios y sanctos varones que vivian en la tierra de Egipto. Entre los cuales uno era Paladio (que despues fué obispo de Capadocia), el cual escribió en lengua griega lo que vió en esta peregrinacion; y otro de la compañía destos siete que no se quiso nombrar, la escribió en latin. Es esta historia de grande autoridad; porque contexta el un historiador con el otro, y demas desto no era posible que tales varones escribiesen cosa que no fuese verdadera, mayormente siendo siete los testigos de vista de lo que se cuenta. Mas yo summariamente referiré algo de lo mucho que ellos escriben. Y primero contaré una historia maravillosa de lo que vieron en una ciudad vecina de Tébas, por estas palabras: Venímos á una ciudad de Tébas llamada Oxirinco, en la cual hallámos tanta religion y sanctidad, cuanta nadie podrá dignamente explicar. Porque dentro y fuera della estaba cercada de monjes, y las casas públicas del tiempo de los gentiles, y los templos de los ídolos eran morada de monjes; y dentro de la ciudad parecia haber mas monasterios que casas. Hay en esta ciudad, que es muy grande y populosa (demas de los monasterios que son particulares casas de oracion) doce iglesias donde se junta el pueblo. Y ni las puertas de la ciudad, ni las torres y rincones della carecen de moradas de monjes, los cuales cantando dia y noche himnos y alabanzas á Dios, hacen de toda la ciudad una iglesia. En esta ciudad no hay hereje ni pagano: todos son católicos; de modo que no se hace diferencia si el obispo manda hacer oracion en la iglesia, ó en la plaza. Y demas desto los magistrados y gobernadores desta ciudad tienen puestas guardas por todas las puertas della, para que si vieren entrar algun pobre ó peregrino, lo lleve á su casa el que primero lo hallare, y lo provea de lo necesario. Mas ¿quién podrá declarar lo que este pueblo hizo con nosotros, viéndonos pasar por su ciudad, y recibiéndonos, y honrándonos como ángeles? Y ¿quién declarará el tratamiento que nos hicieron los monjes, y las vírgines innumerables deste lugar? Porque fuímos informados del sancto obispo que la regía, que habia en ella veinte mil vírgines, y diez mil monjes. Y querer explicar la afeccion, la honra y las entrañas de caridad con que nos recibieron, y cómo nos rasgaban las vestiduras por llevarnos cada uno á su casa, ni las palabras lo pueden significar, ni la vergüenza lo permite decir. Vimos en esta sancta ciudad muchos varones dotados de diversas gracias: unos en hablar de Dios, otros en abstinencia singular, y otros en hacer milagros. Esto es lo que se cuenta desta noble y cristianísima ciudad. Pues ¿quién leyendo esto no alaba á Dios? ¿Quién no se espanta cuando oye decir que en sola una ciudad con sus alderredores, demas de lo dicho, tenia veinte mil vírgines consagradas á Dios? Qué cosa mas nueva se pudiera denunciar al mundo? Qué cosa mas poderosa para gloria de la religion cristiana? Qué tierra de bendicion es esta que tales fructos lleva? Quién pudo hacer esta mudanza en personas de carne y sangre sino Dios, mayormente en la tierra de Egipto, á la cual los historiadores llaman madre de idolatrías prodigiosas? En lo cual se ve cumplido lo que dijo el Apóstol (*z*), que donde abundó el delicto, sobreabundó la gracia. Commun sentencia es de teólogos, que la mas furiosa y desaforada pasion que nos vino por el pecado original, es esta: por la cual este mismo pecado se deriva de unas personas á otras.

Pues ¿quién era poderoso para poner freno á una bestia tan desenfrenada, sino sola la divina gracia? pues el Sabio dice (*a*) que nadie puede ser continente y casto sino por especial don de Dios. Y porque esta virtud es como una gran señora, que no puede estar sola, sino muy acompañada de otras muchas virtudes, que á pesar de la corrupcion de la naturaleza la sustenten y conserven, necesariamente habemos de confesar que donde tanto florecia la pureza de la virginidad, habian tambien de andar juntas con ella sus familiares compañeras, que son la abstinencia, la oracion, la leccion, las sagradas vigilias, el encerramiento, el recatamiento, el silencio, y el apartamiento y entredicho de todas las ocasiones con que esta flor hermosísima se puede marchitar. Y si es verdad que en el cielo no hay casamientos, porque vivirán los sanctos como los ángeles de Dios (*b*), ¿qué podrémos decir de tal vida, sino ser ella un traslado de la vida celestial? Y si la sibila Cumea profetizó que en la venida del Salvador naceria una edad de oro, ¿qué edad mas dorada que esta, donde tal pureza florecia? Cuán diferente tiempo era este de aquel donde los hombres eran tan carnales, que por tener propicia á la diosa Vénus para sus deshonestidades, le hacian servicio de ofrecer sus hijas vírgines á toda deshonestidad, como arriba dijimos. Pues ¿quién era poderoso para hacer esta mudanza de un tan grande extremo á otro tan distante y tan diferente, sino aquel espíritu amador de toda sanctidad y pureza?

Mas no pára aquí la historia destos sanctos peregrinos, sino pasa adelante refiriendo otras cosas no ménos admirables; porque luego en el capítulo siguiente dicen así: Vimos al sancto sacerdote Serapion en la region llamada Asmoite, padre de muchos monasterios: debajo de cuya disciplina militaban cuasi diez mil monjes, los cuales todos vivian del trabajo de sus manos; el cual principalmente ejercitaban en tiempo de la segada, llevando buena parte de lo que les daban por su trabajo al sobredicho padre para que lo repartiese por pobres. Y esta era costumbre no solamente destos, mas de todos los monjes que vivian en Egipto; que á este tiempo de la segada trabajaban en ella, y cada uno alcanzaba por su trabajo ciertas medidas de trigo, y gran parte desto ofrecian á los pobres, no solo de la region donde moraban, sino tambien enviaban navíos cargados de trigo á Alejandría, para repartir por los encarcelados, peregrinos y otros necesitados. Porque no hay en Egipto tanta abundancia de pobres, que baste para ago-

(*z*) Rom. 5. (*a*) Sap. 8. (*b*) Marc. 12.

tar y consumir las limosnas y beneficios destos sanctos varones.

Mas no tome de aquí nadie ocasion para notar á los religiosos de nuestra edad porque no trabajan desta manera; porque aquellos no tenian otro oficio mas que vacar á Dios, y tenian por instituto de su órden el trabajo corporal; mas los de agora, demas de los oficios divinos con que han de servir á la devocion del pueblo, han de doctrinarlo, predicando y confesando; para lo cual es necesario estudio de letras; con el cual no se compadece ganar de comer con el trabajo de sus manos. Mas volviendo á la historia, vimos, dicen, allí en la region de la ciudad de Menfis y de Babilonia innumerable muchedumbre de monjes que resplandescian con diversas gracias y dones del Espíritu Sancto. Y este era el lugar donde dicen que el patriarca Josef recogió el trigo para los siete años de hambre. Y procediendo en la misma historia, añaden otra cosa notable por estas palabras: Venímos al famosísimo lugar de todos los monasterios de Egipto, que se llama Nitria, el cual dista por espacio de cuarenta millas de Alejandría. En este lugar vimos cuasi quinientos monasterios vecinos entre sí, en los cuales muchos moran juntos, en otros pocos, y en otros habitan monjes solitarios, repartidos en quince barrios, mas ayuntados con lazos de caridad, y hechos entre sí una ánima y un corazon. Pues como llegásemos á este lugar, despues que sintieron venir religiosos peregrinos, á la hora todos como un enjambre de abejas corrian de sus celdas con grande priesa y alegría, trayéndonos pan y vasos de agua. Pues ¿qué diré yo agora de la humanidad y blandura dellos, y de los oficios que con nosotros hicieron, y de la caridad con la cual todos ardian, deseando llevarnos á sus celdas, y no solo proveernos de lo necesario para el hospedaje, sino tambien darnos parte de las riquezas que ellos poseian; que eran su humanidad y mansedumbre, y otras semejantes virtudes que en ellos resplandescian, como en gente apartada del mundo, y que de una misma fuente de doctrina cogian diversas gracias? En ninguna parte vimos florecer tanto la caridad, y hervir tanto las obras de misericordia, ni el ejercicio de la honestidad.

Despues deste lugar hay otro en el desierto mas adentro, que dista por diez millas deste: el cual lugar se llama Celia, por la muchedumbre de celdas que hay en él. Mas á este lugar no van los monjes, sino despues de ejercitados en la vida monástica, y quieren hacer vida solitaria. Este yermo es muy grande, y las celdas están tan apartadas, que ni se pueden ver, ni oir las voces de unas á otras. Cada uno está en su celda por sí. Hay entre ellos gran quietud y silencio. Solamente el dia del sábado y domingo se juntan en una iglesia, y ahí se ven como gente que viene del cielo. Y si alguno falta, entienden que será por alguna enfermedad, y vanle luego á visitar, no todos juntos, sino cada uno por sí en diversos tiempos, llevando cada cual lo que tiene para la cura del enfermo. Fuera desta ocasion ninguno se atreve á perturbar el silencio de su prójimo, sino es alguno que pueda con palabras instruirlos y esforzarlos, como á soldados puestos en medio de la batalla. Muchos dellos moran en celdas que distan tres y cuatro millas de la iglesia donde se juntan; y con tener las celdas tan apartadas, es tan grande la union de la caridad que tienen entre sí y para con sus prójimos, que á todos son materia de admiracion y ejemplo. Y de aquí es que si alguno quiere morar entre ellos, cada uno voluntariamente le ofrece su celda.

§. VI.

Prosigue la historia.

Despues desto refieren los dichos religiosos haber visto junto á la ciudad de Tébas un famosísimo monasterio que ocupaba grande espacio de tierra, y estaba cercado de un muro, en el cual habitaban mil religiosos, donde habia muchos pozos, y muchas huertas de regadío, y muchas diferencias de árboles fructuales, y provision de todo lo necesario para que ningun monje de los que allí moraban tuviese ocasion de salir fuera. Era portero deste monasterio un varon anciano y de los principales dél; el cual con esta condicion permitia entrar á los que venian de fuera, que no habian de volver mas á salir. Mas lo que es de admiracion, no los tenia encerrados la obligacion de la ley, sino el amor de la perfeccion, y de aquella vida bienaventurada. Este padre tenia junto á la portería un aposento, donde recibia los huéspedes, y los trataba con toda humanidad. Y como llegásemos á él, no nos dió licencia para entrar; mas diónos relacion de la manera de vida que allí se vivia. Díjonos que solo los padres ancianos tenian facultad para salir á buscar lo necesario; mas todos los demas vivian en silencio, y quietud, y ejercicios religiosos, y eran personas de tanta sanctidad, que todos hacian milagros. Y lo que es sobre todo mas admirable, ninguno dellos enfermaba, mas llegando el término de la vida, conocia el dia de su tránsito por revelacion de Dios, y dando cuenta dello á sus hermanos, y despidiéndose dellos, enviaba con alegría su espíritu al Criador.

Refiere mas: haber visto junto á la sobredicha ciudad de Tébas un sanctísimo varon llamado Amon, padre cuasi de tres mil monjes, que se llamaban tabenenses, varones de grande abstinencia; los cuales tienen por estilo cuando se asientan á la mesa cubrir de tal manera las cabezas con la cogulla, que ninguno vea la abstinencia del otro. Tienen sumno silencio en este lugar; y con ser tantos, viven en la compañía tan recogidos, como si estuviesen en la soledad. Están asentados á la mesa tocando mas el manjar que recibiéndolo; de manera que ni faltan á la mesa, ni satisfacen al vientre, conociendo ser mayor virtud tener los manjares ante los ojos, y abstenerse dellos. Todo lo que hasta aquí habemos referido recopilé de la peregrinacion susodicha de aquellos siete sanctos religiosos, dejando otras cosas muchas que cuentan de padres sanctísimos que en esta peregrinacion vieron.

Mas no solo en estas regiones, mas tambien en otras partes del mundo, y señaladamente en Grecia, florecia esta disciplina y manera de vida celestial. Y no solo en los hombres, sino tambien en las mujeres, como refiere Teodoreto (que floreció quinientos y cincuenta años despues del Salvador, en tiempo del emperador Marciano), el cual despues de haber escripto las vidas de unos sanctos monjes que hacian vida solitaria fuera de la compañía de los hombres, sin tener casa, ni ermita ni otro lugar de abrigo, sufriendo los ardores del sol, y las lluvias, y nieves, y frios del invierno, sin alguna cubierta (cuales fuéron Jacob, Juliano, Eusebio, Macedonio, Pedro, Zenon, Romano, Simeon el de la columna, y otros cuyas vidas él allí escribe; muchos de

los cuales él conoció y trató familiarmente), al fin desta historia escribe tambien la vida de unas vírgines sanctísimas, y en cabo dellas dice así: Muchas otras vírgines hay imitadoras destas sanctas, de las cuales unas abrazan la vida solitaria, y otras escogieron vivir en compañía, y están á veces doscientas y cincuenta juntas, otras veces mas, y otras ménos: las cuales tienen de estatuto dormir sobre unas esteras, y comer un mismo manjar, ocupando las manos en la lana, y las lenguas en las alabanzas divinas. Y hay innumerables monasteterios destos, no solo en nuestra region, sino tambien en todo el Oriente, y dellas está lleno Palestina, y Egipto, y Asia, y Ponto, y Cilicia, y Siria, y la tierra que está entre los dos rios, y la parte del mundo que se llama Europa. Porque despues que el Salvador nació de madre vírgen, luego se multiplicaron los frescos prados de la virginidad, que llevan estas hermosísimas flores, que nunca se marchitan. Todas estas son palabras de Teodoreto, el cual (demas de ser la persona que era, de tanta sanctidad y autoridad) no podia en cosa tan notoria decir lo que no era; porque luego todo el mundo lo desmintiera. Ni tampoco en Italia faltaron muchos sanctos varones cuyas vidas y milagros escribe Sant Gregorio en los cuatro libros de sus diálogos: el cual fué muchos años despues de Teodoreto. En lo cual todo vemos cuánto floreció la sanctidad en todas las partes del mundo: el cual ántes de la venida deste Señor era un muladar sucísimo, y una sima de todos los vicios y carnalidades que se pueden imaginar.

§ VII.

Conclusion deste capítulo.

Pues concluyendo esta materia, digo que siendo la hermosura de una ánima justificada tan admirable (como habemos declarado), y siendo tan grande el número de las ánimas que por la sangre del Cordero fuéron hermoseadas; y siendo tan admirable la mudanza de una vida fiera y bestial en esta celestial y divina, se ve claro cuán grande maravilla haya sido hacerse esta tan gran mudanza en el mundo, y cuán bien empleado fué todo lo que el Hijo de Dios por esta causa padeció. Porque claramente nos consta que él padeció por hermosear tantas ánimas, por sanctificar su Iglesia, por fundar este reino de virtudes, por criar esta nueva república en el mundo, por ordenar este coro de cantores y cantoras (que perpetuamente alabasen á su Criador), por poblar aquellas sillas desiertas del cielo, y juntar una capilla de ángeles y hombres angélicos, que con unas mismas voces alabasen al comun Señor; y finalmente por declarar por este medio la omnipotencia de su gracia, que fué poderosa para hacer de la tierra cielo, y de la carne espíritu, y de las serpientes ángeles. ¿Quién pues no tendrá por bien empleada la muerte de aquel grano de trigo que cayó en la tierra (c), del cual han brotado tantos y tan hermosos pimpollos de sanctos y sanctas, cuantos ha habido en el mundo; y que un solo dia de trabajo en que el Salvador padeció, fuese causa de poblarse toda la eternidad de tan gran número de sanctos? Ciertamente ninguna mayor gloria podemos dar á la inmensa bondad de Dios, que haber sido ella causadora de tan grandes bienes. Y aunque fuera menor el número de los escogidos, era muy conforme á la inmensidad desa bondad hacer por los pocos lo que hizo por los muchos. Porque no se estiman las cosas por el número, sino por el precio, y valor, y dignidad dellas; pues vemos cuánto mas vale un poco de oro fino, que mucho de otros mas bajos metales, y una piedra preciosa, que muchas de las otras comunes.

Mas no piense nadie que en solas estas tierras susodichas florecia desta manera la sanctidad; porque en todas las tierras y naciones del mundo obraba lo mismo la virtud de la sangre de Cristo, aunque en diferente manera. De lo cual es argumento clarísimo la muchedumbre de mártires que en todas las tierras del imperio Romano (que ocupaba casi todo el mundo) padecian. Los cuales no pudieran sufrir tantas crueldades y invenciones de tormentos con tan admirable constancia, si no estuvieran muy fundados en fe, y caridad, y en toda virtud, como arriba dijimos.

Pues por esta historia, y por otras semejantes entenderémos con cuánta razon dijo el Apóstol (d) que venía á predicar al mundo las inestimables riquezas de Cristo, para significar la magnificencia de Dios, y la superabundante gracia que se dió á los hombres por el mérito de aquel summo sacrificio que se ofreció en la Cruz, por el cual en tiempo de los apóstoles se daba tan barato el Espíritu Sancto á los fieles, que con poner las manos encima dellos, hablaban en diversas lenguas, y profetizaban. Y por esta tan extraña mudanza que el mundo hizo despues de la venida del Salvador, se entienden aquellas profecías de Esaías que arriba alegamos: en las cuales dice que en este tiempo los montes bravos y tierras estériles se mudarian en vergeles deleitables, y los árboles silvestres en fructuosos, y que las bestias fieras se amansarian, y los dragones y avestruces glorificarian á Dios, y que en los páramos y sequedades nascerian rios y fuentes de agua que los harian fértiles y fructuosos: declarando por estas metáforas la abundancia de la gracia, y la mudanza que el mundo hizo en la vida de Cristo, como arriba se dice.

Algunos rastros y memoria desta antigua religion se hallan agora en tierras de bárbaros. Para lo cual no dejaré de contar aquí lo que refiere el conde del Carpio en favor de las religiones, escribiendo contra los que las abaten.

Dice pues él que llegando una flota del rey de Portugal á las gargantas del seno de Arabia, un monje anciano, padre de mas de tres mil monjes, que á la sazon estaba en aquella costa, viendo la señal de la Cruz en lo alto de las gavias, y entendiendo que aquella flota era de cristianos, hízoles señal, significándoles que les queria hablar; y despues de muchas palabras, y muchas lágrimas que él derramó por ver gente cristiana, dióles un libro de oraciones que traia consigo, para que lo ofreciesen al summo pastor y vicario de Cristo. El cual libro fué enviado á Roma, y entregado al embajador de Portugal, que era entónces D. Miguel de Silva, para que él lo presentase á su Sanctidad. El cual libro tuve yo en mis manos, y revolví sus hojas.

Esta historia refiere el autor susodicho. Por lo cual se ve que hasta nuestra edad, aun entre gente bárbara se hallan rastros de aquella antigua manera de religion que floreció en muchas partes del mundo, especialmente en Egipto, Palestina, Grecia y en otras semejantes, de que están llenos los libros de muchos graves autores. Y aun en los tiempos de Sant Gregorio

(c) Joan. 12.

(d) Ephes. 3.

Papa, que son mas vecinos á los nuestros, florecieron muchos sanctos varones en esta misma manera de vida: cuyas virtudes y milagros escribe el mismo Sant Gregorio en los cuatro libros de los Diálogos que escribió de los sanctos varones de Italia.

Y en nuestros tiempos, donde, como el Salvador profetizó, está la caridad tan resfriada (e), no faltan en todas las partes de la cristiandad, así en las religiones como fuera dellas, así en el estado de los casados como de los continentes, muchas personas las cuales viven con gran pureza y simplicidad, empleando todos sus cuidados y pensamientos, y todos sus propósitos y deseos en el amor y temor de su Criador, y en la guarda de sus sanctos mandamientos. Esto baste para declaracion de la tercera hazaña que el Salvador habia de obrar en el mundo: el cual no siendo ántes conocido ni servido mas que en solo aquel rincon de Judea, dilató este conocimiento, y reformó las costumbres bárbaras y bestiales de los hombres en todas las partes del mundo.

CAPITULO XIII.

De la cuarta hazaña que se habia de seguir despues de la muerte del Salvador: que fué el castigo famoso de los que se la procuraron.

La cuarta hazaña muy pública que se habia de seguir despues de la muerte del Salvador, es el castigo y la venganza famosa que se habia de tomar de los que procuraron su muerte: la cual así como fué por el mayor pecado que se cometió en el mundo, así fué la mayor y mas universal de cuantas se han visto despues que Dios crió el mundo; porque fué asolar y destruir totalmente aquella república tan señalada, y reino tan antiguo, que comenzó setecientos y diez y ocho años ántes que Roma se fundase, como escribe Sant Augustin (a). La cual república con su templo tan famoso, y tan celebrado entre las gentes, y con su reino y sacerdocio, nunca mas hasta hoy fué restituida. Esto profetizó con palabras clarísimas Daniel (b): el cual acabando de decir que despues de sesenta y dos semanas (que son semanas de años, como luego declararémos) sería muerto Cristo, añade luego la pena deste pecado, diciendo: *Y la Ciudad y el sanctuario destruirá el ejército con el capitan que vendrá sobre ella; y despues del fin de la batalla será la Ciudad destruida y asolada; y esta destruicion durará hasta el fin*: que es perpetuamente.

La misma destruicion por la misma culpa profetizó y vió en espíritu Esaías (c): el cual, despues de aquella tan magnífica vision (en la cual vió á Dios asentado en un trono muy alto, acompañado y alabado de serafines), dice *que le mandó Dios ir á denunciar á su pueblo que se habia de cegar su corazon, y cerrarse sus oidos, y escurecerse sus ojos; y que así no se habia de convertir á Dios, ni ser oido dél.* Y lastimado el profeta con esta tan triste embajada, preguntó á Dios: *¿Hasta cuando, Señor, ha de durar esa ceguedad?* Respóndele Dios: *Hasta que sean asoladas las ciudades, y queden sin sus moradores, y las casas sin hombres, y la tierra quede desierta.* Hasta aquí son palabras del profeta. Y que esta destruicion habia de ser perpetua, como agora lo es, declarólo mas adelante en el cap. XXV, donde hablando con Dios, dice así: *Señor, tú eres mi Dios, ensalzarte he, y alabaré tu nombre; porque has hecho maravillas, y puesto por obra lo que mucho ántes tenias acordado. Porque heciste de la Ciudad una sepultura de muertos; y la Ciudad fuerte quisiste que fuese casa de extranjeros, y que eternalmente nunca mas fuese reedificada. Por esto te alabará el pueblo fuerte, y la Ciudad de gentes robustas te temerá.* Por las cuales gentes el profeta entiende el pueblo de la gentilidad, que despues desta venganza vendria al conocimiento del verdadero Dios. La misma destruicion profetizó tambien en pocas palabras David en el salmo 68, donde entre otras calamidades que habian de succeder á este pueblo, dice: *Sea su habitacion desierta, y no haya quien habite en sus moradas.*

Y aunque estas profecías dén claro testimonio desta destruicion, pero muy mas claro es el de nuestro Salvador: el cual como verdadero Dios (á quien solo pertenece saber las cosas que están por venir), profetizó con piadosísimas lágrimas la extrema calamidad de la ciudad de Hierusalem (d).

Vistas las profecías que denunciaron el castigo de la muerte del Salvador, síguese que tratemos de la cualidad y grandeza deste castigo.

Servirá esta materia para cuatro cosas. La primera para gloria de Cristo; porque tanto es mayor su gloria, cuanto el desacato cometido contra su Majestad fué castigado con mayor pena. La segunda para que los que aun están ciegos (si del todo no estuvieren obstinados) abran los ojos, y por la grandeza de la pena conozcan la gravedad de la culpa. La tercera, para que aquellos á quien nuestro Señor tuvo por bien traer al conocimiento de la verdad, y encorporar en su Iglesia, y hacerlos participantes de la gracia del Evangelio, se confirmen mas en la fe, y reconozcan y agradezcan al dador de todos los bienes este summo beneficio. Y cuanto esta historia fuere mas triste, tanto les será materia de mayor alegría; porque en ella tendrán (demas de lo dicho hasta aquí) otra nueva confirmacion y testimonio de la verdad de la fe, la cual cuanto mas crece, tanto crece mas la paz y alegría de la buena consciencia, que son compañeras de la viva y perfecta fe. Y lo cuarto, por aquí conocerá el discreto lector cuánta sea la severidad de la divina justicia, y con cuánta razon dijo el Apóstol (e) que es cosa terrible caer en las manos de Dios vivo.

Y porque la licion desta historia sea mas fructuosa al cristiano lector, doile este aviso, que cuando fuere espantándose de tantas y tan extrañas calamidades como aquí verá, vaya tambien espantándose de la severidad de la justicia divina contra los pecados: no solo contra el que se cometió en la muerte del Salvador, sino tambien contra aquellos que, como dice el Apóstol (f), lo vuelven cada dia á crucificar con sus pecados, sabiendo contra quien pecan. Porque aquellos miserables y ciegos que crucificaron al Salvador, no conoscian quien era. Porque, segun dice el Apóstol (g), si este conocimiento tuvieran, nunca crucificaran al Señor de la gloria. Mas nosotros conociéndolo, y adorándolo, y habiendo visto la gloria de sus triunfos, y siéndole en tan grande cargo por el beneficio inestimable de nuestra redempcion, nunca cesamos de crucificarle cada dia con nuestros pecados. Por lo cual nosotros tambien tenemos razon para temer el rigor desta justi-

(e) Matth. 24. (a) August. lib. 18 de Civ. Dei, cap. 22.
(b) Dan. 9. (c) Esai. 6.

(d) Luc. 19. (e) Heb. 10. (f) Heb. 6. (g) 1. Cor. 2.

cia; porque aunque no crucificamos á este Señor con clavos, crucificámosle con nuestras malas obras, y con impedir el fructo de su redempcion con el ejemplo de nuestras malas vidas. Estos son los fructos que se han de sacar desta licion. Pero el mas principal es confirmacion de la verdad de nuestra fe. Porque realmente, despues del testimonio de las profecías y de los milagros, uno de los mayores argumentos desta verdad es este tan extraño y tan espantoso castigo; y mas en un pueblo tan escogido de Dios, tan favorecido y tan amado; y sobre todo durar las reliquias deste castigo hasta el dia de hoy. Pues como el fructo desta lectura sea tan grande, no me extrañará nadie haberme alargado algun tanto en esta materia; porque nuestro Señor sabe que esta sola ha sido la causa.

Para tratar este argumento, de que estos cuatro bienes resultan, primeramente se ha de presuponer que todas las calamidades que en este mundo suceden á los mortales, no vienen á caso, sino encaminadas por la providencia de Dios, que gobierna con summa igualdad y justicia todo lo criado. Y así dice él por Esaías (*h*): *Yo soy el Señor que formé la luz y crié las tinieblas: que hago la paz y crio el mal: yo soy el Señor que hago todo esto.* Y el profeta Amós dice que no hay mal en la ciudad que no venga por mano de Dios (*i*). Entiéndese mal de pena, no de culpa; porque deste no es Dios autor. Y dice: *En la ciudad*, para comprehender los males comunes de ciudades y reinos; porque estos siempre vienen por pecados. Mas los particulares (como fué la ceguedad de Tobías, y los trabajos de Job) no fuéron por pecados, sino para materia y muestra de su virtud. Conforme á esto tambien leemos en el libro de Job (*k*), *que ninguna cosa se hace en el mundo sin causa, y que no nace el dolor de la tierra*, esto es, de solas causas humanas; porque de todo es principio la causa primera. Quien destos azotes enviados por pecados quisiere ver mucho, lea el capítulo XXVIII del Deuteronómio, y verá ahí castigos que le pongan admiracion. Este sea el primer presupuesto.

El segundo es, que como Dios sea la misma rectitud y justicia, siempre proporciona el castigo con el pecado cometido: de modo que por los grandes pecados da grandes castigos, y pequeños por los pequeños; guardando él la ley que puso á los hombres cuando mandó que conforme á la medida del delicto fuese la del castigo (*l*). Desto, entre otros muchos ejemplos, tenemos dos en dos entradas que hicieron dos reyes en Hierusalem con mano armada. El uno fué Sesac, rey de Egipto (*m*): al cual no consintió Dios hacer mucho estrago en la ciudad, porque (como dice el texto) habia muchos buenos en aquel reino, y no estaba muy estragada la religion. El otro fué Nabucodonosor (*n*), rey de Babilonia, en tiempo que totalmente estaba apagado el culto divino, y reinaba la idolatría con todas las abominaciones que andan en su compañía. Porque en este tiempo ordenó la divina justicia que viniese este rey contra la Ciudad; y que así como no habia en ella cosa sana, así no dejase en ella cosa entera, sino que toda ella fuese arrasada y puesta por tierra. Y así conforme á la grandeza de la culpa vino á ser el castigo della. Presupuestos estos dos principios, comencemos á tratar de las grandes calamidades que la ciudad de Hierusalem con toda su provincia y gente padesció despues de la muerte del Salvador. Y para que esta historia mejor se entienda, repartirla hemos en tres partes. En la primera tratarémos de las calamidades que precedieron la destruicion de Hierusalem; y en la segunda de la destruicion della; y en la tercera de las que despues della se han seguido.

Mas las calamidades que entrevinieron así ántes de la destruicion de Hierusalem, como en ella y despues della, fuéron tales y tan increibles, que si no fuera el historiador de tanta autoridad, y mas testigo de vista, que á todo se halló presente, no se pudieran creer. Este historiador fué Josefo, de nacion y profesion judío; y fué uno de los mas raros hombres de su edad en elocuencia, en prudencia, en ciencia de las Escripturas; y sobre todo esto fué un muy valeroso capitan, pues siendo gobernador de la provincia de Galilea, defendió la ciudad de Jotapata á todo el poder de los romanos por espacio de cuarenta y siete dias: despues de cuya destruicion, muertos todos los hombres de valor, fué solo él guardado por una maravillosa providencia de Dios, para que escribiese esta historia; porque nadie la pudiera escribir, ni con mas verdad, ni con mas elocuencia, ni mas sin sospecha que él. Porque si el autor fuera cristiano, pudieran algunos sospechar que en favor y venganza de la muerte de Cristo, encarecia ó fingia algo de lo que escrebia: mas no lo era; porque él mismo se da á conocer en el principio de su escriptura por estas palabras (*o*): Josefo, hijo de Matatías, ciudadano y sacerdote de Hierusalem, que en la primera conquista pelcé contra los romanos, y en la segunda tambien (á mas no poder) me hallé presente. Hállase tambien que el dicho varon no solamente fué señalado entre sus naturales, mas tambien entre los romanos fué en mucho tenido. Porque por corona de sus letras le pusieron su estatua en la ciudad de Roma, y mandaron poner sus escripturas en la librería pública, las cuales fuéron muchas y de grande autoridad.

Mas al principio será necesario avisar al lector, que el que quisiere saber esta materia de raiz, recurra á los siete libros que este historiador escribió della; porque yo aquí no haré mas que apuntar brevísimamente lo que él trata muy por extenso como ello pasó, sin añadir palabra: como se verá en la fuente de donde esto manó.

CAPITULO XIV.

De las calamidades que precedieron la destruicion de Hierusalem.

Las calamidades que precedieron la destruicion de Hierusalem comenzaron dende el tiempo de Pilato, que fué juez en la muerte del Redemptor. Porque no quiso la divina justicia que se dilatase mucho el castigo deste pecado, sino que luego comenzase, y que poco á poco procediese aquella república de mal en peor por sus pasos contados. Pues este Pilato determinando traer agua á la Ciudad de un largo trecho (que era de trecientos estadíos), quiso aprovecharse del sagrado tesoro del templo. Por lo cual se levantó un grande alboroto entre la gente, la cual con grandes quejas y clamores pretendia estorbar este agravio. Mas el Juez, entendiendo lo que habia de ser, mandó á sus soldados que se metiesen entre la gente del pueblo, disimulando sus personas con hábito popular, llevando juntamente con las armas palos debajo de la ropa, y que cuando él hiciese señal, hiriesen con los palos á cuantos pudiesen; y desta manera

(*h*) Esai. 45. (*i*) Amos. 3. (*k*) Job. 5. (*l*) Deut. 25. (*m*) 2. Par. 12. (*n*) 4. Reg. 24.

(*o*) In Prol libror. de bello Judaico.

los soldados mataron á palos á muchos, y otros huyendo y apretándose unos á otros, y cayendo unos sobre otros, fuéron miserablemente ahogados y muertos.

Tras desta calamidad se siguió otra no menor. Porque muerto el emperador Tiberio, succedió Cayo: el cual de tal manera se desvaneció con la prosperidad de la nueva dignidad, que se mandó intitular dios, y poner sus estatuas en todos los templos del imperio romano entre los otros dioses. Y sabiendo que solos los judíos no habian querido admitir en su templo la estatua dél, envió á Petronio con tres legiones de soldados, y muchos otros de Siria, á que por fuerza de armas pusiese su estatua en el templo de Hierusalem, y matase á todos cuantos le contradijesen, y captivase á los demas. Pasáronse en esta recuesta entre el Capitan y el pueblo que resistia, cincuenta dias, siendo tiempo de la sementera, sin hacer los hombres nada, sino insistir y resistir á aquella blasfema peticion. Finalmente, despues de muchos clamores y alteraciones dijeron los judíos que ellos ofrecian cada dia sacrificios por la salud del César; pero si él queria introducir su imágen en el templo, primero habia de sacrificar á ellos, y á sus mujeres y hijos, ántes que tal consintiesen. Viendo esta determinacion el Capitan, movido á compasion volvióse con su ejército, no sin temor de perder él la vida por perdonar á la de los otros. Mas atajólo Dios con la muerte de Cayo, el cual primero que supiese el caso murió; habiendo este nuevo dios imperado solos tres años.

Siguióse luego otra calamidad en tiempo del emperador Claudio, que succedió á Cayo. Y fué, que habiendo venido gran número de gente á Hierusalem á celebrar la Pascua, y siendo costumbre asistir allí estos dias los soldados para acudir á cualquier ruido que entre tanta gente se levantase, un soldado desvergonzado, vueltas las espaldas al pueblo, levantó deshonestamente las faldas, diciendo palabras conforme á esta desvergüenza. Viendo esto algunos mancebos del pueblo, comenzaron á alborotarse y tirar piedras á los soldados; y recelando el presidente, por nombre Cumano, que todo aquel ímpetu y furor del pueblo podia cargar sobre su persona, mandó acudir mucha gente armada. Lo cual viendo los del pueblo, comenzaron á huir con tanta priesa por diversas partes, que apretándose unos á otros, y cayendo unos sobre otros, vinieron á morir diez mil hombres; con cuya muerte el alegría de la fiesta se volvió en llanto, porque en cada casa habia lágrimas y gemidos por sus muertos. Esta misma calamidad cuenta Eusebio en la historia Ecclesiástica.

No faltaron otras maneras de calamidades levantadas por malicia de hombres engañadores: los cuales so color de religion intentaban novedades, y juntando consigo el vulgo liviano, sacáronlo al campo, haciéndole creer que Dios les daria señales de libertad. Y porque esto era como un seminario de rebelion, el presidente de Judea, llamado Félix, envió contra ellos gente de pié y de caballo, con que los destruyó. Pero mayor engaño fué el de un egipcio nigromántico, que decia ser profeta: el cual juntó consigo treinta mil hombres, y sacándolos tambien al campo, pretendia entrar por fuerza en la ciudad, y hacerse señor della; el cual tambien fué desbaratado por los romanos, y presos muchos de los que le seguian, y los otros huidos. Ni faltaron entre estas calamidades ladrones y robadores que so color de libertad corrian toda la tierra, robando las casas de los ricos y poderosos, y pegando fuego á muchos lugares, y alborotando toda la tierra de Judea.

Despues destos se levantó otra tempestad en Cesárea, sobre cuya sería aquella ciudad; porque ella antiguamente era de gentiles, mas habíala reedificado Heródes. Y esta cuestion fué de tal manera creciendo, que procedió hasta las armas; por donde hubo muchos reencuentros, y muchos muertos de parte á parte. Mas el presidente ya dicho, echó fuera de la ciudad los rebeldes, y mató muchos de los que no le quisieron obedescer.

§. ÚNICO.

Tirannías de los jueces del imperio romano que permitió Dios por aquel tiempo, y principio del rebelion.

Y porque ningun linaje de calamidad faltase á aquella miserable gente, permitió la divina justicia que los presidentes que habian de gobernar la República, y mantenerla en paz y justicia, fuesen los mas crueles tirannos y y robadores de toda la tierra. Uno de los cuales fué Albino, en el cual ninguna especie de malignidad faltó; porque todo su estudio ponia en robos y cohechos, y imposiciones de muchos tributos, vendiendo la justicia por dinero; de modo que solo el que lo tenia era innocente, y solo el que dél carecia era culpado. Y conociendo algunos de los poderosos de Hierusalem que querian alterar el estado de la República, y intentar novedades, que este juez por todas las cosas pasaria á trueque de dinero, untáronle muy bien las manos, para que cuando ellos alterasen el estado de la República, él disimulase, y los dejase pasar adelante. Los cuales con esta seguridad andando por la ciudad acompañados con sus aliados, entendian en robar las haciendas de los que ménos podian, y los tristes de los robados callaban, porque mas no podian; y los que no lo eran, de miedo daban dineros á los que merecian crueles castigos. A lo cual todo disimulaba el bueno del Presidente, porque el dinero le habia cegado los ojos, y enmudecido la lengua, y atado las manos, para que ni viese, ni hablase, ni hiciese lo que era obligado.

A este presidente succedió Gestio Floro, el cual sobrepujó tanto en las tirannías y maldades á su antecesor, que le hizo parecer bueno en comparacion suya. Porque el antecesor secretamente y con engaños robaba; mas éste públicamente y gloriándose dello hacia lo mismo; el cual ningun género de robo ni de crueldad dejó de ejecutar en la gente miserable, siendo con los pobres y afligidos cruelísimo, y con los deshonestos y torpes desvergonzadísimo. Porque no hubo hombre que mas impugnase la verdad con falsedades, ni que mas artes inventase para dañar. Y parecíale poco repartir los robos y cohechos por cabezas, sino robase públicamente las ciudades y provincias. De modo que no le faltaba mas que dar pública licencia por palabras, que todos robasen, con tal que partiesen parte del robo con él. Finalmente, tal fué su avaricia, que los moradores de la provincia desampararon sus tierras, y se fuéron á morar á otras.

Mas porque referir en particular todas las tirannías, injusticias, engaños, robos, crueldades y matanzas deste cruelísimo carnicero (que la divina justicia permitió tener señorío en aquella tierra) será cosa muy prolija, solamente diré que entendiendo este tiranno que si fuese acusado ante el Emperador por sus robos,

sería gravemente castigado, tomó por medio hacer tantos y tales desafueros y agravios al pueblo, y derramar sin propósito tanta sangre de innocentes y de nobles, que el pueblo irritado con tantas maneras de injurias viniese á rebelar contra el imperio romano, pareciéndole que con este color quitaria de sí la invidia y odio de su culpa, haciendo creer que sus agravios habian sido castigos de aquella rebelion. Desta manera la divina Providencia (á quien todas las cosas sirven, sin saber que le sirven) permitió que se diese principio á la rebelion de los judíos contra los romanos; la cual fué causa de asolarse todo aquel reino en venganza de la muerte del Salvador, segun estaba profetizado.

Y sobre todos estos agravios y crueldades hizo dos entradas en la ciudad de Hierusalem, que tenia á su cargo, y no como pastor, sino como lobo robador entró con gente de guerra, y dió licencia á los soldados que robasen cuanto habia en la plaza, y matasen á cuantos encontrasen. Habida esta licencia, no se contentaron los soldados con lo concedido, sino pasaron adelante, robando todas las casas de las personas ricas y poderosas; y prendiendo muchos de los nobles, que tenian privilegio de ciudadanos romanos, los presentaron á Floro, el cual contra este privilegio no solamente los azotó, mas tambien con furor de bestia fiera los mandó crucificar. Y el número que aquel dia fuéron muertos con sus mujeres y hijos (porque ni aun á los niños de teta perdonaban) fuéron seiscientos y treinta.

Otra éntrada hizo no ménos cruel que esta, usando de un grande engaño, con que pretendia provocar los ciudadanos á algun ruido, para que con este achaque sus soldados diesen en ellos. Con esto murieron muchos, y otros queriendo escapar de aquel peligro, huian con tanta priesa por unas puertas estrechas, que unos á otros se ahogaban y mataban, y los muertos quedaban de tal manera desfigurados, que no los conocian sus parientes cuando los buscaban para enterrar.

Estas matanzas y crueldades dieron principio á la rebelion de la gente contra los romanos; y no solo á esto, sino tambien á guerras civiles mas crueles y sangrientas que las de los mismos romanos. Porque los mancebos atrevidos y revoltosos fuéron los que primero tomaron las armas contra los romanos; mas el pueblo y la gente noble, viendo el peligro en que se ponia la República, contradecian á estos alborotadores con cuanta fuerza podian. Y asi se revolvió entre unos y otros una civil batalla que duró por espacio de siete dias: en la cual murieron muchos de los unos y de los otros, cuyo número no se cuenta. Y pidiendo unos soldados romanos (que ayudaban la parte del pueblo) á los revoltosos que les dejasen salir en paz, ellos les otorgaron esto con solemne juramento; mas al tiempo de la salida lo quebraron, matándolos cruelmente; y esto en dia de sábado, en que los judíos aun de las buenas obras cesan. Por el cual pecado, dice Josefo que mas era ya para temer la venganza divina que la guerra de los romanos.

Ya de aquí adelante, comenzado el levantamiento, síguense crueldades sobre crueldades, robos sobre robos, muertes sobre muertes, incendios sobre incendios, y tantas maneras de calamidades, que si no fuera tan abonado el cronista que las escribe, parecieran increibles; mas no lo serán á quien conociere la causa dellas, que fué la venganza de la muerte indignísima del Salvador. Porque pecado tan grande y tan extraordinario no podia dejar de ser castigado con penas extraordinarias y nunca vistas. Porque en el mismo dia (dice Josefo) y en la misma hora que los revoltosos quebrantaron la fe dada á los soldados romanos, en dia de sábado, se levantó en Cesárea una tempestad tan cruel contra los judíos que moraban en aquella ciudad, que fuéron muertos á hierro por los de Cesárea sobre veinte mil hombres: de modo que la ciudad quedó vacía de todos los judíos que en ella moraban. Y como llegase la fama desta matanza á las ciudades de Judea, juntóse gran muchedumbre desta provincia, y corrieron por toda la tierra de Siria, matando y abrasando cuantas villas y lugares pudieron. Por donde los moradores de Siria ayuntados en ejército, resistian poderosamente á los acometedores, y mataban y despedazaban muchos dellos, no solo por el antiguo odio que tenian á la nacion de los judíos, sino tambien por escapar del peligro que por parte dellos les venia. Porque ninguno otro remedio de salud hallaban sino prevenirse unos á otros, y matarlos, por no venir á manos dellos. De manera que el dia se gastaba en derramar sangre, y las noches ocupaba el temor del dia siguiente.

Despues desta matanza de la ciudad de Cesárea se siguió otra de los moradores de la ciudad de Scitópoli: los cuales por arte y engaño aseguraron á los judíos, y sobre seguro los acometieron de noche estando ellos durmiendo, donde mataron trece mil hombres, y robaron todos sus bienes.

De allí adelante otras ciudades, viendo los judíos rebelados contra los romanos, mataban todos cuantos moraban en ellas. Porque los moradores de Ascalon mataron dos mil y quinientos dellos; y los de la ciudad de Ptolemaida otros dos mil, y los moradores de Tiro despedazaron á muchos, y muchos mas prendieron y encarcelaron, cuyo número no se cuenta; y desta manera todas las otras ciudades de gentiles, donde tambien habitaban muchos de los judíos, parte con temor, y parte con odio se movian contra ellos, y les hacian todo el daño que podian.

Mas á todas estas calamidades hace gran ventaja la de Alejandría, en la cual moraba gran número de judíos en cierta parte de la ciudad apartada de los gentiles. Pues un dia (permitiéndolo así la divina justicia) levantóse un alejandrino dando voces y diciendo que los judíos eran enemigos; los cuales volviendo por sí, se revolvieron con los alejandrinos. Y acudiendo el Presidente de la ciudad á despartirlos y poner paz, como no hubiese medio para quietarlos, envió dos legiones de soldados romanos, con otros cinco mil que habian venido de Libia, mandándoles con toda fuerza que matasen, saqueasen y quemasen las casas de los judíos. Los cuales hicieron tan grande riza y estrago en ellos, que se hallaron muertos cincuenta mil dellos, sin perdonar á niños, ni viejos, pasándolos todos á cuchillo, y haciendo nadar toda aquella ciudad en sangre de muertos.

¿Qué mas diré? Los moradores tambien de Damasco, vistos los alborotos de los judíos, y la rebelion contra los romanos, acordaron entre sí de matar todos los que moraban en aquella ciudad, y esto con grande secreto, por amor de sus mujeres que judaizaban. Y tomándolos desarmados, y desapercebidos, y sin sospecha de algun peligro, degollaron en una hora diez mil dellos. Estos eran los preludios y como víspera de los grandes males que sobre estos habian de venir. Porque como Esaías

dice (a): *Con todas estas calamidades no cesó el furor de la ira divina, sino todavía pasó adelante.*

A estas desventuras se ayuntó otra. Porque Gestio Gallo, gobernador de la provincia de Siria (donde cae Judea), sabido el levantamiento de los judíos, juntó un ejército poderoso, y tomó á la ciudad de Zabulon, y la mandó saquear, y pegó fuego á todas las casas della, que eran muy hermosas. Y de ahí envió parte del ejército á tomar á Jafa; y cercándola por mar y por tierra, fácilmente la tomó. Donde los soldados mataron los moradores della, y saquearon sus casas, y pegaron fuego á la Ciudad. El número de los muertos fué ocho mil y cuatrocientos. Y de la misma manera mataron, robaron y abrasaron todos los moradores de otra ciudad de Judea, vecina de Samaria.

Esta matanza y estrago hizo el presidente de Siria, Gestio, en estos lugares. Mas otra no menor hizo otro capitan romano, por nombre Antonio, que estaba con gente de guarnicion en la ciudad Ascalon, á la cual el pueblo de los judíos tuvo siempre antiguo odio. Por esto los levantados, que ya andaban por las tierras enemigas haciendo daño, ayuntaron un grueso ejército para dar sobre esta ciudad. Mas el capitan Antonio se dió tan buena maña con gente que tenia de pié y de caballo, que mató diez mil destos, y hizo huir los demas. Pero ni con esta herida se enflaqueció el espíritu y ánimo de los judíos. Porque otra vez volvieron con mayor ejército, y fuéron otra vez por el mismo capitan romano vencidos, y desbaratados, y muertos ocho mil dellos, siendo muy pequeño el número de los romanos. Porque Dios los habia tomado por ministros de la justicia y venganza que queria hacer en aquel pueblo. Estas son las calamidades y desventuras que unas despues de otras se fuéron siguiendo despues de la muerte del Salvador: ordenando la divina justicia que luego tras del pecado succediese el castigo. Síguense tras estas otras mucho mayores, despues de la venida del emperador Vespasiano con su hijo Tito, que acudió al levantamiento del pueblo. Porque estas fuéron particulares calamidades de particulares ciudades; mas las que se siguen, fuéron de todo aquel reino, y de todas las ciudades dél y de la principal dellas, que fué la muy nombrada ciudad de Hierusalem.

CAPITULO XV.

De las grandes calamidades que se siguieron, despues de la venida del emperador Vespasiano, en la conquista de las provincias de Galilea y Judea.

Querer declarar en particular los trabajos y tribulaciones que los judíos padescieron despues de la venida del ejército romano á aquella tierra, es cosa que sobrepuja toda elocuencia humana, y todos los ejemplos de cuantas tragedias tristísimas ha habido en el mundo. Porque el emperador ya dicho, ántes que comenzase el cerco de Hierusalem, acordó de conquistar todas las ciudades de aquella provincia; y cada una destas ciudades fué una calamidad por sí: porque cuanto era mayor la resistencia de los moradores, tanto era mayor, despues de conquistada, la matanza, los sacos, y captiverios y incendios della. Y porque mi intento no es escribir historia, sino declarar la grandeza deste castigo, para que por él se conozca (como tengo dicho) la severidad de la justicia divina, y la graveza del pecado porque fué ejecutada, no haré mas que apuntar el número de los muertos en algunos destos lugares, y algunos desastres particulares que acaescieron en ellos.

Vino pues este emperador con un ejército muy poderoso. Y primero determinó conquistar la provincia de Galilea, de que Josefo, escriptor desta historia, era gobernador. Y la primera ciudad que tomó fué Gadara, donde sacados los mochachos, mató todos los demas, sin tener respecto ni compasion de nadie; y pegó fuego á la Ciudad y á cuantas aldeas habia al derredor della.

De ahí puso cerco á la muy fuerte ciudad de Jotapata, la cual defendia el sobredicho Josefo. Y despues de grandes reencuentros y baterías que duraron por espacio de cuarenta y siete dias, finalmente la entró por fuerza de armas, donde sacadas las mujeres y niños, á ninguna edad perdonó. Los cautivos en esta entrada fuéron mil y docientos; pero los muertos así en el tiempo del cerco, como en la entrada de la ciudad, llegaron á cuarenta mil.

Al tiempo que esta ciudad estaba cercada, puso tambien cerco sobre Jafa: en la cual despues que por fuerza la entró, tampoco perdonó á edad alguna de mozos ni de viejos, excepto mujeres y niños, que llevó cautivos. Y los muertos fuéron quince mil, y los cautivos dos mil y ochocientos. Y porque pocos dias despues desta matanza muchos de los levantados se acogieron á esta misma ciudad, y se hicieron fuertes en ella, otra vez el ejército romano los cercó por mar y por tierra, y peleando con ellos por ambas partes, de tal manera los desbarató, que no solamente la tierra, mas tambien la mar estaba llena de sangre y de cuerpos muertos. Y muchos hubo que por no venir á manos de los romanos, se mataron, y no se pone aquí el número de los muertos.

De ahí pasó á otra grande y fuerte ciudad llamada Taroqueas; y despues de muchos trances pasados en el cerco, finalmente la entró, y mandó matar todos los hombres viejos y flacos que en ella habia; mas guardó seis mil mozos bien dispuestos para enviar de presente al emperador Neron; y toda la demas gente, que fuéron treinta mil y cuatrocientos, vendió, y otros muchos dió de gracia al rey Agripa (cuya era la ciudad rebelada) para que hiciese dellos lo que quisiese; mas él tambien los vendió.

Ni se debe aquí callar la nueva manera de calamidad que acaesció á otros del número de los que habian rebelado, los cuales se habian acogido á un fuerte castillo; mas no les valió la fuerza del lugar. Por donde viendo despues de mucha defensa que ninguna esperanza de salud les quedaba, y conociendo que los romanos á nadie perdonaban, acordaron de hacer ellos contra sí el oficio de sus enemigos, y prevenir las armas dellos. Y asentado esto, abrazándose los padres con sus hijos, y los maridos con sus mujeres, y derramando en esta postrera despedida muchas lágrimas, les metian las espadas por los cuerpos, y las mataban. Y para esta carnicería escogieron diez hombres de los mas esforzados. Los cuales, despues de muertos los otros, mataron tambien á sí mismos; y el postrero que quedó hizo lo mismo, derribándose sobre los montones de los otros muertos. Y de toda esta gente no quedaron sino dos mujeres que por dicha escaparon; y estas dieron cuenta á los romanos de lo que habia pasado.

Preguntará alguno cuál haya sido la causa porque los emperadores Vespasiano y su hijo Tito, siendo ambos muy buenos emperadores y muy clementes, mandaban

(a) Esai. 5.

hacer tanta matanza despues de la victoria en los vencidos; mayormente no siendo los romanos crueles en sus victorias, como lo eran otras naciones bárbaras y fieras. A lo cual respondemos que así como Dios tomó á Nabucodonosor por instrumento para castigar su pueblo por sus grandes pecados, y especialmente por el de la idolatría; así tomó estos emperadores para castigo de otro mayor pecado, que fué la muerte del Salvador. Para lo cual traeré por argumento una cosa admirable que succedió á estos emperadores en la conquista de una ciudad llamada Giscala: en cuya conquista corrió gran peligro, asi el ejército romano, como la vida de su emperador Vespasiano. Porque despues de entrada la Ciudad, acogiéronse los defensores della á un fortísimo castillo, que estaba situado en un alto risco, cercado de muchos peñascos, y insistiendo los romanos en la tomada dél, eran tantas las piedras y saetas que de lo alto tiraban contra ellos, que recibian muy notable daño, sin poderlo hacer los romanos á sus contrarios por la altura del lugar. En este conflicto tan porfiado, dice Josefo que por la divina Providencia á deshora se levantó un tan grande viento y torbellino contra los cercados, que hacia declinar las saetas que tiraban, á un lado, sin herir á los romanos, y las de los romanos llevaba derechas y con mas fuerza á los cercados. Este milagro que aquí Josefo refiere, hizo nuestro Señor en favor del religiosísimo emperador Teodosio, peleando contra el ejército de un tiranno. Por donde con mucha razon exclamó el poeta Claudiano, diciendo: ¡Oh muy amado emperador de Dios, para cuyo socorro sacó él de las cuevas de la tierra inviernos armados; para quien militó el cielo, y los vientos conjurados vinieron á la batalla! Pues por esta maravilla declaró Dios que él era el principal capitan de los romanos, pues él hacia la guerra con el ministerio de sus vientos. La conclusion desta victoria fué, que mas crueles fuéron contra sí los cercados que los cercadores: porque estos mataron cuatro mil hombres; pero los que quedaron vivos se despeñaron de aquellos riscos (por no morir á manos de los romanos), que fuéron cinco mil.

Tras desta calamidad succedió la de la ciudad de Gadara, la cual se entregó libremente á Vespasiano; mas todos los mancebos y hombres revoltosos huyeron de la ciudad, y hallando en otro lugar una gran cuadrilla de otros tales como ellos, juntaron un ejército de unos y de otros; contra el cual vino el ejército romano talando, y robando, y abrasando toda aquella tierra por donde los seguian hasta llegarlos al rio Jordan; el cual no podia entónces vadearse por ir muy crecido. Por donde á los fugitivos fué forzado pelear. En la cual pelea fuéron muertos trece mil hombres de los que huian, y dos mil y doscientos captivos. Y otros muchos se echaron en el rio, y se ahogaron, y así era infinito el número de los muertos. Esta calamidad fué mayor que las pasadas, no solo por el grande estrago y matanza que el ejército hizo en todo el camino por do iba, sino tambien porque estaba detenida la corriente del rio Jordan con la muchedumbre de los muertos; y así tambien lo estaba el lago llamado Asfáltides, que confinaba con él; los cuales cuerpos pasaban adelante, y corrian tambien por otros rios. Pues ¿quién habrá que leyendo esto, y conociendo que todo esto se encaminaba por la Providencia divina, no quede espantado, y no exclame: ¡Oh justicia de Dios! oh castigos de Dios! oh venganza de Dios! ¿Quién nunca vió hechas represas en los rios, y grandes rios, con cuerpos de hombres muertos? ¡Oh con cuánta razon dijo el Apóstol (*a*), que era cosa horrible caer en las manos de Dios vivo! y con cuánta lo llamó David (*b*) Dios de venganzas, por razon de la severidad con que castiga los pecados! Mas tornando al propósito, acabada esta victoria, el ejército pasó adelante conquistando todos los lugares y castillos que halló; de modo que toda la tierra que está allende el rio Jordan, quedó en poder de los romanos.

CAPITULO XVI.

Del cerco de Hierusalem, y de las calamidades, y disensiones, y hambres que en él se pasaron.

Declaradas las calamidades y mortandades que precedieron el cerco de Hierusalem (que es la primera parte de la division que hecimos), tratarémos agora de la segunda; que es de otras mucho mayores, que entrevinieron en el cerco y conquista desa misma ciudad. Pues el emperador Tito (á quien quedaba encargada la guerra por la ausencia de su padre), conquistadas ya todas las ciudades de la provincia de Galilea con algunas otras, determinó volver las armas contra Hierusalem, y dar fin á esta contienda, poniendo cerco sobre ella, que era la cabeza del reino. Y primeramente ofreció paz y perdon á los moradores della, como lo habia hecho con todas las ciudades conquistadas, si dejasen las armas. Mas como la divina justicia queria tomar venganza de la sangre del Justo, y de los otros siervos suyos que habian sido muertos en Hierusalem (como fuéron Sant Estéban, Sanctiago el mayor, y tambien el menor y Sant Matías), permitió que se cegasen de tal manera, que ni acceptasen la paz, fielmente ofrecida, ni considerasen la grandeza del ejército de que estaban cercados, ni la prosperidad y valentía de las armas de los romanos, que habian señoreado el mundo, y vencido naciones populosísimas y belicosísimas, ni echasen de ver cómo todas las ciudades de su reino habian sido entradas, saqueadas, y quemadas, y hechas sepulturas de muertos. Nada desto miraron, sino cegándolos su pecado, quisieron mas la guerra que la paz, el peligro que la seguridad, y los trabajos y pérdida que el descanso y posesion de todos sus bienes.

Las calamidades que succedieron en este cerco de Hierusalem escribe Josefo en los cuatro postreros libros desta guerra. Mas yo no haré mas que referir aquí alguna pequeña parte dellos, y declarar cómo Dios fué el principal capitan desta guerra (como ya dije). Y para esto primeramente presupongo que Hierusalem en aquel tiempo era una de las mayores, mas ricas, mas afamadas y mas fortalecidas ciudades, y de mas hermosos edificios que habia en el mundo. Tenia en torno cuasi legua y media, estaba cercada no de uno, sino de tres fortísimos muros con sus baluartes, y torres altísimas y macizas. El tercero de los cuales muros, que estaba mas dentro, tenia novecientas torres. Y en el muro mas antiguo edificó Heródes tres torres en memoria de tres personas muy amadas, conviene á saber: de un grande amigo suyo llamado Hípicos, y de un su hermano llamado Faselon, y de su mujer llamada Mariamnes, y así se llamaban tambien las mismas torres. La altura dellas era admirable, porque una dellas se levantaba noventa codos en alto. Pero mas admirable era la grandeza y hermosura de las piedras de que estaban edificadas, que

(*a*) Heb. 10. (*b*) Psalm. 93.

eran de mármol muy blanco; y cada una tenia veinte codos en largo, y diez en ancho, y cinco de grueso; y tan artificiosamente juntas las piedras unas con otras, que no se parecian las junturas; y el templo era edificado destas mismas piedras riquísimamente labradas. Por donde los discípulos dijeron al Señor estando en el templo (c): Maestro, ¿mira qué piedras, y qué labores estas? El cual templo de tal manera estaba fortificado, que él era el mas fuerte castillo de la Ciudad; mas la divina Providencia encaminó las cosas de tal manera, que este templo vino á ser castillo de ladrones, los cuales robaban y mataban noche y dia los tristes moradores de la ciudad, y se guarecian y fortificaban en él. Otras cosas muchas pudiera referir de las fortificaciones, y provisiones, y abundancia de cisternas desta ciudad para no faltarles agua en tiempo de guerra; mas estas dije, para declarar cuán vanas sean las fuerzas y las esperanzas de los hombres, con todas sus armas y presidios, cuando por otra parte hay pecados. Porque habiendo estos, todas estas fuerzas y municiones para el brazo de Dios son telas de arañas: como lo muestran Babilonia, Roma, Cartago, y la desventurada Hierusalem. Finalmente el mismo emperador Tito, cuando conquistada ya la Ciudad, vió las fortificaciones della, dijo: Dios es el que ayudó á los romanos; porque de otra manera ¿qué máquinas bastaran contra tales fuerzas?

La manera en que esta ciudad fué destruida, no fué ménos digna de Dios que todas las otras obras suyas. Porque la principal parte de la guerra le hizo con sus mismos naturales. Por donde el emperador Vespasiano dilató por algunos dias la guerra, viendo lo que los mismos moradores divididos en tres bandos hacian, consumiéndose cada dia unos á otros, y haciendo mucho mayores males, que los enemigos les pudieran hacer aunque fueran muy crueles. Por lo cual dijo el Emperador que Dios hacia la guerra por los romanos; pues todo lo que ellos habian de hacer, hacian los moradores de la Ciudad contra sí.

El principio desto fué, que unos hombres malvados, revoltosos y cobdiciosos, pareciéndoles que á rio vuelto podrian medrar algo, tomaron la voz por la patria, diciendo que celaban la libertad y la honra della; por la cual causa se llamaban celotas: como si dijéramos celadores del bien comun. Estos discurrian en cuadrillas armados por la ciudad, y levantando falsos testimonios á las personas nobles y ricas, diciendo que tenian trato secreto con los romanos para les entregar la ciudad, sin mas figura de juicio, ni lugar de defensa, los mataban y robaban, dando á entender al pueblo rudo que esto hacian como celadores de la libertad de la patria, siendo los destruidores della.

En esta sazon Anano, pontífice venerable, y amador de sus ciudadanos, vistos los estragos y crueldades destos hombres perversos, ayuntó á sí el pueblo, y armándolo contra ellos, púsolos en grande aprieto. Habíase juntado secretamente con ellos un hombre llamado Juan, astutísimo y perversísimo; el cual persuadió á los celotas que llamasen para su socorro á los idumeos sus vecinos, informándolos falsamente que el pontífice Anano tenia tratos secretos con los romanos, y que por esto los tenia puestos en aprieto, por ser ellos defensores de la libertad. Lo cual denunciado por dos astutísimos embajadores que para esto escogieron, los idumeos sin mas exámen de la causa, creyéndose de lijero, juntaron veinte mil hombres, y vinieron en socorro de su metrópoli, que era Hierusalem. Mas la divina justicia, que peleaba contra aquel pueblo, ordenó que la noche que los idumeos llegaron á la Ciudad, se levantase una grande tempestad de vientos, y aguas, y frio: la cual redundó en mucho daño del triste pueblo. Porque el pontífice Anano entendiendo la traicion de los celotas, mandó cerrar las puertas de la Ciudad. Lo cual indignó tanto mas á los idumeos, cuanto mas trabajo pasaron aquella noche con la tempestad levantada, y con ver que se les cerraban las puertas de la Ciudad, que para ellos, como á hermanos, estaban siempre abiertas. A la media noche las guardas de las puertas se adormecieron; y entónces los celotas (que no dormian) acudieron á las puertas, y con las limas y sierras que sacaron del templo, limaron los cerrojos dellas sin ser sentidos, porque el ruido de la tempestad fué causa que nada se sintiese. Y desta manera abiertas las puertas, entraron los idumeos, y juntos con los celotas, á manera de perros rabiosos mataban á todos cuantos encontraban. Los gritos, y los llantos, y los gemidos, y las voces desta noche, así de las mujeres como de los hombres, ¿quién los contará, pues el templo, que solia valer á los miserables que á él se acogian, nadaba todo en sangre? De modo que cuando amaneció se hallaron muertas ocho mil y quinientas personas por las calles, y tras desto se siguió el robar y saquear todas las casas. Mas su principal furor era contra el pontífice Anano, que les habia cerrado las puertas de la Ciudad, y contra otros sacerdotes, á los cuales mataron, y mandaron que no se les diese sepultura, sino que quedasen sus cuerpos en las calles para ser comidos de perros; siendo costumbre entre los judíos no negar sepultura ni aun á los que mueren por justicia. La muerte destos tan señalados varones, y particularmente la deste venerable pontífice, dice Josefo que la misma virtud gimió y lloró, viendo cuánto los vicios habian podido contra ella.

Mas con toda esta carnicería no quedaron contentos aquellos corazones crueles; sino pareciéndoles pequeño el estrago de la noche pasada, acudieron otro dia á hacer otro mayor. Porque á toda la gente vulgar y plebeya mataban, y á los nobles encarcelaban, para ver si dilatándoles la muerte, vendrian á juntarse con ellos, y seguir su bando; y no lo queriendo hacer, los mataban, despues de muy cruelmente azotados. Y era tan grande el pavor y miedo que el pueblo habia concebido dellos, que ni gemir ni llorar osaban por sus parientes muertos; porque sintiendo esto los enemigos, hacian de los vivos lo que habian hecho de los muertos. Algunos habia que de noche á escondidas cubrian los cuerpos de los suyos con un poco de tierra, y algunos mas atrevidos lo hacian de dia. Este castigo fué tan grande y tan sangriento, que dél remanecieron doce mil hombres muertos. Desta manera los idumeos, hartos de matar y de robar, se volvieron á su tierra.

§. I.

Prosigue la guerra civil de Hierusalem, y extrañas crueldades entre sus naturales.

Mas este Juan (de que poco há hecimos mencion), no se contentaba ya con ser uno de los celotas; porque aspiraba á cosas mayores, y queria hacer bando por sí. Para lo cual con artificio y maña juntó consigo cuantos hombres perdidos y malvados halló, con cuyo favor

(c) Marc. 13.

esperaba tirannizar la República, que estaba sin rey, y hacerse señor della. Y á veces peleaba con los celotas, y el premio de la guerra era el triste pueblo, y las casas de los nobles y ricos, que robaban los unos y los otros, alegando que todos los que no eran de su parte, tenian trato con los romanos.

En este mismo tiempo se levantó fuera de la Ciudad otro tiranno, por nombre Simon, juntando consigo todos los fugitivos y revoltosos que pudo hallar, y pregonando libertad á los esclavos. Y con esto juntó un ejército no pequeño, con el cual andaba fuera de la Ciudad haciendo saltos, matando y robando cuanto podia. Desta manera ni dentro ni fuera de la Ciudad habia seguridad; porque fuera robaba y mataba Simon, y dentro los celotas, y este sobredicho Juan.

Y porque no faltase ningun linaje de miseria á la triste Ciudad, viendo los moradores della el estrago y robos que Juan hacia, y cómo no le podian resistir, acrescentaron un mal mayor para remediar otro menor; porque para prevalecer contra un tiranno, recogieron otro, abriendo las puertas de la Ciudad á Simon, y levantándolo por su capitan para resistir á Juan. Desta manera estaba la Ciudad dividida entre tirannos; porque los celotas tomando por su capitan á Eleazaro, se apoderaron del templo, y de todas las vituallas y armas que en él hallaron, el cual les servia de un muy fuerte castillo. Simon ayudábase de los suyos y del pueblo que lo habia recogido y elegido por su capitan. Juan tambien tenia sus cuadrillas, y con todas sus fuerzas combatia á los celotas, que tenian (como dije) ocupado el templo, arrojando gran muchedumbre de saetas y lanzas contra ellos, con las cuales herian á muchos de los sacerdotes que allí estaban, y á los que venian á sacrificar. Y eran tantos los que desta manera morian, que el sacratísimo templo (venerado de todas las naciones del mundo), estaba violado, profanado, y hecho una laguna de sangre de sus mismos naturales. ¡Cuánto ménos fuera, oh miserable ciudad (dice Josefo), lo que padecieras de los romanos, que lo que padeciste de los tuyos! Los cuales vendrán agora á purgar tus maldades con llamas de fuego; porque ya no eras lugar de religion, sino sepultura de los tuyos, y castillo de ladrones.

Síguese tras desta otra guerra entre Simon y Juan, en la cual si Juan vencia, entraba por todas las casas de la parte de Simon, destruyendo cuanto hallaba (muchas de las cuales estaban llenas de trigo y de otras provisiones, que les dieran la vida para remedio de la grandísima hambre que padecieron en aquel cerco, que fué la principal causa de su ruina). Y por el contrario, si vencia Simon, hacia el mismo estrago en las casas de la parte de Juan, cortando con esto los niervos de la guerra, y haciendo todo aquello que el ejército romano pudiera desear. Desta manera peleaban entre sí estos dos tirannos, cada cual con la ambicion de reinar. Los cuales siendo capitales enemigos en todas las cosas, en una sola eran concordes, que era en privar de la vida los que eran merecedores della. Y habiendo tantas causas en el pueblo para gemir y llorar, nadie lo osaba hacer en público por el gran temor que habian concebido de la crueldad destos tirannos; mas entre sí callando reprimian sus lágrimas y gemidos. Porque el negocio habia llegado á términos, que ni á los vivos tenian respecto, ni cuidado de dar sepultura á los muertos. Todos los que no se juntaban con las cuadrillas destos, vivian desconfiados de la vida, entendiendo que luego habian de morir; mas los revoltosos, teniendo puestos los piés sobre los montones de los muertos, peleaban unos con otros, y cobrando nueva osadía de los que pisaban, siempre andaban urdiendo mayores males, sin dejar de ejercitar todo género de crueldades contra los miserables. Hasta aquí duró la guerra mas que civil entre los mismos ciudadanos.

§. II.

Vuelve el emperador Tito sobre la Ciudad, y espantosa hambre que padecieron los cercados.

Estando la Ciudad en este estado, llegó el emperador Tito con su ejército á acabar lo que los ciudadanos habian comenzado. Porque ya pedia la divina justicia que en el mismo lugar donde se ejecutó la muerte injustísima del Salvador, se ejecutase la principal venganza della, y que con el lugar concordase tambien el tiempo, que era la Pascua del Cordero. Porque para esta fiesta, que no se podia celebrar fuera de Hierusalem, concurrieron los moradores de todas las partes de Judea, como traidos invisiblemente por la mano de la muerte, que los ayuntaba para que juntos recibiesen la sentencia de su castigo: cuyo número dice Josefo que fué tres cuentos de hombres. Y por justo juicio de Dios fué escogido este tiempo, para que pues en estos dias de Pascua con manos sangrientas y voces blasfemas condenaron á su Salvador, en los mismos fuese tanta muchedumbre dellos metida como en masa, para que allí recibiesen la pena merecida por tal pecado. Dejo de contar aquí los que fuéron muertos á cuchillo, y con otros linajes de tormentos (porque esto sería cosa muy larga); solamente contaré la terrible miseria que padecieron por hambre, con las palabras del mismo coronista Josefo. Donde verán los que esto leyeren, cuán detestable cosa sea ensoberbecerse el hombre contra la gloria de Cristo, y con cuán graves penas se castiga el crímen læsæ majestatis divinæ. La cruel hambre (dice Josefo) á los ricos era causa de gran tribulacion, los cuales por igual mal tenian quedar en la Ciudad, que morir. Porque los que quedaban por cobdicia de sus riquezas, eran acusados que concertaban salirse, y por esto eran condenados á muerte. Y la necesidad de la hambre encendia la rabia de los malhechores, y juntamente les crecia la hambre y la crueldad. Nunca en las alhóndigas ni otros lugares públicos parecia trigo; pero los robadores calaban las casas, y donde hallaban algun grano, muy caro costaba á su dueño, que porque lo habia escondido, era sentenciado. Y si no lo hallaban, todavía los atormentaban, diciendo que lo tenian cautelosamente escondido. Porque para creer que tenian provision encerrada, no querian otra prueba sino ver que aun vivian; porque si no la tuvieran, ya hubieran espirado. A los que encontraban por las calles marchitos de hambre, dejaban, teniendo por demasiado emplear su espada en los que poco despues habian de caer muertos de hambre. Muchos hubo que escondidamente toda su hacienda dieron por una medida de trigo, si era gruesa la hacienda, ó de cebada, si era pobre, y encerrándose en lo mas secreto de su casa, la comian. Algunos habia que comian los granos sin esperar á hacer pan dellos; otros (cuanto les permitia la necesidad y el miedo) esperaban á cocerlo. Pero ninguno esperaba á poner mesa; mas del fuego lo sacaban hirviendo, y su proprio pan arrebataban como

si fuera hurtado. Y era cosa miserable de ver que los que mas podian comian lo que hallaban; y á los pobres y miserables no quedaba sino gemir y derramar lágrimas. Y dado que la hambre por sí sola sobrepuje todas las angustias, pero el mayor mal que causa es, que del todo hace perder la vergüenza. Porque cuanto en el tiempo de abundancia se tiene por deshonesto, en tiempo de hambre no se tiene por vergonzoso. De aquí acaescia que las mujeres no se empachaban de arrebatar el manjar de las manos de sus maridos, ni los hijos de la mano de sus padres, y (lo que mas era miserable) las madres lo sacaban de las bocas de sus hijos. Y viendo á sus amados hijos en sus brazos morir de hambre, no por eso dejaban de quitarles de los dientes un poquito que les quedaba de mantenimiento. Pero aun deso poco, que con miserables maneras alcanzaban, no podian gozar seguros; porque súbitamente entraba alguno de los robadores, que en viendo alguna puerta cerrada, barruntaba que habia dentro algo de comer, y desquiciadas las puertas entraba furiosamente, y sacaba el manjar que habian comido (á manera de decir) expriméndolo de las gargantas. Azotaban á los viejos, si sabian que habian escondido algun mantenimiento; arrastraban las mujeres por los cabellos, si algo les hallaban en el regazo que quisiesen encubrir. Ningun respecto se tenia á los ancianos, ni compasion á los niños. Antes á los chiquitos que por ventura tiraban de su pan, y asidos se colgaban dél, abarraban á las paredes. Y si alguno se daba mas priesa á comer que los robadores á quitárselo, mas agramente era atormentado. Porque contra estos inventaban crueles penas: ca les cerraban las salidas naturales de la digestion; á otros metian palos agudos por las mismas partes (tiemblo en contar tal tormento) para sacar un pan ó un celemin de harina. Y fuera cosa mas sufridera, si esto hicieran los malvados constreñidos por hambre; mas ellos estaban hartos, y no querian sino ó tener para despues mantenimiento guardado, ó para que con el ejercicio de su crueldad creciese su fiereza. E si alguno á hurto pasaba entre las estancias de los perseguidores á coger por ventura algunas yerbas para comer, salíanle al encuentro, y quitábanle lo que traia. Y dado que les suplicaba y ponia delante el nombre terrible de Dios, para que siquiera de lo que habia buscado con peligro de su vida le dejasen un poquito, no era oido; mas tenia por gran beneficio dejarle con la vida. Y como quier que les era imposible dejar la Ciudad, no les quedaba esperanza de remedio; porque la hambre crecia tanto, que asolaba las casas enteras y barrios, y finalmente toda la Ciudad. Tanto que vieras dentro de las casas y por las calles montones de hombres muertos, de mujeres, y de niños, y desventurados viejos consumidos de hambre mas que de vejez. Los mozos de edad mas fuerte andaban vagabundos por las calles y puertas de la Ciudad, como almas en pena, en sola la armadura, que parecian mas estatuas que hombres. Y á cada paso los viérades caer en cualquier lugar que les apretase el hambre. La muchedumbre de los muertos, y la flaqueza de los que quedaban, no daba lugar á enterrar los cuerpos de los muy amigos y deudos, mayormente teniendo cada uno harto que llorar en sus proprios duelos; y algunos hubo que enterrando algun defunto, cayeron juntamente con él; y muchos llevando á otros á enterrar, ántes que á la sepultura llegasen, espiraban. Ningun defunto lloraban, ni por alguno se hacian las endechas acostumbradas; porque todo el tiempo y cuidados ocupaba la hambre: ni aun les quedaba substancia para llorar; porque la sequedad causada por la hambre les habia enjugado el humor de los ojos. En toda la ciudad habia continuo silencio, y toda estaba cubierta de sombra de muerte. Y sobre todos los males era la fiereza de los robadores, que no tenian por ilícito abrir los sepulcros, y despojar las cadáveras, no tanto por cobdicia de robar lo que hallasen, como por su pasatiempo, y por escarnio de los defuntos, y para probar los filos de su espada en las carnes sin ánima. Algunas veces probaban las espadas en los que ya estaban espirando, lo cual otros que en semejante paso estaban, tenian por gran beneficio, y lo pedian juntas las manos, para librarse de la rabia de la hambre; pero ellos con extraña crueldad, á unos por su placer daban la muerte, á otros que la pedian, la negaban. Muchos con angustiosos sospiros, al tiempo de la muerte volvian los ojos al templo, no tanto por el dolor proprio, cuanto por ver que sus perseguidores quedaban sin castigo. Al principio habian ordenado que á costa de la Ciudad se enterrasen los muertos por el hedor ponzoñoso; pero despues que la muchedumbre de los cuerpos sobrepujaba los proprios de la Ciudad, despeñábanlos por el muro en la cava. Y como el emperador Tito paseándose un dia al derredor de la Ciudad, viese las cavas llenas de cadáveras, y que toda la comarca se inficionaba por su hedor, levantó los ojos al cielo con gran voz, y puso á Dios por testigo que él no era en que tan grande estrago se hiciese. Por lo cual tengo por averiguado que, aunque las armas de los romanos cesaran contra los malos ciudadanos, no por eso dejara la Ciudad de perecer, ó se abriera la tierra y se hundiera, ó otro diluvio la anegara, ó rayos de fuego decendieran del cielo y la abrasaran como á Sodoma. Todo esto dice Josefo en el quinto libro de su historia, y en el sexto repite cuasi lo mismo, y añade lo que se sigue.

La necesidad de la hambre todas las cosas hacia comederas, aun aquellas que los brutos animales desechan. Tanto que tenian por conveniente manjar las riendas de los caballos, y sus cintas, y sus zapatos, y los cueros en que estaban aforradas las puertas quitaban, y los comian; y tales habia que comian las pajas secas, y boñigas de bueyes, y de cualquier estiércol que hallasen se vendia un pequeño peso por cuatro monedas. Mas ¿para qué me detengo en declarar tan por menudo la gravedad de aquella angustia, pues una sola cosa basta para hacerla estimar? Porque en aquella sazon acaesció una hazaña cual nunca entre las gentes bárbaras se vió, espantosa de decir, y increible de oir. Y por cierto de buena gana callara historia tan extraña, por no ser tenido por relator de monstruosas novedades, si no permanecieran aun hasta nuestra edad muchos testigos de vista, varones dignos de fe. Ni pienso que serviria á mi patria en callar los infortunios que de hecho padeció.

§. III.

De una espantable hazaña de una mujer que comió su proprio hijo: y del remate de los trabajos de los judíos; y como Cristo lo habia profetizado.

Una mujer de las que moraban allende el rio Jordan, llamada María, hija de Eleazaro, de la aldea de Beuzob, noble de linaje y riquezas, con otra mucha gente habia venido á Hierusalem, y se halló presente á padescer con

los muchos la comun desventura. Ya le habian tomado todas sus joyas y posesiones los tirannos; y si algunas pobres alhajas ó provision le habia quedado para pasar su vida, cada hora y cada momento entraban los robadores, y poco á poco la despojaban. Por lo cual la mujer con sobrada tristeza, con ruegos y con injurias provocaba á los malvados que la matasen. Pero como nadie cumpliese su deseo, ni por ira, ni por compasion, y ya no le quedase ni pudiese hallar cosa para sustentarse, y la hambre le escarbase las entrañas, y la sacase fuera de sí, tomó el remedio que la rabia y la angustia le mostraron, contra todo derecho de naturaleza. Tenia un hijo que mamaba á sus pechos, al cual puesto ante sus ojos dijo: ¡Oh mas desdichado hijo de la desdichada madre! Muerta yo, ¿á quién te dejaré, cuando la Ciudad es cercada y robada, y todos sus moradores consumidos de hambre, á que mueras peleando, ó á que seas despojo de los enemigos? Ca cierto es que aunque nos quedase alguna esperanza de vida, nos queda de padecer el yugo de servidumbre de los romanos; cuanto mas que ni aun para ser captivados nos consiente la hambre vivir, y los robadores mas pestilenciales que todos los infortunios nos asuelan. Pues vén, hijo mio, y serás manjar de tu madre (materia de crueldad á los malos hombres, y historia que se cuente por todo el mundo), que solo este desastre faltaba á la desventura de los judíos. Y diciendo esto degolló á su hijo, y sin tardanza le puso sobre el fuego y le asó; y la mitad comió luego, y la otra mitad guardó escondida. En esto súbitamente entraron los robadores, que sintieron el olor de la carne quemada, y amenazaron á la mujer con la muerte si luego no les descubria el manjar que habian sentido. Ella dijo: Sí haré por cierto, que para vosotros guardé la mejor parte; y diciendo esto descubrió los miembros del niño que habian quedado. De lo cual súbitamente se espantaron los robadores, y sus corazones se enflaquecieron, aunque feroces; y enmudecieron, que palabra no pudieron hablar. Pero ella con sereno semblante, y mas cruel que los mismos homicidas, les dijo: Mi hijo es este que veis: yo le parí, y yo le maté: comed dél, que yo he comido ya mi parte; no querais ser mas piadosos que su madre, ni mas tiernos de corazon que una mujer. Y si á vosotros vence la humanidad, y aborreceis tal comida, yo que ya he perdido el miedo, acabaré lo comenzado. Oido esto, atónitos y espantados la dejaron, buscando y no hallando otra vianda en su casa. Luego por toda la Ciudad se divulgó tan extraña hazaña, y cada uno representaba delante de sus ojos hecho tan abominable; y como si él mismo hubiera sido su autor se estremecia, y se le espeluzaban los cabellos; y todos los que lo oian, tenian por bienaventurados los muertos que no oyeron tal desventura; y ellos deseaban ántes la sepultura que esperar á oir otra semejante. Hasta aquí dice Josefo.

Sobre este hecho arriba relatado viene bien á propósito el dicho del Salvador, que amenazando á los judíos los males que les estaban aparejados, les dijo (*d*): Ay de las mujeres preñadas, y de las que trajeren hijos á los pechos en aquellos dias. Rogad á Dios que no os venga la persecucion en dia de fiesta; porque será aquella tribulacion mayor que alguna ha sido dende el principio del mundo. Recogiendo pues el sobredicho historiador la summa de los que comprendió la desventura, dice que de hambre y á cuchillo murieron un cuento y cien mil hombres; y los robadores y homicidas que por la Ciudad andaban robando y matando, despues se mataron unos á otros. Algunos mancebos hermosos y bien dispuestos se guardaron para llevar aherrojados á Roma, para gloria y pompa del triunfo; y todos los demas que se hallaron de diez y siete años arriba, fuéron llevados atraillados á las minas de metal por Egipto. Otros fuéron derramados por diversas provincias, unos para ser muertos á cuchillo, otros para ser echados á las fieras en las crueles fiestas y juegos que acostumbraban hacer á sus dioses; y los menores de diez y siete años fuéron vendidos para ser perpetuamente captivos por diversas partes del mundo; cuyo número llegó hasta noventa mil. Verdaderamente sola esta calamidad (aunque ningun otro argumento hubiera) bastaba para ablandar y convencer corazones mas duros que peñas. Porque díganme si alguno de los nacidos dende que Dios crió el mundo hasta el dia presente, oyó ó leyó que en solo el cerco de una ciudad, ó de una sola batalla, hubiese tan gran número de muertos como en esta. Y no digo tanto, sino si alguna de todas las batallas que ha habido en el mundo llegó á la mitad de los muertos desta. Vuelvan, y revuelvan, y trastornen todas cuantas historias están escriptas de fieles ó de infieles, de latinos ó de bárbaros, y díganme si hubo en el mundo batalla que llegase (como digo) á la mitad de los muertos que hubo en solo este cerco de Hierusalem. Y no cuento aquí el número de los captivos, ni cuento los muertos y captivos que hubo en todas las otras ciudades del Reino, ni alego el fin desastroso de aquella tan antigua y tan noble república, que nunca mas ha sido restituida. Pues si está claro para quien tiene lumbre de fe, que esta tan espantosa calamidad vino por especial dispensacion de aquel Juez soberano, ¿qué otra cosa se puede creer sino que la mayor de todas las calamidades del mundo vino por el mayor de los pecados dél? Y ¿cuál otro podia ser este sino la muerte indignísima del Hijo de Dios y Señor de todo el mundo? Pues ¿qué corazon habrá tan incrédulo que no se rinda á esta razon? Todo esto acaesció en el segundo año del imperio de Vespasiano, conforme á lo que el Señor y Salvador nuestro habia profetizado (como quien tenia todas las cosas presentes) cuando, segun el Evangelista refiere (*e*), viendo la ciudad de Hierusalem, lloró sobre ella profetizando su perdicion.

Sobre todas estas calamidades refiere otra el mismo historiador, que le parece (y con mucha razon) ser la mayor de cuantas en aquel cerco entrevinieron. Porque algunos de los cercados determinando pasarse á los romanos por la gran hambre de la ciudad, tragaban el oro que tenian, para que despues, descargando el vientre, lo cobrasen y se ayudasen á vivir con él. Vinieron pues á entender esto los soldados de Arabia y de Siria, y algunos de los romanos, y en una noche abrieron los vientres de dos mil destos miserables, para buscar dentro de las tripas el oro que traian escondido. Y con extrañar esto el Emperador grandemente, y poner graves penas á quien tal hiciese, ni por eso se dejaba de hacer secretamente, y muchas veces sin hallar nada en los vientres de los tristes: tanto puede la malicia humana, y la cobdicia del dinero. Véase pues con cuánta verdad dijo el Salvador (*f*) que la tribulacion destos dias sobrepujaria á todas las tribulaciones pasadas y ve-

(*d*) Marc. 13.

(*e*) Luc. 19. (*f*) Matth. 24.

sideras. Porque ¿cuándo se vieron jamas tales crueldades junto con las ya referidas?

§. IV.

De las muestras y visiones espantables que anunciaron la destruicion de Hierusalem ántes que viniese.

Pero no será fuera de propósito añadir á lo dicho las cosas en que se mostró la piedad y clemencia divina aun con los desagradecidos. Lo primero, cuarenta años continuos los esperó despues del pecado cometido. En los cuales todos los apóstoles, especialmente Sanctiago, pariente del Señor (que fué constituido obispo de Hierusalem), los amonestaba cada dia para traerlos á penitencia, si por ventura pudieran derramar tantas lágrimas, que apagaran la llama de la saña del juez poderoso. El cual con tan larga espera les mostraba claramente que deseaba su remedio (*g*); porque no ama Dios tanto la muerte del pecador, cuanto que se convierta y viva. Allende desto procuró la divina clemencia ablandar la dureza de sus corazones, mostrándoles señales y apariciones en el cielo: esgrimiendo la espada en su mano derecha, amenazándolos y perdonándolos. De lo cual tenemos relacion del mismo historiador en el sexto libro, donde escribe así: Al desdichado pueblo engañaban hombres perversísimos y mentirosos profetas, haciendo que no creyesen las señales de la indignacion de Dios, por las cuales á menudo les mostraba el perdimiento venidero, así de su ciudad, como de su generacion. Y por sus lisonjas, como atónitos y locos, sin ojos y sin entendimiento, menospreciaban las celestiales revelaciones. Porque todos sabemos que en todo un año fué vista una estrella resplandeciente, á manera de espada estar amenazando sobre la Ciudad; donde asimismo fué vista una cometa, que echaba de sí llamas significadoras del encendimiento venidero.

Demas desto á veinte y uno del mes artemisio (que llamamos mayo) apareció una vision espantable que apénas puede ser creida; y pudiéramos pensar que habia sido fantasma, si despues no viéramos cumplida la destruicion que significaba. Cerca de la puesta del sol parecieron en toda la comarca corriendo por los aires carros de batallas y gente armada, y ejércitos que venian de las nubes, y súbitamente cercaban las ciudades. Allende desto en la fiesta siguiente de Pentecostes, entrando de noche los sacerdotes en el templo á hacer sus oficios, primero sintieron estruendo como de movimiento de hombres, y luego oyeron voces que apresuradamente decian: Partamos de aquí. Primero que esto, habia acaescido otra cosa mas terrible, cuatro años ántes de la guerra, cuando seguramente gozaba el pueblo de su reposo. Un mancebo, hijo de Ananías, llamado Jesus, hombre rústico y de los comunes del pueblo, en el dia de la fiesta de las Cabañuelas dió grandes voces súbitamente, diciendo: voz de Oriente: voz de Occidente: voz de todos cuatro vientos: voz sobre Hierusalem y sobre el templo: voz sobre los casados y sobre las casadas: voz sobre el pueblo. Y diciendo esto sin cesar, rondaba la ciudad por todas las calles y plazas, hasta que algunos principales del pueblo enojados por tan crueles amenazas, asieron al hombre, y le azotaron terriblemente. Pero él sin alegar cosa por sí, ni siquiera rogar á los circunstantes le valiesen, perseveraba en la misma porfía y palabras.

(*g*) Ezech. 18. 33. Matth. 9.

Entónces los principales entendiendo lo que era verdad, que forzado por Dios hablaba, lleváronle al Presidente romano: delante del cual fué azotado, hasta que le descubrieron los huesos, sin echar una lágrima.

Pues tornando al propósito principal, despues de rotos los tres muros que dijimos, y entrada y saqueada la Ciudad, y muertos y captivos todos los que hallaron en ella, mandó el Emperador arrasar todos los muros y edificios della, que eran en gran manera hermosos: de modo que, como el Salvador habia profetizado (*h*), no quedó en ella piedra sobre piedra. Este fué el desastrado fin de aquella tan antigua y famosa ciudad, conocida y celebrada por todo el mundo: el cual le vino dos mil y ciento y setenta años despues de su primera fundacion, que fué por el rey Melchisedec, y mil y ciento y setenta y nueve años despues que la reedificó y ennobleció el rey David. Mas ni la antigüedad della, ni la grandeza, ni la fortaleza, ni las grandes riquezas, ni la gloria de la religion fuéron parte para dejar de ser asolada en la forma que está dicho.

Este fué el pago que recibieron los que desechando el benignísimo reino de Cristo, dijeron (*i*): No tenemos otro rey sino á César. Pues este César que ellos eligieron, les dió este galardon.

CAPITULO XVII.

De otras calamidades que padesció y padesce hasta hoy la parte de los judíos que permanece en su incredulidad.

Declaradas ya las calamidades que se padecieron en el cerco y conquista de Hierusalem, síguese que tratemos de las que despues desto ha padecido, y padece hasta hoy aquella parte del pueblo que todavía permanece en las tinieblas de su incredulidad: que es la tercera parte de la division que arriba pusimos: para que, pues el Señor dice por Esaías (*a*) que la vejacion de las tribulaciones abre los ojos del entendimiento, podrá ser que por esta via los que los tienen cerrados, los abran, viendo un tan gran diluvio de calamidades, unas sobre otras, nunca vistas en el mundo, cargar sobre ellos. Y demas desto conviene que sepamos que nuestro Señor Dios en todas las cosas es Dios: quiero decir, en todas grande, en todas admirable; grande en galardonar, y grande en castigar; grande en galardonar los servicios, pues por un hijo que le quiso ofrecer el patriarca Abraham, le prometió tantos hijos como estrellas hay en el cielo (*b*); y grande en castigar los pecados, pues un pecado mortal castiga con pena perdurable: como parece en el castigo de los ángeles que pecaron. Con lo uno declara la grandeza de su bondad, y con lo otro la severidad de su justicia: con lo uno nos mueve á su amor, y con lo otro á su temor, que son las dos joyas mas ricas que hay en el mundo. Y á quien quiera que desea encender en su ánima estos dos tan nobles afectos, ruego yo aquí que lea el capítulo XXVI del Levítico, y el XXVIII del Deuteronomio; y ahí verá cuán largo y magnífico es Dios en el galardonar, y cuán terrible y espantoso en el castigar: con lo cual podrá (*) atear mas y mas estos dos afectos sobredichos. Ahí tambien conocerá el estilo que Dios tiene con los que no se emiendan con los azotes de su justicia: que es, con acrescentar otros nuevos azotes, para que siquiera con los postreros abran los ojos los que

(*h*) Marc. 13. (*i*) Joann. 19. (*a*) Esai. 28. (*b*) Gen. 22.
(*) Esto es, excitar, avivar.



no quisieron abrirlos con los primeros. Y si todavía porfiaren en su dureza, ha de porfiar tambien él en su castigo. Y porque nadie piense que esta es invencion mia, pondré aquí las palabras del mismo Dios en el sobredicho capítulo del Levítico: donde despues de las primeras amenazas contra los desobedientes, que son de enfermedades, y hambre, y persecuciones de enemigos, dice así (c): Y si azotados con todas estas plagas no os convirtiéredes á mí, acrescentaré otras siete veces mayores que las pasadas, y con ellas quebrantaré la dureza de vuestra cerviz. Y amenazando otras nuevas plagas sobre las ya dichas, vuelve luego á decir: Y si con todo esto no os emendáredes, y porfiáredes á serme contrarios y desobedientes, yo tambien os seré contrario, y castigaros he siete veces por vuestros pecados, y enviaré contra vosotros la espada vengadora del quebrantamiento de la paz y amistad que asentastes conmigo. Y amenazando tras destas palabras otras nuevas calamidades, torna á repetir la misma sentencia, diciendo: Y si aun con todo esto no diéredes oídos á mis palabras, sino todavía me fuéredes contrarios, yo tambien os seré contrario, usando con vosotros de mi furor, y castigándoos con siete plagas por vuestros pecados; y esto en tanto grado, que vengais á comer las carnes de vuestros hijos y de vuestras hijas; y abominaros ha mi ánima de tal manera, que asolaré y pondré por tierra vuestras ciudades, y haré que vuestros sanctuarios queden desamparados, y no recebiré el olor de vuestros enciensos. Y á vosotros derramaré por todas las gentes, y desenvainaré mi espada contra vosotros, y vuestra tierra quedará desierta, y destruidas vuestras ciudades. Todas estas son palabras de Dios en el sobredicho capítulo: las cuales habiendo sido dichas mas de tres mil años há por aquel Señor á quien todas las cosas venideras están presentes, vemos agora punto por punto cumplidas. Lo cual debia bastar para abrir los ojos de aquella parte del pueblo que con todo esto aun persevera en su ceguedad: de lo cual tratarémos adelante mas por extenso.

Mas he traido este lugar para que por él se entienda esta porfía que Dios tiene en castigar á los que con este linaje de medicina pretende curar: como él mismo lo significó hablando con su pueblo, por estas palabras (d): Vivo yo, dice el Señor, que con mano fuerte, y brazo extendido, y con furor derramado, reinaré sobre vosotros. Pues conforme al estilo de Dios declarado en este capítulo, así como usó de grande misericordia con los que deste pueblo se convirtieron, dándoles tanta abundancia de gracia, que (como dice Sozomeno en la Tripartita) fuéron los primeros autores y inventores de la vida de aquellos clarísimos padres de Egipto; así con los que no quisieron reconocer su Salvador, ni con los testimonios de los profetas, ni con aquella tan espantosa ruina de Hierusalem, ejercita su justicia, añadiendo plagas sobre plagas, y calamidades sobre calamidades. Lo cual declararé agora summariamente, por no gastar mucho tiempo en tan tristes tragedias.

Pues conforme á lo dicho, queriendo nuestro Señor visitar con otro azote á los que todavía perseveraban en su incredulidad, permitió que los judíos que moraban en Egipto, Cirene y Alejandría rebelasen contra el imperio romano en tiempo del emperador Trajano: por el cual fuéron otra vez destruidos, y muerta infinita gente dellos. Y porque ni aun con este azote se volvieron á Dios, envióles otro mucho mayor. Porque rebelando ellos otra vez contra los mismos romanos en tiempo del emperador Adriano (inducidos por un grande engañador que decia ser una gran lumbrera del mundo), fuéron otra vez destruidos por este emperador, y toda su nacion desterrada de Hierusalem, y de toda su comarca. Y de ahí adelante la ciudad se pobló de nuevos moradores, y tambien perdió el nombre antiguo de Hierusalem, y fué llamada Æelia Adria, por respecto del emperador Æelio Adriano: para que mudando el apellido, mudase juntamente con él las costumbres antiguas. En esta guerra dice Dion Coceyo que fuéron muertos cincuenta mil hombres de guerra, sin la otra muchedumbre de gente desarmada; y fuéron allanados por tierra cincuenta castillos muy fuertes, y novecientos y ochenta y cinco lugares y aldeas que estaban pobladas. De modo que despues de la vendimia que hizo Vespasiano, volvió el azote de Dios por la rebusca que habia quedado, en tiempo de Trajano y Adriano. Y perseverando ellos todavía en su ceguedad sin embargo destas calamidades, perseveró tambien el azote de Dios contra ellos, segun él lo habia amenazado. Porque en tiempo del emperador Valente, hereje arriano, saliendo ellos de la ciudad de Diocesárea, juntaron un ejército, y con él andaban haciendo guerra y daño por toda la comarca. Contra los cuales vino Galo César (que á la sazon estaba en Antioquía), y los venció, y desbarató, y destruyó aquella ciudad. Despues hubo un alboroto tramado por ellos en Alejandría, donde habitaba gran número dellos. En el cual tiempo fuéron echados de la ciudad, y derribadas sus sinagogas, y robadas sus casas; y así quedó aquella gran ciudad por esta causa muy despoblada. En lo cual se ve que en todos estos tiempos ninguna cosa tentaron que les succediese bien, habiéndoles Dios prometido (e) que guardando su ley, todas las cosas en que pusiesen las manos les succederian prósperamente. A estas calamidades se añadió otra, desta manera. Un judío engañador, de la isla de Creta, fingió que era Moysen, y que era enviado del cielo para llevar por el mar á los judíos moradores de aquella isla, así como en otro tiempo habia llevado á los que salieron de Egipto por el mar Bermejo sin mojarse los piés. Y dando ellos crédito á sus palabras, y cebados con sus promesas, menospreciaban sus ejercicios, y desamparaban sus haciendas por seguirle. Finalmente llegado el dia aplazado, el engañador caminaba delante, y todos le seguian con sus mujeres y hijos. A los cuales llevó á un risco que cae sobre el mar, y mandóles que como pescado se zabullesen en el agua, que sin dubda pasarian sin lesion; y así lo cumplieron los que primero llegaron, y todos se despeñaron y ahogaron. Mas en la cabeza destos escarmentaron los otros, y escaparon del peligro. Y todos reprehendian su necedad, porque tan de lijero habian creido. Y queriendo matar á su engañador, no le pudieron asir; porque súbitamente desapareció. De donde sospecharon muchos que era algun falso demonio en figura humana. Este fué justo juicio de Dios: como el Salvador lo habia profetizado cuando dijo (f): Yo vine en nombre de mi Padre, y no me quisieron creer: otro vendrá en su proprio nombre y creerle han.

Ni piense nadie que en solos los tiempos pasados vi-

(c) Levit. 26. (d) Ezech. 20.

(e) Levit. 26. Deuter. 28. (f) Joann. 5.

sitó nuestro Señor á los que todavía estaban incrédulos, para que la vejacion (como dijimos) les abriese el entendimiento. Porque tambien en nuestros tiempos habemos visto otras calamidades que les han sobrevenido. Porque nó fué pequeño azote el que padecieron los que no quisieron recebir nuestra sancta fe en tiempos de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, cuando por ellos fuéron desterrados de España. En el cual destierro pasaron grandes trabajos, así en la navegacion para otras nuevas tierras, como en los males tratamientos que padecieron entre las naciones bárbaras y crueles donde moran; llegando este destierro hasta las partes de Oriente.

Mas en este lugar la caridad cristiana, y el celo de la salvacion de las ánimas me obliga á avisar á muchos falsamente celosos de la fe, los cuales tienen creido que no pecan haciendo mal y daño á los que están fuera della, ora sean moros, ó judíos, ó herejes, ó gentiles. Engáñanse estos grandemente; porque tambien estos son prójimos como los fieles, segun se colige de aquella parábola del Salvador, que trata de la piedad y socorro del Samaritano con el herido (*g*). Y dado caso que nuestro Señor quiera castigar al infiel por sus pecados, y dipute ministros por quien ejecute su ira, pero no ménos pecan estos ejecutores de la justicia divina, que si no lo fuesen; porque instrumento fué de Dios el rey de Babilonia para castigar su pueblo, y destruir su templo por los pecados de la gente, y así lo llama Dios por Esaías (*h*) vara de su furor, y báculo de su indignacion; mas porque él no hacia esto por castigar las ofensas de Dios, sino por tirannizar la tierra, fué castigado con extrañas calamidades y azotes, y con perdimiento de la vida, y de aquel grande reino. Lo cual prosigue muy á la larga Hieremías en los capítulos L y LI, que son los mayores capítulos de su profecía, declarando que toda aquella tan grande tempestad le venía en venganza de haber destruido la heredad de Dios, y su sancto templo. Asimismo el profeta Esaías (*i*) profetizó este grande azote de Babilonia por estas palabras: *Todos cuantos se hallaren* (en Babilonía) *morirán á hierro; los niños barrarán los soldados por las paredes en presencia de sus padres; sus casas serán robadas, y sus mujeres violadas. Yo* (dice Dios) *levantaré contra ellos á los medos; los cuales ni querrán oro, ni plata, sino tirar saetas á los niños, sin tener compasion de los que estuvieren mamando á los pechos de sus madres. Y será aquella gloriosa Babilonia asolada, así como lo fué Sodoma, y Gomorra.* Finalmente tales fuéron las plagas de Babilonia por este pecado, que cuando el profeta Esaías las vió en espíritu, dice (*k*) que padeció tan grandes angustias como la mujer cuando pare; y que cayó en tierra cuando las oyó, y que se le secó el corazon, y se le cubrió de tinieblas, y quedó pasmado. Tal pues es el castigo de los que agravian á sus prójimos, aunque la divina justicia se sirva dellos para castigo de los pecados: como á veces tambien se sirve para esto de los mismos demonios. Por lo cual dice muy bien Sanct Augustin (*l*) que mas provecho nos hacen los que nos injurian, que los que nos lisonjean; mas tú, Señor, no miras á lo que por medio dellos haces, sino á lo que la mala voluntad dellos quiere hacer.

He dicho esto tan por extenso, para que se entienda que aunque Dios permita las vejaciones y opresiones de los incrédulos y infieles, que permanecen en su error, no ménos pecan los que los maltratan y vejan, que los que maltratan á sus prójimos. Antes pecan mas gravemente; porque los escandalizan, y hacen que tengan igual aborrescimiento á la ley, que á los profesores della. Porque este odio es la causa principal que los tiene obstinados en su engaño. De modo que aquella pared de division y de odio que habia entre fieles y infieles, la cual Cristo derribó, para amigarlos y encorporarlos en su Iglesia (*m*), muchos con sus malas obras y ejemplos la tornan á edificar; y así el nombre de Dios, como dice la Escriptura (*n*), es blasfemado por ellos entre las gentes.

De lo dicho pues se infiere que la manera que se debia tener para la conversion de los infieles, es la que el Apóstol (*o*), singular oficial deste oficio, muestra que tenia, cuando escribiendo una carta á los de Tesalónica, dice: Hecímonos como pequeñuelos en medio de vosotros, y como una ama que cria y regala sus hijos, teniéndoos tan grande amor, que os quisiéramos dar, no solo el Evangelio, sino tambien nuestras ánimas por la grandeza deste amor.

Palabras son estas de grande consideracion, y que declaran muy bien las entrañas de caridad que este divino Apóstol tenia con aquellos que de nuevo habian venido á la fe. Pero mucho mas declaran esto las que escribe en la epístola á los romanos (*p*), las cuales ponen espanto y admiracion á quien quiera que las lee; donde con un solemne juramento dice así: Verdad digo en Cristo Jesu, no miento, dándome testimonio desto mi consciencia, de la cual es testigo el Espíritu Sancto, que padezco una gran tristeza y continuo dolor en mi corazon. Porque deseaba yo mismo ser anatema de Cristo por la salud de mis hermanos, que son los hijos de Israel, deudos mios segun la carne; cuya era la adopcion de hijos, y la gloria, y el testamento, y la ley, y el servicio, y las promesas divinas; de cuyos padres nació Cristo segun la carne; el cual es Dios bendito en todos los siglos. Hasta aquí son palabras del Apóstol: el cual sentia tanto el perdimiento de sus hermanos, que se ofrecia á carecer de la gloria que esperaba de Cristo (aunque no de su amor y gracia), porque sus hermanos gozasen della. Pues con esta caridad, con este celo, con estas entrañas de piedad convertieron los apóstoles el mundo: Este es el juicio y sentimiento que en esta parte tienen los que de todo corazon desean la salvacion de las ánimas, y sienten el perdimiento dellas, como lo sentia nuestro glorioso padre Sancto Domingo; de quien se escribe que ardia como una hacha encendida por el celo de las ánimas que perecian. Y su hija Sancta Catalina pedia á Dios que tapase con ella la boca del infierno para que ninguna de sus criaturas entrase allá. Pues volviendo á nuestro propósito, todas estas maneras de calamidades permite Dios que padezca la parte desta gente que aun está ciega; para que esta vejacion les abra el entendimiento, y les dé á conocer el desamparo de Dios, y así se vuelvan á él, y á su unigénito Hijo nuestro Salvador.

CAPITULO XVIII.

Del destierro general que padece hasta hoy la parte deste pueblo que permanece en su infidelidad.

Mas dejadas á parte estas calamidades que fuéron de

(*g*) Luc. 10. (*h*) Esai. 10. (*i*) Esai. 13. (*k*) Esai. 21.
(*l*) Aug. Confes. lib. 9. cap. 8.

(*m*) Ephes. 2. (*n*) Rom. 2. (*o*) 1. Thess. 2. (*p*) Rom. 9.

particulares tierras y ciudades, será bien tratar deste general destierro y derramamiento que hasta hoy padece aquella parte del pueblo que todavía permanece en su incredulidad, y inquirir la causa dél. Y primeramente cónstanos por todas las sanctas Escripturas que todas las calamidades públicas y generales del mundo vienen por pecados (como al principio propusimos), y que cuanto son mayores los pecados, tanto lo son los azotes y castigos que Dios envía por ellos; y cuanto son mayores estos castigos, tanto son argumentos y indicios de mayores pecados; pues la divina justicia es rectísima, y así proporciona la cuantidad del castigo con la del delicto. Consideremos pues agora prudentemente cuál sea este destierro de que hablamos. Si miramos el tiempo dél, pasa de mil y quinientos años que dura. Si miramos el lugar, no hay lugar cierto en que toda esta gente more, y haga por sí cuerpo de república; sino andan derramados por todo el mundo, ya en tierras de moros, ya de turcos, ya de paganos, ya de cristianos. Si miramos las cualidades deste destierro, hallarémos que viven los mas fatigados, opresos y humillados hombres del mundo; cumpliéndose en ellos aquella profecía del salmo 68, el cual hablando dellos dice: *Escurézcanse sus ojos para que no vean, y anden siempre avasallados y abatidos.* Y es cosa de admiracion, que con ser tantas las diferencias de naciones y sectas que hay en el mundo, y tan enemigas entre sí, y tan discordes en todas las cosas, así en las que pertenecen á la religion, como á la policía humana, en una sola cosa son concordes, que es en despreciar, maltratar y vejar esta pobre gente. De modo que el nombre de judío, que era muy claro y ilustre en el mundo cuando florecia en aquel pueblo la religion, agora es nombre de ignominia; de tal manera que ninguna injuria se tiene por mayor que llamar á un hombre con este apellido.

Pues siendo este destierro y derramamiento tan ignominioso y tan antiguo, y habiendo venido sobre todas las calamidades arriba contadas, ¿no será razon inquirir por qué causa aquel justísimo juez (el cual en los tiempos antiguos tuvo siempre tan particular providencia deste pueblo) lo deja agora andar tan descarriado y vejado en todas las naciones del mundo, y esto no por espacio de ciento, ni de docientos, sino de mil y quinientos años? Porque si pusiéremos los ojos en los tiempos antiguos, hallarémos que nunca jamas este pueblo se convirtió de todo corazon á Dios (*a*), y le llamó en sus aflicciones y opresiones, que no fuese socorrido y librado por él. Porque muchas veces por diversos pecados (y especialmente por el de la idolatría) fué por sentencia de Dios oprimido y sojuzgado por los madianitas, moabitas, amonitas y filisteos (*b*). Y hallarse ha por cierto que nunca en todas estas calamidades se volvieron á Dios, y le pidieron favor de todo corazon, que no fuesen librados de captiverio, ó enviándoles Dios capitanes, ó profetas, ó ángeles que les socorriesen; y así estando cercados por el rey de los asirios, envió Dios un ángel por la oracion del rey Ecequías (*c*), el cual mató en una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres, y así los libró. Dejo de decir de los admirables socorros que les envió por aquellas famosas y sanctas mujeres Ester, Judit, y Débora, y otras muchas que sería largo de contar.

Pues siendo esta la costumbre antigua de Dios para con este pueblo, pregunto agora: ¿cómo haciendo él tantas oraciones, y acompañándolas con la guarda de las cerimonias de la ley, á cabo de tantos años nunca han sido oidos ni socorridos? ¿Por ventura ha Dios mudado con el tiempo y con los muchos años la condicion ó naturaleza que tenia, pues nunca entónces fué llamado, que no acudiese al llamamiento, y agora siendo tantas mil veces llamado no responde? ¿Quién dirá tal blasfemia? *No es Dios,* dijo Balaam (*d*), *como el hombre, para que falte su palabra; ni como el hijo del hombre, para que se haya de mudar.* Antes es tan proprio de Dios ser inmudable, que una de las diferencias que hay entre él y sus criaturas, es que ninguna hay en el cielo ni en la tierra que no esté subjecta á alguna mudanza corporal ó espiritual; mas en solo Dios no la puede haber, por razon de su eternidad; la cual es tan propria suya, que sola esta razon movió á Aristóteles á decir que el mundo habia sido ab eterno; por no poner mudanza en Dios, queriendo en un tiempo lo que en otro no quiso. Del cual engaño no es deste lugar tratar de propósito. Pues siendo esta inmutabilidad tan propria de aquella soberana eternidad, respóndanme cuál sea la causa por la cual no hallándose en toda la sancta Escriptura una sola vez que fuese Dios de todo corazon llamado, que no acudiese á este llamamiento; ¿cómo agora siendo tantas veces llamado, ningun linaje de consolacion ni de socorro envía á los que lo llaman, y mas guardando su ley segun ellos piensan? ¿Hay quién pueda responder á esta pregunta?

Pues mucho ménos podrán responder á la que tras esta se sigue. Despues que Moisen declaró al pueblo las grandes calamidades que le habian de venir si no guardase la ley de Dios, añadió estas palabras (*e*): *Si despues que te vieres afligido con estos trabajos, te arrepintieres, y volvieres á Dios de todo corazon, él te enviará socorro, y habrá misericordia de ti; y te librará de tu captiverio; aunque estés desterrado en los últimos términos del mundo.* Esto mismo profetizó tambien Azarías; el cual (volviendo el rey Asá de una gran victoria dada por mano de Dios contra los reyes de Etiopía), lleno del espíritu de Dios dijo así (*f*): *Oyeme, rey Asá, y tú, pueblo de Judá y Benjamin. Dios, estuvo con vosotros, porque vosotros estuvistes con él. Si buscáredes á Dios, hallarlo heis; mas si lo desampardredes, desampararos ha. Y sabed que se pasarán muchos dias en Israel sin el Dios verdadero, y sin sacerdote que enseñe al pueblo, y sin ley de Dios. Y si en este tiempo apretados los hombres con sus angustias se volvieren al Señor Dios de Israel, y le buscaren, hallarlo han.* Esta es promesa de Dios, confirmada en todas las sanctas Escripturas en favor de los verdaderos penitentes. Pues ¿qué se puede responder aquí? ¿No es Dios la misma verdad? ¿No es tan imposible faltar la palabra de Dios, como dejar él de ser Dios? ¿No es cierto que el cielo y la tierra pueden faltar, mas la palabra de Dios nunca faltará (*g*)? ¿Qué otras cosas engrandecen mas todos los salmos, que la verdad de Dios? Por esta razon le llama David (*h*) Dios de la verdad. Y para significar la certidumbre y constancia della, dice que la tiene afijada y escripta en los cielos (*i*), que son incorruptibles) para dar á entender que nunca esta verdad faltará. Pues defiéndanme agora aquí la verdad desta

(*a*) Psalm. 105. 106. (*b*) Judic. 3. 4. 6. 8. 10. 13. (*c*) 4. Reg. 19.

(*d*) Num. 23. (*e*) Deut. 30. (*f*) 2. Paralip. 15. (*g*) Luc. 21. (*h*) Psalm. 30. (*i*) Psalm. 88.

promesa divina. Porque si esta gente dice que de verdad está convertida á Dios, y guarda fielmente su ley, ¿cómo aquella infalible verdad no cumple en tantos años la palabra desta promesa? ¿Quién podrá responder á esta pregunta?

A esta añado la que se sigue. Quien leyere las sanctas Escrituras hallará que una de las principales partes dellas es prometer Dios mil maneras de favores y regalos á los guardadores de su ley. Esto nos declaran aquellas palabras del salmo 33, que dicen así: *Los ojos del Señor están puestos sobre los justos, y sus oídos en las oraciones dellos..... Llamaron los justos al Señor, y él los oyó, y libró de todas sus tribulaciones. Cerca está el Señor de todos los atribulados de corazon, y hará salvos á todos los de espíritu humilde. Muchas son las tribulaciones de los justos; mas de todas ellas los librará el Señor. El Señor tiene cuidado de guardar todos sus huesos, y ni uno solo dellos se quebrará.* Todas estas son palabras de Dios por este profeta. Y conforme á esto en el salmo 36 entre otros muchos favores que promete al justo, añade esta manera de regalo, diciendo que cuando cayere no se lastimará; porque el Señor pondrá su mano debajo, para que no se lastime. Pues ¿qué cosa mas tierna, y mas amorosa se pudiera prometer que esta? Y porque la mas propria condicion de los fieles amigos es acudir al tiempo de la tribulacion, acaba el Profeta este salmo con estas palabras: *La salud de los justos procede del Señor, y él es su protector en el tiempo de la tribulacion; y ayudarlos ha el Señor, y defenderlos ha, y librarlos ha de los pecadores, porque esperaron en él.* Pues ¿qué otra cosa contiene el salmo 90 que comienza: *Qui habitat*, sino favores y regalos de los justos en el tiempo de sus trabajos? Qué palabras aquellas de tan gran favor: *Con sus espaldas te hará sombra, y debajo de sus alas tendrás segura esperanza. La verdad de su palabra te cubrirá como con un escudo; y no tendrás por qué temer los peligros de la noche, ni las saetas que vuelan de dia.* Y mas abajo dice: *A los ángeles tiene Dios mandado que te traigan en las palmas de las manos, porque no tropiecen tus piés en una piedra; y andarás sobre serpientes y basiliscos, y hollarás leones y dragones.* Quiere decir, que no habrá peligro ni fuerza tan grande, que te pueda perjudicar ó dañar. Y finalmente concluye Dios este salmo diciendo: *Llamóme el justo, y yo le oí; con él estoy en medio de su tribulacion: librarlo he, y glorificarlo he.* Juntemos con estas las palabras y promesas del salmo 124, en el cual promete Dios á sus siervos tan gran seguridad y firmeza como la del monte de Sion que jamas podrá ser movido. Y añade que el mismo Señor estará en torno de su pueblo; y esto no por tiempo determinado, sino en los siglos de los siglos.

§. I.

Prosigue el mismo argumento.

Pues si esta gente tanto se precia de servir á Dios, y guardar su ley, ¿cómo este Señor no les acude? cómo no les socorre? cómo no les cumple todas estas promesas y palabras? cómo há tantos años que los deja andar tan maltratados, y descarriados entre todas las naciones del mundo? cómo se compadece esta tan grande, y tan antigua calamidad con aquellas palabras del Eclesiástico que dicen (k): *Mirad, hijos, todas las naciones del mundo, y sabed que nadie esperó en el Señor, que le saliesen en blanco sus esperanzas. Porque ¿quién jamás perseveró en la guarda de sus mandamientos, que fuese dél desamparado, y quién lo llamó, que fuese dél menospreciado? Porque el Señor es piadoso y misericordioso; el cual perdona los pecados en el dia de la tribulacion, y es amparo y defension de todos los que lo buscan de verdad.* Todas estas son palabras del Eclesiástico. Juntad con esto el testimonio que desta paternal providencia de Dios da el profeta David en el salmo 120, donde entre otras cosas dice así: *No permitirá el Señor que desvarien tus piés; ni dormirá el que tiene cargo de ti. Mira que no dormitará, ni dormirá el que es guarda de Israel. De dia no te quemará el sol, ni la luna de noche. El Señor es tu guarda; el Señor es el que anda á tu mano derecha para defenderte.* No acabariamos de referir en mucha escritura todas las otras autoridades que testifican esto mismo. Y para prueba de todo lo dicho no quiero otro argumento sino el tratamiento que Dios hizo á este pueblo todo el tiempo que anduvo debajo de su amparo. ¡Qué de maravillas obró para sacarlos de Egipto, y llevarlos á la tierra de promision! Abrió los mares por do pasasen; ahogó en ellos todos sus perseguidores; envióles manná del cielo; dióles agua de una peña; guiábalos de dia con una columna de nube, y de noche con otra de fuego; señalábales el lugar donde habian de asentar sus tiendas; detuvo las corrientes del rio Jordan; peleó por ellos contra todos sus enemigos, y hízolos señores de toda aquella tierra prometida; y finalmente de tal manera se hubo con ellos en todo este camino, que les dijo Moisen que los habia Dios traido por todo aquel camino con el cuidado y regalo que traeria un padre á un hijo chiquito (l). Y el mismo Señor les dijo, que los habia traido sobre sus alas, como hacen las águilas á sus hijuelos (m). Despues desta jornada, ¿cuándo les faltó este Señor en todas sus necesidades? ¿Cuántos profetas les enviaba á cada paso para que los enseñasen, amonestasen, y avisasen del castigo que les habia de enviar si no se emendaban?

Pues veamos agora ¿qué se hizo toda esta providencia y cuidado paternal de Dios? ¿Dónde están sus misericordias antiguas (n)? ¿Cómo se ha olvidado del pueblo que él habia escogido para sí entre todas las naciones del mundo (o)? ¿Qué se hicieron las victorias miraculosas que tantas veces les daba contra los enemigos que los oprimian? ¿Qué es de los profetas por quien los avisaba y declaraba su voluntad? ¿Cómo se ha olvidado de aquel testamento, tantas veces repetido (p), donde dice que ellos serían su pueblo, y él sería su Dios? Y ser el su Dios es serle todas las cosas que tocasen á su salud y consolacion.

¿Qué es esto? qué mudanza ha sido esta? qué desamparo de tantos años, en los cuales ninguna cosa ha habido de las pasadas, sino trabajos sobre trabajos, persecuciones sobre persecuciones, injurias sobre injurias, y opresiones sobre opresiones, perseverando todavía esta gente (como ellos piensan) en medio de tantas calamidades en la fe y guarda de su ley? ¿Dónde está la providencia y cuidado paternal que Dios tiene de los que le sirven? Dónde su fidelidad, su bondad, su verdad, su misericordia, su justicia, su lealtad para un pueblo que tanto padece por serle muy leal? Ciertamente si aquí no

(k) Eccli. 2.

(l) Deut. 1. (m) Exod. 19. (n) Psalm. 88. (o) Deut. 7. 14. 26. (p) Levit. 26. 2. Cor. 6.

hay alguna culpa mas grave que todas aquellas antiguas, será necesario negar toda la divinidad con todas estas perfecciones divinas; porque todas ellas faltan, si no habiendo mayores pecados usa Dios de tan extraño rigor.

§. II.

Promesas y amenazas que mas particularmente dicen á este pueblo.

Estas promesas de favores y socorros divinos son comunes y generales para todos los buenos. Otras hay que hablan mas particularmente con este pueblo, si guardare fielmente los mandamientos divinos. Las cuales declaró Moisen al mismo pueblo en el capítulo XXVIII del Deuteronomio por estas palabras: *Si guardares los mandamientos de Dios, hacerte ha el Señor la mas principal y alta gente de todas cuantas moran sobre la haz de la tierra, y comprenderte han todas las bendiciones siguientes. Bendito serás en la ciudad, y bendito fuera della. Bendito el fructo de tu vientre, y el fructo de tu tierra, y de tus bestias y ganados. Bendito serás en tus entradas y salidas*: que es, en todas tus obras y caminos. *Hará el Señor que todos tus enemigos caigan en tierra delante de tí. Por un camino vendrán contra tí, y por siete huirán de tí. Hará el Señor que do quiera que estuvieres, seas cabeza y no piés; y que estés sobre los otros, y no debajo dellos.* Juntemos con estas palabras las que este mismo secretario de Dios dijo en el capítulo XXVI del Levítico, donde entre otros muchos favores dice así: *Perseguiréis á vuestros enemigos, y caerán prostrados por tierra delante de vosotros. Cinco de vosotros vencerán á ciento de vuestros contrarios, y ciento á diez mil; y caerán vuestros enemigos muertos á hierro en vuestra presencia. Pondré mis ojos sobre vosotros, y multiplicaros he. Pondré mi tabernáculo en medio de vosotros, y no os desechará mi ánima. Andaré entre vosotros y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo.*

Todas estas son palabras y promesas de Dios, de cuya verdad ya habemos tratado; y no habia que tratar, pues ella es tan cierta y tan infalible como el mismo Dios. Siendo esto así, confieso que quedo atónito y fuera de mí, viendo cómo estas palabras no bastan para alumbrar la gente que aun permanece obstinada en sus tinieblas. Porque cuantas palabras hay en estas promesas divinas, tantos testimonios y argumentos hay contra su ceguera. Porque si ellos se jactan de guardar la ley de Dios, ¿cómo ninguno destos favores prometidos á los guardadores desa ley les cumple Dios? Cuéntenlos todos uno por uno, y verán cómo no solamente nada desto les pertenece, mas ántes todo lo contrario, como la experiencia se lo muestra. Aquí entre otros favores promete Dios que será esta la gente mas principal de todas cuantas moran sobre la tierra; y que estarán siempre en lo alto, y no en lo bajo; y que serán cabeza, y no piés. Pues esto ya vemos cuán léjos está de ser; pues no hay linaje de gente mas aflictiva en todas las naciones del mundo, como todos claramente vemos. Pues, ¿cómo no bastará esta consideracion para que esta gente vea claramente su engaño? Porque verdaderamente creo que una de las causas porque nuestro Señor tan distinctamente prometió á los guardadores de su ley todos estos tan grandes favores, fué para que cuando viesen que estos les faltaban, entendiesen claramente que no la guardaban, y por consiguiente que no estaban en su amor y gracia; y para que no pudiesen alegar ignorancia en cosa tan clara.

Pues si procediéremos adelante, hallarémos que así como Dios promete todos estos favores á los guardadores de la ley, así amenaza en los capítulos alegados grandes azotes á los quebrantadores della. Veamos pues si estos azotes competen á ellos; pues ya vimos que los favores no les tocan. Entre los azotes que á los tales amenaza, uno es derramamiento y destierro en todas las naciones del mundo; y así dice el mismo profeta (q): *Derramarte ha el Señor por todos los pueblos de la tierra, dende el principio hasta los últimos términos della; y ni aun ahí hallarás donde descansen tus piés. Porque el Señor te dará un corazon medroso, y unos ojos enflaquecidos, y una ánima consumida de tristeza; y tu vida estará como pendiente y colgada delante de tí.* Esta misma plaga y profecía está en el capítulo XXVI del Levítico cuasi por las mismas palabras; donde el mismo Señor hablando con los mismos dice así: *Derramaros he por todas las gentes, y desenvainaré mi espada contra vosotros. Y los que de vosotros quedaren, haré que tengan unos corazones tan llenos de miedo en la tierra de sus enemigos, que se espanten de una hoja que vuela por el aire, y así huyan della, como de la espada del enemigo; y ninguno dellos osará resistir á sus contrarios.* Estas son palabras de Dios por su profeta. Las cuales verdaderamente me ponen en grande admiracion, por ver que pasa de tres mil años que este gran profeta y secretario de los consejos divinos profetizó este destierro y derramamiento que agora vemos; y esto con tan claras palabras, como si lo estuviera mirando con sus ojos. Pues hagamos agora esta consideracion: si ninguno de aquellos favores susodichos que Dios promete á los guardadores de su ley cabe en este pueblo, y si los azotes y calamidades con que le amenaza vemos á la letra ejecutados en él, ¿quién podrá dubdar que no guardan la ley de Dios, pues ningun favor de los prometidos se ve en ellos, y por el contrario vense el destierro, los miedos y abatimientos que se amenazan á los que no la guardan? Y está claro que no la guardan, pues no reciben ni obedecen á aquel Señor, á quien mandó Dios por Moysen (r) que obedeciesen cuando viniese, so pena de tomar él mismo á su cargo ser el vengador de quien no le obedeciese. ¿Qué se puede responder á esta razon? Y ¿qué excusa tendrán delante de aquel rectísimo juez los que leyendo tales promesas por una parte, y tales amenazas por otra, y viéndose tan claramente comprehendidos en ambas cosas, todavía perseveran en su obstinacion? Cuando comienzo á espantarme de tan grande ceguedad, no hallo otra salida sino considerar á qué estado llega una ánima desamparada de Dios, como lo vemos en Faraon: el cual viendo tantas maravillas y plagas sobre sí (s), con todo esto perseveró en su obstinacion; y tales parece que están los que viendo todas estas cosas susodichas permanecen en su incredulidad.

§. III.

Ejemplos de la Escriptura sagrada que arguyen á la misma ceguedad.

Para confirmacion de lo dicho contaré aquí una historia, la cual sola, atentamente considerada, sin dubda basta para abrir los ojos de los que hasta hoy dia viven ciegos. Cuando Holoférnes, capitan general de Nabuco-

(q) Deut. 28. (r) Deut. 18. Act. 3. (s) Exod. 7 etc.

donosor (*t*), puso cerco sobre la ciudad de Betulia, donde moraba aquella famosa Judit, viendo que solo esta ciudad se apercebia para resistirle (como quiera que las otras le saliesen á recebir con grande fiesta por el gran pavor que habia caido en los corazones de todos), maravillado y indignado desta resistencia, mandó llamar á los príncipes de los hijos de Ammon y Moab (que eran vecinos y comarcanos de aquella gente) para que le informasen de la cualidad de aquel pueblo, y de las fuerzas en que confiaba; pues solo él no le habia recebido pacíficamente. Entónces Achior, príncipe de los hijos de Ammon, habida licencia para responder, y protestando que diria verdad en todo lo que dijese, contó toda la historia y orígen de aquel pueblo, y todas las maravillas que Dios habia obrado por él, así en las plagas de Egipto, como en abrirles los mares por do pasasen á pié enjuto, ahogando todo el ejército de Faraon que los siguia. Y contó mas : que cuarenta años los sustentó su Dios en el desierto con provision y mantenimiento del cielo. Y con el favor de su Dios, sin arco, sin saetas y sin armas habian conquistado toda la tierra de los cananeos; porque su Dios peleaba por ellos. Y dijo mas : que todo el tiempo que ellos perseveraban en el servicio y reverencia de su Dios, gozaban de todas las prosperidades y abundancias de bienes; mas que en apartándose de su servicio, y adorando otro dios, eran destruidos de todas las naciones comarcanas, á las cuales eran llevados presos y captivos. Mas si despues deste captiverio hacian penitencia y se volvian á su Dios, él los libraba y restituia en su patria, como habia acaescido pocos dias ántes. Porque habiendo sido llevados captivos á tierras extrañas por sus pecados, en volviéndose á su Dios, fuéron librados de captiverio, y volvieron á poblar estos lugares. Por tanto, mi parecer es, señor, que procures saber si este pueblo ha ofendido á su Dios; porque siendo así, en las manos tenemos la victoria; mas no lo siendo, ten por cierto que su Dios los defenderá, y vendrémos á ser oprobrio y deshonra entre las gentes. Cuán verdadera haya sido esta relacion de Achior, no solamente lo mostró la experiencia de aquel negocio, mas todos cuantos han leido las historias sagradas saben ser todo esto verdad.

Y así se ve que en tiempo de David y Salomon (donde el pueblo no conocia otro Dios mas que el suyo) fué tan prosperado y tan multiplicado, que la Escriptura lo compara con las arenas de la mar (*v*); y gozaba de tanta paz, que cada uno debajo de su parra y de su higuera vivia pacífico y seguro. Y de la misma prosperidad y paz gozaron en tiempo de Asá, Josafat y Ecequías (*x*); por el cual peleó Dios maravillosamente contra el rey de los asirios, enviando un ángel que en una noche le mató ciento y ochenta y cinco mil soldados (como poco ha dijimos), y sobre todo esto el rey pagano de ahí á pocos dias fué muerto á manos de sus proprios hijos. Destas y otras grandes prosperidades gozó este pueblo todo el tiempo que permaneció fiel en el culto y servicio de su Dios. Mas en apartándose dél, era luego entregado por la divina justicia en manos de sus enemigos; de los cuales algunos usaron con ellos de tanta crueldad, que los niños de teta achocaban á las paredes, y abrian con las espadas los vientres de las mujeres preñadas. Y para confirmacion de lo dicho, dejados á parte otros muchos ejemplos, solamente traeré el de Joas, rey de Judea (*y*): el cual siendo lisonjeado de los grandes del reino, otorgóles que adorasen los ídolos, y les ofreciesen sacrificios. Por lo cual apénas era cumplido un año cuando Dios, por este pecado, los entregó al ejército de Siria; el cual mató todos los grandes del reino y envió infinitos despojos á su rey á Damasco. Y dice la Escriptura que siendo muy pequeño el número de la gente de Siria, le entregó Dios infinita muchedumbre de aquel pueblo; y al rey Joas hicieron grandes injurias y afrentas, y así se volvieron á su tierra dejándole en grandes angustias y enfermedades; y sobre todo esto se levantaron contra él sus criados, y á puñaladas le mataron en su cama, y sepultaron su cuerpo en Hierusalem; mas no entre las sepulturas de los reyes, porque hasta aun en esto quiso tomar Dios dél justa venganza. Pues por estos y por otros tales ejemplos, entenderémos cuán propicio y favorable era Dios á este pueblo cuando le era fiel; y por el contrario, cuán severo y riguroso castigador cuando se apartaba dél, y se entregaba á los ídolos. De donde podemos inferir que así como la sombra naturalmente sigue al cuerpo, así la prosperidad seguia á este pueblo cuando era fiel, y la adversidad cuando infiel. De manera que por la prosperidad inferimos la buena vida del pueblo, y por la adversidad la mala. Pues como veamos agora las adversidades que este pueblo padece, el destierro de tantos años, los malos tratamientos de los infieles en las tierras donde moran, y los tributos tan desaforados que cargan sobre ellos; y (lo que mas es) viendo aquel opulentísimo reino de Judea, y aquella su antigua república deshecha y aniquilada, y la Ciudad con su templo puesta por tierra, ¿quién será tan ciego y tan apasionado, que no vea estar Dios contra ellos airado? Pues, ¿qué otra puede ser la causa desta ira, sino pecados? y ¿qué pecado, sino el de la Pasion y muerte del Salvador, el cual pesa mas (como luego dirémos) que todos los pecados del mundo? Porque como Dios sea justísimo juez, proporciona los castigos con los pecados; y pues este es el mayor y mas prolijo castigo que este pueblo ha recebido, necesariamente ha de ser por el mayor de cuantos pecados ha cometido, pues no hay otro que iguale con el que está dicho.

§. IV.

Procúrase indagar la causa de las calamidades que padece este pueblo, y olvido que Dios tiene dél.

Pues con ser este un tan grande argumento de la verdad, añadiré otro no ménos urgente. Como sea verdad que tiene Dios este especial cuidado de los guardadores de su ley, muy mayor lo tiene de aquellos que padecen injurias, y persecuciones ó destierros por la guarda della. Porque como esta sea la mayor prueba y fineza de la virtud, así como el hombre es aquí fiel para con Dios, así lo es Dios para con él, usando de particular misericordia y providencia con los que así ve atribulados por su causa. Ejemplo tenemos en Daniel (*z*), que fué echado en el lago de los leones por destruir los ídolos de Babilonia; el cual allí fué miraculosamente socorrido y librado por Dios. Y ejemplo tenemos en los tres mozos (*a*), que siendo echados en el horno de fuego por no adorar la estatua de Nabucodonosor, fuéron allí acompañados de un ángel, y en medio de las llamas cantaban loores á Dios. Y no menor ejemplo es el de Sancta Susanna (*b*), que por no cometer el pecado de que era re-

(*t*) Judith. 5. (*v*) 3. Reg. 4. (*x*) 4. Reg. 19. (*y*) 2. Par. 24.

(*z*) Dan. 6. (*a*) Dan. 3. (*b*) Dan. 13.

questada, ofreció vida y fama á manifiesto peligro; la cual tambien fué miraculosamente defendida por aquel Señor por cuya obediencia padecia. De modo que, segun parece por estos ejemplos, nunca aquel fidelísimo Señor está mas presente á los suyos, que cuando los ve atribulados por su amor. Porque aquí entreviene una maravillosa competencia entre Dios y sus siervos: ellos en ser fieles á Dios en el tiempo de la tribulacion, y Dios mucho mas en ser fiel en el tiempo della. Porque ¿cómo sufrirán aquellas reales y nobilísimas entrañas ver un hombre que tan inclinado es naturalmente á amar sus cosas, su vida y su descanso, despreciar todo esto, que es vencer todas las fuerzas de naturaleza, por no ofender á su Criador; y que el Criador, viendo esta fidelidad, tenga las manos en el seno, y no acuda con extraordinario socorro á quien ve estar padeciendo por él?

Pues siendo esta una verdad tan cierta, y viendo este fidelísimo Señor los destierros, y opresiones, y vejaciones, y persecuciones que padece este su pueblo en todas las naciones del mundo por la obediencia de su ley; si esta obediencia le fuese agradable, ¿cómo sería posible que en tantos años no enviase él alguna manera de favor, ó de alivio, ó de socorro á los que ve tan afligidos por su amor? ¿Cómo habian de ser los hombres fieles á Dios en guardar sus mandamientos, y no lo ser Dios enviándoles favor y consuelo en sus trabajos? Mal concuerda esto con aquella sentencia del Eclesiástico que dice (c): *El hombre cuerdo cree á la ley de Dios, y la ley le será fiel.* Como si dijera: El es fiel en hacer lo que la ley manda; y la ley le será fiel en cumplir lo que le promete. ¿Qué se puede responder á esta razon?

Añado aun á lo dicho otra cosa de mucha consideracion, y es, mirar el tiempo en que esta gente comenzó á padecer calamidades y trabajos. Cónstanos pues que esto comenzó (como en los capítulos pasados claramente mostramos) luego despues de la Pasion y muerte del Salvador. Pues si él era el que los fariseos y pontífices pensaban, no solo no merecian por esta muerte azotes y castigos de Dios, sino una grande corona. Porque Dios tenia mandado en la ley que si se levantase en el pueblo algun profeta (d), el cual acertase en las cosas que profetizaba, mas con todo eso provocase los hombres á adorar dioses ajenos, que á la hora fuese muerto por ello. Mas los pontífices y fariseos hicieron justicia, no de hombre que se hacia profeta, sino de hombre de quien ellos decian que se hacia Dios; y por este título le pedian la muerte, diciendo (e): *Nosotros tenemos ley, y por ella conviene que este hombre muera; porque se hizo Hijo de Dios.* Pues si esta acusacion fuera verdadera, no podian ellos ofrecer á Dios sacrificio mas agradable que este castigo; pues no puede ser mayor blasfemia que usurpar un hombrecillo la divinidad incommunicable de Dios; lo cual ni aun Lucifer, cabeza de los condenados, intentó hacer (f). Pues esta obra no solamente no merecia castigo, sino muy gran galardon. Porque ¿qué comparacion tiene con esto lo que hizo Fínees (g) cuando movido con celo de Dios mató á puñaladas á uno de los hijos de Israel, por verlo estar pecando con una mujer de los madianitas? Ca este hombre deshonesto movido con pura pasion cometió aquel pecado; mas Cristo (segun ellos dicen) con acuerdo y voluntad determinada se alzó con la divinidad, llamándose Hijo de Dios. Pues si aquel celo de Fínees fué tan agradable á Dios, que por él le concedió perpetuidad del sacerdocio, y (lo que mas es) perdonó al pueblo que le habia públicamente ofendido, adorando el ídolo de Fogor: ¿cuánto mayor galardon merecia esta gente por haber tomado venganza de quien se hacia Dios no lo siendo? Ciertamente por este celo (segun ellos dicen) merecian que aunque hubiesen cometido muchos pecados, les fuesen perdonados por este servicio, y que particularmente los honrase Dios con nuevos favores. Mas vemos cuán al reves les sucedió el negocio; porque dende el dia que se amancillaron con este pecado, luego se les siguieron persecuciones sobre persecuciones, trabajos sobre trabajos, muertes sobre muertes, robos, incendios, opresiones, vituperios (como arriba contamos), hasta que procediendo siempre de mal en peor, vinieron á perder su república y su reino; el cual era tan grande en tiempo del primer Heródes, que vino despues de su muerte á repartirse en cuatro principados ó reinos. De modo que los que entónces eran señores de tantas ciudades y provincias, agora no poseen una sola almena en todo el mundo; y aquella nacion que, como dijo Moisen (h), era la mas ilustre y la mas ennoblecida del mundo (por razon del conocimiento de Dios, y de la ley dada por él), es agora (do quiera que está) la mas avasallada del mundo. Pues ¿no mirarán esto los ojos ciegos y miserables? No inquirirán la causa desta tan extraña mudanza? Cómo no miran cuántos años há que los tiene Dios tan olvidados? Cómo se compadece con este olvido aquella promesa de Dios por Esaías (i): *Qué madre hay que se olvide del hijo que salió de su vientre, y que no tenga entrañas de madre para con él? Mas si este olvido cayere en alguna madre, yo* (dice Dios) *nunca me olvidaré de tí; porque en mis manos te tengo escripto.* ¿No es esta palabra de Dios? No es tan verdadera como la misma verdad? Pues ¿qué se hizo esta verdad? ¿Dónde está el cumplimiento desta palabra? ¿Dónde está la memoria de Dios encarecida con el ejemplo del mayor de los amores, que es el de madre á hijo chiquito? Pues ¿qué dirémos de la memoria del mismo Señor, que con palabras no ménos tiernas dice (k): *Sí es hijo mio honrado Efraím, si mozo delicado; porque despues que hablé dél, todavía me acordaré dél; y apiadando, me apiadaré dél*? Pues ¿qué es desta memoria? qué se hizo desta piedad? qué deste amor de Dios, como de padre á hijo, y hijo primogénito, como él dijo por Hieremías (l), y mozo delicado? ¿Qué mas diré? ¿Dónde está aquella paternal providencia, que decia (m): *Quien á vosotros toca, toca á mí en la lumbre de los ojos?* ¡Oh ciegos! ¡Oh engañados por el príncipe de las tinieblas! ¡Oh comprendidos debajo de aquella maldicion que dice (n): *Sean escurecidos sus ojos para que no vean*; y debajo de aquella que dice (o): *Castigarte ha Dios con azote de ceguedad y de locura; y quedarás tan ciego, que en medio del dia claro andarás palpando las paredes, y no te quedará luz ni juicio para atinar en el camino que te conviene seguir!*

Pues ¿quién no ve el cumplimiento desta profecía? ¿Qué luz del mediodía es tan clara, como lo es el desta verdad, por tantas palabras de Dios testificada? Y con todo eso en este mediodía tan claro no ven el resplandor desta luz.

(c) Eccli. 33. (d) Deut. 13. (e) Joan. 19. (f) D. Thom. 1. q. 63. art. 3. (g) Num. 25.

(h) Exod. 19. Deut. 28. (i) Esai. 49. (k) Hier. 31. (l) Ubi supr. (m) Zachar. 2. (n) Psal. 68. (o) Deut. 28.



Es esta consideracion susodicha tan poderosa para confirmacion de nuestra fe, que aunque faltaran todas las demas que hasta aquí habemos tratado, esta sola bastaba para convencer cualquier entendimiento que no estuviese obstinado. Para lo cual no dejaré de referir aquí una cosa que pocos dias há que ha succedido. Estando un embajador deste reino en el concilio de Trento, y yendo de allí á Venecia, halló un mancebo de linaje de judíos que se habia convertido á nuestra fe. Y venido á este reino de Portugal, preguntándole yo qué motivo habia tenido para hacer aquella mudanza, respondióme que las calamidades y miserias que siempre padeció su pueblo despues de la muerte del Salvador. Porque (decia él) hice yo esta consideracion: O este Señor que fué crucificado era hijo de Dios, ó no. Si era hijo de Dios, razon es de adorarlo y creerlo; mas si no lo era, y él se hacia hijo de Dios, no solamente no pecaron los que trataron su muerte, mas ántes hicieron á Dios uno de los mayores servicios que se le podian hacer, procurando la muerte de quien se atrevia á robar la divinidad y gloria de Dios. Pues ¿cómo siendo esto así, se les siguieron luego tantas maneras de vejaciones y trabajos, que en todas las generaciones pasadas hasta hoy duran, y sobre todo esto haber sido de ahí á pocos dias asolada, destruida y aniquilada aquella tan antigua república, sin ser jamas restituida? Pues no habiendo entónces pecado de idolatría, ¿qué pecado podia haber merecedor de tan largo y espantoso castigo, sino la muerte de Cristo? Esta sola consideracion bastó para que este hombre conociese la ceguedad en que estaba, y abriese los ojos á la luz. Pues ¿qué hiciera, si con esta juntara el cumplimiento de todas las profecías que hasta aquí habemos referido?

§. V.

Modo que Dios tuvo en castigar los mayores pecados deste pueblo.

Al cabo de todas estas consideraciones añadiré la postrera, á la cual mucho ménos se podrá responder que á todas las pasadas. Para lo cual será bien hagamos una comparacion del tiempo que duró el destierro de Babilonia (*p*), con este que agora dura; y de los pecados por los cuales se merecieron estos destierros (*q*). Y primeramente cónstanos por testimonio de todas las sanctas Escripturas, que el principal pecado por donde vino aquel primer destierro, fué el de la idolatría; á la cual era tan inclinado aquel pueblo, que lo compara Hieremías (*r*) al ardor con que el asno salvaje (que es animal muy lascivo) busca la hembra en el tiempo de los celos, donde los cazadores (por correr él tan desatinado y tan ciego con el furor de su apetito) le suelen armar lazos, y así lo cazan. Y era este pecado tan usado en aquel pueblo, que, como dice el mismo profeta (*s*), en cada canton, y en cada monte alto, y debajo de cualquier árbol sombroso tenian edificados sus altares para sacrificar á los ídolos. Y acrescienta mas la malicia deste pecado, que habiendo Dios desechado de sí, y dado libelo de repudio á los diez tribus de Israel (*t*) por este mismo pecado, no escarmentó el tribu de Judá en cabeza ajena, mas ántes perseveró en la misma maldad.

El segundo pecado, que era como hermano deste, fué (cosa horrible de decir) que mataban á sus proprios hijos y hijas en sacrificio y honra destos ídolos abominables. ¿Qué cosa se pudiera hacer mas inhumana, mas cruel, mas abominable y mas contra todos los derechos de naturaleza, pues aun las bestias fieras se ponen á morir por defender las vidas de sus hijuelos?

Pues donde estos dos tan graves pecados reinaban, ¿qué otros habian de faltar? Estos refiere el profeta Oséas por estas palabras (*v*): *Oid la palabra de Dios, hijos de Israel; porque Dios quiere entrar en juicio con los moradores de la tierra. Porque no hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en ella; sino maldiciones, y mentiras, y homicidios, y hurtos, y adulterios, se han multiplicado como un diluvio sobre la tierra, y una sangre cae sobre otra sangre, que es muertes sobre muertes, y heridas sobre heridas.* Esto dice por Oséas. Mas por Amos dice (*x*) que el pecado de la avaricia estaba sobre la cabeza de todos, y que dende el menor hasta el mayor, todos se habian entregado á él; que dende el profeta hasta el sacerdote todos urdian engaños. En este tiempo era tanta la falta de los buenos, que dijo Dios por Hieremías (*y*): *Rodead todas las calles de Hierusalem,* y *si halláredes un hombre que tenga fe, yo usaré de misericordia con él.* El mismo profeta aconseja que no se fie hermano de hermano, ni pariente de pariente; porque todos eran infieles y tramadores de engaños unos contra otros. Por lo cual afligido el sancto profeta viendo tantos males decia (*z*): *¡Quién me llevase de aquí á algun lugar desierto y solitario para huir deste mi pueblo! Porque todos ellos son adúlteros, y cuadrillas de hombres perversos.* Por Ecequiel, en el capítulo v, los acusa nuestro Señor, diciendo que habian llegado á tan grande corrupcion de vida, que sobrepujaban en los vicios á todas las naciones de gentiles que estaban al derredor dellos; y esta sentencia repite muchas veces en este mismo lugar. Mas por abreviar pondré aquí un memorial de los pecados de aquel pueblo; el cual mandó Dios hacer á este profeta por estas palabras (*a*): *Hijo de hombre, ¿no juzgarás esta ciudad ensangrentada con tantas muertes, y no le declararás sus maldades? Con esta sangre que derramaste, y con los ídolos que adoraste, has sido contaminada. Los príncipes de Israel usaron de su poder para oprimir los pobres. Los hijos afrentaron y desacataron á sus padres. Los peregrinos y extranjeros que habia en tí, han sido calumniados. Los huérfanos y viudas han sido afligidas. Despreciastes mi sanctuario, y profanastes los dias de mi sábado. En ti se hallaron hombres infamadores de honras, y derramadores de sangre. En los montes sacrificabas á los ídolos, y comias las carnes sacrificadas á ellos. Los hijos durmieron con las mujeres de sus padres, y los suegros con las nueras, mujeres de sus hijos, y los hermanos con las hermanas, hijas de sus padres, y cada uno trataba de cometer adulterio con la mujer de su prójimo. Los jueces por dádivas y presentes pervertieron la justicia. Los ricos con usuras y agravios robaron la hacienda de los pobres, y por cobdicia de los bienes ajenos urdian engaños y calumnias para poseerlos.* Hasta aquí son palabras del profeta. Pues ¿qué maldades no se comprehenden debajo destas? ¿Adónde podia llegar mas la corrupcion de la vida humana que á esta? Pues aun pasa el negocio mas adelante. Porque por este mismo profeta, en el capítulo XVI, jura Dios diciendo que ni en Sodoma, ni en sus lugares comarcanos se hallaron tantas maldades como en su pueblo. Con lo cual contexta lo que el

(*p*) 4. Reg. 25. (*q*) 1. Esdr. 1. (*r*) Hier. 2. (*s*) Hier. 2. 3.
(*t*) 4. Reg. 17.

(*v*) Osee 4. (*x*) Amós 9. (*y*) Hier. 5. (*z*) Hier. 9.
(*a*) Ezech. 22.



mismo Señor dice en Hieremías por estas palabras (*b*): *Mayor ha sido la maldad de mi pueblo que la de Sodoma, la cual fué subvertida en un momento.* Porque tampoco faltó aquí el pecado nefando, por el cual esta malvada ciudad fué abrasada y consumida. Y por esto es alabado el rey Asá (*c*), porque desterró esta abominacion de su reino; y mucho mas el sanctísimo rey Josías (*d*), que fué poco ántes del captiverio de Babilonia: el cual comenzando á reinar halló este vicio tan recebido y usado entre los hombres perversos, que junto al sancto templo estaban edificadas las casillas de los efeminados: las cuales el sancto Rey puso por tierra, y purgó la Ciudad de tan grande abominacion.

§. VI.

Infiérese ser mayor pecado por el que padece este pueblo tanto mayor castigo.

De lo dicho parece claro que los pecados en aquel tiempo habian llegado á la cumbre; y que no era razon que la divina justicia (despues de haber tantas veces amonestado y amenazado los hombres por sus profetas, llamándolos á penitencia sin haber en ellos enmienda) disimulase el castigo tan merecido. Y así envió contra ellos su azote, que fué Nabucodonosor, rey de Babilonia, el cual destruyó aquel reino, y llevó el pueblo captivo á Babilonia (*e*); y este captiverio duró por espacio de setenta años, despues de los cuales fuéron restituidos á su patria (*f*). Y aun en este tiempo no faltaron á los desterrados profetas que los amonestasen y enseñasen en su captiverio: como fué Ecequiel y Daniel (*g*), y aquellos tres sanctos mozos, que mandó Nabucodonosor echar en el fuego.

Pues no habiendo durado este captiverio y destierro mas que por espacio de setenta años (siendo tantos y tan graves los pecados que lo merecieron), y durando agora el presente por mas de mil y quinientos años, necesariamente habemos de confesar (supuesta la rectitud y igualdad de la justicia divina), que tanto es mayor la causa deste destierro, cuanto este castigo es mayor que aquel. Pues ¿qué pecados serán estos? ¿Idolatría, qué fué el mayor de aquel tiempo? Claro está que no. Porque despues de aquel captiverio quedaron tan libres deste pecado, que no solo en el templo no quisieron admitir la imágen del emperador Cayo, mas ni en los lugares públicos de la ciudad la de Tiberio: sobre lo cual se ofrecieron todos al cuchillo por no consentir esto, como arriba declaramos. Pues ¿qué otro pecado hacen? ¿Sacrifican sus hijos como ántes por honra de los dioses? Mucho ménos. ¿Quebrantan las leyes de Dios y sus cerimonias? Antes presumen ser tan fieles y leales á Dios, que sufren andar derramados y perseguidos por todo el mundo por guardarlas. ¿Descúidanse de llamar á Dios, y pedirle socorro? Antes gastan muy largos espacios en sus sinagogas en oracion, y con todo esto nunca son oidos. Pues ¿qué dirémos aquí? Una de dos ha de ser: ó habemos de poner mácula (como ya dije) en la justicia, bondad, verdad y fidelidad de Dios (pues no usa de misericordia con gente tan afligida por su respecto), lo cual sería grandísima blasfemia; ó habemos de confesar que no entreviniendo aquí ninguno de aquellos antiguos y gravísimos pecados, que otro alguno ha de haber tanto mayor que todos aquellos, cuanto el castigo deste es mayor que aquel. Pues ¿cuál puede ser este, sino el que se cometió en la muerte injustísima del Hijo de Dios? Porque en este pecado concurrieron todas las deformidades y maldades que el entendimiento humano puede comprehender, y todas en summo grado de malicia. Porque aquí primeramente entrevino pecado de incredulidad; pues no quisieron creer á un Señor á quien tantas profecías y milagros (cuales jamas se hicieron) daban tan claro testimonio de quien era. Fué el mayor de todos los sacrilegios que se pudieran cometer; porque no fué profanar los vasos sagrados, ó el templo material de Dios, sino aquel templo vivo de la sagrada humanidad, formado por virtud del Espíritu Sancto, donde no por sombras y figuras, sino real y verdaderamente moraba toda la divinidad, unida en una persona con la humanidad: el cual ellos cruelísimamente maltrataron, violaron y ensangrentaron. Fué tambien un linaje de parricidio, pues privaron de la vida al comun Padre y Criador de todas las cosas, por quien vivimos, y nos movemos, y somos (*h*). Fué el mayor desagradecimiento que se pudo pensar, pues desecharon el mayor de todos los beneficios divinos, que fué la visitacion y venida del Hijo de Dios para su remedio. Fué desobediencia y rebelion contra el imperio y mandamiento de Dios (*i*), el cual por Moisen habia mandado que cuando este Señor viniese al mundo, fuese obedecido, so pena de ser él vengador contra quien lo desobedeciese. Fué juntamente pecado de malicia, pues á sabiendas se quisieron cegar, confesando los milagros que el Salvador hacia, cuando dijeron (*k*): ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchas señales? Y cuando dieron dinero á las guardas del sepulcro para que negasen el milagro de su resurreccion. Fué el mayor desprecio y vituperio de la divina Majestad que se pudiera imaginar; pues ayuntaron á la muerte del innocente tantas maneras de deshonras, escarnios, bofetadas, pescozones, azotes, espinas, vestiduras de escarnio, compañía de ladrones, y sobre todo, competencia con Barrabas (*l*). Finalmente si todos cuantos pecados de odio, invidia, crueldad y inhumanidad en el mundo se han cometido (no solo contra los hombres, sino contra el mismo Dios) se juntaren en uno, no igualarán con la maldad que fué poner manos sangrientas en el verdadero Hijo de Dios, y Señor de todo lo criado. Pues ¿qué otro pecado se pudiera cometer que tal castigo y tal destierro de tantos años mereciera, sino este, pues todos los antiguos, que eran gravísimos, con solos setenta años de captiverio se purgaron? Qué se puede responder á esta pregunta?

Si á esto respondieren que los justos tambien son atribulados muchas veces en esta vida, confesarlo he; mas la tribulacion dellos se acaba en breve, y tras della se siguen grandes favores: como parece en los trabajos del sancto Job, de Tobías, de Josef, y de David, y de otros muchos. Lo cual no vemos en este destierro.

Si dijeren que nuestros mártires tambien consintió Dios que padeciesen mil maneras de tormentos y destierros: que no es maravilla padecer ellos lo mismo; á esto respondemos que los mártires recibian de Dios grandes y maravillosos favores en medio destos tormentos. Amansaba muchas veces las bestias fieras, apagaba las llamas de fuego, visitábalos en las cárceles con sus ángeles, curaba y sanaba sus llagas, obraba por manos dellos muchos milagros. Y (lo que mas es) duró esta per-

(*b*) Thren. 4. (*c*) 3. Reg. 15. (*d*) 4. Reg. 23. (*e*) Hier. 25. 2. Part. 36. Dan. 9. (*f*) 1. Esd. 1. (*g*) Ezech. 1. Daniel. 3.

(*h*) Act. 17. (*i*) Deuter. 18. Act. 3. (*k*) Joann. 11. Matth. 28. (*l*) Matth. 27.



secucion poco mas de docientos años, y al cabo dellos perseverando con una maravillosa fe y constancia, salieron vencedores de toda la potencia del mundo y del infierno, y hicieron al mundo el mayor beneficio que jamas se hizo: que fué poner por tierra todos los templos y altares de los ídolos, y desterrar del mundo la blasfemia de la idolatría, y plantar el conocimiento del verdadero Dios y Señor de todo lo criado. Mas ellos há mas de mil y quinientos años que padecen este destierro, sin consuelo, sin milagros, sin profecías, sin república, sin lugar de sacrificio, y sin manifiestos favores del cielo. Pues ¿qué tiene que ver esta calamidad con las de nuestros mártires?

Si dijeren que por los pecados que agora cometen en no guardar perfectamente la ley de Dios y sus cerimonias los deja andar tan maltratados entre las otras naciones: á esto se responde que sin comparacion eran mayores los pecados que se cometian ántes del captiverio de Babilonia (como claramente vimos). Pues ¿cómo aquel rectísimo juez castiga mucho menores pecados con castigo sin comparacion mayor? Díganme pues qué pecado es este, merecedor de tan grande castigo, respondan á todas estas preguntas, satisfagan á todas estas razones, declárennos, ¿qué pecado sea este?

No faltan algunos que viéndose convencidos con esta razon y con la grandeza de las miserias que padecen, acógense á decir que por el pecado que cometieron en la salida de Egipto (*m*) adorando el becerro, padecen tan largo destierro. ¡Oh! con cuánta razon dijo el Sabio (*n*): Achaques busca el que quiere apartarse de su amigo. ¿Qué respuesta se podria dar mas fuera de toda aparencia que esta? Porque primeramente Moisen hizo grande riza en el pueblo por aquel pecado. Y despues, dice la Escriptura (*o*) que Dios tambien castigó al pueblo por él. Y si se alegare haber él amenazado que el dia de la venganza castigaria esta culpa; no se llama en la Escriptura dia de la venganza sino el dia de juicio universal, donde serían castigados por esta culpa los que entónces no hicieron penitencia della.

Item es un linaje de donaire decir que por aquel pecado andan agora padeciendo. ¿Cuántas veces el tribu de Judá adoró, no ya los becerros, sino los demonios, capitales enemigos de Dios, que estaban en los ídolos, y no contentos con adorarlos, les sacrificaban sus hijos (*p*) y hijas, y los pasaban por fuego? Pues ¿por qué por aquel pecado padescen agora este destierro, habiendo cometido otros semejantes, y mas juntando con la idolatría la cruel muerte de sus hijos? Todas estas consideraciones muestran claramente que los que esto dicen se asen á estas ramillas, no para mas que para tener algo que decir á quien los quiere convencer con tan manifiesta probanza. Los cuales tendrán mal pleito el dia de la cuenta; pues ellos mismos con tan liviano fundamento se dejaron engañar. Así que, vuelvan y revuelvan todas las Escripturas, busquen cuantos agujeros y portillos quisieren por donde se puedan colar, y hallarán por cierto que ningun pecado se pudiera cometer digno de tal destierro, y de todas las calamidades que hasta aquí habemos referido, sino sólo el que está dicho, que es mucho mayor que todas las idolatrías del mundo.

(*m*) Exod. 32. (*n*) Prov. 18. (*o*) Exod. 32. (*p*) 2. Paral. 28. Psalm. 105.

CAPITULO XIX.

Del tiempo de la venida del Salvador, en el cual se habia de dar principio á estas obras maravillosas que habemos referido.

Como sea verdad que el principio y fundamento de toda nuestra salud sea el conoscimiento de Cristo, no se contentó la divina Providencia con todas estas profecías y señales, que hasta aquí habemos referido, para conoscerlo cuando viniese; sino quiso tambien señalarnos como con el dedo el tiempo en que habia de venir, para que á nadie quedase velo de ignorancia, ó excusa alguna, si no le conosciese. Para lo cual es mucho de notar que aunque todas las profecías sean adalides que nos guian al conoscimiento de Cristo, pero las mas claras, y perentorias, y las que no sufren ningun velo de excusa, son las que profetizando lo que ha de ser, señalan el tiempo y los años en que ha de ser. Y desta manera declaró Dios al patriarca Abraham (*a*), que sus decendientes estarian en Egipto afligidos por espacio de cuatrocientos años; mas que estos cumplidos, los sacaria de allí con mucha prosperidad. Y por Esaías en el cap. VII, mandó denunciar que de ahí á sesenta y cinco años el pueblo de los diez tribus de Israel se acabaria; y así en ese tiempo fué este pueblo destruido, y llevado captivo á tierras extrañas por el rey de los asirios (*b*). Mas como en el conoscimiento de la venida del Salvador iba mucho mas, puso mas claras señales para conoscer el tiempo della. Entre las cuales la primera y muy conoscida es la profecía antiquísima del patriarca Jacob (*c*); el cual estando para morir, y dando su bendicion á Júdas su hijo, dijo que no faltaria el sceptro, y caudillo del tribu de Judá hasta que viniese el que habia de ser enviado, el que habia de ser esperanza de las gentes; que es el Mesías, como la interpretacion caldea trasladó. Este sceptro y imperio sabemos por Josefo y por todas las historias antiguas, que cesó al tiempo que el Salvador nasció, cuando reinaba Heródes (que era de linaje de los idumeos), el cual oida la fama del nascimiento deste nuevo rey, temiendo por esta ocasion perder su reinado, mató los innocentes por matar á él entre ellos, como arriba dijimos (*d*). Y despues acá nunca hubo mas rey, ni del tribu de Judá, ni del linaje de David. Antes el emperador Vespasiano mandó matar cuantos se hallaron deste linaje, por quitar al pueblo ocasion de alguna rebelion, ó levantamiento (*e*). Siendo esto así, y siendo esta palabra y verdad infalible de Dios, ¿quién puede dubdar que el Salvador es ya venido, pues aquel sceptro de David es ya acabado, sino quien blasfemando negare la verdad de la palabra de Dios?

La segunda señal deste tiempo es la profecía de Ageo, el cual despues de haber escripto diligentemente el año, el mes y el dia en que pronunció esta profecía, dice estas palabras (*f*): *¿Quién de vosotros es agora vivo, que viese este templo en su primera gloria? ¿No os parece que es cuasi nada en comparacion de aquel? Pues esfuérzate, Zorobabel, y tú tambien, Jesú, hijo de Josedec; porque de aquí á pocos dias yo moveré (dice Dios) el cielo, y la tierra, y la mar, y moveré todas las gentes, y vendrá el deseado de todas ellas, y hinchiré esta casa de gloria. Y será grande la gloria desta casa postrera, mucho mas que la de la primera.* Hasta aquí son palabras de Dios por el profeta; en las cuales señala la causa por donde este

(*a*) Genes. 15. (*b*) 4. Reg. 17. (*c*) Genes. 49. (*d*) Matth. 2. (*e*) Josepho de Bello Jud. (*f*) Aggæ. 2.

templo sería mas glorioso que el primero: no por la ventaja de las labores del edificio (porque no habia comparacion de uno á otro), sino porque el Salvador del mundo entraria en él, y lo esclaresceria mucho mas con su presencia, que lo fué con todas las riquezas de Salomon; así como tambien esclaresció el lugar de Betlehem con su nascimiento sobre todos los otros millares de lugares del reino de Judea (*g*). Luego necesariamente habemos de concluir que estando en pié aquel templo, vino el Salvador á él; pues con su presencia lo habia de hacer mas glorioso que el de Salomon. Pues como aquel templo esté ya asolado y destruido tantos mil años há, síguese necesariamente que el Salvador es ya venido. Donde es mucho de considerar que la voluntad de Dios era que aquella república estuviese entera cuando el Salvador viniese; y cónstanos que lo esencial de una república perfecta es haber en ella reino y sacerdocio: lo uno para gobernar el pueblo, y lo otro para honrar y aplacar á Dios. Y así la profecía de Jacob trata del reino, y la de Ageo del sacerdocio. Pero ambas á dos ayuntó Hieremías por palabras clarísimas, en las cuales profetiza Dios la perpetuidad, así del nuevo reino de Cristo, como de su sacerdocio, despues de su venida, diciendo así (*h*): *No faltará hombre del linaje de David que succeda en su trono; ni tampoco de los sacerdotes y levitas que ofrezcan sacrificios.* Y añade luego: *Esto dice el Señor: Si es posible faltar el concierto y órden que tengo puesto con el dia y la noche, para que no haya en el mundo dia ni noche: así será posible faltar el concierto y la promesa que tengo hecha con David mi siervo, para que no succeda hijo suyo en su reino, y levitas y sacerdotes ministros mios.* Lo susodicho es del profeta. En cuyas palabras promete Dios la perpetuidad del reino de David y del sacerdocio, con la mas firme comparacion que se pudiera prometer. Porque dice, *que así como es imposible faltar en el mundo dia y noche, así es imposible faltar en su pueblo rey del linaje de David, y sacerdocio.* Respóndanme pues á esta profecía todos los maestros de los hebreos. Porque si no admiten el reino de Cristo, hijo de David, que reina en el pueblo cristiano, y reinará para siempre; y el sacerdocio de la nueva ley, que es segun la órden de Melquisedec, el cual succedió al levítico (*i*), ¿cómo podrán salvar esta promesa tan firme de Dios, pues quitado aparte este nuevo reino y sacerdocio, no vemos entre ellos rastro ni humo de lo uno, ni de lo otro, tantos mil años há, mayormente estando el templo (fuera del cual no se podia ofrecer sacrificio) asolado y destruido? Pues ¿qué entendimiento habrá tan ciego, que no quede concluido y desengañado con esta profecía?

Ayunto á esto aquella clarísima y solemne profecía con que Dios prometió perpetuidad del reino á los decendientes de David, con palabras de semejante firmeza que las pasadas. Porque despues que al principio del salmo 88 encarece la verdad de las promesas y de la omnipotencia de Dios (á la cual ninguna cosa es imposible), promete luego una cosa que solo Dios podia prometer y cumplir. Porque habiendo fenecido todos los reinos y monarquías del mundo, promete él un nuevo reino, y una succesion perpetua, y una nueva monarquía que durará hasta la fin del mundo; la cual ni pecados, ni poderes, ni fuerzas humanas podrán impedir. Y así dice él en el sobredicho salmo estas palabras: *Hallé á David mi siervo, y ungilo con mi sancto olio: mi mano le ayudará, y mi brazo lo confortará. No prevalecerá el enemigo contra él, y el hijo de la maldad no será poderoso para dañarle.* Y luego mas abajo: *Yo* (dice él) *lo levantaré como primogénito mio mas alto que los reyes de la tierra. Eternalmente usaré de misericordia con él, y este testamento y promesa mia le será fiel. Y haré que sus hijos reinen en los siglos, y su trono sea tan cierto como los dias del cielo. Y si sus hijos desampararen mi ley, y no caminaren por los caminos de la justicia, visitaré con la vara de mi castigo, y con azotes los pecados dellos; mas ni por eso apartaré mi misericordia dellos, ni les haré algun daño en mi verdad, ni quebrantaré el testamento y promesa que les tengo hecha, ni consentiré que las palabras de mi boca salgan en vano. Una vez juré por mi sancto nombre que no faltaria esta mi promesa á David; sino que el reino de sus hijos permaneceria para siempre, y que su trono sería tan perpetuo como el sol y como la luna: de lo cual todo es Dios en el cielo testigo fiel.* Hasta aquí son palabras del salmo. Pregunto pues agora á todos los entendimientos humanos: si Tulio y Demóstenes (que fuéron maestros de hablar) quisieran prometer un reino perpetuo, que durase cuanto durase el mundo, ¿con qué otras palabras mas veces repetidas, y con qué comparaciones mas firmes lo pudieran prometer? Juntando á esto, que no contento Dios con solo el testimonio de su palabra, acrecentó juramento solemne por sí mismo. Pues siendo esta promesa tan cierta, tan encarecida y tan fundada, pido agora á los que están obstinados en su incredulidad el cumplimiento desta promesa, que es el reino perpetuo del linaje de David. Porque si no admiten el reino de Cristo, hijo de David, que reina en la casa del verdadero Jacob y Israel (que es el pueblo de los fieles) ¿con qué podrán defender la verdad desta promesa divina?

Pues como ellos se ven tan apretados con esta razon tan eficaz, fundada en la sancta Escriptura, acógense á las fábulas que suelen alegar en semejantes aprietos, y responden que allá adelante de los montes Caspios tienen su rey de linaje de David. Esto es imitar á los que tienen mal pleito, que dan los testigos muertos. Porque ¿quién sabe lo que pasa adelante desos montes? quién vió eso? quién lo escribió? qué autoridad tiene? Mas ¿qué han de hacer los que quieren huir de la luz, sino acogerse á las tinieblas, y fingir semejantes fábulas y historias sin algun fundamento, ó apariencia de verdad, para que con esto se engañen los que quieren ser engañados? Así que transfórmense en cuantas figuras quisieren, y busquen cuantas evasiones pudieren, porque si no admiten el reino espiritual de Cristo hijo de David, han de confesar que falta aquí esta palabra y promesa de Dios, tantas veces repetida y tan encarescida. Lo cual es blasfemia intolerable.

§. I.

De la profecía de Daniel, que mas distinctamente explica el tiempo de la venida del Salvador.

Entre todas las profecías de los profetas, la que mas copiosa y distinctamente declara lo que pertenece al misterio de Cristo, es la de Daniel en el cap. IX de sus profecías. Por donde el Salvador, desta particularmente hace mencion, para que por ella se entienda el tiempo de su venida, y así dice por Sant Mateo (*k*): *Cuando viéredes la abominacion de la desolacion* (*de que habló Da-*

(*g*) Michæ. 5. Matth. 2. (*h*) Hier. 33. (*i*) Psalm. 109.

(*k*) Matth. 24.

niel, profeta) estar en el lugar sancto, el que lee entienda. Este profeta se apercibió con grande aparejo para recebir esta revelacion. Porque despues que entendió ser cumplido el tiempo de los setenta años que Hieremías (*l*) habia profetizado, despues de los cuales habia de ser reedificada la ciudad de Hierusalem, y restituida la captividad del pueblo, se dispuso á hacer oracion por él con ayunos, y saco, y ceniza: esto es, que se vistió de un saco (*m*), y puso ceniza sobre su cabeza en señal de humildad, profesando que el hombre es polvo y ceniza. Y aparejándose para orar con ayunos y abstinencia, hizo una oracion devotísima y muy larga (que por evitar prolijidad no escribo aquí) en la cual confesando sus pecados y los del pueblo, confiesa tambien que por justísimo juicio de Dios fué desterrado, afligido y llevado captivo á tierras de infieles; mas que agora alegando su misericordia, pide que el pueblo sea restituido en su tierra, y reedificado el templo en que su Majestad habia de ser venerada.

Pues perseverando el profeta en esta oracion, *vino* (dice él) *á mí volando el ángel Sant Gabriel, y tocóme en el tiempo del sacrificio de la tarde, y enseñóme, y díjome estas palabras: Daniel, agora soy venido para enseñarte, y para que entiendas. Luego que comenzaste á orar, tu peticion fué acepta delante de Dios; y yo soy venido á enseñarte; porque eres varon de deseos. Por tanto tú considera mis palabras, y entiende esta vision. Setenta semanas están abreviadas y determinadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad sancta, para que sea consumida la prevaricacion, y tenga fin el pecado, y sea quitada la maldad, y traida la justicia eterna, y se cumpla la vision, y la profecía, y sea ungido el Sancto de los sanctos. Sábete pues y considera que dende el tiempo que se pronunció la palabra de que se habia de edificar Hierusalem, hasta Cristo caudillo, ha de haber siete semanas, y otras sesenta y dos; y luego se edificará la plaza, y los muros en tiempos trabajosos. Y despues destas sesenta y dos semanas será muerto Cristo, y no será su pueblo el que lo ha de negar. Y el ejército y el capitan, que con él vendrá, destruirá la Ciudad, y el sanctuario, y el fin della será perpetua desolacion.* Hasta aquí son palabras del profeta, cuya declaracion es la que se sigue.

Para la cual primeramente habemos de notar que aquí el profeta habla del tiempo de la venida del Salvador, no solo porque expresamente le nombra llamándolo el Sancto de los sanctos (que es título proprio suyo), sino tambien porque hace mencion de las obras que en el mundo habia de obrar, que era destruir el pecado, y restituir la justicia, y cumplir las visiones y profecías que trataban dél. Y dice que despues destas setenta semanas se concluiría el misterio de su venida. Donde es de saber que por este nombre de semanas en la sancta Escriptura se entiende á veces semana de dias, y á veces de años, que comprehenden siete años; como parece en el capítulo XXV del Levítico. Y en toda la sancta Escriptura no se halla otra manera de semanas, sino estas dos de dias y de años. Y setenta semanas de años hacen cuatrocientos y noventa años; despues de los cuales dice que padescerá Cristo. Pues como los que están ciegos se ven convencidos con esta profecía que testifica haber ya el Salvador venido y padescido, acógense á decir que por estas semanas no se entiende este número de años susodichos; sino otro que ellos fabrican de su cabeza sin fundamento, ni autoridad de la Escriptura. Mas que por estas setenta semanas se entienda el número de años susodicho, pruébase por esta razon, mas clara que la luz del dia, la cual tambien tratamos en la segunda parte desta escriptura. Porque dos cosas señala aquí el profeta que se han de cumplir despues destos años, que son el pecado de la muerte de Cristo, y el castigo que se dará por él, que es la destruicion de la Ciudad y del sanctuario: la cual destruicion dice que durará hasta la fin. Pues cónstanos claramente deste castigo, que fué poco despues deste número de años: luego síguese necesariamente que dentro dese tiempo se cometió el pecado, por el cual vino este castigo; pues no habia de venir ántes dél. Esta razon es tan clara demonstracion de la verdad, que ata los entendimientos, y enmudece las lenguas para no tener que replicar. Porque si el profeta no tratara mas que de la muerte de Cristo, tomara ocasion de aquí la malicia y incredulidad humana, para interpretar estas semanas como quisiera. Mas como el profeta señala en este tiempo la culpa y la pena, pues vemos claramente cumplida la pena en este tiempo, síguese que está ya cometida la culpa por la cual se dió esta pena; y por consiguiente que ya es cumplido el misterio de la venida de Cristo, y de su sagrada muerte y Pasion. Júntense pues todos los entendimientos, y vean qué se puede responder á esta tan clara demostracion. Porque aunque no hubiera mas que sola esta profecía, sin tantas otras como aquí se han alegado, esta sola bastaba para convencer todos los entendimientos, y traerlos al conoscimiento desta verdad, que es la mas importante y necesaria de cuantas hay en el mundo; pues della pende nuestra salvacion.

Mas no se contentó el profeta con declarar este tiempo, sino declarar tambien las cosas notables que el Salvador (segun estaba profetizado) habia de obrar en el mundo. Donde primeramente dice que en su venida habia de tener fin el pecado; porque con el sacrificio de su Pasion habia de satisfacer por todos los pecados del mundo, y particularmente por el pecado original, en que todos somos concebidos. Lo segundo dice que en este tiempo se traeria al mundo la justicia eterna (que es la verdadera sanctidad), la cual se alcanza por la gracia que nos merescio este Señor, que es la causa meritoria de nuestra sanctidad y justicia. Y desto se escribe en el salmo 71, que todo trata de Cristo: *Nascerá en sus dias la justicia, y abundancia de paz; durará miéntras durare la luna:* esto es, para siempre, que es lo que arriba dijo: *Justicia eterna.* Lo tercero dice que en su venida se cumplirán todas las visiones y profecías; porque todos los profetas principalmente tratan deste misterio, y todas estas se cumplieron en su venida.

Añade luego que despues destas semanas sería muerto Cristo, que es contra la opinion que tienen los que están obstinados en su error, los cuales no admiten que Cristo habia de morir. Lo cual contradice claramente á este tan claro lugar de Daniel, y no ménos al de Esaías en el capítulo LIII, que todo trata de la Pasion y muerte del Salvador, como ya vimos. Y añade luego Daniel diciendo que dejará de ser pueblo suyo el que lo ha de negar. Y entónces lo negó cuando dijo á Pilato (*n*): *No tenemos rey, sino á César.* Y tras esto añade luego el castigo horrible deste pecado, diciendo que el ejército,

(*l*) Hier. 25. (*m*) Dan. 9.

(*n*) Joann. 19.

y el capitan que ha de venir con él, destruirá la Ciudad y el sanctuario, y el fin della será su destruicion y desolacion, y esta durará y perseverará hasta la fin.

Pues como haya muchas cosas en esta profecía que pertenecen al misterio de Cristo, principalmente sirve para declarar el tiempo en que habia de padescer, que fué cumplidas estas setenta semanas de años, que hacen número de cuatrocientos y noventa años. Los cuales unos comienzan á contarlos despues de la profecía en que Hieremías profetizó esta restitucion, otros del tiempo en que Ciro, rey de los persas, dió licencia para ella. Mas esto hace poco al caso; porque de cualquier manera que se cuenten, es ya cumplido tres veces este número de años.

En lo cual se ve la maravillosa providencia del Espíritu Sancto, y el deseo que tenia de que conosciésemos al Salvador cuando viniese; pues no contento con las otras dos señales que arriba pusimos del tiempo desta venida, descendió á particularizar los años despues de los cuales habia de padescer. Y ser esto así, vese clarísimamente; porque en este tiempo el Salvador padesció, despues de cuya muerte se siguieron luego las calamidades del pueblo de los judíos, y la destruicion de la Ciudad y del templo, y el cesar los sacrificios; porque destruido el templo (donde solamente era lícito sacrificar) junto con él se acabaron los sacrificios.

§. II.

Ceguedad grande de los judíos, que no quieren ver con tan claras luces; y profecía de la predicacion de los apóstoles.

Resumiendo pues todo lo que en esta cuarta parte se ha dicho, tres cosas hallamos aquí que testifican la verdad de la venida del Salvador, de tal manera que cada cual dellas convence el entendimiento, y deja los hombres atónitos, considerando cómo es posible que haya hombres ciegos en medio de tan clara luz. La primera y mas substancial es el cumplimiento de aquellas cinco clarísimas hazañas que habemos referido, que son la destruicion de la idolatría, el conoscimiento del verdadero Dios, y la subjeccion del imperio romano á la fe de Cristo, y la pureza de vida de innumerables sanctos que ha habido despues de la venida del Salvador, y el castigo y destierro de los que le procuraron la muerte. Las cuales hazañas estaban reservadas (segun el testimonio de los profetas) para la venida de Cristo. Y pues estas vemos ya manifiestamente cumplidas, síguese necesariamente ser ya venido el autor dellas. Y no solo todas ellas juntas, mas cada una por sí sola bastantemente prueba esto.

Mas cuando con esto se junta la segunda cosa, que es la circunstancia del tiempo en que este misterio se habia de cumplir, segun lo determina la profecía de Daniel con lo demas, esto es cosa que bien considerada asombra y deja pasmados todos los entendimientos. Porque proprio es de los milagros causar esta manera de pasmo, que en latin se llama *stupor*, que es como una manera de alienacion y suspension de los sentidos, por estar como absortos con la grandeza de la admiracion de ver una cosa sobrenatural, cual es un milagro. Pues siendo esto así, ¿cómo no obra en nuestros corazones este mismo afecto la consideracion deste milagro de la profecía de Daniel? Porque dejadas aparte las otras particularidades que aquí profetiza, y considerada la de solo el tiempo, ¿qué mayor milagro que decir un hombre mortal como nosotros, que de ahí á cuatrocientos y noventa años habia de ser destruida y asolada aquella nobilísima ciudad de Hierusalem, y aquel solemnísimo templo, tan afamado en el mundo? ¿Y añadir mas, que esta destruicion y desolacion habia de durar hasta la fin, y ver todo esto cumplido punto por punto, como estaba profetizado? Porque ¿dónde está agora aquella insigne ciudad? dónde aquel magnificentísimo templo? ¿Hay agora siquiera humo ó reliquias desto? Y dejado aparte lo pasado, que nos consta por todas las historias, ¿qué dirémos de lo que nos consta por vista de ojos, que es perseverar hasta agora esta misma destruicion y desolacion? Porque los otros milagros pasan con el tiempo; mas este es perpetuo, y vese agora y en todo tiempo, y somos tan malos jueces y apreciadores de las cosas, que no pasmamos viendo un tan evidente milagro, y considerando el rayo de la divinidad que estaba en el pecho de aquel profeta cuando profetizó tantos años ántes una cosa que vemos cumplida en el tiempo que él señaló.

Cuando este mismo profeta reveló á Nabucodonosor rey de Babilonia (*o*) el sueño de que él estaba olvidado, quedó tan asombrado desta maravilla, que con ser un tan grande monarca, se derribó á los piés del profeta, adorando y reverenciando el espíritu divino que en él reconocia, y así mandó que le ofreciesen encienso y sacrificios como á Dios. Pues ¿qué ménos es el cumplimiento desta profecía de Daniel, que la revelacion del sueño del rey? Confieso verdaderamente que si Daniel fuera agora vivo, y leyera esta profecía, me prostrara como este rey á sus piés, y no ménos me asombro agora desta maravilla, que si de presente lo viera. Porque si esto dijera el profeta con palabras escuras ó metafóricas, que sufrieran alguna interpretacion, no fuera tanto de maravillar; mas él lo dice con tan proprias, y claras, y resolutas palabras, que no deja lugar para escrúpulo ni dubda alguna. Por lo cual confieso tambien que si yo fuera pagano, y viera el cumplimiento desta profecía, esto solo bastara para convertirme á la fe. Pues segun esto, ¿qué debrian hacer los que confiesan la verdad desta Escriptura, y ven el cumplimiento della? ¡Oh cuán poderoso es aquel espíritu malo, que puede derramar nublados y tinieblas en medio de tan grande luz!

Pues á esta segunda maravilla (que es circunstancia del tiempo en que Hierusalem habia de ser destruida) quiero añadir otra mayor, que es la circunstancia del lugar de donde habian de salir los que habian de destruir la idolatría del mundo, y traer los hombres al conoscimiento del Dios de Jacob. Pues por las profecías clarísimas de los profetas (que arriba alegamos, y aquí repetimos) nos consta que de Sion y de Hierusalem habian de salir los que habian de obrar esta maravilla. Y así dice Esaías (*p*): *En los dias postreros estará aparejado el monte de la casa del Señor sobre la cumbre de los montes, y levantarse ha sobre los collados, y correrán á él todas las gentes, y vendrán á él muchos pueblos, y dirán unos á otros: Venid, y subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob; y enseñarnos ha sus caminos, y caminarémos por la senda de sus mandamientos; porque de Sion saldrá la ley, y la palabra de Dios de Hierusalem.* Todas estas son palabras de Esaías, que tan claramente denuncian estas dos cosas que aquí decimos, que son conversion de las gentes, y el lugar de donde habia de

(*o*) Dan. 2. (*p*) Esai. 2.

salir esta nueva luz al mundo. Lo mismo profetizó Miqueas en el capítulo IV, y lo que mas es, por las mismas palabras de Esaías, como quien participaba el mismo espíritu. Mas David en el salmo 109 introduce el Padre Eterno hablando con su Hijo, diciéndole que se asiente á su diestra hasta que le ponga todos sus enemigos por escabelo de sus piés, y que la vara de su virtud (que es el sceptro de su reino) sacará él de Sion, para que venga á tener señorío en medio de sus enemigos. Estos enemigos eran los gentiles, los cuales á fuego y á sangre perseguian el nombre y escuela de Cristo por defension de sus ídolos, los cuales vinieron despues á destruir y quemar esos mismos ídolos, y adorar á Cristo. Y desta manera vino á tener señorío en medio de los que fuéron sus capitales enemigos, hechos ya fieles siervos y amigos. Pues viniendo al propósito, ¿quién no sabe que despues de la Pasion del Salvador salieron sus discípulos de la ciudad de Hierusalem, los cuales fuéron los primeros obreros y oficiales desta tan grande obra? Pues ¡oh corazon incrédulo! si no basta para convencerte la maravilla desta obra, ¿cómo no bastará señalarte como con el dedo el lugar de donde habian de salir los oficiales della, y ver esto así cumplido? Y si es razon (como dijimos) que nos haga pasmar el cumplimiento de la profecía de Daniel, ¿cuánto mas lo debe hacer esta? Porque aquello era profetizar el tiempo en que aquella famosa ciudad y reino habia de ser destruido; mas esto fué señalar el lugar de donde habian de salir los predicadores de la nueva ley, y destruidores de la idolatría que reinaba en el mundo, y era defendida á fuego y á sangre por todos los monarcas dél. Y la guerra con que fué Hierusalem con su provincia destruida, apénas duró un año, mas esta duró mas de docientos años.

Pues segun esto, si aquella profecía de Daniel era tan poderosa para convencer todos los entendimientos, ¿qué dirémos desta, que es cosa sin comparacion mayor? La cual era imposible cumplirse por tan flacos predicadores, y con tan poderosos contradictores, sin el brazo poderoso de Dios. Pues qué falta aquí sino poner por testigos al cielo y á la tierra de la gloria de Dios, y de la obstinacion de los incrédulos, pues él les dió tan claras señales para el conoscimiento desta verdad, y ellos como á sabiendas parece que cierran los ojos para no ver cosa mas clara que la luz del mediodía. Considerando pues cómo no una profecía sola, sino tantas juntas unas sobre otras están testificando la venida del Salvador, confieso que muchas veces me está llorando el corazon, viendo la extraña ceguedad que padece aquella parte de gente que permanece obstinada en su error en medio de una tan clara luz. Quiten la niebla escura de la pasion que tienen ante los ojos, y llamen con humildad aquel Señor que es padre de las lumbres, y no es acceptador de personas ni de linaje, y él les abrirá los ojos para que conozcan su Salvador, como ha abierto los de otros muchos que fielmente le sirven, adoran y reconoscen.

CAPITULO XX.

Conclusion y summa de todo lo dicho.

En cabo desta disputa será bien filosofar sobre todo lo dicho. Y primeramente advierto á todos los que tienen necesidad de la luz desta doctrina, que ante todas las cosas consideren la grandeza del negocio de su salvacion, que es gloria para siempre, ó infierno para siempre, con el cual negocio comparados cuantos hay debajo del cielo, no pesan una paja. Lo segundo, que el que trabaja por llegar al deseado puerto de la verdad, debe despedir de su ánima todos los enemigos y impedimentos della: que son odios, iras, invidias, aficiones, con todas las otras pasiones, las cuales son como unas espesas tinieblas que escurecen la luz del entendimiento; pues todos vemos cuán contrarias y enemigas sean entre sí razon y pasion, y cómo no caben ambas en un subjecto. Y no ménos debe el amador de la verdad despedir de sí toda soberbia y presumpcion, y vestirse de humildad; pues es cierto, como dice el Eclesiástico (*a*), que donde está la humildad, está la sabiduría. Y Sant Augustin dice (*b*) que si una, y dos veces, y mil veces le preguntaren cuál sea el camino derecho para alcanzar la verdadera sabiduría, tantas responderá que la humildad. Tambien debe el hombre despedir de sí aquella perversísima sentencia del Alcoran de los moros, donde les es mandado que no traten de examinar su ley por razon, sino por armas, lo cual es hacer al hombre semejante á las fieras (que todo lo hacen por fuerza), y despojarle de la mas rica pieza que Dios le dió, que es la lumbre de la razon, la cual no es otra cosa que un rayo de la divina luz que se derivó en nuestras ánimas, para regir y ordenar nuestras vidas. Y para el que con esta luz se rige, es vanísima razon decir: moro ó judío fué mi padre y mi abuelo, pues tal quiero yo ser. Porque si esa fuese regla cierta de la verdad, cuantas sectas y herejías hay en el mundo serían verdaderas, y cada cual de los que las siguen diria lo mismo; mas esto no puede ser, porque el camino derecho para acertar en el blanco de la verdad, no es mas que uno; mas para desviarse dél, hay infinitos. Y así todos estos que dicen: Quiero morir en la secta que murió mi padre, manifiestamente se engañan; pues no hay en el mundo mas que un Dios, una fe, y una sola religion para venerarlo.

Pues comenzando á tratar desta verdad, recopilarémos aquí en summa todo lo que hasta aquí habemos dicho. Y dejadas ya aparte las profecías personales que contienen las condiciones y cualidades de la persona de Cristo (que al principio propusimos, como son el linaje de donde habia de descendir, y el lugar donde habia de nacer, y la manera de su vida y doctrina, y la muerte que habia de padescer, y los milagros que habia de hacer, y otras cosas tales), pongamos los ojos en las obras notorias al mundo, las cuales (segun el testimonio de los profetas) habia de obrar este Señor cuando á él viniese (*c*).

I. Pues la primera obra que para él estaba guardada, era desterrar la idolatría que reinaba en todo el mundo. Esta fué una empresa digna del brazo de Dios, y uno de los mayores beneficios que se han hecho al mundo, librándolo de una tan grande y tan universal pestilencia, como ya dijimos. Esta obra vemos tantos años há cumplida. Pues ¿quién podrá dubdar que sea ya venido el que la habia de obrar?

II. Otra singular obra era hacer que los gentiles, enemigos del pueblo de los judíos (*d*), dejados sus falsos dioses, adorasen el verdadero Dios de Abraham. Esto vemos ya cumplido, no solo entre cristianos, sino tambien entre moros y turcos (segun ellos lo confiesan y

(*a*) Prov. 11. (*b*) August. Epist. 56. post med. tom. 2.
(*c*) Zach. 13. Soph. 2. Nahum. 1. Esai. 11. 54. 65. (*d*) Esai. 45. 65. Ps. 21. 45.

protestan); pues ¿quién podrá dubdar que el que esto habia de hacer, es ya venido, pues claramente lo vemos hecho?

III. Con esta se junta la subjeccion de Roma, y del emperador romano á la fe y imperio de Cristo (como nos lo representa aquella estatua que vió Nabucodonosor en Daniel (*e*), lo cual sabemos haberse cumplido en tiempo del emperador Constantino (como arriba declaramos): luego síguese que es ya venido el que esta tan grande gloria y triunfo habia de alcanzar. Y pues este imperio romano ha en cierta manera cesado, ó se ha mudado, síguese que el que no confiesa este triunfo de Cristo, ha de confesar que esta profecía no se puede ya cumplir. Lo cual es grande blasfemia; pues hace á Dios falso prometedor.

IV. Otra hazaña reservada para la venida deste Señor era (*f*), que de los gentiles, que eran como leones, y lobos, y serpientes, y bestias fieras, se habian de levantar muchos que imitasen en su manera de vida la pureza de los ángeles. El cumplimiento de lo cual vemos, no solo en millares de monjes que hacian vida sanctísima en los desiertos, y fuera dellos, y en muchos coros y monasterios de vírgines purísimas, que en todas partes florecian, sino mucho mas en millares de cuentos de mártires, que en todas las ciudades del mundo fuéron con cruelísimas invenciones de tormentos martirizados; los cuales si no estuvieran (como dijimos) fundados sobre la firme piedra de la virtud y de la verdad, ¿cómo no cayeran y desmayaran, cuando estas grandes avenidas y torbellinos de tormentos venian sobre ellos? Mas cuál sea la causa de no estar agora tan extendida por todas partes, ni florecer tanto la sanctidad, como en aquella edad de oro (que es la primitiva Iglesia, cuando estaba reciente la sangre de Cristo, y la doctrina y milagros de los apóstoles y varones apostólicos) adelante lo tratamos en el postrero de nuestros diálogos.

Esto pues nos consta haber sido cumplido en esta gloriosa edad que decimos: como lo testifican todas las historias eclesiásticas, escriptas por gravísimos y sanctísimos varones; y hasta las mismas escripturas de los gentiles tratan de la innocencia de los cristianos de aquel tiempo, y de su maravillosa constancia en la confesion de la fe, y de la infinita muchedumbre de mártires que por ella padecian: como parece por la carta que sobre esta materia escribió Plinio el menor al emperador Trajano, y por otras escripturas de gentiles. Pues siendo esto así, notoria cosa es ser ya venido el que esta tan gloriosa mudanza habia de causar en los corazones de los gentiles; los cuales estaban atollados y sumidos en el profundo de todos los vicios que el pecado de la idolatría trae consigo.

V. Con esta obra se junta aquella señalada circunstancia que arriba declaramos (*g*), del lugar de donde habian de salir los ministros, por quien Dios habia de desterrar la idolatría del mundo, y plantar esta nueva fe y religion: que es de la ciudad de Hierusalem, conforme al testimonio de las profecías que alegamos. Esto vemos ya cumplido; pues desta ciudad salieron los apóstoles de Cristo, y así ellos como los discípulos y sucesores dellos, fortalecidos con las armas de la fe y del mismo espíritu, batallaron con todo el género humano, y con toda la potencia del mundo y del infierno; y finalmente salieron con esta empresa, y acabaron estas tan grandes hazañas.

Esta circunstancia del lugar concluye con tanta fuerza la verdad deste misterio, que no deja lugar á ningun entendimiento criado para no rendirse á ella. Porque profetizar tantos años ántes estas tres obras tan grandes, y señalar como con el dedo la ciudad de donde habian de salir los que las habian de obrar, y ver esto á la letra cumplido, ¿quién lo podia hacer sino solo Dios? Pues el cumplimiento de cosas tan grandes, y tanto tiempo ántes profetizadas, claramente muestra ser venido el que esto habia de obrar.

VI. A lo sobredicho añado otras señales que el Espíritu Sancto nos quiso dar para que no pudiésemos dejar de conocer la venida del Salvador, si no nos quisiésemos cegar. Porque primeramente cónstanos por la profecía de Aggeo (*h*), que el Salvador cuando viniese, habia de entrar en aquel segundo templo que entónces se acababa de hacer, y que con esta entrada suya habia de ser mas glorioso que el primer templo edificado por Salomon. Este templo há mas de mil y quinientos años que está asolado y puesto por tierra. Pues siendo esto así, ó habemos de conceder necesariamente que el Salvador vino ántes que éste templo se destruyese, ó habemos de confesar una de las mayóres blasfemias del mundo: que es haber faltado la palabra de Dios, ó dádonos falsa señal de su venida.

VII. Item cónstanos por aquella antigua profecía del patriaca Jacob (*i*), que el Mesías habia de venir ántes que se acabase el sceptro del tribu de Judá. Este vemos ya del todo acabado despues que reinó Heródes, del linaje de los idumeos: luego síguese que el Salvador es ya venido.

VIII. Demas de lo dicho sabemos que prometió Dios á David con solemne juramento (*k*), que su reino sería tan perpetuo como el sol y la luna en el cielo. Y por Hieremías promete (*l*), que así como es imposible faltar en el cielo la órden de los dias y de las noches, así lo sería faltar en el mundo sacerdotes que lo honrasen, y reyes de linaje de David. Pues segun esto, si no admitimos el reino espiritual de Cristo, hijo de David, y su nuevo sacerdocio segun la órden de Melchisedec (*m*), ¿qué camino hallarémos para salvar la verdad destas dos tan señaladas profecías, testificadas con tan grandes encarecimientos y comparaciones de sol y luna, dias y noches? Y pues esta verdad no se puede salvar sino confesando el reino y sacerdocio de Cristo nuestro Salvador, síguese que él sea nuestro Rey y summo Sacerdote; y por consiguiente que sea ya venido.

IX. A todas estas señales y profecías añado una de las mas espantosas y ciertas señales de la venida del Salvador, que es el castigo terrible de los que le procuraron la muerte: que es la destruicion de Hierusalem, y del sancto templo; la cual destruicion habia de durar hasta el fin, como claramente por palabras proprias y distinctas lo profetizó Daniel (*n*), como arriba declarámos. Esto vemos cumplido por los emperadores Tito y Vespasiano, que destruyeron á Hierusalem; y agora de presente lo vemos, pues ni aquella ciudad, ni aquel templo, ni aquella república ha sido restituida; y así dura esta destruicion (como dice Daniel) hasta la fin. Y pues esto vemos ya tan á la clara cumplido, síguese que el Salva-

(*e*) Dan. 2. (*f*) Esai. 10. 11. 35. 41. 54. 55. 65. (*g*) Esai. 2. Mich. 4. Psalm. 109.

(*h*) Aggeo. 2. (*i*) Gen. 49. (*k*) Psal. 88. (*l*) Hier. 33. (*m*) Psalm. 109. (*n*) Dan. 9. Esai. 6. 25.

dor no solo es ya venido, sino tambien padecido. La historia deste tan grande castigo repartimos en tres partes. En la primera se trató de las calamidades que padeció el pueblo dende el tiempo de Pilato hasta el cerco de Hierusalem; mayormente en la conquista de la provincia de Galilea, y de otras muchas ciudades comarcanas, donde fué tan grande el número de los muertos y captivos, como ya vimos, demas de ser todas estas ciudades robadas y saqueadas, y muchas dellas asoladas y puestas por tierra. En la segunda parte referímos los inmensos trabajos y calamidades que succedieron en el cerco de Hierusalem, donde fuéron tantas las desventuras, y tan grande el número de los muertos, que ni dende que Dios crió el mundo hasta el tiempo del Diluvio, ni despues del Diluvio hasta nuestros tiempos, ha habido matanza de hombres, no digo yo que iguale con esta, mas ni que llegase á la mitad della. Porque segun refiere Josefo, fuéron muertos de hambre y á hierro, un cuento y cien mil hombres. Pues si tratamos de los que fuéron captivos, ¿cuándo se halló tanto número de captivos, y tan cruelmente tratados, pues los llevaban para echar á las fieras que los despedazasen, y para que peleando unos con otros en las fiestas de los romanos se matasen? ¿Cuándo dende que el mundo es mundo se usó de los miserables captivos para semejantes pasatiempos? ¿Cuándo se vió tal hambre como la que en este cerco se pasó, cuando los hombres comian los cintos, y las riendas de los caballos, y los cueros de los zapatos, y las pajas, y boñigas de bueyes? ¿Cuándo jamas se vió tal crueldad como era abrir los vientres de los hombres para buscar el oro escondido en las entrañas dellos? ¿Cuándo los romanos siendo vencedores, asolaban las ciudades y provincias que pretendian hacer tributarias, y de cuyas rentas se querian aprovechar? Porque quedando ellas asoladas y sin moradores, ¿qué provecho les podia venir? Y por eso Pompeyo (que poco ántes conquistó la provincia de Judea) contento con la victoria, y con la subjeccion della, dejóla poblada y entera, como estaba ántes. Resta pues de lo dicho, que ninguna de cuantas calamidades han succedido en el mundo, ni muchas dellas juntas vienen á cuenta con esta. Pues siendo este el mas terrible y espantoso castigo de cuantos ha habido en el mundo, ¿quién dudará haber sido por el mayor de los pecados del mundo, que fué la muerte del Salvador? Mayormente habiéndolo él mismo cuarenta años ántes, no sin muchas lágrimas, profetizado, como arriba declarámos (*o*).

En la tercera parte deste castigo pusimos las calamidades que despues dél se siguieron; y el destierro general que padece la parte desta gente que persevera en su error. Donde hallarémos tambien clarísimos argumentos de su engaño; pues no podrán satisfacer á las preguntas y consideraciones que en esta materia les hecimos. Si no díganme: ¿cómo Dios, que en los tiempos antiguos tantos favores les hacia, agora los ha desamparado? ¿Cómo entónces les acudia cada vez que se convertian á él, y los libraba, y agora lo llaman continuamente, y no les acude? Si, como dice el Profeta (*p*), está Dios cerca de los que lo llaman, si lo llaman de verdad, y que hará siempre la voluntad de los que le temen, ¿cómo ni les hace la voluntad, ni oye sus clamores y oraciones? Si el mismo Profeta dice (*q*) que hace Dios justicia á los que padecen agravios y injurias, ¿cómo aquí no la hace de tantos agravios como esta gente padece? Si, como dijo aquella sancta Judit (*r*), Dios tiene prometida su misericordia á la casa de Israel, ¿cómo aquí se ha olvidado desta misericordia? Si tiene dada su palabra (*s*) que si viéndose angustiados y perseguidos de los hombres por sus pecados, se volvieren á él, que él los librará, ¿cómo habiéndose ya convertido á él, no los libra? Si él promete á este pueblo que guardando sus mandamientos (*t*) los hará la mas alta gente de cuantas moran en la tierra, y que estarán siempre encima de las otras gentes, y no debajo, ¿cómo consiente que esta gente sea tantos años la mas avasallada de cuantas hay en la tierra? ¿Qué es de aquellos tan grandes favores y providencias de que usa Dios con todos sus fieles siervos? ¿Qué es de aquella misericordia y favor que les promete en el tiempo de la tribulacion? ¿Cómo no acude á los que ve padecer tantas menguas, y afrentas, y destierros, por guardar su ley, y serles fieles? ¿Qué olvido es este? Qué desamparo este? ¿Cómo duerme aquel Señor de quien se dice (*v*) que no dormitará, ni dormirá el que es guarda de Israel? ¿Cómo ha este Señor cerrado los ojos para no ver tantas calamidades, y tapado los oídos para no oir tantos clamores, y apretado las entrañas para no apiadarse de tantas aflicciones?

Sobre todo les pido que abran los ojos, y miren las profecías de los azotes que hoy dia padecen, que nadie puede negar. Un azote es, como arriba alegamos (*x*), que por sus pecados los derramaria Dios por todas las naciones del mundo, dende el principio hasta los últimos términos dél. Pues ¿quién será tan ciego que no vea esto cumplido en ellos? ¿Díganme si hay nacion en el mundo que mas derramada, y mas esparcida ande en diversos lugares que ella? Esto ¿quién lo negará? Item, en estos mismos capítulos que ya alegamos (*y*) amenaza Dios que les dará un corazon tan cuitado y tan medroso, que vengan á haber miedo de la hoja del árbol que se menea. Esto es en tanta manera verdad, que el nombre de judío, que en un tiempo fué clarísimo en el mundo, agora viene á ser nombre de cobarde y de medroso, y por este nombre llaman al que lo es. Y esto no ha venido por haber leido los hombres las sanctas Escripturas que esto amenazan, sino porque la misma experiencia les ha enseñado ser esto así.

Consideren tambien aquella maldicion que ellos mismos echaron sobre sí, cuando lavando Pilato sus manos, y diciendo que él era innocente de la sangre de Cristo, respondieron ellos (*z*): *La sangre suya caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos*; y verán que dende esta sentencia que ellos dieron contra sí, hasta el dia de hoy (comenzando dende las vejaciones del mismo Pilato), siempre padecieron trabajos sobre trabajos, destierros sobre destierros, y miserias sobre miserias. En lo cual parece haber Dios confirmado esta sentencia que ellos dieron contra sí; y que esta no solo fué maldicion, sino profecía que vemos con nuestros ojos cumplida.

X. Con estas juntaré otra profecía, la cual declara el estado en que está agora este pedazo de gente, con tanta claridad y evidencia, que sola esta, sin la muchedumbre de las otras autoridades y testimonios de las sanctas Escripturas, basta para convencer y concluir todos los entendimientos del mundo. Para lo cual es de

(*o*) Luc. 19. (*p*) Psalm. 144. (*q*) Psalm. 145.

(*r*) Judith 13. (*s*) Deut. 30. (*t*) Deut. 28. Levit. 26.
(*v*) Psalm. 120. (*x*) Deut. 4. et 28. Levit. 26. (*y*) Ibidem.
(*z*) Matth. 27.



notar que queriendo Dios representar el estado en que habia de quedar su pueblo si no recebia al Salvador (que era ni servir á Dios, ni tampoco á los ídolos, como ántes lo habia hecho), mandó al profeta Oseas (*a*) que pusiese su aficion en una mujer muy querida de un amigo, pero con todo eso adúltera; *para que con esta manera de casamiento representes á los hijos de Israel el amor que yo les tengo; y con todo eso ellos, como mujer adúltera, ponen sus ojos en los dioses ajenos.* Yo, dice el profeta, hice lo que el Señor me mandó; y dí en dote á esta mujer quince dineros de plata, y ciertas medidas de cebada, y díjele: *Muchos dias me esperarás; no fornicarás, ni tampoco estarás con tu marido; y yo tambien te esperaré.* Esta es la semejanza de lo que Dios queria representar. Tras desto añade luego el profeta lo que esta manera de casamiento significaba, diciendo: *Porque muchos dias se pasarán en los cuales los hijos de Israel estarán sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin vestiduras sacerdotales, y sin ídolos. Y despues desto se convertirán, y buscarán á su Señor Dios, y á David su Rey; y reverenciarán el nombre del Señor, y su bondad; y esto será en el fin de los dias.* Hasta aquí son palabras de Dios por su profeta: las cuales no podrán dejar de poner admiracion á quien considerare cómo este profeta dos mil años ántes debujó la manera del estado en que agora vemos todos á este pueblo, con tan claras palabras como si de presente lo viera con sus ojos. Porque ¿quién no ve pasar esto á la letra despues de la destruicion de Hierusalem, y de aquel reino, pues ni tienen rey, ni príncipe, ni sacrificios, ni altar, ni vestiduras sacerdotales, ni tampoco ídolos? Y es mucho para notar lo que dice el profeta á esta mujer: *No fornicarás, ni estarás con tu marido.* Porque en todo este tiempo este pueblo ni ha fornicado, adorando los ídolos (como lo hacia ántes), ni tampoco está con su marido, que es Dios, pues no está en su amor y gracia; y no lo está, pues no ha querido recebir á su rey David, que es nuestro Salvador (*b*), á quien él mandó que recibiesen y obedeciesen so pena de su castigo y indignacion.

Concluyo pues este tan largo discurso diciendo que si el cumplimiento desta profecía tan clara y tan antigua, no convence todos los entendimientos (aunque sean de gentiles) y no basta para abrir los ojos de los que hasta agora están ciegos, no sé qué cosa pueda bastar; ni sé qué pueda decir, sino que es grande el poder del Príncipe de las tinieblas; grande la malicia de la voluntad depravada; grande el azote desta tan grande ceguedad: el cual (como arriba vimos) no calló el Profeta, cuando dijo (*c*): *Sean escurecidos sus ojos para que no vean.* A lo ménos esto es cierto, que en la hora de la cuenta no tendrá esta incredulidad excusa ante aquel rectísimo Juez; porque no puede haber excusa donde no hay justa causa de ignorancia.

Mas no piense nadie que con solas estas profecías, se prueba la verdad de nuestra fe, y la venida del Salvador, y se convence el error de los que lo contrario creen; porque otras muchas pruebas hay sin esta, y particularmente el testimonio de las sibilas, y las falsedades y disparates del Talmud, de que luego tratarémos.

(*a*) Osee. 3. (*b*) Deut. 18. (*c*) Psalm. 68.

CAPITULO XXI.

De las cosas que las sibilas profetizaron del misterio de Cristo nuestro Salvador.

Cuán perfecta sea la providencia que nuestro Señor tiene de todas las cosas que él crió, vese claramente no solo por el cuidado que tiene de las cosas grandes, sino tambien de las muy pequeñas: como de la hormiga, del mosquito, del araña, de la abeja, y de otros animalicos semejantes; á los cuales proveyó de todos los instrumentos y habilidades necesarias para su conservacion. Pues si este cuidado tiene aquel soberano Padre de animales tan pequeños, ¿cuánto mayor lo tendrá de los hombres, para cuyo servicio crió y gobierna todo este mundo? Y como en los hombres haya muchas cosas de que tienen necesidad, la mayor de todas es la religion y culto divino, cuyo fundamento y principio es el conocimiento de Cristo nuestro Salvador, como dice el Apóstol (*a*).

Pues porque no errasen los hombres en el conocimiento desta tan necesaria verdad, nunca cesó la divina Providencia dende el principio del mundo de enviar profetas sanctísimos que denunciasen la venida deste Señor, y nos diesen clarísimas señales para conocerlo cuando viniese; como en todo este libro habemos declarado. Mas porque el cumplimiento desta verdad es por una parte tan necesario, y por otra tan arduo y dificultoso (por haber de creer el inefable misterio de la encarnacion del Hijo de Dios), no se contentó este Señor con que en el pueblo de los judíos (donde él habia de nacer) hubiese tantos profetas que denunciasen su venida; sino quiso tambien que entre los gentiles hubiese profetisas que denunciasen lo mismo que ellos; pues él venia para salvar el un pueblo y el otro. Estas fuéron las sibilas, que todas fuéron vírgines, y como Sant Hierónimo contra Joviniano escribe (*b*), en premio de su virginidad les fué dado este mismo espíritu.

Destas sibilas, que fuéron ántes de la venida del Salvador, escriben cuasi cuantos autores hay entre los gentiles, así griegos como latinos; y todos á una voz les dan grande autoridad, y confiesan haber tenido espíritu profético; especialmente Platon en el diálogo llamado Menon; el cual se movió á creer esto por ver cumplidas muchas de las cosas que ellas habian profetizado. Estas sibilas, dice Marco Varron en los libros de las cosas divinas, que fuéron diez señaladas: conviene saber, la sibila Cumea, Cumana, Pérsica, Helespóntica, Líbica, Samia, Délfica, Frigia, Tiburtina, Eritrea, la cual (como escribe Lactancio) fué la mas nombrada de todas. Y intitúlanse desta manera, por razon de las ciudades donde ó nascieron, ó vivieron, ó profetizaron; y de todas ellas dice este autor que predican en sus versos griegos un solo Dios; y fuéron tenidas en tanta autoridad entre los romanos, que (como él refiere) fuéron enviados por autoridad del Senado tres embajadores muy principales á la ciudad de Eritras (de donde fué nombrada la sibila Eritrea), los cuales trajeron de allí mil versos desta sibila; y estos con los demas estaban guardados con todo recaudo y secreto en poder del mismo senado.

Estas sibilas, habiendo sido muchos años ántes de la venida del Salvador, denunciaron claramente sus cosas: esto es, su nascimiento, sus milagros, su sagrada Pa-

(*a*) 1. Cor. 3. (*b*) Lib. 1. longe á fine.

sion, y resurreccion, y su venida á juicio; lo cual ciertamente pone en admiracion á quien lo lee. Y porque nadie con malicia pudiese decir que los cristianos habian inventado esto para confirmacion de su religion, quiso la divina Providencia que Virgilio, poeta gentil (*c*), que escribió sus églogas ántes que hubiese cristianos en el mundo, escribiese en una dellas las profecías de la sibila Cumea; en las cuales se contiene en summa lo que Esaías, y los otros profetas denunciaron de Cristo. Porque dice allí que del cielo habia de venir un Señor de nueva manera engendrado, y que habia de nascer de una vírgen, y que habia de reformar el mundo, y restituir la edad dorada en él; porque por medio dél se habia de levantar en el mundo una gente de oro: que es unos nuevos hombres, amadores y seguidores de toda virtud y honestidad. Donde tambien dice que las serpientes morirán, y que los leones, y bestias fieras se amansarán de tal manera, que andarán en compañía de las ovejas y vacas, sin tener recelo dellas: que es lo mismo que profetizó Esaías (*d*) por estos mismos nombres de animales fieros y mansos, significando que por la gracia y doctrina deste Señor que venía del cielo, los hombres fieros, soberbios, crueles y ponzoñosos como serpientes, habian de mudar su fiereza en innocencia y mansedumbre de ovejas, y juntarse y hacer un cuerpo con los humildes y mansos. Esta es la summa de todo lo que los profetas á una voz cantan y predican: lo cual todo contienen los versos desta sibila.

Donde es de notar, que cuando el grande emperador Constantino leyó estos versos, quedó espantado de ver cómo tantos años ántes una doncella profetizó tan claramente el misterio de Cristo: con lo cual él se confirmó mas en la verdad de la fe; añadiendo que no se podia decir que los cristianos hubiesen fingido estas profecías de las sibilas para testimonio de su fe, pues Virgilio escribió estos versos ántes que hubiese cristianos en el mundo. Porque los cristianos comenzaron despues de la Pasion del Salvador, el cual padeció en tiempo del emperador Tiberio, que succedió á Octaviano; y en tiempo deste Octaviano escribió Virgilio; y la verdad de lo que profetizó esta sibila, hace verdaderos los testimonios y profecías de todas las otras.

Ellas mismas tambien profetizaron lo que el Salvador padeció en su sagrada Pasion, como Lactancio Firmiano refiere en diversos lugares de sus Instituciones: los cuales recopiló Sant Augustin en el libro XVIII de la Ciudad de Dios, cap. XXIII, donde la sibila (no declarando cuál dellas era) dice así (*e*): Darán á Dios bofetadas con sus manos malvadas, y con su boca sucia escupirán en él salivas ponzoñosas, y él entregará sencillamente sus espaldas á los azotes, y recibiendo pescozones callará, porque nadie le conozca; y con corona de espinas será coronado, y en lugar de manjar le darán hiel, y en su sed le dieron vinagre. Con tal mesa como esta le servirán cuando le hospedaren. Y tú, gente ignorante, no conociste á tu Dios. Y el velo del templo se romperá, y en la mitad del dia se hará una noche tenebrosa, que durará por espacio de tres horas, y morirá muerte; y en tres dias dormirá su sueño; y entónces resuscitará de los muertos, y volverá á la luz, mostrando él primero á los resuscitados el principio de la resurreccion.

Todos estos misterios quiso el Espíritu Sancto profetizar tan claramente muchos años ántes por boca destas vírgines, para que aquel Señor que venía para salud de judíos y gentiles, tuviese en ambos pueblos testigos abonados de sus obras; porque tan grandes novedades y maravillas no fueran creidas en el mundo, sino con la muchedumbre de tan claros y tan antiguos testimonios.

Ni tampoco callaron las sibilas la segunda venida del Hijo de Dios á juzgar el mundo. Lo cual profetizó la sibila Eritrea en los versos siguientes, que en sentencia dicen así.

Una de las señales del juicio advenidero será que la tierra sudará sangre (*f*); y del cielo vendrá en carne un rey á juzgar el mundo: el cual reinará en todos los siglos. Y así los incrédulos como los fieles, en el fin del mundo verán á Dios en lo alto acompañado de sanctos. Y las ánimas juntamente con los cuerpos se hallarán presentes para ser juzgadas por él. Desecharán de sí los hombres sus ídolos, y todas sus riquezas. Abrasará un fuego las tierras, la mar, el cielo, y las puertas del escuro infierno. Y los cuerpos de los sanctos volverán á la luz desta vida; y los de los malos quemará el fuego eterno. Y cada uno confesará los pecados que secretamente cometió; y Dios descubrirá entónces los secretos de los corazones. Allí será el llanto, y el crujir de dientes. El sol se escurecerá, y las estrellas juntamente con la luna. Entónces los montes altos se allanarán, y los valles se levantarán, y toda la tierra estará llana. No habrá entre los hombres ninguna cosa grande ni alta.

Todas las cosas cesarán. La tierra abrasada con rayos del cielo, perecerá; y las fuentes y los rios con el fuego se secarán. Y una trompeta dará un triste sonido de lo alto, gimiendo los pecados de los hombres, y las miserias de sus trabajos. La tierra se abrirá, y descubrirse ha la region del infierno. Y todos los reyes del mundo serán presentados en este juicio; y del cielo caerá sobre los malos fuego, y un gran rio de piedra zufre.

Todo esto dice esta sibila en sus versos. Donde es mucho de notar que Marco Tulio (el cual tambien fué ántes de Cristo nuestro Redemptor), en el libro que escribió del adivinar, hace mencion destas sibilas; y dice dellas, que juntando en algunos de sus versos las primeras letras dellos, unas en pos de otras, significan algo. Y si hiciéremos esta diligencia en los versos griegos (*g*) desta profecía que agora referimos, hallarémos que contienen estas palabras: *Jesu Cristo, Hijo de Dios, Salvador*. Lo cual es cierto cosa de admiracion. Mas no convenia que con ménos aparato, ni con menores testimonios y demostraciones fuese testificada y celebrada una tan grande maravilla, como era bajar el Señor de todo lo criado á este mundo, y morir en cruz. Porque si súbitamente viniera esta luz al mundo, cegáranse los hombres con la grandeza de su resplandor. Y por esto quiso el Señor que poco á poco se fuesen los hombres disponiendo para recebirla cuando viniese, visto cuántos años ántes habia sido denunciada. Mucho ayuda á la verdad de nuestra religion ver la concordia destas vírgines (tan antiguas y tan celebradas en toda las edades pasadas) con nuestras sanctas Escripturas: para que así esto como todo lo demas sirva á la confesion y firmeza de nuestra fe, por tantas vias confirmada. Por lo cual despues de los testimonios de los profetas, las

(*c*) Eglog. 4. Pollio. (*d*) Esai. 11. 65. (*e*) Cap. 16. tom. 6.

(*f*) Aug. ibid. etc. lib. 18. de Civit. Dei, cap. 23. tom. 5.
(*g*) Aug. lib. 18. de Civit. Dei, cap. 23.

quise añadir aquí. Y así se dará fin al primer tratado desta parte.

Y porque es muy fuerte el testimonio de la parte contraria, no será fuera de propósito juntar con el testimonio de las sibilas el de Josefo, clarísimo historiador, de nacion y profesion hebreo: el cual en el libro XVIII de las Antigüedades (*h*), tratando de las cosas que succedieron en el tiempo del emperador Tiberio César, en el cual padeció nuestro Salvador, dice estas palabras: Fué en este tiempo Jesus, hombre sabio (si con todo es lícito llamarle hombre), porque era hacedor de obras maravillosas, y enseñador de los hombres que oyen de buena gana la verdad. Y muchos de los judíos, y tambien de los gentiles allegó á sí. Este era Cristo: el cual Pilato sentenció á muerte de cruz por ocasion de los principales hombres de nuestra gente. Mas con todo esto no le desampararon los que ántes le habian seguido. Ca él les apareció despues de muerto, al tercero dia resuscitado, segun que los profetas inspirados por Dios habian profetizado esto con otras maravillas que él habia de obrar; y hasta hoy en dia persevera el linaje de los cristianos, intitulados por este nombre. Hasta aquí son palabras de Josefo: las cuales ciertamente ponen admiracion á quien quiera que las lee. Mas no es cosa nueva haber ordenado la divina Providencia, que el mismo autor que escribió la destruicion de Hierusalem y de todo aquel reino, diese tan ilustre testimonio de la persona de Cristo; moviéndose á esto por razon de las obras maravillosas, y milagros tan públicos y notorios que el Salvador obró conversando con los hombres.

(*h*) Cap. 6.

TRATADO SEGUNDO DESTA CUARTA PARTE.

EN EL CUAL POR MODO DE DIÁLOGO SE RESPONDE Á TODAS LAS OBJECCIONES QUE ACERCA DEL MISTERIO DEL MESÍAS SE PUEDEN HACER.

DIALOGO PRIMERO.

En el cual, por la conversion del mundo testificada por los profetas, se prueba la venida del Salvador.

Para conclusion y perfecta declaracion deste divino misterio de nuestra redempcion, de que hasta aquí habemos tratado, será bien satisfacer á algunas preguntas que acerca dél se pueden hacer. Para lo cual me pareció conveniente medio introducir aquí un catecúmeno recien convertido de la ley de Moisen á la gracia del Evangelio (el cual proponga las preguntas que se suelen oponer acerca desta materia), y junto con él un maestro en sancta teología que le responda. Comienza pues el catecúmeno así.

CATECÚMENO.

He leido, Maestro, estos tratados que habeis escripto del misterio de Cristo, en los cuales explicais todo lo que pertenece á este misterio con tanta claridad que no veo cosa que pueda oponer contra él. Y porque aquel Señor que desea que todos los hombres se salven (*a*) y vengan al conocimiento de la verdad, tiene mil maneras para traerlos á sí, quiso él por medio desta escriptura tocar mi corazon, y abrirme los ojos para ver cuán ciego y engañado he vivido hasta aquí: por lo cual le doy y daré siempre infinitas gracias. Y porque espero recebir presto el sancto baptismo, querria ántes de recebirlo ser mas enteramente informado en la fe deste misterio.

Maestro. Haceis en esto muy bien, hermano; porque esa órden dió el Salvador á sus discípulos cuando los envió á predicar por el mundo: diciéndoles primero que enseñasen las gentes, y despues las baptizasen (*b*). Mas querria saber cuáles sean las cosas de que deseais mas plenaria instruccion.

C. Son estas comunes en que tropiezan los que viven tan ciegos como yo viví: que son la muerte y la divinidad y humanidad de Cristo, el misterio de la sanctísima Trinidad, y del sanctísimo Sacramento, y la cesacion y derogacion de las observancias y cerimonias y sacrificios que manda la ley.

M. Para satisfacer plenariamente á esas preguntas era menester un largo tratado; porque esa materia es muy copiosa. Mas con todo eso, cuanto sufriere la brevedad desta escriptura, á todo eso con el favor de nuestro Señor espero responder de tal manera, que vos (á quien nuestro Señor ha comunicado la lumbre de la fe) quedeis satisfecho (*c*); porque es grande parte el creer para entender. Mas ántes que decienda á responder en particular á esas y otras preguntas, daros he una muy breve respuesta, que valga por todas. Para lo cual habeis de saber, que así estas preguntas como todas las demas penden de una sola verdad, que es averiguar que nuestro Salvador es el rey Mesías prometido en la ley. Porque siéndolo él, tenemos mandamiento expreso de Dios, en el cual manda con grandes penas y amenazas que creamos todo lo que él dijere, por estas palabras (*d*): Yo (dice Dios á Moisen) levantaré en este pueblo de entre sus hermanos un profeta semejante á tí; y pondré mis palabras en su boca; y decirle ha todo lo que yo le mandare que diga. Y del que no quisiere oir las palabras que él hablará en mi nombre, yo seré el vengador (dice Dios). Pues siendo esto así, cesan todas las preguntas y dubdas; pues por boca deste Señor está declarado lo que se debe tener acerca de todo lo que habeis propuesto. Por lo cual en este artículo principalmente habemos de hacer fuerza; porque este solo saca fuera de litigio todos los demas.

Y aunque para esto baste y sobre lo que en este tratado habemos alegado, quiero resumir esta materia agora de nuevo, y poneros un ejemplo que sea como un breve sumario de cuanto hasta aquí habemos dicho, por el cual veais claramente ser Cristo nuestro Salvador el Mesías prometido en la ley; pues desta verdad (como dijimos) pende la resolucion de todas esas preguntas que habeis propuesto. Y para esto acordáos de aquella pro-

(*a*) 1. Tim. 2. (*b*) Matt. 28. Marc. 16.

(*c*) Esai. 7. (*d*) Deut. 18.

mesa en que Dios prometió al patriarca Abraham la tierra de los cananeos (*e*) donde él moraba. Y preguntando él cómo podria saber esto que Dios le prometia, mandóle ofrescer un sacrificio (*f*) de ciertos animales, y en cabo dél díjole: Has de saber que tus descendientes han de venir á peregrinar en otra tierra fuera desta, y han de ser en ella oprimidos con servidumbre por espacio de cuatrocientos años. Mas en fin dellos yo castigaré á la gente que así los hubiere oprimido, y saldrán de aquella tierra con grande substancia: esto es, grandemente multiplicados y prósperos. Esta fué profecía de Dios dicha cuatrocientos años ántes de la salida de Egipto, en la cual se profetizan todas estas particularidades: la peregrinacion de aquel pueblo, la opresion dél, la salida de Egipto, y la conquista de la tierra prometida, y sobre todo el número de los años que esta peregrinacion habia de durar. Pregunto pues agora: si un hombre de los que vivian cuando este pueblo salido de Egipto conquistó la tierra de los cananeos, leyera esta profecía, y viera el cumplimiento della, ¿qué dijera? ¿qué sintiera?

C. No pudiera dejar de maravillarse, y de conocer que el dedo de Dios entrevenia aquí; y otro que él ni podia profetizar tantos años ántes lo que estaba por venir, ni tampoco acabar una obra tan grande como era, que una gente cautiva, avasallada y desarmada, escapase de las armas y potencia de Faraon, y conquistase la tierra de los cananeos, donde la gente era muy esforzada, y poblada de muchos gigantes, y las ciudades muradas hasta el cielo. Así que en ambas cosas habia de entrevenir aquí la sabiduría y omnipotencia de Dios: la una para profetizar estas victorias, y la otra para acabarlas.

M. Pues aplicando agora esto á nuestro propósito, estas mismas dos cosas entrevinieron en la conversion del mundo. Por donde si aquí confesamos que entrevino el saber y el poder de Dios, mucho mas lo habemos de confesar en esta obra; y porque las cosas nuevas mueven mas los corazones que las muy usadas y tratadas, por grandes que sean, quiero fingir un ejemplo muy semejante á nuestro caso, para que por la condicion del uno entendamos la del otro; el cual os pido me sufrais agora con paciencia; porque aunque agora os parezca despropósito, al cabo veréis el fructo dél, que no será pequeño.

§. ÚNICO.

Declárase la eficacia desta profecía cumplida con un ejemplo.

Finjamos pues agora que como Dios cuatrocientos años ántes reveló al patriarca Abraham lo que habia de succeder á sus descendientes, reveló tambien á un profeta, que en la villa de Setúbal habia de nacer un hombre de linaje de los Mirandas que allí hay, y que este habia de ser sanctísimo y grandísimo predicador; el cual habia de andar predicando en todos los lugares del reino de Portugal, y señaladamente en la ciudad principal de Lisboa, siguiéndolo á do quiera que predicase gran compañía de gentes, como á un profeta y varon sanctísimo; el cual habia de juntar consigo muchos discípulos que le acompañasen y oyesen su doctrina. Mas por cuanto él habia de reprehender agramente los vicios, y señaladamente los de los eclesiásticos, ellos movidos, parte por invidia de su gloria, y parte por odio de la doctrina que publicaba sus llagas, habian de tratar con falsas acusaciones su muerte; y finalmente habian de poder tanto con los jueces seculares, que lo sentenciasen á muerte, y muerte de cruz. Y añadiese mas esta profecía, que por este pecado habia de ser destruido el reino de Portugal, y que la ciudad grande de Lisboa habia de ser asolada y puesta por tierra, de tal modo que no quedase en ella piedra sobre piedra; y que todo el reino de Portugal habia de ser destruido, y que los portugueses habían de andar descarriados por todo el mundo, y maltratados y avasallados en todas las naciones. Y despues desto dijese que los discípulos deste señor, poco despues de su muerte saldrian de la ciudad de Lisboa, y irian á predicar el Evangelio en Africa, y en Constantinopla, y en todas las tierras del Turco y del Sofí; y que en pocos años, despues de pasadas grandes persecuciones y contradicciones de los moros y turcos, finalmente podrian tanto, que les persuadirian la fe de Cristo de tal manera, que ellos mismos, conocido su error, derribarian sus mezquitas, y quemarian los libros de su Alcoran, y conocerian que su Mahoma fué un falso profeta y engañador, y tomarian sus huesos y su zangarron, y los harian polvo, y echarian por los muladares; y que en el lugar de las mezquitas edificarian iglesias y templos solemnísimos; y que en ellos pondrian la figura de la sancta Cruz, y en los sagrarios el sanctísimo Sacramento del altar; al cual adorarian con summa reverencia junto con el misterio de la sanctísima Trinidad; y que destos moros (que ántes de recibir la fe eran carnales y sucísimos) se levantarian muchos hombres guardadores de perpetua virginidad, y semejantes en la pureza de vida á los ángeles, y que dellos se poblarian muchos muy religiosos monasterios. Y entre estos habria otros que harian vida mas que humana por los yermos y lugares solitarios, manteniéndose con raices de yerbas, ó con solo pan y sal. Asimismo que muchas de las moras despues de convertidas á la fe, harian voto de perpetua virginidad, y que dellas habria en todas partes muchos sanctísimos monasterios. Y acrescentase mas la profecía, que todo esto se cumpliria despues de cuatrocientos y tantos años que ella fué escripta. Pregúntoos pues agora, hermano: si vos supiésedes cierto que todo esto fué así profetizado, y viésedes en vuestros dias todas estas cosas una por una perfectísimamente cumplidas, y viésedes por una parte todo el reino de Portugal destruido, y la ciudad de Lisboa arrasada por tierra, y los portugueses derramados y maltratados en todas las naciones del mundo, sin tener una almena suya; y por otra viésedes toda la morisma convertida á nuestra sancta fe, y viésedes que los discípulos de aquel señor crucificado, salidos desta ciudad, que eran unos pobres y rudos pescadores, acabaron esta obra tan grande, ¿qué diríades? ¿qué juzgaríades? ¿qué sentiríades?

C. Ciertamente quien esto viese cumplido, no podria dejar de quedar atónito, y como fuera de sí, viendo una tan grande maravilla, y confesar que aquí entrevino el brazo poderoso de Dios; porque ni otro que él podia acabar esa obra tan admirable con tan flacos instrumentos, ni profetizarla con todas estas particularidades y circunstancias tantos años ántes, sino solo él, como está claro; pues á solo Dios pertenece saber lo que está por venir.

M. Pues por este ejemplo entenderéis la verdad deste nuestro misterio. Porque todas estas particularidades

(*e*) Gen. 12. 13. (*f*) Gen. 15.

y circunstancias que aquí juntamos, dicen los profetas en diversos lugares, hablando del Salvador (*g*): esto es del lugar de su nacimiento, de su linaje, de su doctrina, de su muerte de cruz, y de todas las particularidades y circunstancias della, y de la conversion de las gentes (*h*); que por medio de sus discípulos se habia de hacer, y del lugar de donde habian de salir, y del tiempo en que esto se habia de cumplir, con todo lo demas que alegamos en todo este libro. Pues si en el ejemplo pasado confesais que en aquella obra claramente entrevenia Dios, así por la grandeza della, como por la profecía della, ¿cuánto mas lo habemos de confesar en esta? Porque allí no habia mas que una sola profecía, mas aquí entrevino el consentimiento y concordia de todos los profetas, juntamente con el de las sibilas. Y sobre todo, esta obra era muy mas dificultosa de acabar que la conversion de los moros y turcos, que es una cierta parte del mundo; mas estotro era desterrar la idolatría que reinaba en todo él. Item, convertir los moros no era tan dificultoso como los gentiles; porque los moros concuerdan con nosotros en decir grandes alabanzas de Cristo, y de su Madre sanctísima, y de Sant Juan Baptista, y de los sanctos patriarcas; y ellos adoran un solo Dios, y confiesan su providencia junto con la inmortalidad del ánima, y confiesan pena y gloria para buenos y malos, aunque mal puesta. Pero los gentiles en nada concordaban con nosotros, ántes perseguian y aborrescian el nombre de Cristo (*i*), teniendo por locura predicar Dios muerto y crucificado. Y sobre todo esto, lo que declara ser esta obra mas aventajada y mas digna de Dios, es que los moros y turcos no persiguen los cristianos que moran en sus tierras por solo título de cristianos, ántes les consienten vivir en su ley; mas los gentiles ¡oh sancto Dios! con qué linajes, con qué invenciones de tormentos y crueldades nunca vistas ni imaginadas, perseguian los cristianos por solo título de cristianos, sin ver en ellos otro ningun maleficio! Despedazaban, asaban, descoyuntaban, despeñaban, quemaban, araban, rallaban sus carnes con hierro, metíanles cañillas agudas por entre las uñas de piés y manos, arrastrábanlos á las colas de los caballos, echábanlos á los leones y bestias fieras. ¿Qué diré? No hay número ni cuenta de las crueldades que inventaban para desquiciarlos de su fe; y con todo esto salieron tan gloriosamente vencedores en esta batalla tan porfiada, que acabaron con innumerables hombres que de tal manera abrazasen la fe que ántes impugnaban, que viniesen á padecer por ella los mismos tormentos que ellos daban á los fieles. ¿Qué cosa pues mas admirable y mas digna del brazo de Dios? Pues si os espantaba aquella conversion que imaginábamos de moros y turcos, y confesábades que era imposible acabarse aquella obra sin Dios, ¿cuánto mas os debe espantar esta, y hacer que conozcais aquí la virtud y poder de Dios, en la cual concurrieron cosas mucho mayores? Y pues todos los profetas testificaron que esta hazaña estaba reservada para el tiempo del Mesías, y esta hicieron sus discípulos, con la cual concurren todas las otras señales y profecías que alegamos, síguese que él es el verdadero Mesías por Dios prometido, y que no conviene esperar otro.

Juntad tambien con esto las persecuciones que este pueblo ha padescido despues de la muerte del Salvador, como arriba largamente contamos (*k*). Donde vistes las calamidades que luego se le siguieron por Pilato, y por todos los presidentes de Judea que despues dél succedieron. Vistes la destruicion, y mortandades, y captiverios de todas las ciudades de la provincia de Galilea, y de las otras comarcanas. Vistes el cerco de Hierusalem, y la hambre espantosa que se padeció en él, y la muchedumbre increible de los muertos y captivos que en él padecieron. Vistes la Ciudad arrasada por tierra, como el Salvador habia profetizado y llorado. Veis aquel potentísimo y antiquísimo reino deshecho y aniquilado, sin que le haya quedado una sola almena que sea suya. Veis tambien el destierro (que Dios habia amenazado) por todas las naciones del mundo. Veis el cumplimiento de aquella profecía de Oseas (*l*), que es estar los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin altar y sin sacrificio, y sin vestiduras sacerdotales, y tambien sin ídolos.

Y sobre todos estos males veis vivir esta gente tan vejada y avasallada entre todas las naciones del mundo. Pues, ¿dónde están agora aquellas tan magníficas promesas de Dios (que arriba alegamos) para los guardadores de su ley: Bendito serás en todos tus caminos, y en todas tus entradas y salidas, con todas las demas? ¿Dónde aquella que dice (*m*): Hacerte ha el Señor la mas principal y mas alta gente de cuantas moran en la tierra, y estarás siempre en el lugar mas alto, y no en el bajo? ¡Oh gente pobre y miserable! ¿Quién ha sido poderoso para cerrarte los ojos, y escurecerte el entendimiento, y endurecerte la voluntad para que ni sientas, ni veas cosas tan claras? Y pues Dios dice (*n*) que la vejacion abre los ojos del entendimiento, ¿qué dureza es la del corazon que cercado de todas estas ondas, y mares de trabajos, ni se ablanda, ni siente, ni conoce su yerro? Sino díganme ¿por qué causa aquel justísimo juez ha consentido este tan espantoso y tan largo castigo en este su pueblo, antiguamente tan amado y amparado, mayormente perseverando él aun entre tantas angustias en la guarda de su ley?

Pues este castigo con ser tan grande y tan extraordinario, y mas siendo mucho ántes profetizado, junto con el cumplimiento de todas las profecías pasadas, dan tan claro testimonio de la dignidad y venida de nuestro Salvador, que ni la luz del mediodía es tan clara como él. Por donde veréis, hermano, la merced que Dios os ha hecho en sacaros de tan espesas tinieblas, y abriros los ojos para que conociésedes esta tan importante verdad de que pende toda vuestra salvacion.

C. A ese Señor doy cuantas gracias puedo dar por esa luz: la cual de tal manera ha penetrado todos los senos de mi ánima, que ningun linaje de dubda ni de escrúpulo me queda acerca deste misterio; y con esto goza mi espíritu de una tan grande paz y alegría, que no la podré explicar.

CAPITULO XXII.

De las mentiras, falsedades y desvaríos del Talmud.

MAESTRO.

Por lo que hasta aquí habemos tratado, habréis entendido cuán convencida queda la ceguedad de los incrédulos mediante el testimonio de las sanctas Escripturas. Pues ¿qué será si demas de las Escripturas halláremos otra probanza tan clara como la dellas?

(*g*) Sup. cap. 5. et cap. 7. (*h*) Sup. cap. 9. (*i*) 1. Cor. 1.

(*k*) Cap. 13. hasta el 19. (*l*) Oseæ 3. (*m*) Deut. 28. (*n*) Esaí. 28.



Catecúmeno. ¿Cómo puede eso ser? ¿Hay cosa mas cierta que la palabra de Dios, y la lumbre de la fe, que estriba en ella?

M. Así es como decis. Mas con todo eso acordáos que como la lumbre de la fe es de Dios, así tambien lo es la de la razon que él imprimió en nuestras ánimas; por la cual se dice haber sido criado el hombre á imágen de Dios. Y aunque esta lumbre natural no iguale con la sobrenatural en certidumbre de lo que testifica, mas todavía tiene claridad en lo que entiende; la cual no cabe en la fe (porque fe es como cimiento del edificio, que no se ve), y esta claridad alegra y quieta mucho los entendimientos. Pues por esta lumbre natural verá cualquier hombre de razon la ceguedad de los que creen las fábulas y mentiras de su Talmud, como si fuesen sagrada escriptura.

Para lo cual habeis de saber que, en tiempo del papa Benedicto XIII (*), un famoso médico del mismo pontífice, doctísimo en toda la doctrina de los hebreos, se convirtió á nuestra sancta fe, y le fué puesto por nombre Hierónimo de Sancta Fe. Deseando pues su Sanctidad alumbrar las ánimas, y sacarlas de las tinieblas de sus errores, mandó á este su médico, que escribiese un libro en el cual por testimonios de las sanctas Escripturas mostrase ser ya el Mesías venido, y ser este Cristo nuestro Salvador. Hizo esto él con toda diligencia. Y no contento con esto, escribió otro tratado, tambien por mandado de su Sanctidad: en el cual refiere muchas de las falsedades, y vanidades, y fábulas de los libros del Talmud. Los cuales libros el reverendísimo arzobispo de Goa Don Gaspar, de sancta memoria, trasladó poco há de lengua latina en portuguesa, para la luz y doctrina de las ánimas ciegas, que en aquellas partes hay. Y en esta lengua andan estos dos libros impresos. Y deste segundo tratado (que refiere las falsedades del Talmud) determiné yo sacar aquí algunas cosas, para que por ellas se vea claro la ceguedad en que vive la gente que tales cosas cree. Este Talmud (que quiere decir doctrina) compusieron los maestros de los hebreos cuatrocientos años despues de la Pasion del Redemptor. Y dicen ellos que esta es otra ley que fué dada á Moisen por palabras. Y como fingen otras cosas sin probarlas, así tambien fingen esta; que ni por razon ni por autoridad se prueba. Esta escriptura es mayor que diez veces nuestra Biblia; demas de las glosas así antiguas como nuevas que se han hecho sobre ella, que son muchas. Y los instituidores deste Talmud, por mejor afirmar y fundar sus ordenaciones y yerros, mandaron en diversos lugares, que todas las cosas por ellos ordenadas, tengan tanta fuerza como las mandadas por Dios en la ley de Moisen; y demas desto ponen pena de muerte á quien negare alguna cosa de las escriptas por ellos, no poniendo esta pena á los que contradijeren las palabras de la ley de Dios.

Mas ántes que comience á referir las falsedades deste libro, quiero que se acuerde el cristiano lector que no hay maldad en el mundo que no se pueda creer de una ánima desamparada de Dios; mayormente si es enemiga, y blasfema contra Cristo nuestro Salvador, que es la luz, y la puerta, y el camino para la verdad, sin la cual queda el hombre sin camino, y sin luz, y sin verdad, y así caerá en mil maneras de barrancos y despeñaderos. Añado mas: que como entre las pasiones, y apetitos de nuestra carne, el mas furioso sea el que sirve á la generacion humana (el cual no se puede enteramente vencer sin el socorro de la divina gracia), de aquí es que los hombres vacíos desta gracia vienen á caer en torpezas feísimas y abominables. He dicho esto porque este libro del Talmud (como libro compuesto por gente ajena del espíritu de Dios y de su gracia) contiene cosas tan torpes y sucias, que yo no me atreveré á referirlas por no ofender las orejas castas con cosas tan feas; puesto caso que importaba esto mucho para ver claramente la falsedad y abominacion desta escriptura. Y porque no parezca increible lo que aquí se dice, alega este autor en cada cosa el libro, y el capítulo, y el principio dél para que se vea que no finge cosa que allí no esté. Y dado caso que aquí lea cosas vanísimas y ridículas, pídole por caridad que detenga la risa, y apareje las lágrimas para llorar la ceguedad de gente que tales cosas cree, como dichas por Dios.

Y comenzando por lo que toca al conoscimiento de Dios, están tan errados en esto los talmudistas, que unas veces le quitan el poder, y otras el saber, y otras la verdad, y otras la sanctidad y justicia. Y así en un libro suyo, que se llama Berachoth, en el capítulo primero reparten la noche en tres partes, y en cada una dellas dicen que Dios brama como un leon diciendo: ¡Ay de mí, que destruí mi casa, y quemé mi templo, y captivé mis hijos entre las gentes del mundo! Y en el mismo capítulo dijo Rabi Josef: Entré una vez en una casa desierta en Hierusalem á hacer oracion, y cuando salí encontré á Elías; el cual me saludó diciendo: Paz á tí, Maestro. Yo le respondí: Paz á tí, Maestro Señor. Y él me dijo: Hijo ¿qué voz has oido en esa casa desierta? Yo le respondí: Oí una voz que gritaba á manera de paloma, y decia: Ay de mí, que destruí mi casa y quemé mi templo. Elías me respondió: Hijo, no solamente dice eso Dios una hora, mas todos los dias lo dice. Y tambien en la hora que Israel entra en las sinagogas, y responden á la oracion, repela Dios su cabeza, y dice: Bienaventurado es el Rey que así lo glorifican sus hijos en su casa; mas ¡ay del padre que captivó sus hijos; y ay de los hijos que fuéron captivos, y alejados de la mesa de su padre! Hasta aquí son palabras del sobredicho capítulo. Vean pues agora todos, cuan gran blasfemia sea esta, la cual ata las manos á Dios, y le quita el poder, y le subjecta al hado.

Asimismo, como le quitan el poder le quitan el saber, y le atribuyen cosas vanísimas. Y así en el libro llamado Havodá Sazá, en el primer capítulo, preguntando en qué se ocupaba Dios, responden que en las tres primeras horas del dia se pone Dios á estudiar en la ley; y en las tres siguientes se asienta á enseñar niños que murieron de poca edad; y en las otras tres se asienta á juzgar todo el mundo; y en las tres postreras está jugando, y holgando, y riendo con el dragon llamado Leviatan. Esto hace de dia. Y preguntando qué hace de noche, responden que cabalga sobre un querubin muy lijero, y visita diez y ocho mil mundos que crió. Esto hace despues de la creacion del mundo; mas ántes que lo criase se ocupaba en edificar mundos y deshacerlos. Véase pues cuántas locuras y disparates se contienen en todas estas palabras. Dicen tambien en el Barachoth, en el capítulo primero, que despues que se destruyó el templo, no quedó á Dios en todo el mundo mas que cuatro cobdos de espacio para estudiar Halac, que es licion del Tal-

(*) Alias Petrus á Luna, Antipapa.

mud; y así dicen, que en las tres primeras horas del dia se asienta á estudiar en el Talmud. Véase pues cuán grande dislate sea este.

Asimismo le quitan la verdad. Porque en Bavá Mecihá, en el capítulo que comienza Mecá Haboet, dice Rabi Ismael: Grande cosa es la paz; pues Dios dijo mentira por poner paz entre Abraham y Sarra.

No faltaba aquí sino poner en Dios pecado, y no dejan de ponerlo, segun que dicen en Hulin, en el capítulo que comienza Elloé Terrephot, sobre el texto del Génesi, donde se dice que crió Dios dos grandes lumbreras. Porque sobre este paso dicen una patraña la mas ridiculosa y necia que se pudiera imaginar. Porque dice Rabi Simeon, que en la hora de la criacion la luna y el sol eran iguales; y paresció la luna delante de Dios, y díjole: Señor, ¿es bien que dos reyes se sirvan de una corona? Por esto mandó Dios que fuese diminuida la claridad de la luna. Dijo entónces ella muy sentida deste agravio: Señor, ¿por haberte yo dicho lo que estaba en razon, me has apocado? Entónces Dios por la halagar y contentar, le dijo: No tomes pena por eso; porque el sol no parecerá sino de dia, y tú parecerás de noche y de dia. Mas ella no se contentó con esto, mas ántes dijo: Señor, la candela delante del sol ¿qué aprovecha? Díjole entónces Dios: Yo haré que mi pueblo de Israel haga sus cuentas en tus meses. Con todo esto no se contentó la luna hasta que Dios se dió por culpado, y mandó á Moisen que en fin de cada luna hiciese sacrificio de un bode, porque Dios fuese perdonado deste pecado. Y esto prueban por el capítulo XXVIII del libro de los Números; donde manda Dios que este animal se ofrezca por los pecados. Consideren agora los que tienen juicio, si es cosa para llorar ver gente de razon obligada á creer, so pena de muerte, mentiras tan prodigiosas.

Asimismo dicen en Bavá Brataá, en el capítulo que comienza Hamor, que Rabá, hijo de Rabhaná, iba por un camino, y díjole un acemilero: Muéstrame el monte de Sinaí. Yo fuí con él, y oí allí una voz que decia: ¡Oh mezquino! ¡Ay de mí, que hice juramento! ¿Quién me absolverá? Y despues que tornó á su estudio, contó lo dicho á sus maestros, los cuales le reprehendieron diciendo: En la hora que oiste esa voz, hubieras de decir: Señor, yo te absuelvo dese juramento. Y glosa Rabi Salomon diciendo, que este juramento de que Dios pedia absolucion, era el captiverio de Israel. ¿Puede ser mayor locura que esta?

Son tambien los talmudistas tan desvergonzados, que se atreven á inventar glosas contrarias á la ley de Dios. Por donde en Canhedrin, en el capítulo que comienza Arbamitot, sobre aquellas palabras del Levítico que dicen (a): No darás de tu simiente cosa que se consagre al ídolo Moloch, declaran ellos, que por cuanto el texto dice: No darás de tu simiente, que se entiende que no peca el hombre sino cuando da un solo hijo á este ídolo; mas si se los da todos, no peca. El consagrar los hijos era entregarlos á los sacerdotes del ídolo; y ellos los pasaban por el fuego delante del dicho ídolo. Y por cuanto dice el texto: No darás, se entiende que no hay pecado sino cuando el padre da su hijo al sacerdote de Moloch para que haga él el sacrificio; mas si el mismo padre lo hace, no peca. Y por cuanto dice, de tu simiente; glosan ellos, que si el hombre hace sacrificio de su padre, ó de su hermano, ó de sí mismo al sobredicho ídolo, no peca.

(a) Levit. 20.

Item en el mismo libro y en el mismo capítulo dicen: El que adora ídolos por amor ó temor, no peca. Y declara Rabi Salomon, que por amor se entiende cuando algun señor les ruega que los adore; y por temor, cuando le amenazaren si no los adora. Pues ¿quién no ve contradecir á esto toda la sancta Escriptura? Porque por amor de las mujeres madianitas (b) adoraron los hijos de Israel al ídolo de Fogor, y por este pecado mandó Moisen matar veinte y cuatro mil hombres, y Dios le mandó ahorcar todos los príncipes del pueblo, porque no acudieron á remediar este mal. Y sobre todo esto, sino fuera porque el summo sacerdote Fínees aplacó á Dios, dijo el mismo Dios que hubiera de destruir todo el pueblo por este pecado. Y con estar todo esto escripto en el libro de los Números en el capítulo XXV, vienen estos hombres blasfemos con su frente lavada á decir todo lo contrario de lo que Dios sentenció.

Asimismo no tienen vergüenza de contradecir á la sancta Escriptura; la cual alaba la casta fidelidad del sancto Josef en no querer consentir con la maldad de su señora (c). Mas ellos dicen en Hulir, en el capítulo que comienza Colhabacar, que Josef entró en la cámara de su señora con intencion de pecar con ella, y que vino el ángel Gabriel, y castróle; y así se halló inhábil para el pecado. Esta glosa, demas de ser fabulosa y loca, es manifiestamente contraria á la sancta Escriptura.

No contentos los talmudistas con estas locuras, tambien se glorían en sí mismos. Y así en el libro de Corá, en el capítulo III, está escripto que un doctor llamado Rabi Simeon, hijo de Joaz, decia: Yo soy tan digno y tan justo, que si yo quisiese, por mi bondad serian libres en el dia del juicio todos los hombres que nascieron en el mundo, dende el dia que yo nací hasta hoy; y si Alasar mi hijo fuese conmigo, podriamos librar del juicio todos los que nascieron desde el dia que el mundo fué criado hasta hoy. Y si Jonatan, hijo de Husiel fuese con nosotros, podriamos librar todo el género humano dende el dia de la creacion del mundo hasta el fin.

Véase si es posible que el que esto decia, lo creia así, y si dijera mas uno de los que están atados en la casa de los orates, que esto. Y estas locuras obligan los talmudistas á creer á la gente miserable, diciendo que cualquier hombre que escarnesciere de alguno de los sabios del Talmud, ó dijere mal dellos, es condenado á los infiernos. Y con estas amenazas espantan á la gente ruda y supersticiosa, para que crea mentiras tan monstruosas y tales, que ni aun tras del fuego las osarían decir los niños cuando cuentan hablillas de viejas.

Y no contentos con ser blasfemos contra Dios, tambien hacen leyes perversas contra toda humanidad de justicia; y así dice Rabi Moisen de Egipto en el libro de Sopú, en el capítulo V, que el que maldijere á su padre ó á su madre, no es culpado en cosa alguna; salvo si en la maldicion nombrare á alguno de los nombres proprios de Dios. Y no solamente da licencia de maldecir á los padres carnales, contra el mandamiento de la ley de Dios, que dice (d): El que maldijere á su padre ó á su madre, muera por ello; mas tambien la da para maldecir al mismo Dios, conforme á lo que se dice en Canhedrin, en el capítulo que comienza, Arbamitot, donde dice que el que maldijere á Dios, no tiene culpa sino es cuando declara un nombre proprio de Dios, que

(b) Num. 25. (c) Gen. 39. (d) Exod. 21.

es Sem ha méforas. Y si nombrare cuando maldice á Dios, con alguno de los otros sus nombres, que son Adonaí, Elohin, Sabaot, que quieren decir, Señor, Justo, Dios de los ejércitos, no tiene culpa. Pues ¿qué cosa mas contraria á la justicia, y á la sancta Escritura, y á toda razon, que esta?

Item dan licencia para matar sin pena alguna. Y así se dice en Canhedrin, en el capítulo que comienza, Ellú, que si alguno atare los piés y las manos de su compañero, y por esta causa muriere de hambre, el que lo ató será libre de muerte. Mas si lo ató al sol ó al frio, y muriere, será culpado en la muerte. Y si lo ata y lo echa delante de un leon, libre es de la muerte; y si lo echa delante de las moscas, es culpado en la muerte; y si lo echa en un pozo que tuviere escalera, y otro la quita, el que lo echó en el pozo será libre.

Item si diez hombres fueren contra otro hombre con diez palos y lo mataren, todos son libres.

Item dice Rabi Moisen de Egipto en el libro de Suprin, en las liciones de Canhedrin, en el capítulo IX, que si un malhechor fuere acusado delante los jueces, y todos á una voz lo sentenciaren á muerte, el tal sentenciado será libre della; porque es necesario que los jueces discuerden entre sí, y que parte dellos lo condenen, y parte lo absuelvan; y estarse ha por las mas voces.

Item dicen en el libro de Hulin, que si Pedro dice un falso testimonio contra Martin, por el cual Martin es sentenciado á muerte; si ántes de muerto se prueba la falsedad, morirá el acusador. Mas si se prueba despues de muerto, el acusador quedará libre. ¿Quién no ve ser estas determinaciones contra todas las leyes divinas y humanas?

Pues ¿qué corazon habrá tan ajeno de toda humanidad, que por una parte no se espante leyendo esto, y por otra no llore, viendo tantas ánimas obligadas so pena de muerte, á dar crédito á cosas tan injustas, tan fabulosas y tan abominables? ¡Oh justicia de Dios! oh azote de Dios, que tal ceguedad permite por los pecados!

Pues volviendo al propósito, ¿qué os paresce, hermano? ¿Cómo dábades crédito á cosas tan horribles, y tan contrarias, no solo á la sancta Escritura, sino tambien á toda la lumbre de la razon con que Dios nos crió? Mas no faltará por ventura alguno que, corrido de haber creido tales locuras, diga que nada desto está en el Talmud. Esto no ha lugar poderse decir, porque el autor que esto escribió fué muy diligente en alegar el libro, y el capítulo, y el principio dél, en su misma lengua. Y demas desto él escribió en Roma, y por mandado de su Sanctidad (donde hay sinagogas, y maestros desta secta), y no era posible ser un hombre tan loco y tan desvergonzado, que escribiese cosas que en presencia del Papa y de los cardenales pudiesen claramente ser redargüidas. Así que en la verdad de lo dicho ningun lugar queda para dubdar.

C. Agora que Dios me abrió los ojos para ver la luz de la verdad, veo mas clara la falsedad y el engaño en que he vivido. Porque así como los que han estado mucho tiempo en una cárcel escura y sucia, no sienten el mal olor della, por estar habituados á él, mas los que de nuevo vienen de aires puros y limpios, luego sienten este mal olor: así yo habituado á creer estas fábulas y mentiras, no veia la falsedad dellas; mas agora con la luz de la verdad veo mas claramente la falsedad de la mentira, y estoy corrido y avergonzado de mí mismo por haber creido tales cosas. Juntóse con esto haber nascido, y criádome en ellas, y mamádolas en la leche, y heredádolas de todo mi abolorio hasta hoy; y esto me tenia captivo y ciego en este engaño. Con esto se juntó la autoridad y excelencias de las sanctas Escrituras, que nosotros tambien recibímos, y á vueltas destas verdades tan ciertas nos dieron á beber nuestros doctores la ponzoña destas mentiras: como lo hizo el perverso Mahoma, que engrandesciendo la dignidad y gloria de Cristo, trajo á su secta gran número de cristianos; y no nos desayudó poco el menosprecio, y manera de desgracia que nos muestran algunos de los cristianos en muchas cosas, habiéndonos de atraer al conoscimiento de la verdad con beneficios y buenos ejemplos. Porque esto nos hace recompensar una desgracia con otra; y juntamente con el aborrescimiento de las personas, venimos tambien á aborrescer la religion que profesan. Por donde si agora resuscitara aquel que deseaba ser anatema de Cristo (*e*) por salvar á sus hermanos, con cuánta razon dijera aquello que él escribió: ¿Quién está enfermo, que yo no lo esté? Y ¿quién se escandaliza, que yo no me abrase (*f*)? No convertia el sancto Apóstol los hombres desta manera; sino haciendo mil manjares de sí, y haciéndose todo á todos los hombres, por hacer salvos á todos; ni despreciando los pecadores, sino llorando sus pecados.

DIALOGO II.

En el cual se trata de la divinidad de Cristo nuestro Salvador.

CATECÚMENO.

Puesto caso que por la bondad de nuestro Señor estoy muy firme y constante en la fe, y aparejado (si el Señor así lo ordenare) para morir por ella; mas porque esta luz de la fe es muy hermosa, y causadora de grande paz y alegría, proponeros he aquí todas las cosas en que esta gente ciega tropieza y se embaraza para no recebir la lumbre de la verdad: como son la muerte, la divinidad del Hijo de Dios, el misterio de la sanctísima Trinidad, y del sanctísimo Sacramento del altar, y la derogacion de las cerimonias y sacrificios de la ley de Moisen, y la reprobacion del pueblo de los judíos, y eleccion de los gentiles, y otras cosas semejantes.

Maestro. Esas materias que habeis tocado comprehenden gran parte de nuestra teología (como ya dije) y demandaban largo tratado; mas yo con toda la brevedad que este libro pide, trabajaré por responder á todas esas objecciones, puesto caso que para todas ellas (como ya os dije) basta la resolucion y doctrina del Salvador (*a*), á quien Dios mandó que creyésemos.

Descendiendo pues en particular á la primera de vuestras preguntas, que es acerca de la divinidad de Cristo, cierto es que en el Nuevo Testamento está lo que pedis, muy claro; pero tambien lo está en el Viejo. Mas los maestros de los hebreos tienen puesto sobre sus ojos el velo que dice el Apóstol (*b*), para no ver cosa tan clara. Para esto pues alego primeramente aquella pregunta que el Salvador propuso á los fariseos, sobre cuyo hijo era el Mesías. A lo cual ellos respondieron, que era de David (*c*). A esto replicó el Salvador: Pues como David en espíritu (que quiere decir movido y enseñado por el Espíritu Sancto) lo llama Señor en el salmo 109, diciendo: Dijo el Señor á mi Señor, asiéntate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos debajo de tus piés. Pues siendo él su hijo, ¿cómo lo llama Señor? A esta réplica

(*e*) Rom. 9. (*f*) 2. Cor. 11. (*a*) Deut. 18. (*b*) 2. Cor. 3.
(*c*) Matth. 22.

no supieron ellos responder, y quedaron con esto tan atajados y confuso, que dende aquel dia no se atrevieron á tentarle mas con sus preguntas. La causa de no haber sabido responder, fué no entender el misterio de la divinidad de Cristo: el cual segun la naturaleza humana es hijo de David; mas segun la divina es Señor de David. Lo cual aun se confirma con la palabra que le dice: Asiéntate á mi mano derecha. Porque ¿qué criatura hay criada ó por criar, en el cielo ó en la tierra, á la cual convenga esta tan grande dignidad, como es estar asentada á la diestra de Dios, sino quien fuere igual á Dios? ¿Quién (dice David) en las nubes se podrá igualar con Dios (*d*)? Y ¿quién entre los hijos de Dios (que son los ángeles y los sanctos) será semejante á él? Si hiciéremos comparacion del mas alto de los serafines con Dios, el serafin quedará infinitos grados mas bajo que él. Y si el mismo Dios de nuevo criase otra criatura mil veces mas alta que el mas alto de los serafines, tambien estaria en este mismo lugar. Porque la perfeccion de la criatura, por altísima que sea, es limitada y finita; mas la del Criador es infinita; y de lo finito á lo infinito no hay comparacion. Por donde queda manifiesto que no puede estar á la iguala (que es asentado á la diestra de Dios) sino quien fuere Dios. Esto aun se declara mas con lo que añade luego el Padre hablando con el Hijo, diciendo (*e*): De mi vientre, ántes que criase el lucero, te engendré. Donde vemos señaladas dos personas, una que engendra y otra engendrada. Y lo que dice ántes del lucero, quiere decir ántes de la creacion del mundo, tomando la parte por el todo. Y en decir que lo engendró de su vientre, significa haber sido engendrado de la misma substancia del Padre. Y aquella palabra, de mi vientre, denota que no es Hijo por adopcion, y por participacion de su gracia, sino por communicacion de su misma substancia. Porque como la naturaleza divina sea simplicísima no se puede partir, ni dividir; y por eso toda ella se communica al Hijo, en el cual está la misma esencia que en el Padre. Así que estas dos palabras, asentarse á la diestra de Dios, y ser engendrado de su vientre, á ningun hijo adoptivo de Dios, sino á solo el natural pertenesce.

Con este testimonio se junta otro no ménos ilustre, en que David en el segundo salmo comienza á maravillarse de las persecuciones que las gentes habian de levantar contra Dios y contra su Cristo; añadiendo que el Señor de los cielos escarneceria dellos, mostrando por la obra cuán vanos eran sus propósitos y consejos en querer impugnar y destruir el reino de Cristo. Acabada esta sentencia propone el mismo Cristo contra la perversa opinion destos la gloria de su real dignidad, junto con la de su divinidad, por estas palabras (*f*): Yo soy puesto por autoridad de Dios por rey sobre el sancto monte de Sion, para predicar su mandamiento y decreto. Y el Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy. Pídeme, y darte he las gentes por heredad, y por posesion tuya los términos de la tierra. Pues en esta profecía claramente se declaran las dos naturalezas de Cristo. Porque en decir que lo constituia por rey en su sancto monte, y mandar que le pida, se declara la naturaleza humana, que fué criada en tiempo; porque el pedir y reinar en el monte de Sion, conviene á Cristo en cuanto hombre. Mas en decir Dios: Tú eres mi Hijo, y yo hoy te engendré, declara la divina, que fué abeterno, significada por estas palabras: hoy te engendré; porque en la eternidad no hay mas que hoy; pues á ella está todo presente, sin haber pasado ni venidero. Por donde esta palabra, hoy te engendré, á ninguno de los ángeles pertenece, porque ni ellos fuéron engendrados de Dios, sino criados; ni tampoco fuéron criados en este hoy, que es en la eternidad, sino en tiempo determinado, que es cuando fué criado el mundo. Por donde estas palabras á solo el unigénito Hijo de Dios, eternalmente engendrado, pertenecen, y no á otro.

Leed tambien con diligencia el salmo 44 que todo trata del rey Mesías, de su reino, de su hermosura, de su poder y de sus virtudes, y de la reina, que es la Iglesia esposa suya, y de los hijos espirituales que han de nascer della, y hallaréis que dos veces le llama Dios en este salmo. Porque primeramente hablando con el rey Mesías de la excelencia y perpetuidad de su reino, dice: Tu silla, ó Dios, durará en los siglos de los siglos; y la vara, que es el sceptro de tu reino, es vara de igualdad. Y luego mas abajo hablando con la Reina esposa deste rey soberano, dice: Asentose la Reina á tu mano derecha, vestida de oro, y adornada de diversos colores. Y luego enderezando las palabras á la Reina, dice: Oye, hija, y ve, y inclina tu oreja, y olvídate de tu pueblo, y de la casa de tu padre, y cobdiciará el Rey tu hermosura, porque él es tu Señor Dios, y adorarlo han. En las cuales palabras manifiestamente confiesa su divinidad.

Esaías tambien en el capítulo IX hablando deste Señor, declara su humanidad y divinidad por estas palabras: Un pequeñuelo nos es nascido, y un hijo nos es dado, sobre cuyos hombros ha de cargar su reino y principado. Y su nombre será Admirable, Consiliario, Dios, Fuerte, Padre del siglo advenidero y Príncipe de paz. Hasta aquí son palabras de Esaías. Pues ¿qué testimonio se pudiera dar mas claro de la divinidad y humanidad de nuestro Salvador? Porque llamándolo pequeñito, claramente muestra su humanidad, pues en Dios no cabe nombre de pequeño. Mas porque no nos engañásemos con este nombre, pone luego los nombres de su grandeza, uno de los cuales es Dios; con el cual manifiestamente sin rodeos ni figuras testifica su deidad. Donde es mucho de notar que los setenta intérpretes que trasladaron la Biblia de la lengua hebrea en la griega, á peticion de Ptolomeo, rey de Egipto (el cual aunque gentil adoraba un solo Dios) viendo que el Rey se ofenderia con este lugar, pareciéndole que habia otro Dios demas del que él adoraba, encubrieron este misterio, y en lugar de todos aquellos nombres pusieron uno solo dellos, que es Consiliario; llamándolo ángel de gran consejo, que es como si dijeran, mensajero de Dios, enviado para darnos un gran consejo: que es enseñarnos el camino de nuestra salvacion. Lo cual no hicieran, si no entendieran que aquí abiertamente se declaraba la divinidad deste Señor.

El mismo profeta (*g*) le pone tambien este nombre en aquella ilustre profecía en la cual dice que una vírgen concibiria y pariria un hijo, el cual se llamaria Emmanuel, que quiere decir, Dios con nosotros. Y añadiendo luego que este niño comeria leche y miel, á manera de los otros niños, declara su humanidad; mas llamándole Emmanuel (que es Dios con nosotros) declara su divinidad. Y este nombre concuerda muy bien (segun algunos interpretan) con otra profecía del mismo profeta (*h*), en

(*d*) Psal. 88. (*e*) Psalm. 109. (*f*) Ibidem.

(*g*) Esaí. 7. (*h*) Esaí. 62.

la cual hablando del Salvador, dice que le pondrán un nombre nuevo, el cual ha de nombrar Dios. Pues ¿qué nombre nuevo será este? Porque el nombre de Jesus, que fué puesto al Salvador en la circuncision, no es nombre nuevo, pues otros muchos lo tuvieron ántes dél. ¿Cómo pues se verificará esta palabra y promesa de Dios? ¿Qué nuevo nombre ha de ser este nunca jamas visto ni oido en el mundo? Ciertamente no puede ser otro que ser llamado Dios y hombre juntamente; lo cual hasta agora nunca en el mundo se vió. En este lugar me pareció advertir cuán diferentemente interpretaban la Escriptura los doctores hebreos que escribieron ántes de la venida del Salvador, de como los que vinieron despues. Porque estos como tienen sobre los ojos el velo de la pasion que ciega la razon, falsifican las Escripturas conforme á su dañada intencion. Mas los que escribieron ántes, como estaban libres desta pasion, no tenian esta ocasion para torcerlas; y así interpretaron las Escripturas sanamente, como ellas lo significan. Digo esto, porque uno destos antiguos declarando este nombre de Emmanuel que aquí alegamos, dice asi: Porque el Mesías habia de ser Dios y hombre, por eso se le puso por nombre Emmanuel, que quiere decir, Dios con nosotros; esto es, en nuestro cuerpo y nuestra carne, como lo testificó Job, cuando dijo (*i*): En esta carne mia veré á Dios. Y añade mas: Porque es Dios, se llama Consiliario, admirable; porque descubrió un maravilloso consejo para salvar las ánimas, que por el pecado de Adam estaban condenadas, y por ninguna via podian ser salvas, sino padeciendo el rey Mesías una muerte muy dolorosa con muchos tormentos. Lo susodicho es deste doctor hebreo; el cual como no tenia en sus ojos las cataratas y lagañas que tienen los de agora, veia la verdad clara y pura en la fuente de las sanctas Escripturas.

§. I.

De otros testimonios proféticos de la divinidad del Salvador Mesías.

Hieremías tambien testifica esta misma divinidad por estas palabras (*k*): Mirad, dice Dios, que han de venir dias en los cuales nascerá David, que será planta de justicia, y reinará este rey, y será sabio, y hará juicio y justicia en la tierra. Y añade luego, que el nombre con que lo llamarán, será el Señor nuestro Justo. Donde en lugar de aquella palabra Señor, está en el hebreo el nombre de las cuatro letras, que á solo Dios se atribuye. Lo mismo testifica el profeta Baruch en el capítulo III. En el cual despues de haber declarado cómo Dios es Criador y Señor de todas las cosas, añade luego estas palabras: Este es nuestro Dios, y no hay otro que se compare con él, el cual halló todos los caminos de la sabiduría, y entrególa á Jacob su siervo, y á Israel su amado. Y despues desto fué visto en la tierra, y conversó con los hombres. ¿Pues con qué palabras mas claras se pudieran explicar las dos naturalezas divina y humana, que con estas? ¿Y cuán bien se declara por aquí el nombre susodicho de Emmanuel, que es, Dios con nosotros? Ni es ménos ilustre testimonio el del profeta Miqueas que arriba alegamos, el cual dice así (*l*): Tú Betlehem, tierra de Judá, no eres la mas pequeña entre los millares de Judá, porque de tí nascerá un príncipe que rija á mi pueblo de Israel. En lugar de las cuales palabras la translacion caldea traslada mas claro, diciendo: De tí nascerá el Mesías. Y añade luego el profeta: Y su salida será dende el principio de los dias de la eternidad. En las cuales palabras claramente señala dos nascimientos deste Señor: uno en tiempo, en el lugar de Betlehem; y otro ante todo tiempo, que es dende los dias de la eternidad, que es propria de solo Dios.

Otros lugares hay en la sancta Escriptura con que se nos representa por mas nueva manera la divinidad y gloria de nuestro Salvador. Entre los cuales se cuenta aquel juramento que pidió el patriarca Abraham al criado que iba á buscar mujer para su hijo Isaac. Al cual dijo (*m*): Pon tu mano debajo de mi muslo para que te conjure por el Señor Dios del cielo y de la tierra, sobre que no tomes mujer para mi hijo Isaac de las mujeres de los cananeos, en cuya tierra moro, etc. ¿Qué manera de juramento es este? Los hombres cuando juran solennemente en juicio por los sanctos Evangelios, ó por la Cruz, ponen la mano sobre ellos ó sobre ella, y así juran. Pues mandando el sancto patriarca poner la mano en su muslo, y tomar juramento por el Señor del cielo y de la tierra, era dar á entender que de aquel muslo habia de nascer el Señor del cielo y de la tierra, de lo cual tenia certísima revelacion, cuando Dios le juró que dél nasceria un hijo por quien todas las gentes habian de ser benditas. Porque á no pretender esto el sancto varon, ¿á qué propósito mandaba poner la mano en el muslo para jurar por el Señor del cielo y de la tierra, sino porque sabía que de allí habia de nascer este Señor? Esto pues con todo lo dicho, nos testifica la divinidad del Salvador, que es el verdadero Señor de cielos y tierra.

Ni Salomon dejó de entender y declarar este misterio, cuando en el capítulo XXX de sus Proverbios habla de la sabiduría, que juntamente con Dios crió todas las cosas del mundo, con grande magnificencia de palabras, y con la misma declara lo mismo, cuando despues de haber dicho que Dios moraba en él y hablaba por él, dice estas palabras (*n*): ¿Quién subió al cielo, y descendió? quién tiene los vientos en sus manos? quién recogió las aguas como en una vestidura? quién crió todos los términos de la tierra? cuál es el nombre dél, y cuál el nombre de su Hijo, si lo sabes? Ved con qué resplandor y majestad de palabras vino á manifestar esta verdad, que es tener hijo quien todas las cosas crió, el cual solo estando en el cielo descendió á la tierra por nuestro remedio. Y con añadir aquella palabra, si lo sabes, dió á entender cuán profundo y secreto era este misterio. Ni caresció deste conoscimiento el Eclesiástico, cuando en su oracion dice (*o*): Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, pidiéndole que no me desampare en el tiempo de la tribulacion. En las cuales palabras claramente pone el nombre del Padre y del Hijo de Dios; pues nombra aquí Padre y Hijo, cuando dice: Invoqué al Señor, Padre de mi Señor.

Bien sé que los maestros de los hebreos, convencidos con estas autoridades, buscan mil invenciones para huir de la verdad tan clara. Para lo cual unas veces tuercen la escriptura, aplicando á una cosa lo que pertenesce á otra, como lo hacen en el capítulo LIII de Esaías, que trata de la Pasion, aplicando esto á los trabajos que pasa agora el pueblo de Israel en su captiverio. Otras veces falsifican y corrompen el texto de sus biblias, no mirando que la translacion de los setenta intér-

(*i*) Job. 19. (*k*) Hier. 23. 33. (*l*) Mich. 5.

(*m*) Gen. 24. (*n*) Ibid. (*o*) Eccli. 51.

pretes, y la caldea (á quien ellos dan mucho crédito) les contradice. Otras veces, cuando se ven muy apretados, fingen fábulas y mentiras para defenderse. Para lo cual no dejaré de referir aquí una dellas.

Porque en aquella autoridad que agora alegamos del profeta Miqueas (p) (en la cual dice que Cristo nascerá en Betlehem, y que su salida será dende el principio de los dias de la eternidad; en las cuales palabras, como vimos, demas del nascimiento temporal de Cristo en Betlehem, se significa otro nascimiento, en el cual ab eterno nasce de su eterno Padre); viéndose ellos apretados con este tan claro testimonio de la divinidad del Salvador, fingen un disparate, diciendo que siete cosas fuéron criadas ántes del mundo, que fuéron la ley, la penitencia, el infierno, la casa del sanctuario, el trono de la gloria, el paraíso terrenal, y el nombre del Mesías. Y con esta fábula responden á esta autoridad de Miqueas, diciendo que aquella salida de los dias de la eternidad, se entiende del nombre del Mesías, que es una de aquellas siete cosas que fuéron criadas ántes que el mundo se criase.

Y que este dicho sea fabuloso y vano, la razon clara lo muestra. Porque la ley entónces no podia estar sino en algun entendimiento. Mas este no podia ser el de Dios; porque en él no puede haber cosa criada: ni tampoco en entendimiento de hombre ó de ángel; porque antes de la creacion del mundo no habia hombre ni angel. Y la misma razon corre del nombre del Mesías. En lo cual se ve, demas de la infidelidad, la rudeza y poco saber destos doctores, pues no ven que dicen cosas tan contrarias á razon. Por tanto no quiero gastar tiempo en redargüir sus disparates, mayormente hablando con vos; pues con la luz que nuestro Señor os ha dado, veis tan clara la verdad.

§. II.

Testimonios de gentiles que confiesan la generacion eterna del Hijo de Dios, y su consubstancialidad con el Padre.

Y si demas de los dichos de los profetas quereis testimonios de gentiles, leed el primer libro de Augustino Eugubino, y en él hallaréis que muchos gravísimos filósofos (cuales fuéron Mercurio Trimegisto, Platon, Plotino, Macrobio, Porfirio, Proclo, los cuales ó por tradicion, ó por revelacion, como las sibilas) testifican esta misma generacion eterna del Hijo de Dios, con palabras tan claras, que ponen admiracion á quien las lee. Y así le llaman con los mismos nombres que nosotros: que son Hijo de Dios, Sabiduría eterna, Verbo ó palabra del Padre, y Mente, que quiere decir entendimiento, ó razon, ó sabiduría. Y Porfirio, enemigo de nuestra religion, refiere la sentencia de Platon acerca deste misterio, totalmente conforme á nuestra fe. Porque primeramente dice que del summo bien nasce una Mente, que es Hijo de Dios, por una manera que ninguno de los mortales podrá entender. Y que esta Mente tiene sér por sí misma, como Dios todopoderoso, y que esta misma es silla, orígen, fuente, principio y reino de todas las cosas. Item que es la primera hermosura y orígen de todas las hermosuras, y dechado y espejo dellas; y que por ella son hermosas y buenas todas las cosas que hizo. Y demas desto dice que esta Mente fué eternalmente engendrada ante todos los siglos. Todo esto se saca de la sentencia de Platon, referida por este filósofo susodicho. Mas entre todos estos filósofos, el mas antiguo (que fué Mercurio Trimegisto) habla tan claro desta generacion divina, que pone espanto á quien quiera que lo lee. El cual enseñando á un hijo suyo, dice así: O hijo, el Verbo, ó palabra del Criador es eterno, mueve por sí, no sufre augmento ni diminucion, es inmutable, incorruptible, singular, siempre semejante á sí mismo, igual, concorde, estable, uno en sí mismo. Pues ¿qué mayores alabanzas se pudieran decir del Verbo divino, que estas? Sobre las cuales palabras dice Eugubino que no se hartaba de maravillar, y que quedaba atónito de ver lo que la antigua filosofía testifica del Hijo de Dios; y que con grande alegría daba gracias al Redemptor del mundo, porque mediante la predicacion de su Evangelio hinchió todas las tierras del conoscimiento de su divinidad, de tan pocos conoscida en los tiempos antiguos, cumpliendo lo que estaba ántes profetizado por Esaías (q): el cual dice que la tierra habia de ser llena del conoscimiento de Dios, como la mar cuando se derrama y extiende por sus riberas.

Y si allende destos testimonios quereis alguna razon, acordáos de aquellas palabras que dice Dios por Esaías (r): ¿Por ventura yo que hago parir á las criaturas, no pariré? ¿Yo que les doy poder de engendrar, seré estéril? dice el Señor. Si pusiéredes los ojos en cuantas cosas hay en este mundo inferior, que tienen alguna manera de vida, hallaréis que todas ellas en llegando á la perfeccion de su naturaleza, engendran otras semejantes á sí. Todos los árboles, todas las yerbas, y generalmente todas las plantas en habiendo crescido y llegado á su perfeccion, luego producen semillas con las cuales nazcan otras semejantes á ellas, como hijos de padres: que es un linaje de generacion. Asimismo todos los animales de la tierra, todos los peces de la mar, y todas las aves del aire engendran otras semejantes á sí. El leon engendra leon, y el caballo caballo, y así todas las demas. Pues ya del hombre no tenemos que dudar. Y es cosa tan propria esta de todas estas criaturas, que dijo Aristóteles: Naturalísima cosa es en todas las cosas que tienen vida, engendrar otras semejantes á sí. Pues siendo esta natural perfeccion de todas las cosas que viven, dada por el autor y Criador de la naturaleza, no era razon que caresciese aquel que es infinitamente perfecto de la perfeccion que dió á sus criaturas. Y así dél confesamos y creemos que engendró su unigénito Hijo nuestro Salvador.

§. III.

Convence lo mismo el ser Dios summa bondad.

Con esta se junta otra divina razon que en el tratado pasado alegámos, la cual sirve grandemente así para el misterio de la Encarnacion, de que allí tratábamos, como de la sanctísima Trinidad, de que agora tratarémos. Para lo cual habeis de presuponer aquella tan celebrada sentencia de Sant Dionisio (s), muchas veces en estos libros alegada: que la naturaleza del bien es ser communicativo de sí mismo; como lo veis en el sol que tan libremente communica su luz á todas las criaturas del mundo; y como tambien lo podeis ver en muchos religiosos y sanctos varones que van hasta el cabo del mundo, y se ponen á los peligros de la mar y de la tierra por communicar á los infieles aquella luz y bondad que Dios les dió. ¿Y de dónde pensais que ha procedido tanta infinidad de

(p) Mich. 5.

(q) Esai. 11. (r) Esai. 66. (s) De Div. Nom. cap. 4.

libros de sanctos, sino deste mismo principio, que es deseo de communicar la doctrina y sanctidad que en ellos habia, no solo á los presentes, sino tambien á los siglos advenideros. Y como sea esta la naturaleza y propriedad del bien, síguese que cuanto la cosa cresciere mas en quilates de bondad, tanto será mas communicativa de sí misma. Pues como sea verdad que nuestro inmenso Dios sea infinita y summamente bueno, síguese que ha de ser summamente communicativo de sí mismo: que es de las riquezas, bondad y divinidad que en sí tiene; porque esta es summa y perfecta communicacion, y tal cual conviene á la summa bondad. Y dado caso que haya él communicado á sus criaturas, mayormente á los hombres y ángeles, todos cuantos bienes tienen; mas todo esto que ha communicado, y cuanto mas puede communicarles, es como nada en comparacion de aquella soberana communicacion de su divinidad. Porque todo lo communicado son bienes finitos y limitados; mas aquella divina substancia es bien infinito; y de lo finito á lo infinito no hay proporcion ni comparacion. Esta es una muy poderosa consideracion para entender el misterio de la divinidad de Cristo nuestro Salvador, y de la sanctísima Trinidad. Porque desta propriedad y naturaleza del summo bien procede communicar el Padre al Hijo su misma esencia; y el Padre y el Hijo (que tienen una misma voluntad) amándose infinitamente producen la tercera persona del Espíritu Sancto; á la cual tambien communican su misma divinidad y esencia, como luego tratarémos.

C. Muy bien habeis declarado y fundado la divinidad del Salvador con tan claros testimonios de profetas, de filósofos, de sibilas, y juntamente con esa postrera razon, fundada en la condicion y naturaleza del bien. Por tanto aquí no tengo ya mas que preguntar.

DIALOGO III.

Del misterio de la sanctísima Trinidad.

CATECÚMENO.

Ya que hasta aquí me habeis instruido, Maestro, en todo lo que debo creer y entender acerca del artículo de la divinidad del Salvador, réstanos agora tratar del misterio inefable de la sanctísima Trinidad; en cuya fe suelen tropezar los infieles, como en cosa que excede la facultad de la razon humana. Por tanto así para mayor consolacion mia, como para desengaño de los que andan errados, querria que me enseñásedes lo que se debe creer acerca deste misterio.

Maestro. Para tratar desta materia conviene primeramente pedir licencia á nuestro Señor para entrar en este sanctuario, y tambien luz para ver lo que está encumbrado sobre todo lo criado. Y demas desto debida reverencia y templanza para tratar de tan gran misterio: el cual mas debe ser adorado que escudriñado. Por lo cual dijo Tulio que era cosa peligrosa tratar de Dios, aunque digamos la verdad, si no la decimos con aquel temor y reverencia que conviene á tan grande Majestad. Y el mismo en otro lugar dice que desta materia habemos de tratar pocas cosas, y esas con temor y reverencia. En lo cual concuerda con lo que el Apóstol nos enseña, diciendo (*a*) que no queramos saber mas de lo que nos conviene saber; sino que en esta parte tengamos medida y templanza. Y Salomon nos declara el peligro que hay en la destemplanza, diciendo (*b*): Así como es cosa dañosa comer grande cuantidad de miel, así el escudriñador de la Majestad será oprimido de la gloria. No hay cosa mas dulce para quien tiene purgado el paladar de su ánima, que contemplar aquella infinita hermosura; mas quien quiere pasar los términos deste conocimiento, y escudriñar con su razon lo que es incomprehensible, podrá cegarse con la grandeza de aquel divino resplandor, como se cegaria el que porfiase á mirar al sol en su misma rueda. Por donde así como Dios, queriendo hablar con Moisen en el monte Sinaí (*c*), le mandó que señalase cierto término á donde el pueblo pudiese llegar sin pasar adelante so pena de muerte: así el hombre debe saber hasta dónde podrá llegar en el conoscimiento de Dios, sin querer escudriñar mas. El cual término nos declara el Eclesiástico por estas palabras (*d*): No quieras saber las cosas que sobrepujan la facultad de tu entendimiento; sino procura pensar siempre en las cosas que Dios te mandó, y no seas curioso escudriñador de sus obras, pues muchas dellas exceden la capacidad de tu entendimiento. Lo cual nos aconseja Sant Crisóstomo (*e*), haciendo comparacion de la generacion temporal de Cristo con la eterna, por este discurso: Si no podemos comprehender, dice él, de la manera que el cuerpo humano se forma en las entrañas de la madre, ¿cómo sabrémos de la manera que el Espíritu Sancto con sola su virtud formó el cuerpo del Salvador en las entrañas de la Vírgen? Por tanto avergüéncense y confúndanse los que con atrevida curiosidad quieren escudriñar aquella eterna generacion del Hijo de Dios; porque si no puede nuestro ingenio alcanzar esta, ¿qué locura será pensar que nadie pueda alcanzar con el entendimiento, y declarar con palabras aquella inefable generacion? Por tanto conténtate, hombre, con la simplicidad de la fe; y no quieras inquirir lo que Dios quiso que estuviese secreto. Esta es pues, hermano, la templanza con que habemos de tratar este misterio.

Mas porque estamos obligados á creer explícita y distinctamente los artículos de la fe (entre los cuales este es el mas principal), por tanto nos conviene aquí tratar dél; mas esto con la templanza y reverencia que habemos dicho. Para lo cual (dejadas aparte para los teólogos las subtilezas deste misterio) me pareció tratar tres cosas. La primera, señalar los lugares de la sancta Escriptura que dél hablan. La segunda, declarar de la manera que habemos de concebir este misterio, para que no concibamos alguna cosa material y indigna de la Majestad divina. La tercera será (dejando las razones que algunos doctores traen para fundar la fe deste misterio) mostrar que no es argumento bastante contra esta verdad, no alcanzarla nuestra razon; pues el misterio es tan alto, y la razon humana tan ratera y baja para alcanzar cosas tan altas.

Y cuanto á lo primero, habeis de saber que este artículo de la fe de la sanctísima Trinidad fué necesario declararse mas distinctamente en el Nuevo Testamento que en el Viejo, por causa del misterio de la Encarnacion: en el cual confesamos el Hijo de Dios haber encarnado y sido concebido en las entrañas de una Vírgen por virtud del Espíritu Sancto: lo cual no se podia entender, sino entendido este sacramento de las tres personas divinas. Mas en el Viejo no habia esta necesidad, y corria peligro que aquella gente ruda, no entendiendo la alteza deste

(*a*) Rom. 12. Eccles. 7. (*b*) Prov. 25.

(*c*) Exod. 19. (*d*) Eccles. 3. (*e*) Homil. 4. sup. Matt. post initium.

misterio, creyese que habia muchos dioses; y así tomase de aquí ocasion para su idolatría, á la cual aquel pueblo era muy inclinado. Mas en el Nuevo Testamento este artículo de nuestra fe está en muchos lugares declarado. Y así dice Sant Juan (*f*): Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre y el Verbo, y el Espíritu Sancto; y estos tres son una misma cosa. Y el Salvador enviando sus discípulos á predicar el Evangelio por todo el mundo, les dijo (*g*): Id, y enseñad á todas las gentes, baptizándolas en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Sancto. Dejo otras muchas autoridades, porque bastan estas. Y pues (como arriba alegamos) nos es mandado creer todo lo que el Mesías (*h*) nos dijere de parte de Dios, y él nos reveló este sacramento, esto basta para lo creer.

Mas tampoco en el Testamento Viejo faltan autoridades: las cuales de tal manera testifican este misterio, que los sabios y sanctos varones de aquel tiempo lo entendiesen, mas la gente ruda y ignorante no lo alcanzase. Uno de los principales lugares que para esto hay, es el del capítulo XLVIII de Esaías, donde el mismo Dios, que en todo este capítulo va siempre hablando, dice así: Llegáos á mí, y oid estas palabras. No hablé yo al principio en lugar escondido. Dende aquel tiempo ántes que se hiciese, yo estaba ahí; y agora el Señor me ha enviado, y el espíritu suyo. En las cuales palabras primeramente es de notar la atencion que pide para lo que pretende decir, como cosa digna de grande atencion, diciendo: Allegáos á mí, y oid estas palabras. Síguese luego: No hablé yo al principio en lugar escondido. Todos los intérpretes hebreos y católicos entienden por esta primera habla de Dios, la ley que dió al pueblo en el monte Sinaí, acabándolo de sacar de Egipto; porque esta fué la primera habla que Dios hizo en público, oyendo todos los hijos de Israel la voz de Dios. Por lo cual atemorizados grandemente con el sonido desta voz, dijeron á Moisen (*i*): Háblanos tú, y oirte hemos: no nos hable el Señor porque por ventura no muramos. Y tras destas palabras dice luego: En aquel tiempo ántes que esto se hiciese, ahí estaba yo. Estas son palabras que va continuando el mismo Dios: declarando que él era ántes deste tiempo, y que allí estaba presente cuando la ley se dió. Y añade luego: Y agora el Señor me ha enviado, y el espíritu suyo. ¿A quién (veamos) envió? A aquel que se habia hallado presente al dar de la ley, que era el Hijo de Dios, que es ante todo tiempo: el cual juntamente con el Padre dispone y ordena todas las cosas; y este dice que fué enviado del Señor y de su espíritu al mundo, despues de dada aquella ley de escriptura, á darle nueva ley de gracia. Donde vemos expresadas las tres personas divinas, conviene saber: dos, que son el Padre y el Espíritu Sancto, y la tercera, que es el Hijo de Dios; el cual dió juntamente con el Padre y con el Espíritu Sancto aquella primera ley. En las cuales palabras (como digo) tenemos expresado el misterio de la sanctísima Trinidad. Pues como los doctores de los hebreos se ven convencidos con este texto, recorren á sus artificios acostumbrados para huir de la verdad. Y así Rabí Salomon (que es muy principal entre ellos, y mas atrevido para torcer las Escripturas, y fingir patrañas) para descabullirse deste paso finge una de las suyas, diciendo que aquellas palabras: Ahí estaba yo, y el Señor me envió, y su espíritu, no son palabras del Hijo de Dios, sino del mismo profeta Esaías, que fué enviado á profetizar por Dios. Y preguntándole cómo estuvo ahí presente Esaías que nasció seiscientos setenta y seis años despues que se dió esta ley en aquel monte; responde que así Esaías como todos los otros profetas, se hallaron presentes al tiempo que se dió la ley, y que allí recibieron sus profecías para predicarlas al pueblo en el tiempo que Dios se lo mandase. De suerte que segun esta glosa entónces estaban los profetas vivos, y luego murieron, y despues resuscitaron cuando predicaron sus profecías. Pues ¿qué cosa mas fabulosa y mas sin fundamento que esta? Estos son los agujeros que estos buscan para huir de la luz. Mas si dijeren que las ánimas de los profetas fuéron entónces criadas, y que así se hallaron presentes al dar de la ley, y que de ahí á muchos años las infundió Dios en los cuerpos despues de organizados, conforme á nuestra fe, declarada en los concilios, esto es, contra toda buena razon y filosofía: la cual nos enseña que primero se forma y organiza el cuerpo en las entrañas de la madre, y despues cria Dios y infunde el ánima en él; y así lo hizo él cuando crió al hombre (*k*); porque primero formó el cuerpo de la tierra, y despues infundió en él espíritu de vida. Y sobre todo esto ¿qué necesidad habia de infundir Dios el espíritu de profecía cuando dió la ley, pues era cosa mas decente y mas ordenada infundirlo cuando ofrescidas las ocasiones de los pecados, los enviase á predicar contra ellos? Así que esta glosa, como no tiene fundamento, ella por sí misma se cae; porque lo que sin fundamento de razon se dice, ello queda por sí confundido.

Con esta autoridad se juntan otras: cual es la del salmo 32 que dice: Con el Verbo de Dios fuéron criados los cielos, y del espíritu de su boca procedió la virtud dellos. Y deste mismo espíritu divino se dice (*l*) que al principio del mundo andaba sobre las aguas: para denotar la virtud y eficiencia dél en la creacion de las cosas. A este mismo propósito alega el Maestro de las sentencias aquella primera palabra del Génesi, donde se dice (*m*): En el principio crió Dios el cielo y la tierra. Porque en lugar de esta palabra *Dios*, está en la lengua hebrea *Eloim*, que quiere decir dioses en plural, teniendo este nombre singular, que es Eloá: lo cual es cierto cosa de admiracion. Mas como todo el fundamento de nuestra fe sea el conocimiento de la sanctísima Trinidad, quiso la sabiduría divina que la primera palabra de toda la sancta Escriptura tácitamente significase que en aquella simplicísima y altísima substancia habia distinccion de personas; y así se entendiese que la obra de la creacion era comun á todas ellas. Lo cual aun se confirma en aquella excelentísima obra de la formacion del hombre; en la cual se dice (*n*): Hagamos un hombre á nuestra imágen y semejanza. Donde en aquella palabra, *Hagamos, y nuestra*, se denota que mas que una persona era la fabricadora desta noble criatura, á quien se entregaba la presidencia de todas las otras. Esto baste cuanto á los testimonios del Testamento Viejo.

§. I.

De la manera en que habemos de concebir este soberano misterio.

Síguese que tratemos agora la segunda cosa que propusimos: que es la manera en que habemos de concebir este divino misterio. Para lo cual es de saber que en Dios

(*f*) Joann. 5. (*g*) Matth. 28. Marc. 16. (*h*) Deut. 18.
(*i*) Exod. 20. Deut. 5.

(*k*) Gen. 1. (*l*) Gen. 1. (*m*) Ibid. (*n*) Ibid.

nuestro Señor, con ser él una simplicísima substancia, hay muchas cosas que no podemos en esta vida saber. Porque como aquí no le conocemos en sí mismo, sino en sus obras (una de las cuales es la fábrica deste mundo), no podemos por esta obra conoscer dél mas de lo que ella nos representa: que es la grandeza del saber con que la trazó, y del poder con que la crió, y de la bondad con que proveyó á sus criaturas de todo lo necesario para su conservacion y multiplicacion. Mas por cuanto estas obras criadas no igualan, ni declaran toda su grandeza, de aquí es que no entendemos por ellas mas de lo que ellas nos descubren: como si nos mostrasen una imágen perfectísimamente obrada, conoceríamos por ella el ingenio y arte del que la pintó; mas la condicion que tiene, las mas artes que sabe, con lo demas que hay en él, no lo conoceríamos, porque nada desto dice la pintura. Pues entre estas cosas que no sabemos de nuestro Dios, una es el misterio de la sanctísima Trinidad: esto es, que en aquella simplicísima substancia hay distinccion de personas, que son Padre, Hijo y Espíritu Sancto, que con ser tres personas es un solo Dios; porque es una la naturaleza y esencia que está en todas ellas. Esto es cosa propria y singular de Dios, en la cual se diferencia de todas las criaturas racionales y intelectuales, que son hombres y ángeles. Porque en estos donde hay una substancia, hay una sola persona; mas en aquella altísima naturaleza hay esta singularidad y excelencia, que siendo la esencia una, las personas sean tres. Pues esta distinccion de personas con unidad de esencia (que es el misterio de la sanctísima Trinidad) no se alcanza por la fábrica de las cosas criadas; mas tuvo por bien la misericordia de nuestro Dios revelarnos este gran secreto en la ley de gracia (donde son mas crecidas y largas las mercedes de sus gracias) para mas clara inteligencia del misterio de la encarnacion, como ya dijimos.

El fundamento que la fe católica tiene para confesar tres personas, y no ser mas que una la esencia y substancia en todas tres, es hallar en las Escrituras sanctas que el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, y el Espíritu Sancto es Dios; mas que no son tres dioses, sino un solo Dios. Porque ser tres dioses es totalmente imposible. Porque si son tres dioses, ha de ser habiendo alguna diferencia entre ellos. Y esto no puede ser, sino habiendo alguna perfeccion en uno, que no haya en el otro; y ese á quien faltare esta perfeccion, no puede ser Dios, porque Dios es infinitamente perfecto, y ha de tener en sí todas las perfecciones que se pueden imaginar. Porque (como todos confiesan) Dios es una cosa tan grande y tan perfecta, que no se puede imaginar ni pensar otra mayor ni mejor. Por donde se concluye que es imposible ser muchos dioses, sino un solo Dios. Y aunque las personas divinas sean tres (y cada una dellas sea verdadero Dios), no por eso son tres dioses, sino uno solo, por ser (como dijimos) una sola la divinidad en todas tres.

Y aunque algunos doctores, y especialmente Ricardo de Sant Víctor en un libro que escribió deste misterio traya muchas razones y conveniencias para casar la razon con la fe dél; mas yo aquí no trato de convencer el entendimiento con razon, sino de humillarle con su bajeza, para que no presuma con su corto entendimiento entrar en este abismo tan profundo. El cual nos representa aquel místico rio que vió el profeta Ecequiel (*o*), del cual una parte era tan profunda que no se podia vadear. Mas todavía para consolacion vuestra os quiero brevemente declarar una de las grandes conveniencias que hay para creer este misterio. Para lo cual os debeis acordar de lo que ya muchas veces habemos tratado: que es, ser Dios infinitamente bueno. Y siendo infinitamente bueno, ha de ser infinitamente communicativo; porque, como segun doctrina muy celebrada de Sant Dionisio (*p*) y de todos, la naturaleza del bien sea communicarse á otros, donde ponemos infinita bondad, habemos de poner infinita communicacion, y esta no ha lugar sino communicando Dios su misma divinidad y esencia. Porque todo cuanto ha communicado á todos los ángeles del cielo y á todas las criaturas deste mundo, es cosa limitada y finita, y como nada en comparacion de la communicacion de su misma divinidad y esencia; y así no corresponde perfectamente á la infinita bondad deste soberano Señor. Pues deste fundamento tan sólido concluimos la procesion de las divinas personas. Porque el Padre Eterno communica á su amantísimo Hijo su misma divinidad y esencia, y el Padre juntamente con el Hijo la communican al Espíritu Sancto. Y desta manera ni hacemos á Dios solitario, ni escaso, ni estéril, que es cosa ajena de Dios, como él lo declaró por Esaías (*q*), diciendo: Yo que doy facultad á los otros para engendrar, ¿por ventura me quedaré estéril? Así que desta manera engrandecemos la bondad de Dios, y excluimos la esterilidad y soledad. Porque á no haber mas que ángeles y hombres con las otras criaturas inferiores, tan solo se quedara él como Adam con todas las bestias, si no se criara Eva, que era de su misma especie y naturaleza; pues en lo que toca á la perfeccion, mayor es la distancia que hay de los ángeles y hombres á Dios, que de las bestias brutas á Adam.

Mas volviendo á la explicacion deste misterio, quiero advertiros que para que cuando oimos estas palabras, Hijo, Padre, y generacion, no entendamos alguna cosa material, será razon avisar que en toda esta procesion de las personas divinas no entreviene cosa corporal. Porque como Dios sea un espíritu purísimo, sin composicion ni mezcla de otra cosa (porque no hay en Dios otra cosa mas que Dios), no hay en este tal espíritu mas que entendimiento y voluntad, y así todo cuanto él ha obrado y obra en este mundo es con solo entender y querer, y con su divino entendimiento trazó este tan grande y tan hermoso mundo, y con su voluntad quiso criarlo, y en ese punto fué criado. Y esto es lo que el real Profeta engrandece en el salmo 135 por estas palabras: Alabad al Señor, porque es bueno, y porque eternalmente dura su misericordia. Porque él solo es el que hace maravillas. Él es el que hizo los cielos con su entendimiento; él es el que fundó la tierra sobre las aguas. Él hizo las lumbreras del cielo, el sol para alumbrar de dia, y la luna con las estrellas para esclarecer la noche. Todas estas cosas obró él con solo su entendimiento y voluntad. Porque con el entendimiento trazó y dispuso la órden admirable que los cielos guardan en sus movimientos para causar la diversidad de los tiempos, y producir los fructos de la tierra; y con la omnipotencia y imperio de su voluntad salieron todas estas criaturas de no sér al sér. Y con ser los cielos unos cuerpos tan grandes, no costaron al Criador mas que solo entender, y querer. Lo mismo decimos de todas las otras cosas que

(*o*) Ezech. 47.

(*p*) Dionys. de Div. Nom. c. 4. (*q*) Esai. 66.

crió. Quiso poblar este mundo de animales, de peces, de aves, y de infinitas diferencias de árboles, y yerbas, y plantas, y en toda esta fábrica no hubo mas de lo que dice el Salmo (r): *Ipse dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt.*

§. II.

Prosigue la misma materia con algunos ejemplos que aclaran algo esta doctrina.

Pues así como creemos que Dios obra todas las cosas con solo entendimiento y voluntad, así habemos de creer que en esta procesion de las divinas personas no entreviene mas que entendimiento y voluntad. Y así el Padre Eterno con su divino entendimiento engendra y produce la persona del Hijo, al cual communica su misma naturaleza y substancia. Y el Padre y el Hijo amándose infinitamente con la voluntad, producen la persona del Espíritu Sancto, el cual esencialmente es amor, segun aquello de Sant Juan, que dice: Dios es caridad (s) y amor, y quien está en caridad, está en Dios. Y así no ponemos en este misterio mas que dos emanaciones, una por via del entendimiento, por la cual procede el Hijo, y otra por via de la voluntad, por la cual procede el Espíritu Sancto. Desta manera confesamos y adoramos tres personas, y una sola naturaleza y substancia, que es comun á todas tres. En lo cual veréis la diferencia que hay deste divinísimo misterio al de la sancta encarnacion del Hijo de Dios. Porque aquí hallamos distinccion de tres substancias ayuntadas en una sola persona de Cristo, que son carne, ánima, y Verbo divino; mas allí por el contrario, en una sola substancia adoramos tres personas divinas, que son Padre, y Hijo, y Espíritu Sancto. Allí las substancias son tres, y la persona una; aquí la substancia es una, y las personas tres. Y en lo uno y en lo otro resplandesce la alteza de aquella soberana Majestad, que sobrepuja la capacidad de todos los entendimientos.

Catecúmeno. Como esas cosas sean tan altas, querria ver algunas semejanzas de las cosas corporales que vemos con los sentidos, para mejor entenderlas. Porque somos los hombres tan rudos, y tan subjectos á los sentidos corporales, que (como dicen) no sabemos leer sino por el libro de nuestra aldea.

M. Imposible es hallar en todas las cosas criadas cosa que perfectamente represente lo que hay en el Criador. Porque como sea infinita la distancia que hay entre las criaturas y él, no puede haber en ellas ejemplos que del todo cuadren y representen lo que hay en él. Mas con todo eso para ayuda de nuestra rudeza ponen los doctores algunas semejanzas, aunque muy imperfectas, deste misterio. Entre las cuales una es la del hombre cuando entiende y ama á sí mismo. Para lo cual tomemos por ejemplo un hombre aventajado en sabiduría sobre los otros hombres (como fué Salomon), á quien Dios otorgó tan grande saber y prudencia, y tan grande corazon, que lo compara la Escriptura con las arenas de la mar (t). Pónese pues este hombre á considerar á sí mismo con todas estas excelencias que de Dios recibió, y considerando esto, produce en su entendimiento un Salomon inteligible: que es un concepto, y una como imágen que representa todo lo que hay en Salomon. Y como esta perfeccion así representada sea tan excelente, síguese luego amor de cosa tan digna de ser amada. Pues en esta inteligencia tenemos tres cosas; la primera es Salomon, que conoce su perfeccion; la segunda es el concepto que dentro de su entendimiento forma della, y la tercera el amor que deste conoscimiento procede. Pues esto mismo confesamos en aquella altísima emanacion de las personas divinas. Mas todavía hay muchas diferencias de lo uno á lo otro, especialmente esta: que en el hombre este concepto y amor de sí mismo son accidentes; mas en Dios no son accidentes sino substancia, y no otra que la del mismo Dios. Ni se debe nadie espantar de lo que aquí decimos, conviene saber: que el Padre Eterno entendiendo á sí mismo engendra y produce la persona del Hijo; pues cada dia vemos una cosa en algo semejante á esta, y es, que mirándose una persona en un espejo, produce en él una imágen que representa perfectamente su propria figura. Pues luego ¿qué maravilla es que aquel Padre soberano (cuya virtud y poder es infinito), mirando á sí mismo produzga dentro de sí la imágen perfectísima de su Hijo? Sino que la diferencia está en que aquella imágen del espejo es accidente, mas esta es persona subsistente que por sí tiene su sér. Mas en esto tambien corre la comparacion, que si siempre estuviese una persona mirándose al espejo, siempre estaria produciendo aquella figura, y así, porque el Padre celestial está siempre mirando su divina esencia, siempre está produciendo la persona del Hijo. Y es cosa tan propria de Dios estar siempre contemplando su infinita esencia y hermosura, que dice Aristóteles que ninguna cosa hay proporcionada y adecuada al entendimimiento divino, sino la gloria de su divinidad y esencia, y que sería contra la dignidad de aquella altísima substancia abajarse á entender otra cosa mas que á sí misma. Lo cual glosa Sancto Tomas (v) diciendo que no por eso deja de entender y conocer todas las otras cosas inferiores; porque en su misma esencia, como en un espejo universal y purísimo, las ve todas.

§. III.

De otras dos semejanzas para mayor explicacion deste soberano misterio.

Otra semejanza ponen de nuestra ánima y de sus potencias, que son memoria, entendimiento y voluntad, aplicando la memoria (en la cual está el depósito de todas las ciencias) al Padre (x), en quien están todas las riquezas de la divinidad; y el entendimiento al Hijo, el cual (como dijimos) es producido por el entendimiento del Padre; y la voluntad (que es la potencia con que amamos) al Espíritu Sancto, que procede de la voluntad del Padre y del Hijo juntamente. Y estas tres potencias del ánima no son tres ánimas, sino una sola.

Tambien se pone aquí otro comun ejemplo del sol, que es la mas excelente de las criaturas corporales, y así en muchas cosas tiene semejanza con su Criador, como arriba dijimos. Pues en el sol vemos tres cosas, que son el mismo sol, y la luz que nace dél, y el calor que procede de ambos. Por lo cual el Apóstol llama al Hijo de Dios resplandor de la gloria del Padre, y el Sabio (y) lo llama blancura de la luz eterna, y espejo sin mácula de la majestad de Dios. Donde tambien es de notar, que así como el sol sin jamas cesar produce la luz, y el uno y el otro al calor: así el Padre Eterno siempre está produciendo la luz eterna de su Hijo, y ambos juntos al Espíritu Sancto. Y así como si el sol fuera

(r) Psal. 148. (s) 1. Joan. 4. (t) 3. Reg. 4.

(v) 1. q. 14. art. 5. (x) Coloss. 2. (y) Hebr. 1. Sap. 7.

eterno, juntamente fuera eterna la luz que dél procediera, y el calor de ambos: así por cuanto el Padre es ab eterno, así el Hijo y el Espíritu Sancto son ab eterno; de modo que no hay aquí primero, ni postrero, sino todas las personas divinas abrazan una misma eternidad. Esta es una comparacion tomada desta excelentísima criatura; mas todavía desfallece la verdad; porque así la luz como el calor son accidentes que no tienen sér por sí; mas las personas divinas tienen su proprio y perfecto sér.

§. IV.

Respóndese á una objeccion, que contra esta doctrina hace la bajeza del entendimiento criado.

CATECÚMENO.

En gran manera estoy satisfecho con la declaracion dese divino misterio; porque pues estoy obligado á creerlo explícitamente, entienda lo que tengo de creer, para que la ignorancia dél no haga formar en mi ánima otro concepto del que debo tener. Mas con todo eso para mayor satisfaccion mia quiero proponeros aquí las objecciones que la gente incrédula puede oponer en esta materia. La cual como está habituada á no creer otras cosas sino á las que ve tener semejanza con las que comunmente trata, no quiere admitir lo que no ve en ellas. Y porque en las criaturas racionales donde hay una substancia, no hay mas que una persona, extrañan lo que confesamos en este misterio, que es ser tres las personas, y no haber en ellas mas que una sola substancia.

Maestro. Bien entendió Tulio (z) esa condicion de los entendimientos humanos. Y por eso tratando de la excelencia de Dios, y viendo que los hombres querian medir á Dios por las cosas que veian con los sentidos, y entendiendo cuán grande yerro era este, dijo que era cosa dificultosa apartar al hombre de la costumbre de los sentidos (como arriba alegámos), siendo necesario para conoscer á Dios dejar acá abajo todo lo que se ve, y levantar el entendimiento á considerar una substancia altísima, la cual infinitamente dista de todo ello. Por tanto respondiendo á lo que decis, no solamente no es esa razon contra la verdad deste misterio, mas ántes hace por ella. Porque si (como decimos), es infinita la distancia que hay entre el Criador y sus criaturas, necesariamente ha de haber en él cosas diferentísimas de todas ellas, y esta que decimos es una. Pondréos ejemplo en los reyes de la tierra, en los cuales vemos singulares y proprias excelencias que no se hallan en alguno de sus vasallos, como son corona real, sceptro, y suprema jurisdiccion, y mando en todo el reino, y otras cosas que á él solo y no á otro pertenecen. Pues si en el rey hay cosas proprias y singulares que no se hallan en sus vasallos, siendo tambien hombre como ellos, ¿cuánto mas razon será haber cosas singulares en Dios que no las haya en las criaturas, pues él es Criador, y ellas cosas criadas, siendo infinita la distancia que hay entre él y ellas? Pues siendo esto así, ¿qué locura es querer proporcionar el sér divino con el sér humano, ó con todo otro sér criado, y porque en este, donde hay una substancia no hay mas que una persona, querer que en aquella altísima naturaleza se guarde esa misma regla? ¡Oh desatino intolerable de los que por sí quieren medir á Dios! Si su sér es infinito, inmenso, incomprehensible, el cual (como decimos), dista con infinita distancia de todo sér criado, ¿qué maravilla es haber en él cosas que en ningun sér criado se hallan? Eso pide la singularidad de su gloria, y la infinita distancia de nuestra naturaleza. Y pues él tuvo por bien revelarnos esta excelencia suya por palabra de su unigénito Hijo, y esto no es cosa que implique contradiccion, es mucha razon que captivemos nuestro entendimiento, y lo humillemos ante esta soberana Majestad, y reverenciemos y adoremos este divino sacramento, y nos gloriemos de tener un Dios tan alto que sobrepuja con infinita distancia toda facultad de nuestro sér, y de nuestro entender.

(z) Tullio lib. 1. de Nat. Deor.

§. V.

Proprio conocimiento con que ha de pensar el hombre las cosas divinas.

Pues segun esto quien quisiere navegar por este mar tan profundo, y librarse de los peligros de los herejes, en dos cosas le conviene poner los ojos: que son la soberanía de aquella altísima substancia, y la bajeza de nuestro entendimiento. Tal es él, que ningun entendimiento criado lo puede comprehender; y eso es lo que significó David en el salmo 17, cuando dijo que Dios habia cercado de tinieblas el tabernáculo donde moraba. En las cuales palabras da á entender ser aquella divina substancia tan alta y tan remontada á todos los entendimientos criados, que es imposible por su propria virtud llegar á entenderla. Y por esto aquellos dos serafines que Esaías (a) vió estar al lado de Dios predicando sus alabanzas, dice que cubrian el rostro y los piés de Dios: para dar á entender que no eran poderosos para comprehender la inmensidad de su eternidad, que ni tiene principio, ni fin.

Por tanto no se debe maravillar el hombre que no llegue á entender cosa tan soberana, y que por alta la pierda de vista, quien la tiene tan limitada y tan corta. Divinamente dijo Sant Gregorio (b) que quien no halla razon en las cosas de Dios, en su propria pequeñez y rudeza hallará la causa por qué no la halla. Por lo cual nos aconseja Salomon, diciendo (c): No te arrojes á hablar de Dios, ni seas fácil para tratar dél; porque Dios está en el cielo, y tú en la tierra. En las cuales palabras quiso dar á entender la alteza de Dios, y la bajeza del hombre: el cual dista tanto del saber y de la excelencia de Dios, como el cielo de la tierra, y mucho mas. Por lo cual no se ha de arrojar una criatura tan ignorante, y que tantas veces se engaña, á determinar atrevidamente las cosas de Dios.

Es tan corto el saber del hombre, y tan limitados los términos de su entendimiento, que vinieron á decir los filósofos que la mayor parte de lo que sabemos, es la menor de lo que no sabemos. Esto es, que todo aquello á do puede llegar la vista del entendimiento humano, es muy pequeña parte en comparacion de lo que le queda por saber. Y está clara la razon; porque nuestro entendimiento encerrado en la cárcel deste cuerpo, no puede entender sino lo que alcanza por relacion destos sentidos corporales, y por lo que destos se puede seguir. De modo que no se extiende al conocimiento de las cosas espirituales, que son mucho mas excelentes, sino es por algunas conjecturas y discursos. Y de aquí procedió aquella tan celebrada sentencia de Aristóteles, el cual dice que así se há nuestro entendimiento para entender las cosas altísimas y clarísimas de naturaleza, como los ojos de la lechuza para ver el sol. Y de aquí es, que siendo Dios la cosa mas inteligible del mundo por la per-

(a) Esa. 6. (b) Lib. 9. Mor. cap. 11. (c) Eccl. 5.

feccion y constancia invariable de su sér, es la que ménos entendemos. Por lo cual dijo muy bien un filósofo que así como ninguna cosa hay mas visible que el sol, y ninguna que ménos se pueda ver (porque el resplandor de sus rayos reverbera nuestra vista): así ninguna cosa hay que de suyo sea mas inteligible que Dios, y ninguna que ménos se entienda por la alteza de su sér.

Y á este propósito hace lo que Tulio refiere en los libros de la Naturaleza de los Dioses. Donde dice que preguntando Hiero, rey de Sicilia, á un filósofo llamado Simónides, qué cosa era Dios, pidió el filósofo plazo de un dia para responderle. Y como pasado este dia le pidiese la respuesta, tornó á pedir espacio de dos dias. Y como cada vez doblase el espacio de los dias que pedia, maravillado el Rey desto, y preguntándole por qué lo hacia así, respondió que cuanto mas pensaba en Dios, tanto mas dificultoso hallaba el conocimiento dél. La razon desta dificultad es, que (como ya dijimos) no puede conocer nuestro entendimiento sino lo que entra por la puerta de los sentidos corporales, y por eso no puede entender sino por medio de las imágines de las cosas corporales que entran en nuestra ánima. Pues como Dios en cuanto Dios no tenga cuerpo (por ser espíritu purísimo), no hay imágen por la cual nos pueda ser representada su esencia; y por eso no puede ser entendida. Y por la misma causa tampoco puede ser entendida la del ángel, porque tambien es espíritu; y asi no hay imágen con que pueda representarse á nuestro entendimiento. ¿Qué mas diré? Que hasta hoy ningun filósofo ha podido entender la esencia de nuestras ánimas, con cuya virtud vivimos, y nos movemos, y usamos de todos los sentidos, y disponemos y ordenamos todas las cosas; y experimentando todos los efectos della, no podemos conocer su esencia y substancia, porque tambien es espíritu como el ángel. Pues si esto que traemos entre las manos no alcanzamos, ¿qué locura es pensar de alcanzar la manera del sér altísimo de aquella espiritualísima substancia, y no creer que hay en ella lo que nuestra flaca razon no alcanza?

Mas ¿qué digo yo alcanzar á Dios, como sea verdad que la mayor parte de sus obras no conocemos perfectamente? Por lo cual dijo Salomon (*d*): Así como no sabes cuál sea el camino del aire, y de qué manera se fabrican y enlazan los huesos en el vientre de la mujer preñada, así no conoces las obras de Dios, que es el autor de todas las cosas. Porque ¿quién podrá saber cómo de una tan simple materia procede tanta variedad de miembros, de huesos tan perfectamente enlazados unos con otros, y tantas diferencias de miembros y sentidos, diputados para sus oficios; y que de la misma materia una parte se endurezca en los huesos y niervos, y otra se enternezca en carnes y venas? Y no contento este sabio con este ejemplo, acrescienta estas palabras (*e*): Entendí que no puede el hombre alcanzar la razon de todas las obras de Dios que se hacen en este mundo. Y cuanto mas trabajare por alcanzarlas, tanto ménos las alcanzará; y aunque el Sabio diga que las entenderá, no saldrá con lo que promete. Esto dice Salomon por razon de la imperfeccion de nuestro conocimiento: el cual no puede ser perfecto, pues (como los filósofos dicen) no conocemos las diferencias y esencias de las cosas. Pues si estas cosas tan palpables y tan cuotidianas no alcanzamos, ¿cómo presumimos alcanzar al Criador dellas, cuyo sér está infinitamente levantado sobre todas ellas? Mas ¿qué digo de las obras de Dios, pues apénas sabemos las de los hombres? Si mostraren una pieza de seda ó de carmesí á quien nunca la vió, y le preguntaren cómo se pudo hacer aquella obra tan hermosa de las babas de unos gusanillos, ¿qué responderá? Y si os mostraren un hermoso vaso de vidrio rajado, y os preguntaren cómo se pudo aquella pieza hacer de una yerba, y de arena, y esto con solo un soplo; si nunca viste horno de vidrio, ¿qué diríades? Y aun si preguntare al mas sabio de los hombres, cómo hacen las abejas su miel, y su cera, y sus vasos donde guarden su miel, no me sabrá responder. Pues ¿cómo quiere un hombrecillo tan ignorante, que no alcanza lo que sabe hacer un animalillo tan pequeño, subir sobre todos los cielos, y comprehender con su razon la manera de aquel altísimo y soberano sér?

Pues ¿qué resta aquí, sino decir con aquel sabio (*f*): Dificultosamente alcanzamos, Señor, las cosas que están en la tierra, y con trabajo llegamos á entender las cosas que tenemos ante los ojos; pues ¿quién alcanzará las cosas que están en el cielo?

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para humillar nuestro entendimiento, y para que no digamos que no puede ser lo que nosotros no podemos entender; pues son tantas otras cosas mucho menores, y que traemos entre las manos, que no entendemos. Antes quiero agora concluir que eso que los infieles tienen por estropiezo para no creer esta verdad, es una de las principales causas por do ella debe ser creida. Porque ¿qué cosa hay mas conforme á razon, que sentir altísimamente del que es altísimo, y atribuirle el mas alto y mejor sér de cuantos nuestro entendimiento puede alcanzar? Y cuando hubiéremos alcanzado dél cosas muy altas, creamos que hay otras infinitas que no podemos entender. Porque pequeño Dios fuera el que nuestro flaco entendimiento pudiera abarcar y comprehender; y así no fuera Dios, porque no lo puede ser sino siendo infinito; y lo que es infinito, está claro ser incomprehensible. Así que el no entender nosotros la alteza deste misterio, tiene rastro y olor de ser cosa de Dios; pues por ser (como decimos) infinito, necesariamente ha de ser incomprehensible. He dicho esto, hermano, tan por extenso, porque en esta tan alta materia de la sanctísima Trinidad parecióme (como arriba dije) que lo que principalmente debia tratarse, era humillar al hombre, y darle á conocer su poco saber; para que no quisiese con sus ojos lagañosos mirar al sol de hito en hito, esto es, para que no se atreviese con su entendimiento tan ratero á escudriñar este misterio; pues no nos mandan que lo entendamos sino que lo creamos.

Catecúmeno. En gran manera, Maestro, he sido consolado con lo que habeis dicho; y agora veo con cuánta razon dijo Sant Gregorio, como alegastes (*g*), que el que no halla razon en las cosas de Dios, en su propria pequeñez y ignorancia la hallará. Mas ya es tiempo que bajemos de la alteza del misterio de la sanctísima Trinidad, y divinidad del Hijo de Dios, al de su sanctísima humanidad. Porque pues hasta aquí habeis tratado de lo que toca al sanctuario interior (que es la divinidad, que dentro de aquella sagrada humanidad estaba encerrada), conviene que trateis de lo que pertenece al sanctuario exterior, que es esa sagrada humanidad que parece por de fuera. Porque los infieles (cuyos ojos cegó el Príncipe de las tinieblas para que no viesen el resplandor de la gloria de

(*d*) Eccles. 11. Chrisost. Homil. 4. sup. Matt. (*e*) Eccles. 8.

(*f*) Sap. 9. (*g*) Libr. 9. Mor. cap. 11.

Cristo) tropezaron en la humildad de su sagrada humanidad, y en la pobreza y aspereza de su vida, y en la ignominia de su muerte. Y porque ya he comenzado á entender cuánta gloria está encerrada debajo desa que parece ignominia, querria que no tomásedes por trabajo declararme la conveniencia y gloria que en estas tres cosas está encubierta.

M. A mucho me obligais en pedir eso; porque este misterio es tan profundo, y de tanta majestad, que ni con lenguas de ángeles puede ser dignamente declarado. Y si no fuese por la obligacion que los hombres redemidos tenemos de traer siempre tan presente la memoria deste summo beneficio, sería grande temeridad querer explicarlo con lengua mortal.

Mas al presente trataré con toda brevedad lo que sirve para vuestra instruccion. Y aunque desta materia se trata en la tercera parte desta escriptura mas á la larga, pero la materia es tan copiosa y tan rica, que por muchas veces que se trate, siempre hay cosas nuevas que decir; y las ya dichas se explican mas en unos lugares que en otros. Mas porque teneis bien que pensar en lo que hasta aquí habemos dicho, quedará lo demas para el dia siguiente.

DIALOGO IV.

De la humanidad de Cristo nuestro Salvador.

CATECÚMENO.

Quiero, Maestro, comenzar por la cosa que segun la órden de la doctrina se debe tratar primero: que es cómo sea posible ser Cristo nuestro Salvador, Dios y hombre juntamente.

Maestro. Bien sabeis que á Dios ninguna cosa es imposible, sino solo lo que implica contradiccion, como es ser, y no ser; y como esto no la implique, no tenemos que dudar del poder de Dios. Y si confesamos que él juntó en un subjecto dos cosas tan distantes como son una ánima (que es substancia espiritual como los ángeles) con una cosa tan material como es el cuerpo humano, no es mucho de espantar que ayuntase dos naturalezas, divina y humana, en un mismo supuesto. Y así como el ánima y el cuerpo no son dos hombres, sino uno solo, así la naturaleza divina y humana ayuntadas en una persona, son un solo Cristo. Desto tenemos ejemplo muy palpable en un árbol enjerto, donde una rama es de una casta, y otra de otra diferente. Y con ser estas ramas de naturalezas diversas, no decimos que sean estos dos árboles, sino uno solo; porque no tienen mas que una sola raiz, y un tronco que las sustenta. Pues así, aunque en Cristo nuestro Salvador haya dos naturalezas, divina y humana, no por eso hay dos Cristos, sino uno solo, por ser una la persona divina que sustenta ambas naturalezas.

C. Satisfecho quedo con esa razon de la omnipotencia de Dios, y con ese ejemplo, que, aunque sea de cosa material, declara bien á los que somos rudos y materiales la razon dese misterio. Agora querria que comenzásedes á tratar de la gloria que está encerrada en esta figura tan humilde de nuestra humanidad.

M. Para eso quiero traeros á la memoria aquellas palabras que el Salvador dijo á los discípulos de Sant Juan Baptista (*a*): Bienaventurado aquel que no fuere escandalizado en mí. Quiere decir: Bienaventurado aquel que viendo la humildad de mi humanidad, y la pobreza y aspereza de mi vida, y la ignominia de mi muerte, no deja por eso de conocer la gloria de la divinidad que debajo desa humanidad está encubierta. Estas cosas susodichas fuéron escándalo y tropiezo á los infieles para no conocer ni recebir al Salvador, pareciéndoles ser estas cosas bajas, y indignas de aquella soberana Majestad. Y para que ninguna dellas altere vuestro corazon, declararos he cómo en todas ellas no solo no hay ignominia, sino grandísima gloria. Y despues que vuestro entendimiento esté asentado y fijo en el conocimiento desta verdad, tratarémos luego de lo que sirve para mover la voluntad al amor deste Señor, y admiracion deste misterio.

§. ÚNICO.

Cuán gloriosa cosa fué para Dios vestirse de nuestra humanidad.

Y comenzando por la primera destas tres cosas, quiero declararos cómo juntarse el Hijo de Dios con nuestra humanidad, no solo no fué cosa indigna de su majestad, sino muy gloriosa. Para la inteligencia desto acordáos que en la plática pasada os probé por autoridad de las sanctas Escripturas (*b*) la divinidad de Cristo nuestro Salvador, declarando cómo en él ponian los profetas dos nacimientos: uno ab eterno, en que nace del Padre, y otro temporal, en que nació de la Madre; y por esta causa confesamos ser él Dios y hombre: Dios ab eterno, y hombre en tiempo. Pregúntoos agora pues: Ya que Dios tuvo por bien de juntar consigo en una misma persona esta sagrada humanidad con tan estrecha union y liga, que con verdad se diga que Dios es hombre, y el hombre es Dios, ¿qué riquezas y gracias os parece que se le darian, siendo ella sublimada al mas alto sér, y á la mayor dignidad y gloria de cuantas toda la omnipotencia de Dios puede dar?

Catecúmeno. Por cierto razon era que todas las gracias y excelencias que estaban en todos los tesoros divinos, y toda la gloria que el entendimiento humano y angélico puede comprehender, se habia de communicar á la humanidad levantada á ese tan alto sér.

M. Decis muy bien. Porque el estilo de nuestro Señor es, cuando diputa alguna persona para alguna dignidad ó oficio, darle perfectísimamente todo lo que se requiere para la administracion dél. Porque decir lo contrario sería poner mácula en las obras de Dios. Desta manera habiendo escogido los profetas para reprehender los pecados de su pueblo, los hizo él sanctísimos, y libres de pecado. Por esto á Hieremías (*c*) sanctificó ántes aun que naciese, en el vientre de su madre; y á Esaías (*d*) envió un serafin, el cual le purgó los labios con una brasa que tomó del altar de Dios. Dióles otro sí fortaleza para que ni temiesen la muerte, ni la ofension de aquellos cuyos vicios reprehendian. Y así dijo uno dellos (*e*): Yo estoy lleno de la fortaleza de espíritu del Señor, de juicio y de virtud, para denunciar á la casa de Jacob sus maldades y pecados. Pues en el Nuevo Testamento ¿qué gracias dió á los apóstoles para predicar el Evangelio, y plantar la fe en el mundo? ¿Qué cosa mas admirable, que decendir el Espíritu Sancto en forma visible sobre ellos, y darles lenguas, para que en todas las lenguas del mundo lo predicasen? Así que este es el estilo general de Dios: cuyas obras son perfectísimas, como él lo es.

Pues tornando á nuestro propósito, como Dios escogiese aquella sagrada humanidad para lo que está di-

(*a*) Matth. 11.

(*b*) Mich. 5. (*c*) Hierem. 1. (*d*) Esai. 6. (*e*) Mich. 3.

cho, claro estaba que le habia de dar todo lo que se requeria para tan alta dignidad. Si un rey casase con una doncella de baja suerte, como lo hizo el gran rey Asuero con Ester (*f*), cierto es que juntamente con el título de reina le habia de dar todo lo que pertenecia á aquella dignidad real. Pues como el Hijo de Dios desposase consigo aquella sancta humanidad con muy mas estrecha union y vínculo que hay entre los casados, de suyo estaba que la habia de sublimar y engrandecer con todas las riquezas y gracias que para esto eran necesarias. Pues conforme á esto decimos que fuéron tantas las riquezas, y tesoros, y poderes; tantos los dones, y gracias, y hermosura que fué dada á esta esposa del Rey soberano, que si pusiéremos á una parte la hermosura de todos los ángeles, y querubines, y serafines, y de todo cuanto Dios tiene criado en cielos y tierra, y cuanto mas su infinita potencia puede criar; y en otra sola esta sagrada humanidad, aquí se hallarán sin comparacion mayores riquezas, mayores gracias, mayor dignidad y hermosura que en todo lo otro junto: ántes digo que todas estas gracias y hermosuras no resplandecerian mas ante la desta sagrada humanidad, que las estrellas en presencia del sol. Y siendo esto así, no solo no fué ignominia, sino grandísima gloria, juntarse con nuestra humanidad, aunque fuese tan baja por naturaleza; porque en eso mostró él la grandeza de su poder, en levantar tanto por gracia lo que tan bajo era por naturaleza. Lo cual vió en espíritu aquel sancto rey y profeta cuando dijo (*g*): El Señor ha reinado y se ha vestido de hermosura, y ceñido de virtud. Y todo esto se infiere en consecuencia necesaria, despues de fundada y probada la divinidad del rey Mesías, como arriba la probamos.

Juntad con esto, que si este Señor por vestirse de nuestra humanidad dejara de ser lo que era, ó adquiriera algo de nuevo que él no tuviese, ó fuera por alguna via forzado á hacer lo que hizo, pudiéramos poner aquí alguna nota de ignominia. Mas nada desto se puede decir; porque haciéndose él lo que no era, no dejó de ser lo que era, pues es imposible dejar Dios de ser Dios. Ni tampoco adquirió por esto algo de nuevo; pues en aquella altísima y simplicísima substancia no puede caber accidente. Ni tampoco fué forzado á hacer lo que hizo; pues no tiene aquel supremo Señor quien le pueda forzar á nada. Mas él por solas las entrañas de su infinita misericordia y bondad quiso vestirse deste nuestro hábito por los inestimables fructos y provechos que por este misterio nos vinieron, de que ya tratamos. Esto se ha dicho aquí brevemente. Arriba se trató mas por extenso esta materia, procediendo por toda la vida del Salvador, y declarando por toda ella cuán llena y acompañada de gloria fué aquella humildad y humanidad que por nuestra causa tomó.

C. No hay entendimiento que no quede rendido y convencido con el fundamento tan claro desa verdad. Los maestros de los hebreos que en un tiempo me enseñaron, ó por mejor decir, me engañaron, aunque niegan la divinidad del Mesías, todavía confiesan ser grande y admirable su dignidad. Y así aquellas palabras que Dios dice por Esaías (*h*): Mirad que mi siervo será ensalzado, y levantado, y sublimado; glosan ellos desta manera: Será ensalzado mas que Abraham, y levantado mas que Moisen, y sublimado mas que los ángeles. Y si los miserables abriesen los ojos, y conociesen la divinidad del Salvador tan claramente testificada en las Escripturas, fácilmente creerian todo lo demas que aquí habeis dicho.

Mas deseo saber qué fructos se siguieron desa tan grande obra; porque hacerse Dios hombre no habia de ser para pequeñas cosas, sino para muy grandes.

M. Los fructos que de aquí procedieron, podrá contar quien contare las estrellas del cielo: de los cuales algo tratamos ya. Mas agora no quiero declararos mas que uno. Para lo cual habeis de saber que la summa de toda nuestra cristiandad y felicidad consiste en la caridad: que es en unir nuestro espíritu por amor con Dios, y hacernos una cosa con él. Esto tenia dos grandes dificultades: una era la alteza de aquella purísima y altísima substancia, infinitamente levantada sobre todo lo criado, y otra la grosería de nuestra naturaleza, tan subjecta á estos sentidos exteriores, que no puede entender sino lo que entra por ellos, y apénas puede amar sino lo que conoce por ellos. Pues como sea tan grande la rudeza de la mayor parte de los hombres, que con dificultad se podian acomodar á amar un espíritu tan alto, y tan desproporcionado con el suyo (porque el amor amasa de tal manera los corazones que de dos hace uno), buscó para esto remedio aquella infinita bondad y sabiduría, acomodándose á la capacidad de su criatura, y vistiéndose de su misma naturaleza, y cubriendo el resplandor de su gloria con el velo de nuestra carne: para que, como dice Sant Bernardo (*i*), el hombre tosco y rudo que no se podia aplicar á amar sino carne, hallase en aquella sacratísima humanidad y carne, y en todas las obras della, grandísimos estímulos y motivos de amor. Remedio es este de que suelen usar los médicos con los dolientes que tienen hastío de los manjares saludables. Porque en este caso envuelven los provechosos con los que les son mas gustosos. Y con esta invencion hacen que el doliente coma lo que le conviene. Bien creo que entenderéis la aplicacion desta ejemplo al propósito que tratamos, y por eso le dejo á vuestra discrecion.

Mas otro ejemplo os quiero yo agora poner, que me da grande consolacion todas las veces que lo pienso. Escriben Suetonio Tranquilo, y Cornelio Tácito entre las crueldades de Neron una muy horrible. Dicen que en las fiestas públicas mandaba echar los lebreles á los sanctos mártires, para que los despedazasen. Mas como los lebreles no tocasen en ellos, usaba el cruelísimo tiranno desta invencion, que mandaba vestir los cuerpos desnudos de los sanctos, de pieles de fieras, para que á los lebreles, acostumbrados á esta montería, creciese el coraje, y los acometiesen con mayor braveza. ¿Qué dirémos aquí, hermano? ¿Qué será razon que sintamos? Muy mas piadoso es nuestro Criador, que Neron cruel; y mas sabio para buscar invenciones para hacernos bien, que aquel tiranno para hacer mal. Pues si este buscó esta invencion para encender el furor y rabia de los perros contra los hombres, mucho mas convenia á aquella inmensa bondad buscar invenciones para encender los corazones de los hombres en el amor de Dios. Y por cuanto ellos por su gran rudeza no arrostraban á amar á Dios puro y desnudo de carne, vistióse él desa misma carne, para que los que no sabian amar sino carne, hallasen en él tantos motivos de amor, cuantos

(*f*) Esth. 2. (*g*) Psalm. 92. (*h*) Esai. 52.

(*i*) Ser. 3. in Nat. Domin. et in Epiph. serm. 1.

pasos dió él por ellos en esta vida, vestido desa misma carne. Y el fructo desto nos muestra la experiencia en todas las ánimas devotas: las cuales andando como abejas por todas las flores de los misterios de la vida y muerte del Salvador, dende el pesebre hasta la Cruz, cogen de ahí miel de suavísima devocion, con la cual reciben pasto de vida, y crecen mas en el amor de aquel Señor que tales pasos por ellos dió. Estas pues son aquellas invenciones que manda Esaías notificar al mundo, cuando dice (*k*): Predicad en los pueblos las invenciones que Dios buscó para nuestro remedio; y acordáos que es muy alto su nombre. Como si dijera: A tan gran bondad y misericordia como es la suya, tales obras y invenciones convenian. Por tanto, hermano, cuando oyéredes este nombre *Jesus* (que es nombre de hombre) no habeis de concebir solamente hombre, sino Dios infinitamente amable; mas vestido y ayuntado con nuestra humanidad, para que así lo pudiésemos mas fácilmente conoscer, amar y imitar: que son tres cosas en que consiste la summa de toda nuestra felicidad. Y por tanto cuando oyéredes nombrar este glorioso nombre, inclinad devotamente no solo la cabeza, sino mucho mas el ánima y el corazon. Este es pues uno de los fructos, entre otros muchos, que se siguieron del misterio de la sancta Encarnacion.

C. Dios os pague, Maestro, esa invencion que vos tambien buscastes para darme á sentir el beneficio de la encarnacion del Hijo de Dios. Porque con ella me habeis dado unos ojos amorosos con que sepa yo de aquí adelante mirar ese Señor. Mas ya que tambien habeis fundado la dignidad y gloria de la sagrada humanidad, declarad agora cómo en la pobreza, aspereza y humildad de la vida dese Señor, está tambien encerrada otra grande gloria. Mas porque tengo hoy bien que rumiar en lo dicho, quedará esta materia para el dia de mañana.

DIALOGO V.

Que trata de la pobreza y humildad con que el Salvador vivió en el mundo.

CATECÚMENO.

Bien sabeis, Maestro, cuán dulce es para las ánimas que están dispuestas, el manjar de la palabra de Dios. Lo cual experimentaba muy bien aquel sancto Rey, cuando decia (*a*): ¡Cuán dulces son, Señor, para mi garganta vuestras palabras! Mucho mas dulces son que la miel para mi boca. Por esto creo que no extrañaréis mis importunas preguntas acerca de nuestros misterios. Y como ladron de casa puedo decir que una de las cosas en que tropieza esta gente ciega, es la pobreza, aspereza de vida y humildad en que el Salvador vino al mundo. Porque esperaban ellos un Mesías mas rico que Salomon, y mas poderoso y victorioso que Julio César ó Alejandre Magno; y que este los habia de hacer tambien ricos y grandes señores.

Y como ven agora todo lo contrario en la vida del Salvador, que fué tan áspera, tan pobre y tan humilde, vienen á ofenderse, y padecer el escándalo que sabeis.

Maestro. ¡Oh cuánta diferencia hay, hermano, entre el juicio de los hombres espirituales y de los carnales (*b*)! ¡Oh con cuánta razon dijo el Apóstol (*c*) que el hombre animal no entendia las cosas del espíritu de Dios! Digo esto, porque aunque Cristo sea hermosísimo en todas sus obras, no ménos lo es en esta que á los ojos de carne parece escura y fea. Y digo hermosa, porque la verdadera hermosura en las cosas espirituales es la proporcion y consonancia que tienen entre sí, y entre los medios con los fines á que se ordenan: lo cual veréis agora por lo que diré.

Mas para esto habeis de saber que la primera raiz y fuente de cuantos pecados se cometen en el mundo, es el amor desordenado de sí mismo. Porque esto es, como dice Sant Augustin (*d*), el que edifica la ciudad de Babilonia: que es la congregacion de los hijos de confusion y de perdicion. Ca deste mal amor nacen otros tres amores, que son causadores de todos los males del mundo: conviene á saber, amor desordenado de honra, y de hacienda, y de deleites. Sino, ponéos á contar ¡cuántas maneras de males, cuántas guerras, cuántos bandos y disensiones, cuántos odios y invidias habrá causado en el mundo este amor de honra cuando se desmanda y desordena! Pues ¿qué diré del amor excesivo de la hacienda, la cual dice el Apóstol (*e*) que es raiz de todos los males? Y ¿qué diré del apetito de los deleites? ¡De cuántos insultos, y adulterios, y regalos, y gastos excesivos es causa! Mas ¿para qué me pongo á contar en particular estos males, pues vos sabeis que todos los enjambres de vicios, y todas las invenciones de pecados y maldades de los hombres perversos nacen destas tres pestilenciales raices (*f*)? Pues segun esto, si una de las principalísimas cosas que el Salvador pretendia en su venida era desterrar los pecados del mundo, como toda la Escritura testifica (*g*), ¿qué habia de hacer, sino poner el cuchillo á la raiz de todos estos males, condenándolos con el ejemplo y autoridad de su persona y de su vida sanctísima? Pues por esta causa convenientísimamente escogió la pobreza, para desterrar del mundo la cobdicia; y la humildad, para confundir nuestra soberbia; y la vida áspera y trabajada, para condenar la desórden de nuestros regalos y deleites. Pues ¿qué otra traza y manera de vida pudiera venir mas á propósito para este fin, que esta?

Mas pasa aun el negocio mas adelante; porque no solo sirve la mortificacion destos tres malos amores para cortar las raices de todos los pecados, sino tambien para llegar á la cumbre de todas las virtudes, y alcanzar por esta via la felicidad y bienaventuranza que en esta vida se puede alcanzar. Porque cierto es que el centro de nuestra felicidad, donde el ánima tiene cumplido reposo, es Dios; y tambien es cierto que lo que la detiene para no llegar aquí, son las cadenas de las aficiones desta vida, que son estos tres malos amores que dijimos: los cuales tienen presa, y no la dejan subir á lo alto (donde está su felicidad), porque estas siempre tiran por ella, y la abaten á las cosas de la tierra. Pues si ella se viere suelta destas prisiones, no habrá cosa que la detenga y embarace en esta subida. Porque así como si quitáredes á la piedra que está detenida en lo alto las cosas que allí la detienen, ella luego por sí misma caerá, y descendirá á lo bajo (que es su lugar natural), así tambien (como Dios sea, segun dijimos, el centro y último fin de nuestras ánimas, las cuales están captivas y

(*k*) Esai. 12. (*a*) Psalm. 118. (*b*) 1. Cor. 1. (*c*) 1. Cor. 2.

(*d*) Aug. in Psalm. 26. enarr. 2. non long. á fin. tom. 8. et de Civ. Dei, lib. 14. cap. 28. tom. 5. et in Apocal. Hom. 15. 16. Append. tom. 9. (*e*) 1. Timot. 6. (*f*) 1. Joan. 2. (*g*) Num. 35. Esai. 35 53. etc. Psalm. 114. Osee 13. Habac. 3. Mat. 9. Marc. 2. Luc. 5. Rom. 5. etc.

presas con las aficiones y cuidados de las cosas terrenas), quitadas estas de por medio, luego el ánima como substancia espiritual, hecha á imágen de Dios, caminará derechamente á él como á su centro y último fin, en quien se halla cumplido reposo, entera paz y verdadero descanso; aunque esta subida no se hace sin el favor sobrenatural de la divina gracia. Pues siendo esto así, ¿qué otra manera de vida habia de escoger aquel Señor que venia á sanctificar y beatificar los hombres, sino esta que habemos dicho, pobre, humilde y trabajosa; para que en ella viesen los amadores de la perfeccion, y de la verdadera felicidad, que han de caminar por esta vereda que el Salvador caminó, amando la humildad, deseando la pobreza y abrazando los trabajos, sin los cuales nadie llega á la cumbre de la perfeccion? De modo que estas tres virtudes, demas de ser cuchillo de todos los vicios, son tambien tres firmísimas columnas sobre que se arma todo el edificio de las virtudes. En lo cual veréis el engaño de los miserables que esperan Mesías lleno de riquezas y deleites, como otro Salomon; y por esto no quieren creer en Cristo pobre, humilde y lleno de trabajos. Yo digo por el contrario, que si así no viniera, no lo creyera; porque no venía de la manera que convenia para el fin que pretendia, que es enseñarnos por su doctrina, y mucho mas por su ejemplo, el camino de la verdadera sanctidad y felicidad, que es el susodicho. En lo cual se ve cuán ciegos están los que creen lo contrario, por no conocer la dignidad y excelencia de los bienes espirituales, y cebarse con la apariencia de los temporales.

§. I.

Aquí se trata en particular de la pobreza de Cristo nuestro Señor.

Mas porque de la humildad del Salvador tratamos adelante, aquí quiero tratar un poco de la pobreza y aspereza de su vida sanctísima. Y lo que agora puedo aquí decir, es confesaros que me da gana de llorar cuando veo una tan extraña rudeza, como es esperar salvador de cuerpos, y dador de bienes temporales, siendo estos tan viles y bajos, y tan indignos de nombre de bienes; y no hacer caso de los bienes espirituales, que son bienes divinos, y tanto mas nobles que los del cuerpo, cuanto es el ánima mas noble. Pero en esto veo lo que los filósofos dicen, que cada uno mide su felicidad con su deseo. Y así el doliente tiene por summo bien la salud, el ambicioso la honra, y el capitan la victoria, y el cobdicioso al dinero. Y desta aficion tan desordenada nace no tener este otro Dios, sino el dinero, ni desear salvador, sino para que le mate esta hambre, y le hincha de dinero. ¿Qué cosa es el oro y la plata (si no cae en buenas manos) sino materia y veneno de mil pecados? ¿No sintió esto un poeta gentil, y harto profano (*h*)? Ya (dice él) comenzó el hierro á destruir y hacer guerra al género humano; pero mas cruel guerra le hace el oro. Y añade mas: que con la cobdicia deste metal, llegaron los hombres á las entrañas de la tierra buscando las riquezas que la naturaleza habia escondido par de las sombras del infierno; las cuales dice que son cebo y nutrimento de todos los males. Y que esto sea verdad, véase por el estrago que han hecho en todas las repúblicas donde ellas entraron. Muy celebrada fué la república de los lacedemonios, con quien hizo alianza Jonatas, summo sacerdote, para ampararse con ella, como se escribe en el libro de los Macabeos (*i*). La cual habiendo florescido mucho en Grecia, así en las artes de la paz como de la guerra, vino finalmente á descaer despues que vinieron á tenerse en precio las riquezas. Pues ¿qué diré de la república romana que tanto tiempo señoreó el mundo? ¿No escriben todas las historias que la mucha prosperidad y abundancia de riquezas acarreó todos los vicios á Roma? ¿No dice Tito Livio que por esta causa habian llegado los romanos á tan grande extremo de males, que ya ni podian ellos sufrir sus vicios, ni tampoco sus remedios? ¿No escribe lo mismo Salustio en el prólogo de su Catilinario? Pues el poeta satírico (*k*) despues de haber referido en la sexta sátira las torpezas abominables de los vicios de Roma, pregunta de dónde habian procedido tantas monstruosidades de vicios; y viene á concluir que ningun linaje de vicios faltó despues que la pobreza antigua de Roma se perdió. Pues ¿qué mayor argumento queremos para ver el peligro de las riquezas, que este? Para hinchirnos de bienes tan peligrosos ¿habia el Mesías de venir al mundo? Pues para la felicidad que en esta vida se puede alcanzar, dice Aristóteles que mas sirve la mediana posesion deste linaje de bienes, que la abundancia dellos. Lo cual confirma Salomon hablando con Dios por estas palabras (*l*): Dos cosas te he pedido, Señor, no me las niegues ántes que muera. No me dés riquezas, ni pobreza; sino lo que bastare para mi mantenimiento. Pues siendo esto así, ¿cómo habia de venir Cristo á dar lo que el Espíritu Sancto por boca deste tan gran sabio como cosa peligrosa desecha? Las riquezas confieso que son cosas indiferentes para bien y para mal. Mas como los hombres por la mayor parte sean mas inclinados al mal que al bien, de aquí es serles las riquezas ocasion de muchos males, mayormente de soberbia, de presumpcion, de ambicion, de estima de sí mismos, de menosprecio de los otros, de olvido de Dios, de confianza mas en sus riquezas que en él, de mayores delicias y regalos de su carne, de inhumanidad para con los miserables, por no saber qué cosa sea miseria: como aquellos de quien dice el Profeta (*m*) que bebiendo en tazas de plata, y llenos de ámbar y de olores, no tenian compasion de la pobreza de Josef. Pues ya ¿qué palabras bastarán para contar las crueldades, las traiciones, y los robos, y maleficios, y las muertes de hermanos y padres que ha causado la cobdicia del dinero? Por donde con mucha razon exclamó aquel noble poeta diciendo (*n*): ¡Oh hambre sagrada del oro, ¿qué males hay á que no fuerces los corazones de los mortales? Y llama á esta hambre sagrada, para dar á entender que han de huir los hombres della, así como recelan tocar las cosas sagradas. Pues el peligro que consigo traen las riquezas, declara el Eclesiástico por estas palabras (*o*): Bienaventurado el varon que no se fué tras del oro, ni puso su esperanza en los tesoros del dinero. ¿Quién es este, y alabarlo hemos? porque hizo maravillas en su vida. El cual siendo probado en el dinero, fué hallado en esta parte perfecto. Porque pudo traspasar las leyes de Dios, y no las traspasó; y pudo hacer mal, y no lo hizo. Todas estas palabras dan á entender los peligros que se siguen de la abundancia del dinero. Por donde muchos filósofos hubo que sin tener lumbre de fe conocieron los daños y desasosiegos que traian consigo las riquezas, y las vinieron á despreciar. De nuestros filósofos no traigo ejem-

(*h*) Ovidio.

(*i*) 1. Mach. 12. (*k*) Juvenalis. (*l*) Prov. 30. (*m*) Amós. 6. (*n*) Virgil. (*o*) Eccli. 31.

plos; porque notoria cosa es que la primera cosa que hacian los sanctos, era renunciar todas las riquezas del mundo, y con ellas los cuidados y obligaciones que traen consigo: para que libres desta carga, estuviesen hábiles para emplear todos sus cuidados y pensamientos en Dios. Lo cual es tan necesario para los que anhelan á la perfeccion, que dijo el Salvador (*p*): Si el hombre no renunciare y despidiere de sí todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo. Lo cual es en tanta manera verdad, que como escribe Filon, nobilísimo autor entre los judíos, de quien muchas veces hacemos aquí mencion, los fieles de su nacion que habian creido, y vivian una vida sanctísima par de Alejandría, la primera cosa que hacian era despedir de sí todas sus haciendas y bienes temporales, para sacudir juntamente con ellos la solicitud y cuidado de gobernarlos; para que desapiolados destos lazos, pudiesen libremente volar á lo alto con sus pensamientos y deseos. Y lo mismo hicieron los fieles de la misma nacion que habian creido en Hierusalem (*q*): los cuales vendian todas sus posesiones, y ponian el precio dellas á los piés de los apóstoles para que lo repartiesen con los pobres. Pues segun esto, ¿cuán léjos estaban estos sanctos varones de desear Mesías para que los enriqueciese, pues ellos por su propria voluntad se desposeian de todas sus riquezas para entregarse del todo al estudio de la perfeccion? Pues ¿quién no verá (siquiera por este ejemplo) cuán grande sea la ceguedad de los que esperan y desean Mesías terreno y temporal? Pues ¿qué linaje de bienes son aquellos que para seguir la perfeccion de la vida han de ser despreciados como un grande embarazo, y carga, y impedimento para ella? Y ¿cuál es el juicio de aquellos hombres que esperan y desean la venida del Mesías para que los hincha destos impedimentos y embarazos? ¿Cómo para este fin comenzó Dios dende el principio del mundo y por todas las edades siguientes á prometer este Salvador por boca de tantos profetas, con tan grande resplandor de palabras, y con tan grandes encarecimientos de las gracias y mercedes que habia de hacer al mundo, convocando los montes, y los collados, los árboles, y los rios, y los mares, y finalmente todas las criaturas (como se ve en el salmo 97) para que todas se alegrasen, y cantasen alabanzas á Dios (*r*), y diesen palmas con las manos por la venida deste nuevo rey, si su venida no era para mas que para hinchirnos de bienes que se acaban con la vida, y muchas veces estragan la misma vida? ¿Qué necesidad habia de tan grande aparato de palabras y promesas para cosa tan pequeña? Y si confesamos que el Mesías era verdadero Hijo de Dios, ¿cómo habia de bajar una tan alta persona del cielo á la tierra vestido de carne humana para cosa tan pequeña? ¡Oh gente ciega y miserable, que no sabe estimar otros bienes, sino estos que se ven con ojos de carne! Y si este tan grande Señor venía á enriquecer y engrandecer al mundo, ¿qué riquezas hay mayores que bienes de gracia y gloria, para que los unos nos hagan en la vida presente buenos, y los otros en la advenidera bienaventurados? Pues estos son los bienes dignos de tal Salvador, y dignos de la liberalidad de tal prometedor, y dignos de todas aquellas tan magníficas palabras y promesas con que fuéron predicados y profetizados. Por donde no ménos yerran los que esperan Mesías temporal, que los moros en esperar paraíso sensual. Y por eso no ménos habemos de reprochar y despreciar el Mesías de los judíos, que el paraíso de los moros; pues lo uno y lo otro es tan vil y tan bajo.

§. II.

Agravio que hacen á la misma dignidad y bondad del Mesías los que así le esperan.

Y demas de lo dicho, los que esperan este Mesías temporal que con grande poder y fuerza de armas ha de conquistar el mundo, le hacen una tan grande ofensa, que sin dubda no la podré referir sin mucho temor y vergüenza. Porque los tales (cuanto es de su parte) hacen á este tan grande Señor semejante al falso profeta Mahoma. Ca este hombre perverso en su Alcoran, en el capítulo del espada, dice que fué enviado de Dios á dilatar aquella ley por el mundo, no por milagros, ni por razones, sino por armas. Por do parece que los que esperan Mesías temporal y guerrero, hacen á este Señor semejante á este hombre malvado y derramador de sangre humana. Y desta manera declaran aquel postrer verso del salmo 109 que dice: Del arroyo bebió en el camino; diciendo que sería tan grande la matanza de los hombres que moririan en sus batallas, que los arroyos irian corriendo sangre humana, y que él beberia destos arroyos: queriendo declarar por esto el grande gusto y contentamiento que recibiria de ver tanta sangre derramada. ¡Oh sangriento y carnicero Mesías! ¡Oh hombre desnudo de toda humanidad, que tan propria es de la naturaleza humana! Cuentan los historiadores de los gentiles dos grandes prodigios que hubo en el mundo: el uno fué el cruel Annibal, el cual viendo un foso lleno de sangre humana que él habia derramado en una batalla, tomó desto tan gran contentamiento, que dijo: ¡Oh hermoso espectáculo! El otro fué Valesio, procónsul de Asia, el cual habiendo hecho degollar en un dia cuatrocientos hombres, dijo: ¡Oh cosa real! Pues díganme agora, no ya los hombres, sino todas las criaturas insensibles, ¿qué cosa mas fea, mas aborrecible y mas cruel se pudiera atribuir á aquel Señor á quien Esaías llama Cordero (*s*), y Daniel el Sancto de los sanctos (*t*)? ¿Qué cosa mas ajena de la verdadera sanctidad que tan grande crueldad, como quiera que la Escriptura diga que es proprio de los sanctos tener compasion aun de las bestias? (*v*) ¿Cuánto mayor gloria es del verdadero Mesías venir lleno de misericordia para salvar los hombres, que de ira y saña para destruirlos? Conforme á lo cual creemos y confesamos que la primera venida deste Señor es toda llena de misericordia, para redimir los pecadores: así como la segunda será de justicia, para castigar los rebeldes (*x*). Lo cual declaró el Señor, no solo con tantas obras de misericordia como hizo andando por el mundo, sanando todos los enfermos y curando los endemoniados; sino particularmente pasando por Samaria, donde no le quisieron recibir, ni proveer de mantenimiento. Por lo cual indignados agramente los discípulos dijeron (*y*): Señor, ¿quereis que mandemos que venga fuego del cielo, y queme estos hombres tan inhumanos? A los cuales respondió el mansísimo Cordero: No sabeis cual sea el espíritu que mora en vosotros. El Hijo de la Vírgen no vino á matar los hombres, sino á salvarlos.

Catecúmeno. Estoy tan persuadido por estas razones desa verdad, que me espanto de mí mismo cómo pude creer en un tiempo cosa tan contraria á la bondad y sanctidad dese nuevo Rey. Mas deseo saber de dónde

(*p*) Luc. 14. (*q*) Act. 4. (*r*) Psalm. 46.

(*s*) Esai. 53. (*t*) Dan. 9. (*v*) Prov. 12. (*x*) Luc. 9. (*y*) Ibid.

haya procedido un error tan grosero, que siendo los bienes espirituales sin comparacion mas excelentes y divinos que todos los otros, esperen Mesías guerrero que los enriquezca con estos bienes temporales, que son communes á buenos y malos, y por la mayor parte son ocasion de los males que aquí habeis referido. Lo cual sintió tanto el Eclesiástico, que dijo (z): Hijo, no trabajes mucho por allegar riquezas; porque si fueres rico, no estarás libre de pecado. Y esto dice, no porque de su naturaleza las riquezas tengan anexo el pecado, sino por ser ellas muchas veces materia y ocasion dél. Por lo cual dijo el Apóstol (a), que los que deseaban ser ricos caian en tentaciones y lazos del enemigo, que llevaban los hombres á la muerte y á la perdicion; por ser la cobdicia raiz de todos los males.

M. Ya os dije al principio, que de ser los hombres muy aficionados á estos bienes (si así se pueden llamar) sensuales y visibles, y no haber experimentado otros mas excelentes (que son los espirituales y divinos), vienen á estimar esos en tanto precio. Y porque el dinero es medio para alcanzar esos bienes (pues como dice el Sabio (b), todas las cosas obedescen al dinero), de aquí procede serle los hombres tan aficionados, que lo hacen su dios. Por lo cual dijo el Apóstol (c), que la avaricia era servidumbre de ídolos. Tambien procede este error de entender mal las sanctas Escripturas. Porque en ellas se denuncian dos venidas del Salvador al mundo: una con grande gloria cuando venga á juzgar el mundo; y otra con grande humildad, que fué cuando vino á redemirlo. Mas los hombres carnales pervierten de tal manera las Escripturas, que lo que pertenece á la segunda venida atribuyen á la primera; y por eso esperan Mesías rico y poderoso, como á uno de los monarcas del mundo. Tambien toman ocasion para engañarse del lenguaje de los profetas, que comunmente representan la excelencia de las cosas espirituales por la de las cosas corporales: para que por la dignidad y excelencia de las cosas que vemos, conozcamos la de las que no vemos. Lo cual se ve á cada paso en las Escripturas de los profetas. Y por esto queriendo ellos encarecer las riquezas y tesoros inestimables de la gracia que se nos habia de dar por este Señor, y la alteza y hermosura de su Iglesia, y la fortaleza de sus capitanes y caballeros (que eran los sanctos mártires que la defendian), y la gloria con que habia de triunfar de los príncipes y monarcas del mundo, derribando y poniendo por tierra sus ídolos, y no descansando hasta poner en sus altares el estandarte real de la sancta Cruz; y sobre todo esto la caída del Príncipe de las tinieblas que en todo el mundo era adorado: cuando todas estas cosas profetizan, vístenlas de comparaciones de cosas grandes y magníficas, para que por este medio entendamos mejor la majestad y grandeza destas cosas. Desta manera David, hablando con este Señor, dice (d): Cíñete, oh Señor potentísimo, de tu espada sobre tu muslo. Donde por espada entiende la virtud y fortaleza de su espíritu, con que este Rey sojuzgó al mundo. Y desta misma espada hace mencion Esaías, diciendo (e): En aquel dia desenvainará el Señor su espada fuerte y dura contra Leviatan, serpiente grande y enroscada, y matará á la ballena que está en la mar. Pues por estas metáforas tan ilustres declara el profeta (f) la victoria de Cristo contra el demonio, príncipe deste mundo, á quien echó fuera dél. Y para declarar mas la grandeza deste poder, vuelve el profeta las palabras á este mismo Rey, diciendo (g): Levántate, levántate: vístete de fortaleza, brazo del Señor. Levántate como en los dias antiguos, y en las generaciones de los siglos (h). ¿Por ventura no eres tú el que derribaste al soberbio, y heriste al dragon? Cuán grande haya sido esta batalla, y cuán admirable esta victoria, no hay palabras con que se pueda explicar. Porque es cierto que desde que Dios crió el mundo, nunca hubo batalla mas sangrienta, mas reñida ni mas porfiada, y donde mas sangre de mártires se derramase que esta; porque aunque la persecucion del Anti-cristo haya de ser muy grande, mas, como el Salvador dice (i), ha de durar poco tiempo, y no ha de ser mas que de un solo Anti-cristo; mas esta fué de diez Anti-cristos (esto es, de diez emperadores romanos, enemigos y perseguidores de Cristo (k), figurados por los diez cuernos que Sant Juan vió en la cabeza de aquel dragon sangriento), los cuales á fuego y á sangre, y con otras mil invenciones de tormentos, persiguieron la Iglesia por mas de docientos años. Y en cabo nuestro gran Rey y Capitan salió vencedor de todas estas batallas, derribando por tierra todos los templos y altares de los demonios, y subjectando á sí el imperio romano en tiempo del grande emperador Constantino; el cual con summa reverencia adoró á Cristo y le reconoció por su verdadero Dios y Señor, y con grande humildad y devocion honró sus templos y sacerdotes. Pues como los profetas llenos del espíritu de Dios veian la grandeza destas batallas, y la gloria y potencia deste tan grande triunfo, hablaban con estas metáforas y comparaciones de guerras, de capitanes, de victorias y triunfos de los enemigos y perseguidores de Cristo y de su Evangelio: porque no hallaban otras palabras mas ilustres con que pudiesen representar dignamente cosas tan grandes, sin embargo que entendian muy bien que ningunas palabras destas bastaban para explicar cosas tan grandes, y que todas las batallas campales del mundo eran como picaduras de mosquitos, comparadas con estas. Pues destas palabras y de otras semejantes (con que los profetas engrandecen el poder y las victorias deste nuevo rey contra toda la potencia del infierno y del mundo, que se opuso contra su Evangelio), tomaron ocasion los hombres carnales para creer que el Rey Mesías sería un Rey potentísimo, como aquellos emperadores que arriba dijimos. Mas á todas estas consideraciones hace ventaja la profecía de Zacarías en el capítulo IX, que expresamente dice que este nuevo Rey no ha de ser como los otros reyes profanos del mundo, ni ha de andar en carros triunfales, sino que ha de ser pobre, y entrar en su reino cabalgando en una asnilla y en un su hijuelo. Y porque no pensásemos que no sería poderoso por ser tan pobre, añade luego que su poder será de mar á mar, y dende el rio hasta los términos de la tierra. Por tanto, ya que tenemos acerca desto tan claro testimonio del profeta, no hay razon para disputar, sino para llorar la ceguedad de la gente que con tan claro testimonio no se convence. Este testimonio de Zacarías es una candela de que el Espíritu Sancto nos proveyó para entender todas las metáforas y comparaciones de cosas corporales con que los profetas nos declaran la grandeza destas obras que el Salvador habia de obrar en el mundo. Porque supuesto que él habia de ser pobre (como tan clara-

(z) Eccl. 11. (a) 1. Tim. 6. (b) Eccl. 10. (c) Coloss. 3.
(d) Psalm. 44. (e) Esai. 27. (f) Luc. 11. Joann. 12.

(g) Esai. 51. (h) Psalm. 88. (i) Matth. 24. (k) Apoc. 17.

mente lo testifica este profeta), no hay razon para entender las grandezas de su reino corporalmente, sino espiritualmente. Si no, veamos: cuando en el salmo 44 (que todo habla deste nuevo Rey) dice: Asentóse la Reina á tu mano derecha con una ropa de brocado, hermoseada con muchas diferencias de colores, ¿quién dirá que esto se entiende á la letra como suenan las palabras, sino entendiendo por el ornamento destos atavíos corporales otros espirituales de virtudes con que la Iglesia (que aquí llaman Reina) agrada á los ojos deste soberano Rey y Señor? Lo cual no disimuló el Espíritu Sancto, cuando un poco mas abajo se declaró, diciendo: Toda la gloria de la hija del Rey está en lo interior della, donde está guarnecida con fajas de oro, y cercada de diversos colores. En las cuales palabras abiertamente da á entender que no trataba aquí de los arreos corporales, sino de los espirituales con que el ánima está en lo interior ataviada y hermoseada con la caridad (entendida por el oro) y con diversos colores: que es la variedad de todas las virtudes. Esto baste agora para la inteligencia de la condicion del verdadero Mesías.

C. Cuanto á este artículo no tengo mas que preguntar. Mas porque no ménos se ofenden los amadores de sí mismos, y del regalo de sus cuerpos con la aspereza de la vida del Salvador, que con su pobreza; desto querria tambien que tratásedes, porque no quede nada á la prudencia del mundo en que tenga ocasion de tropezar.

DIALOGO VI.

De la aspereza y trabajos de la vida de nuestro Salvador.

MAESTRO.

Deso que pedis se trata largamente en la tercera parte desta escriptura. Mas para vuestra consolacion y instruction tambien diré algo aquí; porque la materia es tan copiosa, que aunque muchas veces se trate, siempre hay cosas nuevas que decir. Pues para la inteligencia desto tomarémos por fundamento aquella muy comun regla y sentencia de filósofos, la cual es que la conveniencia de los medios se conoce por la proporcion que tienen con el fin á que se ordenan. Pues uno de los principales fines á que el Salvador vino al mundo, fué á sanctificar los hombres, y plantar en él, como dice el Apóstol (*a*), un pueblo acepto á Dios, seguidor de buenas obras: que es, amador de toda virtud y sanctidad. Pero esta virtud que en el estado de la innocencia (donde la naturaleza humana estaba pura y limpia) era muy fácil y suave, despues que ella se estragó y avinagró por el pecado, no carece de dificultad. Esto entenderá muy bien quien tuviere conocida la comun dolencia del género humano, que nos vino por el pecado. La cual de tal manera se extendió por todas las partes, así de nuestra carne como de nuestra ánima, que no dejó en ella cosa sana. Y esto nos representa muy al proprio aquel sancto Job (*b*) asentado en su muladar: el cual llagó el demonio dende la planta del pié hasta la cabeza, sin dejar en él cosa sana. Pues tal quedó el miserable hombre por el pecado; en el cual ninguna parte quedó exempta de corrupcion. ¿Queréislo ver? Discurramos por todas las partes y sentidos del hombre; y en los apetitos y inclinaciones que tienen, veréis la dolencia que padecen. Los ojos cobdician ver cosas que muchas veces les acarrean la muerte. Los oídos quieren oir cosas placenteras y vanas, y historias de vidas ajenas, y amohínanse si hablais cosas honestas y graves. La lengua quiere parlar y sacar á fuera todo lo que abunda en el corazon, y á veces reventaría si no desembuchase cuanto sabe; y por el contrario, esle muy penoso el silencio, y tener freno y rienda en las palabras. Pues, ¿qué diré del paladar? ¿Cuán amigo es de manjares curiosos, y sabrosos, y costosos? Pues la carne ¿qué quiere sino la vestidura blanda, y hermosa, y preciosa, y tal quiere que sea la cama, y la posada, y todo lo demas?

Dejemos al cuerpo y entremos en el ánima. La imaginacion (que es una de sus potencias) es como la tierra de labor, la cual dicen que huelga cuando la dejan llevar lo que ella quiere, que son cardos y espinas; y entónces dicen que trabaja, cuando la obligan á llevar trigo ó otra cosa semejante. Pues esto mismo en su manera se halla en nuestra imaginacion. Esta dolencia está en la parte inferior de nuestra ánima. Mas la parte superior, que es toda espiritual (do está el entendimiento y la voluntad) ¿qué tal os parece que está? Poned los ojos en los engaños de los mortales, en la infinidad de herejías, y en la diversidad de las sectas de los filósofos, contrarias unas de otras, y veréis cuán ciego quedó nuestro entendimiento para el conocimiento de la verdad: tanto, que hubo secta de filósofos los cuales dijeron que la verdad estaba sumida en un pozo, y que nadie la podia sacar de allí; puesto caso que en esto tambien se engañaron como en lo demas. Pues, ¿qué tal estará la voluntad que por tal adalid se rige? ¿Qué se espera de un ciego si guia á otro, sino que ambos cayan en el hoyo?

Mas sobre todas estas partes de nuestra ánima el apetito sensitivo (que tiene su asiento en nuestro corazon) está muy gravemente herido y maltratado. Porque ahí está el amor proprio, que cuando se desordena es principio de todos los males. Porque deste nace muchas veces el amor desordenado de la honra, y de la hacienda, y del deleite, con otras pasiones que andan en compañía destas, que son ira, odio, invidia, temor, osadía y desconfianza, y otras tales; las cuales (cuando se desordenan) son crueles tirannos que nos oprimen, cadenas que prenden, y verdugos que nos atormentan. Ellas perturban la paz de nuestras ánimas, inquietan las consciencias, abátennos del cielo á la tierra, hácennos desabridos los espirituales ejercicios, apártannos el pensamiento de Dios, impídennos el cuidado de nuestra salvacion, y muchas veces nos hacen tener por Dios (*c*) la honra, y el dinero, y el vientre; cuando por el desordenado amor destas cosas no tememos ofénder á nuestro Criador.

Pues segun esto, siendo tantas las dolencias de nuestra ánima, siendo tanta la contradiccion y repugnancia que dentro de nosotros mismos tiene la virtud, ¿qué será la vida perfecta que ha de pelear contra todo este ejército de enemigos valerosamente, y no dejarles salir con sus gustos y apetitos? ¿qué será, sino una continua batalla, como dice el sancto Job (*d*), una guerra mas que civil, una perpetua lucha del espíritu con la carne, una cruz y general mortificacion de todos sus apetitos y sentidos, cual es la de aquellos de quien dice el Apóstol (*e*): Los que son de Cristo, crucificaron su carne con todos sus vicios y cobdicias? Lo cual dice Sant Bernardo (*f*) que es un linaje de martirio mas blando que aquel que

(*a*) Tit. 2. (*b*) Job. 2.

(*c*) Philipp. 3. (*d*) Job. 7. (*e*) Gal. 5. (*f*) Super Cant. ser. 30. prop. fin.

atormenta los miembros con el espada; pero mas molesto, porque dura toda la vida.

Pues siendo tantas las contradicciones que tiene la perfeccion de la virtud de nuestras puertas adentro, siendo tan poderosas las inclinaciones de la carne, y el reino del amor proprio, con todas las pasiones que dél proceden, ¿cuánta fortaleza, cuánta diligencia, cuánta industria será necesaria para resistir á estos enemigos, y domar estos caballos tan furiosos y desbocados? Este es el cuidado que traia á los sanctos desvelados y enflaquecidos. Lo cual no calló el Eclesiástico, cuando dijo (*g*): La vigilia de la honestidad enflaquece las carnes, y el cuidado della quita el sueño. Pues por esta causa los sanctos sacudian de sí varonilmente toda negligencia y pereza, y se vestian y armaban de fortaleza y diligencia para contrastar á estos familiares y domésticos enemigos.

Entendió esto perfectísimamente Salomon, y vió que como en las cosas humanas se pierden los negocios por negligencia, y con el trabajo y diligencia se ganan, así tambien en el camino de la perfeccion la pereza y negligencia lo pierde todo, y por el contrario la diligencia y el trabajo porfiado lo gana todo. Y así dice él (*h*): Las manos flojas y remisas acarrean pobreza; mas las manos de los fuertes allegan riquezas. La cual sentencia (aunque por otras palabras) no cesa de repetir cuasi en todos los capítulos de sus Proverbios, como cosa importantísima para el gobierno de nuestra vida.

§. ÚNICO.

Concldyese cuán conveniente medio haya sido la pobreza de Cristo para aficionarnos á la vida austera.

Y porque no solo la autoridad de tan gran sabio, sino tambien la razon os muestre lo dicho, acordáos que es proprio de la virtud tener anexa á sí dificultad. Por donde el que desea ser virtuoso (mayormente si quiere ser consumado en la virtud) ha de armarse de una general fortaleza para vencer esta dificultad; de la cual quien careciere (como carecen los perezosos y regalados) dese por despedido de la virtud. Porque ella está encastillada y cercada deste muro, y es necesario romper primero el muro para conquistarla. Entendieron esto muy bien los filósofos; y así dijeron que los dioses inmortales vendian á los mortales la virtud por precio del trabajo. Porque realmente la verdadera y cristiana virtud es dádiva de Dios; mas él quiere que el hombre ponga de su parte el trabajo y la fortaleza para alcanzarla.

Pero esta manera de fortaleza, ¿dónde se hallará? ¿quién la alcanzará? Porque no en balde exclama el mismo Salomon (que tantas veces nos exhorta á ella) diciendo (*i*): Mujer fuerte ¿quién la hallará? De muy léjos, y de los últimos fines de la tierra se ha de traer el precio con que se ha de comprar. Pues, ¿qué precio es ese? Este es el amor de Dios, y el amor del trabajo por el mismo Dios. Porque el que aquí ha llegado, no recelará la virtud por temor del trabajo. Este precio declaró nuestro Señor á aquel grande seguidor de la perfeccion evangélica, Sant Francisco, diciéndole: Francisco, ten las cosas amargas por dulces, y desprecia á tí, si quieres conocer á mí. Pues este precio, ¿dónde se hallará? ¿Quién será aquel que halle miel en la hiel, y dulzura en la amargura, y descanso en el trabajo, y consolacion en la afliccion, repugnando á esto la naturaleza de nuestra carne, y todá la potencia del amor proprio, que á velas tendidas huye el trabajo, y ama el descanso? Quien aquí ha llegado, ya deja atras la naturaleza, ya la tiene debajo los piés, ya está levantado sobre sí mismo, ya es mas que hombre; pues tiene á Dios dentro de sí, con cuya virtud prevalesce contra el hombre.

Pues concluyendo ya por lo dicho nuestro propósito, digo que si el Hijo de Dios venía á plantar en el mundo la perfeccion de la virtud y de la vida evangélica, y esta es, como dice Sant Bernardo (*k*), un prolijo martirio, y, como dice el mismo Salvador (*l*), una general negacion de sí mismo, que es una perpetua contradiccion de todos los apetitos de la carne, y de todos los sentidos (como aquí está declarado), ¿de qué manera habia de ordenar su vida el que venia á plantar en el mundo por su ejemplo y doctrina esta manera de vida, sino acompañado de trabajos, y subjecto á tantas persecuciones y dolores como en vida y muerte padeció? ¿Habia de venir como otro Salomon, cercado de cantores y cantoras, quien venía á enseñarnos á despreciar las riquezas, y las delicias, y honras vanas, y hacernos amadores de los virtuosos y honestos trabajos? Así que si él venía á ser el caudillo, el capitan, la guia, el ejemplo de todos los sanctos, y el espejo y dechado de todas las virtudes (de donde ellos habian de sacar las suyas), ¿de qué otra manera habia de venir sino desta? Y por esto dijo él con tanto denuedo á los dos discípulos que iban á Emaus (*m*): ¡Oh locos y tardíos de corazon para creer todas las cosas que denunciaron los profetas! ¿Por ventura no convenia que Cristo padeciese, y que así entrase en su gloria? Como si dijera: si el camino para la gloria es el sufrimiento y amor de los virtuosos trabajos, ¿cómo habia de vivir y morir el que venía á ser ayudador y guia deste camino, sino sufriendo y abrazando trabajos? Porque de otra manera, ¿qué fuerzas tuviera para conmigo el mandamiento deste Señor, si llevando él buena y alegre vida, me mandara á mí trabajar? De Julio César (que fué uno de los valerosos capitanes del mundo) se escribe que nunca dijo á sus soldados id, sino vamos; ni trabajad, sino trabajemos. Pues si esto es proprio de buen capitan, ¿cuánto mas lo habia de ser de aquel Capitan general, que nos vino del cielo para pelear con el mundo, con la carne y con el demonio?

Catecúmeno. ¡Oh cuán grande es, Maestro, la fuerza de la verdad! ¿Quién tendrá juicio desapasionado que no vea cuán conveniente y cuán proporcionado medio haya sido ese para el fin que el Salvador pretendia? Porque con tal ejemplo, con tal caudillo, con tal guia como la del mismo unigénito Hijo de Dios que va delante, ¿quién no le seguirá? quién se acobardará? quién no se esforzará á hacer por la salvacion de su ánima lo que tan gran Señor hizo y padesció, no por la suya, sino por la ajena?

DIALOGO VII.

En el cual se declara cómo en la muerte del Salvador no solo no hubo ignominia, sino grandísima gloria.

MAESTRO.

Visto ya cómo en la humildad, pobreza y aspereza de la vida del Salvador no solo no hubo ignominia, sino grandísima gloria y conveniencia para el fin que pretendia, veamos agora esto mismo en su sagrada Pasion: que es de lo que mas se escandalizan los infieles. Para lo cual tomarémos por fundamento lo que todo el mundo con-

(*g*) Eccl. 31. (*h*) Prov. 10. (*i*) Prov. 31.

(*k*) Serm. 30. sup. Cant. (*l*) Luc. 9. (*m*) Luc. 24.

fiesa, y lo que atràs mas por extenso se declaró: conviene saber, que de la dignidad ó indignidad de la muerte violenta no juzgamos segun la pena, sino segun la causa. Porque si la causa es culpable (como es algun maleficio, por el cual la pena se da), es doblada su ignominia, así por la pena, como por la causa. Mas si la causa es loable (como la del que muere por la fe, por la castidad, por la lealtad, por la patria ó por otra causa semejante), en este linaje de muerte no solo no hay ignominia, mas ántes cuanto la muerte fuere mas cruel y mas ignominiosa, tanto será mas loable y mas gloriosa. Y así Platon dice que los que ofrescen su vida por defension de la patria, no se han de tener por hombres, sino por héroes, que es hombres divinos. Pues segun esto (*a*) preguntemos al profeta Esaías la causa desta muerte del Salvador, y respondernos ha con muchas palabras una sentencia, diciendo (*b*): Verdaderamente él tomó sobre sus hombros la carga de nuestros dolores y enfermedades; y nosotros pensamos que era un leproso, azotado de Dios y abatido. Mas él fué herido por nuestras maldades, y quebrantado por nuestros pecados. La disciplina con que se alcanzó nuestra paz, cargó sobre él; y con sus llagas fuímos curados. Todos nosotros anduvimos descarriados como ovejas perdidas, y el Señor puso sobre él la carga de todas nuestras maldades. Veis aquí por tantas palabras explicada la causa de la muerte de Cristo: que no fuéron pecados suyos, sino nuestros, que como ovejas perdidas anduvimos descaminados. Mas dél dice luego mas abajo que no cometió maldad, ni se halló engaño en su boca. Pues desta tan clara profecía se colige la causa de la muerte deste Señor. Murió, no por sola su patria, sino por todo el mundo: que es por todo el género humano, desterrado del paraíso, y sentenciado á muerte. Murió por la salud y redempcion de todos los hijos de Adam, si ellos quisieren aprovecharse del remedio que él les tiene ya ganado. Murió para satisfacer con el sacrificio de su muerte por todos nuestros pecados. Para lo cual es de saber que todos los pecados mortales, por la parte que tienen annexo menosprecio de Dios y de sus sanctos mandamientos, tienen en su manera razon de crímen lessæ Maiestatis; y por eso se les debe pena capital, y pena de sangre. Ca por eso se llaman capitales, porque á ellos se debe esta pena. Pues compadesciéndose aquel innocentísimo y clementísimo Cordero de tantos pecados y tantas muertes como por ellos se debian, quiso él por su inmensa piedad ofrecerse á esta pena, y pagar esta deuda de sangre, derramando la suya; la cual por ser de infinito precio bastó para satisfacer por todos. Y esto declaró él cuando consagrando el cáliz de su sangre, dijo (*c*): Esta es la sangre del Nuevo Testamento; la cual será derramada en remision de los pecados. Como si dijera: vosotros estábades condenados á pena de sangre por las leyes de la divina justicia; pues yo quiero tomar á mi cargo esta satisfaccion, porque no se quebranten las leyes desta justicia, y ofrescer mi sangre por la que vosotros debíades, y padecer muerte no debida por la que todos debíades. Desta manera pues fuímos librados de la muerte, no solo de la eterna, mas tambien en cierta manera de la temporal. Porque (cuanto toca á los justos) Cristo le quitó la mayor amargura que tenia. Por lo cual no solo no es dellos temida, sino ántes deseada; por ser á los tales puente y escalera para subir á la verdadera vida. Y por esto se dice de los sanctos que tienen la muerte en deseo, y la vida en paciencia. Y así la muerte dellos en la Escriptura se llama sueño (*d*).

(*a*) Primera causa de la Pasion. (*b*) Esai. 53. (*c*) Matt. 26.

De aquí viene á seguirse lo que dice el Apóstol (*e*): Por esto murió Cristo, para enseñorearse de vivos y muertos; para que los que por él viven, no vivan ya para sí, sino para el que murió por ellos. Desta manera vemos que si muchos hombres deben una deuda (como los que robaron una casa), si uno dellos paga esta deuda, los otros quedan obligados á pagar á este que pagó por todos. ¿Quién pues podrá declarar lo que los hombres deben á este Señor que por sola su bondad y caridad quiso sufrir la muerte que todos debiamos? Declaremos esto por un ejemplo, para que mejor se entienda la grandeza desta deuda. Pongamos caso que estando preso un hombre, y sentenciado á muerte, viniese un grande amigo suyo, el cual sintiese tanto la condenacion del amigo, que entrase en la cárcel y vistiéndose de las ropas del amigo preso, á fuerza de brazos lo echase fuera della y se quedase él en la prision para padescer la muerte á que el amigo estaba sentenciado. Pregunto pues: qué haria el amigo que así se viese suelto y libre de aquel peligro? ¿qué gracias le daria y qué amor se encenderia de nuevo en su corazon, considerando esta obra de tanta amistad, tanta lealtad, tanta caridad y tanta bondad? Y ¿qué no haria por los hijos y mujer de tal amigo, que con tanta costa suya lo libró? Pues esto que nunca hizo un amigo por otro, hizo aquel altísimo Hijo de Dios para librar al hombre de la muerte que debia. Porque bajando de lo alto del cielo á la cárcel deste mundo, se vistió de la ropa de nuestra humanidad, y se puso en el lugar del hombre culpado para recibir la muerte á que él estaba sentenciado. Aquí faltan las palabras para encarescer esta obra de tanta bondad y caridad, y para declarar la grandeza del amor y agradescimiento que los hombres deben á este clementísimo reparador por el modo deste remedio. Y pues aquí desfallece el ingenio y faltan las palabras, quedará esto para la devota consideracion del piadoso lector.

Pues volviendo á nuestro propósito, ¿que mayor argumento de bondad, y caridad, y misericordia que este? Y porque en las cosas espirituales lo bueno es lo alto, y lo glorioso, y lo hermoso, síguese que esta muerte que parece ignominiosa (vista la causa della) es la cosa mas alta, mas gloriosa y mas hermosa de cuantas el entendimiento humano puede comprender. Pues segun esto ¿qué linaje de ignominia os paresce que hay en la muerte padescida por tal causa?

C. Notoria cosa es que cuan grande y cuan universal fué ese beneficio, tan grande es la gloria desa Pasion; y que todos los hijos de Adam están obligados á bendecir y glorificar ese Señor, y derretirse en su amor, pues con tanta costa suya les alcanzó tan grande bien.

§. I.

Segunda causa de la Pasion del Salvador.

MAESTRO.

Bien veo que bastaba eso para entender cómo en la muerte de Cristo no solo no hubo ignominia, sino grandísima gloria. Mas á lo dicho quiero acrescentar para mayor gloria deste misterio otra causa de la Pasion del Salvador: la cual es, que no solo padeció él para

(*d*) Genes. 47. 2. Reg. 7. 3. Reg. 11. Psalm. 4. Job. 3. 2. Mach. 12 Joan. 11. (*e*) 2. Cor. 5.

satisfacer por las deudas de los pecados cometidos, sino tambien para alcanzarnos gracia por el mérito y sacrificio de su sagrada Pasion, para que libres ya dellos, viviésemos en sanctidad de justicia delante de Dios, como dijo Zacarías (*f*). Y lo mismo significó el Apóstol, cuando dijo (*g*), que siendo Cristo crucificado, nuestro viejo hombre (que es nuestra carne y nuestro apetito sensual) fué juntamente con él crucificado; porque de ahí adelante no sirvamos ya mas al pecado, ni estemos subjectos á él. Veis aquí pues otra causa de la Pasion del Salvador no ménos gloriosa que la pasada; porque aquella fué satisfacer por los pecados cometidos, y esta fué alcanzarnos gracia para no volver á cometerlos: aquella tiene respecto á lo pasado, esta provee en lo venidero; aquella descarga nuestras deudas, esta nos enriquesce con nuevos merecimientos; aquella quita del ánima la fealdad de los pecados, esta la hermosea con la gracia de las virtudes.

Y para entender mejor esto se declararon atras veinte singulares fructos del árbol de la sancta Cruz; los cuales no os declaro agora porque los guardé para otro lugar donde se tratan á la larga. Mas dadlos vos agora aquí por presupuestos y expresados. Pues habeis de saber que estos veinte fructos son otros tantos beneficios que manaron deste summo beneficio; y por hablar mas claro, son veinte socorros y ayudas eficacísimas de la divina gracia, para curar las dolencias de la naturaleza humana, y hacer los hombres perfectos y consumados en toda virtud. Mas vengamos á la prueba desto, la cual os quiero declarar por un ejemplo muy proprio, aunque sea humilde para cosa tan grande.

Cuando un hombre quiere mostrar que la medicina de la triaca que él ha hecho es finísima, no cura de palabras, sino remítese á la experiencia. Y para esto déjase picar de una víbora y hincharse todo; y esto hecho, toma su medicina, y con ella se deshincha y sana; y con esta muestra alaba mas la eficacia de su medicina, que con todas las palabras que pudiera decir. Pues por otra experiencia semejante entenderémos cuán eficaz medicina fué la Pasion del Salvador para curar la comun dolencia del género humano, mordido de aquella antigua serpiente, y inficionado con el vaho y silbo della, como los teólogos dicen. Veamos pues para esto cuál estaba el mundo ántes desta celestial medicina. Todos sabemos que en solo un rinconcillo de Judea era el verdadero Dios adorado y conoscido, aunque ahí muy mal servido; porque como los sacerdotes y fariseos, que eran las guias del pueblo, estaban ciegos en las pasiones de su ambicion, y envidia, y avaricia, así ellos como los guiados por ellos, estaban caidos en el hoyo. Lo restante de todo el universo ¿cuál estaba? ¿quién lo podrá explicar? Estaba sumido en el cieno y abismo de todas cuantas torpezas, y cobdicias, y malicias, y carnalidades el entendimiento humano puede pensar, y el apetito sensual desear; el cual á rienda suelta corria por todos los vicios; porque tales eran los dioses que los hombres adoraban, y dellos aprendian estas virtudes.

Despues que hayais considerado el mundo en este miserabilísimo estado, volved los ojos á considerar la mudanza que hizo despues de la Pasion de Cristo. ¡Cuánta infinidad de mártires fortísimos! cuánta de pontífices sanctísimos! cuánta de confesores gloriosísimos! cuántos enjambres de monjes que vivian por los desiertos, dellos apartados y solos, y dellos en compañía de otros muchos! Pues ¿qué diré de los coros y compañías de vírgines, pues hubo una sola ciudad junto á Tébas donde habia diez mil monjes y veinte mil vírgines, como pudiste leer en este libro? Y para mejor entender esto debeis traer á la memoria todo lo que en esta parte escribímos de la tercera hazaña y obra maravillosa de la reformacion y sanctificacion de muchos hombres y mujeres sanctísimas que se habian de levantar en el mundo por virtud de su gracia. Y en esta cuenta pusimos la vida de aquellos monjes solitarios que vivian por los desiertos de Egipto; y de otros que vivian en monasterios y congregaciones religiosísimas. Donde tambien hecimos mencion de los sanctos varones de Italia, cuyas vidas escribió Sant Gregorio en los cuatro libros de sus Diálogos; y así tambien la hecimos de otros sanctos que en Grecia hacian vida mas que humana, y de muchos monasterios de vírgines castísimas, que moraban docientas y cincuenta juntas, y á veces mas, y á veces ménos; las cuales dijimos que tenian de estatuto dormir sobre unas esteras y comer un mismo manjar, ocupando las manos en la lana y las lenguas en las alabanzas divinas. Y hay (dice Teodoreto) innumerables monasterios destos, no solo en nuestra region, sino tambien en todo el Oriente; y dellas está llena Palestina, y Egipto, y Asia, y Ponto, y Cilicia, y Siria, y la tierra que está puesta entre los dos rios, y la parte del mundo que se llama Europa. Lo cual todo bastantemente nos declara la reformacion y mudanza de costumbres que hubo en tantas partes del mundo despues de la venida del Salvador, no solo en el rincon de Judea, sino en todas estas partes que habeis oido. En lo cual veréis no solamente la gloria, sino tambien la eficacia y el poder de la Cruz; pues Dios, que ántes della no era conocido mas que en solo el pueblo de Israel, despues del misterio de la Cruz fué adorado y reconocido en todas las naciones del mundo, como en las historias eclesiásticas se escribe. Pues ¿qué mayor prueba, qué mayor testimonio de la eficacia y gloria de la Cruz que haber sido ella causadora de tan grandes bienes, y desta tan gran mudanza del mundo?

§. II.

Confirmacion de lo dicho con un singular ejemplo y discurso.

Pues para mayor consolacion vuestra os quiero proponer aquí un ejemplo que viene muy á propósito para la inteligencia de lo que tratamos; aunque él es tal, y hay tanto que decir sobre él, que era menester mas espacio, y mejor lengua que la mia para tratarlo. Mas yo tocaré brevemente la substancia dél, y vos tendréis bien en qué pensar, y con qué os consolar. Acordáos pues de las maravillas que nuestro Señor obró para sacar á vuestros padres de la tierra de Egipto; las cuales fuéron tantas y tales, que el mismo Señor que fué el autor dellas dijo á Moisen (*h*): Yo haré tales señales, cuales jamás se vieron en la tierra, ni en todas las gentes, para que vea este pueblo donde tú estás, las obras terribles que yo tengo de hacer. Y que esto se cumpliese así, vengamos á la prueba. Y primeramente callo aquellas terribles plagas con que Dios castigó la tirannía y rebeldía de Faraon; las tinieblas palpables, las aguas vueltas en sangre, la tempestad del granizo, y las langostas que todo lo destruyeron, y sobre todo la muerte de todos los

(*f*) Luc. 1. (*g*) Rom. 6.

(*h*) Exod. 34.

primogénitos de Egipto dende el mayor hasta el menor. Todo esto dejo aparte por venir á cosas mayores. Decidme: ¿qué maravilla fué abrirse los mares de par en par, y hacerse las aguas muro del un lado y del otro para pasar á pié enjuto seiscientos mil hombres que iban en aquella compañía, y despues tornarse á cerrar, y tomar en medio á Faraon con todos sus carros, para que muriesen ahogados los que ahogaban los niños innocentes de los hebreos (*i*)? Y no fué menor maravilla abrirse las aguas del rio Jordan, y detenerse en el aire para este mismo efecto. Y así de la una y de la otra maravilla se espantó el Profeta cuando dijo (*k*): ¿Qué es eso, mar? Por qué huiste? Y tú, Jordan, por qué volviste hácia tras? Y demas desto (*l*), ¡qué maravilla fué mantener Dios todo este ejército por espacio de cuarenta años con aquel suavísimo manná (*m*), y sacarles agua para beber de una piedra, y que en todo este tiempo y camino tan largo, ni sus piés se maltratasen, ni sus ropas y calzado se envejeciesen (*n*)! Y sobre todo esto, que los guiase Dios todo este camino con una columna de nube de dia, y con otra de fuego de noche, hasta llevarlos á la tierra prometida. Pues entrados en ella, ¡qué maravilla fué caerse los muros de Hiericó (*o*) por tierra con solo el sonido de las trompetas sacerdotales! Qué maravilla fué que peleando ellos con los enemigos, Dios tambien pelease por ellos, arrojándoles dende lo alto grandes piedras que los matasen (*p*)! Y si esto es poco, ¿quién vió, ni aun imaginó una tan grande maravilla como fué mandar Josué al sol que se parase en medio del cielo (*q*), para dar mas largo espacio á los vencedores para seguir la victoria, y que el sol le obedeciese y estuviese tres horas fijo en un mismo lugar? ¿Paréceos pues que tuvo Dios razon en decir que haria señales nunca vistas en el mundo?

Pues vengamos á otra cosa mas admirable, que fué bajar Dios, esto es, el Angel que representaba la persona de Dios (*r*), á darles ley, y bajar con tan grande majestad y resplandor, que es con tantos truenos y relámpagos, y tanto fuego, que ardia hasta el cielo, y con el sonido terrible de una trompeta; el cual de cada vez iba cresciendo y acrescentando mas el temor de los que lo oian. Y desta manera comenzó Dios (*s*) á hablar en alta voz que todos oyeron, y darles las leyes que habian de guardar. De lo cual todo resultó en ellos tan gran pavor y espanto, que dende léjos dijeron á Moisen (*t*): Háblanos tú, y oirte hemos; y no nos hable el Señor, porque por ventura no muramos. A los cuales él respondió (*v*): No hayais miedo, porque Dios vino desta manera para probaros, y para que concibiésedes un tan grande terror dél, que este os apartase de pecar. Esta venida de Dios encareció el mismo profeta al pueblo, diciendo (*x*): Pregunta por los dias antiguos, dende el dia que Dios crió el hombre sobre la tierra, si dende el principio del mundo hasta el cabo dél acaesció tal cosa como fué oir el pueblo hablar á Dios, como tú lo oiste y viste. Veis aquí, hermano, parte de las maravillas que obró aquel grande y poderoso Dios para libertar este pueblo y hacerlo fiel y obediente á sus leyes. Agora quiero yo que seais vos buen filósofo, y me digais lo que de todas estas maravillas habia de inferir y concluir el pueblo que todo esto vió.

C. Paréceme lo primero, que habia de quedar muy fundado y confirmado en la fe, y en el conoscimiento del verdadero Dios con la vista de tantos milagros; pues uno solo bastaba para esto, cuanto mas tantos y tales. Lo segundo, era justo que amase de todo su corazon á un Señor que hizo cosas tan grandes por sacarlo de aquel tan duro captiverio, y entregarle la tierra de promision. Lo tercero, tambien era justo obedecer y temer un tan grande, tan poderoso y tan terrible Dios como se les mostró en la manera del dar la ley (*y*), y mucho mas en los castigos que despues de la ley ejecutó todas las veces que pecaron; porque nunca la hicieron que no la pagasen con grandes castigos y muertes. En lo cual paresce que aquel terror que se vió en el dar de la ley, no eran amenazas para solo espantar, sino para ejecutar: como la experiencia tan claramente lo mostró en el castigo del pecado que cometieron en la adoracion del becerro, y en el sacrificio del ídolo de Fogor (*z*), donde fuéron muertos veinte y cuatro mil hombres, y ahorcados por mandado de Dios todos los principales del pueblo. Esto me paresce que se sigue de todo lo dicho.

M. Muy bien habeis filosofado. Mas veamos agora si estos hombres que vieron todo eso filosofaron desa manera. Dejo de referir aquí los pecados que cometieron andando por aquel desierto: solamente referiré lo que dice la Escriptura (*a*), y es, que les duró esta fe el tiempo que vivieron aquellos viejos que habian visto las maravillas que Dios habia obrado por ellos; y estos acabados, luego desampararon á su libertador y verdadero Dios, y se entregaron á la idolatría, y á todos los vicios que andan en su compañía. Y por este pecado los entregó Dios unas veces á los filisteos, otras á los madianitas, y otras á los ammonitas, etc. (*b*). Y viéndose oprimidos destos, volvíanse á Dios, y pedíanle socorro, y él por su gran misericordia los libraba (*c*). Mas ellos viéndose libres y en paz, luego tornaban á la idolatría acostumbrada, hasta que del todo desampararon á Dios, y adoraron los becerros de oro que hizo el malvado rey Hieroboam (*d*); y así los sufrió Dios muchos años, hasta que finalmente los desechó de sí, y les quitó la tierra que les habia dado, y entregó en poder del rey de los asirios (*e*): el cual los derramó por todas sus tierras, sin ser jamas restituidos á su reino antiguo. Y en el mismo pecado perseveró tambien el tribu de Judá: por el cual fué llevado captivo á Babilonia (*f*), y la ciudad con su templo abrasada y arrasada por tierra.

C. Todo eso pasa como decis. Mas querria saber ¿á qué propósito habeis referido todas esas historias?

§. III.

Prosigue el mismo discurso.

MAESTRO.

Para que claramente veais por este ejemplo lo que poco há os dije del gran poder y virtud de la Cruz, vino el Hijo de Dios al mundo, no con aquel estruendo de majestad, sino con profundísima humildad: no con espanto, sino con blandura: no con terror, sino con mansedumbre: no con sonido de trompeta, sino con palabras amorosas: no mandando á los hombres que no

(*i*) Exod. 1. (*k*) Psalm. 113. (*l*) Exod. 16. (*m*) Num. 20. (*n*) Deut. 29. (*o*) Josué. 6. (*p*) Josué. 10. (*q*) Ibidem. (*r*) Exod. 19. Deut. 4. (*s*) Exod. 20. (*t*) Ibidem. (*v*) Deut. 5. (*x*) Deut. 41.

(*y*) Exod. 32. Num. 11. 12. 14. 16. 21. Jos. 7. Exod. 19. (*z*) Num. 25. (*a*) Judic. 2. (*b*) Judic. 3. 4. 6. 10. 13. (*c*) Psalm. 106. (*d*) 1. Reg. 12. (*e*) 4. Reg 17. (*f*) 4. Reg. 25.

llegasen al monte, sino convidándolos á que se llegasen á él: no con aparato y demonstracion de Dios todopoderoso, sino con reputacion de hijo de un carpintero: no resplandesciendo con llamas de fuego en el monte, sino nasciendo con extremada pobreza en un establo; y lo que mas es siendo reputado por engañador y alborotador del pueblo, y como tal preso, azotado, escupido, abofeteado, y finalmente crucificado entre dos ladrones, y tenido en ménos que Barrabas. Con este hábito y aparato tan humilde, ¿qué (si pensais) acabó con los hombres? ¡Oh cosa de grande admiracion! ¡Oh maravillosa virtud y poder de la Cruz! Acabó lo que con todo aquel estruendo no pudo acabar. Acabó esta tan grande mudanza del mundo que agora dijimos, y luego dirémos. Acabó que floreciese una tan grande reformacion y sanctidad en el mundo, que innumerables compañías de hombres y mujeres de todos los estados, que ántes vivian como bestias brutas, dejados sus falsos dioses, comenzaron á vivir vida de ángeles, como está ya relatado. Pues ¿quién no verá claro que no se pudo hacer esta obra tan grande sin el brazo y poder de Dios? Y si tan claramente nos consta por todas las sanctas Escripturas que nadie puede vivir sanctamente sin el favor y gracia del Espíritu Sancto; viendo esta tan extraña sanctidad en tantas partes del mundo, ¿cómo no reconocerémos aquí la virtud y asistencia deste divino espíritu?

Pues ¿que será si con lo dicho juntáremos que esta mudanza del mundo fué tantas veces profetizada por todos los profetas? ¿Qué otra cosa mas veces repite y engrandesce Esaías con tan grande resplandor de palabras (*g*)? Pues cuán abiertamente profetizó esto el mismo Salvador, cuando dijo (*h*): Agora ha de ser juzgado el mundo: agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado en una cruz, todas las cosas traeré á mí.

Catecúmeno. No me puedo contener que no adore y reverencie al Señor que con esas divinas palabras, y con esa tan clara profecía dió tanta luz á nuestras ánimas. ¿Quién pudiera profetizar tantos años ántes una cosa tan grande como esa, sino Dios? Y ¿quién fuera poderoso para obrarla en tantas partes del mundo, sino Dios? De modo que segun entiendo, dos columnas firmísimas tiene aquí nuestra fe. La una es la grandeza desa obra, que es propria de solo Dios; y la otra haber sido tanto tiempo ántes tan claramente y tantas veces profetizada por él.

M. Muy bien habeis filosofado; y bien se parece en eso el tocamiento del Espíritu Sancto que os enseña. Y aunque bastaba lo dicho para vuestra edificacion, quiero confirmarlo con esta comparacion. Pongamos caso que un gran médico (como fué Galeno) usase de las mas excelentes medicinas que sabía en la cura de un enfermo, sin aprovecharle cosa alguna. Pues si este despues de desahuciado el doliente le viese súbitamente sano sin ninguna medicina, ¿qué haria? qué diria? Diria que esta salud fué miraculosa, obrada por sola virtud de Dios. Pues vengamos á nuestro caso. Vistes en lo dicho, por una parte cuántos milagros y cuántos beneficios hizo Dios á vuestro pueblo para atraerlo á su amor, y cuántas amenazas y castigos para traerlo á su obediencia y temor, y vistes cuán poco les aprovechó este remedio; y por otra parte veis la mudanza que el mundo hizo sin aquel estruendo, y sin aquellos castigos y espantos. Pues ¿qué se puede inferir de aquí, sino lo que está ya dicho, que esta fué obra de la diestra del muy Alto, y qué otro brazo que el de Dios no pudiera acabarla? Porque si algun remedio habia para obrar esto, era el que Dios tomó con las maravillas que obró ántes del dar la ley, y cuando la dió, y despues que la dió; y pues vemos claramente que este no bastó, síguese que sola la virtud y poder de la gracia (que se nos dió por el misterio de la Cruz) acabó este tan grande negocio. Pues ¿qué mas era menester para abrir los ojos de los que aun están ciegos, que sola esta consideracion?

Y porque veais que tengo razon en esto, quiero contaros una historia que os ha de consolar mucho, aunque me detenga mas de lo justo en este discurso. Escríbese en la vida de aquel gran Basilio, obispo de Cesárea, que habia en esta ciudad un famoso médico, judío de nacion y profesion, el cual era tan cierto en pronosticar el tiempo en que el enfermo habia de acabar, que jamas en esto erraba un punto. Curando pues este á Basilio, y habiendo usado de las mejores medicinas que él sabía, sin aprovecharle nada, vino totalmente á desconfiar de su salud. Amaba el sancto Obispo mucho á este médico, porque sabía que habia de morir cristiano; y todas las veces que se hallaban á solas, le predicaba la fe, y rogaba que se baptizase. Mas él nunca quiso obedecer, diciendo que habia de morir en la ley de sus padres. Siendo pues ya servido Dios de llevar desta vida á su siervo Basilio, y darle su gloria; hallándose en este paso mandó llamar á este médico, que se decia Josef, y dándole el brazo le preguntó: ¿Qué te parece de mi salud? El le dijo: Paréceme que debias ordenar de tu iglesia y cosas, porque no tardarán muchas horas que no acabes. Dijo Basilio: No sabes lo que dices. Respondió Josef: Yo te digo de verdad que hoy se acabará tu vida con el sol. Dijo el sancto: ¿Qué será si durare vivo hasta la mañana? Respondió el judío: Eso no puede ser; porque no tienes media hora de vida, ni durarás hasta el poner del sol. Dijo Basilio: Y ¿qué será si viviere hasta mañana á mediodía? Respondió Josef: Moriré yo. Dijo el sancto: Bien sé yo que morirás al pecado, y vivirás á Cristo. Respondió el judío: Bien entiendo tus razones; y con grandes juramentos dijo que se baptizaria si viviese hasta el tiempo que él decia. Entónces el sancto varon, celoso de la salvacion de aquella ánima, pidió al Señor le alargase la vida hasta aquel término. Y otro dia por la mañana hizo llamar el médico: el cual pensando que era ya fallecido, desconfiado de le ver, fué allá; y como le hallase vivo, dijo en alta voz: No hay Dios sino el Dios de los cristianos; y dende agora renuncio la ley en que hasta aquí he vivido, y tomo á Cristo por mi Dios y Señor; y yo y toda mi familia pedimos el sancto baptismo. Dijo el sancto: Pues yo te quiero baptizar. Y diciéndole el médico que estaba muy flaco y no podria, respondió el sancto Obispo: Tenemos por nos al Dador de la vida, que nos dará fuerzas para eso. Y dicho esto, se levantó y fué con él á la iglesia, y le baptizó, y comulgó, y dejó acrescentada aquella oveja al rebaño del Señor. El judío luego comenzó á distribuir sus bienes por los pobres con mucha caridad. Y el sancto Obispo se estuvo en la iglesia hastá las tres de la tarde, y dando gracias á Dios por su partida, y por la conversion de aquella ánima, despidiéndose de su pueblo, y de toda la clerecía que le acompañaba, dió el ánima á su Criador. Y como al nuevo convertido dijesen que era fallecido, vino á él,

(*g*) Ubi supr. (*h*) Joann. 12.

y besándole los piés, dijo: Por cierto, padre Basilio, aun si agora no quisieras, no murieras.

§. IV.

Conclusion de la primera parte deste diálogo, y tercera causa de la Pasion del Salvador.

CATECÚMENO.

En gran manera me he consolado con esa historia, viendo por ella cuántas maneras tiene aquel piadoso Señor para traer las ánimas á sí.

Maestro. Pues por este ejemplo torno á concluir lo que está ya concluido, y es: que así como este médico vió que las mas excelentes medicinas que él sabia no bastaban para dar á aquel sancto obispo un dia de vida, y viendo despues lo contrario, entendió que aquella salud era sobrenatural y miraculosa; y por este milagro se convirtió: así viendo nosotros cómo Dios con aquella tan excelente medicina de que usó en el dar de la ley para curar la malicia de su pueblo, nada aprovechó; y viendo por otra parte cómo sin esos tan grandes espantos reformó y sanctificó tanta muchedumbre de gentes: ¿qué resta sino que (como está dicho) entendamos haber sido esta obra de la mano poderosa de Dios? De modo que bien mirado, mas acabó el Hijo de Dios con los hombres con la humildad, que con la majestad: mas con la pobreza de su vida, que con la grandeza de su gloria: mas llorando en el pesebre de Betlehem, que tronando y relampagueando en el aire; y finalmente mas con la muerte ignominiosa que padesció en el monte Calvario, que con el resplandor de la gloria que mostró en el monte Sinaí. Pues ¿quién no se maravillará? ¿quién no pasmará de la grandeza del poder que Dios nos declaró en esta flaqueza? Con sal hizo dulces el profeta Eliseo las aguas salobres; y Cristo con la ignominia de la Cruz, de que se escandalizaban los hombres, trajo á su fe esos mismos hombres. Con todo aquel estruendo del dar de la ley, los hombres desampararon á Dios, y adoraron á los ídolos; y con esta humildad y ignominia de Cristo, los hombres acocearon sus ídolos, y adoraron á Cristo.

Pues deste tan largo discurso se infiere lo que al principio propusimos si os acordais: que en la Cruz y muerte del Salvador no solo no hay cosa ignominiosa, sino grandísima gloria, pues tales y tan maravillosos fructos se siguieron della; porque por la excelencia de los efectos conoscemos la de las causas. Y como sea verdad lo que dijo el Salvador (*i*), que por el fructo se conosce el árbol, ¿cuál os parece que será el árbol de la Cruz, de que tales fructos procedieron? Por lo cual veréis con cuánta razon dijo el Apóstol (*k*): Nosotros predicamos á Cristo crucificado: cosa que los judíos tienen por escándalo, y los gentiles por locura; mas los que Dios llamó de los unos y de los otros, reconocen que en la Cruz está encerrado el poder y sabiduría de Dios.

C. Muy bien habeis concluido, Maestro, vuestro intento: no sé qué mas pueda yo desear. Pero si mas teneis que decir, no me lo negueis; porque esta materia es tal, que nunca me cansaré de oirla.

M. Pues á estas dos causas susodichas de la sagrada Pasion quiero añadir la tercera, que es otro maravilloso y singular fructo della, aunque con ménos palabras que la pasada; porque en otra parte desta escriptura se trata mas á la larga. Pues para esto habeis de presuponer (lo que muchas veces en esta materia se presupone) que el fin principal de la venida del Salvador, y de cuantos pasos dió en este mundo, fué la gloria de su Padre celestial: al cual fin se ordena como medio la sanctificacion del hombre. Pues habeis agora de saber que la cosa con que Dios ha sido en este mundo mas glorificado, es la sangre y la fortaleza inexpugnable de los mártires. Porque esta es la mayor señal de la verdadera caridad: este el mayor sacrificio que se le puede ofrecer: esto lo summo que la criatura racional ayudada con la gracia puede hacer. Y aunque en el cielo glorifican á Dios los ángeles, pero no le glorifican desta manera que los sanctos mártires. Y dejada aparte la sanctidad de tantos sanctísimos pontífices, y confesores, y vírgines, y de tantos millares de monjes, que (cómo ya dijimos) fuéron fructos del árbol de la sancta Cruz, es tan grande el número de los mártires en todo género de estados, así de hombres, como de mujeres, y de doncellas, y mozos, y tan admirable la constancia, la fe, la lealtad que tuvieron para con su Criador en medio de tan terribles tormentos, que aunque de haber criado Dios el mundo, y redemídolo con su sangre, no resultara otro provecho sino la gloria que de aquí se le siguió, era todo esto muy bien empleado por esta causa. Mas de la grandeza desta gloria en otro lugar trataremos; porque no se puede explicar cosa tan grande en pocas palabras.

Sabía pues el Hijo de Dios que habia de haber en su Iglesia infinito número de mártires, así de hombres, como de mujeres, viejos y niños, y doncellas delicadas, las cuales con sus muertes habian de ofrecer este summo sacrificio de gloria y alabanza á su eterno Padre. Entendia tambien que ninguna cosa habia que mas los consolase y animase en el trabajo de sus martirios, que ver los que él, siendo Dios, padesció por ellos. Y con este esfuerzo respondió Sancta Margarita al tiranno que la pretendia vencer con promesas y amenazas, diciéndole: No pienses, Juez, que con esos halagos y amenazas has de vencer mi corazon, ni apartarme de la fe que debo á mi Señor. Porque sierva soy de Cristo, el cual por mí padesció muerte y Pasion. Y pues él murió por mí, yo tambien tengo de morir por él. Pues como el Salvador (que tanto deseaba la gloria de su eterno Padre), sabía cuánto él habia de ser glorificado con la fe y sangre de tantos mártires, y cuán grande esfuerzo era para ellos ir él en la delantera llevando la bandera de la Cruz, como alférez y príncipe de los mártires; sabiendo él esto, no digo yo una muerte, mas mil muertes que fueran menester padesciera él por esta causa. Veis pues cuán conveniente medio fué la muerte de Cristo para el principal fin que pretendia, que era la gloria de su Padre celestial.

C. Grande ha sido la consolacion que mi ánima ha recebido con la declaracion desas tres principales causas porque el Salvador padesció, las cuales manifiestamente prueban lo que al principio propusistes: esto es, que en la Pasion del Salvador no solo no hubo ignominia, sino grandísima honra y gloria. Mas porque este misterio es tan alto, que aunque toda la vida se gaste en filosofar sobre él, ántes faltaria tiempo que materia de qué tratar (pues el apóstol Sant Pablo (*l*) se gloría que no sabía otra ciencia sino á Cristo crucificado), por tanto quiero proponeros agora otra pregunta, la cual es, que como sea verdad que una sola gota de sangre dese Señor bastaba para redemir el mundo (por razon de la

(*i*) Matth. 7. (*k*) 1. Cor. 1.

(*l*) 1. Cor. 2.

dignidad infinita de la persona del Salvador), ¿qué es la causa de haber querido él derramar toda su sangre, y padescer una muerte tan penosa, acompañada con tantas maneras de injurias y ignominias?

M. Los fructos inestimables que desos dolores y ignominias se siguieron, bastan para satisfacer á esa pregunta. Mas al presente quiero señalaros brevemente otras tres causas por las cuales el Salvador abrazó esos trabajos que decis. Para lo cual presupongo dos cosas. La primera es la que agora acabé de decir, que es el fin principal que el Salvador pretendia en su sagrada Pasion. Lo segundo presupongo tambien lo que todos sabemos; y es, que cuando una persona vil hace una notable injuria á un grande príncipe ó rey, no se contenta la justicia con castigarle con la pena ordinaria de las injurias que pasan entre los iguales; mas ántes cuanto la persona injuriada es mas alta, tanto es mayor el castigo della, y cuanto este fuere mayor y mas extraordinario, tanto queda mas satisfecha y recompensada la injuria de la persona ofendida; porque la grandeza del castigo redunda en mayor gloria della. Pues aplicando esto á nuestro propósito, como Cristo nuestro Salvador amaba con inestimable amor la gloria de su eterno Padre, á quien todos los hombres habian tan gravemente ofendido, y él por su inmensa caridad tomase á cargo satisfacer por estas injurias, entendiendo bien que cuanto la satisfaccion fuese mas cumplida, tanto la ofensa quedaba mas recompensada, y la persona ofendida mas honrada, ¿qué habia de hacer quien tanto amaba la gloria del Padre, sino acumular trabajos sobre trabajos, y dolores sobre dolores, y injurias sobre injurias, para que tanto mas perfectamente quedase mas honrada la persona desacatada, cuanto mas cumplida era la satisfaccion? Y aun mas os digo, que fué tan grande el ardor que aquella ánima sanctísima tenia de recompensar con sus dolores esta injuria, que todo esto le parecia poco, y si fuera menester estar penando hasta el fin del mundo por esta causa, caridad y voluntad tenia para ello, y para mucho mas. Y por esta causa quiso él en esta Pasion ser desamparado de su Padre y de sí mismo, para que padesciendo sin ninguna manera de alivio ni consolacion, fuese tanto mas crecida esta satisfaccion, cuanto mas crecidos eran sus dolores, y mas sin consolacion. Los cuales fuéron tales, que la representacion dellos bastó para la mas nueva cosa que jamas se vió, que fué sudar gotas de sangre que corria hasta el suelo (*m*). Pues ¿cuál podrémos juzgar que sería el dolor de aquella ánima sanctísima, cuando tal accidente mostraba por defuera?

Pues con este tan grande sacrificio ofrecido por tal persona, y abrasado con el fuego de aquella incomprehensible caridad que en aquel sacratísimo pecho ardia, quedó tan aplacada y satisfecha aquella infinita Majestad, que mucho mas le agradó este sacrificio, que le desagradaron todos los pecados del mundo; y mayor fué la honra que con este servicio recibió, que la deshonra con que los hombres (cuanto era de su parte) le desacataron. Y demas desto, si os espantan las invenciones de injurias con que los hombres malvados injuriaron este Señor, vistiéndolo ya de blanco, ya de colorado, ya como á loco, ya como á rey fingido, poned los ojos en las invenciones de maldades y pecados que los hombres han inventado para ofender aquella inmensa Majestad, y veréis cuán conveniente cosa era que esas invenciones de maldades se purgasen con las invenciones de las injurias del que venía á satisfacer por ellas, para que desta manera unas invenciones se recompensasen con otras.

(*m*) Luc. 22.

C. ¡Oh, Maestro, cuán alto y cuán profundo es este misterio, y cómo es necesaria especial lumbre de Dios para penetrar las maravillas que hay en él! Porque quien mira á ese Señor con ojos de carne en medio de tantas deshonras, parecerle ha ser eso cosa indigna de tan grande Majestad; mas mirándolo con esa luz, y penetrando las causas y conveniencias dese misterio, no solo no se escandalizará de lo que ve padescer á ese Redemptor por la gloria de su Padre, mas ántes se espantará cómo no padesció mas quien tanto la celaba y deseaba.

M. En nuestros ojos no padesció mas deso que vemos, mas en los de su Padre tantó padesció cuanto deseó padescer; pues ante aquellos divinos ojos no tienen ménos valor y precio los tales deseos, que las mismas obras, como se ve en el sacrificio de Abraham (*n*). Y si os pone admiracion la grandeza deste deseo de Cristo, y este tan gran celo de la honra de su Padre, poned los ojos en lo que aquella sagrada humanidad recibió en el punto que fué criada, cuando fué unida con el Verbo divino, y enriquecida y hermoseada con los tesoros de todas las gracias y excelencias que arriba declaramos; y quien esto profundamente considerare, verá luego la causa deste tan grande amor, y la órden y la consecuencia de las cosas deste misterio, con lo cual quedará su ánima suspensa con una grande admiracion de la bondad y sabiduría del que todo esto trazó con tan grande concierto.

Esta es pues, hermano, la primera causa de haber querido el Salvador escoger tan dolorosa y afrentosa muerte. La segunda fué para esfuerzo, y ejemplo, y consuelo de innumerables mártires, los cuales glorificaron summamente á su Criador con las pasiones de sus martirios, como poco ha dijimos, y por eso no hay necesidad de repetir aquí lo que habeis oido. Mas la tercera fué los grandes y inestimables fructos que destas pasiones se siguieron, de los cuales se trata mas por extenso en la tercera parte desta escriptura, donde entran singulares ejemplos, y estímulos grandes que se nos dieron para todas las virtudes, y señaladamente para amar aquel Señor que tales y tantas cosas padesció por el ardentísimo amor y deseo que tuvo de nuestra sanctificacion y salvacion.

SEGUNDA PARTE DESTE DIALOGO.

En la cual se trata de lo que sirve para inflamar nuestra voluntad en el amor de nuestro clementísimo Redemptor.

CATECÚMENO.

Hasta aquí habeis tratado, Maestro, de lo que sirve para confirmacion de nuestra fe, y para dar luz á nuestro entendimiento para la inteligencia deste divino misterio (que es lo que derechamente á mi instruccion y estado de catecúmeno pertenece). Mas porque el principal fructo de la doctrina es la caridad, querria que pasásedes un poco las marcas de la doctrina, y que así como habeis tratado de lo que toca á la luz del entendimiento, tratásedes tambien de lo que sirve para inflamar la voluntad en el amor dese clementísimo Redemptor. Porque tan grande beneficio grande amor pide; ni se puede pagar sino con amor lo que de tan grande amor procedió.

(*n*) Gen. 22.



Maestro. Tantas son las causas y motivos que tenemos para amar á nuestro benignísimo Redemptor, cuantas heridas y llagas recibió en su sacratísimo cuerpo. Porque así como todas ellas están testificando y predicando su amor, así nos están pidiendo retorno de amor. Mas porque faltaria tiempo para declarar los grandes estímulos y motivos que aquí tenemos para amar á nuestro libertador (y desto tambien se trata en diversos lugares desta escriptura), brevemente os apuntaré aquí dos: que son la grandeza deste beneficio, y la grandeza de la divina bondad que señaladamente en él, mucho mas que en todas las otras obras suyas, resplandesce. Mas la grandeza del beneficio no se puede enteramente conocer en esta vida. Porque así como no podemos entender cuán grande sea la gloria y hermosura de nuestro Criador hasta que lo veamos, así tampoco la grandeza deste beneficio del Redemptor, hasta que en el cielo gocemos del principal fructo dél, que es la gloria perdurable. Porque cuando el justo se vea entre los coros de los ángeles, viendo cara á cara aquella infinita hermosura del Criador, y gozando con esto de inestimables deleites, sin temor de jamas perderlos, y entienda que este bien tan grande principalmente le vino por aquellas preciosas llagas, cuyas señales verá impresas en el mismo cuerpo del Salvador para eterna memoria deste beneficio, entónces entenderá la grandeza dél, y allí se derretirá en amor de quien tanto bien le mereció. Entónces adorará con summa reverencia y agradescimiento aquellas gloriosas señales, causadoras de tan grande bien, las cuales entenderá que fuéron puertas por donde entró á gozar del summo bien. ¡Oh qué voces de alabanza allí resonarán en su boca! ¡Oh con cuánta devocion, con qué agradescimiento y amor dará gracias por este beneficio! Mas puesto caso que en esta vida no tengamos esta manera de conocimiento, no por eso debemos dejar de alabar y dar gracias á este Señor que así se apiadó de nosotros; pues en lugar de la ira y castigo que teniamos merecido, convirtió su ira en misericordia, y tomó él en sí la pena que nos era debida, para satisfacer por nuestra culpa, y reconciliarnos con su eterno Padre.

Las palabras con que le habeis de dar las gracias son las siguientes: las cuales dice Esaías (o) que llegado este dia los fieles cantarán á Dios en esta forma: Alabarte he, Señor, porque estando airado contra mí, amansaste tu furor, y tuviste por bien de consolarme. Veis aquí á Dios hecho mi Salvador: ya viviré confiado, y no tendré por qué temer. Porque él es mi fortaleza, y mi alabanza, y él es el autor de mi salud. Cogeréis con alegría aguas de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel dia: Alabad al Señor, y invocad su sancto nombre. Predicad en los pueblos las invenciones de su misericordia, y acordáos que es muy alto su nombre. Cantad al Señor, porque lo ha hecho magníficamente, y denunciad esto en toda la tierra. Lo dicho es de Esaías.

C. Ciertamente, Maestro, palabras son esas de grande devocion y consolacion, y de grande confianza; las cuales debriamos traer siempre impresas en el corazon, pues con ellas nos declara ese divino profeta la grandeza deste beneficio. Esta es pues la primera cosa que ha de encender nuestro espíritu en el amor deste clementísimo Redemptor. Mas declaradme agora la otra segunda causa que dijistes deste amor.

M. La segunda causa que nos debe mover al amor deste Señor, os dije que era la grandeza de la bondad que en este misterio singularmente resplandesce. Porque ya sabeis que el objeto, ó (por hablar mas claro) el blanco á donde tira siempre la voluntad, es el bien, y así no hay cosa que mas la mueva que este. Pues para el conoscimiento desta summa bondad habemos de presuponer aquella sentencia tan celebrada de Sant Dionisio (p), tantas veces repetida en esta escriptura, que la naturaleza de la bondad es ser communicativa de sí misma: que es, querer communicar el bien que tiene á todos, y hacerlos semejantes á sí. De donde se sigue que cuanto la cosa fuere mas buena, tanto mas participará esta condicion, y tanto mas deseará communicar este bien.

C. Bien se infiere eso de lo dicho. Porque si solemos decir que lo blanco derrama la vista, y lo prieto la recoge; de ahí se sigue que cuanto el color fuere mas blanco, mas la derramará, y cuanto mas prieto, mas la recogerá. Y esta misma consecuencia se hallará en la naturaleza de la bondad, que cuanto fuere mayor, tanto mas deseará esta communicacion.

M. Bien decis, y de ahí luego se sigue que como Dios sea summamente bueno, que (cuanto es de su parte, no habiendo resistencia en las criaturas) tendrá summo deseo de communicarse á todas ellas, segun la capacidad de cada una, como dice el mismo Dionisio. Mas hablando de las criaturas que tienen entendimiento (como los ángeles y los hombres, que son capaces de mayores bienes) á estos deseará summamente hacer semejantes á sí: que es, buenos y sanctos, y despues bienaventurados, como él lo es. Pues este tan gran deseo de communicarnos su bondad y sanctidad, fué la razon que lo movió á levantar al hombre caido. Y habiendo muchos medios para hacer esta obra, no miró á lo que él podia hacer, sino á lo que mas convenia para nuestra sanctificacion, y para la perfeccion de sus obras. Y vió que el mas excelente y mas conveniente medio para este fin era hacer una novedad la mayor de cuantas se pudieran pensar ó desear, que era hacerse Dios hombre; para que pues hombre habia sido el que destruyó el mundo, fuese tambien hombre el que lo reparase; para que por la parte que era hombre pudiese merecer y satisfacer, y por la que era Dios diese á aquella sancta humanidad valor y virtud para una obra tan grande como era la redempcion del género humano. Pues primeramente quiso este Redemptor que se guardasen en esta obra, demas de la misericordia, todos los términos de justicia, para que no faltasen estas dos hermanas y compañeras de todas las obras divinas, que son misericordia y justicia. Para lo cual determinó tomar sobre sí las deudas de todos nuestros pecados, y satisfacer por ellos, ofreciendo no sangre de corderos ó becerros (como ántes se hacia), sino su propria sangre, y su purísima y inocentísima vida, para que con la muerte que él no debia, pagase por la que todos por el pecado debiamos. Pues la historia desta sagrada muerte habeis vos, hermano, de pensar con toda la humildad y devocion que os sea posible, y no así á bulto y á carga cerrada, sino con todas las circunstancias que entrevinieron en ella, y particularmente con estas tres, conviene saber: la dignidad de la persona que padesce, y la indignidad de las cosas que padesce, y muy mas en particular la causa por qué las padesce; porque esta os espantará y moverá mucho mas.

(o) Esai. 12.

(p) Dionys. de Divin. Nom. cap. 4.

Presupuesto agora este fundamento, levantad los ojos á considerar la majestad deste Señor que padesce, y mirad cómo aquel Señor, que, como dice Sant Juan (q), tiene escripto y broslado en su muslo y en su vestidura: Rey de los reyes, y Señor de los señores; aquel que segun el mismo Evangelista dice (r) es Alfa y O, que es principio y fin de todas las cosas; aquel que, como dice el sancto Job (s), extiende los cielos solo, y anda sobre las ondas de la mar, y manda al sol que no amanezca, y así lo hace, y á las estrellas que no dén luz, y así le obedescen; aquel que como él mismo dice (t) hace cosas grandes, y admirables, y incomprehensibles, sin cuento y sin número; aquel á quien, como dice Daniel (v), sirven millares de millares de ángeles, y á quien asisten diez veces cien mil millares de aquellos espíritus soberanos; aquel que con una simple muestra de su voluntad crió toda esta gran máquina del mundo, y ante cuyo acatamiento todo él, como dice el Sabio (x), no es mas que una gota del rocío que cae en la mañana. Pues este tal y tan grande Dios quiso por su propria voluntad padescer tantas invenciones y maneras de dolores y injurias, para pagar por todas las invenciones de deleites y maldades con que los hombres ofendieron á su Criador; y esto tan de corazon y voluntad, que ninguna dellas intervino en su sagrada Pasion, que él no la quisiese: no queriendo el pecado de los que las hacian, mas sirviéndose de su malicia para nuestro remedio. De manera que él quiso por nosotros ser preso como malhechor, y escupido como blasfemo, y escarnecido de Heródes como loco, y coronado de espinas como rey fingido, y infamado como engañador, y acusado como alborotador del pueblo, y sentenciado á muerte, y muerte de cruz. De modo que aquel Señor que, como dice Esaías (y), tiene colgado de tres dedos el peso de la tierra, estuvo colgado de tres clavos en la Cruz; aquel que es gloria y hermosura de los ángeles, está crucificado entre ladrones; aquel á quien alaban las estrellas de la mañana (z), y cuya gloria predican los hijos de Dios, oye vituperios y blasfemias de pecadores; aquel de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, está afeado y cubierto de llagas como un leproso; aquel en cuyo rostro desean mirar los ángeles, está desfigurado y escurecido con la presencia de la muerte; aquel cuya gloria predican los serafines en el cielo, diciendo (a): Sancto, Sancto, Sancto; blasfeman los malos en la tierra, diciendo: crucifícalo, crucifícalo: muera, muera; aquel ante cuya presencia, como dice Esaías (b), todas las gentes son como si no fuesen, es comparado con Barrabas, y tenido en ménos que él; aquel que es rio de todos los deleites del paraíso, es jaropado con hiel y vinagre; aquel que viste los campos de hermosura, está en el árbol de la Cruz desabrigado y desnudo; aquel que es piélago de todos los tesoros y riquezas, no tiene sobre qué reclinar su cabeza en aquel madero; aquel ante cuyo acatamiento tiemblan las columnas del cielo (c), y se arrodillan las inteligencias que mueven los cielos, está escarnecido de los soldados, los cuales hincándose de rodillas, escupian su divino rostro, y le daban bofetadas (d). Pues ¿qué fué esto sino una de las mas crueles representaciones y farsas que toda la malicia humana pudiera inventar? Para la cual los soldados convocaron toda la guarda del Presidente, que serian muchos (e), y en presencia de todos le vistieron aquella púrpura vieja, y le pusieron la corona de espinas en la cabeza, y una caña por sceptro real en la mano. Y esto hecho, hacian luego las cerimonias de rey; y estas eran hincarse de rodillas, y decirle: Dios te salve, Rey de los judíos; y escupir su rostro, y tomarle la caña de la mano, y herirle con ella (f), y sobre todo esto darle una gran bofetada, y dar ellos por esto una gran risada. Y esto no lo hizo solo un soldado, sino tambien los otros; porque todos querian ser ministros de aquella fiesta, y probar sus brazos en la cara del Señor; el cual ni se escudaba con sus manos, ni volvia el rostro á otra parte; cumpliendo aquello que él mismo profetizó por Esaías (g): No aparté mi rostro de los que me maltrataban y escupian.

Pues siendo esto así, ¿adónde mas habia de llegar? á qué mas se habia de extender? adónde mas habia de bajar aquella incomprehensible Majestad? ¿Qué es esto, Señor? qué abismo de bondad es este? qué misericordia? qué caridad? Todas las cosas, dice el Sabio (h), heciste con número, peso y medida. Grande es la mar y la tierra; mas su medida cierta tienen. Y mucho mayores son los cielos; mas tambien estos tienen su compas y medida. Grande es el número de las estrellas, pero vos las contais, y llamais á cada una por su nombre (i). Mas en esta obra de vuestra inmensa bondad y caridad para con los hombres, no quisistes que hubiese número, ni peso, ni medida; ántes quisistes pasar todas las marcas, sobrepujar todos los deseos, vencer todas las esperanzas, y pasar adelante de todo lo que se pudiera pensar, ofresciéndoos á tan extraños trabajos, sufriendo tantas injurias, y derramando sobre nosotros tanta abundancia de gracias, si quisieremos abrir los senos para recebirlas.

§. ÚNICO.

De la causa del padecer: que fué la divina bondad.

Pues como esta haya sido la cosa mas nueva y mas admirable de cuantas ha habido en el mundo, y nadie se mueva á hacer cosas grandes sin grandes premios y intereses, ¿qué causa pudo mover á este Señor á trabajos tan grandes? Los mártires cuando padescian esforzábanse, y consolábanse con la esperanza del galardon. Sant Pablo sabía que le estaba guardada una corona de justicia que habia de recebir de la mano de Dios (k). David inclinaba su corazon á guardar los mandamientos divinos por el premio que esperaba (l). Pues vos, Señor, ¿qué premio, qué galardon esperábades de tan inmensos trabajos? Claro está que en vos nada deso podia caber. Pues ¿qué os movió, Señor, á tomar sobre vos una tan grande carga? ¿Fué alguna nueva alegría que desto recibiésedes? No; porque sois infinitamente bienaventurado. ¿Fué algun nuevo poder, ó saber, ó jurisdiccion que se acrescentase á la vuestra? No; porque en vos está todo el poder, y todo el saber, y el señorío de todas las cosas. Pues ¿fué alguna nueva gloria que se acrescentase á la vuestra? Nada deso ha lugar en vos; porque es tan inmutable, y tan invariable esa divina substancia, y tan llena de todos los bienes, que no puede caber en ella novedad, ni alteracion, ni accidente, ni mudanza alguna, por la summa simplicidad y pureza

(q) Apoc. 19. (r) Ibid. 22. (s) Job. 9. (t) Ibidem. (v) Dan. 7. (x) Sap. 11. (y) Esaí. 40. (z) Job. 38. (a) Esaí 6. (b) Esaí. 40. (c) Job. 26. (d) Matt. 27.

(e) Ibidem. (f) Joann. 18. (g) Esaí. 50. (h) Sap. 11. (i) Psalm. 146. (k) 2. Thim. 4. (l) Psalm. 118.

desa soberana deidad. De manera que aunque criásedes mil mundos, y todos ellos se ocupasen en vuestras alabanzas, no por eso cresceria vuestra gloria; ni porque todos se aniquilasen y pereciesen se diminuiria. Pues no habiendo esto lugar, Señor, en vos, ¿por qué quisistes abrazar esta tan pesada cruz? ¿Quién milita en la guerra á su propria costa? quién planta una viña que no goce de los fructos della? quién apascienta el ganado, que no coma la leche dél (*m*)? quién da paso alguno, que no pretenda sacar dél algun fructo?

Y si nada desto cabe en vos, ¿por ventura movieron os las oraciones, y servicios, y méritos de los hombres? Claro está que no; pues quitado aparte el fructo de vuestra sagrada Pasion, todos los hombres nacen hijos de ira, y enemigos vuestros, y así no pueden merecer, ni hacer cosa que sea agradable á vuestros purísimos ojos. Resta luego que nada desto os movió, sino sola misericordia, sola caridad, sola bondad. Y si vos, Señor, en esa naturaleza divina fuérades en alguna manera pasible, no nos espantara tanto vuestra Pasion; mas que fuese tan grande la hambre y sed de padescer por nuestro remedio, que no pudiendo padescer en vuestra propria naturaleza, usásedes de tan extraña invencion, que juntásedes con vos una naturaleza mortal y pasible con tan estrecha union, que padesciendo y muriendo ella, se dijese con verdad que Dios padesció, y Dios murió (aunque no segun la naturaleza divina); esto es cosa que sobrepuja toda admiracion, y que suspende y transporta todos los sentidos humanos. Poco paresció á vuestra infinita bondad haber criado el hombre con tanta dignidad y gracia, y haberlo hecho capaz de vuestra gloria, y criado el sol, la luna, las estrellas, los cielos, la tierra, la mar, y todo lo que en estos elementos hay, para su servicio; porque aunque todo esto era mucho, mas á vos parescia poco, porque no os costaba nada. Por esto no os parescia que quedaba enteramente declarada la inmensidad de vuestra bondad, si no hiciésedes algo que os costase mucho. Pues ¿qué bondad pudiera llegar aquí, sino la vuestra? qué bondad se pudiera pensar digna de vuestra grandeza, sino esta? cuándo se vió morir el señor por su esclavo, y mas tal Señor por tan vil y desconocido esclavo? Espántase el profeta David (*n*) de que siendo el hombre una criatura tan vana, os quisistes dar á conocer á él; pues ¿cuánto mas se espantaria viendo que no solo os acordábades dél, sino que quisistes padescer y morir por él? Y ya que así habia determinado esto vuestra infinita bondad, pudiérades escoger una muerte breve y honrosa; mas escoger muerte por una parte tan ingominiosa, y por otra tan prolija (estando tres horas penando en una Cruz, cargando siempre el peso del cuerpo para abajo, y desgarrándose mas y mas las llagas, y todo esto sin alguna consolacion divina ni humana), ¿quién no quedará atónito considerando la grandeza desta tan extraña bondad y caridad? ¿Qué martir cerró la puerta á las consolaciones que de parte de Dios le venian? ¿Quién quiso en sus trabajos ser desamparado de sus amigos, y discípulos, y conocidos? ¿Quién quiso tener la Madre innocentísima presente á tantos tormentos, para doblar con la presencia della sus dolores? Y si en esta satisfaccion queríades que se guardasen los términos de justicia, ¿qué justicia es que la persona ofendida tome á su cargo la satisfaccion de la culpada, y pague por ella?

(*m*) 1. Cor. 9. (*n*) Psalm. 143.

Y porque deseo que lleveis estas singulares propriedades de la divina bondad en la memoria (las cuales os servirán mucho cuando os pusiéredes á meditar la sagrada Pasion), os las quiero resumir aquí en breve. Pues la primera es haber tenido el Salvador tan grande hambre y deseo de padescer por nuestro remedio, para declararnos la grandeza de su bondad, que no pudiendo padescer en su propria naturaleza, ayuntó consigo otra naturaleza mortal y pasible, en la cual pudiese padescer lo que no podia en la suya. La segunda es, padescer el Señor por el siervo, y el Rey por su vasallo: que es cosa que nunca acaesce. La tercera es, ser él ofendido, y pedir paz al culpado, y poner de su casa la satisfaccion. La cuarta es padescer sin ningun género de interese en cuanto Dios, pues en él es imposible caber novedad, alteracion ni mudanza. La quinta es, haber él querido padescer sin alguna consolacion divina ni humana. La sexta es, padescer los mayores dolores que jamas se padescieron, acompañados con tantas ignominias y deshonras. La séptima es, haber querido remediarnos por este medio tan costoso, pudiendo él remediarnos por otros muchos, por causa de los grandes y inestimables provechos que de aquí se nos seguian. En cada cosa destas, hermano, teneis bien en que pensar.

Pues con lo que hasta aquí habemos dicho, y con lo que adelante dirémos, se responde á la pregunta que al principio propusistes por parte de los infieles que tienen por ignominia la Pasion y muerte del Salvador. La causa desta ceguedad dice el Apóstol que es haber el Príncipe deste mundo escurecido los ojos de los infieles, para que no vean el resplandor de la gloria de Cristo, que está encerrada en su sagrada Pasion. La cual está tan léjos de ser ignominiosa, que podemos afirmar con verdad que ninguna de cuantas obras ha hecho Dios, y hará hasta la fin del mundo, ni todas ellas juntas igualan con la gloria que se le sigue de la ignominia desta Pasion. La razon desto es, porque en todas ellas juntas no nos dió tan clara muestra de su bondad, como en sola esta, en la cual tantas cosas hizo y padeció por hacernos buenos y sanctos. Si viésemos un hombre que toda la vida emplease en hacer á otros buenos, padeciendo por esta causa muchos trabajos, como los padecia Sant Pablo, y finalmente muriendo sobre esta demanda, no buscariamos otro mayor argumento de su bondad que este. Niceforo escribe, que estando preso en tiempo del rey Sapor un sancto diácono, por nombre Benjamin, el Rey lo mandó soltar á ruego del embajador de los romanos que presente estaba; mas con condicion que no anduviese convertiendo los gentiles á la fe de Cristo, como ántes lo hacia, so pena de muerte. La cual condicion no quiso aceptar el sancto varon, diciendo, que aunque muriese sobre ello, habia de tratar siempre de la conversion y sanctificacion de las ánimas. Y así lo hizo, y por ello fué muerto con un cruelísimo linaje de tormento; porque le metieron por sus partes naturales unas varas con unos ganchos agudos, y así le dejaron estar hasta que envió su bienaventurado espíritu al Señor. Pues ¿quién no ve cuán grande argumento de bondad sea este, que es hacer y padescer tanto, por hacer de los malos buenos? Por donde así como el Salvador dijo que no habia mayor señal de amor que poner uno la vida por sus amigos, así podemos tambien decir que no hay mayor señal de bondad que poner uno su vida por hacer á otros buenos. Pues segun esto ¿qué tan grande mues-

tra de bondad nos descubrió aquí el Señor de todo lo criado, pues padesció tal muerte por semejante causa? Y los sanctos que por esta misma razon padescian, tenian cierto su galardon y consolacion, y padescian hombres por otros hombres; mas aquí el Señor de todo lo criado padesce por unos viles gusanillos, y esto sin ninguna necesidad, ni consolacion, ni interese, demas de todas las otras circunstancias que acabamos agora de decir. Pues ¿cuánto mayor muestra de bondad es esta? Y pues la bondad (á nuestro modo de entender) es la cosa mas gloriosa que hay en Dios, y de la que él mas se precia, y de la que en el cielo es alabado por aquellos serafines que no cesan de decir, Sancto, Sancto, Sancto (*o*); y sabemos tambien que en las cosas espirituales lo bueno es lo alto y lo glorioso, y lo mas bueno mas alto y mas glorioso: bien se infiere de aquí estar tan léjos de ser ignominiosa la Pasion de Cristo, que (como dijimos) todas cuantas obras Dios ha hecho, y hará hasta la fin del mundo, ayuntadas en uno, no le dan tanta gloria como esta sola. En lo cual se ve claro cuán diferentes sean los ojos y los juicios de la carne, de los ojos y juicios del espíritu.

Y cuán eficaz haya sido esta medicina de la sagrada Pasion para nuestra sanctificacion, vese por el fructo de sanctidad que della se siguió en el mundo, de que hasta aquí habemos tratado, y adelante tratarémos; pues ántes della no era Dios conocido mas que en un rinconcillo de Judea, y ahí muy mal servido; mas despues della lo fué en todas las naciones del mundo, pues en todas ellas hubo tan gran número de mártires, de confesores y vírgines, y tantas congregaciones y compañías de monjes sanctísimos, como habemos declarado, y luego tambien declararémos.

C. No me puedo contener, Maestro, que no prorumpa en gracias y voces de alabanza, y diga que bendita sea tal caridad, tal piedad, y tal misericordia, y tal bondad, que por tan alta manera se nos quiso descubrir. Porque tal manera de bondad, tan diferente de todas las bondades de las criaturas, á tal Majestad pertenecia. Porque si la bondad de Dios sobrepuja infinitamente á todas las bondades criadas, razon era que tales circunstancias y particularidades tuviese, que en ningun linaje de criaturas se hallasen, para que así se diferenciase dellas. Porque de otra manera, ¿qué singularidad, ó qué diferencia habria entre la bondad de Dios y la de sus sanctos?

M. Teneis mucha razon. Mas porque en la primera parte desta escriptura traté mas por extenso desta divina bondad, ruégoos que leais allí este lugar (*p*); porque en él hallaréis una consideracion que mil veces querria repetir en esta escriptura. Porque despues de haber tratado de la grandeza de la omnipotencia y sabiduría de Dios, que se conoce por la grandeza de sus obras, de que allí se trata, mayormente por la creacion del mundo, y por la resurreccion general de todos los cuerpos que son, fuéron y serán, aunque sean comidos de peces, ó aves, ó de otros hombres; y junto con ellos los que perecieron en las aguas del Diluvio (los cuales han de resuscitar no otros, sino los mismos que fuéron), declarado esto, vengo á concluir que todos los entendimientos que esto profundamente consideraren, vienen á quedar pasmados y atónitos de tan gran poder y saber. Pues de aquí concluyo, que si las obras de la omnipotencia y sabiduría de Dios agotan todos los entendimientos, y los dejan atónitos, no ménos deben causar este pasmo las obras de su bondad; pues no ménos se precia Dios de bueno, que de sabio y poderoso, ni ménos desea ser conocido por tal. Pues, ¿cómo se pudiera esto hacer, sino de la manera que él lo hizo? Porque criar Dios mil mundos, y communicar á cuantas criaturas en ellos criase todos los tesoros y riquezas de gracias que communicó á los serafines, no le costaba, ni ponia mas de su casa que solo querer. Y esta obra de su bondad no nos dejara atónitos, como lo hacen las obras de su omnipotencia y sabiduría. Porque dar mucho á quien nada cuesta lo que da, no es argumento de gran bondad. Pues ¿de qué manera se podrá gloriosamente manifestar esta bondad? No de otra, cierto, sino desta en que el Hijo de Dios la manifestó. Porque pudiendo él communicarnos su bondad y sanctidad por otras muchas maneras, escogió esta de su sagrada Pasion. Porque por esta echaba carbones de fuego de amor sobre nuestros corazones; por esta nos daba mas admirables ejemplos, y mas agudos estímulos para todas las virtudes; por esta nos obligaba y casi necesitaba á amar á quien así nos amó, y tanto por nuestra causa padeció. Y por acrescentar estas nuevas fuerzas y favores á la virtud, no dubdó aquel Señor de todo lo criado, aquel Rey de los reyes, y Señor de los señores, y Dios de los dioses, abajarse á todo lo que habeis oido; y esto sin seguirse á él ningun linaje, ni rastro, ni centella de interese. Pues esta es la obra y la muestra de la bondad que arrebata los corazones, que suspende los entendimientos, y que espanta y asombra á los que atentamente la consideran. Y de aquí nace que cuando los sanctos contemplaban este misterio, y penetraban con la luz del Espíritu Sancto la grandeza dél, venian á padescer raptos y alienacion de todos los sentidos corporales, porque la grandeza de la admiracion desta bondad llevaba en pos de sí todas las fuerzas interiores del ánima, y así dejaba el cuerpo insensible.

Pues volviendo al presupuesto principal, como sea proprio de la bondad communicarse á todos, y por consiguiente de la summa bondad desear summamente communicarse, por aquí entenderéis la grandeza del deseo que el Salvador tenia desta communicacion: que es de hacernos buenos y sanctos como él lo es. Esto es, que imitemos en la pureza de la vida, en la simplicidad de las costumbres, en la caridad y amor para con los prójimos, y en la reverencia y obediencia para con Dios, la condicion y innocencia de los ángeles: de manera que morando en cuerpo corruptible, ejercitemos el oficio de las substancias incorruptibles; y teniendo el cuerpo en la tierra, tengamos los pensamientos y deseos en el cielo.

Pues fué tan grande el amor y deseo que aquel Esposo celestial tuvo de communicar á las ánimas esta tan gran pureza y hermosura, que viendo cuán grandes estímulos y motivos nos eran para esto sus dolores y tormentos, no dubdó ofrescerse á ellos por esta causa. Y esto es lo que el Apóstol significó, cuando dijo (*q*) que poniendo el Salvador ante sus ojos el gozo, abrazó la Cruz, y no hizo caso de la mengua y confusion que en ella habia de padecer. Pues, ¿qué gozo es este, sino el alegría que aquella ánima sanctísima habia de recebir con la sanctificacion y hermosura de tantas ánimas como habian de ser por la virtud y mérito de su preciosa sangre sanctifi-

(*o*) Esai. 6. (*p*) Tom. 4. cap. 38.

(*q*) Hebr. 12.

cadas y hermoseadas? Declaremos esto mas en particular, para que se entienda la grandeza deste gozo.

Puso este Salvador, á quien todas las cosas venideras estaban presentes, ante sus ojos la hermosura de las ánimas de aquellos sanctísimos pontífices y doctores de su Iglesia, Augustino, Ambrosio, Gregorio, Basilio, Crisóstomo, y de otros innumerables pontífices y doctores que resplandecieron en su Iglesia mas que las estrellas del cielo, y con su doctrina y sanctidad alumbraron el mundo. Puso ante sus ojos la hermosura de las ánimas de aquellos clarísimos monjes, Paulo, Antonio, Hilarion, Arsenio, Silvano, Macario, y de otros innumerables que vivian vida mas que humana; los cuales estando en la carne, vivian como si no tuvieran carne, y morando con los cuerpos en la tierra, paseaban con el espíritu las moradas del cielo. Puso ante sus ojos la hermosura espiritual de los Benitos, Bernardos, Domingos y Franciscos, y de infinita muchedumbre de religiosos que habian de militar debajo de la bandera y regla destos gloriosísimos capitanes, siguiendo las pisadas dellos, renunciando con la pobreza los bienes del mundo, y con la hermosura de la castidad los cuidados del matrimonio, y con la virtud de la obediencia el señorío de la propria voluntad, con lo cual libres de todos los negocios temporales se habian de entregar al amor y servicio de su Criador. Puso ante sus ojos la pureza y hermosura de aquellas sanctísimas vírgines, Cecilia, Margarita, Agueda, Apolonia, Ines, Lucía, Dorotea y Catarina, y de otras innumerables vírgines que vencieron el mundo junto con la flaqueza mujeril, y conservaron en la tierra la pureza de los ángeles del cielo, derramando su sangre por la gloria del Esposo celestial, hermoseando las coronas blancas de su pureza virginal con la sangre de sus martirios. Y sobre todo esto, lo que mas alegraba su ánima sanctísima era contemplar la fe, la constancia y la fortaleza inexpugnable de los gloriosísimos mártires Cipriano, Laurencio, Vincencio, Dionisio, Ignacio, Policarpo, Mauricio y de otros innumerables guerreros que tan valerosamente habian de pelear, que tantas batallas habian de vencer, y que tan gloriosamente habian de triunfar de todos los emperadores del mundo, y de toda la potencia del infierno, por no perder un punto de la fe y lealtad que debian á su legítimo Emperador y Señor. La vista pues de todas estas hermosuras juntas causaba en su ánima sanctísima una tan grande alegría, que (como dijimos) le hizo abrazar la Cruz para hermosear todas estas ánimas con la púrpura preciosa de su sangre. Así lo significó el Apóstol cuando dijo (*r*): Los que sois casados, amad á vuestras mujeres como Cristo amó la Iglesia, y se ofreció á la muerte por ella, por hacerla tan hermosa que no hubiese en ella ruga ni mácula. Y esto es de creer que trataron Moisen y Elías el dia de su gloriosa transfiguracion; pues platicando con él de la muerte que habia de padecer en Hierusalem (*s*), tambien tratarian del fructo inestimable que della se habia de seguir, y deste grande gozo que habia de recebir. Este es aquel gozo y aquella hartura que Esaías profetizó, cuando hablando de la Pasion deste Señor dijo (*t*): Por los trabajos que su ánima padesció, verá y hartarse ha. Quiere decir que por el mérito de los grandes trabajos que en su cuerpo y ánima sanctísima padesció, verá el fructo admirable que desto se seguirá, que es la conversion y renovacion del mundo: con lo cual recebirá una tan grande alegría y contentamiento, que su voluntad quedará harta y llena con él, dando por bien empleado lo que padesció por esta causa. Porque justo era que quien tanta hambre tuvo de la salvacion de las ánimas, que no dubdó morir por ellas, no se le negase la hartura de lo que tanto deseó.

Pues poniendo el Salvador ante sus ojos el gozo de todos estos tan grandes fructos, no digo una sola muerte, mas mil muertes que fueran necesarias, padeciera con promptísima voluntad. Y aun todo esto le parecia poco por la obediencia y gloria de su eterno Padre, y por la reformacion y remedio del mundo; viendo que con este summo beneficio nos esforzaba y animaba á todos los trabajos de la vida virtuosa.

Pues volviendo al propósito, estas tres circunstancias susodichas habeis hermano de poner ante los ojos, para encender vuestro corazon en el amor deste clementísimo Redemptor. Y para que con mas fructo os ocupeis en este ejercicio, os doy este aviso: que cuando fuéredes contemplando estos dolores y ignominia del Salvador, siempre pongais ante los ojos quién es este Señor que padesce (que es aquel grande Dios que poco há os representé), y que todo esto padesció por redemiros por el mas excelente medio que para esto podia haber. Porque esto suspenderá vuestra ánima en una grande admiracion y amor de aquella incomprehensible bondad que á tanto por vuestra causa se abajó.

Mas si el demonio tomare de aquí ocasion para escandalizaros, acordáos de lo que hasta aquí habemos dicho; que aunque digamos con verdad que Dios padesció y murió, mas no padesció ni murió en cuanto Dios (porque eso era imposible), sino en cuanto hombre. Porque aunque él era verdadero Dios, era tambien verdadero y perfecto hombre, como cualquier de nosotros, compuesto de cuerpo y de ánima racional; mas libre y exempto de todo pecado, y el mas sancto de los hombres, y sanctificador dellos. Y segun esta naturaleza se llama en las Escripturas (*v*) siervo de Dios, y siervo que él escogió dende el vientre de su Madre para gloria suya. Pues segun esta naturaleza, padeció por la redempcion del mundo, y por la obediencia y gloria de su eterno Padre. Y si la mayor dignidad que los apóstoles y mártires tuvieron, fué padescer muerte por la gloria de Dios, no era razon que careciese desta dignidad el Sancto de los sanctos; sino que padesciese como ellos por la misma gloria. Porque por esta razon quiso él que su sanctísima Madre se hallase presente al pié de la Cruz, sufriendo en su ánima el mayor dolor que ninguna pura criatura jamas padesció, oyendo con sus oídos los golpes de los martillos con que se hincaban los clavos en aquel delicadísimo cuerpo, y viendo con sus ojos los arroyos de sangre que dél manaban. Lo cual ella padescia, no por sus pecados (porque no los tenia), ni por los ajenos (porque la Pasion del Hijo bastaba), sino porque á la mas Sancta de las sanctas no faltase esta summa dignidad y excelencia, que es padescer grandes trabajos por la obediencia y gloria de Dios.

Pues desta manera considerando vos al Salvador como verdadero y perfecto hombre, como lo fué cada cual de los sanctos, no padescerá vuestra ánima alguna manera de escándalo, viendo que él padesció como ellos padescieron. Para entender esto os ayudará la cerimonia de la Iglesia: la cual cuando se dice el credo en la misa, hace

(*r*) Ephes. 5. (*s*) Luc. 9. (*t*) Esai. 53.

(*v*) Esai. 49. 50. 52. 53. Ezech. 34. Zach. 3.

tan gran pausa, y canta con tanta solemnidad y reverencia esta palabra: *ET HOMO FACTUS EST*, corriendo todo lo que se sigue: que es, *crucifixus etiam pro nobis*, etc.; no porque sea mayor cosa hacerse Dios hombre, que morir en cruz por el hombre (porque esto es mucho mas), sino porque asentado que este soberano Señor tuvo por bien hacerse verdadero y perfecto hombre, no hay por qué extrañar lo que padesció en aquella sagrada humanidad.

Esta admirable union y junta de Dios con nuestra humanidad declara San Leon, papa, diciendo (*x*) que con tan estrecha liga juntó él estas dos naturalezas, que ni la gloria de la mayor consumiese la naturaleza de la menor, ni la bajeza de la menor diminuyese la gloria de la mayor. De modo que quedando salva y entera la propriedad y naturaleza destas dos substancias, y juntándose ambas en una sola persona, tuvo por bien de vestirse la majestad de nuestra humildad, y la eternidad de nuestra mortalidad, y la fortaleza de nuestra flaqueza; para que el mismo Señor, como medianero entre Dios y los hombres, obrase todo lo que convenia para nuestro remedio, muriendo por parte de la una naturaleza, y resuscitando por la otra. Porque si él no fuera verdadero Dios, no nos pudiera dar remedio; y si no fuera verdadero hombre, no nos diera ejemplo. Esto es de Sant Leon, papa. Pues fundado vos, hermano, en el conoscimiento desta verdad, no extrañaréis los dolores y trabajos de la Pasion deste Señor. Pues siendo él verdadero y perfecto hombre, y el mas sancto de los hombres, no habia de carecer (como dijimos) de la mayor honra y dignidad que ellos tuvieron, que fué padescer muerte por la gloria de Dios. Y con la fe desta verdad fácilmente rechazaréis y despediréis de vos todas las saetas y tiros del enemigo.

Mas volviendo al propósito principal de que tratábamos, para que nuestro Señor os haga participante de la consolacion que gozan sus familiares amigos contemplando este misterio, habeisle de pedir demas de la fe otra luz y otros ojos para saber mirar este Señor puesto en la Cruz. Porque si estos tuviéredes, luego veréis los tesoros y riquezas de gracia que en él están encerrados. Veréis los fructos suavísimos del árbol de la sancta Cruz. Veréis las conveniencias admirables deste remedio que la sabiduría divina escogió para nuestra salud. Veréis los grandes motivos que ahí tenemos para amar y glorificar este Señor, y desear padescer mil muertes por él; y finalmente otras muchas cosas que no se pueden explicar con pocas palabras.

He pasado, hermano, los términos de lo que pretendia, que era informaros de lo que pertenecia al conoscimiento deste misterio, acrecentando esto que sirve para mover la voluntad al agradecimiento deste summo beneficio, y al amor deste clementísimo Redemptor; porque supuesta la fe, esto es lo que hace mas al caso.

C. No puedo dejar de confesar, Maestro, que todo eso que habeis dicho ha sido una música suavísima para los oídos de mi ánima, y esa querria oir todos los dias de mi vida. Porque ¿qué cosa mas dulce para un cristiano, que verse tan preciado y tan amado de un tan grande Dios, que se pusiese á padecer todo eso por librarlo de las penas del infierno, y coronarle de perpetua gloria con los ángeles en el cielo, y atraerlo á su amor y obediencia con tan grande beneficio?

(*x*) Serm. 1. in Nativ. Domin.

DIALOGO VIII.

En el cual se trata del sanctísimo sacramento del altar.

CATECÚMENO.

Otro misterio muy proprio y muy principal de la religion cristiana es el sanctísimo sacramento del altar. Y porque el estado de catecúmeno está deputado para aprender los misterios de la fe que Dios por su bondad me ha infundido, deseo ser informado de lo que pertenece á la doctrina deste divino sacramento.

Maestro. Yo os confieso, hermano, que ninguna materia hay que mas desee tratar que esa, por la gran consolacion que en ello recibo, considerando la grandeza dese beneficio que Dios nos hizo; y ninguna que mas tema tratar, porque eso poco que yo dél concibo, no tengo palabras con que lo pueda declarar; con lo cual padece mi ánima como dolores de parto, porque deseo declarar por palabras lo que siente mi corazon, y sé que no tengo de salir con ello; porque entiendo que así como este beneficio divino es incomprehensible, así es inefable. Y tengo razon para temer que la cortedad y falta de mis palabras sea injuriosa á la dignidad y excelencia dél. Por lo cual entiendo que sería mas acertado reverenciar este misterio con una grande admiracion y silencio, que pretender declarar con palabras humanas lo que ni con lenguas angélicas se podria explicar. Y esto es conforme á lo que Sant Gregorio dice por estas palabras (*a*): Entónces hablamos con mayor elocuencia las obras de la virtud divina, cuando el espanto dellas enmudece nuestra lengua; y habla mejor el hombre dellas callando lo que no puede bastantemente explicar hablando. Por lo cual dice el Salmista (*b*): Alabad al Señor segun la muchedumbre de su grandeza. Aquel le alaba desta manera, que confiesa no tener palabras para predicar sus alabanzas. Mas ya que quereis ser informado de la doctrina deste sacramento, la primera cosa que os diré, es que muchos de los fieles están tan firmes y constantes en la fe deste misterio, y tan léjos de dubdar dél, que este les hace creer con mayor alegría y firmeza los otros artículos de nuestra fe. Porque reciben con el uso dél tan grandes bienes y consolaciones en sus ánimas, y tan grande luz en sus entendimientos, y tan grande fuego de amor en sus voluntades, y tan grandes ayudas para toda virtud, que por aquí entienden que no podia ser sino Dios el que ordenó una cosa de tanta eficacia para la sanctificacion y salvacion de las ánimas. Y porque saben que quien esto ordenó es el autor de todos los otros misterios que creemos, de aquí es que la fe certísima deste artículo nos acrecienta la de todos los otros.

Comenzando pues á declarar lo que habemos de creer deste sacramento, decimos que por virtud de las palabras de la consagracion pronunciadas por un sacerdote, la substancia del pan se muda en la del cuerpo de nuestro Salvador, y la del vino en su sangre preciosa. Mas por cuanto así el cuerpo como la sangre no están sin el ánima, y lo uno y lo otro no está sin la divinidad, por tanto, aunque por virtud de las dichas palabras no está debajo de aquellas especies sacramentales mas que el cuerpo y sangre de Cristo, mas por via de concomitancia está su ánima sanctísima y su divinidad. Esto es lo que estamos obligados á creer deste misterio.

Pues para creer que esto sea así, no se requiere mas que probar que esto pudo hacer Dios, y que lo quiso ha-

(*a*) Greg. lib. 9. Moral. cap. 10. (*b*) Psalm. 150.

cer; porque probado el poder y querer divino, cesa toda cuestion. Estas dos cosas os declararé agora, y despues os diré el fin para que fué instituido este summo sacramento.

§. I.

No repugna á la omnipotencia divina este soberano misterio.

Y cuanto á lo primero, que es poder Dios por ministerio del sacerdote hacer esta mudanza susodicha de una substancia en otra, no tenemos mucho que altercar. Porque mayor cosa es hacer algo de nada, que mudar una substancia en otra. Y pues confesamos que Dios crió los cielos, que son tan grandes, junto con la mar y la tierra, de nada, mucho mas podrá hacer una cosa de otra. Asimismo vemos que el pan que cada dia comemos, por virtud del calor natural en breve espacio se muda en nuestra carne: pues ¿qué maravilla es que lo que puede hacer en espacio de dos ó tres dias el calor natural, lo haga en un instante la virtud omnipotente de Dios? Y quien tan fácilmente pudo mudar en las bodas del Evangelio el agua en vino (c), tambien podrá mudar la substancia del pan en la de su sanctísimo cuerpo.

Catecúmeno. Esa conversion y mudanza no me espanta. Mas lo que me espanta es que diciéndose en la misma hora cien mil misas en toda la Iglesia cristiana, asista la presencia de Dios en todas ellas, de tal manera que en el punto que acaba el sacerdote de pronunciar las palabras de la consagracion, obre Dios esa conversion; y esto no por ministerio de ángeles, sino por sí mismo. Porque mirando esto con ojos de carne, paresce que es poner á Dios en cuidado de acudir á tantas partes sin faltar un punto.

M. ¡Oh cuán bien dijo Tulio (como arriba alegamos) que es cosa dificultosa apartar el entendimiento del uso de los sentidos, los cuales quieren medir las cosas divinas por las humanas, estando aquella nobilísima naturaleza infinitamente levantada sobre todo lo criado! De donde nace que el mayor impedimento que los hombres tienen para conocer á Dios, es querer medirlo y tantearlo por sí mismos. Pues para que veais que esta asistencia susodicha no pone á Dios en cuidado, ni impide punto de su felicidad, poneros he para la inteligencia desto un ejemplo. Dice Aristóteles y todos los buenos filósofos que el ánima intelectiva que tenemos los hombres, no procede de la materia de que se forma el cuerpo humano; porque este se fabrica de una materia corporal. Mas como esta ánima sea substancia espiritual semejante á los ángeles, no puede ser producida de cosa material, y por eso dicen que viene de fuera. Y acrescienta á esto la fe y religion cristiana, que despues de organizado el cuerpecito del niño en las entrañas de su madre, el Criador de todas las cosas por sí solo cria el ánima, y la infunde en aquel corpecito en el mismo punto que se acaba de organizar. Preguntoos pues agora: ¿qué tan continuo será el oficio de Dios en criar tantas ánimas, y infundirlas en sus cuerpos? Poned los ojos en todo el universo mundo, que es en todo este nuestro hemisferio, y en el que está debajo de nosotros, y en las islas de todos los mares, y finalmente en todas las naciones del mundo; y imaginad ¿cuántas ocasiones habrá de dia y de noche para criar Dios ánimas, y infundirlas en sus cuerpecitos?

C. Esas ¿quién las contará, sino quien puede contar las estrellas del cielo? Y parece por esto que si Dios ha de acudir á todos estos puntos y momentos, ha de estar perpetuamente criando ánimas.

M. Así es como decis. Y con toda esa ocupacion, y otras innumerables que aquí no digo, se compadece aquella beatísima felicidad y tranquilidad de que eternalmente goza Dios. Pues si este Señor asiste noche y dia á la formacion de tantos millares de cuerpos, para que en el punto y momento que se acaban de formar infaliblemente crie y infunda las ánimas en ellos; ¿qué maravilla es asistir á todos los altares de la cristiandad, y hacer esta transmutacion (que decimos) en el punto que el sacerdote acaba de consagrar? Si asiste á la formacion de cuantos negrillos y negrillas son concebidos en Etiopía (en que tan poco va) para infundirles las ánimas, ¿cuánto con mayor razon asistirá á la consagracion de su cuerpo para la sanctificacion de nuestra vida?

C. Es tan acomodado ese ejemplo para lo que habeis dicho, y tan fuerte para probar que no es eso imposible á la omnipotencia de Dios, que nadie podrá contradecir á esa razon. Y por eso en cuanto toca á este artículo del poder de Dios, yo me doy por concluido. Tratad agora de la segunda y mas principal parte, que es el querer.

§. II.

Es muy conforme á la voluntad de Dios este misterio para el fin que pretende: que es la reformacion y sanctificacion del hombre.

MAESTRO.

Para probar el querer y voluntad de Dios es necesario declarar primero los efectos que este pan de los ángeles obra en las personas que tienen purgado y sano el paladar de sus ánimas. Digo esto, porque para juzgar del sabor de los manjares, es necesaria esta disposicion.

Pues para conocer las virtudes y efectos deste manjar celestial, habemos de poner los ojos en una ánima que esté desta manera dispuesta y purgada. Y así lo están las que toda su aficion, todos sus deseos, todos sus cuidados emplean en agradar á solo Dios, y cumplir su sancta voluntad, diciendo con el Profeta (d): Una sola cosa pedí al Señor, y sola esa buscaré: que es morar en su casa todos los dias de mi vida, y entender su sancta voluntad. Las tales ánimas parece que han fundido todos sus cuidados en un cuidado, y todos sus negocios en un solo negocio, y todos sus deseos en un solo deseo, que es agradar á Dios. Trabajan todo lo posible por evitar todo género de pecados, aunque sean veniales. Castigan su carne con ayunos, asperezas y sanctas vigilias. Tienen largos espacios diputados para vacar á Dios y darse á la oracion. Lo cual hacen muy á la continua, y señaladamente ántes y despues de la sagrada comunion; aparejándose para ella con toda la devocion y pureza de consciencia que les es posible. Mas ántes de tal manera ordenan su vida, que toda ella sea un continuo aparejo para la sagrada comunion.

Pues á las tales personas habemos de preguntar cuál sea el fructo que sus ánimas reciben con la frecuencia deste divino manjar; y responderos han primeramente que es tan grande la consolacion y alegría espiritual que con él reciben, que no tienen palabras con que poderlo explicar. Deciros han que aquí se renuevan todas las fuerzas de su ánima; que aquí se les abre el entendimiento para conocer la bondad y misericordia de su Criador; que aquí gustan, y gustando ven cuán suave es el Señor; que aquí se les aclara mas la fe, y se fortalece la

(c) Joann. 2.

(d) Psalm. 26.

esperanza, y se enciende con nuevos ardores la caridad.

Mas tratando de los efectos deste divino sacramento por alguna órden, para que mejor los entendais, habeis de saber que dos son los principales efectos deste sacramento: el uno comun con todos los otros sacramentos de la ley de gracia, que es dar gracia al que dignamente lo recibe, de la cual gracia proceden todas las virtudes infusas, con las cuales el ánima queda fortalecida, hermoseada y habilitada para todo lo bueno. El otro efecto es proprio deste sacramento, con que se diferencia de los otros: el cual llaman los teólogos refeccion espiritual, que es mantenimiento del ánima, con el cual ella se renueva, rehace y restaura para todo lo bueno. Por lo cual dice el concilio Florentino que todos los efectos que obra el manjar corporal en los cuerpos, obra este divino manjar en las ánimas. Estos efectos podemos reducir á tres que tiene el mantenimiento corporal, que son: reparar lo que se ha gastado, deleitar el gusto, y apagar la hambre, dando hartura al que comió. Apliquemos pues agora estos tres efectos á este divino manjar.

Primeramente el manjar corporal (como dijimos) restaura lo que se ha gastado de nuestra substancia. La necesidad que deste reparo hay es, porque así como la lumbre de la lámpara está siempre gastando el aceite que tiene, así el calor natural de nuestros cuerpos está siempre consumiendo y gastando la substancia dellos. Y por eso como cebamos siempre con aceite la lámpara que siempre arde, así conviene cebar el cuerpo con su ordinario mantenimiento, para que lo que por una parte se gasta, por otra se restaure. Y con esta ordinaria refeccion no solo se rehace la substancia que se gastó, mas tambien en cierta edad (cual es la de los niños y mozos) se acrecienta; y así vienen de pequeños á hacerse grandes. Y con este mismo manjar se renuevan tambien las fuerzas de los cuerpos, cuando por falta de mantenimiento están debilitados y flacos, como se ve en los enfermos cuando comienzan á convalecer. Pues todos estos efectos obra este pan de los ángeles en las ánimas, las cuales tambien tienen necesidad de su propria restauracion. Porque dentro dellas está otro calor, no natural, sino muy perjudicial, que es el ardor de nuestros apetitos (que los sanctos llaman concupiscencia), heredado de nuestros primeros padres, y causado del pecado original; el cual ardor cuanto mas nos inclina al amor de las cosas de la tierra, tanto mas nos resfria en el de las cosas del cielo; y cuanto mas procura los gustos de la carne, tanto mas diminuye los del espíritu; y cuanto mas con el peso de sus aficiones carga para bajo, tanto mas nos derriba de lo alto, como dijo el Sabio (*e*). Con el cual tambien se junta el mundo, que está todo armado sobre vicios (*f*): que es la compañía y vivienda entre los hombres carnales, los cuales son fautores de nuestra carne. Pues si teniendo tantos atizadores para el mal, no tuviéremos quien nos ayude y encienda en el amor del bien, ¿en qué vendrémos á parar? Pues por esta causa la divina Providencia (que ni aun á las hormigas falta, y que tanto mayor cuidado tiene de las cosas, cuanto son mas excelentes), como proveyó á los cuerpos de su proprio mantenimiento, así era mayor razon que proveyese á las ánimas del suyo: lo cual hizo instituyendo este divino sacramento de su cuerpo, de quien él mismo dice (*g*): Mi carne verdaderamente es manjar. Manjar dice, no cierto de los cuerpos, sino de las ánimas; mediante cuya virtud se repara lo que el ardor de nuestros apetitos, y la compañía deste mundo gasta: con cuyo uso crece el hombre en la perfeccion de la vida espiritual, y en todas las virtudes, y cobra nuevas fuerzas y aliento para caminar por la carrera de la virtud, hasta llegar con Elías al monte de Dios (*h*). Asimismo recibe con él fortaleza para resistir á las tentaciones y asechanzas de nuestro comun adversario, que como leon rabioso nos cerca, buscando á quien tragar (*i*). Este es pues el primer efecto deste divino manjar.

La segunda propriedad del manjar dijimos que era dar gusto y sabor al que come, y tanto mayor, cuanto el manjar es mas precioso, y el paladar está mas bien dispuesto. Este gusto ordenó la divina Providencia para la conservacion de nuestra vida. Porque como sea necesario el comer para vivir, púsonos este gusto y cebo en el manjar para que este nos provocase á comer, como vemos que se hace; pues hay muchos que comen mas por el gusto que hallan en la comida, que por la conservacion de la vida. Pues si este gusto puso el Criador en el manjar de los cuerpos (en cuya vida va tan poco), ¿cuál será el que puso en el manjar de las ánimas, que son tanto mas excelentes que los cuerpos, cuyo manjar es este pan de los ángeles? Pues tal es y tan grande la suavidad deste divino manjar, que como dice Sancto Tomas (*k*), nadie lo podrá explicar; porque aquí (dice él) se gusta esta suavidad en su misma fuente, que es en Dios, infinitamente suave, y autor de toda suavidad. Y está clara la razon para quien considerare por una parte la dignidad de la ánima, y por otra la excelencia deste manjar. Porque como sea el ánima sin comparacion mas noble que el cuerpo, síguese que sus deleites han de ser tanto mas excelentes y suaves que los del cuerpo, cuanto ella es mas excelente que él. Pues del manjar (que es el mismo Dios) ¿qué dirémos? ¿Cuánto será mayor la dulzura deste manjar que la de todos los otros corporales, mayormente en aquellos que (como presuponemos) tienen purgado el paladar de sus ánimas? Porque en los tales esta suavidad no solo recrea y hinche todos los senos y fuerzas del espíritu, mas tambien redunda en la misma carne con tanta suavidad, que hace decir al hombre con el Salmista (*l*): Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo. De donde tambien nace (lo que dice Sant Buenaventura en un libro de la perfeccion, que escribió á una su hermana) que muchas veces acaesce llegar una persona destas, muy debilitada y flaca, á la sagrada comunion, y ser tan grande el alegría y consolacion que recibe con la virtud deste manjar, que se levanta de ahí tan esforzada como si ninguna flaqueza tuviera. En lo cual (dice este sancto) muestra Dios que quiere ser á veces mantenimiento y esfuerzo de ambos nuestros hombres, interior y exterior.

§. III.

Efectos que la suavidad deste manjar divino causa en el alma.

Mas ¿quién podrá explicar los efectos que esta tan grande suavidad causa en el que la recibe? Porque primeramente viéndose una destas ánimas tan visitada, tan consolada de nuestro Señor, viéndose tratada con tanta benignidad y blandura como una hija regalada, luego se enciende en ella un entrañable amor de un Dios

(*e*) Sap. 9. (*f*) 1. Joan. 5. (*g*) Joan. 6.

(*h*) 3. Reg. 19. (*i*) 1. Pet. 5. (*k*) S. Thom. Opusc. de Sac. Alt. (*l*) Psalm. 83.

que tan suave, tan benigno y amoroso se le ha mostrado. Y deste amor, acompañado con esta suavidad, se siguen todos los buenos propósitos y deseos: que son las flores que suelen preceder al fructo de las buenas obras.

Porque primeramente de aquí nace el menosprecio y desgusto de todos los gustos y contentamientos del mundo, porque, como dice Sant Bernardo (*m*), en gustándose la suavidad espiritual, luego toda carne (que es todo lo terreno) pierde su sabor, y así viene el hombre espiritual á tener asco y aborrescimiento de todos los ídolos que adoraba; porque así como los hombres dejaron la bellota (que es manjar de puercos) despues que hallaron pan de trigo, así esta ánima religiosa renuncia todos los gustos sensuales cuando ha hallado los espirituales, que sin comparacion son mayores; porque aquellos son de criaturas, y estos son del Criador.

De aquí tambien nace un muy encendido deseo de agradar al Señor que tanto ama, y que tan suave y amoroso se le ha mostrado. Y porque entiende que ninguna otra cosa le agrada sino la obediencia y guarda de sus mandamientos, y ninguna cosa le desagrada sino los pecados, de aquí le nace un ardentísimo deseo de guardar esos mandamientos, y un grande y solícito cuidado de huir, no solamente todos los pecados mortales, sino tambien los veniales, y todas las ocasiones de los unos y de los otros. Por lo cual huelga con la soledad y con el silencio; porque con esto trae el corazon recogido, y excusa las ocasiones de muchos pecados.

De aquí tambien nace un inflamado deseo de padescer trabajos y contradicciones, y aun de derramar sangre por amor deste Señor. Porque como sabe que la fineza y prueba de la verdadera virtud consiste en la paciencia de los trabajos y tribulaciones, como dice el Apóstol (*n*), y que esto es lo que mas agrada al que por ella padesció: de aquí procede que cuanto mas le desea agradar, tanto mayor deseo tiene de padescer. Y así huelga con los trabajos y enfermedades, y da gracias al Señor por ellos.

Y porque, como se escribe en los Cantares (*o*), el amor es fuerte como la muerte, que todas las cosas vence, deste suavísimo amor que se nos comunica por virtud deste pan celestial, se cria en nuestras ánimas una tan grande fortaleza, que la encarece Sant Crisóstomo, diciendo (*p*) que desta mesa salen los hombres tan esforzados como leones, que echan fuego por la boca, con que espantan los mismos demonios. Por donde el sancto mártir Cipriano (*q*) en tiempo de las persecuciones de la Iglesia, procuraba que los descomulgados fuesen absueltos, para que se les diese la sagrada comunion, que eran las armas que los habian de fortalecer y armar contra el furor de los tiramnos: alegando que desfallecerian en la batalla los que careciesen destas armas.

El tercer efecto del manjar (como dijimos) es matar la hambre, y dar hartura. El cual efecto principalísimamente pertenece á este pan de ángeles: como experimenta este linaje de personas de que vamos hablando, las cuales con la presencia del Señor, que en este sacramento se encierra, reciben en sus ánimas una tan grande hartura y contentamiento, y una paz y quietacion de todos sus apetitos y deseos, que no les queda en esta vida mas que desear. Y no es esto de maravillar; porque como Dios sea el esposo de las ánimas, y el último fin de nuestra vida, y el centro de nuestra felicidad, estando el ánima reposando en este centro, y gozando de la presencia de aquel Señor que es infinitamente amable, no tiene mas que desear. Porque con este bocado está tan llena y tan harta, que no le queda mas que desear; pues posee aquel bien universal en quien están todos los bienes. Y en este tiempo no se harta de decir aquellas palabras que Sant Francisco toda una noche repetia, diciendo: ¡Oh mi Dios, y todas las cosas! ¡Oh mi Dios, y todas las cosas!

Desta hartura nace una grande hambre dese mismo manjar que causó esta hartura. En lo cual se ve la diferencia que Sant Gregorio pone entre los deleites del cuerpo y los del ánima (*r*). Porque en aquellos la hartura causa hastío, y en estos por el contrario hambre: conforme á aquellas palabras de la sabiduría que dicen (*s*): Los que comen de mí, todavía tendrán hambre; y los que beben, mayor sed. Porque como el ánima religiosa recibe con este pasto celestial toda esta consolacion y hartura, con todo lo demas que habemos dicho, viene á tener un encendidísimo deseo deste convite tan suave, para volver á gozar de lo que allí gozó; y esle en gran manera penosa la dilacion dél.

¿Qué mas diré? Desta misma paz y hartura se sigue la mortificacion de nuestras pasiones; porque como estas nazcan, segun dice Sanctiago (*t*), de los apetitos de nuestra carne, estando estos satisfechos con este bocado, no tiene la ira ni las otras pasiones desaforadas porque perturbarse y inquietarse, pues la causa de su inquietacion es impedirse el gusto de las cosas que deseamos: lo cual aquí no ha lugar, pues el corazon está quieto y satisfecho con lo que tiene.

A todos estos efectos añado una grande admiracion y pasmo que estas ánimas tienen muchas veces en la sagrada comunion. Porque cuando por una parte consideran su bajeza y vileza, y por otra la inmensidad y alteza de aquel Señor que infinitamente se levanta sobre todo lo criado, y miran cómo este Señor que hinche cielos y tierra, y que está asentado sobre los querubines, cuya silla es el cielo, y cuyo estrado real es la tierra, no tiene asco de venir á morar en una casa de paja; conciben desto una tan grande admiracion de aquella divina bondad, acompañada con un tan grande amor y alegría, que no se puede fácilmente explicar. Y aun á veces pasa tan adelante esta admiracion en las ánimas (que están ya muy purgadas), que de tal manera lleva tras sí la parte superior del ánima, que deja la inferior sin ningun sentido, como acaescia á la vírgen Sancta Catalina de Sena: la cual de tal manera quedaba absorta en espíritu cuando comulgaba, que (segun se escribe en la bula de su canonizacion) herida y punzada en este rapto, no sentia mas que una piedra. Y lo mismo acaescia al bienaventurado padre Sant Francisco: de quien escribe Sant Buenaventura que las mas veces que comulgaba era arrebatado en espíritu y privado de los sentidos. En lo cual se ve cuánto mayor sea la suavidad y dulzura deste divino manjar, que la de todos los deleites del mundo; pues basta para dejar al hombre como muerto á su cuerpo por la vehemente operacion y suspension del espíritu en Dios. Pues ¿qué deleites de mundo hay que hasta aquí lleguen? Lo cual no calló aquella sancta Esposa en sus Cantares, cuando hablando con su Esposo dijo (*v*) que

(*m*) De Cant. Ezech. et de Persec. sust cap. 12. et epist. 2. (*n*) Roman. 5. (*o*) Cant. 8. (*p*) Chrysost. ad Pop. Antioch. Hom. 61. ex Joann. Evang. in princ. (*q*) Lib. 1. Epistolar. epist. 2.

(*r*) Hom. 36. in Evang. (*s*) Eccli. 24. (*t*) Jacob. 1. (*v*) Cant. 1.

eran mejores sus pechos que el vino: entendiendo por los pechos divinos la leche de la dulzura espiritual, y por el vino los deleites del mundo: declarando por esto la ventaja que hacen estos divinos deleites á todos los otros deleites que fuera de Dios puede haber.

Estos y otros tales son los efectos deste altísimo sacramento. Lo cual nadie debe tener por increible. Porque estando toda la majestad de Dios real y verdaderamente en él, no habian de ser pequeños los efectos que por él se habian de obrar. Y pues el Apóstol dice (*x*) que son incomprehensibles las riquezas de gracia que trajo el Salvador al mundo (las cuales señaladamente se communican en los sacramentos), ¿cuánto mayores han de ser las deste, que es el mas excelente dellos?

Catecúmeno. Mucha razon teneis en eso. Porque cuando tal huésped entra en una ánima, todo eso que hasta aquí habeis dicho se debe con mucha razon creer. Mas una cosa me queda por preguntar, y es: que si para gozar de todos esos fructos se requiere que una ánima esté tan purgada y limpia como habeis dicho, como sean tan pocas las ánimas en quien se halle esta disposicion, síguese que pocos serán los que participen esos beneficios.

M. Es verdad que todas las causas, así naturales como sobrenaturales, obran conforme á la disposicion que hallan en la materia. Y así vemos que el fuego luego se enciende en la leña seca; mas si está ménos seca, mas tarde se encenderá. De modo que segun fueren los grados de la sequedad, así será la operacion del fuego. Lo mismo pues decimos deste sancto sacramento: el cual aunque en solas las ánimas muy purificadas obre estos tan señalados efectos, pero no deja de obrar tambien en las otras, segun la devocion y disposicion que hay en ellas. Por donde vemos muchos sacerdotes, los cuales sin tener largos espacios diputados para vacar á Dios, con decir cada dia una misa devotamente, recogiéndose un poco ántes della, y otro poco despues, viven en temor de Dios, y se les pasa toda la vida ó la mayor parte della sin hacer cosa que sea pecado mortal. Y aun mas os diré: que puede haber caso en que llegándose una persona á este sacramento, por virtud dél resuscite de muerte á vida, y del pecado á la gracia. Y esto acaesce cuando el hombre ni tiene propósito de pecar, ni se acuerda de pecado que no haya confesado. Y puede ser que con todo esto no esté en estado de gracia. Pues de tal persona como esta dicen los doctores que por virtud deste sacramento resuscita de muerte á vida, y de estado de condenacion se pone en estado de salvacion. Y así dijo Sant Augustin (*y*) que este sacramento no solo mantiene y sustenta los que halla vivos, sino tambien resuscita los muertos.

C. Gran cosa es esa que habeis dicho, y de gran consolacion para algunos flacos y escrupulosos, que por un indiscreto temor dejan de llegarse á este summo sacramento, y así pierden ese beneficio y otros que con él recibirian.

§. IV.

Conclúyese el propósito de la voluntad divina por la naturaleza de la bondad.

MAESTRO.

Agora será bien que volvamos á nuestro propósito, y de lo dicho concluirémos en pocas palabras el querer y voluntad de Dios. Para lo cual conviene repetir todo lo que hasta aquí habemos tratado de la naturaleza del bien. Del cual dijimos que su naturaleza es communicarse á todos. Y cuanto la bondad es mayor, tanto mas participa esta condicion. Y cuando ella es perfecta, no hay trabajo á que no se ponga para dar á otros parte de sí mesma: como lo vemos en aquel sancto Apóstol (*z*), que hacia de sí mil manjares, y se hacia todo á todos, por hacer salvos á todos: que es por communicarles el bien que él tenia; el cual deseo era tan grande, que deseaba hacerse anatema de Cristo por hacer salvos á sus hermanos.

Pues siendo esto así, ¿qué podrémos juzgar de aquella summa y infinita bondad? Cierto es que cuanto ella es mayor que toda la bondad criada, tanto es mas communicativa de sí misma, y tanto es mayor el deseo que tiene de hacer á todos buenos y sanctos, como él lo es. Esta teología nos enseña aquel gran teólogo Dionisio, el cual en el libro de los Nombres Divinos dice así (*a*): Por cuanto Dios es un bien substancial, pretende communicar su bondad á todo lo que tiene sér: así como el sol communica su luz á todas las cosas. Y en el libro de la Hierarquía Celestial repite esta misma sentencia por estas palabras (*b*): Todas las cosas pretende Dios hacer semejantes á sí, y communicarles sus dones segun la capacidad y naturaleza de cada una. Y en este mismo libro declara mas este natural deseo de aquella summa bondad por estas palabras (*c*): Cristo busca con grande amor á los que se retiran y apartan dél, y procura y ruégales que no desamparen al que con tanta fuerza de amor los busca. Y no contento con esto, tolera benignísimamente á los que dilatan su venida, convidándoles con sus promesas, y atrayéndolos con sus regalos. Pues siendo esto así, ¿qué cosa puede ser mas conforme á esta summa bondad, que haber instituido un sacramento tan poderoso para hacernos participantes de su bondad y sanctidad, y por consiguiente de todos estos efectos que hasta aquí habemos referido? Y si despues de declarados en el libro precedente los fructos del árbol de la sancta Cruz (los cuales todos son ayudas y socorros para hacernos sanctos y buenos), concluímos luego que no era cosa indigna de aquella soberana bondad padecer muerte tan ignominiosa para hacernos todos estos bienes, ¿cuánto mas concluirémos agora haber él ordenado un sacramento que tan admirable virtud y poder tiene para nuestra sanctificacion? Y si es tan grande el deseo que desto tuvo aquella inmensa bondad, que no extrañó este linaje de muerte por razon de tan grandes bienes como se nos seguian della, ¿cuánto ménos extrañará ordenar este divino sacramento, de que tantos bienes se nos siguen, mayormente no le costando ya esto sudor de sangre, y muerte como lo otro? Oso decir con verdad que es tan propria obra de Dios la institucion deste summo sacramento, que si me propusiesen esta obra por una parte, y la creacion deste mundo por otra, y me preguntasen, cuál destas tendria por mas propria y mas digna de Dios, sin dubda responderia que la institucion deste divino sacramento. La razon es porque aquello es obra mas digna de Dios, de que resulta mas gloria á él, y mas provecho á los hombres. Pues cuán pequeño haya sido el provecho espiritual que los hombres sacaron de la obra de la creacion (aunque esto haya sido por culpa dellos) vese por los pecados y idolatrías

(*x*) Ephe. 3. (*y*) In Evang. Joa. tract. 26, etc.

(*z*) Rom. 9. 1. Cor. 9. (*a*) Cap. 4. (*b*) Cap. 3. (*c*) Cap. 15. et Epist. 8.



que en el mundo reinaron hasta la predicacion del Evangelio; y esto tomando ocasion para ello de la hermosura y excelencia desas mismas criaturas. Mas este sanctísimo sacramento ha sido la principal causa de la sanctidad de cuantos mártires, y confesores, y vírgines ha habido en la Iglesia, y habrá hasta el fin del mundo; porque el principal socorro y esfuerzo que todos ellos tuvieron para vencer el mundo, el demonio y la carne, deste pan celestial les vino. Pues ¿cómo no será esta mas excelente, mas digna y mas propria obra de aquella infinita bondad y sanctidad (que tanta eficacia tiene para hacernos buenos y sanctos) que criar el mundo? Y si decis que fué obra de gran poder con solas palabras criar el mundo, á esto digo que no se requiere menor poder para mudar la substancia del pan y del vino tantas mil veces cada dia en la substancia del cuerpo y sangre de Cristo, por virtud de las palabras que pronuncia un sacerdote.

Catecúmeno. Gran cosa es esa que decís; y querria saber la razon della.

M. La razon es, porque (segun tantas veces habemos en esta escriptura dicho) como la cosa de que Dios mas se precia, y por la cual quiere ser mas conocido y alabado, sea su bondad y sanctidad, la cual predican siempre aquellos espíritus soberanos en el cielo (*d*), y esta resplandezca mucho mas en los misterios de nuestra redempcion y sanctificacion que en la fábrica de todo este mundo visible; síguese que aunque la una y la otra sean obras proprias de Dios, esta lo es mucho mas, porque descubre mas de su bondad que la otra.

C. No tengo que responder á esa razon tan eficaz, sino es deciros que por otra parte parece cosa indigna desa misma bondad entrar en las ánimas de algunas personas que comulgan ó celebran indignísimamente, como cada dia vemos.

M. Hermano, es Dios en tanta manera bueno, y tan deseoso de hacernos bien, que ninguna cosa tiene por indigna de su majestad, que sea provechosa para nuestra salud. Y cuanto esas personas que decis son mas indignas dese beneficio, tanto mas se descubre por ahí la grandeza de su bondad y el amor que tiene á sus leales amigos; pues no tiene asco de pasar por tales manos para venir á morar en ellos. Porque si para obrar el misterio de nuestra redempcion consintió ser entregado en manos de pecadores, y de los príncipes de las tinieblas que moraban en ellos, ¿cómo extrañará agora lo que entónces no extrañó? Y demas desto, bien sabeis que la luz del sol pasando por todos los albañares de la tierra, no recibe alguna inmundicia por eso; pues ¿cuánto ménos la recibirá entrando en esas ánimas aquel que es la misma pureza y limpieza?

§. V.

Se debe en este misterio sacrificar el entendimiento en obsequio de la fe; respóndese á un argumento.

CATECÚMENO.

Satisfecho quedo con esa razon; mas quédame otro escrúpulo, que es cómo sea posible que aquel sacratísimo cuerpo del Salvador esté todo encerrado en una pequeña hostia.

Maestro. A eso no quiero responder sino con aquella muy cristiana y prudente respuesta que Sant Augustin da á semejantes obras y maravillas de Dios, diciendo (*e*): Concedamos que Dios puede hacer alguna cosa la cual no pueda comprehender nuestra razon. Porque en las tales obras toda la razon es la omnipotencia de quien las hace. Con esto pues se debe contentar el cristiano humilde, sin querer mas saber: en lo cual consiste el mérito de la fe, que es creer lo que no vemos; y con esto empleamos en servicio de nuestro Criador una nobilísima pieza que él en nuestras ánimas crió, que es el entendimiento y la razon. Porque si en aquel primer mandamiento de la ley (*f*) nos mandan emplear en el amor y servicio de nuestro Criador todo lo que él en nosotros crió, y una de las piezas mas principales es nuestro entendimiento, este señaladamente es justo que le sirva, y su principal servicio es creer lo que no puede entender. Porque creer lo que él por sí alcanza y entiende, es de ménos valor. Y por tanto, así como entónces sirve mas la voluntad á Dios, cuando por su amor ama lo que repugna á su naturaleza (como cuando ama á sus enemigos y perseguidores, y les desea todo el bien); así tambien le sirve con el entendimiento, cuando lo humilla, y captiva, y subjecta á creer las verdades que no alcanza. Porque entónces hace sacrificio á Dios de su Isaac (*g*): que es de una nobilísima potencia que en sí tiene.

C. Teneis, Maestro, razon; porque no era justo que esa nobilísima parte de nuestra ánima quedase exempta del servicio de su Criador: ántes convenia que cuanto ella es mas noble, tanto mas se emplease en el servicio de quien la crió. Mas quiero yo con vuestra licencia vestirme agora del espíritu de un filósofo gentil, y poneros una objeccion contra todo lo dicho. Concederos ha este filósofo que ese amor, y alegría, y consolacion, y esa tan grande admiracion que conciben las ánimas religiosas cuando comulgan, procede de una vehemente imaginacion y fe que tienen de que aquel grande y inmenso Dios los ama tanto, que tiene por bien de venir en su propria persona y majestad á ellos, y hacer en ellos su asiento y morada. Porque esta es una cosa tan grande, que solo imaginarla basta para causar en las ánimas esa admiracion y consolacion que habeis dicho. Esto podrá decir un filósofo gentil.

M. ¡Oh cuánto huelgo de haberme vos propuesto esa objeccion; porque me dais motivo para deciros una cosa que sirve grandemente para la confirmacion de la fe deste misterio. Decisme que sola la imaginacion dese tan grande beneficio basta para causar todos esos efectos susodichos. Pues decidme agora: si sola la imaginacion dese tan grande beneficio basta para eso, ¿cuánto será mas poderosa para ello, no ya sola la imaginacion, sino la verdad dese misterio? Porque ¿quién podrá negar que mueva mas la verdad de las cosas, que la imaginacion sola dellas? ¿Cuánto mayor temor causará en mí ver un toro venir contra mí, que solo imaginarlo? Pues si tanto mas nos mueve la verdad de las cosas que la imaginacion sola dellas, ¿cuán digna cosa será de aquella infinita bondad, que tanto desea hacer á todos buenos, haber instituido un sacramento tan poderoso para esto, que solo imaginarlo bastaria para ello? ¿Veis qué grande sea la fuerza desta razon? Y no os maravilleis, hermano, de que hagamos tantas veces fundamento de la bondad de Dios para tratar de sus cosas; porque (como ya dijimos) el primer principio de todas las obras de Dios es su inmensa bondad. Porque como en él no tenga lugar ni la necesidad, ni el hado, ni obligacion, ni deuda que

(*d*) Esai. 6. (*e*) De civit. Dei, lib. 21. cap. 5. 6. 7.

(*f*) Deut. 6. Matth. 22. (*g*) Gen. 22.

deba á alguna criatura (ántes todas deben á él lo que son, y lo que tienen), síguese que ninguna otra causa le puede mover á todo lo que hace, sino sola bondad. Y esta es la mejor y mas cierta manera de filosofar en sus obras que hay, reduciéndolas todas á esta bondad. Esta pues le hizo dejarnos acá esta joya mas preciosa que todas las piedras preciosas. Con esta dejó ornamentada y enriquecida su Iglesia, con esta le tiene compañía en este lugar de destierro, con esta la consuela en sus trabajos, con esta la defiende en sus peligros, con esta la esfuerza y alienta para todo lo bueno, con esta la hinche de sanctos propósitos y deseos, con esta la hace arder en amor y deseo de las cosas del cielo, y le causa hastío y desprecio de las vanidades del mundo; con esta la incorpora y ayunta consigo, con esta la hace participante de los trabajos y méritos de su sagrada Pasion, y con esta finalmente le da una prenda firmísima de la vida eterna. Pues ¿quién pudiera instituir una cosa tan saludable y provechosa como esta, sino Dios? ¿Cuya habia de ser esta invencion, que tanto importa para hacernos buenos, sino de aquella summa y infinita bondad? Ni tenga nadie por menoscabo de su grandeza entrar en el pecho de una criatura tan baja. Porque esta sentencia ha de tener fija en su corazon todo cristiano: que este Señor no tiene por cosa indigna de su majestad todo lo que sirve para hacer bien á sus criaturas.

§. VI.

Inmenso amor que en este soberano misterio se nos descubre.

CATECÚMENO.

Eso y mucho mas se debe creer de la inmensidad de la divina bondad, que tanto desea nuestra sanctificacion. Mas una cosa os querria pedir, si no os diese molestia, y es, que así como tratando de la sacratísima Pasion del Redemptor, primero tratastes de lo que pertenecia á esclarecer el entendimiento, y confirmarlo en la fe, y despues de lo que ayudaba á encender la voluntad en amor dél; así lo querais agora hacer en este misterio. Porque habiendo probado el poder y querer de Dios, está muy bien fundada la fe; mas agora querria que me enseñásedes lo que tengo de considerar para amar al dador deste tan grande beneficio, y para disponer y aparejar mi ánima cuando lo hubiere de recibir.

Maestro. Todo cuanto hasta aquí habemos dicho (si bien lo habeis entendido) sirve para ambas cosas; mas para mayor edificacion vuestra añadiré algo á lo dicho, y esto será declararos lo que nuestro Señor quiere que concibamos desta tan grande obra. Porque unas veces declara él lo que quiere por palabras, y otras por las mismas obras que hace, sin palabras; porque por esto dijo David (*h*) que los cielos predicaban la gloria de Dios, y que no habia gentes ni naciones que no entendiesen este lenguaje. Pues conforme á esto os quiero declarar algo de lo que el Salvador nos quiso dar á entender por esta obra, la cual tengo por tan propria suya, como la creacion de los cielos.

Pues esta obra primeramente nos declara la grandeza del amor que nos tiene. Porque la condicion y naturaleza del amor es querer estar siempre en compañía del amado, y nunca apartarse dél. Lo cual dice Sant Dionisio por estas palabras (*i*): El amor tiene tanta virtud y fuerza para unir los corazones en uno, que no deja á los que aman tener perfecto señorío sobre sí mismos. Por donde aquel divino amador decia (*k*): Vivo yo, ya no yo; mas vive en mí Cristo. Esto dice, porque el ánima del sancto Apóstol mas estaba en Cristo que en sí mismo. Por lo cual dijo un filósofo que el que amaba, estaba muerto en su cuerpo proprio y vivia en el ajeno. Porque allí tiene todos sus pensamientos, sus cuidados, sus gustos, sus deseos, y finalmente todo está en él. Lo cual es tan proprio del verdadero y perfecto amor, que dél mismo se dice (*l*) que es union y conformidad de dos corazones y voluntades, en las cuales hay un mismo querer y no querer. Pues siendo esta la naturaleza y condicion del amor, ¿qué mayor indicio del grande amor que el Salvador tiene á las ánimas de los suyos, que haber instituido un tan admirable sacramento para unirse con ellas y estar y morar en ellas? ¿No es esto lo que él mismo significó cuando dijo (*m*): El que come mi carne, y bebe mi sangre, él está en mí, y yo en él? Y de aquí se infiere, que así como yo recibo la divinidad y vida de mi Padre, por estar él en mí, así la vida del que dignamente me recibiere, será semejante á la mia por morar yo en su ánima.

Donde es mucho para considerar que si el Salvador pretendia con este pan celestial dar mantenimiento y refeccion á las ánimas, comunicándoles por él su gracia, bien pudiera él hacer esto dando virtud sobrenatural á este divino manjar para darnos su gracia, como la da al agua del sancto baptismo, y á los sagrados olios, sin estar su real y verdadera presencia en ellos, de la manera que aquí está. Mas fué tan grande su caridad y amor para con los hombres, que demas de la gracia que por este sacramento se nos da, quiso que morando él en nuestras ánimas nos la diese. De modo que así como pudiera él sanctificar á su precursor estando ausente, mas para mayor gloria de su sancto quiso él venir en persona á sanctificarlo: así pudiera él communicarnos su gracia sin esta real presencia, mas quiso él para mayor consolacion y gloria nuestra venir con su presencia á darla. Gran merced es la que el Rey hace á un vasallo enfermo enviándole una muy saludable medicina; mas ¿cuánto mayor merced es que el mismo Rey venga en persona á traérsela? No hay comparacion de lo uno á lo otro. Pues esto mismo hace aquí el Rey del cielo con los hombres, para curar sus enfermedades. Pues ¿qué gracias le debemos por esta tan grande gracia, y con qué amor responderémos á este tan grande amor?

La segunda cosa que en este misterio resplandece, es la inmensa bondad de nuestro Criador, el cual no se desdeña de querer descendir á morar en una casa tan pobre como es el corazon del hombre. Porque ¿qué cosa es el hombre, sino, como se escribe en el libro del sancto Job (*n*), polvo, y ceniza, y gusanos, y podredumbre, y sombra que parece algo y no lo es, y hoja de un árbol que á cada viento se menea, y aun paja seca que es mas movediza y mas liviana? Pues David en un lugar hablando del hombre, dice (*o*) que él es toda la vanidad junta; y en otro pasa tan adelante, que en lugar de lo que nuestra letra dice (*p*): Vanos son los hijos de los hombres, y mentirosos en las balanzas; otros trasladan: Son tan vanos los hijos de los hombres, que si se pesaren en una balanza, hallarse han mas livianos que la misma vanidad. Quiere decir, que si el hombre se pusiere en

(*h*) Psalm. 18. (*i*) Dionys. de Divin. Nom. cap. 4. prop. fin.

(*k*) Gal. 2. (*l*) D. Thom. 1. 2. q. 28. art. 1. ad. 2. (*m*) Joan. 6. (*n*) Job. 13. (*o*) Psalm. 38. (*p*) Psalm. 61.



una balanza y la vanidad en otra, esta pesará mas que él. No parece que se podia mas encarescer nuestra vanidad que con esta comparacion. Pues ¿qué mayor obra y muestra de bondad que ver aquella altísima Majestad que hinche cielos y tierra, la cual está infinitamente levantada sobre todo lo que alcanzan los querubines y serafines, cuya silla real es el cielo, y cuyo estrado es la tierra, á quien asisten y alaban millares de millares de ángeles, y ante cuya presencia tiemblan las columnas del cielo, inclinarse y bajar á morar en una casa pajiza, que es en el pecho y ánima de una tan baja criatura como es el hombre, que tan pobre recibimiento le ha de hacer, cuan pequeño es el conoscimiento que tiene de su grandeza? Porque descendir este Señor en el ánima del bienaventurado padre Sant Francisco, ó de Sancta Catalina de Sena (los cuales acabando de comulgar perdian el uso de todos los sentidos corporales, por estar sus espíritus totalmente absortos y arrebatados en la admiracion y amor desta tan grande bondad), no fuera tanto; mas descendir en las ánimas de muchos flacos y imperfectos cristianos que se llegan á este divino sacramento con tan poco fuego de amor, con tan poca reverencia y devocion: esto es querer otra vez este Señor ser reclinado en un pesebre, y hospedado en una tan pobre casa como fué la de su sancto nascimiento. Mandó Josué (*q*) al pueblo, cuando iban á pasar el rio Jordan, que no se llegasen al arca del testamento; sino que hubiese por lo ménos dos mil cobdos de distancia entre ellos y ella. Pues quien tanta reverencia quiso que se tuviese á un arca de madera, ¿cuánta querrá que se tenga á su misma persona? Y con ser esta reverencia tan debida á tal grandeza, consiente ser recibido dentro de los pechos de muchos que con tan poca reverencia le reciben. Pues ¿cuál es la bondad de aquel Señor que así inclinó la alteza de su majestad á tan gran bajeza, por hacernos participantes de su gloria?

La tercera cosa que este divino sacramento nos declara, es la inefable suavidad y dulzura de nuestro Criador; y esto mediante la que él communica á aquellos que religiosa y devotamente lo reciben, lo cual es proprio deste manjar celestial. Porque así como es proprio del manjar corporal, no solo substentar y esforzar el cuerpo, sino tambien regalar y deleitar el gusto: así lo uno y lo otro es proprio deste pan celestial. Mas porque de la grandeza desta suavidad tratamos arriba, al presente no diré mas de que por aquí conoscerán los hombres cuán dulce, cuán blando, cuán amoroso y cuán benigno es el que no contento con proveer á sus fieles siervos de mantenimiento, tambien los recrea y regala con este manjar. En lo cual les da á entender que no los trata ya como á siervos, sino como á amigos y hijos regalados. Pues por aquí se entiende cuán dulce y cuán suave sea en sí aquel Señor que con tanta suavidad y blandura trata á sus hijos. Por donde con mucha razon exclama la Iglesia, cuando dice (*r*): ¡Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu, pues para declarar la dulzura del amor que tienes á tus hijos, los proveiste de un suavísimo pan venido del cielo, el cual hinche de bienes á los hambrientos, y á los soberbios deja vacíos!

(*q*) Josué 3. (*r*) D. Thom. opusc. 57. de Sacr. Alt.

§. VII.

Especial providencia que se nos descubre en este sacramento, y singulares motivos de esperanza.

La cuarta cosa que nos declara este divino sacramento, es la providencia especial que nuestro Señor tiene de su Iglesia, proveyéndola de un sacramento que tanta virtud y eficacia tiene para la sanctificacion de las ánimas, y que tan maravillosos efetos obra en ellas, como arriba dijimos; mas ¿qué dijimos? Porque ¿quién tendrá boca para explicar las virtudes y excelencias deste pan celestial? Muchas ánimas religiosas y devotas hay en la Iglesia que esto sienten; pero ninguna habrá que pueda bastantemente explicar lo que siente. Mas esto podrá decir con verdad: que entre todos los espirituales ejercicios de vigilias, y sanctas oraciones, y meditaciones, y liciones, y otras cosas tales, en ninguno recibe el ánima que está dispuesta tan grande edificacion, tan grande esfuerzo, tan grande consolacion y tan grande ardor de caridad, como cuando recibe este pan celestial. Porque dado caso que en todos estos ejercicios esté Dios, mas aquí está juntamente la virtud del mayor de los sacramentos, y con ella la presencia verdadera y real del mismo Cristo. Lo cual entre otras cosas sirve para que considerando los hombres (cuando se llegan á comulgar) que está allí presente la divina Majestad, se lleguen con mayor temor y temblor, y mayor humildad y reverencia, viendo con los ojos de la fe (que son mas ciertos que los del cuerpo) estar allí Dios todo-poderoso. De donde nace que aun los hombres poco devotos, cuando se llegan á comulgar, se recogen y humillan dentro de sí, y se disponen con mas acatamiento y reverencia para esto, no tanto por la reverencia que les pide el mismo sacramento, cuanto por la presencia de la Majestad que reconocen y creen estar en él.

Resplandesce tambien aquí la divina Providencia en la conveniencia del medio tan proporcionado que ordenó para nuestra sanctificacion: lo cual se entiende por la condicion del fin para que el hombre fué criado, que fué para ser participante de la bienaventuranza y gloria del mismo Dios. Y pues entre el fin y los medios ha de haber órden y proporcion, síguese que el que ha de ser semejante á Dios en la gloria, ha de ser agora semejante á él en la pureza de la vida; y pues ha de ser divino en lo uno, conviene que lo sea tambien en lo otro. Pues segun esto ¿qué medio podia haber mas proporcionado y mas eficaz para hacer al hombre divino en la vida, que recebir al mismo Dios en su ánima? Porque ¿cuál otra criatura sino Dios era poderosa para causar esta vida divina? Ca ninguna causa puede dar lo que no tiene; y pues ninguna criatura tiene divinidad, ninguna era poderosa para dar esta manera de divinidad, sino el mismo Dios. Y si esto considerasen los herejes y infieles, no extrañarian la presencia de la divina Majestad en este sacramento.

Ayúdanos tambien grandemente este divino sacramento para alcanzar un familiar amor y confianza con nuestro Salvador. Porque á no haber esto de por medio, cuando considerase el hombre la alteza de Dios, y su propria vileza y bajeza, y la infinita distancia que hay entre el Criador y su criatura, pudiera imaginar que una naturaleza tan alta y tan encumbrada sobre todos los entendimientos criados, no descendiera á tener comercio, y communicacion, y familiar amistad con

una tan baja criatura como es el hombre. El cual pensamiento nos fuera impedimento de grandes bienes. Pues porque esto no hubiese aqui lugar, quiso este clementísimo Señor encerrarse en este divinísimo sacramento, y morar acá con nosotros en la tierra el que tiene su tabernáculo y morada en el cielo; y lo que mas es, entrar dentro de nuestros cuerpos, para que con este tan claro argumento de su real presencia entendiesemos que tan vecino y tan presente estaba á nuestras ánimas, y al socorro de nuestras necesidades, cuanto lo estaba con esta presencia sacramental; y así conosciesemos que aquel Señor que ántes se gloriaba diciendo (s) que era Dios de léjos, porque todas las cosas veia, aunque estuviesen muy alejadas, agora nos podemos nosotros gloriar que es Dios de cerca (t), pues tan familiar y vecino se ha hecho por este sacramento á los hombres.

Por este mismo sacramento nos declara tambien una cosa digna de grande admiracion y amor, que es, ser él esposo de nuestras ánimas, y así por medio dél entra en ellas á hacerse una cosa con ellas. Porque así como en lo corporal entónces se dice ser el matrimonio consumado, cuando de dos carnes se hace una: así en lo espiritual entónces se consuma este sancto matrimonio, cuando se junta el espíritu humano con el divino, lo cual se hace por medio deste summo sacramento, como el mismo Salvador lo significó por estas clarísimas y divinas palabras (v): Quien come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo en él. De modo que como en el matrimonio corporal de dos carnes se hace una, así en el espiritual de dos espíritus se hace uno; mas de tal manera, que no se muda el espíritu divino en el humano, sino el humano en el divino, participando la virtud, y sanctidad, y pureza dél. Por lo cual todas las veces que el ánima religiosa recibiere este divino sacramento, entienda que en esta dichosa hora el esposo celestial entra en ella á consumar este sancto matrimonio. Pues siendo esto así, ¿con qué amor, con qué devocion, con qué humildad, con qué alegría, y con qué reverencia, y con cuánto encogimiento y vergüenza debe ella recebir á un Señor de tan grande bondad y majestad, que no se desdeña de tomar por esposa á la que no merece llamarse sierva? Tambien quiero que sepais que este sancto matrimonio no es estéril; mas los hijos que nacen dél son sanctos propósitos y deseos, dulces lágrimas y consolaciones, y fructo de obras merecedoras de vida eterna; y finalmente todas las virtudes.

Catecúmeno. Alégrome tanto, Maestro, con oiros tratar estas materias, que no os he querido cortar el hilo de la plática con mis rudas y ignorantes preguntas. Por tanto si teneis mas que decir de materia tan suave, decid, ruégooslo, porque yo nunca me cansaré de oirlo.

M. Otro fructo inestimable tenemos en él (demas del que se nos communica cuando le recibimos), que es estar en todas las iglesias, para que cuando los fieles acuden á este lugar á presentar sus necesidades y peticiones á su Criador, sepan que lo tienen allí por una especial manera presente, y que hablan con él cara á cara. Lo cual es cosa que grandemente despierta la reverencia, y la confianza, y la devocion de los que oran, viendo que están hablando y negociando con un Señor que no es ménos piadoso que poderoso para remediarlos. Y aunque este sea beneficio comun á todos los fieles, pero es muy especial de los religiosos y religiosas que moran en sus monasterios, donde está este divino sacramento, y donde tienen en las noches, ántes y despues de los maitines, un muy grande aparejo para vacar á Dios en presencia deste sanctísimo sacramento. A lo cual tambien no ayuda poco el silencio de la noche, y la soledad y escuridad del lugar, para recoger mejor los sentidos y ofrecer todo su corazon al Señor que presente tienen. Pues todos estos fructos y provechos susodichos nos declaran la providencia paternal de aquel Señor que tan copiosamente proveyó á nuestras necesidades con este divino misterio.

Resumiendo pues lo que está dicho, estas cuatro divinas perfecciones nos testifica y predica sin palabras este sancto sacramento: que son la inmensa caridad, y la bondad, y la suavidad, y la providencia del que lo instituyó. Pues, ¿qué tan grandes estímulos y motivos tenemos aquí para amar este Señor? Porque, qué nos pide la grandeza de su caridad y amor, sino retorno de amor? y qué su infinita bondad, sino amor, pues el objeto de la voluntad es la bondad? y qué la grandeza de su dulcedumbre y suavidad, sino amor? y qué finalmente la providencia que tan copiosamente nos proveyó de remedio con este sacramento (con el cual se nos communican tantos bienes), sino amor? Pues, ¿qué corazon habrá tan helado, que con estas brasas no se encienda, viéndose por todas partes cercado de tantos estímulos de amor? Con esto, hermano, tengo respondido á vuestra peticion, declarándoos lo que sirve para encender vuestra voluntad en amor deste Señor que así se nos quiso communicar: verdad es que esto se ha dicho con mucha brevedad, pero vos tendréis aquí copiosa materia en que ocupar vuestro corazon.

Mas quiero pasar adelante de lo que me pedistes, declarándoos que no son menores los motivos que aquí tenemos para esperar, que para amar. Porque, ¿de quién esperaré yo mi remedio con mayor confianza, que de quien es todopoderoso y tanto nos ama? ¿En quién esperaré con mayor seguridad, que en tan grande bondad, pues es tan proprio de la bondad hacer bien y communicarse á todos? ¿Y cómo no esperaré en un Dios que tan blando y tan suave se muestra á los suyos en este sacramento? ¿Y qué otra cosa nos pide su providencia, sino esta confianza, pues ella nos declara el cuidado que tiene de nuestra salud? ¿Cómo cerrará la puerta á quien le pide socorro, quien sin pedírselo nos proveyó de tal remedio?

C. Espantado estoy, Maestro, de ver cuán grandes motivos de amor, y de confianza tenemos en este sanctísimo sacramento; pues no es una sola cosa, sino tantas juntas las que nos mueven á lo uno y á lo otro. Y bien parece que veia nuestro Señor la frialdad de nuestros corazones, y los desmayos de nuestra confianza, quien tan gran remedio proveyó para la cura destas dolencias. Aquí tenemos pues bastante leña para encender en nuestros corazones estas dos virtudes teologales, que son la caridad y la esperanza. Quédanos agora la fe, que es tambien virtud teologal, y por esto deseo saber si tenemos tambien aquí motivos para ella, como para sus dos hermanas; porque esto es lo que mas propriamente pertenece á la doctrina de catecúmeno.

M. Heme extendido mucho en esta materia, y con todo eso es tan poco lo que tengo dicho de tan gran misterio, que no sé de cual de las dos cosas pida perdon, ó de haber sido tan prolijo, ó de haber quedado tan corto.

(s) Psalm. 137. (t) Ephes. 2. (v) Joan. 6.



Mas mi intento ha sido no dilatar las cosas, sino apuntarlas, para daros despues materia en que pensar; y con la misma brevedad responderé á esta pregunta dejándoos el campo abierto para dilatarla.

Digo pues que dado caso que nadie pueda tener en esta vida certidumbre de fe que está en estado de gracia (si no fuese por revelacion de Dios), mas sin embargo desto las personas que tienen purgado el paladar de su ánima, reciben con este divino sacramento tan grandes consolaciones, tan grande luz y conocimiento de Dios, tan grande alegría, tan grande paz, tan grande hartura y quietud de espíritu, y sobre todo esto, tan grande mudanza de sus condiciones y inclinaciones antiguas (amando lo que ántes aborrescian, y aborresciendo lo que amaban, y holgándose con la memoria y presencia de la muerte de que ántes temblaban), que vienen á confirmarse tanto en la fe que tienen con la experiencia de cosas tan ajenas de sus proprias inclinaciones, que aunque todos los hombres del mundo les dijesen que su fe no era verdadera, á estos confiadamente responderian que todos ellos se engañaban, y que su fe era la cierta y la verdadera. Y esto dirian no por razones y argumentos humanos, sino por la mudanza que ven en sus ánimas. Por lo cual entienden con cuánta razon dijo el Profeta (*x*) que los que esperaban en Dios, mudaban la fortaleza. Porque los que no hallaban en sí mas que fuerzas humanas, que son fuerzas de carne flaca, vendrian á tener fuerzas divinas, que son fuerzas del Espíritu Sancto. Y esta mudanza que hallan en sí cuando con pureza de consciencia frecuentan este divino sacramento, les hace entender que es Dios todo-poderoso el que en él está; pues él solo es poderoso para mudar las condiciones y corazones de los hombres.

A esto añado otra cosa mas, y es: que el estilo de nuestro Señor es, cuando obliga á creer alguna cosa ardua, proveer de motivos y medios suficientes para que se crea: como lo vemos en la muchedumbre de las profecías que nos dan clarísimo testimonio de la venida del Salvador al mundo. Pues como entre las cosas mas arduas de nuestra religion sea la fe deste altísimo sacramento, quiso el Señor que lo instituyó, que fuesen tales los efectos que en las ánimas puras y devotas obrase, que él mismo diese testimonio de sí. Y así él es como la lumbre del sol, que hace ver todas las cosas, y á sí mismo tambien con ellas. Por donde si preguntaren á una destas personas devotas cuál sea el artículo de la fe que creen con mayor voluntad, abiertamente confesarán que este, por las prendas y experiencias cuotidianas que dél tienen. Pues por lo dicho (aunque brevemente) entenderéis cómo aquellas tres nobilísimas virtudes, fe, esperanza y caridad (que llamamos teologales, porque tienen á Dios por objeto, ó blanco á quien miran y acatan) crecen y se perfeccionan con la frecuencia deste divinísimo sacramento.

Concluyendo pues esta materia, digo que todos estos fructos y efectos admirables que obra este divino sacramento en las ánimas devotas, nos declaran la dignidad y eficacia que tiene para sanctificarlas, y juntamente nos predican la sabiduría y providencia de aquel Señor que tal remedio y tal medicina instituyó para la cura dellas. Por lo cual podemos justamente afirmar que todos los sanctos que ha habido en el Testamento Nuevo, y habrá hasta la fin del mundo, deben su sanctidad á la virtud deste divino sacramento. Y de aquí nace que todas las personas que se han entregado al servicio de nuestro Señor, como sienten por algunas conjecturas este fructo en sus ánimas, viven con grande hambre deste pan celestial, y así lo procuran de frecuentar cuanto les es posible: como lo leemos en todo el discurso de la primitiva Iglesia, y como de presente lo vemos en todos los lugares donde hay algun rastro ó ejercicio de virtud y devocion. Por lo cual entendemos que este divino sacramento es mantenimiento universal con que toda la Iglesia hasta agora se substenta, y hasta el fin del mundo se substentará.

C. Muy edificado y consolado quedo, Maestro, con todo lo que hasta aquí me habeis enseñado. Y así por esto os doy muchas gracias; aunque mas las habia de dar al Señor, que por medio de sus ministros nos da conoscimiento de sus misterios; pues no damos gracias á las abejas que nos fabrican los panares de miel, sino al Criador de todas las cosas, el cual les dió esa habilidad para nuestro provecho. Y con esto darémos fin á esta materia, y pasarémos á lo demas que me queda por aprender.

DIALOGO IX.

De la derogacion de los sacrificios y cerimonias de la ley.

CATECÚMENO.

Es tan dulce, Maestro, el conoscimiento de la verdad y la lumbre de la fe, que no tengo de dejar de importunaros, y proponeros todas las objecciones en que esta gente ciega suele tropezar. Para lo cual será necesario representar yo en mí la persona de los que están incrédulos, y proponeros las cosas que los ofenden. Entre las cuales una es la derogacion y mudanza de la ley antigua, que Dios ordenó: la cual, como sea dada por aquella summa justicia y sabiduría, no paresce que en algun tiempo habia de cesar.

Maestro. Antes que responda á esa pregunta os advertiré de que en esa ley, que decis, hay tres diferencias de mandamientos: porque unos son morales, cuales son los diez mandamientos que Dios escribió con su dedo en las tablas de la ley (*a*); otros son legales, que tratan de los sacrificios y cerimonias que la ley mandaba (*b*); y otros judiciales, por los cuales se habian de determinar y sentenciar las causas civiles y criminales. Destas tres diferencias de mandamientos, los que llamamos morales (que pertenecen á las buenas costumbres) no han cesado, ni cesarán jamas; porque esos son leyes que Dios imprimió en los corazones de los hombres, para vivir conforme á ellas; mas de qué manera las otras leyes hayan cesado, lo declararémos adelante.

Para entendimiento desta materia presupongamos agora lo que al principio dijimos, que Cristo venía al mundo para ser Salvador no solo de los judíos, sino tambien de los gentiles. Esto probamos por tantos testimonios de Esaías, de David, y de los otros profetas, que no queda lugar para poderse dubdar; y la razon testifica lo mismo. Porque un tan gran Señor no habia de venir al mundo para salvar solamente un rinconcillo de Judea, sino para ser comun Salvador del mundo. Y pues todos los hombres son criaturas suyas, hechas á su imágen y semejanza, y capaces de su gloria, no era razon que él desamparase lo que crió con esta capacidad, ni que fuese aceptador de personas, salvando un solo linaje de

(*x*) Esai 40.

(*a*) Exod. 20. Exod. 25. 26. etc. Levit. 1. etc. (*b*) Exod. 21. etc.

hombres, y desamparando todo lo restante del mundo. Y pues todos los hombres eran criaturas suyas, de todos ellos era justo que fuese reconocido, adorado y servido. Y este era uno de los grandes deseos que aquellos sanctos padres de la ley tenian; extendiendo el seno de su caridad á todo el mundo, y deseando que todas las gentes glorificasen á este comun Señor, y todas se salvasen. Esto muestra claramente David en el salmo 66, el cual todo trata deste deseo, pidiendo á Dios que en todas las tierras sea él de todas las gentes conoscido y adorado. Y la grandeza de tal deseo declara este sancto Rey, cuando dice: Confiésente los pueblos, Señor, confiésente todos los pueblos: alégrense y gócense las gentes, porque juzgas los pueblos con igualdad de justicia, y las riges y enderezas en la tierra. Y no contento con haber dicho esto una vez, torna luego con la grandeza del deseo á repetirlo otra, diciendo: Confiésente los pueblos, Señor, confiésente todos los pueblos. Y al cabo del salmo pide esta conversion á Dios, diciendo: Bendíganos Dios, Dios nuestro, bendíganos Dios, y témanlo todos los términos de la tierra. Donde por este nombre de temor en las sanctas Escrituras se entiende el culto y veneracion de Dios, que procede deste sancto temor. Pues este deseo que los sanctos tenian, claro está que procedia del Espíritu Sancto, que moraba y hablaba en ellos: el cual ninguna cosa hace de balde, y por eso no da deseos á sus siervos para atormentarlos, sino para cumplirlos.

Mas ántes que llegase el tiempo de la venida del Salvador al mundo, quiso que hubiese en la tierra un pueblo donde él naciese, y fuese conoscido, y prometido, y esperado; y donde hubiese profetas que denunciasen su venida, y declarasen las señales por las cuales habia de ser conoscido cuando viniese; y de donde finalmente saliese la doctrina que habia de alumbrar al mundo: conforme á aquello de Esaías, que dice (c): De Sion saldrá la ley, y la palabra de Dios de Hierusalem. Quiso tambien que este pueblo que estaba dedicado á Dios, se diferenciase de todos los otros pueblos que servian á los demonios. Y por esto no solo quiso diferenciarlo en las cosas de la religion y culto divino, sino tambien en las otras cosas exteriores (como era en el vestir, en el comer, en la manera de labrar los campos, y señaladamente en la circuncision), á fin que la diferencia en todas estas cosas exteriores los inclinase á otra diferencia mas esencial, que consistia en apartarse de sus maldades y supersticiones, y señaladamente de sus idolatrías.

Supuesto agora este fundamento, comenzaréis á ver cómo era nécesaria la mundanza de muchas cosas de la ley (d). Porque primeramente la ley señalaba un solo lugar para sacrificar, que era Hierusalem; asimismo señalaba un solo género de sacerdotes (e), que eran los que descendian del linaje de Aaron, fuera del cual no lo podian ser. Pregunto agora pues: si el conoscimiento de Cristo y su doctrina se habia de dilatar por todas las naciones del mundo (lo cual vimos cumplido ántes y despues del emperador Constantino) ¿cómo se compadescia haber un solo templo, y un solo linaje de sacerdotes y ministros para doctrinar todo el mundo, y un solo templo y lugar de oracion, siendo tantos templos necesarios para despertar la devocion de los fieles, mayormente en la nueva ley de gracia: la cual pide que haya gran número de sacerdotes que la administren, y muchos lugares donde los fieles con oraciones la procuren? Pues ¿quién no ve haber sido necesaria la mudanza de la ley, cuanto á estos dos puntos que habemos dicho?

Pasemos de aquí á los sacrificios de diversos animales: en los cuales (quitado aparte el mandamiento de Dios, por el cual eran actos de religion), no veo cosa de sanctidad y religion, sino una manera de carnicería donde se degüellan vacas, y cabras, y carneros; donde los sacerdotes hacen oficio de carniceros, desollando los animales, y derramando la sangre dellos. Porque como Dios sea no solamente sancto, mas la misma sanctidad, no le agradan sino las cosas que hacen á los hombres semejantes á él. Y esto es lo que á cada paso testifican las Escripturas divinas. David dice (f): Si tú, Señor, quisieses sacrificio, ofrescértelo ia; mas no te agradan los holocaustos: que son los sacrificios donde todo el animal se quemaba (g). Pues ¿qué sacrificio quiere Dios? Dice luego: Sacrificio es para Dios el espíritu atribulado; y el corazon quebrantado y humillado, Señor, no le despreciarás. Y el mismo Salvador hablando con el Padre en otro salmo, dice (h): No quisiste los holocaustos, ni los sacrificios que se ofrecen por los pecados; sino aparejásteme, ó (como trasladan otros) abrísteme las orejas: declarando en esto (i), que lo que Dios principalmente quiere de nosotros es obediencia, mas que sacrificios de animales: como tambien lo declaró Samuel al rey Saul, cuando le dijo (k): Mejor es la obediencia que los sacrificios, y obedescer á Dios, que ofrecerle en sacrificio la grosura de los carneros.

C. Pues si eso es así, ¿para que Dios hizo leyes desos sacrificios?

M. Con gran consejo ordenó eso el dador de la ley (l), teniendo respecto á la condicion de la gente á quien se daba la ley; porque en aquel tiempo todo el mundo adoraba ídolos, y les ofrescia sacrificios de animales, y el pueblo de los judíos estaba grandemente inclinado á hacer lo que todos hacian, que era ofrescer sacrificios; y esto en tanto grado, que los que moraban léjos de Hierusalem, ofrescian sacrificios á Dios en los montes, contra el mandamiento de la ley (m); y los reyes, aunque justos y sanctos, permitian esto, porque quitada esta ocasion no viniesen á ofrecer sacrificios á los ídolos. Pues viendo esto la divina clemencia, y condescendiendo á la flaqueza humana, no les quiso quitar los sacrificios, sino ordenó que los ofreciesen al verdadero Dios. Y demas desto, como el comun de aquel pueblo era poco hábil para las cosas espirituales (que es para vacar á los ejercicios de la consideracion y contemplacion de las cosas divinas), quiso ocuparlo y entretenerlo con estas obras exteriores, así de los sacrificios, como de otras cerimonias de la ley, que son fáciles á cualquier linaje de personas, por rudas que sean, hasta que viniese el tiempo de la gracia, donde se infundiese el Espíritu Sancto en los corazones de los hombres, y los levantase á cosas mas altas y mas espirituales. Y demas desto ordenó estos sacrificios para que representasen aquel sumo sacrificio del verdadero Cordero, que habia de quitar los pecados del mundo, y con su muerte librarnos de la muerte que todos teniamos merecida por ellos (n).

(c) Esaías 2. (d) Deut. 12. (e) Exod. 28. Num. 17. 18.

(f) Psalm. 50. (g) Lev. 2. 6. (h) Psalm. 39. (i) Mich. 6. (k) 1. Reg. 15. (l) Chrisost. orat. 1. advers. Judæos., longe ante finem. tom. 5. (m) Deut. 12. (n) Exod. 12. Num. 19. Levit. 16.

Esto nos representa el sacrificio del cordero pascual, y el de la becerra bermeja, y el de los dos chibatos, uno de los cuales moria, y el otro era llevado á la soledad; y asimismo el sacrificio del leproso, que era de dos aves (o), una de las cuales se sacrificaba, y la otra libre de la muerte, se echaba á volar. Los cuales sacrificios tan claramente representan y figuran este summo sacrificio, que mas se pueden contar por profecías, que por figuras: como adelante se declara. Por lo cual ofrescido ya este divino sacrificio, no era razon que perseverasen los otros; porque esto era testificar que estaba por venir el que era ya venido, y el que solo habia de ser nuestro perpetuo sacrificio.

Y si quereis mas fuerte prueba de lo dicho, considerad aquellas misteriosas palabras que el Padre Eterno dice á su Hijo en el salmo 109. Juró Dios y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote eterno segun la órden de Melquisedec. ¿A quién no ponen espanto estas palabras, y mas dichas con un tan solemne juramento? Cosa es cierto de admiracion, que habiéndose empleado cuasi todos los cinco libros de la ley en tratar de las cerimonias y sacrificios del sacerdocio de Aaron, venga agora el Espíritu Sancto con una sola palabra á dar con toda aquella máquina en tierra, y annular todas aquellas leyes y cerimonias de aquel antiguo sacerdocio. Porque, como muy bien arguye el Apóstol (p), mudado el sacerdocio, necesariamente se han de mudar todas las leyes que tratan dél. Y el mismo Apóstol engrandesce la dignidad deste Melquisedec, alegando que el gran patriarca Abraham le ofresció las décimas de todo lo que traia, y recibió dél la bendicion; concluyendo por esto el Apóstol, que era mayor el que bendecia que el que habia sido bendito. Pues en este rey tan señalado quiso el Espíritu Sancto dos mil años ántes proponernos una perfectísima imágen de Cristo. Porque este Melquisedec era juntamente rey y sacerdote; y así lo fué Cristo nuestro Redemptor. Rey, porque nos rige con su espíritu, y defiende de nuestros enemigos; y sacerdote, porque ofresció á sí mismo en el altar de la Cruz por nuestros pecados. El sacrificio deste Melquisedec era de pan y de vino; y tal fué el de nuestro summo sacerdote. Mas no deste pan y vino material, sino de aquel de quien el Profeta dijo (q): ¿Cuál es su bien, y cuál su hermosura, sino el pan de los escogidos, y el vino que engendra vírgines? ¿Cuán diferente vino es este de aquel de que dijo el Apóstol (r): No os entregueis al vino, porque es atizador del vicio carnal; mas este vino por el contrario hace á los hombres castos y limpios por virtud del cuerpo y sangre de Cristo que está en él? Este Melquisedec (s) tambien de tal manera se introduce en la sancta Escriptura, que no se hace mencion de su linaje, ni del principio y fin de sus dias: en lo cual nos representa la divinidad del Hijo de Dios, que ni tuvo principio, ni tendrá fin. Y el nombre tambien deste rey concuerda con todo lo demas; porque Melquisedec quiere decir rey de justicia y de paz, la cual paz es fructo de la justicia; y estas dos cosas señaladamente trajo este nuestro Rey al mundo, justificando los hombres, y reconciliándolos con Dios. Lo cual todo se ha dicho para que se vea cómo Cristo es sacerdote, no segun la órden de Aaron, sino segun la de Melquisedec (t), el cual no ofresció sacrificio de animales, sino de pan y de vino: que es figura de aquel divinísimo sacrificio que cada dia ofresce la Iglesia en especie de pan y de vino. Y aquel pan y vino material era figura deste pan y vino sacramental.

Esto me parece os debe bastar, hermano, para que entendais haber cesado ya los antiguos sacrificios de la ley. Y si quereis ver claro que no quiere Dios mas este género de sacrificios, mirad cómo consintió que se asolase el lugar dellos, que era el templo de Hierusalem, fuera del cual (como dijimos) no era lícito sacrificar. Porque consintiendo él que faltase lo que era necesario para los tales sacrificios, claramente dió á entender que ya no los queria, despues que se ofresció aquel summo sacrificio que por ellos era figurado. Porque sabemos cierto que las obras de Dios son perfectas como él lo es. Pues si tenia prohibido que no se ofresciese sacrificio fuera de Hierusalem, ¿con qué otra obra habia él de declarar que ya no le agradaban aquellos sacrificios, sino con esta? Esto declara Sant Crisóstomo por este ejemplo (v): Si un enfermo que arde con calenturas pidiese con grande instancia al médico que le consintiese beber una taza de vino, y él se la otorgase, mas con tal condicion que no bebiese sino por tal vaso que él le señalase; y concedido esto mandase quebrar aquel vaso, ¿no os parece que bastantemente declaraba con esto que no consentia en tal licencia? Pues esto mismo hizo el dador de la ley, para mostrar que ya no queria aquellos sacrificios, pues destruia el lugar dellos. Y por saber esto los guardadores de aquella ley, en tiempo del emperador y apóstata Juliano (x), siendo por él inducidos á sacrificar, como antiguamente lo hacian (paresciéndole que fácilmente los atraeria destos sacrificios á los suyos), respondieron que no podian sacrificar fuera del templo de Hierusalem: por tanto que les permitiese reedificar el templo, y que luego sacrificarian. Lo cual se comenzó á hacer con grande fervor dellos; mas Dios (que ya no queria estos sacrificios) estorbó estos propósitos y consejos; porque comenzándose la obra, salió fuego de los cimientos, y abrasó cuanto allí habia, como ya en otro lugar mas por extenso referimos. Pues ¿qué entendimiento habrá que no quede convencido con esta razon?

Mas qué es menester razon donde tenemos texto expreso del profeta Malaquías (y), por el cual dice Dios: No tengo ya mi voluntad con vosotros, ni recibiré mas ofrendas de vuestra mano; porque mi nombre es grande entre los gentiles, y en todo lugar se me ofresce ofrenda limpia. En las cuales palabras veis profetizada por tan claras palabras la conversion de las gentes (de que poco há tratamos), y veis tambien cómo con la misma claridad desecha las ofrendas y sacrificios de la ley: los cuales (cuanto era de parte dellos) no tenian virtud ni eficacia para sanctificar los hombres; mas en lugar dellos se ofrece aquel purísimo sacrificio del verdadero Cordero, representado y ofrecido en el sanctísimo sacramento del altar, que agora en todas las iglesias cristianas se ofresce.

A lo cual tambien acrescentaré una cosa de mucha consideracion, que de la dicha razon y autoridad se sigue; y es, que así como destruyendo este Señor el lugar de los sacrificios, dió á entender que ya no los queria, así destruyendo y deshaciendo aquella república tan antigua y tan famosa de los judíos, de tal modo que no

(o) Levit. 14. (p) Heb. 7. (q) Zach. 9. (r) Ephes 5.
(s) Gen. 14. Heb. 7. (t) Gen. 14.

(v) Chrisost. contra Judæos. Oration. 1. long. ante fin. tom. 5.
(x) Id. Orat. 2. unde sup. non long. à fin. (y) Malach. 1.

quedase rastro della, dió á entender que ya no se queria llamar Dios de solos los judíos, sino Dios de tódas las gentes, pues para todas ellas habia venido, como lo prometió primero al patriarca Abraham (z), y despues por todos los profetas (a). Y así dice claramente por Esaías en el capítulo LIV: El Señor que se llama de los ejércitos, y Redemptor tuyo, y Sancto de Israel, llamarse ha Dios de toda la tierra. Como si dijera: Ya no se llamará Dios de un solo pueblo, sino de todos los pueblos y de toda la tierra. Con lo cual contexta la autoridad alegada, donde el Señor dice (b) que su nombre es grande entre las gentes, y que en todo lugar se le ofresce ofrenda limpia. Lo cual testifica Esaías cuando dice (c): Levantarse ha la raiz de Jesé á regir las gentes, y en él tendrán ellas puesta su esperanza. De modo que este nuevo señorío y reino es universal sobre judíos y gentiles, sin accepcion de personas. Y por eso el Profeta trae á concordia los unos y los otros, diciendo (d): Alegráos las gentes con el pueblo del Señor. Pues esto es lo que Dios pretendió cuando deshizo aquella antigua república, para dar á entender que no era Dios particular de un pueblo, sino de todos los pueblos: como lo testifican las autoridades susodichas. Porque si Dios otra cosa quisiera, ¿para qué fin asolaba su templo con el reino, si queria permanecer todavía en ser Dios de solo él? Y acordáos de lo que al principio os propuse: que queriendo el Padre Eterno enviar su Hijo vestido de carne humana para redimir el mundo, era razon criar un pueblo nuevo donde él fuese conoscido, profetizado y esperado, y de cuyo linaje tomase carne humana. Pues cumplido ya esto y obrada la redempcion del mundo, no habia causa para tener Dios pueblo particular, pues venía á ser Redemptor universal. Por donde así como el oficial que quiere edificar una bóveda, hace primero una cimbre sobre que la edifique, la cual quita despues de la obra acabada: así criando Dios aquel pueblo particular para lo que está dicho, cumplido ya esto, no habia para qué permanesciese con el título que ántes tenia de ser particular pueblo de Dios; pues él venía á ser universal Señor de todos.

C. No veo cosa que se pueda replicar á esa tan clara razon y discurso, mayormente siendo confirmada con todos los testimonios de las Escripturas que habeis alegado. Mas con todo eso ¿qué responderéis á aquellas palabras que muchas veces repite la Escriptura cuando promulga estas leyes, diciendo que estas leyes se han de guardar perpetuamente, ó eternalmente?

M. El estilo que tienen los intérpretes de la sancta Escriptura, es declarar las cosas escuras y inciertas por las claras y ciertas. Y pues tan claramente habemos probado que ya cesaron las cerimonias y sacrificios de la ley, conforme á eso se ha de interpretar esa palabra, entendiendo por esa perpetuidad todo el tiempo que Dios tenia diputado para la guarda della: que es hasta la venida del Salvador. Y desta manera se entiende lo que dice la ley del siervo (e): que si despues de pasados siete años renunciare el derecho de su libertad, que quedará por siervo eterno de su Señor; porque esa eternidad se entiende durante la vida de aquel siervo. Y cuando el Profeta amenazó á David (f) que por cuanto habia mandado matar á Urías, la espada de Dios eternalmente no saldria de su casa; y cuando Eliseo dijo á Giezi su criado (g), que la lepra de Naaman se pegaria á él y á todos sus descendientes eternalmente, no entendemos aquí por estas dos palabras de eternidad, sino mucho tiempo. Y de la misma manera declaramos esa eternidad de la duracion de la ley; que es por el tiempo que corria la guarda della, hasta que viniese el que nos habia de dar nueva luz, nueva ley, y nuevo conoscimiento de las cosas divinas.

(z) Genes. 22. (a) Hier. 1. 3. Ezech. 39. Mich. 4. Aggæ. 2. Zach. 8. 9. Ps. 46. 85. (b) Malach. 1. (c) Esaí. 11. Rom. 15. (d) Psal. 116. (e) Exod. 21. Deut. 15. (f) 2. Reg. 12.

§. I.

Conveniencias de la derogacion de la ley, supuesta la extension del conoscimiento de Dios y predicacion del Evangelio.

CATECÚMENO.

Satisfecho quedo con esa declaracion, mas otra cosa me queda que proponeros. Porque parece cosa indecente dar agora Dios una ley que por tiempo hubiese de ser revocada: paresce que mas conveniente cosa fuera darnos una ley que para siempre durase.

Maestro. En las cosas que Dios ordena y manda, no tiene licencia la prudencia humana para examinarlas y medirlas por su razon. Lo cual aun alcanzó Aristóteles; porque (como Sancto Tomas alega) dijo (h), que los que son movidos por instincto y inspiracion divina, no han de tomar consejo con la razon humana; pues los tales navegan por otra carta de marear, y por otra aguja mas cierta que la prudencia humana. Y pues Dios ordenó esto así (como está largamente probado), no tiene aquí lugar de oposicion nuestra flaca razon; puesto caso que ni aun esta falta en las obras de Dios, por ser tan perfectamente trazadas, como lo veréis en esta, la cual podréis colegir de lo que hasta agora se ha dicho, si supiéredes filosofar en ello. Porque primeramente la mayor y mas esencial parte de la ley que Dios escribió con su dedo, ya dijimos que esa nunca cesó, ni cesará jamas; y cuanto á las leyes de los sacrificios de los animales, tambien vistes cómo todos esos eran figura de aquel summo sacrificio, en el cual el Salvador ofreció su vida por los pecados del mundo; y que por eso viniendo la luz y la verdad, cesaban las sombras y las figuras. Lo cual, demas de la razon, probamos claramente por la autoridad de Malaquías, y por el sacerdocio de Cristo, que es segun la órden de Melquisedec, y no de Aaron, y sobre todo por la ruina y destruicion del templo, que era el lugar de los sacrificios.

Quédanos agora lo judicial, que son las leyes y decretos por donde los príncipes y jueces del pueblo habian de sentenciar las causas. Pues á esto respondemos que estas leyes eran acommodadas á aquel pueblo, y á aquella provincia de Judea donde moraba. Mas como presuponemos que el Mesías venía á salvar todas las naciones del mundo, y que en todas se habia de predicar (como se predicó) su Evangelio, no se podia cortar una ropa, y ordenarse leyes que viniesen bien para todas las naciones del mundo. Las cuales cuan diferentes son en las tierras y en las lenguas, tanto lo son en las costumbres, y en los humores, y en las condiciones, y propriedades de las tierras, y de los cielos que las cubren, y alteran con diversas influencias. Por tanto era cosa convenientísima que así la Iglesia por su parte, como los príncipes y repúblicas por la suya, ordenasen sus decretos y leyes conforme á la calidad y condicion de las tierras para quien las hacian. Verdad es que de aquellas leyes anti-

(g) 4. Reg. 15. (h) 1. 2. q. 68. art. 2. in corp.

guas tomaron lo que generalmente convenia para todos los lugares y tiempos (*i*), como es diputar salarios públicos para los ministros de la Iglesia, y no valer ella á los que de propósito mataron algun hombre (*k*), y otras cosas tales.

Mas para responder á todo con una palabra, ya os tengo dicho la obligacion que nos tiene Dios puesta para obedecer y creer á todo lo que el Mesías nos mandare y enseñare. Y así como Dios eligió á Moisen, y lo hinchió de su espíritu para promulgar sus leyes (*l*): así este Señor escogió doce apóstoles, sobre los cuales descendió el Espíritu Sancto, para que por ellos nos declarase su voluntad, mandándonos que les obedeciesemos como á él. Y así les dijo (*m*): Quien á vosotros oye, á mí oye, y quien á vosotros desprecia, á mí desprecia. Ellos pues ayuntados en uno en el primer concilio que hubo en la Iglesia, determinaron que con la muerte de Cristo (*n*) murieron juntamente así la circuncision como las otras cargas y cerimonias de la ley. Y esto juntamente con todo lo que hasta aquí habemos alegado, basta para que se entienda la verdad de lo dicho.

Y así como ellos inspirados por el Espíritu Sancto determinaron esto, así con el mismo Espíritu mudaron la guarda del sábado en la del domingo. Porque la razon que el dador de la ley señaló para la guarda deste dia, era porque en él habia acabado la fábrica deste mundo, criado para uso y servicio de los hombres. Lo cual queria él que en este dia pensasen, para que diesen gracias al dador de tantos bienes. Pues como el beneficio de nuestra redempcion (que es de la Pasion y resurreccion del Salvador) sea tanto mayor que aquel, cuanto es mas excelente el sér divino que recibímos por este beneficio, que el humano que recibímos por el otro, con mucha razon la Iglesia, enseñada por los apóstoles, y regida por el Espíritu Sancto, mudó la observancia del sábado en la del domingo, queriendo que empleásemos mas este sancto dia en considerar el beneficio de nuestra redempcion, que el de la creacion. Lo cual es muy conforme á lo que el mismo Señor dice por Esaías (*o*), mandando que no nos acordemos de los beneficios pasados (*p*); porque él determina hacer otros nuevos, tales y tan grandes, que nos hagan echar en olvido todos los pasados.

C. Mucho se alegra el entendimiento humano cuando la razon concuerda con la fe, y así he holgado agora yo con esa razon que me habeis dado, puesto caso que esta mudanza de la ley no se funda en sola esta razon, sino en los testimonios de la Escriptura que habeis alegado. Mas otra sola cosa me queda por preguntar: cuál sea la causa porque en muchas cosas que aquella ley admitia acerca de los casados (*q*), y otras semejantes, no se consienten agora en la nueva ley, pues Dios era el consentidor y autor de aquellas.

M. A eso os respondo que no es inconveniente mudarse las leyes, y aun todas las cosas humanas, segun la diversidad de los tiempos y de las personas. Vemos que la misma naturaleza un linaje de manjar diputó para los niños, y otro para los de perfecta edad; porque aquellos sustenta con leche ó con unas miguillas, mas á los ya criados sustenta con manjares de mas substancia. Y por esto en aquella tierna edad les provee de unos dentecillos flaços; mas despues muda estos, y les da otros mas fuertes para mastigar manjares mas duros. Pues habeis agora de saber que tambien el mundo tiene sus edades espirituales como el mismo hombre. Porque tuvo su niñez, y tambien su edad perfecta, la cual medimos no por el número de los años, sino por los grados de gracia que en él se dan. Porque ántes de la venida del Salvador era muy poquita la gracia que communmente se daba al mundo, y muy pocos los que la tenian. Por lo cual el Apóstol (*r*) llama pequeñuelos en Cristo á unos hombres flacos y imperfectos, y como á tales dice que les dió leche, que es doctrina fácil, diferente de aquella que él trataba con los perfectos. Pues conforme á esto decimos que el mundo tuvo su niñez, y tambien su edad perfecta: la niñez fué ántes de la venida de Cristo, que es el autor y fuente de la gracia, la cual nos mereció por aquel divinísimo sacrificio de su Pasion. Y porque entónces habia poca gracia, habia poca sanctidad, y poco extendida por el mundo; porque no comprehendia mas que á aquel rinconcillo de Judea, donde solamente habia amanecido la lumbre de la fe. Mas con ella habia mas de superstición que de verdadera y sincera religion; porque los adalides della (que eran los sacerdotes y fariseos) estaban llenos de avaricia, de ambicion, de superstición, de hipocresía y de invidia, por la cual procuraron la muerte del Salvador. Mas la edad perfecta y varonil del mundo fué despues de la venida del Salvador, donde la gracia se daba en tanta abundancia que con solo poner los apóstoles las manos sobre los hombres, se les daba el Espíritu Sancto con sus dones. Pues entónces se extendió la gracia y el conoscimiento de Dios por todas las partes del mundo, á pesar de todos los reyes y emperadores; entónces se levantaron millares de millares de mártires, que con fortaleza varonil, mas ¿qué digo varonil? con fortaleza divina, sufrieron las mas crueles invenciones de tormentos que nunca fuéron vistos ni imaginados, y esto no en una nacion sola, sino en todas las tierras del mundo que estaban subjectas al imperio romano. Entónces se multiplicaron los enjambres de monjes, que morando en los desiertos hacian vida de ángeles; entónces florescieron los sanctos pontífices y confesores, y los coros de las vírgines; y estas en tanta abundancia, que (como arriba contamos) en sola una ciudad de Egipto habia veinte mil vírgines, como quiera que en el tiempo de la ley esta divina virtud era poco conoscida, y ménos guardada, ó se tenia por oprobrio. Pues siendo tan grande la diferencia destas dos edades del mundo, aquel prudentísimo legislador, teniendo respecto á la flaqueza de aquella primera edad, permitió muchas cosas que agora no se conceden. Porque dispensó que tuviesen muchas mujeres, lo cual agora no se concede (*s*), siendo cosa tan natural una mujer á un marido, como lo vemos aun en las aves, y en muchos de los animales (*t*). Permitióles otrosí dar libelo de repudio á la mujer que los descontentaba, porque no la matasen (*v*). Permitió á su avaricia dar dineros á logro á los extraños: nada de lo cual se concede en la ley de gracia, en lo cual veréis la perfeccion y excelencia della. Dióles tambien aquellos mandamientos de obras exteriores, porque no estaban aun maduros para levantar los espíritus á las cosas interiores, como ya dijimos. Y para mayor argumento de cuán terrenales eran,

(*i*) Levit. 2. 25. 27. Deut. 12. 18. (*k*) Deut. 19. (*l*) Deut. 18. (*m*) Luc. 10. (*n*) Act. 15. (*o*) Esai. 43. (*p*) 2. Cor. 5. Apoc. 21. (*q*) Deut. 24. Marc. 10.

(*r*) 1. Cor. 3. (*s*) Genes. 4. (*t*) Deut. 24. (*v*) Exod. 22. Levit. 25. Deut. 28.

mirad cómo la mayor parte de las promesas y amenazas que la ley y los profetas (x) proponian en aquel tiempo, son bienes ó males del cuerpo, como á gente tan de carne, que esto principalmente los movia, siendo sin comparacion mayores los bienes espirituales y eternos, que todos los corporales, aunque destos tambien alguna vez se hace mencion; pero esto es pocas veces, porque llamaba Dios á la puerta donde le habian de responder. Pues ¿qué mayor argumento de la imperfeccion deste pueblo, que venir á resolverse en decirles Dios (y): Si quisiéredes guardar mis mandamientos, gozaréis de los bienes de la tierra? Pues siendo tan grande la diferencia que hay entre estas dos edades del mundo, como la que hay entre la niñez y edad perfecta del hombre, ¿qué maravilla es haber ordenado la divina sabiduría (que como madre piadosa se acomoda á nuestra flaqueza) diversas leyes para el mundo niño, y otras para el mundo varon, y que permitiese algunas cosas en aquella tierna edad, que en esta no se consienten?

§. II.

Cómo se entiende que vino el Salvador á cumplir la ley.

CATECÚMENO.

Concluidas ya todas mis preguntas, una sola me queda por proponer, que es, la verificacion y cumplimiento de aquellas palabras del Salvador, en las cuales dijo (z) que no venía él á quebrantar la ley, sino á cumplirla.

Maestro. A esa pregunta responde el Maestro que nos vino del cielo: el cual acabando de decir esas palabras, declara de la manera que las entiende, que es de la manera que él vino á cumplir y perfeccionar esa ley. Porque comenzando por la ley que dice (a): No matarás: en la cual se prohibe el homicidio, pasa él mas adelante prohibiendo la ira del corazon, y las palabras injuriosas de la boca, que muchas veces abren camino para ese homicidio. La ley prohibe el adulterio con la mujer ajena (b); mas él refrena la vista de los ojos, y la cobdicia del corazon que disponen para ese adulterio (c). La ley permite que se dé libelo de repudio á la mujer que descontentare á su marido; mas él no consiente tal repudio, ántes condena al que la deja, y al que casa con ella, por adúltero (d). La ley manda que no juremos en materia de mentira el nombre de Dios (e); mas él quiere que ni en mentira ni en verdad lo juremos, para que así estemos mas léjos de jurarlo en cosa que no sea verdad (f). La ley manda que amemos á nuestros amigos; mas él quiere que amemos tambien á los enemigos, y nos aconseja que roguemos á Dios por ellos, y les hagamos todo bien; y asimismo nos aconseja que no resistamos á los que mal nos hicieren, y que si quisieren tomarnos la capa, dejemos tambien el sayo, ántes que trabar pendencias, y traer pleitos de que suelen ocasionarse odios y malquerencias. Veis aquí pues, hermano, cómo el mismo Salvador que dijo aquellas palabras, declaró luego por estos ejemplos la verdad de lo dicho.

Mas tambien quiero que sepais que hay otros mandamientos en la ley, los cuales con mucha razon y consejo fuéron dados en aquel tiempo, y á aquel pueblo; el cual, como estaba por todas partes cercado de gentiles, corria peligro no se inficionase en sus vicios con la vecindad dellos. Y por esto quiso aquel divino legislador diferenciarlo dellos en todas las cosas que sirven al uso de la vida humana (g), como es en las diferencias de los manjares, en los vestidos, en la manera de labrar y sembrar la tierra, y en otras cosas semejantes, que de suyo son indiferentes; para que (como ya dijimos) la diferencia en estas cosas que pertenecen al cuerpo, los moviese á otra diferencia mas importante, que era en las cosas del espíritu, y les hiciese aborrecer los vicios y costumbres de aquellos cuyos manjares tenian por sucios y abominables.

Pues estas leyes de cosas que de suyo eran indiferentes (mas necesarias para aquel tiempo y para el fin susodicho) tambien vino á cumplir nuestro Salvador; mandándonoslas guardar en otro sentido espiritual que en ellas está encerrado, que es mas alto y mas digno de la sanctidad y sabiduría de aquel supremo legislador. Pongamos ejemplo.

Cuando nos manda la ley sacrificar un toro, y un chibato (h), mándanos en lo uno mortificar el pecado de la soberbia, y en lo otro el vicio de la carne. Y cuando manda que no le ofrezcamos animal sin cola y sin oreja (i), enséñanos que no le agrada servicio hecho contra obediencia, y sin perseverancia. Y cuando veda que no le ofrezcamos ave de rapiña (k), enséñanos que no le agrada el sacrificio que se le ofresce de hacienda ajena. Mas cuando manda que le ofrezcamos palomas (l), pídenos simplicidad; cuando tórtolas castidad, cuando corderos mansedumbre. Las cuales virtudes son mucho mas agradables á Dios que los sacrificios destos animales. Hay tambien otros mandamientos que tomados en la corteza de la letra, no parecen cosas de religion, ni dignas de tal legislador. Por lo cual los gentiles tenian la ley de los judíos por un linaje de superstícion, como arriba tocamos. Las cuales, demas del sentido de la letra, contienen sentidos espirituales, que son documentos y mandamientos saludables. Pongamos tambien aquí ejemplos. Cuando dice la ley (m): No comas puerco, quiere decir demas de la letra, no seas sucio, ni deshonesto. Cuando dice (n): No comas cosa con sangre, quiere decir, no desees la muerte, ni tengas odio á tu prójimo. Cuando dice (o): No comas ave de rapiña, quiere decir, no oprimas á los que poco pueden, ni seas robador de la hacienda ajena. Cuando dice (p): No atarás la boca al buey que trilla, quiere decir, no defraudarás al trabajador de su jornal. Cuando dice (q): No cuezas el cabrito en la leche de su madre, quiere decir, no des afliccion al afligido. Cuando dice (r): No siembres la tierra de diversas simientes, quiere decir, no juntes con la simiente de la palabra de Dios doctrina vana y peligrosa. Cuando dice (s): No ares la tierra con buey y asno, te amonesta que no cargues al flaco la carga del fuerte, ni le quieras igualar en los trabajos.

Y cuando manda (t) que no se vistan los hombres de ropa tejida de lino y lana, manda que no sean doblados sino sencillos y claros. Porque de lino se hace la vestidura interior, y de lana la exterior; pues decir, no te vistas de lino y lana, es decir, no tengas una cosa dentro, y otra muestres de fuera: esto es, no seas disimulador, ni falso, ni engañador; no tengas dos caras; q[illegible]

(x) Levit. 26. Deut 28. Thren. 2. Malach. 2. Baruch. 1. Tol. 3.
(y) Lev. 26. (z) Matth. 5. (a) Exod. 20. Deut. 5. (b) Exod. 20.
(c) Deut. 24. (d) Marc. 10. (e) Levit. 19. (f) Ibidem.

(g) Levit. 11. Deut. 22. (h) Levit. 4. (i) Levit. 22. (k) Levit [illegible]
(l) Levit. 1. 12. (m) Levit. 11. (n) Ibidem. 7. (o) Ibidem. [illegible]
(p) Deut. 25. (q) Ibidem. 14. (r) Levit. 19. (s) Deut. 22.
(t) Ibidem.

es lo que el Eclesiástico dijo (v): No tomes cara contra tu cara: que es, no tengas una cosa en el corazon, y muestres otra engañosamente en las palabras. Pues por estos y por otros tales ejemplos entenderéis, hermano, con cuánta razon dijo el Salvador (x) que no venía á quebrar la ley, sino á cumplirla; porque desta manera se cumple mas perfectamente la ley que como suena la letra della. Porque de otra manera, ¿qué religion ó sanctidad habia en no vestirse los hombres de lino y lana, ó en arar ó sembrar la tierra de la manera que la ley mandaba? Y esto entendieron luego los fieles despues de la venida del Salvador, como consta por testimonio de Filon, nobilísimo historiador entre los judíos: el cual refiere que desta manera sabian muy bien filosofar los fieles de los judíos que hacian vida sanctísima junto á Alejandría, como arriba dijimos.

C. En gran manera he holgado, Maestro, con esa manera de filosofar, y de entender la sancta Escriptura; porque esa interpretacion es digna de aquel Señor, que como sea la misma sanctidad y bondad, no huelga sino con lo que es conforme á toda virtud y sanctidad.

DIALOGO X.

En el cual se trata de la ceguedad y miserias en que vive la parte de los judíos que no han recebido la fe del Salvador.

CATECÚMENO.

Concluidas estas preguntas, quédame agora por proponer otra, que por ventura es la mas substancial en esta materia. Porque bien sabeis que el pueblo de los judíos fué pueblo escogido de Dios entre todas las naciones del mundo, y que á él señaladamente fuéron hechas esas tan magníficas promesas de las riquezas de Cristo: no de las temporales (como habeis muy bien probado), sino de las espirituales, que son (como dijistes) bienes de gracia y gloria. Y ser esto verdad, parece por los nombres de aquellos á quien estos bienes se prometen: que son, casa de Jacob, pueblo de Israel, monte de Sion, Hierusalem, casa de David, y otros tales. Y así dice Dios por Zacarías (a): Derramaré sobre la casa de David, y sobre todos los moradores de Hierusalem, espíritu de gracia y de oracion. En las cuales palabras por el nombre de Hierusalem entendemos todo el reino: que es por la parte principal el todo, que es figura muy usada en la Escriptura; y el mismo Dios en el capítulo XLIII de Esaías hablando con su pueblo debajo del nombre de Jacob, dice así: Esto dice Dios, que crió á tí, Jacob, y confirmó á tí, Israel. No temas; porque yo te redemí y te llamé por tu nombre; mio eres tú. Cuando pasares por las aguas estaré contigo, y los rios no te cubrirán, y en medio del fuego no te quemarás. Y en el capítulo siguiente hablando con el mismo Jacob dice (b): No temas, siervo mio Jacob; porque yo derramaré aguas sobre la tierra sedienta, y rios sobre la tierra seca. Y porque no entendiésemos esto como la letra suena, declaró luego qué agua sea esta, diciendo: Derramaré mi espíritu sobre tus hijos, y mi bendicion sobre los que de tí nacieren; y florecerán en la tierra como los sauces par de las aguas. Destas autoridades hay otras muchas. Porque todas las gracias y riquezas que se prometen al mundo, se prometen debajo destos nombres susodichos. Pues siendo eso así, parece que todos los hijos deste Jacob habian de ser participantes destas gracias; lo cual no vemos cumplido en aquella parte de gente que está ciega en su incredulidad. A esto querría, Maestro, que me respondiésedes.

Maestro. Muchas cosas se me ofrecen para responder á esa pregunta. Y porque no haya confusion donde hay muchedumbre, trabajaré por guardar en esta materia la mejor órden que yo pudiere.

Y ante todas cosas os quiero decir de la manera que el Salvador se hubo con ese pueblo, y el respecto que le tuvo, y las mercedes que le hizo aun en tiempo que estaba tan fresca y tan corriendo sangre la memoria del pecado que contra él habia sido por comun voz de todos cometido. Porque primeramente el mismo Señor, cuando se descubrió al mundo, y comenzó á predicar, anduvo siempre entre ellos alumbrándolos con su doctrina (c), edificándolos con los ejemplos de su vida sanctísima, curando todas sus enfermedades, y atrayéndolos á la fe con la muchedumbre de sus milagros (d). Y cuando envió sus discípulos á predicar, les mandó que no fuesen á las tierras de los gentiles, sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Y despues de subido al cielo, todos los apóstoles ejercitaban los mismos oficios en la ciudad de Hierusalem (e), hasta que se repartieron por el mundo. Y de los discípulos que desampararon á Hierusalem despues del martirio de Sant Estéban, escribe Sant Lúcas (f) que andaban por todas las ciudades de Judea predicando á solos los judíos, y no á los gentiles. Y de Sant Pedro y Sant Juan (que eran las columnas de la Iglesia) escribe Sant Pablo (g) que le dieron las manos, repartiendo la predicacion de tal manera, que Sant Pablo y Sant Bernabé predicasen á los gentiles, y ellos á los judíos. Pues ¿qué diré de la sanctidad de aquel tiempo en todas las iglesias de Judea, y señaladamente en la ciudad de Hierusalem? Porque de todos los fieles desta ciudad dice el mismo coronista Sant Lúcas que siendo tantos tenian todos un corazon y un ánima en Dios (h). Y de todos dice que vendian sus haciendas, y ponian el precio á los piés de los apóstoles, para que ellos lo repartiesen por los necesitados como les pareciese. De todos dice que cada dia perseveraban en oracion en el templo (i), y volviendo á sus casas, recibian la sagrada comunion con simplicidad de corazon; y que cada dia crecian en sanctidad y temor de Dios, y eran llenos de las consolaciones del Espíritu Sancto. Y dellos dice Sant Pablo (k) otra mayor fineza de su virtud: que sufrieron no solo con paciencia, mas con alegría, ser robados y vejados de los incrédulos. Finalmente tal era la sanctidad y pureza de su vida, que queriendo el mismo apóstol engrandecer la fe y sanctidad de los fieles de Tesalónica (l), á quien escribia, dice que habian sido imitadores de los fieles de las iglesias de Judea, padeciendo con grande fe las persecuciones que ellos por la misma causa padecian. Grandes alabanzas son todas estas; mas yo no tengo por menor aquella renunciacion voluntaria de todos sus bienes que dijimos, para que por ella se conozca la fineza de su virtud. Porque (como dijo muy bien un sabio) así como la piedra que llaman toque, declara la fineza del oro, así el oro es toque de la fineza de la virtud. Porque aquel es enteramente virtuoso, que ningun caso hace del oro, ni de todas las riquezas del mundo. Pues por aquí veréis cuán liberalmente comunicó el Señor á esta gente las riquezas de su gracia, aun en el mismo tiempo que estaba tan fresca la culpa pasada.

Pues ¿qué diré de aquella sanctidad admirable de los

(v) Eccli. 4. (x) Matth. 5. (a) Zach. 12. (b) Esai. 44.

(c) Matth. 9. (d) Idem. 10. (e) Act. 8. (f) Ibidem. (g) Gal. 2. (h) Act. 4. (i) Ibid. 2. (k) Hebr. 10. (l) 1. Thes. 2.

fieles que habian creido de la circuncision en la ciudad de Alejandría? La cual por ser una de las cosas mas memorables del mundo y de mayor edificacion, me pareció referir en este lugar con las mismas palabras que la refiere Filon, gravísimo autor entre los judíos: el cual cuenta sus maravillosas virtudes sencillamente sin adornarlas con palabras, mas relatando fielmente lo que veia y sabía dellos. Y primeramente dice dellos, que ante todas cosas se desapropriaban de sus posesiones y bienes temporales. Y desta manera desarraigaban de sus corazones todo el cuidado y solicitud del mundo, dejando las ciudades y saliéndose á vivir por las huertas, y por unas pequeñas caserías, apartándose de la conversacion de los hombres de extraños ejercicios y propósitos; porque hallaban por experiencia que las pláticas y conversacion de los tales son impedimento á los que desean subir por el camino fragoso de la perfeccion. Y mas abajo hablando dellos, dice así: Por muchas partes del mundo está derramado este linaje de hombres: ca no solamente participa dél la polida Grecia, mas toda la gente bárbara; dado que mayor copia dellos hay en Egipto por todas sus comarcas, mayormente en Alejandría, donde acuden todos los buenos labradores como á tierra fértil y gruesa, pero mas abundante de sabiduría que de pan llevar. Su comun asiento es sobre el lago llamado Marian, donde hay unos pequeños cerros que les dan conveniente abrigo y aires templados. Viven apartados en diversas congregaciones, y en cada apartamiento hay una casa consagrada á oracion, á quien llaman monasterio ó senion (que interpretado de lengua griega podemos llamar en la nuestra ayuntamiento de sanctos), donde se recogen y communican sus misterios de vida casta y honesta; donde ninguna cosa llevan para comer, ni beber, ni para otros menesteres corporales, mas solamente libros de la ley, y de los profetas, y de los himnos que tienen compuestos para cantar loores de Dios, y semejantes cosas pertenecientes á religion. Y doctrinados por los avisos y disciplina de las Escripturas, cada dia cobran mayores fuerzas para los continuos trabajos de la vida perfecta. Y en este estudio gastan todo el dia, dende que amanece hasta la tarde, aprendiendo no solamente la letra de la sagrada Escriptura, mas los misteriosos sentidos de la ley por las declaraciones de los sanctos. Porque tienen por cierto que cuanto en la ley está escripto de fuera, es debajo de los grandes sacramentos que dentro tiene encerrados. Y para esto tienen algunos tratados y interpretaciones que les dejaron los Padres antiguos, inventores de su manera de vivir, de la forma de entender los secretos de la divina Escriptura, cuya doctrina siguen confiadamente, como de sus adalides. Por la cual son enseñados á entender las sanctas Escripturas, no á sobre haz, y lo que suena la letra, sino la substancia interior que la figura exterior encubre. Porque juzgan de la ley como de cualquier animal: que tiene cuerpo, que es la letra y lo que á la vista se representa, y tiene ánima, que es el sentido espiritual y invisible, el cual hallan penetrando subtilmente con sus entendimientos, como por vidriera, los maravillosos secretos.

Y no solamente cantan los himnos que les dejaron sus mayores, mas de nuevo componen otros: los cuales ordenados por sus ritmos y consonancias, cantan con suave melodía. Principalmente se fundan en estrecha continencia, como basa de todo el edificio espiritual, sobre la cual levantan todos sus sanctos ejercicios. Ninguno dellos come ni bebe ante que el sol se ponga, repartiendo el tiempo de tal manera, que el dia se emplee en los estudios de la sagrada sabiduría, y parte de la noche en satisfacer á la necesidad corporal. Algunos hay que vienen á comer despues de tres dias: aquellos á quien aflige mas la hambre de la palabra divina. Y los que mas alcanzan de la alta sabiduría, y gustan mas profundos secretos espiritualos de la divina Escriptura, tan aficionados están á aquellos sabrosos manjares, que se olvidan de los corporales hasta el sexto dia; y entónces comen, no con deseo ni deleite, sino para substentacion de su cuerpo.

En compañía de tales varones hay algunas mujeres, de las cuales algunas hasta la vejez han perseverado vírgines; guardando la entereza de su cuerpo, no necesitadas, mas por la devocion de su ánima, y por mejor se emplear en el ejercicio de la virtud, no solamente con el corazon, mas con el cuerpo, y porque tienen por cosa afrentosa ensuciar el vaso dedicado á la sabiduría divina, y conocer humano ayuntamiento aquellas que desean gozar de la compañía sacrosancta y inmortal del Verbo divino, de quien engendran en sus ánimas hijos libres de corrupcion de muerte. Pero en las congregaciones moran aparte los hombres, y aparte las mujeres.

Despues desto cuenta el sobredicho autor que celebraban sanctas vigilias por la manera que nosotros acostumbramos, mayormente en los dias en que hacemos memoria de la Pasion del Señor, cuando solemos pasar toda la noche en ayuno, y oracion, y en licion de escripturas sanctas. Asimismo cuenta la forma que tenian en sus oficios divinos: cómo en medio se levantaba uno, y cantaba salmos con honesta y grave melodía; y cantando este un verso, todo el coro respondia otro; y que en los tales dias no dormian las noches en camas, sino sobre la tierra desnuda; ni bebian vino, ni gustaban algun guisado de carne, mas solamente se mantenian con pan y yerbas con sal, y su beber era sola agua. Tambien describe la forma de cómo los sacerdotes y ministros ejercitaban sus oficios, y la preeminencia que sobre todos tenia la dignidad episcopal; y otras muchas cosas conformes á la vida y conversacion de los que en nuestros tiempos se apartan en las iglesias y monasterios á vida religiosa.

Todo lo susodicho es deste gravísimo autor Filon. Donde vemos cuánto floreció en aquellos tiempos la sanctidad y la gracia en los fieles que creyeron de la circuncision; pues la vida que aquí se escribe con tantas virtudes, y señaladamente con tan maravillosa abstinencia, mas parece de ángeles que de hombres.

Pero no se acabó aquí la fe y devocion de los fieles deste linaje; porque ántes de la destruicion de Hierusalem, y despues della en la poblacion que allí succedió, siempre permaneció la fe por la vigilancia de los obispos que gobernaron aquella iglesia, hasta el tiempo del emperador Adriano, en el cual se amotinaron otra vez los judíos, y fuéron otra vez destruidos y echados de su tierra, como arriba contamos. Y hasta este tiempo cuenta Eusebio quince succesiones de obispos por estas palabras (*m*): Hasta el tiempo del emperador Adriano pasaron quince succesiones de obispos; los cuales todos fuéron de generacion antigua judíos, pero despues de convertidos muy firmes en la fe, y tales que fuéron ha-

(*m*) Eccl. hist. lib. 4. cap. 1.

llados dignísimos del sacerdocio por aquellos que podian juzgar el valor de las personas. Y no se puede negar sino que dellos se allegó y conservó la Iglesia, comenzando de los sanctos apóstoles, y succediendo varones notables hasta el tiempo que decimos. De los cuales quince obispos el primero fué Sanctiago, pariente del Señor; despues dél fué elegido Simeon, el tercero Justo, el cuarto Zacarías, Tobías el quinto, el sexto Benjamin, el séptimo Juan, el octavo Matías, el nono Filippo, el décimo Séneca, el undécimo otro Justo, el duodécimo Levi, el décimotercio Efren, el décimocuarto Josef, el décimoquinto y postrero Júdas. Hasta aquí son palabras de Eusebio: por las cuales vemos cómo se continuó la fe y religion de los fieles de Hierusalem hasta el tiempo desta postrera calamidad, despues de la cual se derramaron por otras partes, en que aquel antiguo fervor poco á poco se fué diminuyendo. Y lo mismo tambien acaesció á los fieles que habian creido de los gentiles: los cuales vinieron á descaer de aquel perfectísimo estado en que vivian en la primitiva Iglesia, á este que agora vemos y lloramos. Y otro tanto acaesció á los hijos de Israel acabando de conquistar la tierra de promision. Porque estando frescas las maravillas que Dios habia obrado por ellos en aquella conquista, y siendo vivos los que las habian visto (n), perseveraron este tiempo en la fe y lealtad que debian á su libertador; mas muertos estos, comenzaron á entregarse al servicio de los ídolos. Esta es la condicion del mundo, que nunca permanece en un andar, sino ántes como es él redondo, así anda siempre rodando de unas cosas en otras, y siempre para peor.

Lo cual tambien habemos visto por experiencia en todas las repúblicas del mundo, y particularmente en la de los asirios, atenienses, lacedemonios, persas y romanos; los cuales romanos habiendo subido de pequeños principios á grande estado por guardar la justicia y disciplina debida así en la paz como en la guerra, aflojando despues en ella, vinieron á perder lo que con ella habian ganado. Por donde justamente se compara nuestra vida con las pesas del reloj, que nunca están en un sér, sino siempre tiran para bajo: lo cual hace nuestra carne, que como es natural de la tierra, siempre nos tira para ella, como á su proprio elemento. Por lo cual no es de maravillar que el rigor de aquella antigua disciplina, y el fervor de la caridad, haya por curso de tiempo venido en tanta diminucion, mayormente habiendo faltado aquellos varones apostólicos y sanctos padres que con palabras, y ejemplos y milagros lo atizaban y encendian. Este sea pues el primer fundamento y presupuesto en esta materia.

§. I.

De la pertinacia é incredulidad de la mayor parte deste pueblo, denunciada por los profetas.

El segundo sea, que en la venida del Salvador parte deste pueblo habia de creer en él, y parte habia de permanecer en su incredulidad. Lo cual nos representó el patriarca Jacob (o), que quedó cojo de un pié, y sano del otro, cuando el ángel le tocó en el muslo de donde aquel pueblo descendia: significando en esto (como adelante trataremos) que parte de sus hijos habian de estar sanos en la fe, y parte cojos y faltos en ella: que es lo que el sancto Simeon profetizó á la Vírgen, diciendo que la venida de su Hijo habia de ser para levantamiento de muchos, y caída de otros: no por él, sino por culpa dellos. Probemos agora esto mismo por las escripturas de los profetas. Y cuanto á los primeros dice Esaías en el capítulo IV: En aquel dia la planta del Señor Dios de los ejércitos será magnífica y gloriosa, y el fructo de la tierra muy alto. Y alegrarse han los que fueren salvos del pueblo de Israel. Y será así, que los que quedaren en Sion, y estuvieren en Hierusalem, serán llamados sanctos: todos los que están escriptos en el libro de la vida en Hierusalem, si lavare el Señor las inmundicias de las hijas de Sion (p), y la sangre de Hierusalem, con espíritu de juicio y de ardor: que es, con espíritu de temor y amor de Dios. Y el mismo profeta declara que habian de ser pocos los que habian de creer, diciendo: Si el número de los hijos de Israel fuere como las arenas de la mar, las reliquias (que es la menor parte dellos) se salvarán.

Tambien en otros muchos lugares se declara y profetiza la ceguedad de muchos que no habian de creer. Y señaladamente en la profecía de las semanas de Daniel, en la cual dice (q) que despues de las sesenta y dos semanas habia de ser muerto Cristo, y que no sería ya su pueblo el que lo habia de negar. Pues claro está que el pueblo que lo habia de negar, no lo habia de creer. Lo mismo dice Esaías en el capítulo LIII que todo trata de la Pasion, que fué ocasion de la ceguedad de muchos. Y así comienza el capítulo diciendo: Señor, ¿quién cree á las palabras que de vos habemos oido? ¿Y el brazo del Señor, á quién ha sido descubierto? Y luego mas abajo dice: Deseamos verle despreciado y el mas abatido de los hombres, varon de dolorés, y que sabe de enfermedades; y su rostro estaba como escondido y despreciado, y por eso no lo conocímos. Y en fin deste capítulo dice que este Señor (cuya innocencia habia declarado) habia de ser tenido y reputado por uno de los hombres malos. Allende desto el mismo profeta (r) en aquella gran vision en la cual vió á Dios en medio de los dos serafines, donde le mandó que denunciase al pueblo que habia de cerrar sus ojos, y tapar sus oídos, y endurecer su corazon; y que por el pecado desta ceguedad la tierra habia de ser destruida y asolada como agora lo está. Y en el capítulo XLIX que todo trata del Salvador, hablando el Hijo con su Padre Eterno, dice así: Esto dice Dios, el cual dende el vientre de mi madre me hizo su siervo para reducir á Israel á él; mas Israel no será reducido. Esto dice, porque eran muchos mas los que no habian de creer, que los que habian de creer. Y por la misma razon dijo el Señor por el profeta Malaquías (s): No tengo ya mi voluntad con vosotros, ni recibiré mas ofrenda de vuestra mano; porque mi nombre es grande entre las gentes, y en todo lugar se me ofrece una ofrenda limpia. Pues ¿con qué palabras se pudiera mas distinctamente declarar la incredulidad de la mayor parte deste pueblo, pues dice el mismo Señor que ni tenia su voluntad con ellos, ni recibiria ofrendas de su mano, mas que las recibiria de mano de los gentiles? Pues ¿qué entendimiento habrá que no quede convencido con esta tan clara profecía? Mas el profeta Esaías en el capítulo LXV juntamente declara que del mismo pueblo unos habian de creer, y otros no. Y hablando de los primeros dice así: Acordarme he de las misericordias del Señor, y alabarlo he por todas las cosas que nos dió, y por la muchedumbre de los bienes que hizo á la casa de Israel, segun su

(n) Judic. 2. (o) Genes 32.

(p) Esai. 10. (q) Dan. 9. (r) Esai. 6. (s) Malach. 1.

benignidad y muchedumbre de misericordias. Y el dijo: Este pueblo es mio, y hijos que no me han negado; y él se hizo Salvador dellos.

Esto dice de la fe de los primeros; mas de los segundos dice luego: En todas las tribulaciones dellos no se atribuló, y el ángel de su cara los hizo salvos; y por la benignidad y amor que les tuvo, los redimió, y los trajo sobre sí, y ensalzó todos los dias del siglo; mas ellos le provocaron á ira, y afligieron el Espíritu Sancto suyo; y con esto él se hizo su enemigo, y él mismo les destruyó. Hasta aquí son palabras del profeta: en las cuales veréis cómo encarece la gravedad deste pecado, haciendo mencion de los beneficios recebidos. Porque donde dice: En todas sus tribulaciones no fué atribulado; quiere decir, que nunca se cansó, ni cesó de socorrerles en todas las tribulaciones que se les ofrecieron. Y añade mas, que el ángel de su cara los hizo salvos; por el cual ángel (que quiere decir mensajero) entiende al Hijo de Dios, que fué enviado por el Padre Eterno á este mundo á salvarnos. Y dice mas, que los redimió, y trajo sobre sí. Mas ¿de qué manera los trajo? De la que en otra parte dijo que los traia en su vientre, y en sus mismas entrañas, y que los levantó y ensalzó en todos los siglos pasados (*t*). Esto es lo que hizo Dios por ellos. Mas lo que ellos hicieron fué, que le provocaron á ira con sus pecados, y afligieron el Espíritu Sancto suyo, resistiendo á sus sanctas inspiraciones y mandamientos. Y tras desto pone el castigo desta rebeldía, diciendo que el mismo Dios de amigo se les volvió enemigo; y el que ántes los amparaba y tomaba la voz por ellos, tomó las armas contra ellos. Deste mismo estilo usó el profeta Natam para afear el pecado de David (*v*), contando primero los beneficios que Dios le habia hecho, para encarecer el pecado que él habia cometido. Tenemos pues por estas autoridades averiguado este fundamento que propusimos, conviene á saber: que parte de aquel pueblo habia de creer, y parte no habia de creer.

Catecúmeno. Habeis probado, Maestro, tan claramente lo que propusistes, que no habrá persona tan ciega que no lo confiese.

M. Pues lo dicho es, hermano, una clarísima luz para entender las escrituras de los profetas; y los que sin esta candela los leen, fácilmente serán engañados, como se engañan los que hasta hoy dia no creen. Porque bien miradas las escrituras proféticas (como son de cosas advenideras) unas veces amenazan castigos de Dios, otras prometen favores y gracias suyas. Lo cual es tan ordinario entre ellos, que en un mismo capítulo profetizan grandes favores de Dios, y de ahí á cuatro renglones dan la vuelta, y parece que deshacen cuanto habian prometido, amenazando grandes calamidades y azotes. Lo cual es cosa que muchas veces pone á los lectores en confusion, pareciéndoles que se contradicen unas sentencias á otras. Pues esta es una certísima regla para no errar: entender que cuantas veces Dios por su profeta promete favores y gracias, habla con sus fieles siervos; mas todas las veces que amenaza castigos, azotes, calamidades y desamparos, habla con los malos, á cuya maldad se debe tal galardon. Y esto es lo que dijo el Apóstol (*x*): Ira, y indignacion, y tribulacion, y angustia para el ánima del que vive mal, ora sea judío, ora gentil; y por el contrario, gloria, honra y paz á quien hace bien, sea judío, sea gentil. Esta es pues, hermano, regla muy cierta, y aviso muy necesario para entender las escrituras de los profetas; porque sin este aviso ¿á quién no pusiera en confusion esta postrera profecía que alegamos, en la cual Esaías con la misma tinta que acabó de profetizar los grandes bienes prometidos á los hijos de Israel, amenaza luego la destruicion dellos? Mas esta confusion cesa, considerando que en la primera parte habla con los buenos, y en la segunda con los malos.

C. Muy bien me parece esa regla. Mas deseo saber qué amenazas son esas que se proponen á los malos, y qué promesas las que pertenecen á los buenos.

M. Las promesas ya vos las propusistes; mas las amenazas y castigos son tales, que no podrán dejar de quedar como atónitos cuantos las leyeren; porque son proporcionadas al pecado porque se dieron, que fué el mayor de los pecados del mundo. Porque en el salmo 68 (que todo dende el principio hasta el fin trata de la Pasion) profetiza David luego las calamidades y plagas que habian de venir por este pecado; y profetízalas por via de maldicion, para mayor terror y espanto. Y así acabando el mismo Señor de decir en este salmo: Diéronme en lugar de manjar hiel, y en mi sed diéronme á beber vinagre; prosigue luego el Profeta las maldiciones, hablando con Dios en esta forma: Sea, Señor, la mesa dellos su lazo, y el castigo de su pecado, y su escándalo. Por las cuales palabras, como el Apóstol declara (*y*), se entiende la mesa y pasto de las sanctas Escripturas, que es proprio mantenimiento de las ánimas. Porque los que están obstinados en su incredulidad, de las mismas Escripturas que habian de ser luz y manjar de sus ánimas, sacan tinieblas y ponzoña para ellas. Lo cual declara luego el Profeta en la segunda maldicion, diciendo: Sean escurecidos sus ojos para que no vean, y haz Señor que anden siempre abatidos y avasallados. Derrama sobre ellos tu ira, y el furor della los comprehenda. Sea su habitacion desierta, que no haya quien habite en sus moradas, porque ellos persiguieron á quien tú habias herido, y añadieron otras heridas á los dolores de las mias. Acrescienta, Señor, pecados sobre los pecados dellos, y nunca entren en tu justicia. Sean borrados del libro de la vida, y no sean escriptos en el número de los justos. Todas estas son palabras del Profeta, y todas son las mayores maldiciones y calamidades que se pueden pensar. Porque no es nada andar los hombres abatidos, y desterrados de sus casas, y ser sus moradas desiertas, porque todo esto no toca mas que en la carne; mas pedir á Dios que permita ser escurecidos sus corazones, y que se multipliquen sus maldades unas sobre otras, y que sean desamparados de la sanctidad y justicia, y finalmente que sean borrados del libro de la vida, ¿qué cosa se puede pensar mas horrible? Y no calló el Profeta la causa de tan grandes azotes, cuando dijo (*z*): Porque ellos hirieron á quien tú heriste, y acrescentaron los dolores de mis heridas. ¿Qué acrescentaron? Claro está que escarnios y injurias. Y diciendo que el Padre Eterno lo hirió, es dar á entender que él por su ardentísima caridad quiso que su unigénito Hijo se ofresciese en sacrificio por los pecados del mundo. Por lo cual se dice (*a*) que él lo hirió y entregó á la muerte.

C. Espantado estoy, Maestro, de tales amenazas, las cuales me hacen temblar las carnes. Pero mucho mas me espanto de ser profetizados esos castigos tan terribles

(*t*) Esai. 46. (*v*) 2. Reg. 12. (*x*) Rom. 2.

(*y*) Rom. 11. (*z*) Psalm. 68. (*a*) Esai. 53.



por via de maldicion; porque parece ser eso contra la caridad.

M. No se ha de creer que el Profeta lleno del Espíritu Sancto desease y pidiese maldiciones tan crueles á sus prójimos. Mas es estilo de la Escriptura profetizar castigos por via de maldicion; del cual estilo usó Moisen quando profetizó las calamidades que Dios habia de enviar á su pueblo si quebrantase sus mandamientos. Y por esto entre otras plagas dice así (*b*): Sea el cielo que está sobre tí de metal, y la tierra que pisas de hierro, y en lugar de agua envíe Dios sobre ella polvo y ceniza, hasta que perezcas de hambre. Entréguete Dios en manos de tus enemigos: por un camino vayas contra ellos, y por siete huyas dellos; y así andes derramado por todos los reinos de la tierra, y tu cuerpo muerto sea comido de las aves del aire, y de las bestias de la tierra. Estas y otras terribles plagas profetiza allí este profeta por via de maldiciones. Mas está claro que estas no eran maldiciones que el sancto varon echase al pueblo que él tanto amaba, pues se puso á pedir á Dios (*c*) que le borrase del libro en que le tenia escripto, si no le perdonaba el pecado cometido en la adoracion del becerro; mas profetiza estas tan grandes calamidades por via de maldiciones, para mostrar la graveza del pecado por que fuéron enviadas. Pues decidme: ¿qué pecado se cometió jamás en el mundo, merecedor de tan terribles maldiciones y castigos, sino la muerte indignísima del Hijo de Dios, á quien en pago de tantas misericordias y beneficios procuraron la muerte con tan ignominiosos tormentos? Y no son menores las calamidades que se profetizan en el salmo 108, que comienza: *Deus laudem meam ne tacueris, etc.* Las cuales podeis vos leer; porque yo no quiero referir aquí cosas tan tristes. Agora juzgad vos si son verdaderas todas estas profecías que hablan con la parte de los incrédulos, y pronostican su ceguedad y obstinacion, y el desamparo de Dios, y la pertinacia tan porfiada en su incredulidad, y el abatimiento que han de padecer entre las gentes. Esto vos lo veis, y todo el mundo lo ve. Por donde entenderéis que Dios en todas las cosas es Dios, quiero decir, en todas grande: grande en castigar, y grande en galardonar: grande en los azotes, y grande en las mercedes: grande en el amor que tiene á los buenos, y grande en el aborrecimiento que tiene á los malos; porque lo uno y lo otro pertenece á la grandeza de su bondad.

Pues conforme á la regla ya dicha, así como aquellas tan grandes promesas que al principio propusistes, pertenecen á la parte del pueblo que recibió á su verdadero Rey y Salvador: así estas tan terribles amenazas hablan con la parte que no solamente no le recibió, mas ántes le procuró la muerte. Y deste pecado dijo Dios á Moisen en el capítulo XVIII del Deuteronomio, que él habia de ser el vengador; significando en esto que la tal venganza habia de ser grande. Porque es lenguaje de la Escriptura llamar cosas de Dios á las que son grandes: como cuando dice, dia de Dios, ó monte de Dios, etc. (*d*). Y cuán grande ella haya sido, y lo sea hasta hoy dia, ya lo declarámos en este libro. Pues con esto me parece que está bastantemente respondido á la dubda que al principio propusistes. Porque si pusiéredes los ojos en la gravedad del pecado cometido en la muerte del Salvador, pareceros ha justísimo todo ese castigo y desamparo que decis (*e*). Porque (como ya dijimos) si cuantos pecados se han cometido en el mundo se pusieren en una balanza, y este solo en otra, este pesará mucho mas que todos los otros juntos. Vemos que Dios por el pecado de la idolatría desamparó los diez tribus de Israel (*f*), y los desposeyó de la tierra de promision que les habia dado, y entregó en poder de los asirios, y consintió que fuesen derramados por todas las naciones del mundo, sin que esta captividad fuese revocada. Y asimismo consintió que el tribu de Judá (*g*) que quedaba, fuese por el mismo pecado llevado captivo á Babilonia, y aquel magnificentísimo templo arrasado por tierra y abrasado. Pues ¿no eran estos simiente de Abraham (*h*)? no eran hijos de Israel (*i*)? no eran pueblo entre todas las naciones escogido de Dios (*k*)? no se llamaba Dios unas veces padre, y otras esposo suyo (*l*)? no los sacó él de Egipto con tantas señales y maravillas (*m*), y tomó venganza de sus enemigos, y les dió ley en el monte Sinaí, y los trajo, segun él dice (*n*), como águila sobre sus hombros todo aquel camino (*o*)? ¿Quién puede negar esto? Y con todo eso cuando fuéron desobedientes á las leyes de su libertador, y adoraron dioses ajenos, los desamparó, y, como dice Hieremías (*p*), desechó su altar, y maldijo el lugar de su sanctificacion, y los entregó á tan crueles y torpes enemigos, que deshonrasen las vírgines de Sion, y usasen abominablemente de los mozos de Hierusalem (*q*). ¿Qué mas castigo quereis que este? Por lo cual os quiero advertir de una cosa digna de mucha consideracion: la cual es, que aunque el amor de Dios para con sus siervos sea como de padre á hijos, y de marido á mujer, como á cada paso lo testifican las Escripturas (*r*), pero mas semejante es al amor del marido á la mujer, que al del padre al hijo. Porque este es de tal cualidad, que no se pierde aunque el hijo sea malo: como los vemos en el amor que David tuvo al peor de los hijos del mundo, que fué Absalom. Mas el amor del marido á la mujer, siendo mayor que este, como se ve por las palabras que dijo nuestro primero padre á Eva (*s*), con todo eso es de tal cualidad, que si la mujer fuere desleal á su marido, la mayor de las amistades viene á convertirse en la mayor de las enemistades. Y tal como este es el amor de Dios para con sus siervos: porque siendo ellos fieles y leales á Dios, tienen en él mas que padre, y que esposo; mas si fueren desleales, en ese punto los echará en el profundo del infierno, si entónces acabaren la vida. Y así lo hiciera con David cuando adulteró, y con Sant Pedro cuando lo negó (siendo ántes sus grandes amigos), si no hicieran penitencia cada cual de su pecado. Por donde yo os confieso que aunque la sinagoga haya sido esposa muy amada de Cristo (la cual trató él con tan amorosas palabras en el libro de los Cantares), mas despues que ella cometió adulterio con los dioses ajenos, ya veis cuán espantosamente la castigó. Pues como el pecado de la muerte del Salvador haya sido sin comparacion mayor, ¿qué maravilla es (como dije) padecer agora esta parte del pueblo susodicha lo que sus mayores padecieron por otro menor? Y esto es lo que claramente dijo el Señor por Hieremías (*t*). Volvióse mi heredad contra mí, y dió contra mí voces como un leon de la montaña; y por eso la aborrecí.

(*b*) Deut. 28. (*c*) Exod. 32. (*d*) Joel 2. Psalm. 25.

(*e*) D. Thom. 3. p. q. 47. art. 6. (*f*) 4 Reg. 17. (*g*) Ibid. 25. (*h*) Genes. 12. (*i*) Deut. 7. (*k*) Ibid. 32. (*l*) Luc. 11. Matth. 9. (*m*) Exod. 12. 14. 20. (*n*) Ibid. 19. (*o*) Deut. 32. (*p*) Thren. 2. (*q*) Ibid. 5. (*r*) Esai. 63. 64. Hierem. 3. (*s*) Gen. 2. (*t*) Hierem. 12.

§. II.

Prosigue lo mismo, y declárase la primacía de la fe por los gentiles.

Todo esto que hasta aquí habemos dicho, declaró divinamente el apóstol Sant Pedro en la carta que escribió á los dicípulos que habian creido, así de judíos como de gentiles, los cuales estaban derramados en las regiones de Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, alegando para ello el testimonio de Esaías por estas palabras (*v*): Yo (dice Dios) pondré en lo mas alto de la esquina del edificio una piedra probada, escogida y preciosa, y quien en ella creyere, no será confundido. Pues esta honra se ofrece á vosotros los que creeis; mas para los que no creen, esta piedra (que se ha de poner en la cabecera desta obra) ha de ser piedra en que han de tropezar, y piedra de que se han de escandalizar los que no quieren dar crédito á la palabra del Evangelio, á lo cual estaban obligados. Mas vosotros que creistes, sois linaje escogido, sacerdocio real, gente sancta, pueblo que Dios adquirió para sí, para que prediqueis las virtudes de aquel Señor que de las tinieblas en que viviades os sacó y llamó á esta admirable luz, que es al conocimiento del misterio de su Evangelio. Veis aquí, hermano, resumido cuanto habemos dicho. Donde veréis cuán desiguales sean las suertes destas dos diferencias de gentes: esto es, la dignidad, la gloria y las riquezas de gracia que se ofrecen á los que fielmente creyeron, y el escándalo, y tropiezo, y caimiento de los que no quisieron creer; pues para los unos Cristo es piedra fundamental que los sostiene, y para los otros piedra de escándalo en que tropiecen, y caigan, y se hagan pedazos.

Y pues los fieles que habian de creer en todo el mundo de linaje de gentiles, habian de ser muchos mas en número que los que habian de creer en la circuncision, no es maravilla que se dé á estos el principal lugar en la Iglesia, como á parte mayor. Y porque esto no os escandalice, mirad cómo claramente lo dice Dios en Esaías por estas palabras (*x*): No diga el hijo del extranjero que se llega al Señor: Hame apartado el Señor de su pueblo. Ni tampoco diga el eunuco: Yo soy un árbol seco; porque esto dice el Señor: A los eunucos que guardaren las leyes de mi amistad, daré dentro de mi casa y de mis muros un lugar señalado, y mejor nombre que el de los hijos y hijas: darles he nombre eterno que nunca jamas perezca. Llama aquí hijos y hijas á los fieles del pueblo de los judíos, y extranjeros á los que creyeron del pueblo de los gentiles, los cuales hasta entónces estaban fuera de la casa de Dios. Y á estos dice aquí él que dará mejor nombre (que es mayor dignidad) que á los hijos y hijas (que es á los fieles que creyeron de la circuncision), por la razon susodicha. Esta preeminencia comenzó Dios á figurar dende el principio del mundo, anteponiendo los hijos segundos á los primeros. Y así de los dos primeros hijos de Adam, que fuéron Caín y Abel, antepuso Dios el segundo al primero (*y*), y de los dos que tuvo Isaac, que fuéron Esaú y Jacob, hizo lo mismo (*z*). Pero muy mas al proprio se representó esto en el nacimiento de los dos hijos de Júdas, que fuéron Farés y Zaran (*a*), de los cuales al tiempo del parto sacó primero la mano Zaran, al cual ató la comadre un hilo colorado, diciendo: Este será el primero; mas luego este retrajo la mano, y tomóle el otro la delantera, despues del cual salió el que pretendia ser primero. Estos dos hijos nos representan dos pueblos de fieles, uno de judíos y otro de gentiles, de los cuales aquel sacó primero la mano porque primero comenzó á servir á Dios, y poner por obra sus mandamientos; mas despues la retrajo cuando una parte dél no quiso recebir á su Rey y Salvador, en cuyo lugar entró el pueblo de los gentiles que lo recibió; despues de cuya entrada entró tambien el de los judíos, segun lo testifican las Escrituras, diciendo (*b*) que despues que entre en la Iglesia la plenitud de las gentes, todo Israel será salvo. Con lo cual contexta la profecía de Oseas, que arriba alegamos. Veis pues aquí cómo en este nacimiento el primero se hizo segundo, y el segundo primero. Y no ménos al proprio se representa esta mudanza y preeminencia en los dos hijos del patriarca Josef, Manases y Efraím (*c*), los cuales presentó Josef á Jacob su padre para que les diese su bendicion, poniendo á Manases (que era el mayor) á la diestra del sancto viejo, y á Efraím á la siniestra; mas el sancto Patriarca cruzó los brazos, y puso la mano derecha sobre el menor, y la siniestra sobre el mayor. Lo cual sintió agramente Josef, y tomando las manos del padre, pretendia ponerlas como ántes estaban, diciendo: No conviene, padre, que se haga tal mudanza. Pon la mano derecha sobre Manases, que es el primogénito. A esto respondió el sancto varon: Bien lo sé, hijo mio, bien lo sé, y este mayor crecerá, y será multiplicado; mas su hermano segundo le llevará la ventaja. Veis aquí, hermano, divinamente representada la preeminencia de los fieles de la gentilidad sin agravio de la otra parte, la cual tambien el sancto Patriarca bendijo, y confesó que habia de ser multiplicada; pero que la otra se multiplicaria mas. Y el agravio que mostró Josef de ver antepuesto el hijo segundo al primero, es el que vos al principio representastes, pareciéndoos que el primer lugar se debia á vuestro pueblo. Mas como el sancto Josef se quietó y abajó la cabeza cuando entendió que aquella era la voluntad de Dios, así tambien os habeis de quietar vos, y dar gloria á Dios por todo lo que él ordena.

§. III.

Cómo se verifica que son los creyentes casa de Abraham, Jacob, David; y de la adoracion de las sanctas imágenes.

CATECÚMENO.

No tengo, Maestro, que responder á eso sino humillarme y confesar que Dios es sancto y justo en todas sus obras: basta ser él el que lo hace para que se cierre toda boca para juzgar sus obras, y se abra para confesar sus alabanzas. Solamente me queda por preguntar, ¿cómo siendo aquellas promesas que yo apunté al principio desta materia generales, y hechas á todo este pueblo debajo de los nombres señalados (que son casa de Jacob, de David, pueblo de Israel, Hierusalem, monte de Sion) pertenecen á sola esta parte que creyó?

Maestro. Para responder á esa pregunta quiero yo proponeros otra. Pongamos caso que todo el pueblo de Israel creyera, pregúntoos si la fe y religion desos nuevos creyentes fuera la misma que la de los pasados, ó otra diferente.

C. Paréceme que aunque haya algunas diferencias accidentales entre la fe y religion de los unos y de los

(*v*) 1. Pet. 2. Psalm. 117. Esai. 28. (*x*) Esai. 56. (*y*) Gen. 4. (*z*) Gen. 27. Malach. 1. Rom. 9. (*a*) Gen. 38.

(*b*) Rom. 11. Osee 3. Malach. 1. (*c*) Gen. 48.

otros; pero en lo esencial la misma fe es de ambos. Porque no está la diferencia en mas que lo que los unos esperaban por venir, los otros confesaban ser ya venido. De donde se infiere que la misma fe y religion de los pasados es la de los presentes.

M. Muy bien habeis respondido. Mas agora quiero que me digais ¿qué nombres tendria esa nueva gente que desta manera creyó?

C. Paréceme que ha de tener los mismos nombres que ántes tenia. Porque siendo la misma fe de los unos y de los otros, sígüese que han de tener los mismos nombres.

M. Luego segun eso llamarse ha el pueblo de los que creyeron en Cristo, casa de Jacob, y casa de David, pueblo de Israel, monte de Sion, y ciudad de Hierusalem. Y así por el monte de Sion, y por el nombre de Hierusalem, y por la casa de David entendemos todo el pueblo de Israel. Y así dice Dios por Zacarías (*d*): Decid á la hija de Sion que se alegre, porque le es venido su Rey. Y en otro lugar dice por el mismo profeta (*e*): Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Hierusalem espíritu de gracia y de oracion. Pues claro está que en estos lugares por la hija de Sion entendemos el pueblo de Israel, para quien venía este nuevo rey. Y lo mismo entendemos por la casa de David, y por los moradores de Hierusalem, pues el espíritu de gracia que aquí se promete, no era para solas estas dos partes, sino para todo el pueblo, que por ellas era significado. Pues volviendo á vuestro propósito, pongamos por caso (como ello fué) que no creyeron todos, sino una parte dellos: pregunto agora, ¿qué nombre tendria esta parte que creyó?

C. ¿Qué hay que dubdar en eso? Claro está que esa parte que creyó, habia de tener los mismos nombres de todo el pueblo, si todo él creyera.

M. Pues si creyendo todo el pueblo le pertenescieran todos estos nombres junto con las promesas hechas á él, ¿por qué perderá esta misma dignidad y estos títulos aquella parte del pueblo que creyó? ¿Qué razon hay para que la incredulidad de los muchos perjudique á la fe y dignidad de los pocos? Porque como si agora no hubiese mas que cien fieles en la Iglesia cristiana, en esos pocos se salvaria el nombre de su Iglesia con todos los títulos y privilegios della: así en esos pocos que entónces creyeron, se salvan los títulos, y nombres, y promesas hechas á todo el pueblo. Porque así como una gota de agua tan propriamente se llama agua como toda el agua de la mar; así á esta pequeña parte que creyó, le conviene el nombre de todo el pueblo, si todo él creyera; y asimismo en esta se salvan, y cumplen, y verifican todas las promesas de los favores de Dios.

C. Paréceme que teneis razon en lo dicho. Mas una sola cosa me queda por preguntar, y es, si esas promesas divinas que debajo desos nombres, pueblo de Israel, casa de Jacob, con las demas que se prometen al pueblo de los judíos, pertenezcan igualmente á los que creyeron de los gentiles.

M. Claro está que la diferencia de los linajes y de sola la carne no aparta ni hace distincion en los ojos de Dios entre los que tienen la misma fe, la misma obediencia y el mismo espíritu, y no ménos, sino mucho mas son hijos de Abraham los que imitan su fe y obediencia, que los que segun la carne descienden dél. Antes si estos se desviaren de la fe deste patriarca, no los cuenta la Escriptura por verdaderos y legítimos hijos suyos. Y así hablando Dios por Ezequiel con los tales, dice (*f*): La raiz y el solar de donde tú deciendes, es la tierra de Canaan; tu padre es Amorreo, y tu madre Cetea. Veis aquí como claramente no cuenta Dios por hijos de Abraham á los que no tienen dél mas que sola la carne: ántes los llama hijos de cananeos y amorroeos, porque seguian los vicios dellos. Y conforme á esto en las sanctas Escripturas (que tienen mas cuenta con el espíritu que con la carne) de aquel se llama cada uno hijo, cuyas obras imita. Y así llamó el Salvador á Zacheo, publicano, de linaje de gentiles, hijo de Abraham, porque imitaba la sanctidad de Abraham (*g*). Y viendo á Natanael, dijo (*h*): Veis aquí un verdadero israelita que no sabe qué cosa es engaño, dando á entender que los engañadores no eran verdaderos israelitas, aunque decendian del linaje de Israel. Así que entre los que creyeron en Cristo, así del linaje de gentiles, como de judíos, ninguna diferencia hacemos por solo el linaje, habiendo en ellos una misma fe y un mismo espíritu. Porque esto es lo que principalmente pretendió hacer el Salvador, que es ayuntar ambos pueblos en una misma fe y obediencia. Por lo cual se llama en la Escriptura piedra angular (*i*), que es la que traba dos paredes en una esquina, que son dos pueblos en una misma fe y concordia. Y por esto quitó de por medio el muro que causaba division entre estos pueblos (*k*), que eran las cerimonias y sacrificios de la ley.

C. Acerca desa respuesta (que es muy justa) me queda otra cosa por preguntar, y es: que demas de las cerimonias y sacrificios de la ley que diferenciaban á los judíos de los gentiles, habia tambien otra diferencia. Porque los judíos acordándose de aquellas palabras de Dios (*l*) en que les mandaba que no pintasen figura alguna de los signos del cielo, ni de las imágines de la tierra, no admitieron ningun género de imágines despues del captiverio de Babilonia; mas los cristianos usan de muchas imágines en sus templos, lo cual muchos herejes han tenido por un linaje de idolatría.

M. Está la religion cristiana tan ajena dese pecado, que sería menester un proceso infinito para declarar lo que innumerables mártires padescieron, no digo por no idolatrar, sino tambien por no tocar en carne sacrificada á los ídolos. Y si usamos de imágines, es para traer á la memoria, y movernos á devocion con las imágines de los sanctos, y con representarnos los misterios de nuestra redempcion. Porque ¿quién no ve la devocion que causa la pintura del nacimiento del Salvador? de su gloriosa transfiguracion? del lavatorio de los piés? de la oracion del huerto? de los azotes á la columna? de la coronacion de espinas? del llevar la Cruz á cuestas y padecer en ella? ¿Cuántas veces estas pinturas exprimen las lágrimas de los fieles? Las cuales imágines á los que saben leer mueven á compasion, y para los que no lo saben, sirven los libros donde ven con los ojos lo que leerian en los libros si supiesen leer. Y demas desto la reverencia que se hace á la imágen en cuanto á imágen, no pára en sola ella, sino pasa adelante á reverenciar la persona cuya es la imágen: como lo vemos en la cortesía particular que los reyes hacen á los embajadores de otros reyes, porque representan la persona dellos. De

(*d*) Zach. 9. (*e*) Idem. 12.

(*f*) Ezech. 16. (*g*) Luc. 19. (*h*) Joan. 1. (*i*) Psal. 117. Esai. 28.
(*k*) Ephes. 2. (*l*) Deut. 4.

manera que aquella honra no se hace tanto á ellos, cuanto á la persona de sus señores: así como el desacato que se cometiese contra ellos, se tendria por descomedimiento contra quien los envía. Y así cuando reverenciamos y adoramos la Cruz, y le atribuimos la redempcion del mundo, no pára nuestra adoracion en aquel madero, sino en el Señor que lo tomó por instrumento para obrar nuestro remedio. Porque comun cosa es atribuir al instrumento el efecto de la causa principal; de la manera que solemos decir: Esta es la espada que ganó á Sevilla. Y si Dios en aquel tiempo mandó al pueblo de los judíos que no pintasen alguna imágen, fué porque entónces todo el universo mundo adoraba las estatuas y imágines de los demonios, y aquel pueblo era inclinadísimo á la idolatría: como lo representa Hieremías, comparándolo al ardor con que el asno salvaje busca la hembra en tiempo de los celos (*m*). De donde procedió que hasta el tiempo del rey Ecequías adoraban la serpiente de metal que Moisen habia fundido en el desierto (*n*). Pues por esta causa aquel sapientísimo legislador (que tan bien tenia tomados los pulsos á la condicion deste pueblo) les quitó esta ocasion de idolatrar pintando imágines ó estatuas. Mas agora que estamos tan léjos desta ocasion, ¿qué peligro hay en pintar estas imágines?

Pues por lo dicho veréis como los maestros de los hebreos para confirmar el miserable pueblo en su engaño, infaman nuestra religion, y nos levantan estos y otros falsos testimonios, diciendo que idolatramos reverenciando las imágines, estando tan léjos deso, que ántes moririamos mil muertes, que cometer tal pecado. Y por tanto los que desean hallar la verdad, y se precian de juicio y entendimiento de hombres, no se habian de mover á lumbre de pajas, ni creer temeraria y livianamente, ni dar oídos á los falsos testimonios que nuestros adversarios nos levantan; sino informarse de los maestros de nuestra religion, y pedirles la declaracion de las cosas que profesamos.

C. Agora, Maestro, quedo quieto, alegre, esforzado y consolado con el conocimiento tan claro destas verdades, de las cuales pende toda mi bienaventuranza y salvacion. Porque aunque por la lumbre de la fe estaba firme y certificado en el conocimiento dellas, mas agora con la declaracion destos misterios de nuevo se ha alegrado y esforzado mi corazon. Por lo cual doy muchas gracias al padre de las lumbres, pues él por el ministerio de vuestra doctrina ha alumbrado y quietado mi espíritu. Mas con todo lo dicho me queda otra cosa por preguntar: la cual quedará para otra vez que nos veamos.

DIALOGO XI.

En el cual se trata de los dos estados de la Iglesia cristiana: que es, del que tuvo en sus principios, y del que agora tiene en el tiempo presente.

CATECÚMENO.

Otras dos cosas de mucha importancia me quedan, Maestro, por preguntar. Bien sabeis que todas las profecías denuncian que despues de la venida del Salvador habia de florecer en el mundo la sanctidad y justicia, y que se levantarian en él hombres tan sanctos y religiosos, que como profetizó Esaías (*a*) todos los que les viesen los conocerian por tales, y por ellos glorificarian á Dios. Esta tan grande sanctidad no la vemos agora en muy gran parte de la cristiandad; por lo cual deseo saber cómo se verifica el cumplimiento destas profecías. Tambien deseo preguntaros otra cosa acerca del número de los fieles; porque miradas estas escripturas de los profetas, parece que mas extendido habia de estar por el mundo el reino de Cristo de lo que al presente está. A estas dos cosas querria que me satisficiésedes.

Maestro. La respuesta de la primera desas dos preguntas podríades haber notado entre las hazañas que habia de obrar el Salvador cuando viniese al mundo: en una de las cuales tratamos de la sanctidad que floreció en aquellos felicísimos tiempos de la primitiva Iglesia, de que están llenas las historias de gravísimos autores. Porque (comenzando de Hierusalem) de la sanctidad que hubo en ella escribe Sant Lúcas, diciendo (*b*) que todos los fieles tenian un corazon y un ánima en el Señor, y que vendidas todas sus haciendas, ponian el precio dellas á los piés de los Apóstoles, para que ellos lo repartiesen por los pobres. Y de los mismos dice Sant Pablo (*c*), que con grande alegría sufrian ser robados y maltratados por la confesion de la fe. Y de los fieles que habian creido de la circuncision, y moraban junto á Alejandría, escribe cosas maravillosas Filon, nobilísimo escriptor entre los judíos. Y de los otros fieles que estaban derramados por toda la tierra de Egipto, hace memoria Sant Basilio y Sant Augustin (*d*), hablando con los maniqueos, y trayéndolos por testigos de aquella verdad, como de cosa tan notoria, que los mismos herejes no podian negar. Y la manera de vida que estos sanctos monjes tenian describe muy particularmente Sant Hierónimo en la epístola á la vírgen Eustoquio (*e*); y no ménos elegantemente trata della Sant Crisóstomo en muchos lugares de sus Homelías (*f*). Mas de la vida de los sanctos que hubo en Grecia, escribe Teodoreto en la Historia religiosa; el cual fué quinientos y cincuenta años despues del nascimiento de nuestro Salvador. Donde dice que en aquel tiempo habia muchos monasterios de vírgines que moraban juntas de docientas en docientas, y á veces mas, y á veces ménos; las cuales tenian por cama unas esteras, y su oficio era ocupar siempre las manos en la lana, y las lenguas en las alabanzas divinas. Y estos monasterios dice que habia no solo en Grecia, sino tambien por todo el Oriente; y que dellos estaba llena Palestina, Egipto, Asia, Ponto y Siria, Cilicia y Mesopotamia, y toda Europa. Tampoco Italia (que cae en la Europa) careció de muchos sanctos varones, cuyas vidas escribe Sant Gregorio (que fué despues de Teodoreto) en los cuatro libros de sus Diálogos. En lo cual se ve cuánto haya florecido la sanctidad en aquellos dichosos tiempos. Y no ménos se entiende esto por la infinidad de mártires sanctísimos, que en todas las partes del mundo fuéron martirizados por la confesion de la fe. Y (lo que es mas admirable) cuasi todos estos sanctos eran de linaje de gentiles y idólatras: donde vemos cumplidas las profecías de Esaías (*g*), en las cuales dice que en la venida del Mesías los lobos se juntarian con los corderos, y los árboles estériles y silvestres se mudarian en fructuosos, y los páramos y desiertos en tierras de labor, y los sequedales en rios y fuentes d

(*m*) Hierem. 2. (*n*) Num. 21. 4. Reg. 18. (*a*) Esai. 61.

(*b*) Act. 4. (*c*) Hebr. 10. (*d*) August. de Moribus Ecclesiæ cont. Manich. lib. 1. cap. 31. tom. 1. (*e*) De Custodia Virginitatis. (*f*) Chrysos. ad Pop. Homil. 56. 57. 58. tom. 5. et sequentibus alibi. (*g*) Esai. 11. 65.

agua; significando por estas semejanzas esta mudanza de vida, donde los hombres, fieros y semejantes en sus costumbres á los demonios, vendrian á hacer vida de ángeles.

Despues destos (no desamparando el Salvador su Iglesia) succedieron las órdenes de los augustinos, cartujos, benitos, bernardos, dominicos, y franciscos y otros tales; en cuyas corónicas hallamos escriptas vidas de varones religiosísimos y sanctísimos, que señaladamente florecieron en el principio y fundacion destas órdenes. Y no faltan agora en la cristiandad en todo género de estados, así de legos como de sacerdotes, personas de tanta virtud y religion que nos dan motivos con la pureza de su vida para glorificar á Dios, como Esaías dice (*h*). Y no haber agora tanta sanctidad como al principio hubo, es condicion de las cosas humanas, que nunca permanecen en un mismo sér. Lo cual vimos tambien en los hijos de Israel, de quien se escribe que entrados en la tierra de promision (*i*) perseveraron fielmente en servicio y conocimiento de Dios mientra estaba fresca la memoria de las maravillas que en aquella jornada y conquista habia obrado por ellos. Mas luego que esta se perdió, comenzaron á descaer desta pureza de vida, y se fuéron á adorar los ídolos.

Y cuanto á la profecía que alegais de Esaías, que trata de la sanctidad de los fieles, respóndoos que esa profecía y otras semejantes, no se han de entender generalmente de todo el número de los fieles (porque nunca en el mundo han de faltar pecados y pecadores) sino solamente de aquellos que se quisieren aprovechar de la doctrina, y remedios, y sacramentos que Cristo trajo al mundo para obrar con ellos nuestra sanctificacion, y no de aquellos que por pereza y culpa suya no quieren aprovecharse dellos. Esta inteligencia es conforme al estilo y lenguaje de los profetas. Los cuales (como ya otra vez platicamos) en un mismo capítulo proponen generalmente grandes favores, y juntamente con esto grandes amenazas, como parece en el capítulo LXIII de Esaías, y en muchos otros. Mas aunque estas cosas propongan generalmente, hablando con todos, entendemos que los favores hablan con los buenos, mas las amenazas, con los incrédulos y malos. Pues desta manera cuando el profeta dice que los fieles en el tiempo del Mesías serán tales que cuantos los vieren luego los conocerán, y tomarán de su vida motivos para glorificar á Dios, entiéndese de los que se aplicaren á querer aprovecharse de los remedios que él trajo al mundo, y no de los que se echaren á dormir, y entregaren á los vicios. Y que esto se haya de entender así, pruébase por el comun estilo de filosofar que la naturaleza enseñó á los hombres, los cuales proceden por las cosas claras á las escuras, y por las ciertas á las inciertas. Y pues dejamos atras probado por evidentísimas profecías y señales que el Salvador era ya venido, habemos de interpretar esta profecía de tal manera que no nos obligue á negar todo lo que tenemos ya claramente probado y averiguado, declarándola en el sentido que está dicho; y desta manera queda salva y entera la verdad de todas las profecías.

C. No sé qué pueda oponer á esa respuesta tan conforme al lenguaje de las sanctas Escripturas, y tan conforme á razon. Porque disparate es pensar que todos cuantos recibieren al Mesías han de ser sanctos y consumados en toda virtud. Porque esa es preeminencia de la vida eterna que esperamos; mas en esta donde estamos cercados de carne y de sangre, y donde somos amasados y concebidos en pecado, aunque haya por virtud de la gracia de Cristo muchos buenos, mas por razon de la naturaleza corrupta no han de faltar malos, pues no faltaron en el cielo, ni en el paraíso, ni en la escuela del Salvador. Mas ya que tan bien habeis satisfecho á la primera de mis preguntas, resta que me respondais á la segunda: que es haberse diminuido tanto la fe y el número de los cristianos.

§. I.

Respóndese á la pregunta con ejemplos de la Escriptura sagrada.

MAESTRO.

Para responder á esa pregunta era necesario un largo tratado en que declarásemos el espantoso aborrecimiento que Dios tiene á los pecados, y la severidad con que los castiga; para que no extrañeis, habiendo tantos pecados haber permitido aquel rectísimo Juez que se diminuyese tanto el número de los cristianos. Mas porque esto sería cosa infinita, solamente os referiré una de las historias sagradas, por la cual veréis ser los pecados la causa desta diminucion. Para lo cual debeis traer á la memoria aquella tan magnífica promesa que hizo Dios al patriarca Abraham cuando le quiso sacrificar su hijo Isaac, diciendo (*k*): Por mí mismo he jurado (dice el Señor) que por cuanto no perdonaste á tu hijo unigénito por amor de mí, por ese hijo te daré tantos hijos como las estrellas del cielo. Esta misma promesa confirmó Dios (*l*) sacando este patriarca al campo, y allí le prometió que multiplicaria sus hijos en tanto número como el polvo de la tierra. La cual promesa comenzó él á cumplir en el captiverio de Egipto; porque entrando en él solos setenta nietos y bisnietos deste patriarca (*m*), fuéron de tal manera multiplicados en espacio de cuatrocientos años, que sin embargo de mandar Faraon echar los hijos varones de los hebreos en el rio, salieron de Egipto (*n*) seiscientos mil hombres de pelea, sin las mujeres y niños, que serían mas. Y á este paso fuéron de tal manera creciendo, que en tiempo de David y de Salomon, como dice la Escriptura (*o*), era tan grande el número deste pueblo como las arenas de la mar; tanto que en solo el tribu de Judá se hallaron por cuenta quinientos mil hombres de pelea. Veis pues aquí cumplida enteramente la palabra y promesa de Dios. Mas ¿qué siguió despues? Multiplicáronse los pecados del pueblo en tanto grado, que despues de haberlos Dios sufrido muchos años, y enviado muchos profetas y castigos para reducirlos á su servicio, sin aprovechar nada, finalmente desamparó los diez tribus (*p*) que se habian apartado de la casa de David, y entrególos al rey de los asirios; el cual los esparció por todas sus tierras en perpetua subjeccion y vasallaje. Quedaba el tribu de Judá, donde estaba la ciudad de Hierusalem, y aquel magnificentísimo templo de Salomon; el cual tribu debiera escarmentar en cabeza ajena; mas no lo hizo, sino siguiendo los mismos pecados de los otros diez tribus, pasaron por la pena dellos, como el mismo Señor les habia amenazado por Ecequiel, diciendo (*q*): Anduviste por el camino de tu hermana (que era la gente de

(*h*) Esai. 65. (*i*) Judic. 2.

(*k*) Gen. 22. (*l*) Gen. 15. (*m*) Exod. 1. (*n*) Ibid. 12. (*o*) 2. Reg. 24. 3. Reg. 4. (*p*) 4. Reg. 17. (*q*) Ezech. 23.

los diez tribus), yo te daré á beber el cáliz que dí á ella; y así se cumplió esto viniendo Nabucodonosor y poniendo cerco sobre la ciudad de Hierusalem, donde el pueblo padeció tan gran hambre, que las madres llegaron á comer las carnes de sus hijos; como lo encarece Hieremías en sus lamentaciones, diciendo (r): Las manos de las mujeres misericordiosas cocieron sus hijos, y se mantuvieron dellos en la destruicion de mi pueblo. Finalmente aquella noble ciudad de Hierusalem fué arrasada (s), y aquel magnificentísimo templo, celebrado y afamado por todo el mundo (en cuya fábrica traia Salomon (t) mas de ciento y cincuenta mil hombres) fué asolado y abrasado, junto con el tabernáculo y arca del Testamento, y todas las otras cosas que por la traza y órden de Dios habian sido fabricadas; sin quedar á Dios altar ni templo en todo aquel reino, ni pueblo por quien fuese honrado, porque cuasi todo él fué llevado, junto con su rey, captivo á Babilonia; y aquel tan grande pueblo vino á tanta diminucion, que cumplidos setenta años de captiverio, cuando Ciro, rey de los persas, libertó al pueblo para que volviese á poblar á Hierusalem, y reedificar el templo, no volvieron mas que cuarenta y tantos mil hombres: como se escribe en el libro de Esdras (v). Lo cual todo les habia profetizado Moisen; porque habiendo dicho á los hijos de Israel: No puedo yo solo sostener la carga de tan grande pueblo (x), porque Dios os ha multiplicado como las estrellas del cielo, díjoles despues: Si no guardáredes los mandamientos de vuestro Dios, enviará contra vosotros todas las plagas de Egipto hasta destruiros (y); y vendréis á ser muy pocos en número los que ántes érades como las estrellas del cielo. Así lo profetizó, y así se cumplió en este captiverio de Babilonia, y así lo confesaron aquellos tres sanctos mozos que el rey de Babilonia mandó echar en aquel grande horno de fuego, porque no quisieron adorar su estatua; los cuales estando en medio de las llamas sin quemarse, hacian oracion á Dios, pidiendo la liberacion de su pueblo (z): alegando aquel solemne juramento y promesa que habia hecho á sus padres de multiplicar sus hijos como las estrellas del cielo. Porque, Señor (decian ellos), habemos venido en mayor diminucion que todas las naciones del mundo, y estamos hoy los hombres mas abatidos que hay en la tierra por nuestros pecados. Y ni hay en este tiempo príncipe, ni profeta, ni sacrificio, ni lugar sagrado donde podamos ofrecer nuestras ofrendas; sino en espíritu de humildad y en ánima contrita, seamos Señor recebidos de vos piadosamente. Veis aquí claro á cuánta diminucion trajeron los pecados á este tan grande pueblo; y (lo que mas es) no teniendo Dios en aquel reino mas que un templo y un altar donde era venerado, no hizo caso de quedar sin este lugar cuando se atravesaron de por medio los pecados. Lo cual encarece en sus lamentaciones Hieremías, diciendo (a): Desechó el Señor su altar, y maldijo el lugar de su sanctificacion. Porque como no escogió la gente por honra del lugar, sino ántes el lugar por amor de la gente, por eso destruyó el lugar, cuando la gente no se aprovechaba dél.

(r) Thren. 2. et 4. (s) 3. Reg. 25. (t) 3. Reg. 5. (v) 1. Esdr. 2. (x) Deut. 1. (y) Ibid. 28. (z) Dan. 3. (a) Thren. 2.

§. II.

Prosigue la misma materia; y causa de estar la cristiandad tan disminuida.

CATECÚMENO.

Muy bien tengo entendida esa historia. Mas ¿de qué sirve eso para la pregunta que yo os hice de ser tan pequeño el número de los cristianos, siendo tan copiosa la redempcion de Cristo, y tan magníficas las promesas que fuéron hechas al mundo en su venida?

Maestro. Esta historia responde á vuestra pregunta. Porque como Dios sea agora el mismo que era en aquel tiempo (pues en él no hay ni puede haber alteracion ni mudanza), hanos agora castigado con semejante castigo. Porque así como antiguamente prometió á aquellos sanctos patriarcas la multiplicacion innumerable de sus hijos, y finalmente andando el tiempo la cumplió, mas despues de cumplida esta promesa, cuando se multiplicaron los pecados, vino el pueblo en tan gran diminucion como habeis oido: así tambien prometió el Señor por boca de sus profetas la dilatacion del reino de Cristo en todas las partes del mundo, y así lo cumplió; porque aun en tiempo de los apóstoles habia corrido la predicacion y fe del Evangelio por todo el mundo (como lo afirma Sant Pablo diciendo (b) que se habia predicado el Evangelio á todas las criaturas que habia debajo del cielo, y que en todas ellas habia fructificado), y esto es de lo que el profeta Esaías se maravilla cuando dice (c): En los fines de la tierra oímos las alabanzas y la gloria del Justo; que es Cristo, el cual por excelencia se llama Justo. Y maravillase aquí el profeta de ver con cuánta lijereza, y en cuán breve espacio habia corrido la predicacion del Evangelio y gloria de Cristo hasta el cabo del mundo. Y la misma admiracion mostró cuando dijo (d): ¿Quién son estos que vuelan como nubes? Y llaman nubes á los predicadores del Evangelio, los cuales á manera de nubes corrian por toda la tierra, regándola con agua del cielo para que diese fructos de vida eterna. Y despues de los apóstoles, cuanto mas crecian las persecuciones de los tirannos, tanto crecia cada dia el número de los fieles. Porque así como dice la Escritura que cuanto mas los egipcios perseguian á los hijos de Israel (e), tanto mas Dios los multiplicaba: así tambien con las persecuciones de los tirannos se multiplicaba el número de los fieles, que por toda la tierra se dilataban. Mas despues de doscientos y tantos años, cuando muertos los tirannos succedieron los emperadores cristianos (como fuéron Constantino y los Teodosios y otros semejantes) se extendió mas el Evangelio por todas las naciones del mundo, hasta que del todo fuéron asolados y puestos por tierra los templos y altares del demonio, y los ídolos abrasados, y hechos rajas, y desterrados del mundo. Donde se cumplió lo que prometió Dios por Zacarías, diciendo (f): Desterraré los nombres de los ídolos de la tierra, y no habrá mas memoria dellos. La cual victoria para solo el Mesías se guardaba.

Mas despues que la Iglesia extendió sus ramos por todo el mundo; despues que juntamente con el número de los fieles crecieron las riquezas, y la prosperidad temporal, y los favores de los emperadores, juntamente creció el fausto, la cobdicia y el regalo del cuerpo, la ambicion, y con ella sus hijas legítimas, que son compe-

(b) Colos. 1. (c) Esai. 24. (d) Esai. 60. (e) Exod. 1. (f) Zach. 13.

tencias, odios; y envidias, y otras malas mañas. Y así se cumplió en nosotros lo mismo que Moisen profetizó del pueblo de los judíos, diciendo (*g*): Engrosóse el pueblo amado de Dios; y despues de engrosado, y enriquecido, y dilatado, desamparó á Dios su Hacedor, y apartóse de Dios, autor de su salud. Siempre paresce que fué el mundo de una manera; y así concurriendo en él las mismas causas, communmente se siguen los mismos efectos, si no acude Dios con particulares privilegios de su gracia. Y así parece haber acaescido en este negocio, donde la prosperidad fué ocasion de nuestra caída, como lo ha sido cuasi en todas las repúblicas del mundo. Pues multiplicándose con la prosperidad los pecados en tanta abundancia, como en las historias antiguas leemós, y como en nuestros miserables tiempos lloramos, ¿qué ha de hacer aquel rectísimo juez en semejante causa, sino dar la misma sentencia, permitiendo por justísimo juicio que pierdan la preciosísima joya de la fe los que la tuvieron ociosa? Esto nos testifican abiertamente todas las sanctas Escripturas. En el Apocalipsi (*h*) envía Dios á amenazar á ciertas iglesias que si no hicieren penitencia y se emendaren de los pecados de que él allí los avisa, que vendrá contra ellos, y moverá el candelero de su lugar; y mudar este candelero es privarlos de la candela y lumbre de la fe, y pasarla á otra parte: que es el mayor azote de cuantos Dios en esta vida puede dar; pues perdida la fe, se cierra la puerta de la salud. En el Evangelio dice el Señor (*i*) que al que tiene le dará mas; pero al que no tiene, eso que parece tener le quitará. Quiere decir, que al que usa bien y se aprovecha de los dones recibidos, acrescentárselos han; mas al que no tiene (que es á el que no se aprovecha de lo que le han dado) eso que parece tener le quitarán, que es la fe y la esperanza, que solas quedan en el ánima despues de perdida por el pecado la gracia. Y esto nos muestra á la clara aquel siervo perezoso (*k*) que tenia envuelta la moneda de su señor en un sudario sin granjear con ella; la cual mandó el Señor que le fuese quitada, y dada al que tenia diez monedas recebidas, y habia granjeado con ellas. Pues ¿qué moneda es esta con que se granjean y alcanzan bienes de gracia y gloria, sino la lumbre de la fe que para esto nos es dada, la cual se acrescienta al que se aprovecha della, y se quita al que no granjea con ella? Y esto mismo nos enseña el Apóstol, diciendo (*l*) que la ira de Dios se declara en el Evangelio contra la impiedad de los hombres que detienen la verdad de Dios en injusticia. Quiere decir, que siendo la verdad de la fe un tan grande don de Dios, el cual nos enseña el camino real para la vida eterna, no querer hacer lo que ella nos enseña, es como tenerla presa y encarcelada, y como atada de piés y manos, para que no obre lo que ella (si no fuese impedida) podia obrar. Por lo cual merescen los malos ser privados deste precioso talento, pues no solo no sirve para su provecho, mas ántes les es materia de mayor condenacion; pues, como dice el Salvador (*m*), el siervo que sabe la voluntad de su Señor, y no la pone por obra, será mas gravemente castigado que el que no la sabe; y el castigo será quitarle la lumbre de que no quiso aprovecharse. Lo cual declara expresamente el mismo Apóstol, diciendo (*n*) que por cuanto los malos no amaron la verdad para ser salvos por ella, permitirá Dios que sean engañados con diversos errores, para que dejada la verdad de Dios, crean á la mentira del demonio.

Por lo dicho podréis haber entendido la causa de nuestra caída, y tambien de la vuestra: que no es otra sino pecados, y no haber aprovechado (como fuera razon) con el talento y lumbre de la fe, y de los favores y ayudas que con ella se dan para la guarda de los mandamientos divinos. Lo cual (demas de las autoridades susodichas) singularmente nos declara aquella parábola de la viña de Esaías (*o*): la cual viña dice Dios que plantó por su mano, y la cercó de su seto, y edificó en ella una torre y un lagar; y hechas estas diligencias esperó que diese su fructo; mas ella en lugar de uvas dió agracejos; esto es, que en lugar del fructo de las buenas obras, dió agracejos de malas. Por lo cual dice el Señor que destruirá la cerca de su viña, y que la desamparará, y así será robada y hollada de todos; y que ni la mandará podar, ni cavar, y á las nubes del cielo mandará que no lluevan sobre ella (que es privarla del culto y beneficios de su gracia), y así se cubrirá toda de zarzas y espinas, que son vicios y pecados. El cumplimiento desta profecía vemos á la letra cumplido en la captividad de los diez tribus de Israel (*p*), los cuales Dios soltó de su mano, y entregó en poder del rey de los asirios; y así fuéron despojados de todos aquellos favores y socorros de gracia que tenian para guarda de los mandamientos divinos, que era el templo, los sacerdotes, los sacrificios, los profetas y la ley; y finalmente fuéron privados de todos los otros beneficios, que junto con la lumbre de la fe habian recebido.

§. III.

Cargo de los malos cristianos que no se aprovechan de la fé: que es causa de todas las herejías.

Pues pregúntoos yo agora, ¿cuál os paresce que destos dos pueblos ha recebido mayores beneficios y ayudas de Dios para bien vivir: el de los judíos antiguamente, ó agora el de los cristianos?

Catecúmeno. Eso sabréis vos, Maestro, mejor que yo.

M. No hay comparacion de lo uno á lo otro. Porque aquellos no tenian mas que las sombras, nosotros tenemos la luz; aquellos las figuras, nosotros la verdad; aquellos la ley, nosotros el Evangelio; aquellos la letra que mata, nosotros el espíritu que da vida; aquellos los sacrificios de los animales, nosotros el sacrificio del verdadero Cordero, que es Cristo, que cada dia se ofresce por nosotros en la Iglesia; aquellos no tenian mas que un solo sacramento, que era el de la circuncision, nosotros tenemos siete, que tienen y dan gracia al que está dispuesto para recebirla; y entre ellos aquel divinísimo sacramento del altar, que podemos recebir cuantas veces quisiéremos. Y sobre todo eso tenemos el inefable misterio de la encarnacion y pasion del Hijo de Dios, por el cual entendemos la grandeza del amor que Dios tiene á la virtud, y el aborrescimiento al pecado; pues por esto bajó del cielo á la tierra vestido de carne humana, y murió en cruz. Pues ¿á qué no están obligados los cristianos habiendo sido prevenidos y ayudados con tan admirables favores y socorros para abrazar la virtud y aborrescer el pecado, aunque fuese padesciendo mil muertes?

Agora quiero que pondereis mucho lo que diré. Si

(*g*) Deut. 32. (*h*) Apoc. 2. (*i*) Luc. 8. (*k*) Luc. 19. (*l*) Rom. 1. (*m*) Luc. 12. (*n*) 2. Thes. 2.

(*o*) Esai. 5. (*p*) 4. Reg. 17.

los diez tribus de vuestro pueblo (porque en estos pongo agora ejemplo) fuéron desamparados de Dios (*q*), y desterrados de la tierra de los cananeos que él les habia dado, y entregados en poder del rey de los asirios, y derramados por todo el mundo, y esto por no haber querido aprovecharse de la lumbre de la fe, y de la ley que habian recebido con los sacrificios y cerimonias della, ¿qué os paresce que merescen muchos de los cristianos que habiendo recebido tanto mayores favores y ayudas para bien vivir que aquellos, viven como paganos, haciendo Dios á su vientre, y á su dinero, y á su honra vana, y á los deleites de su carne, trocando por un deleite de bestias lo que Dios compró con su sangre? ¿No os paresce que los tales merescen ser despojados desos grandes beneficios de que no quisieron aprovecharse? Pues por esto os digo, hermano, que no solamente no me espanto de haber permitido aquel justísimo juez que tanta parte del pueblo cristiano perdiese la fe, mas ántes le doy gracias por lo que queda sano, habiendo tanta rotura en las costumbres de muchos. Porque bien sabeis que Dios no se muda con los tiempos (pues mil años en su presencia son como el dia de ayer, que ya no es); y pues él desta manera castigó aquel su pueblo escogido, descendiente de aquel tan grande amigo suyo Abraham; siendo tan flacos los socorros que en aquella ley se daban para la buena vida, ¿qué os parece hará el mismo juez con muchos de los cristianos que se derraman sin freno por todos los vicios, habiendo recebido tan grandes favores y socorros para vencerlos? mayormente siendo verdadera aquella sentencia del Salvador que dice (*r*): A quien dieron mucho, han de pedir cuenta de mucho.

C. Quedo, Maestro, tan convencido y como atado de piés y manos con esa razon, que ya no me espánto de la grandeza dese desamparo y castigo de Dios, con tantas herejías, y tanta diminucion del pueblo cristiano; sino de cómo no pasa el castigo adelante, estando tan insensible la mayor parte de los hombres, que ni sienten estos tan terribles castigos, ni se emiendan por ellos.

M. Veis pues aquí, hermano, clarísimamente probado cómo la causa de haber perdido tantas naciones el don de la fe, es no haber querido aprovecharse della. Dicen los doctores (*s*) que la sagrada teología es ciencia especulativa y práctica juntamente, porque nos enseña lo que habemos de creer, y lo que habemos de obrar. Pues esto mismo tiene el hábito de la fe, que estas mismas dos cosas nos enseña. Por donde si no obramos con ella, viene finalmente á perderse creyendo cosas contrarias á ella. El hierro, si no usais dél, poco á poco se cubre de orin, y se consume; y el caballo que se hizo para correr, si no corre, se manca, estando ocioso en la caballeriza. Y así no es mucho permitir Dios que se pierda la fe si no usamos della para lo que nos fué dada: que es para regir y ordenar nuestra vida.

C. Está probado eso que habeis dicho, demas de la razon, con tan claros testimonios de la Escriptura divina, que no es posible negarlo quien tuviere fe; pues tan claramente testifica el Espíritu Sancto que es castigo de pecados perderse la fe. Y no falta aquí tambien la razon, á lo ménos en algunos hombres que hay tan inclinados á vicios y deleites sensuales, y tan habituados á ellos, que les parece cosa imposible vivir sin ellos; porque la perversidad de sus malas inclinaciones confirmada con la antigua costumbre del pecar, les hace creer esta mentira, y los tiene tan aherrojados y presos en estos vicios, que no hallan camino para salir dellos. Pues estos tales están muy aparejados para perder la fe. Porque como ella les echa acíbar en estos sus deleites con el temor de la cuenta, y del juicio divino, y de las penas del infierno; si viniere algun hereje que negare la inmortalidad del ánima, ó la Providencia divina, están en peligro de abrazar esta falsedad, por quitar aquella espina de su corazon, y dormir mas á su placer en sus vicios. Desta manera abrazaron muchos hombres la doctrina del Epicuro que estas dos cosas negaba, siendo un hombre bruto que nunca aprendió filosofía. Y con todo esto tuvo tantos discípulos y seguidores desta falsedad, y fué en tanta manera estimado, que traian su figura esculpida en los anillos, y en los vasos de plata, y decian que este solo habia alcanzado el conoscimiento de la verdad, y librado el género humano de vanos temores. La razon desto es la grande fuerza que tiene la aficion para cegar la razon, por la grande amistad que hay entre la voluntad y el entendimiento. Por donde cuando la voluntad está grandemente aficionada á una cosa, de la cual le sería muy poco penoso carecer, luego el entendimiento por librar á su hermana de aquella pena, halla razones para aprobar y justificar lo que ella desea, aunque sea contrario á la fe: como lo muestran los ejemplos de esta miserable edad. Porque la misma ocasion tienen para vivir libremente y pecar los que creen que la fe sola sin obras basta para salvarnos, que los que niegan la Providencia divina, y la inmortalidad del ánima. Y por esto á los tales amaneció su lucero cuando se predicó esta blasfemia en el mundo, que la fe sola bastaba.

C. Tambien esa razon convence mi entendimiento como la pasada. Y así la una como la otra vienen á concluir que la muchedumbre de los pecados son causa de permitir Dios que se pierda la candela de la fe.

M. Pues eso creeréis mas de verdad si entendiéredes el espantoso aborrescimiento que tiene Dios á los pecados, y el rigor con que los castiga. Para lo cual si hubiera tiempo os pudiera alegar á este propósito extraños ejemplos. Mas no podré dejar de referiros aquí un lugar del profeta Ecequiel, que deseó se escribiese en todas las plazas y cantones, para que viesen los hombres cuán peligroso negocio es desmandarse contra Dios. Denunciando pues este Señor á su pueblo por este profeta el castigo que les estaba aparejado por sus pecados, hablando con el mismo profeta, dice así (*t*): Tú, hijo del hombre, toma una navaja aguda, y rapa con ella los cabellos de tu cabeza, y de tu barba; y tomando una balanza pesarlos has, dividiéndolos en tres partes iguales. Y una destas partes quemarás con fuego en medio de la ciudad; y la otra cortarás con un cuchillo al derredor della; y la otra parte esparcirás en el aire, y desenvainarás una espada contra ellos; y de allí tomarás un pequeño número dellos, y atarlos has en un canto de tu vestidura, y de ahí tambien tomarás otros pocos, y echarlos has en medio del fuego; y de ahí saldrá fuego contra toda la casa de Israel. Esta es la parábola. Añade luego el mismo Señor la declaracion della, diciendo así: Esta es la ciudad de Hierusalem, la cual yo puse en medio de las gentes, y ella menospreció mis juicios y mandamientos, haciéndose peor que ellas. Por tanto

(*q*) 4. Reg. 17. (*r*) Luc. 12. (*s*) D. Thom. 1. p. q. 1. art. 4.

(*t*) Ezech. 5.

dice el Señor: Porque sobrepujastes en maldad á los gentiles que están al rededor de vosotros, yo haré juicios en presencia de esas mismas gentes, y haré por tus abominaciones lo que hasta aquí no hice, ni adelante haré. Por tanto los padres comerán á sus hijos en medio de tí, y los hijos comerán á sus padres; y haré en tí juicios, y derramaré lo que de tí restare por todos los vientos, y no te perdonaré. Vivo yo, dice el Señor, que por cuanto desacatastes mi sancto nombre con todas esas ofensas y abominaciones, yo tambien te quebrantaré, y no perdonaré, ni habré misericordia de tí. La tercera parte de tí morirá de peste, y será consumida con hambre; y la otra parte esparciré por los aires, y desenvainaré mi espada en pos dellos, y descargaré mi furor sobre tí, y descansará mi indignacion contra tí, y consolarme he con tu castigo; y conocerse ha que yo ordené esto con mi celo, cuando descargare toda mi indignacion contra tí. Y haré que seas una tierra desierta, y un oprobrio entre las gentes que están al derredor de tí, y en presencia de todos los que por tí pasaren. Y serás oprobrio, y blasfemia, y ejemplo, y materia de espanto entre las gentes que moran á par de tí, cuando ejecutare contra tí mis juicios con furor, y con indignacion y castigos de ira. Yo soy el Señor que así lo he determinado: cuya justicia se verá cuando enviare contra tí saetas pésimas de hambre, que serán mortales: las cuales enviaré para destruirte. Y junto con la hambre enviaré bestias fieras contra vosotros, que os maten; y pestilencia, y sangre, y cuchillo enviaré contra vosotros. Hasta aquí son palabras de Dios por Ecequiel: las cuales declaran el extraño odio y aborrescimiento que aquella infinita bondad tiene contra el malo, y contra su maldad.

C. Atónito quedo, Maestro, con esas tan terribles palabras y amenazas de Dios por ese profeta. ¿Qué es esto que oigo? ¡Tal es Dios! tal su ira! tal su furor! tal el rigor de su justicia! tales sus amenazas! tal el aborrescimiento que tiene contra el pecado! tal la venganza que toma dél! Pues ¿cuál será el hombre que teniendo fe no tiemble oyendo castigo tan nuevo, y tan nunca visto, que los padres coman á sus hijos, y los hijos á sus padres, con todo lo demas que en esa profecía se refiere?

§. IV.

Prosigue y concluye la misma materia.

MAESTRO.

Pues por aquí entenderéis con cuánta razon dijo el Apóstol (*v*) que era cosa terrible caer en las manos de Dios; y lo que testificó David cuando dijo (*x*): ¿Quién hay, Señor, que conozca el poder de vuestra ira, y que pueda medir y comprehender la grandeza della? Pues ¿qué diréis de aquel tan extraño azote, que fué haber permitido este Señor (*y*) que las vírgines de Sion fuesen defloradas por los enemigos, y que de los mozos usasen abominablemente? Porque esto pasa adelante de los males del cuerpo, y toca en el ánima; lo cual mas es castigo de juez y enemigo que de padre: como el mismo Señor lo testifica por el mismo Hierémias diciendo (*z*): Con azote de enemigo te herí, con castigo cruel. Pues habiendo permitido Dios tan grande mal en su pueblo, tambien permitió que se perdiese la fe en tantas partes del mundo por los mismos pecados.

Catecúmeno. ¿Pues no sería razon que volviese Dios por su honra, y no permitiese que fuese tan pequeño el número de los que le creen y adoran con verdadera fe?

M. Ya os dije que si en el tiempo antiguo no tuvo este Señor por inconveniente quedar sin pueblo, y sin templo, y sin altar, y sin sacrificios, cuando hubo pecados, ¿qué mucho es venir la fe en tanta diminucion, multiplicándose tanto los pecados? Para lo cual fuera necesario recontar los pecados que reinan agora en el mundo. Mas porque esto sería proceso infinito, solamente os diré (y no sin gran dolor) parecerme que muy gran parte de los cristianos viven el dia de hoy como si no lo fuesen, ni creyesen que hay Dios, ni juicio, ni paraíso, ni infierno, ni otra vida despues desta; sino que todo se acaba con ella. Porque es tanta la soltura de vicios, tantos los excesos en comer, en beber, en trajes, en juegos, en deshonestidades que cada dia vemos y lloramos, como los pudiera haber en tierra de gentiles. Pues ya la ambicion, las delicias, los regalos del cuerpo, y la cobdicia armada de mil engaños, y injusticias, y opresiones de pobres (que ha de dar nutrimento á estos excesos y demasías), ¿quién la podrá explicar? Pues la providencia y juicio de Dios no duerme; mas ántes al paso que andan los males, andan los castigos. Ca todas las calamidades, así corporales como espirituales, que ha padescido la Iglesia dende que se fundó hasta agora, ¿de dónde procedieron, sino de pecados? Y dejados los tiempos antiguos, poned los ojos en los presentes, y veréis cuán azotado está el pueblo cristiano el dia de hoy, parte con herejías, y parte con infortunios y calamidades diversas. Comenzad por Hungría, y pasad á Alemania, y de ahí bajad á Flándes, á Inglaterra, á Francia, y veréis los castigos que la indignacion divina ha ejecutado en todas estas naciones con herejías tan monstruosas. Ni Castilla, ni Portugal (aunque libres de herejías) han carecido de grandes azotes, con hambres, con pestilencias, con guerras, con naufragios, y muertes de personas insignes, que en nuestros tiempos habemos visto y padescido. Y porque no quedase Italia sin azote, envió este Señor una tan brava pestilencia y mortandad de muchas partes della, como sabeis. Pues ¿qué diré de los catarros que despues de todas estas calamidades sobrevinieron; y corrieron cuasi por toda Europa, con tan extraordinarios accidentes, y con tanta mortandad y estrago de tantas gentes, como habréis oido? En lo cual veréis ser Dios una rectitud invariable, que donde halla pecados, corta por todo cuanto se le pone delante, sin tener respecto á destruirse gentes, y reinos, y provincias; pues ni á todo el universo mundo perdonó en tiempo del Diluvio, cuando se multiplicaron los pecados. Por lo cual no os debeis espantar de ver diminuida la fe en el mundo, siendo tantos los pecados dél. Los cuales van en tanto crescimiento, que si no tuviéramos prendas seguras que las puertas del infierno no han de prevalescer contra la Iglesia, hubiera ocasion para temer que este fuego que ha abrasado tanta parte della, la acabara de consumir.

C. Bastantemente, Maestro, habeis satisfecho á mi pregunta, confirmando vuestra respuesta con tan graves razones y ejemplos, y lo que mas es, con clarísimos testimonios de la divina Escriptura. Por lo cual ni acerca desto, ni de todas las demas preguntas que os he propuesto, tengo ya que preguntar ni que dudar. Aunque

(*v*) Heb. 10. (*x*) Psalm. 89. (*y*) Thren. 5. (*z*) Hierem. 30.

tengo mucho por qué dar gracias á aquel Padre celestial, que por ministerio de vuestra doctrina ha dado luz á mi entendimiento, y consolado mi ánima, y confirmádome en la fe: la cual, ayudándome él, será mi adalid y mi guia, para ir á gozar de la bienaventuranza de su gloria. La cual tiene él prometida á los que siguiendo esta guia tan cierta, caminaren derechamente por la senda de sus sanctos mandamientos. Cuyo nombre sea para siempre bendito, pues yendo yo tan descaminado, me volvió á la carrera de la verdad; y á vos dé el galardon de la luz y doctrina que aquí me habeis dado.

FIN DESTA CUARTA PARTE.

QUINTA PARTE

DE LA INTRODUCCION

DEL SIMBOLO DE LA FE,

LA CUAL ES UN SUMARIO DE LAS CUATRO PRINCIPALES PARTES QUE SE TRATAN EN LA DICHA INTRODUCCION.

Añadióse un tratado de la manera de enseñar los misterios de nuestra fe á los que se convierten de los infieles

AL SERENISIMO SEÑOR PRINCIPE ALBERTO,

ARCHIDUQUE DE AUSTRIA, CARDENAL DE LA SANCTA IGLESIA ROMANA, LEGADO DE LATERE APOSTÓLICO, Y GOBERNADOR DE LOS REINOS Y SEÑORÍOS DE PORTUGAL (*).

Tiene V. A. con su acostumbrada benignidad y clemencia tan captivos los corazones de todos los que le conoscen, que no pueden dejar de tener grande deseo de servirle, y gran cuidado de suplicar á nuestro Señor le dé largos dias de vida para bien y consolacion destos reinos de la corona de Portugal. Y entre estos que llamo captivos, me tengo yo por uno dellos; y tanto mas, cuanto mas conoscimiento tengo de las grandes virtudes que nuestro Señor puso en la real persona y ánima de V. A. Y deseando yo (para cumplir con este mi deseo) hacer algun servicio á V. A. no hallé otro, sino ofrescerle aquí el postrer parto de mis trabajos pasados; que no sé si por ser el postrero, es mas querido que los otros, conforme á lo que está escripto del sancto patriarca Jacob : el cual queria mas á Josef, que á los otros sus hijos, por haberlo engendrado en la vejez (*a*). Es este libro la quinta parte del libro llamado Introduccion del Símbolo de la Fe, y es summario de las cuatro partes precedentes dél; pero de tal manera es summario, que tiene muchas consideraciones acrescentadas, que despues se han ofrescido. Y aunque la doctrina y materia deste summario principalmente pertenesce á la fe, que es la perfeccion de nuestro entendimiento; pero tambien se ha tenido intencion á mover la voluntad al amor y temor de nuestro Señor, y guarda de sus sanctos mandamientos, que es el fin de todas las escrituras cristianas.

Reciba pues V. A. con su acostumbrada benignidad este pequeño presente, para que si las muchas ocupaciones del gobierno no le dieren tanto lugar para leer en esotro libro mayor, pueda leer en este mas pequeño la substancia de lo que aquel mayor contiene : cuya Serenísima persona y estado nuestro Señor prospere con largos dias de vida, para bien comun deste reino, y de toda la Iglesia cristiana.

AL CRISTIANO LECTOR.

Despues de acabadas, cristiano lector, las cuatro partes de la Introduccion del Símbolo de la Fe (donde se trata de las excelencias della, y de los principales misterios que en ella se contienen) pareció necesario hacer esta recapitulacion y summario de lo contenido en ellas, para que así se pudiese mejor retener en la memoria lo que allí difusamente se trata. Y será necesario advertir aquí primeramente la órden que en este summario seguimos ; y esta es la misma que guardamos en las cuatro partes que aquí se recapitulan. Porque en la primera parte de aquel libro mayor seguimos la órden que en toda buena doctrina se guarda : que es proceder de las cosas fáciles á las dificultosas, y de las claras á las escuras, y de las mas conoscidas á las ménos conoscidas, y finalmente de las cosas que se alcanzan por la lumbre natural de la razon, á las que se alcanzan por la lumbre sobrenatural de la fe, que es mas alta. Y porque entre las que se alcanzan por lumbre de razon, la primera á nuestro propósito es, que hay Dios : esto es, un supremo Señor y gobernador deste mundo ; y que él por la soberanía de su grandeza, y por la muchedumbre de sus beneficios debe ser legítimamente venerado, estas dos cosas se tratan brevemente en la primera parte deste summario : la cual corresponde á la primera parte de nuestra Introduccion.

Tras esta primera parte entra luego muy á propósito la segunda : que es probar claramente que esta verdadera religion y veneracion que á Dios se debe, es la cristiana ; y que fuera della ninguna hay que sea verdadera y agradable á Dios.

(*) Esta dedicatoria se halla en la edicion de Salamanca del año de 1585, por los herederos de Matías Gast.

(*a*) Genes. 37.

Mas en la tercera parte descendemos al profundo misterio desta sanctísima fe y religion, que es la obra de la redempcion. En la cual, supuesta la fe deste misterio, se prueba claramente que aunque nuestro Señor pudiera redemir el mundo por otros muchos medios, pero que ninguno habia mas conveniente, así para la gloria suya como para el remedio de nuestra miseria, que el de la encarnacion y pasion de nuestro Salvador.

En la cuarta parte se trata tambien deste misterio; mas de otra manera: porque en ella se muestra por las escripturas de los profetas, y por las obras que (segun el testimonio dellos) Cristo habia de obrar en el mundo cuando viniese, que es el verdadero Mesías prometido en la ley; pues todas las señales que para conoscerlo nos dieron los profetas, perfectísimamente concurren en él. Lo cual no ménos sirve para confirmacion de nuestra fe, que lo pasado. Porque ver que las profecías destas obras fuéron escriptas muchos años ántes, y ver despues punto por punto el cumplimiento dellas, es una de las mayores confirmaciones que tiene nuestra fe. Y por este medio el apóstol Sant Pablo no solo convencia á los fieles que habian creido de la circuncision (que recebian las sanctas Escripturas), sino tambien á una gran muchedumbre de gentiles, hombres y mujeres, como se lee en el cap. 17 de los Actos de los Apóstoles. Pero mas particularmente sirve esta doctrina para los que cada dia trae nuestro Señor de la circuncision al Evangelio: para los cuales hay colegios diputados en algunas insignes ciudades de la cristiandad; y para estos (que aun están tiernos en la fe) era necesario declararles los fundamentos firmísimos que tienen para creer; porque no crean así á bulto, sino con la claridad y fundamento que para esto nos dan las sanctas Escripturas; y los que están ya firmes en la fe, con la luz desta doctrina se alegrarán y confirmarán mas en ella.

En lo cual parece que aunque sean muchos los provechos que desta escriptura se pueden colegir, pero uno de los mas principales es aclarar los misterios de nuestra fe, y confirmar los fieles en ella, mostrándoles la hermosura y excelencias que tiene, para que así con mayor amor y devocion la abracen y estimen. Lo cual aunque en todos tiempos sea necesario, pero mucho mas en estos, donde por nuestros pecados la fe ha recebido tantas heridas, y padescido tan miserables naufragios, como cada dia vemos y lamentamos. Callo otros grandes fructos que de la fe formada (que es acompañada con caridad) se siguen.

Mas aquí advierto que este summario de tal manera es summario de las cuatro partes de nuestra Introduccion, que á veces añade otras nuevas consideraciones y sentencias que despues acá se han ofrecido: por lo cual nadie se debe espantar que haya tanto crecido este libro. Mas por la parte que es summario, no se excusa repetir algunas sentencias por los mismos términos que en la Introduccion se escriben, cuando contienen la misma brevedad que aquí se pretende. Lo dicho basta para aviso del cristiano lector.

PREAMBULO DESTA PRIMERA PARTE,

QUE TRATA DE LOS GRANDES FRUCTOS Y PROVECHOS QUE SE SIGUEN DE LA FE FORMADA CON CARIDAD.

Porque en este summario señaladamente se trata de nuestra fe, y de los medios por donde se confirma y cresce en nuestras ánimas, será cosa conveniente resumir aquí en breve los grandes fructos y provechos que della se siguen; para que con mayor estudio se muevan nuestros corazones á procurar por alcanzar esta tan preciosa y rica joya. Pues conforme á esto decimos que la fe es primer fundamento de la vida cristiana, y la raiz y principio de todas las virtudes. La fe es la primera piedra sobre que se funda todo el edificio de la vida espiritual. La fe es el norte y la carta de marear con la cual navegamos seguramente por el mar tempestuoso deste mundo. La fe nos pone delante las principales razones y motivos que tenemos para el amor y temor de Dios: que son paraíso, infierno, juicio final y pasion de Cristo nuestro Señor, con todos los otros beneficios divinos. La fe nos declara mas perfectamente la hermosura de la virtud, y la fealdad del pecado, para que amemos lo uno y aborrezcamos lo otro. La fe nos descubre las celadas y artes de nuestro adversario, y nos provee de remedios saludables contra él. Y por concluir muchas cosas en pocas palabras, la fe es maestra de nuestra vida, principio de nuestra justificacion, fundamento de la esperanza, sabiduría de los humildes, filosofía de los ignorantes, esfuerzo de los flacos, consuelo de los tristes, freno de los pecadores, acusadora de los malos, refugio de los buenos, y tormento perpetuo de la mala consciencia. Y sobre todo esto, la fe (cuanto al conoscimiento) levanta al hombre sobre la naturaleza humana, y lo pone en la órden de las cosas sobrenaturales y divinas: por ser ella una lumbre sobrenatural que el Espíritu Sancto infunde en nuestras ánimas, la cual sin razones ni argumentos humanos nos inclina á creer firmemente todo lo que Dios nos tiene por medio de su Iglesia revelado.

Pues como sean tantos y tan grandes los fructos y provechos de la fe, síguese que uno de los principales cuidados y oficios del buen cristiano ha de ser, que así como trabaja por crescer en la virtud de la caridad para amar mas y mas á Dios, así procure de crescer mas y mas en la fe para alcanzar mas claro conoscimiento de Dios.



TRATADO PRIMERO.

CAPITULO I.

Del primer artículo de nuestra fe, que es: creo en Dios.

La primera cosa que entre los artículos de la fe se nos propone para creer, es que hay Dios: conviene á saber, que hay en este universo un soberano príncipe, un primer movedor, una primera causa de que penden todas las otras causas: un primer principio sin principio que dió principio á todas las cosas criadas, y una primera verdad y bondad de que proceden todas las verdades y bondades. Este es el fundamento de nuestra fe, y la primera cosa que se ha de creer. Y así dice el Apóstol (*a*) que el que se quiera llegar á Dios, ha de creer que hay en este mundo Dios. Y es tan manifiesta en lumbre de razon esta verdad, que se alcanza por evidente demonstracion: como lo alcanzaron muchos filósofos, y la alcanzan hoy dia todos los sabios, conosciendo por los efectos y obras que en este mundo ven, la primera causa de do proceden, que es Dios. Por lo cual dice Sancto Tomas (*b*) que los sabios no tienen fe deste primer artículo, porque tienen evidencia dél; la cual no se compadesce con la escuridad que está anexa á la fe. Mas los ignorantes que no alcanzan esta razon, y lo creen porque Dios lo reveló, tienen fe deste artículo.

Mas veamos agora los fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad; lo cual servirá para abrazar con mayor alegría lo que testifica nuestra fe; porque cuando se casa la fe con la razon, y la razon con la fe, contextando la una con la otra, cáusase en el ánima un nobilísimo y suavísimo conoscimiento de lo que testifica la fe.

§. I.

Primera razon, que procede por el movimiento de todas las criaturas corporales.

Entre estos fundamentos el primero que tuvieron procedió de considerar el movimiento de los cielos. Para cuya inteligencia se ha de presuponer que todas las cosas que se mueven corporalmente tienen dentro ó fuera de sí alguna virtud ó fuerza que las mueva. Lo cual se ve claramente así en el hombre como en todos los animales; en los cuales el cuerpo es el que se mueve, y el ánima la que lo mueve. Y esto paresce ser así, porque faltando el ánima, falta luego el movimiento que della procedia. Pues dejemos agora los movimientos de la tierra, y subamos al movimiento del mas alto cielo, que está sobre el cielo estrellado, el cual mueve los otros cielos inferiores, y es causa de todos los movimientos que hay acá en la tierra; el cual se mueve con tan grande lijereza, que en un solo dia natural da una vuelta á todo el mundo. Pues este cielo, segun lo presupuesto, ha de tener movedor que lo mueva. Pues deste movedor se pregunta, si en su sér, y en la virtud que tiene para causar este movimiento, tiene dependencia de otro, ó no. Si no la tiene, sino por sí mismo tiene su sér y su poder, ese tal llamarémos Dios; porque solo Dios es el que como superior de todas las cosas, no pende ni en su sér, ni en su poder de nadie, sino de sí mismo. Mas si me decis que tiene otro superior de quien depende cuanto al sér, y cuanto á la virtud del mover, dese superior haré la misma pregunta que del inferior; y procediendo en este discurso, ó se ha de dar proceso en infinito (lo cual es imposible), ó habemos finalmente de venir á un primer movedor de que penden los otros movedores, y á una primera causa de cuya virtud participan su virtud todas las otras causas; y esa es á quien llamamos Dios. Esta es la demonstracion por donde los filósofos probaron que habia un primer movedor, y una primera causa de las causas, que no pendia de nadie, sino de sí misma. Y los que penetran la fuerza desta demonstracion, no tienen fe deste primer artículo; porque tienen (como dijimos) evidencia dél. Y para estos no se llama este artículo de fe, sino preámbulo della: como dice el mismo sancto doctor (*c*).

§. II.

Segunda razon, por el natural instincto de los animales.

A esta razon se añade otra muy acomodada á la capacidad del pueblo, y muy eficaz; que es, ver las habilidades que todos los animales tienen para su conservacion: esto es, para buscar su mantenimiento, y para defenderse en sus peligros, y para curarse en sus enfermedades, y para criar sus hijos. En las cuales cosas hacen todo lo que á estos fines pertenesce, tan perfectamente como si tuvieran razon, no la teniendo. De donde se concluye haber en el mundo una summa razon y sabiduría que crió todos estos animales con tales inclinaciones, que por medio dellas hagan todo aquello que conviene para su conservacion, tan enteramente como si tuviesen razon. Esto tratamos en nuestra Introduccion del Símbolo por muchos y diversos ejemplos en que esto se ve claro; de los cuales apuntarémos aquí algunos brevemente.

Pues para la primera cosa, que es buscar su mantenimiento, basta para ejemplo desto la hormiga; la cual cuanto es mas pequeño animal, tanto mas nos declara la providencia del Criador. Vemos pues con cuánta diligencia se provee en el verano para el tiempo del invierno, y cómo hace su alholí en que guarde el grano que allegó, y cómo lo saca al sol para que no se le pudra, y lo vuelve á encerrar despues de enjuto, y (lo que es mas admirable) halló manera cómo estando el grano debajo de la tierra mojada, no pudiese nacer. Pues ¿cómo pudiera la cabeza de un tan pequeño animalillo hacer esto, si no fuera enseñado por aquel maestro y proveedor universal de todas las cosas?

Pues ¿cuánto habia aquí que poder decir de las habilidades que las abejas tienen para hacer la miel de que se mantienen? ¿Cuánto de la subtileza de las redes que hacen las arañas para cazar moscas, que es la caza de

(*a*) Heb. 11. (*b*) 1. p. q. 2. art. 2.

(*c*) Ad 1. arg.

que se sustentan? Demas desto, todos cuantos animales se mantienen de yerba, en naciendo tienen conocimiento de todas las yerbas saludables, y de las ponzoñosas, para no tocar en ellas.

Tampoco les faltan habilidades para escapar de los peligros, ó por fuerza, ó por lijereza, ó por maña, ó por temor, que los hace solícitos en la guarda de sí mesmos; porque ningun animal nace sin temor de la muerte. Y para huir della les dió el Criador conoscimiento de los animales que les son amigos y enemigos. Los pollitos temen el gato, y no el perro. La gallina no huye del pavon, ni del ansaron, y tiene gran miedo al gavilan, siendo tanto menor. Y generalmente todas las avecillas tienen tan gran miedo de las aves que viven de rapiña, que hasta de la sombra dellas tienen miedo. Al ciervo defiende el recatamiento que le causa su natural temor, y á la paloma y á la liebre su lijereza; y así á los demas. Y porque no imaginemos que esto se hace acaso, ni temen otras cosas mas que las que son dignas de ser temidas, ni jamas se olvidan destas. Otras hay que se defienden por arte y industria. De lo cual entre otros ejemplos es uno que refiere Plutarco del perdigoncillo; el cual huyendo de los que le buscan, se tiende de espaldas, y se cubre lo mejor que puede con tierra para no ser hallado. El conejo tambien se vale de su industria; porque hace dos ó tres agujeros en su madriguera, y cuando le aprietan por una boca, escapa y huye por las otras. Mas á todas estas artes y providencias excede la de las grullas, que cuando van camino, y paran á dormir, tienen su centinela que las vela con una piedra en la mano, para que si se durmiese despierte al sonido della. Todos saben esto, y no por esto adoran y reconoscen aquí la providencia del Criador que esto les enseñó. Porque ¿qué mas hicieran si tuvieran razon?

Vengamos á la tercera cosa, que es la cura de sus enfermedades. El mismo Plutarco dice que cuando la tortuga se ceba en alguna víbora, tiene por atriaca el orégano; y así lo busca, y con él sana. El mismo autor dice que cuando en la isla de Creta es herido el ciervo con alguna saeta, busca una yerba que llaman dictamo, con cuya virtud despide de sí las saetas. En lo cual resplandesce la sabiduría y providencia del Criador, que no quiso dejar á este animal, tan acosado de los monteros, sin remedio, y (lo que no es de menor admiracion) sin leer á Dioscórides, le dió natural conoscimiento deste remedio. Y no es ménos admirable el conoscimiento que tiene la golondrina de la celidueña para curar los ojos de sus hijuelos; y con la misma yerba curan las culebras los suyos; de las cuales aprendieron los médicos la virtud desta yerba para curar los nuestros. En las cuales cosas vemos cómo los brutos no solo se igualan con los hombres, haciendo sus obras tan perfectamente como si tuvieran razon; mas ántes los exceden en el conocimiento natural que tienen de sus medicinas; el cual los hombres no alcanzan sino con largo estudio de letras, ó aprendiéndolo dellas. Lo mismo se confirma por el conoscimiento que los canes y los gatos tienen de las yerbas con que se purgan por vómito. Pues ¿qué diré del animal, por nombre hipopótamo, que rozándose por cosas ásperas se sangra, y despues restaña la sangre revolcándose en el cieno? ¿Qué diré de la cigüeña, que de su pico hace un cristal, y tomando en él agua salobre, con la mordicacion della purga el vientre?

Síguese la cuarta cosa, que es la criacion de los hijos; en la cual, así en el amor, como en la criacion, y sustentacion, y defension dellos, se hallará que ninguna cosa ménos hacen de lo que los hombres que tienen razon. Porque las avecicas primeramente buscan entre las ramas de los árboles el lugar mas escondido, donde juntando unas pajicas con otras hacen uno como cestico redondo para la criacion de los hijuelos. Y (lo que mas es) buscan algunas plumicas, ó pelicos de cosas blandas, que sirven de colchoncillos para que los hijuelos recien nascidos, y tiernos, y sin plumas, no se lastimen. Y los hijuelos, por pequeños que sean, salen á la borda del nido á purgar el vientre, por no ensuciar la cama, y el padre viene despues, y con el pico echa todos aquellos excrementos fuera. ¿Qué mas diré? Cosa es para dar gracias al Criador, ver cómo el macho y la hembra reparten el trabajo de la criacion, revezándose en calentar los huevos, para que estando el uno sobre ellos, el otro vaya á buscar de comer.

Lo mismo vemos en todos los otros animales de cuatro piés que guardan fielmente la fe y ley del matrimonio, mejor que los hombres, y condenan la ley de los moros, que concede muchas mujeres á un marido, no teniendo los brutos por la mayor parte sino una sola. Mas ¿cuán grande es el amor de las aves para con sus hijos, pues el manjar buscado con tanto trabajo, y encerrado en su cuerpo, lo sacan dél para darlo mastigado y caliente á sus hijos, como hacen las madres á los suyos?

Ni ponen menor cuidado en defenderlos que en criarlos, ni se ponen para esto en órden de guerra con menor artificio que los hombres. Porque las vacas cuando sienten lobos, se hacen una muela, como un escuadron, y encierran dentro sus becerricos; y ellas ponen las caras, y las armas de los cuernos contra los enemigos. Mas las yeguas, ofrescido el mismo peligro, usan de la misma providencia con sus potricos, volviendo las caras á ellos, y las ancas al enemigo, porque entienden que en los piés tienen sus armas y defensivos. Otros animales flacos guarecen sus hijos por arte, como hace el conejo, que cuando sale por la boca de su madriguera á buscar de comer, la deja cubierta con yerbas, ó con lo que puede, para que el cazador no halle abierta la puerta para tomarle sus hijos; á los cuales regala y ama tanto, que se pela los pelos de la barriga para hacerles con ellos la cama blanda. Mas si las aves hicieron su nido en la tierra, y por caso alguna culebra se los quiere comer, es cosa mucho de notar, ver el revolear y piar de la madre al derredor de los hijos para defenderlos del enemigo. Con el cual ejemplo compara Gregorio, teólogo, la solicitud y diligencia de la madre de los siete macabeos (*d*), para que sus hijos no perdiesen juntamente con la fe la vida de sus ánimas.

Otra cosa añadiré aquí de mucha consideracion, la cual me refirió una persona dignísima de fe. Y esta es, que vió una águila real tener su nido en un árbol grande, y vió que muchos pajaritos hacian en él sus nidos con la misma providencia que las golondrinas hacen los suyos en nuestras casas, para tener sus hijos seguros de las aves enemigas. Pues así estos pajaritos los hacian en este árbol, para que á sombra del águila (de que huyen todas las aves) estuviesen los hijuelos seguros de sus contrarios. Y en lo uno y en lo otro se ve el recaudo de la divina Providencia, que enseña á estas avecitas á

(*d*) 2. Mach. 7.

buscar lugar seguro para sus hijos, y al águila dió corazon tan generoso para que ni se cebe en cosa tan baja, ni toque en estas aves que se fiaron de su amparo y nobleza; como lo hacen los grandes señores cuando algunos delincuentes se acogen á sus casas. Y en esto tambien se verá la perfeccion desa misma Providencia, la cual con el ejemplo de las aves nos incita á las virtudes; como lo vemos en la nobleza desta águila, y del gavilan, y en la caridad y agradescimiento de las cigüeñas para con sus padres viejos.

Y pues he llegado á este punto del ejemplo que nos dan los brutos animales, diré una cosa, que si no fuera á vista de muchos testigos, no me atreviera á referirla. Y fué así, que estando dos perros en un monasterio nuestro, acertaron á dar una gran cuchillada á uno dellos léjos del monasterio, con la cual quedó en tierra mas para morir que para vivir. Pues el otro perro visto el mal del compañero, lo visitaba y le lamia la herida, que es una eficacísima medicina para este mal (como en nuestra Introduccion se escribe). Desto no me maravillo tanto; pues en el Evangelio (*e*) hallamos mas caridad en los perros que en los criados del rico avariento; pues ellos no le daban limosna, mas los perros le hacian la que podian, que era lamerle las llagas. Lo cual refiere allí nuestro Salvador para confusion de los hombres, en quien se halla ménos humanidad que en los perros. Pero de lo que mas me maravillo es, que llevaba un pedazo de pan en la boca para dar de comer á quien no lo podia buscar. Esta piedad ordenó el Criador que se hallase en los perros, para confusion de los hombres ajenos de toda humanidad y misericordia. Y no será esto increible á quien hubiere leido los ejemplos admirables que Plinio cuenta de la fidelidad de los perros para con sus señores.

Pues volviendo al propósito, considerando los filósofos estas y otras semejantes habilidades que se ven en las criaturas, forman esta razon con que prueban haber en este mundo un potentísimo y sapientísimo gobernador que lo rige. Porque vemos (dicen ellos), que todos los animales brutos hacen todo aquello que conviene á su conservacion, tan á su propósito, y tan acertadamente como si tuvieran razon, y sabemos que carecen della; luego habemos de confesar que hay en este mundo una razon universal, que es una summa sabiduría que formó todos estos animales con tales inclinaciones, que sin tener razon hagan todo aquello que les conviene, tan acertadamente como si la tuvieran. Porque (poniendo ejemplo en una cosa) ¿de qué otra manera hicieran su nido las golondrinas si tuvieran razon, que como lo hacen? y ¿de qué otra manera criaran sus hijos, sino como los crian, y de cuál otra manera los padres repartieran entre sí tan igualmente el trabajo de la criacion, sino como lo reparten? y ¿de qué otra manera mudaran los aires, y las regiones en sus tiempos para su conservacion, sino como los mudan? Considerando pues Sant Augustin todas estas cosas, y otras muchas mas que se ven en las criaturas, dijo aquellas tan memorables palabras (*f*): Tengo por cosa tan cierta que hay en este mundo una primera y summa verdad que se conoce por las cosas criadas, que ántes dudaria de mí si vivo ó no vivo, que dudar della.

(*e*) Luc. 16. (*f*) Confess. lib. 7. cap. 10.

§. III.

Tercera demonstracion, por la admirable fábrica de los cuerpos de los animales.

A esta tan clara demonstracion se añade otra muy semejante á ella, y no ménos clara ni ménos eficaz, que se colige de la fábrica admirable, y artificio singular con que están fabricados los cuerpos de todos los animales, tan acomodada á lo que conviene para la conservacion de sus vidas. Si no, veamos cuán proporcionado está el cuerpo del pece para nadar, y del ave para volar, y del galgo para correr, y del leon con sus dientes y uñas para pelear, y de las aves de rapiña con sus picos, y uñas, y lijereza de alas para cazar, y así todos los demas. Las aves que se mantienen de pesces (como el cisne y otras semejantes) tienen las piernas largas para andar por las lagunas, y los cuellos en la misma proporcion para alcanzar los pesces que andan en lo bajo, y los piés como palas de remos, con que ellas reman y nadan, y algunas con los picos llanos, y con unos dientecillos dentro, para retener el pesce que no se les vaya. El camello tambien tiene el cuello alto, porque tal tiene el cuerpo, para que pueda llegar á la tierra para pascer. Y porque fuera cosa fea y pesada si el elefante tuviera el pescuezo conforme á la grandeza de su cuerpo, en lugar desto se le dió aquella trompa flexible y ternillosa, de la cual se sirve como de una mano para comer y beber, y para todo lo que quiere.

Demas desto vemos cómo la divina Providencia vistió todos los animales, unos de plumas, otros de lana, otros de cueros, otros de conchas, otros de pelos, otros de escamas. Los cuales vestidos les duran toda la vida, y (lo que mas es) crescen juntamente con sus cuerpos.

Esto está dicho aquí brevemente y en commun de la fábrica de los cuerpos de los animales, en la cual abiertamente resplandesce el artificio de la divina sabiduría. Pero mucho mas claro resplandesce ella, si decendiéremos á tratar por menudo de las partes de los cuerpos de los animales, y señaladamente del hombre, que difiere poco dellos en esto. En cuyo cuerpo hay tantos secretos y maravillas, que dieron materia á grandes médicos y filósofos, de escrebir muchos y grandes libros del artificio admirable que en ellos hay. Y ni aun con todo cuanto escribieron, pudieron agotar todas las maravillas que en esto hallaron. Y por haber tanto que decir en esta materia, y haber tocado algo della en nuestra Introduccion del Simbolo, pasarémos aquí brevemente por ella.

Advirtiendo primeramente que nuestra ánima (con ser una simple substancia), tiene tres facultades tan principales, que las llaman los filósofos por estos nombres: Anima intelectiva, y sensitiva, y vegetativa. La intelectiva sirve para entender las cosas espirituales y universales con la lumbre del entendimiento (la cual tenemos commun con los ángeles). La sensitiva es para sentir las corporales y particulares con los cinco sentidos corporales, que son oir y ver, etc. La cual tenemos commun con los brutos animales, que tienen los mismos sentidos que nosotros. La vegetativa sirve para mantener nuestros cuerpos, restaurando con el manjar que comemos lo que el calor natural siempre gasta, y haciendo crescer nuestros cuerpos hasta cierta medida con él. La cual facultad tenemos commun con los árboles y plantas que así crescen y se mantienen con el hu-

mor de la tierra, como nuestros cuerpos con sus proprios manjares.

Pues cuanto al artificio desta fábrica particular, la primera cosa que se nos ofresce es la armazon de los huesos de todo el cuerpo, dende los piés hasta la cabeza, donde es mucho de considerar la encajadura de los unos con los otros, hecha con tanto compas y proporcion, que ningun oficial en mucho tiempo la podria hacer tan ajustada y perfecta como ella está. Y no son ménos admirables las cuerdas y ligamentos con que estos huesos están enlazados unos con otros para que no se puedan fácilmente desencajar, si no fuese con grande violencia. Ni es ménos de considerar que en el un lado del cuerpo hay mas de ciento y cincuenta huesos, y en el otro otros tantos que les corresponden en el mismo sitio, y en la misma figura, y en el mismo tamaño, sin exceder en un solo cabello la caña de un brazo á la del otro, y la de una pierna á la de la otra, ni de una costilla ó artículo á otro.

Pues para cubrir todos estos huesos de carne y de sangre, que es para hacer carne del pan que comemos (que es un linaje de alquimia natural), ¿cuántos cocimientos, cuántas digestiones y repurgaciones, y cuántos oficiales son menester para esta conversion?

Entre los cuales el primer oficial es la boca, donde se hace la primera digestion, para la cual sirven los dientes delanteros, que son agudos para partir el manjar, y los traseros que son llanos, para molerlo despues de partido. Y con esto se junta el oficio de la lengua para traspalar el manjar de una parte á otra, porque vaya mas digesto.

Síguese luego el garguero, por do el manjar deciende al estómago, donde se cuece como en una olla, con el calor del corazon y del hígado, que le son vecinos. Cocido ya y digesto, va por un portillo que tiene, á los intestinos mas vecinos, de los cuales nascen unas venas delicadísimas que van á parar al hígado, por las cuales él chupa y atrae á sí lo mas delicado del manjar que allí cayó, y lo grosero dél queda para mantenimiento de las tripas, y para despedirlo despues fuera de casa. Mas el hígado recibiendo en sus senos el licuor susodicho, le da otro cocimiento con que de blanco lo hace de color de sangre, conforme á la que él tiene. Y porque tambien aquí hay superfluidades, estas despide él para otros lugares y provechos. Y así las heces, y como borra desta sangre, envía por sus venas al bazo, de que él se mantiene. Y la superfluidad de la cólera envía á una vejiguilla que está pegada con él, donde está recogida la hiel. Y purificada desta manera la sangre, como fiel despensero la envía por todas las venas, de que todo el cuerpo de piés á cabeza está entretejido, y desta sangre se hace la carne con que se mantienen y restauran todos los miembros de lo que el calor natural gastó.

Y asimismo este despensero no se olvida de su señor, que es el corazon, al cual envía su racion de sangre. Y esta recebida en los senos dél, se refina y purifica mas, y se hace una sangre calidísima, que se llama sangre arterial, la cual reparte él y envía por otro linaje de venas, que llaman arterias, las cuales tienen las túnicas dobladas, para que no se rompan con la viveza y movimiento desta sangre. Y para mayor guarda van ellas debajo de las venas, dándoles calor y espíritu de vida.

Mas sobre este señor hay otro superior, que es el celebro, al cual envía el corazon por sus caños aquella sangre que refinó, de la cual tomando otro nuevo cocimiento y purificacion, se hace la masa del celebro, que son los sesos, los cuales por sus conductos descienden por todo el espinazo, y desta masa blanca proceden los nervios que se reparten y derraman por todo el cuerpo, así como las venas y las arterias, y por esto se communican á todo el cuerpo los espíritus que llaman animales, los cuales son causa del sentido y movimiento de nuestros miembros. Y por esto cuando por alguna ocasion se entupen estas vias, quedan los miembros paraliticados y sin movimiento alguno, porque no pueden estos espíritus pasar adelante.

En cada cosa destas hay muchas y grandes maravillas que considerar. Pero la mayor es la que notó Salomon (*g*), el cual con toda su sabiduría no halló en todas estas obras de Dios (y señaladamente en esta fábrica de los cuerpos de todos los animales) cosa alguna que sobrase ni que faltase. Y con ser innumerables las especies de los animales que andan por la tierra, y nadan en la mar, y vuelan por el aire, ni Salomon, ni cuantos sabios puede haber en el mundo, hallarán en tanta muchedumbre y variedad de criaturas cosa que sobre, ó que falte, ó que se pudiera colocar en otro lugar y sitio del cuerpo, mas conveniente del que tiene. Por donde este sabio concluye que las maravillas y perfeccion deste artificio bastan para convencer y mostrar á todos los entendimientos, que una fábrica tan perfecta y acabada no se pudo hacer acaso, sino con summa sabiduría y providencia del que todo esto ordenó. Porque si sería gran locura decir que un retablo de imágines perfectísimas y hermosísimas se hizo de una rociada, mojando un hisopo en diversas tintas, y sacudiéndolo sobre una tabla, sin otra alguna industria, ¿cuánto mayor locura sería decir que un cuerpo humano, ó de cualquier otro animal perfecto (donde hay tanta variedad de miembros y sentidos exteriores y interiores, tan acomodados al uso y servicio de la vida), se hiciese acaso, sin tener hacedor que todo esto trazase con tanta perfeccion y proporcion como ello está?

Por esto pues dice Salomon que vienen los hombres á honrar á Dios, conociendo por esta obra tan admirable la alteza de aquella summa sabiduría que tales cosas supo y pudo hacer. Esta es pues la demonstracion por la cual evidentemente prueba el príncipe de los médicos, Galeno, que hay una summa sabiduría fabricadora desta obra tan perfecta.

§. IV.

Cuarta demonstracion por la órden y concierto de las cosas criadas en este mundo mayor.

Mas no se acaban aquí los testimonios y argumentos desta tan importante verdad. Porque así como la fábrica y órden de las partes del cuerpo humano (que se llama mundo menor), dan testimonio della; así las deste mayor en que vivimos, prueban esta misma verdad. Lo cual nos muestra la variedad de los movimientos del sol, y de la luna, y de todos los cielos, de que procede la variedad de los cuatro tiempos del año, tan acommodados á la procreacion de los fructos de la tierra y de los animales della, pues cada año (que es una revolucion del mismo sol), se produce cuasi otro nuevo mundo, para que la corrupcion de las cosas que se acaban, se supla con la succesion de otras que comienzan, para que

(*g*) Sap. 13.

así se conserve el mundo, haciéndose por esta via inmortal, siendo poblado de cosas mortales. Y así vemos cada año nascer nuevos animales en la tierra, nuevos pesces en la mar, nuevas aves que vuelan por el aire, y junto con los animales se produce cada un año nuevo pasto y mantenimiento para ellos y para nosotros, para que así se conserve lo que así se produjo, y esto tan ordinaria y infaliblemente, que jamas ha faltado ni faltará hasta la fin esta órden y renovacion del mundo.

Esta consideracion prueba con tanta eficacia la verdad susodicha, que hasta los filósofos gentiles, sin tener lumbre de fe, la conoscieron y testificaron. Y así Tulio confiesa (*h*) que en este mundo hay Dios que rige y gobierna el curso de las estrellas, y las mudanzas de los tiempos, y la succesion de las cosas, y el que conserva las órdenes dellas; y contemplando la mar y las tierras, procura el bien y la salud de la vida humana. Séneca tambien dice así (*i*): Superflua cosa es querer mostrar que tan grande obra como es este mundo, carezca de gobernador. Porque este curso y recurso tan cierto de las estrellas no puede ser acaso; ántes habemos de confesar que esta lijereza y velocidad dellas procede del imperio de la ley eterna. Y que esta tan grande abundancia de las cosas que nascen de la mar y de la tierra, y tan grande resplandor de clarísimas estrellas que ordenadamente relucen, y esta órden tan cierta no se hace acaso, sino con grande consejo. Por el cual vemos cómo el gravísimo peso de la tierra está fijo en el lugar mas bajo, mirando cómo al derredor della corren con tanta lijereza los cielos, y los mares recogidos en sus valles ablandan las tierras, y no crescen con tantos rios como entran en ellos. Y no es cosa ménos admirable ver cómo de unas pepitas muy pequeñas nascen árboles tan grandes. Ni es ménos admirable ver los flujos y reflujos de la mar, que en tan breve tiempo se extienden y revuelven con grande ímpetu á su proprio lugar, unas veces con mayores crescientes, y otras con menores, segun que la luna cresce y mengua, por cuyo arbitrio las ondas del mar Océano se mueven y rigen. Lo de suso es de Séneca, el cual reconoce el órden de la divina Providencia que en estas cosas resplandesce. Y por esto (como dice Lactancio), ningun hombre habrá tan rudo ni tan bárbaro, que levantando los ojos al cielo (aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios, por cuya providencia se rige todo esto que vemos), no conozca por la grandeza de las cosas, y por el movimiento, y disposicion, y constancia, y utilidad, y hermosura, y órden dellas, que hay alguna divinidad que todo esto gobierna, y no ser posible que esto que con tan maravillosa razon y órden se conserva, no se rija con mucho mayor consejo.

§. V.

Quinta demonstracion.

Demas de las razones susodichas tuvieron los filósofos otro fundamento ó motivo para creer que habia Dios; puesto caso que no lo veian, ni él se puede ver con ojos corporales. Y esta fué mirar que ninguna nacion habia en el mundo, por fiera y bárbara que fuese, que no tuviese alguna noticia de Dios, y no lo honrase con alguna manera de honra, puesto caso que ni supiese cuál era el verdadero Dios, y cuál la manera de honrarlo. La causa desto es, porque el mismo Dios que imprimió en los corazones de los hombres una natural reverencia y amor para con los padres que los engendraron, y para con los príncipes y señores que los gobiernan, ese mismo imprimió tambien en ellos otro amor y reverencia para con el mismo Dios, que es Padre de los padres, y Señor de los señores, y dador de todos los bienes. Pues desta inclinacion nasce la noticia que todas las naciones, por bárbaras que sean, tienen de alguna manera de divinidad, que en este mundo preside, y la honran con alguna manera de honra, segun dijimos.

(*h*) 1. De nat. Deor. (*i*) Senec. lib. de divin. provid.

CAPITULO II.

Cómo en este mundo hay un solo Dios y Señor, y que es imposible haber muchos dioses.

Declarado ya con tan evidentes demonstraciones cómo en este mundo hay un supremo Señor y gobernador de todo lo criado, que llamamos Dios, síguese declarar luego que no hay mas que un solo Dios, y que es imposible haber muchos dioses. Lo cual breve y evidentemente se prueba por esta razon. Porque si hubiese (pongo por ejemplo) dos dioses diferentes entre sí, necesariamente habia de haber alguna cosa especial que tuviese el uno, con que se diferenciase del otro. Pregunto pues si esto que tiene el uno, que no tiene el otro, es perfeccion, ó imperfeccion. Si es imperfeccion, ya ese no será Dios; porque en Dios no ha de haber alguna imperfeccion. Mas si es perfeccion, ya el otro no será Dios, pues le falta esa perfeccion. Porque Dios es una cosa summamente perfecta, y tal, que no se puede entender otra mayor.

Confírmase tambien esta verdad por este ejemplo. Vemos que en toda buena gobernacion ha de haber una cabeza por quien todo se gobierne en paz y concordia. Así vemos que en el ejército bien gobernado hay un capitan general, que todo lo ordena; y en el reino un solo rey, que todo lo rige; en la ciudad un supremo presidente, que la gobierna; y en la casa un padre de familias, á quien todos obedecen; y hasta en el cuerpo humano hay una sola cabeza, que influye su virtud en todos los miembros. Por donde como sería gran monstruosidad haber en un cuerpo dos cabezas, así lo sería haber dos gobernadores con igual poder en una república bien ordenada. Porque no podrian dejar de seguirse de aquí disensiones y bandos, siguiendo unos una parcialidad, y otros otra. Por donde dijo el Salvador (*a*) que otro reino dividido sería destruido. Y no es necesario ir muy léjos por los ejemplos desto; pues vemos que Rómulo y Remo, fundadores de Roma, habiendo cabido ambos en un mismo vientre, no pudieron caber en una ciudad; y César y Pompeyo, que eran suegro y yerno, tampoco cupieron en todo el mundo. Pero ¿qué mayor argumento queremos que el ejemplo de las abejas, en las cuales imprimió el Criador este instincto, que tengan un solo rey á quien acompañen y sigan á do quiera que va; al cual aman tanto, que si acaso muere, todas lo cercan al derredor, y si no se le quitaren delante, allí se estarán sin comer hasta morir? Y con todo este amor, si aciertan á tener dos reyes, matan el uno, y quédanse con el otro solo.

Constándonos pues que toda buena gobernacion procede de una cabeza, y mirando cómo este mundo es perfectísimamente gobernado (pues vemos cuán ciertos y infalibles son los movimientos de los cielos, del sol,

(*a*) Luc. 11.

de la luna y de los otros planetas; de cuyo movimiento pende la variedad de los tiempos, y con ellos la procreacion de los animales que cada año nascen, y de los nuevos fructos y pastos con que se mantienen), síguese que el mundo se gobierna por un supremo Señor y gobernador, y no por muchos; y este es solo Dios.

Con esta se junta otra razon no ménos palpable que la pasada. Porque cónstanos que toda muchedumbre de cosas diversas no puede reducirse á unidad y concordia, sino por uno. Como lo vemos en la música de diversas voces; las cuales no podrian causar suavidad y melodía, si no hubiese algun músico que las ordenase con tal proporcion, que viniesen á causar esta suavidad; porque de otra manera serían causa de grande disonancia. Pues esta misma unidad y concordia vemos en cuantas cosas hay en este mundo. Porque todas ellas dende la mayor hasta la menor concuerdan en el servicio, sustentacion y conservacion del hombre, sin que haya en el cielo, ni en la tierra, ni en la mar, ni en el aire cosa que esté exempta de su servicio; como luego declararémos. Pues viendo cómo cosas tan varias, y diferentes, y muchas dellas entre sí contrarias, están reducidas á un fin, que es este servicio del hombre (por ser él la mas noble criatura deste mundo inferior), necesariamente habemos de confesar que hay un supremo gobernador, el cual redujo esta tan grande variedad á esta susodicha unidad y concordia; y este es un solo Dios, el cual así como crió todo este mundo visible, no para sí, ni para los ángeles, sino para solo el hombre, así trazó y ordenó todas las cosas con tal órden, que todas ellas sirviesen al hombre.

CAPITULO III.

De la muchedumbre de los beneficios que nuestro Señor Dios nos ha hecho mediante las obras de naturaleza.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho, aunque principalmente sirve para declarar las razones por las cuales los filósofos gentiles conoscieron que habia en este mundo una summa sabiduría que con tanta órden y concierto lo gobernaba, todavía en estas mismas razones se nos da á entender mucho del cuidado y providencia con que ella gobierna todas las cosas, y de la grandeza de sus beneficios. Mas porque estos son los que mas mueven nuestros corazones al amor y servicio de nuestro Criador, dejadas aparte las obras de gracia, de que adelante se trata, en esta primera parte tratarémos de los beneficios de naturaleza. Lo uno, porque veamos lo que debemos á este Señor, y lo otro, porque en estos mismos beneficios, que llamamos obras de naturaleza, conozcamos y reverenciemos la divina Providencia que en ellos resplandesce.

§. ÚNICO.

Pues entre estos beneficios el primero y el que es fundamento de todos los otros, es haber criado él esta gran casa del mundo con toda la variedad de cosas que hay en ella, para el uso y servicio del hombre. Porque claro está que no crió él este mundo para sí; pues por infinitos siglos estuvo sin él ántes que lo criase, y no ménos glorioso y bienaventurado que lo está agora. Ni tampoco lo crió para los ángeles; porque como ellos sean espíritus, ni tienen necesidad de lugar corporal en que estén, ni tampoco de manjar corporal con que se sustenten; porque como dice Sant Rafael (a) su manjar es espiritual y invisible; que es Dios. Ni tampoco se puede decir que lo criase para los animales brutos; porque no convenía á su sabiduría criar este tan hermoso mundo, y gobernarlo perpetuamente con tanto órden y concierto para cosa tan baja como son los animales brutos, que ningun conoscimiento tienen, ni pueden tener de Dios. De donde claramente se infiere que solo el hombre es para quien Dios crió estos tan hermosos palacios, y este tan grande y tan hermoso mundo, y esos tan hermosos y tan grandes cielos que lo gobiernan; cuya grandeza es tan admirable que ninguna estrella hay en ellos, por pequeña que parezca, que no sea mayor que todo el cerco de la tierra junto con la mar. Pues segun esto, ¿cuán grande será aquel cielo donde hay tanta infinidad de estrellas, y tantos espacios vacíos donde podrian caber muchas mas? Cosa es esta que declara la omnipotencia de aquel soberano Señor que con una sola palabra crió de nada cuerpos de tan extraña grandeza y hermosura. En lo cual se ve la grandeza de la magnificencia de Dios, y la dignidad del hombre; pues para solo él fué criado este tan grande y tan hermoso mundo, proveido de tanta variedad y infinidad de cosas; y para él solo perpetuamente lo gobierna con el movimiento de los cielos, del sol, de la luna, y de los otros planetas y estrellas. Por donde el que tuviere ojos para saber mirar estas cosas, entenderá que todo este mundo es un grande libro escripto con el dedo de Dios, y que todas las criaturas son las letras dél; las cuales tienen sus proprias significaciones con que predican la gloria de su hacedor. Mas los hombres dados á las ocupaciones y aficiones de las cosas temporales, no saben leer por este libro, ni entienden lo que estas letras significan. Y destos dice el salmo (b): El varon ignorante no conoscerá, y el loco no entenderá estas maravillas. Quiere decir: no verá en las cosas criadas mas de aquello que por defuera parece, sin levantar los ojos á contemplar la sabiduría del que las crió. Mas por el contrario el que supiere leer por este libro, no podrá dejar de decir con el mismo profeta (c): ¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras! Todas están hechas con summa sabiduría. En este mismo libro hallará que no solo todo este mundo visible fué criado para servicio del hombre, sino tambien todas cuantas criaturas hay en él. Por donde quien quisiere saber cuántos sean los beneficios de Dios, cuente cuántas criaturas hay en este mundo visible; porque todas ellas son beneficios hechos al hombre; pues todas le sirven cada cual en su manera. Por lo cual dijo Aristóteles que los hombres eran como fin de todas las cosas; pues todas ellas se empleaban en su servicio, y de todas recebia algun fructo. Y para mas clara inteligencia deste beneficio tan universal, procedéremos primeramente por las partes principales deste mundo, que son los elementos, y despues por las cosas que se componen dellos; y verémos cómo todas ellas son beneficios de aquella liberalísima mano de Dios, que con tanta largueza proveyó á todas las necesidades de los hombres, aunque sabía cuán mal habian de ser de muchos agradecidas.

CAPITULO IV.

De los cuatro elementos.

Pues comenzando por la tierra, que es el mas bajo de los elementos, ¿quién podra explicar cuántas com-

(a) Tob. 12.

(b) Psal. 91. (c) Psal. 103.

modidades y provechos se nos siguen della? Porque ella es la que por la mayor parte provee de mantenimiento, no solo á los hombres, sino tambien á las bestias y ganados; y ella la que produce tantas diferencias de plantas y de árboles, unos que llevan fructo, y otros que carescen dél, pero no ménos necesarios para nuestra vida que los otros. Ca unos sirven para edificar las casas en que moramos, y otros para fabricar los navíos en que navegamos; y otros ménos nobles para el fuego con que nos calentamos y guisamos lo que comemos. Della nascen las fuentes claras que siempre corren cuasi de una manera, sin jamas cesar, y sin acabarse de entender el orígen desta maravilla. Della tambien manan los caudalosos rios, que como venas deste gran cuerpo de la tierra, están repartidos por toda ella, para refrescarla, y regar con ellos los campos, y proveernos de mantenimiento con sus pesces. Y della misma nascen los lagos y las lagunas, de que recebimos este mismo beneficio. Y no solo nos sirve con la sobre haz de lo que por defuera parece, sino tambien con lo interior de sus entrañas, donde nos cria el cobre, y el estaño, y el plomo, y el laton, y el azabache, y el hierro con que labramos la tierra, y el oro y plata para el comercio de las gentes, y tantas diferencias de piedras preciosísimas y hermosísimas, para ornamento de los reyes y príncipes. Con esto se juntan las grandes canteras que hay en ella, no solo de piedras toscas que sirven para lo comun de los edificios, sino de otras mas preciosas de sillerías, y marmolerías, de jaspe, de alabastro, de cristal, de pórfiro, y de otras piedras de muy hermoso grano, dellas blancas y dellas prietas, dellas jaspeadas y de otros hermosos colores, que aquel poderoso Señor crió para ornamento de sus templos, y de los palacios y casas reales; para que ninguna cosa faltase á esta gran casa y familia suya del mundo. Y allende desto lo interior de la tierra tiene sus venas de agua, para que donde faltaren las fuentes y los rios, cavando en ella, se hagan pozos que suplan esta falta; que es otro singular beneficio de la divina Providencia; pues la vida de los hombres y de los animales no puede pasar sin el refrigerio deste elemento. Finalmente, ella es la que nos sostiene y trae á cuestas el tiempo que vivimos, y despues como piadosa madre nos recibe en su regazo, y nos da en sí perpetua casa cuando morimos.

§. I.

De los otros tres elementos.

Síguese la mar, de que no ménos provecho recebimos que de la tierra. Porque ella es una plaza, y una mesa general que la divina Providencia diputó para nuestro mantenimiento. En la cual hay tantas diferencias de manjares sabrosísimos, cuantas diferencias de pesces hay en ella (que son innumerables), y por eso ordenó el Criador que ella cercase toda la tierra (como lo hace el mar Océano) para que todas las naciones marítimas, y las mas vecinas á ellas gozasen deste mantenimiento, que no cuesta mas que sacarlo del agua. Y por esto quiso que ella rompiese y entrase con el mar Mediterráneo por el corazon de la tierra, para que los que estaban mas lejos del mar Océano gozasen deste mismo beneficio. Y no ménos sirve para el comercio y contratacion de las gentes, para que lo que en unas partes falta, y en otras sobra, se communicase donde falta; y así los fructos de unas tierras fuesen communes á otras por medio de la navegacion. Tambien sirve para el tiempo de las esterilidades y hambres. Las cuales en breve espacio se remedian con el socorro desta misma navegacion. Y dejada la maravilla que resulta de ver tantas diferencias de figuras y especies de peces, y conchas de la mar, y otras innumerables cosas que en ella se crian, la mayor maravilla es el lugar y sitio que el Criador le dió. Porque su lugar natural era estar sobre la tierra, y cubrirla toda como elemento superior; mas por obediencia del Criador (a) fué echada deste su lugar natural, porque se descubriese la tierra para la habitacion de los hombres. De donde se sigue otro milagro, de que el mismo Criador se gloría en el profeta Hieremías (b): que es haber puesto por muro y defensivo deste elemento tan furioso que levanta las olas hasta el cielo, un poco de arena movediza, y cuanto mas brava anda la mar, y mas altas levanta sus ondas, que parece que han de cubrir la tierra, en llegando á la arena, reconoce la ley que le está puesta, y no osa pasar adelante. Ni deja de ser maravilla la que notó Salomon, cuando dijo (c) que entrando tantos y tan caudalosos rios en la mar sin jamas cesar, no por eso crece ni se hace mayor.

Ni es ménos necesario el tercero elemento del aire para la conservacion de nuestra vida; porque mediante él respiramos y vivimos, y con él se refrigera nuestro corazon de tal manera, que si esto le faltase por un breve espacio, se acabaria la vida. Y de parte dél se crian tambien los espíritus vitales, que tan necesarios son para esa misma vida. Y los vientos tambien, que se cuentan por aire, sirven á la navegacion y comercio que ya dijimos. Y (lo que mas es) ellos pasando por la mar, acarrean las nubes (que son como aguaderos de Dios) cargadas de agua, con que se riega y fructifica la tierra. Con ellos otrosí se purifica el aire, y se aventan las parvas, y se refrescan las plantas, y se refrigeran nuestros cuerpos en tiempo del calor.

Del cuarto elemento, que es el fuego, recebimos este provecho, que reconcentrándose el aire, por huir del fuego, en su media region, nos cria las heladas y las nieves; que es gran beneficio de los sembrados, que con esto se arraigan mas en la tierra.

§. II.

Del sol y agua lluvia.

Demas destos beneficios y provechos que recebimos de los cuatro elementos, encarece el Salvador otros dos que recebimos del sol, y del agua lluvia que cae del cielo. Porque exhortándonos al amor de nuestros enemigos, y á hacer bien á quien nos hace mal, añade luego diciendo (d) que haciéndolo así, serémos hijos de nuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.

Pues comenzando á tratar primero del sol, se nos ofresce luego la grandeza de su hermosura. Porque, ¿qué figura se puede ofrescer á nuestros ojos mas hermosa que el sol cuando nace por la mañana? El cual con el resplandor de su luz hace huir las tinieblas, y restituye su color á todas las cosas, y alegra el cielo, la mar, y la tierra, y los ojos de todos los animales. De manera que podemos comparar su hermosura, segun el Profeta dice (e), con la de un esposo que sale del tálamo, y su fuerza y lije-

(a) Genes. 1. (b) Hier. 5. (c) Eccles. 1. (d) Matth. 5. (e) Psal. 18.

reza á la de un gigante; pues en espacio de un dia natural da una vuelta á todo el cielo, que es un espacio cuasi infinito, y luego á la mañana amanece en el mismo lugar para volver á la misma carrera. El es una hacha clarísima que la omnipotente mano de Dios encendió y puso en lo alto del cielo; la cual basta para dar luz á todo este tan grande mundo que comprehende cielos y tierra; y no solo luz, sino tambien calor, para consuelo y abrigo de los frios, y para hacer crescer y fructificar las plantas. El es el que con la grandeza de su resplandor da luz á todas las estrellas, y á la luna con los otros planetas; mediante la cual influyen y communican á los cuerpos de la tierra sus virtudes é influencias. El es el que con su movimiento tan regular y tan ordenado, llegándose y desviándose de nosotros, es causa de los cuatro tiempos del año, que son invierno, verano, estío y otoño, de los cuales pende la procreacion y generacion de las cosas. Porque con el frio del invierno se arraigan las plantas en la tierra para crecer con fundamento; y con la templanza del verano comienzan á crecer y subir á lo alto; y con los ardores del estío, despues de crecidas, maduran y se sazonan; y con el tiempo del otoño acaban otras de madurar, y se comienza á romper la tierra, y disponer para la sementera. Y esta misma diversidad de tiempos sirve para conservar la salud de nuestros cuerpos; los cuales como están compuestos de cuatro humores, que responden á los cuatro elementos de que todas las cosas están compuestas, tienen necesidad de rehacerse con el beneficio de los mismos tiempos. Mas porque siendo ellos entre sí contrarios, no hagan guerra unos á otros, haciéndose los unos mas poderosos que los otros, igualó el Criador las fuerzas dellos, dando á cada uno igual tiempo, que son tres meses de espacio, en que se rehaga.

El mismo sol junto con el movimiento de los cielos es causa del dia y de la noche, que son dos tiempos muy necesarios para la commodidad de nuestra vida; porque en el dia los hombres y los animales trabajan, y en la noche los unos y los otros descansan. Y allende desto la noche sirve con el frescor que tiene, para refrigerar y humedecer las plantas, y restaurar lo que el calor del dia consumió dellas. Mas, ¿quién podrá acabar de explicar las virtudes y oficios deste planeta; pues él es el que hace crecer, florecer y fructificar todos los árboles y plantas? Y pasa tan adelante su virtud, que no solo en lo exterior de la tierra, sino tambien en lo interior della cria todos los metales y piedras preciosísimas que dijimos. Y entre las maravillas que mostró el Criador en este planeta, una es la gran lijereza con que se mueve. Porque siendo él (como los astrólogos dicen) ciento y sesenta y seis veces mayor que toda la tierra (porque tan grande convenia que fuese el que habia de dar luz y calor á todo el universo), al tiempo que amanece, en poco mas ó ménos de un cuarto de hora se descubre todo. De donde se infiere que en este tan breve espacio corre tantas leguas cuantas tiene la tierra, contadas no una vez, sino las sobredichas ciento y sesenta y seis veces; que es una de las cosas que mas agota los entendimientos, y mas declara la omnipotencia de aquel soberano Señor que tal lijereza le dió.

El segundo beneficio que el Salvador encarece, es el agua lluvia, de do procede todo el socorro y provision de nuestra vida. Porque por ella se nos da pan, y vino, y aceite, y junto con esto pasto para los animales, de cuyas carnes comemos, y con cuyos cueros y lana nos vestimos y calzamos; lo cual todo se nos concede por la pluvia. Por donde cuando ella falta, todo el mundo padesce. Y así cuando Dios quiere castigar los pecados y olvido de los hombres, castígalos quitándoles este beneficio; para que siquiera viéndose castigados, recorran á Dios, y se humillen delante dél, pidiéndole misericordia, y emendando su vida; porque poco valen las oraciones si no se quitan los pecados. En esta lluvia hay dos grandes maravillas en que singularmente resplandesce la divina Providencia. La una es, que siendo el agua cuerpo pesado, proveyó el Criador de artificio con que subiese á lo alto, haciendo que el sol levantase las nubes de la mar llenas de los vapores del agua, y despues resolviéndose en lo alto, con su proprio peso cayesen en la tierra. La otra es el compas y la manera en que el agua cae, tan menuda y tan cernida, que parece colada por un cedazo, para que así penetre mejor las entrañas de la tierra. Y así vemos que ningun riego artificial es tan favorable á las plantas como este que viene del cielo; el cual cae tan compasado, que si todos los entendimientos humanos hubieran de pedir agua lluvia, no acertaran á pedir una cosa tan proporcionada como esta. Por donde el profeta Hieremías hablando con Dios, y condenando la vanidad de los ídolos, dice (*f*): ¿Por ventura, Señor, hay entre los ídolos de las gentes algunos que hagan llover? ¿ó los cielos pueden por sí dar agua lluvia á la tierra? ¿No eres tú, Señor y Dios nuestro, con cuya esperanza vivimos? Porque tú haces todas estas cosas. Estos pues son los dos beneficios que con tanta razon encaresce nuestro Salvador.

CAPITULO V.

De los compuestos de los cuatro elementos.

Agora veamos lo que resulta del beneficio destos cuatro cuerpos simples de que habemos tratado. Lo que resulta, es proveer al hombre copiosamente de todo lo necesario para la conservacion de su vida; para cuyo servicio todo este mundo visible fué criado, como arriba dijimos. Pues para el mantenimiento deste hombre, ¿cuántas diferencias de manjares crió este soberano Señor? cuánta variedad y muchedumbre de peces en la mar? cuánta de aves en el aire? cuánta de animales y ganados en la tierra? cuántas diferencias de frutas, unas tempranas, y otras tardías; unas para el invierno, y otras para el verano; porque en ningun tiempo faltasen los regalos de su providencia á los hombres ingratos? cuántos géneros de legumbres, que tan fácilmente y tan presto produce la tierra? cuántas diferencias de granos, de trigo, de cebada, de centeno, de mijo y de panizo, y de otras cosas de que se hace pan, que es nuestro principal mantenimiento? cuántas de vinos, que se hacen de diversos materiales, para dar calor y substancia á nuestros cuerpos? Y con esto se junta la caza y la montería de que muchas naciones se sustentan, manteniéndose de las carnes de los animales, y vistiéndose de sus pieles.

Y porque muchas veces suelen enfermar nuestros cuerpos, ¿cuántas maneras de yerbas y de raíces medicinales crió para nuestro remedio? cuántos géneros de piedras para la cura de la melancolía, y de otros malos humores? cuántas maneras de palos de las Indias para la cura de diversas enfermedades? cuántas maneras de fuentes de aguas medicinales, frias y calientes,

(*f*) Hierem. 14.

unas para remedio de la piedra, otras de la gota, y otras para extender los niervos encogidos, y otras para otras enfermedades? De modo que así como los grandes señores tienen despensa para dar de comer á sus criados, y botica para curarlos, así este Señor (cuya familia es todo este mundo) tiene tambien esta provision y mesa que dijimos, para dar de comer á sus criaturas, y botica y medicinas para curarlas.

§. I.

No solo proveyó el Señor como Criador á nuestra necesidad, sino tambien como amoroso Padre á nuestro regalo.

Toda esta provision de cosas ordenó aquel sapientísimo Rey y Señor para el uso y necesidades desta gran casa del mundo. Mas no contento con esto (que es oficio proprio de Señor), quiso haberse en esta provision, no solo como señor con criados, sino como padre con hijos, y hijos muy amados y regalados. Porque no contento con la provision de las cosas necesarias para la conservacion de la vida, crió infinitas otras para el gusto y regalo della; de tal manera que ninguno de nuestros sentidos corporales carece de sus proprios deleites y consolaciones. Y comenzando por el mas excelente dellos, que es la vista, ¿cuántas maneras de flores de mil colores y figuras producen los campos sin que nadie los labre? cuántas maneras de rosas, de clavellinas, de violetas olorosas, de jazmines, de azucenas y de lirios, y otras flores tan hermosas, y tan artificiosamente fabricadas y pintadas, que, como el Salvador dice (*a*), ni Salomon con toda su gloria se vistió tan ricamente como una destas? Pues, ¿qué diré de las praderías tan frescas, de las arboledas muy espesas, y de las huertas y jardines floridos, de la verdura de los campos, y de la hermosura admirable de algunas aves, y señaladamente del pavon; el cual puso espanto en la nacion donde primero fué visto? Pues, ¿qué diré de la hermosura del cielo estrellado en una noche serena? ¿Hay espectáculo en el mundo mas hermoso que este, y que mas declare la hermosura y omnipotencia de quien tal retablo pudo pintar?

Pues para el regalo de los oídos, ¿cuán suave música y melodía, y cuán dulces alboradas nos dan los ruiseñores, los canarios, los sirgueritos, y otras aves semejantes; á las cuales dió el Criador habilidad para que con una tan pequeña garganta gorgeasen y hiciesen tanta armonía? Mas á todo hacen ventaja las voces humanas de algunos hombres y mujeres, que mas parescen voces de ángeles, que de criaturas humanas. Pues para el sentido del oler, ¿cuántas especies aromáticas están criadas de almizcle, de algalia, de ámbar, de bonjoi, y de otras especies olorosas que lleva la India Oriental? Con este se junta el olor suavísimo de muchas diferencias de flores, las cuales no solo deleitan la vista con su hermosura, sino tambien el sentido del oler con su olor, y con las aguas que dellas se destilan. Mas para el sentido del gusto ya vimos cuántas diferencias de frutas y de carnes diputó el Criador; entre las cuales hay algunas de maravilloso sabor. Y no contento con esto, añadió tantas diferencias de especerías, de clavos, de canela, de pimienta, de maza y de otras drogas y especies suavísimas. Y demas desto añadió la sal, que da sabor á los manjares, y los preserva de corrupcion. Añadió las cañas dulces de que se hace el azúcar, que para tantas cosas aprovecha. Añadió el licuor suavísimo de la miel, que no ménos sirve que él. Y (lo que es de mayor admiracion), este tan precioso y saludable licuor nos fabrican unos animalicos tan pequeños como son las abejas; cuya república, y policía, y solicitud para fabricar sus panares obliga al hombre á maravillarse de la sabiduría del autor, que en tan pequeños cuerpos puso tan grande industria, que ninguna prudencia humana hasta agora la ha podido imitar. Y porque el sentido del tocar se regala con cosas blandas, crió para ello otros animalicos poco mayores que estos, que con maravilloso artificio crian la seda blanda; que es el ornamento y atavío, no solo de los grandes príncipes y señores, sino tambien de los templos y de los altares. Todas estas diferencias de cosas crió este divino Presidente para regalo de nuestros sentidos; mas no para que los hombres usasen desto para sus vicios. Porque á la grandeza de su divina Providencia pertenescia que en esta su gran casa del mundo ninguna cosa faltase al uso de nuestra vida.

§. II.

La creacion de los animales brutos fué proveer de criados al hombre.

Mas no era razon que tan noble criatura viviese en el mundo sin criados y servidores. Pues para esto deputó el Criador todos los animales brutos; entre los cuales unos sirven para romper la tierra, como son los bueyes; otros para llevar y traer cargas, como son los camellos, las acémilas, los dromedarios y los elefantes (aunque estos para mas cosas sirven). Otros deputó para aliviar el trabajo de los caminantes (como son las bestias caballares) domándolas y sirviéndose dellas para este uso. Y otros tambien sirven para el tiempo de la guerra, como son los caballos, que son animales muy lijeros, esforzados y animosos. Sírvese tambien de los ganados, manteniéndose de sus carnes y de su leche, y vistiéndose de sus pieles y de sus lanas.

Pues ¿qué diré de las diferencias de los canes, y de las habilidades que tienen para servicio del hombre? Tulio, considerando la sagacidad destos animales para oler y rastrear la caza, y el esfuerzo y lealtad para pelear por sus señores, y ponerse á cualquier peligro por ellos, hace argumento para probar la providencia que Dios tiene de los hombres: pues para solos ellos sirven estas dos tan señaladas habilidades. Por donde el rey Masinisa, fiándose poco de los hombres, tomó para guarda de su persona muchos y muy hermosos lebreles, que de noche y de dia le guardaban. Y porque arriba dijimos que la caza era parte de nuestro mantenimiento (pues para eso la crió Dios), porque nada nos faltase, proveyó tambien de muchas diferencias de perros que para lo mismo nos ayudan, que sería largo explicar. Y así destos como de otros se cuentan extrañas habilidades y fidelidades para con sus amos. Para lo cual todo el Criador les proveyó de tal instincto, que despues de los elefantes, no hay animales que mas se lleguen á la razon del hombre que estos.

Mas porque no sería el hombre bien servido, si no tuviese otros criados mas entendidos que los brutos, la divina Providencia (que en nada falta) crió hombres para servicio de otros hombres. Porque crió muchos dellos con ingenios serviles y groseros, que son proprios para servir y ser mandados; y otros de prudentes y generosos corazones, que son mas para mandar y regir que para servir y obedescer. Y porque para esto son me-

(*a*) Matth. 6.

nester pocos, son muy pocos los que tienen altos y generosos entendimientos; mas porque para servir en mil maneras de servicios necesarios para la vida humana hay necesidad de muchos, por eso son muy muchos los que tienen bajos espíritus y viles corazones. De modo que aquellos podemos comparar con las piedras preciosas, que en pocas partes se hallan; y á estos con las toscas, de que do quiera hay grande abundancia. Y desta manera reciben beneficio los unos y los otros; porque los grandes tienen necesidad del servicio de los pequeños, y los pequeños del gobierno y amparo de los grandes.

CAPITULO VI.

De la providencia que Dios tiene de las cosas humanas.

De lo que hasta aquí se ha dicho, claramente se colige la providencia que el Criador tiene de todas las cosas que crió. Mas algunos filósofos fuéron tan desatinados, que reconosciendo la providencia que Dios tenia de los brutos animales, vinieron á decir que no la tenia de los hombres, movidos por la desórden que se halla en ellos, viendo los malos encumbrados, y los buenos abatidos, y otras desórdenes semejantes. Pero demas de ser cosa prodigiosa decir que Dios tiene cuidado de las bestias, y no de los hombres (para cuyo servicio las bestias fuéron criadas), paresce claro su desatino, considerando las cosas que crió para regalo de los cinco sentidos del hombre, de que hemos tratadó. Pero mas particularmente se verá esto considerando muchas cosas que crió, que no sirven á los animales, sino á solos los hombres. Ca por este medio pretende Tulio probar esta providencia (*a*). Y entre otros argumentos trae por ejemplo la sagacidad de los perros para oler y rastrear la caza, y la fidelidad para defender á sus señores. Pero demas desto hay otras muchas cosas que no sirven para los brutos, sino para solos los hombres: como es la hermosura de las flores, como son rosas, clavellinas, violetas y otras diferentes, cuyo color y olor no sirve á los brutos, sino á solos los hombres. Pues ¿qué diré de las piedras y perlas preciosas, de los rubíes y esmeraldas, carbuncos, diamantes y otras preciosísimas para ornamento de la vida humana? ¿Qué diré de las especies aromáticas y olorosas, como son ámbar, almizcle y otras semejantes? ¿Qué tienen que ver aquí los animales para este género de cosas? ¿Qué diré de tantas diferencias de drogas, como son clavo, pimienta y otras tales, que sirven para el regalo del gusto del hombre? ¿Qué diré de tantas maneras de aguas calientes, de yerbas y raices medicinales, como son el ruibarbo para evacuar la cólera, y el agárico para la flema, y otras infinitas para otros efectos, de que arriba tratamos? Con estos se juntan los minerales de acero, cobre, estaño, plomo, azogue, oro y plata para el comercio de la contratacion, y hierro para labrar la tierra. Pues la yerba llamada barrilla, de que se labran tan ricas piezas de vidrio cristalino, ¿no son para solo el hombre? Con esto junto muchos fructos de la tierra que son proprios para el hombre, como son las cañas dulces de que se hace el azúcar. Pues ¿qué diré del gusano que hila la seda, que sirve para el ornamento de los templos, y de los príncipes de la tierra? Y aquella grande maravilla de la piedra iman, la cual la divina Providencia crió, y tambien descubrió para la navegacion y contratacion de las gentes, ¿no sirve para solo el hombre, y para traer y llevar lo que en una parte sobra y en otra falta, para la sustentacion de nuestros cuerpos? Pues ¿qué hombre habrá tan bruto, que no entienda por las cosas sobredichas, y por otras semejantes, la providencia que el Criador tiene de nuestros cuerpos?

Pues probada ya la de los cuerpos, está probada la de las ánimas: pues nos consta que el cuerpo se hizo para el servicio del ánima, como el esclavo para el servicio de su señor, y como casa donde ella mora, y como instrumento para todas sus obras. Porque el cuerpo sirve para el uso de los cinco sentidos corporales, y estos para criados y ministros del ánima. Ca mediante estos sentidos, y especialmente el de los ojos, conosce el ánima muchas diferencias de cosas; y filosofando por la noticia de las cosas que ellos le han dado, ha inventado todas las ciencias liberales, y todas las artes mecánicas; y finalmente, por medio dellos se ha levantado al conoscimiento de la primera causa, que es Dios. Porque discurriendo de unas causas en otras, y conosciendo, por los efectos de las cosas que se ven, las causas que no se ven, y la órden y dependencia dellas, ha llegado al conoscimiento de la primera causa de que todas las otras causas penden, que es Dios.

Y si contra esto se alegare lo que decia Epicuro: Si Dios tiene providencia de las cosas humanas, ¿para qué crió las víboras y otras muchas serpientes, que no son provechosas, sino nocivas? A esto se responde que como en la república bien ordenada ha de haber premio y galardon para los buenos, así ha de haber soga y cuchillo para castigo de los malos; y para esto sirven las cosas nocivas y ponzoñosas, que son como instrumentos y verdugos de Dios para nuestro castigo. El cual como nos castiga muchas veces quitándonos la pluvia, cuando lo merecemos; así lo hace tambien con la plaga del pulgon y de otros animales semejantes.

Verdad es que la misma Providencia que usa destos instrumentos para nuestro castigo, puso en ellos tal moderacion, que no se multiplicasen tanto, que fuesen mas para destruicion que para castigo: de lo cual pondré algunos ejemplos. La escorpion hembra pare once hijos, y despues de paridos come los diez, y deja uno solo para conservacion de la especie; el cual despues de nacido toma venganza de la muerte de sus hermanos, matando y comiéndose la madre. La víbora tambien se envuelve con el macho de tal manera, que no parecen dos, sino uno; y él mete la cabeza en la boca della, la cual por la gran dulzura que en esto siente, se la corta y come, y al tercero dia sale preñada de veinte viboreznos, de los cuales pare cada dia uno; y ofendidos con esta dilacion del parto los que quedan, rompen los ijares de la madre, y así salen: quedando desta generacion muertos padre y madre, como está dicho. En lo cual vemos singularmente cómo resplandesce aquí la divina Providencia; pues ordenó que cosas tan venenosas no multiplicasen tanto.

En el Brasil dicen que hay una culebra ponzoñosísima que luego mata; y para que no hiciese tanto daño, proveyó el Criador que tuviese en la cabeza una como campanilla; para que el sonido della diese aviso á los hombres deste peligro. Tambien en la isla de Ceilan (de donde se trae la canela) hay otras culebras no ménos ponzoñosas (que llaman de capelo), y en la misma tierra nasce un árbol cuyas hojas son remedio y medicina deste mal.

(a) 2. De Natur. Deor.

En el Perú tambien hay unas culebras tan grandes, que tendrán treinta y cinco palmos de largo, de muy fiera catadura; las cuales llaman culebras bobas, porque aunque se lleguen á ellas los indios, ó cualesquier otros hombres, no les hacen mal. Y estas se mantienen de las carnes de los ciervos y venados que en aquella tierra andan. Y con ser bobas, todavía no pierden la astucia de serpientes; porque pónense junto á las aguas donde ellos acuden á beber, y allí los aguardan; y como alguno llega á beber, sacúdenle con la cola por medio del lomo, y así lo derriban y comen todo sin dejar mas que la piel y los huesos dél. Y quien esto me refirió, viendo un venado atravesado en los dientes desta bestia, le quitó el venado y la mató, sin recibir perjuicio della. Esto refiero en testimonio de la providencia especial que nuestro Señor tiene de los hombres: pues una tan fiera bestia no toca en un hombrecillo, como es cualquiera de los indios. Y aunque hay otras fieras ponzoñosas que no guardan la cara á los hombres; pero en las unas y en las otras muestra el Criador su providencia: en las unas de juez para nuestro castigo, y en las otras de padre para nuestro remedio. Y con esto se junta haber hecho nuestro Señor las serpientes subjectas á poder ser encantadas, para que así no puedan dañar con su ponzoña, como se colige del salmo 57. Y no es pequeña maravilla que palabras tengan virtud para obrar esto en animales brutos. Esto baste para responder á la objeccion del Epicuro, y para concluir este capítulo de la divina Providencia: de la cual se trata mas copiosamente en la primera parte de nuestra Introduccion del Símbolo, y en la *Sylva Concionatorum*.

CAPITULO VII.

De las grandezas de nuestro señor Dios, segun que se colige de las cosas criadas.

Por lo que hasta aquí se ha dicho, así de los beneficios que nuestro Señor nos ha hecho por medio de las cosas criadas, como de su divina Providencia con que él nos provee de todas las cosas, se entenderá la gran obligacion que tenemos á amar y servir á quien tantos bienes nos ha hecho y siempre hace. Mas allende desta obligacion tenemos otra, que es la inmensidad y grandeza de su Majestad, segun que se colige desta obra de la creacion de que aquí habemos tratado. La cual nos obliga tanto á lo susodicho, que aunque nada hubiésemos recebido, ni esperásemos recebir, por sola esta causa estamos obligados á venerarle con summa reverencia, conforme á la inmensidad de su grandeza.

Pues para entender algo della conviene presuponer aquella commun sentencia de Sant Dionisio, el cual dice (*a*) que en todas las cosas hay estas tres: sér, poder y obrar; las cuales tienen tal correspondencia y consecuencia entre sí, que por el obrar conoscemos el poder, y por el poder el sér. Pues siendo esto así, ¿cuál podrémos imaginar que es aquel sér donde hay tan gran poder, que con solo querer crió en un momento tanta infinidad de cosas en este mundo; y esto con tanta perfeccion, que en ninguna dellas se hallará cosa que sobre ni que falte? Y decendiendo mas en particular, ¿cuál es aquel poder que con decir (*b*) produzgan las aguas, crió tanta infinidad de pesces en la mar, y de aves en la tierra? ¿Cuál es otrosí aquel poder que con solo decir: Háganse lumbreras en el cielo, súbitamente fué criado el sol, y la luna, y los otros planetas, y tan gran número de estrellas, que solo él las puede contar: cada una de las cuales, por pequeña que sea, es mayor que toda la tierra? Sant Augustin tiene por opinion (*c*) que en un punto crió Dios toda esta grande máquina del mundo; fundado en aquellas palabras del Eclesiástico, que dice (*d*): El que vive eternalmente crió todas las cosas juntas.

Pues segun esto, ¿quién no se espantará del poder que tales y tantas cosas crió con una sola palabra en un momento? Espantábase cierto el profeta Esaías, cuando decia (*e*): ¿Quién midió las aguas con el puño, y pesó los cielos con un palmo? ¿Quién tiene colgada con tres dedos toda la grandeza de la tierra, y asentó por su peso los montes y los collados como con una balanza? ¿Quién ayudó al Señor en esta obra tan grande? Y ¿quién le dió consejo de lo que habia de hacer? Todas las gentes delante dél son como un hilico de agua que corre de un pequeño vasico, ó como un grano de peso que se carga sobre la balanza. Las islas de la mar son como un poquito de polvo; y toda cuanta leña hay en el monte Líbano, y cuantos millares de ganados andan pasciendo por él, no bastan para ofrescerle un digno sacrificio. Todas las gentes delante dél son como si no fuesen, y como nada son reputadas en su presencia. El es el que está asentado sobre el cerco de la tierra, y todos los hombres son como cigarrones delante dél. El es el que sobre nada asentó los cielos, y los extendió como un tabernáculo para morar en ellos. Levantad, dice él, vuestros ojos al cielo, y mirad quién es el que crió un cuerpo tan hermoso y tan grande. Porque él es el que saca por su cuenta este tan grande ejército de las estrellas, y llama á cada una por su nombre. Hasta aquí son palabras del Profeta: por las cuales pretende declararnos la inmensidad de la grandeza de nuestro Dios, para inducirnos por este medio á la veneracion y reverencia de aquella altísima substancia, ante la cual tremen los principados y poderes celestiales, y tiemblan las columnas del cielo: que es oficio proprio de la virtud que llaman religion, á la cual pertenesce el culto y veneracion de Dios.

CAPITULO VIII.

Conclúyese de todo lo dicho en esta primera parte la grande obligacion que tenemos al amor y servicio de nuestro Criador.

Todo cuanto en esta primera parte hasta aquí se ha dicho, sirve para declararnos la grandeza de la obligacion que tenemos al culto y veneracion desta soberana Majestad, así por razon de su grandeza (que acabamos de declarar) como por la muchedumbre de sus beneficios, y por la Providencia paternal que de nosotros tiene: pues aun las bestias fieras reconoscen y sirven á sus bienhechores.

Qué tan grande sea la obligacion que por todos estos títulos le tenemos, no se puede ni con lenguas de ángeles declarar. Porque la obligacion es tan grande, cuanto lo es el Señor á quien se debe; y porque su grandeza es infinita, así se le debe amor, y reverencia, y honra infinita; y por consiguiente todo lo que le falta para ser infinita, tiene ménos de lo que su grandeza meresce. Mas porque nuestra devocion y reverencia, ni la de to-

(*a*) De Cœl. Hier. cap. 11. (*b*) Genes. 1.

(*c*) D. Aug. de Genes. ad literam, lib. 5. cap. 23, et lib. 6. cap. 3. Item de Mirabil. Sacr. Scriptur. lib. 1. cap. 1. t. 3. (*d*) Eccli. 18.
(*e*) Esai 40.

dos los ángeles puede llegar á esta medida, bástenos saber que todas las obligaciones que tenemos á amar y reverenciar á todas las criaturas excelentes, caben en solo él. Porque esta reverencia debemos á los príncipes y señores que nos gobiernan, y á los padres que nos engendraron, y á los hombres de excelente sanctidad que nos dan ejemplo de virtud, y finalmente á todos los bienhechores de cuyos beneficios nos aprovechamos. Pues segun esto mucho mas estamos obligados á reverenciar y honrar á nuestro Dios y Señor, en el cual solo se hallan todos estos títulos y derechos para ser honrado. Porque él es Rey de los reyes, y Señor de los señores, y Padre de los padres, y Sancto de los sanctos, y liberalísimo bienhechor sobre todos los bienhechores. Y así todas las obligaciones que tenemos á todos estos géneros de personas eminentes, tenemos á solo él. Y esto con tanto exceso, que no hay obligacion en la tierra, que comparada con la que á él tenemos, merezca este nombre de obligacion; así como no hay perfeccion merecedora de honra, que comparada con la suya merezca nombre de perfeccion.

Pues de todo lo que hasta aquí está dicho, se concluye que amar, servir y honrar á este soberano Señor, cuya grandeza es incomprehensible, y cuyos beneficios son innumerables, es una obligacion la mas justa, mas sancta, mas necesaria, mas debida, mas provechosa, mas hermosa, mas obligatoria de cuantas todos los entendimientos criados pueden comprehender. Y todos los títulos honrosos que se pueden inventar, aquí se deben; y todo queda corto y bajo para lo que esta obligacion meresce. Esto se confirma con el commun consentimiento de todas las naciones del mundo; porque (como ya dijimos) ninguna hay tan bárbara, que aunque no sepa cuál sea el verdadero Dios, no crea que lo hay, y no le honre con alguna manera de veneracion, aunque se engañe en lo uno y en lo otro. Y es tanto lo que se debe de amor y servicio á aquella altísima substancia, que no solo es verdad lo que alegamos de Esaías, que todos los ganados y leña del monte Líbano no bastan para ofrescerle un digno sacrificio; mas si se juntaren en uno los amores de todos los bienaventurados que ven la divina esencia, y sobre estos los de todos los querubines y serafines, que son los espíritus que mas arden en amor della, y sobre estos el amor de la sacratísima Vírgen, que es aun mayor, y encima de todos estos el del ánima sanctísima de Cristo nuestro Señor; si todos estos amores se juntaren en uno, con ser tan grandes, quedarán infinitamente mas bajos de lo que aquella infinita bondad meresce. Porque todos estos amores, por grandes que sean, son finitos; mas el que se debe á aquella soberana bondad, es infinito, el cual en solo Dios se halla, que infinitamente se ama, como él lo meresce. De modo que en solo el pecho divino se cumple enteramente la ley del amor que le es debido.

Y conforme á esta medida gradúan los teólogos la fealdad y malicia de la ofensa hecha contra esta soberana Majestad, diciendo (*a*) que como es contra majestad infinita, así tiene gravedad infinita, y en ley de justicia meresce pena infinita, cual es la del infierno, pues priva de bien infinito, y aun con esta pena no se descarga suficientemente. Porque tal es aquella bondad, que tal castigo merece quien lo ofende.

De toda esta primera parte, y de todo lo que agora acabamos de decir, se entenderá la grande obligacion que tenemos de servir y honrar á este soberano Señor con alguna manera de culto y religion que sea agradable á sus purísimos ojos, y conforme á la alteza de su dignidad.

Resta agora inquirir cuál sea la verdadera religion y culto con que él haya de ser honrado. Porque se han visto en el mundo muchas maneras de cerimonias con que los hombres ciegos han pretendido honrar á los que tenian por dioses. De las cuales unas eran supersticiosas; otras vanas y ociosas, que ningun bien contenian; otras crueles y sangrientas, en que se sacrificaban hombres; otras torpes y deshonestas, en que prostituian las vírgines por honra de la diosa Vénus; otras desvergonzadísimas, como las que hacian á la diosa Flora, y al dios Priapo, de que se hace mencion en la sancta Escriptura (*b*), y otras desvariadas y locas, como las que se hacian al dios Baco, emborrachándose los hombres, y haciendo mil insultos y locuras. Pues ¿qué podemos decir de todas estas maneras de religiones, sino que eran tales, cuales los dioses que por ellas eran venerados, que eran los demonios? Y de tales dioses ¿qué otras religiones se podian esperar?

Y que estas religiones sean falsas y indignas de Dios, muéstrase claramente por esta razon. Porque la verdadera religion ha de ser con obras que agraden y honren á Dios, y ninguna cosa de cuantas hay en el mundo le agrada, sino sentir altamente de sus grandezas y perfecciones, é imitarle en la sanctidad y pureza de la vida; porque esta hace al hombre semejante á Dios, que es la misma sanctidad y pureza (*c*). Y pues la semejanza es causa de amor, síguese que los que esta sanctidad y pureza de vida tuvieren, serán los que mas le agradarán y honrarán.

De donde tambien se infiere que sola la religion cristiana es la verdadera; pues ella es la que mas altamente siente de las grandezas de Dios, y de sus divinas perfecciones, y la que mayor sanctidad y pureza de vida profesa y enseña. Y demas desto mostrarémos aquí que todas las condiciones que ha de tener la verdadera religion, en sola ella se hallan con tanta perfeccion que no se puede imaginar otra mayor. Lo cual declararémos mas por extenso en la segunda parte que se sigue, para que viendo casi de una vista toda la hermosura y excelencia de nuestra religion, nos aficionemos mas á ella, y confirmemos en ella, y se alegre nuestro espíritu con el espectáculo desta tan alta y tan importante verdad.

(*a*) D. Thom. 1. 2. q. 73. art. 9. et 3. dist. 1. q. 1. art. 2. ad 5.
(*b*) 3. Reg. 15. (*c*) Aug. de Civ. Dei, lib. 8. cap. 17.

TRATADO SEGUNDO DESTE SUMMARIO,

EN EL CUAL SE DECLARA CÓMO LA VERDADERA FE Y RELIGION CON QUE DIOS HA DE SER HONRADO, ES LA QUE LA IGLESIA CRISTIANA PROFESA.

CAPITULO PRIMERO.

Primero preámbulo, en que se declara qué cosa sea fe, y de dos maneras de fe.

Por cuanto en esta quinta parte de nuestra Introduccion del Símbolo señaladamente se trata de la verdad y excelencia de nuestra sancta fe, y de los dos principales artículos y fundamentos della, será necesario declarar primero qué cosa sea fe. Para lo cual es de saber que hay dos maneras de fe; una acquisita y humana, y otra infusa, sobrenatural y divina, que es la de los cristianos. Y dejada aparte aquella, y tratando de la nuestra, decimos que fe es una lumbre sobrenatural que el Espíritu Sancto infunde en nuestro entendimiento, que los teólogos llaman hábito de la fe (*a*), el cual por virtud de Dios inclina nuestro entendimiento á creer los artículos de la fe, y todo lo demas que Dios nos tiene revelado en sus Escripturas, con mucha mas firmeza y certidumbre, que lo que se ve con los ojos, y toca con las manos. Porque así como el hábito de la caridad inclina nuestra voluntad á amar á Dios sobre todas las cosas, puesto caso que no le veamos; así el hábito de la fe inclina nuestro entendimiento á creer todos los artículos de la fe, puesto caso que con nuestra razon no los comprehendamos. Esto se ve claramente en la fe de los sanctos mártires, muchos de los cuales eran personas simples y sin letras (como lo eran las mujeres), los cuales sin saber teología, ni haber visto milagros, movidos por este hábito de la fe (que es por esta lumbre interior del Espíritu Sancto), estaban tan certificados y tan firmes en el conoscimiento desta verdad, que dejaban asar y despedazar sus carnes por ella.

En esta lumbre resplandescia singularmente el cuidado de la divina Providencia, la cual no falta en las cosas necesarias á ninguna de sus criaturas, como toda la escuela de los filósofos confiesa. Vió pues este Señor que el hombre tenia necesidad de fe, sin la cual es imposible agradar á Dios, como dice el Apóstol (*b*), y por esta se nos obliga á creer cosas tan altas y tan sobrenaturales, que exceden la facultad de la razon humana, como es el misterio de la sanctísima Trinidad, y de la Encarnacion y Pasion del hijo de Dios, etc. Vió pues este soberano Señor que como el hombre sea criatura racional, como fácilmente cree y abraza aquello que él alcanza por su razon, así siente mucha dificultad en creer lo que no alcanza por ella, paresciéndole que no es posible ser lo que él no puede entender. Y desta dificultad han nascido todas cuantas herejías ha habido y hay hoy en el mundo. Porque los hombres (mayormente los filósofos) estiman en mucho la lumbre de la razon, teniéndola por un rayo de la divina luz que se derivó en en nuestras ánimas, y por una participacion de la claridad divina. Por lo cual vinieron á estimar tanto esta lumbre de la razon, que no se quisieron humillar, ni creer que podia ser lo que ellos no podian entender.

Pues conociendo la divina Providencia esta dificultad que la razon natural siente en creer cosas sobrenaturales, nos proveyó de un medio sobrenatural, que es esta lumbre y hábito de la fe, el cual, como dijimos, inclina nuestros entendimientos á creer con la firmeza susodicha las cosas de la fe, como se declaró por ejemplo de los mártires.

Esta fe se nos infunde en el sancto baptismo con la esperanza, y con todas las otras virtudes, y esto con tanta firmeza que, aunque por el pecado mortal se pierda la gracia con todas las virtudes que della manan, la fe y esperanza nunca se pierden, sino es por acto contrario, que es desesperar y descreer. Porque como derribado el edificio de una casa, todavía los cimientos quedan en su lugar, así caido todo el edificio de las virtudes con el pecado, estas dos susodichas, que son como fundamento de las otras, quedan en pié. Mas por faltar la forma de la gracia y de la caridad, quedan (como las llaman los teólogos) informes y imperfectas; y así queda la fe muerta, y tambien la esperanza; y como las cosas muertas no tienen eficacia para ninguna cosa, así esta manera de fe, como cosa muerta, no nos aviva, ni despierta, ni mueve á lo que moveria si estuviese viva; y estando así, es para mayor condenacion del que tiene ociosa esta pieza tan rica. Y así dice el Salvador (*c*) que el siervo que sabe la voluntad de su señor y no la pone por obra, será mas gravemente castigado que el que ni la sabe ni la obra.

Y que la fe sea especial don de Dios, decláralo el Apóstol á los de Efeso por estas palabras (*d*): Por la gracia de Dios habeis sido salvos mediante la fe, la cual es don de Dios, dado por su gracia, y no por nuestras obras; porque nadie tenga razon de gloriarse en sí. Y en otro lugar dice el mismo hablando con los filipenses (*e*): A vosotros os es dado por los méritos de Cristo, no solo que creais en él, sino tambien que padezcais trabajos por él. Pues por estas palabras claramente se nos da á entender que la fe es don de Dios, y dádiva graciosa de su infinita misericordia. Porque mediante este don de la fe se levanta el hombre sobre sí mesmo, y sobre la condicion de la naturaleza de la criatura racional; pues sin tener otros argumentos, se mueve á creer con la firmeza susodicha las cosas que no alcanza la razon humana. Porque para algunas de las otras virtudes hallaron los filósofos motivos en nuestra naturaleza, como para la liberalidad, para la justicia, para la templanza, para la fortaleza, etc. Tanto que dice Tulio (*f*) que si no apagasen los hombres con sus malas costumbres y malos consejos las centellas que la naturaleza nos dió para procurar las virtudes, ella nos guiaria á la vida bienaventurada; aunque en esto se engañó como filósofo gentil. Mas esta fe que decimos, es tan alta, y excede tanto nuestra capacidad, que no hay virtud en que mé-

(*a*) D. Thom. 2. 2. q. 4. (*b*) Heb. 11.

(*c*) Luc. 12. (*d*) Ephes. 2. (*e*) Philip. 1. (*f*) 2. de Nat. Deor.

nos puedan nuestras fuerzas, que en ella. Por donde si alguno sin esta luz quisiese comprehender las cosas de la fe, sería semejante á un enano que quisiese con su brazo alcanzar á lo alto de un tejado. Mas este mismo, puesto sobre los hombros de un gigante, llegaria adonde por sí no puede. Y esto mismo acaesce al que sin lumbre de fe, ó con ella, quiere entender la alteza de nuestros misterios.

Entendido pues que esta fe es un altísimo don de Dios, se entenderá luego el principal medio por donde ella cresce y se confirma; que es la frecuente y devota oracion que la pide. Y por tanto el que desea arraigar en su ánima esta virtud, debe insistir con devotas y humildes oraciones noche y dia, pidiendo á nuestro Señor el acrescentamiento della. Porque siendo ella el primer fundamento y raiz de todas las virtudes, cresciendo la raiz, crescerán tambien estas espirituales ramas de virtudes que della proceden.

Ayuda tambien la devota oracion por otra via; porque como dice Sant Bernardo (*g*), muchas veces en ella se bebe aquel vino de la suavidad espiritual que embriaga las ánimas, y hace salir de sí y juntarse con Dios. La cual suavidad á veces es tal, que nos es grande conjectura de la presencia del Espíritu Sancto consolador, que es el autor della. Y este es tan grande testimonio de la verdad de nuestra fe que le paresce al hombre que ya no cree con escuridad, sino con claridad los misterios de la fe.

Este es pues uno de los principales medios por donde se confirma y cresce este don celestial; sin el cual ni bastan razones ni milagros para causar en nuestros entendimientos esta firmeza susodicha de la fe. Porque hartos milagros vió Faraon en Egipto (*h*), y muchos mas vieron los fariseos, obrados por nuestro Salvador; y ni él ni ellos recibieron la fe; la cual por la malicia de sus pecados habian desmerecido.

Ayuda tambien para acrescentamiento desta lumbre la sanctidad de la vida; porque como en un espejo limpio resplandesce mas vivamente la claridad del sol, así resplandescen mas los rayos desta divina luz en una ánima purgada y limpia, que en la que no lo está. Donde es de notar que como la caridad y todas las otras virtudes crecen con el ejercicio de las buenas obras, así cresce tambien el hábito de la fe, arraigándose y cresciendo mas y mas en el ánima, y haciéndola mas firme y mas constante en ella.

Demas de lo dicho crece tambien la fe considerando con toda humildad y devocion todas las cosas que nuestro Señor ha hecho en confirmacion desta verdad; las cuales son tales y tantas, que si fuésemos engañados, podriamos decir á Dios (como dice Ricardo): Señor, si somos engañados, vos nos engañastes. Porque tales y tantas maravillas habeis hecho en testimonio desta doctrina, que no pudimos dejar de creer que vos érades el autor y maestro della.

Y conforme á esto es muy celebrada entre teólogos esta notable conclusion y sentencia; los cuales dicen que aunque los artículos de nuestra fe no sean evidentes á la razon humana (por estar ellos levantados sobre toda razon), pero que es cosa evidente que deben ser creidos. Porque son tantas y tan admirables las cosas que nuestro Señor ha hecho en confirmacion dellos, que todas ellas juntas hacen evidente demonstracion que deben ser con tanta firmeza creidos, como si fuesen demonstrados. Lo cual no calló el Profeta Real, cuando dijo (*i*): Vuestros testimonios, Señor, que son las verdades de que vos dais testimonio, son en gran manera creibles. Mas aquí es de notar que esta demonstracion no es como la de los matemáticos, que se concluye con solos tres términos, ó tres proposiciones; sino es un agregado de todas las cosas que nuestro Señor ha hecho en confirmacion desta verdad. Pues deste género de cosas se trata en esta segunda parte para declaracion y prueba de la conclusion susodicha. Y el agregado destas cosas era menester resumir en breve, para que casi de una vista viese el cristiano lector el fundamento y firmeza de nuestra fe, que de todas estas partes se colige.

Pues esto es lo que con el favor de nuestro Señor tratarémos en esta segunda parte; en la cual brevemente referimos veinte y dos singulares excelencias que tiene la fe y religion cristiana, por las cuales consta la verdad de la conclusion susodicha. Y porque una de las principales cosas que confirman esta verdad, es el testimonio y sangre de los mártires, como lo significa su mesmo nombre (porque mártir quiere decir testigo), por esto me detengo mas en tratar desta excelencia; demas de otros grandes fructos que della se siguen, como adelante se dirá.

Pues concluyendo este preámbulo, digo que la humilde y devota consideracion destas excelencias es un grande motivo para la confirmacion y acrescentamiento de la fe que profesamos; y digo humilde, porque como la fe (segun está dicho), sea don de Dios que deciende de lo alto, no debe pensar nadie que consideraciones ni argumentos sin humildad de corazon, acompañada con la devota oracion, sean suficientes para esto. Mas porque Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia, el que con esta humildad se pusiere á considerar estas excelencias de nuestra fe, reconosciendo que de la piadosa mano de Dios le ha de sobrevenir el acrescentamiento desta luz, no podrá dejar de aprovechar mucho con esta consideracion. Mas no piense el que en este sancto ejercicio se ocupa, que una sola excelencia de las que aquí referimos, es bastante confirmacion de nuestra fe; porque todas ellas juntas hacen la demonstracion que arriba dijimos; puesto caso que algunas hay tan eficaces, que solas ellas bastan para testimonio de nuestra fe; como son las profecías y los milagros, y el mayor de todos ellos, que fué la conversion del mundo, como adelante se verá.

CAPITULO II.

Segundo preámbulo, de la manera de proceder en esta segunda parte.

Presupuesto este preámbulo, comencemos á tratar de la manera del proceder en esta materia. El fundamento de la cual es una sentencia celebrada entre filósofos; los cuales ponen por argumento y señal de ser una cosa verdadera, que todas las cosas anexas á ella, como son todas sus propriedades, condiciones, etc., concuerden con ella; porque si algunas dellas desdicen, y no convienen con ella, no puede ser verdadera. Pongamos ejemplo en una cosa material, y de aquí vendrémos á lo espiritual. Finjamos agora que un rey fuese vencido en una batalla, donde fuesen muchos los presos y captivos, y el Rey entre ellos, sin saberse dél muerto ni vivo; el cual al cabo de ocho ó nueve años de su captiverio huyese dél, y vi-

(*g*) Sup. Cant. serm. 49. (*h*) Exod. 7. etc.

(*i*) Psalm. 92.

niese á su reino, maltratado y desemejado, en traje pobre de captivo, y dijese que él era el Rey de aquel reino; ¿qué harian entónces los grandes y señores dél? Claro está que mirarian todas las señales de su rostro, y de su cuerpo, y de su edad, y tratarian con los mas familiares de su cámara de todos los secretos que con él pasaron, y de todos los pasos en que á solas lo acompañaron, y de todas las palabras ó promesas secretas que dél oyeron, y de otras cosas semejantes; y hallando que todas estas señales, sin faltar una, concurrian en él, luego sin algun escrúpulo lo reconocerian por su verdadero rey. Este parece que era el medio mas acertado para este conoscimiento. Digo pues que desta manera procederémos agora en la averiguacion de la verdad de nuestra sancta fe y religion, mostrando clarísimamente que todas las propriedades y perfecciones que todos los entendimientos criados pueden pedir y desear en una sancta religion, caben tan perfectamente en la nuestra, que no se puede concebir ni desear mas de lo que en ella hay. Y esto hecho, verse ha la excelencia y hermosura della, no por razones ni argumentos humanos, sino por ella misma; que es, por las cosas que en sí contiene y enseña. Y con esto se verá con cuánta razon exclamó Tulio, cuando dijo (*a*): ¡Oh cuán grande es la fuerza de la verdad; la cual por sí misma se defiende contra todos los ingenios y astucias, y contra todas las artes y asechanzas de los hombres!

Declaradas pues estas propriedades y excelencias, vendrá el hombre con la vista de cosa tan pura y tan perfecta (sin otros mas argumentos y subtilezas), á confirmarse en la verdad de la fe; y así dirá con el Profeta (*b*): Vuestros testimonios, Señor, que son los misterios que vos habeis testificado, son muy dignos de ser creidos; vendrá á gustar de una música espiritual, la cual procede desta consonancia que nuestros misterios tienen con la pureza de la verdad, y consigo mismos entre sí; y vendrá á dar gracias á nuestro Señor por el don de la fe que recibió, y trabajará por conservarlo con la pureza de la vida, y con la guarda de la buena consciencia. Presupuesto este segundo preámbulo, comenzarémos á tratar de las excelencias de nuestra fe.

CAPITULO III.

Primera excelencia de nuestra sancta fe, en la cual se declara que la doctrina de la fe ha de ser revelada por Dios, y qué tal es la doctrina que predica la religion cristiana.

Entre estas excelencias la primera es, que la fe y la doctrina desta religion fué enseñada y revelada por Dios. Para lo cual es de saber que la fe (como ya dijimos) es la raiz y fundamento de toda la vida cristiana. Pues por la parte que es fundamento, conviene que sea sólido y firme; pues ha de dar firmeza á todas las partes del edificio que se arman sobre él. Porque de otra manera, siendo él flaco y movedizo, tambien lo será todo lo que sobre él se cargare. Y por esto la fe, que es (como decimos) fundamento de la vida cristiana, ha de ser certísima, y firmísima, y de infalible verdad. Y tal verdad ha de proceder de un principio infalible: de la primera verdad, que es Dios, en quien no puede caber error ni falsedad. Porque del entendimiento humano, escurecido con las tinieblas del pecado original, no puede en esta materia de la religion proceder cosa que sea de infalible verdad. Cuya ceguedad se ve por la infinidad de tantas y tan abominables sectas, y falsas religiones, y idolatrías como hubo en el mundo ántes que amaneciese la luz del Evangelio. Y no ménos se conosce esto por la variedad y contradiccion de las opiniones de los filósofos. Los cuales aunque eran como la nata y flor de la naturaleza humana, y los que gastaron toda la vida en adelgazar y perfeccionar sus ingenios con el estudio de la sabiduría; con todo eso son tan diversos los pareceres y lenguajes de los unos y de los otros, como los de aquellos que edificaban la torre de Babilonia; y lo que peor es, discuerdan en las tres cosas mas esenciales, y que mas sirven para la verdadera religion: que son el conocimiento de la divina Providencia, y de la inmortalidad del ánima, y del último fin de la vida humana. Porque unos ponen en Dios providencia de las cosas de acá bajo, y otros se la quitan; y otros la afirman de los animales, y niegan la de los hombres. Y al ánima algunos la hacen mortal, y otros inmortal. Y lo peor de todo es, que siendo el conocimiento de nuestro último fin la medida y regla por donde se han de enderezar todos los pasos y obras de nuestra vida para venir á él, son tan varios y ciegos en esta parte, que refiere M. Varron, como escribe Sant Augustin (*a*), docientas y ochenta y ocho opiniones, ó por mejor decir disparates, que se dejaron decir en esta materia. Porque pretendian hallar este último fin y bienaventuranza en esta vida (como gente que de la otra no tenia noticia), siendo esta un piélago de infinitas miserias, y un mar de continuas mudanzas y desasosiegos. Por donde con mucha razon se indigna Sant Augustin, así contra estos filósofos como contra todos los que en esta vida buscan esta felicidad; y así dice él (*b*): ¿Adónde vais, hombres perdidos, por caminos tan ásperos y dificultosos á buscar la felicidad? No está el descanso donde lo buscais. Buscad lo que buscais; mas no está donde lo buscais. Buscais vida bienaventurada en la region de la muerte; no la hallaréis ahí. Porque, ¿cómo se hallará vida bienaventurada dónde apénas hay vida? En las cuales palabras no condena el sancto doctor á los que buscan vida bienaventurada (porque este deseo imprimió el Criador en nuestros corazones para que nos fuese espuela de la virtud), sino porque perdemos tiempo en buscarla donde ella no está, que es en esta vida.

Pues tornando al propósito, como la verdad de la fe (segun dijimos) sea el fundamento de toda la vida cristiana, y esta haya de ser certísima, firmísima y infalible; y tal firmeza no se halle en las escuelas y doctrina de los filósofos, y mucho ménos en los communes entendimientos de los hombres; síguese que nos ha de venir de Dios; el cual no falta en las cosas necesarias á sus criaturas, como la misma filosofía confiesa; pues vemos que ninguna criatura hay tan pequeña (aunque sea un mosquito, ó una hormiga), á quien falte lo necesario para la conservacion de su vida. Pues, ¿cuánto ménos faltará al hombre, para cuyo servicio este mundo fué criado? Item, si tantas diferencias de manjares, de aves, de peces y de animales crió Dios para mantenimiento del hombre, y tantas diferencias de yerbas, y piedras, y aguas medicinales para la cura de las enfermedades destos cuerpos corruptibles que tenemos communes con las bestias, ¿cómo se habia de olvidar de las ánimas inmortales que tenemos communes con los ángeles, no proveyéndolas de lo necesario para la perfeccion de su vida? Pues ¿cómo era posible que faltase á la mayor de las

(*a*) Cicer. pro M. Cœlio. (*b*) Psalm. 92.

(*a*) Aug. 19. de Civit. Dei, cap. 1. (*b*) Aug. lib. 4. Conf. cap. 12.

necesidades del ánima, quien tan copiosamente proveyó de tantas cosas á las necesidades del cuerpo? ¿Quién osará atribuir tal descuido á aquella perfectísima providencia que en nada falta? Pues á esta summa y extrema necesidad era razon que acudiese su bondad. Porque de otra manera grandísimo inconveniente y desórden era acudir él con tanta provision á las necesidades del cuerpo, y desamparar las del ánima, mayormente constándonos que el cuerpo es para servicio del ánima, como el siervo para el de su señor, segun arriba dijimos, tratando de la divina Providencia.

A esta razon añade un religioso doctor otra no ménos eficaz, presuponiendo (como adelante se dirá) que ninguna manera de religion se ha visto en el mundo, donde haya habido tan gran número de buenos y sanctos, como en la cristiana. Pues siendo esto verdad, síguese que como Dios esencialmente sea la misma bondad, que ha de ser amigo de los buenos (lo cual tambien Aristóteles confiesa), pues la semejanza es causa de amor. Y si Dios ama á los buenos, síguese que los ha de ayudar en sus necesidades; y la mayor dellas es la de su salvacion. Y no se pueden salvar si no tienen verdadero y cierto conoscimiento de Dios; y este no lo pueden tener si él no se lo da (pues vemos la muchedumbre de supersticiones y engaños que acerca deste conoscimiento ha habido en el mundo). Y pues ninguna cosa de las susodichas se puede negar, síguese que este conoscimiento tiene la religion cristiana; pues en ella (como se presupone) ha habido tantos sanctos y buenos, de que las historias eclesiásticas y los martirologios dan claro testimonio. Mas decir que en el mundo no hay este conoscimiento ni culto verdadero de Dios, es grande blasfemia. Porque es decir que la mas noble criatura que Dios crió en la tierra, que es el hombre (para cuyo servicio todas las otras están deputadas), fuese criada de balde y sin medio para conseguir su último fin. Lo cual manifiestamente deroga á la bondad, y sabiduría, y providencia del Criador, que ninguna cosa hizo de balde, cuanto mas el hombre.

Pues á esta necesidad decimos que acudió él revelándonos por sí y por boca de sus ministros la doctrina de la fe: que es lo que habemos de creer, y lo que habemos de obrar, y lo que habemos de esperar, y la manera en que lo habemos de servir y honrar.

Quédanos agora por declarar que esta celestial doctrina es la que profesa y enseña la religion cristiana. Lo cual se demonstrará en el proceso de todo lo que en esta escriptura se sigue; donde por la hermosura y excelencias desta doctrina mostrarémos haber sido Dios el autor y enseñador della.

CAPITULO IV.

Segunda excelencia de la religion cristiana, que es sentir altamente de Dios.

Entre las cosas que la verdadera fe y religion ha de tener (despues de ser revelada por Dios) la primera y mas principal es sentir alta y magníficamente de las grandezas de Dios. Esto sintieron aun los filósofos gentiles. Porque Galeno, príncipe de los médicos, tratando de la fábrica del cuerpo humano, y de las maravillas y providencias que en ella se ven, dice que no consiste la verdadera religion en ofrecer á Dios perfumes olorosos, ó sacrificios de animales, sino en conocer la grandeza de la sabiduría que tales cosas trazó y fabricó en la formacion de nuestros cuerpos, y la grandeza del poder que fué bastante para ejecutar todo lo que así ordenó, y la grandeza de su bondad, que tan perfectamente proveyó á sus criaturas de todo lo necesario para su conservacion, sin que nada les faltase. Esto supo decir aquel filósofo. En lo cual contexta con lo que declaró el mismo Señor por el profeta Oseas, cuando dijo (*a*): Misericordia quiero, y no sacrificios; y conocimiento de Dios, mas que holocaustos (*b*), que era otro género de sacrificio mas perfecto. Pues este conocimiento nos enseña la fe católica; la cual confiesa ser Dios una cosa tan grande, que no se puede pensar otra mayor. Y así le atribuye las grandezas y perfecciones que todos los entendimientos así de hombres como de ángeles pueden comprehender; y todas en summo grado de perfeccion. Y así confiesa ser él infinitamente bueno, sabio, poderoso, sancto, hermoso, justo y misericordioso. Y especialmente predica y confiesa su omnipotencia; la cual testifica ser tan universal y tan grande, que la fábrica de todo este mundo criado, y de todo cuanto hay en él, no le costó mas que lo que dice David (*c*): El dijo, y las cosas fuéron hechas; él mandó, y luego fuéron criadas. Y (lo que excede toda admiracion) con la facilidad que crió este mundo, podria en un punto criar otros mil mundos tan grandes, y tan hermosos, y tan poblados como este. Confiesa tambien que todas estas cosas crió él sin necesidad, y las gobierna sin cansancio, y las encamina á sus fines sin distraimiento. Confiesa que todas las cosas criadas penden dél, y él no pende de nadie; que todas son mudables, y en él no cabe mudanza; que todas son compuestas, mas en él ni hay composicion, ni division; que todas son capaces de alguna novedad, mas en él no hay cosa nueva ni vieja; que en todas hay cosas pasadas, y presentes, y venideras, mas en él no hay pasado ni venidero; porque lo uno y lo otro le está presente en el instante de su eternidad. Confiesa que todas tienen el sér, y el saber, y el poder limitado y finito, como él se lo quiso limitar; mas en él así el sér, como el saber, y el poder es infinito, porque no tuvo quien esto le limitase. Confiesa que todas las cosas tuvieron principio, y pueden tener fin; mas él ni tuvo principio, ni puede tener fin, siendo el principio y fin de todas ellas. Finalmente, todas ellas pueden dejar de ser, si él quisiere; mas él no puede dejar de ser, porque él es el mismo sér. Es tanta su grandeza, que todo este mundo criado delante dél no es mas, como dice el Sabio (*d*), que una gota del rocío que cae por la mañana. Es tan grande su bondad, que no hay cosa que se pueda llamar buena, comparada con ella. Es tan grande su hermosura, que todas las hermosuras criadas se escurecen en su presencia. Es tan grande su sabiduría, que todo otro saber ante él es ignorancia. Es otrosí summamente amigo de los buenos, y agradescido á sus servicios, y copioso galardonador dellos; y por el contrario summamente enemigo de los malos, y aborrecedor de sus maldades, y justísimo castigador dellas. Finalmente, él es en todas sus perfecciones infinito, inmenso, inefable, invisible, y incomprehensible; de tal manera que todo cuanto de él alcanzan los mas altos serafines, es cuasi nada en comparacion de lo que les queda por alcanzar, que es infinito. Y esto nos representan aquellos dos serafines que vió Esaías en el templo (*e*): de los cuales dice que con sus alas tenian cubierta la cara y los piés de Dios; para dar á entender que ninguna criatura, por altísima que

(*a*) Osee 6. (*b*) Levit. 6. (*c*) Psalm. 148. (*d*) Sap. 11. (*e*) Esai. 6.

sea, conoce á Dios de cabo á cabo, por ser él incomprehensible y infinito. Por lo cual todo, se ve cuán magníficamente siente la religion cristiana de las grandezas de Dios: pues no es posible sentirse mas altamente de lo que ella siente. Algunos de los filósofos le quitaron la providencia y cuidado de las cosas humanas; y quitada esta, le quitaban la justicia, y la misericordia, y el agradescimiento de los servicios, y la fidelidad para con sus fieles siervos; y finalmente con esto destruian toda la religion y culto de Dios. Mas la fe católica de tal manera confiesa y extiende la divina Providencia, que ninguna cosa exime della, ni un pájaro que cae en el lazo, como dice el Salvador; y que él es el que da de comer á los hijuelos de los cuervos, cuando sus padres no se lo dan (*f*).

§. ÚNICO.

Pureza que profesa nuestra religion en su fe.

Esta excelencia susodicha pertenesce á la fe, cuyo oficio es creer y confesar todas estas grandezas y perfecciones de Dios que habemos referido, y conforme á ellas reverenciarle y adorarle con adoracion, que llaman Latría, que á solo Dios se debe. Y todo esto se ha de creer con tanta firmeza y constancia, que ántes queramos perder la vida, que faltar en esta fe y creencia. Porque como un capitan que tiene á cargo por su rey una fortaleza, está obligado á morir, si fuere menester, ántes que hacer traicion á su rey entregándola á algun tiranno; así el cristiano está obligado á morir ántes que hacer traicion al verdadero Dios, adorando el falso.

A esto pues nos obliga la fe y religion cristiana; y así como ella lo manda, lo ha cumplido enteramente. Porque en ella ha habido mil cuentos de mártires que se dejaron despedazar y abrasar por no dar la gloria que se debe al verdadero Dios, á los falsos dioses. Ni contra esto hay ley, ni parentesco, ni obligacion de padres á hijos, ni de hijos á padres, ni otro cualquier vínculo, por estrecho que sea, que no se deba romper por esta obligacion. Porque el celo de la honra y gloria que á Dios se debe, todas estas obligaciones ha de poner debajo de los piés cuando se encuentran con esta grande obligacion.

Y conforme á esto tiene Dios pervulgadas dos leyes admirables, que declaran bien la fe y reverencia que se debe á su divina Majestad. La primera ley dice así (*g*): Si tu hermano, hijo de tu madre, ó tu hijo ó tu hija, ó la mujer que duerme en tu seno, ó algun amigo á quien amas como á tu misma vida, te quisiere inducir á que adores dioses ajenos, mira que en ningun caso lo encubras, ni tengas compasion dél; sino muera luego por ello apedreado de todo el pueblo, y tú le has de tirar la primera piedra. Vea pues el hombre, en la justicia desta ley, cuán grande sea la majestad de Dios, á quien tal reverencia y obediencia se debe.

Pues no es ménos admirable la segunda ley, que dice así (*h*): Si supieres por cosa cierta que los moradores de alguna de tus ciudades adoran dioses extranjeros, en el punto que esto de cierto supieres, pasarás por los filos del espada todos los moradores desa ciudad, sin perdonar ni aun á las bestias y ganados que pascen en el campo, y pondrás por tierra toda esa ciudad, y juntarás todas las alhajas y cosas della en medio de la plaza, y pegarles has fuego junto con la misma ciudad, de manera que ella quede hecha una sepultura eterna que nunca jamas sea reedificada. Y mira que no se te pegue á las manos cosa alguna della, sino todas sus cosas tendrás por abominables. Desta ley se concluye que si un hombre hallase allí piezas de oro y plata, no consiente esta divina ley tocar en cosa semejante, por la grandeza del odio y detestacion que se debe tener á todo lo que de cualquier manera sirvió para desacatar á Dios. Pues esta ley no ménos que la pasada declara la reverencia que se debe á aquella soberana Majestad; pues con tan espantoso juicio manda castigar el desacato cometido contra ella.

CAPITULO V.

Tercera y cuarta excelencia de la religion cristiana, que es ser ella religiosísima: esto es, ser grande honradora y glorificadora de Dios, y muy cuidadosa del culto divino, y ser toda espiritual.

A esta excelencia susodicha de la fe es muy connexa y conjuncta otra singular excelencia de nuestra sanctísima fe y doctrina cristiana, que es ser ella muy religiosa: esto es, dada al culto y veneracion de Dios, y muy ocupada en sus alabanzas. Para lo cual es de saber que despues de aquellas tres nobilísimas virtudes teologales, que tienen el principado entre todas las otras (porque tienen por objecto y blanco á Dios, á quien derechamente miran) el segundo lugar tiene esta que llaman los teólogos religion, que tiene á su cargo el culto y veneracion de Dios, alabándole, y dándole gracias por sus beneficios, y pidiéndole gracia y remedio para todas nuestras necesidades, como á verdadero remediador de todos los males, y ofreciéndonos prompta y alegremente á todas las cosas de su servicio. Y á esta virtud pertenesce alabar y glorificar á Dios, y cantar y predicar las mismas perfecciones y grandezas que confiesa la fe. Por lo cual dije ser esta excelencia muy conjuncta con la pasada; porque lo que la una confiesa, la otra predica y alaba. Y para cumplir la Iglesia cristiana con lo que pide esta virtud, instituyó el oficio divino de las siete horas canónicas, con los salmos, y himnos, y otras oraciones, y las fiestas del año; para lo cual deputó los ministros de la Iglesia, así clérigos como religiosos y religiosas, dedicadas y consagradas á Dios. Y no contenta con las alabanzas, y oficios, y oraciones del dia, quiere que tambien parte de la noche se ocupe en estos mesmos ejercicios. Y para esto ordenó que no solamente los religiosos, mas tambien las religiosas (aunque mujeres flacas) se levanten de noche á las mismas horas. Para lo cual muchos, así dellos como dellas, se acuestan vestidos y en duras camas, para que mas fácilmente despidan el sueño, y se hallen mas hábiles y lijeros para cantar las alabanzas divinas.

Y para esto entre otras sagradas lecciones y oraciones usa la Iglesia convenientísimamente de los salmos de David; con los cuales ejercitamos los principales oficios de la religion; que son alabar á Dios, y predicar sus grandezas y perfecciones, y las maravillas de sus obras. Y con ellos mismos le damos gracias por la muchedumbre de sus beneficios y misericordias, y pedimos favor y gracia para guardar sus mandamientos; que es oficio proprio de la oracion, la cual pertenesce á la misma virtud de la religion. Porque la oracion con que pedimos á nuestro Señor estos favores y socorros, por la misma obra que hace, honra y glorifica á Dios, testifi-

(*f*) Matth. 10. Luc. 12. Job. 38. Psalm. 146. (*g*) Deut. 13.
(*h*) Ibidem.

cando que él es Padre de misericordias, y dador universal de todos los bienes, y autor de nuestra salud. Y todas estas cosas contienen los salmos de David, que están llenos del espíritu de Dios. Y así quien devotamente los cantare, cumplirá con lo que se debe á esta insigne virtud de la religion; la cual despues de las tres virtudes teologales (que miran derechamente á Dios) tiene ella el principado entre todas las virtudes morales, porque tiene á su cargo el culto y veneracion del mismo Dios.

Mas los siervos de Dios, que con toda diligencia anhelan á la perfeccion, no se contentan con solo esto. Y con tener ellos cada dia sus tiempos deputados para tratar con Dios en la oracion, y darle gracias por sus beneficios; mas procuran ordenar su vida de tal manera, que toda ella sea una continua oracion. Y por eso la mezclan en todos los tiempos y lugares: esto es, cuando se acuestan, cuando se levantan, cuando van á comer, cuando acaban de comer, cuando salen de casa, cuando quieren tratar algun negocio, por pequeño que sea; y aun cuando quieren hablar, primero recorren á Dios con el Profeta, diciendo (a): Pon, Señor, guarda en mi boca, y cerradura en mis labios; para que no se desmanden en malas palabras. Pues ya cuando son tentados, cuando atribulados, cuando las prosperidades por una parte, y las adversidades por otra los cercan, ¿con qué armas pelean, y á qué puerto se acogen, sino al de la oracion?

Y no ménos toman ocasion para ella de cuantas cosas notables succeden en la vida humana. Y así cuando oyen algo de los desastres desta vida, de las enfermedades, muertes y pecados del mundo (de que Dios los ha librado), de aquí toman ocasion para darle gracias por esta liberacion; pues entienden que no hay miseria, ni desastre, ni pecado en que caiga un hombre, en que no pueda caer otro hombre, si Dios no le guarda. Pues cuando el sol sale y alegra el mundo con su luz; cuando ven el cielo estrellado en una noche serena; cuando miran las flores de los campos, la verdura de las arboledas, los cantos de las aves, la frescura de los valles, la claridad y perpetuo manantial de los ríos y de las fuentes, el resplandor de las perlas, y la variedad y fecundidad de las aves del aire, y de los animales de la tierra, y peces de la mar; de todas estas cosas toman motivos para alabar y glorificar al Criador de tantas maravillas; en las cuales como en un espejo le ven y reverencian, rastreando por los efectos la hermosura, y sabiduría, y providencia de la primera causa, que es Dios. De modo que como dijo Sant Antonio, todo este mundo les es un libro en que leen las perfecciones y grandezas de Dios; de tal manera que los que saben filosofar y leer por este libro, en todas las cosas ven á Dios, autor de todas ellas.

§. I.

Alteza y pureza de virtudes con que la religion cristiana ordena al hombre á su fin.

Mas no paran aquí los amadores de la perfeccion; sino demas destos actos susodichos que pertenescen á la virtud de la religion, acrescientan los de la caridad; á la cual pertenesce referir y enderezar todas nuestras obras, palabras, pensamientos, y propósitos, y deseos, y todos los pasos de nuestra vida á gloria y honra de Dios; que es proprio oficio de la caridad. Y no solo refieren á él todas las obras virtuosas, mas tambien todas las otras que sirven á las necesidades de nuestra vida. Lo cual nos aconseja el Apóstol, cuando dice (b): Ora comais, ó bebais, ó hagais otra cualquier obra, todo lo enderezad y ofresced á gloria de Dios.

Desta manera, juntándose la virtud de la caridad con la de la religion, se hace un muy buen compuesto, y un linaje de sacrificio muy saludable á las ánimas, y muy agradable á Dios. Porque no se contentan estas dos virtudes con servir y honrar con sus proprias obras á Dios, sino llaman y provocan á todas las otras virtudes á lo mismo; esto es, á la paciencia, obediencia, ayunos, vigilias, oraciones, y asperezas del cuerpo, y obras de misericordia; y finalmente, todas las obras de las otras virtudes, haciéndolas y enderezándolas á honra y gloria de Dios. Desta manera, y con este ejercicio se viene á hacer una vida espiritual y divina; pues toda ella con todas nuestras obras se refiere y endereza á Dios; y por esa misma se cumple perfectamente con la principal de las tres partes de justicia (en que consiste la perfeccion de la vida cristiana), que son, cumplir con lo que debemos á Dios, y á nosotros, y á nuestros prójimos. Entre las cuales tres partes la primera, que tiene respecto á Dios, es tanto mas excelente que las otras dos, cuanto es Dios mas excelente que todo lo que no es él; y esas mismas dos partes que pertenescen á las criaturas, no tienen por sí precio, sino por la parte que les cabe de la primera, que es por referirlas y enderezarlas á Dios.

Desta manera pues enseña la doctrina cristiana á los amadores de la perfeccion á andar siempre unidos con Dios, que es la mayor felicidad que en esta vida se puede alcanzar; pues dice el Apostol (c) que el que se llega á Dios, se hace un espíritu con él. Y este sancto ejercicio nos enseña esta doctrina. Porque no se contenta con que sintamos altamente de Dios y de todas sus perfecciones (conforme á lo que nos enseña la fe), sino quiere tambien que nos ocupemos en predicar y cantar dia y noche sus alabanzas. Y cuán agradable le sea este ejercicio, decláralo en el salmo 49, en el cual desechando todos los sacrificios de la vieja ley, pide este sacrificio de sus alabanzas, diciendo que este es el que verdaderamente le honra y engrandece, y este es el que pone los hombres en el camino de la verdadera salud y felicidad eterna. Y esta manera de sacrificio llama el profeta Oseas (d) becerros de los labios; significando por esto ser mas agradable á la Majestad divina estos becerros de sus alabanzas, que los de otros animales.

Mas al fin desta materia conviene avisar que aunque este ejercicio susodicho sea provechoso para todos los que caminan á la perfeccion, mas señaladamente sirve para los principios. Porque los que arden ya en el amor de Dios, no tienen necesidad destos despertadores para acordarse dél. Porque la llama de amor que arde en sus corazones, los trae de tal manera unidos con él, que no los deja apartar dél. Porque en él solo hallan summa consolacion y descanso, y fuera dél todo les es desabrimiento y amargura.

§. II.

Es nuestra sanctísima religion oficina de toda virtud.

De lo que hasta aquí está dicho se colige lo que al principio propusimos; que es esta singular excelencia

(a) Psalm 140.

(b) 1. Cor. 10. (c) 1. Cor. 6. (d) Osee ult.

de la fe y religion cristiana, que es ser ella religiosísima; esto es, grande honradora de Dios, y muy dada al culto divino. Esta excelencia entenderémos mejor por comparacion de otra que adelante se sigue, que es, ser muy dada al estudio de la virtud. Porque quien considerare (como adelante dirémos) lo que contienen los oficios divinos, los salmos, los himnos, las antífonas, los responsos, las capítulas, las lecciones de los maitines, las epístolas y evangelios de las misas, con la confesion que les precede, y con las oraciones que se siguen, verá claro que todas estas cosas se ordenan á hacer á los hombres enemigos capitales de los vicios, y amadores y seguidores de toda virtud. Por lo cual se entenderá ser la religion cristiana una perfectísima escuela y oficina de toda virtud y sanctidad, que es una de las grandes excelencias y glorias que ella tiene.

Pues conforme á esto digo que quien considerare todas estas cosas susodichas, verá ser ella tambien religiosísima, esto es, grande honradora de Dios; porque en estas mismas cosas juntamente andan mezcladas las alabanzas divinas, y el estudio de la oracion, que son partes de la religion. Y lo mismo nos declara el *Gloria Patri* que se pone al fin de los salmos, y de los himnos, y la gloria de la misa, y el prefacio della. Y lo mismo nos declaran las fiestas del año, no solo las de Cristo nuestro Señor, sino tambien las de los sanctos, porque en ellas glorifica la Iglesia á Dios, que es admirable en ellos; y por eso los honra en sus fiestas, porque fuéron ellos grandes honradores de Dios; y así todo lo que la Iglesia hace, redunda en gloria y alabanza del mismo Dios.

Con estas dos excelencias de la religion cristiana se pone adelante otra, que es ser ella sobrenatural y divina. Porque la ley que tenemos, fué dada por Dios; y la gracia con que se guarda, es dádiva de Dios; y los sacramentos que nos dan esa gracia, fuéron instituidos por el mismo Hijo de Dios; y la fe que es fundamento de la religion cristiana, y entrada para los sacramentos, es don especial de Dios; y el premio que se da al guardador desta sancta ley, es el mismo Dios visto claramente en su misma esencia y hermosura. En lo cual se conosce ser esta sancta religion toda divina; pues el principio, y los medios, y el fin son divinos. Y del mismo fundamento se infiere ser esta sancta religion sobrenatural (que es otra grande excelencia), porque levanta al hombre sobre todo lo humano, y sobre toda la alteza y dignidad de su naturaleza, y lo traslada y hace entrar en la órden de las cosas divinas.

§. III.

Nuestra sanctísima religion es toda espiritual, que condena con mayor claridad la secta de Mahoma.

A estas tres excelencias me pareció añadir la cuarta (aunque salga un poco del propósito), y esta es, que como ella es toda divina, así es toda espiritual: conviene saber, contraria á los apetitos de la carne, y conforme á las leyes del espíritu. Para cuyo entendimiento es de notar que así como el hombre está compuesto de dos partes, que son carne y espíritu, una de las cuales lo hace semejante á las bestias, y la otra á los ángeles, por donde así como un hombre que es juntamente médico y zurujano, puede usar de cualquiera destos dos oficios, así el hombre, porque es compuesto destas dos naturalezas, espíritu y carne, puede vivir dos maneras de vidas: una carnal seguiendo los apetitos de su carne, con que se hace semejante á las bestias; y otra espiritual, seguiendo las leyes é inclinaciones del espíritu, con que se hace semejante á los ángeles, y al mismo Dios, á cuya imágen y semejanza fué criado.

Digo pues que esta es otra excelencia de la religion cristiana, ser ella toda espiritual, y enseñarnos á mortificar los apetitos sensuales de nuestra carne, y vivir conforme á las leyes del espíritu; lo cual nos enseña el Apóstol cuando dice (*e*): Si viviéredes segun la carne, moriréis; y si con la fuerza del espíritu mortificáredes las obras de la carne, viviréis. Y en otro lugar (*f*): El que siembra por parte de su carne obras de carne, cogerá de la carne obras de corrupcion; y el que siembra por su espíritu obras espirituales, el fructo que desta sementera cogerá, será la vida eterna. Y en otro lugar hablando con los mas aprovechados en el camino de Dios dice (*g*): Los que son de Cristo, crucificaron su carne con todos sus vicios y concupiscencias. De modo que la vida destos es una perpetua lucha, y una conjuracion del espíritu contra la carne y contra todos sus aliados, que son sus apetitos. Y en esta excelencia se verá cuán diferente sea la ley de los cristianos de la de los moros; pues la una (como está dicho) es toda espiritual, y la otra toda carnal; pues da licencia para tantas carnalidades y vicios de mujeres: y otras mucho mayores promete en su paraíso tan sucio y bestial, como él lo fué: cuyos discípulos son todos los que viven conforme á los apetitos de su carne; porque aunque escupen y blasfeman con las palabras á Mahoma, con las obras le imitan; que es cosa de grande lástima y confusion: en la cual vive la mayor parte del mundo.

Estas cuatro excelencias susodichas, con las demas que se siguen, bastan para que el cristiano se alegre, y dé gracias á Dios por haberle cabido tan dichosa suerte como es haber nascido en la casa de Dios, que es su Iglesia, donde está el conoscimiento de la verdad, que nos lleva á la vida eterna.

CAPITULO VI.

Quinta excelencia de la fe y religion cristiana, que es la rectitud de las leyes que nos manda guardar.

Despues de honrar y sentir altamente de Dios (de que habemos tratado), lo que ha de tener la verdadera religion, son leyes sanctísimas, conformes á la lumbre natural que el Criador imprimió en nuestros corazones; las cuales ninguna cosa admitan contra ella; y esto con palabras claras y compendiosas. Lo cual se halla tan perfectamente en la religion cristiana, que no se puede mas desear. Ca ella resume todas las leyes en dos palabras: que son amar á Dios sobre todas las cosas, y á los prójimos como á nosotros mismos. Destas dos leyes tratarémos agora aquí brevemente, y primero de la primera.

Pues la primera ley, y la mas alta, mas justa, y mas obligatoria es amar á Dios sobre todas las cosas (*a*), y amarle con toda nuestra voluntad, entendimiento y memoria, y con todas nuestras fuerzas, y finalmente, con todo lo que él crió; para que todo sirva á quien todo lo dió. Amámosle con toda nuestra voluntad, deseando que él sea el que es (que es la summa de todos los bienes), y deseando que todas sus criaturas le alaben, y sirvan, y glorifiquen, y doliéndonos de corazon porque no lo hacen. Amámosle

(*e*) Rom. 8 (*f*) Gal. 6. (*g*) Gal. 5. (*a*) Deut. 6. Luc. 10.

tambien con el entendimiento, considerando sus divinas perfecciones y grandezas, y todo aquello que nos puede inducir á su amor. Amámosle con la memoria, acordándonos de los beneficios recebidos; porque estos aun á las bestias fieras incitan á amar á quien bien les hace; pues como dice el Profeta (*b*) hasta el buey y el asno (que son animales rudísimos) reconocen el pesebre de su señor. Amámosle tambien con todas nuestras fuerzas, cuando todas las empleamos en el servicio de quien las dió y las conserva.

Aquí es de notar que como la excelencia pasada principalmente pertenece á la fe, así esta pertenece á la caridad, que es forma y vida desa misma fe, y de todas las virtudes, sin la cual ellas ni son virtudes cristianas, ni tienen mérito ante Dios. Y como dijimos que la fe era don de Dios, así decimos que lo es tambien la caridad, y aun el mayor de los dones suyos; como lo prueba largamente el Apóstol en la primera epístola á los de Corinto (*c*), y en la que escribió á los romanos (*d*), donde dice que la caridad de Dios ha sido infundida en nuestros corazones por virtud del Espíritu Sancto que nos es dado. Donde claramente muestra ser esta virtud don de Dios, infundido por él en nuestros corazones.

Y como la fe nos obliga á creer en Dios con tanta firmeza, que estémos aparejados á perder la vida con todo cuanto mas tuviéramos por ella; así la caridad nos obliga á amar á Dios mas que todas las cosas que en esta vida se aman; y aborrecer el pecado, que le es contrario, sobre todas las cosas que se aborrecen; porque por él perdemos á Dios. De donde se infiere que ofreciéndose caso en que hayamos de perder todas las cosas que en esta vida se aman, ó perder á Dios con un pecado mortal, estamos obligados á posponerlo todo por no perder á Dios. De lo cual tenemos ejemplo muy palpable en la sancta Susanna (*e*), la cual puesta en medio destos dos tan grandes contrastes, se determinó de perder vida, fama y honra suya, y de sus padres, marido y hijos, con todo lo demas que se pierde perdida la vida, ántes que hacer una ofensa con que perdia á Dios. Pero mas admirable ejemplo es el de tres madres: una del Testamento Viejo, que fué la madre de los siete Macabeos (*f*); y dos del Nuevo, por nombre Felicitas y Sinforosa, cada una dellas con siete hijos mancebos. Las cuales consintieron despedazar las carnes de sus hijos delante de sus ojos, por no cometer una ofensa contra Dios.

Pues en esto son conformes la fe y la caridad; porque como la fe nos obliga á morir por no perderla, así tambien la ley de la caridad. Y cuanto toca á lo que debe á Dios, no se puede poner otra ley mas justa ni mas obligatoria que esta que nos propone la religion cristiana.

Desta virtud, que es reina de todas las virtudes, habia mucho que decir en este lugar; mas porque están escriptos dos tratados nuestros del amor de Dios, uno en el Memorial de la vida Cristiana, y otro en las Addiciones dél, donde esta materia se trata copiosamente, no digo mas en este lugar.

§. ÚNICO.

Excelencias de la ley de la caridad para con el prójimo, y virtudes que incluye.

Mas vengo á la segunda ley, que toca al amor del prójimo; el cual nos encomienda la religion cristiana tan encarecidamente, que nos manda amarle como á nosotros mismos (*g*): que es lo último que se puede encarecer. Pues ¿qué virtud hay que no se comprehenda en este mandamiento, y qué vicio que no se excluya con él? Porque amando yo al prójimo como á mí, como yo no quiero ser agraviado, ni maltratado, ni robado, ni infamado, ni injuriado, ni deshonrado de nadie; así yo nada desto haré contra mi prójimo. Y por el contrario, como yo deseo ser socorrido en mis necesidades, y ayudado en mis trabajos, y consolado en mis angustias, y amparado en mis peligros; así usaré yo de todos estos oficios y beneficios con mis prójimos. Y así en estas dos palabras están resumidas todas las leyes, y todas las escripturas.

Mas: el amor de los prójimos (que es cuchillo y muerte de los infinitos pecados que se hacen contra ellos) nos encomendó el Salvador tan encarecidamente en su doctrina, que dice estas palabras (*h*): Si llegares á ofrescer tu ofrenda en el altar, y en ese lugar te acordares que tu prójimo ha recebido algun agravio de tí, deja tu ofrenda al pié del altar, y ve primero á reconciliarte con tu prójimo; y esto hecho, vuelve á ofrescer tu ofrenda. No paresce que se pudiera encarescer mas esta ley de la caridad para con los prójimos, que querer Dios en cierta manera anteponer la deuda que debemos al prójimo, á la ofrenda y sacrificio que se ofresce á él. En lo cual da á entender que ningun linaje de servicio ni sacrificio le agrada si al prójimo tenemos agraviado, y no hacemos lo que es de nuestra parte para desagraviarlo. Pues segun esto ¡cuán justo, y cuán grande amador es de los hombres que él crió, quien tan justa, tan caritativa y piadosa ley les dió!

Pues ¿qué diré de aquellas divinas palabras con que en el dia del juicio ha de galardonar las obras de caridad y misericordia, diciendo á los buenos: Lo que hecistes á uno destos pobrecitos, á mí mismo lo hecistes (*i*)? Y habiendo otras muchas obras virtuosas por las cuales se da el reino del cielo, no se hace aquí mencion sino de las obras de caridad: para declararnos aquel Maestro que nos vino del cielo, cuánta parte sean estas obras de misericordia para alcanzar misericordia delante de Dios, y cuánta parte la falta dellas para no alcanzarla.

Pues ¿qué ley se pudiera poner á los hombres mas dulce y mas caritativa que esta? Y ¿con qué palabras pudiera mas nuestro Señor encarecer las obras de caridad y misericordia, que con estas? Si este Señor con toda su sabiduría quisiera inducir los hombres á estas obras, ¿qué mas pudiera hacer que decir: Lo que hecistes á uno destos necesitados, á mi persona lo hecistes? En lo cual se ve cuánta sea la hermosura y excelencia de la ley de los cristianos; pues toda ella consiste en caridad, y benevolencia, y obras de piedad, y hermandad. Y ¿qué sería el mundo si esta ley se guardase, sino un paraíso terrenal; siendo agora, como lo es en mucha parte, una congregacion de fieras, que se comen unas á otras?

Y no es menor excelencia desta sanctísima ley, no haber en ella cosa que se pueda llamar imperfeccion. De lo cual no carecia la ley antigua: donde (por no ser aun venida la luz y gracia del Evangelio) se sufrian algunas imperfecciones: como era tener muchas mujeres (*k*), y dar libelo de repudio á la que les desconten-

(*b*) Esai. 1. (*c*) 1. Cor. 13. (*d*) Rom. 5. (*e*) Dan. 13.
(*f*) 2. Mach. 7.

(*g*) Matth. 22. (*h*) Matth. 5. (*i*) Matth. 25. (*k*) Gen. 4.

tase (*l*). Lo cual dice el Salvador (*m*) que permitió Moisen por la dureza de corazon de aquel pueblo, porque no cayesen en otro mal mayor, matando las mujeres que les descontentasen. Pero nada desto consienten las leyes de nuestra sanctísima fe y religion.

Mas aquí es mucho para considerar la bondad y providencia de nuestro Señor: el cual como desea que todos los hombres se salven, y vengan á gozar de la bienaventuranza para que fuéron criados (*n*), hízoles para esto el camino fácil y muy llano; porque demas de las fuerzas de la gracia que les da para caminar por él, quitóles la carga pesada de la vieja ley, resumiendo toda su doctrina en estas dos leyes susodichas de amor, tan fáciles de guardar. Porque como él venía á hacer de dos pueblos uno, que era de judíos y gentiles, quitó de por medio lo que á cada una de las partes ofendia. A los judíos ofendia la idolatría de los gentiles, y á los gentiles la carga de la ley de los judíos. Pues por esto el que venía á confederar estos dos pueblos, quitó los ofensivos de ambos; porque quitó la idolatría de los gentiles, y las cargas de la ley de los judíos: como mas largamente lo declara el Apóstol en la Epístola escripta á los de Efeso (*o*). Y desta manera quedó toda la doctrina cristiana recogida en estos dos mandamientos susodichos de la caridad, de que penden (como dice el Salvador) la ley y los profetas (*p*). Y la guarda desta ley basta para la salvacion de cualquiera fiel que la guardare.

CAPITULO VII.

Sexta excelencia de la religion cristiana, que es la alteza de la vida que mediante los consejos evangélicos nos enseña.

Es nuestro Señor tan deseoso de la salvacion de los hombres, que les facilitó el camino del cielo, quitándoles la carga de los mandamientos de la ley antigua, y resumiendo la doctrina de la nueva ley en estos dos mandamientos susodichos, tan conformes á la lumbre natural de la razon; para que el que fuere desobediente, no tenga excusa honesta que alegar por sí.

Mas para los que no contentos con esto anhelan á la perfeccion de la vida cristiana, propúsoles en su Evangelio consejos de grande perfeccion, mediante los cuales levantándolos sobre la facultad y condicion de la naturaleza humana, los hace espirituales y divinos, y semejantes á Dios y á sus sanctos ángeles. Los cuales apuntarémos aquí brevemente, porque la declaracion dellos pide mas largo tratado; puesto caso que en algunos dellos nos detendrémos algo mas.

Pues entre estos consejos el primero es, que despues de amar los enemigos (á que nos obliga la ley de la caridad susodicha) pasemos adelante, y hagamos bien á quien nos hace mal (*a*), y roguemos á Dios por ellos, procurando de vencer su malquerencia con nuestros beneficios. Otro consejo se sigue despues deste, el cual sirve á la perfeccion y fineza desta misma caridad, que es no traer pleitos, por seguirse muchas veces dellos rancores y malas voluntades (*b*). Otro es no jurar (*c*) aunque sea verdad lo que se jura, por la reverencia que se debe al nombre de nuestro Señor. Otro consejo es el de la castidad (*d*), el cual libra al hombre de las cargas y cuidados del matrimonio, que suelen distraer el espíritu (*e*). Otro es el de la pobreza evangélica (*f*), con el cual despide el hombre de sí todos los cuidados, y negocios, y pleitos que suelen traer consigo la posesion de los bienes temporales. Otro consejo es el de la obediencia (*g*), con el cual el hombre se despoja de sí mismo, renunciando su propria voluntad en manos de su superior. Y con estos tres postreros consejos queda el hombre dentro y fuera de sí libre y desembarazado para entregarse todo á la contemplacion de las cosas divinas. Otro consejo es el de los ayunos y abstinencia (*h*) con que maceramos y enflaquecemos nuestra carne, y así tambien se enflaquecen las pasiones que della proceden. Otro consejo es el de la limosna y obras de misericordia espirituales y corporales (*i*), no solo en caso de extrema ó grande necesidad, porque en estos casos mas es precepto que consejo (*k*), sino tambien fuera dellos.

Todos estos consejos se ordenan á un muy alto fin: que es traer siempre nuestro espíritu unido con Dios. Y por eso es muy encomendado otro consejo divino: que es la frecuente y continuada oracion (*l*). Porque esta es la que ajunta nuestro espíritu con Dios, hablando y conversando con él; demas de ser ella un eficacísimo medio para alcanzar la gracia (pues su oficio proprio es pedirla), mediante la cual cobra el hombre nuevo espíritu, y nuevas fuerzas para la guarda de los mandamientos divinos. Por lo cual dijo el Eclesiástico (*m*): Quien guarda la ley, multiplica la oracion. Porque como entiende que no puede guardar perfectamente esa ley sin el socorro de la gracia, cuanto con mayor cuidado pretende guardar la ley, tanto con mayor estudio frecuenta la oracion con que se alcanza la gracia que nos da fuerzas para guardar esa ley. Este oficio es tan proprio del cristiano, que dél (como de cosa muy principal) quiso el Señor que se intitulase su Iglesia, cuando dijo (*n*): Mi casa será llamada casa de oracion en todas las gentes. Y por esto todas las sanctas Escripturas á cada paso nos encomiendan esta virtud. Sant Pablo en la carta que escribe á los de Tesalónica, dice (*o*): Haced oracion sin cesar, y dad gracias al Señor en todas las cosas. En otra manda, que para defendernos de las tentaciones del enemigo, hagamos oracion en todo tiempo en espíritu (*p*): que es con entrañable devocion y atencion. En otra dice (*q*): Quiero que los hombres hagan oracion en todo lugar, levantando las manos puras á Dios. Y estima en tanto el Apóstol esta virtud, que por amor della aconseja la castidad; porque así esté el hombre mas libre para darse á la oracion (*r*). De manera que (bien mirado) la perféccion de la vida cristiana, guardada conforme á los consejos del Evangelio, es una perpetua oracion: que es traer siempre el corazon levantado á Dios, como lo hacian todos los sanctos, y especialmente aquellos que se acogian á la soledad de los desiertos para vacar siempre á Dios. Pues ¿qué es esto, sino querer que el hombre esté siempre unido con Dios, y que trate siempre con Dios, y que negocie todas sus cosas con Dios, y finalmente que estando en la tierra, more en el cielo conversando con Dios? Y ¿qué es esto, sino imitar el oficio de los ángeles, que están siempre en la presencia de aquella soberana majestad (*s*)? Y ¿qué se puede esperar de aquí, sino que como Moisen bajó del monte lleno de claridad (*t*), por haber tanto tiempo communicado con

(*l*) Deut. 21. 24. (*m*) Matth. 19. (*n*) 1. Tim. 2. (*o*) Ephes. 2. (*p*) Matth. 22. (*a*) Matth. 5. (*b*) Ibidem. Luc. 6. (*c*) Matth. 5. (*d*) Ibid. 19. (*e*) 1. Cor. 7. (*f*) Matth. 6. 19.

(*g*) Luc. 22. Joan. 13. Hebr. 13. (*h*) Matt. 6. (*i*) Ibidem. Luc. 10. 14. (*k*) 1. Joan. 3. (*l*) Matth. 6. Luc. 18. 21. (*m*) Eccli 35. (*n*) Esaí. 56. Matth. 21. (*o*) 1. Thess. 5. (*p*) Ephes. 6. (*q*) 1. Tim. 2. (*r*) 1. Cor. 7. (*s*) Matth. 18. (*t*) Exod. 34.

Dios, así venga el hombre á hacerse divino por esta misma communicacion? Porque si dice el Apóstol que el que se llega á Dios, se hace un espíritu con él (v), ¿qué se puede esperar de aquí, sino hacerse el hombre espiritual y divino? Esta diferencia ponen los filósofos entre nuestros sentidos, y el entendimiento: que aquellos se ofenden con las cosas muy sentibles, como los ojos con una grande luz, y los oidos con un gran trueno; mas por el contrario el entendimiento tanto mas se ennoblece y perfecciona, cuanto las cosas que contempla son mas altas. Pues no habiendo cosa mas alta en el mundo que Dios, ¿cuán ennoblecido y ahidalgado quedará nuestro entendimiento estando siempre levantado y ocupado en Dios? Esto solo basta (aunque mas no hubiese) para conocer la alteza de la religion que tal doctrina y tal ejercicio nos enseña.

§. I.

Es muy conforme la pureza de la ley evangélica á la alteza del fin á que se ordena.

Otro consejo altísimo es el que arriba tocamos de la virginidad y castidad (x): el cual levanta al hombre sobre la facultad y condicion de la naturaleza humana, y lo hace semejante á los ángeles, y á los moradores del cielo, donde, como dice el Salvador, no hay bodas ni casamientos (y). Esta virtud, que así levanta al hombre, es especial don de Dios, sin cuya gracia nadie la puede perpetuamente guardar (z). Es tambien esta virtud amiga de la oracion; y por esta causa la aconseja el Apóstol á los fieles de Corinto (a), para que (como él dice) libres de las cargas y cuidados del matrimonio, puedan sin impedimento emplearse en el oficio de la oracion. Y como esta virtud ayuda por esta via á la oracion, así la oracion es uno de los principales medios por donde ella se alcanza, como lo es tambien para los otros dones de Dios.

Y como esta virtud es muy alabada en la ley de gracia, así es grandemente aborrescido el vicio contrario á ella. Por donde los apóstoles libertando á los fieles que habian creido de los gentiles, de las cargas de la ley antigua (b), resumieron su doctrina en mandarles que se apartasen de la veneracion de los ídolos, y del pecado de la fornicacion, como uno de los principales vicios que aborrece la pureza de la religion cristiana (c). Aunque tambien figuró esto Dios en la ley con la cerimonia de la circuncision, por la cual nos manda cortar y cercenar de nuestras vidas este vicio (d). Del cual tambien nos aparta el Apóstol diciendo (e) que todos los pecados que hacen los hombres, están fuera de sus cuerpos; mas este ensucia y profana su proprio cuerpo, y lo inhabilita para ser templo de Dios.

Mas tornando al propósito, todos estos consejos que aquí habemos contado, nos declaran cuán grande sea la perfeccion de la vida cristiana, pues levanta al hombre sobre la condicion de su propria naturaleza á una vida sobrenatural y divina. Lo cual no solo declaran estos consejos susodichos (á que contradice la condicion de la naturaleza corrupta), sino tambien la alteza del fin á que ella se ordena, que es ver la esencia divina en su misma gloria y hermosura: lo cual á ninguna criatura criada, ni por criar (por altísima que fuese) puede convenir por via de naturaleza, sino por sola la divina gracia.

(v) 1. Cor. 6. (x) Matth. 19. (y) Luc. 20. (z) Gal. 5. (a) 1. Cor. 7. (b) 1. Cor. 7. (c) Act. 15. (d) Genes. 17. (e) 1. Cor. 6.

Por donde como el fin es sobrenatural, así lo han de ser todos los medios; pues es regla de filosofía, que el fin y los medios han de ser de la misma órden; y así lo son en esta parte. Ca los medios para conseguir este fin son las virtudes infusas, que son sobrenaturales; y la gracia de donde ellas proceden, tambien es sobrenatural, infundida por el Espíritu Sancto; y los sacramentos que causan y dan esta gracia, tambien tienen debajo de forma visible, virtud y gracia invisible. Y demas desto la fe, que es fundamento de todo lo dicho, es una lumbre sobrenatural que infunde Dios en el ánima, que la inclina á creer todo lo que él nos tiene revelado, aunque sobrepuje la facultad de la razon. Por donde confesar la religion cristiana muchas cosas que no alcanza nuestra razon, no solo no es argumento contra ella, sino por ella; pues siendo el fin (como dijimos) sobrenatural, necesariamente se sigue que tambien lo han de ser los medios.

Donde tambien es de notar que como esta manera de vida es sobrenatural, así tambien es celestial y divina, y toda llena de virtud y sanctidad; porque quien estuviere atento á las misas, y oficios divinos, y á las antífonas, y responsos, y oraciones que se cantan en ellos, y á los sacramentos que se administran en ellos, verá claro que todo ello sirve para inducir los hombres á ser justos y sanctos; y que no es otra cosa la Iglesia cristiana, sino una oficina y escuela de sanctidad y virtud; pues ninguna otra cosa se trata en ella sino esta. Lo cual declararon brevemente los dos sanctos hermanos Joannes y Paulo, cuando mandaron decir al apóstata Juliano que se habian apartado de su compañía por haber él desamparado una religion llena de virtudes (f). Lo cual es manifiesto indicio de la excelencia desta religion; pues toda ella, y todas las partes della se ordenan á hacer á los hombres virtuosos, y honradores de Dios. Por donde ella misma sin traer razones ni argumentos de fuera, se justifica y aprueba con su misma sanctidad y hermosura, como al principio dijimos.

§. II.

Altura y perfeccion á que elevan al alma sus consejos.

Estos pues son los consejos que nos vino á dar del cielo aquel Señor que por esto se llama Angel de gran consejo (g). Esto nos enseñó en toda la doctrina de su Evangelio, y mucho mas con los ejemplos de su vida sanctísima. Estos guardaron los apóstoles; estos los pontífices que les succedieron; estos aquellos sanctos padres que moraban en los desiertos; estos las vírgines purísimas que gloriosamente triunfaron de su flaca naturaleza y de su misma carne, subjectándola al espíritu Y estos mismos abrazan hoy dia todos los amadores de la vida y perfeccion evangélica.

Esta es pues la mas alta manera de vida que nos enseña la doctrina cristiana. Esta es la que nos descarna de toda carne, y nos hace vivir conforme á la mejor y mas alta parte de nosotros, que es el espíritu. Esta es la que levanta el hombre sobre sí mismo: que es sobre la naturaleza de su carne (que á todo esto contradice), y así lo hace semejante en su grado á aquellas soberanas inteligencias que viven sin carne. Y esta finalmente es la que libertando al hombre de los cuidados, y negocios, y aficiones de las cosas de la tierra, lo levanta á las del cielo, y lo habilita para la contemplacion de las cosas

(f) Eccles. in Offic. ex eor. actis. (g) Esai. 9.

divinas; en la cual consiste la bienaventuranza que en esta vida se puede alcanzar. Y (lo que mas es) por este medio se junta el hombre con Dios, que es el centro y lugar de su paz y cumplido reposo, y la summa de toda nuestra felicidad. Porque así como la piedra que contra su naturaleza está en lo alto, quitándole los apoyos que allí la detienen, luego ella por sí se viene á lo bajo (que es su lugar natural), así nuestra ánima libertada por virtud de la gracia de todos los impedimentos, que se quitan con la guarda destos consejos, ella luego (como sea espíritu, y tenga aquel supremo espíritu por su centro) con facilidad y suavidad caminará para él, y así se hace una cosa con él. Y siendo ésto así, queda probada y declarada la excelencia de la religion cristiana: que es tener leyes justísimas, y demas dellas consejos altísimos y sanctísimos para los que anhelan á la perfeccion, como ya está declarado.

Por todo lo dicho entenderémos que hay dos maneras de vida en la religion cristiana: una de aquellos que guardan fielmente los mandamientos; y otra de los que se esfuerzan á guardar tambien los consejos. Las cuales vidas se nos representan en dos maneras de sacrificios que se usaban en la ley (*h*): unos en que se quemaban y ofrescian á Dios las enjundias y grosuras de los animales; y otros mas perfectos, en que todo el animal entero se quemaba y ofrescia á Dios, que llamaban holocaustos. Por los primeros entendemos los que cumpliendo fielmente con la ley de la caridad, ofrescen á Dios lo interior de su corazon por amor, y lo demas del tiempo y del corazon emplean en el remedio de sus necesidades. Mas por los segundos entendemos los que renunciando todos estos cuidados y negocios, no tratan mas que un solo negocio, que es vacar á Dios, y juntar su espíritu por ardentísimo y continuo amor con él. Tal fué la vida de los sanctos, que morando con los cuerpos en la peregrinacion desta vida (teniéndose por extranjeros y huéspedes en ella), con el pensamiento y con el deseo conversaban en el cielo. Bienaventurados pues los que de tal manera viven, que merecen ser sacrificios vivos de Dios; pero muy mas bienaventurados los que de tal manera se entregaron á él, que se pueden llamar holocaustos.

Mas aquí advierto que estos sobredichos, que regularmente son consejos, en caso de necesidad vienen á ser preceptos: como es el consejo de la limosna en graves ó extremas necesidades, y el del ayuno, y de la oracion, y así los demas en casos que se ofrescen.

CAPITULO VIII.

Séptima excelencia de la religion cristiana: que sola ella tiene sacramentos que causan y dan gracia.

Mas dado caso que el oficio y fin de las buenas leyes sea atajar los pecados y enfrenar nuestros apetitos; mas no basta ella sola para esto, por razon de la comun dolencia de la naturaleza humana que nos vino por el pecado: por el cual quedó ella tan pervertida (como arriba declaramos), que teniendo las afecciones y deseos vivísimos para todo lo corporal, los tiene muy flacos para todo lo espiritual. De modo que ella está como un enfermo que tiene la mitad del cuerpo paraliticado; el cual tiene una parte tan sentible, que una picadura de un mosquito le da pena; y en la otra no siente ni un cauterio de fuego. Pues desta manera quedó el hombre miserable tan insensible para las heridas mortales de su ánima, y tan sentible para cualquier daño del cuerpo. Ni para la cura desta dolencia bastan las leyes de Dios con todas sus promesas y amenazas, y con todos sus castigos y beneficios; porque todo esto tuvieron un tiempo los judíos, y con todo eso se desmandaron tanto, que parte dellos fuéron llevados captivos á Babilonia (*a*), y otra parte (que era la mayor de los diez tribus) fué desposeida de la tierra de promision que Dios les habia dado, y llevados captivos á tierras extrañas, sin que todas las leyes que Dios les habia puesto para enfrenar sus apetitos, bastasen para esto: ántes, segun dice el Apóstol (*b*), con la prohibicion de la ley cresció mas el apetito de lo que por ella les era vedado.

Este miserable estado en que el hombre quedó, nos representa aquel endemoniado de quien se escribe en el Evangelio (*c*) que moraba en los monumentos; el cual era tan bravo y tan furioso, que hacia pedazos todas las ataduras y cadenas con que lo prendian. Pues tal es el hombre despojado de la gracia, á quien todas las cadenas y prisiones de las leyes con que Dios le queria tener preso y subjecto á la guarda de sus mandamientos, las rompe y hace pedazos con el furor y vehemencia de sus apetitos. Los cuales son tales, que hacen al hombre carnal de peor condicion que los brutos animales. Porque estos no apetescen mas que aquello á que su naturaleza los inclina; mas el hombre, demas de tener él por parte de su carne semejantes inclinaciones á las de los brutos, tiene tambien razon y entendimiento para inventar otros linajes de torpezas, y carnalidades, y otras invenciones de regalos, y crueldades ajenas de toda humanidad: como se ve en la extrañeza de los tormentos con que los tirannos atormentaban los sanctos mártires.

Esto nos declara la necesidad que tenemos del socorro de la gracia y de los sacramentos, por los cuales ella se nos da. Y por aquí entenderémos la perfeccion de la ley y religion cristiana entre cuantas ha habido en el mundo (aunque entre en esta cuenta la ley dada por Dios en el monte Sinaí), porque ella sola es la que tiene sacramentos que dan gracia, con cuya virtud se guarda la ley divina. Para cuyo entendimiento habemos de notar que es conclusion de fe católica, contra la herejía de Pelagio (*d*), que ningun hombre puede guardar enteramente la ley de Dios, y vivir por largo tiempo sin caer en algun pecado mortal, sin el socorro de la divina gracia. Esto nos declaró el Salvador, cuando hablando con sus discípulos dijo (*e*): Sin mí ninguna cosa podeis hacer. Y el sancto Job hablando con Dios (*f*): ¿Quién, dice él, puede hacer limpia una cosa concebida de masa sucia, sino solo vos, Señor? Y Moisen hablando con Dios (*g*): Nadie, dice él, por sí mismo puede ser innocente delante de vos. Pues siendo verdad que ningun hombre puede enteramente guardar la ley de Dios sin el socorro de su gracia; y no guardándola, no se puede salvar: síguese que la mayor necesidad de cuantas el hombre tiene, es del socorro desta gracia. Y pues tenemos ya por cosa cierta y averiguada que aquella soberana y perfecta providencia no falta en las cosas necesarias al bien de sus criaturas, mucho ménos faltará al hombre en la mayor de sus necesidades, que es ésta, de la cual pende su sal-

(*h*) Levit. 1. et. 3.

(*a*) 4. Reg. 17. et. 25. (*b*) Rom. 7. (*c*) Marc. 5. (*d*) Aug. ad Valent. Epist. 47. tom. 2. et. alibi sæpè. (*e*) Joan 15. (*f*) Job 14. (*g*) Exod. 34.

vacion ó condenacion. Pues á esto acudió él perfectísimamente con los sacramentos de la ley de gracia: que son medicinas espirituales desta comun dolencia, y caños por donde corre y se deriva en nuestras ánimas el agua de la divina gracia. La cual demas de hacer al ánima graciosa y hermosa en los ojos de Dios, trae consigo todas las virtudes; las cuales la esfuerzan y habilitan, así para la guarda de los divinos mandamientos, como para resistir á todas las tentaciones de nuestros adversarios, y enfrenar todos nuestros apetitos.

Mas aquí es de notar que cada uno de los sacramentos tiene un efecto comun, y otro particular. El comun es dar esta gracia (que es comun á todos los sacramentos de la ley de gracia, cuando el hombre de su parte no pone impedimento para ella), y el particular es el que cada uno tiene para remedio de alguna particular necesidad de nuestra ánima. Porque como sean diversas estas necesidades, así eran necesarias diversas maneras de remedios para la cura dellas. Y conforme á esto un sacramento sirve para nascer en la vida espiritual, y quitar el pecado original; otro para fortalecernos en esta vida; otro para mantener y conservarnos en ella; otro para la cura de nuestras enfermedades espirituales, que son los pecados; y otro para quitar las reliquias dellos, y ayudarnos en el fin de nuestra vida, que es la extrema-uncion. Mas los otros dos, que son de la órden y matrimonio, sirven para ayudar los hombres á cumplir con las leyes y obligaciones destas dos maneras de vidas que hay en la Iglesia cristiana, que son sacerdotes y casados.

Todo esto nos declara ser Dios el autor desta sanctísima fe y religion; pues á la perfeccion de su divina Providencia pertenescia proveer de saludables y convenientes remedios á estas necesidades tan notorias; y no era razon que faltase esta providencia en las necesidades espirituales (que son de mayor importancia), pues no falta en las corporales, que tan poco importan. Y esta es una de las cosas que declaran la perfeccion y excelencia de nuestra religion, y la imperfeccion de todas las otras, que destos remedios tan necesarios carecen.

CAPITULO IX.

Octava excelencia de la religion cristiana, que es el favor grande que promete á la virtud, y disfavor á los vicios.

La quinta cosa que ha de tener la verdadera religion, es que proponga grandes favores á la virtud, y grandes disfavores al vicio, señalando grandes premios y honras á lo uno, y grandes disfavores y castigos á lo otro; pues nos consta que (como suelen decir) pena y premio son los dos pesos que traen al reloj de la república y de nuestra vida concertado. Pues cuanto á esto es tan extremada nuestra religion, que no hay cosa que se pueda comparar con ella. Porque á la virtud promete tan grandes bienes, que, como el Apóstol dice (*a*), ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazon de hombre pudo caber lo que Dios tiene aparejado para los que le aman. Porque no les promete ménos que la participacion de su misma gloria; la cual consiste en ver claramente la esencia divina, y gozar eternalmente della. Mas por el contrario, propone á los malos y rebeldes la pena del infierno; que es fuego eterno, y privacion del summo bien. La cual pena es dos veces infinita: la una, porque priva al condenado de un bien infinito, que es Dios; y la otra, porque ha de durar para siempre, por lo cual se llama infinita por carecer de fin.

Y para mayor gloria y pena de buenos y malos propone la fe otra cosa que nunca toda la filosofía del mundo alcanzó ni pudo alcanzar, que es la resurreccion de los cuerpos; para que pues el cuerpo del justo llevó parte de la carga de la virtud, ayunando, y velando, y orando, y el del mártir padesciendo, tenga su parte con el ánima en la gloria, pues la ayudó fielmente á llevar la carga. Y por el contrario el del malo, que por cumplir con sus apetitos y deleites despreció las leyes de Dios, pague juntamente con el ánima la golosina de su culpa con la pena. Y esto todo pertenesce á la rectitud de la divina Justicia; la cual justísimamente ordenó que pues todo el hombre en cuerpo y ánima pecó, en ambas cosas padezca; y el que en ambas por su amor trabajó, en ambas sea galardonado. Mas en este artículo de nuestra fe la maravilla es, que el mismo cuerpo que murió, ha de resuscitar, y no otro por él (*b*). Porque hacer otro de nuevo sería contra esa misma justicia; pues sería castigar al cuerpo que nunca pecó, y galardonar al que nada mereció. De lo cual se seguiria que el cuerpo del malo se alegraria viendo que no él, sino otro por él habia de ser atormentado; y el del justo por el contrario se entristeceria viendo que no él, sino otro por él habia de ser galardonado.

Mas no piense nadie que todo el galardon y castigo de buenos y malos se guarda para la otra vida. Porque tambien en esta promete Dios á sus fieles siervos mil maneras de favores, y otras tantas maneras de azotes y calamidades á los malos; de que están llenas todas las sanctas Escripturas, y señaladamente las de los profetas, que principalmente tratan destas dos cosas; y por excusar prolijidad no se ponen aquí (*c*). Por lo cual todo se ve cuán favorecida sea la virtud, y cuán desfavorecido el vicio en la religion cristiana. Esta excelencia es tan grande, y tan poderosa para hacer los hombres guardadores de la ley de Dios, que della ha procedido la infinidad de sanctos y sanctas que ha habido y hay en el mundo; por entender ellos la importancia deste negocio, que no es ménos que pena y gloria de todos los siglos; y así provocados con lo uno, y atemorizados con lo otro, con estas dos tan agudas espuelas de temor y esperanza, corren apresuradamente por la senda estrecha de la virtud. Y esta esperanza fué la que señaladamente esforzó los sanctos mártires en medio de sus tormentos; porque sabian que acabando de dar la postrera boqueada, les estaban luego abiertas de par en par las puertas del cielo, y los ángeles aparejados para acompañarlos en este camino. Mas quitada esta esperanza, ¿qué se puede seguir, sino lo que el Apóstol en nombre de los malos dice (*d*): Si no hay esperanza de otra vida, comamos y bebamos, porque mañana moriremos (*e*)? Pues cuanto á este punto no se puede desear ni imaginar mas de lo que nuestra sancta fe y religion propone y enseña.

CAPITULO X.

Nona excelencia de la religion cristiana, que es la antigüedad della.

Tiene tambien otra excelencia esta sancta religion, que es la antigüedad della. Porque la antigüedad da autoridad á las cosas, y la verdad es simple, y constante, y siempre de una manera, como quiera que la mentira

(*a*) 1. Cor. 2. Esaí. 64.

(*b*) Job 19. (*c*) Véase el tom. 1. de la Guia, desde el c. 12. al 18 inclus. (*d*) 1. Cor. 15. (*e*) Esaí. 22.

sea de muchas. Así vemos que para acertar en el fiel del blanco no hay mas que un camino derecho; mas para errar y desviarse dél hay muchos, y lo mismo acaesce en la verdad y en la mentira. Pues esta antigüedad y verdad se halla en nuestra fe y religion, la cual comenzó dende el principio del mundo, y así ha permanecido hasta hoy, y permanecerá hasta la fin. Porque cónstanos que Adam, de cuya penitencia se hace mencion en el libro de la Sabiduría(a), tuvo revelacion y conoscimiento de Dios, y de su providencia, y de la manera en que él ha de ser servido, y de la pena y gloria que en la otra vida está deputada para buenos y malos. Y esta doctrina enseñó él á sus hijos, y señaladamente al innocente Abel, y de aquí se derivó en otros descendientes suyos, como fué Set y Enoch, hasta Noé. El cual tambien la enseñó á sus hijos, los cuales vieron la severidad del juicio de Dios contra los pecados en aquel tan espantoso castigo del Diluvio. A Noé succedió Abraham, y corrió por su sancto hijo Isaac, y deste vino al patriarca Jacob. Y despues destos en la salida de Egipto succedió Moisen, el cual dió por escripto en dos tablas de piedra la ley natural que Dios habia escripto en los corazones de los pasados. A la cual se acrescentaron las cerimonias de la ley, y los sacrificios, los cuales con todo lo demas figuraban aquel summo sacrificio del verdadero Cordero que habia de ofrescerse por los pecados del mundo, y pagar con la muerte que no debia, la que todos debíamos. Con la ley se juntaron los profetas, los cuales no ya por imágines y figuras, sino por palabras claras denunciaron la venida del Salvador, y lo que habia de obrar en el mundo. A la ley y los profetas succedió el Evangelio y la venida del Salvador, en la cual se cumplió todo lo que estaba figurado en la ley, y denunciado por los profetas. Y en esto se ve la concordia del Evangelio con la ley, y la del Nuevo Testamento con el Viejo. Porque no hay mas diferencia entre el uno y el otro, que haberse cumplido en el Evangelio lo que estaba profetizado y figurado en la ley, puesto caso que en el Evangelio se declaran mas distinctamente los misterios que en aquel tiempo estaban encubiertos al pueblo comun, aunque no á los sabios y sanctos que entónces habia, y con esto se añadieron los siete sacramentos, que manaron de la fuente del costado de Cristo, que son los principales instrumentos y medios de nuestra salud; porque por ellos se nos da la gracia, los cuales hasta este tiempo no habian sido instituidos; porque esto se guardaba para la venida de Cristo, autor y fuente de la gracia, la cual él nos mereció por el sacrificio y mérito de su sagrada Pasion. Estos sacramentos se añadieron á la ley antigua, para perfeccionarla y cumplir lo que le faltaba. Pero en lo demas la misma fe, y los mismos dogmas que los sanctos tuvieron dende el principio del mundo, esos han corrido por todas las edades siguientes hasta la nuestra, y correrán hasta la fin del mundo. En lo cual se ve lo que al principio propusimos, que es la antigüedad de nuestra fe y religion.

CAPITULO XI.

Décima excelencia de la fe y religion cristiana, que es la estabilidad y firmeza della.

Así como la antigüedad de la fe es argumento de la verdad della, así tambien lo es la estabilidad y firmeza della; ántes estas dos excelencias son tan hermanas, que de la una se sigue la otra. Pues esta firmeza se ve en que habiendo sido la fe y la Iglesia cristiana por tantas partes combatida, nunca jamas pudo ser vencida. Porque contra ella se puso en armas todo el poder del infierno y del universo mundo, todos los grandes y poderosos, todos los pueblos, y reyes, y emperadores, todos de comun consentimiento conjuraron contra ella, estando ella desarmada, pobre, y flaca, y despreciada del mundo, y mas mansa que una oveja; y con toda esta flaqueza pudo mas muriendo y padesciendo, que todo el mundo matando y persiguiendo. Cada dia morian millares de cristianos, las cárceles estaban llenas de presos, la sangre de los muertos corria por las plazas y calles, como en un matadero, y con todo esto no solo no pudieron sus perseguidores menoscabarla, mas (lo que sobrepuja toda admiracion) cuanto ellos mas la perseguian, tanto ella mas se multiplicaba; pues nos consta que entre esas persecuciones cresció la Iglesia, y se extendió por el mundo, la cual en su principio no tenia mas que un rinconcillo en los fieles de Judea. Y ni aquella soberbia Roma, que pudo con armas subjectar al mundo, pudo con todos sus tormentos vencer la Iglesia; ántes por el contrario Roma quedó vencida y subjecta al reino del Crucificado, á quien los emperadores romanos adoraron y reverenciaron como á su verdadero Dios y Señor, pisados y acoceados todos sus antiguos y falsos dioses.

A estos tirannos succedieron los sabios del mundo, los filósofos, los dialécticos y oradores, con toda la cuadrilla de los herejes, cuales fuéron Arrios, Sabelios, Nestorios, Pelagios, Macedonios, y otros semejantes monstruos, los cuales no ya con armas, sino con subtilezas y argumentos pretendian corromper y adulterar la pureza de la fe; mas nunca pudieron alterar ni mudar un solo punto della. Antes todos ellos se deshicieron y desvanecieron como humo, y la verdad de la fe por tantas partes, y por tantos modos combatida, quedó en su antigua pureza y virginidad, sin haber jamas admitido alguna tizne de error ó falsedad. Lo cual en ninguna otra religion ó secta se hallará, porque en todas ellas hay errores y falsedades. Pues haber permanescido nuestra verdad en toda su pureza tantos millares de años, habiendo sido impugnada con todas las fuerzas, y con todas las artes y máquinas del mundo y del infierno, argumento es que tiene á Dios por su protector y defensor, que la ha siempre defendido y amparado.

En lo cual es mucho de notar la diferencia que hay entre la verdad y la mentira; porque la mentira cuanto es mas impugnada con razones y argumentos, mas descubre su falsedad; pero la verdad cuanto es mas espulgada y examinada, tanto mas descubre su resplandor. Así vemos que el cieno cuanto mas se bulle, peor huele; mas las cosas aromáticas y olorosas, cuanto mas se trafriegan, mas suave olor dan de sí. Porque cónstanos como cosa clara, que dende el principio del mundo hasta hoy, ninguna religion ha habido que haya sido combatida por tantas vias como la nuestra. Porque las otras religiones (ó por mejor decir, supersticiones) no tuvieron repugnancia como la nuestra, y todavía ellas por sí mismas se cayeron, y la falsedad y mentira con el tiempo se descubrió; mas la verdad de la nuestra con tantos combates ha siempre crecido, y como el oro en la fragua, ha descubierto mas su fineza y resplandor.

(a) Sap. 10.

CAPITULO XII.

Undécima excelencia de nuestra religion, que es la pureza de las sanctas Escrituras.

Despues desta excelencia se sigue otra no menor, que es la alteza y perfeccion de las Escripturas, así del Viejo como del Nuevo Testamento, y de la eficacia que tienen para mover nuestros corazones al temor de Dios, y á toda virtud; mas porque para esto era necesario proceder por todos los libros sagrados declarando la dignidad y excelencia de cada uno (lo cual no se puede hacer sin largo tratado), remito al piadoso lector al lugar donde esto se trata de propósito, que es en la segunda parte de nuestra Introduccion del Símbolo en el capítulo IX. Pero no puedo dejar de apuntar aquí una cosa acerca del evangelista Sant Juan, el cual demas de haber tratado mas copiosamente que los otros evangelistas de la divinidad de nuestro Salvador, tiene una cosa en algunos de sus Evangelios, que cuenta las cosas con tantas circunstancias y particularidades, que si las leyere un hombre que no tenga fe, jurará ser aquellas historias verdaderas. Y dejados aparte los Evangelios que tratan de la resurreccion del Salvador (donde algo desto se ve), mírese la historia del ciego dende su nascimiento (*a*), con todas aquellas instancias y perplejidades de los fariseos que en ella se cuentan, y por aquí se entenderá lo que digo. Pero aun mas claramente se verá esto en la historia de la resurreccion de Lázaro (*b*), donde entrevienen tantas particularidades é interlocutorias ántes de venir al milagro, que cualquier hombre cuerdo (aunque no sea cristiano) constantemente afirmará ser imposible que un pescador (cual era Sant Juan) fingiese todo lo que allí se cuenta, si el mísmo proceso del negocio no fuera su guia, y le enseñara lo que allí escribe. De mí confieso que si yo fuera un filósofo gentil, y leyera toda esta historia, este mismo juicio y parecer tuviera, y el mismo creo que tendrá cualquier hombre desapasionado, si atentamente considerare todas las circunstancias que allí se cuentan. Esto quise apuntar aquí, por ser cosa que, juntamente con las demas que aquí escribimos, sirve para la confirmacion de nuestra fe.

Y no es menor confimacion della lo que San Augustin escribe en el libro VII de sus Confesiones (*c*), tratando de la excelencia de nuestras sanctas Escripturas. Dice él que fué especial providencia de nuestro Señor, que él ántes de su conversion leyese los libros de los filósofos. Porque leyendo despues las sanctas Escripturas, viese la gran diferencia que habia entre las unas y las otras. Porque (como él dice), saben los filósofos adónde habemos de ir, que es á procurar la felicidad y bienaventuranza; mas no saben el camino para ir no solo á conocerla, mas ni á poseerla. No tienen aquellas letras la imágen de nuestra religion, ni las lágrimas de nuestra confesion; no tratan del verdadero sacrificio, que es el espíritu contribulado, y el corazon contrito y humillado, ni de la comun salud del mundo, ni de la ciudad sancta y esposa de Cristo, ni de las árras del Espíritu Sancto, ni del cáliz en que está el precio de nuestra redempcion. Nadie canta en aquellas letras con el Profeta (*d*): ¿Por ventura no estará mi ánima subjecta á Dios, pues dél procede mi salud? Estas cosas, Señor, escondiste tú á los sabios y prudentes del mundo, y revelástelas á los pequeñuelos. Todo esto dice Sant Augustin en el libro VII de sus Confesiones. Mas en el octavo (*e*) confirma lo dicho con un singular ejemplo, que es con la conversion de un gran retórico, por nombre Victorino, el cual leyendo las sanctas Escripturas se convertió á nuestra fe, con grande alegría de los cristianos y grande confusion de los gentiles. Esto mismo experimentan cada dia los hombres muy enseñados en otras ciencias, los cuales despues de gastado buena parte de la vida en ellas, cuando vienen á darse á la licion de las Escripturas sagradas, hallan en ellas tanta miel y suavidad, tanta luz para sus entendimientos, tanta devocion para sus voluntades, y tanto provecho así para reformar sus vidas como las ajenas, que de muy buena gana dan de mano á todos los otros estudios, por el fructo y gusto que reciben cogiendo suavísimas flores deste hermosísimo jardin. Porque ciertamente cuanto va del autor destas Escripturas divinas á los autores de las humanas, tanta ventaja hacen las unas á las otras. De lo cual nos hace fe la experiencia de cada dia.

(*a*) Joan. 9. (*b*) Ibid. 11. (*c*) Aug. Conf. lib. 7. cap. 9. 20. 21. (*d*) Psalm. 61.

(*e*) Cap. 2.

CAPITULO XIII.

Duodécima excelencia de la religion cristiana, que es la pureza de la vida que causa en los guardadores della.

Otra singular excelencia tiene esta sancta fe y religion, que es la mudanza de vida, y los efectos que obra en las ánimas de los que se aplican á usar de los remedios y socorros que ella nos da para la virtud. Para lo cual es de notar que así como el oficio y efecto proprio de la medicina es curar las enfermedades de los cuerpos, así el de la buena ley es curar las enfermedades de las ánimas, que son los pecados. Por donde como por la eficacia y provecho de la medicina conocemos la excelencia della, así por la eficacia que esta sanctísima religion tiene para curar las enfermedades del ánima, conocerémos la dignidad y perfeccion della.

Declaremos esto por un ejemplo. El oficio de Dios es el que él declaró por Sant Juan, cuando dijo (*a*): Yo estoy á la puerta, y llamo: si alguno me abriere, cenaré conmigo, y yo con él. Este llamamiento (que es un tocamiento divino que á nadie falta), es de muchas maneras, á veces con una recia enfermedad, ó algun gran peligro y desastre, á veces con alguna palabra de algun predicador, ó confesor, ó de algun buen libro. Acaesce pues que un hombre así tocado, se aplica á querer aprovecharse de los remedios y ayudas que esta sanctísima religion nos enseña, que son arrepentirse de los pecados pasados, y hacer verdadera confesion dellos, y aparejarse con toda humildad y reverencia para recebir el sancto sacramento del altar, y procurar cada dia de tener un poco de recogimiento para encomendarse á Dios, pidiéndole con toda instancia favor y gracia para no hacer cosa contra su servicio. Continuando pues esto por algunos dias, aquel Señor que es Padre de misericordias, y desea que todos se salven, y tiene solemnemente jurado que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (*b*), acude luego con el rocío de su gracia, y con una nueva luz y alegría espiritual, con la cual el tal hombre queda cebado y enamorado de la virtud. Y continuando mas su oracion y recogimiento, y frecuentando con toda devocion los sacramentos, á cabo de muy pocos dias viene á sentir tales cosas dentro de sí, que él mismo se espanta; porque ve tan gran

(*a*) Apoc. 3. (*b*) Ezech. 18. 33.

mudanza en muchas de sus aficiones é inclinaciones antiguas, y en sus deseos y ejercicios, que viene á maravillarse de ver su corazon tan trocado, y mas en tan breve tiempo. Vése aborrescer lo que ántes amaba, y amar lo que aborrescia; tomar gusto en lo que ántes le era amargo, y amargarle lo que le era sabroso. Y finalmente halla fácil lo que ántes le parescia cuasi imposible. Parecíale un tiempo que le era imposible guardar castidad, y hácesele esto agora no solo posible, mas tambien muy fácil. Antes no hacia caso de cometer á cada paso mil pecados mortales por cualquier nonada, y agora dice que ántes morirá mil muertes que cometer tal cosa. Antes era perdido por atavíos, por galas, por juegos, por cazas, por leer libros profanos, y agora siente en sí un grande asco y aborrescimiento de todas estas cosas por las cuales ántes se perdia. Esta mudanza de vida describe un sancto doctor, tratando del milagro que nuestro Salvador hizo cuando mudó el agua en vino, por estas palabras (*c*): Veis aquí los verdaderos milagros, y dignos de ser predicados, los cuales obra cada dia nuestro Redemptor en nosotros, cuando de los hombres viciosos hace virtuosos, y de los lujuriosos castos, y de los soberbios humildes, y de los seguidores del siglo amadores de Dios. Pues ¿qué tan gran milagro es levantar á un hombre hecho del cieno de la tierra á la pureza y condicion de los ángeles, y colocar en el cielo la criatura amasada del cieno de la tierra?

Es tan propria esta obra de Dios, que como muchos hombres infieles vinieron en conoscimiento del verdadero Dios por algun milagro, así los fieles se confirman mas en la fe por esta mudanza que ven en sus vidas. Así lo sentia David, cuando decia (*d*): ¿Quién es verdadero Dios sino nuestro Señor? Y ¿qué otro Dios hay sino él? Porque él es el que me ciñó de virtud y fortaleza, y hizo que mi vida fuese limpia y sin mácula de pecado. Esto trae por argumento de ser verdadero Dios el que tal pureza de vida le pudo dar. Porque como dice el sancto Job (*e*): ¿Quién puede hacer limpia una cosa concebida de masa sucia, sino solo Dios?

Esta mudanza que aquí habemos dicho, escribe Sant Cipriano que experimentó en su conversion. Y así dice él que ántes della le parecia imposible lo que los cristianos le decian, que podia el hombre volver á nascer de nuevo, de tal manera que quedando la misma substancia y figura del cuerpo, el hombre interior se mudaria en otro nuevo hombre, y que con la mudanza perderia los gustos y apetitos de los vicios pasados, y se le haria fácil y suave el camino de las virtudes. Mas despues (dice él) que recibió la gracia del sancto baptismo, luego por una manera admirable sintió en sí esta mudanza, y halló ser verdad lo que ántes se le habia prometido.

Mas Sant Augustin (*f*), que tanto tiempo estuvo ciego y enlazado en la carne, paresciéndole que le era imposible vivir sin compañía de mujer, de tal manera se mudó cuando se convirtió á Dios, que le da él gracias por esta tan nueva mudanza en el libro IX de sus Confesiones (*g*), diciendo así: Rompiste, Señor, las ataduras con que estaba presa mi ánima; á tí ofresceré sacrificio de alabanza, é invocaré tu sancto nombre. ¡Oh cuán suave cosa me fué este tiempo carecer de la suavidad de los deleites pasados! y ¡con cuánta alegría dejé lo que ántes habia miedo de perder!

(*c*) Euseb. Emiss. homil. 2. de Epiph. (*d*) Psalm. 17.
(*e*) Job 14. (*f*) Confess. lib. 8. cap. 11. (*g*) Cap. 1.

Pues volviendo al propósito principal, si por la eficacia de la medicina conocemos la virtud della, y por la virtud y eficacia de la ley la excelencia della; ¿cuán perfecta y excelente es aquella ley que en tan breve espacio cura las dolencias del ánima, y muda los corazones, que es obra de solo Dios? Lo cual es tan propria obra de Dios, y tan grande obra, que communmente dicen los sanctos doctores que es mayor obra la justificacion de un pecador, que la creacion del mundo (*h*).

Por lo dicho parece cuán grande argumento sea de la verdad y excelencia de la religion cristiana esta tan notable mudanza que aquí habemos declarado. Lo cual aun se confirma considerando el poco fructo que los filósofos hicieron en esta materia. Porque siendo ellos la flor de todos los ingenios, y el último parto en que la naturaleza empleó mas sus fuerzas, y profesando ellos la doctrina de la virtud, vemos cuán pocos salieron de sus escuelas virtuosos. Por gran cosa cuenta Séneca que habia hecho virtuoso á un amigo suyo, por nombre Lucilo. Mas por el contrario vemos en cuán breve espacio muda la doctrina de Cristo á todos los que se aplican á los remedios della, así hombres como mujeres, y de cualquier estado y condicion que sean, rústicos, labradores, y oficiales mecánicos: los cuales en aplicándose estos remedios, luego se visten de otro nuevo hombre; y de carnales se hacen castos, y de invidiosos benignos, y de escasos liberales y caritativos. Lo cual nunca hizo secta alguna de filósofos. Mas desto aun tratarémos adelante.

CAPITULO XIV.

Décimatercia excelencia de la fe, y religion cristiana: que es alcanzarse por ella la verdadera felicidad y último fin del hombre.

Otra condicion y propriedad de la perfecta ley es hacer á los hombres no solo buenos, sino junto con esto bienaventurados. Porque, sirviéndonos de la comparacion pasada, así como en la medicina, y en el médico que la aplica, consideramos dos cosas, que son el oficio y el fin (porque el oficio es curar, mas el fin es sanar); así en la buena ley ha de haber estas mismas cosas en su manera, que son oficio y fin; y el oficio es hacer á los hombres buenos y virtuosos; mas el fin es hacerlos bienaventurados; porque á esto se ordena la ley y la virtud.

Y esta es otra singular excelencia de la religion cristiana: que ella es la que nos enseña en qué consiste la bienaventuranza del hombre, y por qué medios se alcanza. Y bienaventuranza (segun dice Boecio) es un estado perfecto en el cual se hallan todos los bienes juntos. Para cuyo entendimiento se ha tambien de presuponer que en el corazon del hombre imprimió el Criador una inclinacion y natural deseo de llegar á un estado donde goce de tantos bienes, que ningun bien le falte, y ningun mal ni trabajo le dé pena. Y en busca deste felicísimo estado andan todos los hombres ocupados; aunque muchos se engañan, paresciéndoles que lo hallarán si alcanzaren los bienes que ellos apetecen. Y ser cosa posible llegar los hombres á este tan rico estado, conóscese por este natural deseo que el Criador imprimió en sus corazones; pues está claro que este soberano Señor no hace cosa en vano y sin provecho; y vana cosa fuera ha-

(*h*) D. Thom. 1. 2. quæst 113. art. 9. ex August. ibi in argum. Sed contra.

bernos él criado con este deseo, si no fuera posible alcanzar lo deseado.

Esto entendieron muy bien los filósofos; mas engañáronse grandemente, porque (como arriba dijimos) buscaban esta felicidad en la vida presente, siendo ella mas rica de lágrimas y de trabajos, que de bienes y descansos. Mas como ellos no sabian nada de la otra vida, eran forzados á buscar la bienaventuranza en esta. Sobre lo cual dijeron mil disparates, poniendo unos la bienaventuranza en un linaje de bienes, y otros en otros. Mas la religion cristiana, como tiene á Dios por maestro, nos enseña que este grande bien no se ha de buscar en esta vida, sino en la que esperamos; donde clara y distinctamente verémos y gozarémos de aquella infinita hermosura, y poseerémos aquel summo y universal bien en quien están todos los bienes. Esto demas de ser de fe, se entiende por la capacidad infinita así de nuestro entendimiento como de nuestra voluntad; porque el entendimiento es tan capaz, que aunque sepa cuantas sciencias hay en el mundo, siempre le queda habilidad y deseo natural de saber mas, si mas hubiere que saber. Y la voluntad otrosí es tan capaz, que aunque goce de cuantos bienes hay en la tierra, siempre le queda habilidad para desear mas, y gozar mas si mas hubiere. Y así ni el entendimiento descansará hasta que entienda aquella primera verdad en la cual están todas las verdades, y todo lo que se puede saber; ni tampoco se quietará la voluntad hasta que venga á gozar de aquel bien universal en quien están todos los bienes. Y llegando aquí reposará nuestra ánima como en su proprio centro y lugar de su reposo; y así cesarán los deseos de todos los otros bienes que hay fuera de Dios: lo uno, porque de los bienes finitos á los infinitos (cuales son los de Dios) no hay proporcion ni comparacion; y lo otro, porque esos mismos bienes criados verá por mas excelente manera en el Señor que los crió, que en ellos mismos. Esta es pues la bienaventuranza perfecta que nos enseñó aquel Maestro que vino del cielo; la cual no pudo alcanzar toda la filosofía del mundo. Y en esto se ve la excelencia de nuestra sanctísima religion, la cual así como nos propuso una ley tan perfecta, que no se puede imaginar otra mejor, así nos propone un fin á que ella se ordena, tan alto, que no se puede hallar otro mayor.

§. I.

Bienaventuranza de que los perfectos profesores desta sanctísima religion gozan en esta vida.

Mas aquí es de notar que hay dos maneras de bienaventuranza: una perfecta, que es esta que dijimos, reservada para la otra vida, y otra comenzada, de que gozan no todos, sino los especiales amigos de Dios; los cuales en premio de haber despreciado por él todos los gustos y deleites del mundo, son maravillosamente recreados con las consolaciones del Espíritu Sancto, y con aquel espiritual gozo que Sant Pablo cuenta entre los fructos deste divino espíritu (*a*).

Para tratar desta materia, y declarar la raiz y fundamento della, podré aquí decir lo que dijo el Evangelista Sant Juan cuando quiso darnos desto alguna noticia (*b*): El que tiene oídos (dice él) para oir, oya lo que el Espíritu Sancto dice á las Iglesias. Digo esto, porque no todos tienen disposicion para oir estas cosas; y aun yo tengo recelo de tratarlas, por ser cosas que exceden la facultad de mi entendimiento. Mas porque no faltarán en la Iglesia oídos que esto puedan oir, para estos diré en breve lo que nuestro Señor me diere á entender.

Es pues agora de saber que despues que algunas ánimas tocadas muy de véras de nuestro Señor, se han ejercitado en todos los ejercicios espirituales, como son oraciones, ayunos, vigilias, aspereza de vida, y mortificacion de sus apetitos y proprias voluntades, y obras de caridad, y finalmente en todo género de virtud, andando por el camino de Dios, no con tibieza y negligencia, sino con fervor de espíritu y perseverancia en sus ejercicios, acrescentando cada dia fervor á fervor, y virtud á virtud, y devocion á devocion; finalmente despues desto vienen á alcanzar el amor de Dios que los teólogos místicos llaman unitivo. Lo cual es como despues de haber caminado por el desierto, llegar á la deseada tierra de promision. La condicion deste amor es traer consigo una tan admirable suavidad y alegría en Dios, que con su fuerza prende el corazon de tal manera, que no lo deja ni de noche, ni de dia, ni andando, ni estando, ni trabajando, ni holgando, apartar dél. Porque la fuerza desta suavidad (si decirse puede) es como un engrudo tan recio, ó una prision tan apretada, la cual de tal manera prende y captiva el corazon devoto, que le pone hastío de todas las cosas desta vida, y solo Dios es todo su gusto, su deseo, su pensamiento, su tesoro y su alegría. Y satisfecha el ánima con este bocado tan suave, viene á tener desgusto de todo lo que no sabe á él. Y como se dice de Sancta Cecilia (*c*) que ni de dia ni de noche cesaba de los coloquios divinos, y de la oracion, por el grande amor y gusto que tenia en Dios: así se puede en su manera decir de los que este amor unitivo han alcanzado. Y porque somos tan groseros, que no entendemos la alteza de las cosas espirituales sino por la bajeza de las corporales, ni sabemos leer sino por el libro de nuestra aldea, pondré un ejemplo, aunque profano, para declarar la condicion y grandeza deste amor. Y no se maraville nadie que usemos de tales ejemplos para declarar la fuerza deste amor; pues todo el libro de los Cantares procede por esta semejanza, declarando por la grandeza del amor de los esposos á sus esposas, el que Cristo tiene á su Iglesia. Pongamos pues los ojos en el amor que los poetas atribuyen á la reina Dido para con Eneas, el cual brevemente explicó Ovidio en estos dos versos:

Æneasque oculis semper vigilantibus hæret:
Æneamque animo noxque diesque refert.

Declarando por estas palabras que el ánima herida deste amor, anda tan empapada en él, que de dia y de noche otra cosa ni piensa, ni sueña, ni imagina, sino solo esto que ama.

Arguyo pues agora yo así: Si el espíritu malo, y la corrupcion de la naturaleza es poderosa para robar de tal manera el corazon, que lo traya desta manera alienado, y trasportado en aquello que ama, ¿cómo no será mas poderoso el Espíritu Sancto, y la abundancia de la gracia para traer un corazon mas absorto en Dios, que lo trae un hombre ciego en el amor de una criatura, mayormente siendo Dios (como lo es) un mar de infinita suavidad? Pues por este ejemplo, aunque profano, podrán los hombres, aunque no sean muy espirituales, entender la condicion y fuerza deste divino amor que llamamos unitivo; el cual (como dijimos) de tal manera

(*a*) Galat. 5. (*b*) Apoc. 3.

(*c*) Ecclesia in ejus Offic.

une y prende el ánima con Dios, con una tan grande y tan incomprehensible suavidad, que no la deja pensar, ni repesar, ni descansar en otra cosa fuera dél.

Y para confirmacion de lo dicho no podré dejar de aprovecharme de algunos ejemplos de cosas que cada dia se ofrescen, tratando con algunas personas muy dadas á nuestro Señor. Persona conocí yo un tiempo tan presa deste amor, que en ninguna manera podia cesar de estar siempre actualmente amando y gozando de Dios. Y el gozo era tal, que le quitaba la gana del comer y del dormir; y así venía el cuerpo á debilitarse y enflaquecerse notablemente con la falta de lo uno y de lo otro. Y aconsejada por sus padres espirituales que se divertiese deste ejercicio para acudir á las necesidades del cuerpo, y probándolo hacer por veces, en ninguna manera podia apartarse deste ejercicio; y así padesciendo y adelgazándose el cuerpo, el ánima se engrosaba y gozaba de Dios.

Otras personas conoscí, que las noches enteras, aunque fuesen de invierno, gastaban en este mismo ejercicio, sin que el sueño ni la necesidad del cuerpo las apartase dél. Tales eran aquellas matronas de quien se escribe que se llegaban á la oracion cuando el sol se ponia, y en el mismo lugar las hallaba cuando volvia á amanecer. Y la causa de estar así sin cansar, era la gran suavidad que sus ánimas percibian en Dios; la cual (como dijimos) trae consigo este amor unitivo. Y el fundamento desta verdad es aquella sentencia de Aristóteles, el cual dice que nuestra naturaleza aborresce las cosas tristes, y ama grandemente las deleitables. Siendo pues tan grande la fuerza del deleite, no tendrán por cosa increible los hombres del mundo, perseverar los amadores de Dios las noches enteras en esta communicacion suavísima con él. Mayormente que está escripto desta celestial Sabiduría (*d*), que no tiene amargura ni hastío la communicacion della, sino gozo y alegría. A lo ménos los que gastan las noches enteras en jugar á las cartas, no podrán dejar de confesar esta verdad; porque de otra manera, recia cosa sería decir que no provee el Espíritu Sancto de mayores consolaciones á sus fieles siervos, que la carne y el demonio proveen á los suyos.

Pues volviendo al propósito principal, digo que el que ha llegado á la union deste divino amor, goza ya en esta vida mortal deste linaje de bienaventuranza comenzada; la cual en parte es muy semejante á la venidera, porque trae consigo (como dijimos) una grande suavidad, una hartura del ánima, una satisfaccion, una quietud y reposo interior, y una plenitud y hinchimiento de todos los bienes, que le hace decir de todo corazon lo que Sant Francisco en toda una noche repetia: ¡Oh mi Dios, y todas las cosas! ¡Oh mi Dios, y todas las cosas! Porque de todas les parece que gozan en solo él, y así no les queda mas que desear. Ni es esto de maravillar; porque así como una piedra que cae de lo alto, en llegando á lo bajo está quieta, porque este es su centro y lugar natural, así tambien, como Dios sea el centro de nuestra ánima, la cual fué criada para gozar dél, en llegando aquí, pára y se quieta, y cesa la rueda viva de todos los otros deseos; porque queda ella tan harta con solo este bocado, que no tiene hambre, ni gusto de otra cosa fuera dél. Esta es pues la bienaventuranza con que galardona Dios los trabajos de sus fieles siervos aun en esta vida. La cual es tan grande que se parece mucho con la que esperan en la otra; porque así alegra y apaga en su manera todos los deseos y apetitos del corazon, como la otra. Y tiénense por tan ricos y dichosos con ella, que no trocarian una muy pequeñita parte della por todo el imperio del mundo.

A este dichoso estado habia llegado Sant Augustin; el cual despues de haber gustado esta suavidad, hablando con nuestro Señor, dice así (*e*): Aunque estas cosas bajas tengan, Señor, sus deleites y sus amores, mas no deleitan de la manera que tú. En tí se alegra el justo, porque tu amor es suave y quieto; porque tú hinches los corazones donde moras, de suavidad, y de paz, y dulzura. Lo cual no cabe en el amor del siglo y de la carne, que es congojoso y lleno de turbaciones; y por eso no deja estar quietas las ánimas donde él entra. Ca siempre las solicita con sospechas, y pasiones, y diversos temores. Mas tú, Señor, eres verdadero deleite de los buenos, y con mucha razon; porque en tí está una poderosa y grande quietud, y una vida ajena de toda perturbacion. Y en otro lugar, hablando con el mismo Dios, dice así (*f*): Ya veo la lumbre del cielo con los ojos de mi ánima; y de lo alto luce un rayo que alegra todos mis huesos. ¡Oh si este bien se me diese perfecto y cumplido! Acrescienta tú, Señor, que eres el autor desta luz, acrescienta esta luz que en mi ánima luce; y sea dilatada y ensanchada en mí. ¿Qué es esto que siento? ¿Qué fuego es este que calienta mi corazon? ¿Qué luz es esta que así lo alumbra? ¡Oh fuego, que siempre ardes y nunca mueres, sea yo abrasado de tí! ¡Oh luz, que siempre luces y nunca te eclipsas, alumbra mi ánima! ¡Oh si yo ardiese con este fuego! ¡Fuego sancto, cuán dulcemente ardes! cuán secretamente luces! cuán suavemente quemas las ánimas! Todo esto es de Sant Augustin.

§. II.

Paz interior y alegría que acompaña esta bienaventuranza susodicha.

Pues de la grandeza deste divino amor y suavidad se sigue aquella paz interior, de la cual dice el Apóstol que sobrepuja todo sentido (*g*), porque nadie conoce la virtud y excelencia della, sino el que la ha probado (*h*). Porque esta paz no solo hace que el hombre tenga paz con sus prójimos y con Dios, sino tambien consigo mismo, pacificando y quietando las pasiones de nuestros apetitos con su virtud, y quietando la lucha que la parte inferior de su ánima tiene con la superior, que es el espíritu. Porque la guerra interior que dentro de nosotros padescemos, nace por una parte de la repugnancia de los apetitos de nuestra carne contra el espíritu, y del desasosiego que nos causan los deseos de cosas que desordenadamente deseamos, y de la congoja y pasion que recibimos cuando no las alcanzamos. Por donde cesando estos deseos, queda el hombre en paz, y quietud, y sosiego; porque contento y satisfecho con lo que le han dado, no quiere nada deste mundo, ántes lo desprecia y aborresce.

Esta paz promete el Señor á sus fieles amigos en el libro del sancto Job (*i*), donde entre los privilegios y dones que se conceden á los buenos, uno es, que las bestias de la tierra tendrán paz con él. Pues ¿qué bestias son estas, sino los apetitos y pasiones bestiales de la

(*d*) Sap. 8.

(*e*) Meditat. c. 35. tom. 9 (*f*) Solilöq. cap. 34. tom. 9. in Append.
(*g*) Philipp. 4. (*h*) Apoc. 2. (*i*) Job. 5.

carne que tenemos commun con las bestias, las cuales siendo tan inquietas y bulliciosas con la fuerza de sus apetitos, vienen á quietarse y tener paz con el hombre, cuando se ven satisfechas con otros mayores gustos y deleites que los que ellas apetecian? Porque, segun dice Sant Bernardo (*k*), así como los que del todo se han entregado á los deleites carnales, no gustan de los espirituales, así por el contrario los que gustan los espirituales (que son altísimos y divinos) luego desprecian los carnales (que son vilísimos y bajísimos).

Y junto con esta paz alcanzan la verdadera libertad del espíritu, que se da á aquellos que por haber dejado de ser siervos y esclavos de su carne, vienen á conseguir aquella libertad que es propria de los hijos de Dios; por cuya virtud fácilmente se enseñorean de todas las pasiones y apetitos que ántes los enseñoreaban; y así viene á cumplirse lo que dice el Profeta de los que por virtud de la redempcion de Cristo han salido deste espiritual captiverio (*l*): Que prenderán á los que ántes los prendian, y subjectarán á los que primero los oprimian. Y esta misma libertad los levanta sobre todos los cuidados, y perturbaciones, y temores desta vida y de la otra; y así libres destos impedimentos están presos y unidos de tal manera con Dios, que ni la compañía de los hombres, ni las ocupaciones exteriores los apartan de su presencia. Porque entre la muchedumbre de los negocios conservan la simplicidad del espíritu; y de todas las cosas que ven ó oyen, toman motivo para levantarse á Dios, al cual hallan como presente en todas las cosas. En él tienen todo su amor, en él se ocupan siempre; de tal manera que están como absortos en él, y viendo no ven, y oyendo no oyen. Mas ¿qué palabras bastarán para explicar las riquezas y virtudes destos; la firmeza en su fe, la paz en su esperanza, el gozo en lo que aman, el alegría en lo que desean, la paciencia en lo que sufren, y la fortaleza en lo que emprenden? Estos en los trabajos hallan deleite, en la pobreza riquezas, en la hambre hartura, en el abatimiento gloria, en las injurias honra, en las vigilias de la noche descanso, y en el ejercicio de la oracion paraíso. Pues si es proprio desta bienaventuranza traer consigo todos estos contentamientos y espirituales deleites, ¿cuán cierto es ser verdadera la religion donde tales y tan nobles deleites se hallan?

Y aunque salga un poco del propósito, no dejaré de decir aquí una cosa de mucha edificacion y consolacion para el cristiano lector. La cual es que aunque todas las obras de naturaleza y de gracia prediquen la bondad y amor de nuestro Señor para con los hombres (y así nos inciten y conviden á su amor), pero muy mas especialmente hace esto la abundancia de consolaciones y regalos con que trata á sus familiares amigos. Porque como haya dos maneras de amor: uno esencial, cual es el de los padres para con sus hijos ya criados; y otro blando y tierno, cual es el que tienen á los hijos chiquitos, á los cuales toman en brazos, y abrazan, y besan, y procuran toda recreacion; no se contenta aquel Padre celestial con tener á sus espirituales hijos aquel primer amor, mas ámalos tambien con este amor tierno, regalándolos y consolándolos con la abundancia de sus deleites. Y porque nadie piense que esto sea encarescimiento, oya al mismo Señor que así lo dice por Esaías, hablando con los espirituales hijos desta manera (*m*): A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os halagaré; de la manera que una madre regala á un hijo chiquito, así yo os consolaré.

Pues ¿qué cosa mas tierna, mas blanda y mas amorosa que esta? Y es tan proprio este oficio del Espíritu Sancto, que con ser tantos los efectos que obra en las ánimas, deste (como de muy principal) quiso intitularse, llamándose Paracleto (*n*), que quiere decir consolador; cuyas consolaciones muchas veces son tan grandes, que no las puede la flaqueza del cuerpo corruptible soportar. Y así se escribe de aquel Sancto Efrén (*o*), que era tan grande el gozo espiritual que recibia en la oracion, que no pudiendo sufrir la vehemencia dél, decia: Señor mio, apartáos un poco de mí; porque no puedo sufrir el ímpetu de vuestras alegrías. Otras veces decia: Señor, detened un poco las ondas de vuestras gracias. Otro sancto varon, viéndose grandemente visitado de nuestro Señor, y considerando que no podia corresponder con sus servicios á tan grandes mercedes, decia: No tanto, Señor, no tanto; porque ni me hallo digno de tanta consolacion, ni sé cómo os la pueda servir. Otra persona decia: Señor, cuando no os tengo, no me sufro; y cuando os tengo, no os puedo sufrir. Lo cual todo nos declara cuánta sea la fuerza de las consolaciones divinas, pues sobrepuja la facultad de las fuerzas humanas. Esta es aquella grande alegría de que dice el Profeta (*p*): El ímpetu del rio alegra la ciudad de Dios.

Otras veces visita él las ánimas con una sosegada y quieta alegría, y con aquella paz interior de que arriba tratamos. La cual con ser tan quieta, es tan penetrativa y tan grande, que la abundancia della (si decir se puede) rebosa en la misma carne, de tal manera que viene el hombre á decir con el Profeta (*q*): Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo. Y con ser la carne tan contraria á los ejercicios del espíritu, viene contra su naturaleza á deleitarse tanto en ellos, que como dice Sant Buenaventura (*r*) siente pena si la apartan de cosa que ella tanto gusta. Pues ¿quién pensara que la carne sucia y mal inclinada, y enemiga de todos los espirituales ejercicios, podia llegar á este estado? Pero no es maravilla que tales relieves le quepan de tal convite. Porque esta es aquella cena de que dice el Señor por Sant Juan (*s*): Mirad que yo estoy á la puerta llamando; si alguno me la abriere, yo cenaré con él, y él cenará conmigo. Pues ¿cuáles serán los manjares y potajes que Dios administrará en esta su cena real? ¿Cuales han de ser, sino conformes á la grandeza de sus riquezas, y de su bondad, y magnificencia, y amor? Pues ¿qué cosa mas admirable, que venir aquel Señor, de cuya majestad tremen los principados y poderes del cielo, á convidar desta manera los viles hombrecillos y vejezuelas que andan rastrando por la tierra? Muchas de las cuales apénas tienen un pedazo de pan para comer; y pasa Dios por reyes y príncipes sin hacer caso dellos, y regálase con estas. ¿Qué cosa mas admirable que decir aquel Señor que es gloria de los ángeles, que sus delicias son estar con los hijos de los hombres (*t*)? Pues ¿qué es esto, sino tratar Dios á sus fieles siervos como la madre á su hijo chiquito, á quien regala, y con quien ella se regala (*v*)? Pues esta es una de las cosas que mas aficiona las ánimas al amor de su Criador, viendo que no se contenta con la grandeza de los bienes que les tiene aparejados

(*k*) In Ascens. Dñi. ser. 5. et. Epist. 2. (*l*) Esai. 14. (*m*) Esai. 66.

(*n*) Joan. 14. (*o*) In Vit. PP. (*p*) Psalm. 45. (*q*) Psalm. 83. (*r*) In Stimul. amor. li. p. c. 1. (*s*) Apoc. 3. (*t*) Prov. 8. (*v*) Esai. 66.

en la otra vida; sino tambien los regala, alegra y consuela, y trata con la suavidad y blandura que decimos, en este destierro. Y cuando ellos por una parte consideran la alteza de aquella majestad, y por otra su bajeza, y ven cuán amorosamente trata un Señor tan grande á criaturas tan bajas, no acaban de espantarse, y alabarle, y darle gracias, y derretirse y arder en su amor.

Volviendo pues á nuestro propósito principal, si el fin de la perfecta ley es hacer á los hombres bienaventurados, alegres y contentos, ¿cuán excelente es la ley de los cristianos, la cual nos propone estas dos bienaventuranzas tan gloriosas, una para la vida advenidera, y otra para la presente?

CAPITULO XV.

Décimacuarta excelencia de nuestra fe, que es haber desterrado la idolatría del mundo.

No pára aquí la virtud y eficacia desta sanctísima rereligion: pasa aun adelante. Porque estos dos efectos que aquí habemos señalado, son de personas particulares; otros hay universales que tocan á todo el mundo. Entre los cuales el primero es, que la predicacion desta sancta religion desterró la idolatría del mundo. En lo cual (dejadas otras muchas circunstancias que aquí entrevinieron, de que adelante se trata) hay tres cosas tan grandes, que ningun ingenio ni lengua humana las podrá engrandescer como ellas merecen. La primera es, que despues de Dios haber encarnado y padescido, es mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, fué desterrar la idolatría dél. Porque así como se dice de la naturaleza del bien, que cuanto es mas commun y mas general, es mas divino, porque aprovecha á muchos; así por el contrario, cuanto el mal fuere mas universal, será mas pestilencial y mas dañoso. Y tal era este, pues estaba generalmente recebido, y extendido por todas las naciones del mundo, que es cuasi por todo lo que cubren los cielos. Porque aquel engañador del linaje humano todo lo habia ocupado, y en todas las islas y rincones mas escondidos de la mar y de la tierra habia derramado esta mortal pestilencia. Mas ¿qué diré de la antigüedad della; pues era de tiempo inmemorial? ¿Qué de la malicia della; pues por ella se cometia una tan grande blasfemia, como era quitar á Dios su silla y corona real, y entronizar en ella el mayor de sus enemigos, que es el demonio? Pues con razon decimos que este ha sido el mayor y mas universal beneficio de cuantos se han hecho al mundo; y por consiguiente que ningun hombre hasta hoy ha parecido en el mundo, que mayor bien le hiciese, que Cristo nuestro Redemptor; pues por la predicacion de su Evangelio fué el mundo librado desta tan grande, tan mortal y tan antigua tiranía del demonio. Pues si este Señor fuera el que los judíos creian, diciendo que era blasfemo, porque siendo hombre se hacia Dios (que es el mayor de los pecados), ¿cómo era posible que de cosa tan abominable procediese este tan grande bien?

Lo segundo decimos que acabarse esta obra fué la cosa mas dificultosa de cuantas ha habido y habrá en el mundo. Porque todo él con todos los reyes y emperadores y con todos los sabios y poderosos de la tierra, se pusieron en armas para defender esta pestilencial superstición, y extinguir nuestra religion; y esto con tanto derramamiento de sangre, y con tantas invenciones de tormentos, cuantos nunca fuéron vistos ni imaginados. Porque aquel dragon infernal derramó cuanta ponzoña tenia en los corazones de los hombres, para que despojados de toda humanidad, ejecutasen en los cuerpos de los mártires las crueldades que los demonios, enemigos capitales de Cristo, les enseñaban. Y lo que mas es, esta batalla no duró por veinte, ó treinta, ó sesenta años, sino por mas de trecientos años. Porque duró hasta el tiempo del emperador Constantino; el cual juntó el concilio Niceno trecientos y treinta y tres años despues del nascimiento de nuestro Salvador. Y aun ni aquí se acabó, porque despues succedió la cruel persecucion del apóstata Juliano, y del emperador Valente, arriano. En las cuales persecuciones fuéron tantos los muertos y despedazados por la fe, que sobrepujan todo lo que aquí podemos decir. Véase pues si ha habido jamas en el mundo otra cosa mas dificultosa de acabar.

La tercera cosa es tal, que eran menester lenguas de ángeles para explicarla; que es ver con qué linaje de pertrechos y armas se acabó esta tan grande hazaña. Pues ¿cuáles habian de ser las armas con que Dios triunfase del infierno y del mundo, sino dignas de tal vencedor y triunfador? Y cuáles eran estas? No cierto armas de hierro, no ejércitos poderosos, no sabiduría de filósofos, no elocuencia de oradores, no grandes riquezas que todos los ánimos corrompen; sino armas divinas, que fuéron las virtudes sobrenaturales que Dios infundia en los corazones de los sanctos mártires; que eran una fe vivísima, una fortaleza invincible, una constancia inexpugnable, una paciencia admirable, una lealtad para con su Criador fidelísima, un ánimo generosísimo, un corazon despreciador de todas las amenazas y promesas de los tirannos, un señorío sobre todo lo que el mundo les podia hacer de bien y de mal, como personas muertas al mundo, y vivas á solo Dios. Pues con estas virtudes y armas sobrenaturales y divinas (con las cuales solo Dios podia armar sus caballeros) vencieron muriendo, triunfaron padesciendo, desterraron al demonio siendo ellos desterrados, derribaron sus altares estando ellos caidos, y pisaron sus estatuas siendo ellos pisados y acoceados. Y con toda esta flaqueza pudieron tanto, que acabada esta tan larga y tan reñida conquista, pusieron por tierra los templos de los ídolos, derribaron sus altares, quemaron sus imágines, y los que eran adorados por dioses, vinieron á ser despreciados y fundidos (como ellos lo merecian) para hacer pailas y calderas para servicio de las iglesias, sin que fuese parte para defenderlos toda la potencia del mundo y del infierno. ¡Oh victoria gloriosa! ¡oh nueva manera de pelear! ¡oh poderosas armas, no fabricadas en las herrerías de Milan por manos de hombres, sino forjadas en el cielo por virtud del Espíritu Sancto! Muy bien pudiera aquel omnipotente Señor convertir el mundo con una sola palabra, como lo hizo en la conversion de Nínive por la predicacion de Jonas (*a*): mas no lo quiso hacer así; porque eso fuera vencer al mundo con el brazo de su omnipotencia. Mayor gloria suya fué vencer todos los monarcas del mundo con la flaqueza de las tiernas doncellas, y de todos los otros sanctos mártires, que hicieron escarnio dellos, y de todos sus tormentos. Y no solo para mayor gloria suya, mas tambien para mayor gloria y corona de los mismos mártires; los cuales con el trabajo de un dia merescieron el alegría de todos los siglos. Y sobre todo esto para

(*a*) Jonæ 3.

gloria de la redempcion de Cristo; por cuyos merecimientos se dió á ellos esta tan grande fortaleza y gracia con que triunfaron del mundo, como adelante se dirá.

CAPITULO XVI.

Décimaquinta excelencia de nuestra fe, que fué la reformacion del mundo.

No se puede negar sino que sobrepuja toda admiracion este efecto y beneficio que obró en el mundo la predicacion del Evangelio; mas con todo eso tengo por mas admirable el que agora diré: que es la reformacion de las costumbres, y la novedad de vida que en infinitas maneras y estados de personas se vió cuasi en todas las partes del mundo, como consta por todas las historias eclesiásticas. Y digo ser esta obra mas admirable, porque mas dificultosa cosa es mudar la voluntad de la mala vida á la buena, que convencer el entendimiento al conoscimiento de la verdad; lo cual á veces se hace con una buena razon, ó con algun milagro (aunque no sin tocamiento de Dios). Mas despues de rendido el entendimiento hay mucho camino que andar hasta llegar á reformar la voluntad, y conservarla en el bien. Lo cual se ve en las costumbres de muchos cristianos, que estando muy enteros en la fe, están muy rotos en la vida, sin haber sermones, ni temores de muerte, ni juicio, ni infierno que basten para reformar su voluntad.

Para entender la grandeza desta obra traeré el ejemplo de aquel grande orador de Grecia, Isócrates; el cual tomando á cargo algun mancebo para enseñarlo, si nada sabía, pedia sola una paga; y si habia sido enseñado de otro, pedia dos; una por desenseñarle lo mal sabido, y otra por enseñarle de nuevo. Digo esto para que se entienda la dificultad grande desta obra. Porque una dificultad fué desarraigar á los hombres de sus deleites, y torpezas, y mala vida, confirmada con la costumbre de muchos años, y con los malos ejemplos de sus mismos dioses; y otra levantarlos á la perfeccion de la vida evangélica. Y cuáles hayan sido las costumbres de los hombres ántes de la predicacion del Evangelio, Sant Pablo lo declara luego al principio de la epístola á los romanos (*a*): donde cuenta tantas maneras de abominaciones, y vicios, y carnalidades que habia en los gentiles, que ponen espanto á quien quiera que las lee. Lo cual entiendo yo por esta comparacion. Vemos que muchos de los cristianos que tienen fe y sacramentos que dan gracia, y creen que hay juicio, y paraíso, y infierno, y que Dios murió en cruz, por satisfacer por los pecados, y por desterrarlos del mundo; con tener esto por fe, viven (como vemos y lloramos) tan dados á todo género de vicios, como si nada desto creyesen. Pues los que nada desto creian, ni sabian cosa cierta de la otra vida, ni pensaban que habia mas que nascer y morir, y los dioses que adoraban eran adúlteros y carnales, ¿cuáles habian de ser los que los adoraban, sino tales como ellos? Y así en aquel tiempo estaba abierta puerta á la carne, y dada licencia para que sin ningun freno de temor ni respecto de Dios se derramase por todas las abominaciones que quisiese, y buscase todas las invenciones de cobdicias, y deleites, y carnalidades que se le antojasen; en tanto grado que hasta los mismos filósofos que profesaban la virtud en Grecia, estaban contaminados con vicios feísimos, como Sant Hierónimo refiere sobre el cap. II de Esaías (*b*). Esta pues fué la primera dificultad que hubo en este negocio. Para lo cual era necesario desentablar el mundo del estado miserable en que vivia, no solo desarraigándole de los vicios en que estaba hasta los ojos atollado, sino tambien abrogando las leyes antiguas de sus mayores, y los fueros y costumbres inmemorables de tantos siglos, guardadas por todos los reyes y emperadores del mundo; las cuales no solo autorizaban con la dignidad de sus personas, mas tambien las defendian á fuego y á sangre.

Pues la maravilla de la gracia del Evangelio fué, que deste linaje de hombres pudo hacer esta gracia hombres celestiales y divinos, y semejantes en la pureza de vida á los mismos ángeles; y esto no en sola Judea (donde comenzó la predicacion del Evangelio), sino en todas las naciones del mundo, como consta por todas las historias eclesiásticas.

§. I.

Profecías desta mudanza y conversion del mundo.

Esta circunstancia de la cualidad de los hombres en quien la predicacion del Evangelio hizo esta mudanza, engrandesce el Señor debajo de diversas metáforas y semejanzas que declaran la fiereza de aquellos hombres en quien ella se hizo. Lo cual nos representa divinamente aquel lienzo que fué mostrado al apóstol Sant Pedro (*c*), lleno de víboras, y serpientes, y de otros fieros y ponzoñosos animales; para significarnos qué tales eran los hombres que Dios habia de sanctificar y llevar al cielo, adonde aquel lienzo se volvió. Y conforme á esto la Escriptura de los profetas unas veces los compara con leones y tigres, y osos, y serpientes; y dice que en compañía destos pascerán las ovejas, y los corderos, y becerros, sin recibir daño alguno dellos (*d*): otras veces los compara á avestruces y dragones, y otras bestias del campo; y estas dice el mismo Señor que lo alabarán y glorificarán con la sanctidad y pureza de la vida que han de hacer (*e*): otras veces los compara con los páramos, y sequedales, y tierras estériles, y árboles silvestres, que ningun fructo dan sino para bestias. Y para declarar la mudanza que en estos hará, dice por Esaías estas palabras (*f*): Yo haré brotar rios en lo mas alto de los collados, y fuentes de agua en medio de los campos. Haré que en los sequedales y tierras desiertas haya estanques de aguas, y que en la tierra por donde nadie caminaba, nazcan rios y fuentes. Haré que en la tierra yerma que ningun fructo daba, nazca el cedro, y la espina (que es árbol incorruptible), y el arrayan, y el olivo, y la haya, y el álamo, y el boj. Pues por estas comparaciones quiere el Señor declarar esta tan maravillosa mudanza que él hizo en la gentilidad, que era como una tierra estéril que ningun fructo de verdadera virtud y sanctidad llevaba, y como un desierto donde no hay sino zarzas, y aulagas, y árboles silvestres, que no sirven mas que para el fuego. Pues cuando el Señor dice que esta tierra estéril, sin frescura, sin agua y sin fructo, será llena de frescuras y rios de aguas, nos quiere declarar la extraña mudanza que él habia de hacer en las vidas y costumbres destos hombres bárbaros y fieros; de los cuales procedió tan gran número de sanctísimos pontífices, y sacerdotes, y doctores, y monjes, y otros sanctos confesores y vírgines. Y para que entendiésemos cuán admirable obra era esta, y cuán digna de la omnipotencia de Dios, añade luego el Señor estas palabras (*g*): Para que por esta

(*a*) Rom. 1. (*b*) Esai. 2. Hieron. ibi. ad vers. 6.

(*c*) Act. 10. (*d*) Esai. 11. 65. (*e*) Esai. 43. (*f*) Esai. 41. (*g*) Ibid.

obra vean los hombres, y sepan, y piensen, y entiendan que la mano del Señor hizo esta mudanza, y el sancto de Israel la pudo acabar. Cuatro palabras pone que significan lo mismo, para darnos á entender cuán grande obra haya sido esta, y cuánto queria él que fuese pensada, y repensada de nosotros, para ser él por ella glorificado. Y aunque esta mudanza de vidas y corazones de un tan grande extremo á otro sea tan admirable; pero mas me espanta aquí el primer extremo, que el segundo: que es ver que tales hombres, cuales fuéron estos ántes que Dios los mudase, los hizo tales, cuales fuéron despues que los mudó; pues vemos cuánto cresce la alabanza de un oficial, cuando de una materia vil hace una obra de gran primor y perfeccion.

§. II.

Admirables fructos de sanctidad que desta obra se siguieron.

Todas estas profecías y otras muchas que sería largo proceso traerlas aquí, declaran la reformacion de las vidas, que habia de causar la venida de nuestro Salvador en el mundo. La cual tambien profetizaron las sibilas, y señaladamente la sibila Cumea (como adelante veremos). Porque dice que cuando este nuevo hombre viniese del cielo á la tierra, se habia de levantar una gente dorada en el mundo; significando por esta metáfora de oro el precio y resplandor de la vida desta nueva gente.

Cuán grande reformacion haya sido esta, y cuánta infinidad de sanctos se levantaron de los gentiles (que en las costumbres son aquí comparados con bestias fieras, y con dragones y serpientes), eran menester lenguas de ángeles que esto pudiesen declarar. Por tanto, como esto sobrepuje lo que nuestra lengua puede explicar, usaré de un breve y compendioso medio, que es remitir al piadoso lector á cualquiera de los martirologios (que son summarios de las vidas de los sanctos) que están escriptos; y señaladamente al que agora salió á luz por mandado de nuestro sanctísimo padre Gregorio XIII, donde hay trecientos y sesenta y seis capítulos (que llaman kalendas), para todos los dias del año; y allí verá tanta infinidad y variedad de sanctos y sanctas en todos los estados, y edades, y condiciones de personas, de hombres, de mujeres, de viejos, de mozos, de niños, de vírgines, de casadas y de personas de alto estado, que no podrá dejar de maravillarse viendo tantas riquezas y tesoros de sanctidad como aquí verá. Y como se escribe de la reina Sabá (h), que desfallecia su espíritu considerando las grandezas de la casa de Salomon, así desfallecerá el suyo considerando las riquezas de la casa del verdadero Salomon, que es Cristo; y tanto mas, cuanto es mayor Cristo que Salomon, y mas admirables las riquezas espirituales que duran para siempre, que las temporales que se acaban con la vida.

Aquí verá un ejército de innumerables mártires, así de hombres como de mujeres, y de vírgines muy delicadas, y de otras innumerables gentes que padescieron con incomparable fortaleza y constancia tormentos nunca vistos ni oidos, por no perder un punto de la fe y lealtad que debian á su Criador. Muchos de los cuales, sin ser buscados, se ofrecian voluntariamente á los tormentos, deseando derramar su sangre por aquel Señor que por ellos derramó la suya. Y estos en tan grande número, que á veces padescian ciento juntos, y trecientos, y cuatrocientos, y mil, y cuatro mil, y seis mil, y diez mil, y quince mil, y diez y siete mil, y veinte mil, y treinta mil, y á veces pueblos y ciudades enteras; como lo podrá ver quien leyere el martirologio de que agora hecimos mencion. Y á veces no señala número cierto, mas que decir que eran innumerables. Lo cual singularmente declara la virtud y eficacia de la sangre de aquel Cordero, que tan liberal y magníficamente comunicó su gracia á tantos cuentos de ánimas para hacer un acto tan heróico, como es padescer martirio por la gloria de Dios. En esta nuestra edad cuando oimos decir que en Africa, ó en Turquía, ó en Inglaterra padesció algun cristiano grandes tormentos por la fe, nos maravillamos y alegramos, y damos gracias á Dios por cosa tan nueva y tan rara. Mas en aquel tiempo era cosa tan ordinaria martirizar los cristianos, que cesaba ya la admiracion desta tan grande obra, por ser tan usada y cuotidiana. Entre las grandezas de Salomon se escribe (i), que era tanta la abundancia de plata que habia en su tiempo, como de piedras; y que ya no se hacia caso de la plata, por haber multiplicado en tanta abundancia. Pues si esta es gran maravilla, ¿cuánto mayor lo es que por virtud de la gracia de nuestro Salomon haya habido en la Iglesia tan grande número de mártires, que ya no se espantaban en aquel tiempo los cristianos de ver este tan cuotidiano derramamiento de sangre, como nos maravillamos agora cuando sabemos de algun nuevo mártir? Y si el martirio es una cosa tan gloriosa (como adelante se verá), ¿cuáles serán las riquezas espirituales de nuestro Salomon, pues trajo al mundo tanta abundancia dellas?

§. III.

Confesores sanctísimos que ha dado esta mudanza á la Iglesia.

Despues del ejército de los mártires verá otro de varones apostólicos: que es, de sanctísimos doctores, y predicadores del Evangelio, y de vigilantísimos pontífices; de los cuales muy pocos acabaron sus vidas sin sangre. Y como estos eran succesores de los apóstoles, así tambien eran imitadores de su fe, de su constancia, de su caridad, del celo de la salvacion de las ánimas, y del cuidado de apascentar su ganado con los ejemplos de su doctrina y vida sanctísima. Donde verá cumplida aquella promesa del Señor por Hieremías, que dice (k): Daros he pastores conformes á mi corazon; y apascentaros han con ciencia y doctrina. Los cuales cuando se ofrecian peligros de lobos, ó otras fieras, no desamparaban el ganado (como hacen los pastores jornaleros), sino como imitadores de Cristo, buen pastor, acarreaban sus ovejas, y se ponian en la delantera, ofreciéndose al peligro para animar con el ejemplo de su fortaleza á su ganado. Y cuando esto vea, no se maravillará de la sanctidad de los fieles de aquel tiempo; pues tales eran los pastores que los regian.

Y no ménos verá ahí diáconos y sacerdotes religiosísimos, imitadores de sus pontífices, y fidelísimos ministros y ayudadores dellos. En los cuales verá cumplido lo que communmente se dice, que entónces los cálices de barro tuvieron sacerdotes de oro; mas agora los cálices de oro tienen los sacerdotes de barro. Lo cual no se dice por los buenos, sino por los que no lo son.

Pasemos de los sanctos pontífices y varones apostólicos, á los monjes de Egipto; de los cuales unos vivian en communidad, otros en soledad, escondidos del mundo,

(h) 3. Reg. 10.

(i) 3. Reg. 10. (k) Hierem. 3.

y apartados no solo de la compañía de los hombres, sino de toda humana consolacion; sustentándose con raices de yerbas, y ocupándose dia y noche en la contemplacion de las cosas celestiales; con cuyo pasto eran de tal manera recreados y consolados, que podian sufrir alegremente los trabajos de aquella extremada pobreza, y abstinencia, y soledad.

La manera de vida destos sanctos varones escriben gravísimos y sanctísimos doctores, en cuyos tiempos florecia esta celestial disciplina: cuales fuéron, Hierónimo, Augustino, Basilio, Crisóstomo, Casiano, Clímaco, Eusebio Cesariense, y la historia Tripartita; y allende destos Paladio, obispo de Capadocia, y contemporáneo de Sant Hierónimo, con otros seis compañeros religiosos que partieron de Palestina á pié y descalzos, para visitar los sanctos padres que moraban en la tierra de Egipto; y dos dellos escribieron las maravillas que vieron: que eran millares de monjes que vivian debajo de la obediencia de sus padres, á veces dos y tres mil, y á veces cinco mil; los cuales despreciados todos los halagos y gustos del mundo, y puestos todos sus deseos y pensamientos en Dios, imitaban la vida de aquellos espíritus soberanos, ocupándose siempre en amar y alabar á su Criador, teniendo los cuerpos en la tierra, y los pensamientos y deseos en el cielo; y viviendo en la carne, como si estuvieran fuera della. Y verá en ellos una continua oracion de noche y de dia, unos espíritus tan elevados en Dios con las alas de la contemplacion, unas abstinencias admirables de muchos que pasaban las semanas enteras sin algun mantenimiento corporal, recreados y sustentados con la abundancia de las consolaciones divinas, que del espíritu redundaban en la carne.

Y entre estas cosas refieren una digna de eterna memoria; y es, que en una ciudad vecina de Tébas, llamada Oxirinco, adonde aportaron, era tan grande la sanctidad de los moradores della, que igualmente hacian oracion en la plaza que en la Iglesia. Y visitando al sancto y dichoso pastor de tan escogido ganado, supieron dél que en aquella tierra habia diez mil monjes, y veinte mil vírgines. Pues, ¿quién no queda atónito con esta maravilla? ¿Quién no ve aquí la eficacia de la redempcion y sangre de Cristo, y la excelencia de su Evangelio; pues la predicacion dél fué causa de toda esta sanctidad y mudanza de vida, y mas en gente que tan atollada estaba en el cieno de todos los vicios? ¿Cuándo, despues que el mundo es mundo, se vió tal maravilla, tal sanctidad y tal pureza de vida?

§. IV.

Doncellas delicadas que han abrazado la Cruz y doctrina evangélica.

Y lo que es aun cosa de mayor admiracion, no solamente los varones robustos, mas tambien las vírgines nobles y delicadas abrazaron el rigor y propósito desta vida. Lo cual refiere Sant Crisóstomo como testigo de vista (*l*), porque en su tiempo florescian estas virginales plantas, donde verá el cristiano lector, no solo la excelencia de nuestra religion, sino tambien la fuerza del amor de Cristo cuando se apodera de un corazon. Lo que dice pues este sancto destas vírgines en sentencia, es lo que se sigue. Doncellas de poca edad, acostumbradas á estar todo el dia asentadas en sus estrados, acostadas en sus camillas blandas, por ser ellas de su complexion natural delicadas, y mucho mas por la costumbre y regalo de la vida (las cuales en ninguna cosa se ocupaban sino en ataviarse y vestirse de ropas mas delicadas que sus mismos cuerpos, adornando sus cuellos con joyeles y collares de oro, sirviéndose de muchas criadas que traian al derredor de sí, y cercadas por todas partes de perfumes y ungüentos olorosos), estas pues, cuando fuéron tocadas del fuego del amor de Cristo, despidieron de sí todas estas blanduras y delicadezas, y olvidadas de su edad, y de los regalos de la vida pasada, abrazaron de todo corazon la pobreza y aspereza de la Cruz de Cristo. Pareceros han por ventura cosas increibles las que acerca desto os diré; mas no lo son. Porque tengo noticia que muchas destas vírgines que con tanto regalo trataban sus cuerpos, vinieron por amor deste Señor á tratarlos con todo género de aspereza. Porque andan vestidas de jerga, y los piés descalzos, teniendo por cama un saco de paja, y gastando la mayor parte de la noche en vigilias y oraciones; y la cabeza que ántes con tanta diligencia adornaban, traian con un vil lienzo cubierta, y los cabellos mal atados, sin alguna curiosidad. Su comer es una vez al dia, y esta en la tarde, y el manjar no es hortaliza, ni pan de trigo, sino habas, garbanzos, aceitunas y higos. Su oficio es ocuparse en labrar lana mas áspera que la que sus criadas hilaban en sus casas. Y no ménos se ejercitan en la cura de las enfermas, lavándoles los piés, y llevándolas sobre sus hombros cuando es menester mudarlas de una parte á otra, no desdeñándose de servir en los oficios mas viles y bajos de la cocina, y en otros semejantes. Tanto es lo que puede (como dije) el fuego del amor de Cristo, y tan poderosa es el alegría del Espíritu Sancto para vencer la naturaleza. Lo susodicho en sentencia es de Sant Crisóstomo.

Esto refiere este sancto doctor de aquellas vírgines de su tiempo. Mas ni faltan aun agora en estos nuestros tiempos que cada dia lamentamos, otros ejemplos semejantes. Porque, ¿cuántas doncellas nobles y delicadas vemos cada dia, las cuales teniendo riquezas, y edad, y hermosura para poder casar honradamente, y siendo para ello importunadas de sus padres, despreciaron todo esto, y escogieron los monasterios mas ásperos y encerrados que se hallaban en la tierra, para sacrificar allí sus cuerpos y ánimas al Esposo celestial; desterrándose del mundo, y de la dulce compañía de sus padres, trocando la seda por el sayal, y las riquezas por la pobreza, y la libertad por el encerramiento, y el señorío por la subjeccion, y las galas por los cilicios, y los manjares delicados por los ayunos, y los regalos de la carne por la mortificacion de todos sus gustos y apetitos? Pues, ¿quién no reconoscerá aquí las fuerzas de la gracia, y la virtud del Evangelio?

Porque es cierto que como la piedra tiene natural inclinacion á decender á lo bajo, así nuestra carne (cuanto es de su naturaleza) es tan inclinada al amor de todas las cosas que le son favorables: como son riquezas, honras, deleites, y todas las blanduras y regalos de la vida, como lo vemos en los hombres del mundo que se deperecen por estas cosas, y huyen como de la muerte de las contrarias. Pues ver una criatura compuesta desa misma carne, aborrescer como peste todas estas cosas que el mundo adora, y abrazar con toda voluntad estas que el mundo aborresce, claro está que no procede esto de la misma carne, sino lo contrario; luego otra virtud sobrenatural habemos aquí de confesar, la cual preva-

(*l*) Homil. 13. ad Ephes. Moral. tom. 4.

lesce contra la naturaleza de la carne de tal manera, que mortifica y adormece sus naturales inclinaciones para que no perviertan al espíritu. Pues si tendríamos por gran maravilla que la piedra no decendiese, ó que el fuego no quemase, ¿cómo no será maravilla que estando nuestro espíritu cercado de carne, cese ella de hacer su oficio, y usar de sus malas mañas con que suele oprimir al espíritu? Y aunque en algunas personas se hace esto con dificultad y contradiccion; pero en otras es tanta la abundancia de la gracia, y de la paz interior que nuestro Señor les da, que está la carne como una serpiente encantada, que aunque es verdadera serpiente, está su ponzoña y malicia suspensa, y como adormecida para no perturbar la paz del espíritu, como ántes solia. Y en este tiempo canta el hombre con el profeta David (*m*): En el camino, Señor, de tus mandamientos me deleité, así como en todas las riquezas del mundo. Y si esta paz interior del ánima se diese á pocos, podríamos decir que una golondrina no hacia verano; mas los que tienen por oficio tratar consciencias de personas espirituales, saben á cuántas ánimas communica nuestro Señor esta gracia.

§. V.

Particulares ejemplos acerca de lo dicho.

Mas porque todo esto se ha dicho en commun, decendamos á tocar algo en particular, refiriendo algunos ejemplos de muchos que se pudieran traer; y estos de personas ilustres, porque en estos se ve mas claro la virtud de la gracia y de la humildad; porque tanto es mas admirable esta virtud, cuanto los estados son mas altos. Porque, como dice muy bien Sant Bernardo (*n*), vivir en estado alto sin tener corazon altivo, no es obra de la naturaleza humana, sino de la gracia divina. Esto pues nos declara Sant Luis, rey de Francia; el cual con toda su grandeza se recogia en un lugar secreto, y allí lavaba los piés y las manos de los pobres, y los limpiaba y besaba con toda humildad y reverencia por ejemplo de Cristo. Y despues desto, ¿qué cosa es ver á la emperatriz, mujer del emperador Teodosio, andar por los hospitales y casas de enfermos sirviéndoles por su propria persona como una moza de servicio? ¿Qué es ver á Sancta Isabel, hija del rey de Hungría, hacer lo mismo, y aplicar ella con sus manos los emplastros y medicinas á las llagas de los bubosos y sarnosos? Pues, ¿qué diré de la mudanza de vida, y de las obras de humildad en que se ocupaba aquel noble varon, por nombre Galicano, despues que se convertió á nuestra sancta fe, habiendo sido cónsul en Roma? Porque (como escribe Usuardo en su martirologio) corrió tanto la fama desta mudanza de vida, que venian muchos de las partes de Oriente y de Occidente, á ver un hombre tan principal lavar los piés de los pobres, ponerles la mesa, darles aguamanos, servir con toda diligencia á los dolientes, y finalmente ejercitar todos los oficios desta sancta servidumbre de Cristo.

Pues, ¿qué diré de la continencia de Sant Eduardo rey de Inglaterra, y de la reina su mujer? Obligaron los grandes del reino á este sancto Rey á que se casase, por proveer en la succesion del reino; y buscáronle una nobilísima y honestísima doncella, no ménos virtuosa que él. Y ordenado el casamiento, trataron ambos de conservar perpetua virginidad; de lo cual no quisieron que hubiese otro testigo mas que Dios. De manera que ella se hace su mujer con el espíritu, no con la carne; y él marido, no con el cuerpo, sino con el ánima; y persevera entre ellos sin la obra del matrimonio el amor matrimonial, y la liga del casto amor sin menoscabo de la pureza virginal. El es amado sin alguna corrupcion, y ella amada sin ser dél tocada. Pues, ¿quién no reconoscerá en esta obra la virtud inestimable de la divina gracia? Sant Bernardo (*o*) tiene por mayor milagro conversar familiarmente con mujeres de sospechosa edad, y no desvarar, que resuscitar muertos. Pues segun esto, ¿cuán grande maravilla fué conversar tan familiarmente estos dos sanctos casados, no un año, ni dos, sino toda la vida, y comer ambos á una mesa, y amarse entrañablemente (pues no hay cosa mas amable que la virtud y la honestidad), sin por eso perder la flor de su pureza virginal? Mas el Señor, que esta singular pureza dió á este sancto Rey, quiso dar della testimonio. Porque á cabo de treinta y seis años de su glorioso tránsito, abriendo su sepultura, hallaron su cuerpo tan entero, y tan flexible, y sus vestiduras tan enteras como el dia que lo sepultaron. Desta manera pues honra Dios á los amadores de la castidad.

Y no es cosa ménos admirable la que hizo este sancto Rey; porque diciéndole un pobre andrajoso y lleno de llagas podridas, que el apóstol Sant Pedro le mandaba que lo tomase á sus cuestas, y lo llevase dende el palacio real hasta la iglesia del mismo apóstol, sin mas exámen ni testimonio que este, tomó á sus cuestas al pobre, tiñiéndosele de sangre y materia las vestiduras reales, y escarneciendo dél sus criados, y así lo llevó, y puso ante el altar del dicho apóstol, y súbitamente lo alcanzó sanidad. Pues ¿qué dirá aquí la prudencia humana? Claro está que diria ser esta obra indigna de la autoridad y majestad real; mas la prudencia divina, y el succeso del milagro nos muestran lo contrario.

Y decendiendo á personas de menor autoridad, ¿qué maravilla es ver al bienaventurado Sant Alejo estar diez y ocho años en un rincon de la casa de su padre en hábito de pobre y peregrino, sufriendo muchos malos tratamientos y injurias de sus criados, y ver delante de sus ojos las lágrimas de sus padres viejos, y las de su muy querida esposa, y la abundancia y riquezas de su casa; y con todo esto perseverar todo este tiempo en aquella tan gran pobreza y aspereza de vida, sin que nada de lo dicho enterneciese ó mudase el propósito de su corazon? Ni es ménos admirable el ejemplo de Sancta Eufrosina, hija única de su padre, desposada con un muy noble mancebo; la cual tomando hábito de hombre, recebió el de monje, y perseveró treinta y ocho años en el monasterio, donde siendo muchas veces visitada de su padre, sin ser dél conoscida (el cual grandemente consolaba sus lágrimas y desamparo con las dulces y amorosas palabras della), nunca ni las lágrimas de su viejo padre, ni la pena del esposo bastaron para descubrir en todos estos años quién era, por no perder el tesoro de aquella vida religiosa que habia hallado; hasta que al punto de la muerte se le descubrió, para que él solo enterrase su cuerpo. Lo cual él cumplió con infinitas lágrimas, y con grande admiracion y espanto de cosa tan extraña. Y esto hecho, distribuyó toda su hacienda á pobres, y recogido en aquella misma celda de su hija, acabó sanctamente lo que le restaba de vida. Callo otros innumerables ejemplos que

(*m*) Psalm. 118. (*n*) Super Missus est. Homil. 4.

(*o*) Sup. Cant. serm. 65.

á este propósito se pudieran traer; mas estos bastan para muestra de lo que está dicho.

§. VI.

Refiérense todos estos bienes á su causa, que es la Cruz del Salvador.

Toda esta variedad y muchedumbre de sanctos que aquí habemos referido, ¿de qué fuente manó, sino de las llagas preciosas de nuestro clementísimo Redemptor, que es aquel Cordero, que, como dice Sant Juan (*p*), fué sacrificado dende el principio del mundo? Porque ningun justo hubo ni habrá hasta que el mundo se acabe, que no sea justificado por el mérito del sacrificio deste Cordero. Y aquí verá cumplido lo que el mismo Salvador dice (*q*), que si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, él solo permanecerá; mas si muriere, dará mucho fructo. Este grano de trigo es Cristo nuestro Señor, que cayó del cielo en la tierra; y si él no muriera, él solo permaneciera en su gloria como Hijo de Dios que era, y ninguno otro hombre se salvara. Mas porque despues de caido en la tierra murió, de aquí es que por el mérito de aquel grande sacrificio de su muerte dió mucho fructo; que es esta muchedumbre de sanctos y y sanctas que habemos dicho. ¡Oh grano de trigo precioso! oh grano fructuoso! oh grano de que procedió una tan grande mies de sanctidad y gracia que hinchió el mundo! oh grano de que tantos granos nascieron, cuántos sanctos ha habido despues que Dios crió el mundo, y habrá hasta que se acabe! Oh grano de trigo de que se consagra aquel pan celestial que mantiene los justos, y da vida inmortal á los que dignamente lo comen! Oh grano de trigo muerto en la tierra, que nos abriste las puertas del cielo, y nos das vida perdurable! Oh grano de trigo muerto, que mataste el pecado, y destruiste la muerte, y quitaste la vida y las fuerzas á todos nuestros enemigos! Oh grano muerto en la tierra por la obediencia y gloria del Padre, que á tantos millares de mártires esforzaste para que alegremente muriesen por esa misma gloria! Oh grano de trigo muerto, que resuscitas los muertos, y sustentas los vivos, esfuerzas los flacos, curas los enfermos, alegras los justos, y les das gusto y prendas de la vida eterna!

Por aquí tambien se confirmará el cristiano en la fe del misterio de la Pasion y Encarnacion del Hijo de Dios, con una tan grande fuerza, que todas las máquinas y argumentos de infieles y herejes no la puedan enflaquecer; tomando por fundamento para ello la condicion y naturaleza de la divina bondad. Porque cierto es que la mas gloriosa perfeccion que hay en nuestro Señor Dios (á nuestro modo de entender) es la bondad; y esta es por la cual él quiere ser mas conocido y alabado, como muchas veces está dicho. Sabemos tambien que la cosa mas natural y mas propria desta summa bondad es ser communicativa de sí misma y de sus bienes; y por consiguiente querer hacer á los hombres participantes de su bondad y sanctidad. Para confirmacion desto conviene traer á la memoria aquella admirable vision del profeta Esaías (*r*), en la cual vió á Dios asentado en un trono muy alto, y dos serafines á los dos lados, los cuales mirándose uno á otro, á altas voces decian: Sancto, Sancto, Sancto es el Señor Dios de Sabaoth (*s*), que es el himno, que (como testifica la Iglesia) se canta perpetuamente en el cielo. En lo cual entendemos cuánto se precia Dios deste glorioso título de Sancto; pues por él es siempre alabado en el cielo. Siendo pues esto así, ¿qué cosa mas gloriosa, y mas propria, y mas digna se puede afirmar de aquella summa bondad, que haber hecho una cosa de la cual tanta bondad y sanctidad se siguió en el mundo, como aquí está declarado? Y si son mas gloriosas y mas dignas de Dios las obras de gracia que las de naturaleza, ¿cuánto mas digna y mas propria es de Dios la obra de la sanctificacion del hombre, que la creacion dél? Y si es obra mas digna de Dios la que es mas magnífica y provechosa para los hombres, ¿cuánto mas magnífica obra es sanctificarlos, que criarlos? darles ser de gracia, que de naturaleza? darles ser divino, que humano? darles ser hijos de Dios, que ser hijos de hombres? y darles bueno y bienaventurado sér, que darles sér? Por tanto si tenemos por cosa gloriosa y digna de Dios la creacion del mundo, tengamos por cosa muy mas gloriosa, y mas propria y digna de su bondad la redempcion y sanctificacion del mundo, que fué la obra de su sagrada Pasion, por la cual todos los escogidos fuéron sanctificados.

Y que esto sea así, vese claramente. Porque ántes que él viniese al mundo, y padesciese, no tenia mas que un pueblo en todo él, y este tan inclinado á la idolatría, que ni amenazas de profetas, ni castigos de Dios bastaban para reducirlo á su servicio. Mas despues que bajó del cielo á la tierra, y murió en cruz, vemos cuánto se extendió la virtud y sanctidad por todas las partes del mundo, y cuán copiosamente se daba la gracia con todos los dones del Espíritu Sancto en aquel tiempo; pues con poner las manos sobre los hombres, se daba el Espíritu Sancto con sus dones y gracias (*t*). Por donde no sin razon podemos decir que fué este un diluvio de gracia que en aquel tiempo envió Dios al mundo para fundar su Iglesia. Porque como antiguamente se abrieron las fuentes del cielo, y cayó en tierra una tan grande lluvia de agua que bastó para anegar el mundo, así por el mérito de la preciosa sangre de Cristo se abrieron las fuentes de la gracia celestial, y cayó una tan grande lluvia de gracia sobre la tierra, que bastó no solo para anegarla, sino para sanctificarla y juntarla con Cristo. Desta manera, como Sant Crisóstomo dice (*v*), Dios conversaba con los hombres en la tierra, y los hombres se levantaban á las cosas del cielo. De donde resultó una mixtura y communicacion de todas las cosas divinas y humanas; porque los ángeles communicaban con los hombres, y los hombres eran llevados á los coros de los ángeles. Los entredichos y enemistades antiguas habian cesado. Dios estaba aplacado y reconciliado con los hombres, el demonio confuso, y la muerte vencida; el paraíso abierto, la maldicion revocada; el peccado perdonado, descubierto el error, restituida la verdad, la doctrina de la fe predicada en todos los lugares, y en todos ellos acrescentada, y una celestial conversacion plantada en la tierra, donde aquellas virtudes soberanas trataban y conversaban familiarmente con los hombres. Lo susodicho en sentencia es de Crisóstomo. Lo cual juntamente con todo lo demas que hasta aquí se ha dicho, sirve para que se vea la reformacion que se siguió en el mundo despues de la venida del Salvador á él; de que en este capítulo habemos tratado.

(*p*) Apoc. 13. (*q*) Joan. 12. (*r*) Esai. 6. (*s*) Apoc. 4.

(*t*) Act. 8. et 19. (*v*) Homil. 1. in Matth.

CAPITULO XVII.

Décimasexta excelencia de nuestra sancta fe y religion: que es el testimonio de los sanctos doctores.

Como el hombre esencialmente es criatura racional, así como le es cosa natural y fácil creer todo lo que se alcanza por razon, así le es cosa muy dificultosa y árdua creer lo que sobrepuja á la razon. Y de aquí han procedido tantas diferencias de herejías como ha habido en el mundo, y señaladamente la del maldito Arrio, el cual tuvo gran número de seguidores de su blasfemia por causa de la dificultad que la razon humana padesce en levantarse sobre sí misma, y creer lo que ella no alcanza. Pues como aquella summa bondad de nuestro Criador desea tanto la salvacion de los hombres, y su divina providencia provea perfectísimamente á todas las necesidades de sus criaturas, y mucho mas á las del hombre (para cuyo servicio ellas fuéron criadas), y la primera de sus necesidades sea la fe (sin la cual ni puede honrar á su Criador, ni se puede salvar), por esto le proveyó de suficientísimos remedios y argumentos que lo inclinasen á creer los misterios de la fe, aunque sean sobre toda humana razon.

Y demas de los que hasta aquí se han referido, hay otros cinco gravísimos testimonios; entre los cuales el primero es de los sanctos doctores, el segundo de las sibilas, el tercero de los mártires, el cuarto de los milagros, el quinto y mayor de todos es el cumplimiento de las profecías que vemos claramente cumplidas. Todas estas maneras de testimonios y de testigos tan abonados, ordenó la divina Providencia que testificasen la verdad de nuestra fe, para que no hubiese incredulidad tan obstinada, que no fuese convencida con tan grande fuerza de testigos y testimonios.

Destas cinco maneras de testigos tratarémos aquí summariamente, remitiendo al cristiano lector adonde esto tratamos mas copiosamente. Es pues el primero de los sanctos doctores, de que la Iglesia católica está como de un muro firmísimo cercada. Los cuales fuéron hombres de singulares ingenios, y muchos de grandísima sanctidad; de los cuales unos se aventajaron en los estudios de la filosofía, y de todas las artes liberales; como lo fué Sancto Tomas, Sant Buenaventura, Alberto Magno, Alejandro de Ales, Escoto y otros innumerables que se siguieron despues destos. Otros hubo que demas destas ciencias florescieron en los estudios de la elocuencia; como fuéron Sant Basilio, y sus dos contemporáneos Gregorio, teólogo, y Sant Juan Crisóstomo, Teodoreto, Damasceno, entre los griegos; y entre los latinos Sant Hierónimo, Sant Cipriano, Sant Ambrosio, Boecio, que en todas las ciencias fué consumado. Y sobre todo Sant Augustin (el cual confiesa de sí en el cuarto libro de sus confesiones (*a*), que todas las ciencias, así de filosofía como de elocuencia, habia aprendido por sí solo sin maestros, por la gran viveza de su ingenio), y otros innumerables de que Sant Hierónimo y otros hacen catálogos, declarando sus nombres, y las obras que escribieron. Todos estos fuéron varones doctísimos, ingeniosísimos, y muchos dellos sanctísimos; y cuanto mas puros y sanctos, tanto mas hábiles para el conoscimiento de las cosas espirituales y divinas, y para ser enseñados por aquel Señor que es maestro de los humildes, y amigo de buenos; á los cuales communica él sus secretos. Y todos estos despues de fundados en las ciencias humanas, emplearon toda la vida en los estudios de la teología, y de los misterios de nuestra fe, aprobándola, y defendiéndola de todos los argumentos y falsedades de los herejes, y mostrando la dignidad y excelencia della. Todos ellos confesaron la verdad del misterio de la sanctísima Trinidad, y del sancto sacramento del altar, y del inefable misterio de la Encarnacion y Pasion del Hijo de Dios; en el cual no solo no hallaron cosa indigna de aquella soberana majestad, mas ántes confesaron ser esta obra la mas gloriosa y digna de su infinita bondad y sabiduría, y la que mas arrebata y suspende los espíritus, así de los hombres como de los ángeles, en una grande admiracion y amor desa misma bondad; como Sant Augustin lo confiesa de sí mismo (*b*). Y pues tantos doctores sanctísimos y doctísimos emplearon toda su vida en estudiar, y disputar, y deslindar, y defender la verdad de los misterios de nuestra fe, seguramente pueden los hombres resignarse en el parecer de tan grandes ingenios, acompañados con tanta sanctidad de vida, y no querer discutir de nuevo lo que tan discutido está por ellos, como cosa en que les iba su salvacion.

Y aunque este testimonio sea muy grave, mucho mas lo es el de los sagrados concilios, en los cuales se ayuntó siempre la flor de todos los ingenios, y de toda la sanctidad y doctrina del mundo; en los cuales se han tratado todos los artículos y misterios de nuestra fe con summa diligencia, asistiendo en ellos la presencia del Espíritu Sancto; y con toda esta autoridad han sido testificados y confirmados. Con lo cual, demas del testimonio de los sanctos doctores, se deben quietar y consolar todos nuestros entendimientos; pues estas cosas han sido tan cernidas y apuradas por tantos y tan sanctos concilios. Este es pues el primer testimonio de la verdad de nuestra fe.

CAPITULO XVIII.

Decimaséptima excelencia de nuestra fe: que es el testimonio de las sibilas.

Como nuestro Redemptor venía para ser Salvador, no de solo el pueblo de los judíos, sino tambien de los gentiles (que es de todos los hombres que él crió), por esto quiso que en ambos pueblos hubiese quien denunciase mucho ántes su venida. Porque si súbitamente viniera, hubieran de cegarse los ojos de los hombres con el resplandor de tan grande luz, que es de un misterio tan admirable. Y entre los judíos quiso que hubiese profetas llenos del espíritu de Dios, que denunciasen su venida; y entre los gentiles las sibilas, que testificasen lo mismo que los profetas. Y porque no pudiesen los infieles poner dubda en el testimonio destas vírgines, diciendo que los cristiamos habian fingido esto para abono de su religion, quiso nuestro Señor que ántes que hubiese cristianos en el mundo, y ántes que el Salvador naciese, escribiese un poeta gentil, que fué Virgilio (*a*), lo que la sibila llamada Cumea dejó escripto en sus versos: que es la summa de todo lo que los profetas profetizaron. Lo cual es cosa que puso en grande admiracion al emperador Constantino, y así lo hará á quien quiera que esto leyere. La summa pues de lo que esta sibila dice (segun refiere Virgilio), es que una vírgen apareceria en el mundo, y que un nuevo hombre vendria del cielo, el cual reformaria las costumbres y vidas de los hombres. Y que en el mundo se levantaria una gente dorada, que es gente purísima y sanctísima;

(*a*) Cap. 16.

(*b*) Confess. lib. 9. cap. 6. (*a*) Eglog. 4.

y que en su tiempo morirían las serpientes ponzoñosas, y que los flacos ganados no temerían los fieros leones. Quiere decir, que los hombres ponzoñosos como serpientes, perderían la ponzoña de su malicia; y los soberbios y fieros como leones, se amansarían, y humillarían, y se juntarían con los pequeñuelos y humildes. Que es lo mismo que profetizó Esaías, cuando dijo (*b*) que moraría el lobo con el cordero, y el tigre con el cabrito; y que el becerro, y el leon, y la oveja morarían juntos; y que el leon á manera de buey comería paja; y que el niño de teta metería la mano en la cueva del basilisco sin que le empeciese. Todas estas son metáforas con que el Espíritu Sancto amplifica y engrandesce esta maravillosa mudanza que se vió en muchos hombres despues de la predicacion del Evangelio, como arriba tocamos. Y haberse cumplido esto nos consta, no solo por todas las historias eclesiásticas, mas tambien en parte por los mismos gentiles, que dan testimonio de la constancia y innocencia de los fieles de aquel tiempo. De las otras sibilas que profetizaron las cosas de la Pasion del Salvador, y de la segunda venida á juicio, tratamos en nuestra Introduccion; mas sola esta quise aquí referir, así porque esta profecía comprehende la summa del misterio de Cristo, como por ser tan aprobada, que ningun hombre por bárbaro que sea la podrá negar.

CAPITULO XIX.

Décimaoctava excelencia de la religion cristiana: que es ser aprobada por el testimonio y sangre de los mártires.

Despues del testimonio de las sibilas síguese el de los sanctos mártires, del cual Sant Máximo dice así: La fe católica es la madre del martirio; en la cual los caballeros esforzados de Cristo firmaron la verdad della con su sangre, y la juraron con su muerte. Porque nunca ellos ofrecieran su vida á la muerte con tanta constancia, si no estuvieran firmísimamente certificados que con esta compraban otra vida sin comparacion mejor. En la explicacion deste testimonio pasaré las leyes de abreviador, para añadir en esta materia algunas cosas allende las que en nuestra Introduccion están escriptas, presuponiendo lo que allá dije: que ninguna materia huelgo mas de tratar que esta, y ninguna recelo mas; porque es tanta la excelencia della, que ni se puede concebir dignamente su grandeza, y mucho ménos explicarse con palabras. Y por eso será menester pedir á aquel que tal fortaleza y constancia dió á sus mártires para padescer, dé á nosotros palabras para lo poder explicar.

Comenzando pues á tratar del testimonio de los mártires, la primera cosa que nos conviene declarar, es la que la prudencia humana querrá aquí saber. Esto es, por qué causa ordenó la divina Providencia que se fundase la fe del Evangelio por medio de tanta infinidad de mártires, y con tan horribles y espantosos tormentos. Porque pues nuestro Señor con una palabra del profeta Jonas acabó con todos los ninivitas, no solo que recibiesen la fe, sino tambien que emendasen sus vidas, é hiciesen penitencia, muy bien pudiera él convertir todo el mundo con la facilidad que convirtió esta ciudad; pues para él no hay cosa imposible.

Para responder á esto (tomando el negocio dende sus principios) conviene presuponer que nuestro Señor Dios es, como él dice por Sant Juan (*a*), Alpha et Oméga, que quiere decir primer principio y último fin de todas las cosas; porque él las hizo, y para sí las hizo: esto es, para manifestacion de su gloria con la grandeza de las obras y maravillas que él había de obrar en ellas. Siendo esto así, ninguna cosa era mas propria ni mas conforme al intento deste Señor, que aquella que redundaba mas en su gloria, y mas perfectamente lo glorificaba.

Es pues agora de saber que aunque todas las cosas criadas (cada cual en su manera) sirvan á este fin (que es glorificar á su Criador), pero ninguna dellas, ni todas juntas le glorifican tanto como la fortaleza y lealtad de los sanctos mártires: los cuales combatidos con tantos y tan horribles géneros de tormentos, nunca perdieron punto de la fe y reverencia que debian á este soberano Rey y Señor. Ni saco de aquí á la sacratísima Vírgen nuestra Señora; pues, como dice Sant Augustin (*b*), fué mas que mártir al pié de la Cruz; ni á Cristo nuestro Salvador, al cual Sant Juan llama testigo fiel (*c*), que es lo mismo que mártir. Y así digo en consecuencia desta verdad, que fué tan grande la gloria con que aquella soberana majestad fué por este medio esclarescida y glorificada, que toda la gloria que le dan cuantas cosas vemos en este mundo criadas, queda baja en comparacion desta. Y no digo solamente la que le da la hermosura del sol, y de la luna, y de las estrellas, y de todos los cielos, los cuales predican la gloria de Dios (*d*), mas aun la que se le da sobre los mismos cielos, donde moran aquellos espíritus soberanos (los cuales mucho mas que todo lo corporal y visible testifican su gloria); mas ni aun ellos lo glorifican de la manera que los sanctos mártires lo glorificaron. Porque todo cuanto ellos tienen, son gracias y dones de Dios, alcanzados sin trabajo, ó con poco trabajo; porque no hicieron mas en siendo criados, que humillarse ante el acatamiento de su Criador, y reconocerle por tal; y esto se hizo en un instante, y sin haber en ellos carne, ó otra cosa que resistiese á este reconocimiento. Y solo esto bastó para ser confirmados en gracia, y enriquecidos con grandes dones y privilegios singulares. De modo que ellos fuéron como unos preciosos relicarios, en los cuales la magnificencia de Dios quiso depositar las riquezas y tesoros de sus gracias; y así mas tenemos aquí por qué glorificar al Criador, que á ellos. Mas el mártir ¿qué dolores, qué crueldades, qué prisiones, qué destierros, qué heridas, qué hambres, qué fuegos, qué despedazamiento de miembros, qué invenciones de tormentos nunca vistos padesció por la gloria de su Señor? Y dado que esta su fortaleza y constancia admirable era dada por Dios que en él obraba; mas él juntamente con Dios obraba y padescia en su cuerpo los dolores agudísimos que pudiera excusar si quisiera resistir al que le esforzaba. Pues esta es la ventaja que hacen los mártires á los ángeles, por altísimos que sean; pues tan poco pusieron de su casa para ser lo que son, habiendo los mártires puesto tanto de la suya por la honra y gloria de su Criador. Porque este padescer era testificar y decir por la obra: tal es nuestro Dios, tal su bondad, tal su grandeza, su magnificencia, su hermosura, su nobleza, su fidelidad y lealtad para con los suyos, y tales las mercedes y beneficios que les hace en esta vida, y ha de hacer en la otra, que aunque padesciésemos cuantos tormentos hay en el mundo por él, es nada para lo que él por sí merece, aunque nada nos hubiese de dar. Lo cual algunos de los mártires testificaban, no solo por la obra de la Pasion, sino tambien

(*b*) Esai. 11. 65. (*a*) Apoc. 1.

(*b*) August. Epist. 59. tom. 2. (*c*) Apoc. 1. (*d*) Psal. 18.

por palabras; como se escribe de Sant Ginés: el cual despues de azotado cruelísimamente con varas, y rasgadas sus carnes con garfios de hierro, y abrasados sus lados con hachas encendidas, perseverando él en esta gloriosa confesion, dijo: No hay otro rey sino Cristo; por el cual si mil veces muriere, no me lo podréis quitar, ni de la boca, ni del corazon. Pues ¿de qué otra manera puede una criatura honrar mas á Dios, que con esta confesion? ¡Oh voz gloriosa (dice Sant Basilio), con la cual el aire que la recibió fué sanctificado, los ángeles oyéndola la festejaron, y el demonio con su cuadrilla fuéron azotados, y Dios la escribió con su dedo en el cielo!

Pues ¿quién no ve, siquiera por este ejemplo, cuán altamente glorificaron á Dios los sanctos mártires, que con este mismo espíritu padescieron? Por lo cual considerando yo la infinita muchedumbre destos honradores de Dios, osaré decir que aunque de toda la obra de la creacion deste mundo, y de la gobernacion perpetua dél, no se siguiera otro fructo sino esta gloria del Criador, era bien empleado todo lo hecho por solo esta causa. Y aun digo mas, que si de toda la Pasion y dolores de Cristo no se siguiera otro fructo sino este, él diera por bien empleado todo cuanto padesció, por la gloria que de aquí resultaba á su eterno Padre: por la cual él padesciera mil tanto mas de lo que padesció, si fuera necesario.

Y si me preguntáredes, ¿por qué quiso este Padre celestial que hubiese en el mundo tan gran número de mártires como adelante verémos, pues pudiera él convertirlo con un sola palabra? A esto respondo que esto quiso él por los grandes fructos que de aquí se siguieron, así para gloria suya como de los mismos mártires. Los cuales con pocos dias de trabajo compraron descanso de todos los siglos, trocando la tierra por el cielo, y los bienes perecederos por los perdurables: donde siempre cogerán el fructo de lo que con lágrimas sembraron, y donde serán tan grandes sus alegrías, que si alguna pena pudiese caber en ellas, sería por no haber padescido mucho mas por un Señor que tan magníficamente los ha galardonado.

§. I.

De otras causas de la muchedumbre de los mártires, y favores con que declaraba Dios cuánto era glorificado en ellos.

Otra causa fué querer aquel soberano Señor hermosear aquella ciudad celestial, que se edifica de piedras vivas (*e*), con la hermosura y preeminencia destos gloriosos caballeros. Porque como entre las estrellas hay unas mas resplandecientes que otras (*f*), así quiso él hermosear aquella su casa real con la hermosura de los sanctos mártires, que con especial corona de gloria se señalan y resplandescen entre los otros sanctos que acabaron en paz. Por donde así como en el edificio de una casa real hay unas piedras llanas de que se fabrican las paredes, y otras labradas con muchas molduras y artificio, que sirven para algunas partes mas vistosas del edificio; así en la fábrica de aquella casa y palacio celestial, los mártires tienen el lugar destas piedras ricas, las cuales los tirannos escodaron y labraron con todas las maneras de heridas y tormentos con que los martirizaron, para que así tuviesen tanto mas principal lugar en el cielo, cuanto mas labrados y martillados fuéron en este mundo.

Y como estas pasiones sirven para la gloria de la Iglesia triunfante, así tambien sirven para provision y socorro de la militante: que es para esfuerzo de los buenos y confusion de los malos. Porque una de las cosas que mas esfuerza á los buenos en los trabajos de sus abstinencias y penitencias, es el ejemplo de los mártires, conforme á aquello que dice Sant Gregorio (*g*): Pensemos en los trabajos de los que nos precedieron, y no nos parecerán graves las molestias que padescemos. Y lo mismo tambien sirve para confusion de los malos, para que ninguna excusa tengan de su mala vida, el dia del juicio, cuando allí vean las señales gloriosas de los tormentos en los cuerpos de los mártires, con las cuales compraron el reino del cielo; no habiendo querido ellos comprarlo con sola la guarda de los mandamientos divinos.

Finalmente, por este medio quiso la divina Providencia fundar su Iglesia, y confirmar la fe della con el testimonio y ejemplo de innumerables mártires que pusieron la vida por ella.

Estas causas sobredichas declaran los grandes fructos que destas pasiones se siguieron para la gloria, así de la Iglesia militante como de la triunfante. Mas otras hay que pertenescen á la gloria de Dios, y de su unigénito Hijo nuestro Salvador, que son mas principales. Porque (como arriba declaramos) con estas pasiones testificaron los mártires la gloria de su Criador: que es el fin que ellos pretendian, y el que Dios pretende en todas sus obras.

Y cuánto haya agradado á aquel soberano Señor esta fe y lealtad destos sus fieles siervos, declarólo él con muy especiales favores al tiempo de sus martirios. Porque muchas veces amansaba las fieras, otras apagaba las llamas, curaba sus llagas, alumbraba sus cárceles, soltaba sus prisiones, dábales de comer por manos de ángeles, animábalos á los trabajos, aliviaba sus dolores, y finalmente morando en ellos obraba y vencia por ellos. ¿Qué esfuerzo para sufrir las pedradas, ver abiertos los cielos, y al Hijo de Dios á la diestra del Padre, como vió Sant Estevan (*h*)? ¿Qué esfuerzo para Sant Lorenzo oir aquella voz del cielo que decia: Aun te quedan mas batallas que vencer? Pues ¿qué diré del cuidado que tenia de honrar aquellos cuerpos despedazados por su amor? Porque no contento con dar á las ánimas aquella singular fortaleza, proveia tambien á los cuerpos honrosa sepultura. El cuerpo de Sancta Catalina mártir tomaron los ángeles, y lo sepultaron en el monte Sinaí, donde Dios habia dado la ley. El cuerpo de Sant Dionisio, despues de asado y descabezado, tomó su propria cabeza en los brazos, y la llevó al lugar donde agora está sepultado, acompañando los ángeles su enterramiento con lumbreras del cielo, y cantando *Gloria tibi Domine*, y repitiendo muchas veces *Alleluya, Alleluya*. Los cuerpos de los sanctos mártires Gervasio y Protasio reveló Dios á Sant Ambrosio á cabo de mas de trecientos años, para que los sepultase en lugar mas honrado (*i*), estando ellos tan enteros y tan fresca su sangre, como si aquel dia fueran degollados. Pues ya ¿qué palabras bastarán para engrandescer aquel regalo y providen-

(*e*) 1. Petr. 2. (*f*) 1. Cor. 15.

(*g*) Lib. 24. Mor. cap. 10. (*h*) Act. 7. (*i*) D. Ambr. Epistolar. lib. 7. Ep. 53. tom. 5. et. August. Conf. lib. 9. cap. 7. tom. 1. et de Civit. Dei, lib. 22. cap. 8. tom. 5.

cia de Dios para con Sant Clemente arrojado en la mar con una áncora? Porque dentro de las aguas de la mar le fabricaron los ángeles una capilla como de mármol, y una arca de piedra donde pusieron su sagrado cuerpo, y el áncora junto á él. Y (lo que es argumento de mayor amor de Dios para con sus sanctos, y deseo de honrar á los que con su propria sangre le honraron) todos los años el dia deste martirio se retiraba la mar por espacio de tres millas, para que entrasen los hombres á venerar los huesos de un hombre que murió por él. Pues los milagros que él obró por las reliquias de Sant Estévan, ¿quién los contará; pues escribiendo Sant Augustin muchos dellos (*k*), confiesa que la mayor parte se le quedaba por escribir? Todo esto declara por una parte cuán glorificado haya sido nuestro Señor con la fe y constancia de los mártires, y por otra la fidelidad y amor dél para con ellos; pues por tantas vias en vida y en muerte los honraba. De donde resultaba una gloriosa competencia entre él y ellos: ellos en honrar á su Señor, y él en honrar á ellos.

Y no ménos sirvió esta muchedumbre de pasiones para gloria de Cristo, y remuneracion de sus trabajos, y cumplimiento de sus deseos: que es de aquella grande hambre y sed que tuvo de la gloria de su eterno Padre, que por este medio (como ya dijimos) fué tan glorificado. Esta es aquella hambre de que dice Esaías, hablando de la Pasion del Salvador (*l*): Por los trabajos que su ánima padesció, verá y hartarse ha. ¿Qué hartura es esta dada á este Señor en premio de sus trabajos? La hartura corresponde á la grande hambre y sed que aquella ánima sanctísima tuvo de la gloria del eterno Padre: la cual fué tan grande, cuanto lo era la caridad y gracia que sin medida le fué dada, y cuanto era lo que del Padre habia recebido de pura gracia, que eran bienes incomprehensibles. Y porque no habia otra cosa en este mundo que mas glorificase al Padre que la sangre de los mártires, por eso quiso él que fuesen ellos tantos; para que aquella sacratísima hambre de Cristo quedase satisfecha con este tan grande número de honradores y glorificadores dél.

Donde será razon que consideren las ánimas religiosas los pensamientos que revolvia entre sí aquel Cordero innocentísimo al tiempo que padescia. Lo cual cada uno podrá imaginar conforme á su devocion. Yo digo que entre otros sanctos pensamientos, allí se le representaba primeramente esta gloria de su Padre que decimos; por cuya obediencia y gloria padescia, satisfaciendo con el sacrificio de su muerte por las ofensas hechas contra su majestad. Lo segundo, allí se le representaban las batallas de los sanctos mártires, que con la constancia de su fe y lealtad, y con su sangre le habian de glorificar. Los cuales sabía él muy bien cuán grande esfuerzo habian de cobrar, viendo su Capitan y Señor ir delante con la bandera de la Cruz, vestido de la púrpura resplandeciente de su sangre, animándolos á pelear con el ejemplo de la Pasion que por ellos padesció. Lo tercero, allí se le representaban los trabajos de todos los sanctos, y señaladamente la infinidad de aquellos sanctos monjes que vivian en los desiertos, apartados de toda consolacion humana, andando descalzos y medio desnudos, sufriendo los ardores del verano, y los frios del invierno, manteniéndose muchos dellos con solas raices de yerbas. Los cuales tambien cobraban esfuerzo para sufrir la aspereza de aquella vida, considerando lo que por ellos padesció su Criador y Señor.

Lo cuarto, allí se le ponian delante los succesores destos: que son los religiosos que habia de haber y hay en algunas órdenes ó provincias muy reformadas; cuyos profesores habian de ser imitadores y seguidores desta aspereza, desnudez y pobreza de vida susodicha; con todos los demas de cualesquier otros estados que habian de abrazar la Cruz y perfeccion de la vida evangélica. Todos estos estaban presentes en su corazon al tiempo que padescia, no para que con esta representacion se mitigase la fuerza de sus dolores, sino para merecerles con su Pasion, gracia y fortaleza para vencer todas estas dificultades y batallas.

§. II.

Para fortalecer á sus soldados quiso su capitan Jesucristo padecer tanto.

Y aun esta es una de las causas por donde el Salvador, pudiendo redemir el mundo con una sola gota de su preciosa sangre, quiso padescer tantas maneras de dolores é injurias; porque, como adelante se trata (*m*), todos los mártires, y todas las otras ánimas que habian de abrazar la cruz y aspereza de la vida perfecta, cuando mas los apretasen sus trabajos, levantasen los ojos á su Dios y Señor enclavado en la Cruz, no por sí, sino por ellos; y así se esforzasen y consolasen en sus fatigas. Lo cual maravillosamente figuró Dios en el desierto (*n*), cuando no hallando los hijos de Israel para beber sino unas aguas amarguísimas, y pidiendo Moisen á Dios remedio para esta necesidad, le mostró él un madero, el cual echado en esas aguas, las hizo dulces. Pues ¿qué otra cosa quiso el Señor representarnos aquí con esta tan nueva manera de remedio, sino la virtud y eficacia del madero de la sancta Cruz, el cual hizo dulces á los mártires y á todos los seguidores de la vida evangélica todos sus trabajos?

Y no solo por este medio queda la sed y hambre de Cristo satisfecha, y engrandescida su gloria, sino tambien porque por el mérito de su sacratísima Pasion dió el Padre eterno á los sanctos mártires aquella constancia y fe admirable, y aquella fortaleza invincible, de que se escribe en los cantares (*o*): Las muchas aguas no pudieron apagar la llama de la caridad, ni las crescientes de los rios la pudieron cubrir. Dando á entender que siendo tan poderosas las muchas aguas de las tribulaciones para apagar cualquier otro fuego, era tanto mas poderoso el fuego de la caridad que en los corazones de los sanctos mártires ardia, que todas las aguas de las tribulaciones y tempestades del mundo no bastaron para matarlo; porque lo atizaba y soplaba Cristo, que en ellos moraba, con cuya virtud y gracia ellos peleaban y vencian. ¿Qué otra cosa quiso Dios al principio del mundo representar, cuando quitó la costilla del primer Adam, y la puso en la mujer (*p*), sino que del segundo Adam, que es Cristo, se habia de tomar la fortaleza de la gracia, y ponerse en su esposa la Iglesia, para que con esta virtud y fortaleza pelease y venciese? Conforme á lo cual dice Sant Bernardo (*q*): Está el mártir regocijándose y triunfando, viendo despedazado su cuerpo; y abriendo camino el hierro duro por sus costados, sufre esforzada y alegremente ver bullir y correr su sangre.

(*k*) De Civit. Dei, ubi supr. (*l*) Esai. 53.

(*m*) En la tercera parte, cap. 3. (*n*) Exod. 15. (*o*) Cantic. 8. (*p*) Gen. 2. (*q*) Sup. Cant. ser. 61. in fin.



Pues ¿dónde estaba en este tiempo el ánima del mártir? Estaba cierto en lugar seguro: estaba en la piedra, que es Cristo. Y estando en esta piedra, ¿qué maravilla es estar duro como piedra? Mas no hace esto la insensibilidad, sino la caridad.

Con lo cual se juntaba la esperanza del galardon que les estaba tan á la mano, y tan vecino. Y así dice Sant Basilio que el deseo grande de la bienaventurada vida diminuia la fuerza del dolor. Porque no miraba el mártir (dice él) los peligros, sino las coronas; no hace caso de los verdugos que lo azotan, sino de los ángeles que lo consuelan; no considera la brevedad de los peligros, sino la eternidad del galardon. Y por esto en los tormentos hallaba alegría: los azotes tenia por rosas, la ira del juez por sombra de humo, de la muchedumbre de los soldados hacia escarnio, sus espadas desnudas escupia, las manos de los verdugos le parescian mas blandas que cera, la escuridad de la cárcel era para él un vergel deleitable, y las prisiones della, rosas y flores. Este esfuerzo y alegría nos mostraron los apóstoles (*r*): los cuales despues de muy bien azotados iban muy alegres, por haber sido merecedores de padescer injurias por Cristo.

Pues volviendo al propósito, por todas estas causas y provechos susodichos quiso aquel soberano Señor que padesciesen tanto los mártires, sirviéndose él de la crueldad de los tirannos para gloria suya y dellos; y pudiendo él librarlos con su poderoso brazo de la muerte, no quiso privar á sí desta gloria, y á ellos de su corona. Y por esto cuando Sant Pedro apóstol se salia de Roma á ruego de los fieles para escapar de la muerte, encontró en el camino con el Salvador; y preguntándole adónde iba, respondió: Voy á Roma á ser otra vez crucificado. Por donde entendió el sancto apóstol que la voluntad deste Señor era que saliese desta vida con corona de martirio, de que para siempre gozase en el cielo; y así luego se volvió á Roma, donde fué, como su Señor, crucificado. En el martirologio de Usuardo se escribe de un sancto varon, que recelando los tormentos de los tirannos, huyó á la soledad; y despues oyendo la constancia con que una vírgen llamada Fe habia padescido, esforzado con este ejemplo, hizo oracion á Dios, suplicándole que si él era servido que padesciese martirio, le diese por señal que manase una fuente de una piedra de la cueva donde él estaba; y luego se hizo lo que él pedia, y así se ofreció al martirio, el cual valerosamente padesció. Esto sirve para declarar que no era la principal causa del martirio la crueldad de los tirannos, sino la voluntad de Dios, que se servia de su crueldad para mayor gloria y corona de sus sanctos.

§. III.

De los motivos que los tirannos tuvieron para perseguir tan rabiosamente la Iglesia.

Antes que comencemos á tratar de las batallas de los mártires, será bien declarar los motivos que los tirannos tuvieron para perseguir tan cruelmente la fe de Cristo; porque esto en parte nos declarará cuáles serían las llamas del furor que de sus crueles pechos procedian. Es pues agora de saber que aquel infernal dragon, el cual, como dice Sant Juan (*s*), engañaba á todo el mundo despues que cayó del cielo por su gran soberbia, por la cual deseaba la semejanza de Dios (*t*), no desistiendo de su blasfemia, procuró haber en la tierra lo que no pudo alcanzar en el cielo: que es ser adorado por dios. El medio que tuvo para esto fué persuadir con sus engaños á los reyes de la tierra, y señaladamente á los emperadores romanos, que él les habia dado aquel tan grande imperio y señorío del mundo, y que él se lo habia de conservar, y que sin su favor lo vendrian á perder; y por consiguiente que les era necesario desterrar y extinguir del mundo el nombre y la religion de Cristo que condenaba sus dioses, para tenerlos siempre favorables y propicios, y sucederles todas las cosas prósperamente. Esta blasfemia tenia el demonio tan arraigada en sus corazones, que aunque veian manifiestos milagros que Dios obraba con los mártires, no bastaba para desquiciarlos della. Y desta manera aguijoneados con el furor y rabia deste dragon, y juntamente con la fuerza del amor proprio que en ellos reinaba, determinaron tomar las armas contra Cristo, é intentar todos los medios y tormentos posibles para extirpar del todo la memoria deste glorioso nombre. Y no contentos con martirizar los sacerdotes y ministros del Evangelio (que eran los fundadores desta religion), extendian su crueldad á todos los otros cristianos por solo título de cristianos, aunque no tratasen de convertir á otros: cuales eran los que habian huido á los desiertos, ó hacian vida solitaria escondidos en los montes. Lo cual agora no hacen los turcos, ni moros, enemigos nuestros; pues consienten morar en sus tierras los cristianos, aunque saben que tienen á su Mahoma por engañador y falso profeta. Mas pasaba tan adelante la furia y rabia de los gentiles, que á ningun género de cristianos perdonaban, ni á mujeres, ni á doncellas encerradas, ni aun á los niños de tierna edad (de que hay muchas historias); porque su intento era apagar totalmente la memoria de Cristo, para que no quedase dél raiz ni rama en todo su imperio. Porque desta manera pretendian aplacar sus dioses, y tenerlos favorables para todas sus cosas. Desta manera pues aquel infernal dragon armó los reyes y príncipes de la tierra contra el Evangelio de Cristo, apoderándose de sus corazones, y derramando en ellos toda la ponzoña y rabia que él tenia. Lo cual se ve por las invenciones de crueldades que usaban, cuales nunca en el mundo jamas fuéron vistas. Porque no era posible que en hombres (cuya es propria la humanidad) pudieran caber tan extrañas crueldades, si no fueran atizados é inflamados por aquel commun enemigo del linaje humano, el cual con su infernal soplo hace arder las brasas de nuestras pasiones. Este rabioso furor declaró un ángel, como escribe Sant Juan en su Apocalipsi (*v*), donde dice que oyó una gran voz en el cielo que decia: ¡Ay de la tierra y de la mar, porque ha decendido el diablo á vosotros con grande ira, sabiendo que le queda poco tiempo! Esto dice, porque entendia este enemigo que por la predicacion del Evangelio habia de ser presto desterrado del mundo, y derribados sus templos y altares; y por esto encendido con ira y rabia desta injuria, atizaba los corazones de sus ministros, que eran los príncipes de la tierra, para que á fuerza de tormentos impediesen la predicacion y curso del Evangelio.

Pues estos ministros de Satanas mandaban publicar y fijar sus edictos en las plazas y lugares principales, en los cuales prohibian so pena de muerte que Cristo no fuese adorado, y que solos sus ídolos fuesen tenidos por

(*r*) Act. 5. (*s*) Apoc. 12. (*t*) Esai. 14.

(*v*) Apoc. 12.

Dioses; y los que no lo creyesen, padesciesen tormentos intolerables. Estaban todas las ciudades llenas de turbacion y temor, y los soldadas corrian por todas partes buscando los fieles, y robando todas sus haciendas. Las mujeres eran llevadas por fuerza, no habia misericordia para los niños, ni se cataba cortesía á los viejos; y los que ningun delicto habian cometido padescian las penas de los malhechores. Las cárceles estaban llenas de presos, y las casas vacías de sus señores, y los lugares desiertos llenos de los que se escondian en ellos, y el crímen por que padescian era la fe y religion. Asolábanse los templos, derribábanse los altares, no habia lugar de misa, ni de sacrificio, ni de oracion. Los ministros de Dios eran desterrados con todo el coro de la piedad y religion; y los demonios triunfaban y hacian fiesta, contaminando todas las cosas con la sangre y humo de sus sacrificios. Finalmente, llegó este furor á términos, que los maridos acusaban á sus mujeres, y las mujeres á sus maridos, y los hermanos á sus hermanos, y los siervos á sus señores, y (lo que mas es) los padres á sus mismos hijos: como lo hizo el padre de Sancta Bárbara, el cual no se contentó con acusar á su hija, mas él mismo quiso ser el verdugo que la degolló. ¿Qué mas diré? En la kalenda á los tres dias de septiembre se escribe el martirio de cuatro vírgines: Eufemia, Dorotea, Tecla, Erasma; las cuales mandó matar el presidente, por nombre Sebaste: el cual era padre de las dos primeras, y tio de las dos segundas. Mas ¿de qué manera? Mandólas azotar con varas, y quebrantar sus cuerpos con martillos, y abrasar con fuego, y cortar á cercen sus pechos virginales. Pues ¿quién no ve por este ejemplo la furia de aquel dragon infernal, y la grandeza de aquella persecucion que la Iglesia padescia, y la fortaleza de la divina gracia que contra todo esto prevalescia? Desta manera, porque una noche escura habia ocupado los corazones de los hombres, ni se conocian, ni tenian fe ni ley unos con otros, por haberlos así cegado el demonio.

Toda esta tempestad de persecuciones denunció el Salvador mucho ántes á sus discípulos, para que estando prevenidos con este conoscimiento, no desmayasen cuando en ella se viesen. Y así dijo á sus discípulos por Sant Mateo (*x*): No penseis que vine á poner paz en la tierra, sino guerra. Porque vine á poner division entre el hombre y su padre, y entre el hijo y su madre, y entre la nuera y su suegra; y los familiares de la casa del hombre serán sus enemigos. Y un poco ántes dice: Seréis presentados y acusados en los concilios, y azotados en las sinagogas, y llevados ante los reyes y presidentes por amor de mí, y entregará el hermano á su hermano á la muerte, y el padre á su hijo, y levantarse han los hijos contra sus padres, procurándoles la muerte; y seréis aborrescidos de todos los hombres por amor de mí; mas el que perseverare hasta la fin, será salvo. Finalmente viene á concluir por Sant Juan (*y*), que serán echados fuera de la compañía de los hombres, y que los que desta manera los persiguieren, pensarán que hacen servicio á Dios. Todo esto denunció el Salvador ántes que fuese, y así fué; y con esta tan gran repugnancia y contradicciones del mundo y del infierno se fundó la Iglesia, y desterró la idolatría, y triunfó Cristo del mundo y de todas sus monarquías, de tal manera que los que ántes perseguian á Cristo por amor de sus ídolos, vinieron á perseguir y destruir los ídolos por amor de Cristo.

(*x*) Matth. 10. (*y*) Joan. 16.

Presupuesto este pequeño preámbulo (porque no se escandalicen los flacos viendo tantas maneras de tormentos como aquí se relatan), comenzarémos á tratar deste testimonio de nuestra fe; el cual tanto será mas firme, cuanto mayor fuere el número de los mártires, y mas crueles los tormentos que padescieron, y mayor el esfuerzo y alegría con que los padescieron. Estas tres cosas tratarémos aquí por su órden summariamente, sacando muchas dellas del martirologio de Usuardo, que communmente se lee en la Iglesia.

§. IV.

De la muchedumbre de los mártires, y de la grandeza de sus tormentos, y de la constancia con que los padescian.

Cuán grande haya sido el número de los sanctos mártires, entiéndese por el tiempo que duró la persecucion de la Iglesia, que fué cerca de trecientos años, y por la muchedumbre de los que martirizaban juntos. Los cuales eran tantos, que aunque no se sabe de muchos que padescieron (porque los tirannos mandaban quemar todos los libros sagrados, y las tablas, y memoria de los mártires); pero esos de que hay noticia en los martirologios, son tantos, que no se pueden explicar en pocas palabras. Porque no era nada padescer á veces docientos, y cuatrocientos, y seiscientos, sino á veces dos mil, y tres mil, y muchos mas; otra vez en Africa en 12 de octubre padescieron cuatro mil y novecientos y setenta y seis, en tiempo de Hunerico, rey de los godos. De los cuales unos eran obispos, otros sacerdotes, otros diáconos, con muchos otros legos; los cuales con diversos géneros de tormentos alcanzaron la corona del martirio. En Egipto en cuatro dias deste mismo mes fuéron martirizados Marco y Marceliano, hermanos, con otra innumerable muchedumbre así de hombres como de mujeres, como de mozos de poca edad; de los cuales unos fuéron cruelmente azotados, otros despues de terribles tormentos arrojados en la mar, otros degollados, otros consumidos de hambre, otros crucificados la cabeza abajo, y los piés en lo alto. Ni hago aquí mencion de seis mil y tantos mártires que padescieron con su capitan Mauricio; ni de los diez mil que fuéron crucificados en el monte Ararar, siendo emperadores Adriano y Antonino; ni de once mil vírgines que por los hunos, gente barbarísima, fuéron en un dia martirizadas, cuyas fiestas celebra la Iglesia. Esto tambien diré: que en la provincia de Frigia toda una ciudad entera fué metida á cuchillo, sin quedar en ella hombre ni mujer, viejo ni niño, que no pasasen por el espada: tan grande era el furor y deseo que aquel infernal dragon tenia de bañar toda la tierra en sangre de cristianos. Y tiempo hubo en el cual fué tan grande la persecucion de los tirannos, que en espacio de un mes fuéron martirizados diez y siete mil cristianos con diversos géneros de tormentos, como se escribe en las historias eclesiásticas.

En la kalenda á los 28 de hebrero se escribe que en la ciudad de Nicomedia, por mandado de Maximiano, fuéron martirizados veinte mil cristianos, que padescieron constantísimamente por la fe. Y en la kalenda á los 2 dias de hebrero se refiere que en Roma fuéron martirizados treinta mil cristianos, y otros treinta mil en Hierusalem por mandado de Cosdroe, rey de los persas, que fué el que llevó el sagrado leño de la Cruz á

Persia, de cuyo poder la sacó el emperador Eraclio. Otras veces eran tantos los que padescian en todo género de estados, obispos, sacerdotes clérigos, y legos, hombres y mujeres, que el número destos se remite á aquel Señor que ab eterno los tenia predestinados, y aparejadas sus coronas. Finalmente, tan grande ha sido el número de los mártires, que communmente se alega por dicho de Sant Hierónimo, que si la Iglesia hubiese de hacer fiesta de todos los mártires, tendria para cada dia mas de cinco mil; para que por aquí se vea cuán grande confirmacion sea de nuestra fe haber sido testificada y aprobada con la sangre de mártires innumerables. Y para esta batalla tan sangrienta y porfiada, y de tantos años, proveia aquel soberano Emperador de capitanes animosos, que eran sanctísimos obispos y sacerdotes; los cuales con sus amonestaciones y palabras, y mucho mas con el ejemplo de sus vidas, y con ir ellos en la delantera, esforzasen y animasen á los otros fieles; y así padescian gloriosamente en compañía dellos. Desta manera padesció Fileas en Egipto con una gloriosa compañía de sus ovejas, que siguiendo á su buen pastor acabaron gloriosamente el curso de sus martirios.

Pues segun lo dicho, ¿cuán grande es la gloria de la religion cristiana, que con tan gran número de testigos, y tan á costa dellos ha sido defendida y testificada? Y ¿qué gracias debe el cristiano dar á nuestro Señor, que por la constancia y firmeza destos testigos conservó la fe, para que así llegase de mano en mano á nuestros tiempos? Porque ellos fuéron los que trabajaron en esta batalla, y nosotros los que gozamos del fructo de sus trabajos.

Y si es tan grande el testimonio de la fe, por ser tan grande el número de los testigos, ¿cuánto mayor parecerá, si consideramos las maneras é invenciones de tormentos con que fuéron atormentados? Porque á unos arrastraban atados á las colas de los caballos, á otros pringaban con pez y aceite hirviendo, á otros aplicaban hachas encendidas á los lados, á otros despues de despedazadas sus carnes, enterraban hasta la cintura, dejándolos estar allí hasta que espirasen; á otros enterraban vivos, cubriéndolos de piedras y tierra; á otros echaban en la mar, á otros entregaban á las fieras, á otros despeñaban de lo alto, á otros despues de cruelmente azotados, torcian los brazos, y así torcidos y desencasados de sus junturas, los colgaban de lo alto, y dejaban estar así penando todo el dia; á otros quebraban y molian las canillas de las piernas con piedras de atahona, y así los dejaban estar padesciendo un extraño dolor.

A otros ponian en las calles públicas, proveyendo que nadie los acogiese en sus casas, ni les diese algun mantenimiento; y así se estaban allí noche y dia sin comer ni beber, hasta que enviaban sus fuertes y constantes espíritus á la mesa de los ángeles. Y desta manera acabó su vida un sancto obispo de edad de ochenta años, sin que tales canas y tal edad los moviese á compasion. A otros calzaban zapatos de hierro, hincando en ellos clavos agudos; y desta manera los hacian andar. Mas no piense nadie que se contentaban los tirannos con probar un solo linaje de tormentos; porque si no vencian con unos, acrescentaban otros y otros mas crueles, como adelante se verá.

§. V.

Prosigue la misma materia.

Todas estas crueldades y carnicerías que aquí escrebimos, mirándolas no con ojos de carne, sino de espíritu, entenderémos ser las mayores maravillas que despues de los misterios de la Encarnacion y Pasion de Cristo ha Dios obrado en el mundo, y que mucho mas predican su gloria que toda la fábrica de cielos y tierra; y las que mas testifican y declaran la virtud y eficacia de la sangre de Cristo, por la cual se dió á los mártires esta tan admirable constancia, que basta para poner espanto á los mismos ángeles. Por tanto pido al cristiano lector que no se enfade de oir cosas tan extrañas, sino ántes como fuere leyendo, así vaya espantándose de ver en la carne fuerzas de espíritu, y en cuerpos humanos corazones de hierro. Conciba de aquí cuán grande sea aquella gloria que esperamos; pues demas de la sangre de Cristo, la da Dios por este precio, y con todo eso dice por Sant Juan que la da de balde (z). Conciba de aquí en su ánimo una grande confirmacion de la fe, considerando que no era posible que tanta infinidad de hombres y mujeres delicadas padesciesen tales tormentos, que solo leerlos hace temblar las carnes, si no fueran divinalmente esforzados para tan grandes batallas; mayormente no esperando en esta vida el premio de sus trabajos. Los caballeros del mundo que se ponen á grandes riesgos en las batallas, esperan de sus reyes grandes mercedes y favores por los peligros á que se pusieron por su servicio; mas el mártir en esta vida nada esperaba, y con todo eso por los bienes que no se ven, sufria con paciencia y esperanza los tormentos que veia y padescia.

Prosiguiendo pues lo comenzado, sobre los tormentos ya dichos se inventaron otros que aquel soberbio y rabioso dragon del infierno (viéndose derribar de su silla) inspiraba en los corazones de los tirannos. Porque unas veces encerraban los fieles en cárceles tenebrosas, ó en cuevas escuras, donde con hambre, y sed, y frio, acababan sus vidas; y otras veces con el moho, y humedad, y hedor intolerable del lugar morian. Mas las heridas con que los atormentaban, ¿cuáles y cuán crueles eran? Unas veces eran heridos con azotes de varas, ó de escorpiones, ó de pelotas de plomo, con que molian sus cuerpos; y otras despues de rasgadas sus carnes, los hacian acostar y revolcar sobre brasas y cascos de tejas agudos, para que se hincasen por las llagas que las brasas del fuego hacian. Otras veces agujereaban sus cuerpos con punzones de hierro encendidos, para que el fuego y el hierro juntamente los atormentasen. Otros eran azotados con azotes de hierro agudo en las espaldas; y á otros estando prostrados en tierra azotaban con niervos de toros, tan cruelmente y por tan largo espacio, que les acababan las vidas; y á otros rompian sus carnes con garfios de hierro hasta descubrirles los huesos, y salírseles las tripas del cuerpo. Otros eran abrasados con planchas de hierro ardiendo. A otros colgaban de lo alto, poniéndoles debajo de la cabeza una olla hirviendo con humo de piedrazufre, y de pez y aceite. A otros hacian andar con los pies desnudos sobre las brasas. A otro sancto varon entre otros muchos horribles tormentos añadieron este: que hicieron unos borceguíes de hierro tan largos que llegaban hasta los muslos, y despues de abrasados en el fuego, y estando ellos por un lado abier-

(z) Apoc. 22.

tos, los calzaban al sancto mártir. Véase pues ¿quién pudiera imaginar tan extraña invencion de tormento? el cual se lee en la kalenda á los 3 dias de septiembre. Pues ¿qué diré de los guisados y potajes que hacian de aquellos sagrados cuerpos? A unos asaban en parrillas, á otros cocian en calderas, á otros freian en sartenes de aceite hirviendo, á otros majaban en unos grandes almireces de mármol, quebrándoles las canillas de las piernas y de los brazos; á otros asentaban desnudos en sillas de hierro abrasadas, á otros acostaban en camas del mismo hierro, poniéndoles fuego debajo. En la kalenda 1.° dia de septiembre se lee que pusieron un capacete de hierro abrasado en la cabeza de un sancto; y en la misma se lee que martirizaron á unas sanctas vírgines, metiéndoles hierros ardiendo por la boca hasta llegar á la garganta. Pues ¿qué cosa mas horrible y mas cruel que esta? Otros habia á quien arrancaban los ojos, cortaban las lenguas, y los piés, y las manos, y molian las bocas con piedras. Pues oyamos otra invencion de tormento nunca visto. Porque hacian acostar los sanctos desnudos en unos zarzos de juncos, y allí los rociaban con miel y con caldo, y ponian al sol, para que las abispas y abejas los estuviesen siempre picando, y (como dice Sant Hierónimo) fuesen vencidos con estas tan continuas picaduras los que ya habian vencido las parrillas y las sartenes. A otros derribaban de lo alto sobre clavos agudos hincados en tierra. A muchos crucificaban, á otros apedreaban, á otros desollaban, y despues los descabezaban. A otros aserraban por medio del cuerpo; á otros (con mayor crueldad que todas las pasadas) encerraban en un cuero, y junto con ellos serpientes, y atado el cuero, con una piedra lo arrojaban en la mar.

Estos y otros semejantes eran los géneros de tormentos que la crueldad ingeniosa de los tirannos y de los demonios infernales inventaba para vencer la firmeza y constancia de los sanctos mártires. Pues estos ejemplos (como está dicho) singularmente confirman nuestra fe, fortifican nuestra esperanza, encienden la caridad, predican la gloria de nuestro Criador, engrandescen la virtud de la sangre de Cristo, magnifican la eficacia de la divina gracia, animan los fervientes, condenan los tibios, dejan sin excusa los negligentes, y declaran el odio capital que aquella antigua serpiente tiene con los hombres; pues tan rabiosa sed tiene de beber su sangre.

CAPITULO XX.

Trátase aquí en particular de algunos señalados martirios de sanctos y de vírgines.

Mas porque todo esto se ha dicho en commun, descenderémos mas en particular á referir algunos señalados martirios, para que por el ejemplo de los tormentos destos pocos se entienda cuáles serian los de otros innumerables que no se pueden contar; pues de todos ellos era causador un mismo oficial, que era el furor y rabia de los demonios, que en el pecho de los tirannos ardia. Estos sacamos del martirologio del muy elocuente y docto Pedro Galesinio, que agora salió á luz.

Y entre estos pongo en el primer lugar dos hermanos mochachos, nascidos en un mismo dia, por nombres Pergentino y Aurentino, naturales de la ciudad de Arecio, y hijos de padres nobles. Los cuales, aunque mochachos en la edad, en la virtud y fortaleza eran mas que varones, por virtud de aquel poderoso Señor que en sus puras y dichosas ánimas moraba, con la cual nunca pudieron con terribles tormentos ser vencidos, despues de los cuales finalmente fuéron degollados. Dichosos tales mozos, y dichosos tales hermanos, y bienaventurados, no ménos hermanos en la fe que en la sangre; los cuales en un dia nascidos, en otro fuéron coronados.

Pues ¿qué diré de la vírgen Sancta Prisca, nobilísima vírgen romana, de edad de trece años? La cual fué primero abofeteada y encarcelada, y el dia siguiente sacándola de la cárcel, y perseverando ella en la misma confesion de la fe, fué cruelmente azotada, y despues con aceite ferviendo, por todo el cuerpo rociada, y así fué vuelta á la cárcel. Y pasados tres dias fué echada á un leon, el cual ningun mal le hizo. Despues fué vuelta otra vez á la cárcel, donde por espacio de tres dias la atormentaron con hambre. Y despues la colgaron del caballete, rasgándole aquellas tiernas y virginales carnes cruelísimamente con garfios de hierro, y de ahí la arrojaron en una grande hoguera, la cual reverenciando aquellos virginales miembros, ningun daño hizo á la esposa de Cristo, hasta que finalmente vencidos todos estos tormentos, sacándola fuera de la ciudad, le cortaron la cabeza. Pues ¿quién no ve cuánto resplandesce la virtud y omnipotencia de Dios, que tal fortaleza puso en un cuerpo tan delicado y tan flaco? ¡Oh dichosos trece años, que así vencístes y triunfastes de todo el poder del mundo y del infierno!

Y si esta fortaleza en esta edad nos pone tanta admiracion, añadiré otra aun de menor edad, para que se vea que así como es Dios mas admirable en la fábrica de un mosquito, que de un elefante (por haber producido tantos órganos y sentidos en tan pequeña materia), así es mucho mas admirable en la fortaleza que dió á estas doncellicas, que en la que dió á varones grandes y robustos. Pues segun esto, ¿quién no engrandescerá el poder de Dios, considerando el martirio de la vírgen Sancta Basilisa, que se lee en la kalenda á 3 de septiembre? Esta esposa de Cristo, siendo de edad de nueve años, fué presa, por ser cristiana. Por lo cual fué primero abofeteada, y luego cruelísimamente azotada con varas, y tras desto atándole la cabeza con cadenas, le dieron humo á narices con pez, y piedrazufre, y plomo, todo derretido. Y despues desto la echaron en una hoguera; mas el Esposo celestial la guardó del fuego, como á los tres mozos de Babilonia. Y salida sana y libre del fuego, la echaron á dos leones, los cuales teniendo reverencia á la esposa de su Criador, no tocaron en ella. Y llevándola fuera de la ciudad á degollar, padesciendo ella grande sed, pidió con grande confianza al Esposo por quien padescia, le diese agua; y luego se abrió en el camino una fuente, de que la vírgen bebió. Y poco despues haciendo oracion, envió su espíritu purísimo al Esposo celestial. Pues ¿quién no glorifica á Dios, viendo tal martirio en edad de nueve años?

Ni es ménos digno de ser glorificado en el martirio de Sancta Cristina, natural de Sicilia, que se lee en la kalenda á 10 de mayo. Esta vírgen fué hija de un padre idólatra, llamado Urbano; la cual movida con celo de la gloria del Esposo celestial, hizo pedazos todos los ídolos de la casa de su padre. Por lo cual embravecido él, y olvidándose del afecto paternal y amor de padre, ejecutó en ella todo lo que su crueldad y furor le aconsejaron. Y así primeramente la mandó cruelmente azotar y encarcelar, y despues rasgar sus virginales carnes con gar-

fios de hierro; y tras esto, tendida ella sobre las ruedas de un carro, le mandó dar humo á narices con aceite hirviendo. Y (lo que es mas) hecho ya de padre tiranno, la entregó á la justicia para que acrescentasen otros nuevos tormentos á los que él habia ejecutado. Entónces el juez, aprendiendo á ser cruel por ejemplo del padre, la atormentó con mas terribles tormentos; sobre los cuales le mandó cortar la lengua y ambos los pechos. Y finalmente, visto que ni con todo esto podia vencer su constancia, le mandó traspasar con hierro el corazon, y desta manera partió aquella dichosa ánima al tálamo de su Esposo con doblada corona, de vírgen y mártir. ¡Oh dichosos doce años, y trece años, y nueve años, en los cuales tanto resplandesció el poder de la divina gracia! ¿Quién pues habrá tan incrédulo, que no vea claramente que no era posible una tan tierna y delicada edad padescer tantos tormentos, repetidos unos sobre otros, sin desmayar, ni blandear, ni hablar una sola palabra de flaqueza y desmayo? ¿Qué mas hicieran si tuvieran cuerpos de acero? ¡Oh cuán justamente se dice que es admirable Dios en sus sanctos, y que él es el que con la cosa mas flaca del mundo vence la mayor potencia y fortaleza del mundo!

Al martirio destas dos vírgines pasadas añadiré otro de otra vírgen, por nombre Febronia, que cierto me puso admiracion, por los muchos tormentos que padesció (*a*). Porque primeramente fué azotada con varas, y despues atormentada en el caballete, y luego abrasados sus lados con hachas encendidas, y tras desto le arrancaron todos los dientes, y le cortaron la lengua, y le cortaron ambos los pechos, y cortaron los piés, y cortaron las manos, y despues la cabeza, con que dieron fin á su martirio. Dime pues, ó vírgen sanctísima, ¿qué sentias cuando vieses tu pié cortado, y esperabas que te cortasen el otro? ¿Y cuando veias la mano cortada, y esperabas que te cortasen la otra? ¿Qué sentias cuando te cortaban la lengua, y ambos esos virginales pechos con increible dolor? ¡Oh cuán admirable, y cuán poderoso se mostró en tí este Señor por quien padescias, pues dió á una doncella flaca y tierna tan admirable fortaleza!

Y si esto con mucha razon nos espanta, por ser en edad tan tierna, ¿cuánto mas nos debe espantar el martirio de la vírgen Sancta Sabina, de edad de nueve años, que se refiere en la kalenda á los 3 dias de septiembre? Pues ¿quién jamas vió tal fortaleza y tal constancia en edad de nueve años? Pasemos de aquí á otros gloriosos mártires, recontando brevemente sus triunfos, remitiendo la consideracion de la grandeza dellos á la devocion del piadoso lector. En Roma á los 19 de enero succedió el glorioso martirio de dos casados, marido y mujer, cuyos nombres eran Mario y Marta, con dos hijos dichosos, Audifaz y Abacuch; los cuales siendo nacidos en Persia de nobles padres, vinieron á Roma, donde se ocupaban en sepultar los cuerpos de los mártires, y en visitar los encarcelados, y consolar los afligidos y atormentados; proveyendo de lo necesario con sus haciendas á los que entre ellos eran pobres. Andando pues ocupados con grande diligencia en estas obras, fuéron presos; y mandándolos adorar los ídolos, estuvieron tan constantes, que no bastaron amenazas ni espantos para inclinarlos á esto. Por lo cual fuéron lo primero molidos á palos, y atormentados en el caballete, y abrasados con planchas de hierro. Y estándolos atormentando con tanta crueldad, todos ellos, así padres como hijos, con una misma boca cantaban gloria á Dios. Despues de lo cual les cortaron las manos, y se las colgaron al cuello; y desta manera los llevaron por medio de la ciudad por muy largo espacio, donde finalmente los degollaron.

Es tambien muy glorioso el martirio de Ananías; el cual renegando de los falsos dioses, y confesando libremente el nombre de Cristo, fué primero por mandado de Diocleciano cruelmente azotado, y despues agujerado su cuerpo con punzones de hierro encendidos, para que hierro y fuego juntamente lo atormentasen mas. Y sobre esto mandó el presidente que le fregasen las llagas con sal y vinagre; y acabado esto mandólo volver á la cárcel, para que juntamente con este refrigerio de las llagas estuviese allí penando hasta morir de hambre. Adonde estuvo por espacio de siete dias, en los cuales fué maravillosamente recreado y sustentado con manjar del cielo. Lo cual viendo el carcelero, por nombre Pedro, confesó la fe de Cristo. Por el cual el juez mandó que así á él como á Ananías atasen y asasen en unas parrillas. Mas como ningun daño recibiesen del fuego, siete verdugos que los atormentaban, espantados desta maravilla, se convirtieron á Cristo, y fuéron con los gloriosos mártires arrojados en la mar, como refiere la kalenda á los 27 de enero.

§. I.

De los triunfos de otros gloriosos mártires.

Ni es ménos admirable el martirio de Trifon; el cual por mandado del emperador Decio fué primeramente atormentado en el caballete, donde fué su cuerpo rasgado con garfios de hierro; y tras esto levantándole los piés en alto, y arrimándolos á un madero, los atravesaron con clavos encendidos. Y no contentos con esto, azotaron el cuerpo del mártir ya despedazado. Y sobre esto le aplicaron á los lados hachas encendidas, sin bastar nada desto para mudar el propósito y firmeza del sancto. Y viendo Respino, tribuno, esta divina constancia del mártir, juzgando (como hombre prudente) que no era posible tolerar un cuerpo humano tan terribles tormentos (los cuales pudiera redemir con poner un grano de encienso al ídolo) si no fuera confortado por Dios, se convirtió á Cristo con tan grande fe, que padesció martirio por ella. Y paresciendo á los tirannos que estaria ya mas blando el mártir por razon de los tormentos pasados, mandaron que lo llevasen al templo para que adorase el ídolo de Júpiter. Mas haciendo él oracion, cayó en tierra el ídolo. Lo cual viendo una vírgen, llamada Ninfa, confesó la fe de Cristo. Por donde los dos sanctos varones con ella fuéron terriblemente molidos con azotes de plomo, hasta acabar gloriosamente sus vidas, como se refiere en la kalenda á los 10 dias de noviembre.

Admirable fué esta virtud y constancia de los mártires, y tambien lo es el favor y socorro de la divina gracia, que en todos estos martirios se les daba. Pero á todos estos parece que hace ventaja el terrible martirio de Sant Eustaquio, que cuenta Nicéforo, y se refiere en la kalenda á los 19 de septiembre. Este sancto era casado, y tenia mujer y hijos; y así á él como á la mujer y á los hijos, mandó el emperador Trajano encerrar en un buey de metal, y ponerle fuego por debajo. Pues considere agora el piadoso lector (demas de la acerbidad

(*a*) En la Kalenda á 25 de julio.

deste tormento que cada uno dellos padescia) el dolor que el marido sentiria viendo lo que la sancta mujer y los hijos padescian, y el de los hijos en ver lo que sus padres padescian. Esto quede para la discrecion y devocion del que lo leyere. ¡Oh amor y temor de Dios, cuánto puedes en los corazones donde moras!

Era tan grande la rabia del enemigo del género humano, que moraba en los corazones destos emperadores, que les parescian pequeños todos los tormentos que inventaban; porque siempre quedaban sedientos de la sangre de los mártires. Lo cual se ve en el martirio de Sant Mayor; contra el cual (porque pública y libremente confesaba el nombre de Cristo) de tal manera se embravescieron, que mandaron á treinta y seis soldados que lo azotasen, con tal órden, que cansándose unos, succediesen otros y otros. Y despues qué dejaron al sancto mártir tal que apénas le quedaba figura de hombre, viendo que todavía perseveraba en su constancia, lo mandaron encerrar medio vivo en la cárcel, de donde le sacaron pasados siete dias, donde le atormentaron con otros nuevos tormentos. Y como ni esto bastase para moverle de su sancto propósito, perdida la esperanza de la victoria, dieron fin á esta lucha cortándole la cabeza.

Y no es ménos admirable cosa que todas las pasadas la fortaleza y constancia de los gloriosos mártires Fusciano y Victorico (cuyo martirio se refiere en la kalenda á 11 de diciembre), á los cuales mandó el cruelísimo juez Reciovaro meter unas agujas por las orejas, y otras por las narices; y tras esto mandó que les hincasen otras encendidas por las sienes, y luego los asaeteasen; y esto hecho, sin moverse un punto la constancia y propósito dellos, desesperada la victoria, mandó que les cortasen las cabezas.

Son tan grandes las victorias y triunfos destos gloriosísimos caballeros de Cristo, que cuando se maravilla el hombre de la fortaleza de unos, paresce que cesa en parte la admiracion con la novedad y grandeza de otros; como se verá en los que agora referirémos, sacados del martirologio de Pedro Galisinio; como son cuasi todos los demas que aquí habemos referido, señalando el dia en que caen, para que allí los pueda ver en su fuente el que quisiere.

Pues á los cuatro dias de mayo se cuenta el martirio de Ciriaco, obispo, y de Ana, su madre sanctísima. A este sancto obispo, por no haber querido adorar los ídolos, mandó el perversísimo apóstata Juliano que le cortasen la una mano, y tras esto que le echasen plomo derretido en la boca; el cual tormento espantó á cuantos presentes estaban. Despues desto lo acostaron boca abajo en una cama de hierro, poniéndole carbones encendidos debajo; y estando allí acostado, le azotaban con varas en las espaldas, y rociaban las llagas con sal, y las pringaban con grosura derretida. Vista pues por el tiranno esta tan admirable constancia, mandó que lo volviesen á la cárcel. Y porque estando en este lugar, su madre sanctísima, teniendo mas cuenta con aquella ánima que Dios habia criado, que con el cuerpo que ella habia parido, y venciendo (como verdadera hija de Abraham), con el amor de Cristo el amor del hijo, lo esforzaba y exhortaba á que acabase con igual constancia el curso de su glorioso martirio. Lo cual sabido por el tiranno, mandó que aplicasen á la sancta mujer planchas de hierro ardiendo á los dos lados de su cuerpo, y que colgándola por los cabellos la degollasen. Mas al sancto Ciriaco mandó arrojar en una cava llena de serpientes. Las cuales reverenciando aquel sagrado cuerpo, ningun mal le hicieron. Y viendo esta maravilla un hechicero, por nombre Amonio, se convertió á la fe con tan gran constancia, que juntamente con el sancto fué martirizado. Mas el sancto obispo, despues de vencidos todos estos tormentos, herviendo con todo esto la rabia y furor del tiranno, fué mandado echar en una tina de aceite herviendo; y en cabo, atravesado su sagrado pecho con una lanza, envió su glorioso espíritu al Señor que lo crió.

Desta tan dichosa madre vengamos á otra, que no ménos exhortó y esforzó al martirio á un su hijo, por nombre Juliano, mozo de diez y ocho años; el cual, por no querer adorar los ídolos, fué en todo su cuerpo de diversas maneras atormentado, esforzándolo á todo esto su piadosa madre. Y viendo el tiranno que ningunos tormentos bastaban para vencerlo, hízolo meter dentro de un saco lleno de serpientes, y tambien de arena, y así lo mandó arrojar en la mar. Esto se refiere en la kalenda á los veinte y uno de julio. Y en la misma se lee otro glorioso martirio de Sant Afrodisio; el cual fué primero por la confesion de la fe abrasado con planchas de hierro, y tras esto fué metido en una grande olla de plomo derretido, y despues arrojado á una bravísima fiera; de los cuales peligros fué maravillosamente por Dios librado. Con el cual milagro muchos de los que presentes estaban se convirtieron á Cristo, ofresciendo libremente sus cervices al cuchillo por su amor. Pero el juez no solo no se convenció, ó ablandó con esta maravilla, mas ántes endurecido y obstinado en su maldad, inventó otro nuevo linaje de tormento contra el sancto. Porque mandando cortar una piedra en dos partes, hizo que metiesen al mártir entre ellas, y que los verdugos cargasen sobre ellas de tal manera, y con tanta fuerza, que le moliesen y desmenuzasen los huesos; y con esta tan extraña invencion de tormento dió el glorioso mártir próspero fin á su batalla.

Pues por este ejemplo, entre otras cosas, entenderémos claramente que la fe es don de Dios; y que si él no concurre con nuestro entendimiento, ni milagros, ni otra cosa alguna basta para creer; como lo vemos en este ejemplo, y en otros innumerables que se leen en las batallas de los mártires: donde los tirannos viendo las maravillas que Dios muchas veces obraba por ellos, nada se movian; mas muchos otros de los que presentes estaban se convertian, porque Dios ayudaba á estos con especial auxilio para recibir la fe; mas no ayudaba á los otros con el favor que á estos, no por falta de su bondad y misericordia, sino porque su crueldad y malicia obstinada lo impidian.

Y juntamente con esto se nos representa aquí la inmensa bondad y caridad de nuestro Señor Dios; pues súbitamente ante todo merescimiento infundia tal fe, tal fortaleza, tal espíritu, tal caridad en los corazones de unos hombres que toda la vida habian empleado en servicio de los ídolos, para que con tanta constancia padesciesen martirio por la fe que habian recebido; lo cual no se hace sino con especialísimo y singular favor de Dios. Pues, ¿qué mayor argumento de la inmensa bondad y magnificencia de nuestro Señor para con los pecadores, que darles esta tan grande fortaleza y gracia? ¿Qué negará á los que le sirven, quien tal gracia dió á los que nunca le sirvieron?

§. II.

Prosigue la misma materia.

A todos estos tan ilustres martirios añadiré otro no ménos ilustre del glorioso mártir, por nombre Dulas, que se refiere en la kalenda á los 15 de junio; el cual con ningun género de promesas que el juez le hizo, pudo ser movido de la firmeza de su propósito. Por lo cual fué luego metido en la cárcel, y allí con varas cruelmente en los hombros y en el vientre azotado. De ahí luego puesto en unas parrillas, y abrasado, y despues rociada la cabeza con aceite hirviendo, y abrasada con carbones encendidos. Y vencidos ya con admirable fortaleza estos tormentos, le acuchillaron las espaldas con navajas agudas, rociando las heridas con vinagre, y haciéndole acostar y revolver en una cama de cascos de tejas puntiagudas que se le entraban por las heridas. Y con estos tormentos, y con otros que jamas fuéron oidos, el glorioso mártir envió su purísimo espíritu al cielo.

Es tambien admirable el martirio de Sant Barlaan, que el gran Basilio celebra en una homelía; donde dice que despues que los tirannos habian rasgado sus carnes con azotes sin poderle vencer, usaron con él deste diabólico artificio: que lo llevaron al altar de sus malvados sacrificios, que estaba lleno de brasas, y sobre ellas pusieron la mano del sancto un poco levantada en alto, y en la mano le pusieron encienso; para que vencido con la fuerza del fuego, echase el encienso sobre el altar á honra de sus dioses. Mas el sancto dejó abrasar la mano sin cometer tal maldad. Sobre lo cual exclama Sant Basilio, diciendo: ¡Oh mano, que no pudiste ser vencida del fuego! El hierro y el acero se derriten con el fuego; la dureza de las piedras se ablanda y convierte en polvo con él; mas el fuego que doma todas las cosas, pudo abrasar tu mano, mas no la pudò vencer. Con esta victoria azotaste á los demonios, y los acoceaste; los cuales con esas artes y invenciones pensaban derribar tu constancia.

Son tan admirables estas batallas de los mártires, y confirman tan altamente la verdad de nuestra fe, y dan tan claro testimonio de la virtud y poder de la divina gracia, que no puede el hombre dejar de referir cosas de tan grande admiracion y edificacion. En la kalenda á los diez de julio se escribe el martirio admirable de un sancto, por nombre Vianor, de quien se refieren ocho maneras de tormentos que le fuéron dados. Porque primeramente colgándolo de un palo, lo azotaron cruelmente; y luego le cortaron las orejas, y le arrancaron los dientes; y despues le punzaban las carnes con punzones encendidos, para que fuego y hierro juntamente le atormentasen; y tras esto le agujeraron las piernas por los tobillos, y arrancaron el ojo derecho, y le desollaron el cuero de la cabeza. Y visto ya por experiencia que era invincible la constancia del mártir, dieron fin á esta batalla cortándole la cabeza. Estaba presente á todo esto un gentil, por nombre Silvano, el cual espantado desta tan grande fortaleza y paciencia, y juzgando (como hombre prudente, y alumbrado por el Espíritu Sancto) que era imposible no rendirse un hombre con tan extraños tormentos, si no fuera milagrosamente él confortado por Dios; convencido con este argumento, no solo recibió la fe de Cristo, sino tambien luego la confesó. Por lo cual cortada la lengua y la cabeza, negoció en breve espacio la corona del reino perpetuo. Por este ejemplo entenderá el prudente lector cuán grande confirmacion de nuestra fe sea el testimonio de tantos cuentos de mártires: pues uno solo bastó aquí, y en otros muchos martirios, para convertir á muchos de los que presentes estaban.

Mas ¿quién podrá callar el martirio de un mochacho de quince años, por nombre Agapito, que se lee en la kalenda á los 18 dias de agosto? Porque con ser este glorioso mártir de la edad susodicha, pasó por tantos tormentos, que apénas hubo parte en su cuerpo que no fuese atormentada con su proprio tormento. Porque él primeramente fué cruelmente azotado, y luego encarcelado y afligido con hambre de cuatro dias; y de aquí le sacaron y volvieron segunda vez á azotar, renovando las llagas viejas con las nuevas. Tras esto le echaron carbones encendidos sobre la cabeza, y le quebraron las mejillas; y desnudándolo, y colgándolo de los piés, encendieron debajo de su cabeza un fuego de leña verde, para darle humo á narices; y bajándolo de allí, le echaron agua herviendo sobre el vientre; y no contentos con esto, echáronlo á las fieras para que lo despedazasen, mas ninguna dellas le tocó. Y visto ya que toda esta carnicería era de balde, mandaron cortarle la cabeza. Pues ¿quién habrá que considerando esta tan extraña fortaleza en tan tierna edad, no glorifique á Dios, y no vea cuán grande sea el poder de su gracia, y cuán grande la virtud de la Cruz de Cristo, que tan poderosamente en este mártir triunfó del mundo? ¡Oh dichosa edad! oh dichosos quince años, que tan magníficamente glorificastes á Dios!

Y ¿qué diré tambien de una sancta mujer, que (como cuenta Usuardo) cuatro veces en diversos tiempos fué acusada por cristiana, y tantas veces de nuevo atormentada, sin poder todos estos tormentos menoscabar un punto de su fe? ¿Qué diré de aquella dichosa madre por nombre Sapiencia, que tenia tres hijas, que verdaderamente eran hijas de tal nombre, cuyos nombres eran Fe, Esperanza y Caridad? Las cuales todas con su sancta madre alcanzaron corona de martirio en Roma, imperando Adriano, como refiere el mismo Usuardo en la kalenda del primer dia de agosto.

Y por ser esta una obra tan regalada de la divina Providencia para con estas esposas suyas, no dejaré de contar aquí otro semejante regalo de dos hermanos (aunque no fuéron mártires), cuyos nombres eran Gerardo y Vedardo; los cuales nascieron en un mismo dia, y en un mismo dia fuéron hechos obispos, y en un mismo dia partieron desta vida para la gloria, como refiere el mismo Usuardo, á los 8 de junio. Pues ¿quién no reconosce en esto el regalo de la Providencia divina para con sus sanctos?

He querido referir aquí estos gloriosos martirios, para que por estos se conozcan otros muchos que aquí no se refieren (como está dicho), y para que se vea cuán grande era la fe y lealtad que los sanctos mártires tenian para con su Dios y Señor, y cuál el amor y reverencia que le tenian; pues ántes querian padescer mil géneros de tormentos, que estar por un solo momento en desgracia suya, y padescer el tormento de la consciencia, si ante él se hallaran culpados y desleales. Pues ¿qué dirán aquí los que están los meses y los años en pecado mortal por no vencer un apetito desordenado, y con esto comen, y beben, y huelgan, teniendo á Dios por contrario y enemigo? Vean tambien los tales cuán engañados viven pareciéndoles caro comprar el reino del cielo con la guarda de los mandamientos divinos, habiéndolo comprado los

mártires con el despedazamiento de todos sus miembros. Y vean tambien qué excusa tendrán los amigos de deleites el dia del juicio, cuando los confunda el Juez con el ejemplo de millares de mártires que allí parecerán con las señales gloriosas de sus martirios.

CAPITULO XXI.

Dedúcese de todo lo dicho cuán grande confirmacion de nuestra fe sea la sangre de los mártires, ponderando las principales circunstancias que intervinieron en sus martirios.

Agora será necesario filosofar sobre lo que está dicho. Y bien entenderá el prudente lector cuánto habia que decir y encarescer sobre cada batalla destas, si hiciera aquí el hombre oficio de predicador, y no de historiador. Mas esto quedará para la devocion y admiracion de los que lo leyeren. Pero lo que á mi intento y propósito pertenesce (que es confirmar la verdad de nuestra fe con el testimonio de los mártires), esto solo entiendo declarar.

Pues para entender la grandeza destas batallas debe el prudente lector ponderar todas las circunstancias que en ellas entrevinieron. Entre las cuales hallará cinco señaladas: cada una de las cuales considerada por sí sola es un grande argumento y testimonio de nuestra fe; y así será mucho mayor el de todas cinco juntas.

I. Pues entre estas circunstancias la primera es el número de los mártires que por ella padescieron. Porque á la cuenta de lo que se alega de Sant Hierónimo, que si la Iglesia hubiese de celebrar las fiestas de todos los mártires, tendria para cada uno de los dias del año mas de cinco mil; siendo pues esto así, y teniendo el año trecientos y sesenta y seis dias, eche cada uno la cuenta, y verá que son muchos mas de un millon de mártires, que en los trecientos años que duró la persecucion de la Iglesia padescieron. Y ser esto así, se confirma por el testimonio de Sant Juan Evangelista; el cual vió á todos ellos en su revelacion vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; cuyo número era tan grande, que, como él dice (*a*), nadie lo pudiera contar. Y que estos fuesen los sanctos mártires, declara él diciendo que el ángel que le mostraba estas cosas, le preguntó: Estos que ves aquí vestidos de ropas blancas, ¿quién son, y de dónde vinieron? Vos (respondió él), señor mio, lo sabeis. Estos (dijo el ángel) son los que vinieron aquí pasando por grandes tribulaciones, y lavaron sus ropas, y las pararon blancas con la sangre del Cordero. Los cuales ya no padescerán mas hambre, ni sed, ni los fatigará el sol, ni el ardor del estío; porque el Cordero que está en medio del trono, los regirá y llevará á beber á la fuente de las aguas de vida; y Dios será el que enjugará las lágrimas de sus ojos. Todas estas palabras declaran tratarse aquí de la gloria de los mártires; los cuales son tantos en número, que (como el Evangelista dice) nadie los podria contar. Con lo cual paresce ser verdadera la sentencia de Sant Hierónimo que deste número trata. Este es pues el primer testimonio de nuestra fe: haber padescido por ella esta infinidad de mártires. Porque dende que Dios crió el mundo, tal persecucion y matanza jamas se vió, ni donde los hombres acceptasen tan de corazon y de verdad la muerte. Y pues nos consta que no pudieran perseverar los mártires en la constancia de su fe en medio de tantos y tan horribles tormentos sin especialísima gracia y asistencia del Espíritu Sancto (como luego declararémos), síguese que él era el que en ellos y por ellos daba testimonio desta verdad. De donde se infiere que así como los mártires son innumerables, así lo son los testigos desta verdad. Lo cual es grande confirmacion de nuestra fe.

II. La segunda circunstancia que acrescienta mas la verdad deste testimonio, es la calidad de las personas que padescian. Y en esta cuenta entran todas las edades y cualidades de personas, viejos, y mozos, y muchachos, y doncellas delicadas, y personas de alto linaje, y de grandes dignidades y riquezas, y gran número de obispos sanctísimos y doctísimos, que no se entregaran tan fácilmente á la muerte sin mucha consideracion. Siendo pues tan grande el número de los mártires como está dicho (y mas de personas tan cualificadas), ¿quién no ve entrevenir aquí el dedo y la virtud de Dios, que los esforzaba á abrazar voluntariamente la última de las cosas mas terribles, que es la muerte violenta? Porque si estos fueran pocos (como algunos herejes obstinados que padescieron por sus herejías), no nos maravilláramos tanto; pero ser tan grande el número (como está dicho), ¿quién no reconoscerá aquí particular virtud y asistencia de Dios?

III. La tercera circunstancia es la extraña crueldad, y terribilidad, y muchedumbre de tormentos renovados unos sobre otros, con que atormentaban á los fieles. Mas estos ¿qué lenguas, qué palabras, qué ingenio, qué elocuencia los podrá perfectamente explicar? En el capítulo XVII, en el §. 4.° y 5.° desta segunda parte, escribiendo las maneras de tormentos de los mártires, tratamos esto. Pero sobre las que allí referimos, hay otras no ménos crueles y espantosas que aquellas. Porque es verdad que dende el principio del mundo hasta entónces nunca tan nuevos y extraños linajes de tormentos se vieron, ni oyeron jamas. Y no contentos los tirannos con un solo tormento, acabado este inventaban otro, y despues deste otro, y otros; de tal modo que llegaban á siete, y ocho, y nueve maneras de tormentos; y muchos destos en doncellas nobles y delicadas (como fué sancta Prisca, Martina, Eulalia, Bárbara, Anastasia, Cristina y otras tales), de modo que ni en el cuerpo del mártir habia cosa sana en que lo atormentar, ni en los verdugos mas fuerzas para proseguir en su crueldad. Pues ¿quién no filosofará aquí, y no verá que esta fortaleza y constancia (y mas en tales y tantas personas) es cosa que sobrepuja toda la facultad de las fuerzas humanas; y que no fuera posible perseverar la doncella delicada en la continuacion de tantos tormentos, si no tuviera á Dios en su ánima? Y ser esto así, vémoslo por los muchos que se convertian á la fe, y padescian por ella sin ver milagro alguno, por solo entender que tal fortaleza y paciencia no era obra humana, sino divina. Porque de otra manera, ¿cómo fuera posible no desmayar un cuerpo flaco de una doncella con tanta lluvia de tormentos, cargados á porfía unos sobre otros, teniendo el remedio tan á la mano, como era poner un grano de encienso al ídolo; y mas viendo á muchos cristianos desmayar y obedescer á los tirannos por escapar destos tormentos? Así que, no se puede negar sino que el dedo y virtud de Dios entrevino aquí, y les daba esta tan grande virtud y fortaleza. Y aunque bastan y sobran para la prueba desto los ejemplos que hasta aquí habemos referido, pero no dejaré de añadir á los susodichos otro que no podrá dejar de poner admiracion á los que lo leyeren; el cual se refiere en la kalenda á los 12 dias de octu-

(*a*) Apoc. 7.

bre. Este es de una noble vírgen romana, por nombre Anastasia; la cual renunciados los casamientos y bienes del mundo, se habia consagrado á Dios en una compañía de religiosas. Y sabida por el tiranno su fe y religion, mandóla traer presa en hierros ante sí. Y vista su constancia, mandó primero darle de bofetadas, y desnudándola, ponerle fuego debajo, y despues rociarle todo el cuerpo con aceite y plomo derretido; y levantada en el caballete, mandó que á poder de palos le quebrantasen y moliesen todos los huesos, y junto con esto le arrancasen de raiz las uñas, y tambien todos los dientes, y cortarle los piés, y las manos, y ambos sus pechos virginales. Y finalmente viendo que su furor era del todo vencido, desesperado de la victoria, le mandó cortar la cabeza. Pues (volviendo á nuestro propósito) ¿quién habrá tan ciego, que no vea ser imposible que una vírgen tan delicada no se ablandase con tantos y tan terribles tormentos, si dentro de sí no estuviera toda llena de Dios?

Mas no solo ponia el Espíritu Sancto en sus voluntades esta fortaleza, sino tambien infundia en sus entendimientos una tan grande luz, que los inclinaba á creer con mayor firmeza los artículos y misterios de la fe (aunque sean sobre toda razon), que lo que se ve con los ojos, y toca con las manos. Y tener esta fe (como dicen) en sana paz, cuando no cuesta sangre, no es mucho; mas perseverar en ella cuando es combatida con grandes tormentos, esto es obra de la virtud y poder de Dios. Sant Pedro seguramente caminaba por encima de las aguas de la mar cuando ella estaba quieta; mas cuando vió sus olas levantadas con un grande viento, luego comenzó á titubear en la fe (*b*). Pues así decimos que no es mucho estar los hombres firmes en la fe en tiempo de paz; mas conservarla en el tiempo de la tormenta, cuando los vientos y ondas de las persecuciones se levantan contra ella, y le dan tan grandes baterías, y que esto no baste para desquiciar al hombre de la fe, ni perder un punto della, ni de la confesion della; obra es de la virtud y gracia divina, y no de cualquiera gracia, sino de muy grande y singular gracia. Porque gracia tenia Sant Pedro, y revelacion de la divinidad del Salvador, y muchos milagros habia visto que daban claro testimonio della; mas es tan grande la flaqueza humana, y el temor natural de la muerte, que sin ver él la cara de los tirannos, y el horror de sus tormentos, bastó la voz de una mozuela para hacerle negar. Por el cual ejemplo entenderá el prudente lector cuánta luz y fortaleza del cielo era necesaria para estar los mártires constantes en la fe en medio de tantas tempestades y tormentas, pues el Príncipe de los apóstoles desmayó y negó con tan liviana causa. Porque sin duda es grande maravilla y obra de Dios tener esta firmeza de fe en cosas que sobrepujan la facultad de la razon, cuando se atraviesan por medio grandes contradicciones y persecuciones, que dan batería cruel á esta misma fe.

IV. La cuarta circunstancia acresecienta aun mas la maravilla desta constancia de los mártires, que fué la manera del padescer, y la voluntad de padescer. Porque siendo tan espantosos y horribles los tormentos (como acabamos de decir), muchos dellos ni se acobardaban, ni se acuitaban en presencia de los tirannos; ántes con toda libertad y esfuerzo condenaban su crueldad, y reprehendian sus vicios, y escupian, y deshonraban sus dioses, diciendo que eran demonios del infierno; y burlaban de sus emperadores. Y (lo que mas es) muchos dellos, no solo hombres, sino tambien doncellas, sin ser buscadas se ofrecian voluntariamente á padescer por Cristo, y se juntaban con los mártires, animándolos con palabras y corazones generosos á la paciencia del martirio. Pues ¿quién será tan ciego que no vea no ser esta obra de naturaleza, ni de carne, ni de sangre, sino de la presencia del Espíritu Sancto, que en ellos y por ellos hablaba y triunfaba? Donde es mucho de notar con grande atencion, que si esta constancia tuvieran los mártires en confirmacion de una verdad que se alcanza por razon natural (como es haber Dios en el mundo), no nos maravilláramos tanto; mas tenerla en testimonio de las verdades que sobrepujan la facultad de la razon natural (como es creer que Dios es trino y uno, y que un hombre crucificado es Dios), esto es cosa tan ardua, que no se puede alcanzar sin especialísimo favor y lumbre de Dios.

V. La quinta circunstancia que declara la presencia y asistencia de Dios en las batallas de los mártires, es el fin desta conquista, que fué la victoria y gloria de Cristo, y el caimiento y destierro de la idolatría. Porque pretendiendo aquel dragon infernal por medio de los reyes y emperadores con tan gran matanza de cristianos extinguir el nombre y la religion de Cristo, y establecer la suya, succedióle tan al reves este su deseño, que no solamente no pudo desarraigar del mundo la religion y culto de Cristo; mas ántes ella fué tanto mas encumbrada, cuanto mas perseguida, hasta quedar el campo y la victoria por ella, y el culto de los ídolos desterrado, y desechado del mundo. Y para que mejor esto se entienda, y sea Dios por esta maravilla conoscido y glorificado, no dejaré de poner aquí un ejemplo muy proprio y muy conoscido y sabido en nuestra edad. En tiempo de los Reyes Católicos, los hombres que aficionados á la ley de Moisen, no quisieron recebir el Evangelio, se fuéron de Castilla á otras tierras; mas otros se quedaron en el reino, y recibieron el baptismo; pero todavía muchos destos quedaron flacos y tiernos en la fe. Por donde el Sancto Oficio, pretendiendo limpiar la tierra, y apartar la cizania del grano, procedieron en este negocio con misericordia y justicia, usando de misericordia con los penitentes, y castigando á los relapsos y impenitentes; mas el castigo destos tambien era templado con misericordia; pues communmente no era mas que ahogar al que habia de padecer; que es tormento que apénas dura un Ave María (porque la quema mas es deshonra que pena, pues el cuerpo muerto no la siente). Mas Dios, que tiene mil maneras para traer los hombres á sí, y manda compeler á los que no quieren venir á su cena, ordenó que con este castigo tan misericordioso, en espacio de cien años (poco mas ó ménos) de tal manera se limpiase la tierra, y apartase la paja del grano, que es agora muy poco ó casi nada lo que el Sancto Oficio tiene que hacer en esta parte.

Ruego pues agora al prudente lector haga comparacion entre las circunstancias del un ejemplo y del otro, y hallará que la diligencia del Sancto Oficio duró por el espacio que dijimos de cien años, poco mas ó ménos; mas la de los reyes y emperadores duró casi trecientos años. El castigo del Sancto Oficio era el mas breve y blando que puede ser; mas ¿qué dirémos de la terribilidad de los tormentos con que los fieles eran atormentados, de que arriba tratamos? Y estos repetidos unos sobre otros, y

(*b*) Matth. 14.

otros nuevos sobre otros. Los cuales no duraban por espacio de una Ave María, sino por dias, y noches, y semanas enteras, dejando estar penando los mártires atormentados hasta que á fuerza de dolores espiraban. Pues ¿qué diré del número de los muertos? Porque el número de los castigados en todos estos cien años, no sé si llegaria á mil ó dos mil culpados que padesciesen. Mas ¿qué dirémos del número de los mártires que padescieron? Porque dia hubo en que padescieron juntos cuatro mil, y en otro cinco mil, y en otro seis mil, y en otro diez mil, y en otro doce mil, y en otro veinte mil, y en otro treinta mil, y á veces ciudades enteras, que fuéron abrasadas y asoladas, sin quedar niño ni viejo que no pasasen á cuchillo. Otras veces eran tantos los que padescian, que el número dellos se remite al conoscimiento de solo Dios. Y dejadas aparte las persecuciones de Neron, y Domiciano, y Decio, y Valeriano, y otros tales, osaré afirmar que solo Diocleciano, con su compañero Maximiano, martirizaron mas de cien mil cristianos, pretendiendo con esta tan extraña carnicería extinguir y desterrar de todo el mundo la religion y nombre de Cristo. Porque parescia á este tiranno, y á los demas tan gran disparate decir que un hombre crucificado entre ladrones era Dios, y anteponer la religion y culto dél á la de sus dioses, que todo su estudio y cuidado ponian en que no hubiesen en el mundo rastro ni memoria de Cristo. Resumiendo pues agora lo dicho, pregunto: ¿cómo siendo tan terribles los tormentos de los mártires, y tan grande el número de los atormentados, y tantos los años que duró esta tempestad, no fuéron poderosos los reyes y monarcas del mundo para extinguir el nombre y la religion de Cristo? Mas ¿qué digo extinguir? ¡Oh admirable Dios en todas sus obras! ¡Oh maravilla digna de ser con lenguas de ángeles en todo el mundo predicada! No solo no bastaron para esto, mas ántes (lo que sobrepuja toda admiracion), como si las persecuciones dellos fueran favores nuestros, y persecuciones dellos, así succedió el negocio tan al reves, que Cristo quedó vencedor y triunfador, y adorado del mundo, y las estatuas de sus dioses fuéron derribadas, y despedazadas, y acoceadas, y sus templos y altares abrasados y puestos por tierra. Pues ¿quién será tan ciego que no reconozca en estas dos cosas tan extrañas la virtud y asistencia de Dios? Porque de otra manera, ¿cómo bastaron cien años para limpiar á Castilla de la cizania que en ella habia, con tan blandos y misericordiosos castigos, y no solo no bastaron trecientos con tan terribles y prolijos tormentos para extinguir el nombre y la religion de Cristo, y establecer la de sus dioses, mas ántes la religion de Cristo cresció con las persecuciones, y la de los falsos dioses quedó deshecha y desterrada del mundo; y Roma, que era cabeza de la idolatría, quedó hecha cabeza de la Iglesia, y los emperadores romanos que la perseguian, se subjectaron á los piés del vicario de Cristo? Pues ¿qué hombre habrá tan ciego, que no reconozca haber entrevenido aquí (como dijimos) el dedo de Dios? Porque ¿quién era poderoso para obrar esta tan grande maravilla, sino Dios? Y ¿de qué otra manera habia de triunfar Cristo del mundo y de la idolatría, sino desta manera? Es este discurso tan poderoso para corroborar el testimonio que los sanctos mártires dieron de nuestra fe, que por solo él (aunque mas no hubiese) doy por bien empleada toda la escriptura deste libro.

CAPITULO XXII.

Relacion de siete sacerdotes que padescieron por la fe de la Iglesia romana el año de 1582 en Inglaterra.

Es tan gloriosa y tan admirable, cristiano lector, esta materia de la constancia de los sanctos mártires, que es necesaria particular lumbre y gracia de nuestro Señor para saber estimarla y gustar della. Para lo cual es alguna manera de impedimento ser la cosa tan antigua, y que tantos años ha que pasó. Y por esto me paresció referir aquí el martirio de siete muy virtuosos y católicos sacerdotes que padescieron agora en nuestro tiempo en el reino de Inglaterra. Y no dubdo que por ser la cosa tan reciente, mueva mas nuestros corazones que las pasadas. Y por aquí podrémos entender cuán grande fué la constancia y fortaleza de aquellos antiguos mártires, de los cuales muchos padescieron mayores y mas prolijos tormentos que los presentes.

La relacion desto escribió summariamente al Rey católico nuestro señor, Don Bernardino de Mendoza, su embajador. Mas una persona que presente se halló á la muerte de aquellos padres, escribió una carta en lengua latina á un amigo suyo, declarando en particular de la manera que el negocio pasó. La cual va aquí trasladada en lengua española para edificacion y consolacion de los lectores.

La carta comienza así:

Los dias pasados escribí á V. M. lo que pasó acerca de la muerte del reverendo padre Edmundo Campion, de la Compañía de Jesus, y de los demas sacerdotes que con él y despues dél padescieron por la fe católica el primer dia de diciembre del año pasado de 81, y en el primero de marzo siguiente. Mas agora, como la divina bondad haya ordenado llamar á la misma corona otros siete sacerdotes suyos, parescióme que convenia á la razon de nuestra amistad communicar con V. M. estas cosas, para que entienda en qué estado estamos, y cuánto debamos á nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo, que esta tan insigne constancia de confesion dió aun á mancebos en este nuestro tiempo. El negocio pues pasó en esta forma.

Lúnes á 28 del mes de mayo pasado de 1582, sacaron por dos veces al martirio siete sacerdotes de la ciudad de Lóndres. La primera vez sacaron tres; conviene saber, Tomas Fordo, Juan Schirto y Roberto Fonsano, atados unos con otros de piés y manos. Y puestos ellos encima de un zarzo de mimbres, boca arriba, lleváronlos arrastrando por todas las calles de Lóndres, atados á las colas de unos caballos, y como venian arrastrados por tierra, y llovia mucho, era cosa lastimera ver cuán enlodados venian ántes que llegasen al lugar del tormento. Mas cuando llegaron á él, determinaron matar á cada uno por sí, para que el uno viese los tormentos del otro, y con esto se ablandase y mudase su propósito. Y en el primer lugar sacaron á Tomas Fordo, varon docto y grave, y de mucha autoridad, al cual desataron del zarzo en que venia, y lo subieron en un carro, para que arrojado de la pértiga alta del carro, fuese mas fácilmente ahorcado. Este Fordo fué hallado en la misma casa con el padre Campion, y ya habia ocupádose por espacio de siete años en cultivar la viña del Señor en Inglaterra, y habia trabajado muy bien, y adquirido muchas ánimas á Cristo por la ardiente predicacion de la fe católica y ejemplo de vida severísima que hacia.

Este pues como viniese á la presencia del pueblo, hecha la señal de la Cruz (que los herejes abominan), comenzó abiertamente á decir quién era, y qué profesaba, y por qué causa era venido á aquel lugar; esto es, por ser católico. Y por singular gracia de Dios dotado de dignidad sacerdotal, y que venía á morir por la confesion de la fe católica, la cual predicaba ser á todos necesaria para su salvacion, y que no podia alguno escapar del eterno tormento, si no estuviese en la union desta fe católica. Por tanto á todos exhortaba que entrasen dentro del arca de la Iglesia católica. Y comenzando el mártir á decir otras cosas, con las cuales los ánimos de los que presentes estaban, no poco se movian; el vizconde de Lóndres, que presidia á la ejecucion deste juicio, impedió lo que iba hablando, y le defendió que no pasase adelante, sino que solamente confesase sus traiciones contra la patria y contra el príncipe della, y pedido perdon dellas, se aparejase para morir. Al cual respondió Fordo: No tengo que confesar cosa de traiciones, las cuales nunca me han pasado ni aun por imaginacion, ni vosotros mismos me decis eso de véras, sino engañosamente, porque sabeis muy bien que estaba yo en Inglaterra ese dia, que vosotros fingis esas, no sé qué traiciones, en Roma. Y demas desto, ¿quién no sabe que muchas veces nos habeis ofrescido la vida y libertad, si quisiésemos descubrir al magistrado los católicos con quien habiamos estado en esta tierra? Así que, ficcion es lo que nos acusais de traiciones. La verdadera causa de nuestra muerte es la religion católica, la cual profesamos, la cual predicamos, y la cual testificamos con el derramamiento de nuestra sangre. Esto ve nuestro Dios, que escudriña los corazones, y que revelará lo escondido de las tinieblas, y á cuyo tribunal nosotros subimos hoy.

Apénas habia hablado esto el mártir de Cristo, cuando el Vizconde movido con ira interrumpió la plática; porque temia que Fordo persuadiese al pueblo lo que decia, y afrentólo, llamándole papista y traidor.

. Y preguntóle qué sentia de la bula de Pio V, con la cual condenaba á la Reina de Inglaterra. A lo cual Fordo respondió: Yo ni preguntado, ni acusado, ni condenado, fuí en el juicio de la bula de Pio V; así que, no hay para qué agora me preguntes eso. Luego salió allí un mancebo desvergonzado que se daba por acusador de Fordo, diciendo falsos testimonios contra él, y junto con esto le propusieron ciertos artículos de una conjuracion, que decian haberse hecho en Roma contra la Reina, diciendo que el Padre se habia hallado en ella. Porque ponen grande diligencia los herejes para que no entienda el pueblo que nadie padesce por la religion; porque no se confirmen mas en ella, viendo lo que los sanctos padescen por ella, sino que padescen por traicion, y así los justician con la misma pena de los traidores.

§. I.

Constante confesion y martirio de los sanctos, con otros tres compañeros de su fe y constancia.

En este tiempo el Padre se recogió á su acostumbrada oracion y contemplacion, sin hacer caso de las invenciones de sus mentiras; y esto hecho, mandóle el Vizconde que metiese la cabeza en la cuerda, como quien luego habia de padescer. Mas el Vizconde salió de nuevo con prometerle perdon, libertad y vida por parte de la Reina, si en alguna cosa consintiese, ó dijese contra la autoridad del romano Pontífice. A lo cual respondió Fordo que por ninguna via tal haria, y que estaba aparejado para morir por cualquier cosa, por muy pequeña que fuese, que tocase á la fe de la Iglesia romana. Mas los herejes daban voces por todas partes, diciendo: Dí alguna palabra, Fordo, contra el Pontífice romano, y no morirás. A esto no respondió el mártir, sino rogaba á todos los católicos que hiciesen oracion á nuestro Señor con él y por él. Visto pues el Vizconde que nada podia acabar con él, mandó que lo justiciasen. Entónces el mártir de Cristo, despidiéndose de todos y perdonando de corazon á todos, lo que contra él injustamente habian hecho, levantando las manos y los ojos al cielo, comenzó á repetir estas palabras con grande afecto: Jesus, Jesus, seais agora para mí Jesus; y diciendo esto fué derribado del carro en que venía, y quedó colgado de la cuerda; y quitado de allí medio vivo, fué despedazado por el verdugo en muchas partes.

Despues de Fordo fué levantado Schirto y puesto en el carro, y pasando por donde estaba el cuerpo de Fordo despedazado, tomólo en las manos, en la manera que podia, y á grandes voces dijo: ¡Oh mi Fordo, que tan dichosamente acabaste la carrera de tu confesion! ¡Oh bendita ánima, que volaste al cielo deste cuerpo mortal! Ruega agora por mí á ese Señor que claramente ves. Estas palabras afligian el corazon del Vizconde. Pero mas se embravescieron los herejes por ver que pedia favor á la beatísima Virgen María. Mas su confesion fué, que él vivia conforme á la doctrina que habia aprendido y enseñado en la Iglesia católica, la cual habia de testificar agora con su sangre. Y entónces alegrándose en espíritu, prorumpió en estas palabras: ¡Oh Señor Dios y Padre eterno! dóite gracias porque me criaste, y porque por tu unigénito Hijo me redemiste, y porque por virtud de tu espíritu me sanctificaste, y me has conservado en la fe de tu Iglesia católica, y sobre todo esto porque me has traido á esta muerte tan gloriosa por tu sancto nombre. Porque aunque ella á juicio de algunos sea afrentosa, mas para mí es materia de grande gozo y alegría.

Y pesándole mucho al Vizconde destas palabras, interrumpió la plática y preguntóle por las traiciones. Y para prueba desto mandó leer los artículos de las traiciones. En este tiempo el varon de Dios se ocupaba en oracion, sin hacer caso de lo que los herejes hacian para engañar al pueblo. Entónces el Vizconde le ofresció el perdon de la Reina con la misma condicion que lo habia ofrescido á Fordo. Mas el varon de Dios respondió que no acceptaba la vida con tal condicion. Entónces el Vizconde deseando vencer su propósito, mandóle que mirase el cuerpo de Fordo de la manera que estaba allí despedazado, certificándole que lo mismo habia él de padescer, y así luego le propuso el perdon de la Reina, si desistiese de su opinion. Dijo entónces el siervo de Dios: Mas amigo soy de mi ánima que de mi cuerpo; haz dél lo que quisieres. Aquí el Vizconde: No quieras, dijo, perderte. Blasfema de aquella ramera babilónica de Roma, y abraza la misericordia que te ofresce tu Reina, la cual no querria que murieses. A lo cual respondió el mártir: Nunca Dios quiera que abrace yo tal misericordia que destruya mi ánima. Y yo te digo, Vizconde, que si no hicieres penitencia desas palabras, que yo te acusaré en el dia del juicio ante el tribunal de Cristo; porque al vicario que él tiene en la tierra, llamaste ramera babilónica.

Con esta respuesta indignado el Vizconde, mandó luego que lo colgasen; y el verdugo comenzó á temblar, y ántes que le echase la cuerda en la garganta, pidió perdon al sancto varon, el cual con rostro alegre respondió: Haz, hermano, lo que te mandan, no temas; yo libremente te perdono. Y sacó del seno un pañizuelo en que tenia atados cuatro reales, que era todo el tesoro que él tenia en la tierra, y diólos al verdugo. Y hecho esto, dió una voz con grande alegría, como si hubiera recibido alguna singular consolacion de Dios en su ánima, y dijo: Quien quiera que no muere en la union de la Iglesia católica, sepa cierto que eternalmente ha de morir y ser condenado. Y luego dijo aquella oracion de la Iglesia: Señor Jesucristo, hijo de Dios vivo, por tu Pasion, etc. Y diciendo esto fué arrojado del carro, y quedó ahorcado.

Despues deste trajeron á Fonsono al tablado; y acusándole como á los otros, de traicion y crímen *læsæ majestatis*, él respondió que ni por pensamiento tal crímen le habia pasado. Díjole entónces el Vizconde: Yo te lo probaré. ¿Reconoces tú á nuestra Reina por cabeza de la Iglesia en las causas eclesiásticas? No la reconozco por tal, dijo Fonsono. Luego traidor eres, dijo el Vizconde; porque así lo han determinado las leyes de Inglaterra. ¡Oh hermosas leyes, dijo Fonsono, que hacen traidores á todos nuestros antepasados, los cuales no reconocieron tales leyes! A esto no respondió el Vizconde; mas ofreciéle el perdon de la Reina debajo de las condiciones ya dichas: el cual él no quiso recebir. Por tanto el Vizconde mandó que á gran priesa lo despachasen; porque se daba priesa por amor de la lluvia. Mas el varon de Dios comenzó á rezar la oracion del *Pater noster* en latin: en lo cual desagradó al Vizconde, y á los otros herejes, porque quisieran que la rezara en inglés; mas Fonsono no lo quiso hacer, diciendo que él sabía bien latin, y que los católicos podian muy bien juntamente con él orar en latin, y que él no hacia caso de las oraciones de los herejes y cismáticos, cuyas voces sabía que eran aborrescibles á Dios. Salió entónces un predicador hereje, diciendo: Reza la oracion del *Pater noster*, como Cristo la rezó; al cual respondió el mártir: Cristo no la rezó en lengua inglesa. Y dicho esto, y comenzando á decir: *Credo in Deum Patrem*, con lo demas del *Credo*, á medio camino lo derribaron del lugar en que estaba, y así lo martirizaron.

Lo susodicho se hizo un dia muy de mañana, y por estar lloviendo se hallaron pocos á este auto. Y cesando la lluvia, corrió luego la fama de los que quedaban para martirizar, y acudió gran número de gente para verlo. Entónces sacaron del mismo castillo de Lóndres otros cuatro sacerdotes, los cuales iban tendidos de espaldas y boca arriba en un zarzo de mimbres, atados los unos con los otros, arrastrándolos á las colas de unos caballos. Los nombres destos eran, Guillelmo Filbeo, Lúcas Ribeo, Lorenzo Ricarfono y Tomas Cótamo. Todos estos, al salir de la cárcel y en el camino, iban cantando el himno, *Te Deum laudamus*, etc. Y llegados al lugar del tormento, mataron á cada uno por sí, como á los primeros; y la misma forma se guardó con ellos que con los pasados. Porque á cada uno por sí se le ofreció el perdon de la Reina con las condiciones ya dichas; y todos ellos con igual virtud y constancia lo desecharon. Y ántes de la muerte de cada uno se leian aquellos artículos de la traicion para infamarlos; y de las respuestas que ellos daban, claramente se veia ser fingidos engañosamente. Salió tambien un desvergonzado calumniador, por nombre Mundeo, que públicamente los acusaba; mas nada decia, sino injurias y maldiciones. Instaban tambien los predicadores herejes pidiéndoles que hiciesen con ellos oracion en lengua inglesa. Lo cual ellos por ninguna via quisieron hacer, diciendo que ellos no podian orar sino con los que estuviesen en la union de la Iglesia católica.

§. II.

Martirio del Padre Tomas Cótamo.

Finalmente, como los caballeros de Cristo en ninguna cosa, por pequeña que fuese, quisiesen consentir con la voluntad de los herejes, enojado grandemente el Vizconde de ver cómo ninguno dellos queria acceptar el perdon de la Reina, despues de muertos los tres, acometió astutamente al postrero, por nombre Tomas Cótamo, para ver si le podia inducir á que acceptase el perdon de la Reina con las condiciones ya dichas. Mas como el sacerdote de Cristo por ninguna via lo acceptase, usó con él desta astucia. Preguntó á Cótamo si de véras él era culpado en la traicion contra la Reina, como sus compañeros. El respondió que no lo era; y que esto era claro y manifiesto á los mismos adversarios. Lo cual primeramente probaba, porque él no estaba en Italia al tiempo que ellos decian se habia tratado aquella conjuracion contra la Reina. Lo segundo porque él habia vuelto de Francia á Inglaterra por convalescer de una recia enfermedad. Y que habia sido enviado por los padres de la Compañía de Jesus (entre los cuales habia cumplido un año de probacion); pero con licencia de los superiores estaba diputado para ir á las Indias; mas por consejo de los médicos habia venido á su natural patria, que era Inglaterra, hasta recobrar la salud, que con una larga enfermedad habia perdido. Y llegado á esta tierra, no se escondió, como hombre que no sabía parte deste crímen. Y como entendió que el magistrado andaba en busca dél para llevarlo á la cárcel, él se ofresció de su propria voluntad á la cárcel: lo cual nunca hiciera, si se tuviera por culpado en aquella traicion; afirmando que la causa de su prision y de su muerte, era la confesion de la fe católica. Dijo entónces el Vizconde: ¿Pues tú, Cótamo, has de desechar la vida que de gracia te ofresce la Reina? No por cierto (dijo él) si la Reina me la quiere dar, ántes la recibo, y le doy gracias por ella. Oyendo esto el Vizconde, pretendiendo engañarle, mandó que le desatasen, y quitasen la soga de la garganta, y bajasen del carro, y que se fuese libremente.

Viéndose pues Cótamo libre, maravillábase deste perdon, porque no entendia el engaño; y así se dispone para irse. Díjole entónces el Vizconde: Ya estás libre, Cótamo. Sola una cosa te falta: que dés alguna muestra de agradescimiento á tu Reina por esta gran misericordia que contigo ha usado. Dijo entónces él: Doy muchas gracias á la Reina por este beneficio. ¿Qué otra mas muestra de agradescimiento me pedís? Queremos (dijo el Vizconde) que delante de este pueblo declares que tienes otra opinion que la destos traidores que han padescido, y que no consientes con ellos. Eso no puedo yo hacer, dijo Cótamo; porque en la causa de la religion totalmente siento lo que ellos sintieron. A lo ménos, siquiera (dijo el Vizconde) muestra alguna diferencia entre tí y ellos. No sé, dijo Cótamo, cosa en que me dif-

rencia dellos. A lo ménos (dijo el Vizconde) declara que no concuerdas con ellos en la autoridad del romano Pontífice. No puedo (dijo Cótamo) discordar dellos en esa materia. ¿Pues en todo (dijo el Vizconde) consientes con la opinion de aquellos traidores? En todas las cosas, dijo Cótamo, que pertenescen á la fe católica consiento con aquellos sanctos sacerdotes. Oida esta última respuesta, el Vizconde movido con grande ira, mandó que volviesen á Cótamo al carro de donde lo habian abajado, y lo colgasen y despedazasen. Lo cual fué hecho á gran priesa, y con gran furor, y palabras injuriosas; y así padesció este sacerdote sanctísimamente como los otros.

Esto es lo que la sobredicha carta refiere. Por la cual vemos que pudieron estos venerables sacerdotes ser muertos y atormentados, mas no vencidos. Pero el malaventurado presidente no pudo dejar de quedar afrentado y confuso, viendo que con todas sus artes y diligencias no pudo vencer la constancia de aquellos esforzados caballeros de Cristo. Y no ménos lo quedaria la Reina, viendo que todos ellos ántes habian querido perder la vida, que otorgarle la dignidad que ella injustamente habia usurpado.

Alguno por ventura deseará aquí milagros, como los que algunas veces nuestro Señor hacia con los mártires antiguos. Mas yo no quiero mas milagro que ver tal fe, tal fortaleza, tal constancia, tal lealtad para con Dios, y tal libertad de palabras para con el juez, y un ánimo tan generoso, que teniendo la muerte delante, ni se acuitó, ni desmayó, ni habló palabra indigna de su dignidad sacerdotal, ni se enflaqueció viendo un tan horrible espectáculo como eran los cuerpos despedazados de sus compañeros. Esto pues es mas que milagro. Maravillábase el Profeta cuando consideraba el camino que abrió Dios á su pueblo en medio del mar Bermejo; y dice (*a*) que considerando esta maravilla, le temblaba el corazon y los labios. Pues ¿cuánto mas gloriosa maravilla es haber dado Dios tal ánimo y esfuerzo á unos hombres de carne tan flaca, que las ondas de tantas aguas de tribulaciones y persecuciones no fuesen parte para ahogarlos y desmayarlos, sino que pasasen á pié enjuto por este golfo tan peligroso, sin mojarse, y sin perder punto de la fe y lealtad que debian á su Criador? Los hombres que llevan á justiciar, ántes de la muerte van ya medio muertos y desmayados; y estos generosos caballeros de Cristo salen de la cárcel cantando: *Te Deum laudamus*, como si fueran á fiestas, y no á la muerte. Y si dijeran una palabra en favor de la Reina, pudieran librarse de la muerte, y acabándola de decir, confesarse, y pedir misericordia y perdon á nuestro Señor; y es cierto que lo alcanzaran tan fácilmente como Sant Pedro, que mas gravemente pecó negando al Señor con juramento, despues de haber visto tantos milagros suyos (*b*). Mas estos fieles siervos del muy Alto ántes quisieron padescer tan cruel muerte, que estar por aquel tan pequeño espacio en pecado, y en desgracia de su Criador. Esta ès pues otra nueva manera de milagros que obra la gracia: la cual cuanto era mayor, tanto menor necesidad tenia del favor y esfuerzo de los milagros. Los cuales por la mayor parte hacia nuestro Señor para ayudar á la flaqueza de las doncellas delicadas y tiernas que padescian. Mas como él sabia que la fortaleza que él habia dado á estos sanctos sacerdotes bastaba para esforzarlos sin nuevos milagros, por eso no los quiso hacer; y porque los herejes no los merecian ver. Y así queda declarado que no hacerse allí milagros redunda en mayor gloria de Dios y de su divina gracia.

(*a*) Abac. ult. (*b*) Matth. 26.

CAPITULO XXIII.

Martirio del reverendo Padre Edmundo Campion, de la Compañía de Jesus, y de otros dos sacerdotes que con él padescieron: el uno llamado Rodulfo Servino, del colegio Anglicano que está en Roma; y el otro Alejandro Brianto, del colegio Rhemense.

En la carta pasada se hace mencion del martirio del Padre Edmundo Campion, y de otros sacerdotes que con él padescieron 1.º dia de diciembre del año de 1581.

La historia del martirio deste padre y de sus compañeros es muy digna de ser sabida. Porque dellos podemos decir con mucha razon que fuéron dos veces mártires; una por la fe, y otra por la caridad: esto es, una por no consentir con los herejes, y otra por no descubrir los católicos; aunque muchos tormentos por esta causa les dieron (como en el proceso se verá), siendo en lo uno leales á Dios, y en lo otro á sus prójimos y hermanos.

Este Padre Edmundo Campion era de la Compañía de Jesus, hombre de insigne virtud y doctrina, y diestro en el estudio de las letras humanas, así griegas como latinas. Era natural de Inglaterra; y así por esto, como por la eminencia de su virtud y letras, fué llamado de Praga (donde á la sazon estaba) y enviado por sus superiores á Inglaterra á confirmar los católicos, y administrarles los sacramentos, y apascentarlos con la doctrina de la fe. Acceptó él esta obediencia con gran voluntad y celo de la salvacion de las ánimas, ofreciéndose á manifiestos peligros por ellas: de los cuales muchas veces lo libró nuestro Señor con especial providencia. Tuvieron desto inteligencia los herejes que gobernaban la tierra, y tenian una hambre canina de haberlo á las manos: parte por impedir el oficio que hacia, y parte por saber dél cuáles eran los católicos que él doctrinaba. Entendió esto un hombre malvado, y ofrecióse á descubrir este religioso Padre, recibiendo grandes promesas del magistrado, si saliese con ello. Vino pues este traidor á Lifordia, que es una villa junto á Oxonia, y fingiéndose católico, trató con un conocido suyo que verdaderamente lo era, y dél supo dónde moraba. Sabido esto, dió luego aviso al gobernador de la tierra, por nombre Justiniano, el cual vino luego con mucha gente armada, y cercó la casa del Padre, el cual á la sazon habia dicho misa, y estaba con otros católicos tratando aquellas palabras del Salvador, que dicen (*a*): Jerusalen, Jerusalen, que matas los profetas, etc. Entró luego á gran priesa aquella cuadrilla de lobos rabiosos á dar en la manada de las ovejas de Cristo que allí se habian juntado; y de ahí los llevaron presos á una fortaleza que estaba al cabo de la ciudad de Lóndres. Entrando en esta ciudad, iba el Padre Campion delante con un sombrero en la cabeza, y en la copa dél pusieron los herejes este título: Este es Campion, el jesuita sedicioso. Salen luego todos de la ciudad á este espectáculo, unos á ver, y otros á escarnecer de los siervos de Dios. Mas el Padre Campion, confortado por el Espíritu Sancto, iba delante con un ánimo sosegado, y con rostro alegre y sereno, no sin grande admiracion de los que lo veian.

(*a*) Matth. 23.

Fué luego encerrado en una cárcel escurísima, y tan apretada, que no podia estar ni en pié ni acostado. Su comer era un poco de pan y agua. A cabo de tres dias, sacado desta prision, fué llevado por el rio á la ciudad con el mismo traje que entrara en ella, hasta el palacio de Roberto, con el cual estaban otros condes herejes, y dos secretarios de la Reina. Delante de los cuales el Padre declaró la causa de su venida á aquella tierra, con tanta mansedumbre y prudencia, que ellos le quedaron aficionados; no poniéndole otra culpa sino decir que era papistà. De aquí le tornaron á la cárcel, pero tratándole mas blandamente. Y primero procedieron con él por blanduras y grandes promesas, procurando que en alguna cosa, aunque fuese pequeña, consintiese con ellos. Y viendo que todo esto era de balde, por estar el Padre tan constante en la fe, determinaron de dalle tratos de un tormento que llaman del caballete: que es un linaje de tormento muy cruel, donde estando el hombre tendido, le atan á los dedos de los piés y de las manos unos cordeles, los cuales estiran poco á poco de una y de la otra parte con unas cuerdas, por donde vienen casi todos los miembros á descoyuntarse y desencasarse de sus lugares, que es intolerable dolor. Fué el Padre tres veces atormentado con este tormento, tan cruelmente, que á la tercera vez paresció que acabara la vida. Mas siendo recreado en medio deste trabajo con la dulzura y esfuerzo celestial, luego que fué desatado, prorumpió en aquellas palabras: *Te Deum laudamos, te Dominum confitemur*. Pretendian los herejes con este tormento sacar del Padre con qué personas trataba, y quiénes eran los que habia traido á la communicacion de la Iglesia romana, y en qué traiciones habia entendido, y otras cosas á este propósito. Mas esforzando nuestro Señor al Padre, ninguna persona descubrió de las que le preguntaban. Y lo mismo hicieron con los otros sacerdotes que con él fuéron presos, con determinacion que si ellos descubriesen algun hombre principal católico, dijesen que el Padre Campion lo habia descubierto, para hacerlo con esto odioso á los católicos. Y pasó esta malicia tan adelante, que uno de los consejeros de la Reina afirmó con juramento á un caballero preso por católico, que Campion lo habia descubierto. Mas el caballero no le dió crédito, porque conoscia bien la virtud del Padre.

Despues de los tormentos del caballete determinaron los maestros de los herejes de ponerse en disputa con él, creyendo que por estar tan mal tratado de los tormentos, y enflaquecido con las vigilias, y con la hambre pasada, y carescer allí de libros, fácilmente le vencerian; y así sería menoscabado el crédito que los católicos tenian dél, y la fe quedaria abatida. Mas Dios le dió palabras y sabiduría, á lo cual no pudieron responder todos sus adversarios (*b*). Duró esta disputa por espacio de cuatro dias; y afirmaba un católico que se halló presente, haber defendido el Padre la causa de la fe con tan grandes argumentos, que si él fuera hereje, se convertiera á la fe por lo que allí oyó.

§. I.

Prosigue la mesma materia.

Pasadas estas cosas, fuéron llamados á la audiencia real el Padre Edmundo Campion en el mismo dia en que se celebra la fiesta de Sant Edmundo mártir, y rey de Inglaterra, y con él fuéron llamados el Padre Jacobo Bosgra, y Tomas Cuótamo, sacerdotes de la Compañía de Jesus, y Rodulfo Servino, del colegio anglicano, que está en Roma, y Lúcas Hirbleu, y Duarte Riztono, sacerdotes del mismo colegio, y Alejandre Brianto, del colegio Rhemense. A todos estos oponian artículos de diversas maneras de traiciones que habian intentado contra su patria y su reina. A lo cual todos respondieron, que por sola la causa de la verdadera y católica religion eran venidos á su patria; y que por esto solo habian sido llamados á juicio, y por tantos modos tan cruelmente vejados, y que por esta fe estaban aparejados á ofrecer sus vidas. Duró esta audiencia hasta la tarde, y en cuanto los jueces fuéron á comer, mandaron dar de beber á los condenados. Mas el Padre Campion, como tenia los brazos quebrantados del tormento pasado, no pudo llegar la copa á la boca. Pero hallóse allí un señor, por nombre Don Apero, varon católico, y nieto del clarísimo mártir Tomas Moro, el cual con su mano le llegó la copa á la boca.

Yendo pues Alejandre Brianto con los otros para la audiencia, mostró una grande fortaleza de ánimo; el cual como alférez de Cristo, iba delante con una cruz en la mano, que él habia fabricado para su consolacion, en la cual con un carbon habia pintado la ímágen del Crucifijo. Y siendo reprehendido por un hereje por haber osado hacer esto, y mandándole arrojar la cruz, respondió: Por ninguna manera lo haré. Caballero soy de Cristo crucificado; no dejaré tan ilustre bandera hasta la muerte. Y tirándole el hereje la cruz de las manos, respondió: De las manos me la podreis quitar, mas no del corazon; ántes derramaré mi sangre por el que por mí derramó la suya en la Cruz. Y puesto este Padre en el tormento del caballete susodicho, y estando en él por espacio de tres horas, reprehendia la crueldad de los que le atormentaban, y con todo esto decia: ¿Esto es todo lo que podeis? Si no son otra cosa vuestros caballetes mas que esto, vengan en buen hora otros ciento. Y no contentos con este tormento, añadieron otra terrible crueldad: que fué hincarle alfileres entre las uñas de los piés y de las manos. Ni debe de parecer espanto despreciar él tan fuertemente los tormentos; porque en medio dellos era grandemente recreado con una maravillosa dulzura del Espíritu Sancto, segun él mismo da testimonio en una carta que escribió dende la cárcel á los padres de la Compañía de Jesus que estaban en Inglaterra. Y para tratar de la ocasion que hubo para escribir esta carta, no será fuera de propósito apuntar algo de las persecuciones de los herejes de Inglaterra, como se escribe en un libro que desta materia está impreso. Del cual se entiende ser tal esta persecucion, que en parte excede á todas las de los tirannos antiguos que perseguian la Iglesia. Porque nunca estos ponian los fieles á cuestion de tormentos para que descubriesen los otros fieles, lo cual se hace en este reino; y esto no como quiera, sino con cruelísimos tormentos. Y con los encarcelados usan de extrañas crueldades, porque no consienten ser visitados ni socorridos con limosnas de amigos ni parientes, so pena de ser tenidos por sospechosos en su mala secta, que es summo peligro.

Veniendo pues al propósito desta carta, escribe este sancto varon que estando tan cerrada la puerta para toda consolacion y visitacion humana, un dia se ordenó una disputa entre los maestros de los herejes y los católicos y por esta ocasion se abrió puerta para que entrasen mu-

(*b*) Luc. 21.

chos de los católicos á oirla. Y andando algunos por los rincones de la cárcel, llegaron adonde estaba este Padre Brianto (de quien vamos hablando), y con esta ocasion escribió una carta á los padres de la Compañía, en que (entre otras cosas) les daba cuenta de las mercedes que nuestro Señor le habia hecho en medio de sus tormentos. Sobre lo cual dice estas palabras :

Si lo que dijere es cosa milagrosa, no lo sé : Dios lo sabe ; mas que sea verdadera, mi consciencia me es testigo delante de Dios. Digo pues que estando en el postrer tormento, cuando los verdugos usaban de mayores crueldades en mi cuerpo, teniendo extendidos con gran violencia mis piés y manos, con todo esto casi ningun dolor sentia. Y junto con esto refocilado y aliviado de los dolores del tormento pasado, quedé con los sentidos perfectos, y con el alma quieta, y corazon sosegado. Viendo esto los comisarios, saliéronse fuera, y mandaron que el dia siguiente me atormentasen otra vez de la misma manera. Oyendo yo esta sentencia, creia verdaderamente y esperaba que con el ayuda divina lo sufriria. Y entre tanto que me atormentaban, meditaba como podia la amarguísima Pasion de mi Salvador, llena de innumerables dolores. Hasta aquí son palabras de la carta de Brianto. Mas de Severino, colegial del colegio Anglico de Roma, se escribe en aquel libro de las persecuciones de Inglaterra, que era admirable la caridad y el celo que tenia de la salvacion de las ánimas. Por donde cuando le contaban la terribilidad de los tormentos que en su patria se daban á los católicos, no solo no desmayaba, mas ántes se encendia mas en su corazon este deseo; y segun las buenas partes y gracias que de nuestro Señor habia recebido, así de virtud como de letras y ingenio, hubiera de aprovechar grandemente á su patria, si no fuera porque poco despues que entró en ella, fué preso, y cargado de hierros, y encarcelado en una cárcel escura. Mas estando él allí preso, no estaba presa la palabra de Dios; porque allí animaba los otros que estaban presos por la fe, para que perseverasen firmes y constantes en ella; y acordándose que estaba allí preso por Cristo, el amor encendidísimo deste Señor causaba en su ánima tan grande alegría, que no se podia contener que no hiciese y dijese cosas que manifestasen esta alegría que el Espíritu Sancto le daba; el cual en ningun tiempo está mas cerca de sus fieles siervos, que en el tiempo de la tribulacion (c). Estaban presos en una cámara junto á la suya dos herejes de una herejía infame y deshonestísima; los cuales viendo las muestras de alegría que en el siervo de Dios parecian, tenian para sí que estaba loco. Mas un dia ofreciéndose ocasion para hablarle, vieron que no lo era, sino muy prudente y docto. Y platicando con ellos un rato, cuando se llegó la hora de rezar el oficio divino, despidiéndose dellos humilmente, prostróse sobre las rodillas, y rezó su oficio con gran devocion; con lo cual ellos quedaron muy movidos por la novedad del negocio. Despues cenando una noche con ellos, de tal manera defendió la causa de nuestra fe, y confundió el error dellos, que los redujo á la fe católica, y los absolvió y reconcilió con la Iglesia. De manera que los que estaban presos por aquella herejía infame (la cual persiguen los ingleses) agora están presos por la fe católica.

Esto hecho, como los contrarios le amenazasen con el tormento del caballete, y estando el negocio en tal estado que luego habia de ser atormentado, comenzó el varon de Dios á aparejarse con gran cuidado para sufrir el tormento, haciendo primero oracion por los que lo habian de atormentar. Pero nuestro Señor lo guardaba para otro mayor triunfo.

§. II.

Martirio del Padre Campion.

Mas tornando al principal propósito, presentados los sacerdotes ante los jueces que habian de sentenciar la causa, despues de vista la acusacion, y la defension, determinaron ellos ser el Padre Campion y sus compañeros dignos de muerte. Y preguntándolos el juez principal si tenian alguna cosa que alegar en su descargo, respondió el Padre Campion que ninguna mas que rogar á Dios inmortal, que así el juez como los acusadores y todos sus adversarios, en el dia muy severo y estrecho del juicio, oyesen mas blanda sentencia que la que contra ellos se daba. Y pronunciada la sentencia, el Padre Campion con rostro alegre, dando gracias á Dios por este tan grande beneficio, comenzó á decir : *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur*. Y Rodulfo Servino dijo : *Hæc dies, quam fecit Dominus, exultemus et lætemur in ea*. Mas Alejandre Brianto, considerando la injusticia de aquella sentencia, apeló para el summo Juez con aquellas palabras : *Judica me Deus, et discerne causam meam*. Y así con grande alegría de sus ánimas se apartaron de la presencia de aquel consejo malvado, gozándose por haberlos hecho Dios dignos de padescer por su nombre (d).

Mas ántes que fuesen al lugar del tormento, el Padre Campion habló al pueblo que presente estaba desta manera : Ya habeis visto cómo somos condenados por crímen *læsæ majestatis*; mas con cuánta justicia, vos lo ved. Porque si yo en todos los artículos propuestos hubiera ofendido á la majestad real, nunca ella ni todos los de su casa y consejo me ofrecieran vida, y libertad, y muchas mercedes tan liberalmente, si quisiera condescender con sus opiniones aun en cosas pequeñas. Antes os digo que este mismo alcaide del castillo que está aquí á par de mí, me prometió estas mismas cosas, y otras mayores, si quisiese sola una vez ir á la iglesia con los herejes. Ni él se atreviera á prometer cosas tan grandes, ni los príncipes de Inglaterra tal permitieran, si hallaran que yo habia cometido este crímen contra la Reina. Así que, hermanos, no el crímen de la traicion, sino el celo de la católica religion nos ha traido á este paso.

Acabado esto, los volvieron á la cárcel; y el 1.° dia del mes de deciembre el dicho Padre Campion, y Rodulfo Servino, y Alejandre Brianto (de los cuales arriba hecimos mencion) fuéron entregados á los ministros de la justicia de Lóndres. Y los otros que con estos fuéron condenados, reservaron para ser justiciados otro tiempo en otras ciudades de Inglaterra, para mayor terror de los católicos. Ataron pues al Padre Campion, y pusiéronlo en un cañizo tejido de varas, y tendido en él, lo llevaban arrastrando á la cola de un caballo. Mas á Rodulfo Servino y á Alejandre Brianto llevaban de la misma manera atados en otro cañizo, arrastrándolos á las colas de otros caballos por todas las calles de Lóndres, hasta el lugar donde suelen justiciar los ladrones, que está casi una milla fuera de la ciudad. Llegados á este lugar desataron al Padre Campion, y echáronle una

(c) Psal. 90.

(d) Act. 5.

cuerda al pescuezo, y así le subieron en una carreta que estaba al pié de la horca. Subido en este lugar, comenzó á hablar con grande atencion, oyéndole una tan grande muchedumbre de gente, cuanta nunca se juntó en aquel lugar, estando presentes tres condes, y cinco barones, y otros muchos caballeros y señores principales. Tomó entónces el Padre por tema muy á propósito aquellas palabras del Apóstol (*e*): Un espectáculo estamos hechos á Dios, y á los ángeles, y á los hombres. Y declarando él estas palabras, ántes que acabase de hablar, un hereje del consejo real, que estaba á caballo junto á él, le cortó el hilo de la plática, diciendo: Ora, sus; deja, deja ya de tentar y engañar al pueblo con tus palabras fingidas. Mejor harias en confesar delante de todos que tienes ofendida la majestad real, y pedir humilmente perdon á la Reina. Y lo mismo le aconsejaban los ministros de la justicia, y los vicecomites de Lóndres. Mas Campion acudió diciendo: Hiciera lo que me pedís, si me sintiera culpado en ese crímen; sino teneis por crímen ser yo católico, que es summa honra y gloria; por lo cual he padescido tantos tormentos, y estoy agora aparejado para recibir la muerte.

Entónces los calvinistas comenzaron á pedirle que rezase con ellos. Lo cual él no quiso hacer, abominando su falsa religion; mas pidió á todos los católicos que allí estaban, que en el punto que él estuviese muriendo le dijesen el *Credo*, para que la fe que ya no podria confesar con su boca, la confesase con la de innumerables católicos que allí estaban presentes. Y desta manera hurtando á la carreta los piés debajo, quedó ahorcado; y ántes que espirase, uno de los principales herejes le cortó la cuerda, no consintiendo que espirase allí, como se hacia communmente con los malhechores. Y estando aun medio vivo, usaron con él y con sus compañeros de una tan rabiosa y desvergonzada crueldad, de la cual nunca Diocleciano, ni otros cruelísimos tirannos usaron con los mártires; pero esta fué obra de hombres cuyas ánimas regía Satanas. Y la crueldad fué, que estando él aun vivo, le cortaron sus partes naturales, y abriéndolo por medio con un cuchillo, le arrancaron el corazon y las tripas, y las echaron en el fuego; y cortada la cabeza, le partieron el cuerpo en cuatro cuartos; los cuales junto con la cabeza cocieron un poco en agua herviendo, y así los pusieron con clavos hincados en las puertas de la ciudad.

§. III.

Confesion gloriosa y martirio de los Padres Servino y Brianto.

Acabado esto, el verdugo llamó á Servino, diciendo: Ven tú tambien, Servino, para que recibas el pago que este recibió. Acudió luego él con un rostro lleno de alegría, y abrazó al verdugo, y besó la mano sangrienta que traia de la carnicería pasada del Padre Campion. Lo cual de tal manera movió al pueblo, que con gran ruido y mormullo acabaron con el Vizconde que le dejase hablar lo que quisiese; y así se hizo. Porque subido en la escalera, hizo una grande exhortacion al pueblo; y acabada esta, él mismo metió la cabeza en el lazo que le estaba aparejado. Lo cual viendo el pueblo, comenzó con grande clamor á decir: ¡Oh buen Servino, Dios reciba tu buena ánima! El cual clamor duró por grande espacio, y aun apénas despues de él muerto se pudo mitigar.

(*e*) 1. Cor. 4.

Despues deste Padre llamaron á Brianto. El cual ántes que padesciese, profesó brevemente la fe porque moria, y purgóse de la calumnia que á él y á los otros padres oponian de las traiciones contra la Reina, diciendo que ni aun por imaginacion tal cosa habia por él pasado. Y demas de sus palabras, la innocencia de su rostro, y su cara angélica (porque era mancebo hermosísimo) daba dello testimonio. Pero lo que movia los ánimos, y los ojos de los que presentes estaban, era ver el alegría grande que mostraba estando para padecer, la cual alegría nascia de ver que padescia por la fe católica; y junto con esto, porque padescia en compañía del Padre Campion, á quien él tenia grande amor y devocion. Y así en él como en su compañero Servino ejecutaron toda aquella crueldad y carnicería de que usaron con el sobredicho Padre Campion. Los cuales con un breve trabajo compraron eterno descanso, de que agora gozan, y para siempre gozarán; gloriándose en el cielo de lo que no se pueden gloriar los ángeles; que es haber dado la vida por la gloria de su Criador, dejando vencidos los herejes, y confundidos los demonios, y confirmados los católicos con el testimonio de la fe y constancia con que tantos tormentos padescieron.

Resta agora que el cristiano lector considere con ojos de fe, con qué alegria los sanctos ángeles acompañarian estas dichosas ánimas que tan valerosamente habian triunfado de toda la potencia del mundo y del infierno, ofreciendo la vida por la gloria de su Señor, y por la salvacion de las ánimas; leales en esto á su Dios, por cuya fe murieron, y leales á sus prójimos; pues siendo tan cruelmente atormentados, nunca los descubrieron: mártires en lo uno, y mártires en lo otro. Pues ¿qué fiesta se haria este dia en el cielo en la entrada destos gloriosos caballeros con doblada corona (si decir se puede) de martirio? Y ¿con qué alegría los saludarian y recebirian los sanctos mártires, como á compañeros suyos, y imitadores de su fe y fortaleza, dándoles el parabien de aquella entrada en la ciudad soberana, para cantar siempre las alabanzas del Señor, que tal fe, tal virtud, tal caridad y tal constancia les dió, para que en medio de tantos clamores y torbellinos del mundo estuviesen con un corazon sosegado, y con un ánimo invincible, y despreciador de todas las amenazas y tormentos de los herejes?

§. IV.

Circunstancias maravillosas que en esta excelencia de los mártires resplandescen.

Pues quien atentamente considera esta singular excelencia de los mártires, podrá notar en ella cinco grandes maravillas que aquí habemos referido. Entre las cuales la primera es el número tan grande de los mártires que padescieron por la fe. La segunda la cualidad de las personas que padescian; entre las cuales entran mujeres flacas, y vírgines nobles y delicadas. La tercera es la horribilidad de los tormentos nunca vistos con que fuéron los sanctos atormentados. La cuarta es el esfuerzo de ánimo, y alegría en el padescer, y libertad de hablar, escupiendo y blasfemando de los falsos dioses. La quinta es el fin de toda esta batalla tan prolija y tan reñida con que pretendian los tirannos extinguir la religion y nombre de Cristo, para establescer su idolatría. Y no solo no alcanzaron lo que pretendian; mas ántes como si las persecuciones dellos fueran favores nuestros,

así su idolatría quedó al cabo destruida, y la religion de Cristo ensalzada y establecida. Pues estas cinco maravillas son una grande confirmacion de nuestra fe, y materia de una grande admiracion de la grandeza y omnipotencia de nuestro Señor, que por tan alta y nueva manera triunfó del príncipe deste mundo.

CAPITULO XXIV.

Decimanona excelencia de la religion cristiana, que es ser testificada y aprobada con milagros.

Otro mayor testimonio tiene la religion cristiana, que es el de los milagros. Para lo cual es de saber, que así como Dios es summamente perfecto, así lo son todas sus obras; porque la imperfeccion de la obra redundaría en injuria del artífice. Pues como él obligue á todos los hombres á tener fe (sin la cual es imposible salvarse), y para esto sea necesario creer cosas que sobrepujan la facultad de la razon, era justo que proveyese él de medios suficientes para que fuesen creidas. Pues estos decimos que fuéron los milagros; para que las obras que exceden el poder de naturaleza, hiciesen fe de las que exceden la facultad de la razon humana. Y esto son (como decimos) los milagros, que solo Dios puede hacer; y cuando él los hace en testimonio de alguna verdad, la tal verdad es mas cierta que lo que se ve con los ojos, y toca con las manos. Los reyes tienen sus sellos reales, por los cuales son conoscidas y obedecidas sus provisiones; mas el sello real de Dios, que es Rey y Señor de la naturaleza, son obras que sobrepujan la facultad della: cuales son los milagros; las cuales nadie puede hacer sino él, ó por virtud dél.

Destos milagros se han hecho tantos en la religion cristiana, que sería mas fácil contar las estrellas del cielo que ellos. Porque ningun sancto es canonizado en la Iglesia, que no sea con testimonio y averiguacion de muchos milagros; de los cuales se hace diligentísima inquisicion, por ser este negocio de grande importancia. De Sant Vicente Ferrer (que parece haber sido el que despues de los apóstoles mayor fructo hizo en la Iglesia con su predicacion) fuéron probados y testificados ochocientos milagros para su canonizacion, sin hacerse inquisicion de los que hizo en las Españas, donde mas tiempo predicó. Pues ¿quién será tan incrédulo, que crea ser todos estos milagros falsos? Mayormente que uno solo que sea verdadero, basta para confirmacion de la fe. De las reliquias del glorioso mártir Sant Estévan cuenta Sant Augustin muchos milagros (a); y dice que si se hubiesen de escribir todos los que en diversos lugares de Africa se hicieron, sería necesario escribir muchos libros.

Mas porque algunos son muy incrédulos de milagros, procuré yo escribir en nuestra Introduccion del Símbolo tales milagros, que ningun hombre de razon los pudiese negar. Porque parte dellos son milagros que los mismos sanctos que los cuentan vieron con sus ojos, y fuéron testigos de vista. Y destos unos escribe Sant Augustin, otros Sant Ambrosio, otros Sant Hierónimo, y Sant Gregorio Papa, y Sant Gregorio, teólogo, y Sant Crisóstomo, y Sant Bernardo, y Sant Juan Clímaco, y Teodoreto. Todos estos padres tan señalados en sanctidad, en autoridad, en doctrina, cuentan especiales milagros á que ellos se hallaran presentes. Otros fuéron muy notorios al mundo; como fué el eclipsi miraculoso que se vió en la muerte del Salvador, de que dan testimonio no solo los evangelistas (que no osaran escribir cosa que á no ser así, todo el mundo la contradijera, y los escarneciera), mas tambien lo escribieron autores gentiles. Mas no solamente se escuresció el sol, sino tambien la luna, y todas las estrellas del cielo, que son innumerables; las cuales todas se vistieron de luto por la muerte de su Señor. Y que esto sea así, parece claro; porque escurescido el sol que da luz á todas las lumbreras del cielo, necesariamente se habian de escurescer todas ellas. Y esto se confirma por testimonio del Evangelista (b), el cual dice que fuéron hechas tinieblas sobre toda la tierra dende la hora de sexta (cuando el Salvador fué crucificado) hasta la de nona, cuando espiró en la Cruz.

Tambien la venida del Espíritu Sancto, el dia de Pentecostes (c), con tan gran sonido, y en figura de lenguas de fuego, dando á los discípulos el don de hablar en todas ellas, tiene por testigos á hombres de todas las naciones y lenguas del mundo: que eran judíos religiosos y honradores de Dios, que de todas estas partes habian venido, y moraban en Hierusalem; y todos estos quedaron atónitos, y como fuera de sí oyendo hablar á los discípulos las maravillas de Dios en sus proprias lenguas. Esto escribe Sant Lúcas. Lo cual si así no pasara, tuviera este Evangelista contra sí todo este número de testigos; con lo cual totalmente desacreditaba y destruia toda su escriptura. Y confirmase esta verdad; porque de otra manera, ¿cómo pudieran hombres nacidos y criados en Galilea predicar el Evangelio en todas las naciones del mundo, como lo predicaron, siendo tantas las lenguas del mundo casi como los reinos y provincias dél?

Pues no fuéron ménos conocidos muchos de los milagros del Salvador, por ser tantos los testigos dellos, y estar vivos muchos de los que se hallaron presentes á ellos. Porque veinte años despues de su gloriosa subida al cielo escribió Sant Mateo en lengua hebrea su Evangelio: donde refiere el milagro que el Salvador hizo dando de comer con cinco panes y dos peces á cinco mil hombres (d), allende de las mujeres, y de los mochachos, que no serían ménos. Tambien escribe otro semejante á este, cuando el mismo Señor dió de comer á cuatro mil hombres con siete panes, de que sobraron siete espuertas de pedazos (e). Tambien fué muy público el milagro del hijo de la viuda que él resuscitó en presencia de mucha gente que acompañaba á la viuda, y de mucha tambien que venía con el Salvador (f). Y muy mas público el de la hija del príncipe de la sinagoga, cuya fama corria por toda la tierra, como dice el Evangelista (g). El cual si no dijera verdad, tuviera contra sí tantos testigos que en aquella edad serían vivos, pues los milagros eran tan recientes. Ni fué ménos público el milagro de la resurreccion de Lázaro (h): por el cual se le hizo aquel tan solemne recibimiento en la entrada de Hierusalem con los ramos.

§. ÚNICO.

Prosigue la misma materia, y de los fines que tienen los milagros.

Ni tienen ménos verdad y autoridad los milagros que el Apóstol refiere en la carta escripta á los de Corinto y en otra á los de Tesalónica (i): donde trae por testigos

(a) De Civit. Dei, lib. 22. cap. 8.

(b) Matth. 27. (c) Act. 2. (d) Matt. 14. (e) Id. 15. (f) Luc. 7. (g) Matth. 9. (h) Joan. 11. 12. Matth. 21. (i) 1. Cor. 12. 1. Thess. 1.

de la verdad que predicaba los milagros que entre ellos habia obrado. Lo cual nunca el Apóstol dijera, si no fueran estos muy notorios; porque á no ser así, los mismos á quien escribia le desmintieran y tuvieran por engañador; pues los milagros que ellos nunca vieron traia por testigos. A esto añado que quien tuviere juicio sano, y leyere con atencion solo el capítulo XI de la segunda epístola que escribió á los de Corinto, y considerare la infinidad de trabajos que él allí refiere haber padescido, siendo tantas veces azotado, encarcelado, acusado, apedreado, junto con los caminos, nuafragios, peligros en la mar, en la tierra, y en los falsos hermanos; y notare con esto la hambre, la desnudez, la pobreza, las vigilias, trabajando para ganar de comer para sí y para sus compañeros; y con esto mirare la grandeza de sus revelaciones, y el ser arrebatado y llevado al paraíso; quien todo esto considerare no querrá mas milagro, ni mas confirmacion de la fe, de lo contenido en solo este capítulo; ademas de los milagros que él refiere haber hecho en la misma Epístola; de que trae por testigos á los mismos de Corinto, como dijimos. Ni nadie será tan incrédulo, que piense haber fingido el Apóstol todo esto para confirmacion de la fe; pues él fué el mayor perseguidor y impugnador que ella tuvo.

Tampoco en nuestra edad faltan milagros muy notorios. Porque ¿quién no ha oido el milagro del sancto sacramento que está en los corporales de Daroca? Y del que está en Frómesta en una patena, testificado por los que le han visto con sus ojos, y tenido la misma patena en sus manos, como se escribe en la Historia Pontifical? ¿Quién no ha oido el de la sangre de Sant Genaro, que está en Nápoles, la cual hierve cada vez que la ponen á vista de su cabeza? Y no es ménos conoscido el milagro y la virtud que tienen los reyes de Francia en sanar los lamparones tocándolos con las manos; pues esta es obra que sobrepuja toda la facultad de naturaleza.

Y con todos los milagros susodichos podemos con mucha razon ayuntar el del Padre Brianto; del cual al fin del capítulo pasado hecimos mencion. Pues él, estando preso, afirma con juramento que en medio de los mas terribles tormentos ningun dolor ni pena sentia. Pues ¿qué mas claro milagro, y mas cierto que el que afirma con juramento quien estaba para padescer martirio?

Esta es una de las grandes excelencias y confirmaciones de nuestra fe; y así leemos en las sagradas historias y fuera dellas de muchas personas, que recibieron la fe por medio de los milagros que vieron. Como fué Naaman siro, cuando se vió súbitamente curado de su lepra (*k*), y Nicodémus en el Evangelio (*l*), y el Regulo con toda su familia (*m*), y muchos de los que se hallaron presentes á la resurreccion de Lázaro (*n*). Mas porque en nuestra Introduccion del Símbolo referímos muchos milagros, no solo de los tiempos pasados, sino algunos tambien de los presentes, parescióme responder aquí á la opinion de algunos que afirman haber sido necesarios los milagros solamente para fundar la fe; pero que despues de ya fundada, no lo son. A esto se responde que aunque los milagros principalmente hayan servido para fundar la fe, mas otras causas hay, despues della ya fundada, para que nuestro Señor muchas veces lo haga. Porque primeramente los hace para honra de sus sanctos, para que así sean venerados, y tomados por abogados, y finalmente canonizados. Y así vemos la muchedumbre de milagros que nuestro Señor hizo para honra de dos grandes lumbreras de su Iglesia (que en el mismo tiempo florescieron) Sant Francisco y Sancto Domingo, y en los discípulos y succesores destos, Sant Buenaventura, Sant Antonio de Padua, Sant Bernardino, Sancta Clara, y otros muchos que sería largo de contar, y Sancto Tomas de Aquino, Sant Pedro Mártir, Sant Antonino, Sancta Catalina de Sena, Sant Vicente Ferrer; y despues de todos estos (cuasi en nuestros dias) fué canonizado Sant Francisco de Paula. Otra causa de hacer nuestro Señor milagros es socorrer él á sus fieles siervos en algunas grandes tribulaciones y enfermedades muy prolijas, para las cuales ningun remedio humano se halla. Lo cual pertenesce á las entrañas de su misericordia, y á la providencia paternal que él tiene de sus siervos. Y deste género de milagros referimos algunos muy auténticos en nuestra Introduccion del Símbolo de la fe. Otras veces se hacen para librar de peligro á los innocentes; como Sant Antonio de Padua estando aun vivo libró á su padre de un falso testimonio en causa criminal que le habian levantado. Otras causas sin estas hay de hacer milagros; las cuales hallará el cuidadoso lector leyendo los Diálogos de Sant Gregorio, donde cuenta muchos milagros de su tiempo hechos por otras causas, y á veces muy pequeñas (*o*); porque allí cuenta él de un sancto varon que rehizo una lámpara de vidrio que se habia hecho pedazos; y en la vida de Sant Antonio se escribe otro milagro semejante á este. Porque hallando una moza llorando con grandísima desconsolacion, por habérsele quebrado un librillo de barro, movido de compasion, lo tornó á rehacer; como se escribe de Sant Benito en otra cosa semejante. Y sabemos que en tiempo de Sant Gregorio estaba mas fundada y dilatada la fe que agora (*p*); pues aun entónces no habia turcos, ni moros. Esto baste para saber que hay otras muchas causas de hacerse milagros aun despues de ya fundada la fe.

CAPITULO XXV.

Vigésima excelencia de nuestra fe, que fué la conversion del mundo.

A todos estos milagros susodichos añadiré el mayor de todos, que fué la conversion del mundo. Para cuyo entendimiento conviene ponderar todas las circunstancias desta obra, que son muchas y muy esenciales, y cada una dellas bien considerada es por sí un gran milagro.

Y primeramente consideremos la doctrina que los apóstoles (que fuéron los ministros desta obra) predicaron y persuadieron al mundo. Esto tratamos mas por extenso en nuestra Introduccion, y por eso lo resumirémos aquí en breve. I. Prosiguiendo pues lo dicho, estos nuevos predicadores proponian primeramente al entendimiento el misterio de la sanctísima Trinidad, confesando que en él habia tres personas distinctas, cada una de las cuales era verdadero Dios, y con todo eso no eran tres dioses, sino un solo Dios. Proponian que una destas tres personas, que era el Hijo de Dios, se habia hecho verdadero hombre; y sin dejar de ser lo que era, tomó lo que no era; y así fué Dios y hombre juntamente. Predicaban con grande instancia la resurreccion de los cuerpos en fin del mundo; esto es, que un cuerpo comido

(*k*) 4. Reg. 5. (*l*) Joan. 3. (*m*) Id. 4. (*n*) Id. 11.

(*o*) Lib. 1. c. 7. (*p*) Greg. l. 2. Dial. c. 1.

de pesces, ó aves, ó de otros hombres, y convertido en la substancia dellos, habia de resuscitar el mismo que fué, y no otro por él. Asimismo que las cenizas de un cuerpo quemado, y hecho polvo, y este volado por los aires, se han de venir á juntar este dia do quiera que estuvieren derramadas, y dellas se volverá á formar el mismo cuerpo que fué, sin que le falte un solo cabello. Predicaban otrosí que los dioses que todo el mundo y todos los reyes y emperadores en todas las edades y siglos pasados adoraron, no eran dioses, sino demonios engañadores y pervertidores del mundo. Y sobre todo esto predicaban que un hombre pobre, tenido communmente por hijo de un carpintero, y despues crucificado entre ladrones, era verdadero Dios, Criador de cielos y tierra; y que estando padesciendo en la Cruz, y muerto en el sepulcro, movia los cielos, y regía el curso del sol, y de la luna, y de las estrellas, y gobernaba toda esta grande máquina del mundo. Estas y otras cosas tales proponian al entendimiento para que las creyese con tanta firmeza, que ántes quisiesen padescer mil muertes, que negar un punto dellas, so pena de ser condenados á las penas del infierno para siempre.

II. Mas á la voluntad proponian otras cosas aun mas arduas: que era apartar á los hombres que estaban atollados hasta los ojos en todos los vicios y torpezas carnales, guardar castidad de cuerpo y de ánima, y predicaban una manera de vida, que toda ella era una cruz y mortificacion de la carne y de todos sus apetitos, resistiendo á todas sus malas inclinaciones, haciéndolas servir y obedescer al espíritu; que es la mas brava y mas continua pelea de cuantas hay. Pues ¿qué cosa mas desabrida para hombres carnales (que tenian por Dios su vientre, su carne, sus deleites, su honra y su dinero) que tal vida como esta?

III. Mas agora veamos qué hombres eran los que tomaron á pechos esta empresa tan árdua. Esto es cosa aun de mayor admiracion. Porque eran unos hombres pobres, rudos, sin letras, sin armas, sin elocuencia, sin nobleza, sin valía y sin algun poder humano. Tales eran los predicadores de cosas tan arduas y dificultosas.

IV. Mas veamos quiénes eran los que les resistian. Todos los reyes y príncipes de la tierra, y señaladamente todo el poder del imperio romano con todos sus emperadores: Nerones, Trajanos, Adrianos, Decios, Dioclecianos, Maximianos, Valerianos, Máximos, Maximinos, con otros tales; y con ellos todos los filósofos, y oradores, y hombres poderosos, así judíos como gentiles: como lo proclamó el profeta David, cuando dijo (a): ¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Juntáronse en uno los reyes y los príncipes de la tierra, y pusiéronse en armas contra el Señor, y contra su Cristo, diciendo: Rompamos estas prisiones y ataduras con que nos quieren prender, y sacudamos de nuestras cervices este nuevo yugo que nos quieren poner.

V. Mas ¿de qué manera, y con qué fuerzas contradecian á esta doctrina estos príncipes de la tierra? Con todos los linajes de tormentos que la crueldad de los demonios y de los hombres pudieron inventar; con cárceles, destierros, azotes, fuegos, parrillas para asar los cuerpos, calderas de pez y aceite hirviendo para cocerlos, peines y garfios de hierro para despedazarlos, dientes de fieras para comerlos, cruces y clavos para crucificarlos; y otros tormentos semejantes. Esta era la guerra y la persecucion que contra los profesores desta religion en todas las partes del mundo se levantó. Mas ni aun con esto se satisfacia la furia y rabia de los tirannos; porque despues de despedazados los cuerpos de los fieles, los echaban á los perros y aves para que los comiesen. Las cárceles estaban llenas destos dichosos hombres; por las calles y por los campos corrian arroyos de la sangre de los que degollaban, á veces de ciento en ciento, y á veces de docientos en docientos, y á veces de muchos mas.

(a) Psal. 2.

§. 1.

Fortaleza y constancia de los mártires.

VI. Pero veamos agora, ya que tales eran los tormentos, cuál era la fortaleza y constancia de los atormentados. Esto es cosa de grande admiracion. Porque viérades una infinidad de hombres y de mujeres, de viejos y de niños, y de todos los estados y condiciones de personas, que con una fe y constancia nunca vencida se ofrescieron á todas estas penas y tormentos, por no perder un punto de la fe y lealtad que debian á su Dios y Señor; y esto con ser la persecucion tan general, que apénas se hallaria tierra que no fuese bañada con sangre de mártires, ni cárceles que no fuesen pobladas con las cadenas y prisiones dellos, ni tribunales ante quien no fuesen presentados y acusados.

Y para que mas se maraville, entre estos mártires verémos doncellas tiernas y delicadas competir con los hombres en la fortaleza del pelear; donde en cuerpos tan tiernos se hallaron corazones tan de hierro, que ni con fuego, ni con hierro (que todas las cosas doma) pudieron ser ablandados ni domados. Y para que aun mas se maraville, verá niños de muy poca edad, aunque no niños en la virtud y fortaleza, padescer por la gloria de Cristo, y perdido el temor de la ferocidad de los tirannos, ofrescer alegremente sus cervices al cuchillo. Verá entre estos á Pancracio, nobilísimo niño, criado muy religiosamente de sus padres; el cual despues de su fallescimiento gastaba toda su hacienda en remedio de pobres. Y por esto y por blasfemar de los dioses fué sentenciado á muerte; á la cual iba él como un cordero, muy alegre; y puesto en el degolladero, signándose con la señal de la Cruz, extendió la cerviz para recebir el golpe del espada, y con él juntamente la corona. Desta manera verémos otros muchos niños de poca mayor ó menor edad (como fuéron Justo y Pastor hermanos) ofrecerse con ánimos varoniles á la muerte; porque nuestro Señor queria que todas las edades le glorificasen con su sangre, y diesen testimonio de la fe; porque cuanto la edad era mas flaca, tanto mas claro se veia que aquella fortaleza no era de edad tan tierna, sino de la gracia divina.

Pues ¿qué diré de algunas malas mujeres que despues de convertidas á la fe, alcanzaron fortaleza y corona de mártires? ¿Qué diré de los soldados (que suele ser gente muy suelta), muchos de los cuales no fuéron ménos esforzados en sufrir tormentos, que en pelear con los enemigos; y estos no en pequeño número, sino muy grande?

Pues díganme agora todos los entendimientos humanos, ¿cómo era posible que tantos hombres se moviesen á creer cosas al parecer tan increibles, y abrazar vida tan contraria á los apetitos de la carne, viendo aparejada contra sí toda esta lluvia de tormentos, si no fueran atraidos y esforzados con milagros, y con especialísimos favores de Dios? ¿No eran estos hombres de carne y de sangre, tan sentibles como nosotros? ¿No es la muerte

la postrera de las cosas terribles? ¿No vemos lo que hace un hombre sentenciado á muerte por escapar della, pues no hay costa, ni camino, ni trabajo, ni peligro á que no se ponga por librarse della? Pues ¿cómo tantos millares de hombres y de mujeres flacas se ofrecieran á tormentos mas crueles que la misma muerte, por creer lo que unos rudos pescadores predicaban, si no fuera á poder de milagros y de favores de Dios? Y lo que mas es, padescer con tal esfuerzo y alegría, que, como dice David (*b*), las heridas de sus llagas eran para ellos saetas de ballestillas de niños. ¿Quién pues no reconoce y adora aquí la grandeza del poder de Dios y de su gracia? ¿Cuándo la naturaleza humana pudo por sí sola llegar á tal fortaleza?

§. II.

Triunfo del mundo que consiguió esta fortaleza, y dificultades que venció.

VII. Resta agora ver qué es lo que estos predicadores susódichos despues de tantos torbellinos de persecuciones acabaron. ¡Oh admirable Dios en todas sus obras! ¿Qué lengua podrá explicar esto? Acabaron con los hombres que creyesen todas estas cosas que ellos predicaban, con tanta constancia, que millares de millares de hombres y mujeres, viejos y mozos, se ofresciesen á padescer todos estos tormentos nunca vistos, con incomparable esfuerzo y alegría, ántes que negar un solo artículo de todos los susodichos. Acabaron que aquella soberbia Roma, domadora del mundo, junto con su emperador, inclinase su cuello al yugo del Crucificado, y le adorase como á verdadero Dios, y se dejase domar y gobernar por él, y por sus vicarios y ministros. Acabaron que el conoscimiento del verdadero Dios que estaba arrinconado en Judea, se extendiese por todas las naciones del mundo; porque en todas fué predicado y adorado. Finalmente, acabaron que los mismos gentiles convertidos á la fe, renegasen de los dioses que todo el mundo en todos los siglos pasados adoraba, y los pisasen y acoceasen como á estatuas de abominables demonios. Pues ¿cómo se podia acabar esto en el mundo sin favor del cielo?

Y para que se vea cuán grande maravilla haya sido ésta, tomaré licencia para declarar esto por un familiar ejemplo. Pregunto pues: ¿cuán dificultosa cosa sería acabar con los cristianos que tomasen el sancto sacramento del Altar, ó la imágen del Crucifijo, y lo echasen en tierra, y lo pisasen, y acoceasen, y en lugar dél pusiesen el zancarron de Mahoma, y lo adorasen? ¿Quién sería poderoso para acabar esto, pues solo pensarlo hace temblar las carnes? Por aquí pues se entenderá lo que éstos pescadores acabaron con los hombres; conviene saber: que tomasen las estatuas de los dioses que adoraban, como nosotros adoramos á Cristo, y las derribasen de sus altares, y las acoceasen y quemasen; y que en lugar dellas pusiesen la Cruz de Cristo, y la adorasen; siendo en aquel tiempo esta señal la mas abominable cosa del mundo.

Supuesto agora lo que está dicho, pregunta Sant Augustin (*c*): ¿por qué medio pudieron estos pescadores acabar cosas tan grandes? ¿Si fué por virtud de milagros, ó sin ellos? Si por ellos, claro está que la fe es verdadera; pues Dios con milagros da testimonio della; el cual solo los puede hacer. Si decís que sin milagros, negando los milagros, habeis de confesar otro mayor milagro. Porque ¿qué mayor milagro que creer los hombres una cosa en que tantas dificultades habia para ser creida, sin milagros? Lo cual explicarémos agora con un ejemplo. Escríbese de aquel gran Taborlan (que venció al gran turco Bayaceto) que deseaba que en sus conquistas se ofresciese alguna fuerza que paresciese inexpugnable, para mostrar en el combate della la grandeza de su poder. Pues desta manera paresce que nuestro Señor quiso mostrar en esta obra de la conversion del mundo la omnipotencia de su gracia. Porque quiso que en ella entreviniesen tantas dificultades, que claramente se viese que solo su poder bastaba para acabarla.

Porque primeramente quiso que su unigénito Hijo tuviese por madre una mujer tan pobre, que estaba casada con un carpintero, que con sierra y azuela ganaba de comer para entrambos (*d*). Quiso tambien, ó permitió, que su Hijo bendito fuese communmente tenido por hijo deste carpintero (*e*). Quiso que nasciendo no tuviese otra casa sino un establo, ni otra cama sino un pesebre. Quiso que en la vida fuese tan pobre, que se mantuviese de las limosnas que unas piadosas mujeres le daban (*f*). Quiso que la compañía de los discípulos que consigo traia, fuese de la mas baja gente del mundo (*g*).

Pues ya las ignominias, los dolores, las injurias, escarnios y vituperios, las bofetadas, los pescozones, los azotes, la coronacion de espinas, que entrevinieron en su Pasion, ¿quién las explicará? Finalmente, llegó á tal desestima de su persona, que fué tenido por peor que Barrabas, y mas indigno de la vida; y en cabo de todo esto desnudándole de sus ropas, fuese en medio de dos ladrones crucificado.

Pues predicar á los hombres (que es á reyes, y emperadores, y filósofos, y todo el resto del mundo) que este tal hombre que así nació, vivió y murió, era verdadero Dios, Señor y gobernador de todo lo criado; y que los que eran tenidos y venerados de todo el mundo por dioses, eran demonios, que merescian ser pisados y acoceados, ¿qué cosa mas dificultosa para persuadir á los hombres? Callo las otras dificultades que arriba tocamos, y por las unas y por las otras se verá cómo nuestro Señor quiso mostrar la grandeza de su poder venciendo todas estas dificultades, y acabando lo que pretendia. Por lo cual dice muy bien Sant Augustin (*h*) que los que niegan los milagros, han de confesar otro mayor milagro: que es acabarse esta obra llena de tantas dificultades sin milagros, que es cosa como imposible.

§. III.

Explícanse mas en particular estas dificultades.

Mas para mayor explicacion de lo dicho añadiré aquí una consideracion, sacada del libro llamado Triunfo de la Cruz: la cual representa en breve todas las particularidades y maravillas que en esta conversion del mundo entrevinieron, para que claramente se entienda que solo la omnipotencia de Dios fué poderosa para acabar esta obra. Finjamos pues agora que estando el Salvador asentado sobre aquel brocal del pozo de la Samaritana (*i*), solo y muy pensativo, tratando consigo el negocio de nuestra redempcion (que siempre traia ante

(*b*) Psal. 63. (*c*) De Civit. Dei, lib. 22. cap. 8.

(*d*) Marc. 6. (*e*) Luc. 3. (*f*) Idem 8. (*g*) Matth. 4. Luc. 6.
(*h*) Ubi sup. (*i*) Joan. 4.

los ojos), le preguntase alguno qué era lo que pensaba; y que él le quisiese dar cuenta de todo lo que intentaba hacer; y así le dijese: Yo, pobre y extranjero caminante, determino dar ley al mundo, y hacer que los hombres me adoren como á Dios verdadero, aun despues que yo fuere abatidamente crucificado. Y quiero que la señal de la Cruz, en que yo tengo de padescer, sea adorada con summa veneracion; y que los clavos, y la corona de espinas, y todos los otros instrumentos de mi Pasion sean adorados, y con gran reverencia y devocion besados, y tenidos por mas preciosos que todos los tesoros del mundo. Y quiero que los hombres crean que un poco de pan y de vino se convierta en mi cuerpo y en mi sangre, y aquello adoren como Dios; y crean que el agua material del baptismo lava los pecados de las ánimas; y que mi madre sea tenida por vírgen y reina del mundo, ensalzada sobre todos los coros de los ángeles, y que ella sea honrada y venerada en todas las partes del mundo, y mis discípulos, aunque pobres, sean en tanta veneracion tenidos, que los hombres reverencien con gran devocion los huesos y cenizas de sus cuerpos. Si un tal pobrecito contase estas cosas, ¿no juzgaria el que esto oyese, que fuese loco y digno de ser escarnecido? Pero si riéndose este, él perseverase diciendo: No solo quiero que los hombres crean estas cosas, mas aun que por ellas muden sus vidas, y que por las promesas de las cosas invisibles desprecien todas las visibles, y por mi amor padezcan pobreza, hambre, sed, trabajos, tormentos y muerte, ántes que negar un punto de mi doctrina; y digo mas: que yo quiero hacer todas estas cosas contra la voluntad de todo el mundo, y contra todos los reyes y príncipes, y contra todas las sectas de todos los dioses y hombres, y contra todos los poderes del infierno; y de todos triunfaré y alcanzaré victorias: si él esto dijese, ¿no te confirmarias mas en que el tal hombre estaba fuera de juicio? Pero si aun preguntando con qué armas acabaria todo eso, respondiese: No con otras que con las palabras de unos rudos pescadores. Y porque nadie pensase que queria aprovecharse de la elocuencia (la cual muchas veces persuade á los hombres lo que quiere), añadiese que de nada desto habia de usar, sino de una habla simple y llana. Y si sobre todo esto él dijese: Yo sé que infinita muchedumbre de hombres por todo el mundo se convertirá á mí, y por mi amor sufrirán terribles tormentos y muertes; y cuantos mas murieren de los mios, tanto mas crescerán; porque la sangre de mis mártires será como simiente de que nazcan nuevos fieles, y será mi poder tan grande, que yo haré á Pedro pescador, y á todos sus sucesores, cabezas de aquella soberbia Roma, y haré que los emperadores romanos se abajen con toda reverencia á besarles los piés. O si tú oyeras en aquel tiempo á Cristo pobre contar todas estas grandezas, ¿no dijeras que estaba totalmente alienado quien tales cosas decia? Y si sobre todo lo dicho replicase: De mis alabanzas y de la excelencia de mi doctrina se escribirán infinitos libros en todas las lenguas, por hombres doctísimos y excelentísimos; y mis sacerdotes con summa reverencia y solemne aparato, con cirios encendidos, pronunciarán en lugar alto y honrado mi doctrina al pueblo, el cual la oirá con grande reverencia, la cabeza descubierta, estando en pié; y así estarán, y la oirán reyes y emperadores: diciendo él esto, ¿tú no creerias que estos fuesen sueños y devaneos? Y si finalmente concluyese diciendo: En todo lo que yo pienso hacer, sin falta seré victorioso, y nadie prevalescerá contra mí, ni jamas destruirá mi religion, la cual durará eternalmente. Cierto cuando tú considerases bien todas las cosas susodichas, juzgarias que ellas no solo no fuesen posibles á un hombre pobre, pero ni aun á todos los hombres del mundo, cuanto quiera que fuesen excelentes. Porque ¿qué príncipes, qué reyes, qué emperadores, qué filósofos, qué oradores habian de ser poderosos para acabar con los hombres que abrazasen una vida tan contraria á los apetitos de la carne, y creyesen cosas al parecer tan increibles como las que al principio propusimos? ¿Y esto con tanta firmeza, que millares de cuentos de hombres y de mujeres se dejasen hacer mil pedazos, y padescer extraños tormentos, cargando unos sobre otros, ántes que negar un solo punto de lo que creian? Pues ¿qué potencia criada podia haber en el mundo que acabase esto con los hombres si no entreviniera aquí el brazo y poder de Dios? Porque pudieron los emperadores romanos por armas apoderarse violentamente de los cuerpos de los hombres; mas Cristo sin ellas alcanzó victoria de sus corazones. Pues como nosotros veamos todo esto cumplido, ¿quién podrá dudar que esta sea obra del poder y brazo de Dios; y por consiguiente que la fe de Cristo sea verdadera y fundada por Dios, sino el que de todo hubiese perdido el seso?

Y aunque bastaba esta consideracion para entera confirmacion de nuestra fe; mas con esta se junta otra no menor: que es haber sido esta conversion del mundo con todas estas circunstancias susodichas profetizada, no por uno, sino por muchos profetas, y no pocos años ántes, sino muchos. Porque unos las denunciaron quinientos, otros mil, otros dos mil años ántes que fuesen; para que por aquí se vea que no se hizo esto acaso, sino porque Dios así lo tenia determinado y denunciado por boca de tantos testigos. Con lo cual queda la fe y religion cristiana confirmada con estos dos tan sólidos fundamentos, para que ni todas las fuerzas del infierno, ni todas las persecuciones del mundo sean bastantes para prevalescer contra ella.

CAPITULO XXVI.

De los milagros que se coligen de lo que se ha dicho en este capítulo pasado, que trata de la conversion del mundo.

Dije al principio del capítulo pasado que la conversion del mundo era el mayor de los milagros, por razon de concurrir en ella tales circunstancias, que cada una bien considerada era por sí un verdadero milagro, y una grande maravilla. Pues esto me pareció agora declarar en este capítulo, mostrando cómo algunas de las cosas que aquí se hallan, no se pudieron acabar si no entreviniera en ellas el dedo y virtud de Dios.

PRIMERA MARAVILLA.

Entre las cuales la primera es el destierro de la idolatría, extendida por todas las naciones del mundo, defendida por todos los príncipes y monarcas dél; y esto con la mayor furia y rabia, y mas crueles invenciones de tormentos que jamas se vieron. Pues ¿qué poder humano, qué rey, y qué emperador fuera bastante para desarraigar de los corazones de los hombres un mal tan universal, tan antiguo, tan arraigado en el mundo, y

tan agradable á la carne (pues daba licencia para todos los vicios que andan en compañía de la idolatría), si no entreviniera aquí el dedo y la virtud de Dios?

SEGUNDA MARAVILLA.

La segunda maravilla fué acabar con los hombres que creyesen lo que creyeron. Y dejado aparte el misterio de la sanctísima Trinidad, del sancto Sacramento, de la creacion del mundo, y resurreccion de los cuerpos, con todos los otros artículos de la fe que sobrepujan la facultad de la razon humana, solamente propondré aquí el artículo de la Encarnacion y Pasion del Salvador; y esto con las circunstancias que en él entrevinieron, para que se entienda la grandeza desta maravilla. Esto fué hacer creer al mundo que un hombre tenido communmente por hijo de Josef, que era un carpintero; cuya madre era tan pobre, que lo parió en un establo, y lo acostó recien nascido en un pesebre, por no tener otro mas cómodo lugar, y siendo ya de edad perfecta, y andando predicando por la tierra, era tan pobre, que se sustentaba con las limosnas que unas sanctas mujeres le daban: y cuando se llegó el tiempo de su Pasion, fué llevado preso, las manos atadas con cordeles, y con una soga á la garganta (lo cual nos representa el sacerdote con el manípulo del brazo, y con la estola que se pone al cuello), y llevándolo desta manera preso y maniatado por las calles públicas á casa de los pontífices, allí le dieron de bofetadas y pescozones, y le escupieron en la cara; y toda aquella noche los que le guardaban le estuvieron deshonrando y blasfemando, y á la mañana lo desnudaron, y rasgaron sus espaldas con cruelísimos azotes; y tras desto se juntaron todos los soldados á hacer una farsa dél, como de rey fingido; y así le pusieron en la cabeza corona de espinas, y le vistieron una ropa colorada, y le pusieron por cetro real una caña en la mano; y esto hecho venían á él los soldados, y hincadas las rodillas le saludaban, diciendo: Dios te salve, rey de los judíos; y dábanle bofetadas, y escupíanle en la cara, heríanle con la caña en la cabeza; y despues desta farsa tan cruel fué por el juez sentenciado á muerte de cruz. Y poniéndole la Cruz sobre sus hombros, fué con público pregon de engañador llevado fuera de la ciudad: donde en presencia de todo el mundo fué despojado de todas sus vestiduras hasta la túnica interior; y así desnudo fué crucificado en medio de dos ladrones, y con este tormento acabó la vida, y fué sepultado en una sepultura que le dieron de limosna. Pues ¿qué mayor maravilla, que confesando todas estas bajezas susodichas los apóstoles y evangelistas, persuadiesen al mundo que este hombre crucificado (que es como si agora dijésemos ahorcado, y aun mucho peor; y esto en compañía de otros ahorcados, y con todas estas bajezas susodichas) era verdadero Dios, Criador de cielos y tierra, y Señor de todo lo criado? y que estando penando en la Cruz, y sepultado y amortajado en el sepulcro, dende allí regía el curso del sol, y de la luna, y de las estrellas, y sostenia toda esta gran máquina del mundo? ¿Qué cosa al juicio humano mas dificultosa de creer? Pues que esto viniese á creer el mundo; y no solo la gente popular, sino tambien los sabios y filósofos, y finalmente reyes y emperadores, y aquella soberbia Roma, señora del mundo, ¿quién dudará haber aquí entrevenido el dedo y virtud de Dios con evidentes milagros?

TERCERA MARAVILLA.

Crece aun esta maravilla con otra no menor: que es haber acabado esto, no sabios, ni filósofos, ni oradores, ni hombres nobles y poderosos, sino unos pescadores tenidos por las heces y estropajos del mundo, sin elocuencia, sin nobleza y sin valía de la tierra. Pues ¿quién no verá por esta obra que no pudieran tales hombres acabar tan grande cosa sin virtud y brazo de Dios?

CUARTA MARAVILLA.

Cresce aun esta maravilla con otra no menor: que es haber estos pescadores hecho creer cosas tan arduas y dificultosas con tanta constancia y fortaleza, que toda la majestad y autoridad de los emperadores, y todas las crueldades y tormentos que los hombres y los demonios infernales por medio dellos pudieron inventar, no bastasen para desquiciar los hombres desta fe; y esto no á pocos, sino á innumerables hombres, y mujeres, y doncellas delicadas. Los cuales todos alegre y esforzadamente pusieron la vida por no perder un punto de lo que habian creido. Pues ¿quién no verá que esta tan grande fortaleza no era de la tierra, sino del cielo, ni de la virtud humana, sino de la gracia divina?

QUINTA MARAVILLA.

A estas cuatro maravillas se acrescienta otra no ménos admirable: y esta es, que estos mismos pescadores, demas de haber fundado esta fe susodicha, de tal manera reformaron las costumbres de los hombres, que de aquella masa de la gentilidad, corrompida con todos los vicios, y carnalidades, y abominaciones (que andan en compañía de la idolatría) sacasen hombres sanctísimos, y vírgines purísimas, de tal manera, que de hombres semejantes en la vida á los demonios, se hiciesen semejantes á los ángeles: como en el capítulo XVI desta parte, que trata de la reformacion del mundo, se declaró. Pues ¿cómo pudiera hacer gente tan desvalida una cosa tan admirable, y que el mismo Dios tantas veces promete y encarece por el profeta Esaías (a), si no entreviniera aquí el dedo y la virtud del mismo Dios que esto prometió?

Pues estas cinco maravillas (que son certísimos milagros) entrevinieron en la conversion del mundo, por lo cual dijimos ser este el mayor de los milagros, por razon de las cosas maravillosas que en él entrevinieron. Porque los otros milagros communes sirven á la salud del cuerpo, que con la vida se acaba; mas estos á la salud del ánima, y mudanza de corazones, y aquellos tocan á personas particulares; mas estos sirven á la salud universal del mundo; y el bien cuanto es mas universal, es mas divino.

§. ÚNICO.

Muéstrase en esta obra de tantas dificultades la sabiduría y órden de la divina Providencia.

Vista esta tan grande maravilla de la conversion del mundo, querrá el prudente lector saber, de qué manera encaminó este negocio la sabiduría de Dios. Porque (como dicen los filósofos) del maravillarse los hombres vinieron á filosofar, que es inquirir las causas de las cosas de que se maravillan. Es pues agora de saber que de la divina sabiduría está escripto (b) que dispone y

(a) Esai. 11. et 65. (b) Sap. 8.

ordena todas las cosas suavemente, procediendo por medios convenientes y proporcionados á los fines que pretende, como lo verémos en esta obra.

Porque primeramente para abrir camino á los predicadores del Evangelio, ordenó que todo el mundo estuviese en la mayor paz que nunca estuvo, debajo de una cabeza, que era el Emperador romano; de modo que de todo el mundo se hiciese un pueblo, para que sin impedimento alguno pudiese correr á todas partes la predicacion del Evangelio. Lo cual no pudiera ser si estuviera de la manera que agora está, dividido en diversos reinos y con ánimos divididos y enemistados. Esta paz y señorío universal declara la descripcion del mundo que se hizo en tiempo de César Augusto (*c*), en cuyo tiempo el Salvador nasció.

Lo segundo proveyó que los predicadores del Evangelio supiesen todas las lenguas. Porque de otra manera, siendo todos naturales de Galilea (*d*), ¿cómo pudieran predicar en todas las naciones del mundo, si no supieran todas las lenguas dél, mayormente siendo necesario tanto tiempo para saber una sola lengua bien sabida?

Lo tercero y mas principal infundió el Espíritu Sancto en sus ánimas todos los tesoros y riquezas de sus virtudes y gracias, y señaladamente una fe inexpugnable, y una caridad incomparable, y un ardentísimo celo y deseo de la gloria de Dios y de la salvacion de las ánimas. Y sobre todo esto armólos con una tan grande fortaleza, que ni trabajos, ni peligros, ni cárceles, ni cansancios, ni caminos, ni tormentos, ni amenazas de tirannos bastasen para hacerlos aflojar ó desmayar en esta empresa. En los peligros destas batallas humanas la gente noble quiere ántes morir que torpemente huir; mas el que no lo es, cuando ve el pleito malparado, fácilmente vuelve las espaldas, como lo hicieron los apóstoles ántes de la venida del Espíritu Sancto en la prision del Salvador, dejándolo solo en poder de sus enemigos (*e*). Y el que presumia de mas fiel y mas valiente, tres veces le negó, pudiendo tener esfuerzo, acordándose que era siervo de un Señor que él por revelacion del Padre conocia ser verdadero Hijo de Dios (*f*), y que como tal pocos dias ántes habia resuscitado á Lázaro de cuatro dias muerto (*g*). Pero con todo esto negó y desmayó. Mas despues de la venida del Espíritu Sancto, así este como todos sus compañeros (con ser gente de tan baja ralea segun la carne), fuéron tan esforzados y tan constantes, que todos ellos murieron en la demanda, unos degollados, otros crucificados, otros despeñados, otros alanceados, otros desollados, otros apedreados, otros abrasados con planchas de hierro encendidas. De modo que todos con admirable y divina constancia batallaron contra toda la potencia del mundo, y siendo ellos vencidos, lo vencieron y subjectaron á Cristo, los que ántes de la venida del Espíritu Sancto con muy liviana ocasion lo negaron y desampararon. A solo Sant Juan faltó la pasion; mas no faltó el mismo corazon, pues fué echado en la tina de aceite herviendo, aunque della fué miraculosamente librado (*h*).

Lo cuarto, dióles el Espíritu Sancto señorío sobre todas las leyes de naturaleza, y sobre todos los demonios, y poder de hacer milagros, sanando súbitamente los enfermos, resuscitando los muertos, y lanzando los demonios. Y este fué el principal instrumento por donde se fundó la fe, proveyendo la divina sabiduría que los hombres creyesen las cosas que estaban encumbradas sobre la facultad de la razon, viendo otras que estaban sobre la facultad de la naturaleza, y que solo Dios puede hacer: con las cuales daba testimonio de la doctrina que los apóstoles predicaban.

Y no solo por los milagros que los apóstoles hacian, sino tambien por muchos que Dios en favor de los sanctos mártires hacia cuando padescian, con que se convertian muchos de los que presentes estaban. Porque ¿cuántas personas se convertieron en el martirio de Sancta Catalina y de Sancta Margarita, y de otras muchas sanctas y sanctos que á cada paso se leen en los martirologios? Y aun algunas veces acaescia convertirse á la fe los mismos jueces y verdugos, como se ve en el martirio del sancto Mena, al cual envió Diocleciano á la ciudad de Alejandría á sosegar un alboroto que allí se habia levantado, y acabado este negocio, animaba á los cristianos á la confesion de la fe. Indignado desto el emperador, envió un juez muy riguroso contra él. El cual fué tan cuidadoso en cumplir lo que su amo le mandaba, que en llegando á Alejandría, cortó al sancto la lengua, y le sacó los ojos. Mas el Señor, que tanto se precia de hacer maravillas, de ahí á poco le volvió los ojos y la lengua. Y espantado el juez deste tan grande milagro, tocado de Dios creyó en Cristo con tanta firmeza, que fué juntamente con el sancto Mena martirizado.

Pero sobre esta maravilla aun se cuenta otra mayor que acaesció en el martirio de Sancta Faustina, vírgen sanctísima, la cual muertos sus padres, quedando muy rica y en la flor de su edad, menospreciados los regalos, y riquezas, y grandes casamientos que le ofrescian, abrazó la vida virginal, ocupándose siempre en ayunos, y vigilias, y oraciones, y limosnas, y licion de libros sagrados. Oyendo esto el emperador Maximiano, envió un juez, por nombre Eulasio, para persuadir á la vírgen el culto de los ídolos. Mas como él no pudiese acabar esto con ella, y viese por otra parte los milagros que la vírgen hacia, tocado tambien de Dios, vino á abrazar la fe de Cristo. De lo cual indignado el emperador, envió otro juez, por nombre Máximo, para que martirizase así la vírgen como el juez que él habia enviado. Ejecutando este juez diligentemente la voluntad del emperador, mandó que entrambos fuesen echados en una grande caldera de agua herviendo. Mas como los mártires ningun dolor ni perjuicio recibiesen deste tormento, movido el juez con esta maravilla, de tal manera abrazó la fe, que se arrojó en la misma caldera. De modo que ambos los jueces con la sancta vírgen despues padescieron martirio.

Y no ménos se convertian por esta misma ocasion los verdugos, que los jueces. Porque en el martirio de Sancta Martina, vírgen, se convertieron ocho verdugos que la atormentaban, viendo que las penas que ellos ejecutaban en la vírgen, ejecutaban los ángeles en ellos, y convencidos con este milagro, renegaron luego de los dioses, y confesaron la fe de Cristo, por la cual fuéron luego martirizados, como se refiere en la kalenda, primer dia de enero.

Pues por lo dicho entenderá el cristiano lector lo que al principio propusimos, que es por cuán convenientes y gloriosos medios la divina sabiduría guió este negocio de la conversion del mundo, sin los cuales por ninguna via se pudiera convertir, y con ellos en muy breve

(*c*) Luc. 2. (*d*) Act. 2. (*e*) Matth. 26. (*f*) Matth. 16. (*g*) Joan. 11.
(*h*) D. Hier. lib. 1. Comentar. in Matt. cap. 20.

espacio infinitas gentes se convertieron, y se predicó el Evangelio en todas las naciones mas políticas y conocidas del mundo.

CAPITULO XXVII.

Vigésimaprima excelencia de la fe y religion cristiana, que son las profecías que hay en ella.

Otra mayor excelencia aun que las pasadas tiene la fe y religion cristiana, que es el testimonio de los profetas. Y aunque el de los milagros sea grande, pero cuanto á nosotros es mayor el de las profecías, porque los milagros ya pasaron, y creémoslos; mas el cumplimiento de muchas de las profecías vémoslo de presente, como luego se declarará, y así dellas podemos decir que son milagros perpetuos que siempre se ven. Mas porque hay dos maneras de profecías, unas del Testamento Viejo, y otras del Nuevo, las del Viejo pondrémos al fin desta escriptura, y algunas del Nuevo en esta.

Entre las cuales es admirable la que el Salvador poco ántes de su sagrada Pasion pronunció por estas palabras (*a*): Llegada es ya la hora del juicio del mundo, agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél, y si yo fuere levantado en alto y puesto en una cruz, todas las cosas traeré á mí. En estas palabras profetiza el Salvador dos cosas, las mayores que jamas en el mundo se vieron. La una es que él habia de desterrar del mundo la idolatría que en todo él reinaba tantos mil años habia, por la cual el príncipe deste mundo, que es el demonio, era en él adorado. Profetiza pues aquí el Salvador que él le habia de quitar este principado que tenia tirannizado, y derribar sus templos, y altares, y sacrificios, como lo vemos el dia de hoy cumplido. Cuán grande, cuán dificultosa y cuán provechosa obra haya sido esta para el mundo, no hay palabras que basten para lo declarar, aunque en parte se podrá entender algo por lo que desta materia arriba se trató. Porque todo lo que está dicho en el capítulo XVI de la conversion del mundo, y en el capítulo XV del destierro de la idolatría, y en el capítulo XIX de las batallas de los mártires, sirve para entender la dificultad y grandeza desta hazaña, y especialmente por la infinidad de mártires que murieron sobre esta demanda, pues todo el poder del mundo y del infierno se puso en armas contra ella; mas al cabo Cristo salió vencedor, y él es el que desterró esta tan antigua y tan universal pestilencia del mundo. Y esta fué una de las causas de su venida. Porque ninguna potencia criada, y ninguno de los monarcas del mundo fuera poderoso para desarraigar del mundo un error tan antiguo, y tan universal, y tan confirmado con la posesion inmemorial de tantos años. Lo cual declaró Sant Juan por estas palabras (*b*): Para esto aparesció el Hijo de Dios en el mundo, para deshacer las obras del diablo. Esta fué la primera grandeza que el Salvador profetizó, la cual vemos perfectamente cumplida.

La otra fué, que desterrados los falsos dioses, el Crucificado sería por verdadero Dios adorado. Esta profecía del Salvador es tan grande testimonio y confirmacion de nuestra fe, que todas cuantas cosas están hasta agora dichas en este libro, y cuantas quedan por decir, no hacen mayor argumento de la verdad de nuestra fe, qué sola esta. Porque ¿quién no queda atónito viendo en que han parado los dioses de Italia, y de Roma, y de Grecia, y de Babilonia, y de todas las naciones del mundo, y las estatuas dellos, y los templos magnificentísimos que les habian consagrado? A los cuales iban luego los emperadores romanos que venian triunfando con tanta pompa, á adorar y dar gracias á sus ídolos por las victorias habidas. ¿Qué es de aquel magnífico templo de Roma llamado Panteon, porque estaba dedicado á honra de todos los dioses? ¿Qué es del templo de la diosa Diana, de Efeso, que se cuenta entre las siete maravillas del mundo? ¿Qué es del templo de Sérapis, que era el gran dios de Alejandría, con su estatua de extraño artificio y grandeza? ¿No vino á ser hecho rajas y echado en el fuego? ¿Qué se hicieron todos aquellos dioses; Júpiter, Juno, Neptuno, Minerva, Pálas, Lucina, Berecintia, Vénus, y Vulcano su marido, y Marte su adúltero, y Antinoo, y la diosa Flora que acabó en oficio de mujer pública, y el dios Priapo, en cuyos sacrificios presidia la honrada viuda, madre del sancto rey Asá, de que hace mencion la sancta Escriptura (*c*)? ¿Qué se hicieron los ídolos de las otras naciones: Bel, Baal, Baalim, Astarot, Moloc, Dagon, Melchon, con otros innumerables monstruos que eran adorados en el mundo, y defendidos con extraños tormentos por todos los reyes y monarcas dél? Y con todo esto fué poderoso el Crucificado para desterrar de tal manera el culto y veneracion dellos, que ni sus nombres supiéramos agora, si no fuera por los libros de los gentiles de aquel tiempo, que dellos hacen mencion.

Pues juntar con esta maravilla la que se sigue, que es, pisados los falsos dioses, adorar por verdadero Dios un hombre crucificado entre dos ladrones (que es como si agora dijésemos ahorcado), vea el hombre de cuál destas dos cosas se deba mas de maravillar: ó de haber desterrado este Señor la idolatría de la principal parte del mundo, ó de haber acabado con los hombres que adorasen por verdadero Dios un hombre crucificado.

Donde es mucho de notar que en esta palabra que el Salvador dice: Si fuere levantado en una cruz, todas las cosas traeré á mí; está encerrado un grande misterio. Porque si dijera: Cuando resuscitare, ó subiere al cielo, ó enviare al Espíritu Sancto, todas las cosas traeré á mí, no nos maravilláramos tanto; mas poner por causa desta tan grande mudanza del mundo la cosa que los hombres mas extrañaban para recebir la fe de Cristo, que es la muerte de cruz, esto es lo que mas espanta. El misterio que aquí está encerrado (que verdaderamente es admirable), está declarado en la cuarta parte de nuestra Introduccion del Símbolo. La summa pues dél pondrémos aquí en breve. Para cuya inteligencia traiga el hombre á la memoria todas las maravillas que hizo Dios en Egipto para sacar á su pueblo dél (*d*), y las que hizo andando cuarenta años con ellos por el desierto (*e*), y las que hizo en la conquista de la tierra de promision, deteniendo las corrientes del rio Jordan (*f*), peleando por ellos contra sus enemigos, derribando por tierra los muros de Hiericó, haciendo parar el sol en medio del cielo, y otras cosas tales. Y sobre todo esto considere el aparato y majestad con que bajó al monte Sinaí á darles la ley, que puso en tan gran temor y espanto á los hijos de Israel, que dijeron á Moysen: Háblanos tú, y oirte hemos; no nos hable el Señor, porque no muramos (*g*). A los cuales respondió él diciendo que por eso habia venido

(*a*) Joan. 12. (*b*) 1. Joan. 3.

(*c*) 3. Reg. 15. (*d*) Exod. 7. etc. (*e*) Ibid. 15. 16. 17. etc. (*f*) Josue 3. 6. 10. (*g*) Exod. 20.

el Señor con tan grande espanto y terror, para que este terror estuviese impreso en sus corazones, y los apartase de pecar. Todo este espanto y todas estas grandezas y maravillas ordenó Dios para que este pueblo lo temiese, conociese, y sirviese á solo él, y no adorase dioses ajenos. Y no contento con esto, quiso poner un muro de division entre él y los gentiles, diferenciándolo dellos casi en todas las cosas (*h*); esto es, en las diferencias de los manjares, y del labrar los campos, y de recoger los fructos dellos, y en el vestido, y en la guarda del sábado (*i*), y sobre todo en la circuncision; para que tuviesen por abominables los hombres que no guardaban estas cosas, mayormente á los no circuncidados (*k*); por donde el rey Saul pidió á uno de sus soldados en la batalla que lo acabase de matar, por no morir á manos de los no circuncidados (*l*): por tan abominables eran tenidos. Y todo esto ordenó así la divina sabiduría, para que este aborrescimiento que tenian á los que no guardaban sus cerimonias, tuviesen tambien á la supersticion y idolatría de los tales (*m*).

Mas con todas estas providencias tan admirables acabó tampoco el dador de la ley con ellos, que muertos aquellos viejos que habian visto las maravillas susodichas de Dios, luego se entregaron al culto de los ídolos, y de los vicios que andan en compañía dellos (*n*).

Pues viendo el Hijo de Dios que cosas tan grandes no habian convencido aquellos hombres, determinó el venir del cielo á la tierra para remedio deste tan grande mal. ¿Mas de qué manera vino? No con aquel antiguo aparato y majestad, sino con la mas extremada humildad que jamas se vió. Nasce en un establo, tiene por cama un pesebre; y conforme á este principio fué todo el proceso de su vida, y muy mas humilde y abatida su muerte; como poco ántes lo representamos en el capítulo XXV. Porque como allí se dice, fué preso, maniatado, escupido, abofeteado, azotado, coronado de espinas, escarnescido, y vestido ya de blanco, como loco, ya de colorado, como rey fingido; y en cabo tenido en ménos que Barrabas, y sentenciado á muerte de cruz con público pregon de malhechor; y finalmente en ella crucificado desnudo entre dos ladrones. Pues con esta figura y aparato de tanta bajeza dice él que traeria todas las cosas á sí, y sería adorado por verdadero Dios. ¿Quién oyera esto ántes que se hiciera, y no dijera: ese aparato y manera de vida mas es para hacer huir á los hombres dese Señor, que traerlos á sí para ser dellos adorado? Pues con todo esto á pesar de toda la prudencia y potencia humana, ello se cumplió así; y el Crucificado fué en todas las naciones del mundo predicado, y adorado, y glorificado con la sangre de los mártires que por la gloria y confesion de su nombre en todas las partes del mundo padescieron. Y (como ya dijimos) esto acabó él por el ministerio de unos hombres tan bajos é ignorantes, que algunos dellos por ventura ni leer sabian. Y los que en él creyeron estuvieron tan léjos de adorar los ídolos, que se dejaban asar y padecer mil tormentos por no adorarlos; y finalmente tanto pudieron, que desterraron la idolatría de la principal parte del mundo. Pues, ¿quién no reconosce aquí la virtud y omnipotencia del brazo de Dios? ¿Qué mayor maravilla, que una tan grande humildad y bajeza pudiese hacer lo que tan grandes maravillas y hazañas de Dios, como fuéron las antiguas, no hicieron? Pues, ¿quién pudiera acabar estas dos tan grandes hazañas, sino Dios?

(*h*) Deut. 7. (*i*) Levit. 11 et 19. (*k*) Gen. 17. (*l*) 1. Reg. 31. (*m*) Deut. 7. (*n*) Judic. 2.

§. ÚNICO.

Profecías de la destruicion de Hierusalem, y fundacion de la Iglesia.

Tenemos tambien otra profecía muchas veces repetida de la destruicion de Hierusalem. Porque yendo el Salvador á ofrecerse por nosotros en sacrificio al Padre eterno en esta ciudad, y poniendo sus piadosos ojos en ella, y representándosele la extrema calamidad y destruicion que le estaba guardada por el pecado que habian de cometer en su muerte, de tal manera se compadesció, que derramando muchas lágrimas, comenzó á decir (*o*): ¡Oh si conocieses agora tú, mayormente en este dia que vino para tu paz y remedio; el cual está agora escondido de tus ojos! Porque vendrán dias sobre tí, y cercarte han tus enemigos con un vallado, y pondrán cerco sobre tí, y angustiarte han por todas partes, y derribarte han en tierra, y á los hijos y moradores que estuvieren en tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra; porque no quisiste conoscer el tiempo de tu visitacion. En las cuales palabras el Salvador cuarenta y dos años ántes profetizó, no solo en general, sino tambien en particular, la destruicion de Hierusalem. Porque profetizó aquí todo lo que despues hallamos escripto en la historia de Josefo (*p*); el cual dice que de tal manera fué asolada la ciudad, que quien por allí pasara, juzgara que nunca allí hubo habitacion de hombres; y él mismo hace mencion de un gran vallado que se hizo en tres dias, para que nadie pudiese salir ni entrar en la ciudad. Y aquí tambien hace mencion el Salvador de la matanza de los moradores de la ciudad; la cual fué tan grande, que despues del Diluvio acá no se halla en cerco ni en batalla muerte de hombres que llegase á la mitad de los que en esta murieron. Porque justo era que pecado tan extraordinario, como fué la muerte del Hijo de Dios, fuese castigado con pena tan extraordinaria cual nunca se vió. Este mismo castigo profetizó el Salvador en muchos otros lugares del Evangelio. Porque por Sant Lúcas dice así (*q*): Cuando viéredes cercada á Hierusalem de un ejército, sabed que es llegada la hora en que ha de ser asolada. Porque este es el tiempo en que Dios ha de tomar venganza della, para que se cumplan las escripturas de los profetas. Mas ¡ay de las mujeres preñadas, y de las que crian en estos dias! Porque será grande la tribulacion en que este pueblo se verá, y morirán los hombres á hierro, y será grande la ira divina contra ellos, y serán llevados captivos á todas las naciones. Todas estas son palabras del Salvador, donde refiere la misma profecía de la destruicion y matanza de Hierusalem. Y aquí hace mencion de los captivos, que (segun Josefo cuenta), fuéron noventa y seis mil (*r*); mas los muertos á hierro y por hambre fuéron un cuento y cien mil, como el mismo historiador refiere.

Profetizó tambien que él edificaria en el mundo su Iglesia, y que Sant Pedro sería el summo pontífice y pastor della, y que las puertas del infierno (que son todos los poderes infernales) no prevalescerian contra ella (*s*). Pues, ¿quién no ve agora el cumplimiento desta profecía? ¿Quién no sabe las tempestades que todos los reyes de la tierra levantaron contra la Iglesia? Y ella pobre, y humilde, y perseguida, padesciendo cada dia mi-

(*o*) Luc. 19. (*p*) De bello Judic. lib. 7. cap. 18. (*q*) Luc. 21. (*r*) Eod. lib. cap 17. (*s*) Matth. 16.

llares de muertes, no solo no fué vencida, mas ella salió con la palma de la victoria, de tal manera que de los mismos perseguidores hizo predicadores; y que los que ántes perseguian á los cristianos por amor de sus ídolos, viniesen á perseguir los ídolos por amor de los cristianos.

En otra parte profetiza que será quitado á este pueblo el reino de Dios, y será dado á otra gente que haga fructo con él (t). Lo uno y lo otro vemos tambien cumplido; pues á los gentiles se dió este reino, el cual se quitó á los judíos (digo á los que permanecen en su incredulidad), los cuales ni tienen templo, ni altar, ni sacerdote, ni sacrificio, ni tabernáculo, ni propiciatorio, ni la mesa de los panes, ni el candelero de oro, ni el velo del sanctasanctorum, ni los vasos sagrados, ni las vestiduras sacerdotales; las cuales cosas estaban annexas al culto y reino espiritual de Dios. En lo cual se ve manifiestamente la verdad desta profecía del Salvador. Mas ¿qué maravilla es carecer del reino espiritual, pues tambien carecen de la república y reino temporal? Lo cual todo por admirable juicio de Dios se entregó al pueblo de los gentiles. Porque á ellos se dió la lumbre de la fe (que es el conoscimiento del verdadero Dios) de que carecian. A ellos se dieron las sanctas Escripturas del Viejo y Nuevo Testamento, y la asistencia del Espíritu Sancto, que rige y regirá la Iglesia hasta el fin del mundo. A ellos se dieron los méritos y sangre de Cristo, y la virtud y gracia de los sacramentos, y con ellos las llaves del reino de los cielos, y entre ellos el sanctísimo sacramento del altar, que es la gloria, la medicina, el pasto, el esfuerzo, el consuelo, el refrigerio y el tesoro de la religion cristiana, y la prenda de la vida eterna. Pues con esta fe, y con estos beneficios y sacramentos fructificó de tal manera la gentilidad, que la que estaba sumida en el profundo cieno de los vicios, ni daba otro fructo sino de pecados (que es manjar de los puercos infernales), comenzó á dar fructos de vida eterna: que fuéron innumerables mártires, confesores, doctores, y pontífices sanctísimos, y compañías de monjes religiosísimos, y coros de vírgines mas puras que las estrellas del cielo.

Estos pues son los fructos que dió la gentilidad por virtud deste reino de los cielos que le fué entregado. ¿Esto quién lo podrá negar? Pues el que estas cosas tan grandes y tan dificultosas pudo acabar en el mundo, y profetizarlas tantos años ántes que fuesen (que es proprio de solo Dios), ese es el autor y fundador de nuestra fe; la cual es tan firme y verdadera, cuanto es el que la fundó, que es la misma verdad.

Esta profecía del Salvador concluye tan claramente ser él el verdadero Mesías, que sola ella aunque otra no hubiera, bastaba para testimonio desta verdad. Porque en el tiempo dél estaba profetizado que se habia de hacer esta mudanza. Lo cual evidentísimamente profetizó Dios en Malaquías por estas palabras (v): Ya no tengo mi voluntad con vosotros, ni recebiré ofrendas de vuestras manos; porque de donde el sol sale hasta donde se pone es grande mi nombre entre los gentiles, y en todo lugar se ofresce á mi nombre ofrenda limpia. ¿Pues con qué palabras mas claras se pudiera profetizar lo que el Salvador aquí profetizó, que con las deste profeta? Y pues esto vemos cumplido en la venida del Salvador, síguese que él es el verdadero Mesías, en cuyo tiempo esto se habia de ejecutar, y en cuya venida las gentes habian de ser traidas al conoscimiento del verdadero Dios, como el profeta Esaías en tantos lugares de su profecía lo canta, engrandece y profetiza (x).

(t) Matth. 21. (v) Malach. 1.

CAPITULO XXVIII.

Vigésimasegunda excelencia de la religion cristiana, que es la muchedumbre innumerable de sanctos que ha habido en ella.

La postrera excelencia de la religion cristiana, que se sigue de las pasadas, y á la cual todas ellas se ordenan, es la muchedumbre innumerable de sanctos que ha habido en ella; los cuales agora acabamos de referir. Y desta materia dijimos algo en el capítulo diez y seis desta segunda parte, donde se trató de la reformacion del mundo, que se siguió despues de la venida y Pasion del Salvador, y de las virtudes heróicas que en aquella dichosa edad florescieron, cuando estaba reciente la sangre de Cristo, y la doctrina y milagros de los apóstoles, los cuales con poner las manos sobre la cabeza de los fieles, daban el Espíritu Sancto con sus dones. Y todo esto en aquel tiempo era necesario para fundar la Iglesia en medio de la gentilidad; la cual Iglesia era entónces combatida por todos los príncipes del mundo.

Declárase tambien algo desto en el capítulo XVIII desta misma parte, que trata de la virtud y constancia de los mártires, y de la muchedumbre innumerable dellos. Los cuales no solo con el resplandor de su sanctidad, sino mucho mas con su sangre, y con la grandeza de sus tormentos, testifican y adornan la religion cristiana. Mas todo lo dicho en estos dos capítulos es cuasi nada en comparacion de lo que en otros libros sobre esta materia está escripto. De lo cual dan testimonio siete grandes cuerpos de libros que recopiló agora el Padre Surio Cartusiano, donde se escriben innumerables vidas de sanctos y de sanctas que en diversos tiempos y lugares florescieron. Asimismo dan desto testimonio todas las historias eclesiásticas, y las vidas de los sanctos padres, y las corónicas de las órdenes, y los martirologios que desta materia estan escriptos, mayormente los que agora han salido á luz en nuestra edad, para que la caridad y la fe que en estos tristes tiempos está tan amortiguada, con tales ejemplos se avive y encienda. Porque en estos martirologios hallará el siervo de Dios en una breve lectura tan grandes tesoros de gracias y de virtudes, y tan grande variedad y muchedumbre de sanctos y sanctas en todo género de estados altos y bajos, en todo género de personas, de sacerdotes, de diáconos, de religiosos, de ábades de monasterios, que no digo yo leyendo todo el libro, mas seis ó siete capítulos que lea (si algun juicio y sentido de Dios tiene), no podrá dejar de quedar espantado de ver tanta riqueza de virtudes, tanta abundancia de gracias, tantas flores de suavísimo olor de sanctidad, que le causen esta admiracion. Y con la vista destas cosas será su ánima grandemente consolada y edificada; y por ellas verá cuánto fué lo que obró en el mundo la sangre de Cristo; de la cual tan grandes riquezas y tesoros procedieron.

§. ÚNICO.

Conclúyese de lo dicho la excelencia de nuestra sagrada religion.

Presupuesta pues agora la verdad desta doctrina, colegimos de aquí que la religion y ley de los cristianos es la mas excelente de cuantas se han visto en el mundo, por haber en ella este tan grande número de sanctos.

(x) Esaí. 11. 65. etc.

Porque (poniendo ejemplo en las cosas que cada dia experimentamos), aquel decimos que es mejor maestro, de cuya escuela salen mas y mejores discípulos, y mas bien enseñados; y aquel decimos ser mejor médico, que mejor cura, y mas enfermos sana. Pues estos dos oficios convienen á la buena ley; porque ella es maestra de nuestra vida, y la que nos aparta de los vicios, y encamina á las virtudes. Pues segun esto aquella será mas perfecta ley, de cuya escuela ha salido mayor número de discípulos virtuosos y sanctos. Es tambien la ley medicina de las ánimas enfermas. Porque como el oficio de la medicina es curar las enfermedades de los cuerpos, así el de la buena ley (cual es la ley de gracia de que hablamos) es curar las enfermedades espirituales de las ánimas, que son los apetitos desordenados, y los vicios; y como el fin de la medicina es hacer de los enfermos sanos, así el de la buena ley es hacer de los pecadores justos.

De aquí pues concluimos que siendo tan grande la semejanza que hay entre la medicina y la buena ley, como juzgamos ser aquella mejor medicina que mas enfermos sana, así decimos ser aquella la mas excelente ley y religion, que mayor número de pecadores ha hecho justos y sanctos. Y no hago aquí diferencia entre ley y religion; porque á la religion pertenesce propriamente honrar á Dios, al cual honramos con sentir altamente de sus grandezas y perfecciones, y con vivir conforme á la ley que él imprimió en nuestros corazones cuando nos crió: que no es otra que la que él en tablas de piedra con su dedo escribió (*a*).

Pues que esta sanctísima ley y religion haya producido mayor número de varones sanctísimos que todas cuantas se han visto en el mundo, nadie lo podrá negar. Y no hago aquí comparacion con las supersticiones de los gentiles; porque todas las que ellos llamaban religiones, no lo eran, sino sectas de perdicion: ni con las doctrinas de los filósofos, los cuales, como el Apóstol dice (*b*), habiendo conocido á Dios por las maravillas que en este mundo veian, no le glorificaron como á Dios, sino desvaneciéronse en sus pensamientos; y por esto fuéron por justo juicio de Dios escurecidos sus corazones, porque diciendo de sí que eran sabios, quedaron por locos. Ni tampoco hacemos comparacion de la ley de los moros, la cual vemos ser toda carnal; pues tan sucio paraíso promete en la otra vida, y tantas mujeres consiente en esta; demas de que no pone la fornicacion simple por pecado: que es abrir puerta para infinitos males. En todas estas sectas de perdicion no se hallan rastros de verdadera sanctidad; pues esta no se halla sin caridad.

Resta pues que la comparacion se haga con las dos leyes de Dios, que son ley de naturaleza, y ley de escriptura. En aquella ley natural conocemos por justos á Abel, y á Enoch, y á Noé, y á Abraham con su hijo Isaac, Jacob, Josef, Melquisedec, Job (que son los sanctos de que la Escriptura hace mencion), y otros tambien habria sin estos, que no sabemos. Mas cuán pequeño haya sido el número de los justos en esta ley, el Diluvio lo declara en tiempo de Noé, al cual dijo Dios: A tí hallé justo delante de mí en esta generacion (*c*).

Mas en la ley de escriptura mayor número de justos se halla. Pero con todo eso se multiplicaron tanto los pecados en esta ley, que de doce tribus que eran, los diez se entregaron al culto de los ídolos y de los vicios; por lo cual fuéron de Dios desamparados, y desposeidos de la tierra que les habia dado; y así se derramaron por todo el mundo (*d*).

Ni los dos tribus que quedaban de Judá y Benjamin, escarmentaron en cabeza ajena: ántes por seguir los mismos vicios fuéron llevados captivos á Babilonia (*e*). Por donde se ve cuán pequeño era el número de los justos en esta ley. Verdad es que Sant Juan cuenta en el libro de su revelacion ciento y cuarenta y cuatro mil escogidos y predestinados de los doce tribus de Israel (*f*): y es de creer que habria mas de los que aquí se cuentan, pues aun no parece que entran en esta cuenta los niños innocentes que mató Heródes, que fuéron muchos.

Pero el mismo Evangelista que señaló este número de escogidos de los doce tribus, cuando despues destos trata de los escogidos de la gentilidad (que es de todas las naciones del mundo), dice luego que le fué mostrada una tan grande compañía de sanctos, que nadie los pudiera contar (*g*): los cuales vió vestidos de ropas blancas, y con ramos de palmas en las manos, declarando con el color de las ropas la pureza de sus vidas, y con las palmas en las manos la gloria de sus triunfos. Lo mismo nos representa muy á la clara el profeta Esaías haciendo comparacion de los fieles de la gentilidad á los del judaismo. Y así hablando él con la Iglesia recogida de la gentilidad, la exhorta á que dé gracias á Dios por esta fecundidad y abundancia de hijos; y así le dice (*h*): Alaba á Dios, mujer estéril que no parías: alégrate y predica sus alabanzas, la que no tenias hijos; porque mayor ha de ser el número de los hijos de la desamparada (que era la gentilidad), que de la que tenia marido, que era la sinagoga, que tenia á Dios en este lugar. Por donde la misma Iglesia recogida de la gentilidad, maravillándose mucho en el mismo Profeta (*i*) de ver su antigua esterilidad mudada en tan grande fecundidad, espantada desta mudanza, pide que le hagan mas espacioso lugar donde puedan caber tantos hijos, por estas divinas palabras: Tiempo vendrá que los hijos de la mujer estéril dirán: estrecho es el lugar que tengo, hazme un lugar mas espacioso en que pueda morar. Y entónces dirás en tu corazon: ¿quién es el que me engendró estos hijos? Yo la estéril, y la que no paría: yo la desterrada y la captiva, pues ¿quién crió estos hijos? Yo la desamparada, y sola, ¿dónde estaban estos? En las cuales palabras vemos cómo la Iglesia recogida de la gentilidad que ántes era estéril, porque no paría hijos á Dios, se maravilla desta tan grande multiplicacion de fieles que ántes fuéron infieles: los cuales siendo primero semejantes á los demonios en la maldad, vinieron á imitar los ángeles en la pureza de la sanctidad.

Pues volviendo al propósito principal deste capítulo, digo que es tan grande testimonio y confirmacion de nuestra fe esta infinidad de sanctos que ha habido en la Iglesia cristiana, que aunque no hubiera mas milagros, ni profecías tan claras que la confirmasen, ni todos los otros testimonios y excelencias que en esta segunda parte habemos alegado, solo este bastaba para el conoscimiento desta verdad. Pues evidentemente nos consta por lo dicho que dende que Dios crió el mundo hasta hoy, no ha habido ley, ni religion, ni doctrina en que tanta infinidad de sanctos y sanctas en todo género de sanctidad haya habido, como en la nuestra.

(*a*) Exod. 20. 31. (*b*) Rom. 1. (*c*) Gen. 7.

(*d*) 4. Reg. 17. (*e*) Ibid. cap. ult. (*f*) Apoc. 7. (*g*) Ibidem. (*h*) Esai. 54. (*i*) Esai. 49.

Pues conforme á lo que está dicho, hago esta demonstracion. Como sea verdad que haya de haber alguna religion cierta y verdadera con que Dios sea honrado, y en el mundo haya habido muchos modos y maneras con que los hombres han pretendido honrarle; aquella será la cierta y la verdadera donde se hallare una innumerable muchedumbre de sanctos que militaron debajo della: pues el oficio de la verdadera ley y religion (como ya dijimos) es hacer á los hombres virtuosos y sanctos. Esta es la mas cierta y mas comun manera que tenemos de filosofar, rastreando por los efectos la cualidad y condicion de las causas, así como por la fruta conocemos el árbol que la lleva. Pues como el efecto y oficio proprio de la verdadera religion sea (como decimos) hacer á los hombres sanctos y virtuosos, ¿quién podrá dubdar que la ley y religion de los cristianos sea la cierta y verdadera; pues ella ha sido en el mundo un copiosísimo seminario de todo género de virtud y sanctidad, como está declarado?

CAPITULO XXIX.

Conclusion de todo lo dicho en esta segunda parte.

Todo lo contenido en esta segunda parte sirve para que por ello se vea la dignidad, y excelencia, y hermosura de nuestra sanctísima fe y religion; porque los que han recebido esta lumbre del cielo, se confirmen mas en ella, viendo claramente por lo dicho ser verdad lo que los teólogos dicen (como al principio propusimos), que aunque los artículos de nuestra fe no sean evidentes, pero es cosa evidente que deben ser creidos con tanta firmeza como si fueran evidentemente demonstrados.

Y para mas claro entendimiento desta doctrina traigamos á la memoria tres infalibles verdades que en la primera parte deste libro quedan declaradas. Entre las cuales la primera es, que en este mundo hay Dios: el cual es una cosa tan alta y tan grande que no se puede pensar otra mayor; y el mismo es supremo Señor y gobernador deste mundo, con cuyos beneficios y providencia se sustentan nuestras vidas. La segunda verdad que se sigue desta es, que él ha de ser venerado y honrado sobre todas las cosas, así por la grandeza de su majestad, como por los innumerables beneficios que dél recebimos; pues en él y por él vivimos, y nos movemos, y somos. La tercera que se sigue desta es, que necesariamente ha de haber en el mundo alguna manera de veneracion y religion con que él sea debida y legítimamente servido y honrado, conforme á la grandeza de su divina Majestad. Estas tres verdades son tan claras y ciertas en lumbre natural, que por ninguna via pueden ser negadas.

Queda agora la cuarta, que se ha probado en esta segunda parte: la cual (segun sentencia general de los teólogos) es tan evidente como las pasadas; por la cual se prueba la verdadera fe y religion cristiana; porque en ella concurren todas estas excelencias susodichas que ha de tener una perfecta religion; y todas en summo grado de perfeccion, como está declarado. Porque (resumiendo lo dicho en pocas palabras) ninguna religion siente mas alta y magníficamente de la bondad, omnipotencia, y providencia, y de todas las grandezas de Dios, que ella: ninguna tiene mas excelentes leyes, y mas espirituales y divinos consejos; ninguna tiene sacramentos que dén gracia para socorro y medicina de nuestra flaqueza, sino sola ella; ninguna favoresce mas la virtud, y desfavorece mas el vicio que ella, pues tan grandes premios propone á lo uno, y tan grandes castigos á lo otro; ninguna ha obrado mas excelentes efectos en el mundo, pues ella es la que desterró la idolatría que reinaba en todo él, y la que mas reformó las costumbres de los hombres. Sobre todo esto ninguna religion ha habido que por escripturas de tantos doctores sanctísimos haya sido testificada, defendida y aprobada; ninguna por cuya verdad haya sido tanta sangre de innumerables mártires derramada; ninguna en cuya confirmacion tanta infinidad de milagros hayan sido hechos, bastando uno solo para confirmacion de la fe. Finalmente ninguna ha habido, cuya verdad con tantas profecías haya sido testificada; pues así las profecías del Testamento Viejo como las del Nuevo dan testimonio della. Y sobre todo esto, como sea verdad que por la excelencia de los efectos conozcamos la de las causas de do proceden, y sea efecto de la verdadera religion hacer los hombres virtuosos y sanctos, notoria cosa es que en ninguna religion de cuantas ha habido en el mundo se hallará tan grande número de sanctos en todo género de sanctidad, y especialmente de mártires, como en la nuestra. Los cuales demas de la sanctidad de su vida, confirman nuestra fe con el derramamiento de su sangre.

Todo esto ningun hombre de razon lo podrá negar. Estas pues son, cristiano lector, las propriedades y excelencias que pide una perfecta y verdadera religion; y todas estas vemos cuán perfecta y divinamente cuadran y concuerdan con la nuestra. De manera que todas ellas son voces que predican esta verdad, y así causan una suavísima consonancia y melodía en los ánimos purgados y limpios. Porque como la melodía de la música corporal resulta de diversas voces reducidas á unidad, así tambien todas estas excelencias (cada cual con su propria consideracion) vienen á conspirar y testificar la verdad de nuestra sanctísima fe y religion. La cual música es tanto mas suave que esta material, cuanto se ordena á mas alto fin: que es al conoscimiento de la primera y summa verdad.

Pues todas estas excelencias susodichas ¿qué son sino argumentos de nuestra fe, testimonios de la verdad, confirmaciones de nuestra religion, indicios de la presencia del Espíritu Sancto que la rige, gloria de Cristo que la fundó, esfuerzo de los cristianos y esperanza de los afligidos? Porque cuanto la fe está mas firme, tanto la esperanza que la presupone está mas esforzada: la cual es puerto seguro de los errados, y comun remedio de todos los males.

§. I.

Conclúyese desta doctrina motivo de esperanza para los imperfectos.

Mas al fin desta conclusion quiero satisfacer al deseo de algunos amadores de sí mismos, los cuales aunque sirven á Dios nuestro Señor por quien él es, mas todavía tienen respecto al galardon de la vida eterna. Estos pues visto lo que hasta agora está dicho, fácilmente concederán que la religion de los cristianos es la mas perfecta de cuantas ha habido en el mundo, y que cuanto á Dios, tienen la consciencia segura; pues le honran por la mas excelente manera que él puede ser honrado. Y esto basta para los que perfectamente le aman, sin alguna pretension de interese temporal ni eterno. Mas los

que no han llegado á este grado de caridad, pueden primeramente esforzar su esperanza con todo lo que hasta aquí se ha dicho. Porque todo esto hace evidente demonstracion que todos los artículos de nuestra fe son de verdad infalible; y entre estos los mas principales testifican que hay pena y gloria para buenos y malos; porque este es el principal fundamento de nuestra fe y confianza.

Mas para mayor esfuerzo de los tales, y mayor confirmacion desta verdad, dejando aparte todas las razones que prueban la divina Providencia, al presente alegaré sola una (aprovechándome de lo que arriba está dicho de la victoria de los mártires que padescieron por la gloria de Dios). Para lo cual ruego al prudente lector que ponga los ojos en las crueldades que los tirannos ejecutaban en defension del mayor de los pecados del mundo, que era la idolatría, y en la admirable fe y constancia de los mártires que padescian por la gloria y honra del verdadero Dios y Señor. Y mire entre los otros á un Diocleciano, el cual bañó toda la tierra en sangre de mártires. Poco dije: mas ántes cubrió la tierra con un diluvio desta preciosísima sangre, usando de nuevas invenciones de tormentos nunca vistos en el mundo, repetidos unos sobre otros, y otros nuevos sobre otros; y esto en servicio de las estátuas de los demonios que él adoraba. Y mire por otra parte la innocencia, la sanctidad y lealtad de los sanctos mártires que tantas maneras de tormentos con tan admirable constancia sufrian; y visto bien lo uno y lo otro, juzgue él si será razon que aquel soberano y justísimo Juez deje tan extrañas crueldades y maldades sin castigo, y tan admirables y divinas virtudes sin galardon. Pues ¿qué cosa mas indigna se puede imaginar de aquella inmensa bondad y justicia, tan amadora de los buenos, y tan enemiga de los malos y perversos?

Pues con esta consideracion consolaba el Apóstol á los fieles de Tesalónica, alabando la fe y paciencia que tenian en las persecuciones que padescian (*a*): las cuales (dice él) son ejemplo y argumento del justo juicio de Dios; pues es cosa tan justa, que ni estos que os atribulan queden sin castigo, ni vosotros que sois los atribulados, sin galardon. Lo mismo dijo el patriarca Abraham á Dios cuando iba á destruir á Sodoma y Gomorra. Por ventura, Señor, dijo él (*b*), ¿padecerá el justo como el injusto, y el inocente será tratado como el malo? No conviene esto, Señor, á tí, que juzgas el mundo con justicia y igualdad. En ninguna manera harás tal juicio. Pues en estas palabras muestra este sancto patriarca cuán indigna cosa sea de la justicia de Dios que el bueno sea tratado como el malo, y el justo como el injusto, y que sea igual la suerte de ambos, siendo tan desigual la vida de ambos.

Y junto con este ejemplo ponga tambien los ojos en el rey Heródes, y en Sant Juan Baptista, á quien él mandó cortar la cabeza, y darla en un plato por el baile de una mozuela; y esto por haberle el sancto varon dicho que no le era lícito estar casado con su cuñada, estando vivo el marido della (*c*). Juzgue pues tambien aquí el hombre discreto si es razon que acabe la vida encarcelado y degollado el mas sancto que nació de las mujeres, sin mas galardon; y que aquel tiranno adúltero y incestuoso se quede reinando y holgando, habiendo ántes desto muerto muchos de sus ciudadanos, y despojado y robado los pobres. Pues ¿qué diré del otro Heródes, que con tan extraña crueldad bañó la tierra con la sangre de tantos niños innocentes, y con las lágrimas de sus padres y madres? ¿Es por ventura justo que la divina Providencia deje tan horrible crueldad como esta sin castigo? Desta manera pues puede poner ante los ojos los hombres malvadísimos y cruelísimos que ha habido en el mundo; y por otra parte muchos varones sanctísimos, y de aspérrima vida; y mire cómo ni muchos destos recibieron aquí el premio de sus virtudes, ni los otros el castigo de sus maldades. Pues pasando esto así, ¿cómo habia de consentir aquella infinita bondad, en este mundo que él gobierna, tan gran desórden, sin que hubiese otra vida en que esta desórden se remediase, y redujese á igualdad de justicia?

(*a*) 2. Thes. 1. (*b*) Genes. 18. (*c*) Marc. 6.

CAPITULO XXX.

De la práctica y fructo de la fe.

Concluida esta materia de la fe, será razon filosofar un poco sobre ella, y decender á la práctica, que es al fructo que della se sigue. Cónstanos pues por lo dicho, y por lo que en las dos partes siguientes aun se dirá, ser nuestra fe certísima y verdadera. De donde se sigue que todos los artículos que ella confiesa, y todo lo que nos ha Dios revelado en las sanctas Escrituras, es tan verdadero como ella lo es; y que ántes faltará el cielo y la tierra, que faltar un punto de todo esto.

Pues esta fe (entre los artículos que confiesa), uno de los mas principales es, que el unigénito Hijo de Dios descendió del cielo á la tierra, y tomó verdadera carne humana, y conversó en este mundo con los hombres procurando la salvacion dellos, y celando la gloria de su eterno Padre, y en cabo de la vida padesció una muerte de las mas ignominiosas y dolorosas que se han padescido en el mundo, siendo ántes della azotado, escupido, abofeteado, coronado de espinas, escarnescido y despreciado, y tenido en ménos que Barrabas; y finalmente crucificado desnudo entre dos ladrones. Todo esto nos predica la fe.

Y si preguntamos por la causa de cosa tan espantosa, respóndenos el Apóstol (*a*) diciendo, que todo esto padesció él por librarnos de todo pecado, y criar en el mundo un pueblo limpio, y agradable á Dios, y seguidor de buenas obras; que es en summa hacer á los hombres capitales enemigos del pecado, y amadores y seguidores de la virtud. Siendo esto así, ¿qué cosa se puede imaginar que mas fuerza tenga para hacer á los hombres aborrescer el vicio y amar la virtud, que esta obra tan grande? Porque sabemos que cuantos buenos libros se han escripto en el mundo, y escribirán jamas, á estas dos cosas se ordenan. Mas todos ellos juntos ni afean tanto el vicio, ni declaran tanto la importancia de la virtud, como este misterio de la Encarnacion y Pasion del Hijo de Dios. Y aun oso decir que si nuestro Señor Dios con toda su omnipotencia y sabiduría quisiera hacer alguna gran hazaña para declarar á los hombres la dignidad y excelencia de la virtud, y la fealdad y enormidad del pecado, y el odio que contra él tiene, no entendemos que pudiera hacer mayor cosa que bajar del cielo á la tierra y padescer lo que padesció en la Cruz por esta causa. Si un gran rey enviase su hijo á Roma para tratar con el Papa un gran negocio, y esto con peligro de ser salteado en la mar de cosarios, todos diriamos:

(*a*) Tit. 2.

gran negocio es este para que tal embajador se envía, y no se fia de otro alguno del reino, y mas con tal peligro. Pues ¿quién será tan ciego que no vea, por este indicio, de cuánta dignidad y importancia sea el negocio de la virtud, mirando que la causa de la venida y de la muerte de aquel soberano Hijo de Dios fué sanctificar los hombres, y hacerlos amadores de la virtud? Mucho habia Dios declarado la grandeza deste negocio con las voces de los profetas, y con la fábrica deste mundo, el cual fué criado para servicio del hombre, para que el hombre así servido, sirviese á su Criador; mas todo esto aunque era mucho, es como sombra, comparado con lo que nos descubrió su unigénito Hijo viniendo al mundo, y padesciendo lo que padesció.

Pues si por autorizar y dar calor á este negocio vino aquel soberano Señor del cielo á la tierra, ¿con qué palabras se podrá encarecer la ceguedad de los que teniendo fe desta verdad, hacen tan poco caso de lo que él vino á hacer? Porque muchos cristianos hay tan desalmados, y tan olvidados de la fe que profesan, que este tienen por el postrero de sus cuidados, y por el menor de sus negocios. Pues si no basta para despertarlos de tal sueño este inefable misterio, ¿qué otra cosa bastará? Quien con tal misterio no se mueve, ¿qué le moverá? Quien á tales clamores está sordo, ¿qué voces oirá? Quien con tal medicina no sana del pasmo é insensibilidad que padesce, ¿qué medicina lo sanará? ¿Quién no conocerá por aquí la fealdad y deformidad del pecado, y el incomprehensible odio que Dios le tiene, pues consintió en la cruz y muerte de su unigénito Hijo, por crucificar el pecado, y desterrarlo del mundo? Y tal es el desacato y injuria que se hace á Dios en él, que con menor satisfaccion que la sangre de su unigénito Hijo no podia por tela de justicia ser perfectamente descargado.

Pues siendo esto así, ¿cómo los que tienen fe desta verdad, tan fácilmente cometen tantos y tan graves pecados? ¿Y esto tan sin escrúpulo, y tan sin remordimiento de consciencia, como si nada fuese en ello? ¿De dónde nasce tan grande pasmo y menosprecio de Dios, y de lo que ha hecho para declararnos el aborrescimiento que tiene del pecado? Que esto haga un gentil que ningun conoscimiento tiene deste misterio, no es de maravillar; mas el cristiano que conoce, no por livianas conjecturas, sino por la infalible verdad de la fe, que Dios aborresce el pecado en este grado que está dicho, ¿cómo tan sin temor comete tantos pecados, y aun persevera mucha parte de la vida en pecado, y con él se acuesta, y con él se levanta, sin tener por eso mala noche ni mala cena? Esto es cosa que sobrepuja toda admiracion: la cual merecia ser llorada con lágrimas entrañables, segun que la lloraron y lloran todos los que tienen celo de la salvacion de las ánimas: como lo hacia el glorioso padre Sancto Domingo, el cual ardia y se derretia dentro de sí como una hacha encendida, viendo la perdicion de tantas ánimas, y la facilidad en cometer tantos pecados. ¿Qué esperan estos en la hora de la cuenta, pareciendo ante aquel justísimo Juez, cargados de pecados proprios; pues no perdonó él á su mismo Hijo por los ajenos? Si esto, como el mismo Salvador dijo (*b*), se hizo en el madero verde; en el seco ¿qué se hará? ¡Oh cuán mal pleito tendrán en esta hora los que casi toda la vida gastaron en ofender este Señor! ¿Qué responderán estos cuando les pida Dios cuenta de la sangre de su Hijo derramada para remedio de sus pecados?

§. ÚNICO.

Pena y premio que propone nuestra fe para obligarnos á amar la virtud y aborrecer el vicio.

Mas porque la mayor parte de los hombres no mira tanto á la grandeza de su obligacion como á la del interese, pasemos á otro artículo, que trata deste interese. Este pues (segun se refiere en el símbolo de Atanasio), es creer que los que hicieren buenas obras, irán á la vida eterna, y los que malas al fuego eterno. En las cuales palabras se nos encomiendan por otro diferente motivo las mismas dos cosas que arriba dijimos: que son el amor de la virtud, y el aborrescimiento del pecado, proponiéndonos el galardon de la una, y el castigo de la otra. Y cuál sea el galardon, declaránoslo el Apóstol (*c*), diciendo que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazon de hombre mortal pudo caber lo que tiene Dios aparejado para los que le aman. Y como sean tantos los bienes que aquí se gozan, el mayor es, que, como dice Sant Juan (*d*), serémos semejantes á Dios en el gozo de la gloria. Porque la gloria deste soberano Señor es ver su divina esencia, y gozar de su infinita grandeza y hermosura; y esa misma verán los justos, y la amarán, y gozarán como él la goza; aunque no la comprehenderán como él la comprehende. Y allende de la gloria que cada uno tendrá conforme á sus merecimientos y trabajos (con que el seno de su ánima estará tan lleno, que no tendrá mas que desear), participará de los gozos de todos los otros bienaventurados, que son innumerables; y así los gozos de cada uno serán tambien innumerables. Porque si el amor que la madre tiene á un hijo hace que tanto se alegre ella con la dignidad que dan al hijo, como si ella la recibiera, pues estando allí la caridad en toda su perfeccion, ¿cuál podrémos juzgar que será el gozo que recibirá cualquiera de los escogidos, de la gloria de todos los otros, pues los ama mas que la madre á sus hijos? Esto puédese aquí decir, mas no se puede comprehender.

Pues cuando el ánima del justo entre de nuevo en aquella gloriosa compañía, y se vea por todas partes cercada de tantas alegrías, y sobre todo vea claramente la faz y hermosura del mismo Dios, y en él goce de todos los bienes que se pueden desear, y vuelva los ojos á la vida que vivió, y vea por cuán pequeños servicios y trabajos se le da un tan grande galardon, paréceme que si fuese posible, querria decir á Dios: Señor, yo como rudo y tonto no conoscia la grandeza deste bien que me teníades guardado, y por eso os servia con tanta negligencia; mas agora que ya os he visto, y gozado de vuestra infinita hermosura, quisiera, si esto fuera posible, volver al cuerpo, y padescer mil muertes por la gloria de un Señor que tanto bien me tenia aparejado. Esto no dicen los sanctos, porque no desean cosa que no posean. Mas la grandeza del amor y del galardon está diciendo esto. Este pues en breve es el premio que en aquella dichosa patria se da á los fieles siervos de Dios.

Lo mismo (aunque por diferente manera) se dice de la pena que por las leyes de la divina justicia está señalada á los malos. Porque, segun dice Sant Augustin (*e*), así como ningun gozo hay en esta vida que iguale con el

(*b*) Luc. 23.

(*c*) 1. Cor. 2. Esai. 64. (*d*) 1. Joan. 3. (*e*) Tractatu de Triplici habitaculo, Append. tom. 9. cap. 1. et de Civitat. Dei, lib. 22. cap. 22. tom. 6.

gozo de los bienaventurados, así ninguna pena hay en ella que iguale con las penas de los condemnados. Y aunque en este estado haya muchas diferencias de penas, conformes á la cualidad de las culpas, mas todas ellas se reducen á dos, que los teólogos llaman pena de daño (que es carecer para siempre de la vista de Dios), y pena de sentido, que es el fuego que atormenta agora las ánimas, y despues de la resurreccion general atormentará tambien los cuerpos; á los cuales no ménos atormentará el horror del lugar donde han de penar, que es el infierno: el cual es (como dice Sant Isidro) lago sin medida, profundo sin fondo, lleno de ardor incomparable, y de hedor intolerable, y dolores innumerables, y de tinieblas palpables; donde ninguna órden hay, sino horror y espanto perdurable; de donde están desterrados todos los bienes, y están aposentados todos los males. Y siendo esto así, ¿qué cosa (dice un sancto) mas penosa, que decir siempre *no* á todo lo que deseas, y decir siempre *sí* á todo lo que aborresces? Pues ¿cómo los que esto creen no temen estas penas, estas llamas y este fuego, este llanto y crugir de dientes? ¿Quién de vosotros, dice Esaías (*f*), podrá morar con los ardores eternos? Quién podrá hacer vida con el fuego tragador? Quién podrá estar acostado en tal cama, cercado de vivas llamas por todas partes? Porque así como el que se sumió en la mar, está por todas partes cercado de agua, de tal modo que todo lo que toca con piés, y manos, y cuerpo es agua: así estarán los malaventurados en un mar de fuego, que por todas partes atormente los cuerpos que en este mundo se entregaron á los vicios. Pues ¿cuál será entónces el despecho, cuál el furor y rabia de los que por tan pequeño trabajo como era refrenar los apetitos de su carne, se ven arder en tales llamas sin acabarse jamas de consumir en ellas?

Y porque somos tan materiales que no entendemos las cosas de la otra vida, que no vemos, sino por las que en esta vemos, traeré aquí á la memoria un ejemplo que arriba tocamos del martirio de Sant Eustaquio: que fué encerrar á él con la mujer y hijos en un buey de metal, y pegarle fuego por debajo, y que allí el sancto varon junto con su proprio tormento padesciese el de la sancta mujer y de los hijos, y ellos los de ambos sus padres. ¿Quién no se estremece oyendo este tan terrible tormento? Pues por este ejemplo se entenderá algo de la terribilidad de los fuegos infernales. Pues si este tormento, que apénas podia durar por espacio de una ó dos horas, tanto nos espanta, ¿qué hará aquel que ha de durar por siglos eternos?

Y porque nadie piense que esto se dice para espantar y no para obrar, ponga los ojos en las vidas de los sanctos, y ahí verá lo que este temor obraba en ellos. Sant Hierónimo (*g*), despues de haber contado la vida tan áspera que hacia en el desierto, confiesa que por el gran temor que habia concebido de las penas del infierno, se habia condenado á aquella carcelería. Y no solo de sí, mas de los otros sanctos monjes escribe que vivian con la misma aspereza que él: tanto que comer cosa que llegase á fuego, se tenia por demasiado regalo. Pues desta manera temen y se aperciben para la cuenta aquellos á quien el Espíritu Sancto rige y enseña.

Y pues tan saludable y tan provechoso es este temor para enfrenar los apetitos de nuestra carne, ruego al piadoso lector no extrañe acrescentar agora otros ejemplos á los pasados. Una persona virtuosa me dijo que habia rescebido un cauterio de fuego en un oído para cura de una ciática que lo trataba muy mal; y fué tan grande el dolor que en aquel breve espacio sintió con el fuego y con el hierro, que me certificó que si nuestro Señor le diese á escoger una de dos cosas, ó padescer otro cauterio como aquel, ó entrar en una religion la mas áspera que hubiese, que él escogeria ántes esta religion, que esperar otro tal cauterio. Pregunto pues agora: si por librarse un hombre prudente de un tan breve tormento aceptaria una regla de vida muy áspera, ¿cómo no se ofrescerá el cristiano á guardar diez mandamientos de Dios por escapar, no de un cauterio de fuego, sino de llamas eternas? ¿Qué comparacion hay aquí del un tormento al otro? ¿Qué comparacion hay de fuego que dura por espacio de una Ave María, con fuego que durará eternalmente miéntras Dios fuere Dios? Pues ¿qué cosa mas para llorar, que entregarse los cristianos á fuegos eternos por no guardar diez mandamientos? ¿Dónde está aquí el juicio? dónde el seso? dónde la prudencia? dónde la razon? dónde siquiera el amor proprio, que tanto recela su proprio daño?

Espántame ver lo que algunos enfermos hacen y padescen por cobrar salud. Porque unos se dejan aserrar una pierna, perdiendo una parte del cuerpo por salvar las demas; otros se dejan atar en una escalera para volver un miembro desmentido á su proprio lugar, que es cosa de intolerable dolor; otros se dejan abrir por sacar una piedra que se les ha criado en la vejiga. Y á todos estos tormentos se ponen aun con esperanza dudosa de su salud. Porque muchas veces acaesce, padesciendo esta cura, perder la vida; y así quedar con doblada pérdida, del tormento padescido, y de la vida perdida. Y si preguntais, ¿por qué se subjetan á esto los hombres? Responderán que por conservar la vida. ¿Y cuál vida? Esta corporal que vivimos, subjecta á mas miserias que cabellos tenemos en las cabezas. Mas en fin, tienen los hombres por tan gran cosa el vivir, aunque sea tal la vida, que aun con dudosa esperanza de conservarla se ofrescen á toda esta carnicería. Pues siendo esto así, ¿quién no gritará, quién no pasmará de ver á lo que se ponen los hombres por vida tan breve, tan incierta y tan miserable; y que no quieran dar un paso por aquella vida eterna, segura, bienaventurada, y llena de todos los gozos y riquezas que el corazon humano puede desear? Cosa es esta para sacar de juicio á quien quiera qne atentamente la considerare. Por tanto aconsejo y ruego á todos aquellos que desean salvarse, que si han padescido, ó visto padescer algo de los dolores que aquí están dichos, ó otros mas cuotidianos, como son los de la gota, ó de ijada, ó de las muelas (de que casi nadie se escapa) imaginen qué pena será padescer uno solo destos dolores en todos los siglos (que es por mil cuentos de millares de años, sin acabar) y juzguen lo que se debe hacer por evitar tan grande mal. Porque es cierto que si toda la pena del infierno no fuese mas que una punzada de alfiler, habiendo de durar para siempre, bastaba para hacer temblar á todos los que esto atentamente considerasen.

Mas no se acaban aquí todas las penas de los malaventurados. Porque á estas penas que llaman de sentido se añade otra mayor, que es la que dijimos llamarse de daño. De la cual dice Sant Crisóstomo (*h*) que aunque

(*f*) Esai. 33. (*g*) Ad Eustoch. de Custod. virginit.

(*h*) Homil. 79. sup. Matt. tom. 2.

sea intolerable cosa el fuego del infierno; pero que ni mil fuegos de infierno son tan grande mal como ser desechado y privado de aquella bienaventuranza gloriosa, y ser aborrescido de Cristo, y oir de su boca aquella terrible palabra: *No os conozco.*

Mas sobre todas estas penas los atormenta gravísimamente la representacion de la eternidad destas penas. Porque considerando ellos el espacio que han de durar, represéntales allí cuasi de una vista toda la eternidad en que han de penar, y esto sin término, sin alivio, sin declinacion, sin mudanza, sin esperanza de perdon, ni de penitencia, ni de misericordia, ni de apelacion, ni de algun otro refrigerio que les pueda sobrevenir (sino que en aquel mismo estado en que las penas comenzaron, han de permanecer para siempre); cuando esto consideran, y vuelven los ojos á mirar la brevedad de los deleites pasados, por los cuales padescen agora tan esquivos dolores, y miran tambien con cuán pequeños trabajos pudieran escapar de tan terribles tormentos; cuando todo esto consideran (lo cual nunca dejan de considerar) es tan grande el furor, y el despecho, y la rabia que conciben contra sí mismos, y contra quien á tales penas los condenó, que ninguna otra cosa hacen perpetuamente sino blasfemar del cielo, y de la tierra, y de todos los sanctos; y estos son los cantares, estos los salmos que se cantan en aquella capilla infernal perpetuamente. Y sin dubda aunque otra pena no hubiese en aquel malaventurado lugar sino esta (que es estar haciendo este tan triste oficio sin cesar), solo esto habia de bastar para hacer temblar á los hombres por no cometer cosas, por donde meresciesen ser condenados á lugar donde tales canciones se cantan.

Esta pues decimos que es la práctica de la fe, cuando aquello que creemos así á bulto, lo descogemos y desplegamos para ver lo que debajo de una breve palabra se comprehende; porque así entendamos el precio y el peso de las cosas que creemos, y conforme á esto conozcamos la importancia del negocio de nuestra salvacion, y enderecemos á ella todos los pasos de nuestras vidas. Porque no haciendo esto, sino teniendo la fe en solo el entendimiento (como quien tiene la medicina al canto de una arca), no solo no aprovecha para nuestra salvacion, mas ántes será para acrescentamiento de nuestra condenacion, como dice el Salvador, hablando del siervo malo que sabe la voluntad de su señor, y no la pone por obra (*i*).

Estos y otros excelentes fructos se siguen de la fe cuando está encendida y perficionada con la caridad, y con los dones del Espíritu Sancto, de que al principio hecimos mencion. Para cuya confirmacion y declaracion sirve toda esta escriptura, leida con humilde y devoto corazon.

Mas aquí advierto una y muchas veces que todo esto no basta para hacernos crecer en la fe, si no se junta con ello una muy especial lumbre del Espíritu Sancto, que imprime la verdad de todas estas cosas susodichas en nuestros corazones. Porque como la fe sea don de Dios, y una lumbre sobrenatural que él infunde en nuestros entendimientos, con que nos inclina á abrazar esta verdad con toda firmeza y certidumbre; si él faltare en esto, ni todas las consideraciones susodichas, ni otras muchas mas bastarán para causar en nuestra ánima esta firmeza. Y por esto debe la persona despues que esta doctrina hubiere leido, suplicar á nuestro Señor con toda humildad y confianza, que él imprima y asiente todas estas consideraciones en lo íntimo de su corazon, y le aclare la verdad y fuerza que ellas tienen. Y si esta peticion continuare, gozará de todos los fructos de la fe que arriba propusimos, y señaladamente de aquel admirable gozo que el Apóstol deseaba á los romanos, cuando decia (*k*): Dios nuestro Señor, que es el autor y el objecto de la esperanza, os conceda que de tal manera creais, que vuestra ánima sea llena de alegría y de paz; para que así crezcais en la esperanza y en la virtud del Espíritu Sancto.

Asimismo continuando esta licion y oracion, verá con cuánta razon dicen los teólogos (segun arriba dijimos) que aunque los artículos de nuestra fe no sean evidentes; pero que es cosa evidente que deben ser firmemente creidos. Porque todas estas cosas juntas que en esta segunda parte habemos tratado, hacen una como demonstracion desta verdad, por el concurso y correspondencia de todas las cosas que con ella concuerdan; aunque es cierto que los milagros, y el testimonio de las profecías bastan por sí solos para confirmacion desta verdad.

Y por aquí tambien verá cuánta razon tuvo Ricardo de Sant Víctor para decir: Pluguiese á Dios que considerasen los judíos y los paganos con cuánta seguridad de consciencia en esta parte nos podríamos presentar en el juicio divino. Por ventura no podriamos decir á Dios con toda confianza: Señor, si en esto que creemos hay error, ¿vos nos engañastes? Porque han sido confirmadas las cosas que creemos con tantas señales y prodigios, y con tales cosas, que otro que vos no las pudiera hacer. Y ciertamente ellas nos han sido enseñadas por varones de summa virtud y sanctidad, y probadas con tantas autoridades, siendo vos el que obrábades juntamente con ellos, y confirmábades sus palabras con los milagros que en testimonio dellas se hacian. Esto dice Ricardo. Lo cual todo sentirá el que (como está dicho) juntare la oracion con esta licion; y entónces gozará de los fructos inestimables de la fe, y dará gracias al Señor que infundió en su ánima esta lumbre celestial. Y así le suplicaré siempre que la acresciente y esclarezca con los dones del Espíritu Sancto, para que él le guie derechamente por los caminos ásperos y peligrosos desta vida, hasta llevarlo al puerto seguro de la salud: donde á la fe escura se dará en premio la clara vision, y á la esperanza la posesion, y á la caridad la fruicion y gozo del summo bien, que es el mismo Dios; el cual vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

(*i*) Luc. 12.

(*k*) Rom. 15.

TRATADO TERCERO DESTE SUMMARIO,

EN EL CUAL SE TRATA DEL MISTERIO INEFABLE DE NUESTRA REDEMPCION.

CAPITULO PRIMERO.

De la disposicion que se requiere para tratar deste misterio.

Cuando Moisen viendo arder la zarza y no quemarse, quiso llegarse á ver esta maravilla, díjole Dios que se quitase los zapatos, porque el lugar en que estaba era tierra sancta (*a*). Esto mismo deben hacer los que se llegan á mirar á Dios en la zarza humilde de nuestra humanidad, y entre las espinas de sus llagas y dolores. Porque para contemplar este misterio tan alto y tan levantado sobre toda nuestra razon, es necesario que despida el hombre de sí todo lo humano; que son todas las faltas, flaquezas y aficiones humanas, para que con mayor pureza de su ánima pueda contemplar este misterio; y junto con esto todos los juicios, y pareceres, y reglas de la prudencia humana. Porque querer medir las obras de Dios con la vara de la razon con que medimos nuestras obras, mayormente esta de nuestra redempcion, que es obra de su infinita bondad y caridad, con la bondad y caridad què se halla en los hombres, por muy perfectos y sanctos que fuesen, sería gran desatino. Porque eso sería apocar y abatir las obras de aquella infinita grandeza, igualándolas con las de nuestra pequeñez; pues nos consta que como su sér excede infinitivamente nuestro sér, así las obras de su grandeza exceden con la misma ventaja las nuestras. Y así no puede haber mayor yerro que querer el hombre juzgar y sacar á Dios por lo que ve en sí. Pues estos son los zapatos que ha de descalzar el hombre; estas las humanidades que ha de despedir de sí, cuando quisiere levantar los ojos á considerar las obras de aquella soberana bondad y caridad que en este misterio resplandescen.

Y descalzados estos zapatos, vaya con fe, y humildad, y devocion á contemplar á Dios en esta zarza, pidiendo á aquel que es padre de las lumbres, que le envíe un rayo de luz para ver algo de las grandezas y riquezas que en este misterio están encerradas. Porque puede tener por cierto que hay tanta diferencia de lo que el hombre alcanza por su proprio discurso, á lo que alcanza con especial lumbre y tocamiento de Dios, como la que hay de las obras del hombre á las de Dios; y por eso á él se ha de pedir con toda humildad esta luz para entrar en este sanctuario. Y el que esta luz tuviere, hallará en esta sagrada Pasion su redempcion, y en esta muerte la vida, en estas ignominias la verdadera honra, y entre estas amarguras, deleites de inestimable suavidad; y finalmente en este misterio, que el mundo ciego tuvo por locura y flaqueza (*b*), hallará todos los tesoros de la sabiduría y bondad divina, como adelante se mostrará. Todo esto conocerá ser verdad quien tuviere la luz y disposicion que para contemplar este misterio se requiere. Teníala Sant Buenaventura, que fué devotísimo de la sagrada Pasion. Y así dice él de sí mismo estas muy devotas palabras (*c*): Entrando una vez por estas llagas los ojos abiertos, la sangre que dellas corria me cegó la vista; y despues que ninguna otra cosa pude ver sino sangre, atentando llegué á sus piadosas entrañas; en las cuales moro, y de sus dulces manjares me sustento, y he gran miedo de salir desta tan deleitable morada, y perder la consolacion en que vivo. Mas confío en él que pues sus llagas están siempre abiertas, por ellas volveré á entrar, cuando dellas saliere. ¡Oh cuán buena cosa es estar con Cristo crucificado! Quiero hacer en él tres moradas, una en los piés, y otra en las manos, y otra en su sagrado costado. Allí hablaré á su corazon, y otorgarme ha todo lo que le pidiere. Y luego mas abajo añade y dice que es tan grande la consolacion y suavidad que las ánimas devotas reciben en la contemplacion deste misterio, que hasta la carne (que de sí no gusta de las cosas espirituales) viene á recebir tan grande sabor y consolacion en este ejercicio, que si alguna vez la necesidad de la caridad ó de la obediencia obliga al hombre á desistir de aquel ejercicio, le pesa á la misma carne, porque la apartan de cosa que ella tanto gustaba; y entónces entiende con cuánta razon dijo el Profeta (*d*): Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo. Este es pues uno de los fructos (entre otros muchos) de que gozarán los que en esta sancta meditacion se ejercitaren, si se dispusieren para esto con puro y devoto corazon.

Aristóteles dice que no están dispuestos los mancebos (en quien están aun muy vivas las pasiones) para oir la doctrina de las virtudes que sirven para moderar esas mismas pasiones. Pues si para oir la doctrina de las virtudes morales, que se alcanzan por razon natural, se requiere particular disposicion, ¿qué será necesario para tratar del mas alto de los misterios de nuestra fe, y mas levantado sobre toda razon? Esta obra pues que á juicio del mundo loco fué tenida por ignominiosa, es la mas gloriosa de cuantas Dios ha hecho, y la que por excelencia se llama la obra de Dios. Antes digo que si juntáremos en una parte todas las obras que la magnificencia de Dios tiene hechas y hará hasta el fin del mundo, y cuantas mas puede hacer, y las compararémos con sola esta de nuestra redempcion, no resplandescen mas delante della, que una pequeña estrella ante el sol de mediodía. Porque todas estas obras, así hechas como por hacer, no le cuestan á nuestro Seños Dios mas que un solo *quiero*, y con solo este, segun el parescer de Sant Augustin (*e*), crió en un punto esta tan grande máquina del mundo, con todo cuanto hay en él: ni por razon desta fábrica se abajó á hacer cosa que pareciese indigna de su majestad. Mas en la obra de nuestra redempcion, ¿cuántos años se gastaron? cuántos trabajos se pasaron? cuántas injurias? cuántos escarnios? cuántos azotes, y dolores, y cruces se padescieron? á cuánta humildad y bajeza, y á cuántas obras tan ajenas de la naturaleza divina se abajó el Hijo de Dios, pues descendió á nascer en un establo entre dos animales, y á morir en una Cruz entre dos ladrones, y á lavar los piés de

(*a*) Exod. 3. (*b*) 1. Cor. 1. (*c*) In stimulo amoris.

(*d*) Psalm. 83. (*e*) De Genesi ad litteram lib. 5. cap. 23. et lib. 6. cap. 3. tom. 3

Júdas, y ser tenido en ménos que Barrabas? Pues ¿qué comparacion hay aquí entre las otras obras de Dios y esta, en que se gastaron tantos años, y en que se padescieron tantos dolores, y se recibieron tantas injurias? Callen pues todas las otras obras divinas, por altísimas que sean; calle la creacion de los querubines y serafines, y de todos los coros de los ángeles, en presencia de la gloria de la Cruz.

Y esto nos declaró el mismo Señor por el profeta Esaías, cuando dijo (*f*): No os acordeis de las cosas pasadas, ni penseis en las cosas antiguas; porque yo haré otras nuevas que luego veréis, las cuales harán que se echen en olvido todas las pasadas. Y el mismo Salvador, con guardar toda la vida una singular humildad y modestia cuando hablaba de sí mismo y de sus cosas; pero cuando se ofresció tratar del misterio de su venida, la engrandesció con un summo encarescimiento. Porque dando voces los niños en el templo el dia de los ramos, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, y indignándose los fariseos desta alabanza, le dijeron: ¿No oyes lo que estos dicen? A los cuales entre otras palabras él respondió (*g*): En verdad os digo que si estos callaren, las piedras clamaran. Con las cuales palabras declaró la alteza deste misterio y la grandeza deste beneficio; pues él era tal que hasta las piedras insensibles lo habian de predicar. Y así lo hicieron al tiempo que el Salvador padescia, pues se hicieron pedazos. En lo cual quiso tambien este Señor condenar la insensibilidad y dureza de muchos malos cristianos, que ni se compadescen del que tales cosas por ellos padesció, ni aman á quien tanto amor en esta obra les mostró, ni aborrescen el pecado, por cuyo odio y remedio tales cosas padesció.

Y es tanto lo que el Salvador desea que sus especiales amigos sientan algo de los dolores que padesció, que demas de haber querido que la Vírgen sanctísima se hallase presente al pié de la Cruz, y fuese con él su ánima crucificada, á otros muchos siervos suyos ha dado á sentir los dolores de sus llagas, como leemos en las historias de los sanctos pasados, y aun habemos visto en nuestros tiempos, aunque esto está guardado para los ojos de Dios. De modo que no contento con el conoscimiento que desto nos dan las sanctas Escripturas, quiere tambien que por la experiencia de sus dolores sientan algo de lo que él por ellos sufrió. Con lo cual callando les dice: Mira lo que por tí padescí, mira cuánto te amé, mira por cuán caro precio te compré, mira cuánto me debes. En lo cual parece decir aquellas palabras del Profeta (*h*): Deshice tus maldades, como se deshace una nube, y quité de tí la niebla escura de tus pecados. Por tanto vuélvete á mí, pues yo te redemí. Esta es pues la primera sentencia que presuponemos en esta materia.

La segunda es afirmar, que aunque nuestro Señor pudiera remediar al hombre caido, por muchos otros medios, mas ninguno habia mas excelente que este, ni mas proporcionado y mas conveniente, así para la gloria de Dios, como para la salud y remedio del hombre, y señaladamente para que en esta obra se hallasen aquellas dos virtudes con que nuestro Señor acompaña todas sus obras, que son misericordia y justicia; las cuales aunque al parecer sean contrarias, aquí se hallan perfectísimamente juntas, como adelante se verá.

Mas al fin deste preámbulo advierto que aunque todo lo que aquí escribimos de la grandeza de la bondad y caridad de nuestro Salvador, y de la acerbidad de los dolores y injurias que por nuestro remedio padesció, se ordene á mover nuestros corazones al amor deste Señor, y á la compasion de sus dolores, y al agradescimiento deste summo beneficio, y á la admiracion desta tan grande bondad y caridad; mas no basta todo cuanto acerca desta materia se escribe para despertar y encender en nosotros estos afectos y sentimientos, si el mismo Señor que nos redimió, no nos los da. Porque aunque él padesció por todos, pero no á todos da el sentimiento de lo que por ellos padesció. Por donde así como tratando de las excelencias de la fe, dijimos que no basta lo que dellas se escribe para confirmarnos en ella, si no pedimos á nuestro Señor particular luz y favor para esto, por ser la fe don de Dios; así decimos que no ménos es don especial del mismo Dios tener estos piadosos y devotos afectos en la sagrada Pasion. Por lo cual no basta la licion seca de lo que aquí se escribe, si no la acompañamos con esta humilde y devota oracion, suplicando á nuestro Señor cumpla con nosotros lo que nos promete por el profeta Ecequiel (*i*): esto es, que nos quitaria el corazon de piedra, y nos daria corazon de carne, para que con este sintamos algo de lo que este Señor por nuestra causa padesció.

CAPITULO II.

De la semejanza que hay entre la obra de la redempcion y de la creacion.

Para mayor inteligencia deste soberano misterio de nuestra redempcion, es de saber que todas las obras de nuestro Señor (y señaladamente esta, que es la mayor de todas) están ordenadas con summa sabiduría y consejo. Y la principal órden que en ellas hay, es que por la via que proceden las obras de naturaleza, sean tambien guiadas las de gracia. Porque como las unas y las otras sean obras suyas, y ambas ellas sean hermanas y hijas de un mismo padre (que es Dios), justo es que tengan semejanza entre sí, y se parezcan las unas con las otras. Y esta manera de filosofar señaladamente siguió el sancto doctor en todas sus escripturas. Pues para esto habemos de imaginar dos mundos en este mundo: uno natural, que es este que vemos, con todas las cosas que hay en él; y otro sobrenatural, que es la Iglesia católica, con todos los misterios y sacramentos que hay en ella. Veamos pues de la manera que procedió nuestro Señor en la fábrica deste mundo natural, y por ahí entenderémos la que siguió en la del mundo sobrenatural.

Aquella explicó brevemente Boecio por estas palabras:

Pulchrum pulcherrimus ipse
Mundum mente gerens, similique imagine formans.

En las cuales palabras significa que aquel hermosísimo Señor, que es fuente de toda hermosura, trazó y concibió en su divino entendimiento la imágen perfectísima deste mundo; y conforme á ella, como á un perfectísimo modelo, lo crió y sacó á luz. Y porque en este mundo (demas dél) hubiese un príncipe y gobernador de quien todas las cosas pendiesen, crió el primero de los cielos (comenzando dende lo alto), que llaman el primer móvile, y junto con él un ángel nobilísimo que lo mueve con increible lijereza (pues en espacio de un dia natural

(*f*) Esai. 43. (*g*) Luc. 19. (*h*) Esai. 44.

(*i*) Ezech. 36.

da una vuelta á todo el mundo), y este cuerpo así movido es causa de cuantos otros movimientos, alteraciones y generaciones hay en la tierra; y esto con tan gran dependencia, que si este movimiento parase, todos los otros pararian, de tal modo que no quemaria el fuego un poco de estopa que estuviese par dél. Porque así como parando la primera rueda de un reloj pararian todas las otras que penden del movimiento desta, así parando la rueda de aquel primer cielo, todos los otros movimientos que dél penden, cesarian.

Pues conforme á esta órden decimos que procedió nuestro Señor en la fábrica del mundo sobrenatural, que es la Iglesia católica. Porque como él sea sanctísimo, trazó y concebió en su divino entendimiento este mundo sobrenatural, que es una hermosísima congregacion de todos los fieles, y señaladamente de innumerables justos, y una nueva república, y nuevo reino; el cual, como dice el Apóstol (*a*), entregará el Hijo de Dios al Padre en el fin del mundo, despues que fuere cumplido el número de los escogidos. Esta gloriosa compañía fué mostrada en espíritu á Sant Juan en su revelacion, donde dice (*b*) que vió una compañía tan grande, que nadie la pudiera contar; la cual habia sido recogida de todas las naciones, y linajes, y pueblos, y lenguas del mundo; los cuales todos estaban ante el trono de Dios, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos. Este es pues el mundo sobrenatural que Dios ab eterno concebió para criar en el tiempo que le plugo; que es la congregacion innumerable de todos los escogidos, dende el primero que hubo en el mundo, hasta el postrero que ha de nascer. Este es pues el mundo sobrenatural que decimos; el cual es tanto mas excelente que el otro, cuanto se ordena á mas alto fin. Porque el fin de aquel es conservar las cosas en el sér de naturaleza; mas el deste es levantarlas al sér sobrenatural de gracia, que es sér divino. Y como Dios crió aquel primer mundo en seis dias, así ha de producir este en las seis edades del mundo, las cuales se acaban el dia del juicio final.

Y así como en aquel primer mundo puso el Criador por principio y causa de todas las obras naturales el movimiento del primer cielo con el ángel que lo mueve: así era razon que pusiese en este mundo sobrenatural otro primer principio y movedor de todas las obras sobrenaturales, que son todas las obras virtuosas y sanctas. Porque no era razon que este segundo mundo caresciese de gobernador, ni este nuevo reino de rey, ni este cuerpo místico de cabeza que influyese su virtud sobrenatural en todos los miembros dél. Pero cuanto este segundo mundo es mas excelente que el primero, tanto mas excelente convenía que fuese el presidente y gobernador dél. Y conforme á esta dignidad le fué señalado por rey, y gobernador, y cabeza el mismo Hijo de Dios. Ni podia ser otro mas proporcionado, ni mas conveniente que él. Porque ¿quién habia de ser bastante para influir espíritu de sanctidad y gracia en todos los miembros deste cuerpo místico (que son innumerables), sino quien tuviese virtud infinita, cual era la del Hijo de Dios? Item, como sea verdad que en aquella soberana ciudad (donde Dios mora con todos sus escogidos) no pueda entrar cosa sucia y contaminada con pecados (como nos lo representan aquellas vestiduras blancas con que Sant Juan vió vestidos á todos los escogidos), y sea verdad que todos los hombres estén amancillados con infinitos pecados, así originales como actuales, ¿quién habia de ser poderoso para purgar tanta infinidad de males, sino quien tuviese esta virtud infinita, que era el mismo Hijo de Dios?

Conformando pues agora esta traza de la obra de la redempcion con la de la creacion que al principio propusimos, digo que así como en esta obra de la creacion ponemos por causa de todas las obras naturales el movimiento del primer cielo, y la inteligencia que lo mueve, y se sirve dél como de instrumento universal para todas las obras naturales; así en la obra de la redempcion el Hijo de Dios es el autor y causa eficiente de nuestra salud, y su sagrada humanidad (á manera del primer cielo) es el instrumento general deste Señor. Porque (como dice Cirilo) el Verbo divino (que es el autor y dador de la vida) juntando consigo la carne humana, le communicó esta virtud: que ella tambien, como instrumento conjuncto dél, fuese dadora de vida.

De lo que está dicho se infiere, como dijimos, que todos los movimientos y alteraciones deste mundo inferior, de cualquier condicion que sean, penden del movimiento del primer cielo; así entendemos que en el mundo que aquí habemos figurado, de tal manera penden todas las obras virtuosas y sanctas de la gracia y méritos desta sagrada humanidad (que comparamos con el primer cielo), que ningun buen propósito, ni deseo, ni gemido, ni obra ó palabra que sea agradable á Dios, puede haber que no nos venga por los méritos y gracia deste Señor. Para que por aquí entendamos que todos los bienes nos vienen por él, y que á él los habemos de agradescer, y á él, y por él los habemos de pedir, y á él nos habemos de acoger en todas nuestras necesidades, y en él habemos de poner toda nuestra confianza, nuestro amor, nuestra felicidad, y todos nuestros cuidados y pensamientos, y tener por perdido el tiempo que no gastáremos con él, ó por él.

CAPITULO III.

De la commun dolencia y caida del género humano.

Comenzando á tratar en particular deste inefable misterio de nuestra redempcion, habemos de presuponer que ella fué remedio y medicina de la commun caida y dolencia del género humano, y señaladamente del pecado original con que la naturaleza humana quedó pervertida y lisiada. Y porque no se puede conoscer bien la eficacia de la medicina, sino conocida la malicia de la dolencia, tratarémos primero de la dolencia, y luego de la medicina. Para lo cual será necesario tomar este negocio de sus primeros principios.

Para la inteligencia desta doctrina habemos de tomar por fundamento la inmensa bondad de nuestro Señor Dios, que es el principio de todas sus obras, y mucho mas lo es desta, que por excelencia se llama la obra de Dios. Pues como sea proprio de la bondad ser communicativa de sí misma, y de los bienes que tiene, de aquí se infiere que á la summa bondad (cual es la divina) conviene summa communicacion. Por tanto, no contento él con haber communicado á sus criaturas el sér que tienen, con todo lo necesario para la conservacion deste sér, pasó tan adelante la grandeza de su magnificencia, que no contento con la communicacion de los bienes criados, quiso tambien communicar los increados, que es la communicacion y participacion de su misma bienaventuranza y gloria. Para lo cual crió dos órdenes

(*a*) 1. Cor. 15. (*b*) Apoc. 7.

de criaturas nobilísimas y capaces desta tan grande gloria; unas puramente espirituales, como son los ángeles, y otras espirituales y corporales, como son los hombres. Los cuales aunque son criaturas muy bajas en comparacion de los ángeles, mas en la dignidad deste fin tan glorioso son iguales á ellos.

Mas dejemos agora los ángeles (que no hacen á nuestro propósito), y tomemos al hombre, al cual crió Dios para el fin susodicho. Y porque las obras de Dios son perfectas y ordenadas con summa sabiduría, como crió al hombre para tan alto fin, así le proveyó de todas las perfecciones y gracias que para tal dignidad se requerian. Porque primeramente le infundió su gracia con los hábitos de todas las virtudes que della proceden, para que con la gracia fuese su ánima graciosa y hermosa en los ojos de Dios, y con las virtudes estuviese hábil y dispuesta para bien obrar. Y no contento con esto, crióle con la justicia original, que fué como una corona real, con que le dió señorío sobre todos los animales, para que todos le obedesciesen; y sobre la muerte, y sobre todas las enfermedades que abren camino para ella (y lo que es mas), dióle señorío sobre todos los apetitos y deseos de su carne; los cuales en aquel dichoso estado obedecian á la voluntad con tanta facilidad, como le obedecen agora los miembros cuando los quieren menear; advirtiéndole que siendo él fiel y obediente (*a*), gozaria de todas estas gracias y privilegios, así él como todos sus descendientes; y no lo siendo, así él como todos ellos los perderian.

Entónces el demonio, como enemigo de Dios, con rabiosa invidia que contra el hombre concibió, por haber de succeder en el lugar que él perdió, procuró engañar á la mujer, y por ella pervertir al hombre, y hacerle quebrantar el mandamiento divino (*b*). Por el cual pecado perdieron ambos la gracia y virtudes que de Dios habian recebido, y con ellas el señorío que de todas las cosas les habia dado, y señaladamente el que tenian sobre su carne con todos sus apetitos. Y así luego conocieron su desnudez, y hubieron vergüenza el uno del otro, y cubrieron sus partes naturales con hojas de árboles; porque comenzaron luego á sentir la pena de su pecado.

Pues tal cual el hombre por el pecado quedó, tales nos engendró á todos (*c*), mortal á mortales, enfermo á enfermos, miserable á miserables, mal inclinado á mal inclinados, pecador á pecadores, y subjectos al demonio, á quien él se subjectó; y finalmente, desnudo á desnudos, no tanto de la ropa, cuanto de justicia y gracia.

Ni es maravilla que los hijos deste primer hombre nazcan privados de aquella gracia y justicia original que él perdió; porque así como el caballero que comete una traicion contra su rey, pierde el estado y mayorazgo que tenia, y por él lo pierden todos sus descendientes, como hijos de traidor; así cometiendo el primer hombre aquella traicion de levantarse contra Dios, él perdió aquella grande dignidad que habia recebido, y nosotros la perdimos por él. Este es pues el estado miserable en que el hombre quedó por el pecado.

(*a*) Gen. 2. (*b*) Gen. 3. (*c*) Aug. in Ps. 132. Non longè á fine.

§. I.

Desórden del amor proprio que se siguió del pecado, y ejército de apetitos que dél nacen.

Pues de la privacion desta dignidad (que es, destos privilegios y gracias que el hombre perdió pecando) nasce otro grande mal. El cual es, que siendo razon que la criatura amase mas á su Criador que á sí misma, y que á todas las cosas (como vemos que los miembros aman mas á su cabeza que á sí mismos, y así se ponen á ser cortados por ella), mas no es así; ántes nascen todos los hombres con un torcimiento, y una grande lision y monstruosidad; que es con una inclinacion habitual de amar mas á sí y á todas sus cosas que á Dios. De manera que nacen vueltas las espaldas á Dios, y convertidos á sí mismos por este amor tan desordenado que se tienen. Y este torcimiento y desórden (que procede de la pérdida susodicha) es lo que los teólogos llaman pecado original, en el cual todos somos concebidos. Lo cual se nos declara en el capítulo XXV del sancto Job. Porque donde nuestro texto dice que no será limpio el que nace de mujer, los setenta trasladaron diciendo que nadie está limpio de pecado, aunque sea un niño recien nacido de un dia. Y lo mismo alegó el Profeta real para aliviar la culpa del pecado que habia cometido, diciendo (*d*): Mirad, Señor, que en maldades fuí concebido, y en pecados me concebió mi madre. Y llama aquí pecados al pecado original, porque aunque él sea un pecado en acto, es todos los pecados en potencia (*e*); porque de la mala raíz deste amor desordenado nascen todos los pecados; porque ningun pecado hay que originalmente no nazca deste mal amor. Porque los hombres no pecan de balde, sino por algun interese ó deleite que este mal amor pretende. En lo cual se ve cuánta necesidad tienen todos los hombres del favor de la divina gracia para no pecar; como lo significó el sancto Job, cuando dijo (*f*): ¿Quién, Señor, puede hacer pura y limpia una criatura concebida de masa sucia, sino solo vos?

Esta es pues la dolencia commun del género humano. Y que sea ella verdadera y grave dolencia, se conoce por la dificultad que sentimos en hacer las obras que son conformes á nuestra naturaleza. Porque vemos que cuando una ave no puede volar, ni un pesce nadar, ni un caballo correr, ó á lo ménos que hacen esto con dificultad, entendemos que tienen alguna dolencia que les impide estos oficios y obras, que son tan proprias y naturales. Pues muy mas proprio y natural es á la criatura racional vivir por razon (que es vivir conforme á ley de virtud), y vemos cuán pocos y cuán contados son aun entre cristianos los que desta manera viven. Pues ¿quién no verá por aquí que está doliente la criatura que no puede hacer, ó hace con grande dificultad lo que es tan proprio y tan conforme á su naturaleza? Item, ¿qué cosa hay mas justa, ni mas obligatoria, ni mas conforme á toda ley de naturaleza, que honrar, servir y amar sobre todas las cosas aquel soberano Señor de todo este universo, en quien vivimos, y nos movemos, y somos, y sin cuya virtud no podriamos ni abrir la boca ni respirar? Y con ser esto así, vemos que ninguna cosa ménos hacen los hombres del mundo que esta, que á todas las cosas habia de ser antepuesta con infinita ventaja. Pues ¿qué mayor indicio desta commun dolencia que

(*d*) Psal. 50. (*e*) D. Thom. 1. 2. quæst. 82. art. 2. ad 1. Et D. August. Enchirid. ad Laurent. cap. 45. t. 3. (*f*) Job, 14.

este? Item, tiene el hombre anima y cuerpo: el cuerpo tiene commun con las bestias, y el ánima con los ángeles; y con ser tanta la ventaja de parte á parte, todos sus sentidos, y cuidados, y trabajos emplea en servicio y regalo del cuerpo, que mañana morirá; y ningun cuidado tiene de sù ánima, que para siempre ha de vivir, ó en perpetua gloria, ó en pérpetua pena. Pues ¿quién será tan ciego que por estos y otros semejantes desvaríos no vea la corrupcion y dolencia espiritual de la naturaleza humana, pues falta en cosas tan proprias, y tan naturales, y tan necesarias á su vida? Cuando vemos que una criatura con grande gusto come tierra, entendemos que está doliente, por tener apetito de manjar tan contrario á su naturaleza. Pues ¿qué cosa mas contraria y perjudicial á la naturaleza de la criatura racional, que el pecado, que es obra contra toda razon? Y pues vemos generalmente los hombres tan apetitosos deste manjar tan contrario á su naturaleza (pues apénas vemos otra cosa en el mundo sino pecados sobre pecados, y maldades sobre maldades), ¿quién no verá estar enferma la naturaleza que así apetesce cosa que le es tan dañosa y tan contraria?

Mas el que quisiere entender de raiz la corrupcion de nuestra naturaleza, no la ha de considerar en los cristianos que tienen fe, ni en los hombres que viven debajo de superiores y de leyes (que no los dejan obrar lo que ellos quieren), sino en los monarcas del mundo, que no reconocen superior, ni hay quien resista á sus apetitos; y ahí verá muchos Sardanápalos, y Nerones, y Calígulas, y Heliogábalos, y Falárides y otros semejantes monstruos; y hallará entre ellos á Jerjes, rey de los persas, que juntó ejército de un cuento de hombres por tierra, y de tres mil navíos por mar; y por haberle sucedido mal los negocios de la guerra, determinó entregarse á todo genero de carnalidades y deleites; y llegó á tan grande extremo de deshonestidad, que prometió cierto premio á quien le descubriese algun género de lujuria mas delicioso que los que él usaba. Pues ¿quién no ve por estos y otros semejantes ejemplos cuán grande sea la corrupcion y dolencia de nuestra naturaleza?

Mas no haga nadie cargo al Criador desta dolencia. Porque el que es summamente perfecto y bueno, todas las cosas crió buenas y perfectas, cada cual en su género. Y así acabándolas de criar, dice la Escriptura (*g*) que vió todas las cosas que habia criado, y que eran no como quiera buenas, sino grandemente buenas. Mas el pecado y desobediencia del hombre, que deseó usurpar la semejanza de Dios, fué causa de que perdiese aquella rectitud natural y justicia con que Dios lo habia criado; y por él tambien la perdimos nosotros, como arriba está declarado. Dicen que si plantando una vid, le entremeten en la raiz un poco de escamonea, todas las uvas que lleva nacen escamoneadas, y así son dañosas como la misma escamonea. Desta manera pues podemos imaginar que la escamonea del pecado entró en aquel primer hombre (que era raiz y principio de todos los hombres), por donde el vicio y ponzoña que entró en la raiz (que era aquel commun padre) se extendió por todos los hijos. Conforme á lo cual dice Sant Augustin (*h*): Entónces se perdió el género humano, cuando pereció un hombre en quien estaba todo; porque tal cual él quedó, tales engendró á nosotros. Esta es ley commun de las gentes, que los hijos sigan la condicion de sus padres; y así el hijo de nobles es noble, y el hijo del villano es villano, y el hijo de la madre libre es libre, y el de la esclava esclavo.

Perdida pues aquella gracia, la cual tenia enfrenadas todas nuestras inclinaciones y apetitos, faltando este freno, luego todos ellos, como caballo desbocado y desenfrenado, se desordenaron y rebelaron contra el espíritu, en castigo de haberse el hombre desmandado y rebelado contra su Criador.

§. II.

Cómo la doctrina del pecado original sirve para declarar la necesidad del remedio de la Encarnacion y Pasion de nuestro Salvador.

Esta doctrina susodicha del pecado original, y de la corrupcion de la naturaleza humana que dél se siguió, es fundamento para entender el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, y la necesidad que teníamos deste remedio. Para lo cual se debe notar que de dos maneras de remedios habia usado la divina Providencia para la sanctificacion de los hombres: el uno en la ley de naturaleza, y el otro en la de Escriptura; porque en aquella primera ley estaba impreso en los corazones de los hombres el conoscimiento de lo bueno y de lo malo, con un dictámen que habian de seguir lo uno, y aborrescer lo otro. Asimismo imprimió en ellos una natural reverencia y amor para con Dios, como imprimió la misma reverencia y amor en los hijos para con sus padres. Y demas desta inclinacion natural que está dentro de nosotros, hay otra defuera (*i*); porque el sol, y la luna, y la hermosura de las estrellas, y el movimiento de los cielos, y la variedad de los tiempos, y la succesion de las cosas, y finalmente todas las criaturas, están diciendo; Dios me hizo; y mas particularmente los animales con la fábrica de sus cuerpos tan perfecta, y con las habilidades que el Criador les dió para procurar su conservacion, nos incitan al amor y reverencia susodicha.

El fructo que desta ley natural se siguió en el mundo, fué que aunque algunos justos y sanctos hubo en ella, el castigo universal del Diluvio declara cuán pequeño era este número de los buenos, y cuán grande el de los malos (*k*).

Despues de esta ley proveyó nuestro Señor de otro mas eficaz remedio con la ley de Escriptura, bajando él al monte Sinaí, y dando leyes escriptas por su dedo (*l*), y espantando los hijos de Israel con la majestad y aparato de su presencia, y con las amenazas de sus castigos, y con promesas de sus beneficios (*m*). Y aunque aquí hubo mayor número de justos que en la ley de naturaleza; pero con todo esto se desmandaron tanto estos hombres en los vicios y en el culto de los ídolos, que así los diez tribus, como los dos que quedaban, fuéron castigados con duro cautiverio (*n*).

Por lo dicho vemos cuán poco aprovecharon estos dos primeros remedios de que la divina Providencia usó para reformar las vidas de los hombres: de lo cual fué la causa esta mala raiz del pecado original con que la naturaleza humana fué estragada, segun habemos declarado.

Mas cuán grande haya sido el estrago y daño que nuestra naturaleza por este pecado recibió (no solamente en el cuerpo, sino mucho mas en el alma) no bastarian muchos libros para explicarlo. Mas entre todos los indi-

(*g*) Gen. 1. (*h*) De Verb. Apost. serm. 14. c. 14. 15. t. 10.

(*i*) D. Aug. Conf. lib. 10. c. 6. (*k*) Gen. 6. 7. (*l*) Exod. 19. etc. (*m*) Lev. 26. Deut. 28. (*n*) 4. Reg. 17. 25.

cios que para esto hay (demas de lo que está dicho) basta tender los ojos por todo el mundo, no solo por tierras de infieles y paganos (que viven como bestias siguiendo los apetitos de su carne), sino tambien por las ciudades y tierras de cristianos, que tienen fe, y sacramentos, y doctrina, y conoscimiento de otra vida, y adoran un Dios que murió por matar el pecado y desterrarlo del mundo. Y con todo esto hallará ser tanta la muchedumbre de los malos, que en cada lugar se podrán contar por los dedos los hombres que viven en temor de Dios; y todo el resto dellos no trata mas que de lo presente, que sirve para esta vida, y para el regalo de su carne, sin tener cuenta con Dios, ni con la salvacion de sus ánimas, ni con cosa de la otra vida. Por lo cual dijo Salomon que era infinito el número de los locos (*o*).

Esto pues basta para entender cuán grande y cuán mortal haya sido aquella lanzada y dolencia del género humano, y cuán grande habia de ser la medicina que fuese poderosa para curar un mal tan universal, tan antiguo, tan envejecido y tan arraigado en todos los senos y potencias de nuestra ánima, y tan confirmado con los malos ejemplos de todo el mundo. Y quien esto considerare, no extrañará el misterio de la Encarnacion y Pasion del Hijo de Dios, y la medicina de los sacramentos; porque mal tan grande y tan extraordinario (ya que Dios por las entrañas de su misericordia queria curarlo), extraornarios remedios pedia; pues ni aun con todo esto han cesado del todo los males.

Ni bastaba para esto la lumbre de naturaleza, ni la de la ley escripta (como ya dijimos), porque estas no hacian mas que alumbrar el entendimiento con el conoscimiento del bien y del mal: lo cual no bastaba, porque la principal parte de la dolencia mas estaba en la desórden y rebeldía de nuestro apetito, que en la falta del conoscimiento. Y por esto la medicina que se aplicaba al entendimiento no bastaba para curar la llaga de nuestra rebelde voluntad. Pues para la cura desta llaga mortal ninguna medicina habia mas eficaz que el misterio de la Encarnacion y Pasion de nuestro Salvador, como luego se declarará.

CAPITULO IV.

Del remedio desta dolencia, que fué la perfecta satisfaccion y redempcion de Cristo.

Estando pues el hombre en este tan miserable estado, y pudiéndolo Dios dejar en él, no lo quiso hacer; sino usando de su infinita bondad y misericordia, determinó darle remedio, y así aquella summa bondad que lo movió á criarlo, le movió á remediarlo, y esto por la mas alta manera que podia haber. Porque este fundamento se ha de presuponer así en esta obra de Dios como en todas las demas, que communmente no trata él de lo que podria hacer de su poder absoluto, sino de lo que conviene á la rectitud y órden de su sabiduría, de su bondad y de su justicia, para que todas sus obras sean perfectas, como él lo es. Lo cual señaladamente guardó en esta obra de nuestra redempcion, por ser esta la mas excelente de todas. Y con esto se responde á las preguntas que los hombres ignorantes suelen hacer acerca deste misterio, diciendo: ¿no pudiera Dios remediar al hombre por otros medios, sin tanta sangre y tanta costa suya? A esto fácilmente respondemos que lo pudiera hacer; mas (como está dicho) nunca mira él á lo que puede, sino á lo que conviene á la rectitud y órden de su sabiduría, de su bondad y de su justicia.

Para cuyo entendimiento se ha de presuponer lo que en otras partes está dicho: conviene saber, que nuestro Señor en todas sus obras pretende dos cosas, que son gloria suya y provecho del hombre. De donde se concluye que la obra de Dios en que estas dos cosas mas perfectamente se hallaren, esa será mas propria y mas digna dél. Pues esto es lo que con su favor y ayuda tratarémos en esta tercera parte, declarando cómo en esta obra de nuestra redempcion se hallan mas perfectamente estas dos cosas, que en cuantas hasta hoy tiene hechas y puede hacer. Y primero tratarémos de lo que toca á la gloria de Dios (como cosa mas principal), y despues de lo que pertenesce al provecho del hombre. Mas de tal manera probarémos esto, que á vueltas dello tratarémos de lo que sirve para despertar nuestra devocion y amor deste clementísimo Redemptor.

§. I.

Cómo proveyó nuestro Redemptor perfectísimamente por este misterio á la gloria de su eterno Padre.

Comenzando pues por la primera cosa (que es lo que toca á la gloria de Dios), convenia para esto satisfacer en todo rigor de justicia á la Majestad ofendida por los pecados de todos los siglos, presentes, pasados y venideros, así actuales como originales; los cuales cuanto es de parte de la especie humana, no repugna ser infinitos; y lo que mas es, cada pecado mortal es de gravedad infinita, por ser ofensa hecha contra Majestad infinita: pues nos consta que cuanto la persona ofendida es de mayor dignidad, tanto la ofensa es de mayor gravedad.

Pues ¿quién habia de ser poderoso para satisfacer á la Majestad ofendida con tan gran número de ofensas, y todas de gravedad infinita? Claro está que el miserable hombre no era poderoso para satisfacer en rigor de justicia por un solo pecado, cuanto mas por tantos. Porque demas de otras manqueras y defectos que en él habia, estaba en desgracia y enemistad de Dios, y era, como el Apóstol dice (*a*), hijo de ira; y de tales personas no acepta Dios servicio ni sacrificio, como no aceptó el de Cain porque estaba en su desgracia (*b*).

Tampoco ni podia ni debia satisfacer algun ángel, por muchas razones. Porque primeramente no era cosa decente que la culpa fuese de una naturaleza, que era la humana, y la satisfaccion de otra, que era la angélica. Y demas desto el ángel es criatura, cuya virtud es limitada y finita, y es tambien persona particular; y por ambas causas no puede por tela de justicia satisfacer por deuda universal, y tantas veces infinita. Y sobre todo esto ya que él pudiera satisfacer y redemir al hombre, no era razon que quitase Dios esta gloria de sí, y la diese á una criatura. Porque como él sea dador de todo nuestro bien, á él quiso que lo debiésemos todo, y lo amásemos por todo: conforme á lo cual se celebra aquella sentencia de Sant Anselmo que dice: Porque no repartieses el amor entre Criador y Redemptor, el mismo Señor quiso ser tu Criador y tu Redemptor.

Tenemos pues aquí declarado cómo ni el hombre ni el ángel podian descargar esta deuda. Por donde siendo la deuda (como está dicho) infinita, necesario es que la paga y satisfaccion sea tambien infinita, para que haya

(*o*) Eccl. 1.

(*a*) Ephes. 2. (*b*) Gen. 4.

proporcion entre lo uno y lo otro; porque de otra manera no se guardara rectitud y órden de justicia; es luego para esto necesaria virtud infinita. Pero esta no se halla en las criaturas, sino en solo el Criador, mas este ni puede satisfacer ni merecer; porque estas son obras de otra naturaleza inferior, cual es la del hombre. Pues ¿qué remedio, Señor, para que por términos de justicia sea el hombre remediado? ¿Dónde hallarémos remedio para esta dificultad, pues ni en el cielo ni en la tierra (esto es, ni en los ángeles ni en los hombres) lo hallamos?

Donde faltó el remedio de las criaturas, no faltó el del Criador, á quien ninguna cosa es imposible. El pues halló medio para esta tan grande dificultad; y el medio fué digno de su infinita sabiduría, é inmensa bondad y misericordia; y este fué juntar nuestra humanidad con el Verbo divino en un mismo supuesto; para que dél se communicase á la naturaleza humana virtud y gracia infinita para satisfacer por deuda infinita, cual era la nuestra. De modo que de la una naturaleza se tomó el poder merescer y satisfacer; de la otra el caudal de la gracia para poder perfectamente satisfacer, y por esta via la satisfaccion fué perfectísima y plenísima en todo rigor de justicia, por la dignidad infinita de la persona que satisfacia. Y con ser tan perfecta la justicia, no fué menor la misericordia; porque todo lo que pagó y meresció el Hijo, se communicó de pura gracia al siervo; y así se hallan en esta obra justicia y misericordia en summo grado de perfeccion; lo cual por otra via no se podia hallar. Porque si Dios perdonara de pura gracia, hubiera aquí misericordia, mas no justicia; pues tan grandes ofensas quedaban sin castigo. Pero si las castigara como lo merecian, no quedaba lugar á la misericordia; mas por este camino se halló medio para que estas dos hermanas y compañeras perpetuas de todas las obras divinas se hallasen juntas, encargándose por su inmensa caridad el Hijo de Dios de la justicia, y ofreciendo ál siervo la misericordia. Y desta manera quedó Dios perfectamente satisfecho y honrado, y el hombre á costa ajena copiosamente redemido y librado.

Pues desta misericordiosa union de las dos naturalezas divina y humana procedió esta perfecta satisfaccion. Porque el pobre hombre debia, y no tenia con qué pagar; Dios podia pagar, mas ni debia ni podia satisfacer; pero haciéndose Dios hombre, en él tenemos deudor y pagador; pues el hombre debe, y Dios le communica su virtud para que pague. Y desta manera en la misma naturaleza humana en que se cometió la culpa, se halla el remedio y medicina della, y el hombre con esto queda mas honrado; porque si hombre fué el que pecó, hombre tambien fué el que nos redimió.

§. II.

Admirable proporcion que halló la divina sabiduría en este misterio entre la satisfaccion y la culpa, saqueando al demonio por via de justicia.

En esta manera de remedio, demas de lo dicho, resplandesce maravillosamente la órden de la sabiduría y justicia divina; porque ordenó ella que por el camino que entraron nuestros males, entrasen tambien nuestros bienes; y que como el pecado y la muerte vinieron por culpa de uno, así la justicia y la vida viniesen por la sanctidad de otro. Porque no era razon que fuese de menor eficacia la sanctidad para remediar, que la culpa para dañar; ni que fuese menor el reino de la misericordia que el de la justicia; y pues la justicia se extendió á condenar á muchos por la culpa de uno, se extendiese tambien la misericordia á salvar á muchos por la sanctidad de otro.

Ni faltan aquí otras admirables conveniencias, por las cuales se ve con cuánta órden de justicia fué el pecado descargado, y el hombre redemido. Porque así como la soberbia de aquel primer hombre, que siendo puro hombre, quiso usurpar la semejanza de Dios, nos condenó á todos; así la humildad de otro hombre, que siendo verdadero Dios, se abajó á tomar la naturaleza de hombre, nos hiciese (cuanto es de su parte) salvos á todos. Porque no era posible hallarse humildad que tan derechamente se contrapusiese á aquella soberbia, como está. Asimismo como la desobediencia de aquel hombre que estando por ley de naturaleza subjecto á Dios, se eximió della, nos dañó á todos; así la obediencia deste segundo hombre, que por esa misma ley estaba exempto de toda subjeccion, ganase el perdon y la justificacion para todos; y, segun dice el Apóstol (*c*), como por aquella desobediencia se hicieron muchos pecadores, así por esta obediencia se levantarian muchos justos.

Desta manera pues ordenó la divina sabiduría que hubiese esta maravillosa proporcion y correspondencia entre la satisfaccion y la culpa. Lo cual elegantemente declara Eusebio Emiseno en una homilía de la Pascua, donde hablando en persona del mismo Redemptor dice así: Extendió su mano atrevida el hombre desobediente al árbol vedado; extendamos nosotros nuestras innocentes manos en el árbol de la Cruz. Por medio del madero se cometió la culpa; por medio de otro madero sea quitada. Pecó el hombre cebado con la suavidad del árbol que le era prohibido; páguese la culpa desto con la hiel y vinagre que se bebió por ella. Está el hombre condenado por la culpa de la soberbia, por la cual pretendió usurpar la semejanza de Dios; pues para esto humíllese nuestra divinidad por la culpa de aquella soberbia, y ofrézcase la Majestad por el crímen cometido contra esa Majestad. Sobre todo esto, el hombre es deudor de muerte, y esta deuda conviene que se pague. Para esto tomarémos naturaleza mortal, y ofrecerémos nuestra muerte por esta muerte. Y porque el demonio no tenga que alegar contra su captivo, él extenderá sus manos malvadas en el árbol de la vida, para que por dos títulos quede el hombre redemido; esto es, por la sangre del Crucificado, y por la maldad del demonio que la muerte le procuró. Desta manera por medio de nuestra pasion quedará el demonio condenado, y el hombre por ella misma libre. Hasta aquí son palabras de Eusebio; en las cuales, demas de las otras singulares conveniencias, vemos esta: que es haber sido el hombre librado del demonio, no solo por el poder de Cristo, sino tambien por título de justicia; y que como él venció al hombre por engaño, así él tambien fuese engañado. Para lo cual es de saber que como Dios concedió al hombre comer de todos los árboles del paraíso, excepto uno, así permitió al demonio que llevase todos los hombres concebidos en pecado á su reino. Mas como esta licencia se le diera por el pecado, quedaba exempto della quien fuese libre del pecado. Mas el demonio viendo á Cristo subjecto á penalidades y muerte (que nos vinieron por el pecado) creyó que él tambien era pecador como los otros; y así le procuró la muerte. Y porque procuró la muerte al hombre

(*c*) Rom. 5.

que le era vedado, justamente meresció perder todo lo que tenia poseido; y así el hombre captivo quedó por título de justicia de su poder librado. Lo cual divinamente representó Dios al sancto Job por estas palabras (*d*): ¿Por ventura, dice él, serás tú poderoso para prender á leviatan (que era el mayor pece de la mar) con un anzuelo, como yo lo prenderé? Este gran pece es figura del demonio; el cual Dios prendió con su anzuelo. Este anzuelo fué Dios humanado, cuyo cebo era aquella sagrada humanidad, subjecta á las penalidades desta vida mortal, que nos vinieron por el pecado; mas el garfio de hierro era la potencia de su divinidad, que con este cebo estaba cubierta. Viendo pues el demonio aquella sancta humanidad subjecta á estas penas, creyó que aquel hombre que veia penado, era tambien culpado; y así por medio de sus miembros le procuró la muerte; porque no entendió que debajo de aquella naturaleza mortal estaba la inmortal; y así mordiendo él en ella, quedó mordido; y acometiendo al cebo quedó preso en el anzuelo. Y desta manera pescó Dios y prendió esta gran ballena que tragaba casi todo el mundo, y sacó de su reino aquel rico despojo de los sanctos padres, que en parte de su reino por culpa del commun pecado estaban detenidos. Y así el que engañando venció al hombre, siendo él por Cristo engañado, quedó vencido y saqueado.

Hay tambien aquí otra conveniencia singular, que es haber tomado el Salvador armas del mismo demonio para vencerle. Porque por el pecado introdujo el demonio la muerte y las penalidades en el mundo, y tomando Cristo en sí estas penalidades y muerte, venció al demonio que las habia acarreado. Por lo cual dice el Apóstol, que con el pecado destruyó el pecado (*e*), queriendo decir, que tomando en sí las penas que trajo el pecado, nos redimió y alcanzó perdon del pecado. Y esto es cortar la cabeza á Golías con la misma espada de Golías (*f*).

§. III.

Provecho y dignidad del hombre, á que proveyó Dios por este soberano misterio.

Es tan admirable este medio que la divina sabiduría escogió para nuestra salud, que por cualquier parte que lo miremos, siempre hallarémos en él singulares conveniencias y beneficios que por él se nos communican. Porque primeramente por él nos proveyó el Padre eterno de un perfectísimo reconciliador, y fidelísimo medianero entre sí y los hombres, para hacer firmes y eternas paces entre Dios airado y los hombres culpados; porque la condicion del perfecto medianero es que sea fiel y grato á ambas las partes. Pues ¿quién mas fiel que el Hijo de Dios: fiel y grato á Dios, porque era verdadero Dios; fiel y grato á los hombres, porque era verdadero hombre? Y así él fué el que hizo estas firmísimas paces y amistades entre Dios y ellos, y por esto dice el Apóstol que el Padre eterno nos hizo agradables y amigos suyos por medio de su amado Hijo (*g*). Porque ¿quién otro nos habia de hacer gratos y amigos, sino este tan grande amigo? quién sanctos, sino este Sancto de los sanctos? quién justos, sino este que es la misma justicia? quién hermosos, sino este summamente hermoso? quién finalmente hijos adoptivos de Dios, sino el natural Hijo del mismo Dios?

Por este mismo medio nos proveyó tambien el Padre eterno de un fidelísimo y acceptísimo abogado y sacerdote ante su divino acatamiento, no solo para alcanzarnos perdon de los pecados, sino tambien para el remedio de infinitas necesidades y miserias que nos aprietan y cercan en esta vida, la cual con mas razon se podia llamar muerte prolija, que vida. Pues ¿qué mejor abogado, qué mas fiel y poderoso sacerdote que el Hijo de Dios, el cual representando al Padre aquella sagrada humanidad que tomó por nuestra causa, y aquellas preciosas llagas que padesció por su obediencia, está siempre abogando y intercediendo por nosotros?

Por este medio tambien el hombre que estaba abatido y hecho semejante á las bestias (cuyas obras imitaba), fué honrado y en parte levantado sobre la dignidad de los ángeles, pues como dice el Apóstol (*h*), no tomó el Hijo de Dios la naturaleza angélica, sino la humana. Por donde así como cuando casa una mujer pobre con un rey poderoso, todos los parientes della quedan honrados, así habiéndose el Rey del cielo desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo, que en ambas naturalezas no hay mas que una sola persona, todos los hombres quedan ya tan honrados, que pueden decir con el Profeta (*i*): Tú eres, Señor, mi gloria, y el que me has hecho levantar cabeza.

§. IV.

Eficacia desta satisfaccion de Cristo.

Mas agora es bien que entendamos la eficacia desta satisfaccion, para que así crezca en nosotros la esperanza de la gracia y del perdon. Es pues agora de saber que nuestro Señor Dios para acceptar y gratificar mas nuestras buenas obras, mas respecto tiene á la persona que las hace que á las mismas obras, y por eso se dice que miró Dios á Abel y por él miró á sus obras; mas en Cain no tenia que mirar, y por eso tampoco miró á sus dones. Pues por aquí entenderá el hombre cuánto agradó al eterno Padre el sacrificio de su unigénito Hijo, si considerare la grandeza del amor con que el Padre le ama; ca le ama con infinito amor, ámale tanto cuanto ama á sí mismo, pues en él ve su misma substancia y hermosura. De donde se infiere que mas ama el Padre á este Hijo, que aborresce todos los pecados del mundo, y por consiguiente mas le agradó aquel sacrificio de Hijo tan amado, que le desagradaron todos los pecados del mundo; y mas servido y honrado quedó con este servicio, que ofendido con todos nuestros pecados. Y porque la vida deste clementísimo Redemptor valía mas que todas las vidas de los hijos de Adam, porque era vida divina, de aquí es que mucho mas fué lo que este Señor ofresció á su Padre, dándole su vida, que cuanto los hombres le quitaron, cuanto era de su parte, con su malicia.

Desta manera pues este clementísimo Redemptor satisfizo en general y en particular por todas nuestras culpas, y con esta tan copiosa redempcion quitó el muro de division que habia entre Dios y los hombres, que eran los pecados; y con esto nos reconcilió con él, y amansó el furor y ira que contra nosotros tenia concebida (*k*). En figura de lo cual leemos (*l*), que así como el profeta Jonas fué echado en la mar, luego la mar, que andaba muy brava, súbitamente se sosegó; así en cayendo nuestro verdadero Jonas en la mar de sus angustias y pasiones, cesó luego el furor de la ira y indignacion divina. Y así luego abrió él las puertas del cielo aun á los

(*d*) Job. 40. (*e*) Rom. 8. (*f*) 1. Reg. 17. (*g*) Ephes. 1.

(*h*) Heb. 2. (*i*) Psalm. 3. (*k*) Ephes. 2. (*l*) Jonæ 1.

ladrones, las cuales habian estado cerradas dende el principio del mundo aun á los muy sanctos (*m*). Luego envió al Espíritu Sancto (*n*) con todas las riquezas de sus dones y gracias, y especialmente con el don de las lenguas, para que Dios, que en solo el rincon de Judea era conoscido y adorado, lo fuese en todas las naciones del mundo (*o*). Y luego el Salvador dió poder á sus discípulos para perdonar pecados (*p*), pues él habia ya satisfecho por ellos, y les mandó que fuesen por todo el mundo, y predicasen la buena nueva y gracia del Evangelio (*q*), que es, como Sant Crisóstomo declara (*r*), perdon de pecados, y satisfaccion de las penas debidas por ellos, sanctificacion de los hombres, justicia, redempcion, adopcion de hijos de Dios, heredad del reino del cielo, y hermandad con el mismo Hijo de Dios. Estos y otros innumerables bienes contiene en sí el Evangelio, y este manda el Salvador predicar á toda criatura, sin haber diferencia de judío ni gentil.

Mas acerca de lo dicho podrá alguno preguntar, ¿cuál sea la causa por que estando ya satisfecha tan cumplidamente la deuda del género humano por el sacrificio de Cristo, y merescido el perdon de los pecados, hay tantos que están por perdonar, y que perseveran mucho tiempo en pecados? A esto respondemos que no nasce esto del defecto de la satisfaccion de Cristo (que fué perfectísima), sino de la mala voluntad del hombre, por la cual quiere perseverar en su pecado, y ni se dispone, ni aun quiere recebir el perdon dél. Porque notoria cosa es que el sol (cuanto es de su parte) alumbra á todo el mundo; mas si yo cierro todas las puertas por donde me ha de entrar la luz, en mí está la falta, y no en él. Pues lo mismo decimos de la satisfaccion de Cristo, que basta para mil mundos; mas la culpa es del que no se dispone para la recebir.

Donde se debe notar que es regla de filosofía que las causas universales no communican su virtud y sus influencias, sino por medio de otras particulares. Y así vemos que el sol cria todas las plantas; mas si el labrador no sembrare trigo ó cebada, no nacerá uno ni otro. Pues así decimos que la Pasion de nuestro Redemptor es la causa universal de todos los bienes espirituales que se han dado y darán siempre; mas es menester que entrevenga aquí otra causa particular, que es disponerme yo, para que por este medio se me aplique la gracia y el perdon que él nos ganó.

CAPITULO V.

De la promptitud y alegría con que el Hijo de Dios se ofresció á todos los trabajos que se requerian para obrar el negocio de nuestra redempcion.

Tenemos hasta aquí declarado cómo el mas excelente medio que la divina sabiduría escogió para obrar la salud del género humano, fué juntarse el Verbo divino con la naturaleza humana en una persona. Resta agora ver con qué promptitud de ánimo, y con qué voluntad y alegría se ofresció este Señor á esta obra.

Y para entender esto dende sus primeros principios, conviene saber que esta union y junta del Verbo divino con la naturaleza humana, se celebró en el vientre virginal de nuestra Señora. Porque acabando el ángel de proponer su embajada, y dando la Vírgen su consentimiento, luego en ese punto fué criada aquella sacratísima humanidad, y unida por una inefable manera con la persona del Verbo divino, con tan estrecho vínculo, que en ambas naturalezas no hay mas que una sola persona. Y conforme á esta dignidad, que es la mayor de cuantas Dios puede dar, le fuéron dadas todas las gracias, y poderes, y riquezas que para tan alta dignidad se requerian, tan sin tasa ni medida, que si fuera posible agotarse el piélago de todos los tesoros y grandezas de Dios, aquí se agotaran. Y en este mismo punto vió aquella ánima sanctísima la divina esencia con la misma claridad y gloria que la ve agora, y en ella vió todas las riquezas y grandezas que habia recebido de pura gracia, que es ante todo merescimiento.

Agora será razon contemplar cuál sería el amor con que esta ánima sanctísima amaria al dador de tantos bienes; mas esto sobrepuja á todo entendimiento criado y por criar; porque el amor fué tal, cual era la dignidad y gracia recebida, que era sin medida. Y cual era este amor, tal era el deseo de agradar, y servir, y cumplir la voluntad de quien así la habia engrandescido y enriquecido, aunque para esto fuese necesario padescer mil cuentos de muertes.

Pues en este punto entendió este Señor que la voluntad del Padre era que fuese reparador, sanctificador, y redemptor del género humano, que por la culpa del primer hombre estaba caido, y que para esto amase los hombres con tan grande amor, y desease tanto su remedio, que ofresciese su vida en sacrificio para alcanzarles perdon de sus pecados, y reconciliarlos con Dios, y restituirles la gracia perdida. Y que con esto fundase en este mundo un nuevo reino, y una nueva república, y una congregacion de hombres muertos al mundo, y vivos á Dios (*a*). Los cuales conosciendo la brevedad y instabilidad desta vida, vivan en ella, no de asiento, sino como de prestado; no como en su patria, sino como en venta; no como vecinos y moradores deste mundo, sino como huéspedes y peregrinos en él; no como gente que tiene aquí su ciudad, sino como quien camina para otra que está por venir (*b*); unos hombres tan ofrescidos al servicio de su Criador, y á la guarda de sus mandamientos, que estén aparejados á padescer muerte ántes que quebrantar uno dellos; finalmente, unos hombres que aunque sean semejantes á los otros hombres mundanos en la naturaleza, sean tan diferentes en la vida, que así como aquellos emplean todos sus cuidados y estudios en procurar los bienes del cuerpo, sin tener cuenta con los del ánima, así estos por el contrario, todo su estudio y diligencia pongan en procurar los bienes del ánima, sin hacer caso de los del cuerpo, sino cuanto la necesidad lo requiere.

Pues este reino y esta nueva república poblada destos nuevos hombres, quiso el Padre eterno que su unigénito Hijo fundase en la tierra, á imitacion de la república del cielo, y que él fuese su caudillo, su fundador, su capitan, y la guia que fuese delante dellos, llevando la bandera de la Cruz en la mano, y enseñándoles el camino del cielo, no solo con palabras, sino mucho mas con obras y ejemplos de su vida sanctísima.

Declarada pues esta voluntad de toda la sanctísima Trinidad (que en esta negocio entrevino), ¿quién podrá explicar con qué alegría, con qué obediencia, con qué promptitud de voluntad, con qué entrañas y deseos aceptaria este mandamiento aquella ánima sanctísima,

(*m*) Luc. 23. (*n*) Act. 2. (*o*) Act. 2. (*p*) Joan. 20. (*q*) Marc. ult. (*r*) In cap. 4. Matth. Homil. 8. in med. tom. 2.

(*a*) Esai. 49. (*b*) Hebr. 13.

y con qué amor amaria los hombres que así le eran encomendados? Cosas son estas tan grandes, y sobrepujan tanto la capacidad de nuestros entendimientos, que no hay que decir aquí, sino enmudecer y pasmar, conociendo qué tales es razon que sean las obras de la magnificencia divina, y de aquel Señor que como es incomprehensible en su naturaleza, así lo es en todas sus obras, y mas en esta.

Pues quien quisiere saber una cosa dignísima de ser sabida, que es la raiz y orígen del amor de Cristo para con los hombres, sepa que esta es la grandeza de la caridad y obediencia que él tiene á su eterno Padre. Porque por eso nos amó, porque su Padre le mandó que nos amase con tan grande amor, como está dicho. ¿Pues con qué alegría acceptaria tal Hijo el mandamiento de tal Padre, de quien tales riquezas y tesoros de gracias habia recebido? Porque, como Sant Gregorio dice (c), cuanto con mayor fuerza la caridad sube á lo alto á amar á Dios, tanto con mayor lijereza desciende á lo bajo á amar al prójimo por amor de Dios. Pues por aquí entenderémos con cuánta fuerza revolveria á amar los prójimos encocomendados por el Padre quien tan incomprehensible amor tenia al mismo Padre.

Otra causa hay tambien de la grandeza deste amor, que es aquella sed insaciable que el Hijo de Dios tenia de la gloria deste celestial Padre. Y porque la cosa que mas lo glorifica es la sanctidad de nuestras vidas, por eso deseaba él esta sanctidad, con un tan gran deseo, que no se puede con palabras explicar.

CAPITULO VI.

Cómo todas las perfecciones divinas resplandescen mas altamente en la Pasion de Cristo nuestro Señor que en todas las otras obras suyas; y primero de la bondad.

Por lo dicho se ve cómo la Pasion de Cristo nuestro Salvador sirve para la gloria de Dios (que es la primera cosa que propusimos), pues por ella quedaron las ofensas cometidas contra la divina Majestad perfectamente satisfechas, y por ella quedó Dios mucho mas honrado que con nuestras culpas ofendido.

Mas no solo por esta via quedó él glorificado, sino porque en esta sagrada Pasion resplandescen mas todas las grandezas y perfecciones divinas, que en todas las otras obras suyas ayuntadas en uno, como al principio propusimos.

Y comenzando por la bondad (que á nuestro modo de entender es la mayor de las perfecciones divinas, y de que Dios mas se precia), ¿dónde resplandesce ella mas altamente que en la sagrada Pasion? Para cuya inteligencia conviene primero declarar cuál sea la condicion y naturaleza del bien. Esta es, como dice Sant Dionisio (a), ser communicativo de sí mismo, y de todo lo que tiene; como lo vemos en el sol (que es nobilísima criatura), el cual communica á todo el mundo la claridad de su resplandor, sin haber cosa que se esconda de su luz y de su virtud. Y cuanto la cosa fuere mas buena, y mas crecida en quilates de bondad, tanto será mas communicativa de sí misma. De donde se sigue que como Dios sea summamente bueno, será summamente communicativo de sí mismo y de sus perfecciones á todas sus criaturas, á unas mas, y á otras ménos, segun la capacidad y condicion dellas, como dice el mismo sancto. Y por cuanto el hombre tiene en sí capacidad para ser bueno y bienaventurado, de aquí procede desear él summamente (cuanto es de parte de su naturaleza) hacer á los hombres buenos y bienaventurados, como él lo es, y esto no por interese alguno que de aquí se le siga, sino por la condicion y naturaleza de su bondad. Esta es pues la que quiso él señaladamente manifestarnos en la obra de nuestra redempcion.

Mas aquí es de notar que hay dos grados excelentes de la perfecta bondad: el uno es hacer bien sin ningun linaje de interese ó respecto proprio, sino por pura y sola bondad; el otro es mas excelente, que es hacer bien, no solo sin interese, mas tambien con pérdida de hacienda, honra ó vida, etc. Y cuanto mayor fuere esta pérdida, tanto declara ser mayor la bondad de donde ella procede. Pues este grado de excelentísima bondad nos declaró el Salvador en su sagrada Pasion. Porque (como dice Pedro Ravenas) poco paresció á la grandeza de su caridad communicarnos sus bienes, si no la mostrara tambien en padescer nuestros males.

Mas porque él en cuanto Dios no podia padescer (por ser la naturaleza divina inmutable), hizo para esto una cosa tan nueva, tan admirable y tan digna de tal bondad, que fué juntar consigo una naturaleza pasible y mudable, que fué la naturaleza humana, en la cual pudiese padescer lo que en la suya no podia.

Pues deste tan excelente grado de bondad tratarémos aquí, no solo para confirmacion de la fe, sino para encender en el corazon de los fieles un grande amor y admiracion desta soberana bondad. Y por ser esta materia tan alta, conviene proceder en ella con algunos presupuestos, que serán como escalones para subir á la alteza della.

Entre los cuales el primero sea presuponer que el principio y fundamento de todos nuestros bienes es el conoscimiento de nuestro Dios y Señor. Mas como en esta vida mortal no le podamos conoscer en su misma esencia y hermosura, no tenemos otro medio para conoscerle, sino por las obras y maravillas que ha obrado y obra en este mundo; las cuales cuanto son mas excelentes, tanto nos dan mayor noticia de la excelencia de su Hacedor.

Pues como entre todas las obras de Dios la mas excelente sea la sagrada humanidad, síguese que ella es la que mayor conoscimiento nos da de sus perfecciones y grandezas, y nos abre camino para entrar en el sanctuario de su divino pecho, y conoscer las maravillas que hay en él. Y esto es lo que él nos declaró cuando dijo (b): Yo soy camino, verdad y vida; nadie viene al Padre sino por mí. Y por esto es muy al proprio figurada la sagrada humanidad por aquella escalera que vió en sueños el patriarca Jacob (c), que llegaba dende la tierra hasta el cielo, y tenia á Dios en lo alto della: para significar que de sus lomos habia de proceder esta sacra humanidad, que habia de ser escalera por donde los hombres habian de subir al conoscimiento de Dios. Y esto es por lo que la Iglesia da gracias á Dios, diciendo que por el misterio de la Encarnacion del Verbo divino se da á los ojos de nuestra ánima una nueva claridad y luz para el conoscimiento de las cosas divinas (d). Este pues sea el primer escalon desta escalera mística.

(c) Lib. 7. Moral cap. 11. et in Evang. Homil. 30. (a) De Div. Nom. cap. 4.

(b) Joan. 14. (c) Gen. 28. (d) In Præfatione Missæ Natal Dom.

§. I.

Segundo escalon desta mística escala, que es la elevacion sobre toda bondad criada, para venir en conocimiento de la bondad divina.

El segundo sea, que quien quiere venir en conoscimiento de la grandeza de la divina bondad, ha de apartar los ojos de sí mismo y de la bondad de cuantos sanctos ha habido en este mundo, por grandísimos que hayan sido, y de la bondad de todos los ángeles y arcángeles, querubines y serafines, y entender que es tan soberana y sobrepujante la divina bondad entre todas estas bondades criadas, y tan diferente dellas, que en comparacion della pierden todo su resplandor, y no lucen mas que una candelica pequeña ante el sol de mediodía. Lo cual significó el Salvador cuando dijo (*e*) que nadie era bueno sino solo Dios. De modo que así como la esencia y omnipotencia divina es incomprehensible, así lo es su bondad. Por donde como sería gran yerro medir el hombre el poder de Dios con todo el poder criado, así lo será medir la bondad de Dios con cualquiera otra bondad criada. Porque es ella una manera de bondad tan alta, tan soberana y tan diferente de todas las otras bondades, que sobrepuja á todas con infinito exceso. Esto nos denunció el mismo Señor por Esaías; porque despues de haber declarado este Profeta la grandeza de la misericordia de Dios para los que se convierten á él, habla luego el mismo Dios con los hombres, diciendo así (*f*): No son mis pensamientos como los vuestros, ni mis caminos como los vuestros; porque cuan grande es la distancia que hay del cielo á la tierra, tan grande es la que hay entre mis pensamientos y los vuestros, y entre mis caminos y los vuestros. En las cuales palabras vemos cuán grande yerro sería querer los hombres estimar la bondad y misericordia de Dios por la suya, pues cuanto es Dios mayor que el hombre, tanto son mayores todas sus grandezas y perfecciones que las del hombre.

Y porque esta obra de nuestra redempcion procedió toda de aquella summa é infinita bondad, conviene para esto tener algun conoscimiento della. Para lo cual es de saber que todas las cosas criadas tienen sus propriedades naturales con que se diferencian unas de otras; como vemos que la propriedad de la tierra es descender á lo bajo, y del fuego subir á lo alto, etc. Pues aunque el Criador esté fuera de la órden de las criaturas, tambien tiene su propria naturaleza, la cual es estar siempre haciendo bien. Porque como él sea esencialmente la misma bondad, la propriedad natural de la bondad es, que así como el sol está siempre echando de sí rayos de luz, así ella está siempre communicándose á sus criaturas, y haciéndoles bien. Siendo esto así, vea el hombre cuánta razon tiene de gloriarse por tener un tal Señor, cuya naturaleza es hacer siempre bien; y así verá con cuánta razon dijo el Profeta (*g*): Alegráos en el Señor, y gozáos los justos, y gloriáos en él los rectos de corazon. Este es otro presupuesto muy necesario para entender la causa del beneficio inestimable de nuestra redempcion, que no fué otra que esta misma bondad.

Mas aquí se ha de advertir que entre las perfecciones divinas que resplandescen en la obra de nuestra redempcion, las que mas se nos descubren, son su bondad, y caridad, y misericordia. Y por esto la sancta Escriptura unas veces atribuye esta obra á la bondad, otras á la caridad, y otras á la misericordia; las cuales perfecciones están entre sí tan hermanadas, que apénas se puede tratar de la una sin tocar en la otra; mas aunque ellas en nuestro Señor sean una misma cosa, todavía nuestros entendimientos hallan diferentes razones formales con que ponen diferencia entre ellas. Porque á la bondad pertenesce communicarse á los hombres, haciéndolos buenos; que es communicándoles la bondad que ella en sí tiene; mas á la caridad pertenesce querer bien, y hacer bien á los que ama, y unirse y hacerse con ellos una misma cosa por amor. Pero de la misericordia es proprio compadescerse de las miserias ajenas, y tomarlas en sí para remediarlas. Pues como este beneficio de nuestra redempcion sea tan copioso y tan lleno de bienes, todas estas propriedades y otras muchas caben en él.

(*e*) Luc. 18. (*f*) Esai. 55. (*g*) Psal. 31.

§. II.

Resplandores de la bondad divina en esta obra de nuestra redempcion.

Presupuestos estos fundamentos, comenzarémos á declarar cuánto resplandesce la divina bondad en esta obra de nuestra redempcion. Dijimos que era proprio de la bondad communicarse á todos, que es (tratando de los hombres) hacerlos buenos y bienaventurados. Y dijimos que el mas excelente grado de la bondad era padescer por hacer á otros buenos, y que cuanto mas por esta causa uno padesciese, tanto nos descubria mas alto grado de bondad. Pues segun esto, deseando el Hijo de Dios hacernos tales cual él es (que es buenos y bienaventurados), vió que ningun medio habia debajo del cielo mas eficaz para esto, que bajar él del cielo á la tierra vestido de carne humana, y padescer en ella muerte y Pasion, por los inestimables fructos que desta Pasion se nos habian de seguir (de que adelante se trata), y por los grandes ejemplos y motivos que por ella se nos dan para todas las virtudes, y por las grandes riquezas de gracias que por el mérito della se nos habian de conceder. Viendo pues él todo esto, vencido de la grandeza deste su amor y deseo, no hizo caso de tan pesada carga como tomaba sobre sí, sino de lo que tocaba á nuestro remédio. En lo cual nos descubrió claramente la grandeza de su bondad, ofresciéndose á padescer tan grandes trabajos, y á poner la vida por esta causa; porque como dijo el Salvador (*h*) que no habia mayor muestra de amor que poner el hombre su vida por sus amigos; así podemos decir que no hay mayor argumento de bondad que morir un hombre por hacer á otros buenos; y mas siendo la muerte acompañada con tantas maneras de injurias y dolores.

Siendo pues esto así, conviénenos agora considerar la grandeza de los trabajos y dolores que el Salvador padesció; y no solo esto, sino todas las otras circunstancias que en esta sagrada Pasion entrevinieron, como es la dignidad de la persona que padesce, y la indignidad de la persona por quien padesce, y la manera y causa del padescer. Porque todas estas cosas juntas declaran la grandeza desta Pasion. De las cuales cosas tratamos ya en el libro de la Oracion y Meditacion; mas aquí tocarémos algo brevemente dellas; porque en cada cosa destas tiene el varon devoto bastante materia en que poder apascentar su espíritu, y despertar su devocion.

Pues primeramente, cuanto toca á la dignidad de la persona que padesce, levante el hombre los ojos á con-

(*h*) Joan. 15.

siderar la alteza y soberanía de aquel Señor á quien alaban las estrellas de la mañana, y de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, y de quien tiemblan las columnas del cielo, á quien engrandescen los ángeles, y adoran las dominaciones, y de quien tremen las potestades celestiales; el cual asentado sobre los querubines (*i*), mira los abismos, y tiene, como el Profeta dice (*k*), de tres dedos colgada la redondez de la tierra; cuyas riquezas, cuya gloria, cuya majestad es tan grande, que todo este mundo, y mil mundos que criase, no son mas delante dél, como dice el Sabio (*l*), que una gota del rocío de la mañana. Porque solo él es el que por sí mismo es, sin dependencia de nadie, y todo lo demas es porque él quiere que sea.

Despues que así hubiere levantado los ojos á lo alto, abájelos á considerar lo que este tan gran Señor por nuestra causa padesció. Lo cual brevemente declaran los sanctos doctores, determinando que los dolores que el Salvador padesció, fuéron los mayores que jamas se han padescido ni padescerán (sacados los de la otra vida, porque estos son de otra condicion). De lo cual traen por indicio el sudor de su sangre, cosa jamas vista en el mundo. Y esto concluyen ponderando en particular todas las circunstancias que entrevinieron en su sagrada Pasion, y especialmente el haber padescido sin alguna consolacion divina ni humana. Lo cual no se puede decir de los mártires, porque saber ellos que acabada la postrer boqueada les estaba aparejada la corona, les era causa de grande esfuerzo y alegría. Y así muestra el Apóstol que se alegraba en sus trabajos, cuando dice (*m*): Lleno estoy de consolacion, y sóbrame el alegría en todas mis tribulaciones. Pero deste refrigerio quiso carescer nuestro clementísimo Redemptor. Y que esto sea así, pruébase claramente por esta razon. Porque él quiso por su propria voluntad padescer todos los dolores é injurias que en él se ejecutaron; y primero que las padesciese, las vió y las acceptó, y ofreció por nuestra salud á su Padre.

Pues siendo esto así, ¿cómo habia él de procurar consolaciones y consideraciones que mitigasen los dolores que él queria padescer? Porque esto fuera querer padescer, y no querer padescer, lo cual es imposible. Y esto mismo nos declaran aquellas lastimeras palabras con que el mismo Salvador acabó su vida en la Cruz, diciendo (*n*): Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?

Con esto se juntaba la delicadeza de su sacratísimo cuerpo, el cual como era formado por el Espíritu Sancto, así era el mas bien acomplexionado de todos los cuerpos, y por esto tenia los sentidos así exteriores como interiores mas vivos y mas sentibles, porque la perfeccion dellos es sentir; y así cuanto eran mas perfectos, tanto eran mas sentibles. Y allende desto la carne de Cristo era toda virginal, tomada de las purísimas entrañas de nuestra Señora; y así era mas tierna, mas delicada y mas pasible. Y para el que quisiere sentir algo de la acerbidad della, para levantarse por este medio al conoscimiento de la divina bondad que á tales trances se ofresció por nuestra causa, da Sant Buenaventura un espiritual documento á los devotos desta sagrada Pasion (*o*): que es tomar una disciplina que duela y no haga daño, y levantarse por aquí á considerar cuánto mas fué lo que aquel altísimo Hijo de Dios padesció por él. Y este mismo documento servirá tambien para entender algo de la fortaleza admirable de los mártires, y de la terribilidad de sus tormentos.

Y con la grandeza destos dolores paresce que compiten las injurias é ignominias con que el Salvador fué escarnecido y deshonrado, llevándolo maniatado por las calles públicas, abofeteándolo, escupiéndolo, cubriéndole el rostro con un velo, dándole pescozones, y vistiéndole por escarnio, ya de blanco, ya de colorado, y haciendo los soldados farsa dél, como de rey fingido; y junto con esto ser cruelísimamente azotado, y sentenciado á muerte tan ignominiosa, y tenido en ménos que Barrabas, y pregonado por las calles públicas por malhechor, y en cabo crucificado entre dos ladrones; y esto desnudo en presencia de todo el pueblo, y de su Madre santísima, y de todos sus amigos y conoscidos, que lo estaban amargamente llorando, cuando los enemigos estaban riendo, escarneciendo y triunfando. ¿Pues qué cosa mas admirable, que ver aquella inmensa Majestad, adorada de los ángeles en el cielo, ser tan escarnecida y deshonrada en la tierra? ¿Qué cosa mas admirable, que padescer tales tormentos, y cerrar la puerta á todo alivio y consolacion que le pudiese venir del cielo ó de la tierra? ¿Qué cosa mas admirable, que haber querido este Señor juntar consigo una naturaleza mortal y pasible para padescer dolores en ella, por no poder padescerlos en la suya? Y sobre todo esto, ¿qué cosa mas admirable, que siendo el ofendido, convidar con la paz al ofensor, y ofrescer él de su parte la satisfaccion de la culpa, tomando en sí la pena della? ¿Quién jamas vió ni oyó cosas tan extraordinarias y tan grandes? Vea pues agora el ánima religiosa cuán grande piélago de bondad y amor se le ofresce aquí, para nadar y sumirse en el abismo de tan grandes maravillas. Porque por eso dije al principio, que el que queria saber estimar la grandeza desta summa bondad, habia de apartar los ojos de todas las otras bondades criadas, para no medir por ellas la grandeza desta. Y acuérdese siempre que como queda agotado el entendimiento humano cuando considera profundamente las obras de la sabiduría y omnipotencia de Dios (como paresce en la obra de la creacion del mundo, y de la resurreccion general de los cuerpos), así es razon que quede cuando considera las obras de su bondad; pues no es él ménos bueno que sabio y poderoso, ni ménos quiere ser conoscido por lo uno que por lo otro.

§. III.

Causas de la superabundante satisfaccion de Cristo, y redempcion copiosísima del género humano.

Mas agora veamos la causa que movió á este Señor á padescer tan exquisitos dolores, si por ventura fué algun linaje de interese que de aquí se le siguiese. Para responder á esto quiero presuponer una notable sentencia de Avicena, moro, referido por Sancto Tomas (*p*); el cual dice que solo Dios es propria y perfectamente liberal, y que en ninguna criatura está perfectamente esta virtud. Porque ninguna dellas hay que haga bien sin que de ahí se le siga algun interese; y basta para esto la perfeccion que la criatura adquiere cuando hace alguna obra conforme á su naturaleza, aunque no alcance por ella otra cosa. Mas solo el Criador tiene esta preeminencia, que con todo cuanto ha obrado y obra en este mundo, ni-

(*i*) Daniel 3. (*k*) Esai. 40. (*l*) Sap. 11. (*m*) 2. Cor. 7. (*n*) Matt. 27. (*o*) In Stimulo Divini Amor. lib. 1. cap. 1.

(*p*) 1. dist. 18. art. 2. in corp.

guna nueva perfeccion ha adquirido. Por lo cual él es propria y perfectamente liberal; pues todo lo que da y hace es de pura gracia, sin adquirir para sí nada. Siendo pues esto así, preguntemos é este Señor, ¿qué causa le pudo mover á beber un cáliz de tantos dolores? Vos, Señor, cuyas riquezas, cuya gloria, cuya felicidad, cuyas alegrías son tan grandes, que ni con mil mundos que criásedes pueden crescer ni ser mas de lo que son, ¿por qué quisistes subjectaros á tantos trabajos? ¿por qué quisistes beber ese cáliz de tanta amargura? ¿Qué tiene que ver esa altísima y simplicísima substancia con vestirse de carne, y subjectarse á los trabajos de nuestra mortalidad? Y si esto es poco, ¿qué teneis vos que ver con prisiones, azotes, y bofetadas, y pescozones, y espinas, y clavos, y Cruz? ¿Pues por qué quisistes descender á tan grandes extremos de bajezas? ¿Para qué quisistes vos, mar de infinita gloria, ofresceros á padescer las mayores injurias que jamas se padescieron? ¿Qué deseo fué este? qué hambre esta? ¿Qué os movió á abrazar cosas tan ajenas de vuestra naturaleza, pues habia otros muchos medios para remediarnos?

Es verdad que los habia; mas ninguno mas eficaz y mas poderoso para ese remedio, ninguno que mas agudas espuelas nos pusiese para toda virtud, ninguno que mas encendiese nuestros corazones en el amor de nuestro reparador, ninguno con que Dios fuese mas glorificado, ninguno que mas nos esforzase á padescer trabajos y contradicciones por él, ninguno que mas esforzase los mártires en las conquistas de sus tormentos, ninguno de que tantos y tan grandes fructos y provechos se siguiesen, como adelante se declara. Esto pues fué lo que movió á aquella infinita bondad á ofrescerse á tantas tempestades y tormentas. No busquemos mas otra causa en las obras de Dios, que sola bondad.

Pues por sola esta, sin haber de nuestra parte merescimiento, ni de la suya interese alguno, determinó remediarnos y restituirnos en su amistad y gracia; y (lo que sobrepuja toda admiracion), por sola esta bondad, pudiendo remediarnos por otros medios (pues él era la parte ofendida, y el juez de la causa), quiso redimirnos por este que á él era tan costoso, por ser á nosotros mas saludable y provechoso. Y aunque la comparacion parezca extraña, cierto es que es Dios infinitamente mas bueno, que el demonio malo. Pues si este nunca cesa de hacer mal, sin adquirir por eso nada, ni disminuirse sus penas, ¿qué se ha de presumir de aquella infinita bondad, sino que (cuanto es de su parte), esté siempre haciendo bien, no solo sin pretender interese, mas ántes dando la vida y la sangre por hacer bien á los que tan léjos estaban de merecerlo. ¿Pues quién pudiera hacer esto, sino Dios? ¿De cuyas entrañas pudiera proceder esta obra, sino de las suyas? ¿Pues qué hombre habrá tan de hierro, que con este fuego de amor no se ablande? quién tan ingrato, que no quede vencido con la grandeza deste beneficio? ¿Qué ama, quien tal bondad no ama? qué beneficios agradesce, quien este no agradesce? á quién sirve, quien á este Señor no sirve? en quién pone su amor, quien aquí no lo pone? Así que, concluyendo esta materia, digo que si preguntais por la causa desta tan grande obra, respondo que sola y pura fué aquella infinita bondad de nuestro clementísimo Redemptor.

§. IV.

Decláranse tres causas principales de la grandeza de los dolores de Cristo nuestro Salvador.

Dijimos poco ha que la causa que movió al Salvador á redemirnos con tan grandes dolores, fuéron los grandes é inestimables fructos que desta manera de remedio se nos habian de seguir, de que adelante se trata; mas al presente apuntarémos aquí tres muy principales. Y para inteligencia del primero conviene presuponer que (como dice Sant Máximo), la vida cristiana, si se ha de guardar conforme á las leyes del Evangelio, es una perpetua cruz. Lo cual declaran aquellas palabras que el Salvador, como refiere Sant Marcos (*q*), dijo á todo el pueblo: Quien quisiere venir en pos de mí, niegue á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Tres cosas señala aquí el Salvador, y todas tres asaz dificultosas. Porque ¿qué cosa mas dificultosa que negar á sí mismo, que es contradecir á todos sus desordenados apetitos y proprias voluntades; y tomar su cruz, que es poner haldas en cinta, y aparejarse á los trabajos de la vida virtuosa, y seguir á Cristo; el cual en esta vida no caminó por camino de la vida regalada, sino áspera, humilde y trabajosa? Pues siendo esto así, con razon se dice que la vida cristiana es toda cruz.

Y la razon desto es, porque la vida cristiana es vida virtuosa; y la virtud está vestida de dificultad y trabajo. Porque así como es propriedad natural del fuego tener calor, así lo es de la virtud tener annexa dificultad; y donde esta no hay, no ponemos virtud. Por donde imagino yo (aunque la comparacion sea humilde), que la virtud es como la castaña en el árbol, que está vestida de uno como erizo lleno de espinas; por lo cual el que quiere gozar del fructo deste árbol, ha de quitar primero las espinas con que él está cercado. Pues desta manera imagine el hombre que todas las virtudes están erizadas y cercadas de espinas, que es de la dificultad y trabajo con que están acompañadas; y que es necesario vencer y tragar esta dificultad para abrazar y ejercitar la virtud.

Y esta dificultad y trabajo nace de un grande tiranno y contrario que ella tiene, que es el amor desordenado de sí mismo, primogénito del pecado original, y la primera y mas vehemente de todas nuestras aficiones y pasiones, y la raiz de todas ellas. Este amor es capital enemigo de todo trabajo, y amigo de todo deleite y regalo, y cuanto á esto mas vehementemente nos inclina, tanto mas nos aparta de la virtud, que ama los trabajos, y aborresce los deleites y regalos. Por lo cual quien quiera que fuere enemigo del trabajo, bien se puede despedir de todas las virtudes; porque todas ellas están acompañadas y hermanadas con él.

Pues volviendo á nuestro propósito, cónstanos que el Salvador pretendia por medio de su sacratísima Pasion hacernos buenos, y sanctos, y amigos de la virtud, como él lo es. Vió pues él que la vida cristiana y virtuosa es una perpetua batalla contra este tiranno del amor proprio, enemigo de toda virtud, y contra esta nuestra carne de donde él procede, que es la mayor enemiga que tenemos. Vió pues el Salvador cuán necesario nos era el trabajo para domar y mortificar esta carne, para que el espíritu y la virtud reinase en nosotros; y por eso el que tanto deseaba (como dijimos) que fuésemos virtuosos y sanctos, se quiso ofrescer á tantas maneras de traba-

(*q*) Marc.

jos; para que en su sagrada Pasion tuviésemos no solo gravísimos ejemplos, sino tambien grandísimos estímulos y motivos que nos incitasen á padescer algo por la salud propria, considerando cuánto quiso padescer el Señor de la majestad por la ajena. Esta es pues una causa de la grandeza de las pasiones del Salvador; de la cual se trata adelante en el capítulo XVII desta parte.

Otra es saber él que ninguna cosa hay debajo del cielo que mas le agrade que amar á Dios, y padescer trabajos por su amor. Porque cónstanos que el fin de toda la vida cristiana es la caridad, y la perfeccion della consiste en la perfeccion desa misma caridad; y entre los grados desta virtud, el mas alto es llegar á padescer alegremente trabajos por este Señor. Siendo esto así, ¿qué mayores estímulos y motivos se nos pudieran dar para lo uno y para lo otro, que los que se nos dan en esta sagrada Pasion? Lo cual en parte está ya declarado, y adelante se declarará mas.

A estas dos causas añado la postrera, como muy principal entre todas. Para lo cual se ha de presuponer que nuestro Dios y Señor viendo al príncipe deste mundo, que es el demonio, apoderado dél, adorado casi en todo él, con injuria del verdadero Dios, determinó echar fuera este tiranno, aunque armado y defendido con toda la potencia del mundo. Y esto pretendió él acabar, no con armas de hierro (porque no fuera honra suya plantar la fe con las armas que el príncipe de los herejes Mahoma dilató su mentira), sino con armas dignas de tal Emperador; que son armas divinas, fraguadas no en las herrerías de Milan por artificio humano, sino en el pecho de los sanctos mártires con el fuego del Espíritu Sancto. Estas armas eran fe firmísima, esperanza cierta de la corona, caridad inflamada, fortaleza invencible, constancia inexpugnable, y corazon generoso, despreciador de todas las prosperidades y adversidades del mundo.

Para entender lo que acerca desto hay mas que decir, conviene brevemente presuponer que ningunas lenguas, ni de hombres, ni de ángeles, bastan para declarar la sed ardentísima que el Salvador tenia de la gloria y honra de su eterno Padre, declarada en aquella sed corporal que padesció en la Cruz (r). Tampoco bastan estas lenguas para explicar cuán grandemente glorificaron los mártires á su Criador con la terribilidad de sus tormentos, con los cuales espantaron cielos y tierra, hombres y ángeles, y demonios. Pues como el Salvador deseaba tanto la gloria de su Padre, y veia cuán grande gloria se le daba con la fe y sangre destos fidelísimos y fortísimos caballeros, y entendia cuán grande esfuerzo y consuelo habian ellos de recibir en sus batallas con el ejemplo de su Pasion; por eso quiso él ir en la delantera con la bandera de la Cruz en la mano, y corona real de espinas en la cabeza, rasgadas las espaldas, y teñidas de sangre con los azotes, y con las llagas de piés y manos, para esfuerzo dellos.

§. V.

Aviso para los devotos.

Y porque no extrañe nadie lo que creemos y confesamos en el Credo, que es haber Dios padescido, muerto y sido sepultado; acuérdese que Dios nuestro Señor en cuanto Dios, ni padesció, ni es posible padescer; mas padesció en cuanto era verdadero y perfecto hombre. Pero dícese haber él padescido, por haber él ayuntado consigo la naturaleza humana, en un supuesto, que es en la persona divina; y porque las obras se atribuyen á las personas que las hacen, y en aquellas dos naturalezas no hay mas que una sola persona, que era la divina; por esto así las obras de la una naturaleza, como de la otra, se atribuyen á esta divina persona. Y porque no le espante la ignomínia de la Cruz y de la Pasion, acuérdese que este Señor como es perfecto Dios, así es perfecto hombre, como todos los otros hombres; y pues la mayor gloria que puede tener un hombre, es padescer muerte por Dios (como la padescieron los mártires), no era razon que esta faltase al capitan y señor dellos, y al Sancto de los sanctos; pues era verdadero hombre, y podia con su muerte glorificar á Dios como ellos, y mucho mas que ellos. Y en testimonio desta gloria quiso él que las señales della se estampasen no en otros reposteros que en sus sagrados piés, y manos, y costado. Y así tendrémos este aviso: que cuando quisiéremos concebir en nuestras ánimas una grande admiracion y amor deste Señor, en cada una de sus pasiones y injurias habemos de traer á la memoria que ese que padesce es Dios, Señor de cielos y tierra. Mas cuando el demonio nos tentare, diciéndonos que es cosa indigna de tan grande Majestad padescer tales cosas, debemos acordarnos que él era verdadero y perfecto hombre; pero el mas sancto de los hombres, y no era razon (como decimos), que al mas Sancto de los sanctos faltase esta tan grande gloria de padescer por Dios.

Y esta fué la causa porque él quiso que su innocentísima Madre se hallase presente al pié de la Cruz, y padesciese el mayor de los dolores que ninguna pura criatura padesció. Porque como la causa del dolor sea el amor, como aquel su amor fué el mayor de los amores, así este fué el mayor de los dolores. Porque las cuatro llagas que padescia el Hijo dulcísimo en su cuerpo, eran cuatro puñaladas que ella padescia en su ánima; y la quinta (que fué la lanzada) ella la sintió, y no él. Y demas desto, cada martillada que los sayones daban en los clavos que hincaban en los piés y manos del Hijo, era un puñal que hincaban en el corazon de la Madre; y así cuantas martilladas ellos daban en los clavos, tantos eran los puñales que hincaban en aquel piadosísimo y amantísimo corazon.

Y para que las ánimas devotas sientan algo de la grandeza deste dolor, usaré para esto de un ejemplo. Pocos dias ha que en esta ciudad degollaron un mancebo por justicia, y pusieron su cabeza en un lugar público. Tenia este mancebo madre; la cual vencida con la impaciencia del dolor, fué á ver la cabeza del hijo, á la cual dijo mil lástimas, como madre lastimada. De ahí se fué á su casa: donde fué tan traspasada de dolor, que ese mismo dia espiró. Esto hizo la vehemencia del amor de madre á hijo, aunque hijo culpado. Piense pues agora el ánima religiosa cuánto mayor sería el amor de la Vírgen sanctísima para con su Hijo, y mas tal Hijo, al cual vió ella con sus ojos desnudo en una Cruz, colgado de tres clavos, y despues alanceado; y sobre todo esto lo tuvo así muerto entre sus virginales brazos. Pues ¿adónde podrémos imaginar que llegaria este dolor, que tantos años ántes le profetizó Simeon (s)? Ciertamente así como cuando el Salvador ántes de su Pasion dijo (t): Triste está mi ánima hasta la muerte; dió á entender que aquel dolor bastara para causarle la muerte, si él no le

(r) Joann. 19.

(s) Luc. 2. (t) Matt. 26.

impidiese: así podemos con verdad decir que este dolor de la Vírgen bastara para lo mismo, si Dios no la guardara para el bien de su Iglesia.

Donde se debe mucho considerar en este paso que todos estos dolores quiso el amantísimo Hijo que ella padesciese, no por sus pecados (que no los tenia), ni por los del mundo (porque la Pasion dél bastaba), sino porque á la mas Sancta de las sanctas no faltase la mayor gloria que los sanctos tuvieron: que fué padescer grandes dolores por Dios. Porque cuanto esta obra es mas costosa, tanto es de mayor merescimiento, y tanto mas declara la fineza de la virtud y la perfeccion de la caridad.

CAPITULO VII.

Cómo en la sagrada Pasion resplandesce singularmente la caridad de Cristo nuestro Señor para con los hombres.

Despues de la bondad síguese la caridad de Cristo nuestro Señor para con los hombres, la cual procede desa misma bondad. Y esta resplandesce tanto en el misterio de la Encarnacion y Pasion de nuestro Señor, que á ella señaladamente atribuyen los sanctos, y mas particularmente Sant Augustin, la causa destos misterios (*a*). Porque el Salvador venía á encender fuego de amor en la tierra, como él mismo dice (*b*), y entendia que el mayor incentivo deste fuego era mostrarnos él la grandeza de su amor. Lo cual prueba este sancto por ejemplo del amor profano; porque los que con este amor desean ser amados, todo su estudio ponen en declarar á la parte el grande amor que le tienen. Pues esto hizo nuestro clementísimo Redemptor, mostrando á los hombres la grandeza del amor que les tenia, en esta obra tan llena de amor. Por lo cual señaladamente se atribuye la obra de la Encarnacion al Espíritu Sancto, porque él es esencialmente amor.

Para tratar pues deste divino amor, declararémos aquí dos grados ó diferencias dél. Para cuya inteligencia se debe presuponer que así como señalan los sanctos dos maneras de gracias, una que llaman preveniente (con que nuestro Señor previene al hombre para que salga del pecado, y sea justificado), y otra que llaman subsecuente (que es la que le acompaña despues de justificado para que haga buenas obras, y viva como hijo de Dios), así podemos imaginar en nuestro Señor dos amores, uno preveniente y otro subsecuente; porque aunque en él no haya primero ni postrero, pasado ni venidero (pues todas las cosas le están presentes); mas nuestro entendimiento halla esta órden y consecuencia en la misma naturaleza de las cosas, aunque en él no la haya. Y así ponemos en él estos dos amores: conviene saber, amor preveniente (que es el que tuvo á los hombres ántes de la gracia de la redempcion, cuando determinó por su sola bondad redimirlos), y otro amor que podemos llamar subsecuente, que es el que les tiene despues de ya redemidos, y sanctificados, y hechos participantes de su espíritu, que es otra causa deste amor. Pues destos dos amores tratarémos aquí; porque ambos son eficacísimos para abrasar los corazones en el amor deste Señor que así nos amó.

Pues cuán grande caridad y misericordia haya sido amarnos el Señor (que es determinar de enviarnos remedio), estando contaminados con todos los pecados, encarece el Apóstol por estas palabras (*c*): Apénas se hallará (dice él) quien quiera morir por dar vida á un justo: aunque podria ser hallarse por darla á un bueno que fuese aventajadamente justo. Pero en esto nos declaró Dios la grandeza de su caridad: que no siendo tales, sino contaminados con mil maneras de pecados, Cristo quiso morir por los que tales éramos.

Pero muy mas á la larga amplifica él este summo beneficio, considerando esta indignidad de las personas á quien fué hecho, escribiendo á los de Efeso estas divinas palabras (*d*): Estando vosotros muertos en vuestras maldades y pecados, viviendo conforme á las leyes y costumbres deste mundo, y del príncipe dél, que es el demonio (el cual obra en los corazones de los hijos de la desconfianza, que son los hombres perdidos y desalmados), y viviendo conforme á los apetitos y deseos de vuestra carne, de la manera que nosotros tambien algun tiempo vivimos; por lo cual éramos hijos de ira; esto es, enemigos de Dios, y sentenciados á muerte; estando pues en este miserable estado, Dios que es rico en misericordias, por la grandeza del amor que nos tuvo, estando nosotros muertos en nuestros pecados, nos resuscitó y dió vida en Cristo (por cuya gracia sois salvos), y nos asentó en los cielos con él; para mostrar en los siglos advenideros las riquezas abundantes de su gracia, y de la bondad de que usó con nosotros por Cristo. En las cuales palabras vemos ayuntadas en uno aquellas tres divinas perfecciones que dijimos: misericordia, caridad y bondad. Por las cuales fué determinado en el consistorio de la sanctísima Trinidad que se hiciese este summo beneficio á los que no solo no lo merescian, mas ántes totalmente lo desmerescian por la muchedumbre de sus maldades. Por lo cual podrán juzgar los hombres cuánto deben amar á aquel Señor, que siendo ellos tan malos y capitales enemigos suyos, los previno con su misericordia, determinando hacerles este summo beneficio. Y desta prevencion divina se aprovecha el evangelista Sant Juan (*e*) para exhortarnos al amor de nuestro Redemptor, alegando que él primero nos amó; esto es, que determinó dar remedio á los que estábamos perdidos; ántes del cual no podiamos nosotros, siendo hijos de ira, amarlo meritoriamente, sin que él primero nos diera facultad para ello con la gracia de la redempcion. Y esto es lo que él encarece por el mismo Sant Juan con estas divinas palabras (*f*): De tal manera amó Dios al mundo, que dió por él á su unigénito Hijo. Y darlo fué entregarlo á los mayores dolores que jamas se han padescido. Si dijera que lo dió solamente por rey, ó por maestro, ó por ejemplo y dechado de todas las virtudes (como de hecho lo dió), no nos maravilláramos tanto; porque natural cosa es de aquella summa bondad hacer bien, y communicarse á sus criaturas; mas darlo fué entregarlo á los mayores dolores y deshonras que se han visto. Esto es lo que suspende en una grande admiracion todos los entendimientos que esto saben ponderar. Porque no fué otra la causa desto, que conoscer el eterno Padre los grandes y inestimables bienes que de aquí se seguian al hombre. De modo que amó tanto, y deseó tanto nuestros bienes, que no se le hizo caro comprarlos con la sangre y muerte de su unigénito Hijo.

Crece aun esta admiracion si consideráremos cuáles eran los hombres que él así quiso remediar. Lo cual se entenderá por la infinidad de pecados con que el mundo estaba contaminado, considerándolo ántes que fuese par-

(*a*) De Cath. Rudib. cap. 4. tom. 4. (*b*) Luc. 12. (*c*) Rom. 5.

(*d*) Ephes. 2. (*e*) 1. Joan. 4. (*f*) Joan. 3.

ticipante de la redempcion de Cristo; los cuales cuenta el Apóstol en el primer capítulo de la Epístola escripta á los romanos; que comprehenden todas las maldades y abominaciones que el entendimiento humano puede imaginar. Porque desamparados los hombres de la gracia de la redempcion, y dejados en manos de su libre albedrío, no se contentaron con caer en todos los vicios humanos; mas tambien vinieron á imitar la fiereza de las bestias, haciéndose maliciosos como serpientes, ponzoñosos como víboras, crueles como tigres, bravos como leones, carniceros como lobos. Y sobre todo envidiosos y soberbios como los mismos demonios. Pues por lo dicho se entenderá cuán admirable fué la caridad de nuestro Dios; pues siendo tan enemigo de los malos y de su maldad, de tal manera determinó remediarlos, que entregó su unigénito Hijo á la muerte por ellos. ¿Pues quién aquí no pasma y enmudece considerando la realeza y magnificencia desta bondad, y la grandeza deste amor? Porque meresciendo los hombres que en aquel estado vivian, mil infiernos, les envió su unigénito Hijo, para que á costa de su sangre les meresciese el reino de los cielos.

§. I.

Del amor consiguiente, que es causa de todos los sanctos que ha habido y habrá en la Iglesia.

Vengamos al otro amor que llamamos consecuente; el cual considera la hermosura de las ánimas redimidas, y sanctificadas, y hechas templos vivos del Espíritu Sancto. Las cuales ama él con tan grande amor, que como dice el Apóstol (*g*), sobrepuja todo lo que se puede entender. Y en este número entra la universidad de todos los justos que hubo dende el principio del mundo, y habrá hasta que se acabe, que son mas que las estrellas del cielo.

Esta compañía tan gloriosa vió Cristo dende el instante de su concepcion tan distinctamente como si la viera con los ojos corporales. Y aquí vió todos los padres del Testamento Viejo, que fuéron patriarcas, y profetas, y reyes, con aquellos ciento y cuarenta y cuatro mil escogidos que el mismo Sant Juan vió señalados de los doce tribus de Israel (*h*). Vió tambien todos los sanctos del Testamento Nuevo, que fuéron primeramente aquel glorioso senado de los apóstoles y varones apostólicos, fundadores de la fe; vió el ejército rutilante de innumerables mártires, hombres y mujeres, viejos y niños, con las heridas y insignias gloriosas de sus martirios y triunfos; vió la órden de los sanctos pontífices y pastores, que dia y noche velaban solícitamente sobre la guarda de su ganado; vió la de los sanctos doctores que con la luz de su doctrina y ejemplo de vida lo apascentaban y recreaban; vió la pureza de los otros sanctos confesores, que como estrellas lucientes resplandescian en el cielo de su Iglesia. Y entre estos vió la alteza de aquellos sanctos monjes, que muertos al mundo, y vivos á Dios, empleaban los dias y las noches en la contemplacion de las cosas celestiales, viviendo en la carne como si estuvieran fuera della. Y junto con estos vió millares de religiosos de diversas órdenes, que sacrificaron á Dios sus voluntades, viviendo debajo del seguro yugo de la sancta obediencia. Y sobre todo esto vió los coros de innumerables vírgines, que renunciados todos los deleites y halagos del mundo, consagraron sus cuerpos y ánimas al Esposo celestial. Vió tambien la compañía de las honestísimas viudas; entre las cuales vió la casta Judit, y la profetisa Anna, del Evangelio (*i*), con otras innumerables; las cuales domando la carne con ayunos y oraciones, se llegaban á la dignidad de las vírgines, ofresciendo á su Criador fructo de sesenta (*k*). Ni faltaron aquí muchos sanctos casados, que segun la doctrina del Apóstol (*l*), tenian las mujeres como si no las tuviesen, y usaban deste mundo como si dél no usasen; entre los cuales entra el rey David, y el patriarca Abraham, Isaac y Jacob, y Sant Luis, rey de Francia, y Sant Eduardo, casado y vírgen, rey de Inglaterra, con otros muchos. Toda esta gloriosa compañía vió el Salvador en espíritu, tan distinctamente como si la tuviera presente; y con la misma claridad vió la diversidad de las gracias, y virtudes, y dones del Espíritu Sancto que por el mérito de su Pasion en ellos habian de resplandescer.

(*g*) Ephes. 3. (*h*) Apoc. 7.

§. II.

Explícase mas en particular la grandeza deste amor que Cristo tiene á sus ánimas.

Pues segun esto, ¿cuál sería el alegría que este Señor recibiria con este espectáculo tan glorioso de tan grande número de ánimas hermoseadas con la abundancia de los dones y gracias que él les habia de merecer con el sacrificio de su Pasion? Dice Sant Crisóstomo (*m*), que no hay en el mundo hombre tan enamorado de una criatura, aunque sea de los que andan enhechizados por ella, que tanto la ame, cuanto Cristo ama una ánima pura y humilde, muerta al mundo, y viva á solo Dios. Pues si sola una ánima es tan amada deste Señor, ¿cuánto mas lo serían tantos cuentos de ánimas sanctísimas y perfectísimas en todo género de virtud y sanctidad? Cuando al principio del mundo criaba Dios cada cosa, decia primero que era buena (*n*); mas cuando acabando la obra de la creacion, vió todas las cosas que habia criado juntas, dice que le parescieron no como quiera buenas, sino en gran manera buenas. Pues así decimos que si tan grande es el amor que tiene Cristo á una sola ánima buena, ¿cuál será el que tuvo á tan grande número de ánimas buenas, sino tantas veces mayor, cuanto ellas son mas en número? Y segun esto ¿cuán de corazon ofresceria él la vida, y mil vidas que tuviera, por la sanctificacion y hermosura de tantas ánimas?

Encarecen los escriptores gentiles la hermosura de la reina Helena (por quien Troya se perdió), diciendo que no tenian por cosa indigna los príncipes troyanos, y el mismo rey Príamo, sustentar la guerra tantos años entre sí y los griegos por la hermosura desta reina (*o*). Y aunque este ejemplo sea profano, servirá para declarar en nuestro propósito, cómo no tienen los sanctos doctores de la Iglesia por cosa indigna de aquella soberana grandeza padescer muerte por la sanctificacion y hermosura de las ánimas; ni tampoco lo tuvo aquella real Majestad padescer los dolores que padesció, por la hermosura desta su Iglesia; no por la que ella tenia en sí, sino por la que él le habia de dar con su sangre.

Mas porque estos ejemplos de amores de carne son bajos para declarar la grandeza de la caridad de Cristo, traeré otro mayor de la caridad de Sant Pablo, el cual hace juramento solemne, diciendo (*p*) que tomaria por partido ser anatema de Cristo (que es carecer de las ri-

(*i*) Luc. 2. (*k*) Matt. 13. (*l*) 1. Cor. 7. (*m*) Homil. in Psal. 48. tom. 1. et sup. c. 5. Ep. ad Eph. hom. 20. t. 4. (*n*) Genes. 1. (*o*) Extat examp. pro Martirib. apud Aug. Ep. 3. t. 2. (*p*) Rom. 9.

quezas que esperaba gozar en él), porque sus prójimos y hermanos del linaje de los judíos se convirtiesen á la fe, y se salvasen. Pues si la caridad de Sant Pablo llegaba aquí, ¿adónde pensamos que llegaria la de Cristo para con todos sus escogidos, pues es cierto que tanto excede la caridad de Cristo á la de Sant Pablo, cuanto la claridad del sol á la de una estrella? Pues ¿con qué amor amaria á sus escogidos quien tal caridad tenia? Y la razon que tiene para amarlos, es ver en ellos el fructo de su Pasion, y su mismo espíritu; y así los ama como el primer hombre amó la primera mujer. El cual sabiendo por revelacion de Dios que habia sido formada de su propria substancia, amóla como á sí mismo, y como á cosa suya propria (q). Pues desta manera dice Sant Pablo que ama Cristo á su esposa la Iglesia (r); porque ve en ella su mismo espíritu, el cual le da el sér espiritual que tiene; y así la ama como á cosa suya propria, salida de su precioso costado. Amala otrosí como la cabeza á sus miembros, en quien influye su espíritu y su gracia. Amala tambien como padre á sus hijos, á los cuales dió todo el sér espiritual que tienen. Y no solo conoscerémos aquí amor de padre, sino tambien de madres, las cuales tienen otra particular razon de amar á sus hijos, por haberlos parido con dolor, y con peligro de la vida. Pues tampoco falta á nuestro Salvador esta razon de amor, pues con tantos dolores nos parió en la cama de la Cruz. Y así puede él muy bien decir al pueblo cristiano lo que Raquel dijo cuando parió á Benjamin, muriendo del parto dél (s); por lo cual puso por nombre al hijo que parió, Benoní, que quiere decir, hijo de mi dolor. Pues ¿con cuánta mayor razon puede el Salvador decir á cada uno de los fieles hijo de mi dolor; pues con tan grandes dolores ganó á cada uno dellos esta dignidad de ser hijos de Dios? En lo cual vemos claramente cómo todas las razones y causas de amor para con sus fieles siervos se hallan en Cristo nuestro Señor. Porque él los ama como el padre y la madre aman á sus hijos, y como la cabeza á sus miembros, y como el esposo á la esposa que le fué sacada del lado cuando dormia el sueño de la muerte en la Cruz, porque entónces se desposó con la Iglesia. Vea pues agora el vil gusanillo con qué retorno de amor debe corresponder á este tan grande, y tan noble, y tan fiel amador.

§. III.

Causas deste grande amor de Cristo, y efectos que dél se siguieron.

Mas agora veamos los efectos que se siguieron deste amor. Entre los cuales el primero es el que ya dijimos, que fué tomar sobre sí las deudas de todos nuestros pecados, y satisfacer por ellos. En figura de lo cual leemos que estando destruida toda la tierra de Egipto con la plaga de las langostas, y haciendo Moisen oracion por el remedio della, dice la Escriptura que envió Dios un viento abrasador, el cual arrebató toda aquella infinidad de langostas, y dió con ellas en el mar Bermejo, donde todas se ahogaron. Pues ¿qué es esto, sino lo que dijo el Profeta hablando deste Señor (t), que él tomaria todas nuestras maldades, y arrojaria en el profundo de la mar todos nuestros pecados? Mas esto fué en el mar Bermejo; para que entendamos que en el mar de su preciosa sangre fuéron ellos ahogados.

El segundo efecto fué tomar él para sí los dolores y tormentos de su Pasion, y dar á nosotros el fructo y merescimiento dellos. Lo que de aquí se sigue, se habia de decir de rodillas, y levantadas las manos y los ojos al cielo. Porque esto fué hacer este Señor con los hombres lo que hace un esclavo con su señor; el cual anda á ganar todo el dia con su trabajo, y lo que gana da á su amo, y él se queda con solo el trabajo. Lo cual hizo por nosotros este piadosísimo Redemptor. Pues ¿adónde podia mas llegar la caridad deste Señor, que hasta aquí? ¿Quién pudiera hacer esto sino Dios, cuya bondad y caridad es incomprehensible?

El tercero efecto fué morir él corporalmente, porque el hombre no muriese espiritual y eternalmente. Por lo cual dijo Sant Augustin (v): Amásteme, Señor, mas que á tí, pues quisiste morir por mí. Y dado caso que la divinidad ni padesció, ni podia padescer, mas padesció aquella sagrada humanidad, la cual él amaba mas que á todas las cosas criadas; y con todo esto la ofresció en sacrificio por librarnos de la muerte que todos debiamos, con la suya que nada debia. Séneca escribe que en el tiempo de las guerras civiles de Roma, entrando los soldados muy furiosos á buscar un senador para matarlo, un esclavo suyo se vistió de las ropas del señor, y se puso su anillo en el dedo para engañarlos. Y así se ofresció á la muerte por escapar della á su señor. Pregunto pues agora: si este esclavo sanara de las heridas, y viviera, ¿qué fuera razon que hiciera su señor en pago desta tan extraordinaria lealtad? Si él era hombre de ley, no le pareceria que habia beneficio que fuese bastante recompensa de tan grande amor. Mas volvamos agora este negocio al reves: conviene saber, que el Señor hiciese esto por su esclavo; ó subamos este negocio mas arriba, y digamos que algun rey hiciese esto por un esclavo; pues en este caso ¿qué dirian los hombres? Dirian que esto era extremo y exceso demasiado; y aun dirian que era locura, considerando la distancia que hay entre la alteza de la persona real, y la bajeza de un esclavo. Pregunto pues agora: ¿cuál es mayor distancia, la que hay entre el rey y su esclavo, ó la que hay entre Dios y el hombre? La respuesta está en la mano. Porque sabida cosa es que de lo finito á lo infinito ni hay proporcion ni comparacion. Pues si los hombres tendrian por extremo de locura poner el rey su vida por la de su esclavo, ¿qué dirémos viendo poner á Dios su vida por los hombres? Porque en aquella infinita sabiduría no podemos poner extremo de locura; por donde es necesario poner un extremo de infinita é incomprehensible bondad y caridad. Pues cuando el ánima religiosa llegare aquí, ahí se deje estar, ahí repose, ahí se adormezca, ahí salga de sí misma, y no pase adelante. Porque entre todas las maravillas y consideraciones que se ofrescen en este misterio, esta (á mi juicio) es la mas admirable y mas poderosa para enternecer corazones de hierro. Y si quisiere pasar adelante, acuérdese que á esto se puso aquel Rey soberano, no por esclavo bueno, sino malo; y que pudiendo remediarlo por muchas otras maneras, escogió esta que para él era tan costosa, por ser para el tal esclavo de mucho mayor fructo que cualquiera otra. Pues esto con lo que está dicho, nos descubre un incomprehensible y inmenso piélago y abismo de la infinita bondad y caridad de nuestro Dios y Señor. Por lo cual dije al principio desta parte que era necesario descalzar los zapatos, y desviar los ojos de todas las bondades y

(q) Genes. 2. (r) Ephes. 5. (s) Genes. 35. (t) Mich. 7.

(v) August. in Meditat. et Manu.

perfecciones criadas, cuando queremos tratar de la bondad y perfecciones del Criador.

Mas quien quisiere saber la orígen deste amor del Salvador para con los hombres, lea el capítulo precedente, y ahí verá las fuentes y raices deste amor; que son la grandeza de las riquezas y gracias que fuéron concedidas á la sagrada humanidad de Cristo, y la grandeza del amor y obediencia que él tuvo á su eterno Padre, y la grandeza del deseo que tiene de la gloria dél. Por estas cuatro grandezas que allí se declaran, se entiende la grandeza deste amor de que aquí se ha tratado. Y para mas clara inteligencia desto, considere la grandeza del amor y deseo que algunos sanctos tuvieron de la salvacion de las ánimas, como fué el glorioso padre Sancto Domingo, el cual se derretia todo como una hacha encendida por la perdicion dellas. Considerémos tambien la caridad del apóstol Sant Pablo (de quien adelante hacemos mencion) el cual deseaba ser anatema de Cristo por la salud de sus hermanos (*x*); y la de Moisen que pedia otro tanto, porque Dios perdonase los pecados de su pueblo (*y*); y donde no, que le borrase del libro en que lo habia escripto; y la caridad de Sancta Caterina de Sena, que besaba la tierra que hollaban los predicadores, por tener oficio de salvar las ánimas, y pedia á nuestro Señor que tapase con ella la puerta del infierno, para que ninguna ánima pudiese entrar allá. Pues como la caridad de Cristo sea tanto mayor que la de todos los sanctos, cuanto él es mayor que ellos, ¿cuál sería el deseo que tendria de la salvacion dellas, y cuán de voluntad se ofreceria á la muerte por ellas? El cual amor y deseo declaró él cuando dijo á sus discípulos, que le traian de comer (*z*): Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre que me envió, y acabar la obra que él me encomendó, que fué la redempcion del género humano.

CAPITULO VIII.

Cómo en la sagrada Pasion señaladamente resplandesce la misericordia de Cristo nuestro Señor.

Ni ménos resplandesce en esta obra la misericordia de Dios que su bondad y caridad, de que habemos tratado. Donde se ha de notar que así como á la caridad pertenesce communicar los bienes proprios, así á la misericordia compadecerse de los males ajenos, y tomarlos sobre sí para remediarlos. Lo cual hizo nuestro clementísimo Redemptor por las entrañas de su gran misericordia. Para lo cual es cosa muy digna de notar que el pecado (si así se puede decir) tiene dos caras: una que mueve á indignacion, y otra que mueve á compasion, considerando la gran desventura y miseria que consigo trae, pues hace al hombre enemigo de Dios, y le priva del summo bien en que están todos los bienes. Es pues agora de saber que ántes del Diluvio miró Dios la cara del pecado que mueve á indignacion; y así destruyó el mundo con aquel Diluvio general que purgó toda la tierra (*a*). Mas cuando lo quiso redemir, miró la cara que movia á compasion; y así determinó remediar al hombre con el diluvio de su sangre preciosa. De aquel tiempo se escribe que viendo Dios la gran malicia que habia en el mundo, porque toda carne, que es, todos los hombres (*b*), estaban estragados con todo género de vicios y carnalidades; tocado interiormente de dolor (esto es, de ira y de indignacion), determinó quitar al hombre de encima de la tierra. Mas aquí por lo contrario, tocado de dolor, no de ira ni de indignacion, sino de compasion, vista la perdicion del mundo, determinó proveerlo de remedio. Usa la Escriptura destos términos, ira, dolor é indignacion, y compasion, no porque haya estos afectos en la naturaleza divina, sino por hablar en nuestro lenguaje, y declarar los efectos que destos afectos proceden.

Movido pues aquel misericordioso y divino pecho con el espectáculo miserable de todos nuestros males, así de culpa como de pena, determinó por las entrañas de su misericordia, como dice Zacarías (*c*), bajar de lo alto, y alumbrar á los que estaban asentados en tinieblas y sombra de muerte, tan cercanos á ella, cuanto está la sombra del cuerpo que la causa. Significando por estas palabras que no precedieron aquí méritos de los hombres, sino tinieblas y miserias. Por donde dice Sant Augustin (*d*) que no trajeron al Salvador del cielo á la tierra nuestros merescimientos, sino nuestros pecados. Los cuales sentia él mas que los dolores de su Pasion; porque mas le dolia ver á Dios tan ofendido, y los hombres tan perdidos, que todos cuantos dolores su cuerpo padesció.

Pues esta tan entrañable compasion le hizo tomar sobre sí todas las deudas de nuestros pecados, las cuales todas iban en aquella pesada Cruz que llevaba sobre sus hombros, como Sant Pedro dice (*e*), ofresciéndose él á ser el fiador y principal pagador dellas, para que á costa suya quedásemos todos libres. Y aunque no es cosa agradable á Dios, que el innocente pague lo que no debe; pero esle muy agradable la caridad y misericordia del que se ofresce á pagar por el pobre que debe. Y con esta tan costosa y sobrada paga fuéron descargados todos nuestros pecados. Esto nos representó aquella serpiente que se hizo de la vara de Moisen (*f*), de la cual se escribe que se tragó las otras serpientes que los encantadores habian hecho con sus varas. Porque esta bendita serpiente nos representa á Cristo en la Cruz, en la cual tenia imágen de pecador, sin serlo; mas esta serpiente tragó las otras serpientes, que son los pecados, los cuales él quitó y consumió con el sacrificio de su Pasion.

Y tan de véras tomó sobre sí esta deuda, que nuestros pecados llama suyos, por tomar él á su cuenta la paga dellos. Y así dice en un salmo (*g*): Cercádome han, Señor, males que no tienen cuento, y hanme comprehendido mis pecados, los cuales son tantos, que no se pueden ver. Y en otro salmo (*h*), se querella que el Padre eterno lo habia desamparado, y alejado dél la salud por razon de sus pecados. En las cuales palabras el innocentísimo Cordero, en cuya boca nunca se halló engaño, llama pecados suyos los que él habia tomado sobre sí para descargarnos dellos. Y esto es lo que tantas veces repite Esaías en el capítulo LIII, que todo trata de la Pasion del Salvador. Y así dice: El fué llagado por nuestras maldades, y quebrantado por nuestros pecados. La disciplina causadora de nuestra paz cargó sobre él, y con sus llagas fuímos nosotros curados. Y porque todo esto se hizo por órden del Padre, que por este medio quiso que se redimiese el mundo, dice el mismo Profeta que el Señor puso sobre los hombros dél las maldades de todos nosotros. Y porque no pensásemos que la voluntad del Hijo era diferente de la del Padre, añade

(*x*) Rom. 9. (*y*) Exod. 32. (*z*) Joan. 4. (*a*) Genes. 7. (*b*) Genes. 6.

(*c*) Luc. 1. (*d*) De Verb. Apost. serm. 8. cap. 7. tom. 10.
(*e*) 1. Pet. 2. (*f*) Exod. 7. (*g*) Psalm. 39. (*h*) Psalm. 21.

luego el Profeta, diciendo (i): Ofrescióse á la muerte, porque él por su propria voluntad se quiso ofrescer, y por esto no abrió su boca para quejarse, ni resistir á nada.

Esta obra de tan gran misericordia nos representó aquel piadoso samaritano del Evangelio (k), el cual hallando en el camino al herido y robado de ladrones, movido á compasion, curó sus llagas, y púsolo en su jumento, caminando él á pié, y entrególo al dueño de una posada, sacando él dinero de su bolsa para que el herido fuese curado, obligándose á pagar lo demas, si mas gastase. Pues ¿quién es este doliente robado y herido de ladrones, sino el hombre miserable, que por el pecado introducido en el mundo por los demonios, perdió los bienes de gracia que habia recebido, y quedó herido en los bienes de naturaleza? Al cual nuestro piadoso samaritano, que es Cristo, curó con la medicina de sus sacramentos, y púsolo sobre su jumento, quedándose él á pié, tomando para sí el trabajo, para dar descanso al herido, y cometiendo á los ministros de su Iglesia que prosiguiesen esta cura á costa suya, que es aprovechándose de los méritos de su sagrada Pasion, por los cuales se nos da el beneficio de la absolucion, que es la medicina de nuestros males. Pues todo este bien dijo Zacarías en su cántico que nos vino por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, por la cual nos vino á visitar dende lo alto (l). Y esta es la que señaladamente resplandesce en la sagrada Pasion, en la cual nuestro clementísimo Redemptor, como él dice, pagó lo que no habia robado; porque los robadores, que somos nosotros, quedásemos libres y descargados (m).

CAPITULO IX.

Cómo la divina Providencia singularmente resplandesce en la sagrada Pasion de Jesucristo.

Tres caudalosos rios proceden del piélago de la divina bondad, que son caridad, misericordia y providencia. La caridad tiene por oficio communicar sus bienes; la misericordia, como ya dijimos, compadescerse de los males y procurarles el remedio; mas la providencia hace lo uno y lo otro. Esto se ve en las inclinaciones y habilidades que dió el Criador á todos los animales para procurar lo que les cumple, y huir de lo contrario y dañoso, procurar su bien, y huir su mal.

Pues cuál sea la providencia que Dios tiene de los hombres, y señaladamente de todos sus escogidos, toda la sancta Escriptura á cada paso nos la representa, especialmente los salmos, y los profetas, y todo el Nuevo Testamento, donde tantas veces se declara el cuidado que tiene Dios de sus siervos. Mas en ninguna cosa nos declaró mas esta providencia que en darnos á su unigénito Hijo, en el cual nos proveyó de todas las cosas necesarias á nuestra sanctificacion y salvacion, sin dejar cosa á que no señalase su particular medicina y remedio. Porque él primeramente alumbró nuestra ignorancia con su doctrina, esforzó nuestra flaqueza con sus ejemplos, encendió nuestra tibieza con sus beneficios, cura las dolencias de nuestras ánimas con la medicina de los sacramentos, y susténtalas con el manjar de su precioso cuerpo. Y allende desto, él satisfizo por nuestras deudas con sus dolores, él enriqueció nuestra pobreza con sus merescimientos, él enciende carbones sobre nuestro corazon con el fuego de su amor, y él asiste y acompaña á su Iglesia hasta el fin del mundo (a). Y sobre todo esto él está en el cielo representando al Padre eterno el precio de nuestra libertad, que son sus sacratísimas llagas, con las cuales aboga siempre por nosotros, y alcanza remedio para nuestros males. En lo cual todo se ve cuán grande sea el cuidado y providencia que tiene este clementísimo Redemptor de los suyos, y por cuántas vias y medios los incita y ayuda á toda bondad y sanctidad. Todo esto nos declara cuánto mas resplandesce la divina Providencia en habérsenos dado Cristo, y en su sagrada Pasion, que en todas las otras cosas; pues por ella nos vinieron todos estos y otros muchos bienes. Mas esto se verá mas claro adelante, cuando tratáremos de los fructos del árbol de la sancta Cruz; porque todos ellos son ayudas singulares para conseguir nuestra felicidad y último fin, que es el oficio proprio de la Providencia.

(i) Ibidem. (k) Luc. 10. (l) Luc. 1. (m) Psalm. 68.

CAPITULO X.

Cómo resplandesce la justicia divina en la Pasion de nuestro Salvador.

Aunque la misericordia de nuestro Dios singularmente resplandesce en la Pasion del Salvador, pues toda fué obra de misericordia no debida, mas no por eso deja tambien de descubrírsenos en ella el rigor de la divina justicia. Para lo cual se presupone que como Dios es summamente perfecto, así lo son todas sus obras (a), de las cuales se dice que están hechas con número, peso y medida, para significar la órden y perfeccion con que están hechas y ordenadas. Entre estas obras una muy principal es la república deste mundo; y la ley eterna por donde él la gobierna, es aquella por la cual todas las repúblicas bien ordenadas se rigen, que es haber en ella castigo para los malos, y para los buenos galardon. Y cuando esto se hace, está la república bien ordenada; mas cuando esto falta, que es cuando á los buenos se niega el galardon, ó á los malos el castigo, en este caso está la república mal ordenada. Pues segun esto no era razon que en esta república de Dios hubiese esta fealdad y desórden, que tanta infinidad de maldades, y de agravios de prójimos, y de injurias y blasfemias cometidas contra aquella inmensa Majestad quedase sin castigo y satisfaccion.

Esta satisfaccion quiso el Salvador por las entrañas de su misericordia tomar á su cargo, ofresciéndose á satisfacer por esta deuda tan universal, cómo está ya dicho, y por eso cargaron sobre él todas las saetas de la divina justicia. Y así dijo el profeta Jonas en persona dél (b): Todos tus mares, Señor, y tus ondas pasaron sobre mí, y yo dije: Desechado estoy de la presencia de tus ojos. Y el mismo Señor en el salmo (c), hablando con su eterno Padre, dice: Sobre mí se confirmó tu furor, y todas las ondas de tu ira pasaron sobre mí. Mas cuán rigurosa haya sido la justicia que en este Señor fué ejecutada, entiéndese por la grandeza de los dolores que padesció, los cuales fuéron, como averiguan los teólogos (d), los mayores que se han padescido y padescerán jamas en esta vida, segun que arriba se declaró.

Pues en la grandeza desta Pasion verá el hombre la severidad y rigor de la divina justicia, que tal satisfaccion pidió por los pecados del mundo. Y aunque de aquella innocentísima carne procedia aquella agonía del

(a) Matth. ult. (a) Sap. 11. (b) Jonæ 2. (c) Psalm. 87.
(d) D. Thom. 3. p. q. 46. art. 6.

huerto, y aquellas voces que decia (e): Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; nunca el Padre eterno condescendió á estas voces tan dolorosas de carne que él tanto amaba, y que por sí nada debia, sino dejóla en medio de la corriente de todos sus dolores.

Pues si desta manera trata el Padre á un Hijo tan amado (que es aquella sancta humanidad), que él amaba mas que á todas las cosas criadas, y esto porque pagaba por pecados ajenos, ¿cómo tratará al siervo rebelde y malo cuando lo hallare cargado de pecados propios? Esto es lo que el Salvador declaró á las piadosas mujeres que lo seguian llorando, cuando les dijo (f): Hijas de Hierusalen, no querais llorar sobre mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos. Porque dias vendrán en que digais: bienaventuradas las mujeres estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Porque si esto se hace en el madero verde, ¿qué se hará en el seco? Entónces darán voces á los montes y á los collados que cayan sobre ellos, y los cubran donde nunca mas parezcan. Por lo dicho se ve cuánto se nos descubre en este misterio el rigor de la divina justicia, viendo lo mucho que pidió para descargo de nuestras deudas.

Pero no ménos se declara esto mismo considerando los socorros y remedios que el Salvador dejó para nuestra justificacion, de que agora acabamos de tratar. Porque ninguna cosa le quedó por hacer de las que podian servir para esto, con lo cual deja á los buenos con bastante remedio, y á los malos sin excusa. Antes este es el mas recio artículo de que se les ha de hacer cargo el dia de la cuenta. Y así lo significó el Salvador cuando dijo (g): Este es el juicio, que la luz vino al mundo, y amaron los hombres mas las tinieblas que la luz, por ser malas sus obras. Y dice: Este es el juicio, para dar á entender que el mayor cargo que en este dia se ha de hacer á los malos, es no haber querido aprovecharse de los grandes bienes y remedios que el Hijo de Dios con su Pasion les ganó. De donde resulta estar los miserables con el agua á la boca, pereciendo de sed; y la mesa puesta con todos los manjares, muriendo de hambre; y entre tantas medicinas de sacramentos, están enfermos; y allanado el camino de la virtud, no quieren caminar por él; y abiertas las puertas del cielo aun á los ladrones, no quieren entrar por ellas; y satisfecha la deuda general de los pecados, no la quieren aplicar á sí con la virtud de la penitencia. Y sobre todo esto, entre tantos beneficios y incentivos de amor están helados, y entre tantos ejemplos de humildad soberbios, y entre tantos misterios y maravillas de Dios, ciegos y insensibles.

En lo cual se ve que las mismas cosas que declaran la grandeza de la divina Providencia y misericordia, esas mismas nos obligan á temer mas el rigor de la divina justicia; porque cuanto fuéron mayores las ayudas que nos dieron, tanto mas nos obligaron, y tanto mas estrecha cuenta nos pedirán, porque conforme al recibo se ha de pedir cuenta del gasto. Y esta es una de las causas por donde todos los sanctos vivian con gran temor, no tanto por los pecados que habian cometido, cuanto por los beneficios que habian recebido; pues como el Salvador dice (h): A quien dieron mucho, de mucho le han de pedir cuenta.

Despues desto convenia declarar cómo en este misterio, que los gentiles tuvieron por locura, resplandesce altísimamente la sabiduría divina. Mas porque esta materia presupone lo que adelante se escribe, quedará para su lugar.

CAPITULO XI.

Cómo en la sagrada Pasion y Encarnacion resplandesce la omnipotencia de Dios.

Ni ménos resplandesce en esta sagrada Pasion la omnipotencia de Dios, como lo declaró el Salvador en aquellas divinas palabras que alegamos, cuando dijo (a): Agora se llega el juicio del mundo, y agora el príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado en una Cruz, todas las cosas traeré á mí. En las cuales palabras profetizó dos cosas, las mayores y mas dificultosas de acabar de cuantas se han visto y verán jamas en el mundo; que fuéron desterrar la idolatría, y traer los hombres á adorar por Dios á un hombre crucificado entre ladrones. Lo cual fué obra de tan gran poder, cual jamas en el mundo se vió. Mas desta tan grande maravilla ya tratamos copiosamente al fin del tratado segundo desta quinta parte, y por eso no lo repetimos aquí.

Tambien se descubre la grandeza deste poder en aquel admirable sentimiento que todas las criaturas mostraron al tiempo de su Pasion (b), pues el cielo se escureció, y la tierra tembló, y las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron, y el velo del templo se rasgó, y todas las estrellas del cielo escondieron su luz, y se vistieron de luto al tiempo que su Criador padescia. En lo cual mostraron que era Dios todopoderoso y Señor de cielos y tierra el que así era testificado y llorado de todas sus criaturas. Y por este indicio lo conoció el buen ladron, y le pidió lugar en su reino (c), no de la tierra (de que ya salia), sino del cielo, donde reinaba el que en la Cruz padescia. Y por este mismo indicio lo conoció el Centurion, cuando dijo (d): Verdaderamente Hijo de Dios era este. Y por este le conoscieron los que presentes estaban, hiriendo sus pechos, y reconosciendo su pecado (e).

Resplandesce tambien (y mucho mas) esta omnipotencia en el misterio de la Encarnacion, que se presupone al de la sagrada Pasion. Porque este fué, como dice Sancto Tomas (f), el mayor de todos los otros milagros, por haberse communicado aquí el sér y supuesto divino, que es infinito, á la naturaleza humana, que es finita y criada; y esto quedando ambas naturalezas en toda su perfeccion, sin que la mayor consumiese á la menor, ni la menor menoscabase la gloria de la mayor. Y con ser esto así, es esta liga y junta tan estrecha, que en ambas naturalezas no hay mas que una sola persona, que es la del Verbo divino. No es maravilla hallar unidad entre cosas diversas, cuando entreviene mistura y composicion entre ellas: como vemos que de diversos manjares que comemos, se hace un tercero, que es la sangre ó la carne de nuestros cuerpos; pero esto es por la resolucion y mistura de las partes. Mas estando las dos naturalezas divina y humana enteras, y en toda su perfeccion, haber tan grande unidad, y tan estrecha liga, que todas las propriedades de la naturaleza divina se afirmen de la humana, y todas las bajezas de la humana se afirmen de la divina, esto es cosa de summa admira-

(e) Matth. 26. (f) Luc. 23. (g) Joan. 3. (h) Luc. 12.

(a) Joan. 12. (b) Matth. 27. (c) Luc. 23. (d) Matth. 27. (e) Luc. 23. (f) Contra Gent. lib. 4. cap. 27.

cion. De manera que, como dice Sant Leon Papa (g), no es aquí la unidad causa de confusion ni de menoscabo de las propriedades de ambas naturalezas. Y así la una dellas es pasible y la otra impasible; y de aquella cuya es la ignominia, es tambien la gloria; y el mismo Señor es flaco y fuerte, y el mismo subjecto á la muerte, y el vencedor de la muerte. La una parte resplandesce con milagros, y la otra está subjecta á las injurias; la una no se aparta de la igualdad del Padre, y la otra no pierde la condicion y naturaleza de la Madre. Toda la humildad está en la majestad, y toda la majestad en la humildad. Hasta aquí Sant Leon. Desta comunion de parte á parte es causa aquella tan estrecha y tan admirable liga de las dos naturalezas en una persona: que es la mayor de las maravillas de Dios, y que mas declara la grandeza del poder de quien esto pudo hacer.

CAPITULO XII.

Cómo en la sagrada Pasion y Encarnacion resplandesce singularmente la sabiduría divina.

Así como en la sagrada Pasion resplandescen las perfecciones susodichas de nuestro Dios, no ménos resplandesce en ella su sabiduría, visto el medio tan conveniente que escogió para nuestra salud. Porque proprio es de la sabiduría ordenar y escoger el medio mas conveniente y proporcionado para el fin que se pretende; y cuantas mas cosas en él entrevinieren, que sirvan para conseguir este fin, tanto el medio será mas excelente. Por donde se entenderá que este medio que la sabiduría divina escogió de la Encarnacion y Pasion del Salvador para obrar nuestra salud, fué convenientísimo, por las muchas cosas que en él se contienen, las cuales sirven grandemente para conseguir el fin deseado de nuestra reparacion.

Mas cuán dulce y devota sea esta materia, testifícalo Sant Augustin (a), el cual dice de sí que despues de baptizado no se hartaba en aquellos dias de considerar con una maravillosa dulcedumbre la alteza del consejo divino sobre la salud del género humano: esto es, cuán excelente y cuán conveniente medio habia sido este misterio para el fin susodicho.

Pues segun esto la primera conveniencia es ver la proporcion que tiene esta medicina para la cura de nuestra dolencia. Porque la causa y orígen desta dolencia fué la desobediencia y soberbia de un hombre culpado que quiso usurpar la semejanza de Dios: por donde la cura deste mal habia de ser la humildad y obediencia de otro hombre sanctísimo, el cual con su humildad y obediencia reparase el daño de aquella antigua desobediencia. Esta conveniencia (que es el fundamento desta doctrina) se platica mas copiosamente en el capítulo IV, §. 1. deste tercer tratado.

Presupuesta ya esta doctrina, pondrémos otras conveniencias que en esto hay. Porque convenía tambien esto para gloria y levantamiento del hombre caido; porque si hombre fué el que cayó y nos condenó, hombre tambien y verdadero hombre de la misma naturaleza fué el que nos levantó y reparó. Y esto es lo que el Apóstol significó cuando dijo (b) que el sanctificador y los sanctificados todos descendian de un mismo padre, que fué Adam. Porque como eran hombres y hijos de Adam los que tenian necesidad de ser sanctificados, así tambien convenía que fuese hombre y del mismo linaje el que los habia de sanctificar (que fué Cristo nuestro Salvador) para que en la naturaleza donde se halló la culpa, se hallase tambien la medicina y remedio della.

Convenía tambien para que pues un árbol fué causa de todo nuestro daño, otro lo fuese de nuestro remedio; y que el demonio que por un árbol venciera, por otro fuese vencido; y que el que por medio de una mujer soberbia pervertiera al hombre, por medio del fructo virginal de otra humilde mujer se remediase el hombre; y que como él venció engañando, así él fuese engañado, juzgando á Cristo por pecador, porque le veía mortal y penado, y como á tal le procurase la muerte (no teniendo derecho sobre quien no tenia pecado), y por esta tirannía fuese él justamente desposeido de aquella noble presa que tenia en su reino, que eran los sanctos padres, con todos los miembros vivos de Cristo.

Convenía tambien para la hermosura de la victoria de Cristo. Porque hermosa victoria es vencer al enemigo con sus mismas armas. Ca el demonio introdujo el pecado en el mundo, y por el pecado entró la muerte; y con esa misma muerte que trajo el pecado, destruyó Cristo al mismo pecado, como quien pega fuego á un árbol con las ramas del mismo árbol. Y esto fué cortar la cabeza al gigante Golias con la espada del mismo Golias (c).

Convenía tambien para que en esta obra, que fué la mas excelente de todas las obras de Dios, no faltasen aquellas dos singulares virtudes y perfecciones suyas, las cuales andan en compañía de todas sus obras: que son misericordia y justicia (como atras queda declarado); porque la justicia se ejecutó en el Hijo, y la misericordia se concedió al siervo.

Convenía tambien esto para que tuviésemos un perfectísimo dechado de todas las virtudes, y particularmente de la caridad, de la humildad, de la paciencia, de la obediencia, de la esperanza, de la mansedumbre, de la pobreza evangélica, de la aspereza de vida y de todas las otras virtudes. Y no podia proponérsenos otro dechado mas perfecto y acabado que la vida y Pasion del Salvador, en la cual resplandescen los ejemplos destas virtudes mucho mas que las estrellas del cielo. Porque los ejemplos de nuestro Salvador son muy diferentes de los que leemos en los sanctos. Porque estos son ejemplos de criaturas (que no es mucho ser pobres, humildes y sufridas, pues son en sí tan bajas), mas estas mismas virtudes puestas en aquel soberano Señor que adoran los ángeles, tienen mayor peso y fuerza para mover nuestros corazones. Porque ¿qué corazon habrá tan frio, que no se encienda con este tan grande beneficio y obra de amor de nuestro Salvador? ¿Qué soberbia que no se abaje, viendo á Dios en su Pasion tan humillado? ¿Qué cobdicia que no se modere, viéndole en una Cruz desnudo? ¿Qué regalo que no se deseche, viéndole aquí con hiel y vinagre jaropado? ¿Quién procurará la cama blanda, viéndole acostado en un madero? ¿Quién será impaciente en las injurias, viéndole aquí escupido y abofeteado? Por donde se ve cuán grande eficacia tengan para movernos los ejemplos deste Señor.

Mas hay aquí otra cosa: y es que estos ejemplos, demas de ser ejemplos, son tambien beneficios; pues por ellos nos merecia Cristo la divina gracia. Y por esta parte son tambien estímulos que nos incitan á amar á quien por tantas vias obra nuestra salud.

(g) Serm. 3. de Pass. Dom. (a) Conf. lib. 9. cap. 6. (b) Hebr. 2.

(c) 1. Reg. 17.

Pues esta fué una de las principales causas de haber querido el Hijo de Dios vestirse de nuestra humanidad; porque solo Dios era perfectísimo ejemplo que seguramente podíamos imitar; pero no le podíamos ver. Mas al hombre podíamos ver; pero no era regla cierta para haberlo de imitar. Por lo cual, como Sant Augustin dice (d), era cosa convenientísima hacerse Dios hombre, para que así le pudiese el hombre ver, y vístole, imitar. De modo que ambas cosas eran necesarias para nuestra salud, que eran su divinidad y humanidad: la una para darnos remedio, y la otra para darnos ejemplo. Porque, como dice Sant Leon Papa (e), si no fuera Dios, no nos pudiera dar remedio, y si no fuera hombre, no nos diera ejemplo.

Convenía tambien esta sagrada Pasion para ejemplo y esfuerzo de los mártires. Porque sabía bien el Salvador con cuánto derramamiento de sangre de mártires innumerables se habia de fundar su Iglesia. Y entendia cuán grande esfuerzo y consuelo habian de recebir ellos en sus batallas con el ejemplo de la grandeza de los dolores de la sagrada Pasion, y por esto quiso él que fuesen grandísimos; porque tal fuese el esfuerzo y consuelo que recibiesen con ellos. Esto queda ya declarado en el capítulo VI deste tercer tratado.

Demas destas conveniencias susodichas hay otras muchas; porque todos los fructos del árbol de la Cruz, de que se trata en lo que se sigue dende el capítulo XIII hasta el capítulo XVII, son tambien conveniencias deste misterio. Ca por esto fué cosa convenientísima que el Salvador padesciese, para hacernos todos los beneficios que en estos cuatro capítulos se recuentan. Y así cada uno por sí es juntamente fructo y conveniencia deste misterio, y ayuda grande para la virtud. Pero no se acaban aquí los fructos suavísimos deste árbol de vida: porque, como dice Sancto Tomas (f), cuanto uno mas pensare en este misterio, tantos mas fructos y conveniencias hallará en él.

CAPITULO XIII.

Comiénzase á declarar cómo la sagrada Pasion fué medio convenientísimo para remedio de las miserias y necesidades humanas.

Dijimos al principio que entre todos los medios que la divina sabiduría podia ordenar para nuestra salud, el de la sagrada Pasion era el que mas convenía, así para la gloria de Dios como para remedio de nuestra miseria. Lo primero habemos declarado hasta aquí, aunque brevemente: resta declarar lo segundo, que es cómo este mismo medio era el que mas convenía para remedio de nuestras necesidades. Entre las cuales la primera era de satisfacer á la divina Majestad por las culpas cometidas, y ser los hombres restituidos en su amistad y gracia. Esto ya vimos cuán perfectamente lo cumplió nuestro Salvador con el sacrificio de su Pasion, y por eso no tenemos que decir aquí sobre este paso. Síguese tras esto el remedio de las otras necesidades y enfermedades espirituales que nos impiden el camino del cielo.

Pues para la inteligencia desto se ha de presuponer que el hombre en cuanto hombre no tiene mas que dos cosas proprias, con que se diferencia de los otros animales, y se hace semejante á los ángeles: que son entendimiento y voluntad; todo lo demas tiene commun con los brutos. Estas dos potencias de nuestra ánima quedaron por el pecado muy dañadas y estragadas. Ca el entendimiento quedó muy escurecido para el conoscimiento de Dios y de sus cosas (de donde manó tanta muchedumbre de idolatrías, y supersticiones, y herejías, con otros mil errores que ha habido en la vida humana) y la voluntad quedó flaca, enferma y rebelde, y lo que peor es, inclinada á amar mas á sí y á sus cosas proprias que á Dios: que es lo esencial del pecado original, y la raiz y manantial de todos los pecados.

Siendo esto así, síguese que el remedio principal del hombre consiste en la reformacion destas dos partes tan señaladas que hay en él (junto con la reformacion de las otras potencias inferiores de nuestra ánima), curando las dolencias espirituales dellas, que nos impiden el camino de la virtud. Para lo cual no se podia hallar otra medicina mas eficaz que el misterio de la sagrada Pasion, la cual basta para la cura y remedio de todas. Porque pues Dios con ser uno y simplicísimo, contiene en sí las perfecciones de todas las cosas, razon es que la Pasion del Hijo de Dios sea proprio y singular remedio de todas nuestras dolencias; y esto de tal manera, que así aprovecha á cada una dellas, como si para sola ella fuera instituida, y no para las otras: lo cual cierto es cosa de grande admiracion. Y la causa desto es, que por cuanto por esta sagrada Pasion nos vinieron infinitos bienes, por eso no es mucho que ella sea proprio y singular remedio de todos nuestros males.

§. I.

De cómo la sagrada Pasion es perfectísima medicina de las dolencias de nuestro entendimiento.

Comencemos pues por la reformacion y cura de nuestro entendimiento, la cual consiste en tener verdadero y sano conoscimiento de Dios, y de todas las cosas que pertenescen á su servicio. Y descendiendo á cosas particulares, verémos cuánta luz para esto se nos da por el misterio de la sagrada Pasion. Pero esto será apuntando las cosas brevemente, mas para que por estos ejemplos aprendamos á filosofar en esta materia, que para proseguir á la larga lo que sobre ella se pudiera decir.

Pues si la reformacion de nuestro entendimiento consiste en tener sano el conoscimiento de Dios y de sus grandezas y perfecciones, ¿dónde resplandesce mas este conoscimiento que en el misterio de nuestra redempcion? Porque como en esta vida no podamos conocer á Dios por sí mismo, sino por sus obras, y mucho mas por las mas excelentes, y ninguna lo sea mas que esta de la sagrada Pasion, síguese que ella es la que nos da mayor conoscimiento dél, y de sus divinas perfecciones. Porque ¿dónde resplandesce mas claro la bondad de Dios, y su caridad, y su misericordia, y su justicia, y su providencia, y su sabiduría y omnipotencia, que en el misterio de la Cruz? Esto está ya en particular declarado en los seis capítulos pasados, y por eso no es necesario repetirlo aquí.

Pues si queremos entender cuánta sea la dignidad y importancia de la virtud, digo para esto que todos cuantos libros hay en el mundo escriptos sobre esta materia, no declaran tanto esto cuanto haber Dios bajado del cielo á la tierra, y vestídose de carne humana, y conversado treinta y tres años con los hombres, y al cabo padescido muerte de cruz, acompañada con immensos dolores. Y si preguntais por la causa desto, el Apóstol la

(d) In Natal. Dom. serm. 4. (e) Serm. 1. de Nativ. Dom.
(f) 3. p. q. 46. usque ad 49. et Opusc. 2.

declara, diciendo (a): Entregóse á la muerte por librarnos de todo pecado, y hacer un pueblo limpio y seguidor de buenas obras. Pues ¿qué cosa se puede imaginar de mayor eficacia para hacer estimar la virtud, y incitar al amor della, que ver lo que el Hijo de Dios y sabiduría eterna hizo sobre esta causa?

Pues si queremos saber cuán grande sea la fealdad y malicia del pecado, miremos la satisfaccion que Dios por él pidió; que no fué menor que la sangre y vida de su unigénito Hijo, que valia mas que todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Y por aquí tambien verémos cuál sea el odio y aborrescimiento que Dios le tiene; pues tanto hizo y padesció por desterrarlo del mundo. En lo cual paresce que en alguna manera aborresció mas al pecado, que amó la vida del Hijo, pues consintió en la muerte del Hijo por matar el pecado. Pues ¿qué mayor odio se puede imaginar que este? Y ¿qué será del que Dios hallare abrazado con cosa que él tanto aborresce?

Y por aquí tambien podemos venir á tener el dolor y aborrescimiento de los pecados que somos obligados, considerando que ellos fuéron los sayones que azotaron á Cristo, y lo abofetearon, y coronaron de espinas, y escarnecieron, y crucificaron; porque si no entrevinieran aquí pecados, nada desto padesciera.

Y así puede lamentarse el verdadero penitente, y decir: Señor, yo te hice sudar gotas de sangre, yo te escupí, yo te abofeteé, y te puse la Cruz sobre esos hombros molidos y desollados; yo te dí á beber tantas hieles, cuantas veces te ofendí, y agora te las daria cuando peco, si fuese deso capaz. Y así te quejas de mí por Sant Bernardo diciendo (b): Hombre, ¿no fuí asaz herido por tí? ¿No miras cuánto padescí por tus maldades? ¿Por qué acrescientas afliccion al afligido? Porque mayor pena me dan las heridas de tus pecados, que las llagas de mi cuerpo. Y en otro lugar dice el mismo Señor por el mismo sancto: ¡Oh hombre, mira lo que por tí padezco! No hay dolor que iguale con el mio. A tí llamo yo que por tí muero. Mira las penas que me atormentan, mira los clavos que me traspasan. Y siendo tan grandes los dolores que por de fuera padezco, mayor es el que en lo interior siento cuando te veo tan ingrato.

§. II.

Por este sagrado misterio se conoce la dignidad del ánima, y valor de las cosas espirituales.

Por aquí tambien conoscerá el hombre la dignidad y valor de su ánima, considerando el precio por que fué comprada. Porque, como dice Sant Pedro (c), no fuímos comprados por oro ni plata (que son metales corruptibles), sino por la preciosa sangre de aquel Cordero sin mancilla, Cristo Jesu. Por donde verá el hombre en cuánto debe estimar la cosa que un tan sabio mercader que nos vino del cielo, tanto estimó; y cómo no debe cambiar por viles y abatidos precios lo que él tanto preció. Por lo cual dice Sant Augustin (d): Viendo yo que mi ánima habia sido comprada por la sangre del Hijo de Dios, no quise mas ponerla en almoneda. Y por aquí tambien verá el hombre en cuánto debe estimar á su prójimo, aunque sea un vil esclavo; pues Dios tanto lo estimó, que dió su sangre por él.

Asimismo cuánto debe recelar de escandalizarle y darle ocasion de hacer algun pecado con que mate su ánima, porque esto es derramar por tierra la sangre de Cristo. Porque si (como dicen) es oro lo que oro vale, sangre de Cristo es lo que su sangre costó, y esa se derrama cuando una ánima pecando se pierde.

Por aquí verá tambien cuán graves sean las penas del infierno, pues tan crueles penas padesció el Hijo de Dios por librarnos dellas. Y porque las mayores penas deste lugar son el desamparo de Dios, y el padescer sin alguna consolacion, y ser entregado en poder de los demonios, él por su inmensa caridad quiso probar algo destas penas; pues él padesció sin alguna consolacion, y fué desamparado de su eterno Padre, y fué entregado á los príncipes de las tinieblas, para que por medio de sus miembros y ministros ejecutasen en él todas las crueldades que quisiesen. Por lo cual justamente fuímos librados destas tan crueles penas.

Pues ¿qué dirémos del valor de la gracia y de la gloria que por este mismo precio fuéron compradas? Porque por eso ni se dió el Espíritu Sancto, ni se abrieron las puertas del cielo, hasta que este tan grande precio se dió por ellas. Y así por el valor del precio podrémos conoscer la dignidad y excelencia destas dos cosas que por él fuéron compradas.

Y así por estos y por otros semejantes ejemplos podemos entender que la Cruz de Cristo sea una balanza en la cual debemos pesar por este modo el valor y grandeza de todas las cosas espirituales; para que no las pesemos en la balanza engañosa de Canaan (e), que es el juicio y estima ciega de los hombres mundanos; en el cual pesa mas un deleite sensual, ó un poco de interese temporal, ó un punto de honra vana, que Dios con todas sus riquezas y promesas. Mas la Cruz es el peso del sanctuario (f), con el cual se han de pesar todas las cosas que pertenescen al culto de Dios; donde cada cosa tiene su justo precio y valor.

Por aquí pues verémos cuán universal y cuán excelente sea la filosofía de la Cruz, por la cual tantas cosas se saben tan de raiz; y cuán fácil sea de aprender aun á los simples y ignorantes. Los filósofos á cabo de mucho estudio y de muchos años alcanzaban algo del conoscimiento de Dios, y esto no sin mezcla de muchos errores; mas aquí una simple viejecica por el misterio de la Cruz alcanza sin algun estudio y sin error este conoscimiento de Dios y de todas las cosas que pertenescen á nuestra salud, como está declarado.

Y siendo esto así, verémos cuán perfectamente se cura la ceguedad de nuestro entendimiento con el misterio de la Cruz; pues la cura dél es darle conoscimiento de Dios y de sus cosas; el cual habemos visto en estos pocos ejemplos cuán fácil y cuán perfectamente se alcanza por este misterio. Y así con este precioso colirio de la sangre de Cristo, quedan los ojos de nuestro entendimiento esclarescidos, y curados, y libres de la ceguera y engaños del mundo.

CAPITULO XIV.

De la reformacion de la voluntad, para la cual nos ayuda la sagrada Pasion.

Despues de la reformacion del entendimiento síguese la de la voluntad; la cual consiste en estar ella adornada con todas las virtudes, mayormente con aquellas que tienen su lugar y asiento en ella. Entre las cuales la pri-

(a) Tit. 2. (b) In quod. serm. de Pass. Dom. (c) 1. Petr. 1. (d) Append. tom. 10. de divers. serm. 45.

(e) Osee 12. (f) Levit. 19. 27.

mera es la caridad, que es reina de las virtudes, y el fin y summa de toda la vida cristiana. Para la cual hallarémos tan grandes ejemplos y motivos en la sagrada Pasion, como si para aquella sola sirviera, y no para las otras, como ya dijimos.

Donde es mucho de notar que los ejemplos de Cristo nuestro Señor son de otra condicion que los otros de los sanctos. Porque no es mucho que un sancto (que es una criatura subjecta á mil miserias) sea humilde ó pobre, obediente, paciente, manso, etc., porque estas son cosas conformes á su bajeza; mas que el Señor de la Majestad, y el piélago de todas las riquezas y grandezas se abaje á las obras y ejercicios destas virtudes, de manera que sea pobre, humilde, obediente, paciente y manso, esto es cosa que sobrepuja toda admiracion. Por lo cual estos ejemplos son de tanto mayor eficacia para convencer nuestros corazones, cuanto es Dios mayor que todos sus sanctos. Tiene tambien otra dignidad: que de tal manera son ejemplos, que tambien son beneficios, y muy grandes beneficios; porque en todos ellos obraba Cristo nuestra salud, y así los ofrescia y ordenaba á ella, pues para sí de nada tenia necesidad. Y por esto así como para nosotros nasció y murió, así todos los pasos y obras de su vida sanctísima aplicó y ordenó á nuestro remedio. Y aun sobre esto tienen otra excelencia que se sigue desta: que es ser grandes estímulos y incentivos de amor. Porque siendo ellos tan grandes beneficios, no pueden dejar de ser grandes espuelas y estímulos para amar á quien tanto bien nos hizo; pues tanta fuerza tienen los beneficios para robar los corazones con amor. Por lo cual todo se ve cuánta sea la excelencia y eficacia destos ejemplos para movernos á toda virtud.

§. I.

De la caridad.

Comencemos por la caridad. Esta virtud tiene muchas consideraciones y motivos que la aticen y enciendan; mas los principales son tres: que son, bondad, caridad y beneficios. Porque la bondad es el objecto y blanco de nuestra voluntad, así como el color lo es de la vista. Por donde como los ojos no pueden ver sino lo que tiene color, así la voluntad no puede amar sino lo que tiene alguna razon de bondad ó apariencia della. Y como en las cosas espirituales lo bueno sea lo hermoso, en esta bondad ponemos la hermosura, que es tambien el objecto proprio del amor. Asimismo la caridad, que es amor, es otro grande motivo de amor. Porque, segun dice Sancto Tomás (a), así como con ninguna cosa se enciende mas un fuego que con otro fuego, así ninguna cosa mas enciende un corazon en amor que otro amor. Pues de los beneficios se dice que quebrantan las peñas, y que quien halló beneficios, halló prisiones para prender los corazones. Pues cuanto á los dos primeros motivos de amor, que son bondad y caridad, ya habemos declarado cuán grande haya sido la bondad y caridad que Cristo nos descubrió en su sagrada Pasion, y cuán grandes estímulos aquí tenemos para amar á quien tanto nos amó, y á quien tanta bondad en esta obra nos mostró. Y porque todo esto ya tratamos á la larga, no hay para qué repetir aquí lo que está dicho.

Mas el beneficio que por este medio se nos hizo, declaró Sant Juan en una palabra, diciendo (b) que Cristo nos dió poder para ser hijos de Dios. En la cual palabra comprehendió este Evangelista inestimables beneficios y mercedes de nuestro Señor. Porque si somos hijos, luego somos tambien hermanos de Cristo; si hijos, luego herederos del patrimonio de nuestro Padre, que es el reino del cielo (c); si hijos, luego amados y tratados como hijos con regalos y castigos paternales; si hijos, luego dotados de espíritu de hijos (d), para que con filial amor llamemos á Dios en todas nuestras angustias á boca llena, Padre, Padre; si hijos, luego él es Padre, y como tal tendrá paternal cuidado y providencia de los que adoptó por hijos; si hijos de Padre, y Padre todopoderoso, ¿qué les puede faltar? ¿qué pueden temer? Los tales en los peligros estarán seguros, en los trabajos esforzados, en las necesidades socorridos, en las angustias consolados, y en todos los acaescimientos desta vida confiados, diciendo: Padre tengo todopoderoso, y todo piadoso, y tan de verdad Padre, que nos mandó su unigénito Hijo que á nadie llamásemos padre sobre la tierra; porque uno era nuestro Padre que está en el cielo (e). Todos estos y otros semejantes favores comprehende esta dignidad de hijos de Dios que nos vino por Cristo, como Sant Augustin lo dice por estas palabras (f): Muchos hijos de Dios hizo el único Hijo de Dios. Compró para sí hermanos con su sangre; aprobólos siendo reprobado, rescatólos siendo vendido, honrólos siendo él deshonrado, y resuscitólos siendo muerto. ¿Pondrás pues dubda en que te negará sus bienes quien por tu amor recibió en sí tus males?

Este beneficio encaresce el mismo Evangelista, diciendo (g): Mirad cuál sea el amor que Dios nos tiene, pues nos concedió esta dignidad: que seamos llamados hijos de Dios, y que lo seamos. Y dice que lo seamos; porque no pensásemos que esta dignidad era de solo título, como encomienda de espera; sino que demas del título de hijos tiene él para con ellos providencia, amor y obras de Padre.

Debajo desta gracia se comprehenden todas las demas; que es habernos hecho Cristo particioneros de todos sus bienes, como el Apóstol dice (h): Porque no comió su bocado á solas, sino partiólo con sus hermanos; ó por mejor decir, dió todo lo que ganó y mereció, á sus hermanos; pues él no tenia dello necesidad. Mas aquí es mucho de ponderar que aunque debemos mucho á este clementísimo Redempter por esta communicacion de sus bienes; pero mucho mas le debemos por el medio que para esto escogió, que fué hacerse él participante de nuestros males para communicarnos sus bienes. Porque por el mérito de haberse él subjectado á estas bajezas, nos hizo participantes de sus grandezas. Y así con su pobreza nos enriquesció, con su humildad nos engrandesció, con sus prisiones nos libertó, con sus dolores nos alegró, con sus llagas nos sanó, con su muerte nos resuscitó, y tomando sobre sí la maldicion del pecado, nos dió la bendicion de la gracia, y con la figura de serpiente que tomó, nos sanó de las mordeduras de la antigua serpiente. Y finalmente, así como él nasció y murió para nosotros, así todo lo que de nosotros tomó, ofresció para nuestro provecho; su carne nos dió en mantenimiento, su sangre en bebida, su vida en precio, sus brazos en refrigerio, su Cruz en escudo, su precioso sudor de sangre en medicina, su corona de espinas en ornamento de

(a) Opusc. 61. cap. 48. (b) Joan. 1.

(c) Rom. 8. (d) Galat. 4. (e) Matth. 23. (f) De Nativ. Dom. serm. 12. cap. 3. tom. 10. et in Append. serm. 75 de Sanct. et sup. Epist. ad Galat. tom. 4. (g) 1. Jon. 3. (h) Heb. 2.

gloria, la abertura de su lado en argumento de su amor, y el agua que dél salió, en lavatorio de nuestras culpas, y todos los pasos de su vida en ejemplos de la nuestra. Y así él nos es todo en todas las cosas. El es única esperanza de los desmayados, refugio de los tentados, refrigerio de los afligidos, medicina de los enfermos, firmeza de los sanos, filosofía de los simples, paraíso de las ánimas devotas.

Otra manera hay para saber estimar la grandeza deste beneficio, y encender nuestro corazon en el amor deste tan piadoso bienhechor, que es considerar en él estas tres cosas: conviene á saber, lo que nos dió, y el medio por donde lo dió, y la causa por que lo dió. Lo que nos dió, es lo que acabamos agora de declarar, y lo que engrandesce Sant Pedro Apóstol, diciendo que por Cristo nos dió el Padre grandes y preciosas promesas (*i*): que son hacernos participantes de la naturaleza divina. Lo cual en cierta manera es hacernos dioses: esto es, semejantes á Dios en la pureza de la vida, y despues en la bienaventuranza de la gloria. Finalmente, por él nos fuéron dados bienes de gracia y de gloria: que son los mayores bienes que á una pura criatura se pueden dar. Mas el medio por donde estos bienes nos dió, ya está declarado: que fué por los dolores de su sagrada Pasion, que fuéron los mayores que se han padescido en el mundo. De modo que á trueque de los mayores dolores que se podian padescer, nos dió los mayores bienes que se nos podian dar. Pues ¿qué se puede añadir á este beneficio? ¿Qué corazon no se derrite considerando este tan admirable trueque de la misericordia divina? Mas lo tercero, que es causa de todo esto, dijimos arriba que fué sola su bondad, sin haber de nuestra parte merescimiento alguno, ni de la suya interese proprio. En la consideracion de cada cosa destas tiene muy bien en qué espaciarse un corazon devoto.

Mas porque entre lo que este Señor nos dió, la mayor pieza es la bienaventuranza de la gloria que en la otra vida esperamos, nunca el hombre entenderá la grandeza deste beneficio, hasta que goce della; y entónces verá claro lo que debe á las llagas deste piadosísimo Redemptor, considerando que estas fuéron las puertas por donde él entró á gozar lo que el Salvador con tantas lágrimas y heridas le ganó. Y quien agora considerare mas la grandeza deste gozo, entenderá mas la grandeza deste beneficio.

Concluyendo pues esta parte, digo que si (como al principio dijimos) los mayores incentivos de amor son la bondad, y la caridad, y los beneficios, digan ahora todos los ángeles y los hombres, ¿qué mayor bondad, qué mayor caridad y qué mayores beneficios que los que en este misterio se nos han declarado? ¡Oh con cuánta razon dijo el Salvador (*k*) que habia venido á poner fuego en la tierra! ¿Y qué mayor fuego que el que se nos pone con estos tan grandes motivos de amor? Por esto dijo Sant Ambrosio (*l*) que con los otros beneficios nos habia Cristo obligado á amarlo, mas que con este nos hizo fuerza. Y por esto dijo el Profeta (*m*) que cuando este Señor viniese al mundo, las aguas arderian con fuego; porque no era razon que hubiese corazon tan frio que no se abrasase con tan grandes incentivos de amor. Porque ¿qué son cuantos azotes, y espinas y heridas el Salvador recebió en su sacratísimo cuerpo, sino incentivos deste fuego, y voces que predican su amor, y piden el nuestro? Por lo dicho pues nos consta claro ser el misterio de la sagrada Pasion un tan eficaz y tan poderoso medio para hacer arder nuestros corazones en el amor de nuestro Redemptor, como si para solo este fin fuera ordenada, y no para otros.

§. II.

De la esperanza, y otras virtudes á que nos mueve la Pasion del Salvador.

Compañera y hermana de la caridad es la esperanza; y así todo lo que nos incita á amar á Dios, nos mueve tambien á esperar en él. Porque ¿qué no esperaré yo de tan grande bondad, que á tantos trabajos se puso por hacerme bueno y bienaventurado? ¿En quién confiaré yo con mayor seguridad, que en quien tanto me amó, que murió porque yo no muriese? ¿En quién tendré mas cierto mi remedio, que en quien no contento con hacerme participante de sus bienes, quiso él (por mostrarme su amor) hacerse participante de mis males? ¿Cómo me negará el remedio, cuando ya no le cuesta nada, quien me redimió con tanta costa suya? ¿Cómo huirá de quien le busca, quien buscó por tantos caminos á quien huia? Muy bien declaró esto el Apóstol, cuando dijo (*n*): Si cuando éramos enemigos fuímos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho mas despues ya de reconciliados serémos salvos por la vida dél. Y siendo verdad (como dijimos) que el Salvador usó con nosotros de tan gran misericordia, que los trabajos y dolores de la Pasion tomó para sí, y el fructo y mérito dellos communicó á mí, ¿qué no podré yo esperar teniendo tales prendas de amor, y presentando tales méritos de mi parte? Pues quien cada cosa destas pensare, y pesare con mucha atencion, verá que toda la vida y muerte del Salvador nos está animando, y esforzando, y convidando á esperar en Señor tan bueno, tan amigo, tan liberalísimo bienhechor y misericordiosísimo reparador.

De la humildad.

Pues ¿qué dirémos de la virtud de la humildad, raiz, y fundamento, y guarda fiel de las virtudes? ¿Cuánto resplandesce ella en todo el proceso de la vida y Pasion del Salvador? ¿Qué otra cosa nos predica aquel pesebre? aquel establo? aquella circuncision y huida á Egipto? y el baptismo, y la tentacion, con todo lo demas? Estos ejemplos son de la vida; mas los de la muerte bastaron para asombrar los ángeles, y espantar todas las criaturas: las cuales tan extraño sentimiento hicieron en la muerte de su Criador (*o*). ¿Qué cosa es ver á Dios preso y maniatado como ladron, escupido como blasfemo, escarnescido como loco, azotado como malhechor, tenido en ménos que Barrabas, y crucificado entre ladrones? Y como si todo esto fuera poco, estando ya para entrar en la batalla de su Pasion, se levantó de la mesa, y puesto de rodillas lavó los piés de sus discípulos, y entre ellos los de Júdas. Pues ¿quién no queda atónito considerando esta tan profunda humildad? ¿Quién no entiende por aquí la dignidad y importancia desta virtud; pues por tantas vias el Maestro de las virtudes la quiso imprimir en nuestros corazones? Porque entendia él muy bien la dureza de nuestra cerviz, y la altivez de nuestro corazon, como de hombres que este mal habian heredado de sus primeros pa-

(*i*) 2. Petr. 1. (*k*) Luc. 12. (*l*) Sup. Psalm. 118. (*m*) Eccl. 64.

(*n*) Rom. 5. (*o*) Matth. 27.

dres, que por soberbia se perdieron; y por esto como sabio arquitecto fortificó esta parte tan flaca de nuestra ánima, que estaba mas á peligro, con tantos ejemplos de humildad.

De la obediencia.

Pues de la obediencia de Cristo ¿qué dirémos, sino lo que dijo el Apóstol (*p*), que siendo este Señor verdadero Dios, igual al Padre (y esto no por rapiña, sino por naturaleza), se abajó á tomar forma de siervo, y se humilló hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: que era el mas deshonrado linaje de muerte que en aquel tiempo habia? De modo que aquel Señor, que como el mismo Apóstol dice (*q*), es resplandor de la gloria del Padre, y figura de su substancia, y el que sustenta toda las cosas criadas con la virtud de su palabra, y el que solo puede perdonar pecados, y el que está asentado á la diestra de la Majestad en las alturas, rodeado de ángeles; este tiene por casa, y cama, y trono real en la tierra, una Cruz en medio de dos ladrones. ¡Oh admirable obediencia! Oh profunda humildad! Oh espantosa caridad! Oh inestimable amor de nuestra salud, que por tales medios fué procurada!

De la paciencia.

De la paciencia ¿qué podemos decir, pues nos consta que esta sagrada Pasion fué toda obra de paciencia? Porque aunque entrevinieron en ella todas las otras virtudes, y todas en summo grado de perfeccion, mas el padescer fué obra de paciencia, aunque imperada por la caridad y obediencia del Padre eterno, que le mandó abrazar esta Pasion por nuestro remedio. Y por esto se dice con razon que esta virtud fué la vestidura de bodas con que vino vestido el Hijo de Dios cuando se desposó con la Iglesia en el tálamo de la Cruz. A la imitacion desta virtud nos exhorta Sant Pedro Apóstol, diciendo (*r*): Cristo padesció por nosotros, dándoos ejemplo para que sigais sus pisadas; el cual (no habiendo cometido pecado, ni halládose engaño en su boca) cuando le maldecian no maldecia, y cuando padescia no amenazaba, ántes se entregaba al que injustamente le condenaba.

En lo cual es cosa digna de consideracion ver el comedimiento (si así se puede llamar) de nuestro clementísimo Maestro y Redemptor. Porque así como los sanctos varones no se atreven á aconsejar á otros las buenas obras que ellos no hacen: así este Señor, con saber que á él como á Señor se debia reverencia, y á nosotros como á siervos pertenescia la obediencia, con todo eso no quiso mandarnos cosa que él primero no la hiciese. Mandónos lavar los piés unos á otros; y lavó él primero los de sus discípulos (*s*). Mandónos que en su Iglesia tomásemos ántes lugar de menores que de mayores, de siervos, y no de señores (*t*); y él dice de sí que conversaba entre sus discípulos, no como quien está asentado á la mesa, sino como quien ministra en ella. Finalmente, mandónos ser tan fieles á Dios, que cuando fuese menester padeciésemos tormentos y muertes por él (*v*); y eso quiso él hacer por nosotros. De modo que no nos quiso obligar á padescer por él, sin que padesciese él primero por nosotros. Mas es grande la diferencia que hay de parte á parte. Porque en lo uno padesce la criatura por su Criador, y el siervo por su Señor, esperando dél su galardon; mas en lo otro padesce el Señor por su siervo, sin esperar algo dél. Con esta consideracion se esforzaba la vírgen Sancta Margarita á los tormentos de su martirio, diciendo: Pues mi Señor padesció por mí, yo tambien tengo de padescer por él. Y este mismo era el esfuerzo y consuelo de todos los mártires, y lo es de todos cuantos algo padescen por su amor: viendo cuán justa cosa es que la criatura padezca por su Criador, de quien tanta necesidad tiene, pues el Criador padesció por su criatura, sin tener della necesidad.

Estas cuatro virtudes (de que hasta aquí habemos tratado, que son caridad, humildad, paciencia y obediencia) dice Sant Bernardo (*x*) que son cuatro piedras preciosas con que Cristo adornó los cuatro cabos de la Cruz. Entre las cuales la caridad está en lo alto, y la obediencia á la mano derecha, y la paciencia á la izquierda, y la humildad, como raiz y fundamento de las virtudes, está en lo bajo.

§. III.

De la mansedumbre y otras virtudes.

Hermana de la paciencia y de la humildad es la mansedumbre, y sin ellas no se halla: porque de la paciencia toma el sufrir, y de la humildad el humilde y blandamente sufrir. Cuánto haya resplandescido esta virtud en la Pasion de Cristo, el profeta Esaías lo vió en espíritu, y lo profetizó diciendo (*y*): Así como oveja que llevan al matadero, fué llevado; y como el cordero delante del que lo tresquila, enmudeció y no abrió su boca. Lo cual se vió en todas las acusaciones y falsos testimonios que contra el Salvador se dijeron, á los cuales ninguna cosa respondió. Por donde el juez espantado grandemente deste tan nuevo silencio entre tantas acusaciones, le dijo (*z*): ¿A mí no hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y para soltarte? Entónces el manso Cordero abrió su boca para sacar al juez de aquel engaño, diciendo: No tendrias tú poder sobre mí si no te fuese dado de lo alto.

Del amar á los enemigos.

A esta virtud con sus hermanas pertenesce el amar á los enemigos, y hacer oracion por ellos: de que tenemos no menor ejemplo en esta sagrada Pasion. Del cual maravillado Sant Bernardo, dice así (*a*): Mirad las maravillas de Dios, y los prodigios que ha obrado sobre la tierra. Herido Cristo con azotes, coronado con espinas, traspasado con clavos, colgado de un madero y lleno de oprobrios; olvidado de todos estos dolores dice: Padre, perdona á estos; porque no saben lo que hacen. Pues ¿de qué corazon, de qué entrañas tan tiernas salió esta voz de tanta suavidad?

De la pobreza.

Ni á los amadores y seguidores de la pobreza evangélica faltan ejemplos en la vida de Cristo, y en su sagrada Pasion; pues al tiempo del nascer no tuvo otra cosa sino un establo, y al tiempo del morir no otra cama sino la Cruz, ni otra almohada sino la corona de espinas, ni otra ropa sino desnudez, ni otra mesa sino hiel y vinagre, ni otra sepultura sino la que Josef le dió de limosna; y finalmente acabó con tanta pobreza, que no hubo un jarro de agua para quien la pedia muriendo. ¿Puede

(*p*) Philipp. 2. (*q*) Hebr. 1. (*r*) 1. Petr. 2. (*s*) Joan. 13.
(*t*) Luc. 14. Idem 22. (*v*) Matth. 10.

(*x*) Serm. 1. de Resurrect. Domin. (*y*) Esai. 53. (*z*) Joan. 19.
(*a*) Serm. de Pass. Dom. Feria 4. Hebdom. pœnosæ.



ser pobreza mayor? Pues ¿cuán gran motivo tienen aquí los pobres para consolarse en los trabajos de su pobreza?

De la aspereza de la vida.

Con la pobreza evangélica se junta la aspereza de la vida, que anda en su compañía, de cuyos ejemplos no ménos está llena la vida y muerte deste Señor; pues en su persona dijo el Profeta (*b*): Pobre soy yo, y ejercitado en trabajos dende mi juventud. Y el profeta Esaías por esta causa lo llama varon de dolores, y que sabe de penas (*c*); porque vió en espíritu los trabajos que este mansísimo Cordero habia de padescer. Estos nos predican su destierro, sus caminos, sus cansancios, sus ayunos, sus oraciones, sus vigilias, su hambre y su sed, su frio y calor, con todos los otros trabajos que en su vida, y mucho mas en su muerte padesció. Y por esta causa la Esposa en los Cantares llama al Esposo manojico de mirra (*d*): la cual aunque es suavísima cuanto al olor, es amarguísima cuanto al sabor. Pues desta mirra fué llena la sagrada Pasion y vida del Salvador. Y dado caso que él en cuanto Dios no padesció, ni podia padescer; mas padesció en cuanto hombre por razon de la sagrada humanidad que estaba con él unida en una misma persona (la cual el amaba con inestimable amor); de la cual una sola hora de vida valia mas que todas las vidas de hombres y ángeles; porque era vida de Dios hombre. Pues esta sagrada humanidad, esta cordera innocentísima entregó el Padre eterno á aquellos lobos infernales para que la maltratasen y despedazasen por nuestro remedio. Por cuyo ejemplo la misma esposa abrazó tan perfectamente todo género de trabajos, que dice de sí misma (*e*) que sus manos distilaban una mirra perfecta, y que sus dedos estaban llenos de mirra finísima. Pues esta mirra son los trabajos y asperezas que los amadores de la perfeccion suelen abrazar por amor de Cristo: como son cilicios, disciplinas, vigilias, ayunos, vestiduras ásperas y duras camas. Por donde todas las veces que la carne se queja desto, y la naturaleza padesce, el mas fácil y cuotiadino remedio es levantar los ojos á Cristo crucificado, y mirar lo que él padesce, no por sí, sino por nosotros; y con esto no podrá dejar el hombre de consolarse y esforzarse en sus trabajos.

Aquí tienen tambien consuelo todos los atribulados con diversas enfermedades y muertes de sus queridos, y de otros trabajos de mil maneras que nunca faltan en esta vida (que toda es un mar tempestuoso lleno de tormentas y mudanzas), en las cuales no tenemos otro remedio mas á la mano, que poner los ojos en Cristo crucificado; el cual siendo fuente de sanctidad y innocencia, padesció tales penas por las culpas ajenas: por donde no es mucho que padezca el hombre culpado algo por las suyas proprias.

Aquí tambien se halla certísimo remedio para todas las tentaciones y sugestiones del enemigo; para lo cual dice Sant Augustin (*f*) que no hay mayor socorro que esconderse en las llagas de Cristo: esto es, que en apuntando la tentacion, levante luego el hombre los ojos á mirar á Cristo crucificado, considerando aquella figura tan lastimera que tenia en la Cruz con el cuerpo ensangrentado; acordándose que aquel Señor es Dios, y que todo aquello padesce por satisfacer por nuestros pecados; y tiemble de hacer cosa cuyo remedio tan caro costó al Hijo de Dios, y que el mismo Dios tanto aborresce; pues entregó á la muerte su unigénito Hijo por destruir y matar al pecado. Y considere cómo castigará el Padre eterno al siervo malo cargado de pecados proprios, pues tal satisfaccion tomó del Hijo innocente por los ajenos.

(*b*) Ps. 87. (*c*) Esai. 53 (*d*) Cant. 1. (*e*) Cant. 5.
(*f*) In Man. cap. 22. tom. 9.

CAPITULO XV.

Cómo en la sagrada Pasion se nos da copiosa materia de meditacion.

No se acaban aquí los fructos del árbol de la sancta Cruz: otros hay no ménos saludables que los pasados, que se siguen dellos. Para cuyo entendimiento es de saber que una de las cosas en que mas se desvelaron los filósofos antiguos, fué inquirir en qué cosas consistia el último fin y bienaventuranza del hombre: que es el mas rico, mas alto y mas dichoso estado, y de mayor descanso adonde él puede llegar. Y despues de muchas opiniones y errores que en esta materia hubo, finalmente los mas sabios entre ellos vinieron á decir que esta bienaventuranza consistia en el ejercicio de la mas alta potencia del hombre, que es el entendimiento, empleándolo en la mas alta cosa que hay en el mundo, que es Dios. Y así ponian esta felicidad en la contemplacion de Dios y de sus grandezas. Y porque no podian conoscer á Dios en sí mismo, procuraban conoscerle por sus obras, que es por las grandezas y maravillas que veian en este mundo (de que al principio deste libro tratamos); y por poder mejor entender la órden y artificio de las cosas criadas, y levantarse por ellas al conoscimiento del Hacedor, empleaban toda la vida en los estudios de la filosofía; porque estas ciencias les daban mayor conoscimiento de las cosas, y por ellas de la causa de donde proceden, que es Dios. Y con este tan largo trabajo y estudio á bien librar alcanzaron (no todos sino algunos) una grande admiracion de la sabiduría y omnipotencia de Dios, que tales cosas supo y pudo hacer; y un natural amor dél, que no basta para alcanzar la verdadera bienaventuranza sobrenatural que esperamos.

Viendo pues aquel soberano Señor cuán prolijo y dificultoso camino era proceder por la fábrica y órden deste mundo al conoscimiento de las perfecciones y grandezas del Hacedor, determinó abreviarlo y aclararlo, enviándonos su unigénito Hijo (que es imágen perfectísima del Padre), vestido de nuestra humanidad; para que así lo pudiesen ver nuestros ojos de carne, y conoscer por él las grandezas y perfecciones de su eterno Padre, que en él y en todos los pasos de su vida sanctísima y muerte resplandecen tanto mas perfectamente que en las criaturas, cuanto es él mas excelente que ellas. Por lo cual dijo el Apóstol (*a*) que no solo es Cristo nuestra sanctificacion y redempcion, sino tambien nuestra sabiduría; porque por él mas que por todas las cosas criadas subimos al conoscimiento del Criador, y señaladamente por su sagrada Pasion, que fué la mas alta de todas sus obras.

Pues para alcanzar esta ciencia no hay necesidad de estudiar filosofía, ni astrología, ni aun de saber leer; porque muchos religiosos legos vemos en las religiones muy reformadas, y muchas mujercicas y doncellas ignorantes, que con solo el conoscimiento que alcanzan deste misterio por lo que oyen en los sermones, ó por los pasos de la sagrada Pasion que ven pintados en los retablos (que son como libros de los ignorantes), ocupándose en la consideracion deste misterio, vienen á alcanzar tan grande conoscimiento de la bondad, y caridad, y miseri-

(*a*) 1. Cor. 1.

cordia, y providencia de nuestro Señor, y de las otras perfecciones suyas, y de la malicia del pecado, y de la hermosura y excelencia de la virtud, cuanto nunca filósofos pudieron alcanzar con el trabajo y estudio de toda la vida. En lo cual vemos el cumplimiento de aquella profecía de Esaías (*b*), el cual dice que en la venida del Salvador toda la tierra se hinchiria del conoscimiento de Dios, así como el agua de la mar cuando cresce y se explaya por sus riberas. Y es tan excelente esta sabiduría que se aprende al pié de la Cruz, que el apóstol Sant Pablo, habiendo oido los secretos del tercero cielo, dice que no sabe otra ciencia sino á Jesucristo, y este crucificado.

Pues quien esto atentamente considerare, entenderá que la Cruz, demas de ser árbol de vida, es tambien un libro perfecto que nos enseña todo lo que habemos de creer y hacer. Y para mayor luz desta doctrina debe el cristiano presuponer que le tiene puestos ante los ojos dos libros en que pueda leer sin saber leer: el uno es el libro de las criaturas, de que tratamos en el tratado primero de este Summario. Y leyendo por este libro conoscerá primeramente la grandeza de la sabiduría de Dios, que ordenó este mundo con tan grande concierto, repartiendo los tiempos del año, y dividiéndolos en dias y noches tan á propósito de lo que convenía para la conservacion de las criaturas. Leerá tambien aquí su omnipotencia, pues con sola su palabra fabricó todo lo que su sabiduría trazó y ordenó. Leerá aquí tambien su providencia, viendo cuán perfectamente proveyó de lo necesario á todas sus criaturas, sin que nada les falte. Leerá tambien la grandeza de su hermosura, contemplando el resplandor de las estrellas del cielo, y la variedad de las flores y piedras preciosas de la tierra. Estas cuatro perfecciones divinas se leen en el libro de las criaturas; y por este libro dijo el gran Antonio á un filósofo que solia estudiar. Por él mismo tambien estudiaron todos los filósofos; porque como no tenian lumbre de fe, no tenian otra luz sino la que estas criaturas les daban.

Mas los cristianos á quien nuestro Señor hizo merced desta lumbre, tenemos otro libro mas perfecto que este: que es la Cruz de Cristo. Y quien hubiere leido todo lo que hasta aquí habemos escrito en este tercer tratado, y hubiere pedido á nuestro Señor con humildad y devotas oraciones le dé ojos para saber mirar á Cristo en la Cruz, en ella entenderá de una vista cuanto nos enseña la teología cristiana, así especulativa como práctica. Porque en este libro hay dos hojas: en la primera de las cuales leerá y verá cuán grande sea la bondad, la caridad, la misericordia, la justicia, la providencia, la omnipotencia y sabiduría de Dios, que en este misterio resplandesce (como está ya declarado), y en la otra hoja hallará la teología moral: que son los mayores motivos para abrazar las virtudes, y aborrescer los vicios que se pueden hallar.

Mas no es solo este fructo el que se coge deste árbol sagrado (con el cual se esclaresce y perfecciona nuestro entendimiento) sino tambien tiene aquí su gusto y cebo la voluntad, con todos los otros afectos y sentimientos de amor y devocion. Porque aquí se causa en nuestro corazon dolor y arrepentimiento de los pecados, considerando lo que el unigénito Hijo de Dios padesció por ellos. Por aquí se despierta el agradescimiento de los beneficios divinos; pues este fué el mayor de todos, y el causador de todos los otros. El cual beneficio es tan grande que, como dice el Salvador (*c*), cuando los hombres callasen, las piedras darian voces. Y si deseamos encender nuestros corazones en amor de Dios, ¿dónde hallarémos mayores estímulos y incentivos de amor que en la sagrada Pasion? Y si queremos esforzarnos á padescer algo por su amor, ¿dónde hallarémos mayor esfuerzo que en los trabajos del Redemptor? Y si queremos poner ante nuestros ojos un perfectísimo dechado de todas las virtudes para imitarlas, ¿dónde las hallarémos mas perfectamente estampadas que en la Cruz deste Señor? De manera que en la Cruz (demas del conoscimiento susodicho de Dios y de sus divinas perfecciones) hallarán los que devotamente en ella piensan, materia de compasion, y de compuncion, y de agradescimiento, y de amor de Dios, y de imitacion, y tambien de admiracion deste tan excelente medio que la divina sabiduría escogió para nuestra sanctificacion y salvacion. Y con ser esta sagrada Pasion materia de dolor y de compasion; pero (como escribe Sant Buenaventura) en ella se halla materia de tan grande alegría y suavidad, que con ningunas palabras se puede explicar, mayormente cuando consideramos los motivos y estímulos de amor que en ella se nos dan; de que arriba tratamos. Porque por eso se dice que se alegró el patriarca Abraham (*d*) considerando este dia de la sagrada Pasion. Y por eso exclama la Iglesia, diciendo (*e*): Dulce madero, dulces clavos y dulce peso; porque esta dulzura siente quien contempla y gusta los fructos deste árbol sagrado.

§. ÚNICO.

Por esta meditacion se consiguen todos los bienes, y se alcanzan todas las virtudes.

Finalmente, son tan grandes los provechos desta sancta meditacion, que si cuantas personas espirituales y devotas ha habido en la Iglesia despues que el Evangelio se predicó, y cuantas hay agora en todo el mundo, fueren preguntadas cuál es la causa que mas las ha esforzado y ayudado en la carrera de la virtud, todas á una voz responderán que la consideracion y meditacion desta sagrada Pasion; porque en ella hallan todo lo que han menester para el reparo de su vida. Aquí hallan esfuerzo en sus trabajos, consuelo en sus tribulaciones, y socorro en sus necesidades, y esperanza en sus peligros. Si son tentados del enemigo, aquí se acogen á las llagas de Cristo (*f*); si han perdido la devocion, aquí la hallan; si están resfriados en el amor de Dios, aquí se calientan; si están derramados y distraidos con los negocios desta vida, aquí se recogen; si los fatiga el cilicio y la vestidura áspera, mirando á Cristo crucificado se consuelan; si el mundo los persigue, miran á su Dios y Señor perseguido é infamado. Cuando les fatiga la pobreza, míranlo en la Cruz desnudo; cuando les duele la disciplina, míranle en la columna azotado; cuando les da desgusto la comida pobre y desabrida, acuérdanse de la hiel y vinagre que por último refrigerio se le dió en la Cruz. Por aquí pues se ve cuán general es esta medicina para todas las necesidades de nuestras ánimas, y cuánta luz y materia de devocion y amor de Dios por ella se nos da.

Pues el que quisiere aprovechar en el camino del cielo, debe comenzar y acabar por este sancto ejercicio. Porque por este medio han llegado muchas personas á

(*b*) Esai. 11.

(*c*) Luc. 19. (*d*) Joan. 8. (*e*) In Offic. Sanct. Cruc.
(*f*) August. in Man. cap. 21 et 22. tom. 9.

un altísimo grado de perfeccion, de que tengo especial noticia. Y Sant Bernardo (*g*) y Sant Buenaventura por este camino confiesan ellos que caminaron, y por él llegaron á grande perfeccion. Pues á estos sanctos procure seguir el que desea aprovechar, hasta que el Espíritu Sancto le enseñe otro camino que despues deste hay.

Por lo dicho en este capítulo entendemos ser la Cruz de Cristo el árbol de vida que puso Dios en medio del paraíso de su Iglesia: el cual tiene ramas altas y bajas, para que así los bajos como los altos puedan aprovecharse y gozar de los fructos dél.

CAPITULO XVI.

Cómo la sagrada Pasion ayuda á la oracion para alcanzar lo que en ella pedimos.

Con la meditacion suele andar junta la oracion, por cuyo medio pedimos á nuestro Señor las virtudes de que tenemos mayor necesidad, ó á que tenemos mayor aficion. Mas para que esta peticion tenga eficacia, es necesario que vaya llena de confianza. Ca entre otras condiciones que la oracion ha de tener para que alcance lo que pide, la mas principal es que vaya acompañada con confianza. Y así dice el Salvador (*a*): Cuando vais á orar, creed que se os dará lo que pedís, y darse os ha. Mas dirá alguno: ¿cómo podré yo alcanzar esa tan firme confianza siendo tan pobre de merecimientos como es el hombre pecador? A esto respondo trayendo á la memoria aquel tan misericordioso concierto que el Salvador hizo con nosotros, que arriba declaramos, que fué tomar para sí la carga de los trabajos, y comunicar á los hombres el fructo de sus merescimientos.

Pues estos debemos alegar y presentar ante el acatamiento divino cuando algo pedimos, pues de todos ellos nos hizo donacion en vida y en muerte nuestro segundo Adam y piadoso Padre, que en la Cruz nos reengendró con dolores de muerte. Y así podemos alegar por nuestra parte cómo este Señor para nosotros nasció, y vivió, y murió, y pagó lo que no debia por lo que nosotros debiamos. Por nosotros ayunó, y caminó, y oró, y veló, y lloró, y sufrió en sus palabras calumniadores, y en sus obras acusadores, y en sus tormentos escarnecedores, con todo lo demas que en vida y muerte padeció. Y haciendo esto, cumplirémos con otra cosa que nuestro Señor quiere de nosotros; y es que no parezcamos vacíos delante dél (*b*); y no parecerémos tales, si le presentáremos estos trabajos y méritos de nuestro Salvador.

CAPITULO XVII.

Conclusion de todo lo que hasta aquí está dicho en este tercer tratado.

Juntemos agora el fin con el principio deste tercer tratado. Dijimos allí que dado caso que nuestro Señor pudiera remediar al hombre por muchas otras maneras; pero que como él en todas sus obras no mira lo que puede, sino lo que mas conviene á la órden de su sabiduría, escogió este modo de remediarnos, por ser el mas conveniente y proporcionado, así para gloria suya, como para provecho y remedio del hombre. Esto es lo que habemos probado en lo que hasta aquí se ha dicho; lo cual brevemente punto por punto probarémos, y concluirémos aquí.

Porque primeramente cuanto toca á la gloria de Dios, era necesario reconciliarnos con él; pues estaba enemistado contra nosotros por aquel comun pecado. ¿Pues quién pudiera ser mas suficiente para esta reconciliacion que el Hijo de Dios, infinitamente amado de su eterno Padre? Y si era necesario satisfacer á la Majestad, ofendida con la soberbia y desobediencia de aquel primer hombre, ¿qué mayor satisfaccion para esto que la humildad y obediencia del que juntamente era Dios y hombre? Porque si el hombre quitó á Dios (cuanto era de su parte) la reverencia y obediencia que le debia, mucho mas le ofresció Cristo con la humildad y obediencia con que lo glorificó. Donde se infiere, conforme á la doctrina del Apóstol (*a*), que mucho mayores fuéron los bienes que nos vinieron por Cristo, que los males que nos vinieron por Adam. Lo cual se ve en la muchedumbre de los sanctos que ha habido en el mundo, y en la grandeza de los favores que les fuéron hechos. Y si nosotros no experimentamos esto, es porque no nos disponemos ni aparejamos para ello; pues no ménos está abierta la mano de Dios para nosotros que para ellos. Y demas desto, si era necesario algun grande sacrificio para aplacar á Dios ofendido, ¿qué mayor sacrificio que el que le ofresció nuestro summo Pontífice y sacerdote Cristo; el cual lleno del Espíritu Sancto ofresció, no sángre de corderos, ni de becerros, sino su misma sangre en el altar de la Cruz? Y si era necesario algun precio para el rescate de los cautivos que tenia en su reino el demonio (no como señor dellos, sino como carcelero de Dios), ¿qué otro precio mas excelente que la sangre deste Cordero, de la cual una sola gota bastaba para rescate de mil mundos? Y si aquel primer hombre estaba condenado á muerte por su culpa, aquí se ofresce en satisfaccion por la muerte de un hombre, muerte de Dios y hombre. Vemos pues por lo dicho cuánto mas satisfecho y glorificado quedó Dios con este summo sacrificio, que ofendido con el desacato del hombre culpado. Y á este propósito se suelen aplicar aquellas palabras en las cuales el sancto Job decia (*b*): Pluguiese á Dios que se pesasen en una balanza los pecados por que Dios se airó contra mí, y en otra la calamidad de los trabajos que por ellos padezco; porque esta paresceria mas pesada que las arenas de la mar. Las cuales palabras con mas verdad se atribuyen á Cristo que al sancto Job, pues fué infinito mas lo que él pagó, que lo que nuestros pecados merescian.

Agora veamos cómo las divinas perfecciones resplandescen en esta obra de nuestra redempcion. Pues para esto digo brevemente que si nuestro Señor, que por sus obras se da á conoscer en esta vida, quisiera con toda su sabiduría y omnipotencia hacer una obra señalada en la cual nos descubriera la grandeza de sus perfecciones; esto es, de su bondad, y caridad, y misericordia, y justicia, y providencia, y omnipotencia, y sabiduria, ¿qué otra obra pudiera hacer con que mas claramente estas perfecciones suyas se nos descubrieran? Esto queda ya declarado en siete capítulos deste tercer tratado que desto tratan, á los cuales remito al prudente lector.

Digo tambien que si este mismo Señor con esta misma sabiduría quisiera hacer una obra con que nos declarara la dignidad y excelencia de la virtud, y la deformidad del pecado, y el aborrescimiento que le tiene, ¿qué otra obra pudiera hacer con que mas nos descubriera lo uno

(*g*) Bernard. sup. Cant. serm. 45. (*a*) Marc. 11. (*b*) Exod. 23. Deut. 16. Eccli. 35.

(*a*) Rom. 5. (*b*) Job. 6.

y lo otro? Esto queda ya declarado en el postrer capítulo del segundo tratado.

Añado mas: que si el mismo Señor quisiera hacer una obra con la cual encendiera y abrasara nuestros corazones en su amor, ¿qué otra pudiera hacer que con mayor eficacia á esto nos moviera? Porque con los otros beneficios nos obligó á que le amásemos, pero con este casi nos necesitó. Por lo cual dijo él que habia venido á poner fuego en la tierra (*c*). Esto tambien queda declarado en el capítulo VII de la caridad.

Así podemos discurrir por la virtud de la humildad, y de la mansedumbre, y de la paciencia, y de la obediencia, y de la esperanza, y de la aspereza de la vida y pobreza evangélica, y hacer las mismas preguntas; y concluir que no era posible á la divina Majestad hacer alguna obra mas poderosa para incitarnos al amor destas virtudes, que esta.

Asímismo si quisiera hacer alguna obra cuya consideracion despertara mas nuestros afectos y deseos á las cosas del cielo, ¿qué otra pudiera ser mas conveniente para eso, que la historia y misterio desa misma Pasion? En cuya meditacion hallan las ánimas devotas materia de compasion, y de compunccion, y de imitacion, y de admiracion, y de agradescimiento deste summo beneficio, y de amor y temor de Dios. Porque este es el libro que vió en espíritu el profeta Ecequiel, escripto dentro y fuera, lo uno para los simples, y lo otro para los sabios (*d*), en el cual dice que estaban escriptas lamentaciones, y cantares, y amenazas; para las cuales cosas se hallan grandes motivos en la sagrada Pasion.

Pues para consuelo de tristes y afligidos, y remedio de tentados, ¿dónde se hallará medicina mas eficaz, que en las llagas del Crucificado (*e*)?

Pero lo que aquí nos pone mayor admiracion es que para todas estas cosas susodichas, y para otras semejantes, y para cada una dellas en particular, de tal manera sirve este misterio, como si para ella sola se ordenara, y no para las otras; como arriba se declaró, y como lo verá quien quisiere discurrir por cada una dellas. La razon desto paresce ser, que como esta sagrada Pasion sea obra del mismo Hijo de Dios, así como Dios, siendo simplicísimo y uno, es todas las cosas, así su sagrada Pasion sirve para todas ellas. Otra razon hay para esto; y esta es, que asentado por la lumbre de la fe que el Hijo de Dios encarnó y padeció por hacer á los hombres amadores de las virtudes y enemigos de los vicios, como escribe el Apóstol (*f*), ¿qué vicio hay que por aquí no sea summamente aborrescido, y qué virtud para la cual no hallemos aquí grandes motivos y espuelas; pues la causa de su Pasion fué hacernos virtuosos y sanctos?

Queda pues concluido por lo dicho lo que al principio propusimos: que es haber sido este el mas excelente de todos los medios que Dios pudiera escoger para nuestra sanctificacion y salvacion. Porque si (como ya dijimos) aquella es mas propria obra de Dios, que mas redunda en gloria suya y provecho del hombre, en esta obra resplandesce mas esta gloria que en todas cuantas hasta hoy ha hecho y puede hacer, como ya está dicho. Y cuanto toca al provecho del hombre, por aquí se le da una tan grande luz para el conoscimiento de las perfecciones divinas, y de todo lo que pertenesce á su salvacion y sanctificacion, y tan grandes estímulos para el amor y temor de Dios, y para todas las otras virtudes, que todos cuantos libros están escriptos, y se pueden escribir, no nos darán tan grandes motivos para amar las virtudes, y aborrescer los vicios, como nos da este misterio; segun que lo tenemos ya probado.

Por lo dicho se entenderá bien cuán eficaz haya sido la medicina deste misterio para la cura de todas las dolencias de nuestras ánimas. Mas porque la excelencia de la medicina se conoce por los efectos que obra, veamos agora el fructo que della se siguió en el mundo; porque esta es la mayor prueba y abono della. Algunas medicinas hay muy bien compuestas, y ordenadas por grandes médicos; y con todo eso acaesce que aplicándolas á la enfermedad, ó por la destemplanza del doliente, ó por la rebeldía del humor indigesto, ningun efecto hacen. Mas no se puede decir esto en ningun caso desta medicina; porque por rebelde y repugnante que estaba el mundo á toda virtud y sanctidad, fué curado y reformado por ella. Lo cual señaladamente se verá por lo dicho en el capítulo XIII del tratado segundo, que trata de la reformacion que se siguió en el mundo por la predicacion del Evangelio. Pero mas á la clara se entenderá esto por lo que está escripto en el mismo tratado en el capítulo XXV, donde se cuenta la infinidad de sanctos y sanctas que ha habido en la religion cristiana. Y aunque lo contenido en estos capítulos declára lo susodicho; pero lo que mas brevemente nos lo enseña, son los martirologios, donde están resumidas las vidas y martirios de los sanctos; y quien por ellos leyere, no acabará de maravillarse viendo tanta infinidad de sanctos como allí se cuentan en todas las partes del mundo.

Vése tambien la eficacia desta medicina por la mudanza susodicha que el mundo hizo despues della; pues el conoscimiento de Dios, que estaba arrinconado en la provincia de Judea, se extendió por todas las provincias de lo que estaba descubierto del mundo; pues (como se ve en los martirologios susodichos), apénas hubo tierra que no fuese sanctificada y regada con sangre de mártires. Pues ¿qué cosa mas propria ni mas digna de aquel Señor (cuya sanctidad alaban aquellos espíritus soberanos diciendo: Sancto, Sancto, Sancto es el Señor Dios de los ejércitos), que haber trazado y ordenado una cosa de que tanta sanctidad se siguió en el mundo? Pues considerando esto, con mucha razon exclama Sant Buenaventura con aquellas palabras del Apóstol, que dice (*g*): Léjos sea de mí gloriarme en otra cosa que en la Cruz de mi Señor Jesucristo; pues en ella y por ella tantos bienes se me conceden. Porque ¿en qué me tengo yo de gloriar, sino en la gloria de Dios, y en la salud del hombre? Pues ¿dónde se halla lo uno y lo otro perfectamente, sino en la Cruz? Allí fué Dios honrado como él merescia, con tan grande sacrificio y obediencia; y allí fué el hombre amado mas de lo que merescia, con tan grande beneficio y redempcion.

Este capítulo querria yo que el siervo de Dios leyese muchas veces, despues de muy bien ponderado lo contenido en él; porque no faltando la luz divina (sin la cual todos quedamos á escuras), no ménos se confirmará con él en la fe del misterio de nuestra redempcion, que si viese hacer ante sí muchos milagros. Mas no es sola esta la confirmacion de nuestra fe, porque muchas otras están dichas, y otras aun nos quedan por decir.

(*c*) Luc. 12. (*d*) Ezech. 2. (*e*) August. in Man. cap. 21. 22. tom. 9. (*f*) Tit. 2.

(*g*) Gal. 6.



CAPITULO XVIII.

De algunas preguntas y objecciones que se pueden proponer acerca del misterio de la Encarnacion, vida y muerte de nuestro Salvador.

Entre las cerimonias con que mandaba Dios en la ley comer el cordero pascual (que era figura del verdadero Cordero, Cristo nuestro Salvador), una dellas era, que no se comiese crudo, sino asado (*a*). Alguno habrá que se maraville desta prohibicion, y que le parezca cosa excusada prohibir lo que nadie habia de hacer, que es comer carne cruda. Mas por este mandamiento que paresce excusado, dice Sant Gregorio (*b*) que quiso nuestro Señor levantarnos de la letra al espíritu, dándonos á entender que algunos habian de comer este cordero crudo, contra este mandamiento; y estos fuéron los herejes y los infieles; los cuales considerando por una parte la majestad y alteza de la naturaleza divina, y por otra la bajeza de la humana, no mirando mas que lo que de fuera en ella parescia, sin considerar la alteza del consejo divino que en esta obra resplandesce, juzgan atrevidamente ser esta obra indigna de la majestad de Dios; porque no miran mas que la sobrehaz y corteza della. Estos pues son los que comen este cordero crudo; los que friamente y sin algun calor de devocion lo contemplan. Mas asado lo comen los que con devoto y herviente corazon ponen los ojos en el inmenso fuego de amor con que el Salvador se ofresció en sacrificio por remedio de nuestros males, y merescernos la vida eterna. Y la diferencia que hay entre los unos y los otros, declaró el Apóstol cuando dijo (*c*): Nosotros predicamos á Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles; mas los que Dios llamó de los unos y de los otros, hallan que en este misterio está encerrado el summo poder y sabiduría de Dios. Estos pues son los que comen el cordero asado; mas aquellos lo comen crudo, y por eso condenan lo que no alcanzan. Pues contra estos pretendo declarar con el favor de nuestro Señor, en lo que se sigue deste tercer tratado, cómo ninguna destas cosas es indigna de aquella infinita y soberana bondad, aunque á los ojos carnales (que no miran mas de lo que por de fuera se ve), parezca indigna de la gloria de la Majestad. Pues á cada una destas objecciones ó preguntas responderémos aquí por su órden.

§. I.

Primera pregunta, acerca de la humanidad de Cristo nuestro Salvador.

La primera objeccion ó pregunta es acerca de la bajeza de la naturaleza humana: paresciendo al juicio de la prudencia del mundo cosa indigna de la grandeza de Dios juntar consigo naturaleza tan baja en unidad de persona. Tendria lugar esta objeccion considerando la naturaleza humana como ellos la consideran en sí mismos. Mas no es así; porque por el mismo caso que el Hijo de Dios la quiso misericordiosamente juntar consigo para obrar en ella el negocio de nuestra salud, él la enriquesció, y engrandesció, y sublimó con tan grandes riquezas y gracias, cuanto para tan grande dignidad se requeria; con las cuales quedó tan rica, tan perfecta, tan hermoseada y tan resplandesciente, que comparada con ella toda la hermosura de los ángeles, y de todos los querubines, y serafines, y de todo lo criado, no resplandesce mas que las estrellas del cielo ante el sol de mediodía. Porque ya que este Señor se quiso vestir desta ropa, él la supo hermosear con tantas labores de gracias, que no fuese cosa indigna de su majestad tener unida consigo tal naturaleza. Lo cual nos representa aquel velo del templo (*d*), hecho de hermosísimos colores; que es la sanctísima humanidad (que era el velo con que estaba cubierta la gloria de la divinidad) el cual era labrado de aguja, que es por artificio subtilísimo del Espíritu Sancto, cuya singular y admirable obra fué esta.

Mas la causa de ofenderse deste misterio los infieles, procede de considerar al hombre con las manqueras y pasiones con que nasce. Mas Cristo, aunque es verdadero y perfecto hombre, es nuevo hombre, de nueva manera concebido por el Espíritu Sancto, y nascido de madre vírgen, y sin mácula de pecado, y sin las pasiones desordenadas que tienen los otros hombres concebidos en él. Desta manera lo que era tan bajo por naturaleza, fué levantado con los privilegios de todas las gracias que aquí se juntaron. Y aun en esto se ve la grandeza de la sabiduría y omnipotencia de Dios, el cual puede sublimar tanto por gracia lo que es tan bajo por naturaleza. No era ménos alabado aquel famoso estatuario, por nombre Fidias, cuando hacia una imágen de barro muy perfecta, que cuando la hacia de marfil ó de oro. Porque mucho mas se muestra la suficiencia del arte, cuando la materia no ayuda al artífice. Pues así decimos que no fuera tan grande maravilla hermosear Dios la naturaleza angélica, si se juntara con ella, cuanto fué obrar esto en la naturaleza humana, por ser ella de condicion mas baja. Y esta es una cosa en que Dios communmente muestra su grandeza, levantando de la tierra al pobre, y del estiércol al necesitado (*e*). Y así él es el que hace de los pecadores justos, y de las piedras hijos de Abraham (*f*), y de los pastores reyes (*g*), y de los rústicos profetas (*h*), y de los pescadores apóstoles y príncipes de su Iglesia (*i*); mas la summa de todas sus grandezas y riquezas en esta sagrada humanidad se mostró.

Mas para que la rudeza de nuestra razon entienda mejor lo dicho, pondré un ejemplo, por el cual subiendo de las cosas menores á las mayores, conozcamos la dignidad y gloria desta sagrada humanidad. Dice Sant Buenaventura que el padre Sant Francisco habia llegado á tan gran pureza, que su carne parescia de un niño recien nascido, y muy semejante á la que tuviera en el estado de la innocencia. Pues imaginemos agora una carne mil veces mas pura que esta; y añadamos que esta fuese concebida por sola virtud del Espíritu Sancto en las entrañas de una vírgen mas pura que las estrellas del cielo, y pongamos en esta carne una ánima con todas las grandezas, y excelencias, y gracias, y riquezas que arriba dijimos; y todo esto sin alguna centella, ni sombra de pecado, ni otra imperfeccion. Pregunto pues agora: ¿qué indignidad era del Hijo de Dios ayuntar consigo tal humanidad como esta en su persona? Pues tal es la que la religion cristiana confiesa haber sido ayuntada al Verbo divino para obrar en ella el negocio de nuestra salud. Cuya pureza declaró el Profeta cuando dijo (*k*) que el Señor habia reinado, y vestídose de her-

(*a*) Exod. 12. (*b*) Lib. 20. Mor. cap. 9. tom. 1. et in Evangel. Hom. 22. in med. tom. 2. (*c*) 1. Cor. 1

(*d*) Exod. 26. (*e*) Psalm. 112. (*f*) Luc. 3. (*g*) 1. Reg. 16. (*h*) Amós 1. (*i*) Matth. 4. (*k*) Psal. 92.

mosura, y ceñídose de fortaleza y de virtud. Donde llama á la sagrada humanidad ropa de hermosura, para significar la grandeza de su perfeccion y pureza. Pero mas perfectamente se representó la hermosura y gloria desta sancta humanidad en el misterio de la gloriosa transfiguracion del Salvador, donde su rostro resplandesció como el sol, y sus vestiduras paréscieron blancas como la nieve.

Siendo pues esta la perfeccion y hermosura de aquella sagrada humanidad (la cual por estas vestiduras se entiende), ¿qué indignidad es vestirse el Hijo de Dios de tan rica vestidura cual esta es? Está tan léjos esto de ser cosa indigna desta Majestad, que muchos graves doctores confiesan que aunque no hubiera pecado, no dejara este Señor de vestirse desta ropa tan hermosa, para gloria y muestra de la grandeza de su bondad y caridad (*l*). Mas porque de la riqueza y hermosura desta sacra humanidad tratamos mas á la larga en nuestra Introduccion del Símbolo de la Fe, á este lugar remitimos al prudente lector. Esto baste para respuesta de la primera pregunta.

§. II.

Cómo todo el proceso de la vida de nuestro Salvador corresponde, así á la dignidad de su persona, como al oficio á que venía.

Mas para cumplimiento desta materia será bien que veamos cómo todo el proceso de la vida y Pasion del Salvador corresponde á la dignidad y gloria desta sancta humanidad. Para lo cual es de saber que dos cosas señaladamente habemos de considerar en la vida deste Señor: que son, quién él era, y á lo que venía. Si miramos quien él era, á él convenía toda gloria y honra; porque era Hijo de Dios; mas si miramos á lo que venía, á él convenía toda humildad y pobreza; porque venía á curar nuestra soberbia. Por lo primero dijo Sant Juan (*m*): Vimos la gloria deste Señor, la cual era conforme á quien él era; que era Hijo del Padre, lleno de gracia y de verdad. Mas por lo segundo dijo Esaías (*n*): Vímosle y estaba desfigurado; y deseamos verle despreciado y el mas abatido de los hombres, varon de dolores, y que sabe de trabajos.

Y esta es la causa por que en el proceso de la vida deste Señor unas veces hallarémos cosas de grande gloria, conformes á la dignidad de su persona, y otras de grande humildad y pobreza, proporcionadas al oficio á que venía. Esto vemos luego en su sancto nascimiento, en el cual tiene por madre una mujer; mas esta madre es vírgen (*o*); es concebido en sus entrañas virginales, mas esto es por sola virtud del Espíritu Sancto; nasce en un establo, mas resplandesce con una nueva estrella en el cielo. Por lo cual con mucha razon exclama Sant Augustin, diciendo (*p*): ¿Qué Niño es este que buscan los extranjeros, al cual conoscen en el cielo, y búscanlo en la tierra; resplandesce en lo alto, y está escondido en lo bajo; venlo en Oriente, y búscanlo en Judea? ¿Qué Rey es este tan pequeño, y tan grande, que ántes que hable en la tierra, ya pone sus edictos en el cielo? Por donde si te escandalizan, hombre, los pañales, escucha el cantar de los ángeles; si te parece vil el establo, levanta los ojos á la estrella que resplandesce en el cielo. Si crees las cosas bajas, cree tambien las altas.

Estos son, dice Sant Augustin (*q*), Señor Jesus, los testimonios de tu grandeza en esa tierna edad, ántes que las ondas de la mar obedesciesen á tu imperio, ántes que los vientos por tu mandamiento cesasen, ántes que los muertos por tu llamamiento resuscitasen, ántes que el sol cuando tú morias se escuresciese, y la tierra cuando tú resuscitabas temblase, y el cielo cuando tú á él subias se abriese. De manera que siendo traido en los brazos de la madre, ya eras conoscido por Señor del mundo.

Pues esta diversidad de cosas altas y bajas que vemos en el nascimiento deste Señor, vemos tambien en todo el discurso de su vida sanctísima. Porque en ella verémos una tan grande humildad y pobreza, que llegó el Señor de la Majestad y abismo de todas las riquezas á sustentarse con las limosnas que unas piadosas mujeres le daban (*r*). Pues ¿qué mayor humildad que esta? Mas ¿cuáles eran las riquezas y la gloria deste pobre? Andaba por la tierra lanzando los demonios, curando los paralíticos, alumbrando los ciegos, sanando los cojos, resuscitando los muertos, sosegando los mares, y andando sobre ellos (*s*). A su imperio servian los ángeles (*t*); de su poder temblaban los demonios, á su voz respondian los muertos, á su mandamiento obedescian los elementos, con su palabra perdonaba los pecados, con su virtud sanctificaba los corazones, y con solo el tocamiento de su vestidura sanaba los enfermos, y con el de sus manos multiplicaba los panes, y daba de comer á los hambrientos.

Mas dejemos agora los milagros, y tratemos de las virtudes deste Señor, y de la manera de su vida sanctísima; en la cual verémos cuánto concuerda con la sanctidad de su persona y del oficio á que venía. Venía pues (entre otras cosas) á desaficionar los hombres del amor de las cosas de la tierra, y aficionarlos á su Criador, como él declaró cuando dijo (*v*): Fuego vine á poner en la tierra: ¿qué tengo de querer sino que arda? Pues ¿qué otra cosa hizo en todos los pasos y obras de su vida, sino echar brasas de carbones sobre nuestros corazones para encenderlos en su amor? Y por eso entre todas las virtudes que en él resplandescian, señaladamente se esmeró en aquellas que lo hacian mas amable á los hombres; cual es la humildad, la caridad, la misericordia y la mansedumbre, que aun en los animales es amable. Estas son aquellas cuerdas con las cuales promete el Señor por su Profeta (*x*) que habia de atraer á los hombres; que es, con lazos y prisiones de amor. Pues comenzando por la humildad, ¿qué humildad fué nascer en un establo, y ser circuncidado al octavo dia como pecador, y huir á Egipto como flaco, y ser baptizado entre publicanos y pecadores como uno dellos, y tratar con sus discípulos, segun él dice, no como Señor que está asentado á la mesa, sino como ministro que sirve (*y*)? Cuál fué aquella mansedumbre que guardó en toda la vida, de la cual dijo el mismo Señor por Esaías (*z*): Veis aquí mi siervo, el escogido que yo escogí, en quien puse mi espíritu. No clamará, no contenderá con nadie, ni se oirá su voz en las plazas; la caña que estuviere cascada, no la quebrará, y la torcida que estuviere humeando, no la apagará. Lo cual mostró él muy á la clara con la mujer

(*l*) Scotus. cum discip. in 3. sentent. dist. 7. q. 3. (*m*) Joan. 1. (*n*) Esai. 53. (*o*) Bernard. de Circuncis. Dom. serm. 1. (*p*) In Fest. Epiphan. serm. 6. de Temp. ver. 34. cap. 1. tom. 10.

(*q*) De Nativ. Dom. serm. 9. de Temp. ver. 13. cap. 3. tom. 10 (*r*) Luc. 8. (*s*) Matth. 9. Luc. 5. Matth. 9. 11. Marc. 4. (*t*) Matth. 4. Marc. 1. Luc. 7. Marc. 4. Luc. 7. Matth. 9. Joan. 6. (*v*) Luc. 12. (*x*) Osee. 11. (*y*) Luc. 22. (*z*) Esai. 42.



adúltera (a); pues no quiso condenar á la que todos condenaban. Ni fué menor, sino mayor la mansedumbre que mostró en todos los pasos de su sacratísima Pasion; la cual vió en espíritu el mismo Profeta, cuando dijo (b): Como oveja que llevan al matadero, así será llevado; y como el cordero delante del que le tresquila, así enmudescerá, y no abrirá su boca. Y con esta mansedumbre respondió al que le dió la bofetada en casa de Annas, diciéndole (c): Si mal hablé, muéstrame en qué; y si no, ¿por qué me hieres?

Pues ¿qué diré de su misericordia, y del celo de la salvacion de las ánimas, pues dende que comenzó el oficio de la predicacion del Evangelio, toda la vida gastó en andar por villas y castillos curando los cuerpos, y doctrinando las ánimas (d)? ¿Con qué entrañas de caridad convidaba á todos los pecadores que viniesen á él, diciendo (e): Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, que yo os daré refrigerio? Cuán amigos quiso que fuésemos de misericordia, pues quiso que el proceso del dia del juicio (por el cual se han de sentenciar buenos y malos) fuesen las obras de misericordia, diciendo á los buenos (f): Venid, benditos de mi Padre, y tomad la posesion del reino que os está aparejado; porque tuve hambre, y dístesme de comer, etc. Añadiendo al cabo: Porque lo que á uno destos pequeñuelos hecistes, á mí lo hecistes, y lo que no hecistes con ellos, á mí lo negastes. ¿Qué humano se mostró con el Centurion (g) cuando le pidió salud para un su criado, respondiendo que él iria á su casa y lo curaria, pudiendo con sola una palabra darle salud, como se la dió? ¿Cuán agradescido á Zaqueo, publicano, por el amor y devocion que en él conoció (h); pues se le convidó á comer con él en su casa? ¿Cuán agradescido á aquellas sanctas Marías que iban al sepulcro á ungir su sacratísimo cuerpo (i); pues se les ofresció en el camino vivo, quien ellas buscaban muerto; y consintió abrazar y besar sus sagrados piés, y adorar aquellas preciosas señales de las llagas que en ellos habia recebido? Y no ménos mostró este amor y agradescimiento á los dos discípulos que iban á Emaús (k) platicando con mucho dolor y sentimiento de sus corazones lo que el Señor habia padescido, pues les acompañó todo el camino, declarándoles las sanctas Escripturas, y confirmándolos en la fe.

Y demas desto, ¿cuán benigno se mostraba con los pecadores, y cuán deseoso de su salvacion; pues comia con ellos para atraerlos á sí con su ejemplo y doctrina (l)? ¿Cuán grande fué la misericordia de que usó con la Magdalena (m), pues infundió en aquella ánima pecadora un tan grande amor de Dios, y un tan profunde dolor de sus pecados, los cuales tan fácilmente le perdonó? ¿Cuán benigno fué con la Samaritana, pues de mujer pecadora súbitamente la hizo Evangelista (n)? ¿Cómo se enterneció su corazon, cuando vió ir la madre viuda á enterrar un solo hijo que tenia? Porque segun dice el Evangelista (o), movidas sus entrañas á compasion (como verdadero hombre que era) se llegó á ella sin ser llamado ni rogado, y le dijo: Mujer, no llores. Y acercándose á las andas en que iba el muerto, lo resucitó y lo entregó á su madre.

Mas veamos de la manera que el Señor de la Majestad trataba con aquellos pobres pescadores sus discípulos. ¿Con cuánta mansedumbre sufria su rudeza y simplicidad, y cuán familiar y benignamente conversaba con ellos? Y habiéndole ellos desamparado al tiempo de su Pasion, y dejádolo solo en poder de sus adversarios, como olvidado desta cobardía y deslealtad, luego ese dia que resuscitó, les envió una amorosísima embajada con la sancta pecadora, diciendo (p): Ve á mis hermanos, y díles que subo á mi Padre y á vuestro Padre; á mi Dios y á vuestro Dios. ¿Cuán amigo se les mostró cuando les dijo (q): Como el Padre me ama, así os amo yo? La grandeza deste amor (demas de otras muestras) declaró él en aquel glorioso sermon de la cena (r): en el cual por la mayor parte trata de la consolacion de sus discípulos que estaban tristes por la partida de su Maestro. Donde es cosa dignísima de considerar que estando el Salvador para padescer los mayores dolores que jamas en esta vida se padescieron, y siendo mas justo tratar de su propria consolacion que de la dellos, tanta fuerza tuvo su amor, que como olvidado de sí, trata de la consolacion dellos; como si fuera mayor la pena de su ausencia que el dolor de su Pasion. Pues ¿quién aquí no reconosce las entrañas de caridad y la benignidad deste clementísimo Señor?

Sobre todo esto, ¿cuán misericordioso se mostró con Sant Pedro cuando le negó (s), pues volvió su rostro hácia él, y le infundió aquel gran dolor y arrepentimiento de su pecado? Y, lo que es mas (t), á él solo aparesció despues de resuscitado ántes que á los otros discípulos, para enjugar las lágrimas de sus ojos, y esforzar y consolar al que tan confuso y desconsolado estaba por su culpa. Cuán benignamente reprehendió á sus discípulos porque querian pedir fuego del cielo contra los samaritanos, porque no le habian querido recebir, diciéndoles (v): No sabeis cuál es el espíritu que en vosotros mora. El Hijo de la Vírgen no vino á matar los hombres, sino á salvarlos. Allende desto, ¿qué humildad? qué caridad? qué regalo? qué benignidad fué que aquel soberano Señor á quien adoran todos los poderes del cielo, y ante cuyo acatamiento está postrada toda la naturaleza criada, se postrase ante los piés lodosos de sus discípulos (x), y se los lavase y alimpiase con aquellas manos, en las cuales el Padre eterno habia puesto todas las cosas?

Mas sobre todo esto, ¿qué entrañas de compasion mostró cuando viendo la ciudad de Hierusalem (y), y representándole el castigo que segun las leyes de la divina justicia le estaba aparejado, derramó muchas lágrimas de aquellos purísimos y clementísimos ojos por el grande azote que le estaba guardado? Y esta misma compasion lo enterneció tanto estando en la Cruz, que la primera palabra que allí habló fué rogar por ellos (z).

Y estando él padesciendo tan grandes dolores, que bastaban para quebrar corazones de piedras, ellos no solo no se compadescian dél, mas ántes le acrescentaban los dolores con sus lenguas (a); que era como echar sal en las llagas frescas y recientes. Mas el innocentísimo Cordero, compadesciéndose mas de su perdicion, que indignándose por sus injurias, al tiempo que ellos meneando las cabezas le escarnecian, él hacia oracion por ellos, diciendo (b): Padre, perdona á estos, porque no saben lo que hacen; porque verdaderamente le dolia

(a) Joann. 8. (b) Esai. 53. (c) Joan. 18. (d) Luc. 8. (e) Matth. 11. (f) Matth. 25. (g) Matth. 8. (h) Luc. 19. (i) Matth. 28. (k) Luc. 24. (l) Matth. 9. (m) Luc. 7. (n) Joann. 4. (o) Luc. 7.

(p) Joann. 20. (q) Joann. 15. (r) Joann. 13. etc. (s) Luc. 22. (t) Luc. 24. (v) Luc. 9. (x) Joann. 13. (y) Luc. 19. (z) Luc. 23. (a) Matth. 27. (b) Luc. 23.

mas su ceguedad que la misma Cruz. Y teniendo ante sí á su desconsoladísima Madre, primero que tratase de la consolacion della, trató del perdon y remedio dellos. Pues ¿quién no ve cuán grande benignidad y nobleza de corazon sea esta?

Estas son aquellas virtudes, y aquella espiritual y divina hermosura que debajo del humilde y pobre hábito de Cristo resplandescia; la cual en espíritu habia visto el Profeta Real (como quien tenia ojos para conoscer este nuevo linaje de hermosura) cuando dijo (*c*) que este Señor era el mas hermoso de los hijos de los hombres, y que con esta su hermosura habia de reinar prósperamente, no solo sobre los cuerpos de los hombres, sino mucho mas sobre sus corazones, atrayéndolos y aficionándolos á sí con la hermosura y gracia destas virtudes, tirando saetas agudas de amor á los corazones de sus enemigos, para hacerles amigos. Porque los que nunca pudieron ser vencidos con azotes, lo fuéron con los regalos y beneficios que en esta venida les descubrió. Por donde con mucha razon dijo el Apóstol (*d*) que se habia descubierto en esta venida la benignidad y blandura de Dios nuestro Salvador; la cual ántes nos estaba encubierta. Concluyo pues tambien agora que si Dios habia de conversar con los hombres, no habia otra mas conveniente manera de conversacion que esta que él escogió.

CAPITULO XIX.

Segunda pregunta de la humildad, pobreza y aspereza de la vida de nuestro Salvador.

Declarado en comun el proceso de la vida de nuestro Salvador, descenderémos á tratar en particular de la humildad, y pobreza, y aspereza della; por parescer estas cosas á la prudencia humana bajas y indignas de tan grande Majestad. Esta pregunta nasce de no conocer los hombres la dignidad y grandeza de los verdaderos bienes. Porque el mundo tiene por grandes bienes estos que son temporales, y se ven con los ojos corporales; y así llama grandes á los ricos dellos, como son los reyes y príncipes del mundo. Mas el juicio y estima de la palabra de Dios es tan diferente desto, que dice por Sant Lúcas el mismo Señor (*a*): Lo que es alto á juicio de los hombres, á veces es abominable delante de Dios. Pues si estos no son grandes, ¿á quién llama la palabra de Dios grande? Llama por boca del ángel Sant Gabriel á Sant Juan Bautista, diciendo dél que sería grande delante de Dios (*b*). Y este á juicio de Dios grande, andaba descalzo, vestido de un cilicio hecho de pelos de camellos, sin casa, sin cama, sin criados, manteniéndose de lo que hallaba por esos campos, como se mantienen los animales ó las aves. Este pues tan pobre, y tan mal vestido, dice el ángel que será grande delante de Dios; que es la verdadera y summa grandeza, donde queda la del mundo por muy baja y casi contrahecha.

Y que esto sea así, dícelo claro la razon. Porque como nuestra ánima sea sin comparacion mas excelente que el cuerpo, síguese que tanto serán mas excelentes los bienes della, que los dél; que son los bienes espirituales. Pues por esto dijimos al principio que el que quisiere entrar en este sanctuario, ha de descalzar los zapatos (*c*): que es despedir de su ánima las opiniones y pareceres que se le hubieren pegado del juicio del mundo.

Mas quien quisiere saber la respuesta desta pregunta, ponga los ojos en los fines á que el Salvador vino á este mundo. Porque quien esto considerare, verá claro que por ninguna via convenia que viniese de otra manera de la que vino. Vino pues primeramente para desterrar los pecados del mundo, como dice Sant Juan (*d*). Para esto aparesció el Hijo de Dios en el mundo, para destruir las obras del diablo, que son los pecados. Lo segundo vino á plantar en la tierra una manera de vida celestial; que es la perfeccion de la vida evangélica. Lo tercero vino para desengañar los hombres, enseñándoles otra manera de felicidad de la que ellos andan buscando por las criaturas. Pues estas tres cosas nos vino á enseñar el Hijo de Dios. Y para todas ellas sirven maravillosamente estas tres virtudes susodichas que él en su vida sanctísima nos representó.

Pues cuanto á lo primero, conviene saber que la causa de cuantos pecados se han hecho y hacen en el mundo, son aquellos tres malos amores que cuenta Sant Juan en su Canónica (*e*): que son, amor desordenado de la hacienda perecedera, y de la honra vana, y de los sensuales deleites. Que esto sea verdad, cada uno lo puede fácilmente conoscer; porque luego verá que ningun pecado se hace que no proceda de alguna destas tres pestilenciales raices, que con nada se hartan ni contentan, por mucho que sea. Fingen los poetas que á la puerta del infierno está una terrible guarda que llaman el Cancervero; el cual dicen que tiene tres cabezas, y que padesce perpetua hambre. Con lo cual por ventura quisieron los poetas significar estos tres insaciables amores que todos tenemos. A lo ménos el siervo de Dios que anda velando sobre la guarda de sí mismo, debe imaginar que tiene dentro de su corazon (por pequeño que le parezca) otro Cancervero; que es un apetito sensual del cual nascen estos tres insaciables amores, causadores (como digo) de cuantos males se hacen.

Pues siendo esto así, ¿qué habia de hacer el que venía á desterrar los pecados del mundo, sino poner el cuchillo á estas tres malas raices con estas tres virtudes que él abrazó en todo el discurso de su vida sanctísima, y enseñarnos con su ejemplo á hacer lo mismo? Porque con la pobreza voluntaria se corta la raiz de la cobdicia, y con la virtud de la humildad la del amor desordenado de la honra, y con la aspereza y trabajos de la vida el deseo desordenado de los deleites. De modo que con estas tres virtudes se cortan estas tres pestilenciales raices que son causa de todos los males. Pues si este Señor venía á enseñarnos por su ejemplo esta celestial filosofía, ¿de qué manera habia de venir, sino armado con estas tres virtudes que cortan las raices de todos los vicios; pues él vino á ser nuestra luz y nuestra guia, para que por donde él caminó, caminásemos todos?

§. I.

De la segunda causa de la venida del Salvador al mundo.

Pasemos adelante. Vino tambien lo segundo á plantar en la tierra una vida celestial, que es la perfeccion de la vida evangélica; que no es para todos, sino para aquellos que anhelan á la perfeccion; los cuales no contentos con la guarda de los mandamientos, se esfuerzan á la de los consejos. Pues quien á la perfeccion desta vida quiere caminar, sepa cierto que las tres columnas sobre que ella se funda, son estas tres virtudes susodichas, contrarias á aquellos tres malos amores que dijimos:

(*c*) Psal. 44. (*d*) Tit. 3. (*a*) Luc. 16. (*b*) Luc. 1. (*c*) Exod. 3.

(*d*) 1. Joann. 3. (*e*) 1. Joann. 2.

porque estos son los mayores impedimentos que tenemos para llegar á esta perfeccion. Para lo cual conviene advertir que como nuestro espíritu sea substancia espiritual (como son los ángeles), cuanto es desta parte no tiene por que apetescer cosas de carne (que son extrañas y peregrinas á su naturaleza), sino cosas espirituales, que son conformes á ella. Y si esto no hace, es por estar casado, ó (por mejor decir) amancebado con su propria carne; la cual tira por él con la fuerza destos tres amores susodichos, que son como tres cadenas que lo abaten de lo alto (donde es su naturaleza), y lo inclinan á las cosas de la tierra, que le son ajenas y peregrinas. Por donde así como una piedra que contra su naturaleza está en lo alto, quitándole los apoyos que allí la detienen, luego ella por sí correria á lo bajo, que es á su lugar natural; así quitando á nuestro espíritu estas prisiones susodichas, luego él (cuanto es de parte de su naturaleza) se levantará á lo alto, que es al amor de las cosas espirituales y divinas; aunque para lo uno y para lo otro se requiere gracia, para que esta subida sea meritoria. Por donde se ve cuán necesarias sean estas tres virtudes susodichas para la perfeccion desta vida; pues por ellas se cortan estas tres prisiones que nos impiden la subida para ella.

Añadiré para lo mismo otra razon. Para cuya inteligencia es de saber que la perfeccion desta espiritual vida de que tratamos, consiste en vivir el hombre conforme á la mas noble parte que tiene dentro de sí. Porque como él sea compuesto de carne y de espíritu, tiene en sí disposicion para vivir dos maneras de vidas: una conforme á los apetitos de su carne (que es vida de bestias), y otra conforme á la dignidad y condicion de su espíritu, que es vida de ángeles. Pues los que despreciada esta vida carnal sospiran por la espiritual, sepan cierto que han de mortificar su carne, porque vida carnal y espiritual no caben en un subjecto; pues la una es contraria á la otra. Y acabar esto es la mayor empresa, y la cosa mas ardua de cuantas hay en esta vida. Porque por la dolencia comun del pecado original nuestro espíritu quedó muy flaco y debilitado, y la carne por el contrario con todos sus apetitos é inclinaciones muy furiosa y rebelde. Porque perdida la gracia de la justicia original con que fuímos criados (que era como un freno que tenia la carne perfectamente subjecta al espíritu), quitado este freno, luego la carne quedó suelta, y desenfrenada, y rebelde como un caballo furioso, y por domar, y sin freno; que es la mayor calamidad de cuantas el mundo padesce. Mas por el contrario, el espíritu quedó tan debilitado y tan flaco, que no puede por sí ni aun tener un pensamiento que sea agradable á Dios, sin su favor y gracia.

Pues volver agora este negocio al reves; conviene saber, que la carne que está tan señora y tan poderosa, quede mortificada y debilitada; y el espíritu que está tan debilitado y como sepultado, de tal manera resuscite y se esfuerce, que sojuzgue la carne y la haga sierva de señora, es un linaje de mudanza, y (si decir se puede) una manera de alquimia, que solo el Espíritu Sancto puede hacer; donde no se hace de cobre oro, ni de plomo plata; sino de la carne espíritu, y de la tierra cielo, y del hombre ángel. Y para salir con esto, ¡oh cuánta diligencia, cuánta vigilancia, cuánta fortaleza, cuánta solicitud y cuidado, cuántas oraciones y vigilias son menester! ¡Cuántas batallas se han de vencer hasta llegar á tener esta carne subjecta al espíritu para que no nos lleve tras sí! Porque quien á fuerza de remos navega contra la corriente de un rio arrebatado, en descuidándose del remo, luego vuelve hácia atras. En lo cual paresce que la vida de los que desean llegar á la perfeccion, es una continua batalla, una perpetua lucha entre la carne, que está en su propria tierra y naturaleza, y entre el ánima, que es extranjera y peregrina; y finalmente es una perpetua cruz en que habemos de crucificar todos nuestros sentidos y apetitos, que son cuasi infinitos. Aunque tambien confieso que no faltan grandes esfuerzos y consolaciones del Espíritu Sancto para los que esto emprenden.

Mas volviendo al propósito, siendo esto así, y habiendo venido el Hijo de Dios á ser el maestro, el predicador, el capitan y guia desta vida espiritual, y el espejo y dechado della, y el que mucho mas con obras que con palabras nos las habia de enseñar, ¿cuál habia de ser su vida, sino pobre, áspera y llena de trabajos? Porque con esta manera de vida es refrenada, sopeada y sojuzgada la carne; la cual nos inclina á todo lo que es contrario al espíritu; y sabemos que un contrario no puede ser vencido sino con otro mas poderoso. Vemos pues por lo dicho cuán conveniente cosa era que así viniese quien para esto venía.

§. II.

Causa tercera, y tercera empresa de la venida del Salvador.

Lo tercero venía, como verdadera luz y guia del mundo, á desengañar los hombres, y mostrarles otra manera de felicidad de la que ellos andan buscando. Porque ellos la tienen puesta en la posesion de las riquezas y deleites corporales; lo cual está tan léjos de ser así, que apénas hay cosa mas contraria á ella; como lo entendieron aun muchos de los filósofos gentiles. Y porque esta materia es muy larga, declararé en summa lo que á este artículo toca. Es pues de saber que la felicidad del hombre en esta vida consiste en emplear su entendimiento en la mas excelente obra de cuantas él puede hacer; que es, en la contemplacion de Dios, y de sus grandezas y maravillas. En la cual se halla tan grande suavidad, y tan grande paz y contentamiento, cuanto es Dios mas suave, mas rico y mas amable que todas las criaturas. Pero esta suavidad no gustan todos, sino solos aquellos que tienen purgado el paladar de su ánima. Porque así como el doliente que tiene estragado el gusto, no juzga bien de los sabores (y así á veces juzga lo dulce por amargo, y lo amargo por dulce), así el que tiene inficionado el gusto de su ánima con los malos humores de los pecados y aficiones sensuales, no puede sentir la suavidad de las cosas espirituales. Porque es Dios, como dice Sant Augustin (*f*), sabiduría ó saber del ánima purgada; y por eso no lo gusta sino quien así la tiene. Mas habia probado este sabor quien despues que halló esta sabiduría dijo que la preciaba mas que reinos y sillas (*g*); y que las riquezas de oro y plata y piedras preciosas eran nada en comparacion della. Porque esta es aquel tesoro y aquella perla preciosa por la cual el sabio mercader del Evangelio vendió todo cuanto tenia (*h*): como lo hicieron todos los sanctos, y especialmente aquellos monjes solitarios; los cuales como tenian purgado el gusto de sus ánimas, hallaban tanto gusto en esta celestial sabiduría, que sufrian alegremente todos

(*f*) De Doct. Chr. lib. 1. c. 10. t. 3. et de Verb. Dom. sec. Joann. ser. 28. c. 2. t. 10. (*g*) Sap. 7. (*h*) Matth. 13.

los trabajos que la soledad y pobreza extremada trae consigo. Porque de otra manera ¿cómo pudieran unos hombres, de carne y de sangre como nosotros, sufrir tantos años los ardores y frios del desierto, la mala casa, y mala cama, y pobre mesa, y aquellas espantosas abstinencias de las semanas enteras, si no fueran maravillosamente recreados y esforzados con este pasto suavísimo de la contemplacion y posesion de Dios? Porque así como el sol, con ser un solo planeta, es mas parte para alumbrar el mundo que todas las estrellas juntas, con ser tantas; así solo Dios es mas parte para alegrar y beatificar un ánima, que la posesion de todos los bienes del mundo juntos. Mas el sabor deste suavísimo manná (que en sí contiene todos los sabores) dice Sant Juan (*i*) que no lo conosce sino quien lo ha probado; que es el que tiene (como dijimos) el paladar de su ánima purgado.

Y si me preguntáredes de qué humores ha de estar purgada una ánima para gustar deste manná celestial, digo que destos tres desordenados amores (que aquí habemos contado); porque purgado dellos, luego probará por experiencia (ayudado de la divina gracia) cuán suave cosa sea Dios. Y asimismo libre dellos nuestro espíritu, luego (cuanto es de parte de su naturaleza, que es substancia espiritual) volará á lo alto á gozar de aquel supremo y altísimo espíritu, que es el centro de su felicidad. Por do paresce que la mortificacion destos tres amores, que se alcanza por medio destas tres virtudes que dijimos, así como es fundamento de la vida perfecta, así lo es desta vida bienaventurada. Pues siendo esto así, ¿quién no ve que estas tres virtudes señaladamente habian de resplandescer en aquel Señor que venía á enseñarnos con su ejemplo el camino de la verdadera felicidad?

Concluyendo pues todo este discurso, digo que si el Salvador venía á enseñar por su ejemplo estas tres cosas susodichas; que es el camino para la innocencia, y para la vida perfecta y bienaventurada (que son las tres cosas mas excelentes que hay en esta vida), en ninguna manera convenía que viniese sino acompañado con estas virtudes susodichas, humildad, pobreza y aspereza de vida. Y no es maravilla que los hombres carnales no entiendan esta filosofía; pues, como dice el Apóstol (*k*), el hombre, que aun es animal, no alcanza las cosas que son del espíritu de Dios. En lo cual se ve cuán grande sea el error de los que esperan un Mesías que venga con grandes riquezas y grande aparato de guerra, como un Alejandro Magno, ó un Julio César, y con grandes capitanes para conquistar el mundo á fuego y á sangre. Pues ¿qué cosa mas ajena del Criador y amador de los hombres, que venir á hacer esta riza y carnicería en las criaturas que él crió? ¿Cuánta mayor gloria suya y mas digna de su bondad es venir á sanctificar los hombres, y hacerlos bienaventurados, y librarlos de la tirannía del demonio, y del pecado, que á derramar la sangre dellos?

CAPITULO XX.

Del proceso de la sagrada Pasion de nuestro Salvador.

La Pasion del Salvador dice el Apóstol (*a*) que tuvieron los judíos por materia de escándalo, y de aquí tomaron ocasion para no recibir la fe de Cristo. Mas aquí mostrarémos á los unos y á los otros que está tan léjos esto de contradecir á la fe deste misterio, que uno de los gravísimos argumentos de nuestra fe es este. Lo cual verá claro quien no estuviere del todo ciego, si considerare el proceso desta sagrada Pasion: que es principio, y medio, y fin della.

Y comenzando por el principio della (que es, por el mismo dia en que este Señor habia de ser entregado en manos de sus contrarios) consideremos para esto la turbacion que padesce un malhechor, mayormente en caso de muerte, cuando le dan aviso que la justicia se apareja para venir á prenderle. ¡Qué temores, qué desmayos, qué sobresaltos, qué trasudores de muerte, qué mudanza de colores, qué temblar de miembros, qué desatiento en todo lo que hace, qué saltar de casa en casa, y de tejado en tejado para esconderse en algun desvan, ó en algun otro rincon! ¡Y qué priesa en huir, si espera por aquí escapar! Esto y mucho mas hacen todos los malhechores en este caso. Mas ¿qué hizo el Salvador en este tiempo? Este dia se puso muy de propósito á lavar los piés de sus discípulos. Este dia celebró la pascua del cordero, cenando con ellos (*b*). Este dia nos instituyó el sanctísimo sacramento del altar, cuyas alabanzas no pueden dignamente predicar los ángeles. Este dia se asentó muy de espacio á hacer un divinísimo sermon á sus discípulos (*c*), exhortándolos á la virtud de la caridad, y consolándolos por la pena de su partida, y esforzándolos para los trabajos que les quedaban por pasar. Pues si el Salvador fuera el que sus enemigos decian, sabiendo él lo que en aquella noche le estaba aparejado, y que Júdas era ya ido á guiar la gente de armas que le habia de prender, ¿cómo no huia, pues tenia tiempo? cómo no se escondia? cómo se iba al lugar conocido, donde Júdas lo habia de hallar? cómo finalmente gastó todo este dia con tanta serenidad de rostro, haciendo todos estos oficios que habemos referido? ¿Quién no ve aquí que voluntariamente queria padescer quien así esperaba á los enemigos? ¿Quién no ve que no era malhechor el que ninguna cosa hizo aquí de las que los malhechores en tal tiempo suelen hacer, y que era mas que hombre el que voluntariamente escogia lo que toda la naturaleza aborresce, que es la muerte?

Juntemos con este principio el denunciar á sus discípulos cómo todos ellos en aquella noche se habian de escandalizar (*d*). Y á Sant Pedro que se mostró mas constante que sus compañeros, denuncia que lo habia de negar, y las veces que lo habia de negar, y el tiempo de la negacion, que habia de ser ántes que el gallo dos veces cantase. Pues quien esto denunciaba ántes que fuese, y con estas dos circunstancias tan señaladas, ¿no se ve claro que era mas que hombre? Porque á solo Dios pertenesce saber las cosas que están por venir, mayormente las que penden de libre albedrío y voluntad del hombre. Y desta negacion hacen mencion todos lo cuatro evangelistas (*e*), como de cosa que claramente daba testimonio de la divinidad del Salvador.

Pues si despues deste principio tan glorioso miramos el medio (que es el discurso de su sagrada Pasion), hallarémos otra cosa no ménos admirable: que es, de la manera que el Salvador se hubo ante los dos tribunales y jueces, que fuéron Heródes y Pilato, ante los cuales fué presentado. Porque ¿qué cosa mas admirable que ver la mesura y silencio que guardó ante estos jueces! ¡Qué silencio ante Heródes (*f*), que tanto deseaba oirle,

(*i*) Apoc. 2. (*k*) 1. Cor. 2. (*a*) 1. Cor. 1.

(*b*) Joann. 13. (*c*) Joann. 13. etc. (*d*) Matth. 26 (*e*) Matth. 26 Marc. 14. Luc. 22. Joann. 18. (*f*) Luc. 23.

y verle hacer algun milagro! ¡Qué silencio ante Pilato (*g*), que bastó para poner en espanto al mismo juez! ¿Cuándo jamas se vió hombre innocente y falsamente acusado, que no diese voces, que no pidiese plazo para probar su innocencia, que no tachase los testigos, que no probase con mil juramentos su innocencia? Pues esto tambien como lo pasado manifiestamente nos declara que voluntariamente padescia quien ninguna cosa hizo ni dijo de las que suelen decir y hacer los que no quieren padescer. Por este tan nuevo silencio (dice Tertuliano) pudiérades entender los fariseos, quién era este Señor, pues tal moderacion y silencio entre tanta muchedumbre de testigos falsos, y en causa de muerte, ni jamas se vió, ni la naturaleza y condicion de las cosas humanas tal consiente.

Donde es mucho de notar que cuando el profeta Esaías recuenta los dolores é injurias de la Pasion del Salvador (*h*), por las cuales no fué conoscido, no sin mucha consideracion dijo que estaba su rostro casi escondido y despreciado. Porque en decir casi escondido, dió á entender que no estaba del todo escondido, pues quedaban estos postigos abiertos para que se viese que este Señor que padescia, era mas que hombre.

Pero vengamos al fin desta batalla. ¿Qué mayor argumento de la gloria y divinidad del Señor que padescia, que al tiempo de estar penando en la Cruz, temblar la tierra, partirse las piedras, abrirse los sepulcros, rasgarse el velo del templo (*i*), y (lo que mas es) vestirse el mundo de luto, escurecerse el sol, y la luna, y todas las estrellas? Las cuales, escurecido y eclipsado el sol, de quien reciben su claridad, forzadamente se habian de escurecer. Pues ¿qué maravilla es esta? ¿Qué novedad tan extraña? ¿Qué altibajos son estos, Salvador nuestro, estar por una parte desnudo y crucificado entre ladrones, y por otra vestirse de luto por vuestra Pasion todas las criaturas? Pues esto era razon que así fuese, para que la mayor de las ignominias de Cristo fuese glorificada con la mayor de las maravillas del mundo; y para que no se escandalizasen los hombres con la ignominia de la Cruz, vista la gloria deste sentimiento del mundo. Por lo cual sea glorificado el autor de nuestra salud, que con esto nos dió tan grande testimonio de su divinidad; porque está claro que era Señor de cielos y tierra, pues todas las criaturas destos dos lugares así lo honraron y glorificaron. Porque el milagro deste eclipsi es tan grande, y tan cierto y probado, que aunque no hubiera otros milagros, ni profecías, ni todo lo demas que en este libro está escripto, solo este basta para convencer todos los entendimientos, mucho mas que todas las demonstraciones matemáticas que están escriptas. Porque haber entrevenido aquí este eclipsi (demas de hallarse esto referido por autores gentiles, enemigos nuestros), está claro que si esto así no pasara, no lo osaran fingir los evangelistas; porque como ellos testifican haber sido este eclipsi universal sobre toda la tierra; si así no fuera, tuvieran contra sí por testigos á todos los hombres del mundo, los cuales los desmintieran y tuvieran no solo por engañadores y burladores, sino tambien por mas que locos, pues se atrevian á escribir una falsedad que tantos testigos contra sí tenia. Asi que, de la verdad desta obra no se puede dubdar. Pues haber sido ella una de las mayores maravillas del mundo, paresce claro por haber en este eclipsi concurrido tres grandísimos milagros. El uno es estar la luna en la parte contraria del sol; el otro es ser este eclipsi universal en todo el mundo (lo cual naturalmente es imposible), el otro es haber durado tres horas, que tambien es imposible. Las razones desto explicamos en el tratado segundo, en el capítulo que trata de los milagros.

Pues cuán grande confirmacion de nuestra fe sea solo este eclipsi, vese claro; porque si el resplandor desacostumbrado de una estrella bastó para atraer aquellos sanctos magos de Oriente hasta Hierusalem (*k*), y adorar postrados por tierra á un niño tan pobre, y nascido en un tan vil y despreciado lugar; ¿cuánta mayor cosa es escurecerse el sol, y la luna, y todas las estrellas cuando el Salvador padescia, que el resplandor de una nueva estrella cuando nascia? Porque por este indicio el buen ladron conosció y confesó á Cristo por Rey del cielo, aunque lo vió entre ladrones crucificado; y quien esto bien considerare, muy mas certificado quedará en fe deste misterio, que si con una demonstracion matemática lo viese confirmado. Sea pues otra y otras muchas veces bendito el que con las tinieblas deste eclipsi alumbró nuestros entendimientos, y esclarece y confirma nuestra fe y todos los artículos della, pues todos ellos nos enseñó este Señor cuya divinidad y gloria testifican todas las criaturas. Y la eficacia deste milagro se vió en el mismo tiempo que el Salvador padescia: ca todos los que presentes allí se hallaron, viendo este tan extraño espectáculo, y vista esta alteracion de las criaturas, herian sus pechos y se convertian á Dios (*l*); en lo cual se cumplió lo que el Salvador habia profetizado, diciendo (*m*): Cuando levantáredes en una Cruz al hijo de la Vírgen, entónces conosceréis quién yo soy.

Queda pues con este discurso probado cómo esta sagrada Pasion, no solo no es argumento contra nuestra fe, mas ántes bien mirado es una de las mayores confirmaciones y testimonios della. Y si con esto juntáremos la reformacion de costumbres y mudanza de vida que despues deste misterio se siguió en el mundo (de que se trata en el capítulo XIV deste segundo tratado), quedarémos mas admirados y confirmados en la fe desta verdad.

CAPITULO XXI.

De la grande gloria que está encubierta debajo de la ignominia de la sagrada Pasion.

Quédanos agora para mayor cumplimiento de la doctrina deste misterio, satisfacer á los ojos de carne que juzgan por cosa indigna de aquella soberana Majestad subjectarse á la ignominia de la Pasion. No es cosa dificultosa responder á esta objeccion, presuponiendo lo que todo el mundo sabe: que la cualidad de la muerte no se juzga por la pena, sino por la causa. Porque como ninguna cosa hay mas ignominiosa que padescer por algun delito, porque esto es doblada mengua y miseria, así ninguna hay mas gloriosa que padescer por justa causa, como es por la fe, por la castidad, por la justicia, por la patria y por el bien comun. Porque en este caso cuanto la pasion fuere mas cruel y mas amenguada, tanto es mayor la gloria de los que padescen por esta causa. Pues para conoscer la causa por que el Salvador padesció, no es menester mas que poner los ojos en estos singulares fructos que se siguieron de su Pasion, que

(*g*) Matth. 27. (*h*) Esai. 53. (*i*) Matth. 27.

(*k*) Matth. 2. (*l*) Luc. 23. (*m*) Joann. 8.

aquí habemos referido, y en la maravillosa mudanza que el mundo hizo despues della, y en la infinidad de mártires que con sus muertes glorificaron á Dios, y luego verémos cuán gloriosa y divina cosa haya sido padescer por tales causas.

Y el que quisiere entender la fuerza desta consideracion, debe hacer estas tres cosas. Primeramente acuérdese de los grandes motivos que nos da la sagrada Pasion para todo género de virtud y sanctidad, como arriba queda declarado. Lo segundo considere la hermosura de una ánima sanctificada y puesta en gracia de Dios, la cual es tan grande, que escuresce con su resplandor toda la claridad y hermosura de las estrellas. Y para mejor entender esto, ponga ante los ojos la sanctidad y pureza de los sanctos á que él tuviere mas devocion, así de los pasados, como de algunos presentes, que él habrá conoscido. Y esto hecho, cuente despues el número de las ánimas de todos los escogidos que desta manera fuéron sanctificados y hermoseados, dende el principio del mundo hasta el fin, y especialmente los justos que florescieron dende que Dios bajó al monte Sinaí á dar la ley escripta, hasta la venida del Salvador, que nos dió la ley de gracia, y los que ha habido hasta el tiempo presente (donde entra el número cuasi innumerable de los mártires y de todos los otros justos hasta el tiempo presente), y los que succederán hasta que el mundo se acabe, que son todos los siglos y mundos pasados, y presentes, y venideros. Pues cuán grande y cuán glorioso sea este número de los escogidos, solo aquel Señor lo sabe que cuenta las estrellas del cielo, y llama á cada una por su nombre. Pues (resumiendo lo dicho), como sea verdad que la Pasion de Cristo fué el principal medio por el cual todos estos sanctos fuéron sanctificados, ¿qué cosa se puede afirmar mas digna de aquella infinita bondad, que haber ordenado una cosa de que tantos y tan admirables fructos se han seguido en el mundo? Y si es mayor la hermosura de una ánima que la del sol y de la luna, ¿qué tal parescerá aquella soberana ciudad de la gloria, hermoseada con tantos soles y tantas lunas?

Pues volviendo al propósito, siendo esta la causa y el fructo de la sagrada Pasion, síguese que cuanto ella fué mas dolorosa y mas ignominiosa, tanto es mas gloriosa; porque no miramos á la bajeza de lo que el Salvador padesció, sino al fructo inestimable que desto se siguió. Y considerando esto, luego nos parescerá ser esta Pasion una obra mas digna de aquella infinita bondad, que cuantas hasta agora ha hecho y hará jamas.

Nadie niega ser la creacion del cielo y de la tierra, del sol, y de la luna, y de las estrellas, obra muy gloriosa y muy digna de Dios; pero quien tuviere sentido de Dios, verá claramente ser la Pasion del Salvador muy mas gloriosa, y mas digna de quien él es. Porque aquella obra es mas digna de Dios, que mas declara su bondad, y mas fructo y provecho trae al mundo. Y vemos que habiendo Dios criado esos cielos tan hermosos, y esas estrellas tan resplandescientes, para que por la hermosura y beneficios dellas los hombres lo reconosciesen y adorasen por su verdadero Dios y Señor; ellos cumplieron esto tan mal, que de la misma hermosura de las criaturas tomaron ocasion para adorallas, dejando al verdadero Dios que las crió por ellas. Mas despues que él vino al mundo, y padesció en una Cruz, vemos la sanctidad y religion que en el mundo se siguió (que es la que acabamos de declarar), por la cual los hombres, dejados y hollados aquellos falsos dioses, abrazaron la fe y conoscimiento del verdadero Dios con tanta firmeza, que ántes quisieron padescer mil muertes que apartarse della. Por lo cual se ve cuánto esta obra es mas excelente y mas digna de aquella summa bondad, amadora de los hombres, que aquella de que tan poco fructo se siguió, aunque esto no fué por parte de la obra, sino de la malicia humana.

Con ser esto ansí, todavía se espantan los hombres de ver á Dios preso, escupido y de tantas maneras maltratado. Así es razon que se espanten, y queden como alienados y fuera de sí considerando esta tan incomprehensible bondad.

§. I.

De cómo da Dios á conoscer por este misterio las perfecciones que pertenescen á su bondad.

Para entender este misterio de raiz, habemos de presuponer que así como Dios nuestro Señor es primer principio de todas las cosas, así él mismo es el último fin dellas. De modo que él las hizo, y para sí las hizo, que es para manifestacion de sus perfecciones y de su gloria. Estas perfecciones suyas, con ser infinitas, podemos reducir á dos órdenes. Porque unas pertenescen á la grandeza de su Majestad, y otras á la de su bondad. Mas aquí es de notar que para la manifestacion destas dos órdenes de perfecciones ha Dios criado dos mundos, uno natural, que es este que vemos poblado de tantas cosas, y otro sobrenatural, que es la Iglesia católica, adornada con los sacramentos, y con las sagradas Escripturas, y ejemplos de Cristo y de sus sanctos, y con la presencia del Espíritu Sancto.

Es pues agora de saber que para manifestacion de las perfecciones que competen á la Majestad, crió este mundo natural; en el cual nos manifestó la grandeza de su sabiduría, cuando con tanta órden y concierto lo trazó; y la de su omnipotencia, pues de nada lo crió; y la de su divina Providencia, la cual tan perfectamente proveyó á sus criaturas de todo lo necesario para su conservacion. Por medio pues deste mundo natural manifestó él estas tres tan grandes perfecciones suyas, que son aquellos tres dedos, de los cuales, como Esaías dice *(a)*, tiene colgada la redondez de la tierra; porque con estas tres perfecciones suyas la crió, y la gobierna y sustenta.

Mas para declarar las perfecciones que pertenescen á su bondad, crió el mundo sobrenatural de la Iglesia, que dijimos. En el cual mediante las obras de gracia, y señaladamente de la mayor dellas, que fué la obra de la Encarnacion y Pasion, nos declaró la grandeza de otras tres singulares perfecciones suyas, que son la bondad, la caridad y la misericordia. Donde es cosa dignísima de consideracion ver por cuán diferentes medios declara nuestro Señor estas perfecciones. Porque aquellas tres primeras declara él con obras altísimas, como es la creacion desos tan grandes cielos, del sol, de la luna, y de las estrellas, y de la mar, y de la tierra, y con la fábrica de los cuerpos de todos los animales, los cuales están hechos con tanta perfeccion, que en todos ellos (con ser cuasi infinitos), no hay cosa que sobre ni que falte, como arriba dijimos. Pues con estas y otras semejantes grandezas declara Dios la excelencia de aquellas tres grandes perfecciones suyas que dijimos.

Mas las obras que pertenescen á la bondad, no se de-

(a) Esai. 40.

claran con grandezas, sino (si decir se puede), con bajezas, que es con obras de extremada humildad. Porque ¿qué mayor humildad que nascer en un establo, que tener por cama un pesebre, que ser circuncidado como malhechor, que huir á Egipto como flaco, y al fin de la vida ser preso, maniatado, escupido, abofeteado, azotado, y finalmente despojado de sus vestiduras, y crucificado entre ladrones? ¿Hay mayores bajezas al juicio humano que estas? Pero cuanto las bajezas fuéron mayores, si miramos el fin por que el Salvador así se humilló, tanto fué la gloria de su bondad mayor. Porque como desta sagrada Pasion se siguieron aquellos tan grandes fructos y ayudas para nuestra sanctificacion y redempcion (de que arriba tratamos), síguese que tales eran todas estas bajezas, cual el fin á que se ordenaban, que era todo nuestro bien. Porque como la gloria de que nuestro Señor Dios mas se precia sea la bondad, y entre los grados desta bondad el mayor sea, como ya dijimos, padescer grandes trabajos y deshonras por hacer á otros buenos y sanctos, claro está que cuanto la deshonra de la Pasion fué mayor, tanto la gloria de la bondad fué mayor. Y por consiguiente cuanto mas por nuestra causa se humilló y padesció, tanto mayores motivos de amor y agradescimiento nos dió. Por lo cual dijo muy bien Sant Bernardo (*b*): Cuanto mas bajo se mostró en la humanidad, tanto mayor se mostró en la bondad, y cuanto por mí descendió á mayor bajeza, tanto se me hizo mas amable. Menospréciala Heródes; mas yo tanto mas le preciaré, cuanto él quiso ser mas despreciado por mí.

Por lo dicho pues nos consta cómo las grandezas de nuestro Señor Dios, que pertenescen á la bondad, se nos declaran por estas bajezas, así como las otras se conocen por sus grandezas. Y con esto se responde á los que tienen por cosa ignominiosa abajarse Dios á padescer estas cosas; pues por lo dicho nos consta ser esta la mas gloriosa de todas sus obras. Porque en las otras nos descubre la grandeza de su sabiduría, y omnipotencia, y providencia; mas en esta se declara la grandeza de su bondad, de que él mas se precia, y junto con ella la caridad y misericordia; á la una de las cuales pertenesce communicarnos este Señor sus bienes, y á la otra compadescerse y remediar nuestros males. En lo cual se ve claro cómo las cosas que á los ojos de carne (que no ven mas de lo que por defuera paresce) se juzgan por bajezas, á los del espíritu y de la fe son de inestimable grandeza.

§. II.

Convienen unas y otras perfecciones en el espanto que causan en quien las considera.

Mas aquí es mucho de notar que aunque los medios por donde se declaran estas dos órdenes de las perfecciones divinas, sean tan diferentes, como está dicho; pero son semejantes en la admiracion y espanto que causan en los que profundamente las consideran; pues así las unas como las otras son tales, que agotan y dejan suspensos los entendimientos de los que las saben mirar. Y dejadas aparte las otras obras divinas, pongamos los ojos en solas dos, que son la creacion del mundo, y la resurreccion general de los cuerpos. Y para declarar la dificultad desta segunda obra, entre otros muchos ejemplos, no quiero traer mas que uno, que es la resurreccion de todos los cuerpos humanos que perecieron en el Diluvio, de los cuales unos fuéron comidos de peces, y se convirtieron en la substancia dellos, y otros se resolvieron y mudaron en otras cosas. Pues siendo tan grande la muchedumbre destos cuerpos (que fué todo el linaje humano, que entonces fué anegado), sabe Dios dónde está la substancia de todos estos cuerpos, y della resuscitará el mismo cuerpo que fué, y no otro por él. Y lo que sobrepuja toda admiracion, es decirnos el Salvador que ni un solo cabello de la cabeza faltará (*c*), sino que todos ellos uno por uno han de resuscitar. Y lo que digo destos cuerpos, digo tambien de la lengua blasfema del capitan Nicanor, que Júdas Macabeo mandó hacer pedacicos y echar á las aves (*d*), la cual despues de comida y convertida en la substancia dellas, ha tambien de resuscitar, y no otra por ella; para que la misma lengua que blasfemó pague la culpa de su blasfemia. Y lo que se entiende desta lengua, se entiende tambien de todos los otros cuerpos que son, fueron y serán. Pues ¿qué hombre habrá que considerando estos ejemplos, y otros semejantes de hombres comidos de aves, de animales y de otros hombres, y convertidos en la substancia dellos, no quede espantado, considerando la grandeza de la sabiduría y omnipotencia de quien sabe y puede hacer una tan extraña mudanza?

Pues aun mayor que esta es la obra de la creacion; porque en la resurreccion hay algo de que se forme el cuerpo resuscitado, mas en la creacion no lo hay; porque de nada crió Dios todo este mundo con todo lo que en él hay, y lo que mas nos admira, es ver que con solo querer, sin otra alguna cosa, fuéron todas las cosas criadas. Y añado mas, que con solo este querer criaria agora Dios otros mil mundos en un solo punto, si quisiese, tan grandes y mayores que este que vemos. Pues segun esto, ¿cuál podrémos imaginar que será aquel sér donde se halla tan gran poder, que con solo querer hace cosas tan grandes, y todas ellas tan perfectas? ¿Qué entendimiento habrá que considerando esto con especial atencion, no quede como alienado y fuera de sí? Pues si estas, que son obra de la sabiduría y omnipotencia de Dios, causan este espanto en quien así las considera, muy quejosa (si decir se puede) quedaria la bondad divina, que es, como dijimos, la cosa de que Dios mas se precia, y por lo cual quiere ser mas conocido y alabado, si no hiciese tales obras de bondad, que dejasen tambien los hombres tan suspensos y atónitos, como cuando consideran estas obras susodichas de su sabiduría y omnipotencia. Pues así como estas arrebatan y suspenden todos los entendimientos en una admiracion de tan gran poder y saber; así es razon que obren este mismo espanto las obras que él hiciere para declarar la grandeza de su bondad.

§. III.

Respóndese á una objeccion.

Dirá alguno: para esto crió los cielos y la tierra, y todo cuanto hay en ellos, y eso declara la grandeza de su bondad, porque por ella lo crió todo. Y si esto es poco, por esa misma bondad crió los querubines y serafines, con todos los otros espíritus soberanos, y por sola su bondad y magnificencia los dotó de inestimables dones y gracias. A esto respondo que todas esas magnificencias no costaron al Criador mas que solo querer, ni trabajó mas en la fábrica destas cosas tan grandes, que en

(*b*) Serm. 1. de Epiph.

(*c*) Luc. 21. (*d*) 2. Mach. 15.

la de las muy pequeñas. Lo cual testifica Sant Augustin hablando con Dios, por estas palabras (*e*): Tu poderosa mano, Señor, siendo siempre la misma que es, en el cielo crió los ángeles, y en la tierra los gusanillos; no siendo mayor en aquellos, ni menor en estos. Porque como ninguna otra mano pudo criar el ángel, así ninguna otra el gusanillo; y como ninguna otra pudo criar el cielo, así ninguna otra la hoja de un árbol. Mas á tu poderosa mano igualmente son todas las cosas posibles; porque no es mas fácil para tí criar un gusano, que un ángel; ni extender el cielo, que la hoja de un árbol; ni fundar la tierra sobre el agua, que el agua sobre la tierra; mas todas las cosas que quisiste, heciste en el cielo, en la tierra, en la mar y en todos los abismos (*f*). Hasta aquí Sant Augustin. Pues estas obras tan excelentes de nuestro Dios, mas nos declaran la grandeza de su poder y saber que de su bondad; ni causan en nosotros la admiracion y espanto que las susodichas. Porque como es natural cosa á la piedra correr á lo bajo, y al fuego subir á lo alto; así (y mucho mas) es natural cosa á la divina bondad hacer bien, y ser comunicativa de sus riquezas á todo lo que crió. Y como es cosa natural al sol estar siempre echando de sí rayos de luz, así lo es á aquella summa bondad estar siempre infundiendo los rayos de sus beneficios y favores en todas sus criaturas. Así que estas obras de la magnificencia y largueza divina no espantan mas, que ver al sol alumbrar, ó al fuego quemar. Mayormente que estas obras no costaron mas al Hacedor, de lo que costaria á un hombre, que estuviese par de un caudaloso rio, dar un jarro de agua á quien se lo pidiese. Pues aun ménos que esto costó al Criador toda la fábrica deste mundo, y todos los dones que repartió por sus criaturas. Y si algun hombre pudiese hacer grandes bienes á una república sin poner nada de su casa, y no los hiciese, tendriamosle por envidioso y inhumano. Y si los hiciese sin perder por eso nada, no le tendriamos por muy liberal, pues dió lo que nada le costó. Verdad es que esto no cabe en aquella altísima substancia, que á nadie está obligada. Mas esta obra de su bondad no nos pone el espanto que las otras obras de su omnipotencia y sabiduría que están dichas, ni nos descubre tanto de su bondad como las otras de su gran saber y poder.

De lo cual no es pequeño indicio, que muchos filósofos que gastaron la vida en rastrear el conoscimiento de Dios por medio de sus obras, conoscieron por ellas tan poco de la grandeza desta bondad, que le negaron la providencia de las cosas humanas, y con ella la misericordia y la justicia, que son obras de esa bondad (*g*). Y quitándole estas tres virtudes, hacian que ni tuviese cuidado de nuestras miserias, ni cuenta con los buenos para galardonarlos, ni con los malos para castigarlos. ¿Pues qué bondad fuera aquella á la cual faltaban estas virtudes?

Entendia muy bien esto el sancto rey David, y por eso hacia oracion á Dios, diciendo (*h*): Mostradnos, Señor, vuestra misericordia, y enviadnos vuestra salud. Como si dijera: habeisnos, Señor, mostrado en las admirables obras de la creacion del mundo un tan gran poder y saber vuestro, que cuando nos ponemos á tantearlo, quedamos atónitos y espantados de vuestra grandeza; pues descubridnos agora una tan grande muestra de vuestra bondad y misericordia, que no ménos quedemos atónitos con la vista della que con las otras.

Pues siendo esta peticion tan justa, y siendo razon que el Criador diese tal muestra de su bondad y misericordia, cual habia dado de las otras perfecciones suyas, ¿qué obra podia haber mas proporcionada para este fin que la de nuestra redempcion? Porque pudiendo él remediar al hombre caido por otras muchas maneras sin que le costara nada, escogió esta de su sacratísima Encarnacion y Pasion, que á él era tan costosa, por razon de los inestimables fructos que de aquí se seguian para la sanctificacion y remedio de nuestras ánimas. Y esto es lo que el Apóstol nos declaró cuando dijo (*i*): Aparesció en el mundo la benignidad y blandura de Dios nuestro Salvador; no por las obras de justicia que hecimos nosotros, sino por su gran misericordia, por la cual nos quiso hacer salvos. Las cuales palabras pondera Sant Bernardo, diciendo (*k*) que la omnipotencia de Dios se habia descubierto en la creacion de las cosas, y la sabiduría en la gobernacion dellas; mas la gloria de la bondad y benignidad se descubrió en esta obra de la redempcion. Pues esta es la que espanta y suspende los ánimos en mayor admiracion que las otras obras de su poder, si consideramos hasta dónde llegó esta bondad por nuestro remedio. Porque aquel gran Dios que crió todas las cosas, el Señor de los ángeles, el que formó el sol, y la luna, y las estrellas, el que mueve los cielos, el que ordena los tiempos, y reparte las aguas, y mantiene todas las criaturas; aquel á quien adoran los espíritus soberanos, y de cuya mano está colgada la redondez de la tierra (*l*): este Dios inmenso, infinito, incomprehensible é inefable, de quien tantas grandezas y maravillas están escriptas, quiso ser preso, escarnecido, escupido, azotado, abofeteado, coronado de espinas y tenido en ménos que Barrabas. Y él mismo quiso ser sentenciado por el inicuo juez á muerte, y muerte de cruz, y llevar él sobre sus hombros cansados el peso de la Cruz, que se los desollaba, y que le diesen por refrigerio á beber (¡crueldad nunca vista!) vino mezclado con hiel; y despues despojado de sus vestiduras, enclavado y levantado en una Cruz á vista de todo el mundo, y de los ojos de su madre Sanctísima, que oyó los golpes de los martillos, y vió los arroyos de aquella divina sangre que junto á sus piés corrian; y en esa Cruz mofado y escarnescido de los fariseos y sacerdotes que le procuraron la muerte; y haber tomado para todo esto otra naturaleza en que pudiese padescer, quien en la suya no podia. Por lo cual dijo el Profeta (*m*) que la obra que este Señor habia de hacer, era peregrina y ajena de su naturaleza, aunque no de su bondad y misericordia.

§. IV.

Admiracion y espanto que causan las obras desta inefable bondad.

Pues ¿qué diré de la humildad de su nascimiento? Edificó Salomon un templo á Dios, el mas rico y mas hermoso y sumptuoso de cuantos se han hecho en el mundo y harán jamas. Y acabándolo de edificar, maravillado de que Dios aceptase aquel lugar para su morada, comenzó á decir (*n*): ¿Es cosa creible que quiera Dios morar acá en la tierra? Si el cielo y los cielos de los

(*e*) In Solil. animæ ad Deum, cap. 9. Append. tom. 9.
(*f*) Psalm. 134. (*g*) Taxantur apud Augustin. in lib. 83 quæstionum. q. 82. tom. 4. et Enarrat. in Psalm. 62. tom. 8. (*h*) Psalm. 84.

(*i*) Tit. 3. (*k*) In Natal. Dom. serm. 1. (*l*) Esai. 40.
(*m*) Esai. 28. (*n*) 2. Par. 6.

cielos son pequeños, Señor, para tu morada, ¿cuánto mas pequeña será esta casa que yo te he edificado? Pues si desto se maravillaba tanto aquel Rey tan sabio; ¡con cuánta mayor admiracion y espanto podrémos nosotros decir: Es posible que ese gran Dios que hinche cielos y tierra, haya querido nascer en un establo! ¡Es posible que no tenga otra cama mas rica que un pesebre! Y si esto es poco, ¡es posible que Dios haya querido nascer en este mundo entre dos animales, y despues morir crucificado entre dos ladrones!

¿Pues hay cosa que se pueda pensar de mayor espanto y admiracion? ¡Dios nascido en un establo! Dios acostado en un pesebre! Dios mamando á los pechos de una mujer! Y si esto es poco, ¡Dios abofeteado! Dios azotado! ¡El espejo de hermosura, en quien desean mirar los ángeles, escupido y afeado! ¡Finalmente Dios entre dos ladrones, como príncipe dellos, crucificado! ¿Quién aquí no se espanta? quién no tiembla? quién no queda atónito y como fuera de sí con el espanto de tan grande bondad y misericordia? El sol en este tiempo escondió los rayos de su luz (*o*), el aire se escureció, la tierra tembló, las piedras se partieron, los sepulcros se abrieron, el velo del templo se rasgó (*p*), y los que presentes se hallaron herian sus pechos confesando su pecado. Pues si todas las cosas hacen tan grande sentimiento en este tiempo, y hasta los mismos cuerpos insensibles se maravillan de cosa tan extraña, ¿cuánto mas debe maravillarse el hombre por cuyo remedio aquella soberana Majestad se abatió á cosas tan humildes, y tan extrañas de su naturaleza? ¿Qué cosa ha habido en el mundo admirable, si esta no lo es? Ya no me maravillo (dice un doctor) de la hermosura del cielo, adornado con tantas lumbreras; ya no hago caso de la fertilidad y riquezas de la tierra; ya no pongo los ojos en la inmensidad y fecundidad de la mar, ni en la virtud y fuerza de los vientos que la levantan; ya no miro el resplandor del sol, ni la variedad constantísima de la luna, ni la hermosura de las estrellas, ni la órden y concierto de todas las obras de naturaleza, las cuales declaran el poder y sabiduría del que las crió. Porque así como las estrellas pierden su claridad en presencia del sol, así estas obras divinas, con ser muy esclarescidas, cuando se comparan con esta, pierden su resplandor.

Pues esta es la obra que no ménos deja atónitos los corazones de los que profundamente la consideran, que las obras de la omnipotencia y sabiduría divina. Esta es la que de tal manera arrebataba y suspendia los corazones de los sanctos, que muchas veces quedaban alienados y privados de los sentidos; por estar sus ánimas absortas y sumidas en el abismo desta tan grande bondad. Esta es la que esforzaba los mártires en medio de sus tormentos, acordándose de lo que su Criador y Señor padesció por ellos. Esta es la que hacia á aquellos sanctos monjes que moraban en los desiertos, sufrir los frios, y ardor del sol, y la hambre, y desnudez, y el destierro de toda humana consolacion, y la cruz de la mortificacion de su carne, considerando la aspereza con que este Señor trató la suya inocentísima. Esta la que da materia de consideracion, y devocion, y compunccion, y admiracion á las ánimas humildes y devotas. Esta la que puso tan grande admiracion á aquellos espíritus soberanos, que viendo á este Señor nascido y reclinado en un pesebre, espantados de tan grande bondad y misericordia, cantaron aquel dulce himno: *Gloria in excelsis Deo* (*q*), alabando y glorificando á Dios por ella. Esta es por la cual entre los nombres que Esaías cuenta deste Señor, uno es, Admirable (*r*); para mostrar cuán maravilloso se haya mostrado el Salvador en esta obra, no solo á los hombres, sino tambien á los ángeles, y á todos los elementos y criaturas insensibles. Esta es la obra que enciende la caridad de los tibios, y confirma la esperanza de los flacos, y alivia los trabajos de los tristes, y confunde la altivez de los soberbios, y reprehende la cobdicia de los avarientos, y condena los deleites de los regalados; y esta finalmente es el cuchillo y condenacion de todos los vicios.

Pues respondiendo á la pregunta que propusimos, si estos fructos y efectos tan admirables se siguieron de la sagrada Pasion, ¿qué cosa se puede creer mas digna de aquella infinita bondad, que haber hecho una cosa de que tanta bondad se siguió en el mundo, y que tan grandes estímulos y ayudas nos da para hacernos buenos y sanctos? Cuando queremos aprobar una medicina, no miramos si es dulce ó amarga, sino los efectos que obra; y pues la Pasion de Cristo fué medicina de la comun dolencia del género humano, por este efecto que obró y obra en nuestras ánimas, habemos de estimar la excelencia della. Y así no tendrémos por cosa indigna de aquella soberana Majestad padescer lo que padesció, si miramos el fructo que de aquí se siguió.

Y volviendo al propósito principal de todo este tercer tratado, digo que en él queda suficientísimamente declarado lo que al principio propusimos; esto es, que entre todos los medios que la divina sabiduría podia escoger para remediar al hombre caido, este era el mas excelente y mas conveniente para gloria suya, y para el remedio de nuestra miseria; pues por aquí quedó él mas glorificado, y el hombre mas copiosamente redemido, si él se quisiere aprovechar del remedio que le está ya ganado.

(*o*) Matth. 27. (*p*) Luc. 23.

(*q*) Luc. 2. (*r*) Esai. 9.

TRATADO CUARTO DESTE SUMMARIO.

EN EL CUAL, POR TESTIMONIO DE LOS PROFETAS, SE DECLARA QUE CRISTO NUESTRO SALVADOR ES EL VERDADERO MESIAS, PROMETIDO POR LA LEY.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo nuestro Señor determinó enviar su unigénito Hijo al mundo para nuestro remedio, y de las señales que nos dió para conoscerle cuando viniese.

Es tan grande la bondad y misericordia de nuestro Señor, que acabando el primer hombre de traspasar su mandamiento por sugestion y malicia del demonio, que tomando figura de serpiente engañó á la mujer, para pervertir al hombre por ella (*a*), luego prometió remedio al hombre caido, y amenazó castigo á su pervertidor, diciéndole que él le quitaria aquella ufanía en que

(*a*) Genes. 3.

se gloriaba de haber pervertido al hombre por medio de la mujer; porque él criaria otra nueva mujer, de la cual nasceria un hijo que le quebraria la cabeza, y le despojaria del señorío que habia adquirido sobre el hombre.

Y porque las obras de Dios son ordenadas con summa sabiduría y consejo, quiso él que por el camino que habia procedido la perdicion del hombre, procediese el remedio dél: esto es, que así como por medio de un hombre entró el pecado en el mundo (*b*), así por medio de otro entrase la justicia y el remedio dél; y así como la desobediencia y soberbia de aquel primer hombre fué principio de todos nuestros males, así la humildad y obediencia de otro hombre lo fuese de todos nuestros bienes; y así como por aquel somos todos concebidos, y nascemos en pecado, así por este volviésemos á renascer por agua de Espíritu Sancto libres de todo pecado; y como por aquel nacemos hijos de ira, y en desgracia de Dios, así por este fuésemos reconciliados con Dios, y restituidos en su amistad y gracia. Y finalmente, como por aquel fuímos desterrados del paraíso, así por este en lugar del paraíso de la tierra se nos diese la posesion del paraíso del cielo; y como por aquel quedamos todos tales, cual él quedó, como hijos de tal padre, así por este viniésemos á ser tales, cual él es, como hijos reengendrados por él. Conforme á lo cual, dice Sant Pablo (*c*), el primer hombre fué de la tierra, terreno; mas el segundo fué del cielo, celestial: cual fué el terreno, tales son los terrenos (que son los que no tienen mas que lo que dél heredaron); y cual fué el celestial, tales son los celestiales, que son los que han participado el espíritu y gracia dél. Este pues fué el medio que la divina sabiduría escogió para nuestro remedio: queriendo que así como un hombre fué causa de nuestra perdicion, así otro lo fuese de nuestra reparacion, como arriba queda declarado.

Mas aquí es de notar que así como la union del parentesco que tenemos con el primer hombre, es el medio por donde se deriva en todos sus hijos su miseria; así es necesario que haya entre los espirituales hijos deste segundo hombre otra espiritual union, para que por medio della se nos comunique el espíritu y gracia dél. Esta union se hace por fe y amor, mediante la cual somos encorporados con este Señor, como miembros vivos con su cabeza; porque así como este segundo padre no es carnal, sino espiritual; así la union y deudo que con él habemos de tener, no es carnal, sino espiritual, que es la susodicha.

De aquí se infiere que el principio y fundamento de nuestra salvacion es el conoscimiento deste Señor que Dios quiso que fuese el autor y reparador de nuestra salud; porque deste conoscimiento ha de proceder el amor. Y este conoscimiento y amor es la liga con que somos unidos y encorporados con él, y hechos participantes dél, como está dicho.

Siendo esto así, convenia que la divina sabiduría (cuyas obras son perfectísimas) nos diese clarísimas y evidentísimas señales para conoscer este reparador cuando viniese al mundo; porque no errásemos en cosa de tanta importancia. Y convenía tambien que no permitiese concurrir estas señales en otro algun hombre; porque si esto fuese, ya los hombres no pecarian en recebirlo; pues en él concurririan las tales señales, y Dios sería la causa de su engaño, lo cual es imposible.

(*b*) Rom. 5. (*c*) 1. Cor. 15.

Mas aquí es de saber que las señales que para esto nos dió son en dos maneras. Ca unas son particulares, que tratan de las cualidades y condiciones de la persona del Salvador: conviene saber, de su linaje, de su concepcion, de su nascimiento, de su sanctidad, de su doctrina, de la manera de su vida, de su muerte, de su resurreccion y subida al cielo. Otras señales hay mas claras y mas notorias: que son las hazañas que este Señor habia de obrar en el mundo cuando viniese, y del tiempo en que habia de venir. Las cuales señales y profecías son tan públicas y notorias, que nadie las puede negar. Digo pues que de las primeras señales (que son las personales) y de las profecías dellas tratamos en la cuarta parte de nuestra Introduccion del Símbolo (adonde remitimos al cristiano lector que las quisiere saber); mas en este breve Summario solamente tratarémos de las segundas; las cuales convenía que fuesen clarísimas y evidentísimas, para que este Señor ni pudiese dejar de ser conoscido, ni tuviese color ó excusa quien no le conosciese. Porque cuanto este conoscimiento era de mayor importancia, tanto las señales nos habian de dar dél mas clara noticia; pues á la divina Providencia pertenesce proveer con mayor recaudo á las cosas que son de mayor momento. Pongamos un ejemplo desto. Quiso el Criador que se conservasen las especies de las plantas y animales que él crió. Para lo cual proveyó que de las mismas cosas procediese tanta abundancia de semillas, que fuese imposible desfallescer las tales especies. De una pepita de un melon, ó de un naranjo, ¿cuántas otras pepitas nacen? De un sábalo, ó de cualquier otro pescado, ¿cuántos otros pescados nascen? Pues si tanto cuidado puso la divina Providencia en que no faltasen las especies de las cosas que sirven para mantenimiento del cuerpo, ¿cuánto mayor lo pondria en las que sirven para la salvacion de las ánimas? Entre las cuales el principio y fundamento de todas es el conoscimiento susodicho deste Salvador. Pues para esto puso él señales tan claras y manifiestas, que los que bien las consideran, no acaban de espantarse de cómo sea posible haber en el mundo gente tan ciega, que no vea cosas tan claras y manifiestas. Oso decir esto sobre buenas prendas; porque en este breve Compendio verá el cristiano lector, no una sola, sino diez señales para conoscer la venida y persona del Salvador, tan ciertas, tan notorias y tan eficaces para esto, que no solo todas ellas juntas, mas cada una por sí sola es bastantísima demonstracion para ello. Y á la prueba me remito.

§. I.

Primera señal para conocer la venida de Cristo, que es la destruicion de la idolatría.

Pues entre estas señales y obras que este Señor habia de hacer en el mundo cuando viniese, la mas admirable y mas divina era, que por medio de su doctrina habia de ser desterrada la mayor pestilencia y abominacion del mundo, que era el culto de los ídolos; el cual (sacado aquel rinconcillo de Judea) reinaba en todo lo que alumbra y calienta el sol; y esto de tiempo inmemorial. Esto profetizó Zacarías, capítulo XIII, donde dice Dios que destruiria los nombres de los ídolos de la tierra, y que no habria mas memoria dellos. Lo cual vemos tan perfectamente cumplido, que no solo están desterrados estos ídolos, mas tambien la memoria dellos. Porque á no haber agora libros de gentiles que de-

llos tratan, no supiéramos qué cosa era Minerva, ni Juno, ni Diana, ni Apolo, ni Esculapio, ni otros semejantes monstruos. Lo mismo está profetizado por Sofonias en el capítulo II, y por Nahum en el primero, y por Esaías en el XXX, y por el Sancto Tobías en el postrer capítulo de su historia. Esta hazaña (como arriba dijimos) era tan dificultosa de acabar, que ninguna potencia criada bastaba para ello; porque ¿quién habia de ser mas poderoso que todo el mundo, sino solo el Señor del mundo, pues ella reinaba en todo el mundo? Cuán grande beneficio haya sido este, entiéndese considerando que el pecado de la idolatría es un mal tan grande y tan universal, que todos los otros pecados y males nacen dél, como se escribe en el capítulo XIV de la sabiduría.

Pues este tan grande beneficio, esta tan memorable hazaña, esta tan gloriosa empresa ¿para quién estaba guardada, sino para el verdadero Mesías y Salvador del mundo? Porque si, como Dios lo habia prometido con solemne juramento al patriarca Abraham (*d*), dél habia de nacer un hijo por quien todas las gentes habian de ser benditas, ¿qué bendicion, ó qué salud podia dar este hijo al mundo, estando lleno de tantas abominaciones y maldiciones, cuantos ídolos adoraba? Mas ¿qué es menester probar esto por razones; pues nos consta por todas las Escripturas sagradas y profanas, que de la ciudad de Hierusalen salieron los discípulos de Cristo, los cuales tomaron á cargo esta empresa tan ardua de derribar los ídolos de los gentiles, y predicar á Cristo crucificado por verdadero Dios? Y acometieron este negocio con tanto esfuerzo y valor, que todos ellos murieron en la demanda, unos degollados, otros crucificados, otros alanceados, otros despeñados. Solo Sant Juan no murió á hierro, aunque fué desterrado. Solo esta hazaña basta para creer que el Salvador es ya venido. Porque argüimos así brevemente. Entre las grandes hazañas que habia de obrar el Mesías cuando viniese, una de las mas principales era desterrar la idolatría del mundo; esta vemos hecha por la doctrina de Cristo, y por la predicacion de sus discípulos y ministros: luego se sigue necesariamente que es ya venido el que esta hazaña habia de acabar, que es el Mesías. Aquí no procedemos con muchos rodeos, ni multiplicacion de palabras, sino con solos dos renglones concluimos tan de plano esta verdad, que no hay cosa que á ella se pueda responder.

§. II.

Segunda señal: de la conversion de las gentes al verdadero Dios.

Otra profecía dice que en este tiempo los gentiles en lugar de sus falsos dioses habian de recebir y adorar al Dios de los judíos, como á solo y verdadero Dios. Así lo profetizó David cuando dijo (*e*) que los príncipes de los pueblos se habian de juntar con el Dios de Abraham. Y por Esaías dice el mismo Señor (*f*): Buscáronme los que ántes no preguntaban por mí; y halláronme los que no me buscaban. Y yo dije: Veisme aquí, veisme aquí, á la gente que no invocaba mi nombre. Y por Oséas dice el mismo Señor (*g*): Diré al pueblo que no era mio: Tú eres mi pueblo. Y él dirá: Tú eres mi Dios. Destas profecías que tratan de la vocacion y conversion de las gentes al culto y conoscimiento del Dios de Abraham, está lleno el profeta Esaías, como persona escogida por Dios para profetizar esta vocacion.

Y que esta tan grande obra habia de ser hecha por medio del Salvador, declarólo el Padre eterno en el mismo Profeta, hablando con su Mesías, por estas palabras (*h*): Poco es que seas mi siervo para traer á mi servicio los tribus de Jacob, y convertir las heces de Israel: yo te he dado para que seas luz de las gentes, y salud mia hasta los fines de la tierra. Esto vemos ya cumplido; pues todas las naciones del mundo, no solo de cristianos y judíos, mas tambien de turcos y moros, adoran y confiesan al Dios de Abraham como á verdadero Dios: puesto caso que yerran, pues no le conocen por trino y uno como él es. Por lo cual entenderémos que dende que Dios crió al mundo hasta el dia presente no se ha visto hombre que tan grande obra acabase, y tan grande beneficio hiciese al mundo, como nuestro Jesus. Porque sacar al mundo de tan grande mal, y tan universal como era la idolatría, y hacerle tan grande bien como es el conoscimiento del verdadero Dios, claro está que ha sido el mayor beneficio de cuantos hasta hoy se han hecho al mundo. Pues ¿para quién estaba reservada esta tan grande obra, sino para el verdadero Mesías? Y pues nos consta haber sido ella hecha por su doctrina y ministerio de los suyos, ¿quién puede dubdar ser él ya venido?

§. III.

Tercera señal: de la subjeccion del imperio romano.

Otra singular obra estaba reservada para este Señor: que era subjectar á su religion y obediencia el imperio romano, que señoreaba el mundo. Lo cual nos representa aquella estatua misteriosa que vió Nabucodonosor (*i*), la cual tenia la cabeza de oro, y los pechos y brazos de plata, y el vientre y los muslos de acero, y las piernas y piés de hierro. Y despues desto dice que vió una piedra cortada de un monte, sin manos; la cual dió en los piés de la estatua, y la hizo pedazos; y esta piedra cresció tanto que hinchó el mundo. En las partes desta estatua, segun la exposicion de todos los doctores católicos y hebreos, están representados cinco reinos, ó monarquías: conviene saber, la primera de los caldeos, que reinaron en Babilonia, figurada en la cabeza de oro. La segunda de los persas y medos, que subjectaron á los caldeos, figurada en los pechos y brazos de plata. La tercera de los griegos, que subjectaron á los persas en tiempo de Alejandro Magno, representada en el vientre y muslos de acero. La cuarta de los romanos, entendida en las piernas de hierro. Porque como el hierro doma todos los otros metales, así esta monarquía domó y subjectó á sí todas las otras. La quinta es la de Cristo, figurada en aquella piedra cortada del monte, sin manos de hombres; para significar la pureza de su concepcion, que no fué por obra de varon, sino por virtud del Espíritu Sancto. Y desta piedra se dice que dió en los piés de la estatua, y los hizo pedazos; para significar que Cristo (figurado en esta piedra) habia de subjectar al imperio romano; mas esto no con armas materiales, pues adelante verémos cómo el reino de Cristo no era temporal, sino espiritual y eterno, como aquí se dice; mas esta subjeccion de que aquí se trata, es que este imperio romano habia de tomar sobre sí el yugo suavísimo de Cristo, y reconoscerlo y adorarlo por su verdadero Rey, y verdadero Dios y Señor. El cual reino y señorío es mas perfecto, y mas excelente que los otros señoríos temporales. Porque mayor cosa es alcanzar señorío so-

(*d*) Genes. 12. (*e*) Psalm. 46. (*f*) Esai. 65. (*g*) Oseæ 2.

(*h*) Esai. 49. (*i*) Daniel. 2.

bre los corazones de los hombres, que sobre solos sus cuerpos. Pues esta profecía vemos cumplida en tiempo del gloriosísimo emperador Constantino; el cual confesó á Cristo por verdadero Dios, y lo adoró, y le edificó muchos templos, y adornó y enriqueció sus altares, y honró con summa veneracion sus sacerdotes, y no traia otra señal en sus banderas sino la de la Cruz, y con esta venció tres emperadores tirannos, que fuéron Magencio, Licinio y Maximino, y quedó solo señor del mundo; y en todas las batallas que dió, siempre fué vencedor con esta gloriosa señal. La cual vió él y su ejército en el cielo sobre la tarde con estas letras escriptas: *Con esta vencerás;* como él mismo lo juró delante de muchos testigos. Y despues deste todos los emperadores romanos adoraron á este Señor, excepto Juliano Apóstata. Concluyendo pues agora, digo que si estaba profetizado de Cristo que habia de subjectar á su fe el imperio romano, y esto vemos cumplido dende el imperio de Constantino, que ha mas de mil y docientos años, síguese que es ya venido el que desta manera habia de triunfar de la ciudad que triunfó del mundo, y subjectar á sí la que subjectó al mundo. Esta es una demonstracion que de tal manera convence todos los entendimientos, que no les deja lugar para respirar; pues está claro que la profecía es verdadera, y el cumplimiento della es notorio.

Mas quiero poner un ejemplo para mas claridad desta profecía. Pongamos caso que hubiese una profecía, la cual dijese que cuando el Mesías viniese habia de caer fuego del cielo, y quemar todos los templos de ídolos que hubiese en Roma, Alejandría y Antioquía. Si estando esto así profetizado, viésemos caido este fuego, y hecho este estrago en estos lugares, ¿habria alguno que osase decir no ser venido el Mesías? Claro está que no, aunque fuese hombre de piedra. Pues diciendo los profetas que otras tres obras mucho mayores que esta se habian de ver en el mundo cuando el Mesías viniese: conviene á saber, que por su doctrina se habia de desterrar dél el culto de los ídolos, y que por ella los hombres en lugar de los falsos dioses habian de adorar al Dios de Abraham, y que el imperio romano enseñoreador del mundo, se habia de subjectar á él: viendo estas tres tan grandes cosas acabadas, ¿cómo se puede dubdar que sea ya venido el que estas tres tan grandes obras habia de hacer? ¿Qué hombre que tenga una centella de juicio puede dubdar desto? Esto solo basta para que se vea cuán sin excusa quedarán ante Dios los que con ser esto ansí, todavía permanecen en las tinieblas de la incredulidad.

§. IV.

Cuarta señal: de la conversion de Egipto.

Otra señal hay despues de la pasada para conoscer la venida de Cristo; que es la conversion de la tierra de Egipto á nuestra religion: la cual profetiza Esaías en el capítulo XIX, por tan claras palabras, que así los doctores católicos como los hebreos, nuestros contrarios, entienden que esta conversion ha de ser en la venida de Cristo; mas ellos la esperan cuando él venga; pero nosotros confesamos ser ya cumplida. Porque nos consta por todas las historias eclesiásticas, y de muchos doctores sanctos, cuánto floreció la fe y religion cristiana en la tierra de Egipto, y cuán grande fué el número de monjes, y de padres sanctísimos que allí hubo: cuales fuéron los Antonios, Hilariones, Paulos, Arsenios, y otros innumerables. Donde hubo una ciudad grande llamada Oxirinco, vecina de Tébas, en la cual junto con sus arrabales habia diez mil monjes, y veinte mil vírgines, como en otra parte escribimos, y como se escribe en el principio del libro Vitas Patrum (*k*). Donde leemos que era tan grande la fe destos sanctos varones, que eran tan fáciles en hacer á cada paso milagros, como se hacian en tiempo de los apóstoles; hasta mandar uno de aquellos al sol que se detuviese un poco en el cielo, y aun por ménos causa que lo mandó Josué, y hacerse así. Pues las palabras del Profeta son estas (*l*): En aquel dia estará el altar del Señor en la tierra de Egipto; y llamarán los egipcios al Señor viéndose atribulados, y enviarles ha libertador y defensor que los ampare. Y en este tiempo será el Señor conoscido de los egipcios, y ellos lo conocerán y honrarán con los sacrificios y dones que le ofrecerán; y harán sus votos y promesas al Señor, y cumplirlas han.

Estas son las palabras del Profeta; en las cuales tan claramente profetiza la conversion de la tierra de Egipto, que fué la tierra mas supersticiosa y monstruosa en los pecados de la idolatría de cuantas hubo en el mundo; porque no solamente adoraban los animales brutos, como consta de la Sancta Escriptura (*m*), sino tambien (lo que parece cosa increible) adoraban ajos y cebollas, como gravísimos autores cuentan. Por donde elegantemente dijo un poeta: *Felices populi, queis talia in hortis numina nascuntur.* Y dado caso que todos los profetas traten clarísimamente de la conversion de los gentiles á la fe (entre los cuales comprehende la tierra de Egipto); pero quiso el Espíritu Sancto que especialmente se hiciese mencion della para mayor gloria de la redempcion de Cristo y de su gracia: la cual fué poderosa para que una de las mas monstruosas tierras del mundo en el pecado de la idolatría, viniese á ser la mas religiosa y mas poblada de sanctos que hubo en el mundo. Finalmente, fué aquí tan grande el número de los monjes, que los mandaba el emperador Valente Arriano ir á la guerra, mas él pagó luego la pena desta maldad.

Llamo pues ahora por todos los ingenios del mundo para que vean el engaño de los que no han recebido á Cristo. Porque si Dios dice tan claramente por su profeta que en la venida de Cristo se ha de convertir la tierra de Egipto; y sabemos clara y evidentemente por innumerables testimonios de historias (*n*) y de sanctos, cuánto floresció allí la religion cristiana, y el conoscimiento de Cristo, ¿qué dubda hay sino ser ya él venido? Júntense todos los entendimientos del mundo para ver qué se puede responder á esta razon. Con la cual no solamente se confunde la incredulidad de los que no reciben á Cristo; mas tambien se confirma la fe y verdad de los que lo recibieron, pues ven el cumplimiento de una cosa tan grande, y tantos años ántes profetizada, y que solo Dios era poderoso para hacer: que es, para mover, y mudar, y sanctificar los corazones de tantos hombres.

Mas por este argumento se verá claro cuánto puede la malicia y el desamparo de Dios por los pecados; pues la ciega gente viene á creer las locuras, y fábulas, y torpezas horribles del Talmud, y deja de creer una verdad mas clara que la luz del mediodía. Y el castigo desta

(*k*) In Vit. PP. 1. p. §. de Oxyrinco. (*l*) Esai. 19. (*m*) Exod. 8. (*n*) Philo Judæus, de Vit. contemplativa in princip.

ceguedad profetizó Moisen por estas palabras (*o*) : Castigarte ha Dios con la ceguedad y locura del entendimiento, de tal manera que en medio del dia andes como ciego palpando las paredes, y así no sepas enderezar tus caminos y ordenar tu vida.

§. V.

Quinta señal : de la sanctificacion de los hombres.

Otra hazaña reservada para la venida deste Señor era, que de los gentiles (*p*), que eran como leones, y lobos, y serpientes, y bestias fieras, se habian de levantar muchos que imitasen en su manera de vida la pureza de los ángeles. El cumplimiento de lo cual vimos no solo en millares de monjes que hacian vida sanctísima en los desiertos y fuera dellos, y en muchos coros y monasterios de vírgines purísimas que en todas partes florescian ; sino mucho mas en millares de cuentos de mártires que en todas las ciudades del mundo fuéron con crudelísimas invenciones de tormentos martirizados : los cuales, si no estuvieran fundados sobre la firme piedra de la virtud y de la verdad, ¿cómo no cayeran y desmayaran cuando estas grandes avenidas y torbellinos de tormentos venían sobre ellos? Mas cuál sea la causa de no estar agora tan extendida por todas partes, ni florescer tanto la sanctidad como en aquella edad de oro (que es en la primitiva Iglesia, cuando estaba reciente la sangre de Cristo, y la doctrina y milagros de los apóstoles y varones apostólicos) adelante lo tratamos. Esto pues nos consta haberse cumplido en esta gloriosa edad que decimos, como lo testifican todas las historias eclesiásticas, escriptas por gravísimos y sanctísimos varones. Y hasta las mismas escripturas de los gentiles tratan de la inocencia de los cristianos de aquel tiempo, y de su maravillosa constancia en la confesion de la fe, y de la infinita muchedumbre de mártires que por ella padescian : como paresce por la carta que sobre esta materia escribió Plinio el menor al emperador Trajano, y por otras escripturas de gentiles. Pues siendo esto así, notoria cosa es ser ya venido el que esta tan gloriosa mudanza habia de causar en los corazones de los gentiles ; los cuales estaban atollados y sumidos en el profundo de todos los vicios que el pecado de la idolatría trae consigo.

§. VI.

Sexta señal : del lugar de donde habian de salir los predicadores del Evangelio.

Con esta obra se junta aquella señalada circunstancia del lugar de donde habian de salir los ministros por quien Dios habia de desterrar la idolatría del mundo, y plantar esta nueva fe y religion : que es la ciudad de Hierusalem. Lo cual manifiestamente profetiza Esaías por estas palabras (*q*) : En los postreros dias estará aparejado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y será levantado sobre los collados, y correrán á él muchas gentes diciendo : Venid, y subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob, y enseñarnos ha sus caminos ; y andarémos por las sendas de sus mandamientos ; porque de Sion saldrá la ley, y la palabra de Dios de Hierusalem ; y él juzgará las gentes, y argüirá á muchos pueblos. Esta misma profecia escribe tambien el profeta Miqueas en el cap. IV, por las mismas palabras que Esaías, testificando que de la ciudad de Hierusalem habian de salir los que habian de reducir los hombres que adoraban los ídolos, al conoscimiento del verdadero Dios, y obediencia de sus sanctos mandamientos. Lo mismo profetizó David en el salmo 109 por estas palabras : Dijo el Señor á mi Señor : Asiéntate á mi mano derecha, hasta que ponga todos tus enemigos debajo de tus piés ; Y la vara de tu virtud (que es el sceptro de tu reinado) enviará el Señor dende Sion, para que alcances señorío en medio de tus enemigos.

Esta circunstancia del lugar de Hierusalem, de donde habian de salir los que habian de desterrar del mundo la idolatría y traer los hombres al conoscimiento del verdadero Dios, aclara y confirma el negocio de la verdad con tanta firmeza, que ningun lugar deja para dubdar. Porque habiendo infinitas ciudades en el mundo, señalar como con el dedo esta sola, y decir que de aquí habian de salir los ministros desta obra tan grande, y ver esto cumplido, ¿qué lugar deja para dubdar? Porque cuatro verdades pondré aquí, que hombre que da fe á las Escripturas no puede negar. La primera es, que la idolatría habia de ser desterrada del mundo, conforme á las profecías alegadas, y señaladamente la de Zacarías (*r*), donde dice Dios que él destruirá los ídolos de la tierra, y que no habrá mas memoria dellos. La segunda verdad es, que esta tan gran hazaña se guardaba para el Mesías, cuando él viniese, como claramente queda probado arriba en la segunda señal de la venida de Cristo, por todas las profecías que allí alegamos. La tercera verdad es esta que aquí alegamos : que es del lugar de donde habian de salir los ministros que habian de acabar esta tan grande obra, como era desterrar del mundo los falsos dioses, y traer los hombres al conoscimiento del verdadero Dios. Estas tres verdades susodichas son tan ciertas y verdaderas, como lo es el mismo Dios, pues todas están tan claramente expresadas en la sacra Escriptura. Mas la cuarta verdad, que es haber salido los discípulos de Cristo desta ciudad de Hierusalem, tomando á cargo esta empresa tan gloriosa, y haber muerto todos ellos en esta demanda, y padescido innumerables mártires sobre ella, esto nos consta por todas las historias sagradas y profanas, griegas y latinas, y por todos los libros que refieren las batallas de los mártires, que llaman martirologios, y por el comun consentimiento de todo el mundo, y por los muchos libros de gentiles que escribiendo las vidas de los emperadores, trataron tambien de las persecuciones de los cristianos.

Pues de lo dicho hago una demostracion tan fuerte, que aunque se junten todos los entendimientos de los hombres y de los demonios, no la puedan contradecir. Porque si es verdad que Dios habia de desterrar la idolatría del mundo, y que esta hazaña tan señalada se guardaba para el Mesías, y que de Hierusalem habian de salir los que Dios habia de tomar para ministros desta obra ; y consta que los discípulos de Cristo salidos desta ciudad fuéron los autores y ministros della, ¿qué entendimiento podrá negar que Cristo sea el verdadero Mesías? ¿Con qué mas claras señales, con qué mas fuerte argumento pudiera Dios dar á conoscer el verdadero Mesías, que con este? ¿Qué puede responder á esto la infidelidad humana, por muy ciega y obstinada que esté? Porque este argumento se funda en cuatro verdades : las tres de la sacra Escriptu-

(*o*) Deut. 28. (*p*) Esai. 10. 11. 34. 41. 55. 65. (*q*) Esai. 2.

(*r*) Zach. 13.

ra, y la cuarta notoria á todo el mundo. Por lo cual vemos cuán justo es nuestro Señor Dios, y cuán justamente condenará todos los incrédulos; pues con tan evidentes señales no se quisieron convencer. Pues si sola esta profecía basta para concluir este negocio, ¿qué será si con ella juntáremos todas las demas que despues desta se siguen, como luego verémos? Porque si á sola esta no se puede responder, ¿qué será corroborando esta con todas las demas?

§. VII.

Séptima señal: de la venida del Salvador estando en pié el segundo templo.

A estas añado otras señales que el Espíritu Sancto, amador de la salud de los hombres, nos dejó para conoscer la venida deste Señor, cuyo conocimiento es (como está dicho) el fundamento de nuestra salud. Para lo cual es de saber que despues de la captividad de Babilonia fué reedificado el templo en Hierusalem; el cual era tan desigual del que Salomon habia edificado, que los viejos que habian visto la riqueza del primer templo, lloraban de ver la desigualdad del uno al otro (*s*). Pues en este tiempo mandó Dios decir á los príncipes del pueblo por el profeta Aggeo (*t*), que se esforzasen y supiesen que sería mayor la gloria deste templo segundo, que la del primero; no por mas rico que él, sino porque de ahí á poco vendria el deseado de todas las gentes, y entraria en él, y con la presencia y entrada suya sería mayor la gloria deste segundo templo, que la del primero. Esta es promesa de Dios por boca de su Profeta. De donde se sigue que estando en pié aquel templo, habia de venir el deseado de todas las gentes á él, que es Cristo nuestro Señor. Vemos pues que este templo ha mas de mil y quinientos años que está destruido, abrasado, y puesto por tierra; luego síguese que este Señor haya venido, pues la palabra y promesa de Dios no puede faltar; porque ántes faltará el cielo y la tierra que faltar ella. Quiero poner un ejemplo para que se entienda mejor la fuerza desta profecía. Pongamos caso que un profeta profetizase que ántes que cayesen por tierra los muros de Roma, habia de venir el Mesías; si estos muros estuviesen caidos, todos entenderian que este Señor era ya venido, y no dubdaria desto quien no dubdase de la profecía. Pues si este Profeta dice aquí que aunque este templo era como nada comparado con el otro, pero que sería mas glorioso que él, por la entrada y presencia del Salvador, que tantas veces lo honró con su presencia, y con la doctrina que en él predicó, síguese necesariamente que estando salvo y entero aquel templo, habia de venir á él. Y pues nos consta ser este templo ya derribado, tambien nos consta ser el Salvador ya venido. ¿Qué entendimiento habrá que no quede convencido con esta profecía tan clara? Por donde no acabo de maravillarme de cuán gran poder tenga el demonio, pues que puede echar tinieblas en esta luz tan clara, y cegar los corazones de los que tiene ya encantados y subjectos á sí. Mas dejo de maravillarme, considerando cuántos corazones de Faraon hay en el mundo (*v*); el cual, ni con ver los mares abiertos, ni los primogénitos muertos etc. se quiso rendir á un Dios tan poderoso.

(*s*) 1. Esd. 3. (*t*) Aggæi. 2. (*v*) Exod. 12. 14.

§. VIII.

Octava señal: que es estar ya acabado el sceptro del tribu de Judá.

Añado á esta la profecía del patriarca Jacob (*x*). El cual dando la bendicion á Júdas su hijo, le profetizó que nunca faltaria de su linaje quien rigiese á su pueblo, hasta que viniese el que habia de ser enviado; el cual sería esperanza de las gentes. Y en lugar destas palabras: *El que ha de ser enviado*, la traslacion del Targun (que es de grande autoridad entre los hebreos) puso mas claro: *Hasta que venga el Mesías*. Lo cual se cumplió así, comenzando del reino de David hasta los Macabeos; los cuales aunque eran de linaje de los sacerdotes, por el tribu sacerdotal y real estaban emparentados, como parece por la historia de los Reyes (*y*), donde se escribe que Iosabet, hija del rey Ioram, estaba casada con el pontífice Ioyada. Por donde los que descendian del linaje deste sacerdote, eran ya de linaje de David. Y por esto Sant Lúcas llama á Sancta Isabel (que era del linaje de Aaron summo sacerdote) parienta de nuestra Señora, que era del linaje de David. Pues tornando al propósito, este sceptro y señorío se acabó en tiempo de Heródes, cuando el Salvador nació. Porque este Heródes (que era de linaje de los idumeos), con favor y ayuda de los romanos venció á Antígono, rey de Judea, y se apoderó del reino, y dende él en adelante cesó la línea del linaje de David, y por esta causa mató Heródes todos los descendientes del linaje de David, y hizo quemar todos los libros que trataban de estos linajes, y hasta los mismos doctores de la ley (que enseñaban conforme á ella, que no podia ser rey ningun extranjero) mandó matar, para mas asegurar su reino. Pues viendo nosotros que ha mas de mil y quinientos años que este sceptro del linaje de Judá se acabó, ¿qué podemos inferir, sino que otros tantos años ha que este Señor, que habia de ser esperanza de las gentes, es ya venido? ¿Quién puede negar esto, sino quien negare la verdad de las Sanctas Escripturas y promesas de Dios? De modo que así como de la profecía sobredicha de Aggeo sacamos que ántes que aquel templo fuese destruido, habia de venir el Mesías; así desta del patriarca Jacob sacamos que ántes que el sceptro de Judá se acabase, habia de venir el mismo Señor. Vemos pues cumplido lo uno y lo otro; porque el templo está ya caido, y el sceptro de Judá acabó en el mismo tiempo que el Salvador nació (cuando reinaba Heródes): luego ambas cosas están testificando que el Mesías es ya venido. No sé qué pueda el ingenio humano responder á estas dos tan claras profecías.

§. IX.

Nona señal: del reino eterno de David.

Ninguna de las cosas que hasta aquí se han dicho hay que por sí sola no baste para concluir la venida del Salvador. Mas como el Espíritu Sancto, que es el autor de la Escriptura, pretendia tanto darnos lumbre para conoscer este Señor, y dejar sin excusa á los que no le recibiesen, añade unas señales sobre otras, para que no pudiésemos perder de vista lo que tanto nos importaba. Y por esto á las señales pasadas añade la perpetuidad del reino de David; la cual por ninguna via se puede salvar, sino confesando el reino de Cristo nuestro Salvador, hijo de David, que hoy dia reina y reinará para siempre en

(*x*) Genes. 49. (*y*) 2. Par 22.

el pueblo cristiano. Para lo cual es de saber que deseando David con gran devocion edificar una solemne casa y templo para honra de aquel Señor que de pobre pastorcico lo habia hecho rey tan poderoso, envióle Dios á decir por el profeta Nathan (z), que en pago de aquel buen deseo y propósito que habia tenido de fabricarle casa en que morase, le prometia de edificarle una casa eterna, y un reino perpetuo; del cual no apartaria su misericordia, como la habia apartado de la casa de Saul. Sobre esta promesa escribe David un salmo divino (*a*), en el cual despues de haber tratado de la grandeza de Dios (el cual puede prometer cosas que ningun tiempo ni poder humano baste para impedirlas) comienza á relatar esta promesa en diez y ocho versos deste salmo, que todos tratan della. Y porque ella era tan grande que parescia sobrepujar la comun fe de los hombres, confírmala el mismo Dios con un solemne juramento que hace por sí mismo; porque no tenia otro mayor por quien jurase. Y porque no pensásemos que la eternidad deste reino se entendia algun grande espacio de tiempo (como se hace en otros lugares de la Escriptura), dice que la duracion deste reino será tan perpetua como es la del sol, y de la luna, y los dias del cielo. Y porque no imaginásemos que esta promesa se entendia con condicion que los hijos de David guardasen los mandamientos divinos, y no de otra manera (como se entiende en otras promesas de Dios) ocurrió tambien á esto, diciendo que si los hijos de David quebrantasen sus leyes y mandamientos, él los visitaria y castigaria por este quebrantamiento; mas que la promesa hecha á David estaria siempre firme, porque así lo habia jurado; y que no habia de mentir, ni ser vanas y falsas las palabras que salian de su boca. Todo esto refiere David en este salmo. Y esta misma promesa volvió Dios á ratificar por el profeta Hieremías con la misma firmeza, y con la misma comparacion (*b*), diciendo que así como es imposible faltar del mundo los dias y las noches, así lo sería faltar rey del linaje de David en su pueblo.

Estas son las profecías de la perpetuidad deste reino de los hijos de David, repetidas con palabras tan claras, que ni Tulio, ni Demóstenes con toda su elocuencia pudieran explicar la perpetuidad deste reino con otras mas claras. Aquí los cristianos (á quien hizo Dios merced de comunicar la lumbre de su fe) salvamos fácilmente la verdad desta promesa, confesando que en muriendo el postrer rey de Judea, por nombre Antígono (*c*), del linaje de los judíos, y comenzando á reinar Heródes, del linaje de los idumeos, nació el rey Mesías, Cristo nuestro Salvador, del linaje de David, por cuyo nascimiento Heródes mató los innocentes (*d*), pretendiendo matar entre ellos al nuevo rey para asegurar su reino; y entre ellos, por tener en parte compañía con los tristes padres, cuyos hijos mataba, mató tambien su proprio hijo. Lo cual no solo refieren nuestros Evangelistas, mas tambien autores gentiles, alegando aquel dicho del emperador Augusto; el cual oida la muerte deste hijo, dijo que en casa de Heródes era mejor ser puerco que hijo. Así que, los cristianos sin rodeos de palabras salvamos la verdad desta promesa, confesando el reino de Cristo hijo de David; el cual reina hoy, y reinará hasta la fin del mundo en el reino del verdadero Israel, que es el pueblo cristiano, heredero de la fe deste sancto Patriarca.

(z) 2. Reg. 7. (*a*) Psalm. 88. (*b*) Hierem. 33. (*c*) Joseph. Antiq. Judic. lib. 15. cap. 1. (*d*) Matth. 2.

Mas ¿qué hacen aquí los maestros de los hebreos apretados con esta profecía tan clara? ¿Qué han de hacer los que son ciegos y guias de otros ciegos, sino buscar invenciones con que perseveren en su ceguedad, por no perder la autoridad y provecho que tienen entre los miserables discípulos que traen engañados? Mas no pudiendo contradecir á la verdad de la Escriptura, tomaron por remedio acogerse á la mentira, diciendo que todavía hay en su pueblo reyes y gobernadores del linaje de David. Y preguntándoles adónde están, por no ser tomados en mentira, dicen que están adelante de los montes Caspios, donde nadie aportó, ni los vió, ni se puede dar razon dello. Pues ¿qué habian de hacer los miserables viéndose tan concluidos, sino acogerse adonde se acogen los que tienen mal pleito, que es á la falsedad y mentira? ¿Qué cosa mas desvergonzada, ó por mejor decir, mas lastimera, que ver cómo á sabiendas quieren cegar á sí y á sus discípulos? Así lo hicieron los que de los milagros del Salvador tomaron motivo para tratarle la muerte, paresciéndoles que si Cristo viniese á reinar, que ellos perderian la dignidad y los oficios que en aquella república tenian. Y con este mismo consejo traen estos engañado al pueblo miserable, por no perder ellos la dignidad y preeminencia que entre ellos tienen.

§. X.

Décima señal: de las hebdómadas de Daniel.

Mas no se contentó aquel divino espíritu amador de nuestra salud con darnos todas estas señales; sino quiso tambien declararnos muy distinctamente el tiempo de la venida deste Señor. Y aunque bastaban para esto las dos profecías arriba alegadas; la una del profeta Aggeo, que profetiza la venida de Cristo estando en pié aquel segundo templo; y la otra del patriarca Jacob, que la profetiza ántes que se acabase el sceptro del linaje de Júdas; mas no contento con estas dos tan claras profecías, descendió á contarnos el número de los años despues de los cuales Cristo habia de venir y padescer. Lo cual hace en aquella tan celebrada y tan clara profecía de Daniel, que es la que mayor luz da á este misterio. Dice pues este Profeta (*e*), que despues que entendió ser cumplidos los setenta años del captiverio de Babilonia, que Hieremías habia profetizado (*f*), hizo una muy larga y devota oracion á Dios por la libertad de su pueblo. Y por ella le fué enviado el ángel Sant Gabriel, el cual le dijo que estaban señaladas setenta hebdómadas (ó semanas), para dar fin al pecado, y quitar la maldad, y traer al mundo la justicia eterna, y cumplirse las visiones y profecías, y ser ungido el Sancto de los sanctos, que es Cristo, así llamado por la excelencia de su sanctidad. Y añade luego, que despues deste plazo sería muerto Cristo, y que no sería su pueblo el que lo habia de negar; y que la ciudad y el sanctuario sería destruido por el ejército y capitan que contra él habia de venir; y que esta destruicion habia de durar hasta la fin.

Estas hebdómadas (ó semanas) que aquí el Profeta señala, claro está que no son de dias; porque segun esto serían todas ellas poco mas que un año. Por donde se entienden semanas de años; como se toman en el cap. XXIII y XXV del Levítico; ni hay en la Escriptura otra manera de hebdómadas, sino estas dos. Y siendo semanas de años, hacen número de cuatrocientos y noventa años.

(*e*) Dan. 9. (*f*) Hierem. 25. 29. 2. Par. 36.

Mas los maestros de los hebreos, viéndose concluidos con esta profecía (por la cual se prueba claramente ser el Mesías ya venido), fingen otra manera de semanas, y otra cuenta de años. Mas la verdad está tan clara, que por ninguna via se puede escurescer. Porque si el Profeta no profetizara aquí mas que la muerte sola de Cristo, tomaran ellos ocasion de esparcir sus nublados en el dia claro de la verdad, fingiendo las fábulas que suelen. Mas el Profeta, juntamente con el pecado de la muerte de Cristo, profetiza el castigo deste pecado, que fué la destruicion de Hierusalem y del templo; y para ambas cosas señala el tiempo de las setenta semanas. Y cónstanos evidentemente que este castigo vino poco despues destas setenta semanas, que hacen los cuatrocientos y noventa años susodichos. Porque entónces vino el ejército de los romanos, y asoló y destruyó la ciudad y templo. Luego síguese que estas setenta semanas comprehenden el número de años en que este castigo vino. De modo que el tiempo del castigo nos declara el tiempo que el Profeta significó por estas semanas. Y así consta que en ese mismo tiempo padesció Cristo; pues para ambas cosas señala el Profeta el mismo tiempo. Y como nos consta de lo uno, tambien consta de lo otro. Mayormente que no habia de venir primero el castigo que el pecado. El pecado fué primero, que es la muerte de Cristo, que tan claramente el Profeta denunció, llamándole el Sancto de los sanctos, y el castigo fué cuarenta años despues; porque este espacio se dió á la edificacion de la nueva Iglesia de los fieles, que se habia de fundar en Hierusalem. Los cuales ántes del castigo fuéron por parte de Dios avisados que se fuesen á otro lugar á morar, porque no los comprehendiese aquel terrible azote que Dios queria enviar á la ciudad por el pecado en ella cometido.

Y para que mas claramente se vea el engaño destos malos intérpretes, es de saber que los otros profetas principalmente tratan de las obras de Cristo, y de las señales de su vida y muerte, para que por ellas lo conosciésemos; mas Daniel no contento con esto, trató muy particularmente del tiempo de su venida; para que esto con lo demas nos diese mayor luz para el conoscimiento desta tan importante verdad. Y por esto reparte estas semanas en muchos pedazos, para declarar en qué tiempo se habian de hacer otras cosas que juntamente con esta profetiza, como era la reedificacion de la ciudad de Hierusalem, y de los muros della. Digo pues agora que si por estas hebdómadas no se entienden semanas de años, sino otro tiempo; como esto no tenga fundamento sólido en la Escriptura, sino ser invencion ó imaginacion de los hombres, queda la profecía frustrada, y el intento del Espíritu Sancto, y de nada nos sirve la profecía; pues por ella no podemos saber cosa cierta en materia donde tanta certidumbre se requiere; pues della pende toda nuestra salvacion. ¿Pues qué cosa mas fuera de propósito, y mas indigna del profeta, que haber tratado tan en particular deste tiempo, y repartídolo en tantos pedazos para declarar lo que en cada tiempo se habia de hacer, y señalado el principio de donde estas semanas se habian de comenzar, y el fin donde se habian de acabar; y despues desto hecho no declarar qué número de años comprehendian estas semanas; para que así nos dejase á escuras, y sin ninguna luz y conocimiento de lo que queria enseñar; pues no nos declaraba qué número de años comprehendia esta profecía; sino que anduviésemos adevinando y fingiendo unos un tiempo, y otros otro? ¿Qué cosa mas fuera de toda razon, y mas llena de tinieblas y confusion? Pues en estos y otros semejantes barrancos han de caer los que andan huyendo de la luz, que es á los ojos lagañosos y enfermos muy penosa. Y así dice dellos el Profeta (*g*), que cayeron de ojos, y tropezaron en medio del dia como ciegos. Porque este es el azote mas recio con que Dios los amenaza en el sexto capítulo de Esaías. Este castigo vemos ejecutado á la letra en los que en medio de la luz tan clara desta profecía, y de todas las demas que aquí habemos referido, todavía permanecen en las tinieblas de su infidelidad.

§. XI.

Undécima señal: que fué el castigo de la muerte del Salvador.

A todas estas señales añado la postrera, la cual de tal manera es señal, que tambien fué castigo y azote enviado por el pecado de la muerte del Salvador; que fué la destruicion de Hierusalem, profetizada tan claramente por Daniel. Y cierto es cosa que me pone admiracion la dignidad del espíritu profético, que tantos años ántes que las cosas succedan, las denuncia con tanta certidumbre, como lo vemos en esta profecía. Porque ¿qué cosa mas admirable que ver un hombre de carne y de sangre como cualquier de nosotros, decir: de aquí á cuatrocientos y noventa años será destruida y asolada una de las mas principales ciudades del mundo, que era Hierusalem, y asimismo el mas famoso y venerado templo del mundo que en ella habia; y esto de tal manera que jamas ni el templo ni la ciudad será reedificada? ¿Pues quién aquí no glorifica la grandeza de Dios, que tal lumbre y tal conoscimiento puede dar á un hombrecillo como cada cual de nosotros? Esto pues vemos ya cumplido por los emperadores Tito y Vespasiano, que destruyeron á Hierusalem; y agora de presente lo vemos; pues ni aquella ciudad, ni aquel templo, ni aquella república ha sido mas restituida; y así dura esta destruccion (como dice Daniel) hasta el fin. Y pues esto vemos ya tan á la clara cumplido, síguese que el Salvador no solo es ya venido, sino tambien padescido. La historia deste tan grande castigo repartimos en nuestra introduccion del Símbolo en tres partes. En la primera se trata de las calamidades que padesció el pueblo dende el tiempo de Pilato hasta el cerco de Hierusalem, mayormente en la conquista de la provincia de Galilea, y de otras muchas ciudades comarcanas; donde fué tan grande el número de los muertos y captivos, demas de ser todas estas ciudades robadas y saqueadas, y muchas dellas asoladas, y puestas por tierra. En la segunda parte referimos los inmensos trabajos y calamidades que succedieron en el cerco de Hierusalem; donde fuéron tantas las desventuras, y tan grande el número de los muertos, que ni dende que Dios crió el mundo hasta el tiempo del Diluvio, ni despues del Diluvio hasta nuestros tiempos ha habido matanza de hombres, no digo yo que iguale con esta, mas ni que llegase á la mitad della. Porque, segun refiere Josefo (*h*), fuéron muertos de hambre y á hierro un cuento y cient mil hombres. Pues si tratamos de los que fuéron captivos, ¿cuándo se halló tanto número de captivos, y tan cruelmente tratados; pues los llevaban para echar á las fieras que los despedazasen, y para que peleando unos con otros en las fiestas de los romanos se matasen? ¿Cuándo, dende que el mundo es mundo, se usó de los miserables captivos para semejantes pasatiempos? ¿Cuándo se

(*g*) Esai. 59. (*h*) De bello Judaico, lib. 7. cap. 17.

vió tal hambre como la que en este cerco se pasó, cuando los hombres comian los cintos, y las riendas de los caballos, y los cueros de los zapatos, y las pajas y boñigas de los bueyes? ¿Cuándo jamas se vió tal crueldad, como era abrir los vientres de los hombres que se acogian al campo de los romanos; á los cuales abrian por los vientres para buscar el oro que los miserables escondian en sus entrañas para mantenerse con él? ¿Cuándo los romanos siendo vencedores asolaban las ciudades y provincias que pretendian hacer tributarias, y de cuyas rentas se querian aprovechar? Porque quedando ellas asoladas y sin moradores, ¿qué provecho les podia venir? Y por eso Pompeyo, que poco ántes conquistó la provincia de Judea, contento con la victoria, y con la subjeccion della, dejóla poblada y entera como estaba ántes. Resta pues de lo dicho, que ninguna de cuantas calamidades han succedido en el mundo, ni muchas dellas juntas, vienen á cuenta con esta. Pues siendo este el mas terrible y espantoso castigo de cuantos ha habido despues que Dios crió el mundo, ¿quién dubdará haber sido por el mayor de los pecados del mundo, que fué la muerte del Salvador; mayormente habiéndolo él mismo cuarenta años ántes (no sin muchas lágrimas) profetizado, como arriba declaramos?

En la tercera parte deste castigo pusimos las calamidades que despues de la conquista de Hierusalem se siguieron, y el destierro general que hoy dia padesce la parte desta gente que persevera en su error. Donde hallarémos tambien clarísimos argumentos de su engaño; pues no podrán satisfacer á las preguntas y consideraciones que en esta materia les harémos; si no, díganme, ¿cómo Dios, que en los tiempos antiguos tantos favores les hacia, agora los ha desamparado? ¿Cómo entónces les acudia cada vez que se convertian á él, y los libraba; y agora lo llaman continuamente, y no les acude? Si, como dice el Profeta (*i*), está Dios cerca de los que lo llaman, si lo llaman de verdad, y que hará siempre la voluntad de los que le temen, ¿cómo ni les hace la voluntad, ni oye sus clamores y oraciones? Si el mismo Profeta dice (*k*), que hace Dios justicia á los que padescen agravios é injurias, ¿cómo aquí no la hace de tantos agravios como esta gente padesce? Si, como dijo aquella Sancta Judit (*l*), Dios tiene prometida su misericordia á la casa de Israel, ¿cómo aquí se ha olvidado tanto tiempo desta misericordia? Si tiene dada su palabra que si viéndose angustiados y perseguidos de los hombres por sus pecados, se volvieren á él, que los librará (*m*), ¿cómo habiéndose ya convertido á él, no los libra? ¿Qué es de aquellos tan grandes favores y providencias de que usa Dios con todos sus fieles siervos? ¿Qué es de aquella misericordia y favor que les promete en el tiempo de la tribulacion? ¿Cómo no acude á los que ve padescer tantas menguas, y afrentas, y destierros, por guardar su ley y serle fieles? ¿Qué olvido es este? ¿Qué desamparo este? ¿Cómo duerme aquel Señor, de quien se dice (*n*) que no dormitará, ni dormirá el que es guarda de Israel? ¿Cómo ha este Señor cerrado los ojos para no ver tantas calamidades, y tapado los oidos para no oir tantos clamores, y apretado las entrañas para no apiadarse de tantas aflicciones?

Y es cosa de grande admiracion, que con ser tantas y tan varias las naciones del mundo, y tan diferentes en las leyes y en la religion, en las cerimonias y en los ánimos, y discordias que tienen entre sí, con todo eso todas ellas concuerdan en esto, que es desestimar y maltratar esta pobre gente. De modo que habiendo sido en un tiempo (cuando en ellos florescia la religion, como fué en tiempo de David, Salomon, Josafat y otros sanctos reyes) la mas esclarescida gente del mundo, agora es la mas abatida entre moros, y turcos, y gentiles, de cuantas hay en él. ¿Pues quién no ve ser este un espantoso juicio y castigo de Dios? Porque ¿quién otro permite esta tan gran mudanza en pueblo antiguamente tan escogido, tan amado, tan favorecido, tan socorrido en sus trabajos, y tan privilegiado, y entre todas las naciones del mundo solo escogido, teniéndolo agora tan olvidado?

Consideren tambien aquella maldicion que ellos mismos echaron sobre sí cuando lavando Pilato sus manos, y diciendo que él era innocente de la sangre de Cristo, respondieron ellos (*o*): La sangre dél caya sobre nosotros y sobre nuestros hijos; y verán que dende esta sentencia que ellos dieron contra sí, hasta el dia de hoy (comenzando dende las vejaciones del mismo Pilato), siempre padescieron trabajos sobre trabajos, destierros sobre destierros, robos sobre robos, y miserias sobre miserias. En lo cual parece haber Dios confirmado esta sentencia que ellos dieron sobre sí; y que esta no solo fué maldicion, sino profecía que vemos hoy dia con nuestros ojos cumplida.

§. XII.

Del tiempo que dura este destierro y captiverio.

Sobre todas estas consideraciones pongamos los ojos en los años que dura este general destierro y captiverio. Porque cónstanos que el captiverio de Babilonia no duró mas que por espacio de setenta años; y la principal causa dél fué el pecado de la idolatría, y el quebrantamiento de las leyes de Dios, junto con la opresion de los pobres y personas miserables; como parece por todas las escripturas de los profetas (*p*). Mas agora ellos ni adoran los ídolos que solian, ni oprimen, ni vejan á nadie; ántes ellos son los oprimidos y los vejados. ¿Pues cómo estando ellos libres destos pecados gravísimos (que fuéron la principal causa de aquel azote), y siendo tan fieles en adorar á su Dios, y en guardar tan enteramente sus sábados, y sus ayunos y cerimonias, no los libra deste general destierro y captiverio, que pasa ya de mil y quinientos años; no habiendo durado el otro, que fué por mayores pecados, mas que solo setenta? Si Dios es justo juez (como lo es), al cual pertenesce proporcionar la pena con la culpa, ¿cómo castigó gravísimos pecados, y con ellos la idolatría, con castigo de setenta años; y menores pecados, y sin idolatría, castiga con mas de mil y quinientos de captiverio; pues agora ni adoran á Baalim, ni á Moloc, ni le ofrescen sacrificios, ni sacrifican sus proprios hijos, ni los pasan por fuego, como ántes lo hacian (*q*)? ¿Cuándo en los tiempos antiguos clamaron á Dios, viéndose afligidos, que no fuesen socorridos (*r*)? Y agora claman muchas veces al dia en sus públicos ayuntamientos, y en todos estos millares de años nunca han sido oidos. Si dicen que todavía padescen, parte por los pecados antiguos que sus padres cometieron, y parte

(*i*) Psalm. 144. (*k*) Psalm. 145. (*l*) Judith 13. (*m*) Deut. 30. (*n*) Psalm. 120.

(*o*) Math. 27. (*p*) Hierem. 21. 22. Deut. 29. Esaí. 1. Baruch. 1. 2. Ezech. 4. 5. Osee 4. 5. Joel. 1. Amós. 3. etc. Michæ. 1. 2. 3. etc. (*q*) Judic. 2. 3. 8. 10. 3. Reg. 16. etc. 2. Par. 28. (*r*) Judic. 2. etc. Psalm. 106.

por los que ellos de presente cometen; á esto respondo que no pueden ser mayores pecados los que agora cometen, que aquellos por que Dios destruyó y asoló á Hierusalem y á su sancto templo por Nabucodonosor (s); y tomada esta venganza, mandó al profeta Hieremías que dijese á aquella poca gente que habia quedado en Hierusalem estas palabras (t): Si estuviéredes quietos en esta tierra, yo os sustentaré, y no os destruiré; plantaros he, y no os arrancaré; porque ya estoy aplacado con el castigo que os dí. Y no os temais del rey de Babilonia, porque yo estaré con vosotros para salvaros y libraros de sus manos. Por estas palabras entendemos cómo queda Dios aplacado despues de haber castigado, y que es gran disparate decir que lo que ya castigó dos mil años ha, que agora lo vuelve á castigar. Estas son las invenciones que buscan para huir de la verdad los que están obstinados en su ceguera.

Contra estos mismos hacen aquellas palabras que dice Dios por Hieremías (v): En aquellos dias no se dirá mas; los padres comieron las uvas acedas, y los hijos padescen la dentera; porque cada uno morirá por el pecado que tiene cometido. Todo hombre que comiere las uvas acedas, ese padescerá la dentera. La cual sentencia declara el profeta Ecequiel por estas palabras (x): El ánima que pecare, esa morirá; y el hijo no pagará por la culpa de su padre, ni el padre por la del hijo. La justicia del justo estará sobre él, y la maldad del malo cargará sobre él. Esta es ley justísima de aquel soberano y justísimo Juez. Porque de otra manera, ¿qué cosa ménos para creer, que castigar agora Dios á cabo de dos mil años en los hijos innocentes la culpa ya tanto tiempo ántes castigada en los padres que la cometieron? ¡Oh cuánto puede la obstinacion y la ceguedad en los que el príncipe de las tinieblas tiene ciegos; pues les hace creer cosas tan indignas de la bondad y justicia de Dios!

§ XIII.

Del estado en que están los que aun permanecen en su incredulidad.

A todas las profecías que hasta aquí habemos referido, añadiré otra, la cual explica con tanta claridad el estado de la parte de esta gente que está ciega, que sola esta, sin las demas que habemos alegado, basta para convencer y concluir todos los entendimientos del mundo. Para lo cual es de notar que queriendo Dios representar el estado en que habia de quedar su pueblo si no recibia al Salvador, que era, ni servir á Dios, ni tampoco á los ídolos, mandó al Profeta Oséas (y) que pusiese su aficion en una mujer muy querida de su marido, pero con todo eso adúltera: para que con esta manera de casamiento representes á los hijos de Israel el amor que yo les tengo; y con todo eso ellos, como mujer adúltera, ponen sus ojos en los dioses ajenos. Yo (dice el Profeta) hice lo que el Señor me mandó, y di en dote á esta mujer quince dineros de plata, y ciertas medidas de cebada, y díjele: Muchos dias me esperarás: no fornicarás, ni tampoco estarás con tu marido; y yo tambien te esperaré. Esta es la semejanza de lo que Dios queria representar. Tras de esto añade luego el Profeta lo que esta manera de casamiento significaba, diciendo: Porque muchos dias se pasarán, en los cuales los hijos de Israel estarán sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin vestiduras sacerdotales, y sin ídolos. Y despues de esto se convertirán, y buscarán á su Señor Dios, y á David su rey, y reverenciarán el nombre del Señor y su bondad: y esto será en el fin de los dias. Hasta aquí son palabras de Dios por su Profeta: las cuales no podrán dejar de poner admiracion á quien considerare, cómo este Profeta dos mil años ántes debujó la manera del estado en que agora vemos la parte de este pueblo que está ciego, con tan claras palabras, como si de presente lo viera con sus ojos. Porque ¿quién no ve pasar esto á la letra despues de la destruicion de Hierusalém y de aquel reino; pues esta parte de gente ni tiene rey, ni príncipe, ni sacrificios, ni altar, ni vestiduras sacerdotales, ni tampoco ídolos? Y es mucho para notar lo que dice el Profeta á esta su mujer: No fornicarás, ni estarás con tu marido. Porque en todo este tiempo este pueblo ni ha fornicado adorando los ídolos (como lo hacia ántes), ni tampoco está con su marido, que es Dios; pues no está en su amor y gracia. Y no lo está; pues no ha querido recebir á su rey David, que es nuestro Salvador, á quien él mandó que recibiesen y obedesciesen so pena de su castigo y indignacion (z).

Concluyo pues este discurso diciendo que si el cumplimiento desta profecía tan clara y tan antigua no convence todos los entendimientos (aunque sean de gentiles) y no basta para abrir los ojos de los que hasta agora están ciegos, no sé qué cosa pueda bastar, ni sé qué pueda decir, sino que es grande el poder del príncipe de las tinieblas, grande la malicia de la voluntad depravada, grande el azote desta ceguedad. A lo ménos esto es cierto, que en la hora de la cuenta no tendrá esta incredulidad excusa ante aquel rectísimo Juez; porque no puede haber excusa donde no hay justa causa de ignorancia.

CAPITULO II.

Conclusion de todo lo dicho.

Concluyamos agora esta materia recogiendo della el conoscimiento de la verdad, que es la raiz y fundamento de nuestra salvacion. Para lo cual conviene primeramente que todos los que tienen necesidad de la luz de esta doctrina, consideren la grandeza del negocio de su salvacion, que es gloria para siempre, ó infierno para siempre: con el cual negocio comparados cuantos hay debajo del cielo, no pesan una paja. Lo segundo digo, que el que trabaja por llegar al deseado puerto de la verdad, debe despedir de su ánima todos los enemigos é impedimentos della: que son odios, iras, invidias, aficiones, con todas las otras pasiones, las cuales son como unas espesas tinieblas que escurecen la luz del entendimiento; pues todos vemos cuán contrarias y enemigas sean entre sí razon y pasion, y cómo no caben ambas en un subjecto. Porque así como al que pone un vidro verde ó amarillo sobre los ojos, todas las cosas le parecen ser del mismo color, así la pasion hace parecer las cosas tales cuales ella las representa. Debe tambien el amador de la verdad estar dócil, y dar oidos á todo buen consejo y razon, y no estar obstinado, y tapados los oídos, como hace la serpiente cuando la quieren encantar. Debe tambien despedir de sí toda soberbia y presumpcion; pues está escripto, como dice Salomon (a), que donde está la humildad, ahí está la sabiduría. Y acuérdese que para

(s) 4. Reg. ultim. (t) Hierem. 42. (v) Hierem. 31. (x) Ezech. 18. (y) Osee 3.

(z) Deut. 18. (a) Prob. 11.

que esta luz desea, es vanísima razon decir: moro ó judío fué mi padre y mi abuelo: pues tal quiero yo ser. Porque si esa fuese regla cierta de la verdad, cuantas sectas y herejías hay en el mundo, serían verdaderas; y cada cual de los que las siguen podria decir lo mismo. Lo cual es imposible; pues estas sectas se contradicen unas á otras, y cosas contrarias no pueden ser ambas verdaderas. Tambien debe el amador de la verdad despedir de sí aquella perversísima sentencia del Alcoran de los moros, donde les es mandado que no traten de defender su ley por razon, sino por armas; lo cual es hacer al hombre semejante á las fieras (que todo lo hacen por fuerza), y despojarle de la mas rica pieza que Dios le dió, que es la lumbre de la razon; la cual no es otra cosa que un rayo de la divina luz (*b*), que se derivó en nuestras ánimas para regir y ordenar por ella nuestras vidas.

Y pues toda esta materia que tratamos se resume en reconocer á nuestro Salvador por el verdadero Mesías prometido en la ley, pongamos los ojos en las obras señaladas que (segun el testimonio de los profetas) este Señor habia de obrar en el mundo cuando viniese; y por ellas le conoscerémos. Porque estas obras estaban de tal manera reservadas para su venida y persona, que ningun otro las habia de acabar sino él. Vemos pues claramente el cumplimiento de todas ellas. Porque primeramente por sus discípulos y doctrina fué desterrada aquella general pestilencia de la idolatría, que quitado el rincon de Judea reinaba en todo lo descubierto del mundo. Vemos que por ella los honradores de los falsos dioses vinieron en conoscimiento del verdadero Dios, que era el Dios de Israel. Vemos que de Hierusalem salieron los discípulos del Salvador (*c*) que tomaron á cargo esta tan gloriosa empresa, y despues de muchas batallas, y mucha sangre valerosamente derramada, al cabo salieron con ella. Vemos que de aquella masa corrompida y abominable de la gentilidad (que estaba sumida en el cieno de todos los vicios) se levantó tan gran número de sanctos, de pontífices sanctísimos, de confesores, de monjes religiosísimos, de compañías de vírgines purísimas, y (lo que mas es) de mártires innumerables que murieron por esa fe que ántes impugnaban; en los cuales se cumplieron aquellas profecías de Esaías (*d*) donde dice que los dragones y bestias fieras alabarian á Dios, y que los páramos y tierras estériles se convertirian en jardines floridos, y los sequedales en rios y fuentes de agua; y que en las cuevas donde moraban primero los dragones, nascerian cañaverales y juncos, y que allí habria camino sancto. Vemos otrosí cómo el imperio romano domador del mundo, se sujetó á Cristo dende el tiempo del emperador Constantino, y despues todos sus sucesores. Vemos (lo que nadie puede negar) conforme á la profecía de Daniel (*e*), que pasados poco mas de cuatrocientos noventa años despues que el rey Ciro mandó reedificar el templo de Hierusalem (que son los años que comprenden las setenta hebdómadas deste Profeta), esta ciudad con su templo fué abrasada, arrasada y puesta por tierra, sin quedar en ella piedra sobre piedra, y sin jamas hasta hoy haber podido ser reedificada, como él tan claramente lo profetizó (*f*). Vemos que los que no quisieron recebir al Salvador, andan hoy dia desterrados por todas las naciones del mundo, tan vejados y maltratados como todos sabemos. ¿Pues quién pudo denunciar estas cosas tantos mil años ántes, sino Dios? ¿Y quién pudiera acabar cosas tan grandes, sino Dios? ¿Quién pudiera desterrar la idolatría de todo el mundo, sino Dios? Quién reducir tantas naciones al conocimiento de un solo Dios, sino Dios? Quién hacer semejantes á los ángeles los hombres que eran semejantes en la vida á los demonios (que eran los gentiles), sino Dios? Quién traer al imperio romano á que dejados sus antiguos dioses, adorados en todos los siglos por todos los príncipes del mundo, adorase un hombre crucificado entre ladrones por verdadero Dios, sino Dios? Quién pudo destruir y deshacer totalmente aquella república de Judea, mas antigua que la romana, sino Dios? (*g*) Pues ¿quién dudará ser Dios el que todo esto pudo denunciar ántes que fuese, y despues ejecutarlo y poner por obra cosas tan grandes?

Y demas desto, si este Señor habia de venir al mundo ántes que aquel templo se destruyese (como está dicho (*h*), y ántes que el sceptro del tribu de Judá se acabase (*i*); y vemos el templo tantos mil años ha destruido, y el sceptro acabado, ¿quién puede dudar ser ya venido el que en esta sazon habia de venir?

Por tanto ruego agora á todos los que teneis necesidad de la luz desta doctrina, por reverencia de un solo Dios, amador de la salud de las ánimas, y lumbre de los corazones humildes, y por lo que debeis al negocio de vuestra salvacion, que despedidas todas las nieblas de iras, y odios, y pasiones, y toda obstinacion y dureza de corazon, pidais á aquel que es padre de las lumbres os quite el velo de la ceguedad de delante los ojos, y esclarezca vuestro entendimiento, y os dé á sentir la fuerza de las razones y profecías que aquí habemos alegado; para que por las profecías y obras que la doctrina del Salvador obró en este mundo, conozcais ser él el verdadero Mesías: cada una de las cuales por sí sola es bastante para prueba de esta verdad, cuanto mas concurriendo todas ellas juntas en él. Porque si para solo él estaban reservádas estas hazañas tan universales y tan notables, síguese que nadie las pudo hacer sino él. Y pues las vemos tan claramente cumplidas, á él recibamos, á él adoremos, á él confesemos; para que así seamos participantes de los grandes bienes que él trajo consigo al mundo. Y si esta breve doctrina no bastare para convencer los duros y obstinados, muchos habrá dóciles, humildes y tractables á quien aproveche: mayormente pues, como Sant Pedro dijo (*k*), no es Dios acceptador de personas, ni de linajes; pues él es Padre y Criador de todos, y él dice que está á la puerta llamando á nuestros corazones para que le queramos recebir en ellos.

CAPITULO III.

De las falsedades y fábulas del Talmud.

Despues de estos tan ilustres testimonios de las Sanctas Escripturas (con los cuales tan claramente se prueba la venida de nuestro Salvador, y se convence la ceguedad de los que otra cosa creen), hay otro gravísimo argumento para convencer esta ceguedad, que son las fábulas y disparates del Talmud.

(*b*) Psalm. 4. D. Thom. ad hunc locum. (*c*) Esaí. 2. (*d*) Esaí. 11. 65. (*e*) Dan. 9. (*f*) Luc. 19 Joseph. de bello Jud. lib. 7. cap. 18.

(*g*) August. lib. 18. de Civ. Dei, cap. 23. tom. 5. Joseph. Judæus, cont. Ap. (*h*) Aggæi, 2. (*i*) Genes. 49. (*k*) Act. 10. Deut. 10. 2. Par. 19. Job. 34. Sap. 6. Eccli. 35. Rom. 2. 1. Petr. 1. Apoc. 3.

Estas fábulas y patrañas mandó el papa Benedicto (*) sacar del dicho libro á un médico suyo, grande letrado en la ley, que se habia convertido á nuestra fe. Lo cual hizo él fielmente, declarando el libro, y el capítulo, y las primeras palabras del capítulo en su misma lengua hebrea, para que nadie pudiese dudar de lo que decia. El libro de estas falsedades hizo imprimir Don Gaspar, de religiosa memoria, arzobispo de Goa en la India Oriental. Parte de estas fábulas y mentiras escribimos en nuestra Introduccion del Símbolo, en la cuarta parte en el capítulo XXII. Donde hallará el prudente lector extraños disparates y locuras que contiene aquella secta: y no acabará de espantarse de entendimientos que dan oídos á cosas tan monstruosas.

Estas mismas locuras que este autor recopiló, refiere tambien Sixto Senense en la Biblioteca Sancta, en el libro 2, fol. 199, el cual añade á estas otras no ménos monstruosas. Y aunque ellas sean tales que parece cosa increible estar tales cosas escriptas y mandadas creer so pena de muerte; pero quien considerare á qué extremo de ceguedad llega una ánima desamparada de Dios, esto y mucho mas creerá de la ceguedad y malicia humana. Si no, vea qué milagros no vió Faraon en Egipto (*a*), y los pontífices y fariseos que condenaron al Salvador (*b*), pues les constó de la resurreccion de Lázaro y de la del mismo Señor, y con todo esto perseveraron en su ceguedad y malicia.

Ni tampoco pueden decir que estas cosas no están escriptas en aquel libro; pues sabemos que todas las sinagogas de Italia están llenas destos libros: tanto, que (como dice este autor) en sola la ciudad de Cremona se quemaron doce mil libros destos, por mandado del sacro senado de la Inquisicion de Roma. Y con todo esto ellos untan bien las manos de los impresores, y hacen imprimir secretamente los tales libros.

Y cuán grande argumento sea este para desengañar á los que desean ser desengañados, y llegar al conoscimiento desta tan importante verdad, parece claro por esta razon. Porque para convencerse un entendimiento por el testimonio de las sanctas Escripturas, es necesaria fe, que es sobre toda razon; mas para juzgar cuán grandes sean los disparates del Talmud, basta la lumbre natural de la razon que tiene cualquier hombre, por infiel y bárbaro que sea.

Mas con todo esto yo no me atreveré aquí á escribir estas falsedades: lo uno por ser muchas dellas tales que no podrán dejar de dar grandes motivos de risa á quien quiera que las leyere (y yo no quiero dar en este libro motivos para reir, sino para llorar y edificar las ánimas); y lo otro, por ser muchas dellas torpísimas y deshonestísimas; y por esto no quise ofender con ellas á las orejas castas y limpias, puesto caso que solas ellas bastaran para ver claramente la ceguedad y engaño de los que tales cosas creen. Porque así como fué gran parte para desterrar la idolatría de los gentiles, declarar la vanidad de sus dioses, sus casamientos, sus adulterios, sus incestos, sus celos, sus pasiones y sus disensiones, que son cosas tan ajenas de la naturaleza divina: así estas patrañas y mentiras tan feas fueran mucha parte para convencer la falsedad deste engaño.

Mas con todo eso ruego á toda persona que desea ser desengañada, y confirmada en la verdad de la fe, que lea á Sixto Senense en el lugar susodicho; el cual punto por punto alega los libros y capítulos donde cada cosa destas está escripta. De donde resultará que los fieles que originalmente descienden desta nacion, no podrán dejar de dar infinitas gracias á nuestro Señor por haberlos librado de tan monstruosos errores y falsedades. Desta manera Sant Augustin acordándose de los errores y herejías en que habia vivido (de que la misericordia de Dios lo habia librado) le da gracias con aquellas palabras del salmo (*c*): Rompiste, Señor, mis ataduras; á tí sacrificaré sacrificio de alabanza, é invocaré tu sancto nombre. Pues desta manera darán gracias los que por esa misma misericordia se ven libres de tantas ceguedades y engaños en que pudieran perseverar, como otros muchos han perseverado. Cuando los hijos de Israel (*d*), pasado el mar Bermejo, vieron ahogados los egipcios, comenzaron á cantar alabanzas á nuestro Señor por verse libres de tan crueles enemigos. De modo que los que ántes les eran materia de grande temor cuando estaban vivos, despues lo fuéron de alegría y alabanza cuando los vieron muertos. Pues desta manera cantarán alabanzas al Señor los que mediante la lumbre de la fe vieren tales monstruos muertos en su corazon, viéndose por ella libres de errores tan monstruosos y pestilenciales como en el libro susodicho leerán.

CAPITULO IV.

Respóndese á algunas objeciones acerca de lo dicho.

Despues de haber declarado cómo todas las señales que los profetas nos dieron para conocer al Mesías, concurren en la persona de nuestro Salvador, quedábanos para conclusion desta materia responder á los puntos principales en que tropieza la parte del pueblo que no le ha querido recebir. Esto hecimos en la Introduccion del Símbolo en once diálogos; en los cuales pretendíamos instruir un catecúmeno recien convertido á nuestra fe, explicándole llanamente los artículos principales della; adonde remitimos al que esto quisiere saber. Mas en este summario darémos una respuesta general á todos estos puntos; y esta será declarar cómo nuestro Señor Dios mandó en el capítulo XVIII del Deuteronomio que obedesciésemos y diésemos entera fe á todo lo que nos enseñase el Mesías cuando viniese, so pena de ser él vengador de quien así no lo hiciese. Esto dijo él á Moisen por estas palabras (*a*): Yo levantaré un profeta de en medio de tus hermanos, semejante á tí, y pondré mis palabras en su boca, y decirles ha todas las cosas que yo le mandare decir; y yo seré vengador del que no quisiere oir las palabras que él en mi nombre hablare. Por este profeta tan señalado, de que nuestro Señor aquí habla, entienden todos al Mesías. Y á este nos manda Dios obedescer, y creer todo lo que él nos enseñare. El pues nos enseñó todos los artículos y misterios de la fe, que profesamos, los cuales estamos obligados á creer; pues así nos lo manda Dios; y en lo que él manda, no ha lugar de dubda ni de disputa. Esto debe bastar por agora al verdadero y humilde cristiano que se rige por fe y palabra de Dios.

(*) Alias Petrus à Luna Antipapa. (*a*) Exod. 7. etc.
(*b*) Joann. 9. Idem 11. Matth. 28.

(*c*) Psalm. 115. Lib. 9. Confess. cap. 1. (*d*) Exod. 14. 15.
(*a*) Deut. 18.



§. I.

Respóndese á los que se ofenden de la pobreza y humildad del Salvador.

Con todo esto me paresció responder aquí á algunos principales puntos en que tropiezan los que no han recibido este Señor. Entre los cuales uno es, ofenderse ellos de la pobreza y humildad en que vivió. Porque esperaban ellos un rey Mesías temporal, mas rico que Salomon, y mas poderoso y guerrero que Alejandro Magno ó Julio César. A esto suficientísimamente se responde con la profecía de Zacarías (*b*), el cual manifiestamente dice que este Señor habia de ser pobre, y como tal habia de entrar en Hierusalem, no en carros triunfales ni caballos, sino en una pobre asnilla con su pollino. Y lo mismo profetizó Esaías en el capítulo LIII, que todo trata de la sagrada Pasion, donde dice que vió al Señor desfigurado, y como leproso; y que deseó verle el mas abatido de los hombres, varon de dolores, y lleno de penas y trabajos, y que por esto no fué reputado ni conocido por quien él era, como lo vemos cumplido en los que todavía perseveran en su incredulidad.

Esto solo debe bastar para el desengaño de los que otra cosa esperan. Mas la conveniencia y razon desta humildad y probreza declaramos en la parte precedente, capítulo XV, §. único, donde remitimos al prudente lector deseoso de saber la verdad.

Mas á lo sobredicho añadiré aquí que las riquezas no son verdaderos bienes (pues no hacen buenos á sus dueños), sino cosas indiferentes para bien y para mal. Mas porque nuestra naturaleza (generalmente hablando) está mas inclinada al mal que al bien, por la corrupcion del commun pecado; de aquí es que los hombres usan mas dellas para el mal que para el bien; mayormente si caen en manos de hombres vanos ó mal inclinados, porque esto es como dar armas á un furioso, ó dineros á un tahur. Y así vemos que los tales communmente son altivos, y presumptuosos, y menospreciadores de los otros, regalados, confiados en sí mismos y olvidados de Dios; porque no tienen necesidades que los obliguen á acordarse dél, como las tienen los miserables. Finalmente, son tantos los impedimentos para que nos dan materia las riquezas, que vino á decir el Salvador (*c*), que mas fácil cosa era entrar un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de los cielos. Bien veo que este es encarescimiento; mas por él quiso aquel Maestro que vino del cielo declararnos la grandeza deste peligro. Y con esto contesta el Eclesiástico, diciendo (*d*): Bienaventurado el rico que fué hallado sin mácula de pecado, que ni se fué en pos del oro, ni puso su confianza en los tesoros del dinero. ¿Quién es este, y alabarlo hemos, porque hizo maravillas en su vida? En las cuales palabras claramente da á entender cuán gran maravilla sea hallarse un rico sin mancilla de pecado. Y en decir, quién es este, y alabarlo hemos, declara cuán pocos sean los que desta mácula carecen.

Para confirmacion de lo dicho basta ver que muchas nobilísimas repúblicas vinieron á perderse cuando la prosperidad y abundancia de riquezas entró en ellas. Porque ¿qué otra cosa destruyó la república de los lacedemonios, y tambien de los romanos? Si no, preguntemos á Juvenal (*e*) cual fué la causa de tantas monstruosidades de los vicios de Roma, sino (como él expresamente dice) haberse perdido la pobreza antigua en que vivian, cuando entre ellos florescian las artes de la guerra y de la paz. Y no ménos claro dice Tito Livio que la prosperidad y abundancia de riquezas puso á Roma en el extremo de todos los males; el cual era tal, que ya no podian sufrir sus vicios, ni tampoco los remedios dellos.

Siendo pues esto así, ¿cuán gran desatino es esperar un Mesías que nos venga á henchir de bienes que de tantos males han sido causa? Está tan léjos esto de la verdad, que la primera cosa que hacian los fieles que habian creido en Hierusalem (*f*), donde mas que en otra parte floresció la religion cristiana, era desposeerse de sus haciendas, y despues de vendidas poner el precio dellas á los piés de los apóstoles, para que ellos las dispensasen como les pareciese. Y de los fieles de la misma nacion que moraban par de Alejandría, escribe Filon (*g*), nobilísimo autor entre los judíos, que la primera cosa en que se fundaban, era renunciar todas sus haciendas, por tener los corazones libres para la divina contemplacion; con la cual eran muchos dellos de tal manera recreados, que á veces se les pasaban seis dias sin tomar mas recepcion corporal que este pasto espiritual. Pues segun esto, ¿cuán léjos estarian los tales de esperar Mesías temporal que los enriquesciese, pues el fundamento de su vida era el menosprecio destas riquezas?

§. II.

Diferencia de los bienes desta vida, y cuáles sean los verdaderos que nos trajo el Salvador.

Y para mas clara inteligencia de lo dicho apuntaré aquí tres diferencias de bienes que los filósofos señalan: unos que llaman externos ó exteriores, por estar fuera del hombre; como son riquezas, mandos, señoríos, oficios y dignidades, y cosas semejantes; aunque estos no llaman bienes, sino (como ya dijimos) cosas indiferentes para bien y para mal; otros hay que son bienes de nuestro cuerpo, como son salud, fuerzas, buena complexion, lijereza y hermosura, y otras tales cosas, que tambien se hallan en algunos brutos animales; otros hay que pertenecen al ánima, que son proprios del hombre, como son ciencia, prudencia, sabiduría, y finalmente todas las virtudes, así las tres teologales, como las cuatro cardinales, con todas las otras que se comprehenden debajo destas. Estas pues son proprios y verdaderos bienes, que bastan para hacer al hombre verdaderamente bueno; y esto de tal manera, que el que estuviere rico y abastado destos bienes, aunque carezca de todos los otros, y sea mas pobre que Job, y mas enfermo y llagado que el pobrecico Lázaro (*h*), este tal á boca llena se llamará bueno; y por el contrario el que estuviere abastado y lleno de todos los otros bienes, y sea mas rico que Salomon, y que todos los reyes de los persas, y mas victorioso que todos los emperadores romanos, si le faltare la virtud, no se puede llamar mas bueno de lo que se puede agora llamar el gran turco, ó el Sofí.

Pues siendo esto verdad, y siendo cierto que el Mesías fué tantas veces prometido por todas las edades y por todos los profetas (*i*) con tan grandes encarecimientos, que dan voces á todas las criaturas insensibles para que prediquen y canten á Dios cantares nuevos por la gran-

(*b*) Zachar. 9. (*c*) Marc. 10. (*d*) Eccles. 31. (*e*) Juvenal Satyr. 6. apud August. Epi. 5. ad Marcellin. tom. 2.

(*f*) Act. 2. 4. 5. (*g*) In lib. de Vita contemplativa, in princip. (*h*) Luc. 16. (*i*) Psalm. 46. 95. 96. 97. Esai. 49. etc.

deza de los bienes, que por medio del Mesías nos ha de hacer, ¿qué locura, qué ceguedad tan extraña, esperar dél estos bienes que ni se llaman bienes, ni son dignos de tal dador, y de tan magníficas promesas, y son bienes que dió él á emperadores gentiles, idólatras y contaminados con todos los vicios? ¡Oh ceguedad y desatino, digno de ser llorado con lágrimas de sangre! Otros bienes, y otros señoríos, y otras victorias son las que promete Dios por su Mesías, tan cantado y celebrado en las sanctas Escripturas, en las cuales no promete bienes de la tierra, sino bienes del cielo; no bienes del cuerpo que tenemos comun con los brutos, sino bienes del espíritu que tenemos comun con los ángeles; no bienes temporales que se acaban con la vida, sino bienes eternos que duran para siempre; no bienes que falsamente se llaman bienes, pues no hacen bueno á su poseedor, sino verdaderos bienes, pues hacen al hombre verdaderamente bueno, y Hijo de Dios, y heredero de su reino. Y si por él promete señorío, no este que tienen los turcos y los moros, que son señores de los hombres, y esclavos de sus vicios, sino señorío sobre sí mismos y sobre todos sus apetitos. Y si promete victorias, no es vencer á los otros hombres, sino vencer á sí mismos, que es la mas ardua y mas gloriosa victoria de todos. Y si promete libertad, no es estar libre de la subjeccion de los tirannos; sino de la subjeccion de sus vicios, de que estaba libre el patriarca Josef (*k*), aunque era captivo. Finalmente no promete señorío, ni reino de la tierra, sino reino del cielo. Estas son promesas dignas de tal prometedor, y de tal Mesías, y de tantas y tan antiguas profecías, denunciadas con tan grandes encarecimientos; porque esotras temporales que los ciegos imaginan, diólas Dios de gracia y sin prometimiento á hombres perversos y enemigos suyos. Esto basta para respuesta de la primera objeccion.

§. III.

Segunda objeccion de la abrogacion de los sacrificios y ceremonias de la ley, y su respuesta.

Despues desto hay otra cosa en que los flacos tropiezan, que es tener por cosa extraña estar abrogada la ley que dió el mismo Dios. A esto respondemos que lo principal y esencial de la ley, que es lo moral, en que se comprehenden los diez mandamientos, nunca cesó, ni cesará jamas; pero lo ceremonial y las diferencias de sacrificios de aves y de animales, y la manera del sacrificarlos (en lo cual se ocupa la mayor parte de la ley), esto decimos que ha cesado. Porque todas estas cosas eran figuras que representaban el verdadero sacrificio de Cristo que él habia de ofrescer por la salud del mundo (*l*), y pues ya este sacrificio está ofrescido, cesan las figuras que lo representaban y prometian. Porque guardarse agora, sería testificar por la obra que aun no estaba ofrescido. Y que esta sea la voluntad de Dios, muéstralo él, pues consintió que fuese destruido el templo de Hierusalem, donde solamente se podian ofrescer sacrificios. Lo cual declara Sant Crisóstomo por este ejemplo (*m*): Si un enfermo pidiese al médico con grande instancia licencia para beber vino, y él se la diese con tal condicion, que no lo bebiese sino por un vaso que él le señalase, y esto hecho, el tal médico quebrase el vaso; claro está que por el mismo caso daba á entender que no queria que bebiese vino. Pues desta manera decimos que Dios habia dado ley de ofrescer sacrificios, pero con expreso mandamiento que no se pudiesen ofrescer sino en el templo de Hierusalem (*n*). Mas pues él ha consentido que este templo esté derribado despues que el verdadero sacrificio de Cristo se le ofresció, síguese que ya no quiere sacrificios; pues consintió que se destruyese el lugar donde solamente se podian ofrescer. ¿Qué cosa mas clara?

Y que esto sea verdad, abiertamente lo confirma el mismo Señor por el profeta Malaquías con tan claras palabras, que no deja lugar para dubda alguna. Porque dice así (*o*): No está ya mi voluntad con vosotros, ni recibiré ofrendas de vuestra mano, porque dende Oriente á Poniente es grande mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se ofresce á mi nombre una ofrenda limpia. Pues ¿con qué palabras mas claras podia nuestro Señor declarar que ya no queria los sacrificios y ofrendas de la ley antigua, pues dice que ni le agradan sus sacrificios, ni tampoco los que los ofrecian?

Sabemos tambien que Cristo nuestro Señor, demas de ser nuestro Rey, es tambien nuestro sacerdote, y no segun la órden de Aaron, sino segun la de Melchisedec; como el Padre eterno lo declara hablando con el Hijo, por estas tan notables palabras (*p*): Juró el Señor, y no se arrepentirá de lo que juró: Tú eres sacerdote eterno segun la órden de Melchisedec. Pues desta manera establecido este nuevo sacerdocio, queda derogado el antiguo; y por consiguiente toda la ley, la cual por la mayor parte se empleaba en tratar destos sacerdocios de Aaron, y desta manera de sacrificios. Y porque entendia el mismo Señor cuán dificultoso habia de ser de creer que la ley y el sacerdocio ordenado por él habian de cesar, interpuso el juramento para mayor afirmacion de lo que decia. Y no contento con esto, añadió aquella palabra tan desacostumbrada en la sancta Escriptura, *y no se arrepentirá de lo que juró*, para que así con esto como con el juramento hiciese mas fe de lo que decia. Pues el sacrificio deste Melchisedec no era de animales, sino de pan y vino (*q*), el cual era figura del que Cristo ofresció en la cena con sus discípulos, á los cuales dió su cuerpo y su sangre en especie de pan y vino. Y este mismo sacrificio es el que debajo destas especies ofresce cada dia la Iglesia, que es aquella ofrenda pura y limpia, que (segun la profecía alegada de Malaquías), se le ofresce en todo lugar.

Mas para que entendamos el valor y excelencia deste divino sacrificio, es de notar que hay diversas maneras de sacrificios, y unos mas excelentes que otros. Porque sacrificios eran antiguamente los que en la ley se ofrescian de diversos animales (*r*); pero eran tan bajos sacrificios, que quitado aparte el mandamiento de Dios, y la devocion de quien los ofrescia, ellos de sí no tenian virtud ni sanctidad alguna. Pero mas perfecto sacrificio que este, es aquel que explicó David, cuando dijo (*s*): Si quisieses, Señor, sacrificio, yo te lo ofresceria; mas sé que no te agradan estos sacrificios. Sacrificio para tí es el espíritu atribulado; y el corazon contrito y humillado, Señor, no le despreciarás. Otro sacrificio mas perfecto que este es aquel que significó el mismo Profeta, cuando dijo (*t*): Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor. Y llama este sacrificio, porque

(*k*) Genes. 39. (*l*) 1. Cor. 10. D. Greg. lib. 28. Mor. cap. 17.
(*m*) Contra Judæos Oratio 1. longè ante finem tom. 5.

(*n*) Deut. 12. (*o*) Malalach. 1. (*p*) Psalm. 109. (*q*) Genes. 14
(*r*) Lev. 1. etc. (*s*) Psalm. 50. (*t*) Psalm. 4.

para ofrescer este sacrificio, que es de virtud y sanctidad, es menester degollar la propria voluntad, y todos los otros apetitos que contradicen á este linaje de sacrificio, lo cual no se hace sin dolor. Mas entre estos sacrificios de justicia hay uno mas alto que todos los otros, que es cuando el hombre sufre la muerte por la fe que debe á su Criador, y por no hacer cosa contraria á las leyes de su justicia (v). Este es pues el mas perfecto sacrificio que el hombre puede ofrescer á su Dios; esta la mayor honra con que le puede honrar, y esta la mayor muestra y obra de amor que puede hacer. Porque aquí el hombre no ofresce sangre y vida de animales, sino su misma vida y sangre, dejándose despedazar y desmembrar por amor de Dios.

Mas á todos estos sacrificios excede infinitamente aquel divinísimo y summo sacrificio que el unigénito Hijo de Dios ofresció en la Cruz por la obediencia de su eterno Padre, y por celar la gloria y honra de su sancto nombre. El cual sacrificio excede tanto á los otros sacrificios, cuanto fué mayor la caridad con que se ofresció, y mas alta la persona que lo ofresció, que fué la del Hijo de Dios, que dió valor y precio infinito á este sacrificio. El cual agradó tanto á aquella inmensa Majestad, que lo aceptó en satisfaccion y descargo de todos los pecados del mundo, y de mil mundos que fueran.

Pues este sacrificio que tan agradable fué al eterno Padre, quiere él que cada dia se le ofrezca en el altar, debajo de las especies de pan y vino, para que siempre se le ofrezca el servicio que una vez tanto le agradó. Porque por virtud de las palabras de la consagracion la substancia del pan se muda en la del cuerpo de Cristo, y la del vino en su sangre preciosa. En lo cual se ve cuánto se engañan los infieles diciendo que adoramos el pan y el vino; porque no adoramos sino el cuerpo y sangre de Cristo, que debajo de aquellas especies está encubierto.

§. IV.

Excelencias deste augusto sacramento, y cuán digno sea este artículo de ser creido.

Y que esto sea así, la fe y el mismo Señor que instituyó este sacramento nos lo dice. Y aunque esto sea artículo de fe, que es sobre toda razon; mas esa razon nos dice ser esta cosa dignísima de ser creida. Porque dos cosas bastan para que esto creamos, que son entender que Dios puede hacer esta maravillosa mudanza, y que quiere hacerla. Y cuanto á lo primero, que es poder Dios hacer esto, nadie lo podrá dubdar. Porque quien pudo criar el mundo de nada, fácilmente mudará una substancia en otra, pues es mayor cosa hacer de nada algo, que mudar una cosa en otra, como lo hizo cuando en el milagro de las bodas mudó el agua en vino (x): Mas del querer de Dios ménos dubdará quien hubiere en alguna manera experimentado los efectos deste sanctísimo sacramento, de los cuales tratamos largamente en la Introduccion del Símbolo. Mas aquí dirémos brevemente que es tan grande la virtud y eficacia deste divino sacramento para sanctificar las ánimas de los que devotamente le frecuentan, que todos á una voz afirmarán que ni los otros sacramentos, ni todos sus espirituales ejercicios de oraciones, y meditaciones, y salmos, y cantares divinos, los esfuerzan, y alegran, y encienden tanto en amor de Dios, ni crian en sus ánimas tantos buenos propósitos y deseos, ni los ayudan tanto contra todas las tentaciones del enemigo, ni los hacen andar tan solícitos y diligentes en la guarda de sí mismos, como la frecuencia de este divinísimo sacramento. De lo cual no es pequeño argumento, que acaescerá estar un devoto sacerdote dos horas en oracion, tratando con Dios, y poco mas de media hora que gasta en una misa, y muchas veces le acontecerá salir mas esforzado, y mas devoto, y mas consolado desta misa, que de todo el otro espacio mas largo que empleó en su oracion. Y añado mas, que es tan grande el gusto y suavidad deste pan celestial, y la admiracion que las ánimas religiosas conciben de la bondad y dignacion de Dios, que quiere entrar á morar en sus ánimas para deificarlas y trasformarlas en sí, que vienen muchas veces á padescer alienacion de los sentidos con la fuerza del amor y suavidad interior que con él reciben, como lo leemos de muchos sanctos, y sabemos que no faltan hoy dia muchas ánimas devotas en quien esto se vé.

Y si á estas preguntáredes por el beneficio y fructo que reciben cuando comulgan, responderán que sienten en sí una nueva y extraordinaria llama de amor de Dios, la cual viene acompañada con tan grande suavidad y alegría del espíritu, y con una tan grande paz y satisfaccion interior, que por entónces ninguna cosa desean mas de la que tienen. Y de aquí les nasce una tan encendida sed y hambre deste pan celestial, por volver á gozar deste tan sabroso convite, y de los tesoros y riquezas espirituales que en él se communican, que nadie lo podrá entender sino el que lo ha probado. Y algunas veces acontece (como dice Sant Buenaventura en un tratado de la perfeccion que escribió á una hermana suya) ser tanta la consolacion y alegría del espíritu, que llegando una destas personas á comulgar con grande flaqueza del cuerpo, salga de ahí tan esforzada, como si ninguna flaqueza tuviera; queriendo nuestro Señor mostrar en esto que este sacramento es salud y manjar de todo el hombre, así exterior como interior, aunque en diferente manera.

¿Qué mas diré, sino que aun los hombres que tienen poco cuidado de sus consciencias, confesarán que no tienen mejor hora para ellas (que es para recogerse, y compungirse, y arrepentirse de sus pecados) que aquella en que reciben la sagrada communion? Finalmente, son tan grandes las virtudes deste divinísimo sacramento, y los efectos que obra en las ánimas de los que dignamente le reciben, que ni lenguas de hombres ni de ángeles bastan para declararlos.

Pues por la virtud y eficacia que este divino sacramento tiene para la sanctificacion de nuestras ánimas, se prueba la segunda cosa que propusimos, que es el querer de Dios. Porque cónstanos ser él infinitamente bueno, y cónstanos tambien que ninguna cosa hay mas propria, ni mas gloriosa, ni mas natural, ni que mas convenga á esta summa bondad, que communicarse á todos; que es hacer á todos sanctos y buenos como él lo es. Pues siendo esto así, ¿qué cosa mas propria, ni mas gloriosa podemos atribuir á esta summa bondad, que haber instituido una cosa tan poderosa para hacer á los hombres sanctos y buenos? Pongamos un ejemplo. Decidme: ¿qué cosa con mas razon se puede creer de Hipócrates, que haber escripto un excelente libro de medicina, y de Tulio que haber hecho una muy elegante oracion en el senado? Pues viniendo á nuestro propósito,

(v) Greg. in Evang. Homil. 35. (x) Joann. 2.

¿qué cosa mas conforme á razon se puede creer de aquella infinita bondad, que haber ordenado un sacramento tan poderoso para sanctificar las ánimas? ¿Hay cosa en el mundo que con mayor gloria se pueda atribuir á tal bondad? ¿Hay cosa mas alta y mas digna de Dios que esta? Pues es cierto que cuantos buenos hay hoy en la Iglesia, y cuantos ha habido dende que el Evangelio se predicó, todos á una confesarán que la cosa que mas los ayudó á alcanzar esta bondad, y á sufrir todos los trabajos de la virtud, fué la frecuencia deste divino sacramento. Y así escribe Sant Lúcas (y) que lo frecuentaban los fieles que habian creido en Hierusalem, perseverando cada dia en oracion en el templo, y comulgando despues en sus casas (porque no habia entónces otras iglesias), y con esto andaban tan esforzados y tan llenos de las consolaciones del Espíritu Sancto, que, como el Apóstol les escribe (z), sufrian no solo con paciencia, sino tambien con alegría, ser robados y despojados de sus haciendas, acordándose que tenian en el cielo otra mejor y mas perpetua hacienda. Por lo cual si todos confesamos ser Dios el que crió los cielos y la tierra, con mayor razon podemos decir que él ordenó este divino sacramento (como en otra parte dijimos); porque mayor cosa es justificar y sanctificar los hombres, que criar los cielos; lo cual hace este admirable sacramento. Y por esto no es ménos creible haberlo él instituido, que haber criado el mundo. Lo cual no dubdará quien hubiere gustado algo dél, y de la eficacia de su virtud.

Y por acrescentar nuestro Señor la fe y devocion deste summo sacramento, nunca cesa de hacer nuevas demonstraciones y maravillas por él. En la historia pontifical se refieren dos clarísimos milagros dél, uno en cierta ciudad de Alemaña, y otro en la villa de Frómesta, que hasta hoy dia dura, y se muestra. Tambien es notorio el de los corporales de Daroca, y el de la villa de Santaren, que se ve en la iglesia llamada del Milagro por esta causa. Y en nuestros dias (que es el año de 1582) acaesció otro insigne milagro en la ciudad de Nápoles; donde un mal hombre que tenia hecho pacto con el demonio, por mandado dél, despues de haber recebido el sanctísimo Sacramento, lo encerró en una cajuela dorada que el mismo demonio le habia dado, mandándole que echase el Sacramento en un muladar. Mas cuando el hombre abrió la cajuela, halló la hostia toda sembrada de gotas de sangre. Y entendiendo ser esto milagro, arrepentido de su maldad se fué luego á confesar. Y dando recaudo desto al vicario general, fué á casa deste hombre acompañado de algunas personas doctas y religiosas; y abriendo la cajuela, hallaron que la mitad de la hostia estaba hecha carne, y la otra mitad blanca, con las pintas de sangre que ántes tenia. Y desta manera la llevaron á la iglesia, poniéndola en lugar decente. Y cuando otra vez volvieron á visitarla, hallaron que toda la hostia estaba vuelta en carne; de lo cual todo se envió informacion á Su Sanctidad. Pues con estas y otras semejantes maravillas pretende nuestro Señor confirmar los fieles en la fe deste sacramento, y confundir los herejes y infieles, para que no tenga excusa su infidelidad; pues éste milagro fué tan público y notorio en toda Italia, que no pueden alegar ignorancia dél.

Otra cosa digna de eterna memoria acaesció en la ciudad de Avila, de que la misma ciudad con su comarca son testigos. Un hombre infiel, instigado por el demonio, hubo á las manos una hostia consagrada que se guardaba en el sagrario, y por llevarla mas segura, echóla en una alforja; mas un hombre católico vió que de aquella alforja salian unas llamas de fuego. Dió desto noticia al Sancto Oficio; y preso aquel hombre, y apretándole por el caso, confesó que llevaba allí una hostia consagrada. La cual fué luego puesta en el sagrario del insigne monasterio de Sancto Tomas de Avila; y cada un año se muestra al pueblo el dia de la fiesta del Sancto Sacramento en la tarde; donde toda la ciudad concurre. Y con haber noventa y tantos años que esto pasó, está la hostia tan entera como el dia que allí se puso; siendo costumbre en todas las iglesias renovar el sancto sacramento de quince en quince dias. Y llegando á este monasterio pocos años ha el reverendísimo padre Fray Vicente Justiniano, general de toda nuestra órden, un religiosísimo compañero que consigo traia, por nombre Fray Serafino (que le succedió en la misma dignidad) no se hartaba de mirar esta hostia, derramando muchas lágrimas con la admiracion desta maravilla. Y llamándole (porque era ya tiempo de irse de allí) respondió: *Sinite me videre mirabilia Dei*; que es: Dejadme ver estas maravillas de Dios. Y verdaderamente esta es una grande maravilla, estar pasando de noventa años una hostia sin corrupcion. Por lo cual sea bendito el que estas maravillas hace para confusion de herejes y infieles, y para acrescentar la fe y devocion de los fieles.

Mas volviendo al propósito principal, este es el sacrificio del cuerpo y sangre de nuestro Redemptor, que en especie de pan y vino se le ofresce cada dia, figurado en aquel sacrificio de Melchisedec (a). Y con ser sacrificio que á Dios se ofresce, es tambien sacramento que da gracia al que dignamente lo recibe, con la cual somos sanctificados y hechos participantes de la virtud del mismo sacrificio que por nosotros en la Cruz se ofresció. Esto baste por agora para responder á la segunda objeccion.

CAPITULO V.

Cómo los pecados han sido causa de haberse estrechado el reino de Cristo.

Quédanos otra cosa á que responder acerca del señorío y reino de Cristo. Porque las escripturas de los profetas dilatan la grandeza de su reino por todo el mundo (a), y agora vemos cuán estrechado y diminuido está. A esto se responde con otro ejemplo semejante; porque no puede haber mayor multiplicacion de hijos, que la que Dios prometió al patriarca Abraham (b), que se compara una vez con las estrellas del cielo, y otras con el polvo de la tierra (c), y otras con las arenas de la mar. Pues esto cumplió Dios perfectamente en tiempo de David y de Salomon, donde se escribe que los hijos de Israel estaban tan multiplicados como las arenas de la mar (d). Pero despues que se multiplicaron los pecados, se diminuyó el número de los hombres, como se lo habia profetizado Moisen, diciendo (e) que si ellos quebrantasen la ley de Dios, los castigaria él con enfermedades y plagas hasta destruirlos, y que quedarian pocos en número los que primero estaban multiplicados como las estrellas del cielo. Lo mismo testificaron aquellos tres sanctos mancebos que mandó Nabucodonosor echar en el horno de fuego (f), los cuales estando en medio

(y) Act. 2. (z) Hebr. 10.

(a) Genes. 14. (a) Psalm. 2. 71. Esai. 60. etc. (b) Genes. 22. (c) 2. Reg. 17. (d) 3. Reg. 4. (e) Deut. 28. (f) Daniel 3.

de las llamas, hacian oracion á Dios por su pueblo, alegándole que él habia prometido al patriarca Abraham, que multiplicaria sus hijos como las estrellas del cielo, y como el arena que está á la orilla de la mar. Porque, Señor, estamos diminuidos y apocados mas que todas las gentes, y somos abatidos y humillados por nuestros pecados. Finalmente, llegó á tanto esta diminucion del pueblo, que no llegaron á cincuenta mil personas las que volvieron del captiverio de Babilonia á reedificar á Hierusalem (g). Pues en este ejemplo vemos cómo Dios cumplió su promesa, multiplicando aquel pueblo en los tiempos susodichos; mas despues que entrevinieron pecados, vino en esta tan gran diminucion como les estaba profetizado.

Pues lo mismo decimos del reino de Cristo, el cual por singular virtud y providencia de Dios, en medio de la tempestad de las persecuciones se iba de cada vez acrecentando y extendiendo por todo el mundo, como parece claro por los martirologios (h), donde leemos que en todas las naciones hubo mártires sanctísimos hasta el tiempo del emperador Constantino, y así se acabó de hinchir la tierra del conoscimiento de Cristo. De lo cual hallamos agora no pequeños indicios en las tierras de los infieles. Mas despues que faltaron las persecuciones (con que los fieles andaban armados y apercebidos contra la furia de los tirannos), y cresció la prosperidad, y con ella la ambicion, y la invidia, y las delicias, y el avaricia, raíz de todos los pecados, cresciendo los vicios, se fué diminuyendo la fe; porque este es el principal azote con que Dios los castiga; como él mismo lo amenaza en el Apocalipsi (i), avisando á sus iglesias que se enmienden y hagan penitencia, so pena que vendrá contra ellas, y les mudará el candelero de su lugar. Este candelero es la lumbre de la fe, la cual permite nuestro Señor por su justo juicio que pierdan los que no se aprovechan della. Desta manera en el Evangelio (k) mandó quitar la moneda al que la tenia atada en un trapo, sin granjear con ella. Y esto es lo que el mismo Señor dice en el Evangelio (l): Al que tiene, darle han; y al que no tiene, eso que parece tener (que es la fe y esperanza muerta) le quitarán.

Dicen los teólogos (m) que la fe, demas de ser hábito especulativo (que nos inclina á creer los misterios divinos), es tambien práctico; porque nos inclina á obrar conforme á lo que nos manda creer. Por donde si el hombre resiste siempre á lo que esta celestial lumbre le enseña, permite Dios que venga del todo á perdella. Así dicen, que el caballo (que naturalmente es inclinado á correr) viene á mancarse si está mucho tiempo en la caballeriza sin hacer este oficio. Y por esto manda Sant Pablo á su discípulo Timoteo (n), que junte con la fe buena consciencia; porque los que esto no hicieron, vinieron á perder esa fe. Lo cual vemos por experiencia en estos tristes tiempos, donde en aquellas naciones en que mucha parte de la gente era dada al vicio de comer y beber (haciendo dios á su vientre), permitió él que viniese á perderse la fe, y abrazar una herejía tan favorable á los apetitos de la carne, como la de Mahoma. Pues por esta causa ha permitido nuestro Señor que viniese á estrecharse la fe, que ántes estaba tan extendida y dilatada por todo el mundo. Porque donde falta la buena consciencia y sobran los vicios, permite nuestro Señor que venga por tiempo á faltar la fe.

Y que esto habia de ser así, lo tenemos mucho ántes profetizado, como lo escribe el Apóstol á su discípulo Timoteo por estas palabras (o): Has de saber que en los postreros dias succederán tiempos peligrosos. Porque vendrán á ser los hombres muy amigos de sí mismos, cobdiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, desagradecidos, malvados, sin afeccion, sin paz, malsines, deshonestos, crueles, ajenos de toda benignidad, traidores, protervos, hinchados, y mas amigos de los deleites que de Dios, mostrando en lo de fuera una imágen y aparencia de religion, estando muy ajenos della. Hasta aquí son palabras del Apóstol. Y lo que de aquí se sigue, declara él mismo en otra carta al mismo discípulo por estas palabras (p): El Espíritu Sancto claramente dice que en los postreros dias se apartarán algunos de la fe, dando crédito á los espíritus de errores y doctrinas de los demonios, predicando mentiras con hipocresía y aparencia de sanctidad. En las cuales palabras declaró el Apóstol la condicion de los herejes de nuestros tiempos, los cuales trayendo siempre en la boca Cristo, y Evangelio, y espíritu, destruyen las sagradas cerimonias, y el ejercicio de las buenas obras, y de los ayunos y de toda virtud. Con este mismo dicho del Apóstol contesta el testimonio del Salvador, el cual dice que en los postreros dias, porque abundará la maldad, se resfriará la caridad de muchos (q).

Esta es pues la condicion general de todas las cosas humanas; que por muy empinadas que estén, siempre vayan en declinacion, y nunca permanezcan en un sér, y que así rueden como ruedan los mismos cielos, á quien las cosas temporales están subjectas. ¿Quién pensara que la monarquía de los asirios, y de los persas, y de los romanos habia de caer? Pues ya vemos que en nuestros tiempos no nos quedan mas que los nombres dellas. Esta es, dice Cipriano (r), la sentencia que está dada contra el mundo; esta la ley que por Dios le está puesta: que todas las cosas que nascen, mueran; y despues que hayan nascido, tengan su vejez; y que las cosas grandes se diminuyan, y las fuertes se enflaquezcan, para que despues de diminuidas y enflaquecidas, fenezcan. Y pues debajo desta ley y condicion corren todas las cosas humanas, no habemos de eximir della cosa que corra por mano de los hombres. Aunque con esto es verdad que la fe, y la Iglesia, y el reino de Cristo, aunque esté agora estrechado, nunca faltará (s); porque así nos lo tiene prometido el que lo fundó.

Ni deja este soberano Juez de usar deste castigo por ver que desta manera se disminuye el número de los fieles, y el culto divino que se le debe. Porque no tuvo él un tiempo mas que un solo pueblo que le honrase, y un templo y un altar donde se le ofresciesen sacrificios; y cuando entrevinieron pecados, desechó su altar, y maldijo el lugar de su sanctificacion, como lo llora Hieremías (t); y así se quedó sin pueblo, sin templo, y sin altar en todo el mundo. Y así lo lamentaban aquellos tres sanctos mozos echados en el horno de Babilonia (v), de que arriba hecimos mencion, los cuales en su oracion decian que no tenian en aquel tiempo príncipe, ni

(g) 1. Esdr. 2. (h) Augustin. in lib. 50. Homil. homil. 8. tom. 10. (i) Apoc. 2. (k) Luc. 19. (l) Ibidem. (m) D. Tom. 2. 2. q. 2. art. 3. in corpor. (n) 1. Tim. 1.

(o) 2. Tim. 3. (p) 1. Tim. 4. (q) Matth. 24 (r) Tract. 1. contr. Demetr. in princ. (s) Matth. 16. (t) Thren. 2. (v) Dan. 3.

profeta, ni sacrificios, ni lugar para ofrescer á Dios primicias para alcanzar su misericordia.

Pues ¿qué diré de los diez tribus de Israel, que habiéndolos Dios sacado de Egipto con tan grandes maravillas, y dádoles la tierra prometida, despues que se entregaron al servicio de los ídolos y de los vicios, los desamparó y quitó la tierra que les habia dado, y hizo que fuesen llevados captivos, y esparcidos por todas las naciones del mundo (*x*)? Pero mayor maravilla es haber anegado todo el mundo con las aguas del Diluvio (*y*) despues que en él se multiplicaron los pecados. Siendo pues este el estilo perpetuo de la divina justicia, no nos debemos espantar que habiéndose multiplicado tanto los pecados, se haya diminuido tanto el número de los fieles.

Y allende desto se debe considerar que cuando la Escriptura dice que el reino del Mesías se extenderá por todo el mundo (*z*), y que todos los fines de la tierra se convertirán al Señor, no se ha de entender esta universidad como la entienden los lógicos, sino como la entienden communmente los hombres. Porque la sancta Escriptura habla conforme al comun lenguaje que se usa. Basta para el cumplimiento desta profecía, que Cristo nuestro Salvador fué predicado, conoscido y adorado en todas las naciones del mundo, aunque entre los fieles hubiese algunos infieles y idólatras, que poco á poco se iban consumiendo y desengañando. Y ser esto así, nos consta por todas las historias eclesiásticas y profanas; y por los libros que llaman martirologios (como arriba dijimos), donde se ve que en todas las provincias y naciones del mundo hubo mártires gloriosísimos; y con esto necesariamente habia de haber hombres sanctísimos. Porque tales eran menester que fuesen los que tenian espíritu y fuerzas para padescer tan extraños tormentos con que los tirannos los martirizaban. Y esto basta para salvar la verdad de aquellas promesas, en las cuales se nos declara que el reino de Dios, que estaba estrechado en solo aquel rincon de Judea, se habia de extender por todas las naciones del mundo.

CAPITULO VI.

Hácese aquí comparacion de los dos pueblos de los fieles, judíos y gentiles.

Otra queja se propone en esta materia, que es haberse preferido el pueblo de los gentiles al de los judíos, siendo ellos el primer pueblo que Dios escogió, y á quien se dieron las sanctas Escripturas, y las promesas de Cristo (*a*). A esto brevemente respondemos que á ellos vino el Salvador en su propria persona, predicando, y obrando las maravillas que obró en la tierra, y mandando á sus discípulos que por aquel tiempo no fuesen á predicar á las ciudades de los samaritanos y gentiles (*b*), sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Dellos tambien tomó el Espíritu Sancto los ministros que predicaron y fundaron la fe en el mundo. Y cuando el Salvador despues de resuscitado declaró á los discípulos por testimonio de las Escripturas, que Cristo habia de padescer y resuscitar, concluyó la plática diciendo (*c*): Así está escripto, y así convenía que Cristo padesciese, y resuscitase, y que se predicase en el mundo penitencia y perdon de pecados en su nombre, comenzando dende Hierusalem. En las cuales palabras se ve el cuidado que el Salvador tuvo deste su pueblo, pues expresamente mandó que de allí se comenzase á predicar la buena nueva del Evangelio. Y conforme á este mandamiento comenzaron á hacer este oficio los apóstoles en esta ciudad. Lo cual señaladamente tomaron á cargo Sant Pedro y Sant Juan (*d*), concertándose con Sant Pablo y Sant Bernabé, para que ellos predicasen en la gentilidad, y Sant Pedro y Sant Juan (que eran las columnas de la Iglesia) predicasen en Judea. En la cual fundaron una iglesia de tan grande sanctidad, que fué ejemplo de virtud y paciencia á todas las otras iglesias del mundo. Y así alabando Sant Pablo la fe y sanctidad de los moradores de Tesalónica, les dice (*e*): Vosotros, hermanos, habeis sido imitadores de las iglesias de Dios que están en Judea; porque las mismas persecuciones habeis padescido de vuestros naturales, que ellos de los suyos.

Esta iglesia perseveró mucho tiempo en la sinceridad de la fe; tanto, que cuenta Eusebio catorce succesiones de obispos religiosísimos de la misma nacion, que con gran prudencia y ejemplo de vida la gobernaron (*f*); aunque despues con diversas guerras, y alborotos y levantamientos se alteró el estado de las cosas; como acaesce en todos los negocios humanos, que nunca permanecen en un mismo sér. Así que segun esto no puede negar esta gente no haber sido participante de la gracia del Evangelio, pues ella fué la que primero recibió las primicias de la gracia, y en ella mandó el Salvador que primero que en todas las otras naciones se predicase su Evangelio.

Mas que le haya sido preferido el pueblo de los gentiles, aunque no sea lícito á los gusanillos de la tierra tratar de la alteza de los juicios de Dios, todavía no falta que responder á esto. Y lo primero que decimos, es ser incomprehensibles los juicios de Dios, como el Apóstol dice (*g*), y ser, como dice David (*h*), un profundísimo abismo que no se puede apear. Esta eleccion y preeminencia fué figurada en la bendicion que se dió al patriarca Jacob, que era el hijo menor, y se quitó á Esaú, que era el mayor (*i*). De lo cual se espantó tanto Isaac, padre de ambos, que lo significó la Escriptura por estas palabras: Espantóse Isaac con un grande espanto sobre todo lo que se puede creer, y maravillado desta mudanza, dijo: ¿Quién es aquel que entró primero que tú, el cual recibió mi bendicion, y comprehenderle ha? Esto pues figura fué de lo que aquí decimos: conviene á saber, que de dos hijos que Dios en este mundo habia de tener (que son dos pueblos, uno de judíos, y otro de gentiles) el mayor, que era el de los judíos, habia de hacerse menor, y el menor mayor. Lo cual representó el mismo Dios á la madre de ambos, como lo representó el padre. Porque viendo ella que estos dos niños peleaban en su vientre, fué á consultar con Dios este misterio; y él le respondió (*k*): Dos gentes y dos pueblos están en tu vientre, y el un pueblo vencerá al otro; y el mayor servirá al menor. Lo cual tambien es figura de lo que está dicho. Y para que mas nos maravillemos, esta aprobacion y reprobacion de los dos hermanos, como el Apóstol encarece (*l*), fué hecha ántes que ellos nasciesen, ni hubiesen hecho bien ó mal (por do meresciesen ser aprobados ó reprobados), sino por sola la profundidad de los juicios de Dios, que deben ser adorados, y no escu-

(*x*) 4. Reg. 17. 25. (*y*) Genes. 7. (*z*) Psalm. 21. 97. 102. etc.
(*a*) Deut. 7. 14. 26. (*b*) Matth. 10. (*c*) Luc. 24.

(*d*) Galat. 2. (*e*) 1. Thess. 2. (*f*) Eccles. hist. lib. 4. cap. 1.
(*g*) Rom. 11. (*h*) Psalm. 35. (*i*) Genes. 27. (*k*) Genes. 25.
(*l*) Rom. 9.

driñados; pues no pueden ser injustos, aunque sean ocultos. Así que, esta profundidad de los juicios de Dios es una causa desta permutacion y eleccion que habemos dicho.

Otra causa es el pecado cometido en la muerte del Salvador, por el cual la parte que no le ha querido recebir, anda derramada y aviltada por todo el mundo, padesciendo la pena que el mismo pueblo tomó sobre sí cuando dijo (*m*): su sangre cargue sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Para lo cual nos conviene mucho notar que aunque nuestro Señor en las Escripturas Sanctas unas veces tome nombre de padre, y otras de esposo ó marido (*n*), porque ambos nombres y oficios le convienen, pero en cierta manera mas le pertenece nombre de marido ó esposo que de padre. Porque el padre, aunque el hijo sea tan perverso como lo fué Absalon para con David (*o*), todavía el padre se acuerda que es padre, y no quiere la muerte del hijo; mas el marido, si la mujer es adúltera y mala, luego pierde el amor que le tenia; de tal manera, que la mayor de las amistades se convierte en la mayor de las enemistades. Por donde no es de maravillar que habiendo entrevenido el pecado susodicho en la muerte de Cristo, haya Dios usado con su esposa la sinagoga deste castigo, y puéstola en lugar mas bajo, y á la gentilidad en mas alto.

Lo cual tambien se representó en las bendiciones que el patriarca Jacob dió á sus hijos (*p*). Porque á Ruben, que era el primero de todos (el cual como primogénito habia de ser mayor en los dones y en el imperio, y así le habia de caber la dignidad de rey, ó de summo sacerdote), díjole el padre que ninguna destas honras se le habia de dar, por el pecado que habia cometido en amancillar la cama de su padre. Siendo pues esto conforme á las leyes de la divina justicia, no nos debemos

(*m*) Matth. 27. (*n*) Deut. 32. Psal. 88. 102. Esai. 63. Hierem. 63. Matth. 23. Psalm. 18. Cantic. 4. Matth. 9. (*o*) 2. Reg. 15. 18. (*p*) Genes. 49.

espantar que haga Dios con los pueblos lo que hace con las personas particulares cuando se atraviesan los pecados; por los cuales las leyes de la divina justicia causan todas estas mudanzas. Así vemos aquel primer ángel que cayó, el cual, segun la opinion de Sant Gregorio (*q*), era la mas alta de todas las criaturas, haberse hecho por su soberbia la mas baja y abominable de todas; y la mujer, que en la órden de las criaturas racionales, por la parte que es mujer, está en el lugar mas bajo, haber sido por su profundísima humildad colocada en el lugar mas alto de todo lo criado, al lado de su unigénito Hijo (*r*). Pues segun esto, donde viéremos que entrevienen pecados, no nos maravillemos que haya mudanzas conformes á lo que merecen las culpas; pues estas (como dijimos), bastaron para destruir el mundo con las aguas del Diluvio, y para hacer demonios á los que primero eran ángeles.

Allende lo dicho, para consolacion de los que se ven humillados, alegarémos tambien aquella profecía de Esaías; el cual hablando con la gentilidad, dice (*s*): Alégrate, estéril, que no parías, y salta de placer, y alaba á Dios, la que no tenias dolores de parto; porque mas serán los hijos de la estéril que los de la que tiene marido. ¿Pues qué significa esto? No es dificultoso de entender; porque la estéril que no paría, es la gentilidad, que no paría hijos espirituales, que eran hombres fieles y sanctos; mas la que tenia marido, era la sinagoga, cuyo marido y esposo era Dios, como él muchas veces se llama en las Sanctas Escripturas (*t*). Quiere pues decir aquí el Profeta que será mayor el número de los fieles que se convertirán de la gentilidad, que los del judaismo. Pues siendo esto así, y siendo este pueblo mayor en número; ¿de qué nos maravillamos que sea mayor en dignidad? Porque ordinariamente á la mayor parte se da el mayor lugar.

(*q*) In Evang. hom. 34. (*r*) Luc. 1. (*s*) Esai. 54. (*t*) Psalm. 18. Cant. 4. Matth. 9.

FIN DEL TOMO PRIMERO DE LAS OBRAS DE FRAY LUIS DE GRANADA.

INDICE.

INTRODUCCION DEL SIMBOLO DE LA FE.

FIN DEL INDICE.

